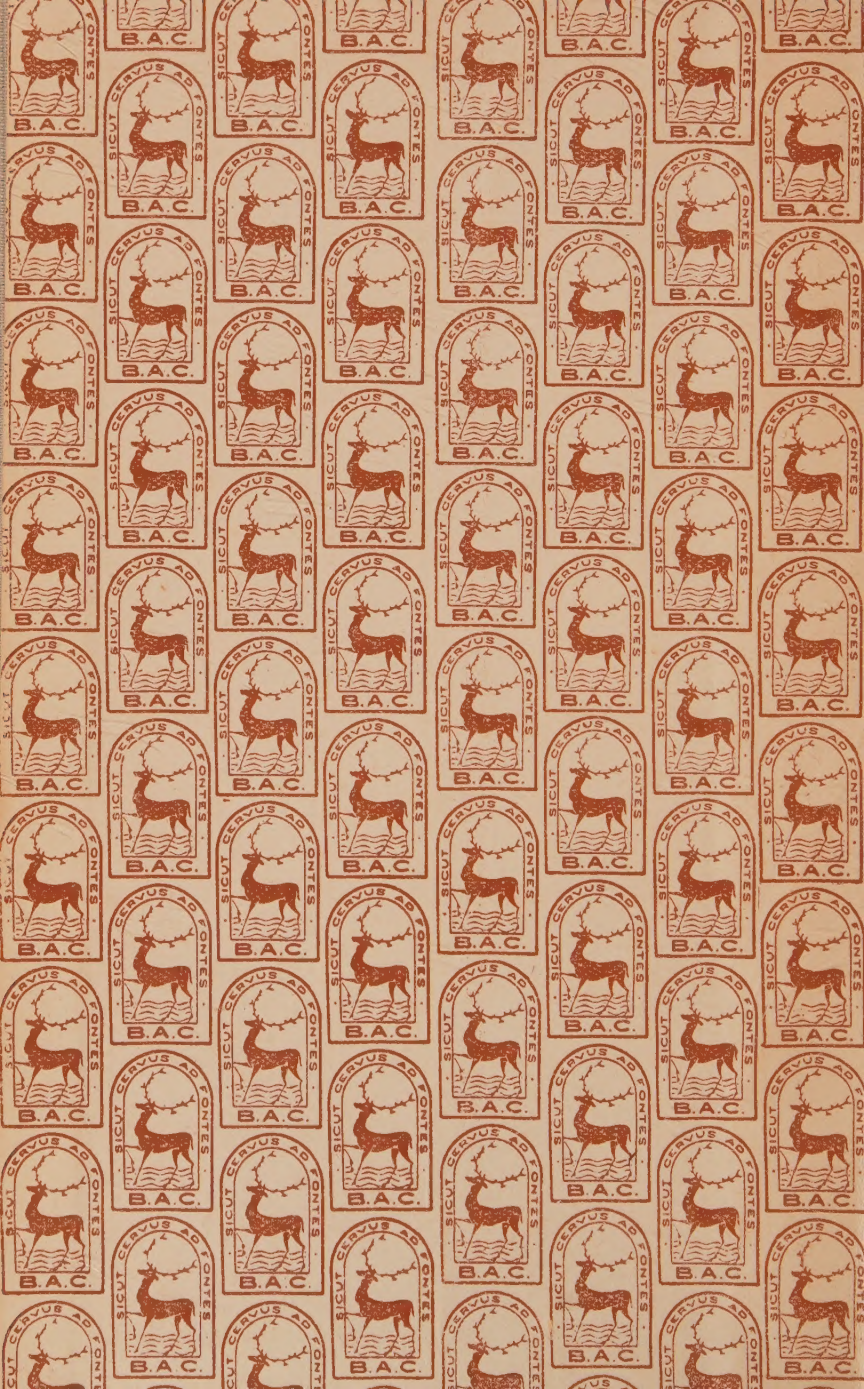


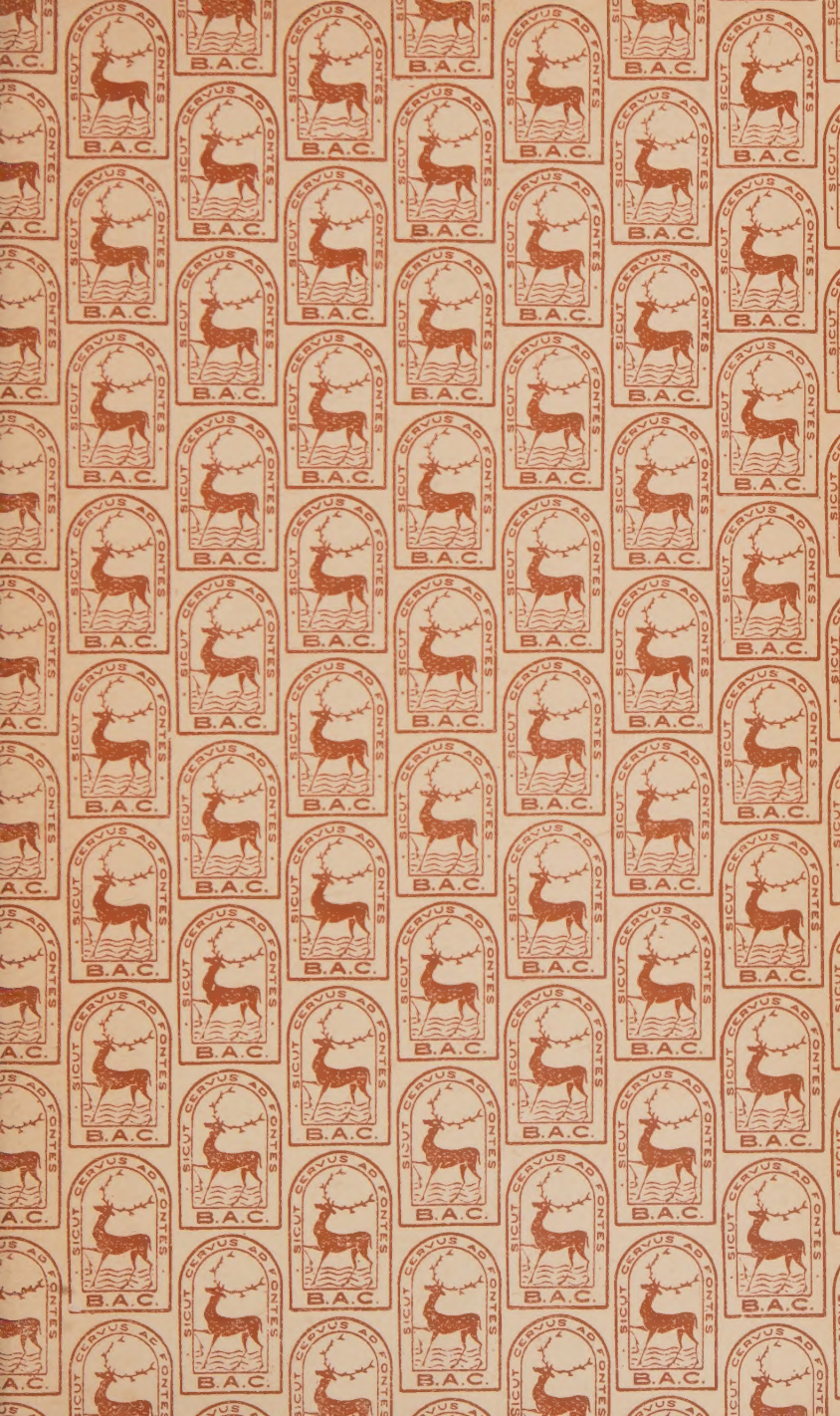
OBRAS COMPLETAS DE  
SAN BERNARDO

II











wt. 2.  
16/30

3/58



OBRAS COMPLETAS DE  
SAN BERNARDO



**BIBLIOTECA**  
D E  
**AUTORES CRISTIANOS**  
*Declarada de interés nacional*

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISIÓN DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACIÓN CON LA B. A. C., ESTÁ INTEGRADA EN EL AÑO 1955 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

**PRESIDENTE:**

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Pontificia Universidad.*

**VICEPRESIDENTE:** Ilmo. Sr. Dr. LORENZO TERRADO, *Rector Magnífico.*

**VOCALES:** R. P. Dr. Fr. AGAPITO SOBRADILLO, O. F. M. C., *Decano de la Facultad de Teología;* R. P. Dr. MARCELINO CABREROS, C. M. F., *Decano de la Facultad de Derecho;* M. I. Sr. Dr. BERNARDO RINCÓN, *Decano de la Facultad de Filosofía;* R. P. Dr. JOSÉ JIMÉNEZ, C. M. F., *Decano de la Facultad de Humanidades Clásicas;* R. P. Dr. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., *Catedrático de Sagrada Escritura;* reverendo P. Dr. BERNARDINO LLORCA, S. I., *Catedrático de Historia Eclesiástica.*

**SECRETARIO:** M. I. Sr. Dr. LUIS SALA BALUST, *Profesor.*

**LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 466**  
MADRID • MCMLV



# OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO

## II (último)

Sermones sobre el Cantar de los Cantares.—Sobre la consideración.—De las costumbres y oficios de los obispos.—Sobre la conversión.—Del amor de Dios.—Del precepto v de la dispensa.—Apología.—De la excelencia de la Nueva Milicia.—De los grados de la humildad y de la soberbia.—De la gracia y del libre albedrío.—Sobre algunas cuestiones propuestas por Hugo de San Víctor.—Contra los errores de Pedro Abelardo.—Vida de San Malaquías.—Cartas.

EDICIÓN ESPAÑOLA PREPARADA POR EL

P. GREGORIO DIEZ RAMOS, O. S. B.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID . MCMLV

**NIHIL OBSTAT :**

ANTONIO G. DEL CUETO,  
*Censor.*

**NIHIL OBSTAT :**

Fr. QUINTILIANO P. TAJADURA, O. S. B.  
*Censor.*

**IMPRIMATUR :**

† JOSÉ MARÍA  
*Ob. aux. y Vic. gen.*  
Madrid, 20 enero 1955.

**IMPRIMI POTEST :**

† Fr. ISAAC M.<sup>a</sup> TORIBIOS, O. S. B.  
*Abad de Silos.*  
Santo Domingo de Silos,  
22 junio 1953.



# I N D I C E G E N E R A L

## SERMONES SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN .....	3
SERMONES :	
1. Título del libro .....	6
2. La encarnación de Cristo .....	11
3. El beso de los pies, mano y boca del Señor .....	17
4. Triple provecho del alma .....	21
5. Cuatro géneros de espíritus .....	24
6. El Espíritu sumo e incircunscrito .....	29
7. Amor del alma a Dios .....	34
8. El Espíritu Santo, beso del Padre y del Hijo .....	40
9. Los dos pechos del Esposo .....	46
10. Tres ungüentos espirituales .....	53
11. Dos cosas pertenecientes a la redención .....	59
12. El ungüento de la piedad .....	64
13. De la gloria y alabanza a Dios .....	72
14. La Iglesia y la Sinagoga .....	76
15. El nombre de Jesús, saludable medicina .....	86
16. La contrición del corazón .....	93
17. La venida y partida del Espíritu Santo .....	103
18. Dos operaciones del Espíritu Santo .....	109
19. Del amor angélico para con Dios .....	114
20. Triple modo del amor a Dios .....	119
21. La Iglesia, arrastrada en pos de Cristo .....	125
22. Cuatro ungüentos del Esposo .....	134
23. Tres maneras de contemplar a Dios .....	143
24. El vicio de la detracción .....	157
25. La Esposa es hermosa .....	163
26. Lloro la muerte de su hermano Gerardo .....	170
27. El ornato de la Esposa .....	182
28. La negrura y hermosura del Esposo .....	193
29. Las persecuciones de la Iglesia .....	204
30. Las viñas son el pueblo fiel .....	211
31. Excelencia de la visión beatífica .....	220
32. Jesucristo, esposo y médico .....	228
33. Cuatro cosas que debe buscar el alma .....	236
34. De la humildad y la paciencia .....	249
35. Reprensión del Esposo .....	252
36. El conocimiento de las ciencias y de las letras .....	259

37.	Dos clases de conocimiento y dos clases de ignorancia ...	264
38.	La ignorancia de Dios engendra la desesperación .....	269
39.	Las carrozas de Faraón .....	273
40.	La intención es la cara del alma .....	279
41.	Consolación del alma esposa .....	282
42.	Dos humildades .....	287
43.	Consideración de la pasión de Cristo .....	295
44.	Corrección de los pecadores .....	298
45.	Doble hermosura del alma .....	303
46.	Estado y composición de la Iglesia .....	310
47.	Tres especies de flores .....	316
48.	Alabanzas entre la Esposa y el Esposo .....	322
49.	Ordenación de la caridad .....	328
50.	Doble caridad activa y afectiva .....	334
51.	Los frutos de las buenas obras .....	339
52.	Del éxtasis .....	346
53.	«Por montes y collados se significan los espíritus celestiales...» .....	351
54.	Tres clases de temor .....	357
55.	El hombre puede evitar el juicio de Dios .....	366
56.	Los pecados, paredes entre el pecador y Dios .....	369
57.	Debemos estar atentos a las visitas del Señor .....	374
58.	El Esposo exhorta a la Esposa .....	381
59.	Gemidos del alma que suspira por el cielo .....	390
60.	Incredulidad de los judíos .....	396
61.	Reliquias de la divina misericordia .....	403
62.	Morada del alma fiel .....	409
63.	Cada cual debe cultivar su viña .....	416
64.	Tentaciones de los monjes más adelantados .....	421
65.	De los herejes clandestinos .....	427
66.	Errores de los herejes .....	434
67.	Maravilloso afecto de la caridad .....	444
68.	El Esposo atiende á su Esposa, y ésta a él .....	451
69.	Abatimiento de la arrogancia .....	457
70.	Por qué al Esposo se le llama el amado .....	463
71.	De los lirios espirituales .....	466
72.	Diversos días para el hombre .....	480
73.	Cristo vendrá en forma humana a juzgar .....	488
74.	Visitas ocultas del Esposo al alma .....	494
75.	Cómo hemos de buscar a Dios .....	502
76.	De la gloria del Esposo .....	510
77.	De los malos pastores de la Iglesia .....	516
78.	La Esposa fué predestinada por Dios .....	522
79.	Retención del Esposo .....	527
80.	Disertación acerca del Verbo .....	532
81.	Semejanza del alma con el Verbo .....	539
82.	El alma no pierde su semejanza con Dios .....	547
83.	Recuperación de la semejanza con el Esposo .....	553
84.	El alma es prevenida por Dios .....	558
85.	Necesidades por las que el alma busca al Verbo .....	562
86.	Prudencia y recato de la Esposa .....	572



## T R A T A D O S

## CINCO LIBROS SOBRE LA CONSIDERACION

Págs.

PRÓLOGO .....	579
---------------	-----

## LIBRO I

## CAPÍTULOS :

1. San Bernardo se conduce del pontífice .....	581
2. Fuerza de la costumbre .....	582
3. Los prelados no deben encargarse de los litigios .....	584
4. Servidumbre digna e indigna del pontífice .....	585
5. No hay que procurar el bien ajeno con incuria del propio .....	586
6. Juzgar las causas es propio de los príncipes .....	588
7. Su ocupación, meditar las cosas eternas .....	589
8. Armonía de las cuatro primeras virtudes .....	590
9. Corrección de los ejemplos de los antecesores .....	593
10. Abusos de los abogados .....	594
11. Justicia contra los mismos .....	595

## LIBRO II

## CAPÍTULOS :

1. Apología de la Cruzada .....	596
2. Consideración y contemplación .....	599
3. Objeto de la consideración .....	599
4. Tres consideraciones de sí mismo. Primera .....	600
5. Segunda .....	601
6. Empleo de los superiores de la Iglesia .....	602
7. Se vuelve a la primera consideración .....	606
8. Excelencia de la dignidad, y potestad pontificias .....	608
9. Consideración de la propia naturaleza .....	610
10. Tercera consideración de sí mismo .....	611
11. Recomienda el examen de sí mismo .....	613
12. Comportamiento en la prosperidad y adversidad .....	614
13. Reprende el ocio y las chanzas .....	615
14. Hay que evitar la acepción de personas en el juicio .....	615

## LIBRO III

## CAPÍTULOS :

1. El pontífice debe traer a los hombres a la Iglesia .....	616
2. Sobre las apelaciones a la Santa Sede .....	620
3. El fin de los prelados es aprovechar a los demás .....	625
4. Abusos en las dignidades y privilegios de la Iglesia .....	627
5. Qué debe vigilar el pontífice .....	631

## LIBRO IV

## CAPÍTULOS :

1. De las cosas que están junto al papa .....	634
2. Sobre el pueblo romano .....	635
3. Hay que cercenar la pompa del pontífice .....	638
4. Asistentes del pontífice .....	640

5. No hay que recibir presentes .....	644
6. Administración de los bienes terrenos .....	646
7. Prendas de un pontífice .....	651

## LIBRO V

## CAPÍTULOS :

1. Sobre las cosas que están por encima de nosotros .....	652
2. Varios grados de consideración .....	653
3. Modos de investigarlas .....	655
4. Los ángeles .....	656
5. Gracias y dotes de los ángeles .....	660
6. Sólo Dios es principio y esencia .....	662
7. Dios es simplicísimo y trino .....	664
8. Unidad y Trinidad en Dios .....	667
9. Unidad en Cristo .....	668
10. La parábola de las tres medidas de harina aplicada a la persona de Cristo .....	670
11. Continuación de la consideración de Dios .....	671
12. Dios remunerador y vengador justísimo .....	672
13. Longitud, latitud, profundidad y sublimidad de Dios ...	674
14. Cómo comprender lo dicho según el Apóstol .....	676

## DE LAS COSTUMBRES Y OFICIOS DE LOS OBISPOS

PRÓLOGO .....	679
---------------	-----

## CAPÍTULOS :

1. El obispo necesita consejeros .....	680
2. Honor y decoro de las dignidades eclesiásticas .....	683
3. Principales virtudes de un prelado .....	686
4. La fe y la caridad son necesarias al obispo .....	689
5. Sobre todo necesita humildad .....	692
6. Donde se ha de apoyar nuestra gloria .....	695
7. Ambición de los eclesiásticos .....	699
8. Recomendación al obispo la humildad y la modestia .....	702
9. Ambición de los abades .....	705

## SOBRE LA CONVERSION

## CAPÍTULOS :

1. La conversión a Dios es obra de la gracia divina .....	709
2. La voz de Dios se ofrece a todos .....	711
3. Por la voz de Dios se juzga la razón a sí misma .....	712
4. Quien ama la maldad aborrece su alma y su cuerpo .....	713
5. Se debe sofocar ahora el gusano de la conciencia .....	715
6. Dificultades de la conversión .....	716
7. Consuelo de los pobres de espíritu .....	719
8. Los deleites carnales y las riquezas son cosas vanas ...	720
9. Es imposible ocultarse el pecador .....	723
10. Cómo alcanzar la salvación .....	724
11. Tentaciones de los que quieren convertirse .....	726
12. Cómo inducir a la voluntad a desear las cosas celestiales.	727
13. Consuelos de los que se convierten .....	728



	<i>Págs.</i>
14. Fastidio de las cosas terrenas .....	729
15. Purgación de la memoria .....	731
16. Modo de alcanzar la divina misericordia .....	732
17. Para ver a Dios hay que limpiar los ojos del corazón ....	733
18. Exaltación de los pacíficos .....	734
19. Reprende a los que ambicionan los grados eclesiásticos.	735
20. Reprende a los clérigos incontinentes .....	737
21. Exhorta a la penitencia .....	739
22. Los pastores deben enseñar y no huir en la persecución.	740

### *DEL AMOR DE DIOS*

PRÓLOGO .....	742
---------------	-----

#### *CAPÍTULOS :*

1. Por qué y cómo deba Dios ser amado .....	743
2. Cuánto merezca ser amado del hombre por sus bienes.	744
3. Los cristianos tienen más motivos para amar a Dios...	747
4. Quiénes más idóneos para amar a Dios .....	750
5. Denda de amor en el cristiano .....	753
6. Resumen de todo lo dicho .....	755
7. A Dios no se ama sin premio .....	756
8. Del primer grado del amor de Dios .....	760
9. Del segundo y tercer grado del amor de Dios .....	763
10. Del cuarto grado del amor de Dios .....	764
11. Cuándo tendrá lugar la perfección del amor .....	766
12. Transcriba lo dicho en otra parte sobre la caridad .....	769
13. Ley de los esclavos y asalariados .....	771
14. De la caridad de los hijos .....	773
15. De los cuatro grados del amor .....	774

### *DEL PRECEPTO Y DE LA DISPENSA*

CARTA AL ABAD DE CULOMBS .....	777
PRÓLOGO .....	778

#### *CAPÍTULOS :*

1. Las ordenanzas de las reglas son preceptos o consejos.	779
2. Quiénes pueden dispensar en las reglas .....	780
3. Dios puede dispensar en sus mandamientos dispensables .....	782
4. Qué pueden dispensar de la regla los superiores .....	784
5. Límites de la profesión .....	786
6. El religioso no debe limitar su obediencia .....	787
7. Diversos grados de obediencia .....	788
8. El desprecio es mayor pecado que la negligencia .....	790
9. Hay que obedecer a los superiores como a Dios mismo.	792
10. La obediencia molesta a solos los religiosos imperfectos.	796
11. Es diversa la transgresión de los mandatos .....	797
12. En la regla hay desaparición de obediencia .....	800
13. Refuta a los que exageran la dificultad de la obediencia.	802
14. Sobre la conciencia errónea .....	805
15. Sobre la desobediencia .....	810

16.	Paso de un monasterio a otro .....	811
17.	Responde a algunas dudas .....	816
18.	No hay que mudar de monasterio, muerto el abad .....	818
19.	Responde a otras dudas .....	820
20.	Concilia dos textos de San Pablo .....	820

## A P O L O G I A

PRÓLOGO .....	824
CAPÍTULOS :	
1. Está muy lejos de hablar mal de una orden religiosa. ....	825
2. Rechaza las calumnias que le han levantado .....	828
3. La diversidad de las órdenes no daña a la caridad .....	829
4. Es de una orden por la profesión y de todas por la caridad .....	831
5. Reprende a los que hablan mal de otras órdenes .....	834
6. Reprende a los que murmuran de los monjes de Cluny. ....	836
7. El ejercicio del espíritu es más útil que el del cuerpo. ....	838
8. Reprende los vicios que se visten de virtudes .....	840
9. Regalos de algunos monjes y abstinencia de los antiguos .....	842
10. Reprende el lujo y hermosura de los hábitos .....	845
11. Por qué no corrigen los superiores a sus inferiores .....	847
12. Abuso en las iglesias y claustros .....	848
13. Cómo mantener la caridad y la paz .....	851

## DE LA EXCELENCIA DE LA NUEVA MILICIA

PRÓLOGO .....	853
CAPÍTULOS :	
1. Una nueva Milicia .....	854
2. De la milicia secular .....	856
3. Elogia la nueva Milicia .....	857
4. Vida de los caballeros templarios .....	860
5. Del templo de Jerusalén .....	862
6. De la ciudad de Belén .....	865
7. De la ciudad de Nazaret .....	866
8. Del monte de los Olivos y del valle de Josafat .....	867
9. Del Jordán .....	869
10. Del Calvario .....	869
11. Del Santo Sepulcro .....	870
12. Del valle de Betfage .....	878
13. De Betania .....	880

## DE LOS GRADOS DE LA HUMILDAD Y DE LA SOBERBIA

PRÓLOGO .....	882
CAPÍTULOS :	
1. Jesucristo, camino de la humildad .....	883
2. Fruto de los que suben los grados de la humildad .....	885



	Págs.
3. Cómo llevan a la verdad los grados de la humildad .....	887
4. Primer grado de la verdad .....	893
5. Segundo grado de la verdad .....	896
6. Tercer grado de la verdad .....	898
7. Cómo obra en nosotros la Santísima Trinidad estos tres grados .....	899
8. Los tres grados en el rapto de San Pablo .....	902
9. San Bernardo anhela la verdad .....	904
10. Primer grado de la soberbia: la curiosidad .....	907
11. Segundo grado de la soberbia: la ligereza de espíritu .....	915
12. Tercer grado: la vana alegría .....	916
13. Cuarto grado: la jactancia .....	917
14. Quinto grado: la singularidad .....	918
15. Sexto grado: la arrogancia .....	919
16. Séptimo grado: la presunción .....	920
17. Octavo grado: la defensa de los propios pecados .....	920
18. Nono grado: la confesión fingida .....	921
19. Décimo grado: la rebelión .....	923
20. Undécimo grado: la libertad de pecar .....	924
21. Duodécimo grado: la costumbre de pecar .....	924
22. Cuándo debemos orar por los desesperados .....	925
Retractación del autor sobre algunos pasajes de este libro ...	929

## DE LA GRACIA Y DEL LIBRE ALBEDRIO.

PRÓLOGO .....	931
CAPÍTULOS :	
1. Concurrencia del libre albedrío y de la gracia .....	932
2. Qué es el libre albedrío y qué la libertad .....	934
3. Tres libertades .....	937
4. Qué libertad tienen los diversos seres .....	939
5. Libertad de miseria .....	943
6. La gracia es necesaria para querer lo bueno .....	945
7. Libertad de nuestros primeros padres en el paraíso ....	949
8. Libertad de albedrío después del pecado .....	951
9. Imagen y semejanza de Dios .....	954
10. Semejanza de Dios reparada en nosotros por Jesucristo ..	957
11. La gracia y la tentación respetan el libre albedrío .....	960
12. El temor de la muerte no quita el libre albedrío .....	961
13. Los méritos del hombre son dones de Dios .....	965
14. Qué es propio de la gracia y qué del libre albedrío .....	969

## SOBRE ALGUNAS CUESTIONES PROPUESTAS POR HUGO DE SAN VICTOR

PRÓLOGO .....	975
CAPÍTULOS :	
1. El bautismo no fué promulgado en la conversación de Jesucristo con Nicodemus .....	976
2. Cuándo comienza la obligación del bautismo .....	980

3. Conocimiento de los justos de la A. L. en las verdades de fe .....	985
4. Hay pecados de ignorancia .....	990
5. ¿Conocieron los ángeles la encarnación del Verbo? .....	991

### CONTRA LOS ERRORES DE PEDRO ABELARDO

PRÓLOGO .....	996
---------------	-----

#### CAPÍTULOS :

1. Sobre la Santísima Trinidad .....	997
2. En la Santísima Trinidad no hay desigualdad de esencia. ....	1000
3. Sobre la atribución de nombres esenciales a sola una Persona .....	1002
4. Sobre la definición de la fe .....	1006
5. Sobre el fin de la encarnación .....	1008
6. Misericordia y justicia en la obra de la redención .....	1012
7. Temeridad de Abelardo en escrutar los misterios de Dios .....	1015
8. Por qué nos ha rescatado Jesucristo tan dolorosamente... ..	1017
9. De nuevo sobre el fin de la encarnación .....	1021

### VIDA DE SAN MALAQUIAS

PRÓLOGO .....	1025
---------------	------

#### CAPÍTULOS :

1. Infancia y adolescencia .....	1028
2. Principios de vida religiosa .....	1031
3. Sacerdote. Suple las funciones del obispo .....	1033
4. Se traslada junto al obispo Malco .....	1035
5. Ofrece la santa misa por su hermana difunta .....	1038
6. Restaura el monasterio de Benchor .....	1039
7. Sana un enfermo de la disentería .....	1041
8. Acepta con repugnancia el obispado de Conneret .....	1042
9. Reedifica el monasterio de Ibrak .....	1044
10. Es hecho arzobispo y primado de Irlanda .....	1045
11. Evita milagrosamente un atentado .....	1048
12. Conquista la amistad de sus enemigos encarnizados .....	1050
13. Castiga Dios a los que murmuraban de Malaquías .....	1053
14. Renuncia a la silla episcopal .....	1054
15. Resuelve ir a Roma para recibir el palio .....	1056
16. Visita Claraval a su paso y vuelta de Roma .....	1059
17. Hace muchas curaciones milagrosas .....	1061
18. Trabaja en la reforma de su diócesis .....	1062
19. Virtudes de Malaquías .....	1064
20. Libra a dos energúmenos del demonio .....	1066
21. Favorece a muchos moribundos y parturientas .....	1068
22. Castigo de un concubinario .....	1069
23. Da la salud a muchos enfermos .....	1070
24. Resucita a una mujer .....	1073
25. Hace muchos favores a diversas personas .....	1074

	<i>Págs.</i>
26. Sostiene la verdad del cuerpo de Cristo en la Eucaristía.	1076
27. Restablece la paz y la concordia .....	1078
28. Soporta pacientemente los insultos .....	1081
29. Espíritu de profecía y milagros .....	1085
30. Predice el lugar y tiempo de su muerte. Viaje a Roma.	1087
31. Muerte en Claraval .....	1090

## C A R T A S

1. A su sobrino el monje Roberto .....	1097
3. A los canónigos regulares de Aildicourt .....	1106
4. A Arnaldo, abad de Marimond .....	1107
5. Al monje Adam .....	1109
6. A Bruno de Colonia .....	1110
11. A Guigón, prior .....	1112
17. A Pedro, cardenal diácono .....	1119
18. Al mismo .....	1120
23. A Atón, obispo de Troyes .....	1123
25. A Hugo, arzobispo de Ruán .....	1125
32. Al abad de San Nicasio, de Reims .....	1127
34. Al monje Drogo .....	1128
48. A Haimeric, canceller .....	1130
52. Al mismo .....	1132
65. A Albiso, abad de Auchin .....	1133
69. A Guido, abad de Las Tres Fuentes .....	1135
70. Al mismo .....	1137
72. A Rainaldo, abad de Foigny .....	1138
74. Al mismo .....	1141
79. Al abad Lucas .....	1142
82. Al abad de San Juan de Chartres .....	1143
83. A Simón, abad de San Nicolás .....	1145
88. A Ogerio, canónigo regular .....	1146
89. Al mismo .....	1148
91. A los abades congregados en Soissons .....	1150
91. Al abad del monasterio de York .....	1152
95. A Turstin, obispo de York .....	1153
96. A Ricardo, abad de Las Fuentes .....	1154
97. Al duque Conrado .....	1155
107. A Tomás, preboste de Beverley .....	1156
108. A Tomás de San Audomaro .....	1163
109. A Godofredo de Perrone .....	1165
113. A la virgen Sofía .....	1167
143. A sus monjes de Claraval .....	1170
144. A los mismos .....	1172
147. A Pedro, abad de Cluny .....	1174
153. A Bernardo, monje de la cartuja de Las Puertas .....	1175
154. Al mismo .....	1176
174. A los canónigos de Lyon .....	1177
228. A Pedro el Venerable .....	1181
237. A la Curia romana .....	1183
238. Al papa Eugenio .....	1185
244. A Conrado, rey de los romanos .....	1188



251.	Al papa Eugenio .....	1190
266.	A Suger, abad de San Dionisio .....	1191
301.	A Sancha, hermana del emperador de España .....	1192
334.	A Guido de Pisa .....	1193
341.	A Malaquías, arzobispo de Irlanda .....	1194
346.	Al papa Inocencio .....	1195
357.	A Malaquías, arzobispo de Irlanda .....	1196
366.	A Hildegardis, abadesa .....	1197
372.	Al obispo de Palencia, en España .....	1198
374.	A los hermanos de Irlanda .....	1200
403.	Al arcediano Enrique .....	1202
422.	A cierto abad .....	1203
449.	Al rey de los francos .....	1203
ÍNDICE DE NOMBRES .....		1205
ÍNDICE DE MATERIAS .....		1208

Respondiendo a un deber de gratitud, hago público mi reconocimiento a los reverendos PP. Angel Ruiz de Arcauzte, Abundio Rodríguez y Julio López, mis hermanos en religión, por la abnegada colaboración que me han prestado en la preparación de este segundo volumen de las *Obras completas de San Bernardo*.

FR. GREGORIO DÍEZ RAMOS, O. S. B.





*S E R M O N E S   S O B R E  
EL CANTAR DE LOS CANTARES*



San Bernardo tuvo siempre gran veneración al *Cantar de los Cantares*, el libro más sublime de la *Sagrada Escritura*, y anheló con grandes ansias comentarle; no obstante, no se creyó capaz de tan delicada empresa hasta haber alcanzado la edad madura.

Comenzó en el adviento<sup>1</sup> de 1135<sup>2</sup>, aunque anteriormente había dictado ya a Guillermo de Saint Thierry un breve comentario, al parecer de todo el *Cantar*, que por desgracia ha desaparecido<sup>3</sup>. El libro segundo de su vida, capítulo 6, nos da detalles curiosos de este comienzo, como de un episodio memorable: "El varón de Dios, encontrado algún descanso de sus ocupaciones, se retiró a una cabaña y se entregó a la meditación. En esta soledad, imagen del establo de Belén, vino a su pensamiento el *Cantar del Amor*, rico alimento espiritual. Largo tiempo pasó en esta ocupación, y lo que aprendió meditando, lo expuso después"<sup>4</sup>.

Entre 1135 y 1137 predicó solamente los 28 primeros sermones. A comienzos de 1138 tuvo que suspenderlos a causa del cisma de Anacleto II, que le obligó a trasladarse a Italia. Vuelto victorioso del Sur, reanudó su comentario con el sermón 24, que lleva ya un exordio nuevo y una conclusión diferente. El sermón 80 le pronunció después de 1148, año en que tuvo lugar el concilio de Reims, con la asistencia del papa Eugenio III, para condenar los errores de Gilberto Porretano, obispo de Poitiers, como lo recuerda San Bernardo en el número 8 del mismo sermón. Cuando le sorprendió la muerte, en 1153, llevaba predicados 86 sermones y su comentario sólo alcanzaba al versículo 1 del capítulo 3.

Los sermones al *Cantar de los Cantares* no son un comentario propiamente dicho. Más bien, a propósito del *Cantar de los Cantares*, San Bernardo trata de la vida ascética y mística. Quiere probarnos cómo en el *Cantar de*

\* PL 183, 785-1108.

<sup>1</sup> Serm. 2 al *Cantar de los Cantares*, n. 1.

<sup>2</sup> *Vita prima*, l. 2, c. 6, n. 40.

<sup>3</sup> *Vita prima*, l. 1, c. 12, n. 59.

<sup>4</sup> *Vita prima*, l. 2, c. 6, n. 40.



los Cantares se encuentra descrito con imágenes humanas el amor espiritual en su progreso hacia el grado más elevado, la unión con Dios.

Por eso pasa las cuestiones preliminares relativas al origen, época y autor del libro. Da por descontado que su autor es Salomón. El sentido literal no se puede aceptar, y "sería ridículo, impertinente e indigno de una Escritura tan santa y auténtica"<sup>5</sup>. El sentido espiritual o místico es el único verdadero. Por eso, San Bernardo cree ver en todos los textos y en todas las palabras un misterio. Por eso, también, su esfuerzo para descubrirle. Los sermones al Cantar de los Cantares revelarían en San Bernardo una imaginación fecundísima, si, como dijimos en la Introducción general<sup>6</sup>, su doctrina no fuese una asimilación de la hallada en la lectura detenida de las obras de los Santos Padres.

San Bernardo cree ver en el Cantar de los Cantares un drama espiritual epitalámico. En el diálogo toman parte varios interlocutores, a saber: el Esposo, la Esposa, los amigos del Esposo y las amigas de la Esposa o doncellitas. El Esposo es Jesucristo, hombre-Dios; la Esposa es la Iglesia o el alma fiel; los amigos del Esposo son los ángeles; y las amigas de la Esposa o doncellitas son las almas imperfectas que aspiran a la unión con Dios.

Aunque el comentario sólo llega al capítulo 3, versículo 1, en estos 86 sermones San Bernardo nos ha hablado ya de todas las virtudes y de todos los vicios; nos ha mostrado el camino de la santidad y nos ha descrito con expresiones que denotan una feliz experiencia la unión del alma con Dios. Sus principales ideas pueden encuadrarse perfectamente en el esquema ascético-místico que expusimos y explicamos en nuestra Introducción general<sup>7</sup>. Pero, si queremos buscar cierto orden objetivo, el más exacto, dentro de su amplitud, es el siguiente:

1. Los tres estadios, los tres besos (s. 1 - s. 9, n. 3).
2. Los atractivos del divino amor (s. 9, n. 4 - s. 25).
3. Orden de los conocimientos (s. 34 - s. 38).
4. Ordenación de la caridad o trabajo de la viña (s. 49 - s. 72).
5. La búsqueda del Esposo (s. 73 - s. 79).
6. Semejanza del alma con el Verbo (s. 80 - 86).

Algunas veces, prescindiendo de su fin ascético-místico, aprovecha la ocasión que se le ofrece para exponer sus

<sup>5</sup> Serm. 63 al Cantar de los Cantares, n. 1.

<sup>6</sup> Introducción general, p. 57.

<sup>7</sup> Ibid., p. 102.

teorías dogmáticas. En el sermón 5 expone las diversas clases de espíritus: el divino, el angélico, el humano y el de los brutos; en el sermón 8 trata del Espíritu Santo; en el 19 explana más sus ideas sobre los ángeles y su jerarquía; en el 27 estudia el origen del alma humana; en los sermones 64-66 rebate las herejías maniqueas; en el 71 explica la unidad entre el Padre y el Hijo; en el 80 refuta las teorías trinitarias de Gilberto Porretano.

Los elogios que muchos escritores bernardinios y ascéticos, en general, han hecho de sus sermones al Cantar de los Cantares, son calurosos y ditirámicos. Nosotros nos contentamos con invitar a su lectura a los deseosos de espiritualidad, para que juzguen por sí mismos y, sobre todo, para que reporten frutos abundantes que fortalezcan sus almas.

# S E R M O N E S   S O B R E EL CANTAR DE LOS CANTARES

## 1   DEL TÍTULO MISMO DEL LIBRO: "CANTAR DE LOS CANTARES DE SALOMÓN" \*

1. A vosotros, hermanos, han de decirse otras cosas que a los del siglo, o siquiera de otro modo. Quien sigue la forma de enseñar del Apóstol, dales leche por bebida, y no manjares sólidos<sup>1</sup>; pues él mismo nos enseña con su ejemplo que ha de ofrecer alimento más fuerte a los espirituales, al decir: Hablamos no palabras doctas de humana sabiduría, sino la doctrina del Espíritu, acomodando lo espiritual a los espirituales. Y también: Enseñamos sabiduría entre los perfectos<sup>2</sup>, entre los que confío os halláis vosotros; a no ser que os hubierais ocupado en vano durante tanto tiempo en afanes celestiales y en ejercitaros en conocer la verdad, y en meditar día y noche la ley de Dios. Preparad, pues, el paladar, no para la leche, sino para el pan. Salomón nos proporciona este pan cierto muy blanco y sabroso. Hablo del libro titulado *Cantar de los Cantares*. Salga, pues, a la mesa, y se parta, si os place.

2. Si no me equivoco, por la gracia de Dios, estáis bastante instruídos, por las palabras del Eclesiastés, en el conocimiento y menosprecio de la vanidad de este mundo. Y ¿qué diré de las parábolas? Vuestra vida y conducta, ¿no están quizá reguladas y ajustadas a los documentos en ellas contenidos? Por tanto, alimentados ya con ambos panes, que no dejan de ser de la alacena del Amigo, acercaos a comer de este tercer pan, a fin de probar lo que es aún más excelente. Pues, siendo dos los males únicos o principales que combaten al alma, a saber, el vano amor del mundo y el excesivo amor de sí mismos, aquellos dos primeros libros dan los remedios contra esta doble peste: el uno, cercenando mediante la disciplina severa todo lo que hay de corrompido en las costumbres y de superfluo en los deseos de la carne; y el otro, manifestando con la viva luz de la razón el engañoso brillo de las cosas del mundo, a través de la falsa pompa que las envuelve, y distinguiéndolas muy bien de lo sólido y verdadero. En fin, prefiere el

\* PL 183, 785.

<sup>1</sup> 1 Cor. 3, 2.

<sup>2</sup> 1 Cor. 2, 13-6.



temor de Dios y la observancia de sus mandamientos a todos los afanes humanos y deseos mundanos. Y ciertamente con razón; pues la primera de estas dos cosas es el principio de la sabiduría verdadera, y la segunda es la perfección de ella, pues ya sabéis que la verdadera y perfecta sabiduría consiste en apartarse del mal y en hacer el bien, y que nadie puede apartarse perfectamente de lo malo sin el temor de Dios, como tampoco podría hacerse obra alguna buena si no se guardasen sus mandamientos.

3. Expulsados, pues, estos dos males por la lectura de estos dos libros, puede el hombre acercarse a oír este discurso sagrado y divino, que, siendo como el fruto de entrambos, no debe ser percibido sino por corazones y oídos muy castos. Porque si el hombre no ha domado su carne con austeridades y no la ha sujetado al espíritu; si no ha despreciado las vanidades del mundo, ni se ha descargado de toda su pompa como de peso insoportable, está impuro y es indigno de lectura tan santa. Pues, así como en vano la luz hiere los ojos ciegos o cerrados, así también *el hombre animal no comprende lo que es del Espíritu de Dios*<sup>3</sup>; porque *el Espíritu Santo, que es el autor de la sabiduría, huirá de la ficción*<sup>4</sup>, que es la vida incontinente. Jamás tendrá comercio tampoco con la vanidad del mundo, siendo como es el Espíritu de Verdad<sup>5</sup>. Porque ¿qué unión cabe entre la sabiduría que viene de lo alto y la sabiduría del mundo, que es locura delante de Dios<sup>6</sup>, o la sabiduría de la carne, que es también enemiga de Dios?<sup>7</sup> Por esto no creo que, si hubiere algún amigo que estuviera aquí de paso, tendría motivo de murmurar contra nosotros, después de haber comido también este tercer pan.

4. Mas ¿quién lo partirá? El Padre de familia está presente. Reconoced al Señor en la fracción del pan. En efecto, ¿quién sino El sería capaz de partirlo? Verdad es que yo no osaría temerariamente llevarlo a cabo. Mirad a mí, pero de manera que no lo esperéis de mí. Porque yo también soy uno de los que aguardan, mendigo como vosotros, el sustento de su alma y el alimento de su espíritu. Siendo verdaderamente pobre y mendigo, llamo a la puerta de *Aquel que abre y ninguno cierra*, para obtener la inteligencia de los profundos misterios contenidos en este discurso. Los ojos de todos vueltos están a ti, Señor, como hacia el único objeto de su esperanza. *Los pequeñitos han pedido pan, y no hay quien se lo parta*. Nosotros espera-

<sup>3</sup> I Cor. 2, 14.

<sup>4</sup> Sap. 1, 5.

<sup>5</sup> Io. 11, 17.

<sup>6</sup> I Cor. 3, 19.

<sup>7</sup> Rom. 8, 7.

mos de tu bondad este favor. ¡Oh piadosísimo!, parte tu pan a los hambrientos. Esto será por mis manos, si te dignas servirte de mí, pero con tus fuerzas.

5. Decidme, os ruego, ¿quién es el que dice estas palabras: *Bésemme con el ósculo de su boca?*<sup>8</sup> ¿De quién las dice, a quién se dirigen? ¿Qué exordio es éste tan *ex abrupto*, cuyo movimiento repentino parece más bien término que principio de discurso? Pues al oírle hablar así, creeríase que alguno había hablado antes que él, y que él introduce a otra persona que le responde y que le pide un beso. Además, si esta persona pide o manda, a quienquiera que sea, que la bese, ¿por qué previene expresamente que sea *con el beso de la boca*, y aun *de la boca suya*, como si aquellos que se besan acostumbrasen hacerlo de otro modo que con la boca o como si se besasen con la boca de otro? Aún más: no se limita a decir: *Bésemme con su boca*, sino que, adoptando una manera de hablar menos usual, dice: *Bésemme con el beso de su boca*. A buen seguro, es sumamente grato ese coloquio que comienza con un místico beso; de este modo, la Sagrada Escritura, presentándonos con rostro placentero, nos invita y atrae suavemente a su lectura, por donde, si hay trabajo en descubrir sus sentidos, este trabajo se trueca en delicias; pues la dulzura del lenguaje y de la expresión suaviza el trabajo de entenderla. Mas ¿a quién no haría muy atento este principio sin principio y esta manera de hablar tan nueva en libro tan antiguo? Es lo que nos hace conocer que esta obra no es producto del espíritu humano, sino que ha sido compuesta por el Espíritu Santo; pues con tal arte está ejecutada que, aun siendo difícil de entender, hállese mucho gusto en buscar entenderla.

6. Mas ¿qué? ¿Pasaremos de largo sobre el título? No conviene dejar ni una i<sup>9</sup>, pues Jesucristo nos manda recoger los más pequeños fragmentos de las palabras sagradas a fin de que no se pierdan<sup>10</sup>. El título es éste: *Comienza el Cantar de los Cantares de Salomón*. Observad, desde luego, que el nombre de *Pacífico*, que es lo que significa *Salomón* en hebreo, cuadra muy bien al principio de un libro que empieza por un signo de paz, o sea, por un beso. Y notad, además, que esta clase de principios no invitan a la lectura e inteligencia de las partes de la Escritura, donde se encuentran, sino a las almas tranquilas y pacíficas, exentas de la turbación de las pasiones y del tumulto de los cuidados terrenales.

<sup>8</sup> Cant. 1, 1.

<sup>9</sup> Mt. 5, 18.

<sup>10</sup> Io. 6, 12.

7. Luego no creas tampoco que no haya muy poderosos motivos para que la inscripción del título no diga meramente *el Cantar*, sino *el Cantar de los Cantares*. Pues muchos cánticos he leído en la Escritura; mas no recuerdo que este nombre se dé a ningún otro. Israel cantó un cántico al Señor en acción de gracias por haber esquivado la espada y la servidumbre de Faraón, habiendo sido librado y vengado al mismo tiempo por el doble milagro del mar Rojo. Aun así, aquel cántico no se llama *el Cantar de los Cantares*, sino que la Escritura solamente dice, si mal no recuerdo: *Israel cantó este cántico para gloria del Señor*<sup>11</sup>. Débora<sup>12</sup> cantó también, cantó Judit<sup>13</sup>, cantó la madre de Samuel<sup>14</sup>; algunos profetas igualmente cantaron; mas no se lee que ninguno de ellos haya llamado a su cántico *el Cantar de los Cantares*. Por otra parte, hallaréis, a mi parecer, que todos éstos cantaron a causa de alguna ventaja que ellos o los suyos habían recibido: como por haber ganado una batalla, haber evitado un peligro, haber alcanzado lo que deseaban y otros motivos semejantes, cada cual por su motivo especial, por temor de parecer ingratos a los beneficios divinos, según esta palabra del profeta: *El justo te atabará cuando le hayas hecho alguna merced*<sup>15</sup>. Pero Salomón, aquel rey sapientísimo, admirable, elevado al cenit de la gloria, gozando de la abundancia de todos los bienes y de la seguridad de una paz perfecta, no necesitaba ninguno de estos favores de que hemos hablado, que le pudiese dar motivo para cantar su divino Cántico. No se encuentra tampoco en lugar alguno de la Escritura algo que parezca insinuar nada parecido.

8. Así, pues (Salomón), divinamente inspirado, canta en este libro los loores de Cristo y de su Iglesia, celebra las dulzuras del amor sagrado y los misterios de su eterno matrimonio, traduciendo además admirablemente los ardorosos anhelos de un alma santa. Es un verdadero canto nupcial, compuesto por aquella alma santa y extática, que en él manifiesta las dulzuras inefables de que goza, valiéndose para ello de símbolos y figuras, como también Moisés, el inspirado cantor, hubo de velar su fulgurante cara<sup>16</sup>, por cuanto nadie o casi nadie a la sazón era capaz de resistir los vivísimos rayos que de sí despedía. Por esto creo que este canto nupcial es llamado *el Cantar de los Cantares* a causa de su excelencia, como aquel Señor en honor de quien fué escrito es llamado *el Rey de los reyes y el Señor de los señores*<sup>17</sup>.

<sup>11</sup> Ex. 15, 1.

<sup>12</sup> Jud. 5, 1.

<sup>13</sup> Judith 16, 1.

<sup>14</sup> 1 Reg. 2, 1.

<sup>15</sup> Ps. 48, 19.

<sup>16</sup> Ex. 3, 6.

<sup>17</sup> 1 Tim. 6, 15.



9. Por lo demás, si consultáis vuestra propia experiencia, en la victoria que vuestra fe ha conseguido del mundo y en vuestra salida fuera del abismo de la miseria y del lodo de la hez, ¿no habéis también cantado al Señor un cántico nuevo en gratitud de las maravillas que El ha obrado? Y cuando El comenzó a afirmar vuestros pies sobre la piedra y a guiar vuestros pasos, no dudo de que para agradecerle esta renovación de vida habréis cantado otro cántico a la gloria de nuestro Dios. Mas cuando después de un arrepentimiento sincero no sólo os ha perdonado vuestros pecados, sino que os ha prometido sus premios, la alegría de que os ha inundado la esperanza de los bienes futuros, ¿no os ha animado todavía más a cantar en los caminos del Señor que la gloria del Señor es grande? Y cuando alguno de vosotros, ante alguna oscuridad en la Escritura, llega a disiparla con las luces recibidas, no hay duda tampoco que en acción de gracias por el alimento de este pan celestial hará resonar un cántico de alegría y de alabanzas, como quien se halla en delicioso festín. En fin, en vuestros ejercicios y combates diarios, que no dan tregua a los que viven en Jesucristo, tanto de parte de la carne del mundo y del diablo, pues guerra continua es la vida del hombre sobre la tierra<sup>18</sup>, como lo veis de continuo en vosotros mismos, es preciso que cada día cantéis nuevos cánticos por las victorias conseguidas. Siempre que se vence una tentación, o se doma un vicio, o se evita un inminente peligro, o se descubre la red del que tiende sus lazos, o se logra la perfecta salud de una pasión del alma inveterada, o por favor particular de Dios se adquiere alguna virtud largo tiempo deseada y con frecuencia pedida, ¿no se oye, según la expresión del profeta, *resonar acciones de gracias y voz de alabanzas*<sup>19</sup>, y a cada uno de estos beneficios no es bendecido Dios en sus dones? De lo contrario, será reputado ingrato en el día del juicio aquel que no pueda decir a Dios: *Tus mandatos eran el tema de mis cánticos en el lugar de mi peregrinación*<sup>20</sup>.

10. Creo que reconocéis ya en vosotros mismos los llamados en el Salterio *Cánticos graduales*, porque a medida que hacéis algún progreso, según los grados de virtud que cada uno ha dispuesto en su corazón, debéis cantar un cántico en alabanza y gloria a aquel Señor que es la causa de vuestro adelantamiento espiritual. Si no, no veo cómo pueda cumplirse aquel versillo del salmo que dice: *Voces de júbilo y de salvación se oyen en las moradas de los jus-*

<sup>18</sup> Iob 7, 1.

<sup>19</sup> Is. 51, 3.

<sup>20</sup> Ps. 118, 54.

tos <sup>21</sup>, o a lo menos esta bellísima y saludable exhortación del Apóstol: *Cantad en vuestro corazón salmos, himnos y cánticos espirituales* <sup>22</sup>.

11. Pero hay un cántico que por su singular dignidad y suavidad aventaja a todos estos cánticos que hemos recordado y otros cualesquiera que pueda haber. Y con razón se le puede llamar *Cantar de los Cantares*, por ser el fruto de todos los demás. Sólo la unción de la gracia y la experiencia lo enseñan. Aquellos, pues, que tienen esta experiencia le reconozcan; y los que aun no la tienen, ardan en deseos, no tanto de conocerle como de experimentarlo. Pues no es éste sonido que salga de la boca, sino alegría del corazón; no ruido de labios, sino movimiento de gozo; no concierto de voces, sino de voluntades. No se oye por afuera, pues no resuena en público. Oyenlo sólo aquella que lo canta y Aquel en cuyo honor lo canta, o sea el Esposo y la Esposa. Pues éste es un cantar nupcial que traduce los castos y dulces abrazos de los espíritus; es unión perfecta de voluntades y estrecho comercio de afectos y de mutuas inclinaciones.

12. Por lo demás, no cuadra cantarlo u oírlo al alma todavía en la infancia de la virtud y recién salida del siglo, sino a la adelantada y sabia, a la que por los progresos con la gracia de Dios realizados ha crecido tanto, no por el número de los años, sino por la grandeza de sus méritos, que ha llegado a la edad perfecta y proporcionada al matrimonio y es capaz de la unión con el Esposo celestial; tal, en fin, como nosotros la describiremos más por extenso en su lugar. Pero ha llegado ya la hora en la que la pobreza y nuestro Instituto nos precisan a ocuparnos en el trabajo de las manos. Mañana, con el divino favor, continuaremos lo comenzado acerca del *Osculo*, habiendo hoy terminado de explicar el título.

## 2 DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO, POR LOS PATRIARCAS Y PROFETAS ANUNCIADA Y POR ELLOS ARDENTÍSIMAMENTE ESPERADA Y DESEADA \*

1. Al pensar muchas veces en el ardiente deseo con que los antiguos patriarcas suspiraban por la presencia de Cristo en la carne, siéntome compungido y confuso en mis adentros; y ahora mismo apenas puedo represar las lágri-

<sup>21</sup> Ps. 117, 15.

<sup>22</sup> Eph. 5, 19.

\* PL 183, 789.

mas, de tanto como me avergüenza la tibieza e insensibilidad de estos malhadados tiempos. Porque ¿quién de entre nosotros experimenta tanto gozo de haber recibido esta gracia, como era el deseo en que ardían los santos antiguos por ver cumplida la promesa? ¿Cuántos se regocijarán en el día de Navidad, que en breve celebraremos! Mas ¡ojalá se alegren más de la Natividad que de la vanidad! Estas palabras, pues: *Bésemi con el ósculo de su boca*<sup>1</sup>, parecen respirar los ardientes anhelos y la piadosa expectación de aquéllos. Y es que todo el que entonces podía ser espiritual, sentía en su espíritu cuánta habrá de ser la gracia en aquellos labios difundida. Por eso, hablando con los deseos del alma, decían: *Bésemi con el ósculo de su boca*, ansiando no verse privados de la participación de tanta suavidad.

2. Y así, todo perfecto decía: ¿De qué me sirve toda la palabrería de los profetas? Aquel que es el más genial entre los hijos de los hombres, Aquél, vuelvo a decir, me bese con el ósculo de su boca. No quiero ya oír hablar a Moisés, que para mí es un balbuciente<sup>2</sup>. Los labios de Isaías son impuros<sup>3</sup>; Jeremías no sabe hablar, por ser un niño<sup>4</sup>. En fin, todos los profetas son mudos. Hábleme por sí mismo Aquel de quien ellos tanto hablan; El me bese con el ósculo de su boca; no me hable El más en ellos o por ellos, pues su lenguaje es como nube tenebrosa en el aire; sino bésemi El mismo con el ósculo de su boca, y que su agradable presencia y el torrente de su admirable doctrina se hagan en mí cual fuente de agua viva que salte sin cesar hasta la vida eterna. Si Aquel a quien el Padre ha ungido con el óleo de la alegría de un modo más excelente que a los otros copartícipes<sup>5</sup> se digna besarme con el ósculo de su boca, ¿no derramará sobre mí una gracia más abundante? Su palabra viva y eficaz es para mí un beso; no ya un beso que consista sólo en la conjunción de los labios, y que a veces simula la paz del corazón, sino un beso que me infunde gozos inefables, que me revela los secretos del Altísimo y con el cual queda mi alma maravillosamente iluminada y como envuelta en resplandores; pues quien a Dios se adhiere, hácese un espíritu con El<sup>6</sup>. Por eso con razón no admito ya visiones ni sueños, no quiero ya figuras y enigmas, y causanme tedio aun las hermosuras angélicas, porque aun a éstas supera con mucho mi Jesús por su gentileza y hermosura. No a otro, sea ángel, sea hombre, sino a El es a quien pido me bese con el ósculo de

<sup>1</sup> Cant. I, I.

<sup>2</sup> Ex. 4, 10.

<sup>3</sup> Is. 6, 5.

<sup>4</sup> Jer. I, 6.

<sup>5</sup> Ps. 44, 8.

<sup>6</sup> I Cor. 5, 17.



su boca. Mas no presumo haya de besarme con su boca, porque esta dicha y este privilegio singular pertenece sólo a la naturaleza humana por el Verbo asumida, sino que, más humildemente, pido sólo que me bese con el ósculo de su boca: lo que es común a muchos, que pueden decir: *Todos nosotros hemos recibido de su plenitud*<sup>7</sup>.

3. Atended bien. La boca que besa sea el Verbo que toma carne; el besado sea la carne que El asume. Y el beso que se forma de aquel que lo da y de aquel que lo recibe, sea la persona compuesta del uno y del otro, Jesucristo, el soberano mediador entre Dios y los hombres. Por esta razón ninguno de los santos osaba decir: Béseme con su boca, sino solamente con el ósculo de su boca; dejando esta prerrogativa a Aquel sobre quien la boca adorable del Verbo ha sido una vez singularmente impresa, cuando la plenitud de la Divinidad juntóse a El corporalmente. Feliz beso, que una bondad admirable hace tan lleno de maravillas, en el cual la boca no se imprime a la boca, sino que Dios es unido al hombre. Y allí la unión de los labios es la señal de la unión de los espíritus; mas aquí la unión de las dos naturalezas en Jesucristo junta las cosas divinas con las humanas, ligando con nudo de paz el cielo y la tierra. *Pues El es nuestra paz, que de dos ha hecho uno*<sup>8</sup>. Por este beso, pues, suspiraban los santos del Antiguo Testamento, presintiendo que encerraría en sí infinitos motivos de inmortal alegría y todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia<sup>9</sup>, y deseaban tener parte en la abundancia de tantos bienes como él había de traer.

4. Veo que os agrada lo que os he dicho. Pero tomad todavía otro sentido. Los santos no ignoraban, aun antes de la venida del Señor, que Dios formaba designios de paz sobre los hombres<sup>10</sup>. Pues nada pensaba sobre el mundo que no lo revelase a los profetas, sus siervos<sup>11</sup>. Mas pocos lo conocían<sup>12</sup>, porque en aquel tiempo la fe era rara sobre la tierra, y la esperanza muy tenue en la mayor parte de los mismos que aguardaban la redención de Israel. Los que lo sabían profetizaban que Jesucristo había de venir revestido de la carne y traer la paz consigo. Lo que hizo decir a uno de ellos: *El será nuestra paz*<sup>13</sup>. Ellos publicaban con toda seguridad, según la revelación recibida de lo alto, que los hombres, por su medio, recobrarían la gracia de Dios. Lo que el Precursor del Señor, Juan, reconoció estar cumplido en su tiempo, lo testificó, diciendo: *La gra-*

<sup>7</sup> Io. 1, 16.

<sup>8</sup> Eph. 2, 14.

<sup>9</sup> Col. 2, 3.

<sup>10</sup> Ier. 29, 11.

<sup>11</sup> Am. 3, 7.

<sup>12</sup> Lc. 18, 34.

<sup>13</sup> Mich. 5, 5.

cia y la verdad por Jesucristo fué hecha <sup>14</sup>; y todo el pueblo cristiano experimenta ahora ser así.

5. Pero al anunciarse la paz y al tardar en venir el Autor de la paz, vacilaba la fe del pueblo, porque no había quien le redimiese y salvase. Por ello quejábanse los hombres de la tardanza, y viendo que este Príncipe de la paz, tantas veces anunciado, no venía aún, según El lo había prometido tantos siglos antes por la boca de sus santos profetas, tenían estas promesas por sospechosas, y pedían el signo de esta reconciliación, o sea, este beso. Y cada uno del pueblo parecía responder a estos mensajeros de paz: ¿Hasta cuándo nos haréis desmayar? Largo tiempo ha que anunciáis la paz, y no viene; que prometéis la abundancia de todos los bienes, y no hay sino confusión y miseria. Los ángeles, muchas veces y en diversas maneras, han anunciado estas mismas nuevas a nuestros padres, y nuestros padres igualmente nos las han anunciado a nosotros, diciéndonos: ¡Paz! ¡Paz!, y no hay paz <sup>15</sup>. Si Dios quiere que permanezcamos persuadidos de lo que El ha prometido por mensajes tan frecuentes, aunque sin éxito, a fin de que nos convenzamos de la buena voluntad que dice tener para con nosotros, *bésenos con el ósculo de su boca*, y este signo de paz séanos prenda segura de la paz. Porque ¿cómo podemos creer ya a las palabras? Mucho más importa confirmar las palabras con los hechos. Muestre Dios que sus mensajeros son verídicos, si es que vienen de su parte; y sígalos El mismo, así como ellos lo han prometido tantas veces; pues sin El, ellos no pueden hacer nada. El ha enviado su servidor, El le ha dado su báculo, y no hay todavía voz ni vida en nosotros <sup>16</sup>. No nos levantaremos; no resucitaremos, no saldremos del polvo, ni respiraremos el aire de una santa esperanza, si el Profeta no desciende a nosotros y nos besa con el ósculo de su boca.

6. Por otra parte, Aquel que se declara nuestro mediador ante Dios, es Hijo de Dios y verdadero Dios <sup>17</sup>. ¿Y quién es el hombre para que se le manifieste? ¿Quién el hijo del hombre para que de él haga algún caso? ¿Con qué confianza me atreveré a confiarme en tan alta Majestad? ¿Cómo, no siendo yo sino polvo y ceniza, presumiré creer que Dios haya de cuidarse de mí? Es cierto que El ama a su Padre, pero El no necesita de mí ni de mis bienes. ¿Quién, pues, me asegurará de que es mi Mediador? Mas si es cierto, como decís, que Dios ha resuelto usar de misericordia y piensa en hacerse todavía tan favorable que

<sup>14</sup> Io. 1, 17.

<sup>15</sup> Ier. 6, 14.

<sup>16</sup> 4 Reg. 4, 29-31.

<sup>17</sup> 1 Tim. 2, 5.

establezca alianza de paz y haga conmigo un pacto eterno con el ósculo de su boca, a fin de que no resulten vanas las palabras que salen de sus labios, humíllese, abátase, anonádese y *bésemi con el ósculo de su boca*. El verdadero mediador debe ser acepto a entrambas partes, sin ser sospechoso a ninguna de ellas. Así, pues, el que es Dios, hágase también hombre; el que es Hijo de Dios, hágase hijo del hombre, y me tranquilizará con este ósculo de su boca, y en seguida recibiré ya con toda confianza al Hijo de Dios por mediador, porque El será para mí verdaderamente tal. Entonces ya no le tendré por sospechoso, porque El será mi hermano y de mi misma carne; no podrá ya despreciarme, siendo hueso de mis huesos y carne de mi carne.

7. Con tales quejas exigían los justos de la Ley antigua este sagrado beso, o sea, el misterio de la Encarnación del Verbo; su escasa fe languidecía poco a poco con aquella tan larga y tediosa tardanza; mientras que el pueblo infiel, vencido del disgusto y el desmayo, murmuraba contra las promesas de Dios. No es esto invención mía: vosotros mismos podéis comprobarlo en la Escritura. De ahí, sí, aquellas voces llenas de queja y de murmuración: *Manda, remanda; espera, reespera. Un poquito aquí, otro poquito allí*<sup>18</sup>. De ahí aquellas súplicas congojosas y llenas de piedad: *Premia, Señor, a los que te esperan con paciencia, a fin de que se vea la veracidad de tus profetas*. Y en otra parte: *Cumple, Señor, las predicciones de los antiguos profetas*<sup>19</sup>. De ahí también aquellas promesas tan dulces y consoladoras: *Vendrá el Señor, no saldrá fallida vuestra esperanza. Si lo dilata un poco, aguardadle, porque el que ha de venir vendrá y no tardará*<sup>20</sup>. *Su tiempo está próximo a llegar, y su día no está lejano*<sup>21</sup>. Y en la persona de Aquel que era el Prometido: *Ved ahí, dice, que voy a venir a vosotros cual río de paz y cual torrente que inundará la gloria de las naciones*<sup>22</sup>. Palabras que hacen bastante conocer así el ansia de los profetas como la desconfianza de los pueblos. Con esto se ve cómo el pueblo murmuraba y su fe vacilaba; por lo cual, según el vaticinio de Isaías, *los ángeles de paz lloraban amargamente*<sup>23</sup>. A fin de que el género humano, al ver que Cristo difería su venida, no fuese arrasado a la desesperación, y que, creyéndose menospreciado por su frágil y mortal condición, desconfiara totalmente de la reconciliación con Dios tantas veces prometida, los santos, que estaban seguros por el Espíritu, deseaban que su

<sup>18</sup> Is. 28, 10.<sup>19</sup> Eccli. 36, 18. 17.<sup>20</sup> Hab. 2, 3.<sup>21</sup> Is. 14, 1.<sup>22</sup> Is. 66, 12.<sup>23</sup> Is. 33, 7.

certidumbre fuese confirmada por la presencia del Verbo encarnado, y pedían con instancia, para remedio de flacos e incrédulos, hiciera brillar pronto ante sus ojos el signo de la paz que había de resplandecer.

8. ¡Oh raíz de Jesé, que estás expuesta como signo a los pueblos! <sup>24</sup> ¡Cuántos reyes y profetas desearon verte y no te vieron! Simeón fué el más dichoso de todos; él, cuya larga vejez fué efecto de una abundante misericordia, habiendo muy de veras deseado ver este signo, lo vió y se alegró; y en recibiendo el ósculo de paz, durmióse dulcemente en brazos de la paz, mas no sin antes haber profetizado que Jesús era nacido para ser signo de contradicción <sup>25</sup>, lo cual se cumplió a la letra. Hubo oposición a este signo de paz desde que comenzó a mostrarse; mas esta oposición no vino sino de los enemigos de la paz; porque El es la paz para los hombres de buena voluntad, pero es piedra de escándalo y de ruina para los malignos y envidiosos <sup>26</sup>. Herodes se turbó, y toda la ciudad de Jerusalén con él <sup>27</sup>; porque Jesús vino a su propia heredad, y los suyos no le recibieron <sup>28</sup>. Dichosos aquellos pastores en su vigilia, pues merecieron ver este signo. Desde entonces ya se escondía a los sabios y prudentes y no se revelaba sino a los pequeñuelos. También Herodes quiso verle; mas como no tenía buena voluntad, no mereció este favor, por cuanto El era el signo de la paz, que no se da sino a los hombres de buena voluntad. A Herodes y a otros semejantes a él no se les dará otro signo que el de Jonás. Por esto dijo el ángel a los pastores: *Este signo es para vosotros*; para vosotros, humildes; para vosotros, obedientes; para vosotros, que no blasonáis de cosas elevadas; para vosotros, que veláis y meditáis día y noche en la ley de Dios. *Para vosotros es este signo*, dice El. Pero ¿qué signo? El que los ángeles prometían, el que los pueblos pedían, el que los profetas habían predicho, *tal es el que el Señor ha hecho ahora y os lo ha mostrado*, a fin de que los incrédulos reciban fe, y los flacos esperanza, y los perfectos perfecta seguridad. Este signo, pues, es para vosotros. ¿De qué es signo El? Del perdón, de la gracia y de la paz, de una paz que no tendrá fin. Ved ahí, pues, cuál es el signo: *Encontraréis un infante envuelto en pañales y reclinado en un pesebre* <sup>29</sup>. Pero está Dios en El, reconciliando el mundo consigo <sup>30</sup>. El morirá por vuestros pecados y resucitará para vuestra justificación, para que, siendo justificados por la fe, alcancéis la paz con Dios <sup>31</sup>. Este signo de paz es el que un

<sup>24</sup> Is. II, 10.

<sup>25</sup> Lc. 2, 25. 35.

<sup>26</sup> Lc. 2, 14.

<sup>27</sup> Mt. 2, 3.

<sup>28</sup> Io. I, 11.

<sup>29</sup> Lc. 2, 12.

<sup>30</sup> 2 Cor. 5, 19.

<sup>31</sup> Rom. 4, 25; 5, 1.



profeta persuadía en otro tiempo al rey Acáz que pidiese al Señor su Dios o en lo alto de los cielos o en lo profundo de los infiernos. Mas aquel rey impío lo rehusó<sup>32</sup>, no creyendo el miserable que por este signo debía establecerse alianza eterna entre lo bajo y lo alto; habiendo los mismos infiernos recibido este signo de paz cuando, descendiendo a ellos el Señor, los salvó por un santo beso, y no habiendo tampoco dejado de participar de él los espíritus celestes con un placer eterno al volverse a los cielos.

9. Hay que dar fin al sermón; mas para recoger en resumen lo dicho, es notorio que este santo beso ha sido concedido al mundo por dos razones: a fin de afianzar en los flacos la fe y de satisfacer al deseo de los perfectos; y que este beso no es sino el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, el cual vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

### 3 DEL BESO DE LOS PIES, DE LA MANO Y DE LA BOCA DEL SEÑOR. EL PRIMERO ES EL DE LOS PENITENTES; EL SEGUNDO, DE LOS PROFICIENTES, Y EL TERCERO, DE LOS PERFECTOS \*

1. Hoy leemos en el libro de la experiencia. Miraos a vosotros mismos y examine cada cual su propia conciencia acerca de lo que vamos a decir. Yo quisiera explorar si alguno de vosotros ha recibido alguna vez la gracia de poder decir estas palabras: *Bésemme con el beso de su boca*<sup>1</sup>. Porque no a todos es dado el pronunciarlas con verdadero afecto interior, sino que sólo puede hacerlo aquel que, habiendo recibido una vez el beso espiritual de Jesucristo, siéntese excitado de su propia experiencia e impelido con más vehementes deseos de volver a gustar lo que ya experimentó cuán sabroso es. Pienso que nadie puede saber lo que es este beso sino aquel que lo hubiere experimentado, por ser maná escondido, y que sólo aquel que lo come tendrá todavía hambre de él: es fuente sellada de la que el extraño no participa; sólo aquel que bebe de ella tendrá todavía más sed. Oíd a quien la había probado y notad con cuántas ansias vuelve a pedirla: *Devuélveme*, dice, *la alegría de tu Salvador*<sup>2</sup>. Luego el alma que, como la mía, se ve aún car-

<sup>32</sup> Is. 7, 11-12.

\* PL 183, 794.

<sup>1</sup> Cant. 1, 1.

<sup>2</sup> Ps. 1, 14.

gada de pecados y sujeta a las pasiones de la carne; el alma que no ha gustado todavía las delicias del Espíritu ni ha experimentado jamás qué cosa sean dulzuras interiores, no se arrogue esto.

2. A esa alma quiero yo indicarle su lugar junto al Salvador. Por de pronto, que no se atreva a elevarse hasta el beso de su boca, antes bien contétese con permanecer conmigo postrada a sus pies, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, como el publicano<sup>3</sup>, por temor de que, estando aún sus ojos acostumbrados a las tinieblas, no quede al punto deslumbrada por la esplendorosa luz que de sí despide y se vea oprimida por su gloria; de forma que, herida súbitamente por los vivos resplandores de tan soberana Majestad, quede de nuevo envuelta en tinieblas todavía mayores y más espesas. ¡Oh alma, cualquiera que seas, que así te hallas, no te parezca vil y despreciable este lugar, en el cual la santa pecadora se despojó de la horrra de sus pecados y se revistió de santidad! Aquí fué donde esa etiopisa mudó de tez, aquí donde, al ver recobrada la blancura de su alma, pudo responder con confianza y con verdad a los que la insultaban: *Hijas de Jerusalén, negra soy, pero hermosa*<sup>4</sup>. Y si extrañáis cómo pudo ser esto y cómo mereció favor tan singular, oídló en una palabra. Lloró amargamente, sacando largos gemidos de lo más profundo de su alma, y, sacudida por saludables suspiros, vomitó los humores de hiel. El Médico celestial la socorrió prontamente, porque su palabra corre veloz<sup>5</sup>. En efecto, la palabra de Dios es como bebida confortante, activa y vehemente, que penetra los corazones y arranca de ellos las pasiones más ocultas<sup>6</sup>. *Esa palabra es viva y eficaz, es más penetrante que espada de dos filos, llegando hasta la división del alma y del espíritu, hasta la medula de los huesos, y sondea los más secretos pensamientos*<sup>7</sup>. Como esta dichosa penitente, póstrate también tú, que eres tan miserable como ella, para dejar de serlo; póstrate en tierra, abraza los pies del Salvador, aplácale besándoselos, báñalos con tus lágrimas, no para lavarlos, sino para lavarte a ti mismo y para transformarte en una de esas ovejas trasquiladas que suben blanqueadas del baño<sup>8</sup>. No te atrevas a levantar la cara, embargado de pudor y de tristeza, antes de oír tú también: *Tus pecados te son perdonados*<sup>9</sup>; o estas otras: *Levántate, levántate, hija cautiva de Sión; levántate y sacude el polvo*<sup>10</sup>.

<sup>3</sup> Lc. 18, 13.

<sup>4</sup> Cant. 1, 4.

<sup>5</sup> Ps. 147, 15.

<sup>6</sup> Ps. 7, 10.

<sup>7</sup> Hebr. 4, 12.

<sup>8</sup> Cant. 4, 2.

<sup>9</sup> Lc. 7, 37. 48.

<sup>10</sup> Is. 52, 1. 2.

3. Recibido, pues, el primer beso en los pies (del Salvador), no presumas al punto elevarte al de la boca, pues entre los dos ha de mediar el de la mano, que te sirva como de escalón para llegar allí. Mira la razón de esto: si el mismo Jesús me dijese: *Tus pecados te son perdonados*, ¿de qué me serviría esta absolución si no cesara de pecar? ¿De qué me serviría haberme despojado de mi ropa sucia y asquerosa del pecado si me la volviera a vestir de nuevo? ¿De qué me serviría el haberme lavado los pies si los manchase de nuevo después de lavados? Ciertó, muy lastimoso es el haber permanecido largo tiempo metido en el fango, cubierto de todos los vicios; mas si llegase a recaer, veríame reducido, sin duda, a una situación mucho más deplorable que la anterior, pues recuerdo muy bien que el que me sanó, al curarme de mis dolencias espirituales, me dijo: *Ves cómo has quedado sano; no peques ya más, no sea que te suceda algo peor*<sup>11</sup>. Mas para ello es menester que quien me dió voluntad de hacer penitencia me dé también la fortaleza de abstenerme de pecar, no sea que mientras hago penitencia recaiga en el crimen y mi último estado sea todavía mucho peor que el primero. ¡Ay de mí, aunque sea penitente, si llegase a retirar la mano con que me sostiene aquel Señor sin el cual nada puedo! Nada, repito, pues sin su asistencia no acertaría ni a dolerme de mi pecado ni a abstenerme de pecar. Por eso no he de olvidar aquel consejo que el Sabio me da cuando dice: *No repitas en tu oración las palabras*<sup>12</sup>; cual si dijera: no obres de manera que hayas de repetir las palabras con que pides a Dios perdón de tus pecados. Pavor me causa lo que el Juez intenta en contra del árbol que no da buen fruto<sup>13</sup>. Confieso que no estaría satisfecho de la primera gracia, por la cual me hallo ya herido del dolor de mis pecados, si no hubiera recibido de El una segunda, que me ayuda a hacer frutos dignos de verdadera penitencia, sosteniéndome para no recaer en las mismas culpas.

4. Esto me resta pedir y alcanzar antes de presumir, temerario, encumbrarme a lo más alto y secreto. No quiero alcanzar de repente lo sumo, sino subir a ello por sus pasos contados, pues cuanto desagrada a Dios la petulancia del pecador, tanto le complace la modestia del penitente. Aplacas al Señor más fácilmente si te muestras comedido, sin pretender levantarte a mayores; que es muy largo y arduo el paso de los pies a la boca, y aun sería peligroso el pretender acercarse a ella. ¿Cómo? ¿Osarías allegarte a su sagrada boca hallándote aún empolvado? ¿Re-

<sup>11</sup> Io. 5, 14.

<sup>12</sup> Eccli. 7, 15.

<sup>13</sup> Mt. 3, 10.

cién sacado del fango de tus pecados, pretenderías ya ser admitido a la contemplación de su divino rostro? Antes de pretender elevarte al beso de los labios, has de pasar por el de las manos, a fin de que con éstas te limpie de la herrumbre de tus pecados y te levante de tu postración. ¿Que cómo será esto? Dándote lo necesario para poder aspirar a ese ósculo sagrado de las manos. ¿Y qué necesitas? La hermosura de la continencia y los frutos dignos de una sincera penitencia, cuales son las obras de piedad. Estas obras te levantarán del estiércol de tus pecados y te harán concebir la dulce esperanza de elevarte a cosas mayores; pues cuando hayas recibido estos dones, podrás ya besar reverente la mano del Señor, aunque no debes atribuirte la gloria de esto, sino referirla a El por entero. Ofrécele un doble sacrificio de alabanza, no sólo por haberte perdonado los pecados, sino también por haberte dado las virtudes. Si no, te cogerían de lleno aquellas palabras del Apóstol: *¿Qué cosa tienes que no la hayas recibido? Y si la has recibido, ¿de qué te glorías, cual si no la hubieras recibido?*<sup>14</sup>

5. Cuando estos dos besos te hayan dado doble prueba de la divina bondad, quizá te halles más alentado y dispuesto a aspirar a algo más perfecto y santo; porque al ir creciendo en gracia, aumentará tu confianza, amarás con amor más ferviente y llamarás a la puerta con mayor seguridad para lo que todavía sientes que te falta, teniendo el Señor dicho que a quien llame se le abrirá. Y cierto, estando así dispuesto, no se te negará ya el beso de la boca, que sin duda es el más excelente y el más santo de todos, pues encierra en sí consuelos e inefables dulzuras. Tal es el camino que hemos de seguir, tal el orden que hemos de guardar. Ante todo hemos de echarnos a los pies del Señor para llorar allí nuestros pecados; en seguida podremos besar reverentes su bondadosa mano, suplicándole que con ella nos levante de nuestra postración y sostenga nuestra flaqueza; y esto conseguido, con reiteradas súplicas y lágrimas, quizá nos sintamos con ánimos para atrevernos a levantar nuestra cabeza hasta su misma boca, no sólo para contemplarla, sino también para besarla. Nos preparará el camino para este ósculo sublime el Espíritu de Jesucristo, Señor nuestro; de forma que, adhiriéndonos a El en su ósculo santo, nos haremos un mismo Espíritu con El por su dignación.

6. A ti, Señor Jesús, a ti con razón ha hablado mi corazón: *te ha buscado mi cara. Señor, tu cara buscaré.* Tú me diste sentir, desde los comienzos de mi conversión, tu misericordia, cuando sumida aún mi alma en el polvo, en

<sup>14</sup> I Cor. 4, 7.



besando las venerandas huellas de tus plantas, me perdonaste los deslices de mi pasada vida; después, al ir progresando en virtud, alegraste el alma de tu siervo concediéndole la inmerecida gracia de poder besar tu mano a fin de vivir más santamente. ¿Qué falta, ¡oh Señor bueno!, sino que te dignes admitirme ya al dulce beso de tu divina boca, en la plenitud de tu luz y en el fervor del espíritu, colmándome de alegría con tu rostro? Indícame, ¡oh suavísimo, oh serenísimo!, indícame dónde pastas, dónde sesteas al mediodía. Hermanos, bueno es estarnos aquí; mas un deber de caridad me llama a otra parte: acaban de notificarme la llegada de huéspedes, con lo cual he de interrumpir, más bien que terminar, mi grato argumento. Saldré al punto a recibirlos, por no faltar en nada a la caridad, de la que estamos hablando, no sea que oigamos decir de nosotros: *Dicen, y no hacen*<sup>15</sup>. Rogad entre tanto al Señor se digne recibir con agrado los voluntarios sacrificios de alabanza de mis labios, para vuestra edificación y alabanza y gloria de su nombre.

#### 4 DEL TRIPLE PROVECHO DEL ALMA, SIGNIFICADO POR EL ÓSCULO DE LOS PIES, DE LAS MANOS Y DE LA BOCA DEL SEÑOR \*

1. En el sermón de ayer hablamos de TRES PROVECHOS ESPIRITUALES que ha de realizar el alma, figurados por tres besos. Seguro que no lo habréis olvidado. Hoy tengo plan de continuar este asunto, según que Dios, por su bondad, se digne suplir mi flaqueza. Dijimos, si bien recordáis, que estos besos se dan a los pies, a la mano y a la boca de Jesucristo, correspondiendo cada beso a cada una de estas partes. El primero lo dan los que comienzan a convertirse. El segundo es propio de los ya más adelantados. Y el tercero sólo se concede a los del todo perfectos. Por este tercer beso que hemos puesto en último lugar, comienza aquella parte de la Escritura de que nos hemos propuesto tratar, y por causa de él hemos añadido los otros dos. Por poco que lo meditéis, os convenceréis de la necesidad que había de hacerlo así, pues la misma índole de la cosa parece exigirlo imperiosamente. Me extrañaría el que vosotros mismos no reconocierais la necesidad de que haya, en efecto, otros besos, entre los que quiso distinguir el de la boca quien dijo: *Bésame con el ósculo de su boca*. Y en verdad, ¿por qué, pudiendo con-

<sup>15</sup> Mt. 23, 3.

\* PL 183, 796.

tentarse con decir llanamente: *Béseme*<sup>1</sup>, añadió expresa y precisamente *con el beso de su boca*, contra la costumbre y uso corriente de hablar, sino para mostrar que el beso que pedía es el más excelente, aunque no el único? En efecto, en el hablar ordinario decimos sencillamente: *bésame* o *dame un beso*, sin que jamás se añada de tu boca. No porque no arrimemos la boca para besar, sino que eso no se expresa al pedir que nos besen. Así, por ejemplo, al contar el evangelista cómo Judas entregó a Cristo con un beso, dice que *Judas le besó*<sup>2</sup>, sin añadir que esto fuese con su boca o con un beso de su boca. Así solemos expresarnos, ya en el lenguaje hablado, ya en el escrito. Por tanto, estos tres besos simbolizan tres afectos o progresos del alma, los cuales sólo pueden conocer distinta y perfectamente quienes los han experimentado en sí mismos al conseguir pleno convencimiento del perdón de sus pecados, o de que se les ha concedido la gracia de obrar el bien, o, finalmente, de que mora en su alma de un modo sensible Aquel que les ha perdonado y comunicado tan excelentes dones, en cuanto nos es dado alcanzar esto mientras vivimos en este cuerpo frágil.

2. Mas ved todavía más claro por qué llamé besos al primero y segundo provecho. Todos sabemos que el beso es signo de paz; pues bien, si, como habla la Escritura, *nuestros pecados separan entre nosotros y Dios*<sup>3</sup>, quítese lo que está de por medio y habrá paz. Por eso, cuando, después de haber satisfecho a su justicia ofendida, somos reconciliados con El mediante la destrucción del pecado, que de El nos separaba, ¿no podremos dar el nombre de beso de paz al perdón que entonces recibimos? Pero este beso de paz no debemos recibirlo sino postrados a sus pies; porque la satisfacción con que se enmienda la soberbia transgresión debe ser humilde, modesta y ruborosa.

3. Mas tan pronto como se nos haya comunicado la gracia de una manera, por decirlo así, más familiar y abundante, a fin de que llevemos una vida mejor concertada y más digna de ser admitidos al trato con Dios, entonces nos será dado levantar nuestra frente abatida y salir del polvo en que yacíamos postrados, para poder besar con toda reverencia la mano de nuestro Libertador; con tal, empero, que no nos gloriemos en nosotros mismos de bien tan grande, antes demos toda la gloria al Señor y autor de ello; y lejos de atribuirnos sus dones, a El solo los atribuyamos. Si nos gloriásemos en nosotros mismos más bien que en el Señor, besaríamos nuestra mano, no la suya, lo cual, según

<sup>1</sup> Cant. I, 1.

<sup>2</sup> Mc. 14, 45.

<sup>3</sup> Is. 59, 1-2.

sentencia del santo Job, *sería gravísimo delito y renegar del altísimo Dios*<sup>4</sup>. Si, pues, según el testimonio de la Escritura, buscar su propia gloria equivale a besar su mano, con toda certeza puede afirmarse que quien da gloria a Dios, besa la mano de Dios. Eso vemos, en efecto, hacerse entre los hombres, pues los siervos suelen besar los pies de sus amos irritados al pedirles perdón por haberles ofendido, y los pobres besan también las manos de los ricos cuando de ellos reciben algún regalo.

4. Mas, siendo Dios espíritu puro<sup>5</sup>, siendo una sustancia simple, sin distinción de miembros corporales, quizás a alguno de vosotros le repugne admitir lo que acabo de decir y me pida le muestre las manos y los pies de Dios, a fin de justificar lo dicho acerca del beso de la mano y de los pies. Pero ¿qué podrá responderme si yo, a mi vez, pido a quien esto me pregunta que me muestre él la boca de Dios, para justificar lo que la Escritura dice del beso de la boca? Porque si Dios tiene una de estas partes, es preciso que tenga las otras, y si las otras le faltan, habrá de faltarle también ésta. Digamos, pues, que Dios tiene boca, con la que instruye a los hombres; que tiene una mano, con la que alimenta a todo viviente, y que tiene asimismo pies, cuya peana es la tierra, y hacia los cuales, volviéndose los pecadores de la tierra y abatiéndose ante ellos, satisfacen a la divina justicia. Dios, repito, tiene todo esto, mas por sus efectos, no por su naturaleza. La humilde confesión del pecador, pesarosa y vergonzosa, encuentra en Dios donde humillarse y abatirse profundamente; la ardiente devoción del alma justa, donde renovarse y fortalecerse, y la dulce contemplación del hombre perfecto, donde reposarse en sus transportes y éxtasis. Aquel que gobierna todo, lo es todo para todas las cosas, aunque, propiamente hablando, no es nada de todas estas cosas. Pues si se le considera en sí mismo, El habita una luz inaccesible<sup>6</sup>; su paz excede a todo lo que de ella cabe imaginar<sup>7</sup>; su sabiduría no tiene límites<sup>8</sup>, ni confines su grandeza<sup>9</sup>; y ningún hombre le podrá ver en esta vida<sup>10</sup>. Mas no por eso está lejos de cada uno de nosotros, siendo como es el Ser soberano que lo contiene todo en sí, y sin el cual todas las cosas volverían a la nada, de donde las sacó. Y lo que es todavía más admirable, nada más presente que El, a pesar de lo cual nada hay más incomprensible. Porque ¿qué hay más presente a cada una de las cosas que su ser propio? Y, sin embargo, ¿qué hay más incomprensible para cada

<sup>4</sup> Job 31, 28.

<sup>5</sup> Io. 4, 24.

<sup>6</sup> 1 Tim. 6, 16.

<sup>7</sup> Phil. 4, 7.

<sup>8</sup> Ps. 146, 5.

<sup>9</sup> Ps. 144, 3.

<sup>10</sup> Ex. 33, 20.

cosa que el Ser de todas las cosas? Digo que Dios es el Ser de todas las cosas, no porque ellas tengan el mismo ser que El, sino porque *todas proceden de El, subsisten por El y existen en El*<sup>11</sup>. Aquel, pues, que ha criado todas las cosas, es el Ser de todas ellas, no material, sino causal, siendo la causa y el principio de las mismas. Así aquella altísima Majestad se digna serlo todo para sus criaturas. El es el Ser generalmente de todas: El es la vida de los animales, la luz intelectual de los racionales, la virtud de los que usan de ella bien y la gloria de los vencedores en guerra contra el poder de las tinieblas.

5. Y para crear todas las cosas, gobernarlas, administrarlas, moverlas, hacerlas crecer, renovarlas y afirmarlas, no precisa de instrumento alguno corporal, cuando con sólo su palabra crió todas las cosas: cuerpos y espíritus. Las almas necesitan cuerpos y sentidos corporales para darse mutuamente a conocer y para obrar unas sobre otras. No así respecto de Dios todopoderoso, porque el efecto sigue a su voluntad con admirable prontitud, ya para criar las cosas, ya para ordenarlas a su gusto. Ejerce su poder sobre lo que El quiere, sin precisar el concurso de miembros corporales. Qué, ¿pensáis que para mirar las cosas por El creadas tiene que ayudarse de los sentidos del cuerpo? Nada se esconde ni huye de su luz, presente por doquier, aunque para conocer una cosa no ha de usar sentidos que se la representen. Y no sólo conoce todas las cosas sin tener cuerpo, sino que El mismo se hace conocer de los limpios de corazón sin intermedio de cuerpo alguno. Digo lo mismo más ampliamente para que se haga más clara. Mas como apremia ya terminar el sermón, será quizá más aconsejable diferirlo para mañana.

## 5 DE CUATRO GÉNEROS DE ESPÍRITUS: EL DE DIOS, EL DEL ÁNGEL, EL DEL HOMBRE Y EL DE LA BESTIA \*

1. Todos vosotros sabéis cómo hay cuatro géneros de espíritus: el de la bestia, el del hombre, el del ángel y el que creó a éstos. De todos estos espíritus, ninguno hay que no necesite de un cuerpo o de la semejanza de un cuerpo, ya para su uso particular, ya para el de otros, ya para ambos juntamente; vese libre de tal necesidad tan sólo Aquel a quien toda criatura, tanto corporal como espiritual, dice con justicia y con sincero reconocimiento: *Tú eres mi Dios, que no nece-*

<sup>11</sup> Rom. 11, 36.

\* PL 183, 798.



*sitas mis bienes*<sup>1</sup>. En cuanto al primero de aquestos cuatro espíritus, es cierto que de tal modo necesita del cuerpo, que no puede subsistir sin él de cualquier manera que sea; pues el espíritu de la bestia cesa de vivir, como también de dar la vida al cuerpo que anima, al punto mismo en que la bestia muere. En cuanto a nosotros, no hay duda de que vivimos aun después de morir nuestro cuerpo; pero es también indudable que sin el cuerpo no podemos conocer aquello en que consiste la vida feliz. Había experimentado esta verdad aquel que decía: *Las perfecciones invisibles de Dios hácense visibles por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas*<sup>2</sup>; por cuanto las cosas criadas, es decir, las corporales y visibles, no llegamos a conocerlas sino por medio de los sentidos. Las criaturas espirituales, pues, de las que somos nosotros, necesitan cuerpo, ya que sin él no pueden adquirir aquella ciencia que lleva a otra más sublime, cual es el conocimiento beatífico de Dios. Y si se me objeta que los infantes reengendrados por el bautismo no dejan de pasar a la vida bienaventurada, como la fe nos lo enseña, aunque salgan del cuerpo sin esta ciencia de las cosas corporales, a esto respondo brevemente que esto se lo confiere la gracia, no la naturaleza; y ¿qué me importa el milagro de Dios, cuando deserto de cosas naturales?

2. Ahora bien, que los espíritus supercelestes necesitan también de los cuerpos, nos lo asegura sobre todo aquella sentencia verdadera y verdaderamente divina del Apóstol: *¿No son todos ellos, dice, espíritus administradores, enviados para su ministerio a favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?*<sup>3</sup> Pues bien, ¿cómo pudieran ellos cumplir su ministerio sin servirse de un cuerpo, especialmente habiendo de ejercerlo entre los que viven en cuerpo? Por otra parte, es propio de los cuerpos el correr acá y allá, pasando de uno a otro lugar; y esto es precisamente lo que hacían a menudo los ángeles, según nos lo testifica en muchos pasajes la Sagrada Escritura. Y así los vemos aparecerse a los patriarcas, entrar en sus casas, comer con ellos y lavarles los pies; pudiendo decirse que así los espíritus superiores como los inferiores necesitan de cuerpos que les sean como propios, no para ayudarse, sino para ayudar a otros.

3. En cuanto a las bestias, por su condición son esclavas del hombre, a quien sólo pueden prestar servicios corporales y temporales; de ahí que sus espíritus pasan con el tiempo y mueren con su cuerpo, pues un criado no permanece siempre en una casa. Pero los que se sirven bien de ellas

<sup>1</sup> Ps. 15, 2.

<sup>2</sup> Rom. 1, 20.

<sup>3</sup> Hebr. 1, 14.

pueden sacar de aquí ganancia espiritual duradera para siempre. Mas el ángel, espíritu libre, ejerce un ministerio de piedad sirviendo a los hombres con prontitud y alegría para procurarles los bienes futuros, habiendo de ser para siempre sus conciudadanos y coherederos en el goce de una dicha inmortal. La bestia, pues, tiene necesidad de cuerpo para servir, conforme a su natural condición, y el ángel para ofrecer asistencias piadosas y caritativas; pero, en fin, ambos necesitan de él para servir a otros. En cuanto a los ángeles, no veo qué ventaja puedan reportar de los cuernos, a lo menos para la eternidad. El espíritu irracional participa en algún conocimiento de las cosas corporales por medio del cuerpo; pero éste no le sirve hasta el punto de elevarlo poco a poco por medio de lo sensible, de que él forma parte, hasta lo espiritual e inteligible. Mas, por los servicios pasajeros que presta, es un medio para elevarse a ellas respecto de aquellos que transfieren todo el uso de las cosas temporales al fruto de las eternas, usando de este mundo como si no usasen de él.

4. Respecto al espíritu angélico, puede éste comprender las cosas más elevadas y penetrar las más secretas sin necesidad alguna de cuerpo ni de sentidos corporales con que se perciben las cosas exteriores, por la sola vivacidad de su naturaleza y la sola proximidad de Dios de que goza. Es lo que el Apóstol entendía, cuando, habiendo dicho: *Las grandezas invisibles de Dios hácese visibles por el conocimiento que de ellas nos dan las criaturas*, añadió inmediatamente: *Después de la creación de este mundo*; puesto que no sucedía desde la creación del mundo angélico. Ciertamente, lo que el alma humana, vestida de carne y moradora de este bajo suelo, se esfuerza en penetrar poco a poco y como por grados, sirviéndose para ello de la consideración de las cosas visibles, el espíritu que mora en los cielos, por su sutileza y sublimidad naturales, lo cala con pasmosa rapidez y facilidad, sin precisar para nada de sentidos corporales ni de objeto material alguno. En efecto, ¿para qué habrá de emplear sentidos corporales en la investigación de lo espiritual quien todo lo ve y entiende clarísimamente y sin esfuerzo alguno en el libro de la vida? ¿A qué cansarse en extraer con el sudor de su frente el grano de la paja, el mosto de los racimos y el aceite de las olivas, aquel que nada en la abundancia de todo esto y lo tiene siempre al alcance de su mano? ¿Quién querría ir mendigando su pan en puerta ajena, teniéndolo abundante en su propia casa? ¿Quién se fatigaría en cavar un pozo y buscar venas de agua con mucho trabajo en las entrañas de la tierra, manándole una fuente viva y abundante de límpidas aguas? Así, pues, ni el espíritu de los animales irracionales ni el de los án-

geles reciben alguna ayuda de sus cuerpos para poseer lo que puede hacer dichosa a la criatura espiritual, pues el primero no es capaz de comprenderlas, por su natural estupidez, y los segundos no las necesitan, por la prerrogativa de su gloria más excelente.

5. Ahora bien, el espíritu del hombre, que ocupa como el lugar medio entre lo más elevado y lo más bajo, es evidente que de tal modo tiene necesidad de un cuerpo, que sin él ni puede bastarse a sí mismo ni servir a otros. Pues, sin hablar de otras partes del cuerpo y de sus empleos, decidme, ¿cómo podríais sin lengua instruir al que os oye, o sin orejas oír al que os instruye?

6. Por eso, ya que, sin la ayuda de un cuerpo, ni el espíritu animal puede cumplir los menesteres de su condición servil, ni el angélico los de su ministerio de caridad, ni el alma racional puede atender a su prójimo ni a sí mismo en lo concerniente a la salvación, parece deducirse de aquí que todo espíritu criado tiene absoluta necesidad de la asistencia de un cuerpo, o para utilidad de otros, o para la suya propia, o para la de entrambos juntamente. Hay animales, decís, que son incómodos y de los que no se acertaría a sacar utilidad ni servicio. A esto respondo que sirven al menos para recrear la vista, aunque no reporten otro provecho, siendo más útiles al alma de aquellos que los miran que pudieran serlo al cuerpo de los que se alimentaran de ellos. Y aun siendo nocivos y perniciosos a la vida corporal de los hombres, hay siempre en ellos cosas que contribuyen al bien de aquellos que, según el decreto eterno de Dios, son llamados a la santidad; pues aun cuando no les sirvan de alimento ni les reporten otra utilidad, siempre podrán estimular su inteligencia para que, como seres racionales que son, suban al conocimiento de las grandezas invisibles de Dios por la consideración de las cosas criadas y visibles. En cuanto al diablo y sus satélites, aunque su intención es siempre maligna y desean siempre dañar, no por eso logran sus perversos designios con los firmemente resueltos a obrar el bien, de los que dice San Pedro: *¿Quién hay que pueda dañaros si sólo pensáis en obrar el bien?*<sup>4</sup> A éstos, lejos de causarles daño alguno, les proporcionan ocasiones de santificarse mas y más, a despecho de sus malignos intentos.

7. Ahora bien, los cuerpos angélicos, ¿les son naturales, como lo son los de los hombres? ¿Están formados de carne y huesos como los nuestros, aunque revestidos de inmortalidad, de la cual no gozamos aún nosotros? ¿Pue-

<sup>4</sup> 1 Petr. 3, 13.

den los ángeles transformar los cuerpos que utilizan, dándoles la forma y apariencia que le pluguiere? ¿Está en su mano rarificarlos y solidificarlos, y también hacerlos impalpables e invisibles, cual conviene a la simplicidad de su naturaleza y sustancia, o bien, siendo esta naturaleza espiritual y simple, emplean cuerpos sólo cuando los necesitan, de forma que, una vez cumplido su ministerio, los disuelven o disipan, devolviéndolos a su natural estado? <sup>5</sup> No insistáis en estas preguntas. Anda dividido el parecer de los Santos Padres acerca de este particular, y no veo tampoco cuál sea la opinión verdadera; ingenuamente confieso que no lo sé. Fuera de que, a mi ver, el conocer esto sería bastante inútil para vuestro adelantamiento espiritual.

8. Pero sí deseo sepáis que ningún espíritu criado puede por sí mismo unirse a los nuestros, de suerte que, sin la interposición de algún cuerpo, él se mezcle de tal manera con nosotros, que esta comunicación o infusión nos haga sabios o más sabios, buenos o mejores de lo que éramos. Ningún ángel, ningún alma puede juntarse a mí de esta manera ni puedo yo recibirla. Los ángeles mismos no lo son unos para con otros; tal atribución reservada está al solo Espíritu soberano, a este Espíritu sin términos ni límites, el que, cuando instruye a los ángeles o a los hombres, no necesita crear en nosotros orejas para hacerse oír, como tampoco precisa boca para hablar. El se difunde en nuestras almas por sí mismo y hácese conocer por sí mismo. Siendo puro espíritu, es comprendido por los puros. El solo no necesita de nadie, bastándose a sí mismo y a todos por sola su voluntad omnipotente.

9. Obra también Dios inmensas e innumerables maravillas por medio de las criaturas, ya corporales, ya espirituales, a El sometidas; pero como mandándolas, no como mendigando. Ved, verbigracia, cómo el servirse ahora de mi lengua para hacer una obra suya, la de enseñar, es efecto de su bondad, no de su indigencia, pudiendo, sin duda, hacerlo él mismo, y mucho más suave y fácilmente. Es esto ciertamente indulgencia, no indigencia. Es menester que todo hombre que obra el bien tenga este mismo sentir, no sea que se glorie de los bienes del Señor en sí mismo, no en el Señor. Hay, sin embargo, quienes obran el bien sin quererlo, como el mal hombre o el ángel malo, y entonces es cierto que lo bueno hecho por él no es hecho

---

<sup>5</sup> Hoy está claro que los ángeles son espíritus puros. No obstante, la cuestión fue muy debatida en la antigüedad. San Bernardo, fiel intérprete de los Padres, no puede definirse totalmente porque ellos se hallan en contradicción. La misma duda encontramos en el libro 5 *De la consideración*, c. 4.



para él, ya que ningún bien puede servir al que a disgusto lo ejecuta. Ese tal no es sino mero dispensador del bien que hace; y, no sé por qué, pero es lo cierto que el bien que recibimos por un mal dispensador nos parece más dulce y agradable. Así vemos que Dios dispensa a veces beneficios a los buenos por medio de los malos, aunque sin necesitar de su ministerio.

10. En cuanto a los seres sin razón o sentido, es constante que mucho menos necesita Dios de ellos para obrar. Mas cuando contribuyen también a alguna buena obra, se ve que todo obedece a aquel Señor que tiene derecho para decir: *Toda la tierra mía es*". O cierto, porque El sabe cuáles son los medios más conducentes para hacer algo, no busca tanto la virtud de los seres corporales de que se sirve como la congruencia y relación que tienen con los efectos a que los emplea. Suponiendo, pues, como cierto que Dios se sirve ordinariamente y muy a propósito de los cuerpos para realizar sus obras, como, por ejemplo, de las aguas para hacer brotar las semillas, para mutiplicar las cosechas del trigo y para nutrir los frutos, decidme, os ruego, si El tuviera cuerpo, ¿qué haría con él un Señor a quien es cierto que a la menor señal obedecen todos los cuerpos sin distinción alguna, así terrestres como celestes? Fuérale, sin duda, superfluo tener uno, no habiendo ninguno del que no pueda echar mano. Mas si quisiéramos abarcar en este discurso todo cuanto cabe decir sobre esto, resultaría harto prolijo y quizás fastidioso a alguno. Por eso dejaremos lo restante para el principio de otro sermón.

## 6 DEL ESPÍRITU SUMO E INCIRCUNSCRITO, QUE ES DIOS, Y EN QUÉ SENTIDO SE DICE QUE LA MISERICORDIA Y EL JUICIO SON LOS PIES DEL SEÑOR \*

1. Para que este discurso enlace con el anterior, recordad que dijimos que únicamente el Espíritu soberano, ilimitado, no necesita el concurso de cuerpo alguno para cuanto El quiere hacer. No tengamos, pues, dificultad en decir que sólo Dios es verdaderamente incorpóreo, como lo reconocemos único verdaderamente inmortal, por ser el único Espíritu, de tal suerte elevado sobre los cuerpos, que no precisa de su ministerio en sus obras; contentándose, cuando a El le place, con el mero arbitrio de su voluntad.

" Ps. 49, 12.

\* PL 183, 803.

Nada hay fuera de esta soberana Majestad que no haya de utilizar la ayuda de un cuerpo, ya para sí, ya para otros; porque a sólo su soberano mandato hácese todo sin dilación alguna; todo lo que hay de más grande póstrase bajo de El, todo le cede sin resistencia, todo le obedece sin oposición; y eso sin la mediación y asistencia de criatura alguna corporal o espiritual. El enseña o advierte sin lengua, El da o recibe sin manos, El corre sin pies y socorre a los que perecen.

2. Por donde le vemos hacer frecuentemente todo esto con los patriarcas en los primeros siglos. Los hombres experimentaban sus continuos beneficios sin saber quién fuese su bienhechor. Su poder se extendía con fuerza invencible desde lo más alto de los cielos hasta el fondo de los abismos; mas como disponía todo con suavidad, los hombres no le conocían. Regalábanse con los bienes recibidos del Señor de los ejércitos, porque todos sus juicios eran dulces y tranquilos. Procedían de El a fuer de criaturas suyas; pero no estaban con El. Vivían por El, no vivían para El. De El tenían toda su sabiduría, mas no empleaban tal sabiduría en amarle, llenos todos de ingratitud y necesidad. Con eso no atribuyeron su ser, su vida y sabiduría al Autor de todo, sino a la naturaleza, o, lo que es aún mayor necesidad, a la fortuna. Muchos también atribuían algunas cosas a sus propias fuerzas. ¡Cuántos homenajes usurpaban los espíritus de seducción! ¡Cuántos recibían el sol y la luna! ¡Cuántos se tributaban a la tierra y al agua! ¡Cuántos aun a las obras hechas por hombres, a hierbas, a árboles, a simientes viles, cual si fueran otras tantas divinidades!

3. ¡Ay! Así los hombres pervirtieron y trocaron los objetos de su adoración en las figuras de bestias brutas que comen heno y hierba<sup>1</sup>. Pero, compadecido Dios de su extravío, se dignó salir del monte sombrío y espeso y poner su morada en el sol<sup>2</sup>. El ha ofrecido su carne a los sabios, para que aprendiesen a gustar también del espíritu. Pues mientras en la carne y por la carne hacía obras, no propias de la carne, sino de un Dios, mandando a la naturaleza, superando a la fortuna, haciendo necia la sabiduría de los hombres y domando la tiranía de los demonios, dió a conocer claramente que El era Aquel mismo por quien todas estas maravillas se hacían en pasados tiempos. Obrando, repito, en la carne y por la carne acciones tan maravillosas, que, saliendo de una mano todopoderosa,

<sup>1</sup> Ps. 105, 20.

<sup>2</sup> Ps. 18, 6.

se difundían por doquier, dando instrucciones tan divinas y saludables y sufriendo tormentos tan crueles y tan indignos, mostró con evidencia ser El quien había criado el mundo con poder tan soberano como invisible, que lo gobernaba con admirable sabiduría y lo sostenía con bondad infinita. En fin, cuando predicaba la vida eterna a los ingratos, hacía milagros para convertir a los infieles y oraba por los mismos que le crucificaban, ¿no declaraba a las claras ser Aquel que con su Padre hace nacer su sol sobre buenos y sobre malos y llover sobre justos e injustos<sup>3</sup>, siendo esto lo que El mismo decía: *Si no hago obras de mi Padre, no me creáis?*<sup>4</sup>

4. Ved cómo abre su boca, cuando instruye a sus discípulos en el monte, el mismo que instruye a los ángeles en el cielo, en silencio adorable; ved cómo al mero contacto de sus manos cúrase la lepra, la vista se recobra, el oído se restablece, la lengua se suelta, el discípulo a punto de hundirse es salvado, y El es constantemente reconocido por Aquel a quien David había dicho mucho tiempo antes: *Abres tu mano y colmas a todos los vivientes de bendición*<sup>5</sup>. Y en otra parte: *Cuando abras tu mano, todo será lleno de tu bondad*<sup>6</sup>. Como que la pecadora, si bien lo advertís, estando postrada a sus pies, hondamente dolida de sus pecados, oye estas palabras: *Tus pecados te son perdonados*<sup>7</sup>, y reconoce a Aquel de quien había leído lo tantos siglos antes escrito: *El diablo le saldrá al paso*<sup>8</sup>; pues al ser los pecados perdonados, queda el diablo lanzado del alma del pecador. Esto es lo que le hace decir generalmente de todos los penitentes: *Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe del mundo será lanzado afuera*<sup>9</sup>; porque Dios remite las culpas al que humildemente las confiesa y el diablo pierde el imperio que tenía usurpado en su corazón.

5. En fin, camina con sus pies sobre las aguas<sup>10</sup>, siendo Aquel de quien el profeta había cantado antes de haberse encarnado: *Te abriste camino dentro del mar; anduviste por entre las aguas profundas*. Es decir, abatiste los corazones altivos de los soberbios y reprimes los desordenados apetitos de los hombres carnales, justificando a los impíos y humillando a los soberbios. Mas porque todo esto se obra invisiblemente, el hombre carnal ignora que lo hace. Por donde añade el profeta: *Y no se reconocerán las*

<sup>3</sup> Mt. 5, 45.

<sup>4</sup> Io. 10, 37.

<sup>5</sup> Ps. 144, 16.

<sup>6</sup> Ps. 103, 28.

<sup>7</sup> Lc. 7, 48.

<sup>8</sup> Hab. 3, 5.

<sup>9</sup> Io. 12, 31.

<sup>10</sup> Mt. 14, 25.

*huellas de tus pisadas*<sup>11</sup>. Y también por esta misma razón Dios Padre dice a su Hijo: *Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por peana de tus pies*<sup>12</sup>. O sea, hasta que sujete a tu voluntad a todos aquellos que te menosprecian, sea que no lo quieran y permanezcan miserables, sea que lo quieran y salgan de su miseria. Pues no siendo la carne capaz de concebir esta obra del todo espiritual, porque el hombre animal no comprende lo que es del Espíritu de Dios<sup>13</sup>, fué preciso que la pecadora, postrada corporalmente a sus *pies* corporales y besándoselos, recibiese el perdón de sus culpas y que así este cambio de la diestra del Altísimo<sup>14</sup>, por el cual El justifica al impío admirable, aunque invisiblemente, fuese conocido de los mismos hombres carnales.

6. Pero he de pararme algo en esto de los *pies* espirituales de Dios, que el penitente debe besar, desde luego. Conozco vuestra loable curiosidad, que no quiere dejar pasar nada sin haberlo sondeado perfectamente. Tampoco conviene despreciar como cosa baladí el saber cuáles son estos *pies* que la Escritura con tanta frecuencia atribuye a Dios, y con los cuales le representa, ya como levantado, cuando dice: *Le adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies*<sup>15</sup>; ya como caminando, al decir: *Habitaré entre ellos y andaré con ellos*<sup>16</sup>; ya como corriendo, según aquellas palabras: *Saltó como gigante en su carrera*<sup>17</sup>. Si el Apóstol ha juzgado sabiamente que podía ver en la *cabeza de Jesucristo su divinidad*<sup>18</sup>, creo yo que podremos también referir a sus dos *pies* su humanidad y llamar al uno de ellos *misericordia*, y al otro, *juicio*. Estas dos palabras os son bastante conocidas, y si queréis en ellas reflexionar un poco, se os presentarán muchos lugares de la Escritura en que son empleadas. Que Dios haya tomado el *pie* de la misericordia al asumir la carne con la cual se unió, la carta de San Pablo a los Hebreos nos lo enseña, testificando que Jesucristo ha llevado todas las enfermedades de la humana naturaleza a causa de la figura del pecado que había tomado, a fin de ejercer sobre nosotros su *misericordia*<sup>19</sup>. Y en cuanto al otro, que hemos llamado *juicio*, ¿no manifiesta claramente el Hombre Dios que ese juicio pertenece también al hombre de que El se revistiera en la *Encarnación*, cuando dice que su Padre le ha dado *poder de juzgar, porque El es el Hijo del hombre?*<sup>20</sup>

<sup>11</sup> Ps. 76, 20.

<sup>12</sup> Ps. 109, 1.

<sup>13</sup> I Cor. 2, 14.

<sup>14</sup> Ps. 76, 11.

<sup>15</sup> Ps. 31, 7.

<sup>16</sup> Lev. 26, 12; 2 Cor. 6, 16.

<sup>17</sup> Ps. 18, 6.

<sup>18</sup> I Cor. 11, 3

<sup>19</sup> Hebr. 4, 15.

<sup>20</sup> Io. 5, 27.



7. Sin duda, pues, con estos dos *pies*, que sostenían con tanta proporción una sola cabeza, que es de la divinidad, el invisible Emmanuel, nacido de mujer, nacido bajo la ley, ha aparecido en la tierra y ha convivido con los hombres<sup>21</sup>. Con estos dos *pies* andaba entre ellos, pero invisible y espiritualmente, haciéndoles bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo. Con estos *pies*, repito, camina aún ahora entre las almas devotas, ilustrando y penetrando sin cesar los corazones y los afectos de los fieles. A no dudarlo, que estos dos *pies* son aquellas dos piernas del Esposo, que la Esposa tan magníficamente encomienda en lo que se sigue, comparándolas, si no me engaño, a columnas de mármol asentadas sobre basas de oro<sup>22</sup>. Y cierto muy bien dicho; porque, después de encarnarse la Sabiduría de Dios, que es designada por el oro, *la misericordia y la verdad se encontraron*<sup>23</sup>; y todos los caminos del Señor son misericordia y verdad<sup>24</sup>.

8. Dichosa el alma en quien el Señor Jesús imprime estos dos *pies*. Son dos las señales que nos dan a conocer a las que han sido favorecidas con la impresión de esos divinos vestigios, a saber: el *temor* y la *esperanza*. Aquél representa la imagen del juicio: ésta, la de la misericordia. Por eso con sobrada razón *Dios se complace en los que le temen y en los que esperan en su misericordia*<sup>25</sup>, porque el temor es el principio de la sabiduría<sup>26</sup>, y la esperanza es su progreso; reservándose la perfección tan sólo a la caridad. Siendo esto así, no es pequeño el fruto de este primer beso, que se imprime en los *pies*. Procurad, por tanto, no veros privados ni del uno ni del otro. Si estáis verdaderamente afectados por el dolor de vuestros pecados y el temor del juicio divino, habéis impreso vuestros labios con vestigio de la *verdad* y del *juicio*. Y si templáis este temor y dolor de vuestras culpas con la idea de la divina bondad y la esperanza de alcanzar perdón, sabed que con esto besáis también el *pie* de la misericordia. Mas no conviene besar el uno sin el otro, porque sólo la memoria del *juicio* precipita en el abismo de la desesperación, y el pensamiento de la *misericordia*, si el hombre se lisonjea de ella falsamente, engendra muy perniciosa presunción.

9. Yo he recibido algunas veces, por más que no sea sino un miserable pecador, la inestimable gracia de sentarme junto a los *pies* del Señor Jesús. En tal estado, abrazaba ora el uno, ora el otro, con todo el afecto de mis entrañas, según que su bondad me lo permitía. Mas si alguna

<sup>21</sup> Bar. 3, 38.

<sup>22</sup> Cant. 5, 15.

<sup>23</sup> Ps. 84, 11.

<sup>24</sup> Ps. 24, 10.

<sup>25</sup> Ps. 146, 11.

<sup>26</sup> Prov. 1, 7.

vez acontecía que, oprimido por los remordimientos de mi conciencia y como olvidado de la *misericordia*, me aplicaba algo más de lo conveniente a la consideración del *juicio*, al punto, poseído de espanto indescriptible, abatido de vergüenza y envuelto en tinieblas, no hacía sino lanzar este grito angustioso desde el fondo de mi corazón: *¿Quién conocerá la grandeza de tu ira, calculará sin temor tu ira?*<sup>27</sup> Y si, por otra parte, dejando el *pie* del *juicio*, me mantenía abrazado más de lo conveniente al de la *misericordia*, caía en tan gran incuria y negligencia, que al punto mi oración era más tibia, mi acción más perezosa, mi risa más pronta, mis palabras más inconsideradas, y, en fin, toda la disposición de mi hombre interior y exterior, más inconstante. Instruído, pues, por propia experiencia, ya no te alabaré más, Señor, sólo por el *juicio* o sólo por la *misericordia*, sino por uno y otra juntamente.<sup>28</sup> No olvidaré jamás estas dos fuentes de todas las virtudes de los hombres. Entrambas igualmente me servirán siempre de cánticos de gozo en este lugar de mi peregrinación, hasta que, saltada la *misericordia* sobre el *juicio*, la miseria se calle y sola mi gloria te cante en lo sucesivo, sin tenerme que pesar.

## 7 DEL AMOR ARDIENTE CON QUE EL ALMA AMA A DIOS Y DE LA ATENCIÓN QUE HEMOS DE PROCURAR EN LA ORACIÓN Y EN LA SALMODIA \*

1. Yo mismo me suscito trabajo al provocaros a preguntarme. En efecto, como con ocasión del primer beso procuré, aun sin estar a ello obligado, mostraros cuáles son las funciones y las denominaciones propias de los *pies* espirituales de Dios, vosotros continuáis proponiéndome cuestiones sobre la *mano*, la que dijimos ha de ser besada después de los *pies*. Gustoso condesciendo, queriendo satisfacer en esto vuestra laudable curiosidad, y aun haré más de lo que me pedís, pues no os mostraré sólo una *mano*, sino dos, y las distinguiré por sus nombres propios. Llamo a la una *largueza* y a la otra *fortaleza*, porque Dios pródigamente da y poderosamente conserva lo dado. Quien no sea ingrato, las besará ambas a dos, reconociendo y confesando que Dios no es menos el dispensador que el soberano conservador de todos los bienes. Creo haber dicho bastante acerca de los dos besos; veamos el tercero.

<sup>27</sup> Ps. 89, II. 12.

<sup>28</sup> Ps. 100, I.

\* PL 183, 806.

2. *Béseme con el beso de la boca*<sup>1</sup>. ¿Quién lo dice? La Esposa. ¿Quién es la Esposa? El alma que tiene sed de Dios. Consideremos las distintas disposiciones de los hombres, para que se conozca más claramente la peculiar de la Esposa. El esclavo teme la cara de su amo, el criado espera la paga de la mano de su señor, el discípulo escucha atento las enseñanzas de su maestro, el hijo honra y respeta a su padre. Mas el alma que pide un beso es que está enamorada. De todos los sentimientos naturales es éste el más excelente, en especial cuando vuelve a su principio, que es Dios. Y no hay palabras más dulces para expresar la dulzura de la mutua amistad entre el Verbo y el alma que las cambiadas entre Esposo y Esposa: como que todas las cosas son comunes entre ellos, no poseyendo nada como propio, nada por aparte. No tienen sino una misma hacienda, una misma casa, una misma mesa, un mismo lecho, una misma carne. En fin, por la esposa el esposo dejará a su padre y a su madre para unirse con su mujer, y serán dos en una sola carne<sup>2</sup>; y la esposa, por su parte, olvidará a su pueblo y la casa de su padre, para que su esposo se prenda de su hermosura<sup>3</sup>. Si, pues, el amor conviene especial y principalmente a los esposos, no sin razón se da el nombre de Esposa al alma que ama, y ama la que pide al Señor le dé un ósculo santo. No pide libertad, ni premios, ni riquezas, ni sucesión, ni siquiera doctrina, sino sólo un beso. Y pídelo como Esposa castísima, que arde con amor sagrado, y no quiere ya disimular el fuego que padece. Ved, si no, cómo comienza a hablar. Debiendo pedir un señalado favor a un gran Rey, no emplea caricias ni lisonjas ordinarias; no rodea por venir a lo que desea; no usa de preámbulos ni trata de ganar su voluntad, sino que, rompiendo enteramente de un golpe de la abundancia de su corazón, dice clara y llanamente y sin rubor: *Reciba yo el beso de su boca*.

3. ¿No os parece que es como si dijera: *¿Qué hay para mí en el cielo o sobre la tierra, fuera de ti, que yo pueda codiciar?*<sup>4</sup> Aquella, sin duda, ama castamente que busca sólo al Amado, sin cuidar de ninguna otra cosa que a El pertenezca. Ama santamente, porque no ama con amor de concupiscencia carnal, sino con pureza de espíritu. Ama ardentemente, porque está tan ebria de amor, que no piensa en la majestad de Aquel a quien habla. Porque ¿a quién pide un ósculo santo? A Aquel que hace temblar la tierra de una mirada<sup>5</sup>. ¿Está embriagada? Sí, lo está, sin duda. Y quizá cuando así se entregaba a los puros impulsos de su

<sup>1</sup> Cant. 1, 1.<sup>2</sup> Gen. 2, 24.<sup>3</sup> Ps. 44, 11-12.<sup>4</sup> Ps. 72, 25.<sup>5</sup> Ps. 103, 32.

corazón, salía del cillero, adonde se gloría después de haber sido introducida<sup>6</sup>. El real profeta David, hablando con Dios acerca de la suerte a los justos reservada, exclama: *Quedarán ebrios con la opulencia de tu casa y les harás beber en el torrente de tus delicias*<sup>7</sup>. ¡Oh qué grande es la fuerza del amor! ¡Cuánta confianza infunde el espíritu de santa libertad! ¿No se echa bien de ver con esto que el amor perfecto lanza fuera al temor?<sup>8</sup>

4. Pero la Esposa, movida de un sentimiento de pudoroso respeto, no dirige la palabra a su Esposo mismo, sino que la dirige a otros, cual si El estuviera ausente: *Reciba yo, dice, el beso santo de su boca*. Porque como pide algo muy grande, ha de dar buena opinión de sí, acompañando su demanda con cierta modesta reserva. Por esto se vale de amigos y familiares del Esposo para hallar libre acceso a su corazón y conseguir lo que tanto desea. Mas ¿quiénes son estos amigos? Sin duda son los ángeles, quienes rodean a los que oran para alentarles y ofrecen a Dios las plegarias y votos de los que con ánimo sosegado y caritativo levantan sus manos puras al cielo. Prueba esto el ángel hablando así a Tobías: *Cuando orabas con lágrimas y sepultabas los muertos, y dejabas tu comida para esconderlos durante el día en tu casa y enterrarlos de noche, yo ofrecía tu oración al Señor*<sup>9</sup>. Supongo que con este y otros testimonios de la Escritura estáis firmemente persuadidos de esta verdad. Pues que los ángeles se dignan también mezclarse entre los que cantan salmos, el salmista nos lo afirma terminantemente cuando dice: *Iban delante los príncipes unidos a los salmistas y en medio doncellitas con panderos*<sup>10</sup>. De ahí que en otro lugar añada: *En presencia de los ángeles te cantaré salmos*<sup>11</sup>. Por esta razón me contrista sobremanera el ver que algunos de vosotros yacen como sumidos en profundo sueño durante las sagradas vigiliass, faltando a la reverencia debida a estos ciudadanos del cielo, pues parecen como muertos ante estos príncipes de la milicia celestial, mientras que ellos, haciendo el servicio divino con alegría, se deleitan con unirse a nosotros y mezclar sus voces con las nuestras. Mucho me temo que, horrorizados de vuestra flojedad, se retiren con indignación<sup>12</sup>, y que cada uno de vosotros haya

<sup>6</sup> Cant. 1, 3; 2, 4.

<sup>7</sup> Ps. 35, 9.

<sup>8</sup> 1 Io. 4, 18.

<sup>9</sup> Tob. 12, 12.

<sup>10</sup> Ps. 67, 26.

<sup>11</sup> Ps. 137, 1.

<sup>12</sup> Los ángeles, como no tienen cuerpo, están presentes a alguno cuando obran en él de alguna manera. Abandona un ángel custodio a su cliente cuando deja de ayudarle o protegerle.



entonces de exclamar, bien que tarde, y decir a Dios con honda congoja: *Alejaste de mí a mis conocidos; miráronme como abominación. Y aquello otro: Alejaste a mis amigos, parientes y conocidos a causa de mis miserias*<sup>13</sup>. También: *Los que estaban cerca de mí se han retirado lejos; y los que buscaban mi muerte me hacen violencia*<sup>14</sup>. Ciertó, si los espíritus buenos se alejan de nosotros, ¿cómo podremos resistir al empuje de los malos? Digo, pues, a estos que así se dejan vencer del sueño: *Maldito aquel que hace la obra de Dios con negligencia*<sup>15</sup>. Y el Señor, que no yo, les dice: *¡Ojalá fueras frío o caliente! Mas por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, por eso te voy a vomitar de mi boca*<sup>16</sup>. Cuando estáis, pues, en pie orando o salmodiando, atended a vuestros príncipes, guardándoíes el respeto y recogimiento debidos, y gloriaos de que vuestros ángeles ven siempre la cara de vuestro Padre<sup>17</sup>. Pues ellos son enviados para nosotros, los destinados a la herencia de la salud<sup>18</sup>, y llevan al cielo nuestro celo y devoción, trayéndonos de allí bendiciones y gracias. Tomemos parte en el oficio de aquellos con quienes hemos de compartir una misma gloria, a fin de que la alabanza de Dios sea perfecta en la boca de los infantes lactantes<sup>19</sup>. Digámosles a ellos: *Cantadle himnos a nuestro Dios, cantad himnos en su honor; para que ellos, a su vez, nos respondan: Salmodiad a nuestro Rey, salmodiad.*

5. Cantando, pues, en común con los cantores del cielo, como conciudadanos de los santos y de la casa de este gran Señor, *salmodiad sabiamente*<sup>20</sup>. Así como la boca saborea las viandas, así también el corazón los salmos. Mas para ello es preciso que el alma fiel y prudente cuide mucho, por decirlo así, de masticarlos bien con la luz de la inteligencia, como con unos dientes espirituales; no suceda que, si los recibe enteros, se prive del gusto que hay en saborearlos; gusto tan grato, que supera en dulcedumbre a la miel y al panal de miel más excelente. Ofrezcamos un panal de miel junto con los apóstoles al banquete celestial y a la mesa del Señor<sup>21</sup>. Así como la miel se oculta en la cera, así la devoción en la letra de los salmos. La letra mata si se toma sin la sazón del espíritu<sup>22</sup>. Mas si con el Apóstol cantáis salmos con el espíritu y con la mente<sup>23</sup>, sentiréis, como él, la virtud de lo dicho por Jesucristo: *Las palabras que os digo son*

<sup>13</sup> Ps. 87, 9. 19.

<sup>14</sup> Ps. 37, 12-13.

<sup>15</sup> Ier. 48, 10.

<sup>16</sup> Apoc. 3, 15-16.

<sup>17</sup> Mt. 18, 10.

<sup>18</sup> Hebr. 1, 14.

<sup>19</sup> Ps. 8, 3.

<sup>20</sup> Ps. 46, 7-8.

<sup>21</sup> Lc. 24, 42.

<sup>22</sup> 2 Cor. 3, 6.

<sup>23</sup> 1 Cor. 14, 15.

*espíritu y vida* <sup>24</sup>. Y de lo que la Sabiduría dice de sí misma: *Mi Espíritu es más dulce que la miel* <sup>25</sup>.

6. Así tu alma se alegrará de ir engrosando, y será pingüe tu holocausto. Así aplacarás al Rey, agradarás a sus príncipes y ganarás el corazón de todos sus cortesanos, los que, habiendo percibido el olor placentero de tus sacrificios, que subirá a los cielos, dirán: *¿Quién es esta que sube del desierto como varita de humo, con aromas de mirra, de incienso y de una infinidad de perfumes?* <sup>26</sup> Los príncipes de Judá, dice el profeta, *los de Zabulón y de Neftaí son sus capitunes* <sup>27</sup>, es decir, aquellos que alaban a Dios, que son continentales y aman la contemplación. Pues nuestros príncipes saben bien que la alabanza de los cantores, la generosidad de los continentales y la pureza de los contemplativos son gratas a su Rey; y tienen gran cuidado de exigir de nosotros estas primicias del espíritu, que no son sino los primeros y más excelentes frutos de la Sabiduría; pues no ignoráis que, en hebreo, *Judá* significa el que alaba o confiesa; *Zabulón*, morada segura, y *Neftaí*, ciervo libertado. Ahora bien, la ligereza con que el ciervo corre y salta expresa muy bien los transportes y éxtasis de los contemplativos; y así como el gamo penetra en las espesuras de la selva, así ellos penetran también los sentidos más ocultos y difíciles, cerniéndose por las altas cimas del espíritu. A ellos sobre todo se refiere el salmista cuando dice: *El sacrificio de alabanza es el que me honra* <sup>28</sup>.

7. Y si la alabanza no sienta bien en boca del pecador <sup>29</sup>, ¿no tenéis vosotros suma necesidad de la virtud de continencia, para que el pecado no reine en vuestro cuerpo mortal? Mas, como la continencia no es grata a Dios cuando en ella buscamos gloria y alabanzas humanas, precisamos también pureza de intención, que nos haga desear agradar a sólo Dios y nos dé la fuerza de adherirnos únicamente a El. Y como no hay diferencia entre estar adherido a Dios y ver a Dios, lo que no es concedido por rara dicha sino a los limpios de corazón, por eso David poseía ya esta limpieza de corazón al decir a Dios: *Mi alma se halla adherida a ti* <sup>30</sup>. Y en otra parte: *Para mí lo mejor es estar adherido a Dios* <sup>31</sup>. Viéndole, estaba adherido a El, y esta adhesión hacía que le viese. Cuando un alma, pues, anda en el ejercicio continuo de estas virtudes, los embajadores celestiales conversan familiar y frecuentemente con ella, y más al ver frecuentar la oración. ¿Quién me concediera la insigne merced, oh prin-

<sup>24</sup> Io. 6, 64.

<sup>25</sup> Eccli. 24, 27.

<sup>26</sup> Cant. 3, 6.

<sup>27</sup> Ps. 67, 28.

<sup>28</sup> Ps. 49, 23.

<sup>29</sup> Eccli. 15, 9.

<sup>30</sup> Ps. 62, 9.

<sup>31</sup> Ps. 72, 28.

cipes caritativos, de poder representar por vuestra mediación a aquellos que están cerca de Dios lo que yo le quiero pedir! No digo al mismo Dios, porque todos los pensamientos del hombre le son conocidos, sino a aquellos que están cerca de Dios, así las virtudes y los otros órdenes de santos ángeles como las almas bienaventuradas despojadas de sus cuernos. ¿Quién levantará del polvo y sacará del estiércol a hombre tan vil y despreciable como yo y le hará sentar con los príncipes en el trono de su gloria? No dudo que ellos recibirán en el palacio celestial con todas las muestras de alegría y de afecto a quienes se dignan visitar cuando aún yacen sobre el estiércol. Porque ¿cómo podría ser que, habiéndose regociado de la conversión de un pecador, no quisiesen reconocerle ya cuando les sea asociado en la eterna felicidad?

8. Por eso pienso que a ellos se dirige la Esposa en su demanda, y a ellos les descubre el deseo de su corazón, como a familiares y compañeros del Esposo, cuando dice: *Recíbase yo el beso de su boca*. Y ved con qué familiaridad y con qué ternura el alma que suspira en esta miserable carne conversa con las potestades celestiales. Desea con ansiedad los místicos besos del Esposo, pide lo que desea; mas no nombra al Amado, no dudando que le conocen, como a quien acostumbra a conversar frecuentemente con ellos. Por esto no dice: Que tal o cual me bese, sino solamente: *Bésemela*; así como María Magdalena no designaba por su nombre a Aquel a quien buscaba, sino que decía sólo a aquel que ella creía ser el hortelano: *Señor, si tú le has llevado*<sup>32</sup>. ¿A quién? No lo dijo porque juzgaba que todo el mundo conocía al que no podía salir un solo momento de su corazón. Así también la Esposa, hablando a los compañeros de su Esposo como a confidentes suyos y a quienes ella sabía que conocían los sentimientos de su alma, calla el nombre de su Amado y comienza de pronto, diciendo: *Bésemela con el beso de su boca*. No quiero suspenderos más sobre el conocimiento de este beso; mañana os diré lo que por vuestras oraciones la unción divina, que da la inteligencia de todas las cosas, se digne sugerirme. Porque la carne y la sangre no revelan este secreto, sino Aquel que penetra los misterios de Dios, aun los más profundos, el Espíritu Santo, que, procediendo del Padre y del Hijo, con ellos juntamente vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amén.

<sup>32</sup> Io. 20, 15.

## 8 EL ESPÍRITU SANTO ES EL BESO DEL PADRE Y DEL HIJO. ESTE ES EL BESO QUE LA ESPOSA PIDE SE LE DÉ PARA CONOCER A LA SANTA TRINIDAD \*

1. Hoy, para cumplir mi promesa de ayer, y que recordáis, propóngome hablaros del último y principal beso, que es el de la boca. Escuchad con más atención lo que es más dulce y más excelente, lo que se gusta más raras veces y más difícilmente se entiende. Paréceme, por tomar de nuevo el agua más arriba, que designó este ósculo inefable, de ninguna mera criatura recibido ni sentido. Aquel que dijo: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre. y nadie conoce al Padre sino el Hijo o aquel a quien el Hijo le quisiere revelar*<sup>1</sup>. Porque el Padre ama al Hijo y le abraza con amor singularísimo: el Altísimo abraza al que es igual a El en grandeza, el Eterno al Coeterno y el que es Dios único al que es solo y único. Mas el afecto con que el Hijo se une estrechamente a El no es menos vehemente, ya que aun la muerte aceptó por su amor, según El mismo lo atestigua al decir: *Para que el mundo sepa que amo al Padre, levantaos y vámonos*<sup>2</sup>; y a donde iba, como nadie ignora, era a la pasión. Este conocimiento, pues, y este mutuo amor de Aquel que engendra y de Aquel que es engendrado, ¿qué otra cosa es sino beso dulcísimo, pero secretísimo?

2. Tengo por cierto que ni la criatura angélica fué admitida a secreto tan grande y tan santo del divino amor; porque tal es el sentir de Pablo, cuando asegura que esta paz excede a todo conocimiento, aun al angélico<sup>3</sup>. Por eso la Esposa, bien que se adelante mucho, no osa decir: *Bésemi con su boca*, lo que está al Padre reservado, sino, pidiendo una gracia algo inferior, dice: *Reciba yo el beso de su boca*. Contemplad a la nueva Esposa, que es la Iglesia, cómo recibe un nuevo beso, no ciertamente de la boca, sino del ósculo de la boca. *Sopló*, dice, *sobre ellos*—habla, sin duda, de Jesús, cuando sopló sobre los apóstoles, o sea sobre la primitiva Iglesia—y dijo: *Recibid el Espíritu Santo*<sup>4</sup>. Fué, sin duda, un beso que les dió. ¿Cómo? ¿Fué acaso aquel soplo material? No, antes fué el Espíritu invisible que fué dado a los apóstoles por medio de aquel soplo del Señor, a fin de que se reconociese que dicho Espíritu del Hijo y del Padre era como un ósculo santo, común al que lo da y al

\* PL 183. 810.

<sup>1</sup> Mt. 11, 27.

<sup>2</sup> Io. 14, 31.

<sup>3</sup> Phil. 4, 7.

<sup>4</sup> Io. 20, 22.



que lo recibe. Bástale, pues, a la Esposa ser besada con el beso, porque esto no es sino recibir la infusión del Espíritu Santo. Ciertó, si consideramos que el Padre es el que lo recibe, con sobrada razón podremos entender que ese mutuo beso no es otro que el Espíritu Santo, que es la paz inalterable entre el Padre y el Hijo, el nudo indisoluble entre ambos, su mutuo amor y su unidad indivisible.

3. La Esposa, pues, animada por el Espíritu Santo, atrévese a pedir confiada, bajo el nombre de beso, que se le infunda este divino Espíritu. Verdad es que no le faltan solidísimos motivos en que apoyar su confianza, y que Jesús, después de haber dicho: *Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo*, añade: *o aquel a quien el Hijo se le quisiere revelar*. La Esposa juzga, ciertamente, que si El lo quiere revelar a alguno, será sin duda a ella. Esto es lo que la hace pedir resueltamente un beso, es decir, este Espíritu, en quien el Hijo y el Padre le sean revelados. Porque el uno no es conocido sin el otro, según estas palabras de Jesucristo: *Quien me ve, ve también a mi Padre*<sup>5</sup>; y estas otras de San Juan: *Quien niega al Hijo, tampoco conoce al Padre; mas quien confiese al Hijo, reconoce también al Padre*<sup>6</sup>. Lo que muestra claramente que el Padre no es conocido sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre. Con razón, pues, no pone la suma felicidad en el conocimiento de uno de los dos, sino en el de ambos, aquel que dice: *Esta es la vida eterna: conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al que enviaste*<sup>7</sup>. También leemos en el Apocalipsis que *los que siguen al Cordero tienen escritos en sus frentes el nombre de El y el nombre de su Padre*<sup>8</sup>; es decir, que se glorían de conocerlos a entrambos.

4. Dirá quizás alguno: El conocimiento del Espíritu Santo no es necesario, porque, habiendo dicho San Juan que la vida eterna consiste en conocer al Padre y al Hijo, no menciona al Espíritu Santo. Ciertó, mas tampoco necesitaba de esto, pues cuando se conoce perfectamente al Padre y al Hijo, ¿como se puede ignorar la bondad del uno y del otro, que es el Espíritu Santo? Pues no suele decirse que se conoce plenamente a una persona mientras se ignora si su voluntad es buena o mala. A más de que, cuando Juan puso la felicidad del cielo en el conocimiento del verdadero Dios y de su Hijo Jesucristo, a quien ha enviado al mundo, al ponernos así de manifiesto la bondad del Padre, que se dignó enviarle, y la del Hijo, que voluntariamente le obedeció, no olvidó del todo al Espíritu Santo, ya que al mencionar favor tan se-

<sup>5</sup> Io. 14, 9.

<sup>6</sup> 1 Io. 2, 23.

<sup>7</sup> Io. 17, 3.

<sup>8</sup> Apoc. 14, 1.

ñalado nos reveló el amor y la bondad del Padre y del Hijo, o sea el Espíritu Santo.

5. Cuando la Esposa, pues, pide un beso, pide recibir la gracia de este triple conocimiento, a lo menos en cuanto puede ser capaz de él en este cuerpo mortal. Lo pide al Hijo, porque compete al Hijo el revelarlo a quien le plazca. El Hijo, pues, se revela a quien quiere, y revela también al Padre; y eso, sin duda, por medio de ese ósculo divino, o sea por el Espíritu Santo, según testimonio del Apóstol, que dice: *Dios nos ha revelado esto por el Espíritu Santo*<sup>9</sup>. Ahora bien, al darnos su Espíritu, por el cual se nos revela, por este mismo hecho nos hace conocer también al Espíritu Santo. Lo revela dándole y lo da revelándole. Y esta revelación, que se hace por el Espíritu Santo, no sólo ilustra el entendimiento para conocer, sino que inflama la voluntad para amar, según lo que dice San Pablo: *El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*<sup>10</sup>. Y aun quiza por eso, al hablar de aquellós que, habiendo conocido a Dios, no le rindieron el culto debido, no dice que su conocimiento fuese efecto de la revelación del Espíritu Santo, por cuanto, habiendo conocido, no amaron. Tienes efectivamente así: *Dios se lo había revelado*; pero no dice que fuese por el Espíritu Santo, por temor de que aquellos espíritus impíos, contentos y satisfechos con la ciencia que infla, sin atender a la que edifica<sup>11</sup>, no se atribuyesen el ósculo propio de la Esposa. El mismo Apóstol nos indica por qué medio recibieron aquellas luces, cuando dice: *Lo invisible de Dios se ha hecho visible por el conocimiento que de ello nos dan sus criaturas*. De donde se deduce que no llegaron a conocer perfectamente a Aquel a quien no amaron; que si bien le hubieran conocido, no hubieran ignorado su bondad inefable, que le movió a encarnarse, a nacer y a morir por redimirlos. Pues entonces, ¿qué les fué revelado acerca de Dios? *Su poder soberano*, contesta el Apóstol, *y su divinidad*<sup>12</sup>. Elevándose por la presunción de su espíritu, y no del Espíritu de Dios, quisieron penetrar lo que hay de más sublime en El; mas no comprendieron que es manso y humilde de corazón. Y no es de admirar esto; porque Behemot o Lucifer, su capitán, ambiciona todo lo alto y sublime, según está de él escrito, y no mira nunca lo humilde y bajo<sup>13</sup>. Muy distintas eran las disposiciones de David, pues jamás aspiró a grandezas supe-

<sup>9</sup> 1 Cor. 2, 10.

<sup>10</sup> Rom. 5, 5.

<sup>11</sup> 1 Cor. 8, 1.

<sup>12</sup> Rom. 1, 19-21.

<sup>13</sup> Job 41, 25.

riores a su capacidad<sup>14</sup>, temiendo quedar oprimido por su gloria al escudriñar la majestad de Dios<sup>15</sup>.

6. Así también, hermanos, a fin de conduciros con prudencia en la investigación de los divinos misterios, acordaos del aviso del Sabio: *No inquiráis lo que excede vuestra capacidad ni escudriñéis lo que supera vuestras fuerzas*<sup>16</sup>. En la investigación de tales misterios hemos de proceder siempre según el Espíritu de Dios, no según el nuestro. Las enseñanzas del Espíritu Santo no acucian en nuestra alma la curiosidad, antes inflaman en ella la caridad. Por lo cual con mucha razón, al buscar la Esposa al Amado, no se fía en los sentidos de la carne ni sigue los flacos argumentos de la humana curiosidad, sino que pide un beso, o sea invoca al Espíritu Santo, a fin de recibir por El a la par el gusto de la ciencia y el condimento de la gracia. Con mucha razón se dice que la ciencia dada en este beso va con el amor, porque el beso es símbolo de él. Así, careciendo de amor, la ciencia que hincha no procede de este beso; como tampoco procede el celo por la gloria de Dios que no es según ciencia; porque el ósculo santo comunica al alma estas gracias, o sea la luz del conocimiento y la unción de la piedad. Pues éste es el Espíritu de sabiduría y de inteligencia, que, cual abeja que forma cera y miel, tiene en sí mismo no sólo con qué encender la antorcha de la ciencia, sino también con qué derramar el gusto y las dulzuras de la gracia. No crea, pues, haber recibido este beso ni el que entiende la verdad y no la ama, ni el que la ama y no la entiende, no cabiendo error ni tibieza en este beso. Por eso, para recibir la doble gracia por él comunicada, la Esposa presenta sus dos labios, a saber, la luz de la inteligencia y el amor de la sabiduría, a fin de que en la alegría que ella siente por haber recibido beso tan entero y perfecto merezca oír estas palabras: *La gracia está derramada en tus labios; por eso Dios te ha bendecido para siempre*<sup>17</sup>. Así, besando el Padre al Hijo, comunícale todos los secretos de su divinidad plena y abundantemente y le inspira la suavidad del amor, significando esto la Escritura cuando dice: *El día dicta al día su palabra*<sup>18</sup>. Ahora bien, como ya dijimos, no ha sido concedida a ninguna criatura, absolutamente a ninguna, el poder presenciar ese abrazo sublime, eterno y dichosísimo. Unicamente el Espíritu de ambos, o sea el Espíritu Santo, es testigo y participante de este conocimiento y de este mutuo amor; porque ¿quién ha conocido los designios de Dios o ha sido admitido a su consejo?<sup>19</sup>

<sup>14</sup> Ps. 130, 1-2.

<sup>15</sup> Prov. 25, 27.

<sup>16</sup> Eccli. 3, 22.

<sup>17</sup> Ps. 44, 3.

<sup>18</sup> Ps. 18, 3.

<sup>19</sup> Rom. 11, 34.

7. Mas dirá quizás alguno: ¿Cómo has podido conocer lo que tú mismo confiesas que no ha sido concedido a criatura alguna? Pues sencillamente, lo he conocido porque el *Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, nos lo ha revelado*<sup>20</sup>. Sí, lo ha enseñado verdaderamente, no a mí, miserable pecador, indigno de tan grande favor, sino a Juan, el amigo del Esposo, cuyas son las palabras citadas; a Juan, repito, el sublime evangelista, el discípulo amado de Jesús. Porque su alma fué grata a Dios, digna ciertamente del nombre y de la dote de una Esposa, digna de los abrazos del Esposo, digna, en fin, de recostarse sobre el pecho del Señor. Bebió Juan del seno de su Padre, mas no es él solo quien ha recibido esta gracia singular, sino todos aquellos a quienes el Angel del gran Consejo decía: *A vosotros os he llamado amigos, porque os he revelado todo cuanto aprendí de mi Padre*<sup>21</sup>. Bebió también Pablo en este seno adorable: Pablo, cuyo Evangelio no procede de los hombres, pues él no lo recibió de los hombres, sino por revelación del mismo Jesucristo<sup>22</sup>. Ciertamente, todos estos grandes santos podían decir tan feliz como verdaderamente: *El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, ése nos lo ha revelado*. ¿Y qué otra cosa es esta revelación, sino un beso de la boca? Escuchad en qué consiste el beso de la boca: *Mi padre y yo somos una misma cosa*; y en otra parte: *Yo estoy en mi Padre y mi Padre en mí*<sup>23</sup>. Este es aquel beso de boca a boca en el cual nadie tiene parte. Es ciertamente beso de amor y de paz; pero este amor supera infinitamente a toda ciencia, y esta paz es sobre todo lo que cabe imaginar. Porque Dios reveló, sí, a San Pablo lo que ojo no vió, ni oído oyó, ni espíritu humano concibió; pero esto no ha sido sino por su espíritu, es decir, por el beso de su boca, pues el estar el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo constituye el beso de la boca. En cuanto al ósculo santo que la Esposa desea recibir, tenemoslo expresado en estas palabras del Apóstol: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado*<sup>24</sup>; ciertamente es beso de un beso.

8. Y para que mejor distingamos entrambos, el que capta la plenitud recibe un beso de la boca; el que recibe de la plenitud, recibe el beso de un beso. Grande, cierto, fué Pablo; mas por mucho que estire hacia arriba los labios, aunque se extienda hasta el tercer cielo, necesariamente ha de quedarse debajo de la boca del Altísimo y subsistir en sí contento con su modo; y, no pudiendo lle-

<sup>20</sup> Io. 1, 18.

<sup>21</sup> Io. 15, 15.

<sup>22</sup> Gal. 1, 11-12.

<sup>23</sup> Io. 10, 30-38.

<sup>24</sup> I Cor. 2, 12.



gar hasta el rostro de gloria, pida humildemente que se condescienda con él y se le transmita un beso de lo alto. En cambio, el que no cree ser rapiña el tenerse por igual a Dios<sup>25</sup>, pudiendo incluso decir: *Yo y el Padre somos una misma cosa*, por cuanto se une a El con igualdad, no mendiga un beso del inferior, sino que con par celsitud une boca con boca y con singular prerrogativa recibe un beso de la boca. Luego en Cristo el beso es plenitud, en Pablo participación; y cuando Aquél se gloría de haber recibido un beso de la boca, éste sólo se gloría de haber sido besado con un simple beso.

9. Pero feliz beso, por el cual no sólo se conoce a Dios, sino que se ama al Padre, EL QUE DE NINGÚN MODO SE CONOCE PLENAMENTE SI NO SE LE AMA PERFECTAMENTE. ¿Cuál de vuestras almas sintió alguna vez en el secreto de su conciencia al Espíritu que clama: *Abba, Padre?*<sup>26</sup> Esa, ésa presume ser amada con paternal afecto que se siente afectada por el mismo Espíritu que el Hijo. Confía, cualquiera que ella seas, confía sin dudar nada. En el Espíritu del Hijo reconócete hija del Padre, esposa del Hijo o hermana. Hallarás que se llama a la que tal es con entrambos vocablos. A mano está la probanza: no habré de esforzarme mucho. La voz del Esposo a ella es: *Ven a mi huerto, hermana mía, esposa*<sup>27</sup>. Es ciertamente hermana, como del mismo Padre; su esposa, como en un mismo Espíritu. Pues si el matrimonio carnal constituye a dos en una carne, ¿por qué la cópula espiritual no juntará todavía más a dos en un espíritu? Finalmente, quien se adhiere al Señor es un mismo espíritu con El<sup>28</sup>. Pero oye también del Padre con cuánto amor y dignación la llama hija, y, sin embargo, como a propia nuera, invítala a los blandos abrazos de su Hijo. Oye, dice, hija, y ve e inclina tu oreja, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura<sup>29</sup>. He ahí de quién ésta pide un beso. ¡Oh alma santa!, ten respeto, porque ese mismo es tu Señor y Dios, y quizá no se le ha de besar, sino adorar con el Padre y el Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Amén.

<sup>25</sup> Phil. 2, 6.

<sup>26</sup> Gal. 4, 6.

<sup>27</sup> Cant. 5, 1.

<sup>28</sup> 1 Cor. 6, 17.

<sup>29</sup> Ps. 44, 11-12.

**9 DE LOS DOS PECHOS DEL ESPOSO, QUE SON SU PACIENCIA EN ESPERAR LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES Y SU BENIGNIDAD Y FACILIDAD EN PERDONARLOS CUANDO SE CONVIERTEN \***

1. Vengamos ya al libro, y demos razón de las palabras de la Esposa y de lo que las sigue. Porque quedan suspensas y oscilan como desligadas y sin principio. Por eso hay que declarar primero a quién van dirigidas. Supongamos, pues, que aquellos a quienes ayer y anteayer denominamos amigos del Esposo, habiendo ido a saludar y visitar a la Esposa, sorprendidos de hallarla afligida y quejumbrosa y deseando inquirir la causa, entablan con ella el siguiente diálogo: ¿Qué novedad ocurre? ¿Por qué te vemos más triste que de ordinario? ¿Cuál es la causa de ese inesperado murmurar? Ciertamente, cuando te marchaste alocada tras de tus amantes, con los que te fué mal. ¿no hubiste, al fin, de volverte a tu primer Esposo, rogándole con muchas súplicas y lágrimas te concediese la inmerecida gracia de besarle siquiera los pies? Recuerdo, dice. ¿Qué? Obtenida ésta y recibido a la par en el beso de los pies el perdón de las ofensas, ¿no te volviste de nuevo impaciente, y, no contenta con tamaña dignación, sino ansiosa de mayor familiaridad, pediste y alcanzaste también con la misma instancia que antes una segunda gracia, consiguiendo en el ósculo de la mano virtudes no pocas ni pequeñas? No lo niego, dice. Y ellos a ella: Pero ¿no eres tú la que solías jurar y atestiguar que te bastaría ya con que se te diese llegar algún día al beso de las manos, y que no habías de pedir luego más? Yo era. ¿Y qué? ¿Quizá te quejas de habérsete sustraído algo de cuanto habías recibido? Nada. ¿O temes tal vez que se te sustraiga lo que por tu mala vida pasada se te había concedido? No.

2. Ea, pues, dinos en qué podemos darte satisfacción. No descansaré, dice, si no me besa con el beso de su boca. Gracias por el beso de los pies, gracias por el de las manos; pero si algo se cuida de mí, bésame con el beso de su boca<sup>1</sup>. No soy ingrata, pero amo. He recibido de El, lo confieso, favores muy por encima de mis méritos, pero también por debajo de mis deseos. Siéntome arrebatada de mis deseos, y éstos no admiten razones. No acuséis, os ruego, de temeridad lo que sólo proviene de mi ardiente amor.

\* PL 183, 815.

<sup>1</sup> Cant. I, I.

Cierto que el recato se opone a esto, mas el amor vence todo recato. No ignoro que el honor rendido al Rey debe ir acompañado de juicio, según el profeta<sup>2</sup>; pero un amor ardiente como el mío no atiende al juicio, ni escucha consejos, ni le detiene el recato, ni obedece a razón. Le pido, pues, le suplico, le importuno *me bese con el ósculo de su boca*. Atended que ha muchos años cuido, por su gracia, de vivir casta y sobriamente. Me aplico a la lectura, resisto a los vicios, vago frecuentemente a la oración, velo contra las tentaciones y repaso con amargura los años de mi vida. Creo que mi conducta es intachable en el trato con mis hermanos, siquiera en cuanto de mí depende. Vivo sumisa a mis superiores, saliendo de la casa y volviendo a ella según las ordenaciones de los más ancianos. No deseo los bienes ajenos, habiéndome voluntariamente despojado de los propios y entregado a mí misma. Como el pan con el sudor de mi frente; y todo esto lo hago sin sentir gusto alguno ni consuelo sensible, sólo por cumplir mi deber, asemejándome bastante a la *novilla de Efraín*, de que habla el profeta Oseas, que va trillando pacíficamente las mieses<sup>3</sup>. Ciertamente el santo Evangelio nos dice que, después de haber hecho todo lo mandado, debemos confesar que somos siervos inútiles<sup>4</sup>. Y yo con toda verdad puedo decir que, aun cumpliendo todos los mandamientos lo mejor que sé y puedo, quédase aún mi alma cual tierra sin riego. Por esto, a fin de que mi holocausto sea grato a mi Esposo, le ruego y suplico que se digne *darme el ósculo de su boca*.

3. Muchos de vosotros, hermanos míos, en sus hablas íntimas conmigo, al darme cuenta de sus conciencias, duélense con frecuencia de sentir sequedades, arideces, desolaciones y un como embobamiento y pesadez de espíritu que les incapacita para penetrar las cosas sublimes y elevadas, impidiéndoles gustar en lo más mínimo las dulzuras del Espíritu Santo. ¿Por qué suspiran éstos sino por un místico beso?<sup>5</sup> Suspiran, sin duda, y se dirigen hacia el espíritu de sabiduría y de entendimiento: de entendimiento, para comprender lo que no entienden; de sabiduría, para gustar lo que han comprendido. Creo que el profeta estaba en esta disposición al suplicar a Dios: *Quede mi*

<sup>2</sup> Ps. 98, 4.

<sup>3</sup> Os. 10, 11.

<sup>4</sup> Lc. 17, 10.

<sup>5</sup> Tenemos un ejemplo de dirección espiritual. Antiguamente se la daba también el nombre de confesión. Los monjes se creían obligados a ella, aunque no bajo la misma gravedad que a la confesión de los pecados propiamente dicha. Se la denominaba *confesión privada* y se tenía en las celdas. La sacramental se denominaba *confesión común*, y para ella se reservaba día y lugar determinados.

alma llena de ti, Señor, como de manjar pingüe y jugoso, y con labios que rebosen júbilo te cantará mi boca himnos de alabanza<sup>6</sup>. Con esto pedía tiernamente un ósculo santo, un ósculo tal que, después de haber derramado sobre sus labios la unción de una gracia singular, fuese seguido del efecto que el mismo profeta pedía en otra ocasión, diciendo: *Llénese de loores mi boca para cantar todo el día tu gloria y tu grandeza*<sup>7</sup>. Y, en fin, en habiendo gustado esta celestial dulzura, la derramó hacia fuera por estas palabras: *Señor, ¡cuán grandes e inefables son tus dulzuras, que guardas para los que te temen!*<sup>8</sup> Me he detenido bastante en ese ósculo santo que la Esposa desea recibir, aunque reconozco sinceramente que no lo he hecho con toda la dignidad y suficiencia que el asunto requiere. Pasemos ya a lo siguiente, pues estas cosas se conocen mejor por la impresión que Dios hace de ellas en el corazón que por la expresión que los hombres pueden hacer de ellas con sus palabras.

4. Prosigue: *Porque mejores son tus pechos que el sabroso vino, y tu fragancia que los más olorosos ungüentos*<sup>9</sup>. Mas ¿a quién ha de atribuirse tales palabras? No nos lo indica el autor de ellas, con lo cual parece dejar a discreción de los lectores el decir a quién convengan de una manera más especial. Creo que no faltan razones de congruencia para atribuir las bien a la Esposa, bien al Esposo o también a los amigos del Esposo. En primer lugar, digo que pueden atribuirse muy bien a la Esposa, pues nada nos impide suponer que, mientras ella hablaba con los amigos del Esposo, llega éste, sabiendo que se acerca gustoso a los que hablan de El. Así vemos que se juntó a los discípulos que iban a Emaús y que hablaban de El por el camino, y su compañía les fué tan grata como provechosa<sup>10</sup>. Lo cual tiene conexión con la promesa que El mismo hace en el Evangelio: *Cuando dos o tres se juntan en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*<sup>11</sup>. Y por el profeta: *Antes que clamen a mí, yo les oiré; cuando estén aún con la palabra en la boca, les diré: Aquí me tenéis*<sup>12</sup>. Algo parecido sucede. Aunque no haya sido llamado, preséntase de improviso; y siéndole gratas las palabras, previene las súplicas; y aun me persuado de que a veces, sin aguardar a que salgan de nuestros labios las palabras, previene a los mismos pensamientos. Así nos lo testifica aquel que fué formado según el corazón de Dios: *Atendiste, Se-*

<sup>6</sup> Ps. 62, 6.

<sup>7</sup> Ps. 70, 8.

<sup>8</sup> Ps. 30, 20.

<sup>9</sup> Cant. 1, 2.

<sup>10</sup> Lc. 24, 15.

<sup>11</sup> Mt. 18, 20.

<sup>12</sup> Is. 65, 24.



ñor, el deseo de los pobres; prestaste benignos oídos a la rectitud de su corazón<sup>13</sup>. Velad, pues, hermanos, sin olvidaros jamás de que en cualquier parte que os halléis está Dios presente y conoce bien todo cuanto os concierne, pues El sondea lo más íntimo de los corazones y afectos de los hombres, y habiéndooos formado a cada uno en particular, escudriña atentamente todas vuestras obras. La Esposa, al sentir la presencia del Esposo, interrumpe su hablar, avergonzada de su presunción, viéndose sorprendida. Había creído mostrarse más reservada valiéndose de mediadores; pero al advertir la presencia de su Esposo, vuelta a El, trata de excusar su temeridad en cuanto puede, diciéndole: *Tus pechos, es decir, tus amores, son más codiciables que el más regalado vino, fragantes como los más exquisitos perfumes*. Cual si dijera: Si te parecen exageradas mis pretensiones, tú mismo, Esposo mío, eres causa de ello; pues habiendo tenido la inefable bondad de alimentarme con la leche dulcísima de tus pechos, he desechado todo temor, no por temeridad, sino por el exceso del amor que te profeso, osando yo misma hacer lo que quizá no sea para mí lo más ventajoso. Y esta confianza proviene de que me acuerdo de tu bondad, sin acordarme a la vez de tu majestad. Esta explicación la veréis luego confirmada con las palabras mismas del Cantar.

5. Veamos ahora qué significan esas alabanzas a los pechos del Esposo. Los dos amores del Esposo son las dos manifestaciones de su bondad, tan connatural a El, que le hace sufrir con paciencia a los pecadores y recibir con clemencia a los penitentes. Doble dulzura, diría yo, realza los dos amores del Corazón de Jesús: *la paciencia en esperar y la benignidad y facilidad en perdonar*. Y no lo digo yo, sino el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura. ¡Cómo!, dice el Apóstol, ¿desprecias tal vez las riquezas de su bondad y de su paciencia y de su dulzura? Y añade al punto: ¿No ves que la bondad de Dios te mueve a penitencia? <sup>14</sup> En efecto, el Señor no suspende tanto tiempo los efectos de su venganza contra sus menospreciadores sino a fin de concederles la gracia del perdón en volviéndose a El. Porque *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*. De la otra manifestación de esos amores del Esposo, o sea de su facilidad en perdonar, leemos en Ezequiel: *En cualquier ocasión que el impío se convierta de su impiedad, yo le perdonaré*<sup>15</sup>. Y en otro lugar de nuestros libros santos se lee: *Abandone el impío su ca-*

<sup>13</sup> Ps. 9, 17.

<sup>14</sup> Rom. 2, 4.

<sup>15</sup> Ez. 33, 11-12.

mino y el malvado sus designios, y conviértase al Señor, que se apiadará de él, y a nuestro Dios, que gusta mucho de perdonar<sup>16</sup>. El profeta David sintetiza bien estos dos amores del Esposo, al decir: *Compasivo es el Señor y benigno; tardo en airarse y de gran misericordia*<sup>17</sup>. Pues bien, como la Esposa había experimentado esta bondad, confiesa haberse atrevido aun a pedirle un beso. ¿Qué tiene de extraño, Esposo mío, dice, que yo presuma tanto de tu bondad, habiendo recibido las dulzuras tan copiosas de tus sagrados amores? La dulzura de estos divinos amores, y no la confianza en mis propios méritos, me da esta osadía.

6. Y en cuanto a lo que dice: *Tus amores son más codiciables que el más reguado vino*, es como decir: La unción de la gracia que rebosa de tu divino pecho, obra con más eficacia en mí, para mi aprovechamiento espiritual, que las más severas reprensiones de mis superiores. Y no sólo son más codiciables que el más generoso vino, sino que también son olorosas como los más exquisitos perfumes; porque, no contentándote con nutrir a los presentes con la leche de una dulcedumbre interior, derramas sobre los ausentes el olor agradable de una buena reputación, recibiendo testimonio ventajoso así de los de dentro como de los de fuera. Tú tienes, repito, dulcísima leche por dentro y perfumes por fuera; porque a nadie podrías nutrir con leche si antes no le atrajerás con el regalado perfume que exhala tu persona. Al comentar luego el paso en que dice la Esposa: *Correremos al olor de tus ungüentos*<sup>18</sup>, veremos cuán dignos de tenerse en cuenta son esos perfumes. Veamos también cómo estas palabras que hemos atribuido a la Esposa convienen igualmente al Esposo.

7. Hablando la Esposa del Esposo, preséntase éste de improviso, como antes dijimos, y colma sus ardientes deseos al darle el ósculo santo que anhela recibir, cumpliendo así aquello del salmista: *Has colmado, Señor, los deseos de su corazón, y no has frustrado los ruegos de sus labios*<sup>19</sup>; manifestándole claramente que su pecho rebosa leche suavisima de caridad para con ella. Pues bien, ese ósculo santo tiene tan prodigiosa virtud y eficacia, que al punto de recibirlo la Esposa, concibe grandísimos y ardentísimos anhelos de santidad y perfección, como en testimonio del efecto en ella producido. Los que con frecuencia oran han experimentado sin duda más de una vez lo que digo. En efecto, a veces nos acercamos al altar y co-

<sup>16</sup> Is. 55, 7.

<sup>17</sup> Ps. 102, 10.

<sup>18</sup> Cant. 1, 3.

<sup>19</sup> Ps. 20, 3.

menzamos a orar con un corazón remiso y árido; pero si persistimos en ello, la gracia se derrama en nosotros súbitamente, nuestra alma se inflama, por decirlo así, y prodúcese en nuestro corazón una como inundación de la divinidad, que la llena de inefables delicias, haciéndola concebir deseos grandes de santidad. Entonces podemos figurarnos que el Esposo dice al alma así favorecida: Ya tienes, Esposa mía, lo que me pedías, y señal cierta de que lo tienes es que los amores de tu corazón son más excelentes que el más delicioso vino. La señal clara y manifiesta de que he impreso en ti el ósculo santo tan codiciado, la tienes en esa afluencia de fervor que has concebido en tu sagrado pecho y que inunda toda tu alma de dulcísima caridad, mucho más excelente que la ciencia mundana, la cual embriaga, sí, pero de curiosidad, no de caridad; hincha, pero no nutre; infla, mas no edifica; harta, pero no sacia ni fortalece.

8. Pero demos que no es el Esposo, sino sus amigos, quienes hablan a la Esposa y le dicen: No tienes por qué quejarte, pues tu Esposo te ha dado ya mucho más de lo que le pedías. Pedíasle aquello que pensabas colmaría tus deseos; pues bien, los dos amores que ha infundido en tu pecho y con los cuales engendras y nutres tantas obras de celo, que son como tus hijos, son mejores, o sea más útiles y necesarios, que el vino de la santa contemplación. Esta regocijaría sólo tu corazón, aquéllos contribuyen a la edificación y salvación de muchas almas. Si Raquel es más hermosa que Lía, ésta es más fecunda que aquélla. Por tanto, no insistas demasiado en pedir el ósculo santo de la contemplación, siendo más útil y excelente el celo de la predicación.

9. Ocurrésemme también otro sentido que ciertamente no había propuesto, pero que no silenciaré. En efecto, ¿qué dificultad hay en que atribuyamos las palabras citadas a esas almas sobre las cuales vela el Esposo con la tierna solicitud de una nodriza o de una madre para con sus hijos? Como esas almas son todavía tiernas y flacas en la virtud, llevan con impaciencia que aquella que desean las instruya más plenamente con su doctrina y las forme con sus ejemplos, se aplique del todo al reposo de la contemplación. Ahora bien, ¿podrá calmarse su inquietud prohibiéndolas con amenazas que despierten a la Esposa, hasta que ella quiera? <sup>20</sup> Al ver, pues, que la Esposa suspira por los besos del Esposo, y que para alcanzarlos busca la soledad, huye del mundo, evita el trato y prefiere su

---

<sup>20</sup> Cant. 2, 7.

reposo al cuidado que podría tener de ellos: No hagas eso, le dicen, no hagas eso; porque es más copioso el fruto que sacarás de las obras de celo que de los abrazos de la contemplación; pues por ellas nos librarás de los deseos carnales, que militan contra el espíritu; nos arrancarás del mundo y nos ganarás para Dios. Esto es lo que dicen: porque mejores son tus pechos que el vino. Al placer carnal que poco antes nos amarraba, dicen como ebrias de vino, vencen las delicias espirituales que tus senos destilan.

10. Y pulcramente comparan con el vino a los deseos carnales. Porque así como del racimo de uva, una vez pisado y exprimido, ya no puede sacarse más jugo, quedando condenado a perpetua sequedad, así después que la carne viene a ser como pisada por la muerte, sécanse todos los placeres, no volviendo ya a reflorar para gozar de la sensualidad de sus pasiones. Es lo que hace decir al profeta: *Toda carne es heno, y toda su gloria como flor del heno. El heno se seca, y caése la flor*<sup>21</sup>. Y el Apóstol: *Quien siembra en la carne, de ella recogerá corrupción*<sup>22</sup>. Y en otra parte: *Las viandas son para el vientre, y el vientre para las viandas; mas Dios destruirá a aquél y a éstas*<sup>23</sup>. Y notad de paso cómo esta comparación conviene también al mundo; pues él pasa, y sus concupiscencias con él; y teniendo fin todo lo del mundo, su fin no se acabará jamás. No sucede lo mismo con los amores u obras de celo que brotan del pecho de la Esposa, porque aun después de haberse agotado vuelven a llenarse, siendo inagotable el manantial de divina caridad de donde brotan. Con justicia, pues, se dice que los amores o pechos de la Esposa son mejores que el amor de la carne o del siglo, porque jamás se secan, por muchos que sean los que de ellos se alimentan. Antes, cuanto más leche de celestial doctrina de ellos se saca, tanto más copiosa la producen. Ríos de agua viva salen de sus entrañas, convertidas en manantial perenne que salta hasta la vida eterna<sup>24</sup>. Queda además realizada la preciosidad de estos amores con los excelentes frutos que producen en las almas, pues no sólo las alimentan con los sabrosos manjares de las enseñanzas, sino que también las embalsaman con el exquisito perfume de las buenas obras. Ahora bien, ¿qué son o qué significan esos amores? ¿Cuáles son los frutos que producen? ¿Qué clase de perfumes exhalan? Lo declararemos al principio de otro sermón con

<sup>21</sup> Is. 40, 6-7.

<sup>22</sup> Gal. 6, 8.

<sup>23</sup> I Cor. 6, 13.

<sup>24</sup> Io. 7, 38; 4, 14.



el favor de Jesucristo, que, como Dios, vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

**10** DE TRES UNGÜENTOS ESPIRITUALES, A SABER: EL DE LA CONTRICIÓN, EL DE LA DEVOCIÓN Y EL DE LA PIEDAD \*

1. No soy yo de profundo sentir ni de ingenio tan perspicaz que pueda hallar de mi propia cosecha algo nuevo. Pero la boca de Pablo es grande e indeficiente manantial abierto a nosotros. De él sacaré, según mi costumbre, lo que os diga sobre los sagrados pechos de la Esposa. *Alegraos*, dice él, *con los alegres, y llorad con los que lloran*<sup>1</sup>. Con estas breves palabras expresa admirablemente los diversos movimientos del amor materno, no siendo posible que los hijos pequeñuelos sufran o se alegren sin que participe de este mismo sentir la que los puso en el mundo, siendo cosa sabida que así las penas como los consuelos y alegrías hallan siempre eco amoroso en las entrañas maternas. Por eso, siguiendo la mente de Pablo, asignaré aquellos dos afectos a los dos pechos de la Esposa: la *compasión* al uno y la *congratulación* al otro. Por lo demás, es jovencita e inúbil, y todavía no tiene pechos; no es idónea para ejercitar con las almas funciones de madre; por donde, si toma por su cuenta la dirección de ellas o el oficio de la predicación, su ministerio no resultará provechoso a los demás, por una parte, y por otra se perjudicará no poco a sí mismo. Pues bien, ¡cuánta osadía es el inmiscuirse en esos ministerios!

2. Pero tornemos a los dos pechos de la Esposa, y veamos las diversas especies de leche espiritual. El amor de *congratulación* proporciona la leche de las exhortaciones, y el de *compasión*, la de la consolación. Ahora bien, siempre que una madre espiritual recibe el ósculo de Dios en la contemplación, siente su seno colmado con esas dos clases de leche, por lo cual la veréis sentarse al punto para propinar a sus pequeñuelos el alimento proporcionado a su necesidad, ora sea el de la exhortación y enseñanzas, ora el de los consuelos. Si ve, por ejemplo, que alguno de aquellos a quienes ha engendrado en el Evangelio, se halla agitado por alguna violenta tentación que le entristece, apena y desalienta, hasta que, cansado de luchar, pelgra sucumbir, ¡cómo se aflige con él, cómo le acaricia, cómo

\* PL 183, 819.

<sup>1</sup> Rom. 12, 15.

llora, cómo le consuela, cuántas piadosas razones discurre para levantarle de su abatimiento! Y, en cambio, si le ve animoso, alegre, y que aprovecha en la virtud, alégrase, le hace advertencias saludables, le anima todavía más, le instruye sobre el modo de perseverar y exhórtale a avanzar siempre más y más. Acomódase a todos, hácese para todos, aprópiase los sentimientos y las disposiciones de todos, y, en fin, muestra no ser menos la madre de los deficientes que de los proficientes.

3. ¡Cuántos hoy se muestran muy lejos de sentir así! Hablo de aquellos que han tomado a su cargo dirigir almas. No es posible contemplar lo que acontece no pocas veces, sin exhalar profundos gemidos y copiosas lágrimas. Esos tales fabrican, como quien dice, en el horno de la avaricia, los oprobios, los salivazos, los azotes, los clavos, la lanza, la cruz y la muerte de Cristo. Prostituyen todas estas cosas a la adquisición de un lucro vergonzoso, y se apresuran a meter en sus bolsos el precio de la redención del mundo; en esto sólo difieren de Judas: en que él se contentó con cierto número de dineros como precio de estas cosas, mientras que ellos, llevados de ambición mucho más desmedida, exigen sumas infinitas de plata. Tienen sed insaciable de riquezas, temen perderlas y se afligen si acontece escapárseles de las manos; recuéstanse sobre el amor de los falsos bienes, si es que el cuidado de conservarlos o aumentarlos les permite tener algún descanso. Que las almas se pierdan o se salven, eso les tiene sin cuidado. ¡No! Esa casta de mercaderes del templo no merecen el nombre de madres. No tienen corazón de madre esos hombres enriquecidos y como engordados con el patrimonio de Cristo crucificado; no se compadecen de los dolores de José. La que de veras es madre, no disimula los males que ve; tiene pechos amorosos y pechos no vacíos. Sabe alegrarse con los alegres y llorar con los que lloran; no cesa de emitir del uno la leche de la exhortación y del otro la leche de la consolación. Y baste lo dicho respecto a los pechos y a la leche que propinan los de la Esposa.

4. Razón será os declare ya cuáles son los perfumes que exhalan esos pechos, con tal, empero, que me ayudéis con vuestras oraciones, a fin de que pueda yo expresar dignamente y con provecho de los que me escuchan lo que Dios me ha dado a entender sobre este particular. Los ungüentos del Esposo y de la Esposa son distintos, como lo son sus pechos. De los del Esposo ya dijimos antes dónde convendrá hablar de ellos. Consideremos ahora solamente los de la Esposa, y con tanta mayor atención, cuanto que la Escritura los ha alabado particularmente, llamándolos

no sólo buenos, sino excelentes. Os propondré muchas especies de perfumes, para que de entre ellos podamos escoger los que mejor convienen a los místicos pechos de la Esposa. Hay el perfume de la *contrición*, el de la *devoción* y el de la *piedad*. El primero escuece y causa dolor, el segundo lo templó y suaviza, y el tercero lo cura, lanzando la enfermedad. Hablemos de uno y otro más por extenso.

5. Y ante todo, fijémonos en el perfume que el alma envuelta en muchos crímenes se confecciona para sí misma cuando comienza a reflexionar sobre su conducta y recoge, junta y tritura de algún modo en su conciencia, como en almirez espiritual, una infinidad de pecados de géneros diferentes, y metiéndolos después dentro de su corazón inflamado, como en olla hirviendo, los cuece, por decirlo así, en el fuego del arrepentimiento y del dolor, hasta poder decir con el profeta: *Sentí inflamarse mi corazón, y en mi meditación se enciende el fuego*<sup>2</sup>. Ved ahí un perfume que el alma pecadora debe emplear a los comienzos de su conversión, aplicándolo a sus llagas todavía recientes. Porque el primer sacrificio que debe hacer a Dios es el de un espíritu dolorido y pesaroso de sus culpas. Mientras no pueda confeccionar otro perfume mejor y mas precioso, ya que es pobre y miserable, procure tener éste siempre preparado, por más que haya de confeccionarlo con una materia harto vil; pues Dios no despreciará al corazón contrito y humillado<sup>3</sup>. Y ese perfume parecerá a Dios tanto más estimable cuanto el alma más profundamente se humille con el recuerdo de sus pecados.

6. Pero si este perfume invisible y espiritual ha sido figurado por aquel otro con el que el Evangelio refiere haber la pecadora ungido visiblemente los pies de Cristo, no podemos reputarlo del todo vil. Porque ¿qué se lee de aquél? *Toda la casa*, dice el evangelista, *se llenó del olor del ungüento*<sup>4</sup>. Aunque derramado por manos de una pecadora y difundido sobre las extremidades del cuerpo de Cristo, o sea sobre los pies, no fué tan despreciable y vil que la fuerza y suavidad de su fragancia no llenase toda la casa. Y si consideramos de qué suaves olores es perfumada la Iglesia en la conversión de un solo pecador pública y perfectamente arrepentido de sus culpas, y para cuántos cristianos este pecador penitente viene a convertirse en fragancia vital, sin miedo podremos afirmar que tal perfume posee la maravillosa virtud de llenar toda la casa con su fragancia. Más aún, el exquisito perfume de la penitencia penetra hasta las mansiones celestiales de los bienaventurados, pues según testimonio

<sup>2</sup> Ps. 38, 4.

<sup>3</sup> Ps. 50, 19.

<sup>4</sup> Io. 12, 3.

de la misma Verdad: *Tienen grande alegría los ángeles en el cielo por un solo pecador que hace penitencia* <sup>5</sup>. Alegraos, penitentes; animaos, pusilánimes. Con vosotros hablo, que habiendo abandonado poco ha las vanidades del siglo, al alejaros de vuestros corrompidos caminos, os habéis visto al punto sumidos en la amargura y confusión del alma penitente. ¡Y cómo os tortura y agita el recio dolor de vuestras llagas recientes todavía! Destilien vuestras manos con abundancia la amargura de la mirra en esta saludable unción, porque Dios no despreciará vuestro corazón contrito y humillado. No conviene menospreciar ni tener por vil esta unción, cuyo perfume no sólo atrae los hombres a convertirse, sino que invita también a los ángeles a la exultación.

7. Pero hay otro ungüento tanto más precioso que el anterior, cuanto está compuesto de especias mejores. La del primero no hay que buscarla muy lejos, encontrándola sin mucho esfuerzo dentro de nosotros mismos y pudiéndola recoger abundante en nuestro huerto siempre que la necesitemos. Porque ¿quién no tiene a mano cuando quiera, a menos que pretenda engañarse a sí mismo, numerosas culpas y pecados que han brotado y brotan de continuo en el rondo de su propia corrupción? En cuanto a los elementos de que se compone el segundo perfume, no es nuestra tierra la que los produce, habiendo de ir a buscarlos lejos en los países más remotos, pues todo don excelente y perfecto de arriba viene, descendiendo del Padre de las luces <sup>6</sup>. En efecto, este perfume hácese con los beneficios que la divina piedad se digna repartir al género humano. Dichoso el que cuida de recogerlos y de ponérselos ante los ojos de su espíritu con acciones de gracias proporcionadas a su grandeza. Ciertamente, si después de haberlos, con asidua meditación, quebrantado y majado en su corazón, como en vaso apropiado a este uso, los hace hervir al fuego de un santo y piadoso deseo y al fin los sazona con el óleo de la alegría, saldrá un perfume incomparablemente más precioso y excelente que el primero. Para convencernos de ello bastará alegar el testimonio de Aquel que dice: *El sacrificio de alabanza me honra* <sup>7</sup>. Y cierto que la memoria de los beneficios excita al alma a alabar a su divina Majestad.

8. Hablando la Escritura del primer perfume, límitase a decir que Dios no lo desprecia; mas al hablar del segundo, afirma que alaba por ello a Dios, dándonos con ello a entender que es mucho más precioso. Además, el primero se derrama sobre los pies, y el segundo sobre la cabeza. Ahora

<sup>5</sup> Lc. 15, 10.

<sup>6</sup> Iac. 1, 17.

<sup>7</sup> Ps. 49, 23.



bien, si en Cristo la cabeza se debe referir a la divinidad, diciendo Pablo: *La cabeza de Cristo es Dios*<sup>8</sup>, aquel, sin duda, unge la cabeza, que rinde acciones de gracias, porque éstas se rinden a Dios y no al hombre. Y no queremos con esto significar que Aquel que es hombre no sea también Dios, siendo Cristo verdadero Dios y verdadero hombre, sino que todo bien dimana de Dios y no del hombre, aun cuando sea ejecutado por el hombre. El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada<sup>9</sup>. Por eso la Escritura maldice a quien cifra su esperanza en el hombre<sup>10</sup>; porque si bien es verdad que toda nuestra esperanza estriba con razón en el Hombre-Dios, pero no precisamente en cuanto hombre, sino en cuanto Hombre-Dios. Por eso el primer perfume se derrama sobre los pies, y éste sobre la cabeza; porque la humillación de un corazón contrito conviene a la bajeza de la carne, mientras que la glorificación sienta bien a la majestad y grandeza. Tal es el perfume cuya confección os propongo: es tan exquisito, que aquella Cabeza venerable para los mismos principados y ante la cual tiemblan las potestades de la gloria, no sólo no se desdeña de ser perfumada con él, sino que también lo tiene a grande honor, cuando dice: *El sacrificio de alabanza me honra*.

9. Por eso no compete al pobre y de flaco y pequeño corazón el confeccionar esta clase de perfumes, pues los elementos que lo componen únicamente puede suministrarlos la confianza, pero una confianza tal, que nazca de la libertad de espíritu y de la limpieza de corazón. De ahí que el alma, tímida aún y de poca fe, no se siente con bríos ni cuenta con elementos apropiados para confeccionar este perfume, por no permitirle su pobreza espiritual ocuparse en las alabanzas de Dios o en la contemplación de los beneficios que producen estas alabanzas. Y si alguna vez quiere elevarse hasta aquí, vese al punto retraída por el cuidado y la inquietud que la ocasionan sus faenas domésticas, y siéntese como forzada a quedar replegada en sí misma por la necesidad que la oprime. Y si me preguntáis la causa de esta miseria, os diré que es la misma que vosotros mismos sentís o habéis sentido más de una vez. Parece que esta languidez y desconfianza del alma proceden ordinariamente de dos causas: o de la novedad de la conversión o de la tibieza y negligencia en los ejercicios espirituales, aun después de haber transcurrido largo tiempo desde su conversión a Dios. Ambas a dos humillan indudablemente y abaten la conciencia, causándola turbación e inquietud, sobre todo cuando

<sup>8</sup> 1 Cor. II, 3.

<sup>9</sup> Io. 6, 64.

<sup>10</sup> Ier. 17, 5.

considera que las antiguas pasiones no están todavía muertas en ella, o por estar recientemente convertida o por vivir con tibieza. Y así, viéndose obligada a emplearse de continuo en arrancar de su corazón las espinas de las iniquidades y los abrojos de las concupiscencias, no puede levantar su vuelo a las alturas. En efecto, ¿cómo aquel que se fatiga a fuerza de gemir y suspirar podrá al mismo tiempo regocijarse en las alabanzas de Dios? Y ¿cómo *las acciones de gracias y la voz de alabanza*<sup>11</sup>, por servirme de la expresión de Isaías, podrán resonar en boca de aquel que llora y se aflige sin cesar? Pues, como nos enseña el Sabio, *la música en el luto es canción importuna*<sup>12</sup>. Por otra parte, la acción de gracias no precede al beneficio, sino que le sigue; pues el alma que permanece todavía en la tristeza no se alegra de haberle recibido, sino que siente necesidad de recibirle. Siente, sin duda, necesidad de orar, pero no se siente movida a rendir acciones de gracias. Porque ¿cómo podrá acordarse de favor no recibido? Por tanto, no sin razón dije arriba que no pertenece al alma que aun está pobre de espíritu el confeccionar este perfume, cuyos elementos son aportados por la memoria de los beneficios de Dios, porque dicha alma no puede ver la luz mientras está mirando las tinieblas. Como vive sumida en la amargura de su corazón y el triste recuerdo de sus pecados ocupa tan fuertemente su memoria, no puede admitir motivo alguno de alegría. A éstos se dirige el espíritu profético de David, al decir: *En vano será el levantaros antes de amanecer*<sup>13</sup>; cual si dijera: Inútil es que os levantéis a mirar los beneficios que alegran el alma, si no recibís antes la luz que la consuele de las culpas que la traen turbada. Este perfume, pues, no es propio de almas imperfectas.

10. En cambio, contemplad a aquellos que tenían motivos de gloriarse por haberle recibido en abundancia: *Los apóstoles se retiraron gozosos de la presencia del concilio por haber sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús*<sup>14</sup>. Ciertó que andaban llenos de la unción de este Espíritu, cuya dulzura no sólo estaba a prueba de las palabras, sino de los azotes. Estaban ricos en caridad, la que nunca se agota, por más que se gaste de ella; por lo cual podían fácilmente ofrecer pingües y hermosas víctimas. Sus corazones derramaban por doquier el santo perfume de que estaban todavía más plenamente imbuídos, cuando pregonaban las grandezas de Dios en diversas lenguas, según el Espíritu Santo les inspiraba<sup>15</sup>. Y no hay

<sup>11</sup> Is. 51, 3.

<sup>12</sup> Eccli. 22, 6.

<sup>13</sup> Ps. 126, 2.

<sup>14</sup> Act. 5, 41.

<sup>15</sup> Act. 2, 11. 4.

duda de que estaban también impregnados de esos preciosos ungüentos aquellos discípulos de quienes testifica el Apóstol diciendo: *Doy gracias sin cesar a mi Dios por vosotros por la gracia que os ha sido dada en Jesucristo, porque en El habéis sido enriquecidos con todo bien espiritual, con todos los dones de la palabra y de la ciencia; habiéndose confirmado en vosotros el testimonio de Cristo*<sup>10</sup>. Ojalá pueda yo también rendirle estas acciones de gracias por vosotros y que os vea ricos en virtudes, alegres en las alabanzas de Dios y llenos hasta rebosar de esta grosura espiritual en Jesucristo, Señor nuestro.

## 11. DE DOS COSAS, O SEA DEL FRUTO Y DEL MODO, PERTENECIENTES A LA OBRA DE LA HUMANA REDENCIÓN \*

1. Dije al fin del sermón anterior, y no tengo pereza en repetir, que codiciaría el que todos vosotros fueseis hechos particioneros de la sagrada unción, de aquella en la que una santa devoción recuerda los divinos beneficios con alegría y hacimiento de gracias. Por ser esto bueno, ya para sobrellevar los trabajos de la presente vida, que ciertamente se hacen más tolerables cuando exultamos en la alabanza de Dios; ya porque nada tan propiamente representa en la tierra el estado de los bienaventurados en el cielo como la alegría de los que alaban a Dios, pues dice la Escritura: *Dichosos los que moran en tu casa, Señor; en los siglos de los siglos te alabarán*<sup>1</sup>. Creería yo que alude principalmente el profeta a este perfume cuando dice: *¡Oh qué bueno y qué dulce es vivir los hermanos en unión! Es cual perfume derramado sobre la cabeza*<sup>2</sup>. Y no parece pueda esto convenir al primero, pues aun siendo bueno, no es agradable, pues la memoria de los pecados no causa placer, sino amargura. Aquellos mismos que lo confeccionan no permanecen juntos, sino separados, llorando cada uno por aparte sus propios pecados. Mas los ocupados en acciones de gracias no miran a Dios ni piensan sino en El solo; por donde permanecen verdaderamente juntos. Lo que ellos hacen, bueno es, porque reservan la gloria a Dios, a quien legítimamente pertenece; y es grato, porque Dios muestra en esto suma complacencia.

2. Os aconsejo, pues, a vosotros, mis amigos, que os

<sup>10</sup> 1 Cor. I, 4-7.

\* PL 183, 824.

<sup>1</sup> Ps. 83, 5.

<sup>2</sup> Ps. 132, 1.

apartéis alguna vez del recuerdo enojoso y molesto de vuestros andares y marchéis por un camino más placentero, ocupándoos en pensamientos agradables y repasando en vuestra memoria los beneficios de Dios, a fin de que al mirar a El respiréis del abatimiento y confusión causados por la consideración de vuestra flaqueza. Quiero sigáis el consejo del profeta, cuando dice: *Regocijaos en el Señor, y El os dará lo que vuestro corazón le pide*<sup>3</sup>. Es necesario el dolor de los pecados, mas no conviene sea continuo, sino más bien templararlo con el recuerdo agradable de la divina benignidad, no sea que la demasiada tristeza endurezca el corazón y que la desesperación le suma en un estado peor que el de antes. Mezclemos la miel con el ajeno, a fin de que este brebaje saludable, aunque amargo, pueda ser gustoso y dar la vida, yendo mezclado de dulzor. Oye a Dios, quien temple la amargura del corazón contrito, cómo retira del abismo de la desesperación al lánguido y desmayado, cómo con la miel de una dulce y fiel promesa consuela al dominado por la tristeza y levanta al sumido en la desconfianza. Dice por el profeta: *Frenaré con mis alabanzas tu boca, para que no te pierdas*<sup>4</sup>; es decir, para que al mirar tus pecados no incurras en excesiva tristeza y, desesperado, cual corcel sin freno, caigas y te precipites y perezcas. Te freno, dice, con mi misericordia, y reanimaré tu espíritu con mis alabanzas, y entonces respirarás pensando en mis beneficios, en vez de estar abatido por tus males; pues me hallarás más indulgente de lo que te reconoces culpable. Si Caín hubiera sido detenido por este freno, no hubiera dicho desesperado: *Mi crimen es grande por demás para merecer que se me perdone*<sup>5</sup>. No, no; mayor es su piedad que cualquier iniquidad. Por eso el justo no es acusador de sí mismo de continuo<sup>6</sup>, sino cuando comienza a hablar, soliendo terminar con alabanzas a Dios. Ved con qué orden procede un justo. He pensado, dice, mis caminos y vuelto mis pies a tus mandamientos<sup>7</sup>; por donde aquel que había sufrido muchas fatigas y penas en sus propios caminos se alegraba en el camino de los testimonios de Dios, como en todas las riquezas. Vosotros también, a ejemplo de este justo, si sentís humildemente de vosotros mismos, sentid la bondad del Señor, pues esto es lo que leéis en el Sabio: *Creed del Señor en bondad y buscadle en la sencillez de vuestro corazón*<sup>8</sup>. Eso fácilmente persuade al espíritu el recuerdo frecuente o continuo de las liberalidades de Dios. De otro modo, ¿cómo se podría cumplir lo que el Apóstol dice: *Dad gracias por todo*

<sup>3</sup> Ps. 36, 4.<sup>4</sup> Is. 48, 9.<sup>5</sup> Gen. 4, 13.<sup>6</sup> Prov. 18, 17.<sup>7</sup> Ps. 118, 59.<sup>8</sup> Sap. 1, 1.



al Señor<sup>9</sup>, si se alejan del corazón los motivos de gratitud? No quiero se os pueda dirigir la vergonzosa reprensión de la Escritura a los judíos, de que *olvidaron sus beneficios y las maravillas que les mostró*<sup>10</sup>.

3. Mas, como es imposible a todo hombre el repasar en su espíritu y recoger todos los bienes que el Señor, tan misericordioso y bondadoso, no cesa de derramar sobre los hombres, porque *¿quién será capaz de contar las maravillas de la potencia del Señor y de pregonar todas sus alabanzas?*<sup>11</sup>, que siquiera la más principal y excelsa de sus obras, la de nuestra redención, no se vaya jamás de la memoria de los redimidos. Acerca de esta obra maravillosa trataré sólo de haceros observar dos cosas que se ofrecen a mi consideración, y aun procuraré que sea lo más sucinatamente posible, a fin de abreviar, recordando aquella sentencia: *Da al sabio ocasión de aprender* por la atenta consideración, y será aún más sabio<sup>12</sup>. Las dos cosas en que deseo fijéis vuestra atención son el *modo* de realizarse este misterio y los copiosos *frutos* que produjo. El *modo* fué anonadándose Dios, y el *fruto* conseguido fué el endiosamiento del hombre. La atenta consideración de lo primero enciende nuestros corazones, abrasándolos en llamas de amor divino; y la seria reflexión acerca de lo segundo es semillero inagotable de confianza en la divina bondad. Ambas a dos son muy necesarias para nuestro adelantamiento en la virtud, pues nuestra confianza resultaría mercenaria de no ir con amor, y nuestro amor se resfriaría pronto de creerlo infructuoso.

4. Ahora bien, esperamos un fruto de nuestro amor, tal como Aquel a quien amamos nos lo prometió diciendo: *Os darán medida llena, apretada, agitada y rebosante*<sup>13</sup>. Esta medida, a lo que creo, será sin medida. Mas quisiera saber también de qué será esta medida, o más bien, esta inmensidad que nos está prometida. Ningún ojo, sino el tuyo, Dios mío, ha visto los bienes que tienes preparados a aquellos que te aman<sup>14</sup>. Dime, Señor, tú que preparas, ¿qué preparas? Creemos, confiados, pues tú nos has prometido que seremos colmados de los bienes de tu casa<sup>15</sup>. Mas ¿de qué bienes? ¿Serán quizás trigo, vino, aceite, oro y plata o piedras preciosas? Pero esto ya lo hemos visto; lo vemos todavía y lo menospreciamos. Buscamos lo que ojo no vió, ni oreja oyó, ni subió al corazón del hombre. Eso es lo que nos gusta, lo que nos sabe, lo que nos de-

<sup>9</sup> 1 Thess. 5, 17.

<sup>10</sup> Ps. 77, 11.

<sup>11</sup> Ps. 105, 2.

<sup>12</sup> Prov. 9, 9.

<sup>13</sup> Lc. 6, 38.

<sup>14</sup> Is. 64, 4.

<sup>15</sup> Ps. 64, 5.

leita buscar, sea lo que fuere. Serán todos enseñados por Dios<sup>16</sup>, dice, y El lo será todo en todos<sup>17</sup>. Según oigo, la plenitud que esperamos de Dios no será sino Dios.

5. ¿Quién comprenderá la inefable dulzura encerrada en estas breves palabras: Dios lo será todo en todos? Por no hablar del cuerpo, veo tres cosas en el alma: *razón, voluntad y memoria*; y estas tres son ella misma. Todo el que anda según el espíritu, siente en la presente vida cuánto le falta para su integridad y perfección. ¿Por qué esto, sino porque Dios no es aún todo en todos? De ahí que la razón se engañe frecuentemente en sus juicios, que la voluntad sea agitada de cuádruple turbación y que la memoria esté confusa por el olvido de muchas cosas. La criatura noble está sujeta, aun sin quererlo, a esa triple vanidad, bien que con esperanza. Pues el que colma los deseos del alma con bienes, debe ser también, para la razón, plenitud de luz; para la voluntad, abundancia de paz, y para la memoria, continuación de eternidad. ¡Oh verdad, oh caridad, oh eternidad! ¡Oh bienaventurada y beatificante Trinidad! Por ti suspira esta misera trinidad mía, porque desgraciadamente está alejada de ti. ¡En cuántos errores, dolores, temores se ha engolfado quien de ti se apartó! ¡Ay de mí! ¡Qué trinidad hemos trocado por la tuya! Mi corazón se ha turbado, y de ahí el dolor; mis fuerzas me han dejado, y de ahí mi pavor; y hasta la lumbre de mis ojos ya no está conmigo<sup>18</sup>, y de ahí mi error. He ahí cuán distinta trinidad. ¡Oh trinidad de mi alma, la que mostraste en el destierro!

6. Pero ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me desasosiegas? Espera en Dios, porque aun le alabaré<sup>19</sup>: cuando el error se aparte de la razón, de la voluntad el dolor y de la memoria todo temor, y les suceda aquella admirable serenidad, plena suavidad, eterna seguridad que esperamos. Aquello primero lo hará Dios verdad; lo segundo, Dios caridad; lo tercero, Dios suma potestad, para que sea Dios todo en todos, recibiendo la razón la luz inextinguible, consiguiendo la voluntad la paz imperturbable, adhiriéndose la memoria a la fuente inagotable. Vosotros veréis si habéis de asignar rectamente aquello primero al Hijo, lo siguiente al Espíritu Santo, lo postrero al Padre, de tal manera, sin embargo, que nada de esto sustraigáis o al Padre, o al Hijo, o al Espíritu Santo, no sea que la distinción de personas disminuya su perfección o que su perfección les quite lo que tienen de propio. Advertid juntamente que a los hijos del siglo les es dado experimentar algo semejante en los placeres de la carne, en los espectáculos del mundo y en

<sup>16</sup> Io. 6, 45.

<sup>17</sup> 1 Cor. 15, 28.

<sup>18</sup> Ps. 37, 11.

<sup>19</sup> Ps. 41, 6.

las pompas de Satanás, a pesar de lo cual estas bagatelas de la presente vida seducen a sus míseros amadores, según dice San Juan: *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida* <sup>20</sup>. Esto respecto al fruto de la redención.

7. En cuanto al modo de realizarse la redención, que definimos, si recordáis, haber sido el anonadamiento de Dios, os recomiendo también que en ella consideréis principalmente tres cosas. Porque no fué un simple y pequeño anonadamiento, sino que se anonadó *hasta la carne, hasta la muerte, hasta la cruz* <sup>21</sup>. ¿Quién dignamente ponderará cuánta fué la humildad, la mansedumbre, la dignación del Señor de la Majestad, al vestirse la carne, al sufrir la muerte, al sufrir afrentosamente? Mas alguno dirá: ¿No pudo el Criador reparar su obra sin tanta dificultad? Pero prefirió hacerlo con injuria propia, para que los hombres no tuviesen ya motivo de caer en el pésimo y odiosísimo vicio de la ingratitud. Quiso tomarse mucho trabajo a fin de obligar al hombre a que le amase con crecido amor y moviese a acción de gracias la dificultad de la redención, al que la facilidad de la creación habíale hecho menos devoto. Porque ¿qué decía el hombre creado e ingrato? Gratuitamente he sido creado, pero sin gravamen ni trabajo para mi Criador, pues me crió como a los demás seres: dijo, y fueron hechos. No parece que deba reputarse beneficio muy notable aquel que sólo cuesta al que lo dispensa una sola palabra, una sola señal de su voluntad, por más que dicho beneficio sea de gran valía en sí considerado. Así discurría la impiedad de los hombres, inventando pretextos para aminorar el beneficio de la creación y sacando motivos de ingratitud de lo que debía acuciar su amor; y todo ello con el perverso intento de buscar excusas para sus pecados. Pero el Señor ha cerrado ya para siempre los labios de los que hablaban necedades impías. Más claro es que la luz, ¡oh hombre!, cuánto perdió Dios para salvarte, no habiéndose desdeñado hacerse, de Señor, esclavo; de rico, pobre; de Verbo, carne, y de Hijo de Dios, hijo del hombre. Acuérdate de que, si fuiste criado de nada, no fuiste rescatado por nada. Creó todas las cosas en seis días, y a ti entre todas; mas para obrar tu salvación trabajó y sufrió treinta años. ¡Cuántos trabajos soportó! Las necesidades de la carne y las tentaciones del enemigo, ¿acaso no se las agravó la ignominia de la cruz y las colmó el horror de su muerte? Necesariamente. Así, así, Señor, salvaste a los hombres y a las bestias. ¡Cómo has multiplicado tu misericordia! <sup>22</sup>

<sup>20</sup> I Io. 2, 16.

<sup>21</sup> Phil. 2, 7. 8.

<sup>22</sup> Ps. 35, 7. 8.

8. Meditad en esto y rumiadlo. Derramad en vuestro corazón estos ungüentos, para disipar el olor más molesto de vuestros pecados, que le ha torturado largo tiempo, a fin de que abundéis en estos ungüentos no menos suaves que saludables. Mas no creáis que con esto poseéis ya los ricos perfumes de los pechos de la Esposa, acerca de los cuales os hablaría gustoso si el tiempo no me apremiase a terminar cuanto antes mi sermón. Lo dicho de otros guardadlo en la memoria, probadlo con la vida y con ello ayudadme mediante vuestras oraciones, a fin de que pueda decir algo, por una parte, digno de tan grandes delicias de la Esposa, y por otra edifique vuestras almas el amor del Esposo, Jesucristo, Señor nuestro. Amén.

## 12 DEL PRECIOSO UNGÜENTO DE LA PIEDAD Y DE LA VENERACIÓN DE LOS SÚBDITOS A LOS SUPERIORES \*

1. Recuerdo haberos entregado dos ungüentos: el de la contrición uno, que abarca todos los pecados; otro el de la devoción, que contiene los muchos beneficios. Ambos son saludables, mas no son ambos suaves; porque con el primero se siente picor, ya que el amargo recuerdo de los pecados mueve a compunción y causa dolor; mientras que el segundo tiene una virtud lenitiva, que causa consuelo y mitiga el dolor por la consideración de la bondad de Dios. Pero hay otro perfume mucho más excelente que estos dos, y que yo llamo de la *piEDAD* o *misericordia*, por estar compuesto de las necesidades de los pobres y de las congojas de los oprimidos, de la turbación de los tristes y de las culpas de los pecadores, y, en fin, de las desgracias de los miserables, aunque sean de nuestros enemigos. Esta materia parece despreciable, pero el perfume que de ella resulta supera en fragancia a todos los demás perfumes, por cuanto tiene la maravillosa virtud de sanar toda herida, siendo proclamados *bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*<sup>1</sup>. Así, muchas miserias recogidas juntamente y miradas por el ojo de la piedad son los elementos de que se compone este precioso perfume, digno del seno amoroso de la Esposa y agradable al olfato del Esposo. Dichosa el alma que procura proveerse en abundancia de tales perfumes, rociándolos con el óleo de la misericordia y sometiéndolos después al fuego abrasador de la caridad. ¿Quién pensáis será ese

\* PL 183, 828.

<sup>1</sup> Mt. 5, 7.



*hombre dichoso que se compadece y da prestigio al pobre*<sup>2</sup>, sino el que se compadece voluntariamente de los males de los demás, pronto a socorrerlos, el que pone su dicha más bien en dar que en recibir, el que es fácil en perdonar y difícil en enojarse, el que nunca se venga y en todas las cosas mira las necesidades de su prójimo cual si fueran suyas propias? ¡Oh alma dichosa, cualquiera que seas, la que estás en tan santas disposiciones, que estás llena del rocío de la misericordia, que tienes entrañas de caridad, que das a todos todo; que te reputas como vaso perdido, o sea, como trasto inútil, a fin de asistir y socorrer a los demás en todo tiempo y lugar; y, en fin, que estás muerta a ti misma, a fin de vivir para todos! Tú posees ciertamente este tercer y precioso perfume, y tus manos destilaron licor de toda suavidad, que no se secará en los tiempos malos, ni el ardor de la persecución impedirá que fluya en abundancia. No olvidará Dios tus sacrificios, y hará pingüe tu holocausto.

2. Hombres ricos hay en la ciudad del Señor de las virtudes. Busco si en algunos se hallan estos ungüentos. El primero que se ofrece a mi memoria, y que encuentro ordinariamente en todas partes, es Pablo, vaso de elección, vaso verdaderamente aromático, vaso odorífero y lleno de todo exquisito perfume, pues él era el buen olor de Cristo en todo lugar<sup>3</sup>. Ciertamente ese corazón generoso, que con tanto afán tomaba sobre sí el cuidado de todas las Iglesias de la tierra, difundía muy lejos los aromas de suavidad incomparable. Fijaos un momento en la naturaleza y preciosidad de las esencias olorosas de todas las virtudes con que se había enriquecido. *No hay día*, escribe a los fieles de Corinto, *en que no muera yo por asegurar vuestra gloria*<sup>4</sup>. Y en otra parte exclama: *¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado, que yo no me requeme?*<sup>5</sup> Todas estas esencias aromáticas y otras muchas parecidas poseía en abundancia, y de ellas se servía ese hombre rico para confeccionar los más excelentes perfumes. Y era muy natural que el corazón de Pablo estuviese bien lleno de los más puros y preciosos perfumes de toda clase de virtudes, pues con la leche deliciosa de su doctrina debía alimentar los miembros de Cristo que él había engendrado, cual madre solícita y fecunda, hasta que se formara en ellos Cristo<sup>6</sup>, a fin de que los miembros se reformasen conforme a su Cabeza.

3. Oye ahora cómo otro hombre escogido tenía también a mano las más selectas esencias para confeccionar óptimos ungüentos. *Jamás*, dice Job, *el peregrino se quedó al rasó*;

<sup>2</sup> Ps. III, 5.<sup>3</sup> 2 Cor. 2, 15.<sup>4</sup> 1 Cor. 15, 31.<sup>5</sup> 2 Cor. II, 29.<sup>6</sup> Gal. 4, 19.

siempre estuvo mi puerta abierta al viandante<sup>7</sup>. Y en otra parte añade: *Era ojos para el ciego y pies para el cojo; era el padre de los pobres. Quebrantaba las quijadas a los malvados y sacábales la presa de entre sus dientes*<sup>8</sup>. Jamás negué a los pobres lo que me pedían, ni burlé la esperanza de la viuda; no comí solo mi bocado, sino que conmigo lo comió también el huérfano; tampoco desprecié al viandante próximo a perecer de frío por falta de vestido, ni al pobre que estaba desnudo; por lo cual me colmaron de bendiciones los miembros de su cuerpo al verse abrigados con la lana de mis ovejas<sup>9</sup>. ¿De qué fragancia pensamos que este justo había perfumado la tierra con sus obras de caridad? Cada una de estas acciones era un precioso perfume. Había llenado de él su propia conciencia, a fin de remediar la infección de su carne podrida con la exhalación de su interna caridad.

4. José, tras de haber hecho correr en pos de sí todo el Egipto al olor de sus ungüentos, quiso todavía repartirlos a aquellos mismos que le habían vendido por esclavo. Es cierto que él les reprendía con semblante irritado; pero las lágrimas irrumpían de la unción de su corazón<sup>10</sup>; lágrimas que no eran indicio de cólera, sino testimonios de la violencia de su amor. Lloró Samuel a Saúl<sup>11</sup>, que le buscaba para matarle, y viniendo la unción de la piedad como a liquidarse dentro de sus entrañas, porque su corazón se abrasaba en fuego de caridad, derramóse hacia fuera por sus ojos. En fin, el buen olor que su reputación había difundido por doquier fué lo que hizo decir de él a la Escritura: *Todos, desde Dan hasta Bersabé, conocieron que Samuel era el profeta fiel del Señor*<sup>12</sup>. ¿Y qué diré de Moisés? ¡Qué bueno y manso de corazón! Aquel pueblo rebelde y contumaz en medio del cual vivía no pudo jamás con todas sus murmuraciones y su furor hacerle perder esta unción del Espíritu Santo, después que le hubo recibido, ni estorbarle el conservar su dulzura habitual, aun entre las diferencias y querellas que surgían a diario. Por eso, con mucha justicia, el Espíritu Santo dice de él *que era el más manso de todos los hombres de su tiempo*<sup>13</sup>, pues era pacífico con los que odiaban la paz<sup>14</sup>; y no sólo no se irritaba contra aquel pueblo ingrato y rebelde, sino que intercedía en favor suyo cuando Dios estaba enojado contra él. Esto es lo que leemos en la Escritura. *Trató el Señor de acabar con ellos, dice el salmista, pero se interpuso Moisés, su siervo, al momento del estrago, a fin de aplacar su ira, para que no los exterminase*<sup>15</sup>. Señor, decía Moisés, o perdónales esta culpa

<sup>7</sup> Job 31, 32.

<sup>8</sup> Job 29, 15-17.

<sup>9</sup> Job 31, 16-20

<sup>10</sup> Gen. 43, 30; 45, 2.

<sup>11</sup> 1 Reg. 15, 35.

<sup>12</sup> 1 Reg. 3, 20.

<sup>13</sup> Num. 12, 3.

<sup>14</sup> Ps. 119, 7.

<sup>15</sup> Ps. 105, 23.

o, si no lo haces, bórrame del libro de la vida <sup>16</sup>. ¡Oh hombre verdaderamente lleno de la unción de la misericordia! Ciertamente él habla con toda la ternura de un padre, cuando protesta que no podrá disfrutar de placer alguno si no le acompañan aquellos que engendró. Supongamos que algún hombre rico dijera a una mujer pobre: Entra a comer conmigo, pero deja fuera ese pequeñuelo que traes en brazos, porque llora, y nos molesta. ¿Lo haría quizá? ¿No preferiría ayunar a comer sola con ese rico, abandonando a su querida prenda? Así Moisés no quiere entrar en el gozo del Señor si deja fuera a ese pueblo inquieto e ingrato, pero querido de él tan tiernamente como si fuese verdaderamente su madre. Siente desgarrársele sus entrañas, pero estima preferible que se las desgarran a que se las arranquen.

5. ¿Qué cosa más dulce que David, quien lloraba la muerte del que había deseado siempre la suya <sup>17</sup> y sufría tan impacientemente la pérdida del que había de sucederle en el reino? ¿Cuánto le costó consolarse de la de su hijo, aunque parricida! <sup>18</sup> Ciertamente, este afecto tan grande era señal inequívoca de la inefable mansedumbre de su corazón. Por esto decía a Dios con ilimitada confianza: *Acuérdate, Señor, de David y de toda su mansedumbre* <sup>19</sup>. Todos estos santos personajes, pues, han tenido excelentes perfumes, los que aun hoy día difunden exquisita fragancia por todas las Iglesias. Con todo, no es éste privilegio exclusivo de esos santos, participando de él todos aquellos que, mientras vivieron, fueron benéficos, todos aquellos que procuraron vivir con tanta mansedumbre entre los hombres, que no se apropiaron, sino que comunicaron todas las gracias recibidas, creyéndose deudores a amigos y enemigos, a sabios y necios; y que, siendo útiles a todos, fueron humildes como nadie; y, amados de Dios y de los hombres más que todos, el buen olor de sus virtudes está ahora todavía en bendición, y sus perfumes preciosos han difundido su fragancia hasta hoy. Tú también, si nos das voluntariamente participación a los que somos tus hermanos de los dones que has recibido de lo alto; si te muestras servicial, cariñoso, complaciente, fácil y humilde, te daremos todos el testimonio de que exhalas el buen olor de los más regalados ungüentos. Cualquiera de vosotros que no sólo soporta las flaquezas de sus hermanos, así de alma como de cuerpo, sino que, si le es permitido y lo puede hacer, les ayuda con sus servicios, les fortalece con sus exhortaciones, les forma con sus consejos, o, si no puede hacerlo por disciplina, no cesa, a lo menos, de asis- tirles en las enfermedades con el fervor de sus oraciones;

<sup>16</sup> Ex. 32, 31-32.

<sup>17</sup> 2 Reg. 1, 11.

<sup>18</sup> 2 Reg. 19, 4.

<sup>19</sup> Ps. 131, 1.

cualquiera, repito, de vosotros que ejercita estas obras de caridad, derrama ciertamente entre sus hermanos el buen olor de Cristo, cuya fragancia los consuela al par que los edifica. Un monje así en una comunidad es como el bocado más exquisito al paladar, se le señala como una maravilla, y todos dicen de él: *Este es el verdadero amante de sus hermanos y del pueblo de Israel; éste es el que mucho ora por el pueblo y por toda la ciudad santa* <sup>20</sup>.

6. Pero veamos de encontrar en el Evangelio algo referente también a estos perfumes. *María Magdalena, dice San Marcos, y María, madre de Santiago, y Salomé, compraron aromas, a fin de embalsamar el cuerpo de Jesús* <sup>21</sup>. ¿Cuáles son esos aromas tan preciosos, que merecen ser comprados y preparados para el cuerpo de Cristo, y tan abundantes, que bastan para embalsamarlo por entero? Porque el perfume de las dos veces anteriores no había sido confeccionado ni comprado especialmente para servir al Señor; tampoco leemos que se lo derramase sobre todo su cuerpo, sino que la primera vez se ve venir de pronto una mujer, que besa sus pies y los perfuma <sup>22</sup>, y la segunda se ve a esta misma mujer u otra teniendo en su mano un vaso de perfumes, derramándolos sobre su cabeza <sup>23</sup>; aquí, en cambio, las mujeres piadosas van a comprar aromas para embalsamar a Jesús. No compren los perfumes, sino las sustancias aromáticas con que debían confeccionar los perfumes destinados a embalsamar, no parte del cuerpo, como pies o cabeza, sino a Jesús, como dice el Evangelio, o sea su cuerpo todo.

7. Así también tú, si te vistes de entrañas de misericordia, si no eres sólo generoso y complaciente con tus padres y parientes o con aquellos de quienes has recibido algún beneficio, o esperas recibirlo, pues entonces no harías sino lo que hacen ya los paganos <sup>24</sup>, sino que, según el consejo de Pablo, procuras rendir estos servicios de caridad a todos <sup>25</sup>, no negándolos ni aun a tus propios enemigos, sin duda posees también muy ricos y excelentes perfumes, y no unges solamente los pies o la cabeza del Señor, sino que te has propuesto además, en cuanto de ti depende, ungir todo su cuerpo, que es la Iglesia. Y quizá por esto el Señor Jesús no quiso se derramasen sobre su cuerpo muerto los aromas preparados, a fin de reservarlos para su cuerpo vivo, que es la Iglesia, que vive y se nutre con el Pan vivo que bajó del cielo. Ella forma el cuerpo de Cristo, que le es más amado, en cierto modo, que el suyo propio, no ignorando ningún cristiano que entregó éste a la muerte a fin de hacer a aquél

<sup>20</sup> 2 Mach. 15, 14.

<sup>21</sup> Mc. 16, 1.

<sup>22</sup> Lc. 7, 38; Io. 12, 3.

<sup>23</sup> Mc. 14, 3.

<sup>24</sup> Mt. 5, 47.

<sup>25</sup> Gal. 6, 10.



glorioso e inmortal. Desea que su Iglesia sea protegida y que sus miembros enfermos sean aliviados con las más apropiadas medicinas: para ella reservó los preciosos aromas que las santas mujeres habían mercado para embalsamar su cuerpo muerto. Quiso ahorrar esos perfumes adelantando, por decirlo así, la hora de su glorificación, no porque desdeñase el piadoso obsequio que deseaban tributarle, sino más bien para instruir su devoción, indicándoles que quería reservar su utilidad para ocasión más propicia, teniendo señalado otro destino, no precisamente a aquellos aromas materiales, sino a los espirituales por ellos designados. Quería el piadoso Maestro ahorrar esos otros perfumes espirituales verdaderamente preciosos, deseando fuesen empleados en las necesidades espirituales de sus miembros. De hecho, un poco antes, cuando se derramaban otros perfumes, bastante preciosos, sobre su cabeza y sobre sus pies, ¿acaso lo impidió? Al contrario, opúsose a los que pretendían impedirlo. Indignado Simón de que permitiese ser tocado por una pecadora, propuso El una parábola para reprenderle; y a los otros que se lamentaban de la pérdida que en eso se hacía, les respondió: *¿Por qué molestáis a esta mujer? Buena obra es la que ha hecho conmigo.*

8. Me permitiré ahora una breve digresión. Hame sucedido algunas veces que, estando sentado para mi provecho particular a los pies de Jesús, llorando y ofreciendo un espíritu dolorido por la memoria de mis pecados; o bien estando en pie cerca de su cabeza, lo que rara vez hacía, y alegrándome con el recuerdo de sus beneficios, he oído decir: *¿Para qué esta pérdida?*, acusándome de no vivir sino para mí, pues creían que mi ministerio podía ser útil a muchos. Y añadían: *pues se podría esto vender muy caro y darse su precio a los pobres* <sup>26</sup>. Mas ¿qué ventaja sacaría yo de ganar todo el mundo, si yo mismo me perdiese? Por eso, juzgando estas palabras, semejantes a esas moscas de que habla la Escritura, que mueren en el perfume y pierden toda su suavidad <sup>27</sup>, recordé lo que Dios dice por el profeta: *Pueblo mío, los que te llaman dichoso te engañan* <sup>28</sup>. Escuchen, pues, cómo sale el Señor a mi defensa y responde por mí a los que me acusan de perezoso: *¿Por qué, dice, molestáis a esta mujer?* Como quien dice: Vosotros no veis sino lo exterior y juzgáis por las apariencias. Este no es hombre, como vosotros creéis, que pueda poner su mano en cosas fuertes, sino que aun es flaco como una mujer. ¿Por qué pretendéis imponerle un yugo que sé muy bien no podrá llevar? Practica buenas obras

<sup>26</sup> Mt. 26, 8-10.

<sup>27</sup> Eccl. 10, 1.

<sup>28</sup> Is. 3, 12.

conmigo. Permanezca en lo bueno, mientras llegue la hora en que pueda obrar lo mejor. Cuando, por su adelantamiento espiritual, de mujer se haya vuelto hombre, y hombre perfecto, entonces podrá ser empleado en alguna obra perfecta.

9. Hermanos, reverenciamos a los obispos, pero temblemos al pensar en sus tareas. Si bien pensásemos en la terribilidad de esos deberes, nunca ambicionaríamos semejante honor. Reconozcamos que esta dignidad supera nuestras fuerzas, y que hombros delicados y afeminados no deben arriesgarse a llevar cargas abrumadoras aun para hombres robustos. No les censuremos, antes bien honrémosles; pues fuera algo inhumano reprender las acciones de aquellos de quienes se rehuyen los trabajos. ¿Qué temeridad no fuera en una mujercilla que hila en su casa el atreverse a reprender a un hombre que vuelve de la guerra? Si, pues, aquel que vive en el claustro reconoce que quien ha de vivir en el siglo se conduce con menos regularidad y discreción de la que al parecer debiera, o que en su hablar, su comer y dormir, en sus alegrías, enfados y manera de juzgar cede algún tanto a la humana fragilidad, no se apresure a condenarle, sino acuérdesese de lo que está escrito: *Menos dañosa es la malignidad del hombre que la mujer dolosamente benéfica, la cual acarrea confusión e ignominia* <sup>29</sup>; porque si tú obras bien velando sobre ti mismo, aquel que por razón de su cargo tiene que velar por sí y por los demás, obra todavía mejor; y si él no llega a ejercer las funciones de su ministerio sin faltar en algo, o sea, sin alguna desigualdad en su conducta, acuérdate que *la caridad cubre muchedumbre de pecados* <sup>30</sup>. Digo esto para preveniros contra dos tentaciones a que ciertos religiosos están expuestos: primera, la de buscar por ambición la dignidad episcopal; segunda, la de ser fáciles, movidos por cierta sugestión diabólica, en juzgar temerariamente las acciones de los obispos.

10. Pero volvamos a los perfumes de la Esposa. Entre todos no cabe duda ser el más precioso el de la *piedad*, pues Cristo no permitió que se perdiera de él la más mínima parte. Es tan crecido su valor, que ni un vaso de agua fría dado por *piedad* quedará sin premio <sup>31</sup>. Ciertamente que el de la *contrición*, que se confecciona con la memoria de los pecados y se derrama sobre los pies del Señor, también es bueno, pues *Dios no desprecia los gemidos del corazón contrito y humillado* <sup>32</sup>. En cuanto al de la *devoción*, confeccionado con la memoria de los divinos beneficios, es mejor todavía, porque se reputa digno de ser empleado en perfumar la cabeza de Cristo; diciendo Dios de él: *Quien me ofrece sacrificio*

<sup>29</sup> Eccli. 42, 14.

<sup>30</sup> 1 Petr. 4, 8.

<sup>31</sup> Mt. 10, 42.

<sup>32</sup> Ps. 1, 19.

de alabanza, ése me honra <sup>33</sup>. Mas el que entre todos se lleva la palma es el de la piedad, la cual se ejercita compadeciéndose de los miserables y se derrama sobre todo el cuerpo de Cristo, no sobre aquel que fué crucificado, sino sobre el que el mismo Cristo adquirió con los dolores de su crucifixión, o sea su Iglesia. Y cierto no puede menos de ser sumamente exquisito aquel perfume, en cuya comparación testifica Dios que El no mira siquiera a los demás, cuando dice: *Quiero misericordia y no sacrificio* <sup>34</sup>. Creo, pues, que, entre las otras virtudes, los pechos místicos de la Esposa exhalan principalmente la fragancia de este perfume, cuidando ella tanto de conformarse en todo al querer del Esposo. ¿No era acaso este perfume de misericordia el que Tabita exhalaba de sí aun después de muerta? Por eso resucitó presto <sup>35</sup>, pudiendo más en ella el perfume de la vida que el olor de la muerte.

11. Y ahora dos palabras para rematar el asunto. Quienquiera que embriaga místicamente a las almas con la abundancia de sus enseñanzas y ejemplos y las perfuma con sus beneficios, tenga por dicha a sí esta sentencia: *Tus pechos son mejores que el vino, fragantes como los más óptimos ungüentos* <sup>36</sup>. Mas ¿quién es este que ha llegado a tan alto grado de perfección? ¿Quién de vosotros posee plena y perfectamente siquiera una de estas dos cualidades, de modo que, por lo menos alguna vez, no sea estéril en sus enseñanzas ni tibio en sus obras? La única que con toda verdad puede gloriarse de poseerlas es la Iglesia, a la cual, por razón del crecidísimo número de sus hijos, jamás le falta ni a quienes ilustrar con su doctrina ni a quienes perfumar con sus beneficios; pues lo que le falta en unos lo encuentra en otros, según la medida con que Dios la ha enriquecido y el beneplácito del Espíritu Santo, que distribuye sus dones a cada cual según le place <sup>37</sup>. La Iglesia difunde el grato perfume de los beneficios en la persona de aquellos que distribuyen copiosas limosnas a los pobres y necesitados y alumbrá a las almas por medio de los ministros de la palabra de Dios, que derraman sobre la tierra el vino de la alegría espiritual y la embriagan, por decirlo así, recogiendo el fruto en paciencia. Ella se da a sí misma el nombre de Esposa, con toda determinación y confianza, como quien verdaderamente tiene los pechos mejores que el más regalado vino y fragantes como los más exquisitos ungüentos. Ahora bien, aunque ninguno de nosotros pueda presumir tanto de sí mismo que se atreva a llamar a su alma Esposa del Señor, mas como pertenecemos al cuerpo de la Iglesia,

<sup>33</sup> Ps. 49, 23.

<sup>34</sup> Mt. 9, 13.

<sup>35</sup> Act. 9, 39-41.

<sup>36</sup> Cant. I, I, 2.

<sup>37</sup> Eph. 4, 7; 1 Cor. 12, 11.

que justamente se gloria de tal nombre y de lo que él significa, con algún derecho participamos de esta gloria; pues en lo que poseemos plenamente todos juntos, cada uno en particular tiene su parte sin contradicción alguna. Mil gracias, Señor Jesús, por haberte dignado asociarnos a tu Iglesia, tan querida, no sólo para ser cristianos, sino también para ser un día unidos a ti en calidad de Esposa por medio de castos y eternos abrazos, cuando cara a cara contemplemos tu gloria, que igualmente posees con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

### 13 DE LA GLORIA Y ALABANZA QUE SIEMPRE HEMOS DE TRIBUTAR A DIOS POR LOS BENEFICIOS QUE NOS DISPENSA \*

1. Origen de fuentes y ríos es el mar; de ciencias y virtudes lo es nuestro Señor Jesucristo. Porque ¿quién es el Señor de las virtudes, sino el Rey de la gloria? *El es también el Señor de las ciencias*<sup>1</sup>, según el cántico de Ana. La continencia de la carne, la pureza de corazón, la rectitud de voluntad, de este origen divino dimanar. Y no sólo esto, sino también la viveza de ingenio, la gracia del decir, la santidad de las costumbres. En este mismo origen tienen su principio los discursos de la ciencia y de la sabiduría, pues todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia en El están encerrados<sup>2</sup>. ¿Qué más os diré? Los consejos puros, los juicios justos, los santos deseos, ¿no son también arroyos de esa fuente? Y si todas las aguas tornan sin cesar al mar por conductos ocultos y subterráneos, a fin de volver a salir de él en curso perpetuo e infatigable, para beneficio de los hombres, ¿por qué estos arroyos espirituales no volverán también a su propio origen sin intermisión y ni disminución, a fin de regar el campo de nuestras almas? Que los ríos de las gracias, pues, tornen al lugar de donde salen, para fluir de nuevo; que este riego celestial suba a su principio, a fin de que se derrame en seguida sobre la tierra con abundancia. ¿Cómo?, dices. Como dice el Apóstol: *Dando gracias a Dios en todas las cosas*<sup>3</sup>. Todo lo que crees tener de sabiduría y de virtud, atribúyelo a Cristo, Virtud y Sabiduría de Dios.

2. Y ¿quién será tan insensato, replicas, que presuma tenerlas de otra parte? Nadie, ciertamente; pues el mismo

\* PL 183, 833.

<sup>1</sup> 1 Reg. 2, 3.

<sup>2</sup> Col. 2, 3.

<sup>3</sup> 1 Thess. 5, 18.



fariseo da gracias a Dios<sup>4</sup>. Pero Dios no le alaba de su justicia, y esta acción de gracias, si recuerdas bien el Evangelio, no hace al fariseo más grato al Señor. ¿Por qué? Porque, por mucha devoción que aparezca en los labios, no basta eso para excusar la hinchazón del corazón ante aquel Señor que mira de lejos a los que se elevan por la soberbia<sup>5</sup>. Dios no sale burlado, ¡oh fariseo! ¿Crees tener algo que no hayas recibido? Nada, dice él, y por esto rindo gracias a Aquel que me ha dado eso que tengo. Si tú no tienes nada en absoluto, no has tenido mérito alguno precedente para recibir aquello de que te glorías. Si en esto convienes, en vano te elevarás con presunción sobre el publicano, el cual no tiene lo que tú tienes, porque no lo ha recibido como tú. Cuida también, porque, si no refieres a Dios plenamente sus bienes y te atribuyes algo de su gloria y honor, serás justamente acusado de fraude, y de fraude para con Dios. Porque, si te atribuyes alguna de las virtudes de que te precias, cual si viniera de ti, creería más bien que te engañas a ti mismo, aunque no pretendas engañar a los demás, y en tal caso intentaría corregir este error. Mas ahora, al rendir acciones de gracias, demuestras que nada te atribuyes a ti mismo, sino que reconoces prudentemente ser tus méritos dones de Dios. Ciertamente que, menospreciando a los demás, te traicionas a ti mismo y demuestras que hablas con doblez, haciendo servir tu lengua a la mentira y usurpando la gloria de decir la verdad. Porque no juzgarías que el publicano es despreciable, comparado contigo, si no pensases que eres mucho más que él. Y ¿qué respondes al Apóstol, que te prescribe esta regla, y dice: *A Dios solo el honor y la gloria?*<sup>6</sup> ¿Qué respondes también al ángel, que distingue y enseña lo que place a Dios reservarse a sí y lo que se digna comunicar a los hombres? *Gloria a Dios en las alturas*, dice El, *y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*<sup>7</sup>. Ya veis, hermanos, cómo el fariseo, dando gracias, honra a Dios con los labios, mas en su corazón hónrase a sí mismo. Así también vemos muchos en cuya boca resuenan acciones de gracias, pero más por costumbre que por sentirlo de veras; de tal modo que hasta los malos, a cada uno de sus crímenes, suelen dar gracias a Dios de su éxito (a lo menos como ellos se imaginan) en el cumplimiento de sus desordenados deseos. Y así oiréis a un ladrón que, después de haber ejecutado sus perversos intentos y despojado a alguno, se alegrará en sus adentros y dirá: Dios sea bendito, no en vano he velado; no he perdido mi trabajo. Igualmente aquel otro que ha muerto a un hombre, ¿no se gloria y da gracias a Dios de haber sido más

<sup>4</sup> Lc. 18, 11.<sup>5</sup> Ps. 137, 6.<sup>6</sup> 1 Tim. 1, 17.<sup>7</sup> Lc. 2, 14.

fuerte que su contrario o de haberse vengado de su enemigo? Asimismo el adúltero salta de júbilo y alaba a Dios por haber gozado de un placer largo tiempo apetecido.

3. Toda acción de gracias, pues, no es siempre grata a Dios, sino aquella sólo que sale de un corazón *puro y sencillo*. Dije *puro*, para excluir a los que se glorían aun de las malas acciones y suelen dar gracias a Dios por ellas, cual si Dios se alegrase, como ellos, cuando han obrado el mal y se complaciera en los crímenes detestables que han perpetrado. Ese tal oírán un día aquellas palabras terribles: *Pensaste injustamente que yo había de ser como tú; mas yo te pediré cuenta de tus maldades y te las echaré en cara*<sup>8</sup>. He añadido: y *sencillo*, a causa de los hipócritas, quienes verdaderamente glorifican a Dios por sus buenas obras, mas sólo con los labios, reteniendo para sí en el corazón lo que de boca le dan. Amén de que, como ellos obran en su presencia con dolo, Dios aborrece su ficción. Los primeros, con horrible impiedad, atribuyen a Dios sus malas acciones; los segundos, con vergonzoso disimulo, aprópiense los bienes recibidos. El primero de estos dos vicios está tan lleno de locura, de irreligión, y aun diría de brutalidad, que no creo necesario advertiros que lo evitéis. Mas el segundo suele dirigir sus asechanzas principalmente contra varones religiosos y espirituales. Sin duda es grande y rara virtud el ignorar su grandeza el mismo que hace cosas grandes, y ser él solo a quien su propia santidad le es desconocida, siendo manifiesta a todo el mundo. Parecer admirable a otros y reputarse a sí mismo menospreciable, esto sí que lo tengo yo por más maravilloso que las virtudes mismas que causan esta admiración. Es verdaderamente siervo fiel el que no se queda con nada de la gloria de su dueño, la cual, si no viene de él, no deja, con todo, de pasar por él. Entonces es cuando, según el profeta, *desechas las riquezas adquiridas con la calumnia y tienes las manos limpias de todo cohecho*<sup>9</sup>; entonces cuando, según el mandato del Señor, nuestra luz resplandece delante de los hombres, no a fin de que ellos nos glorifiquen, sino a fin de que glorifiquen al Padre, que está en los cielos<sup>10</sup>; entonces, finalmente, imitamos a Pablo y a los predicadores fieles, que no predicán sus propias virtudes ni buscan su propio interés, sino el de Jesucristo<sup>11</sup>. Por eso se nos dirá como a ellos: *Muy bien, siervo bueno y fiel; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu Señor*<sup>12</sup>.

4. Aunque José, estando en Egipto, sabía que la casa

<sup>8</sup> Ps. 49, 21.

<sup>9</sup> Is. 33, 15.

<sup>10</sup> Mt. 5, 16.

<sup>11</sup> 2 Cor. 4, 5; Phil. 2, 21.

<sup>12</sup> Mt. 25, 21.

y todos los bienes de su amo le estaban confiados, no ignoraba que su señora no estaba en ellos comprendida, por lo cual no quiso tocarla, por más que ella le instase. *De todos los bienes de mi señor*, dice él, *no hay uno que no esté en mi poder y que él no me haya dado, fuera de ti, que eres su mujer*<sup>13</sup>. Sabía él que la mujer es la gloria de su marido, y creyó gran injusticia y vergonzosa ingratitud el deshonorar a aquel que le había colmado de tantos honores. Este hombre de Dios, tan lleno de sabiduría, sabía que el marido es tan celoso de su mujer como de su propia gloria, y que su amo se había reservado la guarda de la suya y no la había confiado a otro, por lo cual no osó tocarla. ¿Pues qué? Siendo el hombre tan celoso de su gloria, ¿se atreverá a robar a Dios la suya, cual si El no estuviera celoso de ella? Escuchad lo que El dice: *Yo no daré a otro mi gloria*<sup>14</sup>, ¿Qué nos darás, pues, Señor, qué nos darás? *Os doy la paz*, dice, *mi paz os dejo*<sup>15</sup>. Eso me basta, Señor: te agradezco lo que me dejas y te dejo lo que retienes. Esta partición me agrada, y no dudo de que me es sumamente ventajosa. Renuncio del todo a la gloria, no sea que, si usurpo lo que me está prohibido, pierda justamente aun lo que me habían concedido. Quiero la paz, deseo tu paz, y nada más. Aquel a quien la paz no basta, tú mismo no le bastarás. Porque tú eres nuestra paz, pues nos has reconciliado contigo<sup>16</sup>. Eso me es necesario; a mí me basta estar reconciliado contigo, para estar reconciliado conmigo mismo; porque desde que me hice tu contrario híceme también gravoso a mí mismo<sup>17</sup>. Cuidaré ya de no ser ingrato al beneficio de la paz que me has dado ni sacrílego usurpador de tu gloria. Quede para ti, Señor, quede para ti toda tu gloria; yo seré muy feliz si logro conservar la paz.

5. Abatido Goliath, el pueblo se alegró de haber recobrado la paz, mas David recibió una gloria incomparable. Josué, Jefté, Gedeón, Sansón y la misma Judit, aunque mujer, triunfaron gloriosamente de sus enemigos; mas, gozando los demás con alegría de la paz, ninguno partió con ellos la gloria por ellos adquirida. Judas Macabeo, célebre también por tantos triunfos, habiendo dado muchas veces la paz a su pueblo, combatiendo por él con arrojo, ¿comunicó jamás a otro la gloria de sus gestas ilustres? Por eso la Escritura dice: *Hubo en el pueblo*, no una gloria, sino *gran alegría*<sup>18</sup>. Las maravillas que el Criador de todas las cosas ha obrado, ¿son acaso menores que las de estos grandes varones, para tener El menos motivo de gloriarse? El solo ha criado todo lo que tiene ser, El solo ha triunfado de sus enemigos, El

<sup>13</sup> Gen. 39, 9.<sup>14</sup> Is. 48, 11.<sup>15</sup> Io. 14, 27.<sup>16</sup> Eph. 2, 14.<sup>17</sup> Job 7, 20.<sup>18</sup> 1 Mach. 4, 58.

solo ha librado a los cautivos, ¿y habrá de tener compárticipes de su gloria? *Mi brazo, dice, me ha salvado.* Y en otra parte: *He pisado solo el lagar y nadie del mundo me ha ayudado* <sup>19</sup>. ¿Pues qué? ¿Puedo yo compartir de la victoria, no habiendo compartido del combate? Mas, por hablar con las voces de la Escritura: *Montañas, recibid la paz para el pueblo, recibid la paz para nosotros, pero reservad la gloria para sólo Aquel que solo ha combatido, que solo ha salido victorioso.* Así sea, Señor, te lo ruego, así sea. *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* Aquel no tiene buena voluntad, sino mala, que, no contento con la paz, aspira también a la gloria de Dios con mirada soberbia y corazón insaciable; por ahí, ni conservará paz ni conseguirá gloria. ¿Quién creería a una pared si le dijera que ella producía el rayo de luz que recibe por una ventana? O ¿quién no se burlaría de las nubes si se gloriasen de engendrar la lluvia? Yo bien seguro estoy que ni los arroyos vienen de los canales por donde fluyen, ni las palabras prudentes de la lengua o de los dientes que las profieren, aun cuando mis sentidos corporales parezcan decirme lo contrario.

6. Si veo en los santos algo digno de loa o de admiración, tan pronto como lo miro a la luz clara de la verdad, hallo que *parecen* grandes y admirables, pero que hay detrás de ellos otro que lo es en efecto, y alabo a Dios en sus santos, sea Eliseo o el gran Elías, o los resucitadores de muertos. No obraron por su propia virtud tales prodigios nuevos y desusados, sino por el poder de Dios, de quien no eran sino ministros; el cual, permaneciendo en ellos, obraba por ellos tales maravillas. El es invisible e inaccesible por naturaleza, mas se hace en los suyos visible y admirable, y sólo admirable, porque sólo El hace las cosas que merecen admiración <sup>20</sup>. La pintura y la escritura son dos artes dignas de alabanza, mas no se alaba ni a la pluma ni al pincel. ¿Por qué, pues, se ha de atribuir la gloria de un discurso magnífico y elocuente a la lengua o a los labios que lo pronuncian? Ya es tiempo de que hable el profeta: *¿Por ventura, dice, se gloriará la segur contra el que corta con ella o se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve? Eso es como si se levantase la vara contra el que la maneja o se envaneciese el bastón, que no es sino un palo* <sup>21</sup>. Así también se gloria contra el Señor el que no se gloria sólo en el Señor <sup>22</sup>. Si conviene gloriarnos, Pablo nos enseña cómo y en qué debemos hacerlo. *Toda nuestra gloria, dice, consiste en el testimonio de nuestra conciencia* <sup>23</sup>. Me

<sup>19</sup> Is. 63, 5. 3.

<sup>20</sup> Ps. 71, 18.

<sup>21</sup> Is. 10, 15.

<sup>22</sup> 2 Cor. 10, 17.

<sup>23</sup> 2 Cor. 1, 12.



gloriaré con seguridad si mi conciencia me da testimonio de que no usurpo nada de mi Criador, porque entonces no me gloriaré contra el Señor, sino en el Señor, puesto que no solamente no se nos prohíbe gloriarnos así, sino que se nos exhorta a hacerlo. *Vosotros buscáis, dice, gloria unos de otros, y no la gloria que viene de sólo Dios*<sup>24</sup>. En efecto, Dios solo es quien da la gracia de no gloriarse sino en El. Gloria no menguada, siendo tan verdadera como su objeto; pero es tan rara, que aun entre el corto número de perfectos hay muy pocos que perfectamente la posean. Dejemos, pues, a los hijos de los hombres, que son vanidad; dejemos a los hijos de los hombres, que no son sino mentira; dejémosles seducirse mutuamente<sup>25</sup>; pues aquel que se gloria con sabiduría, probará su obra y la examinará bien a la luz de la verdad, hallando las alabanzas en sí mismo, sin aguardarlas de la boca de otro. ¿No sería insigne locura en mí confiar mi gloria al abrir de vuestros labios e ir a mendigarla de vosotros, si yo la quisiese tener? ¿Como si vosotros no pudierais aprobar o reprobar mis acciones según vuestra fantasía! Vale mucho más que yo la retenga conmigo; yo la guardaré para mí, harto más fielmente que vosotros, o por mejor decir, no la guardaré, sino que la daré a guardar a aquel Señor que es poderoso para conservarme este depósito hasta el último día<sup>26</sup>. El me la guardará con cuidado y me la devolverá con fidelidad. Entonces cada cual recibirá de Dios, con toda confianza, las alabanzas que haya merecido; mas no serán sino aquellos que hayan despreciado las humanas. Pues a los que no gustan sino de las cosas terrenales, su gloria les servirá de confusión, según estas palabras de David: *Dios aniquila el poder de los que lisonjean a los hombres; serán confundidos, porque el Señor los desechará de sí*<sup>27</sup>.

7. Siendo esto así, hermanos, ninguno de vosotros desee ser loado en esta vida; porque todo el honor que tratáis de adquirir en este mundo, si no lo referís a Dios, es robo que le hacéis. Pero ¿qué motivo tenéis para gloriaros, qué motivo tenéis, repito, para eso, vosotros que no sois sino un puñado de polvo vil y corrompido? ¿Será quizá la santidad de vuestra vida? Pero ¿no es el Espíritu el que santifica? Digo el Espíritu, no el vuestro, sino el de Dios. Aunque brillaseis con prodigios y señales, se harían por medio de vosotros, pero siempre sería la potencia de Dios quien se serviría de vosotros para obrarlos. ¿El pueblo os alaba por haber dicho algo bueno, y quizá lo habéis dicho

<sup>24</sup> Io. 5, 44.<sup>25</sup> Ps. 61, 10.<sup>26</sup> 2 Tim. I, 12.<sup>27</sup> Ps. 52, 6.

bien? Pero Cristo os ha dado boca y sabiduría. Porque ¿qué otra cosa es vuestra lengua, sino pluma en manos de escribano? Y eso mismo no lo tenéis sino prestado. Es un talento que os han confiado, y que os reclamarán con aumento. Si sois vigilantes y laboriosos, si sois fieles en corresponder a las gracias de Dios, recibiréis el salario de vuestro trabajo. Si no, se os quitará el mismo talento que os habían confiado, sin dejar por eso de exigir su rédito; y entonces seréis tratados como siervos malos y perezosos. Por eso toda la gloria de los bienes que las distintas gracias de Dios hacen parecer en vosotros, a El sea referida, como al distribuidor y soberano autor de todo cuanto hay de bueno y loable en el mundo. Y lo sea no en apariencia sólo, como hacen los hipócritas, ni por costumbre, como hacen las gentes del siglo, ni por cierta necesidad, como cuando se obliga a las bestias a llevar pesos y cargas, sino cual conviene lo hagan los santos, o sea con fidelidad sincera, con piedad activa y con alegría agradable, aunque exenta de toda licencia. Así, al ofrecer al Señor un sacrificio de alabanza y rendirle nuestros votos de día en día, procuremos con todo esmero armonizar los sentimientos con las costumbres, el fervor con los sentimientos, la alegría con el fervor, la modestia con la alegría, la humildad con la modestia y la libertad con la humildad, a fin de caminar siempre con la libertad de un espíritu purificado de todos los vicios; salgamos como fuera de nosotros mismos por el ardor de deseos y afectos, y sintamos un gozo y una alegría del todo espiritual en la luz de Dios y en las dulzuras del Espíritu Santo, haciendo ver que somos del número de los que el profeta tenía en su pensamiento, al decir: *Señor, a la luz de tu rostro caminarán tus hijos, y todo el día se regocijarán en tu nombre, y por tu justicia serán exaltados* <sup>28</sup>.

8. Mas alguno me dirá tal vez: "Bien aconsejas, pero si no te salieses del tema." Aguardad un tanto; no lo tenía olvidado. ¿No estaba por ventura tratando de lo que se dice: *Ungüento derramado es tu nombre?* <sup>29</sup> Esta era la obra, ésta la tarea, y vosotros veréis si lo antedicho era o no necesario. Ahora bien, respecto a mí, notad brevemente cómo no son estas cosas ajenas a nuestro intento. ¿No recordáis que la última cosa que os hice observar en los pechos de la Esposa era la exquisita suaveolencia de sus ungüentos? Pues bien, ¿qué puede haber más convincente para persuadir a todos de que la Esposa no se atribuye la exquisita fragancia de esos perfumes, como el que ella mis-

<sup>28</sup> Ps. 88, 16-17.

<sup>29</sup> Cant. 1, 2.

ma reconozca sinceramente poseerlos por dignación de su Esposo? Fácilmente convendréis conmigo en que todo lo hasta aquí dicho nos persuade de ello plenamente. Que los amores de mi pecho exhalen tan regalado perfume y que su olor sea tan grato y placentero, dice la Esposa, yo no lo atribuyo ni a mis cuidados ni a mis méritos, sino que reconozco haberlo recibido de tu largueza, ¡oh Esposo!, en virtud de tu nombre, que es óleo derramado. Esto para ilación de la letra.

9. En cuanto a la explicación del versículo mismo, como con ocasión de él hicimos ya un sermón tan largo acerca del vicio detestable de la ingratitud, la reservamos para otro sermón, bastando ahora amonestaros a que penséis: si la Esposa no se atreve a atribuirse nada de todas sus virtudes y de todas sus gracias, ¿cuánto menos lo deberemos hacer nosotros, no siendo quizá sino pobres principiantes? Digamos, pues, con la Esposa: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino sólo a tu nombre da gloria* <sup>30</sup>. Digamos, no con labios y lengua, sino en efecto y en verdad, no sea que pueda aplicársenos, Dios no lo quiera, aquello del salmista: *Esos amaron al Señor de boca y le mintieron con su lengua, pues su corazón no fué sincero para con El ni fueron fieles a su pacto* <sup>31</sup>; digamos, repito, pero digámoslo a gritos, que salga de lo más hondo de nuestros corazones más que de nuestros labios: ¡Sálvanos, Señor Dios nuestro, y recógenos de entre las naciones para que confesemos tu santo nombre y nos gloríemos en tu alabanza <sup>32</sup>, no en la nuestra, por todos los siglos de los siglos! Amén.

## 14 DE LA IGLESIA, DE LOS FIELES CRISTIANOS Y DE LA SINAGOGA DE LOS PÉRFIDOS JUDÍOS \*

1. *Dios es conocido en Judea, su nombre es grande en Israel* <sup>1</sup>. *El pueblo gentil, que caminaba en tinieblas, vió una Luz grande* <sup>2</sup> que brillaba en Judea y en Israel y quiso acercarse para ser alumbrado por ella, a fin de que aquel que antes no pudo ser pueblo de Dios se hiciese ahora pueblo suyo <sup>3</sup> y la Piedra angular uniese las dos paredes que venían de lados distintos, para que en lo sucesivo el lugar de su morada fuese un lugar de reposo. Animaba su confianza la voz que había oído, y que parecía convidarle, diciendo: Na-

<sup>30</sup> Ps. 112, 1.

<sup>31</sup> Ps. 77, 36-37.

<sup>32</sup> Ps. 105, 47.

\* PL 183, 839.

<sup>1</sup> Ps. 75, 2.

<sup>2</sup> Is. 9, 2.

<sup>3</sup> 1 Petr. 2, 10.

ciones, regocijaos con los judíos, que son su pueblo<sup>4</sup>. Quería, pues, acercarse; pero la Sinagoga oponíase a ello, asegurando que la Iglesia de los gentiles era impura e indigna de favor tan señalado. Y, dándole en rostro con la torpeza de sus idolatrías y la ceguedad de sus ignorancias, decíale: ¿Qué méritos alegas para justificar tus pretensiones? No me toques, apártate de mí. A lo cual replicaba la otra: ¿Y por qué no te he de tocar? Dios, ¿es sólo Dios de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles?<sup>5</sup> Bien sé que no tengo méritos para ello; mas tampoco ignoro que El es rico en misericordias. ¿No es El igualmente misericordioso que justo? Señor, derrama sobre mí tu misericordia, y viviré. Y en otra parte; *Tus misericordias, Señor, son infinitas. Dame vida según tu justicia*<sup>6</sup>, que, siendo moderada, es misericordiosa. ¿Qué hará, pues, el Señor, tan justo y misericordioso, glorificándose la una en la Ley, aplaudiéndose de su propia justicia, por creer que no necesita misericordia, y menospreciando a los que la necesitan; y la otra, por el contrario, confesando sus crímenes, reconociendo su indignidad y pidiendo a Dios no la juzgue con su justicia e implorando su misericordia? ¿Qué hará, repito, este Juez, y Juez tal que sabe igualmente administrar justicia y misericordia? ¿Qué cosa más razonable que escuchar los votos de una y otra, haciendo a la una justicia y usando con la otra de misericordia? El judío pide ser juzgado, y se le juzgará. Mas los gentiles honran a Dios por su misericordia. La sentencia que el Juez dará es que los que menosprecian la justicia misericordiosa de Dios, para establecer la suya propia, la cual ciertamente les acusa y condena más bien que justifica, queden entregados a su propia justicia, para ser más bien oprimidos que justificados.

2. Hay una justicia proveniente de la Ley, y que jamás llevó a nadie a la perfección. Por otra parte, esta Ley es un yugo tan pesado, que ni ellos ni sus padres pudieron nunca soportarle. Mas la Sinagoga se cree tan fuerte, que no quiere oír hablar de cargas ligeras ni de yugos suaves; se cree sana y robusta y que no ha menester de médico ni de la unción del Espíritu Santo. Confía en la Ley: que la Ley, pues, la libre, si puede. De hecho, la Ley no ha sido dada para comunicar la vida; antes bien da la muerte; porque la letra mata<sup>7</sup>, según el Apóstol. Por esto dijo Cristo a los judíos: *Con razón os he dicho que moriréis en vuestro pecado*<sup>8</sup>. Esta es, Sinagoga, la justicia que tú pides. Como ciega y pependenciera, estás abandonada al error, hasta que la plenitud de las naciones, que tú desprecias por orgullo y dese-

<sup>4</sup> Dt. 32, seg. LXX; Rom. 15, 10.

<sup>5</sup> Rom. 3, 29.

<sup>6</sup> Ps. 118, 77. 156.

<sup>7</sup> 2 Cor. 3, 6.

<sup>8</sup> Io. 8, 24.



chas por envidia, entre y conozca también al Dios que es conocido en Judea y adore su nombre, grande en Israel. Para hacer esta justicia vino Jesús al mundo, a fin de que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos<sup>9</sup>. Pero esta justicia no tiene lugar sino en parte; pues el Señor no desechará del todo a su pueblo<sup>10</sup>, reservándose a los apóstoles como simiente, y también a la multitud de los primitivos fieles, que tenían un solo corazón y una sola alma. No le desechará del todo para siempre, sino que, al fin del mundo, salvará a los que pueden, recogiendo de nuevo a Israel, su siervo, y acordándose de su misericordia<sup>11</sup>; de suerte que ésta no abandonará la justicia, aun en aquellos en quienes esta misericordia no encuentra ahora cabida. De otro modo, si Dios les tratara según sus méritos, juzgaría sin misericordia a aquellos que no hacen misericordia<sup>12</sup>. Ahora bien, los judíos tienen abundante óleo de conocimiento de Dios, pero, a fuer de avaros, lo retienen en sí mismo como encerrado en un vaso. Yo les pido algo de él, mas ellos no tienen lástima de mí ni me lo quieren prestar. Quieren poseer solos el culto de Dios, su conocimiento y su nombre grande; y no celan por sí, sino que me envidian a mí.

3. Tú, pues, Señor, hazme justicia; que tu nombre, ya tan glorioso, sea todavía glorificado, y que tu óleo divino se acreciente más y más. Crezca, rebose, se difunda y derrame entre las naciones, a fin de que toda carne tenga parte en la salud que Dios ha enviado al mundo. ¿Cómo será posible que, según la necia pretensión de los judíos, toda la unción saludable se circunscriba a la barba de Aarón? Dicha unción no es para la barba, sino para la cabeza. Ahora bien, la cabeza no pertenece solamente a la barba, sino a todo el cuerpo. Sea ésta la primera ungida, enhorabuena, pero no sea ella sola quien reciba esa unción, sino que, una vez recibida, haga participantes de ella a los miembros inferiores de lo que ha recibido de lo alto. Descienda este licor celestial y derrámese sobre los pechos sagrados de la Iglesia, pues ésta con tales ansias lo desea, que no se desdeña de recibir lo que fluye de esta mística barba; a fin de que, empapada ya toda ella con este rocío de la gracia, pueda decir con gozosa gratitud: *Ungüento derramado es tu nombre*<sup>13</sup>. Y esto no basta; es preciso que se vaya destilando este óleo y descienda hasta las fimbrias del vestido, es decir, hasta que llegue a mí, que soy el último y el más indigno de todos, aunque no dejo de pertenecer a este vestido, que figura a la Iglesia. Pido con instancias se difunda sobre mí desde los místicos pechos

<sup>9</sup> Io. 9, 39.

<sup>10</sup> Ps. 93, 14.

<sup>11</sup> Lc. 1, 54.

<sup>12</sup> Iac. 2, 13.

<sup>13</sup> Cant. 1, 2.

de esta santa Madre, porque tengo derecho a ello, al ser uno de sus tiernos hijos en Cristo. Y si alguno me envidia de esta liberalidad y murmura de ella, Señor, responde por mí, si te place; da en mi favor sentencia que salga de tu rostro y no del ceño soberbio de Israel. O, más bien, responde por ti mismo, y di a ese calumniador, pues de ti murmura porque haces tus larguezas gratuitamente, dile, pues, si te place: *Quiero yo dar a éste, bien que sea el último, tanto como a ti* <sup>14</sup>. Desagrada al fariseo. ¿Por qué refunfuñas? Mi derecho es la voluntad del Juez. ¿No es él tan justo en discernir los méritos como rico en premiarlos? ¿No le es lícito hacer lo que quiera? El usa conmigo de misericordia, es verdad, pero no te hace a ti agravio. Toma lo tuyo y vete. Si El ha resuelto salvarme también, ¿qué pierdes tú?

4. Exagera cuanto quieras tus méritos, pondera tus trabajos, que la misericordia del Señor vale más que las vidas <sup>15</sup>. Confieso que no he llevado el peso del día y del calor, sino que llevo un yugo suave y una carga ligera, según el beneplácito del Padre de familia. Apenas he trabajado una hora, pero aun cuando hubiera trabajado más, el amor no me dejaría el lamentarme de ello. Confíe el judío en sus propias fuerzas, tanto como él quiera; que todo mi cuidado es saber cuál es la voluntad del Señor, esa voluntad tan pura, tan amable y perfecta. Por ella reparo yo las pérdidas, así de obras como de tiempo. El judío confía, porque él ha hecho pacto con Dios; pero yo confío en El, porque me he entregado del todo a su beneplácito, creyendo firmemente que en ninguna parte puedo tener mayor seguridad, y no es engañosa mi persuasión, pues la vida se encuentra en su voluntad, como dice el profeta. Ella me reconcilia con el Padre; ella me devuelve la herencia que había malgastado, y, para colmo de gracias, me dispensa la dicha inefable de poder disfrutar de las melodías deliciosas de los conciertos angélicos y de sentarme a un magnífico festín, participando del gozo y alegría de toda la familia celestial. Si mi hermano prefiere comer fuera un cabrito con sus amigos, más bien que un becerro cebado conmigo en casa de nuestro Padre, se le responderá: *Conveníanos banquetear y regocijarnos, porque este mi hijo había muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y ha sido hallado* <sup>16</sup>. La Sinagoga come todavía fuera con sus amigos, los demonios, que se regodean viendo cómo está todavía tan ciega en devorar el cabrito del pecado, en tragarlo, en hacerlo pasar y esconderlo como en el estómago espiritual de su pereza y de su locura, mientras que, menospre-

<sup>14</sup> Mt. 20, 14.

<sup>15</sup> Ps. 62, 4.

<sup>16</sup> Lc. 15, 32.

ciando la justicia de Dios y queriendo imponer la suya, dice que no tiene pecado, y que no necesita la muerte del becerro gordo, creyéndose limpia y justa por las obras de la Ley. Mas la Iglesia, habiendo rasgado el velo de la letra, que mata, por la muerte del Verbo crucificado, guiada por el Espíritu de libertad que la ilumina, penetra audaz hasta sus entrañas, siéntese conocida, le agrada, ocupa el puesto de su rival, queda hecha Esposa y goza de sus apretados abrazos. Y al calor del Espíritu, adherida a Cristo Señor, con el que se roza, vese inundada por El con óleo de alegría deliciosa y copiosamente más que todos sus comparticipes, y dice: Ungüento derramado es tu nombre. Y ¿qué de extraño tiene si queda ungida la que abraza al ungido?

5. La Iglesia, pues, reposa en la cámara nupcial; mas por ahora es la Iglesia de los perfectos. Nosotros también tenemos alguna esperanza de conseguirlo. Vigilemos afuera, pues somos aún poco perfectos, y saboreemos siquiera el gozo de la esperanza, mientras el Esposo y la Esposa, a solas en su morada, saborean a su placer las delicias más inefables de la mística unión, lejos del tumulto de las pasiones y deseos carnales y de la turbación y agitación, efecto de imágenes sensibles. Las almas todavía tiernas en la virtud, y por ello incapaces aún de librarse de semejantes inquietudes, esperen afuera, y esperen confiadas, sabiendo que a ellas se refieren las siguientes palabras del salmista: *Serán presentadas al Rey las vírgenes del séquito de ella; ante su presencia serán traídas sus compañeras*<sup>17</sup>. Y a fin de que cada una de ellas sepa qué espíritu la anima, llamo yo *vírgenes* a aquellas almas que, habiéndose consagrado a Cristo antes de haberlas mancillado el mundo con sus halagos, perseveran constantes en el amor de aquel a quien se dedicaron tanto más felizmente cuanto lo hicieron en más temprana edad. Digo *compañeras* a aquellas que, después de vergonzosamente prostituídas a los príncipes de este mundo, que son los espíritus impuros, con todos los deleites deshonestos, avergonzándose al fin de tales desórdenes, se apresuran a salir de su fealdad, para revestirse la belleza del hombre nuevo; y tanto más sinceramente, cuanto más tarde comenzaron a hacerlo. Que así unas como otras adelanten siempre y no desmayen ni se abatan, aun cuando todavía sientan que no pueden decir: *ungüento derramado es tu nombre*. Su infancia espiritual no consiente hablen por sí mismas al Esposo; pero todas, si de cerca siguen a su Maestra y cuidadosamente caminan tras de sus huellas, experimentarán a lo menos el placer del suave olor de los perfumes derrama-

<sup>17</sup> Ps. 44, 15.

dos, lo cual las animará a buscar y apetecer algo más excelente y exquisito.

6. Yo mismo con frecuencia, y no me avergüenza el confesarlo, sobre todo a los comienzos de mi conversión, hallándome con el corazón duro y como helado, iba en busca de alguien a quien mi alma pudiese amar, no acertando aún a amar a Aquel a quien todavía no había encontrado, o al menos no le amaba tanto como deseaba, y por eso mismo le buscaba; aunque cierto no le habría podido buscar, de no haber sentido algún amor a El. Iba, pues, sin hallar quien viniera en mi ayuda, en busca de alguno en quien mi espíritu lánguido y perezoso pudiera reanimarse y reposar, y, deritiendo el durísimo hielo que aprisionaba y detenía todas las potencias de mi alma, hiciera reaparecer en mí la amena y dulce primavera de las consolaciones espirituales. Con esto quedaba mi pobre alma en mayor tedio, tristeza y desaliento, que la ponían casi desesperada, y musitando entre sí aquello: *¿Quién podrá soportar el rigor de tan riguroso frío?*<sup>18</sup> Mas he aquí que de pronto, a la voz o a la vista de algún varón espiritual y perfecto, o bien al solo recuerdo de una persona difunta o ausente, soplabla el Espíritu Santo en mi alma, y todos aquellos hielos se liquidaban en aguas corrientes de dulces lágrimas que me servían de pan día y noche. ¿Y de dónde procedía esto, sino del perfume exhalado de aquella persona? Ciertamente que aquello no era todavía la unción de la gracia del Espíritu Santo inmediatamente recibida en mi alma, sino sólo el perfume de esa unción que por medio de otro me llegaba; por lo cual, si bien me alegraba del don recibido, confundíame al considerar que sólo había llegado a mí una simple emanación en vez de una rica y copiosa unción. Mas, encantado con la suave fragancia de aquel perfume que aún no me era dado tocar, sentíame indigno de que Dios me comunicara sus dulzuras por sí mismo. Aun hoy, cuando eso mismo me acontece, recibo con ansias este regalo, procurando agradecerlo sinceramente, aunque no puedo menos de gemir viendo que no he sido aún hallado digno de recibirlo, como se dice, mano a mano, a pesar de mis vivos deseos. Siéntome avergonzado de que me conmueva más el recuerdo de los hombres que el de mi Dios, y véome como constreñido a exclamar: *¿Cuándo llegaré y me presentaré a la cara de Dios?*<sup>19</sup> Sin duda algunos de vosotros han experimentado lo mismo, y lo sienten todavía de vez en cuando. ¿Y por qué esto, sino porque Dios así lo permite, ya para abatir nuestra soberbia, ya para conservar nuestra humildad; para mantener la caridad fraterna o para encender más

<sup>18</sup> Ps. 147, 17.

<sup>19</sup> Ps. 41, 3.



y más nuestros deseos? Un mismo y único alimento sirve de medicina a los enfermos y de preservativo a los sanos. El mismo fortalece a los flacos y alegra a los robustos. Una misma y única vianda sana los desmayos y conserva la salud, nutre el cuerpo y agrada al gusto.

7. Pero volvamos a las palabras de la Esposa, y de tal forma procuremos escuchar lo que ella dice, que no pongamos menos empeño en gustar lo que ella gusta. La Esposa, como antes dije, es la Iglesia. Ella es a quien más se le ha perdonado; por lo cual es más ardiente y fuerte su amor. Por lo cual se muestra más dulce en las reprensiones, más paciente en los trabajos, más abrasada en el amor, más prudente en velar sobre sí, más humilde por el conocimiento de su bajeza, más amable por su modestia, más pronta en obedecer, más devota y cuidadosa en agradecer. Lo que su rival le echa en cara como una injuria, ella lo convierte en provecho propio. Finalmente, mientras ella murmura y representa sus méritos, sus trabajos y el peso del día y del calor, la Iglesia cuenta el beneficio, diciendo: *Ungüento derramado es tu nombre*.

8. Tal es el testimonio de Israel para celebrar el nombre de Dios; no Israel según la carne, sino según el espíritu, siendo el Israel carnal incapaz de dar tales acciones de gracias, no porque carezca de ese bálsamo divino, sino porque no sabe derramarlo; lo posee sin duda, pero tiénelo escondido. Lo conserva oculto en las Sagradas Escrituras sin transvasarlo a su corazón. Vive apegado a la corteza de la Ley, tiene en sus manos el precioso vaso que contiene el divino perfume, pero ese vaso permanece cerrado y sellado, sin abrirlo nunca para perfumarse con él. ¡Oh Israel! La unción del Espíritu Santo es interior: abre, abre pronto ese vaso, perfúmate con el óleo aromático que contiene, y al punto depondrás tu obstinación y rebeldía. ¿De qué te sirve el óleo encerrado en el vaso, si no lo derramas y frotas con él tus miembros? ¿Qué te vale leer tantas veces el nombre del Salvador en las sagradas páginas, si no le respetas y veneras con tus palabras y tus obras? Oleo es: derrámalo y sentirás su triple virtud. Pero ya veo que es inútil mi empeño: el judío se desdeña prestar atención a mis razones; pues si quiera vosotros, hermanos, atendedlas cual conviene. Quisiera explicaros, ya que todavía no lo he hecho, por qué el nombre del Esposo es comparado al óleo, y se me vienen para esa demostración tres poderosas razones. Mas como se le denomina con diversos vocablos, por ser realmente inefable, y ninguno puede expresar plenamente su significado, conviene, ante todo, invocar al Espíritu Santo, a fin de que se digne descubrirnos por sí mismo, pues no le plugo declararlo

por escrito, cuál es el que quiere entendamos aquí de entre los muchos que se le dan. Pero veo que nos será forzoso reservar esto para otro sermón; porque si bien es verdad que ahora mismo podría explanar el tema propuesto, aun cuando yo no me hallara cansado de hablar y vosotros de escucharme, lo avanzado de la hora me obliga a poner punto final a mi discurso. Procurad, con todo, retener lo que hasta ahora ha ocupado vuestra atención, para no tener que repetirlo mañana, en que me propongo explicaros por qué el nombre del Esposo es comparado al óleo y cuál sea ese nombre entre todos aquellos que se le dan. Mas como yo no puedo decir nada de mi propia cosecha, oremos a fin de que el Esposo mismo nos lo revele por su Espíritu; el Esposo, repito, que es Jesucristo nuestro Señor, a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

## 15 CÓMO EL NOMBRE DE JESÚS ES SALUDABLE MEDICINA PARA LOS FIELES CRISTIANOS EN SUS ADVERSIDADES \*

1. Benigno es el Espíritu de sabiduría<sup>1</sup>, y no suele mostrarse difícil a los que le invocan el que muchas veces, aun antes de ser llamado, dice: ¡Aquí estoy!<sup>2</sup> Oíd ya lo que por vuestra oración El se dignará manifestaros por medio de mí acerca del tema que ayer os prometí tratar, con lo cual recogeréis el fruto de vuestras oraciones. Yo, por mi parte, voy a enseñaros *cuál es el nombre* justamente comparado al óleo y por qué se le compara con él. Habréis, sin duda, observado que la Sagrada Escritura señala al Esposo con muchos y muy diversos nombres. Pues bien, todos ellos los reduciré a dos, no habiendo uno solo que no exprese o la gracia de la bondad y misericordia o la potencia de la majestad. Esto es lo que el Espíritu Santo nos declara por su órgano más familiar. *Una vez habló Dios, y estas dos cosas oí: que el poder está en Dios y que Tú, Señor, posees la misericordia*<sup>3</sup>. Acerca de su majestad y poder leemos: *Santo y terrible es el nombre del Señor*<sup>4</sup>; y de su bondad y misericordia: *No se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el que hayamos de ser salvos*<sup>5</sup>. Pero con ejemplos se hará más claro: *Este es el nombre con que le llamará: el Señor, nuestro Justo*<sup>6</sup>. Nombre es de poderío. Y también: *Y su nombre será: Emmanuel*<sup>7</sup>. Piedad insinúa. Item de sí mismo

\* PL 183, 843.

<sup>1</sup> Sap. 1, 6.

<sup>2</sup> Is. 65, 24.

<sup>3</sup> Ps. 61, 12-13.

<sup>4</sup> Ps. 110, 9.

<sup>5</sup> Act. 4, 12.

<sup>6</sup> Jer. 23, 6.

<sup>7</sup> Is. 7, 14.

dice: *Llamáisme Maestro y Señor*<sup>8</sup>. El primero es de gracia; el segundo, de majestad. Pues no es menos favor dar ciencia al alma que alimento al cuerpo. En otro lugar añade también Isaías: *Y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la Paz*<sup>9</sup>. El primero, tercero y cuarto de estos nombres denotan la majestad, y los otros la bondad. Ahora bien, ¿cuál de entre todos estos nombres es el que se asemeja al óleo derramado? En realidad, el nombre de la majestad y poder se transfunde en cierto modo en lo que es piedad y gracia, la cual, a su vez, se derrama copiosamente sobre el mundo por Jesucristo nuestro Salvador. El nombre de Dios, por ejemplo, ¿no se deslíe y se funde, por decirlo así, en este otro: *Dios con nosotros*<sup>10</sup>, o sea, en el de *Emmanuel*? Lo mismo se diga del de *Admirable*, que se funde en el de *Consejero*; de los de *Dios* y *Fuerte*, que se transfunden en los de *Padre del siglo futuro* y de *Príncipe de paz*. En cuanto al de *Yavé*, nuestra justicia, bien se ve ser como sinónimo de: *Misericordioso y compasivo es el Señor*<sup>11</sup>. Nada nuevo os estoy diciendo, pues no ignoráis que antaño el nombre de Abrán fué prolongado, y trocado en el de Abrahán, y el de Sarai, en el de Sara<sup>12</sup>; y ya entonces recordamos el misterio de la salutífera efusión celebrado y prefigurado.

2. ¿Dónde está ya aquello que tan a menudo solía sonar terriblemente a los antiguos, llenándolos de espanto: *Yo soy el Señor, yo soy el Señor*?<sup>13</sup> En vez de eso me dictan una oración que va encabezada con el nombre dulce de Padre y me da confianza de obtener las peticiones que se siguen. Los que eran esclavos son llamados amigos<sup>14</sup>, y la resurrección es anunciada no sólo a los discípulos, sino también a los hermanos<sup>15</sup>. Pero esta fusión del nombre no se hizo sino cuando llegó la plenitud de los tiempos, cumpliendo Dios lo que había prometido por el profeta Joel, al decir que derramaría su Espíritu sobre todos los hombres<sup>16</sup>. Parece que algo de esto aconteció antaño a los hebreos, y si no, decídmelo: ¿cuál fué la primera respuesta a Moisés cuando inquirió quién era el que le hablaba? *Yo soy el que soy*; añadiéndole: *Dirás a los hijos de Israel: EL QUE ES me ha enviado a vosotros*<sup>17</sup>. Yo no sé si el mismo Moisés hubiera entendido tal respuesta, de no haber mediado aquí cierta transfusión de este nombre; pero se realizó dicha transfusión y la entendió. Y no sólo se hizo aquí una transformación, sino una

<sup>8</sup> Jo. 13, 13.<sup>9</sup> Is. 9, 6.<sup>10</sup> Mt. 1, 23.<sup>11</sup> Ps. 110, 4.<sup>12</sup> Gen. 17, 5. 15.<sup>13</sup> Ex. 20, 2.<sup>14</sup> Jo. 15, 14. 15.<sup>15</sup> Mt. 28, 10.<sup>16</sup> Joel 2, 28.<sup>17</sup> Ex. 3, 14.

efusión, puesto que la infusión de El estaba ya hecha. Los cielos le poseían ya, siendo conocido de los ángeles; pero ahora fué derramado fuera; por donde lo que al parecer era propio y peculiar de los ángeles, se comunicó también y derramó sobre los hombres de tal manera, que desde entonces hubiera resonado en toda la tierra este grito de alegría: *Tu nombre es óleo derramado* <sup>18</sup>, si la terquedad detestable de un pueblo ingrato no hubiese manejado toda su astucia con el fin de ahogar esta voz, pues el mismo Dios es quien dice: *Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob* <sup>19</sup>.

3. Corred, naciones; la salud en vuestras manos está. Un nombre se ha derramado, y cualquiera que lo invoque será salvo. El Dios de los ángeles se nombra también el Dios de los hombres. Ha difundido óleo santo sobre Jacob y lo ha derramado sobre Israel. Decid a vuestros hermanos: dadnos de vuestro óleo <sup>20</sup>. Si ellos no quieren dároslo, orad al Señor de este óleo para que lo derrame también sobre vosotros. Decidle: Quítanos nuestro oprobio <sup>21</sup>. No permitas, te rogamus, que un pueblo maldiciente insulte a tu Amada, a quien te has dignado llamar desde las extremidades de la tierra con tanta mayor bondad cuanto ella menos la merecía. ¿Está bien que un mal criado arroje a los que un tan buen Padre de familias convidó? *Yo soy*, dice El, *el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*. ¿Y sólo esto? ¡Ah! Derrama, derrama, Señor, abre todavía tu mano y colma de bendiciones a todo ser viviente. Vengan de Oriente y de Occidente y se asienten en el reino de los cielos con Abrahán, Isaac y Jacob <sup>22</sup>. Vengan las tribus, las tribus del Señor; vengan, repito, y sirvan de estímulo a Israel para celebrar el nombre del Señor <sup>23</sup>. Vengan y reposen, celebren banquetes magníficos, sean transportadas de alegría y no se oiga por doquier sino una voz de alegría y de alabanza, como la de quienes se regalan en un gran festín <sup>24</sup> y dicen: *Tu nombre es como óleo derramado*. Seguro estoy de una cosa, y es que, si tuviéramos por porteros celestiales a Felipe y Andrés, no sufriríamos repulsa. Cualquiera de vosotros que pida aceite, cualquiera que desee ver a Jesús, Felipe al punto lo dirá a Andrés, y Andrés y Felipe juntos lo dirán a Jesús. Mas ¿qué dirá Jesús? Sin duda lo que dijo ya: *Si el grano de trigo caído a tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto* <sup>25</sup>. Muera, pues, este grano y nazca de él copiosísima mies entre las gentes. Conviene que Jesucristo

<sup>18</sup> Cant. i, 2.

<sup>19</sup> Ex. 3, 6. 15.

<sup>20</sup> Mt. 25, 8.

<sup>21</sup> Is. 4, 1.

<sup>22</sup> Mt. 8, 11.

<sup>23</sup> Ps. 121, 4.

<sup>24</sup> Ps. 41, 5.

<sup>25</sup> Jo. 12, 22-25.



padezca. que resucite y se predique en su nombre penitencia y remisión de los pecados, no sólo en Judea, sino entre todas las naciones. para que por este solo nombre, que es *Cristo*, millones y millones de fieles sean llamados cristianos y digan: *Tu nombre es óleo derramado*.

4. Pues vo reconozco este nombre por haberlo leído en Isaías: *El Señor, dice, dará a sus siervos otro nombre, en el cual, quien fuere bendito en la tierra, bendito será del Dios verdadero* <sup>26</sup>. ¡Oh bendito nombre! ¡Oh aceite por doquier derramado! ¿Hasta dónde es derramado? Desde el cielo a Judea, y desde Judea fluye por toda la tierra; y desde todos los confines de la tierra, la Iglesia clama: *Tu nombre es óleo derramado*. Y ciertamente bien derramado, pues recorre no sólo cielos y tierra, sino que penetra hasta los mismos infiernos, por donde *al nombre de Jesús se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua lo confiesa* <sup>27</sup>, diciendo: *Tu nombre, Señor, es óleo derramado*. Ahí tenéis a Cristo, ahí tenéis a Jesús. Hízose la infusión de uno y otro en los ángeles: se ha hecho de ellos otra efusión sobre los hombres, y sobre aquellos hombres que, como bestias, estaban manchados y corrompidos en su estiércol, salvando así a hombres y bestias, como dice el profeta, y multiplicando su misericordia. ¡Qué precioso nombre y qué copioso a la vez! Es copioso, pero también salutífero. Si no fuera copioso, no se derramaría sobre mí; y si no fuera salutífero, no me daría la salud. Yo participo de este nombre, y con El de la herencia celestial. Cristiano soy, hermano de Cristo soy. Y si soy lo que me llamo, soy también heredero de Dios y coheredero con Cristo <sup>28</sup>. Y ¿qué extraño será si el nombre del Esposo es derramado, si el mismo Esposo también lo es en efecto? Este se anonadó, tomando forma de esclavo <sup>29</sup>; y aun El mismo dice: *Como el agua he sido derramado* <sup>30</sup>. La plenitud de la Divinidad se derramó habitando corporalmente en la tierra, a fin de que todos nosotros, que llevamos un cuerpo mortal, participásemos de esta plenitud, y que, estando como embebidos de ese perfume vivificador, pudiéramos decir: *Tu nombre es óleo derramado*. Ahí tenéis cuál es el nombre derramado y cómo y para qué ha sido derramado.

5. Mas ¿por qué se dice óleo? Pues todavía no os lo he declarado. Comencé a hacerlo en el sermón anterior, pero de pronto me vino otra idea, llevándome tras sí, aunque la digresión fué más lejos de lo que yo pensaba. No veo otra causa de esto sino que la Sabiduría, que es la mujer fuerte,

<sup>26</sup> Is. 65, 15. 16.

<sup>27</sup> Phil. 2, 10. 11.

<sup>28</sup> Rom. 8, 17.

<sup>29</sup> Phil. 2, 7.

<sup>30</sup> Ps. 21, 15.

ha puesto la mano a la rueca y sus dedos han ido torneando el huso tan diestramente, que de un poco de lana y de lino ha sabido sacar un hilo larguísimo, con el cual ha fabricado tela suficiente para trajear a todos sus domésticos con vestidos aforrados <sup>31</sup>. Hay, sin duda, semejanza entre el nombre del Esposo y el óleo, por donde no en vano el Espíritu Santo compara el uno al otro. No sé si a vosotros se os ocurrirá alguna razón más convincente; pero yo creo que es porque el óleo tiene tres cualidades, pues *luce, alimenta y unge*. Fomenta el fuego, nutre la carne, alivia el dolor. Es luz, comida, medicina. Veamos cómo todo esto conviene cumplidamente al nombre del Esposo. Este dulcísimo nombre brilla predicado, alimenta rumiado, unge y mitiga los males invocados. Y recorramos cada una de estas cosas.

6. ¿De dónde pensáis salió tan grande y súbita luz de la fe a todo el orbe, sino del nombre de Jesús predicado? ¿No fué con el resplandor de este nombre excelso con que Dios nos llamó a su admirable luz, a fin de que, estando así iluminados, viésemos por medio de esta luz otra luz, como habla el profeta, para que con toda razón pudiera decirnos Pablo: *Erais antaño tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor?* <sup>32</sup> Y cierto, éste es aquel nombre que se mandó a este mismo apóstol llevarlo ante los reyes, las naciones y los hijos de Israel <sup>33</sup>; y él lo llevaba como antorcha con que esclarecía a su patria, voceando por doquier: *La noche precedió y acércase el día; rechacemos, pues, las obras de tinieblas y revistámonos las armas de luz. Andemos honestamente, como de día* <sup>34</sup>. Mostraba a todo el mundo la lámpara sobre el candelero, anunciando en todas partes a Jesús, y a éste crucificado. ¿Cuán resplandeciente fué esta luz y cómo hirió los ojos de todos los que la miraban, pues vemos que, saliendo como relámpago de la boca de Pedro, consolidó piernas y pies de un cojo y dió vista a muchos espiritualmente ciegos! ¿No es verdad que lanzaba llamas de fuego cuando dijo: *En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda?* <sup>35</sup> Pero el nombre de Jesús no es sólo luz; ES COMIDA. ¿No te sientes fortalecido cuantas veces lo recuerdas? ¿Qué cosa hay que nutra tanto el espíritu del que lo medita? ¿Qué otra cosa repara tanto las fuerzas perdidas, hace las virtudes más varoniles, fomenta las buenas y loables costumbres y las inclinaciones castas y honestas? Todo alimento del alma carece de substancia si no va condimentado con este óleo; es insípido si no está sazonado con esta sal. El leer me fastidia si no leo el nombre de Jesús. El hablar me

<sup>31</sup> Prov. 31, 19. 21.

<sup>32</sup> Eph. 5, 8.

<sup>33</sup> Act. 9, 15.

<sup>34</sup> Rom. 13, 12. 13.

<sup>35</sup> Act. 3, 6.

disgusta si no se habla de Jesús. JESÚS ES MIEL EN LA BOCA, MELODÍA EN EL OÍDO, JÚBILO EN EL CORAZÓN. Pero es también MEDICINA. ¿Está triste alguno de vosotros? Pues venga Jesús a su corazón y de allí pase a la boca, y apenas es pronunciado este nombre adorable, produce una luz resplandeciente, que ahuyenta los disgustos y restablece la calma y la serenidad. ¿Cae alguno en pecado? ¿Corre por esto desalado a la muerte por la senda de la desesperación? Pues invoque este nombre vital y al punto respirará de nuevo aires de vida. ¿Quién a la sola invocación de este saludable nombre no ha visto derretida la dureza de su corazón, sacudida su perezosa indolencia, apaciguada su ira y fortalecida su languidez? ¿Quién es aquel cuya fuente de lágrimas se haya secado y que, a la mera invocación de Jesús, no las haya sentido brotar al punto más copiosamente y correr con más suavidad? ¿Quién, aterrado con la aprensión de algún inminente peligro, no se ha visto libre de todo temor, recobrando la más completa seguridad al invocar este nombre, que inspira fuerza y generosidad? ¿Quién es aquel cuyo espíritu fluctuante y congojoso no se haya afianzado y serenado al momento con sólo invocar este nombre, que alumbra y esclarece el corazón? Y, en fin, ¿quién en la adversidad, desconfiado y aun a punto de sucumbir, no ha recobrado nuevo vigor con sólo sonar este nombre saludable? Tales son los achaques y enfermedades del alma, de que es infalible medicina. Si queréis la prueba, El mismo nos la da: *Invocadme*, dice, *en el día de vuestra aflicción, que yo os libraré y vosotros me honraréis* <sup>36</sup>. Nada hay más propio para detener el ímpetu de la ira, abatir la hinchazón del orgullo, curar las llagas de la envidia, contener los envites de la lujuria, apagar el fuego de la concupiscencia, calmar la sed de la avaricia y desterrar todos los apetitos vergonzosos y desordenados. Al decir Jesús, me figuro un hombre manso y humilde de corazón, bueno, sobrio, casto, misericordioso, adornado de todas las virtudes que forman la más sublime santidad; y a más de esto me represento a un Dios omnipotente que me cura con sus ejemplos y me fortalece con su auxilio. Todo esto sugiere en mi espíritu la mera invocación del nombre de Jesús. Si lo considero hombre, saco de El ejemplos que imitar, y si Dios omnipotente, saco de El fortaleza y vigor en mis desmayos. Empleo sus ejemplos como olorosas esencias para confeccionar mis perfumes, y su auxilio, como instrumento con que prepararlos; de donde resulta mixtura tal y tan preciosa, que ningún médico podría prepararla semejante.

7. En el nombre de Jesús, ¡oh alma mía!, como en pre-

<sup>36</sup> Ps. 49, 15.

cioso vaso, tienes siempre a mano un excelente contraveneno de eficacia salutífera infalible; tienes un reconstituyente vigoroso, un eficaz remedio contra todas tus dolencias. Guárdalo con sumo cuidado en tu interior, tenlo siempre al alcance de tus manos, a fin de que todos tus afectos y todas tus acciones vayan dirigidas a Jesús. A ello te invita con estas palabras: *Ponme por sello sobre tu corazón, por sello sobre tu brazo*<sup>37</sup>. Ya procuraré explicaros en otra ocasión este texto. Entre tanto os he indicado ya un remedio eficaz para vuestro corazón y para vuestro brazo. Digo y repito que, en el nombre de Jesús, tenéis un remedio para corregiros de vuestras malas acciones o para perfeccionar las defectuosas, como también una medicina con que preservar de la corrupción vuestros afectos o sanearlos, si ya estuvieren corrompidos<sup>38</sup>.

8. Tuvo también Judea algunos Jesuses, pero en vano se alabaría de sus nombres, pues no tienen virtud alguna, pues ni lucen, ni nutren, ni sanan; por lo cual hasta hoy la Sinagoga ha vivido siempre en tinieblas, desmayando de hambre y de flaqueza. Y lo peor para ella es que no será curada ni saciada hasta que sepa y entienda que mi Jesús es el dominador soberano de Jacob y de toda la tierra. Sí, hasta que se convierta en la tarde de los siglos sufrirá hambre como los perros que merodean por la ciudad<sup>39</sup>. Esos otros Jesuses fueron enviados al mundo, como Eliseo envió por delante su báculo para resucitar al hijo muerto de Sunamitis; mas no pudieron dar razón de sus nombres, como vacíos que estaban y privados de virtud. El báculo fué puesto sobre el muerto, el cual ni hablaba ni sentía; en fin, no era sino un cayado. Entonces el que había enviado el báculo (Jesús) descendió<sup>40</sup> y al punto quedó su pueblo salvado de sus pecados, probando ser verdaderamente lo que se decía: *¿Quién es éste, que también perdona los pecados?*<sup>41</sup> El es, sin duda, Aquel que dice: *Soy la salud del pueblo*<sup>42</sup>. Ya hay voz, ya hay sentido, y es claro que no lleva un nombre vano, parejo al de los anteriores. Siéntese la salud infundida y no se calla el beneficio. Dentro el sentido, fuera la voz. Quedo compungido, confieso, y la confesión indica la vida, porque *del muerto, como de quien no existe, no sale alabanza*<sup>43</sup>. He aquí la vida, he aquí el sentido. Estoy perfecta-

<sup>37</sup> Cant. 8, 6.

<sup>38</sup> Es sin duda la página más bella y untuosa de la antigua literatura cristiana acerca del santísimo nombre de Jesús. Con razón la Iglesia la trae en su liturgia (P. G. Prado).

<sup>39</sup> Ps. 58, 14, 7.

<sup>40</sup> 4 Reg. 4, 29-35.

<sup>41</sup> Lc. 7, 49.

<sup>42</sup> Ps. 34, 3.

<sup>43</sup> Eccl. 17, 26.



mente resucitado; íntegra es la resurrección. Y en verdad, ¿cuándo se dice que está muerto el cuerpo, sino cuando está privado de sentidos y de vida? Pues bien, el pecado, que es la muerte del alma, no le había dejado ni sentimiento de compunción ni voz de acción de gracias; estaba muerto. Vino a él Aquel que perdona los pecados, y le restituyó uno y otra; y dijo a su alma: *Soy tu salvación*. ¿Qué extraño será si la muerte se retira del cielo al descender la vida? La creencia interna sirve para justificar, y la confesión externa para salvar<sup>44</sup>. El niño a quien resucitó Eliseo, al volver en sí, dice la Escritura que bostezó siete veces<sup>45</sup>. Pues bien, oíd lo que el salmista pone en labios del justo: *Siete veces al día he cantado, Señor, tus alabanzas*<sup>46</sup>. Fijaos en este número siete: es número sagrado, que no carece de misterio. Pero más vale que reservemos esto para otro sermón, a fin de acercarnos con hambre y no con desgana a estos platos tan delicados a que nos convida el Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, el que, como Dios, es sobre todas las cosas y merece ser bendito en los siglos. Amén.

## 16 DE LA CONTRICIÓN DEL CORAZÓN Y DE TRES ESPERANZAS DE VERDADERA CONFESIÓN \*

1. ¿Qué quiere decir este número septenario? Pues creo no habrá entre vosotros nadie tan simple que imagine que estas siete veces que bostezó el niño resucitado por Eliseo no signifiquen nada, y que este número sea casual. Tampoco creo carezca de misterio el que, echándose el profeta Eliseo sobre el niño muerto, se encogiese a la medida de su cuerpo, pusiese su boca sobre su boca, sus ojos sobre sus ojos y sus manos sobre sus manos<sup>1</sup>. El Espíritu Santo quiso, sin duda, que todo sucediese de este modo y quedase consignado en nuestros Libros santos para instrucción de aquellos espíritus que viven envueltos por el cuerpo corruptible, sin poder evitar su pérvida compañía, y a quienes la necia sabiduría del mundo ha seducido y vuelto insensatos; porque *el cuerpo corruptible agrava al alma, y la terrena habitación deprime la mente que piensa en muchas cosas*<sup>2</sup>. Por eso nadie se extrañe ni enoje de que sea yo tan curioso en buscar y descubrir estas cosas, que son como el tesoro del Espíritu Santo. Aquí se halla la verdadera vida, y mi espíritu no tiene otra que la meditación

<sup>44</sup> Rom. 10, 10.

<sup>45</sup> 4 Reg. 4, 35.

<sup>46</sup> Ps. 118, 164.

\* PL 183, 848.

<sup>1</sup> 4 Reg. 34.

<sup>2</sup> Sap. 9, 15.

de tales misterios. En cuanto a los que se me anticipan ya por la viveza, de su ingenio y que en todo discurso piden el fin antes casi de haber oído el principio, sepan que soy también deudor a los más tardos y aun más obligado a ellos que a los demás. Amén de que no pongo tanto empeño en explicar las palabras propuestas como en tocar y penetrar en los corazones. Tras de sacar el agua, he de darla a beber, lo cual no se hace recorriendo las cosas de ligero, sino tratándolas con exactitud y exhortando con frecuencia. Es cierto que ni yo mismo pensaba que la discusión de estos misterios habría de entretenernos tanto tiempo. Creía pasaríamos fácilmente esta selva sombría y espesa de las alegorías, y que en un solo día podríamos llegar a las amenas llanuras del sentido moral. Pero ha sucedido lo contrario, pues hemos andado ya dos jornadas, y resta todavía algún camino por andar. La vista desde lejos divisaba en un momento la copa de los árboles y la cima de las montañas; mas no penetraba la vasta profundidad de los valles y la espesura de los arbustos. ¿Podría yo prever, por ejemplo, que, hablando de la vocación de los gentiles y de la exclusión de los judíos, se me viniese a presentar de un golpe a mitad de mi sermón el milagro de Eliseo? Mas, caídos en él, no tengamos prisas de pasar adelante y parémonos en él algún tanto, que ya volveremos después a enhebrar el hilo interrumpido. Tampoco éste deja de ser, igualmente que el otro, sólido alimento de las almas. ¿No vemos acaso que sucede muchas veces a los perros y a los cazadores dejar la fiera que perseguían, por correr tras otra que se les presenta cuando menos pensaban?

2. Es cosa que me infunde no poca confianza ver que Jesús, ese Profeta sublime, poderoso en obras y palabras, descendiendo de los cielos, como de alta montaña, se ha dignado visitarme a mí, no siendo sino polvo y ceniza; se ha dignado compadecerse de mí, cuando estaba muerto; se ha dignado echarse sobre mí, encogerse y amoldarse a mi pequeñez, alumbrar mis ojos con la luz de los suyos, desatar mi boca con el beso de su propia boca y fortalecer por su contacto mis flacas y débiles manos. Cuando estas maravillas considero, siéntome embriagado de inefable dulzura, llénase de gozo mi corazón; mi alma recibe un nuevo vigor, y todos mis huesos germinan alabanza. Hizo una vez esto en todo el universo; pero cada cual siente que las hace aún a diario en lo íntimo de su alma. Cada cual siente que *El da a su corazón* la luz de la inteligencia, *a su boca* palabras de edificación y *a sus manos* obras de justicia. *El* es quien nos da tener pensamientos buenos, el explicarlos

útilmente y el ejecutarlos fielmente. Este es aquel lazo de tres cuerdas de que habla la Escritura, difícil de romper, y del que se sirve para sacar las almas de la cárcel del diablo y para atraerlas en pos de sí a fin de conducir las al reino de los cielos; lazo que no consiste sino en tener sentimientos puros y útiles discursos y en que confirmemos estos sentimientos y discursos con un vivir del todo santo. Tocó mis ojos con los suyos, adornando el rostro del hombre interior con dos claras antorchas: la de la fe y la de la inteligencia. Juntó su boca con la mía, e imprimió este signo de paz sobre un muerto, porque, siendo pecadores y estando muertos a la justicia, nos reconcilió con Dios. Puso su boca sobre mi boca, soplando de nuevo sobre mi rostro el espíritu de vida, pero de una vida más santa que la que desde el principio me dió. Pues la primera vez crió en mí un alma viviente, mas la segunda formó en ella un espíritu vivificante. Puso sus manos sobre las mías, dándome el ejemplo del bien obrar y el modelo de la obediencia, o, a lo menos, empleó sus manos en cosas fuertes, a fin de adiestrar mis manos al combate y mis dedos a la guerra.

3. Y el niño, dice, *bostezó siete veces*<sup>3</sup>. Bastaba para probar la existencia del milagro que bostezase una vez; por tanto, ese número de veces de que nos habla la Escritura ha de contener algún misterio. Ciertamente, si en el cuerpo exánime de aquel niño os figuráis representado el inmenso cadáver del género humano, no podréis menos de reconocer en él a la Iglesia, la cual, vivificada por el sublime Profeta, Cristo Jesús, canta siete veces al día las alabanzas del Señor. Y si se considera cada uno a sí mismo, en esto reconocerá que vive verdaderamente la vida espiritual y que llena cumplidamente el misterioso número, si mantiene los cinco sentidos de su cuerpo sumisos a los dos preceptos de la caridad y si, como el Apóstol, emplea los miembros de su cuerpo, que antes hizo servir a la impureza y a la injusticia para cometer la iniquidad, en servir ahora a la justicia para la santificación<sup>4</sup>, o bien, si usando de estos mismos sentidos para la salud del prójimo, para completar este número de siete, añade otros dos, que son alabar a Dios por su misericordia y su justicia.

4. Hay, además, otras siete señales para reconocer al espíritu redivivo, que son siete experiencias, sin las cuales no consta verdadera y seguramente haberlo recobrado. Las cuatro primeras miran al movimiento interior de la

<sup>3</sup> 4 Reg. 4, 35.

<sup>4</sup> Rom. 6, 19.

compunción, y las otras tres conciernen al sonido exterior de la confesión. Si vives, si tienes voz, si sientes, tú mismo reconoces estas cosas en ti. Pero entiende que sólo entonces podrá decirse ser verdadero el arrepentimiento de haberlas cometido, cuando sientas tu conciencia remordida por cuatro especies de compunción, o sea cuando esa compunción proceda de una doble vergüenza y doble temor. En cuanto a la triple confesión, que completa el número sentenario, no hay duda que es una fehaciente señal de haber recobrado la verdadera vida. Mas de esto hablaremos luego. ¿No observa el santo profeta Jeremías este misterioso número en sus *Lamentaciones*? Tú, pues, en las tuvas, guardando la forma que él te enseña, piensa que Dios es tu *Criador*, tu *Bienhechor*, tu *Padre* y tu *Señor*. Y como te reconocerás delincuente respecto de estas cuatro cualidades, llora considerando cada una, de modo que tu temor corresponda a la primera y a la última, y tu rubor a las dos del medio. No se teme a un *padre*, porque basta que sea padre para no recelarse de él, siendo propio de la bondad de un padre tener siempre lástima de sus hijos y perdonarlos; y cuando azota, sírvase de la vara, no del báculo, y él mismo es quien cura desnús las heridas que ha hecho. Oíd cómo se expresa un Padre: *Heriré y sanaré*<sup>5</sup>. Así, pues, nada tienes que temer de este Padre, pues si hiere alguna vez, es para corregir, jamás para vengarse. Mas cuando pienso que he ofendido a este Padre celestial, bien que no tenga nada que temer, abrigo, con todo, sobrados motivos de avergonzarme. El me engendró porque quiso, por la palabra de la verdad y no por el placer del deleite. Además, para procurar mi salvación no perdonó ni aun a su propio y único Hijo; de forma que me ha tratado verdaderamente con toda la ternura de un padre, y a pesar de esto yo no me he portado con El con el afecto y la gratitud de hijo. ¿Con qué frente, pues, un hijo tan malo podrá levantar los ojos para mirar la cara de Padre tan bueno? Avergüénzome de haber hecho cosas indignas de origen tan ilustre; avergüénzome de haber degenerado de la gloria de Padre tan bueno. Ojos míos, derramad arroyos de lágrimas; cubran la confusión y vergüenza mi frente y tiñan de carmín mis mejillas, y todo mi ser se vea envuelto en oscuridad y tinieblas; váyase consumiendo de puro dolor mi vida y se extingan mis años de tanto gemir. ¡Ay! ¡Qué vergüenza! ¡Qué fruto he sacado de aquello de que ahora no puedo menos de avergonzarme? Si he sembrado en la carne, no recogeré de la car-

<sup>5</sup> Dt. 32, 39.



ne sino corrupeión<sup>6</sup>, y si en el mundo, el mundo pasa, y pasan también con él sus concupiscencias<sup>7</sup>. ¿Cómo fui tan desgraciado e insensato que no me avergoncé de preferir al amor y al honor que debo a este Padre Eterno unos bienes caducos y vanos que, amén de ser nada, terminan con la muerte? Confuso, confuso oigo: *Si soy Padre, ¿dónde está mi honor?*<sup>8</sup>

5. Mas, aunque no fuere mi Padre, ¿no me ha colmado de *beneficios*? Sin hablar de sus innumerables favores, produce todos los días contra mí, como testigos de mi ingratitud, el alimento de este mísero cuerpo, el uso del tiempo y, sobre todo y más que todo, la sangre de su Hijo, cuya voz se eleva de la tierra para confundirme. Avergüenzame mi suma ingratitud, y para colmo de confusión, véome además convencido de haber vuelto mal por bien y odio por amor. Cierto no tengo nada que temer de un *Bienhechor* que es también mi *Padre*, un Padre verdaderamente liberal, que me da a manos llenas sin echarme en cara sus dádivas<sup>9</sup>. No, no me echa en cara sus dones, porque son gratuitos: no me vende sus favores, sino que me los da graciosamente y sin esperar de mí compensación; mas precisamente por eso he de sentir tanto más bajamente de mi suma indignidad, cuanto más altamente debo sentir de sus larguezas. Alma mía, avergüénzate y duélete, porque, si no es propio de su bondad y munificencia el alardear y echarte en cara sus dones, es todavía menos propio de tu decoro y honor el ser ingrata a tantos beneficios. ¡Ah! ¿Cómo podré corresponder al Señor, al menos ahora, por tantas mercedes de El recibidas?

6. Pero, si no me siento confuso, tendré que apelar al temor: venga, pues, el temor en auxilio de la vergüenza, ya que ésta desempeña tan mal su cumplido, y produzca en mi alma la emoción y el susto consiguientes. Dejemos los nombres tiernos de *Bienhechor* y de *Padre* y volvámonos hacia los otros dos, más austeros y fuertes; porque si leemos que es *Padre de misericordias* y *Dios de toda consolación*<sup>10</sup>, también leemos que es *Señor y Dios de las venganzas*<sup>11</sup>; leemos que es *Juez justo y poderoso*<sup>12</sup>, y que *son sumamente terribles sus designios acerca de los hijos de los hombres*<sup>13</sup>; leemos que es un *Dios celoso*<sup>14</sup>. Es *Padre* y *Bienhechor* para con nosotros, pero en sí mismo es *Señor* y *Creador*, pues, como nos enseña la Sagrada Es-

<sup>6</sup> Gal. 6, 8.

<sup>7</sup> 1 Io. 2, 17.

<sup>8</sup> Mal. 1, 6.

<sup>9</sup> Iac. 1, 5.

<sup>10</sup> 2 Cor. 1, 3.

<sup>11</sup> Ps. 93, 1.

<sup>12</sup> Ps. 7, 12.

<sup>13</sup> Ps. 65, 5.

<sup>14</sup> Ex. 20, 5.

critura, *todo lo hizo para sí mismo*<sup>15</sup>. Ahora bien, ¿creéis tal vez que Aquel que conserva y tan cuidadosamente mira lo que a nosotros está destinado, no velará con suma diligencia por lo que atañe a sí mismo y no reclamará la honra debida a su Majestad soberana? *Por esto el impío ha irritado a Dios contra sí, porque ha dicho en su corazón: Dios no pedirá cuentas*<sup>16</sup>. ¿Y qué significa en boca del impío: *Dios no pedirá cuentas*, sino: Dios no me pedirá cuenta de mi proceder, por lo cual nada puedo temer de El? Pues bien, es lo cierto que, como *Señor*, nos exigirá a todos que le paguemos hasta el último céntimo: *Inquirirá la verdad y dará el pago cumplido a los que obran con soberbia*<sup>17</sup>. Examinará atentamente si sus redimidos le han prestado los servicios que le deben y si los creados por El le han tributado la honra y gloria que le pertenecen.

7. Ciertó que si como *Padre* disimula y como *Bienhechor perdona*, no será lo mismo en cuanto *Creador* y *Señor*. El que soporta y perdona al hijo, no perdonará a su hechura, no perdonará a su esclavo malo. Pondera cuán terrible y horrendo será el haber menospreciado al Creador tuyo y de todas las cosas, el haber ofendido al Señor de la Majestad, a quien se debe reverencia y temor, ya por su Majestad, ya por su absoluto señorío. Porque si, según las leyes humanas, el reo de lesa majestad humana debe ser condenado al último suplicio; ¿qué no merecerá el despreciador de la omnipotencia de Dios y, como tal, reo de lesa Majestad divina? Es tal la grandeza de esa Majestad, que con sólo tocar con la vara de su potestad las cumbres de los montes, éstos se disipan al punto como el humo<sup>18</sup>. Y a tan terrible y soberana Majestad osa irritar el vil polvillo de la tierra, al que con un leve soplo puede disipar sin que se encuentre de él el menor rastro. *Quiero mostráros, dice Cristo, a quién habéis de temer: temed al que, tras de quitar la vida, puede arrojar al infierno: a éste, os lo repito, habéis de temer*<sup>19</sup>. Temo el infierno, me infunde pavor el rostro de mi Juez, cuyo aspecto impone a las mismas potestades angélicas; tiemblo al pensar en la ira del Omnipotente y en el furor de su cara, en el fragor horrísono que se producirá al desplomarse el orbe hecho pedazos, en la conflagración de todos los elementos, en aquella horrísona tempestad, en aquella voz del arcángel y en la sentencia espantosa que entonces se fallará. Me horrorizo con sólo figurarme los dientes de la bestia infernal, los calabozos oscuros del averno, los rugientes leones dispuestos a devo-

<sup>15</sup> Prov. 16, 4.

<sup>16</sup> Ps. 9, 13.

<sup>17</sup> Ps. 30, 24.

<sup>18</sup> Ps. 143, 5.

<sup>19</sup> Lc. 12, 5.

rar su presa. Me horroriza el gusano roedor, el torrente de llamas abrasadoras, la espesa humareda, el azufre incandescente, el viento tempestuoso; me horrorizan las "tinieblas exteriores". ¿Quién pondrá una fuente en mi cabeza y un manantial de lágrimas en mis ojos<sup>20</sup>, a fin de que con mi llanto evite aquellos llantos eternos, aquel rechinar de dientes, aquellas esposas, aquellos grillos de bronce, aquella carga insoportable de cadenas, que pesan, oprimen, abrasan, sin que jamás acaben de consumir a su víctima? ¡Ay de mí! Madre mía, ¿para qué me engendraste, si he de convertirme en hijo de dolor, en hijo de amargura, de indignación y de gemidos eternos? ¿Para qué me recibiste en tu regazo al nacer? ¿Para qué me alimentaste con la leche de tus pechos, si al fin de mi vida me aguarda la eterna combustión, si he de ser pasto de las llamas eternas?

8. El convencido de esta verdad ha recobrado, sin duda, la sensibilidad espiritual, pues tiene las cuatro primeras señales de la verdadera conversión, significadas en el doble temor y doble vergüenza que dijimos arriba. Réstale sólo que procure adquirir las tres que le faltan, y que pertenecen a la confesión de boca. Esta ha de proceder de un corazón *humilde, sencillo y fiel*. En efecto, si confesáis humilde, sencilla y fielmente todo aquello de que os remuerde la conciencia, habéis cumplido este número misterioso. *Los hay, dice el Sabio, que se glorían en el mal que hicieron y alardean de su maldad*<sup>21</sup>. Hablando de ellos añade el profeta: *Su semblante descarado da testimonio contra ellos; pues, como los de Sodoma, se glorían de haber pecado*<sup>22</sup>. De esos miserables no quiero hablaros más; prescindiré de ellos como de gentes extrañas y profanas, porque, ¿qué tenemos que ver nosotros con los de fuera?

9. Es cierto, sin embargo, que alguna vez hemos oído a quienes profesaron religión alabarse con sumo descaro de sus culpas pasadas, como de haber sostenido un duelo o de haber vencido a sus contrarios en alguna disputa famosa y cosas semejantes, que la vanidad del mundo estima en mucho, aunque son muy nocivas, perjudiciales y peligrosas para la salvación del alma. Con este lenguaje demuestran tener todavía el espíritu del siglo; el hábito humilde que llevan no prueba la renovación de su vivir, siendo sólo una capa con que cubren sus antiguos desarreglos. Algunos cuentan estas cosas con cierto sentimiento de dolor y pesar, mas como buscan en ello interiormente la

<sup>20</sup> Ier. 9, 1.

<sup>21</sup> Prov. 2, 14.

<sup>22</sup> Is. 3, 9.

gloria, no borran sus culpas, sino que se seducen a sí mismos, pues *de Dios nadie se moja*<sup>23</sup>. No se han despojado del hombre viejo, sino que lo cubren con el nuevo. Esta confesión no manifiesta ni echa fuera la antigua levadura, sino que la arraiga más, según aquellas palabras del salmista: *Por haber callado mi pecado, se consumieron mis huesos, dando alaridos todo el día*<sup>24</sup>. Me da vergüenza mencionar el descaro de algunos, pues llega a tanto, que no tienen empacho en alabarse y alegrarse de cosas de que debieran llorar, como de que aun después de recibido el hábito de religión han sorprendido a alguno de sus hermanos por astucia y le han engañado en tal o cual lance, o de que han rebatido bien a una persona que los injuriaba, o sea de haber vuelto mal por mal y afrenta por afrenta.

10. Pero hay otra confesión tanto más peligrosa, cuanto que esconde su vanidad en forma más sutil, y es cuando no nos recatamos de descubrir las faltas vergonzosas, no porque seamos humildes, sino a fin de que se piense que lo somos. Ciertamente, el querer ser alabado por humilde no es virtud de humildad, sino destrucción de la humildad. El verdaderamente humilde quiere ser reputado por vil, no por humilde. Goza de verse menospreciado y sólo es santamente soberbio en despreciar las alabanzas. ¿Qué cosa más extraña e indigna que hacer servir al orgullo la confesión, que es la guardia de la humildad, y querer parecer mejor por aquello mismo que os hace parecer peor? Extraña especie de orgullo no poder ser reputado santo sino pareciendo criminal. Mas esta confesión, que sólo tiene las apariencias, pero no la virtud de humildad, lejos de merecer el perdón de nuestras culpas, atrae sobre sí la cólera divina. ¿Qué le valió a Saúl el confesar su pecado al ser reprendido por Samuel?<sup>25</sup> Criminal, sin duda, fué aquella confesión, pues no borró su crimen. Porque ¿cómo el Maestro de humildad, que se inclina como naturalmente a dar su gracia a los humildes, hubiera podido desechar una humilde confesión? Imposible que no se hubiera dejado aplacar, de haber aquel rey tenido en el corazón la humildad que mostraba en sus palabras. Todo esto nos manifiesta que para ser provechosa la confesión debe ser humilde.

11. Ha de ser, además, *sencilla*; no debiendo excusar la intención, si ésta es culpable, con el vano pretexto de que no es conocida de los hombres; ni disminuir una culpa, si es notable; ni atribuirle a persuasión de otro, ya que nadie puede ser obligado a cometerla a pesar suyo. Lo *primero* no es confesión, sino defensa, y no apaga la cólera divina, antes

<sup>23</sup> Gal. 6, 7.

<sup>24</sup> Ps. 31, 3.

<sup>25</sup> 1 Reg. 15, 30.



la enciende más. Lo *segundo* es señal de ingratitud, porque cuanto más se cree que una falta es menor, más disminuye la gloria de quien la perdona. Además, que un beneficio se concede con tanto menos gusto cuanto se sabe que quien ha de recibirlo será menos agradecido, por creer necesitarlo menos. Hácese, pues, indigno de perdón quien disminuye el precio de la gracia que se le quiere hacer; y esto hacen todos los que procuran disminuir sus culpas con sus palabras. En cuanto a lo *tercero*, que se opone a la sencillez con que se han de confesar las culpas, sirva el caso del primer hombre para apartarnos de ello. Pues el no haber él alcanzado perdón de su culpa, aunque la confesó, fué, sin duda, por haber envuelto en ella la de su mujer <sup>26</sup>. Es una excusa acusar a otro cuando nos reprenden. David nos enseña que no sólo es inútil, sino peligroso el excusarse al ser uno reprendido, llamando a tales excusas *palabras de malicia*; por lo cual ora y pide con instancia a Dios no permita las emplee jamás <sup>27</sup>. Y, ciertamente, con sobrada razón; pues el que se excusa peca contra su alma, desechando el remedio de la indulgencia y cerrándose con sus propios labios la entrada de la vida. ¿Y qué mayor malicia que armarse contra su propia salud y herirse a sí mismo con la espada de su lengua? ¿Para quién puede ser bueno el que para sí es malo? <sup>28</sup>

12. En fin, la confesión debe ser *fiel*, es decir, con esperanza, sin desconfiar de obtener el perdón de los pecados, no sea que nuestra boca, en vez de justificarnos, nos condene. Judas, que vendió al Señor, y Caín, que mató a su hermano Abel, confesaron su crimen; pero desconfiaron de la misericordia de Dios, diciendo el uno: *He pecado entregando la sangre del Justo* <sup>29</sup>; y el otro: *Mi iniquidad es demasiado grande para merecer perdón* <sup>30</sup>. La confesión de ambos era verdadera, mas por no tener fe, de nada les sirvió. Juntándose, pues, estas tres cualidades de la confesión con las cuatro primeras de la compunción, cúmplase el número siete.

13. Ahora bien, así compungido y así confesado y asegurado con ello de haber recobrado la vida, creo puedes también estar cierto de que el nombre de Jesús no es inútil para vosotros, habiendo podido y querido obrar en vosotros tantas maravillas; no en vano ha seguido Jesús al báculo que había enviado delante de sí. ¿Y cómo estaría vacío Aquel en quien habita la plenitud de la Divinidad, no habiéndosela dado el Espíritu Santo con medida? Vino además *en la plenitud de los tiempos* <sup>31</sup>, para mostrar que estaba lleno de todas maneras y en todo sentido. Está ciertamente lleno, habiéndole

<sup>26</sup> Gen. 3, 2.

<sup>27</sup> Ps. 140, 4.

<sup>28</sup> Eccli. 14, 5.

<sup>29</sup> Mt. 27, 4.

<sup>30</sup> Gen. 4, 13.

<sup>31</sup> Gal. 4, 4.

el Padre ungido con el óleo de la alegría de un modo mucho más excelente que a cuantos participan de su gloria <sup>32</sup>. Le ha ungido y enviado al mundo lleno de gracia y de verdad <sup>33</sup>. Le ha ungido para que ungiese a los demás. Son ungidos por El todos los que han merecido recibir de su plenitud. Por eso dice: *Hase posado sobre mí el Espíritu del Señor, porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a los mansos, para curar a los de corazón contrito y predicar la redención a los esclavos y la liberación a los presos, para pregonar el año de reconciliación con el Señor* <sup>34</sup>. Como lo oyes, venía para poner bálsamo saludable en nuestras llagas y mitigar nuestros dolores. Por eso vino lleno de esta divina unción, vino manso y dulce, con misericordia infinita para cuantos le invocan. Sabía que descendía del cielo para los enfermos, mostrándose cual convenía. Y porque había aquí muchos enfermos que curar, ese caritativo y providente Médico cuidó también de traer consigo muchos remedios. Trajo consigo el espíritu de sabiduría y de entendimiento, el espíritu de consejo y de fortaleza, el espíritu de ciencia y de piedad y, en fin, el espíritu de temor del Señor.

14. ¿Veis cuántas redomas llenas de bálsamos celestiales preparó este Médico para curar las llagas de este miserable, que cayó en las manos de ladrones? Siete son las aquí enumeradas, y muy propias para producir las siete señales de que antes habíamos. El espíritu de vida estaba en estas redomas, y de ellas se derramó el óleo que había de curar nuestras heridas. Echó vino en ellas, aunque no mucho, porque mi extrema debilidad necesitaba que su misericordia prevaleciese sobre su justicia, así como vemos que el óleo sobrenada en el vino en un mismo vaso. Por eso nos trajo cinco redomas de óleo y sólo dos de vino. Porque sólo temor y fortaleza corresponden al vino, mientras que las otras cinco cualidades designan con bastante claridad el óleo por la suavidad que les distingue. Con el espíritu de fortaleza, con que, como un hombre poderoso a quien el vino ha aumentado las fuerzas <sup>35</sup>, descendió a los infiernos, quebrantó las puertas de bronce, rompió los cerrojos de hierro, encadenó al fuerte y arrebatóle sus cautivos. Descendió, sin embargo, en espíritu de temor; mas para ser temido, no tímido.

15. ¡Oh adorable sabiduría! ¡Con qué arte devuelves a mi alma la salud con óleo y vino, templando fortaleza con dulzura, dulzura con fortaleza! Eres fuerte para mí y dulce conmigo; extiendes tu imperio desde lo alto del cielo hasta el centro de la tierra con fortaleza todopoderosa, y lo dispones y ordenas todo con dulzura y suavidad maravillosa.

<sup>32</sup> Ps. 44, 8.

<sup>33</sup> Io. 1, 14.

<sup>34</sup> Is. 61, 1. 2.

<sup>35</sup> Ps. 77, 65.

Tú domañas la furia del enemigo y sostienes mi flaqueza. Sáname, Señor, y seré sano, y cantaré en tu honor cánticos de alabanza, y diré: *Tu nombre es óleo derramado*<sup>36</sup>. No digo que sea vino derramado, porque no quiero que entres en juicio con tu siervo, sino óleo, porque con él me colmas de tu misericordia y de tus gracias<sup>37</sup>. Es verdaderamente óleo tu nombre, pues así como el aceite sobrenada en los demás líquidos, así también supera a cualquier otro nombre. ¡Oh nombre sumamente dulce y grato, nombre ilustre, elegido sobre todos, realizado sobre todos, elevado sobre todos por los siglos de los siglos! Este óleo es verdaderamente el que hace que el rostro del hombre se torne más alegre y sereno; perfuma la cabeza del que ayuna, para que no exhale el olor nauseabundo de los pecados. Este es aquel nombre nuevo que la boca del Señor ha pronunciado<sup>38</sup>, y que le fué dado por el ángel antes que fuese concebido en el seno de la Virgen<sup>39</sup>. No sólo el judío, sino cualquiera que le invoque será salvo<sup>40</sup>, tan derramado como está por doquier. El Padre se lo ha dado al Hijo, al Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que, como Dios, es sobre todas las cosas y es bendito en los siglos. Amén.

## 17 DEL MODO DE OBSERVAR LA VENIDA Y LA PARTIDA DEL ESPÍRITU SANTO, Y DE LA ENVIDIA DEL DEMONIO AL GÉNERO HUMANO \*

1. ¿Piensas tal vez que ya nos hemos internado bastante en el santuario de Dios a fin de sondear este admirable misterio, o bien opinas que debemos seguir al divino Espíritu hasta bucear los secretos más recónditos que aún quedan por investigar? Porque el Espíritu de Dios no sólo escudriña y ilumina los repliegues más recónditos del corazón humano, sino también los misterios más sublimes de la divinidad. Procuraremos, pues, seguirle resueltamente doquiera que vaya, ora permanezca en nosotros, ora se remonte a la investigación de los más encumbrados misterios. Una cosa debemos pedirle: que se digne guardar nuestro corazón y nuestra inteligencia, no sea que le creamos presente en nosotros, cuando está ausente, y que nos extraviemos, siguiendo nuestro propio sentir, en vez de seguirle a El. Porque viene y se va según le place, no siendo fácil a nadie saber de dónde viene o adónde va<sup>1</sup>. Si bien es verdad, parecería que el ignorar esto no es

<sup>36</sup> Cant. 1, 2.

<sup>37</sup> Ps. 102, 4.

<sup>38</sup> Is. 62, 2.

<sup>39</sup> Lc. 2, 21.

<sup>40</sup> Joel 2, 32.

\* PL 183, 855.

<sup>1</sup> Io. 3, 8.

muy peligroso para la salvación; sí que lo es el no preocuparse de sus entradas y salidas en nuestra alma; porque si no paramos diligentísima atención a esas amorosas vicisitudes con que se digna favorecernos el Espíritu Santo, sucederá que no desearemos su presencia al ausentarse de nosotros, ni le rendiremos los homenajes debidos al tenerle presente. Ciertamente, de ordinario no se retira de nosotros sino para excitarnos a buscarle con más ardor; y ¿cómo podremos buscarle diligentemente, si no hemos notado o sentido su ausencia? Y cuando se digne volver a nuestras almas para consolarlos, ¿cómo podremos recibirle de un modo digno de su Majestad si no advertimos su presencia? El alma, pues, que ignora su retirada, está expuesta al error; y la que no observa su vuelta, será ingrata al honor que la hace al visitarla.

2. Pidió algo Eliseo de su maestro cuando presintió estaba próximo a marcharse; pero no le fué concedido sino a condición de que le viera en el momento de ser arrebatado de su lado<sup>2</sup>. Todo esto sucedió en figura, y fué escrito para nuestro aleccionamiento. En efecto, el ejemplo de este profeta nos enseña y advierte que seamos cuidadosos y vigilantes en la obra de nuestra salud, que el Espíritu Santo obra sin cesar en nuestra alma, con la destreza y la suavidad admirable de su arte divino. Procuremos que esta unción sagrada, que nos instruye en todas las cosas, no se retire jamás de nosotros sin que lo sepamos, a fin de no vernos privados de un doble don. Procuremos no ser sorprendidos jamás cuando viene a nosotros, sino que nos encuentre siempre levantados los ojos en alto y abiertos los brazos para recibir la abundante bendición del Señor. Así desea que estemos, *semejantes a siervos que aguardan a su amo cuando vuelva de bodas*<sup>3</sup>, aquel Señor que nunca viene con las manos vacías de las delicias inefables de la mesa celestial. Hay que velar, y velar a todas horas, pues no sabemos cuándo vendrá o se irá el Espíritu Santo. Va y viene según le place; y el que permanece en pie, estando El presente, cáese de seguro si se ausenta; mas al caer así no se lastimará, porque el Señor pone su mano debajo para sostenerle y levantarlo de nuevo. Las entradas y salidas del divino Espíritu son incesantes en los espirituales, o mejor, en aquellos que se ha propuesto hacer espirituales, visitándolos desde la mañana y retirándose al pronto de junto a ellos para probarlos. De aquí que se diga: *El Justo caerá siete veces y volverá a levantarse*<sup>4</sup>; con tal, empero, que caiga mientras es de día, que se dé

<sup>2</sup> 4 Reg. 2, 9. 10.

<sup>3</sup> Lc. 12, 36.

<sup>4</sup> Prov. 24, 16.



cuenta de que va a caer, sepa que está caído, desee levantarse y busque la mano de Aquel que le puede ayudar, diciéndole: *Señor, tu buena voluntad ha dudo consistencia a mi floreciente estado. Apartaste de mí tu cara y quedé conturbado*<sup>5</sup>.

3. Una cosa es dudar de la verdad, lo que ha de suceder cuando el Espíritu no inspira, y otra el hallar gusto en la falsedad, lo que fácilmente evitas si no ignoras tu ignorancia, para poder tú también con verdad decir: *Reconozco habeme equivocado en mis respuestas, pero sépase que no ignoro mi yerro*<sup>6</sup>. Creo que tampoco ignoráis ser estas palabras del santo Job. La ignorancia, madre pésima, tiene dos hijas, no menos pésimas que ella, a saber, la falsedad y la duda. Aquélla es más miserable, ésta más digna de compasión. La una es muy perniciosa, la otra muy molesta. Cuando el Espíritu habla, una y otra se disipan, y tras ellas viene la verdad, pero una verdad muy cierta, puesto que El es el Espíritu de verdad, en todo contrario a la falsedad. El es también Espíritu de sabiduría, la que, siendo luz de vida eterna y alcanzando a todas partes por su pureza, disipa la obscuridad e incertidumbre de la duda. Cuando este Espíritu no habla, hase de cuidar mucho, a fin de evitar, si no la duda molesta, al menos la falsedad execrable. Porque muy distinto es el no estar enteramente cierto de lo que se debe creer y el asegurar temerariamente lo que no se sabe. Hable siempre este Espíritu, aunque ello no depende de nuestra voluntad; o, si le place callar, dénoslo a conocer, y nos avise siquiera de su silencio, no sea que, creyendo que marcha ante nosotros, en realidad no le sigamos a El, sino a nuestro propio error, debido a una mala y peligrosa confianza. Y si tiene nuestro espíritu en suspenso, a lo menos, no nos deje caer en la mentira. Hay algunos que dicen algo falso, pero como dudando, y entonces no mienten; otros, en cambio, afirman resueltos ser cierta una cosa que ignoran lo sea, y éstos sí que mienten. Aquéllos no afirman ser o no verdad lo que dicen, limitándose a expresar su sentir, y en esto dicen verdad, aunque la cosa en sí considerada fuere falsa; éstos, en cambio, al afirmar como cierto lo que dudan o ignoran que lo sea, no dicen la verdad, aun siendo verdadero lo que dicen.

4. Dicho lo que precede para cautela de inexpertos, sigamos confiadamente al Espíritu Santo, el que creo guía mis pasos y alumbrá mi mente con sus luces. Procuraré sin embargo, andar con la circunspección de que os he hablado y practicar lo que os he enseñado, no sea que me digan: *Tú, que instruyes a los demás, no te instruyes a ti mis-*

<sup>5</sup> Ps. 29, 8.

<sup>6</sup> Job 19, 4.

mo<sup>7</sup>. Conviene ante todo distinguir lo dudoso de lo cierto, sin jamas poner en duda lo cierto ni afirmar temerariamente como cierto lo dudoso. Mas tal discernimiento ha de intundirnoslo el Espiritu Santo, que es nuestro Maestro, no pudiendo alcanzarlo con nuestro propio esfuerzo. Porque ¿quién podrá saber si el juicio, de que hemos hablado en uno de los sermones anteriores—el cuarto antes de éste, si la memoria no me falla—, quién podrá saber, repito, si el juicio que el Señor dió entre los hombres fué ya precedido por otro juicio en las alturas?

5. Y lo que digo así es. ¿Crees que aquel lucero que brillaba en la mañana, y que tan pronto concibió con presuntuoso orgullo escalar el cielo, crees que antes de verse trocado en tinieblas tuvo envidia de que se hubiera de hacer la infusión de este divino óleo sobre el género humano y que, llevado de esa envidia, murmurase indignado, diciendo de algún modo en sus adentros: *Para qué este desperdicio?* No me atrevo a afirmar que aquel orgulloso espíritu dijera esto, pero tampoco osaría negarlo, porque lo ignoro. Ello pudo ser así, pues no parece increíble que, estando lleno de sabiduría y elevado a la más alta cima de perfección, supiera que había de haber hombres que llegarían al mismo grado de gloria que él. Mas, si lo supo, no fué ciertamente sino en el Verbo de Dios; y entonces, consumido de envidia, urdió sujetarlos a su imperio, desdenándose de tenerlos por compañeros. Ellos son, decíase, más débiles que yo, e inferiores a mí por su naturaleza; no es razón, por tanto, que sean mis conciudadanos e iguales en la gloria. ¿No es verdad que parecen delatar esta su impía maquinación aquella su presuntuosa elevación a que aspiraba y aquella desapoderada ambición de imperio y superioridad que revelan sus palabras? *Escalaré el cielo, dice; sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sentaréme sobre el Monte del Testamento al lado del aquilón; seré semejante al Altísimo*<sup>8</sup>. Como si dijera: a fin de tener alguna semejanza con el Altísimo, así como El está sentado sobre querubines, desde donde gobierna todas las criaturas angélicas, asimismo me sentaré yo en un lugar eminente, desde donde gobernaré a todo el género humano. ¡Oh, no! *Estando en su lecho discurrió la iniquidad; pero una vez más la iniquidad se ha mentido a sí misma*. Nosotros no reconocemos a otro Juez que a Aquel que nos crió. No es el diablo, sino el Señor, quien juzgará al universo. El será nuestro Dios por los siglos de los siglos. El nos regirá para siempre.

6. El malvado concibió dolor en el cielo, y en el paraíso

<sup>7</sup> Rom. 2, 21.

<sup>8</sup> Is. 14, 13.

dió a luz la iniquidad, hija de la malicia y madre de la muerte y de toda miseria. El orgullo fué el primer origen de todos estos males; pues aunque *la muerte haya entrado en el mundo por la envidia del diablo*<sup>9</sup>, *el principio de todo pecado es la soberbia*<sup>10</sup>. Mas ¿de qué le sirvió todo esto? A pesar de sus infames maquinaciones, tú, Señor, moras en nosotros, y tu nombre es invocado por nosotros, tu pueblo; todo tu pueblo que conquistaste, toda la asamblea de los redimidos clama con voz unánime: *Tu nombre es óleo derramado*. Aun cuando nos rechazas, no dejas de derramar este óleo sobre nosotros, pues aun al castigarnos por nuestras maldades te acuerdas de tu misericordia. Pero Satanás ha recibido el imperio sobre todos los hijos de la soberbia, ha sido constituido príncipe de las tinieblas de este mundo, a fin de que el orgullo mismo combata en favor del reinado de la humildad, pues en este su principado temporal eleva a muchos humildes hasta ser reyes excelsos y eternos de la gloria. Dichosa guerra esta, en la cual ese perseguidor soberbio de los humildes les prepara, sin saberlo él, coronas inmortales, combatiéndolos a todos, pero sucumbiendo bajo los esfuerzos de todos. Pues el Señor juzgará los pueblos en todo lugar y tiempo, salvará a los hijos de los pobres y abatirá al calumniador. Por doquier y siempre, protegerá a los suyos, exterminará a los culpables *y no dejará mucho tiempo sujeto al dominio de los pecadores el linaje de los justos para que éstos no echen sus manos a la maldad*<sup>11</sup>. Y llegará día en que El quebrará los arcos, romperá las lanzas y abrasará los escudos. Tú, miserable, estableces tu morada hacia el aquilón, hacia esa región nebulosa y fría; mira cómo el Señor levanta del polvo de la tierra a los desvalidos y alza del estercolero a los pobres para colocarlos entre los príncipes y sentarlos en trono de gloria, a fin de que sufras al ver cumplirse aquello: *El pobre y el desvalido alabarán tu nombre*<sup>12</sup>.

7. Gracias a ti, Señor, Padre de huérfanos y Juez de pupilos. Un monte cuajado, un monte pingüe nos ha dado calor; los cielos han destilado rocío ante el Dios del Sinaí; óleo ha sido derramado por doquier. Se ha derramado, repito, en los labios de los parvulillos, de forma que el Señor aun de la boca de los niños y de los que maman hace salir perfecta alabanza. Verá esto el pecador y se irritará, rechinará de dientes y se consumirá; pero así como su rabia será implacable, así también serán inextinguibles las llamas ya preparadas para él y para los ángeles rebeldes. El celo del Dios de los ejércitos obrará todo esto. ¿Cómo me amas, Dios mío, amor mío, cómo me amas, pues en todo lugar y tiempo

<sup>9</sup> Sap. 2, 24.<sup>10</sup> Eccli. 10, 15.<sup>11</sup> Ps. 124, 3.<sup>12</sup> Ps. 73, 21.

te acuerdas de mí, en todo lugar tienes un celo maternal para atender a la salvación de este pobre y desvalido, y me proteges no sólo contra los hombres soberbios, sino también contra los ángeles rebeldes y presuntuosos! En el cielo y en la tierra, Señor, juzgas a los que me dañan y domas a los armados contra mí para combatirme. En todas partes me socorres, en todas partes estás a mi diestra para sostenerme. Estas maravillas son las que me inclinarán a entonar toda mi vida cánticos al Señor y a cantar sus alabanzas mientras me quede un hálito de vida. Tales son los milagros que ha obrado, tales los prodigios que ha realizado, tal es el primero y el más excelso acto de justicia que nos ha revelado la Virgen María, consciente de sus secretos. *Derribó de su silla a los poderosos, dice, y ensalzó a los humildes; colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos despidiólos vacíos* <sup>13</sup>. El segundo juicio semeja a éste, que ya oísteis: *Vine para que los que no ven, vean; y los que ven, queden ciegos* <sup>14</sup>. Consuélese el pobre al oír estos dos juicios y diga: *Acorréme, Señor, de tus juicios, y quedé consolado* <sup>15</sup>.

8. Pero volvamos a nosotros mismos y examinemos nuestros caminos. Y a fin de hacerlo con toda verdad, invoquemos al Espíritu de verdad y roguémosle se digne descender de ese lugar tan sublime, al que nos había elevado, a fin de que nos guíe también en el descenso, pues nada podemos sin El. No se desdeña descender con nosotros, pues se indigna contra aquellos que tratan de hacer algo sin su asistencia. No es éste un Espíritu que va y no vuelve, sino que nos guía y conduce de claridad en claridad, como Espíritu del Señor, ya arrebatándonos a sí con sus divinas claridades, ya descendiendo con nuestras flaquezas y esclareciendo nuestras tinieblas, a fin de que ora more sobre nosotros, ora habite en nosotros, caminemos siempre envueltos por su luz, andemos siempre cual conviene a los hijos de la luz. Hemos pasado ya las sombras de las alegorías y llegado a las cuestiones morales. Hemos asentado el fundamento de la fe; construyamos ahora sobre él el edificio de nuestras costumbres. El entendimiento está suficientemente ilustrado; tracemos ahora la norma de nuestro obrar, ya que sólo merecen llamarse sabios *los que obran guiados por el santo temor de Dios* <sup>16</sup>, aquellos cuya inteligencia recta va acompañada de buenas obras, con tal de que ambas a dos, inteligencia y obras, se ordenen a honra y gloria de nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>13</sup> Lc. 1, 52. 53.

<sup>14</sup> Jo. 9, 39.

<sup>15</sup> Ps. 118, 52.

<sup>16</sup> Ps. 110, 10.



## 18 DE DOS OPERACIONES DEL ESPÍRITU SANTO, DENOMINADAS EFUSIÓN E INFUSIÓN \*

1. *Oleo derramado es tu nombre*<sup>1</sup>. ¿Qué quiere el Espíritu Santo entendamos con estas palabras? Sin duda la doble operación que realiza en nosotros y por nosotros. Con una establece sólidamente las virtudes en nuestro interior para la salvación y con otra nos adorna en lo exterior con sus dones para que ganemos almas para Dios; aquélla, por tanto, se ordena a la propia santificación y salvación; ésta, a ganar a los demás. Aquélla la recibimos para nosotros, ésta, para los nuestros. Y así, la fe, la esperanza y la caridad se nos dan a cada cual para nuestra utilidad, no pudiendo sin ellas ser salvos; en cambio, los dones de ciencia, de sabiduría, de curar a los enfermos, de profecía y otros semejantes, de los que podemos carecer sin riesgo de nuestra eterna salvación, no se nos dan seguramente para emplearlos en pro de nuestros hermanos. Y a fin de que estas operaciones del Espíritu Santo, que sentimos en nosotros o en los demás, tengan un nombre conforme a los efectos que producen, llamémoslas, si os place, *infusión* y *efusión*. Ahora bien, ¿a cuál de las dos os parece convenir mejor estas palabras: *Tu nombre es óleo derramado*? ¿No será a la *efusión*? Porque si El hubiera querido hablar de la *infusión*, habría dicho *insundido* y no *derramado*. Por esto, aludiendo al exquisito perfume que exhalan sus místicos pechos, dice la Esposa: *Tu nombre es óleo derramado*; atribuyendo aquel regalado perfume al nombre del Esposo, cual si este nombre fuera óleo aromático derramado en su amante corazón. Así también, cualquiera que se sienta como perfumado con los dones exteriores de gracia, ordenados a la santificación de los prójimos, puede decir: *Oleo derramado es tu nombre*.

2. Mas aquí han de evitarse mucho dos escollos: sería el primero querer repartir con los demás lo recibido sólo para nuestro propio aprovechamiento; y el segundo, querer retener para nuestra propia utilidad lo que se nos dió con la mira principal de aprovechar a nuestros prójimos. Retendríamos para nuestra propia utilidad lo que pertenece a nuestros prójimos si, hallándonos no sólo bien provistos de virtudes interiores, sino también adornados con los dones exteriores de ciencia, elocuencia y sabiduría, movidos de falso temor, o de pereza, o de falsa humildad, guardásemos todo esto en-

\* PL 183, 859.

<sup>1</sup> Cant. 1, 2.

cerrado bajo siete llaves, y con nuestro silencio y reserva inútil o, más bien, reprensible, defraudásemos a las almas del provecho espiritual que podríamos proporcionarlas, mereciendo con nuestra conducta que cayera sobre nuestra cabeza aquella maldición de que se habla en el libro de los Proverbios, donde se dice: *Quien esconde el trigo destinado al sustento de los pueblos, será maldito*<sup>2</sup>. Y por el contrario, disiparíamos y perderíamos lo que se nos da para nuestro aprovechamiento si antes de estar bien empapados del espíritu de Dios, todavía mediocres en virtud, nos lanzásemos inconsideradamente a las obras de celo, pretendiendo derramarlas sobre los prójimos, violando con esto aquella ley que prohibía hacer trabajar a los primerizos de las vacas y trasquilar a los primerizos de las ovejas<sup>3</sup>. El que así obrará se privaría a sí mismo de la vida y salud espiritual, que daría a los otros, quedándose él vacío de virtudes e hinchado con viento de vanagloria; o bien, infectado con veneno de codicias terrenales, se le formaría en el corazón maligna postema que le produciría la muerte espiritual.

3. Por esto, si tienes cordura, te mostrarás concha, no canal. El canal despidе el agua fuera casi al recibirla, la concha no la vierte sino al estar ya llena: entonces comunica lo sobrante sin perjuicio de sí misma, sabiendo que hay una maldición contra quien malgasta la parte que ha recibido. Y a fin de que no juzgues despreciable el consejo que te tengo dado, escucha a uno más sabio que yo. *El insensato, dice Salomón, habla luego cuanto en su pecho tiene; más el sabio no se apresura, sino que reserva algo para ocasión propicia*<sup>4</sup>. Abundan hoy día en la Iglesia de Dios los canales y escasean mucho las conchas. Es tanta la caridad de aquellos por quienes caen sobre nuestras almas las lluvias celestiales, que todo se les va en derramar, sin recoger ellos nada: siempre los verás más dispuestos a hablar que a escuchar, siempre prontos a enseñar lo que no aprendieron, siempre ambicionando gobernar a los demás, siendo así que jamás supieron gobernarse a sí mismos. Sin embargo, no hay grado alguno de piedad, enderezado a la salvación de nuestras almas, que deba ser preferido a aquel que el Sabio nos enseña cuando dice: *Ten lástima de tu alma, haciéndola a Dios grata*<sup>5</sup>. Si no tengo más que un poco de óleo para mi uso, ¿piensas quizá que os lo debo dar, quedándome yo sin nada? Lo guardaré para mí, resuelto a no exponerlo en público, si no me lo manda el profeta. Y si algunos de aquellos que tal vez tienen de mí un concepto más elevado del que yo merezco o esperan más de lo que puedo dár de mí; si algunos, repito,

<sup>2</sup> Prov. II, 26.

<sup>3</sup> Dt. 15, 19.

<sup>4</sup> Prov. 29, 11.

<sup>5</sup> Eccli. 30, 24.

me acosan con sus demandas, les responderé: No sea que esto poco que tengo sea insuficiente para vosotros y yo; id a los vendedores y comprad para vosotros <sup>6</sup>. Quizá me repliques: *La caridad no busca sus intereses* <sup>7</sup>. Mas a esto contestaré: ¿Sabes por qué no los busca? Pues porque no le faltan. ¿Quién busca lo que ya tiene? La caridad tiene siempre lo que es suyo, o sea lo que necesita para su propia salud. Y no sólo lo tiene siempre, sino que lo tiene en abundancia. Quiere abundar para sí misma, a fin de abundar también para los demás. Guarda para sí lo que necesita, a fin de proveer a otros con lo que le sobra. Si ella no estuviera llena, no fuera perfecta.

4. Mas tú, hermano, que no estás aún bastante asegurado de tu propia salvación, que no posees aún la caridad o, si ya la posees, es tan tierna y flaca, que, cual débil caña, se ladea al menor soplo, cree a todo espíritu y se deja llevar de acá para allá por todo viento de opiniones humanas, o bien es tanta y tal tu caridad, que, contra lo que te está mandado, amas a tu prójimo *más que a ti mismo*, o, en fin, es tan pequeña, que se liquida con los favores, sucumbe bajo la impresión del temor, se perturba con la tristeza, se endurece con la avaricia, se dilata con la ambición, se desconcierta a la menor falsa sospecha, sale de quicio con las injurias, se desvive con los cuidados, se entumece con los honores y se consume con la envidia; tú, digo, que te sientes tal en lo que te afecta, ¿con qué demencia inaudita ambicionarás o consentirás en tomar a tu cargo lo que concierne a los demás? Escucha el consejo que te da la caridad vigilante y circunspecta del Apóstol. *No es razón, dice, que otros tengan holgura y tú estrechez, sino que debe haber igualdad* <sup>8</sup>. *No pretendas ser demasiado justo* <sup>9</sup>. Ya te basta con amar al prójimo como a ti mismo, pues ésta y no otra es la igualdad que el Apóstol pide. Por eso dice David: *Llénese mi alma de ti, Dios mío, como de manjar pingüe y jugoso, y con labios que rebosarán júbilo te cantará mi boca himnos de alabanzas* <sup>10</sup>. Cual si con esto quisiera manifestar que ante todo anhelaba la infusión del espíritu, a fin de poder luego difundirlo; y no sólo deseaba recibir la infusión, sino la saturación, a fin de dar a los demás de su plenitud y no de su indigencia. Y cierto muy sabiamente, por temor de que, haciendo bien a otros, no se perjudicase a sí mismo, con lo cual imitaría casta y humildemente a Aquel de cuya plenitud todos hemos recibido. Aprende a no derramar sino de tu plenitud y no quieras ser más liberal que Dios. La concha imite

<sup>6</sup> Mt. 25, 9.

<sup>7</sup> 1 Cor. 13, 5.

<sup>8</sup> 2 Cor. 8, 13.

<sup>9</sup> Eccl. 7, 17.

<sup>10</sup> Ps. 62, 6.

a la fuente. No fluye en arroyuelos ni se derrama en lagos la fuente sino después de estar ella misma saciada de sus propias aguas. No se avergüence el vaso de no dar más que la fuente. La Fuente misma de la vida, llena en sí misma y llena de sí misma, ¿no salta y brota primeramente sobre lo más secreto de los cielos, llenándolos de su bondad, y después de haber rociado plenamente los lugares más ocultos y elevados de los cielos, no salta impetuosa sobre la tierra para salvar a los hombres y a las bestias, según el salmista, con el desbordamiento de sus aguas, multiplicando Dios de este modo su misericordia? Lleno primero de su gracia a los ángeles, y después, rebosando y derramándose, visitó la tierra por su bondad infinita, la embriagó, por decirlo así, de sus gracias y carismas y la enriqueció y fecundó maravillosamente con todos los bienes. A imitación suya, haz tú lo mismo: procura antes llenarte y luego podrás comunicar a los otros de lo que hayas adquirido; porque la caridad es generosa, mas también prudente: reparte profusamente de sus bienes, pero sin agotarse. *Hijo mío*, dice Salomón, *no te vacíes*; y el Apóstol: *Es menester que observemos con empeño lo que se nos ha dicho, a fin de no quedar por desgracia del todo vacíos*<sup>11</sup>. ¿Qué? ¿Eres tú más santo que Pablo y más sabio que Salomón? Por lo demás, ni a mí me está bien tampoco el enriquecerme con tu agotamiento. Porque, si eres malo para ti mismo, ¿para quién serás bueno? Asísteme, si puedes, con tu abundancia; si no, resérvala para ti.

5. Mas oíd ya cuáles y cuántas cosas son necesarias para nuestra propia salud, cuál y cuán grande es la infusión que debemos recibir antes de presumir derramarnos. Haré por explicarlo con la mayor brevedad, pues la hora está ya muy avanzada y me urge acabar cuanto antes. El Médico se acerca al herido, el Espíritu Santo se acerca al alma. Porque ¿cuál será el alma que El no encuentre herida por la espada del diablo, aun después que la llaga del antiguo pecado haya sido sanada con el saludable remedio del bautismo? Cuando el Espíritu Santo se acerca al alma, ésta le dice: *Se han enconado y corrompido mis llagas por causa de mi necedad*<sup>12</sup>. ¿Qué hará ante todo el Médico divino? Sin duda empezará por amputar el tumor o la úlcera que quizá se haya formado en la llaga y que impide sanar. Que la úlcera, pues, de la vieja costumbre sea cortada con el hierro de una viva compunción. Mas como esta sajadura no se puede hacer sin mucho dolor, el ungüento de la devoción lo mitigue. Este ungüento no es sino la alegría que en el alma engendra la esperanza del perdón. Y esta esperanza nace del imperio adquirido sobre

<sup>11</sup> Hebr. 2, 1.

<sup>12</sup> Ps. 37, 6.



las pasiones y de la victoria conseguida contra el pecado. De todo esto da gracias a Dios el alma, diciendo: *Rompiste, Señor, mis cadenas; te sacrificaré una víctima de alabanza* <sup>13</sup>. A seguidas se le aplica el remedio de la penitencia con todo el aparato de ayunos, vigiliias, oraciones y otros ejercicios de mortificación. Ha de nutrirse, además, con el manjar de las buenas obras, por temor de debilitarse. Jesucristo mismo nos enseña que las buenas obras son alimento. *Mi alimento es, dice, hacer la voluntad de mi Padre* <sup>14</sup>. Así, para que el alma se fortalezca, es preciso que las obras de piedad acompañen a los trabajos de la penitencia. *La limosna*, dice Tobías, *da gran confianza ante el Altísimo* <sup>15</sup>. Mas como el alimento acucia la sed, habrá que darle de beber. Añadamos, pues, al manjar de las buenas obras la bebida de la oración, que hace se digieran bien las buenas acciones en el estómago de la conciencia y las torna gratas a Dios. La oración es vino que alegra el corazón del hombre, es el vino del Espíritu Santo, que embriaga y deja olvidar los deleites carnales. Humedece el fondo de la conciencia, que es árido; hace digerir el manjar de las buenas obras y las distribuye por toda el alma, afirmando su fe, fortaleciendo su esperanza, activando y ordenando la caridad y depurando las costumbres.

6. Habiendo comido y bebido el doliente, ¿qué resta ya sino que repose en la contemplación, tras del trabajo de la acción? En este sueño sagrado ve a Dios como en sueños, como en espejo y tras de imágenes oscuras, no pudiendo todavía contemplarle cara a cara. Mas, aunque sólo le conozca por conjetura y no claramente, a pesar de no verle sino de paso y a manera de centella, que brilla un momento y se extingue, esa vista fugaz y casi insensible le inflama en amor, no pudiendo menos de exclamar: *Mi alma ansía por ti en la noche, y el espíritu, dentro de mis entrañas* <sup>16</sup>. Es un amor celoso, cual conviene al amigo del Esposo: con tal amor debe arder el siervo fiel y prudente a quien el Señor constituyó sobre su familia. Este amor llena su corazón, le inflama, hierve, rebosa por doquier e irrumpe fuera, haciéndole exclamar: *¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién se escandaliza, que yo no me requeme?* <sup>17</sup> El poseído de este amor predique, fructifique, haga portentos y obre milagros; la vanidad no hallará cabida donde la caridad lo ocupa todo. Porque la caridad es la plenitud de la ley del corazón <sup>18</sup>, con tal, empero, que sea plena. Dios es caridad, y nada puede llenar a la criatura, hecha a imagen de Dios, sino Dios, *que es caridad* <sup>19</sup>; sólo El es más grande que ella. Peligroso es

<sup>13</sup> Ps. 115, 16. 17.

<sup>14</sup> Io. 4, 34.

<sup>15</sup> Tob. 4, 12.

<sup>16</sup> Is. 26, 9.

<sup>17</sup> 2 Cor. 11, 29.

<sup>18</sup> Rom. 13, 10.

<sup>19</sup> 1 Io. 4, 16.

promover a las dignidades eclesiásticas a quien todavía no ha adquirido esta caridad plena, por más virtudes que en lo demás parezca tener; porque aun teniendo toda la ciencia del mundo, aun dando toda su hacienda a los pobres, aun entregando su cuerpo a las llamas, vacío está si no tiene caridad. ¿Veis ahora de cuántas cosas debemos estar llenos si queremos difundir de nuestra abundancia y no de nuestra pobreza? Debemos primero tener *compunción*; luego, *devoción*; después, *trabajo de penitencia*; en cuarto lugar, las obras de la *piedad*; en quinto lugar, la frecuencia de la *oración*; en sexto lugar, quietud de *contemplación*, y, en fin, plenitud de caridad. Un mismo Espíritu es quien obra todo esto en nosotros, por esa operación llamada *infusión*; y entonces aquella que hemos llamado *efusión* puede ejercerse pura y seguramente en alabanza y gloria de nuestro Señor Jesucristo, quien, como Dios, vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo en los siglos de los siglos. Amén.

## 19 DE LA NATURALEZA, MODO Y PROPIEDADES DEL AMOR ANGÉLICO PARA CON DIOS, CONSIDERADO EN CADA UNO DE LOS ÓRDENES DE LOS ÁNGELES \*

1. Todavía habla la Esposa palabras de amor, todavía sigue hablando del Esposo, gozándose en alabarle, y, a fin de que continúe derramando en ella nuevas gracias, dile que no han sido estériles las que le concedió. *Por eso, le dice, las doncellitas te aman*<sup>1</sup>. Cual si le dijera: No en vano, Esposo mío, tu nombre se ha como anonadado y derramado sobre mis pechos, pues por eso las doncellitas te aman. ¿Y por qué tal amor? Por haber derramado el perfume de su nombre sobre los místicos pechos de la Esposa y habérselos ungido y deliciosamente perfumado. Esto es lo que provoca a las doncellitas al amor del Esposo, ésta la causa de su afecto tan extremado. En recibiendo la Esposa el don de esta efusión, sienten al momento su olor, no pudiendo estar muy lejos de su Madre, y estando llenas de la suavidad de este perfume, dicen: *La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*<sup>2</sup>. Encareciendo la devoción de sus hijitas, exclama la Esposa: Ahí tienes, Esposo mío, el fruto de la efusión de tu nombre; por ello las doncellitas te aman tanto. Perciben la fragancia del perfume que exhala tu nombre, cuando lo has derramado, sin lo cual no pudieran percibirlo, y se derriten en tu amor. La efusión.

\* PL 183, 863.

<sup>1</sup> Cant. 1, 2.

<sup>2</sup> Rom. 5, 5.

de este nombre hácelo capaz de ser percibido, y esta capacidad hácelo amable; mas sólo a las doncellitas, pues los ya provecos en virtud recreáanse con la fragancia de ese perfume sin necesidad de que sea derramado.

2. La criatura angélica contempla fijamente el abismo profundo de los juicios de Dios: tiene suma complacencia y pone toda su dicha en admirar su equidad suprema, gloriándose de que sean ejecutados y conocidos por su ministerio. Por esto tiene poderosos motivos de amar a Cristo, Nuestro Señor. *Todos los espíritus celestiales, dice, son ministros de Dios, enviados para servir a los que adquieren la herencia de la salud*<sup>3</sup>. Creo que los arcángeles, quienes, sin duda, son algo superiores a los ángeles, se alegran al verse admitidos más familiarmente a los consejos de la eterna Sabiduría, y cumplen sus órdenes con mucha prudencia y sabiduría, en los tiempos y lugares oportunos. Por este motivo, igualmente aman tanto a Cristo. Del mismo modo, aquellos espíritus bienaventurados llamados *virtudes*, tal vez porque, estando establecidos por Dios para sondear con feliz curiosidad y admirar al mismo tiempo las causas secretas y eternas de los milagros y de los prodigios, hacen ostensibles en la tierra esos prodigios como a ellos les place y cuando les place, trocando con su potencia la naturaleza de los elementos; y de ahí también que ardan en amor del Señor de las virtudes y de Jesucristo, que es la Virtud de Dios. Porque les es sumamente dulce y grato contemplar en la Sabiduría increada los secretos y recónditos misterios de la Sabiduría; y no les es menos honroso y glorioso que Dios se digne servirse de su ministerio para hacer conocer y admirar a los hombres los efectos cuyas causas se ocultan en su Verbo.

3. Y aquellos espíritus bienaventurados cuyo nombre es *potestades*, que cifran toda su dicha en contemplar y glorificar la omnipotencia divina de nuestro Crucificado, que se extiende por todas las cosas con fuerza invencible, y que además reciben el poder de arrojar y domar las potencias enemigas de los hombres, que son los demonios, para el bien de aquellos que deben recibir la herencia de la salud, ¿no tienen también legítimo motivo para amar al Señor Jesús? Sobre las *potestades* están los *principados*, quienes, mirándoles desde lugar más elevado y viendo claramente que El es el Príncipe de todas las cosas y engendrado antes que todas las criaturas, reciben un poder tan grande y supremo, que su virtud y eficacia se extiende sobre toda la tierra; y desde el lugar sublime y eminente que ocupan pueden a su gusto trocar los reinos y los principados, disponer de los honores y de los cargos, poner en el último lugar a los que ocupan el primero,



y en el primero a los que ocupan el último, según los méritos de cada cual; pueden, en fin, derribar de su silla a los poderosos y ensalzar a los humildes. ¿No os parece que todo esto ha de ser un eficaz incentivo para excitar en ellos el amor a Cristo? Amanle también las *dominaciones*. Y ¿cuál es la razón de su amor? Es que, como llevados de loable presunción, se esfuerzan en descubrir cuanto hay de más excelso y sublime en la dominación de Jesucristo, la cual ni es circunscrita por límites ni detenida por obstáculos. Consideran que El llena el mundo entero, no solamente con su poder, sino también con su presencia; que todas las cosas, desde lo más alto de los cielos hasta lo más profundo de los abismos, obedecen a la equidad de sus mandamientos; que El regula con bello orden el curso de los tiempos, el movimiento de los cuerpos y la actividad de los espíritus; y eso con cuidado y vigilancia tan exactos, que ninguna de estas cosas puede cesar un momento de hacer las funciones a que está destinada; y con tanta facilidad, que Aquel que las gobierna no sufre alteración ni inquietud alguna. Viendo, pues, que el Señor de los ejércitos lo juzga todo con tanta tranquilidad, están como extasiados por el pasmo extraordinario en que les pone esa contemplación tan sublime como grata. Se abisman, por decirlo así, en ese vasto piélago de divinos esplendores y retiranse a un lugar muy secreto, donde reina quietud tan maravillosa, y donde ellos gozan de tanta paz y seguridad, que por reverencia a esta prerrogativa, mientras ellos reposan, parece que todos los demás espíritus se emplean en servirles y obedecerles como a verdaderos soberanos.

4. Dios se asienta sobre los tronos. Y pienso que estos espíritus tienen una causa todavía más justa y más amplia materia de amar que todos aquellos de quienes venimos hablando. Porque, así como cuando se entra en el palacio de un rey, que al fin es puro hombre, se ve su trono colocado en un lugar eminente y separado de todas las otras cosas de que está llena la casa, no siendo preciso preguntar dónde suele sentarse el monarca, pues a la vista está el solio regio, que por su elevación y riqueza campea sobre todo, así también es fácil juzgar que estos espíritus aventajan a los otros en belleza y magnificencia, pues la divina Majestad, por una bondad admirable y un favor singular, se ha dignado escogerlos para residir en ellos como en su trono. Y si el asiento es símbolo de autoridad y de las funciones de maestro, pienso que Aquel que es nuestro único Maestro en el cielo y en la tierra, Jesucristo, Sabiduría de Dios, alcanzando a todas las cosas por su pureza soberana, esclarece particular y principalmente con su presencia a estos espíritus bienaventurados, y que desde allí, como desde una elevada cátedra, enseña la ciencia a los ángeles y a los hombres. Desde allí da a co-



nocer a los ángeles sus juicios y a los arcángeles sus consejos. Allí las virtudes entienden cuándo, en qué lugar y qué maravillas y prodigios deben obrar. Allí las potestades, los principados y las dominaciones aprenden lo que deben hacer, lo que pueden presumir de sí mismos según su naturaleza, lo que les está recomendado, y cómo deben servirse de su poder sin abusar de él, haciéndole depender de su voluntad o refiriéndolo a su propia gloria.

5. Mas creería yo que esas falanges celestiales que se llaman *querubines*, conforme a la significación de su nombre, no tienen nada recibido de los *tronos* o por los *tronos*, sino que pueden beber cuanto les place en la fuente misma, dignándose el Señor Jesús, por sí mismo, introducirlos en toda la plenitud de la verdad y revelarles copiosamente los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, escondidos todos en El. Aquellos igualmente que se dicen *serafines*, gozan también de esta misma prerrogativa. Pues la caridad, que es Dios, les atrae y absorbe de tal manera en El, les inflama de tal modo en su ardor, que al parecer no son más que un mismo espíritu con El, como el fuego, cuando inflama el aire, dándole todo su calor y su color, no parece comunicarle estas cualidades, sino transformarlo en su propia naturaleza. Así que los *querubines* y *serafines* gozan inefablemente contemplando en Dios, los primeros sobre todo la *ciencia*, sin medida y sin límites, y los segundos, la *caridad*, que nunca fenece. Por esto han recibido los nombres que llevan, muy apropiados para expresar las cosas en que ellos respectivamente aventajan a los demás, pues *querubín* significa la plenitud de la ciencia, y *serafín*, inflamante o inflamado.

6. Luego es amado Dios de los *ángeles*, por la equidad soberana de sus juicios; de los *arcángeles*, por la sabiduría adorable de sus consejos; de las *virtudes*, por los milagros que se digna hacer, a fin de atraer a la fe a los incrédulos; de las *potestades*, por esa potencia, igualmente justa que suprema, con que acostumbra proteger a los buenos contra las violencias de los malos; de los *principados*, por esa virtud eterna y primordial por la que da el ser y el principio del ser a toda criatura, superior e inferior, espiritual y corporal, alcanzando desde lo más alto de los cielos hasta los más profundos abismos de la tierra con fuerza incontrastable. Es amado de las *dominaciones*, por la suma bondad con que temple su poder soberano, pues aunque domina sobre todas las cosas por la fuerza de su brazo, con todo, por una virtud más poderosa si cabe, según los movimientos de esa bondad natural y de esa tranquilidad maravillosa que no es agitada de turbación alguna, ordena también todas las cosas con imperturbable suavidad. Es amado de los *tronos*, porque, siendo El la suma Sabiduría, con inefable benevolencia y li-

beralidad la comunica a todos y con divina unción enseña gratuitamente todas las ciencias. Es amado de los *querubines*, porque, siendo Dios y Señor de las ciencias, como conoce lo que cada uno necesita para salvarse, distribuye sus dones con discreción y prudencia a los que se los piden cual conviene, según su necesidad. Y, en fin, es amado de los *serafines*, porque, siendo El caridad, no odia a ninguna de sus obras, antes quiere que todos los hombres sean salvos y vengán en conocimiento de la verdad.

7. Todos estos espíritus, pues, aman a Dios según le conocen. En cuanto a las *doncellitas*, aunque también le aman, como su conocimiento y experiencia de las cosas divinas es aún muy deficiente, no pueden elevarse a esas sublimes alturas; y por eso, como todavía son recién nacidas en Cristo, deben ser alimentadas con la leche y el óleo del espíritu. Conviéneles, pues, acudir a los místicos pechos de la Esposa para alimentarse con el manjar que nutre este amor: en ellos encuentran óleo derramado, cuyo exquisito aroma las excita a gustar y sentir cuán suave es el Señor. Y en conociendo ella que están abrasadas de amor, vuélvese a su Esposo y le dice: *Tu nombre es óleo derramado, por eso las doncellitas te aman demasiado. ¿Qué es eso de demasiado? Grandemente, vehementemente, ardentemente. Ciertamente que esta doctrina no atañe sino de soslayo a los que moran entre nosotros poco tiempo ha, sino que más bien reprende en ellos ese fervor indiscreto, inmoderado y terco que en más de una ocasión nos vemos precisados a reprimir. No queréis contentaros con la vida común. Los ayunos regulares, las vigiliias solemnes, la regla ordinaria y la medida regular del vestir y comer no os bastan. Preferís la singularidad a la vida común. Ahora bien, habiendo entregado a otro el cuidado de vuestra alma, ¿por qué queréis volver a tomar la dirección de vosotros mismos? Ya no me seguís a mí sino a vuestra propia voluntad, a pesar de que sabéis que ha ofendido a Dios tantas veces. Esta voluntad propia es la que os enseña a no perdonar a la naturaleza, a no rendiros a la razón, a no seguir el consejo ni el ejemplo de los más antiguos y a no obedecer a vuestro superior y a vuestro abad. ¿No sabéis que la obediencia vale más que las víctimas? <sup>4</sup> ¿No habéis leído en vuestra Regla que todo lo hecho sin el beneplácito del padre espiritual será reputado vanagloria y carecerá de premio? <sup>5</sup> ¿No habéis leído en el Evangelio los ejemplos de obediencia de Jesús niño a cuantos quieran ser sus discípulos? Pues, habiéndose quedado en Jerusalén y habiendo dicho a sus padres que le era preciso emplearse en las cosas de su Padre celestial, viendo que no se conforma-*

<sup>4</sup> 1 Reg. 15, 22.

<sup>5</sup> S. BENEDICTI Reg., c. 49.

ban con sus palabras, no se desdeñó de seguirlos a Nazaret. ¡El Maestro siguió a sus discípulos, todo un Dios obedeció a los hombres, la Verdad y la Sabiduría estuvo sujeta a un artesano y a una mujer! Porque ¿qué nos dice la Historia Sagrada? Que Jesús, vuelto a Nazaret con José y María, *tes estaba sujeto*<sup>6</sup>. ¿Hasta cuándo pretenderéis ser sabios y prudentes a vuestros propios ojos? Dios se entrega a la dirección de sus criaturas, ¿y vosotros os empeñaréis en andar por vuestros caminos y a vuestro capricho? Recibisteis el buen espíritu, pero usáis mal de él. Mucho me temo que en su lugar recibais otro que, tras de especiosas apariencias, os haga tropezar, y que, habiendo comenzado en espíritu, acabéis en la carne. ¿No sabéis que el ángel malo se transforma muchas veces en ángel de luz?<sup>7</sup> Dios es sabiduría: no quiere que se le ame sólo con ardor, sino con prudencia. Es lo que hace decir al Apóstol: *Sea razonable vuestro culto*<sup>8</sup>. Mas si despreciáis la ciencia, el espíritu de error presto se burlará de vuestro celo. Este espíritu artificioso no tiene medio más eficaz para arrebatarse del corazón el amor que el conseguir que este amor vaya destituido de prudencia y discreción. Por esto hame parecido oportuno daros algunas normas que han de observar los que aman a Dios. Mas, siendo ya tiempo de concluir, procuraré explicáros las mañana, si Dios me da vida y tiempo, que ahora no tenemos. Recobrado nuestro vigor en el descanso de la noche, y principalmente con las oraciones a Dios enderezadas, nos juntaremos con más ardor y alegría, como es justo, para oír el sermón acerca del amor, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien es honor y gloria en los siglos de los siglos. Amén.

## 20. DEL TRIPLE MODO DE AMOR CON QUE AMAMOS A DIOS \*

1. Para que comience este sermón con las palabras del Maestro (San Pablo), *El que no ama al Señor Jesús sea anatema*<sup>1</sup>. Muy obligado estoy a amar a Aquel que es el autor de mi ser, de mi vida y de mi razón, y no puedo ser ingrato a tantos favores sin hacerme indigno de ellos. Ciertamente, es preciso reconocer, Señor Jesús, que quien rehúsa vivir para ti es reo de muerte, y en realidad muerto está; que aquel cuyos sentimientos no son conformes a tus máximas celestiales

<sup>6</sup> Lc. 3, 43-51.

<sup>7</sup> 2 Cor. II, 14.

<sup>8</sup> Rom. 12, 1.

\* PL 183, 867.

<sup>1</sup> 1 Cor. 16, 22.

es un insensato; y quien no tiene cuidado de no estar en este mundo sino para ti, no pasa de ser nada, pura nada. Porque ¿en qué es el hombre algo, sino en cuanto le haces la merced de que te conozca y te ame? <sup>2</sup> Para ti solo, Dios mío, lo has creado todo, y quien no quiere vivir en el mundo sino para sí y no para ti, comienza a ser nada y a no tener ya lugar entre todos los seres. *Teme a Dios y observa sus mandamientos, porque esto, dice el Sabio, es el todo del hombre* <sup>3</sup>. Si, pues, el todo del hombre en eso consiste, sin eso todo hombre será nada. Dame, Señor, que esto poco que te plugo que yo fuera por tu bondad, no sea para mí, sino todo para ti. Recibe, te suplico, los despojos de mi miserable vida, y por todos los años que perdí, empleándolos en perderme, no deseches un corazón abatido de aflicción y arrepentimiento y traspasado de dolor y pesar. Mis días se han desvanecido como sombra y han transcurrido sin fruto. Imposible recuperarlos; haz si- quiera, si te place, que los rumie ante ti con amargura de mi alma. Tú ves mis deseos, tú calas todos los designios de mi corazón. Si yo tuviera alguna sabiduría, bien sabes que no la emplearía sino para ti. Pero, Dios mío, tú conoces perfectamente todos mis extravíos y mi necesidad; acaso sea un principio de sabiduría el reconocer que me falta, aunque eso mismo es don de tu gracia. Auméntamela, te ruego; no seré ingrato a esto poco que me des; antes procuraré adquirir lo que me falta. Todos estos beneficios me determinan a amarte con todas mis fuerzas.

2. Pero hay algo que me excita aún más, que me aprieta más, que me urge más a amarte. El cáliz que has bebido, ese brebaje de nuestra redención, hace que seas para mí infinitamente más amable, ¡oh buen Jesús! Esto es lo que acaba de ganarme, esto es lo que atrae mi amor con más duizura, le exige con más justicia, le estrecha con lazos más fuertes y le abraza con más vehemencia. ¡Cuántos trabajos y fatigas ha soportado mi Salvador por rescatarme! Toda la inmensa fábrica del mundo no le ha costado tanto. *A su palabra todo quedó hecho; mandólo, y todo fué creado* <sup>4</sup>. En cambio, para realizar la obra de mi redención soportó en sus enseñanzas contradictores; en sus obras, envidiosos censores; burlas sangrientas en sus tormentos e irritantes insultos en su muerte. Tal ha sido el exceso de su amor. Añadid todavía, para colmo de favores, que no nos ha vuelto amor por amor, sino que gratuitamente nos ha amado. Porque ¿quién le dió a *El primero, para que pretenda por ello retribución?* <sup>5</sup> De aquí que diga el evangelista San Juan: *en esto consiste su caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos*

<sup>2</sup> Ps. 143, 3.

<sup>3</sup> Eccl. 12, 13.

<sup>4</sup> Ps. 32, 5.

<sup>5</sup> Rom. 11, 35.



*amó primero a nosotros*<sup>6</sup>. Nos amó siendo todavía nada; más aún, nos amó cuando resistíamos obstinadamente a su amor, según testimonio de Pablo, que dice: *Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con El por la muerte de su Hijo*<sup>7</sup>. Pero cierto, si El no hubiera amado a sus enemigos, no los poseería como amigos, como tampoco existirían aún los así amados por El si no hubiese amado a los aún no existentes.

3. Amor dulcemente, sabiamente, fuertemente tierno. Llamáralo dulce por haberse revestido de nuestra carne; sabio, porque la tomó exenta de pecado; fuerte, porque sufrió la muerte. A los que visitó en la carne, no les amó corporalmente, sino con la prudencia del Espíritu. Pues *nuestro Señor Jesucristo, que es espíritu, se ha hecho presente a nosotros*<sup>8</sup>, estando animado para con nosotros del cielo divino, no humano, y de amor más puro que el de Adán a su esposa Eva; de forma que aquellos a quienes vino a buscar en la carne, los amó en espíritu y rescatólos con el poder de su brazo. ¡Qué espectáculo tan dulce y consolador ver al Creador del hombre hecho hombre, y al alejar con inefable sabiduría el pecado de su naturaleza, con su poder triunfar igualmente de la muerte! Al vestirse de nuestra carne, manifiesta su amable condescendencia con nosotros; al rechazar de sí el pecado, mira por su honor, y al aceptar la muerte satisface de lleno a la divina justicia, mostrándose a la vez tierno amigo, prudente consejero y poderoso protector. Entregóme seguro a Aquel que quiere salvarme; que sabe cómo y que puede realizarlo. Al que ha buscado, le ha llamado también con su gracia; ¿será posible que le deseché cuando a El se vuelva? ¡Oh! No temo que ni la violencia ni el artificio me puedan jamás arrancar de los brazos de Aquel que venció a la muerte, vencedora de todos, y engañó a la serpiente con artificio más ingenioso que aquel que ella empleó para seducir a todo el mundo, siendo en esto más prudente y poderoso. Se vistió realmente de la carne, pero tomando sólo la semejanza del pecado: dando en lo uno dulce consuelo al hombre enfermo y flaco y ocultando con prudencia en lo otro el lazo que quería tender al demonio. Y a fin de reconciliarnos con su Padre, sufrió generosamente y domó la muerte, derramando su sangre como precio de nuestro rescate. Luego si esta soberana Majestad no me hubiera amado tiernamente, no me habría buscado en mi prisión. Pero juntó con el amor la sabiduría, para burlar al enemigo de nuestras almas, y la paciencia, para aplacar la cólera de su Padre. Estas son las normas que os prometí; pero he querido manifestáros las en Cristo, para que más las apreciéis.

<sup>6</sup> 1 Jo. 4, 10.

<sup>7</sup> Rom. 5, 10.

<sup>8</sup> Thren. 4, 20.

4. Aprende, cristiano, de Cristo cómo has de amarle. Aprende a amarle dulcemente, a amarle prudentemente y a amarle valerosamente. Dulcemente, para no ser atraído; prudentemente, para no ser seducido; valerosamente, para no ser apartado del amor a Cristo. A fin de que la gloria del mundo o los placeres de la carne no te arrastren, la Sabiduría, que es Cristo, tenga para ti atractivos y dulzuras superiores a ellos. Para no ser abatido por las adversidades, procura que la verdad de Dios, que es Cristo, te fortalezca. La caridad inflame tu celo, la ciencia lo ordene y la constancia lo afirme. Sea fervoroso ese celo, sea circunspecto, invencible. No sea tibio, no carezca de discreción ni de fortaleza. Considera cómo estas tres cosas fueron prescritas en la Ley, cuando Dios dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*<sup>9</sup>. Páreceme, si tú no tienes otro mejor sentido que dar a esta triple distinción, que el amor del corazón se refiere al celo del afecto; el amor del alma, a la destreza o al juicio de la razón, y el fuerte, a la constancia y vigor del espíritu. Ama, pues, al Señor, tu Dios, con el afecto de un corazón lleno y entero; ámale con toda la sabiduría y vigilancia de la razón; ámale con todas las fuerzas del espíritu, de suerte que no temas ni siquiera el morir por amor suyo, según aquello que está escrito: *El amor es fuerte como la muerte; recios como el infierno son los celos*<sup>10</sup>. Sea el Señor Jesús para tu afecto un objeto de dulzura, a fin de destruir la dulzura criminal de los placeres de la vida carnal: una dulzura supere a la otra, como un clavo expulsa a otro clavo. Sea El para tu entendimiento luz que guíe tu razón, no sólo para evitar las asechanzas que la malicia de los herejes arman contra ti y conservar pura tu fe de sus ardidés, sino también para que cuides de tu conducta. Sea también constante y generoso tu amor, sin ceder al temor ni sucumbir ante el trabajo. Amemos, pues, afectuosamente, con circunspección y con ardor, sabiendo que el amor del corazón, que llamamos afectivo, es dulce, sí, pero engañoso no yendo acompañado del de la voluntad; y que éste, a su vez, si no va con fortaleza y constancia, aunque es razonable, se muestra flaco y frágil en los trances difíciles.

5. Y mira en algunos ejemplos claros que así es como decimos. Al anunciar Jesús a sus discípulos su próxima partida al Padre, quedáronse muy tristes, por lo cual les dijo el divino Maestro: *Si me amaseis, gozaríais de que voy al Padre*<sup>11</sup>. ¿Cómo así? Aquellos que se dolían de que los dejaba, ¿no le amaban? Amábanle, sin duda, aunque puede decirse que no le amaban. Amábanle con ternura, pero este

<sup>9</sup> Dt. 6, 5.

<sup>10</sup> Cant. 8, 6.

<sup>11</sup> Jo. 14, 28.

amor no iba con prudencia. Amábanle humanamente, no espiritualmente. Amábanle, finalmente, con todo el corazón, mas no con toda el alma. Su amor era contrario a su salvación. Por esto les añadió: *Os conviene que me vaya*<sup>12</sup>, culpando al consejo, no al afecto. Y cuando, hablando de su muerte, reprendió y reprimió a Pedro, que le amaba tiernamente y quería estorbar su muerte, ¿qué reprendió en él sino la imprudencia? Porque ¿qué quiere decir esta palabra: *Eres incapaz de saborear las cosas de Dios*<sup>13</sup>, sino tú no me amas con sabiduría, porque te dejas llevar de un afecto humano, contrario al consejo divino? Por eso le llamó Satanás, por oponerse a su propia salvación, aunque sin saberlo, queriendo impedir la muerte del Salvador. Después de corregido y reprendido, Pedro no pretendió más oponerse a su muerte; antes, cuando Jesús vino a hablar de nuevo de este triste asunto, ofrecióse a morir con El, aunque no cumplió por entonces su promesa, no habiendo llegado aún al tercer grado del amor, que consiste en amar a Dios con todas las fuerzas. Estaba dispuesto a amarle con toda su alma, mas era todavía flaco su amor. No le faltaba el conocimiento, pero faltábale el vigor; no ignoraba el misterio, pero temía el martirio. Su amor, por tanto, no era todavía fuerte como la muerte, ya que la muerte le hizo sucumbir. Lo fué poco tiempo después, cuando, hallándose ya revestido de la fortaleza de lo alto, según promesa de Cristo, comenzó a amar con tanta valentía, que, cuando el Consejo de los judíos le prohibió predicar el nombre de Jesús, respondió generosamente a los que se lo prohibían: *Más vale obedecer a Dios que a los hombres*<sup>14</sup>. Entonces amó con todas sus fuerzas, pues sacrificó generosamente su misma vida en aras del amor; *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*<sup>15</sup>. Y, si entonces no la dió, es evidente que se expuso a perderla. Así, pues, el no dejarse atraer por halagos, ni seducir por artificios, ni abatir por injurias y ultrajes, eso es amar de todo corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.

6. Mas observad que el amor del corazón es aún algo humano, por inspirar al corazón del hombre mayor afecto a Cristo en cuanto hombre y a lo que le concierne. El que está lleno de este amor se conmueve y enternece fácilmente con cualquier consideración o lectura relativa a este piadoso asunto. Nada oye más gustoso, nada lee más ansioso, nada repasa en su memoria con más frecuencia, ni tiene meditación más dulce y agradable que ésta. Los sacrificios de sus oraciones con esto se perfeccionan, pareciéndose a las víctimas pingües y hermosas que eran ofrecidas al Señor. Siempre, al orar, la imagen sagrada del Hombre-Dios se

<sup>12</sup> Io. 16, 7.<sup>13</sup> Mc. 8, 32. 33.<sup>14</sup> Act. 5, 29.<sup>15</sup> Io. 15, 13.



presenta a sus ojos, ora en su humilde nacimiento, ora en el regazo de su purísima Madre, ora enseñando, ora muriendo, ora resucitando, ora subiendo al cielo; y la atenta contemplación de cualquiera de estos misterios impulsa indefectiblemente su corazón al amor de las virtudes, a purificarse de los vicios sensuales, a huir de los placeres, a ordenar sus afectos y deseos. Creo ser ésta la causa principal que ha determinado a Dios, naturalmente invisible, a hacerse visible en carne humana, a fin de poder tratar y conversar con los hombres, de quienes se hizo semejante; quiso por ahí convertir en amor provechoso y saludable los afectos carnales del hombre, que no acertaba a amar sino carnalmente, elevándole como por grados al amor espiritual. Finalmente, ¿no os parece que se hallaban aún en ese grado inferior aquellos que decían: *Ya ves que nosotros lo hemos abandonado todo por seguirte?*<sup>16</sup> Sin duda lo habían dejado por amor humano a Jesús y deseosos de gozar de su presencia corporal; y de ahí que ni pudieran soportar les hablara de su pasión y muerte, y que cuando les anunció su partida de este mundo se llenasen de tristeza; lo cual hubo de afearlos el mismo Cristo diciéndoles: *Porque os he dicho estas cosas se ha llenado de tristeza vuestro corazón*<sup>17</sup>. Así, la gracia de su presencia corporal les había curado de todo amor carnal y puramente humano.

7. Luego les propuso otro grado de amor más excelente al decirles: *El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve*<sup>18</sup>. A este grado había llegado ya aquel que exclamaba: *Aunque antes conocimos a Cristo en la carne, ahora ya no le conocemos así*<sup>19</sup>. Tal vez lo había alcanzado también Jeremías al decir: *El Cristo del Señor nos ilumina con su espíritu*; por cuanto lo que añade en seguida, a saber: *A su sombra viviremos entre las naciones*<sup>20</sup>, juzgo lo dice hablando en persona de los principiantes, los cuales, como no son bastante robustos para soportar los rayos del sol, necesitan descansar a la sombra y nutrirse aún con las dulzuras de la carne, no pudiendo aún gustar las cosas del Espíritu de Dios. Pues bien, creo yo que la sombra de Cristo es su carne, y que con esta sombra quedó envuelta María<sup>21</sup> a modo de velo que templase el calor y resplandor del Espíritu. Consuélese, pues, entre tanto, con la devoción y amor a Cristo en cuanto hombre aquel que todavía no tiene el Espíritu vivificante, a lo menos en el grado que lo poseen aquellos que dicen: *El Cristo del Señor nos alumbró y está presente en nosotros con su Espíritu*; y aquellos otros que exclaman: *Aunque antes conocimos a*

<sup>16</sup> Mt. 19, 27.

<sup>17</sup> Io. 16, 6.

<sup>18</sup> Io. 6, 64.

<sup>19</sup> 2 Cor. 5, 16.

<sup>20</sup> Thren. 4, 20.

<sup>21</sup> Lc. 1, 35.



*Cristo en la carne, ahora ya le conocemos en el Espíritu.* No queremos con esto significar que se pueda amar a Cristo en cuanto hombre sin la gracia del Espíritu Santo, sino sólo que tal amor no es aun perfecto. Lo propio de este amor es llenar el corazón totalmente con su dulce suavidad y poseerlo plenamente, desarraigando de él los atractivos y seducciones de las cosas creadas, y es lo que llamamos amar con todo el corazón. Cierto, si yo prefiriese a la carne de Cristo el amor a mi carne y sangre y los placeres que pueden proporcionarme, haciéndome observar sólo imperfectamente lo que El me enseñó con sus palabras y ejemplos durante su vida mortal, ¿no sería esto una prueba palmaria de que no le amo aún con todo mi corazón, al tenerlo repartido entre El y yo, dándole a El una parte y reservando la otra para mí? Por eso dice Cristo: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. Y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí*<sup>22</sup>. Así, para decirlo en pocas palabras: Amar a Cristo con todo el corazón es preferir el amor de su carne sagrada a todo lo que nos puede lisonjear en la nuestra propia o en la de otros. En lo que yo comprendo también la gloria mundana; porque la gloria del mundo es la gloria de la carne, y los que en ella se complacen, sin duda son todavía carnales.

8. Pero aunque esta devoción y amor a la carne de Cristo sea un don, y precioso don del Espíritu Santo, aún se le puede llamar carnal o humano, siquiera respecto de aquel todo amor, que no tanto tiene por objeto al Verbo hecho carne cuanto al Verbo sabiduría, al Verbo justicia, al Verbo verdad, al Verbo santidad, piedad, virtud y todas las demás perfecciones. Pues Cristo *fué constituido por Dios para ser con relación a nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención*<sup>23</sup>. ¿Os parece que estarán animados de unos mismos sentimientos de afecto el que se compadece con lástima de los sufrimientos de Cristo, que siente vivo dolor por ellos, que se enternece fácilmente con sólo recordar lo que el Señor padeció, que se alimenta con la dulzura de esta devoción y es fortalecido con ella para toda obra saludable, santa y piadosa, y aquel otro que vive siempre abrasado en llamas de celo por la justicia, que arde en amor a la verdad, que siente vivas ansias de alcanzar la sabiduría, que ama la santidad de vida y el arreglo de las costumbres, que se avergüenza de toda porfía, aborrece la murmuración, no sabe qué cosa sea envidia, odia la soberbia y no sólo huye de toda gloria humana, sino que profundamente la desprecia, que abomina y se

<sup>22</sup> Mt. 10, 37.

<sup>23</sup> 1 Cor. 1, 30.

esfuerza en destruir en sí toda impureza de la carne y del corazón, y, en fin, desecha, como naturalmente, todo lo malo y abraza todo lo bueno? ¿No es cierto que, si se comparan entrambos afectos, consta que aquél frente a éste ama como carnalmente?

9. Mas este amor carnal no deja de ser bueno, pues por él la vida de la carne es desterrada, el mundo vencido y despreciado. Además, es medio eficaz de progresar en la virtud y llegar al amor racional; éste, a su vez, se convierte en perfecto al espiritualizarse del todo. Ahora bien, se convierte en racional cuando las ideas que nos inspira acerca de Cristo comunican tal firmeza a nuestra fe, que ni los sofismas del error ni los lazos de la herejía o del demonio son capaces de apartarnos un ápice de la doctrina de la Iglesia, e igualmente cuando nos inspira tal cautela en nuestro proceder, que nunca traspasamos los límites de la discreción, bien por superstición, por ligereza o llevados de un fervor y celo inmoderados. Y en esto consiste el amar a Dios con toda el alma, según arriba dijimos. Si, juntamente con esto, la gracia del Espíritu Santo comunica al alma tal valor y brío que ni los trabajos más penosos, ni la crudeza de los tormentos, ni el temor de la muerte misma son capaces de desviarla en lo más mínimo de la justicia, entonces podrá decirse que ama a Dios con todas sus fuerzas, en lo cual consiste el amor puramente espiritual. Si no me engaño, así debe ser calificado aquel amor que proviene de la plenitud del Espíritu Santo, que lo engendra en el alma. Y baste lo dicho acerca de las palabras de la Esposa: *Las doncellitas te aman por demás*<sup>24</sup>. En lo que sigue dignese abrirnos los tesoros de su misericordia, de los que es custodio, Jesucristo, el que, como Dios verdadero, vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén.

## 21 CÓMO LA ESPOSA, O SEA LA IGLESIA, ANSÍA SER ARRASTRADA EN POS DE CRISTO \*

1. *Atráeme tú mismo en pos de ti; correremos al olor de tus ungüentos*<sup>1</sup>. ¿Qué? ¿Acaso necesita la Esposa ser traída, y eso en pos de su Esposo? Diríase que al seguirle lo hace con desgana más que a impulsos de su corazón. Pero es de saber que no todos los atraídos lo son a pesar suyo, y así el enfermo o cojo, que no puede caminar por sí

<sup>24</sup> Cant. 1, 2.

\* PL 183, 872.

<sup>1</sup> Cant. 1, 3.

solo, no lleva a mal le conduzcan al baño o a la mesa, mientras que un criminal siente mucho ser llevado al tribunal o al suplicio. Verdad que la Esposa desea ser traída, pues lo pide; pero sin duda no lo pediría si se sintiera con fuerzas para seguir a su Amado, que es todo su anhelo. Y ¿por qué causa no puede? ¿Diremos quizá que, si bien es Esposa, es Esposa flaca? Si una de las doncellitas dijese estar enferma y pidiera ser traída, no nos causaría extrañeza; pero que la Esposa, que al parecer debía ser capaz de atraer a los demás, como robusta y perfecta, nos venga con que ella misma, cual si se sintiera débil y enferma, necesita ser traída, ¿quién no se espantará de ello? ¿Qué alma podremos asegurar que sea fuerte y sana, si consentimos en que se diga que ésta anda enferma, cuando por causa de su singular perfección y de su eminente virtud se la llama Esposa del Señor? ¿No será, tal vez, que la Iglesia dijo esto al ver a su Amado subir al cielo, ansiando seguirle y ser elevada con El a la gloria? Cier-to, por más perfecta que el alma sea, mientras gime en este cuerpo de muerte y está detenida en la prisión de este siglo malo, atada por molestas servidumbres y torturada por el recuerdo de sus culpas, si quiere alzarse a la contemplación de las cosas celestiales, habrá de hacerlo lenta y penosamente, sin poder seguir siempre al Esposo dondequiera que vaya. De ahí que se lamentase de esta profunda miseria el Apóstol cuando exclamaba: *¡Oh qué hombre tan infeliz soy! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte*<sup>2</sup>, o sea, de esta mortífera concupiscencia? De ahí también aquel ruego: *Saca a mi alma, Señor, de esta cárcel*<sup>3</sup>. Por tanto, no es extraño que la Esposa prorrum-pa en este gemido: *Atráeme en pos de ti, porque este cuerpo corruptible apesga al alma, y este vaso de barro deprime la mente, afanada en elevarse con la alteza de sus pensamientos*<sup>4</sup>. ¿No es verdad que parece decir esto deseosa de salir de esta vida y de estar con Cristo, sobre todo viendo que aquellas por quienes parecía ser necesaria su presencia en la tierra<sup>5</sup>, hallándose ya muy adelantadas en virtud, aman ya al Esposo y pueden permanecer al abrigo de las tempestades en el puerto de la caridad? Antes había dicho: *Por eso las doncellitas te aman con delirio*. Ahora es como si dijera: *Mira cómo las doncellitas ya te aman y con este amor están adheridas firmemente a ti, sin necesitar de mí; por lo cual no hay motivo para seguir aún en este mundo. Atráeme, pues, si te place, en pos de ti*.

<sup>2</sup> Rom. 7, 24.<sup>3</sup> Ps. 141, 8.<sup>4</sup> Sap. 9, 15.<sup>5</sup> Phil. 1, 23, 24.

2. Sentiría yo de este modo si hubiera dicho: *Atráeme a ti*; mas como dice *en pos de ti*, paréceme pide más bien poder seguir las huellas de su vida, imitar sus virtudes, guardar las normas de su conducta y abrazar la perfección de sus costumbres, pues necesita principalmente de esos auxilios para renunciarse a sí misma, llevar su cruz y seguir a Cristo. La Esposa, sin duda, necesita, para llegar a tan alto grado de virtud, ser atraída, y no por otro, sino por Aquel que dice: *Sin mí nada podéis hacer*<sup>6</sup>. Yo sé, dice ella, que no puedo llegar hasta ti sino caminando en pos de ti, y que tampoco puedo caminar en pos de ti si tú no me ayudas; por eso te pido me traigas tú mismo en pos de ti. Porque *dichoso el varón a quien tú auxilias y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar santo*<sup>7</sup> y llegar algún día a ti, que moras en los montes eternos, donde se disfruta de inefable alegría. ¡Cuán pocos, Señor Jesús, los que quieren ir en pos de ti, aunque nadie hay que no desee llegar a ti, sabiendo todos *que en tu diestra hay delicias sin fin*!<sup>8</sup> Todos quieren gozar de ti, mas no todos quieren imitarte; quieren reinar contigo, pero no quieren padecer contigo. Tal era aquel que decía: *Muera yo la muerte de los justos, y el fin de mi vida parézcase al suyo*<sup>9</sup>. Deseaba el fin de los justos, mas no deseaba sus principios. Aun los hombres carnales desean la misma muerte que los espirituales, cuya vida aborrecen, sabiendo que la muerte de los santos es preciosa delante de Dios, el cual, *después que haya hecho morir en paz a los que ama, les dará parte en la herencia del Señor*<sup>10</sup>. Saben también *que son dichosos los que mueren en el Señor*<sup>11</sup>; mientras que, según la palabra del profeta, *la muerte de los pecadores es pésima*<sup>12</sup>. Además no hacen por buscar a Aquel a quien desean hallar, pretendiendo alcanzarle sin seguirle. No eran de este número aquellos a quienes El decía: *Vosotros sois los que habéis permanecido siempre conmigo en mis tentaciones*<sup>13</sup>. Dichosos los que fueron hallados del todo dignos, ¡oh buen Jesús!, de recibir de ti testimonio tan ventajoso. Ellos, sin duda, iban en pos de ti, no sólo con los pies del cuerpo, sino con todos los afectos de su corazón, que son como pies espirituales del alma. Tú les has mostrado el camino de la vida, llamándolos a seguirte a ti, camino, verdad y vida, y que les dijiste: *Venid en pos de mí, que yo os haré pescadores de hombres*<sup>14</sup>. Y también:

<sup>6</sup> Io. 15, 5.<sup>7</sup> Ps. 83, 6.<sup>8</sup> Ps. 15, 11.<sup>9</sup> Num. 23, 10.<sup>10</sup> Ps. 126, 2, 3.<sup>11</sup> Apoc. 14, 13.<sup>12</sup> Ps. 33, 22.<sup>13</sup> Lc. 22, 28.<sup>14</sup> Mt. 4, 19.



*El que me sirve, sígame; y donde yo estoy, allí estará también mi servidor*<sup>15</sup>. Ellos, a su vez, decían: *Mira. Señor, que nosotros lo hemos dejado todo por seguirte a ti*<sup>16</sup>.

3. Así también tu Amada, dejando todas las cosas por ti, ansía ir siempre en pos de ti, caminar siempre sobre las huellas de tus pasos y seguirte por donde fueres, sabiendo que tus caminos son hermosos, que todos tus senderos son de paz y que quien te sigue no anda en tinieblas. Te pide y suplica que tú mismo la atraigas, porque tu justicia es más alta que las más altas montañas, y ella no puede llegar allí por sí misma. Te ruega la atraigas, porque *nadie puede ir a ti si tu Padre no le atrae*<sup>17</sup>. Y, si bien es cierto que aquellos a quienes tu Padre atrae, tú también los atraes, por cuanto las obras que el Padre hace, el Hijo igualmente las hace, mas como Ella tiene más familiaridad con el Hijo, a El dirige esta petición, al ser su propio Esposo, que el Padre ha enviado delante de ella para que sirva de guía y maestro que ande delante de ella en el ejercicio de las buenas obras, a fin de prepararla el camino de las virtudes, comunicarla su ciencia, enseñarla las sendas de la sabiduría, darla la ley de vida y de ciencia y hacerla tan perfecta que con razón pudiera El codiciar su hermosura.

4. *Atráenos tú mismo en pos de ti, y correremos al olor de tus ungüentos*. Precisamos ser atraídas, porque el fuego de tu amor está algo enfriado en nosotras, y esta frialdad nos estorba correr a todas horas, como hacíamos ayer y en días pasados. Mas correremos ligeras en dándonos la alegría de poseer a tu Salvador; cuando el Sol de justicia derrame sobre nosotras su calor vivificante; cuando la nube de la tentación que ahora lo oculta se haya disipado, y cuando, al soplo placentero del manso céfiro, sus perfumes comiencen de nuevo a esparcirse, difundiendo por doquier su exquisita fragancia. Entonces sí que correremos al olor suavísimo de aquel perfume. Correremos, repito, en sintiendo el olor de tus perfumes porque la pesadez de ahora se disipará en viniendo la devoción, y ya no habremos de ser atraídas, por cuanto el olor de tus perfumes alentará para correr por nosotras mismas. Pero mientras llega ese momento, *atráenos en pos de ti*. ¿No ves cómo aquel que camina en el Espíritu no permanece siempre en un mismo estado ni avanza siempre con la misma facilidad, y que el camino del hombre no está en su poder, como dice la Escritura, sino que, olvidando lo pasado

<sup>15</sup> Io. 22, 26.

<sup>16</sup> Mt. 19, 27.

<sup>17</sup> Io. 6, 41.

y atendiendo sólo a lo de por delante, debe ir corriendo a la meta, ora más ligero, ora más remiso, según que el Espíritu Santo, que es el árbitro soberano de las gracias, se las dispense en más o menos abundancia? Creo que, si queréis examinaros a vosotros mismos, reconoceréis al punto por propia experiencia ser muy cierto lo que os voy diciendo.

5. Al sentiros, pues, invadidos por la indolencia, la acedia, el tedio o la languidez, no os dejéis llevar de la desconfianza ni aflojéis en vuestro afán, sino buscad la mano de Aquel que puede asistirlos, instándole, como la Esposa, a que os atraiga en pos de sí, hasta que, habiendo reaccionado, por haber recobrado la gracia, os sintáis más dispuestos y alegres y podáis decir: *Corrí gozoso por el camino de tus mandamientos cuando ensanchaste mi corazón* <sup>18</sup>. Así que, mientras sopla la gracia, alegraos y aprovechad de ella; pero de manera que no creáis poseer este don como por derecho hereditario que nadie os puede arrebatarse, ni jamás podáis perderlo, no sea que, viniendo de repente a retirar su mano y a sustraer su gracia, caigáis de nuevo en el desaliento y os entristezcáis en demasía. En fin, no digáis en vuestra abundancia: *No seré jamás derribado*, no sea que pronto hayáis de repetir gimiendo con el profeta: *Apartaste de mí tu rostro y al punto me vi conturbado* <sup>19</sup>; por tanto, si sois prudentes, seguiréis el consejo del Sabio, que os avisa diciendo: *En los días buenos no te olvides de los días malos, y en el día malo acuérdate del día bueno* <sup>20</sup>.

6. No os dejéis, pues, llevar de la excesiva confianza en tiempo de consolación, sino clamad a Dios con el profeta: *Cuando me ves desfallecido, Señor, no me abandonas* <sup>21</sup>. Mas cuando arrecie la tentación, decid con la Esposa: *Atráeme en pos de ti y correremos al olor de tus ungüentos*. Con esto la esperanza no os dejará en los días malos, y la previsión no os faltará en los buenos; y así en adversidad como en prosperidad, así en consolación como en desolación, conservaréis una como imagen de la eternidad, es decir, la igualdad de ánimo y constancia invencible e inviolable en cualquier infortunio, bendiciendo a Dios en todo tiempo y permaneciendo, por decirlo así, en un estado siempre inmutable en medio de los sucesos imprevisos y de los desmayos inevitables en esta vida inconstante, comenzando a renovaros y a recobrar vuestra antigua semejanza con Dios, en quien no cabe mudanza ni sombra

<sup>18</sup> Ps. 118, 32.

<sup>19</sup> Ps. 39, 7. 8.

<sup>20</sup> Eccli. 11, 27.

<sup>21</sup> Ps. 70, 9.

de variación<sup>22</sup>; pues viviréis en esto a la manera de Dios, sin abatir os en la adversidad ni mostrar os disolutos en la prosperidad. Esto es, repito, en lo que el hombre, esa criatura tan noble hecha a imagen y semejanza de Dios, que le creó, demuestra estar próximo a recobrar la dignidad de la gloria antigua, cuando juzga indigno de él conformarse a este siglo en continuo fluir, prefiriendo, según el consejo de San Pablo, recuperar por medio de *la renovación de su Espíritu*<sup>23</sup> el estado en que fué criado al principio; obligando así, como es razón, a este mundo, criado para él, a cambiar de rumbo y a conformarse con él de una manera admirable, haciendo que todas las cosas contribuyan y conspiren a su bien; de forma que, en algún modo, ellas cobran la forma que les es propia y natural y desechan la que les es extraña, reconociendo a su Señor, a quien estaban obligadas a obedecer en el orden de su primera creación.

7. Por eso creo que aquellas palabras que el Hijo único de Dios dijo de sí mismo, a saber: *que cuando El fuese elevado de la tierra, atraería todas las cosas a sí mismo*<sup>24</sup>, pueden también aplicarse a todos sus hermanos, a todos aquellos que el Padre conoció y predestinó eternamente para ser conformes a su Hijo, que es su imagen, a fin de que El sea el Primogénito entre sus muchos hermanos. Yo puedo, pues, decir también: "Si fuere elevado de la tierra, atraeré todas las cosas a mí mismo". Y no peca de temeridad, hermanos, al servirme de las palabras de Aquel de quien tengo el honor de llevar la semejanza. Mas no por eso se imaginen los ricos del siglo que los hermanos de Jesucristo tienen sólo derecho a poseer los bienes celestiales, diciendo el mismo Cristo: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*<sup>25</sup>; no se imaginen, repito, que los hermanos de Cristo no alcanzarán otra posesión que la de los bienes celestiales, ya que, al parecer, sólo éstos se les prometen; sepan que poseerán también los de la tierra, mas esto será como quienes no teniendo nada lo poseen todo; no mendigando como miserables, sino poseyendo como dueños y propietarios, y siendo tanto más dueños y propietarios de los bienes terrenos cuanto más desprendidos están de ellos, según aquella palabra que dice: todo el mundo es como un tesoro para el hombre fiel. Digo todo el mundo, porque así adversidad como prosperidad y todo lo demás coopera a su bien.

8. El avaro, como mendigo, hambrea bienes terrenos, mientras que el hombre fiel los menosprecia como señor. Aquél, poseyéndolos, mendiga; éste, menospreciándolos, po-

<sup>22</sup> Iac. 1, 17.

<sup>23</sup> Rom. 12, 2.

<sup>24</sup> Io. 12, 32.

<sup>25</sup> Mt. 5, 3.

see. Preguntad a cualquiera de esos que suspiran tras de los bienes temporales lo que piensa acerca de aquellos que, vendiendo sus bienes y dando su precio a los pobres, adquieren el reino de los cielos por un bien vil y despreciable; preguntadle si, a su parecer, obran prudentemente. Os responderá, sin duda, que sí. Preguntadle todavía por qué no practica lo que en otros aprueba. No puedo, os dirá. Y ¿por qué no puede? Sin duda por la avaricia, dueña de su corazón, que no se lo permite; porque no es libre; porque los bienes que cree poseer no son suyos, pues ni a sí mismo se pertenece. Si fuesen verdaderamente suyos, procuraría aumentarlos mediante un trueque de los bienes de la tierra con los del cielo. Si no lo puedes hacer, confiesa que no eres dueño, sino esclavo de tu plata; que eres tan sólo el custodio de ella, no el poseedor. En resumidas cuentas, vives a merced de tu bolsa, como el esclavo de su ama; y así como él se ve forzado a alegrarse o entristecerse con ella, tu también, a medida que tus riquezas aumentan, te ensoberbeces, y te abates a medida que merman; pues cuando ellas se agotan, te abate la tristeza, y cuando aumentan, tu corazón se dilata con la alegría, o más bien inflamado por la soberbia. Ved ahí el estado del avaro. Mas nosotros imitamos la santa libertad y constancia de la Esposa, la cual, estando bien instruída en todas las cosas y conservando en su corazón los documentos de la sabiduría, sabe igualmente vivir en abundancia que sufrir en pobreza. Cuando suplica que la atraigan, manifiesta lo que le falta, no de plata, sino de virtud; y por otra parte, cuando se consuela en la esperanza de la vuelta de la gracia, manifiesta que, a pesar de su necesidad, no la abate la desconfianza.

9. Por eso dice: *Atráeme en pos de ti, y correremos al olor de tus ungüentos*. ¿Qué extraña necesite ser atraída si corre tras de un Gigante y trata de alcanzar a Aquel que va saltando por los montes, brincando por los collados? *Su palabra*, dice el profeta, *corre veloz*<sup>26</sup>. Ella no puede igualar en su carrera a Aquel que camina a grandes pasos, como gigante que se apresura a llegar al fin de su carrera<sup>27</sup>. No lo puede por solas sus fuerzas, y por eso pide ser atraída. Estoy cansada, dice; desfallezco; no me abandones, sino atráeme en pos de ti, no sea que comience a ir tras de otros amantes como vagabunda y que corra como el extraviado, que no sabe qué rumbo tomar. Atráeme en pos de ti, porque más vale para mí que tú me atraigas y me hagas violencia, sea cual fuere, ya aterrándome con amenazas, ya ejercitándome con castigos, que no me dejes sumida en mi pesado sopor y falsa confianza. Atráeme como quieras, aun a pesar

<sup>26</sup> Ps. 147, 15.

<sup>27</sup> Ps. 18, 6.



mío, a fin de que después te siga voluntariamente. Atráeme cuando me halle pesada, a fin de verme forzada a correr en pos de ti. Llegará tiempo en que no necesitaré que nadie me atraiga, porque todas correremos voluntariamente y con alegría. Entonces no correré yo sola, por más que ahora soy yo sola quien te pide que tú la atraigas; pues las doncellitas correrán también conmigo. Todas correremos igualmente, todas correremos juntas, siendo yo excitada por el olor de tus ungüentos y ellas por mi ejemplo y exhortaciones, y así todas correremos al olor de tus perfumes. La Esposa tiene, pues, imitadoras, así como ella lo es de Cristo; y por eso no dice: *Correré*, sino *correremos*.

10. Pero aquí se ofrece una cuestión, a saber, por qué, pidiendo la Esposa ser atraída, no asocia las doncellitas a su petición y dice: *Atráenos* en vez de *atráeme*. ¿Acaso habla así porque ella necesita ser atraída y no las doncellitas? ¡Oh tú, tan bella, tan dichosa y afortunada, descúbrenos la razón de esta diferencia! *Atráeme*, dices. ¿Por qué no dices más bien: *Atráenos*? ¿Es que, encelada, no quieres asociarnos a tu dicha? No es eso; porque si hubieras querido ir sola en pos del Esposo, no habrías añadido que las doncellitas correrían en tu compañía. ¿Por qué, pues, pediste para ti sola que te atrajese, pues un poco después debías decir: *Todas correremos*? La caridad, nos contesta, así lo exigía. Quiero con esto significaros que debéis aprender de mí a esperar de lo alto un doble auxilio en el ejercicio espiritual: el de la *corrección* y el de la *consolación*. El uno ejerceita por de fuera, el otro visita por dentro. El uno frena el orgullo, el otro eleva el corazón y le da confianza. El uno engendra humildad, el otro alivia en el desmayo. El uno da prudencia, el otro devoción. El primero enseña el temor de Dios, el segundo templá ese temor con la alegría saludable que difunde en el alma, según está escrito: *Gócese mi corazón, Señor, pero de manera que tema tu nombre*<sup>28</sup>. Y en otra parte: *Servid al Señor con temor y exultad ante El con temblor*<sup>29</sup>.

11. Según esto, somos atraídos cuando somos ejercitados por tentaciones y tribulaciones, y corremos cuando, al ser visitados por consuelos e inspiraciones secretas e interiores, respiramos un aroma más suave que el de los más excelentes perfumes. Lo que parece, pues, austero y duro, dice la Esposa, lo reservo para mí, pues soy fuerte, sana y perfecta, y por eso digo: *Atráeme*. Mas de lo que es dulce y agradable os hago participantes, como a débiles aún, y por eso añado: *Correremos*. Sé bien que esas almas puras son

<sup>28</sup> Ps. 85, 11.

<sup>29</sup> Ps. 2, 11.

como doncellitas tiernas, delicadas y demasiado frágiles para sostener las tentaciones; por eso quiero que corran conmigo, mas no que sean atraídas conmigo; quiero que sean mis compañeras en los consuelos, mas no en los trabajos. ¿Por qué? Por ser todavía flacas y no bastante robustas para soportarlos, pues sucumbirían. Y a mí, Esposo mío, castigame, pruébame, tiéntame, atráeme tú mismo en pos de ti, porque estoy dispuesta a sufrir todas las aflicciones y pruebas que te dignes enviarme y soy bastante robusta para soportarlas. Pero todas correremos juntas en pos de ti. Yo sola seré atraída, pero todas correremos juntas. Todas correremos, sí, correremos, repito, mas al olor de tus ungüentos, no confiando en nuestros propios méritos. No tenemos la presunción de creer que podremos correr sostenidas por nuestras fuerzas, sino confiadas en el número infinito de tus misericordias; pues si alguna vez hemos corrido, y lo hemos hecho voluntariamente, la gloria no debe atribuirse al que quiere o al que corre, sino a Dios misericordioso<sup>30</sup>. Vuelva la misericordia de Dios a nosotras, y correremos de nuevo. Y tú, Señor, tú solo puedes correr con tus propias fuerzas como Gigante vigoroso y potentísimo; mas nosotras no correremos jamás si no percibimos el aroma de tus ungüentos. Tú, a quien el Padre *ungió con óleo de alegría, prefiriéndote a todos los que participan de tu gloria*<sup>31</sup>, corres con la unción misma, nosotras al olor de ella; tú en la plenitud, nosotras en el olor. Tiempo fuera de cumplir la promesa que recuerdo haberos hecho hace ya mucho. de hablaros de los perfumes del Esposo; pero me alargaría demasiado; lo dejaremos, pues, para otra ocasión, porque la dignidad de la materia no sufre que se la ciña en límites tan estrechos. Orad al Señor de esta divina unción para que se digne hacer que le sea grato el sacrificio de mis labios, a fin de que acierte a grabar en vuestros espíritus la memoria de la abundancia de su suavidad, que está en el Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor. Amén.

## 22 DE CUATRO UNGÜENTOS DEL ESPOSO Y DE LAS CUATRO VIRTUDES CARDINALES \*

1. Si tan preciosos, si tan magníficos son los ungüentos de la Esposa, como en el sermón precedente vimos, ¿cuáles pensáis que serán los del Esposo? Aunque no soy capaz de explicarlos de una manera condigna a su excelencia, no

<sup>30</sup> Rom. 9, 16.

<sup>31</sup> Ps. 44, 8.

\* PL 183, 878.

cabe duda de que su virtud es mucho más eminente y su gracia más eficaz, pues su olor sólo excita a correr tras ellos, no sólo a las doncellitas, sino a la misma Esposa; porque si bien lo notáis, ella no osa prometer nada que a esto se parezca, acerca de sus propios perfumes. Se gloria, sí, de que son excelentes; mas no dice que haya corrido o que corre tras ellos, reconociendo sinceramente ser esto propio y exclusivo de los perfumes del Esposo. Que si ella se sintiera llena de la unción de este perfume, ¿cómo no volaría veloz, cuando con sólo percibir su fragancia la transporta de gozo y la hace correr? Mas pudiera ser que alguno dijese para sus adentros: Cesad de tanto ponderar esos perfumes, que ya se verá bastante lo que son cuando hayáis comenzado a explicarlos. De ninguna manera me comprometo a esto. Es más: ni siquiera acierto a discernir, os lo confieso, si conviene o no exponeros aquí las ideas que acuden a mi mente. Entiendo que el Esposo posee gran variedad de aromas y perfumes, de los cuales sólo la Esposa puede gozar, al vivir en más íntima comunicación con su Esposo. Posee también otros que comunica a las doncellitas, y otros, en fin, de que participan aun aquellos que viven más alejados de El y le son como extraños; no habiendo, como dice el profeta, quien no sienta los efectos de su liberalidad. Mas aunque el Señor es dulce y bondadoso con todos en general, lo es muy especialmente con los suyos, y cuanto el alma vive más íntima y familiarmente unida con El por la santidad de costumbres y pureza de corazón, tanto mejor percibe la suave fragancia de sus ungüentos, siendo más copiosa también la unción que recibe.

2. Por lo demás, en estas cosas no capta la inteligencia sino cuanto alcanza la experiencia. Mas no me arrogaría, temerario, la prerrogativa de la Esposa. Cierto que sólo el Esposo conoce bien las inefables delicias con que el Espíritu Santo colma el corazón de su Amada, las sublimes inspiraciones con que excita y recrea los sentidos de su alma y los ricos perfumes con que la regala. En esta parte la Esposa es para El como fuente cristalina para su uso exclusivo, a la cual ningún extraño puede llegarse para saciar su sed, pues el Espíritu Santo la llama *huerto cerrado y fuente sellada*<sup>1</sup>. Pero las aguas de esta fuente corren hasta las plazas públicas, estando a mi disposición, sin que nadie pueda inquietarme ni impedirme que beba yo y dé a beber a los demás. No puedo menos de manifestaros, aunque parezca ensalzar con ello mi ministerio, que no es leve el trabajo que me causa el salir a diario a tomar agua aun de los públicos arroyuelos de la Escritura y propinarla a cada

<sup>1</sup> Cant. 4, 12

uno según necesite, aunque todos vosotros, casi sin trabajo, podríais ir a coger esas aguas espirituales para serviros de ellas en muchos menesteres, como el de lavarse, beber y hacer la comida; porque la palabra de Dios es el agua salvable de la Sabiduría, y no sirve sólo para beber, sino para lavarse, según dice el Señor: *Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado*<sup>2</sup>. La palabra divina cuece también, por decirlo así, con el fuego del Espíritu Santo, los pensamientos carnales, que son como vianda cruda, transformándolos en sentimientos espirituales, que sirven de manjar salvable y sabroso al alma; pudiendo uno decir con verdad: *Sentí inflamarse mi corazón, y en mi meditación encenderse como fuego*<sup>3</sup>.

3. A los que por tener el espíritu más puro pueden comprender por sí mismos cosas más sublimes que las que aquí decimos, no sólo no se lo estorbaré, sino que me alegraré mucho por eso, con tal que ellos, a su vez, sufran en paciencia que yo proponga cosas más sencillas a los menos ilustrados. ¡Con cuánto mayor gusto desearía yo que todos tuvieran el espíritu muy elevado! Ojalá no me viera precisado a ocuparme en estos asuntos. Ojalá que otro quisiera cuidar de esto; o, más bien, y esto sí que colmaría mis anhelos, que no hubiera entre vosotros ninguno necesitado de esto, estando todos tan instruídos por Dios mismo, que yo pudiese en profunda quietud contemplar las grandezas del Esposo. Mas ya que en la presente vida es imposible, no sólo verle y contemplarle, sino que ni siquiera le es dado al hombre—y el pensarlo me arranca lágrimas—ir en busca de este Rey de la gloria para contemplarle descansando en toda su inefable belleza sobre magnífico y elevadísimo trono, formado por querubines, en esa forma en que es engendrado eternamente en los esplendores de la santidad, igual en todo a su Padre, Dios de Dios, y en quien desean siempre mirarse los ángeles; no pudiendo entender estos sublimes misterios, sólo me queda proponerlos a los hombres como hombre, en esa forma que su amor y bondad infinita se dignó escoger; en esa forma en que, hecho algo inferior a los ángeles, puso su tienda en el sol, como *Esposo que sale de su tálamo*<sup>4</sup>. Os lo quiero presentar más bien bondadoso y dulce que encumbrado y sublime, más en su divina unción que en su excelsa grandeza, y, en fin, os lo quiero representar tal como el Espíritu Santo le consagró y envió para anunciar dichosas nuevas a los miserables, sanar a los que tienen el corazón herido, predicar el perdón a los cautivos, la liberación a los presos y el año propicio del Señor<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> Io. 15, 3.

<sup>3</sup> Ps. 38, 4.

<sup>4</sup> Ps. 18, 6.

<sup>5</sup> Ps. 61, 1. 2.



4. Dejando, pues, a cada cual los sentimientos más o menos elevados que Dios acaso por gracia especial le haya comunicado acerca de los perfumes del Esposo, y de que le haya dado la experiencia, me contentaré con proponer en común lo que he tomado en fuente común. Pues El mismo, que es la fuente de vida, la fuente sellada, saliendo con violencia del Huerto cerrado, por boca de Pablo, que le sirve de arcaduz, como quien es verdaderamente aquella Sabiduría adorable que, según el santo Job, sale de los lugares profundos y ocultos<sup>6</sup>, se ha dividido en cuatro riachuelos y se ha derramado en las grandes plazas, donde este bienaventurado Apóstol nos enseña que Dios se ha hecho para nosotros fuente de sabiduría, de justicia, de santificación y de redención<sup>7</sup>. Estos cuatro riachuelos son como otros tantos perfumes preciosísimos, pudiendo considerarlos como de agua o como de esencias olorosas: como de agua, porque esos riachuelos sirven para lavarse, y como de esencias olorosas, porque exhalan exquisito perfume. Por medio de estos cuatro arroyos, vuelvo a decir, como por otros tantos perfumes preciosísimos compuestos de esencias divinas confeccionadas en los montes de árboles odoríferos, ha perfumado de tal modo a la Iglesia, que, siendo al momento atraída de las cuatro partes del mundo por esta inefable suavidad, se apresuró a ir al encuentro de este Esposo inmortal, y como la reina de Sabá, de quien habla la Escritura, vino desde los confines de la tierra, ávida de oír la Sabiduría de este nuevo Salomón, excitada por el aroma de su fama, que se difundía por todas partes<sup>8</sup>.

5. La Iglesia no ha podido correr tras el olor de este su Salomón hasta que Aquel que desde la eternidad era la Sabiduría engendrada fué por su Padre constituido para ella en fuente de Sabiduría en el tiempo. Entonces comenzó a sentir el olor suyo. Así se hizo justicia, y santificación, y redención, a fin de que pudiese igualmente correr al olor de éstas, habiendo sido El todo esto en sí antes de todas las cosas. Pues también en el principio era ya el Verbo<sup>9</sup>; mas todos los pastores no corrieron presurosos a rendirle los homenajes de su adoración hasta serles anunciado que este Verbo se había hecho carne. Entonces decíanse unos a otros: *Vayamos hasta Belén y veamos el suceso que acaba de acontecer, que el Señor nos ha mostrado. Y prosigue: Fueron ellos presurosos*<sup>10</sup>. Mientras el Verbo estaba sólo en Dios, ellos permanecieron inmóviles; pero al hacerse carne, al obrar el Señor este prodigio y manifestarse, al punto acudieron presurosos a adorarle. Mas, así como el Verbo, que ya era

<sup>6</sup> Ro. 28, 18.

<sup>9</sup> Jo. 1, 1.

<sup>7</sup> I Cor. 1, 30.

<sup>10</sup> Lc. 2, 15, 16.

<sup>8</sup> 3 Reg. 10, 1-7.

en el principio y estaba en Dios, al hacerse carne empezó a estar también entre los hombres, así el Verbo, que en el principio era ya sabiduría, y justicia, y santificación, y redención sólo para los ángeles, a fin de que lo fuera también para los hombres, el Padre le hizo para ellos todas estas cosas, diciendo por eso el Apóstol que Jesús fué constituido por Dios sabiduría para nosotros, al no decir primero que ha sido hecho sabiduría, sino que ha sido hecho sabiduría *para nosotros*<sup>11</sup>; porque lo que El era para los ángeles, eso mismo se hizo también para los hombres.

6. Mas no veo, me dices, cómo haya sido redención para los ángeles. Porque no parece afirmar en lugar alguno la autoridad de las Escrituras que los ángeles hayan sido nunca cautivos del pecado ni de la muerte, para que necesitasen redención; salvo únicamente los que, cayendo mortalmente heridos por su soberbia, no merecieron ser rescatados. Si, pues, los ángeles no fueron nunca redimidos, unos por no necesitarlo, otros por no merecerlo; aquéllos porque no habían caído, éstos por ser su perdición irremediable, ¿cómo decimos que nuestro Señor Jesucristo ha sido redención para ellos? Ved ahí en pocas palabras cómo puede ser esto. Aquel que ha levantado al hombre caído, dió al ángel la gracia de no caer, librando al uno del cautiverio, preservando al otro de caer en el cautiverio. Y de este modo El ha sido igualmente redención para entrambos: del uno por haberle sacado de la esclavitud y del otro por haberle preservado de caer en la esclavitud. Es claro, pues, que el Señor Jesús ha sido redención para los ángeles santos, como ha sido para ellos justicia, y sabiduría, y santificación; y, con todo, no ha dejado de ser también estas cuatro cosas para los hombres, que no pueden conocer ni comprender las grandezas invisibles de Dios sino por medio de las cosas visibles<sup>12</sup>. Así, todo lo que El era para los ángeles, lo es también para nosotros, a saber: sabiduría, justicia, santificación y redención. SABIDURÍA, PREDICANDO; JUSTICIA, PERDONANDO LOS PECADOS; SANTIFICACIÓN, CONVIVIENDO CON LOS PECADORES; REDENCIÓN, SUFRIENDO MUERTE POR ELLOS. Luego, pues, que El fué hecho todas estas cosas por Dios, entonces la Iglesia sintió el olor, entonces corrió.

7. Mira ya las cuatro clases de perfumes de que antes te hablaba. Reconoce en ellos la suavidad copiosa e inestimable de Aquel a quien el Padre ungió con óleo de alegría con preferencia a todos los copartícipes de su gloria. ¡Oh hombre! Yacías postrado entre densas tinieblas y envuelto en sombras de muerte por la ignorancia de la verdad; te hablabas prendido en los lazos de tus pecados, y El descendió

<sup>11</sup> I Cor. I, 30.

<sup>12</sup> Rom. I, 20.

a ti, aherrojado en la cárcel, no para atormentarte, sino para librarte de las potestades de las tinieblas. Desde luego, como Doctor de la verdad, ha disipado las sombras de tu ignorancia con la luz de la sabiduría. Después, por medio de la justicia, que viene de la fe, ha roto los hierros de tus pecados, justificándote gratuitamente. Y con este doble beneficio ha cumplido esta palabra del profeta David: *El Señor rompe los lazos de los cautivos, el Señor abre los ojos de los ciegos*<sup>13</sup>. Además ha vivido santamente entre los pecadores, con lo cual te ha trazado la norma de vida que debes observar, allanándote así el camino que debes seguir para volver a tu verdadera patria. Y, en fin, para colmo de bondades, se ha entregado a la muerte y ha sacado de su propio costado el precio de la *santificación* con que ha aplacado al Padre, apropiándose a sí aquellas palabras de David: *En el Señor está la misericordia, y en su mano tiene una copiosa redención*<sup>14</sup>. Ciertamente que esa redención es copiosa, cuando para realizarla derramó no unas gotas, sino el caudaloso río de su preciosísima sangre por las cinco llagas de su cuerpo sacratísimo.

8. ¿Qué más podía hacer por ti que no lo haya hecho? Ha dado la vista al ciego, quitado las cadenas al cautivo, reducido al buen camino al extraviado y reconciliado al culpable. ¿Quién no correrá con ardor y alegría tras Aquel que libra del error, disimula los pecados, da méritos a cambio de su vida y adquiere premios con su muerte? ¿Qué excusa podrá alegar quien no corra tras el olor de estos perfumes, a menos que no haya llegado hasta él ese olor? Pues bien, ese olor de vida se ha derramado por toda la tierra, porque toda la tierra está llena de la misericordia del Señor y sus bondades superan a todas sus obras. Aquel, pues, que no siente este olor de vida derramado por doquier, y por eso no corre tras él, o está muerto o yace corrompido en el sepulcro. Ese perfume no es sino la fama de su renombre, que se difunde por doquier, excitando a correr tras ella a todos los que sienten su fragancia, a fin de recrearse aspirándola suavemente y llegar por ahí al premio de la visión. Los que la alcanzan cantan al unísono: *Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios*<sup>15</sup>. Señor Jesús, corremos en pos de ti, deseosos de participar de la dulcedumbre que nos anuncian se halla en ti; hemos oído decir que no desprecias al pobre ni haces ascos del pecador, pues sabemos que no rechazaste al ladrón que confesaba sus crímenes, ni a Magdalena llorando a tus pies, ni a la Cananea suplicante, ni a la mujer adúltera,

<sup>13</sup> Ps. 145, 7. 8.

<sup>14</sup> Ps. 129, 7.

<sup>15</sup> Ps. 47, 9.

ni a Mateo recaudador de impuestos, ni al publicano orante en el templo. ni al apóstol perjuro que te había negado, ni al perseguidor de tus discípulos en el camino de Damasco, ni a los mismos verdugos que te habían crucificado. Corremos atraídos por el exquisito olor de esas divinas virtudes; hemos sentido el aroma de tu sabiduría, porque sabemos que, si alguno necesita sabiduría, bástale con que te la pida y se la darás; pues como dice tu Apóstol, das copiosamente a todos, sin zaherir a nadie por tus dones <sup>16</sup>. El olor de tu justicia se difunde de tal suerte por doquier, que no sólo se te llama justo, sino la misma Justicia, y Justicia que hace justos. Porque eres tan poderoso para hacer justos como indulgente para usar de misericordia. Por esto, cualquiera que, movido de verdadero dolor de sus culpas, tiene hambre y sed de justicia, si cree que justificas al impío, será justificado por la fe y reconciliado con Dios. No sólo tu conversación, sino también tu virginal concepción esparce copiosamente suavisimos aromas de santidad, pues que no has cometido ni contraído pecado. Los que, justificados de sus crímenes, desean y se proponen seguir la santidad, sin la cual ninguno verá a Dios, te escuchen cuando clamas: *Sed santos, porque yo soy santo* <sup>17</sup>. Que consideren tus caminos y aprendan de ti, *que eres justo en todos tus caminos y santo en todas tus obras* <sup>18</sup>. ¡Oh! ¡Cuántos y cuántos son los que, atraídos por el olor de los ungüentos de tu redención, han corrido a tu encuentro! Al ser elevado de la tierra, atrajiste a ti todas las cosas. Tu pasión es nuestro último refugio y singular remedio; y cuando la sabiduría nos abandona, y nuestra justicia es deficiente, y los méritos de nuestras buenas obras sucumben, viene entonces ella en nuestra ayuda. Porque ¿quién es el que presume tanto de su sabiduría y de su justicia, que cree bastarle con esto para salvarse? *Nosotros no somos capaces por nosotros mismos*, dice el Apóstol, *ni de buen pensamiento que salga de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios* <sup>19</sup>. Por esto, aunque mis propias fuerzas me faltaran, no me turbaría ni desconfiaría, sabiendo lo que en tales trances se ha de hacer, o sea, repetir con el salmista: *Tomaré el cáliz de la salud e invocaré el nombre del Señor* <sup>20</sup>. Señor, *alumbrá mis ojos para conocer en todo tiempo lo que te es grato* <sup>21</sup>, y entonces seré sabio. *No te acuerdes de los delitos ni de las ignorancias de mi juventud* <sup>22</sup>, y seré justo. *Guíame por tus caminos* <sup>23</sup>, y seré santo. Mas, si tu sangre no intercede por mí, no podré ser salvo.

<sup>16</sup> Ia. 1, 5.

<sup>17</sup> Lev. 19, 2.

<sup>18</sup> Ps. 144, 17.

<sup>19</sup> 2 Cor. 3, 5.

<sup>20</sup> Ps. 115, 13.

<sup>21</sup> Sap. 9, 16.

<sup>22</sup> Ps. 24, 7.

<sup>23</sup> Ps. 85, 11.



A fin de alcanzar esto, corremos en pos de ti: perdónanos, ya que imploramos tu misericordia.

9. Mas no todos corremos igualmente al olor de todos estos perfumes, sintiéndose unos más encendidos en el amor de la sabiduría; otros más inclinados a la penitencia, en espera del perdón; otros más animados a la práctica de las virtudes, con el ejemplo de su vida y trato con los hombres; otros, en fin, más abrasados en su amor con la memoria continua de su pasión. ¿Creéis que será posible hallar ejemplares de cada una de estas cuatro clases de personas? Los enviados a Cristo por los fariseos corrían al olor de la sabiduría, cuando, maravillados de su doctrina y proclamando su celestial sabiduría, decían a los que les habían enviado: *Nunca hombre alguno habló como este hombre* <sup>24</sup>. Corría también al olor de este perfume el piadoso Nicodemo, cuando, guiado por el brillante resplandor de su sabiduría, fué de noche a Jesús <sup>25</sup>, de cuyo trato y conversación salió plenamente adoctrinado e instruido. Corrió, en cambio, al olor de la justicia María Magdalena, a quien  *fueron perdonados muchos pecados por haber amado mucho* <sup>26</sup>. Era ya, sin duda, verdaderamente justa y santa, y no pecadora, como la reputaba el fariseo, no sabiendo que la justicia y santidad son dones de Dios y no obra del hombre, y que no sólo será justo, sino también bienaventurado, aquel a quien el Señor no impute sus culpas. ¿Había él olvidado que, con sólo tocar su lepra o la de otro, Jesús le había sanado de ella, sin haberla contraído? Así, siendo tocado el Justo por esta pecadora, la comunicó su justicia, sin perder la que El tenía, y no fué manchado con las horrruras del pecado de que la purificó. Corrió también el publicano; pues pidiendo humildemente perdón de sus pecados, bajó del templo justificado, según el testimonio de la misma Justicia <sup>27</sup>. Corrió Pedro, llorando amargamente su caída <sup>28</sup>, a fin de borrar su crimen y recobrar la justicia. Corrió David; y, reconociendo y confesando su culpa, mereció escuchar estas palabras: *El Señor te ha perdonado tu pecado* <sup>29</sup>. Pablo, en fin, testifica que corre al olor de la santificación, cuando se gloria de ser imitador de Cristo, diciendo a sus discípulos: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo* <sup>30</sup>. Corrieron también tras de la santificación todos aquellos que decían: *Ves, Señor, que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido* <sup>31</sup>; pues habían dejado todo, afanosos de seguir a Cristo. Por lo demás, todos, en general, somos invitados a correr tras ese mismo perfume con aquello de San Juan: *Quien dice que mora en Cristo, debe andar como El anduvo* <sup>32</sup>. Si queréis saber ahora quiénes

<sup>24</sup> Io. 7, 46.

<sup>25</sup> Io. 3, 2.

<sup>26</sup> Lc. 7, 47.

<sup>27</sup> Lc. 18, 14.

<sup>28</sup> Lc. 22, 62.

<sup>29</sup> 2 Reg. 12, 13.

<sup>30</sup> I Cor. 11, 1.

<sup>31</sup> Mt. 19, 27.

<sup>32</sup> I Io. 2, 6.

son los que han corrido tras de Cristo al olor de su pasión, os diré que son los mártires. Pues ya tenéis sucintamente declaradas las aplicaciones particulares de cada uno de los cuatro ungüentos. El primero es el de la *sabiduría*; el segundo, el de la *justicia*; el tercero, el de la *santificación*, y el cuarto, el de la *redención*. Guardad en la memoria sus nombres y recoged su fruto; no queráis indagar cómo están compuestos, ni cuántos elementos entran en su composición, porque no podemos conocer tan fácilmente los ungüentos del Esposo como los de la Esposa. Jesucristo posee todas las cosas con plenitud, sin límites ni medida. Su sabiduría es infinita <sup>33</sup>, su justicia es como los montes de Dios <sup>34</sup>, como los montes eternos; su santidad es singular, e inexplicable su redención.

10. Hay también que decir esto: en vano los sabios del mundo disputaron tantísimo acerca de las cuatro virtudes cardinales, pues era imposible las comprendiesen no conociendo a Aquel a quien Dios ha constituido para nosotros en fuente de *sabiduría*, para enseñarnos la *prudencia*; de *justicia*, para perdonarnos los pecados; de *santificación*, para darnos ejemplos admirables de *templanza* con la pureza de su vida, y de *redención*, para servirnos de modelo perfecto de *paciencia* en su muerte, tan generosamente sufrida. Se me dirá tal vez que, si bien las otras aplicaciones parecen bastante apropiadas, no cabe decir lo mismo en cuanto a la santificación, que al parecer no guarda estrecha relación con la templanza. A esto respondo que aquí templanza es sinónimo de continencia; siendo cosa sabida que en la Sagrada Escritura muy de ordinario el vocablo santificación se toma en sentido de continencia. En efecto, ¿qué eran aquellas santificaciones de que tan frecuentemente hablan los libros de Moisés, sino ciertas purificaciones de personas que se abstendrían de comer, de beber y de otras cosas semejantes? Mas escuchad principalmente al Apóstol, pues también él emplea de ordinario la palabra santificación en este sentido: *Dios desea, dice, vuestra santificación y que cada uno de vosotros conserve su cuerpo casto y puro de los deseos desordenados de la concupiscencia*. Y en otra parte: *Pues Dios no nos ha llamado a la inmundicia, sino a la santificación* <sup>35</sup>. Es claro que pone santificación por templanza.

11. Aclarado, pues, lo que parecía algo oscuro, vuelvo a los sabios del mundo. ¿Qué comunicación podéis tener con las virtudes, vosotros que ignoráis la virtud de Dios, que es Cristo? ¿Dónde está la verdadera *prudencia* sino en la doctrina de Cristo? ¿De dónde viene la verdadera *justificación* sino de la misericordia de Cristo? ¿Dónde está la verdadera

<sup>33</sup> Ps. 146, 5.

<sup>34</sup> Ps. 35, 7.

<sup>35</sup> 1 Thess. 4, 3-7.

*fortaleza*, sino en la pasión de Cristo? Así que sólo deben ser llamados verdaderamente sabios los imbuídos en la doctrina de Cristo; justos, los que han alcanzado de su misericordia el perdón de sus pecados; templados, los que se emplean en imitar su vida; fuertes, los que imitan constantemente en las adversidades los ejemplos de su paciencia. En vano, pues, trabajara en adquirir las virtudes quien cree que debe esperarlas de otra parte que del Señor de las virtudes, cuya doctrina es fuente de prudencia, cuya misericordia es obra de la justicia, cuya vida es espejo de templanza y cuya muerte es modelo sublime de fortaleza. A El honor y gloria en los siglos de los siglos. Amén.

## 23 DE TRES MANERAS DE CONTEMPLAR A DIOS, FIGURADAS EN LAS TRES BODEGAS \*

1. *El Rey me ha introducido en sus bodegas.* De ahí salen los pertumes, ahí se ha de correr. La Esposa ha dicho ya que es preciso correr y qué es lo que incita a correr; pero no nos ha dicho aún hacia dónde es preciso correr. Pues bien, a las bodegas se ha de correr, al olor de los perfumes que de allí emanan. La Esposa, con esa delicadeza habitual de sentidos de que está dotada, ha percibido las suavísimas emanaciones que de allí salen, por lo cual deseaba tanto ser plenamente introducida en ellas. Mas ¿cómo hemos de concebir esas bodegas? Imaginémonos por ahora que hay en el alcázar del Esposo ciertos lugares llenos de esencias olorosas saturadas de delicias. En ellos se halla cuidadosamente recogido cuanto de más precioso y selecto dan de sí los jardines, los vergeles y los huertos. Todos a la par corren a esas estancias. ¿Quiénes? Las almas fervorosas de espíritu. Corre la Esposa, corren las doncellitas; pero la que ama con más ardor, corre con más presteza y llega antes. Y en llegando, no sólo no sufre repulsa, sino que es recibida sin tardanza. Abresele sin dilación como a hija de casa, como a ser muy querido, como a quien es sumamente amada y sumamente amable. Y de las doncellitas, ¿qué? Siguen de lejos, porque, siendo débiles aún, no pueden correr con el mismo ardor que la Esposa ni igualar la velocidad de sus deseos y de su celo. Por eso, como llegan más tarde, se quedan fuera. Mas el amor que la Esposa las tiene no la deja descansar. No se engríe de su dichoso éxito, como de ordinario sucede, ni tampoco las olvida, antes las consuela con cariño y las exhorta a sufrir con paciencia el que el Esposo no las reciba,

\* PL 183, 884.

manteniéndolas alejadas de sí. Cuéntales, en fin, la alegría que ha recibido, aunque no lo hace sino para que se alegren con ella, confiando en que ellas también participarán de las gracias y de las ventajas de su Madre, pues no es tanto el cuidado que pone en adelantar, que las olvide o descuide de ellas, ni quiere que su utilidad particular las sea nociva y perjudicial. Así, aunque la prerrogativa de sus méritos la aparte de su lado, su caridad y su amor hacen que permanezca siempre con ellas. En fin, conviene que imite a su Esposo, el cual, al subir al cielo, no deja de prometer que estará en la tierra con los suyos hasta la consumación de los siglos. De este modo, por muchos progresos que haga la Esposa, su cuidado, su previsión y su afecto hacen que no deje nunca a las que ha engendrado en el Evangelio ni se olvide jamás de las hijas de sus entrañas.

2. ¿Y qué hace entre tanto para consolarlas? Díceles: Alegraos, tened valor; *el Rey me ha introducido en sus bodegas*; confiad y dad por seguro que entraréis también vosotras. Parece que no he sido introducida aquí más que yo; pero me aprovecharé de ello para favoreceros: mi adelantamiento será también el vuestro. Para ayudaros adelante yo en perfección, y después os daré participación de las gracias extraordinarias que merezca recibir de mi Esposo. Para mostraros claramente que tal es el sentido y el alcance de sus palabras, escuchad lo que ellas responden: *Nos alegraremos y saltaremos de gozo en ti*. En ti, dicen, porque no merecemos aún alegrarnos en nosotras. Y añaden: *Acordándonos de tus pechos*; cual si dijeran: aguardamos con paciencia a que vuelvas a nosotras, pues estamos seguras de que volverás rebotando amores celestiales, y confiamos que entonces nos alegraremos y saltaremos de gozo; entre tanto conservamos la memoria de tus pechos. En cuanto a lo que añaden: *superiores al vino*<sup>1</sup>, quieren se entienda que el estado imperfecto en que se hallan es causa de que aun se vean algo preocupadas con el recuerdo y deseo de las cosas temporales y sensuales, figuradas por el vino; con todo, esos deseos son superados por la memoria de la dulzura que ya han sentido, y que brota a chorros de los místicos pechos de su Madre.

Gustoso me detendría aquí a explicaros lo que son esos místicos pechos, si no recordase haberos hablado ya de este asunto en otra ocasión<sup>2</sup>. Prosiguiendo, pues, el tema, notad cuánto presumen de su Madre y cómo reputan por suyas todas sus ventajas y todas sus alegrías, consolándose de su repulsa con el contento que sienten de verla admitida por su Esposo. No sería, ciertamente, tan plena su confianza si no conociesen bien a su Madre. Atiendan a esto los prela-

<sup>1</sup> Cant. 1, 3.

<sup>2</sup> Sermon. 9.



dos que prefieren hacerse temer a aprovechar a los súbditos. Grabad en vuestra memoria estos preciosos documentos, vosotros los que habéis de gobernar a los demás, y entended bien que debéis ser madres, no amos de vuestros súbditos. PROCURAD MÁS BIEN HACEROS AMAR QUE TEMER. Y si alguna vez os veis obligados a mostrar severidad, vaya esta siempre con ternura de padre y no con crueldad de tirano. Mostraos madres por vuestro amor y padres por vuestras correcciones. Mostraos mansos y bondadosos, dando de mano a toda dureza. Economizad los latigazos y derramad a profusion la caridad de vuestro pecho. Este vuestro corazón repleto de esa caridad, no hinchado de soberbia. ¿Por qué hacéis sentir el peso de vuestro yugo sobre aquellos de quienes antes debierais llevar las cargas? ¿Por que os portáis de manera que vuestro hijo espiritual, a quien mordió la serpiente, recele descubrir la herida a su prelado, cuando debiera a él recurrir como a los brazos de su madre? Si sois espirituales, reprended con espíritu de mansedumbre, examinándose cada cual a sí mismo, para no ser él también tentado<sup>3</sup>. Si no, aquel a quien tratáis con tanto rigor, *morrá en su pecado, mas yo os haré responsables de su perdición*<sup>4</sup>, dice el Señor. Aunque de esto habiaremos en otro lugar.

3. Apareciendo ya claro el sentido del texto por lo arriba dicho, veamos qué sentido místico daremos a esas bodegas. En diversos lugares del libro que comentamos se habla también del huerto y de la cámara. Asociaré estos vocablos al de bodegas y me serviré de los tres para el tema que ahora me he propuesto desarrollar, ya que así se ilustrarán y completarán mutuamente. Escojamos, pues, si os place, para nuestra explicación, estos tres lugares tan celebrados en la Sagrada Escritura y denominados *huerto*, *bodega* y *cámara nupcial*; pues el alma sedienta de Dios busca siempre afanosa alguno de esos tres lugares y mora en ellos gustosa, en plena seguridad de que encontrará allí a Aquel por quien tanto suspira. Tomemos *huerto* en sentido propio e histórico, *bodega* en sentido moral y *cámara nupcial* en sentido místico, en cuanto se relaciona con la mística contemplación de los divinos arcanos.

4. Y ante todo no hay duda de que el vocablo *huerto* puede ser tomado en sentido *histórico*. La Historia, en efecto, nos enseña que siempre ha habido en el mundo hombres virtuosos, que vienen a ser como árboles frutales plantados en el huerto del Esposo y en el paraíso de Dios; de ellos podemos coger toda clase de frutos preciosos, que son

<sup>3</sup> Gal. 6, 1.

<sup>4</sup> Ez. 3, 20.

sus buenas obras y los ejemplos de sus virtudes. Verdaderamente, ¿quién podrá dudar de que el varón virtuoso y santo es como una plantación de Dios? Escuchad cómo se expresa David hablando del hombre justo: *Será, dice, como el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo y cuya hoja no caerá nunca*<sup>5</sup>. Por su parte, Jeremías proclama la misma verdad, y se vale casi de los mismos términos, diciendo: *Será como el árbol trasplantado junto a las corrientes de las aguas—el cual extiende hacia la humedad sus raíces—y así no temerá la sequedad cuando venga el estío*<sup>6</sup>. Y añade a su vez el salmista: *Florecerá como la palmera el varón justo y descollará cual cedro del Líbano*<sup>7</sup>. Y, apropiándose la comparación, exclama en otro salmo: *A manera de un fértil olivo, subsistirá en la casa de Dios*<sup>8</sup>. El vocablo *huerto* encierra toda una historia en tres partes, que son: la *creación* del cielo y de la tierra, la *reconciliación* del linaje humano y la *reparación* del pecado. La *creación* viene a ser como la siembra y la plantación del jardín; la *reconciliación*, como la germinación de las semillas y el crecimiento de los árboles, pues derramando los cielos a sus tiempos copioso rocío y lloviendo las nubes al Justo, cual saludable lluvia, abrióse la tierra y germinó al Salvador<sup>9</sup>, que reconcilió el cielo con la tierra<sup>10</sup>, por cuanto El es nuestra paz y el que unificó los pueblos, purificando con su preciosa sangre los cielos y la tierra<sup>11</sup>. En cuanto a la reparación, ésa vendrá al fin de los siglos: entonces habrá cielos nuevos y tierra nueva, y los buenos serán cosechados de entre los malos, como se cogen los frutos de un huerto, para ser depositados en los graneros de Dios. *En aquel día, dice Isaías, el pimpollo del Señor será magnificado y glorificado, y los frutos de la tierra se verán sublimados*<sup>12</sup>. Ahí tenéis cómo el huerto, en sentido histórico, abarca tres épocas.

5. El vocablo *bodega*, en su sentido moral, da margen a tres interpretaciones, teniendo tres bodegas en una sola; y tal vez por esto la Esposa no usó del singular, sino del plural. Gloríase luego de haber sido *introducida en la bodega donde se guarda el vino más rico*<sup>13</sup>. Ahora bien, como leemos: *Da al sabio ocasión de aprender y crecerá en sabiduría*<sup>14</sup>, me aprovecharé de lo que aquí me da el Espíritu Santo, y tomando pie del nombre con que designa a la mencionada bodega, a saber, bodega del vino, yo a mi vez designaré a las dos restantes con los nombres de bodega donde se de-

<sup>5</sup> Ps. 1, 3.

<sup>6</sup> Jer. 17, 8.

<sup>7</sup> Ps. 91, 13.

<sup>8</sup> Ps. 51, 10.

<sup>9</sup> Is. 45, 8.

<sup>10</sup> Eph. 2, 14.

<sup>11</sup> Col. 1, 20.

<sup>12</sup> Is. 4, 2.

<sup>13</sup> Cant. 2, 4.

<sup>14</sup> Prov. 9, 9.

positan aromas y bodegas donde se confeccionan perfumes. Ya diremos en seguida el porqué de esta denominación; por ahora fijaos bien cómo en el alcázar del Esposo se dan la mano y armonizan admirablemente lo agradable con lo útil: el generoso vino con los aromas y perfumes. Según la Escritura, *el vino alegra el corazón del hombre*; y añade a continuación que el óleo perfumado difunde la alegría en el rostro <sup>15</sup> y que con él son elaborados los perfumes. Ahora bien, las esencias con que son elaborados esos perfumes no sólo son gratas al olfato, sino que también poseen propiedades curativas. Con razón, pues, se gloria la Esposa de haber sido introducida en lugar provisto de tanta copia de gracias.

6. Mas conozco otros nombres con que designar esas bodegas, y estimo les cuadran mejor. Y a fin de colocarlos por orden, daré a la primera bodega el nombre de *disciplina*; a la segunda, el de *naturaleza*, y a la tercera, el de *gracia*. En la primera se aprende, según las normas de la ética, a portarse en todo como inferior; en otros términos: anrédese a vivir como súbdito, como compañero y como prelado; o bien, a obedecer, a vivir en paz y armonía con sus compañeros y a mandar a los demás. Ciertamente que la naturaleza hizo a todos los hombres iguales entre sí; pero, habiendo el orgullo corrompido este orden natural, los hombres han destruido esta igualdad, se han esforzado a elevarse los unos sobre los otros, han aspirado a superarse, y, ambiciosos de vanagloria e impulsados por la envidia y los celos, se risotean y estrujan mutuamente, ávidos de grandeza y poderío. Así, en esta primera bodega, lo primero que conviene hacer es domar la insolencia del orgullo con el yugo de la disciplina, hasta que, quebrantada la voluntad rebelde con los frecuentes y severos mandatos de los mayores, sea humillada y sanada, a fin de que recobre por su obediencia los dones naturales que la ambición la había arrebatado. Guiada entonces por mero amor natural y no por temor a los castigos, aprende el alma a vivir dulce y pacíficamente, a lo menos en cuanto es posible, con todos aquellos que participan de la misma naturaleza que ella, o sea, con todos los hombres, pasando después a la bodega de la naturaleza y experimentando lo que está escrito: *¡Oh, cuán bueno y cuán dulce cosa es vivir los hermanos en unión! Es cual ungüento derramado sobre la cabeza* <sup>16</sup>. Ordenadas así las costumbres, producen en el corazón el óleo de la alegría, que es el bien de la naturaleza, o sea, una consecuencia natural del orden establecido; así como de varias esencias olorosas o de polvos aromáticos bien combinados resulta un perfume de fragancia

<sup>15</sup> Ps. 103, 15.

<sup>16</sup> Ps. 132, 1.2.

y suavidad incomparables. Ungido el hombre con ese óleo fragante, tórnase dulce, afable y bondadoso, sin engañar a nadie, sin molestar a nadie con su proceder, sin anteponerse ni preferirse a nadie, dispuesto siempre a prestar un servicio y manteniendo con todos relaciones pacíficas y benéficas.

7. Creo que, si habéis comprendido bien las propiedades de estas dos bodegas, reconoceréis que no sin mucha razón llamé a la una la de las esencias aromáticas, y a la otra la de los perfumes. Pues así como el movimiento violento del pilón hace salir la virtud y el perfume de las esencias olorosas, así también a los que están en la primera bodega, la severidad de los mandatos y el rigor de la disciplina sacan con fuerza la virtud natural de sus buenas costumbres, mostrando la fuerza natural de su vida bien ordenada; y en el segundo, la agradable suavidad de una afección voluntaria y como engendrada por la naturaleza corre por sí misma para rendir los deberes de caridad, semejante al líquido de exquisito perfume, el que, derramado sobre la cabeza, fluye por los lados, perfumando el cuerpo entero. Como se ve, en la bodega de la *disciplina* o de las enseñanzas se hallan encerradas las materias brutas de donde han de sacarse los perfumes, por lo cual la he llamado bodega aromática o de las esencias aromáticas. En cambio, a la de la *naturaleza* le he llamado bodega de los perfumes, porque éstos, una vez confeccionados y envasados, se depositan y guardan en ella. En cuanto a la *bodega del vino*, creo no hay otra razón de darle este nombre sino el reservarse aquí el vino del celo inflamado de caridad. El que no ha merecido entrar todavía en esta bodega, no debe comprometerse a la dirección de otros; porque es preciso que quien dirige esté hirviendo en caridad, como lo estaba el Doctor de las gentes cuando decía: *¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién se escandaliza sin que yo me requeme?*<sup>17</sup> Porque gran desorden fuera aspirar a mandar a aquellos cuya utilidad espiritual no se procura; sería además insoportable ambición exigir la sumisión de aquellos a cuya salvación y perfección no se atiende. He dado el nombre de *gracia* a esta bodega, no porque los otros dos se puedan obtener sin los auxilios de la gracia, sino porque en él se contiene la plenitud de la gracia, según aquello del Apóstol: *La caridad es la plenitud de la Ley, y quien ama a su hermano, ha cumplido la Ley*<sup>18</sup>.

8. Hemos visto la razón de los nombres que hemos dado a las bodegas; veamos ahora en qué se distinguen. Verdaderamente es mucho más difícil el refrenar con mano fuerte

<sup>17</sup> 2 Cor. II, 29.

<sup>18</sup> Rom. 13, 10. 8.



y mantener a raya los sentidos petulantes y disipados y los apetitos intemperantes de la carne, sujetándolos a la dirección de un maestro severo y de una disciplina rígida, que el conservar la armonía con sus hermanos por un afecto recíproco; no es lo mismo de fácil vivir en estrecha observancia bajo la dirección de otro que el hacerse agradable y benévolo para con sus iguales bajo la mera dirección de la propia voluntad. Tampoco dirá nadie que haya tanto mérito y virtud en vivir en paz con su prójimo como en guiar útilmente a su prójimo. Porque ¿cuántos hay que viven tranquilamente y virtuosamente bajo un preceptor, pero que pierden esa serenidad al verse libres de este yugo, pues entonces no sólo no aciertan a vivir en paz consigo mismos, sino que tampoco la dejan tener a aquellos cuya dirección se les encomendó, y para quienes sirven muchas veces de escándalo? Vemos, en efecto, a no pocos que, habiendo vivido sencillamente y sin ofensa de nadie entre sus hermanos, apenas se vieron encumbrados sobre ellos, no sólo no les fué útil y provechosa su superioridad, sino que resultó indiscreta, perniciosa y mala. Los tales deben contentarse con cierta mediocridad de vida, según la medida de la gracia que el Señor les ha dispensado, porque, si bien no necesitan maestro o preceptor, tampoco son capaces de serlo. No cabe duda, sin embargo, de que éstos se aventajan en su proceder a los que ni siquiera son capaces de gobernarse a sí propios; pero superan en mucho a unos y otros los que saben ser buenos súbditos y buenos superiores. A los que aciertan a gobernar bien promételes el Señor que serán constituidos sobre su familia<sup>19</sup>. Aunque muy pocos son los que saben gobernar bien, y escasean aún mucho más los que saben armonizar bien la superioridad con la sincera humildad, los que saben gobernar provechosa al par que humildemente. Pero alcanzará esa meta sublime aquel que, habiendo adquirido ya perfectamente la discreción, que es la madre de las virtudes, se embriaga con el vino de la caridad hasta menospreciar su propia gloria, olvidándose de sí mismo y no buscándose en cosa alguna; lo cual no se consigue sino en la *bodega divina*, bajo la única y maravillosa dirección del Espíritu Santo. Porque la virtud de la discreción resulta estéril sin el fervor de la caridad, y el fervor vehemente de la caridad lleva al precipicio sin el temperamento de la discreción. Por eso merece verdaderamente ser alabado aquel que posee estas dos virtudes, animando su fervor a la discreción y ordenando su discreción al fervor. Tal debe ser quienquiera que tenga autoridad sobre los demás. Por donde sólo podrá decirse que es perfecto y que practica perfectamente todas estas

<sup>19</sup> Mt. 24, 48.

reglas quien ha recibido la gracia de poder visitar y recorrer sin tropiezo esas tres bodegas, o sea, aquel que no envidia ni molesta en lo más mínimo a sus iguales, mostrándose además bondadoso y servicial con ellos; aquel, en fin, que no desdeña a sus inferiores ni les manda con altanería; en menos palabras: el que obedece a sus superiores, el que es sociable con sus iguales y el que gobierna prudente y caritativamente a sus súbditos. Ahora bien, es indudable que la Esposa había llegado a este grado de perfección, probándolo bien sus palabras: *Introdújome el Rey en sus bodegas*, elevándome a Esposa suya. Notad que no dice: En su bodega, sino que, hablando en plural, las abarca todas.

9. Vengamos ahora a la *cámara*. ¿Qué cámara es ésta? No presumo tanto que piense saberlo. No se me ha ocurrido atribuirme la experiencia de cosa tan sublime ni gloriarme de una prerrogativa reservada a la feliz Esposa. Harto conozco mi flaqueza, y bien sé cuánto me falta por saber <sup>20</sup>. Ciertamente que, si nada supiera acerca de esto, nada os diría. Lo que sé os lo propondré sencillamente. Lo que no sé, que os lo enseñe *Aquel que enseña al hombre la ciencia* <sup>21</sup>. He dicho ya, y creo no lo habréis olvidado, que es preciso buscar la cámara del Rey en el secreto de la mística contemplación. Mas así como, hablando de los perfumes, os dije que el Esposo tenía muchos y muy distintos, y que no todos eran dados a todos, sino que cada uno tenía parte en ellos según la diversidad de sus méritos, así también creo que el Rey no tiene una sola cámara, sino muchas, pues no hay una sola reina, sino muchas. Muchas, en efecto, son las almas puras, que vienen a ser como sus esposas secundarias, habiendo un sinnúmero de doncellitas, y teniendo cada cual su místico secreto con el Esposo, y pudiendo decir: *Mi secreto es para mí, para mí mi secreto* <sup>22</sup>. Claro está que no a todas es concedido el gozar en un mismo lugar de la agradable e íntima presencia del divino Esposo, sino que cada una recibe esta gracia según place al Padre concederla. Porque no le hemos elegido nosotros, sino que El nos ha escogido y establecido en cierto lugar, y cada uno permanece en aquel en que El le ha puesto. Una mujer penitente halló su puesto a los pies de Jesús <sup>23</sup>, y otra, si es que fué otra <sup>24</sup>, recogió el fruto de su amor en la cabeza del

<sup>20</sup> Ps. 38, 5.

<sup>21</sup> Ps. 93, 10.

<sup>22</sup> Is. 24, 16.

<sup>23</sup> Lc. 7, 38.

<sup>24</sup> Aquí San Bernardo no opina sobre si la pecadora que lavó los pies a Jesús en el banquete de Simón, María hermana de Lázaro y Magdalena son tres personas, dos o una sola. En otro pasaje afirma categóricamente que son una sola. La cuestión, no obstante, está aún sin resolver.

mismo Jesús <sup>25</sup>. Tomás recibió la gracia de este secreto en el costado del Salvador, Juan sobre el pecho de Cristo, Pedro en el seno del Padre y Pablo en el tercer cielo.

10. ¿Quién será capaz de distinguir acertadamente tanta diversidad de méritos, o mejor todavía, de premios? Mas para que no parezca que paso de largo sin declararos lo que acerca de esto sé, os diré que la primera mujer estableció su morada en el seno de la humildad, la segunda en el soño de la esperanza, Tomás en la columna firmísima de la fe, Juan en la dilatadísima llanura de la caridad, Pablo en los abismos de la divina sabiduría y Pedro en la luz esplendorosa de la verdad. Por donde se ve que en el palacio del divino Esposo hay muchas estancias, y cada una de las almas puras, ora sea la Reina, ora alguna esposa de segundo orden, ora alguna de las doncellitas, recibe un sitio adecuado a sus méritos, permaneciendo allí hasta que pueda pasar a otro por la contemplación, y entrar así en el gozo de su Señor y sondear allí los inefables secretos del Esposo. Ya procuraré manifestaros eso en otro lugar, según que El mismo se digne darme noticia de ello. Ahora bástaos saber que ninguna de las doncellitas, ninguna de las esposas secundarias, ninguna, ni aun de entre las reinas, es admitida en lo más recóndito de la cámara del Esposo, reservando este favor a la que es su única paloma, la única hermosa y perfecta. Por eso no me enoja de que no se me permita el ingreso allí, por cuanto estoy seguro de que la Esposa misma no es admitida a conocer todos los secretos que desearía saber. Por fin, pide también con ansias se la indique dónde pasta, donde seste a la mediodía <sup>26</sup>.

11. Mas permitidme os manifieste aquí adónde he llegado, o al menos se me figura haber llegado, y no imputéis a vanidad lo que os diré llevado tan sólo del deseo de contribuir a vuestro aprovechamiento espiritual. Hay un lugar en la casa del Esposo desde el cual este soberano Dueño del universo promulga sus decretos y ordena sus consejos, dando leyes a todas las cosas criadas, con peso, número y medida. Este lugar es elevado y misterioso, aunque no tranquilo; porque si bien en él todo lo dispone y ordena con suavidad y fortaleza, obra allí de un modo misterioso, no permitiendo que el alma que ha llegado hasta allí por la contemplación permanezca inactiva, sino que, por un admirable al par que suavísimo proceder, la somete a un trabajo penoso, obligándola a inquirir más y más, excitada por la admiración y deseosa de ahondar las causas de los misterios que admira sin poderse dar momento de

<sup>25</sup> Mt. 26, 7.

<sup>26</sup> Cant. 1, 6.

reposo. Expresa bien todo esto la Esposa en lo que sigue, al hablarnos de las delicias y agitaciones de esta contemplación. *Duermo, dice, y mi corazón veía* <sup>27</sup>; mostrando con esto que en su místico sueño sentía la quietud de un dulce arrobamiento acompañado de la más apacible admiración, mientras que en sus vigillas sentía el cansancio que le causaba cierta inquieta curiosidad y los titánicos esfuerzos que se veía precisada a hacer. Esto era lo que hacía decir a Job: *Si me duermo, digo al punto: ¿cuándo llegará la hora de levantarme? Ya levantado, deseo que llegue la tarde* <sup>28</sup>. Este lenguaje, como fácilmente comprendereis, es el propio de un alma santa que, por decirlo así, quiere y no quiere: desea sustraerse a un estado de ánimo delicioso, pero molesto; y apenas se ha sustraído, anhela volver a aquel dulce malestar. Si el descanso de su contemplación la satisficiera del todo, no diría: *¿Cuándo llegará la hora de levantarme?* Y si le desagradase del todo aquella quietud, no desearía que llegase pronto la hora de volver a ella, significada por *la tarde*. Como se ve, pues, en esta cámara del Esposo, o sea, en este grado de contemplación, no goza el alma con plena y perfecta quietud.

12. Existe todavía otro lugar en el palacio del divino Esposo donde permanece siempre vigilante sobre la criatura racional y réproba la mirada secretísima y severísima de Dios, justo Juez, cuyos designios sobre los hijos de los hombres son terribles. El alma contemplativa mira temblorosa en este lugar a Dios, el cual, con juicio justo, pero inescrutable, rehusa borrar los crímenes de los réprobos y niegase a aceptar sus buenas obras; más aún, endurece sus corazones y ciérrales la puerta del arrepentimiento, sin abrirles los ojos sobre sí mismos, de suerte que jamás llegan a concebir verdadero dolor de sus pecados ni a alcanzar la sincera conversión. Y todo esto en virtud de un eterno decreto, tanto más tremendo y espantoso, cuanto que es inmutable. Tiembla uno de pies a cabeza al leer lo que dice el profeta acerca de esta clase de réprobos, pues nos presenta a Dios que, hablando a sus ángeles, les dice: *Tengamos compasión del impio. Ellos espantados le preguntan: ¿Y no aprenderá con esto la justicia? ¿No se arrepentirá jamás?* Contesta el Señor: No; y da la razón de ello diciendo: *En la tierra de los santos ha cometido la maldad, y no verá la gloria del Señor* <sup>29</sup>. Tiemblen de espanto los clérigos, tiemblen los ministros de la Iglesia al oír esto; tiemblen, repito, todos aquellos que en la tierra de los santos, cuyo cultivo les está encomendado y que es su patrimonio, se conducen de una manera cri-

<sup>27</sup> Cant. 5, 2.

<sup>28</sup> Iob 7, 4.

<sup>29</sup> Is. 26, 10.



minal; que no contentándose con lo que bastaría para atender a su honesto sustento, llevan su impiedad hasta los linderos del sacrilegio, apropiándose lo superfluo de sus rentas, que deberían invertir en sustentar a los menesterosos, sin tener el menor escrúpulo de emplear el sustento de los pobres en mantener su vanidad y desórdenes; con lo cual se hacen culpables de un doble crimen, puesto que disipan unos bienes que no les pertenecen y abusan de las cosas sagradas para satisfacer su ambición y sus pasiones desordenadas.

13. Viendo, pues, que aquel Señor, cuyos juicios son un abismo profundo, perdona a estos pecadores en este mundo, para no perdonarles en la eternidad. ¿quién podría buscar reposo en este lugar? Esta contemplación está llena del espanto del juicio, no de la seguridad de la cámara. Este lugar es terrible y está privado de toda quietud. Quedo asombrado cuando alguna vez allí me llevan, repasando en mí mismo con temblor estas palabras: *¿Quién sabe si es digno de amor o de odio?*<sup>30</sup> Ni hay por qué extrañarse de que, no siendo yo más que una hoja que el viento lleva y una paja seca<sup>31</sup>, tiemble en un lugar donde David, ese gran contemplador, confiesa que le vacilaron sus pies y estuvo para caerse yerto en el suelo, pues decía: *Me llené de celos al contemplar la paz de los pecadores. ¿Y por qué? Porque veo que no parecen sentir las miserias humanas ni experimentan los desastres que sufren los humanos, lo cual les da ocasión de ensoberbecerse más y más*<sup>32</sup>, sin preocuparse para nada de humillarse y hacer penitencia, por lo cual serán reducidos a la más espantosa desolación y condenados indefectiblemente con el soberbio Lucifer y sus ángeles rebeldes; de suerte que los que participaron en los males de los demás hombres, participarán ciertamente de los desastres de los demonios, pues oirán esta sentencia terrible de labios de su Juez: *Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles*<sup>33</sup>. Pero este lugar, que es el de Dios, no es la casa de Dios y la puerta del cielo. Allí es donde Dios es temido; allí donde su nombre es santo y terrible. El es como la entrada de la gloria. Porque *el temor del Señor es el principio de la sabiduría*<sup>34</sup>.

14. Y no os extrañe que haya atribuido a este lugar el principio de la sabiduría, no al primero; pues en el primero escuchamos a la Sabiduría, que da instrucciones sobre todas las cosas, cual un excelente maestro desde su cátedra, y en éste recibimos estas instrucciones. Allí somos instruídos, aquí conmovidos. La instrucción hace a los hombres doc-

<sup>30</sup> Eccl. 9, 1.

<sup>31</sup> Job 13, 25.

<sup>32</sup> Ps. 72, 3-6.

<sup>33</sup> Mt. 25, 41.

<sup>34</sup> Ps. 110, 9.10.

tos; el sentimiento que ella produce hácelos sabios. No calienta el sol a todos los que alumbra. Así, la sabiduría enseña a muchos lo que deben hacer, pero no les da siempre el ardor necesario para ejecutarlo. Una cosa es el conocer grandes riquezas, y otra el poseerlas; y no es el conocimiento, sino la posesión, lo que hace al hombre rico. Hay asimismo gran diferencia entre conocer a Dios y temerle; y no es el conocimiento lo que hace sabio, sino el temor, y un temor tal, que impresione al alma. ¿Llamaréis quizá sabio al que está hinchado con la ciencia que tiene? Nadie sino el necio puede llamar sabios a los que, habiendo conocido a Dios, no le han glorificado como a Dios ni le han dado las acciones de gracias que le debían. Pero yo me atengo al sentir de Pablo, que decía que el corazón de éstos estaba lleno de necesidad<sup>35</sup>. Con razón, pues, está escrito que *el temor de Dios es el principio de la sabiduría*; porque Dios sólo entonces comienza a ser agradable al alma, cuando la hiere con el temor, no cuando la comunica la ciencia. Si teméis la justicia de Dios, si teméis su poder, Dios justo y poderoso os parece dulce al gusto de vuestra alma. Porque el temor es como un sabor y condimento. En fin, él hace sabio, como hace sabio la ciencia y rico las riquezas. ¿Qué hace, pues, en primer lugar? Dispone solamente para recibir la sabiduría. Allí sois preparado para aquí ser iniciado. La preparación es el conocimiento de las cosas. Mas este conocimiento fácilmente degenera en hinchazón de vanidad si el temor no la detiene; en tanto grado, que es mucha verdad decir que el principio de la sabiduría es el temor del Señor, porque él es el primero que se opone a esta locura, que es una peste del alma. El primer lugar, pues, da algún acceso a la sabiduría; mas éste es la entrada de ella. Mas el perfecto contemplativo no halla completo descanso en uno ni en otro, porque en el primero aparece Dios como solícito, en el segundo como turbado. No busquéis, pues, la cámara del Esposo en aquellos lugares de los que el uno parece ser como la cátedra de un maestro, y el otro como el tribunal de un juez.

15. Pero hay un lugar en el que se ve a Dios verdaderamente descansando y quieto, lugar no del juez ni del maestro, sino del Esposo, y que para mí ciertamente—pues para otro no sabría decir—es del todo una recámara, si alguna que otra vez acontece ser introducido. Mas, ¡ay!, rara es la hora y breve el rato. Claramente se ve allí la misericordia del Señor desde la eternidad y para la eternidad sobre los que le temen. Y feliz quien puede decir: *Entro a la parte y tengo sociedad con todos los que te temen y guardan tus*

<sup>35</sup> Rom. I, 21.

*mandamientos* <sup>36</sup>. El decreto de Dios es inmutable; ha pronunciado un juicio de paz, que no revocará jamás, sobre aquellos que le temen, disimulando lo malo que hacen y premiando sus acciones virtuosas, de suerte que por un efecto maravilloso de su misericordia no solamente los bienes, sino los mismos males conspiran a su bien. ¡Oh! Sí; sólo es verdaderamente dichoso aquel a quien el Señor no ha imputado los pecados <sup>37</sup>, pues nadie hay exento de pecado. *Todos han pecado y todos necesitan la gracia de Dios* <sup>38</sup>. Pero ¿quién puede acusar a los elegidos de Dios? <sup>39</sup> Bástame para ser justo tener propicio a Aquel contra quien sólo he pecado. Todo lo que El ha resuelto no imputarme es como si jamás lo hubiese cometido. El no pecar es propio de la santidad de Dios; mas la del hombre es puro efecto de la bondad e indulgencia del Señor. He visto estas cosas, y he comprendido la verdad de aquella sentencia. *Todo aquel que nació de Dios no peca, porque la generación celeste le guarda* <sup>40</sup>. Esta generación celeste es la eterna predestinación, por la cual Dios amó gratuitamente a sus elegidos en su amado Hijo antes de la creación del mundo, mirándolos en El con ojo favorable, a fin de hacerlos dignos de ver el esplendor de su gloria y de su potencia y darles parte en la heredad de Aquel a cuya imagen debía hacerlos conformes. He dicho, pues, como si nunca hubieran pecado, porque, si pecaron en el tiempo, eso no aparece en la eternidad, porque la caridad infinita de su Padre cubre la muchedumbre de sus pecados; y por esto he llamado dichosos a aquellos cuyos pecados les han sido perdonados y cubiertos <sup>41</sup>. Entonces he sentido repentinamente en mí gran confianza y me he llenado de alegría tanta, que supera, sin duda, al temor que sentí en aquel lugar de horror, en el lugar de la segunda visión; pareciéndome ser del número de estos hombres dichosos. ¡Oh, si eso hubiera durado un poco más! Acuérdate de mí, Señor, según tu benevolencia, visítame por tu Salvador, a fin de que goce de los bienes de tus elegidos y participe de la alegría de tu gente <sup>42</sup>.

16. ¡Oh lugar del verdadero descanso, al cual puedo con razón llamar cámara, donde no se ve a Dios como turbado por la ira o como preocupado con solicitudes, sino que se saborean los efectos de su bondad y de su benevolencia! Esta contemplación no está llena de espanto, sino de delicias; no excita una curiosidad inquieta, sino que la sosiega. No cansa al sentido, sino que lo tranquiliza. Aquí verdaderamente se descansa. Dios tranquilo lo tranquiliza todo; y

<sup>36</sup> Ps. 118, 63.

<sup>37</sup> Ps. 31, 2.

<sup>38</sup> Rom. 3, 23.

<sup>39</sup> Rom. 8, 33.

<sup>40</sup> 1 Io. 3, 9.

<sup>41</sup> Ps. 31, 1.

<sup>42</sup> Ps. 105, 4.5.

mirar al quieto es descansar; y mirar al Rey, que, tras de las prolijas y penosas discusiones de los negocios públicos, ha despedido de sí a las turbas, se ha hurtado a las preocupaciones del gobierno, pide de noche alojamiento, entra en su recámara con algunos amigos admitidos a su familiaridad y confidencia, donde reposa tanto más seguro cuanto más secreto, y, hallándose tanto más sereno cuanto más plácidamente, mira solos a los que ama. Si quizá se hubiere dado el caso de ser alguno de vosotros así arrobado y escondido en alguna hora dentro de este arcano y de este santuario, sin llamarle ni perturbarle en lo más mínimo o los sentidos agitados, o los cuidados punzantes, o la culpa mordedora, o también los fantasmas avasalladores de imágenes corpóreas, que más difícilmente se apartan, ése sí que podrá, cuando a nosotros vuelva, gloriarse y decir: *Introdújome en su aposento* <sup>43</sup>. Aunque no temerariamente afirmaría que de eso mismo es de lo que exulta la Esposa. Es, sin embargo, el aposento, y el aposento del Rey; porque, en efecto, de las tres cosas que hemos asignado a la visión, este lugar ha quedado solitario en la paz. Pues abiertamente se ha demostrado que en el primer lugar se ha sentido poca paz, y en el segundo ninguna, ya que, al aparecer admirable, ejercitó la curiosidad con el afán de indagar; y aquí, al darse a conocer terrible, sacude a la debilidad. Mas en este tercer lugar no se aparece terrible ni se digna mostrarse ni tan admirable como amable, sereno y plácido, suave y manso y de mucha misericordia con los que le miran.

17. Y ya, para que vuestra memoria retenga un compendio de lo ampliamente disputado acerca de la bodega, del huerto y del aposento, acordaos de los tres tiempos, de los tres méritos, así como de los tres premios. En el huerto notad los tiempos, los méritos en la bodega, los premios en aquella triple contemplación que busca el aposento. Y esto baste acerca de la bodega. Ahora bien, respecto al huerto y al aposento, si algo hubiere que añadir o algo distinto hubiere que decir u ocurriese advertir ahora, no se nos pase la ocasión. Mas si basta con lo dicho, no lo repitamos, no sea que fastidie, ojalá no, lo aducido en alabanza y gloria del Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>43</sup> Cant. 1, 3.



## 24 CONTRA EL DETESTABLE VICIO DE LA DETRACCIÓN, Y EN QUÉ CONSISTE PRINCIPALMENTE LA RECTITUD DE CORAZÓN \*

1. Al fin, hermanos, es ésta ya la tercera vez que un ojo del cielo mira elemento nuestro regreso de la Ciudad Eterna<sup>1</sup>. Aquetóse la rabia feroz de Pedro de León, quedó enfrenada la humana mancia y la Iglesia ha recobrado la anhelada paz. El maligno, que la había turbado casi ocho años con un cisma terrible, ha sido aniquilado en su presencia. Pero ¿en vano habré sido devuelto a vosotros tras de tantos peligros? Puesto que me hallo de nuevo entre vosotros, debido a vuestras ardientes súplicas, quiero consagrar todos mis bríos a vuestro aprovechamiento. La vida que he recibido por vuestros méritos quiero emplearla toda en vuestra utilidad y salvación. Y ya que deseáis prosiga lo comenzado mucho tiempo ha, sobre el Cantar de los Cantares, lo haré muy gustoso. Creo que lo más oportuno será enlazar la serie de mis sermones más bien que comenzar algún tema nuevo. Mas, por otra parte, mucho me temo que, desacostumbrado de este santo ejercicio, tanto tiempo interrumpido, y habiéndose visto mi espíritu como absorbido por asuntos y cuestiones no sólo diversos, sino deplorabísimos, mis conceptos resulten bajos y rastreros, y por tanto indignos de la elevación del tema que venimos ventilando. Como quiera que sea, os daré a participar de lo que tenga, a no ser que Dios, teniendo en consideración el ardor de mi celo, me conceda daros aun lo que no tengo. Y si soy indigno de alcanzar este favor, os pido que más bien atribuyáis mis deficiencias a mis cortos alcances que a mi poca voluntad y falta de sincero afecto para con vosotros.

2. Pues bien, si no me engaño, el texto que hoy debemos comenzar, siguiendo el hilo de los sermones anteriores, es éste: *Por eso te aman los rectos de corazón*. Mas, antes de explicar estas palabras, bueno será investigar quién las pronuncia y a quién van dirigidas, habiendo de suplir lo que el autor del Cantar omite en este paso. Quizá no sea descaminado atribuir las a las doncellitas, como si las añadieran a lo que antes habían dicho. ¿Y a quién os parece

\* PL 183, 894.

<sup>1</sup> Pronunció San Bernardo este sermón a su vuelta de Italia, en 1138, extinguido ya el cisma de Pedro de León, que había usurpado la cátedra de San Pedro con el nombre de Anacleto II.

que van dirigidas? Sin duda que, si las atribuimos a las doncellitas, éstas las dirigen a su Madre. Después de haberle dicho: *Saltaremos de contento y nos regocijaremos en ti, recordando tus pechos, mejores que el vino*, añaden al punto: *Los rectos te aman*<sup>2</sup>. Creería yo que estas palabras van contra algunas de entre ellas, cuyos sentimientos diferían de los de sus compañeras, y que, si bien aparentemente iban a la par con las demás, por la vía ordinaria, en realidad buscaban sus propias ventajas y no procedían con la sencillez y rectitud debidas, sino que, celosas de la gloria singular de que gozaba su Madre, murmuraban de ella viéndola introducida sola en las bodegas del Esposo. A esas tales cuadra bien lo que dice el Apóstol al hablar de los *peñeros entre falsos hermanos*<sup>3</sup>. Los reproches de estas doncellitas precisaron a su Madre a justificarse con esta su réplica: *Hijas de Jerusalén, morena soy, pero hermosa*<sup>4</sup>. Al ver, pues, que aquellas pocas discolas murmuraban y blasfemaban en cierto modo contra la Esposa, las buenas, sencillas, humildes y mansas dicenle para su consuelo y desagravio: *Los rectos te aman*. Cual si le dijeran: no te apenes por los injustos reproches de estas hijas malas, estando segura de que los rectos de corazón te aman. Gran consuelo, sin duda, para nosotros, cuando obramos bien, el que los buenos nos amen, mientras los malos nos cargan de imprecaciones. La estima de los buenos, con el testimonio de nuestra buena conciencia, nos basta contra esas lenguas malignas y maldicientes. En el Señor se gloriará mi alma; oigan los mansos y alégrense<sup>5</sup>. Agrade yo a los mansos y oiré sin alterarme todas las injurias de los perdidos.

3. Luego en este sentido pienso se ha de añadir: *Los rectos te aman*; ya que siempre y en todas partes, en el coro de las doncellitas, o sea de las almas dadas a la perfección, nunca faltan algunas que observan maliciosamente las acciones de la Esposa, no para imitarlas, sino para buscar en ellas algo reprehensible. Son atormentadas por lo bueno de sus hermanas y se alimentan y recrean con sus defectos. Veréislas andar aparte, en corrillos y conciliábulos, donde se desbocan en palabras insolentes y en murmuraciones detestables. Júntanse y charlan unas con otras; tal es su ansia de murmurar. Forman una como pandilla para hablar mal de su prójimo y únense para causar la desunión. Contraen mutuas amistades, que producen enemistades en la comunidad, y, animadas de una misma y mutua malicia, constituyen entre sí una odiosa sociedad. No de otro modo hicieron en otro tiempo Herodes y Pilatos, de quienes cuenta el Evangelio

<sup>2</sup> Cant. 1, 3.

<sup>3</sup> 2 Cor. 11, 26.

<sup>4</sup> Cant. 1, 4.

<sup>5</sup> Ps. 33, 2.

que en aquel día, el día de la pasión, hiciéronse amigos<sup>6</sup>. Juntarse así no es hacer la cena del Señor, sino más bien dar a beber y beber ellos mismos el cáliz de los demonios, pues los unos llevan sobre sus lenguas el veneno que mata a los otros, mientras que éstos reciben con alegría la muerte que entra en su corazón por sus oídos; porque, según el profeta, *la muerte entra por nuestras ventanas*<sup>7</sup>. lo cual sucede cuando, sueltas las lenguas y abiertos los oídos, se proponen mutuamente el mortífero brebaje de la detracción, murmurando u oyendo murmurar. No plegue a Dios que yo me encuentre jamás en la asamblea de estas personas, pues Dios las aborrece, según aquello del Apóstol: *Odiosos a Dios son los detractores*<sup>8</sup>. Lo que Dios mismo en el salmo confirma diciendo: *Persegui al que murmuraba en secreto de su prójimo*<sup>9</sup>.

4. Y no hay en ello de qué extrañarse, pues nadie ignora que este vicio combate y ofende más vivamente que los demás a la caridad, que es el mismo Dios, como vosotros mismos podéis notarlo. Todo el que murmura hace ver primero que no tiene caridad. Por otra parte, ¿qué se propone sino hacer que los otros aborrezcan o menosprecien a aquel contra quien murmura? Así, pues, la lengua murmuradora hiere la caridad en todos los que la escuchan y, por su parte, la extingue y destruye. Y no sólo en los que la escuchan, sino también en los ausentes, a quienes puede ser que los que la oyeron refieran lo dicho. ¿Veis cómo una habladuría de estas que corren de lengua en lengua puede fácilmente y en poco tiempo corromper con su veneno infinitas almas? Por eso el profeta, hablando de los murmuradores, dice: *Sus lenguas forjan fraudes, debajo de sus labios hay veneno de áspides. Llena está su boca de maldición y de amargura; veloces son sus pies para derramar sangre*<sup>10</sup>. Sí, los murmuradores están siempre tan prontos a derramarla, como sus palabras están prontas a derramarse por doquier. No hay más que uno que hable, y éste no dice sino una sola palabra, y esta palabra en un momento mata las almas de cuantos la oyen, infectando sus oídos. Porque un corazón lleno de amargura no puede derramar sino amargura por sus palabras, según lo que dice Jesucristo: *De la abundancia del corazón habla la boca*<sup>11</sup>. Son muchas las especies de esta peste. Porque unos vomitan ponzoña de murmuración sin ningún miramiento y conforme les viene a la boca. Otros, al contrario, tratan de cubrir con el velo de un fingido pudor la malicia concebida en su corazón, y que no pueden detener. Antes de murmurar les veréis lanzar profundos suspiros, tomar un aspecto grave, no hablar sino con pena, manifestar

<sup>6</sup> Lc. 23, 12.

<sup>7</sup> Ier. 9, 21.

<sup>8</sup> Rom. 1, 30.

<sup>9</sup> Ps. 100, 5.

<sup>10</sup> Ps. 13, 3.

<sup>11</sup> Lc. 6, 45.

una falsa tristeza en su semblante, bajar los ojos y con voz lastimera proferir sus murmuraciones, tanto más persuasivas y detestables cuanto que los oyentes se convencen de que no las profieren sino muy a pesar suyo y, más bien, contra su voluntad que con malicia. “Lo siento muchísimo, dice uno, porque yo le amo de veras, pero jamás le he podido corregir de este defecto”. “Bien sabía yo, dice otro, que le dominaba este vicio, pero yo no lo hubiera jamás descubierto; mas, como otro lo ha revelado ya, no puedo negar la verdad. Lo digo con dolor, pero es la verdad”. Y añade: “Es mucha lástima, pues, por otra parte, tiene buenas prendas; mas en esto hay que reconocer que no tiene excusa”.

5. Dicho esto poco acerca de este vicio tan detestable y maligno, volvamos a nuestra explicación, y declaremos quénes sean los que aquí son llamados *rectos*. No creo haya persona alguna inteligente que se imagine ser según el cuerpo eso de llamarse *rectos* a los que aman a la Esposa. Por eso, habremos de entenderlo de la rectitud espiritual, o sea de la rectitud de espíritu o de corazón. Es el Espíritu quien habla y comunica las cosas espirituales a los espirituales. Luego, según el espíritu y no según esta materia de tierra y de barro, Dios ha hecho al hombre recto, por haberlo creado a su imagen y semejanza<sup>12</sup>. Pues, como vosotros mismos cantáis, *el Señor Dios nuestro es justo y recto, sin que haya en El iniquidad*<sup>13</sup>. Dios, pues, siendo recto, ha hecho al hombre recto y semejante a sí; es decir, sin iniquidad, así como no hay iniquidad en El. Mas la iniquidad es un vicio del corazón y no de la carne; por donde os será fácil comprender que la semejanza que tenéis con Dios ha debido ser conservada o reparada en la parte espiritual de vosotros mismos, y no en esta grosera y corporal. Porque Dios es espíritu, y, por tanto, los que quieren hacerse semejantes a El o conservar esta semejanza, han de volver a entrar en sí mismos y hacerlo muchas veces en espíritu, a fin de que, *contemplando a cara descubierta la gloria de Dios, sean transformados en su misma imagen, de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Señor*<sup>14</sup>.

6. Aunque también dió Dios al hombre una estatura recta de cuerpo, quizás a fin de que esta rectitud corporal del hombre exterior, creado de materia tan vil, advierta al hombre interior que ha sido formado a imagen de Dios y que debe conservar su rectitud espiritual; y también a fin de que la hermosura del barro condenara la deformidad de

<sup>12</sup> Gen. 1, 27.

<sup>13</sup> Ps. 91, 16.

<sup>14</sup> 2 Cor. 3, 18



su espíritu. Porque ¿qué cosa hay más indecente que el estar encorvada el alma, estando el cuerpo recto? ¿No es un desorden y una vergüenza que un vaso de barro, cual es el cuerpo, sacado de la tierra, tenga los ojos levantados en alto, mire libremente al cielo y guste de registrar las grandes lumbreras que lo adornan y esclarecen, y que una criatura espiritual y celestial tenga siempre los ojos, o sea sus potencias interiores y sus afectos, clavados en tierra, y que la que debía ser criada entre el oro y la seda se atolle en el lodo y revuelque en la ciénaga como inmunda bestia?<sup>15</sup>

Avergüénzate, alma, de haber trocado la semejanza de Dios en semejanza de bestia. Avergüénzate de que, teniendo del cielo tu origen, tú misma te manches entre el lodo y la inmundicia. Avergüénzate, alma, dice el cuerpo, de cotejarme contigo. Habiendo sido creada recta y semejante a tu Creador, me has recibido a mí como un auxiliar semejante a ti, a lo menos según la rectitud corporal. De cualquier lado que te vuelvas, ora hacia arriba, ora hacia abajo, ora a Dios, ora a mí—ya que nadie odia su propia carne—, por todas partes se te ofrecen imágenes de tu belleza, por todas partes la Sabiduría, como caritativo maestro, te está dando advertencias saludables para que conserves la nobleza y dignidad de tu estado. ¿Cómo, pues, no te llenas de confusión viendo perdida tu prerrogativa tan gloriosa, mientras que yo retengo y conservo la mía, aunque no la he recibido sino por causa de ti? ¿Cómo puedes sufrir que el Creador vea su semejanza borrada en ti, mientras conserva la tuya en mí y te la pone de continuo ante los ojos? Todos los servicios que yo debía prestarte, tú misma los has trocado en materia de confusión y vergüenza. Abusas de mis servicios, y, convertida en espíritu bruto y bestial, eres indigna de morar en cuerpo tan noble como el del hombre.

7. Luego esas almas encorvadas no pueden amar a la Esposa, porque, siendo amigas del mundo, no lo son del Esposo. *Aquel, dice Santiago, que quiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios*<sup>16</sup>. Así, pues, en el buscar y gustar las cosas de la tierra consiste el encorvarse del alma; y al contrario, en el meditar y desear las cosas del cielo consiste su rectitud. Y a fin de que esta rectitud sea en todo perfecta, ha de tener el alma buenos sentimientos y seguirlos. Pues llamo recto de corazón al que tiene sentimientos rectos acerca de las cosas, no apartándose de ellos en la práctica. Refiriéndose a estas personas, pues, se dice a la Esposa: *Los rectos te aman*, es decir, los que conocen y obran siempre lo que es bueno. Diré, por tanto, que uno es recto si juzga rectamente acerca de todas las cosas y no

<sup>15</sup> Thren. 4, 5.

<sup>16</sup> Jac. 4, 4.

desmiente con sus actos la pureza de sus conocimientos, de forma que así su fe como sus obras sean testimonios visibles del estado de su alma, que es invisible. Ten por recto a aquel que reconoces ser católico en su fe y justo en sus obras. Si una de estas dos cosas le falta, no dudes de que está encorvado y no recto, diciendo la Escritura: *Si no ofrezcas rectamente ni divides rectamente, pecas* <sup>17</sup>. Cualquiera de estas dos cosas, la fe o las obras, que ofrezcas a Dios, haces bien; mas no haces bien si las divides, yendo la fe por una parte y las obras por otra. Siendo tu ofrenda buena, no la hagas mala dividiéndola. ¿Por qué separas las obras de la fe? División criminal, pues inutiliza tu fe; porque la fe sin obras muerta está <sup>18</sup>. Ofreces a Dios ofrenda muerta. Por cuanto si el amor es como el alma de la fe, ¿qué es la fe que no obra por el amor, sino cuerpo sin alma? ¿Piensas tal vez honrar mucho a Dios ofreciéndole un fétido presente? ¿Piensas aplacarle siendo con tu vivir asesino de tu fe? ¿Cómo puede ser pacífica la víctima que le inmolas en tan cruel división? No extraña el que Caín asesinara a su hermano, habiéndole antes quitado la vida a su propia fe. ¿Por qué extrañas, Caín, que el Señor, que te menosprecia, no mire ni acepte tus presentes? <sup>19</sup> ¿Cómo pudiera mirarlos con ojo favorable, cuando andas tan dividido contigo mismo? Al realizar tu mano un acto de religión, ofreciendo un sacrificio, entregas tu corazón a poder de la envidia. ¿Cómo podrás conciliarte la benevolencia de Dios, no estando de acuerdo contigo mismo? Lejos de aplacarle, le ofendes, llevado de la envidia; aunque todavía no has matado a tu hermano, has matado ya a tu fe. ¿Puede ser acaso recto, aunque extienda sus manos a Dios, aquel cuyo corazón está saturado de odio y de envidia contra su hermano? ¿Qué rectitud cabe en un hombre cuya fe está muerta, cuyas obras son obras de muerte y cuya alma, destituida enteramente de piedad, está llena de amargura emponzoñada? Ciertó había fe en aquel que ofrecía el sacrificio, mas no había caridad en aquella fe. Recta era la oblación, pero cruel la división.

8. La muerte de la fe es la separación de la caridad. ¿Crees en Cristo? Pues haz obras de Cristo, a fin de que tu fe sea viva. El amor anime tu fe; sírvanle las obras de testimonio; las acciones terrestres y bajas no arrastren por el suelo a aquel a quien ha elevado la fe a las cosas celestiales. Si deseas permanecer en Cristo, has de seguir el mismo camino que El siguió. Luego si buscas tu propia gloria, si envidias al que prospera, si murmuras del ausente y devuelves mal por mal, no sigues, ciertamente, a Cristo, pues

<sup>17</sup> Gen. 4, 7.

<sup>18</sup> Iac. 2, 20.

<sup>19</sup> Gen. 4, 5.

El no obró así. Confiesas conocer a Dios, pero tus obras desmienten tu confesión. ¿No es grande impiedad dar la lengua a Cristo y el alma al demonio? Oye lo que el Señor dice: *Este hombre me honra con sus labios, mas su corazón lejos está de mí* <sup>20</sup>. Ciertamente que no eres recto, al ser tus obras tan torcidas. No es posible que mantengas levantada la cabeza, habiéndola doblegado bajo el yugo del diablo; no podrás enderezarte mientras te halles oprimido por la iniquidad. Tus culpas se levantan sobre tu cabeza y cual pesada carga te tienen agobiado <sup>21</sup>, pues, como dice un profeta, la iniquidad, como masa de plomo está sentada sobre el pecador <sup>22</sup>. Ya ves, pues, cómo la fe, aunque recta y sincera, no basta para hacer al hombre recto a no ser que vaya animada de la caridad. Pues bien, el que no posee la caridad no puede amar a la Esposa. Por otra parte, las obras, por más rectas que sean, tampoco bastan sin la fe para la rectitud del corazón. Porque ¿quién puede decir que un hombre que no agrada a Dios sea justo? Pues bien, *sin la fe es imposible agradar a Dios* <sup>23</sup>; y aquel que no agrada a Dios, Dios no puede agradarle; pues aquel a quien Dios agrada, no puede desagradar a Dios. Ahora bien, a quien Dios no agrada, tampoco le agradará la que es su Esposa. ¿Cómo, pues, será recto quien no ama a Dios ni a la Iglesia de Dios, a la cual se dice: *Los rectos te aman*? Por tanto, hermanos, si ni la fe sin las obras ni las obras sin la fe bastan para la rectitud del alma, nosotros, que creemos en Cristo, hagamos rectos nuestros caminos y nuestra conducta. Levantemos los corazones a Dios juntamente con las manos, a fin de que nos halle del todo rectos, confirmando así la rectitud de nuestra fe con nuestras buenas obras. Así amaremos a la Esposa y seremos amados del Esposo, Jesucristo, nuestro Señor, que es Dios bendito en los siglos. Amén.

## 25 LA ESPOSA, O SEA LA IGLESIA, BIEN QUE MORENA, ES HERMOSA \*

1. Os decía en el sermón anterior que la Esposa se ve como forzada a responder a los reproches de las envidiosas, que, si bien por el cuerpo parecen ser del número de las doncellitas, en el alma están muy alejadas de ellas. A ellas, pues, se dice: *Hijas de Jerusalén, sabed que, aunque morena, soy hermosa* <sup>1</sup>. Se ve claro por estas palabras que murmuraban de ella y le reprochaban su negrura. Mas conside-

<sup>20</sup> Is. 29, 13.

<sup>21</sup> Ps. 37, 5.

<sup>22</sup> Zach. 5, 7.

<sup>23</sup> Hebr. II, 6.

\* PL 183, 899.

<sup>1</sup> Cant. I, 4.

rad la paciencia y dulzura de la Esposa. No sólo no las vuelve injuria por injuria, sino que aun las bendice, llamando *hijas de Jerusalén* a las que por su mangnidad bien merecían ser llamadas hijas de Babilonia, o hijas de Baal, o con otro cualquiera nombre picante o afrentoso. Sin duda había aprendido esto del profeta, o más bien de la divina unión, que recomienda mansedumbre y enseña que no conviene quebrar la caña troncada ni acabar de apagar la mecha próxima a extinguirse por sí misma<sup>2</sup>. Creyo, y con razón, que no debía irritar más a las que lo estaban ya bastante ni añadir nuevos incentivos a la envidia que las atormentaba; antes bien, procuraba conservar la paz con las enemigas de la paz, sabiéndose deudora de esa paz aun con las necias. Quería, pues, más bien apaciguarlas con palabras corteses y amables, mostrándose más solícita y cuidadosa de la salvación de las pobres extraviadas que echarles en cara sus injurias.

2. Todos, ciertamente, hemos de aspirar a esa perfección, pero más aún deben tomarla como modelo los buenos prelados. Porque los superiores buenos y fieles nunca deben olvidar que su principal cuidado no ha de consistir en procurar el esplendor y pompa de su cargo, sino en atender a las necesidades espirituales de sus súbditos, sobre todo si son flacos y tibios en la virtud. Y así, cuando llegan a sus oídos las quejas y murmuraciones de alguna de esas almas desgraciadas, aunque tal vez prorrumpen en palabras injuriosas contra ellos, lejos de vengarse de esa especie de frenesí y locura que las domina, miran cómo aplicar los remedios necesarios a su mal, porque saben bien que no son señores, sino médicos. Por eso, pues, la Esposa llama hijas de Jerusalén a aquellas de quienes sufre la envidia y la murmuración, a fin de conseguir con estas dulces palabras que se detenga su murmuración, se calme su emoción y se cure su envidia, enseñándonos la Escritura que *la lengua pacífica apaga las disensiones*<sup>3</sup>. Por otra parte, esas pobres almas no dejan de ser verdaderamente, en algún sentido, hijas de Jerusalén, y la Esposa no hace mal en llamarlas así, porque, ora se atienda a los sacramentos de la Iglesia, que reciben juntamente con las buenas; ora a la fe de que hacen pública profesión, como las demás; ora a la compañía de las personas con quienes forman comunidad, siquiera con el cuerpo; ora, sobre todo, a la esperanza de que algún día tornen al buen camino, no debiendo desesperarse de la salvación ni aun de esas almas extraviadas, todo esto justifica el que la Esposa las llame hijas de Jerusalén.

<sup>2</sup> Is. 42, 3.

<sup>3</sup> Prov. 25, 15.



3. Veamos ahora lo que significa: *Aunque morena, soy hermosa*. ¿No habrá contradicción en estos términos? Ninguna. Dígolo por los simples que no saben distinguir entre color y forma, toda vez que la forma pertenece a la composición de la cosa que la recibe, y el color no es sino una cualidad de ella; y así no todo lo que es negro es por eso feo. La negrura, por ejemplo, no es fea en la niña de los ojos. Las piedras preciosas que son negras sirven de ornato. Los cabellos negros, junto a la blancura grande del rostro, aumentan su esplendor y belleza. En fin, se puede observar lo mismo en mil cosas por el estilo; y vosotros hallaréis muchas que no dejan de ser muy bellas en su forma, bien que su color no sea tan agradable. Quizá por eso la Esposa, bien que muy hermosa de línea y proporciones de cara, adolezca del defecto de tener su tez un tanto morena. Mas tal imperfección sólo afecta al tiempo de su peregrinación; porque cuando el Esposo inmortal la corone de gloria en la patria celeste, ya no tendrá ni mancha ni arruga. Mientras la presente vida, si dijera no tener negrura, a sí misma se seduciría, y no diría verdad. Por esto no os extrañéis de que diga que, aunque negra, puede gloriarse de ser hermosa. Porque ¿cómo podría no ser hermosa aquella a quien se dice: *Ven, hermosa mía*?<sup>4</sup> Al decirle que vaya, se entiende no haber llegado todavía, para que alguno no se imagine que estas palabras se dirigen a la que es ya bienaventurada y reina sin negrura en la patria y no a la que trabaja todavía por llegar allí, andando con pena por el camino.

4. Mas veamos de dónde le viene el ser *negra* y de dónde el ser *hermosa*. ¿No es acaso negra a causa de la vida que ha tenido en las tinieblas bajo el imperio del príncipe del mundo, llevando todavía impresa en sí la imagen del hombre terrestre? Y ¿no es hermosa, al contrario, por causa de la semejanza del hombre celeste, de que después se ha revestido, caminando ya por nueva vida? Mas si esto es así, ¿por qué no dice más bien: *He sido negra*, en vez de decir: *Soy negra*? Pero, si admitimos esta interpretación, entonces las palabras que añade a continuación, a saber: *Soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón*<sup>5</sup>, significarán que la Esposa compara su vida pasada a las tiendas de Cedar, y la nueva vida que ahora lleva, a los pabellones de Salomón. De estas tiendas y pabellones habla el profeta cuando dice así: *De repente y en un momento mis tiendas y pabellones fueron derribaños*<sup>6</sup>. Antes, pues, era negra como las viles tiendas de Cedar, volviéndose luego hermosa como los ricos pabellones de un Rey glorioso.

<sup>4</sup> Cant. 2, 10.

<sup>5</sup> Cant. 1, 4.

<sup>6</sup> Jer. 4, 20.

5. Pero veamos cómo este hablar de la Esposa conviene igualmente a los dos estados de su pasada vida. Cier- to, si bien consideramos el exterior de los santos, cuán humilde, bajo y abatido es, cuán vil y menospreciado, mien- tras que en su interior contemplan la gloria del Señor cara a cara y son transformados en su imagen, haciéndoles avan- zar el Espíritu del Señor de claridad en claridad<sup>7</sup>, ¿no os parece que cada una de estas almas puede justamente res- ponder a los que la reprochan su negrura: *Soy negra, pero hermosa? ¿Queréis que os muestre un alma a la vez negra y hermosa? Las cartas que escribe, decían los corintios, son graves y vehementes, mas el aspecto de su persona es ruin y despreciable y tosco su lenguaje*<sup>8</sup>. Y tratábase aquí nada menos que de Pablo. ¿Cómo, hijas de Jerusalén, juzgaréis al Apóstol de las gentes sólo por la figura exterior de su cuerpo y le despreciaréis como a hombre negro y deforme porque le veis *sujeito a todos los trabajos y miserias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez, en azo- tes sin cuento y en frecuentes peligros de morir?*<sup>9</sup> Esas son las cosas que denigran a Pablo. Por éstas el Doctor de las gentes es reputado vil y despreciable, negro y deforme y, en fin, como el oprobio y desecno del mundo. A pesar de lo cual, ¿no es él mismo quien fué arrebatado al paraíso y, pasando el primer y segundo cielo, llegó hasta el tercero por su gran pureza y ardiente celo de la gloria de Dios? ¡Oh alma ver- daderamente hermosa, la cual, bien que aposentada en flaco cuerpecillo, mereció ser recibida por las bellezas celestiales, y a la cual los ángeles, por grandes que sean, no han desecha- do, ni la misma Caridad divina ha menospreciado! Y tras esto, ¿la llamaréis todavía negra? Sí, negra es, lo confieso; pero también hermosa, hijas de Jerusalén. Es negra a vues- tro juicio, pero hermosa al juicio de Dios y de los ángeles. Es negra, pero sólo por fuera, lo cual no la preocupa, y de ahí que no le importe nada vuestro juicio ni el juicio de aquellos que juzgan de las cosas por las apariencias externas, pues *el hombre ve tan sólo lo exterior, mientras que el Señor ve el fondo del corazón*<sup>10</sup>; por donde, aunque negra por fuera, es hermosa por dentro y agrada a aquel Señor a quien desea agradar. No tiene empeño en agradaros, sabiendo que, si os fuese grata, no sería sierva de Cristo. Feliz negrura, que produce la blancura del alma, la luz de la ciencia y la pureza de la conciencia.

6. Oye, finalmente, lo que Dios promete por el profeta a los que son negros de este modo y a quienes la humildad de la penitencia o el celo de la caridad parece haberlos descolo- rado: *Aunque vuestros pecados, dice, os hayan teñido como*

<sup>7</sup> 2 Cor. 3, 18.

<sup>8</sup> 2 Cor. 10, 10.

<sup>9</sup> 2 Cor. 11, 27. 23.

<sup>10</sup> 1 Reg. 16, 7.

grana, quedarán vuestras almas blancas como nieve; se volverán semejantes a blanca luna <sup>11</sup>. No conviene, pues, menospreciar tanto esa negrura aparente en los santos, cuando produce una blancura oculta y prepara en el interior de su alma un trono a la Sabiduría. Porque la Sabiduría, según el Sabio la define, es el candor de la vida eterna <sup>12</sup>; y es preciso que un alma sea blanca para que la Sabiduría establezca su morada en ella. Y si el alma del justo es el trono de la Sabiduría, no tengo reparo en decir que el alma del justo es blanca; y aun quizá la misma justicia no es otra cosa que el candor del alma; y así, porque Pablo era justo, por eso le estaba reservada la corona de justicia <sup>13</sup>. El alma, pues, de Pablo era blanca, y la Sabiduría había puesto en ella su trono; de suerte que sus discursos aventajaban a los de los más perfectos y contenían aquella sabiduría sublime y mística que ninguno de los príncipes de este mundo ha conocido. En medio de eso, aquella aparente negrura, causada por la flaca complexión de su cuerpo, por sus grandes trabajos, por sus ayunos y vigiliass sin cuento, era lo que producía o merecía en él esa blancura de sabiduría y de justicia. Por donde lo que era negro en San Pablo, era indudablemente más bello que los más ricos adornos exteriores, más espléndido que el más magnífico ropaje de los reyes, no mereciendo siquiera ser comparada con la suya ni aun la más espléndida hermosura corporal: ni la tez blanca, fresca y delicada, que algún día se ha de corromper; ni los encantos de un rostro blanco y sonrosado y de impecable línea, pero que pronto habrá de pudrirse; ni los vestidos más preciosos, que se gastan con el tiempo; ni el brillo del oro, ni el centelleo de las piedras más preciosas; nada, en fin, de cuanto está destinado a la corrupción puede compararse con la belleza del alma pura.

7. Con razón, pues, los santos han menospreciado siempre el ornato y el cuidado superfluo del hombre exterior, que es corruptible, poniendo toda su solicitud y dándose por entero al cultivo y ornato del interior, hecho a la imagen de Dios y renovado de día en día, pues seguros están de que nada puede ser más grato a Dios que su imagen cuando permanece restaurada en su primera belleza. Por eso toda su hermosura está dentro de ellos mismos, sin parecer por fuera, es decir, que no la ponen en la flor del heno, como habla la Escritura, ni en el aura popular, sino en el Señor. Esto movió a decir al Apóstol: *Toda nuestra gloria está en el testimonio de nuestra conciencia* <sup>14</sup>; porque Dios solo es el juez de su conciencia, al cual sólo desean agradar; así como en eso mismo sólo se encuentra la verdadera y supre-

<sup>11</sup> Is. 1, 18.

<sup>12</sup> Sap. 7, 26.

<sup>13</sup> 2 Tim. 4, 8.

<sup>14</sup> 2 Cor. 1, 12.

ma gloria. Ciertó que esta gloria, que reside en lo interior, no es menguada, cuando el Señor de la gloria se digna gloriarse de eso, según las palabras de David: *Toda la gloria de la hija del Rey está por dentro* <sup>15</sup>. También es mucho más segura esta gloria que cada uno encuentra en sí mismo que la que se encuentra en los demás. Mas quizá no convenga gloriarse de la mera blancura de dentro, sino también de la negrura de afuera, a fin de que nada haya inútil en los santos, sino que todo contribuya a su bien. No nos gloriemos, pues, sólo en nuestra esperanza, sino también en nuestras tribulaciones. *Gustoso me gloriaré de mis flaquezas*, dice el Apóstol, *para que more en mí la fortaleza de Cristo*. Es deseable, sin duda, esta flaqueza cuando se ve recompensada con la fortaleza de Cristo. ¡Quién me diera no sólo el hacermé flaco y enfermo, sino también el caer en una debilidad extrema y estar casi abandonado de mí mismo, a fin de verme afianzado con la fortaleza del Señor de las virtudes! *La virtud se perfecciona en la flaqueza*. Finalmente, dice: *Por eso, cuando estoy débil, entonces soy poderoso* <sup>16</sup>.

8. Siendo esto así, pulcramente se gloria la Esposa en aquello mismo que se le representa como un oprobio por las que la envidian, no gloriándose sólo de ser hermosa, sino de ser negra; pues no se avergüenza de una negrura que sabe tuvo su Esposo antes que ella, pues pone toda su gloria en ser a El parecida. Por eso juzga que nada le es tan glorioso como el sufrir oprobios por Cristo. Y esto es lo que la hace exclamar alegre y gozosa: *Lejos de mí que me glorie en otra cosa si no es en la cruz de mi Señor Jesucristo* <sup>17</sup>. La ignominia de la cruz es grata a aquel que no es ingrato a Cristo crucificado. Esa ignominia viene a ser como una negrura, pero negrura tal que le hace del todo semejante al Señor Jesús. Consultad al profeta Isaías, y él os dirá cómo le vió, iluminado por el Espíritu de Dios. *Vímosle*, dice, *despreciado y el desecho de los hombres, Varón de dolores y que sabe de padecer: su rostro estaba como cubierto de vergüenza y afrenta*. Y añade en seguida: *Entonces le reputamos como leproso y como hombre herido de Dios y humillado, cuando por causa de nuestras iniquidades fué llagado y molido por nuestras maldades: el castigo de que debía nacer nuestra paz descargó sobre El y con sus llagas fuimos curados* <sup>18</sup>. Esto era propiamente lo que le ponía como negro. Añadid a ello lo que dice el santo David, a saber: *¡Oh tú, el más gentil en hermosura entre todos los hijos de los hombres!* <sup>19</sup>, y tendréis en el Esposo todo lo que la Esposa dice de sí misma.

<sup>15</sup> Ps. 44, 14

<sup>16</sup> 2 Cor. 12, 6. 10.

<sup>17</sup> Gal. 6, 14.

<sup>18</sup> Is. 53, 3-5.

<sup>19</sup> Ps. 44, 3.



9. ¿Acaso, según lo ya dicho, hubiera Cristo podido responder a los judíos envidiosos de su virtud: "Soy negro, pero hermoso, oh hijos de Jerusalén"? Era negro Aquel que ni tenía gracia ni hermosura. Era negro, porque estaba convertido en gusano y no hombre, hecho el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe <sup>20</sup>. Ciertamente: si aun hallándose totalmente exento de todo pecado quiso aparecer *cual si fuera el mismo pecador* <sup>21</sup>, queriendo aparecer como fiador de todos los pecados del mundo, ¿por qué recelaras en decir que es negro? Mirale cubierto de harapos, harto de golpes, manchado de sanvas, todo pálido y cárdeno a par de muerte, y entonces siquiera confesarás que es negro. Pregunta después a los apóstoles cómo le vieron sobre la montaña del Tabor, y a los ángeles quién es Aquel a quien tanto desean contemplar, y no dejarás de admirar su belleza. El es, pues, hermoso en sí mismo, pero se ha hecho negro por amor nuestro. ¡Señor Jesús, qué hermoso te veo, aun revestido de mi forma, no solamente a causa de las maravillas adorables con que brillas por doquier, sino también a causa de tu verdad, de tu mansedumbre y de tu justicia! Dichosos aquellos que atentamente te consideran viviendo como hombre entre los hombres y que se afanan cuanto pueden por imitarte. Tu Esposa ha recibido ya el don de esta felicidad, como las primicias de su dote, no siendo perezosa en imitar lo que hay de hermoso en Ti, ni tampoco en participar, sin avergonzarse de ello, de tus humillaciones y tus oprobios. Esto es lo que la hacía decir: *Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén*. Y añade un símil muy oportuno, diciendo: *Soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón*. Mas estas palabras son muy misteriosas, y no quiero entrar en explicaciones acerca de ellas, por estar cansado. Tendréis tiempo sobrado para llamar a las puertas de Dios; y si llamáis a ellas cual conviene, Aquel que revela los misterios se presentará y no tardará en abriros, puesto que El mismo convida a llamar allí. El es Aquel de quien se dice en el Apocalipsis *que abre y ninguno cierra* <sup>22</sup>. El es el Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es bendito en los siglos. Amén.

<sup>20</sup> Ps. 21, 7.

<sup>21</sup> 2 Cor. 5, 21.

<sup>22</sup> Apoc. 3, 7.

## 26 LLORA LA MUERTE DE SU HERMANO GERARDO. MONJE DE CLARAVAL.\* 1

1. *Soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón*<sup>2</sup>. Por aquí es preciso comenzar, habiendo aquí terminado nuestro último sermón. Veo que deseáis saber lo que estas palabras signifiquen y qué enlace tienen con el discurso precedente, pues no cabe duda que se establece aquí una comparación. Ahora bien, puede ser que ambos miembros de esta comparación correspondan a estas solas palabras que la preceden: *Negra soy*; y puede ser también que los dos miembros se refieran a las dos cosas que la Esposa ha dicho: *Negra soy, pero hermosa*. El primer sentido es más claro, y el segundo más oscuro. Pero veamos entrambos, comenzando por el que parece más difícil. Esta dificultad no está en las dos primeras palabras, sino en las dos últimas; porque Cedar, que significa tinieblas, parece convenir bastante claramente a la expresión *negra soy*; mas no se ve qué relación pueda haber entre los pabellones de Salomón y la hermosura de que la Esposa se gloria. Y cierto, ¿quien no ve que tiendas y pabellones expresan una misma idea? ¿Qué son esas tiendas y esos pabellones sino nuestros cuerpos mientras peregrinamos? Pues no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la venidera<sup>3</sup>, y, además, militamos en ellos como en tiendas, haciendo violencia por conquistar el reino. Porque milicia es la vida del hombre sobre la tierra<sup>4</sup>; y mientras en este cuerpo militamos, estamos desterrados de la presencia del Señor, o sea, estamos privados de la luz; pues el Señor es la luz, y todo hombre que no está con El, en tinieblas está, o sea, en Cedar. Reconozco, pues, su llorosa voz: ¡Ay de mí, que se prolonga mi destierro! Habito con los habitantes de Cedar; mucho tiempo anda desterrada mi alma<sup>5</sup>. Esta habitación, pues, de nuestro cuerpo no es la morada de un ciudadano ni la casa de un natural del país, sino más bien la tienda del guerrero o la posada del viajero. Sí; tienda es nuestro cuerpo, y tienda de Cedar;

\* PL 183, 903.

<sup>1</sup> Respira San Bernardo por la herida reciente y sangrante que le ha dejado en su corazón, no por muy santo menos sensible, la muerte de su hermano Gerardo, que había sido el administrador del monasterio, que le había acompañado en algunos viajes, muriendo precisamente en 1138, apenas vuelto de Italia. Este elogio fúnebre, como el del monje Humberto, no tiene rival en las literaturas. Le pronunció en 1138 (P. G. Prado).

<sup>2</sup> Cant. 1, 4.

<sup>4</sup> Job 7, 1.

<sup>3</sup> Hebr. 13, 14.

<sup>5</sup> Ps. 119, 5. 6.

porque, situado entre el alma y Dios, privala de gozar de su infinita luz, no dejando verle sino como en espejo y en enigma, no cara a cara<sup>6</sup>.

2. ¿Veis de dónde viene la negrura de la Iglesia, de dónde viene que aun las más hermosas almas no estén sin alguna arruga? Viene, sin duda, de las tiendas de Cedar, del ejercicio de una guerra laboriosa, de lo largo de este mísero destierro, de este cuerpo frágil y pesado. *Pues el cuerpo corruptible recarga al alma, y este vaso de barro deprime la mente que aspira a elevarse más y más con la alteza de sus pensamientos*<sup>7</sup>. Por esto las almas santas desean salir de él, a fin de volar a los abrazos de Cristo, aliviadas ya del cuerpo. Esto es lo que mueve a una de ellas a decir con grandes gemidos: ¡Infeliz de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?<sup>8</sup> Harto sabe ella que, mientras permanece en las tiendas de Cedar, no puede carecer del todo de mancha o de arruga o de alguna pequeña negrura; y es la razón por que desea estar fuera de ellas, para poder desnudarse. Ved ahí por qué la Esposa dice que es negra como las tiendas de Cedar. Mas ¿cómo puede ser bella como los pabellones de Salomón? No sé qué siento de sublime y sagrado encubierto en estas tiendas, pues no osaría tocarlas sin el beneplácito de Aquel que las puso y las selló, habiendo leído que el que quiere sondear la Majestad de Dios será oprimido por su gloria<sup>9</sup>. Me abstengo y difiero el hacerlo. Vosotros cuidaréis entretanto de alcanzarme de Dios este favor con vuestras oraciones, según soléis hacerlo, a fin de que volvamos, con tanta mayor alegría cuanto mayor sea nuestra confianza, a tratar este asunto, digno de toda atención. Quizás el piadoso que llama alcance más que el curioso que escruta. Aunque la tristeza me impone terminar y la calamidad que padezco.

3. ¿A qué fin disimulo, escondiendo en mí mismo el fuego que abrasa mi triste pecho y devora mis entrañas? Encerrado, avanza más, se ensaña más acre. ¿Qué tiene que ver este cántico conmigo, que estoy en la amargura? La violencia del dolor distrae mi mente, y la indignación del Señor absorbe mi espíritu; pues, perdido aquel que daba a todas mis ocupaciones y trabajos cierta libertad de espíritu en el Señor, con ello me ha abandonado mi corazón. Aunque he violentado a mi ánimo y he disimulado hasta ahora, por que no pareciese que la fe quedaba vencida por el afecto natural. Y hasta, como vosotros mismos lo habéis podido observar, mientras otros lloraban, yo he asistido a estos tristes funerales a ojos secos; a ojos secos es-

<sup>6</sup> 1 Cor. 13, 12.

<sup>7</sup> Sap. 9, 15.

<sup>8</sup> Rom. 7, 24.

<sup>9</sup> Prov. 25, 27.

tuve junto a la hoya, hasta después de terminada la solemnidad de las exequias. Revestido de los ornamentos sacerdotales, recé por él con mis propios labios las preces de costumbre, y con mis propias manos eché tierra sobre el cuerpo de mi amado hermano, que bien presto quedará reducido a polvo. Los que me miraban. lloraban y admirábanse de que yo no llorase<sup>10</sup>, y no se dolían tanto de él como de mí, viendo que yo le había perdido. Porque ¿qué corazón, por muy de bronce que fuese, no se hubiera entonces compadecido de mí, viéndome sobrevivir a Gerardo? Común a todos era el infortunio; pero la parte que a los otros cabía considerábase como nada comparada con la mía. Resistía yo a los sentimientos del natural afecto cuando la fe me alentaba, esforzándome, aun a pesar mío, a no ser conmovido de accidente tan funesto; representándome a mí mismo ser esto como un tributo de la naturaleza al que todo hombre está sujeto, una necesidad inevitable de nuestra condición, un efecto del mandato del Todopoderoso, un decreto del juicio del infinitamente justo, un azote del Dios terrible; en fin, que tal era la voluntad del Señor. Por eso desde entonces en adelante exigí de mí mismo no darme al mucho llanto, aun estando muy turbado y triste. Pero no pude sobreponerme a la tristeza, yo que me había sobrepuesto a las lágrimas, sino que, como está escrito, *quedé turbado y sin habla*<sup>11</sup>. Pero mi dolor, así represado, ha echado atrás raíces más profundas y se ha vuelto tanto más acerbo cuanto más reprimido. Ya no puedo más. Declárome vencido, lo confieso. Es menester que lo que sufro dentro de mí estalle fuera. Salga a los ojos de mis hijos. los que, conociendo mi pena, serán más indulgentes con mis lamentos y más dulcemente me consolarán.

4. Sabéis, hijos, cuán justo es mi dolor, cuán digna de lástima mi llaga, pues sabéis cuán fiel compañero era el que me ha desamparado en el camino por do andaba; cuán vigilante, cuán laborioso, cuán dulce y agradable en su trato. ¿Dónde hallaré un amigo tan bueno y que me ame tanto como él me amaba? Era hermano mío en la sangre, pero más hermano aún por la religión. Doleos, os pido, doleos de mi suerte, vosotros que esto sabéis. Era yo enfermo de cuerpo, y él me llevaba; flaco de alma, y él me esforzaba; perezoso y negligente, y él me exhortaba. ¿Por qué le han arrancado? ¿Por qué le han arrebatado de mis brazos, cuando era una sola alma conmigo, un hombre según mi corazón?

<sup>10</sup> Rasgo que llena de admiración sabiendo, como lo testifica el escritor de su vida Godofredo, que no asistía a la muerte de ninguno de sus religiosos sin derramar copiosas lágrimas.

<sup>11</sup> Ps. 76, 5.



5. Nos amamos en vida, ¿cómo estamos separados en muerte? ¡Amarguísima separación, que sólo, sólo la muerte pudiera realizar! Porque ¿cuándo me hubieras abandonado estando vivo? Es este horrendo divorcio obra de la muerte; porque ¿quién se hubiera atrevido a romper los dulces lazos de nuestra mutua ternura, sino la muerte, esa implacable enemiga de toda suavidad y dulzura? Sí, ella es la que con furioso zarpazo, matando al uno, nos mató de un golpe a entrambos. Pues ¿qué? ¿No ha sido éste un golpe mortal para mí? Indudablemente más mortal para mí que para él, por cuanto lo que me resta de vida me es harto más penoso que todas las muertes del mundo. No vivo ya sino para morir penosamente viviendo, ¿y a eso lo llamaría yo vida? ¡Oh muerte implacable, cuánto mejor me hubieras tratado si antes me hubieras privado del uso que del fruto de la vida! La vida, sin sus ventajas, es sin comparación más dura que la muerte. El árbol que no lleva fruto está amenazado de dos males: o del hacha o del fuego<sup>12</sup>. Envidiosa de mis trabajos, has alejado de mí a mi más íntimo amigo, a mi hermano más caro, a cuyos solícitos cuidados era debido el fruto que recojo de mis afanes. Por eso, amado Gerardo, me hubiera sido preferible perder la vida que ser privado de tu presencia, siendo tú quien con tu celo me animabas en los ejercicios espirituales, me asistías con tu fidelidad y con tu prudencia me aconsejabas y velabas sobre mí. ¿Por qué nos hemos amado tan tiernamente, para que sobrevenga tan acerba separación? Dura condición, pero inmensamente más lamentable para mí que para ti, pues tú, amado hermano mío, si has perdido a tus seres queridos, has hallado otros que quieran aún más. Pero a mí, ¿que consuelo me queda después de ti, cuando eras mi único apoyo? La unión de los cuerpos que había entre nosotros ha sido igualmente agradable al uno que al otro, por la perfecta concordia de nuestras voluntades; pero sólo yo sufrí las consecuencias de nuestra separación. Lo que había de contento y dulzura en nuestra amistad ha sido común a entrambos; pero lo que hay de triste y lúgubre en nuestra separación atañe a mí solo. Sobre mí es sobre quien la cólera de Dios ha descargado; sobre mí, sobre mí carga su furor. Nuestra presencia era igualmente grata a ti y a mí; nuestra compañía dulce, nuestro trato delicioso. Yo sólo he perdido estas delicias, pues tú las has cambiado por otras. Y cierto, has salido ganancioso con el trueque. ¡Cuánta ganancia de alegrías y qué colmo de bendiciones el que has recibido al carecer de nosotros, hermano carísimo! Porque tienes, en vez de mí, que soy tan poquita

<sup>12</sup> Mt. 3. 10.

cosa, la presencia inmortal de Cristo. Tú no sufres menoscabo al verte arrancado de mi vera, pues, domiciliado ya entre los coros de los ángeles, no tienes por qué lamentarte, cuando el Dios de Majestad te comunica copiosamente su presencia y la de los suyos. Yo, en cambio, ¿qué he recibido que pueda reemplazarte? Cuánto desearía saber qué sientes ahora de mí, agobiado de cuidados y penas, privado del apoyo que me sostenía en mis desmayos, si todavía te es dado pensar en los miserables, ya que entraste en el piélago de la luz y estás como sumergido en el océano de la eterna felicidad. Quizá, aunque me conociste según la carne, ahora ya no me reconoces, porque, después de haber penetrado en el lugar de la majestad y de la potencia del Señor, no te acuerdas sino de sola su justicia y te has olvidado de nosotros. Mas no; que quien está adherido a Dios es un mismo espíritu con El <sup>13</sup>, y tú estás del todo transformado en su amor y no puedes ya sentir ni saborear sino a Dios, y todo lo que piensas y gustas es Dios mismo, al estar lleno de El. Pero Dios es caridad, y cuanto el alma está más unida con Dios, tanto más llena se halla de caridad. Ciertó, Dios es impasible; mas también es compasivo y es propio de El tener siempre compasión y perdonar. Luego tú también has de ser misericordioso, unido como estás a quien tanto lo es, aunque no puedes ser ya miserable; si no padeces, compadécete siquiera. Tu afecto no ha sido mermado, sino trocado; y al revestirte de Dios no te has desvestido de solicitud <sup>14</sup>, y Dios mismo cuida de nosotros <sup>15</sup>. Dejaste lo que había de flaco en ti, pero no has perdido lo que había de piadoso, porque la caridad nunca fenece <sup>16</sup>. No me olvides para siempre.

6. Paréceme oír a mi hermano que dice: *¿Podrá una madre olvidarse del fruto de sus entrañas? Pues si ella le olvidare, yo no te olvidaré* <sup>17</sup>. No conviene de ningún modo. Sabes dónde estoy, dónde me has dejado. No tengo quien me dé la mano. En cualquier contingencia miro, como solía, a mi Gerardo, y no está. Entonces, ¡ay!, gimo como hombre sin valedor. ¿A quién consultaré en mis dudas? ¿A quién me confiaré en mis adversidades? ¿Quién me ayudará a llevar la carga? ¿Quién alejará los peligros? ¿No eran los ojos de Gerardo los que guiaban todos mis pasos? ¿No eras tú quien conocía mejor que yo todas mis penas, quien las llevaba más que yo, quien las sentía más vivamente que yo?

<sup>13</sup> I Cor. 6, 17.

<sup>14</sup> Se refiere a las apariciones de Gerardo después de su muerte (*Vita prima*, l. 4, n. 10; l. 5, n. 8).

<sup>15</sup> I Petr. 5, 7.

<sup>16</sup> I Cor. 13, 8.

<sup>17</sup> Is. 49, 15.

¡Cuántas veces con tu palabra afable y persuasiva me arrancaste de las conversaciones inútiles y me devolviste a mi sabroso silencio! Pues el Señor le había dado una lengua sabia para conocer cuándo era oportuno hablar. De tal modo satisfacía a los de casa y a los de fuera con la sabiduría de sus respuestas y con la gracia que Dios había puesto en sus labios, que cuando alguno había hablado con él, ya no tenía necesidad de acudir a mí. Salía al encuentro de aquellos que venían a visitarme y evitaba que turbaran mi quietud; y si con alguno de ellos no podía cumplir, introducíamelo, despidiendo cortésmente a los demás. ¡Oh varón verdaderamente ingenioso! ¡Oh amigo fiel! Libraba de molestias inútiles a su amigo, cumpliendo todos los deberes de caridad. ¿Quién salió jamás de su presencia con mano vacía? Si era rico, recibía de él consejo; si pobre, alivio. Y al tomar sobre sí tantos afanes por descargarme de ellos, no buscaba su propio interés. Como era humildísimo, esperaba que mi reposo sería más útil a la casa que el suyo. Algunas veces, con todo, suplicaba que lo relevasen de su cargo, dándoselo a otro que, a su juicio, lo desempeñase mejor. Pero ¿dónde hallarlo? No tenía a su oficio ninguno de esos apegos desordenados tan ordinarios, sino que lo desempeñaba por pura caridad; siendo quien más que todos trabajaba, era el que menos que todos recibía; y con frecuencia, repartiendo a los demás las cosas necesarias, él se privaba aun de las más indispensables respecto a comida o vestido. Estando ya a punto de morir, como recordaréis, exclamó: "Dios mío, tú sabes que, en cuanto de mí dependió, procuré siempre el retiro, a fin de velar sobre mí mismo y de no ocuparme sino de ti. Mas heme visto enredado en muchos negocios y afanes por temor de desagradarte, por condescender con los deseos de mis hermanos, por cumplir la obediencia, y especialmente llevado del puro amor al que es mi hermano y mi abad juntamente." Así es. Gracias a ti, hermano, por todo el fruto de los trabajos por mí emprendidos a honra y gloria del Señor, si con ellos he conseguido alguno. Ciertamente que, si he podido rendir algún servicio a mis hijos, si he contribuido en alguna manera a sus progresos en la virtud, a ti lo debo todo. Tú cargabas con el cuidado de los negocios temporales, pudiendo yo vivir descansado y ocuparme más santamente en los oficios en que Dios me ha puesto o servir más útilmente en la instrucción de mis hijos. Porque ¿cómo no había de quedar tranquilo interiormente sabiendo que tú obrabas por fuera, pues eras mi mano derecha, la lumbré de mis ojos, mi corazón y mi lengua? Y no cabe duda que esa mano era infatigable, ese ojo sencillo, ese corazón lleno de prudentes consejos, esa lengua erudita y juiciosa, pues, como está escrito, *la boca*

*del justo hablará sabiduría, y su lengua hablará juiciosa-mente* <sup>18</sup>.

7. Mas ¿cómo dije que obraba siempre bien en lo exterior, como si no hubiese yo conocido muy a fondo también su interior o como si hubiera carecido de dones sobrenaturales? Los espirituales que le han conocido saben muy bien qué llenas del Espíritu Santo estaban sus palabras. Saben los que vivían con él que sus costumbres y sus afectos nada tenían que supiera a carne y sangre, sino que ardían enteramente en el fuego del Espíritu Santo. ¿Quién más rígido que él en la estrecha observancia de la disciplina? ¿Quién más riguroso en macerar su cuerpo, más elevado y sublime en la contemplación, más sutil en el razonar? ¿Cuántas veces, al disertar él, aprendí yo cosas que ignoraba, y habiendo venido para instruir, volvía más docto? Ni es de admirar que esto me sucediera a mí, cuando otros varones eminentes en celestial sabiduría testifican haberles sucedido a ellos otro tanto. No sabía de letras, pero tenía un afilado discernimiento, calando lo que no había estudiado; hallábase dotado de inteligencia tan pasmosa, que irradiaba luz por todas partes. Y no era sólo grande en las cosas grandes, sino también en las más pequeñas. ¿Qué es lo que se sustraía a su industria en punto a edificios, al cultivo de tierras o de huertas, a riegos y demás artes y trabajos relacionados con la agricultura? No había aquí artesano a quien no pudiese enseñar algo en su oficio. Nadie superaba en esto la exquisita pericia de Gerardo. Podía dar lecciones en sus respectivos oficios lo mismo a albañiles que a carpinteros, a hortelanos que a jardineros, a zapateros que a tejedores; teniéndole todos a una por el más hábil e ingenioso en todo. Sólo él no creía serlo. Plegue a Dios que otros menos capaces que él no merezcan caiga sobre ellos aquella especie de maldición: *¡Ay de vosotros, que os tenéis por sabios a vuestros ojos!* <sup>19</sup> Los que me escuchan saben cuán cierto es lo que digo y que habría aún mucho que decir. Mas cállome muchas cosas por ser hermano mío y porción de mi sangre. Esto, sin embargo, añado seguro: que en todo me fué útil, y más que todos. El me servía en los asuntos grandes y en los pequeños, en los negocios públicos y en los privados, en el monasterio y fuera del monasterio. Con sobrada razón vivía yo íntimamente adherido a él, pues él lo era todo para mí. No me había casi dejado sino el honor y el nombre de prelado, que las funciones de este oficio él las desempeñaba. Llamábanme abad, mas él lo era en efecto, porque tomaba sobre sí todos los cuidados de este cargo. Bien podía yo descan-

<sup>18</sup> Ps. 36, 30.

<sup>19</sup> Is. 5, 21.



sar en él, porque era la causa de que yo pudiese regalarme en el Señor, predicar más libremente en las ocasiones que se ofrecían, orar con mayor tranquilidad. Por ti, amadísimo hermano, mi espíritu era más libre, mi quietud más placentera, mis palabras más eficaces, mis oraciones más llenas de la unción de la gracia, mis lecturas más frecuentes y sosegadas, más ferviente mi celo.

8. ¡Ay, que me has sido arrebatado, y todo esto contigo! Contigo juntamente se fueron todas mis delicias y todas mis alegrías. Comienzo ya a verme oprimido por los cuidados, ya las molestias me aprietan por todas partes; los disgustos y las angustias están a punto de abatirme al verme solo: esto es todo lo que me has dejado apartándote de mí. Gimo del todo solo, arumado por esas cargas insoportables. Será preciso o que las sacuda o que ellas me aplasten, porque tú has sustraído tus hombros. ¿Quién me hubiera dado morir luego después de ti? Porque morir en vez de ti no lo hubiera querido, ni tampoco privarte a ti de la gloria de que ahora gozas. Mas, por otra parte, el sobrevivir es trabajo y dolor. Viviré, mientras viva, en la amargura y el dolor, y todo mi consuelo será entristecerme y afligirme. No buscaré alivio en mi aflicción ni me sustraeré a la mano del Señor, pues la mano del Señor es la que me ha herido. Sí, a mí me ha alcanzado la pesada mano del Señor, sobre mí ha descargado sus golpes, no sobre él, pues le ha concedido el descanso eterno; y al cortar el hilo de la vida a mi Gerardo, con el mismo golpe me dió a mí la muerte, que de él no me atrevería a decir ha muerto, habiendo sido trasplantado al vergel de la vida. Lo que para él fué la puerta de la vida, para mí lo fué de la muerte, pudiendo de mí decirse que estoy muerto y que él sólo se ha dormido en el ósculo del Señor. Salid, salid pronto, lágrimas mías, pues tanto anheláis correr y derramaros; salid cuanto antes, pues quien os cerraba el paso pasó. Broten cataratas de mi mísera cabeza, salten de mis ojos torrentes de lágrimas que, cual límpida agua, laven las manchas de mis pecados, que han atraído sobre mí la ira de Dios. Cuando el Señor esté satisfecho de mi penitencia, entonces quizá merezca yo también ser consolado; con tal, empero, que me aflija y lllore de veras mis culpas, pues los que lloran serán consolados<sup>20</sup>. Por esto, todas las personas virtuosas usan conmigo de indulgencia, y los espirituales soportan mi sentimiento con espíritu de mansedumbre. Compadézcanse de mi dolor, pero sepan también que éste no procede de un motivo vulgar. Vemos, en efecto, a diario que los muertos lloran a los muertos; muchas lágrimas, y

<sup>20</sup> Mt. 5. 5.

fruto ninguno. No reprendemos el afecto, a menos de ser excesivo, sino que reprendemos la causa de esos llantos. El afecto viene de la naturaleza; la turbación que produce en el alma es pena del pecado; en cambio, la causa de aquellos llantos no es otra que vanidad y pecado, pues de ordinario no se llora sino el daño que la muerte acarrea a una gloria mortal y a las ventajas de la presente vida. Y dignos de ser llorados son los que así lloran. ¿Acaso soy así yo? Semejante es mi afecto, mas otra la causa y disimil la intención. No tengo, ciertamente, querella alguna respecto a las cosas que son del mundo. En aquellas que son de Dios duélome de haber perdido un fiel auxilio, un saludable consejo. Llora a Gerardo: Gerardo es la causa, hermano en la carne, pero próximo en el espíritu, socio en el propósito.

9. Adherida estaba mi alma al alma suya, e hizo de dos una, no la consanguinidad, sino la unanimidad. Cierta que faltaron los lazos de la carne, pero más nos unía el consorcio espiritual, el común sentir de las almas, la conformidad de costumbres. Siendo, pues, como éramos, un solo corazón y una sola alma, una espada atravesó juntamente el alma mía y la suya, y al rasgarlas, media parte la colocó en el cielo y otra media la dejó en el cieno. Yo, yo soy esa misera porción que yace en el lodo, truncada de parte de sí misma, y de la parte principal, y se me dice: “¡No llores!” Se me han arrancado mis entrañas, y se me dice: “¡No lo sientas!” Lo siento, lo siento, aun sin querer, porque no es mi fortaleza fortaleza de piedras, ni de bronce mi carne; lo siento mucho y me duele, y mi dolor está siempre delante de mí. El que me ha herido con esta llaga no tendrá que acusarme de dureza y de insensibilidad, como a aquellos de quienes se dice: *Los azoté y no mostraron sentimiento* <sup>21</sup>. Yo he confesado mi aflicción y no la he negado. Alguno me dirá que es carnal. No niego que sea humana, como no niego tampoco que soy hombre. Si esto no basta, concederé de buena gana que es carnal, pues yo soy también de carne y hueso, esclavo del pecado, destinado a la muerte y expuesto a muchas penas y miserias. No soy insensible al mal, lo confieso. Horrorízame mi muerte y la de los míos. Mi Gerardo era ciertamente de los míos, y de una manera especial. ¿Cómo? ¿No era de los míos, no me pertenecía aquel que era hermano mío por la sangre, hijo mío por la profesión, padre mío por el cuidado que de mí tenía, compañero mío por la uniformidad de nuestros deseos y mi cordial amigo por la íntima unión de nuestras voluntades? ¿Cómo, pues, no he de sentir su partida? La siento de veras, la deploro, queda con ella herido mi corazón, profundamente lacerado.

<sup>21</sup> Jer. 5, 3.

10. Perdonadme, hijos; o más bien, si sois hijos, lamentad la desgracia de vuestro padre. Compadeceos de mí, compadeceos de mí siquiera vosotros, mis amigos, viendo cuán profunda es la llaga que he recibido de la mano de Dios por mis pecados. El me ha azotado con la vara de su indignación, justamente por cierto, si se considera lo que merezco, pero rigurosamente si se mira las pocas fuerzas que tengo. ¿Quién puede decir que es para mí suplicio liviano vivir sin mi querido Gerardo, sino aquel que no sepa nuestra mutua unión? Mas no me quiero oponer a la voluntad de Dios; no quiero censurar en lo más mínimo una sentencia que ha dado a cada cual según su mérito: a Gerardo la corona merecida, a mí las penas debidas. ¿Sería justo o sensato que pusiera yo reparos a esta sentencia porque experimento vivamente el suplicio que me ocasiona? Sentir el mal que se padece es conforme a naturaleza; murmurar de ello es detestable impiedad. Es natural en el hombre, y aun necesario, no ser indiferente para con sus amigos, alegrarse con su presencia y sentir su ausencia. La convivencia y la sociedad no es ociosa, sobre todo entre amigos; el horror a la separación y el dolor sentido cuando ésta sobreviene es testimonio de lo que el amor recíproco ha obrado en los que vivían juntos. Duéleme de tu tránsito, carísimo Gerardo, no porque éste sea digno de lástima, sino porque te han arrancado de mi lado; por lo cual quizá fuera más conforme y razonable dolerme de mí mismo, al verme forzado a beber este cáliz de amargura, y a beberlo yo solo, pues tú no puedes aplicar a él tus labios. Sólo yo padezco lo que suelen padecer juntos los que se aman al haber de separarse.

11. ¡Ojalá no te haya perdido del todo, sino que sólo te haya enviado delante de mí! ¡Ojalá que algún día me sea dado seguirte, aunque de lejos, adondequiera que vayas, porque no dudo de que te has ido a asociarte a aquellos a quienes invitabas a cantar las alabanzas de Dios la noche misma de tu muerte, cuando con semblante sereno y voz jubilosa entonaste súbitamente, con pasmo de todos, aquel versículo del salmista: *Alabad al Señor los de los cielos; alabadle los de las alturas*<sup>22</sup>. A media noche clareaba ya para ti el día, hermano mío; pues la noche se había convertido para ti en claro día. Sin duda, aquella noche iluminó tu alma, inundándola de inefables delicias. Fuí llamado al punto para que viera a un hombre alegre en las cercanías de la muerte, a la cual parecía insultar antes que temer. ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijón? Tú no tienes ya para él aguijón, sino más bien encantos. ¡Un hombre que muere cantando y canta muriendo! Se te mira

<sup>22</sup> Ps. 148, 1.

como objeto de alegría a ti, madre de la tristeza; como motivo de gloria, a ti, enemiga declarada de la gloria; como puerta del cielo y de la salvación, a ti, puerta del infierno y la sima de la perdición. ¡Y el que así te mira es un hombre frágil y pecador! Ciertamente que bien mereces se te trate así, por haber sido tan temeraria, que osaste usurpar un poder injusto sobre el Hombre justo e inocente, sobre el mismo Hijo de Dios, Jesucristo, Señor nuestro. ¡Oh muerte! Tú quedaste muerta al tragar incautamente el anzuelo que perforó tus entrañas de parte a parte, pudiendo exclamar triunfante el profeta: *¡Oh muerte! Yo seré tu muerte; seré tu mordisco, ¡oh infierno!*<sup>23</sup> Habiendo sido, repito, perforada con ese anzuelo, los fieles a quienes tú engulles hallan en tus flancos abierta la puerta de acceso a la vía ancha y hermosa para la verdadera vida. Gerardo no te teme, porque no eres sino un fantasma, una quimera. Gerardo pasa a la celeste patria por entre tus fauces, no solamente seguro, alegre, sino alabando a Dios. Después de haber llegado para presenciar aquel espectáculo, y de haber él en mi presencia terminado en alta voz el último versículo del salmo que había comenzado, levantando las manos al cielo, exclamó: *¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!*<sup>24</sup>, y repitiendo muchas veces estas palabras: *¡Padre, Padre!*, volvióse hacia mí con alegre semblante y díjome: “¡Oh qué grande es la bondad de Dios en querer ser Padre de los hombres, y cuán excelsa la gloria de los hombres en ser hijos y herederos de tal Padre! Pues, si son sus hijos, serán también sus herederos”. Así cantaba aquel a quien nosotros llorábamos; y confieso que casi troco mis llantos en cánticos de alegría cuando me paro a contemplar la gloria de que goza, olvidando casi del todo mi propia miseria.

12. Pero ¡ay!, que un agudo dolor me devuelve a mí mismo y una amarga tristeza me retrae de ese espectáculo tan sereno y placentero, cual si despertase de leve sueño. Lloraré, pues, pero sobre mí; porque sobre él, la razón me lo prohíbe. Efectivamente, creo que, si fuera del caso, nos diría a estas horas: No lloréis sobre mí, sino sobre vosotros. Con mucha razón lloró David sobre su hijo parricida<sup>25</sup>, sabiendo que por la enormidad de su crimen jamás saldría del seno de la muerte. Con razón también lloró por Saúl y Jonatás<sup>26</sup>, no esperándose tampoco que, una vez absorbidos, emergiesen de nuevo. Y cierto resucitarán, mas no a la vida; o, si a la vida, para que más infelizmente estén vivos en la muerte. Verdad es que de Jonatás puede con razón du-

<sup>23</sup> Os. 13, 14.

<sup>24</sup> Lc. 23, 46.

<sup>25</sup> 2 Reg. 19, 1.

<sup>26</sup> 2 Reg. 1, 17.



darse si se condenó <sup>27</sup>. Mas si yo no tengo el mismo motivo de llorar, no me faltan otros y muy poderosos. Lloro primeramente por mi propia llaga y por la falta que él hace a este monasterio; lloro por las necesidades de los pobres, de quienes Gerardo era el padre; lloro por toda nuestra Orden y nuestro Instituto, que no salía poco aventajado, querido hermano, con tu celo, tus consejos y tus ejemplos. Lloro, en fin, si no sobre vosotros, a lo menos por causa de vosotros. Esto es, sin duda, esto es lo que más me lastima y aflige: el tierno amor que le profesaba. Y nadie me importune con decirme que no debería afligirme así. Bueno era Samuel, y no dejaron de afligirle las desgracias que sobrevinieron a un rey reprobado por Dios <sup>28</sup>; y David hizo lo propio tratándose de su hijo parricida, y todo ello sin detrimento alguno de su fe ni asomos de murmuración contra la divina Providencia. *¡Absalón, hijo mío*, decía el santo rey David, *hijo mío, Absalón!* <sup>29</sup> Y mi querido hermano, ¿no es mucho más que Absalón? El Salvador también, mirando la ciudad de Jerusalén y previendo su ruina, *lloró sobre ella* <sup>30</sup>. Y ¿yo no sentiré mi propia calamidad, y calamidad todavía tan reciente? ¿No me lamentaré de una herida tan nueva y tan profunda? ¿Lloró El compartiendo los sufrimientos de otros, y yo no me atreveré a llorar por los míos? Cuando El estaba en pie delante del sepulcro de Lázaro, no reprendió a los que lloraban ni les prohibió llorar, sino que mezcló sus lágrimas con las de ellos. *Y Jesús lloró* <sup>31</sup>, dice la Escritura. Estas lágrimas fueron ciertamente testimonio de la verdad de la naturaleza humana y no indicios de su desconfianza, cuando al imperio de su voz salió el muerto al punto del sepulcro; para que comprendamos que el afecto que hace correr las lágrimas no es contrario a la fe.

13. Tampoco nuestras lágrimas son signo de infidelidad, sino testimonio de nuestra condición natural; pues aunque, herido, lloro, no quiere ello decir que acuso al que me hirió, sino que procuro atraer sobre mí su misericordia y aplacar su severidad. Por esto, aunque mis palabras rebosan dolor, no asoma en ellas siquiera la queja. ¿Acaso no he probado repetidas veces que Dios es infinitamente justo, y con una misma justísima sentencia el uno ha sido castigado y el otro premiado, cada cual según sus méritos? Ahora lo repito. El Señor, tan bueno como justo, ha obrado con suma equidad en esta dispensación. Por esto alabaré, Señor, tu misericordia y tu rigor. Bendigante las misericordias con tu siervo Gerardo, y bendígate también el rigor contra mí. En lo uno

<sup>27</sup> San Bernardo parece dudar de la salvación de Jonatás. No obstante, muchos Santos Padres la dan como cierta.

<sup>28</sup> 1 Reg. 16, 1.

<sup>30</sup> Lc. 19, 41.

<sup>29</sup> 2 Reg. 18, 33.

<sup>31</sup> Io. 11, 35.

mereces ser loado por tu bondad y en lo otro por tu justicia; pues muy justo es alabarte por estos dos atributos. Justo eres, Señor, y rectos son tus juicios <sup>32</sup>. Nos diste a Gerardo y nos quitaste a Gerardo; y si bien nos duele el que nos le hayas quitado, no por eso nos hemos olvidado de que nos le diste, y te damos gracias por habérsenosle concedido, no queriendo carecer de él en tanto en cuanto no conviene.

14. Recuerdo, Señor, mi pacto y tu miseración, para que seas justificado en tus palabras y venzas cuando se te juzgue. Estando el año pasado en Viterbo <sup>33</sup> por la causa de la Iglesia, cayó enfermo mi hermano Gerardo, agravándose su mal de manera que parecía que el Señor se lo iba a llevar al cielo. Este contratiempo me turbó sobremanera, pues no podía resolverme a dejar en tierra extraña al compañero de mi viaje, y compañero como él. Deseaba devolverle a todo trance a aquellos que me lo habían confiado, porque era amado de todos y sumamente amable. En tales angustias púseme a orar con lágrimas y gemidos. Aguarda, Señor, dije, si te place, hasta nuestro regreso. Una vez devuelto a sus amigos, quítale del mundo, si quieres, que yo no me lamentaré de eso. Y me oíste, Señor. Tú le devolviste la salud. Terminamos felizmente la obra que nos habías encargado, y regresamos con alegría a este santo monasterio, travendo con nosotros los hermosos frutos de la paz. Me había casi olvidado del convenio que hice contigo; pero tú bien presente lo has tenido. Avergüénzome de mis sollozos, que me arguyen de prevaricación. ¿Qué más? Has reclamado tu depósito, has vuelto a tomar lo que era tuyo. Se imponen a mis palabras las lágrimas. Señor, si te place, pon fin y moderación a éstas.

## 27 DEL ORNATO DE LA ESPOSA Y EN QUÉ SENTIDO EL ALMA SANTA ES LLAMADA CIELO \*

1. Habiendo rendido los deberes de humanidad a nuestro amigo, que vovió a su patria, vuelvo, hermanos, al tema cuya explanación interrumpí el otro día, pues no fuera decoroso llorar ya más tiempo a quien nada en un océano de alegría, y sería además inoportuno turbar con mis lágrimas el gozo de aquel que está sentado ya al banquete. Y si bien es cierto que llorándole a él lloramos nuestra propia desgracia, hemos de moderarnos en esto, a fin de que no parezca

<sup>32</sup> Ps. 118, 137.

<sup>33</sup> Dos veces estuvo San Bernardo en Viterbo, una en 1133 (véase carta 151), otra en 1137, a la cual alude en este pasaje.

\* PL 183, 912.

que nuestro dolor procede no tanto del amor que le teníamos, cuanto de las ventajas de que su pérdida nos ha privado. Temple la felicidad de Gerardo el exceso de nuestra tristeza y el pensar que está con Dios sirva para hacernos sufrir con más paciencia el que no esté ya con nosotros. Confiando, pues, en vuestras oraciones, me propongo sacar a luz, en cuanto pueda, todo lo que creo está escondido bajo las tiendas a las que se compara la hermosura de la Esposa. Esto, si recordáis, fué tocado, mas quedó sin discutir. Pues bien: discutido ya y declarado cómo *es negra como las tiendas de Cedar*, ¿en qué sentido es hermosa *como los pabellones de Salomón*?<sup>1</sup> No parece sino que Salomón, en toda su gloria, no hubiera tenido nada digno de la hermosura de la Esposa y de la magnificencia de sus galas. Ciertó que, si dijéramos que esos viues pabellones significan más bien la negrura que la hermosura de la Esposa, quizá fuera más exacto, y no nos faltarían razones para probarlo, como veremos en seguida; pero comparar unos pabellones, por bellos y soberbios que los supongamos, al esplendor brillante de la Esposa, sin duda tendremos harta necesidad del auxilio de Aquel a cuya puerta habéis llamado, a fin de poder dignamente esclarecer tan hondo misterio. Porque entre todas las hermosuras, aun las más cumplidas, que pueden percibir los sentidos, ¿cuál es la que no parece vil y deforme comparada con la belleza interior del alma santa? ¿Qué hay, repito, ni puede haber en las bellezas de este mundo fugitivo que igualar pueda la excelencia y encantos de un alma despojada de la vetustez del hombre terreno, del alma adornada de virtudes como de ricas joyas, que es más pura y elevada que el firmamento y más refulgente que el mismo sol? Pues si deseáis saber a qué pabellones se gloria la Esposa de ser semejante su hermosura, no os fijéis para nada en los del Salomón terreno.

2. ¿Qué quiso, pues, significar al decir: *Soy hermosa como los pabellones de Salomón*? Creería que encierran estas palabras un misterio hondísimo, si en vez de apropiárselas a Salomón, rey de Israel, las aplicamos a Aquel que de sí mismo dijo: *Aquí tenéis al que es más que Salomón*<sup>2</sup>. Ciertó, éste es mi verdadero Salomón, el cual no sólo es *pacífico*, que es lo que Salomón significa, sino que se le llama la paz misma, diciendo Pablo: *El es nuestra paz*<sup>3</sup>. Ahora bien, en casa de este Salomón podremos hallar, sin duda, algo digno de compararse con la hermosura de la Esposa. Notad ante todo lo que dice el salmista refiriéndose a los pabellones de este divino Salomón: *Extendiste los cielos como*

<sup>1</sup> Cant. 1, 4

<sup>2</sup> Mt. 12, 42.

<sup>3</sup> Eph. 2, 14.

un pabellón <sup>4</sup>. Claro que Salomón, aunque muy sabio y muy poderoso, no extendió los cielos como una piel, pues esto sólo le es dado realizarlo a Aquel que es la misma grandeza, poder y sabiduría. El fue quien extendió los cielos y los creó. De este Salomón, y no de aquél, dice: *Cuando El, o sea el Padre Eterno, extendía los cielos, estaba yo presente*. Presente, sin duda, estaba, con su infinito poder y sabiduría; mas no creáis que estuviera allí como mero espectador contemplando lo que otro hace; no, no era espectador, sino activísimo y sapientísimo hacedor, como bien se ve por lo que se añade un poco más abajo: *Con El estaba*, dice el sagrado texto, *componiendo todas las cosas* <sup>5</sup>. ¿Acaso no es esta misma Sabiduría increada la que dice de si misma: *Todo lo que el Padre hace, hácelo igualmente el Hijo?* <sup>6</sup> Por lo tanto, El es también quien ha extendido los cielos como inmensa tienda de campaña. Bellísima tienda, por cierto; sublime pabellón que, cubriendo toda la faz de la tierra, alegra los ojos de los hombres con el resplandor y la variedad de sus lumbreras, del sol, luna y estrellas. ¿Qué cosa más bella que esta tienda? ¿Qué hay más adornado que el cielo? Mas aun así no merece compararse con el esplendor y hermosura de la Esposa, por cuanto toda esa grandeza y esplendor de los cielos es corporal y transitoria; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas <sup>7</sup>.

3. Pero tiene la Esposa cierta hermosura racional y efigie espiritual, por ser ella imagen de la eternidad. La hermosura de la Esposa, en efecto, consiste en la caridad; y la *caridad*, como sabemos, *nunca fenece* <sup>8</sup>. Consiste también en la justicia, y la *justicia*, dice el profeta, *permanecerá eternamente* <sup>9</sup>. Consiste igualmente en la paciencia, y leemos que *la paciencia de los pobres no perecerá jamás* <sup>10</sup>. ¿Qué diré de la pobreza voluntaria y de la humildad? ¿No tiene la una por recompensa un reino eterno <sup>11</sup>, y la otra una gloria interminable? <sup>12</sup> Asimismo, el temor del Señor, que concurre a la hermosura de la Esposa, es santo y subsiste por los siglos de los siglos <sup>13</sup>. Lo mismo la prudencia, la templanza, la fortaleza y todas las demás virtudes. ¿No son ellas como otras tantas perlas que adornan a la Esposa y que brillan con fulgores inmortales? Digo inmortales porque forman la sede y fundamento de la perpetuidad. Pues no hay para el alma paso a la vida inmortal y feliz si ésta no tiende el puente de las virtudes que unan tiempo con

<sup>4</sup> Ps. 103, 2.

<sup>5</sup> Prov. 8, 27. 30.

<sup>6</sup> Io. 5, 19.

<sup>7</sup> 2 Cor. 4, 18.

<sup>8</sup> 1 Cor. 13, 8.

<sup>9</sup> Ps. 111, 3.

<sup>10</sup> Ps. 9, 19.

<sup>11</sup> Mt. 5, 3.

<sup>12</sup> Lc. 14, 11.

<sup>13</sup> Ps. 118, 10.



eternidad. Esto fué lo que le hizo decir al profeta hablando con Dios, el que por cierto es la vida bienaventurada: *La justicia y la equidad, Señor, son la base de tu trono*<sup>14</sup>; y el Apóstol dice: *Jesucristo habita en nuestros corazones* no por cualquier vía, sino expresamente dice *por la fe*<sup>15</sup>. Cuando el Señor quiso sentarse sobre el pollino al ir a Jerusalén, tendieron los discípulos sus vestidos por el suelo a fin de que pasara por encima de ellos<sup>16</sup>, indicando que el Salvador, o sea la salvación, no puede apoyarse en el alma desnuda, o sea desprovista de la doctrina y de las virtudes de los apóstoles. Por eso la Iglesia, que tiene a favor suyo la promesa de la felicidad futura, pone sumo cuidado en ataviarse y engalanarse con vestido de brocado de oro, recamado de toda clase de piedras preciosas<sup>17</sup>, que son las diversas virtudes, a fin de ser hallada digna y capaz de la plenitud de la gracia.

4. ¿Cómo podría, pues, compararse la belleza de este cielo visible y corpóreo, aunque, por otra parte, tan hermoso en su género y tan adornado con tanta variedad de rutilantes astros que en él brillan, cómo podría compararse, repito, con ese conjunto de bellezas espirituales que resplandecen en el hermosísimo manto de santidad con que el Señor ha revestido a su Esposa? Pero además hay lo que el profeta llama cielo de los cielos, cuando dice: *Cantad alabanzas a Dios, load al Señor con salmos, entonad cánticos en su loor, pues se elevó al cielo de los cielos*, o sea a lo más alto de los cielos, *hacia el Oriente*<sup>18</sup>. Ahora bien, este cielo de los cielos es intelectual y espiritual; y Aquel que con su sabiduría creó los cielos<sup>19</sup>, creó también éste y lo puso como estancia suya para siempre, y es el lugar donde El habita. Pues entonces no creáis que el amor de la Esposa se contente con menos que con subir a ese cielo, donde sabe que habita su Amado; porque donde está su tesoro, allí está su corazón<sup>20</sup>. Envidia a los que ya contemplan la faz soberana de Dios, por la cual suspira, y no pudiendo aún asociarse a ellos en su vista bienaventurada, trata de conformar su vida con la suya, clamando más bien con sus virtudes que con el sonido de su voz: *Señor, amo la hermosura de tu casa y el lugar donde tu gloria habita*<sup>21</sup>.

5. Creo no ser nada indigno de sí el aspirar a reproducir en sí ese cielo ni el compararse con él. Es como un inmenso pabellón, no por su extensión material, sino por las grandes aspiraciones y afectos de las almas que en él moran. Vense en él obras admirables en riqueza y variedad,

<sup>14</sup> Ps. 88, 15.<sup>15</sup> Eph. 3, 17.<sup>16</sup> Mt. 21, 7, 8.<sup>17</sup> Ps. 44, 19.<sup>18</sup> Ps. 67, 33, 34.<sup>19</sup> Ps. 135, 5.<sup>20</sup> Mt. 6, 21.<sup>21</sup> Ps. 25, 8.

no de colores, sino de bienaventuranzas, por razón de los diversos grados de gloria de que gozan sus moradores; porque Dios a unos los ha constituido ángeles; a otros, arcángeles; a otros, virtudes, dominaciones, principados, potestades, tronos, querubines y serafines. Tales son las estrellas que adornan ese cielo, tales las pinturas que hermosean esa sublime tienda. Esta es una de las tiendas de mi Salomón, sin duda la principal de todas por la exquisita variedad y preciosidad de su ornato y la diversidad de los estados de su gloria. Pues bien, esa inmensa tienda encierra en sí otras muchísimas que pertenecen al mismo Salomón; porque cada bienaventurado y cada santo es como una tienda de este Rey. La dulzura y la caridad que ellos poseen los extiende y dilata, por decirlo así, de tal modo, que llegan hasta nosotros, y lejos de mostrarse celosos de su gloria, desean ardentemente que nosotros la alcancemos. Más aún, algunos de ellos no se desdennan por este motivo de permanecer con nosotros, de estar continuamente junto a nosotros y encargarse de la custodia de nuestra alma. Tales son los ángeles, espíritus purísimos que hacen el oficio de ministros enviados de Dios para ejercer su ministerio en favor de los que han de ser los herederos de la salud y participar un día de la felicidad eterna<sup>22</sup>. Ahora bien, así como esa ingente multitud de bienaventurados, en su conjunto, es llamada *cielo del cielo*, así los que la componen son llamados cada uno *cielo de los cielos*, porque, en efecto, todos ellos son cielos, y de cada uno de ellos se dice: *Extendiste el cielo como un pabellón*<sup>23</sup>. Supongo que con lo dicho entenderéis ya cuáles son esas tiendas o pabellones de cuya semejanza se gloria la Esposa y a qué Salomón pertenecen.

6. Mirad ahora ya la gloria de aquella que se compara al cielo, y a un cielo tanto más glorioso cuanto más divino. Con toda razón y justicia pretende la Esposa asemejarse al cielo, pues de allí procede. Porque si a causa del cuerpo, que tiene de la tierra, se compara a las tiendas de Cedar, ¿por qué no ha de gloriarse también de ser semejante al cielo, siendo su alma originaria del cielo, especialmente dando su vida testimonio de su origen y de la dignidad de su naturaleza y de su patria? Adora a un solo Dios y le rinde sus homenajes, como los ángeles; ama como ellos a Cristo sobre todas las cosas; es casta como ellos, y lo es en carne de pecado y en cuerpo frágil, en lo cual los aventaja; y, en fin, busca y saborea lo del cielo, no lo de la tierra. ¿Qué señal más certera cabe de su origen celestial que la de conservar esta semejanza tan perfecta con los espíritus angélicos en región tan distinta de la suya? ¿Qué prueba más

<sup>22</sup> Hebr. I, 14.

<sup>23</sup> Ps. 103, 2.

convinciente cabe aducir que la de llevar una vida angelical en este misero destierro y morando en cuerpo casi bestial? Todo esto son exquisiteces realizadas por una potencia celeste, y no efecto de la flaqueza humana: haciéndonos ver claro que un alma capaz de llevar a cabo tales prodigios de virtud trae verdaderamente su origen del cielo. Oye, sin embargo, más claro: *Vi, dice, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo por la mano de Dios, compuesta como novia engalanada para su Esposo. Y añadió: Y oí una potente voz que salía del trono, y decía: Ved ahí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y El habitará con ellos* <sup>24</sup>. ¿Para qué? ¿Para escogerse una Esposa entre los hombres? ¿Cosa extraña! Venía en busca de Esposa y no venía sin Esposa. Buscaba Esposa, y traíala consigo. ¿Acaso tenía dos Esposas? No; pues como El dice: *Única es mi paloma*. Mas, así como de distintos rebaños de ovejas quiso hacer uno solo, a fin de que no haya sino un rebaño y un Pastor <sup>25</sup>, así también, teniendo desde el principio del mundo una Esposa que le estaba estrechamente unida, o sea la multitud de sus ángeles, plúgole juntar una Iglesia, sacada de los hombres, y juntarla a la celestial, a fin de que no haya sino un Esposo y una Esposa. La del cielo, pues, ha sido perfeccionada, no multiplicada por la conjunción de esta última; por donde reconoce que ella es de quien se dice: *Una es mi perfecta* <sup>26</sup>. Ahora bien, la conformidad es la que hace una, ahora en parecida devoción y luego en pareja gloria.

7. Tienes, pues, que entrambos vienen del cielo: el Esposo, o sea Jesús, y la Esposa, Jerusalén. Y Aquél, para ser visto, anonadóse a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres y revistiéndose de la naturaleza humana <sup>27</sup>. Mas ¿en qué pensáis que fué vista la Esposa al descender del cielo? ¿Creéis acaso que fué en medio de un coro de ángeles, de aquellos ángeles que el apóstol San Juan vió *descender y ascender sobre el Hijo del hombre*? <sup>28</sup> Mejor diríamos que el Santo vió a la Esposa cuando vió al Verbo revestido de carne, reconociendo así a dos en una misma carne. Porque luego que el divino Emanuel hubo traído a la tierra las normas de una disciplina celestial, luego que nos hubo mostrado en sí mismo la imagen visible y el esplendor de la gloria de esa Jerusalén celeste, que es nuestra Madre, ¿qué otra cosa hemos visto, sino a la Esposa en el Esposo, admirando en un solo y mismo Señor de la gloria así al Esposo adornado de su corona como a la Esposa ataviada de sus perlas y collares? El es,

<sup>24</sup> Apoc. 21, 2, 3.

<sup>25</sup> Io. 10, 16.

<sup>26</sup> Cant. 6, 8.

<sup>27</sup> Phil. 2, 17.

<sup>28</sup> Io. 1, 51.

pues, quien descendió y El mismo quien ascendió; porque ninguno sube al cielo sino Aquel que descendió de él; éste es un solo y mismo Señor, Esposo en la cabeza, al par que Esposa en el cuerpo de la Iglesia. Y no en vano este hombre celestial apareció en la tierra, pues hizo celestiales a muchos antes terrenales; estando bien justificado aquello del Apóstol: *Así como El, o sea Cristo, es celestial, celestiales son también sus hijos*<sup>29</sup>. Desde entonces vívese en la tierra una vida semejante a la de los espíritus celestiales; porque, a imitación de las criaturas celestes y bienaventuradas, esa nueva reina de Sabá, que es la Iglesia, habiendo venido de los confines de la tierra para oír la sabiduría del divino Salomón, se adhirió a El con castísimos amores; y si bien es verdad que todavía no está del todo unida con El, vive íntimamente desposada con El en fe, según la promesa anunciada por Dios por uno de sus profetas. *Te desposaré conmigo en la justicia y el juicio y en la misericordia y conmiseración, y te desposaré conmigo en fe*<sup>30</sup>. De ahí que la Esposa se afane por conformarse a este divino ejemplar bajado del cielo, aprendiendo de El a ser modesta y sobria, a ser casta y santa, paciente y compasiva, mansa y humilde de corazón. Y por medio de estas virtudes se esfuerza, a pesar de hallarse aún apartada de El, en agradar a Aquel en quien desean mirarse los ángeles sin cesar, a fin de que, viviendo abrasada de este mismo deseo que inflama a aquellos espíritus bienaventurados, haga conocer a todos que es conciudadana de los santos y de la casa de Dios, que es su Amada y su Esposa.

8. Creo yo que toda alma que es tal puede con todo derecho ser llamada no solamente celestial, por causa de su origen, sino el cielo mismo, por razón de su semejanza con los moradores del cielo, pues con su conducta manifiesta claramente que trae su origen de los cielos, estando su trato del todo en los cielos. Luego un alma santa es un cielo; y *el sol* de este cielo es la inteligencia; *la luna*, la fe; y *los astros*, las virtudes. O bien, el sol es su amor a la justicia y su ardiente caridad, y la luna es la continencia. Porque, así como se dice que la luna no tiene luz propia, sino que la recibe del sol, así también la continencia no tiene mérito sino por la caridad y la justicia. Y por esto dice el Sabio: *¡Oh cuán bella es la generación casta que junta la continencia a la caridad!*<sup>31</sup> Acerca de las estrellas de este cielo no me pesa haber dicho que éstas son las virtudes, cuando considero la conveniencia y armonía que entre todas reina. Porque, así como las estrellas lucen de noche y

<sup>29</sup> I Cor. 15, 48.

<sup>30</sup> Os. 2, 19.

<sup>31</sup> Sap. 4, 1.



están ocultas de día, así la verdadera virtud, que muchas veces no aparece mientras la prosperidad, resplandece en la adversidad. Es prudencia esconderla en la una y es necesidad mostrarla en la otra. La virtud, pues, es un astro, y el hombre virtuoso un cielo; a no ser que acaso haya aquí alguno que crea que cuando Dios ha dicho por el profeta: *El cielo es mi trono* <sup>32</sup>, se ha de entender esto del cielo visible, que rueda sobre nuestras cabezas, y no de aquel del que la Escritura habla en otra parte más claramente, cuando dice que *el alma del justo es trono de la sabiduría* <sup>33</sup>. Mas el que haya aprendido del Salvador que Dios es Espíritu y que ha de ser adorado en espíritu <sup>34</sup>, no durará en asignarle este espíritu como trono. Lo hago muy resueltamente, y no sólo tratándose del espíritu del hombre justo, sino también del de la naturaleza angélica. Y lo que más me confirma en esta opinión es aquella promesa fiel del Hijo de Dios: *Cualquiera, dice, que me ama, observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión dentro de él* <sup>35</sup>. Creo asimismo que el profeta no quiso hablar de otro cielo que de éste cuando dijo: *Tú, Señor, que eres la gloria de Israel, moras en el hombre santo* <sup>36</sup>. Y el Apóstol claramente dice que *Cristo habita por la fe en nuestros corazones* <sup>37</sup>.

9. Y no es extraño que el Señor Jesús habite gustoso en este cielo, no habiéndolo criado como a los otros con una sola palabra, sino tras de lucha y combate por adquirirlo y habiendo muerto por rescatarlo. Por esto, conquistado ya según sus deseos, después de muchos trabajos, dice: *Este es para siempre el lugar de mi descanso; aquí habitaré, porque lo he elegido* <sup>38</sup>. Dichosa el alma a quien dice el Señor: *Ven, elegida mía, y pondré en ti mi trono. ¿Por qué te entristeces, alma mía, y por qué me conturbas? ¿Acaso podrás disponer en tu interior un lugar apropiado para Dios? Mas ¿qué lugar se podrá encontrar en ti capaz de gloria tan grande y suficiente para recibir a tan excesa Majestad? ¡Ojalá fuese siquiera digno de adorar la peana de sus pies! ¡Quién me concediera la gracia de poder seguir las huellas de un alma santa elegida por El para hacer de ella su mansión! Mas si El se dignase derramar en mí el*

<sup>32</sup> Is. 66, 1.

<sup>33</sup> Frecuentemente cita San Bernardo esta sentencia como de la Sagrada Escritura (cf. *Serm. 1 de la Purificación*, n. 4; *Serm. 5 en el domingo primero de noviembre*, n. 5). La citan también San Agustín (*Enarrat. in Ps. 46*, v. 6) y San Gregorio Magno (*Moral.*, 29, c. 15). Sin embargo, no se encuentra en las mejores concordancias de la Biblia.

<sup>34</sup> Io. 4, 24.

<sup>35</sup> Io. 14, 23.

<sup>36</sup> Ps. 21, 24.

<sup>37</sup> Eph. 3, 17.

<sup>38</sup> Ps. 131, 14.

óleo de su misericordia y dilatar mi alma como una de esas telas que se extienden más y más cuando se las unta con aceite, de suerte que pudiera decir: *Corrí gozoso por el camino de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón* <sup>39</sup>, entonces quizá podría mostrarle en mi interior una sala amplia y bien adornada, a fin de poder en ella sentarse a la mesa con sus discípulos, o al menos un lugar apropiado para reclinar su cabeza. Verdad que admiro de lejos a esas dichosas almas a quienes se ha dicho: *Habitaré dentro de ellas y en medio de ellas andaré* <sup>40</sup>.

10. ¡Oh cuánta dilatación la de esa alma! ¡Cuánta también la prerrogativa de sus méritos! ¡Pues ha sido hallada digna de recibir en sí la presencia divina y es capaz de contenerla! Mas ¿qué diré de aquella que tiene, además, como espacios espirituales y paseos donde la Divina Majestad puede obrar sin trabas? Ciertamente que esa alma no se ocupa para nada de los negocios del mundo ni se enreda con los cuidados del siglo; no es esclava de los deleites ni de los placeres sensuales; no se deja llevar de la curiosidad de saber, ni desea mandar a otros, ni se enorgullece con la superioridad. Es preciso que el alma esté del todo exenta de todos estos vicios, para hacerse asilo y mansión de Dios, que si no, ¿cómo podría contemplar en quietud su esencia y sus infinitas perfecciones? Ha de estar, además, libre de todo odio, de toda envidia y de toda acrimonia, por cuanto *la Sabiduría no entrará en un alma malévola* <sup>41</sup>. Además, ha de crecer y dilatarse, a fin de hacerse capaz de recibir a Dios. Esta dilatación es obra de la caridad, según aquello del Apóstol: *La caridad ensanche vuestros corazones* <sup>42</sup>; porque si bien el alma, a fuer de espiritual, no es susceptible de dilatación material, la gracia le concede lo que la naturaleza le niega. Ella crece y se dilata, pero de una manera espiritual: crece no en sustancia, sino en virtud; crece también en gloria, para servir de templo santo al Señor; crece, en fin, y adelanta hasta la perfección del varón perfecto, *hasta alcanzar la medida de la edad perfecta, según la cual Cristo se ha de formar en ella* <sup>43</sup>. Así que la grandeza del alma se mide por la de su caridad; y la que mucha caridad posea será grande; la que poca, será pequeña; y la que ninguna, será nada; pues como dice el Apóstol: *Si no tengo caridad, nada soy* <sup>44</sup>. Y si sólo tiene atisbos de caridad, de suerte que únicamente ama a los que la aman y saluda a los que la saludan, muy mezquina es entonces su caridad, pues se limita a cumplir los deberes del mutuo respeto y deferencia que impone el trato social. Re-

<sup>39</sup> Ps. 118, 32.

<sup>40</sup> 2 Cor. 6, 16.

<sup>41</sup> Sap. 1, 4.

<sup>42</sup> 2 Cor. 6, 13.

<sup>43</sup> Eph. 4, 13.

<sup>44</sup> 1 Cor. 13, 3.

firiéndose a esa clase de caridad, dice el Salvador: *¿Acaso no hacen también esto los paganos?*<sup>45</sup> Por tanto, el alma que hasta tal punto limita su caridad, no podríamos decir que la posee dilatada, ni grande, ni siquiera mediana, sino sumamente exigua y raquítica.

11. Mas si el alma crece y se agranda, de suerte que, traspassando los límites de ese amor mezquino, se lanza resuelta y con libertad de espíritu por la senda amplia y desembarazada de la bondad y caridad gratuita; si difunde los copiosos raudales de esa bondad y caridad sobre todos sus hermanos, amando a cada uno de ellos como a sí misma e ama, podrá decirsele con razón: *¿Qué haces más que los gentiles?*, ya que tan amplia se ha hecho a sí misma. Sí; amplio seno de caridad llena, la que a todos abraza, aun a aquellos con quienes no tiene lazo alguno de parentesco, aun aquellos de quienes no se espera ventaja alguna y a quienes nada debe, sino aquello que dice el Apóstol: *No tengáis otra deuda con nadie que la del amor mutuo*<sup>46</sup>. Pero si el alma, gozosa de invadir por completo y hasta en sus últimos confines el reino de la caridad, dilata los senos de su corazón para introducir en él a sus mismos enemigos, aun los más rabiosos, haciendo bien a los mismos que la odian, orando por los que la persiguen y calumnian y procurando conservar la paz con los contrarios a la paz, entonces habrá, sin duda, proporción entre la longura, la altura y la hermosura del cielo, y la longura, la altura y la hermosura de esa alma. Entonces se habrá cumplido a la letra la verdad de estas palabras: *Extendiste los cielos como un pabellón*<sup>47</sup>. Entonces, repito, aquel Señor, cuya grandeza, inmensidad y gloria son infinitas, no sólo se dignará habitar, sino que se pasará gustoso por ese cielo tan anchuroso, tan sublime, tan hermoso.

12. ¿No ves qué cielos tiene en sí la Iglesia, sin dejar de ser ella misma en toda su universalidad como un gran cielo, que se extiende de mar a mar y desde el río hasta los últimos confines del orbe de la tierra? Considera, por tanto, a quién la podrás comparar en esto, sobre todo si no has olvidado lo que ha poco dijimos tocante *al cielo de los cielos*<sup>48</sup>. Nuestra Madre, pues, que mora todavía en el lugar del destierro, a imitación de la celestial Jerusalén, tiene sus cielos, que son los varones espirituales, recomendables por su vida y su forma, puros en la fe, fervorosos en la esperanza, dilatados por la caridad y elevados por la contemplación. Y esos cielos, derramando saludable lluvia de palabras y obras edificantes, truenan por sus reprensiones y resplan-

<sup>45</sup> Mt. 5, 47.

<sup>46</sup> Rom. 13, 8.

<sup>47</sup> Ps. 103, 2.

<sup>48</sup> Supra, núm. 9.

decen por sus milagros. Son aquellos cielos que pregonan la gloria de Dios y que, estando extendidos como inmenso pabellón sobre la tierra, muestran en sí mismos un vivo modelo de la ley de la vida, escrita por el dedo de Dios; comunican la ciencia de la salud a su pueblo y predicán el Evangelio de paz, semejantes en todo a los pabellones de Salomón.

13. Reconoced ahora en esas tiendas la imagen de los pabellones celestiales, descritos más arriba al hablar del ornato del Esposo <sup>49</sup>. Mirad también a la Reina Esposa, sentada a su diestra y engalanada con preciosos atavíos, aunque de inferior calidad que los del Esposo <sup>50</sup>; porque, si no carece de luz brillante y de refulgente belleza aun en el lugar de su peregrinación y en el día de su poderío, por el esplendor que sus santos derraman por doquier, hay alguna diferencia entre la corona de sus virtudes y la consumación de la gloria de los bienaventurados. Es ciertamente Esposa perfecta y dichosa, aunque en parte se asemeja a las tiendas de Cedar. Es hermosa, a pesar de ello, ora en la porción de sí misma que es ya bienaventurada y reina en el cielo, ora en los hombres ilustres que la adornan con su sabiduría y su virtud, aun durante la noche de esta vida, como lo es el firmamento de estrellas tachonado. Esto movió al profeta a decir: *Los que hayan sido sabios, brillarán como esplendor del firmamento; y como estrellas, en perpetuas eternidades, los que hayan enseñado a muchos la justicia* <sup>51</sup>.

14. ¡Oh humildad! ¡Oh sublimidad! Tienda de Cedar y santuario de Dios, morada terrestre y palacio celeste, casa de barro y casa regia, cuerpo de muerte y templo de luz; finalmente, desprecio de los soberbios y Esposa de Cristo. Negra es, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Y, si bien el trabajo y el dolor de tan largo destierro deslustran un tanto la tersura de su cara, brilla en ella algo de esa belleza celestial como la que resplandece en los pabellones del divino Salomón. Por tanto, si os desagrada su negrura, miradla por el lado bello; si su bajeza os inspira menosprecio, fijaos en su excelsa sublimidad, y al propio tiempo ponderad cuánta sabiduría, cuánta discreción y armonía resplandece en ese sublime contraste de abatimiento y elevación de la Esposa, según por donde se la mira; de forma que, en medio de las múltiples vicisitudes de esta vida, su humildad queda siempre amparada y sostenida por la grandeza y magnificencia, para que no desfallezca en la adversidad; así como su grandeza y sublimidad va moderada por la humildad para que

<sup>49</sup> Supra, núm. 3.

<sup>50</sup> Ps. 44, 10.

<sup>51</sup> Dan. 12, 3.



no se engríe y envanezca en la prosperidad. Estos dos estados son bellos, pues, aunque opuestos entre sí, cooperan juntos y le sirven para su salud.

15. Y esto respecto al símil que la Esposa parece hacer de sí con las pieles de Salomón. Mas queda aún por exponer otra interpretación, de que al principio os hablé, según la cual toda esta comparación concierne sólo a la negrura de la Esposa. No quiero dejar de cumplir mi promesa; pero habré de reservar este asunto para otra ocasión, no sólo porque este sermón ha resultado por demás prolijo, sino también para que, según vuestra costumbre, prevengáis con vuestras oraciones las cosas que he de decir, y que debemos referir a alabanza y gloria del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es Dios bendito en los siglos. Amén.

## 28 DE LA NEGRURA Y HERMOSURA DEL ESPOSO Y DE CÓMO EN LAS COSAS DE LA FE AYUDA MÁS EL OÍDO QUE LA VISTA PARA LLEGAR AL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD \*

1. Creo guardaréis lo que os dije de los pabellones de Salomón, a los que se compara la hermosura de la Esposa. Recordaréis también de qué Salomón se trata aquí, y cómo la comparación realza sobremanera la belleza de la Esposa y acrecienta su valor. Ahora bien, si se quiere comparar la negrura de la Esposa y los pabellones de Salomón, como esa misma negrura y las tiendas de Cedar, entonces no me ocurre otra cosa sino decir que esos pabellones de Salomón de que aquí se habla no son sino aquellos de que solía servirse aquel rey cuando quería morar en tiendas de campaña. Dichas tiendas serían necesariamente feas y negras, por estar expuestas todos los días al sol y a las injurias del tiempo. Claro está que, a pesar de su negrura y fealdad, aquellos pabellones no dejaban de prestar servicios, protegiendo los vestidos, ornamentos y demás objetos preciosos, conservándolos limpios y bellos. Admitida esta interpretación, habremos de decir que la Esposa en este lugar que comentamos no niega que sea negra, sino que sólo excusa ese color oscuro, sin avergonzarse por ello de cualquier estado o disposición impuesta por la caridad y no contraria ni opuesta a la verdad; pudiendo repetir con el Apóstol: *¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado, que yo no me requeme?* <sup>1</sup> Revístese de entrañas

\* PL 183, 921.

<sup>1</sup> 2 Cor. II, 29.

de compasión, para curar la pasión de los demás; se ennegrece con el celo del candor, con el lucro de la hermosura.

2. La negrura de una sola blanquea a muchas, no porque ella se ennegrezca con las culpas ajenas, sino por su cuidado en limpiarlas, purificándolas de ellas. *Conviene, dice ella, que un solo hombre muera por su pueblo antes que perezca toda la nación*<sup>2</sup>. Conviene que uno solo por todos sea ennegrecido por la semejanza de la carne de pecado, y que no sea condenada toda una nación a causa de la negrura del pecado. Conviene que el que es esplendor e imagen de la sustancia de Dios sea oscurecido por la forma de esclavo, para salvar la vida al esclavo; que la claridad eterna se ofusque en la carne, para purificar la carne; que el más gentil entre los hijos de los hombres pierda mucho de su esplendor en su pasión, para alumbrar a los hijos de los hombres; que se desfigure en la cruz, que palidezca en la muerte, que no tenga ya aparentemente ni gracia ni hermosura, a fin de adquirir para sí a la Iglesia, cual Esposa bella y agraciada, sin mancha ni arruga. Reconozco en ella la piel de Salomón, y aun abrazo en esa tienda negra al verdadero Salomón. El está también negro, pero en la piel. Por fuera negro, en el cutis negro; no por dentro. Por otra parte, toda la gloria de la hija del Rey procede de adentro<sup>3</sup>. Adentro el candor de la Divinidad, la belleza de las virtudes, el esplendor de la gloria y la pureza de la inocencia. Mas sus flaquezas exteriores le hacen menospreciable, y cubren estas cosas como con un velo, estando expuesto a toda tentación, a causa de la semejanza del pecado, que lleva, aunque esté exento de todo pecado. Reconozco la forma de esta naturaleza, que está como envejecida y deslustrada. Reconozco en esas túnicas de pieles el vestido de nuestros primeros padres después de haber pecado contra Dios<sup>4</sup>. Pues El mismo se ha ennegrecido, *tomando la forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres y tomando su carne y su naturaleza*<sup>5</sup>. Reconozco bajo la piel de cabrito, símbolo del pecado, la mano que no ha cometido pecado y la cabeza que jamás pensó cometerlo; y por eso no se encontró malicia en El<sup>6</sup>. Sé, buen Jesús, que eres de genio dócil; que eres manso y humilde de corazón, de agradable mirada, de espíritu atractivo. Y, ciertamente, estás consagrado con óleo de alegría mucho más que los que participan de tu gloria<sup>7</sup>. ¿De dónde, pues, viene ahora que, a ejemplo de Esaú, eres velludo, lleno de pelo? ¿De quién es esta imagen deforme y fea? ¿De dónde estos pelos? Míos son, pues las manos peludas indicio son de la semejanza del

<sup>2</sup> Jo. 11, 50.

<sup>3</sup> Ps. 44, 3. 14.

<sup>4</sup> Gen. 3, 21.

<sup>5</sup> Phil. 2, 7.

<sup>6</sup> Is. 53, 9.

<sup>7</sup> Ps. 44, 8.

pecado, que está en mí. Reconozco que estos pelos me pertenecen; y en mi propia carne veré a Dios, mi Salvador.

3. Pero no es Rebeca, sino María, quien así le ha vestido. Y El es tanto más digno de recibir la bendición de su Padre, cuanto ella, que le ha engendrado, es más santa. Y este vestido, que es mío, le está muy bien; pues yo soy aquel para quien la bendición está reservada, yo soy aquel para quien la herencia es pedida. Ya había El oído: *Pídemme, y te daré las naciones en herencia, y por posesión tuya hasta los confines de la tierra*<sup>8</sup>. *Te las daré*, le dice el Padre, *por herencia que te pertenece, como señorío del todo tuyo*. Mas ¿a qué dárselas, si ya son tuyas? ¿Y cómo dice que se las pida, si ya le pertenecen? Es que no ha de pedir las para sí, sino para mí. Quiso vestirse de mi naturaleza a fin de defender mi causa, pues lleva sobre sí las prendas de nuestra reconciliación, según aquellas palabras del profeta: *Puso el Señor en El los pecados de todos nosotros*<sup>9</sup>. Por eso hubo de *hacerse semejante en todo a sus hermanos*, como dice el Apóstol, *a fin de mostrarse misericordioso*<sup>10</sup>. También su voz es verdaderamente la voz de Jacob, mas sus manos son las manos de Esaú<sup>11</sup>. Lo que se oye salir de El, suyo es; mas lo que se ve en El, nuestro es. Lo que dice, es espíritu y vida; mas lo que parece, está sujeto a la muerte, y es la muerte misma. Una cosa es lo que se ve y otra lo que se cree. Los sentidos dicen ser negro, mas la fe testifica ser blanco y hermoso. Negro es, pero sólo a los ojos de los insensatos; pues parece muy amable a los ojos de los fieles. Negro es en opinión de Herodes, pero hermoso según confesión del buen ladrón y la fe del centurión.

4. ¿Cuán hermoso le había reconocido aquel que clamaba: *Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!* Pero examinemos brevemente cómo le reconoció. Porque si el centurión no considerara más que lo que parecía fuera, ¿cómo pudiera decir que era hermoso, que era Hijo de Dios? ¿Qué había en El que no fuese deforme y negro para los espectadores, cuando, teniendo los brazos extendidos sobre la cruz en medio de dos criminales, era burlado por los impíos y llorado por los fieles? Sólo para burla, sólo El era para terror, cuando sólo El debía ser para honor. ¿Pues cómo pudo conocer la hermosura del Crucificado y que era Hijo de Dios aquel que estaba puesto entre facinerosos?<sup>12</sup> No nos incumbe el responder a esto, ni necesitamos hacerlo, pues la diligencia del evangelista ya respondió. Ved ahí sus palabras: *Mas el centurión, que estaba de pie frente a la cruz, viendo que Jesús expiraba clamando con voz po-*

<sup>8</sup> Ps. 2, 8.

<sup>9</sup> Is. 53, 5. 6.

<sup>10</sup> Hebr. 2, 17.

<sup>11</sup> Gen. 27, 22.

<sup>12</sup> Is. 53, 12.

tente, dijo: ¡Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios!<sup>13</sup> Creyó, pues, a la voz; reconoció al Hijo de Dios por la voz, no por la vista, por ser quizá del número de sus ovejas, de las que El dijo: *Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me conocen a mí*<sup>14</sup>.

5. Halló el oído lo que el ojo no pudo descubrir. La apariencia engañó a la vista, pero la verdad penetró en el entendimiento por los oídos. Los ojos decían que era flaco, deforme, miserable, condenado a muerte ignominiosa; pero el oído conoció que éste era el Hijo de Dios; y conoció también que era muy hermoso. Mas éstos no eran los oídos de los judíos, porque los judíos los tenían incircuncisos. También el centurión era incircunciso, mas no de oídos, pues en la mera voz de Aquel que expiraba reconoció al Señor de la Majestad a través de tantas señales de flaqueza. No despreció lo que veía, antes creyó lo que no veía; y no lo creyó por lo que veía, sino más bien por lo que oía, ya que *la fe proviene del oír*<sup>15</sup>. A primera vista parecería sería más digno que la verdad entrase en nuestra alma por la vista, que es el sentido más noble; pero Dios nos ha reservado esto para la otra vida, cuando le veamos cara a cara, disponiendo sabiamente que ahora entre el remedio por donde entró el mal y que llegue a nosotros la vida por los pasos de la misma muerte; que la luz nos venga por las tinieblas, y el antídoto de la verdad por el veneno de la serpiente. Es menester, pues, que el ojo enfermo sea curado, a fin de que, estando ya sano, pueda ver a Aquel a quien no podía ver estando enfermo. El oído fué la primera puerta por donde entró la muerte, debiendo ella ser abierta la primera para dar paso a la vida, a fin de que el oído, que nos quitó la vista, nos la devuelva. Porque si no creemos los misterios, no los comprenderemos después. Por donde se ve ser el oído medio indispensable para alcanzar el mérito, y la visión será la recompensa. De ahí que diga el profeta: *Darás a mi oído gozo y alegría*<sup>16</sup>; porque el premio de un oído fiel es la bienaventurada visión, y el mérito de esta bienaventurada visión depende de la fe del oído. *Bienaventurados*, dice Jesús, *los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*<sup>17</sup>. Es preciso que el ojo que ha de ver a Dios sea purificado por la fe, según aquello: *Purificando su corazón por la fe*<sup>18</sup>.

6. Así, pues, mientras la vista no esté aún preparada, ejercítese el oído; sí, ejercítese y reciba la verdad. ¡Dichoso aquel a quien la verdad rinde este testimonio: *Me ha*

<sup>13</sup> Mc. 15, 39.

<sup>14</sup> Io. 10, 14.

<sup>15</sup> Rom. 10, 17.

<sup>16</sup> Psal. 50, 10.

<sup>17</sup> Mt. 5, 8.

<sup>18</sup> Act. 15, 9.



*obedecido, practicando lo que ha oído!* <sup>19</sup> Seré digno de ver, si antes de ver obedezco. Veré con confianza a Aquel que haya recibido antes el sacrificio de mi obediencia. Dichoso aquel que puede decir: *El Señor me abrió los oídos, y no me resistí; no me volví atrás* <sup>20</sup>. En lo cual veis un modelo de obediencia voluntaria y un ejemplo de perseverancia, pues quien no contradice obra voluntariamente, y quien no vuelve atrás persevera en lo bueno. Uno y otro es necesario; porque Dios ama a quien da con alegría <sup>21</sup>, y sólo el que persevera hasta el fin será salvo <sup>22</sup>. Ojalá que el Señor se digne abrirme los oídos y que las palabras de la verdad entren en mi corazón, purifiquen mis ojos y los preparen para la visión bienaventurada, a fin de que yo también pueda decir a Dios: *Prestaste oídos benignos a la rectitud de mi corazón* <sup>23</sup>, y que asimismo pueda oír de los divinos labios, juntamente con todos los que le hayan obedecido: *Ya vosotros estáis limpios en virtud de las palabras que os he dicho* <sup>24</sup>. Mas no todos los que las escuchan son purificados, sino sólo aquellos que la obedecen. *Bienaventurados los que escuchan mi palabra y la practican* <sup>25</sup>. Un oído semejante pedía el que decía: *Oye, Israel* <sup>26</sup>. Semejante a éste lo ofrecía el que exclamaba: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* <sup>27</sup>. Y aquel otro que prometía estar siempre atento a la palabra de Dios, diciendo: *Oiré lo que el Señor diga dentro de mí* <sup>28</sup>.

7. Y para que sepas que el Espíritu Santo observa también este orden en el aprovechamiento del alma y que la forma el oído antes de alegrarla con la visión: *Oye, dice, hija, y mira* <sup>29</sup>. Cual si le dijera: ¿Por qué te preocupas de los ojos? Más te valdría preparar tus oídos. ¿Deseas ver a Cristo? Pues debes primero escuchar lo que El dice: escuchar lo que se dice de El, a fin de que, cuando le veas, puedas decir: *Como lo oímos, así lo hemos visto* <sup>30</sup>. Su claridad deslumbra; vuestra vista es flaca, y no podréis soportarla. Podéis, sí, oír hablar de ella, mas verla no. Después de pecar, oí a Dios que clamaba: *Adán, ¿dónde estás?* <sup>31</sup> Mas no le veía. El oído os dará la vista si está sumiso, si es vigilante, si es fiel. La fe purificará los ojos, turbados por la impiedad; y la obediencia abrirá lo que la desobediencia había cerrado. *Mucho aprendí de tus mandamientos* <sup>32</sup>, dice el salmista; porque la observancia de los mandamientos de Dios da la inteligencia que se había perdido quebrantándolos. Considerad en el santo Isaac cómo el sentido del oído

<sup>19</sup> Ps. 17, 45.

<sup>20</sup> Is. 50, 5.

<sup>21</sup> 2 Cor. 9, 7.

<sup>22</sup> Mt. 10, 22.

<sup>23</sup> Ps. 9, 17.

<sup>24</sup> Io. 15, 3.

<sup>25</sup> Lc. 11, 28.

<sup>26</sup> Dt. 6, 3.

<sup>27</sup> 1 Reg. 3, 9.

<sup>28</sup> Ps. 84, 9.

<sup>29</sup> Ps. 44, 11.

<sup>30</sup> Ps. 47, 9.

<sup>31</sup> Gen. 3, 9.

<sup>32</sup> Ps. 118, 104.

fué en él más sutil que todos los otros, aunque estaba ya muy viejo. Los ojos de este patriarca estaban oscurecidos, su gusto casi perdido, su mano engañada; pero sus oídos se conservaban intactos; por eso no extraña que con ellos pudiera escuchar la verdad, pues *la fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Dios*<sup>33</sup>, y la palabra de Dios es la verdad. *La voz*, dice él, *es la voz de Jacob*. Nada más cierto. *Pero las manos*, añade, *son las manos de Esaú*<sup>34</sup>. Nada más falso. Os engañáis: la semejanza de la mano os ha confundido. La verdad no está en el gusto, aunque esté en él la dulzura. Porque ¿cómo ha de conocer la verdad el que cree que come de la caza, cuando come de la carne de un cabrito cogido en casa? Mucho menos todavía, mucho menos está la verdad en los ojos, que nada ven; no estando tampoco en la sabiduría humana. Por esto dice el Señor por Isaías: *¡Ay de vosotros los que presumís de sabios!*<sup>35</sup> ¿Será buena una sabiduría que atrae sobre sí las maldiciones de Dios? Tal es la sabiduría del mundo, que, según el Apóstol, *es necedad ante Dios*<sup>36</sup>.

8. La verdadera sabiduría es toda interior y enteramente oculta, según el santo Job<sup>37</sup>. ¿Por qué la buscáis por fuera con los sentidos corporales? El sabor está en el paladar de la boca, mas la sabiduría está en el corazón. No busquéis la sabiduría en los ojos carnales, porque no es la carne ni la sangre, sino el Espíritu, quien la revela<sup>38</sup>. No está en el gusto, porque *no se encuentra en la tierra de los que viven en la sensualidad*<sup>39</sup>. Ni tampoco en el tacto, pues el mismo Job añade: *No apliqué mi mano a la boca*, en señal de adoración, *porque sería esto gravísimo delito y renegar del altísimo Dios*<sup>40</sup>. Esto sucede, a lo que creo, cuando la sabiduría celestial, que es don de Dios, no se atribuye a Dios mismo, sino al mérito de nuestras obras. Isaac, sin duda, era sabio según Dios; pero sus sentidos le indujeron a error. Sólo el sentido del oído es capaz de la verdad, porque sólo él escucha la palabra. Con razón prohibió Jesús a aquella mujer del Evangelio, que aun no había alcanzado la verdadera sabiduría espiritual, que tocase la carne vivificante del Verbo; pues creía más a sus ojos que a los oráculos divinos, o sea, a los sentidos corporales más que a la palabra de Dios, por cuanto no creía que Aquel que ella había visto muerto hubiese de resucitar, aun cuando El mismo lo había prometido. En fin, sus ojos no se aquietaron hasta verse saciados con la vista del objeto de su amor, porque no hallaba su consuelo en la fe ni daba crédito a la promesa de Dios. El

<sup>33</sup> Rom. 10, 17.<sup>34</sup> Gen. 27, 22.<sup>35</sup> Is. 5, 21.<sup>36</sup> 1 Cor. 3, 19.<sup>37</sup> Job 28, 18.<sup>38</sup> Mt. 16, 17.<sup>39</sup> Job 28, 13.<sup>40</sup> Job 31, 27. 28.

cielo y la tierra, y generalmente todo lo que puede estar al alcance de los ojos del cuerpo, pasarán del todo y perecerán antes que deje de cumplirse hasta en sus mínimos detalles lo que enseñó el Salvador. Pero la que no quería consolarse con la palabra de Dios, cesa de llorar en viéndole sus ojos, fiada más de la experiencia de sus sentidos que de la certidumbre de la fe. Ahora bien, la experiencia de estas cosas engaña muchas veces.

9. Por eso el Salvador la remite al conocimiento cierto-simo de la fe, que comprende lo que los sentidos no acertarían a comprender ni la experiencia puede hallar. *No me toques*, la dijo Jesús. Como quien dice: No te fíes de los sentidos, que podrían engañarte; fíate más bien de mis palabras; apóyate en la fe. La fe, que no sabe lo que es ser seducida; la fe, que comprende las cosas invisibles, no se resiente de la flaqueza de los sentidos, sino que rebasa los linderos de la razón humana, el uso de la naturaleza y los términos de la experiencia. ¿Por qué te fías tanto de los ojos, cuando éstos te pueden engañar? Y ¿por qué tu mano se esfuerza en sondear lo que es superior del todo a sus fuerzas? Todo lo que estos dos sentidos te refieran, es menos que lo que aquí se encuentra. Escucha lo que la fe te diga de mí: ella no disminuirá en nada mi majestad. Aprende a creer con más certidumbre y a seguir con más confianza lo que quiero inspirarte. *No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre* <sup>41</sup>. ¡Cual si Jesús quisiera que le tocara después de haberse subido a los cielos, y fuera posible! Lo es, aunque no por el tacto de las manos, sino por los movimientos y afectos del corazón; como es posible verle no con los ojos, sino con los deseos; no con los sentidos corporales, sino con la fe. ¿Por qué, le dice, quieres tocarme ahora, juzgando de la gloria de mi resurrección por los sentidos? ¿No te acuerdas, le añade, de que, cuando era yo todavía mortal, los ojos de mis discípulos no pudieron resistir un momento el resplandor y la gloria de mi cuerpo transfigurado, aunque mortal? <sup>42</sup> Todavía condesciendo algo con tus sentidos, presentándome a ellos en forma de esclavo, a fin de que puedas reconocermé, acostumbrada como estabas a verme revestido de ella; pero mi gloria es maravillosa, pues se ha elevado infinitamente sobre tí y no podrás alcanzar a ella en modo alguno. Difiere, pues, tu juicio, suspende tu creencia y no fíes a tus sentidos la determinación de cosa tan grande, sino resérvala a la fe. Ella la determinará más dignamente, más seguramente, porque la comprenderá más perfectamente. Pues la fe, por medio de una especie de in-

<sup>41</sup> Jo. 20. 17.

<sup>42</sup> Mt. 17, 6.

tuición mística y profunda que ilumina la inteligencia, comprende cuál sea la anchura, la longura, la altura y hondura de este misterio; ella conserva y guarda cerrado y sellado lo que ni ojo vió, ni la oreja oyó, ni corazón de hombre concibió.

10. Por tanto, sólo la fe es digna de tocarle, por decirlo así, contemplándole sentado a la diestra del Padre, no ya en carne vil y despreciable, sino en carne del todo celestial, que será siempre la misma de antes, aunque no ya del mismo modo que antes. ¿Por qué queréis, pues, nos dice, tocar a quien es todavía deforme? Aguardad a que sea hermoso, y entonces le tocaréis. Pues aquel mismo que ahora es deforme será entonces hermoso. Deforme es al tacto, deforme a la vista, deforme, en fin, para vosotros, que lo sois también, porque os guiáis más de los sentidos que de la fe. Volveos fieles y seréis hermosos. Siendo hermosos, tocaréis más digna y dichosamente al que es también hermoso. Entonces me tocaréis con las manos de la fe, con el dedo de los deseos, con los besos del amor y con los ojos del corazón. Y cuando esto suceda, ¿será todavía negro? De ningún modo; porque vuestro Amado, añade, es blanco y rubio; es incomparable su belleza, y está rodeado de rosas y de azucenas, o sea, de los coros de mártires y vírgenes. Y estando El sentado en medio, hay en esto alguna proporción con el uno y el otro de estos dos coros, siendo virgen y mártir a la vez. ¿Cómo no ha de armonizar admirablemente con el coro de las vírgenes el que es virgen, hijo de virgen y esposo de virgen? ¿Cómo no ha de presidir dignamente los coros purpúreos de mártires el que es la causa, la fortaleza, el fruto y el modelo de los mártires? Si sois tal, tocad enhorabuena a quien se halla en estado tan dichoso y triunfante. y decid: *Mi Amado es blanco* <sup>43</sup> *y rubio, elegido entre millares*. Sí, millares y millares son los que moran en compañía del Amado; millares y millares son los que le rodean y cortejan, pero ninguno se le puede comparar en gentileza. No temáis, pues, equivocaros al buscar al Amado entre tanta multitud. No os será posible dudar en vuestra elección; reconoceréis al punto y sin vacilar al que es escogido entre millares, al que supera inmensamente en belleza y grandeza a cuantos le rodean, y al verle exclamaréis: *¡Cuán hermoso y qué gallardo es en su traje de fiesta! Su majestuoso andar revela su mucha fortaleza* <sup>44</sup>. No se presentará entonces como envuelto en colores oscuros, como hubo de presentarse antes ante sus amigos, para que le reconocieran después de su resurrección. No se presentará a vuestros ojos, repito, bajo

<sup>43</sup> Cant. 5, 10.

<sup>44</sup> Is. 63, 1.



esa figura, sino cubierto con blanco ropaje, como el más gentil en hermosura no sólo entre todos los hijos de los hombres, sino también entre todos los coros de los ángeles. ¿Por qué me queréis, pues, tocar, hallándome todavía en tan vil estado, bajo la forma de esclavo y con un exterior tan menospreciable? Tocadme cuando esté adornado de celestial hermosura, cuando esté coronado de gloria y de honor; tremendo ciertamente por el resplandor de mi majestad, dulce y afable por la serenidad y bondad que me es natural.

11. Es de notar aquí la exquisita prudencia de la Esposa y la suma profundidad de sus razonamientos, pues bajo la figura de los pabellones de Salomón ha buscado con cuidado, y como registrando todos los rincones, a Dios en la carne, a la vida en la muerte, al colmo del honor y de la gloria en los oprobios; y bajo el exterior vil y abatido de Jesús crucificado, la blancura de la inocencia y el esplendor de las virtudes; por donde se ve que esos pabellones, en apariencia negros y despreciables, guardaban y conservaban intactos todos los ornamentos candidísimos y preciosísimos del más rico y magnífico de los reyes. Con razón la Esposa manifiesta y pone las incomparables bellezas ocultas dentro de esos pabellones, sin dejarse engañar por su aspecto sombrío; tanto más, cuanto que otros los habían antes menospreciado por ignorar las bellezas que en sí encerraban; pues, como dice el Apóstol, *si ellos le hubiesen conocido, nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria*<sup>45</sup>. Herodes no le conoció, y por esto le despreció. La Sinagoga tampoco le conoció, por lo cual le dió en rostro con la negrura de su pasión y de su flaqueza. *Ha salvado a otros, decía ella, y no puede salvarse a sí mismo. Si es el Rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en El*<sup>46</sup>. Mas el buen ladrón le conoció desde la cruz, aun viéndole también en la cruz, y confesó su virtud e inocencia, diciendo: *Pero éste ¿qué mal ha hecho?* Dió asimismo testimonio a la gloria de su regia majestad cuando le dijo: *Acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino*<sup>47</sup>. El centurión también le conoció, al exclamar: *Este era verdaderamente el hijo de Dios*<sup>48</sup>. Y, en fin, la Iglesia le conoce, pues que imita su negrura a fin de participar de su hermosura. No se avergüenza de parecer negra ni de ser llamada así, a fin de poder decir a su Esposo: *Los oprobios de los que te afrentaban recayeron sobre mí*<sup>49</sup>. Con todo, es negra como los pabellones de Salomón, o sea, por fuera, no por dentro. Porque el divino Salomón no tiene negrura alguna dentro de sí. Por

<sup>45</sup> 1 Cor. 2, 8.<sup>46</sup> Mt. 27, 42.<sup>47</sup> Lc. 23, 41. 42.<sup>48</sup> Mt. 27, 54.<sup>49</sup> Ps. 68, 10.

eso no dice ella: *Soy negra como Salomón, sino como los pabellones de Salomón*; porque la negrura del verdadero Pacífico está sólo en la superficie, afecta sólo a su exterior. En cambio, la negrura del pecado está en lo interior, y el crimen infecta al alma antes de parecer a los ojos de los hombres. Pues *los malos pensamientos, los hurtos, homicidios, adulterios, blasfemias, salen del corazón; y éstos son los que manchan al hombre*<sup>50</sup>. Lejos de nosotros el pensar siquiera que tales iniquidades manchen a nuestro divino Salomón, Rey verdaderamente *pacífico*, en quien no cabe corrupción alguna; porque había de estar exento de todo pecado el que debía borrar los pecados del mundo, a fin de que, siendo oficio propio y peculiar suyo el reconciliar a los pecadores con Dios, pudiera atribuirse con todo derecho el nombre de Salomón.

12. Pero hay otra negrura, propia del alma penitente, que se aflige y lamenta sus culpas, llorándolas amargamente. Nuestro divino Salomón no rechaza en nosotros esa negrura, por otro nombre *contrición*, si nos revestimos voluntariamente de ella, pues no desprecia al corazón contrito y humillado<sup>51</sup>. Hay además la negrura de la *conmiseración*, que ejercitamos al compadecernos de los males de nuestros prójimos y al procurar remediarlos. Nuestro Pacífico no rechaza esa compasión, habiéndose dignado revestirse de entrañas de misericordia para con nosotros, *llevando la pena de nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño*<sup>52</sup>. Hay, finalmente, otra negrura, y es la que proviene de las *persecuciones*. Estas son consideradas como uno de los más bellos ornamentos para los que las sufren por la verdad y la justicia. De ahí que se diga de los apóstoles que salieron del concilio gozosos por haber sido hallados dignos de sufrir *ultrajes por el nombre de Jesús*<sup>53</sup>. Porque *bienaventurados los que padecen persecución por la justicia*<sup>54</sup>. De esta negrura principalmente creo yo que la Iglesia se gloria, y que de todos los pabellones del Esposo, éste es el que imita de mejor gana, por cuanto el mismo Salvador se lo anunció diciendo: *Si me han perseguido a mí, os perseguirán también a vosotros*<sup>55</sup>.

13. Por eso añade la Esposa: *No reparéis en que soy morena, porque me ha descolorado el sol*<sup>56</sup>. Como quien dice: No me echéis en cara el que se descubra en mí alguna deformidad, pues débese a las persecuciones que sufro, las que deslustran en parte mi gloria y mi hermosura externa. ¿A qué ni para qué me habéis de reprochar esa negrura o deformidad, que es mera consecuencia del furor de mis ene-

<sup>50</sup> Mt. 15, 19, 20.

<sup>51</sup> Ps. 50, 19.

<sup>52</sup> 1 Petr. 2, 24.

<sup>53</sup> Act. 5, 41.

<sup>54</sup> Mt. 5, 10.

<sup>55</sup> Io. 15, 20.

<sup>56</sup> Cant. 1, 5.

migos y no de mi desordenada vida? También puede entenderse por ese sol que ha ennegrecido a la Esposa el cielo de la justicia, que la inflama y la arma contra los malos, diciendo a Dios: *El cielo de tu casa me recomende* <sup>57</sup>. Y en otra parte: *Mi cielo me ha hecho consumir de dolor, porque mis enemigos se han olvidado de tus palabras. Sí, desmayé de pena por causa de los pecadores que abandonaban tu ley* <sup>58</sup>. ¿Acaso, Señor, no odio a los que te odian y estoy armada de celo contra aquellos que levantan la cabeza contra ti? <sup>59</sup> Animada de este celo, observa cuidadosamente aquel consejo del Sabio: *¿Tienes hijas? Ceda por su honestidad y no les muestres demasiado complaciente tu rostro* <sup>60</sup>; y cuando las veas flojas y que esquivan el trabajo, lejos de ponerles cara alegre y sonriente, debes mostrársela severa y algo ceñuda. Finalmente, el estar la Esposa deslustrada por el sol puede significar que está inflamada de ardiente caridad con los prójimos, la cual la hace llorar con los que lloran, enfermar con los que enferman y quemarse por los que son escandalizados. O bien que su ardiente amor a Cristo, refulgente sol de justicia, la ha hecho sufrir desmayo tan grande, que ha desfallecido, quedando sin color. De ahí que diga el salmista: *Acordéme de Dios, y me sentí deleitado; ejercitéme en la meditación y contemplación de sus grandezas y bondades, y cayó desfallecido mi espíritu* <sup>61</sup>. Según esto, el ardor de sus deseos, cual sol abrasador, róble los nativos colores de su cara, mientras dura su destierro; y como suspira por gozar de la vista del Rey de la gloria, al ver dilatarse el cumplimiento de sus anhelos, sufre indecibles suplicios, parejos con la vehemencia de su amor. ¿Quién de entre nosotros vivirá tan abrasado en el divino amor, que sus ansias de ver a Cristo le hagan concebir tan hondo fastidio y desprecio de todos los placeres, grandezas y riquezas terrenales, hasta poder decir con el profeta: *Nunca apetecí el favor de hombre alguno, tú lo sabes, Señor* <sup>62</sup>; o que le haga exclamar con el salmista: *Mi alma rechaza todo consuelo* <sup>63</sup>, o sea, desprecia todas las alegrías y vanas complacencias de la tierra? ¡Oh! Sí: exclama la Esposa: *el sol me ha descolorado*, porque al acercarme a él, véome descolorida en su comparación; véome negra, deforme, fea y despreciable; aunque por otra parte sea hermosa. Verdad que no se ve por qué hemos de llamar negra y fea a aquella cuya belleza y esplendor sólo queda eclipsado por el resplandor y belleza solar. Por eso, las palabras siguientes parecen indicar que la primera interpretación es más conforme y apropiada a la realidad.

<sup>57</sup> Ps. 68, 10.<sup>58</sup> Ps. 118, 139. 53.<sup>59</sup> Ps. 138, 21.<sup>60</sup> Eccli. 7, 26.<sup>61</sup> Ps. 76, 3.<sup>62</sup> Jer. 17, 16.<sup>63</sup> Ps. 76, 3.

pues añade la misma Esposa: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí*; en lo cual manifiesta claramente haber sido perseguida. Tal será el tema del sermón siguiente. Contentémonos por hoy con lo aprendido acerca de la gloria del Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, el cual sea bendito por todos los siglos de los siglos. Amén.

## 29 LAMÉNTASE LA IGLESIA DE LAS PERSECUCIONES QUE PADECE; LAS QUE MÁS SIENTE SON LAS QUE ATENTAN CONTRA LA CARIDAD FRATERNA \*

1. *Los hijos de mi madre han luchado contra mí*<sup>1</sup>. Anás, Caifás y Judas Iscariote hijos eran de la Sinagoga y declararon guerra encarnizada a la Iglesia, aun siendo ella también, en cierto modo, hija de la misma Sinagoga. Y tan cruel fué esa persecución, que no pararon hasta clavar en afrentoso madero a Jesucristo, su fundador. Ya entonces el Señor empezó a cumplir por medio de ellos lo que mucho antes había anunciado por uno de sus profetas, cuando dijo: *Heriré al Pastor y serán dispersadas las ovejas*<sup>2</sup>. Y aun quizá es la voz del mismo Señor la que se deja oír en el *Cántico de Ezequías*, al decir: *Cortada ha sido mi vida, como tela, por el tejedor; mientras la estaba aún urdiendo, me la ha cortado*<sup>3</sup>. Refiriéndose a éstos y a los demás de su misma raza que combaten a la religión católica, dice la Esposa: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí*. Hermosamente los llama *hijos de su madre*, y no de su Padre, porque ellos no tenían a Dios por Padre, sino al diablo, siendo homicidas, como él lo fué desde el principio del mundo<sup>4</sup>. Por eso no dice mis hermanos o los hijos de mi Padre, sino *los hijos de mi madre han combatido contra mí*. Si no hiciera esta distinción, parecería que el mismo apóstol Pablo sería comprendido en el número de aquellos de quienes ella se queja, porque él también persiguió a la Iglesia de Dios algún tiempo<sup>5</sup>. Mas el santo Apóstol alcanza misericordia por haberlo hecho por ignorancia, no habiendo recibido la fe<sup>6</sup>; y después de haberla recibido mostró bien a las claras tener a Dios por Padre y ser hermano de la Iglesia, tanto por parte de su Padre como por la de su Madre.

2. No puede menos de llamar la atención el que la Esposa inculpe a los hijos de su madre, cual si ellos sólo fueran responsables de las persecuciones que padece. ¿Acaso no las

\* PL 183, 928.

<sup>1</sup> Cant. 1, 5.

<sup>2</sup> Zach. 13, 7.

<sup>3</sup> Is. 38, 12.

<sup>4</sup> Io. 8, 44.

<sup>5</sup> 1 Cor. 15, 9.

<sup>6</sup> 1 Tim. 1, 13.



ha padecido siempre y las padece aún ahora por parte de los extraños, según aquellas palabras del profeta: *Muchas veces me han asaltado mis enemigos desde mi juventud; sobre mis espaldas descargaron los pecadores?*<sup>7</sup> Siendo esto así, ¿por qué acusa especialmente a los hijos de su madre, no pudiendo ignorar que muchas otras naciones también la habían perseguido? *Cuando te sientes a comer con un rico*, dice el Sabio, *mira bien lo que te ponen delante*. Pues bien, hermanos; sentados estamos ahora a la mesa de Salomón. ¿Quién más rico que Salomón? No hablo aquí de las riquezas terrenas, aunque, cierto, él las poseyó en abundancia; contemplad la espléndida mesa que tenéis ante vuestros ojos; fijaos cuán repleta está de manjares celestiales. Sí, espirituales son, y aun divinos, los manjares que en ella se nos sirven. Por tanto, *mirad bien qué viandas se os ponen delante*, sin olvidar que deberéis presentar un día otras parecidas<sup>8</sup>. Considero atentamente y con todas las veras de que soy capaz estas palabras de la Esposa, que me son presentadas, sin duda, para mi instrucción, y observo que no habla sino de la persecución que sufre de los de su casa, silenciando tantos males que se sabe haber padecido en todos los demás países de la tierra y en todas las naciones que están bajo el cielo, de parte de herejes, infieles y cismáticos. Harto conozco la prudencia de la Esposa para creer que sea casualidad u olvido el no hacer de esto mención; y deduzco de aquí que lo que se propone al hablar así, es darnos a conocer lo que ella más vivamente siente y lo que cree debernos advertir que evitemos con más cuidado. Y ¿qué es eso? Son los enemigos intestinos y domésticos. Esto mismo es lo que os insinúa manifestamente el Evangelio por la boca del Salvador mismo cuando dice: *Los enemigos del hombre son los de su casa*<sup>9</sup>. Vese también lo mismo en el profeta: *Un hombre*, dice, *con quien vivía yo en dulce paz, de quien me fiaba y que comía de mi pan, ha urdido contra mí traición*<sup>10</sup>. Y en otra parte añade: Si me hubiese maldecido mi enemigo, habríalo sufrido con paciencia; y si me hablasen con altanería los que me odian, *podría quizás aguantarlo; mas tú, ¡oh hombre!, que aparentabas ser otro yo, mi guía y mi amigo; tú, que juntamente conmigo tomabas el dulce alimento y andábamos de acuerdo en la casa de Dios...*<sup>11</sup> ¡Ah! Eso sí que es amargo e ingrato. Cual si dijera: Lo que sufro de parte de vosotros, mis comensales y camaradas, me es mucho más sensible y doloroso que si me viniera de un extraño. No ignoráis quién es el que así se queja y de quién habla.

<sup>7</sup> Ps. 128, 1-3.<sup>8</sup> Prov. 23, 1. 2.<sup>9</sup> Mt. 10, 36.<sup>10</sup> Ps. 40, 10.<sup>11</sup> Ps. 54, 13-15.

3. Dolorida y con el mismo espíritu, quéjase la Esposa de la conducta que observan con ella los hijos de su madre al verse de ellos combatida. *Los hijos de mi madre*, dice, *lucharon contra mí*. Y aun parece tomar también en sus labios aquellas palabras del Profeta Rey: *Mis amigos y mis deudos se concertaron entre sí para perderme* <sup>12</sup>. Alejad siempre de vosotros, os ruego, tan abominable y detestable maldad, vosotros que habéis probado y probáis cada día *¡cuán bueno y cuán grato es vivir los hermanos en unión!* <sup>13</sup>, con tal, empero, que esta unión exterior sea sin divisiones ni escándalos; porque si no, lejos de ser ventajosa y agradable, será más bien muy molesta y funestísima. ¡Ay de aquel que sea causa de que el lazo dulcísimo de la caridad se altere! Quienquiera que sea, sin duda será severamente castigado por ello. Muera yo antes de oír jamás a alguno de vosotros clamar con justicia: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí*. ¿No sois todos vosotros hijos de esta congregación, como de una misma madre? ¿No sois todos hermanos uno de otro? ¿Qué podrá venir de fuera capaz de turbaros y entristeceros, si estáis unidos interiormente y gozáis de paz fraterna? ¿Quién podrá dañaros, dice el apóstol San Pedro, si estáis animados de una santa emulación para obrar el bien? <sup>14</sup> Por eso: *Aspirad siempre a los mejores dones* <sup>15</sup>, a fin de que vuestra emulación sea loable. Ahora bien, el más excelente de todos los dones es la caridad. Es, sin duda, incomparable, pues el celestial Esposo de la nueva Esposa con tanto cuidado lo inculcaba, que unas veces decía: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros*. Y un poco antes había dicho: *Os doy un mandato nuevo, y es que os améis unos a otros* <sup>16</sup>. Y añade: *El precepto mío es que os améis unos a otros* <sup>17</sup>. Y en la oración sacerdotal a su Padre dice así: *Padre santo, guarda en tu nombre a estos que tú me has dado, para que sean una misma cosa por la caridad, así como nosotros lo somos en la naturaleza* <sup>18</sup>. Y notad aquí cómo San Pablo, que poco ha nos exhortaba a aspirar siempre a los mejores dones, pone a la caridad por encima de todos, ora cuando nos enseña que la caridad es más excelente que la fe, que la esperanza y que el conocimiento más encumbrado de las cosas divinas; ora cuando, después de una larga enumeración de muchas y muy maravillosas dotes de la gracia, nos señala al fin un camino mucho más seguro y eminente, y que dice no ser otro que el de la caridad. En efecto, ¿qué creemos comparable con aquella que es preferida al martirio y a la fe, que

<sup>12</sup> Ps. 37, 12.

<sup>13</sup> Ps. 132, 1.

<sup>14</sup> 1 Petr. 3, 13.

<sup>15</sup> 1 Cor. 12, 31.

<sup>16</sup> Io. 13, 35, 34.

<sup>17</sup> Io. 15, 12.

<sup>18</sup> Io. 17, 11.

transporta montañas de un lugar a otro? <sup>19</sup> Por lo cual os digo que toda vuestra paz venga de vosotros, y todos los peligros que puedan amenazaros de fuera no os espantarán, no pudiendo causaros daño alguno. Al contrario, todo lo que parezca lisonjearos de parte de los de fuera no os dará satisfacción alguna si, lo que Dios no permita, las semillas de la división y de la discordia crecen entre vosotros.

4. Por eso, carísimos, conservad entre vosotros la paz y no os ofendáis mutuamente ni en obras, ni en palabras, ni con el menor ademán siquiera; no sea que, agriado alguno y abatido por la flaqueza de su espíritu y por la persecución, tenga que llamar a Dios en su ayuda y a prorrumpir en esta amarga queja contra aquellos que le hayan herido o contristado: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí. El que así peque contra su hermano, sepa que ha pecado contra el mismo Jesucristo, pues El dice: Lo que hicisteis con alguno de mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis* <sup>20</sup>. Y no sólo hay que evitar las ofensas mayores, cuales son las injurias y los ultrajes públicos, sino también las murmuraciones secretas y envenenadas. No basta, repito, evitar estas cosas y otras semejantes; han de evitarse las faltas más leves de esta naturaleza, si es que leve puede llamarse lo que se hace contra un hermano para dañarle; pues, según la palabra del Salvador, el que se irrite con su hermano y le diga palabras injuriosas, merecerá le condene el concilio <sup>21</sup>. Y con razón; porque lo que juzgáis leve, y por esto lo decís con menos reparo, muchas veces el otro lo toma de diverso modo que vosotros, no juzgando sino de lo que le parece, y puede pensar que una paja es una viga y una chispa un horno; pues no todos tienen tanta caridad que estén dispuestos siempre a soportarlo todo, echándolo a buena parte <sup>22</sup>. El genio del hombre es naturalmente más propenso a sospechar el mal que a creer el bien, y más cuando la regla del silencio que debemos guardar con toda exactitud no os permite a vosotros, que sois la causa del desorden, el excusaros, ni a él el descubrir la llaga que una palabra o acción mal interpretada ha hecho en su alma a fin de curarla. De ahí que él está abrasado interiormente y muerto; porque no ventilándose la herida, hácese mortal; y agriada el alma y ulcerada, gime y suspira en sí mismo, sin pensar en otra cosa en su silencio sino en la injuria recibida. En tal situación no acierta a orar ni a leer, ni puede meditar nada acerca de las cosas espirituales y santas. Por lo cual, hallándose como ofuscado, el espíritu que da la vida encuentra cerrados todos los caminos para llegarse a su alma, y esa alma, por quien Jesucristo ha muerto, muere miserablemen-

<sup>19</sup> 1 Cor. 12, 31; 13, 3.

<sup>20</sup> Mt. 25, 40-45.

<sup>21</sup> Mt. 5, 22.

<sup>22</sup> 1 Cor. 13, 7.

te, destituida de su aliento. ¿Cuáles son entre tanto los movimientos de vuestro corazón? Y ¿cómo podréis entrar en oración o en cualquiera otro ejercicio piadoso mientras Jesucristo, con el dolor del corazón de vuestro hermano a quien habéis contristado, esté clamando contra vosotros: "El hijo de mi madre combate contra mí y aquel que comía a mi mesa dulces manjares me ha llenado de amargura?"

5. Y si decís que no debiera turbarse tanto por cosa tan baladí, replico que cuanto la cosa era más pequeña, más fácil os era reprimiros de decirla; aunque, en verdad, yo no sé cómo podéis llamar pequeño, como ya dije, a lo que es más que airarse, pues, según habéis aprendido de la boca misma de vuestro Juez, sólo el airarse es causa legítima para sufrir el rigor de su juicio. Y, en efecto, ¿llamaréis leve cosa aquella en que Jesucristo es ofendido, y por la cual habréis de ser traídos ante su tribunal, sabiendo, por otra parte, que es horrible caer en las manos de Dios vivo?<sup>23</sup> Mas si os aconteciere recibir alguna injuria, lo cual no siempre es fácil evitar en una comunidad numerosa como ésta, no hagáis como suelen hacer los mundanos, repeliendo al punto injuria con injuria; evitad también, aun so pretexto de corrección y aviso, el herir y traspasar de parte a parte con palabra aguda y cortante el alma de vuestro hermano, por la cual Jesucristo se dignó ser clavado en cruz; tampoco pongáis ceño duro y amenazador, ni susurréis entre dientes con aire agriado y desdeñoso, ni deis como resoplidos, ni soltéis despectiva carcajada, ni arruguéis la frente y las cejas mirando a vuestro hermano con actitud amenazadora. Antes esforzaos porque vuestra emoción muera al nacer, y no permitáis salga fuera esa víbora que lleva la muerte consigo, por temor de que no mate a alguna alma y a fin de poder decir con el profeta: *Aunque me sentí airado, quedé como atónito y sin decir palabra*<sup>24</sup>.

6. Hay quienes interpretan estas palabras de la Esposa de una manera más elevada, y las entienden del diablo y de sus ángeles, los cuales, habiendo sido antes hijos de la celestial Jerusalén, que es nuestra madre, después de caídos no han cesado de atacar a la Iglesia, su hermana. Tampoco veo por qué no seguir la opinión de aquellos que toman estas palabras en buen sentido, diciendo que designan a los espirituales de la Iglesia, que combaten contra sus carnales hermanos con la espada del espíritu, que es la palabra de Dios<sup>25</sup>, hiriéndolos para su salud y atrayéndolos a gustar de las cosas espirituales por este género de combate. Dios quiera que el justo me reprenda con misericordia y me corrija de mis pecados, hiriéndome para sanarme y curándome

<sup>23</sup> Hebr. 10, 31.<sup>24</sup> Ps. 76, 5.<sup>25</sup> Eph. 6, 17.



me para darme vida, a fin de poder también yo repetir con el Apóstol: *No soy yo quien vive ahora, sino que Jesucristo es el que vive en mí*<sup>26</sup>. Por eso nos dice el Señor: *Permaneced en paz con vuestro adversario mientras estáis todavía con él en el camino, no sea que os entregue al juez y el juez al verdugo*<sup>27</sup>. Verdad que quien nos avisa o reprende de nuestras faltas es un buen adversario, con quien hemos de procurar vivir siempre en paz, a fin de evitar el caer un día en manos del Juez supremo. Cierto que, si alguna vez he contristado a alguno de vosotros con mis amonestaciones, no me pesa de ello, porque esa tristeza ha sido provechosa para su alma. Más aún, no recuerdo haber hecho esto nunca sin profunda tristeza y dolor mío: dolor y tristeza trocados pronto en franca y consoladora alegría al ver el fruto producido, al ver que por aquellos como dolores de parto se ha formado Jesucristo en mis hijos espirituales. Y no sé por qué, pero suele suceder que amo más a aquellos que por medio de esas correcciones caritativas se han levantado de sus flaquezas que a los otros que fueron siempre robustos y no necesitaron estos remedios.

7. En este sentido, pues, la Iglesia, o el alma amante de Dios, puede decir que *el sol la ha deslumbado*, enviando o armando a algunos de los hijos de su madre para hacerla una guerra favorable y traerla cautiva a su fe y a su amor, después de haberla herido con muchas de estas flechas, de las que está escrito que son *cual agudas saetas vibradas por mano robusta y clavadas en ella*<sup>28</sup>. De ahí que el mismo salmista añada: *No hay parte sana en todo mi cuerpo*<sup>29</sup>. Pero con tales heridas, el cuerpo se vuelve más sano y vigoroso, según aquello: *El espíritu está pronto, mas la carne es flaca*<sup>30</sup>. Y el Apóstol afirma que cuando estaba débil, entonces, con la gracia de Dios, sentíase más fuerte<sup>31</sup>. ¿Veis cómo la flaqueza de la carne vigoriza al espíritu y le da nuevas fuerzas, y, al contrario, el vigor del cuerpo disminuye las energías del espíritu? Y ¿qué extraño, si estando vuestro enemigo debilitado, sois más fuertes que antes? ¿Como no seáis tan insensatos que creáis que la que no cesa de rebelarse contra el espíritu es vuestra mejor amiga!<sup>32</sup> ¿Veis, pues, cómo el salmista tuvo sobrada razón para pedir a Dios que le hiriere con sus flechas y le combatiere para su bien, cuando decía en su oración: *Clava mis carnes con tu temor?*<sup>33</sup> Flecha excelente es el temor que hiere y mata los deseos de la carne a fin de salvar el espíritu. Mas ¿no os parece también que quien castiga su

<sup>26</sup> Gal. 2, 20.

<sup>27</sup> Mt. 5, 25.

<sup>28</sup> Ps. 119, 4.

<sup>29</sup> Ps. 37, 3. 4.

<sup>30</sup> Mt. 26, 41.

<sup>31</sup> 2 Cor. 12, 10.

<sup>32</sup> Gal. 5, 17.

<sup>33</sup> Ps. 118, 120.

cuerpo y lo reduce a servidumbre ayuda y guía la mano de quien le combate?

8. Es también saeta la palabra de Dios, viva y eficaz y más penetrante que toda espada de dos filos <sup>34</sup>, de la que dice el Salvador: *No vine a traer paz, sino espada* <sup>35</sup>. Es asimismo saeta elegida el amor de Cristo, que no sólo acribilló el alma de María, sino que la traspasó, sin dejar en su pecho virginal ni una partícula vacía de amor; antes la hizo amar con todo el corazón, toda el alma, todas sus fuerzas, de manera que fuese llena de gracia. O ciertamente penetró en ella PARA QUE VINIESE HASTA NOSOTROS Y DE AQUELLA PLENITUD RECIBIÉSEMOS TODOS Y FUESE HECHA MADRE DE CARIDAD, CUYO PADRE ES DIOS CARIDAD, DANDO A LUZ y poniendo en el sol su tienda, para que se cumpliese la Escritura, que dice: *Te he dado para luz de las gentes, para que seas mi salvación hasta el extremo de la tierra* <sup>36</sup>. Pues esto se cumplió por medio de María, que dió a luz en carne al Visible, al que, en cuanto Invisible, ni recibió de la carne ni con la carne. Y ella ciertamente recibió en toda sí herida de amor grande y suave; yo, en cambio, por feliz me tendría si sintiese dentro siquiera la punción interior de la punta extrema de esa espada, para que, recibiendo siquiera una leve herida de amor, diga también mi alma: *Estoy herida por la caridad* <sup>37</sup>. ¡Quién me diera no sólo ser herida de ese modo, sino ser atacada por todos los costados hasta la exterminación del color y del calor suyo, que milita contra el alma!

9. Si las hijas de este siglo reprochan a esa alma y la echan en cara el estar pálida y sin color, ¿no os parece que ella podrá responderles oportunamente: *No miréis si soy morena, porque me ha descolorado el sol?* Y si se acuerda de que llegó aquí por las exhortaciones o las reprensiones de algunos siervos de Dios, que verdaderamente la amaban según Dios, ¿no podrá añadir en seguida, con verdad: *Los hijos de mi madre han luchado contra mí?* El sentido, pues, de estas palabras, como dijimos, es que la Iglesia, o el alma virtuosa, quienquiera que sea, las diga, no como gimiendo o lamentándose, sino como alegrándose y dando gracias, y aun como gloriándose de haber sido hallada digna de ser negra y descolorida y de ser llamada así por el nombre y el amor de Jesucristo. Y entonces no atribuye este favor a su industria, sino a la gracia y misericordia de Dios, que la previno, y en virtud de la cual pudo llegar a tal estado. Porque ¿cómo hubiera podido llegar a él si nadie la hubiese predicado la verdad? Y ¿cómo se la hubieran

<sup>34</sup> Hebr. 4, 12.

<sup>35</sup> Mt. 10, 34.

<sup>36</sup> Is. 49, 6.

<sup>37</sup> Cant. 2, 5.

predicado si nadie hubiese recibido misión de hacerlo? <sup>38</sup> Al decir, pues, que los hijos de su madre lucharon contra ella, no lo hace en son de queja, sino animada de profunda gratitud. Por eso añade: Y *pusieronme como guarda de viñas*. Verdad que estas palabras, tomadas en sentido espiritual, no parecen expresar queja ni desazón, sabiendo más bien a cosa agradable y placentera. Pero antes de emprender el comentario de este paso, verdaderamente santo, hay que conciliarnos la gracia de Dios por medio de nuestras oraciones acostumbradas y consultar al divino Espíritu, que cala los misterios más sublimes de la divinidad y también cala al Hijo único, que está en el seno del Padre; al Esposo de la Iglesia, Jesucristo, nuestro Señor, el que, como Dios, es sobre todas las cosas y es bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.

### 30 LAS VIÑAS, CUYA CUSTODIA ESTÁ CONFIADA A LA IGLESIA, SIGNIFICAN EL PUEBLO FIEL O LAS ALMAS DE LOS ELEGIDOS. LA PRUDENCIA DE LA CARNE ES MUERTE \*

1. *Pusieronme de guarda de viñas*<sup>1</sup>, dice la Esposa. ¿Quién te puso en tal oficio? ¿Fueron quizá tus adversarios de quienes hablabas poco ha? Notad bien cómo todo nos induce a pensar que con tales palabras refiérese a aquellos mismos de quienes al parecer se lamentaba de que la combatían. Así es; y esto nos prueba que su intención al combatirla no era el molestarla o dañarla, sino el corregirla y aprovecharla. Porque ¿quién ignora que muchos han sido perseguidos por el amor que se les tenía y por su propio bien? ¿Cuántos vemos a diario que abrazan una virtud más estrecha y se elevan a la más alta perfección merced a esas dichosas persecuciones de sus superiores? Veamos, pues, de demostrar ahora, si a tanto alcanza nuestro ingenio, cómo muchas veces los hijos de la Iglesia han combatido contra su Madre con saña de enemigos y, sin embargo, el daño que pretendían causarla ha contribuido a su mayor bien; pues una de las cosas más agradables y placenteras es ver cómo los que abrigan perversas intenciones de dañar a otros, a pesar suyo y contra toda su voluntad, contribuyen poderosamente al bien y provecho de aquellos mismos a quienes persiguen y aborrecen de muerte. Nuestra interpretación de

<sup>38</sup> Rom. 10, 14. 15.

\* PL 183, 933.

<sup>1</sup> Cant. 1, 5.

las palabras de la Esposa demuestra claramente ambas cosas a la vez; porque, según hemos visto, así como ha tenido buenos hijos que la han combatido con buen celo y deseos de su bien, así también los ha habido que rabiosamente la han perseguido, animados del espíritu del mal, sacando de unos y otros gran provecho y gloriándose ahora de que las mismas persecuciones de sus émulos le han sido de mucha utilidad, por cuanto, en lugar de una viña que creyeron haberle arrebatado, ahora se ve constituida en guardiana de muchas. *Pusiéronme, dice, de guarda de viñas.* Como quien dice: Por haber combatido a mí y a mi viña aquellos que decían: *Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos*<sup>2</sup>, en vez de una sola, tengo ahora muchas, cuya guarda y cultivo me han confiado. Y por esto añade: *Mi propia viña no la guardé*; como queriendo significar que la causa de haber Dios permitido que le arrebatasen su viña, fué para que en adelante no fuese guarda de una sola, sino de muchas viñas. Tal es el sentido literal de las palabras citadas.

2. Pero es evidente que, si nos atuviéramos simplemente a este sentido y nos contentáramos con lo que se nos presenta en la superficie y en el sonido de las palabras, tendríamos que pensar que la Escritura santa intenta hablar de las viñas materiales y terrenas, que vemos a diario recibir de las lluvias del cielo y de la fecundidad de la tierra la materia de que se hace el vino, que es una de las causas de la impureza; con lo cual no sacaríamos de una cosa tan santa y divina, como es la Escritura, fruto digno; no diré de la Esposa del Señor, pero ni de alguna de las otras esposas. Porque ¿qué relación cabe entre las esposas y la guarda de viñedos? Y aun cuando en esto la hubiera, ¿cómo demostraríamos que la Iglesia ha sido jamás destinada a tal empleo? ¿Acaso tiene Dios especial cuidado de las viñas de la tierra? Pero si entendemos estas palabras en sentido espiritual, si vemos en estas viñas las iglesias, o sea, los pueblos fieles, según el pensar del profeta cuando dice: *La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel*<sup>3</sup>, entonces podrá ser que comencemos a ver cómo no es indigno de la Esposa el ser destinada a guardar viñas.

3. Antes al contrario; porque, si atentamente lo miramos, nos convenceremos al punto de que uno de sus títulos más nobles es el de haber sido encargada de plantar y cultivar numerosas y florecientes viñas desde el día en que se vió perseguida en Jerusalén por los hijos de su madre y fué arrojada de allí juntamente con la nueva plantación

<sup>2</sup> Ps. 136, 7.

<sup>3</sup> Is. 5, 7.



que acababa de hacer, o sea, *con la multitud de los fieles, de quienes se lee que eran un solo corazón y una sola alma*<sup>4</sup>. Tal es la viña que sinceramente confiesa no haber guardado, aunque no por descuido, pues al ser arrancada de Jerusalén por el furor de sus perseguidores, la trasplantó el Señor a otras partes y la arrendó a otros colonos, que la hicieron producir copiosos frutos a su tiempo. No fué, por tanto, exterminada, sino que sólo cambió de terreno, y creció y se multiplicó por haber recibido la bendición del Señor. En efecto, levantad los ojos y ved cómo *cubrió con su sombra los montes, y los altísimos cedros con sus sarmientos. Hasta el mar extendió sus pámpanos y hasta el río sus sarmientos*<sup>5</sup>. Y no es de extrañar, por cuanto éste es el edificio que Dios fabrica, éste el campo que Dios cultiva<sup>6</sup>. El es quien la fecunda, El quien la cultiva, El quien la poda, El quien la abona, para que dé más copioso fruto. Y cierto, ¿cómo pudiera abandonar una viña por El plantada con sus propias manos? Pues no debe ser menospreciada una viña en la que los apóstoles son los sarmientos, el Señor la vid y su Padre el labrador<sup>7</sup>. Plantada en la fe, echa sus raíces en la caridad; es laboreada como con la azada de la disciplina, estercolada con las lágrimas de la penitencia, regada con los sermones de los predicadores. Y así da vino en abundancia; pero un vino que causa alegría, no lujuria; lleno de toda dulzura y exento de toda impureza. Tal es el vino que alegra el corazón del hombre, y del que los mismos ángeles beben con deleite. Pues ellos sienten tanto gozo con la conversión y penitencia de los pecadores, teniendo gran sed de la salud de los hombres. Las lágrimas de los penitentes son su vino, porque en estas lágrimas está el olor de la vida, el saber de la gracia, el gusto del perdón, la alegría de la reconciliación, la salud de la inocencia recobrada y la dulzura de la conciencia tranquilizada.

4. Como se ve, de esta viña que la tempestad de una cruel persecución parecía haber exterminado, ¿cuántas otras viñas han refluorecido en toda la tierra! Y todas ellas han sido dadas en custodia a la Esposa, a fin de que no se contriste por no haber conservado la primera. Consuélate, hija de Sión, si la ceguedad de los judíos ha herido a parte de Israel, ¿qué pierdes tú con eso? Admira este misterio y no llores la pérdida. Abre tu seno y recoge la plenitud de las naciones. Di a las ciudades de Judá: *A vosotros debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas como la rechazáis y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, nos vamos a los gentiles*<sup>8</sup>. Dios ofreció a Moi-

<sup>4</sup> Act. 4, 32.

<sup>5</sup> Ps. 79, 11. 12.

<sup>6</sup> 1 Cor. 3, 9.

<sup>7</sup> Io. 15, 2. 5. 7.

<sup>8</sup> Act. 13, 46.

sés que, si quería dejar al pueblo prevaricador y abandonarlo a la venganza divina, El le haría dueño de una nación poderosa. Moisés lo rehusó<sup>9</sup>. ¿Por qué? Sin duda por su gran amor a aquel pueblo con quien vivía estrechamente unido, y además porque no buscaba su propio interés, sino el honor de Dios, sin cuidarse para nada de lo que pudiera serle ventajoso, sino sólo de lo que pudiera ser a muchos provechoso. Tales eran sus disposiciones.

5. Aunque pienso que había en ello un secreto consejo de la Providencia, que quería que este don tan grande y excelente fuese reservado para la Esposa, a fin de que ella, más bien que Moisés, fuese enviada para ser cabeza de una nación grande, pues no convenía que el amigo del Esposo quitase a la Esposa tal bendición. Por eso no a Moisés, sino a la Esposa, se ha dicho: *Vete por todo el mundo y predica el Evangelio a toda criatura*<sup>10</sup>. Ella es, sin duda, la enviada para ser cabeza de un gran pueblo. ¿Y se la podía poner al frente de otro más grande que poniéndola al frente del mundo entero? Y ciertamente no costó mucho a toda la tierra el someterse a quien llevaba consigo la paz y le ofrecía la gracia. Mas esta gracia no se parecía a la Ley. ¿Cuán distinta es la forma de presentarse una y otra a toda alma! La una se ofrece revestida de dulzura admirable, la otra de severidad excesiva. ¿Quién podría mirar con unos mismos ojos a la que condena y a la que consuela, a la que demanda y a la que perdona, a la que castiga y a la que abraza? Ciertamente, no se puede recibir con el mismo anhelo la sombra y la luz, la guerra y la paz, el juicio y la misericordia, la figura y la verdad, los azotes y la herencia, el freno y el beso. Pues bien, las manos de Moisés eran pesadas para el mismo Aarón y Hur<sup>11</sup>. El yugo de la Ley era pesado, según testimonio de los mismos apóstoles, que clamaban ser insoportable para ellos y para sus padres<sup>12</sup>. Era yugo muy pesado y áspero, y vil su recompensa, no consistiendo sino en bienes de la tierra. Por eso no fué Moisés enviado a una nación grande. Mas tú, Iglesia santa, que eres nuestra Madre, habiendo alcanzado promesas para la vida presente y la futura, consigues fácilmente ser recibida de todos, a causa de la doble gracia que posees; porque tu yugo es liviano y tu reino ilustre. Te echan de una ciudad, pero eres recibida en todo el resto de la tierra; porque lo que prometes, encanta; y lo que impones, espanta poco. ¿Por qué lloras, pues, la pérdida de una sola viña, cuando esa pérdida queda reparada con usura? En premio de haber sido desamparada y aborrecida y perseguida en Israel sin que nadie quisiera acercarse a ti, *yo haré que seas*

<sup>9</sup> Ex. 32, 9-13.

<sup>10</sup> Mc. 16, 15.

<sup>11</sup> Ex. 17, 12.

<sup>12</sup> Act. 15, 10.

la gloria de los siglos, te dice el Señor, y el gozo de todas las generaciones venideras; te alimentarás con la leche de las naciones, y te criarán regios pechos, y conocerás que yo soy el Señor, que te salva; el Redentor tuyo, el Fuerte de Jacob<sup>13</sup>. Tal es el sentido en que habla la Esposa al decir que ha sido constituida en guardaviñas; aunque no supo, o mejor, no pudo guardar la suya propia.

6. Al meditar en estas palabras de la Esposa, no pocas veces tengo que echarme en cara que, no habiendo sabido guardar la mía, he tomado a mi cuenta la cura de almas, que son como las viñas del Señor. Según esta interpretación, ¿no es verdad que podríamos lógicamente decir que la fe es como la cepa de esta viña, y las virtudes los sarmientos, las obras los racimos y la devoción el vino? Pues bien, así como los sarmientos no pueden dar fruto sin la vid, así tampoco las virtudes sin la fe, pues *sin la fe es imposible agradar a Dios*<sup>14</sup>, y aun también se le desagradará, pues *todo lo que no procede de la fe es pecado*<sup>15</sup>. Los que me confiaron la guarda de las viñas, que son las almas, hubieran debido antes investigar si yo había sabido guardar la mía. Mas ¡ay! ¡Cuánto tiempo estuvo ella inculta, desierta y abandonada! No daba casi vino, secos los sarmientos de las virtudes, porque no recibían vigor alguno de la fe. Ciertamente que se había conservado en ella la fe; pero estaba casi muerta, no yendo vivificada por las buenas obras. Tal era mi situación en el siglo, bien que al convertirme al Señor comencé a cuidar un poco más de mi alma, aunque no tanto como debía. Y ¿quién, pues, será idóneo para ello? Ni el santo profeta, quien dice: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano velu el que la guarda*<sup>16</sup>. Entonces mismo ¡cuán expuesto estaba yo a las asechanzas de aquel que desde la emboscada lanzaba sus flechas contra el inocente! ¡Cuánto, oh viña mía, te robó con mil astucias y estratagemas, aun cuando yo velaba con mayor celo por guardarte! ¡Cuántas buenas obras, como otros tantos hermosos racimos de esta viña, hizo la cólera marchitar! ¡Cuántos arrancó el orgullo! ¡Cuántos echó a perder la vanagloria! ¡Cuántos males se me siguieron de los incentivos de la gula, de la tibieza, de la flaqueza y de la timidez de espíritu, en medio de las tempestades que aquí se levantaban! Así estaba yo, y, a pesar de ello, no dejaron de ponerme para guardar las viñas del Señor, sin considerar lo que yo hacía o había hecho de la mía y sin escuchar las advertencias del Apóstol, que dice: *El que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios?*<sup>17</sup>

<sup>13</sup> Is. 60, 15. 16.

<sup>14</sup> Hebr. 11, 6.

<sup>15</sup> Rom. 14, 23.

<sup>16</sup> Ps. 126, 1.

<sup>17</sup> 1 Tim. 3, 5.

7. Extráñame la audacia de muchos, a quienes vemos que no recogen sino espinas y abrojos de sus propias viñas, pero no dudan en meterse en la viña del Señor. Esos tales son ladrones y salteadores, no guardas ni labradores fieles. Allá ellos. Pero ¡ay de mí! ¡En cuánto peligro veo mi viña aun en esta hora, y más ahora que antes, pues, obligado a cuidar de muchas, es imposible que no ande menos atento y vigilante de lo que fuera menester a la mía! No me es dado cercarla de muros ni edificar en ella un lagar. ¡Ay! Toda su cerca está caída, y cuantos pasan por el camino la vendimian<sup>18</sup>. Abierta está y expuesta por todos los costados a las incursiones de la ira, de la tristeza y de la impaciencia. Las necesidades urgentes, cual raposillas, la destruyen y saquean. La opresión de espíritu, los recelos, las inquietudes, entran de tropel en ella por doquier. Apenas está una hora sin verse turbada por tantos como tienen entre sí diferencias y sin hallarse expuesta al tumulto y agitación de los negocios. Y lo peor es que, si quiero cumplir los deberes de mi cargo, no puedo sustraerme a esas inquietudes ni evitar que acudan a mí los que necesitan mi consejo, aunque a veces apenas me dejan tiempo para orar. ¿Qué torrentes de lágrimas bastarán para regar la *esterilidad de mi alma*?<sup>19</sup> Quise decir la esterilidad de mi viña; pero la costumbre de rezar estas palabras del salmo ha puesto en mis labios *alma* en lugar de *viña*. Y no me pesa de la equivocación, pues me hace caer en la cuenta de la semejanza de estas dos cosas, porque el salmo no habla de viña, sino del alma. Que se piense, pues, en el alma, cuando se habla de la viña; porque bajo la figura y nombre de viña se llora aquí la esterilidad del alma. ¿Con qué lágrimas, pues, podré regar mi viña, tan estéril? Todos sus pámpanos están secos por falta de agua. Están tirados por tierra, sin fruto alguno, faltos de humedad. ¡Oh buen Jesús! Tú me eres testigo de que el fuego de la contrición que arde en mi pecho, todos los días consume grandes manojos de esos sarmientos al ofrecerte el santo sacrificio de la misa. Ruégote con todas veras te dignes aceptar el sacrificio de mi espíritu compungido y que no deseches mi corazón contrito y humillado<sup>20</sup>.

8. Así aplico yo a mis imperfecciones las palabras de la Esposa. Mas aquel será perfecto que pueda decir: *No he guardado mi viña*, en el sentido en que el Salvador dice en el Evangelio: *Quien pierda su vida por mi amor, la volverá a hallar*<sup>21</sup>. Ciertamente merece le confíen la guarda de las viñas del Señor aquel a quien el cuidado que debe tener de la suya propia no le estorba el velar sobre las de los demás

<sup>18</sup> Ps. 79, 13.

<sup>19</sup> Ps. 34, 12.

<sup>20</sup> Ps. 50, 19.

<sup>21</sup> Mt. 10, 39.



con toda diligencia y exactitud, sin buscar sus propias ventajas e interés, sino sólo lo que mira a la glorificación de Dios y salud de las almas. Por eso, sin duda, confiaron a Pedro el cuidado de tantas almas de judíos conversos, por ser hombre siempre dispuesto *y preparado para ir a la cárcel y a la muerte*<sup>22</sup>: tan poco era lo que el amor a su propia viña, es decir, a su alma, le distraía de velar sobre las que le estaban confiadas. Con razón también fué confiado a Pablo el cultivo de tantas viñas plantadas en medio de la gentilidad, habiendo demostrado que no necesitaba estar muy dado a la suya, sino que estaba pronto no sólo a ser encadenado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre de nuestro Señor Jesucristo<sup>23</sup>. *No temo, dice, nada de ésta, ni aprecio más mi vida que a mí mismo*<sup>24</sup>. Este sí que estimaba las cosas en su justo valor, pues juzgaba que lo suyo no debía ser preferido a lo de aquellos cuya salvación le habían confiado.

9. ¡Ay! ¡Cuántos prefieren un puñado de oro o plata a la salvación de su alma! Pablo, ni el alma. *Y no aprecio más a mi alma que a mí mismo*. ¿Luego distingues entre ti y tu alma? Ciertamente que es prudencia el estimarte a ti más que a todo lo tuyo. ¿Pero no eres tú tu alma? Imagínome que Pablo andaba según el espíritu, y su alma obedecía perfectamente a la Ley de Dios por ser ésta buena<sup>25</sup>; por eso juzgaba más razonable el designar todo su ser con el nombre de *alma*, como la más noble parte de sí, que atribuir esta denominación a cualquiera otra cosa de su pertenencia. Por lo demás, como nos consta que es de una naturaleza inferior y radica en una sustancia menos noble y más vil, cual es la del cuerpo—ya que el alma le da no sólo la vida y los sentidos, sino también el deseo de nutrirse y conservarse—, por eso aquel hombre verdaderamente espiritual juzgaba que no era digno ni exacto dar el nombre de todo su ser a esta parte carnal y sensual, siendo más propio el colocarla en el número de las cosas que le pertenecían, pero que no constituían la parte más noble y principal de sí mismo. Cuando digo: *a mí mismo*, venía a decir: entendad lo que hay en mí de más excelente y precioso, lo que soy por gracia de Dios, o sea *mi alma*; y cuando digo: *mi vida*, entendad la parte inferior que hay en mí: mi vida sensible, material y sensual. Tal es la vida que antes viví, pero que ya no vivo, porque *no ando ya según la carne, sino según el espíritu*<sup>26</sup>. *Yo vivo ahora, aunque no soy yo el que vivo, sino Cristo quien vive en mí*<sup>27</sup>. Cual si dijera: según el espíritu, soy yo el que vive; según

<sup>22</sup> Luc. 22, 33.

<sup>23</sup> Act. 21, 13.

<sup>24</sup> Act. 20, 24.

<sup>25</sup> Rom. 7, 16.

<sup>26</sup> Rom. 8, 4.

<sup>27</sup> Gal. 2, 20.

la carne, no soy yo. Pero me diréis: aun ahora el alma conserva apetitos carnales o sensuales. Cierto; *mas entonces no tanto soy yo el que obra aquello, cuanto el pecado o la concupiscencia que habita en mí*<sup>28</sup>. Por lo cual digo y afirmo que lo que en mí sabe a sensualidad, o sea, mi vida sensual y carnal, aunque es cierto que mora en mí, no lo considero como mío. Realmente hay una porción de nuestra alma que es, en cierto modo, carnal, y ésta es la sensibilidad, los afectos sensibles y la vida misma que comunica al cuerpo; y esta su vida material es la que menospreciaba Pablo, comparada con la espiritual, estando siempre preparado no sólo a que se la ataran con cadenas, sino también a perderla del todo, según el consejo del Salvador.

10. Vosotros también, si os despojáis de vuestra propia voluntad, si renunciáis perfectamente a los placeres del cuerpo, si crucificáis vuestra carne con sus vicios y concupiscencias, si mortificáis vuestros miembros durante vuestra permanencia en la tierra, os mostraréis imitadores de Pablo, no apreciando más la vida material que la espiritual; testificaréis también ser discípulos de Jesucristo si estáis dispuestos a perderla antes que comprometer vuestra salvación. Y cierto, obraréis más prudentemente perdiéndola para conservarla que conservándola para perderla; pues el Salvador nos asegura *que quien quiere salvar su vida obrando contra El, la perderá*<sup>29</sup>. ¿Qué decís a esto los que andáis observando la calidad de los manjares y despreciando la pureza de costumbres? Hipócrates y sus secuaces enseñan a salvar la vida de este mundo; Jesucristo y sus discípulos, a perderla. ¿Qué órdenes y qué reglas preferís seguir? Bastante declara a cuál de ellos quiere seguir quien discurre sobre las condiciones naturales de las cosas que se comen, y dice: Eso daña a los ojos, eso otro a la cabeza, aquello al pecho y al estómago. Cada uno, sin duda, habla de lo que aprendió de su maestro. ¿Habéis vosotros leído estas diferencias de manjares en el Evangelio, o en los profetas, o en los escritos de los apóstoles? Indudablemente es la carne y la sangre, y no el Espíritu del Padre, quien os ha revelado esta sabiduría, la sabiduría de la carne. Pero escuchad el fallo de los médicos del cristianismo: *La sabiduría de la carne, dicen, es muerte*. Y en otra parte: *La sabiduría de la carne es enemiga de Dios*<sup>30</sup>. ¿Sería decoroso que os propusiera el sentir de Hipócrates y Galeno o el de la escuela de Epicuro? Soy discípulo de Cristo y hablo a discípulos de Cristo. Sería culpable si os enseñara otras máximas que las suyas. Epicuro trabajó por el deleite, Hipócra-

<sup>28</sup> Rom. 7, 17.

<sup>29</sup> Mt. 16, 25.

<sup>30</sup> Rom. 8, 6. 7.

tes por la salud; y Jesucristo, mi Maestro, me manda no hacer gran caso de lo uno ni de lo otro. Hipócrates se afana en conservar la vida del alma en el cuerpo; Epicuro enseña a estudiar todo lo que le puede proporcionar placeres y delicias, y el Salvador nos amonesta que debemos estar dispuestos a perderla.

11. Porque ¿qué otra cosa habéis oído resonar en la escuela de Cristo, y qué clamaba El mismo un momento ha, sino: *quien ama su alma la perderá?* <sup>31</sup> La perderá, dice, o dejándola como mártir, o afligiéndola como penitente, aunque, por otra parte, sea como un martirio mortificar las obras de la carne por el espíritu con ese hierro espiritual, que no horroriza como aquel que corta los miembros del cuerpo, pero que no es menos penoso al ser duradero. ¿Veis cómo esta palabra de mi Maestro condena la sabiduría de la carne, la cual aconseja al hombre que se entregue a la molicie de los deleites o que busque la salud del cuerpo más de lo necesario o conveniente? Para mostrar que la verdadera sabiduría no se da a los que viven en delicias, un hombre sabio nos enseña que ni siquiera se encuentra en la tierra de los que viven en el regalo <sup>32</sup>. Mas el que la encuentra dice: Amé la sabiduría más que la salud y que toda hermosura <sup>33</sup>. Si más que la salud y la hermosura, ¿cuánto más que el deleite o la torpeza? Porque ¿de qué sirve ser templado en los placeres y gastar los días en investigar la diversidad de complexiones y buscar la variedad de alimentos? Las legumbres, dice, son ventosas; el queso carga el estómago, la leche daña a la cabeza, el pecho no aguanta el beber agua, las berzas fomentan la melancolía, los puerros provocan diarrea, los peces de estanque o de agua cenagosa no convienen de ningún modo a mi complexión. ¿Qué es eso de que apenas pueda hallarse cosa que comas ni en los ríos, ni en los campos, ni en los huertos, ni en las despensas?

12. Te ruego tengas en cuenta que eres monje, no médico; ni has de ser juzgado de la complexión, sino de la profesión. Mira, te pido, lo primero por tu quietud, mira después el trabajo de los que te sirven, mira el gravamen de la casa, mira a la conciencia. A la conciencia digo, no tuya, sino del otro, de aquel que, sentado cerca y comiendo de lo que se le pone, murmura de tu singular ayuno. Porque es escándalo para él o tu odiosa superstición o la dureza que quizá cree tener aquel que ha de proveerte. Escandalízase, digo, por tu singularidad el hermano que te juzga supersticioso, como quien busca superfluidades, o

<sup>31</sup> Io. 12, 25.

<sup>32</sup> Job 28, 13.

<sup>33</sup> Sap. 7, 10.

bien me califica a mí de duro al no buscarte lo necesario para tu sustentamiento. En vano te halagan algunos con el ejemplo de Pablo, exhortando a su discípulo a no beber agua, sino a usar algo de vino, por causa de su estómago y de sus frecuentes achaques <sup>34</sup>. Los cuales deben atender, lo primero, que el Apóstol no se concede a sí mismo esta mitigación, y que tampoco el discípulo la pide para sí. Luego, esto no se intima a un monje, sino a un obispo, cuya vida era muy necesaria a la Iglesia, tierna aún y naciente. Tal era Timoteo. Dame otro Timoteo y, si quieres, le daré oro por comida y bálsamo por bebida. Por lo demás, tú te dispensas a ti mismo, compadecido de ti. Sospechosa me resulta, lo confieso, tu dispensa para ti mismo, y recelo que, so capa y nombre de discreción, te veas burlado por la prudencia de la carne. Sólo quiero adviertas una cosa: que si te place la autoridad de Pablo en lo de beber vino, no te olvides de que añade *un poquito*. Y de esto basta. Pero volvamos a la Esposa y aprendamos de ella que no guarda sus viñas propias por su utilidad especialmente nosotros, que parecemos destinados a custodios en los viñedos del Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

### 31. DE LA EXCELENCIA DE LA VISIÓN BEATÍFICA Y DE CÓMO, EN LA PRESENTE VIDA, EL SENTIMIENTO ÍNTIMO DE LA DIVINA PRESENCIA EN LAS ALMAS SANTAS ES MUY DIVERSO, CONFORME A LA DIVERSIDAD DE SUS DESEOS Y ASPIRACIONES \*

1. *Dime, Amado mío, dónde tienes los pastos, dónde sesteas al mediodía* <sup>1</sup>. El Verbo, que es el Esposo, apárese muchas veces a las almas celosas y ganosas de contemplarle; pero no se les aparece bajo una sola forma. ¿Por qué así? Sin duda porque todavía no se le puede ver tal cual es. Mas la visión que tendremos de El en el cielo permanecerá siempre, porque la forma en que se verá entonces subsiste siempre. Pues El es el supremo Ser y no recibe mutación alguna de lo que es, de lo que ha sido o de lo que será. Quitad el tiempo pasado y el futuro; ¿dónde encontraréis mutación ni sombra de vicisitud? Mas todo lo que viene de lo pasado y tiende a lo venidero, necesariamente ha de pasar por lo presente, y por eso no puede dársele el nombre de ser, porque ¿cómo podrá decirse que es lo

<sup>34</sup> 1 Tim. 5, 23.

\* PL 183, 940.

<sup>1</sup> Cant. 1, 6.



que nunca permanece en un mismo estado? Luego sólo Aquel es verdaderamente que no sale de lo que ha sido para entrar en lo que no es, sino que su Ser es siempre subsistente y permanece en un punto indivisible. El Ser tal no ha sido, porque es desde la eternidad; y no *será*, porque eternamente es. Y esto es lo que se apropia a sí el verdadero Ser, es decir, el Ser increado, ilimitado e invariable. Por tanto, aquel Señor que así es, o por mejor decir, que ni es pasado ni futuro, sino siempre presente, al mostrarse al alma tal cual es, en esta visión muéstrasele, como dijimos, totalmente exento de toda mutación; y por eso todos los que así ven a Dios reciben aquel denario de que habla el Evangelio<sup>2</sup>; porque al mostrárseles de una manera invariable el que naturalmente es invariable, gozarán deliciosísimamente de esta visión, sin que deseen ya ni puedan desear ver cosa alguna más deleitable y atractiva. Cierto; cuando veamos a Dios tal cual es, nunca jamás esa visión nos causará fastidio, nunca jamás el ansia y avidez de verle quedarán saciadas, nunca jamás la dulzura y suavidad de ver un objeto tan amable cesará de atraerlos, nunca jamás la verdad frustrará nuestras esperanzas y deseos, sino que eternamente anhelaremos gozar de esta visión. Ahora bien, siendo eternas la voluntad y la facultad de gozar de esta visión, la felicidad que de ahí se sigue será completa y perfectísima, porque nada puede faltar a los que gozan de esta visión, como tampoco les puede causar la menor molestia el no ver plenamente saciados sus eternos deseos y aspiraciones.

2. Mas esta bienaventurada visión no es de la vida presente, estando reservada para la otra a aquellos que pueden decir: *Sabemos cierto que, cuando Cristo aparezca en su gloria, seremos semejantes a El, porque le veremos tal como es*<sup>3</sup>. Ahora se aparece a quien quiere, pero se aparece como quiere, no tal como es. No hay sabio, ni santo, ni profeta que pueda o haya podido verle, viviendo aún en este cuerpo mortal, tal como El es; mas quien sea digno de esto podrá verle al recibir su cuerpo el don de la inmortalidad. Se le puede ver, pues, en esta vida, pero tal como El se muestra al que le ve, no tal como realmente es. Porque aun cuando veáis el sol a diario, no le habéis visto nunca tal cual es, sino sólo tal como ilumina el aire, o un monte, o una piedra. Y ni siquiera podríais verle así si la luz de vuestro propio cuerpo, que es vuestro ojo, no se asemejase en modo alguno a esta lumbrera celestial, por la serenidad y claridad a El connaturales, de forma que ningún otro miembro del cuerpo es capaz de esa luz, por la gran des-

<sup>2</sup> Mt. 20, 9.

<sup>3</sup> I Io. 3, 2.

proporción que tiene con ella. Y el ojo mismo, cuando está turbio, tampoco puede recibirla, por haber perdido esta semejanza. Aquel, pues, que, teniendo el ojo turbio, tampoco puede recibirla, por la disconformidad con él, le ve al punto de estar claro su ojo, a causa de alguna semejanza que comienza a haber entre esos dos cuerpos. Y si el ojo estuviera tan limpio como el sol, veríale tal como es, sin deslumbrarse, al ser completa la proporción que tendría con él. Así también aquel que está iluminado por el Sol de justicia, que alumbra a todo hombre que viene al mundo, puede ver acá abajo tal como El le alumbra, porque en algo le es semejante, mas no puede verle tal cual es en efecto, por no ser aún del todo semejante a El. Por eso dice el profeta: *Acercaos a El, y seréis iluminados, y vuestros ojos no serán confusos* <sup>4</sup>. Y muy cierto, mas siempre que nos veamos iluminados en cuanto necesitamos serlo, a fin de que, contemplando la gloria de Dios cara a cara, *seamos transformados en su imagen, de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Señor* <sup>5</sup>.

3. Es menester, pues, acercarse a El reverentes y no lanzarse con descaro. no sea que, queriendo sondear irreverentemente los sublimes misterios de tan alta Majestad, quede el hombre oprimido bajo el peso de su gloria <sup>6</sup>. Y no es preciso acercarse a El cambiando de lugar, sino por medio de las diversas claridades, no corporales, sino espirituales, o sea subiendo de claridad en claridad, como quien es conducido por el Espíritu del Señor y no por el espíritu propio, aunque esto se realice en nosotros. Así, aquel que esté mejor iluminado estará más próximo a Dios, y habrá llegado hasta El aquel que haya tocado el sumo grado de claridad y de luz. Mas el verle tal cual es, cuando estemos ya presentes delante de El, no será sino ser tales como El es, sin ser deslumbrados por alguna desemejanza. Pero eso entonces, como dije. Mas, entre tanto, toda esa variedad de formas y numerosidad de especies en las cosas creadas, ¿qué otra cosa son sino ciertos rayos de la Divinidad que de continuo nos están pregonando que el que es su Hacedor existe verdaderamente, aunque no nos lo hacen ver de una manera absoluta y tal cual es en sí mismo? Por eso, al contemplar las criaturas en su hermosa variedad, vemos algo de El, por más que no le veamos a El; y cuando contemplamos las obras maravillosas de Aquel a quien no vemos, esa vista nos ha de mover a buscarle por todos los medios, a fin de que el que así le busque reciba un día, en premio a su solitud, gracias y recompensas inenarrables; mas el que se

<sup>4</sup> Ps. 33, 6.

<sup>5</sup> 2 Cor. 3, 18.

<sup>6</sup> Prov. 25, 27.

descuida en buscarle no podrá alegar excusa de su ignorancia. Pero esta manera de ver a Dios es común. Al alcance de todos los que usan de razón está, según el Apóstol, el ver y entender las cosas de Dios invisibles por medio de la creación visible<sup>7</sup>.

4. Muy de otro modo, sin duda, se dignaba Dios en otros tiempos conceder a los patriarcas el gozar muy frecuente y familiarmente de su presencia, para satisfacer el ardor de sus deseos y de su amor, aunque tampoco entonces se les mostrara tal cual es, sino tal como le placía aparecerse a ellos. Y no se aparecía a todos del mismo modo, sino, como dice el Apóstol, *en distintos modos y diversas formas*<sup>8</sup>, por más que sea Único en sí, diciendo El mismo a Israel: *El Señor tu Dios es uno solo*<sup>9</sup>. Claro está que estas apariciones no eran comunes y ordinarias; pero es indudable que tenían lugar de una manera externa, por medio de imágenes o representaciones accesibles a los ojos o por medio de voces que resonaban en los oídos. Mas hay otra manera de ver a Dios, tanto más distinta de éstas cuanto es más interior, y tiene lugar cuando Dios por sí mismo se digna visitar al alma que le busca, consagrando todas sus energías a esa investigación, con todo el ardor y con todos los anhelos que le inspira su amor. Y ahí tenéis la señal de su venida al alma, según lo aprendimos de aquel que lo había experimentado: *El fuego irá delante de El y abrasará por todas partes a sus enemigos*<sup>10</sup>. Según esto, es preciso que toda alma a la cual haya de venir prepare esta venida con el fervor de sus deseos, aniquilando en sí toda la impureza de los vicios, a fin de disponer un lugar apropiado para recibir al Señor. Y el alma sabe que el Señor está cerca cuando se siente abrasada de ese fuego y puede decir con el profeta: *Desde lo alto metió fuego dentro de mis huesos*<sup>11</sup>. *Sentí inflamarse mi corazón, y en mi meditación ardía fuego*<sup>12</sup>.

5. Después de haber el alma suspirado largo tiempo por recibir esta merced del cielo; mejor dicho, después de ejercitada fervorosamente en la oración, perseverando en ella con ardientes deseos y súplicas, si el Señor, a quien tan ardiente y perseverantemente ha deseado y buscado, se le presenta de improviso, creo yo que por propia experiencia podrá decir con el santo Jeremías: *¡Cuán bueno es el Señor con los que esperan en El, con el alma que le busca!*<sup>13</sup> Su angel custodio, uno de los familiares del divino Esposo, es el

<sup>7</sup> Rom. 1, 20. Nadie, pues, podrá escudarse en San Bernardo para legitimar su pereza e ignorancia. Fué el Santo un estudioso ávido de saber, no por saber, sino para mejor saborear a Dios desde esta vida (P. G. Prado).

<sup>8</sup> Hebr. 1, 1.

<sup>9</sup> Dt. 6, 4.

<sup>10</sup> Ps. 96, 3.

<sup>11</sup> Thren. 1, 13.

<sup>12</sup> Ps. 38, 4.

<sup>13</sup> Thren. 3, 25.

destinado a preparar y ser testigo de esa mutua e íntima visita. ¿Y quién podrá expresar con palabras su gozo? Arrebatado de santo entusiasmo, salta de alegría por la parte que le cabe en tan insigne favor. Volviéndose entonces al Señor, dícele: Gracias te doy, ¡oh Dios de infinita majestad!, de que hayas dado a esta alma lo que ansiaba su corazón y no la hayas defraudado en lo que te pedía con tanto empeño. Este ángel bienaventurado es quien, siguiéndola cuidadosamente por doquier, no cesa de excitarla y de apremiarla con frecuentes inspiraciones, diciéndole: *Deléitate en el Señor, y El te dará lo que le pidas. Espera al Señor y guarda sus preceptos*<sup>14</sup>. Y le añade: *Si tarda en venir, aguárdale, porque vendrá y no tardará*<sup>15</sup>. Y hablando al Señor, dícele: *Como ansía el ciervo las fuentes de las aguas, así suspira por ti mi alma*<sup>16</sup>, a quien heriste de amor. Te ha deseado en la noche, y tu espíritu, que habita en el fondo de su corazón, ha velado desde la mañana en busca tuya<sup>17</sup>. Han estado todo el día levantadas sus manos a ti<sup>18</sup>; concédele lo que te pide, porque clama y suspira por ti<sup>19</sup>. Vuélvete un poco a ella, déjate doblegar a sus ruegos<sup>20</sup>; mírala de lo alto del cielo, atiende y visita a esta pobre alma desolada. ¡Fiel panegirista, que, siendo testigo de este recíproco amor, sin mostrarse celoso de él, no trabaja por sus intereses, sino por los de su Señor! Está entre el Esposo y la Esposa, siempre dispuesto a servirles, ora ofreciendo votos, ora trayendo gracias. Excita a la una y aplaca al otro. Algunas veces también, aunque raras, hace que se vean el uno al otro, ya arrebatándola a ella, ya trayéndole a su Amado, pues que es como doméstico y conocido en el alcázar del Rey; no teme repulsa y contempla siempre la cara del Padre.

6. Mas no os figuréis que haya aquí nada de corporal en esta comunicación íntima del Verbo con el alma, pues aquí no se realiza sino lo que el Apóstol ha dicho, a saber: *que quien a Dios se adhiere, hácese un espíritu con El*<sup>21</sup>. Al hablar así, no hago más que expresaros, en cuanto es dado a la palabra humana, los arrobamientos del alma pura, y acomodando la inteligencia de las cosas espirituales a los espirituales. Aquesta unión, pues, hácese en espíritu, porque Dios es espíritu, y está prendado de la hermosura del alma que ve andar en espíritu y combatiendo sin tregua los deseos de la carne; y ámalala todavía más si reconoce que arde en amor a El. El alma en tal estado, al verse tan amada de su Dios, no se contenta con que su Esposo se le manifieste en la forma a muchos común, por medio de las

<sup>14</sup> Ps. 36, 4. 34.

<sup>15</sup> Hab. 2, 3.

<sup>16</sup> Ps. 41, 2.

<sup>17</sup> Is. 26, 9.

<sup>18</sup> Ps. 87, 10.

<sup>19</sup> Mt. 15, 23.

<sup>20</sup> Ps. 139, 13.

<sup>21</sup> I Cor. 6, 17.



cosas criadas o de aquella otra manera peculiar a algunas personas, o sea por medio de visiones o sueños proféticos; sino que quiere y desea que, por especial privilegio, el Señor descienda a ella de lo alto del cielo y la penetre íntimamente hasta lo profundo de su corazón; quiere que Aquel a quien ama no se le muestre sólo bajo alguna figura externa, sino que haga como una infusión de sí mismo en ella; que no sólo se le aparezca, sino que se ponga en íntimo contacto con ella, siendo su dicha tanto mayor cuanto más inefablemente delicioso es poseer a su Dios en lo más íntimo de su ser. Entonces el Verbo o Palabra de Dios no sólo se hace oír de ella, sino que penetra en ella; no se contenta con hablarle, sino que obra en ella; no hiere sólo sus oídos, sino que la llena de dulcísimos sentimientos y afectos. La cara de Dios que el alma contempla, no tiene forma alguna determinada, sino que más bien imprime en ella su forma; no hiere los ojos del cuerpo, sino que llena de dulce alegría el corazón, por cuanto esta gracia es don del amor, no cosa al alcance de los sentidos.

7. A pesar de lo cual, ni aun en esta visión maravillosa me atrevo a decir que el alma vea a Dios como en sí es; aunque, cierto, no le ve distinto de lo que en sí es. Notad además que el alma, aun la más pura y piadosa, no goza continuamente de esta visión, ni está en su mano el tenerla, ni tampoco la concede el Señor a todas del mismo modo. Conviene, en efecto, que, según los diversos deseos y aspiraciones del alma, varíe también el sabor de la divina presencia y que el gusto infuso de las dulcedumbres celestiales deleite el paladar del alma de diversas maneras, según las diversas disposiciones y deseos de que esté animada. Por eso habréis notado, sin duda, en este Cántico de amor que vamos comentando, cuántas veces el Verbo ha mudado de semblante y cómo se ha dignado transformarse de mil modos en presencia de su Amada, a fin de proporcionarle las más varias y copiosas delicias; pues ora, semejante a un castísimo esposo, reclama sus íntimos y purísimos abrazos y se complace en recibir sus místicos besos; ora, a manera de médico solícito, provisto de óleo y preciosos ungüentos, va en auxilio de las almas tiernas y flacas, necesitadas de esos fomentos y medicinas; por lo cual son designadas aún con el tierno y delicado nombre de *doncellitas*. Y si alguno murmurare de ello por lo bajo, se le dirá: *No precisan los sanos de médico, sino los enfermos*<sup>22</sup>. Ora se presenta en figura de caminante y, haciéndose en contradicho de la Esposa y de las doncellitas que andan juntas, se les asocia para hacerles más llevaderas las fatigas del camino con sus agradabi-

<sup>22</sup> Mt. 9, 12.

lísimos y provechosísimos coloquios, y apenas se ha despedido de ellas no pueden menos de exclamar: *¿No es verdad que sentíamos abrasársenos el corazón mientras nos hablaba por el camino?* <sup>23</sup> ¡Gratísimo compañero de viaje, que con su amena conversación, afable trato y suavidad de costumbres, como con la fragancia de los más exquisitos perfumes, arrastra a todas en pos de sí! De ahí que le digan las doncellitas: *Corremos todas al olor de tus ungüentos* <sup>24</sup>. Preséntase a veces también como rico Padre de familias, que tiene abundantes provisiones en su casa; o bien como magnífico y poderoso Rey, que parece empeñado en disipar la timidez de la Esposa pobre y animarla a desear que le dispense beneficios, descubriéndola para ello todos los tesoros de su gloria, las riquezas de sus despensas y cilleros, la abundancia de sus jardines y de sus tierras, y aun haciéndola entrar en el secreto de su cámara. Porque ese divino Esposo ha puesto toda su confianza en ella y juzga que no debe ocultar nada a aquella a quien ha rescatado de la pobreza después de haber probado su fidelidad, y la acaricia y regala por serle sumamente amable. Así es cómo El no cesa de mostrarse interiormente, ya de una manera, ya de otra, a los que le buscan, a fin de que se cumpla lo que ha dicho: *Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos* <sup>25</sup>.

8. En todas estas circunstancias muéstrase siempre suave, manso y sumamente misericordioso: en los besos y abrazos que da al alma manifiesta su amor y ternura; y en el óleo, ungüentos, perfumes y otros medicamentos que la aplica, muestra ser clemente y tener entrañas de piedad y compasión. Además, mientras vamos por el camino de la vida, vémosle siempre afable, alegre, lleno de gracia y de bondad; y al ponernos ante la vista sus inmensas riquezas y dilatadísimas propiedades, nos prueba clarísimamente cuánta sea la liberalidad, generosidad y regia munificencia con que premia nuestros mínimos servicios. Así es que en todas y cada una de las páginas del libro de los Cantares hallamos al Verbo representado con figuras e imágenes semejantes; todo lo cual me induce a creer que el profeta Isaías le contemplaba en este aspecto cuando escribía: *El Cristo del Señor es un Espíritu vital que anda delante de nosotros: a su sombra viviremos entre las naciones gentiles* <sup>26</sup> convertidas a la fe; por cuanto ahora no le vemos sino como en espejo y en enigma, no cara a cara; mas esto sólo será mientras vivamos en este mundo, cesando cuando subamos a vivir entre los ángeles, donde poseeremos y gozaremos de felicidad semejante a la suya y veremos a Dios como ellos le ven,

<sup>23</sup> Lc. 24, 32.

<sup>24</sup> Cant. 1, 3.

<sup>25</sup> Mt. 28, 20.

<sup>26</sup> Thren. 4, 20.

o sea en la divina esencia, tal cual es en sí, no tras de velos y entre sombras. En efecto, así como los antiguos patriarcas, según decíamos poco ha, sólo poseían la sombra y la figura, mientras que nosotros poseemos ya la verdad figurada, gracias a nuestro Señor Jesucristo, que se nos hizo presente por medio de la carne que tomó, así también nosotros ahora vivimos como a la sombra de la verdad, si nos comparamos con la vida de los ángeles en la gloria; a no ser que alguno se empeñe en contradecir al Apóstol, que dice: *Ahora nuestro conocimiento de las cosas divinas es imperfecto, e imperfecta también la profecía*<sup>27</sup> acerca de ellas; por eso añade en otra parte: *No creo haber llegado al fin de mi carrera*<sup>28</sup>. Y cierto, ¿quién no ve la gran diferencia entre los que andan guiados por la fe y los que ven claramente al que es el objeto de la fe? El justo, pues, vive de fe<sup>29</sup>, pero el bienaventurado se regocija de ver a Aquel que fué la materia de su fe. Por esto el hombre bueno vive aquí a la sombra de Jesucristo, y el ángel se gloria de contemplar el resplandor de su rostro inmortal y glorioso.

9. Ciertamente que es buena la sombra de la fe, pues templala luz que deslumbraría nuestros ojos flacos y débiles, disponiéndolos a resistir los destellos de esa luz. Por donde está escrito *que la fe purifica el corazón*<sup>30</sup>. Así, la fe no apaga la luz, sino que la conserva. Todo lo que el ángel ve, por grande que ello pueda ser, la sombra de la fe me lo guarda y pónelo como en depósito en su seno fiel, para revelármelo a su debido tiempo. ¿Acaso no nos es ventajoso poseer, aun sin verlo, lo que no podríamos comprender aunque estuviera ante nuestros ojos? La misma Madre del Señor vivía en la sombra de la fe, pues se la dijo: *Bienaventurada eres por haber creído*. Tuvo también para sí la del cuerpo de Cristo, pues oyó estas palabras de la boca del ángel: *La virtud del Altísimo te dará su sombra*<sup>31</sup>. Seguro que no puede ser despreciable la sombra que procede de la virtud del Altísimo. Había verdaderamente una grande virtud en el cuerpo de Cristo, cuando envolvió a la Virgen con su sombra, a fin de que pudiese resistir por la interposición del cuerpo vivificante de su Hijo la presencia y la luz inaccesible de su adorable Majestad. Por esta virtud todas las fuerzas enemigas han sido domadas; virtud y sombra que lanza los demonios y protege a los hombres; virtud que da vida, y sombra que da placentera frescura.

10. Nosotros, pues, vivimos a la sombra de Jesucristo cuando caminamos por la fe y nos alimentamos de su carne

<sup>27</sup> I Cor. 13, 9.

<sup>28</sup> Phil. 3, 13.

<sup>29</sup> Hab. 2, 4.

<sup>30</sup> Act. 15, 9.

<sup>31</sup> Luc. 1, 45. 35.

para vivir vida divina, ya que la carne de Cristo es verdaderamente comida <sup>32</sup>. Y quizá por eso en este paso que comentamos se nos pinta al divino Esposo en figura de pastor, a quien parece hablar la Esposa al decir: *Dime dónde pastas, dónde sesteas al mediodía* <sup>33</sup>. ¡Qué bueno es este Pastor, pues da la vida por sus ovejas: da su vida por rescatarlas, su carne para alimentarlas! ¡Oh, qué maravilla! El mismo es a la vez pastor, pastos y redención. Mas noto que este discurso se alarga demasiado, siendo amplia la materia y encerrando grandes cosas, imposibles de explicar en pocas palabras. Esto me obliga más bien a interrumpirlo que a terminarlo. Pero ya que la materia no se nos ha agotado, deberá la memoria funcionar para retener lo explicado, a fin de que mañana pueda enhebrar el hilo y proseguir, sin necesidad de repeticiones, según las fuerzas que me dé nuestro Señor Jesucristo, Esposo de la Iglesia, y que, como Dios, es sobre todas las cosas y es bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.

### 32 EN QUÉ SENTIDO JESUCRISTO ES CONSIDERADO ESPOSO DEL ALMA SANTA Y MÉDICO DE LA ENFERMA. DIVERSIDAD DE PENSAMIENTOS Y CUÁL SEA SU ORIGEN O CAUSA \*

1. *Dime dónde pastas, dónde sesteas al mediodía* <sup>1</sup>. Aquí nos detuvimos la vez pasada; de aquí ha de arrancar la presente instrucción. Mas antes de ir adelante creo que no será inoportuno resumir en pocas palabras las visiones precedentes y mostrar cómo pueden sernos apropiadas espiritualmente según los deseos y los méritos de cada cual, a fin de que, habiéndolas comprendido, si se digna el Señor hacernos esta gracia, podamos entender más fácilmente lo que hemos de decir acerca de esto; aunque, ciertamente, la materia ofrece suma dificultad. En efecto, los términos empleados para expresar esas visiones o semejanzas suenan a cosa corporal, y las mismas cosas por ellas descritas parecen materiales, siendo ciertísimo que lo que se pretende hacernos comprender por ellas es espiritual, y el espíritu es quien debe buscar las causas y razones de ello. Mas ¿quién podrá sondear y comprender tantos y tan variados movimientos y progresos del alma, en virtud de los cuales la presencia multiforme del Esposo es ocasión de derramar en ellas tantas y tan múltiples gracias? Mas, si entramos en

<sup>32</sup> Io. 6, 56.

<sup>33</sup> Io. 10, 11.

\* PL 183, 945.

<sup>1</sup> Cant. 1, 6.



nosotros mismos y el Espíritu Santo se digna mostrarnos con su luz lo que no se desdena obrar de continuo en nosotros por su operación, espero en el Señor que no nos veremos del todo privados de la inteligencia de estas cosas. Porque persuadido estoy de que no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, a fin de que entendamos cuáles son los dones que Dios nos ha hecho <sup>2</sup>.

2. Si, pues, alguno de nosotros halla, como el profeta, ser para él un grande bien el estar adherido a Dios <sup>3</sup>, o, hablando más claro, si hay alguno entre vosotros tan inflamado en el divino amor que desee salir de este cuerpo mortal y estar con Cristo, y que lo desee con tanto afán que sienta de ello ardiente sed, y lo medite sin cesar, ese tal, sin duda, no recibirá al Verbo de otro modo que en forma de Esposo, cuando éste se digne visitarle, o sea cuando sienta que le estrecha interiormente como con los brazos, y reciba la infusión de la suave dulcedumbre del santo amor; porque indudablemente verá satisfechos los deseos de su corazón, aunque envuelto aún en este cuerpo mortal y viviendo en el destierro. Entienda, sin embargo, que no posee al Esposo sino en parte, por algún tiempo, y aun por muy corto tiempo. Porque acontece no pocas veces que, después de haber sido buscado con muchas vigiliass y oraciones, trabajos y abundantes lágrimas, preséntase por fin al alma; pero, a lo mejor, cuando ésta creía poseerle, súbitamente se le va, y presentándosele de nuevo al verla llorar, síguele por todas partes, permite que le coja, mas no que le retenga largo rato, pues que vuelve a escurrírsele de las manos en un abrir y cerrar de ojos. Y si, persistiendo el alma devota en orar y gemir, vuelve El y no la priva del fruto de sus oraciones, desaparece al instante, no volviendo más hasta que ella le busca con todos los descos de su corazón. Así, en la presente vida puede sentirse muchas veces la alegría de la presencia del Esposo, mas no se puede gozar de ella plenamente; porque, aun cuando su vista alegra el alma, ella se aflige de ver turbado su contento por estas diversas mudanzas. Y la Esposa sentirá siempre esta pena, hasta que, despojada ya de la carga tan pesada de esta masa grosera y terrestre, vuela ligera en alas de sus deseos y, remontándose libremente a las alturas de la perfecta contemplación, cual ave que vaga holgadamente por los espacios infinitos, vaya siguiendo a su Amado por donde vaya, sin que nada la estorbe ni detenga.

3. Mas no se crea que el divino Esposo se presenta,

<sup>2</sup> I Cor. 2, 12.

<sup>3</sup> Ps. 72, 28

aunque sea de paso, a todo linaje de almas; hácelo solamente con aquellas que, por su gran devoción, vehementes deseos y dulce amor de ternura, demuestran merecer el nombre de esposas y ser dignas de que el Verbo se revista de toda su hermosura para visitarlas, tomando para ello la forma de Esposo. Porque el que todavía no se halla en tal estado, antes necesita fomentar el espíritu de compunción con la memoria de sus pecados, orando a Dios con amargura de su alma *para que no quiera condenarle*<sup>4</sup>; el que quizá sufre todavía violentas tentaciones, viéndose como atraído y arrastrado por su propia concupiscencia, ése no le busque como a Esposo, sino como a Médico, y, por tanto, no recibirá ósculos ni abrazos, sino sólo los remedios y medicamentos necesarios para curar sus llagas. ¿No es ésta la disposición en que nos hallamos muchas veces en nuestras oraciones nosotros, que nos vemos tentados con frecuencia por las pasiones, vivas aún en nosotros, o pesarosos con la memoria de las culpas pasadas? ¿De cuánta amargura me has librado muchas veces, Señor Jesús, dignándote venir a mi alma! ¿Cuántas veces, después de haber derramado torrentes de lágrimas, después de mil suspiros y sollozos, has vertido sobre mi alma herida la unción de tu misericordia y la has ungido con óleo de alegría! ¿Cuántas veces me he puesto a orar, desesperando casi de mi salud, y, en saliendo de mi oración, me he visto rebosando alegría con la esperanza del perdón! Los así dispuestos saben que el Señor Jesús es verdaderamente un Médico, *que sana a los que tienen el corazón herido y venda sus heridas*<sup>5</sup>. Los que no lo hayan experimentado crean a aquel que dice: *El Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a los mansos y humildes, para curar a los contritos de corazón*<sup>6</sup>. Si aún dudan de ello, acérquense al menos a El y lo experimentarán, y aprenderán por sí mismos el sentido de estas palabras: *Más quiero misericordia que sacrificio*<sup>7</sup>. Pero si- gamos.

4. Hay también algunos entre nosotros que, aflojando en los ejercicios espirituales, caen en tibieza y, dominados por cierto abatimiento y cierto desmayo, andan con pesadez y desgana por los caminos del Señor, no hacen lo que les está mandado sino con un corazón seco y desabrido, quéjense muchas veces, se lamentan de que los días y las noches son largos, diciendo con el santo Job: *Si estoy acostado, digo: ¿cuándo será de día y me levantaré?, y levantado, deseo llegue la tarde*<sup>8</sup>. Pero si el Señor en su bondad,

<sup>4</sup> Job 10, 2.

<sup>5</sup> Ps. 146, 3.

<sup>6</sup> Is. 61, 2; Lc. 4, 17-21.

<sup>7</sup> Mt. 9, 13.

<sup>8</sup> Job 7, 4.

compadecido de tanta miseria, se acerca a esa alma mientras va por el camino de esta vida y empieza a hablarle del cielo, El, que para eso bajó del cielo a la tierra, o la invita a entonar alguno de los cánticos deliciosos de Sión, o la entretiene gratamente con noticias de la ciudad de paz, de la eternidad de esta paz y de la dicha que hay en poseerla; no dudéis de que esta conversación grata será cual suave confortante para esa alma adormecida y perezosa que la dará nuevo vigor y echará fuera todo el tedio de su espíritu y todo el cansancio de su cuerpo. ¿Os parece que sentía o pedía otra cosa aquel que decía: *Adormecióse mi alma de tedio; dame alientos, Señor, según tu palabra?* Y en consiguiendo esto, exclamó: *¡Cuán amable es tu ley, Señor! Todo el día es tema de mi meditación*<sup>9</sup>. Pues nuestras meditaciones sobre el Verbo, que es el Esposo; sobre su gloria, su hermosura, poder y majestad adorable, son otras tantas palabras que El dirige a nuestra alma. Y no sólo entonces nos habla, sino también cuando repasamos con fervor en nuestro espíritu sus oráculos y juicios y meditamos noche y día su ley: en todos estos casos sepamos que el Esposo está verdaderamente presente y que nos habla, a fin de que la dulzura de sus palabras nos impida cansarnos de nuestros trabajos.

5. Cuando sentís, pues, estas cosas en vuestro espíritu, no creáis que estos pensamientos proceden de vosotros mismos, sino reconoced que habla aquí Aquel que dice por el profeta: *Yo soy quien hablo de justicia*<sup>10</sup>, porque esos pensamientos de nuestra mente semejan mucho a las palabras que el Espíritu de Verdad habla entonces en nosotros, no siéndonos fácil discernir las ideas que son parto de nuestra inteligencia de las que nos vienen de Dios. Hay para ello que observar atentamente y recordar lo que nos dice el Señor en el Evangelio: *Del corazón salen los malos pensamientos*<sup>11</sup>. Y en otra parte añade: *¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?*<sup>12</sup> *El que miente*, dice Juan, *habla como quien es*<sup>13</sup>. Y el Apóstol a su vez añade: *No somos capaces de concebir por nosotros mismos ningún buen pensamiento como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia de Dios viene*<sup>14</sup>. Luego cuando pensamos algo malo, este pensamiento de nosotros es; pero cuando pensamos algo bueno, tal pensamiento viene de la palabra de Dios. Lo primero, sale de nuestro corazón; lo segundo, óyelo nuestro corazón. *Escucharé*, dice el profeta, *lo que el Señor Dios diga en mi corazón, pues El hablará de paz a su pueblo*<sup>15</sup>. Dios tam-

<sup>9</sup> Ps. 118, 28. 97.

<sup>10</sup> Is. 63, 1.

<sup>11</sup> Mt. 15, 19.

<sup>12</sup> Mt. 9, 4.

<sup>13</sup> Io. 8, 44.

<sup>14</sup> 2 Cor. 3, 5.

<sup>15</sup> Ps. 84, 9.

bién es el que produce en nuestro corazón pensamientos de paz, de piedad y de justicia; y nosotros no tenemos estos pensamientos de nosotros mismos, sino que los recibimos en nosotros. Y en cuanto a los homicidios, adulterios, hurtos, blasfemias y demás, todo ello sale de nuestro corazón <sup>16</sup>, sin que lo hayamos oído en él, sino que lo hemos formado de nosotros mismos. Pues *el insensato dice en sí mismo: No hay Dios* <sup>17</sup>. Y también: *Por eso el impío ha irritado a Dios, porque ha dicho en su corazón: No me pedirá cuentas* <sup>18</sup>. Hay todavía otra palabra que se oye en el corazón, pero que no es del corazón, porque no sale de él, como de él salen nuestros pensamientos; y esta palabra no es aquella de la cual hemos dicho que se hace oír en el corazón, que es la palabra del Verbo, pues esta de que hablamos ahora es mala. Dicha palabra es producida en nosotros por los poderes adversos y por las sugestiones de los ángeles malos. Tal fué, por ejemplo, la que inspiró el diablo al corazón de Judas para que entregase al Señor Jesús al poder de sus enemigos, según leemos en el santo Evangelio <sup>19</sup>.

6. Mas ¿quién podrá velar sobre sí mismo y observar con tanto cuidado todos los movimientos interiores que rebullen en él o que vienen de él, de modo que a cada deseo ilícito pueda discernir claramente lo que viene de la flaqueza de su espíritu o de la mordedura de la serpiente? No creo sea esto posible a hombre alguno, sino a aquel que, ilustrado por el Espíritu Santo, ha recibido, por gracia especial, aquel carisma que el Apóstol, al enumerar los dones de Dios, llama discreción de espíritus <sup>20</sup>. Por mucho cuidado que uno ponga en guardar su corazón <sup>21</sup> y en observar con exactísima aplicación todo lo que en él pasa, aun cuando esté ya ejercitado en esto largo tiempo y tenga en esto toda la experiencia imaginable, aun entonces no podrá hacer en sí un discernimiento justo y exacto entre lo malo y lo que nace de sí mismo y lo que de otra parte le ha sido comunicado. Pues, como dice el profeta, *¿quién conoce sus yerros?* Tampoco importa mucho saber de dónde viene lo malo que hay en nosotros, con tal que sepamos que lo es; y vale más orar y velar a fin de no consentir en ello, venga de donde viniere. El profeta pide a Dios le libre de ambos males, cuando dice: *Purifícame, Señor, de mis faltas ocultas y preserva a tu siervo de las ajenas* <sup>22</sup>. Yo no puedo daros acerca de este particular una ciencia que no he recibido, pues debo ingenuamente confesaros que ignoro las reglas para discernir certeramente los productos del corazón de las sugestiones

<sup>16</sup> Mt. 15, 19.

<sup>17</sup> Ps. 13, 1.

<sup>18</sup> Ps. 9, 13.

<sup>19</sup> Io. 13, 2.

<sup>20</sup> I Cor. 12, 10.

<sup>21</sup> Prov. 4 23.

<sup>22</sup> Ps. 18, 13. 14.



extrañas del enemigo. Lo que no admite duda es que ambas son malas: unas y otras nacen de un mal principio, unas y otras están en el corazón, aunque no vienen del corazón. Conozco, ciertamente, todo eso en mí, aunque sea para mi incierto lo que debo atribuir a mi corazón o al enemigo; y esto, como he dicho, sin peligro.

7. Hay otra cosa en que no sólo sería peligroso, sino culpable el engañarse; y para evitar tal engaño hemos recibido una norma segura que nos señala lo que hay de Dios en nosotros y lo que hay de nosotros mismos, a fin de no confundir la visita del Verbo con nuestro propio pensamiento. Cuanto dista el bien del mal, otro tanto difieren entre sí estas dos cosas; por manera que ni lo malo puede venir del Verbo ni lo bueno del corazón, si éste no lo ha concebido antes por el Verbo, ya que todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da malos frutos<sup>23</sup>. Mas creo haber hablado bastante acerca de lo que hay de Dios o de nosotros mismos en nuestro corazón, y opino que lo dicho sobre el particular no es inútil, pudiendo servir para hacer ver a los enemigos de la gracia<sup>24</sup> que, sin la gracia, el corazón del hombre no puede tener ni un buen pensamiento, sino que el poderlo le viene de Dios y es efecto de la voz de Dios, no fruto exclusivo de nuestro corazón. Por tanto, cuando oís la voz del Señor, no debéis ignorar de dónde viene y adónde va, pues ya os he dicho que viene de Dios y va a vuestro corazón. Cuidad tan sólo de que la palabra que sale de la boca de Dios no vuelva a El sin fruto, sino que produzca en vuestras almas los buenos efectos para los cuales os ha sido enviada, a fin de que podáis decir con el Apóstol: *La gracia de Dios no ha sido vana en mí*<sup>25</sup>. Dichosa el alma que, habiendo recibido la visita del Verbo para que la acompañe por doquier, se muestra en todo y siempre afable con El, y que, encantada de la dulzura de su trato, se libra de la tiranía de la carne y de los vicios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos<sup>26</sup>. Esa compañía jamás causa molestia, ni fastidio, ni cansancio, pues, como dice la Escritura, *no contristaré al justo cualquier cosa que le suceda*<sup>27</sup>.

8. Creo, además, que el divino Esposo se aparece en figura de un gran Padre de familias, o de un Rey de majestad, a los que poseen corazón noble y gran libertad de

<sup>23</sup> Mt. 7, 18.

<sup>24</sup> Alude a Abelardo, según el cual la gracia no es sino un impulso que estimula a obrar el bien, como lo hacen los buenos ejemplos (P. G. Prado).

<sup>25</sup> 1 Cor. 15, 10.

<sup>26</sup> Eph. 5, 16.

<sup>27</sup> Prov. 12, 21.

espíritu; a los que habiendo adquirido, por la pureza de sus conciencias, una grandeza de alma excepcional, se han avezado ya a magnas empresas: debido a su incesante e incansable actividad y al ardor de sus deseos y aspiraciones, esas almas logran penetrar los más íntimos secretos acerca de las cosas espirituales, se remontan hasta las cumbres más altas del espíritu, nunca satisfechas de los progresos realizados, aspirando siempre a mayor perfección y santidad por la práctica constante de las virtudes sólidas y perfectas. La grandeza y viveza de su fe hácelas dignas de ser colmadas con la plenitud de todos los bienes, y nada hay tan raro en todos los tesoros de la sabiduría, de que el Señor y Dios de las ciencias crea deber excluir a esas almas heroicas, que viven abrasadas en amor a la verdad y que están exentas de toda vanidad. Tal era Moisés, que osaba decir a Dios: *Si he hallado gracia delante de ti, muéstrame tu gloria* <sup>28</sup>. Tal San Felipe, que pedía con instancia a Jesucristo que le hiciese ver a su Padre, a él y a los otros apóstoles <sup>29</sup>. Tal era también Tomás, el que rehusaba creer si no tocaba con sus manos las llagas y el costado herido de su Maestro <sup>30</sup>. Ciertamente que esto último procedía de falta de fe, pero suponía una grandeza de alma maravillosa <sup>31</sup>. Tal era asimismo David, quien decía a Dios: *Contigo habla mi corazón; en busca de ti andan mis ojos. Señor, busco tu rostro* <sup>32</sup>. Estos osaban aspirar a grandes cosas, porque poseían un corazón grande; y alcanzaron lo que osaron pedir, según la promesa que se les había hecho: *Todo lugar que pise vuestro pie, vuestro será* <sup>33</sup>; pues la fe magnánima merece grandes premios, y se poseen los bienes del Señor según la confianza de obtenerlos.

9. Así, Dios habla a Moisés cara a cara y le concede verle claramente y no por enigmas y figuras, cuando el mismo Dios dice que no se apareció sino en visión a otros profetas, ni les habló sino en sueños <sup>34</sup>. San Felipe igualmente, según lo había pedido, vió al Padre en el Hijo, oyendo al instante: *Felipe, quien me ve a mí ve a mi Padre, porque yo estoy en el Padre y el Padre en mí* <sup>35</sup>. El Señor

<sup>28</sup> Ex. 33, 13. 18.

<sup>29</sup> Io. 14, 8.

<sup>30</sup> Io. 20, 25.

<sup>31</sup> La duda de Tomás supone, según San Bernardo, una grandeza de ánimo, en el sentido de que se necesitaba tener un carácter enérgico para exigir lo que exigió. Este carácter enérgico lo mostró también Santo Tomás cuando, después de recibir Jesús la noticia de la enfermedad de Lázaro, determinó volver a Betania (Io. 11, 1. 6).

<sup>32</sup> Ps. 26, 8.

<sup>33</sup> Dt. 11, 24.

<sup>34</sup> Num. 12, 6-8.

<sup>35</sup> Io. 14, 9. 10.

se dió también a tocar a Santo Tomás, según el deseo de su corazón <sup>36</sup>, y no le privó del fruto de su corazón. Y ¿qué dice de David? ¿No expresa con bastante claridad que no quedó frustrado del todo en sus deseos, cuando dice que no pegará sus ojos, ni cerrará sus párpados, ni reclinará sus sienes, hasta tener una habitación para el Señor? <sup>37</sup> Cual magnífico Esposo, pues, se presenta a esas grandes almas y trátalas magníficamente, enviándolas su luz y su verdad y conduciéndolas y guiándolas hasta su santo monte, hasta sus más secretos tabernáculos; por donde aquellos que reciben favor tan insigne, tienen por qué decir: *El que es todopoderoso ha obrado en mí grandes cosas* <sup>38</sup>. Sus ojos verán al Rey de los cielos en toda su belleza <sup>39</sup>, el cual los conducirá como de la mano hacia los parajes más deliciosos del desierto, atravesando valles tapizados de rosas, lirios y azucenas, por entre jardines y vergeles amenísimos, regados por fuentes de aguas frescas y cristalinas; los conducirá hasta introducirlos en sus cilleros, repletos de los más exquisitos manjares y suavísimos perfumes; los conducirá, en fin, a lo más íntimo de su cámara nupcial.

10. Tales son los tesoros de la sabiduría y de la ciencia escondidos en el Esposo; tales los pastos de vida preparados para apacentar a las almas santas. ¡Dichoso aquel que en esto ve plenamente cumplidos sus deseos! Mas ha de recordar que no debe querer poseerlos él solo, pudiendo bastar a satisfacer las necesidades de muchos. Y por eso quizás el Esposo divino, después de haberse presentado como Rey magnífico, aparece en forma de Pastor; sin duda para advertir a aquel que ha conseguido tan grandes dones que se acuerde de apacentar el rebaño de los sencillos, que no pueden comprender estas maravillas por sí mismos, como las ovejas no se atreven a ir a los pastos sin ser conducidas por su pastor. Y esto es lo que la Esposa nota sabiamente y por lo que pide se la enseñe dónde apacienta el Esposo sus rebaños y dónde sesteá al mediodía, dispuesta, como se puede colegir de sus palabras, a ser apacentada y a apacentar sus ovejas juntamente con El y dirigida por El. No cree prudente ni seguro alejar el rebaño del Sumo Pastor, a causa de las irrupciones de los lobos, sobre todo de aquellos que vienen a nosotros bajo piel de oveja. De ahí que desea apacentarlo juntamente con El y en los mismos pastos y hacerlo descansar bajo las mismas sombras. Y añade la razón de esto, diciendo: *Para que no tenga yo que ir vagando tras de los rebaños de tus compañeros. Esos compañeros son los que se fingen amigos del Esposo y no lo son, pues no se pre-*

<sup>36</sup> Io. 20, 27.

<sup>37</sup> Ps. 131, 4. 5.

<sup>38</sup> Lc. I, 49.

<sup>39</sup> Is. 33, 17.

ocupan sino de apacentar sus propios rebaños y no los del Esposo; y a pesar de esto andan por todas partes diciendo: *Aquí está Cristo. Allí es donde El está* <sup>40</sup>, a fin de seducir a muchos y hacerlos salir del rebaño de Cristo para asociarlos al suyo. Esto en cuanto al sentido literal. En cuanto al sentido espiritual aquí escondido, creo mejor reservarlo para otro sermón, si por vuestras oraciones se digna darme sus luces el Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, quien, como Dios, está sobre todas las cosas y es bendito en los siglos. Amén.

### 33 DE CUATRO COSAS TRAS DE LAS CUALES DEBE IR EL ALMA DEVOTA. QUÉ SE ENTIENDE POR MEDIODÍA. CUATRO GÉNEROS DE TENTACIONES QUE DEBEN EVITARSE \*

1. *Dime, Amado mío, dónde pastas, dónde sesteas al mediodía* <sup>1</sup>. El santo Job se vale casi de la misma expresión. *Manifiéstame, Señor, le dice a Dios, por qué me juzgas así* <sup>2</sup>. Con lo cual no discute la sentencia del juez, sino que sólo indaga la causa de su proceder, deseando aprovecharse de los castigos que le impone, no con el fin de librarse de ellos. Otro profeta ruega diciendo: *Muéstrame tus caminos y enséñame tus sendas* <sup>3</sup>. Qué entienda por caminos y sendas lo declara luego: *Me ha conducido por las sendas de la iusticia* <sup>4</sup>. Según esto, el alma que tiene una santa curiosidad respecto a Dios, no cesa de inquirir acerca de estas tres cosas, a saber, de la *justicia*, del *juicio* y del *lugar donde reside la gloria del Esposo*; o sea del CAMINO por donde debe andar, de la PRECAUCIÓN con que debe andar por ese camino y de la MORADA hacia la cual debe dirigirse. Hablando de esta morada se expresa así el profeta: *Una sola cosa he pedido al Señor y ésta solicitaré siempre: que pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida* <sup>5</sup>. Y en otra parte: *Señor, he amado apasionadamente la belleza de tu casa y el lugar donde reside tu gloria* <sup>6</sup>. Acerca de las otras dos cosas, se expresa así el mismo profeta: *La justicia y la equidad en los juicios son las bases de tu trono* <sup>7</sup>. Con razón, pues, el alma devota busca con afán estas tres cosas, pues ellas forman el trono de Dios y son las bases que sostienen este trono. Hermosamente concurren todas ellas a formar la prerrogati-

<sup>40</sup> Mc. 13, 21.

\* PL 183, 951.

<sup>1</sup> Cant. 1, 6.

<sup>2</sup> Job 10, 2.

<sup>3</sup> Ps. 24, 4.

<sup>4</sup> Ps. 22, 3.

<sup>5</sup> Ps. 26, 4.

<sup>6</sup> Ps. 25, 8.

<sup>7</sup> Ps. 88, 15.



va más peculiar de la **Esposa y a la consumación** de sus virtudes, ya que es *hermosa*, por la forma de la *justicia*; *prudente*, por el conocimiento de los *juicios*, y *casta*, por el deseo que tiene *de la presencia y de la gloria de su Esposo*. Sin duda alguna, es muy decoroso a la Esposa del Señor el ser tal: el ser hermosa, prudente y casta. La petición que yo he puesto en último lugar pertenece a este asunto, por cuanto ella pide a Aquel a quien ama su alma que la enseñe dónde apacienta su rebaño y dónde reposa al mediodía.

2. Y primero observad con cuánta industria distingue la Esposa el amor espiritual del amor carnal; porque al querer designar a su Amado más bien por su afecto que por su nombre, no dice meramente: aquel a quien yo amo, sino aquel a quien *ama mi alma*, indicando con ello que su amor es espiritual. Considera en seguida con atención lo que encuentra de particular agrado en el lugar de sus pastos. Considera también sobre la hora del mediodía y cómo ella se informa especialmente acerca del lugar donde aquel que apacienta su rebaño descansa al mismo tiempo; todo lo cual indica en ella una gran seguridad. Pues pienso que ella añade esta palabra, *dónde reposas*, porque en este lugar no es preciso estar en pie y velar para guardar el rebaño, ya que, estando el pastor echado y reposando a la sombra, su rebaño no deja de correr y triscar por la pradera. ¡Dichosa región, donde las ovejas van y vienen a su talante en toda dirección sin que nadie las moleste ni espante! ¡Quién me hiciera el favor de veros a vosotros y a mí también apacentados en los montes junto con estas noventa y nueve ovejas que leemos que el Pastor divino dejó allí cuando se dignó ir tras de aquella que se había perdido! <sup>8</sup> Aquel pastor, sin duda, puede descansar con seguridad estando próximo a sus ovejas, pues vemos que no titubea en alejarse de ellas, sabiendo que las deja en lugar seguro. Con razón suspira ardientemente la Esposa por ir a esa región, que es a la vez lugar de pastos y de paz, lugar de quietud, de seguridad, de alegría, de admiración y de embeleso. ¡Ay! ¡Qué desgraciado soy estando tan lejos de él y no pudiendo saludarlo sino de lejos! La sola memoria de él me hace verter lágrimas; infunde en mi corazón los sentimientos y pone en mis labios las palabras de aquellos que decían: *En las márgenes de los ríos del país de Babilonia, allí nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de ti, Sión* <sup>9</sup>. Me complazco también yo en exclamar con la Esposa y con el profeta: *Alaba al Señor tu Dios, Sión, porque El ha asegurado con fuertes cerrojos tus puertas, ha bendecido a tus hijos dentro de ti, ha estableci-*

<sup>8</sup> Mt. 18, 12.

<sup>9</sup> Ps. 136, 1.

*do la paz en tus términos y te alimenta con flor de harina* <sup>10</sup>. ¿Quién no ansiará ser apacentado en este lugar, ya por razón de la paz, ya por la flor del trigo, ya por la abundancia que allí se encuentra? Nada hay allí que pueda espantar, nada que engendre fastidio, de nada se carece. Pues bien, esa morada segura es el *paraíso*, ese alimento delicioso es el *Verbo* y esa inmensa abundancia es la *eternidad*.

3. También nosotros poseemos al Verbo acá abajo, pero en la carne: nos presentan la verdad para que nos sirva de manjar, pero bajo los velos del Sacramento. En cambio, el ángel se alimenta de pan amasado con flor de trigo, se sacia con el grano purísimo de la divinidad, mientras que nosotros hemos de contentarnos en esta vida con la corteza del Sacramento, con el salvado de la carne, con la paja de la letra y con el velo de la fe. Y es tal la naturaleza de estas cosas, que si se gusta de ellas sin sazonarlas con las primicias del Espíritu, en vez de dar vida al alma, le dan muerte. El vaso del Sacramento contiene la muerte si la amargura de las hierbas que hay en él <sup>11</sup> no se endulza con un poco de harina del profeta; porque sin el espíritu, es decir, sin el estado de gracia, no se recibe el Sacramento sino para la propia condenación; la carne no sirve de nada, la letra mata y la fe está muerta. El Espíritu es el que vivifica y hace que vivamos de estas cosas. Mas, cualquiera que sea la abundancia que en este Sacramento se reciba, cualquiera la dulzura y suavidad que en su recepción se sienta, no es posible hallar la misma dulzura y sabor en la corteza del Sacramento que en la más pura flor del trigo; no se halla la misma dulzura y sabor en la fe que en la visión, en la memoria que en la presencia, en el tiempo que en la eternidad, en la contemplación directa del rostro de Dios que en el espejo que la representa, en la imagen de Dios que en la forma de esclavo. Sin duda en todas estas cosas es rica nuestra fe, pero nuestra inteligencia de ellas es pobre y escasa. Ahora bien, es inmensa la diferencia que hay entre el placer que proporciona la visión intuitiva de Dios y el que se experimenta por la fe; aunque, cierto, en la fe se funda nuestro mérito, mientras que la visión será nuestro premio. Por donde se ve la gran diferencia que hay entre la comunión con Dios de que podemos gozar acá en la tierra y la que gozan los bienaventurados del cielo, y que los bienes que poseen los moradores del cielo son más altos que cuanto dista el corrigió su amargura echando allí un poco de harina (P. G. Prado). cielo de la tierra.

<sup>10</sup> Ps. 147, 12-14.

<sup>11</sup> 4 Reg. 4, 40. 41; alusión a la vasija donde se habían cocido las viandas para los profetas, en la cual, por descuido, se había echado algo de colocintida, que es una hierba muy amarga. Eliseo

4. Apresurémonos, pues, hijos míos, apresurémonos a llegar a ese lugar tan seguro, a esos pastos tan deliciosos, a ese campo tan fértil. Apresurémonos, a fin de que nuestra morada sea del todo segura; nuestra abundancia, completa y perfecta; y nuestro gozo, purísimo. Tú, Señor de los ejércitos, que lo juzgas todo con tranquilidad y equidad, alimentas también a todos con paz y seguridad. Tú eres a la par el Señor de los ejércitos y el Pastor de las ovejas. Tú apacientas tu rebaño mientras descansas; mas esto no es acá; que en pie estabas cuando desde el cielo mirabas a una de tus ovejas (refiérome a Esteban) rodeada de lobos en la tierra <sup>12</sup>. Por eso ruégote me digas dónde apacientas tu rebaño y dónde sesteas al mediodía, o sea todo el día, ya que ese mediodía es todo el día en aquel eterno día que no conoce ocaso; por lo cual vale más estar un solo día en tus atrios que millares fuera de ellos <sup>13</sup>, porque ese día no tendrá atardecer. Aunque tal vez pueda decirse que ha tenido amanecer, y fué cuando el día de nuestra santificación brilló sobre nosotros por la misericordia de nuestro Dios, que, cual sol naciente, vino a visitarnos desde lo alto <sup>14</sup>. Entonces fué verdaderamente, Dios mío, cuando recibimos tu misericordia en medio de tu templo <sup>15</sup>; entonces cuando, en medio de las sombras de muerte que nos envolvían, apareció sobre nosotros esa luz espléndida y vimos brillar la gloria del Señor desde la mañana. ¡Cuántos reyes y profetas desearon verle, y no le vieron! ¡Por qué, sino porque era entonces de noche, y esta tan deseada mañana, y a la que la misericordia de Dios estaba prometida, no había aún llegado? Por eso uno de ellos decía en sus oraciones: *Hazme oír, Señor, desde la mañana la voz de tu misericordia, porque en ti he esperado* <sup>16</sup>.

5. Este espléndido día fué precedido de una aurora que apuntó en el momento en que el arcángel Gabriel anunció a la tierra que estaba próximo a aparecer en ella el Sol de justicia. Entonces una Virgen purísima concibió a ese divino Sol por obra del Espíritu Santo, y le dió a luz sin detrimento de su virginidad, dejándose ver en la tierra y conversando con los hombres. Pero era tan tenue la luz de ese Sol, que mucho tiempo ignoraron los hombres fuese de día, creyendo que aun continuaba la aurora. Y ciertamente, si ellos le hubiesen conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria <sup>17</sup>. Por esto decía el Salvador a los pocos discípulos suyos que caminasen mientras tuvieran esa poca luz <sup>18</sup>. En verdad, aquello, más que día claro, parecía sólo la aurora del día, ya que El ocultaba aún sus rayos y no los difundía

<sup>12</sup> Act. 7, 55.<sup>13</sup> Ps. 88, II.<sup>14</sup> Lc. I, 78.<sup>15</sup> Ps. 47, 10.<sup>16</sup> Ps. 142, 8.<sup>17</sup> I Cor. 2, 8.<sup>18</sup> Io. 12, 35.

del todo sobre la tierra. Esto, sin duda, pensaba Pablo al decir: *La noche precedió, y acércase el día* <sup>19</sup>; indicando con esto que había en la tierra tan poca luz, que más bien se podía decir que el día estaba próximo a llegar que no que había ya salido. Y ¿cuándo decía esto? Cuando el Sol de justicia había vuelto de los infiernos y subido ya hasta lo más alto de los cielos. ¡Con cuánta más razón pudiera decirlo cuando la semejanza de la carne del pecado, cual densa nube, cubría a la aurora, la cual se veía como sofocada por tantos sufrimientos y con las sombras de afrentosísima muerte en el madero de la cruz! ¡Cuánto más débil era entonces la luz, pues antes parecía venir de la presencia de la aurora que de la del Sol!

6. Toda la vida, pues, de Cristo en la tierra, fué una como aurora, y aurora bastante pálida, hasta que, traspasando ese divino Sol y levantándose de nuevo, disipó la aurora con la luz brillante de su presencia, y, llegada la mañana, fué la noche como absorbida en la victoria. Por eso leemos en el Evangelio: *Y partiendo (las piadosas mujeres) muy de mañana el domingo, llegaron al sepulcro salido ya el sol* <sup>20</sup>. ¿No podrá decirse que ha llegado ya el día después de salido el sol? Jesucristo después de su resurrección aparece revestido de luz más bella y esplendorosa, pudiendo muy bien decir el Apóstol: *Si antes conocimos a Cristo en cuanto a la carne, ahora ya no le conocemos así* <sup>21</sup>. A su vez canta el salmista: *El Señor revistióse de gloria, armóse de fortaleza y se ciñó* <sup>22</sup>. El, en efecto, se despojó de las flaquezas de la carne, como de nubes que le rodeaban, y se revistió de brillantes galas de gloria. Entonces fué cuando este divino Sol se levantó y, derramando lentamente sus rayos sobre la tierra, comenzó lentamente a mostrarse más y más luminoso y a hacer sentir más y más sus ardores. Pero por más que se inflame y fortalezca, por más que aumente el número y la fuerza de sus rayos en todo el curso de nuestra vida mortal—pues *permanecerá con nosotros hasta la consumación de los siglos* <sup>23</sup>—, no subirá, no llegará para nosotros al mediodía, pues no le veremos aquí en esta plenitud de luz en la cual esperamos contemplarle algún día, al menos aquellos a quienes El se digne concederlo. ¡Oh verdadero Mediodía! ¡Oh plenitud de ardor y de luz! ¡Oh estado permanente de sol duradero, que disipa toda sombra, seca todo charco y destierra todos los deletéreos miasmas! ¡Oh eterno solsticio y día sin declinación! ¡Oh luz del Mediodía, fresca primavera!, be-

<sup>19</sup> Rom. 13, 12.

<sup>20</sup> Mc. 16, 2.

<sup>21</sup> 2 Cor. 5, 16

<sup>22</sup> Ps. 92, 1.

<sup>23</sup> Mt. 28, 20



lleza estival, abundancia otoñal y, por no omitir nada, descanso y ocio placentero invernal! O, por mejor decir, si así lo preferís, sólo el invierno será desterrado de allí, y perecerá para siempre. Enséñame, dice la Esposa, dónde está este lugar tan lleno de claridad, de paz y de abundancia, a fin de que, así como Jacob, todavía en este cuerpo mortal, vió al Señor cara a cara, *sin que muriese por ello* <sup>24</sup>, así como Moisés le vió, no en figura, ni en enigma, ni en sueños, como otros profetas, sino de una forma excelente e incógnita a todo otro que a él y a Dios <sup>25</sup>; así como Isaías, después de abiertos los ojos de su espíritu, le vió sobre un trono excelso y elevado <sup>26</sup>; o bien, así como Pablo, al ser arrebatado al tercer cielo, oyó palabras inefables y vió con sus ojos a Cristo nuestro Señor <sup>27</sup>, merezca yo también contemplarte, por un rapto de espíritu, en el resplandor de tu luz y belleza; merezca verte apacentando tu rebaño con más abundancia y reposando con más seguridad.

7. Acá en la tierra apacientas, sin duda, tu rebaño, pero no le sacias. Y no os es dado descansar, sino que habéis de estar en pie y velar, por los peligros nocturnos. No es del todo pura la luz que nos alumbra; el alimento espiritual no nos sacia del todo, y la casa en que moramos no ofrece plena seguridad; por eso te ruego, dice la Esposa, que *me enseñes dónde apacientas tu rebaño y dónde descansas al mediodía*. Me llamas dichosa porque estoy hambrienta y sedienta de justicia <sup>28</sup>. Pero ¿qué es todo ello en comparación de la felicidad de los que están colmados con los bienes de tu casa <sup>29</sup>, que están siempre sentados a un magnífico banquete y gozan sin cesar ante Dios? <sup>30</sup> Y si algo sufro por la justicia, tú dices también que soy dichosa <sup>31</sup>. Mas, aunque no carece de algún consuelo y dulce alegría el sufrir penas y tribulaciones, si se goza de la abundancia de bienes espirituales, con todo, cáusame no leve molestia el verme privada de plena seguridad. Acá poseo todas las cosas, pero siempre imperfectamente; muchas superan a mis esperanzas, pero no veo en ellas ninguna seguridad. ¿Cuándo me llenarás de alegría con la presencia de tu rostro? <sup>32</sup> Buscaré, Señor, tu rostro <sup>33</sup>, porque tu rostro es un Sol de mediodía. Enséñame dónde apacientas tu rebaño, dónde descansas al llegar al mediodía. Yo bien sé dónde apacientas sin descansar. *Enséñame dónde apacientas y descansas a la vez*.

<sup>24</sup> Gen. 12, 30.

<sup>25</sup> Num. 12, 6-8.

<sup>26</sup> Is. 6, 1.

<sup>27</sup> 2 Cor. 12, 4

<sup>28</sup> Mt. 5, 6.

<sup>29</sup> Ps. 64, 5.

<sup>30</sup> Ps. 47, 4

<sup>31</sup> Mt. 5, 9.

<sup>32</sup> Ps. 15, 11.

<sup>33</sup> Ps. 26, 8.

No ignoro dónde antaño solías apacentar, mas querría saber dónde apacientas ahora al mediodía. Porque en el tiempo que llevo de mi vida transitoria y en este lugar de mi peregrinación, he solido apacentarme y apacentar a otros, bajo tu dirección, con los pastos de la Ley, de los Profetas y de los Salmos. Descanso también en los pastos del Evangelio, junto a los apóstoles. Muchas veces he buscado, como he podido, alimento para mí y para lo míos en las acciones, en las palabras y escritos de los santos; pero muchas veces también, teniéndolo esto más a mano, he comido el pan del dolor y bebido el vino de la compunción, y *mis lágrimas me han servido de alimento día y noche, mientras que me decían a todo momento: ¿Dónde está tu Dios?*<sup>34</sup> No hablo aquí de los ricos manjares que te has dignado prepararme en tu misma mesa, pues *has preparado una mesa delante de mí para confundir a los que me afligen*<sup>35</sup>. Por singular beneficio de tu misericordia, de cuando en cuando me es dado sentarme a esa mesa, con lo cual recibo algún respiro cuando mi alma está triste y me conturba. Conozco estos pastos, y voy muchas veces a ellos, siguiéndote a ti como a mi Pastor. Mas enséñame también, te ruego, aquellos que todavía no conozco.

8. Hay además otros pastores, que se dicen tus compañeros, aunque no lo son; que tienen rebaños propios y praderas con pastos mortales, donde apacientan sus ovejas no en representación tuya ni bajo tus órdenes. Yo no me he hallado jamás en sus tierras ni me he juntado con ellos. Ellos son los que dicen: *El Cristo está aquí, el Cristo está allí*<sup>36</sup>. Prometen pastos fértiles de sabiduría y de ciencia, y se les cree; y muchos vienen en tropel a ellos, y ellos los hacen hijos del diablo aún más de lo que lo son ellos mismos. Y ¿por qué esto, sino porque no hay allí mediodía ni luz pura que pueda manifestar claramente la verdad, y porque se recibe muchas veces la falsedad en vez de la verdad, por la semejanza, que no permite discernir fácilmente lo verdadero de lo falso; sobre todo, porque las *aguas furtivas, o sea los deleites prohibidos, son las más dulces, y porque parece más sabroso el pan comido a hurtadillas?*<sup>37</sup> He ahí por qué te pido *me enseñes dónde pastas, dónde sesteas al mediodía*; pero a descubierto, no sea que, seducida, comience a vagar tras los rebaños de tus compañeros, así como ellos andan errantes y vagabundos, sin la fijeza que únicamente puede dar la verdad; *siempre aprendiendo y no llegando jamás al conocimiento de lo verdadero*<sup>38</sup>. Así habla la Esposa, vistos

<sup>34</sup> Ps. 41, 4.<sup>35</sup> Ps. 22, 5.<sup>36</sup> Mc. 13, 21<sup>37</sup> Prov. 9, 17.<sup>38</sup> 2 Tim. 3, 7.

los múltiples errores y falsos dogmas que enseñan los mentidos filósofos y herejes.

9. Creo debemos ansiar por que llegue para nosotros ese mediodía, no sólo por las razones hasta aquí alegadas, sino más aún a causa de los artificios de los poderes invisibles de los espíritus seductores, emboscados, con sus flechas siempre dispuestas en sus aljabas para dispararlas y herir con ellas, en la oscuridad, a los rectos del corazón; a fin de que, viviendo en pleno día, podamos descubrir los enredos del diablo y discernir fácilmente a nuestro ángel bueno de ese ángel de Satanás que se disfraza no pocas veces en ángel de luz<sup>39</sup>; pues no acertaríamos a preservarnos de la incursión del demonio meridiano si no permaneciésemos alumbrados por la luz del mediodía<sup>40</sup>. Y creo que ese demonio es llamado así por haber algunos malos espíritus que, siendo más oscuros que la noche, y la negra noche, por su voluntad tenebrosa y obstinada en el mal, no dejan, para sorprender a los hombres, de asemejarse al día y aun al mediodía resplandeciente, así como su príncipe no se contenta con igualarse a Dios, sino que *le resiste y se eleva por sobre todo lo que es llamado Dios o es adorado como tal, hasta llegar a poner su asiento en el templo de Dios, dando a entender que es Dios*<sup>41</sup>. Por eso, si el corazón de aquel a quien un demonio como ése emprende tentar no está alumbrado por la luz del verdadero mediodía, que resplandece desde lo alto del cielo y convence y descubre el falso mediodía, no podrá evitarlo del todo, sino que dicho demonio le tentará y suplantará, sin duda bajo apariencias de bien, haciéndole abrazar el mal por el bien, sin quizá sospecharlo, por andar muy fiado de sí mismo. Y este mediodía, falso a las veces, parece tanto más claro, es decir, la tentación es tanto más fuerte y seductora, cuanto la maldad en ella oculta está mejor presentada con capa de bondad y honestidad.

10. ¡Cuántas veces, por ejemplo, ha sugerido a alguno prolongar las vigiliass nocturnas, a fin de burlarse después de él haciendo que se esté durmiendo en el coro mientras sus hermanos cantan el Oficio divino, o bien le ha inducido a prolongar y extremar los ayunos, a fin de convertirle en un monje inútil para el servicio de Dios por su extrema debilidad! ¡Cuántas veces, dominado de la envidia contra algunos que adelantaban en los monasterios, les ha persuadido, so pretexto de más alta perfección, que se fueran de allí a los desiertos, y estos miserables han tenido que reconocer al fin la verdad de aquella sentencia que habían leído con tan poco fruto: *¡Ay del solo, porque, si cae, no hay quien*

<sup>39</sup> 2 Cor. II, 14.

<sup>40</sup> Ps. 90, 6.

<sup>41</sup> 2 Thess. 2, 4.

*le levante!*<sup>42</sup> ; Cuántas veces ha impulsado a algunos a emprender trabajos excesivos, con lo cual en poco tiempo ha agotado sus fuerzas hasta incapacitarlos para seguir la observancia regular! ; A cuántos les ha persuadido cargarse con excesivos trabajos corporales, que, según el Apóstol, son de poca utilidad<sup>43</sup>, logrando con ello enfriar su devoción y secar su piedad! Vosotros mismos habéis reconocido que algunos—para confusión suya lo digo—que en un principio apenas podían ser contenidos, tal era el ardor con que se lanzaban a la penitencia y asperezas, después de esto han caído en tan extrema flojedad y delicadeza, que, según la sentencia del Apóstol, habiendo comenzado por el espíritu, han venido a parar en la carne<sup>44</sup> y han hecho un vergonzoso pacto con el cuerpo, a quien habían antes declarado cruel guerra. Veréis también a otros, ¡qué vergüenza!, andar ahora solícitos e inquietos en busca de superfluidades y singularidades caprichosas, cuando antes se negaban tercamente a tomar las necesarias. Ciertó, cuando un religioso se muestra terco en querer practicar abstinencias indiscretas, con nota de singularidad y molestia de aquellos con quienes debiera conformar su vida por morar en su compañía, yo no sé cómo puede ilusionarse con que en esto ejercita la piedad; pues creo yo que pisotea todos los fueros de ella; y así, los que, teniéndose a sí mismos por sabios y prudentes, rehusan ajustarse a los consejos y mandatos de sus preladados, vean lo que podrán responder, no a mí, sino a Aquel que dice que es como pecado de magia el repugnar y como crimen de idolatría el no querer sujetarse. E inmediatamente antes había consignado: *La obediencia vale más que los sacrificios; y el ser dócil importa más que el ofrecer la grosura de los carneros*<sup>45</sup>. Por eso, dice Dios por el profeta: *¿Acaso he de comer la carne de los toros o he de beber la sangre de los machos cabríos?*<sup>46</sup> Con lo cual indica que los ayunos de los soberbios y desobedientes no le son en manera alguna agradables.

11. Mas me temo que, al hablar así, condenando la conducta de los que sin discreción se entregan a excesivas penitencias, parezca que soltamos las riendas a los golosos, y que cuanto hemos dicho para remedio de los unos, sirva de veneno para otros. Por esto, conviene que tanto los unos como los otros entiendan que hay cuatro géneros de tentaciones, que el profeta describe así: *La verdad os cubrirá con un escudo impenetrable; no temeréis los terrores nocturnos, ni la saeta disparada de día, ni al enemigo que anda entre tinieblas, ni los asaltos del demonio meridiano*<sup>47</sup>, o

<sup>42</sup> Eccl. 4, 10.

<sup>43</sup> 1 Tim. 4, 8.

<sup>44</sup> Gal. 3, 3.

<sup>45</sup> 1 Reg. 15, 23. 22

<sup>46</sup> Ps. 49, 13.

<sup>47</sup> Ps. 90, 5. 6.



sea del demonio en medio del día. Fíjense bien todos en estas palabras, porque espero que a todos han de serles útiles. Todos cuantos nos hemos convertido al Señor, sentimos y hemos sentido en nosotros mismos lo que la Escritura santa nos avisa al decir: *Hijo mío, desde el momento en que te determines a servir a Dios, persevera firme en la penitencia y el temor y prepara tu alma para la tentación*<sup>48</sup>. Según esto, el temor es el que primero agita los principios de nuestra conversión, como todo el mundo lo ha experimentado; y este temor es causado por la imagen triste que concebimos de la vida estrecha que estamos dispuestos a abrazar y por el rigor no acostumbrado de la disciplina regular. Pues bien, este temor es llamado nocturno o porque *la noche* en la Escritura significa de ordinario las adversidades o porque entonces no vemos todavía cuál será la recompensa de las incomodidades que nos preparamos a sufrir. Porque si luciese para nosotros aquel día, de tal manera que a su luz viésemos a un mismo tiempo los trabajos y las recompensas, el deseo de la recompensa espléndida que se nos promete haría que no rehusáramos enteramente el trabajo; puesto que *los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros*<sup>49</sup>. Mas como esta gloria está oculta a nuestros ojos y nos hallamos como envueltos por las sombras de la noche, nos vemos tentados por una especie de terrores nocturnos y tememos sufrir los males presentes por alcanzar unos bienes futuros que no vemos. Aquellos, pues, que entran en religión deben velar y orar, para superar esta primera tentación, a fin de que no suceda que, abatidos por la flaqueza del espíritu y por las tempestades que les turban, dejen el bien que han abrazado, lo que Dios no permita por su misericordia.

12. Pero, después que hayamos superado esta tentación, no dejemos por eso de armarnos contra las alabanzas de los hombres, que principalmente toman su materia de la vida loable en que hemos entrado. De otra suerte, estaremos expuestos a las heridas de *la saeta que vuela durante el día*, que es la vanagloria. Porque la fama vuela y vuela durante el día, pues nace de las obras de la luz. Cuando la hayamos desechado como humo y viento, hay todavía que temer algo que ofrece mayor solidez, a saber, las riquezas y los honores del siglo, pues vemos no pocas veces que los que no se cuidan de las alabanzas solicitan las dignidades. ¿Acaso no fué éste el orden que observó Satanás al tentar a Cristo en el desierto? Como sabéis, después que le hubo sugerido que se echase abajo desde el pináculo del

<sup>48</sup> Eccli. 2, 1.

<sup>49</sup> Rom. 8, 18.

Templo para satisfacer la vanidad, le enseñó y ofreció todos los reinos del mundo a condición de que le adorase<sup>50</sup>. Vosotros, pues, a ejemplo del Salvador, desechad también todas estas cosas. De otra suerte, es imposible que no os sorprenda el enemigo *que anda entre tinieblas*, es decir, la hipocresía. Pues este vicio es una rama de la ambición y su morada está en las tinieblas, porque ella esconde lo que es y hace aparecer solamente lo que no es. Trafica en todo tiempo, adoptando la forma de la piedad para ocultarse y vendiendo la virtud misma de la piedad, para adquirir los honores.

13. La última tentación es la del demonio del *mediodía*, porque éste acostumbra tender lazos, sobre todo, a los perfectos, que, como valientes y generosos, han triunfado ya de los deleites, de la codicia de riquezas y de los vanos honores. A la verdad, ¿qué armas le restan al tentador de los hombres para combatir a cara descubierta a los que son tales? Por eso, se les presenta encubierto, pues no osa atacarlos cara a cara; y así procura suplantar con un falso bien al que sabe ya por experiencia que tiene horror a todo lo que es abiertamente malo. Mas aquellos que pueden decir con el Apóstol: *No ignoramos sus artificios*<sup>51</sup>, cuanto más aprovechados son en la virtud, tanto ponen más cuidado en precaverse de este lazo. Esta fué la causa de que María se turbara a la salutación del ángel<sup>52</sup>, pues temía, si no me engaño, que aquello fuese alguna astucia del enemigo. Y Josué no recibió al ángel sin antes reconocer que era verdadero amigo; le preguntó si era de los suyos o de los enemigos<sup>53</sup>, pues había experimentado ya los ardides del demonio de mediodía. Igualmente, cuando los apóstoles, que remaban con pena a causa del viento contrario que agitaba su navecilla, viendo a Jesucristo marchar sobre las aguas y pensando que aquello era un fantasma, gritaron poseídos de temor, ¿no testificaron claramente que tenían sospechas de que aquello era el demonio de mediodía? Sin duda recordaréis que la Escritura dice que en la cuarta vigilia de la noche fué cuando Jesús vino a ellos caminando sobre el mar. Temamos, pues, esta tentación, como que es la cuarta y última; y aquel que esté elevado más alto, crea que debe orar más cuidadosamente para librarse de los ataques del demonio de mediodía. En esta ocasión el verdadero Mediodía se apareció a los discípulos y les dijo: *Yo soy, no temáis*<sup>54</sup>; y el temor que tenían de que aquello fuese el falso mediodía, se disipó. Dios quiere también que todas las veces que la falsedad paliada trata de introducirse en

<sup>50</sup> Mt. 4, 6. 8.

<sup>51</sup> 2 Cor. 2, 11.

<sup>52</sup> Lc. 1, 29.

<sup>53</sup> Jos. 5, 13-15.

<sup>54</sup> Mt. 14, 25-27.

nuestros espíritus, levantándose el verdadero Mediodía, envíe su luz y su verdad para manifestárnosla claramente, separando de esta suerte la luz de las tinieblas, a fin de que no nos cojan de lleno aquellas palabras del profeta: *¡Ay de vosotros que tomáis las tinieblas por la luz y la luz por las tinieblas!*<sup>55</sup>

14. Si lo largo de este discurso no os molesta, trataré de apropiarme también estas cuatro tentaciones, por su orden, al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia; aunque lo voy a hacer lo más sucintamente que pueda. Considerad a la Iglesia primitiva y veréis si no ha sido sorprendida extraordinariamente *por el temor de la noche*. Pues verdaderamente vivían envueltos en las sombras de la noche todos aquellos que mataban a los santos creyendo con esto rendir un señalado servicio a Dios. Mas, después que hubo superado esta tentación y la tempestad se hubo sosegado, hízose ilustre y gloriosa; y, según la promesa que se la había hecho, fué propuesta como un objeto de gloria y de triunfo en todos los siglos. Irritado el enemigo al verse frustrado en sus perversos designios, abandona el arma de los *terrores nocturnos* y recurre diestramente a la *flecha que vuela durante el día*; con la cual logró herir a algunos de los hijos de la Iglesia. Esos hombres vanos y ambiciosos, ávidos de gloria y deseosos de adquirir reputación, saliéronse de la Iglesia, afligiendo durante largo tiempo a su madre con el gran número de sus perversos dogmas. Mas esta peste fué también sofocada por la sabiduría de los santos, como la primera lo había sido por la paciencia de los mártires.

15. En nuestros tiempos, por la gracia de Dios, la Iglesia está libre de estos dos grandes males, mas está toda desfigurada por *el tráfico que se hace en las tinieblas*. Nuestro siglo está corrompido por la levadura de los fariseos, que es la hipocresía; si la podemos denominar con este vocablo, puesto que no se puede ocultar ya a causa de la multitud de sus cómplices; además, ni ella misma intenta ya ocultarse, tan grande es su impudencia. Una corrupción contagiosa se derrama hoy día por todo el cuerpo de la Iglesia y forma en ella una enfermedad tanto más desesperada, cuanto es más universal; y tanto más peligrosa, cuanto es más interior. Si un hereje se levantara contra ella, declarándola guerra abierta, se le echaría fuera y se secaría como una rama separada del tronco del árbol. Si un enemigo público la atacara con alguna persecución pública, tal vez se ocultaría para evitar su furor. Mas ahora, ¿qué desechará o de quién se esconderá? ¿Contra quién se pondrá en guardia? La mayor parte de los que la rodean

<sup>55</sup> Is. 5, 20.

son sus amigos y sus enemigos, sus confidentes y sus adversarios, sus domésticos, que la combaten, buscando todos sus propios intereses y comodidades. Muchos de ellos son ministros de Cristo y sirven al enemigo de Cristo; y, aunque no rinden honor alguno al Señor, cargan con los bienes y dignidades de su casa. De ahí viene esa vanidad y acicalamiento propio de mujerzuelas, esos trajes de histriones, ese aparato regio que vemos todos los días. De ahí ese derroche de oro en los frenos de los caballos, en las sillas con que van enjaezados y en las mismas espuelas; de suerte que brillan y están mejor adornados sus caballos que los altares de los templos. De ahí también esas mesas opíparas sobrecargadas de delicados manjares y rica vajilla, esos excesos de gula en el comer y beber, y esos frecuentes convites sazonados con regalada música y toda clase de vinos raros y exquisitos; de ahí esas despensas atestadas de provisiones y rebosando toda suerte de frutos; de ahí esos preciosos perfumes y esos cofres repletos de tesoros. Para esto se ambicionan y para esto sirven muchas veces los prebostazgos, deanazgos, arcedianazgos, obispados y demás prebendas eclesiásticas; porque desgraciadamente esas dignidades y prelacias frecuentemente no se conceden al mérito y a la virtud, sino a las intrigas del *enemigo que anda entre tinieblas*.

16. Se predijo, y ahora llegó el tiempo de cumplirse: *He ahí que en la paz mi amargura es amarguísima* <sup>56</sup>. Amarga primero en la matanza de los mártires, más amarga en el conflicto con los herejes, amarguísima en LAS COSTUMBRES DE LOS DE CASA. No los puede ahuyentar, no los puede rehuir; tal pujanza tienen, que se ha multiplicado sobre todo número. *INTESTINA E INSANABLE ES LA LLAGA DE LA IGLESIA*, y por eso en la paz su amargura es amarguísima. Mas ¿en qué paz? Es paz y no es paz. Paz por parte de los paganos, paz por parte de los herejes, mas no ciertamente por parte de los hijos. Voz de plañidera en este tiempo: *Crié hijos y los exalté, pero ellos me despreciaron* <sup>57</sup>. Me despreciaron y macularon con su torpe vida, con su torpe ganancia, con su torpe comercio; finalmente, con el negocio que anda en tinieblas. Falta por echar de medio al demonio meridiano, que seduce a los que están en Cristo, si alguno queda, permaneciendo aún en su simplicidad; porque ciertamente sorbió a los ríos de sabios y a los torrentes de poderosos y confía en tragarse el Jordán <sup>58</sup>, o sea, a los sencillos y humildes que hay en la Iglesia. Este mismo es el anticristo, que se fingirá no sólo día, sino también

<sup>56</sup> Is. 38, 17.

<sup>57</sup> Is. 1, 2.

<sup>58</sup> Job 40, 18.



mediodía, y se encaramará sobre aquello que se dice y se honra como a Dios, al que el Señor Jesús matará con el aliento de su boca<sup>59</sup>, a fuer de VERDADERO Y ETERNO MEDIODÍA, ESPOSO Y ABOGADO DE LA IGLESIA, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

## 34

## DE LA HUMILDAD Y LA PACIENCIA \*

1. *Si no te conoces, joh la más hermosa de las mujeres!, sal afuera, y sigue las huellas de los ganados, y pasta tus cabritillos junto a las cabañas de los pastores*<sup>1</sup>. En otro tiempo, presumiendo mucho Moisés de la gracia que Dios le hacía y de la familiaridad especial que con él tenía, aspiraba a cierta sublime visión, y osaba decir a Dios: *Si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro*; mas, en vez de esta sublime visión que él pedía, recibió otra muy inferior a ella, pero tal que por ella pudiera llegar a la que tanto deseaba<sup>2</sup>. Asimismo, los hijos del Zebedeo pidieron a Jesús con sencillez de corazón un altísimo favor; pero, en vez de concederles lo que le pedían, Jesús les señaló el camino adecuado para conseguirlo<sup>3</sup>. Pues también aquí la Esposa, como que al parecer había pedido una gracia muy extraordinaria, recibe del Esposo una respuesta algo humillante y severa, aunque por otra parte muy provechosa y afable; dándonos a entender con esto que el que aspira a cosas sublimes ha de fomentar en sí humildes sentimientos, no sea que, pretendiendo elevarse más de lo que permiten sus fuerzas, caiga del estado en que antes se hallaba colocado, por no estar sólidamente fundado en la verdadera humildad; porque, como las gracias más grandes no se consiguen sino por los méritos de la humildad, conviene que quien las ha de recibir sea humillado con severas reprecensiones, a fin de hacerse digno, por su humildad, de los favores que desea se le concedan. Cuando veis, pues, que os humillan, tenedlo por buena señal y recibidlo como prueba cierta de que la gracia de Dios está próxima; pues así como a la caída precede la soberbia y antes de la ruina se ensalza el espíritu<sup>4</sup>, así también a la glorificación y exaltación ha de preceder la humildad. Y así leemos en la Sagrada Escritura que Dios *resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*<sup>5</sup>. ¿No vemos acaso que cuando quiso recompensar liberalmente a su siervo Job, después de su insigne

<sup>59</sup> 2 Thess. 2, 4. 8.

\* PL 183, 959.

<sup>1</sup> Cant. 1, 7.

<sup>2</sup> Ex. 33, 13. 23.

<sup>3</sup> Mt. 20, 21-23.

<sup>4</sup> Prov. 16, 18.

<sup>5</sup> Iac. 4, 6.

victoria alcanzada contra el demonio y de su paciencia a toda prueba, tuvo buen cuidado de humillarle antes con muchas y muy severas reprensiones, a fin de prepararle a recibir la abundancia de bendiciones que se proponía derramar sobre él?<sup>6</sup>

2. Pero no basta con sufrir gustosos el que Dios nos humille por sí mismo, sino que hemos de estar dispuestos y preparados a recibir esas humillaciones cuando nos las envía por medio de los hombres o de los acontecimientos. Escuchad la preciosa lección que acerca de esto nos da el profeta David. En cierta ocasión vióse cubierto de maldiciones y oprobios por uno de sus vasallos; mas él, lejos de querer vengarse de aquellas afrentas y oprobios, sufriólos con paciencia, como presintiendo que eran señal de alguna gracia especial que el Señor quería concederle, y así dijo a los que deseaban vengar su honra: *¿Qué tengo que ver yo con vosotros, hijos de Sarvia? Dejadle maldecir*<sup>7</sup>. ¡Oh hombre verdaderamente según el corazón de Dios, pues creyó que antes debía enojarse contra el que quería vengarle que contra el que le cubría de afrentas e injurias! Sin duda pudo decir con verdad: *Si he devuelto mal por mal a los que me lo han hecho, caiga yo justamente en las garras de mis enemigos, sin recurso alguno*<sup>8</sup>. Así, pues, prohibió que estorbasen a un maldiciente que le ultrajaba con insolencia, porque miraba aquellas injurias como una insigne ganancia para sí. Y por eso añadió: *El Señor le ha enviado para maldecir a David*<sup>9</sup>. Ciertó que era de veras un hombre según el corazón de Dios quien conocía tan perfectamente lo que era conforme a la divina voluntad. Una lengua maldiciente le desgarraba cruelmente, y él miraba los secretos juicios de Dios. La voz de aquel que le maldecía hería sus oídos, y su alma se humillaba para recibir las bendiciones del Señor. Pero ¿estaba Dios en la boca de aquel blasfemo? De ningún modo; mas el Señor se servía de él como de instrumento para humillar a David. Y este profeta no lo ignoraba, porque Dios le había descubierto los secretos, aun los más recónditos de su sabiduría<sup>10</sup>, y por eso dijo: *Bien me está que me hayas humillado, para que así aprenda tus justos preceptos*<sup>11</sup>.

3. ¿Veis, pues, cómo la humildad justifica? Pero notad que digo *la humildad*, y no *la humillación*; porque ¡CUÁNTOS HAY QUE SON HUMILLADOS, MAS NO SON HUMILDES! Unos sufren con amargura el verse humillados, otros lo sufren con paciencia, y otros, aun con alegría. Los primeros son culpa-

<sup>6</sup> Job 38, ss.

<sup>7</sup> 2 Reg. 16, 10.

<sup>8</sup> Ps. 7, 4.

<sup>9</sup> 2 Reg. 16, 10.

<sup>10</sup> Ps. 50, 8.

<sup>11</sup> Ps. 118, 71.

bles, los segundos son virtuosos e irreprochables, y los últimos, justos; pues aunque la inocencia sea una parte de la justicia, sólo merece el nombre de humilde quien posee la perfección de esta virtud; siendo verdaderamente humilde el que sabe decir con verdad: *Bien me está, Señor, que me hayas humillado*. En cambio, el que sufre a pesar suyo el ser humillado, no puede decir eso; y menos todavía el que se queja de ello. A ninguno de los dos está prometido el premio de la humillación, aunque sean muy distintos entre sí; pues el uno posee su alma por la paciencia, y el otro la pierde por su murmuración. Mas aunque sólo el segundo es digno de ira, ni uno ni otro merecen la gracia, porque Dios no la da a los que son humillados, sino a los humildes. Ahora bien, aquel es verdaderamente humilde que trueca la humillación en humildad, y éste será el que dice a Dios: *Bien me está, Señor, que me hayas humillado*. Lo que uno sufre con paciencia, sin duda que no lo considera como un bien, sino como cosa molesta. Ahora bien, como dice el Apóstol, Dios ama al que da con alegría<sup>12</sup>. Por eso, cuando ayunamos, se nos manda ungirnos la cabeza y lavarnos la cara<sup>13</sup>, a fin de que nuestras buenas obras vayan sazonadas con cierta salsa de espiritual alegría y nuestros holocaustos resulten perfectos. Porque sola la humildad alegre y perfecta merece la gracia de Dios. La forzada o arrancada por fuerza, como la de aquel que sufre con paciencia y a más no poder, aunque alcanzará, sin duda, la vida, a causa de la paciencia de que va acompañada, no conseguirá gracia especial por la tristeza, que le quita gran parte de su valor y mérito<sup>14</sup>; por cuanto esta sentencia de la Escritura: *Gloríese el humilde de su verdadera exaltación*<sup>15</sup>, no puede convenir al que recibe la humillación con tristeza, sino sólo al que la recibe con alegría espiritual, libre y voluntariamente.

4. ¿Queréis ver un humilde que se gloria cual conviene y que es verdaderamente digno de gloria? *Con gusto me gloriaré de mis flaquezas, para que more en mí el poder de Cristo*<sup>16</sup>. Como veis, no dice que sufre con paciencia sus flaquezas, sino que se gloria de ellas, y se gloria gustoso, manifestando así que considera serle ventajosa la humillación, y que a él no le basta poseer su alma en paciencia, sufriendo con resignación el ser humillado, sino que aspira a recibir la gracia compañera de la humillación libremente aceptada. Escuchad ahora la regla general que rige en esta

<sup>12</sup> 2 Cor. 9, 7.

<sup>13</sup> Mt. 6, 17.

<sup>14</sup> La gracia de la exaltación; alude a la bienaventuranza «el que se humilla será ensalzado».

<sup>15</sup> Iac. 1, 9.

<sup>16</sup> 2 Cor. 12, 9.

materia. *Cualquiera que se humille, será ensalzado*<sup>17</sup>. Con estas palabras nos quiso significar el Salvador que no toda humildad merece exaltación, sino sólo aquella que es fruto espontáneo del libre albedrío, sin que vaya acompañada de tristeza o sea impuesta por la necesidad. Como tampoco conviene humillar a todos los que están elevados, sino sólo a aquellos que se elevan a sí mismos por su vanidad y soberbia. Luego no el humillado, sino el que voluntariamente se humilla es quien merece ser ensalzado en premio del mérito anejo a su voluntaria humillación; porque, si bien la materia de la humildad se la proporcionan por otros conductos, como son los oprobios, desprecios, adversidades, etc., mas si el que recibe estas humillaciones las recibe y acepta de buena gana y con espiritual alegría, por amor de Dios, puede entonces decirse con verdad que no es humillado por otros, sino que se humilla a sí mismo, pues con esa disposición de su voluntad se apropia dichas humillaciones.

5. Mas ¿adónde hemos ido a parar? Bien veo la suma paciencia que conmigo tenéis escuchando atentamente mi prolijo discurso acerca de la humildad y la paciencia, pero no quisiera abusar más de vuestra atención; volvamos, pues, al tema propuesto. La respuesta del Esposo a las peticiones de la Esposa ha provocado mi larga digresión. Con esta respuesta, al parecer algo áspera y desabrida, no pretendió humillarla echándole en cara que sus pretensiones eran demasiado exageradas, antes bien quiso darle ocasión oportuna de manifestar su humildad, a fin de disponerla mejor a recibir con más abundancia las gracias que le pedía. Pero estando aún a los comienzos de este versículo, remitiremos su explicación a otra vez, si os parece, no sea que las palabras del Esposo sean tratadas u oídas con tedio. Dígnese librar de este defecto a sus siervos Jesucristo nuestro Señor, que, siendo Dios, es sobre todas las cosas y merece ser bendecido por los siglos de los siglos. Amén.

### 35 EL ESPOSO REPRENDE A SU ESPOSA ÁSPERA Y DESABRIDAMENTE. DOS CLASES DE IGNORANCIA QUE DEBEMOS TEMER Y EVITAR A TODO TRANCE \*

1. *Si no te conoces, sal fuera*<sup>1</sup>. Reprensión dura y áspera el decir: Sal fuera; ya que esto suelen oír los criados a sus amos cuando están muy enojados, o las sirvientas a sus amas cuando les han ofendido mucho. Sal de aquí, les

<sup>17</sup> Lc. 14, 11.

\* PL 183, 962.

<sup>1</sup> Cant. 1, 7.



dicen; sal, y que no te vea más; vete de mi casa. El Esposo, pues, emplea contra la Amada palabras tan recias y amargas, pero si no se conoce a sí misma. Y es que no podía decirle nada más fuerte y eficaz para aterrarla que amenazarla con echarla fuera. Comprenderás fácilmente ser esto así si atiendes de dónde la manda salir y adónde quiere que vaya. Pues ¿de dónde piensas que la manda salir y adónde ir, sino del espíritu a la carne, de los bienes del alma a los deseos del siglo, del reposo interior al estrépito del mundo y a la inquietud de los cuidados exteriores? En todo lo cual no hay sino trabajo, dolor y aflicción del espíritu. Porque ¿qué alma, habiendo aprendido del Señor y recibido de El el entrar en sí misma, y suspirar por la presencia de Dios en el fondo de su corazón, y buscar siempre su faz adorable, pues Dios es Espíritu y hace que los que le buscan anden y vivan según el Espíritu y no según la carne; qué alma, repito, no creará menos horrible e insufrible el sentir algún tiempo el fuego del mismo infierno que, después de gustada la dulzura de estos ejercicios, abandonarse de nuevo a los atractivos, o más bien a los tormentos de la carne y a la curiosidad insaciable de los sentidos, siendo verdad *que nunca se harta el ojo de mirar, como dice el Eclesiástico, ni el oído de oír?*<sup>2</sup> Pues oíd a un hombre que había experimentado lo que vamos diciendo: *¡Cuán bueno eres, Señor, exclama, para los que esperan en ti, para el alma que te busca!*<sup>3</sup> Si alguien hubiera querido arrebatarse a esa alma santa el goce de este bien, creo yo que lo habría considerado como si la hubieran arrancado violentamente del paraíso o de la misma entrada de la gloria. Escuchad todavía a otro que se expresa en parecidos términos: *Contigo, dice, ha hablado mi corazón, en busca de ti han andado mis ojos. ¡Oh Señor!, tu cara busco*<sup>4</sup>. Y añade en otra parte: *Yo hallo todo mi bien en vivir íntimamente unido con Dios*<sup>5</sup>. Hablando con su alma se expresa así: *Vuelve, alma mía, a tu sosiego, ya que el Señor te ha favorecido tanto*<sup>6</sup>, colmándote de beneficios.

2. Os digo, pues: Nada teme tanto quien una vez haya recibido este beneficio, como que, viniendo a ser abandonado de la gracia, se vea de nuevo precisado a volver a esas consolaciones, o más bien, desolaciones de la carne, y a soportar de nuevo los tumultos de los sentidos. Terrible y temerosa, por tanto, es la amenaza: *Sal fuera y vete, y apacienta tus cabritos*. Como quien dice: Reconócete indigna de aquella tu familiar y suave contemplación de las cosas celestiales, inteligibles y divinas. Por esto, sal de mi san-

<sup>2</sup> Eccl. 1, 8.<sup>5</sup> Ps. 72, 28.<sup>3</sup> Thren. 3, 25.<sup>6</sup> Ps. 114, 7.<sup>4</sup> Ps. 26, 8.

tuario, que es tu corazón, donde solías dulcemente beber los misterios, secretos y sagrados de la verdad y sabiduría, y, al modo de los mundanos, dedícate a apacentar y recrear los sentidos de tu carne. Llama cabritos—que significan el pecado, y en el juicio han de ser colocados a la siniestra—a los sentidos del cuerpo, que son curiosos e insolentes, y por ellos, de ordinario, como por ventanales, entra el pecado y la muerte en el alma. A lo que muy bien se aplica lo que sigue: *Vete y apacienta tus cabritos junto a las cabañas de los pastores.* En efecto, los cabritos no pastan en las regiones elevadas, como los corderos, sino junto a las cabañas de los pastores mercenarios; porque los pastores que de veras son pastores, aunque vivan en cabañas de tierra y en la tierra, que son sus cuerpos, no suelen apacentar con pastos terrenos los rebaños del Señor, sino con pastos celestiales; pues les predicán no su propia voluntad, sino la del Señor. Los cabritos, en cambio, que son los sentidos corporales, no buscan las cosas celestiales, sino que permanecen junto a las cabañas de los pastores, o sea, que buscan los bienes sensibles de este mundo para apacentarse con ellos, acuciando más sus apetitos, lejos de saciarlos.

3. ¡Oh, qué vergonzoso trueque de afanes en aquel que antes, mientras su peregrinación y destierro, sólo cuidaba de nutrir su alma con santas meditaciones, como con manjares celestiales; que sólo buscaba el beneplácito de Dios y los secretos de su voluntad y penetrar los cielos con su devoción, a fin de pasearse en espíritu por las mansiones de los santos y saludar a los patriarcas, a los apóstoles y al coro de los profetas, y admirar los triunfos de los mártires, y contemplar con pasmo los órdenes angelicales; y que ahora, dejando todo esto, se sujete, cual vil esclavo, a la servidumbre de la carne, obedezca a la carne, satisfaga al vientre y a la gula, mendigando por toda la tierra dónde consolar de algún modo su famélica curiosidad de la apariencia de este mundo pasajero! Viertan mis ojos torrentes de lágrimas sobre esa alma que, nutrida antes con exquisitos manjares, ahora se retira a la basura<sup>7</sup>. Pues, según sentencia de un santo varón, ese tal alimenta a una estéril sin hijas y no favorece a la viuda<sup>8</sup>. Y nota que El no dice simplemente: *Salid*, sino: *Sal, y vete tras de los rebaños de tus compañeros, y apacienta tus cabritos.* En lo que creo nos da un aviso importante. ¿Cuál será? ¡Ah! No permite que esa egregia criatura, antes del rebaño, pero ahora miserablemente lanzada a la perdición, no permíte permanezca entre sus ovejas, sino que le manda ir tras de los rebaños. ¿Cómo así?, decís. Como lees: *El hombre constituido en honor no en-*

<sup>7</sup> Thren. 4, 5.

<sup>8</sup> Iob 24, 21.

tendió; comparóse a los brutos necios, haciéndose semejante a ellos <sup>9</sup>. Ahí tienes adónde se ha ido de la grey esa egregia criatura. Pienso que, si los irracionales pudieran hablar, dirían: Ved ahí a Adán hecho como uno de nosotros <sup>10</sup>. El hombre constituido en honor, dice. ¿En qué honor?, preguntas. Moraba en un paraíso, vivía en un lugar deleitoso. No sentía molestia ni indignidad; confortado con odoríferas manzanas, sostenido por flores, coronado de gloria y de honor y constituido sobre las obras de las manos del Creador, descollaba más aún por su semejanza con Dios y gozaba del trato familiar con la turba angelical y con toda la familia del ejército celeste.

4. Pero trocó esta gloria de Dios con la figura del becerro comiendo heno. De ahí viene que el Pan de los ángeles se hiciera en el pesebre como el heno, ofreciéndose a nosotros como a jumentos. Pues *el Verbo se hizo carne* <sup>11</sup>, y *toda carne es heno*, según el profeta. Mas este heno no se ha secado, y su flor no se ha caído, porque el Espíritu del Señor ha posado sobre El. Por eso en otro tiempo vino el fin de toda carne, pues se había retirado el Espíritu de vida. Finalmente, dijo: *No permanecerá mi Espíritu en el heno, porque es carne* <sup>12</sup>. Con el nombre de carne no designa aquí a la naturaleza, sino al pecado, que la vicia, no siendo la naturaleza, sino el vicio, el que arroja al Espíritu. Por el vicio, pues, toda carne es heno, y toda su gloria como flor de heno. *Secóse el heno*, dice, *y su flor se cayó*. Mas esta flor no es la que brotó de la raíz y vara de Jesé por haberse posado sobre ella el Espíritu del Señor <sup>13</sup>; ni este heno es el Verbo hecho carne, porque añade el profeta: *Pero el Verbo del Señor permanece eternamente* <sup>14</sup>. Porque, si el Verbo es heno, y el Verbo permanece eternamente, es preciso también que eternamente permanezca el heno. De lo contrario, ¿cómo daría El la vida eterna si no permaneciera eternamente? De ahí que diga: *Quien coma de este Pan, vivirá eternamente* <sup>15</sup>. Y a qué pan se refiere, dícelo: *Y el Pan que yo daré es mi carne, la que yo daré para vida del mundo*. ¿Cómo no ha de ser eterno aquello en virtud de lo cual se vive eternamente?

5. Pero recuerda ahora conmigo la voz del Hijo a su Padre cuando habla en el salmo: *No permitirás que tu Santo pase por la corrupción* <sup>16</sup>. Sin duda, al decir esto, refiérese a su cuerpo, que yace exánime en el sepulcro. De este mismo Santo habla el ángel que dijo a la Virgen: *El fruto*

<sup>9</sup> Ps. 48, 13.

<sup>10</sup> Gen. 3, 22.

<sup>11</sup> Io. 1, 14.

<sup>12</sup> Gen. 6, 3.

<sup>13</sup> Is. II, 1. 2.

<sup>14</sup> Is. 40, 6-8.

<sup>15</sup> Io. 6, 52.

<sup>16</sup> Ps. 15, 10.

*santo que de ti nacerá será llamado el Hijo de Dios* <sup>17</sup>. ¿Cómo, pues, este heno, con ser santo, podía experimentar la corrupción, procediendo de las castas entrañas de María, como de praderas de perpetuo verdor primaveral, atrayéndose las ávidas miradas de los ángeles para deleítarlos sin fin? ¡Pierda este heno su lozanía si María perdiera su virginidad! Luego el alimento del hombre se ha trocado en alimento de bestias, habiéndose trocado en bestia el hombre mismo. ¡Qué trueque tan triste y lastimoso! Que el hombre, ciudadano del paraíso, señor de la tierra, ciudadano del cielo, doméstico de la casa del Señor de los ejércitos, hermano de los espíritus bienaventurados y coheredero de las virtudes celestiales, por repentino cambio y por su flaqueza se haya tumbado en un establo, necesitando de heno, por su semejanza con las bestias; y que por su indómita fiereza háyase atado al pesebre, según está escrito: *Sujeta, Señor, con cabestro y freno a los que no se arriman a ti* <sup>18</sup>. Pero reconoce, ¡oh buey!, a tu dueño; y tú, asno, reconoce el pesebre de tu amo, a fin de que los profetas del Señor sean hallados veraces en la predicción de estas maravillas. Reconoce, después de haberte convertido en bestia, a quien no quisiste reconocer estando tú en el honor. Adora en el establo a Aquel de quien huías estando en el paraíso. Honra el establo de Aquel cuyos mandamientos despreciaste. Come este heno, que desechaste con hastío, cuando era Pan, y Pan de ángeles.

6. Mas ¿cuál es la causa, dices, de tamaña caída? Pues el hombre, estando en honor, no lo entendió. ¿Qué no entendió? No lo dice, digámoslo nosotros. Constituido en dignidad, no entendió que sólo era lodo, y se deleitó en su exaltación y honor, y al punto experimentó en sí lo que mucho tiempo después prudentemente advirtió y verazmente expresó aquel hombre de los hijos de la cautividad, diciendo: *Si alguno piensa ser algo, él mismo se engaña, no siendo nada* <sup>19</sup>. ¡Oh miserable!, pues no tuvo quien le dijera ya: *¿De qué te engríes, no siendo sino polvo y ceniza?* <sup>20</sup> De ahí que la más noble criatura salida de las manos de Dios se fuera a juntar con el vil rebaño de los seres irracionales; de ahí que se transformase de imagen de Dios en imagen de bestia; de ahí que trocase la compañía de los ángeles con la de los animales. ¿Ves, pues, cuánto debemos huir de esta ignorancia, pues de ella provinieron a nuestro género humano tantísimos males? Porque dice el profeta que el hombre semejó a los insensatos animales por no haber entendido. Luego hemos de desterrar de nosotros por todos los medios esta

<sup>17</sup> Lc. I, 35.

<sup>18</sup> Ps. 31, 9.

<sup>19</sup> Gal. 6, 3.

<sup>20</sup> Eccli. 10, 9.



ignorancia, no sea que, si continuamos siendo necios e insensatos a pesar de tales castigos, vengan sobre nosotros males y castigos todavía más severos y pesados, y que se nos pueda decir con verdad: *Hemos curado a Babilonia, y no ha sanado* <sup>21</sup>, sin duda alguna porque con el castigo no habríamos recobrado el juicio.

7. Puede ser también que por esto mismo, deseando el Esposo apartar a su Amada de la ignorancia con esta reprehensión que es para ella como voz de trueno, no le dice: Sal con los rebaños o para ir a encontrar los rebaños, sino: *Sal tras de los rebaños de tus compañeros*. ¿Por qué así? Sin duda, para mostrar que la segunda ignorancia es todavía más temible y más vergonzosa que la primera, pues aquélla volvió al hombre semejante a las bestias y ésta le hace inferior a ellas. Porque, siendo los hombres ignorados de Dios, o sea, reprobados por esta ignorancia, deben comparecer en aquel espantoso Juicio y ser entregados a las llamas eternas, pena a que no serán condenadas las bestias. Y no hay tampoco duda que la condición de los que en tal estado se vean será mucho peor que la de las cosas que jamás hayan existido; pues como dijo el Salvador hablando de Judas: *Mejor fuera a ese hombre el no haber nacido* <sup>22</sup>. Cual si dijera: Más le valiera no haber nacido hombre, sino bestia, por ejemplo, o cualquier otra criatura privada de razón, la cual, como carecería de juicio, no sería llamada al juicio divino ni condenada al suplicio eterno. Sepa el alma racional, pues, que se avergüenza de que la primera ignorancia la haya hecho compañera de las bestias en el goce de los bienes terrenales, que no las tendrá por compañeras en el padecer los tormentos del infierno, y que entonces ella aun será echada con vergüenza de su rebaño y no irá más con ellas, sino tras ellas; porque ellas no sentirán ya mal alguno, mientras que ella estará expuesta a todo género de tormentos, sin que se vea jamás libre de ellos, por haber añadido una segunda ignorancia a la primera. Así es como el hombre saldrá, e irá solitario tras de los rebaños de sus compañeros, pues solo será precipitado en lo más profundo del infierno. ¿No te parece que aquel ocupa el último lugar que, atado de pies y manos, es lanzado a las tinieblas exteriores? Y ciertamente lo último de ese hombre será peor que lo primero, pues quien antes era equiparado a las bestias es ahora a ellas pospuesto.

8. Creo que, considerando más de cerca la cosa, habremos de convenir en que el hombre arrastrado por los apetitos desordenados, aun durante la presente vida se vuelve

<sup>21</sup> Jer. 51, 9.

<sup>22</sup> Mc. 14, 21.

inferior a las bestias. Porque el hombre que goza de razón y no vive según la razón, ¿no os parece que en alguna forma es más bestia que las mismas bestias? Si la bestia no se gobierna por la razón, puede alegar que la naturaleza no la ha provisto de ella; mas el hombre no puede alegar tal excusa. Con justicia, pues, el hombre puede ser juzgado inferior a las bestias, porque sólo él, entre todos los animales, degenerando de su condición, viola los derechos de la naturaleza, y dotado de razón, imita a los privados de la misma. Así, queda plenamente convicto de ir tras de los rebaños de las bestias aun en esta vida, por la depravación de su naturaleza, y después de esta vida, por las penas que sufrirá.

9. Ved ahí cómo será maldecido el hombre que haya vivido en la ignorancia. ¿En la ignorancia de Dios o de sí mismo? En ambas ignorancias ciertamente, ya que ambas a dos son reprobables y cualquiera de las dos basta para perderle. ¿Queréis convencerlos de ello? En cuanto a la ignorancia de Dios, supongo que no tendréis dificultad alguna en admitirlo, no habiendo más vida eterna que la consistente en conocer al Padre y a Aquel a quien el Padre envió al mundo, que es Jesucristo<sup>23</sup>. Escuchad ahora cómo el Esposo condena clara y abiertamente en la Esposa la ignorancia de sí misma. Porque ¿qué la dice? No la dice: *Si no conoces a Dios*, sino: *Si no te conoces a ti misma*, y lo demás que se sigue. Es, pues, evidente que quien vive en la ignorancia será desconocido<sup>24</sup>, ora esta ignorancia sea ignorancia de Dios, ora de sí mismo. Creo que no será del todo inútil el que os hable de estas dos clases de ignorancia, si Dios me lo concede. Mas no será por ahora; no sea que, estando cansado y no habiendo hecho preceder, según costumbre, vuestras oraciones a mi discurso, o yo explique con menos cuidado o vosotros escuchéis con menos atención cosa tan necesaria y que no conviene oír sin ardientes deseos. Porque si el alimento del cuerpo, tomado sin apetito o estando el hombre harto, no sólo no aprovecha, sino que daña mucho, con mayor razón el Pan del alma, tomado con hastío, no es un alimento, sino un tormento de la conciencia. Lo que se digne apartar de nosotros el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que, como Dios, es sobre todas las cosas. Sea El bendito por todos los siglos. Amén.

<sup>23</sup> Io. 17, 3.

<sup>24</sup> I Cor. 14, 38.

### 36 EL CONOCIMIENTO DE LAS CIENCIAS Y DE LAS LETRAS ES ÚTIL Y NECESARIO PARA NUESTRA INSTRUCCIÓN, PERO EL CONOCIMIENTO DE LA PROPIA MISERIA ES TODAVÍA MÁS ÚTIL Y NECESARIO PARA NUESTRA SALVACIÓN \*

1. Heme aquí para cumplir mi promesa, heme aquí para contentar vuestros deseos, heme aquí para satisfacer mi deuda con Dios, a fin de que nadie pueda argüirme de que falto a la verdad, o a la caridad fraterna, o al temor del Señor. Si callase, mi boca misma me condenaría; mas si hablo, temo el mismo juicio y que mis labios me condenen también de no hacer lo que a otros recomiendo. Ayudadme con vuestras oraciones, para que pueda siempre decir lo que conviene y cumplir con obras lo que predico. Supongo no habréis olvidado que hoy nos toca hablar de la ignorancia, o más bien, de las ignorancias, porque sin duda recordaréis que propusimos hablar de DOS CLASES DE IGNORANCIA: LA DE NOSOTROS MISMOS Y LA DE DIOS. Ya dijimos con cuánta diligencia hemos de evitar ambas ignorancias, por ser una y otra sumamente reprobables. Queda ahora por explicar esto más clara y extensamente. Y primero creo se ha de preguntar si toda ignorancia es condenable. Pues yo creería que no, habiendo muchas e innumerables cosas que se pueden ignorar sin menoscabo de eterna salvación. ¿Quién dirá, por ejemplo, ser obstáculo para la salvación el ignorar ciertas artes y oficios, tales como la carpintería, herrería y otras parecidas, que sólo sirven para comodidad y utilidad de la presente vida? Aun tratándose de otras artes más nobles, cuales son las que llaman liberales, ¿cuántos hay que se salvan a diario sólo por sus buenas obras y su vida arreglada, sin saber nada de tales artes, por más que su conocimiento es indudablemente útil y honesto? ¿Cuántos enumera el Apóstol en su Epístola a los Hebreos que fueron amados de Dios, no por saber letras, sino por conciencia pura y fe no fingida? <sup>1</sup> Todos éstos agradaron a Dios en su vida, por el mérito de su vida, no de su ciencia. Pedro, Andrés, los hijos de Zebedeo y todos los demás discípulos no fueron sacados de la escuela de los retóricos o de los filósofos, y, sin embargo, el Señor se sirvió de ellos para obrar la salud en medio de la tierra. No es porque fuesen más sabios que todos los hombres, como lo confiesa

\* PL 183, 967.  
Hebr. II.

de sí mismo uno de ellos<sup>2</sup>, sino por causa de su fe y de su mansedumbre los santificó el Señor e hizo los santos y aun maestros de santidad. Finalmente, ellos enseñaron al mundo los caminos de la vida, no por la sublimidad de su hablar o por elocuencia de la sabiduría humana; sino por la necesidad de la predicación plugo a Dios salvar a los creyentes, por cuanto el mundo, con su sabiduría, no le conoció<sup>3</sup>.

2. Pareceré quizás hablar con poca estima de la ciencia y como que reprendo a los doctos, pretendiendo prohibirles el estudio de las letras. No hay tal. No ignoro cuánto han servido y sirven todavía a la Iglesia sus letrados, sea refutando a los contrarios, sea instruyendo a los sencillos. Finalmente leí: *Por haber tú desechado la ciencia, yo te desearé, para que no ejerzas mi sacerdocio*<sup>4</sup>. Leí: *Los que hayan sido sabios brillarán como luz del firmamento, y como estrellas por toda la eternidad los que hayan enseñado a muchos la justicia*<sup>5</sup>. Pero sé también dónde he leído: *La ciencia infla*<sup>6</sup>. Y además: *Quien añade ciencia, añade también trabajo*<sup>7</sup>. Ya ves cómo hay dos clases de ciencia: una que infla y otra que contrista. Mas en cuanto a ti, ¿cuál te parece más útil y necesaria para la salvación, la que infla o la que duele? Pero no dudo prefieres la que duele a la que infla, por cuanto el orgullo nos induce a creer engañosamente que poseemos la santidad, mientras que los trabajos y penas nos conducen a buscarla. Ahora bien, el que busca la salvación tiene grandes garantías de encontrarla, porque *todo aquel que pide, recibe*<sup>8</sup>. Por otra parte, el que sana a los contritos de corazón execra a los hinchados, diciendo la Sabiduría: *Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes*<sup>9</sup>. Y el Apóstol decía: *Os exhorto a todos vosotros, en virtud del ministerio que por gracia se me ha dado, a no saber más de lo que debéis saber, sino saber con moderación*<sup>10</sup>. Como veis, el Apóstol no prohíbe la adquisición de la sabiduría, sino que manda proceder con moderación. ¿Y en qué ha de consistir esta moderación? En considerar cuál es la ciencia que debemos buscar con preferencia y cuál la que ante todo y sobre todo hemos de procurar adquirir, porque el tiempo es breve. Ahora bien, aunque toda ciencia fundada en la verdad sea buena, dada la brevedad del tiempo, hemos de darnos a obrar nuestra salvación con temor y temblor, y, por tanto, ante todo y sobre todo, hemos de procurar aprender lo que más recta-

<sup>2</sup> Eccl. I, 16.

<sup>3</sup> I Cor. 2, 1; I, 17. 21.

<sup>4</sup> Os. 4, 6.

<sup>5</sup> Dan. 12, 3.

<sup>6</sup> I Cor. 8, 1.

<sup>7</sup> Eccl. I, 18.

<sup>8</sup> Lc. 11, 10.

<sup>9</sup> Iac. 4, 6.

<sup>10</sup> Rom. 12, 3.



mente conduce a la salvación. ¿No dicen los médicos de los cuerpos que una parte de la medicina consiste en cuidar de la elección de los manjares: en lo que se debe comer antes o después, qué alimento se debe tomar y cómo se debe tomar? Porque, si bien es cierto que los manjares que Dios ha criado son buenos, muchas veces nos dañan por no guardar el orden y moderación convenientes al tomarlos. Luego lo que digo de los alimentos aplicadlo también a las ciencias.

3. Pero más valdrá remitiros al Maestro. No es mía, sino suya, o por mejor decir, es también mía aquella sentencia por cuanto la he aprendido del que es la Verdad: *Si alguno, dice, se imagina saber algo, aún no ha entendido de qué manera le convenga saber*<sup>11</sup>. Ves que no aprueba el mucho saber, si se ignora el modo de saber. Ves, digo, que en el modo de saber hace consistir el fruto y utilidad de la ciencia. Mas ¿qué se entiende por eso de modo de saber? ¿Qué ha de entenderse sino con qué orden, con qué aplicación, con qué fin? Con qué orden: de suerte que aprendamos ante todo lo más necesario para la salvación. Con qué aplicación: a fin de aprender con más ardor lo que más vivamente puede movernos al amor. Con qué fin: a fin de no aprender por vanagloria, o por curiosidad, o por algo semejante, sino sólo para tu propia edificación o la del prójimo. Porque hay quienes quieren saber con el único fin de saber, y es torpe curiosidad. Esos tales no evitarán ciertamente al satírico burlón que canta al que así es: "Tu saber nada es, si otro sabe que sabes."<sup>12</sup> Hay quienes quieren saber para vender su ciencia, o sea, para allegar riquezas o conseguir honores con ella, y es un tráfico vergonzoso. Pero los hay también que quieren saber para edificar a otros, y es caridad; los hay, finalmente, que quieren saber para su propia edificación, y es prudencia.

4. De todos ellos, sólo los dos últimos no abusan de la ciencia, pues no quieren saber sino para obrar bien. Finalmente: *Los que obran dirigidos por el temor de Dios son los verdaderamente sabios e inteligentes*<sup>13</sup>. Todos los demás oigan: *Quien conoce el bien y no lo ejecuta, peca*<sup>14</sup>. Cual si dijera, con una comparación: así como es dañoso para la salud el tomar alimento y no digerirlo, por cuanto los manjares indigestos engendran malos humores y corrompen el cuerpo en vez de nutrirlo, así también el que llena de mucha ciencia el estómago del alma, que es la memoria, si esta ciencia no es digerida con el calor de la caridad, si no se difunde en seguida como por las arterias y medulas del alma, pasando a las costumbres y a las obras; si no se hace

<sup>11</sup> I Cor. 8, 2.

<sup>12</sup> Persius, sátira I, vers. 27.

<sup>13</sup> Ps. 110, 10.

<sup>14</sup> Jac. 4, 17.

bueno por el bien que con ella conoce, y que sirve para formar una buena vida, ¿no se trocará en pecado, como aquel alimento en malos humores? Pues el pecado es humor malo y las costumbres depravadas malos humores son. Y quien conoce el bien, mas no lo hace, ¿no padecerá en su conciencia hinchazones y contorsiones? ¿Y no oirá en sí mismo una respuesta de muerte y de condenación cada vez que piense en esta palabra que Dios dijo: *El siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace, recibirá muchos azotes?* <sup>15</sup>

Y mira que en la persona de esta alma se lamentaba el profeta al decir: *¡Me duele el vientre! ¡Me duele el vientre!* <sup>16</sup> A no ser que digamos que con esta repetición quiso indicarnos que sus palabras admiten un doble sentido, para que busquemos otro además del dado ya. Creo que el profeta pudo muy bien expresarse de este modo hablando de sí mismo, para significarnos que, estando él lleno de ciencia, ardiendo en caridad y anhelando difundirla, no hallaba quien se cuidase de oírle; y así su ciencia le era como un peso, al no poder comunicarla. Deplora, pues, el piadoso doctor de la Iglesia, tanto a los que menosprecian aprender cómo se ha de vivir como a los que, sabiéndolo, viven, sin embargo, mal. Y esto respecto a la repetición de las palabras.

5. ¿Adviertes ya qué bien siente el Apóstol cómo la ciencia infla? Quiero, pues, lo primero, que el alma se conozca a sí misma, exigiéndolo así la razón de utilidad que este conocimiento entraña y el orden. Sí, el orden exige que conozcamos ante todo lo que somos; y este conocimiento nos es útil, pues que no infla, sino que humilla; y es cierta no puede en modo alguno subsistir sino apoyado sobre el preparación para el edificio, por cuanto el edificio espiritual fundamento estable de la humildad. El alma no puede encontrar nada más vivaz ni acomodado para humillarse como el hallarse en la verdad, con tal, empero, que no disimule, sino que se presente a sí misma tal y como es y no nos apartemos de la contemplación de nosotros mismos. Cuando se contempla a la clara luz de la verdad, ¿no se hallará muy diferente de lo que creía ser, y, suspirando de verse tan miserable, no clamará al Señor con el profeta: *Me humillaste con tu verdad?* <sup>17</sup> Porque ¿cómo no se ha de humillar con este verdadero conocimiento de sí misma, viéndose cargada de pecados, oprimida de la masa de este cuerpo mortal, embarazada de los cuidados terrenales, infectada de la corrupción de los deseos carnales, ciega, encorvada, enferma, sumida en infinidad de errores, expuesta a mil peligros, poseída de mil espantos, cercada de mil dificultades, sujeta

<sup>15</sup> Lc. 12, 47.

<sup>16</sup> Jer. 4, 19.

<sup>17</sup> Ps. 118, 75.

a mil sospechas y a mil necesidades molestas, inclinada a los vicios y flaca para las virtudes? ¿Cómo después de esto podrá alzar los ojos, cómo se atreverá a levantar la cabeza? ¿No se volverá, en su tristeza, contra sí misma como clavada de espinas? <sup>18</sup> Se volverá, digo, a las lágrimas, se volverá a los llantos y gemidos, se volverá al Señor y clamará con humildad: *Sana mi alma, porque pequé contra ti* <sup>19</sup>. Y vuelta al Señor, será consolada, por ser El Padre de misericordias y el Dios de toda consolación.

6. Yo, cuando me miro, moran mis ojos en amargura. Mas al mirar y levantarlos al auxilio de la divina misericordia, la visión atractiva de Dios templea al momento la visión de mí mismo, tan amarga, y le digo: *Conturbada está interiormente mi alma, por lo que me acordaré de ti* <sup>20</sup>. Y no es poco esta visión de Dios y el experimento piadoso de ser oídos, como que realmente es benigno y misericordioso, paciente y de mucha misericordia <sup>21</sup> e inclinado a suspender el castigo, siendo por naturaleza bondad y siendo propio de El el compadecerse y perdonar. Pues con esta experiencia y este orden déjase Dios conocer después de haber el hombre reconocido su necesidad; y clamará al Señor y le oírán, y dirá: *Te libraré y me honrarás* <sup>22</sup>. Y por ahí tu conocimiento de ti será el camino para conocer a Dios, y por su imagen en ti renovada será El visto, hasta que, contemplando confiadamente y cara a cara, como en espejo, la gloria del Señor, seas transformado en la misma imagen, de claridad en claridad, como por el Espíritu del Señor <sup>23</sup>.

7. Y advierte ya, por fin, que ambos conocimientos te son necesarios para la salvación, no pudiendo carecer de ninguno de los dos con salud; pues si te ignoras a ti, no tendrás el santo temor de Dios en ti ni la humildad. Pues tú verás si puedes presumir salvarte sin temor de Dios y sin humildad. Bien hiciste en significarme con vuestro murmullo que ni siquiera se os ha pasado por las mientes tamaño disparate, porque así no hay motivo de detenernos a explicar lo que de por sí es tan llano. Pero oíd lo que me resta. O ¿no fuera mejor pararnos aquí por los soñolientos? Pensaba terminar en un solo sermón el tema prometido acerca de la doble ignorancia, e hiciéramos si no resultase largo a los muy fatigados, pues veo a algunos bostezando y a otros dormitando. Y no me extraña, pues los maitines de la noche anterior fueron larguísimos, y eso les excusa. Mas ¿qué diré de los que se durmieron entonces y siguen ahora durmiendo? No quiero avergonzarlos, basta habér-

<sup>18</sup> Ps. 31, 4.

<sup>19</sup> Ps. 40, 5.

<sup>20</sup> Ps. 41, 7.

<sup>21</sup> Joel 2, 13.

<sup>22</sup> Ps. 49, 15.

<sup>23</sup> 2 Cor. 3, 18.

selo advertido de paso. Espero, sin embargo, que en lo sucesivo estarán más despabilados, por temor al cauterio de nuestra advertencia. En tal esperanza, condescenderemos con ellos por esta vez; porque si la razón me persuade de que debería continuar, la caridad me exhorta a dejar pendiente mi tema, dando fin donde no era el fin. Y ellos a su vez, por la indulgencia con que se les trata, se asocien a nosotros para glorificar al Esposo de la Iglesia, Jesucristo, nuestro Señor, que es Dios sobre todas las cosas bendito en los siglos. Amén.

### 37 DE DOS CLASES DE CONOCIMIENTO Y DE DOS CLASES DE IGNORANCIA: DAÑOS Y PERJUICIOS QUE DE ELLAS SE SIGUEN \*

1. Supongo que hoy no necesitaré exhortaros a vigilar, después de la reciente y caritativa advertencia de ayer, pues veo ha producido saludables efectos en muchos a quienes ha sacudido el sueño. Ya recordaréis que ayer convinimos todos, sin la menor discrepancia, en que nadie puede salvarse sin el conocimiento de sí mismo, a no ser que no tenga todavía edad o capacidad de conocerse. Refiérome a los niños y a los tontos, a quienes se aplica otro criterio. ¿Qué si ignoras a Dios? ¿Puede caber esperanza de salvación para el que ignora a Dios? Ni esto siquiera. Porque ¿cómo podrás amar a quien no conoces, poseer a quien no has amado? Conócete, pues, para que temas a Dios, y conócele para amarle. Con lo uno te inicias en la sabiduría y con lo otro llegas a la perfección; porque el temor de Dios es el principio de la sabiduría<sup>1</sup>, y el amor es la plenitud de la Ley<sup>2</sup>. Debes, pues, evitar tanto la una como la otra ignorancia, siendo imposible salvarse sin el temor y sin el amor de Dios. Todo lo demás es indiferente, no salvándose el hombre por saberlo ni condenándose por ignorarlo.

2. Mas no digo que se haya de menospreciar o descuidar la ciencia y letras, que adornan el alma, la instruyen y capacitan para instruir a otros. Pero estas dos cosas en que hemos dicho consiste toda la salvación, han de preceder a este conocimiento. Y mirá si no tenía en vista este orden el que decía: *Sembrad para la virtud y cosecharéis esperanza de vida*. Y entonces, finalmente, dice: *Iluminaos con la luz de la ciencia*<sup>3</sup>. Puso en último lugar la ciencia, porque la ciencia, en este caso, viene a ser como una pin-

\* PL 183, 971.

<sup>1</sup> Ps. 110, 10.

<sup>2</sup> Rom. 13, 10.

<sup>3</sup> Os. 10, 12.



tura que no puede subsistir sobre el vacío; y por eso ha de ir precedida del conocimiento propio y del de Dios, que son como la tela y el fondo sólido de esta pintura. Seguro me daré al estudio de la ciencia después de haber recibido la seguridad de la vida por la esperanza. Tú, pues, has sembrado para la justicia si, mediante el conocimiento propio, has aprendido el santo temor de Dios; si te has humillado a ti mismo, si has derramado lágrimas copiosas de compunción, si has distribuido copiosas limosnas y te has ejercitado en otras obras de misericordia; si has mortificado tu cuerpo con vigiliias, ayunos y otras asperezas corporales; si has importunado los cielos con incesantes clamores de oraciones y plegarias. Esto sí que es sembrar obras de justicia, obras de santidad. La semilla son las buenas obras, los santos deseos, las lágrimas de contrición. *Al ir, dice, sembraban con lágrimas sus semillas.* Pero ¿qué? ¿Estarán siempre llorando? De ningún modo. *Mas cuando vuelvan, añade, vendrán con exultación, trayendo sus gavillas*<sup>4</sup>. Con razón dice: volverán con exultación al traer consigo sus gavillas. Mas esto me dices acontecerá en la resurrección, en el último día, y es demasiado larga la espera. No te desalientes ni desmaye tu espíritu con pusilanimidad; tienes entre tanto las primicias del espíritu, que podrás recolectar ya desde ahora. Sembrad para vosotros, dice, obras de justicia y cosechad esperanza de vida. No te remite al último día para recoger el fruto de tus obras, sino que ya actualmente te pone en las manos la esperanza, que no es futura, sino muy presente y actual. Cierto que la alegría será grande, y la exultación será mucha, y muy mucha, cuando llegue la vida.

3. Pero ¿acaso la esperanza de alegría tan grande estará sin alegría? Gozosos en esperanza, dice el Apóstol<sup>5</sup>. Y David no dice que él se alegraría, sino que se alegraba, porque esperaba entrar en la casa del Señor<sup>6</sup>. No tenía aún la vida, pero había ya, sin duda, cosechado la esperanza de la vida, experimentando en sí mismo la verdad de lo que dice la Escritura, que no sólo la remuneración, sino aun la expectación de los justos es alegría. Esta alegría es producida en el alma de aquel que ha sembrado en la justicia, presupuesto el perdón de los pecados; con tal, empero, que la acción de la gracia recibida, haciéndole vivir mejor en adelante, le cerciore de este perdón. Todo el que siente pasar esto dentro de sí, oye las palabras del Espíritu Santo, cuya voz y operación no se contradicen jamás; y al oír esa voz interior del divino Espíritu comprende lo que dice, y lo que oye en lo interior experimentalo exteriormente; porque

<sup>4</sup> Ps. 125, 6.

<sup>5</sup> Rom. 12, 12.

<sup>6</sup> Ps. 121, 1.

un mismo indivisible Espíritu habla en nosotros y obra todo esto, repartiendo sus dones a cada cual según le place<sup>7</sup>, dando a unos la gracia de decir y a otros la de hacer lo que es bueno.

4. Cualquiera, pues, de entre vosotros que, después de los principios amargos y penosos de su conversión, se alegra de verse algún tanto aliviado con la esperanza de los bienes que aguarda y de elevarse, como en alas de la gracia, a las serenas regiones de los consuelos celestiales, entienda que se halla ya en plena recolección y que va cosechando las mieses sazonadas con el riego de sus lágrimas. Ese tal ha visto a Dios y oído su amorosa voz, que dice: *Dadle el fruto de sus manos*<sup>8</sup>. Pues ¿cómo no ha de haber contemplado a Dios el que ha gustado y visto cuán suave es el Señor? ¡Qué dulce y suave, Señor Jesús, te sintió quien no sólo recibió el perdón de sus pecados, sino también el don de la santidad y, para colmo de bienes, la promesa de la vida eterna! ¡Dichoso aquel que recogió ya tanto, que goza, aun en este destierro, de los frutos de una vida santa y gozará, al fin, de la vida eterna! Con harta razón aquel que, mirándose a sí mismo, lloró, goza luego en viendo al Señor, pues la visión de su misericordia levantó ya tantas y tan ricas gavillas cuales son la remisión de sus pecados, la santificación y la esperanza de la vida. ¡Oh, cuán cierto es aquello que en el profeta se lee: *Los que sembraban con lágrimas, segarán con júbilo*!<sup>9</sup> En donde brevemente se compendian ambos conocimientos: el de nosotros mismos, en *sembraban con lágrimas*, y el de Dios, en *segarán con júbilo*.

5. Pues si la ciencia, por grande que sea, va precedida de este doble conocimiento, no nos hinchará al no poder suministrarnos ventaja alguna ni honra terrena que no sea inferior a la esperanza concebida y a la alegría de esta esperanza, ya bien arraigada en el alma. *La esperanza no deja burlado, por cuanto la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*<sup>10</sup>. Sí, la esperanza no deja a nadie burlado, porque la caridad nos testifica de que recibiremos con toda seguridad lo que ella nos promete, ya que por la caridad *el mismo Espíritu Santo está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*<sup>11</sup>. Siendo esto así, ¿qué ventajas nos reportaría toda nuestra ciencia, por grande que fuese, que compararse puedan con la gloria de ser contados en el número de los hijos de Dios? Aunque el universo entero y todo cuanto en él se contiene viniera a ser propiedad nuestra, no merecería ser tenido en cuenta comparado con tan

<sup>7</sup> 1 Cor. 12, 11.

<sup>8</sup> Prov. 31, 31.

<sup>9</sup> Ps. 125, 5.

<sup>10</sup> Rom. 5, 5.

<sup>11</sup> Rom. 8, 16.

excelsa dignidad, con gloria tan sublime. Pues bien, si no conocemos a Dios, ¿cómo esperaremos en Aquel cuya existencia ignoramos? Y si no nos conocemos a nosotros mismos, ¿cómo ser humildes y pensar que nada somos, cuando creemos ser algo? Y sabemos que ni a los soberbios ni a los desesperados les cabe parte en la felicidad de los santos.

6. Mira, pues, ahora conmigo, con cuánto cuidado debemos desechar estas dos clases de ignorancia, una de las cuales produce el principio y otra la consumación de todo pecado; cómo, por el contrario, de los dos conocimientos opuestos, uno engendra el principio, otro la perfección de la sabiduría; uno el temor del Señor Dios, otro la caridad. Mas esto de los conocimientos lo vimos antes; mira ya lo de las ignorancias, porque, así como el temor de Dios es el principio de la sabiduría<sup>12</sup>, así la soberbia es el principio de todo pecado<sup>13</sup>; y como el amor de Dios es el origen de la perfección de la sabiduría, así la desesperación lleva a la consumación de toda malicia. Y así como el conocimiento de nosotros mismos produce en nosotros el temor de Dios, y el conocimiento de Dios el amor también de Dios, así, al contrario, la ignorancia de ti mismo engendra soberbia, y la ignorancia de Dios, desesperación. Y así la ignorancia de ti te engendra soberbia, y al engañarte tu inteligencia en el aprecio de ti mismo, engáñate miserablemente, haciéndote creer que eres y vales más de lo que realmente vales y eres, en lo cual consiste la soberbia, que es principio de todo pecado, precisamente porque nos hace imaginar que somos más grandes de lo que realmente somos ante Dios. Por eso, tratando la Escritura de aquel que fué el primero en cometer este gran pecado—hablo del diablo—, dice que *no permaneció en la verdad, sino que fué desde el principio mentiroso*<sup>14</sup>; por cuanto no estuvo en la verdad lo que él creía ser, engañado por su soberbia. ¿Qué si se hubiera desviado de la verdad creyéndose menor y más imperfecto de lo que era? Sin duda alguna, su ignorancia le habría servido de excusa para que no se le hubiera juzgado soberbio, y, lejos de haber irritado a Dios con su crimen, tal vez hubiese atraído sobre sí su gracia por la humildad. Aunque cierto, si claramente conociésemos qué lugar nos corresponde delante de Dios, no nos tendríamos ni en más ni en menos de lo que somos, ateniéndonos al dictamen de la verdad; mas como ha querido ocultarnos este secreto, y nadie sabe si es digno de amor o de odio<sup>15</sup>, es más justo y más seguro, según el consejo de la Verdad misma, escoger siempre el último lugar, del cual se nos haga subir más

<sup>12</sup> Eccli. I, 16.

<sup>13</sup> Eccli. 10, 15.

<sup>14</sup> Jo. 8, 44.

<sup>15</sup> Eccli. 9, 1.

arriba con honor, que no ocupar el primero para haber luego de cederlo con vergüenza <sup>16</sup>.

7. No hay, pues, peligro en que te humilles ni en que te creas mucho menos de lo que eres, es decir, de lo que la verdad te reputa. Es, en cambio, gran maldad y horrendo peligro si te elevas, por poco que sea, sobre lo que en realidad eres, o si te prefieres a uno solo a quien la verdad juzga tu igual o tal vez superior. Así como, si tuvieras que pasar por una puerta muy baja, por mucho que te inclines, no correrías peligro de hacerte daño alguno; y, en cambio, si levantases la cabeza un dedo más de lo que permite la medida de dicha puerta, te expondrías a lastimarte, así también, hablando del alma, no conviene jamás temer humillarse demasiado; pero se ha de temer mucho y aun recelar con espanto el elevarse, aunque sea sólo un poco más de lo que conviene. Por esto, no os comparéis jamás a los más grandes ni a los menores, ni a alguno de ellos, ni siquiera a uno solo. Porque ¿qué sabes tú, hombre ciego, si aquel que acaso juzgas el más vil y miserable de todos, si aquel cuya vida infame y manchada con toda clase de crímenes aborreces y detestas, y a quien miras como a un ser despreciable, no sólo comparado contigo, que crees vivir templada, virtuosa y piadosamente, sino también comparado con otros malvados a quienes conoces; qué sabes tú, repito, si vendrá día en que ese hombre vil y miserable, merced a uno de esos admirables toques de la diestra del Altísimo, llegue a ser mejor que tú y que otros mejores que tú? ¿Y quién sabe si ya en realidad lo es? Por esto el Señor no quiere que escojamos de los lugares intermedios ni el penúltimo, sino que nos dice: Ponte en el último lugar, o sea, escoge para ti el lugar postrero entre todos, de forma que no sólo no debes preferirte a nadie, pero ni siquiera presumas compararte con nadie. Ya veis cuán graves males se nos siguen de la ignorancia de nosotros mismos. Tal fué el pecado del diablo y el origen de todo pecado, que es la soberbia. Dejaremos para otra ocasión el tratar de los perniciosos efectos de la ignorancia de Dios; porque, como nos hemos reunido muy tarde, el poco tiempo que me resta de la hora señalada no me permitiría desarrollar este punto cual conviene. Así, pues, quede cada cual avisado de la necesidad que tiene de conocerse a sí mismo, no sólo en virtud de mis flacas razones, sino más aún en virtud de la gracia y bondad del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que, como Dios, es sobre todas las cosas bendito en los siglos. Amén.

<sup>16</sup> Lc. 14, 10. 9.



### 38 CÓMO LA IGNORANCIA DE DIOS ENGENDRA LA DESESPERACIÓN Y POR QUÉ LA ESPOSA ES LA MÁS HERMOSA DE LAS MUJERES \*

1. ¿Qué engendra, pues, la ignorancia de Dios? Por ahí hemos de empezar hoy, porque recordáis cómo ahí terminamos ayer. ¿Qué, pues, engendra? Dijimos que la desesperación. Pero digamos de qué modo. Alguno quizá, vuelto en sí y viendo el abismo de maldad en que se halla sumido, concibe la idea de convertirse, abandonando las sendas detestables por donde anda y renunciando a los desórdenes de la vida sensual que ha llevado hasta el presente. Si ese tal ignora cuán bueno es Dios, cuán misericordioso y clemente, cuán fácil en perdonar al alma verdaderamente arrepentida, al punto le atajará los pasos el enemigo con estas o parecidas razones: ¿Qué haces, miserable? ¿Quieres acaso perder de un golpe los placeres de la vida presente y también los de la futura? Ya no hay remedio para ti: tus pecados son enormes y tantos, que apenas pueden contarse; aunque destroces tu cuerpo con disciplinas y lo extenúes con rigurosos ayunos, no podrás satisfacer por ellos; amén de que eres de complexión delicada y estás hecho al regalo: ¿cómo vas a poder desarraigar esos hábitos inveterados, que te son como una segunda naturaleza? Estas consideraciones u otras semejantes engendran en el ánimo del miserable pecador ideas de desaliento y desesperación que le hacen volver a sus viejos desórdenes, por ignorar que la bondad divina es omnipotente y que con su auxilio soberano podría fácilmente superar todos esos obstáculos. Tras de lo cual sigue la impenitencia, que es el mayor de todos los crímenes y blasfemia imperdonable; porque entonces, o bien, conturbado y absorbido por la tristeza y melancolía, se precipita en la sima de la desesperación, sin esperanza alguna de consuelo ni de enmienda, como está escrito: *El impío, cuando llega a lo profundo de la maldad, lo desprecia todo*<sup>1</sup>, o al menos, disimulando su triste situación y engañándose a sí mismo con especiosas razones, échase de nuevo y para siempre en brazos del mundo para gozar sin freno ni medida de los criminales placeres que él le ofrece. Mas acontece que mientras está diciendo que hay paz y seguridad, entonces le sobrecoge de repente la ruina,

\* PL 183, 974.

<sup>1</sup> Prov. 18, 3.

sin poder evitarla<sup>2</sup>. Por donde la ignorancia de Dios produce la consumación de toda malicia, que es la desesperación.

2. Dice el Apóstol que algunos tienen ignorancia de Dios<sup>3</sup>. Mas yo añado que le ignoran todos los que no quieren convertirse de veras a El, ya que esos tales rehusan volverse a Dios, imaginando severo y riguroso a Aquel que es bueno; duro e inexorable al que está lleno de misericordia; cruel y terrible al que es amable; y la iniquidad se miente a sí misma, formándose un ídolo en vez de lo que El realmente es. Gentes de poca fe, ¿por qué teméis que no quiera perdonar los pecados? ¿NO LOS HA CLAVADO EN LA CRUZ CON LOS MISMOS CLAVOS con que quiso que sus manos y pies fueran atravesados? ¿Que sois frágiles y de compleción delicada! ¿Y acaso no conoce El el barro de que estáis formados? ¿Que los malos hábitos, cual férreas cadenas, os sujetan fuertemente a la maldad! Pues qué, ¿no es el Señor quien da libertad a los que están encadenados?<sup>4</sup> ¿Receláis quizá que el Señor, irritado contra vosotros a causa de la enormidad y multitud de vuestros crímenes, rehuse alargaros su compasiva mano? Sabed que ordinariamente la gracia sobreabunda allí donde abundó el pecado<sup>5</sup>. ¿Andáis solícitos por vuestro vestido, alimento y demás cosas necesarias al cuerpo, y eso os detiene para abandonar vuestros bienes? Mas ¿no sabe El que necesitáis todo eso?<sup>6</sup> ¿Qué más queréis? ¿Qué cosa os detiene para trabajar en el negocio de vuestra salvación? Una sola cosa, a saber: que no conocéis a Dios ni dais crédito a lo que os estoy diciendo. Ojalá que al menos se lo dierais a los que saben esto por propia experiencia; porque, si no les creéis, no alcanzaréis la verdadera experiencia de ellas. Aunque, cierto, no a todos es concedida la fe.

3. Mas nadie crea por lo dicho que la Esposa es reprendida por desconocer a Dios, pues no sólo ha sido favorecida con el perfecto conocimiento de su Esposo y de su Dios, sino que también goza de su trato íntimo y dulce conversación, y El se digna regalarla no pocas veces con sus tiernos abrazos y castos besos, de suerte que con santa libertad y desembarazo se atreve a preguntarle *dónde pastas, dónde sesteas al mediodía*. En lo cual se ve bien que no desea conocer a su Esposo, sino sólo el lugar donde reside su gloria, por más que El y su gloria sean lo mismo. Por tanto, si la reprende no es ciertamente por su ignorancia, sino por su presunción, que procede de no conocerse bastante a sí

<sup>2</sup> 1 Thess. 5, 3.

<sup>3</sup> 1 Cor. 15, 34.

<sup>4</sup> Ps. 145, 7.

<sup>5</sup> Rom. 5, 20.

<sup>6</sup> Mt. 6, 25-32.

misma, creyéndose capaz de alcanzar la sublime visión de Dios, ora porque en el exceso de su amor se ha olvidado de que todavía mora en cuerpo mortal, ora por creer equivocadamente que, aun morando en este cuerpo corruptible, puede allegarse a aquella inaccesible claridad. Esta es la ignorancia por la cual es reprendida severamente la Esposa, siendo además castigada por su osadía con estas palabras que le dirige el Esposo: *Si es que aun no te conoces, sal afuera*<sup>7</sup>. Como se ve, el lenguaje que el Esposo usa con su Amada es severo y casi amenazador: háblala más bien como señor que como Esposo, no porque esté irritado contra ella, sino porque quiere purificarla con su severidad, a fin de que, así purificada, se capacite para la visión que tanto desea, ya que esa visión está reservada a los corazones puros.

4. Llámala no simplemente la más hermosa, sino sólo la *más hermosa de las mujeres*, o sea, comparada con otras mujeres, a fin de humillarla aún más recordándola que todavía le falta mucho hasta llegar a la belleza perfecta; pues creo que con el vocablo *mujeres* quiso el Esposo significar aquí las almas sensuales y mundanas, faltas de energía y generosidad, inconstantes, muelles, flacas y afeminadas en toda su manera de obrar y proceder. Verdad que el alma espiritual, aunque ya posee cierta hermosura, por cuanto no vive ya según la carne, sino según el espíritu, mientras viva cautiva del cuerpo, no puede poseer la perfecta hermosura, y, por tanto, no es aún bella en todos los aspectos, sino que sólo es *linda entre las mujeres*, o sea comparada con las almas terrestres que no son espirituales como ella; pero no es tal comparada con los ángeles, las virtudes, las potestades y dominaciones. Por modo parecido vemos que uno de los antiguos patriarcas fué hallado y proclamado varón justo y perfecto entre los de su tiempo y de su raza<sup>8</sup>; y de Tamar se dice también que fué menos culpable que Judá<sup>9</sup>; e igualmente el evangelista San Lucas, hablando del publicano, puesto en parangón con el fariseo, afirma que salió del templo justificado<sup>10</sup>. Finalmente, hablando de aquel excelso varón llamado Juan Bautista, dijo Cristo que no tenía par ni semejante, aunque esto sólo debe entenderse entre los nacidos de mujer<sup>11</sup>, no entre los coros de los celestiales espíritus. De igual modo, la Esposa es aquí llamada la más hermosa, pero esto hay que entenderlo, al menos por ahora, sólo comparándola con las demás mujeres, no con los espíritus bienaventurados.

5. Cese, pues, mientras more todavía en la tierra, de

<sup>7</sup> Cant. 1, 6. 7.

<sup>8</sup> Gen. 6, 9.

<sup>9</sup> Gen. 38, 26.

<sup>10</sup> Lc. 18, 14.

<sup>11</sup> Lc. 7, 28.

buscar con demasiada curiosidad lo que hay en el cielo; no sea que, queriendo sondear la Majestad de Dios, quede oprimida por su gloria. Cese, repito, mientras viva entre las mujeres, de inquirir las cosas que pasan entre esas potencias sublimes, y que solas ellas pueden conocer, ya que, siendo del todo celestiales, no es permitido verlas sino sólo a los espíritus celestiales. Esta visión, Esposa mía, que tanto anhelas, le dice el Esposo, es superior a tus posibilidades, pues todavía no eres bastante fuerte para resistir el resplandor de esta claridad, más brillante que la del sol de mediodía, en la cual tengo puesta mi morada. Tú me dices: *Enséñame dónde pastas, dónde sesteas al mediodía*. Pues bien, sabe que eso de remontar tu vuelo hasta más allá de las nubes, para penetrar de lleno en la plenitud de los divinos resplandores y abismarte en ellos; eso de fijar tu morada en la Luz inaccesible, no te es posible conseguirlo mientras habites en este cuerpo mortal. Esa dicha te está reservada para el fin de los tiempos; cuando te haga comparecer delante de mí revestida de gloria, no teniendo ya ni mancha, ni arruga, ni otro defecto semejante. Pues ¿qué? ¿Ignoras acaso que, mientras habites en este cuerpo corruptible, te hallas incapacitada para penetrar de lleno en esa Luz? ¿Cómo tú, no siendo aún del todo hermosa, te crees capaz de fijar tus pupilas en Aquel que posee la plenitud de la belleza increada? ¿Cómo me pides contemplarme en toda mi esplendorosa claridad, tú que todavía no te conoces a ti misma? Porque, si bien te conocieses, sabrías que, mientras vivas apesgada por ese cuerpo corruptible, no puedes del todo levantar tus ojos a lo alto para clavarlos fijamente en esa brillantísima Luz que los ángeles anhelan contemplar. Cuando yo aparezca, serás toda hermosa, como yo soy todo hermoso; y simílma a mí, me verás tal como soy. Entonces oirás: *Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay en ti mancha*<sup>12</sup>. Mas ahora, como en parte eres semejante a mí, y en parte desemejante, conténtate con conocer en parte. Atiende a ti misma y no pretendas inquirir lo que supera a tu capacidad ni escudriñar aquello que excede a tus fuerzas<sup>13</sup>. De otro modo, *si no te conoces, ¡oh la más hermosa de las mujeres!*<sup>14</sup>, pues me complazco en llamarte hermosa, pero sólo entre las mujeres, para que entiendas que no lo eres aún del todo, aunque lo serás un día cuando desaparezcan en ti todas las imperfecciones<sup>15</sup>; *si no te conoces, sal afuera*. Os prometí deciros algo que pudiese seros útil acerca de la doble ignorancia de nosotros mismos y de Dios. Si no he colmado vuestras esperanzas no ha sido por

<sup>12</sup> Cant. 4, 7.<sup>13</sup> Eccli. 3, 22.<sup>14</sup> Cant. 1, 7.<sup>15</sup> I Cor. 13, 10.



falta de buena voluntad. Esta puedo aseguraros que no me ha faltado: en cuanto al éxito de mis buenos deseos, bien sé que no depende de mí, sino de los auxilios que por su bondad se digne concederme el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es Dios sobre todos bendito en los siglos. Amén.

### 39 DE LAS CARROZAS DE FARAÓN, O SEA DEL DIABLO Y DE LOS CAUDILLOS DE SU EJÉRCITO, QUE SON RUINDAD, LUJURIA Y CODICIA \*

1. *Te he comparado, amiga mía, a los caballos uncidos a las carrozas de Faraón*<sup>1</sup>. Ante todo reconocemos gustosos en estas palabras que la Iglesia ha sido figurada en los patriarcas de la antigua Ley y que el misterio de la redención ha sido en ellos mostrado de antemano. En la salida del pueblo de Israel de Egipto y en el doble milagro del mar Rojo, que dió paso libre al pueblo de Dios, al par que le vengaba de sus enemigos, hundiéndolos en sus aguas, está expresada claramente la gracia del bautismo, porque el bautismo salva a los hombres y hunde los pecados. *Todos, dice, estuvieron bajo la nube y todos fueron bautizados bajo la dirección de Moisés en la nube y en el mar*<sup>2</sup>. Conviene, sin embargo, que, según nuestra costumbre, declaremos la consecuencia de estas palabras del Cantar y mostremos su conexión con lo que precede; tras de lo cual procuraremos deducir algunas enseñanzas encaminadas a la dirección de nuestra vida. Fijándonos ante todo cómo el Esposo, después de haber reprimido severamente la presunción de su Esposa, a fin de que no se entristezca por ello en demasía, recuérdale algunos bienes ya recibidos, prometiéndole otros en lo sucesivo. De nuevo la llama *hermosa* y le da además el dulce nombre de *amiga suya*. Advierte, amiga mía, le dice, que, aunque te haya hablado con aspe-  
reza, no ha sido por odio o mala voluntad que te tenga; para convencerte de ello te bastará recordar las pruebas inequívocas de benevolencia que te he dado, los favores singulares con que te he honrado y las gracias con que te he adornado. No he pensado siquiera en privarte de ellas, antes estoy dispuesto a concederte otras nuevas en adelante. O bien le habla en esta otra forma: No te apenes, amiga mía, al ver que no te concedo lo que ahora me pides, habiendo recibido tantas y tan señaladas mercedes, y las recibirás

\* PL 183, 977.

<sup>1</sup> Cant. I, 8.

<sup>2</sup> I Cor. 10, 1. 2.

aún mayores si cumples mis preceptos y perseveras en mi amor. Tal es, si no me engaño, la conexión que hay entre las palabras citadas y las anteriores.

2. Veamos ya qué dice el Esposo haber dado a su Esposa. Y primero, la ha hecho *semejante a los caballos uncidos a las carrozas de Faraón*, librándola del yugo del pecado mediante la destrucción de todas las obras de la carne, así como el pueblo de Israel fué librado de la servidumbre de Egipto, habiendo sido trastornados y hundidos en el mar Rojo los carros y la caballería de todo el ejército de Faraón<sup>3</sup>. Gracia es, sin duda, muy grande; pero creo que no sería imprudente el gloriarme de haberla recibido, pues nada diría que no sea cierto. Confieso y confesaré sin cesar *que, si el Señor no me hubiera asistido, habría faltado muy poco para que mi alma no cayera en el infierno*<sup>4</sup>. No soy ingrato a ese favor, que jamás olvidaré, sino que cantaré eternamente las misericordias del Señor<sup>5</sup>. Pero prosigamos. Librada ya la Esposa de la esclavitud de Satanás por una bondad singular del Esposo, fué elevada a la dignidad de amiga suya y revestida de belleza incomparable, cual correspondía a la Esposa del Señor; pero este hermooseamiento se limitó, en un principio, a mejillas y cuello, aunque con la promesa de adornarla después con collares de perlas, pendientes de oro y gargantillas áureas taraceadas de plata, a fin de hacer resaltar más su belleza. ¿Quién no admirará sobremanera el orden que reina en esos dones concedidos a la Esposa? Es primero librada del yugo del pecado, en seguida es amada, después es aseada y purificada, y, en fin, la promesa de un óptimo ornamento.

3. No dudo que algunos de vosotros habrán ya sentido en sí mismos lo que digo, y, aleccionados por su propia experiencia, se adelantarán mentalmente a las reflexiones que voy a hacer. A pesar de ello, me atengo a aquel versículo: *La declaración de tus palabras ilumina y da inteligencia a los pequeñuelos*<sup>6</sup>. En gracia de éstos juzgo oportuno y necesario explinar esta materia con alguna más detención: que el espíritu de la Sabiduría<sup>7</sup>, a fuer de bondadoso, se complace en favorecer con sus luces al maestro bondadoso y solícito, que de tal suerte procura contentar a los rápidos en comprender, que no se desdén condescender con la flaqueza de los más tardos de inteligencia. *Los que me esclarecen*, dice la Sabiduría misma, *obtendrán la vida eterna*<sup>8</sup>. Mucho sentiría verme privado de tal recompensa. Aunque cierto es que en las mismas cosas que parecen fáciles hay muchas

<sup>3</sup> Ex. 14, 28.

<sup>4</sup> Ps. 93, 17.

<sup>5</sup> Ps. 88, 1.

<sup>6</sup> Ps. 118, 130.

<sup>7</sup> Sap. 1, 6.

<sup>8</sup> Eccli. 24, 31.

veces ocultas algunas enseñanzas no tan fáciles de comprender, y que no es superfluo explicar con cuidado aun a aquellos que parecen los más capaces y de ingenio más agudo.

4. Pues considerad el símil establecido entre Faraón y su ejército con el ejército del Señor, y notad que dicho símil no se establece entre ambos ejércitos, sino que sólo se toma de ellos ocasión para plantearlo; porque ¿qué sociedad puede establecerse entre la luz y las tinieblas, o qué parte tiene el fiel con el infiel? Esta comparación se propone, a no dudarlo, entre el alma santa y espiritual y el ejército del Señor y entre Faraón y el diablo y los ejércitos del uno y del otro. A buen seguro que no os extrañaréis de que una sola alma sea comparada a un ejército entero, si consideráis cuántos ejércitos de virtudes hay en esta sola alma santa, cuánto orden en sus movimientos, cuánta disciplina en sus costumbres, cuánta fuerza en sus oraciones, cuánto fervor en su celo y, en fin, cuántos combates da a los enemigos y cuántos triunfos consigue de ellos. Hablando de esa alma generosa, afirmase de ella un poco más adelante en este mismo Cantar que es *terrible como ejército en orden de batalla*<sup>9</sup>. Y también se dice de ella: *¿Qué verás en Sunamite, sino coros de campamentos?*<sup>10</sup> Y si esto no te convence, sábetelo al menos que esta alma vive siempre bajo la vigilante tutela de los ángeles, que tienen por ella un amor celoso semejante al de Dios y se preocupan de conservarla intacta para su único Esposo, Cristo, a fin de poder presentarla a El como a casta virgen. Tal vez digas en tus adentros: ¿Dónde están? ¿Quién los ha visto? El profeta Eliseo los vió, y además alcanzó con su oración que Giezi los viese<sup>11</sup>. Si vosotros no los veis, es que no sois profetas ni sirvientes de un profeta. El patriarca Jacob también los vió y dijo: *He aquí los campamentos de Dios*<sup>12</sup>. Viólos asimismo el Doctor de las gentes, que decía: *¿Todos los espíritus bienaventurados no son los ministros enviados para servir a aquellos que están destinados a la herencia de la salvación?*<sup>13</sup>

5. Sostenida, pues, la Esposa por ministerio de los ángeles y rodeada de este ejército celestial, ¿no es semejante al ejército del Señor, a aquel ejército que en otro tiempo, en medio de los carros de Faraón, triunfó de sus enemigos por aquel estupendo milagro de la asistencia divina? Porque, si atentamente consideras todas las cosas que admiras en aquel tan prodigioso suceso, las hallarás aquí no

<sup>9</sup> Cant. 6, 3.

<sup>10</sup> Cant. 7, 1.

<sup>11</sup> 4 Reg. 6, 16. 17.

<sup>12</sup> Gen. 32, 2.

<sup>13</sup> Hebr. 1, 14.

menos dignas de admiración. Y aun cabe decir que se triunfa aquí con más magnificencia, porque estas maravillas que se hicieron entonces en las cosas corporales se cumplen ahora espiritualmente. ¿No te parece que es mucho más glorioso y de mucho más valor postrar al diablo que a Faraón y domar las potencias del aire que destruir los carros de aquel príncipe? Allí se combatía contra la carne y la sangre, y aquí se combate contra las potestades invisibles, contra los príncipes de este mundo y de las tinieblas, contra los espíritus malignos que vuelan por el aire<sup>14</sup>. Proseguiré ahora conmigo las otras partes de este símil una tras otra. Allí el pueblo fué sacado del Egipto, aquí el hombre es sacado del siglo. Allí Faraón, aquí el diablo es derrotado. Allí fueron arruinados los carros de Faraón; aquí son destruidos los deseos de la carne y del siglo, que guerrearán contra el alma. Aquéllos fueron sumidos en las ondas, éstos lo son en las lágrimas. Creo que, cuando los demonios encuentran un alma de esta calidad, gritan como los egipcios: *Huyamos de Israel, porque el Señor pelea por él contra nosotros*<sup>15</sup>. ¿Quieres que te señale por sus propios nombres alguno de los príncipes de la comitiva de este simbólico Faraón, y que te describa algunos de sus carros, a fin de que puedas tomar algunas normas con que hallar a los otros por ti mismo? La *malicia* es un gran príncipe del espiritual e invisible rey de Egipto. La *destemplanza* y la *avaricia* son también otros dos grandes corifeos suyos. Y cada uno de estos príncipes tiene sus dominios señalados bajo la dirección suprema de su rey; pues la *malicia* extiende su dominación sobre todos los crímenes, la *destemplanza* preside a todas las acciones deshonestas y la *avaricia* ejerce su imperio sobre las partes de la rapiña y del fraude.

6. Escucha también cuáles son los carros que este Faraón ha preparado a sus príncipes para perseguir al pueblo de Dios. Tiene la malicia un carro sostenido por cuatro ruedas, que son la *crueldad*, la *impaciencia*, la *audacia* y la *impudencia*; y este carro anda veloz para ir a derramar sangre, sin que sea detenido por la inocencia, ni retardado por la paciencia, ni estorbado por el temor, ni retenido por el pudor. Va tirado por dos caballos sumamente ligeros y muy propios para hacer toda especie de males y devastaciones, a saber: la *potencia terrena* y la *pompa secular*. Porque este carro de la *malicia* corre con prodigiosa rapidez cuando, por una parte, tiene la *potencia* para cumplir sus designios perniciosos y, por otra, la *pompa*, que le aplaude y felicita después de haber cometido los mayores crímenes. Para que se cumpla la palabra escrita: *El pecador es alabado en los de-*

<sup>14</sup> Eph. 6, 12.

<sup>15</sup> Ex. 14, 25.



seos de su alma; y el inicuo es bendecido <sup>16</sup>. Y en otro lugar dice la Escritura: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas* <sup>17</sup>. Estos dos caballos son conducidos por dos cocheros: la *hinchazón* y la *envidia*. La *hinchazón* guía a la *pompa*, y la *envidia* a la *potencia*. Pues el corazón que está inflamado por la vanidad es llevado con violencia al amor de las pompas del diablo, mientras que aquel que, retenido por el temor, permanece siempre en un mismo estado de consistencia y a quien la gravedad hace modesto, la humildad sólido, la pureza sano y entero, jamás será arrebatado del viento de la vanagloria. Asimismo, el otro caballo de la *potencia terrena* es conducido por la *envidia*, que le pica los ijares como con dos espuelas, que son el miedo de verse suplantado y el temor de sucumbir a los ataques de sus enemigos. Estos son los dos agujones que punzan sin cesar a las potencias terrenas. Y así es el carro de la *malicia*.

7. El carro de la *lujuria* rueda también sobre cuatro vicios, como cuatro ruedas, que son la *gula*, la *impureza*, la *molice* en el vestir, el *ocio* y el *sopor*. Va también tirado por dos caballos: la *prosperidad* y la *abundancia*; y los que lo conducen son el *entorpecimiento de la pereza* y la *confianza temeraria*; porque la abundancia de todas cosas produce fácilmente la pereza, por cuanto, según la Escritura, *la prosperidad de los necios será la que los ha de perder* <sup>18</sup>, a causa, sin duda, de que les da una confianza temeraria; porque *cuando estén diciendo que hay paz y seguridad, entonces les sobrecogerá de repente la ruina* <sup>19</sup>. Los jinetes de estos caballos no tienen espuelas, ni látigo, ni nada semejante, sino que, en vez de eso, se sirven de un pequeño quitasol para dar sombra y de un abanico para airearse. Este quitasol es la disimulación, que hace como una especie de sombra al alma, poniéndola a cubierto de la inquietud que ocasionan los cuidados, como de un calor que la incomoda, siendo propio de un alma afeminada y delicada el no querer tomarse la molestia de ocuparse en las mismas cosas necesarias por temor al cansancio, y el ocultarse para ello tras el velo de una disimulación afectada. El abanico es la prodigalidad, que causa el viento de la lisonja. Pues son liberales los lujuriosos, comprando con oro viento de boca de los aduladores. Y de esto basta.

8. Ahora bien, la avaricia es también arrastrada por un carro de cuatro vicios, que son como sus cuatro ruedas. a saber: *timidez*, *inhumanidad*, *menosprecio de Dios* y *olvido de la muerte*. Los caballos que tiran de él son el fraude y las rapiñas. No tienen más que un cochero que los guía,

<sup>16</sup> Ps. 9, 3.

<sup>17</sup> Lc. 22, 52.

<sup>18</sup> Prov. 1, 32.

<sup>19</sup> 1 Thess. 5, 3.

y es el afán de acaparar. Porque sólo la avaricia se contenta con un criado, no queriendo gastar por tener muchos. Y este criado ejecuta lo que se le manda con trabajo infatigable, y se sirve para aguijonear los caballos de dos espuelas aceradas, que son la *pasión por adquirir y el temor de perder*.

9. Hay además otros príncipes de este rey de Egipto, que tienen también sus carros en la expedición de su señor, como el *orgullo*, que es uno de los más grandes señores, y la *impiedad*, que es enemiga de la fe y que ocupa puesto importante en la casa de Faraón, sin contar una muchedumbre de sátrapas y caballeros de orden inferior, cuyos nombres y oficios, juntamente con sus armas e ingenios de guerra, dejo a vuestra consideración, a fin de que os ejercitéis en esta clase de conocimientos. Fiado, pues, en la fuerza de sus príncipes y de sus carrozas, el invisible Faraón discurre por doquier dando rienda suelta a su furor y rabia insaciable contra la familia del Señor, por lo que aun hoy día persigue implacablemente al pueblo de Israel que sale de Egipto. Mas el pueblo de Israel, aunque no va montado en carrozas ni está protegido y defendido por armas materiales, alentado y confortado por la mano del Señor, exclama lleno de invicta confianza: *Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, precipitando en el mar caballo y caballero* <sup>20</sup>; y también: *Unos confían en sus carros y otros en sus corceles; mas nosotros invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro* <sup>21</sup>. Y quede esto dicho para que se entienda la comparación que propusimos entre el ejército del Señor y las carrozas de Faraón.

10. Tras esto, la Esposa es llamada *amiga*. Pues el Esposo era ya su amigo aun antes de haberla rescatado; de otro modo, no habría jamás rescatado a quien no hubiera amado. Mas, en cuanto a ella, fué hecha su amiga por el beneficio de la redención. Oye lo que dice a este propósito el apóstol confidente del Señor: *No que hayamos amado a Dios, sino que El nos amó primero a nosotros* <sup>22</sup>. Recuerda lo que se lee de Moisés y de la etiopisa de quien se prendó, y reconocerás en su matrimonio la figura de la alianza del Verbo con el alma pecadora. ¿Qué cosa cabe imaginar tan dulce y suave como este amable y sublime misterio, en el cual no se sabe qué más admirar: si la bondad incomparable del Verbo, o la gloria inestimable del alma, o la súbita confianza del pecador? Pero Moisés no pudo mudar la tez de la etiopisa, mientras que Cristo ha realizado esta mutación; pues leemos al punto: *Lindas son tus mejillas*,

<sup>20</sup> Ex. 15, 1.

<sup>21</sup> Ps. 119, 8.

<sup>22</sup> 1 Io. 4, 10.

*así como de tortolilla*. Pero reservemos esto para otro sermón, a fin de que, comiendo siempre con gran apetito los manjares que nos son servidos en la mesa del Esposo, nos empleemos en cantar las alabanzas y gloria de Cristo nuestro Señor, Dios, sobre todas las cosas bendito en los siglos. Amén.

#### 40 QUE LA INTENCIÓN ES LA CARA DEL ALMA. CUÁL SEA LA HERMOSURA O LA DEFORMIDAD DE ESTA CARA \*

1. *Lindas son tus mejillas, como de tórtola*<sup>1</sup>. Tierno es el recato de la Esposa; y creo que la reprensión del Esposo la hizo ponerse sonrojada; lo cual, realzando todavía más su hermosura, le hizo exclamar: *Lindas son tus mejillas, como de tórtola*. Mira que no entiendas esto en sentido material, cual si hablara de ese rosicler que se forma de la sangre al subir al semblante de aquellos que sienten vergüenza y que, viniendo a mezclarse con la blancura de la tez, realza tanto el esplendor y belleza del rostro; pues la sustancia del alma, que es espiritual e invisible, no tiene miembros ni colores. Procura, por tanto, concebir espiritualmente una sustancia toda espiritual, y para ajustar la comparación que el Esposo ha traído, figúrate la *intención* cual si fuera el rostro del alma. Pues por ella se juzga de la bondad de una acción, como por el rostro se juzga de la belleza del cuerpo. Y considera el pudor como si fuera el color de la cara, porque principalmente esta virtud hermosea al alma y aumenta en ella la gracia. *Lindas son, pues, tus mejillas, así como de tortolilla*. Pudiera, sin duda, representar su belleza de una manera más usual, como suele hacerse cuando se alaba a una persona de ser hermosa, diciendo que es hermosa de cara. Ignoro con qué fin usa del plural al nombrar las mejillas, ponderando su hermosura; pero sin duda que al hablar así tuvo sus razones para ello; porque, siendo el Espíritu de Sabiduría el que aquí nos habla, no cabe atribuirle la menor cosa inútil o que exprese lo que quiere decirse de una manera menos conforme o menos correcta. Hay, pues, de seguro una razón, sea la que quiera, para que haya querido más bien decir *las mejillas* que la cara. Voy a decirte mi sentir, si tú no has hallado cosa mejor.

2. En la *intención*, que hemos dicho ser el rostro del alma, hay dos cosas necesarias: el *objeto* y la *causa*, o sea

\* PL 183, 981.

<sup>1</sup> Can. I, 9.

lo que intentas y por qué lo intentas. Y por estas dos cosas se juzga de la hermosura del alma o de su deformidad; por donde al alma en quien estas dos cosas sean rectas y puras podrá decirse con verdad y justicia: *Lindas son tus mejillas, como de tortolilla*. Mas a la que le falta una de entrambas cosas no se le podrá decir lo mismo, siendo deforme en parte. Y este elogio convendrá mucho menos aún a la que sea defectuosa en ambas cosas a la vez. Lo que se hará más claro con algunos ejemplos. Si uno se dedica a investigar la verdad sólo por amor a la verdad, ¿no os parece que el objeto y causa de su intención son honestos y loables y que justamente podrá atribuírsele estas palabras. *Tus mejillas son lindas, como de tortolilla*, pues no aparece mancha alguna en una ni otra de sus mejillas? Mas si busca la verdad, no por mero deseo de conocerla, sino por vanagloria o por algún otro motivo menos honesto, cualquiera que sea, aunque parece que una de sus mejillas es hermosa, creo no tendrás dificultad en decir que es deforme, siquiera en parte, pues la falta de honestidad de la causa desfigura el otro lado de su cara. Pero si ves a uno que no se ocupa en ningún ejercicio honesto, sino que, llevado de los atractivos del deleite sensual y sumido en la gula y en los placeres infames; si ves, repito, a uno de esos *cuyo Dios es el vientre, y que alardean de lo que es su desdoro y confusión, aferrados a las cosas terrenas*<sup>2</sup>, ¿no juzgarías que ese tal es un ser feísimo, pues así el objeto como el motivo de su intención son viciosos?

3. Luego el no poner la intención en Dios, sino en el siglo, es propio de un alma mundana, cuyas mejillas no son bellas. El fingir que se tiene la intención de agradar a sólo Dios, no siendo así, propio es de un alma hipócrita. Y entonces, aunque uno de los lados de su cara parezca hermoso, porque ella mira a Dios con algún género de intención, mas ese disfraz destruye todo lo que hay de gracioso en ella y difunde fealdad por toda su cara. Y si vuelve su intención hacia Dios, sólo o principalmente por buscar las comodidades de la vida, a la verdad no estará manchada con la fealdad de la hipocresía, pero podrá decirse de ella que esa bajeza de corazón la desdora y hácela menos agradable a Dios. El proponerse como fin de sus actos alguna otra cosa que no sea agradar a Dios, aunque también se ejecuten con intención de agradar al Señor, no será, ciertamente, la dulce quietud de María, sino más bien la ocupación algo agitada de Marta; y en tal caso no puede decirse en manera alguna que esa alma aparece afeada a los ojos de Dios, aunque tampoco me atrevería a asegurar que haya

<sup>2</sup> Phil 3, 19.



alcanzado ya la perfección de la belleza, por cuanto anda todavía inquieta y distraída en muchísimas cosas, sin poder en medio de ellas librarse de que se le pegue el polvillo de las humanas imperfecciones, de las cuales le será fácil lavarse con pureza de intención y rectitud de conciencia. Buscar, pues, a Dios únicamente por El solo, es tener toda la cara de la intención perfectamente hermosa; y esto es lo propio y peculiar de la Esposa, que merece oír estas palabras como prerrogativa del todo singular: *Lindas son tus mejillas, como de tórtola.*

4. Mas ¿por qué dice *como de tórtola*? Porque esta ave es púdica y no se junta con muchos, contenta con la compañía de su par; y si llega a perderlo, no busca otro, sino que permanece solitaria. Vosotros, pues, que esto oís; vosotros que queréis aprovecharos de lo que está escrito para vosotros, y que yo ahora explico para vuestra utilidad, si estáis animados de estas mociones del Espíritu Santo y ardéis en deseos de hacer a vuestra alma Esposa de Jesucristo, procurad con todo ahinco que las dos mejillas de vuestra intención sean hermosas, a fin de que, imitando a esta ave tan casta, permanezcáis en quietud y solitarios, como dice el profeta, ya que os habéis elevado sobre vosotros mismos<sup>3</sup>. En efecto, es cosa muy sobre vuestras fuerzas el que vuestra alma sea Esposa del Señor de los ángeles, el estar estrechamente unidos a Dios y hacer un sólo Espíritu con El. Permaneced, pues, en quietud y solitarios, como la tortolilla. No tengáis comercio con el resto de los hombres. Olvidad vuestro pueblo y la casa de vuestro padre, y el Rey se enamorará más de vuestra hermosura<sup>4</sup>. Alma santa, permanece sola, a fin de pertenecer sólo a Aquel a quien has escogido entre todos. Huye de parecer en público, huye hasta de tus familiares, sepárate de tus amigos e íntimos, y aun de aquel que te sirve. ¿No sabes que tienes un Esposo sumamente modesto y que no te quiere honrar con su presencia delante de otro, cualquiera que éste sea? Retírate a la soledad espiritual, al no poder disfrutar de la corporal; permanece solitaria con la intención, con la devoción interior y con el espíritu; pues Jesucristo, que quiere honrarte y regalarte con su presencia, es puro Espíritu y pide soledad espiritual, no corporal; aunque ésta hay que procurarla también en lo posible, sobre todo en tiempo de oración, según aquel consejo del divino Esposo: *Cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre*<sup>5</sup>. Y lo que dijo hizo. Pernoctaba solitario

<sup>3</sup> Thren. 3, 28.

<sup>4</sup> Ps. 44, 11, 12.

<sup>5</sup> Mt. 6 6.

en oración, no sólo escondiéndose de las turbas, sino no admitiendo a ninguno de sus discípulos y familiares <sup>6</sup>.

Finalmente tomó consigo a tres de sus íntimos al correr voluntario a la muerte, y al apartarse también de ellos, queriendo orar <sup>7</sup>. Luego, haz tú lo propio cuando quisieres orar.

5. En lo demás, no se os manda sino la soledad del corazón y del espíritu. Permaneceréis solos si no tenéis pensamientos bajos y humanos, si no amáis lo presente, si despreciáis lo que muchos aprecian, si desecháis lo que todos desean, si evitáis las pendencias, si os mostráis insensibles a las pérdidas, si olvidáis las injurias. Si no, no estaréis solos aunque viváis en soledad. ¿Veis, pues, cómo podéis estar solos aun viviendo en compañía de muchos, y vivir en compañía de muchos aun permaneciendo en soledad? En cualquiera concurrencia grande que estéis, estaréis solos si cuidáis de no escuchar con demasiada curiosidad lo que se dice o de no juzgar de ello con temeridad. Aunque veáis algo malo, no juzguéis al instante a vuestro prójimo, sino más bien excusadle en vuestro interior. Excusad la intención si no podéis excusar la acción. Pensad que lo habrá hecho por ignorancia, o por sorpresa, o por desgracia. Y si la cosa es tan clara que no cabe disimularla, aun entonces procurad creerlo así, y decid para vuestros adentros: La tentación habrá sido muy fuerte. ¿Qué habría hecho yo de haberme apretado a mí tan seriamente? Pero acordaos de que es a la Esposa, o sea a los súbditos, a quien digo todo eso, y que no instruyo ahora al amigo del Esposo, o sea, a los superiores, que tienen otras razones para observar cuidadosamente lo que pasa, impedir lo que no conviene, cuidar de si en algo se ha faltado y corregir a aquellos que han caído en alguna culpa. Mas la Esposa está exenta de esta necesidad, viviendo para sí sola y para Aquel a quien ama, que es a la vez su Esposo y su Señor, y que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

#### 41 CÓMO EL ALMA ESPOSA RECIBE ENTRE TANTO GRAN CONSOLACIÓN CONTEMPLANDO LA CLARIDAD DIVINA ANTES DE LLEGAR A SU CLARA VISIÓN \*

1. *Tu cuello es como collares* <sup>1</sup>. Suele adornarse el cuello con perlas, pero no compararse a collares. Nada tiene de particular que adornen sus cuellos con collares de perlas las que buscan embellecerse con ornamentos extraños y pos-

<sup>6</sup> Lc. 6, 12, 13.

<sup>7</sup> Mt. 26, 37-39.

\* PL 183, 984.

<sup>1</sup> Cant. 1, 9.

tizos. Mas la Esposa le tiene tan hermoso, tan ricamente formado, que para nada necesita de adornos extrínsecos que realcen su exquisita belleza. ¿Para qué cargarse de extraños adornos quien tiene bastante con su propia belleza, y que aun puede igualar el esplendor de las perlas, de que las otras se sirven para realzar la suya? Esto es lo que el Esposo ha querido dar a entender, cuando no ha dicho que penden collares del cuello de la Esposa, como de ordinario ocurre, sino que su cuello se parece a collares. Nos es preciso ahora invocar al Espíritu Santo, a fin de que, como El nos ha manifestado en qué consiste la gracia y la hermosura de las mejillas espirituales de la Esposa, se digne también enseñarnos cuál sea la de su cuello espiritual. Como me incumbe exponeros el resultado de mis estudios, os diré que lo que yo creería más verosímil y probable es que el cuello de la Esposa significa su *inteligencia*; y aun me convenzo de que abundaréis en mi sentir acerca del particular si atentamente consideráis la razón de esta semejanza. Porque, así como los alimentos materiales pasan por el cuello y descienden en seguida al estómago, así el alma se sirve del entendimiento para hacer pasar a su interior el alimento espiritual, a fin de nutrir con él todos sus sentimientos, deseos y afectos. Ahora bien, ese cuello de la Esposa, o sea su entendimiento, como que es puro y sencillo, resplandece admirablemente por sí mismo con las luces que irradia en él la verdad sencilla y pura, sin necesidad de otros adornos postizos, pues embellece por sí solo al alma cual precioso collar. Buen collar es la verdad, como lo es también la pureza, la sencillez y la sabiduría moderada y sobria. El entendimiento de los filósofos paganos y de los herejes, como que carece del brillo y esplendor de la pureza y de la verdad, por eso procuran con sumo empeño cubrirlo y engalanarlo con palabras magníficas y argumentos sutiles y capciosos, temerosos de que, si apareciera al desnudo, se echaría de ver en él la deformidad de lo falso.

2. Y se añade: *Pendientes de oro haremos para ti, taraceados de plata*. Si se hubiera dicho: *haré, y no haremos*, no vacilaría en decir que es el Esposo quien habla. Mas ahora ved si no será mejor atribuir estas palabras a los compañeros del Esposo, que consuelan a la Esposa, prometiéndola que mientras tanto llegue para ella el gozar de la visión beatífica, cuyo ardiente deseo abrasa su alma, ellos le fabricarán lindos pendientes de oro para ornato de sus orejas. Si no me engaño, háganle así para significar que la fe proviene del oír, y que mientras se camina por fe hay que cuidar más de instruir el oído que de ejercitar la vista. Ciertó que en vano se dará el alma a la contempla-

ción no estando su ojo purificado por la fe, pues no se promete la facultad de ver sino a los que tienen puro el corazón<sup>2</sup>. También está escrito *que Dios purifica el corazón por la fe*<sup>3</sup>. Como la fe, pues, proviene del oír, y esta misma fe purifica la vista, con mucha razón cuidaban ellos tanto de adornarle las orejas, pues el oído prepara a la visión de Dios. ¡Oh Esposa!, la dicen, suspiras por ver los esplendores de tu Amado; mas esto queda reservado para otro tiempo. Entre tanto, nosotros te proporcionaremos unos preciosos pendientes de oro con que adornes tus orejas, y que, consultándonos mientras dure tu espera, te prepararán para aquella visión que tanto anhelas alcanzar. No parece sino que pretenden recordarle aquello del profeta: *Oye, hija, y ve*<sup>4</sup>. Como si le dijeran: Deseas ver, pero antes escucha, que el oído es camino para la vista. Por eso escucha, y adorna tus orejas con los pendientes de oro que te hemos fabricado, a fin de que por la obediencia del oído llegues a la visión. Nosotros tratamos ahora sólo de alegrar tus oídos; en cuanto a la vista, no depende de nosotros el darte lo que debe constituir un día la plenitud de tu gozo y el cumplimiento de tus deseos, sino de Aquel a quien tu alma tanto ama. El es quien se mostrará por sí mismo a ti para que tu gozo sea cumplido. El quien te llenará de gozo inefable, descubriéndote las lindezas de su rostro. Tú, entre tanto, para consolarte, recibe de nuestra mano estos collares, esperando que El te colmará un día con la vista de su rostro, pues en su diestra se hallan delicias hasta el fin.

3. Hay que advertir qué pendientes le ofrecen. *Son de oro*, dice, *taraceados de plata*. El oro es el fulgor de la divinidad y la sabiduría de lo alto. De este oro es del que estos celestiales artífices, a quienes este ministerio se halla cometido, prometen formar como unas imágenes brillantes de la verdad y hacerlas entrar por los oídos interiores del alma. Lo que yo juzgo no ser otra cosa que hacer especies de figuras espirituales y aplicar allí las más puras luces de la divina sabiduría, para ponerlas ante los ojos del alma en la contemplación, a fin de que a lo menos vea como en un espejo y en enigma lo que no puede ver todavía cara a cara. Estas cosas son del todo divinas, y no son conocidas sino de los expertos. Sí, es verdaderamente divino que al alma, viviendo aún como prisionera en este cuerpo corruptible y envuelta por las sombras de la fe, que le impiden la vista inmediata de la divina esencia, le sea dado a veces en la contemplación ver casi descornado el velo que le oculta

<sup>2</sup> Mt. 5, 8.

<sup>3</sup> Act. 15, 9.

<sup>4</sup> Ps. 44, 11.



esa divina esencia y gozar en parte de su visión, de forma que aquel de entre nosotros que se ve favorecido con este don de arriba pueda decir con el Apóstol: *Le conozco ahora ya, aunque sólo en parte*; y aun añadir: *En parte le conocemos y en parte le adivinamos*<sup>5</sup>. Mas luego que el alma, saliendo como fuera de sí misma por un raptó de éxtasis, viene a columbrar algo más divino, parecido a la luz que pasa delante de sus ojos como el relámpago, entonces, sea para templar el resplandor de esa claridad tan viva, sea para hacerla capaz de comunicarla a otros, yo no sé cómo al punto se le presentan imágenes y figuras de cosas corporales, proporcionadas a los conocimientos que Dios difunde en nosotros, y que sombreando, por decirlo así, aquel rayo tan puro y refulgente de la verdad, hacen al alma más apta para soportar su resplandor y comunicarla a otros según fuere su agrado. Creo, sin embargo, que esas representaciones o imágenes se forman en nosotros por el ministerio de los ángeles buenos; como al contrario, no hay duda de que las representaciones malas y dañinas siempre son producidas por medio de los ángeles malos.

4. Y quizá aquel espejo e imágenes oscuras por medio de las cuales, según dijimos, veía el apóstol Pablo<sup>6</sup>, no fueran sino esas representaciones puras y bellas formadas por ministerio de los ángeles; de forma que las ideas puras y exentas de toda imagen corporal con que aprehendemos la divina esencia nos vienen inmediatamente de Dios, mientras hay que atribuir al ministerio de los ángeles esas brillantes representaciones con que nos aparecen revestidas aquellas ideas. Si no me engaño, tal es el sentido que debe darse a otra versión del texto que vamos comentando, y que dice así: *Fabricaremos para ti imágenes de oro, con esmaltes de plata*<sup>7</sup>. El decir *con esmaltes de plata* es como decir taraceadas de plata; por lo cual creería que no sólo estas imágenes son formadas por ángeles en nosotros, sino que también comunican gracia y belleza a la palabra externa, a fin de que, así adornada y hermoseada, sea recibida de los oyentes más fácil y deleitosamente. Y si preguntáis qué relación puede haber entre la palabra y la plata, os responderé con el profeta: *Las palabras del Señor son palabras puras, plata probada al fuego*<sup>8</sup>. Así es como los espíritus celestiales, cual fieles ministros de Dios, preparan a la Esposa, peregrina aun por la tierra, pendientes de oro taraceados de plata.

5. Pero mira cómo recibe algo muy distinto de lo que desea. Suspira por el descanso de la contemplación e impónesele el trabajo de la predicación; y teniendo ardien-

<sup>5</sup> 1 Cor. 13, 12.9.

<sup>6</sup> 1 Cor. 13, 12.

<sup>7</sup> Cant. 1, 10, según 70.

<sup>8</sup> Ps. 11, 7.

te sed de la presencia del Esposo, se la comete el cuidado de engendrar hijos al Esposo y de alimentarlos. Y no es ésta la vez primera que esto le sucede. Recuerdo que, cuando ansiaba gozar de los abrazos y de los ósculos del Esposo, se le respondió: *Tus pechos, tus amores, son mejores que el vino*<sup>9</sup>, a fin de que por ahí entendiera que era madre y procurase dar la leche a sus hijitos espirituales, y manjares más sólidos a los ya mayores, a fin de que estuviesen bien nutridos. Tal es la conclusión que se desprende no sólo de este pasaje del *Cantar de los Cantares*, sino de otros, atentamente meditados y ponderados. ¿Y acaso no vemos esto mismo figurado en el patriarca Jacob? Fraudulentamente privado de Raquel, a quien tanto había deseado poseer, aguardando años y más años por conseguirlo, en vez de una mujer hermosa, pero más estéril, a pesar suyo e ignorándolo, se desposó con otra ciertamente fecunda, pero fea y legañosa<sup>10</sup>. Así también, deseando la Esposa saber e informándose dónde su Amado apacienta su rebaño y dónde sesteaa al mediodía, por toda respuesta le prometen unas gargantillas de oro esmaltadas de plata, o sea sabiduría y elocuencia, para que ejerza la obra de la predicación.

6. Lo cual nos enseña que muchas veces se han de interrumpir las dulzuras de la contemplación por darse a las obras de celo, y que nadie debe vivir para sí mismo, sino todos para Aquel que murió por todos. ¡Ay de aquellos que han recibido la gracia de tener pensamientos y palabras dignas de las grandezas de Dios, si hacen servir la piedad a su avaricia, si truecan en vanagloria lo que habían recibido para ganar almas a Dios; si, teniendo conceptos sublimes, no tienen sentimientos humildes! Escuchen con espanto lo que el Señor dice por boca del profeta: *Les he dado mi oro y plata, y se han servido de ello para tributar culto sacrilego a Baal*<sup>11</sup>. Es muy de notar lo que la Esposa responde después de haber recibido una reprensión de una parte y una promesa de otra; porque se ve claramente que ni se engríe con promesas halagüeñas ni se enoja con repulsas, sino que practica lo que está escrito: *Reprende al sabio, y te amará*<sup>12</sup>. Y también aquello otro acerca del uso de los dones y de las promesas: *Cuanto más grande seas, tanto más debes humillarte en todas las cosas*<sup>13</sup>. Veráse más claro lo dicho examinando con atención su prudente respuesta. Pero remitamos, si es de vuestro agrado, esta discu-

<sup>9</sup> Cant. 1, 1.

<sup>10</sup> Gen. 29, 23-25.

<sup>11</sup> Os. 11, 8.

<sup>12</sup> Prov. 9, 8.

<sup>13</sup> Eccl. 3, 20.

sión a los comienzos de otro discurso. Y por todo lo que en éste hemos explicado, demos gloria al Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

## 42 DE DOS HUMILDADES, UNA ENGENDRADA POR LA VERDAD Y OTRA INFLAMADA POR LA CARIDAD \*

1. *Estando el Rey en su asiento, mi nardo difundió su olor*<sup>1</sup>. Tales son las palabras de la Esposa, cuya explicación diferimos para hoy. Tal fué la respuesta que dió al ser reprendida por el Esposo, siendo fácil de notar que no la dió al mismo Esposo, sino a sus compañeros, según se desprende de sus palabras; pues no dice: *Mientras estabas, Rey, en tu asiento*; sino de esta forma: *Mientras estaba el Rey en su asiento*, cual si hablara con un tercero; por donde claramente se ve que no habla con El, sino de El. Para que mejor se entienda esto, podremos suponer que el Esposo, después de haberla corregido y reprendido, al notar que la vergüenza había arrebolado todo su rostro, se retiró con disimulo, a fin de que, estando El ausente, declarase su sentir con más libertad; y si, como suele suceder, se hubiera intimidado y confundido más de lo conveniente, sus compañeros la pudieran consolar y alentar; aunque, a la verdad, tampoco dejó de consolarla por sí mismo en el modo y medida que le pareció más conveniente y oportuna; porque a fin de que se viera claramente cuánto le había complacido la sumisión y humildad con que la Esposa había recibido la áspera reprensión que le había dado, antes de ausentarse de ella, la colma de alabanzas sinceras y halagadoras, ponderando y ensalzando la hermosura de sus mejillas y de su cuello alabastrino. Por esto no es de extrañar que los compañeros del Esposo que se quedaron con ella la hablaran con dulzura y bondad y le ofrecieran preciosos dones, conociendo bien la voluntad de su Señor. A ellos, pues, dirigió la Esposa su respuesta. Tal es la contextura literal del esquema.

2. Pero antes de comenzar a exponer el sentido espiritual encerrado bajo la corteza de estas palabras, haré sólo esta breve reflexión. Dichoso aquel que recibe bien las reprensiones, como se colige de la respuesta de aquella que ahora nos sirve de modelo. Ojalá nouviésemos jamás que reprender a nadie, pues esto sería lo mejor. Mas porque todos nosotros tropezamos en muchas cosas, no me es

\* PL 183, 987.

<sup>1</sup> Cant. I, II.

dado callar, obligándome mi deber y urgiéndome todavía más la caridad a amonestar a los culpables, a fin de impedir que vuelvan a faltar. Ahora bien, si yo, cumpliendo mi deber, amonesto y reprendo a los que no se portan bien y observo que mis amonestaciones no surten el efecto deseado, sino que, lejos de aprovechar a aquellos a quienes se dirigen, rebotan contra mí como flecha que se vuelve contra el que la disparó, ¿qué impresión os parece, hermanos, habrá de producir en mi ánimo? ¿No he de estar angustiado, no he de estar atormentado? Y para usurpar las palabras del Maestro, ya que no pueda tener su sabiduría: *Véome apretado por dos lados y no sé qué elegir*<sup>2</sup>. ¿Me placería haber dicho esto, pues hice lo que debí, o tendré más bien que arrepentirme de mis palabras, por no haber conseguido con ellas mis intentos? Quise, sin embargo, matar al enemigo y librar a mi hermano, y ocurrió más bien lo contrario, habiendo herido su alma y aumentado su culpa por el menosprecio con que recibió mi admonición. *No quieren escucharte*, dice, *porque ni a mí mismo quieren oírme*<sup>3</sup>. Ves a cuán excelsa Majestad se desprecia. No creas haberme despreciado a mí solo. El Señor es quien habla por mí. Su Majestad es a quien desprecias. Y lo que dijo al profeta díjolo también a los apóstoles: *El que a vosotros desprecia, a mí me desprecia*<sup>4</sup>. Yo no soy ni profeta ni apóstol, y, con todo, atrévome a decir que hago sus veces y desempeño sus oficios; y aunque disto muchísimo de poseer sus méritos, pesan sobre mí los mismos cuidados y solicitudes; aunque sea para gran confusión mía y con enorme peligro de mi alma, estoy sentado en la cátedra de Moisés, cuya santidad de vida tan mal imito y cuyos dones sobrenaturales y gracias tanto superan a las mías. ¿Pero qué? ¿Acaso no habrá de tributarse a esa cátedra el honor y reverencia que se merece por hallarse ocupada por un indigno? Aun tratándose de los escribas y fariseos que la ocupaban, dijo: *Haced lo que dicen*<sup>5</sup>.

3. Y aun no pocas veces se añade la impaciencia al menosprecio, habiendo algunos que no sólo no cuidan de corregirse al ser reprendidos, sino que se irritan contra aquel que los reprende, como el frenético, que rechaza la mano del médico. ¡Extraña perversidad! Enfurécense contra aquel que los quiere sanar de sus heridas y no se encolerizan contra el que los hiere con sus saetas. Porque hay un enemigo que desde un lugar oscuro arroja sus saetas contra los de recto corazón<sup>6</sup>, y que tal vez ha herido ya mortalmente a alguno de los que me escuchan, a pesar de lo cual no se in-

<sup>2</sup> Phil. 1, 23. 22.

<sup>3</sup> Ez. 3, 7.

<sup>4</sup> Lc. 10, 16.

<sup>5</sup> Mt. 23, 2. 3.

<sup>6</sup> Ps. 10, 3.



digna contra él, sino que retuerce toda su indignación contra mí, que tanto deseo su salud. *Enojaos, dice, y no queráis pecar más*<sup>7</sup>. Si ese con quien hablo se enoja contra el pecado, no sólo no pecará más, sino que borrará los pecados cometidos; mientras que si en vez de hacer esto se obstina en rechazar la medicina de la corrección, añade pecados a pecados, haciéndose más y más culpable cada día.

4. Añádese a las veces la desvergüenza, no sólo llevando con impaciencia la corrección, sino también defendiendo sin pudor aquello de que es corregido. Dice: *Frente de mujer meretriz es la tuya; no has querido avergonzarte*<sup>8</sup>. Y dice: *Mi celo se ha apartado de ti; me irritaré más contra ti*<sup>9</sup>. Sólo con oírlo tiemblo. ¿No sientes de cuánto peligro es y de cuánto horror y temblor la defensa del pecado? Dice de nuevo: *A los que amo los reprendo y castigo*<sup>10</sup>. Luego si el celo te ha abandonado, te ha abandonado también el amor, y no serás digno de amor si eres reputado indigno de castigo. Ves cómo entonces se aíra más Dios cuando no se aíra. *Apiadémonos, dice, del impío y no aprenderá a obrar justicia*<sup>11</sup>. Esta misericordia rehusó yo. Peor que toda ira es esta conmiseración, que me cierra los caminos de la virtud. Más me vale ciertamente, según el consejo del profeta, tomar la disciplina, no sea que se irrite el Señor y pierda el camino de la justicia<sup>12</sup>. Quiero que te irrites contra mí, Padre de las misericordias; pero con aquella ira con que corriges al extraviado, no con aquella con que le cierras la senda de la justicia. La primera es efecto de tu bondadosa compasión; la otra es fruto de un disimulo pernicioso para mí; porque cuando te siento irritado contra mí, entonces tengo mayor confianza de que me serás favorable, porque, después de haberte irritado, entonces me recordarás tu misericordia. *¡Oh Dios, dice el salmista, te mostraste propicio con ellos, aun vengando las injurias que te hacían!*<sup>13</sup> Habla aquí el salmista de Aarón, de Moisés y de Samuel, y llama favor y bondad el que Dios no les haya disimulado los pecados que cometieron contra El. Tras esto, empeñaos todavía en defender vuestras culpas e irritaos contra las reprensiones, a fin de cerraros para siempre las puertas de la divina misericordia. ¿No sería esto propiamente llamar al mal bien y al bien mal? ¿Esa odiosa desvergüenza no produciría muy presto la impenitencia, madre de la desesperación? Porque ¿quién es el que tiene pesar de lo mismo que cree ser bueno? *¡Ay de vosotros, dice el Señor, que llamáis mal al bien y bien al mal, que tomáis las tinieblas por luz y la luz*

<sup>7</sup> Ps. 4, 5.

<sup>8</sup> Jer. 3, 3.

<sup>9</sup> Ez. 16, 42.

<sup>10</sup> Apoc. 3, 19.

<sup>11</sup> Is. 26, 10.

<sup>12</sup> Ps. 2, 12.

<sup>13</sup> Ps. 98, 8.

por tinieblas! <sup>14</sup> Ese ¡ay! espantoso es preludio de la eterna condenación. Una cosa es que se sienta uno tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia, y otra muy distinta el que espontáneamente apetezca y desee obrar el mal cual si fuera bien y se arroje temerariamente a la muerte como si fuese la vida. Por eso digo que a veces preferiría callarme y disimular las faltas que cometen antes que exponerlas a que se vuelvan peores con mis correcciones.

5. Quizá me digas que mi bien a mí vuelve, y que libré a mi alma, y que limpio estoy de la sangre del hombre al que prediqué y hablé para sacarle de su mal camino y que viviese. Mas, aun cuando añadas muchas cosas como éstas, no llegarán, sin embargo, a consolarme, viendo la muerte de mi hijo; porque no busqué yo, al reprenderle, mi liberación, sino la suya. Porque ¿qué madre, aun sabiendo que puso toda diligencia en asistir a su hijo enfermo, puede detener el curso de sus lágrimas al ver que todos sus trabajos fueron inútiles para salvarle la vida? Y si ella así se aflige por la muerte temporal de su hijo, ¿cuáles deberán ser mis lloros y gemidos por la muerte eterna del mío, por más que mi conciencia me dé testimonio de no haber olvidado nada de cuanto le podía ser útil? ¿Veis, pues, de cuántos males se exime y nos exime al mismo tiempo aquel que, siendo reprendido, responde mansamente, se aquieta modestamente, obedece sumisamente y confiesa su culpa humildemente? Yo me confesaré deudor en todo esto a un alma que sea tal, y tendré por honra grande el ser su ministro y servidor, pues ella se muestra dignísima Esposa de mi Señor y puede decir con verdad: *Estando el Rey en su asiento, mi nardo dió su olor.*

6. Bueno es el olor de la humildad, que, subiendo de este valle de lágrimas y habiendo perfumado todas las regiones circunvecinas de la cámara regia, difunde su grata suavidad en la misma cámara y trono real. El nardo es planta pequeña y de natural cálido, según afirman los que curiosamente han explorado la propiedad de las plantas; por lo cual hame parecido muy del caso compararla con la virtud de la humildad, que se inflama con las emanaciones del amor santo. Digo esto porque es de saber que hay una humildad que engendra en nosotros la verdad, y ésta carece de calor y ardor; pero hay otra que es engendrada e inflamada por la caridad, y ésta es ardentísima. La primera tiene su asiento en la inteligencia, la segunda en los afectos del corazón. Porque, si te estudias a ti mismo por dentro a la luz de la verdad y sin disimulación y te examinas sin

<sup>14</sup> Is. 5, 20.

lisonja, no dudo te parecerá que eres despreciable a tus propios ojos; y este conocimiento verdadero de tu miseria hará que te juzgues por más vil, aunque acaso no tengas bastante virtud para sufrir ser reputado tal por los demás. Serás entonces humilde, pero esta humildad, aunque ciertamente hija legítima de la verdad, o sea del verdadero conocimiento propio, no habrá recibido aún la infusión de la caridad. En cambio, si, ilustrado por la verdad que te ha dado de ti mismo este conocimiento saludable y verdadero, estuvieses calentado con fuego de caridad, querías, sin duda, por tu parte, que todos abundaran en ese mismo sentir que te ha infundido la verdad. Digo por tu parte, porque muchas veces no conviene que todos conozcan lo que sabemos de nosotros mismos, oponiéndose a ello el amor mismo de la verdad y vedando la verdadera caridad el descubrir lo que podría dañar al prójimo. Mas si por amor propio retuvieses oculto lo que la verdad ha hecho patente a tus ojos, ¿quién duda de que todavía no amarías perfectamente la verdad, al preferir a ella tu interés y tu honor?

7. Ves, pues, cómo no es lo mismo que el hombre, alumbrado por el resplandor de la verdad, sienta bajamente de sí mismo y que, inflamado por los ardores de la caridad, consienta de buen grado en que se le humille y abata; aquello viene a ser como necesaria consecuencia del propio conocimiento; esto es fruto espontáneo de la voluntad libre dirigida e inflamada por la caridad. *Se anonadó a sí mismo*, dice, *tomando la forma de siervo*<sup>15</sup>, dándonos con esto altísimo ejemplo de humildad; porque El mismo se anonadó. El mismo se humilló, no por necesidad, sino por caridad; no porque se creyera digno de humillaciones y desprecios, sino por amor a nosotros, necesitados de sus ejemplos de humildad. Podía, sin duda, mostrarse exteriormente vil y despreciable, mas no podía reputarse tal en su apreciación, consciente de su infinita dignidad; y, por tanto, fué humilde de voluntad, no de juicio; y aunque aparecía y aceptaba voluntariamente que se le tuviera como un ser despreciable, sabía bien que no lo era; y aunque conocía su soberana e infinita grandeza, plúgole mostrarse como el último de todos. Finalmente, dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*<sup>16</sup>. De corazón, dijo, con el afecto del corazón, o sea por voluntad mía. Por tanto, excluyó la necesidad el que confesó la voluntad. No es como en mí y en ti; porque, si consultamos a la verdad, nos dirá claramente que somos dignos de toda deshonra y menosprecio, dignos de toda bajeza y abatimiento, dignos también de todos

<sup>15</sup> Phil. 2, 7.

<sup>16</sup> Mt. II, 29.

los ultrajes y suplicios; mas esto para nada reza con El. Y, sin embargo, todo ello lo sufrió porque quiso, por ser humilde de corazón, humilde con aquella humildad que es fruto de los afectos del corazón, no con la que impone la fuerza de la verdad.

8. Por eso dije que esta especie de humildad voluntaria no es producida en nosotros por la convicción de la verdad, sino que es engendrada por la infusión de la caridad; por lo cual la llamamos humildad de corazón, de afecto y de voluntad. Y verás también con cuánta propiedad y justicia atribuí al Señor este género de humildad, pues sabemos cierto que se anonadó por amor, por amor se hizo algo inferior a los ángeles, por amor vivió obediente y sumiso a sus padres, por amor quiso recibir el bautismo de Juan, por amor soportó toda miseria y necesidad corporal, por amor se sometió a la muerte y aceptó las ignominias de la cruz. Siendo esto así, ¿no te parece que con verdad podemos comparar esta humildad y abrasada caridad con el nardo, que es planta pequeña y cálida? Si eres de mi parecer, y lo serás por poco que des oídos a la recta razón, si tras ello eres humilde a tus propios ojos, con esa humildad necesaria que engendra en el alma vigilante la Verdad, que escudriña los más escondidos secretos del corazón, añade a ella la de voluntad, haciendo de la necesidad virtud, no habiendo virtud posible sin el concurso de la voluntad. Y así será, sin duda, si no buscas aparentar exteriormente lo que no eres en tu interior; de lo contrario, teme, no sea que leas de ti mismo: *Porque ha obrado con falsía en la divina presencia, por eso se ha hecho más odiosa su maldad* <sup>17</sup>. Usar de dos pesas, dice, es cosa abominable ante Dios <sup>18</sup>. ¿Pues qué? ¿Te juzgas vil en el secreto de tu corazón cuando te pesas en la balanza de la verdad, y por fuera quieres engañarte y venderte más caro de lo que la verdad te reputa? Teme el juicio de Dios y mira no cometas acción tan detestable, pues mientras la verdad te humilla, tú te elevas con voluntaria soberbia. Esto es resistir a la verdad, esto es combatir contra Dios. Sometete más bien a Dios, y que tu voluntad ceda ante el dictamen de la verdad; y no sólo debe estar sumisa, sino devota. *¿Cómo no ha de estar mi alma sometida a Dios, viniendo de El mi salvación?* <sup>19</sup>

9. Mas poco es el estar sometido a Dios si no lo estás también a toda criatura por Dios, sea al abad, como al primero de todos; sea a los mayores, como a quienes están constituídos por El. Pero digo más: Debes estar sumiso

<sup>17</sup> Ps. 35, 3.

<sup>18</sup> Prov. 20, 10.

<sup>19</sup> Ps. 61, 2.



a tus iguales y aun inferiores. Así, dice, conviene que cumplamos toda justicia<sup>20</sup>. Si quieres ser perfecto en justicia, sométete tú también al menor, muestra deferencia al inferior, inclínate al más joven. Haciendo esto, atraerás a ti las palabras de la Esposa: *Mi nardo difundió su olor*. Este olor no es sino la devoción, no es sino el buen ejemplo que das, esparciendo por doquier el buen olor de Cristo, haciéndote admirar y amar de todos. Aquel a quien la verdad obliga a humillarse, no puede llegar a este grado de perfección, pues su humildad no es más que para sí mismo, sin que le permita salir al exterior para esparcir su fragancia; mejor dicho: esa humildad carece de fragancia, por no ir animada de caridad, pues el que la tiene no se humilla de buena gana y voluntariamente. En cambio, la humildad de la Esposa exhala un perfume semejante al del nardo, porque, estando ella encendida en caridad, toda su conducta respira devoción y esparré en torno suyo el exquisito aroma de sus buenos ejemplos. La humildad de la Esposa es voluntaria, constante y fecunda, sin que el rico perfume que exhala pierda su olor ni con las afrentas ni con las alabanzas. Ha oído que la dirigen estas palabras halagadoras: *Lindas son tus mejillas, así como de tortolilla; tu cuello como si estuviera adornado con collares de perlas*<sup>21</sup>; a más de esto, la han prometido regalarle gargantillas de oro. Y a pesar de todo responde con suma modestia a tan halagüeñas promesas; de forma que, cuanto más oye que la ensalzan, tanto más se humilla en todas las cosas. No se glorifica de sus méritos, y entre las alabanzas que la dan, no olvida su bajeza, sino que la confiesa humildemente parangonándose al nardo. Como si anticipadamente tomara en sus labios las palabras de la Virgen y dijera: No reconozco en mí cosa alguna que sea digna de tan alto honor, sino que el Señor *se ha dignado* poner sus ojos en los de su esclava<sup>22</sup>. En efecto, ¿qué otra cosa significa aquello: *Mi nardo difundió su fragancia*, sino: el Señor se complació en mi humildad? No es, por tanto, mi sabiduría, ni mi nobleza, ni mi hermosura, de todo lo cual carezco, sino sola mi humildad la que ha difundido su acostumbrada fragancia. El Señor se complace siempre en la humildad, y por esto, siendo altísimo, pone sus ojos con predilección en las criaturas humildes. De ahí que mientras estaba el Rey recostado en su asiento, es decir, en su excelso trono de la gloria, la fragancia de mi humildad subió hasta El para

<sup>20</sup> Mt. 3, 15.<sup>21</sup> Cant. 1, 9.<sup>22</sup> Lc. 1, 48.

recrearle. Aunque *tiene su morada en las alturas*, dice el salmista, *cuidase de los humildes en el cielo y en la tierra* <sup>23</sup>.

10. Así, pues, *mientras el Rey estaba en su asiento, el nardo de la Esposa difundió su fragancia*. El asiento del Rey es el seno del Padre, estando siempre el Hijo en el Padre. A no dudarlo, ese Rey es clemente y bondadoso, ya que mora de asiento en el seno de la bondad paternal. Con razón, pues, el clamor de los humildes sube hasta el trono de Aquel cuya mansión es fuente copiosa de piedad, de Aquel a quien es connatural la dulzura y sustancial la bondad: todo cuanto es lo recibe del Padre, y, a pesar de su regia majestad, nada tiene que no pertenezca también al Padre y nada hay en El que pueda espantar a los humildes. *Mirando a la miseria de los desvalidos y al gemido de los pobres, me levantaré para defenderlos* <sup>24</sup>, dice el Señor. La Esposa, pues, que esto conoce, como doméstica del Esposo y su amada, cree que el defecto de sus méritos no la excluirá de las gracias de este Esposo y pone su confianza en sola su humildad. Llámale Rey, porque, estando espantada de la reprensión que le ha dirigido, no se atreve a llamarle Esposo. Confiesa que habita en lugar alto, pero su humildad no desconfía.

11. Puedes muy propiamente adaptar estas palabras a la Iglesia primitiva, si recuerdas aquellos días en que, subido el Señor a los cielos y sentado ya a la diestra del Padre en trono magnífico y excelso, hallábanse sus discípulos todos congregados en el Cenáculo, animados de un mismo espíritu, y perseveraban juntos en oración con las mujeres y María, Madre de Jesús, y sus hermanos <sup>25</sup>. ¿No os parece que era entonces verdaderamente cuando el nardo de la Esposa, aún tan pequeña y flaca, difundía su olor? *Mas he ahí que de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplabá, y llenó toda la casa donde estaban* <sup>26</sup>. ¿No os parece que entonces pudo decir la Iglesia, todavía pequeñita y pobrecita: *Mientras estaba el Rey en su asiento, mi nardo difundió su olor*? Todos los que se hallaban congregados en aquel lugar conocieron bien cuán grata era la dulzura de la humildad y cuán gratamente había sido recibida en el cielo la exquisita fragancia de esa bella virtud, cuando al punto fué premiada con dones tan excelsos y magníficos. Y la Esposa no se mostró ingrata a tan sublime beneficio. En efecto, escuchad cómo, rebosando piedad y fervor, se dispone a soportar generosamente todos los males por amor al nombre de su Esposo, pues dice a continuación: *Manojito de mirra es mi Amado para mí; entre mis*

<sup>23</sup> Ps. 112, 5. 6.

<sup>24</sup> Ps. 11, 6.

<sup>25</sup> Act. 1, 13. 14.

<sup>26</sup> Act. 2, 2.

*pechos morará.* Mi salud, que bien conocéis, no me deja proseguir. Sólo añadiré que con el nombre de la mirra significa la Esposa que está dispuesta a sufrir todas las amarguras de las tribulaciones por amor a su Amado. Reservaremos para otra ocasión el exponer por menudo el sentido de este versículo, con tal, empero, que atraigáis sobre mí con vuestras oraciones la asistencia del Espíritu Santo, a fin de que me dé a entender de las palabras de la Esposa, que El mismo ha formado, inspirándola las más conformes a las alabanzas de Aquel de quien El es el Espíritu, del Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

### 43 CÓMO LA CONSIDERACIÓN DE LA PASIÓN Y TRABAJOS DE CRISTO HAGA A LA ESPOSA ANDAR SEGURA E ILESA EN LAS PROSPERIDADES Y ADVERSIDADES DE LA PRESENTE VIDA \*

1. *Manojito de mirra es mi Amado para mí; entre mis pechos morará* <sup>1</sup>. Poco ha llamábale Rey; ahora le llama Amado. Poco ha estaba recostado en su trono regio; ahora descansa en el seno de la Esposa. Excelsa sobremanera es la virtud de la humildad, a la que tan fácilmente se inclina la misma divina Majestad. En un instante la reverencia se ha trocado en íntima amistad, y el que se quedaba lejos, de un salto ha salvado la distancia para ponerse junto a la Esposa. *Manojito de mirra es mi Amado para mí*, exclama confiadamente. La mirra, sustancia amarga, significa la acerbidad y aspereza de las tribulaciones; y la Esposa, al verse amenazada de tener que sufrirlas por su Amado, felicítase por ello, confiando en que soportará generosamente todas las que la amenazan. *Iban*, dice, *los discípulos gozosos de la presencia del concilio, por haber sido hallados dignos de sufrir ultraje por el nombre de Jesús* <sup>2</sup>. Por eso no llama a su Amado *manejo* de mirra, sino sólo *manojito*; para significar que, en comparación del amor que le profesa, considera como de poco momento todos los trabajos, dolores, penas y sufrimientos que haya de soportar por El. Sí, es un *manojito*: *Ha nacido un parvulito para nosotros* <sup>3</sup>. Sí, *manojito*, pues los sufrimientos de la presente vida no son comparables con aquella gloria venidera que se ha de revelar en nosotros <sup>4</sup>; por cuanto la aflicción breve y liviana del presente nos produce el eterno peso de una sublime e incompa-

\* PL 183, 993.

<sup>1</sup> Cant. 1, 12.

<sup>2</sup> Act. 5, 41.

<sup>3</sup> Is. 9, 6.

<sup>4</sup> Rom. 8, 18.

*vable gloria* <sup>5</sup>; por donde lo que ahora no pasa de ser un manojito de mirra, se trocará un día en un eterno peso de gloria. Y cierto, ¿no es acaso un manojito Aquel *cuyo yugo es suave y su carga liviana?* <sup>6</sup> No porque sea liviana en sí considerada, no siendo tal, la acerbidad de la pasión y la amargura de la muerte, sino que lo es para quien ama; y por eso no dice sólo: *Manojito de mirra es mi Amado*; sino *para mí*, que amo, es manojito. De ahí que le llame su Amado, manifestando que la violencia del amor que le profesa supera a todas las amarguras y molestias, porque *el amor es fuerte como la muerte* <sup>7</sup>. Y a fin de que sepamos que no se gloria en sí misma, sino en el Señor, y que no presume esta fortaleza de su propia virtud, sino del auxilio de su Esposo, añade que permanecerá entre sus pechos, pudiendo decirle confiada: *Aunque ande yo en medio de la sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo* <sup>8</sup>.

2. Recuerdo haber dicho en uno de los sermones anteriores <sup>9</sup> que los dos pechos místicos de la Esposa significaban la *congratulación* y la *compasión*, según la doctrina de Pablo, que dice: Alegrarse con los alegres y llorar con los que lloran <sup>10</sup>. Mas como sabe bien la Esposa que vivirá siempre entre la adversidad y la prosperidad, y conoce, por otra parte, que una y otra pueden serle peligrosas, por eso quiere que su Amado permanezca unido con ella, a fin de que la impida incesantemente tropezar en una u otra sin envanecerse con las prosperidades ni desalentarse con las adversidades. Ciertamente, si queréis ser prudentes, imitaréis en esto a la Esposa y no sufriréis que os arranquen ni un momento del corazón este preciado manojito de mirra, sino que iréis repasando siempre en la memoria todos los dolores amarguísimos que por vosotros sufrió, rumiándolos sin cesar con atenta consideración, a fin de que podáis decir con la misma Esposa: *Manojito de mirra es mi Amado para mí; entre mis pechos descansará*.

3. Y yo, hermanos, desde el principio de mi conversión, para suplir mi carencia de méritos, he tenido que formar ese manojito y colocarlo entre mis pechos, después de haber juntado en un haz todos los dolores y amarguras de mi Señor. Es decir: primero para formar este manojito he cogido todas aquellas privaciones, molestias y penas que soportó en su niñez; luego he ido cogiendo los penosos trabajos de sus predicaciones, las fatigas de sus correrías apostólicas, las vigiliadas pasadas en oración, las tentaciones con que fué probado durante su ayuno en el desierto, las lágrimas que arrancaba a su corazón su compasiva caridad, los

<sup>5</sup> 2 Cor. 4, 17.

<sup>6</sup> Mt. 11, 30.

<sup>7</sup> Cant. 8, 6.

<sup>8</sup> Ps. 22, 4.

<sup>9</sup> Serm. 10, 1.

<sup>10</sup> Rom. 12, 15.



lazos que le tendían sus enemigos, los peligros de que se vió rodeado entre los falsos hermanos, los ultrajes, befas, irrisiones e insultos de toda especie, los salivazos, bofetadas, azotes, espinas, clavos y demás acerbos suplicios que el santo Evangelio nos refiere copiosamente haber soportado Jesús para la salvación del género humano. Y entre tantas ramitas del árbol de la odorífera mirra, he creído que no debía olvidarme de la mirra que le dieron a beber en la cruz ni de aquella otra con que le embalsamaron en el sepulcro; porque en aquélla tomó sobre sí la amargura de mis pecados y en ésta consagró la incorruptibilidad futura de mi cuerpo. Mientras viva, recordaré esos tan señalados favores; jamás olvidaré esas misericordias, pues con ellas he sido vivificado.

4. Esas son las misericordias que el santo David buscaba con lágrimas, diciendo: *Vengan sobre mí tus misericordias y viviré*<sup>11</sup>. Recordaba con gemidos esas mismas misericordias otro santo, diciendo: *Muchas son las misericordias del Señor*. ¡Cuántos reyes y profetas desearon ver lo que veo, y no lo vieron; desearon oír lo que oigo, y no lo oyeron! Ellos trabajaron y yo gozo del fruto de sus trabajos. Yo he recogido la mirra que ellos plantaron. Este saludable manojito ha sido reservado para mí; nadie me lo quitará, sino que permanecerá siempre entre mis pechos. He creído que la verdadera sabiduría consistía en meditar estas cosas; he puesto en eso la perfección de la justicia, la plenitud de la ciencia, las riquezas de la salud y la abundancia de los méritos. Ellas me han servido algunas veces de bebida saludable, aunque amarga, y otras las he empleado como unción de alegría suave y agradable. Esto me sostiene en la adversidad, me conserva humilde en la prosperidad y me hace andar con paso firme y seguro por el regio sendero de la salvación, a través de los bienes y males de la presente vida, librándome de los peligros que me amenazan a diestra y a siniestra. Esto me concilia la gracia del Juez del mundo, figurándome que es manso y humilde. Aquel que es tremendo a las potestades, y representándome no sólo favorable, sino también imitable a Aquel que es inaccesible a los principados y terrible a los reyes de la tierra. Por eso lo tengo siempre en la boca, como sabéis; lo tengo siempre en el corazón, como Dios lo sabe; nada hay más frecuente en mis escritos, como claramente en ellos se ve; ésta es para mí la más sublime filosofía: conocer a Jesús, y a Jesús crucificado. Yo no me informo, como la Esposa, dónde descansa al mediodía<sup>12</sup> Aquel a quien abrazo con gozo en lo más íntimo de mi corazón. No pregunto

<sup>11</sup> Ps. 118, 77.

<sup>12</sup> Cant. 1, 6.

dónde apacienta su rebaño en pleno día Aquel a quien contemplo como salvador en la cruz. Lo que busca la Esposa es más elevado; lo que yo gozo es más fácil. Aquello es pan, esto es suavísima leche. Esto nutre a los pequeñuelos y llena los pechos de las madres, y por eso morará entre mis pechos.

5. Coged también para vosotros, carísimos, ese amable manojito y ponedlo en lo más íntimo de vuestro corazón; servíos de él para guardar su entrada, a fin de que él permanezca entre vuestros pechos. Tenedlo siempre, no detrás, sino delante de vuestros ojos; no sea que, llevándolo a la espalda, tengáis que soportar su peso sin percibir su aroma confortador. Acordaos que Simeón le recibió en sus brazos<sup>13</sup>, que María le llevó en sus purísimas entrañas y le abrigó en su seno, y también que la Esposa le trae entre sus pechos; y, por no olvidar nada, acordaos que El se hizo Palabra entre los labios del profeta Zacarías y de otros enviados de Dios. Yo creo también que José, el esposo de la Virgen María, le sentó muchas veces sobre sus rodillas para acariciarle. Todos éstos le tuvieron delante de sí, ninguno detrás. Ellos, pues, os sirvan de ejemplo, a fin de que hagáis lo mismo. Porque, si tenéis ante la vista a Aquel a quien lleváis, es indudable que, viendo los males que el Señor sufrió, llevaréis más fácilmente los vuestros mediante el auxilio del Esposo de la Iglesia, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

#### 44 LA CORRECCIÓN DE LOS PECADORES DEBE ATEMPE- RARSE AL CARÁCTER DE CADA CUAL, SIENDO DULCE Y BONDADOSA CON LOS HUMILDES Y DÓCILES, SEVE- RA CON LOS REBELDES Y OBSTINADOS \*

1. *Racimo de Chipre es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddi*<sup>1</sup>. Si amable es en la mirra, mucho más en la dulzura del racimo. Luego mi Señor Jesús es para mí mirra en su muerte y racimo en su resurrección; y así se me ha dado como bebida saludable, mezclada de lágrimas y de gozo. Murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación<sup>2</sup>, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia<sup>3</sup>. Luego, si has llorado ya tus pecados, has bebido la poción amarga; pero si, habiendo entrado en una vida más santa, comienzas a respirar con la esperanza de una vida inmortal, la amargura de la mirra se ha trocado para

<sup>13</sup> Lc. 2, 28.

\* PL 183, 995.

<sup>1</sup> Cant. 1, 13.

<sup>2</sup> Rom. 4, 25.

<sup>3</sup> 1 Petr. 2, 24.

ti en la dulzura del vino que alegra el corazón del hombre. Y quizás esto haya sido figurado cuando el Salvador no quiso beber el vino de mirra que le ofrecieron en la cruz, porque tenía sed de ese otro. Así, cuando después de las amarguras de la mirra vienes a gustar este delicioso vino, puedes decir también con razón: *Mi Amado es para mí racimo de Chipre en las viñas de Engaddi*. Engaddi significa dos cosas, y en ambas se refieren a un mismo sentido. Interpretase *f fuente del cabrito y bautismo de las gentes*, y lo uno y lo otro indica claramente las lágrimas de los pecadores. Interpretase también *ojo de la tentación*, el cual derrama lágrimas y prevé las tentaciones, que no faltan jamás al hombre mientras está en la tierra. Mas el pueblo gentil que caminaba en tinieblas no pudo jamás descubrir por sí mismo, ni por tanto evitar, los lazos de las tentaciones, hasta que, por la gracia de aquel Señor que alumbra a los ciegos, recibió los ojos de la fe y entró en la Iglesia, la cual tiene un ojo para recibir las tentaciones y se ha consagrado a instruir a los hombres espirituales, los que, siendo ilustrados por el espíritu de sabiduría y sabiéndolo por su propia experiencia, pueden decir: *No ignoramos las astucias del diablo y sus pensamientos*<sup>4</sup>.

2. Cuentan que en Engaddi crecen los arbustos de los que procede el bálsamo, y que los naturales los cultivan como viñas; y quizá por eso la Esposa les llama *viñas*. Si no, ¿qué haría un racimo de Chipre en las viñas de Engaddi? ¿A quién jamás se le ha ocurrido transportar los racimos de uva de una a otra viña? A nadie se le ocurre llevar vino a donde lo hay abundante, sino a donde no lo hay. El Espíritu Santo, pues, llama viñas de Engaddi a la muchedumbre de fieles que forman la Iglesia, la cual posee un licor balsámico que es la dulzura del espíritu, con que ella fomenta blandamente la ternura de los todavía pequeños en Jesucristo y consuela los dolores de los penitentes. Si un hermano cae en alguna culpa, uno de sus ministros, que ha recibido ya este espíritu, tiene cuidado de amonestarle e instruirle al punto con espíritu de mansedumbre, examinándose antes a sí mismo para no ser también tentado<sup>5</sup>. En figura de esto, a todos los bautizados suele la Iglesia ungirles aun corporalmente con óleo material.

3. Así como el compasivo samaritano, cuando halló tendido en el suelo y cubierto de heridas y semivivo al que había caído en manos de los ladrones, no contento con ungirle las heridas con aceite, empleó para ello aceite y vino mezclados<sup>6</sup>, y, subiéndolo luego a su cabalgadura, le con-

<sup>4</sup> 2 Cor. 2, 11

<sup>5</sup> Gal. 6, 1.

<sup>6</sup> Lc. 10, 30-34.

dujo al mesón para que se acabara de curar, así también el médico espiritual ha de mezclar el vino del fervoroso celo con el aceite de la dulzura, no debiendo tan sólo consolar a los flacos, sino también reprender a los de espíritu inquieto e inconstante; porque si ve que el herido, o sea el que ha cometido alguna culpa, no se corrige con sus admoniciones dulces y caritativas, sino que más bien abusa de su bondad y paciencia, volviéndose más negligente en corregirse y durmiéndose más y más tranquilamente en su pecado, entonces, como ha resultado inútil y aun contraproducente el aceite de las amonestaciones bondadosas, habrá de emplear remedios más enérgicos, derramando vino de compunción sobre ese corazón refractario a la dulzura y bondad, usando contra él de reprensiones ásperas y severas; y si aun entonces rehusara la enmienda, y en vez de ablandarse se obstinara más y más, habría que apelar al arma de las censuras eclesiásticas. Mas ¿dónde hallar ese vino? Porque en las viñas de Engaddi no se cosecha vino, sino sólo aceite. Pues vaya a buscarlo a Chipre, isla fértil en vino, y vino generoso; vaya a coger aquel gran racimo que antaño cortaron y trajeron entre los dos en un varal los exploradores de Israel<sup>7</sup>, que son figura del coro de profetas que precedieron a Cristo, y del de los apóstoles que le siguieron, y del mismo Cristo, que va en medio de ambos. Coja, repito, ese racimo y exclame: *Racimo de Chipre es mi Amado para mí.*

4. Vimos el racimo; veamos cómo debe exprimirse de él el vino del celo. Porque si el pecador, considerándose también frágil y miserable, no se deja indignar contra las faltas de sus prójimos, antes bien, como sudando el rocío de un bálsamo suavísimo, muéstrales piadoso afecto de compasión, ya sabemos de dónde proviene esto y ya lo habéis oído de mis labios, aunque tal vez no os hayáis fijado cual conviene. En efecto, ya os dije que todo hombre que entra en sí mismo, se vuelve dulce y bondadoso para con todos, y siguiendo el consejo del sapientísimo Pablo, sabe usar de condescendencia con el que cayó en algún pecado, conociéndose a sí mismo para no ser él también tentado<sup>8</sup>. ¿No es de ahí de donde procede el amor al prójimo, acerca del cual hemos recibido esta ley: *Amarás al prójimo como a ti mismo?*<sup>9</sup> El amor al prójimo tiene, sin duda, sus primeros sentimientos en los más íntimos afectos humanos; y del amor que la naturaleza inspiró al hombre para sí mismo, como de savia generosa y fecunda, recibe el amor al prójimo una como actividad y vigor, por el cual, en virtud de la gracia que Dios derrama sobre él desde lo alto, produce fru-

<sup>7</sup> Num. 13, 24.

<sup>8</sup> Gal. 6, 1.

<sup>9</sup> Lc. 10, 27.



tos de benevolencia; por donde lo que el alma naturalmente desea para sí, cree no debe negarlo a otro, que al parecer tiene algún derecho para pretenderlo, pues participa de una misma naturaleza; por lo cual libre y espontáneamente le hace copartícipe del amor que se tiene a sí misma en la medida que ella puede y su prójimo necesita. Hay, pues, en la naturaleza, si no la estraga el pecado, como un licor de esta grata y egregia caridad, sintiéndose más bien blanda para compadecerse de los que pecan que para mostrarse áspera e indignarse contra ellos.

5. Mas como, según sentencia del Sabio, las moscas muertas desvirtúan este suave ungüento <sup>10</sup>, y, perdido éste, la naturaleza no tiene ya virtud con que repararlo, así también la naturaleza del hombre, una vez corrompida por el pecado, experimenta lo que con tanta verdad afirma la Escritura: *Los sentidos y pensamientos del hombre están inclinados al mal desde su adolescencia* <sup>11</sup>. No fué ciertamente buena aquella adolescencia en la cual el menor de los hijos pidió la partición de la herencia paterna y en que le entregaron su porción correspondiente, pues pretendió con ello poseer a solas un patrimonio que, poseído en común, hubiérase conservado, pero que con la repartición iba a quedar destruido; y así dice el Evangelio: *Malbarató todo su caudal viviendo disolutamente con mujerzuelas* <sup>12</sup>. ¿Quiénes son esas mujerzuelas? ¿No son acaso aquellas mismas que destruyen el olor del perfume, o sea las concupiscencias de la carne, contra las que nos manda precavernos la Escritura con este salubérrimo consejo: *No vayas tras de tus concupiscencias*? <sup>13</sup> Muy oportunamente observa el Sabio que las moscas que cayeron en el perfume perecieron, pues, como dice San Juan, *el mundo pasa y su concupiscencia* <sup>14</sup>. Por querer ir en pos de esas concupiscencias, nos privamos de todas las dulzuras que se gozan en la vida común y social. Esas concupiscencias no son sino esas moscas repugnantes que pican y que manchan en nosotros la hermosura de la naturaleza, desgarran el espíritu con cuidados e inquietudes y destruyen el placer y los atractivos de la sociedad. Por eso el hombre pecador es llamado el menor de los hijos del Padre de familias; porque, estando corrompida en él la naturaleza por las pasiones desordenadas de una loca juventud, ha perdido toda la gracia de la madurez y de la sabiduría varonil, y viniendo el espíritu a endurecerse y extraviarse, menosprecia a todo el mundo, menos a sí mismo, y pierde toda afección.

6. Desde los comienzos de esta pésima y misérrima mo-

<sup>10</sup> Eccl. 10, 1.

<sup>11</sup> Gen. 8, 21.

<sup>12</sup> Lc. 15, 11-13.

<sup>13</sup> Eccl. 18, 30.

<sup>14</sup> 1 Io. 2, 17.

cedad, los sentidos y pensamiento del corazón están inclinados al mal, y de ahí que el hombre naturalmente esté más pronto a indignarse que a compadecerse. De ahí que, habiéndose el hombre casi despojado del hombre, quiera, sí, que los otros le asistan en sus necesidades, mas no asistir él a los demás. Siendo hombre, juzga, desprecia y se burla de los otros hombres; siendo pecador, insulta a los pecadores, sin tener en cuenta que él está sujeto a las mismas flaquezas y expuesto a las mismas caídas de aquellos a quienes tan indignamente trata. Con todo, es indudable, como ya dije, que la naturaleza por sí sola es impotente para salir de ese atolladero y recobrar el óleo de su ingénita mansedumbre, una vez perdida por el pecado. Mas adonde no llega la naturaleza, puede fácilmente llegar la gracia; y así aquel sobre quien el Espíritu Santo se dignare difundir los efectos de su bondad como unción saludable, volverá a tomar al momento sus primeros sentimientos de humanidad y recibirá de la gracia algo todavía más excelente que lo que recibiera de la naturaleza. En efecto, la gracia le santificará por la fe y por la mansedumbre y le proporcionará no aceite, sino bálsamo en las viñas de Engaddi.

7. Sin duda que de la fuente del Cabrito fluyen los mejores carismas, cuya unción trueca los cabritos en corderos y traslada los pecadores de la izquierda a la derecha, después de haber derramado sobre ellos la más copiosa efusión de misericordia, a fin de que la gracia sobreabunde donde antes abundó el pecado<sup>15</sup>. ¿No os parece que es como si hubiera vuelto al ser de hombre aquel que, despojado de la fiereza del espíritu mundano y habiendo recobrado con el auxilio de la gracia la unción de la dulzura, que es natural al hombre, pero que las concupiscencias carnales, cual moscas infectadas, han exterminado, saca de sí mismo como hombre la materia y la regla de compadecerse de los hombres, de suerte que aborrece como cosa brutal y monstruosa no sólo el hacer a cualquiera que sea lo que él mismo no sabría sufrir, sino también el no hacer a todos lo que él desearía le hiciesen a él mismo?

8. He ahí de dónde viene el aceite. Y el vino, ¿de dónde? Viene, sin duda, del racimo de Chipre. Porque, si amas al Señor Jesús con todo tu corazón, con toda tu alma y todas tus fuerzas, ¿podrás mirar tranquilo las injurias y ultrajes que se le hacen? Claro que no. Antes bien al momento, siendo arrebatado por el espíritu de justicia y por el espíritu de fervor, como hombre poderoso y robusto a quien el vino da nuevas fuerzas<sup>16</sup>, inflamado por el celo de Fineés,

---

<sup>15</sup> Rom. 5, 20.

<sup>16</sup> Ps. 77, 65.

dirás con el salmista: *Mi celo me ha hecho consumir de dolor, porque mis enemigos han olvidado tu ley*<sup>17</sup>; y con el Señor: *El celo de tu casa me devora*<sup>18</sup>. Este ardentísimo celo es como vino exprimido del racimo de Chipre, y el amor de Cristo es bebida embriagadora. *Nuestro Dios es fuego consumidor*<sup>19</sup>; y de ahí que el profeta Jeremías dijera que el fuego había descendido de lo alto a la medula de sus huesos<sup>20</sup> y que por eso estaba inflamado en divino amor. Habiéndote, pues, dado el amor del prójimo el aceite de la mansedumbre y el amor de Dios el vino del celo por la salvación de las almas, acércate confiadamente a curar las llagas de aquel que ha caído en manos de ladrones, y sé perfecto imitador del caritativo samaritano. Di también con la confianza de la Esposa: *Mi Amado es para mí un racimo de Chipre, cogido en las viñas de Engaddi*, esto es, el celo de la justicia, amor de mi Amado para mí en los afectos de piedad. Y basta de esto, porque mi dolencia me manda que pare, como con frecuencia lo hace, viéndome muchas veces precisado—como sabéis—a dejar sin concluir mis explicaciones y a reservar para otro día los residuos de mis temas. Mas ¿qué? Preparado estoy a los azotes<sup>21</sup>, sabiendo que todavía soy tratado mejor de lo que merezco. Hiéreme, Dios mío, hiéreme como a siervo que trabaja mal; pues quizá los golpes que reciba de tu mano serán para mí fuente de méritos, y no hallando en mí Jesucristo, el Esposo de la Iglesia, el bien que quisiera premiar, halle en mis heridas y dolores ocasión de ejercitar su misericordia y de tener lástima de mí. Esto pido con todo mi corazón a Aquel que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

#### 45 DE LA DOBLE HERMOSURA DEL ALMA: DE CÓMO HABLA EL ALMA AL VERBO DE DIOS Y EL VERBO DE DIOS AL ALMA, Y CUÁL ES EL LENGUAJE DE UNO Y OTRA \*

1. ¡Oh, qué hermosa eres, amiga mía! ¡Qué hermosa eres! *Tus ojos son como de paloma*<sup>1</sup>. Pulcramente, óptimamente, del amor proviene la presunción de la Esposa; del amor, la indignación del Esposo. A la presunción de la Esposa siguió la reprensión del Esposo; a la reprensión siguió la enmienda y a la enmienda la remuneración. Preséntase el Amado, vase el Maestro, desaparece el Rey, que se des-

<sup>17</sup> Ps. 118, 139.

<sup>18</sup> Ps. 68, 10; Io. 2, 17.

<sup>19</sup> Dt. 4, 24.

<sup>20</sup> Thren. 1, 13.

<sup>21</sup> Ps. 37, 18.

\* PL 183, 999

<sup>1</sup> Cant. 1, 14.

poja de la dignidad. Por eso la Esposa depone el respeto, porque cede el fausto cuando crece el afecto. Y así como antaño hablaba Moisés a Dios como de amigo a amigo<sup>2</sup>, y Dios le correspondía del mismo modo, también ahora trábase entre el alma y el Verbo un diálogo tan familiar como el que dos vecinos sostienen entre sí. Y no es extraño, porque, teniendo el amor de ambos un mismo origen, ha de ser amor recíproco. Y palabras más dulces que la miel vuelan entre ambas partes, dirigiéndose uno al otro miradas de dulzura incomparable como señales del amor santo que los abrasa. Llámala El su amiga, dícela hermosa, y repíteselo con notoria complacencia, recibiendo de ella los mismos testimonios de amor. Y no es inútil esta repetición, siendo confirmación de su amor a ella, y aun puede ser que El quiera indicarnos que hay algún misterio recatado en esta su manera de hablar.

2. Busquemos la doble hermosura del alma, que creo es lo que El quiere indicar con su repetición. La hermosura del alma es la humildad. No es esto un decir mío, habiendo ya dicho el profeta: *Me rociarás, Señor, con hisopo y seré limpio*<sup>3</sup>. El hisopo, en efecto, es una hierba diminuta y humilde, purgativa del pecho, que significa humildad. Por esto el rey y profeta, después de su grave caída, confía ser lavado con hisopo y con ello recobrar el candor de la inocencia. Aunque la humildad de quien tan gravemente pecó sea más amable que admirable. Pero si, conservando alguno la inocencia, junta a ella la humildad, ¿no te parece que poseerá su alma una doble hermosura? Santa María no perdió la santidad, y jamás careció de humildad. Por esto el Rey codició su belleza, por unir la humildad a la inocencia. Pues, como ella misma dice, *se dignó el Señor mirar la humildad de su esclava*<sup>4</sup>. ¡Dichosos los que conservan limpios sus vestidos, o sea su sencillez y su inocencia, si procuran revestirse con la hermosura de la humildad! Ciertamente el alma que es tal oírás: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!* ¡Ojalá, oh Jesús, digas a mi alma una vez siquiera: *¡Cuán bella eres!* ¡Ojalá que al menos me conserves la humildad, ya que tan mal guardé mi primera estola! Soy tu siervo, no me atrevo a llamarme tu amigo, porque no soy digno de oírte ponderar en mí esa doble hermosura; debo contentarme con que des testimonio de la primera. Pero qué, ¿y si aun esto fuera dudoso? Ya sé qué hacer. Como siervo, reverenciaré a la Amiga del Esposo: como deforme hombrecillo, admiraré su belleza, me alegraré al

<sup>2</sup> Ex. 33, 11.

<sup>3</sup> Ps. 50, 9.

<sup>4</sup> Lc. 1, 48.



oír la voz del Esposo, que admira tan rara hermosura. ¿Quién sabe si, a lo menos por ahí, hallaré gracia a los ojos de la Amada, y quizás en gracia a ella lograré ser contado entre los amigos? Es propio del amigo del Esposo permanecer silencioso a su lado, gozándose de oír su voz. Pues bien, ya la voz del Esposo hiere dulcemente los oídos de la Esposa. Escuchémosla y alegrémonos. Están juntos; se hablan mutuamente. Estemos con ellos. Ningún cuidado del siglo, ningunos atractivos de la carne nos priven de este coloquio.

3. *¡Oh, cuán hermosa eres, amiga mía, dice, cuán hermosa eres! ¡Oh! es voz de admiración; lo demás, de alabanza.* Con razón es hallada hermosa, pues no se hizo humilde después de haber perdido su santidad, sino que, conservándola, ha permanecido humilde siempre. Con justicia es llamada hermosa dos veces, pues posee una y otra belleza. Ave rara en la tierra el no perder la inocencia o el que la conservación de la inocencia no destierre del corazón la humildad. Y por esto ella es tan dichosa, porque ha conservado la una y la otra. Prueba de ello es que, aun sin sentirse culpable de nada, no desechó la corrección del Esposo. Nosotros, cuando hemos cometido las más grandes faltas, apenas sufrimos la reprensión, y ella, no habiendo hecho nada, oye pacíficamente lo que dicen contra ella. Porque ¿qué mal había hecho ella en desear ver la claridad del Esposo? ¿No es esto, por el contrario, un deseo muy laudable? Y, sin embargo, cuando es reprendida por ello, se arrepiente y dice: *Manojito de mirra es para mí el Amado; lo retendré sobre mi pecho*<sup>5</sup>. O sea: esto me basta; no quiero ya saber sino a Cristo, y a éste crucificado. ¡Gran humildad! Siendo inocente, fomenta en sí los sentimientos de un penitente, y la que no tiene de qué arrepentirse, da lugar al arrepentimiento. ¿Por qué, pues, dices, ha sido corregida, si no ha obrado mal? Pero oye ahora la dispensación y prudencia del Esposo. Así como en otro tiempo fué probada la obediencia de Abrahán, así lo es ahora la humildad de la Esposa. Y así como aquel patriarca, después de haber dado muestras de su obediencia cumpliendo el mandato de Dios, mereció oír: *Ahora me convenzo de que temes a Dios*<sup>6</sup>, así también se dice a la Esposa en otros términos: ahora conozco que eres humilde; pues tal es el sentido de la frase *¡Oh, qué hermosa eres!* Y le repite este elogio para indicarle que ha añadido la belleza de la humildad a la de la inocencia. *¡Oh, qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!* Conozco ahora que eres hermosa, no sólo por el amor que me tienes, sino también por tu humildad.

<sup>5</sup> Cant. 1, 12.

<sup>6</sup> Gen. 22, 12.

Ahora ya no digo que eres hermosa entre las mujeres, ni que son lindas tus mejillas, ni que tu cuello es agraciadísimo, sino que proclamo sin ambages que eres toda hermosa, no comparada con otras ni sólo en parte, sino en todo y del todo.

4. Y añade: *Son tus ojos como de paloma*. De nuevo ensalza aquí la humildad de la Esposa; porque recuerda el Esposo que, a causa de haberla reprendido severamente por aspirar a la contemplación de los altos misterios, descendió al punto a la consideración de las cosas más sencillas, diciendo: *Manojito de mirra es mi Amado para mí*. Ciertamente, media inmensa distancia entre la faz gloriosa de Dios, que deseaba contemplar, y un manojito de mirra; y es señal de profunda humildad el que, al verse retraída de su primer intento, se fijara en éste tan sencillo; y por eso añade: *Son tus ojos como de paloma*. Como quien dice: Ya veo que no se ha engreído tu corazón; ya veo que no aspiras a cosas grandes y elevadas superiores a ti, sino que te contentas con darte a cosas sencillas, poniendo tu nido en las grietas de la peña, morando en mis llagas y contemplando como con ojos de paloma los misterios de mi encarnación y de mi pasión.

5. O ciertamente, ya que el Espíritu Santo se apareció en figura de ave<sup>7</sup>, recomiéndase con el nombre de paloma más bien la mirada espiritual que la simple. Si os place esta interpretación, habremos de relacionar este versículo con lo que poco antes la prometieran los compañeros del Esposo, a saber: que la fabricarían pendientes de oro<sup>8</sup>, no ciertamente para ornato de sus orejas materiales, como os lo demostré al comentar este paso, sino para disponer y preparar las del corazón<sup>9</sup>. Pudo acontecer, en efecto, que la Esposa, teniendo ya el corazón más purificado por la fe, que proviene del oír, como enseña San Pablo, se hiciera más apta para la contemplación de lo que antes superaba a su capacidad, viéndose, al recibir esos pendientes de oro, dotada con ellos de una vista más perspicaz y mejor dispuesta para la inteligencia de las cosas espirituales, con lo cual agradó sobremanera al Esposo, que goza de verse contemplado con ojos espirituales; y de ahí que tome pie de esto para dirigirle esta magnífica alabanza: *Son tus ojos como de paloma*. Como si le dijera: Contémplame ahora en espíritu, porque el Señor Jesús, que está delante de ti, es espíritu<sup>10</sup>, y tú ahora ya puedes contemplarle así, porque *tus ojos se han vuelto vivos y penetrantes como los de paloma*. Antes no lo podías, y por eso hubo que reprimir tus anhe-

<sup>7</sup> Mt. 3, 16.

<sup>8</sup> Cant. 1, 10.

<sup>9</sup> Serm. 41, 2-4.

<sup>10</sup> Thren. 4, 20.

los; pero ahora ya puedes hacerlo si te place; porque son tus ojos vivos y penetrantes como los de paloma, se han vuelto espirituales. No puedes aún contemplarme tan bien como me has pedido; pero verás satisfechos del todo tus anhelos. Has de ir subiendo de claridad en claridad, y, por tanto, has de contentarte en la presente vida con gozar de la contemplación que está a tu alcance; a medida que se acreciente tu potencia visiva, tu visión será más clara y directa.

6. No creo, hermanos, no creo, repito, que esta visión sea vulgar y ordinaria, de suerte que Dios la conceda a todos, aunque por otra parte sea inferior a aquella de que un día gozamos. Finalmente, advertid lo que sigue: *Tú, sí, Amado mío; tú sí que eres el hermoso y el agraciado.* ¡A qué alteza de contemplación suponen estas palabras que ha llegado la Esposa! ¡A qué sublimidades tan excelsas hubo de estar encumbrada su alma, cuando se permite llamar Amado suyo a Aquel que es el Señor del universo! Siendo de notar que no dice simplemente el *Amado*, sino el *Amado mío*, como si le perteneciera en exclusiva propiedad. Sublime visión es ésta, por cierto, pues comunica a la Esposa tanta autoridad y confianza, que, como olvidada de que Aquel a quien habla es el Señor de todas las cosas, sólo ve en El a su Amado: vele y le contempla no por medio de representaciones materiales y sensibles, no en los misterios de su pasión ni sujeto a las miserias y flaquezas corporales, ya que, según el profeta, contemplado de esta suerte, no es su semblante bello y luminoso<sup>11</sup>; sino que le ve y contempla en toda su grandeza y magnificencia, por lo cual le proclama bellísimo y resplandeciente de gloria, para darnos a entender que la visión de que goza no es ordinaria, sino enteramente sublime. Aquí el Esposo divino habla cara a cara con su Esposa, como en otro tiempo hablaba al santo varón Moisés<sup>12</sup>; y la Esposa ve a su Esposo no en enigma, sino cara a cara; y sus labios le proclaman tal como le ve en espíritu con visión sublime y arrebatadora. Sus ojos contemplan al Rey de la gloria en toda su esplendorosa belleza, pero le contemplan no como a Rey, sino como a Amado. Testifica Isaías que vió al Señor sentado en solio excelso y elevado, y Moisés testifica que le contempló cara a cara: pero, a mi entender, la visión de que gozó la Esposa es muy superior a las de Moisés e Isaías, por cuanto esos profetas vieron a Dios como a Señor, mientras que la Esposa le vió como Amado suyo. Véase si no cómo se expresa Isaías: *Vi al Señor sentado en trono excelso y elevado*<sup>13</sup>. Por su parte

<sup>11</sup> Is. 53, 2.

<sup>12</sup> Ex. 33, II.

<sup>13</sup> Is. 6, I.

exclamaba Moisés: *He visto a Dios cara a cara, y mi vida ha quedado en salvo*<sup>14</sup>. Pero si yo soy Señor, dice, ¿dónde está mi temor? <sup>15</sup> Pues si a ellos se les hizo la revelación con temor, porque donde hay señor hay temor, yo ciertamente, si se me diera opción para ello, escogería sin titubear la visión de la Esposa, con tanto mayor afecto y ardiente deseo, cuanto veo que esa visión produce en el alma un sentimiento más noble y elevado, cual es el de la dilección; porque el temor va con aflicción, mientras que la perfecta caridad lanza fuera el temor<sup>16</sup>. Verdad que va gran diferencia entre aparecer el Señor terrible en sus designios sobre los hijos de los hombres<sup>17</sup> y mostrarse *el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres*<sup>18</sup>. En esta forma le contempló, sin duda, la Esposa al exclamar: *¡Oh, qué hermoso eres, Amado mío, y qué agraciado!* Evidentemente, estas palabras a amor suenan, no a temor.

7. Mas quizá te asalte un pensamiento al corazón: ¿Cómo, te preguntas, pueden las palabras del Verbo llegar a oídos del alma, y recíprocamente, las del alma al Verbo, oyendo ella la voz de Aquel que la habla y al punto ensalza su belleza, y que el alma, a su vez, tribute al momento las mismas alabanzas a Aquel de quien las ha recibido? ¿Cómo puede hacerse esto? Porque no habla la palabra, sino nosotros por la palabra. Y el alma tampoco puede hablar si la boca del cuerpo no forma sus palabras. Con razón hacéis esta pregunta; pero considerad que es el espíritu quien habla, y, por tanto, han de entenderse estas cosas espiritualmente. Por eso siempre que os digan o que leáis que el Verbo, o sea la *Palabra*, y el alma hablan juntos y se miran el uno al otro, no os imaginéis que sean voces corporales las que se cambian entre sí, ni que se vean el uno al otro por medio de imágenes corpóreas. Escuchad más bien de qué manera debéis entender esto. El Verbo es espíritu, y el alma lo es también; ambos espíritus tienen su lenguaje propio, con que se hablan y se hacen conocer que están presentes. Ahora bien, la lengua del Verbo es el favor de su benevolencia, y la del alma es el ardor de su dilección. El alma que carece de este ardor amoroso no tiene lengua, es incapaz de hablar, por lo cual no puede conversar con el Verbo. Luego, pues, que el Verbo, queriendo hablar al alma, mueve su lengua, el alma no puede menos de oírla, porque *la palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que espada de dos filos, llegando hasta la división del alma y del espíritu*<sup>19</sup>. Así también, luego que el alma mueve la suya, es imposible que el Verbo no la conozca, no sólo porque El está presente en to-

<sup>14</sup> Gen. 32, 30.

<sup>15</sup> Mal. 1, 6.

<sup>16</sup> 1 Io. 4, 18.

<sup>17</sup> Ps. 65, 5.

<sup>18</sup> Ps. 44, 3.

<sup>19</sup> Hebr. 4, 12.



das partes, sino principalmente porque la lengua de la devoción no se mueve jamás para hablar si El no la estimula con su gracia.

8. Por eso, del Verbo es el decir al alma *hermosa eres*, y el llamarla *amiga*, y el infundir en ella la gracia de amarle y de hacerse amar de El. Asimismo, cuando el alma a su vez llama al Verbo *su Amado* y proclama que *es hermoso*, atribúyete sincera y humildemente la gracia que ha recibido de amarle y ser de El amada, admirándose de tan gran bondad y pasmándose de recibir tan alta merced. La hermosura del Esposo no es sino su amor, tanto más excelso cuanto es más preveniente. Por eso la Esposa clama de los adentros de su corazón y de sus más secretos y vivos afectos que le debe amar con tanto más ardor cuanto se ha dignado prevenirla con su amor; de forma que la palabra del Verbo entraña en sí la infusión de este precioso don, y con su presencia el alma manifiesta el asombro que siente, acompañado de acciones de gracias. Cuanto más amada se siente, más ardientemente ama; y la admiración que la embarga es tanto más viva, cuanto se ve más tiernamente prevenida en el amor. De ahí que no se contente con decir una sola vez a su Esposo que es hermoso, sino que se lo repite con visible complacencia, a fin de manifestar mejor con esta repetición cuán eminente es su belleza.

9. O también con esta repetición quisiera que resaltase la admirable belleza que resplandece en las dos substancias que hay en Cristo, en una de naturaleza y en otra de gracia. Como quien dice: ¡Cuán hermoso eres para los ángeles, Señor Jesús, en tu naturaleza divina, engendrado desde la eternidad en los esplendores de la santidad antes que el lucero de la mañana, siendo como eres el resplandor y retrato de la substancia del Padre y la luz de la vida eterna, siempre brillante y sin eclipse! ¡Cuán hermoso apareces también a mis ojos, Señor mío, en esa nueva posición que has adoptado al unirte en persona a la naturaleza humana! Porque cuando a ti mismo te anonadaste, cuando te despojaste del brillante ropaje de la divinidad, sombreando los purísimos resplandores de tu gloria, entonces resplandeció más fúlgida tu piedad, brilló más clara tu caridad y centelleó más intensamente tu gracia. ¡Oh! ¡Cuán esplendorosa aparece a mis ojos esa Estrella que nace de Jacob<sup>20</sup>, cuán bella esa Flor que corona el esbelto tallo que brota de la raíz de Jesé<sup>21</sup>, cuán placentera esa suavísima Luz que ha venido a alumbrarme desde lo alto de los cielos<sup>22</sup>, a mí que yacía en tinieblas y en sombra de muerte! ¡Qué objeto de

<sup>20</sup> Num. 24, 17.

<sup>21</sup> Is. II, 1.

<sup>22</sup> Lc. I, 78.

admiración y de pasmo no eres aun para las virtudes celestiales en tu concepción virginal por obra del Espíritu Santo, en tu nacimiento de Madre Virgen, en la inocencia de tu vida, en la profundidad de tu doctrina, en la gloria de tus milagros y en la revelación de tus misterios! En fin, ¡qué brillante Sol de justicia eres cuando después de tras-puesto emerges del corazón de la tierra! ¡Cuán agraciado apareces, Rey de gloria, cuando, revestido de tu estola<sup>23</sup>, te retiras a lo alto de los cielos! ¡Cómo por todas estas cosas no dirán todos mis huesos: Señor, quién hay semejante a ti?<sup>24</sup>

10. Esas cosas y otras semejantes miraba la Esposa en el Amado, cuando dijo: *¡Oh cuán hermoso y agraciado eres, Amado mío!* Y aun tengo para mí como indudable que no sólo le fué dado contemplar esas maravillas, sino que tuvo también la dicha de vislumbrar algo de esos prodigios de sublime belleza que resplandecen en su naturaleza divina, de esa incomparable hermosura que excede inmensamente la capacidad de nuestras facultades y huye a nuestra experiencia. De ahí que con su reiteración intentara subrayar la belleza que resplandece en ambas naturalezas, divina y humana. Escuchad ahora cómo salta de júbilo a la vista de su Amado, que la habla palabras halagüeñas; con qué alegría se congratula de ello, entonando ante El un canto nupcial rebotante de amorosos sentimientos. *De flores es nuestra camita, de cedro son las vigas de nuestras habitaciones, de ciprés nuestros artesonados.* Pero más valdrá dejar para la conferencia siguiente la explicación de ese canto de la Esposa, a fin de que, dándonos el reposo nueva alegría, estemos mejor dispuestos a alegrarnos con ella, para alabanza y gloria de su Esposo, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

#### 46 DEL ESTADO Y COMPOSICIÓN DE TODA LA IGLESIA Y DE CÓMO POR MEDIO DE LA VIDA ACTIVA EJERCITADA POR OBEDIENCIA SE LLEGA A LA CONTEMPLATIVA \*

1. *Florida es nuestra camita; de cedro son las vigas de nuestras moradas, y de ciprés nuestros artesonados*<sup>1</sup>. Entona aquí la Esposa un dulce epitalamio, al par que describe con estilo pulcro el lecho y cámara nupcial, invitando a su Esposo al dulce descanso que le ofrece. Verdad que no

<sup>23</sup> Is. 63, 1.

<sup>24</sup> Ps. 34, 10.

\* PL 183, 1004.

<sup>1</sup> Cant. 1, 15. 16.

hay dicha comparable con la de poder reposar con Jesús y en su grata compañía; sólo la necesidad puede obligar al alma a que abandone ese dulce reposo para ir en busca de aquellos que deben ser salvos. Creyendo, pues, la Esposa que se ha presentado la ocasión favorable a sus designios, anuncia al Esposo que la cámara está adornada, le muestra el lecho con el dedo e invítale, como ya dije, a tomar algún reposo; y semejante a los discípulos de Emaús, no pudiendo reprimir más tiempo el fuego del amor que abrasa su corazón, procura atraer a su Esposo a su interior, como a una hostería; le urge a que pase la noche con ella<sup>2</sup>, y dícele con Pedro: *Señor, bueno será estarnos aquí*<sup>3</sup>.

2. Busquemos ya el contenido espiritual de estas cosas. También en la Iglesia hay un *lecho* donde descansa, y creo son los claustros y monasterios, en donde se lleva un vivir exento de los cuidados del siglo y solitudes de la vida. Y este lecho está florido, porque la conversación y vida de los hermanos brilla con los ejemplos y enseñanzas de los Padres, como campo tapizado de flores odoríferas. Las *estancias* significan el conjunto de pueblos cristianos, que componen las cristiandades particulares, a las que los príncipes, así eclesiásticos como seculares, retienen fuertemente unidas entre sí por medio de las leyes que les imponen, así como las vigas traban y afirman las paredes de una casa, para impedir que, viviendo cada uno a merced de sus caprichos y antojos de su voluntad, a manera de paredes desniveladas y tapias ruinosas, se disocien unos de otros, viniendo toda la fábrica del edificio a dar en tierra y quedando convertida en un montón de ruinas. Respecto a los *artesonados*, que están fuertemente adheridos a las vigas y que tanto adornan a las habitaciones, creo que significan las costumbres y la conducta suave y arreglada del clero y de los diversos oficios de la Iglesia bien administrados. Porque ¿cómo el orden de los eclesiásticos podría subsistir y ser bien gobernados los oficios de la Iglesia cual conviene, si los príncipes, que son como las vigas de esos artesonados, no los sostuvieran con su munificencia y no los protegieran con su potencia?

3. Al describir las vigas como de *cedro*, y los artesonados de *ciprés*, se significan sin duda las cualidades que han de adornar a las personas antes mencionadas. Y así, el cedro, como árbol muy alto y de madera incorruptible y odorífera, designa con bastante propiedad cuáles han de ser los que deben ser elegidos para desempeñar el oficio de vigas. Por consiguiente, los que han de ser constituidos en dignidad para gobernar a otros es preciso que sean fuertes.

<sup>2</sup> Lc. 24, 29. 32.

<sup>3</sup> Mt. 17, 4.

animosos en la adversidad, sólidamente fundados en la esperanza, de espíritu sufrido, generoso y elevado, para que difundan por doquier el buen olor de su fe y de sus virtudes y puedan decir con el Apóstol: *Somos buen olor de Cristo para Dios en todo lugar* <sup>4</sup>. El ciprés, también madera olorosa e imputrescible, muestra que todo eclesiástico, cualquiera que sea, debe ser incorruptible en la fe y las costumbres, a fin de servir de ornamento a la casa de Dios y ser como el artesonado en ella; y así está escrito: *La santidad conviene a tu casa para siempre* <sup>5</sup>, palabras que expresan bien la belleza de la virtud y la perseverancia de una gracia que no se altera jamás; así quien es elegido para adornar y hermohear esta casa, ha de estar adornado, a su vez, de virtudes, no pudiendo contentarse con el testimonio de su buena conciencia, siendo preciso también que los demás tengan de él buena opinión. Otras propiedades hay en la naturaleza de estas maderas, que significan las partes que han de adornar a esta clase de personas, mas no las mencionaré por no alargarme demasiado.

4. Nótese también cómo el estado de la Iglesia está todo pulcramente comprendido en las breves palabras de este versículo: la autoridad de los prelados, la dignidad del clero, las buenas costumbres del pueblo y la quietud de los monjes. La Iglesia, su Madre santa, se regocija al ver el orden que en ellos reina y los presenta a su Amado para que también los vea, refiriendo todas las cosas a su bondad, porque El es el autor de todos los bienes, sin atribuirse nada a sí misma. Y si bien es verdad que dice: *Nuestro lecho, nuestras estancias*, hácelo para significar el santo afecto de que se halla poseída, no porque pretenda en manera alguna usurpar tales bienes. El excesivo amor que profesa a su Esposo inspírala la dulce confianza de que nada de cuanto pertenece a Aquel a quien ama apasionadamente, pueda ella mirarlo como cosa extraña a sí; está convencida de que no se verá privada de su intimidad ni de reposar a su lado, pues en todo y siempre no busca sus propios intereses, sino los de su Amado. De ahí que no se recate de decir que así el lecho como las estancias le son comunes con El, usando de las expresiones: *Nuestro lecho, las vigas de nuestras estancias, nuestros artesonados*, etc., pues se cree con derecho a participar de los bienes del Esposo, con quien vive íntimamente unida por amor. Ciertamente que no puede obrar así el alma que todavía no ha renunciado a su propia voluntad: esa tal no descansa cabe el Amado, sino que mora solitaria, o mejor dicho, olvidada de sí misma; frecuenta el trato de mujeres de mal vivir, que son las.

<sup>4</sup> 2 Cor. 2, 15.

<sup>5</sup> Ps. 92, 5.



concupiscencias desordenadas de la carne, con las cuales disipa sus bienes y la porción de la hijuela que pidió se le dividiese <sup>6</sup>.

5. Ahora bien, tú que oyes o lees las voces del Espíritu Santo que vamos comentando, ¿crees acaso que con razón puedes apropiarte algo de lo en ellas expresado? ¿Reconoces en ti alguna sombra siquiera de esa felicidad de la Esposa que el Espíritu Santo celebra en este amoroso Cantar, o eres más bien de aquellos que oyen su divino susurro sin saber de dónde viene ni adónde va? Tal vez aspiras al dulce descanso de la divina contemplación, y en esto eres digno de loa; con tal, empero, que no olvides esas flores que cubren el lecho de la Esposa. Por tanto, procura cubrir el tuyo con las de las buenas obras, mediante el ejercicio de las virtudes, que son cual odoríferas plantas que producen flores de santidad, de las cuales salen los sabrosos frutos de la contemplación. Pero si aspirases al descanso de la contemplación antes de haber trabajado, antes de haberte ejercitado en las virtudes; si, despreciando la fecundidad de Lia, sólo pensases en gozar de solas las caricias de Raquel, no conseguirías sino adormecerte en una especie de ociosidad sensual, exigiendo el premio antes del mérito, y comerías antes de haberlo ganado, pervirtiendo el orden, cuando dice el Apóstol: *Quien no quiere trabajar, tampoco coma* <sup>7</sup>. Y el salmista: *De la observancia de tus mandamientos saqué gran caudal de sabiduría* <sup>8</sup>, para enseñarte que el gusto de la contemplación no es debido sino a la práctica de los mandamientos de Dios. No creas, pues, que el amor de tu propia quietud perjudicará a las obras de la santa obediencia y a las órdenes de tus mayores; porque entonces el Esposo no te invitaría a descansar con El en su mismo lecho, y menos aún en ese lecho que habrías cubierto con las cicutas y las ortigas de la desobediencia en vez de las flores de la obediencia. En tal caso ni siquiera oiría tus plegarias ni acudiría a tu llamamiento en la oración; porque ¿cómo habría de atender a las súplicas de un desobediente Aquel que tanto amó la obediencia, que prefirió morir antes que dejar de obedecer? Y tampoco aprobaría el inútil ocio de tu contemplación Aquel que dice por un profeta: *He trabajado hasta agotarme* <sup>9</sup>, refiriéndose al tiempo en que, hallándose como desterrado del cielo, que es la patria del perfecto descanso, obró nuestra salud en medio de la tierra; más bien recelo que oirías resonar sobre tu cabeza aquella voz de trueno que un día estalló sobre los pérfidos judíos: *No me ofrecáis ya más sacrificios en balde, pues abomino del incienso ofrecido con un corazón corrompido. El novilunio, el sábado y las*

<sup>6</sup> Lc. 15, 12, 13.

<sup>7</sup> 2 Thess. 3, 10.

<sup>8</sup> Ps. 118, 104.

<sup>9</sup> Jer. 6, 11.

demás fiestas vuestras no puedo soportarlas más, porque en vuestra asamblea reina la impiedad. Por eso vuestras calendas y vuestras solemnidades resultan odiosas a mi alma, y las aborrezco<sup>10</sup>. Se lamentaría también de tus oraciones el profeta, diciendo: *Sus enemigos la miraron con desprecio y se mofaron de sus sábados*<sup>11</sup>. Y en verdad, ¿cómo no habría de burlarse el enemigo de lo que el Amado del alma desecha con horror?

6. Me pasmo no poco de la desvergüenza de algunos de nosotros, que tras de haber inquietado a la comunidad con sus singularidades, tras de habernos apurado la paciencia con su porfía y rebelión, tras de habernos despreciado con su desobediencia, todavía se atreven a convidar con encarecidos ruegos al Señor de toda pureza a que venga al lecho de su alma, manchado con las impurezas de la concupiscencia. *Cuando levantéis las manos en alto*, dice El, *apartaré mis ojos, y por más oración que hagáis, no os escucharé*<sup>12</sup>. ¿Pues qué? Tu lecho, en vez de estar sembrado de flores, está cubierto de hedores, ¿y tienes tan poco pudor que pretendes atraer a él al Rey de la gloria? ¿Haces esto para que descanse o para ofenderle? El centurión no le deja que entre bajo su techo por su indignidad, y, sin embargo, su fe trasciende por todo Israel<sup>13</sup>, ¿y tú le impeles a entrar a ti, sentina sucia de tantos vicios? Clama el Príncipe de los apóstoles: *¡Vete de mí, porque soy hombre pecador!*<sup>14</sup>, ¿y tú dices: Entra en mí, Señor, porque soy santo? Todos, dice, unánimes en oración, amad la fraternidad<sup>15</sup>. Y el vaso de elección dice: *Elevando las manos puras, sin ira ni contienda*<sup>16</sup>. ¿No ves cómo concuerdan entre sí y en el mismo espíritu acerca de la paz y la tranquilidad de ánimo el Príncipe de los apóstoles y el Doctor de las gentes? Comienza, pues, tú a extender todo el día las manos a Dios, tú que molestas todo el día a tus hermanos, que atacas a la unanimidad, que te separas de la unidad.

7. Y ¿qué quieres que haga?, dices. Pues lo primero, que limpies la conciencia de toda mancha de ira y disensión, de murmuración y de envidia; cuanto se sabe es contrario o bien a la paz fraterna o a la obediencia a los ancianos, aprésurate a eliminarlo del aposento del corazón. Rodéate luego de flores de toda clase de buenos actos y de laudables ocupaciones y de perfumes de virtudes, o sea procura pensar y ejercitarte en todo lo púdico, todo lo santo, en todo lo amable, en todo lo de buena fama, lo virtuoso y laudable en doctrina<sup>17</sup>. A estas cosas seguramente llamarás al Es-

<sup>10</sup> Is. I, 13. 14.

<sup>11</sup> Thren. I, 7.

<sup>12</sup> Is. I, 15.

<sup>13</sup> Mt. 8, 8. 10.

<sup>14</sup> Lc. 5, 8.

<sup>15</sup> I Petr. 2, 17.

<sup>16</sup> I Tim. 2, 8.

<sup>17</sup> Phil. 4, 8.

poso; porque cuando le introduzcas, verdaderamente podrás tú también decir que nuestro lecho es florido al oler la conciencia piedad, y paz, y mansedumbre, y justicia, y obediencia, y alegría, y humildad. Y esto queda dicho acerca del lecho.

8. Ahora bien, se reconozca a sí mismo casa espiritual de Dios sólo aquel que no ande ya en la carne, sino en el espíritu; porque el templo santo de Dios, dice, sois vosotros<sup>18</sup>. Cuida, pues, hermano, de este espiritual edificio que eres tú mismo, no sea que, comenzando a subir hacia arriba, vacile y se desplome, al no estar sostenido y trabado con fuertes maderas; cuida, digo, de ponerle maderas imputrescibles e inmóviles, o sea el temor casto del Señor, aquel que permanece en los siglos de los siglos<sup>19</sup>; la paciencia, de la que está escrito que la paciencia de los pobres no perecerá hasta el fin<sup>20</sup>; la longanimitad también, que, perseverando inflexible bajo cualquier peso de construcción, dura por los siglos infinitos de la vida bienaventurada, diciendo el Salvador en el Evangelio: *El que perseverare hasta el fin, ése se salvará*<sup>21</sup>. Pero más y sobre todas estas cosas, la caridad, que nunca fenece, porque fuerte es, dice, como la muerte, la dilección; dura como el infierno la emulación<sup>22</sup>. Cuida después de colocar bajo de estas vigas y adherirlos a ellas, si los hallas a tu disposición, otros maderos también bellos y preciosos, por más que no sirvan sino para formar los artesonados y adornar la casa, tales como el don de hablar con sabiduría y el de discurrir con ciencia, el de profecía, el de hacer milagros, el de interpretar las Escrituras y otros semejantes, que son más bien para ornato del alma que necesarios para su salvación. No tengo precepto que darté sobre esto; lo que te digo no es sino mero consejo, pues es cierto que esas especies de maderas no se adquieren sino con gran trabajo, no se encuentran sino con dificultad y no se ponen por obra sino con mucho peligro; y nuestra tierra, especialmente en este tiempo, no produce sino muy pocas. Por eso te aconsejo y advierto que no te des demasiado a buscarlas. Sírrete más bien de otras maderas para el techo; y aunque parezcan menos excelentes, sabemos cierto que no son menos resistentes, a más de que su adquisición es más fácil y segura.

9. Pluguiera a Dios que yo alcanzase abundancia de esas maderas, de las que tantas hay en el jardín del Esposo, que es la Iglesia, y que son la paz, la bondad, la mansedumbre, el gozo del Espíritu Santo, el dar con alegría y sencillez, el alegrarse con los que se alegran y llorar con los

<sup>18</sup> I Cor. 3, 17.

<sup>19</sup> Ps. 18, 10.

<sup>20</sup> Ps. 9, 19.

<sup>21</sup> Mt. 10, 22.

<sup>22</sup> Cant. 8, 6.

que lloran <sup>23</sup>. ¿Acaso no creerás que se halla dignamente adornada, al menos en cuanto a revestimientos y artonados, aquella casa que ves artificioamente labrada con todas esas maderas mencionadas? Señor, amo la hermosura de tu casa <sup>24</sup>. Dame siempre, si te agrada, de esas maderas, con que pueda adornar mi conciencia y las de otros. Contentárame con esto, y aun me persuado de que tú eres de ese mismo parecer y que te darías por satisfecho de poseer en abundancia esas clases de maderas. Queden las otras reservadas para los apóstoles y los varones apostólicos. Tú, carísimo, aunque no tengas aquellas maderas, si posees éstas, no dejes de acercarte confiado a la piedra suprema y angular, a la piedra escogida y preciosa; y siendo tú mismo piedra viva y animada, entra en este edificio fabricado sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas. Sé como casa espiritual y como un sacerdote santo, para ofrecer víctimas espirituales gratas a Dios, por nuestro Señor Jesucristo <sup>25</sup>, Esposo de la Iglesia, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**47 DE TRES ESPECIES DE FLORES: LA DE LA VIRGINIDAD, LA DEL MARTIRIO Y LA DE LAS BUENAS OBRAS; Y DE LA DEVOCIÓN CON QUE DEBE REZARSE EL OFICIO DIVINO \***

1. *Soy la flor del campo y el lirio de los valles* <sup>1</sup>. Creo que esto se refiere a lo que la Esposa dijo antes de saber que el lecho estaba cubierto de flores. En efecto, para que la Esposa no cayera en la tentación de atribuirse a sí las flores con que le parecía tener adornado el lecho y hermosa la cámara nupcial, infiere el Esposo ser El la flor del campo, pues del tálamo no brotan flores, sino del campo, y por su don y su participación viene lo que tienes y lo que exhala olor. Luego, para que nadie pueda dirigirla este reproche: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si todo lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas cual si fuera tuyo?* <sup>2</sup>, El mismo, por su bondad, cual amante celoso y benigno Maestro, dignase manifestar cariñosamente a su Amada quién es Aquel a quien debe atribuir la hermosura de que se gloria y la fragancia de las flores esparcidas sobre su lecho. Yo soy, le dice, *la flor del campo*, y, por consiguiente, todo eso de que te glorías de mí procede. Estas

<sup>23</sup> Rom. 12, 8. 15.

<sup>24</sup> Ps. 25, 8.

<sup>25</sup> Eph. 2, 19-22; 1 Petr. 2, 4-6

\* PL 183, 1008.

<sup>1</sup> Cant. 2, 1.

<sup>2</sup> 1 Cor. 4, 7.



palabras encierran para nosotros una preciosa enseñanza, a saber: que jamás debemos gloriarnos en nosotros mismos, sino que el que se gloria ha de gloriarse en el Señor<sup>3</sup>. Tal es el sentido literal de este texto. Procuremos ahora, con la asistencia del mismo Esposo, calar el sentido espiritual en él encerrado.

2. Y lo primero, observad que en tres lugares distintos pueden hallarse las flores: en el *campo*, en el *jardín* y en una *cámara*, a fin de que en seguida comprendáis más fácilmente por qué el Esposo escoge el llamarse con preferencia *flor del campo*. Las flores nacen en el campo o en el jardín, mas no en una cámara nupcial. Resplandecen ciertamente y perfuman con su fragancia la cámara nupcial, mas no brotan allí, sino que es preciso llevarlas; por eso no las veréis enhiestas sobre sus tallos, sino echadas, como cosa traída de otra parte para servir de adorno. De ahí que sea preciso reemplazarlas con frecuencia y poner siempre otras nuevas, pues no conservan mucho tiempo ni la fragancia ni la belleza. Y si, como en otro discurso dijimos<sup>4</sup>, este lecho sembrado de flores simboliza al alma llena de buenas obras, fácil es comprender, siguiendo la misma comparación, que no basta hacer lo bueno una o dos veces, sino que es preciso añadir sin cesar nuevas virtudes a las primeras, a fin de que, sembrando con abundancia, recojamos con abundancia. De lo contrario, las flores de las buenas obras se marchitan y secan, perdiendo presto toda su galanura y lozanía, si las primeras no son sustituidas de continuo con otras nuevas. Esto en el tálamo.

3. Mas no es así en el *jardín* y tampoco en el *campo*. Habiendo una vez producido las flores, las provee sin cesar de qué mantenerse largo tiempo en su natural hermosura. Aunque hay no pequeña diferencia entre las flores criadas en los jardines y las que brotan en los campos; porque el jardín, para dar flores, necesita de la mano y del arte del hombre que lo cultiva, mas el campo las produce espontáneamente y sin trabajo ni cultivo de los hombres. Creo que ya entendéis cuál sea este campo no roto con arado ni con azada, no estercolado ni sembrado, a pesar de lo cual se halla embebido con esta linda flor, sobre la que se posó de cierto el Espíritu Santo. *He ahí el olor de mi hijo* (José), dice, *que es como el olor de un campo florido, bendecido por el Señor*<sup>5</sup>. Esta flor del campo no estaba aún revestida de su belleza y ya exhalaba un aroma exquisito, pues aquel santo patriarca, oprimido por la vejez y de vista débil,

<sup>3</sup> 2 Cor. 10, 17.

<sup>4</sup> Serm. prec., 7.

<sup>5</sup> Gen. 27, 27.

pero de olfato muy fino, lo sintió en espíritu, no pudiendo menos de lanzar aquel grito de alegría. No convenía, pues, que el Esposo se denominase flor de *aposeno*, siendo flor siempre fresca y lozana; ni tampoco convenía que se denominase flor de *jardín*, a fin de que no pareciese haber sido engendrado mediante operación humana. Con suma pulcritud y propiedad, pues, dice: *Soy la flor del campo*; por cuanto brotó sin cultivo ni esfuerzo humano, y después de haber brotado, jamás se marchitó con los hálitos de la corrupción, a fin de que se cumpliera en El aquello que dijo el profeta: *No permitirás, Señor, que tu Santo experimente corrupción*<sup>6</sup>.

4. Mas, si te place, toma aún otra razón de esto, que creo no es despreciable. En efecto, ¿por qué dice el Sabio que el Espíritu Santo se multiplica en diversas formas, sino porque ha solido ocultar muchos sentidos espirituales bajo la corteza de una misma letra? Así, según la división que hemos establecido acerca de los diversos lugares en que pueden hallarse las flores, podríamos decir que *la virginidad* es una flor, que el *martirio* es otra flor, y otra *la acción virtuosa*. Créase la virginidad en el *jardín*, el martirio en el *campo*, y la acción virtuosa adorna la *cámara nupcial*. Y con razón se dice que la flor de la virginidad crece lozana en el jardín, ya que es naturalmente pudorosa, huye de presentarse en público, se complace en permanecer oculta y ama la regla y la vida austera. La flor de jardín permanece encerrada, mientras que la del campo está a disposición de todos, y la que adorna la cámara se halla tendida sobre el lecho. Por eso leemos en los Cantares: *Huerto cerrado eres, hermana mía Esposa; huerto cerrado, fuente sellada*<sup>7</sup>; lo cual denota la modestia, recato y santidad inviolable con que debe ser custodiada la castidad virginal, para que quien la profesa se conserve puro y santo de cuerpo y de espíritu. En la flor del campo viene significado el martirio, ya que los mártires se ven expuestos a los ultrajes de todo el pueblo y se les hace servir de espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. De ahí que el salmista ponga en sus labios esa exclamación lastimera: *Somos objeto de oprobio para nuestros vecinos, el escarnio y la mofa de nuestros compañeros*<sup>8</sup>. Finalmente, la flor que adorna la cámara nupcial simboliza la acción buena y virtuosa, porque ésta nos trae paz y sosiego de conciencia. En efecto, después que uno ha realizado cumplidamente las buenas obras a que venía obligado por razón de su estado o cargo, puede ya entregarse más apaciblemente al dulce sueño de la con-

<sup>6</sup> Ps. 15, 10.

<sup>7</sup> Cant. 4, 12.

<sup>8</sup> Ps. 78, 4.

templación; y con tanto mayor sosiego y perspicacia podrá estudiar y sondear las cosas divinas, cuanto su conciencia le dé testimonio de no haber defraudado en nada las obras de caridad por amor a su propio descanso.

5. Todo esto, en cierto modo, es el Señor Jesús. Es flor de jardín, pues cual renuevo virginal brotó del seno de una Virgen. Es también la flor del campo, por cuanto fué mártir, corona de los mártires y perfecto ejemplar del martirio. Para martirizarle, sacáronle fuera de la ciudad, padeció todos los suplicios a campo abierto, por decirlo así, para lo cual le clavaron en una cruz, que levantaron en alto a fin de hacerle servir de espectáculo a los hombres, para ser de todos burlado y despreciado. Es, finalmente, como flor que adorna la cámara nupcial, por ser espejo y modelo de toda bondad y beneficencia, según El mismo lo declaró abiertamente a los judíos cuando les dijo: *Muchas buenas obras he hecho delante de vosotros por la virtud de mi Padre*<sup>9</sup>. Y en otra parte, refiriéndose a El, dice así la Escritura: *Pasó haciendo bien*<sup>10</sup>. Si, pues, el Señor es todas estas tres cosas, ¿qué razón tuvo para querer más bien ser llamado *flor del campo*? Hízolo sin duda así para invitar a la tolerancia de los males a aquella que sabía tendría que sufrir persecución por querer vivir santamente en Jesucristo. Por donde se ve que el Esposo se complace en que le contemplemos y estudiemos en aquel estado y bajo aquella forma en que principalmente quiere tener imitadores y seguidores. Y es precisamente lo que os dije en otra parte: que la Esposa busca siempre y desea el sosiego, mientras que el Esposo la incita al trabajo, a las obras de celo, anunciándola que debe entrar en el reino de los cielos por medio de muchas tribulaciones<sup>11</sup>. Por eso, después de haberse nuevamente desposado con la nueva Iglesia, que había fundado en la tierra, al disponerse a volver a su Padre, díjola: *Tiempo vendrá en el cual quien os dé muerte pensará hacer un obsequio a Dios*<sup>12</sup>. Y también: *Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros*<sup>13</sup>. Y muchas cosas de éstas, que tú mismo podrás comprobar en el Evangelio.

6. *Soy la flor del campo y el lirio de los valles*. Cuando la Esposa, pues, le muestra el lecho, El la llama al campo y la excita al trabajo, sabiendo bien que no hay mejor medio para empeñarla en el combate que proponerse El mismo o por modelo o por premio. *Soy la flor del campo*. Estas palabras dan, sin duda, a entender ambas cosas a la vez, o sea, que El es o el modelo de su combate o la gloria.

<sup>9</sup> Io. 10, 32.

<sup>10</sup> Act. 10, 38.

<sup>11</sup> Act. 14, 21.

<sup>12</sup> Io. 16, 2.

<sup>13</sup> Io. 15, 20.

de su triunfo. Tú eres para mí lo uno y lo otro, Señor Jesús. Eres para mí un espejo de paciencia y el premio de mi paciencia. Lo uno y lo otro anima y vigoriza sobremañera mi valor. Eres quien dirige y forma mis manos para el combate con el ejemplo de tu valor, y tú mismo eres quien me corona después de la victoria con la presencia de tu majestad, sea porque te miro como combatiente, sea porque aguardo no sólo que me corones, sino que tú mismo seas mi corona. En lo uno y en lo otro me esfuerzas maravillosamente. Así el uno como el otro de estos lazos es muy fuerte para traerme a ti. Tráeme en pos de ti, que te seguiré gustoso y gozaré de ti todavía más gustosamente. Si eres bueno, Señor, con los que te siguen, ¿qué no serás con los que te poseen? *Yo soy la flor del campo*. Cual si dijera: Quien me ama, venga al campo; no huya de entrar en combate conmigo y por mí, a fin de que pueda decir: *He combatido valerosamente* <sup>14</sup>.

7. Mas porque no son los soberbios ni los arrogantes, sino más bien los humildes, que no presumen de sí mismos, los aptos para el martirio, por eso añade que El es también *el lirio de los valles*, o sea la corona de los humildes, señalando por la eminencia de esta flor sobre las otras la gloria especial de su futura elevación. Porque vendrá tiempo *en que todo valle será terraplenado, todo monte y cerro allanado* <sup>15</sup>, y entonces Aquel que es el candor de la vida eterna, aquel lirio inmortal y bellissimo aparecerá no en los montes y collados, sino en los valles. *El justo*, dice un profeta, *florece como el lirio* <sup>16</sup>. ¿Y quién puede ser justo sin ser humilde? Cuando el Señor se inclinó bajo las manos de Juan Bautista, que no era sino su siervo, y éste, con veneración a tan soberana Majestad, se resistía a bautizarle, le dijo: *Déjame obrar ahora, que así es como conviene que cumplamos toda justicia* <sup>17</sup>; fundando, sin duda, la consumación de la justicia en la perfección de la humildad. El justo, pues, es humilde; por lo cual se abaja como los valles. Y si nosotros somos hallados humildes, germinaremos también como el lirio y floreceremos eternamente en la casa del Señor. ¿No mostrará El que es verdaderamente lirio cuando transforme el cuerpo de nuestra humildad y lo haga semejante al suyo glorioso? <sup>18</sup> No dice nuestro cuerpo, sino *el cuerpo de nuestra humildad*, significando que solamente los humildes serán esclarecidos con los esplendores inmortales de este divino lirio. Y basta lo dicho para inteligencia de las palabras del Esposo en que dice ser El *la flor del campo y el lirio de los valles*.

<sup>14</sup> 2 Tim. 4, 7.

<sup>15</sup> Is. 40, 4.

<sup>16</sup> Os. 14, 6.

<sup>17</sup> Mt. 3, 15.

<sup>18</sup> Phil. 3, 21.



8. Bueno fuera ya oír también lo que el Esposo dice de su amada Esposa, pero la hora no lo permite. Nuestra Regla prescribe terminantemente que nada debemos preferir a la Obra de Dios, que es el nombre con que nuestro Padre San Benito designa las alabanzas solemnes que todos los días se ofrecen a Dios en nuestro oratorio<sup>19</sup>. Quiso llamarlas así para que entendiésemos más claro cuánto deseaba que nos afanásemos por desempeñarla con todas veras. Por eso os advierto, carísimos, que asistáis siempre al Oficio divino *con pureza de corazón y fervor de espíritu*. Con *fervor de espíritu*, digo, o sea presentándoos ante el Señor con sentimientos de respeto y animados de espiritual alegría; no siendo perezosos ni soñolientos, no bostezando ni escatimando vuestra voz, no comiéndoos la mitad de las palabras ni menos saltándolas por entero, no cantando de una manera floja, afeminada, nasal o entre dientes, sino pronunciando las palabras del Espíritu Santo con voz varonil, con aquel ardor que corresponda en algún modo a la dignidad y grandeza de lo que estáis diciendo. *Con pureza de corazón*, o sea, no pensando sino en lo que cantáis. Y no sólo se han de evitar pensamientos vanos y ociosos, sino también aquellos en que, según los tiempos y lugares, deben ocuparse los hermanos<sup>20</sup> que desempeñan algún oficio o cargo para utilidad común del monasterio. Más aún: os aconsejaría que ni siquiera admitieseis aquellos que pueden veniros de las lecturas hechas antes en particular o acerca de lo que os digo aquí de viva voz en este *Auditorio* del Espíritu Santo, y que estará todavía fresco en vuestra memoria cuando vayáis al coro. Porque, aunque estos pensamientos sean en sí saludables, no lo son mientras la salmodia, ya que entonces el Espíritu Santo no acepta con agrado todo lo que le ofrecéis si le ofrecéis otra cosa que la debida. Yo le ruego que nos inspire hacer siempre lo que le sea más grato, por la gracia y misericordia del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>19</sup> *Regl. de S. Benito*, c. 43.

<sup>20</sup> Los hermanos oficiales eran los que ahora llamamos hermanos conversos. Se les daba el nombre de oficiales porque se dedicaban a los oficios caseros y externos. Con él se les distinguía de los claustrales, que se dedicaban a la oración (cf. serm. 9 de los Varios, n. 4, y serm. 57 al Cantar, n. 11).

## 48 DE LAS MUTUAS ALABANZAS ENTRE EL ESPOSO Y LA ESPOSA Y CÓMO POR LA SOMBRA DE CRISTO DEBE ENTENDERSE SU CUERPO Y LA FE EN EL MISMO CRISTO \*

1. *Como lirio entre espinas, así es mi Amada entre las hijas*<sup>1</sup>. No son buenas hijas las que punzan. Atiende al pésimo germen maldito de nuestra tierra. Después que hayas cultivado la tierra, dice, ésta te producirá abrojos y espinas<sup>2</sup>. Mientras el alma more en el cuerpo, se verá sin cesar rodeada de espinas; por lo cual le es imposible evitar las inquietudes de las tentaciones y las punzadas de las tribulaciones. Y si esa alma es un lirio, según la bella expresión del Esposo, advierta con cuánto cuidado y exactitud debe velar sobre sí misma, estando por doquier rodeada de espinas que la embisten con sus puntas agudas; ya que esa flor, tan tierna y delicada, no acertaría a sufrir la menor punzada de una espina sin que al punto se sintiese herida. De ahí podéis colegir con cuánta razón y oportunidad nos apremia el profeta a servir al Señor con un saludable temor<sup>3</sup>, y encarecidamente nos exhorta el Apóstol a trabajar con temor y temblor en la obra de nuestra salvación<sup>4</sup>. Ellos habían ya, sin duda, aprendido esta verdad por propia experiencia, como amigos que eran del Esposo, y creían ciertamente que esta palabra del Esposo concernía a sus almas: *Como lirio entre espinas, así es mi Amada entre las vírgenes*. El primero de los dos nos cerciora de ello al decir: *Revolcábame en mi miseria, mientras tenía clavada la espina*<sup>5</sup>. Le fué muy provechoso el ser así punzado, pues por ahí se convirtió al Señor e hizo penitencia. Será también saludable para vosotros el ser heridos por las aflicciones, si éstas engendran en vuestras almas sentimientos de verdadera compunción. Hay muchos que se corrigen de sus culpas luego que caen en alguna desgracia o alguna pena, pudiendo decir: *Me he convertido a ti, Señor, mientras me veía punzado por todos lados como con espinas*. Esas espinas son los pecados, esas espinas son las penas y tribulaciones, esas espinas son los falsos hermanos, esas espinas son los perversos amigos.

2. *Como lirio entre espinas, así es mi Amada entre las vírgenes*. ¡Oh candente lirio, oh flor tierna y delicada! Malignos y subversores están contigo; mira, pues, con qué cir-

\* PL 183, 1012.

<sup>1</sup> Cant. 2, 2.

<sup>2</sup> Gen. 3, 18.

<sup>3</sup> Ps. 2, 11.

<sup>4</sup> Phil. 2, 12.

<sup>5</sup> Ps. 31, 4.

cunspcción debes caminar entre espinas. Lleno de espinas está el mundo. Las hay en la tierra, las hay en el aire, las hay en tu mismo cuerpo. Vivir entre ellas y no ser herido, efecto es de la divina omnipotencia y no de nuestras propias fuerzas. Pero *tened confianza, dice, porque yo he vencido al mundo*<sup>6</sup>. A pesar de que veas que se te presentan de todas partes las tribulaciones como aguijones y espinas, no se turbe tu corazón, no tema, sabiendo que *la aflicción ejercita la paciencia, la paciencia sirve a la prueba, la prueba produce la esperanza y la esperanza no deja confuso*<sup>7</sup>. Considera los lirios del campo cómo se conservan bellos y lozanos entre las espinas. Si Dios tanto se cuida de la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno<sup>8</sup>, ¿que hará con su carísima y amada Esposa? Ciertamente, *el Señor guarda y protege a todos aquellos que le aman*<sup>9</sup>. Como lirio entre espinas, así es mi Amada entre las vírgenes. No es leve indicio de virtud el vivir bien entre malos y el conservar entre maleantes el candor de la inocencia y la lenidad de costumbres, y todavía lo es más el vivir en paz y armonía con los enemigos de la paz. Ese tal, sin duda, tiene derecho de apropiarse toda la perfección del lirio, que no cesa de comunicar su esplendor y su belleza a las espinas mismas que le punzan. ¿No te parece que es asemejarse al lirio el practicar íntegramente la perfección evangélica, orando por los que nos calumnian y haciendo bien a los que nos odian?<sup>10</sup> Procura hacer otro tanto, y tu alma será la Amada del Señor, y El te alabará también, diciendo: *Como lirio entre las espinas, así es mi Amada entre las vírgenes*.

3. Prosigue: *Como manzano entre árboles silvestres, así es mi Amado entre los hijos de los hombres*. Devuelve la Esposa al Esposo las alabanzas que éste le ha tributado. El mero hecho de ser alabada por El indica a las claras ser ella digna de alabanza; pero al alabarle ella a su vez danos a entender que le juzga dignísimo de toda loa y admiración. Y como el Esposo la ha ensalzado comparándola a una flor excelente y hermosa, ella, por su parte, le ensalza asemejándole a un árbol escogido, traído de lejanas tierras, indicando así su excelsa gloria y sublime grandeza. Mas yo creería que ese árbol con el cual le compara no es tan hermoso como algunos otros, no mereciendo ser asimilado con el Esposo, pues la alabanza que de ahí le resulta no es bastante digna y apropiada. *Como manzano entre árboles silvestres y estériles, dice, así es mi Amado entre los hijos de los hombres*. A primera vista parece que la Esposa estima poco a su Esposo, al compararlo con los ár-

<sup>6</sup> Io. 16, 33.

<sup>7</sup> Rom. 5, 3-5.

<sup>8</sup> Mt. 6, 28-30.

<sup>9</sup> Ps. 144, 20.

<sup>10</sup> Lc. 6, 27. 28.

boles silvestres, que son estériles e incapaces de producir fruto apropiado para servir de alimento al hombre. ¿Por qué la Esposa, omitiendo otros árboles mucho más excelentes, toma éste para tejer el elogio de su Esposo? ¿Acaso era justo que pusiera algún límite en las alabanzas de Aquel que recibió el Espíritu Santo sin término ni medida? La comparación tomada de ese árbol invita suponer que hay alguien superior a Aquel que no tiene par ni semejante. ¿Qué responder a todo esto? El elogio es ciertamente muy modesto, lo confieso, mas esto procede de que ella intenta sólo celebrar las alabanzas, no del que es grande, sobremanera grande, sino del que se ha hecho pequeño. No ensalza aquí al Señor en cuanto grande y laudable<sup>11</sup>, sino al Señor pequeño y amable, sí, al pequeño que nos ha nacido<sup>12</sup>.

4. No se ensalza, pues, aquí su majestad, sino que se recomienda su humildad; y con razón se prefiere lo que parece flaqueza y necesidad en Dios a toda la fortaleza y sabiduría de los hombres. Estos son árboles silvestres y estériles, pues, según el profeta, *todos se han extraviado, todos a una se han hecho inútiles; no hay quien obre bien, no hay siquiera uno*<sup>13</sup>. De ahí que diga la Esposa: *Como manzano entre árboles silvestres, así es mi Amado entre los hijos de los hombres*. No hay sino un solo árbol entre todos los de las florestas que lleve fruto, y éste es el Señor Jesús, el cual, en cuanto hombre, es superior a los demás hombres, aunque se ha dignado hacerse algo inferior a los ángeles<sup>14</sup> por la encarnación y someterse en cierto modo a ellos por arte de maravilla; por más que, permaneciendo Dios, los ha retenido a todos bajo su imperio soberano. Algún día, dice El mismo, *veréis abierto el cielo y a los ángeles de Dios subir y bajar, sirviendo al Hijo del hombre*<sup>15</sup>; porque en un solo y mismo hombre, que es Jesucristo, al par que sostienen su flaqueza, adoran su majestad soberana. Ahora bien, la Esposa halla mayor dulzura y consolación en considerarle como abatido y humillado que como sublime y ensalzado; por eso celebra con preferencia su gracia, exalta su misericordia y admira su amable condescendencia y bondad. Prefiere admirarle como a hombre entre los hombres que como a Dios entre los ángeles; prefiere contemplarle como manzano entre los árboles silvestres de la selva que entre los fructíferos de los huertos, y juzga con razón que su elogio nada pierde de su fuerza por el parangón que establece, en el cual la misma flaqueza en que considera a su Esposo hace resaltar más su bondad; porque si bien parece que disminuye en algo la gloria y grandeza del Esposo, en realidad la

<sup>11</sup> Ps. 144, 3.

<sup>12</sup> Is. 9, 6.

<sup>13</sup> Ps. 13, 3.

<sup>14</sup> Ps. 8, 6.

<sup>15</sup> Io. 1, 51.



esclarece más, pues lo que le quita por una parte se lo devuelve con creces por otra, menoscabando aparentemente la gloria de su majestad, a fin de que brille con más esplendor y magnificencia la gracia de su bondad. Así como el apóstol Pablo afirma que lo que es locura y flaqueza en Dios es mayor sabiduría y fortaleza que la de todos los hombres<sup>16</sup>, así como el profeta le proclama el más hermoso entre todos los hijos de los hombres<sup>17</sup>, no entre los ángeles, así también la Esposa, alumbrada por el Espíritu divino, al comparar un árbol fructífero con otros estériles ha pretendido realzar al Hombre-Dios sobre toda la gracia de los hombres, no sobre toda la excelencia de los ángeles.

5. *Como manzano entre árboles silvestres, así es mi Amado entre los hijos.* Y bien dicho: *entre los hijos*; porque siendo El Hijo único del Padre, le ha adquirido muchos más hijos, a quienes no se avergüenza de llamar hermanos suyos, aunque El sea el primogénito de todos ellos. Verdad que el buen derecho exige que quien es el Hijo por naturaleza sea preferido a todos los que han sido adoptados por gracia.

*Cual manzano entre los árboles silvestres*, dice, porque, cual árbol fructífero, da sombra para refrescar y produce excelentes frutos. ¿No es El verdaderamente árbol fructífero, siendo *sus flores frutos de amor y de gloria*?<sup>18</sup> *El es, en fin, el árbol de la vida para los que le poseen*<sup>19</sup>. Todos los árboles de las selvas de este mundo, o sea todos los demás hombres, nada son comparados con El; pues aunque esos árboles sean hermosos y esbeltos, aunque al parecer puedan prestar grandes servicios a sus semejantes con sus oraciones, ministerios, instrucciones y ejemplos, pero sólo Jesucristo, Sabiduría de Dios, es árbol de vida. El solo es el pan vivo que descendió del cielo y da vida al mundo<sup>20</sup>.

6. Por eso añade la Esposa: *Sentéme a la sombra del que tanto había deseado, y su fruto es dulce al paladar mío*<sup>21</sup>. Con razón había deseado la sombra de Aquel de quien debía recibir a la vez su refrigerio y su alimento; pues los demás árboles de las florestas, si bien proporcionan sombra que guarece contra el calor, no producen el alimento de vida ni engendran los frutos eternos de salud. Sólo el Autor de la vida, sólo el Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre<sup>22</sup>, puede decir a su Esposa: *Yo soy tu Salvador*<sup>23</sup>. Moisés, dice El, *no os dió pan del cielo; mi Padre es quien os da el verdadero Pan del cielo*<sup>24</sup>. He aquí por qué la Esposa deseaba principalmen-

<sup>16</sup> I Cor. 1, 25.

<sup>17</sup> Ps. 44, 3.

<sup>18</sup> Eccli. 24, 23.

<sup>19</sup> Prov. 3, 18.

<sup>20</sup> Io. 6, 41. 33.

<sup>21</sup> Cant. 2, 3.

<sup>22</sup> I Tim. 2, 5.

<sup>23</sup> Ps. 34, 3.

<sup>24</sup> Io. 6, 32.

te la sombra de Jesucristo, porque El es el único que no sólo refrigera del calor de los vicios y pasiones, sino que llena y colma al alma con la alegría de las virtudes. *Sentéme a la sombra del que tanto había deseado*. Su sombra es su carne; su sombra es María. Le dió sombra la carne de su propio Hijo; a mí la fe en el Señor. Aunque también su carne me cubre con su sombra, pues la como en el Misterio. La santa Virgen no ha dejado de experimentar tampoco la sombra de la fe, pues se la dijo: *Dichosa eres por haber creído* <sup>25</sup>. *Sentéme*, dice la Esposa, *a la sombra del que tanto había deseado*; y el profeta: *Cristo nuestro Señor, dice, es un espíritu presente delante de nosotros; viviremos a su sombra entre las naciones* <sup>26</sup>. Vivimos ahora a su sombra entre las naciones, pero viviremos un día a su luz con los ángeles. Moramos ahora a su sombra, mientras caminamos por la fe, sin gozar de su clara visión. Por eso el justo que vive de la fe, mora aún en la sombra; mas aquel que vive de la inteligencia es bienaventurado, porque no mora en la sombra, sino en la luz. David era justo cuando decía a Dios: *Dame la inteligencia que necesito para aprender tus mandamientos, y viviré* <sup>27</sup>, sabiendo que la inteligencia debe suceder a la fe y que la luz de la vida y la vida de la luz debe ser revelada a la inteligencia. Hay que vivir primero en la sombra, a fin de que, una vez disipada esa sombra, podamos contemplar lo que ella encubre. Por eso dice Dios: *Si no creéis, no entenderéis* <sup>28</sup>.

7. ¿Ves cómo la fe es la vida y sombra de la vida? En cambio, la vida pasada en las delicias, como no viene de la fe, es muerte, y a la vez sombra de muerte. *La viuda*, dice, *que vive en delicias, muerta está, aunque parezca viva* <sup>29</sup>, ya que su alma está muerta, por cuanto la sabiduría de la carne es muerte <sup>30</sup>. También es la sombra de la muerte, de aquella muerte que atormenta siempre. Estuvimos antes sentados en tinieblas y en sombras de muerte, cuando, viviendo carnalmente y no según la fe, estábamos ya muertos a la justicia y debíamos al punto ser tragados por la segunda muerte, porque cuanto la sombra está cercana al cuerpo que la produce, tanto aquella miserable vida nos aproximaba a las fauces del infierno; y cada uno de nosotros podía decir con el profeta: *Si el Señor no me hubiera asistido, mi alma presto habría caído en el infierno* <sup>31</sup>. Mas ahora hemos pasado ya de la sombra de la muerte a la de la vida, o más bien hemos sido trasladados a la vida <sup>32</sup>, viviendo a la sombra de Cristo, con tal, empero, que estemos

<sup>25</sup> Lc. I, 45.

<sup>26</sup> Thren. 4, 20.

<sup>27</sup> Ps. 118, 73. 144.

<sup>28</sup> Is. 7, 9, según los LXX.

<sup>29</sup> I Tim. 5, 6.

<sup>30</sup> Rom. 8, 6.

<sup>31</sup> Ps. 93, 17.

<sup>32</sup> I Io. 3, 14.

vivos y no muertos; pues no basta estar a la sombra de Cristo para vivir de veras en ella, por cuanto no todos los que tienen fe viven realmente vida de fe. Ahora bien, la fe sin obras está muerta, no pudiendo dar una vida que no tiene. Por eso, después de haber dicho el profeta: *Nuestro Señor Jesucristo es un Espíritu delante de nosotros*, no se contenta con añadir que nosotros estamos bajo su sombra, sino que dice: *Vivimos a su sombra entre las naciones*. Procurad, pues, como el profeta, vivir ahora a su sombra, a fin de que reinéis algún día a su luz. Porque El no tiene solamente sombra, sino también luz. Por su carne es sombra de la fe; por su espíritu es luz de la inteligencia, siendo El juntamente carne y espíritu. Es carne para aquellos que permanecen en la carne y espíritu delante de nosotros, es decir, para lo venidero, si, olvidando lo de atrás, nos dirigimos hacia lo de adelante de nosotros, en donde al llegar veremos la verdad de esta palabra que El dijo: *El espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada* <sup>33</sup>. Y no ignoro que, permaneciendo el Apóstol todavía en la carne, dijo: *Aunque hayamos conocido a Jesucristo según la carne, ahora ya no lo conocemos de ese modo* <sup>34</sup>. Esto era cierto para El; nosotros, en cambio, que no hemos merecido todavía ser arrebatados al paraíso y al tercer cielo, alimentémonos entre tanto de la carne de Cristo, reverenciemos sus misterios, sigamos sus ejemplos, conservemos su fe, y viviremos de seguro bajo su sombra.

8. *Sentéme a la sombra de aquel que había deseado*. Quizá la Esposa se glorie aquí de haber sido más dichosa que el profeta, pues no dice que vive, sino que se ha sentado a su sombra; porque sentarse equivale a descansar. Y descansar a la sombra es más que vivir allí, así como vivir allí es más que estar allí. El profeta, pues, atribuyéndose lo que es común a muchos, dice: *Vivimos bajo su sombra*; mas la Esposa, que goza de una prerrogativa peculiar, se gloria de estar allí también sentada. No dice, en plural: *Nos hemos sentado*, como el profeta: *Vivimos*; sino: *Sentéme*, para que se vea ser este privilegio propio y peculiar suyo. Donde nosotros, pues, vivimos con trabajo y servimos con temor, al sentirnos culpables de nuestros pecados, esta devota y casta Amante descansa con placer; porque el temor va con pena y el amor con dulzura. Por donde dice: *Y su fruto es dulce a mi paladar*, significando con esto las delicias de la contemplación que había alcanzado, estando dulcemente elevada por el amor. Mas todo eso pasaba a la sombra, porque sólo veía a Dios como en espejo y en imágenes oscuras. Tiempo llegará en que, creciendo la luz,

<sup>33</sup> Io. 6, 64.

<sup>34</sup> 2 Cor. 5, 16.

disminuirán las sombras, o mejor, se disiparán del todo, y una visión clara y eterna las reemplazará; y entonces la contemplación no sólo será grata al paladar, sino que saciará al alma, sin asomos de fastidio o pesadez. *Sentéme a la sombra del que tanto había deseado, y su fruto es dulce a mi paladar.* Reposemos nosotros también donde la Esposa tranquilamente descansa; glorifiquemos al Padre de familias, que a tal banquete nos invitó; al Esposo de la Iglesia, Jesucristo Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**49** **CÓMO POR LA DISCRECIÓN SE ORDENA DE TAL MODO LA CARIDAD, QUE TODOS LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA, O SEA LOS ELEGIDOS, SE JUNTEN ENTRE SÍ \***

1. *Introdújome el Rey en su bodega del vino; ordenó en mí la caridad* <sup>1</sup>. Según parece sonar la letra de este verso, la Esposa, tras de haber gozado, como deseaba, de un coloquio familiar deliciosísimo con su Amado, ya ido, volvióse a donde estaban las doncellitas; pero era tal la emoción de su espíritu, había salido tan inflamada de la visita y habla con su Esposo, que parecía estar por completo embriagada. Y notando la sorpresa de las doncellitas al verla así, sincérase con ellas, diciendo que no deben extrañarse de verla tan fuera de sí, como si estuviera tomada del vino, pues acababa de salir de las bodegas de su Esposo. Tal es el sentido literal de este lugar. En cuanto al sentido espiritual, es de notar que no niega en absoluto que esté embriagada, afirmando sólo que esta embriaguez es efecto del amor, no del vino; a no ser que digamos que amor y vino son términos sinónimos. *Introdújome el Rey en su bodega del vino.* Es de notar que la Esposa, estando el Esposo presente y hablando con El, llámale su *Esposo* o su *Amado*, o *Aquel a quien ama su alma*. Mas cuando habla de El a las doncellitas, dale el nombre de *Rey*. ¿Por qué así? Creyera que la razón de esto es porque conviene mejor a la Esposa que ama y que es amada el usar términos familiares para traducir su amor, y que es más oportuno inspirar a las doncellitas respeto usando palabras que expresen la majestad, pues necesitan éstas más severa disciplina.

2. *Introdújome el Rey en su bodega del vino.* No diré cuál sea esta bodega, porque recuerdo haberlo dicho en otra parte. Pero quizá podrían aplicarse también estas palabras a la Iglesia primitiva; tal vez podríamos ver aquí una

\* PL 183, 1016.

<sup>1</sup> Cant. 2, 4.



alusión a aquélla cuando el pueblo pensaba que los apóstoles se hallaban tomados del vino, cuando lo que los embriagaba era el Espíritu Santo. Entonces Pedro, como amigo del Esposo, saliendo en defensa de la Esposa, exclamó: *No están éstos embriagados, como pensáis vosotros.* Notad que el Santo no niega en absoluto que estén embriagados, sino que declara sólo la naturaleza de esa especie de borrachera; pues en realidad estaban ebrios, aunque no de vino, sino del Espíritu Santo. Y como en la manera de portarse daban a entender los apóstoles que habían sido verdaderamente introducidos en la bodega del Esposo, por eso Pedro, hablando por sus compañeros, dice: *Todo lo que veis no es sino el cumplimiento de lo predicho por el profeta Joel. Y sucederá en los últimos días, dice el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños.* ¿No os parece que la casa donde los discípulos se hallaban congregados venía a ser una verdadera bodega, cuando de repente sobrevino un grande estruendo del cielo, como de viento impetuoso que soplabá, y llenó toda la casa donde estaban sentados<sup>2</sup>, cumpliéndose así la profecía de Joel? Y cada uno de los apóstoles, al salir del Cenáculo, como embriagado con la afluencia de aquella casa, donde había bebido en abundancia del torrente de las delicias inmortales, ¿no os parece que podía con justicia decir: *Introdújome el Rey en la bodega del vino?*

3. Mas tú también, si entras en la casa de oración con espíritu recogido y desocupado; si, estando en presencia de Dios junto a algún altar, llamas a la puerta del cielo como con la mano de tus santos deseos, y siendo presentado al coro de los santos por el fervor de tus súplicas—ya que la oración del justo penetra los cielos—lloras delante de ellos con profunda humildad tus miserias y aflicciones espirituales, descubres tus necesidades con frecuentes sollozos e inefables suspiros, y les pides con instancia el socorro de sus intercesiones; en una palabra, si haces todo esto, espero en Aquel que ha dicho: *Pedid y recibiréis*<sup>3</sup>, que, si perseveras en llamar a esa puerta, no te irás de allí vacío. Y luego, al volver a nuestro trato y compañía, lleno de gracia y de amor, del todo ardiendo y como abrasado, no podrás ya disimular el don recibido, nos le comunicarás con sencillez y serás para nosotros no sólo agradable, sino quizá también admirable, por las gracias que te habrán sido dadas. Entonces podrás también protestar que el Rey te ha hecho entrar en la bodega. Cuida sólo de no gloriarte en ti mis-

<sup>2</sup> Act. 2, 13-17.  
<sup>3</sup> Id.

mo, sino en el Señor. No quiero decir que todos los dones, aun los espirituales, salgan de la bodega del vino, habiendo otros cilleros u oficinas en la casa del Esposo, donde están encerrados diversos dones y diversas gracias según las riquezas de su gloria, como recordaréis, sin duda, que os lo expliqué ampliamente en otra parte<sup>4</sup>. *¿Acaso, dice el Señor, no tengo yo reservado todo esto acá en mis adentros y sellado en mis tesoros?*<sup>5</sup> Así, pues, la división de las gracias hácese según la diferencia de las bodegas, y el Espíritu Santo es comunicado a cada cual según lo precisa. Y aunque el uno reciba el don de sabiduría, el otro el de ciencia, éste el don de profecía, aquél el de milagros, o el de hablar diversas lenguas, o de interpretar las Escrituras, u otros semejantes<sup>6</sup>, mas ninguno de ellos puede decir que ha sido introducido en la bodega del vino, porque estas gracias se toman de otras bodegas o tesoros.

4. Pero si alguno, orando, alcanza el ser arrebatado como fuera de sí mismo en el secreto de la Divinidad, de donde vuelve al instante abrasado de ardiente amor e inflamado del celo de la justicia y muy fervoroso para todos los ejercicios espirituales, pudiendo decir: *Senti inflamarse mi corazón, y en mi meditación se encendía fuego*<sup>7</sup>; ese tal, sin duda, tendrá razón para afirmar que ha entrado en la bodega del vino luego que por la abundancia de su amor comience a derramar afuera los efectos de esa saludable y bienaventurada embriaguez. Porque, habiendo dos clases de éxtasis en la contemplación, el uno del espíritu y el otro del corazón, el uno que se hace por la luz del entendimiento y el otro por el fervor de la voluntad, el uno por el conocimiento y el otro por el amor, los piadosos deseos, los movimientos inflamados del corazón, la infusión de una santa devoción, el celo ardiente del espíritu, no pueden salir sino de la bodega del vino; y aquel que se levanta de la oración lleno de la abundancia de estas gracias puede con verdad decir que *el Rey le ha hecho entrar en su bodega*.

5. Sigue: *Ha ordenado en mí la caridad*. Era, sin duda, muy necesario que así lo hiciese, ya que el celo es insoportable sin la ciencia. Donde hay, pues, vehemente celo, la discreción es allí muy necesaria, porque ordena la caridad. El celo sin ciencia es siempre menos eficaz y menos útil, y aun muchas veces muy pernicioso. Cuanto el celo es más ferviente, el espíritu más vehemente y la caridad más abundante, tanto más se necesita una ciencia que vele de continuo para moderar ese celo, templar ese calor del espíritu y regular esa caridad. Por eso, a fin de que las doncellitas no

<sup>4</sup> Supra, serm. 23.

<sup>5</sup> Dt. 32, 34.

<sup>6</sup> I Cor. 12, 7-11.

<sup>7</sup> Ps. 38, 4.

recelen de la Esposa y la tilden de insoportable a causa de la impetuosidad del espíritu que parece haber traído de la bodega del vino, ella misma añade haber recibido también discreción, o sea el orden en la caridad. Porque la discreción es la que ordena todas las virtudes, y ese orden produce la gracia y la hermosura, y aun da consistencia y duración a las cosas. Esto hizo decir al profeta: *Por tu ordenación persevera el día*<sup>8</sup>, llamando día a la virtud. La discreción, pues, no tanto es una virtud aislada cuanto la maestra y educadora de todas las virtudes, pues ordena los afectos y es doctora de las costumbres. Sin ella la virtud degenera en vicio, y el mismo amor natural se trueca en pasiones que destruyen la naturaleza. *Ha ordenado en mí la caridad*. Esto sucedió al distribuir el Señor en tal forma los oficios en su Iglesia, que *a unos confió el ministerio de apóstoles, a otros el de profetas, de evangelistas, de pastores y doctores, para trabajar en la perfección de los santos según las funciones propias de su ministerio*<sup>9</sup>. Luego un mismo amor tiene que enlazarlos a todos juntos en la unidad del Cuerpo de Cristo. Lo que no se logrará jamás si este amor no es ordenado. Porque si, dejándose cada cual llevar del calor y de la impetuosidad de su espíritu, quisiera hacer libremente todo lo que le viniera en ganas, siguiendo más bien su propio impulso que los dictados de la razón, es evidente que esto no sería ya unidad, sino confusión, por cuanto, no contentándose ninguno con el oficio que le estuviera asignado, se entrometería en el de otros con administración indiscreta.

6. *Ordenó en mí la caridad*. ¡Ojalá que también el Señor Jesús quisiera ordenar en mí el poquito de caridad que en mí ha puesto, a fin de que tuviese tal cuidado de todo lo que le concierne, que velase al propio tiempo, principalmente y ante todo, en cumplir bien todas mis obligaciones! ¡Ojalá me diese siempre con tesón a lo que debe ocupar en mí el primer lugar y supiese dar de mano a lo que no me atañe sino de una manera accidental y transitoria! Porque no conviene siempre amar con preferencia las cosas que reclaman nuestros primeros cuidados, pues muchas veces lo que es para más solicitud es para menos utilidad, y por eso conviene esté menos en el afecto. Por eso, frecuentemente, una cosa que al parecer deberíamos preferir a otra, tras de maduro examen, la posponemos a ella, exigiendo el orden de la caridad abrazar primero aquello que la verdad juzga que debe ser preferido a todo lo demás. Por ejemplo, se me ha confiado atender a vuestro aprovechamiento espiritual; pues bien, todo lo que yo prefiera a este cuidado,

<sup>8</sup> Ps. 118, 91.

<sup>9</sup> Eph. 4, 11. 12.

siéndome estorbo para cumplir ese deber con toda exactitud según mis posibles, aunque lo ejecutara por motivos de caridad, no sería conforme con el orden que dicta la razón. Y si me diera a esa tarea con preferencia a toda otra, conforme a mi obligación, pero no me alegrara de otras mayores ganancias espirituales que viera tal vez en otros, es claro que guardaría en parte el orden de la caridad, mas no en todo. Mas si me entrego *cón afán* a todos y cada uno de los deberes de mi cargo, sin descuidar uno solo en lo más mínimo, y juntamente con esto pongo todo mi empeño en atender a lo que para mí es mucho más importante y necesario, cual es mi propio aprovechamiento y perfección, entonces ciertamente guardo íntegramente el orden de la caridad, pudiendo también decir que *ordenó en mí la caridad*.

7. Y si dice ser difícil que uno se alegre más de un grande bien hecho por su prójimo que de otro pequeño hecho por él mismo, eso te hará conocer todavía más la excelencia de la gracia que ha recibido la Esposa, y que no todos pueden decir como ella: *Ordenó en mí la caridad*. Mas ¿cómo es que mis palabras parecen abatir a algunos de vosotros? Porque esos profundos suspiros indican la tristeza del alma y el abatimiento de la conciencia. ¿Es que, examinándonos a nosotros mismos, sentimos por propia experiencia que es virtud muy rara la de no envidiar la virtud de otros, sino más bien alegrarse de ella, aumentando nuestra alegría y satisfacción a medida que vemos nos aventajan en méritos? Esto significa que todavía hay poca luz en nosotros, hermanos, a lo menos en los que tal sentimos. Caminemos mientras que tenemos luz, no sea que las tinieblas nos sorprendan<sup>10</sup>. Caminar es adelantar. Caminaba el Apóstol cuando decía: *No creo haber llegado al fin de mi carrera*. Y añadía a seguidas: *Mi única mira es, olvidando lo de atrás y atendiendo sólo y mirando a lo de delante, ir corriendo hacia el blanco de mi carrera*<sup>11</sup>. ¿Qué significa esto? Rés-tame una sola cosa, dice, en la que tengo cifrado mi remedio, mi esperanza y mi consuelo. ¿Y cuál es? *Que, olvidando lo de atrás, atiendo sólo y miro a lo de adelante*. Verdad que para nosotros es gran motivo de confianza el ver que ese Vaso de elección diga que no es aún perfecto, sino que va aprovechando. Hay, pues, gran peligro de ser sorprendido por las tinieblas de la muerte cuando no se anda, sino que se está sentado. ¿Y quién es el que se está sentado sino aquel que no cuida de aprovechar? Evitad, por tanto, esa negligencia y descuido, y cuando os veáis sorprendidos por la muerte, os iréis al lugar de refrigerio. Entonces diréis a Dios: *Todavía era yo imperfecto y miserable, y ya*

<sup>10</sup> Io. 12, 35.

<sup>11</sup> Phil. 3, 13.



*me distinguían tus ojos; y a pesar de esto, dice el profeta, todos están escritos en tu libro. ¿Quiénes son esos todos? Son, sin duda, aquellos que viven animados de vehementes deseos de adelantar en la virtud. Por eso añade el mismo profeta: Irán y vendrán días y días, y ninguno de entre ellos perecerá*<sup>12</sup>. Podemos entender por esos días a aquellos que van aprovechando en la perfección: si la muerte los sorprende antes de terminarla, habrán de ir donde puedan adquirir la que les falta. Se formarán, y ninguno de ellos quedará deforme.

8. ¿Y cómo, dices, puedo aprovechar envidiando el aprovechamiento de mi hermano? Si te dueles de esa envidia, es señal de que la sientes, pero no la consientes. Es ésta una pasión que debes combatir hasta aniquilarla, por más que el sentir su aguijoneo no os arguye de pecado. Pero has de andar con sumo cuidado para que no se vayan formando malos deseos en tu corazón, evitando para ello y combatiendo todo lo que pudiera fomentar esa maligna enfermedad, esa peste del alma, que te induce a perseguir al inocente, calumniando sus acciones, rebajándolas, corrompiéndolas y estorbándole el hacer buenas obras. Porque esa envidia, cuando se la resiste, no daña al que anda y adelanta hacia un estado más perfecto, pues entonces no es él quien produce ese movimiento, sino más bien el pecado que en él habita<sup>13</sup>. No puede haber motivo de condenación en aquel que no entrega sus miembros para que sirvan de armas a la iniquidad, ni su lengua para murmurar, ni alguna otra parte de su cuerpo para dañar y hacer mal a su prójimo, de cualquier manera que sea, antes se avergüenza de hallarse en tal disposición y procura por la confesión, por sus lágrimas y oraciones, destruir esas perversas inclinaciones a que hace mucho tiempo está sujeto, y, vista la poca eficacia de sus esfuerzos, procura mostrarse más bondadoso y caritativo para con todos sus prójimos y más humilde en sí mismo. ¿Qué hombre sabio y prudente se atreverá a condenar a uno que ha aprendido del Señor a ser manso y humilde de corazón?<sup>14</sup> No podrá ser excluido de la salvación aquel que imita al Salvador y Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>12</sup> Ps. 138, 16.

<sup>13</sup> Rom. 7, 20.

<sup>14</sup> Mt. 11, 29.

## 50 DE LA DOBLE CARIDAD ACTIVA Y AFECTIVA Y DE SU ORDENACIÓN \*

1. Esperáis quizá que trate de lo siguiente, creyendo ya esclarecido el versillo de que últimamente traté. Yo, sin embargo, tengo otro plan, pues quiero servirlos hoy las reliquias del festín de ayer, que he recogido con todo esmero para que no se pierdan. Y sin duda se perderían si no las sirviera a nadie; y aun yo mismo me expondría a la pérdida si pretendiese guardarlas para mí solo. No quiero, por tanto, defraudar a vuestro paladar espiritual de estos exquisitos bocados, de los cuales me consta que andáis siempre sumamente hambrientos, sobre todo siendo, como son, reliquias del banquete de la caridad, tanto más sabrosas cuanto más diminutas. Creería, si no, faltar demasiado a la caridad, privándoos sin razón aun de lo que pertenece a la caridad misma. Terminábamos ayer comentando estas palabras: *Ordenó en mí la caridad* <sup>1</sup>.

2. Hay una caridad en el *acto* y otra en el *afecto*, y de aquélla, que consiste en obras, creo se dió una ley a los hombres, versando sobre ella un precepto formal. Porque ¿quién puede poseer la segunda con la perfección que tal precepto exige? Ordénase, pues, aquélla como materia de mérito y dase ésta como premio. Mas no negamos que con la gracia de Dios pueda tenerse en esta vida el principio y el progreso de la última; antes afirmamos que la perfección de ella está reservada para la felicidad futura. ¿Cómo, pues, había de mandarla el Señor, si fuera imposible cumplirla bien? Y si te empeñas en sostener que el precepto se extiende también a la caridad afectiva, no lo discutiré, siempre que me concedas que ese precepto no puede ser perfectamente observado en esta vida por nadie, sea quien fuere. Porque ¿quién osará atribuirse una cosa a la cual Pablo mismo confiesa no haber llegado? <sup>2</sup> Y eso no es ciertamente porque el soberano Maestro ignorase que el cumplimiento de este precepto excedía la posibilidad humana, sino porque El ha juzgado conveniente advertir a los hombres de su flaqueza, a fin de que conociesen hasta qué grado de justicia debían aspirar según sus fuerzas. Con mandar, pues, cosas imposibles, no ha hecho a los hombres transgresores, sino humildes, a fin de abatir todo orgullo y de que toda lengua enmudezca y todo el mundo se reconozca reo delante:

\* PL 183, 1020.

<sup>1</sup> Cant. 2, 4.

<sup>2</sup> Phil. 3, 13.

de Dios, ya que ante El ningún hombre será justificado por solas las obras de la ley<sup>3</sup>. Recibiendo, pues, el mandato y sintiendo el delito, clamaremos al cielo, y se apiadará Dios de nosotros, y sabremos en aquel día que no nos hizo salvos por las obras de justicia que hicimos nosotros, sino según su misericordia<sup>4</sup>.

3. He ahí lo que diría, si consintiésemos en que hay una ley referente a la caridad afectiva. Pero está claro que parece convenir sobre todo a la caridad de acción; por lo que, habiendo dicho el Señor: *Amad a vuestros enemigos*, dice al punto de las obras: *Haced bien a los que os aborrecen*<sup>5</sup>. La Escritura dice en otro lugar: *Si vuestro enemigo tiene hambre, dadle de comer; si tiene sed, dadle de beber*<sup>6</sup>, lo cual denota la acción más bien que el afecto. Pero escuchad cómo habla el Señor acerca del amor que le debemos: *Si me amáis*, dice, *guardad mis mandamientos*<sup>7</sup>; donde se ve que aun en lo relativo al amor que le debemos a El nos remite a las obras, encargándonos la exacta observancia de sus mandamientos. Pues bien: habría sido inútil recomendarnos la acción si el amor hubiera estado ya en la afección. Así, por tanto, debe entenderse el mandamiento que se nos ha dado de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos<sup>8</sup>, aunque esto no vaya expresado tan claramente como yo lo digo. Y cierto, ¿no os parece que basta para cumplir el precepto del amor al prójimo observar perfectamente aquel dictamen que la ley natural misma ha prescrito a todo hombre, a saber: *No hagas con otro lo que no quieras que hagan contigo*<sup>9</sup>; y el otro: *Haced con los demás hombres todo lo que queréis que hagan ellos con vosotros*?<sup>10</sup>

4. Y no digo esto para que seamos desamorados y para que con el corazón seco movamos solas las manos a las obras. Lei, entre muchas y graves cosas que el Apóstol echaba en cara a los filósofos gentiles, que estaban sin afecto<sup>11</sup>. Pero hay un afecto que engendra la carne, y otro que va regulado por la razón, y otro que es creado por la sabiduría. El primero es aquel del que el Apóstol dice que no está sujeto a la ley de Dios, ni lo puede estar<sup>12</sup>, siendo a ella contrario. Respecto al segundo, declara ser conforme a dicha ley, ya que en sí es buena<sup>13</sup>. Por eso no cabe duda de que estos dos afectos son contrarios entre sí, por cuanto

<sup>3</sup> Rom. 3, 19. 20.

<sup>5</sup> Lc. 6, 27.

<sup>4</sup> Tit. 3, 5.

<sup>6</sup> Rom. 12, 20.

<sup>7</sup> Io. 14, 15.—San Bernardo opina que la ley de la caridad no manda propiamente tener afecto a todos, lo cual sólo se da en los muy perfectos (ley afectual), sino hacer bien a todos, aun a los que nos odian (ley actual o práctica del amor).

<sup>8</sup> Mt. 22, 39.

<sup>11</sup> Rom. 1, 31.

<sup>9</sup> Tob. 4, 16.

<sup>12</sup> Rom. 8, 7.

<sup>10</sup> Mt. 7, 12.

<sup>13</sup> Rom. 7, 16.

el uno se conforma con la ley de Dios, mientras que el otro anda en completo desacuerdo con ella. En cuanto al tercero, difiere mucho de los dos anteriores, ya que le es dado saborear cumplidamente la dulzura y suavidad de la ley del Señor <sup>14</sup>; de forma que arranca del corazón la *primera* y recompensa la *segunda*. En una palabra: el primero de dichos afectos es dulce y agradable a la sensualidad, pero vergonzoso; el segundo es seco y desabrido, pero vigoroso y fuerte; el tercero rebosa unción y suavidad. Por tanto, el segundo es el que ejecuta las buenas obras, y tiene consigo la caridad, no la caridad afectiva, la cual, sazónada con la sal de la sabiduría, está llena de unción celestial y hace gustar al alma la abundancia de las suavidades que se encuentran en Dios, sino más bien la caridad activa o de acción, la cual, aunque no proporcione al alma esa deliciosa suavidad propia de la afectiva, engendra en ella deseos vehementísimos de poseerla. De ahí que diga Juan: *Hijitos míos, no amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad* <sup>15</sup>.

5. Ves cuán cautamente anda entre el amor vicioso y el afectuoso, señalando esotra caridad activa y saludable; en ella no acepta ni da por buena la ficción que sale de lengua mentirosa, pero tampoco exige el regusto de la sabiduría. *Amemos*, dice, *con obras y de verdad*; de suerte que ejecutemos las obras buenas más bien a impulso de la verdad, vivamente aprehendida, que atraídos por el afecto de aquella sabrosa caridad. *Ordenó en mí la caridad*. ¿Cuál de las dos te parece? Entrambas, sin duda, aunque en orden opuesto; porque la caridad de acción prefiere las cosas inferiores; la afectiva, las superiores. Sin duda, por ejemplo, todo espíritu bien ordenado preferirá siempre el amor de Dios al del hombre, y en los hombres mismos, los más perfectos a los menos perfectos, el cielo a la tierra, la eternidad al tiempo, el alma a la carne. Y en cambio, en la caridad de la acción bien regulada se sigue frecuentemente o casi siempre un orden inverso. Y así acontece que nos vemos más precisados a asistir al prójimo, y lo hacemos también con más frecuencia; y entre nuestros hermanos asistimos con más asiduidad a los más flacos o necesitados. Las exigencias de la humanidad y las públicas calamidades hacen que nos demos más a la paz de la tierra que a la gloria del cielo; el cuidado de las cosas temporales no nos permite casi pensar en las eternas; los achaques y enfermedades de nuestro cuerpo nos ocupan de manera que apenas pensamos en nuestra alma; y, en fin, según sentencia del Apóstol, *a los miembros más viles del cuerpo los ceñimos*:

<sup>14</sup> Ps. 33, 9.

<sup>15</sup> 1 Io. 3, 18.



de mayor ornato<sup>16</sup>, cumpliéndose de algún modo aquella palabra del Señor: *Los últimos serán los primeros, y los primeros, los últimos*<sup>17</sup>. ¿Quién duda que cuando el hombre está en oración habla con Dios? Pero ¿cuántas veces la caridad misma nos obliga a interrumpir, a pesar nuestro, este santo ejercicio por atender a aquellos que necesitan nuestra asistencia o nuestros consejos? ¿Cuántas veces el santo sosiego cede santamente el lugar al tumulto de los negocios? ¿Cuántas veces, sin obrar mal, dejamos la lectura espiritual por vacar al trabajo manual? ¿Cuántas veces por administrar cosas terrestres nos abstenemos lícitamente en días feriados de celebrar la santa misa?<sup>18</sup> Esto es un trastorno, lo confieso; pero la necesidad no tiene ley, pues la caridad de acción sigue en su orden, comenzando por los últimos<sup>19</sup>, según el mandato del Padre de familias. Y en esto obra con bondad y justicia, no haciendo acepción de personas ni considerando el valor de las cosas, sino las necesidades humanas.

6. Mas no así la caridad afectiva. Esta mira siempre a lo primero, regida por el Espíritu de sabiduría, por el cual juzga de las cosas según son; y así, cuanto ve que una cosa es de mayor estima, tanto se adhiere a ella con más afición; y cuanto es menos estimable, tanto menos se aficiona a ella; y si la cosa de que se trata es de ningún valor, prescinde totalmente de ella. La verdad es la que establece este orden en la caridad, y una vez establecido y asentado por la verdad, vindícalo para sí la caridad. En efecto, por una parte, la verdadera caridad consiste en que se atienda con preferencia al más necesitado, y por otra (en esto precisamente aparece digna de ser amada la verdad), en que abracemos con el afecto el orden que ella ha establecido, siguiendo el dictamen de la razón. Si amas, pues, al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas<sup>20</sup>, y si, llevado de un ardor más impetuoso, te elevas por encima de este amor, con el cual se contenta la caridad de acción; y si, recibida la plenitud del Espíritu Santo, te hallas totalmente abrasado en llamas del amor divino, al cual conduce esta caridad, entonces te será dado gustar y saborear a Dios no ciertamente cual es en sí mismo, ya que tal sentimiento es imposible experimentarlo a toda criatura mortal, sino sólo en cuanto se puede gozar de esta

<sup>16</sup> 1 Cor. 12, 23.

<sup>17</sup> Mt. 20, 16.

<sup>18</sup> Se refiere a la costumbre cisterciense de suprimir la misa solemne diaria en el tiempo de la recolección, costumbre que probablemente desapareció en tiempo de San Bernardo. Este, nos consta por su vida, l. 5, c. 1, no dejó casi nunca de celebrar la santa misa a pesar de sus frecuentes enfermedades

<sup>19</sup> Mt. 20, 8.

<sup>20</sup> Mt. 22, 37.

dicha en la tierra. Y en seguida te gustarás también a ti mismo tal cual eres, cuando reconozcas que en ti no hay nada que puedas amar sino en cuanto es de Dios; de donde se seguirá que dirigirás a El todo cuanto sea o pueda ser objeto de tu amor. Te gustarás a ti mismo, repito, cuando por propia experiencia reconozcas que no hay nada en ti digno de ser amado sino en cuanto se refiere a Aquel sin el cual nada eres.

7. Ahora bien, al prójimo, a quien has de amar como a ti mismo, le amarás cual es debido amándole como te amas a ti mismo, siendo él hombre como tú. Así, pues, de que no te ames a ti mismo sino porque amas a Dios, síguese que debes amar como a ti mismo a todos los que aman a Dios como tú le amas. Ahora bien, como nuestro enemigo, que en sí no es nada, no ama a Dios, no podemos amarle a él como a nosotros mismos, que amamos a Dios. Y, sin embargo, hemos de amarle a fin de que ame; y claro está que no es lo mismo amarle porque ama que para que ame; por lo cual debemos amarle no por lo que es, dado que en sí nada es, sino por lo que tal vez será. En cuanto a aquellos de quienes sabemos de cierto que jamás se volverán a Dios, como son los condenados y los demonios, debemos apreciarlos, no como si fueran casi nada, sino como que son del todo nada, pues por nada serán contados para siempre. Por tanto, si exceptuamos a aquel a quien no sólo no hemos de amar, sino que le hemos de odiar, según aquello del salmista, que decía: *¿No he odiado, Señor, a los que te odiaban, y me consumi por causa de tus enemigos?*<sup>21</sup>; si exceptuamos, repito, a ese tal, la caridad, que a todos abraza en su amoroso seno, no nos permite negar a nadie, ni aun a nuestro más rabioso enemigo, siquiera algún afecto. ¿Quién será sabio para entender esto?

8. Dame un hombre que ame a Dios con toda su alma y sobre todas las cosas; a sí mismo y a su prójimo, en cuanto entrambos aman a Dios, y a su enemigo como a quien habrá de amarle tal vez algún día; que ame a sus parientes según la carne más tiernamente por causa de la naturaleza; a sus prójimos según el espíritu, es decir, a aquellos que le hayan enseñado, más abundantemente, por causa de la gracia; y que su amor a todas las demás cosas sea también regulado por el amor de Dios, menospreciando la tierra, suspirando por el cielo, usando de los bienes del mundo como quien no usa de ellos, y que sepa discernir interiormente las cosas de que puede usar de aquellas de que puede también gozar, de forma que mire transitoriamente lo transitorio, sin tomar de ello sino lo necesario para llegar al fin propuesto, y que, en cambio, abraza con deseo eterno las

<sup>21</sup> Ps. 138, 21.

eternas; dame, repito, un hombre así, y yo aseguraré que tal hombre es verdaderamente sabio, al apreciar todas las cosas en lo que valen, sin exceso ni defecto; y, por tanto, que puede con verdad y confianza gloriarse y decir: ha ordenado en mí la caridad. Mas ¿dónde está El y cuándo vendrán ésas? Llorando lo digo: ¿Hasta cuándo aspiraremos sólo su olor, sin poder saborearlas a gusto? ¿Hasta cuándo nos contentaremos con mirar nuestra patria, sin procurar arrebatlarla, suspirando por ella y saludándola de lejos? ¡Oh verdad, patria de los desterrados, fin del destierro! Yo te contemplo; pero, encadenado por la carne, no me es permitido llegar a ti; degradado por la culpa, no soy digno de ser admitido. ¡Oh Sabiduría, que abarcas fuertemente de un confín a otro todas las cosas, creándolas y conservándolas, y que las ordenas todas con suavidad, haciéndolas felices y eternizando sus afectos!, dirige todos nuestros actos según las necesidades de la presente vida y regula todos nuestros afectos, conformándolos del todo con tu verdad eterna, a fin de que cada uno de nosotros pueda con seguridad gloriarse en ti y decir: *Ordenó en mí la caridad*. Porque tú eres la Sabiduría y la Fortaleza de Dios, Cristo, Señor nuestro y Esposo de la Iglesia, sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**51 DE CÓMO LA ESPOSA PIDE QUE ACUMULEN EN ELLA LOS FRUTOS DE LAS BUENAS OBRAS, JUNTAMENTE CON LAS FLORES Y PERFUMES DE LA FE, ESPERANZA Y SANTO TEMOR \***

1. *¡Confortadme con flores, fortalecedme con manzanas, pues languidezco de amor!*<sup>1</sup> Ha crecido el amor de la Esposa con la exuberancia de estímulos que lo avivan sin cesar en su corazón. Ya ves, en efecto, cuánta facilidad se le ha dado esta vez no sólo de contemplar al Esposo, sino también de mantener con El un largo coloquio. En la visión con que ha sido favorecida, se le ha mostrado el Esposo con rostro más apacible y sereno, y el coloquio con ella ha sido más dulce, más íntimo y revelador que de ordinario; pues no sólo ha gozado a su sabor de los encantos y atractivos de su amable trato y conversación, sino que ha oído también de sus labios palabras de grandísima alabanza y estima. Añádase a todo ello que ha sentido dulcísimo refrigerio al sentarse a la sombra del que tanto deseaba, ha saboreado sus exquisitos frutos y apagado su sed bebiendo en su cáliz;

\* PL 183, 1025.

<sup>1</sup> Cant. 2, 5.

no siendo creíble que aun tenga sed cuando acaba de salir de la bodega, en la cual se gloria de haber sido introducida por su Esposo. Y caso de haber salido de allí todavía sedienta, será, sin duda, por lo que dice la Escritura acerca de la Sabiduría: *Tendrán todavía sed los que de mí beben* <sup>2</sup>. Después de todo esto, retirándose el Esposo según su costumbre, dice ella que desfallece de amor, es decir, a causa del amor que le tiene. Porque cuanto más grata le había sido su presencia, tanto su ausencia le es más sensible. La sustracción de la cosa que se ama acucia el deseo, y de lo que con más ardor se desea, se sufre la privación con más dolor. Por eso la Esposa pide entre tanto que se la recree con aromáticas flores y se la fortalezca con olorosas manzanas hasta la vuelta de Aquel cuya tardanza lleva con tanta impaciencia. Tal es el orden del discurso.

2. Ahora ya, guiados del Espíritu de Verdad, intentemos sacar de ello algún fruto espiritual. Aunque a toda la Iglesia de los santos se atribuyen estas palabras de la Esposa, podemos entender que esas flores y frutos de que aquí se habla refiérense especialmente a nosotros; y no sólo a nosotros, sino también a todos aquellos que han dejado el siglo, en cualquier tiempo que haya sido. Las flores designan la vida nueva y todavía tierna de los principiantes; y los frutos significan la fortaleza con que van adelantando en la virtud los proficientes y la madurez de los perfectos. Confortada con tales flores y frutos mientras peregrina por este valle de lágrimas, la Iglesia, nuestra Madre, que vive sólo para servir a Cristo y considera como dicha inapreciable el morir por El, soporta con paciente ecuanimidad las molestias de su largo destierro, porque, según la Escritura, *la dan del fruto de sus manos*, como primicias del Espíritu Santo, y sus obras la concilian todo linaje de alabanzas públicas y solemnes <sup>3</sup>. Mas si preferís que, siguiendo el sentido moral, apliquemos todo esto a un alma en particular, os diré que las flores significan la fe, y los frutos las buenas obras. Y no dudo os parecerá razonable y apropiada esa interpretación si atentamente consideráis que así como la flor precede necesariamente al fruto, así también la fe ha de preceder a toda obra meritoria de vida eterna; pues *sin la fe es imposible agradar a Dios* <sup>4</sup>, como dice el Apóstol; y aun añade más el mismo Apóstol, a saber: que todo lo que no es según la fe o dictamen de la conciencia, es pecado <sup>5</sup>. Así, pues, no hay fruto sin flor, ni buena obra sin fe. Mas, por otra parte, la fe sin obras es muerta <sup>6</sup>, así como es inútil la flor cuando no la sigue el fruto. De ahí que diga

<sup>2</sup> Eccli. 24, 29.

<sup>3</sup> Prov. 31, 31.

<sup>4</sup> Hebr. 11, 6.

<sup>5</sup> Rom. 14, 23.

<sup>6</sup> Iac. 2, 20.



la Esposa: *Confortadme con flores y fortalecedme con manzanas, porque languidezco de amor*. El alma hecha al descanso consuélase con las buenas obras arraigadas en una fe no fingida siempre que se le sustrae la luz de la contemplación, como con frecuencia sucede. Porque ¿quién puede gozar de ella, no digo siempre, mas ni siquiera largo tiempo, mientras mora en este cuerpo mortal? Pero, como he dicho, siempre que deja la contemplación, pasa al punto a la acción, como a un lugar desde donde podrá más fácilmente volver a entrar en aquel primer estado, porque entrambas cosas tienen íntima relación y aun permanecen juntas. Marta es hermana de María; y aunque cae de la luz de la contemplación, no sufre en modo alguno el caer en las tinieblas del pecado ni se entrega al ocio, sino que se mantiene a la luz de las buenas obras. Y para que sepáis que las obras son también luz, dice: *Brille vuestra luz ante los hombres*<sup>7</sup>; refiriéndose, sin duda, a las buenas obras que los hombres podían ver.

3. *Confortadme con flores, fortalecedme con manzanas, porque languidezco de amor*. En presencia del Amado hierve el amor; en su ausencia languidece. Lo que no es otra cosa sino cierto tedio de impaciente deseo, del que es necesario se afecte la mente del que mucho ama en ausencia del Amado, creyendo que tarda en su expectación, por mucho que se apresure. Y por eso pide se la conforte con frutos de buenas obras y flores de fe, a fin de descansar en ellas mientras la tardanza del Esposo. Hablo por propia experiencia. Porque cuando veo que algunos de vosotros han aprovechado con mis amonestaciones, os confieso que no me pesa de haber preferido el cuidado de hablaros a mi ocio y mi quietud. Así, por ejemplo, si después de este sermón que os dirijo me halló con que uno antes colérico se hace manso; otro, soberbio, se hace humilde; aquel que era tímido se hace generoso; aquel que era ya manso, o humilde, o generoso, lo es más aún, o se vuelve mejor de lo que antes era; o bien que aquellos que yacían en la languidez se calientan y despiertan con la palabra inflamada del Señor, o que aquellos otros que habían dejado el manantial de la sabiduría, para cavarse unas como cisternas de su propia voluntad, que no podían contener las aguas de la gracia, murmurando de cuanto se les mandaba, por tener el corazón del todo árido y seco y sin movimiento alguno de devoción; cuando veo y considero que éstos, con el rocío de la palabra y con lluvia voluntaria que Dios distribuye a su heredad, han como reflorecido en obras de obediencia y se vuelven devotos y sumisos en todo, no tengo motivo alguno de estar triste por haber in-

<sup>7</sup> Mt. 5, 16.

terrumpido el ejercicio grato de la contemplación, viéndome cercado de tales flores y frutos de piedad. Llevo con paciencia el verme arrancado de los abrazos de una Raquel estéril, por recoger de Lía con abundancia los frutos de vuestro progreso en la virtud. No me pesa, repito, el haber dejado mi quietud por hablaros, cuando veo que la semilla depositada en vuestras almas florece en ellas y que los frutos de vuestra justicia crecen y aumentan. Porque ha largo tiempo que la caridad, que no busca sus propios intereses<sup>8</sup>, me ha persuadido de que debo preferir vuestro adelantamiento a todo lo que pueda haber para mí de más amado. Orar, leer, escribir, meditar y demás lucros de los ejercicios espirituales, los he reputado detrimentos por vosotros.

4. *Fortalecedme con flores, confortadme con manzanas, porque languidezco de amor.* Esto dice, pues, la Esposa a las doncellitas en ausencia del Esposo, exhortándolas a que, mientras se prolongue, procuren aprovechar en fe y en buenas obras hasta que El vuelva, porque bien sabe que éste es el medio más eficaz de agradar a su Esposo: procurar la salud de las doncellitas y consolarse ella misma. Recuerdo haber explicado este lugar con más extensión en el libro que compuse del *Amor de Dios* y de haberle dado otra interpretación. El lector juzgará cuál de las dos es mejor. Pero ningún hombre sensato creo podrá argüirme de ligereza por haber dado dos explicaciones distintas a un mismo texto, con tal de que ambas estén fundadas en verdad; con tal que la caridad, que es la regla de la Escritura, edifique a tantos más cuantos más haya que se aprovechen de estas explicaciones para su vida. Y ¿por qué se ha de reputar reproable el que en la inteligencia de la Escritura santa se haga lo que vemos hacerse a diario en otras muchas cosas? ¿Para cuántos diversos empleos, por ejemplo, nos servimos solamente del agua? Por eso tampoco se puede reprehender a aquel que da diversos sentidos a una misma palabra de Dios, a fin de que puedan servir para distintas necesidades y usos de las almas.

5. *Prosigue: Mi Esposo pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará.* Acuérdome también de haber explicado esto más ampliamente en la obra mencionada. Pero observemos la conexión de las palabras del Cántico. Parece que el Esposo ha vuelto ya, a fin, sin duda, de recrear con su presencia a la Esposa desfallecida de amor. Porque, ¿cómo no había de recrearla y confortarla su presencia cuando la causa única de su desfallecimiento era su ausencia? No pudiendo, pues, sufrir más la pena de

<sup>8</sup> 1 Cor. 13, 5.

su Esposa, preséntase el Esposo delante de ella; pues no pudo ya tardar más, llamado con tan ardientes deseos. Y porque, mientras su ausencia, ella había sido fiel en ocuparse en obras de caridad y de celo y se había mostrado solícita en acrecentar sus méritos, significados en las flores y frutos con que pedía la confortaran, por eso vuelve a ella el Esposo para colmarla de gracias más abundantes que otras veces. Porque con uno de sus brazos sostiene su cabeza desmayada y con el otro prepárase a abrazarla para apretarla contra su corazón. ¡Feliz el alma que reclina su frente sobre el pecho de Cristo y que reposa entre los brazos del Verbo! *Pone su mano izquierda debajo de mi cabeza y me abrazará con su diestra.* No dice: abraza, sino *me abrazará*; para que sepas que no es tan ingrata a la primera gracia, pues ya previene la segunda con la acción de gracias.

6. Aprende a no ser tardo o perezoso en dar gracias a Dios; aprende a agradecerle cada uno de sus dones. *Considera bien*, dice, *lo que te ponen delante*<sup>9</sup>, a fin de que no dejes pasar algunos dones de Dios sin darle las debidas gracias, sean grandes los dones, sean medianos, sean pequeños. Porque Jesucristo nos manda en el Evangelio recoger los fragmentos más pequeños, para que no perezcan<sup>10</sup>; es decir, nos manda no olvidar ni aun los menores beneficios de El recibidos. Con razón se considera como perdido lo que se da a un ingrato, porque la ingratitud es enemiga del alma, destrucción de los méritos, disipación de las virtudes y pérdida de los favores que Dios nos hace. La ingratitud es viento abrasador, que seca, en cuanto está de su parte, el venero de la bondad, el rocío de la misericordia y los ríos de la gracia. Por eso, cuando la Esposa siente el favor que su Esposo la hace de poner su mano izquierda debajo de su cabeza, al momento le da gracias, no aguardando a que le conceda la plenitud de este carisma encerrado en su mano derecha. Y así, después de haber dicho que la mano izquierda de su Esposo está debajo de su cabeza, no añade que con su diestra la abraza, sino que se contenta con decir: *con su diestra me abrazará.*

7. Mas ¿qué pensamos será en el Verbo Esposo *la izquierda y la derecha*? ¿Acaso, como los hombres, tiene El partes corporales distintas entre sí y lineamentos separados que distinguen izquierda y derecha? ¿No debemos más bien creer que el Verbo de Dios, que es el mismo Dios, no admite en sí diversidad alguna, sino que *El es el que es*<sup>11</sup>, tan simple en su naturaleza, como que no tiene partes, y tan único, que la pluralidad no ha lugar en El? Porque El es la sabi-

<sup>9</sup> Prov. 23, 1.

<sup>10</sup> Io. 6, 12.

<sup>11</sup> Ex. 3, 14.

duría de Dios, de la que está escrito: *Y su sabiduría no tiene límites*<sup>12</sup>. Mas si lo que es inmutable es también incomprensible, y por tanto inefable, ¿dónde, os ruego, hallaremos palabras capaces de expresar dignamente tan alta Majestad, de señalar sus propiedades y definir su grandeza? Pero diremos, según nuestros cortos alcances, lo poco que conocemos por la revelación del Espíritu Santo. La autoridad de los Padres y el lenguaje de la Escritura nos enseñan que nos es permitido servirnos de semejanzas de cosas conocidas, que digan alguna relación con el asunto de que se trata, y que podemos también no inventar palabras nuevas, sino tomar de prestado aquellas que son comunes o bien usarlas en otro sentido, para revestir con ellas estas comparaciones con alguna dignidad y decencia. Fuera si no ridículo el querer enseñar lo desconocido por lo desconocido.

8. Así, porque por el lado derecho y el izquierdo ha solido designarse lo adverso y lo próspero, paréceme que aquí cabe entender por *la izquierda* del Verbo la amenaza del eterno suplicio, y por *la derecha*, la promesa del reino. Pues a veces nuestra alma está apretada servilmente con el temor de la pena, conviene entonces decir, no que la mano izquierda del Esposo está debajo de nuestra cabeza, sino que está sobre ella; y el alma así dispuesta no puede decir con la Esposa: *Pone su mano izquierda debajo de mi cabeza*. Pero si, aprovechando en la virtud, pasa de este espíritu de servidumbre al sentimiento más noble de un servicio voluntario, sintiéndose más bien atraída por los premios que forzada por los suplicios, y sobre todo si se siente impulsada a obrar el bien por amor al bien mismo, podrá entonces decir sin género alguno de duda: *Su mano izquierda está debajo de mi cabeza*; porque mediante esa disposición más digna y generosa que la anima se habrá despojado de ese temor servil e imperfecto, figurado por la mano izquierda, y por la nobleza de sus sentimientos habrásse acercado a la diestra, donde están todas las promesas, según aquello que el profeta dice a Dios: *Las delicias están en tu diestra*<sup>13</sup>. Por eso, habiendo concebido cierta esperanza de ellas, dice confiadamente la Esposa: *Y con su diestra me abrazará*.

9. Ahora verás tú conmigo si el alma así afectada, en llegando al lugar donde se goza de dulzura tan grande, no puede apropiarse lo del salmo: *En paz dormiré y con El descansaré*; y se puede añadir la razón que sigue: *Porque tú solo eres, Señor, quien me ha singularmente establecido en esperanza*<sup>14</sup>. Y así es en verdad. Mientras uno se halla dominado por el espíritu de servidumbre, tiene poca espe-

<sup>12</sup> Ps. 146, 5.

<sup>13</sup> Ps. 15, 11.

<sup>14</sup> Ps. 4, 2, 10.



ranza y mucho temor, por lo cual se ve privado de la paz y quietud, pues fluctúa entre el amor y la esperanza, y vese tanto más atormentado y turbado, cuanto su temor supera a su esperanza, por cuanto el temor va siempre con pena. En tales trances no puede decir: Dormiré y descansaré con El en paz; no pudiendo añadir que ya está singularmente fija en la esperanza. Mas si, por el aumento de gracia, el temor comienza a disiparse poco a poco y a crecer la esperanza, cuando al fin haya llegado hasta el punto en que, viniendo la caridad con todas sus fuerzas en ayuda de la esperanza, lance fuera el temor, ¿no se hallará entonces dicha alma singularmente fundada en la esperanza, y, por tanto, no dormirá y descansará con El en paz?

10. *Cuando durmáis tranquilo en medio de peligros, seréis como alas de paloma plateadas, cuyas plumas reflejan oro por la espalda*<sup>15</sup>. Creería que dice esto para indicarnos que hay un término medio entre el temor y la seguridad, como lo hay entre la mano izquierda y la derecha; y ese intermedio es la esperanza, sobre la cual el alma y la conciencia reposan dulcemente después de haberles aquí como dispuesto un lecho blando y grato, la caridad. Y quizá ese lugar intermedio se halle señalado en otro paso de este Cantar, cuando, al describir la disposición del lecho de Salomón, léese entre otras cosas: *Adornó el centro con cierto esmalte que significa la caridad, por causa de las hijas de Jerusalén*<sup>16</sup>. Porque aquel que se siente singularmente fijo en la esperanza, no sirve ya a Dios por temor, sino que descansa en la caridad. Esto hace que la Esposa duerma y descanse también; acerca de lo cual dice el Esposo: *Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos de los campos, que no despertéis a mi Amada hasta que ella quiera*. Señal es de grande y maravillosa bondad el hacer descansar en su seno al alma contemplativa y eximirla, además, de todos los cuidados que la pudieran turbar; el librarla de las inquietudes de la acción y de los estorbos de los negocios, sin permitir que la despierten, a menos que ella lo quiera. Mas no nos conviene entrar en la explanación de este versillo, pues el tiempo de que podemos disponer no nos permitiría desarrollarlo dignamente. Vale más dejarlo para otra vez, a fin de que podamos dedicarle toda la atención que exige tema tan delicioso. Lo cual no quiere decir que aun entonces podremos explicarlo convenientemente, sobre todo tratándose de una materia tan noble, tan excelente y tan sublime. Pero nuestra suficiencia viene de Dios, del Esposo de la Iglesia, nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>15</sup> Ps. 67, 14.

<sup>16</sup> Cant. 3, 10.

**52** DEL ÉXTASIS, QUE SE LLAMA CONTEMPLACIÓN, EN EL CUAL EL ESPOSO, SOLÍCITO EN MIRAR POR EL DESCANSO DEL ALMA SANTA, PROCÚRALA UN DULCE SUEÑO \*

1. *Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos de los campos, que no despertéis a mi Amada hasta que ella quiera*<sup>1</sup>. Se prohíbe esto a las doncellitas. Llámalas hijas de Jerusalén, porque, si bien son delicadas y tiernas, no poseyendo todavía sino aficiones y obras propias de flacas mujeres, viven, sin embargo, adheridas a la Esposa con la esperanza de aprovechar y llegar con ella a Jerusalén. Prohíbeselas terminantemente inquietar a la Esposa dormida y que la despierten sin ella quererlo; pues el dulcísimo Esposo ha puesto su mano izquierda bajo su cabeza, como ya hemos visto, a fin de hacerla descansar y dormir en su seno. Y ahora, por un exceso de bondad y de amor, El mismo quiere estar de guardia y velar sobre ella, por temor de que, siendo inquietada por las frecuentes y menudas necesidades de las doncellitas, se vea precisada a despertar. Tal es el sentido literal de este versículo. Mas, en cuanto a que el Esposo las conjura *por las cabras y ciervos de los campos*, parece que no tiene conexión alguna razonable en el sentido literal. Por eso habrá que explicarlo según la inteligencia espiritual. Como quiera que sea, podemos decir con Pedro que es bueno estarnos aquí para contemplar un poco la bondad, la dulzura y la misericordia de Dios. Porque ¿qué ha podido experimentar el hombre de más dulce en las afecciones humanas que lo aquí expresado acerca del amor del Altísimo? Y Aquel que así lo expresa, penetra los más sublimes secretos de la Divinidad, sin que pueda ignorarlos, siendo su Espíritu; ni decir otra cosa que lo que El ha visto en sí, porque es el Espíritu de verdad.

2. Finalmente, no faltan entre los nuestros quienes han sido alegrados con este feliz don, experimentando en sí los efectos de tan dulce misterio; a menos que no queramos dar fe al lugar de la Escritura donde el celestial Esposo se presenta a nuestra consideración animado de un celo vehemente por la quietud de una de sus amadas, poniendo sumo cuidado en mantenerla entre sus propios brazos dormida, temeroso de que sea inquietada, mientras goza de sueño tan agradable, por cualquiera molestia o inquietud. No quepo en mí de júbilo al ver que esta soberana Majestad no se desdeña de

\* PL 183, 1029.

<sup>1</sup> Cant. 2, 7.

abatirse hasta la flaqueza de nuestra naturaleza con ese trato tan dulce y familiar y que esta suprema Divinidad se digna tomar por Esposa suya a un alma que mora en este lugar de destierro y manifestarla el amor apasionado que la profesa, como prendado de sus encantos. Así tendrá lugar en el cielo, no me cabe la menor duda, así tendrá lugar esa escena que mi mente contempla en la tierra; y el alma sentirá allí ciertamente lo que se expresa en este sublime texto; por más que no sea posible en manera alguna expresar debidamente con palabras lo que entonces experimentará, ni siquiera lo que ahora ya experimenta. ¿Qué pensáis que recibirá en lo alto aquella a quien se demuestra acá abajo tanto amor, que se siente ya entre los brazos de Dios, que reposa en el seno de Dios, que está guardada por el cuidado y atención de Dios, para que nadie le interrumpa el sueño antes que ella misma despierte?

3. Sigue, pues, ya; digamos, si podemos, cuál sea ese sueño de que el Esposo desea que goce su Amada, prohibiendo despertarla hasta que ella misma despierte, no sea que alguno, habiendo leído en el Apóstol: *Ya es hora de despertar del sueño*<sup>2</sup>, o en el profeta, cuando pide a Dios que alumbre sus ojos, para no dormirse nunca en la muerte<sup>3</sup>; no sea que alguno, repito, turbado y confuso con el equivoco de estos nombres, venga a concebir menos estima de este sueño de la Esposa, de que se habla en este lugar. Porque no es tampoco ese sueño semejante a aquel de que habla el Salvador en el Evangelio a propósito de Lázaro, cuando dice: *Nuestro amigo Lázaro duerme; pero vamos a despertarle*<sup>4</sup>. Con estas palabras significaba Jesús la muerte del cuerpo, mientras que sus discípulos se imaginaban que hablaba de un verdadero sueño. El sueño de la Esposa no es sueño corporal: no es esa apacible quietud que ata dulcemente los sentidos por algún tiempo, ni tampoco se parece al horrible descanso que destruye la vida, ni mucho menos se asemeja a ese sueño fatal que adormece al alma en el pecado que la mata. Muy al revés, el sueño de la Esposa es un descanso vivificador y vigilante que alumbra los sentidos interiores y, desterrando la muerte, comunica una vida inmortal. Es verdaderamente sueño, pero tal que no embota los sentidos, sino que los transporta y los arroba. Lo diré sin vacilar: es una muerte; y si os parece dura la frase, escuchad al Apóstol, el cual, escribiendo a algunos que aun vivían en la carne, decíales así: *Estáis ya muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*<sup>5</sup>.

4. Por eso yo también, sin decir ningún absurdo, llama-

<sup>2</sup> Rom. 13, 11.

<sup>3</sup> Ps. 12, 4.

<sup>4</sup> Io. 11, 11.

<sup>5</sup> Col. 3, 3.

ría muerte al sueño de la Esposa; mas esa muerte es tal que no le arrebatara la vida, sino que la libra de sus lazos, pudiendo decir: *Nuestra alma escapó, cual pájaro, del lazo de los cazadores*<sup>6</sup>. En la presente vida andamos siempre rodeados de lazos; lazos poco peligrosos para el alma que vive como fuera de sí misma por haber remontado su vuelo a esa región serena donde apenas se perciben los ruidos de la tierra; porque entonces ya no piensa ni juzga de los sucesos y de las cosas a lo vulgar y ordinario, sino de un modo trascendental, pudiendo aplicársele aquello del Sabio: *En vano se tienden lazos ante los ojos de las aves aladas*<sup>7</sup>. Y cierto, ¿cómo ha de sentir, por ejemplo, los estímulos de la concupiscencia la que apenas siente la misma vida terrena? Porque luego que el alma se ha salido, ya que no de la vida, siquiera de los sentidos de la vida, es indudable que no sentirá tampoco las tentaciones de la vida. ¡Quién me diera alas como a la paloma, y volaré y descansaré!<sup>8</sup> ¡Ojalá muriese yo muchas veces de esta muerte, a fin de poder evitar los lazos de la muerte, sin sentir ya los atractivos mortales del deleite, ni ser encantado por los embelesos de los placeres sensuales, ni abrasado con el deseo de las riquezas, ni agitado por los movimientos de la cólera o impaciencia, ni torturado por las inquietudes y zozobras de espíritu! ¡Ojalá pudiera yo morir como los justos, a fin de no caer ya más en los lazos engañosos del enemigo y verme del todo libre de obrar la maldad! ¡Cuán buena es esta muerte, que no quita la vida, sino que la trueca en mejor; que no abate el cuerpo, sino que eleva el alma!

5. Mas ésta de hombres es. ¡Ojalá que mi alma muriera muerte de ángeles, si así cabe decir, a fin de que, perdido el recuerdo de lo presente, se despojase no sólo del amor, sino de las imágenes mismas de los bienes inferiores y corporales, para no tener más comunicación que con aquellos cuya pureza deseo imitar! En este raptó consiste solamente, o al menos principalmente, la contemplación. Porque no moverse en esta vida por el amor a las cosas de la vida, efecto es de una virtud humana; mas no distraerse, ni siquiera mientras la especulación de las cosas divinas, por las imágenes del cuerpo, propio es de una virtud angelical. Lo uno y lo otro, sin embargo, es don de Dios; lo uno y otro es éxtasis: en lo uno y en lo otro sale el alma fuera de sí misma, aunque en lo segundo es transportada muy lejos de sí misma, mientras que en lo primero permanece muy cerca de sí. ¡Dichoso el que puede decir: *Me alejé huyendo y permanecí en la soledad*<sup>9</sup>. No contento con salir de sí mismo, se va

<sup>6</sup> Ps. 123, 7.

<sup>7</sup> Prov. 1, 17.

<sup>8</sup> Ps. 54, 7.

<sup>9</sup> Ps. 54, 8.



lejos de sí para fijar su morada y descansar en soledad. ¿Has dejado los placeres de la carne, para no obedecer ya a sus concupiscencias, y no te retienen sus incentivos? Pues ya has salido de ti mismo, te has separado y desprendido de ti mismo; pero nota que aún no te has alejado realmente de ti si no tienes aún bastante fuerza para elevarte por la pureza de tu espíritu por encima de los fantasmas de las cosas corporales, que vienen en tropel de todas partes a turbar y alborotar tu fantasía. No te prometas, pues, gozar de quietud. Yerras pensando encontrar junto a ti mismo el lugar de la quietud, el secreto de la soledad, la serenidad de la luz y la morada de la paz. Mas dame un alma que se haya alejado enteramente de sí misma, y entonces no titubearé en proclamar que goza de perfecta quietud y que puede ya decir con verdad: *Goza, alma mía, de tu quietud, pues el Señor te ha favorecido*<sup>10</sup>. Ahora bien, este lugar es verdaderamente una soledad, una morada luminosa, según el profeta; una tienda que resguarda del calor del día y de la tempestad y de la lluvia<sup>11</sup>. De lo cual el santo David dice: *Escondíome en su tienda en los días malos; El me protegió retirándome al lugar más secreto de su tienda*<sup>12</sup>.

6. Piensa, pues, que esta soledad es donde la Esposa se ha retirado, y en ese lugar tan ameno duerme dulcemente en brazos del Esposo, o sea, está arrobada en espíritu, pues se prohíbe a las doncellitas el despertarla hasta que vuelva en sí. Mas ¿cómo se lo prohíbe? No por una simple y ligera advertencia, como se hace de ordinario, sino por una conjuración del todo nueva y desusada, o sea *por las cabras y ciervos de los campos*. Parece que por esta especie de animales son muy bien designadas las almas santas, despojadas de sus cuerpos, y los ángeles, que están con Dios, a causa de que poseen una vista penetrante y son muy ágiles; porque sabido es que una de las cualidades propias de los ángeles y de las almas glorificadas es la agilidad, con que se elevan fácilmente a lo más alto y penetran sin esfuerzo lo más oculto. En lo que se dice de esos animales, a saber, que miran a campo abierto, podemos ver un símbolo de la amplitud y santa libertad de espíritu de que goza el alma en la perfecta contemplación. Mas ¿qué quiere decir ese conjuro? Sin duda es para que las doncellitas inquietas con frívolos pretextos no arranquen a la Amada de la venerable asamblea a que la ha transportado la contemplación extática. Pulcramente, pues, se las manda que no turben el sosiego de la Esposa con sus importunidades, por la reverencia debida a aquellos espíritus bienaventurados de cuyo

<sup>10</sup> Ps. 114, 7.

<sup>11</sup> Is. 4, 6.

<sup>12</sup> Ps. 26, 5.

trato y compañía goza. Para guardar en esto la debida reserva, las bastará con mirar un poquito a quienes disgustarían si importunasen a destiempo a su Madre; y no deben confiar tanto en su maternal caridad, que olviden que sería en ellas gran indiscreción, a menos de hallarse en urgente necesidad, el entrometerse en la celestial asamblea a que asiste; y, por tanto, que cometerían notable irreverencia si la obligasen a interrumpir sin verdadera necesidad el dulce reposo de la contemplación. Sólo a la prudente discreción de su Madre compete el discernir cuándo ha de emplearse en su propio aprovechamiento y cuándo ha de dedicarse al cuidado de ellas para aprovecharlas en la virtud; por eso se las prohíbe despertarla hasta que ella quiera. Sabe bien el Esposo en cuán ardiente celo por la salvación de las almas se abrasa su Esposa; conoce perfectamente que en el trato íntimo con El se aviva más la ardiente caridad y tierna solicitud de esta buena Madre en procurar el progreso espiritual de sus hijas, y que jamás se sustraerá o se negará a ellas cuando necesiten su asistencia. Por eso deja a su discreción el fijar hora y tiempo en que ha de abandonar la contemplación para darse a las obras de celo. No es ciertamente la Esposa semejante a esos malos pastores, a quienes zahiere Ezequiel, que toman para sí lo más exquisito y sustancioso, reservando para sus ovejas lo desabrido y despreciable<sup>13</sup>. ¿Acaso busca el médico a los sanos y robustos y no más bien a los flacos y enfermos? Y si alguna vez visita a los primeros, hácelo como amigo, no como médico. ¿A quiénes instruirás, buen Maestro, si rechazas a todos los indoctos? ¿A quiénes te cuidarás de enseñar, si huyes de todos los indisciplinados o los ahuyentas de ti? ¿En quiénes ejercitarás la paciencia, si sólo admites a los mansos en tu escuela y rechazas a los inquietos?

7. Hay, sin embargo, algunos de los que aquí se sientan que yo desearía mucho atendiesen bien a lo que estamos diciendo. Comprenderían seguramente cuánto respeto se debe a los superiores y que importunándolos temerariamente atraen sobre sí la aversión de los ciudadanos del cielo. Tal vez, si esto considerasen, no nos importunarían tanto con sus impertinencias ni turbarían nuestra quietud con tanta ligereza e irreverencia cuando vacamos a los ejercicios espirituales. Aunque no ignoran, por otra parte, que, por más que ellos respetasen algo más nuestra quietud, es tanta la afluencia de los que acuden a mi solicitud, que apenas me dejan momento de sosiego. Mas tengo ya escúpulo de haber proferido esos lamentos, no sea que algún alma tímida, por temor de molestarme turbando mi quietud, se retraiga más de lo necesario, ocultándome sus ver-

<sup>13</sup> Ez. 34, 3. 4.

daderas necesidades, con merma de su aprovechamiento. Paso, pues, sobre esto, no queriendo dar a los flacos ejemplo de impaciencia; Dios me libre de dar ocasión de escándalo a alguno de esos pequeñuelos<sup>14</sup>. No uso de esa potestad, prefiriendo que ellos se sirvan de mí como les plazca, con tal de que se salven. No perdonarían si me perdonase, ya que nunca gozaré de mayor quietud que cuando vea que no recelan importunarme acudiendo a mí en todas sus necesidades. Condescenderé con todos en cuanto pueda, y, mientras guarde un aliento de vida, serviré a mi Dios sirviéndoles a ellos con caridad no fingida. No buscaré mis intereses ni mi utilidad, pues creo que lo que sea útil a muchos lo será para mí también. Sólo pido al Señor haga que mi ministerio les sea acepto y fructuoso, a fin de que a lo menos me pueda servir esto en el día malo para hallar misericordia ante los ojos de su Padre y del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que con El es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos. Amén.

**53** POR MONTES Y COLLADOS SE SIGNIFICAN LOS ESPÍRITUS CELESTIALES, POR ENCIMA DE LOS CUALES PASA EL ESPOSO EN SU ADVENIMIENTO A LA TIERRA POR EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN \*

1. *¡La voz de mi Amado!*<sup>1</sup> Viendo la Esposa la nueva reserva de las doncellitas y el respetuoso temor, que las impide turbar su ocio santo, al notar que no la importunaban como ayer y anteayer, presumiendo interrumpir su quietud, reconoce que esto es efecto del cuidado y de la mediación de su Esposo; y regocijándose en su espíritu, sea de su aprovechamiento espiritual, porque no se muestran ya tan inquietas; sea de que en adelante podrá ella vivir más en paz; sea, en fin, por causa de la gracia y de la bondad de su Esposo, que manifiesta tanto celo por su quietud y tanto se cuida de conservar el dulce ocio de su contemplación, protesta agradecida ser deudora de esto a la voz de su Amado, que para eso las habló. Porque aquel que conduce a los demás con vigilante cuidado no vaca casi nunca a sí mismo con seguridad, temeroso siempre de no atender lo bastante a aquellos que le están confiados y de no ser por ello a Dios grato, por preferir a la utilidad general su propio sosiego y las dulzuras de la contemplación. Y no es poca su alegría y seguridad cuando, por el temor y respeto que Dios

<sup>14</sup> Mt. 18, 6

\* PL 183, 1033.

<sup>1</sup> Cant. 2, 8.

inspira a veces a las almas de aquellos a quienes gobierna, reconoce que su quietud es grata a Dios; porque hace que los hermanos prefieran soportar sus necesidades con paciencia a turbar indiscretamente las dulzuras de la quietud de su padre espiritual. Verdad que ese temor reverencial de sus hijos espirituales denota a las claras no haber oído en su interior la voz amenazadora y la reprensión de Aquel que dice por el profeta: *Yo soy el que habla justicia*<sup>2</sup>. Su voz es su inspiración y la impresión de un justo temor.

2. Oída, pues, esta voz, la Esposa, gozosa y exultante, dice: *¡Es la voz de mi Amado! Es la Amiga*, no siendo extraño que se regocije tanto al reconocer la voz del Esposo; y al punto añade: *Vedle cómo viene saltando por montes y brincando por collados*. Al percatarse de la presencia de su Esposo por el sonido de su voz, que acaba de oír, vuelve al punto a El su mirada. El oír conduce a la visión, pues *la fe proviene del oír*<sup>3</sup>, y por la fe son purificados los corazones, capacitándolos para ver a Dios. Por eso se dice en los *Hechos de los Apóstoles* que el Espíritu Santo purifica los corazones de los fieles con la fe<sup>4</sup>. La Esposa, pues, ve venir a Aquel a quien antes había oído hablar, siguiendo el Espíritu Santo el orden descrito por el profeta cuando dice: *Escucha, hija, y ve*<sup>5</sup>. Y a fin de comprender mejor que no fueron estas palabras escritas al azar, sino con toda intención y previsión, y, por tanto, que el oír precede al ver por la razón indicada, escuchad cómo Job establece el mismo orden cuando dice a Dios: *Te conocía, Señor, de oídas, mas ahora te veo ya con mis ojos*<sup>6</sup>. Asimismo, cuando la Escritura refiere que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles, parece quiere indicarnos que el oído previene a la vista, al decir: *Oyóse repentinamente un estruendo del cielo, como de viento impetuoso que soplabá*. Y más abajo: *Y vieron aparecer como lenguas de fuego, repartidas y posadas sobre cada uno de ellos*<sup>7</sup>. Lo que manifiesta que la venida del Espíritu Santo fué conocida primero por el oído y luego por la vista. Y baste lo dicho acerca del particular; porque, si quieres inquirir estas cosas, podrás tal vez tú mismo en otros lugares de la Escritura encontrar otras similares.

3. Ahora ya consideraremos aquello que pide mayor diligencia y estudio por ser de difícil acceso, para lo cual confieso que necesito ayuda del Espíritu Santo, a fin de poder explicar qué significan esos montes y collados en los cuales la Esposa ha visto con gozo saltar al Esposo y atravesarlos, cuando, como yo pienso, se apresuraba El a venir para res-

<sup>2</sup> Is. 63, 1.

<sup>3</sup> Rom. 10, 7.

<sup>4</sup> Act. 15, 9.

<sup>5</sup> Ps. 44, 11.

<sup>6</sup> Job 42, 5.

<sup>7</sup> Act. 2, 2. 3.



catar a aquella cuya hermosura tanto codiciaba. Y lo que me lo hace pensar así es que se presenta a mi memoria un texto semejante en el salmista, el que, viendo claramente en espíritu y describiendo la venida del Salvador, dice: *Puso Dios en el sol su mansión, y El, como esposo que sale de su tálamo, salta cual gigante a correr su carrera. Sale de lo más alto del cielo, corriendo hasta lo más alto del mismo*<sup>8</sup>. Nadie ignora quién es Aquel que emprendió y consumó esa misteriosa carrera. Pero ¿qué? Cuando leemos esto en el Cantar o en el Salmo, ¿nos figuraremos quizá un gigante de prodigiosa estatura que, enamorado de alguna mujer ausente, se apresura a gozar de sus brazos y pasa por encima de esas montañas y colinas que vemos elevarse tan alto en las llanuras, tocando algunas con su cima en las nubes? No conviene figurarnos estas imágenes corporales, especialmente al explicar un Cantar del todo espiritual. Pero mucho menos nos es permitido hacerlo a nosotros, que hemos leído en el Evangelio: *Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu*<sup>9</sup>.

4. ¿Cuáles son, pues, esos montes y collados espirituales, a fin de que conozcamos también cuáles son esos saltos del Esposo, que es Dios, y por tanto espíritu? Si creemos que son aquellos montes en los que refiere el Evangelio que fueron dejadas las noventa y nueve ovejas al venir su Pastor a la tierra para buscar una que se le había perdido<sup>10</sup>. la cosa no es por ello menos oscura, y el entendimiento permanece siempre atollado, siendo difícil entender cuáles son estas otras montañas donde habitan y pastan las beatitudes celestiales y espirituales, que son, sin duda, las ovejas de que allí se habla. Pero, si no fuera cierto que allí las hay, la Verdad no hubiera dicho lo que acabamos de referir. El profeta mismo no habría dicho largo tiempo antes, al hablar de la suprema Jerusalén celeste, que tiene sus fundamentos en los montes santos<sup>11</sup>, si allí no hubiera en efecto montes. Y para hacer ver que esta santa morada tiene no sólo montes espirituales, sino también montes vivos y racionales, escuchad a Isaías: *Montes y colinas, dice, cantarán himnos y alabanzas ante Dios*<sup>12</sup>.

5. ¿Qué montes han de ser éstos sino aquellos espíritus bienaventurados que habitan en el cielo, a quienes hemos dicho que la voz del Señor llamó ovejas, siendo a la par ovejas y montañas? A no ser que os parezca un absurdo el que las montañas se apacienten en las montañas y las ovejas en las ovejas. Y cierto que en su sentido literal eso es duro; mas, según la inteligencia espiritual, aparecerá

<sup>8</sup> Ps. 18, 6. 7.

<sup>11</sup> Ps. 86, 1.

<sup>9</sup> Io. 4, 24.

<sup>12</sup> Is. 55, 12.

<sup>10</sup> Mt. 18, 12.

suave y agradable si consideramos cómo el Pastor de unas y otras ovejas, Jesucristo, Sabiduría de Dios, distribuye distintamente en la tierra y en el cielo el mismo alimento de la verdad. Pues nosotros, miserables mortales, mientras estamos en el destierro, hemos de comer nuestro pan con el sudor de nuestra frente y mendigarlo con pena y trabajo por fuera, ya de los hombres doctos, ya de los libros sagrados, o, a lo menos, contemplando con el ojo de la inteligencia las grandezas invisibles de Dios por el orden y belleza de las criaturas visibles. Mas los ángeles reciben, si no de sí mismos, a lo menos en sí mismos, lo necesario para ser abundantemente dichosos, y recíbenlo con tanta facilidad como felicidad. Porque ellos son instruídos todos por Dios; y si bien es ésta una dicha ciertamente prometida a los elegidos de entre los hombres, no se les da todavía experimentar con felicidad segura.

6. Por tanto, los montes pastan en los montes o las ovejas en las ovejas, porque aquellas sustancias celestes y espirituales hallan copiosamente en sí mismas, por la Palabra de la vida que reciben, el medio de hacer su bienaventuranza perpetua, siendo a la par montañas y ovejas: montañas, por causa de su plenitud o de su elevación; ovejas, por razón de su dulzura. Pues estando llenas de Dios, elevadas en méritos, colmadas de virtudes, no dejan de doblar humildemente sus cabezas bajo el imperio de la Majestad soberana de Dios, como sencillas ovejas que se guían en todo por la voluntad de su Pastor y que le siguen por doquier vaya. Y en estos montes, verdaderamente santos según el profeta David, después de haber sido engendrada la Sabiduría de Dios antes de todas las cosas, han sido establecidos firmemente, desde el principio del mundo, los fundamentos de la ciudad del Señor<sup>13</sup>, porque esta ciudad es la misma en el cielo y en la tierra, por más que en la tierra va peregrinando y en el cielo reina ya plenamente. Y de estos montes, según las palabras de Isaías, como de campanas vivientes y armoniosas, resuena sin cesar la acción de gracias y la voz de alabanza<sup>14</sup>, realizando así, con ese dulce y perpetuo concierto, lo referido poco ha, tomándolo de ese mismo profeta; a saber, que *montes y collados cantarán alabanzas ante Dios*; y también lo que añade otro profeta diciendo al Señor: *Dichosos los que habitan en tu casa, Señor; en los siglos de los siglos te alabarán*<sup>15</sup>.

7. Esos, pues, por volver allí de donde necesariamente nos hemos apartado, esos montes y collados son aquellos en donde la Iglesia ha visto saltar a su celestial Esposo.

<sup>13</sup> Ps. 86, 1

<sup>14</sup> Is. 51, 3.

<sup>15</sup> Ps. 83, 5.

con admirable alegría, cuando corría a gozar de sus castos abrazos; y no le ha visto saltar sólo en esos montes, sino aun por encima de ellos. ¿Queréis que os pruebe esos saltos con el testimonio de los profetas y de los apóstoles? No es que quiera alegar aquí todos los lugares en que se habla de esto, ya que los que quieran podrán hallarlos en la Escritura; pero si lo hiciera, resultaría demasiado prolijo, cansando inútilmente vuestra atención; referiré sólo aquellos que confirman clara y brevemente lo que se dice aquí acerca de los saltos del Esposo. David dice de El que *puso su tabernáculo en el sol, y como esposo que sale de su tálamo, saltó cual gigante a correr su carrera, y que saltó de lo más alto de los cielos*<sup>16</sup>. Ved qué salto tan grande dió, desde lo más alto de los cielos hasta la tierra. Porque no hallo otro lugar, si no es la tierra, donde Aquel que habita una luz inaccesible haya puesto su tabernáculo como en el sol, o sea donde haya derramado tan esplendorosa y visible luz, donde se haya dignado manifestar tan espléndidamente su divina presencia y majestad. Por donde diga Baruc: *El Señor se dejó ver en la tierra, y vivió con los hombres*<sup>17</sup>. Puso, repito, públicamente sobre la tierra como en un sol su tabernáculo, es decir, su cuerpo, que se dignó tomar en el seno de la Virgen, a fin de que, siendo invisible por naturaleza, se hiciese visible, y que todo hombre pudiese ver al Salvador de Dios al venir en carne humana.

8. Saltó, pues, por los montes, que son los espíritus superiores de la milicia celeste, a los cuales se dignó bajar para revelarles el inefable misterio de piedad, que después de siglos había estado en el secreto de Dios. Pero en seguida, saltando por encima de esos montes cimeros y más altos que se llaman querubines, serafines, dominaciones, principados, potestades y virtudes, dignóse descender hasta el orden inferior de los ángeles como a unos collados. Pero ¿acaso se paró aquí? No, sino que también pasó por encima de esos collados; pues, como dice el Apóstol, *no tomó nunca la naturaleza de los ángeles, sino que tomó la semilla de Abrahán*<sup>18</sup>, que es inferior a los ángeles, a fin de que se cumpliera lo que mucho antes había anunciado el profeta, el cual, hablando al Padre, dice refiriéndose a su Hijo: *Le hiciste algo inferior a los ángeles*<sup>19</sup>; aunque, cierto, también podría interpretarse este lugar como si encerrase un elogio de la naturaleza humana, por cuanto, habiendo sido creado el hombre a imagen y semejanza de Dios y estando dotado de inteligencia como los ángeles, sólo es algo inferior a ellos por razón de su cuerpo, formado de tierra. Pero oigamos con cuánta claridad nos habla de esto el apóstol Pablo:

<sup>16</sup> Ps. 18, 6, 7.

<sup>17</sup> Bar. 3, 38.

<sup>18</sup> Hebr. 2, 16.

<sup>19</sup> Ps. 8, 6.

Teniendo, dice, la forma de Dios, no creyó ser usurpación el hacerse igual a Dios. Y, no obstante, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante a los hombres y reducido a la condición de hombre mortal<sup>20</sup>. Y en otra parte dice: Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, formado de Mujer, sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley<sup>21</sup>. Por eso, sin duda, Aquel que, al nacer de Mujer, se puso debajo de la Ley, al descender a la tierra no sólo saltó por encima de los montes, o sea de los espíritus más excelsos y elevados, sino también de los espíritus inferiores, que son los ángeles, los cuales, comparados con los otros más altos, con razón son designados con el nombre de colinas. Por lo demás, el que es el menor en el reino de los cielos, es mayor que cualquiera que mora en la tierra vestido de carne mortal, aunque se llame Juan Bautista<sup>22</sup>; y así, aunque confesamos que el Hombre-Dios es muy superior a todos los principados y potestades, es preciso, con todo eso, convenir en que, si les aventaja en majestad, se hizo en cierta manera inferior a ellos por razón de su naturaleza humana. Así es cómo saltó por encima de los montes y collados, para hacerse en cierto modo inferior a los espíritus superiores y a los inferiores. Y no sólo se dignó someterse a aquellos espíritus celestiales, sino también a los que habitaban casas de barro, pues superó inmensamente por su humildad a la humilde condición de los hombres más humildes. Y así en Nazaret vivía sujeto a María y a José<sup>23</sup>, y en el Jordán se inclinó ante las manos de Juan, ya joven<sup>24</sup>. Pero ha declinado también el día, y no nos conviene aún bajar de esos montes.

9. Por lo demás, si esta vez quisiéramos explorar estas cosas amenas a nuestro sabor y escrutar sus reconditeces, de temer fuera que o bien el discurso careciese de brevedad o que a esta larga y excelente materia se la defraudase de la debida diligencia por la precipitación. Quedémonos, si os place, para descansar de la tarea de hoy, en estos altos montes; que bueno es estarnos aquí, sobre todo habiéndonos el Pastor, Cristo Jesús, conducido a este paraje de pastos tan abundantes como sabrosos, pues también nosotros somos ovejas de su pastoreo. Rumiemos, entre tanto, cual animales puros del Buen Pastor, lo que en el sermón de hoy con toda avidez hemos deglutido, habiendo de percibir lo restante del tema en el sermón siguiente, si nos lo concede el Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>20</sup> Phil. 2, 6. 7.

<sup>21</sup> Gal. 4, 4. 5.

<sup>22</sup> Lc. 7, 28.

<sup>23</sup> Lc. 2, 51. 42.

<sup>24</sup> Mt. 3, 13.



**54** **CÓMO ÁNGELES Y HOMBRES SON SIGNIFICADOS CON EL NOMBRE DE MONTES, Y LOS DEMONIOS CON EL DE COLLADOS. DE TRES CLASES DE TEMOR CON QUE CADA UNO DEBE VIGILAR PARA NO PERDER LA GRACIA DE DIOS RECIBIDA \***

1. Os propondré otro sentido del texto que comentábamos ayer y que he dejado para hoy. Probadlo y elegido mejor. No creo necesario repetiros el sermón anterior, porque de seguro no habréis olvidado lo que dijimos tan en breve. Mas como se han puesto por escrito estos sermones conforme los pronuncié, si algo se os hubiere perdido, podréis fácilmente recobrarlo. Por tanto, pasemos a lo demás. *Vedle ahí, dice la Esposa, cómo viene saltando por montes, brincando por collados*<sup>1</sup>. Háblase aquí del Esposo, que sin duda saltó por encima de los montes cuando, enviado por el Padre para anunciar felices nuevas a los oprimidos, no se desdeñó de hacer las funciones de los ángeles, transformándose, por decirlo así, en Angel del gran Consejo Aquel que era el Señor de los ángeles. Descendió a la tierra Aquel mismo que antes solía enviar a ella sus mensajeros. Por sí mismo quiso traer la salvación al mundo; El mismo en persona quiso manifestar su justicia a los ojos de las naciones<sup>2</sup>. Según enseña el Apóstol, *todos los espíritus bienaventurados hacen el oficio de ministros enviados por Dios para ejercer su ministerio en favor de los que deben ser los herederos de la salud*<sup>3</sup>. Pues bien, el que es infinitamente superior a los ángeles, haciéndose entre ellos, por decirlo así, como uno de tantos, y sin atender al abatimiento que esto le acarreaba, los colmaba de gracias. Pero oigámosle a El mismo: *El Hijo del hombre, dice, no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida para rescate de muchos*<sup>4</sup>. Nadie, que sepamos, ha obrado así; de suerte que por el fervor y la fidelidad de sus servicios ha superado a todos los que vinieron antes que El para servir a los hombres. Ciertamente es éste un excelentísimo ministro, pues ha dado su carne en alimento y su sangre en bebida, y su vida en precio y rescate de aquellos a quienes ha sido enviado. Excelentísimo, repito, pues vemos que por el fervor de su espíritu y el ardor de su caridad y de su generosa bondad no sólo salta por encima de los más ele-

\* PL 183, 1038.

<sup>1</sup> Cant. 2, 8.

<sup>2</sup> Ps. 97, 2.

<sup>3</sup> Hebr. 1, 14.

<sup>4</sup> Mt. 20, 28.

vados montes, sino que también cruza las colinas, es decir, que lo supera todo, afanoso de salvar a los hombres. El es, sin duda, Aquel a quien el Señor su Dios ungió con óleo de alegría más que a todos los copartícipes de su gloria<sup>5</sup>. En eso particularmente ha caminado a grandes pasos cual gigante que corre a terminar su carrera. Adelantóse a Gabriel, pues llegó antes que él a la Virgen, según el testimonio de este mismo arcángel, cuando dice: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo*<sup>6</sup>. ¿Qué? ¿Aquel a quien tú acabas de dejar en el cielo lo encuentras ahora en un seno? ¿De qué modo? Ha volado, ha volado antes que tú, en alas de los vientos. Has sido vencido, ¡oh arcángel!; te ha adelantado el que te envió por delante.

2. O ciertamente saltaba en los montes cuando se aparecía antaño a los patriarcas por medio de ángeles, lo que parece convenir mejor a la letra. Porque ésta no dice que salta sobre los montes, sino *en los montes*, por cuanto El es causa de que ellos mismos salten; así como se dice en los profetas que obra en los justos, concediendo a unos el don de hablar sabiamente y a otros el de obrar santamente. Amén de que algunos de dichos ángeles le representaban, no hablando cada uno de ellos como ángel, sino como Señor. Verbigracia, el ángel que hablaba con Moisés no decía: Yo soy del Señor, sino *Yo soy el Señor*, y repetíale muchas veces estas palabras. Saltaba, pues, *en los montes*, o sea en los ángeles, en los cuales hablaba y se mostraba a los hombres; pero entonces, si bien saltaba hacia los hombres, era por medio de los ángeles y no El mismo. No en su naturaleza, sino en la de una criatura a El sometida. Porque quien salta, pasa de uno a otro lugar; lo que no sucede en Dios. Saltaba, pues, en los montes, o sea en los ángeles, no pudiendo hacerlo en su propia persona, y saltaba hasta las colinas, o sea hasta los patriarcas, los profetas y demás varones espirituales que moraban sobre la tierra. Pero cruzaba también las colinas, porque no sólo quiso hablar y aparecerse a los grandes hombres y a los hombres espirituales, sino que se dignó concederlo a algunos de entre el pueblo, y aun a algunas mujeres, sirviéndose igualmente para ello del ministerio de los ángeles. A no ser que digamos que por las *colinas* entiende la Escritura las potencias del aire, que no son ya contadas entre los montes, porque cayeron de la alteza de las virtudes por su soberbia; y con todo eso, no se han deshinchado por la penitencia ni llegado hasta la humildad de los valles o hasta los valles de los humildes. Creo que de esas colinas está escrito en el Salmo: *Derritiéronse*

<sup>5</sup> Ps. 44, 8.

<sup>6</sup> Lc. I, 28.

*los montes como cera a la vista del Señor*<sup>7</sup>. Aquel que salta en los montes pasa, pues, por encima de esas colinas soberbias y estériles, que ocupan como el medio entre los montes de los perfectos y los valles de los penitentes; y habiéndolos pasado y menospreciado, desciende a los valles, a fin de que ellos den abundante grano. Los otros, al contrario, son condenados a sequedad y esterilidad perpetua, según aquella imprecación del profeta contra ellos: *Ni rocío, dice, ni lluvia caigan sobre vosotros*. Y a fin de que sepáis que esto se dice a los ángeles prevaricadores bajo la figura de los montes de Gelboé, añade en seguida: *Donde muchos cayeron heridos*<sup>8</sup>. ¡Cuántos del ejército de Israel han caído desde el principio y caen a diario en esos malditos montes! De ellos habla el profeta cuando dice al Señor: *Son como los acuchillados que yacen en los sepulcros, y de quienes no te acuerdas ya, desechados de tu mano*<sup>9</sup>.

3. No es, pues, de extrañar si esos malignos espíritus que ya no son montes del cielo, sino colinas del aire, y sobre quienes ni el rocío ni la lluvia caen jamás, permanecen siempre estériles e infructuosos, pues el autor de la gracia y el dispensador de las bendiciones pasa por encima de ellos y desciende a los valles, a fin de derramar lluvia celestial sobre los humildes que están sobre la tierra, para que den fruto abundante y aun copiosísimo<sup>10</sup>. *Visitó la tierra y la embriagó con lluvias, colmándola de todas las riquezas*, dice el salmista<sup>11</sup>. *Visitó la tierra, dice, no el aire; por cuanto la tierra es la que está llena de la misericordia del Señor*<sup>12</sup>. Dios ha obrado la salvación en medio de la tierra, añade en otra parte el mismo salmista<sup>13</sup>. ¿Acaso dice en medio del aire? Esto va contra Orígenes, el cual con impudente falsedad dijo que el Señor de la gloria sería crucificado otra vez en el aire para salvar a los demonios, mientras que Pablo, buen conocedor de este misterio, nos asegura que, *habiendo El resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre El*<sup>14</sup>.

4. Mas Aquel que cruzó los aires no visitó sólo la tierra, sino también el cielo, según la Escritura, que dice: *Señor, tu misericordia se llega hasta el cielo, y tu verdad, hasta las nubes*<sup>15</sup>, hasta el cielo que habitan los santos ángeles, pues el Esposo no salta por encima de ellos, sino que salta en ellos, imprimiendo en ellos como las dos huellas de sus pies, que son la misericordia y la verdad. De estas dos huellas del Señor recuerdo haberos hablado no poco en los ser-

<sup>7</sup> Ps. 96, 5.

<sup>8</sup> 2 Reg. 1, 21.

<sup>9</sup> Ps. 87, 6.

<sup>10</sup> Mt. 13, 8. 23; Lc. 8, 15.

<sup>11</sup> Ps. 64, 10.

<sup>12</sup> Ps. 32, 5.

<sup>13</sup> Ps. 73, 12.

<sup>14</sup> Rom. 6, 9.

<sup>15</sup> Ps. 35, 6.

mones anteriores <sup>16</sup>. En cuanto a los demonios, tienen su morada en la región inferior y tenebrosa que se extiende desde la tierra hasta las nubes, y el Esposo no salta en ellos, sino que pasa por encima de ellos sin mirarlos, no conservando en sí vestigio alguno del paso del Señor. Porque ¿cómo se encontraría la verdad en el diablo, cuando la Verdad misma dice en el Evangelio que no permaneció en la verdad, sino que fué mentiroso desde el principio? No cabe tampoco decir que sea misericordioso, por cuanto la misma Verdad le convence también en el Evangelio de haber sido homicida en todo tiempo <sup>17</sup>. Ahora bien, cual es el padre de familias, tales son sus domésticos. Por eso con sobrada razón, cantando la Iglesia en alabanza de su Esposo que *habita en lugar elevado y mira las cosas humildes en el cielo y la tierra* <sup>18</sup>, no menciona esos espíritus malignos que están en el aire, porque *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes* <sup>19</sup>.

5. La Esposa, pues, le ve saltando por los montes y cruzando collados, según la imprecación de David, que dice: *Visite el Señor todos los montes de alrededor*, de alrededor de Gelboé; pero pase de largo por Gelboé <sup>20</sup>. Porque hay montes que el Señor visita y que están en torno del diablo, designado aquí por el monte Gelboé: tales son los ángeles, que moran sobre él, y los hombres, debajo de él; pues como el miserable cayó del cielo, en pena de su pecado se le señaló por morada el aire, lugar medio entre el cielo y la tierra, a fin de que vea lo que pasa en una y otra parte y le atormente la envidia, diciendo la Escritura: *El pecador lo verá y se irritará; rechinará de dientes y se consumirá* <sup>21</sup>. ¿Qué miserable cuando mira los cielos, donde ve montañas innumerables que brillan con divinos resplandores, que resuenan con alabanzas de Dios y están colmadas de gloria y de gracia! Y todavía mucho más amarga es su miseria cuando vuelve sus ojos a la tierra, donde también ve los innumerables montes del pueblo escogido, sólidos por la fe, elevados por la esperanza, dilatados por la caridad, cultivados por las virtudes, llenos de frutos de buenas obras y recibiendo a diario las bendiciones del rocío celestial que derrama en ellas el Esposo. ¿Con cuánto dolor y envidia ese espíritu maligno, tan ambicioso de gloria, mira en torno suyo estos gloriosos montes, mientras, por el contrario, ve que él y sus suyos están infecundos, cubiertos de tinieblas y estériles de todos los bienes, y reconoce que él, que calumnia a todo el mundo, es el oprobio de los hombres y de los ángeles,

<sup>16</sup> Serm. 6, 17.

<sup>17</sup> Io. 8, 44.

<sup>18</sup> Ps. 112, 5. 6.

<sup>19</sup> Iac. 4, 6.

<sup>20</sup> 2 Reg. 1, 21.

<sup>21</sup> Ps. 111, 10



según aquellas palabras del salmo: *Ese dragón lo formaste para irrisión de todos!* <sup>22</sup>

6. Y su soberbia es el motivo de pasar el Esposo de largo sobre ellos y de saltar a los montes que están en su derredor, cual fuente abundosa que brota en medio de un paraíso, riega toda la tierra y bendice a todo ser animado. ¡Dichosos los que merecen beber alguna vez, aunque rara, en este torrente de delicias, en el cual el agua de la sabiduría, que brota de la fuente de la vida, corre de vez en cuando, ya que no siempre, a fin de que se forme en ellos un venero de agua viva que salta hasta la vida eterna! Y ciertamente, ese impetuoso río alegra la ciudad de Dios y corre siempre por ella en abundancia. Ojalá que Dios no se desdigne de derramarse algunas veces, como por una inundación, en nuestros montes de sobre la tierra, a fin de que, estando suficientemente regados, puedan también destilar sobre nosotros, que somos valles, algunas gotas de agua; no sea que quedemos del todo secos y estériles. Sólo miseria, pobreza y hambre hay en el terreno que jamás es humedecido por esas inundaciones, ni siquiera por esas débiles infiltraciones de esa agua, porque la fuente de la sabiduría pasa de largo por él, yéndose a fertilizar otros campos. *Como no tuvieron sabiduría, perecieron por su necedad*, dice el profeta Baruc <sup>23</sup>.

7. *Vedle cómo viene saltando montes, brincando por collados.* Salta a fin de pasar a otra parte, no queriendo detenerse en todos, por no ser a Dios gratos. Hermanos, si, según la sabiduría de Pablo, *estas cosas están escritas para nuestro aleccionamiento* <sup>24</sup>, observemos los discretos y circunspectos saltos del Esposo, y cómo, así entre los ángeles como entre los hombres, salta en los humildes y pasa de largo por los soberbios. Pues el Señor, siendo infinitamente alto, *pone los ojos en los humildes y mira de lejos a los altivos* <sup>25</sup>. Consideremos, repito, estas cosas con atención, a fin de que velemos en prepararnos a estos saltos misteriosos del Esposo, no sea que pase sobre nosotros de largo como sobre los montes Gelboé, juzgándonos indignos de su visita. ¿Por qué os ensoberbecéis no siendo sino polvo y ceniza? El Señor, en sus saltos, pasa por encima de los mismos ángeles malos, execrando su soberbia; esa reprobación sirva, por tanto, de aviso a los hombres, pues va encaminada a nuestra instrucción; que el mal del diablo contribuya a nuestro bien, y así lavaremos nuestras manos en la sangre del pecador. ¿Cómo podremos hacer esto? ¿Cómo?, dices. Pues considerando atentamente la horrible y espantosa maldición fulmi-

<sup>22</sup> Ps. 103, 26.

<sup>23</sup> Bar. 3, 28.

<sup>24</sup> I Cor. 10, 11.

<sup>25</sup> Ps. 137, 6.

nada contra el diablo soberbio, pues dice de él el profeta en espíritu, bajo la figura de Gelboé, como arriba se recordó: *Visite el Señor los montes que están alrededor de Gelboé, pero sobre Gelboé pase de largo.*

8. Al leer esto y volver los ojos a mí y mirarme atentamente, véome infectado de esa peste que el Señor aborreció tanto en el ángel, que se apartó de El, al mismo tiempo que honraba con su visita a todos los que estaban alrededor, ya ángeles, ya hombres. Y con pavor y temblor dígame entre mí: Si los ángeles han sido tratados así, ¿cómo seré tratado yo, no siendo sino polvo y ceniza? El se ensoberbeció en el cielo y yo en el estercolero. ¿Quién no soportaría más fácilmente el orgullo en un rico que en un pobre? ¡Ay de mí! Si se ha castigado tan severamente a un espíritu tan poderoso por haberse hinchado su corazón, sin servirle de nada el ser el orgullo un vicio connatural a los grandes, ¿qué pena no mereceré yo, a la vez soberbio y miserable? Mas ya estoy recibiendo el castigo de mi soberbia, ya me siento herido de llaga cruel. No sin razón hace ya algunos días que me hallo en esa languidez, en ese oscurecimiento y en esa flojedad tan desusada. Corría veloz por la senda de la perfección, cuando he ahí que se ha interpuesto en mi camino una piedra de tropiezo, derribándome por el suelo. Se ha encontrado orgullo en mí, y el Señor, irritado, se ha alejado de su siervo. De ahí viene esa esterilidad en mi alma, de ahí esa penuria de devoción. ¿Cómo se ha secado así mi corazón? Hase vuelto del todo material, hase convertido como en tierra árida y sin jugo. Es tal la dureza de mi corazón, que ya no acierta a enternecerse ni a derramar una lágrima. Ya no hallo gusto en la Salmodia, la lectura espiritual me resulta insípida, la oración ha perdido para mí sus encantos, pareciendo en mis acostumbradas meditaciones muy otro de lo que era. ¿Adónde se han ido aquella especie de embriaguez espiritual, aquella serenidad de la mente, aquella paz del corazón y aquella alegría en el Espíritu Santo? Siéntome perezoso en el trabajo de manos, soñoliento en las vigiliass, propenso a enojarme, porfiado en mi aversión, más indulgente con mi lengua y con mi paladar de lo que antes era, más torpe e indolente en la predicción. ¡Ay! ¡El Señor visita todos los montes en torno mío, pero a mí no se acerca! ¿No seré acaso de esas colinas por las cuales el Esposo pasa de largo? Porque veo aquí a unos de una abstinencia singular; a otros de una paciencia admirable; éste posee suma humildad y mansedumbre admirable; aquél mucha misericordia y piedad; esotro vese arrobado muchas veces en contemplación o llama y penetra en los cielos con la asiduidad e instancia de sus oraciones,

y así cada cual sobresale en alguna virtud. Considero, repito, cómo todos ellos son fervorosos, todos devotos, todos unidos en Cristo, todos colmados de los dones celestiales de la gracia, cual verdaderos montes espirituales, que son visitados del Señor y reciben muchas veces en sí los místicos saltos del Esposo. Mas yo, que no hallo en mí nada semejante, ¿qué puedo creer, sino que soy uno de esos montes Gelboé, por donde el benignísimo visitador pasa de largo con ira e indignación?

9. Hijitos, el pensar esto quita la altivez de la mirada, le concilia la gracia y le prepara para los saltos del Esposo. Yo os he representado estas cosas en mí por vosotros, a fin de que vosotros hagáis también así. Sed mis imitadores; no digo en el ejercicio de las virtudes, o en la disciplina de las costumbres, o en la gloria de la santidad, porque no hay nada en mí de todo eso digno de imitación; lo que quiero es que no os mostréis indulgentes con vosotros mismos, sino que seáis los primeros en acusaros, siempre que reconozcáis haberse enfriado en vuestro corazón el fervor de espíritu, que andáis lánguidos y perezosos en la virtud o que la gracia de la devoción se va alejando de vosotros. Esto es obrar como hombre que vela cuidadosamente sobre sí, que examina con diligencia sus caminos y sus afanes y que en todas las cosas tiene siempre por sospechoso el vicio de la arrogancia y recela que se introduzca. En verdad he aprendido que nada hay tan eficaz para merecer la gracia, para conservarla o para recobrarla, como no ensalzarse jamás delante de Dios, sino permanecer siempre en temor y reverencia. *Bienaventurado*, dice el Sabio, *aquel que anda siempre temeroso* <sup>26</sup>. Temed, pues, cuando la gracia está presente; temed cuando se ausenta de vosotros, temed cuando vuelve, que éste es el medio de andar siempre con temor; pues estos tres temores se sucederán el uno al otro en vuestra alma, según que sintáis estar la gracia en vosotros, o haberse ido por haberla ofendido con vuestra conducta, o que vuelve a visitaros. Cuando la gracia está presente, recelad de no corresponder a ella dignamente; pues eso nos aconseja el Apóstol cuando dice: *Os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios* <sup>27</sup>. Y escribiendo a su discípulo Timoteo: *No descuides la gracia que tienes* <sup>28</sup>. Y hablando de sí mismo: *La gracia de Dios no ha sido estéril en mí* <sup>29</sup>. Ese hombre admirable, que penetraba los secretos de Dios, sabía bien que el malograr los dones de Dios y no emplearlos en aquello para lo cual se han recibido, resulta sumamente injurioso para Aquel que nos los concede gene-

<sup>26</sup> Prov. 28, 14.

<sup>27</sup> 2 Cor. 6, 1.

<sup>28</sup> 1 Tim. 4, 14.

<sup>29</sup> 1 Cor. 15, 10.

rosamente, y que semejante proceder arguye un orgullo insostenible. Por eso evitaba él con gran cuidado y enseñaba a los demás a evitar tan peligroso vicio. Pero se oculta aquí otro lazo que os quiero descubrir, pues de él se sirve contra nosotros el espíritu de soberbia, el cual, según el salmista, acecha siempre desde la emboscada, como león desde su cueva <sup>30</sup>, para echarnos la zarpa; lazo tanto más peligroso cuanto más disimulado y oculto. Consiste este lazo en que cuando ve que no puede estorbar la buena acción, procura corromper la intención, sugiriéndonos la idea de atribuirnos a nosotros mismos lo que no es sino efecto de la gracia. Y no dudéis que esta segunda especie de orgullo es mucho peor que la primera. Porque ¿qué cosa hay más horrible que aquella voz con que algunos dijeron: *Nuestra mano robusta, y no el Señor, ha hecho todo esto?* <sup>31</sup>

10. Pues si hay que temer aun teniendo la gracia, ¿cuánto más deberíamos temer si se fuese? Ciertamente que mucho más. Porque, en cayendo la gracia, caes tú. Oye lo que dice el Autor de la gracia: *Sin mí nada podéis hacer* <sup>32</sup>. Teme, pues, mucho cuando la gracia te sea sustraída, porque al punto caerás; teme y tiembla, porque es señal de que el Señor está irritado contra ti; teme y tiembla viendo que la que te guardaba te ha dejado. Y no dudes de que tu soberbia es la causa, aunque no lo creas, aunque no te reconozcas en nada culpable. Lo que tú no sabes, Dios lo sabe, y quien juzga es Él. No es aquel que se da testimonio a sí mismo el verdaderamente recomendable, sino aquel a quien Dios recomienda y aprueba <sup>33</sup>. ¿Crees tal vez que Dios te da favorable testimonio y que aprueba tu conducta cuando te priva de la gracia? ¿Crees acaso que el que da su gracia a los humildes <sup>34</sup> la quitará al que persevera humilde después de habérsela dado? LA PRIVACIÓN, PUES, DE LA GRACIA, INDICIO ES DE ORGULLO EN EL PRIVADO DE ELLA. Aunque también sucede a veces que la gracia es sustraída o alejada, no por razón de alguna soberbia presente, sino de aquella en que uno caería si no se la sustrajesen. Tenemos de esto ejemplo evidente en el Apóstol, que padecía a pesar suyo el aguijoneo de su carne, no porque se ensalzase, sino para que no se ensalzase <sup>35</sup>. No hay duda que la causa principal de la sustracción de la gracia es la soberbia.

11. Mas si vuelve a ti la gracia, vuelta propicia, debes entonces andar aún con mayor recelo, no sea que recaigas, pues la recaída empeoraría tu situación, según aquello del Evangelio: *No peques ya más, dice, para que no te suceda*

<sup>30</sup> Ps. 10, 9.

<sup>31</sup> D. 32, 27.

<sup>32</sup> Io. 15, 5.

<sup>33</sup> 2 Cor. 10, 18.

<sup>34</sup> Ia. 4, 6.

<sup>35</sup> 2 Cor. 12, 7.



*algo peor*<sup>36</sup>. Como ves, es más funesta la recaída que la simple caída en pecado. Dichoso si llenas tu corazón de este triple temor, temiendo por la gracia que has recibido, temiendo aún más por la que has perdido y mucho más todavía por la que hubieres recobrado. Haz esto y serás como una de aquellas hidrias de las bodas a que asistió Cristo en Caná: aquellas hidrias estaban llenas hasta los bordes y contenían dos o tres cántaros; procura también llenar tu corazón con esa triple medida de santo temor, a fin de que merezcas recibir la bendición de Cristo, con la cual se trueque tu agua en vino de alegría y la caridad perfecta lance fuera el temor<sup>37</sup>.

12. Lo que digo así es. El agua es el temor, por cuanto con su frescura templó el ardor de los deseos carnales. Por eso dice el profeta: *La sabiduría es el temor del Señor*<sup>38</sup>. Y en otra parte: *El Señor dió a beber agua saludable de sabiduría*<sup>39</sup>. Si el temor es sabiduría y la sabiduría es agua, sin duda el agua es temor. También el Sabio llama al *temor del Señor fuente de vida*<sup>40</sup>. Nuestra alma viene a ser, pues, como una hidria. Ahora bien, cada hidria del festín del Evangelio contenía dos o tres cántaros, los cuales representan las tres clases de temor antedichas. Nota el evangelista que los servidores, obedeciendo las órdenes de Cristo, *llenaron aquellas hidrias hasta los bordes*<sup>41</sup>. Por ahí entenderás cómo no basta fomentar en sí uno o dos de aquellos temores, siendo preciso fomentar los tres. Y así, teme a Dios en todo tiempo y con todo tu corazón, y llenarás tu vasija hasta el borde. Quiere Dios ofrenda entera, afecto pleno, sacrificio perfecto. Cuida, pues, de meter tu vasija llena en las bodas celestiales, para que pueda también decirse de ti: *El espíritu de temor del Señor le ha llenado*<sup>42</sup>. Quien así teme, nada desprecia. Porque ¿cómo podrá entrar la negligencia en quien está del todo lleno? Lo que algo puede todavía recibir, no está del todo lleno. Por lo mismo, no puede el hombre a un tiempo temer y ensalzarse. Porque no hay lugar para recibir el orgullo donde todo está lleno del temor de Dios. Y dígame otro tanto de los demás vicios, ya que todos quedan excluidos del corazón del hombre cuando está repleto del santo temor de Dios. Por tanto, cuando hayas llegado a temer de este modo al Señor, entonces ese temor dará a tu agua el sabor por la bendición del Señor. Porque el temor sin caridad tiene pena; la caridad, en cambio, tiene vino, que alegra el corazón del hombre<sup>43</sup>; pues la caridad lanza fuera el temor, convirtiéndose en vino lo que

<sup>36</sup> Io. 5, 14.

<sup>37</sup> I Io. 4, 18.

<sup>38</sup> Ps. 110, 10.

<sup>39</sup> Eccli. 15, 3.

<sup>40</sup> Prov. 14, 7.

<sup>41</sup> Io. 2, 6, 7.

<sup>42</sup> Is. 11, 3.

<sup>43</sup> Ps. 103, 15.

antes no era más que agua, para alabanza y gloria del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

## 55 CÓMO EL HOMBRE, POR LA VERDADERA PENITENCIA, PUEDE EVITAR EL JUICIO DE DIOS \*

1. *Mi Amado es semejante a la cabra y al cervatillo*<sup>1</sup>. Este versículo pende del anterior, pues a Aquel a quien antes nos ha descrito como saltando y acelerando su carrera, ahora lo compara a la cabra y al cervatillo. Y cierto muy a propósito, porque estos animales son muy veloces en correr y saltan con suma agilidad. Ahora bien, la Esposa dirige la palabra al Esposo, y éste es la Palabra eterna, de la cual dice el salmista que, emanada de Dios, *corre veloz*<sup>2</sup>. Por donde se ve que este lugar se compagina muy bien con lo que dijo la Esposa, a saber, que el Esposo, que es la Palabra de Dios, va saltando y brincando por los montes y collados. cual ligero gamo y cervatillo. Tal es la razón de la semejanza que propone aquí la Esposa. Y para que se vea cuán exacta, ajustada y perfecta es la comparación, observad que el gamo no se distingue sólo por la velocidad de su carrera, sino también por la claridad de su vista; y a ella se refiere la Esposa al pintarnos al Esposo no sólo *saltando*, sino *brincando por los montes y collados*. Porque si El no tuviera la vista sumamente perspicaz, no podría, y menos corriendo, discernir aquellos objetos en los que debía saltar y aquellos otros por encima de los cuales debía pasar. Por donde se ve que, si ella hubiera querido limitarse a ponderar la velocidad del Esposo, bastaba compararle sólo con el cervatillo, pues sabemos que este animal corre con extraordinaria rapidez. Mas porque el Esposo, aunque el ardor de su caridad parece llevarle con increíble celeridad a gozar de los castos abrazos de su Amada, con todo, no deja de dirigir sus pasos, o más bien, sus saltos, con prudente consideración, cauto en mirar dónde fija el pie; por ello, sin duda, fué preciso juntar la comparación del gamo con la del cervatillo, a fin de que la una expresase el ardiente deseo que le hacía saltar así, y la otra el discernimiento con que escogía el punto adonde debía saltar. Porque Cristo es misericordioso y justo al par que Salvador y Juez: porque ama, quiere que todos los hombres sean salvados y lleguen al conocimiento de la verdad<sup>3</sup>; y porque juzga, co-

\* PL 183, 1044.

<sup>1</sup> Cant. 2, 9.

\* Ps. 147, 15.

<sup>3</sup> 1 Tim. 2, 4.

noce a los que son suyos <sup>4</sup> y sabe a quiénes ha elegido desde el principio <sup>5</sup>.

2. Reconozcamos, pues, que entrambas cualidades del Esposo, misericordia y justicia, nos son representadas por el Espíritu en la figura de estos dos animales, a fin de que, en testimonio de la integridad y perfección de nuestra fe, imitemos al profeta, cantando con el Señor la misericordia y el juicio <sup>6</sup>. No dudo que aquellos de entre vosotros que son curiosos e instruidos en esta materia, sabrán quizás hallar otras propiedades en la naturaleza de estos animales y aplicarlas útil y razonablemente al Esposo. Con todo, las que acabo de indicar bastan y sobran para dar razón de la comparación de la Esposa. Pulcramente el Espíritu Santo compara al Esposo no con los ciervos, sino con el cervatillo, en lo cual apunta a los patriarcas, de quienes Cristo descendió según la carne, y a la infancia del Salvador; porque *este parvulillo que nos ha nacido* <sup>7</sup> ha aparecido en el mundo como un cervatillo. Mas vosotros, que deseáis el advenimiento del Señor, temed el examen riguroso de este Juez, temed sus ojos de gamo, temed a Aquel que dice por uno de sus profetas: *En aquel día yo también examinaré a Jerusalén con antorchas* <sup>8</sup>. Ojo avizor tiene, y su ojo nada dejará por registrar. Sondeará entrañas y corazones <sup>9</sup>, y todos los pensamientos de los hombres estarán patentes a sus ojos <sup>10</sup>. ¿Qué habrá seguro en Babilonia, si la misma Jerusalén debe pasar por examen tan riguroso? Pues paréceme que en este lugar el profeta ha querido designar por esta ciudad a aquellos que profesan la vida religiosa acá abajo y que imitan, en cuanto pueden, con su conducta honesta y regulada, las costumbres de aquella celestial Jerusalén, sin parecerse en nada a los que moran en Babilonia, cuya vida está llena de vicios y desórdenes, y, siendo sus pecados manifiestos y patentes, no necesitan juicio, sino suplicio. Mas tocante a mí, que parezco religioso y habitante de Jerusalén, mis pecados están ocultos y como cubiertos bajo este nombre y este hábito tan santo. Por eso será necesario hacer de ellos una investigación y exacta discusión y sacarlos de las tinieblas para producirlos en pleno día, acercando a ellos las antorchas.

3. Podemos también aducir algo de los Salmos para confirmar lo dicho acerca del escrutinio de Jerusalén. Hablando, pues, de la persona del Señor, dice: *Cuando llegare mi tiempo, juzgaré las mismas justicias* <sup>11</sup>, queriendo significar, si no me engaño, que discutirá y examinará la con-

<sup>4</sup> 2 Tim. 2, 19.

<sup>5</sup> Io. 13, 18.

<sup>6</sup> Ps. 100, 1.

<sup>7</sup> Is. 9, 6.

<sup>8</sup> Soph. 1, 12.

<sup>9</sup> Ps. 7, 10.

<sup>10</sup> Ps. 75, 11.

<sup>11</sup> Ps. 74, 3.

ducta y acciones de los justos. Tenemos por esto gran motivo para temer que, ante tan riguroso examen, muchas de nuestras acciones, que creemos ser virtudes, parezcan vicios. Pero hay para esto un remedio, y es que, *si nosotros nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados*<sup>12</sup>. Ciertamente que este juicio me es ventajoso, pues me sustrae y esconde a ese otro juicio de Dios que ha de ser tan severo. Tiemblo de miedo de caer en manos de Dios vivo, y por eso quiero ser presentado ante su rostro severo después de haberme juzgado a mí mismo, a fin de evitar su juicio. *El hombre espiritual juzga de todo, y él de nadie es juzgado*<sup>13</sup>. Juzgaré, pues, lo malo que hubiera en mí, y también juzgaré lo bueno. Corregiré lo malo con buenas acciones, procuraré borrarlo con lágrimas, castigarlo con ayunos y otras mortificaciones corporales y espirituales. En lo bueno procuraré fomentar el humilde sentir de mí mismo, y, según el precepto del Señor, me reputaré como siervo inútil, que no ha hecho sino lo que debía hacer<sup>14</sup>. Tendré cuidado de no ofrecerle cizaña en vez de trigo, ni paja en vez de grano. Escudriñaré severamente mis acciones e intenciones, a fin de que Aquel que debe examinar a Jerusalén con antorchas no halle en mí nada sin escrutar ni discutir, pues sé que no juzgará dos veces la misma cosa.

4. ¿Quién me diera seguir y perseguir en tal forma todos mis pecados, que ya no tuviese nada que recelar de los ojos de la cabra ni temiera verme alumbrado por la luz de las antorchas! Ahora El me ve, mas yo no le veo. Presto está su ojo, ante el cual todas las cosas están patentes, aunque El no lo está; pero día vendrá también en que yo le veré como El me ve. Mientras tanto, no le conozco sino en parte, por más que no soy de El conocido en parte, sino del todo. Temo la mirada de ese explorador que está detrás de la pared de mi cuerpo. Esto añade de El la Escritura tras de habernos dicho que era semejante a la cabra por su ojo avizor. *Vedle, dice, cómo está detrás de la pared nuestra, mirando por las ventanas, atisbando por las celosías*. Esto lo veremos en otro lugar. A este escudriñador oculto a mis ojos y que juzga lo más oculto es a quien temo. La Esposa no teme nada, porque ella no se siente culpable de nada. Y en efecto, ¿qué podría temer la que es su Amada, su Palomita, su linda Esposa? Porque al punto añade: *He aquí que me habla mi Amado*. A mí no me habla; por eso temo su vista, porque no me da testimonio de sí mismo como a la Esposa. Tú ¿qué oyes de ti, oh Esposa? ¿Qué te dice tu Amado? *Levántate, dice, apresúrate, amada mía, paloma*

<sup>12</sup> I Cor. II, 31.

<sup>13</sup> I Cor. 2, 15.

<sup>14</sup> Lc. 17, 10.



*mía, hermosa mía*<sup>10</sup>. Pero habrá que dejar también esto para otra plática, por no apretar en la brevedad lo que demanda diligencia, no sea que me haga reo de no proporcionarnos las instrucciones necesarias para que lleguéis al conocimiento y amor del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

## 56 CÓMO LOS PECADOS Y VICIOS SON COMO PAREDES MEDIANILES ENTRE EL PECADOR Y DIOS \*

1. *Miradle cómo está tras de la pared, mirando por las ventanas, atisbando por las celosías*<sup>1</sup>. Según la letra, parece ciertamente quiere decir la Esposa que Aquel a quien veía venir saltando se ha acercado hasta la recámara de la Esposa y, estándose tras de la pared, mira por ventanas y celosías, sin osar meterse dentro. Mas, según el Espíritu, puede entenderse que verdaderamente se ha acercado, pero en forma digna del Esposo celestial, y que el Espíritu Santo lo ha expresado en forma digna de sí mismo. Pues la inteligencia verdadera y espiritual no admitirá jamás nada que no sea decoroso del que obra y del que refiere el hecho realizado. Así, pues, el divino Esposo acercóse a la pared al tomar carne humana, pues ésta viene aquí significada por la pared; y tal acercamiento lo realizó por la encarnación del Verbo. Las celosías y ventanas por donde la Esposa dice que mira, creería yo ser los sentidos del cuerpo y las pasiones humanas, habiendo experimentado todas las necesidades humanas. Finalmente, tomó todas nuestras penas y llevó todos nuestros dolores<sup>2</sup>. Usó, pues, de nuestros afectos y sentidos corporales como de resquicios y ventanas para que conociese las miserias de los hombres por experiencia y se hiciera misericordioso haciéndose hombre. Conocíalas sin duda antes, pero de otra manera. Conocía la virtud de la obediencia, siendo el Señor de las virtudes, y, con todo, según el testimonio del Apóstol, *aprendió la obediencia por lo que padeció*<sup>3</sup>. De la misma manera aprendió también la misericordia, por más que la misericordia del Señor sea eterna. Esto nos enseña el mismo Doctor de las gentes, cuando asegura que experimentó todas las tentaciones y flaquezas, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el ser de hombre, a fin de que se hiciese misericordioso<sup>4</sup>. ¿Veis cómo se hizo lo que ya

<sup>10</sup> Cant. 2, 9, 10.

\* PL 183, 1046.

<sup>1</sup> Cant. 2, 9.

<sup>2</sup> Is. 53, 4.

<sup>3</sup> Hebr. 5, 8.

<sup>4</sup> Hebr. 4, 15.

era, cómo aprendió lo que ya sabía y cómo buscó entre nosotros rendijas y ventanas por donde pudiese conocer, por decirlo así, nuestras flaquezas con más certidumbre? Porque halló tantas grietas en nuestra muralla arruinada y agrietada como experiencias hizo en su cuerpo acerca de nuestra enfermedad y corrupción.

2. ¿Así, pues, está el Esposo detrás de la pared, mira por ventanas y celosías? Y con razón nos le representa *en pie* la Esposa, porque sólo El verdaderamente se ha mantenido *en pie* y firme en la carne, ya que en ella no sintió pecado ni corrupción de la carne. Puédesse entender también que, aunque cayó por la flaqueza de la carne, permaneció en pie por la potencia de la Divinidad, según aquello que el mismo dijo: *El Espíritu está pronto, mas la carne es flaca*<sup>5</sup>. Pienso asimismo que lo dicho por David de este misterio favorece también esta interpretación, porque, si bien es verdad que en el paso de referencia habla propiamente de Moisés, no puede dudarse de que el profeta tenía la mira puesta en el verdadero Moisés, que es Cristo, el cual no vino sólo en el agua, sino en el agua y la sangre. Dice, pues, el recordado profeta: *Había resuelto* (habla del Padre), *y lo hubiera llevado a cabo si Moisés, su elegido, a pesar de su abatimiento, no se hubiera mantenido de pie en su presencia a fin de aplacar su ira y evitar que los exterminase*<sup>6</sup>. Mas ¿cómo pudo quedarse de pie si se hallaba abatido? Pero yo te muestro quién es Aquel que se ha mantenido verdaderamente en pie, aun estando abatido; pues no conozco otro que haya podido realizarlo así, sino mi Señor Jesús, el cual en el mismo instante de morir abatido en la cruz estaba en pie con el Padre por su divinidad. En lo uno oraba al Padre por nosotros; en lo otro nos hacía misericordia con el Padre. Estaba en pie detrás de la pared, mientras que lo abatido en El era manifiesto en su carne, y lo que estaba en pie, escondíase como detrás de la carne; haciéndonos ver en una sola Persona lo que en El había de hombre, ocultando lo que era propio de Dios.

3. Creo que, además de esto, está también de pie tras de la pared para cada uno de nosotros que deseamos su advenimiento, por cuanto nuestro cuerpo, sujeto al pecado, nos oculta su rostro acá abajo y nos estorba gozar de su presencia, porque *mientras vivimos en el cuerpo*, dice el Apóstol, *estamos alejados del Señor*<sup>7</sup>. Estamos alejados de Dios, no simplemente porque vivimos en un cuerpo, sino porque vivimos en este cuerpo de pecado, pues nadie hay

<sup>5</sup> Mt. 26, 41.

<sup>6</sup> Ps. 105, 23.

<sup>7</sup> 2 Cor. 5, 6.

exento de ese virus maligno. Y a fin de que mejor entiendas que no es propiamente nuestro cuerpo, sino más bien nuestros pecados lo que nos separa de Dios, oye lo que dice la Escritura: *Vuestras indignidades y pecados han puesto un muro de separación entre vosotros y vuestro Dios*<sup>8</sup>. Y pluguiera al Señor que no hubiese más que ese muro del cuerpo y que sólo el pecado, que está en la carne, me fuese impedimento; pluguiera al Señor que no lo fuesen también otros muchos vicios que, cual otros tantos muros, me separan de El. Porque temo mucho que, a más de la corrupción innata de mi naturaleza, haya añadido también otros muchos pecados de mi cosecha, los cuales hayan alejado infinitamente de mí al Esposo; por donde, si quisiera decir verdad, veríame obligado a confesar que respecto de mí El está más bien en pie detrás de muchas paredes que de una sola.

4. Pero lo digo más llanamente. Ciertamente que el Esposo está igual y simultáneamente en todas partes por la presencia de su majestad y por la grandeza de su poder. Puede, con todo, decirse que por la comunicación o sustracción de su gracia está cerca de algunos y alejado de otros; aunque esto sólo hay que entenderlo, claro está, respecto a los hombres y a los ángeles. Por eso el Rey Profeta dice que *la salud está lejos de los pecadores*<sup>9</sup>, y hablando de sí mismo, aunque ya era justo, añade: *¿Por qué, Señor, te has alejado de mí?*<sup>10</sup> Y en cuanto a las almas santas, aléjase de ellas a veces por sus justos juicios, aunque no sea sino por algún tiempo, y todavía no del todo, sino sólo en parte. Mas con respecto a los pecadores, de los cuales está dicho en el salmo: *Su soberbia crece siempre*<sup>11</sup>, y también: *su conducta es corrompida en todo tiempo*<sup>12</sup>, está muy alejado de ellos. y tal alejamiento es efecto de su cólera y no de su misericordia. Por eso David, dirigiéndose a Dios, le dice: *No apartes de mí tu cara ni te vayas enojado de tu siervo*<sup>13</sup>; sabiendo bien que podía apartarse de él por su misericordia. El Señor, pues, está cerca de sus santos y de sus escogidos, aun cuando parece a veces estar de ellos alejado, y no acercarse igualmente a todos, sino a unos más y a otros menos, según la diversidad de sus méritos. Pues, con estar cerca de todos los que le invocan confiados y tienen el corazón oprimido de aflicción, quizá no esté tan cerca de ellos que puedan decir está en pie tras de la pared. Pero ¡cuán cerca está de la Esposa, no estando ella separada de El sino por una sola pared! Por esto desea ser librada de los lazos.

<sup>8</sup> Is. 59, 2.

<sup>9</sup> Ps. 118, 155.

<sup>10</sup> Ps. 9, 1.

<sup>11</sup> Ps. 73, 23.

<sup>12</sup> Ps. 9, 5.

<sup>13</sup> Ps. 26, 9.

de su cuerpo, a fin de que, roto este muro, pueda estar con Aquel a quien espera hallar detrás de esa Pared.

5. Mas yo, porque soy pecador, lejos de desear ver rotos estos lazos, temo muchísimo que esto suceda, sabiendo que *la muerte de los pecadores es pésima*<sup>14</sup>. Y ¿cómo no lo ha de ser, si los que mueren en pecado se hallan alejados de la Vida? Temo salir de este mundo y tiemblo sólo con pensar en el puerto de la eternidad, no viendo cómo asegurarme de que el Esposo me salga al encuentro para recibirme. Porque ¿cómo podré salir de este mundo confiado, no estando seguro de que el Señor vendrá a recibirme así que salga? ¿No sería entonces juguete de los demonios, que me llevarían consigo antes de hallar quien me rescatase y salvase? Pablo no tenía por qué temer nada semejante, al no sentirse impedido de ver y abrazar a su Amado sino por una sola pared, que era la ley del pecado, que hallaba en sus miembros, o sea la concupiscencia de la carne. No estaba, sin duda, muy lejos de Dios, al no mediar entre ambos sino esta sola pared. Lo cual le excitaba a clamar en el ardor de sus deseos: *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*<sup>15</sup>, pues sabía que al punto de morir llegaría a la vida. No había, pues, en él sino esta ley, la concupiscencia, a la cual el Apóstol estaba sujeto y se veía precisado a soportar a pesar suyo, estando inseparablemente adherida a su carne. *No me siento, dice, consciente de nada*<sup>16</sup>.

6. Mas ¿quién hay semejante a Pablo, que no condescienda alguna vez con esta concupiscencia para obedecer al pecado? Sepa, pues, quien obedece al pecado, sepa que ha puesto delante de sí una pared más, que es ese consentimiento ilícito. Y quien así esté no puede gloriarse de que el Esposo se halla para él detrás de la pared, pues ya median dos paredes entre ambos. Mucho menos todavía si el consentimiento pasa a vías de hecho, viniendo a constituir una tercera pared, que estorba al Esposo acercarse, y esta pared es el acto del pecado. Mas si a ello se añade la frecuencia, que trueca el pecado en habitual, o lo que todavía es mucho peor, si el hábito llegase hasta el menosprecio de Dios, según está escrito: *Cuando el impío ha llegado hasta el abismo de la maldad, lo menosprecia todo*<sup>17</sup>, ¿no es verdad que quien así saliera de la vida podría ser devorado mil veces por los leones rugientes que aguardan su presa, antes de llegar al Esposo, de quien habría vivido separado por una muchedumbre de paredes? De ellas, la primera es la concupiscencia; la segunda, el consentimiento; la tercera, el acto; la cuarta, la costumbre; la quinta, el menos-

<sup>14</sup> Ps. 33, 22.

<sup>15</sup> Rom. 7, 24.

<sup>16</sup> 1 Cor. 4, 4.

<sup>17</sup> Prov. 18, 3.



precio. Cuida, pues, de resistir con todas tus fuerzas a la concupiscencia, a fin de que no atraiga el consentimiento, y al punto verás cómo toda la máquina del pecado caerá por tierra; y no habiendo aquí ya más que la pared del cuerpo, que estorbe al Esposo acercarse a ti, podrás gloriarte con la Esposa, diciendo como ella: *Helo ahí de pie detrás de nuestra pared.*

7. Pero debes también cuidar muy mucho de que encuentre abiertas las ventanas y celosías de tus confesiones, para que por ellas pueda benignamente ver tu interior. Porque su mirada es tu provecho. Se dice que las celosías son unas ventanas pequeñas, tales como las que los escritores se hacen acomodar para recibir la luz sobre el papel. Por lo cual se llama *canciller* a aquel cuyo cargo es despachar y formar los *actos públicos*. Como quiera que hay dos géneros de compunción, una engendrada por el recuerdo de las culpas cometidas, otra producida por la memoria de los dones y gracias recibidos, entonces, siempre que con intenso dolor de nuestro corazón confesamos nuestros pecados, abrimos de par en par las celosías de nuestra alma, para que el Esposo, que está junto a ellas, cual piadoso explorador, pueda ver lo que pasa en nuestro interior. Y sin duda El nos mirará benigno, no dejando jamás de mirar complacido al corazón contrito y humillado<sup>18</sup>. El mismo nos exhorta a esto diciendo: *Di tú primero tus iniquidades, para que seas justificado*<sup>19</sup>. Mas si alguna vez acontece que, al considerar atentamente las bondades y misericordias de Dios, dilata la caridad nuestro corazón e impulsa nuestro espíritu a prorrumpir en alabanzas y acciones de gracias, entonces me parece que abrimos una ventana grande al Esposo, que está detrás de la pared, por la cual, si no me engaño, está mirando con tanto más gozo, cuanto el sacrificio de alabanzas le honra y glorifica más. Pudiera fácilmente demostraros los efectos de ambas confesiones, con la autoridad de la Escritura; pero hablando a quienes saben esto tan bien como yo, no conviene cargaros de cosas superfluas, cuando apenas tenéis tiempo de investigar las necesarias. Cierto que son tantos los misterios de este epitalamio y los pregones de alabanzas que en él se cantan a la Iglesia y a su Esposo, Jesucristo nuestro Señor, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>18</sup> Ps. 50, 19.

<sup>19</sup> Is. 43, 26.

**57** CÓMO DEBEMOS ESTAR ATENTOS A LAS VISITAS QUE EL SEÑOR SE DIGNE HACERNOS Y DE LAS SEÑALES O INDICIOS QUE NOS AYUDAN A RECONOCERLAS \*

1. *He ahí que mi Amado me habla*<sup>1</sup>. Ved los progresos de la gracia y los grados de la dignación divina. Atended a la devoción y a la fineza de la Esposa: con qué vigilancia observa la venida del Esposo y nota hasta sus menores acciones. Ya viene, dice, se apresura, se acerca, se presenta, me mira, me habla; nada de todo esto se oculta a la perspicacia de la Esposa. Viene en los ángeles, se apresura en los patriarcas, se acerca en los profetas, está presente en su carne mortal, mira en los milagros y habla en los apóstoles. O así: viene por el afecto y afán de compadecerse, se apresura por su celo por la salud de los hombres, se acerca abatiéndose a sí mismo, preséntase a los que le son presentes, mira a los que deben ir a El, habla enseñando e inspirando las cosas que conciernen al reino de Dios. Así es la venida del Esposo. Bendiciones y riquezas de salvación le acompañan. Todo lo que a El pertenece está lleno de delicias y abunda en misterios gratos y saludables. La que le ama vela y le observa. Y bienaventurada aquella a quien el Esposo halle velando. No la pasará de largo sin mirarla, no hará caso omiso de ella, sino que se detendrá para hablarla y decirle cosas de amor, por ser El su amante. Y por esto ella exclama: *He ahí que mi Amado me habla*. Justamente le llama su Amado, pues El viene para declararla su amor y no para reprenderla.

2. Porque no es de aquellos a quienes el Señor reprende con razón de que, conociendo las diversas mudanzas del temporal, no conocieron el tiempo de su venida<sup>2</sup>. Es tan prudente y pródiga, que le ha descubierto de lejos, al venir; le ha visto saltando de prisa y pasando de largo por encima de los soberbios, para acercarse a ella, que es humilde, humillándose a sí mismo; y, en fin, cuando El estaba ya de pie y se ocultaba tras el muro, ella no ha dejado de conocer que estaba presente y de advertir que miraba por las ventanas y celosías. Y ahora, en premio de celo tan grande y de cuidado tan religioso, le oye hablar. Porque si El mirase sin hablar, tal mirada podría serle sospechosa, pudiendo

\* PL 183, 1050.

<sup>1</sup> Cant. 2, 10.

<sup>2</sup> Mt. 16, 4.

proceder más bien de indignación que de amor. Miró a Pedro<sup>3</sup>, y no le habló, siendo esto quizá la causa de sus lágrimas. Mas la Esposa, que merece que El la hable, después que la ha mirado, no solamente no llora, sino que se gloria, clamando gozosa: *He ahí que mi Amado me habla*. ¿Ves cómo la mirada del Señor, aun permaneciendo siempre la misma en sí, no tiene siempre la misma eficacia, sino que se conforma a los méritos de aquellos a quienes mira, y cómo hiere a unos con temor y atrae a otros con consuelo y confianza? Mira la tierra y hácela temblar, pero mira a María y derrama en ella su gracia. *Porque ha puesto sus ojos*, dice, *en la pequeñez de su esclava, por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones*<sup>4</sup>. No son ciertamente palabras de uno que llora o que tiembla, sino de quien se regocija. El mira aquí igualmente a la Esposa, y ésta no tiembla ni llora como Pedro, porque no está apegada a la tierra como él entonces lo estaba, sino que, lleno de alegría su corazón, testifica con su habla haber sido mirada con afecto.

3. Oye, finalmente, cómo las palabras que El la dijo no son de un indignado, sino de un amante: *Levántate, apresúrate, amada mía, paloma mía, hermosa mía, y ven*. Dichosa el alma que merece oír de sí tales cosas. ¿Crees acaso que haya aquí alguno entre nosotros que vele y observe de tal modo el tiempo en que debe ser visitado y que examine con tanta exactitud todas las idas y venidas del Esposo, que luego que El viene y le llama, le abra en seguida? Pues estas cosas no son de tal forma propias de la Iglesia, que cada uno de nosotros, pues todos juntamente componemos la Iglesia, no pueda participar de estas bendiciones. Todos los aquí reunidos, y cada uno en particular, somos llamados a recibir las bendiciones de Dios, como herencia propia. De donde viene también el que se atreva a decir a Dios: *He adquirido los testimonios de tu ley para que sean eternamente mi patrimonio, pues son la alegría de mi corazón*<sup>5</sup>. Esta porción hereditaria es, sin duda, aquella por la cual el salmista se juzgó hijo de su Padre que está en los cielos; porque si era hijo, era, por lo mismo, heredero de Dios y coheredero con Cristo. Con todo, él se gloria de haber adquirido una cosa muy preciosa por medio de esta heredad, a saber, la ley y los testimonios de Dios. Ojalá pudiera yo tener en mi favor uno solo de estos testimonios, cuando él se gloria de poseer muchos; y de ahí que añada en otra parte: *Me he deleitado más en seguir el camino de tus testimonios que en la posesión de todos los tesoros*<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> Lc. 22, 61, 62.

<sup>4</sup> Lc. 11, 48.

<sup>5</sup> Ps. 118, 111.

<sup>6</sup> Ps. 118, 14.

Y en efecto, ¿qué son esas riquezas de la salud, esas delicias del corazón, esa verdadera seguridad del alma, sino el testimonio que le da el Señor? Pues, como dice el Apóstol, *no es el que se recomienda a sí mismo quien es verdaderamente estimable, sino aquel a quien Dios recomienda*<sup>7</sup>.

4. ¿Por qué nosotros todavía nos defraudamos de estas recomendaciones y atestaciones divinas, privándonos así de la heredad paterna? Porque si Dios, por su voluntad, no nos hubiera engendrado para hijos suyos con la palabra de verdad, nunca o casi nunca tendríamos conciencia de que El da a nuestra alma esos testimonios. ¿Dónde está lo que dice el Apóstol: *El mismo Espíritu de Dios da testimonio a nuestro espíritu*, con la confianza y amor que nos inspira, *de que somos hijos de Dios*?<sup>8</sup> ¿Cómo seríamos considerados como hijos si estuviéramos excluidos de su herencia? Verdad es que nuestra pobreza nos convence plenamente de nuestra negligencia e incuria. Porque si alguno de vosotros con pureza de corazón se afana en buscar al Señor, que le ha creado, y se mantiene en la presencia del Altísimo<sup>9</sup> para ofrecerle sus oraciones, de suerte que todos sus votos se dirijan a preparar los caminos del Señor, según el profeta Isaías<sup>10</sup>, y a disponer las sendas de su Dios, de forma que pueda decir con otro profeta: *Mis ojos están siempre vueltos al Señor*<sup>11</sup>; y también: *Veo al Señor siempre delante de mí*<sup>12</sup>, ese tal recibirá indudablemente la bendición del Señor y la misericordia de su Dios y Salvador<sup>13</sup>. Será visitado de El muchas veces sin duda, y no ignorará jamás el tiempo y la ocasión de su visita, por más que lo haga secreta y furtivamente, cual amante vergonzoso y discreto. El alma, pues, vigilante le verá venir de lejos con espíritu desocupado de otro cualquier cuidado, y en seguida notará todo lo que hemos indicado que la Esposa advirtió con tanta industria y exactitud en la llegada de su Amado, porque El mismo dice que *los que se levantan de mañana para buscarle le hallarán*<sup>14</sup>. Reconocerá dicha alma el ardiente deseo del Esposo por visitarla, y en estando cerca o ya presente, le percibirá al momento; y en dignándose mirarla, advertirá esa luminosa mirada que, cual de sol resplandeciente, penetrará en ella por las ventanas y celosías de sus sentidos interiores, oyendo al fin esas palabras dulcísimas y amorosas con que la saludará alegremente al decir: *Amiga mía, paloma mía, hermosa mía*.

5. ¿Quién será tan sabio que comprenda estas cosas de manera que sepa también discernirlas dignamente, desig-

<sup>7</sup> 2 Cor. 10, 18.

<sup>8</sup> Rom. 8, 16

<sup>9</sup> Eccli. 39, 6.

<sup>10</sup> Is. 40, 3.

<sup>11</sup> Ps. 24, 15.

<sup>12</sup> Ps. 15, 8.

<sup>13</sup> Ps. 23, 5.

<sup>14</sup> Prov. 8, 17.



narlas por su nombre y comunicar la inteligencia de ellas a los demás? Todo esto, si no me engaño, esperáis vosotros de mí; pero preferiría aprenderlas de otro que tuviera cabal conocimiento de este misterio íntimo por haberlo experimentado en sí. Mas como los tales prefieren de ordinario cubrir con el velo de un modesto silencio lo que aprendieron en el silencio de la oración, reputando más seguro guardar su secreto para sí, yo, a quien no es dado enmudecer, os diré todo lo que sobre esto sé, lo que sé por propia experiencia o por la ajena; aunque me ceñiré a aquello que todos pudieran fácilmente experimentar, dejando lo más elevado para los que sean capaces de comprenderlo. Si yo, por ejemplo, fuese impulsado, ora de fuera, por consejo de otro hombre; ora en mis adentos, por el Espíritu Santo, a defender la justicia y guardar la equidad, miraría este saludable consejo como un mensajero de la venida del Esposo y como preparación para recibir dignamente a huésped tan excelso. El profeta es quien esto enseña, cuando dice: *La justicia andará delante de El* <sup>15</sup>; y añade hablando con Dios: *La justicia y la equidad preparan tu silla* <sup>16</sup>. Concebiría en mí la misma esperanza si se me aconsejara practicar la humanidad, o la paciencia, o la caridad fraterna, o la obediencia debida a los superiores, y, sobre todo, la santidad de vida, la paz y pureza de corazón; pues la Escritura dice: *La santidad conviene a tu casa, Señor* <sup>17</sup>; y también: *El Señor ha establecido su morada en la paz* <sup>18</sup>; y los limpios de corazón verán a Dios <sup>19</sup>. Todo aquello, pues, que me sea sugerido acerca de estas u otras virtudes, será para mí señal de que el Señor de las virtudes se acerca a visitar mi alma.

6. Y si el justo me corrigiera por misericordia, pensaría lo mismo, sabiendo que el celo del justo y su benevolencia preparan el camino de Aquel que sube sobre el Occidente, como dice el profeta <sup>20</sup>. Dichoso Occidente aquel, en virtud del cual queda el hombre en pie por la corrección del justo y el vicio cae por tierra hecho añicos. El Señor sube sobre este vicio, conculcándolo con los pies y quebrantándolo, a fin de que no levante ya cabeza. No conviene, pues, desechar las reprensiones del varón justo, siendo ellas la ruina del pecado, la sanidad del corazón y aun el camino de Dios para el alma. Y generalmente no conviene despreciar aviso que pueda edificar para la piedad, para las virtudes y para las honestas costumbres. Porque éstos son otros tantos caminos por donde la gracia de Dios viene a nosotros <sup>21</sup>. Y si los avisos que nos dan nos son dulces y gratos, si los oímos con

<sup>15</sup> Ps. 84, 14.

<sup>16</sup> Ps. 88, 15.

<sup>17</sup> Ps. 92, 5.

<sup>18</sup> Ps. 75, 3.

<sup>19</sup> Mt. 5, 8.

<sup>20</sup> Ps. 67, 5.

<sup>21</sup> Ps. 49, 23.

docilidad y sin amargura, si los practicamos con solícita diligencia, podemos creer que no sólo viene el Esposo, sino que se apresura, que viene deseando llegar cuanto antes. Porque su deseo produce el vuestro; que si os mostráis solícitos en recibir sus palabras, eso proviene de que se apresura a entrar en vosotros. *No somos nosotros*, dice Juan, *quienes le amamos antes, sino El quien previno con su amor* <sup>22</sup>. Si sientes que su palabra está inflamada, que te abraza interiormente con la memoria de tus pecados, piensa entonces en Aquel en quien la Escritura dice: *El fuego irá delante de él* <sup>23</sup>; y no dudes de que ya está cerca. Porque el Señor está cerca de los afligidos de corazón <sup>24</sup>.

7. Mas si su palabra no sólo te mueve a compunción, sino que te convierte del todo al Señor, y juras y propones guardar los juicios de su justicia, sábetelo que ya está presente, especialmente si te sientes abrasado en su amor; pues ambas cosas a la vez leemos en la Escritura: que el fuego camina delante de El y que El mismo es un fuego. Por lo cual dice Moisés *que El es fuego consumidor* <sup>25</sup>. Pero media esta diferencia entre estos dos fuegos: que el que envía delante de sí, tiene ardor, pero carece de amor; quema, pero no abraza; mueve, pero no arrastra. Sólo está destinado a excitar y preparar, y también para hacerte conocer lo que eres por tu propia cosecha, a fin de que gustes con más placer lo que presto serás por la gracia de Dios. Y el fuego, que es Dios mismo, consume, sí, mas no causa dolor; abraza dulcemente y destruye deliciosamente. Es ciertamente fuego devorador, como el salmista dice; pero tal, que al abrasar los vicios comunica una como unción celestial al alma. Reconocerás, pues, al Señor presente por la virtud que te trueca el corazón y por el amor que te inflama; por cuanto la diestra del Señor es la que realiza estas proezas <sup>26</sup>, y por otra parte, este cambio, obrado por la diestra del Altísimo <sup>27</sup>, no se realiza sino por el fervor del espíritu y por una caridad no fingida, pudiendo el tal decir: *Sentí inflamarse mi corazón, y en mi meditación se prende fuego* <sup>28</sup>.

8. Habiendo este fuego consumido toda mancha de pecado y la herrumbre de los vicios, si, después de estar la conciencia purificada y tranquilizada, sientes súbita y extraordinaria dilatación de corazón y la infusión de una luz que esclarece tu espíritu para la inteligencia de la Escritura o para la penetración de los misterios—lo primero, a lo que creo, para nuestro propio aprovechamiento, y lo segundo

<sup>22</sup> I 10. 4, 10.

<sup>23</sup> Ps. 96, 3.

<sup>24</sup> Ps. 33, 19.

<sup>25</sup> Dt. 4, 24.

<sup>26</sup> Ps. 117, 16.

<sup>27</sup> Ps. 76, 11.

<sup>28</sup> Ps. 38, 4.

para hacer fruto en los prójimos—, si esto acontece, repito, no dudes de que el Esposo se ha dignado mirarte, con lo cual hace brillar tu justicia cual luz resplandeciente, y tu equidad, como el sol del mediodía, según aquello del profeta Isaías: *Vuestra luz será tan brillante como la del sol* <sup>29</sup>. Mas los rayos que proceden de tan grande claridad no entrarán por la puerta, sino por los resquicios, siquiera mientras la ruinoso pared de vuestro cuerpo esté todavía en pie. Te engañarías si pensases que esto sucede en otra forma, cualquiera que fuere la pureza de corazón a que hubieses llegado, pues aquel gran contemplativo llamado Pablo nos dice que *ahora vemos a Dios como en espejo y en enigma, pero entonces cara a cara* <sup>30</sup>.

9. Después de esta mirada del Esposo de tanta dignación y conmiseración, síguese la voz que insinúa dulce y gratamente la voluntad divina, que no es sino el amor mismo, el cual no puede quedar ocioso, antes solicita sin cesar al corazón para que haga lo que Dios desea. Por eso dice a la Esposa que se levante y se apresure, sin duda para ir a ganar almas que le sirvan. Porque la verdadera y pura contemplación tiene eso de propio, que al que abrasa con divino fuego le llena algunas veces de un celo y de un deseo tan grande de traer a Dios a quienes le amen tanto como él, que interrumpe gustoso la quietud de la contemplación para darse a su predicación. Y después de haber así contentado en parte sus deseos, torna a la contemplación con tanto más ardor, cuanto recuerda haberla interrumpido con mayor fruto; y asimismo, después de haber gustado las delicias de la contemplación, empléase con su habitual alegría en nuevas ganancias espirituales. Pero el alma fluctúa muchas veces entre estas continuas vicisitudes, por la violenta aprehensión que la asalta de que, mientras es llevada de acá para allá por la diversidad de estos movimientos, quizá se entregue a uno u otro más de lo conveniente, apartándose, por poco que sea, de lo que Dios le pide. Y tal fué quizá la disposición de Job cuando decía: *Si estoy acostado, digo: ¿cuándo será día y me levantaré? Y levantado, deseo que llegue la tarde* <sup>31</sup>. Cual si dijera: cuando gozo de la quietud de la contemplación, me reprendo de negligente en las obras de celo ó en los trabajos externos; y cuando estoy ocupado en ellos, me reprendo de haber alterado mi quietud. ¿Veis qué pena sufre este santo varón en su incertidumbre de saber cuánto tiempo debe emplear en la acción y cuánto en la contemplación? Y aunque en ambos casos ande ocupado

<sup>29</sup> Is. 58, 10.

<sup>30</sup> I Cor. 13, 12.

<sup>31</sup> Job 7, 4.

en buenas obras, no deja de arrepentirse siempre de lo que ha hecho, como si hubiera obrado mal, buscando a cada instante la voluntad de Dios con gemidos y lágrimas. Entonces el único remedio es la oración y los frecuentes suspiros a Dios, a fin de que se digne hacernos conocer sin cesar lo que desea que hagamos y de enseñarnos el tiempo y medida de cada acción. Estas tres cosas: predicación, oración y contemplación, están, creo, señaladas en las tres palabras del Esposo al dirigirse a su Esposa: *amada, paloma y hermosa*. Con razón la llama *amada* suya, habiendo visto que trabaja tan fielmente por sus cosas, predicando, dando buenos consejos al prójimo o sirviéndole. Con razón también la llama *paloma*, porque, gimiendo en la oración y orando por sus culpas, no cesa de atraer sobre sí la misericordia divina. Con razón asimismo la llama *hermosa*, pues, ardiendo en celestiales deseos, se reviste de la belleza de la suprema contemplación; mas sólo en las horas en que cómoda y oportunamente puede hacerlo.

10. Pero mira también si podrá hallarse relación con este triple bien de una misma alma en aquellas tres personas del Evangelio que moraban en una misma casa y eran amigos del Salvador y sumamente familiares suyos. Hablo de Marta, que servía; de María, que vacaba a la contemplación, y de Lázaro, que yacía bajo la losa implorando la gracia de la resurrección<sup>32</sup>. Todo lo dicho tiende a declarar por qué la Escritura representa a la Esposa tan cuidadosa y vigilante en observar todos los pasos del Esposo; pues advierte puntualmente cuándo viene a ella y con qué prisa camina; observa si está lejos, si cerca, si presente; y diríase que por mucha diligencia que ponga en sorprenderla, jamás lo consigue. Con esto merece la Esposa, no sólo que favorablemente la mire, sino también que la alegre con dulces palabras y que se alegre por la voz del Esposo.

11. Nosotros también hemos añadido, audazmente quizá, que si el alma vela con la diligencia de la Esposa, será también saludada por el Esposo como su amada, será consolada como su paloma y será abrazada como su hermosa. Será reputado perfecto aquel en cuya alma concurren oportunamente estas tres cosas: gemir por sí, alegrarse con Dios y servir a su prójimo; siendo por este medio grato a Dios, circunspecto para consigo mismo y útil para los demás. Mas ¿quién poseerá estas tres cosas a la par? Ojalá que aun después de muchos años puedan darse, no digo todas en cada uno de nosotros, sino al menos alguna en algunos de nosotros. Tenemos, pues, a Marta, como *amiga del Salvador*.

<sup>32</sup> Lc. 10, 38-42, y Io. 11.



en los que administran las cosas exteriores. Tenemos también a Lázaro como *paloma* que gime, y son ciertamente los novicios, quienes, habiendo muerto no ha mucho de sus pecados, trabajan con gemidos y en el temor de Dios para curar sus llagas aun recientes; y como heridos que habitan en los sepulcros y de quienes ya no hay memoria, creen que se los tiene olvidados, hasta que por el mandato de Cristo, levantado el peso de su temor, como piedra pesadísima que les oprimía, puedan respirar con la esperanza del perdón. Tenemos, finalmente, a María, que contempla, en aquellos que en el curso de un tiempo más largo, por la cooperación a la gracia, han llegado a un estado más perfecto y más grato; gozosos ya y confiados en el plenario perdón, hállanse menos ocupados en repasar en su espíritu la triste imagen de sus pecados pasados que en meditar noche y día la ley del Señor, sin poderse saciar jamás de gusto tan dulce, y aun algunas veces, contemplando con inefable alegría la gloria del Esposo cara a cara, son transformados en su misma imagen de claridad en claridad, como iluminados y conducidos por el Espíritu del Señor<sup>33</sup>. Ahora sólo nos falta saber por qué motivo el Esposo exhorta a la Esposa a levantarse y apresurarse, cuando poco antes El mismo había prohibido despertarla; pero esto lo explicaremos en el próximo sermón. Asistanos el Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, y dígnese descubrirnos la razón de este misterio. El, que es sobre todas las cosas Dios en los siglos. Amén.

## 58 CÓMO EL ESPOSO EXHORTA A LA ESPOSA, O SEA A LOS VARONES PERFECTOS, A QUE SE DEDIQUEN AL RÉGIMEN DE LOS IMPERFECTOS, Y CÓMO AQUÉLLOS HAN DE CORREGIR LOS VICIOS DE ÉSTOS, A FIN DE CULTIVAR EN ELLOS LAS VIRTUDES \*

1. *Levántate, apresúrate, amada mía, paloma mía, hermosa mía, y ven*<sup>1</sup>. ¿Quién dice esto? Sin duda que el Esposo. ¿Y no es el mismo que un poco antes cuidaba de impedir se despertase a su amada? ¿Cómo, pues, ahora la manda, no sólo levantarse, sino apresurarse? Viéneme al pensamiento un paso similar a éste, que en el Evangelio se lee. En efecto, la noche en que el Señor fué entregado a los judíos, habiendo dicho a los discípulos que con El estaban cansados y abatidos que durmiesen y descansasen, al poco rato los hizo

<sup>33</sup> 2 Cor. 3, 18.

\* PL 183, 1055.

<sup>1</sup> Cant. 2, 10.

levantar, diciendo: *Ea, levantaos, vamos de aquí; ya viene aquel que me ha de entregar* <sup>2</sup>. Así también, casi en el mismo instante en que prohíbe despertar a la Esposa hasta que ella quiera, despiértala con estas palabras: *Levántate, apresúrate y ven. ¿Qué significa tan súbito cambio de voluntad? ¿Creemos acaso que en esto procedió el Esposo con ligereza o que en tan breve rato mudó de parecer, queriendo ahora lo que poco antes reprobaba? De ningún modo, sino que aquí el Espíritu Santo nos pone ante los ojos las continuas vicisitudes que ha de haber entre la acción y la contemplación, y que ésta no puede ser continua en la vida presente, porque la acción y las obras de celo reclaman nuestra actividad, como más útiles y necesarias para dilatar la gloria de Dios y promover el bien de las almas. El Esposo, pues, viendo que su amada ha descansado ya lo bastante en su propio regazo, sácala de su quietud para que se entregue a ocupaciones más convenientes; pero hácelo no contrariando la voluntad de la Esposa, pues no iba a hacer El lo que acaba de prohibir a las doncellitas. Para la Esposa, el ser despertada de la contemplación por el Esposo es como recibir de El la inspiración y el deseo de darse a las obras buenas, el deseo de fructificar para el Esposo, pues para Ella su vivir es el Esposo, y el morir, ganancia.*

2. Y es vehemente deseo, pues no sólo la urge a levantarse, sino a levantarse con presteza. Y así la dice: *Levántate, date prisa y ven*. Cierto, no se siente poco confortada y alentada al oír que su Esposo le dice: *ven*, y no *vete*, pues esto le da a entender que no la envía a trabajar sola, sino que irá con ella; porque ¿qué dificultades se le podrán ofrecer que no las venza fácilmente yendo tan bien acompañada? *Ponme a tu lado, Señor*, dice Job, *y luche quienquiera contra mí* <sup>3</sup>. También: *Aunque ande en medio de la sombra de la muerte, no temeré males, porque tú estás conmigo* <sup>4</sup>. Por donde se ve que no es despertada la Esposa contra su voluntad, pues el Esposo pone en ella esta voluntad, que no es sino un ardiente deseo que la ha inspirado de hacer piasas y saludables ganancias. Anímase a la tarea que se le encarga y hácese más activa según la oportunidad del tiempo. *Ha llegado el tiempo de obrar*, Esposa, le dice, pues pasó ya el invierno, mientras el cual era imposible todo trabajo; *disipáronse y cesaron las lluvias* que cubrían e inundaban la tierra e impedían todo laboreo, pudriendo las semillas, sin permitir sembrarlas de nuevo; esas lluvias, repito, se han disipado y cesado. Despuntan las flores en nuestros ver-

<sup>2</sup> Mt. 26, 46.

<sup>3</sup> Job 17, 3.

<sup>4</sup> Ps. 22, 4.

geles, indicando haber llegado ya la primavera, en la cual se puede cómodamente trabajar, con vistas a cosechar frutos abundantes y sazonados. Y al punto añade en qué se ha de trabajar primero, diciendo: *Es tiempo de poda* <sup>5</sup>. Está, pues, la Esposa llamada a cultivar las viñas. Y a fin de que éstas puedan corresponder a la esperanza de los labradores con mayor copia de frutos, han de quitarse ante todo de ellas los sarmientos estériles, cortar en ellas lo dañoso y cercenar lo superfluo. Esto según la letra.

3. Ahora veamos ya lo que en este esquema, como histórico, insinúa hemos de entender espiritualmente. Dije que las viñas son las almas o las Iglesias, y os lo he probado, por lo que creo no será preciso repetirlo. El alma perfecta es enviada a examinarlas, a corregirlas, a instruir las y a salvarlas, con tal de que no haya entrado en este ministerio por ambición, sino que haya sido llamada a él por Dios, como Aarón. Y bien, ¿en qué consiste esa invitación, sino en una moción interna de caridad, que nos solicita al celo por la salvación de nuestros hermanos, trabajando en procurar que se acreciente el esplendor y decoro de la casa del Señor por el aumento de sus ganancias y de los frutos de justicia, a fin de que todo redunde en alabanza y gloria de su nombre? Por tanto, el constituido en guía y preceptor de las almas, el que se siente interiormente movido por esos religiosos impulsos hacia Dios, piense que el Esposo está presente y le convida a las viñas. Y ¿para qué, sino para que arranque, destruya, edifique y plante?

4. Mas porque no todo tiempo es apto para esta labor, como tampoco lo es para todo lo que está bajo del cielo, Aquel que invita a eso, añade: *El tiempo de la poda ha llegado*. Sabía también haber llegado el tiempo aquel que decía: *He aquí ya el tiempo favorable, he aquí ya el día de la salvación*. Nosotros, empero, no demos a nadie motivo de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio <sup>6</sup>. Amonestaba, sin duda, con estas palabras a cortar y cercenar lo vicioso y superfluo, y generalmente todo lo que podía ser obstáculo y estorbar el fruto de la salud, sabiendo era llegado el tiempo de podar la viña. Por esto decía a un fiel y espiritual labrador: *Reprende, corrige, insta* <sup>7</sup>, insinuando en la primera y segunda de estas tres cosas que debía cortar y arrancar, y en la tercera, que debía plantar. Ved ahí lo que el Esposo dice por boca de Pablo acerca del tiempo apropiado para trabajar. Pero escuchad además lo que dice por su propia boca a su nueva Esposa acerca de la

<sup>5</sup> Cant. 2, II, 12.

<sup>6</sup> 2 Cor. 6, 2, 3.

<sup>7</sup> 2 Tim. 4, 2.

consideración de los tiempos, aunque esto sea bajo otra figura: *¿No decís vosotros que dentro de cuatro meses estaremos ya en la siega? Pues ahora os digo yo: Alzad vuestros ojos, mirad los campos y ved ya la mies blanca y para segarse*<sup>8</sup>. Y en otra parte añade: *La mies es verdaderamente mucha, pero pocos los obreros. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe operarios a su mies*<sup>9</sup>. Así como entonces mostraba que era tiempo de hacer la cosecha de almas, así también aquí declara haber llegado el tiempo de podar las viñas, o sea las almas o las Iglesias, queriendo, tal vez, por los diversos nombres de que aquí se sirve, indicar la diferencia que hay entre estas dos cosas, entendiendo por mies el pueblo y por viñas las congregaciones de santos que cohabitan juntos.

5. Ahora bien, el tiempo invernal que dice haber pasado, creo denota el tiempo en que el Señor Jesús no andaba ya públicamente entre los judíos, porque habían conspirado para matarle. Por esto decía a algunos: *Mi tiempo aún no ha llegado; el vuestro, en cambio, siempre está dispuesto*. Y de nuevo: *Vosotros id a esa fiesta, que yo no voy todavía a ella*<sup>10</sup>. A pesar de lo cual subió a Jerusalén para asistir a dicha fiesta, no públicamente, sino como de incógnito. Desde entonces, y hasta la venida del Espíritu Santo, que inflamó los corazones de los fieles con aquel fuego que el Señor había traído a la tierra<sup>11</sup>, duró el invierno. ¿Negarás acaso que fuese entonces invierno, sabiendo que Pedro estaba sentado junto al fuego con el corazón no menos frío que el cuerpo? También el evangelista dice: *Hacía frío*<sup>12</sup>. Frío verdaderamente grande se había apoderado del corazón de este apóstol, pues negó a su Maestro. Y no hay por qué extrañarse de ello, si pensamos que le había sido quitado el fuego, pues vemos que muy poco tiempo antes ardía en ardiente celo, como quien estaba todavía cerca del fuego, y, animado de él y temeroso de que se le extinguiera, cortó la oreja a un siervo del sumo sacerdote; aunque, cierto, no era entonces tiempo de cortar. Por esto oyó: *Vuelve tu espada a la vaina*. Era, en verdad, aquel tiempo el del poder de las tinieblas, de suerte que cualquiera de los discípulos que se sirviese de la espada, ya de acero, ya de la palabra, o perecería a hierro, sin lograr convertir a nadie ni hacer fruto alguno, o bien, turbado por la espada del temor, se vería expuesto a negar al Maestro; y de este modo se perdería a sí mismo según lo que el Señor añade al punto: *Cualquiera que matare con espada, a espada morirá*<sup>13</sup>. Por-

<sup>8</sup> Io. 4, 35.

<sup>9</sup> Mt. 9, 37-38.

<sup>10</sup> Io. 7, 1-10.

<sup>11</sup> Lc. 12, 49.

<sup>12</sup> Io. 18, 18.

<sup>13</sup> Mt. 26, 51, 52.



que ¿cuál de los demás apóstoles hubiera podido perseverar intrépido delante de la espantosa imagen de la muerte, si vemos que tembló y cayó el mismo Príncipe de los apóstoles, aquel a quien con voz poderosa había recomendado su Emperador que confirmase a los suyos? <sup>14</sup>

6. Mas ni él ni ellos estaban aún revestidos de la virtud de lo alto. Por lo cual no era seguro para ellos el ir a las viñas, ni servirse de su lengua como de hoz espiritual para cortar los sarmientos, ni cercenar lo superfluo de los vástagos con la espada del Espíritu, a fin de que produjesen más copioso fruto. El Señor mismo callaba en su pasión, y preguntado sobre muchas cosas, no respondió <sup>15</sup>, *habiéndose hecho*, según el profeta, *como hombre que no oye ni tiene qué replicar* <sup>16</sup>. Mas como sus enemigos insistieran en preguntarle quién era, contestóles: *Si os lo dijere, no me creeréis; y si os preguntare, no me responderéis* <sup>17</sup>. Sabía bien que el tiempo de la poda no había aún llegado y que su viña no correspondería a sus desvelos, no daría ningún fruto, ni de fe ni de buenas obras. ¿Por qué? Porque era invierno en los corazones de los pérfidos judíos y habían inundado la tierra ciertas lluvias negras y malignas, más propias para sofocar que para conservar las simientes de la palabra, resultando estériles y sin provecho todos los cuidados y fatigas del cultivo de la viña.

7. ¿De qué lluvias pensáis que hablo? ¿Creéis quizá que sea de aquellas que las nubes que se mueven en el aire derraman sobre la tierra? De ningún modo, sino de aquellas que los hombres de espíritu turbulento e impetuoso hacen subir de la tierra al aire, abriendo su insolente boca contra el cielo y derramando con su lengua sobre la tierra el veneno de sus murmuraciones, como amarguísima lluvia, que hace la tierra estéril y cenagosa e inútil para plantas y granos, no ciertamente para esas plantas visibles y corporales que se nos dan para uso y alimento de nuestro cuerpo, y de las cuales Dios no se cuida más que de los bueyes, sino para aquellas que la mano de Dios, y no la del hombre, ha sembrado y plantado, y que habrían podido granar o arraigarse en la fe y la caridad y producir frutos de salud de haber sido regadas con lluvia temprana y tardía. En fin, son aquellas almas por las cuales murió Cristo. ¡Ay de las nubes que han vertido sobre ellas esas lluvias, que antes las han marchitado que fertilizado! Porque, así como hay buenos y malos árboles, que producen cada uno distintos frutos según la diferencia de su especie, los buenos, buenos, y los malos, malos, creo también que hay buenas

<sup>14</sup> Lc. 22, 32.

<sup>15</sup> Mt. 27, 12.

<sup>16</sup> Ps. 37, 15.

<sup>17</sup> Lc. 22, 67, 68.

nubes, que dan buenas lluvias, y hay malas nubes, que las dan malas. Puede ser que quisiera notar esta diferencia de nubes y de aguas Aquel que decía: *Mandaré a mis nubes que no lluevan sobre ella*<sup>18</sup>, o sea sobre la viña. ¿Por qué pensáis que dice expresamente *a mis nubes*, sino porque hay nubes malas que no son suyas? ¡*Quítale, quítale!*, gritaban los judíos a Pilatos. ¡*Crucifícale!*<sup>19</sup> ¡Oh nubes violentas y tempestuosas! ¡Oh lluvia preñada de tempestades! ¡Oh torrente de iniquidad, más para desolar la tierra que para fecundarla! Aquella otra lluvia que vino poco después no fué menos mala ni menos amarga por más que no cayese ya con tanta violencia: *Ha salvado a otros, y no puede salvarse a sí mismo. Si es el Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz y creeremos en El*<sup>20</sup>. La vana y soberbia locuacidad de los filósofos no es tampoco buena lluvia, antes ha sido más causa de esterilidad para la tierra que de fecundidad. Los dogmas corrompidos de los herejes son lluvias peores aún, por cuanto en vez de frutos no producen sino espinas y abrojos. Las tradiciones de los fariseos, que el Señor condenó, son igualmente malas lluvias, y ellos mismos eran malas nubes. Y no creáis que con esto hago injuria a Moisés. Porque, si bien él era buena nube, no osaría decir que todo lo que salió de ella sea bueno, por temor de contradecir al que dice: *Yo les di (sin duda por Moisés) preceptos no buenos y leyes en las cuales no habían de hallar la vida*<sup>21</sup>; por ejemplo, aquella observancia literal del sábadó, tal como la entendían los fariseos; ciertos ritos y ceremonias legales en la celebración de los sacrificios, la prohibición de comer carne de cerdo y otras cosas por el estilo, que Moisés reputa impuras: todo eso era como lluvia caída de aquella nube, pero que no quisiera yo cayese en mi campo ni en mi huerto. Fué, sin duda, buena en su tiempo; mas como aquel tiempo ya pasó, no la juzgo buena ni provechosa, pues toda lluvia, por mansa que sea y por suavemente que caiga, resulta perjudicial a des-tiempo.

8. Luego mientras esas nubes pestilentes inundaron la tierra, las viñas no se hallaban en sazón de fructificar, y por eso no era llegado el caso de invitar a la Esposa para que fuese a podarlas; pero en corriendo las aguas estancadas y al hacerse la tierra laborable, empezaron a despuntar los capullos de las flores, claro indicio de haber llegado el tiempo de podar las viñas. Preguntas que cuándo sucedió esto. ¿Cuándo hubo de ser sino cuando la carne de Cristo refloreó resucitando a nueva vida gloriosa e inmortal?

<sup>18</sup> Is. 5, 6.

<sup>19</sup> Io. 19, 15.

<sup>20</sup> Mt. 27, 42.

<sup>21</sup> Ez. 20, 25.

Esta es la primera y máxima flor aparecida en nuestra tierra. Pues Cristo, al resucitar de entre los muertos, vino a ser las primicias de los que también hemos de resucitar <sup>22</sup>. El es la flor del campo y el lirio de los valles <sup>23</sup>; es el hijo putativo de José de Nazaret <sup>24</sup>, que en hebreo significa flor. Esta flor es la que ha aparecido la primera, mas no sola, pues los cuerpos de muchos santos, que estaban muertos, resucitaron con El, y aparecieron también en nuestra tierra cual bellas y aromáticas flores. Finalmente, *vinieron a la santa ciudad y se aparecieron a muchos* <sup>25</sup>. Los del pueblo, que creyeron los primeros, o sea las primicias de los santos, fueron también flores. Sus milagros fueron como las flores que produjeron los frutos de la fe; porque, apenas hubieron cesado de caer aquellas lluvias de infidelidad, sobrevino otra lluvia copiosa y apacible que, en decir del salmista, tenía Dios reservada para su heredad, y comenzaron a aparecer las flores. El Señor derramó su bendición, y nuestra tierra brotó sus flores en abundancia, creyendo en un día tres mil en Jesucristo y en otro cinco mil <sup>26</sup>: tan rápidamente se acrecentó el número de esas flores, o sea la multitud de los fieles. El frío de la malicia humana no pudo prevalecer contra esas flores que fueron brotando ni destruir, como suele suceder, el fruto de vida que prometían.

9. Pues cuando todos los que creyeron se hallaron fortalecidos con la virtud de lo alto, surgieron hombres de fe robusta que despreciaron todas las amenazas, fuertes en la fe. Y así, a despecho de las dificultades y persecuciones que les salieron al paso, jamás cedieron un punto ni cesaron de cumplir ni de anunciar las obras de Dios, verificándose espiritualmente lo que mucho antes había dicho el salmista: *Ellos sembraron campos y plantaron viñedos, que dieron su natural fruto* <sup>27</sup>. Al correr del tiempo serenóse la tempestad, y dada la paz a la tierra, las viñas crecieron, brotaron pámpanos, se extendieron y multiplicaron infinitamente; por manera que ahora la Esposa es invitada, no a plantar nuevas viñas, sino a podar las ya plantadas. Y cierto, oportunamente, porque esta labor pedía un tiempo de paz. En efecto, ¿cómo hubiera podido hacerse esto en el de persecución? ¿Cómo se hubieran podido tomar en la mano espadas de dos filos, hacer venganza de las naciones, castigar a los pueblos, atar a los reyes, encadenar a los nobles de entre ellos y ejecutar sobre ellos el juicio prescrito por Dios? <sup>28</sup> Que todo esto significa podar las viñas, lo cual ape-

<sup>22</sup> 1 Cor. 15, 20.

<sup>23</sup> Cant. 2, 1.

<sup>24</sup> Lc. 3, 23.

<sup>25</sup> Mt. 27, 52, 53.

<sup>26</sup> Act. 2, 41; 4, 4

<sup>27</sup> Ps. 106, 37.

<sup>28</sup> Ps. 149, 6-9.

nas puede hacerse aun en tiempos de paz. Y de esto basta ya.

10. Pudiera, sin duda, acabar aquí el sermón si, según mi costumbre, hubiera dado algunos avisos a cada uno de vosotros respecto a su viña. En verdad, ¿quién es el que ha podado tan perfectamente todo lo superfluo en ella, que pueda gloriarse de que ya no le queda cosa alguna por cortar? Creedme: lo cortado retoña; arrojado el enemigo, vuelve a las andadas; extinguida la llama, prende otra vez, y la brasa cubierta de ceniza reavivase de nuevo. No basta, pues, con podar una vez, siendo preciso podar muchas veces y aun toda la vida; porque si no lo disimulas, por grandes que sean tus progresos, mientras vivas en cuerpo mortal, te engañarás si creyeres que tus vicios están muertos y no más bien represados. Lo quieras o no, dentro de tus términos habita el jebuseo<sup>29</sup>. Puede ser subyugado, no puede ser exterminado. Sé, dice el Apóstol, *que nada de bueno hay en mí*. Esto fuera poco si no confesara en seguida que el mal mismo habitaba en él. *No hago*, dice, *el bien que quiero, sino que hago el mal que aborrezco. Mas, si hago lo que aborrezco, ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que habita en mí*<sup>30</sup>. Prefiérete al Apóstol, si a tanto te atreves; confiesa si no con él que no estás exento de vicios. Ahora bien, la virtud ocupa un lugar medio entre los vicios opuestos, y, por tanto, tienes no sólo que cortar, sino también que circuncidar tu viciada naturaleza, porque de lo contrario fuera muy de temer que, hallándose tu viña cercada por vicios que intentan asaltarla y devastarla, al menor descuido tuyo la asaltaran y destruyeran en poco tiempo. El único consejo que puedo darte es que nunca los pierdas de vista y que andes siempre con ojo avizor, a fin de que al menor movimiento de avance les cortes el paso prontamente y sin miramiento. La virtud no puede crecer lozana entre los vicios: luego para que aquélla sea recia, no se deje crecer a aquéstos. Corta lo superfluo, y con lozanía crecerá lo provechoso. Todo lo que cortemos al vicio, añadámoslo a la virtud. En una palabra, emprendamos resueltamente la poda de nuestra viciada naturaleza. Pódese la codicia para que la virtud se robustezca.

11. Siempre es tiempo de poda, hermanos, así como siempre necesitamos hacerlo. Pues convencido estoy de que el invierno ha pasado ya para nosotros. ¿Sabéis a qué invierno me refiero? Refiérome a ese invierno del temor que no va acompañado de amor, y que, si bien da a todos el principio de la sabiduría, en cambio, no comunica la perfección, hasta que, sobreviniendo la caridad, le lanza fuera,

<sup>29</sup> Iud. 1, 21.

<sup>30</sup> Rom. 7, 18-20.



como el estío lanza fuera al invierno, pues la caridad viene a ser como el estío del alma. Si éste ha llegado ya, o por decir mejor, como es justo que así lo sienta de vosotros, por haber llegado ya, habrá, sin duda, secado todas las lluvias del invierno, que son todas las lágrimas que hacía correr antes la memoria de las pasadas culpas y el temor de los juicios divinos. Si así fuere, y sin ningún titubeo puedo afirmarlo de la mayor parte de vosotros, ya que quizá no de todos; si así fuere, repito, esa lluvia ha cesado y se han retirado las aguas, y, además, despuntan ya las flores, claro indicio de haber caído en nuestra tierra una lluvia mansa y apacible, pues también el estío espiritual tiene sus lluvias suaves y fecundas. ¿Qué cosa hay tan dulce como las lágrimas de la caridad? Pues la caridad llora, pero de amor, no de dolor. Lloro con los que lloran. No dudo de que vuestros actos de obediencia estén abundantemente regados con esta lluvia, y es para mí no poca satisfacción el ver que no están desfigurados ni oscurecidos por alguna murmuración o tristeza, sino que van con cierta alegría espiritual que los hace agradables y florecientes; son como flores que siempre lleváis en las manos.

12. Si, pues, el invierno ha pasado, si la escarcha se fué y se alejó, si las flores, en fin, han aparecido en nuestra tierra, y la suavidad de la gracia, como favorable primavera, indica que el tiempo de podar la viña ha llegado ya, ¿qué falta sino ocuparnos seriamente en obra tan santa, tan necesaria? Examinemos, según el profeta, nuestros caminos<sup>31</sup> y nuestros afanes, y cada cual se persuada de que habrá de veras aprovechado, no cuando le parezca que ya no hay en él nada reprehensible, sino cuando reprenda lo que halle en sí de malo. No será inútil tu examen si reconoces que necesitas aún examinarte, y no serás engañado en tu examen siempre que creas tener necesidad de repetirlo. Ahora bien, si lo haces tantas veces cuantas lo necesitas, lo harás siempre. Acuérdate, pues, que siempre necesitas el auxilio de lo alto y la misericordia del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

---

<sup>31</sup> Thren. 3, 40.

**59** DE LOS GEMIDOS DEL ALMA QUE SUSPIRA POR LA PATRIA CELESTIAL, Y DE CUÁN DIGNAS DE ELOGIO SON LA VIDA CASTA Y LA HONESTA VIUDEZ \*

1. *La voz de la tórtola hase oído en nuestra tierra*<sup>1</sup>. No puedo disimular que el que es del cielo, habla de la tierra por vez segunda. Y habla de ella con tanta dignación y en forma tan sociable como si fuese uno de la tierra. Este es el Esposo, quien, habiendo dicho antes que aparecieron las flores, no en *la tierra*, sino en *nuestra tierra*, dice ahora: *La voz de la tórtola se ha oído ya en nuestra tierra*. ¿Por qué este modo de hablar tan extraordinario y, al parecer, tan poco digno de Dios? No creo yo que haya hablado así jamás en ningún otro paso de la Escritura. ¡Oh, cuán dulcemente resuena en nuestros oídos que el Dios del cielo diga: *en nuestra tierra!* Y vosotros, habitantes de la tierra e hijos de los hombres, oídlo. El Señor ha obrado grandes maravillas con nosotros<sup>2</sup>; complácese, al parecer, en mantener relaciones muy íntimas con la tierra, en la cual ha elegido a su Esposa para unirse con ella con los vínculos más estrechos. *En nuestra tierra*, dice. Ciertamente que este lenguaje no respira dominación e imperio, sino más bien familiaridad y alianza. Habla aquí como Esposo, no como dueño y Señor. ¿Qué más? El es nuestro Creador y hácese nuestro compañero. Ni hay que extrañarse de ello. El amor es quien habla, y el amor prescinde de lo que es propio del Señor. Es éste un Cantar de amor, y por eso no extraña que rebose palabras amorosas. Ama Dios también, y su amor no procede sino de sí mismo, siendo El amor. Y ama con tanta más vehemencia, cuanto que El y su amor son una misma cosa. Mas a aquellos a quienes ama trátalos como amigos, no como siervos. De Señor se trueca en amigo; pues no hubiera hablado a sus discípulos como a amigos si no lo fuesen.

2. ¿Ves cómo ante el amor cede la majestad? Así es, hermanos. A nadie recibe el amor, pero a nadie desprecia tampoco. Mira por igual a todos los que se aman perfectamente, midiéndoles a todos por igual, así a grandes como a chicos, ya que para él todos son iguales; más aún, no forman sino uno solo. ¿Piensas, quizá, que Dios se exceptúa de esta regla? De ningún modo, pues quien a Dios se junta, es un mismo espíritu con El<sup>3</sup>. ¿Te asombra este lenguaje?

\* PL 183, 1062.

<sup>1</sup> Cant. 2, 12

<sup>2</sup> Ps. 125, 3.

<sup>3</sup> 1 Cor. 6, 17.

Pues ¿qué? ¿Ignoras acaso que El se hizo como uno de nosotros? Dije mal: porque no sólo se hizo semejante a los hombres, sino que se hizo hombre. Por esto reivindica para sí nuestra tierra, no como posesión, sino como patria suya; es decir, protesta pertenecer a nuestra tierra. ¿Y cómo no ha de poderlo hacer así con todo derecho, cuando es indudable que la Esposa a la que ha elegido es de nuestra tierra, y lo es también la sustancia de su cuerpo? Formando El y su Esposa una misma carne, ¿cómo no han de tener ambos una misma patria? *El cielo empíreo es para el Señor, dice; mas la tierra dióla a los hijos de los hombres*<sup>4</sup>. Como hijo del hombre, El hereda la tierra; como Señor, sujétala a sí, la gobierna como Creador y la comparte como Esposo; así que, al decir *en nuestra tierra*, testifica que rehusa poseerla privativamente y que desea compartirla con otros. Y baste lo dicho para explicar por qué el Esposo se ha dignado servirse de palabra tan bondadosa al decir: *en nuestra tierra*. Vengamos ahora a lo siguiente.

3. *La voz de la tórtola hase oído en nuestra tierra*. Señal cierta de haber pasado el invierno y de haber llegado ya el tiempo de podar la viña. Esto según la letra. Verdad que no es muy agradable la voz de la tórtola, aunque anuncia cosas muy dulces. El precio de esta avecilla es módico si la compras; pero sutilizando algo acerca de su valor, no es de poco precio. En efecto, su voz, que semeja más bien gemido que canto, nos avisa de nuestro destierro. Escucho gustoso la voz de un predicador que no se atrae los aplausos, pero sí mueve a llanto. Imita verdaderamente a la tórtola el que enseña a gemir con afectos de compunción. Si quieres persuadir, has de procurar hacerlo más bien gimiendo que declamando. El ejemplo aquí, como en otros casos, será más eficaz que la palabra. Tu voz será poderosa y llena de virtud si se conoce que estás de veras persuadido de lo que quieres persuadir a los demás. La voz de las obras puede más que la de los labios. Haz lo que dices, y no sólo conseguirás enmendar la conducta de tu auditorio con más facilidad, sino que con ello te librarás de un reproche no pequeño, pues no reizará contigo aquello si alguno dice: *Atan cargas pesadas e insoportables y pónenlas sobre los hombros de los demás, cuando ellos no quieren ni moverlas con el dedo*<sup>5</sup>. Y tampoco te avergonzará aquello: *Tú que censuras a otros, ¿por qué no te enseñas a ti mismo?*<sup>6</sup>

4. *La voz de la tórtola hase oído en nuestra tierra*. Mientras los hombres recibieron en premio de su culto a

<sup>4</sup> Ps. 113, 16.

<sup>5</sup> Mt. 23, 4.

<sup>6</sup> Rom. 2, 21.

Dios sola la posesión de la tierra, de aquella tierra que mataba leche y miel, no se reconocieron extranjeros sobre la tierra ni gemían como la tórtola al recordar su patria; antes, abusando del lugar de este destierro, cual si fuera su patria, diéronse a todos los deleites y vicios, pasando mucho tiempo sin que se oyera la voz de la tórtola en nuestra tierra. Mas una vez hecha la promesa del reino de los cielos, reconocieron los hombres que no tenían aquí ciudad permanente y comenzaron a buscar con toda avidez la futura. Y entonces ya por vez primera oyóse en nuestra tierra la voz de la tórtola. Luego que cada una de las almas santas empezó a suspirar por la presencia de Cristo, sufriendo con pena la tardanza de la posesión del reino de Dios y saludando de lejos con suspiros y gemidos aquella patria tan deseada, ¿no os parece que aquellas almas se parecían a otras tantas castísimas tortolillas que sin cesar gemían? Desde entonces oyóse siempre en nuestra tierra el arrullo de la tórtola. ¿Cómo no ha de arrancar a mis ojos incesantes lágrimas y a mi pecho continuos suspiros esa larga ausencia de Cristo que he de soportar? *¡Oh Señor!, ves todos mis deseos y no se te oculta mi gemido*<sup>7</sup>. *Heme consumido de tanto gemir; todas las noches baño mi lecho con mis lágrimas*<sup>8</sup>. Y no soy yo solo quien lanza de su pecho esos gemidos; son también todos los que ansían el advenimiento del Señor. Así lo testificaba aquel que decía: *¿Acaso los amigos del Esposo pueden andar afligidos y llorosos mientras gozan de su dulce compañía? Tiempo vendrá en que les sea arrebatado el Esposo, y entonces ayunarán*<sup>9</sup>.

5. Así es, buen Jesús. Han venido aquellos días. Porque hasta ahora toda criatura suspira y sufre como dolores de parto, aguardando con ansia la revelación de la gloria de los hijos de Dios. Y no sólo ella, sino que también nosotros gemimos dentro de nosotros, aguardando la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo<sup>10</sup>, sabiendo que mientras habitamos en este cuerpo estamos desterrados de la presencia del Señor<sup>11</sup>. Y estos gemidos no son ciertamente infructuosos, pues a ellos se responde desde el cielo con tanta bondad: *Por la miseria de los desvalidos y el gemido de los pobres, me levantaré*, dice el Señor<sup>12</sup>. Ese gemido lastimero oyóse ya en tiempo de los patriarcas, aunque raras veces, por cuanto procuraban ahogarlo dentro de su pecho. De ahí que uno de ellos dijera: *Mi secreto es para mí, para mí es mi secreto*<sup>13</sup>. Y el salmista exclama: *No se*

<sup>7</sup> Ps. 37, 10.

<sup>8</sup> Ps. 6, 7.

<sup>9</sup> Mt. 9, 15.

<sup>10</sup> Rom. 8, 22, 23.

<sup>11</sup> 2 Cor. 5, 1-6.

<sup>12</sup> Ps. 11, 6.

<sup>13</sup> Is. 24, 16.



*te oculta mi gemido, Señor; con lo cual nos manifiesta que sofocaba en su pecho el gemido, patente sólo a Dios. Por eso aún no podía entonces decirse: La voz de la tórtola ha sido oído ya en nuestra tierra, por cuanto aquel secreto no afectaba sino a pocos. Pero desde que el Apóstol clamó a la faz del mundo entero: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios Padre*<sup>14</sup>, ese gemido de tórtola comenzó a ser común a todos, teniendo todos un mismo motivo de gemir, porque todos conocían al Señor, según aquello de Jeremías: *Y todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande, dice el Señor*<sup>15</sup>.

6. Mas, si muchos gimen, ¿por qué se habla de uno solo? *La voz de la tórtola, dice. ¿Por qué no dice la voz de las tórtolas?* Quizás el Apóstol nos resuelva esta dificultad, al decir que *el mismo Espíritu Santo ora por los santos con gemidos inefables*<sup>16</sup>. Introduce aquí al Espíritu Santo gimiendo, porque El es quien hace gemir. Y así, sea cual fuere el número de los que oímos gemir, es la voz de uno solo la que sale por boca de todos ellos. ¿Cómo no sería ésta su voz, cuando El es quien la forma en cada uno de los fieles para pedir a Dios lo que necesita? *Ya que el Espíritu es revelado a cada cual según sus necesidades*<sup>17</sup>. A cada cual se le da a conocer por su voz, con la que testifica estar presente. Oye del Evangelio que el Espíritu Santo tiene voz: *El Espíritu sopla donde quiere y oyes su voz; mas no sabes de dónde viene o adónde va*<sup>18</sup>. Ignoraba esto aquel Nicodemo, que venía a ser como un maestro muerto, por cuanto enseñaba a los muertos como él una letra que daba la muerte. Mas nosotros lo sabemos bien; nosotros, digo, que, habiendo sido trasladados de la muerte a la vida por el Espíritu vivificante, probamos con experiencias ciertas y diarias cuál es el efecto de su iluminación; probamos que nuestros gemidos y votos vienen de El y van a El y que por El hallan misericordia ante el Señor. Porque ¿cómo podrá Dios hacer que sea inútil la voz de su Espíritu, cuyos deseos conoce bien, y sabe que El no pide a Dios para los santos sino lo que es conforme a su voluntad?

7. No sólo los gemidos hacen a la tórtola recomendable, sino también su castidad. Por el mérito de esta virtud fué juzgada digna de ser ofrecida como hostia por el Hijo de la Virgen; así, pues, tienes: *un par de tórtolas o dos palominos*<sup>19</sup>. Y aunque el Espíritu Santo suele ser designado por la paloma, con todo, como esta ave es libidinosa, no convenía ofrecerla en sacrificio al Señor sino en la edad en

<sup>14</sup> Col. 3, 1.

<sup>15</sup> Jer. 31, 34.

<sup>16</sup> Rom. 8, 26.

<sup>17</sup> 1 Cor. 12, 7.

<sup>18</sup> Jo. 3, 8.

<sup>19</sup> Lc., 2, 24.

que estuviera exenta de ese instinto lascivo. En cambio, la edad de la tórtola no está designada, por ser ella casta en cualquier edad, contenta con un solo consorte, y después de haberle perdido, no conociendo otro; reprendiendo con esto las segundas nupcias entre los hombres. Y si bien es verdad que éstas son tal vez una falta leve, por cuanto pueden ser remedio para la incontinencia, sin embargo, esa misma incontinencia parece algo vergonzosa. ¿No es, en efecto, una vergüenza que la razón no pueda obrar en el hombre en punto a honestidad lo que la naturaleza obra en un ave? Vese a la tórtola en tiempo de viudez practicar todos los ejercicios de ese estado santo con vigilancia y ardor infatigables. La verás siempre solitaria, la oirás siempre gemir, sin que jamás vaya a posarse en una rama verde, para enseñarte a huir de los placeres y liviandades como de la peste. Añade que las más de las veces va a morar en la cima de los montes o en la copa de los árboles, para enseñarnos a despreciar las cosas de la tierra y amar las del cielo, lo cual es muy conveniente al propósito de castidad.

8. De donde se colige que la voz de la tórtola es también una exhortación a la pureza, y no se oyó esta voz desde el principio en la tierra, sino más bien esta otra: *Creced y multiplicaos y henchid la tierra* <sup>20</sup>. En vano, sin duda, esta voz hubiera resonado entonces, cuando no estaba aún descubierta la patria de los resucitados, en la cual los hombres no se casarán, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo <sup>21</sup>. ¿Era acaso entonces el tiempo de hacer oír esta voz, cuando toda mujer estéril en el pueblo judío era considerada como maldita, cuando los mismos patriarcas tenían muchas mujeres a la vez, cuando la Ley mandaba al hermano suscitar la simiente de su hermano muerto sin hijos, casándose con su viuda? Mas, habiéndose oído en el mundo la dulcísima voz de aquella tórtola celestial que ensalzaba y aconsejaba la castidad virginal <sup>22</sup>, habiendo el castísimo Apóstol dado el precioso consejo acerca de la virginidad <sup>23</sup>, empezó a poderse decir con verdad: *La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra*.

9. Luego, si las flores han aparecido ya en nuestra tierra y el arrullo de la tórtola se ha oído ya en ella, no hay duda de que la verdad ha sido descubierta, así con la vista como con el oído; pues la voz se oye y las flores se ven <sup>24</sup>. Las flores son los milagros, según más arriba dijimos, los que, juntándose a la voz, producen frutos de fe. Porque, aunque la fe provenga del oír, la confirmación de la fe viene del

<sup>20</sup> Gen. 1, 28.

<sup>21</sup> Lc. 20, 35. 36.

<sup>22</sup> Mt. 19, 12

<sup>23</sup> 1 Cor. 7, 25.

<sup>24</sup> Ps. 84, 12.

ver. La voz ha resonado, las flores han brillado, y la verdad ha brotado de la tierra y ha granado por la confesión de los fieles, concurriendo juntamente la palabra y los milagros a servir de testimonio a su fe. Y este testimonio ha hecho sumamente creíbles las verdades de la fe, por cuanto las flores, o sea, la vista de los milagros, atestiguan la verdad de lo que enseña la fe, y el oír la predicación es secundado por la visión de los milagros. Lo visto confirma lo oído, y el testimonio de dos, o sea, del oído y de la vista, persuade la verdad de lo que ellos notifican. Por eso el Señor decía, hablando a los discípulos de Juan: *Id y decid a Juan lo que habéis oído y visto*<sup>25</sup>. No podía expresarles la certidumbre de la fe de un modo ni más breve ni más claro. Y con esta misma brevedad y por el mismo argumento ha sido persuadida a toda la tierra. *Decid las cosas que habéis oído y visto*. ¡Oh palabra breve, pero viva y eficaz! Ciertamente no tengo dificultad en asegurar lo que he aprendido por mis oídos y por mis ojos. Resuena la trompeta saludable, brillan los milagros, y el mundo cree. Persuádese fácilmente lo que se dice cuando se prueba con prodigios admirables. Y así leemos que, *habiendo salido de Jerusalén los apóstoles, predicaban en todas partes, cooperando a su predicación el Señor y confirmándola con milagros*<sup>26</sup>. Al transfigurarse el Señor en el monte Tabor, aunque quedó envuelto por una maravillosa claridad, no dejó de oírse una voz que daba testimonio de su persona<sup>27</sup>, e igualmente, cuando recibió el bautismo en el Jordán, vióse una paloma sobre su cabeza y oyóse una voz que atestiguaba su divinidad<sup>28</sup>. Por donde se ve que la divina largueza hace concurrir siempre y por doquier la palabra y los milagros para introducir la fe en las almas, a fin de que por estos dos sentidos, como por dos ventanas abiertas, quede el paso franco a la verdad.

10. Prosigue: *La higuera ha dado ya sus brevas*. No comamos aún de esas brevas, aún no maduras. Aparentan higos sazonados, pero tienen sólo la apariencia, no el sabor; en lo cual se denota quizás a los hipócritas. Mas no desechemos esas brevas, pues podrán servirnos de algo en otra ocasión, y ellas caerán bien presto por sí mismas antes de llegar a sazón, semejantes a esa hierba de los tejados, que se seca antes de ser arrancada<sup>29</sup>, según creo habérselo explicado ya a otro propósito, hablando de los hipócritas. Pero no es de extrañar el que se haga mención de ellas en este Cantar nupcial. Nos servirán, sin duda, si no para comer, a lo menos para algún otro empleo. En las bodas se

<sup>25</sup> Lc. 7, 22.<sup>26</sup> Mc. 16, 20.<sup>27</sup> Mt. 17, 2. 5.<sup>28</sup> Mt. 3, 16. 17.<sup>29</sup> Ps. 128, 6.

precisan otras muchas cosas además de la comida. Mas sea de esto lo que fuere, creo que no debo callarlas; por más que ahora, estrechado por la premura del tiempo, que me urge a terminar cuanto antes esta conferencia, no podría tratar este asunto con la amplitud que demanda, y así lo diferiré para los comienzos de la siguiente. Entonces podréis juzgar vosotros si ha sido conveniente y oportuno proceder así o no. Mientras tanto, procurad con vuestras oraciones alcanzarme de Dios nuestro Señor las luces que necesito para explicaros lo que pienso acerca de este particular, a fin de que sirva a vuestra edificación y redunde en alabanza y gloria del Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

**60 DE LA INCREULIDAD DE LOS JUDÍOS, CON QUE COLMARON LA MEDIDA DE SUS PADRES HACIENDO MORIR AL MESÍAS, CRISTO \***

1. *La higuera ha dado ya sus brevas*<sup>1</sup>. La inteligencia de este lugar pende de lo anterior. Había dicho el Esposo que el tiempo de podar la viña ha llegado, y mostrábalo así por las flores, que habían empezado a aparecer, como por el arrullo de la tórtola, que se había oído ya. Y ahora confirma esto mismo con la salida de las brevas; porque no sólo el despuntar de las flores y el arrullar de las tórtolas denuncian la llegada de la primavera, sino también el echar sus brevas las higueras, supuesto que nunca está más apacible la atmósfera que cuando la higuera empieza a dar sus brevas. Este árbol no da flores, sino que en vez de flores arroja de sus brotes esos higos primerizos, llamados brevas, en el tiempo en que los otros árboles están floreciendo. Y así como las flores aparecen y pasan al punto, sin otra utilidad que la de anunciar los frutos que las han de seguir, así también las brevas se muestran algún tiempo, pero caen antes de maduras, cediendo el lugar a los buenos higos; por cuanto las brevas en ciernes no son para comer<sup>2</sup>. Tales son las señales por las que conoce el Esposo la llegada de la estación propicia para ir a labrar la viña, y se las presenta a la Esposa, a fin de que con ellas a la vista se apresure a ir a dicha viña, por cuanto el trabajo realizado

\* PL 183, 1066.

<sup>1</sup> Cant. 2, 13.

<sup>2</sup> Parece referirse a ciertas higueras que, al brotar, echan una especie de brevas en ciernes que no llegan a madurez y caen pronto al suelo (P. G. Prado).



en tiempo oportuno nunca deja de ser fructuoso. La letra así es.

2. Mas ¿cuál es el *espíritu*? No miremos en este lugar la higuera, sino el pueblo, pues Dios tiene cuidado de los hombres, no de los árboles. Higuera verdaderamente es el pueblo, frágil en su carne, enano de inteligencia y de sentimientos rastreros; de ahí que los primeros frutos que produce sean groseros y terrenos. No suelen afanarse los mundanos por buscar primero el reino de Dios y su justicia <sup>3</sup>, sino que, como dice el Apóstol, piensan en las cosas del mundo, en cómo agradarán a sus mujeres, y éstas a sus maridos. Los tales sufrirán en su carne las aflicciones y trabajos inseparables del matrimonio <sup>4</sup>; con todo, al fin de la vida recibirán el premio a sus buenas obras, si salen de este mundo justificados por medio de una buena confesión, y sobre todo si han procurado redimir las obras de la carne con limosnas. Estas obras de la carne no son propiamente buenos frutos, como tampoco lo son los higos silvestres que dan las higueras; pero si a ellos siguen otros frutos de penitencia (no es primero lo espiritual, sino lo animal) <sup>5</sup>, dignos y meritorios, se les dirá: *¿Qué fruto habéis sacado de aquellos desórdenes de que ahora os avergonzáis?* <sup>6</sup>

3. Sin embargo, no creo yo que este paso deba entenderse de toda clase de pueblos, sino sólo de aquel que aquí está designado. Porque la Escritura no dice las higueras, sino la higuera ha echado sus brevas; y pienso que este pueblo no es sino el judío. En efecto, observad cuántas parábolas semejantes a ésta propone el Salvador en el Evangelio sobre este asunto. Por ejemplo: *Un hombre tenía una higuera plantada en su viña* <sup>7</sup>. Y aquella comparación: *Reparad en la higuera y en los demás árboles*, etc. <sup>8</sup> Y lo que dijo a Natanael: *Yo te vi cuando estabas debajo de la higuera* <sup>9</sup>. Igualmente, leemos que maldijo a la higuera por no haber encontrado en ella fruto alguno <sup>10</sup>. Verdaderamente el pueblo judío fué higuera estéril, pues, a pesar de haber brotado del vigoroso tronco de los patriarcas, jamás elevó a lo alto sus ramas, sino que siempre las arrastró por el suelo, sin responder nunca a la excelencia y vigor de su raíz, ni con la esbeltez y amplitud de sus ramas, ni con la belleza de sus flores, ni con la abundancia de sus frutos. Siempre se quedó árbol raquítico, torcido y nudoso, desproporcionado e indigno de la noble raíz de que procedía. En verdad que aquella raíz era santa y robusta; a pesar de lo cual, ¿qué frutos dignos de su aprecio han producido

<sup>3</sup> Mt. 6, 33.

<sup>4</sup> I Cor. 7, 33. 28.

<sup>5</sup> I Cor. 15, 46.

<sup>6</sup> Rom. 6, 21.

<sup>7</sup> Lc. 13, 6.

<sup>8</sup> Lc. 21, 29.

<sup>9</sup> Io. 1, 48.

<sup>10</sup> Mc. 11, 13. 14.

sus ramas? *La higuera*, dice el Esposo, *ha echado sus brevas*. No las has echado tú de tu noble raíz, raza perversa. Lo que hay en ella es todo del Espíritu Santo, y por lo mismo es delicado y agradable. ¿De dónde has sacado esos higos silvestres y mal formados? En efecto, ¿qué hay que no sea grosero en ese pueblo, ora se consideren sus acciones, ora sus inclinaciones, ya su inteligencia, ya sus mismas ceremonias en el culto que rendía a Dios? Sus acciones estaban todas consagradas a la guerra, su inclinación no se dirigía sino a amasar bienes temporales, su inteligencia escarbaba la corteza de la letra y su culto se reducía a ofrecer la sangre de las bestias, sobre todo de toros y becerros.

4. Mas alguno dirá tal vez que, no habiendo este pueblo dejado jamás de producir esas brevas silvestres, el tiempo de podar la viña llegó alguna vez, puesto que hemos dicho que se poda cuando las higueras echan sus brevas silvestres. De ninguna manera, pues nadie dice que una mujer tiene hijos por el mero hecho de haberlos concebido, sino sólo después de haberlos dado a luz. Por modo parecido, no decimos que los árboles han fructificado cuando comienzan a florecer o han florecido ya, sino cuando nos ofrecen sus frutos maduros y bien sazonados. Aplicando esto a nuestro caso, no puede decirse que la higuera ha echado ya toda esa especie de brevas silvestres, que no llegan a sazón cuando ha empezado a echarlas, sino cuando ya las haya echado todas sin que produzca más. Si me preguntáis cuándo aconteció esto al pueblo judío, os diré llanamente que al dar muerte a Jesús; pues entonces quedó del todo consumada su malicia, conforme a lo que el mismo Jesús había predicho antes que lo realizaran. *Acabad*, les dijo, *de llenar la medida de vuestros padres* <sup>11</sup>. De ahí que, hallándose el Salvador próximo a exhalar su último suspiro en la cruz, exclamase: *Todo está consumado* <sup>12</sup>. ¡Oh qué consumación tan desastrosa ha dado a sus brevas silvestres esa higuera maldita y condenada a perpetua esterilidad! ¡Oh cuánto peores son sus últimos frutos agraces que los primeros! Empezando por darlos inútiles, acabó por darlos perniciosos y emponzoñados. ¡Oh natural grosero! ¡Oh corazón de víbora! ¡Aborrecer a un hombre que restituía la salud a los cuerpos y salvaba las almas! ¡Oh inteligencia grosera y ciertamente más propia de un buey que de un hombre! ¡No haber reconocido a Dios en las obras verdaderamente divinas que realizaba!

5. Puede ser que algún judío se queje, como de una

<sup>11</sup> Mt. 23, 32.

<sup>12</sup> Io. 19, 30.

injuria atroz, de que comparo su inteligencia a la de un buey. Pero lea en Isaías y hallará que, según este profeta, es todavía menos que un buey. *Hasta el buey, dice, reconoce a su dueño y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoce y mi pueblo no me hizo caso*<sup>13</sup>. Ya ves, ¡oh judío!, que soy más suave que tu profeta. Yo te he comparado a las bestias brutas y él te pone más abajo. Porque el profeta no dijo esto en su propia persona, sino en la de Jesús, que clama por sus obras que es verdaderamente Dios. *Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; mas si las hago, aunque no queráis darme crédito a mí, dádsele a mis obras*<sup>14</sup>. A pesar de esto, no se volvieron más juiciosos e inteligentes, sino que permanecieron con los ojos cerrados. Ni el testimonio de los malignos espíritus arrojados de los posesos, ni la obediencia y sumisión de los elementos, ni la resurrección de los mismos muertos, nada, nada fué capaz de arrancarles de su estupidez bestial y más que bestial. De ahí que, llevados de una ceguera igualmente maravillosa que deplorable, llegaron a cometer el crimen nefando y enorme de echar sus manos sacrílegas al Señor de la majestad. Desde entonces pudo decirse con verdad que esa higuera silvestre arrojó todas sus brevas sin sazonar, puesto que entonces comenzaron a tener fin las ceremonias legales de aquel pueblo, y las cosas aviejadas, según la antigua profecía, cedieron el lugar a las nuevas<sup>15</sup>, a la manera que se caen al suelo sin sazonar las brevas silvestres, para ceder el lugar a los buenos higos que vienen después. Mientras esa higuera silvestre continuó arrojando brevas que no debían sazonar, ¡oh Esposa mía!, le dice su Esposo, no te invité al trabajo, pues sabía que aún no era capaz de producir buenos higos; mas ahora que ya ha cesado de arrojarlas, juzgo que ha llegado el momento oportuno de invitarte a la faena, por cuanto se aproxima ya el tiempo de la cosecha verdadera.

6. Pues dice: *Las viñas floridas han dado su olor*; lo cual es indicio cierto de la futura cosecha. Este olor ahuyenta las serpientes, pues dicen que, estando las viñas en flor, todos los animales venenosos abandonan los lugares cercanos a ellas, por no poder soportar el aroma que exhalan esas flores nuevas. Yo deseo que nuestros novicios escuchen en especial esto y que saquen de ahí un motivo de confianza, pensando cuál es el espíritu que han recibido, puesto que los demonios no pueden soportar tampoco la fragancia que exhala ese espíritu. Ahora bien, si tales efectos producen las primicias de su fervor, ¿qué será

<sup>13</sup> Is. I, 3.

<sup>14</sup> Io. Io, 38. 37.

<sup>15</sup> Lev. 26, io.

cuando éste haya llegado a su perfección? Júzguese del fruto por la flor y de la exquisitez de su sabor por el olor intenso que su flor difunde, pues *las viñas florecientes difunden su agradable olor*. Esto aconteció a los comienzos de la Iglesia. A la predicación de la nueva gracia de Jesucristo, se obraba una renovación de vida tan extraordinaria en los creyentes, que, viviendo entre los gentiles, eran en todo lugar el buen olor de Cristo<sup>16</sup>. Este buen olor era un testimonio favorable que de sí exhalaban las buenas obras como de otras tantas flores. Y porque las almas fieles, al recibir las primicias de la fe naciente, parecían como viñas espirituales en flor que esparcían por todas partes el suave aroma de sus virtudes, captándose con ello la estima y aprecio de los mismos paganos entre quienes moraban, por eso creo bastante verosímil que hablaba de ellas el Esposo cuando decía que las viñas en flor esparcían su aroma. ¿Para qué? Para que los que todavía no creían, atraídos a la fe, glorificasen también a Dios viendo sus buenas obras, las cuales, cual flores aromáticas, daban de sí un rico perfume, que venía a ser para ellos como un principio de vida sobrenatural. Por tanto, con verdad se dice de ellos que no buscaban con sus buenas obras la propia estima, sino sólo el provecho de sus prójimos. Claro está que, a semejanza de no pocos cristianos de nuestros días, hubieran podido comerciar con su piedad, buscando con ella la ostentación o alguna ventaja temporal; mas esto no hubiera sido dar el buen olor de sus virtudes, sino venderlo; lo cual jamás les pasó por las mientes, estando todas sus acciones animadas de la caridad.

7. Mas si las viñas son las almas, la flor las buenas obras y el buen olor la opinión, ¿el fruto cuál será? El martirio. Y ciertamente la sangre de un mártir es verdaderamente el fruto de una viña. *Cuando Dios, dice el profeta, haya hecho reposar en paz a aquellos a quienes ama, la heredad del Señor se aumentará por el número de los que se conviertan, que serán como sus hijos y el fruto de sus entrañas*<sup>17</sup>. ¿Por qué no hemos de decir que es la más pura sangre de la viña esa sangre del inocente y del justo, que cual mosto rojo y precioso de la viña de Sorec<sup>18</sup> ha sido exprimido en el lagar de los sufrimientos, como que es preciosa en el acatamiento de Dios la muerte de sus santos?<sup>19</sup> Tal es el sentido que puede darse a las palabras *esparcen su olor las floridas viñas*.

<sup>16</sup> 2 Cor. 2, 14. 15.

<sup>17</sup> Ps. 126, 2. 3.

<sup>18</sup> Valle famoso por su viñedo que servía de raya entre las tribus de Dan y de Neftalí.

<sup>19</sup> Ps. 115, 5.



8. Mas si, en vez de aplicar esto a los tiempos de gracia, prefiriése entenderlo como referente a la época de los patriarcas, supuesto que *la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel*<sup>20</sup>, habría entonces que darle otra interpretación, según la cual los patriarcas y profetas percibieron de antemano el olor de Cristo, quien debía venir al mundo en carne mortal para padecer y morir; mas, aunque tuvieron la dicha de percibirlo, no pudieron entonces comunicarlo a los demás, no pudiendo manifestar en carne mortal al que sólo conocían en espíritu; y así no esparcieron su aroma en su derredor, sino que lo guardaron como un secreto, esperando el tiempo en que debía ser revelado al mundo. Ciertamente, ¿quién hubiera podido comprender la sabiduría escondida en este misterio antes de haber asumido un cuerpo? Así que las viñas no dieron entonces olor, sino mucho después, cuando en el transcurso de las generaciones dieron al mundo a Cristo, nacido según la carne por medio de la Virgen Madre. Entonces fué, repito, cuando Dios *nuestro Salvador se dignó manifestar su benignidad y amor a los hombres*<sup>21</sup>, y el mundo comenzó a gozar de la presencia de Aquel a quien pocos habían conocido antes de aparecer en la tierra. Uno de esos privilegiados fué el patriarca Isaac, el cual, bendiciendo a su hijo Jacob y sintiendo a Cristo, exclamaba: *Bien se ve que el olor de mi hijo es como el olor de todo un campo bendito por el Señor*<sup>22</sup>. Al decir esto, guardaba para sí las delicias que inundaban su alma, contemplando en espíritu al Salvador que debía salir de su estirpe, sin comunicárselas a nadie. Mas, cumplido ya el tiempo por él profetizado, *envió Dios a su Unigénito Hijo, formado de mujer y sujeto a la Ley, para redimir a los que estaban debajo de la Ley*<sup>23</sup>; y entonces fué cuando el aroma de Cristo se esparció por doquier, y entonces la Iglesia, aspirando ya su exquisita fragancia, exclama: *Ungüento derramado es tu nombre*; y las doncellitas, o sea las almas santas, empezaron también a correr todas al olor de ese perfume<sup>24</sup>. De este modo la viña de los patriarcas y profetas esparció el olor de Cristo, como lo ha exhalado y exhala la Iglesia toda impregnada de él. ¿Y cómo no había de esparcirlo aquella viña, si de ella había de salir Cristo según la carne? Con toda razón, pues, se dice que las viñas floridas difunden su olor, ora en cuanto que las almas difunden por doquier el buen olor de sus virtudes, ora porque los oráculos y revelaciones hechas a los patriarcas y profetas han sido ya divulgadas por doquier y su perfume

<sup>20</sup> Is. 5, 7.<sup>21</sup> Tit. 3, 4.<sup>22</sup> Gen. 27, 27.<sup>23</sup> Gal. 4, 4. 5.<sup>24</sup> Cant. 1, 2. 3.

ha impregnado toda la tierra. Como dice el Apóstol: *Sin duda este misterio de la bondad de Dios es grande, pues ha sido manifestado por la carne, justificado por el espíritu, descubierto a los ángeles, predicado a las naciones, creído del mundo y recibido con aplauso* <sup>25</sup>.

9. Pero extraño sería que ni la higuera ni las viñas tuviesen algo para edificación de las costumbres. Creo que este texto es también moral, ya que por la gracia de Dios, que en nosotros está, tenemos también higueras y viñas. Las higueras son los de costumbres más suaves, y las viñas, los de espíritu más ferviente. Cualquiera de entre nosotros que conserva la unión y la paz de la sociedad que juntamente nos liga, y que no sólo vive entre sus hermanos sin dar motivo de queja a nadie, sino que también se esmera con mucha mansedumbre en cumplir todos los deberes de caridad, ¿por qué no diremos que quien así obra representa a la higuera? Es menester, con todo eso, que haya arrojado antes sus brevas silvestres, que son el temor al juicio de Dios, que el amor perfecto lanza fuera, y la amargura de sus pecados, que cede necesariamente a la verdadera confesión, a la infusión de la gracia y a la frecuente efusión de las lágrimas, a fin de que, libre ya de estas miserias y de otras semejantes, significadas en las brevas, pueda probar los tempranos y sabrosos frutos que vosotros podéis también pensar.

10. Para añadir yo también algo que acerca de esto se me ocurre, ved si esas brevas no podrían significar los dones de ciencia, de profecía, de lenguas y otros semejantes. Porque, cierto, todos ellos han de caer al suelo, han de desaparecer, cediendo el lugar a otros mejores, pues dice el Apóstol: *Las profecías terminarán, y cesarán las lenguas, y será destruída la ciencia*. Incluso la fe desaparecerá de la inteligencia, y la esperanza cederá ante la visión, no pudiendo nadie esperar ver lo que ya claramente ve. La única que jamás fenecerá, sino que permanecerá para siempre, es la caridad <sup>26</sup>, pero ha de ser aquella caridad con la que se ama a Dios de todo corazón, con toda el alma y todas las fuerzas <sup>27</sup>. Por eso no la pondré entre las brevas silvestres ni la compararé siquiera a la higuera, sino a las viñas. Los que son viñas son más severos que indulgentes, porque obran con espíritu vehemente, son celosos por la disciplina, comprenden con energía los vicios y se apropian aquellas palabras: *¿Acaso no odié a los que te odiaban y me irrité contra tus enemigos?* <sup>28</sup> *El celo de tu casa me devoró* <sup>29</sup>. Aquéllos

<sup>25</sup> I Tim. 3, 16.

<sup>26</sup> I Cor. 13, 8.

<sup>27</sup> Lc. 10, 27.

<sup>28</sup> Ps. 138, 21.

<sup>29</sup> Ps. 68, 10.

me parecen eminentes en el amor del prójimo, éstos en el amor de Dios. Pero descansenos bajo esta viña y esta higuera, donde el amor de Dios y del prójimo nos proporcionarán favorable cobijo. Ambos a la par poseo cuando te amo a ti, Señor Jesucristo, que eres mi prójimo, al ser hombre, y has usado conmigo de misericordia, y, sin embargo, eres sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**61** CÓMO LA IGLESIA HALLA LAS RIQUEZAS DE LA DIVINA MISERICORDIA EN LOS AGUJEROS DE LAS LLAGAS DE CRISTO Y DE LA FORTALEZA DE LOS MÁRTIRES, QUE DE CRISTO RECIBIERON \*

1. *Levántate, amiga mía, Esposa mía, y ven*<sup>1</sup>. Encarece el Esposo su gran amor con esta repetición de palabras amorosas y hace ver cómo mira por la salud de las almas, invitando de nuevo a su amada a trabajar en las viñas, pues ya os he dicho muchas veces que las viñas son las almas, siendo inútil detenerme más en esto. Ved lo que sigue. Si la memoria no me traiciona, en todo el hilo de este libro el Esposo no ha dado explícitamente a su amada el nombre de Esposa hasta invitarla a ir a trabajar en las viñas y arrimar a sus labios el vino riquísimo de la caridad. En bebiendo, será ya perfecta y contraerá con ella espiritual matrimonio, y entonces los dos formarán uno solo, no en la carne, sino en el espíritu, según aquello del Apóstol: *El que se adhiere a Dios hácese un espíritu con El*<sup>2</sup>. Veamos ahora lo que sigue.

2. Paloma mía, que anidas en los agujeros de la peña, en los huecos de la pared, muéstrame tu cara, suene tu voz en mis oídos. Ama el Esposo y sigue hablando palabras amorosas. Llámala otra vez con halago paloma, recuérdala que es toda para El, que le pertenece como propia. Y mientras antes solía pedirle encarecidamente se le mostrase y la hablase, ahora, en cambio, es El quien pide verla y hablarla. Obra como Esposo, mas como Esposo recatado, que se ruboriza ante el público, y propónese gozar de sus delicias en lugar apartado, o sea en los agujeros de la peña, en el hueco de la pared. Imagínate, pues, que el Esposo habla así a la Esposa: No temas, amada mía, que el trabajo de las viñas, al que te invito, estorbe nada ni interrumpa el gozo de nuestros amores. Este trabajo podrá servir para lo que

\* PL 183, 1070.

<sup>1</sup> Cant. 2, 13.

<sup>2</sup> 1 Cor. 6, 17.

deseamos y anhelamos. Las viñas tienen cercas de piedra, y placenteros rincones, donde pueden los esposos descansar honestamente. Ahí tienes el sentido, o mejor, el juego de la letra. Y ¿por qué no lo llamaré juego, si no tiene nada de serio en su sentido literal? Lo que parece en esto por de fuera no merece siquiera ser oído, si el Espíritu Santo no ayuda en lo interior a la flaqueza de nuestra inteligencia. No nos paremos, pues, en lo de fuera, por temor de que, lo que Dios no permita, no parezca que queremos hablar de torpes amoríos. Hay que escuchar con castos oídos este amoroso discurso; y cuando penséis en estos dos amantes, no os representéis un hombre y una mujer, sino al Verbo y al Alma, o bien a Cristo y a la Iglesia, que es lo mismo; sólo que este nombre de *Iglesia* no designa una sola alma, sino la unidad de muchas o más bien la unanimidad. Y no creáis tampoco que los agujeros de la peña o el hueco de la pared sean escondrijos de personas que obran la iniquidad, para que no sobrevenga la menor sospecha de las obras de tinieblas.

3. Otro expositor ha visto en los agujeros de la peña las llagas de Cristo, y con gran acierto, pues la piedra era Cristo. Buenos agujeros, pues ellos afianzan la fe en la resurrección y en la divinidad de Cristo. *¡Señor mío y Dios mío!*<sup>3</sup>, exclamó Tomás al contemplarlos. ¿De dónde salió este oráculo, sino de los agujeros de la peña? Allí es donde el pájaro ha encontrado retiro y la tórtola nido en donde poner sus polluelos<sup>4</sup>. Allí es donde la paloma se refugia y mira sin susto al milano que vuela en derredor. Por eso dice El: *Mi paloma está en los agujeros de la peña*; voz de la paloma: *Sobre la peña me ha exaltado*<sup>5</sup>. Y también: *Ha puesto mis pies sobre la piedra*<sup>6</sup>. El hombre prudente edifica su casa sobre roca viva, no teniendo así que temer las injurias de los vientos y de las inundaciones<sup>7</sup>. ¿Qué de bueno no habrá en la peña? Alto estoy en la peña, seguro estoy en la peña, firme estoy en la peña, seguro del enemigo, libre de accidente, por estar levantado sobre la tierra, pues todo lo terreno es caduco. Tengamos nuestra vida en los cielos y no temamos caer ni ser derribados. La peña es el refugio de los erizos<sup>8</sup>. Y en efecto: ¿DÓNDE PODRÁ HALLAR NUESTRA FLAQUEZA UN REMANSO FIRME Y SEGURO, SINO EN LAS LLAGAS DEL SALVADOR? Yo permanezco allí con tanta mayor confianza cuanto que El es poderosísimo para salvarme. El mundo brama, el cuerpo me oprime, el diablo me tiende lazos; pero no caigo, colocado como estoy sobre la Piedra

<sup>3</sup> Io. 20, 28.

<sup>4</sup> Ps. 83, 4.

<sup>5</sup> Ps. 26, 6.

<sup>6</sup> Ps. 39, 3.

<sup>7</sup> Mt. 7, 24, 25.

<sup>8</sup> Ps. 103, 18.



firme. Si cometo alguna gran culpa, mi conciencia me remorderá sin duda, mas no desesperaré por ello, recordando las llagas de mi Señor, pues ha sido *cubierto de heridas por nuestros pecados*<sup>9</sup>. ¿QUÉ HAY TAN MORTÍFERO QUE NO SEA SANADO POR LA MUERTE DE JESÚS? Al recordar que siempre tengo a mano un remedio tan poderoso y eficaz, ninguna dolencia con su malignidad me podrá causar miedo.

4. Por donde se ve claro que erró quien dijo: *Mi pecado es demasiado grande para merecer perdón*<sup>10</sup>. Es que no era de los miembros de Cristo, y por eso los méritos de Cristo no le pertenecían, porque él tampoco pertenecía a esta divina Cabeza. Yo, empero, lo que no hallo en mí mismo búscolo confiado en las entrañas del Salvador, rebosantes de bondad y misericordia, la cual van derramando por los diversos agujeros de su cuerpo sacratísimo, pues sus enemigos taladraron sus pies y manos y abrieron con lanza su costado; por estas aberturas puedo yo sacar miel de la piedra y óleo suave del peñasco durísimo; puedo gustar y ver cuán suave y dulce es el Señor. Entonces meditaba El pensamientos de paz, sin yo entenderlo; porque ¿quién conoce el sentir del Señor o quién jamás entró en sus consejos? Mas estos clavos con que El ha sido traspasado se han convertido para mí en preciosas llaves que me han abierto el tesoro de sus secretos, a fin de que vea yo la voluntad del Señor. Y ¿quién podrá impedirme ahora el que claramente vea esos secretos y esa voluntad a través de sus llagas? Esos clavos y esas heridas gritan altamente que Dios está verdaderamente en Cristo y que en El reconcilia al mundo consigo. El hierro cruel atravesó su alma e hirió su corazón, a fin de que supiese compadecerse de mis flaquezas. El secreto de su corazón se está viendo por las aberturas de su cuerpo; podemos ya contemplar ese sublime misterio de la bondad infinita de nuestro Dios; podemos, repito, contemplar las misericordiosas entrañas de nuestro Dios, que ha hecho al Sol salir a visitarnos desde lo alto. ¿Qué dificultad hay en que se muestren las entrañas de Dios a través de las llagas? Porque nada hay, Señor, que haga ver que eres suave, manso y de mucha misericordia como estas heridas. Nadie tiene mayor compasión que quien pone su vida por los sentenciados a muerte y los condenados.

5. LUEGO TU MÉRITO ES LA MISERICORDIA DEL SEÑOR. No soy ciertamente pobre en méritos, mientras El no lo sea en miseraciones. Luego si muchas son las misericordias del Señor, todavía mucho más rico soy yo en méritos. Y ¿qué

<sup>9</sup> Is. 53, 5.  
<sup>10</sup> Gen. 4, 13.

si me siento culpable de muchos pecados? Ciertamente: más méritos; donde abundó el pecado, tanto más sobreabundó la gracia <sup>11</sup>. Y como las misericordias del Señor permanecen eternamente <sup>12</sup>, eternamente cantaré las misericordias del Señor <sup>13</sup>. Mas ¿acaso cantaré con esto mis propias virtudes? No, sino que *de sola tu justicia, Señor, haré memoria* <sup>14</sup>, aunque la tuya es también mía, por cuanto tú mismo fuiste constituido por Dios fuente de justicia para mí. ¿Acaso deberé temer que esta justicia no baste para entrambos, para ti y para mí? No es tu manto tan estrecho como aquel de que habla el profeta, que no pueda cubrir a dos juntos <sup>15</sup>, sino que tu justicia es eterna <sup>16</sup>. ¿Y qué cosa hay tan amplia y dilatada como la eternidad? Tu justicia, pues, que es eterna y dilatadísima, nos cubrirá a entrambos ampliamente. En mí cubrirá la muchedumbre de mis pecados; mas ¿qué cubrirá en ti, Señor, sino tesoros de clemencia e infinitas riquezas de bondad? Estas son las riquezas que tienes reservadas para mí en los agujeros de la peña. ¡Cuán grande y excesiva es la dulzura que en esas riquezas se encierra! Las cuales ciertamente mantienes ocultas, pero sólo para los que perecen; porque ¿a qué fin dar a los perros las cosas santas ni echar perlas a los puercos? Dios, en cambio, nos ha revelado esas riquezas por el Espíritu Santo, el cual nos ha hecho entrar en su santuario por las puertas de sus llagas. ¡Qué manantial de dulzura en estas cosas, qué plenitud de gracia, que perfección de virtudes!

6. Entraré en estas bodegas así provistas y, según la admonición del profeta, dejaré las ciudades y habitaré en la peña <sup>17</sup>. Seré como paloma que hace su nido a la entrada de los agujeros de la piedra, a fin de que, puesto como Moisés en ese agujero, merezca siquiera ver al Señor por detrás al pasar El <sup>18</sup>. Porque ¿quién podrá ver su cara cuando El se mantenga de pie, o sea cuando aparezca en el esplendor de su inmortal hermosura, sino aquel que haya merecido ser introducido en el santo de los santos? Pero no es cosa vil o despreciable verle por detrás. Despréciele Herodes cuanto quiera, que yo tanto menos le despreciaré cuanto le ha parecido a él más despreciable. Siéntese no escaso deleite en contemplar al Señor aunque sea en esta forma. Y ¿quién sabe si se dignará volverse a nosotros para perdonarnos nuestros pecados, bendiciéndonos de paso? Algún día nos mostrará su rostro, y seremos salvos. Entre tanto, dignese al menos prevenirnos con sus bendiciones. Hablo de aquellas que suele dejar tras de sí. Déjenos ver ahora aunque sólo sea

<sup>11</sup> Rom. 5, 20.

<sup>12</sup> Ps. 102, 17.

<sup>13</sup> Ps. 88, 2.

<sup>14</sup> Ps. 70, 16.

<sup>15</sup> Is. 28, 26.

<sup>16</sup> Ps. 118, 142.

<sup>17</sup> Jer. 48, 28.

<sup>18</sup> Ex. 33, 22. 23.

una pequeña muestra de su bondad, reservando para después el manifestarnos su faz en todo el esplendor de su gloria. Vive sumamente elevado en su reino, pero ES DULCE Y ACCE-SIBLE EN LA CRUZ. Dígnese concederme ahora esta última visión, pues así acabará por concederme también la primera. *Me colmarás, Señor, de alegría*, dice el salmista, *con la vista de tu rostro*<sup>19</sup>. Ambas visiones son ciertamente saludables, ambas a dos dulcísimas. Aquélla en sublimidad, ésta en humildad; aquélla en esplendidez, ésta en palidez.

7. Finalmente dice: Y lo posterior de su dorso con palidez de oro<sup>20</sup>. ¿Y cómo no había de palidecer hallándose ya próximo a morir? Mas el oro, por amarillo que sea, vale mucho más que el oropel, por mucho que éste brille; y lo que en Dios parece necedad es más sabio que la sabiduría de los hombres. El oro aquí es el Verbo, el oro es la Sabiduría. Este oro se deslustró a sí mismo, ocultando la forma de Dios y no mostrando sino la forma de siervo. El también ha quitado el color a la Iglesia, pues ella dice: *No consideréis que soy morena, porque el Sol me ha robado el color*<sup>21</sup>. Sus espaldas, pues, tienen también la palidez del oro, porque ellas no se han avergonzado de la negrura de la cruz; no han tenido horror de las quemaduras de la pasión, no han huido de las pálidas cicatrices de las heridas. Es más, complácese en ellas, deseando sea su fin semejante a sus principios. De ahí que el Esposo la diga: *Mi paloma ha puesto su nido en los agujeros de la piedra*, porque ella pone toda su devoción en ocuparse sin cesar en la memoria de las llagas de Cristo y en detenerse y permanecer allí meditando de continuo. Esto la hace sufrir el martirio con tanto valor; esto la da tanta confianza en el Altísimo. El mártir puede con gran confianza levantar su cara desfigurada y cádena a Aquel cuyos golpes y llagas le han sanado y representar por medio de la palidez del oro la muerte de su Maestro. ¿Y cómo no había de levantar al Señor confiadamente su rostro pálido y desfigurado, cuando el mismo Señor la invita a ello, diciéndola: muéstrame tu cara? ¿Para qué? Paréceme que para mostrarse más. Así es: quiere ser visto, no ver. Porque ¿qué no ve El? No es preciso que uno se vuelva a El para verle, viendo El todas las cosas, aun las más ocultas. Por tanto, hácelo, sin duda, para ser visto. Sí; Jesús, cual esforzado y bondadoso capitán, quiere atraer a sus llagas la mirada de su fiel y generoso soldado, a fin de que ante tal espectáculo se excite más y más al combate y con este ejemplo se vuelva más fuerte en soportar.

<sup>19</sup> Ps. 15, 11.

<sup>20</sup> Ps. 67, 14.

<sup>21</sup> Cant. I, 5.

8. Ciertamente es que NO SUFRIRÁ POR LAS PROPIAS HERIDAS QUIEN MIRA LAS DE EL. El esforzado mártir permanece intrépido como arrobado de gozo y triunfando de sí mismo, aun estando su cuerpo desgarrado a golpes; y por más que el hierro abra sus costados, mira correr su sangre generosa, no solamente con constancia, sino también con alegría. ¿Dónde está, entonces, su alma? Está en las entrañas de Jesús, adonde ha penetrado por la abertura de sus llagas. Si morase en sus propias entrañas y se mirase a sí misma, ciertamente sentiría el hierro, no podría soportar aquel tormento, sucumbiría y negaría a su Salvador. Pero habitando en la piedra, ¿qué extraño que se apropie la dureza de la piedra? ¿Qué extraño que, estando como desterrada fuera de su cuerpo, no sienta los dolores del cuerpo? Y no es esto efecto de cierto estupor causado por la vehemencia de los tormentos, sino de su ardiente amor. No ha perdido la sensibilidad, sino que la domeña valerosamente; no está exento de dolor, sino que lo supera, lo desprecia y triunfa de él con invicta fortaleza. De esa piedra, pues, proviene el dolor de los mártires; ella es la que los fortalece para beber el cáliz del Señor. Y este cáliz, cuyo vino embriaga, ¡cuán excelente es! <sup>22</sup> Es, repito, excelente y agradable; y no lo es menos al Capitán que contempla que al soldado que triunfa, pues *nuestra fortaleza es la alegría del Señor* <sup>23</sup>. Y ¿cómo no se alegraría El a la voz de tan generosa confesión, cuando tanto lo desea? *Tu voz, dice, suene a mis oídos*. Por esto no tardará en darle la recompensa que prometió cuando dijo: *A todo aquel que me confiese ante los hombres, yo también le reconoceré ante mi Padre* <sup>24</sup>. Interrumpamos esta plática, pues no podemos acabarla hoy; resultaría excesivamente larga si quisiéramos rematar todo lo que nos falta por decir acerca de este versículo que hemos comenzado a explicar. Reservemos, pues, lo restante para los comienzos de otro sermón, para que de nuestra palabra y modo se alegre el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

---

<sup>22</sup> Ps. 22, 5.

<sup>23</sup> 2 Esdr. 8, 10.

<sup>24</sup> Mt. 10, 32.



## 62 QUÉ COSA SEA MORAR EL ALMA FIEL EN LOS AGUJEROS DE LA PEÑA Y EN LOS HUECOS DE LA PARED, Y DE CÓMO APROVECHA MÁS ESCUDRIÑAR LA VOLUNTAD DE DIOS QUE SU MAJESTAD. FINALMENTE, DE LA PUREZA DE CORAZÓN PARA PREDICAR LA VERDAD \*.

1. *Paloma mía, anidas en los agujeros de la peña y en el hueco de la pared*<sup>1</sup>. No sólo en los agujeros de las peñas halla refugio seguro la paloma, sino también en las concavidades de las paredes. Si entendemos esas paredes no en un sentido material, sino en sentido espiritual y en cuanto significan la congregación de los santos, veremos entonces que esas concavidades de la pared representan los lugares que dejaron vacíos los ángeles caídos del cielo por su soberbia, y que han de ser llenados por hombres que, cual piedras vivas, han de servir para la reedificación de aquella santa ciudad. Por eso dice el apóstol Pedro: *Arrimaos al Señor, como a piedra viva, pues sois también como piedras vivas asentadas sobre El, formando una casa espiritual*<sup>2</sup>. Creo, además, que con toda razón podríamos decir que la custodia de los ángeles de nuestra guarda viene a ser como una cerca que rodea la viña del Señor, formada por los predestinados, puesto que el Doctor de las gentes afirma que *todos ellos son espíritus que hacen el oficio de servidores, enviados por Dios para su ministerio en favor de los herederos de la salvación*<sup>3</sup>. Y el salmista añade por su parte: *El ángel del Señor asistirá en torno de los que le temen*<sup>4</sup>. Si esta explicación os place, el sentido será que dos cosas consuelan a la Iglesia en el tiempo y lugar de su peregrinación; por lo pasado, la memoria de la pasión de Cristo, y por lo venidero, la firmísima confianza de que será recibida en la sociedad de los santos. Mira entrambas cosas con un gusto que no la sacia jamás; ambas a la vez, atentamente consideradas y ponderadas, encienden en ella anhelos que la consuelan y son su refugio en los trabajos y dolores que la afligen. Y este consuelo es completo y perfecto, por cuanto no sólo conoce lo que debe esperar, sino también de quién lo debe esperar. De ahí que su expectación sea gozosa y segura, sin sombra de duda, por estar fundada sobre la muerte de Cristo. ¿Podría acaso asombrarse y temer, viendo la grandeza del premio y sabiendo cuál es la excelencia y dignidad del precio de su rescate? ¿Qué contento tan delicioso siente al considerar en espíritu esas santas

\* PL 183, 1075.

<sup>1</sup> Cant. 2, 14.

<sup>2</sup> 1 Petr. 2, 4. 5.

<sup>3</sup> Hebr. 1, 14.

<sup>4</sup> Ps. 33, 8.

aberturas, por las cuales manó la sangre preciosa de su Salvador! ;Con qué dulce satisfacción recorre con la mente esas concavidades y posadas y mansiones de la casa de su Padre, tan numerosas como varias, y en las que ha de colocar a sus hijos según la diversidad de sus méritos! Y porque todavía no puede entrar en aquella celeste mansión, penetra en ella como puede, o sea en espíritu, y recordándola de continuo. Día vendrá de restaurar aquellas ruinas, día llegará de morar en cuerpo y alma en aquellas concavidades y de llenarlas por completo con la ingente muchedumbre de su escogida descendencia, que ocupará todas las sillas que dejaron vacías sus antiguos moradores; y entonces ya no se verá caverna alguna en aquel muro celestial, gozando en adelante de toda su perfección e integridad.

2. Podemos también decir, si lo preferís, que las almas piadosas y ganosas de perfección no hallan estos agujeros, sino que los hacen. Pero ;cómo los hacen?, preguntáis. Con la vehemencia de su afán y de sus deseos. Porque aquella muralla celestial cede a los anhelos del alma, como las piedras blandas ceden al cincel que las labra; cede a la contemplación pura, cede a la oración frecuente, ya que la oración del justo penetra los cielos<sup>5</sup>. No ha de entenderse esto como si la oración hendiera los espacios de este aire material, como lo hace un pájaro con sus alas, o como si atravesara con espada lo más alto del firmamento. Hay cielos santos, vivos y racionales, que cantan la gloria de Dios, que se dignan abatirse favorablemente hasta nosotros cuando se lo suplicamos y que, atendiendo a nuestros votos, se dignan recibirnos como en su seno siempre que llamamos a sus puertas con recta y pura intención; pues al que llame se le abrirá. Por tanto, puede cada uno de nosotros, aun mientras dura esta vida mortal, hacerse agujeros en la parte que quiera de esta muralla celestial, o visitando a los patriarcas, o saludando a los profetas, o mezclándose en la asamblea de los apóstoles, o introduciéndose en el coro de los mártires. Puede también, si en ello siente devoción, recorrer con alegría las bienaventuradas virtudes, desde el menor de los ángeles hasta el más grande de los querubines y serafines. Y si alguno llama con perseverancia a la puerta de aquellos con cuya compañía más se complazca, como el Espíritu de Dios sopla donde quiere, ellos le abrirán al momento, y haciéndose como una cavidad en esos montes, o mejor, en esos espíritus celestiales que se dejan ablandar a sus ruegos, descansará un poco entre ellos. La voz y el rostro de uno que así obra son siempre gratos a Dios: el rostro, por la pureza; la voz, por las alabanzas que le tributa, puesto que *la gloria y el es-*

<sup>5</sup> Eccli. 35, 21.

*plendor rodean su trono*<sup>6</sup>. De ahí que diga el Señor al que así obra: *Muéstrame tu cara, suene tu voz en mis oídos*. La voz es la admiración del alma que contempla; la voz es la acción de gracias. Dios se agrada sumamente en la concavidad de este muro, desde donde resuena la voz de acción de gracias, la voz de admiración y de alabanza.

3. Dichosa el alma que cuida de cavarse un asilo en ese muro; pero aún más dichosa la que se lo forma en la piedra; que también es permitido abrir huecos en la peña, aunque se requiere para ello pureza mucho mayor, aplicación mucho más intensa y santidad mucho más eminente. Y ¿quién posee tan sublimes cualidades? Aquel, sin duda, que dijo: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba cabe Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio cabe Dios*<sup>7</sup>. ¿No te parece que quien así hablaba habíase como abismado en el seno del Verbo y que había sacado de los adentros de su corazón como una medula sacrosanta de sabiduría? ¿Y qué diré de aquel que enseñaba entre los perfectos sabiduría, pero sabiduría misteriosa y recóndita, sabiduría tal que ninguno de los príncipes de este mundo la llegó a entender?<sup>8</sup> También él fué a buscarla en el tercer cielo, después de haber perforado los dos primeros con piadosa y santa curiosidad. Con esto no nos la ocultó, antes bien procuró descubrírnosla lo más fiel y claramente que pudo, por más que allí oyó misteriosas palabras que no puede hablar el hombre<sup>9</sup> y acerca de las cuales sólo podía tratar con Dios. Pues bien, podemos imaginarnos que Dios consuela la caridad de Pablo por la pena que siente al no poder expresar esas revelaciones a los hombres, diciéndole: ¿Por qué te atormentas de que los hombres no puedan entender las cosas que tú has comprendido? *Suene tu voz en mis oídos*. Cual si le dijera: si no puedes revelar a los mortales lo que tú piensas, consuélate siquiera con saber que tu voz es grata a mis oídos. Con eso el alma santa de Pablo unas veces se abate hasta nosotros, por su ardiente caridad; otras es encumbrada hasta lo más cimero de las comunicaciones con Dios<sup>10</sup>. Algo parecido sucedió al profeta, el cual hablando sin duda de sí mismo, aunque en tercera persona, dice a Dios: *El hombre que medite tus grandes obras te alabará, y lo restante de sus meditaciones lo empleará en celebrar fiestas en honor tuyo*<sup>11</sup>. De forma que todo cuanto podía manifestar acerca de sus meditaciones proféticas, empleábalo en tributar al Señor públicas alabanzas, ora de palabra, ora con su ejemplo, reservando lo demás para sí y para Dios, siendo esto para ambos objeto predilecto de fiestas y rego-

<sup>6</sup> Ps. 95, 6.

<sup>7</sup> Io. 1, 1. 2.

<sup>8</sup> I Cor. 2, 6-8.

<sup>9</sup> 2 Cor. 12, 2. 4.

<sup>10</sup> 2 Cor. 5, 13.

<sup>11</sup> Ps. 75, 11.

cijos íntimos y particulares. Tal me parece ser el sentido del versículo citado; lo que con él quiso darnos a entender el salmista es que todo lo que él sacaba de los arcanos de la divina Sabiduría en sus profundas e íntimas meditaciones procuraba comunicarlo a su pueblo, en la medida de lo posible, por medio de instrucciones que le daba, con miras a su eterna salvación; pero que en cuanto a lo demás que no le era posible notificarle, por exceder infinitamente a las facultades intelectuales de la plebe, empleáballo personalmente en celebrar las divinas grandezas con himnos de jubilosas alabanzas. Por donde se ve que no se pierde nada de la santa contemplación, pues lo que no puede servir para edificación de los pueblos sirve sobre todo para jocunda y hermosa alabanza de Dios.

4. Siendo ello así, colígese que hay dos especies de contemplación: la una propia del estado dichoso y glorioso de los moradores de la ciudad empírea, y en ella vive ocupada la ingente muchedumbre de los ciudadanos celestiales, ora trabajen, ora descansen de sus fatigas; la otra tiene por objeto la majestad, eternidad y divinidad del Rey supremo de aquella santa ciudad. Aquélla tiene lugar en los huecos de la muralla, o sea en el empireo; ésta en los agujeros de la peña, que es Cristo. Ahora bien, cuanto con más trabajo y dificultad es horadada esta piedra, tanto es más sabroso y dulce lo que de ella se extrae. No hay que temer la amenaza de la sagrada Escritura contra los que pretenden sondear la majestad del Altísimo<sup>12</sup>, con tal, empero, que esto se haga con intención pura y sencilla; pues entonces, lejos de ser oprimidos por su gloria, seremos admitidos a la contemplación de esta gloria, a no ser que busquemos más bien la nuestra que la de Dios. Si obrásemos así, no seríamos oprimidos, propiamente hablando, por la gloria divina, sino más bien por nuestra propia gloria, la cual, al inclinarnos hacia ella, no nos dejaría levantar nuestra cabeza, sino que ésta sería como abrumada y arrastrada hacia abajo por la codicia. Pero si nos despojamos de esa codicia que nos inclina a buscar nuestra propia gloria, podremos entonces con toda seguridad sondear la piedra, en la que están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia<sup>13</sup>. Si dudas aún de esto, oye lo que dice el que es la piedra misma: *Los que se guían por mí no pecarán*<sup>14</sup>. *¡Quién me diera alas como de paloma, para volar y descansar en esa piedra!*<sup>15</sup> En ella encuentra apacible descanso el manso y sencillo de corazón, mientras que el ambicioso y soberbio se ve oprimido por ella. La Iglesia viene significa-

<sup>12</sup> Prov. 25, 27.

<sup>13</sup> Col. 2, 3.

<sup>14</sup> Eccli 24, 30.

<sup>15</sup> Ps. 54, 7.



da en esa paloma, y por eso halla descanso. Es paloma porque es inocente y candorosa, porque suspira y arrulla. Es paloma, repito, porque recibe con humilde mansedumbre al Verbo, que a ella viene; y descansa además en el Verbo, o sea, en la piedra, porque el Verbo es esta piedra. La Iglesia, pues, permanece en los agujeros de la piedra, desde donde ve la gloria de su Esposo, mas no es oprimida de esa gloria, porque no la usurpa. No es oprimida, porque no sondea la Majestad de Dios, sino su voluntad. Atrévase algunas veces a contemplar su Majestad, mas para admirarla, no para sondearla. Y si a las veces la acontece ser arrobada en éxtasis hasta el seno de esa Majestad, es ello puro efecto de la omnipotencia divina, que se digna bondadosamente elevar al hombre, no de la temeridad del hombre que pretende elevarse con insolencia hasta invadir el santuario divino. Y así vemos que cuando el Apóstol nos recuerda haber sido arrebatado al paraíso<sup>16</sup>, hace constar expresamente que fué arrebatado, no que él lo intentara o pretendiera. Cier-to, ¿quién será tan insolente y temerario que pretenda es- calar con solas sus fuerzas las cimas de la divinidad, para introducirse en el santuario secretísimo de aquella sublime y tremenda Majestad, a fin de escudriñar, cual importuno contemplador, los pavorosos arcanos que allá se encierran? Por tanto, se ha de decir que los escudriñadores temerarios de la Majestad divina son los que intentan penetrar violentamente en sus recónditos misterios, no los que El mismo se digna hacer entrar allí por un raptó de éxtasis. Aquéllos serán ciertamente oprimidos por el peso de su gloria, no éstos.

5. Luego es cosa temible sondear la Majestad; en cam- bio, *sondear su voluntad* es cosa tan segura como pía. ¿Qué cosa más digna de loa que el afanarse en descubrir la volun- tad de Aquel a quien debemos en todo obedecer? Es suma- mente grata la gloria que procede de la contemplación de su dulzura, de la vista de las riquezas de su bondad y de su mi- sericordia. Hemos visto esta gloria, dice Juan, la gloria del Hijo único del Padre<sup>17</sup>. Toda la gloria que haya aparecido de esta forma es efecto de una benevolencia del todo pa- ternal. Semejante gloria no me oprimirá cuando yo me dé con todas mis fuerzas a contemplarla; antes bien, se im- primirá más en mí; pues cuando contemplamos cara a cara como en espejo la gloria del Señor, dice el Apóstol, somos transformados en la misma imagen de Jesucristo, de clari- dad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Se- ñor<sup>18</sup>. Somos transformados en El al hacernos conformes.

<sup>16</sup> 2 Cor. 12.

<sup>17</sup> Io. 1, 14.

<sup>18</sup> 2 Cor. 3, 18.

a El. Pues ojalá que el hombre no presuma ser conforme a El por la gloria de la Majestad, sino más bien por la sujeción perfecta a su voluntad. Mi gloria consiste en poder oír de mí esta palabra: He hallado un hombre según mi corazón. El corazón del Esposo es el corazón de su Padre. Y ¿cuál es él? *Sed, dice, misericordiosos. como también vuestro Padre es misericordioso* <sup>19</sup>. Esta es la forma que El desea ver cuando dice a la Iglesia: *Muéstrame tu cara*, es decir, tu disposición exterior de piedad y mansedumbre. Con esta disposición elévase la Esposa confiada hacia la Piedra, a la que se parece. *Acercaos a El, dice, y sed iluminados, y vuestras caras no quedarán confundidas* <sup>20</sup>. Pues ¿cómo podría quedar confundida un alma humilde por Aquel que es tan humilde, un alma santa por el Dios de la santidad, un alma modesta por la dulzura misma? La cara purísima de la Esposa no desdice de la pureza de la Piedra; no siendo la virtud contraria a la virtud ni la luz a la luz.

6. Mas porque la Iglesia no puede todavía acercarse en todas sus partes a la Piedra para taladrarla, al no poder todos sus hijos penetrar aún los secretos de la voluntad de Dios ni comprender por sí mismos la profundidad de sus consejos, por esto el Esposo no le dice sólo que *anide en los agujeros de la Piedra*, sino también *en la concavidad de la pared*. Cierto que quienes han llegado a la perfección y a quienes la pureza de corazón y sutileza de ingenio permite escudriñar y sondear los altos secretos de la divina Sabiduría, cabe decirse que anida ya en ellos la Iglesia en los agujeros de la Piedra. En los demás miembros tiene que contentarse con morar en las concavidades de la pared; y los que no pueden o no se atreven aún a horadar por sí mismos la Piedra, fabriquen siquiera concavidades en la pared, para desde allí contemplar en espíritu la gloria de los santos. Y si algunos ni aun esto pueden alcanzar, propóngaseles a Cristo crucificado, a fin de que sin ningún esfuerzo puedan permanecer en los huecos de la Peña, que ellos no pudieron fabricarse. Ya trabajarán los judíos en fabricar esos agujeros, y ellos entonces no tendrán más trabajo que el de entrar por esos agujeros fabricados por manos infieles. Y no teman ser arrojados de esos agujeros, pues se los invita a entrar en ellos. *Entra, dice, en la peña, escondete en las concavidades de la tierra, a fin de evitar la cara temible del Señor y la gloria de la Majestad* <sup>21</sup>. A las almas todavía flacas e inertes que, como aquel administrador infiel del Evangelio, no se sienten animadas a cavar y se avergüenzan de mendigar <sup>22</sup>, muéstraseles una hoya en la

<sup>19</sup> Lc. 6, 36.

<sup>20</sup> Ps. 33, 6.

<sup>21</sup> Is. 2, 10.

<sup>22</sup> Lc. 16, 3.

tierra donde pueden ocultarse, hasta verse fortalecidas y vigorizadas, de suerte que puedan barrenar la Piedra y, penetrando luego por ese barreno, llegar hasta lo más íntimo del Verbo por el vigor y pureza del alma.

7. Y si entendemos por tierra cavada aquella que dice: *Han taladrado mis manos y mis pies*<sup>23</sup>, entonces no hay duda de la pronta y total curación de las almas enfermas y flacas que allí se metan y permanezcan. Porque ¿QUÉ COSA HAY TAN EFICAZ PARA SANAR LAS LLAGAS DE LA CONCIENCIA Y PURGAR EL ENTENDIMIENTO COMO LA FRECUENTE MEDITACIÓN DE LAS LLAGAS DE CRISTO? Mas hasta que estén perfectamente purificadas y sanas no veo cómo se las puedan aplicar estas palabras: *Muéstrame tu cara; suene tu voz en mis oídos*. Porque ¿cómo se atreverían a mostrar su cara o a levantar su voz aquellas a quienes se manda ocultarse? *Escóndete*, dice, *en la hoya de la tierra*. ¿Por qué? Porque todavía no son hermosas ni dignas de ser vistas, mientras puedan ver. Mas en cuanto, por la mansión suya en las grietas de la Peña, que son las llagas de Cristo, hayan del todo sanado de sus enfermedades espirituales y hayan purificado por completo su ojo interior, entonces podrán contemplar cara a cara la gloria de Dios; entonces podrán decir confiadas que han visto al Esposo, al que serán ya gratas, así por su voz como por su cara; no siendo posible que deje de agradar al Esposo el rostro de aquel que puede soportar los divinos respaldores. Y esto no lo podría si ella misma no fuese clara y pura, transformada ciertamente en la misma imagen de claridad que contempla. De otro modo, por su misma semejanza, se retiraría, ofuscada por el insólito fulgor. Luego cuando, ya pura, pueda intuir la Verdad pura, entonces codiciará ver la faz del Esposo mismo y, como consecuencia, oír también su voz.

8. Pues cuánto le agrade la predicación de la verdad con pureza de alma, ya lo dice en seguida: *Porque tu voz es dulce*. Y que no agrade la voz si desagradare la cara, demuéstrole al punto al añadir: *Y tu cara hermosa*. ¿Qué es la hermosura de la cara interior sino la pureza? En muchas cosas agradó ésta sin la predicación de la voz; aquella sin ésta, nunca. A los impuros no se muestra la verdad; no se entrega la sabiduría. ¿Qué dirán de aquella no habiéndola visto? *Lo que sabemos*, dice, *hablamos, y lo que vimos atestamos*<sup>24</sup>. Vete, pues, tú, y atrévete a testificar lo que no viste y hablar lo que ignoras. ¿Preguntas a quién llamo impuro? Al que busca las alabanzas humanas, al que no predica el Evangelio sin lucro, al que evangeliza por comer,

<sup>23</sup> Ps. 21, 17.

<sup>24</sup> Io. 3, 11.

que concibe la piedad como un negocio, al que no busca el fruto, sino la dádiva. Tales son los impuros; y no teniendo modo de ver la verdad por su impureza, tienen, sin embargo, de dónde hablar de ella. ¿Por qué os precipitáis? ¿Por qué no aguardáis a la luz? ¿Por qué comenzáis una obra de luz antes de la luz? Inútil os es el levantaros antes de la luz. Luz es la pureza, luz la caridad, que no busca su propio interés <sup>25</sup>. Preceda ésta, y el pie de la lengua no se posa en lo incierto. Al ojo soberbio no se deja ver la verdad, al sincero se le muestra patente. No hay por qué se niegue la verdad para ser vista del corazón puro, y, por lo mismo, ni para qué la predique. Mas al pecador dícele Dios: *¿Por qué hablas de mis justicias y tomas en tu boca mi ley?* <sup>26</sup> Muchos, descuidando la pureza, han hablado antes de haber visto; mas esos tales gravemente erraron, sin saber lo que afirmaban, o se hicieron despreciables, por entrometerse a instruir a otros, no estando instruídos ellos mismos. De este doble mal librenos siempre, rogado por vosotros el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**63** QUE CADA CUAL DEBE CULTIVAR SU VIÑA, O SEA SU PROPIA VIDA, SU ALMA Y SU CONCIENCIA; DE DOS CLASES DE RAPOSAS QUE DEVASTAN ESA VIÑA, QUE SON LOS ADULADORES Y LOS DETRACTORES. DE LAS TENTACIONES ORDINARIAS DE LOS MONJES NOVICIOS \*

1. *Cazadnos las raposillas que demuelen las viñas, porque nuestra viña ha florecido* <sup>1</sup>. Bien se ve que no inútilmente se fué a los viñedos, cuando se encontró allí a las zorras que los devastan. La letra esto dice. Y el espíritu, ¿qué? Ante todo, se ha de rechazar absolutamente el común y usual espíritu de la letra, a fuer de inepto e insulso y evidentemente indigno de ser recibido en Escritura tan santa y tan auténtica. A menos de que alguno sea quizá de ánimo tan desvergonzado y tan estúpido, que tenga por cosa grande haber aprendido de él, al modo de los hijos de este siglo, a cuidar de las terrenas posesiones, a guardar y defender las viñas de las malignas alimañas, a fin de no perder el fruto del vino, en el que hay lujuria, y simultáneamente se malogre el fruto y los gastos. Gran perjuicio sería, ciertamente, el que leyésemos con tanto afán y veneración este santo libro si se nos enseñase en él a guardar los viñedos

<sup>25</sup> 1 Cor. 13, 5.

<sup>26</sup> Ps. 49, 16.

\* PL 183, 1080.

<sup>1</sup> Cant. 2, 15.



contra las raposas, por no salir en la vendimia con los cestos vacíos por haber sido remisos en guardarlos. No sois tan rudos ni tan ayunos de gracia espiritual para que penséis tan a lo carnal. Busquemos, pues, estas cosas en el espíritu.

2. Pero he de mostrar ya tanto estas vides como estas zorras. A vosotros, hijos, toca el que cada cual provea a su viña, al notar, mientras yo diserto, de qué cosas ha de precaverse más. Para el varón sabio, la viña es su vida, su alma, su conciencia. Y así, el varón prudente no dejará en sí mismo nada inculto, nada desierto. No así el necio. Todo en él lo hallarás descuidado, todo caído, todo inculto y sucio. No hay viña para el necio. ¿Cómo será viña donde nada hay plantado, donde no aparece nada trabajado? La vida del necio es toda ella una selva de espinas y de abrojos. ¿Y será viña? Aunque lo fué, ya no lo es, reducida como queda a un yermo. ¿Dó de está la vid de la virtud? ¿Dónde el mosto de la obra buena? ¿Dónde el vino de la alegría espiritual? *Pasé, dice, por el campo del perezoso y por la viña del varón necio, y todo lo habían llenado las ortigas, cubriendo su superficie las espinas, y la pared de piedra estaba destruida*<sup>2</sup>. Oyes al sabio riéndose del necio que malbarató con su negligencia los bienes de la naturaleza y los dones de gracia que por el lavatorio de la regeneración había recibido, a modo de aquella viña que plantó Dios y no el hombre, aquella primera viña, que por su negligencia no es ya viña. Finalmente, no puede haber viña donde no hay vida, pues el necio que vive paréceme ser más bien muerte que vida. ¿Cómo se compagina vida con esterilidad? En viendo un árbol seco o estéril, ¿no se juzga al punto que está muerto? Los sarmientos estériles son igualados a los ya muertos. Por eso dice: *Destruyó con granizo sus viñas*<sup>3</sup>; mostrando que las viñas están privadas de vida cuando están condenadas a esterilidad. Así, pues, el necio, por lo mismo que vive inútilmente, aun viviendo, está muerto.

3. Sólo al sabio le es propio tener o más bien ser él una viña, porque tiene vida. Es árbol que da fruto en la casa del Señor, y, por tanto, es un árbol vivo; pues la sabiduría misma, que hace al hombre sabio, es árbol de vida para los que la poseen<sup>4</sup>. Siendo esto así, ¿cómo no ha de tener vida el que posee la sabiduría? Ese tal vive ciertamente, y vive de fe: por cuanto el hombre sabio es también justo, y el justo, según el Apóstol, vive de fe<sup>5</sup>. Y si el alma del justo es trono de la sabiduría, como lo es, el justo, sin duda, es sabio también. Ya lo llaméis justo, ya sabio, no vivirá jamás sin viña.

<sup>2</sup> Prov. 24, 30. 31.

<sup>3</sup> Ps. 77, 47.

<sup>4</sup> Prov. 3, 18.

<sup>5</sup> Hebr. 10, 38.

porque no cesará de vivir, siendo viña y vida en él una misma cosa. Y la viña del justo buena es, o más bien el justo es buena viña, por cuanto la virtud en ella es la cerca; las buenas obras, los pámpanos; el testimonio de su conciencia, el vino, y su lenguaje, el lagar, que saca este vino de los racimos. Porque, como dice el Apóstol, *nuestra gloria consiste en el testimonio de nuestra conciencia* <sup>6</sup> ¿Ves cómo nada es inútil al sabio? Su hablar, su pensar, su obrar y todo lo demás, ¿qué es sino agricultura de Dios, edificio de Dios, viña del Señor de Sebaot? Ciertamente que todo es aprovechable en esta viña, cuando ni las mismas hojas caerán jamás de las vides.

4. Por lo demás, nunca faltarán imperfecciones, nunca asechanzas, porque donde hay muchos bienes, hay también muchos consumidores <sup>7</sup>. El cuerdo, pues, no deberá poner menos cuidado en guardar su viña que en cultivarla, sin permitir jamás que las raposas vengan a asolarla. El oculto detractor es maligna raposa, no siéndolo menos el blando adulator; por lo cual el varón sabio procura librarse de uno y otro. Sí; en cuanto puede, procura cazar esas dos malignas raposas, pero cazarlas con lazos de beneficios, de obsequios, de saludables advertencias y de oraciones a Dios por ellas; no cesando de amontonar sobre la cabeza del adulator esos carbones encendidos <sup>8</sup> hasta lograr, en cuanto pueda, arrancar del corazón del detractor la envidia, y la disimulación del alma del lisonjero adulator, cumpliendo con ello el mandato del Esposo, que dice: *Cazadnos las raposillas que demuelen las viñas*. ¿Creéis acaso que no queda cazado aquel que tiene el rostro cubierto de rubor, avergonzado de su propio juicio, pues él mismo es testigo de su vergüenza y del pesar que siente, ora por haber odiado a un hombre muy amable, ora por haber amado solamente de lengua y de palabra a aquel que le amaba a él con obras y con veras, como al fin ha venido en reconocerlo, aunque tarde? Queda cazado, sin duda, y cazado para el Señor, según El lo ha mandado expresamente, diciendo *Cazadnos las raposillas*. Ojalá pueda yo coger así a todos los que me odian sin motivo, a fin de darlos o ganarlos para cazarlos o restituirlos a Cristo. Que todos los que buscan mi muerte se avergüencen y se confundan; que todos los que me quieren mal, vean también frustrados sus malos intentos y se avergüencen de ello, a fin de que yo obedezca también al Esposo, no sólo en cazar raposas, sino en cazarlas para El. Pero volvamos a nuestro texto, para que el hilo de la explicación proceda por su orden.

<sup>6</sup> 2 Cor. 1, 12.

<sup>7</sup> Eccl. 5, 10.

<sup>8</sup> Rom. 12, 20.

5. *Cazadnos las raposillas que demuelen los viñedos.* El lugar tiene un sentido moral, y conforme a este sentido ya hemos dicho que esas viñas espirituales no son sino los varones espirituales, cuyo interior, todo cultivado, germina, fructifica y produce obras de salvación. Pues bien, de esas viñas del Señor de los ejércitos podemos decir lo que el mismo Señor dice hablando del reino de Dios, que está dentro de nosotros<sup>9</sup>, leyéndose en el Evangelio que el reino de Dios será dado a gentes que den frutos de buenas obras<sup>10</sup>. Estos frutos no son sino aquellos de que nos habla San Pablo cuando dice: *Los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, benignidad, bondad, longanidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia y castidad*<sup>11</sup>. Estos frutos son nuestros progresos. Estos son aceptos al Esposo, porque El cuida de nosotros. ¿Acaso se preocupa de las plantas? El Hombre Dios no ama a los árboles, sino a los hombres, mirando como frutos suyos nuestro aprovechamiento espiritual. Observa con atención el tiempo en que deben germinar, mira favorablemente sobre ellos cuando comienzan a mostrarse, y cuida, cuando ya se muestran del todo, de que nosotros no los perdamos, o más bien de que El no los pierda, y nos considera como una misma cosa consigo. Por eso manda que le cacen las raposillas, que hacen emboscadas, no sea que se coman los frutos de la viña al llegar a sazón. *Cogednos, dice, las raposillas que demuelen las viñas.* Y como si alguien le dijera: Vuestro temor es prematuro, no habiendo llegado aún el tiempo de fructificar; os engañáis, responde, porque *nuestra viña está ya florida*, y una vez florecida, antes de caerse las flores, rompen y comienzan a verse los frutos.

6. Esta parábola es del tiempo actual. ¿Veis estos novicios? Poco ha vinieron del siglo, son recién convertidos. No podemos aún decir que nuestra viña floreció ya, estando aún en flor. Lo que en ellos vemos es flor; el tiempo de los frutos aun no ha llegado. La flor es la vida; la flor es la reciente forma de vida regular que han abrazado. Su continente es modesto y disciplinado; su compostura exterior, sumamente loable. Lo que en ellos parece por defuera, me complace, os lo confieso; porque veo que ya no les preocupa el acicalamiento de su cuerpo y vestidos, que son parcos en palabras, alegres de semblante, modestos en el mirar y graves en el andar. Mas como todo esto se halla todavía muy en los comienzos, por eso he dicho que su nueva vida simboliza las flores; flores que dan ciertamente esperanzas de frutos venideros, pero que aun no son tales frutos. En

<sup>9</sup> Lc. 17, 21.

<sup>10</sup> Mt. 21, 43.

<sup>11</sup> Gal. 5, 22, 23.

cuanto a vosotros, hijitos, no nos preocupan las raposillas de que vamos hablando, pues éstas no ansían comerse las flores, sino los frutos. Muy distinto es el peligro que os amenaza a vosotros. Lo que temo es que vuestras flores sean abrasadas: no arrebatadas, sino destruidas por las heladas. Lo más peligroso y temible para vosotros es el aquilón, esos fríos mañaneros que suelen perder las flores tempranas, matando en ciernes las cosechas. Por tanto, del lado del aquilón es de donde os amenaza el mayor peligro, porque, como dice el salmista, ¿quién podrá resistir al rigor de su frío? <sup>12</sup> Si este frío logra apoderarse del alma, como con frecuencia sucede cuando ésta se adormece y descuida en el ejercicio de las virtudes, y después, sin que nadie se preocupe de estorbarlo, consigue penetrar hasta lo más íntimo de ella, e invadiendo los más profundos senos del corazón y de la mente, poco a poco paraliza el ritmo de sus santos afectos, enerva los resortes de la voluntad, que se incapacita para las nobles resoluciones, se enseñorea de las entradas por donde pudiera recibir la fresca brisa de los buenos consejos, enturbia la lucidez de juicio, quedando como asfixiada la libertad del espíritu, entonces, como sucede a los asaltados por intensa fiebre, el alma se pone rígida, su vigor disminuye, persuádese ella misma de no tener bastantes fuerzas, el horror de las austeridades se le aumenta, el temor de la pobreza le inquieta, se le apoca el ánimo, la gracia se retira, la vida regular se le hace fastidiosa, anúbiase la razón, el valor se cansa, el fervor se extingue, cáese en la tibieza y en el fastidio de las cosas espirituales, la caridad fraterna se resfría, el deleite lisonjea con sus encantos, éntrase en una confianza temeraria y los hábitos viciosos despiertan las amortiguadas inclinaciones. ¿Qué más? Disimúlase la ley, deséchase la justicia, destiérrese la vergüenza, se abandona el temor de Dios y, al fin, se acaba por alargar la mano a la impudencia para que le ayude a dar ese salto temerario, vergonzoso, infame, lleno de ignominia y confusión; ese salto mortal desde lo más alto al fondo del abismo, desde el firmamento al muladar, desde el solio regio a la cloaca, desde el cielo al cieno, desde el claustro al siglo y desde el paraíso al infierno. No es ésta la ocasión de explicar cuál sea el principio y origen de tamaña pestilencia ni de indicar los medios más eficaces para evitarla o curarla. Esto será en otra ocasión. Prosigamos ahora lo comenzado.

7. Hay que retorcer el hilo del discurso hacia los más aprovechados y firmes, hacia las viñas ya florecidas, las cuales no tienen que temer que el frío hiele sus flores y las destruya, sino más bien deben cuidar de que las raposillas

<sup>12</sup> Ps. 147, 17.



no se les coman los frutos. Habré de explicar más claro cuales son esas raposas espirituales, por que se las llama pequeñas y por que se manaa cogerlas y no ecnarias o matarias. Hemos tambien de distinguir las diversas clases de estos animales, para mayor inteligencia y precaucion de los que me escucnan. Mas no abordaremos hoy este asunto, por no causaros fastidio ni disminuir la alegria de vuestra devoción, pues deseo aumente más y más de día en día por la gracia y para gloria del excelso Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, quien, como Dios, es sobre todas las cosas bendito en los siglos. Amen.

**64** DE LAS TENTACIONES DE LOS MONJES MÁS ADELANTADOS. SON COMO RAPOSAS QUE PRETENDEN DEVASTAR SU VIÑA. DE CÓMO HAY QUE COGER A LOS HEREJES, QUE, CUAL RAPOSAS, DEVASTAN A LA IGLESIA \*

1. Aquí estoy para cumplir mi promesa. *Cazadnos las raposillas que asolan los vinedos, porque nuestra viña ha florecido*<sup>1</sup>. Las raposas son las tentaciones. Ha de haber tentaciones, porque ¿quién será coronado, sino aquel que hubiera legitimamente luchado<sup>2</sup>, o cómo se puede luchar si alguno no ataca? Tu, pues, al acercarte a servir a Dios, estate con temor y prepara tu alma para la tentación<sup>3</sup>, cierto de que todos los que quieran vivir santamente en Jesucristo, sufrirán persecución<sup>4</sup>. Pero hay diversas tentaciones según la diversidad de los tiempos. En nuestros comienzos, cual tiernas flores de plantas nuevas, es evidente que solemos ser combatidos por la violencia de ese frío de que hablamos en el sermón anterior<sup>5</sup>, advirtiendole a los que comienzan que la eviten. En cuanto a los más adelantados, las potencias enemigas no osan oponerse abiertamente a sus ejercicios piadosos, sino que suelen, cual astutas raposas, tender secretamente lazos, que son en apariencia virtudes, aunque de hecho sean verdaderos vicios. ¿Cuántos, por ejemplo, he conocido de éstos que, habiendo entrado en los caminos de la vida y subido a un estado bastante perfecto, marchando y avanzando valerosos y confiados por las sendas de la justicia, han sido vergonzosa y desgraciadamente seducidos por los ardides de esas raposas, y han gemido, bien que tarde, al ver los frutos de sus virtudes sofocados?

\* PL 183, 1084.

<sup>1</sup> Cant. 2, 15.

<sup>2</sup> 2 Tim. 2, 5.

<sup>3</sup> Eccli. 2, 1.

<sup>4</sup> 2 Tim. 3, 12.

<sup>5</sup> Serm. 63, n. 6.

2. Vi yo un hombre que corría bien. Pero he ahí un pensamiento. ¿No sería una raposilla? ¿A cuántos de entre mis hermanos, parientes, conocidos y amigos, si estuviera yo en mi patria, pudiera hacer participantes del bien de que gozo solo! Me aman y fácilmente se rendirían a mis consejos. ¿Para qué esta pérdida? He de ir a verme con ellos, y salvando a muchos de ellos, me salvaré también con ellos. Y no debo recelar nada en mudar de sitio; pues con tal de que haga bien, ¿qué importa esté dondequiera? Por otra parte, no podría yo estar en mejor lugar que allí donde recojo más fruto. Por abreviar, ese pobre infeliz se fué a su tierra y se perdió, más semejante al perro, que vuelve a comerse lo vomitado, que a un desterrado que torna a su país. Perdióse él, sin que salvara a ninguno de los que pensara salvar. Ved ahí una raposilla en esta falaz esperanza que él había concebido de ganar a sus parientes para Dios. Puedes también tú mismo hallar o notar una y muchas semejantes a éstas, si no lo descuidas.

3. ¿Quieres, sin embargo, que todavía te indique yo una? Lo haré; y no una segunda, sino que te mostraré también una tercera y una cuarta, si te hallo velando para cazarlas, que quizá adviertas en tu viña. A veces, al adelantar un hombre y sentir que Dios derrama sobre él sus gracias abundantes, viénele el deseo de predicar, no a sus parientes o deudos, según aquello: *Yo no me guío por miras de carne y sangre* <sup>6</sup>, sino que, como si estuviera animado de un afecto más puro y de un fin más útil y generoso, quiere instruir indiferentemente a toda clase de personas. El cree obrar en esto con singular circunspección, pues teme caer en aquella maldición del profeta contra el que oculta los granos para no distribuirlos entre los menesterosos <sup>7</sup>, y teme también oponerse al Evangelio si no predica a la luz del día y desde las terrazas lo que se le ha dicho como en secreto y al oído <sup>8</sup>. Ahí tienes otra raposa, tanto más dañina que la anterior, cuanto que se presenta más oculta y ladinamente disimulada. Pero ¿te la cazo? Moisés dice el primero: *No pondrás al trabajo al primerizo de la vaca* <sup>9</sup>. Interpretando esto Pablo, dice: *No ordenes al neófito, no sea que, hinchado de soberbia, caiga en la condenación del diablo* <sup>10</sup>. Y de nuevo: *Nadie se entrometa en la dignidad sacerdotal, de no ser llamado por Dios como Aarón* <sup>11</sup>. Y él también: *¿Cómo predicarán, si no son por El enviados?* <sup>12</sup> Y sabemos que EL OFICIO DEL

<sup>6</sup> Gal. 1, 16.

<sup>7</sup> Prov. 11, 26.

<sup>8</sup> Mt. 10, 27.

<sup>9</sup> Dt. 15, 19.

<sup>10</sup> 1 Tim. 3, 6.

<sup>11</sup> Hebr. 5, 4.

<sup>12</sup> Rom. 10, 15.

MONJE NO ES PREDICAR, SINO LLORAR <sup>13</sup>. De todas estas razones y otras semejantes tomo una red, y cazo la raposa, no sea que me destruya la viña. Siendo claro e indudable, según todas las autoridades arriba citadas, que no le conviene al monje predicar públicamente; que esto no le conviene tampoco al primerizo; ni está permitido a nadie sin haber recibido para ello misión. Pues ¿qué destrucción del alma no será violar a la par estas tres reglas? Así, pues, todos los pensamientos de esta índole, ya vengan de vosotros mismos, ya procedan de la sugestión del ángel malo, miradlos siempre como ladina raposilla, como un mal so color de bien.

4. Pero mira otra. ¿Cuántos religiosos fervorososísimos de los monasterios se retiraron a la soledad para hacer vida solitaria, de la cual han sido vomitados por su tibieza, o bien han seguido viviendo en ella contra las leyes del yermo, no sólo remisos, sino disolutos? ¿Quién no ve que esa devastación de la viña, ese detrimento de la conciencia y vida relajada ha sido obra de la raposilla? Creyeron los miserables que en la soledad recogerían sus frutos espirituales más abundantes que en comunidad, donde no recibían sino las gracias ordinarias; imaginábanse que este pensamiento era bueno, pero lo ocurrido ha justificado que no era sino demoleadora raposa.

5. Y ¿qué diré de ciertos religiosos de esta misma casa, qué diré, repito, de esa especie de abstinencia supersticiosa y novelera con que algunos nos molestan a todos y motivan el que también a ellos se les moleste? ¿Cómo esa misma discordia tan general no será acaso la ruina y demolición de los que la practican? ¿No demuelen además, en cuanto pueden, esa gran viña que plantó la diestra del Señor, siendo la demolición de la unanimidad de todos vosotros? ¡Ay del hombre por quien viene el escándalo! <sup>14</sup> *El que escandalice, dice, a uno de estos pequeñuelos* <sup>15</sup>. Duro es lo que sigue. Pues ¿cuánto más severas durezas no merecerá quien escandalice a tan numerosa y santa multitud? Ciertamente que habrá de ser durísimo el juicio que dé contra él, sea quien fuere. Pero de esto se trata en otra parte.

6. Mas veamos ahora lo que dice el Esposo acerca de estos menudos y astutos animales que demuelen los viñedos. Menudos, diría, no en malicia, sino en sutileza, ya que

<sup>13</sup> San Jerónimo contra Vigilancio. Nótese que los antiguos monjes no eran clérigos y sacerdotes, sino por excepción, al revés de lo que ahora sucede. Siendo ahora sacerdotes, a ellos también les conviene en alguna forma aquello del Pontifical Romano: *Sacerdotem oportet praedicare...* (P. G. Prado.)

<sup>14</sup> Mt. 18, 7.

<sup>15</sup> Mc. 9, 41.

este género de animales está muy pronto para dañar a ocultas, y paréceme que convenientísimamente designan ciertos vicios sutilísimos paliados como virtudes, tales como aquellos de que hemos dado ya algunos ejemplos, aunque muy pocos. Esos vicios no pueden dañar sino en cuanto quieren pasar por virtudes, por alguna relación que con ellas tienen. Mas en realidad son ideas vanas, sugerencias de los ángeles malos o de los ángeles de Satanás disfrazados en ángeles de luz <sup>16</sup>, *preparando sus flechas dentro de sus aljabas*, o sea secretamente, *para herir en la oscuridad a los rectos de corazón* <sup>17</sup>. Por eso creo se las llama pequeñas, porque otros vicios se nos hacen como visibles por esa especie de corpulencia grosera con que se presentan, mientras que éstos son tan delicados, sutiles y transparentes, que no es fácil descubrirlos, siendo también difícil precaverse de ellos, a menos que se trate de personas muy espirituales y experimentadas, con cierto como hábito de discernir entre el bien y el mal, sobre todo en las cosas del espíritu, y que puedan decir con el Apóstol: *No ignoramos las maquinaciones de Satanás y sus perversas intenciones* <sup>18</sup>. Y quizá ésta sea la causa por que el Esposo no manda exterminarlas, o echarlas, o matarlas, sino cazarlas, porque esas bestezuelas espirituales y astutas deben ser observadas con todo cuidado y vigilancia, a fin de cogerlas y cazarlas con sus propias mañas. Descubierta su malicia, o revelado su fraude, o convencida su falsedad, puede muy bien decirse que se ha cogido la raposa que destruía las viñas; pues decimos, en frase vulgar, que el hombre es cogido por sus palabras; como lees en el Evangelio, que *los fariseos se juntaron para coger a Jesús en palabras* <sup>19</sup>.

7. Así, pues, manda el Esposo cazar las zorrillas demolidoras de las viñas, que se las sorprenda, que se las convenza. Esta especie de mal tiene eso de propio, que, siendo conocido, no daña; conocerlo es vencerlo. Porque ¿quién, a menos que no esté fatuo, habiendo descubierto un lazo, se deja caer en él conscientemente y de intento? Basta, pues, para evitar esta clase de vicios, cogerlos, o sea descubrirlos; porque aparecer es perecer. No es así con los demás vicios; porque manifiestamente vienen, manifiestamente dañan, cautivan a los mismos que los conocen, vencen a los mismos que les resisten con la violencia, no con la astucia. Por donde a estas bestias furiosas, que acometen abiertamente, no hay que buscarlas, sino domarlas. Sólo tratándose de esas raposillas, sumamente ladinas, para inutilizar su acción dañosa basta sacarlas a la luz—pues de ordinario

<sup>16</sup> 2 Cor. II, 14.

<sup>17</sup> Ps. 10, 2.

<sup>18</sup> 2 Cor. 2, II.

<sup>19</sup> Mt. 22, 15.



viven ocultas en sus madrigueras—y sorprenderlas en sus astucias, pues conocidas, ya no danan. Por eso se manda cazar a esas raposas y se las describe pequeñas. O bien se las llama así para darnos a entender que, si cuidadosamente observamos los vicios en su nacimiento y en su principio y los cogemos todavía pequeños, evitaremos que crezcan y, una vez crecidos, nos dañen más, y más difícilmente se cacen.

8. Y según la alegoría, entendemos en esos viñedos las Iglesias, y en esas raposas, las herejías, o más bien los herejes mismos. El sentido es obvio; cácense los herejes y no se les ahuyente. Han de ser cazados, digo, no con armas, sino con razones que refuten sus errores, y, a ser posible, ha de procurarse reconciliarlos con la Iglesia católica y reducirlos a la verdadera fe. Pues tal es la voluntad de Aquel que quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad<sup>20</sup>. Manifiéstanos el Esposo ser ésta su voluntad, por cuanto no dice simplemente: *Cazad las raposas*, sino *cazadnos las raposillas*. Al decir, pues, *cazadnosias*, nos demuestra que desea adquirirlas para sí y para su Esposa, que es la Iglesia católica. Por esto el eclesiástico o monje sabio y prudente, que se encarga de disputar con los herejes, debe tender sobre todo a convencerlos de su error y convertirlos a la verdadera fe, recordando aquello del apóstol Santiago: *Quien convierta al pecador de su extravío, salvará de la muerte al alma del pecador y cubrirá la muchedumbre de sus propios pecados*<sup>21</sup>. Mas, si el hereje no quiere volver en sí y tras de la primera y segunda amonestación todavía permanece obstinado en su error, habrá entonces que evitar su trato, según manda el Apóstol a su discípulo Tito: *Huye, le dice, del hombre hereje después de haberle corregido una o dos veces*<sup>22</sup>. En tal caso, creo valdrá más ahuyentarlo o atarle que dejarle asolar los viñedos<sup>23</sup>.

9. Y no piense que nada ha conseguido con haber vencido en buena lid y convencido de error al hereje obstinado, refutando sus herejías, distinguiendo clara y paladinamente lo verdadero de lo verosímil, demostrando con razones contundentes e irrefragables la falsedad de sus dogmas y, en

<sup>20</sup> I Tim. 2, 4.

<sup>21</sup> Iac. 5, 20.

<sup>22</sup> Tit. 3, 10.

<sup>23</sup> Por donde puede verse cómo a pesar de ciertas durezas de expresión, debidas a veces a la licencia de sus secretarios, no era San Bernardo partidario de los procedimientos crueles y sanguinarios con los heterodoxos comunes. El Estado vería después si la herejía no implicaba un grave peligro social, motivo suficiente para justificar la Inquisición.

fin, reduciendo a vergonzoso silencio a un espíritu terco e insolente contra la ciencia de Dios; no piense tal, repito, porque en realidad no ha dejado de coger la raposa, aunque no sea para su salud, habiéndola cazado para el Esposo y la Esposa, bien que de otro modo. Pues aunque ese hereje no ha salido de su lodo, la Iglesia se ha confirmado en la fe, y sin duda el Esposo se regocija de los progresos de la Esposa, porque *la alegría del Señor es nuestra fortaleza* <sup>24</sup>, y El participa de nuestras ventajas, pues se digna asociarse a nosotros con tanta bondad, mandando le cacemos las raposas, no para El solo, sino también para nosotros. *Cazadnos*, dice, *las raposillas*. ¿Qué cosa más familiar y más dulce que esta palabra? ¿No os parece que, al decir esto, muéstrase-nos cual bondadoso Padre de familias, que nada quiere tener como propio, sino poseerlo todo en común con su mujer, sus hijos y criados? Y el que lo dice es Dios, aunque no lo dice como Dios, sino más bien como Esposo.

10. *Cazadnos las raposas*. ¿Ves cuán sociablemente habla Aquel que no tiene socio? Pudiera haber dicho: *Cazadme*, pero prefirió decir: *Cazadnos*, complaciéndose de tenernos por compañeros en esta empresa. ¡Oh suavidad, oh gracia, oh fuerza del amor! ¿Es posible que el soberano de todos se haya hecho como uno de nosotros? ¿Quién hizo eso? El amor, que no entiende de dignidades, rico en dignación, poderoso en afectos y eficaz para persuadir. ¿QUÉ COSA HAY TAN VIOLENTA? Triunfa de Dios el amor. Pero ¿qué hay también más dulce que el amor? ¡Extraña maravilla! Es violento para llevar a la victoria y dulce para dejarse vencer por la violencia; pues *se anonadó a sí mismo* <sup>25</sup>, a fin de que sepas ser amor suyo el que la plenitud se haya derramado, la grandeza se haya abatido y la singularidad se haya asociado. ¿Con quién, oh admirable Esposo, tienes un trato tan íntimo y tan familiar? *Cogednos estas raposas*, dices. ¿Para quién se han de coger juntamente contigo? ¿Para la Iglesia de las gentes? Esta se integra de hombres mortales y pecadores. Sabemos quién es ella. Pero tú, ¿quién eres para mostrarte tan amoroso y apasionado de esta etiopisa? No eres otro Moisés, sino más que Moisés <sup>26</sup>. ¿No eres Aquel que aventaja en hermosura a todos los hijos de los hombres? <sup>27</sup> Heme quedado muy corto, porque eres la luz de la vida eterna, el esplendor y el retrato de la sustancia de Dios <sup>28</sup>. Finalmente, eres sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén <sup>29</sup>.

<sup>24</sup> 2 Esdr. 8, 10.

<sup>25</sup> Phil. 2, 7.

<sup>26</sup> Num. 12, 1.

<sup>27</sup> Ps. 44, 3.

<sup>28</sup> Hebr. 1, 3.

<sup>29</sup> Rom. 9, 5.

**65 DE LOS HEREJES CLANDESTINOS: ATACA A SUS DOCTRINAS RETRÓGRADAS, SU AFÁN EN OCULTAR SUS MISTERIOS Y SU ESCANDALOSO CONTUBERNIO CON MUJERES \***

1. Llevamos ya dos sermones acerca de un mismo versículo, y todavía me propongo añadir otro, si tenéis la paciencia de atender, pues lo estimo necesario. Los dos anteriores se ordenaron a proteger nuestra viña doméstica, que sois vosotros, contra las tres principales clases de raposas que pueden devastarla, o sea contra los detractores y aduladores y contra ciertos espíritus falsos e insidiosos, muy diestros y prácticos en encubrir el mal so capa de bien. Rés-tanos ahora decir algo para proteger la viña del Señor, esa viña dilatadísima que llena el orbe terráqueo, y de la cual formamos nosotros una mínima parte; esa amplísima viña, plantada por la mano de Dios, rescatada con su sangre, regada con su palabra, propagada con su gracia y fecundada por su Espíritu. Preocupado de lo que más de cerca nos afecta, apenas pude decir nada que pudiese servir a la utilidad común y general. Muéveme ahora a subsanar tal omisión el ver que son muchos los que pretenden devastar esta viña, pocos los que trabajan en su defensa y grande la dificultad que ofrece tal empresa. Proviene esta dificultad de que los enemigos que la combaten lo hacen sigilosamente, procurando quedar ocultos. Ciertamente, nunca faltaron raposas que intentasen devastar a la Iglesia, pero ésta la descubrió al punto y las cogió sin gran dificultad. Los herejes la combatieron con descaro, siendo propio de herejes el aspirar a vencerla en pública lid; mas fueron vencidos y derrotados en todo el frente, siendo de este modo fácilmente cazadas esas raposas. No queremos con ello decir que no hubiese algunas que, a pesar de todo, permanecieran obstinadamente aferradas a su error, cerrando los ojos a la luz de la verdad; pero en tal caso se las ataba y arrojaba de la viña, para allí perecer por consunción; juzgándose haber cogido a la zorra desde el momento en que era condenada la impiedad del hereje y éste era aislado y lanzado de la Iglesia, cubierto de oprobio y sirviendo de escarmiento a los demás fieles, a quienes no podía fácilmente dañar con sus perversas doctrinas. Así, como dice el profeta Oseas, se le secaban los pechos y se volvía estéril<sup>1</sup>, por cuanto el

\* PL 183, 1088.

<sup>1</sup> Os. 9, 14.

error públicamente refutado no pulula ya, y la falsedad descubierta no germina.

2. ¿Qué haremos para cazar esas malignísimas zorras que intentan dañar más bien que vencer, y que, en vez de dar públicamente la cara, prefieren deslizarse cautelosas? Todos los herejes anteriores se proponían como fin principal granjearse gloria con la singularidad de su doctrina; pero éstos, más astutos y malignos que sus predecesores, no parecen preocuparse de su propia gloria, aspirando tan sólo a la ruina de las almas. Yo creo que, aleccionados con el ejemplo de sus antepasados, los que, una vez desenmascarados, eran al punto cogidos sin lugar a evasión, estos nuevos herejes han adoptado otra táctica de combate, que consiste en ocultar solapadamente los misterios de su iniquidad, a fin de poder difundirlos, tanto más seguramente cuanto más secretamente. Para mejor conseguir sus depravados intentos, dícese que forman conventículos secretos, en que se ligan entre sí con inicuos juramentos. Jura, perjura, mas no reveles nuestro secreto. Por otra parte, no quieren permitir el más mínimo juramento, escudándose en aquello del Evangelio: *No juréis ni por el cielo ni por la tierra* <sup>2</sup>. ¡Oh necios y tardos de corazón, llenos de espíritu farisaico, que cuelan cuanto han de beber, por si hay algún mosquito, y se tragan un camello! <sup>3</sup> ¡Jurar no es lícito, perjurar sí lo es! ¡Como si fuera preferible jurar en falso a jurar sencillamente cuando hay motivo razonable! ¿En qué lugar del Evangelio habéis hallado esa excepción, vosotros que os gloriáis vanamente de no dejar pasar ni una jota del mismo? Es evidente que vuestra interpretación del Evangelio acerca de los juramentos es del todo supersticiosa, pues autorizáis desvergonzadamente el mismo perjurio. ¡Oh extraña perversidad! Lo que no está sino aconsejado para mayor perfección, que es el no jurar, lo observan con tanto rigor, cual si fuese un precepto; y, en cambio, lo establecido por ley inmutable, que es el no perjurar, lo dispensan a capricho, cual si fuese algo indiferente. No, dicen, sino que lo hacemos así por temor de que se publique nuestro secreto. ¡Como si no cediera en gloria de Dios el publicar las cosas útiles! ¿Es que ellos realmente celan la gloria de Dios? Más bien creo yo que se avergüenzan de descubrir lo que para ellos sería sumamente vergonzoso, pues se dice que hacen en secreto cosas infames y abominables. También las zorras dejan tras sí mal olor.

3. Mas prescindamos de lo que hacen en secreto, y que me negarían audazmente, ateniéndonos a lo que es pú-

<sup>2</sup> Mt. 5, 34. 35.

<sup>3</sup> Mt. 23, 24.



blico y notorio. ¿No es verdad que, escudándose en el Evangelio, dicen que no quieren dar a los perros las cosas santas ni echar perlas a cerdos? <sup>4</sup> Mas en esto demuestran bien claro que no pertenecen a la verdadera Iglesia, pues consideran como perros y cerdos a todos los que forman parte de la Iglesia católica. Creen que los que no pertenecen a su secta, todos sin excepción, deben ser excluidos de sus misteriosos conventículos y de lo que en ellos se hace. Prescindamos ahora de si hacen esto o aquello; lo cierto es que temen, y mucho, el ser descubiertos; pero no lograrán escurrirse de mi argumento. Respóndeme tú, ¡oh hombre más sabio de lo que conviene y más necio de cuanto con palabras pudiera decirse!, respóndeme, repito: el secreto que ocultas, ¿es de Dios o no? Si de Dios, ¿por qué no lo publicas para gloria suya? Pues va mucho a la gloria de Dios el revelar lo que puede servir de edificación al prójimo. Y si no lo es, ¿por qué das fe a lo que no es de Dios, sino porque eres un hereje? Descubran, pues, ese misterio de Dios para gloria de Dios o nieguen que esto sea un misterio de Dios, confesando paladinamente que son herejes; o a lo menos declárense abiertamente enemigos de la gloria de Dios, pues no quieren manifestar una cosa que sería tan ventajosa a su gloria, porque lo que dice la Escritura permanece siempre constante, a saber: que *la gloria de los reyes es ocultar su secreto, y la de Dios, revelarle* <sup>5</sup>. ¿No le queréis vosotros revelar? Luego no queréis glorificar a Dios. Pero quizá se nieguen a aceptar esta parte de la Escritura de donde esto proviene. Así lo creo; pues hacen profesión de no seguir sino el puro Evangelio y de ser los únicos que lo siguen. Pues bien, oigan lo que les dice el Evangelio: *Lo que os digo de noche, decidlo a la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde las terrazas* <sup>6</sup>. Por tanto, no os es permitido andar con tapujos, ocultando vuestras doctrinas. ¿Hasta cuándo tendréis escondido lo que Dios manda se publique? ¿Hasta cuándo vuestro Evangelio permanecerá oculto? Sin duda el vuestro no es el de Pablo, pues él declara que el suyo no está oculto. *Si nuestro Evangelio, dice, todavía está encubierto, solamente lo está para aque-*

<sup>4</sup> Mt. 7, 6.

<sup>5</sup> Prov. 25, 2; San Gregorio Magno (*L. I in Ezech.*, hom. 6, init.) cita este texto en el mismo sentido que San Bernardo, lo cual parece dar a entender que la traducción de que se servía no era la Vulgata; o bien deberemos decir que el códice de que usaba estaba equivocado, como lo nota Cornelio a Lápide, comentando este lugar de los Proverbios, refiriéndose a San Gregorio. Tal vez podría decirse que ambos Santos Padres sufrieron un *lapsus linguae* o *calami atribuyendo* a los Proverbios aquel pasaje de Tobías (12, 7) en que dice: *Así como es bueno tener oculto el secreto del rey, así es cosa muy honrosa el publicar y celebrar las obras de Dios.* (P. G. Prado.)

<sup>6</sup> Mt. 10, 27.

*llos que se pierden* <sup>7</sup>. Mirad no sea que haya dicho de vosotros que se halla entre vosotros encubierto el Evangelio. ¿Qué cosa más clara que habréis de perecer? ¿Pero quizá no admitís ni a Pablo siquiera? De algunos así lo he oído. Porque no todos estáis de acuerdo entre vosotros, aunque todos disintáis de nosotros.

4. Mas, en fin, todos vosotros recibís, si no me engaño, con la misma deferencia que el Evangelio, las palabras, escritos y tradiciones de aquellos que trataron y vivieron con el Salvador. Pues bien, decidme, ¿tuvieron ellos secreto su Evangelio? ¿Ocultaron jamás las flaquezas corporales de Dios hecho hombre, la horribilidad de su muerte, la ignominia de su cruz? Tan lejos de ello anduvieron, que pregonaron todo esto por toda la tierra <sup>8</sup>. ¿Dónde está esa vida y esa conducta apostólica de que tanto os jactáis? Ellos las proclaman altamente y sin rebozo, vosotros apenas las murmuráis entre dientes; ellos las predicán públicamente, vosotros las hacéis con sordina en vuestros conventículos secretos; *ellos vuelan como nubes* <sup>9</sup>, según el profeta Isaías; vosotros os envolvéis en tinieblas y os ocultáis en las entrañas de la tierra. ¿En qué os parecéis a ellos? ¿Quizá en que no os acompañáis de mujerzuelas? Mas vivís en compañía de ellas, y todos saben ser mucho más sospechosa la cohabitación que la simple compañía. Ciertamente, ¿quién podría razonablemente sospechar nada de siniestro de aquellos apostólicos varones que resucitaban muertos? Haced vosotros milagros semejantes a éstos, y entonces, cuando yo vea que moráis con una mujer, no la creeré tal, sino hombre. Amén de que ¿no es gran temeridad de vuestra parte el usurpar los privilegios de aquellos cuya santidad estáis tan lejos de imitar? **ESTAR SIEMPRE CON UNA MUJER Y NO CONOCERLA, ¿NO ES MAYOR MILAGRO QUE RESUCITAR A UN MUERTO?** No podéis hacer lo que es menos, ¿y queréis que yo crea de vosotros lo que es más? Estáis a diario a la mesa frente a una muchacha; vuestro lecho está en la misma cámara que el suyo; vuestros ojos están fijos en los suyos al hablar, trabajáis mano a mano con ella, ¿y queréis que os tenga por continentes? Aunque lo fueseis, me dais hartos motivos de creer que no lo sois. Me sois ocasión de escándalo. Quitad la causa del escándalo, y entonces podréis pasar por verdaderos seguidores del Evangelio, de que tanto os ufanáis. ¿No condena el Evangelio al que escandaliza a uno solo en la Iglesia? Y vosotros, vosotros escandalizáis a toda la Iglesia. Vosotros sois las zorras que talan la viña del Señor. Ayudadme, compañeros, a cazarlas. O mejor todavía,

<sup>7</sup> 2 Cor. 4, 3.

<sup>8</sup> Ps. 18, 5.

<sup>9</sup> Is. 60, 8.

¡oh santos ángeles!, cogédnoslas vosotros. Son sumamente astutas y muy duchas en el arte de encubrir su malicia e impiedad. Son además tan menudas y sutiles, que huyen fácilmente a los ojos de los hombres. Mas ¿huirán también de los vuestros? A vosotros se dirige esta palabra como a compañeros del Esposo: *Cazadnos las raposillas*<sup>10</sup>. Haced, pues, lo que se os manda; cazadnos esas zorrillas disimuladas a las que mucho ha perseguimos en vano. Enseñadnos y sugéridnos el medio de descubrir sus ficciones, pues una vez descubiertas, quedarán cazadas, porque UN FALSO CATÓLICO DAÑA MUCHO MÁS QUE UN HEREJE DESCUBIERTO y reconocido como tal. Pero no concierne al hombre saber lo que pasa en el hombre, a menos que sea alumbrado por el Espíritu de Dios o instruído por medio de los ángeles. ¿Qué señal daremos para que todos lleguen a conocer esta perniciosísima herejía, que tan bien sabe disfrazarse, no sólo con sus palabras, sino con su conducta?

5. Las recientes señales que se observan en la viña del Señor indican a las claras que las zorras han pasado por ella poco ha; mas yo no sé cómo se las vale esa bestia astuta a más no poder, que de tal modo borra o disimula las huellas de sus pisadas, que no puede conocerse por dónde entra ni por dónde sale. Bien se ve su obra nefasta, hecha sin que aparezca en parte alguna el autor de ella; tanto es el cuidado que pone en enmascararse bajo las más bellas apariencias. Si preguntáis a estos herejes acerca de su fe, nadie más católico que ellos. Su conducta semeja irreprehensible, pareciendo justificar con ella sus palabras y sus obras. Los veréis, para daros testimonio de su fe, frecuentar la iglesia, honrar a los presbíteros, ofrecer sus dones al altar, confesarse, participar de todos los sacramentos. ¿Qué hay de más católico? En punto a vida y costumbres, no engañan a nadie, no se elevan sobre nadie. Además, su rostro aparece pálido por los ayunos, no comen su pan en la ociosidad, trabajan con sus manos para ganarse la vida. ¿Dónde está aquí la zorra? Parecíanos haberla cogido; pues ¿cómo se ha escurrido de nuestras manos? ¿Cómo ha desaparecido tan de pronto? Persigámosla, busquémosla, y la reconoceremos por sus frutos, pues la devastación de la viña es prueba cierta de que las raposas andan en ella. Las mujeres dejan a sus maridos, y los maridos a sus mujeres, para irse con ellos. Los clérigos y los presbíteros, ya jóvenes, ya viejos, dejan sus pueblos y sus iglesias, y aun hay entre ellos quienes se sujetan a ejercer algún oficio. ¿No es esto una gran devastación? ¿No es esto obra de raposas?

6. Mas puede ser que no todos hagan cosas tan noto-

<sup>10</sup> Cant. 2, 15.

rias o que sea muy difícil probarlas. ¿Cómo cogeremos a esos tales? Voivamos al comercio que éstos mantienen con mujeres, pues no hay uno solo entre todos exento de este desorden. Pregunto a uno de ellos, cualquiera que sea: ¡Oh tú, que tan bien representas el papel de hombre bueno!, ¿me dirás quién es esa mujer que vive en tu casa y de dónde la has tomado? ¿Es tu esposa? No, dirá él, pues eso no convendría al voto de castidad que hice. ¿Será, pues, tu hija? Tampoco. ¿Será entonces sin duda alguna hermana, sobrina o pariente cercana? De ningún modo. Pues ¿cómo? ¿Podrás guardar perfecta continencia cohabitando así con ella? Por si no lo sabías, ten entendido que la Iglesia prohíbe esta clase de cohabitación a los que han hecho voto de castidad<sup>11</sup>. Si no quieres escandalizar a la Iglesia, lanza de tu casa a esa mujer, apártala de tu compañía; porque si no, harás ver bien a las claras que no son ilusorios, sino muy reales, todos los demás desórdenes que de ti se presumen.

7. A esto contesta el hereje: ¿En qué lugar del Evangelio me lo mostraréis prohibido? ¿Has apelado de eso al Evangelio? Al Evangelio irás. Si quieres obedecer al Evangelio, no darás escándalo, prohibiendo éste que nadie lo dé, y tú lo das no lanzando a esa mujer, según los cánones de la Iglesia. Antes era sospechosa tu conducta; ahora puede asegurarse que menosprecias el Evangelio y que eres enemigo de la Iglesia. ¿Qué piensas, hermano? Si perdura en su terquedad y no obedece ni al Evangelio ni a la Iglesia, ¿habrá aquí todavía lugar a duda? ¿No te parece que el fraude está descubierto y que la zorra está cogida? Si no se aparta de esa mujer, no evita el escándalo; y si no evita el escándalo pudiéndolo y debiéndolo hacer, hácese culpable de violar descaradamente el Evangelio. ¿Y qué habrá de hacer en tal caso la Iglesia, sino echarlo de su seno, pues rehusa quitar la causa del escándalo? La misma Iglesia desobedecería si no al Evangelio, haciéndose en esto semejante a él. En efecto, el Evangelio le manda que no perdone a su ojo, ni a su mano, ni a su pie, cuando le sean ocasión de escándalo; más aún, mándale arrancar, cortar y lanzar lejos de sí cualquier miembro de su cuerpo místico, por precioso que sea, por muy unido que con ella esté. Si alguno no quiere escuchar a la misma Iglesia, dice Cristo, *tenle como a gentil y publicano*<sup>12</sup>.

8. ¿Hemos conseguido algo? Creo que sí, habiendo conseguido coger las zorras, descubriendo sus fraudes. Los fal-

<sup>11</sup> Cap. *A nobis* de Cohabit. cler. Synod. Nicaena, can. 3 ref. cap. *Interdixit*, dist. 37, etc.

<sup>12</sup> Mt. 18, 6-9, 17.



sos católicos que, siendo lobos rapaces, se cubrían con piel de ovejas, aparecen tales como son. Mientras con nosotros comían los dulces manjares—hablo del cuerpo y sangre de Cristo—, mientras vivían, al parecer, en buena armonía con nosotros en la casa de Dios, podían persuadirnos que eran de los nuestros, o más bien seducirnos, según aquello de la Sabiduría: *El disimulador engaña a su amigo con la boca*<sup>13</sup>; mas ahora, según la sabiduría de Pablo, evitaré al hereje después de haberle amonestado una o dos veces, sabiendo que quien es de esta ralea está pervertido<sup>14</sup>; por lo cual debemos evitar todo trato con él, a fin de que no logre pervertirnos. No es de poco momento, dice el Sabio, el que los malos queden prendidos en sus propios lazos<sup>15</sup>, sobre todo tratándose de hombres perversos que emplean lazos por armas para combatir a los buenos. Son tales que no osarían combatir la verdad a campo raso, como gente rústica, sin letras, incapaces, por tanto, de sostener una discusión algo seria; en resumidas cuentas, no pasan de ser zorras, despreciables raposillas. Sus errores son tales, que resultan indefendibles por lo groseros y faltos de consistencia, logrando sólo seducir con ellos a simples mujerzuelas, a gentes ignorantes e idiotas, que no son otra cosa todos los de esa secta con quienes he podido tratar hasta hoy. Entre los falsos dogmas que propalan, no hallé novedad alguna que valga la pena, de forma que todo su bagaje doctrinal redúcese a errores tomados de herejías antiguas, mil veces refutados y triturados por nuestros doctores y controversistas. Aun así, no creo que sea inoportuno sacar a la pública vergüenza esas ineptias, ya las que ellos mismos se han visto forzados a confesar en sus disputas con católicos, ya las que hayan divulgado en sus querellas intestinas, ya, en fin, las que hayan revelado algunos de ellos al volver al gremio de la Iglesia. Claro que no me pararé a rebatirlos a todos, ni tampoco es necesario; me ceñiré a refutar algunos, para que lleguen a conocimiento de todos; y aun esto lo reservaré para el próximo sermón, deseando que todo redunde en loor y gloria del nombre del Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

---

<sup>13</sup> Prov. II, 9.

<sup>14</sup> Tit. 3, 10. II.

<sup>15</sup> Prov. II, 6.

## 66 DE LOS ERRORES DE LOS HEREJES ACERCA DE LAS BODAS, DEL BAUTISMO, DEL PURGATORIO Y DE LA INVOCACIÓN DE LOS SANTOS \*

1. *Cazadnos las raposillas que asolan los viñedos*<sup>1</sup>. Heme aquí dispuesto a cazar tales vulpejas. Estas son las que derriban el cercado de la viña, para que todos los transeúntes entren a vendimiarla; no contentos con derribar la cerca, la abandonan. No les basta con ser herejes, siendo también hipócritas y añadiendo pecado sobre pecado. Estos son los que vienen vestidos con piel de ovejas, para apoderarse de ovejas y carneros. ¿No te parece que han hecho lo uno y lo otro quitando la fe a los pueblos y robándoles sus presbíteros? ¿Quiénes son esos ladrones? Son ovejas en apariencia, zorras en astucia, leones en crueldad. Estos tales son los que quieren parecer buenos, y no serlo; quieren no parecer malos, y serlo. Son malos, y quieren se les tenga por buenos, por temor de quedarse los únicos malos; y por otra parte temen parecer malos, a fin de serlo sin peligro; pues nadie ignora que la malicia descubierta fué siempre menos peligrosa, y un hombre de bien no fué nunca engañado sino con cara de bondad. Esméranse, pues, en aparentar buenos, y no quieren parecer malos, a fin de serlo todavía más; no cuidando de cultivar las virtudes, sino solamente de colorear los vicios con apariencias virtuosas. Cubren con el nombre de religión una impía superstición; ponen la inocencia en no hacer mal abiertamente, y no toman para sí sino el exterior de la inocencia. Para mejor encubrir sus infamias, profesan castidad y fingen creer que no hay impureza sino en el matrimonio, cuando sólo el matrimonio excusa de torpeza en el coito. Son hombres rústicos, ignorantes y de todo punto despreciables; mas no por eso se les debe perder de vista, porque perjudican no poco a la Iglesia, y su palabra serpentea como el cangrejo<sup>2</sup>.

2. Finalmente, no se descuidó el Espíritu Santo, quien tan claramente vaticinó de algunos de ellos, diciendo el Apóstol: *El Espíritu Santo manifiestamente dice que en los tiempos venideros han de renegar algunos de la fe, dando oídos a espíritus falaces y a doctrinas diabólicas de impostores hipócritas, que tendrán la conciencia cauterizada y ennegrecida de crímenes, quienes prohibirán casarse y co-*

\* PL 183, 1093.

<sup>1</sup> Cant. 2, 15.

<sup>2</sup> 2 Tim. 2, 16. 17.

mer los manjares que Dios crió para tomarse con hacimiento de gracias<sup>3</sup>. No parece sino que nuestros herejes vienen aquí señalados como con el dedo, pues ellos prohíben el casarse y se abstienen de las viandas que Dios crió, como luego diré. Ved si esto no es más bien ilusión del demonio que cosa propia de hombres, según lo predijo el Espíritu Santo. Preguntadles por el autor de su secta, y no os lo nombrarán. ¿Qué herejía no ha tenido su heresiarca? Los maniqueos tuvieron a Manés por jefe y mentor, los sabelianos a Sabelio, los arrianos a Arrio, los eunomianos a Eunomio, los nestorianos a Nestorio; y así todas las demás pestes han tenido por maestros a hombres de quienes ellas tomaron su origen y su nombre. Mas ¿qué nombre o título daremos a ésta? Yo no acertaría a darle ninguno, porque su herejía no viene de un hombre ni la han recibido de hombre alguno. Tampoco, claro está, la han recibido por especial revelación de Jesucristo, sino más bien, a no dudarlo, puesto que el mismo Espíritu Santo lo predijo, por sugestión y artificio de los demonios mentirosos e hipócritas, que prohíben casarse.

3. Ellos ciertamente hablan con hipocresía y astucia de zorra, fingiendo decir esto por amor a la castidad, cuando lo han inventado para fomentar y multiplicar más el vicio torpe. Es esto tan notorio, que yo me pasmo se haya podido jamás persuadir a un cristiano, a menos de ser tan estúpido, que no vea que quien condena el matrimonio suelta la rienda a todas las impurezas, o esté tan lleno de malicia y tan poseído de la malignidad del demonio que, viéndolo, lo disimule y se regocije de la perdición de los hombres. Quita de la Iglesia el honorable matrimonio y el tálamo inmaculado<sup>4</sup>, y la llenarás de concubenarios, de incestuosos, de sodomitas y de toda laya de infames y viciosos. Elige, pues, de dos cosas una: o que todos esos monstruos de hombres se salven o que sólo consiga la salvación el corto número de continentes. ¿Cuán parco en lo uno, cuán largo en lo otro! Ni lo uno ni lo otro conviene al Salvador. ¿Qué? ¿La torpeza será coronada? Nada más indecente para el autor de la castidad; y si afirmas que, fuera del corto número de continentes, todos los demás serán condenados, esto no sería ser salvador. La continencia es rara sobre la tierra, y la plenitud soberana de las gracias no se anonadó para conseguir tan pequeña ganancia. Y ¿cómo podría decirse que todos hemos participado de esta plenitud si de ella no pudieran participar sino sólo los continentes? Nada tienen que replicar a eso, ni tampoco a lo que sigue, según creo, o sea: Si no hay lugar en el cielo sino para la honestidad, y si

<sup>3</sup> 1 Tim. 4, 1-3.

<sup>4</sup> Hebr. 13, 4.

tampoco hay alianza posible entre la honestidad y la impureza, como no la hay entre la luz y las tinieblas, es indudable que ningún impuro entrará allí. Si alguno es de otro sentir, las palabras del Apóstol le convencerán de error, pues dice sin ambigüedad alguna que *quienes tales cosas hacen, no poseerán el reino de Dios*<sup>5</sup>. ¿Por dónde se saldrá ya de la caverna esta astuta zorrilla? Creo que está cogida en su madriguera, donde se ha hecho como dos agujeros, uno de entrada y otro de salida, pues suele emplear tales estratagemas. Mira, pues, cómo ambos a dos quedan obstruídos. Si pone únicamente en el cielo a los que guardan perfecta continencia, parece la salvación para todos los que se unen con los lazos del matrimonio, que son la inmensa mayoría; y si coloca allí a todos los impuros junto con los que guardan perfecta continencia, parece la honestidad. Pero más justo será que perezca ella, sin posibilidad de escabullirse, estando cerrada para siempre y cogida en la hoya que hizo.

4. Algunos, sin embargo, disidentes de los otros, confiesan que el matrimonio puede contraerse sólo entre los vírgenes. Ciertamente, no veo qué razón puedan aducir en apoyo de tal distinción, si no es la de que cada uno de ellos, cual venenosa víbora, se empeña en despedazar con satánico despecho los sacramentos de la Iglesia, que son como las entrañas de su madre. En cuanto a lo que alegan de que nuestros primeros padres eran vírgenes al unirlos el Señor con el vínculo matrimonial, es evidente que esta circunstancia accidental en nada puede perjudicar a la libertad de contraer matrimonio ni estorbar el que lo contraigan los no vírgenes. Mas yo no sé qué susurran haber hallado en el Evangelio, que ellos se imaginan favorece sus extravagancias. Si no me engaño, las apoyan en que el Señor, después de citar el testimonio del Génesis: *Crió Dios al hombre a su imagen y semejanza, criólos varón y hembra*, añade luego: *Lo que Dios unió, el hombre no lo separe*<sup>6</sup>. De ahí deducen arbitrariamente que Dios unió a Adán y Eva con vínculo matrimonial por ser entrambos vírgenes, y, por tanto, que toda unión diferente de ésta no será según Dios. Mas ¿quién os ha dicho que el Señor los juntó por ser vírgenes? La Escritura nada dice acerca de ello. Pero replican: ¿No eran vírgenes Adán y Eva al juntarlos Dios? Claro que sí; mas no es lo mismo decir: los juntó siendo vírgenes, que afirmar gratuitamente: los juntó por ser vírgenes. Es más: aunque es indudable que nuestros primeros padres salieron vírgenes de manos del Criador, la Escritura no menciona explícitamente este detalle, sino sólo la diferencia de sexo

<sup>5</sup> Gal. 5, 21.

<sup>6</sup> Gen. 1, 27; Mt. 19, 4. 6.



cuando dice: *criólos varón y hembra*; y con razón, porque la unión conyugal no exige necesariamente la integridad de los cuerpos, sino la diversidad del sexo. Por eso, sin duda, el Espíritu Santo, al instituir esa misma unión, expresó el sexo, silenciando lo de la virginidad por no dar ocasión a que las insidiosas raposillas abusasen de sus palabras. Y ¿qué si hubiera dicho: los crió vírgenes? ¿Quizá por eso hubiera deducido en seguida que sólo a los vírgenes les es lícita la unión? Pero ¿cómo hubieras brincado de júbilo con la mera ocasión de la palabra! ¿Cómo hubieras soplado las segundas y terceras nupcias! ¿Cómo hubieras insultado a la (Iglesia) católica, que tanto más gustosa hubiera unido a meretrices y perdidos entre sí, cuando no duda que por ello pasa de lo torpe a lo honesto! Posible que reprendieses a Dios por haber mandado al profeta (Oseas) que se casase con una fornicaria<sup>7</sup>. Pues el testimonio que usurpaste para apoyar tu error, parece inventado más bien para destruirlo; nada hace a favor de ti, mucho contra ti.

5. Y ahora oye algo que o del todo te confunde o te corrige y deshace y tritura por completo tu herejía. La mujer, mientras vive su marido, está a él atada; mas si muere su marido, queda suelta de la ley del marido; cásese con quien quiera, pero sólo en el Señor<sup>8</sup>. Pablo es quien concede a la mujer que case con quien quiera, y tú mandas lo contrario: Nadie se case sino con virgen, y a ésta que no se case con quien quiera, sino sólo con virgen. ¿Por qué abrevias la mano de Dios? ¿Por qué restringes la amplia bendición de las bodas? ¿Por qué reclamas como propio de virgen lo que fué concedido al sexo? No concedería esto Pablo si no fuese lícito. Y dije poco: concede; lo quiere también. Quiero, dice, *que los jóvenes se casen*<sup>9</sup>. Y sin duda habla también de las viudas. ¿Qué cosa más evidente? Luego lo que concede por ser lícito, quíerelo también por ser conveniente. Lo lícito y lo conveniente lo prohíbe un hereje.

6. Quédanos por agitar un poco este residuo de la profecía apostólica. Abstiénense de ciertos manjares. Prohiben, en efecto, esos falsarios el uso de ciertos manjares que Dios crió para alimentarse los fieles, con hacimiento de gracias<sup>10</sup>; en lo cual manifiestan a las claras su espíritu herético, no precisamente por abstenerse de eso, sino más bien por el fin con que se abstienen. Yo también me abstengo a veces de comerlos, pero mi abstinencia es en satisfacción por mis pecados, no por superstición impía. ¿Censuraremos a Pablo de que castigue su cuerpo y lo reduzca a servidumbre?<sup>11</sup> Me

<sup>7</sup> Os. 1, 2.

<sup>8</sup> 1 Cor. 7, 39.

<sup>9</sup> 1 Tim. 5, 14.

<sup>10</sup> 1 Tim. 4, 3.

<sup>11</sup> 1 Cor. 9, 27.

abstendré del vino, porque inclina a la impureza <sup>12</sup>; pero si me encuentro débil, uso de él con parsimonia, según el consejo del Apóstol <sup>13</sup>. Me abstendré de carnes, no sea que nutriendo con ellas demasiado la carne, nutra juntamente los vicios de la carne. Aun el pan lo tomo con tasa, a fin de evitar que, teniendo el estómago excesivamente lleno, entibie mi espíritu en la oración y merezca que el profeta me reproche el haberme hartado de pan <sup>14</sup>. No suelo ni beber agua en tanta cantidad como pudiera, temeroso de que ello excite en mí el estremecimiento de la libidine. No es éste, ciertamente, el espíritu con que proceden esos herejes. Aborrecen y detestan la leche y todo lacticinio, llevados de espíritu supersticioso y contrario a la naturaleza. Si lo hicieran con espíritu cristiano y con recta intención de mortificarse, en nada serían reprehensibles.

7. Mas ¿de dónde proviene ese exquisito cuidado y ese horror cervical a comer nada que proceda de la generación? Me es harto sospechosa esa manera de absteneros de ciertas viandas; si os abstuvierais de comer carne por consejo médico y por atender a vuestra salud corporal, nada habría que reprender, pues nadie odia su propio cuerpo hasta el punto de comprometer voluntariamente su salud; y si os abstuvierais de comerla por consejo o prescripción de vuestros padres espirituales y por motivos de virtud, a fin de mejor domar vuestra carne y refrenar sus perversos instintos, seríais en esto muy dignos de loa; pero si lo hacéis así llevados del espíritu maniqueo <sup>15</sup>, si pretendéis poner límites a la liberalidad de Dios enmendándole la plana por haber criado estas cosas para alimento del hombre, entonces no sólo os mostráis ingratos con El, sino que os constituís en censores temerarios de su providencia, juzgándolo como inmundo y absteniéndoo de ello como de algo malo y pecaminoso; y entonces, lejos de alabar vuestra abstinencia, tendré en execración vuestra malicia y vuestra blasfemia y os reputaré a vosotros mismos como inmundos en creer que haya en esto algo de inmundo. *Todo es puro para los puros*, dice aquel grande y excelente apreciador de las cosas; y nada hay impuro sino para aquel que lo juzga tal. *En cambio*, añade, *nada hay puro para los impuros y los infieles, porque su alma y su conciencia están llenas de inmundicia* <sup>16</sup>. ¡Ay de vosotros que desecháis los manjares que Dios ha

<sup>12</sup> Eph. 5, 18.

<sup>13</sup> 1 Tim. 5, 23.

<sup>14</sup> Ez. 16, 49.

<sup>15</sup> Los maniqueos sostenían que era inmundo todo cuanto provenía de la generación carnal, a la que consideraban en todo caso—incluso en el matrimonio—como cosa abominable.

<sup>16</sup> Tit. 1, 15.

criado como inmundos e indignos de pasar a vuestro cuerpo, puesto que esto es causa de que el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, os deseché a vosotros mismos como impuros e inmundos!

8. No ignoro que ellos solos creen ser el cuerpo de Cristo y que no hay más que ellos que lo sean. Pero no hay que pasmarse de eso, pues se persuaden también falsamente de que ellos solos tienen el poder de consagrar todos los días sobre el altar el cuerpo y sangre de Cristo para nutrirse de El y hacerse su cuerpo y sus miembros. Jáctanse audazmente de ser los sucesores de los apóstoles y se llaman a sí mismos varones apostólicos, aunque ciertamente no pueden ostentar señal alguna de su apostolado. ¿Hasta cuándo mantendréis la luz oculta bajo el celemín? *Vosotros sois la luz del mundo*, dijo Jesús a sus apóstoles; y por esto vemos que los apóstoles están sobre el candelero, a fin de alumbrar al mundo. ¡Y esos supuestos sucesores de los apóstoles se avergüenzan de ser la luz del mundo, contentándose con alumbrar al celemín, dejando al mundo envuelto en tinieblas! Digámosles: Vosotros no sois sino las tinieblas del mundo; y pasemos adelante. Llámense la Iglesia; pero contradiciendo a Aquel que dice: *Ciudad edificada sobre un monte no puede permanecer oculta* <sup>17</sup>. ¿Creéis quizá que esa piedra desprendida del monte, sin ser movida por mano alguna y convertida en montaña que se dilata por toda la tierra <sup>18</sup>, puede ser encerrada en vuestras cavernas? Tampoco es preciso detenernos a refutar error tan craso y palmario, puesto que huye de la luz, contento con susurrar en las tinieblas. Jesucristo tiene y tendrá siempre su heredad entera, y su imperio no tendrá más límites que los de la tierra. Aquellos que se esfuerzan en robar a Cristo esa amplísima herencia, más bien se privan de ella que se la quitan a El.

9. Ved a los detractores, ved a los perros. Búrlanse de nosotros porque bautizamos a los infantes, porque oramos por los muertos, porque imploramos los sufragios de los santos. Tratan de proscribir a Cristo de toda clase de personas, de todo sexo, de adultos y de infantes, de vivos y de muertos. De los infantes, por lo tierno de su edad; de los adultos, a causa de lo difícil de la continencia; privan a los muertos del socorro de los vivos y a los vivos de la intercesión de los santos que pasaron a mejor vida. Mas vive Dios que no lo conseguirán. El Señor no abandonará a su pueblo, que se ha multiplicado como la arena del mar; y Aquel que ha redimido a todos los hombres no se conten-

<sup>17</sup> Mt. 5, 14-16.

<sup>18</sup> Dan. 11, 34. 35.

tará con el corto número de esos herejes: que no es exigua, sino abundantísima, su redención. ¿Y qué significa ni qué proporción hay entre ese corto número de herejes y la inmensidad del rescate? Los que tratan de limitarlo se privan de él. Y cierto, ¿qué importa que un infante no pueda hablar por sí, cuando la voz de la sangre de su hermano, y de tal hermano, grita por él a Dios desde la tierra? La Iglesia, que es su Madre, está también presente y clama igualmente por él. Y ¿no os parece que las aguas del Salvador hacen abrir la boca al infante mismo que es bautizado; que él levanta su voz a Dios y que con sus gritos y lágrimas le dice: *Señor, sufro violencia; responde por mí?*<sup>19</sup> Implora el auxilio de la gracia, porque la naturaleza le ha violentado a venir al mundo manchado con la culpa original. Clama la inocencia del miserable, clama la ignorancia del pequeñuelo, clama la impotencia del esclavo. Así, pues, claman todas las cosas: la sangre del hermano, la fe de la madre, el abandono del miserable y la miseria del abandonado. Y aquel a quien claman es Padre, y este Padre no puede negarse a sí mismo, a fuer de Padre<sup>20</sup>.

10. Nadie me diga que no tiene la fe, por cuanto su madre le comunica la suya, envolviéndole con esta fe en el sacramento del Bautismo, que ella le da hasta que se haga capaz de desarrollarla y acrecentarla viva y pura, no sólo con su propio conocimiento, sino también con su consentimiento. ¿Es quizás esta fe como un estrecho manto que no pueda cubrir a dos? Grande es la fe de la Iglesia. ¿Será menor que la de la cananea, que bastó para ella y para su hija? Por eso oyó: *¡Oh mujer!, grande es tu fe. Hágase conforme desas*<sup>21</sup>. ¿Será menor que la de aquellos que, bajando el paralítico por el tejado, le alcanzaron a la vez la salud del alma y la del cuerpo? Pues leemos en el Evangelio: *En viendo su fe, dijo al paralítico: Confía, hijo; perdónados te son tus pecados. Y poco después le añadió: Toma tu lecho y vete a tu casa*<sup>22</sup>. El que esto cree, fácilmente se convencerá de que la Iglesia puede presumir con justicia, no sólo de la salvación de los infantes bautizados en su fe, sino de la corona del martirio cuando pierdan la vida por Cristo. Y entonces, los regenerados por el bautismo en esa edad no sufrirán perjuicio alguno de aquello que está dicho: *Sin la fe es imposible agradar a Dios*<sup>23</sup>, pues no están

<sup>19</sup> Is. 38, 14.

<sup>20</sup> En esta larga digresión resume San Bernardo lo que explicará más ampliamente en su opúsculo «del Bautismo» de los infantes. Los argumentos de esta página no pueden ser más delicados y convincentes dentro de la congruencia teológica. (P. G. Prado.)

<sup>21</sup> Mt. 15, 28.

<sup>22</sup> Mt. 9, 2. 5. 6.

<sup>23</sup> Hebr. 11, 6.



sin fe los que han recibido la gracia del bautismo en testimonio de la fe; ni tampoco reza con ellos aquello que está dicho: *El que no crea será condenado* <sup>24</sup>. Pues ¿qué es creer sino tener fe? Por eso también la *mujer será salvada mediante la crianza de sus hijos, si permanece en la fe y en la lenidad* <sup>25</sup>; y los hijos serán socorridos por la regeneración recibida en el bautismo, y los adultos que no guardan perfecta continencia se rescatarán por los frutos del matrimonio, y los difuntos que lo necesiten y sean dignos de las oraciones y sufragios de los vivos los recibirán por medio de los ángeles, y la asistencia de los que están ya en el cielo no faltará a los vivos, porque el afecto y la caridad que los une en Dios y por Dios hace que formen un solo cuerpo místico, ya que Jesucristo no murió y resucitó sino a fin de dominar sobre los vivos y los muertos <sup>26</sup>. Por eso también quiso El nacer infante y pasar por todos los grados de la edad hasta el estado de hombre perfecto, a fin de no faltar a ninguna edad.

11. Tampoco creen que queda un fuego purgatorio después de la muerte; antes bien dicen que al momento de salir el alma del cuerpo, pasa o al descanso o a la condenación. Pregunten, pues, a Aquel que dijo que hay un pecado que no se remitirá ni en este mundo ni en el otro <sup>27</sup>, por qué lo dijo, si no hay en la otra vida remisión ni purgación de los pecados. Además, ¿qué tiene de extraño que los que no reconocen ni respetan a la Iglesia se burlen de las órdenes sagradas conferidas por la Iglesia, rechacen sus instituciones y ordenaciones, desprecien sus sacramentos y desacaten sus mandatos? “Los sucesores de los apóstoles—dicen—, los arzobispos, obispos y sacerdotes, no pasan de ser simples pecadores; incapaces, por tanto, de administrar o de recibir los sacramentos, no siendo posible—añaden—ser a la vez pecador y obispo”. Todo esto es falsísimo. Obispo era Caifás, y, sin embargo, ¿qué gran pecador fué el que pronunciaba sentencia de muerte contra el Señor! Si niegas que fuese obispo, el testimonio de Juan te convencerá de error, pues para mayor prueba de su pontificado refiere que había profetizado <sup>28</sup>. Apóstol era Judas, y aunque avaro y malvado, había sido escogido por el Señor. ¿Dudarás del apostolado de aquel a quien el mismo Señor había escogido? *¿No os he escogido, decía, a todos los doce, y uno de vosotros es diablo?* <sup>29</sup> Ya ves cómo una misma persona ha sido escogida para apóstol y después fué diablo y apóstol a la par. Y ¿negarás que un pecador pueda ser obispo? Sentá-

<sup>24</sup> Mc. 16, 16.

<sup>25</sup> 1 Tim. 2, 15.

<sup>26</sup> Rom. 14, 9.

<sup>27</sup> Mt. 12, 32.

<sup>28</sup> Io. 11, 51.

<sup>29</sup> Io. 6, 71.

ronse en la cátedra de Moisés los escribas y fariseos, y los que no les obedecieron como a obispos fueron culpables de desobediencia, por cuanto el mismo Señor manda obedecerles, diciendo: *Haced lo que ellos os digan* <sup>30</sup>. Es claro que, a pesar de ser escribas y fariseos y muy grandes pecadores, por causa de la cátedra de Moisés, que ocupaban, rezaban con ellos estas palabras de Jesús: *Quien os oye, a mí me oye, y quien os desprecia, a mí me desprecia* <sup>31</sup>.

12. Los espíritus de error, que hablan con hipocresía y profieren mentiras, han persuadido aún otras muchas malas opiniones a esa gente necia e insensata. Mas no pretendo responder a todo. Porque ¿quién podría conocer todos sus falsos dogmas? Y, por otra parte, fuera ello un trabajo infinito e innecesario, pues no se convencen con razones, por cuanto no las entienden; ni se corrigen con autoridades, porque no las aceptan; ni se doblan a las persuasiones, por estar pervertidos. Probado está. Prefieren morir antes que convertirse. Su fin será la muerte; para sus novísimos les queda el fuego. Con razón han sido figurados hace ya mucho tiempo por el fuego que Sansón puso en el rabo de la raposa <sup>32</sup>. No pocas veces ha sucedido que los fieles han cogido a algunos de estos herejes y les han desenmascarado, denunciando sus errores. Preguntados acerca de sus creencias en puntos en que eran sospechosos de herejía, lo han negado todo en redondo, según acostumbran; pero habiéndolos sometido a la prueba del agua, se ha comprobado que eran embusteros <sup>33</sup>. Viendo entonces que no podían negar los errores de que se les acusaba, tascando rabiosamente el freno, como suele decirse, se desataban en mil impiedades, profesando abiertamente sus herejías y sosteniendo obstinadamente que en ellos se hallaba la verdadera fe y que estaban dispuestos a morir por ella. Pero resultaba a las veces que, si estaban dispuestos a morir, los circustantes no lo estaban menos a darles muerte, y de ahí que el pueblo se precipitara sobre ellos, dando mártires a los partidarios de esta miserable secta. Es de alabar el celo de aquellos católicos en la defensa de la fe; pero su proceder no es digno de loa ni de imitación, porque la fe se ha de persuadir con

<sup>30</sup> Mt. 23, 2. 3.

<sup>31</sup> Lc. 10, 16

<sup>32</sup> Jud. 15, 4. 5.

<sup>33</sup> La prueba del agua era una de las ordalias, muy usadas en la Edad Media para probar la inocencia o culpabilidad del que las sufría. Consistían en meter la mano en aceite hirviendo, andar descalzo sobre hierro candente, sumergirse en agua helada o hirviendo... A estas dos últimas se las llamaba las pruebas del agua. En tiempo de San Bernardo estaban prohibidas por la Iglesia, pero algunas veces el vulgo las ponía en práctica. San Bernardo cita aquí el hecho, pero no lo aprueba.

razones, no imponer por fuerza. Aunque indudablemente sería mejor castigarlos con la espada de aquel que no en vano debe llevarla antes que permitir que pasen muchos a sus errores; pues *el que lleva la espada, siendo ministro de Dios, debe ejercer la justicia castigando al que obra mal*<sup>34</sup>.

13. Admiranse algunos de verlos ir a la muerte no sólo con paciencia, sino también alegres; pero son los que advierten mal cuán grande es el poder del diablo tanto sobre los cuerpos como sobre las almas de posesos por permisión de Dios. ¿No es aún más extraño el que un hombre se mate a sí mismo, en vez de aguardar a que otro le quite la vida? Y aun así, sabemos por experiencia que el diablo ha tenido muchas veces este poder sobre muchos, que se han suicidado ahogándose o ahorcándose. ¿Quién ignora que Judas se ahorcó arrastrado, sin duda, por el diablo?<sup>35</sup> Pero pienso que es todavía más extraño el que Satanás persuadiese a Judas la venta de su Maestro<sup>36</sup> que no el que, una vez realizada esa acción infame, le arrojara en brazos de la desesperación para que se ahorcase. Por otra parte, la ciega obstinación de esos herejes nada tiene de semejante con la constancia de los mártires, porque en éstos es la piedad y en aquéllos la dureza de corazón lo que causa el menosprecio de la muerte. Por esto decía el profeta, quizá con la voz de un mártir: *Cuajado como leche está su corazón; yo, en cambio, medito tu ley*<sup>37</sup>; porque si a primera vista son idénticos los tormentos, la intención es muy distinta, por cuanto aquél los sufre con el corazón endurecido contra el Señor, éste meditando la ley del Señor.

14. Siendo esto así, no es preciso, como ya dije, hablar más contra esos hombres insensatísimos y obstinadísimos. Basta el haberlos dado a conocer para que se los evite. Así, para descubrirlos, conviene obligarlos a desechas sus mujeres o a salir de la Iglesia, a la que escandalizan. Es muy deplorable que no sólo los príncipes seculares, sino también algunos del clero, y aun obispos, que debieran perseguirlos más, los toleren por el lucro que de ello reportan y los presentes que reciben. Y ¿cómo, dicen ellos, condenaremos a no convictos ni confesos? Razón, o más bien, frívolo pretexto. No es menester, como ya dije, para conocerlos sino separarlos de las mujeres con quienes conviven estos presuntos continentes, obligar a éstas a vivir con las de su sexo que han hecho un mismo voto que ellas, y hacer lo mismo con los hombres. Pues de este modo se proveerá así a su voto como a su fama, teniendo igualmente testigos y guardas de su conciencia. Y si ellos no quieren sufrirlo,

<sup>34</sup> Rom. 13, 4.<sup>35</sup> Mt. 27, 5.<sup>36</sup> Io. 13, 2.<sup>37</sup> Ps. 118, 70.

habrá derecho para echarlos de la Iglesia, pues la escandalizan con esa cohabitación, que no es sólo sospechosa, sino ilícita. Y baste lo dicho en orden a descubrir las astucias de esas zorras, a fin de hacer que las reconozca y las evite la Iglesia, la Esposa amada y gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, que es sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

**67** DEL MARAVILLOSO AFECTO QUE LA CARIDAD PRODUCE EN EL CORAZÓN DE LA ESPOSA; EFUSIONES DEL AMOR A SU ESPOSO CRISTO \*

1. *Mi Amado es para mi, y yo para El*<sup>1</sup>. Hasta ahora han sido palabras del Esposo. Asístanos El a fin de poder dignamente explicar las de su Esposa para gloria suya y provecho nuestro. Cierto, no acertaríamos a examinarlas y explicarlas de una manera digna de El si El mismo no guiase nuestros labios. Son estas palabras, al par que dulces por la gracia que contienen, fecundas en sentidos, profundas en misterios. ¿A qué las compararé? A uno de esos manjares de triple virtud, pues son deliciosos al *gusto*, sólidos para el *sustento*, eficaces para la *curación*. Así viene a ser cada palabra de la Esposa. Por la suavidad del sonido encanta la voluntad, por la abundancia de sus sentidos robustece y nutre el corazón, y por la hondura de sus misterios, ejercitando y asombrando al entendimiento, sana por maravilloso modo el tumor de la ciencia que infla. Porque, si alguno de aquellos que se creen sabios, queriendo investigar más curiosamente estas cosas, viese su entendimiento sucumbir bajo el peso de esta investigación y ser reducido como a servidumbre, ¿no estaría obligado a humillarse y decir: *Admirable se ha mostrado en mí tu sabiduría; grande es y no podré alcanzarla?*<sup>2</sup> Y sin ir más lejos, ¡cuánta dulzura encierra el principio de sus palabras! Porque ved cómo comienza: *Mi Amado es para mi, y yo para El*. Sencillas parecen estas palabras, mas ¡cuánta dulzura la suya! Pero esto ya lo veremos luego.

2. Comienza la Esposa por el amor y prosigue hablando del Esposo, manifestando con ello que tan sólo a su Amado conoce. Vese claro de quién habla, mas no *con quién*; porque no podemos creer que hable con El, no estando presente. Y no hay duda que así sea, por cuanto en seguida parece llamarle y clama a sus espaldas: *¡Vuélvete corriendo,*

\* PL 183, 1102.

<sup>1</sup> Cant. 2, 16.

<sup>2</sup> Ps. 138, 6.



*Amado mío!* Muévenos esto a pensar que, tras de haberle dicho lo que tenía que decirle, se ausentó, según su costumbre, y ella se quedó hablando de El, porque El jamás está ausente para ella. Así es en verdad, pues ella ha retenido en su boca a Aquel que nunca se aleja de su corazón, aun cuando El esté ausente. Lo que de la boca sale, del corazón viene, y la boca habla de la abundancia del corazón<sup>3</sup>. Habla, pues, de su Amado, como quien es verdaderamente amada de El y verdaderamente amable, porque mucho ama. Mas ¿con quién habla? Pues aunque sabemos de quién habla, yo no veo con quién pueda hacerlo; a no ser que digamos que se dirige a las doncellitas, que nunca dejan sola a su Madre cuando se le ausenta el Esposo. Con todo, opino que no habla con nadie, sino consigo misma, fundado en que usa de un lenguaje entrecortado e inconexo, de un lenguaje tal, que aquel con quien hablara no podría entender el sentido de sus palabras; y no hay duda de que quien habla con otro procura se le entienda. *Mi Amado*, dice, *es para mí, y yo para El*. Nada más. Queda suspensa la frase, o más bien, no queda colgada, sino cortada. El que lo escucha queda también suspenso, sin saber a qué viene lo que acaba de oír, por más que le acucie la curiosidad de saberlo.

3. ¿Qué es esto que dice: *El para mí y yo para El*? No sabemos lo que dice, porque no sentimos lo que siente. ¡Oh alma santa! ¿Qué es para ti tu Amado y qué eres tú para El? Dime, te ruego, cuál es este mutuo don que os hacéis el uno al otro con tanta familiaridad y benevolencia. El es para ti y tú para El. Mas ¿qué es El para ti y qué eres tú para El? ¿Eres tú para El lo que El es para ti o cosa distinta? Si hablas para nosotros, si quieres te entendamos, dinos claramente tu pensar. ¿Hasta cuándo nos tendrás suspensos? O, según el profeta, ¿es tu secreto para ti misma? <sup>4</sup> Así es; ha hablado el afecto, no la inteligencia, y por eso no a la inteligencia. Pues ¿a quién? A nadie, sino que, maravillosamente deleitada y fuertemente afectada por los anhelados coloquios, al poner El fin, ni pudo del todo callar ni expresar tampoco lo que sintió. Y no habló así para expresarlo, sino por no callarlo. Habló de la abundancia del corazón, mas no por la abundancia. Tienen sus voces los afectos, por los cuales se denuncian aun cuando no lo quieren: el temor, verbigracia, las tiene medrosas; el dolor, gemebundas; el amor, jocundas. ¿Acaso los llantos de los dolientes, los ayes de los tristes, los gemidos de los heridos, así como los súbitos y fieros clamores de los asustados, o bien los eructos de los saciados los crea el uso, o los excita

<sup>3</sup> Lc. 6, 45.

<sup>4</sup> Is. 24, 16.

la razón, o los ordena la deliberación, o los forma la premeditación? Ciertamente es que todas estas voces no provienen del imperio del ánimo, sino que irrumpen como por instinto. Así también el amor ardiente y vehemente, y más el divino, cuando no puede cohibirse dentro de sí, no atiende a qué orden, a qué ley o a qué serie o poquedad de palabras hierva, mientras de eso no sienta en sí misma algún detrimento. Entre tanto, ni busca palabras; entre tanto, tampoco busca ningunas voces, contento sólo para esto con suspiros. De ahí que la Esposa, ardiendo en santo amor, y esto de modo increíble, de seguro para captar siquiera alguna evaporación del ardor que padece, no considera qué o cómo ha de hablar, sino que todo cuanto a la boca le viene al ungirle el amor, no lo enuncia, sino lo eructa. Y ¿cómo no ha de eructar la así nutrida, la así llena?

4. Revuelve el texto de este epitalamio desde el principio mismo hasta aquí, y mira si en todas las visitas y hablas del Esposo ha sido nunca tal la abundancia como esta vez; y si recibió nunca de su boca no sólo tantas, sino tan placenteras palabras. Así, pues, la que había colmado de bienes su deseo, ¿qué extraño será si dió un eructo más bien que pronunció una palabra? Y si te parece que hizo una palabra, cree bien que fué eructada, no adornada ni premeditada. Ni estima la Esposa sea rapiña el adaptarse el dicho del profeta: *Eructa mi corazón una palabra buena*<sup>5</sup>, estando repleta del mismo Espíritu. *Mi Amado para mí, y yo para El*. No hay trabazón alguna, falta algo a la frase. ¿Qué se deduce de ahí? Que es un eructo. ¿Por qué has de buscar en el eructo ilación de frases, solemnidad de dicciones? ¿Qué leyes o reglas impones tú a tu eructo? No admite tu moderación, no aguarda de ti composición, no requiere de ti comodidad ni oportunidad. Irrumpe por sí de adentro, no sólo cuando quieres, sino cuando no lo sabes, arrancado más que emitido. Pero el eructo implica olor, a veces bueno, a veces malo, según las contrarias cualidades de los vasos de los cuales asciende. Finalmente, el hombre bueno, de su buen repuesto saca bien, y el malo mal<sup>6</sup>. Buen vaso es la Esposa de mi Señor y buen olor me viene de ella.

5. Gracias te doy, Señor Jesús, que te dignaste admitirme siquiera para oler. Así, Señor; pues los cachorrillos comen de las migas que caen de la mesa de sus amos<sup>7</sup>. Confieso que me huele bien el eructo de tu amada, y de su plenitud recibo agradecido algo, por poco que sea. Me eructa la memoria de la abundancia de tu suavidad, y en esta voz: *Mi*

<sup>5</sup> Ps. 44, 24.

<sup>6</sup> Mt. 12, 35.

<sup>7</sup> Mt. 15, 27.

*Amado para mí, y yo para El*, he olido un no sé qué inefable de tu dignación y de tu amor. Banquetea ella, exulte y se deleite en tu presencia con alegría, aunque exceda de tal manera para ti, que sea sobria para nosotros. Ella, pues, sea llena de los bienes de tu casa y beba del torrente de tus gozes; pero ruego llegue al pobre de mí un tenue olor al eructar ella cuando sea saciada. Bien eructó para mí Moisés, y buen olor en su eructo de la potencia creadora: *En el principio*, dice, *creó Dios el cielo y la tierra*<sup>8</sup>. Bien Isaías, pues dió un suavisimo olor de la misericordia redimente, al eructar así: *Entregó a la muerte su alma, y fué reputado entre los facinerosos; y cargó con los pecados de muchos, y rogó por los transgresores*<sup>9</sup> para que no pudiesen. ¿Qué cosa huele tanto a misericordia? Bueno también el eructo de la boca de Jeremías, y bueno el de David, quien dice: *Eructa mi corazón una palabra buena*. Estaban todos repletos del Espíritu Santo, y al eructar lo llenaron todo de bondad; ¿Buscáis el eructo de Jeremías? No lo había olvidado, ya lo preparaba: *Bueno es aguardar en silencio la salvación de Dios*<sup>10</sup>. Suyo es, si no me equivoco; acercad las narices; supera al bálsamo la suavidad de la justicia remunerante que trae. Si padezco por la justicia, quiere que espere el premio para después; no recibir en el presente, ya que el galardón de la justicia, la salvación, no es del mundo, sino del Señor. Si tarda, dice, *agúárdale*<sup>11</sup>; y no murmures, porque bueno es esperar en silencio. Luego haré lo que exhorta, aguardaré al Señor, mi salvador.

6. Pero soy pecador, y aun me queda gran trecho, porque lejos de los pecadores está la salud. Mas no murmuraré; con el olor me consolaré mientras tanto. Alegraráse el justo en el Señor, experimentando con el gusto lo que siento con el olfato; pues lo que el justo contempla, el pecador lo espera, y la expectación es odoración. Porque dice: la expectación de la criatura espera la aparición de los hijos de Dios<sup>12</sup>. Luego contemplar es gustar y ver cómo el Señor es suave; ¿O será más bien dichoso el justo que espera y que ya posee? Finalmente, la expectación de los justos es alegría<sup>13</sup>, porque el pecador nada espera. Y por eso es pecador, porque no sólo detenido por los bienes presentes, sino contento también con ellos, no espera nada para el futuro, sordo a aquella voz: *Agúardame*, dice el Señor, *en el día de mi resurrección en el futuro*<sup>14</sup>. Y por eso era justo Simeón, por esperar; y oía ya a Cristo en espíritu, no oliéndole aún en carne. Y dichoso en su expectación, porque por el olor de la

<sup>8</sup> Gen. 1, 1.<sup>9</sup> Is. 53, 12.<sup>10</sup> Thren. 3, 26.<sup>11</sup> Hab. 2, 3.<sup>12</sup> Rom. 8, 19.<sup>13</sup> Prov. 10, 28.<sup>14</sup> Soph. 3, 8.

expectación llegó al gusto de la contemplación. Finalmente dice: *Y vieron mis ojos tu Salvador* <sup>15</sup>. Justo asimismo fué Abrahán, el que esperó también que había de ver el día del Señor; y no quedando defraudado en su expectación, pues vió y se alegró <sup>16</sup>. Justos los apóstoles cuando oían: *Y vosotros sois semejantes a aquellos hombres que aguardan a su Señor* <sup>17</sup>.

7. Y era también justo David cuando decía: *Con ansias aguardo al Señor* <sup>18</sup>. Este es el cuarto en el número de mis eructadores mencionados, al que casi había preterido. Ciertamente no conviene que así sea. Este abrió su boca y atrajo al espíritu <sup>19</sup>, y, saturado, no sólo eructó, sino que cantó. ¡Buen Jesús! ¡Cuánta suavidad infundió éste en mis narices y oídos con su eructo y su canto del óleo de alegría con el que te ungió Dios, tu Dios, más que a todos tus copartícipes; de la mirra, el áloe y la casia de tus vestidos, de las casas marfil'neas, con los cuales te deleitaron las hijas de reyes en honor tuyo! <sup>20</sup> ¡Ojalá me hagas digno de la venida del encuentro con profeta tan grande y amigo tuvo en el día de solemnidad y de alegría. cuando salga de su tálamo, cantando su epitalamio al son de su jocundo salterio con cítara, rico en delicias, salpicado y salpicando a todas las cosas con esta clase de polvo de especiería! En aquel día, o mejor, en aquella hora; pues una hora es, si alguna vez llega, y quizá ni una hora, sino media hora, según aquello de la Escritura: *Hizose silencio en el cielo como media hora* <sup>21</sup>, luego en aquella hora llenarás de gozo nuestra boca, y nuestra lengua de exultación, cuando sienta los eructos; no digo cada uno de los salmos, sino cada uno de los versos, y ciertamente más odoríferos que todos los aromas. ¿Qué habrá tan fragante como el eructo de Juan, que huele a la eternidad del Verbo, a su generación, a su divinidad? ¿Qué diré de los eructos de Pablo, y de cuánta suavidad llenaron el orbe? Finalmente, era buen olor de Cristo en todo lugar <sup>22</sup>. Palabras ciertamente inefables, que, si bien no las dice para que las oiga, las ofrece, sin embargo, para que codicie y guste oler lo que no es posible oír <sup>23</sup>. En verdad que no sé por qué razón, cuanto más se ocultan, más agradan y más ávidamente anhelamos lo negado. Y advierte ya en la Esposa algo semejante: cómo a la manera de Pablo, en el presente versillo, si no abre el secreto, tampoco lo pasa intacto, concediendo algo a nuestro olfato, ya que por de pron-

<sup>15</sup> Lc. 2, 25.

<sup>16</sup> Io. 8, 56.

<sup>17</sup> Lc. 12, 36. 30.

<sup>18</sup> Ps. 39, 2.

<sup>19</sup> Ps. 118, 131.

<sup>20</sup> Ps. 44, 8-10.

<sup>21</sup> Apoc. 8, 1.

<sup>22</sup> 2 Cor. 2, 14. 15.

<sup>23</sup> 2. Cor. 12, 4.



to quizá no juzga competer al gusto, bien por nuestra indignidad, bien por nuestra incapacidad.

8. *Mi Amado para mí, y yo para El.* No es dudoso que arde en este lugar el mutuo amor de dos; pero en el amor hay ciertamente suma felicidad del uno y maravillosa dignación del otro, ya que esta unión tan íntima y apretada no es entre iguales. Por lo demás, ¿quién osaría pretender que sabe con precisión qué bien se precia la Esposa de tener de ese amor privilegiado y lo que en pago le devuelve? Eso no es dado sino a aquel que, mediante una gran santidad de mente y de cuerpo, ha merecido experimentar en sí mismo algo de eso. La cosa está en los afectos, y no se alcanza con la razón, sino con la conformación. Pero cuán pocos son los que pueden decir: Nosotros, en cambio, contemplando sin velo la gloria del Señor, somos transformados, a su imagen, de claridad en claridad, como por el Espíritu del Señor <sup>24</sup>.

9. Mas a fin de reducir a alguna forma inteligible lo que se lee, aunque salvo para la Esposa su singular secreto, al cual entre tanto no es dado acercarse, y más siendo como somos, hemos de proponernos algo tanto más acomodado al común sentir cuanto más usual, que dé ilación a las palabras e inteligencia a los pequeñuelos. Y paréceme bastar a nuestra tosca y como vulgar inteligencia si al decir: *Mi Amado para mí*, sobrentendemos *atiende*, siendo entonces el sentido: *Mi Amado atiende a mí, y yo a El.* Bien que ni sea yo el único que tal piense, ni el primero, habiendo ya dicho el profeta antes de mí: *Con ansias aguardé al Señor, y me atendió.* Tienes bien clara la atención del Señor al profeta en lo que dice: *Con ansias aguardé.* Pues el que aguarda atiende, y aguardar es atender. Absolutamente el mismo sentido, casi las mismas palabras en el profeta que en la Esposa, pero invertidas en el profeta, habiendo éste puesto primero las que aquélla después, y viceversa.

10. Por lo demás, la Esposa ha hablado más derechamente, sin ostentar méritos, sino representando antes los beneficios y reconociéndose prevenida por la gracia del Amado. Porque ¿quién le dió antes, para que haya de retribuirle? <sup>25</sup> Finalmente, oye lo que Juan sintió en su epístola sobre esto: *En esto mostró su caridad, dice, en que nos amó antes de amarle nosotros* <sup>26</sup>. El profeta, si bien silenció la gracia preveniente, no negó la subsiguiente, cierto, no la silenció. Pero recibe acerca de esto su confesión toda-

<sup>24</sup> 2 Cor. 3, 18.

<sup>25</sup> Rom. 11, 35.

<sup>26</sup> 1 Io. 4, 10.

vía más explícita en otro lugar: *Y tu misericordia, dice hablando al Señor, me seguirá todos los días de mi vida* <sup>27</sup>. Oye también acerca de la ciencia no menos cierta y manifiesta de su prevención: *Dios mío, su misericordia me prevendrá* <sup>28</sup>. Item al Señor: *Anticipennos pronto tus misericordias, porque estamos por demás empobrecidos* <sup>29</sup>. Pulcramente la Esposa, si no me equivoco, pone después estas mismas palabras, no en el mismo orden, siguiendo ella también el orden del profeta, diciendo de este modo: *Yo para mi Amado, y mi Amado para mí. ¿Por qué así? Para probar cómo entonces está más llena de gracia cuando lo ha dado todo a la gracia, atribuyéndola el principio y el fin de las buenas obras. Si no, ¿cómo podría decir está llena de gracia, si algo tuviese que no procediera de la gracia? Porque no hay lugar para la gracia donde el mérito lo ocupa ya todo* <sup>30</sup>. Esta humilde y sincera confesión de que todo el mérito proviene de la gracia, indica que posee la plenitud de esta misma gracia el alma que hace esta humilde confesión; porque si hubiera en el alma algún mérito que procediera sólo de ella sin la gracia, ese mérito no sería fruto de la gracia, por cuanto todo lo que se atribuye a los méritos propios se sustrae a la gracia. Pues bien, no quiero poseer mérito alguno que excluya la gracia: me horroriza todo cuanto procede de lo mío, a fin de poseerme mejor a mí mismo; a no ser que digamos que nada hay tan mío como aquello en virtud de lo cual soy devuelto a mí mismo, que es la gracia. La gracia me devuelve a mí mismo gratuitamente justificado y liberado de la servidumbre del pecado; porque donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad.

11. ¡Oh fatua esposa, la Sinagoga, que despreciando la justicia que proviene de Dios, o sea la gracia de su Esposo, ha querido constituir su propia justificación prescindiendo de la del Señor! Por eso la miserable ha sido repudiada, y ya no es Esposa, sino que a la Iglesia es a quien se dice: *Te desposaré conmigo en fe, y te desposaré conmigo mediante la justicia o santidad y el juicio, y mediante la misericordia y la clemencia* <sup>31</sup>. Y no me elegiste tú a mí, sino que yo te he elegido a ti; y al elegirte, no hallé en ti propios méritos, sino que te previne con ellos, desposándote conmigo por la fe, no en virtud de las obras de la ley; te des-

<sup>27</sup> Ps. 22, 6.

<sup>28</sup> Ps. 58, 11.

<sup>29</sup> Ps. 78, 8.

<sup>30</sup> Habla del mérito en el sentido que le entendían los pelagianos, es decir, del mérito que proviene de las propias fuerzas. Así, pues, si todo viene de la gracia, nada puede venir de nuestras propias fuerzas. De este modo, el estar lleno de gracia excluye todo mérito que no venga de la gracia.

<sup>31</sup> Os. 2, 19. 20.

posé conmigo mediante la justicia que proviene de la fe, no de la que proviene de la ley. Debes, por tanto, juzgar rectamente acerca del pacto que he asentado contigo, en el cual consta que te desposé conmigo sin intervención de mérito alguno de tu parte, siendo todo ello efecto exclusivo de mi beneplácito; por tanto, no debes gloriarte de tus méritos, ni preferir las obras de la ley, ni jactarte de haber aguantado el peso del día y del calor, sino que debes reconocer humildemente que te he desposado conmigo mediante la justicia que viene de la fe, y las misericordias y las misericordias.

12. La verdaderamente desposada con el Señor reconoce esto y confiesa entrambas gracias, la proveniente primero, luego la subsiguiente. Dice, pues, ahora: *Mi Amado para mí, y yo para mi Amado*; como significando que el principio de la buena obra se debe a su Amado; y al punto añade: *Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío*; atribuyéndole a El el fin y la consumación de la misma. Veamos ya lo que significan estas palabras: *Mi Amado para mí*. Porque si aquí se sobrentiende el vocablo *se aplica o dedica*, según arriba dijimos, y lo confirma el profeta, sin duda las palabras de la Esposa deberán encerrar algo extraordinario, alguna prerrogativa muy singular. Mas no conviene proponer a vuestros entendimientos y oídos ya cansados un tema que merece ser oído con muestras de intensa alegría. Por tanto, si no lo llevarais a mal, interrumpiría mi sermón, reservando para otra ocasión el dar remate al asunto que nos ocupa. La espera no será muy larga, pues mañana reanudaremos el hilo del discurso ahora interrumpido. Mientras tanto, rogad a Dios me libre de la balumba de negocios que me asedian por doquier, por la gracia y misericordia del Esposo de la Iglesia, Jesucristo, nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**68** CÓMO EL ESPOSO, CRISTO, ATIENDE A SU ESPOSA, LA IGLESIA, Y ÉSTA A EL. CÓMO CUIDA EL SEÑOR DE SUS ELEGIDOS. EN FIN, DEL MÉRITO Y CONFIANZA DE LA IGLESIA \*

1. Oíd ya lo que ayer dejamos para hoy; oíd el gozo que he sentido, y que es vuestro. Oídllo gozosos. Yo lo he sentido a una sola palabra de la Esposa, y después de haberla como oído, la he guardado para daros parte de ella

\* PL 183, 1108.

hoy, con tanto mayor júbilo cuanto me parece ser más favorable el tiempo de hacerlo. Habló la Esposa y dijo que el Esposo mira por ella. ¿Quién es la Esposa? ¿Quién el Esposo? El Esposo es nuestro Dios, y ella, si me atrevo a decirlo, somos nosotros, y juntamente con nosotros toda la ingente muchedumbre de cautivos a quienes El conoce. Alegrémonos, ésta es nuestra gloria. Nosotros somos aquellos de quienes se digna el Señor cuidar; pero ¡qué disparidad! ¿Qué son comparados con El todos los habitantes de la tierra e hijos de los hombres? Según el profeta, todos ellos son como si no fuesen y como nada y cosa vana; así son por El considerados<sup>1</sup>. ¿A qué viene, pues, esa comparación entre dos seres tan dispares? O la Esposa se gloria con exceso o el Esposo la tiene amor inmenso. Ciertamente, ¿no parece extraño que la Esposa se gloríe de que el Esposo mire por ella, como de un privilegio propio, hasta atreverse a decir: *Mi Amado es para mí?* Y como si aun fuera poco, pasa más adelante: trátale como de igual a igual, y como si quisiera devolverle el cambio, añade: *Y yo soy para El*<sup>2</sup>. ¿Qué hablar éste al parecer tan insolente!; *Y yo soy para El!* Aunque cierto no lo es menos el anterior: *Mi Amado para mí*. Pues ¿adónde no llegará la insolencia de lo uno y lo otro juntos?

2. ¿A qué no se atreve el corazón puro, la conciencia recta y la fe sincera? Mira, dice, por mí. Aquella Majestad a quien incumbe la gobernación y la administración del universo, ¿puede mirar por los negocios, más aún, satisfacer los deseos y velar por el descanso amoroso de su Esposa? Así es en efecto; ella es la Iglesia de los elegidos, de quienes dice el Apóstol: *Todo para los elegidos*<sup>3</sup>. Y ¿quién duda de que la gracia y misericordia de Dios se emplean en pro de sus santos y miran por sus elegidos?<sup>4</sup> No negamos, pues, que el Señor mire por las demás criaturas; pero se reserva el cuidar de la Esposa. ¿Acaso Dios se preocupa de los bueyes?<sup>5</sup> Y lo mismo podría decirse de los caballos, camellos, elefantes y demás irracionales que pueblan la tierra; de los peces del mar, de las aves del cielo y de todas las criaturas que hay en la tierra, salvo aquellas a quienes se ha dicho: *Arrojad en el Señor vuestras cuitas, pues El tiene cuidado de vosotros*<sup>6</sup>. ¿No te parece que, al hablar así, es como si dijera: Atended a El, y El os atenderá? Y observa al apóstol Pedro, cuyas son estas palabras, cómo emplea el mismo orden que la Esposa, pues no dice: *Arrojad en El toda vuestra solicitud, a fin de que cuide de vosotros; sino porque El cuida de vosotros; con lo cual claramente nos*

<sup>1</sup> Is. 40, 17.<sup>2</sup> Cant. 2, 16.<sup>3</sup> 2 Tim. 2, 10.<sup>4</sup> Sap. 4, 15.<sup>5</sup> 1 Cor. 9, 9.<sup>6</sup> 1 Petr. 5, 7.



manifiesta que la Iglesia de los santos no sólo es amada de Dios, sino también su predilecta.

3. Consta que no le atañe a ella la palabra que de los bueyes dijo el Apóstol; pues Aquel que la amó hasta dar la vida por ella, la cuida. ¿No es acaso ella la oveja perdida, con tanta diligencia cuidada que, para recuperarla, bajó del cielo a la tierra, dejando en los apriscos celestiales las otras noventa y nueve ovejas? Buscóla con diligencia, y en hallándola, no la condujo, sino que se la cargó a hombros, disponiendo para ella gran fiesta, a la que fueron invitados todos los pueblos angelicales<sup>7</sup>. Pues bien, habiéndose dignado cargarla sobre sus hombros y llevársela al redil, ¿diremos que no se cuida de ella? De ahí que ella no dude en decir: *El Señor cuida de mí*<sup>8</sup>. Ni cree tampoco equivocarse al asegurar resueltamente: *El Señor responderá por mí*<sup>9</sup>, sobrándole motivos para persuadirla plenamente de ello. ¿Qué extraño será si llama Amado suyo al que es Señor de los ejércitos; si se gloria de que Aquel que juzga de todas las cosas con equidad<sup>10</sup> y serenidad suma se aplica a cuidar de ella? ¿Y cómo no ha de gloriarse, si resueñan en sus oídos aquellas dulcísimas palabras de su Esposo, diciéndola: *¿Puede quizá la madre olvidarse hasta no tener compasión para el hijo de sus entrañas? Pues bien, aun cuando ella puede olvidarle, yo nunca me olvidaré de ti*<sup>11</sup>. Cierto, el Señor tiene sus ojos sobre los justos<sup>12</sup>; ¿y quién ignora que la Esposa la forma la congregación de los justos? ¿Quién es la Esposa sino el linaje de los que buscan al Señor, de los que anhelan ver la cara del Esposo? Pero si éste mira por ella con gran solicitud, también ella vive consagrada a su Esposo; y por esto dice: *El para mí, y yo para El*. El para mí, porque es benigno y misericordioso; y yo para El, porque no soy ingrata. El me concede benigneamente su gracia, y yo le doy gracia por gracia; El para librarme y yo para honrarle; El para mi salud, yo para su voluntad; El para mí y no para otro, porque soy su única paloma; yo para El, y no oigo la voz de los extraños, y no atiendo a los que me dicen: Ved aquí el Cristo o vedle allí<sup>13</sup>. Esta es la Iglesia.

4. Mas ¿qué diremos de cada uno de nosotros? ¿Pensáis habrá alguno entre nosotros a quien puedan aplicarse esas palabras de la Esposa? Mas ¿qué digo alguno? Creo no habrá ni un solo fiel en la Iglesia de quien no se pueda preguntar eso muy justamente; pues la razón que milita para muchos, no milita igualmente para uno solo. Final-

<sup>7</sup> Lc. 15, 4-7. 10.

<sup>8</sup> Ps. 39, 18.

<sup>9</sup> Ps. 137, 8.

<sup>10</sup> Sap. 12, 18.

<sup>11</sup> Is. 49, 15.

<sup>12</sup> Ps. 33, 16.

<sup>13</sup> Mc. 13, 21.

mente, no por una sola alma, sino por muchas hizo y padeció Dios tantas cosas, cuando obró la salud en medio de la tierra, para unir a muchas en una misma Iglesia y formar con ellas una sola Esposa. Y esta única Esposa es carísima a su único Esposo, amándose mutuamente con amor único y exclusivo de todo otro amor. ¿Qué no podrá esperar la Esposa de Amante tan ambicioso? ¿Qué no podrá alcanzar de Aquel que bajó del cielo para buscarla y la llamó a sí desde los últimos confines de la tierra? Mas ¿qué digo la buscó? La compró. ¿A qué precio? Dando por ella toda su sangre. A su vez la Esposa presume tanto de sí, no ignorando que en la vida futura El necesita de ella. ¿Me preguntas para qué la necesita? ¿Preguntas para qué? *Visítanos, Señor, con tu Salvador, para que gocemos los bienes de tus elegidos y participemos de la alegría de tu pueblo, y tú te gloríes en tu heredad* <sup>14</sup>. Y no estimes en poco esta obra. Porque yo te aseguro que todas sus obras serían imperfectas sin ella. El fin de todas las cosas, ¿no depende del estado y de la consumación de la Iglesia? Quita esta consumación, y en vano la criatura inferior aguardará la revelación de la gloria de los hijos de Dios. Quita ésta, y ni patriarcas ni profetas llegarán a colmo; aseverando Pablo que Dios no quiere que *ellos sean consumados sin nosotros* <sup>15</sup>. Quita ésta, y la gloria misma de los ángeles será imperfecta en cierto modo, pues la ciudad de Dios no gozará de integridad.

5. ¿Cómo podrán cumplirse sin esto los planes divinos, el misterio de su voluntad y el magno sacramento de su misericordia? ¿De dónde sacaremos los niños de pecho de cuyos labios reciba Dios la perfecta alabanza? <sup>16</sup> Porque en el cielo no hay infantes; los tiene la Iglesia, y a ellos les dice: *Os he alimentado con leche, y no con sólido manjar* <sup>17</sup>. Y el profeta les invita a completar las alabanzas de Dios diciendo: *Alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor* <sup>18</sup>. ¿Piensas tú que el Señor tendrá toda la alabanza que le es debida hasta que vayan al cielo todos aquellos que canten en presencia de los ángeles: *Señor, nos hemos alegrado por los días en que nos humillaste, por los años en que sufrimos males?* <sup>19</sup> Los cielos no han conocido este gozo sino por medio de los hijos de la Iglesia. Aquellos que se han siempre regocijado, no se regocijan jamás de esta manera. Siéntese mucho más gusto cuando la alegría sucede a la tristeza, el descanso al trabajo, el puerto a la tempestad. La tranquilidad y seguridad a todos agrada, pero mucho más a quien mucho temió. La luz a todos es placentera, pero más para quien se fugó del poder de las

<sup>14</sup> Ps. 105, 5.

<sup>15</sup> Hebr. 11, 40.

<sup>16</sup> Ps. 8, 3.

<sup>17</sup> 1 Cor. 3, 2.

<sup>18</sup> Ps. 112, 1.

<sup>19</sup> Ps. 89, 15.

tinieblas. Pasar de muerte a vida es doble vida. Esto será mi porción en el convite celestial, y de la que los espíritus bienaventurados no compartirán. Y aun me atrevo a decir que la misma vida bienaventurada perdería no poco de su dicha si no tuviese plena conciencia de que gozo de ella en virtud de la caridad que ha obrado en mí y por mí. Cierto que he contribuido no poco a aquella perfección de mi bienaventuranza. Finalmente, los ángeles de Dios se alegran ante la penitencia de un pecador. Pues si mis lágrimas son las delicias de los ángeles, ¿cuánto más lo serán mis delicias? Todo el quehacer de los ángeles es cantar las alabanzas de Dios; pero serían deficientes si no se les uniesen las de aquellos que dicen: *Hemos pasado por el fuego y el agua; pero, al fin, nos has sacado al refrigerio* <sup>20</sup>.

6. La Iglesia, por tanto, es feliz en su universalidad, y su gratitud es desproporcionada con la causa de esa dicha, sobre todo si atendemos no sólo a lo que ya ha recibido, sino también a lo que todavía un día recibirá por habérselo Dios prometido. Siendo esto así, ¿a qué preocuparse por la pequeñez de sus propios méritos, teniendo un motivo más sólido y seguro de gloriarse, que son los designios de Dios sobre ella? Porque no puede negarse a sí mismo ni dejar de hacer lo que El ha determinado realizar, pues, según está escrito, El predice muy de antemano lo que aun está por hacer <sup>21</sup>. Lo hará, lo hará, sin que falle Dios en sus planes. Por tanto, no hay para qué investigar en virtud de qué méritos esperamos tan grandes bienes, y más cuando oyes decir al profeta: *No lo haré por vosotros, sino por mí mismo* <sup>22</sup>. Para merecer esos bienes, bástanos reconocer la insuficiencia de nuestros propios méritos. Mas así como basta para merecer el no presumir de los propios méritos, así también basta para condenarse el carecer de todo mérito. No están privados de estos méritos los niños que han sido regenerados con las aguas del santo bautismo, pues poseen los de Jesucristo; mas, si en llegando al uso de razón se descuidan culpablemente de juntar los suyos a los del Salvador, se ven privados y desposeídos de ellos, siendo éste el mayor peligro de los que llegan a esa edad. Por tanto, procurad alcanzar méritos con vuestras buenas obras, pero sin olvidar que esos méritos os los ha concedido el Señor; esperad recoger el fruto de ellos en virtud de la misericordia de Dios, evitando así todos los peligros que os amenazan de parte de vuestra indigencia espiritual, ingratitud o presunción. La falta de méritos es sumamente perniciosa, más, por otra parte, la presunción y el orgullo son una fortuna ruinosa. Por esto el Sabio

<sup>20</sup> Ps. 65, 12.

<sup>21</sup> Is. 46, 10.

<sup>22</sup> Ez. 36, 22.

decía: *No me des riquezas ni pobreza* <sup>23</sup>. ¡Cuán dichosa es la Iglesia en poder a un tiempo merecer y presumir! Tiene motivo para presumir, mas no de sus propios méritos. No le faltan méritos, pero ellos le sirven para más merecer, no para presumir de sí misma. ¿No es ya merecer el no presumir de sí? Ella presume, pues, de los méritos de Cristo con tanta más confianza, cuanto que no presume de los suyos propios. Y nada hay que la haga temer el verse confundida en lo que ella se gloría, militando en su favor tan poderosas razones para hacerlo; porque las misericordias del Señor son infinitas, y su verdad permanece para siempre.

7. ¿Y cómo no ha de gloriarse segura, cuando en testimonio de su gloria la justicia y la misericordia se han abrazado? <sup>24</sup> Así que, ora diga: *Mi Amado es todo para mí*; ora exclame: *Con ansias aguardé al Señor, y me atendió*; ora añada: *El Señor cuida de mí* <sup>25</sup>, ora cualesquiera otras expresiones que indiquen el amor de predilección que el Señor la tiene, en ninguna nunca se la podrá tildar de presuntuosa y osada, siendo el Señor quien le inspira tales sentimientos, sobre todo si tenemos en cuenta que no existe otra Esposa, o sea otra Iglesia en quien pueda realizarse lo que necesariamente ha de acontecer. Es, por tanto, evidente que puede la Iglesia apropiarse todas esas cosas. Mas se pregunta también: un alma, por encumbrada que se halle en la santidad y perfección alcanzadas, ¿puede atribuirse todos esos privilegios propios de esa gran multitud de fieles que integran la Iglesia católica? Creo muy difícil que pueda hallarse alguna a quien sea esto permitido. Mas procuraremos buscarla por si existe; pero en otro sermón, porque no queremos empeñarnos en tema tan delicado, y cuyo éxito ignoramos todavía, antes de que, para obtener la inteligencia de esta palabra escondida, hayamos orado a quien abre y ninguno cierra, al Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>23</sup> Prov. 30, 8.

<sup>24</sup> Ps. 84, 11.

<sup>25</sup> Ps. 39, 2, 18.



## 69 CÓMO ES ABATIDA TODA ARROGANCIA QUE SE YERGUE CONTRA LA CIENCIA DE DIOS. VENIDA Y PERMANENCIA DEL PADRE Y DEL VERBO AL ALMA QUE AMA A DIOS Y FAMILIARIDAD ENTRE DIOS Y EL ALMA \*

1. *Mi Amado es para mí, y yo para El*<sup>1</sup>. El sermón anterior atribuyó estas palabras a la Iglesia universal, en razón de las promesas que Dios la hizo para la vida presente y futura. Al fin se propuso esta cuestión: ¿podrá un alma en particular apropiarse de algún modo lo que todas juntas se atreven con razón a atribuirse? Si no lo puede, habrá que referir únicamente las palabras citadas a la Iglesia, a ella sola; y no sólo las citadas, sino todas las demás semejantes a ellas que expresan cosas extraordinarias y singulares, verbigracia: *Con ansias aguardé al Señor, y me atendió*<sup>2</sup>. Pero si alguno se empeña en que esto es permitido, no me opondré a ello. Mas hay que saber a quién, porque no conviene concederlo a todo linaje de personas. La Iglesia, sin duda, tiene no pocos espirituales que sirven a Dios, no sólo fiel, sino confidencialmente, hablando con El como lo harían con un amigo; dándoles testimonio su misma conciencia de que El quiere y mucho desea que obren así. Mas ¿quiénes son éstos? Sólo Dios lo sabe. Escuchad tan sólo lo que debéis hacer si queréis ser tales. Mas no os lo diré cual si yo mismo lo hubiera ya experimentado, sino como quien desea experimentarlo. Dame un alma que no ame sino a Dios y que todo lo demás que debe amar lo ame por Dios; que no sólo viva en Cristo, sino que haga largo tiempo que no ha vivido sino en El; que no tenga otro afán ni otro ocio que tener siempre presente a Dios delante de sus ojos; que quiera únicamente y pueda conversar sin cesar con el Señor su Dios; dame, repito, un alma tal, y no negaré que sea digna de los cuidados del Esposo, de la mirada de la Majestad, del favor del Dominador, de la solicitud del Gobernador. Y si quiere gloriarse, podrá hacerlo sin temor de ser reprendida por El, con tal de que no se gloríe sino en el Señor. Así un alma puede aspirar a lo que es propio de muchas, aunque la razón no sea la misma.

2. Las causas sobredichas inspiran esta confianza a la multitud de los santos y dos razones la comunican al alma santa. La primera, que siendo el Esposo, según la divini-

\* PL 183, III2.

<sup>1</sup> Cant. 2, 16.

<sup>2</sup> Ps. 39, 2.

dad, de una naturaleza simplicísima, puede mirar a muchas personas cual si fuesen una sola, y a una sola cual si fuesen muchas, sin que por esto se vea multiplicado en la multitud, ni disminuído en los pocos, ni dividido por la diversidad de los objetos, ni restringido por su unidad, ni agitado por los cuidados, ni turbado por las inquietudes; dándose de tal forma al cuidado de uno solo, que esto no le estorba el darse al de muchos, y lo está de tal suerte al de muchos, que no por ello está menos aplicado al de uno solo. Por otra parte, son tan excelsas la dignación del Verbo y la benevolencia del Padre del Verbo para con el alma así ordenada y compuesta en sus afectos, que después de haberla prevenido y preparado con tales bendiciones, dignanse honrarla con su presencia sensible, de modo que no sólo vienen a ella, sino que fijan en ella su morada<sup>3</sup>. Ni se contentan con manifestarse ante sus ojos extasiados, sino que se unen a ella con unión inefable. La experiencia interna de esta morada sobrenatural es ciertamente suavísima, pero el Señor la concede raras veces a las almas. Pero ¿qué eso de venir al alma el Verbo? Instruirla en sabiduría. Y el efecto de la morada del Padre en el alma, ¿cuál es? El infundir en ella amor entrañable a la sabiduría, hasta poder decir *que se ha enamorado de su hermosura*<sup>4</sup>. La caridad pertenece al Padre, y por esto se reconoce la venida del Padre al alma por la infusión en ella de la caridad. ¿De qué le serviría el don de la sabiduría sin el de la caridad? La inflaría vanamente. ¿Y la caridad sin la sabiduría de qué le serviría? Para extraviarla; y vemos que se extraviaron aquellos de quienes decía: *Les doy testimonio de que tienen celo de las cosas de Dios, mas no según la ciencia*<sup>5</sup>. No conviene que la Esposa del Verbo se extravíe, y además el Padre no la aguanta altanera; porque el Padre ama a su Hijo, y abate y destruye prontamente y con mano fuerte toda altivez que alza su frente contra la ciencia del Verbo, ora infundiéndolo en el alma el verdadero celo, ora dirigiéndolo y ordenándolo, siendo aquello obra de su misericordia y esto obra de su justicia. ¡Ojalá abata, más bien destruya, toda la altivez que hay en mí y la aniquile, no llevado de su justa ira, sino por la infusión de su amor! ¡Ojalá aprenda a no ensoberbecerme jamás, siguiendo el impulso de su gracia, sin que tenga que castigarme con los azotes de su justicia! *Señor, no me reprendas en tu ira, como reprendiste al ángel que se ensoberbeció en el cielo, ni me castigues en tu furor, como castigaste al hombre que se dejó seducir por el orgullo en el paraíso. Ambos cometieron iniquidad, ambicionando elevación; aquél la del po-*

<sup>3</sup> Io. 14, 23.

<sup>4</sup> Sap. 8, 2.

<sup>5</sup> Rom. 10, 2.

der, éste la de la ciencia; pues la insensata mujer dió fe a la promesa de la serpiente, que la seducía diciéndola: *Seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal*<sup>6</sup>, y el ángel se había ya seducido a sí mismo, persuadiéndose que podía ser semejante al Altísimo<sup>7</sup>. *Porque si alguno piensa ser algo, no siendo nada, sedúcese a sí mismo*<sup>8</sup>.

3. Entrambas altiveces fueron abatidas, pero más suavemente la del hombre; juzgando aquel Señor, que lo hizo todo con peso y medida, ser más conveniente obrar así. Pues el ángel fué castigado y aun condenado por la ira de Dios, mientras que el hombre sintió sólo su ira, no su furor; pues el Señor, enojado, usó con él de misericordia. De ahí que toda la posteridad de Adán experimente la ira de Dios, y hasta el día de hoy. Si no se naciese hijo de ira, no sería preciso renacer. ¿Quieres ver al Señor irritado contra una criatura suya rebelde? Mira a Satanás cayendo del cielo como el rayo, o sea, lanzado a la eterna condenación, y entenderás algo la ira de Dios. Al castigarle tan severamente, no quiso usar con él de misericordia. ¡Ay de los hijos de incredulidad! De aquellos hijos de Adán que por su diabólica obstinación se truecan para Dios en hijos de ira y atesoran ira para el día de ira<sup>9</sup>. Y la ira acumulada, ¿qué es sino furor? Pecaron con el pecado del diablo y les hiere la sentencia del diablo. ¡Ay también, aunque no tanto, de los que, habiendo nacido de Adán prevaricador, mueren sin haber renacido en la gracia! O sea que, muertos en el mismo que nacieron, permanecerán hijos de ira: de ira, diría, no de furor; porque como piísimamente se cree y humanísimamente se gime, mansísimas son las penas, por traer de otra parte todo aquello por lo que son condenados<sup>10</sup>.

4. El diablo, pues, fué juzgado y condenado por la ira de Dios, porque su maldad le fué sumamente odiosa; el hombre, en cambio, fué corregido y castigado por Dios, enojado contra él. De ahí que toda elevación se ha visto quebrantada y severamente reprimida, así la que hincha como la que precipita; en lo cual se ve cuánto celo muestra el Padre por la honra de su Hijo. Ultraja verdaderamente la honra del Hijo el que usurpa su poder contra la fortaleza de Dios, que es El mismo, y también le ultraja el que pretende hallar la ciencia fuera de la Sabiduría de Dios, que no es otra que el mismo Hijo. Señor, ¿quién es semejante a ti sino Aquel que es el resplandor y figura de tu substancia, Aquel que es tu

<sup>6</sup> Gen. 3, 5.

<sup>8</sup> Gal. 6, 3.

<sup>7</sup> Is. 14, 14.

<sup>9</sup> Rom. 2, 5.

<sup>10</sup> Sigue la doctrina, frecuente entre los Santos Padres, de que los niños muertos sin bautismo sufren penas mitigadísimas. La opinión actual del común de los teólogos sostiene que están privados de la visión beatífica, pero que gozan de una felicidad natural.

perfectísima imagen? Sólo El posee íntegra la naturaleza de Dios, sólo El es Hijo del Altísimo, sólo El es el Altísimo, y no por usurpación, sino que por su esencia es igual a ti <sup>11</sup>. ¿Y cómo no ha de ser igual a ti, si tú y El no sois sino una misma cosa? El está sentado a tu diestra, y no bajo tus pies. ¿Quién será tan temerario que pretenda apoderarse del lugar que corresponde a tu Hijo único? Sea al punto precipitado en el abismo. Ha puesto su asiento en las alturas; pues que esa cátedra de pestilencia sea pronto derribada. Y, además, ¿quién es el que enseña al hombre la ciencia? ¿Acaso no eres únicamente tú, ¡oh llave de David!, que abres y cierras a quien quieres? ¿Cómo, pues, el hombre insensato concibió la loca idea de arrebatarte esa llave, o más bien de descerrajar la puerta para arrebatarte los tesoros de la sabiduría y ciencia divinas? El que no entra por la puerta, sino que sube por otra parte, ese tal es salteador y ladrón. Pedro sí que pudo entrar por la puerta, porque recibió las llaves. Y no sólo pudo entrar él, sino que también puede introducirme a mí, si gusta, y quizá lo haga con exclusión de otros, usando de la ciencia y potestad recibidas de arriba.

5. Y estas llaves, ¿cuáles son? La potestad de abrir y cerrar y la discreción para saber discernir a quiénes se ha de excluir y a quiénes admitir. Por eso no pudo la serpiente dar la ciencia de que carecía, sino que la dió el que la poseía. Tampoco tuvo la potestad que le habían confiado, sino que la tuvo el que la había recibido. Cristo dió ambas cosas a Pedro <sup>12</sup>, y éste las recibió sin que la ciencia le hinchase de soberbia ni la potestad le fuese ocasión de ruina. ¿Y por qué? Porque ni en lo uno ni en lo otro se levantó Pedro contra la ciencia de Dios, no ambicionando otra cosa en la ciencia y potestad que había recibido sino seguir los dictados de la sabiduría divina, ni siguiendo el ejemplo de aquel que obró dolosamente en presencia de Dios, haciendo con ello más odiosa su maldad <sup>13</sup>. Verdaderamente, ¿cómo había de obrar prescindiendo de la ciencia divina aquel que afirma de sí mismo haber sido elegido por Dios según la previsión y predestinación de Dios Padre? <sup>14</sup> Y quede esto dicho del celo por Dios desplegado contra los ángeles rebeldes y contra el hombre prevaricador, ya que en ambos halló maldad; cómo, en efecto, en su ira y su furor destruyó a toda altivez que se yergue contra la ciencia de Dios.

6. Hay que volver ahora al *celo de la misericordia*, o sea, al celo que no se inflama, sino que se infunde; porque el celo que se inflama procede de la justicia; y cierto que los ejemplos que hemos recordado de ese celo que tan gravemen-

<sup>11</sup> Phil. 2, 6.

<sup>12</sup> Mt. 16, 19.

<sup>13</sup> Ps. 35, 3.

<sup>14</sup> 1 Petr. 1, 1. 2.



te castiga a los transgresores nos habrán aterrado no poco. Por eso buscaré un lugar de refugio, y a fin de librarme de la indignación del Señor, me refugiare en los brazos del celo misericordioso de Dios, que suavemente arde y eficazmente expía. ¿Acaso no expía la caridad? Y poderosamente, pues leo que cubre la multitud de los pecados <sup>15</sup>. ¿Y no es también idónea y suficiente para abatir y humillar toda altanería de ojos y corazón? Y en sumo grado, por cuanto la caridad no se ensoberbece ni es ambiciosa. Por eso, si el Señor Jesús se dignase venir a mí, no airado ni irritado, sino en caridad y espíritu de mansedumbre para conmigo, supuesto que El es caridad; si de este modo se dignase venir a mí, el Padre le acompañaría. ¿Cierto? ¿Qué manifiesta tanto la ternura paternal de Dios como este regalado favor? Por eso Dios no sólo es llamado Padre del Verbo, sino también Padre de misericordias <sup>16</sup>, no habiendo cosa que le sea tan innata como el apiadarse y perdonar. Así que, si siento que mi espíritu se abre para entender las Escrituras, o que las palabras de sabiduría hierven en mi interior, o que los misterios me son revelados por la infusión de una luz de lo alto; si noto que el cielo abre sobre mí sus cataratas y derrama en mi alma las fecundas lluvias de la meditación, no dudo de que está presente el Esposo. Y si, además, me siento penetrado del rocío y de la aspersion de un celo humilde y devoto, engendrando el amor de la verdad conocida el odio y el menosprecio de la vanidad, a fin de que la ciencia de lo celestial no me envanezca, ni las frecuentes visitaciones divinas me engrían, entonces reconoceré de cierto que me trata paternalmente y no dudo de que el Padre está presente en mí.

7. ¿Cuánta familiaridad también dimana de esta manifestación, en el alma y el Verbo, y qué dulce confianza sigue a esta familiaridad! Creo que esa alma no tiene por qué temer si dice: *Mi Amado es para mí*; pues sintiendo que ama a Dios, y que ardientemente le ama, no duda de ser también amada de El entrañablemente. Y por su singular cuidado y vigilancia con que incesante y ardientemente busca todos los medios de agradar a Dios, conoce, sin duda, que todos estos sentimientos y afectos se verifican en ella y son afectos de su gracia, recordando aquella promesa del Salvador: *Con la misma medida con que midáis seréis medidos* <sup>17</sup>. Pero la prudente Esposa con suma fidelidad reconoce y se muestra agradecida a la gracia que recibió, sabiendo muy bien que su Amado la ha prevenido con ella. Por eso, ante todo y sobre todo manifiesta el cuidado especial que ha tenido en prevenirla diciendo: *Mi Amado es para mí, y yo para El*.

<sup>15</sup> 1 Petr. 4, 8.

<sup>16</sup> 2 Cor. 1, 3.

<sup>17</sup> Mt. 7, 2.

Del proceder de Dios con el alma deduce sin titubear que, amándole, es a su vez amada de El. Y realmente así es; porque el amor de Dios al alma engendra en el alma su amor a Dios, y el cuidado que Dios pone en prevenirla con su amor engendra en ella más y más vivos deseos de corresponder a este amor consagrándose totalmente a El. Cierto, yo no sé en virtud de qué reciprocidad como connatural viene a suceder que, en dándose al alma contemplar cara a cara, como en espejo, la gloria del Señor, al punto siente como imperiosa necesidad de transformarse en la misma imagen. Así, pues, Dios será contigo lo que tú seas con El. Con el santo se **mostrará santo**, e inocente con el inocente<sup>18</sup>. Y ¿por qué no también: Con el amante se mostrará amante; con el consagrado, consagrado; con el atento, atento, y con el solícito, solícito?

8. Finalmente dice: *Amo a los que me aman, y los que madruguen a buscarme me hallarán*<sup>19</sup>. ¿Ves cómo no sólo te asegura de su amor, si le amas, sino que también te cerciora de que andará solícito por ti si te muestras solícito por El? ¿Velas por buscarle? El también vela. Levántate de noche, al principio de tus maitines, date prisa; le hallarás esperando; jamás le prevendrás, jamás te adelantarás a El. Necio y temerario fuera que en esto pretendiésemos tener alguna prioridad o preeminencia con respecto a Dios. El nos previene con su amor y nos ama más que nosotros a El. Pues entonces, nada de extraño tiene si el alma que conoce estas verdades, y precisamente por conocerlas, se gloria humildemente de que Su Divina Majestad cuida de ella con tanto esmero como si no se preocupase para nada de las demás criaturas, por cuanto ella, pospuesto todo otro interés, se entrega total y exclusivamente a su servicio y amor. El sermón está reclamando ya remate. Sólo añadiré, dirigiéndome a los que de entre vosotros viven vida verdaderamente sobrenatural, una cosa del todo maravillosa, aunque muy real y verdadera, y es que el alma que ve a Dios, le ve de tal suerte como si sola ella fuera vista de El. Animada, pues, de la dulce confianza que esto la inspira, puede con verdad decir que Dios es todo para ella, y ella, a su vez, toda para El, no viendo sino a sí misma y a Dios. ¡Bueno eres, Señor, con el alma que te busca! Sales a su encuentro, la abrazas, te muestras Esposo, tú que eres su dueño, y más aún, Dios sobre todas las cosas, bendito en los siglos. Amén.

<sup>18</sup> Ps. 17, 26.

<sup>19</sup> Prov. 8, 17.

**70** POR QUÉ AL ESPOSO SE LE LLAMA EL AMADO, Y DE CÓMO LA VERDAD, LA MANSEDUMBRE, LA JUSTICIA Y DEMÁS VIRTUDES SON LOS LIRIOS ENTRE LOS CUALES SE APACIENTA \*

1. *Mi Amado es para mí, y yo para mi Amado, el que se apacienta entre lirios*<sup>1</sup>. ¿Quién se atreverá a motejar de presumida o insolente a la Esposa por decir que trata con Aquel que se apacienta entre lirios? Aunque se apacentase entre los astros, por sólo apacentarse, no veo pueda haber nada que merezca la pena de gloriarse de haber contraído con El tal familiaridad y amistad; pues *apacentarse* suena a cosa innoble y humilde. Al añadir la Esposa que su Esposo se apacienta entre lirios, lanza y aleja todavía más de sí la nota de temeridad; porque ¿qué son los lirios sino *hierba del campo, que hoy florece y mañana se echa en el horno*<sup>2</sup>, según palabras del Señor? ¿Qué grandeza será la del que se apacienta con heno, como uno de tantos corderos o becerros? Ciertamente que es comparado al cordero y al ternero cebado; aunque tal vez, fijándote mejor en la letra del texto que nos ocupa, me digas que aquí no se trata de aquello con que se apacienta, sino sólo del lugar donde se apacienta, ya que no dice: se apacienta *de lirios*, sino *entre lirios*. Sea; pero aunque no se alimente de hierba, vive entre hierba y se recuesta y tiende sobre ella como cualquier gañán. Y entonces pregunto yo: ¿qué grandeza ni excelencia puede haber en todo esto? ¿Qué gloria ni honra puede resultar a la Esposa de tener por Amado al que así vive y obra? Si nos fijamos, pues, en el sentido literal de este texto, vemos brillar en él la reserva de la Esposa y su discreción y prudencia en las palabras; vemos que es muy juiciosa en su hablar y que sabe muy bien recatar la sublimidad del asunto de que trata con la modestia y moderación de su lenguaje sobre cosas tan altas.

2. Por otra parte, no ignora ser uno mismo el que se apacienta y el que apacienta, el que mora entre lirios y el que reina sobre los astros. Pero prefiere recordar las cosas humildes de su Amado por la humildad, como ya dije; pero sobre todo porque precisamente entonces empezó El a apacentarse cuando empezó a ser su Amado, aunque ciertamente siempre lo ha sido; pues Aquel que en las alturas del cielo

\* PL 183, 1116.

<sup>1</sup> Cant. 2, 16.

<sup>2</sup> Mt. 6, 28-30.

es Señor, en estos abismos es el Amado: sobre los astros reinante, entre los lirios amante. Amaba ya cuando reinaba sobre todas las jerarquías angelicales, pues nunca ni en ninguna parte pudo no amar, siendo amor; con todo, hasta que bajó a morar entre los lirios y se le vió apacentarse entre ellos, no recibió el nombre de Amado, ni se portó como tal. ¿Cómo? ¿No fué amado por los patriarcas y profetas? Lo fué, sí; pero no antes de que le vieran en espíritu apacentarse entre los lirios, no pudiendo decirse que no vieron a Aquel a quien previeron; a no ser que alguno sea tan necio que se figure que el ver una cosa en espíritu profético es sinónimo de no ver nada en absoluto. ¿De dónde les vendría a los profetas el nombre de videntes que se les da<sup>3</sup>, si realmente nada viesan? Porque no hubieran podido desear ver corporalmente al que no hubieran visto en espíritu. Pero digo: ¿Acaso fueron todos profetas? ¿Como si todos quisieran verle y la fe fuese patrimonio de todos! No, sino que sólo le vieron en espíritu los profetas y los que creyeron en sus predicciones; le vieron en espíritu todos los que creyeron en El; porque a mi parecer, no sólo ve una cosa en espíritu quien posee el don de profecía, sino también quien la ve en espíritu.

3. Así, pues, al dignarse descender a los lirios el que se apacienta entre lirios y a la vez apacienta a todas las criaturas, se convirtió en el Amado, no pudiendo ser amado antes de ser conocido. Por eso la Esposa, al mencionar al Amado, nos manifiesta en forma poética por qué se le conoce y se le ama y cómo esto sucede al decir: *se apacienta entre lirios*. Risible sería entender este apacentamiento en sentido material, habiendo, por tanto, de buscarle un sentido espiritual. No nos será difícil demostrar que aquí se trata de lirios espirituales; pero juzgo además necesario declarar de qué se apacienta el Esposo entre los lirios, a ver si se apacienta con los mismos lirios o bien con otras hierbas o flores ocultas entre ellos. Lo que no entiendo fácilmente es que se diga del Esposo que es apacentado, no que apacienta su ganado; porque nadie puede dudar de que El apacienta su ganado, cosa muy a tono con su oficio y persona; pero el ser El apacentado arguye indigencia y parece que no se le puede atribuir esta acción espiritualmente sin alguna injuria para su soberana Majestad. Ni yo ciertamente recuerdo haber observado hasta aquí ningún texto de este Cantar donde se diga que es apacentado; y, en cambio, sin duda recordáis conmigo cómo dijo en otra parte que apacienta; pues la Esposa le pidió que le dijera dónde tenía los pastos y dónde se estaba al mediodía<sup>4</sup>. Ahora, en cambio,

<sup>3</sup> 1 Reg. 9, 9.

<sup>4</sup> Cant. 1, 6.



afirma la Esposa que se apacienta, y aun indica el lugar en que lo hace, a saber, *entre los lirios*. Ella conoce este lugar y no conoce el otro, no pudiendo conocer igualmente lo que es sublime y está en lugar sublime y lo que es humilde y está sobre la tierra. Sublime es ciertamente la obra de que aquí se trata y sublime también el lugar en que se realiza; tan alto y sublime, que la misma Esposa no ha podido subir a él hasta hoy.

4. Por eso se anonadó hasta necesitar que le apacienten, siendo el Pastor de todos. Ha sido hallado entre los lirios, y habiéndole visto la Iglesia, que es pobre, le ha amado al verle en tanta pobreza, y El se ha hecho su Amado, por su semejanza con ella. Y no le ha amado ella sólo por eso, sino también por la verdad, la mansedumbre y la justicia, porque El ha cumplido sus promesas, según las cuales los demonios soberbios han sido juzgados con su príncipe, y las iniquidades del hombre han sido perdonadas. El, pues, apareció tal que merecía ser amado, a fuer de *veraz* por su naturaleza, *manso* con los hombres, *justo* para con ellos. ¡Oh Esposo verdaderamente amable y digno de ser única e íntimamente amado! ¿Por qué la Iglesia había de titubear un momento en darse por entero y de todo corazón a Aquel que cumple tan fielmente sus promesas, que tan liberalmente la perdona sus pecados, que tan justamente la defiende y protege? Mucho ha que de El dijo el profeta: *Con esa tu gallardía y hermosura camina, avanza prósperamente*. Pero ¿de dónde le viene esa hermosura y gentileza? Creería yo que de los lirios, porque ¿qué cosa tan agraciada como el lirio? Y ¿cuáles son esos lirios de los que El saca tan rara lindeza y gallardía? Nos lo indica en seguida el sagrado texto, diciendo: *Avanza prósperamente y reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia*<sup>5</sup>. Lirios son, lirios, repito, oriundos de la tierra, que brillan por su nitidez sobre la tierra, que descuellan sobre las flores de la tierra y cuya exquisita fragancia supera a la de los más ricos perfumes. Entre esos lirios muéstrase el Esposo y de ellos recibe su brillo y hermosura, por más que, en cuanto a la flaqueza de la carne, no tiene belleza ni lustre<sup>6</sup>.

5. Pero buen lirio es *la verdad*, notable por su blancura, principal por su olor. El es el resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad de Dios<sup>7</sup>. Es bellissimo lirio producido por nuestra tierra merced a la nueva bendición que ha recibido, y que luego ha expuesto ante todos los pueblos, de luz brillante que alumbra a los gentiles<sup>8</sup>. Mientras la tierra estuvo sujeta a la maldición, no germinó

<sup>5</sup> Ps. 44, 5.

<sup>6</sup> Is. 53, 2.

<sup>7</sup> Sap. 7, 26.

<sup>8</sup> Lc. 2, 31. 32.

sino espinas y abrojos; mas ahora, gracias a la divina bendición, la Verdad ha brotado de la tierra <sup>9</sup> cual preciosa flor del campo y lirio de los valles. Reconoced ese lirio por su candor, pues apenas comenzó a florecer hirió con su luz los ojos de los pastores en la noche, diciendo el Evangelio que un ángel del Señor apareció junto a ellos y cercólos con su resplandor una luz divina <sup>10</sup>. Muy propiamente dice: una divina luz, porque aquel resplandor no procedía del ángel, sino del Lirio. El ángel estaba allí, pero lo que brillaba y cercaba a los pastores hasta que llegaron a Belén no era la luz del ángel, sino la Luz divina. Reconoce también ese Lirio por su fragancia, la que sintieron los Magos aunque todavía se hallaban tan lejos de Belén. Ciertamente les apareció una estrella; pero aquellos varones tan prudentes y sabios sin duda no la habrían seguido de no haber sido interiormente atraídos por la suave fragancia del Lirio que acababa de nacer. Y ciertamente la Verdad es un lirio, cuyo olor anima la fe y cuyo resplandor alumbró el entendimiento. Mirad ya al mismo Señor, que dice en el Evangelio: *Yo soy la verdad* <sup>11</sup>. Por donde entenderás cuán debidamente la verdad es comparada con el lirio. ¿No has observado cómo del fondo del cáliz de esta flor salen como unos dorados tallitos ceñidos de hojas muy blancas en forma de corona? Reconoce en esto la divinidad de Cristo, que es brillante como el oro, coronada de la inviolable pureza de la naturaleza humana, o sea reconoce a Cristo llevando la diadema con que su Madre le coronó. Pues cuando llevaba aquella con que le coronó su Padre, habitaba una luz inaccesible y no le podías ver todavía en tal estado. Pero de eso en otra ocasión hablaremos.

6. Si la verdad es un lirio, lo es también la mansedumbre, pues tiene el candor de la inocencia y el olor de la esperanza, diciendo el salmista: *El hombre pacífico deja memoria de sí* <sup>12</sup>. Verdaderamente, el varón manso puede abrigar buenas esperanzas para la vida futura, y en ésta es claro espejo de clemencia y de bondad. Todo su vivir refleja las cualidades del lirio, pues resplandece con sus servicios de caridad con los prójimos y esparce siempre en torno suyo el suavísimo aroma de la esperanza. Añade a esto que la mansedumbre, lo mismo que la verdad, ha brotado de la tierra, no pudiendo dudar de que nació en la tierra el Cordero, dominador y soberano de la tierra <sup>13</sup>; aquel manso Cordero, que fué conducido a la muerte sin resistencia y sin abrir su boca en son de queja <sup>14</sup>. Mas no sólo la verdad y mansedumbre brotaron en la tierra, sino también la justicia.

<sup>9</sup> Ps. 84, 12. 13. 2.

<sup>10</sup> Lc. 2, 9.

<sup>11</sup> Io. 14, 6.

<sup>12</sup> Ps. 36, 37.

<sup>13</sup> Is. 16, 1.

<sup>14</sup> Is. 53, 7.

Por donde exclama el profeta: *Derramad, cielos, desde arriba vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador, y nazca con El la justicia*<sup>15</sup>. Para convencernos de que la justicia es cual lindísimo lirio, basta recordar aquello de Oseas: *el justo germinará como el lirio y florecerá eternamente ante el Señor*<sup>16</sup>; el justo no es uno de esos lirios que hoy coronan el tallo y mañana son echados al fuego, sino de aquellos que florecen eternamente; y por eso florecerá ante el Señor, en cuya memoria vivirá para siempre sin miedo de oír para sí malas nuevas<sup>17</sup>, aquellas pésimas nuevas según las cuales los pecadores son enviados a las llamas eternas. Y es de notar que el candor de este lirio sólo no resplandece a los ojos de aquellos a quienes no agrada. Este resplandor semeja al del sol, mas no de ese sol material que sale para buenos y malos, pues no verán la luz del sol de justicia ni brillará jamás para aquellos que han de decir un día desesperados: *No nos alumbró la luz de la justicia, ni nació para nosotros el sol de la inteligencia*<sup>18</sup>. Lo verán, en cambio, resplandecer hermosamente todos los que merezcan oír: *Para vosotros los que teméis mi santo nombre nacerá el sol de justicia*<sup>19</sup>. Luego sólo los justos podrán contemplar el candor de este lirio: su olor, empero, lo sentirán también los malos, aunque no para su provecho, pues dice el Apóstol: Somos el buen olor de Cristo delante de Dios; mas para unos somos el buen olor vivificante de vida, mientras para otros somos olor de muerte<sup>20</sup>. Verdaderamente, ¿quién habrá, aun entre los más perversos, que no apruebe el vivir del justo, bien que no ame sus obras ni le imite? Sería dichoso al aprobarla si no se juzgara y condenara a sí mismo al dar esta aprobación; pero en realidad se juzga y condena a sí mismo, porque no ama ni practica lo bueno que aprueba; y por eso no es dichoso, sino muy miserable, condenándose por su propio juicio. ¿Quién más miserable que aquel para quien el aroma vital no es mensajero de vida, sino de muerte? Pero ni siquiera es mensajero, sino sepulturero.

7. Hay todavía en casa del Esposo otros muchos lirios, aparte de los ya enumerados, según el profeta: la verdad, la mansedumbre y la justicia. Cada uno de vosotros podrá fácilmente hallar muchísimos más, semejantes a los indicados, en el jardín de tan delicioso Esposo, porque en él los hay en abundancia y superabundancia. ¿Quién podrá enumerarlos? Verdaderamente son tantos esos lirios como sus virtudes. ¿Y quién podrá contar las virtudes del Señor de las virtudes? Pues si en Cristo se halla la plenitud de las virtu-

<sup>15</sup> Is. 45, 8.<sup>16</sup> Os. 14, 6.<sup>17</sup> Ps. III, 7.<sup>18</sup> Sap. 5, 6.<sup>19</sup> Mal. 4, 2.<sup>20</sup> 2 Cor. 2, 15. 16.

des, también se hallará la plenitud de los lirios. Y quizá sea ésta la causa de llamarle lirio, porque todo El se halla rodeado de lirios bellísimos y blanquísimos y porque todo en El son lirios. Sí, olorosos lirios son su concepción, su nacimiento milagroso, su convivencia, sus palabras, milagros, sacramentos, pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos. ¿Qué hay en todos estos misterios y actos que no respire pureza y candor, que no exhale los más suaves y regalados olores? Pues la concepción fué tan esplendorosa por la abundancia de la operación del Espíritu Santo, que la misma Santa Virgen no hubiera podido soportar el fulgor, de no haber sido templado por la virtud del Altísimo, que la dió sombra. Su nacimiento fué cándido por la virginidad incorrupta de la Madre; su convivencia, por la inocencia de su vida; sus palabras, por la verdad; sus milagros, por la pureza de su Corazón; sus sacramentos, por el arcano de su piedad; su pasión, por sus voluntarios sufrimientos; su muerte, por la libertad que tenía de no morir; su resurrección, por la fortaleza con que inspiró a los mártires, y su ascensión, por el cumplimiento de sus promesas. ¡Qué buen olor de fe encierra cada uno de estos misterios! Aun habiendo transcurrido tantos siglos, y no habiendo visto su fulgurante resplandor, llenan nuestra mente y corazón con su exquisita fragancia, y somos llamados *dichosos los que sin haberlos visto los hemos creído* <sup>21</sup>. La parte que me cabe en este lirio es el aroma de vida que de ella procede. La fe es la que llena de este olor el sentido espiritual de mi alma, y con tanta mayor abundancia, cuantos son esos lirios. Este, infundido en mis narices como con el instrumento apto de la fe, y cierto más copiosamente por la multitud de lirios, háceme llevadero el destino y renueva de continuo en mis entrañas el anhelo de la patria.

8. Tienen también lirios algunos de los compañeros del Esposo; mas no tan copiosos, ya que todos han recibido el Espíritu con medida, así como las gracias y las virtudes. Sólo Aquel las posee sin medida <sup>22</sup> que las posee todas. Una cosa es tener lirios y otra no tener sino lirios. ¿Quién me daréis entre los hijos de esta cautividad que sea tan inocente y santo que haya podido cubrir toda la tierra de esta clase de flores? Ni el infante mismo de un día está exento de corrupción <sup>23</sup>. Grande es el que logra cultivar en su tierra tres o cuatro de estos lirios, en la cual brotan incesantemente espinas y abrojos, inveterados renuevos de la semilla de la antigua maldición. Y yo, tan pobre, me contentaría, a fuerza de exquisitos cuidados, si lograse extirpar del todo

<sup>21</sup> Io. 20, 29.

<sup>22</sup> Io. 3, 34.

<sup>23</sup> Iob 14, 4. 5, según los 70.



esa mies pésima de vicios e iniquidades, al menos de un trocito de la tierra de mi corazón, a fin de poder cultivar allí siquiera un lirio que creciese lozano y bello, pues quizá con eso lograría que el que se apacienta entre lirios se dignase venir a apacentarse en mi alma de cuando en cuando.

9. Mas dije poco al decir *uno*. Mi boca no ha hablado de la abundancia, sino de la pobreza del corazón; uno solo no basta ciertamente. Se necesitan siquiera dos, y digo que son *continencia e inocencia*, no salvando una sin otra. En vano convidaría al Esposo a venir a una de ellas, cualquiera que fuese; no se apacienta junto a un lirio, sino entre lirios. Cuidaré, pues, de tener lirios, no sea que el que quiere apacentarse entre lirios me reprenda por no tener más que uno y, enojado, se vaya de su siervo. Cultivaré, pues, la inocencia como la primera de todas las virtudes; y si puedo juntar a ella la continencia, me juzgaré muy rico con poseer estos dos lirios. Soy rey si puedo añadir a esos dos otro tercero: la paciencia. Los dos primeros ciertamente pueden bastar; mas como pueden fallar, sobre todo en las tentaciones, y *la vida del hombre sobre la tierra es continua tentación*<sup>24</sup>, hay, sin duda, que tener a mano la paciencia, que sea como la protectora y guarda de una y otra. Pienso que después de eso, si Aquel que tanto ama los lirios viene y nos halla en esta forma, no se desdeñará ya de apacentarse entre nosotros y celebrar en nuestra casa la Pascua, pues hallará gran dulzura en las dos primeras virtudes y plena seguridad en la tercera. Mas ¿por qué se dice que se apacienta entre lirios Aquel que apacienta a todas las criaturas? Lo explicaremos más adelante. Ahora es claro que no sólo el Esposo aparece entre esos lirios, ya que todo lo suyo es lirio y El mismo es lirio de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, Dios bendito en los siglos. Amén.

**71** DE LOS LIRIOS ESPIRITUALES, QUE SON LAS BUENAS OBRAS, CUYO OLOR ES LA RECTA CONCIENCIA Y CUYO COLOR ES LA BUENA FAMA. CÓMO EL ESPOSO NOS COME Y ES DE NOSOTROS COMIDO. DE LA UNIDAD ENTRE EL PADRE Y EL HIJO Y TAMBIÉN ENTRE EL ALMA JUSTA Y DIOS \*

1. El fin del sermón anterior será el principio del presente. Decíamos ayer que el Esposo es un lirio, pero un lirio no rodeado de espinas, porque Aquel que no cometió pecado no tiene espinas. El nos ha asegurado que la Es-

<sup>24</sup> Iob 7, 1.

\* PL 183, 1121.

posa es *lirio entre espinas*; y si ella dijera que no tiene espinas, se engañaría a sí misma, apartándose de la verdad. El Esposo, aunque afirma de sí mismo ser flor y lirio, no está rodeado de espinas, pues dice: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles*<sup>1</sup>. Para nada menciona las espinas; porque sólo El, entre todos los hombres, no necesita decir: *Revolcábame en mi miseria rientras tenía clavada la espina*<sup>2</sup>. Nunca ha carecido de lirios el que está totalmente exento de vicios y pasiones desordenadas, el que es más puro y cándido que el ampo de nieve, Aquel, en fin, que puede gloriarse de ser el más hermoso entre todos los hijos de los hombres<sup>3</sup>. Y tú que esto oyes o lees, cultiva en tu alma lirios, si quieres que venga a morar en ella el que vive rodeado de lirios; procura que, por su candor y su olor, todas tus obras, todas tus costumbres, todos tus sentimientos y deseos sean otros tantos lirios. Tienen las costumbres su especial color, y también su olor, ya que en los espíritus, como en los cuerpos, se distingue el color del olor. Luego del color preocúpese la conciencia, del olor la fama. *Hicisteis fétido nuestro olor ante el Faraón y sus siervos*<sup>4</sup>, dicen los israelitas hablando de la opinión. Ahora bien, la intención de nuestra mente y el testimonio de la recta conciencia son los que dan el colorido a todos nuestros actos internos y externos. Los vicios son negros, blancas las virtudes. Para discernir entre éstas y aquéllos se ha de apelar a la conciencia. Permanece firme e incommovible la comparación de Cristo entre el ojo sencillo o iluminado<sup>5</sup> y el perverso o anublado. Con ella fijó definitivamente los límites que separan la blancura de la virtud de la negrura del vicio y dividió la luz de las tinieblas. Por tanto, lo que sale del corazón puro y de la conciencia recta es blanco, es virtuoso; pero si se sigue la buena fama, es también lirio, no faltándole el candor ni el olor.

2. Pues bien, si no por eso es mayor, sí se vuelve más hermosa e ilustre. Pero si alguna mancha afea la conciencia, se revelará más o menos al exterior, por aquello de que el vicio de la raíz trasciende a las ramas. De ahí que todo lo que brota de raíz viciada, como son palabras, obras, discursos o sentimientos, aunque concilie al que así procede la estima y aprecio públicos, no puede decirse que sea fruto de un lirio, por cuanto, si bien tiene el aroma de esta flor, carece de su color, que es la rectitud y pureza de conciencia. Y en verdad, ¿cómo podría merecer el nombre de lirio lo que está salpicado de manchitas impuras? La buena reputación no puede elevar a virtuoso lo que la

<sup>1</sup> Cant. 2, 2. 1.

<sup>2</sup> Ps. 31, 3.

<sup>3</sup> Ps. 44, 3.

<sup>4</sup> Ex. 5, 21.

<sup>5</sup> Mt. 6, 22. 23.

conciencia declara defectuoso. La virtud puede contentarse con el testimonio de la buena conciencia, aunque se vea privada del olor de la buena fama; pero ésta es impotente para purificar una conciencia deslustrada o manchada. Pero hemos siempre de procurar, en lo posible, ser virtuosos y parecerlo; que no sólo brille nuestra virtud ante Dios, sino también ante todos los hombres <sup>6</sup>, para ser verdaderamente lirio.

3. Pero es también candor del alma la indulgencia de Dios, quien dice por el profeta: *Aunque vuestros pecados sean rojos como la escarlata, se volverán blancos como la nieve y como la lana blanca* <sup>7</sup>. Y existe todavía otra albura con que se cubre aquel que se compadece del necesitado y le asiste con alegría. Ciertó que, si contemplas al hombre bondadoso, tan bellamente descrito por el salmista, que se considera feliz en compadecerse y en dar al pobre <sup>8</sup>, te parecerá, sin duda, que ves brillar en su rostro y en sus actos caritativos una como albura de piedad que difunde en ellos el gozo y la sana alegría de su alma. Mas cuando alguno da con tristeza y como forzado, parece que una nube negruzca sombrea su frente y su acción exterior de liberalidad. Por eso *ama Dios al que da con alegría* <sup>9</sup>. Y Aquel que miró complacido a Abel por la alegría cándorosa con que ofrecía sus sacrificios, apartó sus ojos de los de Caín, cuyo semblante estaba cubierto de tristeza y envidia <sup>10</sup>. Por ahí entenderás cuán deformé habrá de ser el color de la tristeza y envidia, pues alejan de sí la mirada divina. Pulcra y elegantemente ensalzó a la risueña alegría vistiendo de blanco ropaje los beneficios que se hacen aquel poeta que dijo: "Más que todo realza el valor del beneficio la graciosa alegría de semblante con que se dispensa" <sup>11</sup>. Pero Dios ama no sólo al que da con alegría, sino también al que da con sencillez <sup>12</sup>, pues la sencillez viene a ser como una especie de candor que hermosea el alma. Fácilmente puede probarse esto por el vicio contrario, pues la doblez es un defecto. Me quedé corto al decir que es un defecto, porque realmente es fea mancha; porque ¿qué es la doblez sino un engaño? Ahora bien, el que obra dolosamente en la divina presencia vuelve mucho más odiosa su maldad <sup>13</sup>. Por eso dice el salmista: *Dichoso el hombre a quien el Señor no arguye de pecado y cuya alma se halla exenta de dolo* <sup>14</sup>. Hermosamente reprendió el Señor en pocas palabras ambas máculas, el dolo y la tristeza, diciendo: *Cuando ayunéis, no os pongáis caritristes, como los hipócritas* <sup>15</sup>.

<sup>6</sup> Rom. 12, 27.

<sup>7</sup> Is. 1, 18.

<sup>8</sup> Ps. III, 5.

<sup>9</sup> 2 Cor. 9, 7.

<sup>10</sup> Gen. 4, 4. 5.

<sup>11</sup> OVID., *Met.* 1. 8

<sup>12</sup> Rom. 12, 8.

<sup>13</sup> Ps. 35, 3.

<sup>14</sup> Ps. 31, 2.

<sup>15</sup> Mt. 6, 16.

Así, pues, siendo el Esposo virtuoso, complácese en la práctica de las virtudes; siendo igualmente lirio, gustoso establece su morada entre los lirios, y como es candor, deléitase con los candorosos.

4. Y quizá significa esto al decir: *Se apacienta entre lirios*. Cual si dijera el sagrado vate: Deléitase el Esposo con candidez y fragancia de virtudes. Ciertamente, apacentábase antaño en casa de Marta y María, reposando apaciblemente entre lirios; que no otra cosa eran aquellas dos santas hermanas, y recreándose con aspirar el olor de su sólida piedad y sus macizas virtudes. Si en aquella hora hubiese entrado en aquella casa algún profeta, o algún ángel, o cualquiera persona espiritual que no ignorase quién era aquella tan alta Majestad, ¿no se habría sorprendido al ver la dulce familiaridad con que se dignaba tratar con aquellas almas, puras y castas ciertamente, pero que todavía moraban en cuerpo mortal y de sexo débil? Al contemplar aquel cuadro, ¿no habría exclamado como estupefacto: Vile no sólo morar entre lirios, sino también apacentarse con ellos? Así es cómo el Esposo se apacienta espiritual y corporalmente entre lirios. Aunque pienso que, a su vez, El las apacentaba espiritualmente. Mas ¿cómo puede ser que, mientras ellas le apacentaban, El a su vez las apacentase? ¿Cómo, digo, confortaba la timidez de aquellas mujeres, regocijaba su humildad y saturaba su devoción? Pero como viste que apacentarle a El viene a ser como apacentarse de El, apacentar El a los demás no es sino ser apacentador; *Señor, que me apacientas desde mi juventud*<sup>16</sup>, dice el santo patriarca Jacob. Buen padre de familia el que cuida solícito de sus domésticos, sobre todo en los días malos, sustentándolos en su hambre con el pan de vida y de inteligencia, y los nutre así para la vida eterna. Mas al apacentar así a sus hijos, creo que también El se apacienta con un manjar para El muy sabroso, el de nuestro aprovechamiento; porque el gozo del Señor es nuestra fortaleza.

5. Así, pues, cuando apacienta, es apacentado, y cuando es apacentado, apacienta, alimentándonos juntamente con gozo espiritual y alegrándose igualmente de nuestro aprovechamiento. SU MANJAR ES MI PENITENCIA, SU MANJAR ES MI SALVACIÓN, SU MANJAR SOY YO MISMO. ¿Acaso no se alimenta de ceniza como de pan? Pues bien, yo soy esa ceniza en cuanto pecador, y El me come. Cómeme al reprenderme, trágame al instruirme, cuéceme al cambiarme, digiérreme al transformarme y úneme a sí al conformarme consigo. No te asombres: nos come y le comemos, a fin de estar más ínti-

<sup>16</sup> Gen. 48, 15.



mamente unidos con El; de otro modo, nuestra unión sería imperfecta. Porque si yo le comiera, sin que El, a su vez, me comiese, El estaría en mí, mas no yo en El. Y si El me comiera, sin comerle yo, yo estaría en El, mas El en mí no; y así no estaríamos sino imperfectamente unidos. En cambio, será perfecta nuestra unión si El me come y yo le como, porque entonces yo estaré en El y El en mí.

6. ¿Quieres que con un símil te demuestre lo dicho? Levanta ya los ojos a cierta conveniencia más sublime, aunque semejante a ésta. Si el Esposo mismo estuviera de tal modo en el Padre que el Padre no estuviera en El, o si el Padre estuviera de tal modo en El que El no estuviera en el Padre, atrévome a decir que su unidad no sería entonces perfecta, o mejor dicho, ya no habría entre ambos unidad; mas porque El está en el Padre y el Padre en El, no hay nada de defectuoso en su unidad, sino que el Padre y El son verdadera y perfectamente una misma cosa. Asimismo, el alma, que debe poner todas sus delicias en estar unida con Dios<sup>17</sup>, no crea haber conseguido la perfecta unión con El mientras no sienta íntimamente que El permanece en ella y ella en El, aunque no de la misma manera que el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre; por más que diga el Apóstol que *quien se adhiere a Dios, hácese un mismo espíritu con El*<sup>18</sup>. Porque nadie, ni en el cielo ni en la tierra, a menos de ser un insensato, se atreverá a usurpar esta palabra del Unigénito de Dios: *Mi Padre y yo somos una misma cosa*<sup>19</sup>.

Mas aunque yo no sea sino polvo y ceniza, apoyándome en la autoridad de la Escritura, no temeré decir que soy un mismo espíritu con Dios, mientras esté íntimamente persuadido, por el testimonio de mi conciencia, de que vivo de veras adherido a Dios, como uno de aquellos que permanecen en la caridad, y por tanto que permanecen en Dios y Dios en ellos, comiendo a Dios espiritualmente y siendo igualmente comidos por El. Pues pienso que de esta adhesión está dicho: *El que se adhiere a Dios es un mismo espíritu con El*. Así, pues, el Hijo de Dios dice: *Yo estoy en mi Padre, y mi Padre en mí*<sup>20</sup>; y en otra parte añade: *Yo y mi Padre somos una misma cosa*<sup>21</sup>. Por modo parecido puede decir el hombre justo: Yo en Dios y Dios en mí: somos un mismo espíritu.

7. Pero ¿acaso el Padre y el Hijo, a fin de estar el uno en el otro y ser una misma cosa, se comen también el uno al otro, como Dios y el hombre se penetran por una comestión recíproca y espiritual, a fin de ser, si no una misma cosa,

<sup>17</sup> Ps. 72, 28.

<sup>18</sup> I Cor. 6, 17.

<sup>19</sup> Io. 10, 30.

<sup>20</sup> Io. 14, 11.

<sup>21</sup> Io. 10, 30.

a lo menos un mismo espíritu? No; porque ni en ambos casos están el uno en el otro del mismo modo, ni resulta de ambas uniones la misma unidad, sino muy distinta. Esta diversidad de unidades viene indicada con los vocablos *uno* y *una misma cosa*; por manera que ni del Padre y del Hijo se puede decir que son *uno*, ni del hombre y Dios se puede afirmar que son *una misma cosa*. Tú, si sabes, tomarás de aquí ocasión para saber más aún, advirtiéndote prudentemente que estas palabras: *una misma cosa*, expresan la unidad de sustancia y de naturaleza que hay entre el Padre y el Hijo; mientras que *uno*, o sea *un mismo espíritu*, si bien significa cierta especie de unidad entre Dios y el hombre, con todo es ésta una unidad muy distinta de la anterior, yendo mucha diferencia entre la esencia de Dios y la del hombre, mientras que la esencia del Padre y del Hijo es una sola. Por donde se ve que esta unidad del hombre con Dios no es propiamente tal, comparada con aquella otra unidad singular y soberana. Porque ¿cómo se encontraría la unidad donde hay varias naturalezas y diversidad de sustancias? Mas al alma que a Dios se adhiere se la llama, y es, en efecto, un mismo espíritu con El, sin que la pluralidad de las esencias se oponga a esa unidad, porque ésta no es resultado de identidad de naturaleza, sino que es producida por el consenso de voluntades. Por causa de éste dicese que muchos corazones son un solo corazón y muchas almas una sola alma, como está escrito: *Toda la multitud de los fieles tenía un mismo corazón y una misma alma* <sup>22</sup>. Pues ésta es la unidad.

8. Pero ¿qué relación tiene con esa otra unidad, que no resulta de la unión, sino que subsiste eternamente? No es ésta efecto de cierta manducación, porque no es hecha. Tampoco es efecto de conjunción o como composición, o algo parecido que excluya la idea de unidad, porque la naturaleza, la esencia y la voluntad del Padre y del Hijo no sólo es una, sino una misma cosa, ya que su naturaleza es su ser, y su voluntad es su ser y naturaleza. No cabe, por tanto, decir que la unidad por la cual el Padre y el Hijo no son sino una misma cosa se haga de sus naturalezas o de sus esencias o de sus voluntades, porque no cabe decir que éstas tienen ser especial, no habiendo sino una sola esencia y una sola voluntad. No cabe decir tampoco que esta unidad se hace, por cuando existe y existirá eternamente. No es ésta una unidad artificial, sino nativa; de forma que el Padre y el Hijo están uno en otro, no sólo de una misma manera inefable, sino incomprensible, siendo capaces de contenerse, y conteniéndose uno a otro por igual; y, con todo, de tal manera son capaces de contenerse, que no

<sup>22</sup> Act. 4, 32.

son divisibles, y de tal forma se contienen, que no participan el uno del otro; pues, como en un himno canta la Iglesia, todo el Hijo está en el Padre y todo el Padre está en el Verbo<sup>23</sup>. El Padre está en el Hijo, en quien siempre ha tenido sus delicias, y el Hijo está en el Padre, del cual es siempre engendrado, sin que jamás haya estado de El separado. Ahora bien, nada de esto pasa en la unidad que hay entre Dios y el alma del justo. Ciertamente que por la caridad el hombre está en Dios y Dios está en el hombre, conforme a aquello de San Juan: *El que permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él*<sup>24</sup>. Mas esta permanencia es fruto de la unión de dos seres que vienen a formar un solo espíritu en virtud de la transformación moral, no esencial, del uno en el otro, del hombre en Dios. ¿Ves ahora la diferencia entre la unidad que reina entre el Padre y el Hijo y la que se establece entre Dios y el alma justa por la caridad? En el primer caso da-se unidad substancial; en el segundo, sólo moral o accidental. Por donde se ve que, si bien lo consideramos, esa diversidad esencial de unidades se halla expresada con bastante claridad con las palabras *uno* y *una misma cosa*, no pudiendo convenir al Padre y al Hijo *ser uno*, ni al hombre y a Dios *ser una misma cosa*. No cabe decir que Padre e Hijo no son sino *uno*, pues el uno es Padre y el otro es Hijo. Dícese, con todo, que son *una misma cosa*, y lo son realmente, porque cada uno de ellos no tiene su substancia particular, sino que entrambos tienen una misma substancia. Al contrario, el Hombre y Dios, al no tener una misma substancia o una misma naturaleza, no se puede decir que sean una misma cosa. Y, con todo eso, se puede decir ciertamente y con toda propiedad que son un mismo espíritu, si están perfectamente adheridos con el aglutinante de la caridad. Mas la unidad o unión que de ahí resulta no implica identidad de esencias, sino sólo perfecta conveniencia, conformidad o uniformidad de voluntades y afectos.

9. Pero, si no me engaño, las palabras citadas no sólo ponen de manifiesto la diversidad, sino también la disparidad de unidad en la materia que nos ocupa; puesto que en el primer caso esta unidad supone perfecta identidad de esencia, mientras que en el segundo resulta de la unión de dos esencias diversas. A la verdad, es cosa muy diversa ser dos uno por identidad de esencia y serlo en virtud de la unión de dos esencias distintas. Pues bien, las palabras *uno* y *una misma cosa* establecen la diversidad que hay entre estas dos unidades, porque con la frase: *son una misma cosa*, se expresa la unidad de esencia entre el Padre y el Hijo, y por este vocablo *uno* se designa un consenti-

<sup>23</sup> Himn. fer. seg. a Mait.

<sup>24</sup> I Io. 4, 16.

miento mutuo de afectos y voluntades entre Dios y el hombre. Con todo, se puede decir muy bien que el Padre y el Hijo son uno, añadiendo a esto alguna cosa, por ejemplo, un Dios, un Señor y, generalmente, todo lo que dice relación a la esencia y no a la persona; por cuanto su divinidad o su majestad no son cosas diversas de su substancia o de su naturaleza, puesto que todas estas perfecciones o atributos no forman sino una sola y única esencia, y ésta divina, que se halla igualmente en el Padre que en el Hijo. En cuanto a esa otra unidad en virtud de la cual muchos corazones y muchas almas no forman sino un solo corazón y una sola alma, juzgo que en rigor no merece el nombre de unidad, si se la compara con aquélla, que no une muchas cosas, sino que designa singularmente una misma cosa. Esta unidad, pues, que no se forma por la unión, sino que existe desde toda la eternidad, es excelente y soberana. Y aquella comestión espiritual, de que hemos hablado, no tiene aquí lugar. Y mucho menos aún debemos creer que se realice por conjunción de esencias o de voluntades, puesto que aquí no hay diversas esencias o voluntades, como hemos dicho, sino una sola y única esencia y voluntad. Con todo, si alguno se empeña en decir que entre el Padre y el Hijo hay perfecta unión de voluntad, no me opondré a ello, con tal, empero, que no se entienda que son dos voluntades, sino una sola y única.

10. Ahora, en lo que toca a la unión que se establece entre Dios y el hombre, como aquí hay distintas voluntades y esencias, la mansión de uno en otro es de muy distinto género; por cuanto, si bien tenemos aquí consenso o conformidad de voluntades, no tenemos identidad de esencias. La caridad, cual precioso aglutinante, une íntimamente la voluntad del hombre con la de Dios, pero sus esencias permanecen diversas. Esta unión es ciertamente dichosa y preciosísima, pero casi no merece el nombre de tal si la comparamos con la que existe entre el Padre y su Verbo divino. Oíd, sin embargo, lo que nos dice hablando de ella el que la ha experimentado: *Pongo todas mis delicias en estar unido con Dios* <sup>25</sup>. No cabe duda que de nuestra unión con Dios se nos sigue un bien inmenso, sobre todo si esta unión se realiza de una manera perfecta. ¿Y quién está unido perfectamente a Dios sino aquel que, permaneciendo en Dios, como amado de Dios, a fuerza de amarle, logra atraer a sí al mismo Dios? Luego, puesto que Dios y el hombre están perfectamente unidos entre sí, y lo están cuando la caridad mutua que se profesan es tan íntima y profunda que en cierto modo funde en uno sus corazones, entonces no dudaré en afirmar resueltamente que Dios está.

<sup>25</sup> Ps. 72, 28.



en el hombre y el hombre en Dios, aunque no de la misma manera; porque el hombre está en Dios desde toda la eternidad, por cuanto el Señor le ama desde toda la eternidad, con tal, empero, que pertenezca al número de aquellos que pueden decir aquello del Apóstol: *Dios nos amó e hizo gratos a sus ojos en su divino Hijo antes de la creación del mundo* <sup>26</sup>. En cambio, Dios no mora en el hombre sino cuando está en gracia y le ama a El. Siendo esto así, resulta que el hombre está en Dios aun cuando Dios no esté en el hombre por gracia; pero Dios no mora en el hombre si éste no mora en Dios por la caridad. Ahora bien, aunque el hombre ame a Dios por algún tiempo, no puede permanecer en este amor sin ser de Dios amado y aun puede acontecer que sea amado de Dios antes que él le ame. De lo contrario, ¿cómo se realizaría aquello que dice San Juan: *El Señor nos amó primero a nosotros?* <sup>27</sup> Mas cuando ya ama el que antes era amado, entonces puede afirmarse que el hombre mora en Dios y Dios en el hombre; pero el que nunca ha amado a Dios, es cierto que nunca ha sido de El amado; y, por consiguiente, nunca ha morado Dios en él por gracia, ni él tampoco ha morado jamás en Dios. Y basta lo dicho para señalar la diferencia que hay entre la unión en virtud de la cual el Padre y el Hijo son una misma cosa y la que existe entre el alma y Dios, a quien se ha adherido, y en virtud de la cual se ha hecho un mismo espíritu con El. Hemos juzgado necesario dar esta explicación porque, como la Sagrada Escritura dice del hombre que está en gracia que Dios mora en él y él en Dios, y también del Hijo de Dios afirma que El está en el Padre y el Padre en El, esta manera de hablar podría engendrar confusión e inducir a alguno a que atribuyera al hijo adoptivo de Dios una prerrogativa que es propia y exclusiva de su Hijo Unigénito.

11. Volvamos ahora a Aquel que se apacienta entre lirios, que es de donde hemos tomado pie para esta larga digresión; si fué inútil, vosotros juzgaréis. Y ya os había dado dos interpretaciones de este lugar: según la primera, el Esposo es el que se apacienta con las virtudes de los candidatos, siendo El todo virtud y candor; según la segunda, es apacentado por ellos cuando por la penitencia recibe a los pecadores en su místico cuerpo, que es la Iglesia, pues para incorporarlos consigo, El, que no conocía pecado, hízose pecado para destruir así el cuerpo de pecado, al que en un tiempo estuvieron injertados, y fuesen justicia con El, gratuitamente justificados.

<sup>26</sup> Eph. I, 6. 4.

<sup>27</sup> I Io. 4, 10.

12. Os propongo todavía un tercer sentido que se me ocurre; y bastará, creo, si no para esclarecer este paso, para dar fin siquiera a este sermón. La palabra de Dios es verdad, y el Esposo divino también es la Verdad. Esto lo sabéis. Oíd lo demás. Cuando esta palabra se oye, mas no se cumple, permanece en cierto modo vacía y ayuna, por lo cual se entristece, lamentándose de haber sido proferida inútilmente; mas, si es obedecida, no parece sino que toma cuerpo cuando a la palabra se junta la obra que la nutre, ciertos frutos de obediencia y de justicia. Por esto dice El en el Apocalipsis: *He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y me abre la puerta, entraré en él, y con él cenaré, y él conmigo* <sup>28</sup>. Se me figura que el Señor aprueba esta interpretación, cuando dice por boca de uno de sus profetas: *Mi palabra, en saliendo de mis labios, no volverá a mí vacía, sino que obrará todo aquello que yo quiero y ejecutará felizmente aquellas cosas a que yo la envié* <sup>29</sup>. No volverá a mí vacía y estéril, dice, sino que prosperará en todas las cosas, se nutrirá hasta saciarse con las buenas acciones de aquellos que, obedeciéndola, ejecutarán sus enseñanzas. Ciertamente suele decirse que una palabra ha sido cumplida cuando se traduce a la práctica, o sea, que mientras no se cumpla con obras, permanece estéril, macilenta y en cierto modo famélica.

13. Pero oye con qué alimento dice que nutre: *Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre* <sup>30</sup>. Es la palabra del Verbo, que claramente nos manifiesta cómo su comida es el hecho bueno, con tal que se encuentre entre los lirios, es decir, entre las virtudes; de otro modo, si ese alimento, aunque bueno en sí, lo encuentra fuera de sí, no lo tocará. Aquel que se apacienta entre lirios. Así, por ejemplo, no recibe la limosna de manos del ladrón o del usurero ni del hipócrita que, cuando da limosna, hace sonar la trompeta delante de sí, a fin de ser alabado de los hombres. No escuchará tampoco la oración de aquel que se complace en orar en las plazas, a fin de que le vean y alaben <sup>31</sup>; por cuanto la oración de esos tales aparece execrable a sus ojos <sup>32</sup>. Y en vano también presentará su ofrenda en el altar el que ofendió a su hermano, si antes no procura reconciliarse con él <sup>33</sup>. Vemos asimismo que el Señor no atendió a las ofrendas de Caín <sup>34</sup> por haber concebido envidia de su hermano Abel; y el profeta Isaías nos cerciora de que el Señor abominaba de las fiestas, solemnidades y sacrificios de los judíos, protestando de que le eran molestos,

<sup>28</sup> Apoc. 3, 20.

<sup>29</sup> Is. 55, 12.

<sup>30</sup> Io. 4, 34.

<sup>31</sup> Mt. 6, 2. 5.

<sup>32</sup> Prov. 28, 9.

<sup>33</sup> Mt. 5, 23. 24.

<sup>34</sup> Gen. 4, 5.

diciendo: *Cuando levantéis a mí vuestras manos, apartaré mi vista de vosotros, porque vuestras manos están llenas de sangre.* Claro está que no olerían a lirios esas manos impuras, y por eso rehusaba los presentes que con ellas se le ofrecían, por cuanto El suele apacentarse entre lirios, no entre espinas. ¿Y no tenían espinas las manos de aquellos de quienes decía: *Vuestras manos están manchadas de sangre?*<sup>35</sup> Y manos velludas eran las manos de Esaú, similares a las espinosas, y por eso no fueron admitidas a servir en el santuario.

14. Me temo haya también entre nosotros algunos de quienes el Esposo no acepte los presentes que le ofrecen, por carecer del aroma propio de los lirios. En verdad que si le ofrecieseis ayunos por propia voluntad, los rechazaría el Esposo, pues no se complace en esa clase de ayunos, por no percibir en ellos el olor de la obediencia, sino el hedor repugnante de la voluntad propia. Y lo mismo digamos del silencio, de las vigiliass, de la oración, de la lectura espiritual, de las ocupaciones exteriores y de todas las observancias regulares, cuando el religioso sólo quiere guiarse por su propio sentir, desentendiéndose de la obediencia a su maestro. No puedo creer que todas esas observancias, aunque buenas en sí, puedan ser contadas en el número de los lirios, o sea, de las virtudes; por cuanto el que así obra-se oiría al Señor decirle: ¿Acaso es éste el servicio que elegí? En todas esas obras buenas que has hecho hallo tus propias voluntades<sup>36</sup>. GRAN MAL ES LA PROPIA VOLUNTAD, POR LA QUE TUS BIENES NO SON PARA TI BIENES. Hay, por tanto, que procurar sean lirios; y lo son si no hay en ellas ni resabios de propia voluntad: entonces resultarán sabrosas al Esposo, que se apacienta de lirios. Gusta, pues, el Esposo de apacentarse entre lirios, o sea entre corazones nitidos y puros. Mas ¿hasta cuándo? Hasta que amanezca el día y se inclinen las sombras. Sombrío y áspero es este lugar. No entremos en la selva umbría de este profundo misterio, sino en la clara luz del día; porque casi sin percatarme heme alargado y declina el día y a disgusto dejamos los lirios, no porque me sienta cansado, ni mucho menos porque me fastidie el olor de esas flores, sino porque, si bien es poco lo que falta para terminar este capítulo, eso poco es sumamente recóndito, como lo es todo este divino libro que vamos comentando. Mas Aquel a quien toca revelar los misterios vendrá en nuestra ayuda, como lo espero, tras de haber dado repetidas alabadas a sus puer-

<sup>35</sup> Is. 1, 13-15.

<sup>36</sup> Is. 58, 3-5.

tas. Sin duda el Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, no cerrará la boca de los que hablan de El, soliendo abrir las cerradas, El que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

**72** EN QUÉ SENTIDO SE DICE QUE ASPIRA EL DÍA Y SE INCLINAN LAS SOMBRAS. DIVERSOS DÍAS PARA EL HOMBRE; Y DE CÓMO A LOS JUSTOS, QUE VIVEN EN LA LUZ, LES ESPERA UN CLARÍSIMO DÍA, MIENTRAS QUE A LOS IMPÍOS, QUE EMPLEAN EL TIEMPO EN OBRAS TENEBROSAS, LES AGUARDA LA NOCHE ETERNA \*

1. *Mi Amado es para mí, y yo para mi Amado, el cual se apacienta entre lirios hasta que aspire el día y se inclinen las sombras*<sup>1</sup>. No precisamos explicar sino la última parte de este versículo; y desde luego oírme la duda acerca de a cuál de las dos precedentes la debo juntar, pudiendo referirse indistintamente a una u otra; por cuanto ora digamos: *Mi Amado es todo para mí, y yo todo para El, hasta que aspire el día y se inclinen las sombras*, considerando como un inciso la frase: *el cual se apacienta entre lirios*; ora lo tomemos en sentido más literal, diciendo: *Mi Amado se apacienta entre lirios hasta que aspire el día y se inclinen las sombras*, en ambos casos, el sentido es perfecto y obvio, aunque con esta diferencia: que si referimos las palabras *hasta que* al primer miembro, es preciso entenderlas en sentido inclusivo, mientras que si las referimos al segundo, hay que tomarlas en sentido exclusivo. Ahora bien, si las entendiésemos en este sentido, resultaría que el Esposo lo sería todo para su Esposa y viceversa, sólo hasta que amanezca el día, cesando entonces del todo sus mutuas relaciones; lo cual no puede ser, por cuanto esta recíproca pertenencia ha de durar eternamente; y no sólo esto, sino que será para ambos tanto más dichosa cuanto más íntima, y tanto más íntima cuanto esté más libre de todo estorbo, como acontecerá en la vida futura. Por tanto, han de entenderse las palabras *hasta que* en el mismo sentido en que las emplea Mateo, cuando se narra que José no conoció o tocó maritalmente a María hasta que ésta dió a luz a su Hijo primogénito<sup>2</sup>, siendo así que jamás la conoció de aquella manera, ni antes ni después. Pueden también entenderse en el sentido en que el salmista las

\* PL 183, 1128.

<sup>1</sup> Cant. 2, 16, 17.

<sup>2</sup> Mt. 1, 25.



emplea al decir: *Nuestros ojos están clavados en el Señor hasta que se apiade de nosotros*, es decir, para moverle a apiadarse de nosotros<sup>3</sup>; pues claro está que después que se haya apiadado no se han de apartar de El nuestros ojos. Finalmente, cabe entenderlas en el sentido en que habló el Salvador a sus apóstoles cuando dijo: *He aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*<sup>4</sup>, pues nadie ignora que también estará con ellos después de consumados los siglos. En este sentido, pues, hanse de entender las palabras *hasta que*, si se refieren a la frase: *Mi Amado es todo para mí, y yo toda para El*. Pero si las referimos al inciso *el cual se apacienta entre lirios*, habrá que entenderlas en otro sentido muy diverso; siendo entonces mucho más difícil mostrar cómo el Esposo cesa de apacentarse al comenzar el día, porque si ese día es el de la resurrección universal, ¿por qué no ha de tener más gusto en apacentarse entre lirios, precisamente cuando haya mayor abundancia de ellos? Sea dicho lo que precede para la inteligencia del sentido literal de este texto.

2. Nota ahora conmigo que, a pesar de que después del fin del mundo el Esposo estará en un reino cuajado, por decirlo así, con infinitad de refulgentes lirios, y de que gozará allí de delicias, no puede, con todo, decirse que se apacentará entonces como solía hacerlo antes. Porque ¿dónde habrá allí pecadores que Cristo pueda incorporar a sí, después de habérselos comido (si puedo hablar así) como con los dientes de una más austera disciplina, o sea por medio de las aflicciones de la carne y la contrición del corazón? El Verbo Esposo no exigirá ya que se le proporcione ese alimento de las acciones de obediencia y demás virtudes, puesto que la única acción será entonces estar en una eterna quietud, y toda la ocupación será contemplar y amar. Ciertamente su comida es hacer la voluntad de su Padre, mas esto en la tierra, no en el cielo; porque ¿cómo ha de hacerla, si ya está hecha, y consta, además, que en el cielo esta voluntad es perfectísima? Entonces los santos conocerán cuál sea la voluntad de Dios, voluntad santa, justa y perfecta. ¿Qué falta por hacer cuando todo está perfecto? No queda sino gozar, no obrar; experimentar, no trabajar; vivir de esta divina voluntad, no ejercitarse en cumplirla. ¿No es ella la que nosotros, instruidos por el Señor, pedimos con oraciones continuas se cumpla en el cielo y en la tierra<sup>5</sup>, a fin de que, estando ya en el cielo, no tengamos más que recoger su fruto? El Verbo Esposo, pues, no necesitará entonces el alimento de las buenas obras, porque

<sup>3</sup> Ps. 122, 2.

<sup>4</sup> Mt. 28, 20.

<sup>5</sup> Mt. 6, 10.

toda obra cesará cuando todos estén abundantemente llenos de sabiduría, pues, como dice la Escritura, el que se desentiende de toda otra ocupación que la de adquirirla, ése la adquirirá<sup>6</sup>.

3. Pero veamos ahora si lo que decimos se puede sostener conforme al sentido que ciertos intérpretes dan a las palabras *se apacienta entre lirios*, suponiendo que significan: Se deleita al contemplar el candor de las virtudes. ¿Diremos acaso que entonces no habrá virtudes o que el Esposo no se complacerá en mirirlas? Sería ciertamente demencia el admitir entrambas cosas. Mas tal vez habremos de decir que entonces se deleitará y complacerá en ellas de muy distinto modo; porque aunque nos consta que se deleitará en ellas, quizá esto se realizará entonces a manera de bebida, más bien que de comida. Verdaderamente en la presente vida, y viviendo aún el hombre en cuerpo mortal, no hay virtud tan depurada de heces; no hay virtud, repito, tan suave y tan límpida, que pueda servir de bebida al Esposo. Pero el que quiere que todos los hombres se salven, disimula muchas cosas; y al ver que sus virtudes no pueden proporcionarle una bebida tan deliciosa cual sería de desear, procura entre tanto, apelando a cierto arte e industria que le es peculiar, confeccionarse con ellas un como manjar sabroso y nutritivo. Día vendrá en que esas virtudes, bien aquilatadas y depuradas, se trocarán en exquisita ambrosía con que se regalará el divino paladar. Tienes a quien lo promete en el Evangelio: *No beberé ya más desde ahora de este fruto de la vid hasta el día en que beba con vosotros del nuevo cáliz en el reino de mi Padre*<sup>7</sup>. Y ninguna mención de comida. Y en el profeta léese también: *Como fuerte embriagado con vino*<sup>8</sup>. Ahora bien, la Esposa, bien instruída acerca de este misterio, después de haber averiguado y comprobado con certeza que su Amado se apacienta entre lirios, trata de concretar el tiempo durante el cual se dignará apacentarse de este modo, mejor dicho, declara paladinamente que ese tiempo está señalado, diciendo: *Hasta que aspire el día y se inclinen las sombras*; sabía bien que, después de la presente vida, el Esposo se nutrirá con las virtudes de los santos, antes como bebida que como comida. No parece sino que el Esposo ha querido en esto acomodarse a lo que de ordinario suele hacerse; pues, como es sabido, se toma la bebida después de la comida. Así que el que acá en la tierra se apacienta con el manjar de las virtudes, allá en el cielo será bebiendo de las virtudes, pareciendo convenir en esto con la costumbre de beber tras de

<sup>6</sup> Eccli. 38, 25

<sup>7</sup> Mt. 26, 29.

<sup>8</sup> Ps. 77, 65.

haber comido. Luego quien aquí come, allí beberá seguramente, deglutiendo aquellas mismas cosas que ahora más escrupulosa y como laboriosamente vuelve como líquidas al masticarlas.

4. Ahora démonos a considerar ese día y sus sombras, cuál sea éste, cuáles aquéllas y por qué dice que el uno aspira o más bien sopla; y las sombras se inclinan más bien que son abatidas. Muy intencionadamente y aun singularmente se dijo: Hasta que *aspire* el día; porque, si no me engaño, no se halla otro lugar en que se diga que el día aspira. Dicese, en efecto, de las auras que aspiran, mas no de los días o tiempos. El hombre respira el aire, los otros animales respiranlo también, siendo esa continua respiración lo que les hace vivir. ¿Y qué otra cosa es la respiración sino un poco de viento? El Espíritu Santo aspira también, y de ahí le viene su nombre. ¿Cómo, pues, se dice que el día sopla, no siendo él ni viento, ni espíritu, ni animal? Y no se conforma la Escritura con decir que el día sopla, sino que taxativamente dice *que aspira*. No es menos insólito lo que añade a continuación, a saber, *que las sombras se inclinan*, pues cuando esta luz visible y corporal se levanta, las sombras no se inclinan, sino que del todo se disipan. Hay, pues, que buscar la explicación de estas dos cosas más allá de la esfera corporal. Y si acertamos a hallar un día y unas sombras espirituales, quizá entonces entenderemos más fácilmente lo que es *la aspiración del uno y la inclinación* de las otras. Si alguno creyera que es puramente material aquel día de que habla el salmista cuando dice: *Más vale un solo día de estar en los atrios de tu templo que millares fuera de ellos*<sup>9</sup>, ese tal creería sin duda que sólo existen las cosas materiales y visibles al ojo. También se toma la palabra día en el sentido de algo que atrae la maldición, y así vemos lo emplean algunos profetas<sup>10</sup>. Mas lejos de nosotros el pensar que en tales casos se trata de alguno de los días que el Señor ha hecho. Por tanto, es espiritual.

5. ¿Quién dudará ya de que era sombra espiritual aquella que envolvió a María al concebir<sup>11</sup>, o aquella otra de que habla el profeta cuando dice: *Irás delante de nosotros el Espíritu, Cristo, Señor nuestro; bajo su nombre viviremos entre los gentiles*?<sup>12</sup> Creo, pues, que en este paso, con el nombre de sombra o sombras, más bien vienen designadas las potestades enemigas, las cuales no sólo son denominadas por el Apóstol sombras o tinieblas, sino también *príncipes de las tinieblas de este mundo*<sup>13</sup>. Y añade, además, Pablo que debe también contarse entre esas tinieblas a todos aque-

<sup>9</sup> Ps. 83, 11.

<sup>10</sup> Job 3, 3; Jer. 20, 14.

<sup>11</sup> Lc. 1, 35.

<sup>12</sup> Thren. 4, 20.

<sup>13</sup> Eph. 6, 12.

llos que se adhieran a ellas, mereciendo ser contados entre los hijos de la noche y no del día o de la luz. Pues bien, cuando amanezca el día de la eternidad, todas esas sombras o tinieblas no serán en manera alguna aniquiladas, como vemos que lo son las sombras materiales ante el sol, sino que subsistirán más miserables que antes, al ser completamente abatidas y esclavizadas. *Será abatido*—alude el profeta al príncipe de las tinieblas—*y caerá después que, por divina permisión, haya atormentado a los pobres y miserables*<sup>14</sup>. Por tanto, el príncipe de las tinieblas no será aniquilado en su naturaleza, sino que sólo se le arrancará el poder de tentar a los hombres; no perecerá su substancia, sino que únicamente habrá terminado la hora del poder de las tinieblas. Será quitado de en medio para que no vea la gloria de Dios, pero no será destruido para que pueda ser eternamente abrasado. ¿Por qué no se inclinarán las sombras cuando sean depuestos los poderosos de su silla y sean puestos como peana de sus pies?<sup>15</sup> Lo cual ciertamente conviene se haga pronto. Es la hora postrera; precedió el día y llegó la noche. Aspirará el día y expirará la noche. Noche es el diablo, noche el ángel de Satanás, aun cuando se transfigure en ángel de luz. Noche también es el anticristo, al que el Señor matará con el aliento de su boca y destruirá con la ilustración de su advenimiento<sup>16</sup>. Y el Señor, ¿no es día? Día ciertamente que alumbró y aspira, que con el aliento de su boca fuga las tinieblas y destruye máscaras con la ilustración de su advenimiento. Si os place más tomar simplemente la palabra *inclinación*, y que no pensar sea otra cosa inclinar que aniquilar, tampoco despreciamos ese sentido: llamamos sombras a las figuras y enigmas de las Escrituras y aun a las locuciones sofisticadas y cavilaciones de palabras y al tejido de argumentos, cosas todas que mientras tanto sombrean la luz de la verdad, pues en parte conocemos y en parte profetizamos. Mas al aspirar el día se inclinarán las sombras, porque, ocupándolo todo la plenitud de la luz, no podrá quedar parte alguna de tinieblas. Finalmente, cuando venga lo que es perfecto, se disipará lo que es imperfecto<sup>17</sup>.

6. Bastaría lo dicho acerca de esto si se hubiera dicho que el día *sopla* y no *aspira*. Esta tenue variante exige, creo, un breve comentario que explique satisfactoriamente la razón de tal cambio de palabras; porque bien persuadido estoy de que en el texto sagrado de tan precioso libro no hay nada inútil o superfluo; nada, ni la menor partícula, que carezca de especial sentido. Ahora bien, nadie ignora que de ordinario usamos del vocablo *aspirar* o *pretender* cuando

<sup>14</sup> Ps. 9, 10.

<sup>15</sup> Rom. 13, 12.

<sup>16</sup> 2 Thes. 2, 8.

<sup>17</sup> 1 Cor. 13, 9, 10.



queremos significar que se codicia una cosa; y así, decimos fulano o mengano aspira a ocupar aquel cargo, aquella dignidad. Pues bien, en nuestro caso la palabra *aspirar* denota la maravillosa afluencia de espíritu que invadirá impetuosamente todo nuestro ser en la vida futura, de forma que no sólo espiritualizará del todo nuestro corazón, sino también el mismo cuerpo; por donde los en aquel día debidamente dispuestos para ello *quedarán embriagados con la abundancia de la casa del Señor, el cual les hará beber en el torrente de sus delicias.*

7. O de otro modo. Ya alumbró a los santos ángeles el día santificado, espirándoles con ímpetu continuo de un perpetuo río los melifluos arcanos de la sempiterna divinidad, y este día, cual soplo vehementemente y maravilloso, disipó completa y perpetuamente las tinieblas, haciendo resplandecer ante ellos los arcanos sublimes e inefables de la divinidad, según aquella frase expresiva del Salmista: *Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios*<sup>18</sup>; es decir, aquella ciudad de la cual canta el mismo Salmista que *todos los que en ella habitan, viven gozosísimos*<sup>19</sup>. Mas cuando siga espirando también en nosotros, que habitamos en la tierra, será no sólo espirante, sino aspirante, por admitirnos también a nosotros en su dilatado seno. O—para volver un poco más arriba y disertar un poco más ampliamente—habiendo sido el hombre plasmado del lodo de la tierra, el que lo plasmó, conforme narra la verídica historia, inspiró en su cara un respiro de vida<sup>20</sup>, y he ahí por dónde la envidiosa muerte astutamente se inoculó en ese día, simulando también luz, ya que, prometiendo a nuestros primeros padres una luz más brillante que la que poseían, con sus malignas sugerencias les envolvió en súbitas tinieblas, logrando que prevaricasen y quedasen sumidos en negra y espantosa oscuridad. ¡Ay! ¡Ay! No lo conocieron ni entendieron; precipitáronse en tinieblas sin notarlo, tomando las tinieblas por luz y la luz por tinieblas; y la mujer cogió del árbol y comió, sugestionada por la serpiente y pisoteando el divino mandato; dió también a su marido, el cual también comió. Y al punto se les abrieron a entrambos los ojos, y amaneció para ellos un nuevo día; día nefasto, día conspirador, que lanzó de ellos al día inspirador, que procedía del divino soplo, y audazmente lo suplantó. Bien puede decirse que entonces se coligaron contra el Señor y contra su Cristo la envidia de Satanás, las caricias de la mujer y el afeminamiento del hombre. De ahí que el Señor y su Cristo se dijeran mutuamente: *Ved a Adán hecho como uno de nosotros*<sup>21</sup>; por cuanto, al condescender con los pecadores, había injuriado a entrambos.

<sup>18</sup> Ps. 45, 5.

<sup>19</sup> Ps. 86, 7.

<sup>20</sup> Gen. 2, 7.

<sup>21</sup> Gen. 3.

8. En este día nacemos todos, llevando todos impreso en la frente el sello de esa conspiración antigua. Vive en nuestra carne Eva, y por medio de la concupiscencia de ella heredada, la astuta serpiente despliega todos sus ardides y embelecos para seducirnos y arrastrarnos a su facción. Por eso los santos, como antes dije, maldijeron ese día, deseando se abreviase y se trocase cuanto antes en tinieblas<sup>22</sup>, por ser día de perpetua lucha y contradicción, pues la carne no cesa de luchar contra el espíritu, y la ley de los miembros, con infatigable rebelión, contra la ley de la mente y los dictados de la razón. Por esto podríamos llamarle más bien día de muerte que de vida. Cierto, ¿qué hombre hay que pueda vivir sin tener siempre ante su vista la muerte y que pueda librarse de su zarpazo?<sup>23</sup> Irrítese el que quiera contra esa muerte inevitable, que yo la he considerado siempre como un efecto de la divina misericordia para con los elegidos, a cuya salvación y provecho lo ordena todo; pues por medio de la muerte hace que se vean libres de esa lucha incesante, de ese tormento angustioso, de esa guerra cruel que los sujeta y mantiene cautivos de la ley del pecado, que está en los miembros de su cuerpo. Ellos mismos sienten horror y llevan con digno disgusto su vergonzoso cautiverio y triste lucha.

9. Apresurémonos, pues, a respirar de la conspiración antigua e inicua, porque breves son los días del hombre<sup>24</sup>. El día que respira nos reciba antes que nos absorba la noche que suspira, para envolvernos en las tinieblas exteriores de la eterna caligine. ¿Te preguntas en qué consistirá esta respiración? En si empieza el espíritu a desear contra la carne. Si repugnas contra ésta, respiras; si con el espíritu mortificas los hechos de la carne, respiras; si crucificas a ésta con sus vicios y concupiscencias, respiras. *Castigo*, dice (San Pablo), *mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, predicando a otros, yo mismo sea hallado réprobo*<sup>25</sup>. Es voz de quien respira, más aún, de quien ya ha respirado. Vete, y haz tú algo parecido<sup>26</sup>, para que pruebes haber respirado, para que conozcas que ha alumbrado para ti de nuevo el día inspirante. Y no prevalecerá contra este día redivivo la noche de la muerte, antes bien lucirá más en las tinieblas, y las tinieblas no le comprenderán. Opino que esta luz viva se anubla tan poco con la vida, que nadie como un muerto puede decir: Y la noche es mi iluminación en mis delicias<sup>27</sup>. ¿Cómo no se había de ver más claro al quedar desenredado de la nube, o mejor, de la hez del cuerpo? Será, sin duda, suelto de los lazos

<sup>22</sup> Iob 3, 3; Ier. 20, 14.

<sup>23</sup> Ps. 88, 49.

<sup>24</sup> Iob 14, 5.

<sup>25</sup> I Cor. 9, 27.

<sup>26</sup> Lc. 10, 37.

<sup>27</sup> Ps. 138, 11.

corpóreos, libre entre los muertos y vidente entre los ciegos. Pues así como antaño, estando cegados todos los ojos en todo el Egipto, el único que claramente veía en medio de las tinieblas era el pueblo que veía a Dios, o sea el pueblo de Israel, diciendo la Escritura que por doquier Israel estaba había luz<sup>28</sup>, así entre los hijos de las tinieblas, en la negra caligine de la muerte refulgirán los justos y verán tanto más claramente cuanto que estarán ya despojados de las sombras de los cuerpos. Pues también los que antes no respiraron, y ni siquiera buscaron la luz del día inspirante, y no les amaneció el sol de justicia, éstos, digo, irán de unas tinieblas a otras más densas, y los que están en tinieblas, se entenebreecerán más aún; y los que ven, verán más todavía.

10. Quizá se aduzca aquí también sin inconveniencia la palabra del Señor, que dijo: *Al que tiene, se le dará y abundará; mas al que no tiene, aun lo que parece tener se le quitará*<sup>29</sup>. Así es; y se añade en la muerte a los que ven y se les quita a los que no ven. Pues cuanto éstos ven menos y menos, aquéllos ven más y más, hasta que a éstos los reciba la noche suspirante y a aquéllos el día aspirante, que son las postrimerías de unos y otros, o sea la extrema ceguedad y la suprema claridad. Desde entonces ya no hay por qué se quite nada a los vacíos ni por qué se añada a los llenos; sólo que éstos piensan recibir algo encima de la plenitud, según la promesa que se les ha hecho. Y la promesa es ésta: *Medida buena, y plena, y agitada, y rebosante darán en vuestro seno*<sup>30</sup>. Y lo que se desborda, ¿no parece de algún modo más todavía que lo lleno? Pues bien, plácidamente oirás lleno y más lleno, si recuerdas haber leído: Para siempre y más allá<sup>31</sup>. Tal será, pues, el colmo del día aspirante. Este aumentará todavía la medida de la plenitud inspirada: a la abundancia del día inspirante, en las alturas un peso de gloria operante sobre toda ponderación, de manera que redunde a los cuerpos la desbordante añadidura de glorificación. Y por esta causa no se la ha llamado espirante, sino aspirante, por cuanto añade al (día) inspirante, significando esto el Espíritu Santo por la añadida preposición *ad*; porque a los que aquélla ilumina por dentro, ésta los adorna por fuera y vístelos con túnica de gloria.

11. Y lo dicho baste para dar razón del vocablo *aspirante*. Y si queréis saberlo, el DÍA ASPIRANTE ES EL SALVADOR MISMO, a quien esperamos, el cual reformará nuestro cuerpo, configurándolo al suyo glorioso<sup>32</sup>. El es también el

<sup>28</sup> Ex. 10, 23.

<sup>29</sup> Lc. 19, 26.

<sup>30</sup> Lc. 6, 38.

<sup>31</sup> Ex. 15, 18.

<sup>32</sup> Phil. 3, 20. 21.

día que *inspira* o infunde en nosotros la luz de su gracia, a fin de que nuestro hombre interior se vaya renovando de día en día; diciendo el Apóstol: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente*, o sea, en el interior de vuestra alma, y *revestios del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a la imagen de Dios*, y, por tanto, ha sido hecho día de día y luz de luz. Según esto, en cada uno de nosotros cabe distinguir en la presente vida como dos días: uno es aquel en que se inspira la vida a nuestro cuerpo al infudírsele el alma; otro, aquel en que respiramos la gracia y la santificación. A estos dos días ha de añadirse otro tercero, en el cual espiraremos la gloria de la resurrección. Por tanto, vendrá día en que se realice en nuestro cuerpo lo que ya se cumplió en el del que es nuestra Cabeza; sí, día vendrá en el que se verifique en nosotros aquel gran misterio consignado por uno de los profetas, cuando dice: *El Señor nos vivificará después de dos días; el tercer día nos resucitará y viviremos en su presencia. Conoceremos al Señor y le seguiremos, para conocerle* <sup>33</sup>. Este Señor es Aquel en quien desean mirarse los ángeles, el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**73** CÓMO CRISTO VENDRÁ EN FORMA HUMANA A JUZGAR, PARA QUE APAREZCA SUAVE A LOS ELEGIDOS; Y CÓMO, SIENDO MENOR QUE LOS ÁNGELES, ES MÁS SUBLIME QUE ELLOS \*

1. *Vuélvete; aseméjate, Amado mío, al cabrito y al cervatillo* <sup>1</sup>. ¿Qué? ¿Acaba de irse, y vuelves a llamarle? ¿Qué ha pasado de tan súbito en tan breve tiempo? ¿Hase olvidado ella quizá de algo? Sí; hase olvidado incluso de todo lo que no es El y aun de sí misma. Finalmente, con no estar falta de razón, no parece ahora, sin embargo, estar en sus cabales, y ni en su modo de sentir aparece en parte alguna su vergüenza, que quizás abriga en sus costumbres. El amor intemperante es el que obra esto. Efectivamente, él es el que, triunfando y cautivando en ella todo sentimiento de pudor, todo término de conveniencia, todo consejo de deliberación, engendra el descuido de la modestia y la oportunidad y cierta incuria. Pues mira cómo apenas empezó a alejarse el Esposo, pide en seguida la Esposa que regrese. Y aun ruégale se apresure y que corra al modo de ciertas

<sup>33</sup> Os. 6, 3.

\* PL 183, 1134.

<sup>1</sup> Cant. 2, 17.



bestias de las selvas que más veloces corren, como son la corza y el cervatillo. Este es el tenor de la letra, ésta la porción de los judíos.

2. Yo, en cambio, según recibí del Señor, en el seno profundo de la sagrada palabra buscaré para mí espíritu y vida; y ésta es mi porción, pues creo en Cristo. ¿Por qué no he de sacar un sabroso y nutritivo sustento de esta letra al parecer estéril e insípida, como se saca el grano de la paja, la nuez de la cáscara y la medula del hueso? Me desentiendo completamente de la letra, que sabe a cosa material y, tragada, engendra muerte, mientras que lo oculto bajo su corteza es fruto del Espíritu Santo; pues testifica el Apóstol: *El Espíritu habla cosas misteriosas*<sup>2</sup>; mas para Israel hay un velo sobre este misterio. ¿Y a qué es debido esto sino a que un velo envuelve su corazón? Así, lo que la letra suena, de él es; lo que designa, mío es. El halla la muerte en la letra; yo encuentro la vida en el espíritu; por cuanto *el Espíritu es el que vivifica*<sup>3</sup>, dando inteligencia. ¿Pues qué? ¿No es vida la inteligencia? Por eso dice el salmista: *Dame, Señor, inteligencia de tus misterios, y tendrás vida*. La inteligencia no se queda afuera, no se aplica a la superficie, no anda a tientas como ciego, sino que penetra lo más profundo, de donde saca muchas veces los tesoros de la verdad, y dice con el profeta al Señor: *Me alegraré en tus palabras como quien halló ricos despojos*<sup>4</sup>. El reino de la verdad se alcanza con violencia y los violentos lo arrebatan<sup>5</sup>. En cuanto a aquel hermano mayor, de que nos habla el Evangelio, que al volver del campo a la casa paterna no quiso entrar en ella, es figura del pueblo judío, viejo y terreno, que no trabaja sino por una herencia terrena, que gime aún bajo la pesada carga de la ley y lleva el peso del día y del calor. Ese hermano mayor, repito, como falto de inteligencia, aun ahora se queda afuera, no queriendo entrar en la casa del banquete, por más que su Padre le convida a entrar, privándose a sí mismo, aun el día de hoy, del concierto de la música y de saborear el becerro cebado<sup>6</sup>. Miserable quien rehusa experimentar lo bueno y grato que es para los hermanos el morar en mutua unión. Y sea esto dicho para mostrar la diferencia entre la parte de la Iglesia y la de la Sinagoga, a fin de que se reconozca más claramente la ceguera de la una y la prudencia de la otra, y también para que la felicidad de ésta se manifieste más, comparada con la lastimosa necesidad de aquélla.

3. Estudiemos ahora las palabras de la Esposa, empe-

<sup>2</sup> 1 Cor. 14, 2.

<sup>3</sup> Io. 6, 64.

<sup>4</sup> Ps. 118, 144. 162.

<sup>5</sup> Mt. 11, 12.

<sup>6</sup> Lc. 15, 25-30.

ñándonos en expresar de tal modo los castos afectos de su amor santo, que ni parezca siquiera hay en ellos nada contra razón, nada indecoroso en su expresión. Si recordamos la hora en que el Señor Jesús—porque éste es el Esposo—pasó de este mundo a su Padre<sup>7</sup>, y al mismo tiempo reflexionamos acerca del estado en que se hallaba entonces la Iglesia, su nueva Esposa, cuando, a modo de viuda desolada, se vió como abandonada de su única esperanza—hablo aquí de los apóstoles, quienes, dejadas todas las cosas, habían seguido a Jesús y permanecido con El en sus tentaciones—; si pensamos, repito, en esto, creo que nos parecerá no fué tan sin razón y propósito el que anduviera ella tan solícita por su vuelta, ni tampoco que se contristase en su partida, especialmente viéndose sola y desamparada. El amor, pues, a su Esposo y la necesidad en que se hallaba era doble motivo para rogarle e instarle a que, si no podía persuadirle a no subir al lugar donde antes estaba, se apresurase al menos a cumplir la promesa de su vuelta. En cuanto a desear y pedir que en esto semejase a los animales más veloces en su marcha, es señal de la violencia y del ansia de su apetito, para el cual nada se apresura lo bastante. ¿No es esto lo que ella pide a diario al decir en la oración: *Venga a nos el tu reino?*<sup>8</sup>

4. Yo, sin embargo, creo que, al expresarse en esta forma, no sólo quiso dar a entender la agilidad, sino también la debilidad de dichos animales: la del sexo en la corza y la de la edad en el cervatillo. Desea, pues, si no me engaño, que cuando el Esposo en su segundo advenimiento se presente al mundo con poder para juzgar al mundo, no aparezca en la forma de Dios, sino más bien en la forma humana, en la cual no sólo nació, sino que nació pequeño para nosotros, y esto sólo del sexo femenino, que es el más flaco. ¿Por qué así? A fin de que el recuerdo de esas dos debilidades le amoneste a amansarse en el día de su ira y recuerde en el juicio que ha de campar más bien la misericordia que el rigor; porque si El se pusiera a examinar las maldades, ¿quién, ni aun entre los mismos justos, podría subsistir?<sup>9</sup> Ni los astros son bastante puros ante sus ojos, que hallaron maldad en los mismos ángeles<sup>10</sup>. Oye, finalmente, de un santo y elegido lo que dice a Dios: *Tú, Señor, perdonaste la malicia de mi pecado; por lo cual orará a ti todo hombre santo en tiempo oportuno*<sup>11</sup>. Los mismos santos, pues, han de orar por sus pecados, a fin de ser salvos por la misericordia de Dios, no fiándose de su propia justicia, puesto que todos han pecado y necesitan la misericordia de Dios.

<sup>7</sup> Io. 13, 1.

<sup>8</sup> Mt. 6, 10.

<sup>9</sup> Ps. 129, 3.

<sup>10</sup> Job 4, 18.

<sup>11</sup> Ps. 31, 5. 6.

Por tanto, a fin de que, cuando venga a juzgar al mundo, se acuerde de su misericordia, ruégale la Esposa se digne aparecer en forma tal, que le mueva a misericordia, es decir, en aquella de que habla el Apóstol, diciendo: *Fué hallado semejante al hombre según la forma exterior* <sup>12</sup>.

5. Ciertó era esto necesario, porque si, a pesar de esta moderación, habrá de haber tanta equidad en los juicios, tanta fiereza en el Juez, tanta magnificencia en la Majestad y tan espantosa mudanza en todas las criaturas que, según el profeta, aterra sólo pensar en el día de su venida <sup>13</sup>, ¿qué piensas sería si aquel fuego abrasador—hablo de Dios omnipotente—se mostrase en toda la grandeza y sublimidad y fortaleza y resplandor de su divinidad y desplegase todo su poder contra una hoja que el viento arrebatara y contra la seca pajuela? <sup>14</sup> Si es Dios, también es hombre, dice, y ¿quién le verá? ¿Quién resistirá en pie su mirada? <sup>15</sup> ¿Cuánto menos podrían resistirla si se manifestase ante ellos en toda la magnificencia de su divinidad, no revestido de su humanidad; si se manifestase, repito, en ese estado sublime en que es inaccesible por su inmensa claridad e incomprensible por su majestad infinita? Por eso *cundo arda en breve su ira* <sup>16</sup>, ¿cuán agradable aparecerá la dulce humanidad, con que estará revestido, a los hijos de la gracia, robusteciendo la firmeza de su fe y la fuerza de su esperanza y acrecentando su confianza, pues ejercitará su gracia misericordiosa con los santos y mirará favorablemente a sus elegidos! <sup>17</sup> Finalmente, Dios Padre ha dado al Hijo el poder para juzgar, no en cuanto es el Hijo suyo, sino en cuanto es el Hijo del hombre <sup>18</sup>. ¡Oh verdaderamente Padre de las misericordias! ¡Quiere que los hombres sean juzgados por un hombre, a fin de que, en medio de tamaño temblor y de tal perturbación de males, la semejanza de una misma naturaleza dé confianza a los elegidos! Había predicho ya esto mucho tiempo antes el santo David al orar y profetizar juntamente, diciendo: *¡Oh Dios! Da al Rey tu juicio y al Hijo del Rey tu justicia* <sup>19</sup>. Y no disuena con ésta la promesa hecha por los ángeles, que, en ascendiendo El, hablaban así a los apóstoles: *Este Jesús que de vosotros se ha subido al cielo, vendrá así como le habéis visto subir al cielo* <sup>20</sup>, o sea en esa misma forma y sustancia corporal.

6. Claro se ve por todo esto que la Esposa posee el consejo divino y que no ignora el misterio de la voluntad suprema, pues bajo la sombra de unos animales inofensivos y flacos nos indica, en su oración profética, que en el día del juicio el supremo Juez aparecerá a los ojos del universo re-

<sup>12</sup> Phil. 2, 7.

<sup>13</sup> Mal. 3, 2.

<sup>14</sup> Iob 13, 25.

<sup>15</sup> Mal. 3, 2.

<sup>16</sup> Ps. 2, 13.

<sup>17</sup> Sap. 4, 15.

<sup>18</sup> Io. 5, 27.

<sup>19</sup> Ps. 71, 2.

<sup>20</sup> Act. 1, 11.

vestido de su naturaleza inferior, que es la humana; de forma que Aquel que con su virtud conmoverá los cielos y la tierra y se armará de poder contra los insensatos pecadores, aparecerá, en cambio, dulce y afable a los ojos de los elegidos. A esto puede añadirse que para discernir a los buenos de los malos le será necesario poseer en cierto modo, a más de la agilidad del cervatillo, la mirada penetrante de la corza, a fin de que, entre aquella ingente muchedumbre y en medio de aquella espantosa confusión y trastorno, pueda fácilmente reconocer a los que han de ser elegidos de los que deberán ser desechados, o sea, para que pueda ver y discernir a aquellos sobre quienes debe saltar espiritualmente sin causarles daño alguno, de aquellos otros encima de los cuales debe saltar para despedazarlos, no sea que pisotee a justos en vez de pecadores, cuando el Señor venga a vengarse de los impíos; porque respecto a éstos es preciso se cumpla la profecía de David, o mejor dicho, la palabra del Señor, que, hablando por boca de David, dice: *Los desmenuzaré como polvo aventado y los barreré como lodo de las plazas* <sup>21</sup>. Y también lo predicho por otro profeta se cumplirá entonces, cuando, volviéndose el Señor a los ángeles, les diga: *Los pisé en mi furor y los aplasté en mi ira* <sup>22</sup>.

7. Si alguien opina que las palabras de la Esposa deben más bien entenderse en el sentido de que nuestro cervatillo pasará por encima de los malos y saltará en los buenos, no lo discuto, mientras piense que tales saltos tienen por fin el distinguir los buenos de los malos. Pues, si bien recuerdo, yo mismo defendí esta interpretación en otro sermón, al explicar este mismo texto <sup>23</sup>. Aunque entonces se trataba del cervatillo en cuanto saltaba en los buenos y pasaba por encima de los malos, según la dispensación de la gracia que el Señor concede a unos en la presente vida, mientras que a otros se la niega conforme a su justo, pero oculto juicio. Aquí, en cambio, se trata no de la gracia, sino de la última y varia retribución de los méritos. Y quizá las últimas palabras de este versículo, y que casi había olvidado, favorezcan a ese postrer sentido, ya que después de haber dicho la Esposa: *Vuélvete corriendo; aseméjate, Amado mío, a la corza y al cervatillo*, añade: *sobre los montes de Betel*. Y no hay montes malos en la casa de Dios, que suena Betel. Por eso no los pisa al saltar el cervatillo, sino que los alegra, cumpliéndose la Escritura, que dice: *Montes y collados cantarán ante Dios alabanza* <sup>24</sup>. Hay montes acerca de los cuales afirma el Evangelio que la fe, comparada con el grano de mostaza <sup>25</sup>, traslada; mas no son los montes de Betel;

<sup>21</sup> Ps. 17, 43.

<sup>22</sup> Is. 63, 3.

<sup>23</sup> Serm. 54.

<sup>24</sup> Is. 55, 12.

<sup>25</sup> Mt. 17, 19.



pues a los que son de Betel no los traslada la fe, sino que los cultiva.

8. Ahora bien, si los principados y potestades y todos los demás ejércitos de espíritus bienaventurados, juntamente con todas las virtudes celestiales, forman los montes de Betel, debiendo entenderse como alusivas a ellos aquellas palabras: *Sus fundamentos están en los montes santos* <sup>26</sup>; cierto que a nadie podrá parecer vil y despreciable ese cervatillo que se ha visto aparecer por encima de montes tan altos, y que es tanto más excelente que los ángeles, cuanto más distinto es el nombre que heredó <sup>27</sup>. Y ¿qué, si en el salmo leemos que el Señor le hizo algo inferior a los ángeles? <sup>28</sup> Pero no obsta que sea mejor el que sea menor, ni dijo lo contrario el Apóstol que el profeta, teniendo ambos el mismo Espíritu. Dignación el aminorarse, no necesidad. Nada ciertamente se prescribe en esto a la bondad, sino que se adscribe y atribuye. Finalmente, no dice el profeta que es inferior a los ángeles, sino que se hizo inferior a ellos, ensalzando a la gracia y desechando la injuria; por cuanto si aparece inferior a los ángeles, es sólo por haberlo así querido. Su naturaleza divina excluye esencialmente toda inferioridad, por más que tuvo razones que le inclinaron a hacerse en cierto modo inferior a los ángeles, a fin de atender mejor a nuestra necesidad, por donde, al achicarse, no hizo sino apiadarse de nosotros. ¿Perdió algo con esto de su grandeza? Nada de eso, pues redundó en beneficio de su piedad todo lo que al parecer perdía de su majestad. No se calló el Apóstol este sublime misterio de la piedad divina; y por eso dijo: *A este mismo Jesús, que por un poco de tiempo fué hecho inferior a los ángeles, vémosle ahora coronado de gloria y honor por la muerte que padeció* <sup>29</sup>.

9. Sirva lo dicho para que se entienda que no resulta injuriosa a la excelsa majestad del Esposo la comparación que propone la Esposa entre El y el cervatillo. Mas ¿qué digo injuriosa a la majestad, si no es deprimente ni para su misma flaca naturaleza humana? Semeja al cervatillo, pues se hizo parvulillo; semeja a la corza, por haber nacido de mujer; pero es más excelso que los montes de Betel y ha sido *sublimado sobre los cielos*. No dice el Apóstol que es o está más excelso que los cielos, sino que *ha sido sublimado sobre los cielos* <sup>30</sup>, para que nadie piense que aquí se trata de aquella naturaleza según la cual El es el que es, o sea de la naturaleza divina, que es eterna. Por eso, al decir que ha sido preferido a los ángeles, declara a la vez que ha sido exaltado sobre ellos, no que sea más ex-

<sup>26</sup> Ps. 86, 1.

<sup>27</sup> Hebr. 1, 4.

<sup>28</sup> Ps. 8, 6.

<sup>29</sup> Hebr. 2, 9.

<sup>30</sup> Hebr. 7, 26.

celsa que la de los ángeles la naturaleza humana que asumió. Por donde aparece que no sólo por lo que El es eternamente, sino también por lo que ha venido a ser en el tiempo, se halla encumbrado sobre todos los principados y potestades y sobre toda otra criatura, a fuer de primogénito entre toda criatura, pues *lo que parece locura en Dios, es mayor sabiduría que la de todos los hombres; y lo que parece flaqueza en Dios, es más fuerte que toda la fortaleza de los hombres*<sup>31</sup>. Y esto el Apóstol. Así, pues, no me parece erraría quien dijese que lo que parece locura y flaqueza en Dios es igualmente mayor sabiduría y fortaleza que la de los ángeles. En todo caso este texto se adaptará convenientemente a la Iglesia universal.

10. En lo que concierne a cada alma en particular, pues **TODA ALMA QUE AME A DIOS DULCE, SABIA Y ARDIENTEMENTE ES ESPOSA SUYA**, cada alma espiritual puede advertir qué le dice acerca de esto su propia experiencia. Yo, por mi parte, no me recataré de manifestaros con sencillez lo que el Señor me ha hecho la gracia de experimentar en esto; y aunque a algunos tal vez les parezca cosa vil y despreciable el obrar así, me importa muy poco, bien persuadido de que los verdaderamente espirituales, lejos de despreciarme por ello, se alegrarán de oírlo; y los que no lo son se quedarán en blanco, sin entender palabra. Pero, si reservo la materia para otro sermón, no faltarán quizás algunos que se edifiquen de lo que, por sus ruegos, se digne entre tanto inspirarme el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

## 74 DE LAS VISITAS OCULTAS DEL VERBO ESPOSO AL ALMA SANTA. PARA EDIFICACIÓN DE SUS OYENTES, BERNARDO ALEGA HUMILDE Y MODESTAMENTE SU PROPIA EXPERIENCIA \* 1

1. *Vuélvete*, dice la Esposa<sup>2</sup>. Es evidente que no está presente Aquel a quien llama, cuando vuelve a llamarle. Mas aparece claro que le tuvo a su lado poco antes y que todavía no le ha perdido de vista mientras se va alejando,

<sup>31</sup> 1 Cor. I, 25.

\* PL 183, 1139.

<sup>1</sup> Será quizás este capítulo la página más interesante de la Edad Media acerca de la experiencia mística, hasta que venga Santa Teresa con los delgados análisis de sus escritos acerca de sus propios estados del alma ante el Divino Artista, que se complace en pulir, en ilustrar y regalar a ciertos seres, o más privilegiados o más generosos con El y más dóciles a su gracia (P. G. Prado).

<sup>2</sup> Cant. 2, 17.

ya que vuelve a llamarle. Llamada intempestiva, indicio del gran amor de la una y de la gran amabilidad del otro. Ahora bien, ¿quiénes son esos dos solícitos cultivadores de la caridad, tan incansables partidarios de un negocio de amor del que el uno es perseguido y la otra apremiada? Pues yo, fiel a mi promesa, debo asignar este texto al Verbo y al alma, si bien confieso que, para hacerlo siquiera con algo de dignidad, necesito la poderosa ayuda del mismo Verbo. En verdad que cuadraría mejor el hablar de esto a otro más experto y más sabedor del santo y místico amor. Mas no puedo faltar a mi oficio ni tampoco a vuestros deseos. Veo mi peligro, y no lo evito. Vosotros me habéis obligado. Sí, me habéis forzado a andar en cosas grandes y maravillosas, que están sobre mí. ¡Ay! Cuánto me temo me digan pronto por ello: ¿Cómo te has metido a hablar de mis delicias y tomas en tu boca mi misterio? Oíd, sin embargo, a un hombre que por una parte tiembla de tener que hablar y por otra no puede callar. Aunque tal vez ese mismo temblor legitime mi osadía, máxime si de ello se sigue algún fruto de santificación para vuestras almas. ¿Y quién sabe? Quizás el Señor se digne también mirar propicio las lágrimas que estoy vertiendo. *Vuélvete sin tardanza*, dice la Esposa. El íbase ya, pero ella al punto le retrae. ¿Quién me explicará la misteriosa razón de esta aparente ligereza? ¿Quién me explicará dignamente esas idas y venidas del Verbo? ¿Es acaso inconstante el Esposo? ¿De dónde puede salir y adónde puede ir o volver Aquel que llena todas las cosas? ¿Qué movimiento local puede tener Aquel que es Espíritu? O ¿qué movimiento se puede atribuir a Dios, siendo El del todo inmutable?

2. Quien pueda esto entender, entiéndalo; nosotros, caminando sencillamente y con prudencia en la exposición de ese texto misterioso y sagrado, sigamos el ejemplo de la Escritura, que se sirve de nuestras palabras para expresar la sabiduría oculta en este misterio, y que, para que Dios se haga accesible a nuestros entendimientos, nos lo representa por medio de imágenes tomadas de cosas sensibles, brindándonos así magníficos y deliciosos manjares, que son lo que hay de incógnito e invisible en Dios, en vasos de materia muy vil y despreciable. Imitémosla, pues, y digamos que el Verbo de Dios, o sea Dios Esposo del alma, viene a ella y de ella se aleja como y cuando le place; aunque, claro está, debemos entender esto de una manera espiritual y en cuanto indica un sentimiento interior del alma, sin que suponga mutación alguna en el Verbo. Por ejemplo, cuando el alma siente la gracia, reconoce que el Verbo está presente; y cuando no la siente, quéjase de su ausencia, pidiéndole se le presente de nuevo, diciendo con el profeta: *En busca*

*de ti han andado mis ojos; Señor, tu cara buscaré*<sup>3</sup>. Y ¿cómo no le ha de buscar, si luego que este amable Esposo se ha retirado, no acierta ella a desear otra cosa ni a pensar sino en El? No la resta, pues, sino buscarle con cuidado cuando está ausente y volver a llamarle cuando de allí se va. Así es como el Verbo es llamado, y llamado por el deseo del alma, pero del alma a quien ha tenido la dignación de hacer sentir y gustar siquiera una sola vez su dulce presencia. ¿No es acaso la voz un deseo? Y vehemente. Finalmente, dice, *el Señor escuchará el deseo de los pobres*<sup>4</sup>. Al ausentarse, pues, el Verbo, la única y continua voz del alma, su continuo deseo, es como un único y continuo *Vuélvete*, hasta que venga.

3. Y ahora dame un alma a la que el Verbo Esposo sue- la frecuentemente visitar, a la que la familiaridad le preste osadía, el gusto hambre, el menosprecio de todas las cosas ocio, y yo sin vacilar la asigno juntamente la voz y el nombre de la esposa; y no creería ajena de ella el lugar que entre manos tenemos. Tal, en efecto, es la que se introduce hablando aquí. Demuestra, sin duda, haber merecido la presencia de Aquel a quien llama, aunque no su abundancia. De otro modo no le volvería a llamar, sino que le llamaría. Ahora bien, la palabra de revocación es *Vuélvete*. Y quizá por eso se retrajo de llamarle más ávidamente, de retenerle más fuertemente. Pues a las veces disimulaba también ir más allá, no porque quisiera esto, sino porque quería oír: *¡Quédate con nosotros, Señor, porque atardece!*<sup>5</sup> El hízolo de nuevo, otra vez, andando sobre el mar, al navegar los apóstoles y trabajar al remo, como queriendo pasar de largo junto a ellos, pero tampoco quería entonces esto, sino más bien probar su fe y provocar su oración. Finalmente, como dice el evangelista: *Se turbaron y clamaron, pensando era un fantasma*<sup>6</sup>. Luego esta misma disimulación y aun saludable dispensación que entonces corporalmente el Verbo-cuerpo mostró a veces, no cesa asimismo el Verbo-espíritu, a su modo espiritual, de practicarla cuidadosamente con el alma que le es devota. Al pasar, quiere se le detenga; al irse, quiere se le torne a llamar. Porque no es un Verbo irrevocable. Vase y vuelve conforme le place, como quien visita de mañana, y de pronto prueba. Pues el irse le es en cierto modo dispensatorio, el volver es siempre voluntario, y entrambas cosas pleno juicio. Pero El se reserva la razón de todo ello.

4. Ahora bien, consta que en el alma se realizan estas vicisitudes del Verbo que se va y que torna, como dice: *Voy*

<sup>3</sup> Ps. 26, 8.

<sup>4</sup> Ps. 9, 17.

<sup>5</sup> Lc. 24, 28. 29.

<sup>6</sup> Mc. 6, 48. 49.



y vuelvo a vosotros<sup>7</sup>. Y también: *Un poquito, y no me veréis; y otro poquito, y me veréis*<sup>8</sup>. ¡Oh poquito y poquito! ¡Oh poquito largo! Piadoso Señor, ¿llamas poquito al tiempo en que no te veremos? Salva sea la palabra de mi Señor. Largo es, largo por demás. Aunque ciertamente entrambas cosas son verdad: poquito en méritos y largo en deseos. Tienes entrambas cosas en el profeta: *Si tarda, aguárdale, porque vendrá, y no tardará*<sup>9</sup>. ¿Cómo no tardará si tarda, sino porque lo que basta para el mérito no basta para el deseo? Y es que el alma amante es llevada por los votos, atraída por los deseos; disimula los méritos, cierra los ojos a la majestad, ábrelos al goce, poniendo los ojos en su Salvador, tratándole confiada. Intrépida, finalmente, y sin rubor llama al Verbo, confiada vuelve a pedirle sus delicias, llamándole, con su acostumbrada libertad, no Señor, sino Amado: *Vuélvete, mi Amado*. Y añade: *Aseméjate al corzo y al cervatillo sobre los montes de Betel*. Pero esto para después.

5. Ahora soportad un momento mi insensatez; pues, cumpliendo mi promesa, quiero manifestaros *cómo pasa por mí cuanto os acabo de decir*. No ganaré nada, sin duda, en lo que os voy a referir; pero me pondré en evidencia, sin otra pretensión que vuestro provecho: si con mi insipiencia logro lo que pretendo, quedaré consolado; si no, confesaré llanamente mi suma necedad. Aunque sea pecar de poca modestia, debo confesaros sencillamente que el Verbo se ha dignado venir a mi alma, no ya una, sino muchas veces. Mas aun habiendo sido muy frecuentes esas visitas, jamás he podido notar el momento de su llegada. Cierto he sentido que estaba en mí, después he recordado haberme visitado, y hasta algunas veces he podido barruntar su visita; pero nunca jamás se me ha dado notar claramente el preciso momento de su venida y partida; ni tampoco he podido saber jamás de dónde ha venido a mi alma, ni adónde se ha ido al abandonarla, ni siquiera cómo ni por dónde ha entrado y salido de ella. Ahora mismo ignoro todo esto, sencillamente os lo confieso. De esto no sé más que lo que dice San Juan, o sea: *No sabes de dónde viene o adónde va*<sup>10</sup>. Y ciertamente no es de extrañar, siendo Aquel de quien dijo el salmista: *No se conocerán los vestigios de tus pisadas*<sup>11</sup>. Sin duda no ha entrado por mis ojos, porque no es colorado; ni por mis orejas, pues no es un sonido; ni por mis narices, pues no se mezcla con el aire, sino con el alma; ni le afecta el aire, sino que lo orea; ni por mi garganta, porque a El ni

<sup>7</sup> Io. 14, 28.<sup>8</sup> Io. 16, 17.<sup>9</sup> Hab. 2, 3.<sup>10</sup> Io. 3, 8.<sup>11</sup> Ps. 76, 20.

se le come ni se le bebe. Yo no le he hallado tampoco con el tacto, por ser impalpable. ¿Por dónde, pues, ha entrado? ¿Habremos de decir que no ha entrado en realidad, al no venir de fuera ni pertenecer al número de los seres que están fuera de nosotros? Mas tampoco ha venido de dentro de mí, porque es un bien, y yo sé que el bien no habita en mí. Me he elevado también sobre mí, comprobando que el Verbo está todavía más arriba. Mi curiosidad me le ha hecho buscar debajo de mí, y he visto asimismo que está más profundo. He mirado fuera de mí, y he reconocido que está todavía más allá de lo que se halla fuera de mí; en fin, le he buscado dentro de mí, y he visto que El está todavía más interior que yo mismo. Entonces he reconocido la verdad de esta palabra: *Dentro de El vivimos, nos movemos y subsistimos*<sup>12</sup>. Pero dichoso aquel en quien está El, dichoso el que vive para El y es movido por El.

6. Me preguntas, pues, cómo he podido conocer que El estaba presente, siendo intransitables sus caminos. Vivo es y eficaz; y tan pronto como ha venido a mí, ha despertado a mi alma dormida, ha movido, ablandado y herido mi corazón, duro como la piedra y malsano. Ha comenzado también a arrancar, a destruir, a edificar y a plantar; a regar lo seco, a alumbrar lo tenebroso, a abrir lo cerrado, a inflamar lo frío, a enderezar lo torcido, a allanar lo desigual y áspero; por lo que mi alma bendice al Señor, y todo cuanto en mí hay glorifica su santo nombre. Así es como, entrando en mí algunas veces el Verbo Esposo, no me ha hecho conocer su entrada por señal alguna, ni por la voz, ni por la figura, ni por los pasos. En fin, yo no he sentido por ninguno de mis sentidos que El se haya deslizado hasta el fondo de mi alma. Sólo he conocido su presencia por el movimiento de mi corazón, como he dicho; he notado el poder de su virtud por la huida de los vicios y por la represión de las pasiones que obraba en mí; he admirado la profundidad de su sabiduría en la discusión y represión de mis culpas secretas; he experimentado su bondad y su misericordia por la enmienda de mi vida; he descubierto de algún modo su infinita hermosura por la renovación y reforma de mi espíritu, o sea de mi hombre interior; y contemplando todo esto juntamente, he quedado espantado ante la multitud de su grandeza.

7. Mas porque, cuando el Verbo se va, todas estas cosas comienzan a decaer y a resfriarse lo mismo que al quitarse el fuego de debajo del caldero hirviendo, y porque ésta era la señal de su ida, por eso, al notar que se había ido, veíase mi alma triste hasta volver El y, caldeando de

<sup>12</sup> Act. 17, 28.

nuevo mi corazón, dábame testimonio de su vuelta. Ahora bien, después de haber tenido tal experiencia de la dicha que entraña el poseer al Verbo, ¿qué tiene de extraño si me sirvo también de la voz de la Esposa para llamarle de nuevo al ausentarse, pues me siento acuciado por un deseo, si no del todo igual, al menos en parte semejante al suyo? Mientras viva, usaré familiarmente de esta voz, y cuantas veces se vaya de mí, otras tantas volveré a llamarle, y no cesaré de clamar con los ardientes deseos de mi corazón, suplicándole que sin tardanza regrese, que me dé la alegría de su gracia saludable, que se dé El mismo a mí. Confieso, hijos, que no hallo gusto en nada hasta que Aquel en quien está cifrado todo mi gusto haya vuelto. Y pídele que no venga vacío, sino *lleno de gracia y de verdad*<sup>13</sup>, como suele, y como antes había venido. En esto paréceme que no deja de haber cierta relación o semejanza con la corza y el cervatillo, por cuanto la verdad tiene los ojos más avizores que los de la corza, y la gracia refleja la hilaridad del cervatillo.

8. Así, tanto una cosa como otra me son necesarias: *la verdad*, a fin de que no pueda ocultarme ante ella, y *la gracia*, a fin de que ni siquiera lo intente. Si la una no va con la otra, la visita del Esposo será imperfecta. Porque la severidad de la primera es penosa sin la alegría de la segunda, y la alegría de la segunda parece demasiado libre sin la gravedad de la primera. LA VERDAD ES AMARGA SI NO VA SAZONADA CON LA GRACIA; y el fervor de la devoción es algunas veces algo ligero, inmoderado y licencioso, si no lo retiene el freno de la verdad. ¿Cuántos hay a quienes no ha servido de nada el haber recibido la gracia, por no haber recibido a la vez la moderación que la verdad trae consigo! Tuvieron demasiada complacencia en la gracia, sin parar mientes en las miradas de la verdad; no imitaron la gravedad de la corza, sino sólo la ligereza y la alegría del cervatillo. Por eso perdieron esta gracia de que ellos se querían regocijar en especial, a fin de que aprendieran a servir a Dios con temor y a exultar en El con temblor<sup>14</sup>. Un alma santa había dicho en su prosperidad: *No me moveré ya jamás*; pero apenas el Verbo apartó de ella su rostro, al punto no sólo sintióse turbada, sino del todo trastornada<sup>15</sup>, aprendiendo por experiencia la necesidad de templar la devoción con el peso de la verdad. La plenitud de la gracia, pues, no consiste ni en la gracia sola ni en la verdad sola. ¿De qué te serviría saber lo que debes obrar, si Dios no te diera la gracia de quererlo? Y ¿de qué te serviría el quererlo, si no lo pudieras hacer? ¿Cuántos he conocido que

<sup>13</sup> Io. 1, 14.

<sup>14</sup> Ps. 2, 11.

<sup>15</sup> Ps. 29, 7. 8.

se tornaron más tristes en conociendo la verdad, y precisamente por no poder ya refugiarse en la excusa de ignorancia, sabiendo y no haciendo lo que la verdad les exhortaba!

9. Siendo esto así, no basta una cosa sin otra. Poco dije: ni conviene siquiera. ¿Por dónde sabemos esto? Al que sabe, dice, el bien y no lo practica, conviértese en pecado <sup>16</sup>. Y el Salvador añade: *El siervo que, conocida la voluntad de su amo, no se porta conforme a ella, recibirá muchos azotes* <sup>17</sup>. Y esto por parte de la verdad. Por parte de la gracia, ¿qué? Escrito está: *Y tras del bocado, entró en él Satanás* <sup>18</sup>. De Judas habla que, recibido el regalo de la gracia, por cuanto no andaba en la verdad, con el Maestro de la verdad, o más bien, con la Verdad maestra, dió en sí mismo cabida al diablo. Oye todavía: *Alimentólos con flor de trigo y los sació con miel del peñasco. ¿A quiénes? Los enemigos del Señor le mintieron* <sup>19</sup>. Los que alimentó con miel y manteca le mintieron y volviéronse sus enemigos, porque no juntaron la verdad con la gracia. De ellos tienes en otra parte: *Hijos ajenos me mintieron, hijos ajenos envejecieron y claudicaron de sus sendas* <sup>20</sup>. Y ¿por qué claudicaron sino porque, contentos con un pie de la gracia, no añadieron la verdad? ¿Será, dice, su tiempo en los siglos <sup>21</sup>, como el del príncipe de ellos, el que tampoco se mantuvo en verdad, sino que fué mentiroso desde el principio <sup>22</sup>, por lo cual oyó: *Perdiste por tu hermosura la sabiduría?* <sup>23</sup> No quiero hermosura que me quite la sabiduría.

10. ¿Preguntas cuál sea esa tan nociva y tan perniciosa sabiduría? La tuya. ¿Quizá no tienes aún entendederas? Oye algo más llano. La privada, la propia. No culpamos el don, sino el uso. Porque, si bien te fijas, no dice el sagrado texto que Lucifer haya perdido la sabiduría por la hermosura, sino por su hermosura. La sabiduría es la hermosura del alma, lo mismo que la del ángel. Y si no, dime: ¿qué es el alma y el ángel sin sabiduría, sino una sustancia informe? La Sabiduría, pues, no sólo formó al ángel, sino que le hizo hermoso. Pero él la perdió cuando quiso apropiársela; de suerte que cuando se dice que perdió la sabiduría por su hermosura, es como decir que la perdió por su propia sabiduría. El apropiársela fué la causa de perderla. No perdió la sabiduría sino por creerse sabio, por no dar a Dios gloria por ella, por no devolver gracia por gracia, por no poseerla según la verdad, sino que abusó de ella según su propia voluntad. Poseer de este modo la sabiduría es per-

<sup>16</sup> Iac. 4, 17.

<sup>17</sup> Lc. 12, 47.

<sup>18</sup> Io. 13, 27.

<sup>19</sup> Ps. 80, 17. 16.

<sup>20</sup> Ps. 17, 46.

<sup>21</sup> Ps. 80, 16.

<sup>22</sup> Io. 8, 44.

<sup>23</sup> Ez. 28, 17.



derla. Si Abrahán, dice el Apóstol, *fué justificado por las obras exteriores, tiene ciertamente de qué gloriarse, mas no ante Dios*<sup>24</sup>; debiendo considerarse como cosa perdida la que no se posee en Dios; porque ¿qué cosa hay más perdida que la que está fuera de Dios? ¿Qué es la muerte sino la privación de la vida? ¿Y qué pérdida puede compararse con aquella que nos aleja de Dios? *¡Ay de vosotros los que os tenéis por sabios en vuestros ojos y por prudentes en vuestro interior!*<sup>25</sup> De vosotros está escrito: *Destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la prudencia de los prudentes*<sup>26</sup>. Perdieron la verdadera sabiduría por fiarse de su propia sabiduría. ¿Qué mayor pérdida que aquella en que uno se pierde a sí mismo? ¿Y acaso no pueden considerarse como perdidos aquellos a quienes el Señor desconoce y desprecia?

11. Ahora bien, las vírgenes fatuas creo que no fueron tales sino porque, creyéndose sabias y prudentes, se infatuaron, volviéndose necias; éstas, digo, habrán de oír de Dios: *En verdad os digo: no os conozco*<sup>27</sup>. La misma sentencia oirán todos aquellos que se vanaglorian de la gracia de hacer milagros o de cualquier otro don del Señor. Para que claramente se vea que la gracia no aprovecha no yendo acompañada de la verdad, antes bien daña. El Esposo posee, sin duda, la una y la otra. Finalmente, la gracia y la verdad, *por Jesucristo fueron hechas*, dice Juan Bautista<sup>28</sup>. Luego si mi Señor Jesús, que es el Verbo de Dios y el Esposo del alma, llama a mi puerta, no teniendo yo sino una de las dos, no entrará como Esposo, sino como juez. Ojalá no me suceda tal desgracia. Ojalá no entre en juicio con su siervo, sino que venga a mí pacífico, gozoso y alegre, aunque revestido de amable gravedad y seriedad, a fin de que con el semblante severo de la verdad reprima lo que haya de excesiva confianza en mí y temple el exceso de mi alegría. Que entre saltando cual cervatillo, aunque sin perder la circunspección de la corza, a fin de que pase por encima de mis pecados, disimulándolos, y su misericordia señale la pena que merezco. Que entre como bajando de los montes de Betel, con alegría y magnificencia, o como saliendo del seno de su Padre, lleno de dulzura y de bondad, no desdeñándose de ser llamado Esposo del alma que le busca, y serlo de veras, Aquel que, como Dios, es, sobre todas las cosas, bendito en los siglos. Amén.

<sup>24</sup> Rom. 4, 2.

<sup>25</sup> Is. 5, 21.

<sup>26</sup> 1 Cor. 1, 19.

<sup>27</sup> Mt. 25, 12.

<sup>28</sup> Io. 1, 17.

**75** DE CÓMO HEMOS DE BUSCAR A DIOS EN TIEMPO, LUGAR Y MODO OPORTUNOS. AHORA ES EL TIEMPO FAVORABLE EN EL QUE CADA CUAL PUEDE HACERSE A DIOS PROPICIO POR MEDIO DE BUENAS OBRAS Y ASEGURAR SU SALVACIÓN \*.

1. *En mi lecho eché de menos por la noche al que ama mi alma* <sup>1</sup>. Se ve claramente por estas palabras que el Esposo divino no respondió al llamamiento urgente de la Esposa ni accedió a sus ardientes deseos. ¿Y por qué? Sin duda para que aumentasen más y más esos deseos, para probar la legitimidad de sus afectos, para inflamarla más y más en su amor. Tal dilación no procede de que esté indignado contra ella, sino que es puro disimulo. Mas, puesto que, siendo llamado, no ha querido venir, lo que cabe es buscarle, para ver si se le puede encontrar, por cuanto dice el Señor: *Todo aquel que busca, halla* <sup>2</sup>. Ahora bien, las palabras de que se ha servido para revocarle son: *Vuélvete sin tardanza, Amado mío; aseméjate a la corza y al cervatillo* <sup>3</sup>. Mas como el Esposo no ha vuelto a su lado, a pesar de llamarle con tanta urgencia, por las razones indicadas, por eso la Esposa, que con pasión le ama, arde todavía más en deseos violentos y le busca con ardor extraordinario. Búscale primero *en su lecho*, mas, no encontrándole allí, levántase, da vueltas por la ciudad, va y viene por calles y plazas sin hallar ni rastro de El. Pregunta a todos cuantos encuentra, sin que nadie sepa darle indicios claros de su paradero. Y esto no una sola noche, sino muchas noches seguidas, pues que dice: *Le busqué durante las noches*. A decir verdad, hubo de ser muy vehemente y ardoroso el deseo que animaba a la Esposa cuando hizo que se levantara por la noche, que no se avergonzara de parecer en público rondando por la ciudad, que preguntara impávida por su Amado a cuantos encontraba, sin que razón alguna ni dificultad y obstáculo, ni el amor al reposo, ni la modestia propia de su sexo, ni los peligros nocturnos fueran capaces de detener sus pasos. Y a pesar de todo ve completamente frustrados sus ardientes deseos. ¿Por qué? ¿Qué pensar de una repulsa tan larga y porfiada que nutre los disgustos y tedios, fomenta las sospechas, excita la impaciencia, irrita el amor y causa la desesperación? Ciertamente, si esto es un disimulo del Esposo, tal disimulo es muy molesto.

\* PL 183, 1144.

<sup>1</sup> Cant. 3, 1.

<sup>2</sup> Mt. 7, 8.

<sup>3</sup> Cant. 2, 17.

2. Comprendo que sería útil y saludable, cuando la Esposa no hacía sino llamarle, conjurándole a que volviera a su lado sin tardanza. Mas ahora que le busca por todas partes y con tantas ansias, ¿a qué viene disimular más largo tiempo? Si se tratara de esposos de carne y hueso, y de amores poco honestos, como parece indicar la superficie de la letra, no me extrañaría de semejantes juegos, ni me preocuparía de esto lo más mínimo; allá ellos. Pero aquí se trata de otra cosa muy distinta; se trata de las almas que buscan al Señor con todos sus pensamientos y afectos, y es menester que yo, en la medida de mis escasas luces, satisfaga a esas almas y responda a sus dudas inquietantes, sacando de la sagrada Escritura enseñanzas saludables, tanto más vitales cuanto más espirituales, a fin de que las pobres puedan saciar su hambre y nutrir con ellas sus corazones. Ahora bien, ¿qué cosa hay tan vital para los corazones como mi Señor Jesucristo, de quien decía aquel que vivía de su amor: *Cuando aparezca Jesucristo, que es vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con El glorificados?*<sup>4</sup> Venga, pues, El mismo en medio de nosotros, a fin de que se pueda decir también de nosotros: *En medio de vosotros está Aquel a quien no conocéis*<sup>5</sup>. Aunque, a decir verdad, no veo cómo el Esposo, que es Espíritu, pueda no ser conocido de las personas espirituales, de aquellas que han hecho tantos progresos en la vida espiritual que pueden decir con el profeta: *El Señor Jesucristo es un espíritu que anda delante de nosotros*<sup>6</sup>; y con el Apóstol: *Si antes conocimos a Cristo según la carne, gloriándonos de que fuera de nuestro linaje, ahora ya no le conocemos así*<sup>7</sup>. ¿Y acaso no es Este a quien buscaba la Esposa? Indudablemente éste es el Esposo, a la par amable y amante. El es, repito, el verdadero y legítimo Esposo; y así como su carne es verdaderamente comida, así también su sangre es verdaderamente bebida<sup>8</sup>, siendo verdadero y legítimo cuanto hay en El, pues es la misma Verdad.

3. Mas ¿de dónde proviene que a este Esposo no se le encuentre cuando se le busca, sobre todo cuando se le busca con tanto ardor y vigilancia, ora en el lecho, ora en las calles y plazas de la ciudad, habiendo dicho El mismo: *Buscad y hallaréis; porque el que busca halla?*<sup>9</sup> El profeta Jeremías dijo mucho antes hablando con El: *Cuán bueno eres, Señor, para las almas que te buscan*<sup>10</sup>. E Isaías nos exhorta a buscarle con afán diciendo: *Buscad al Señor mientras pueda ser hallado*<sup>11</sup>. ¿Cómo, pues, podrá decirse que

<sup>4</sup> Col. 3, 4.

<sup>5</sup> Io. 1, 26.

<sup>6</sup> Thren. 4, 20.

<sup>7</sup> 2 Cor. 5, 16.

<sup>8</sup> Io. 6, 56.

<sup>9</sup> Mt. 7, 7. 8.

<sup>10</sup> Thren. 3, 25.

<sup>11</sup> Is. 55, 6.

se cumplen las Escrituras, si aquí vemos que esa, que le busca con tantas ansias, no logra dar con El, sobre todo teniendo en cuenta que no es de las almas de quienes ha dicho el mismo Esposo: *Me buscaréis y no me hallaréis?*<sup>12</sup>

Tres causas se me ofrecen por las cuales acontece no pocas veces que quien le busca no le halla, a saber: porque no le busca en el *tiempo oportuno*, porque no le busca *cual conviene* o porque no le busca *donde debiera*. Verdad que, si todo tiempo fuese oportuno para encontrarle, ¿a qué fin habría dicho el profeta: *Buscad al Señor mientras pueda ser hallado?* Por consiguiente, es preciso que haya un tiempo en que puede ser hallado y otro en que no; y por esto añade: invocadle mientras está cerca; como si dijera: llegará tiempo en que ya no lo estará, y no le hallaréis. ¿Y quiénes son esos que no le hallarán aunque le busquen? Ciertamente que El dice por Isaías: *Ante mí se doblará toda rodilla y por mi nombre jurará toda lengua*<sup>13</sup>; y, sin embargo, los impíos no le hallarán para adorarle, y en castigo, los ángeles vengadores les echarán fuera, para que no vean la gloria de Dios. Vanamente también clamarán a El las vírgenes necias; porque, cerrada la puerta<sup>14</sup> del salón de bodas, ya no se les abrirá jamás y habrán de tomar como dichas a sí aquellas palabras: *Me buscaréis y no me hallaréis*.

4. Por lo demás, ahora, sin duda alguna, ha llegado ya el tiempo favorable<sup>15</sup>; éstos son ciertamente días de salvación. Sí, éste es el tiempo propicio para buscarle y para invocarle, pues de ordinario, antes de invocarle, se presenta a nosotros, conforme a aquella su amorosa promesa: *Antes que me invoquéis, os diré: aquí me tenéis*<sup>16</sup>. Y como no hay remedio más seguro para buscar y hallar a Dios que el de las buenas obras, procuremos hacer bien a todo el mundo<sup>18</sup>, mientras se nos conceda tiempo para ello, sobre todo teniendo en cuenta que el Señor ha predicho claramente que vendrá la noche, en la cual ninguno podrá obrar<sup>19</sup>. ¿Piensas acaso encontrar en los siglos venideros otro tiempo, para buscar a Dios y hacer buenas obras, distinto de aquel que Dios te señaló para que se acuerde de ti? Y por eso son *días de salud*, porque en éstos Dios mismo, *Rey nuestro, ha obrado la salud en media de la tierra*<sup>20</sup>.

5. Después de esto, ve a buscar en medio de los infernos la salud, que está ya obrada en medio de la tierra<sup>21</sup>.

<sup>12</sup> Io. 7, 34.

<sup>13</sup> Is. 45, 24.

<sup>14</sup> Mt. 25, 10.

<sup>15</sup> 2 Cor. 6, 2.

<sup>16</sup> Is. 65, 24.

<sup>18</sup> Gal. 6, 10.

<sup>19</sup> Io. 9, 4.

<sup>20</sup> Ps. 73, 12.

<sup>21</sup> Parece poner aquí en ridículo el error que se atribuyó a Orígenes de que las penas del infierno no son eternas y que, por lo mismo, también en él se da la salvación.



¿Qué perdón, que mérito esperarás en medio de los fuegos eternos, cuando el tiempo de hacer gracia haya pasado? No podrás ya ofrecer víctimas por tus pecados cuando hayas muerto en tus pecados. El Hijo de Dios no será crucificado de nuevo. Murió una vez, pero no morirá más <sup>22</sup>. La sangre que ha sido derramada sobre la tierra no descenderá a los infiernos. Todos los pecadores de la tierra han bebido de ella, pero los demonios no podrán tomarla para extinguir las llamas que los devoran, como también devorarán a los hombres que son los compañeros de sus tormentos. El alma de Jesucristo, no su sangre, fué la que descendió una vez a aquel lugar, y ésta fué la suerte que cupo a los que estaban detenidos en aquella prisión. Aquella visita ha sido la única que ha hecho a aquel lugar el alma de Cristo, mientras su cuerpo exánime estaba pendiente de la cruz en el Calvario o tendido en el sepulcro. Su sangre preciosa ha regado la tierra: Jesús la ha empapado y aun saturado con ella. Su sangre ha pacificado el cielo con la tierra, pero al infierno no le ha cabido parte alguna en esta reconciliación. El alma del Salvador, como he dicho, descendió allí una vez sólo, y obró la redención en parte, a fin de que no estuviese un momento sin hacer obras de caridad; pero ya no volverá más allá <sup>23</sup>. Luego ahora sí que es el tiempo favorable y propicio para buscar al Señor; ahora es el tiempo en el cual el que le busca le halla; pero siempre que le busque donde y como conviene. Esta es, según dijimos, una de las causas por las cuales muchas veces no se halla al Esposo aunque se le busque: el no buscarle en el tiempo oportuno. Ahora bien, esta causa no es en manera alguna la que impide a la Esposa el encontrarle, dado que le llama y le busca muy oportunamente. Ni tampoco deja de hallarle por la otra causa, es a saber, por buscarle tibia y negligentemente o como de cumplido, ya que le busca con todo el fervor de que es capaz, imponiéndose para ello todo trabajo y fatiga, cual conviene a su decoro.

6. Réstanos ver la tercera, no sea que busque donde no conviene. *Busqué en mi camita al que ama mi alma.* ¿Acaso debía buscar no en un lecho pequeño, sino ancho, a Aquel para quien el orbe resulta angosto? A mí no me desagrada esa camita para el Amado, pues le conocí pequeño: *Pequeño nos nació* <sup>24</sup>. Exulta tú y alaba, morada de

<sup>22</sup> Rom. 6, 9.

<sup>23</sup> Esta expresión se ha de entender de la siguiente manera: Bajó a los infiernos una vez después de su muerte y obró la redención en parte, sacando sólo a los que estaban en el limbo de Abrahán. Por qué se ha de entender así, cf. serm. 1, en el día de Pascua, n. 5, y serm. 4 de la fiesta de Todos los Santos, n. 1.

<sup>24</sup> Is. 9, 6.

Sión, porque grande en medio de ti es el Santo de Israel <sup>25</sup>. Pero ese mismo Señor, grande en Sión, se ha hecho pequeño entre nosotros; aparece flaco y débil y necesita tenderse y acostarse en un pequeño lecho. ¿No es verdad que fué lecho pequeño el sepulcro? ¿No lo fué también el pesebre? ¿No lo fué el seno de la Virgen? En cuanto al seno de su Padre, no es lecho pequeño, sino muy grande y magnífico; por esto dice a su Hijo: *Yo te he engendrado en mi seno antes de existir el lucero* <sup>26</sup>. Aunque, sin duda, sería más digno de la Majestad de Dios el decir que el seno del Padre no es un lecho, no estando allí su Hijo como enfermo, sino como dueño soberano de todas las criaturas; porque, permaneciendo en el Padre, gobierna todas las cosas juntamente con el Padre. Amén de que la fe dice sin dudarlo que está sentado a la diestra de su Padre, no recostado en su seno; y El mismo afirma que el cielo es su trono, no su lecho <sup>27</sup>, a fin de que entiendas que en su mansión, o sea en las alturas, tiene no los solaces de la enfermedad, sino las insignias del poderío.

7. Con razón, pues, hablando la Esposa de la camita, dice ser suya; siendo claro que todo lo que hay de flaco en Dios no le es propio, sino que le viene de nosotros. Tomó de nosotros lo que sufrió por nosotros: nacimiento, lactancia, muerte y sepultura. La mortalidad de su nacimiento, de nosotros le viene; la flaqueza de su infancia, de nosotros le viene; los dolores de su crucifixión, de nosotros le vienen; el sueño de su muerte, de nosotros le viene; aunque estas cosas son pasadas y ahora todo está renovado. *En mi camita, durante las noches busqué a Aquel a quien ama mi alma.* ¿Qué? ¿Buscas en tu casa a Aquel que ya se ha vuelto a su antigua morada? ¿No viste cómo el Hijo del hombre remontaba su vuelo al lugar donde antes vivía? Ha trocado ya el establo y el sepulcro por el cielo, ¿y le buscas aún en tu camita? Ha resucitado; ya no está aquí. ¿Por qué buscas en el lecho al fuerte, en el lecho pequeño al grande, en el establo al glorificado? Ha entrado en las potencias del Señor, como dice el profeta, y se ha revestido de fortaleza y hermosura, pues Aquel que estuvo tendido bajo la losa está sentado ahora sobre los querubines. No está echado, sino sentado, ¿y todavía le preparas alivios cual si estuviera tumbado y enfermo? Aunque tal vez diríamos con más verdad que o bien está sentado para juzgar o de pie para ayudar.

8. ¿Por qué, pues, estáis velando vosotras, oh santas

<sup>25</sup> Is. 12, 6.

<sup>26</sup> Ps. 109, 3.

<sup>27</sup> Is. 66, 1.

mujeres? ¿Para quién preparáis ungüentos olorosos? Si supierais cuán grande es y cuán libre se halla entre los muertos ese muerto a quien vais a embalsamar, le pediríais, más bien, que derramara sobre vosotras sus perfumes. ¿No es éste Aquel a quien Dios consagró con óleo de alegría en una manera más excelente que a todos los que participan de su gloria?<sup>28</sup> Seríais sumamente dichosas si al volveros pudierais gloriaros y decir: *Todas nosotras hemos participado de su plenitud*<sup>29</sup>. Y, en verdad, participaron de esa plenitud abundantemente, puesto que fueron al sepulcro para embalsamar su cuerpo con exquisitos perfumes y se volvieron de allí deliciosamente perfumadas con la odorífera nueva de la resurrección, que después esparcieron por toda la naciente Iglesia. *¡Oh cuán hermosos son los pasos de los que anuncian el Evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!*<sup>30</sup> En efecto, por expreso encargo de los ángeles, desempeñaron para con los discípulos de Jesús el oficio de predicadores, siendo, por decirlo así, apóstoles de los Apóstoles; de suerte que al darles muy de mañana la gratísima nueva de la resurrección de su divino Maestro, pudieron decir con toda verdad: Hemos corrido al olor de sus aromas. Desde entonces acá en vano se busque al Esposo en el lecho, porque la Iglesia no le conoce ahora según la carne, es decir, según las flaquezas de la carne. Es verdad que San Pedro y San Juan le buscaron después de su resurrección en el sepulcro, mas tampoco le encontraron allí y cada uno de ellos podía decir con razón: *He buscado en mi lecho a Aquel a quien ama mi alma; le he buscado con afán, pero no le he hallado*. Porque, habiendo de ir al Padre la carne del Hijo de Dios, la cual no era del Padre, se despojó antes de toda flaqueza humana, por medio de la gloria de su resurrección; se ciñó la frente de poder y majestad, revistiéndose de luz como de espléndido ropaje y, adornada ya con la gloria y magnificencia que le eran debidas, fué presentada ante el acatamiento del Padre.

9. Hermosamente dice la Esposa: Busqué, no a aquel a quien amo, sino *a aquel a quien ama mi alma*, porque verdadera y propiamente pertenece a sola el alma aquella dilección con que ama espiritualmente a alguno, por ejemplo, a Dios o a los ángeles; y lo mismo digamos de su amor a la justicia, a la verdad, a la piedad, a la sabiduría y a las demás virtudes. Al revés, cuando el alma ama, o más bien, desea alguna cosa según la carne, como el sustento, los

<sup>28</sup> Ps. 44, 8.

<sup>29</sup> Io. 1, 16.

<sup>30</sup> Rom. 10, 15.

vestidos, el poder y las otras cosas corporales y terrenas, este amor pertenece más al cuerpo que al alma. Decimos esto para que se entienda lo que la Esposa dice de una manera menos común, aunque no menos propia, es a saber, que su alma ama al Esposo, mostrando con esto que el Esposo es espíritu, y que ella no le ama con amor carnal, sino espiritual. No sin razón dice que le ha buscado *durante la noche*; porque si, según el Apóstol, *los que duermen, duermen de noche; y los que se embriagan, de noche se embriagan* <sup>31</sup>; por modo parecido puede también decirse, si no me engaño, que los que ignoran la verdad viven como envueltos en tinieblas nocturnas; y, por consiguiente, que al buscar éstos la verdad, la buscan envueltos en las tinieblas de la noche; porque, ¿quién va a buscar lo que aparece claro ante sus ojos, iluminado por la luz del día? El día descubre lo que encubría la noche, y se encuentra durante el día lo que se buscaba en vano durante la noche. Así, pues, mientras el alma va en busca del Esposo, es de noche para ella; pues si fuera claro día, le vería fácilmente y no le buscaría. Y basta lo dicho acerca de este particular; a no ser que creamos que encierra algún misterio el hablarnos aquí no de la noche simplemente, sino de las noches, puesto que la Esposa no habla en singular sino en plural.

10. A mi pobre juicio, si a vosotros no os ocurre cosa más razonable, la razón de esto es porque este mundo tiene sus noches, y no pocas. ¿Mas qué digo tiene sus noches, cuando todo él es pura noche y los que viven según él andan siempre envueltos en tinieblas? Noche es para los judíos su perfidia, noche para los paganos su ignorancia, noche para los herejes su obstinación en el error, noche en fin para muchos cristianos la vida mundana y sensual que llevan. ¿Pues qué? ¿No puede decirse con toda verdad que viven envueltos en nocturnas tinieblas los que son incapaces de saborear las cosas que pertenecen al espíritu de Dios? Entre los herejes y cismáticos pueden también distinguirse otras tantas noches cuantas son las sectas en que se hallan divididos; inútil sería buscar en ellas al Sol de justicia y la Luz de la verdad, que es el Esposo, porque no hay concordia posible entre la luz y las tinieblas. Tal vez alguno me diga que la Esposa no es tan insensata ni tan ciega que busque la luz en las tinieblas, que busque a su Amado entre los que no le conocen ni le aman. ¡Como si la Esposa dijera que le busca y no que le ha buscado! No dice: Le busco, sino *busqué durante las noches* a aquel a quien ama mi alma. El sentido de estas palabras es que, cuando era pequeña, no tenía sino sentimientos y pensamientos

<sup>31</sup> I Thess. 5, 7.



proporcionados a la flaqueza de esa edad, y buscaba la verdad donde no se hallaba, andando errante por todas partes para encontrarla, aunque sin conseguirlo, según lo que está escrito en el salmo: *Anduve errante como una oveja descarriada* <sup>32</sup>. También dice que, mientras permaneció en su lecho, adelantó muy poco en la virtud, pues todavía era muy flaca y pequeña en sus sentimientos y afectos.

11. Mas para que ese pasaje nos dé este sentido es menester construir la frase en esta forma: Hallándome echada o recostada *en mi lecho busqué en vano a aquel a quien ama mi alma*. Como si dijera: No le busqué en mi lecho, sino que, estando recostada en él, le busqué; es decir, le busqué cuando todavía era flaca y enferma, sin que me sintiera con bríos para seguir al Esposo adondequiera que fuese, cuando aun era del todo incapaz de seguirlo por los senderos ásperos y escarpados por donde subía a las altas cumbres de la perfección; entonces vinieron a mí muchos que, noticiosos de mis anhelos, me decían: *Mira, Cristo está aquí; allí está Cristo* <sup>33</sup>, siendo verdad que El ni estaba aquí ni allí. Con todo eso, no me pesa de haber dado con esos falsos nuncios; porque de esta suerte pude verlos y examinarlos de cerca, convenciéndome más y más de que no poseían la verdad; de forma que, habiéndola buscado entre ellos, no la hallé, por cuanto lo que ellos llamaban día, no era sino noche cerrada de error.

12. Y dije: *Me levantaré y daré vueltas por la ciudad, buscando por calles y plazas al Amado de mi alma*. Ve ahora siquiera cómo está echada la que dice: *Me levantaré*. Y hermosamente, porque ¿cómo no había de levantarse en conociendo la resurrección de su Amado? Mas, ¡oh bienaventurada!, si has resucitado con Cristo, conviene saborees las cosas de arriba, no las de la tierra; las de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios <sup>34</sup>. Y ¿dices tú: *daré vueltas por la ciudad?* ¿Para qué? Los impíos son los que giran en torno de ella. Deja eso para los judíos, de quienes vaticinó uno de sus profetas: *Padecerán hambre como perros y andarán en torno de la ciudad* <sup>35</sup>. Y si entrases en la ciudad, según otro profeta, míralos extenuados de hambre <sup>36</sup>, lo cual, cierto, no sucedería si en ella estuviese el Pan de vida. Resucitó del corazón de la tierra; mas no se quedó sobre la tierra, porque ascendió a donde antes estaba. Pues el que descendió es el mismo que ascendió, el Pan vivo que del cielo descende; es el Esposo mismo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>32</sup> Ps. 118, 176.

<sup>33</sup> Mc. 13, 21.

<sup>34</sup> Col. 3, 1. 2.

<sup>35</sup> Ps. 58, 7.

<sup>36</sup> Jer. 14, 18

**76** DE LA GLORIA DEL ESPOSO SENTADO A LA DIESTRA DE SU PADRE, SIENDO EN TODO IGUAL A EL, Y DE CÓMO LOS BUENOS PASTORES HAN DE ANDAR ATENTOS, VIGILANTES Y DISCRETOS EN DIRIGIR LAS ALMAS A ELLOS CONFIADAS \*

1. *Buscaré por calles y plazas al Amado de mi alma*<sup>1</sup>. Al hablar así la Esposa, manifiesta que todavía siente como niña. Parecería figurarse que al salir el Esposo del sepulcro se ha mostrado en público para instruir a los pueblos según su costumbre, para curar enfermos, para manifestar su gloria en Israel, a fin de ver si le recibían, estando ya resucitado, aquellos que prometían recibirle si descendiera de la cruz. Mas no lo hizo así, por cuanto había consumado la obra que su Padre le tenía encomendada; lo cual debiera ella haber aprendido, siquiera al oír aquella palabra que El pronunció con voz clara y robusta, próximo ya a exhalar el último suspiro: *¡Todo está consumado!*<sup>2</sup> Ninguna necesidad tenía de manifestarse de nuevo ante el pueblo judío, que quizá se hubiera obstinado más y más en no creer en El. Y corría al Padre, que le diría: *Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por peana de tus pies*<sup>3</sup>. El mismo había dicho: *Cuando sea levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré a mí mismo* con la fuerza irresistible de mi divinidad. Cree, con todo, la Esposa que ha de buscarle por calles y plazas; pues por una parte ansia gozar de su presencia y compañía, y por otra ignora este misterio; por esto, viendo frustradas sus esperanzas y anhelos, exclama: Le busqué, mas no le he hallado; con lo cual se cumplió lo que El había dicho: *Me voy al Padre, y ya no me veréis*<sup>4</sup>.

2. Quizá ésta diga: ¿Cómo creerán en Aquel a quien no han visto? ¿Cual si la fe viniese de la vista y no del oído! ¿Qué maravilla es que creas lo que ves, y qué alabanza mereces en dar fe a tus ojos? Mas, cuando esperamos lo que no vemos, lo esperamos con paciencia, y la paciencia es mérito. *Bienaventurados los que sin haber visto han creído*<sup>5</sup>. A fin, pues, de que la Esposa no pierda el mérito de la fe, conviene se la prive de ver a su Esposo, para ejercicio de la virtud.

Es tiempo ya de que se retire. ¿Preguntas adónde? A la

\* PL 183, 1150.

<sup>1</sup> Cant. 3, 2.

<sup>2</sup> Io. 19, 30.

<sup>3</sup> Ps. 109, 1.

<sup>4</sup> Io. 16, 16.

<sup>5</sup> Io. 20, 29.

diestra del Padre; pues no cree sea rapiña el hacerse igual a Dios, teniendo la misma esencia que Dios<sup>6</sup>. El trono del Hijo único ha de ser lugar inaccesible a todo ultraje; ha de sentarse no debajo, sino al lado del Padre, a fin de que todos glorifiquen al Hijo como al Padre. Mas la Esposa nada de esto considera, y como ebria de amor corre de acá para allá, buscando con los ojos a Aquel que no perciben los ojos, sino la fe. No piensa que Cristo deba entrar al punto en su gloria sin que antes, haciéndose pública la gloria de su resurrección, quede la impiedad confundida, los fieles se regocijen, los apóstoles se hagan famosos, los pueblos se conviertan, y, en fin, sin que todo el mundo le glorifique, después de haber convencido a todos con la verdad de su resurrección, de la verdad de sus predicciones. ¡Te engañas, oh Esposa! Conviene que estas cosas se cumplan, pero a su tiempo.

3. Entre tanto, mira si no es más digno y más propio de la suprema justicia no dar las cosas santas a los perros y las perlas a los puercos; mira si no es más conforme a lo que dice la Escritura, a saber: que los impíos no verán la gloria de Dios<sup>7</sup>. Y tampoco conviene privar a la fe de su mérito, el cual se acrecienta y enaltece más y más cuando firmemente se cree lo que no se ve; y por otra parte, es muy razonable se reserve este favor a las almas dignas, excluyendo de él a las indignas, a fin de que, mientras tanto, los manchados sigan manchándose y los justos se justifiquen todavía más<sup>8</sup> y no se duerman de tedio. No conviene tampoco que los cielos y los cielos de los cielos vean con pena, por decirlo así, frustradas por más tiempo sus esperanzas y anhelos; no es decoroso que el mismo Padre omnipotente dilate ni un punto más el ver satisfechos los deseos de su corazón, ni que el Hijo unigénito se vea privado de entrar en la plenitud de su gloria, siendo indignísimo el que esto se le retardara un solo instante. ¿Qué vale ni qué significa la gloria de los mortales, para que, por consideración a ella, deba el Hijo de Dios retrasar ni un momento siquiera el ir a recibir la que su Padre le tiene preparada desde la eternidad? Añade a esto que no es justo ni digno deje por más tiempo de ser atendida la petición del mismo Hijo. ¿Qué petición, preguntas? Pues aquella en que dice: *¡Padre, glorifica a tu Hijo!* Y cierto, creería yo que no pidió esto en son de súplica, sino como quien sabía bien lo que había de suceder. Libremente se pide lo que está en la mano el conseguirlo. Luego la petición del Hijo es dispensatoria,

<sup>6</sup> Phil. 2, 6.

<sup>7</sup> Is. 26, 10.

<sup>8</sup> Apoc. 22, 11.

no necesaria, pues El da con el Padre lo que ha recibido del Padre.

4. Donde ha de decirse que el Padre no sólo glorifica al Hijo, sino que el Hijo también glorifica al Padre, a fin de que ninguno diga que el Hijo es menor que el Padre, diciendo El mismo: *Padre, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti*. Pero quizás alguno se imagine que el Hijo debe ser reputado menor que el Padre, por cuanto parece que, no teniendo gloria de sí mismo, la recibe del Padre, y al recibirla, se la devuelve. Pues no hay tal; y por eso dice el mismo Hijo: *Ahora glorificame, Padre, en ti mismo con aquella gloria que tuve en ti antes de existir el mundo*<sup>9</sup>. Si, pues, la gloria del Hijo no es posterior a la de su Padre, poseyéndola desde toda la eternidad, es evidente que el Padre y el Hijo se glorifican igualmente. Y entonces, ¿dónde está la primacía del Padre? Ciertamente ha de haber aquí igualdad perfecta en la coeternidad, e igualdad tan completa, que la gloria de entrambos no sea sino una misma, al no ser entrambos sino una misma cosa. Por esto, cuando el Hijo dice: *¡Padre, glorifica tu nombre!*, paréceme que no pide sino que le glorifique a El mismo, porque en El y por El el nombre del Padre es glorificado. A esta petición responde el Padre eterno: *Te he glorificado ya, y te glorificaré más todavía*<sup>10</sup>. No es ciertamente de poca monta la gloria que de esa respuesta redunda en pro del Hijo; pero todavía fué mucho más augusta la recibida a orillas del Jordán con el testimonio de Juan y la designación de la paloma y de la voz del Padre, que decía: *Este es mi Hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias*<sup>11</sup>. Y no fué inferior a ésta su glorificación en el monte Tabor, de la que fueron testigos sus tres discípulos predilectos. Entonces fué maravillosamente glorificado también por la voz que resonó desde la misteriosa nube, por la sublime transfiguración de su cuerpo y por la milagrosa aparición de dos grandes profetas: Moisés y Elías, a quienes se vió conversar con El<sup>12</sup>.

5. Sólo falta que, según la promesa del Padre, sea una vez más glorificado, llegando con ello a colmo la plenitud de su gloria, a la cual no se podrá añadir nada más. Pero ¿dónde le será dada esta gloria? No será, como la Esposa piensa, en las plazas y calles de una ciudad cualquiera, sino en aquella de la cual está escrito: *Todas tus calles y plazas, ¡oh Jerusalén!, serán pavimentadas de oro puro, y por todos tus barrios se cantará aleluya*<sup>13</sup>. En estos barrios es donde el Hijo ha recibido del Padre gloria tan grande, que no po-

<sup>9</sup> Io. 17, 1. 5.

<sup>10</sup> Io. 12, 28.

<sup>11</sup> Mt. 3, 14. 16. 17

<sup>12</sup> Mt. 17, 2-5.

<sup>13</sup> Tob. 13, 22.



drá hallarse otra igual ni aun en los espíritus celestiales. Porque ¿a cuál de los ángeles se dijo nunca: *Siéntate a mi diestra?*<sup>14</sup> Y no sólo no se han encontrado ángeles, pero ni tampoco arcángeles o de otros órdenes todavía más elevados que hayan sido dignos de recibir gloria tan superexcelente. Esta palabra gloriosa no fué dicha jamás a ninguno de ellos, y ni uno solo siquiera ha experimentado sus efectos. Los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades, anhelan, sin duda, contemplarle; mas no presumen compararse con El. Sólo a mi Señor ha sublimado e invitado el Señor a sentarse a su diestra como a quien le es igual en gloria, consustancial en esencia, semejante por su generación, igual en majestad y eternidad. Allí es, allí es, repito, donde el que le busque le hallará y verá su gloria, no gloria como la de los otros, sino gloria digna del Hijo Unigénito del Padre<sup>15</sup>.

6. ¿Qué harás, Esposa? ¿Crees poderle seguir hasta allí? ¿Osas o puedes materte en secreto tan santo y en santuario tan secreto para contemplar al Hijo en el Padre y al Padre en el Hijo? No, ciertamente. No podrás ir ahora a donde El está, pero irás después. No te desanimes, síguele, sin que sus resplandores y grandezas inaccesibles te arredren de la búsqueda ni te hagan desesperar de encontrarle. Si puedes creer, todo le es posible al creyente<sup>16</sup>. Cerca de ti está la palabra que justifica: *En tu boca está y en tu corazón*, dice el Apóstol<sup>17</sup>. Cree, y le has hallado; porque creer es haberle hallado. Todos los fieles saben que Cristo habita por la fe en sus corazones<sup>18</sup>. ¿Qué puede haber tan cercano como lo que está dentro de nosotros? Búscale, pues, segura; búscale devota; que el Señor es bueno para el alma que le busca<sup>19</sup>. Búscale con deseos, síguele con obras, hállele con la fe. ¿Qué no encuentra la fe? Ella alcanza lo inaccesible, descubre lo más oculto, abarca lo más inmenso, alcanza lo más apartado; encierra finalmente, como en amplísimo seno, la misma eternidad. Lo diré resueltamente: No entiendo la Trinidad bienaventurada y eterna, pero creo en ella; y con la fe poseo a la que con la mente no puedo comprender.

7. Mas dirá alguno: ¿Cómo creerá la Esposa si no se la instruye, pues la fe entra por el oído, y el oír viene por la palabra de la predicación?<sup>20</sup> Dios proveerá a esto. Ahí están los que le salen al encuentro para informarla acerca de lo que debe saber y para instruirla en lo concerniente a la fe, a la piedad y a la religión. Oye lo que ella misma añade: *Me han encontrado los centinelas que guardan la ciudad*. ¿Quiénes son esos centinelas? Son los que el Evan-

<sup>14</sup> Hebr. 1, 13.<sup>15</sup> Io. 1, 14.<sup>16</sup> Mc. 9, 22.<sup>17</sup> Rom. 10, 8.<sup>18</sup> Eph. 3, 17.<sup>19</sup> Thren. 3, 25.<sup>20</sup> Rom. 10, 14, 17.

gelio llama bienaventurados si el Salvador les halla velando cuando venga <sup>21</sup>. ¡Qué buenos son esos centinelas, que velan mientras nosotros dormimos, como quienes deben dar cuenta de nuestras almas! ¡Qué buenos son esos centinelas, cuyo espíritu vela siempre, y que, pernoctando en oración, sagazmente exploran las emboscadas de los enemigos, previenen sus malos intentos, apartan sus redes, eluden sus lazos, evitan sus artificios y frustran sus estratagemas! Estos son los amadores de sus hermanos y del pueblo cristiano, que oran mucho por el pueblo y por toda la santa ciudad. Estos son los que, teniendo gran cuidado de los rebaños que les están confiados, ofrecen de mañana sacrificios al Señor que los crió y oran en presencia del Altísimo. Ellos velan y oran, sabiendo cuán poco capaces son por sí mismos de guardar la ciudad, y que, como dice el profeta, *si el Señor no guarda la ciudad, en vano se desvela el que la guarda* <sup>22</sup>.

8. Ciertamente, habiéndonos mandado el Señor velar y orar para no caer en la tentación <sup>23</sup>, claro está que, sin este doble ejercicio de los fieles y esta doble aplicación de los guardias, ni la ciudad puede estar segura, ni la Esposa, ni las ovejas. ¿Preguntas qué diferencia hay? Son uno. Llámola ciudad por la congregación de los fieles; Esposa, por la dilección; ovejas, por la mansedumbre. ¿Quieres te declare cómo esposa es lo mismo que ciudad? *Vi, dice, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo por la mano de Dios, engalanada como Esposa adornada para su Esposo* <sup>24</sup>. Esto mismo se os hará patente respecto de las ovejas, si recordáis que al confiar sus ovejas al primer Pastor—de Pedro hablo—, le recomendó el ejercicio de la caridad; y cierto que El, siendo tan sabio y prudente, no le hubiera recomendado esto con tanta insistencia de no estar bien convencido de que El era Esposo. Oíd esto, amigos del Esposo, si sois sus amigos. Aunque dije poco al llamaros amigos, por cuanto aquellos a quienes El se digna honrar con el privilegio de su familiaridad, conviene sean amiguísimos. No en vano, al encomendar a Pedro las ovejas, le dijo tres veces: *Pedro, ¿me amas?* <sup>25</sup> Si no me engaño, fué esto lo mismo que decirle: Si tu conciencia no te cerciora de que me amas, y de que me amas mucho y perfectamente, o sea más que a lo tuyo, más que a los tuyos, más que a ti mismo, no tomes en modo alguno este oficio, no eches sobre tus hombros tan pesada carga ni te metas entre mis ovejas, por las cuales derramé mi sangre. Terrible palabra, capaz de sacudir aun los corazones más impávidos de ciertos despóticos tiranos.

<sup>21</sup> Lc. 12, 37.

<sup>22</sup> Ps. 126, 1.

<sup>23</sup> Mc. 14, 38.

<sup>24</sup> Apoc. 21, 2.

<sup>25</sup> Io. 21, 15-17.

9. Por tanto, todos aquellos a quienes cupo en suerte este ministerio, atended a vosotros mismos y al precioso depósito que se os ha confiado. Es ciudad: velad por su custodia y concordia. Es Esposa: procurad su ornato. Son ovejas: ved de apacentarlas. Y quizás estas tres cosas no respondan mal a la triple interrogación a Pedro; porque para bien guardar una ciudad se la ha de preservar de tres males: de violencia de tiranos, de fraudes de herejes y de tentaciones de demonios. El ornato de la *Esposa* debe consistir en buenas obras, en buenas costumbres y en conducta prudente y decorosa. Y el pasto de las ovejas está comúnmente en los prados de las Escrituras, como en la heredad del Señor. Con todo, conviene aquí hacer alguna distinción. Porque hay mandamientos que deben ser impuestos a los espíritus duros y carnales como norma inviolable de vida. Hay también dispensas, que son concedidas a los flacos y apocados de corazón, por misericordia. Y hay consejos fuertes y sólidos, propuestos por medio de una profunda sabiduría a los sanos y ejercitados además en el arte de discernir el bien del mal. En cuando a los todavía infantes en la gracia, se les da leche de exhortaciones y no sólidos manjares. Amén de lo cual, los buenos y solícitos pastores no cesan de cebar sus rebaños con buenos y alegres ejemplos, y más bien con los suyos propios que con los ajenos. Porque si lo hicieran sólo con los de otros y no con los propios, sería para ellos vergonzoso y de escaso provecho para sus ovejas. Así, por ejemplo, si yo, que al parecer hago las veces de pastor, propusiera a vuestra imitación la mansedumbre de Moisés, la paciencia de Job, la misericordia de Samuel, la santidad de David y otros ejemplos semejantes de virtud, y me vierais luego severo e impaciente, sin misericordia ni piedad, os edificaríais menos de mis palabras y las escucharíais con menos avidez y solícitud. Ciertamente, aunque me temo que algo de esto suceda respecto a mí, dejo a la bondad divina el que supla en esta parte lo que me falta y corrija lo que por culpa mía vaya mal enderezado. El buen pastor ha de procurar también proveerse de aquella sal según el Evangelio, teniendo en cuenta que sus palabras y exhortaciones, bien condimentadas con esta sal<sup>26</sup>, serán tanto más saludables y provechosas cuanto sean más del agrado de sus oyentes. He aquí cuanto deseaba deciros sobre la guarda de la ciudad, el ornato de la Esposa y el pasto que se ha de propinar a las ovejas.

10. Quiero, sin embargo, insistir algo más en esto por causa de aquellos que ansían honores y se empeñan temerariamente en llevar cargas superiores a sus espaldas, expo-

<sup>26</sup> Mc. 9, 49.

niéndose a peligros, para que sepan aquí a qué han venido, según está escrito: *Amigo, ¿a qué has venido?*<sup>27</sup> Si no me engaño, sólo para guardar cual conviene la ciudad se requiere un varón fuerte, espiritual y fiel. Fuerte, para rechazar los asaltos del enemigo; espiritual, para descubrir sus asechanzas; fiel, para no buscar su propio interés. Ahora bien, para arreglar o corregir las costumbres, lo que ciertamente pertenece al decoro de la Esposa, ¿quién no ve cuánta y cuán continua vigilancia se requiere a fin de no aflojar la disciplina regular? Por eso, cualquiera que sea llamado a llevar esta carga, ha de hervir en el celo con que, encendido aquel principal amante de la Esposa del Señor, decía: *Encelo por vosotros con el celo de Dios, pues os he desposado con ese único Esposo, que es Cristo, para presentaros a El como a virgen casta*<sup>28</sup>. Y ¿cómo podrá un pastor ignorante conducir los rebaños del Señor a los pastos de las divinas palabras? Y si fuere docto sin ser virtuoso, podrá temerse que cause más daño a sus ovejas con su vida poco edificante que provecho con su copiosa doctrina. TEMERARIAMENTE, PUES, SE ENTROMETE A PASTOR DE ALMAS QUIEN NO UNE A LA CIENCIA UNA VIDA LAUDABLE. Mas he aquí que me veo forzado, lo que no alabo, a poner fin donde no es aún el fin. Me llaman con urgencia a otro quehacer; aunque creo no merecería le cediese la vez el que traemos entre manos. Angustias por doquier, sin que acierte a discernir cuál de los dos me molesta más, si el interrumpir éste o el engolfarme en aquél, aunque, en realidad, ambos a dos me sean molestos. ¡Oh servidumbre! ¡Oh necesidad! Pues no hago lo que quisiera, antes me veo como forzado a hacer lo que me repugna. Notad, sin embargo, dónde hemos terminado, a fin de que, cuando podamos volver, comencemos lo primero por ahí, en nombre del Esposo de la Iglesia, Jesucristo, Señor nuestro, sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**77** DE LOS MALOS PASTORES DE LA IGLESIA Y DE CÓMO  
LOS ÁNGELES Y SANTOS DEL CIELO VIENEN EN AUXILIO  
DE LOS ELEGIDOS QUE AUN PEREGRINAN POR LA  
TIERRA \*

1. Gracias a Dios, ya nos hallamos expeditos para reanudar la plática interrumpida. Decíamos ayer cuáles deberían ser los pastores que guían nuestros pasos por el

<sup>27</sup> Mt. 26, 50.

<sup>28</sup> 2 Cor. II, 2.

\* PL 183, 1155.



camino de la vida espiritual, no cuáles son en la realidad, bien distinta por cierto del ideal que de ellos hemos concebido. Por desgracia, no todos los que hoy día rodean a la Esposa, no todos los que, al parecer, la asisten y presentan el pecho por ella, son realmente amigos del Esposo divino; puesto que son poquísimos los que no buscan sus propios intereses, aun entre los que se profesan sus caros amigos. Aman los regalos y presentes y, claro está, no pueden amar igualmente a Jesucristo, teniendo atadas las manos con la codicia de riquezas; y así, es de ver cómo andan de acicalados y elegantes, materialmente cargados de toda clase de adornos, a manera de una esposa que sale de su tálamo. Si desde un lugar elevado pudiéramos contemplar cómo anda y se porta alguno de ellos, ¿no es verdad que nos parecería ver, más bien, a una esposa engalanada que a un custodio y servidor de la misma? ¿Y de dónde creéis que sale esa exuberancia de todas las cosas, esa magnificencia de vestidos, ese lujo y prodigalidad de la mesa y esos aparadores repletos de vajilla de oro y de plata, sino de los bienes de la Esposa? Ved ahí por qué ella está desfigurada, en desorden, pálida y deshecha. Ciertamente, esto no es adorar a la Esposa, sino despojarla; no es guardarla, sino destruirla; no es defenderla, sino arriesgarla; no es instruirla, sino prostituirla; no es esto apacentar el rebaño, sino matarlo y devorarlo, según aquellas palabras del Señor: *Esos devoran a mi pueblo, como lo harían con un bocado de pan*<sup>1</sup>; *han asolado a Jacob y devastado su morada*<sup>2</sup>. Y añade por otro profeta: *Se conocen los pecados de mi pueblo*<sup>3</sup>. Como si dijera: Exigen el precio de los pecados, sin que para nada se preocupen de la enmienda de los pecadores. Veréis a no pocos de los que tienen a su cargo el gobierno de la Iglesia que se muestran más vigilantes y solícitos en vaciar las bolsas que en extirpar los vicios de los que les están sometidos. ¿Dónde están aquellos que templan la cólera de Dios con sus oraciones y mueven las almas a aprovecharse de los preciosos momentos de su misericordia y de su gracia? Y cuenta que con esto no nos referimos sino a sus más leves defectos; pues los cometen mucho más graves, por los cuales serán castigados severamente.

2. Aunque, a decir verdad, es perfectamente inútil que nos detengamos en hablar de estas cosas, puesto caso que no nos oyen los interesados. Y si acaso me tomara la molestia de comunicárselas por escrito, o se desdeñarían de leer la carta, o, en caso de leerla, se enojarían contra mí, cuando sería lo razonable enojarse contra sí mismos. Por

<sup>1</sup> Ps. 13, 4; 52, 5.

<sup>2</sup> Ps. 78, 7.

<sup>3</sup> Os. 4, 8.

tanto, prescindamos ahora de esa clase de pastores, de quienes puede decirse que no han hallado a la Esposa, sino que en cierto modo la han puesto a pública subasta. Fijemos más bien nuestra atención en aquellos otros a quienes alude la Escritura al decir que fueron a su encuentro mientras ella iba rondando por la ciudad. Los pastores de quienes hemos hablado, ciertamente, han heredado la dignidad y ministerio de aquéllos, pero no su celo; ambicionan el sucederles en el cargo, pero no imitan sus virtudes. ¡Ah! Pluguiera a Dios que fuesen tan vigilantes en desempeñar las funciones de sus cargos como son ardientes en pretenderlos. Si así fuera, velarían con mucho mayor cuidado de lo que lo hacen en guardar a aquella a quien han encontrado y cuya custodia les ha sido cometida. O, más bien, velarían sobre sí mismos y no darían motivo a que pudiera decirse de ellos: *Mis amigos y mis deudos se allegaron a mí para combatirme* <sup>4</sup>. Esta queja, muy justificada por cierto, coge de lleno a la época actual. Nuestros centinelas no se contentan con no guardarnos de las asechanzas de los enemigos, sino que, a más de esto, nos hacen traición entregándonos la plaza. Sumidos en el más profundo sueño, no se despiertan ni al estallar sobre sus cabezas los rayos de las divinas amenazas, sin percatarse siquiera de su propio peligro; de donde se sigue que no cuidan para nada de alejar de sí ni de sus rebaños el terrible peligro que les amenaza, pereciendo en la común catástrofe pastores y ovejas.

3. ¿Y quiénes son estos centinelas de los cuales dice la Esposa que les salieron al encuentro para guardarla y defenderla de sus enemigos? No son otros que los apóstoles y varones apostólicos. Estos verdaderamente guardan la Ciudad, es decir, a la Esposa a quien han encontrado, y la guardan con tanto más cuidado y vigilancia, cuanto al presente la ven expuesta a mayores peligros, tanto más perniciosos y temibles cuanto que son intestinos y domésticos, según aquello del profeta Miqueas: *Los más peligrosos enemigos del hombre son los de su casa o familia* <sup>5</sup>. Esos fieles centinelas no desamparan jamás a Aquella por quien han combatido hasta la efusión de su sangre, sino que la protegen y guardan día y noche, es decir, en su vida y en su misma muerte: porque *si es preciosa en el acatamiento del Señor la muerte de sus santos* <sup>6</sup>, ¿quién podrá dudar de que con su muerte la protegen tanto más eficazmente cuanto con ella se acrecienta más y más su poder y autoridad? <sup>7</sup>

4. Aseguras esto, dice alguno, como si lo vieras con tus

<sup>4</sup> Ps. 37, 12.

<sup>5</sup> Mich. 7, 6.

<sup>6</sup> Ps. 115, 15.

<sup>7</sup> Ps. 138, 17.

ojos, cuando es cosa recatada a la mirada humana. Y yo digo: Si crees que es fiel el testimonio de vuestros ojos, el testimonio de Dios lo es más aún. Pues bien, El dice: *Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto centinelas: todo el día y toda la noche estarán alerta, no callarán jamás*<sup>8</sup>. Esto, me replicas, alude a los ángeles. No lo niego, pues harto sé que esos espíritus bienaventurados son todos ministros de Dios, siempre dispuestos a ejecutar sus mandatos<sup>9</sup>. Pero ¿y quién me puede estorbar el que sienta lo mismo tratándose de aquellos que, por una parte, no son ciertamente inferiores a los ángeles en poder, y por otra, dada su bondad y misericordia, se hallan mejor dispuestos a favorecernos por participar de nuestra misma naturaleza? Amén de que ellos han tenido que soportar las mismas aflicciones y las mismas miserias a que nosotros estamos todavía sujetos en esta vida. Esas almas bienaventuradas, ¿no te parece que han de sentirse movidas a mayor compasión con nosotros al recordar que han pasado por las mismas penas y tribulaciones que nosotros? ¿No son acaso las que dicen: *Hemos pasado por el fuego y el agua, y nos sacaste a lugar de refrigerio*?<sup>10</sup> ¿Qué? Pasaron ellos, y ¿crees acaso que nos abandonarán en medio de los fuegos y de las olas y que no se dignarán siquiera extender la mano a sus hijos en peligro? Sin duda que no. Bien te irá, ¡oh madre Iglesia!, bien te irá en el lugar de tu peregrinación; ni de parte del cielo ni de la tierra te faltarán jamás los auxilios necesarios. Los encargados de guardarte no duermen ni dormitan. Tus guardianes son los santos ángeles, y tus centinelas los espíritus bienaventurados y las almas de los justos. No se engañan los que creen que han venido a tu encuentro unos y otros, y que unos y otros te custodían con toda solicitud. Todos ellos tienen razones especiales para tomar sobre sí este cuidado. Los bienaventurados saben muy bien que no recibirán el complemento perfecto de su dicha sin que tú vayas a juntarte con ellos, y los coros angélicos no ignoran que sin ti no puede verse completado el número de los espíritus predestinados. Porque ¿quién no sabe que, al caer Lucifer con los cómplices de su rebeldía, quedó no poco mermado el número de los espíritus angélicos? Por tanto, todos esperan alcanzar por tu medio su perfecta consumación: los unos, la de su número, y los otros, la de sus fervientes deseos. Reconoce, pues, que a ti alude el salmista cuando dice: *Esperando están los justos hasta que me premies*<sup>11</sup>.

5. Es de notar que no se dice que fué ella en busca de los centinelas, sino que ellos fueron a su encuentro; sin

<sup>8</sup> Is. 62, 6.

<sup>9</sup> Hebr. 1, 14.

<sup>10</sup> Ps. 65, 12.

<sup>11</sup> Ps. 141, 8.

duda porque les habían confiado ese menester. Porque ¿cómo habría predicadores si nadie los enviara? Finalmente, tienes al que habla en los Evangelios: *He aquí que os envío a predicar* <sup>12</sup>. *Yendo por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura* <sup>13</sup>. Así es. Ella buscaba al Esposo, y el Esposo lo veía. Es más, El la había impulsado a ir en su búsqueda, al darla un corazón deseoso de observar sus mandamientos y la ley de vida y de disciplina, con tal de que hubiera quien la instruyese y enseñase el camino de la prudencia. Por eso envió a su encuentro personas aptas para enseñarla con autoridad la verdad íntegra, quienes le diesen noticias ciertas del Amado, pues lo que su alma buscaba y amaba era la verdad. Y cierto, ¿cuál es el amor fiel y verdadero del alma sino aquel que la hace amar la verdad? Estoy dotado de razón, soy capaz de la verdad; pero ¿de qué me servirá todo ello si no tengo amor a lo verdadero? La verdad es el fruto de estas ramas; yo, la raíz. No están esas ramas seguras de no ser cortadas por la segur si carecen de ese fruto. Sin duda, precisamente en virtud de ese precioso don concedido a la naturaleza, brilla en el alma la imagen de Dios y está sobre todos los animales. De ahí que se atreva mi alma a los dulces y castos abrazos de la verdad, a fin de hallar segura, completa y suavísima quietud en su amor, con tal de hallar gracia en el acatamiento de Esposo tan grande, y que la juzgue digna de llegar a tanta gloria; o más bien, el mismo Esposo se digne hacerla comparecer delante de sí gloriosa, sin mácula, ni arruga, ni cosa semejante. ¿Qué gran peligro crees correrá y qué pena merecerá quien tiene ocioso tan rico don de Dios? Mas de esto trataremos en otra ocasión.

6. Pero ahora la Esposa no halla al que busca, y vese encontrada de aquellos a quienes no busca. Oigan esto los osados que no temen entrar por los caminos de la vida sin guía, siendo a la vez para sí mismos discípulos y maestros en el arte espiritual. Y no contentos aún con esto, amontonan para sí discípulos, siendo ciegos con guías de ciegos. ¿Cuántos he visto que por ahí peligrosísimamente han errado del recto camino! Pues, ignorando los ardides de Satanás y sus pensamientos, ha sucedido que, comenzando en espíritu, han acabado en carne, torpemente arrasados, miserablemente caídos. Cuiden, pues, esos tales de andar con cautela y aprendan de la Esposa, la cual no pudo ir de ningún modo a Aquel a quien ella deseaba, sin haber sido encontrada de aquellos de cuyo ministerio se ha servido para tener algún conocimiento de su Amado, o sea

---

<sup>12</sup> Lc. 10, 3.

<sup>13</sup> Mc. 16, 15.



para aprender el temor del Señor. Da la mano a un seductor el que no atiende a un preceptor; y el que deja a las ovejas pastar sin guarda, no puede llamarse pastor de ovejas, sino de lobos.

7. Veamos ya cómo la Esposa se dice haber sido hallada. Pues paréceme que se sirve de una expresión bastante desusada, por cuanto habla como si la Iglesia procediera de un solo lugar, cuando, según la palabra del Señor <sup>14</sup>, ha sido congregada de Oriente y Occidente y de todos los confines de la tierra. Amén de que jamás ha circunscrito su acción a un lugar donde pueda ser hallada por los apóstoles o los ángeles para conducirla o dirigirla a Aquel a quien ama su alma. Pero ¿acaso ha sido hallada antes de ser congregada? No, porque aun no existía. Por eso, si se hubiera limitado a decir que había sido congregada o reunida, o, hablando más propiamente, convocada por los predicadores, habría simplemente pasado adelante sin dudar acerca de esto, pues coadjutores son de Dios y oyeron al que dijo: *El que conmigo no recoge, desparrama* <sup>15</sup>. Tampoco habría despropósito si hubiera dicho quiénes de entre ellos la habían fundado y edificado, ya que esto lo hicieron junto con Aquel que en los Evangelios dice: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia* <sup>16</sup>. Y que está fundada sobre roca firme <sup>17</sup>. Mas como la Esposa, en vez de este sencillo lenguaje, emplea términos desusados y declara haber sido hallada por los centinelas, habremos de pararnos un tanto en expresión tan insólita, cabiendo sospechar que encierra un secreto digno de investigar.

8. Confieso que quería soslayar esta cuestión, por no empeñarme en un problema que estimo superior a mi capacidad; pero, recordando que muchas veces, en otros lugares tan dudosos, oscuros y difíciles como éste, vosotros, levantando arriba los corazones, me habéis ayudado más de lo que yo podía esperar, heme avergonzado de mi desconfianza y, reprendido mi temor, heme resuelto a abordar sin titubeos un problema que tímidamente rehuía. Asístame, como confío, la habitual ayuda de lo alto, y mis esfuerzos no resultarán fallidos con tan benévolos oyentes. Mas esto lo haré en el próximo sermón, pues el presente lo cerramos ya. Déos no sólo retener de memoria lo que habéis oído, sino también que lo améis y eficazmente lo cumpláis, el Esposo de la Iglesia, pues El, en cuanto Dios, es sobre todas las cosas bendito en los siglos. Amén.

<sup>14</sup> Mt. 8, 11.

<sup>15</sup> Mt. 12, 30

<sup>16</sup> Mt. 16, 18.

<sup>17</sup> Mt. 7, 25.

**78 LA ESPOSA, O SEA LA IGLESIA DE LOS ELEGIDOS, FUÉ PREDESTINADA POR DIOS ANTES DE TODOS LOS SIGLOS Y PREVENIDA POR EL PARA QUE LE BUSCASE Y SE CONVIRTIESE A EL \***

1. Si bien recuerdo, nos paramos y apegamos más escrupulosamente a la palabra *invención*. Oyendo a la Iglesia, decís que ha sido hallada por los centinelas. Ya os indiqué la causa de tales dudas y cómo la premura del tiempo no me permitía explanarlas y solucionarlas convenientemente, por lo cual hube de diferirlo para hoy. No falta sino cumplir mi promesa. El Doctor de las gentes, al explicar el infame misterio de la mística unión de Cristo con su Iglesia, compáralo a un casto y santo matrimonio<sup>1</sup>, cuyo fruto fué la salvación del mundo. Pues bien, en este misterio sublime entran tres factores que concurren a la par a su realización, y son: Dios, el ángel y el hombre. ¿Era posible que Dios no tomara con todo empeño lo de las nupcias de su amadísimo Hijo? No por cierto. Claro está que El se bastaba a sí mismo para llevar a cabo este negocio sin necesidad alguna del concurso de los otros dos, mientras que éstos no podían hacer absolutamente nada sin El. Por tanto, el utilizarlos en la realización de este misterio no fué porque necesitara su ayuda, sino sólo por atender a su honra y provecho, habiendo sapientísimamente dispuesto que el mérito de los hombres dependiera de sus buenas obras, según aquello del Salvador: *El que trabaja merece paga*<sup>2</sup>; y aquello de su Apóstol: *Cada cual recibirá su propio salario según trabajo*<sup>3</sup>, ora se trate del que planta en el campo de la fe, ora del que riega lo que allí ha plantado. Y al servirse Dios del ministerio de los ángeles para atender a la salvación del género humano, ¿no lo hace con vistas a que los hombres amen a los ángeles? El que éstos amen a los hombres, se comprende bien, por cuanto no ignoran que son los destinados a reparar las ruinas ocasionadas a su ciudad por sus compañeros rebeldes. Y verdaderamente es muy digno y razonable que el reino del amor no sea gobernado por otras leyes que por las del mutuo amor de los que deben reinar allí juntos y por los puros afectos de unos y otros para con Dios.

2. Pero es mucha la diferencia en el modo de obrar, según sea la dignidad de cada obrero. Dios, en efecto, obra

\* PL 183, 1159.

<sup>1</sup> Eph. 5, 32.

<sup>2</sup> Lc. 10, 7.

<sup>3</sup> 1 Cor. 3, 8.

cuanto quiere con la misma y mera facilidad de querer, sin afán, sin movimiento, sin prejuicio, distinción de lugar o tiempo, de causa o de persona. Porque es el Señor de los ejércitos, que con tranquilidad lo juzga todo<sup>4</sup>. Es también la Sabiduría, que lo dispone todo suavemente<sup>5</sup>. Ahora bien, el ángel no obra sino con movimiento, tanto local como temporal, aunque sin afán. El hombre, en cambio, no sin hervor del ánimo, ni sin movimiento del cuerpo y del alma es libre en el obrar. Finalmente, a cada cual se le manda obrar su salvación con temor y temblor<sup>6</sup> y comer su pan con el sudor de su rostro<sup>7</sup>.

3. Explicado así esto, mira ahora conmigo en esta tan magnífica obra de nuestra salud cómo hay tres cosas que para sí reclama su autor, Dios, y se adelanta en ella a todos sus auxiliares y cooperadores: *la predestinación, la creación, la inspiración*. La predestinación no ha comenzado con la Iglesia, ni aun con el mundo, sino que es desde toda la eternidad y antes de todos los tiempos. La creación se ha realizado en el tiempo, y la inspiración ha lugar cuando Dios quiere y como le place. Según la predestinación, la Iglesia de los elegidos ha estado siempre en Dios. Si el infiel se asombra de esto, aprenda otra cosa aún más asombrosa, y es que esa Iglesia ha sido siempre muy grata a Dios y que El la ha amado siempre. ¿Por qué no publicaré yo un secreto que me ha descubierto en el seno de Dios aquel que nos ha notificado tantas cosas? Refiérome a Pablo, que no ha recelado divulgar este secreto, por él sacado de los tesoros de la bondad de Dios. Oye cómo se expresa el santo Apóstol: *Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda bendición espiritual en los cielos, así como por El mismo nos escogió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos y sin mancha en su presencia por la caridad*. Y a seguidas añade: *El nos predestinó a ser hijos suyos adoptivos por Jesucristo para gloria suya, por un propósito efecto de beneplácito, para alabanza de la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos a sus ojos en su amado Hijo*<sup>8</sup>. Todo esto, sin duda, lo dicen a una voz todos los elegidos; y ellos son la Iglesia. Ahora bien, ¿quién, ni siquiera entre los espíritus angélicos, ha podido encontrar a esa Iglesia en el profundo seno de la eternidad, antes de salir a la luz la obra de esta creación; quién, aun entre los bienaventurados, podía hallarla sino aquel a quien la revelaba Dios, que es la eternidad misma?

<sup>4</sup> Sap. 12, 18<sup>5</sup> Sap. 8, 1.<sup>6</sup> Phil. 2, 12.<sup>7</sup> Gen. 3, 19.<sup>8</sup> Eph. 1, 3-6.

4. Pero ya cuando al arbitrio del Creador vióse emerger (la Iglesia) de la nada en esas formas facticias y visibles, no fué al punto hallada ni por los hombres ni por los ángeles, oculta como estaba bajo una imagen humana y terrena y cubierta con sombras de muerte. Ninguno de los hijos de los hombres ha entrado en esta vida sin ese velo de universal confusión, menos uno solo, el que entra en ella sin mancha <sup>9</sup>. Es éste el Emanuel, el que, sin embargo, tomó también de nosotros la semejanza de la maldición, aunque no la realidad. Así, pues, lee que apareció en la semejanza de la carne de pecado, a fin de condenar al pecado, que reinaba en nuestra carne <sup>10</sup>. Por lo demás, El solo pasó por todas las pruebas en bien de todos, elegidos, digo, y réprobos. Porque no hay distinción. Todos pecaron y todos llevan el sambenito de su vergüenza. Por eso, pues, aun cuando la Iglesia existiera ya en los seres creados, no podía en tal estado ni ser hallada ni ser conocida por ninguna criatura, viéndose oculta por entrambos modos maravillosos en el seno de la feliz predestinación y en la masa de la miserable condenación.

5. Mas aquella que la Sabiduría predestinante había ocultado desde la eternidad y que asimismo la potencia creatriz no había producido desde un principio, la gracia visitante, por una operación que antes llamé inspiración, la reveló a su tiempo. Luces caídas del Espíritu del Esposo en los espíritus sirvieron de preparación al Evangelio de paz, o sea, prepararon el camino al Señor y al Evangelio de su gloria para llegar a los corazones de todos los predestinados a la vida. En vano habrían los centinelas de Israel predicado el Evangelio de no haber precedido esta gracia; mas ahora, al ver que la palabra de Dios corre veloz, como dice el profeta; al ver que los pueblos se convierten fácilmente al Señor; al ver que tribus y lenguas, como dice la Escritura, concurren en la unidad de la fe y que desde las más remotas extremidades de la tierra se juntan en el seno de una misma Madre, la Iglesia católica, reconocen las riquezas de la gracia, tantos siglos ocultas en el secreto de la predestinación eterna, y se alegran de haber encontrado a la que El se eligió por Esposa antes de los siglos.

6. Opino por esto que no sin razón testifica la Esposa que ellos sólo la han encontrado, a fin de que se conozca que ellos la han juntado, no elegido; que la han hallado, no

<sup>9</sup> Sólo cabe distinguir y exceptuar después de Cristo a su Madre virginal, María Santísima, preservada sin mancha de todo pecado por singular privilegio, aunque también redimida. Mas San Bernardo no fué partidario de la Inmaculada Concepción. Cf. *Introducción general*, p. 72.

<sup>10</sup> Rom. 8, 3.



convertido. Porque la conversión de cada uno de los fieles debe ser atribuída a Aquel a quien todos deben decir lo del salmo: *Conviértenos a ti, ¡oh Dios, salvador nuestro!*<sup>11</sup> Mas quizá no sea tan exacto el decir que Dios la ha hallado o encontrado como el afirmar que la ha convertido. Más aún: cabe aseverar que no sería exacto, porque Dios no encuentra o halla, sino que previene; y es evidente que el prevenir excluye el hallar. Verdaderamente, ¿qué puede hallar o encontrar Aquel que jamás ignoró nada? *El Señor, dice el Apóstol, conoce a los que son suyos*<sup>12</sup>. Y ¿qué dice El mismo? *Yo conozco a los que he elegido desde el principio*<sup>13</sup>. Ciertó; la que El previó, eligió, amó, constituyó desde la eternidad, no hay por qué decir que fué hallada. Lo que sí cabe asegurar es que la preparó para que pudieran encontrarla; pues el que esto vió nos lo ha testificado claramente, y sabemos que su testimonio es verdadero<sup>14</sup>. *Vi, dice, la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descender del cielo de Dios, compuesta, como novia engalanada, para su Esposo*<sup>15</sup>. Quien así habla es nada menos que uno de los centinelas que guardan la ciudad. Pero oye al mismo que la preparó, de qué manera la señala como con el dedo a los centinelas, aunque valiéndose de otra metáfora: *Alzad vuestros ojos, mirad los campos y ved ya las mieses blancas y a punto, preparadas para la siega*<sup>16</sup>. Entonces es cuando el Padre de familias incita a sus obreros a trabajar, viendo todas las cosas así preparadas, a fin de que, sin mucho trabajo de su parte, puedan gloriarse *de ser los coadjutores de Dios*<sup>17</sup>. En verdad, ¿qué oficio han de desempeñar? No otro que el de buscar a la Esposa y, una vez hallada, darle noticias de su Amado, ya que ellos no buscan su propia gloria, sino la del Esposo, a fuer de amigos suyos. Y cierto que no tendrán que trabajar mucho, pues la Esposa está ya presente y los busca con todo el ardor imaginable: tan bien ha preparado el Señor su voluntad.

7. Antes de que los centinelas hablen, preguntales acerca de su Amado; y prevenida y preparada por el Señor, adelántase a sus predicadores y preguntales: *¿Habéis visto acaso al Amado de mi alma?*<sup>18</sup> Con razón, pues, dice la Esposa que ha sido hallada por los que guardan la ciudad, sabedora de que ha sido de antemano conocida y prevenida por el mismo Señor de la ciudad: de suerte que los centinelas la hallaron ya constituída, pero no le dieron el ser. Así fué honrado Cornelio por Pedro y Pablo por Ananías, ha-

<sup>11</sup> Ps. 84, 5.<sup>12</sup> 2 Tim. 2, 19.<sup>13</sup> Io. 13, 18.<sup>14</sup> Io. 19, 35.<sup>15</sup> Apoc. 21, 2.<sup>16</sup> Io. 4, 35.<sup>17</sup> 1 Cor. 3, 9.<sup>18</sup> Cant. 3, 3.

biendo sido entrambos prevenidos y preparados por el Señor. ¿Quién mejor preparado que Saulo, el cual había ya llamado con voz sumisa y espíritu compungido: *Señor, ¿qué quieres que haga?* <sup>19</sup> No lo estaba menos Cornelio, por cuanto con limosnas y oraciones que el Señor le inspiraba mereció llegar a la fe <sup>20</sup>. Felipe halló también a Natanael; mas el Señor le había visto antes, estando bajo la higuera. Esta mirada del Señor, ¿no era una preparación? Refiérese también que Andrés encontró a su hermano Simón; mas éste asimismo había sido ya previsto y conocido por el Señor para llamarle *Cefas*, como firme en la fe <sup>21</sup>.

8. Leemos de María que se halló tener en su seno fruto del Espíritu Santo <sup>22</sup>. Creo que la Esposa del Señor tiene alguna semejanza en esto con la Madre del mismo Señor: porque si ella no se hubiera hallado llena del Espíritu Santo, no habría preguntado tan familiarmente a los que la buscaban acerca de Aquel de quien El es el Espíritu. No aguarda la Esposa a que los centinelas la declaren por qué han ido a su encuentro, sino que se dirige a ellos con sencillez y háblales de la abundancia de su corazón, diciéndoles: *¿Habéis acaso visto al Amado de mi alma?* Sabía que son bienaventurados los ojos de los que le vieron, y, admirada de los que habían visto, decía: ¿Quizá sois vosotros aquellos a quienes se ha dado ver al que tantos reyes y profetas desearon ver y no le vieron? ¿No sois vosotros los que merecisteis ver en la carne a la Sabiduría, en el cuerpo a la Verdad, en el hombre a Dios? Muchos me dicen: Mira que está aquí, mira que allí; pero yo tengo por más seguro para mí el creer a vosotros, que comisteis y bebisteis con El después de resucitado de entre los muertos. Y quede esto dicho acerca de que la Esposa pregunte a los centinelas. De no ser así, se suplirá en otro sermón. Pero hartos se ve que había sido prevenida por el Espíritu Santo y que aquella a quien hallaron los centinelas que guardaban la ciudad es verdaderamente la misma a quien Dios conoció y predestinó desde la eternidad y a quien preparó para ser en todos los siglos las delicias sempiternas de su Hijo Amado y para ser santa e inmaculada en su presencia, brotando como el lirio y floreciendo eternamente delante del Señor y Padre de mi Señor Jesucristo, Esposo de la Iglesia, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>19</sup> Act. 9, 6.

<sup>20</sup> Act. 10, 4.

<sup>21</sup> Io. 1, 45. 48. 41. 42.

<sup>22</sup> Mt. 1, 18.

**79** DEL AMOR TENAZ E INDISOLUBLE CON QUE EL ALMA  
 RETIENE AL ESPOSO Y DE CÓMO ÉSTE VOLVERÁ AL  
 MUNDO AL FIN DE LOS SIGLOS PARA SALVAR A LA  
 SINAGOGA DE LOS JUDÍOS \*

1. *¿Habéis quizá visto al que ama mi alma?*<sup>1</sup> ¡Oh amor precipitado, vehemente, amor abrasado, amor impetuoso, que no dejas pensar sino en ti, que desprecias todo lo demás, contento contigo! Confundes los órdenes, quebrantas los usos, ignoras la medida, triunfas en ti mismo y reduces a cautiverio a todo cuanto parece oportuno, razonable, pudoroso, aconsejado y juicioso, y todas las palabras de la Esposa saben a ti y no a otra cosa; ¡tanto se ha apoderado de su corazón y de su lengua! *¿Habéis acaso visto al Amado de mi alma?* ¡Como si los centinelas supieran lo que ella piensa! Pides nuevas de Aquel a quien ama tu alma. ¿Carece de nombre? ¿Quién eres tú y quién es El? Dígolo a propósito de tu manera tan singular de hablar y de esa especie de incongruencia que noto en tus palabras. Ciertamente, en esta parte la escritura parece muy distinta de las otras. De ahí que en este epitalamio es preciso considerar no las palabras, sino los afectos y movimientos del alma; porque el santo amor que constituye todo el asunto de él no debe pesarse por las palabras o por la lengua, sino por las obras y la verdad. El amor habla aquí por doquier. Y si alguno quiere adquirir alguna inteligencia de él, ha de amar. El que no ama, en vano escuchará o leerá este Cantar de amor, pues sus palabras inflamadas no pueden ser comprendidas por un alma fría. Porque, así como la lengua griega o la latina no pueden ser entendidas de aquellos que no saben griego ni latín, así también el lenguaje del amor resulta extraño y bárbaro a los que no aman, siendo para ellos como metal sonoro o campana que retiñe<sup>2</sup>. En cuanto a los centinelas, que han recibido del Espíritu Santo el don del amor, entienden bien el lenguaje del Espíritu divino, y aun les resulta familiar, pudiendo sin dificultad responder a la pregunta de la Esposa usando el mismo lenguaje que ella, ya que están a sus mismos grados en los ardores del amor y los oficios de la piedad.

2. Finalmente, tan en breve la instruyen acerca de Aquel a quien busca, que exclama: *Ved cómo a los pocos*

\* PL 183, 1163.

<sup>1</sup> Cant. 3, 3.

<sup>2</sup> 1 Cor. 13, 1.

*pasos encontré al que ama mi alma.* Bien dicho está: a los pocos pasos, porque los centinelas que halló la dieron una palabra abreviada, dándole un como símbolo de la fe. Era preciso que la Esposa los encontrase para que le diesen nuevas de la verdad que buscaba; pero era también necesario que pasase adelante, porque, de no hacerlo así, no hubiera encontrado al que ardientemente deseaba hallar. No puedo dudar de que los mismos centinelas le aconsejaron que así lo hiciera, no estando allí de guardia para predicarse a sí mismos, o sea para darse a conocer a sí mismos, sino para dar a conocer al Señor Jesús, el cual no sólo era superior a ellos, sino que también moraba más lejos que ellos. De ahí que El mismo diga: *Venid a mí todos los que estáis enamorados de mí*<sup>3</sup>. Y no le bastaba a la Esposa el pasar junto a los centinelas: por esto la enseñan y exhortan a pasar adelante, siguiendo las pisadas de Aquel a quien busca, el cual no sólo había pasado de la muerte a la vida, sino que además había llegado ya a la gloria. Siendo esto así, ¿quién no ve que necesitaba pasar adelante? Porque de no hacerlo así, no hubiera podido dar alcance a Aquel cuyas pisadas no habría seguido dondequiera que fuese.

3. Y para que más claro sea lo que digo, si mi Señor Jesús, después de resucitado, no se hubiera subido al cielo, no podría decirse de El que pasó por la tierra; y entonces no sería necesario que la Esposa, que va en busca suya, pasara más allá de donde ha hallado a los centinelas. Mas ahora, como con su resurrección pasó de este mundo y con su ascensión pasó más allá de este mundo, no es de extrañar diga la Esposa que ella no sólo pasó por donde estaban los centinelas, sino que además se les adelantó, yendo en seguimiento de su Esposo, hasta llegar al cielo por su fe y devoción. Así, pues, creer en la Resurrección es como pasar por donde están los centinelas; y creer en la Ascensión es como pasar más adelante, hasta alcanzar las cumbres de la gloria. Y quizá la Esposa, o sea la primitiva Iglesia —como recuerdo haber dicho uno de estos días<sup>4</sup>—, aunque conocía la primera de estas dos verdades, ignoraba la segunda; mas instruída ya acerca de lo que le faltaba saber, es decir, sabedora de que el Señor no sólo había resucitado, sino también subídose a los cielos, subióse igualmente allá, encontrando al que buscaba. ¿Y cómo no había de encontrarle subiendo con la mente a donde moraba El con el cuerpo? *Apenas me hube adelantado a ellos algún tanto*, dice la Esposa; y con mucha propiedad habla en este modo, por cuanto Cristo, que es nuestra cabeza, los ha pre-

<sup>3</sup> Eccli. 24, 26.

<sup>4</sup> Serm. I en el día de Pascua.



cedido a ellos y a todos los demás miembros de su místico cuerpo en dos cosas, a saber, en su Resurrección y en su Ascensión, siendo El las primicias de nuestra futura resurrección y ascensión a los cielos. Así como nos precedió con el cuerpo, así también nos precede la fe en estos misterios. Y en verdad, ¿adónde podrá irse El que no le siga los pasos nuestra fe? Si sube al cielo, allí está ella; si baja al abismo, allí le encuentra. Si al rayar el alba se pone alas y va a posar en los últimos extremos del mar, *allá igualmente me conducirá tu mano*, dice ella, *y me hallaré bajo el poder de tu diestra*<sup>5</sup>. ¿Y quién no sabe que, según enseña esta misma fe, el Padre omnipotente, sumo y bueno del Esposo nos resucitó juntamente con El y nos hizo sentar a su diestra en las mansiones celestiales? He ahí por qué dice la Iglesia que ha trascendido a los centinelas que la encontraron, pues por lo dicho se ve que no sólo se adelantó a ellos, sino también a sí misma, morando ya realmente por la fe allí donde no ha podido aún llegar en la realidad. Creo que está llano por qué la Esposa ha preferido decir *pasar adelante* a decir que *había pasado*. Pues, como ella, pasemos también nosotros a lo siguiente.

4. *Cuando hallé al que ama mi alma*, dice, *asíle, y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre y en la cámara de la que me engendró*. Realmente, desde entonces acá jamás se ha extinguido la estirpe en el pueblo cristiano ni la caridad en la Iglesia. Desbordáronse los ríos, soplaron furiosamente los vientos contra ella y empujaron contra ella, mas no sucumbió, sino que se mantuvo enhiesta *por estar fundada sobre la piedra*<sup>6</sup>. Y esa piedra era Cristo. Por eso, ni la locuacidad de los filósofos, ni las sutilezas capciosas de los herejes, ni la espada de los perseguidores pudieron ni podrán jamás apartarla del amor a Cristo<sup>7</sup>: ¡tan fuertemente está asida al que ama su alma, tan persuadida está de que le es muy ventajoso estar adherida a Dios! *¡Qué bien hecha está la soldadura!*, exclama Isaías<sup>8</sup>. Y en efecto, ¿qué cosa hay tan fuerte y tenaz como este aglutinante, que ni las aguas pueden disolver, ni los vientos desgajar, ni el mismo filo de las espadas cortar, pues las muchas aguas no podrán extinguir la caridad?<sup>9</sup> *Asíle*, dice la Esposa, *y no le soltaré*. El santo patriarca Jacob dijo: *No te soltaré si no me bendices*<sup>10</sup>. Ella tampoco quiere soltar a su Amado para que no se vaya, y tal vez su resolución es aún más inquebrantable que la de aquel santo patriarca, pues no quiere dejarle ir aunque le dé su bendición. Jacob,

<sup>5</sup> Ps. 138, 8-10.<sup>6</sup> Mt. 7, 25.<sup>7</sup> Rom. 8, 39.<sup>8</sup> Is. 41, 7.<sup>9</sup> Cant. 8, 7.<sup>10</sup> Gen. 32, 26.

en recibiendo la bendición, le soltó para que se fuera; no así la Esposa; porque yo no me contento, le dice, con tu bendición, sino que quiero poseerte a ti mismo. *¿Qué cosa puedo apetecer del cielo ni qué he de desear sobre la tierra?*<sup>11</sup> Así, pues, no te soltaré aunque me bendigas.

5. *Asíle, y no le soltaré*; pero quizás El desee no menos ser retenido por ella, pues dice: *Todas mis delicias son estar con los hijos de los hombres*<sup>12</sup>; prometiendo además y diciendo: *Mirad que estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*<sup>13</sup>. ¿Qué vínculo cabe más indisoluble que el formado por dos voluntades tan fuertemente unidas entre sí que forman una sola voluntad? *Asíme de El*, dice la Esposa; y a su vez el Esposo la ha asido tan apretadamente que no puede por menos de exclamar en otra parte: *Tú, Esposo mío, me has asido de la mano derecha*<sup>14</sup>, sin querer soltarme ya. Ahora bien, la que está asida fuertemente al que es la misma fortaleza, ¿cómo será posible que la derriben? Ella vive íntimamente unida con su Esposo con la firmeza de su fe y el fervor de su devoción, pero no podría perseverar constante en esta unión si El, a su vez, no la sostuviera con su omnipotencia e infinita misericordia. Por eso dice: *Asíle, y no le soltaré hasta hacerle entrar en casa de mi madre y en la estancia de la que me engendró*. ¿Qué caridad tan fina y ardiente la de la Iglesia, pues no rehúsa dar participación de sus delicias a su misma rival implacable, la Sinagoga! ¿Qué bondad tan exquisita manifiesta en mostrarse preparada a compartir con su enemiga la posesión de Aquel a quien adora su alma! Con todo, no nos causará tanto asombro su proceder si paramos mientes en que la salvación procede de los judíos<sup>15</sup> y que conviene que el Salvador vuelva de nuevo al lugar de donde tuvo su origen, a fin de que se salven las reliquias de Israel. No sería decoroso que las ramas se mostraran ingratas con la raíz, ni los hijos con su madre: no deben las ramas olvidar los jugos que les diera la raíz, ni los hijos han de olvidar jamás la leche que mamaron a los pechos de su madre. Por tanto, es muy puesto en razón que la Iglesia guarde con todo cuidado y firmeza el tesoro de la salvación que perdieron los judíos y ella adquirió para conservarlo hasta que hayan ingresado en su seno todas las naciones gentiles, y así juntamente con ellas se salve también el pueblo de Israel; justo es que desee y procure que este pueblo alcance la salvación común a todos, pues todos pueden alcanzarla sin el menor detrimento para ninguno de ellos. Y cierto que la Iglesia hace

<sup>11</sup> Ps. 72, 25.

<sup>12</sup> Prov. 8, 31

<sup>13</sup> Mt. 28, 20

<sup>14</sup> Ps. 72, 24.

<sup>15</sup> Ro. 4, 22.

esto y mucho más. ¿Qué más? Le desea el nombre y la gracia de una Esposa. Esto completamente sobre la salud.

6. Increíble caridad si no nos dieran fe de ella sus expresiones; porque, si bien te fijas, verás cómo dice que quiere introducir a Aquel a quien ama su alma, no sólo en la casa de su madre, sino también en su misma estancia, lo cual constituye un indicio de prerrogativa. Para alcanzar su salvación bastaba con que el Salvador entrara en su casa; y, por tanto, el introducirle a lo secreto designa una gracia. Por esto dijo el Salvador a Zaqueo al entrar en su casa: *Hoy ha sido día de salvación para esta casa*<sup>16</sup>; ya que la entrada del Salvador en una casa implica la salvación para los que en ella moran. Mas la que merece recibirle en su aposento goza de gracia y especial privilegio. La salvación es general para todos los que moran en la casa; pero las delicias íntimas del Esposo son ciertamente propias de la Esposa. *Le introduciré*, dice ella, *en casa de mi madre*. ¿En qué casa sino en aquella de la que había dicho el Salvador a los judíos: *Vuestra casa va a quedar desierta?*<sup>17</sup> Y cumplió su palabra, según mucho antes lo tenía anunciado en el profeta: *He desamparado mi casa, he abandonado mi heredad*<sup>18</sup>. Pues bien, ahora la Esposa asegura que no le soltará hasta haberle hecho entrar de nuevo en casa de su Madre, a fin de que con su entrada en ella le devuelva la perdida salud. Y si esto os parece poco, escuchad lo que añade en seguida: *y en la cámara de aquella que me engendró*. Ciertamente que el que penetra en la cámara nupcial no puede ser sino el Esposo. ¡Grande es el poder del amor! El Salvador había salido de su casa y de su heredad indignado; y ahora, amansado por la gracia de su Esposa, déjase de tal suerte ablandar, que vuelve no sólo como Salvador, sino como Esposo. Bendita seas, hija, del Señor, que reprimes la indignación y restableces su heredad. Bendita tú para tu madre, por cuyo beneficio se aparta la ira, vuelve la salud, vuelve el que dice: *Yo soy tu Salvador*<sup>19</sup>. Y como si aun no bastase, añade: *Te desposaré conmigo en fe; te desposaré conmigo en justicia, en juicio y en misericordia*<sup>20</sup>. Pero acuérdate de que la Esposa ha conciliado estas amistades. Mas ¿cómo es posible que ella ceda su Esposo, y tal Esposo, por no decir que desea entregarle a su rival? No es así: desea, sí, esta buena hija que su Esposo sea para su madre; mas no quiere cedérselo, sino sólo hacerla participante de El, pues un solo Esposo basta para las dos, si ya entonces no eran dos esposas, sino una sola en El, por

<sup>16</sup> Lc. 19, 9.

<sup>17</sup> Lc. 13, 35

<sup>18</sup> Jer. 12, 7.

<sup>19</sup> Ps. 34, 3.

<sup>20</sup> Os. 2, 19. 20.

cuanto El es nuestra paz, y al reconciliarse con las dos esposas hará de las dos una, a fin de que no haya sino una sola Esposa y un solo Esposo, Jesucristo nuestro Señor, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

**80** DISERTACIÓN SUTIL ACERCA DE LA IMAGEN O VERBO DE DIOS Y DE CÓMO EL ALMA HA SIDO CREADA SEGÚN ESA IMAGEN: CONTRA LOS ERRORES DE GILBERTO, OBISPO DE POITIERS \*

1. Algunos de vosotros, como lo he comprobado, llevan algo a mal el que mis sermones, varios días dedicados al estupor y a la admiración de los misterios, no han sido o sólo han sido sazonados con sal de aplicaciones morales. Y ciertamente esto se sale de lo corriente. Mas ¿convendrá quizá revisar lo ya dicho? No prosigo mientras no dé a todo otra vuelta. Ea, decid, si recordáis, en qué lugar de la Escritura empezasteis a veros defraudados, para que enhebre el hilo desde allí. A mí incumbe resarcir los daños, y aun al Señor, del que todo lo hemos recibido. ¿Por dónde, pues, hemos de empezar a repetir? Quizá en aquello: *En mi lecho busqué de noche al que ama mi alma*<sup>1</sup>. Ahí, si no yerro. Desde ahí en adelante una sola preocupación tuve: la de poner en evidencia las secretas delicias de Cristo y de su Iglesia, desvaneciendo la densa niebla de las alegorías. Volvamos, pues, a indagar el aspecto moral, porque no puedo sentir pereza para aquello que os resulta provechoso. Y esto se hará debidamente si asignamos al Verbo y al alma las mismas cosas que se dijeron de Cristo y de la Iglesia.

2. Pero alguno me dice: ¿Por qué unes tú estas dos cosas? ¿Qué tienen que ver el alma y el Verbo? Mucho y muy mucho. Y lo primero, existe en las naturalezas de entrambos tal afinidad, que éste es la imagen, aquélla según la imagen. Luego, que la semejanza testifica el parentesco, pues no fué hecha tan sólo a imagen, sino a semejanza. ¿Preguntas en qué es semejante? Oye primero lo de la imagen. El Verbo es la justicia, es la sabiduría, es la verdad. Y ésta es la imagen. ¿De quién? De la justicia, de la sabiduría y de la verdad. Porque ésta es la imagen: justicia de la justicia, sabiduría de la sabiduría, verdad de la verdad, como luz de la luz y Dios de Dios. Nada de esto es el alma, por no ser imagen. Es, sin embargo, capaz de esas mismas cosas, y las desea, y por ello es imagen, criatura sublime,

---

\* PL 183, 1166.

<sup>1</sup> Cant. 3, 1.



cuya distinción consiste en que es capaz de majestad y ávida de rectitud, que *Dios crió al hombre recto*<sup>2</sup>. Que sea también grande, pruébalo, como se ha dicho, su misma capacidad, pues consta que lo que es a imagen de una cosa guarda cierta proporción y conveniencia con aquello de que es imagen, no participando en vano del nombre de imagen; así, la misma imagen no en vano lleva este nombre. Por donde leemos que, *teniendo el Verbo la naturaleza de Dios, no juzgó usurpaba lo ajeno al hacerse igual a Dios*<sup>3</sup>. Donde se te indica que la rectitud del Verbo está señalada en la unidad de esencia que posee con Dios, y su majestad en la igualdad de perfecciones que con El tiene. Al comparar rectitud con rectitud y majestad con majestad, parece indicarnos que la que ha sido hecha a imagen y la imagen misma se corresponden, del mismo modo que en ambos la imagen corresponde a Aquel de quien son imagen. De éste oísteis cantar en los salmos: *Grande es el Señor Dios nuestro y grande su poderío*<sup>4</sup>; ahora empero: *El Señor Dios nuestro es recto y no hay en El iniquidad*<sup>5</sup>. La imagen de este Dios grande y recto ha de ser también recta y grande. Tal es el Verbo, imagen sustancial de Dios; por donde el alma, que es también imagen participada del mismo Dios, ha de ser grande y recta.

3. Pero digo: ¿No tiene la imagen nada más que el alma creada a imagen de ella, pues que también a esa alma la asignamos la grandeza y la rectitud? Sí, y mucho más; habiendo aquella imagen recibido la igualdad con Dios, y ésta sólo cierta participación. ¿Y nada más? Sí, todavía más, y es que el alma tiene la rectitud y la grandeza merced a la creación o dispensación divina, mientras que el Verbo posee estos dos atributos por generación eterna, lo cual es, sin duda, infinitamente más excelso. Y aun dije poco para declarar la eminencia y superioridad infinita de la grandeza y rectitud del Verbo comparadas con las del alma, por cuanto ésta las ha recibido de Dios por participación, mientras que en Aquel se confunden con la esencia de Dios; pues nadie ignora que el Verbo de tal modo es imagen de Dios, que es consustancial con El; de forma que todo lo que Dios comunica a su imagen es sustancial a entrambos, no accidental. Y notad aquí otra cosa en que aventaja infinitamente la imagen esencial de Dios a la mera imagen accidental. En efecto, ¿quién no sabe que grandeza y rectitud son dos cosas distintas entre sí por su naturaleza? Pues bien, en el Verbo, imagen de Dios, se identifican, y no sólo se identifican entre sí, sino que también son una misma cosa con el

<sup>2</sup> Eccl. 7, 30.<sup>3</sup> Phil. 2, 6.<sup>4</sup> Ps. 146, 5.<sup>5</sup> Ps. 91, 16.

Verbo, dado que en el Verbo, imagen de Dios, la grandeza y la rectitud no se distinguen realmente, sino que se identifican con la esencia divina. No es lo mismo en el alma humana: en ésta la rectitud y la grandeza se distinguen realmente entre sí y del alma misma; porque si, como arriba dije, el alma es grande por ser capaz de los bienes eternos y es recta en cuanto los apetece y desea, claro está que la que no busca ni apetece las cosas de arriba, sino sólo las de la tierra, no podrá decirse que sea recta, sino torcida y encorvada, sin dejar por ello de ser grande, por conservarse aún capaz de las cosas eternas. Es más, aunque nunca llegase a desear ni apetecer de hecho las cosas celestiales, no por eso dejaría de ser capaz de ellas, realizándose siempre en ella aquello del salmista: *El hombre pasa por el mundo en imagen*<sup>6</sup>: imagen ciertamente parcial, a fin de que resplandezca más y más la eminencia del Verbo por su integridad misma; porque ¿cómo caerá el Verbo de su grandeza o rectitud, identificándose esa rectitud y grandeza con su divina esencia? Cabe también decir que el alma, aun perdiendo su rectitud, se conserva en parte imagen de Dios; porque si quedase totalmente privada de esta imagen, no habría para ella esperanza alguna de salvación, pues si dejara de ser grande, dejaría también de ser capaz de los bienes celestiales; por cuanto, como ya dije, esta capacidad en ella depende esencialmente de su grandeza; porque ¿cómo pudiera desear lo que sería incapaz de poseer?

4. Luego por razón de esa grandeza que el hombre tiene, aun después de perdida la rectitud, permanece imagen de Dios; pero entonces cojea como de un pie, y parécese al hijo bastardo; y recuerdo bien aquello que dice el Señor hablando de tales hijos: *Los hijos míos se han vuelto como hijos bastardos, me faltaron a la fidelidad; han caído en la vejez y caducado los hijos bastardos y van tropezando fuera de sus sendas*<sup>7</sup>. Hermosamente son llamados *hijos bastardos*; siendo *hijos* por conservar su grandeza, pero habiéndose vuelto *bastardos* por haber perdido la rectitud. Y tampoco diría: *van cojeando*, sino: se cayeron, o cosa parecida, si del todo quedara borrada en ellos la imagen de Dios. No es ciertamente así, y por esto el hombre pasa por este mundo sin perder la imagen de Dios por razón de su grandeza; por más que, si pierde su rectitud, va tropezando y claudicando, agitándose en vano y afeando dicha imagen, diciendo así la Escritura: *Verdaderamente en imagen va pasando el hombre, pero en vano se agita*. Del todo en vano, pues sigue: *Atesora, y no sabe para quién amontona*<sup>8</sup>. ¿Por qué lo ignora, sino porque, al inclinarse hacia estas cosas ín-

<sup>6</sup> Ps. 38, 7.<sup>7</sup> Ps. 17, 46.<sup>8</sup> Ps. 38, 7.

fimas y terrenas, atesora para sí tierra? Ignora del todo para quién allega de esas cosas que entrega a la tierra: si a la polilla demoledora, o al ladrón que perfora, o al enemigo que arrebatata, y al que se entrega a las cosas que están en la tierra va dirigida aquella voz del salmo: *Miserable me he vuelto y encorvado hasta el fin; todo el día entero contristado*<sup>9</sup>. En sí mismo, pues, experimenta la verdad de aquella sentencia del Sabio: *Dios hizo recto al hombre, mas él se enreda en mil dolores*<sup>10</sup>. Y a continuación la voz de ludibrio para él: *Encórvate para que pasesmos*<sup>11</sup>.

5. Mas ¿de dónde hemos venido aquí? Pues de querer demostrar que la grandeza y rectitud, los dos atributos que hemos señalado al alma en cuanto es imagen de Dios, ni se identifican entre sí ni con la misma alma, por más que en el Verbo se identifiquen realmente entre sí y con el mismo Verbo, según hemos declarado. Ahora bien, en cuanto a la rectitud, es evidente que ésta se distingue del alma y de su grandeza, pues aun cuando el alma pierda esa rectitud, subsiste ella y conserva su grandeza. Mas ¿cómo probar que esa grandeza no se identifica con la sustancia de la misma alma? Ciertamente que para demostrarlo no podemos valernos del mismo argumento, al no poder subsistir una sin otra. Pero indudablemente una no es la otra, y, por tanto, la una se distingue de la otra; porque si bien es cierto que el alma no puede subsistir sin su grandeza, igualmente lo es que esta grandeza se halla fuera de la misma alma. ¿Preguntas dónde? En los ángeles. En efecto, la grandeza de los ángeles se funda en que son capaces de eternidad, lo mismo que acontece en el alma humana. Luego si, como hemos demostrado, el alma se distingue de su rectitud por cuanto sin ella puede subsistir, ¿por qué no hemos de afirmar también que se distingue de su grandeza, cuando vemos que esta grandeza no es propia suya? Porque si no toda alma posee la rectitud, ni la grandeza es propia del alma, es notorio que ambas cualidades se distinguen de la misma alma; porque, cierto, ninguna forma se identifica con aquello de que es forma; y la grandeza del alma viene a ser como su forma. Y no obsta para ello el ser la grandeza inseparable del alma, por cuanto esto acontece en todas las diferencias sustanciales, no sólo en aquellas que son de tal modo propias a una cosa que no pueden convenir a otra, sino también en algunas que son comunes a muchas naturalezas. El alma, pues, no es su grandeza, del mismo modo que el cuervo no es su negrura, ni la nieve su blancu-

<sup>9</sup> Ps. 37, 7.

<sup>10</sup> Eccl. 7, 30.

<sup>11</sup> Is. 51, 23.

ra, ni el hombre su risibilidad o racionalidad, aunque jamás se dé ni cuervo sin negrura, ni nieve sin blancura, ni hombre sin risibilidad o racionalidad. Así es como el alma y la grandeza del alma, por más que sean inseparables, son distintas una de otra. Y ¿cómo no lo serían, si es certísimo que ésta radica en el sujeto y aquélla es el sujeto y la sustancia misma? Sólo la naturaleza soberana e increada, que es la Trinidad, se apropia esta pura y singular simplicidad de esencia, no habiendo en ella la menor diversidad de esencia, ni de lugares, ni de tiempos, ni de accidentes: todo en ella es uniforme y uno. Permaneciendo siempre en sí mismo, ella es todo lo que tiene, y todo lo que es subsiste siempre y del mismo modo. En ella la pluralidad se resuelve en la unidad, la diversidad en la identidad, sin que el número engendre pluralidad, ni la variedad alteración alguna. Ella contiene todos los lugares, y, sin estar contenida en lugar alguno, pone cada cosa en su lugar. Los tiempos pasan por debajo de ella, no por ella: no aguarda lo venidero, ni recuerda lo pasado, ni experimenta lo presente.

6. Rechacemos, carísimos, rechazamos a esos novadores, no dialécticos como ellos pregonan, sino verdaderos herejes, quienes defienden con inaudita impiedad que la grandeza por la que Dios es grande, y la bondad por la que es bueno, y la sabiduría por la que es sabio, y la justicia por la que es justo, y la divinidad por la que es Dios, no son el mismo Dios. Por su divinidad, dicen, El es Dios, pero la divinidad no es Dios. Tal vez, añaden, es tan excelsa la divinidad que basta para constituirle Dios, pero ella se desdeña de ser el mismo Dios. Pues entonces, si no es Dios, ¿qué es? Porque una de tres: o es Dios, o es alguna otra cosa fuera de Dios, o es nada. Afirman que la divinidad no es Dios; también concederán, a lo que creo, que no puede decirse que es nada, puesto que proclaman que es tan necesaria a Dios, que precisamente por ella Dios es verdaderamente tal. Será entonces algo distinto de Dios; y en este supuesto yo les arguyo: si es algo, o será menor que El, o más grande, o igual. Pero ¿cómo puede ser menor que El, si precisamente por ella El es Dios? Resta, pues, que sea, o más grande que El o igual a El. Si es más grande que El, ella será el supremo bien, y no lo será Dios. Si es igual a El, habrá dos supremos seres en lugar de uno solo. Ambas afirmaciones son contrarias a lo que nos enseña la fe católica, según la cual, la grandeza, la bondad, la sabiduría, la justicia y demás atributos, sin exceptuar la divinidad, se identifican en Dios, son una misma cosa con El; de forma que El no saca su bondad de otra parte que de donde saca su grandeza, ni su justicia o su sabiduría de otra parte que de donde saca su grandeza y su



bondad, ni saca todos estos atributos de otra parte que de donde saca su divinidad, es decir, de sí mismo.

7. Pero replica el hereje: ¿Qué? ¿Niegas acaso que sea Dios por su divinidad? No. Mas sostengo que la divinidad, por la cual El es Dios, es Dios mismo; porque, de lo contrario, me vería obligado a conceder que hay alguna cosa más excelente que Dios. Afirmino que es grande por su grandeza, pero que El mismo es esta grandeza; pues, de lo contrario, reconocería que hay alguna cosa más grande que Dios. Confieso que es bueno por su bondad, pero esta bondad no es otra cosa que El mismo, porque, si no, parecería que admito que hay alguna cosa mejor que El, y así de lo demás. Gozoso y confiado, segurísimo de no apartarme en lo más mínimo del camino de la verdad, abrazo el sentimiento de aquel que ha dicho: "Dios no es grande sino por la grandeza que es El mismo, porque, de otra suerte, esta grandeza sería más grande que Dios". Quien ha pronunciado esta sentencia no es otro que Agustín<sup>12</sup>, martillo fortísimo de los herejes. Si queremos, pues, hablar de Dios con toda propiedad, será más exacto decir: Dios es la grandeza, la bondad, la justicia y la sabiduría, que decir: Dios es grande, bueno, justo y sabio.

8. Por eso, no sin razón, en el concilio que el papa Eugenio, poco tiempo ha, celebró en Reims, él y los demás obispos tuvieron por mala y sospechosa la explicación que Gilberto, obispo de Poitiers, dió en su libro titulado *Comentarios a las palabras de Boecio acerca de la Trinidad*, palabras verdaderísimas, por cierto, y muy católicas, pero mal interpretadas. *El Padre es Verdad, el Hijo es Verdad, el Espíritu Santo es Verdad*, dice Boecio; y comenta Gilberto: El Padre es verdadero, el Hijo es verdadero, el Espíritu Santo es verdadero. Añade Boecio: *Estos tres juntamente no son tres Verdades, sino una sola Verdad*; y añade a su vez Gilberto: Estos tres son un solo Verdadero. Comentario a todas luces obscuro y perverso. ¿Con cuánta más verdad y exactitud hubiera dicho: El Padre es verdadero, o sea es la Verdad por esencia; el Hijo es verdadero, o sea es la Verdad por esencia; el Espíritu Santo es verdadero, o sea es la Verdad por esencia! Y a pesar de ello, los tres juntos son un solo verdadero, o sea una sola Verdad. Y cierto que así lo habría afirmado resueltamente si hubiera querido seguir las huellas de Fulgencio, que dice: "La verdad, que es el mismo Dios, no nos permite que asociemos a la criatura en el servicio, culto y veneración debida exclusivamente al Criador"<sup>13</sup>. Excelente corrección,

<sup>12</sup> *De Trinitate* l. 5, c. 10, n. 11

<sup>13</sup> *L. de Fide orth. ad Donat.* c. 5.

propia de quien habla exactísimamente de la Verdad, de quien siente piadosa y católicamente acerca de la verdadera y purísima simplicidad de la divina esencia, en la cual nada puede haber que no sea ella misma, siendo a la vez ella misma Dios. Y, si bien es cierto que el mencionado obispo en diversos pasajes de su libro parece que discrepa manifiestamente de la pureza de la fe, yo sólo quiero aducir aquí uno, y sea aquel en que comenta torcidamente otras palabras de Boecio, en las cuales se expresa de esta forma: *Cuando decimos: Dios, Dios, Dios, nos referimos a la esencia divina*, y añade nuestro comentador: "Nos referimos no a la esencia divina en sí misma considerada, sino en cuanto por ella es constituido Dios". Ahora bien, nunca jamás la Iglesia católica ha enseñado que haya alguna sustancia o esencia en virtud de la cual Dios sea Dios, nunca ha admitido que en Dios haya alguna cosa que sea distinta de Dios, que no sea el mismo Dios.

9. Aunque a la verdad, lo que vamos diciendo ya no va directamente contra el mencionado autor; puesto que, sujetándose humildemente al modo de pensar de los demás obispos, en pública asamblea conciliar reprobó y condenó con sus propios labios no sólo lo que acabamos de referir, sino también todas las demás proposiciones que fueron halladas dignas de reprensión en sus escritos; no va contra él, repito, sino contra aquellos que se dice que leen y transcriben su libro, infringiendo la expresa prohibición del Papa, hecha pública en el mismo concilio, porfiando obstinadamente en seguir a un obispo en los sentimientos de que él mismo se ha apartado, y queriendo más bien tenerle por maestro de su error que de su corrección y enmienda. También van dirigidas a vosotros mis reflexiones; pues tomando pie de la distinción que existe entre la Imagen y el alma creada a imagen del mismo Dios, parecióme útil esta digresión, a fin de que, si por acaso algunos hubieran bebido furtivamente de esas aguas prohibidas, que por serlo parecen más dulces y sabrosas, como dice la Escritura<sup>14</sup>, cuanto antes las arrojen de sí, tomando el contraveneno o vomitivo; con lo cual purificado, por decirlo así, el estómago de sus almas, se hallen mejor dispuestos a escuchar lo que nos falta por decir, según prometimos, acerca de la semejanza del alma con el Verbo, y saquen de ahí aguas más puras, no de nuestras fuentes, sino de las del Salvador, el Esposo de la Iglesia, Jesucristo, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>14</sup> Prov. 4, 17.

# 81 DE LA CONVENIENCIA Y SEMEJANZA DEL ALMA CON EL VERBO, SEGÚN IDENTIDAD DE ESENCIA, INMORTALIDAD DE VIDA Y LIBERTAD DE ARBITRIO \*

1. Estudiamos antes la afinidad del alma con el Verbo, y esto era ciertamente necesario. Porque, ¿qué relación habrá entre tamaña majestad y tan pequeña pobreza, para que al modo y amor de los esposos, como por igual, vengan a abrazarse aquella sublimidad y esta humildad? Pues si con verdad decimos esto, sumamente alegre confianza es ésta; si falsamente, muy punible es tal audacia. Por eso, pues, habían de indagarse las conveniencias de esto, muchas de las cuales ya las encontramos, mas no todas. Porque ¿quién, aun siendo muy lerdo, no verá cuán próximamente se miran la imagen y lo que atañe a la imagen? El sermón de ayer, si recordáis, refirió estas cosas a objetos distintos, demostrándose en él no sólo la afinidad de la imagen, sino también de su semejanza. Mas no hemos explicado aún lo bastante en qué consiste principalmente tal semejanza. Procuraremos, pues, hacerlo ahora, a fin de que, teniendo el alma un conocimiento más cabal de su origen, conciba mayor vergüenza de degenerar de él por el desorden de su vida; más aún, a fin de que se aplique con todas veras a reparar los estragos causados por el pecado en su naturaleza, estableciendo en sí, con el don de Dios, un tenor de vida tal que no desdiga de su noble alcurnia y se acerque confiadamente a los abrazos del Verbo.

2. Advierte, pues, que por esa nobleza de la divina semejanza su ser es simplicísimo, identificándose en ella el ser con el vivir, por más que no se identifiquen con el vivir santa y dichosamente, a fin de que se vea claro que entre ella y el Verbo hay semejanza, no igualdad de naturaleza, y, por tanto, que en esta parte ocupa un grado inferior al Verbo, aunque el más cercano a El. Ciertamente que no es tan noble y tan excelente cosa, ni con mucho, que el ser incluya necesariamente la vida como que incluya necesariamente la vida bienaventurada. Si, pues, el Verbo posee lo uno a causa de su sublimidad y el alma lo otro a causa de su semejanza, la afinidad entre ambas naturalezas y la excelsa prerrogativa del alma son patentes, salva siempre, claro está, la eminencia divina del Verbo. Y para que esto resplandezca más claro, conviene no perder de vista que sólo en Dios es una misma cosa el ser bienaventurado, siendo ésta la primera y la

\* PL 183, 1171.

más pura simplicidad. La segunda, semejante a ella, es la del ser que no puede subsistir sin la vida; y esto es lo propio del alma. De este grado, aunque inferior, puede subirse no sólo a la vida santa, sino también a la bienaventurada; por más que entonces no será la misma cosa, en el que ha llegado a alcanzarla, el ser y el ser bienaventurado. Y así, aunque él pueda gloriarse de su semejanza con el Verbo, la disparidad en esto entre él y Aquel de quien es imagen le da siempre motivo para que todos sus huesos digan: *Señor, ¿quién hay semejante a ti?*<sup>1</sup> Aunque bueno es este grado del alma, pues por El, y sólo por El, se asciende a la vida dichosa.

3. Hay, pues, dos géneros de seres vivientes: sensibles unos, insensibles otros. Sin duda aquéllos son muy superiores a éstos; pero sin duda también es mucho más excelente que la de ambos la vida en virtud de la cual se vive y se siente. Nadie colocará en el mismo rango la vida y el ser viviente, y menos aún la vida y los seres que de ella no gozan. La vida es verdaderamente el alma que vive, mas ésta no vive sino por sí misma; por eso, hablando propiamente, ella no tanto es viviente como la vida misma. Por lo que, estando infundida en el cuerpo, le da vida; y el cuerpo, por la presencia de la vida, no se hace vida, sino viviente. Ahí se ve bien cómo no es una misma cosa, en el cuerpo que vive, el ser y el vivir, ya que él puede ser y no vivir. Las cosas privadas de vida, mucho menos todavía se elevarán a este grado. Ni se infiere tampoco de aquí que todo lo que se llama vida, o que lo es en efecto, pueda, precisamente por eso, llegar a ese grado. Hay la vida de los animales y la vida de los árboles, de las cuales la una está dotada de sentimiento, mientras que la otra se halla privada de él. Con todo eso, ni en los unos ni en los otros es una misma cosa el ser y el vivir, por cuanto, como muchos creen, su vida ha estado en los elementos largo tiempo antes que haya pasado a sus ramas o a sus miembros. Según esta manera de opinar, luego que la vida deja de animarlos, cesan ellos también de vivir, mas no de ser. Su vida se disuelve, como que no está ligada, sino sólo entrelazada con ellos, puesto que no es una sustancia simple, sino compuesta. Por eso, no es reducida a la nada, sino que se divide en muchas partes, a fin de que cada una retorne a su principio, como el aire al aire, el fuego al fuego, y así de todo lo demás. Tratándose de esta vida no es lo mismo el ser que el vivir, puesto que ella subsiste, aunque su forma deja de subsistir.

4. Pues bien, ninguno de estos en quienes el ser no es inseparable de la vida llegará jamás a la vida bienaventu-

<sup>1</sup> Ps. 34, 10.



rada, no habiendo siquiera podido elevarse a este grado inferior de vida. Sólo el alma del hombre es capaz de llegar a ella, por haber sido constituida en tal dignidad: es vida que procede inmediatamente de la vida, ser simple, creado por Aquel que es simple, ser inmortal, producido por Aquel que es inmortal, no estando muy lejana del grado superior en el cual vida y felicidad son una misma cosa, de ese grado en el cual sólo reside el que es dichoso, el solo poderoso, el Rey de reyes y Señor de los señores. El alma, aunque por su condición no es bienaventurada, puede llegar a serlo, y, por tanto, allégase cuanto cabe al grado supremo de la vida, sin poder en manera alguna alcanzarlo; porque, como arriba dijimos, aun cuando llegue un día a ser bienaventurada, nunca su felicidad se identificará con su esencia, alcanzando en esto la semejanza, no la igualdad con el Verbo. Así, por ejemplo, Dios es vida, y vida también en el alma. En esto está la semejanza, pero semejanza dispar. En efecto, la semejanza de Dios consiste en que ella es vida, en que vive de sí misma y en que no sólo es viviente, sino que también da la vida al cuerpo; la disparidad está en que ella ha sido creada y El es Creador, en que no existiría si no hubiera sido hecha por El, en que no viviría si no hubiera sido por El vivificada; quiero decir, no viviría la vida espiritual si El no hubiera elevado y transformado su vida natural en espiritual, pues el alma no vive de sí misma la vida espiritual, por más que, una vez creada por Dios, viviría necesariamente y para siempre vida natural. Mas ¿de qué le serviría esa vida espiritual si la perdiera después de haberla recibido? Más la valdría ciertamente no haber nacido a ella que perderla después de haber vivido en ella; tanto más cuanto que entonces la muerte sería causada no por la naturaleza, sino por el pecado. Finalmente: *La muerte de los pecadores es pésima*<sup>2</sup>. Así, pues, el alma que vive según la carne, está muerta, por más que siga viviendo vida natural, siendo preferible en absoluto para ella no vivir que vivir así. De esta muerte vital no podrá jamás resucitar sino en virtud de la Palabra de vida, o sea en virtud del Verbo, que es vida viviente y vivificante.

5. Por otra parte, el alma es *inmortal*, y en esto también es semejante al Verbo, aunque no igual. Porque la inmortalidad de la deidad es tan superior a la del alma, que el Apóstol dice de Dios *que sólo posee la inmortalidad*<sup>3</sup>. Díjose esto, según creo, porque sólo es inmutable por naturaleza Dios, quien dice: *Soy el Señor, y no cambio*<sup>4</sup>; no

<sup>2</sup> Ps. 33, 22.

<sup>3</sup> 1 Tim. 6, 16.

<sup>4</sup> Mal. 3, 6.

siendo la verdadera e íntegra inmortalidad susceptible de mutación ni de fin, pues toda mutación es imitación de la muerte; por cuanto es necesario de algún modo que todo lo mudable, al pasar de un ser a otro, muera a lo que era, para comenzar a ser lo que no es. Y si hay tantas muertes como mutaciones, ¿dónde está la inmortalidad? Ahora bien, toda criatura está sujeta a esas mudanzas, no de grado, sino por causa de Aquel que le impuso tal sujeción, aunque con la esperanza de verse un día libre de tal servidumbre<sup>5</sup>. Mas aun así el alma no deja de ser inmortal, pues en ella la vida se identifica con el ser, y, por tanto, así como no puede dejar de existir, tampoco puede dejar de vivir. Mas como, por otra parte, es evidente que muda de continuo por sus afectos y aspiraciones, no debe olvidar que, si bien es semejante a Dios en la inmortalidad, esa inmortalidad no es en ella esencial, absoluta y perfecta, como lo es en Aquel *en quien no cabe mudanza ni sombra de variación*. Pero claramente se colige de lo dicho que no es pequeña la nobleza y dignidad del alma humana, pues posee cierta analogía con la naturaleza del Verbo por razón de la simplicidad de su esencia y por la perpetuidad de su vida.

6. Pero ocurreseme otra consideración que no quiero callar, pues no contribuye menos a realzar la dignidad del alma que las otras, sino que más bien acrecienta su semejanza con el Verbo: refiérome al libre albedrío, don del todo divino, que resplandece en el alma cual piedra preciosa engastada en oro. En virtud de este don, posee el alma el conocimiento para discernir y opción para elegir entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, entre la luz y las tinieblas; y de entre estas cosas contrarias entre sí puede escoger la que le plazca. Este ojo del alma es como árbitro censor, capaz de discernir y elegir entre cosas opuestas. Por eso se le llama libre albedrío, por cuanto en virtud del mismo puede la voluntad inclinarse y elegir, entre dos cosas, la que prefiera. De ahí que el hombre sea capaz de merecer; porque todo el bien o el mal que hace, estando en su mano el no hacerlo, con razón se le imputa a mérito; pues así como se alaba con justicia no sólo al que, habiendo podido hacer el mal, no lo ha hecho, sino también al que, habiendo podido no obrar el bien, lo ha hecho, del mismo modo justamente se reprende tanto al que ha hecho el mal, habiendo podido no hacerlo, como al que no ha hecho el bien, pudiéndolo hacer. Mas donde no hay libertad, tampoco hay mérito. Por esto los animales, privados como están de razón, no pueden merecer, pues al faltarles el juicio, fáltales también la libertad. Obran a impulso de los sentidos, arrebatados por su

<sup>5</sup> Rom. 8, 20.

impetuosidad o instinto natural, arrastrados por su apetito. No tienen juicio para recapacitar sobre sus actos ni para conducirse; hallanse privados de la facultad de juzgar, que es la razón, y no son juzgados por ser incapaces de juzgar. Verdaderamente, ¿con qué justicia se podría exigir de ellos la razón, si no la han recibido?

7. Sólo el hombre no se ve necesitado por la naturaleza a obrar, y por esto, sólo él, entre todos los animales, goza de libertad. Mas el pecado le hace sufrir también alguna violencia, aunque proviene ésta de su voluntad, no de la naturaleza; no privándole esa violencia de la libertad que le es natural, pues lo voluntario es también libre. El pecado es causa de que el cuerpo corruptible oprima al alma, pero esa opresión proviene no de la naturaleza, sino de los afectos; y si resulta de ahí que, caída el alma, por sí misma es incapaz de levantarse con solas sus fuerzas, la voluntad libre le ha creado esa triste situación; porque, estando del todo desmayada y abatida por el amor vicioso y corrompido a su cuerpo, no acierta a compaginar este amor con el de la justicia. Así, no sé cómo, pero es cierto que sucede con harta frecuencia que, habiendo caído la voluntad por el pecado en situación tan funesta, impónese a sí misma una especie de necesidad; bien que, siendo voluntaria esta necesidad, no puede excusar a la voluntad, y estando la voluntad prendada del falso bien que la atrae, no acierta a excluir la tal necesidad. Es ésta una dulce violencia que oprime halagando y halaga oprimiendo, y de la cual la voluntad criminal que una vez ha consentido al pecado no acierta ya a librarse ella sola; y con todo, no es en manera alguna excusable a causa de esta impotencia. De ahí viene la amarga queja de aquel que gemía bajo el peso de esta necesidad desgraciada: *Señor, decía, mi situación es muy violenta.* Pero sabiendo, por otra parte, que no podía quejarse de Dios con justicia, porque su voluntad era la causa de esa violencia que padecía, escuchad lo que añade en seguida: *¿Qué diré o qué me responderá El, pues yo mismo soy el que me he metido en esta miseria?*<sup>6</sup> Se hallaba oprimido por un yugo pesado, pero este yugo era efecto de una servidumbre voluntaria. Su servidumbre era digna de compasión, pero el ser ésta voluntaria le hacía inexcusable, puesto que la voluntad es la que, siendo libre, se hizo esclava del pecado consintiendo en él. Y también es la voluntad la que se somete al pecado, sujetándose a él voluntariamente.

8. Mira lo que hablas, dícame alguno: ¿Llamas voluntario a lo que ya consta ser necesario? Sin duda la volun-

<sup>6</sup> Is. 38, 14. 15; en la Vulgata, *fecerit*. De la misma manera cita en el sermón 3 de los diversos.

tad se sujetó a sí misma, mas no permanece voluntariamente en ese estado, sino que es retenida en él por fuerza y a pesar suyo. Bien, le contestaré: con esto me concedes a lo menos que es retenida. Pero considera que es la voluntad la que confiesas estar así retenida. ¿Replicas que la voluntad está retenida a pesar suyo? En modo alguno; porque la voluntad no puede estar así sujeta sin ella quererlo, y, por tanto, si está retenida, es porque ella lo quiere, ella misma se retiene a sí misma. Y entonces, ¿qué podrá decir? ¿A quién o de quién podrá quejarse, habiéndose creado ella misma su triste situación? Sí, ella misma se la ha creado, ella misma se ha sujetado a esa ominosa servidumbre, según aquella sentencia del Salvador: *Todo aquel que comete el pecado, siervo es del pecado*<sup>7</sup>. Por eso, cuando la voluntad peca, y peca desde que se resuelve a obedecer al pecado, hácese esclava del pecado, aunque recobra su libertad desde que se resuelve a no más pecar; y falta a su deber permaneciendo voluntariamente en la servidumbre en que se ha puesto, porque la voluntad no es retenida en ese estado sin que ella lo quiera; de lo contrario ya no sería voluntad. Así, pues, la que se hizo esclava voluntariamente, voluntariamente permanece en su esclavitud. ¿Quién podrá, pues, excusarla, siendo su servidumbre voluntaria, tanto en su principio como en sus consecuencias?

9. Pero ¿cómo me harás creer, dices, que no padezco violencia, si la siento en mí mismo y la combato sin cesar? ¿Dónde, te ruego, sientes esa violencia? ¿No es en la voluntad? Luego no quieres firmemente lo que quieres necesariamente. Quieres con firmeza lo que de tal modo quieres, que no puedes dejar de querer, a pesar de resistir a ello. Ahora bien, donde hay voluntad allí hay libertad. Hablo aquí, claro está, de la libertad natural, no de la espiritual, de aquella libertad con que Cristo nos liberó, como dice el Apóstol<sup>8</sup>; de aquella libertad a que se refiere el mismo Apóstol al decir: *Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad*<sup>9</sup>. Así, pues, por un como ánimo admirable y un mal modo, bajo esta como necesaria y malamente libre necesidad, se ve retenida como esclava, siendo libre: esclava, por razón de la necesidad; libre, por la voluntad; y lo más admirable y miserable es que el alma es culpable por ser libre, es esclava por ser culpable y, en consecuencia, es esclava por ser libre. ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de servidumbre tan vergonzosa? Soy miserable, pero libre. Libre, por ser hombre; miserable, por ser esclavo; libre, por ser semejante a Dios; miserable,

<sup>7</sup> Io. 8, 34.

<sup>8</sup> Gal. 4, 31.

<sup>9</sup> 2 Cor. 3, 17.



por ser contrario a Dios. *¡Oh guarda de los hombres! ¿Por qué me has hecho contrario a ti?*<sup>10</sup> Pues tú, en cierto modo, lo has hecho, cuando no lo has impedido. Aunque verdaderamente yo mismo me he creado la triste situación en que me hallo, *haciéndome gravoso a mí mismo*. Y ciertamente muy justo es que tu enemigo lo sea también mío y que aquel que te ataca me ataque a mí también; de suerte que por ser yo contrario a ti y a la vez serlo a mí mismo, veo en mis miembros una rebelión que resiste al dictamen de mi mente y a tu ley y me sojuzga a la ley de pecado. ¿Quién me librará de mis propias manos? Pues no hago lo que quiero, siendo yo mismo y no otro quien me lo estorbo; y, en cambio, hago lo que aborrezco<sup>11</sup>, siendo yo mismo y no otro quien me estimulo a hacerlo. Ojalá que tal estorbo y tal estímulo fuesen tan violentos, que el acto que de ahí se sigue dejara de ser voluntario, pues tal vez así resultaría yo excusable; o bien que de tal manera fuese voluntario, que no me violentara, pues podría entonces enmendarme. Mas ahora, infeliz de mí, hálleme en un callejón sin salida, ya que la voluntariedad de mis actos me hace inexcusable y la violencia que padezco me vuelve incorregible. ¿Quién me librará de las manos del pecador y de las manos del transgresor de la ley y del inicuo?<sup>12</sup>

10. Quizás alguno me pregunte de quién me quejo. De mí. Yo soy ese pecador, ese transgresor, ese inicuo. Soy pecador por haber pecado; transgresor, por persistir voluntariamente en violar la ley, por cuanto mi voluntad es una ley que reside en mis miembros y lucha contra la ley de Dios. Y porque la ley del Señor es la ley de mi espíritu, pues como está escrito: *la ley de mi Dios la tengo en medio de mi corazón*<sup>13</sup>, por eso mi propia voluntad es contraria a mí mismo, que es el colmo de la iniquidad. Porque ¿con quién no será injusto el que lo es consigo mismo? *¿Para quién será bueno, dice, el que para sí mismo es malo?*<sup>14</sup> Cier to que no soy bueno, lo confieso; porque lo bueno no habita en mí; pero, sin embargo, consuélame el pensar que tal es la común voz de los santos. *Bien conozco*, dice uno de ellos, *que nada de bueno hay en mí*. Mas parece establecer alguna distinción en sí mismo cuando dice: *en mí*, refiriéndose con esta palabra a su carne, para significar la guerra y contradicción que siente de parte de ella, por razón de la ley de pecado que en ella mora. Pero además de esta ley maligna que mora en su carne, tiene otra que rige su mente, y ésta es buena, no siendo otra que la ley de Dios. Ahora bien, si en virtud de la ley mala es malo, será bueno en virtud de

<sup>10</sup> Iob 7, 20.

<sup>11</sup> Rom. 7, 15.

<sup>12</sup> Ps. 70, 4.

<sup>13</sup> Ps. 36, 31.

<sup>14</sup> Eccli. 14, 5.

la buena. ¿Pues qué? ¿Acaso podría admitirse el que fuese malo por razón de la ley maligna, que mora en su carne, y que no fuera bueno por razón de la buena, que rige su mente? De ningún modo. La ley de su Dios tiénela en medio de su corazón y su mente. Testigo es el mismo, que dice: *Encuentro otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente.* ¿Es quizá suyo lo que es de su carne, y no es suyo lo que es de su mente? Yo digo más aún. ¿Por qué no diré lo que el mismo Maestro dice: *Pues con la mente sirvo a la ley de Dios, con la carne, empero, a la ley de pecado?* Muestra con evidencia lo que confiesa ser más suyo, cuando juzga tan ajeno de sí el mal que hay en su carne, que dice: *Por tanto, ya no lo obro yo, sino el pecado que habita en mí.* Y por eso quizá señaladamente dijo que había hallado otra ley en sus miembros, a la que reputaba como ajena de sí mismo y advenediza. Por donde yo todavía me atrevo a más, y cierto que sin temeridad: rabio no es ya malo por el mal que en su carne tiene, sino más bien bueno por el bien que en su mente tiene. ¿O no será bueno el que consiente a la ley de Dios, que es buena? Pues aun cuando él mismo confiese que sirve a la ley del pecado, con la carne hace esto, no con la mente. Y ahora pregunto: si el Apóstol se somete con la mente a la ley de Dios por una parte, y por otra se ve sujeto por la carne a la ley del pecado, ¿cuál de estas dos sujeciones deberá serle imputada? Para mí la respuesta es obvia, pues lo que afecta al espíritu tiene más valor que lo que afecta a la carne; y al creerlo así, no hago sino adherirme a la sentencia del mismo Pablo, que dice: *Si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado, que habita en mí* <sup>15</sup>.

11. Baste lo dicho acerca de la libertad. En el librito que escribí *De la gracia y el libre albedrío* hallaréis acaso que en él expuse de diverso modo que aquí algunas ideas acerca de la imagen y semejanza entre el alma y Dios. Leísteis aquello; habéis oído esto. A vuestro criterio dejo el elegir lo que más os cumpliera. Y si a alguno se le ocurre alguna explicación mejor, gózome de ello, y me gozaré. Por lo demás, sea lo que fuere acerca de esa hipotética explicación más aceptable que las mías, quede por ahora bien sentada y fija en vuestra mente esa triple prerrogativa del alma, o sea: su *simplicidad*, su *inmortalidad* y su *libertad*. Abriego la firme convicción de que ya veis claramente que el alma, en virtud de esta triple cualidad, que le es congénita y que tanto la ennoblece, guarda no poca afinidad con el Verbo, Esposo de la Iglesia, Jesucristo nuestro Señor, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>15</sup> Rom. 7, 18. 23. 25. 20.

## 82 CÓMO EL ALMA, AL PECAR, NO PIERDE SU SEMEJANZA CON DIOS, PERO SE VUELVE DESEMEJANTE A EL EN LA SIMPLICIDAD, INMORTALIDAD Y LIBERTAD \*

1. ¿Qué os parece? ¿Podemos reanudar el hilo de nuestra explicación del *Cantar de los Cantares*, habiendo ya declarado la afinidad entre el alma y el Verbo, que ha ocasionado esta digresión? Podríamos hacerlo, sin duda, si no sintiera que todavía quedan por aclarar algunas dudas que acerca de lo dicho podrían ofrecerse. No quiero defraudaros en nada, y además nunca callo de buena gana cosa que entienda pueda seros de alguna utilidad. ¿Y cómo podría atreverme a hacerlo, tratándose de cosas que el Señor me comunica para que yo os dé participación en ellas? Conozco cierta persona<sup>1</sup> que mientras hablaba, queriendo retener algo que el Espíritu Santo le sugería, a fin de reservarlo para otra ocasión en que habría de tratar el mismo tema, parecióle oír una voz que le decía: "Mientras retengas esto, no recibirás otra cosa". Ciertamente que él no procedía entonces con ánimo desconfiado, sino sólo con cierta desconfianza. Pues bien, ¿qué pensáis se le habría dicho si hubiera pretendido retener lo que le comunicaban, no para proveer a su propia indigencia, sino por envidia del adelantamiento en la virtud de sus hermanos? ¿No habría sido muy justo y razonable que, en castigo de su mal proceder, le quitaran aun aquello que ya poseía? Aleje siempre el Señor de este su siervo tan bajo sentir, como creo que hasta hoy lo ha hecho: que El, por su infinita bondad, se digne mantener abierta de continuo sobre mi alma la inagotable fuente de su sabiduría, a fin de que pueda con toda fidelidad y sinceridad repartir a los demás los tesoros que El me comunique y regar y cultivar sus almas con las saludables aguas de su gracia. Si yo os defraudo, ¿de quién no temería ser defraudado? Ni de Dios siquiera.

2. Digo esto porque sospecho haber dicho algo en mi última conferencia que quizá pudo servir a algunos de piedra de escándalo si no se aclarase; pues, si no me engaño, algunos entre mis oyentes han concebido algún escrúpulo acerca de lo que dijimos, y quiero disiparlo cuanto antes. ¿No recordáis que, al señalar la triple semejanza del alma con el Verbo, dijimos que esa semejanza la ennoblece en gran manera y que va inseparablemente unida a su natu-

\* PL 183, 1177.

<sup>1</sup> Esta persona no es otra que el mismo San Bernardo.

raleza? Pues bien, hay lugares de las Escrituras que desde luego parecen combatir esta sentencia, como aquello de los Salmos: *El hombre constituido en honor no lo entendió; se ha igualado con los brutos animales y se ha hecho semejante a ellos*<sup>2</sup>. Y también aquello: *Trocaron su Dios, que era su gloria, en un simulacro de becerro, que come heno*<sup>3</sup>. Y también aquello que se dijo en persona de Dios: *Pensaste injustamente que había de ser yo semejante a ti*<sup>4</sup>, y otros muchos que parecen insinuar cómo, después del pecado, la semejanza con Dios quedó deshecha en el hombre. ¿Qué responderemos, pues, a esto? ¿Diremos acaso que aquellos tres atributos, o sea, la *simplicidad*, la *inmortalidad* y la *libertad*, no se hallan en Dios y que, por tanto, se han de buscar en El otras en que fundar su semejanza con el hombre, o bien que, aun hallándose en Dios, no es cierto que el alma las posea, y, por tanto, no puede establecerse esa semejanza con El; o, en fin, que, aun dado que las posea, puede ser privada de ellas, y, por tanto, que no le son esenciales? ¡Oh, no! Aquellos tres atributos están en Dios y están también en el alma humana, y estarán eternamente; por lo que no tenemos de suprimir ni una tilde de cuanto dijimos acerca de esto, por hallarse todo ello fundado sobre la firmísima e inquebrantable roca de la verdad. Así, pues, cuando la Escritura nos habla de cierta desemejanza que ha sobrevenido entre Dios y el alma, no quiere con esto significarnos que la primitiva semejanza quedó en ella destruída. El alma no se ha despojado de su nativa semejanza con Dios, sino que sólo se ha revestido de otra forma extraña, sobrepuesta, que la hace desemejante con El; pero entiéndase bien que esa desemejanza, sobrepuesta al alma, no destruye su ingénita semejanza: la oscurece y afea, sí, mas no la borra. *Quedó su insensato corazón lleno de tinieblas*, dice el Apóstol<sup>5</sup>. Y el profeta: *¿Cómo se ha oscurecido el oro y mudado su color óptimo!*<sup>6</sup> Como se ve, lámentase aquí el profeta de que se haya oscurecido y ennegrecido el oro, pero sin dejar de ser oro: se ha trocado su color óptimo, pero subsiste el fundamento de dicho color. Sí; en este caso, la simplicidad del alma permanece inalterable en su fundamento, mas no aparece, por hallarse cubierta de artificio, disimulo e hipocresía.

3. ¿Qué inconveniente la mezcla en el ama de doblez y sencillez! ¿Qué indignidad es levantar un edificio tan mezquino sobre tan precioso fundamento! Esta es aquella doblez de que la serpiente se revistió cuando, para seducir a la mujer, simulaba aconsejarla cual si fuera su mejor ami-

<sup>2</sup> Ps. 48, 13. 21.

<sup>3</sup> Ps. 105, 20.

<sup>4</sup> Ps. 49, 21.

<sup>5</sup> Rom. 1, 21.

<sup>6</sup> Thren. 4, 1.



ga. Tal es asimismo la conducta de los primeros moradores del paraíso terrestre, cuando, seducidos y engañados por dicha serpiente, procuraron cubrir su vergonzosa desnudez con la densa sombra de algún árbol frondoso, con las hojas de higuera en forma de ceñidor y con necias excusas <sup>7</sup>. ¿Cómo, desde aquella hora nefasta, el hereditario veneno de la hipocresía ha infectado a toda su posteridad! ¿Quién me daréis, entre todos los hijos de Adán, no digo que quiera, sino que al menos consienta gustoso en que se le tenga por lo que es? Mas, a pesar de esa doblez heredada de nuestros progenitores, subsisten en el fondo de toda alma humana ciertos rastros de sencillez, cuyo contraste no puede menos de acrecentar nuestra confusión. Subsiste también en ella la inmortalidad, pero una inmortalidad oscura y renegrida, como envuelta con las espesas tinieblas de la muerte del cuerpo; pues aun siendo el alma inmortal, no puede comunicar a su cuerpo esa inmortalidad. ¿Y qué diré de aquellas que ni siquiera aciertan a conservar en sí la vida espiritual, ya que *el alma que peque, ésa morirá?* <sup>8</sup> Esta doble muerte en que el alma cae, ¿no hace sumamente tenebrosa y miserable la inmortalidad que está vinculada a su naturaleza? Añadid que su inclinación a las cosas terrenas, todas las cuales han de perecer, espesa todavía más sus tinieblas; y el alma en tal estado tiene el semblante pálido y desfigurado, siendo viva imagen de la muerte. Y mientras ella, por ser de naturaleza inmortal, debería desear las cosas inmortales, a fin de parecer lo que realmente es y vivir su propia vida, fomenta en sí sentimientos e inclinaciones del todo contrarias; y haciéndose semejante a las cosas mortales y perecederas por una vida caída de la elevación de su naturaleza, oscurece la blancura de su inmortalidad con sus desarregladas costumbres, las cuales, como pez nauseabunda, deslustran su nativa belleza. Y ¿cómo el deseo de las cosas mortales no ha de rebajar el alma inmortal, nivelándola con las criaturas miserables y perecederas? *El que toque pez, se manchará con ella*, dice el Sabio <sup>9</sup>. Por el goce de los bienes mortales se viste en cierto modo de mortalidad, y con este hábito de muerte descolora la vestidura de su inmortalidad sin despojarse de ella.

4. Atiende a Eva, cómo su alma inmortal afeó el resplandor de su inmortalidad, aspirando al goce de cosas mortales y perecederas. ¿Por qué, siendo ella inmortal, no se desdeñó de poner su corazón en los bienes transitorios, contenta con la posesión y goce de los inmortales y eternos, proporcionados a su naturaleza eterna e inmortal? *Vió la*

<sup>7</sup> Gen. 3.

<sup>8</sup> Ez. 18, 4.

<sup>9</sup> Eccli. 13, 1.

*mujer, dice, que el fruto del árbol era hermoso de ver y de aspecto deleitable* <sup>10</sup>. No es tuya, ¡oh mujer!, esta suavidad, este deleite, esta belleza; y si es tuya por parte del lodo, no es sólo tuya, sino común con todos los animales de la tierra. La tuya, que verdaderamente es tuya, de otra parte viene y es otra, por ser eterna de la eternidad. ¿Por qué imprimes a tu alma otra forma, o mejor, otra deformidad ajena a ti? Ciertamente lo que gusta tener, eso mismo teme perder; y el temor es color. Este, al teñir la libertad, la cubre, y tórnala, sin embargo, desemejante a sí misma. ¡Cuánto mas digno de ella sería que nada deseara ni temiera, preservando su libertad de todo temor servil, a fin de conservarla en todo su vigor y pujanza, en toda su nativa belleza! ¡Ay! No es así. Se ha cambiado perdiendo su óptimo color. Huyes y te escondes. Has oído la voz del Señor Dios, y te escondes. ¿Por qué así, sino porque el vestido servil que te cubre ha despojado a tu libertad de toda hermosura?

5. Pero esa necesidad voluntaria y esa ley de los miembros contraria a la ley del espíritu, de que os hablé en el sermón anterior, oprime la libertad, y atrayendo a la criatura libre, por su propia voluntad la sujeta a vergonzosa servidumbre y la cubre de ignominia, y, a lo menos según la carne, obedece, aun sin quererlo, a la ley de pecado. Y como esa criatura no ha cuidado de conservar la noble alcurmia de su naturaleza con la inocencia de vida, por un justo juicio de su Criador, si bien no ha quedado despojada de la libertad que le es propia, se ha envuelto para su afrenta *como en un doble manto* de confusión <sup>11</sup>. Y dice bien *con un doble manto*, porque, permaneciendo en ella la libertad a causa de la voluntad, con su conducta del todo servil demuestra estar sujeta a una especie de necesidad que la oprime violentamente. Algo parecido acontece en cuanto a la simplicidad e inmortalidad; pues si atentamente lo observáis, veréis al punto no hay nada en el alma que no esté como envuelto en ese doble manto de semejanza y desemejanza con Dios. ¿Acaso no es estar cubierta con un manto que la cubre dos veces ese hallarse adherida y pegada, no por la naturaleza, sino como con la aguja del pecado, la disimulación a la simplicidad, la muerte a la inmortalidad y la necesidad a la libertad? Porque la duplicidad del corazón no destruye la simplicidad de su esencia; ni la muerte, ora voluntaria por el pecado, ora natural por la separación del cuerpo, arruina la inmortalidad de su naturaleza; ni tampoco la necesidad de una servidumbre voluntaria extin-

<sup>10</sup> Gen. 3, 6.

<sup>11</sup> Ps. 108, 29.

que su libre albedrío. Así, pues, esos males adventicios que se adhieren a los bienes innatos del alma no se suceden unos a otros, sino que se agregan unos con otros; de forma que los males afean ciertamente los bienes, aunque no los destruyen; los perturban profundamente, pero no los arruinan ni aniquilan. Por donde el alma, en lo que ha venido a ser desemejante con Dios, resulta también desemejante de sí misma. De ahí también el que se compare al hombre con los brutos animales al hacerse semejante a ellos; de ahí que leamos en la Escritura que el hombre trocó su noble alcurnia con el simulacro de un becerro comiendo heno; de ahí que los hombres, cual raposas, tengan cavernas donde ocultar sus fraudes y dobleces; y como se pusieron al nivel de las raposas, serán pasto de las raposas; de ahí, finalmente, que, como dice Salomón, *mueran el hombre como las bestias*<sup>12</sup>. ¿Y cómo no ha de semejarse el fin de aquellos que han sido semejantes en la vida? El hombre que, a semejanza de las bestias, vive apegado a lo terreno, lo dejará de un modo parecido a las bestias. Oye otra cosa. ¿Qué extraño será que tengamos salida semejante los que tenemos semejante la entrada? ¿De dónde en los hombres, sino de su semejanza con las bestias, aquel ardor tan destemplado en el coito, tan inmoderado dolor en el parto? Así el hombre, en su concepción y su nacimiento, en vida y en muerte, es comparado a los jumentos insensatos y hácese a ellos semejante.

6. ¿Y qué pensar de una criatura libre que no rige ni señorea a la concupiscencia, que debiera estarle sujeta, sino que la sigue y obedece como esclava? ¿No se nivela también en esto con los irracionales, a quienes la naturaleza no dotó de libertad, sino que los constituyó esclavos de sus sentidos y apetitos? ¿No os parece ha de avergonzarse Dios de ser reputado semejante a un hombre de tal calidad, y que le sobra razón para decirle: *¿Te has creído, miserable, que yo había de ser semejante a ti? Te pediré cuentas y te las pondré ante tu cara*<sup>13</sup>. Ciertamente que el alma que bien se examina y se conoce, apenas se atreve a juzgarse semejante a Dios, sobre todo siendo, como la mía, miserable y pecadora. A esa tal arguye el Señor diciendo: *¿Qué te has figurado, miserable?* Y nótese que no dice: “¿Qué te figurabas, alma; qué te figurabas, hombre?”, sino que dice: “¿Te figurabas inicualemente, miserable, que yo había de ser como tú?” Ciertamente, si colocamos al pecador ante sí mismo, si le obligamos a contemplar de cerca y atentamente el semblante pálido, demacrado y feísimo de su hombre interior, sin que pueda encubrirlo con el velo del disimulo ni dejar de ver la im-

<sup>12</sup> Eccl. 3, 19.

<sup>13</sup> Ps. 49, 21.

pureza de su conciencia, sino que vea, aun sin quererlo, la broza de sus pecados y la deformidad de sus crímenes, de ningún modo podrá ya pensar que Dios ha de ser semejante a él, sino que, desconfiando por tanta desemejanza como verá, exclamará y dirá: *Señor, ¿quién será semejante a ti?*<sup>14</sup>; lo cual queda dicho respecto a aquella voluntaria y nueva desemejanza; pues queda la primera semejanza, y por eso desagrada más aquélla, por cuanto ésta permanece. ¡Oh cuánto bien es ésta, cuánto mal aquélla! Mas por la mutua comparación, cada una de esas cosas en su género descuellosa más.

7. Así, pues, cuando el alma contempla en sí sola tanta distancia entre las cosas, ¿cómo no ha de clamar también, puesta entre la esperanza y la desesperación: *Señor, ¿quién será semejante a ti?* Vese empujada a la desesperación por tanto mal, pero siéntese llamada de nuevo a la esperanza por tanto bien. De ahí que cuanto más se descontenta por el mal que en sí ve, con más ardor aspira al bien que ve también en sí misma, y desea con más vehemencia semejarse a Aquel a cuya imagen fué formada, es decir, desea ser sencilla, recta, temerosa de Dios y alejada de todo mal. ¿Y por qué no ha de poder alejarse de allí adonde pudo acercarse y acercarse al lugar de donde pudo alejarse? Aunque claro está que no podrá lograr nada de esto sólo con sus propias fuerzas, necesitando para ello los auxilios de la divina gracia, por cuanto sólo la sabiduría de Dios puede triunfar de la malicia del pecado<sup>15</sup>. Y el alma puede abrigar la firme esperanza de alcanzar este triunfo desde que se ha vuelto de cara al Verbo, porque es indudable que su noble parentesco con El, acerca del cual venimos tratando hace tres días, no será estéril para ella: y es prueba fehaciente de que no ha perdido este parentesco el hecho de conservar aún su semejanza con El. Y además, El se digna amorosamente admitir a su íntimo trato, según el espíritu, a la que le es semejante en la naturaleza, pues naturalmente busca cada cual la compañía de su semejante. Oye, si no, la voz del que la llama: *Vuélvete, vuélvete, Sunamite; vuélvete para que te veamos bien*<sup>16</sup>. Aquel que no quería ver al alma cuando le era desemejante por el pecado, ahora, al notar que ha recobrado su semejanza, mándala cariñosamente volverse a El para que a su sabor pueda contemplarla; y no contento con esto, le concede el que ella pueda contemplarle a El. *Sabemos cierto que cuando aparezca seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es*<sup>17</sup>. Piensa, pues, que aque-

<sup>14</sup> Ps. 34, 10.<sup>15</sup> Sap. 7, 30.<sup>16</sup> Cant. 6, 12.<sup>17</sup> I Io. 3, 2.



lla pregunta: *Señor, ¿quién será semejante a ti?*, proviene más de la dificultad que de la imposibilidad.

8. O, si mejor te parece, es voz de quien se admira. Admirable, sí, y estupenda es aquella semejanza que implica la visión de Dios, más aún, en que consiste la visión de Dios. La caridad es aquella visión, aquella semejanza. ¿QUÉN NO SE PASMARÁ DE LA CARIDAD DE UN DIOS DESPRECIADO Y QUE VUELVE A LLAMAR? Con razón se reprende a aquel miserable pecador, de quien hemos antes hablado, que se atreve a usurpar la semejanza con Dios; pues, amando la iniquidad, no puede amarse a sí mismo ni amar a Dios. Porque escrito está: *El que ama la iniquidad, odia a su alma*<sup>18</sup>. En quitándose de por medio esa iniquidad, causa de la desemejanza parcial entre Dios y el alma, habrá entre ellos perfecta unión de espíritu, mutua visión y mutuo amor. Porque en llegando lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto, y entonces habrá entre Dios y el alma amor casto y consumado, conocimiento pleno, visión clara, unión inquebrantable y perfecta semejanza. Entonces conocerá el alma como ella es conocida, le amará como es amada, y el Esposo se gozará con su Esposa, a la que conoce, siendo de ella conocido, siendo su Amante y su Amado, Jesucristo, Señor nuestro, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

### 83 CÓMO EL ALMA, SEAN CUALES FUEREN LOS VICIOS CON QUE ESTÉ CORROMPIDA, POR MEDIO DEL AMOR CASTO Y SANTO PUEDE RECOBRAR LA SEMEJANZA CON EL ESPOSO, QUE ES EL VERBO \*

1. Hemos empleado tres días, todo cuanto la hora regular permitió, en hablar acerca de la afinidad del alma con el Verbo. Mas ¿qué utilidad tiene todo ese trabajo? Pues ésta: os hemos hecho ver que toda alma, aunque se halle cargada de vicios, envuelta en pecados como entre redes, captada por los deleites, cautiva en su destierro, encarcelada en el cuerpo, atollada en el barro, sumida en el infecto lodo, esclava de sus miembros, abrumada de cuidados, poseída de temor, oprimida de dolores, errante y vagabunda, roída de disgustos, agitada de sospechas y viviendo extraña en tierra enemiga, contaminada entre los muertos, reputada entre los que bajan al sepulcro<sup>1</sup>; que toda alma, repito,

<sup>18</sup> Ps. 10, 6.

\* PL 183, 1181.

<sup>1</sup> Bar. 3, 11.

aunque se encuentre, por decirlo así, sumida en la mayor desesperación y se sienta ya como condenada, puede, si quiere, desandar su camino y hallar en sí misma energías suficientes no sólo para respirar con la esperanza del perdón y de la misericordia, sino también para atreverse a aspirar a las celestiales bodas del Verbo, contraer la más íntima alianza con Dios y llevar el yugo suave del amor con el Rey de los ángeles. Porque ¿qué no puede emprender con confianza cerca de Aquel de quien sabe que lleva impresa en sí la imagen y semejanza? ¿Qué motivo puede tener de recelar de tan alta Majestad, cuando considera la nobleza de su origen? Todo lo que tiene que hacer es cuidar muy mucho por conservar la excelencia de su naturaleza con la honestidad de su vida, o más bien, en adornar y hermostear con virtudes y buenas obras, como con otros tantos ricos colores, esta imagen ilustre, impresa por su creación en el fondo de su ser.

2. Pues ¿por qué ha de permanecer ociosa e indolente? Sin duda la actividad es un insigne don de naturaleza; mas, si no cumple las funciones que le son propias, todo cuanto hay de natural en nosotros se verá pronto perturbado, enmohecido o atrofiado, lo cual constituye una injuria al Creador. Por ello Dios ha querido que se conservase siempre en el alma este insigne don de la divina largueza, a fin de que el alma no se olvidase jamás de su semejanza con el Verbo, y con este recuerdo se estimulase a estar unida con El, o, en caso de haberse apartado de El, volviese cuanto antes a su amistad. No es movida como quien se aleja con los pies, sino espiritualmente, cual corresponde a sustancias espirituales que se mueven y cambian de posición con los afectos; porque el alma se aleja de Dios y va de mal en peor cuando se entrega en brazos de sus desordenadas pasiones, haciéndose desemejante de sí misma y degenerando de su noble alcurnia, aunque con esta degeneración no aniquila su naturaleza, sino que pierde en esto su semejanza con Dios. Ahora bien, la vuelta del alma al Verbo constituye su conversión a El, a fin de ser por El reformada y conformada con El. ¿Y en qué se ha de reformar y conformar? En la caridad. *Sed imitadores de Dios, a fuer de hijos carísimos, y andad en el amor, como también Cristo nos amó*<sup>2</sup>.

3. Esta conformidad desposa al alma con el Verbo, cuando, siéndole ella semejante por su naturaleza, procura semejarle a El por su voluntad, amándole como por El es amada. Luego, si le ama perfectamente, despósase con El. ¿Qué cosa más dulce que esta conformidad? ¿Qué cosa tan deseable como este amor, que hace que, no contentándose

<sup>2</sup> Eph. 5, 1. 2.

el alma con las instrucciones recibidas de los hombres, se acerque animosamente ella misma al Verbo, se adhiera fuertemente a El, le pregunte y consulte familiarmente sobre todas las cosas, de forma que la capacidad de su inteligencia es la medida de la audacia de sus deseos? Todo ello constituye un verdadero contrato de matrimonio espiritual y santo. Y aun me quedé corto diciendo *contrato*; es abrazo. Abrazo ciertamente, cuando un mismo querer, un mismo no querer, hace de dos espíritus uno solo. Y no es de temer que la disparidad de las personas haga claudicar en algo la conveniencia de voluntades, porque el amor no entiende de respeto. Dicese amor de amar, no de honrar. Honre enhorabuena el que siente horror, el que siente estupor, el que teme, el que admira; huelga todo esto en el amante. El amor abunda para sí. El amor, cuando viene, traduce y cautiva en sí mismo a todos los afectos. Por eso ama lo que ama y no sabe de otra cosa. El mismo (Esposo), que merece ser honrado, excita la sorpresa y la admiración; pero ama más ser amado. Son Esposo y Esposa. ¿Qué otra relación y conexión buscas entre esposos, sino el ser amado y el amar? Este mundo vence también a los que la naturaleza más apretadamente ata, el vínculo de padres con hijos. Finalmente, *por eso*, dice, *dejará el hombre a su padre y a su madre y se juntará a su mujer*<sup>3</sup>. ¿Ves cómo este afecto en los esposos es más fuerte, no sólo que los demás afectos, sino también más poderoso que él mismo?

4. Añade que este Esposo es no sólo amante, sino el Amor. ¿Es quizás honor? Empéñese cualquiera en que lo es; yo no lo he leído. He leído, en cambio, que *Dios es caridad*<sup>4</sup>, y no he leído que sea honor o dignidad. No que Dios no quiera honor, cuando dice: *Si yo soy Padre, ¿dónde está mi honor?*<sup>5</sup> Pero esto el Padre. Mas si mostrarse al Esposo, pienso que cambiará el tono y dirá: Si yo soy Esposo, ¿dónde está mi amor? Pues también así habló antes: *Si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor?* EXIGE, pues, DIOS SER TEMIDO COMO DIOS, SER HONRADO COMO PADRE, SER AMADO COMO ESPOSO. ¿Cuál es más elevado? Ciertamente el amor. Sin éste, el temor mismo tiene pena y el honor no tiene gracia. Es temor servil mientras no lo liberte el amor. Y honor que del amor no proviene, no es honor, sino adulación. Y ciertamente a Dios sólo el honor y la gloria; mas ninguno de entrambos aceptará Dios si no están condimentados con la miel del amor. Este basta por sí, éste agrada por sí y por causa de sí. El es para sí su mérito, él su premio. El amor

<sup>3</sup> Mt. 29, 5.

<sup>4</sup> 1 Io. 4, 16.

<sup>5</sup> Mal. 1, 6.

no requiere causa además de él, sino fruto. Su fruto es su uso. AMO PORQUE AMO, AMO POR AMAR. Cosa grande es el amor, con tal que vuelva a su principio, si devuelto a su origen, si refundido a su fuente, toma siempre de ella de donde siempre fluya. Sólo el amor, entre todos los movimientos, sentires y afectos del alma, puede la criatura pagar equitativamente y con algo semejante a su Autor. Vergigracia, si Dios se aíra contra mí, ¿habré tal vez yo de airarme también? No, ciertamente, sino que temeré, sino que temblaré, sino que pediré perdón. Así que, si me reprende, no le reprenderé, sino que más bien será justificado en mí. Tampoco le juzgaré si me juzga, sino que adoraré; y el que me salva, no busca ser de mí salvado ni necesita, a su vez, ser por mí librado, cuando El a todos libra. Si domina, a mí conviene servir; si manda, conviéndeme obedecer, y no exigir del Señor servicio u obsequio. Ahora puedes ya ver cuán de otro modo se ha el amor. Pues cuando Dios ama, no quiere sino ser amado, ya que no ama sino para que se le ame, sabiendo que con el amor mismo han de ser felices los amadores.

5. COSA GRANDE ES EL AMOR, MAS HAY EN ÉL GRADOS. LA ESPOSA ESTÁ EN EL MÁS ALTO. Porque aman los hijos, mas piensan en la herencia, y en temiendo que de cualquier modo pueden perderla, reverencian más a aquel de quien se espera la herencia, ámanle menos. Sospechoso me resulta el amor que parece esperar algo distinto de él mismo. Flaco es aquel que, en faltando quizá la esperanza, o se extingue o disminuye. Impuro es el que codicia también otra cosa. El amor puro no es mercenario. El amor puro no toma fuerzas con la esperanza, sin sentir, sin embargo, menoscabo con la desconfianza. Tal es el de la Esposa, por ser esto la Esposa, cualquiera que sea. La cosa y la esperanza de la Esposa es sólo el amor. En éste abunda la Esposa, con éste se contenta el Esposo. Y no busca éste otra cosa ni aquélla tiene otra. Por eso es El Esposo y ella Esposa. Este es propio de esposos, al que ningún otro alcanza, ni el hijo siquiera. Finalmente, clama a ellos: ¿Dónde está mi honor?, y no dice: ¿Dónde está mi amor?, guardando la prerrogativa de la Esposa. Mándase también al hombre honrar a su padre y a su madre<sup>6</sup>, y nada se dice del amor; no porque no hayan de amar a los padres, sino porque muchos hijos se inclinan más a honrar a sus padres que a amarlos. Pase que el honor del Rey ame el juicio, pero el del Esposo ama el amor; más aún, el Esposo-Amor sólo busca la paga y la fidelidad del amor. Devuélvale, pues, la Amada amor por amor. ¿Por qué

<sup>6</sup> Dt. 5, 16.



no amaría la Esposa, y Esposa del Amor? ¿Cómo habría de ser amado el Amor?

6. Con razón, al renunciar ella a todos los demás afectos, dedícase toda al único amor, pues tiene que corresponder al amor dando amor, devolviendo amor. Pues, y cuando se hubiere derretido toda en amor, ¿qué es ello comparado con el perenne raudal de aquella fuente? No fluyen ciertamente con igual abundancia el amante y el Amor, el alma y el Verbo, el Creador y la criatura, no más que el sediento y la fuente. Pues qué, ¿cesará por ello y se desvirtuará del todo el voto de las nupcias, el deseo del ardor suspirante y amante, la confianza del osado, por no poder correr a la par con el gigante, luchar la dulcedumbre con la miel, la mansedumbre con el Cordero, la blancura con el Lirio, la claridad con el Sol, la caridad con Aquel que es caridad? No. Pues si menos exige la criatura por ser menor, si ella ama toda, nada le falta donde está todo. Por eso, dije, amar así es haberse desposado; por cuanto no puede amar así y ser poco amada, quedando asentado un íntegro y perfecto matrimonio del consentimiento de los dos; a menos que dude alguno de que el alma es más y más amada del Verbo. Completamente es prevenida y vencida en el amar. ¡Dichosa la que mereció ser prevenida con tanta bendición de dulcedumbre! Dichosa aquella a quien se dió sentir abrazo de tanta suavidad, que no es otro sino el amor santo y casto, y el amor suave y dulce, amor de tanta serenidad como sinceridad, amor mutuo, íntimo y fuerte, que junta, no en una sola carne, sino en un espíritu; que hace de dos no ya dos, sino uno solo, diciendo así Pablo: *Quien se adhiere a Dios, es con El un mismo espíritu*<sup>1</sup>. Pero oigamos ahora acerca de esto a aquella a quien elevó al rango de maestra, y maestra en estos misterios de amor, la gracia del Espíritu Santo y la frecuente experiencia de ellos. Aunque quizá sea preferible reservarlo para el principio del próximo sermón, por no vernos forzados a resumir en pocas palabras tema tan delicado como interesante, ya que los apremios del tiempo de que ahora podemos disponer nos obligan a terminar cuanto antes este discurso. Así, pues, si os place, cortemos el hilo antes de apurar el asunto que nos propusimos tratar, a fin de que mañana, al juntarnos de nuevo a la hora convenida, podamos apreciar mejor las suavísimas delicias que siente el alma santa, y que merece gozar de la más íntima unión con el Verbo, su Esposo, Jesucristo nuestro Señor, que es, sobre todas las cosas, Dios bendito en los siglos. Amén.

<sup>1</sup> 1 Cor. 6, 17.

**84 EL ALMA QUE BUSCA A DIOS ES PREVENIDA POR EL;  
Y EN QUÉ CONSISTE ESA BÚSQUEDA EN LA CUAL ES  
YA PREVENIDA POR EL \***

1. *En mi lecho busqué de noche al que ama mi alma*<sup>1</sup>. Bien grande es buscar a Dios: entre los bienes del alma no conozco otro igual, siendo éste el primero de los dones en los comienzos de la conversión y el último en los progresos de la perfección. No está vinculado este bien a ninguna virtud en especial, pero por su excelencia e importancia no cede el puesto a ninguna. Cierto, ¿cómo podría estar vinculado a alguna virtud en especial, si ninguna le precede? ¿A qué virtud cedería el puesto, siendo la consumación de todas las virtudes? Porque ¿qué virtud puede tener aquel que aun no busca a Dios, o qué término se puede señalar al que le busca? *Buscad siempre su cara*, dice<sup>2</sup>. Creo que aun al encontrarle no desiste de buscarle, no por movimiento de pies, sino de deseos. Y cuando se ha tenido ya la dicha de hallarle, lejos de calmarse tales deseos, aumentan más todavía: que la gozosa posesión del objeto apetecido no extingue los deseos, sino que los acucia más y más. Viene a ser como echar aceite a una lámpara, que aviva la llama, lejos de apagarla. Así en nuestro caso. El alma se ve colmada de alegría, mas no por eso pone límite a sus deseos ni cesa de buscar con más ardor; pero notad bien que esa búsqueda incesante no procede de indigencia, ni tampoco los ardientes deseos van acompañados de turbación alguna o ansiedad. Excluye aquello la presencia del objeto amado; esto, su perfecta y pacífica posesión.

2. Y ahora ved ya por qué he dicho lo anterior. Pues para que todos aquellos de entre vosotros que buscan a Dios entiendan que El los previno con su gracia y los buscó antes de pensar ellos en buscarle; pues, si no, pudiera suceder que este inefable beneficio se les trocase en lamentable pérdida; y así sería realmente si después de haber sido colmados de beneficios por parte de Dios, se los apropiasen como si no los hubieran recibido, sin dar por ellos la gloria que a sólo Dios pertenece. Cierto, las almas que se envanecen y engrien con los dones recibidos del Señor, aunque se crean devotas, en realidad son reputadas en poco delante de El, por causa de su necia ingratitud en no

\* PL 183, 1184.

<sup>1</sup> Cant. 3, 1.

<sup>2</sup> Ps. 104, 4.

reconocerlos. Por miedo a asustaros he apelado al eufemismo al hablaros de almas elevadas y menos elevadas, sin manifestaros claramente mi sentir. Os lo manifestaré en toda su crudeza y desnudez. Digo, pues, que aun las almas más perfectas, si no se muestran agradecidas por los beneficios recibidos, tórnense las peores, ya que no hay duda de que cuanto una persona es más perfecta, tanto se vuelve más pésima si se atribuye a sí misma aquello por lo cual se ha hecho óptima, siendo esto el colmo de la miseria. Y si alguno me dijera: Ojalá no haga yo tal, pues reconozco que por la gracia de Dios soy lo que soy; y a pesar de tales protestas, buscarse captarse las alabanzas de las criaturas por esta gracia recibida, ¿acaso no merecería que se le llamase ladrón y salteador? Oiga ese tal lo que le dice el Señor: *Por tu propia boca te condeno, mal siervo*<sup>3</sup>. ¿Qué mayor perversidad en un siervo que usurpar para sí la gloria de su señor?

3. *En mi lecho busqué de noche al que ama mi alma.* Busca el alma al Verbo, pero no sin que antes el Verbo la haya buscado a ella; porque, en habiéndose ella alejado del Verbo o en habiéndola El lanzado de su presencia, es de todo punto incapaz de volver a gozar de tanto bien si El no la llamare. Abandonada a sus propias fuerzas, semeja al *sonlo de viento, que se va para no volver*. Escuchad, si no, cuáles son los suspiros y lamentaciones del alma prófuga y vagabunda: *Anduve errante como oveja descarriada. Señor, ven a buscar a tu siervo*<sup>4</sup>. ¡Oh hombre!, ¿quieres volver? Pues si ello depende de tu voluntad, ¿por qué mendigar lo que posees en tanta abundancia, o sea tu propia voluntad? Evidentemente que quiere, pero no puede, por ser semejante al soplo de viento, que se va para no volver; aunque claro está que vive mucho más alejada de la salvación la que ni siquiera desea convertirse. Ciertamente, no me atrevería a decir que está del todo abandonada y dejada de la mano de Dios aquella alma que desea convertirse y suplica al Señor que la llame; mas ¿de dónde le viene esa voluntad y deseo? Sin duda alguna de que el Verbo ya la ha visitado y buscado con su gracia; y en verdad que esa visita no resultó infructuosa, habiendo en ella despertado la voluntad de convertirse, sin la cual fuera imposible su conversión. Mas no basta de ordinario que el Señor la llame una sola vez: ¡tan espantosa es su languidez y tantas las dificultades que la impiden volverse a Dios! Pero ¿qué cosa puede impedirselo si ella quiere? La voluntad permanece abatida al faltarle fuerzas para levantarse; pues *hallo en mi volun-*

<sup>3</sup> Lc. 19, 22.

<sup>4</sup> Ps. 118, 176.

*tad para obrar el bien, mas no hallo cómo cumplirlo*<sup>5</sup>. Lo que pide también al decir: *Busca a tu siervo*. No pide sino ser buscado; lo que no pediría si el Señor no le hubiera ya buscado. Al decir, pues: *Busca a tu siervo*, suplicale que, tras de haberle dado el querer, le dé el poder hacerlo según su beneplácito.

4. Pero a mí no me parece que las palabras de la Esposa puedan convenir a esa alma que no ha recibido aún la segunda gracia, queriendo y no pudiendo acercarse a Aquel a quien ama. Porque ¿cómo podrá convenirle lo que sigue, es decir, cómo podrá levantarse y dar vueltas por la ciudad, buscar a su Amado por calles y plazas<sup>6</sup>, cuando ella misma necesita ser buscada? La que ya pueda hacerlo, hágalo enhorabuena, aunque sin olvidar que hubo antes que llamarla y amarla a ella, y que de ahí viene precisamente el que ella, a su vez, pueda buscar y amar. En cuanto a nosotros, carísimos, roguemos al Señor que se anticipen cuanto antes a favor nuestro sus misericordias, porque somos sumamente pobres, bien que con ello no a todos me refiera. En efecto, cónstame que muchos de vosotros procuran reconocer el amor con que Cristo les amó, y le buscan con simplicidad de corazón; pero, en cambio, hay algunos, y dígolo con pena, que aun no nos han dado señal de esta saludable prevención y, por tanto, de que tienden de veras a su perfección. Los tales se aman a sí mismos, no al Señor; buscan lo suyo, no lo del Señor.

5. *Busqué*, dice ella, *al que ama mi alma*. A esto te provoca la benignidad de Aquel que te previno buscándote y amándote el primero. No le buscarías ni le amarías si antes no hubieses sido por El buscado y amado. Y no fuiste prevenido con una sola bendición, sino con dos: la de buscarte y la de amarte. El amor que te tiene le ha movido a buscarte, y el buscarte ha sido fruto y señal cierta del amor que te tiene. Has sido amado a fin de que no sospeches que te busca para castigarte, y te ha buscado para que no puedas lamentarte de que su amor ha sido estéril. Esta doble y patente benevolencia te infunde aliento y disipa totalmente tus temores; te impulsa a volverte a El despertando tus afectos. De ahí la fervorosa diligencia con que buscas al que ama tu alma, pues no podrías en manera alguna buscarle si El no te hubiese antes buscado; y aun cuando El te hubiera buscado, todavía no podrías hallarle sin su ayuda.

6. Mas no olvides de dónde viniste aquí. Aunque, en verdad, mejor será que me aplique a mí lo que os voy diciendo. Dime, alma mía, ¿acaso no eres tú la que, al dejar

<sup>5</sup> Rom. 7, 18.

<sup>6</sup> Cant. 3, 2.



a tu primer Esposo, con quien vivías tan felizmente unida, violaste la fidelidad que le debías, para irte en pos de otros amantes? Y ahora, tras de haberte manchado con todas las liviandades en compañía de ellos, y quizá por verte de ellos abandonada y despreciada, ¿llevas tu imprudente osadía al extremo de querer volverte a Aquel a quien despreciaste con tanta insolencia? ¿Qué? Digna de las tinieblas, ¿buscas la luz y corres al Esposo, tú, más merecedora de azotes que de besos? Extraño sería que hallases en El al Esposo y no al Juez. Dichoso será el que oiga a su alma responder así: No temo, porque amo; ni sólo le amo, sino que soy de El amada, pues si yo no fuera de El amada, no le amaría. ¿Qué puede temer la que es amada? Teman las que no le aman, no teniendo motivo para creer que son de El amadas. Pero yo, que le amo, no dudo de que me ama como no dudo de que le amo. No puedo temer la presencia de Aquel cuyo amor he sentido. ¿Me preguntáis en qué lo he sentido? En que, con ser yo tan miserable, no sólo me ha buscado, sino que me ha dado también los deseos de buscarle, y con ello la certidumbre de que me busca. ¿Por qué no le corresponderé yo buscándole a El, pues ya le correspondo en el amor? ¿Se irritará contra mí cuando le busque, el que no se irritó cuando le desprecié? El me buscó cuando le menospreciaba: ¿por qué me rechazaría ahora que le busco? El Espíritu del Verbo es dulce y benigno; El me hace escuchar los ecos de su bondad extrema y cuán tierno es el celo y el afecto que me tiene. No puede ignorar esto, pues sondea los más altos secretos de Dios y sabe que sus pensamientos no son sino pensamientos de paz y no de aflicción. ¿Cómo no he de sentirme animada a buscarle, habiendo experimentado su clemencia y estando persuadida de su reconciliación?

7. Hermanos, el persuadir esto es ser buscado por el Verbo; el persuadirse de ello es ser hallado por El. Mas no todos entienden este lenguaje. ¿Qué haremos con esos pequeñuelos, hablo de aquellos de entre vosotros que aún son incipientes, aunque no insipientes, por cuanto ya poseen el principio de la sabiduría celestial y viven sumisos unos a otros por la reverencia y temor de Cristo? ¿Cómo les persuadiremos que esto sucede así en la Esposa, no habiéndolo todavía experimentado en sí mismos? Habrá que remitirlos a uno cuya autoridad no puedan rehusar. Lean en la Sagrada Escritura lo que no aciertan a creer que esté escrito en el corazón de otros, al no poderlo ver. En efecto, escrito está en uno de los profetas: *Si un marido repudia a su mujer, y ella, separada de él, toma otro marido, ¿acaso volverá jamás a recibirla? ¿No quedará esa mujer impura y contaminada? Tú, es cierto, has fornicado con muchos aman-*

*tes*<sup>7</sup>; *mas vuélvete a mí, dice el Señor, que yo te acogeré.* Son palabras del Señor. No cabe suspender el crédito. Crean, pues, lo que todavía no han experimentado, a fin de que por el mérito de su fe sean dignos de tener algún día la experiencia de ello. Creo haberos suficientemente explicado lo que es ser buscado por el Verbo y cuánta necesidad tiene el alma de ser buscada por El, aunque es cierto, por otra parte, que aquellos que han experimentado esto lo entenderán más perfecta y deliciosamente. Réstanos sólo enseñar en el siguiente sermón a las almas sedientas a buscar a Aquel que las busca, o más bien aprender de aquella que en este lugar es introducida buscando al que ama su alma, al Esposo del alma santa, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

**85** DE SIETE NECESIDADES POR LAS CUALES EL ALMA BUSCA AL VERBO; LA QUE, FINALMENTE, REFORMADA, ACÉRCASE A EL PARA CONTEMPLARLE Y GOZARLE \*

1. *Busqué al que ama mi alma*<sup>1</sup>. ¿Para qué? Dicho queda, y superfluo es repetirlo. Mas por causa de algunos que ayer no asistieron cuando de ello se trató, digo algo brevemente, y algo que quizá los mismos que estuvieron no oirán con desagrado. Busca el alma al Verbo, al que CONSIENTA PARA CORRECCIÓN, DEL QUE SEA ILUMINADA PARA COGNICIÓN, EN EL QUE SE APOYE PARA LA VIRTUD, CON EL QUE SE REFORME PARA LA SABIDURÍA, AL CUAL SE CONFORME PARA EL DECORO, CON EL QUE SE DESPOSE PARA LA FECUNDIDAD, DEL QUE GOCE PARA LA FELICIDAD. Por todas estas causas busca el alma al Verbo. No dudo que hay también otras muchas; pero entre tanto, éstas se me ocurren; pues podrá uno advertir en sí mismo estas y muchas más si lo toma a pecho, ya que muchas son nuestras repugnancias, muchas e infinitas las necesidades del alma, y sus ansiedades no tienen cuento. Mas el Verbo abunda en bienes más rica y plenamente por la Sabiduría, que vence la malicia, que vence con bienes los males. Y ahora ved la razón de esas que puse. Y primeramente, lo que es primero, ved *cómo consienta a la corrección.* Lee-mos al Verbo, que habla en los Evangelios: *Aviénete, dice, con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez, y el juez al verdugo*<sup>2</sup>. ¿Qué cosa más atinada? Consejo es del Verbo, si no me equivoco, afirmando que El es el adversario, por ir contra nuestros deseos

<sup>7</sup> Jer. 3, 1.

\* PL 183, 1187.

<sup>1</sup> Cant. 3, 1.

<sup>2</sup> Mt. 5, 25.

carnales, cuando dice: *Estos siempre yerran en su corazón*<sup>3</sup>. Luego tú, que esto oyes, si desfavorido comenzares a huir de la ira venidera, creo serás solícito por mirar cómo te avengas con tal enemigo, que parece intentar contra ti tales cosas. Ahora bien, no podrás conseguirlo si antes no te pones en desacuerdo contigo mismo, si no te constituyes en propio adversario tuyo, si no te combates a ti mismo vigorosa e incesantemente, si no te declaras guerra sin cuartel; finalmente, si no dejas del todo tus malos hábitos inveterados y dices eterno adiós a tus desordenados afectos. Tarea ésta sumamente difícil: tanto que el pretender llevarla a cabo con tus propias fuerzas fuera tanto como pretender parar en seco el curso impetuoso de un torrente con el dedo meñique o hacer retroceder con él las aguas del Jordán. ¿Qué harás entonces? Busca al Verbo, entiéndete con El, y para ello aprovéchate de su gracia. ¿Qué harás? Busca al Verbo, aviniéndote con El, pues El hará que te avengas. Huye a Aquel que es tu adversario, por el cual te vuelvas tal, que ya no sea tu adversario, para que acaricie quien amenazaba, y sea más eficaz para cambiar las cosas la gracia infusa que la ira tensa.

2. Esta, opino, es la primera necesidad por la cual el alma comienza a buscar al Verbo. Mas si ignoras qué te pide Aquel con quien deseas entenderte, ¿no es verdad que entonces podría decirse de ti que, si bien tienes el celo por las cosas de Dios, no es según ciencia?<sup>4</sup> Y para que no pienes que tal ignorancia es algo baladí, acuérdate que está escrito que quien desconoce los preceptos del Señor será desconocido de El<sup>5</sup>, será desaprobado y castigado de Dios, a cuya voluntad resiste. ¿Quieres saber lo que aconsejo en esta segunda necesidad? Lo que en la primera. Mi consejo es que vayas también al Verbo, y El te enseñará sus caminos, no sea que, aun cuando quieras obrar el bien, por ignorar las sendas que a él conducen, andes errante por lugares desiertos donde no hay sendero alguno; y buscando la verdad, caigas en el error. *Porque el Verbo es luz. Finalmente, la declaración de tus palabras alumbró y da entendimiento a los pequeñuelos; antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sendas*<sup>6</sup>. Y no aprovecha poco tu alma si con esto queda iluminada la razón y fortalecida la voluntad para querer el bien y conocerlo. Con lo uno recibió la vida, con lo otro la vista; pues queriendo mal, muerta estaba, y ciega ignorando el bien.

3. Ahora ya vive, ya ve, ya se sostiene en el bien, aunque con la ayuda y obra del Verbo, el cual con su diestra

<sup>3</sup> Ps. 94, 10.

<sup>4</sup> Rom. 10, 2.

<sup>5</sup> 1 Cor. 14, 38.

<sup>6</sup> Ps. 118, 130, 105.

omnipotente la ha levantado de su postración, asentándola sobre sus dos pies: la *devoción* y la *cognición*. Sostiénese, digo; pero tenga por dicho a sí aquello: *El que piensa estar firme, cuide no caiga* <sup>7</sup>. ¿Crees quizá que podrá sostenerse la que no pudo a sí misma levantarse? Yo no opino tal. Pues ¿qué? Los cielos se fundaron firmemente por el Verbo del Señor <sup>8</sup>, ¿y la tierra estará firme sin el Verbo? Si tal fuese, ¿cómo aquel que ya se había levantado de su postración con estos auxilios oraba al Señor diciendo: *Dame vigor con tus palabras* <sup>9</sup>, o sea con tu gracia? Es que había experimentado ya más de una vez la necesidad y eficacia de este auxilio soberano; y así dice en otro salmo: *A empujones procuraban derribarme, y estuve a punto de caer; mas el Señor me sostuvo* <sup>10</sup>. ¿Preguntas quién sea ese impulsor? No es uno solo. Impulsor es el diablo, impulsor el mundo, impulsor el hombre. ¿Preguntas quién sea ese hombre impulsor? Cada cual lo es de sí mismo. No te asombres. Hasta tal punto es el hombre impulsor y precipitador de sí mismo, que no hay impulsor a quien debas temer si tú mismo retienes a tus manos. Porque ¿quién, dice Pedro, *podrá perjudicaros si sois buenos emuladores?* <sup>11</sup> Mano tuya es tu consentimiento. Si sugiriéndote el diablo o persuadiéndote el siglo lo que no conviene, retienes tu asentimiento y no das tus miembros como armas para la iniquidad, ni permites que reine el pecado en tu cuerpo mortal, buen emulador te probaste, al que la malicia nada por completo dañó. Porque escrito está: *Obra el bien, y tendrás loa de ella* <sup>12</sup>. Confusos han quedado los que buscaban tu alma; pero tú cantarás: *Si sobre mí no domina, entonces seré inmaculado* <sup>13</sup>. Distes, ciertamente, pruebas de buen emulador si, por consejo del Sabio, te apiadas de tu alma <sup>14</sup>; si con todo cuidado guardas tu corazón <sup>15</sup>; si, según el Apóstol, a ti mismo te conservas casto <sup>16</sup>. De lo contrario, aun cuando todo el mundo ganases, pero padeciendo detrimento de tu alma, no te creemos ciertamente buen emulador, ya que no fuiste ni salvador <sup>17</sup>.

4. Así que, siendo tres los enemigos que amenazan al que está en pie, el diablo de éstos los impele con su envidiosa malignidad; el mundo, con el viento de vanidad, y el hombre perverso, con el peso de su corrupción. Empuja el diablo, mas no derriba si tú le rehusas el concurso, si le niegas el consentimiento. Finalmente, tienes: *Resistid al diablo, y huirá de vosotros* <sup>18</sup>. Este es aquel envidioso que empujó e hizo

<sup>7</sup> 1 Cor. 10, 12.

<sup>8</sup> Ps. 32, 6.

<sup>9</sup> Ps. 118, 28.

<sup>10</sup> Ps. 117, 13.

<sup>11</sup> 1 Petr. 3, 13.

<sup>12</sup> Rom. 13, 3.

<sup>13</sup> Ps. 18, 14.

<sup>14</sup> Eccli. 30, 24.

<sup>15</sup> Prov. 4, 23.

<sup>16</sup> 1 Tim. 5, 22.

<sup>17</sup> Mt. 16, 26.

<sup>18</sup> Iac. 4, 7.



caer a los que estaban en pie en el paraíso terrenal, porque no le resistieron, sino que consintieron con su malicia. Este es el que por su soberbia se precipitó a sí mismo de lo alto del cielo, sin que nadie le impeliese; para que entendamos que el hombre ha de temerse todavía más a sí mismo, a causa del peso de la concupiscencia que le oprime. El mundo nos impele también, porque está lleno de malignidad. Nos impele a todos, mas no derriba sino a sus amigos, o sea a los que se amoldan a sus malignas sugestiones. Por eso no quiero ser amigo del mundo, no sea cosa que logre derribarme; pues quien quiere ser amigo de este mundo hácese enemigo de Dios <sup>19</sup>, que es la mayor caída que darse puede. Por donde se ve que el hombre es para sí mismo la principal ocasión de sus caídas, pudiendo él mismo caer por su propio peso, sin que otro le empuje, y no pudiendo caer por impulso de otro si él mismo no se impele. ¿A qué enemigo de estos tres debe resistirse más? Sin duda a aquel que es tanto más importuno cuanto más interior, y que él solo basta para hacernos caer, mientras que los otros nada pueden hacer sin él. No sin razón dijo el Sabio que el hombre que sabe domar sus pasiones es más esforzado que el que conquista ciudades <sup>20</sup>. Todo esto nos atañe muy de cerca, haciéndonos ver que necesitamos gran fortaleza, fortaleza tal, que sólo puede venirnos de lo alto. Y si es perfecta, fácilmente hará que el espíritu salga victorioso de sí mismo, haciéndole con ello invencible contra todos los demás. Porque éste es un vigor de espíritu que no sabe retroceder cuando es preciso defender la razón. O mejor dicho, es un vigor de espíritu que permanece firme e inmutable, apoyado por la razón y en favor de la razón; o bien, un vigor de espíritu que lo encauza y dirige todo conforme a razón.

5. ¿Quién subirá al monte del Señor? Quien emprenda la ardua ascensión a la cima del monte, que es la perfección de la virtud, sabrá por experiencia cuán áspera es esta subida y cuán estériles sus esfuerzos sin el auxilio del Verbo. Dichosa el alma que ha sido la admiración y el gozo de los ángeles, que la contemplaban y se decían entre sí: *¿Quién es esta que sube del desierto afluyendo en delicias, apoyada en su Amado?* <sup>21</sup> Que, si no, en vano se esfuerza si no se apoya. Mas con este poderoso auxilio triunfa de sí misma, y robustecida con esta victoria, somételo todo al imperio de la razón, y cual buen auriga, doma la ira, el temor, la codicia y la alegría; y domadas ya estas pasiones,

<sup>19</sup> Iac. 4, 4.

<sup>20</sup> Prov. 16, 32.

<sup>21</sup> Cant. 8, 5.

úncelas al carro de la vida para que tiren de él; reduce luego a servidumbre todas las concupiscencias de la carne y liviandades de los sentidos, para que en todo y por todo obedezcan y sigan dócilmente el dictamen de la razón en orden a la práctica de la virtud. ¿Qué podrá haber imposible para quien se apoya en Aquel que todo lo puede? ¿Cuánta confianza la de aquella voz: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta!*<sup>22</sup> Nada hay que tanto nos manifieste la omnipotencia del Verbo como el que haga que sean en cierto modo omnipotentes todos los que en El esperan. Finalmente: *Todo es posible para el creyente*<sup>23</sup>. ¿Acaso no puede llamarse omnipotente aquel a quien todo le es posible? Así, pues, el alma exenta de presunción y confortada por el Verbo podrá conseguir perfecto dominio sobre sí misma, y no reinará en ella injusticia alguna. Sostenida por el Verbo y revestida con la virtud de lo alto, no hay violencia, ni fraude, ni halago capaces de derribarla cuando está en pie ni de sujetarla cuando es dueña de sí misma.

6. Ahora bien, ¿quieres no temer al salteador? No vayas por las sendas de la soberbia, y jamás serás derribado, por recios que sean los ataques. *Allí han caído los que obran maldad*<sup>24</sup>. Allí cayeron el diablo y sus ángeles, no empujados por fuerza exterior, sino sólo por el enorme peso de su íntima soberbia. No pudo Lucifer mantenerse firme en la verdad por no haberse apoyado en el Verbo, sino en sus propias fuerzas. Y quizá por ello pretendió sentarse, al no poder mantenerse en pie. Decía, pues: *Me sentaré sobre el monte del Testamento*<sup>25</sup>. No fué Dios de su mismo parecer, y así no le fué dado ni permanecer en pie ni sentado, sino que cayó con estrépito, según aquello del Señor: *Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo*<sup>26</sup>. Luego el que está en pie y no quiere caer, no fie de sí mismo, sino apóyese en el Verbo. El Verbo dice: *Sin mí nada podéis*<sup>27</sup>. Ciertamente, sin el Verbo no podemos ni levantarnos para practicar el bien ni permanecer firmes en el bien. Tú, pues, que estás en pie, da gloria a Dios y di: *Asentó sobre roca mis pies y dirigió mis pasos*<sup>28</sup>. Luego el que te levantó de tu postración te tenga siempre de su mano y te estorbe caer de nuevo. Con lo cual queda explicado lo antes dicho, o sea que todos necesitamos del Verbo para apoyarnos en El, a fin de sostenernos en la virtud.

7. Ahora hay que ver lo que también recordé, o sea cómo todos necesitamos ser reformados por el Verbo en la sabiduría. El Verbo es la Fortaleza y la Sabiduría de

<sup>22</sup> Phil. 4, 13.

<sup>23</sup> Mc. 9, 22.

<sup>24</sup> Ps. 35, 13.

<sup>25</sup> Is. 14, 13.

<sup>26</sup> Lc. 10, 18.

<sup>27</sup> Io. 15, 5.

<sup>28</sup> Ps. 39, 3.

Dios. Tome, pues, el alma fortaleza de la Fortaleza y sabiduría de la Sabiduría y atribuya ambas cosas al Verbo; que, si pretende tomarlas de otra fuente o se las apropia, habrá de negar que el arroyo procede del manantial, el vino de la vid y la luz del foco que la irradia. Palabra fiel: *Si alguno necesita sabiduría, dice, pídale a Dios, que a todos da copiosamente y a nadie zahiere, y le será dada* <sup>29</sup>. Esto dice El. Yo diría otro tanto de la fortaleza, que ha de contarse entre los dones óptimos de Dios, que proceden de arriba, del Padre del Verbo. Y si alguno me replica que este don se identifica con la sabiduría, le contestaré que esto es verdad en el Verbo, mas no en el alma; por cuanto los atributos que se identifican en el Verbo, a causa de la singular simplicidad de su naturaleza divina, no se identifican igualmente en el alma, antes bien se acomodan a sus diversas necesidades. Según esto, una cosa es ser animada el alma por la fortaleza y otra ser guiada por la sabiduría. Porque bien que la sabiduría sea poderosa y la fortaleza sea suave, mas a fin de conservar a las palabras su sentido propio y natural, decimos que la fortaleza robustece al alma, mientras que la sabiduría le comunica cierta moderación y suavidad espiritual. Si no me engaño, el Apóstol quiso indicarnos todo esto cuando, después de habernos exhortado a la práctica de la fortaleza en toda adversidad y trabajo, añade lo que es propio de la sabiduría, diciendo: *Portémonos en todas cosas con longanidad, con mansedumbre y con unción del Espíritu Santo* <sup>30</sup>. Hay, pues, honor en permanecer firme, en resistir, en repeler la violencia con violencia, que son las propiedades de la fortaleza y del valor; pero en esto hay también mucho trabajo, y no es lo mismo defender nuestro honor con pena y con peligro que poseerlo con tranquilidad. No es lo mismo trabajar que gozar el fruto de su trabajo. Pues bien, la sabiduría es la que goza de todos los trabajos de la virtud; y lo que la sabiduría impera, delibera y resuelve, la fortaleza lo ejecuta.

8. *Escribe sabiduría en el ocio*, dice el Sabio <sup>31</sup>. Luego los ocios de la sabiduría son negocios, y cuanto más ociosa parece estar la sabiduría, más trabaja a su modo. En cambio, cuanto más probada es la virtud, mayor es su esplendor, pues no se muestra en todo su lustre sino en las dificultades. Si se quiere definir la sabiduría diciendo que es el amor a la virtud, quizá no habrá engaño en eso. Porque donde hay amor no hay labor, sino sabor. Y quizá la sabiduría derive su nombre de sabor, porque es como el

<sup>29</sup> Iac. 1, 5.

<sup>30</sup> 2 Cor. 6, 6.

<sup>31</sup> Eccli. 38, 25.

condimento de la virtud, que la vuelve sabrosa, siendo de por sí insulsa y áspera. Y creo puede también decirse que la sabiduría es el gusto de lo bueno. Hemos perdido ese gusto casi desde nuestro origen. En efecto, desde que el veneno de la serpiente infestó nuestra alma, ésta comenzó a no gustar ya de lo bueno; y un gusto depravado sustituyó al que le era natural. *Pues los sentimientos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su mocedad*<sup>32</sup>, o sea desde la insensatez de la primera mujer. Por tanto, la necedad de la mujer, seducida por la malicia de la serpiente, fué la que nos hizo perder el gusto de lo bueno; mas precisamente esa malicia de la serpiente, que por un momento se creyó vencedora, ha sido vencida para siempre para mayor confusión suya; porque he aquí que la sabiduría ha llenado de nuevo el cuerpo y el corazón de una mujer, a fin de que así como fuimos deformados por la locura de una mujer, así también seamos reformados por la sabiduría de otra mujer. Y ahora la sabiduría constantemente vence a la malicia en el alma de aquellos en quienes logra entrar, destruyendo con un buen sabor el sabor malo que la astucia de la serpiente nos había infiltrado. En entrando la sabiduría en el alma, hácela insípidos todos los placeres carnales, purifica el entendimiento, sana y repara el paladar del corazón. Sano ya este paladar, saborea lo bueno, saborea la sabiduría misma, que es el mejor de todos los bienes.

9. ¡Cuánto bien se hace, y no les sacan sabor los que lo hacen, por no moverse a hacerlo por amor a la virtud, sino a impulso de la razón, de las circunstancias o de alguna necesidad! Como al contrario, ¡cuántos obran el mal sin gusto, arrastrados a él por temor, codicia u otra pasión, más que por el deleite del mismo mal! Mas los que obran según los impulsos de su corazón y con voluntad deliberada, o son verdaderamente sabios, que hallan sus complacencias en la virtud, o son malvados y se complacen en obrar la maldad, sin que a ella los incite la esperanza de alcanzar algún bien especial, ya que la malignidad consiste precisamente en saborear la maldad. ¡Dichosa el alma que pone todas sus delicias en saborear el bien y abominar el mal! Esto es ser reformado por la sabiduría; esto sí que constituye la feliz victoria de la sabiduría; porque ¿en qué puede mejor ostentarse la victoria de la sabiduría sobre la malignidad que en eliminar del alma todo saber de maldad y en saborear íntimamente toda la suavidad que al corazón acarrea la práctica de la virtud? Así, pues, a la fortaleza incumbe el soportar valerosamente las tribula-

<sup>32</sup> Gen. 8, 21



ciones, y propio de la sabiduría es el gozarse en ellas. Obrar varonilmente, esperando en el Señor, es propio de la fortaleza, perteneciendo a la sabiduría el gustar y saborear cuán suave es el Señor. Y a fin de que cada una de estas dos virtudes resplandezca con la luz y brillo que le son propios, diré que la señal más característica del varón sabio es la modestia, y el sello distintivo del varón fuerte, la constancia. Con razón se hace preceder la sabiduría a la fortaleza, siendo ésta como la base firme sobre la cual edifica la sabiduría su casa. Pero convino que precediese a ambas la noticia del bien, pues no hay avenencia entre las luces de la sabiduría y las tinieblas de la ignorancia. Convino también que precediera la buena voluntad, no pudiendo entrar la sabiduría en el alma malévola <sup>33</sup>.

10. Ahora bien, si el alma recobra la vida por la transformación de la voluntad, la sanidad por la instrucción, la estabilidad por la fuerza y la sabiduría por la madurez, fáltanos ver cómo recobrará la hermosura, sin la cual no puede agradar a Aquel que es el más hermoso entre todos los hijos de los hombres. Finalmente, oye: *que codiciará el Rey tu hermosura* <sup>34</sup>. Aunque son dones del Verbo todos cuantos bienes del alma van enumerados: buena voluntad, ciencia, fortaleza y sabiduría; mas de ninguno de ellos leemos que codicie prendado, sino que sólo codicia su hermosura. Dice el profeta: *El Señor reina, revístese de hermosura* <sup>35</sup>. Pues ¿cómo no ha de desear galas semejantes para aquella que a la vez es su imagen y su Esposa? Sin duda la amará más cuanto más semejante la vea a sí mismo. Pero ¿en qué consiste la belleza del alma? ¿Acaso en la honestidad? Digo por de pronto que sí, pues no me ocurre cosa más excelente. Hay que juzgar de la honestidad por el porte exterior, no porque éste la produzca, sino porque la revela; pues en la conciencia tiene su origen y morada, ya que su claridad es el testimonio de la conciencia. Nada hay ciertamente más claro que esta luz, nada más glorioso que el testimonio de la buena conciencia cuando la verdad resplandece en el alma y el alma se mira en la verdad. Mas ¿cómo se ve? Casta, modesta, temerosa, circunspecta, alejando de sí todo lo que pueda oscurecer la gloria de tan ventajoso testimonio, no sintiéndose culpable de nada que pueda hacerla temer la presencia de la verdad o que la obligue a ocultar su cara ruborizada y sin poder aguantar el resplandor demasiado vivo de la luz de Dios. Este es ciertamente aquel decoro que deleita a las divinas mira-

<sup>33</sup> Sap. I, 4.

<sup>34</sup> Ps. 44, 3. 12.

<sup>35</sup> Ps. 92, 1.

das con preferencia a todos los demás bienes del alma, y que nosotros denominamos y definimos honesto.

11. Mas cuando la claridad de esta hermosura haya llenado copiosamente lo íntimo del corazón, conviene que se produzca afuera, como lámpara antes escondida bajo del celemín o más bien como luz que luce en tinieblas y que no debe permanecer escondida. Al brotar lo honesto y difundir como brillantes rayos sobre la imagen del alma, que es el cuerpo, éste los distribuye en seguida por todos sus miembros y sentidos, de forma que todas sus acciones, palabras, miradas, andares y risas, si risas son, vayan siempre mezcladas de gravedad y llenas de honestidad. Y cuando haya conseguido que todos los movimientos del cuerpo y de todos los sentidos, cuando todos sus gestos, ademanes, pasos y posturas vayan revestidos de gravedad, modestia, pureza y seriedad, exentos de toda liviandad y arrogancia, de toda ligereza y ajustados a la equidad y piedad servicial y cortés, entonces resplandecerá hermosa el alma, siempre que no haya hipocresía en el espíritu. Porque puede suceder que todas estas cosas sean fingidas y no procedan de la abundancia del corazón. Pues bien, a fin de que este decoro y belleza del alma aparezca esplendoroso, vamos a definir lo honesto, diciendo que consiste en la ingenuidad candorosa del alma únicamente solícita de conservar y armonizar la rectitud de su conciencia con la buena fama; o sea, que procura siempre *proveer el bien, no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres* <sup>36</sup>, según el Apóstol.

Feliz el alma que se viste de belleza tan pura y del candor celestial de la inocencia, por el cual adquiere una conformidad gloriosa, no con el mundo, sino con el Verbo, de quien está dicho que es *el resplandor de la luz eterna* <sup>37</sup> y *vivo retrato de la sustancia de Dios* <sup>38</sup>.

12. Desde este grado comienza ya el alma a pensar en las bodas. Y ¿cómo no se atrevería a ello, viéndose ya tanto más núbil cuanto más semejante a él? No asusta la excel-situd a la que asocia la semejanza, concilia el amor, desposa la profesión. La fórmula de esta profesión es: *Juré y propuse observar los juicios de tu justicia* <sup>39</sup>. Habiéndola seguido los apóstoles, decían: *Mira cómo hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido* <sup>40</sup>. Semejante es aquello que, dicho del matrimonio carnal, significó el matrimonio de Cristo con la Iglesia: *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se juntará con su mujer, y serán dos en una carne* <sup>41</sup>; es en el profeta la gloriación de la maridada: *Bueno para mí*

<sup>36</sup> 2 Cor. 8, 21.

<sup>37</sup> Sap. 7, 26.

<sup>38</sup> Hebr. 1, 3.

<sup>39</sup> Ps. 118, 106.

<sup>40</sup> Mt. 29, 27.

<sup>41</sup> Eph. 5, 31. 32.

*es adherirme a Dios, el poner en el Señor mi esperanza* <sup>42</sup>. Luego CUANDO VEAS UN ALMA QUE, DEJADAS TODAS LAS COSAS, SE ADHIERE CON TODAS SUS ANSIAS AL VERBO; QUE VIVE PARA EL VERBO, SE RIGE POR EL VERBO; QUE CONCIBE LO QUE HA DE ALUMBRAR PARA EL VERBO, QUE PUEDA DECIR: PARA MÍ EL VIVIR ES CRISTO Y EL MORIR GANANCIA <sup>43</sup>, CRÉELA CÓNYUGE Y MARIDADA CON EL VERBO <sup>44</sup>. Confía en ella el corazón de su marido, sabiéndola fiel, despreciadora de cuanto no sea El, reputándolo todo como estiércol a trueque de ganarle a El. Una de éstas había conocido, de la cual decía: *Vaso de elección para mí es éste* <sup>45</sup>. Muy piadosa madre y fiel a su varón fué el alma de Pablo, cuando dijo: *Hijitos míos, a los que de nuevo estoy dando a luz hasta que se forme en vosotros Cristo* <sup>46</sup>.

13. Pero mira que en el matrimonio espiritual se dan dos géneros de partos, y, por tanto, diversas descendencias, aunque no adversas; como tampoco lo son las dos clases de madres espirituales que los engendran para Dios y los alumbran, ora con la actividad y predicación, ora con la contemplación de las cosas divinas. En esta segunda manera de parto vese a veces el alma de tal modo arrebatada del cuerpo y privada de los sentidos, que ya no se siente a sí misma, aunque siente al Verbo. Así acontece cuando, atraída por la inefable dulzura del Verbo, sustráese a sí misma; más aún, vese como robada y arrobada, escurriéndose de sí misma a fin de irse a gozar del Verbo. Muy de otro modo se siente movida y atraída el alma cuando fructifica para el Verbo con sus obras de celo y cuando goza del Verbo. Allí la solicita la necesidad del prójimo; aquí la invita la suavidad del Verbo. Y cierto, alegre está la madre con la prole, pero más alegre la Esposa con los abrazos. Caras le son las prendas de los hijos, pero más deleitables son los besos. Excelente cosa es ciertamente el salvar a muchos, pero ser arrobada de sí para unirse con el Verbo es mucho más delicioso. Mas ¿cuándo llega esto? ¿Cuánto tiempo dura? Ahí tenéis lo que quise indicaros cuando os dije, si

<sup>42</sup> Ps. 72, 28.

<sup>43</sup> Phil. 1. 21.

<sup>44</sup> En esta compendiosa frase, tan gráfica como profunda, se encuentra trazado todo el proceso de la vida espiritual, desde los comienzos de la ascética, en que el alma empieza por dejarlo todo por el Todo, hasta que se une al divino Verbo por la caridad en el místico matrimonio. Es el *leit motiv* del lindo libro de Dom C. Marquion titulado *Sponsa Verbi*. Vale la pena reproducir el texto mismo latino: «Quum videris animam, relictis omnibus, Verbo votis omnibus adhaerere, Verbo vivere, Verbo se regere, de Verbo concipere quod pariat Verbo, quae possit dicere: *Mihi vivere Christus est et mori lucrum*, PUTA CONIOGEM VERDOQUE MARITATAM» (P. G. Prado).

<sup>45</sup> Act. 9, 15.

<sup>46</sup> Gal. 4, 19.

la memoria no me falla, que el alma busca al Verbo para gozar de su unión y de las dulzuras de esa unión.

14. Tal vez alguno insista aún preguntándome qué cosa sea *gozar del Verbo*. Respondo: Pregúntelo más bien a un experto. Y aun cuando a mí se me hubiera dado experimentarlo, ¿creéis acaso que podría cuando quisiera expresar lo inefable? Oye a un experto (San Pablo): *Si extáticos nos enajenamos, dice, es por respecto a Dios; y si nos moderamos y abajamos, es por vosotros* <sup>47</sup>. O sea: Una cosa es mi trato con Dios, a vista de sólo Dios; otra mi trato con vosotros. Aquello me es dado experimentarlo, mas no puedo comunicarlo, aunque, condescendiendo con vuestra flaqueza, procuro hablaros de lo que podéis entender. ¡Oh tú, que te sientes curioso de saber en qué consiste el íntimo trato con el Verbo, prepárale, no tu oído, sino tu mente! NO ENSEÑA ESTO LA LENGUA, SINO LA GRACIA. Escóndese a los sabios y prudentes y revélase a los pequeñuelos. *Grande, hermanos, GRANDE Y SUBLIME ES LA VIRTUD DE LA HUMILDAD, QUE MERECE EXPERIMENTAR LO QUE NO CABE APRENDER DE LOS DEMÁS*; digna es de alcanzar la que no puede enseñarse con palabras, digna de ser maravillosamente fecundada por el Verbo y para el Verbo, siéndole dado concebir cosas tan altas, que ni ella misma es capaz de explicarlas a otros. ¿Por qué así? Porque no concibe ella tan insigne favor por haber merecido, sino por ser tal el beneplácito del Padre del Verbo, Esposo del alma, Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito en los siglos. Amén.

## 86 DE LA PRUDENCIA Y RECATO QUE HA DE GUARDAR LA ESPOSA AL BUSCAR AL VERBO. ELOGIOS DE LA MODESTIA \*

1. No hay por qué preguntarse la razón de buscar el alma al Verbo. Basta y sobra con lo arriba intimado. ¡Ea! Prosigamos lo que resta del presente versillo en lo referente a la moral. Y fijate ante todo en el recato de la Esposa, por ser ésta una de las más lindas virtudes que puede poseer el hombre. Hame venido hoy la idea de coger esta bella flor para presentarla a nuestros jóvenes, no queriendo ello decir que los de edad más provecta no hayan también de cultivarla con esmero, siendo ella el más hermoso ornamento de todas las edades de la vida; sino únicamente porque la gracia de la encantadora modestia sienta mejor, res-

<sup>47</sup> 2 Cor. 5, 13.

\* PL 183, 1195.



plandece más y aparece más bella en los ánimos juveniles. ¿Qué puede haber tan amable como un joven modesto? ¿Qué bella y qué brillante se ostenta esta perla de las virtudes en la vida y en el semblante de un adolescente! ¿Qué indicio más certero y verdadero cabe de la bondad de su natural y de lo que se puede esperar de él algún día? ¿No es ella como una vara de corrección que, estando sin cesar presente delante de sus ojos, reprime en él todos los movimientos livianos e indiscretos? ¿Qué cosa hay más contraria a todo linaje de palabras impuras y de acciones deshonestas? Es la hermana gemela de la continencia, sin que haya señal más visible de la sencillez y de la inocencia de un alma. La modestia es una lámpara que alumbra de continuo al alma casta, no pudiendo entrar en ella nada impuro e indecoroso sin que al punto lo descubra. Es destructora de todos los vicios, protectora del candor nativo del alma, gloria de la conciencia, guardia de la buena reputación, ornamento de la vida, trono de la fortaleza, primicias de todas las virtudes, esplendor de la naturaleza y fundamento de toda honestidad. ¡Cuánta gracia y hermosura suele dar al rostro de una persona cuando el rubor de la modestia tiñe las mejillas de carmín!

2. Es la modestia un bien tan genuino del alma, que aun aquellos mismos que se lanzan a obrar el mal se avergüenzan de ser vistos, diciendo el Señor: *Quien obra mal, odia la luz*<sup>1</sup>. Y los mismos que duermen, de noche duermen; y los que se embriagan, de noche se embriagan<sup>2</sup>, procurando cubrir de tinieblas las obras tenebrosas y dignas de ser sepultadas en la oscuridad. Hay, sin embargo, gran diferencia entre el proceder más o menos recatado de los que así obran y el de la Esposa, ya que ellos no se avergüenzan de cometer acciones indecorosas, sino sólo de ser descubiertos; mientras que la Esposa no las oculta, sino que las escupe y repele. Por esto dice el Sabio: *Hay pudor que lleva al pecado y hay pudor que acarrea gloria*<sup>3</sup>. Busca la Esposa, bien que recatadamente, al Esposo; pero ese recato reporta gloria, no pecado. Búscales para alcanzar por él la purificación de su conciencia, para que sirva de testimonio de su pureza de vida, a fin de poder decir: *Toda mi gloria consiste en el testimonio de la conciencia*<sup>4</sup>. *En mi lecho*, añade, *busqué al Amado de mi alma*<sup>5</sup>. Si te fijas, notarás que aquí se nos recomienda sobre todo la modestia, así por razón del lugar como del tiempo. ¿Qué cosa tan amable y apetecible para un ánimo modesto como la silenciosa soledad? Ahora

<sup>1</sup> Io. 3, 20.

<sup>2</sup> I Thess. 5, 7.

<sup>3</sup> Eccli. 4, 25.

<sup>4</sup> 2 Cor. 1, 12.

<sup>5</sup> Cant. 3, 1

bien, ¿qué tiempo más oportuno para ella que el de la noche y en el retiro del aposento? Por eso, al querer orar, se nos manda retirarnos al aposento<sup>6</sup>, buscando allí la silenciosa soledad. Sin duda que aquí se nos da un consejo muy prudente, por cuanto, de orar en público, las alabanzas de los hombres podrían robarnos el fruto de la oración, haciéndola ineficaz; mas también se nos da este consejo para recomendarnos la modestia; porque ¿qué cosa tan propia de esta virtud como el evitar la vanagloria y huir de las propias alabanzas? Claro, pues, está que el Hijo y Maestro del pudor nos recomienda que en nuestras oraciones busquemos el secreto de la soledad por amor a esa virtud. Y en verdad, ¿qué habrá tan indecoroso, y más en un adolescente, como la ostentación de santidad? Pues bien, esa edad es precisamente la más apta para entrar en religión, diciendo Jeremías: *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo desde su adolescencia*<sup>7</sup>. Buena recomendación de la oración que ha de seguir, si la haces preceder del pudor, diciendo: *Jovencito soy y despreciable, mas no ovido tus justificaciones*<sup>8</sup>.

3. Y no conviene tenga en cuenta sólo el lugar, sino también el tiempo, quien ora solo. EL TIEMPO DE LAS FESTIVIDADES ES EL MÁS CÓMODO Y EL MÁS APTO, máxime cuando el sopor nocturno impone silencio. Entonces la oración fluye más libre y más pura. *Levántate, dice, de noche, desde el principio de las viguias; derrama como agua tu corazón ante el Señor*<sup>9</sup>. ¡Cuán segura sube en la noche la alada oración, cuando sólo a Dios tiene por testigo y al santo ángel, que la recibe para representársela ante el altar celeste!

¡Cuán grata y luminosa cuando va coloreada por un vergonzoso rubor! ¡Cuán serena y plácida, sin que ningún clamor ni estrépito la turbe! ¡Cuán limpia y sincera, en fin, sin que ni el polvillo de las inquietudes terrenas llegue a manchar la orla de su manto ni la alabanza o adulación de los circunstantes turben nada su placidez! Por eso, pues, la Esposa, no menos ruborosa que cautamente, busca el secreto del aposento y de la noche para orar, o sea para buscar al Verbo, que es lo mismo. Ciertamente no andará bien enderezada vuestra oración si, al orar, buscáis algo que no sea el Verbo o que no vaya enderezado a su gloria y alabanza, pues en El se halla todo, y todo por El subsiste. Ahí está el remedio de las llagas, ahí el alivio de las necesidades, ahí la corrección de los defectos, ahí la abundancia de los provechos, ahí, finalmente, todo cuanto nos sea útil recibir o poseer, todo cuanto pueda sernos necesario o conveniente. LUEGO

<sup>6</sup> Mt. 6, 6.

<sup>7</sup> Thren. 3, 27.

<sup>8</sup> Ps. 118, 141.

<sup>9</sup> Thren. 2, 19.

NO HAY POR QUÉ PEDIR OTRA COSA QUE EL VERBO, CUANDO EL LO ES TODO. Y si pedimos estos bienes temporales por estimarlos necesarios, hemos de pedirlos en nombre del Verbo y por amor a El, a fin de que se vea que todo lo esperamos del Verbo y todo lo referimos a su gloria. Saben esto todos aquellos que suelen no usar de todas las cosas temporales sino con miras a merecer al Verbo.

4. No tengamos, sin embargo, pereza de escrutar aún los secretos de este lecho y de este tiempo, pues quizás hay aquí oculta alguna otra cosa espiritual que pueda salir al medio. Ciertó, si por *lecho* entendemos la flaqueza de la naturaleza humana y por *tinieblas* de la *noche* la ignorancia de esta misma naturaleza, no sin razón la Esposa busca tan afanosa al Verbo, que es la fortaleza y la sabiduría de Dios, para oponerle a estos dos males anejos a nuestra naturaleza viciada por el pecado. Porque ¿qué cosa más conveniente que oponer la fortaleza a la flaqueza y la sabiduría a la ignorancia? Y para que no quede duda alguna en los corazones de los sencillos acerca de esta interpretación, oigan lo que dice sobre esto el santo profeta: *El Señor la asista y consuele en el lecho de su dolor. Tú mismo, Señor, le mullas toda su cama en su enfermedad* <sup>10</sup>. Esto en cuanto al lecho. Acerca de la noche de la ignorancia, ¿qué cosa puede haber más clara y manifiesta que lo que se dice en otro salmo, a saber: *No saben ni entienden; andan en tinieblas?* <sup>11</sup> Alude, sin duda, aquí el salmista a esa ignorancia común al género humano, y en la cual todos hemos nacido. Tal es, si no me engaño, la ignorancia de que se alegra haber sido librado, cuando dice: *El Señor es quien nos ha arrebatado del poder de las tinieblas, trasladándonos al reino de su Hijo amadísimo* <sup>12</sup>. Por lo que añade en otra parte: *No somos hijos de la noche ni de las tinieblas* <sup>13</sup>; y hablando a todos los elegidos, *andad, dice, siempre como hijos de la luz* <sup>14</sup>.

<sup>10</sup> Ps. 40, 4.

<sup>11</sup> P. 81, 5.

<sup>12</sup> Col. 1, 13.

<sup>13</sup> 1 Thess. 5, 5.

<sup>14</sup> Eph. 5, 8.





*T R A T A D O S*



# CINCO LIBROS SOBRE LA CONSIDERACION \*

DIRIGIDOS AL PAPA EUGENIO III

*El tratado de los Cinco libros sobre la consideración es probablemente la última obra literaria de San Bernardo. Como fruto de la ancianidad, en ella resplandece la prudencia, la sensatez, la claridad de conceptos.*

*San Bernardo mantenía frecuente correspondencia con Eugenio III, su hijo espiritual en otro tiempo. En esta correspondencia epistolar, el papa suplicaba con frecuencia al santo abad de Claraval le dejase como recuerdo algún tratado sobre las obligaciones del sumo pontifice. San Bernardo accedió con amor de madre y respetuosa veneración de súbdito, y le presentó en diversas épocas este tratado, concebido de una manera originalísima. El libro primero lo escribió en 1149; el libro segundo lo presentó a Eugenio III en 1150, después del resultado desastroso de la cruzada a Tierra Santa, predicada por San Bernardo, como se ve claramente por lo que dice en el capítulo 1; el libro tercero vió la luz en 1152, después de la muerte de Hugo de Auxerre, como se hace constar en el capítulo 2, n. 11. En fin, el libro cuarto y quinto los terminó poco después, si no fué a continuación.*

## PROLOGO \*\*

Deseaba, beatísimo papa Eugenio, dictar alguna cosa que os pudiera servir de edificación, de placer o de consuelo. Pero no sé cómo quiere y no quiere a un mismo tiempo salir mi oración; alegre, sí, en verdad, mas deteniéndose a cada paso, por cuanto a porfía intentan inducir la a cosas contrarias la majestad y el amor. Este, la impele; aquélla, la reprime. Pero se pone por medio vuestra dignación, con la que no mandáis, sino que pedís esto mismo, aun siendo más propio de vos el mandarlo. Cediendo, pues, tan benignamente,

\* PL 182, 727-808.

\*\* PL 182, 727.

namente la majestad, ¿qué mucho ceda también la vergüenza?

Porque ¿qué importa que hayáis subido sobre el elevado solio? Aunque andéis sobre las alas del viento, no podréis substraeros a mi afecto. El amor que os profeso no os considera como señor; os reconoce por hijo suyo aun entre las insignias y el esplendor de vuestra excelsa dignidad. Por sí mismo está bastante sujeto, os sirve voluntario, sin interés os obedece, espontáneamente os reverencia. No lo hacen así algunos, no lo hacen así; sino que les impele a ello el temor o la codicia. Estos son los que en la presencia bendicen, pero ocultan el mal en su corazón; en público adulan, en la necesidad desamparan. Mas la caridad nunca falta<sup>1</sup>. Confieso que me hallo ya descargado del oficio de madre; mas por eso no me han despojado del afecto de tal. Hace tiempo que os metí en mis entrañas; no os sacarán de ellas tan fácilmente. Subid al cielo, bajad a los abismos; no os apartaréis de mí; a cualquier parte que vayáis os he de seguir<sup>2</sup>. Os amé cuando erais pobre; igualmente os he de amar hecho padre de los pobres y de los ricos. Porque bien lo conozco, no por haber sido hecho padre de los pobres dejáis de ser pobre de espíritu. Confieso que esta mutación se ha hecho en vos, no de vos; y que a vuestro primer estado no ha sucedido la promoción, sino que se ha añadido. Por tanto, os amonestaré no como maestro, sino como madre; de todos modos, como amante. Demente pareceré; pero será a quien no ama, a quien no conoce la fuerza del amor.

---

<sup>1</sup> 1 Cor. 13, 8.

<sup>2</sup> Lc. 9, 57.



## LIBRO I

## CAPITULO I\*

## SE CONDUELE DEL PONTÍFICE, OPRIMIDO DE TANTAS OCUPACIONES

1. Así, pues, ¿de dónde tomaré principio? Quiero tomarle de vuestras ocupaciones, porque en éstas especialísimamente me conduelo de vos. He dicho que me conduelo suponiendo que vos os doléis; de otra suerte, debería haber dicho que me dolía, puesto que no es posible condolerse uno si no hay otro que se duela. Por tanto, si os doléis, me conduelo; si no, me duelo, y en gran manera, sabiendo que está muy lejos de la salud el miembro insensible y que llega al mayor peligro el enfermo cuando no siente su enfermedad. Pero estoy muy lejos de formar de vos tal sospecha. Sé muy bien cuáles eran las espirituales delicias de vuestra meditación en la dulce quietud del retiro que disfrutabais poco ha. No podéis haberos olvidado tan presto de ellas; su reciente pérdida os causa, sin duda, un vivo sentimiento. Una herida acabada de hacer no puede menos de traer dolor; y no ha habido tiempo para cicatrizar la vuestra, ni en espacio tan breve puede hacerse insensible. Sin embargo, si no queréis disimularlo, no os falta continua materia de un justo dolor en las frecuentes pérdidas de tales delicias. Contra vuestra voluntad, si no me engaño, os arrancan de los abrazos de la amada Raquel<sup>1</sup>, de vuestra quieta contemplación; y cuantas veces padecéis esto, otras tantas es forzoso que se renueve vuestro dolor. Y ¿cuándo no sucede? ¿Cuántas veces queréis en vano entregaros a la meditación? ¿Cuántas os movéis y nada promovéis? ¿Cuántas os esforzáis, sentís los dolores y no dais a luz? Avanzáis y os derriban; donde comenzáis, allí acabáis; y cuando empezáis a tejer, os cortan la tela. *Llegaron los hijos a hacer esfuerzos para salir, pero la que está en los dolores no tiene*

\* PL 182, 727.

<sup>1</sup> Fué siempre costumbre entre los Santos Padres y escritores ascéticos designar con los nombres de *Raquel* y *Lía* la vida contemplativa y activa respectivamente.

fuerza para darlos a luz, dice el profeta<sup>1\*</sup>. ¿Os hacéis cargo de esto? Ninguno lo comprende mejor que vos. Tendríais una frente de bronce si os hubierais hecho como la becerra de Efraín, que halló gusto en trillar<sup>2</sup>; si, permitiendo vos que lo diga, se hallaren vuestras cosas en este estado. No lo quiera Dios; ésta es la suerte del que ha sido entregado a un sentido depravado. De parte de éstos os deseo ciertamente la paz, pero no parte ni paz con ellos. Nada temería más para vos que esta paz e indiferencia en la privación de tan gran bien. ¿Os pasma que asienta la posibilidad de que suceda esto? Resueltamente os digo que así será si, como suele acaecer, por la costumbre de no emplearse en la meditación, se llega a su incuria y negligencia.

## CAPITULO II\*

### FUERZA DE LA COSTUMBRE PARA LLEVAR A LOS VICIOS Y A LA DUREZA DE CORAZÓN

2. No fiéis demasiado en el afecto con que por ahora amáis la contemplación. Nada está tan fijado en el ánimo que no lo borre el descuido y el tiempo. A la llaga antigua y mal cuidada se sobrepone un callo, y se hace tanto más incurable cuanto más insensible. En fin, un dolor continuo y agudo no puede durar mucho, porque, cuando no haya remedio que le eche fuera, la misma costumbre hará que no se sienta. Sin duda, en breve tiempo se suavizará con la medicina, o con la continuación se adormecerá del todo. ¿Qué no trocará la costumbre? ¿Qué no fijará la continuación? ¿Qué habrá que al uso no ceda? ¿A cuántos desgraciadamente se les hizo dulce con el solo uso lo que antes aborrecían por amargo? Escuchad cómo se lamenta un justo: *A tal extremo he venido, que me alimento ahora de lo que en otro tiempo siquiera tocar quería*<sup>3</sup>. Esta disipación y olvido, en un principio os parecerá insoportable; con el progreso del tiempo, si os vais habituando, juzgaréis que no es cosa tan grave; poco después habréis de sentir que es leve; poco después, ni siquiera la sentiréis; poco después, os llegará a deleitar. De esta suerte se va a la dureza de corazón, y de ésta a la aversión de las cosas santas. Por eso, os decía que un dolor continuo y agudo, pronto habría

<sup>1</sup> \* 4 Reg. 19, 3.

\* PL 182, 729.

<sup>2</sup> Os. 10, 11.

<sup>3</sup> Iob 6, 7.

de terminar; sin duda, recobrando la salud o viniendo a la insensibilidad.

3. Esto he temido siempre por vos—y temo todavía—, recelando que difiráis aplicar el remedio a estas distracciones en que os halláis y, cediendo el dolor que ellas os causan, os precipitéis a un abismo del que será como imposible salir. Otra vez os lo digo; temo que entre la multitud de ocupaciones que os oprimen, como no esperáis que se acaben jamás, vuestra alma se familiarice con ellas, y de este modo os privéis poco a poco a vos mismo de este justo y provechoso dolor que ahora tenéis por veros cercado de ellas. Mayor cordura será hurtarlas el cuerpo a sus tiempos y veces que permitir que os arrastren y lleven a donde no quisierais. ¿Preguntáis adónde? A un corazón duro. No prosigáis en preguntarme cuál sea éste. Si no os habéis llenado de pavor a este golpe, el vuestro es. Aquel sólo es corazón duro que no se espanta de sí mismo, porque ni a sí mismo se siente. ¿Qué me preguntáis a mí? Preguntadlo al Faraón. Ninguno de corazón duro alcanzó la salvación; sólo la alcanzó aquel de quien, por dicha, Dios se apiadó y le quitó, según lo que dice el profeta, el corazón de piedra y se lo dió de carne<sup>4</sup>. ¿Cuál es, pues, el corazón duro? El que ni se rasga con la compunción, ni se ablanda con la piedad, ni se mueve con ruegos, ni cede a las amenazas; el que con los golpes se endurece más. El ingrato a los beneficios, desleal en sus consejos, cruel en sus juicios, sin pudor en las cosas obscenas, sin pavor en las peligrosas, inhumano para las cosas humanas, temerario para las divinas, olvidadizo para lo pasado, descuidado de lo presente, despreocupado de lo futuro. Es aquel a quien de las cosas preteritas, si exceptuamos las injurias, todo absolutamente se le pasa; de las presentes, todo se le pierde; de las futuras, si no es quizá para vengarse, nada previene ni precave. Y para comprender en una palabra todos los daños de este horrible mal, es aquel que ni teme a Dios ni respeta a los hombres. Ved aquí, pues, adónde os pueden llevar estas malditas ocupaciones si continuáis entregándoos a ellas sin dejar nada de vos para vos. Perdeís el tiempo y, si permitís que os hable como Jetró a Moisés, os consumís con necio trabajo en unas ocupaciones<sup>5</sup> que no son otra cosa que aflicción del espíritu, consumación del alma, perdición de la gracia. Porque ¿qué otro fruto producen sino inútiles telas de araña?

<sup>4</sup> Ez. 36, 26.

<sup>5</sup> Ex. 18, 18.

## CAPITULO III\*

ES COSA INDIGNA EN LOS PRELADOS SUPERIORES DE LA IGLESIA  
OCUPARSE CONTINUAMENTE EN OÍR Y SENTENCIAR LAS COSAS  
DE LOS LITIGANTES

4. Os ruego me digáis si es ocupación digna de vos estar desde la mañana hasta la tarde litigando u oyendo a los litigantes. ¡Y ojalá bastara al día su malicia! Pero las mismas noches no quedan libres. Apenas se da un rato para el reposo necesario del cuerpo, cuando nuevamente hay que levantarse para la audiencia de los pleitos. Un día anuncia a otro día los litigios y una noche da parte a otra de las disensiones. Hasta tal punto, que no se permite espacio para respirar en la consideración de lo bueno; no se permite al descanso alternar con las fatigas; no se permite, aun por una u otra vez, interrumpirlas con el ocio. No dudo que vos también lloráis esto; pero en balde, si no ponéis cuidado en enmendarlo. Sin embargo, os amonesto que entre tanto lo hagáis así y que por ningún uso o frecuencia os hagáis insensible en estas cosas. *Les herí y no se dolieron*<sup>6</sup>, dice el Señor. No toméis parte con tales hombres. Más bien procurad aplicaros así el afecto como la voz de un justo que dice: *¿Qué fortaleza es la mía para poder subsistir en estos males? ¿O cuál es mi fin para conservarme en la paciencia? Mi fortaleza no es la fortaleza de la piedra, ni mi carne es de bronce*<sup>7</sup>.

Gran virtud es la paciencia; mas no deseo que la practiquéis en esta ocasión. Algo más acertado será que os impacientéis alguna vez. ¿Aprobaréis la paciencia de aquellos a quienes decía San Pablo: *Sufrís con gusto a los necios, siendo vosotros sabios?* Si no me engaño, no era esto alabanza, sino ironía y una viva censura de la mansedumbre de algunos que, como entregadas las manos a los pseudoapóstoles, de quienes habían sido seducidos, sufrían pacientísimamente ser llevados a todos sus extraños y perversos dogmas. Por lo cual añadía también: *Aun toleráis que os sujeten a la servidumbre*<sup>8</sup>. No es buena paciencia permitir que os hagan esclavo pudiendo ser libre. No quiero que disimuléis la esclavitud, a la que, sin advertirlo, os van cada día reduciendo. Indicio es de un corazón entorpecido no sentir su propia y

\* PL 182, 731.

<sup>6</sup> Ier. 5, 3.

<sup>7</sup> Iob. 6, 11. 12.

<sup>8</sup> 2 Cor. 11, 19. 20.



continua vejación. *La vejación da inteligencia al oído*, dice uno<sup>9</sup>. Pero esto se entiende si es moderada; de lo contrario, no da inteligencia, sino desprecio. En fin, luego que el pecador llega al profundo de los pecados, al punto desprecia<sup>10</sup>. Abrid los ojos, y a la idea del yugo de la servidumbre pésima que amenaza tan de cerca a vuestro cuello, o que, diciendo mejor, ya le oprime, no sólo poned toda precaución para huirle, sino llenaos también de horror. Pensáis que no sois esclavo porque en esa multitud de negocios no servís a uno solo, sino a todo el mundo. No hay esclavitud más fea ni más pesada que la esclavitud de los judíos, pues a cualquiera parte que vayan la llevan arrastrando consigo y en todos los lugares encuentran amos. Decid vos también: ¿en qué lugar alguna vez os halláis libre, en qué lugar seguro, en qué lugar vuestro? En todas partes os sigue el ruido, en todas partes el tumulto, en todas os va abrumando el yugo de vuestra esclavitud.

#### CAPITULO IV\*

##### QUÉ SERVIDUMBRE SEA DIGNA Y CUÁL INDIGNA DEL SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS

5. Ni me vengáis ahora con la expresión del Apóstol, que dice: *Siendo libre entre todos, de todos me hice siervo*. Está esto muy distante de vos. ¿Por ventura servía él a los hombres de tal suerte que por su medio adquiriesen humanos intereses? ¿Venían por ventura a él de todo el orbe los ambiciosos, los avaros, los simoníacos, los sacrílegos, los concubenarios, los incestuosos y otros tales monstruos de hombres para obtener los honores eclesiásticos o para retenerlos valiéndose de la autoridad del Apóstol? Luego debemos concluir que se hizo siervo un hombre que vivía en Cristo y para quien el morir era ganancia con sólo el fin de ganar mucho más para Cristo y no de aumentar los incentivos de la avaricia. Así, no busquéis en la prudentísima industria de San Pablo y en su caridad tan libre, como liberal, patrocinio y defensa a vuestra servil conducta. ¿Cuánto más digno será de vuestro apostolado, cuánto más saludable a vuestra conciencia, cuánto más útil a la Iglesia de Dios oírle decir en otra parte: *Habéis sido comprados a gran pre-*

<sup>9</sup> Is. 28, 19.

<sup>10</sup> Prov. 18, 3.

\* PL 182, 732.

cio; no queráis haceros esclavos de los hombres! <sup>11</sup> ¿Qué cosa más servil e indigna, especialmente en un sumo pontífice, que fatigarse, no digo todos los días, sino casi todas las horas, en tales cosas y por tales gentes? En fin, quisiera saber: ¿cuándo oramos, cuándo instruimos los pueblos, cuándo edificamos la Iglesia, cuándo meditamos en la ley de Dios? A la verdad, continuamente se citan leyes en vuestros palacios; pero éstas son las de Justiniano, no las del Señor. ¿Es también esto justo? A vos toca decirlo. Lo cierto es que la ley de Dios es inmaculada y convierte las almas <sup>12</sup>. Mas éstas no tanto son leyes como disputas y cavilaciones capaces de subvertir la justicia. Vos, pues, pastor y obispo de las almas, ¿con qué conciencia, os ruego, toleráis que delante de vos esté aquélla siempre callando y ésta hablando? ¡Mucho me engaño si no os mueve a escrúpulo este desorden! Aun juzgo que algunas veces os obligará a clamar a Dios con el profeta: *Los malos me contaron cosas vanas y fabulosas; mas esto no era vuestra ley* <sup>13</sup>. Id ahora y atreveos a ostentar que sois libre bajo la pesada mole de estos negocios, a los que ya no podéis substraer el cuello. Porque, si podéis y no queréis, mucho más esclavo os hacéis de esta misma vuestra voluntad tan desordenada. ¿Qué? ¿No es esclavo aquel a quien domina la iniquidad? Y en gran manera. A no ser que juzguéis por más indecoroso que os domine el hombre que el vicio. ¿Ni qué puede importar que sirváis con gusto o por fuerza? Aunque la esclavitud forzada es más digna de lástima, la voluntaria y apetecida es más infeliz. ¿Y qué quieres que haga?, decís. Que os retiréis de estas ocupaciones. Responderéis acaso que es imposible y que sería más fácil renunciar a la dignidad. Ciertamente, si os aconsejara que rompierais y no más bien que interrumpierais estas ocupaciones.

## CAPITULO V\*

NO SE DEBE PROCURAR EL BIEN DE LOS DEMÁS CUANDO ESTO TRAE LA INCURIA Y NEGLIGENCIA DE SÍ PROPIO

6. Oíd, pues, ya qué reprendo y qué persuado. Si toda vuestra vida y toda vuestra ciencia lo dais a la acción y nada a la contemplación, ¿os alabaré? Ciertamente, en esto no os alabaré. Ninguno tampoco que haya oído a Salomón: *El que se modera en la acción, adquirirá la ciencia* <sup>14</sup>. A la

<sup>11</sup> I Cor. 7, 23.

<sup>12</sup> Ps. 18, 8.

<sup>13</sup> Ps. 118, 85.

\* PL 182, 734.

<sup>14</sup> Eccli. 38, 25.

verdad, aun a la misma acción la conviene que la consideración la preceda. Si queréis ser todo de todos, a manera de aquel que se hizo para todos todas las cosas <sup>15</sup>, alabo la caridad, pero con tal que sea llena. Mas ¿cómo será llena si os excluís? Vos también sois hombre. Luego para que sea entera y llena la caridad es preciso que os abrigue también a vos el seno que a todos recibe. De otra suerte, ¿de qué os serviría, según dice el Señor, ganar a todos, si vos solo os perdiéseis? <sup>16</sup> Así, ya que todos os poseen, sed también vos uno de los poseedores. ¿Por qué razón vos solo habéis de quedar defraudado en vuestro servicio? ¿Hasta cuándo seréis espíritu que va y no vuelve? <sup>17</sup> ¿Hasta cuándo dejaréis de recibiros a vos mismo entre otros, guardando por lo menos vuestra vez? De los sabios y de los ignorantes sois deudor; y ¿sólo a vos mismo os negaréis? El necio y el sabio, el siervo y el libre, el rico y el pobre, el hombre y la mujer, el anciano y el adolescente, el clérigo y el lego, el justo y el impío, todos participan de vos, todos beben de la fuente pública de vuestro pecho; y vos ¿estaréis aparte padeciendo sed? Si es maldecido el que exige por parte suya la peor de todas, ¿qué deberá suceder a quien enteramente se deja a sí mismo sin parte? Corran en hora buena por las plazas vuestras aguas; beban de ellas los hombres, los jumentos, los ganados; aun también dad de beber a los camellos del criado de Abrahán; pero bebed vos igualmente con los demás de la fuente de vuestro pozo. *El extraño*, dice, *no bebe de él* <sup>18</sup>. ¿Sois por ventura extraño? ¿Para quién no seréis extraño, si para vos mismo lo sois? Finalmente, el que es malo para sí, ¿para quién será bueno? <sup>19</sup> Acordaos, por tanto, no digo siempre ni las más de las veces, sino por lo menos algunas, de daros a vos mismo. Usad también vos de vos mismo entre los muchos o siquiera después de los muchos. ¿Qué mayor condescendencia? Usando de condescendencia digo esto, y no siguiendo el rigor de lo que era justo. Aun llego a pensar que soy más indulgente que el Apóstol. Luego eres más de lo que conviene, me diréis. No quiero negarlo. Y ¿qué si así conviene? Pero vos, como confío, no os contentaréis con esta medrosa dirección mía, sino que haréis mucho más de lo que exijo. A la verdad, conviene así, es a saber: que vos seáis más exacto y yo menos audaz y determinado. También juzgo más seguro para mí, en la presencia de la majestad, arriesgarme algo por tímido que no por temerario. Ni quizá convenía amonestar a un sabio de otro modo, para que se cumpla lo que está escrito: *Da ocasión al sabio y será más sabio* <sup>20</sup>.

<sup>15</sup> I Cor. 9, 22.<sup>16</sup> Mt. 16, 26.<sup>17</sup> Ps. 67, 39.<sup>18</sup> Prov. 5, 17.<sup>19</sup> Eccli. 14, 5.<sup>20</sup> Prov. 9, 9.

## CAPITULO VI\*

LA POTESTAD DE JUZGAR LAS CAUSAS NO TANTO COMPETEN AL  
PONTÍFICE COMO A LOS PRÍNCIPES

7. Oíd con todo eso al Apóstol lo que siente sobre estas cosas: *¿Es posible, dice, que no se encuentre un solo sujeto sabio que pueda ser juez entre sus hermanos?* Y añade consecutivamente: *Os lo digo para confusión vuestra; a los que son más despreciables en la Iglesia, a esos mismos destinad a que sentencien las causas*<sup>21</sup>. Así, pues, según lo que dice el Apóstol, constituido en la dignidad apostólica, indignamente usurpáis un oficio vil, un grado que es de los hombres más despreciables. Por lo cual también decía instruyendo, como obispo, a otro obispo: *Ninguno de los que están alistados en el servicio de Dios se embaraza en los negocios seculares*<sup>22</sup>. Pero os perdono. No os persuado cosas felices, sino duras. ¿Os parece que estos tiempos llevarían con paciencia que, litigando los hombres sobre una terrena heredad y pidiéndoos justicia, les respondierais con la voz de vuestro Señor: *Hombres, ¿quién me ha constituido a mí juez sobre vosotros?*<sup>23</sup> ¿Qué juicio habríais de sufrir al punto? ¿Qué es lo que dice este hombre rústico e imperito, dirían, ignorante de su primacía y desconocedor de su poder, deshonorando la suma y más eminente silla, perdiendo los derechos de la dignidad apostólica? Y, sin embargo, según mi parecer, los que dijeran esto no serían capaces de mostrar que se sentara una sola vez, como juez de los hombres, alguno de los apóstoles separando términos o distribuyendo tierras. Finalmente, leo que los apóstoles estuvieron de pie en el tribunal para ser juzgados<sup>24</sup>, pero no leo que se sentasen para juzgar. Esto será<sup>24\*</sup>, no fué. ¿Acaso rebaja su dignidad el siervo si no quiere ser mayor que su señor, o el discípulo si no quiere ser mayor que quien le enseñó, o el hijo si no traspasa los términos que le pusieron sus padres? ¿Quién me ha constituido a mí juez?, dice el Señor y Maestro; y ¿será agravio para el siervo y el discípulo no juzgar a todos? Por mi parte, no reputo por justo apreciador de las cosas a quien cree indigno de los apóstoles o de los hombres apostólicos no juzgar tales cosas, siendo cierto que han re-

\* PL 182, 735.

<sup>21</sup> 1. Cor. 6, 5. 4.<sup>22</sup> 2. Tim. 2, 4.<sup>23</sup> Lc. 12, 14.<sup>24</sup> Act. 5, 27.<sup>24\*</sup> *Sedebilis et vos iudicantes duodecim tribus Israel* (Mt. 19, 28).



cibido la potestad de juzgar mayores. ¿Que mucho tengan a menos el juzgar de las terrenas e ínfimas posesiones de los hombres los que en el cielo han de juzgar a los mismos ángeles? Luego vuestra potestad se debe ejercer sobre los crímenes, no sobre las posesiones, puesto que por aquéllos, no por éstas, recibisteis las llaves del reino de Dios a fin de excluir a los prevaricadores, no a los poseedores. *Para que sepáis, dice, que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados...*<sup>25</sup> ¿Qué dignidad y potestad os parece mayor: la de perdonar los pecados o la de dividir heredades? Pero no hay comparación. Estas cosas ínfimas y terrenas tienen sus jueces, que son los reyes y príncipes de la tierra. ¿A qué fin os introducís en los términos de otros? ¿A qué fin metéis la hoz en mies ajena? No es porque seáis indigno, sino porque es indigno de vos emplearos en tales cosas, como quien debe ocuparse en otras más importantes. En fin, cuando la necesidad lo pide, oíd lo que dice el Apóstol: *Habiendo de juzgar al mundo, ¿seréis indignos de juzgar de menores cosas?*<sup>26</sup>

## CAPITULO VII\*

### QUE PRINCIPALMENTE DEBE OCUPARSE EN LA PIEDAD Y MEDITACIÓN DE LO ETERNO

8. Una cosa es poner la atención en estos negocios incidentalmente y con urgente motivo y otra dedicarse a ellos espontáneamente, como a cosas grandes y dignas de tanto cuidado, y cuidado de tales sujetos. Así, pues, os diría esto y mucho más, si os hubiera de decir cosas grandes, cosas rectas y cosas sinceras. Mas ahora, por cuanto los días son malos<sup>27</sup>, basta que estéis prevenido, para no daros todo a la acción, para que apliquéis un poco, así del tiempo como del corazón, a la consideración. Esto digo teniendo respeto a la necesidad, no a la equidad, aunque no es fuera de equidad ceder a la necesidad. Porque de otra manera, si os viera del todo libre, en todo y por todo os aconsejaría que siguierais y ejercitarais única o principalísimamente aquella virtud que sola vale para todas las cosas, que es la piedad. Si me preguntáis qué es piedad, os diré que dedicarse a la meditación. Diréis por ventura que en esto no concuerdo con

<sup>25</sup> Mt. 9, 6.

<sup>26</sup> I Cor. 6, 2.

\* PL, 182, 736.

<sup>27</sup> Eph. 5, 16.

aquel que dijo que la piedad era culto de Dios <sup>28</sup>. Erráis; antes, si bien lo consideráis, con estas palabras declararé el sentido de aquéllas a lo menos en parte. Porque ¿qué hay que tanto pertenezca al culto de Dios como aquello mismo que El amonesta en el Salmo diciendo: *Desocupaos y meditad cómo soy Dios?* <sup>29</sup> Pues ¿en qué otra cosa principalmente entiende una piadosa meditación sino en esto? Y ¿qué cosa hay que tanto valga para todas las cosas como aquella que con una benigna presunción toma a su cargo la exactitud y perfección de la acción misma, ensayando en cierto modo y ordenando de antemano lo que se ha de hacer? Diligencia necesaria sin duda para que las cosas que hechas con acuerdo y premeditación son provechosas no vengan a ser dañosas si se hacen inconsideradamente. Lo que a vos mismo, si hacéis memoria, os habrá acaecido muchas veces en las decisiones de los pleitos, en los grandes negocios y en la resolución de cosas importantes. Primeramente, la meditación purifica y limpia la misma fuente de donde nace, que es el alma. Después rige las pasiones naturales, dirige las obras, corrige las faltas, compone las costumbres, hermosea y ordena la vida. Por último, da al hombre la ciencia de las cosas divinas y humanas. Esta es la que separa las cosas confusas, junta las desunidas, recoge las derramadas, penetra lo oculto, busca lo verdadero, examina lo verosímil, escudriña lo fingido y aparente. Esta es la que ordena lo venidero y reflexiona sobre lo pasado para que nada se encuentre en el corazón desarreglado o falto de corrección. Esta es la que, en medio de las prosperidades, presiente las adversidades; la que en las adversidades casi no siente. Lo primero es prudencia, y lo segundo fortaleza.

## CAPITULO VIII\*

DE LA PIEDAD Y DE LA CONTEMPLACIÓN NACE UNA AGRAÐABLE  
ARMONÍA Y ENLACE DE LAS CUATRO PRIMERAS VIRTUDES

9. En esto podéis advertir igualmente una cierta armonía suavísima y una unión recíproca de las virtudes y que una depende de otra. Vos mismo podéis observar en lo dicho que la prudencia es madre de la fortaleza, y que no es fortaleza, sino temeridad, aquel atrevimiento que no procede

<sup>28</sup> Iob 28, 28 según los LXX.

<sup>29</sup> Ps. 45, 11

\* PL 182, 737.

de la prudencia. Esta es la que, sentada como juez para dar sentencia entre los deleites y las necesidades, señala su término a cada una de las partes, dando a las necesidades lo que basta y quitando a los deleites lo que sobra. Haciendo esto, cría y forma otra tercera virtud, que es la templanza. Sin duda, la misma consideración tiene por destemplado tanto al que se niega a sí mismo tenazmente lo necesario como al que se regala con lo superfluo. No consiste, pues, la templanza solamente en cercenar las cosas superfluas, sino también en advertir las necesarias. De este modo de pensar parece no fautor, sino autor, el Apóstol cuando nos enseña que no cuidemos del cuerpo satisfaciendo sus deseos. Pues diciendo *que no cuidemos del cuerpo*, prohíbe las cosas superfluas; y cuando añade: *satisfaciendo sus deseos*<sup>30</sup>, no priva lo necesario. Por lo cual juzgo que no impropriamente definirá la templanza el que diga que es una virtud que ni cercena lo necesario ni excede de ello, según el Filósofo: "Nada sea con exceso".

10. Tratando de la justicia, que es una de las cuatro virtudes, ¿no es cierto que por medio de la consideración se dispone el ánimo para adquirirla? Es necesario, sin duda, que el hombre se considere primeramente a sí para sacar de sí mismo la norma de la justicia, no debiendo hacer con otro lo que no quiere que hagan con él y no debiendo negar a los demás lo que quiere que hagan con él. Es claro que en estas dos cosas consiste el ser completo de la justicia. Pero esta virtud tampoco está solitaria. Observad conmigo ahora la hermosa conexión y enlace de esta virtud con la templanza, y juntamente la de ambas con las dos ya dichas, que son la prudencia y la fortaleza. Porque, como sea parte de la justicia no hacer a otro lo que no quiere uno que hagan con él y su perfección lo que dice el Señor: *Lo que queréis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo también con ellos*<sup>31</sup>, nada de esto se pondrá por obra a no ser que la voluntad, de la que se saca toda la norma de obrar, esté ordenada de tal manera, que ni quiera cosa superflua ni rehuse supersticiosamente lo necesario; lo cual es propio de la templanza. En fin, aun a la misma justicia, para que sea tal, debe la templanza ponerla el modo. *No quieras ser demasiado justo*<sup>32</sup>, dice el Sabio; mostrando en esto que de ninguna manera debe aprobarse aquella piedad que no se deje refrenar por la discreción de la templanza. ¿Y qué mucho, cuando ni rehusa tan poco su freno la misma sabiduría, diciendo San Pablo, según la sabiduría que se le había dado del cielo, *que no queramos saber más de lo que conviene, sino que nuestro saber se*

<sup>30</sup> Rom. 13, 14.

<sup>31</sup> Mt. 7, 12.

<sup>32</sup> Eccle. 7, 17.

*acompañe de la sobriedad!* <sup>33</sup> Por el contrario, que sea necesaria a la templanza la justicia, lo muestra el Señor cuando reprende en el Evangelio la templanza de aquellos que se abstenían para parecer penitentes ante los hombres <sup>34</sup>. Había templanza en el alimento, pero no había justicia en el alma, porque no intentaban agradar a Dios, sino a los hombres. ¿Ni cómo igualmente una y otra, esto es, la templanza y la justicia, podrán hallarse sin la fortaleza, siendo cierto que es obra de una fortaleza no mediana contener el propio querer y no querer entre las estrechas líneas de lo poco y de lo demasiado, de manera que esté contenta la voluntad con aquel modo medio desnudo, puro, único, uniforme, igual por todas partes a sí mismo—como que por todas partes está igualmente cercenado—y sólo propio de la virtud?

11. Decidme si podéis: ¿a cuál de estas tres virtudes principalmente juzgáis deberse asignar este medio, que está tan contiguo a todas, que parece propio de cada una? ¿Será acaso él solo la virtud? Si fuese así, no serían muchas las virtudes, sino todas una sola. ¿Se podrá tal vez decir con más razón que, por cuanto sin este medio no hay virtud, es él en cierto modo la fuerza íntima y como única medula de las virtudes, en la que de tal suerte se unen, que parecen una sola todas, especialmente porque no participan de él dividiéndole, sino que todo y entero lo posee cada una? Pongamos ejemplo: ¿qué cosa más propia de la justicia que el modo? De otra suerte, si deja algo fuera de modo, no da ciertamente lo que es suyo a cada uno, lo cual constituye su ser. Igualmente, ¿qué cosa más propia de la templanza, pues no se llama así sino porque no admite cosa ninguna inmoderada? Pienso que también confesaréis que no pertenece menos a la fortaleza, puesto que principalísimamente es ella la que, de los vicios que le acometen y por todas partes parece le quieren enfocar, libra poderosamente a aquel medio puro y le establece firme fundamento de lo bueno y asiento de la virtud. Conque mantener el modo es justicia, es templanza, es fortaleza. Pero ved: ¿no consiste toda su diferencia en que este medio pertenezca a la justicia en cuanto al afecto, su eficacia venga de la fortaleza y su uso y posesión toque a la templanza? Resta que mostremos cómo de esta unión de virtudes no se excluye la prudencia. ¿No es ésta por ventura la que halla y advierte, la primera de todas, este modo despreciado antes por la incuria del corazón y como recluso en lo profundo por los malos hábitos y aun cubierto con la espesa niebla de los vicios? Por tanto, os digo: pocos son los

<sup>33</sup> Rom. 12, 3.

<sup>34</sup> Mt. 6, 16.



que advierten este modo, porque los prudentes son pocos. Así, pues, la justicia le busca, la prudencia le halla, la fortaleza le defiende, la templanza le posee. No me he propuesto hacer aquí un retrato de las virtudes, pero he dicho esto con el fin de exhortaros a que os empleéis en la consideración, por cuyo medio se advierten estas y semejantes cosas. No ocupar en tan piadoso y útil ocio alguna parte de la vida, ¿no es perder la vida?

## CAPITULO IX \*

POCO A POCO SE DEBEN CORREGIR LOS EJEMPLOS RECIENTES DE  
LOS PONTÍFICES Y SE DEBEN IMITAR LOS ANTIGUOS

12. Pero ¿qué si de repente os dedicarais enteramente a esta filosofía? No lo acostumbraron a hacer así vuestros predecesores; seríais molesto a muchos, pareciendo que os desviabais súbitamente de las huellas de los Padres; sin duda parecería que hacíais esto para censurar su conducta. Os notarían también con el vulgar proverbio: "El que hace lo que nadie hace, a todos hace admirar"; dirán que sólo pretendíais excitar la atención para que admirasen vuestras cosas. Ni podéis tampoco corregir de un golpe lo que otros han errado, ni reducir a orden y modo los excesos. Más adelante podréis tomaros tiempo para trabajar poco a poco y según las coyunturas, valiéndoos de la sabiduría que Dios os ha dado. Entre tanto, usad del mal de otro para sacar el bien que se pueda. Aunque, si de los buenos y no precisamente de los nuevos hemos de tomar ejemplo, no han faltado romanos pontífices que supieron hallar ocios entre los mayores negocios. Sobre la ciudad estaba el enemigo, y su bárbara espada sobre la cerviz de los ciudadanos; sin embargo, ¿puso espanto todo esto a San Gregorio <sup>34a</sup> para dejar de escribir en el ocio la sabiduría? En este mismo tiempo—según se hace patente en su prólogo—, expuso con tanta diligencia como elegancia la obscurísima y última parte de Ezequiel.

\* PL 182, 739.

<sup>34a</sup> Se refiere, sin duda ninguna, a la invasión de los longobardos que tuvo que afrontar San Gregorio Magno.

## CAPITULO X\*

REPRENDE VIVAMENTE LOS ABUSOS Y FRAUDES DE LOS ABOGADOS,  
DE LOS JUECES Y DE LOS PROCURADORES

13. Mas sea como quieren. Ha prevalecido otra práctica muy diferente; los días son otros, y otras también las costumbres de los hombres; y los tiempos peligrosos no digamos que se acercan, sino que existen y duran. El fraude, el engaño, la violencia, han extendido su poder sobre la tierra. Los calumniadores son muchos, los defensores de la inocencia raros; en todas partes los poderosos oprimen a los pobres; no podemos faltar a los oprimidos; no podemos negar la justicia a los que padecen injurias. Si no se ventilan las causas, si las partes no se oyen, ¿qué se podrá sentenciar entre ellas? Ventilense las causas, pero del modo que conviene. Porque el modo que se usa frecuentemente es execrable en absoluto y desdice, no digo de la Iglesia, sino de la plaza. Me pasmo de que vuestros oídos religiosos toleren semejantes disputas de los abogados y unos litigios de palabras más a propósito para subvertir que para hallar la verdad. Corregid esta depravada costumbre, reprimid las lenguas vanas y cerrad los labios engañosos. Estos son los que adiestraron sus lenguas en hablar la mentira, elocuentes contra la justicia, eruditos para la falsedad. Son sabios para obrar lo malo, fecundos para impugnar lo verdadero. Estos instruyen a quienes debían instruirles a ellos; alegan no lo cierto, sino lo que han inventado; fabrican de sí propios calumnias contra la inocencia; destruyen la sencillez de la verdad; obstruyen los caminos de la justicia. Nada hay que tan fácilmente haga manifiesta la verdad como una breve y pura relación de las cosas. Así, aquellas causas que sea necesario llevar a vuestra audiencia—pues nunca será necesario que lleguen todas—, quisiera que os acostumbrarais a decidir las con cuidado, pero con brevedad, y que cortarais las falaces y capciosas dilaciones. A vuestra audiencia entre la causa de la viuda, la causa del pobre y del que no tiene que dar. Otras muchas podréis encomendar a otros para que las terminen; muchísimas ni aun juzgarlas dignas de audiencia. Porque ¿qué necesidad hay de admitir a aquellos cuyos pecados son manifiestos aun antes de llegar al juicio? Tanto es el descaro de algunos, que, estando el semblante de sus causas hirviendo de la lepra de una manifiesta ambición, no

\* PL 182, 740.

se avergüenzan de pedir audiencia, publicando ellos mismos a otros muchos lo que aun en el solo juicio de su conciencia les debía llenar de confusión. No hubo quien humillase las frentes duras; por eso crecieron en número y se hicieron más fuertes. No sé cómo sucede que un vicioso no huye de que otros viciosos le conozcan; donde todos huelen mal no se percibe el hedor de uno solo. Porque ¿cuándo se ha visto, por usar de un ejemplo, que el avaro cause empacho al avaro, el inmundo al inmundo, el lujurioso al lujurioso? Llena está de ambiciosos la Iglesia; ya nada le puede causar nuevo horror en los conatos y pretensiones de la ambición, no de otra suerte que a una cueva de salteadores no pueden ya horrorizarla los despojos de los caminantes.

## CAPITULO XI\*

DEBE USAR DE UNA SEVERA JUSTICIA CONTRA LOS ABOGADOS Y PROCURADORES QUE CON MALAS ARTES HACEN SUS INTERESES

14. Si sois discípulo de Cristo, enciéndase vuestro celo, ármese vuestra autoridad contra este descaro y peste universal. Mirad al Maestro, que lo hace así, y oíd lo que afirma: *El que me sirve a mí, sígame*<sup>35</sup>. No prepara los oídos para escuchar, sino el azote para herir. Ni da palabras ni las recibe. No está sentado juzgando, sino que los sigue castigando. Con todo, no calla el motivo, que es haber hecho casa de negocio la casa de oración. Obrad del mismo modo. Cúbranse de rubor a vuestra vista semejantes negociadores. Cuando esto no, que la teman. También vos tenéis azote. Teman los banqueros; no fien en sus monedas, sino que desconfíen; escondan de vuestros ojos su dinero, sabiendo que estáis más dispuesto a tirárselo que a recibirlo. Haciendo esto cuidadosa y constantemente, ganaréis a muchos, reduciéndoles a que tomen empleos más honestos los que ahora siguen unos torpes lucros; a otros ganaréis de tal modo, que no se atreverán a pensar en estas cosas siquiera. Añadid también que este modo de obrar no servirá de poco para conseguir el sosiego que os estoy persuadiendo. Sin duda, portándoos de esta manera, redimiréis no pocos momentos de tiempo para emplearos en la consideración, no dando audiencia—como os dije—a algunos pleitos, encargando algunos a otros, terminando los que juzguéis dignos de vues-

\* PL 182, 741.

<sup>35</sup> Io. 12, 26.

tra audiencia por medio de un extracto fiel y acomodado a la causa. Acerca de esta misma consideración pienso añadir algunas cosas más, pero será dando principio a otro libro. Y aquí pongamos fin al presente, no sea que os sirva de doblado peso mi poco suave discurso, si también es largo.

## LIBRO II

### CAPITULO I\*

#### HACE UNA APOLOGÍA A CAUSA DEL INFELIZ SUCESO DE LA EXPEDICIÓN A TIERRA SANTA

1. No me olvido de mi promesa por la que os estoy obligado hace algún tiempo, ilustre y generoso Eugenio Papa; quiero cumplirla aunque sea tarde. Me avergonzaría de la dilación si supiera que había sido la causa alguna incuria o desprecio. No es así; hemos venido, como sabéis, a un tiempo fatal—pues no sólo a los estudios parecía intimar el fin, sino casi al uso mismo del vivir—, en que el Señor, provocado por nuestros pecados, en algún modo juzgó antes de tiempo al orbe de la tierra, según equidad sin duda, pero olvidado de su misericordia. No perdonó a su pueblo ni perdonó su mismo nombre. ¿Por ventura no dicen entre los incrédulos: *Dónde está su Dios?*<sup>1</sup> Ni es maravilla. Los hijos de la Iglesia que se gloriaban del nombre de cristianos fueron postrados en el desierto, muertos con la espada o consumidos por el hambre. Los príncipes cayeron en la discordia, y el Señor les hizo andar errando fuera de la senda y por lugares en que no había camino<sup>2</sup>. Se halló el quebranto y la infelicidad en sus caminos<sup>3</sup>; el pavor, la tristeza y la confusión, dentro de los gabinetes de sus mismos reyes. ¿Qué confusos quedaron los pasos de los que anunciaban la paz, de los que anunciaban los bienes!<sup>4</sup> Dijimos: paz, y no hubo paz; prometimos bienes, y todo lo que se ve es turbación. No nos movimos a tratar de esta empresa con temeridad y ligereza. Corrimos verdaderamente en ella, no como al azar, sino mandándolo vos o, mejor

\* PL 182, 741.

<sup>1</sup> Ps. 113, 2.

<sup>2</sup> Ps. 106, 40.

<sup>3</sup> Ps. 113, 3.

<sup>4</sup> Is. 52, 7.



dieho, Dios por vuestro medio. ¿Cómo, pues, habiendo ayudado, no nos miró? ¿Habiéndonos humillado en su presencia, no hizo caso? Y aun después de todos estos males, su furor no está todavía aplacado; su brazo se halla siempre levantado. ¿Con cuánta paciencia está oyendo todavía las voces sacrílegas y a los egipcios blasfemos, que dicen: Los sacó con astucia para quitarnos la vida en el desierto! <sup>5</sup> Ciertamente, los juicios de Dios son verdaderos <sup>6</sup>; ¿quién lo ignora? Pero este juicio es un abismo tan grande, que no sin razón puedo llamar bienaventurado al que no se ha escandalizado en él.

2. Mas ¿cómo se atreve a reprender la temeridad humana lo que de ningún modo puede comprender? Traigamos a la memoria los juicios soberanos de todos los siglos; pero quizá no encontramos consuelo ninguno. Hubo un profeta que habló así: *Me acordé, Señor, de todos los juicios que habiais ejercido en todos los siglos y me consolé* <sup>7</sup>. Voy a decir una cosa, no ignorada por ninguno, pero ahora por ninguno conocida. Sin duda, así son los corazones de los mortales; lo que sabemos cuando no hay necesidad, cuando existe la necesidad no lo sabemos. Habiendo de sacar Moisés de Egipto al pueblo, les prometió otra tierra mejor <sup>8</sup>. Porque ¿cuándo, de otra suerte, le seguiría un pueblo que sólo gustaba de la tierra? Los sacó; mas, con todo, habiéndolos sacado, no los introdujo en la tierra prometida. No hay motivo para imputar al capitán el triste e inopinado suceso. Todo lo hacía por mandato del Señor, obrando el Señor con él y confirmando la obra con los portentos que la seguían. Pero aquel pueblo, diréis, fué de dura cerviz; obró siempre porfiadamente contra el Señor y contra su siervo Moisés. Bien; aquéllos eran incrédulos y rebeldes; y ¿éstos qué? Preguntádselo a ellos. ¿Qué necesidad hay de que diga yo lo que ellos mismos confiesan? Una sola cosa digo: ¿qué podían adelantar los que sin cesar se volvían hacia atrás cuando andaban? ¿No volvieron también éstos por todo el camino a Egipto con el corazón? Y, si aquéllos cayeron y perecieron por su maldad, ¿nos admiramos de que éstos, haciendo otro tanto, hayan padecido lo mismo? ¿Por ventura es contra las promesas de Dios el estrago de aquéllos? Luego ni el de éstos. Jamás las promesas de Dios se oponen a su justicia. Y escuchad otra cosa.

3. Peca Benjamín. Se disponen las demás tribus a la venganza, y no sin insinuación de la voluntad de Dios. En fin; El mismo señala capitán a los combatientes. Pelean, pues, confiando tanto en un ejército más poderoso como

<sup>5</sup> Ex. 32, 12.

<sup>6</sup> Ps. 18, 10.

<sup>7</sup> Ps. 118, 52.

<sup>8</sup> Ex. 3, 17.

en causa más justa y—lo que es más todavía—en el favor divino. Pero ¡cuán terrible es Dios en sus consejos sobre los hijos de los hombres! <sup>9</sup> Volvieron las espaldas a los malvados los vengadores de la maldad; los muchos a los pocos. Recurren al Señor y él les dice: *Id allá*. Van nuevamente, y de nuevo son rebatidos y confundidos. Así, favoreciéndoles Dios primeramente y aun mandándolo por segunda vez El mismo, los justos emprenden una batalla justa y quedan vencidos. Pero cuanto más inferiores en la pelea, tanto más superiores se hicieron en la fe. ¿Qué os parece que harían éstos de mí si por mi consejo fuesen a la guerra segunda vez y fuesen vencidos? ¿Cuándo me darían oído si les exhortara a que por tercera vez repitieran el viaje y emprendieran una obra de la que una y otra vez ya habían salido infelizmente? Pues, sin embargo, los israelitas, no haciendo caso de una y otra pérdida, obedecen por tercera vez y vencen <sup>10</sup>. Pero quizá dirán: ¿De dónde sabemos nosotros que este pensamiento ha salido de Dios? ¿Qué milagros haces tú para que te creamos? No hay razón para obligarme a responder a esto; se me debe perdonar por la vergüenza que me causaría <sup>10a</sup>. Responded vos por mí y por vos mismo según lo que oísteis y visteis; o, ciertamente, según lo que Dios os inspire.

4. Tal vez os admiráis de que me detenga tanto en estas cosas, habiéndome propuesto tratar de otras muy diferentes. Hágolo no olvidado de lo que me he propuesto, sino porque no son cosas ajenas a ello. De la consideración—según recuerdo—hablaba en mi discurso dirigido a vuestra dignidad. Y, ciertamente, grande cosa es ésta, y necesita de una consideración no pequeña. Y si está bien que los grandes consideren las cosas grandes, ¿a quién como a vos debe corresponder este cuidado, pues no tenéis igual sobre la tierra? Mas obraréis en esto según la sabiduría y potestad que se os ha dado de lo alto. No corresponde a mi pequeñez dictaros que se haga de este modo o del otro. Basta haberos insinuado que es preciso hacer algo; con lo que, por una parte, se consuele la Iglesia y, por otra, se cierre la boca de los que hablan cosas perversas. Sea dicho esto a manera de apología, a fin de que, tal cual ello sea, sirva en vuestra conciencia para disculparme a mí y a vos, ya que no delante de aquellos que juzgan las obras por los sucesos, sí delante de vos mismo. La perfecta y absoluta disculpa de cualquiera es el testimonio de su conciencia. Para mí importa muy poco sea juzgado por aquellos que

<sup>9</sup> Ps. 65, 5.

<sup>10</sup> Jud. 20.

<sup>10a</sup> Apela humildemente a los milagros con los que Dios aprobó su predicación de la cruzada.

llaman bien al mal y mal al bien, tinieblas a la luz y luz a las tinieblas<sup>11</sup>. Aunque, siendo necesaria una de dos cosas, más quiero que se levanten contra nosotros las quejas de los hombres que contra Dios. Dicha mía será si el Señor se digna usar de mí como de un escudo. Gustoso recibiré las maldicientes lenguas de los murmuradores y las saetas venenosas de los blasfemos para que así no lleguen a él. No rehusó quedar sin gloria alguna ni alabanza para que no se injurie a la gloria de Dios. ¡Quién me dará poder gloriarme en aquella expresión: *Por vos sostuve el oprobio; cubrió mi rostro la confusión!* Gloria será para mí hacerme compañero de Cristo, de quien es esta voz: *Los oprobios de los que os injuriaban cayeron sobre mí*<sup>12</sup>. Ahora ya vuelva a su materia la pluma y siga derechamente el discurso sobre lo que propusimos tratar.

## CAPITULO II\*

### DIFERENCIA ENTRE LA CONSIDERACIÓN Y LA CONTEMPLACIÓN

5. Antes que nada, ved qué entiendo por consideración. No quiero que se entienda ser en todo lo mismo que la contemplación. Esta se dirige con especialidad a reflexionar sobre las cosas ya conocidas, la consideración a inquirir en lo desconocido. Según lo cual se puede definir la contemplación diciendo que es una verdadera y cierta vista del ánimo acerca de alguna cosa o una idea de lo verdadero que en nada duda; mas la consideración, un pensar intenso a fin de investigar las cosas o una aplicación del ánimo que busca lo verdadero. Aunque suelen tomarse recíprocamente la una por la otra.

## CAPITULO III\*\*

### SEÑALA CUATRO PUNTOS PROPIOS DE LA CONSIDERACIÓN

6. Por lo que mira al fruto de la consideración, cuatro cosas, según creo hasta el presente, debéis considerar: vos mismo, lo que está debajo de vos, lo que está cerca, lo que está encima. Vuestra consideración comience por vos mismo,

<sup>11</sup> Is. 5, 20.

<sup>12</sup> Ps. 68, 8. 10.

\* PL 182, 745.

\*\* PL 182, 745.

no sea que vanamente os extendáis a otra cosa, descuidándoos de vos. ¿Qué os aprovechará ganar todo el mundo si os perdéis a vos solo? <sup>13</sup>. Aunque seáis sabio, os falta para llegar a la sabiduría, si para vos no lo sois. Y, si me preguntáis cuánto os falta, he de decir lo que siento: todo. Aunque conozcáis todos los misterios, aunque sepáis cuánto encierra la latitud de la tierra, la altura del cielo, lo profundo del mar, si, con todo, no os conocéis a vos mismo, seréis semejante al que edifica sin cimientos, que no levanta fábrica, sino ruina. Todo lo que edificuéis fuera de vos será como un montón de polvo que se lleva el viento. No es sabio, pues, el que no lo es para sí. El que de veras lo quiere ser será sabio para sí y beberá el primero de la fuente de su pozo. Así, por vos comience vuestra consideración; ni sólo esto, sino que también acabe. Váyase donde se vaya, mirad que la hagáis volver a vos mismo con frutos de salvación. Sed para vos el primero y el último. Tomad ejemplo del Padre soberano de todos, quien de tal manera produce y envía de sí aquella Palabra eterna, que también la retiene. Vuestra palabra es vuestra consideración; por eso, si alguna vez sale, cuidad que no se aparte. De tal suerte vaya adelante, que no deje su lugar; de tal suerte salga, que no os desampare. En lo que toca al negocio de vuestra salvación, no habéis de tener otro más hermano que el hijo único de vuestra madre, que sois vos mismo. Cosa que sea contra vuestra propia salvación no la debéis pensar. Menos dije de lo que debiera decir; porque no sólo lo que va contra vuestra salvación, mas ni lo que está fuera de ella, lo debéis admitir. Cuanto se ofrezca a vuestra consideración y de algún modo no pertenezca a vuestra salvación, absolutamente se debe desechar.

#### CAPITULO IV \*

EL CONOCIMIENTO PROPIO CONSISTE EN TRES CONSIDERACIONES DE SÍ MISMO; Y SE EXPONE AQUÍ LA PRIMERA CONSIDERACIÓN

7. Esta consideración de vos mismo se divide en tres partes, debiendo considerar: *qué*, *quién* y *cuál* sois. *Qué* según la naturaleza, *quién* en la persona, *cuál* en las costumbres. *Qué*, para explicarlo con un ejemplo, hombre; *quién*, papa o sumo pontífice; *cuál*, benigno, manso o cosa seme-

<sup>13</sup> Mt. 16, 26.

\* PL 182, 746.



jante. Aunque investigar lo primero más corresponde a filósofos que a varones apostólicos, con todo, se halla algo en la definición del hombre—animal racional, mortal—que es permitido, si os agrada, mirar con cuidado. Nada hay en ello que se oponga a vuestra profesión o dignidad, más bien os puede traer mucho bien para el alma. Porque, considerando juntamente estas dos cosas—*racional y mortal*—, podéis percibir de aquí el fruto de que, por una parte, lo mortal que hay en vos humille a lo racional y, por otra, lo racional conforte a lo mortal; ambas cosas no las debe tener en poco el hombre circunspecto. Si falta algo que deba considerarse todavía en este punto, se tratará más adelante quizá con más utilidad, cotejando sus partes.

## CAPITULO V\*

PROPONE LA OTRA PARTE DE LA CONSIDERACIÓN DE SÍ MISMO:  
“QUIÉN” SEA Y “DE DÓNDE”

8. Ahora, *quién* sois y *de qué* habéis sido hecho debe ocupar la atención, aunque lo que dije de *qué* pienso no tocarlo por ahora, dejándolo más bien a vuestra reflexión. Sólo diré una cosa: ¿será digno de vos obrar menos perfectamente, habiendo sido sacado de un estado de tanta perfección? ¿No os avergonzaríais de portaros como mínimo en las cosas grandes cuando os acordáis haber sido grande en las cosas mínimas? No estáis olvidado de vuestra primera profesión; no se ha borrado de vuestra memoria aunque os la quitaron de vuestras manos; tampoco, sin duda, de vuestro afecto. No será inútil traer delante de vuestros ojos esta misma en cada uno de vuestros mandatos, de vuestras sentencias, de vuestras determinaciones. Esta consideración os hará despreciador del honor en el honor mismo. Y esto es ya una cosa grande. No se aparta de vuestro pecho; es un escudo para rebatir aun aquella saeta: *El hombre colocado en el honor no lo entendió*<sup>14</sup>. Hablaos, pues, a vos mismo; estaba desechado de la casa de mi Dios. ¿Qué es esto? ¿De pobre y abatido ser levantado sobre las gentes y sobre los reinos? ¿Quién soy yo o cuál es la casa de mi padre para que me sienta más sublime que los encumbrados? A la verdad, el que me dijo a mí: *Amigo, sube más arriba*<sup>15</sup>, espera que he de ser amigo. Si no halla esto en

\* PL 182, 746.

<sup>14</sup> Ps. 48, 13.

<sup>15</sup> Lc. 14, 10.

mí, no estará bien. Quien elevó, también puede derribar. Queja fuera del tiempo: *Después de haberme elevado me arrojaste para quebrantarme*<sup>16</sup>. No hay por qué se lisonjee la altura cuando en ella es mayor el cargo. Hace aquélla mayor el riesgo, éste prueba al amigo. Al desempeño de éste nos debemos disponer, si no queremos, al fin, ocupar con rubor el último lugar.

## CAPITULO VI\*

### CUÁL DEBE SER EL EMPLEO DE LOS SUPERIORES DE LA IGLESIA

9. No podemos dejar de confesar que habéis sido hecho superior; pero *a qué fin*, eso debe llenar toda la atención. Porque no juzgo que para dominar, puesto que aun el profeta, cuando igualmente fué elevado, oyó que le decían: *Para que arranques y destruyas, consumas y disipes, edifiques y plantes*<sup>17</sup>. ¿Qué cosa de éstas suena a fausto? Más bien, bajo la idea del rústico sudor, se expresa el trabajo espiritual. Nosotros, pues, por ventajoso concepto que tengamos de nosotros mismos, reconozcamos que nos han impuesto el ministerio y no nos han dado ningún dominio. No soy mayor que el profeta; aunque igual quizá en la potestad, en cuanto a los méritos no hay comparación. Esto os debéis decir y enseñaros a vos mismo, ya que enseñáis a los demás. Demos que os reputéis como uno de los profetas. ¿No es bastante para vos? Y demasiado. Pero, por gracia de Dios, sois lo que sois. ¿Qué más? Sois también lo que el profeta. ¿Pero por ventura más que el profeta? Si tenéis cordura, estaréis contento con la medida con que os ha medido Dios. Porque lo que excede de ahí, viene de mala parte. Aprended por el ejemplo del profeta a presidir, no tanto para mandar, cuanto para hacer con constancia lo que el tiempo requiere. Aprended que tenéis necesidad de escardillo, no de cetro, para hacer la obra del profeta. Ciertamente no subió él para reinar, sino para extirpar. ¿No pensáis encontrar algo que trabajar en el campo de vuestro Señor? Y muchísimo. Seguramente no pudieron los profetas limpiarlo todo; algo dejaron que hacer a sus hijos los apóstoles; algo os dejaron también a vos vuestros padres. Pero ni vos tampoco podréis hacerlo todo. Algo, sin duda, habréis de dejar a vuestro sucesor, y él a

<sup>16</sup> Ps. 101, 11.

\* PL 182, 747.

<sup>17</sup> Jer. 1, 10.

otros, y otros a otros hasta el fin. Finalmente, a eso de la undécima hora son reprendidos por ociosos los operarios y los envían a la viña. Vuestros antecesores los apóstoles oyeron: *La mies es mucha, y los operarios pocos*<sup>18</sup>. Aseguraos la herencia paterna, puesto que, si sois hijo, también debéis ser heredero<sup>19</sup>. Para dar pruebas de que sois heredero, velad con solicitud y no os entorpeczáis en el ocio, no sea que también os digan: *¿Por qué estáis aquí ociosos todo el día?*<sup>20</sup>

10. Mucho menos convendría que os hallasen derramado entre delicias o haciendo blando lecho de las pompas. Nada de esto os asigna la escritura del testador. ¿Qué os asigna? Si os atenéis al tenor de ella, más bien heredaréis cuidado y trabajo que gloria o riquezas. ¿Lisonjea la cátedra? Pues sabed que es una atalaya para hacer centinela. En fin, estáis sentado sobre ella; mas para ver desde más alto; el derecho de inspección sobre las iglesias que os declara el mismo nombre de obispo, más bien os debe disponer al trabajo que al reposo, persuadido de que el papado no es un dominio, sino un oficio. ¿Qué mucho estéis colocado en un lugar eminente desde donde todo lo registréis, cuando sois constituido guardián sobre todo? En verdad, esta vista no debe inspiraros descanso, sino trabajo. ¿Cómo puede haber gusto en gloriarse cuando ni es permitido estar ocioso? No hay lugar para el descanso donde urge la continua solicitud por todas las iglesias. Porque ¿que otra cosa os dejó el apóstol San Pedro? *Lo que tengo, eso te doy*. ¿Qué era eso? Una cosa sé fijamente: no era oro ni plata, pues dice él mismo: *No tengo plata ni oro*<sup>21</sup>. Si lo tenéis, usad de ello no según el gusto, sino según el tiempo. De tal suerte uses como si no usaras. Estas cosas, en cuanto al bien del alma, ni son buenas ni malas; con todo, el uso es bueno; el abuso, malo; la solicitud, peor; el lucro, más torpe. Vemos que por cualquier otra razón os apropiáis estas cosas, mas no como heredero del Apóstol, pues no puede daros él lo que no tiene. Lo que tiene, eso os da: la solicitud, como he dicho, sobre las iglesias. ¿Por ventura la dominación? Escuchadle: *No dominando sobre la heredad del Señor, sino haciéndote modelo de su rebaño*<sup>22</sup>. Y para que no juzguéis dicho esto sólo por humildad y no también según verdad, es sentencia del Señor en su Evangelio: *Los reyes de las naciones les tratan con imperio y los que tienen autoridad sobre ellos se llaman sus bienhechores. Y añade: Mas entre vosotros no sea así*<sup>23</sup>. Bien claro está; a los apóstoles les prohíbe la dominación.

<sup>18</sup> Mt. 9, 37.

<sup>19</sup> Gal. 4, 7.

<sup>20</sup> Mt. 20, 6.

<sup>21</sup> Act. 3, 6.

<sup>22</sup> I Petr. 5, 3.

<sup>23</sup> Lc. 12, 25.

11. Id ahora y atreveos a usurparos, al dominar, el apostolado; al ejercer la autoridad apostólica, la dominación. Absolutamente os está vedada cualquiera de estas dos cosas. Si lo uno y lo otro queréis tener, uno y otro perderéis. En este caso no os juzguéis exceptuado del número de aquellos de quienes Dios se queja así: *Reinaron y no por mí; fueron príncipes y no lo supe*<sup>24</sup>. Así, pues, si os agrada reinar sin Dios, tendréis gloria, mas no delante de El. Pero si sabemos ya lo que se veda, veamos lo que se manda: *El que es mayor entre vosotros, se haga como el menor, y el que tiene el primer lugar, sea como el que sirve*. Este es el modelo de los apóstoles: se prohíbe la dominación y se intima el servicio; el cual se hace más recomendable con el ejemplo del mismo legislador, quien seguidamente dice: *Estoy en medio de vosotros como quien sirve*<sup>25</sup>. ¿Quién juzgará privado de gloria, por un título con que se distinguió a sí mismo, al Señor de la gloria? Con razón se gloria en él San Pablo, diciendo: *Ministros de Cristo son; yo también*. Y añade: *Aunque pase por imprudente, me atrevo a decir que lo soy más que ellos. He sufrido más trabajos; he recibido más golpes; he tolerado más prisiones; me he visto muy cerca de la muerte muchas veces*<sup>26</sup>. ¡Oh ministerio esclarecido! ¿Qué cosa más gloriosa que este imperio? Si es conveniente gloriaros, el modelo de los santos se os pone a la vista para que no salgáis de él, la gloria de los apóstoles se os propone. ¿Os parece corta gloria? ¿Quién me diera a mí hacerme semejante en la gloria a los santos! Clama el profeta: *Veo, Dios mío, que has honrado de una manera enteramente singular a tus amigos y que su imperio se ha asegurado extraordinariamente*<sup>27</sup>. Y el Apóstol nos dice también: *Esté lejos de mí gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo*<sup>28</sup>.

12. Con este tan excelente género de gloria deseo que siempre os gloriéis; el cual los apóstoles y los profetas recogieron para sí y transmitieron hasta vos. Reconoced vuestra herencia en la cruz de Cristo, en la abundancia de los trabajos. Dichoso el que pudo decir: *Más que todos he trabajado*<sup>29</sup>. Gloria es ésta, pero nada vano hay en ella, nada afeminado, nada delicado. Si el trabajo espanta, atraiga el premio, pues cada uno ha de recibir según su trabajo. Aunque el Apóstol trabajó más que todos, no lo trabajó todo. Todavía queda lugar al trabajo. Salid al campo de vuestro Señor y considerad con cuidado cuántas espinas y abrojos de la antigua maldición se ven aún hoy. Salid, digo, al mundo, pues el mundo es campo confiado a vuestro cui-

<sup>24</sup> Os. 8, 4.

<sup>25</sup> Lc. 21, 26. 27.

<sup>26</sup> 2 Cor. 11, 23.

<sup>27</sup> Ps. 138, 17.

<sup>28</sup> Gal. 6, 14.

<sup>29</sup> 1 Cor. 15, 10.



dato. Salid a él no como señor, sino como mayordomo, a ver y procurar lo que os han de exigir. Salid, quiero decir, con los pasos de una atenta solicitud y de una solícita atención. Aquellos mismos a quienes se mandó que fuesen por el universo, no anduvieron el orbe todo con la presencia de su cuerpo, sino con la solícita inspección de su ánimo. A este modo, levantad los ojos de vuestra consideración y mirad las regiones, que quizá estén más secas para el fuego que blancas para la siega. ¡Cuántos, cuántos que creáis frutos de la tierra, mirados con más cuidado, son espinas! Más bien ni aun espinas: viejos y caducos árboles, pero no fructíferos, a no ser de bellotas o de las viles frutas que comen los puercos. ¿Hasta cuándo han de estar ocupando la tierra? Por ventura, si salís y veis estas cosas, ¿no os dará vergüenza que esté ociosa en el suelo la segúr? ¿No os dará vergüenza haber tomado sin motivo en la mano la hoz apostólica?

13. A este campo salió en otro tiempo el patriarca Isaac cuando por la primera vez le encontró Rebeca. Según tenemos en la Eseritura, *había salido a meditar*<sup>30</sup>. El a meditar, vos a extirpar es preciso que salgáis. Para vos ya debe haber precedido la meditación. El tiempo de obrar urge ya. Si ahora comenzáis a dudar, es tarde. Antes, según el consejo del Salvador, debíais haberos sentado, antes debíais haberos hecho cargo de la obra, medido las fuerzas, pesado la sabiduría, adquirido los méritos y computado las sumas de las virtudes. Manos, pues, a la obra; pensad que ha llegado el tiempo para la poda, si ha precedido el de la meditación. Si habéis movido el corazón, se ha de mover igualmente la lengua, se ha de mover también la mano. Ceñíos vuestra espada, la espada del espíritu, que es la palabra de Dios<sup>31</sup>. Glorificad vuestra mano y brazo derecho haciendo venganza en las naciones, castigos en los pueblos, atando sus reyes con grillos y poniendo a los grandes esposas en sus manos. Si hacéis esto, honráis el ministerio y el ministerio os honra a vos. No es mediano imperio éste. Es ahuyentar las malas bestias de vuestros términos para que vuestros rebaños salgan sin riesgo a los pastos. Domaréis los lobos, pero no dominaréis sobre las ovejas. Para apacentarlas las recibisteis, no para oprimirlas. Si habéis considerado bien quién sois, no podéis ignorar que es necesario hacer esto. Se hace culpable el que sabe lo bueno que debe hacer y no lo hace<sup>32</sup>. No tenéis olvidado dónde habéis leído: *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple será castigado con muchos golpes*<sup>33</sup>.

<sup>30</sup> Gen. 24, 62.

<sup>31</sup> Eph. 6, 17.

<sup>32</sup> Iac. 4, 17.

<sup>33</sup> Lc. 12, 47.

Así lo hacían los profetas, así los apóstoles. Fueron fuertes en la guerra y no delicados entre sedas. Si sois hijo de los profetas y de los apóstoles, obrad del mismo modo. Sostened la nobleza de vuestro rango con unas costumbres del todo semejantes, puesto que esta nobleza no viene de otra parte que de la pureza de las costumbres y fortaleza de la fe. Por ésta vencieron ellos los reinos, obraron la justicia, llegaron a conseguir las promesas<sup>34</sup>. Esta es la auténtica escritura de vuestra herencia, que desplegamos a vuestros ojos para que veáis la porción que os pertenece. Armaos de la fortaleza y habréis heredado. Poseed la fe; poseed la piedad; poseed la sabiduría, pero la sabiduría de los santos—ella misma es el temor del Señor—, y tenéis lo que es vuestro. Tenéis entera la heredad paterna. Preciosísima posesión es la virtud. Buena posesión es la humildad, en la que se fabrica todo el edificio espiritual y crece hasta ser templo santo para el Señor. Por medio de ésta llegaron a poseer algunos las puertas de sus enemigos. Porque ¿qué virtud hay que de igual manera pueda destruir la soberbia de los demonios y la uranía de los hombres? Siendo ella para todos como una torre fortísima que los defiende del enemigo, no sé por qué se encuentra su fuerza mayor en los grandes y más esclarecida en los ilustres. No hay piedra más resplandeciente en todo el ornato del sumo pontífice. Cuanto más excelso es éste que los demás, tanto más ilustre se presenta por la humildad.

## CAPITULO VII\*

VOLVIENDO AL PRIMER PUNTO DE LA CONSIDERACIÓN, TRATA CON MÁS ESmero SU MANERA DE SER

14. No estando explicada suficientemente la primera parte, no sé cómo se resbaló la pluma para tratar de la segunda, comenzando a describir cuál os conviene ser, no habiendo aclarado plenamente quién sois. Creo que, avergonzándose de que viesen desnudo a un hombre que está colocado en la suprema cumbre de todo, se apresuró a vestirle de sus insignias. A la verdad, sin ellas aparecéis más disforme cuanto sois más ilustre. ¿Puede por ventura encubrirse a los ojos la desolación de una ciudad colocada en el monte? ¿O puede ocultarse el humo de una antorcha apa-

<sup>34</sup> Hebr. II, 33.

\* PL 182, 750.

gada y puesta sobre el candelero? Mona sobre un tejado es un príncipe fatuo en el solio. Y ahora escuchad un cántico mío, poco suave a la verdad, pero saludable. Cosa monstruosa es un grado sumo y un ánimo infimo; la silla la primera y la vida la última; una lengua grandiosa y la mano ociosa; un lenguaje copioso y el fruto ninguno; un semblante suave y la acción leve; autoridad grande, pero poco firme. He aplicado el espejo; reconózcase en él el rostro feo. Vos alegraros de que el vuestro se encuentre desemejante. Sin embargo, miraos también, no sea que, aunque haya en que con razón os agradéis de vos mismo, no falte tampoco de qué debáis desagradaros. Quiero que os gloriéis del testimonio de vuestra conciencia, pero también que os humilléis con el mismo. Voz rara ésta: *Nada me reprende mi conciencia*<sup>35</sup>. Más cauto andaréis en los bienes si no se os ocultan también los males. Por lo cual, como os dije, haced por conocerlos, para que, entre las aflicciones, que no faltan, gocéis del bien de la conciencia; pero, principalmente, para que sepáis lo que os falta. Porque ¿a quién no le falta? Todo le falta a quien piensa que no le falta nada. ¿Qué importa que seáis sumo pontífice? ¿Acaso, porque esto seáis, sois sumo? Sabed que sois infimo, si os reputáis sumo. ¿Quién es sumo? Aquel a quien nada se puede añadir. Erráis enormemente si juzgáis que sois éste. No lo permita Dios. No sois vos de aquellos que llaman virtudes a las dignidades. Antes fué experimentada de vos la virtud de la dignidad. Dejad ese modo de pensar a los Augustos, y a otros que no temieron ser adorados con honores divinos, como fueron Nabucodonosor, Alejandro, Antíoco y Herodes. Vos considerad que no os llaman Sumo porque seáis consumado, sino por comparación. Ni juzguéis que hablo de la comparación en mérito, sino en los ministerios. Os reputen los hombres como ministro de Cristo, y—lo digo sin perjuicio de la santidad de alguno—, Sumo entre los ministros. En otro sentido, mi deseo es que aspiréis a lo sumo, no que os juzguéis o queráis que os juzguen sumo antes de serlo. Porque, ¿cómo adelantaréis si ya tenéis en vos todo lo que os basta? Por tanto, no tengáis negligencia en investigar lo que os falta, ni vergüenza en confesarlo. Hablad vos también con las palabras de vuestro antecesor: *No es que haya recibido ya o que sea ya perfecto*. Y otra vez: *No juzgo que he conseguido ya el fin a que aspiro*<sup>36</sup>. Esta es la ciencia de los santos; dista mucho de aquella que infla. El que añade ésta, añade también el dolor<sup>37</sup>; pero este dolor ningún sabio le aparta de sí, porque es un dolor medicinal, por el que se

<sup>35</sup> I Cor. 4, 4.

<sup>36</sup> Phil. 3, 12. 13.

<sup>37</sup> Eccle. 1, 18.

va echando fuera el mortal estupor de un ánimo duro e impenitente. Por eso, sabio era el que pudo decir: *Mi dolor está siempre delante de mis ojos*<sup>38</sup>. Ahora ya debemos volver al asunto de que poco ha nos apartamos.

## \* \* \* \* \* CAPITULO VIII \* \*

### TRATA DE LA EXCELENCIA DE LA DIGNIDAD Y POTESTAD PONTIFICIA

15. Ea; indaguemos todavía con más diligencia *quién* sois, qué persona hacéis por ahora en la Iglesia de Dios. ¿Quién sois? El gran sacerdote, el pontífice sumo. Sois el príncipe de los obispos, el heredero de los apóstoles; Abel por el primado, Noé por el gobierno; en el patriarcado, Abrahán; en el orden, Melquisedec; en la dignidad, Aarón; en la autoridad, Moisés; en la judicatura, Samuel; en la potestad, Pedro; en la unción, Cristo. A vos fueron entregadas las llaves y confiadas las ovejas. Hay también, sin duda, otros que son porteros del cielo y pastores de los rebaños; pero vos lo sois tanto más gloriosamente cuanto con mayor excelencia que ellos habéis heredado uno y otro nombre. También ellos tienen asignados sus rebaños, cada cual uno; pero a vos están confiados todos; que es decir, a uno solo, un solo rebaño. Ni sólo de las ovejas, sino de los pastores todos sois único pastor. ¿Preguntáis con qué pruebo esto? Con las palabras del Señor. Porque ¿a quién, no digo de los obispos, sino aun de los mismos apóstoles, tan absolutamente y sin distinción fueron entregadas las ovejas? *Pedro, si me amas, apacienta mis ovejas*<sup>39</sup>. ¿Cuáles? Los pueblos de esta o aquella ciudad o región o reino determinada. *Mis ovejas*, dice. ¿A quién no se hace patente que no le asignó algunas, sino todas? Nada se exceptúa donde nada se distingue. Tal vez estaban presentes los demás condiscípulos cuando, confiándolas todas a uno solo, recomendaba a todos la unidad en un solo rebaño y un solo pastor, según aquello: *Una sola es la paloma mía, la hermosa mía, la perfecta mía*<sup>40</sup>. En donde hay unidad hay perfección. Los demás números no tienen perfección, sino división, al apartarse de la unidad. De ahí es que los otros apóstoles, sabiendo este misterio, tomaron a su cuidado cada uno su

<sup>38</sup> Ps. 37, 18.

\* PL 182, 751.

<sup>39</sup> Io. 21, 15.

<sup>40</sup> Cant. 6, 8.



plebe particular. En fin, Santiago, que parecía ser la columna de la Iglesia, se contentó con sólo Jerusalén, cediendo a Pedro la universalidad de las iglesias. Hermosamente vino que fuese puesto, para suscitar hijos a su difunto hermano—pues fué llamado hermano del Señor<sup>41</sup>—, allí mismo donde El había muerto. A la verdad, cediendo el hermano mismo del Señor, ¿quién otro se entrometerá en la prerrogativa de Pedro?

16. Luego, según vuestros cánones, los otros fueron llamados a la parte de la solicitud, vos a la plenitud de la potestad. La potestad de los otros se estrecha entre determinados límites, la vuestra se extiende aun sobre los que recibieron potestad sobre otros. ¿Por ventura, si hay motivo, no podéis cerrar el cielo a un obispo? ¿No podéis deponele del obispado y aun también entregarle a Satanás? Permanece, pues, inconcuso vuestro privilegio así en las llaves que os dieron como en las ovejas que os encomendaron. Escuchad otra cosa que confirma no menos esta prerrogativa. Navegaban los discípulos y el Señor apareció en la orilla, y—lo que era más agradable—en cuerpo resucitado. Conociendo Pedro que era el Señor, se arrojó al mar y de este modo llegó a él, viniendo los otros en la nave<sup>42</sup>. ¿Qué fué esto? Signo, sin duda, del singular pontificado de Pedro, por el que había recibido la potestad de regir, no una nave sola, como los demás—cada uno la suya—, sino el mismo mundo. Pues el mar es el mundo, y las naves, las iglesias. De aquí que en otra ocasión, andando sobre las aguas como el Señor, se señaló a sí mismo por único vicario de Cristo<sup>42a</sup>, que no a un solo pueblo, sino a todos juntos, había de presidir; *las muchas aguas son los muchos pueblos*<sup>43</sup>. Así, teniendo cada uno de los demás la suya, está encomendada a vos una sola grandísima nave, que es la misma Iglesia universal, compuesta por todas y difundida por el mundo entero.

<sup>41</sup> Gal. I, 19.

<sup>42</sup> Io. 21.

<sup>42a</sup> Sin embargo, en el tratado siguiente llama a los obispos *vicarios de Cristo*. Véase «Introducción general a la doctrina de San Bernardo», p. 81.

<sup>43</sup> Apoc. 17, 15.

## CAPITULO IX\*

## LE RECOMIENDA LA CONSIDERACIÓN DE LA PROPIA NATURALEZA

17. Ved ahí *quién* sois. Pero no queráis olvidar tampoco *qué*. No me he olvidado que prometí volver a tratar esto teniendo oportunidad. ¡Cuán oportunamente consideraréis, juntamente con lo que sois, lo que erais antes! ¿Qué digo erais? Aun ahora lo sois. ¿Por qué dejaréis de considerar lo que no dejáis de ser? Una sola consideración comprende qué habéis sido y qué sois; quién habéis sido hecho, es materia de otra. No conviene que ésta excluya aquélla en la discusión y examen de vos mismo. Sois, pues, como dije, todavía lo que erais; y no menos sois esto que lo que fuisteis hecho después, sino acaso más. En fin, aquello nacisteis, esto lo habéis recibido, pero sin ser en aquello mudado. No fué desechado aquello, sino añadido esto. Tratemos juntamente uno y otro, porque como me acuerdo haber dicho antes, ambas cosas se harán más útiles comparadas entre sí. Dije arriba que, al considerar *qué* sois, se ofrece la naturaleza, por la cual sois hombre, puesto que hombre nacisteis. Ciertamente, al que pregunte *quién* sois, se le responderá con el nombre de la persona, que es obispo; lo cual, sin duda, fuisteis hecho, no nacido. ¿Cuál de estas dos cosas os parece que pertenece más principalmente al puro ser vuestro y a vos mismo: lo que habéis sido hecho o lo que habéis nacido? Pues os aconsejo que consideréis principalísimamente lo que principalísimamente sois, es decir, hombre; lo cual también habéis nacido.

18. Ni solamente lo que habéis nacido, sino también cuál habéis nacido es preciso que atendáis, si no queréis defraudaros del fruto y utilidad de vuestra consideración. Quitad, por tanto, ahora ese ceñidor hereditario maldecido desde el principio. Haced pedazos ese velo hecho de unas hojas, que encubren la ignominia y no curan la llaga. Borrad el aceite engañoso de esta fugitiva honra y el brillo de la mal pintada gloria para considerar desnudamente a un desnudo, pues desnudo salisteis del vientre de vuestra madre<sup>44</sup>. ¿Por ventura adornado con las insignias? ¿Por ventura resplandeciente en piedras preciosas, ataviado hermosamente de se-

---

\* PL 182, 752.

<sup>44</sup> Iob 1, 21.

das, coronado de plumas o cargado de riquezas? Si todas estas cosas las disipáis y echáis lejos de vuestra consideración, como una nube de la mañana, que pasa velozmente y desaparece muy presto, se os presentará el hombre desnudo y pobre, mísero y miserable; el hombre, doliéndose de que es hombre, avergonzándose de estar desnudo, llorando de que ha nacido, quejándose de lo que es; el hombre, nacido para el trabajo<sup>45</sup>, no para la honra; el hombre, nacido de mujer, y por eso sujeto a la pena; el hombre, que vive un tiempo breve, y por eso con susto; el hombre, lleno de miserias<sup>46</sup>, y por eso con llanto. Verdaderamente, lleno de muchas miserias, pues son del cuerpo y del alma juntamente. Porque ¿qué hay exento de calamidad en quien nace en el pecado, con cuerpo frágil y mente estéril? Lleno verdaderamente, pues se acumulan en él la fragilidad del cuerpo y la fatuidad del corazón por la propagación de la mancha y por el destino a la muerte. Saludable unión de pensamientos si, considerándoos sumo pontífice, atendéis al mismo tiempo no que habéis sido vilísima ceniza, sino que lo sois. Imite vuestro pensamiento a la naturaleza. Imite, lo que es más digno, al Autor de la misma naturaleza, juntando las cosas supremas y las ínfimas. ¿Por ventura la naturaleza no asoció, en la persona del hombre, a un barro vil el aliento de la vida? ¿Por ventura no unió el Autor de la naturaleza al Verbo y al barro en la persona de sí mismo? De esta suerte, tomad el modelo así de la composición de nuestro origen como del misterio de la redención, para que, sentado tan alto, no os lleven el gusto las cosas altas, sino que sintáis humildemente de vos y sepáis concordar con los humildes.

## CAPITULO X\*

EXPONE EL TERCER PUNTO DE LA CONSIDERACIÓN DE SÍ MISMO, ES A SABER; CUÁL ES

19. Por eso, si consideráis qué grande sois, pensad también, y con particular cuidado, *cuál* sois. Sin duda, esta consideración os contendrá dentro de vos y no os dejará volar súbitamente de vos mismo ni andar en cosas grandes y maravillosas sobre vuestras fuerzas. Manteneos firme en vos mismo. No permitáis ser abatido hacia abajo ni ser levantado

<sup>45</sup> Iob 5, 7.

<sup>46</sup> Iob 14, 1.

\* PL 182, 753.

hacia arriba; no queráis llegar a lo más alto ni os extendáis a lo más ancho. Mantened el medio, si no queréis perder el modo. El lugar medio es lugar seguro. El medio es la silla del modo, y el modo es virtud. Destierro reputa el sabio toda mansión fuera del modo. Por eso no le gusta habitar en lo largo, por ser más allá del modo; ni en lo ancho, por ser fuera; ni en lo alto ni en lo profundo, pues lo uno está más arriba y lo otro más abajo del modo. En fin, la longitud suele disponer a extravío; la latitud, a quiebra; la altura, a ruina; la profundidad, a sumersión. Diré esto más claramente para que no juzguéis que estoy hablando de las cosas que nos exhorta el Apóstol a comprender con todos los santos, que son la longitud, la latitud, la sublimidad y la profundidad<sup>47</sup>; materia de diferente disputa y tiempo<sup>48</sup>. Mas por ahora digo largo cuando el hombre se promete a sí mismo una vida más larga; ancho, cuando el ánimo se distrae en cuidados superfluos; alto, cuando presume mucho de sí; profundo, cuando se abate más de lo que debe. Quien mide para sí tiempos largos, ¿no sigue el camino del extravío, pasando más allá de los términos de la vida con la demasiada solitud? De aquí resulta que los hombres de ahora, desterrándose de sí mismos por el olvido, se pasan, por una solitud inútil, a otros siglos que nada les han de aprovechar o, hablando con más propiedad, no han de existir. Igualmente, un ánimo distraído a muchas cosas es forzoso que se despedace con los muchos cuidados. A la verdad, una inmoderada extensión causa extenuación, y una excesiva extenuación, rasgadura. Y una alta presunción, ¿qué otra cosa es sino una precipitación a la ruina? Habéis leído: *El corazón del hombre se eleva antes de ser arruinado*<sup>49</sup>. ¿Qué es, por el contrario, el abatimiento de una excesiva cobardía sino una sumersión desesperada? No caerá en este sumidero el hombre fuerte. No se dejará llevar el prudente a la esperanza de una vida más larga. El templado arreglará sus cuidados, se guardará de lo superfluo y no faltará a lo necesario. El justo no presumirá cosas altas sobre sí mismo, sino que dirá con un justo: *Aunque sea justo, no levantaré la cabeza*<sup>50</sup>.

<sup>47</sup> Eph. 3, 18.

<sup>48</sup> Infra l. 5, c. 13, 14.

<sup>49</sup> Prov. 18, 12.

<sup>50</sup> Job 10, 15.



## CAPITULO XI\*

ENCARGA SERIAMENTE AL PONTÍFICE EL EXAMEN DETENIDO  
DE SÍ MISMO

20. Poned mucho cuidado en esta consideración de vos mismo y guardad en ella toda equidad, de manera que no os deis más de lo justo. Ciertamente, os daréis más de lo verdadero no sólo si os arrogáis el bien que no tenéis, sino también si os atribuíis a vos mismo el bien que tenéis. Discernid con toda vigilancia cuál sois de propio y cuál por los dones de Dios y no haya dolo en vuestro espíritu. Le habrá a no ser que, partiéndolo todo fielmente, las cosas que son vuestras las atribuyáis a vos y las que son de Dios las volváis a Dios sin fraude alguno. No dudo de que creáis que lo malo viene de vos mismo, y lo bueno de Dios. A la verdad, mientras consideráis cuál sois, debéis traer a la memoria cuál habéis sido. Se debe cotejar los principios y los progresos. Debéis examinar si habéis aprovechado en la virtud, en la sabiduría, en el entendimiento, en la suavidad de costumbres, o si quizá—lo que Dios no quiera—habéis decaído de estas cosas. Si sois más paciente o más impaciente que lo que solíais ser. Más iracundo o más apacible; más insolente o más humilde; más afable o más austero; más accesible o más duro; más apocado de ánimo o más magnánimo; más serio o algo más disipado; más timorato o más confiado de lo que conviene. ¡Qué dilatado campo se os descubre para este género de consideraciones! Menciono estas pocas cosas como poniendo a la vista unos semilleros, no tomando a mi cargo el sembrar, sino dando simiente al sembrador. Conviene que sea conocido de vos mismo vuestro celo, vuestra clemencia, la discreción también, que es la' gobernadora de estas virtudes; es decir, cómo os portáis en condonar las injurias, cómo en castigarlas, con qué prudencia observáis en lo uno y en lo otro el modo, el lugar y el tiempo. Se deben considerar estas tres cosas en el uso de estas virtudes. No ocurra que no sean virtudes si les faltan estas circunstancias. Estas no son virtudes por naturaleza, pues es sabido que de suyo son cosas indiferentes, sino que el uso las hace tales. En vos está hacerlas vicios abusando de ellas y confundiéndolas, o, usando bien y ordenadamente, virtudes. Suelen,

obscoreciéndose los ojos de la discreción, usurparse anticipadamente estas cosas sus propios lugares la una a la otra y ocupar sus términos. De esta obscuridad son dos las causas: la ira y un afecto demasiado blando. Este debilita la censura del juicio, aquélla la precipita. ¿Cómo no peligrará por uno de estos dos afectos la piedad de la clemencia o la rectitud del celo? Una vista turbada con la ira, nada mira con misericordia; turbada con la catarata de una como flúida y afeminada blandura de ánimo, no ve lo justo. No estaréis inocente si castigáis a quien se debe perdonar, si perdonáis a quien se debe castigar.

## CAPITULO XII\*

NI EN LA PROSPERIDAD SE DEBE ENSANCHAR DEMASIADO EL  
ÁNIMO NI EN LA ADVERSIDAD SE DEBE DESALENTAR

21. No quiero que dejéis de observar también cuál os encontráis en las tribulaciones. Si constante en las propias y compasivo en las ajenas, alegraos. Esto es propio de un buen corazón; al contrario, de corazón muy perverso sería que, experimentándoos impaciente en las propias, de ningún modo os sintierais conolido en las ajenas. ¿Qué en las cosas prósperas? ¿Habrá en ellas algo que estimule a la consideración? Lo hay, sin duda, si con cuidado advertís cuán raro haya sido siempre el que en la prosperidad no se haya aflojado un poco a lo menos en la guarda de sí mismo y arreglo de la vida. ¿Cuándo la prosperidad no fué para los incautos, en lo que toca al buen orden de sus costumbres, lo que el fuego para la cera, los rayos del sol para la nieve o escarcha? Sabio fué David, más sabio aún Salomón; pero, lisonjeándoles excesivamente la prosperidad, el uno deliró en parte, el otro totalmente. Grande es aquel que, cayendo en las adversidades, no decayó siquiera un poco de la sabiduría; ni es menor aquel a quien, si la felicidad presente le halagó risueña, no se burló de él. Más fácilmente encontraréis quienes han mantenido la sabiduría en una fortuna contraria que quienes, siéndoles propicia, no la hayan perdido. Es digno de preferirse a todos y verdaderamente grande aquel en quien entre las cosas prósperas no tuvo lugar siquiera ni una risa indecente, ni un lenguaje arrogante, ni un cuidado excesivo del vestido o del cuerpo.

---

\* PL 182, 755.

## CAPITULO XIII\*

## DISUADE AL PONTÍFICE DEL OCIO, DE LAS CHANZAS Y DE LAS PALABRAS OCIOSAS

22. Aunque justamente amonesta el Sabio que se escriba la sabiduría en el ocio<sup>51</sup>, se debe evitar el ocio en el ocio mismo. Por tanto, se debe huir la ociosidad, madre de las palabras vanas y madrastra de las virtudes. En los seglares, las chanzas son chanzas; en boca de un sacerdote, blasfemias. Sin embargo, si alguna vez se dicen como por incidencia, quizá podrán tolerarse; pero nunca deberán referirse. Antes bien se ha de procurar cortar con cautela y prudencia esta vana locuacidad. Debéis tocar al punto una cuestión seria que oigan los demás, no sólo con utilidad, sino con gusto; y así cesen en las palabras ociosas. Habéis consagrado vuestra boca al Evangelio; ya no es permitido abrirla para tales cosas; acostumbrarse a esto es un sacrilegio. *Los labios del sacerdote, dice la Escritura, son depositarios de la ciencia*<sup>52</sup>; de su boca esperan el conocimiento de la ley de Dios, no las chanzas ni las fábulas.

Las palabras burlescas, a las que se suele dorar con el nombre de graciosas y festivas, no basta que estén distantes de la boca; es forzoso que estén desterradas lejos del oído. Sería fealdad que os moviesen otros a risas fuertes; todavía sería más feo que movieseis vos a los demás. A la verdad, cuál sea peor entre el murmurar y oír la murmuración, no puedo decidirlo fácilmente.

## CAPITULO XIV\*\*

## SE DEBE EVITAR CON GRAN CUIDADO LA ACEPCIÓN DE PERSONAS EN EL JUICIO

23. No hay para qué fatigue vuestra consideración acerca de la avaricia, siendo público que no hacéis más estimación del dinero que de la paja. Nada enteramente, nada hay que temer por él en vuestro tribunal. Pero hay una cosa

\* PL 182, 756.

<sup>51</sup> Eccli. 38, 25.<sup>52</sup> Mal. 2, 7.

\*\* PL 182, 757.

que no menos frecuentemente ni con menos engaño suele poner asechanzas a los que tienen el cargo de jueces. Sobre lo cual especialísimamente no quisiera que se os ocultara lo que en vuestra conciencia se oculta. ¿Preguntáis qué cosa sea ésta? La acepción de personas. No os tengáis por reo de pecado leve si tenéis respeto a las personas de los pecadores y no juzgáis según el mérito las causas. Hay un vicio también que, si os sentís libre de él, desde luego, entre todos los que he conocido ascender al alto puesto de las dignidades, os sentáis solitario. Porque, siendo así, verdadera y singularmente os habéis elevado sobre vos mismo, como dice el profeta<sup>53</sup>. La demasiada facilidad en creer es este vicio, vulpeja astutísima, de cuyos engaños no conozco en este tiempo dignidad alguna que se haya precavido con la vigilancia y circunspección necesaria. De aquí nace que se irritan por unas bagatelas; que abandonan y condenan muchas veces a los inocentes; que se dejan prevenir contra los que, por estar ausentes, no se pueden defender. Os doy el parabién—pues que no temo incurrir en la nota de adulación en vuestro concepto—; os doy, repito, el parabién de que presidís hasta el día de hoy sin mucha queja por esto; si aun también sin culpa, a vos toca verlo. Ahora se ha de dirigir la consideración a las cosas que están bajo vos. Pero ha de ser dando principio a otro libro, pues un discurso breve es más competente a vuestras ocupaciones.

## LIBRO III

### CAPITULO I\*

AL PONTÍFICE LE INCUMBE NO TANTO SUJETAR A TODOS A SU  
DOMINIO COMO TRAERLOS AL GREMIO DE LA IGLESIA,  
EN CUANTO SEA POSIBLE

1. El fin del libro anterior pone principio a éste. Así, según lo prometido en él, se han de considerar ahora las cosas que están debajo de vos. Cuáles sean éstas, no me lo preguntéis a mí, óptimo entre los sacerdotes, Eugenio; con más razón acaso me podríais preguntar cuáles no sean.

<sup>53</sup> Thren. 3, 28.

\* PL 182, 757.



Del mundo habrá que salirse el que quiera explorar las cosas que no pertenecen a vuestro cuidado. Vuestros Padres fueron destinados no a conquistar algunas regiones, sino todo el mundo. *Id por todo el orbe*<sup>1</sup>, les dijo. Y ellos, vendiendo las túnicas, compraron espadas, esto es, palabras de fuego y espíritu vehemente, que son las armas poderosas de Dios. ¿Adónde no llegaron estos ínclitos vencedores, estos hijos de los perdidos? ¿Adónde no llegaron estas saetas agudas, flechadas con una poderosa mano, con carbones desoladores?<sup>2</sup> Ciertamente, su sonido se difundió por toda la tierra, y sus palabras hasta sus confines<sup>3</sup>. Penetraban y encendían aquellas palabras, inflamadas en fuego, que el Señor echó en la tierra<sup>4</sup>. Morían estos valerosísimos guerreros, pero no quedaban vencidos; triunfaban aun muertos. Se estableció su imperio<sup>5</sup>; fueron constituidos príncipes sobre toda la tierra<sup>6</sup>. A éstos habéis sucedido en la herencia. Así, vos sois el heredero y la herencia del mundo. Mas en qué manera os pertenezca esta porción o les haya pertenecido a ellos, es asunto que pide prudente consideración. Porque no pienso que os pertenezca según todos los derechos, sino únicamente según alguno. De modo que—por lo que a mí me parece—se os ha confiado la administración sobre el mundo, no su posesión. Si os adelantáis a usurpar ésta también, os rebate aquel que dice: *Mío es el orbe de la tierra y todo lo que contiene*<sup>7</sup>. No sois vos de quien dice el profeta: *Y toda la tierra será su posesión*<sup>8</sup>. Cristo es éste, el cual vindica para sí la posesión por el derecho de la creación, por el mérito de la redención y por la donación del Padre. Porque ¿a quién otro se ha dicho: *Pídeme y te daré las gentes por herencia tuya, y por posesión los términos de la tierra*?<sup>9</sup> La posesión y el dominio cededlo a éste; vos tened el cuidado sobre el orbe. Esta es vuestra suerte; no extendáis la mano más allá.

2. Pero me diréis: ¿Qué? ¿No negáis que presida y me vedáis que domine? Así es. ¿Como si no presidiera bien el que preside en la solicitud! Por ventura, ¿no está sujeta la casa al mayordomo? ¿Y un señor cuando es niño a su ayo? Con todo, ni aquél es señor de la hacienda, ni éste de su señor. Del mismo modo, pues, presidid sobre el mundo para providenciar lo conveniente, para inspirarle el bien, para mirar por sus derechos, para guardarle. Presidid para serle útil; presidid como el siervo fiel y prudente, a quien

<sup>1</sup> Mc. 16, 15.

<sup>2</sup> Ps. 119, 4.

<sup>3</sup> Ps. 18, 5.

<sup>4</sup> Lc. 12, 49.

<sup>5</sup> Ps. 118, 17.

<sup>6</sup> Ps. 44, 17.

<sup>7</sup> Ps. 49, 12.

<sup>8</sup> Ps. 103, 24.

<sup>9</sup> Ps. 2, 8.

constituyó el Señor sobre su familia. ¿Para qué? Para que le deis la comida en su tiempo<sup>10</sup>. Esto es, para que administréis, no para que imperéis. Haced esto y no codiciéis dominar a los hombres, siendo hombre, para que no os domine a vos todo género de injusticia. Pero bastante y aun demasiado se os encargó esto más arriba cuando se trató de *quién* sois. Sin embargo, todavía añadido algo, porque ningún veneno, ninguna espada me asusta más por vos que el ansia de dominar. Ciertamente, por mucho que os atribuyáis a vos mismo, si no estáis muy engañado, nada más pensaréis haber recibido que lo que recibieron los apóstoles. Pues ahora acordaos de la voz de aquél: *De los sabios y de los necios soy deudor*<sup>11</sup>. Y, si no lo juzgáis incompetente para vos, tened presente que el molesto nombre de deudor es más congruente al que sirve que al que manda. El siervo oye en el Evangelio: *¿Cuánto debes a mi Señor?*<sup>12</sup> Luego, si os reconocéis deudor de los sabios y de los necios, debéis procurar y considerar con toda la diligencia posible por qué medios se podrá hacer que quienes no tienen sabiduría, la tengan, y que quienes la perdieron, la recuperen. Sin duda, ningún género de necesidad hay—por decirlo así—más necio que la infidelidad. Luego también seréis deudor de los infieles, de los judíos, de los griegos y de los gentiles.

3. Por tanto, os incumbe poner toda la diligencia que podáis en que los incrédulos se conviertan a la fe, los convertidos no se aparten, los que están apartados vuelvan, los perversos entren en el orden de la rectitud, los pervertidos tornen a la verdad, los pervertidores sean convencidos con razones invictas, a fin de que ellos mismos se enmienden, si se puede conseguir, o, si no, pierdan la autoridad y facultad de pervertir a otros. De ningún modo disimuléis en este género pésimo de negocios. Hablo de los herejes y cismáticos, porque éstos a un mismo tiempo son unos hombres pervertidos y pervertidores, perros para despedazar, zorras para seducir. Deberán, vuelvo a decir, a diligencia de vuestros cuidados, ser corregidos para que no perezcan o refrenados para que no hagan perecer a otros. Acerca de los judíos os excusa el tiempo; tienen su término, que no podrá anticiparse. Conviene que preceda la plenitud de las gentes. Pero de los gentiles, ¿qué respondéis? Más bien, ¿qué responde vuestra propia consideración cuando os preguntáis sobre esto? ¿Qué motivo pudieron tener vuestros Padres para poner raya al Evangelio, para suspender la predicación de la fe, durante todavía la infidelidad? ¿Por qué razón, pensamos nosotros, se paró la palabra que corría velozmente?<sup>13</sup>

<sup>10</sup> Mt. 24, 45.

<sup>11</sup> Rom. 1, 14.

<sup>12</sup> Lc. 16, 5.

<sup>13</sup> Ps. 147, 15.

¿Quién fué el primero que detuvo su carrera saludable? ¿Tal vez a ellos alguna causa que ignoramos nosotros o alguna necesidad les pudo servir de obstáculo para hacerlo!

4. Pero en nosotros, ¿qué razón hay para descuidar esto? ¿Con qué confianza, con qué conciencia no ofrecemos a Cristo a los que no le tienen? ¿Qué? ¿Detendremos la verdad de Dios en la injusticia? Es ciertamente necesario que alguna vez llegue la plenitud de las gentes. ¿Aguardamos a que por un accidente llegue a ellas la fe? ¿A quién acaeció hasta ahora creer por un acaso? *¿Cómo creará si no hay quien predique?*<sup>14</sup>. Pedro fué enviado a Cornelio; Felipe, al eunuco<sup>15</sup>. Y, si buscamos ejemplo más reciente, Agustín, destinado por el bienaventurado Gregorio, comunicó a los ingleses el conocimiento de la fe. Sobre estas cosas debéis tratar con vos mismo. Añado, además, sobre la pertinacia de los griegos, que están con nosotros y no están con nosotros; unidos en la fe, desunidos en la paz; aunque también en la misma fe han claudicado, desviándose de sus rectos caminos. Lo mismo digo de la herejía que ocultamente va serpeando por todas partes; entre algunos hace ya estragos abiertamente, pues poco a poco y en público se apresura a tragarse los párvulos de la Iglesia<sup>16</sup> \*. ¿Preguntáis dónde sucede una cosa como ésta? Vuestros ministros, que tantas veces visitan la tierra del austro, éstos, éstos lo saben bien y os lo podrán contar. Van y vuelven por medio de ellos o pasan más allá; pero, si han ejecutado con ellos algo bueno, no lo hemos oído todavía. Y tal vez lo hubiéramos oído si no se reputara de poca monta la salvación del pueblo en comparación del oro de España. A vos incumbe también proveer de remedio a esta plaga.

5. Pero hay una necesidad que casi, casi ha llegado a hacer necia hasta la misma sabiduría de la fe. ¿Cómo ha sido que, aun a casi toda la Iglesia católica, la ha inficionado esta ponzoña? Dentro de ella misma, anhelando cada uno nuestros intereses, sucede que, envidiándonos mutuamente, mutuamente provocándonos, nos ensayamos para el odio, nos animamos a la injuria, nos armamos para los pleitos, cavilamos para los engaños, nos dejamos llevar a las detracciones, prorrumpimos en malas palabras, somos oprimidos de los más poderosos, oprimimos a los más flacos. ¿Qué digna y loablemente se ocupará la meditación de vuestro corazón contra tan pestilente género de necedad, que consideráis

<sup>14</sup> Rom. 10, 14.

<sup>15</sup> Act. 10, 20; 8, 26.

<sup>16</sup> \* Habla de los herejes enricianos y colonienses, que negaban el bautismo a los niños. De ellos habla con lenguaje extremadamente duro en los sermones 65 y 66 al Cantar de los Cantares.

ha ocupado el mismo cuerpo de Cristo, que es la multitud de los creyentes! ¡Oh ambición, cruz de los ambiciosos! ¿Cómo, siendo tormento de todos, a todos agrada? Nada atormenta con más crueldad y nada inquieta con más molestia; sin embargo, nada hay más plausible entre los míseros mortales que sus negocios. ¿Por ventura no pisa más los umbrales del templo de los apóstoles la ambición que la devoción? ¿Por ventura no están resonando todo el día sus voces en vuestro palacio? ¿Por ventura sus lucrosos intereses no traen en fatiga toda la ciencia de las leyes y cánones? ¿Por ventura no anhela con una insaciable codicia la Italia toda enriquecerse con sus despojos? ¿Qué otra cosa, ya que no partió del todo vuestros espirituales ejercicios, los cortó por lo menos? ¿Cuántas veces hizo abortar vuestros santos y fecundos ocios este mal desasosegado y turbulento? Una cosa es que se apele de parte de los oprimidos a vos; otra, que intente la ambición reinar por vuestro medio en la Iglesia. Ni conviene que les faltéis a aquéllos ni que en manera alguna condescendáis con ésta. ¿Qué injustamente se fomenta ésta y se desprecian aquéllos! Sin embargo, de unos y otros sois deudor; de aquéllos para librarlos, de éstos para reprimirlos.

## CAPITULO II\*

### QUÉ MODO SE DEBE OBSERVAR EN LAS APELACIONES A LA SILLA APOSTÓLICA

6. Ya que se ofrece hablar de las apelaciones, no será fuera de propósito añadir algo acerca de ellas. Es menester una grande y piadosa consideración en esta materia para que no suceda que lo que por una gran necesidad fué providenciado, abusando, se haga inútil. A mí me parece que aun puede ser de mucho perjuicio si no se usa con suma moderación. Se apela a vos de todas las partes del mundo. Esto, sin duda, sirve de testimonio de vuestra singular primacía. Pero vos, si tenéis prudencia, no os alegraréis de esta prerrogativa, sino de la utilidad que de ella resulte a la Iglesia. A los apóstoles se dijo: *No os alegréis de que los espíritus se sujeten a vosotros*<sup>16</sup>. Se apela a vos, como he dicho, y ojalá que sea con tanto fruto como necesidad. Ojalá que cuando clama el oprimido, lo sienta el opresor, y no se llene

\* PL 182, 761.

<sup>16</sup> Lc. 10, 20.



de soberbia el impío por lo que el pobre se abrasa. ¿Qué cosa hay tan decorosa que a la invocación de vuestro nombre se libren los oprimidos y los astutos no hallen refugio? ¿Qué cosa, por el contrario, tan perversa, tan ajena de la justicia, como alegrarse el que hizo el mal y el que le padeció fatigarse inútilmente? Sería la mayor inhumanidad que no os movierais a favor de un hombre a quien colmaron de dolor, fuera del agravio recibido, así el trabajo del camino como los daños de sus gastos; pero igualmente sería la mayor cobardía que no usaseis de severidad contra aquel que de tantas calamidades de éste en parte fué autor, en parte causa. Abrid los ojos, hombre de Dios, cuando suceden tales cosas; excítese vuestra consideración, excítese vuestra indignación también. La una debéis al ofendido, la otra al ofensor. Sea consolado aquél con el resarcimiento de sus daños, con la satisfacción de sus agravios, con el fin de las calumnias; con éste se obre de tal modo, que le pese haber hecho lo que no temió hacer y no se quede riendo de las penas del inocente.

7. Juzgo que lo mismo debe padecer el que tal vez apeló sin causa. Esta forma de justicia os prescriben firmemente tanto la inmutable razón de la divina equidad como la misma ley de la apelación, si no me engaño; pues dictan que, usurpándose ilícitamente la apelación, ni aproveche al que apela ni dañe al apelado. ¿Por qué se ha fatigado en balde este hombre? ¿Qué propio de la justicia que más bien se haga daño a sí mismo quien quiso hacerle al prójimo? Apelar injustamente es cosa injusta; apelar injusta e impunemente sería incentivo de injustas apelaciones. Es injusta toda apelación a que no obligó la falta de justicia. Apelar no para agravar, sino por estar gravado, es permitido. La apelación ha de ser de la sentencia. Antes de la sentencia, a no ser por un gravamen manifiesto, injustamente se intentaría la apelación. El que apela, pues, no quedando gravado, es claro que o pretende gravar o redimir el tiempo. ¿Cuántos hemos conocido que apelaron, siendo condenados con el fin de que les fuese lícito entre tanto lo que nunca es lícito? De algunos sabemos también que, al favor de la interpuesta apelación, por toda su vida les fueron permitidas cosas nefandas, v. gr., el incesto, el adulterio. ¿Qué es esto? ¿Ha de patrocinar a la torpeza lo que convenía que especialísimamente fuese el terror de los impúdicos? ¿Hasta cuándo disimuláis oír la queja de toda la tierra? ¿No la advertís? ¿Hasta cuándo dormiréis? ¿Hasta cuándo no despertará vuestra consideración a tan grande confusión y abuso de las apelaciones? Fuera de derecho y justicia, fuera de la costumbre y del orden se interponen. No se tiene respeto al lu-

gar, ni al modo, ni a la causa, ni a la persona. Se intentan a cada paso, ligeramente y, por lo común, injustamente. ¿Por ventura no solían antes infundir terror a los que querían obrar mal? Pero ahora, por ellas se hacen el terror estos mismos, y eso para los buenos. Se trocó en veneno el antídoto. Esta mutación no la hizo la diestra del Excelso.

8. Son apelados los buenos por los malos con el fin de que no lleven a efecto las cosas buenas; y éstos se sobrecojen temblando a la voz de vuestro trueno. Son apelados los obispos con el designio de que no se atrevan a disolver los ilícitos matrimonios o no los estorben. Son apelados para que no intenten en manera alguna castigar o reprimir las rapiñas, los hurtos, los sacrilegios y otros delitos semejantes. Son apelados para que no puedan repeler o remover de los sagrados oficios y beneficios a las personas indignas e infames. ¿Qué remedio discurrís contra esta enfermedad para que lo instituido como medicina no sirva para causar la muerte? Se llenó de celo el Señor al ver que la casa de oración se había trocado en caverna de ladrones<sup>17</sup>. Y vos, que sois ministro suyo, ¿disimularéis que se mude en armas de la iniquidad lo que era refugio de los despreciados? Veréis que a cada paso es relegada la parte oprimida y que rompen impetuosamente, apelando no tanto los perjudicados como los que intentan perjudicar. ¿Qué misterio hay en esto? Debéis considerarlo que a mí no me toca explicarlo. ¿Y por qué, decís, los apelados sin razón no vienen a mostrar su inocencia y convencer a la malicia? Diré lo que suelen decir: No queremos padecer fatiga en balde. En la curia hay sujetos muy propensos a favorecer a los apelantes y que fomentan las apelaciones. Si al fin hemos de ceder al contrario en Roma, más nos vale ceder en casa.

9. Confieso que no dejo de creer estas cosas. ¿Quién me señaláis, en tan frecuentes apelaciones como hoy día se hacen, que por los gastos del camino haya restituído siquiera un octavo al que provocó a vuestros tribunales? Cosa prodigiosa será que en vuestro examen hayan sido hallados todos los apelantes justos y todos los apelados reos. *Amad, dice, la justicia los que sois jueces de la tierra*<sup>18</sup>. Es poco tener justicia si no la amáis también. Los que tienen justicia, la tienen; los que la aman, la celan. El amante de la justicia busca la justicia y la sigue; además, persigue toda injusticia. No toméis partido alguno con aquellos que reputan las apelaciones como unas artes para cazar. Vergüenza causa que haya quien se alabe de lo

<sup>17</sup> Mt. 21, 13.

<sup>18</sup> Sap. 1, 1.

que entre los mismos gentiles se hizo ya parábola: "Hemos levantado dos gruesos ciervos". Para hablar con más suavidad, en esto hay más chiste que justicia. Si amáis la justicia, no deseareís las apelaciones, sino que las tolerareís. Pero ¿qué emolumentos puede traer a la Iglesia de Dios vuestra justicia, que al fin es de un solo hombre, cuando prevalece el modo de pensar de los que tienen diferentes disposiciones? Mas esto será materia de aquel lugar en que hemos de tratar las cosas que están cerca de vos <sup>19</sup>.

10. Por ahora no tengáis por ocioso emplear la consideración en establecer, si puede ser, su legítimo uso en las apelaciones. Y, si sobre esto se pide o, más bien, se aprecia en algo mi parecer, diré que las apelaciones, así como no se pueden despreciar, así tampoco de ningún modo se pueden usurpar. A la verdad, cuál de estas dos cosas sea más insolente, no lo diré con facilidad. La usurpación parece inducir con una fuerza casi irresistible al menosprecio, y por esto mismo deberá tal vez ser perseguida con más vehemente celo, puesto que motiva mayores daños. ¿Qué? ¿No será más nociva, siendo mala en sí misma y peor en su parto? ¿Por ventura no es ésta la que al mismo derecho de la naturaleza le extenúa o le destruye? Porque muchas veces no sólo hace menos apreciables aún las cosas preciosísimas, sino que enteramente las quita el precio. ¿Qué cosa más estimable que los sacramentos? Con todo, frecuentados por los indignos o tratados indignamente, de ningún modo se estiman. Más bien tienen la condenación, porque no tienen la debida veneración. Confieso que son un gran bien para el mundo las apelaciones; tan necesarias como el sol a los mortales. Verdaderamente son un cierto sol de justicia que pone a la vista y redarguye las obras de las tinieblas. Enteramente se deben amparar y mantener; pero aquellas a que obligó la necesidad, no las que inventó la astucia. Abusivas son todas éstas, y, lejos de servir de socorro a la necesidad, son auxilio de la iniquidad. ¿Que mucho se desprecien? ¿Cuántos también por evitarlas tuvieron que ceder su propio derecho para no ser fatigados con un viaje largo e infructuoso! Pero otros muchos más, no sufriendo perder las cosas propias, no hicieron caso de las apelaciones menos oportunas y despreciaron más fuera de razón los nombres sublimes de las personas superiores.

11. Quiero referir algo perteneciente a esta materia. Cierta sujeta se había desposado públicamente. Llega el día de las bodas; todo está preparado; son muchos los convidados que asisten. Y he ahí que un hombre, deseando la mujer de su prójimo, prorrumpe inopinadamente en voces de

<sup>19</sup> Infra, l. 4 c. 5.

apelación, afirmando que, habiendo sido entregada esta mujer antes a él, debe ser suya y no de otro. Queda pasmado el esposo; todos se suspenden; el sacerdote no se atreve a proseguir; se frustra todo aquel aparato; cada uno se va a su casa a comer su cena. La esposa permanece apartada de la mesa y tálamo del esposo hasta que vino de Roma la sentencia. Esto sucedió en París, ciudad ilustre de Francia y corte de sus reyes. Igualmente, en la misma ciudad, habiéndose desposado otro, señaló el día para las bodas. En este intermedio se levantó una calumnia, al decir algunos que no se podían casar. Fué llevada la causa al juicio de la Iglesia; pero sin deseo de aguardar la sentencia, sin motivo, sin padecer gravamen, se apeló sólo con la mira de una dilación que todo lo frustrase. Pero él, no queriendo perderlo todo o no sufriendo quedar privado de la compañía de quien amaba, ejecutó lo que tenía propuesto, despreciando o disimulando la apelación. Y ¿qué diré de lo que un mancebo presumió intentar poco ha en la Iglesia de Auxerre? Muerto su santo obispo, y queriendo los clérigos elegir otro, como es costumbre, intervino él, apelando y estorbando que se hiciese hasta que fuese y viniese de Roma. A cuya apelación, sin embargo, ni él mismo difirió. Porque, viendo que no hacían caso de él, como de quien había apelado contra toda razón, juntando los que pudo, el tercer día después de hecha la elección por los otros hizo él la suya.

12. Como conste, pues, de estos y otros innumerables casos semejantes que no es el desprecio el que produce el frecuente e ilícito uso, sino que del frecuente e ilícito uso viene el desprecio, a vos os toca ver qué querrá decir que vuestro celo casi siempre castiga éste y disimula aquél. ¿Queréis reprimir perfectamente el desprecio? Haced que anticipadamente sea sofocado en el mismo vientre de la madre pésima el malvado feto. Lo que se hará si el frecuente uso ilícito de las apelaciones se castiga con penas dignas. Quitad este fácil uso ilegítimo, y el desprecio no tendrá excusa. Ciertamente, la falta de excusa no dará lugar al atrevimiento. No haya, por tanto, quien fácil e ilegítimamente las interponga y no habrá nadie que las desprecie, o será muy raro. Bien hacéis vos, que, después de negar el sufragio o, por mejor decir, refugio a las apelaciones, remitís muchos negocios a los que tienen conocimiento de ellos o que con más presteza los pueden conocer. Pues donde es más fácil y más cierto el conocimiento, allí mismo puede ser más segura y pronta la decisión. ¿Qué conducta tan llena de favor! ¡Cuántas fatigas y gastos ahorraréis a muchos con esto solo! Pero a qué sujetos debáis



confiar estos negocios, bien merece toda vuestra atención. Podía añadir otras muchas cosas con alguna utilidad al mismo asunto; pero por la brevedad que me he propuesto, contentándome por ahora de haberos dado ocasión de considerar, paso a otras cosas.

### CAPITULO III\*

LOS PRELADOS DE LA IGLESIA ESTÁN PUESTOS NO TANTO PARA PRESIDIR Y ALIMENTARSE A SÍ MISMOS COMO PARA APROVECHAR A LOS DEMÁS

13. Lo primero que se me ocurre, de ningún modo debe pasarse sin consideración, según a mí me parece. Presidís, y de un modo singular. ¿Para qué fin? Necesita, os aseguro, de consideración. ¿Acaso para que medréis por los súbditos? De ninguna manera; antes bien para que ellos medren por vos. Os constituyeron príncipe, pero para su bien, no para el vuestro. De otra suerte, ¿cómo os reputaréis superior de quienes mendigáis beneficios? Escuchad al Señor: *Los que tienen autoridad sobre ellos se llaman sus bienhechores*<sup>20</sup>. Pero esto se dice, responderás, de aquellos que están fuera de la Iglesia. ¿Qué tiene eso con nosotros? Falsamente a vos os llamarán así si no procuraréis no tanto ser benéfico como presidir a los benéficos. De un ánimo apocado y bajo es no buscar de los súbditos el provecho de los súbditos, sino el propio interés. Especialmente en el supremo prelado de todos no habría cosa más indecorosa. ¿Qué bellamente juzgó el Maestro de las gentes que debían atesorar no los hijos para los padres, sino los padres para los hijos!<sup>21</sup> No es de mediana gloria aquella voz también del mismo: *No busco los dones, sino el fruto*<sup>22</sup>. Pero pasemos de aquí también, no sea que mi detención en estas cosas la interprete alguno como nota de avaricia en vos; la cual cuán distante esté de vuestra persona, lo he testificado en el libro presente<sup>23</sup>, sabiendo cuántas cosas y con cuánta necesidad habéis menospreciado. Por tanto, a vos escribo esto, pero no para vos. A la verdad, lo que a vos se escribe no es razón que a vos solo aproveche. En este lugar reprendo la avaricia, de cuyo vicio bastante libre está vuestra fama; si también las obras, a vos toca verlo. Sin embargo,

\* PLJ 182, 764.

<sup>20</sup> Lc. 12, 25.

<sup>21</sup> 2 Cor. 12, 14.

<sup>22</sup> Phil. 4, 17.

<sup>23</sup> C. 4.

hemos visto—pasando en silencio que jamás consentís en tocar siquiera lo que os han ofrecido personas pobres—deshincharse los sacos de Alemania, pero en el precio, no en la materia. La plata se estima como el heno; las recuas, no habiéndolas quitado las cargas, vuelven no menos cargadas, aunque por fuerza, a la tierra de donde salieron. Grande novedad. ¿Cuándo Roma hasta ahora ha despedido el oro? Que esto se haga por consejo de los romanos, no lo creemos. Dos eran los venidos, ambos ricos y reos, uno de Maguncia y otro de Colonia. Al uno gratuitamente se le hizo gracia; el otro, no mereciendo, como creo, que se le hiciese, tuvo que oír: “Con el vestido con que entraste, con ese mismo saldrás”. ¡Oh voz magnífica, voz enteramente de una libertad apostólica! ¿Qué menos se halla en ésta que en aquélla: *Tu dinero perezca contigo?*<sup>24</sup> Sólo que en aquélla hizo más eco el mayor celo; en ésta, la mayor moderación. ¿Qué? ¿Y aquel que vino de la otra parte del mar, casi de los últimos términos de la tierra, corriendo tierra y mar para comprar otra vez con los propios y los ajenos tesoros el obispado, pues ya le había comprado antes? Trajo muchas cosas, pero las volvió; no todas, sin embargo. Cayó el miserable en otras manos más fáciles a recibir que a dar. Bien hicisteis vos en conservar en lo uno y en lo otro vuestras manos inocentes, no consintiendo ponerlas sobre el ambicioso ni permitiendo ponerlas debajo de la moneda inicua. No detuvisteis de este modo vuestras manos con un pobre obispo, dándole para que diese, con el fin de que no le tildasen de apocado y escaso. Recibió ocultamente lo que dió en lo público. Así, de vuestra bolsa se previno con tiempo el remedio a la vergüenza que le costaría a este hombre; así también, cumpliendo con las costumbres de la curia, evitó con vuestro beneficio la aversión de los que aman los regalos. No lo podéis ocultar; sabemos el hecho y conocemos también a la persona. ¿Sentís oírlo? Pues yo lo publico tanto más gustosamente cuanto vos con mayor molestia lo escucháis. Si a vos os conviene hacerlo así, también me conviene a mí hacerlo de este modo. Igualmente, conviene que yo no calle la gloria de Cristo y que vos no busquéis la vuestra. Y, si todavía continuáis quejándoos, se os responderá con el Evangelio: *Cuanto más se lo prohibía, tanto más lo publicaban, diciendo: ha hecho bien todas las cosas; ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos*<sup>25</sup>.

<sup>24</sup> Act. 8, 20.

<sup>25</sup> Mc. 7, 36. 37.

CAPITULO IV\*

NO SE DEBEN CONFUNDIR NI PERTURBAR LOS GRADOS DE LOS ÓRDENES Y DIGNIDADES QUE HAY EN LA IGLESIA. NOTA TAMBIÉN Y REPRENDE EL ABUSO DE PRETENDER PRIVILEGIOS Y EXENCIONES

14. Oíd otra cosa, si de veras lo es. Porque tal vez dirá alguno que pertenece al mismo asunto. Vuestra consideración lo verá. A mí me parece que no se apartará mucho de la verdad el que juzgue que quizá debe ponerse entre las especies de avaricia; no negaré que es especie de avaricia o que tiene toda la apariencia. A la verdad, importa mucho a vuestra perfección evitar no sólo las cosas malas, sino también las malas apariencias. En lo uno miráis por el bien de vuestra conciencia; en lo otro, por el de vuestra fama. Pensad desde luego que no es lícito—aunque, por otra parte, acaso lo sea—todo lo que tenga mal color. En fin, preguntad a vuestros mayores y os dirán: *Absteneos de toda apariencia mala*<sup>26</sup>. Ciertamente, el ministro del Señor debe imitarle, pues dice él mismo: *El que me sirve, sígame*<sup>27</sup>. De él está escrito: *El Señor ha reinado; se ha revestido de hermosura y de fortaleza*<sup>28</sup>. Sed fuerte en la fe, hermoso en la gloria, y habréis dado pruebas de imitador del Señor. Vuestra fortaleza es la confianza de una conciencia fiel; vuestra hermosura, el resplandor de una buena opinión. Hacedlo así os ruego; revestios de fortaleza, pues la fortaleza es el gozo del Señor. En vuestra hermosura y belleza se deleita como en su propia semejanza. Adornaos con los vestidos de vuestra gloria, poneos aquellas dobles ropas con que la mujer fuerte acostumbró vestir a sus domésticos<sup>29</sup>. No haya en la conciencia la vacilante flaqueza de una poca fe; no haya en la fama el lunar de una mala apariencia; de esta suerte estaréis vestido de ropas dobles y se alegrará el esposo en su esposa, que es vuestra alma, y tendrá su alegría en vos el Señor, Dios vuestro. Admiráis a qué fin digo estas cosas, ignorando todavía adónde se dirige mi pensamiento. Hablo de la murmuración y queja de las iglesias. A veces se lamentan de que son despedazadas y desmembradas. Ninguna o poquísimas hay que no se duelan de esta llaga o no la estén te-

\* PL 182, 766.

<sup>26</sup> 1 Thess. 5, 22.

<sup>27</sup> Io. 12, 26.

<sup>28</sup> Ps. 92, 1.

<sup>29</sup> Prov. 31, 21.

miendo. ¿Preguntáis cuál? Son substraídos los abades de la jurisdicción de los obispos; los obispos, de los arzobispos; los arzobispos, de los patriarcas o primados. ¿Es ésta buena apariencia? Maravilla sería que aun el hecho mismo pudiera disculparse. Obrando de esta suerte, dais pruebas de que tenéis la plenitud de la potestad, pero acaso no igualmente la plenitud de la justicia. Hacéis esto porque podéis, pero la duda está en si debéis hacerlo. Estáis puesto para conservar a todos el grado y orden de sus honores y dignidades, no para envidiárselos, como uno de los vuestros dice: *Dad a cada uno lo que le es debido; a quien honos, honor* <sup>30</sup>.

15. El hombre espiritual, que todo lo examina y juzga para no ser juzgado de ninguno <sup>31</sup>, prevendrá toda acción suya con tres consideraciones. La primera, mirando si será lícita; la segunda, si será decente; la tercera, si será conducente. Porque, aunque sea principio constante en la filosofía cristiana que no es decente sino lo que es lícito y que no es conducente sino lo que es lícito y decente, sin embargo, no es buena consecuencia inferir que todo lo que es lícito sea por eso decente o conducente. Vamos ya y acomodemos, si es posible, estas tres cosas a la obra de que estamos tratando. ¿Cómo no será indecente en vos tener por ley la voluntad y, porque no hay otro a quien podáis ser apelado, ejercer la potestad, despreciar la razón? ¿Sois mayor acaso que vuestro Señor, que dice: *No vine a hacer mi voluntad?* <sup>32</sup> A más de que no arguye menos bajeza que altivez de ánimo obrar, como si uno estuviera privado de razón, no según la razón, sino según el capricho; dejarse gobernar no del juicio, sino del apetito. ¿Qué cosa puede darse tan bestial? Y, si es cosa indigna en quien se halla en uso de razón vivir como una bestia, ¿quién en vos, que debéis regir a todos, podrá sufrir tan gran ignominia de la naturaleza, tan gran injuria de vuestro honor? Degenerando de esta suerte—lo que Dios no permita—hacéis propio el oprobio general: *El hombre, estando en el honor, no lo entendió; fué comparado a las bestias irracionales y se hizo semejante a ellas* <sup>33</sup>. ¿Qué cosa más indigna de vos el que, teniéndolo todo, no estéis contento con todo, sino que por unas miasmas y cortas porciones del mismo todo que a vos se ha confiado, como si no fuesen vuestras, anheléis, no sé por qué modo, hacerlas todavía vuestras? Sobre lo cual quiero también que os acordéis de la parábola de Natán acerca de aquel hombre que, teniendo muchas ovejas, deseó tener la única que poseía un pobre <sup>34</sup>. Venga,

<sup>30</sup> Rom. 13, 7.

<sup>31</sup> I Cor. 2, 15.

<sup>32</sup> Io. 6, 38.

<sup>33</sup> Ps. 48, 13.

<sup>34</sup> 2 Reg. 12.



asimismo, a la consideración aquel hecho o, por mejor decir, acción fea del rey Achaz, que, teniendo el supremo imperio de todo, no obstante, pretendió con ansia poseer una sola viña. Aparte el Señor de vos lo que oyó él: *Matate y poseíste* <sup>35</sup>.

16. No me aleguéis por excusa el fruto de esta emancipación. No hay otro fruto sino que los obispos se hacen más insolentes, y los monjes más relajados. ¿Y qué si digo que también más pobres? Examinad con algún cuidado así las haciendas como la vida de tales libertos, y veréis cómo se halla una vergonzosísima extenuación en aquéllas, y en ésta, una licencia secular. Este es el duplicado parto de una misma nociva madre, que es la libertad. ¿Qué mucho peque más licenciosamente un vulgo vago y funestamente libre, no habiendo quien le reprenda? ¿Qué mucho también, con la mayor licencia, sea despojada y saqueada una desarmada religión, no habiendo quien la defienda? Porque ¿en dónde podrá buscar refugio? ¿Por ventura en los obispos que están doliéndose del agravio que se les ha hecho? Seguramente no harán más que reirse al ver tanto los males que estos monjes hacen como los que padecen. ¿Qué utilidad, en fin, sacaréis de esta sangre? Temo no sea aquella con que en el profeta amenazó el Señor: *Morirá*, dice, *en la iniquidad, pero a ti te pediré su sangre* <sup>36</sup>. Porque, si quien es sacado de la potestad se envanece, y aquel de quien es substraído se abrasa, ¿cómo podrá ser el que subtrae inocente? Es poco todavía; hemos envuelto el fuego; oídló más claramente. Si el que murmura está muerto según el alma, aquel que instiga, ¿cómo podrá vivir? Y ¿cómo no será reo de la muerte de ambos y de la suya juntamente el que dió la espada con que ambos muriesen? Esto es lo que dije antes: *Matate y poseíste*. Añadid que quienes lo oyen se escandalizan, se indignan, murmuran, blasfeman, esto es, son heridos de muerte. No es buen árbol el que da tales frutos, que son insolencias, disoluciones, dilapidaciones, competencias, escándalos, odios; y, lo que causa más dolor, enemistades graves entre las iglesias y perpetuas discordias. Veis qué verdadera es aquella sentencia: *Todo me es lícito, pero no todo es conveniente* <sup>37</sup>. ¿Y qué, si quizá ni aun es lícito? Perdonadme; no me reduciré fácilmente a consentir en que sea lícito lo que produce tantas cosas ilícitas.

17. ¿Tendréis, en fin, vos mismo por lícito cortar las miembros a las iglesias, confundir el orden, perturbar los

<sup>35</sup> 3 Reg. 21.

<sup>36</sup> Ez. 3, 18.

<sup>37</sup> 1 Cor. 10, 22.

términos que fijaron vuestros padres? Si es propio de la justicia conservar a cada uno su derecho, ¿quitar a cada uno sus cosas propias podrá jamás concordar con la justicia? Erráis si llegáis a pensar que así como vuestra potestad fué hecha por Dios suprema, así fué hecha única. Si esto sentís, disentís de aquel que dice: *No hay potestad que no venga de Dios*. Por tanto, lo que sigue: *El que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios*, principalmente se refiere a vos, pero no únicamente. El mismo dice: *Toda alma esté sujeta a las potestades superiores*<sup>38</sup>. No dice a la superior, como si la potestad residiera en uno, sino a las superiores, porque reside en muchos. No es, pues, sola vuestra potestad la que viene de Dios; hay también otras intermedias; las hay también inferiores. Y así como los que Dios juntó no se deben separar<sup>39</sup>, así no es justo igualar a los que Dios puso desiguales entre sí. Un monstruo hacéis si, quitando un dedo a la mano, le ponéis pendiente de la cabeza, haciéndole superior a la mano y colateral al brazo. Lo mismo es si en el cuerpo de Cristo colocáis los miembros de un modo diferente del que El dispuso. A no ser que penséis que fué otro el que estableció en la Iglesia unos por apóstoles, otros por profetas, otros por evangelistas, otros por doctores y pastores, a fin de que trabajasen en la perfección de los santos, en las funciones de su ministerio, en la edificación del Cuerpo de Jesucristo. Y éste es aquel Cuerpo que, haciéndoos de él una descripción el mismo San Pablo con aquella elocuencia propia suya, verdaderamente apostólica, y adaptándole convenientemente a su Cabeza, asegura que de ella es de quien todo el cuerpo —cuyas partes están juntas y unidas mutuamente con justa proporción— recibe por todos los vasos y junturas, que llevan el espíritu y la vida, el aumento que le comunica por la eficacia de su influencia, según la medida que es propia a cada uno de los miembros, a fin de que se forme así y se edifique por la caridad<sup>40</sup>. Ni reputéis despreciable esta forma por estar en la tierra; tiene del cielo su ejemplar. Pues el Hijo no puede hacer cosa alguna que no vea hacer al Padre<sup>41</sup>, especialísimamente cuando a El se dijo bajo el nombre de Moisés: *Haced todas las cosas según el ejemplar que en el monte se os mostró*<sup>42</sup>.

18. Había visto esto el que decía: *Vi a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que, viniendo de Dios, descendía adornada del cielo*<sup>43</sup>. Juzgo que esto se dijo para mostrar la semejanza que tiene la Iglesia con el cielo, pues del mismo modo que los serafines y querubines y todos los demás hasta

<sup>38</sup> Rom. 13, 1. 2.

<sup>39</sup> Mt. 19, 6.

<sup>40</sup> Eph. 4, 11. 12. 16.

<sup>41</sup> Io. 5, 19.

<sup>42</sup> Ex. 25, 40.

<sup>43</sup> Apoc. 21, 2.

los ángeles están dispuestos cada uno en su orden bajo una sola cabeza, que es Dios, así también aquí están bajo un solo pontífice sumo los primados o patriarcas, los arzobispos, los obispos, los presbíteros o abades y los demás. No se puede tener en poco lo que no sólo tiene a Dios por autor, sino que también trae del cielo su origen. Si dice algún obispo: "No quiero estar sometido al arzobispo"; o algún abad: "No quiero sujetarme al obispo", seguramente no viene esto del cielo. A no ser que hayáis oído decir a algún ángel: "No quiero estar debajo de los arcángeles"; o a otro cualquiera de los demás órdenes: "No sufro estar sujeto sino a Dios solo". Pero tal vez me diréis: ¿Qué? ¿Me vedáis dispensar? No, pero sí el disipar. No ignoro que os han consagrado dispensador, pero para edificación, no para destrucción<sup>44</sup>. En fin, lo que se exige entre los dispensadores es que cada uno se porte fielmente<sup>45</sup>. Cuando la necesidad urge, se excusa la dispensa; cuando la utilidad convida, es la dispensa loable. Yo digo la utilidad pública, no la particular. Cuando nada de esto hay, no es dispensa fiel, sino disipación cruel. Sin embargo, ¿quién no sabe que algunos monasterios sitos en diferentes obispados, desde su mismo principio estuvieron particularmente sujetos a la Sede Apostólica, según la voluntad de sus fundadores? Pero una cosa es que lo dé libremente la devoción, otra que lo pretenda la ambición mal hallada con la sujeción. Y baste lo dicho acerca de estas cosas.

## CAPITULO V\*

AL SUMO PONTÍFICE INCUMBE EL CUIDAR EN TODO EL ORBE LOS DECRETOS APOSTÓLICOS Y ESTATUTOS DE LOS MAYORES

19. Resta que se extienda vuestra consideración al estado universal de la Iglesia para ver si los pueblos están sujetos al clero, el clero a los sacerdotes, los sacerdotes a Dios, con la humildad que es debida; si en los monasterios se guarda el orden, si está en vigor su disciplina; si las censuras de la Iglesia están en observancia contra los malos y contra la herejía; si florecen las viñas en la honestidad y santidad de los sacerdotes; si estas flores producen fruto, que debe ser la obediencia de los pueblos fieles; finalmente,

<sup>44</sup> 2 Cor. 13, 10.

<sup>45</sup> 1 Cor. 4, 2.

\* PL 182, 769.

si se observan vuestros mismos apostólicos mandatos y estatutos con el cuidado que se debe, a fin de que en la heredad del Señor nada se halle inculto por la desidia o robado ocultamente por fraude. Que se podrá encontrar, no lo dudéis. Puedo por de pronto—pasando en silencio otras muchas cosas y aun innumerables cosas que a cada paso se hallan en sumo desprecio—mostraros arrancado también algo de aquello mismo que plantó vuestra diestra. ¿No fué por ventura vuestra misma boca la que en el concilio de Reims promulgó los siguientes capítulos? ¿Quién los observó? Os engañáis si juzgáis que se cumplen. Si no lo juzgáis, vos mismo pecasteis estableciendo cosas que no se observarían o disimulando que no se observasen. “Mandamos, dijisteis, que, así los obispos como los clérigos, ni en la superfluidad ni en una indecente variedad de colores o abertura de sus vestidos o en la disposición de los cabellos ofendan los ojos de los que les ven—debiendo ser para ellos norma y ejemplo—, sino que más bien en sus acciones condenen los vicios y muestren en su conducta el amor a la inocencia, como lo exige la dignidad del orden clerical. Y, si amonestados por sus obispos, dentro de cuarenta días no obedecen, sean privados, por la autoridad de los mismos obispos, de los beneficios eclesiásticos. Mas los obispos que sean negligentes en imponer la citada pena, por cuanto las penas de los inferiores se deben atribuir a los desidiosos y negligentes prelados, estén suspensos del oficio episcopal hasta que impongan a los clérigos a ellos sujetos la pena por Nos establecida <sup>46</sup>. También nos pareció añadir a esta demanda que ninguno que no sea diácono o presbítero sea instituido arcediano o deán. Los arcedianos, deanes y prepósitos que se hallan al presente sin las órdenes dichas, si, desobedeciendo a este mandato, desprecian ordenarse, sean privados del honor recibido. Prohibimos que a los jóvenes o a los que no han ascendido a las órdenes sagradas se concedan los predichos honores, estableciendo que se den a quienes se hayan hecho recomendables por la prudencia y mérito de su vida <sup>47</sup>.

20. Estas fueron vuestras palabras; vos lo establecisteis. ¿Qué se ha llevado a efecto? Todavía los jóvenes, todavía los que no han recibido las santas órdenes son promovidos en la Iglesia. En lo que toca al primer capítulo, el lujo está prohibido, pero no reprimido; la pena se ha dictado, pero no se ha seguido. Ya hace cuatro años que oímos que se había publicado el mandato, y todavía a ninguno de los clérigos hemos llorado privado del beneficio, a ninguno de los obispos suspenso del oficio. Pero es digno de un

<sup>46</sup> Can. 2.

<sup>47</sup> Can. 9.



llanto amarguísimo lo que se siguió. ¿Cuál? La impunidad, hija de la incuria, madre de la insolencia, raíz del desca-ro, nutriz de las transgresiones. Dichoso si con todo cuidado procuráis guardaros de la primera madre de todos los ma-les, que es la incuria. Pero en esto confío que pondréis toda diligencia. Y ahora levantad los ojos y ved si, del mismo modo que antes, la piel de varios colores no deslustra el orden sagrado; si, del mismo modo que antes, la enorme abertura de los vestidos no desnuda el cuerpo indecorosa-mente. Suelen decir a esto: ¿Por ventura repara Dios en los vestidos y no, más bien, en las costumbres? Pero esta forma de vestidos es indicio de la deformidad del interior y de las costumbres. ¿Qué significa que los clérigos quieren ser una cosa y parecer otra? Esto solo verdaderamente es menos casto y menos sincero. A decir verdad, se muestran en el vestido soldados; en el lucro, clérigos; en las accio-nes, ni lo uno ni lo otro. Pues ni pelean como los soldados ni predicán como los clérigos. ¿De qué orden serán? Que-riendo ser de ambos, de uno y otro desertan, uno y otro confunden. *Cada uno, dice, resucitará en su orden* <sup>48</sup>. ¿Estos en cuál? ¿Acaso los que sin orden pecaron, sin orden pe-recerán? Si verdaderamente se cree que Dios, sumamente sabio, desde lo supremo hasta lo ínfimo, nada dejará des-ordenado, temo que éstos no sean ordenados en otra parte que en donde no hay orden alguno y todo lo ocupa un hor-ror sempiterno. ¡Oh lastimable Esposa, confiada a tales paraninfos! ¡Lo que está asignado para su adorno, no re-celan retenerlo para su lucro! Ciertamente no son amigos del Esposo, sino émulos suyos. Y sea esto bastante acerca de las cosas que están bajo de vos, aunque no respecto de la materia, pues es sobremanera abundante por lo menos respecto de lo que me propuse. Ya se deben ver las cosas que están cerca de vos; pero para esto nos abrirá la puerta el libro cuarto.

---

<sup>48</sup> 1 Cor. 15, 23.

## LIBRO IV

## CAPITULO I\*

## TRATA DE LAS COSAS QUE ESTÁN JUNTO AL PAPA

1. Si hubiera llegado a entender más plenamente, amadísimo Eugenio, qué aceptación tuvieron en vuestro concepto los primeros libros, según ella hubiera procedido a lo que resta con más confianza o con más circunspección; o, ciertamente, del todo lo hubiera dejado. Mas, porque la distancia del lugar no permite esta exacta noticia, no os admiréis si sale más débil mi discurso entre estas dudas, presentándose delante de vos, lo confieso, con mucho empacho. Habiendo, pues, tratado en los libros anteriores de las primeras partes de la consideración, se ofrece ya añadir algo sobre las cosas que están cerca de vos. A la verdad, estas mismas se hallan bajo de vos; pero cuanto más cercanas, tanto más os son importunas. Es decir, que, como colocadas delante de vuestros ojos, no permiten incuria, no permiten disimulo, no permiten olvido. Punzan con más vehemencia, vienen sobre vos más turbulentamente; es de recelar que os ahoguen. Qué sobria y atenta consideración sea menester emplear acerca de tales cosas, no dudo que por la propia experiencia lo hayáis llegado a comprender. De otro modo, no interviniendo una cauta y oportuna consideración, se continuarán las ocupaciones, no tendrán modo vuestras molestias y los cuidados no tendrán fin. No habrá tiempo vacío ni corazón libre; será mayor el trabajo y menor la utilidad. Hablo de vuestra ordinaria incumbencia en lo que toca a la ciudad, a la curia, a vuestra doméstica iglesia. Estas cosas, digo, están cerca de vos, pues son vuestro clero y pueblo, del cual con especialidad sois obispo, y por eso deudor de un cuidado especial. También los que asisten cada día en vuestra presencia y son los ancianos del pueblo, los jueces del orbe; igualmente los que son de vuestra casa y mesa, como capellanes, camareros y to-

---

\* PL 182, 771.

dos los demás miembros destinados a diversos oficios en vuestro servicio. Estos os visitan con más familiaridad, os agitan con más frecuencia y os ponen en mayor y más molesto cuidado. Estos son los que no recelan despertar a la amada y aun antes de que ella quiera.

## CAPITULO II\*

### TRATA DE LAS COSTUMBRES DEL PUEBLO ROMANO Y DEL CUIDADO Y VIGILANCIA DE LOS ANTIGUOS PASTORES

2. Y, ciertamente, en primer lugar es razón que sea arregladísimo vuestro clero, del cual principalmente se comunicó la forma y regla al clero de toda la Iglesia. A más de esto, debéis advertir que todo lo que obrara desordenadamente a vuestros ojos os sería más indecoroso. Importa mucho a la gloria de vuestra Santidad que todos los que tenéis a la vista de tal suerte estén ordenados, de tal suerte instruidos, que sean el espejo, el modelo de toda honestidad y buen orden. Es necesario que, con ventajas sobre los demás, sean expeditos para los oficios, idóneos para los sacramentos, solícitos para instruir al pueblo, circunspectos para conservarse a sí mismos en toda castidad. ¿Qué diré del pueblo? Es el pueblo romano. Ni más breve ni, con todo, más expresamente puedo declarar lo que siento de vuestros parroquianos. ¿Qué cosa más sabida en los siglos que la arrogancia y el fausto de los romanos? Una gente jamás bien avenida con la paz, acostumbrada a los tumultos; una gente fiera e intratable hasta el día de hoy; que no acierta a sujetarse sino cuando no puede resistir. He ahí la llaga. A vos incumbe su cuidado; no es permitido disimular. Tal vez os reís de mí, persuadido de que es incurable. No desconfiéis; el cuidado exigen de vos, no la curación. En fin, habéis oído: *Tened cuidado de él*<sup>1</sup>, y no curadle o sanadle. Muy bien dijo uno: "No está siempre en mano del médico que sane el enfermo"<sup>2</sup>. Pero más bien os persuadiré valiéndome de los vuestros. Pablo es quien habla: *Más que todos he trabajado*<sup>3</sup>. No dice: Más que todos he aprovechado o más que todos fructifiqué, evitando con suma piedad unas palabras que serían arrogantes. Mas, por otra parte, sabía bien este hombre, a quien Dios había enseñado, que cada uno recibirá el premio no según el provecho, sino según el

\* (PL) 182, 772.

<sup>1</sup> Lc. 10, 35.

<sup>2</sup> OVID., I de Ponto, eleg. 10.

<sup>3</sup> I Cor. 15, 10.

trabajo<sup>4</sup>. Y por eso más bien en los trabajos que en los adelantamientos juzgó que se debía gloriarse un hombre, según lo que en otra parte le oís decir: *En muchísimos trabajos*<sup>5</sup>. Así, pues, os ruego que hagáis lo que os toca, pues Dios, lo que a El pertenece, bastante cuidará de hacerlo sin vuestra solicitud y congoja. Plantad, regad, tened el cuidado, y de este modo habréis cumplido con la obligación de vuestro oficio. Ciertamente, el aumento, cuando quiera Dios, El le dará, no vos. Aunque tal vez no quiera, para vos nada se pierde, diciendo la Escritura: *Dará Dios a sus santos la recompensa de sus trabajos*<sup>6</sup>. Seguro trabajo que no puede frustrar ningún defecto. Y esto sea dicho sin perjuicio de la divina potencia y bondad. Conozco que se ha endurecido el corazón de este pueblo, pero Dios es poderoso para suscitar de estas piedras hijos de Abrahán. ¿Quién sabe si volverá y los perdonará, los convertirá y los sanará? Pero no me corresponde a mí dictar a Dios lo que debe hacer; ojalá pueda persuadiros a vos lo que conviene y según conviene.

3. Mas hemos caído en un punto muy dudoso y en una disputa llena de dificultades. Porque ¿cómo me atreveré a decir lo que siento? Veo bien lo que amenaza. Clamarán que es una cosa no acostumbrada, pues no podrán negar que sea justa. Mas yo no asentaré a que sea cosa no acostumbrada, si he de decir la verdad. Ciertamente, sé que fué acostumbrada, y por eso que pudo venir a ser desacostumbrada, pero no volver a ser no acostumbrada. ¿Por ventura habrá quien niegue que fué cosa acostumbrada lo que no sólo consta que se hizo alguna vez, sino que se frecuentó por algún tiempo? Qué sea esto, lo diré y de nada servirá. ¿Por qué? Porque no agrada a los sátrapas, que favorecen más a la majestad que a la verdad. Hubo antes de vos quienes enteramente se expusieron a sí mismos para apacentar sus ovejas, gloriándose del trabajo y del nombre de pastores, no reputando para sí indecoroso sino lo que juzgaban perjudicar a la salud de sus ovejas, no buscando sus propios intereses, sino empleándolos en su provecho. Emplearon el cuidado, emplearon las haciendas, se emplearon aun ellos mismos. Sobre lo cual uno decía: *Yo también me daré todo por vuestras almas*<sup>7</sup>. Y como si dijese: No venimos a ser servidos, sino a servir, se empleaban en la predicación cuantas veces era necesario, sin ocasionar gastos a nadie. La única ganancia que sacaban de sus súbditos, la única pompa, el único deleite, era formar de ellos para Dios un pueblo perfecto. Esto era lo que solicitaban por todos modos, aun

<sup>4</sup> 1 Cor. 3, 8.

<sup>5</sup> 2 Cor. 11, 23.

<sup>6</sup> Sap. 10, 17.

<sup>7</sup> 2 Cor. 12, 15.



en mucho quebranto del corazón y cuerpo, en el trabajo y miseria, en hambre y sed, en frío y desnudez.

4. ¿Dónde está ahora, deseo saber, esta costumbre? Muy desemejante es la que se ha introducido; en cosa muy diferente se han mudado las ocupaciones, y ojalá no sea en peor. Sin embargo, el cuidado, la congoja, la emulación, la solicitud, confieso que perseveran. Todas estas cosas se han trasladado, no disminuído. Os testifico que no escaseáis los bienes temporales del mismo modo que sucedía antes. Pero la diversa postura hace la desemejanza. ¡Abuso grande! Pocos miran a la boca del legislador, todos a las manos. Mas no sin motivo. Ellas son las que distribuyen los cargos y empleos pertenecientes al papado. ¿Quién me señalaréis de toda esa populosísima ciudad que os haya recibido por papa sin interés o sin esperanza de interés? Cuando hacen las ofertas de servir es cuando principalmente quieren dominar. Se prometen fieles para dañar más oportunamente a los que de ellos confían. De este punto, no se ofrecerá consulta alguna de que juzguen que deben ser excluídos, ni secreto en que no se entrometan. Si, estando para entrar alguno, tarda, aunque sea poco, el portero, no quisiera yo hacer por él su oficio. Y ahora experimentad en pocas palabras si sé también, a lo menos en parte, las costumbres de estas gentes. Estos, hechos odiosos a la tierra y al cielo, en uno y en otro pusieron sus manos, llenos de impiedad contra Dios y de temeridad contra las cosas santas; entre sí mismos sediciosos, de sus vecinos émulos, inhumanos con sus extraños; hombres que, no amando a ninguno, nadie los ama, y que, cuando afectan ser temidos de todos, es preciso que a todos teman. Estos mismos son los que no sufren estar sujetos y no aciertan a presidir, siendo a los superiores infieles y a los inferiores insoportables. No tienen empacho para pedir, al mismo tiempo que tienen dura la frente para negar. Son importunos para recibir, inquietos hasta que reciben, ingratos después que han recibido. Han adiestrado su lengua para hablar cosas grandes, al mismo tiempo que todo lo que obran es muy poco. Larguísimos en prometer, escasísimos en cumplir; suavísimos aduladores y mordacísimos detractores; sencillísimos disimuladores y malignísimos traidores. Nos hemos extendido hasta aquí juzgando oportuno avisaros más plena y expresamente en esta materia sobre los que están cerca de vos.

5. Ahora ya, sigamos el orden del discurso. ¿Cómo se entiende que hayan de acaparar los despojos de las iglesias quienes mantengan y realcen vuestro poder? La vida de los pobres se derrama en las plazas de los ricos. Reluce la plata en el lodo; de todas partes corren a ella; se la lleva no el

más pobre, sino el más fuerte o el que acaso llegó más presto que todos. No comenzó en vos esta costumbre o, mejor, esta muerte; ojalá que en vos se acabe. Pero prosigamos lo demás. Vos, que sois el pastor, salís en público lleno de oro y vestido de preciosa variedad de colores. ¿Qué participan de esto las ovejas? Si me atreviera a decirlo, dijera que éste no es el pastor de las ovejas, sino de los enemigos de las ovejas. A decir verdad, ¿acostumbraba a hacerlo así San Pedro? ¿Se divertía así San Pablo? Veis cómo el celo de los eclesiásticos se muestra sólo fervoroso en defender su dignidad. Todo se da al honor; a la santidad, nada o poco. Si, habiendo algún motivo, comenzáis a portaros con alguna más humildad y franqueza, eso no, dirán; no es decente; no conviene a los tiempos; no está bien a la majestad; es preciso que reparéis en lo respetable de vuestra persona. De la voluntad de Dios se hace mención en el último lugar; no se detienen en nada, aunque se arriesgue la salvación; a no ser que tengamos por salvífico todo lo que es sublime, y por justo sólo lo que respira a gloria. Así, todo lo que es humilde se tiene por desdoro entre los palaciegos; de modo que más fácilmente se hallará quien sea de veras humilde que quien quiera parecerlo. El temor del Señor se reputa simplicidad, por no decir fatuidad. Al hombre circunspecto y amigo de su propia conciencia le calumnian como hipócrita. Al que ama la quietud y gusta de vivir consigo algunos ratos le llaman inútil.

### CAPITULO III\*

#### SE DEBE CERCENAR LA POMPA DE LOS VESTIDOS Y DEL CELO NECESARIO EN EL PONTÍFICE

6. ¿Qué hacéis? No abríis todavía los ojos a la presencia de estos lazos de la muerte que os han rodeado? Ruégoos que me sufráis un poco y me soportéis. Por mejor decir, perdonad a quien os habla, no tanto temeraria como tímidamente, estas cosas. Tengo para con vos un amor de celo, y de celo bueno; ¡y ojalá que sea tan útil como vehemente! Sé dónde habitáis; los incrédulos y subvertidores están en vuestra compañía. Lobos son, no ovejas; con todo, de estos tales sois el pastor. Util consideración, en la que quizá hallaréis algún arbitrio, con que, si puede ser, los convirtáis, no sea que os perviertan. ¿Por qué desconfiaremos de que puedan volver

\* PL 182, 775.

a ser ovejas los que pudieron volverse lobos? Aquí, aquí es donde yo no os perdono para que os perdone Dios. Ciertamente, negaos por pastor de este pueblo o mostraos como tal. No os negaréis, no sea que aquel cuya silla tenéis os niegue por heredero. Este es San Pedro, de quien no se sabe que saliese jamás adornado de piedras o de sedas, ni cubierto de oro, ni llevado en blanco caballo, ni acompañado de tropa, ni cercado del ruidoso séquito de ministros. No obstante, sin todas estas cosas, creyó que se podía cumplir bien el saludable precepto: *Si me amas, apacienta mis ovejas*<sup>8</sup>. En esto habéis sucedido no a Pedro, sino a Constantino. Os aconsejo que estas cosas las toleréis por pedirlo así los tiempos, pero que no las codiciéis como debidas. Más bien os incito a aquellas cosas de que sé sois deudor. Aunque vestido de púrpura, aunque cubierto de oro, no es razón que tengáis tedio al trabajo y cuidado pastoral siendo heredero de un Pastor; no hay razón para que os avergoncéis del Evangelio. Si con toda voluntad anunciáis el Evangelio, aun entre los apóstoles se os reservará la gloria. Evangelizar es apacentar. Haced la obra propia de un evangelista y habréis cumplido con el cargo de apóstol.

7. Dragones, diréis, me estás amonestando que apaciente; escorpiones, no ovejas. Por eso mismo, os vuelvo a decir, los debéis amonestar con más denuedo, pero con la palabra, no con el hierro. ¿Por qué habíais de empuñar de nuevo la espada que os mandaron volver a la vaina? La cual, sin embargo, si alguno niega que es vuestra, no me parece que atiende bien a las palabras del Señor, que dice así: *Vuelve tu espada a la vaina*<sup>9</sup>. Vuestra es, pues, ella también, debiendo desenvainarse quizá a vuestra insinuación, no con vuestra mano. De otra suerte, si no perteneciera a vos cuando dijeron los discípulos: *He aquí dos espadas*, no hubiera respondido el Señor: *Bastante es*<sup>10</sup>, sino demasiado. Una y otra espada, es a saber, la espiritual y la material, son de la Iglesia; pero ésta ciertamente se debe esgrimir a favor de la Iglesia, y aquélla por la misma Iglesia; aquélla por la mano del sacerdote, ésta por la del soldado, pero a la insinuación del sacerdote y al mandato del rey. Y de esto trataremos en otro lugar. Por ahora coged la espada que os confió para herir, y herid con golpes que traen la salvación, si no a todos, si no a muchos, al menos a cuantos podáis.

8. No soy, me decís, mejor que mis padres. ¿A quién de ellos esta provocadora familia no digo oyó, sino dejó de burlar? Por lo mismo, insinuat con más ardor, por si tal vez

<sup>8</sup> Io. 21, 15.

<sup>9</sup> Io. 18, 11.

<sup>10</sup> Lc. 22, 38.

den oídos y dejan de obrar mal; insistid aun con los que resisten. Al oír estas cosas, me llamarán nimio. ¿Por ventura es mía aquella frase: *Insta oportuna e importunamente?*<sup>11</sup> Llamad nimio a éste si os atrevéis. Al profeta se le manda: *Clama, no ceses; ¿a quiénes, sino a unos malvados y pecadores? Anuncia, dice, a mi pueblo sus maldades, y a la casa de Jacob sus pecados*<sup>12</sup>. Advertid con discreción que se dice que son malvados y que al mismo tiempo les llaman pueblo del Señor. Juzgad lo mismo de éstos. Aunque sean malos, aunque sean inicuos, mirad no oigáis: *Lo que no hicisteis con uno de estos pequeñuelos, no lo hicisteis conmigo*<sup>13</sup>. Confieso que este pueblo se ha mostrado hasta ahora de una frente dura y de un corazón indómito; pero que sea también indomable, lo ignoro que lo podáis saber claramente. Puede ser en lo sucesivo lo que nunca fué. Si vos desconfiáis, en Dios no será imposible toda palabra<sup>14</sup>. Si son de frente dura, endureced también contra ellos la vuestra. Nada hay tan duro que no ceda a otra cosa más dura. Al profeta le dice el Señor: *Te he dado una frente más dura que su frente*<sup>15</sup>. Sólo una cosa os dejará libre, y es si os habéis portado de tal manera con este pueblo, que podáis decir: Pueblo mío, ¿qué debía hacer contigo y no lo hice? Si así lo hacéis y no adelantáis, hay finalmente qué hacer y qué decir: salid de Ur de los caldeos y decid: Me conviene anunciar el Evangelio a otras ciudades también<sup>16</sup>. Pienso que no os pesará el destierro trocando una sola ciudad por todo el mundo.

## CAPITULO IV\*

### A QUIÉNES DEBE ELEGIR EL PONTÍFICE PARA ASISTENTES Y COADJUTORES SUYOS. SE TRATA TAMBIÉN DE LAS VIRTUDES DEL PRELADO

9. Vengamos a los colaterales y coadjutores vuestros. Estos son vuestros continuos asistentes, éstos los que tienen intimidad con vuestra persona. Por lo cual, si son buenos, lo son principalmente para vos; si malos, igualmente, para vos lo son más. No os debéis tener por sano si los lados os duelen; es decir, no os llaméis bueno si estáis apoyado sobre los que son malos. Y, aunque seáis bueno, la bondad de

<sup>11</sup> 2 Tím. 4, 2.

<sup>12</sup> Is. 58, 1.

<sup>13</sup> Mt. 25, 45.

<sup>14</sup> Lc. 1, 37.

<sup>15</sup> Ez. 3, 8.

<sup>16</sup> Lc. 4, 43.

\* PL 182, 778.



uno solo, ¿qué fruto podrá traer, como en el libro antecedente recuerdo haber dicho?<sup>17</sup> ¿Qué emolumento, repito, puede traer a las iglesias de Dios la justicia de un solo hombre cuando prevalece el parecer de otros que tienen diferentes disposiciones? Mas ni puede estar segura para vos vuestra salvación si está cercada de tantos malos, no de otro modo que la salud estando vecina una serpiente. Ni hay a donde os podáis retirar de un mal que está entrañado. Por el contrario, un bien doméstico alivia tanto más cuantas más veces. Pero alivien o graven, ¿a quién con más razón que a vos se deberá imputar, pues los elegisteis y admitisteis? No digo esto de todos, puesto que hay algunos que no los elegisteis, sino que antes os eligieron a vos. Con todo, no tienen más potestad que la que les deis o permitáis. Lo mismo, pues, viene a ser. Imputadlo a vos mismo todo lo que padezcáis por causa de aquel que sin vos no puede hacer nada. Exceptuados éstos, en lo demás, no sin grande consideración deben ser escogidos o recogidos todos para la obra de este ministerio. A vos pertenece traer de cualquier parte y juntar a vuestra persona, a ejemplo de Moisés, ancianos<sup>18</sup>, no jóvenes; pero ancianos no tanto por la edad como por las costumbres, de quienes tengáis noticia que son ancianos del pueblo. ¿Por ventura no deben elegirse de todo el orbe los que están para juzgar a todo el orbe? En un negocio como éste no se entrometa el que ruega. Esto se ha de resolver por consejo, no por súplicas. Hay cosas que nos fuerza a darlas la importunidad de los que nos ruegan o las merece su necesidad. Pero esto es precisamente en las cosas que son nuestras. Mas donde no me es permitido hacer lo que quiera, ¿qué lugar puede tener la súplica? A no ser que diga alguno que quien me ruega, precisamente ruega que me sea permitido querer lo que él quiere y no, más bien, que yo lo quiera. Hay quien ruega por otro, hay tal vez quien ruega por sí mismo. Aquel por quien os ruegan se hace sospechoso; el que ruega por sí mismo, ya está juzgado. No importa más que uno ruegue por sí o por medio de otro. Al clérigo que frecuenta la corte no siendo de la corte, contadle en el número de este género de ambiciosos. Al que adula y al que habla al gusto de cada uno, reputadle uno de los que ruegan, aunque nada ruegue. No hay para qué tengáis por la cara al escorpión; punza por la cola.

10. Si a los halagos de estos tales sentís que vuestro corazón se ablanda—como suele suceder—, acordaos entonces que está escrito: *Todo hombre pone al principio el buen vino;*

<sup>17</sup> L. 3, n. 9.

<sup>18</sup> Num. II, 16.

*mas, cuando ya han bebido mucho, entonces pone lo peor* <sup>19</sup>. Igual concepto debéis formar de la humildad del que teme que del que espera. Suele ser propio del hombre astuto y engañoso aparentar humildad en el tiempo en que quiere conseguir algo. De los cuales dice la Escritura: *Hay quien se humilla inicuaamente y su interior está lleno de engaño* <sup>20</sup>. En vos mismo podéis hallar un evidente y familiar ejemplo de esta misma sentencia. ¡Cuántos que al admitirlos visteis rendidos, después los experimentasteis graves, insolentes, contumaces, rebeldes! Este mal interior le encubren los principios, pero las acciones posteriores le manifiestan. Al joven habladorcillo y que se esfuerza por hablar con elocuencia, estando vacío de sabiduría, tenedle no por otra cosa que por un enemigo de la justicia. Por estos tales falsos hermanos os dice el Maestro: *No impongáis las manos ligeramente sobre ninguno* <sup>21</sup>.

11. Excluido, pues, todo este género pestilente de hombres, sea vuestro cuidado principalísimamente introducir sujetos tales, que después no os pueda pesar haberlos introducido. Es indecoroso en vos retractar muchas veces lo que hayáis hecho, ni es decente que vuestro juicio se ponga a riesgo con frecuencia. Por tanto, con la mayor diligencia tratad todo lo que se ha de hacer con vos mismo y con aquellos que os aman. Tratadlo antes de hacerlo, porque, después de hecho, viene tarde la retractación. Consejo es del Sabio. *Haced con consejo todas las cosas, y después de hecho, no os pesará* <sup>22</sup>. Y persuadíos de esto: los que han de ser admitidos, con dificultad se pueden probar en la corte. Conviene, si puede ser, escogerlos ya probados; no que todavía se hayan de probar. Nosotros, en los monasterios, a todos recibimos con la esperanza de mejorarlos; pero la corte más fácilmente acostumbra recibir hombres buenos que hacerlos. Conque, si hemos experimentado que en ella son más los buenos que han decaído que los malos que han mejorado, ciertamente se deben buscar tales, que ni en ellos se tema defecto ni se desee adelantamiento, como quienes ya deben ser perfectos.

12. Así, no a los que lo desean, no a los que corren, sino a los que se detienen, a los que rehusan, deberéis promover a los cargos; aun también haceldos fuerza y compeldlos a entrar. En aquellos, según pienso, descansará vuestro espíritu que no sean duros ni arrogantes, sino vergonzosos y timoratos; en aquellos que, fuera de Dios, nada teman y, si no es de Dios, nada esperen; que defiendan varonilmente a los afligidos y juzguen según equidad a favor de

<sup>19</sup> Io. 2, 10.

<sup>20</sup> Eccli. 19, 23.

<sup>21</sup> I Tim. 5, 22.

<sup>22</sup> Eccli. 32, 24.

los mansos de la tierra; que sean en sus costumbres conquistados, en la santidad probados, en la obediencia prontos, para la paciencia mansos, sumisos para la enseñanza, rígidos en la censura, católicos en la fe, fieles en su ministerio, concordes para la paz, conformes para la unión. En aquellos que sean en el juicio rectos, en el consejo pródigos, en mandar discretos, en disponer industriosos, en obrar valerosos, en hablar modestos, en la adversidad seguros, en la prosperidad devotos, en el celo sobrios, en la misericordia no remisos, en el ocio no ociosos, en el hospedaje no disolutos, en el convite no derramados, no congojosos en el cuidado de las cosas de su casa, no codiciosos de la ajena, no pródigos de la propia, en todas partes y en todas las cosas circunspectos. En aquellos que hacen el oficio de legado por Cristo todas las veces que hubiere necesidad ni siendo mandados lo rehusen, ni no siendo mandados lo codicien; que lo que por vergüenza excusen, por obstinación no lo nieguen; que, siendo enviados de vos, no vayan tras el oro, sino que sigan a Cristo; que no reputen la legacía ganancia ni deseen los dones, sino el fruto; que para los reyes representen la persona de Juan, para los egipcios la de Moisés, para los lujuriosos la de Finees, para los idólatras la de Elías, para los avaros la de Eliseo, la de Pedro para los que mienten, la de Pablo para los que blasfeman, la de Cristo para los que negocian. En aquellos que al vulgo no le desprecien, sino que le enseñen; a los ricos no les adulen, sino que les aterren; a los pobres no les graven, sino que les fomenten; a las amenazas de los príncipes no se espanten, sino que las desprecien; que ni entren con turbulencia ni salgan con ira; que a las iglesias no las despojen, sino que las enmienden; que no agoten las bolsas, sino que recreen los corazones y corrijan los crímenes; que miren por su fama y no envidien la ajena. En aquellos que muestren afición a la oración y tengan ejercicio de ella, y que en todos los negocios confíen más en la oración que en toda su industria y su trabajo. En aquellos cuya entrada sea pacífica y salida molesta; cuyas palabras sean edificación, cuya vida piadosa, cuya presencia grata, cuya memoria bendita. En aquellos que se hagan amables no con palabras, sino con obras; que se muestren dignos de respeto, pero por las acciones, no por el fausto; que, siendo humildes con los humildes, inocentes con los inocentes, reprendan duramente a los duros, refrenen a los malignos, den la pena debida a los soberbios; que no se den prisa por enriquecerse a sí o a los suyos con la dote de la viuda y el patrimonio del Crucificado, dando graciosamente lo que graciosamente recibieron, haciendo gratuitamente justicia a los que padecen injuria, venganza en las naciones, castigo en los pueblos. En aquellos que se

vea, en fin, que han recibido, a manera de los setenta de Moisés<sup>23</sup>, de vuestro espíritu; según el cual, ya ausentes o ya presentes, se esmeren en daros gusto y en darlo también a Dios. En aquellos que vuelvan a vos fatigados, sí, pero no cargados; gloriándose al mismo tiempo no de haber traído lo raro y precioso de las provincias, sino de haber dejado paz a los reinos, ley a los bárbaros, quietud a los monasterios, orden a la Iglesia, disciplina a la clerecía, y a Dios un pueblo apacible que anhela emplearse en buenas obras.

## CAPITULO V\*

### SE RECOMIENDA CON EJEMPLOS ABSTENERSE DE RECIBIR PRESENTES Y SE CENSURA LA ARROGANCIA DE LOS MINISTROS DEL PAPA

13. Juzgo digno de referir aquí el hecho de nuestro Martín<sup>23\*</sup>, de dulce memoria. Bien lo sabéis; pero si lo tenéis presente, lo ignoro. Este, siendo presbítero cardenal, habiendo tenido por algún tiempo el cargo de legado en Dacia, volvió tan pobre que, faltándole casi del todo el dinero y los caballos, apenas pudo llegar a Florencia. Aquí el obispo de la ciudad le regaló un caballo, en el que fué conducido hasta Pisa, donde por entonces nos hallábamos nosotros. Un día después, me parece, habiéndole seguido el obispo —traía un pleito contra otro y se había de sentenciar en el día—, comenzó a solicitar los votos de los amigos. Y como los citase uno por uno, llegó a hablar a Martín también. Tenía en éste mayor confianza, como que no podía estar olvidado de beneficio tan reciente. Entonces Martín le dice: “Me habéis engañado. No sabía que traíais pendiente negocio alguno. En el establo está vuestro caballo; llevadle”. Y en la misma hora se le devolvió. ¿Qué decís, Eugenio mío? ¿No es por ventura cosa de otro siglo haber vuelto un legado sin oro de la tierra del oro? ¿Haber pasado por la tierra de la plata y no haberla conocido? ¿Haber desechado sin detenerse un regalo que podía ser provechoso?

14. Mas ¡oh lugar suave para mí, en que se ofrece ocasión de traer a la memoria y nombrar a un varón de suavísimo olor, a Gaufrido digo, obispo de Chartres, quien ad-

<sup>23</sup> Num. 11, 16. 17.

\* PL 182, 782.

<sup>23</sup> \* Nombrado cardenal en 1130. Nunca perteneció a la Orden del Cister. Si San Bernardo le llama *hermano*, fué por la amistad íntima que le unía a él y a sus monjes.



ministró constantemente la legacía en Aquitania a sus propias expensas, y esto por muchos años! Voy a decir una cosa que yo mismo presencié. Me encontraba con él en aquella provincia, cuando un presbítero le presentó un pescado que vulgarmente llaman esturgión. Y, habiendo preguntado el legado cuánto había costado, no lo recibe, dice, si no toma lo que vale; y le entregó cinco sueldos, que recibió violento y vergonzoso el sacerdote. También, estando en su compañía en un lugar, la señora de aquel mismo pueblo le presentó por devoción, junto con una toalla, dos o tres grandes platos, hermosos, aunque de madera. Los cuales, mirando por un rato este hombre de tan delicada conciencia, los alabó, pero no se le pudo convencer a que los tomase. ¿Cuándo los hubiera recibido de plata quien los desechó aun siendo de madera? No hubo quien pudiese decir al legado: *Nosotros hemos enriquecido a Abrahán*<sup>24</sup>. Pero él mismo decía libremente a todos con Samuel: *Declarad delante de Dios y de su Cristo si he tomado el buey o el asno de cualquiera, si he hecho mal alguno por falsos crímenes o si le he oprimido por violencia, si he recibido presentes de la mano de cualquiera que sea. Los despreciaré hoy y os los restituiré*<sup>25</sup>. ¡Oh si de tales hombres como éstos, que brevísimamente hemos elogiado, hubiera mayor abundancia! ¿Quién entonces más feliz que vos? ¿Qué más agradable que un siglo tal? ¿Por ventura no os parecería la segunda, después de la eternidad, la bienaventuranza de aquellos tiempos en que a todas las partes que fueseis os veríais rodeado de tan ínclito escuadrón de bienaventurados?

15. Si os conozco bien, os quedáis suspenso por un poco y, arrojando un profundo suspiro, os decís a vos mismo. ¿Pensáis que será posible lo que se dice? ¿Pensáis que estaremos en este mundo y llegarán a verse estas cosas? ¿Quién me dará a mí vivir para tener la suerte de verlas? ¡Oh si viera durante mi vida a la Iglesia de Dios apoyada sobre tales columnas! ¡Oh si a la Esposa de mi Señor la mirara yo entregada a una fe tan grande, confiada a tan gran pureza! ¡Quién más dichoso que yo, qué cosa más segura mirar alrededor de mí tales guardias y, al mismo tiempo, testigos de mi vida! A los cuales con seguridad manifestaría todos mis secretos, comunicaría todos los consejos; a los cuales me abriría todo entero como a otros yo. Los cuales, si yo quisiera en alguna manera extraviarme, no me dejarían; me refrenarían si me precipitara, me despertarían si me durmiese; su constancia y fortaleza me asegurarían en las dudas, me animarían en las desconfianzas; su fe y santidad me

<sup>24</sup> Gen. 14, 23.

<sup>25</sup> 1 Reg. 12, 3.

provocarían a todo lo santo, a todo lo honesto, a todo lo casto, a todo lo amable, a todo lo que forma un buen nombre. Y ahora volved los ojos, Eugenio, al estado que tiene al presente la curia o la Iglesia y a las ocupaciones de los prelados, especialmente de aquellos que están alrededor de vos.

16. Pero de estas cosas no digo más; he palpado la pared, no la he cavado <sup>25\*</sup>. A vos os es permitido cavar y ver, como a hijo que sois del profeta. A mí no me es lícito pasar más adelante. Una cosa diré que está a la vista. Ridículamente pertenece a vuestros ministros anteponerse a vuestros compresbíteros. No sufre esto la razón. No lo practicó la antigüedad, no lo consiente la autoridad. Y, si en la costumbre fundan su falso legato, más razón será despreciar ésa que un orden superior. Sin embargo, es muy frívolo lo que principalmente alegan para conseguir esta preferencia. Nosotros somos, dicen, los que en todas las funciones solemnes asistimos más de cerca al papa. Si está sentado, nosotros igualmente nos sentamos los más inmediatos; a cualquier parte que va le seguimos los primeros. Todo esto no es privilegio de dignidad, sino debido a la diligencia con que deben cumplir su oficio, explicando el nombre de *diácono* este mismo solemne ministerio. Finalmente, cuando los presbíteros están rodeando la majestad sentados con todo orden, vosotros os sentáis a los pies. Asistís más cercanos para teneros más prontos a su obsequio. En el Evangelio leemos que *se levantó entre los discípulos una disputa sobre cuál de ellos debía ser reputado el mayor* <sup>26</sup>. Dichoso seríais si lo que allí se sigue, se observase del mismo modo cerca de vos.

## CAPITULO VI\*

NO CONVIENE QUE EL PONTÍFICE, COMO TAN OCUPADO EN COSAS GRAVES, TENGA EL CUIDADO DE LA ECONOMÍA DE SU PROPIA CASA; POR LO MISMO, DEBE CONFIAR TODO ESTO A UN MAYORDOMO

17. Ya da tedio la curia. Salgamos del palacio. Nos están aguardando en casa otros; éstos no sólo están cerca, sino de algún modo dentro de vos. No es superflua consideración aquella en que pensáis qué disposición debéis dar a las cosas de vuestra casa y qué providencias tomaréis sobre los que están en vuestro seno y regazo. Aun digo que es

<sup>25</sup> \* Proverbio sacado del profeta Ezequiel, c. 8.

<sup>26</sup> Lc. 22, 24.

\* PL 182, 784.

necesaria. Oíd a San Pablo: *El que no sabe cuidar de su propia familia, ¿cómo podrá gobernar la Iglesia de Dios?* <sup>27</sup> Y también: *Si hay alguno que no tiene cuidado de los suyos, especialmente de los de su casa, este tal ha renunciado a la fe y es peor que un infiel* <sup>28</sup>. Diciendo esto, no pretendo amonestaros que, ocupados en cosas altas, pongáis vuestro cuidado en las bajas, como disminuyendo en vuestra grandeza, o que empleéis en las cosas mínimas la atención que debéis a las que son máximas. ¿Por qué os habéis de enredar en aquellos afanes de que Dios os sacó? *Todas estas cosas, dice, se os darán con aumento* <sup>29</sup>. Sin embargo, es necesario no sólo hacer éstas, sino no omitir aquéllas. Pero, haciendo aquéllas por vos, es preciso igualmente que vos mismo proveáis quien por vos cuide de éstas. Porque, si un solo criado no basta por sí solo para cuidar de los jumentos y de las cosas necesarias de la mesa, ¿cómo podréis por vos mismo disponer las cosas de vuestra casa y al mismo tiempo gobernar la de Dios? De ésta está escrito: *¡Oh Israel! ¡Qué grande es la casa del Señor!* <sup>30</sup> Vacío enteramente de cosas pequeñas y viles es necesario que esté el ánimo que entiende en cosas tan grandes y santas. Es necesario que esté tan libre, que no le embeba ninguna ocupación violenta. Es necesario que sea tan noble, que no le abata ninguna afición indigna. Es necesario que sea tan recto, que no le tuerza ninguna intención siniestra. Es necesario que sea tan cauto, que no le preocupe ninguna sospecha furtiva. Es necesario que sea tan vigilante, que no le aparte de sí mismo ningún pensamiento peregrino ni curioso. Es necesario que sea tan firme, que no le haga estremecer ninguna turbación repentina. Es necesario que sea tan invicto, que no le fatigue ninguna tribulación aunque sea continua. Es necesario que sea tan amplio, que no le estreche ninguna pérdida de las cosas terrenas.

18. No dudéis que seréis no sólo privado de estos bienes, sino herido con estos males, si, dividiendo vuestro ánimo, le queréis emplear en las cosas de Dios y en vuestras cosillas. Debéis procurar enlazar a alguno para que muela por vos. Por vos digo, no con vos. Unas cosas las haréis por vos mismo; otras por vos y por otros juntamente; otras por otros y sin vos. ¿Quién es sabio para entender estas cosas? De ningún modo debe dormirse vuestra consideración. Juzgo que el gobierno económico de vuestra casa se debe colocar bajo del género de las cosas que puse al fin. Por otro, como os dije, las deberéis hacer. Pero, si éste no es fiel, defraudará; si no es prudente, será defraudado. Así, se debe buscar un

<sup>27</sup> I Tim. 3, 5.

<sup>28</sup> I Tim. 5, 8.

<sup>29</sup> Mt. 6, 33.

<sup>30</sup> Bar. 3, 24.

hombre fiel y prudente, al cual constituyáis sobre vuestra familia. Todavía será inútil si le falta lo tercero. ¿Preguntáis cuál? La autoridad. Porque ¿de qué le servirá querer y saber disponer cualquier cosa según sea necesario, si lo que sabe y quiere no lo puede? Se le debe dar, pues, facultad de obrar a su arbitrio. Si pensáis que esto se opone a la buena razón, tened presente que es fiel, y que, por tanto, querrá obrar según razón; acordaos que es prudente, y que por eso mismo obrará según la razón. Pero una fiel y discreta voluntad aprovechará cuando se la proporcionen todos los medios para ponerlos con facilidad en ejecución, obedeciendo todos sin detención alguna. Todos, pues, deben estarle sujetos, no tenga que sufrir ninguna contradicción. Nadie haya que le diga: ¿Por qué haces esto? Tenga potestad de admitir y excluir a los que quiera, de mudar a los ministros, de transferir los ministerios a quienes y cuando le parezca. De tal suerte sea a todos temible, que también les sea útil. Presida a todos de modo que a todos aproveche y saque provecho de todos. No admitáis clandestinas y furtivas delaciones contra él. Tenedlas más bien por detracciones. Yo quisiera que en esto os establezcáis por regla general que quien recela decir públicamente lo que os habló al oído, debe ser para con vos sospechoso. Pero si, juzgando vos que importa decirlo a las claras, lo rehusa, reputadle por un detractor, no por acusador.

19. Así, uno solo sea el que dé órdenes a los demás; a él todos le den la cuenta. Descansad sobre su fe y daos todo entero al cuidado de vos mismo y de la Iglesia de Dios. Si es dificultoso hallar un hombre que sea fiel y prudente al mismo tiempo, será lo más acertado dar este cargo a quien sea fiel. Si no halláis quien sea capaz para esto, aun cuando el que halléis puesto sea poco fiel, os aconsejo que le sufráis antes que empeñaros vos mismo en este embarazoso laberinto. Acordaos que tuvo el Salvador a un Judas por ecónomo<sup>31</sup>. ¿Qué cosa más vergonzosa para un obispo que embarazarse en el cuidado de sus muebles y de su dinero, examinarlo todo, informarse de todo, vivir agitado de sospechas y desconfianzas, inquietarse por la menor cosa que se haya perdido o descuidado? Lo digo para rubor de algunos que hacen todos los días averiguaciones de todo lo que se gasta en su casa, que tienen registro de todo y que en las cuentas que toman reparan hasta en el último céntimo. No lo hacía así aquel egipcio que, habiéndose descargado en José de todo el cuidado de su casa, ni aun sabía lo que tenía<sup>32</sup>. Averguéncese un cristiano de no fiarse de otro

<sup>31</sup> Io. 12, 6.

<sup>32</sup> Gen. 39, 4. 6



cristiano. He aquí un hombre infiel que ha creído que su esclavo le sería fiel y, a pesar de ser extranjero, le hizo dueño de toda su casa.

20. Cosa extraña. Creen los obispos que les es muy fácil tener muchas personas a quien encomendar el cuidado de las almas y no hallan a quién confiar estos pequeños cuidados de sus bienes y de su casa. Manifiestan en esto cuáles es su discernimiento y su luz, pues tienen tanta estima de las cosas pequeñas y tan poca o ninguna de las que son importantísimas. Esto nos hace ver claramente que nuestras propias pérdidas se nos hacen más sensibles que las de Jesucristo. Todos los días nos fatigamos en computar y examinar el gasto de cada día y no ponemos cuidado alguno en saber los continuos daños que afligen al rebaño de Cristo. Todos los días tratamos con nuestros criados sobre el número de panes que se han comprado y sobre el precio de la vianda, y casi nunca conferenciamos con los ministros de la Iglesia sobre los desórdenes y pecados del pueblo. Si cae un jumento, se halla quien luego le levante; cuando un alma ha caído, ninguno hace caso. Ni me espanto de que tengamos tan poco cuidado de los otros cuando no sentimos nuestras propias caídas, aunque continuas. ¿Por ventura a cada cómputo y cuenta de gasto y de menaje no se experimenta que nos inquietamos, nos encendemos, nos acongojamos? ¿Cuánta más razón sería ser más sensibles a la pérdida de nuestra alma que a la de nuestra hacienda! ¿*Por qué, dice, no sufrís que os engañen?*<sup>33</sup> Os ruego a vos, que instruíis a otros, que os instruyáis a vos mismo y aprendáis, si aún no lo habéis hecho, a estimar más lo que sois que lo que poseéis. Haced que estas cosas pasajeras, que de ningún modo pueden fijarse, pasen antes fuera de vos que por vos. El arroyo va cavando por donde pasa. Así, este reflujo de negocios temporales va minando poco a poco el alma que se ocupa en ellos. Si puede un torrente derramarse impetuosamente en los campos sin daño de los sembrados, confiad entonces que se puedan tratar estas cosas sin herida del alma. Por eso os aconsejo que trabajéis en desprenderos absolutamente de todos estos embarazos. Creed que es conveniente que ignoréis muchas cosas, que disimuléis muchísimas y que olvidéis otras.

21. Sin embargo, no quisiera que ignoraseis ciertas cosas, que son las costumbres e inclinaciones de vuestros domésticos. No conviene que sepáis los desórdenes de vuestra casa el último de todos, como a muchos ha sucedido. Por tanto, como he dicho, sea otro el que administre los demás cuidados y empleos, pero vos debéis velar sobre la

<sup>33</sup> I Cor. 6, 7.

disciplina y arreglo de todos; esto no lo fiéis a nadie. Si descubris alguna insolencia en las palabras o en el proceder de vuestros domésticos, en vuestra presencia, castigadlo al punto y vengad la injuria que os ha sido hecha. La impunidad es madre del atrevimiento, y éste de los excesos. La casa de un obispo debe estar adornada de santidad, de modestia, de honestidad; la custodia de estas virtudes es la disciplina. Si los sacerdotes que están colocados entre vuestros domésticos no son los más arreglados de todos, serán la fábula del mundo. Jamás sufráis que se vea nada en el rostro, en el vestido, en el modo de andar de los que están cerca de vos que ofenda en la menor cosa la decencia y honestidad. Siendo, como lo sois, obispo, enseñad a los demás obispos a no tener a su lado a esos pajecillos y jóvenes tan rizados y peinados. Ciertamente es grande indecencia traer estas señales de la vanidad del mundo entre las personas que ciñen la mitra. Tened presente lo que amonesta el Sabio: *¿Tienes hijas? No las muestres el semblante alegre* <sup>34</sup>.

22. Con todo, no os persuado la austeridad, sino la gravedad. Aquélla ahuyenta a los delicados, ésta reprime a los leves. Con aquélla se hace el hombre odioso, sin ésta se hace despreciable; un término medio es el mejor en todas las cosas. Quisiera que ni fuerais muy severo ni tampoco muy abierto. ¿Qué cosa más agradable que un medio, en que ni por la severidad os hagáis molesto a otros, ni por la familiaridad despreciable a vos mismo? En el palacio mostraos papa; en casa, padre de familias. Os amen vuestros domésticos; si no, haced que os teman. Es útil siempre la guarda de la boca, pero no debe alejar la gracia de la afabilidad. En todas partes se debe refrenar la precipitación de la lengua, pero particularmente en la mesa. El más conveniente exterior de vuestra persona consistirá en que seáis en vuestras acciones severo; en el semblante, sereno; en las palabras, serio. Los capellanes y los que asisten continuamente con vos a los oficios divinos no estén sin honor. A vos toca elegirles tales que sean dignos de El. Sirvanles todos a ellos como a vos mismo. Reciban de vuestra mano todo lo necesario. Estén contentos con lo que les deis; pero tened cuidado de que no se vean en alguna necesidad. Hecho esto, si averiguáis que alguno de ellos pide algo a los que llegan con sus pretensiones, tenedle por un Giezi <sup>35</sup>. Lo mismo se debe entender de los porteros y de los demás oficiales. Mas todo esto está dicho sin necesidad, puesto que me acuerdo que habéis establecido este

<sup>34</sup> Eccli. 7, 26.

<sup>35</sup> 4 Reg. 5, 20-27.

mismo arreglo hace tiempo. ¿Qué cosa más digna que vuestro apostolado? ¿Qué cosa más saludable para la conciencia, más honesta para la fama, más útil para el ejemplo? Excelente canon, pues pone lejos la avaricia de la calumnia, y no solamente de la conciencia.

## CAPITULO VII\*

### EPÍLOGO O COMPENDIO DE TODAS LAS PRENDAS DE UN PONTÍFICE

23. Quiero ya concluir este libro; pero al fin quiero repetir como en compendio lo que se ha dicho o añadir lo que se haya pasado. Ante todo, considerad que la santa Iglesia romana, que, siendo Dios el autor, gobernáis, es madre de las iglesias, no señora; que vos sois no señor de los obispos, sino uno de ellos, hermano de los que aman a Dios y compañero de los que le temen. Por lo demás, considerad que conviene que seáis modelo de justicia, espejo de santidad, ejemplo de piedad, libertador de la verdad, defensor de la fe, doctor de los gentiles, guía de cristianos, amigo del Esposo, paraninfo de la Esposa, ordenador del clero, pastor de los pueblos, maestro de los ignorantes, refugio de los oprimidos, abogado de los pobres, esperanza de los miserables, tutor de los pupilos, juez de las viudas, ojo de los ciegos, lengua de los mudos, báculo de los ancianos, vengador de los delitos, terror de los malos, gloria de los buenos, vara de los poderosos, martillo de los tiranos, padre de los reyes, moderador de las leyes, dispensador de los cánones, sal de la tierra, luz del mundo, sacerdote del Altísimo, vicario de Cristo, cristo del Señor; finalmente, Dios del Faraón. Poned toda la atención en lo que os quiero decir: el Señor os dará la inteligencia. Cuando a la malicia se junta el poder, debéis intentar alguna cosa sobre las fuerzas y poder del hombre. Muéstrese severo vuestro semblante con los que hacen el mal; tenga el espíritu de vuestra ira el que no os respeta en calidad de hombre, el que no teme vuestra espada; tema la oración el que despreció vuestra amonestación. Aquel contra quien os airáis, juzgue que Dios se ha airado contra él y no un hombre. El que no os oye a vos, tema con pavor que habrá de oír a Dios, y contra sí mismo. En lo que resta, nos incumbe tratar de aquellas cosas que están sobre vos, lo que en un solo libro espero cumplir y al mismo tiempo quedar libre de mi promesa.

\* PL 182, 787.

## LIBRO V

## CAPITULO I\*

SE CONSIDERAN LAS COSAS QUE ESTÁN SOBRE NOSOTROS, ESTO ES,  
DIOS Y LAS COSAS DIVINAS, A CUYO CONOCIMIENTO NOS  
AYUDAN POR AHORA LAS CRIATURAS

1. Aunque se intitulan *de la consideración* los libros anteriores, con todo, tienen mezclado muchísimo de acción, pues enseñan o amonestan algunas cosas que no sólo se deben considerar, sino también hacer. Mas este que ahora tenemos entre manos ha de tratar sólo de la consideración. Porque las cosas que están sobre vos—esto es lo que ahora debemos explicar—no necesitan de acción, sino de inspección. Nada podréis obrar en unas cosas que son siempre de un mismo modo eternamente y aun algunas también desde lo eterno. Quisiera que advirtierais cuidadosamente, varón sagacísimo Eugenio, que tantas veces se destierra vuestra consideración cuantas declina a las cosas inferiores y visibles con el fin de mirarlas para conocerlas, de apetecerlas para usarlas o de disponer u obrar en ellas según los deberes propios. Sin embargo, si de tal modo se emplea en ellas que por medio de ellas busca las de arriba, no está desterrada muy lejos. Considerar de este modo es volver hacia la patria. Este es el más sublime y digno uso que se puede hacer de las cosas cuando, según la sabiduría de San Pablo, *por las cosas que están hechas se conocen las perfecciones invisibles de Dios*. A la verdad, de esta escala no necesitan los ciudadanos, sino los desterrados. Lo cual vió el mismo autor de esta sentencia, pues al decir que por las cosas hechas se conocían las perfecciones invisibles de Dios, añadió expresamente: *Por la criatura del mundo*<sup>1</sup>. Y ciertamente, ¿qué necesidad puede tener de escalas quien ocupa ya el solio? La criatura del cielo es aquella que tiene cerca de sí por dónde conocer mejor estas mismas cosas de abajo. Ve al Verbo, y en el Verbo, todas las cosas hechas por El. No tiene necesidad de mendigar de las criaturas el conocimiento

\* PL 182, 787.

<sup>1</sup> Rom. I, 20



del Hacedor, puesto que no necesita para conocerlas descender a ellas, mirándolas allí donde se hallan mucho más perfectamente que en sí mismas. Por lo que ni necesita del auxilio de los sentidos para esto, siendo ella sentido para sí y sintiendo por sí misma. No hay más perfecto género de conocimiento que no necesitar de nada, teniendo en vos mismo todo lo suficiente para ver lo que queráis. Por el contrario, ser ayudado de otra cosa es hacerse obligado; y esto ya es menos perfecto y menos libre.

2. Pero y ¿qué si os tenéis que valer también de cosas que son inferiores? ¿No es esto fuera del orden y no trae alguna indignidad? Sin duda es una cierta injuria de los que son superiores haber de necesitar de la ayuda de los inferiores; de la cual injuria ninguno de los hombres se librará perfectamente hasta que llegue a la libertad de los hijos de Dios. Verdaderamente serán enseñados por el mismo Dios<sup>2</sup> todos éstos, y sin que intervenga criatura alguna, siendo bienaventurados con tener sólo a Dios. Esto será haber vuelto a la patria: haber pasado de la patria de los cuerpos a la región de los espíritus. Esta misma es nuestro Dios, espíritu máximo, máxima mansión de los espíritus bienaventurados; y para que en esto no tome parte alguna el sentido o la imaginación, El es verdad, sabiduría, fortaleza, eternidad, sumo bien, de donde por ahora estamos desterrados. La región donde nos hallamos es valle de lágrimas, en que reina la sensualidad y la consideración está desterrada; en que con libertad y poderío ejerce sus fuerzas el sentido corpóreo y se oscurece entre muchos estorbos el ojo espiritual. ¿Qué mucho, pues, que necesite el extranjero del auxilio del natural del país? Y dichoso el caminante que el beneficio de los ciudadanos, sin el cual no podía vivir, le supo trocar en servicio, usando, no gozando de él; apremiando, no pidiendo; haciéndose exactor, no suplicante.

## CAPITULO II\*

### SEÑALA VARIOS GRADOS DE CONSIDERACIÓN

3. Grande es el hombre que, reputando el uso de los sentidos como ciertas riquezas de los ciudadanos, procura extenderlas, empleándolas en bien de su salvación y de la de otros muchos. Ni es menor aquel que se sirve de esto mismo

<sup>2</sup> Io. 6, 45.

\* PL 182, 789.

como de una escala para contemplar las cosas invisibles; sólo que esto es más dulce, aquello más provechoso; esto de mayor dicha, aquello de mayor fortaleza. Pero máximo entre todos será el que, despreciando el uso mismo de las cosas y de los sentidos en cuanto es permitido a la humana fragilidad, no por grados que le sirvan para subir, sino con inopinados excesos, acostumbrió volar de aquí algunas veces en su contemplación hacia aquellas cosas sublimes. A este último género pienso que corresponden aquellos excesos de San Pablo. Excesos, no ascensos, puesto que él mismo afirma haber sido arrebatado, no haber subido<sup>3</sup>. De ahí que decía: *Ya seamos transportados como fuera de nosotros mismos, esto es, para Dios*<sup>4</sup>. Ciertamente, estas tres cosas suceden cuando la consideración, aunque en el lugar de su peregrinación, haciéndose superior con el ejercicio de las virtudes y auxilio de la gracia, deprime a la sensualidad para que no se ensoberbezca, la comprime para que no se derrame o huya de ella para que no la manche. En lo primero se muestra más poderosa; en lo segundo, más libre; en lo tercero, más pura. Porque con las alas de la pureza y de la alegría se hace este vuelo.

4. ¿Queréis que os distinga con sus propios nombres estas tres clases de consideración? Llamemos a la primera, si os agrada, económica; a la segunda, apreciativa; a la tercera, especulativa. El significado de estos nombres le declararán sus propias definiciones. Económica es una consideración que, así de los sentidos como de las cosas sensibles, usa ordenada y sociablemente para merecer con Dios. La apreciativa es una consideración que examina y pesa todas las cosas con prudencia y cuidado para hallar a Dios. La especulativa es una consideración que se recoge en sí misma y se exime, en cuanto es ayudada de la gracia, de las cosas humanas para contemplar a Dios. Juzgo que habréis advertido con discreción que ésta es el fruto de las otras y que, si las otras no se dirigen a ésta, podrán parecer lo que se llaman, pero serlo, no. Y la primera ciertamente, si no pone en ésta la mirada, siembra mucho y nada siega; la otra, si a esta misma no se refiere, camina, pero no se libra. Así, lo que la primera junta, la segunda lo huele, la tercera lo gusta. A cuyo gusto, sin embargo, llevan también las demás, aunque más tarde; pero con esta diferencia: que con la primera se llega con más trabajo, con la segunda con más quietud.

<sup>3</sup> 2 Cor. 12, 1-4.

<sup>4</sup> 2 Cor. 5, 13.

## CAPITULO III\*

LAS COSAS QUE ESTÁN SOBRE NOSOTROS, ES DECIR, DIOS Y LOS ÁNGELES, SE PUEDEN INVESTIGAR POR LA OPINIÓN, POR LA FE Y POR LA INTELIGENCIA

5. Habéis dicho bastante, responderéis, para entender por dónde se ha de subir; también debéis decir adónde hemos de subir. Os engañáis si esperáis esto; es inefable. ¿Pensáis que puedo hablar lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre? *A nosotros*, dice, *lo reveló Dios por su espíritu*<sup>5</sup>. Luego las cosas que están sobre nosotros no se explican con palabras, sino que se manifiestan por el espíritu. Pero lo que el lenguaje no explica, búsquelo la consideración, deséelo la oración, mérezcalo la vida, alcáncelo la pureza. A decir verdad, cuando os impelo a considerar las cosas que están sobre nosotros, no penséis que os envío a mirar el sol, la luna o las estrellas, ni el mismo firmamento, ni tampoco aquellas aguas que están sobre los cielos. Todas estas cosas, aunque estén arriba por razón del lugar, están abajo, atendido el precio y la dignidad de su naturaleza, puesto que son cuerpos. Una porción de vos mismo es espíritu, sobre el cual en vano buscáis nada que no sea espíritu. Sin duda es espíritu Dios; lo son también los santos ángeles, y éstos están sobre vos. Pero Dios es superior por naturaleza, los ángeles por gracia. Lo más excelente de vos y del ángel es la razón; mas Dios no tiene algo de sí mismo que sea lo más excelente, siendo todo él una cosa excelentísima. A este Señor y a los espíritus bienaventurados que están con él, por tres modos, como por otros tantos caminos, los ha de investigar nuestra consideración. Es decir, por la opinión, por la fe y por la inteligencia. De las cuales la inteligencia se funda en la razón; la fe, en la autoridad; la opinión, en sólo lo verosímil. En aquellas dos se halla una verdad segura, con la diferencia de que en la fe está cerrada y encubierta; en la inteligencia, desnuda y manifiesta; pero la opinión, no teniendo en sí nada de cierto, trata de buscar lo verdadero por lo verosímil más bien que alcanzarlo.

6. Enteramente se debe evitar la confusión de estas cosas, no suceda que lo incierto de la opinión lo asegure la

\* PL 182, 790.

<sup>5</sup> I Cor. 2, 9. 10.

fe o lo fijo y constante en la fe lo ponga en disputa la opinión. Y se debe tener presente que la opinión, si asevera las cosas, es temeraria; la fe, si procede con duda, es enferma; la inteligencia también, si pretende romper lo que la fe tiene sellado, se reputará una violenta y presuntuosa curiosidad de la majestad. Muchos confundieron su opinión con la inteligencia y erraron. Ciertamente, la opinión puede reputarse inteligencia, pero la inteligencia no puede reputarse opinión. ¿En qué consiste esto? En que la opinión puede engañarse; la inteligencia, no; porque, si pudiera engañarse, por esto solo no será inteligencia, sino opinión. Es decir, que en la inteligencia propiamente tal no sólo se halla una verdad cierta, sino la noticia de la verdad. Podemos definir cada una de este modo: la fe es un cierto gusto voluntario y anticipado de la verdad no manifestada aún. La inteligencia es una noticia cierta y manifiesta de las cosas invisibles. La opinión consiste en tener una cosa como verdadera sin que sepáis si es falsa. Así, como dije, la fe no tiene duda alguna en sí; si la tiene, no es fe, sino opinión. ¿En qué se diferencia de la inteligencia? En que, si bien no permite incertidumbre, como tampoco la inteligencia, con todo, tiene en sí un velo que la inteligencia no tiene. En fin, si llegasteis a tener inteligencia de alguna cosa, ya no tenéis que aspirar a mayor conocimiento; o, si podéis adelantar en su conocimiento, no la habéis entendido. Pero ninguna cosa deseamos saber con más ansia que las que ya sabemos por la fe. Nada, pues, faltará para la bienaventuranza cuando las cosas que ahora son ciertas para nosotros por la fe sean igualmente manifiestas.

## CAPITULO IV\*

### CÓMO SE DEBE CONSIDERAR A LOS ÁNGELES

7. Explicadas así estas cosas, ya sin tardanza diríjase la consideración a aquella Jerusalén que está arriba y es nuestra madre; y por los tres caminos mencionados, con reverencia y vigilancia investiguemos lo que es incomprensible, en el modo que nos sea permitido o, más bien, en el modo que se nos conceda. Y, en primer lugar, consideremos que aquí se hallan como ciudadanos unos espíritus poderosos, gloriosos, bienaventurados, diversos unos de otros, dispuestos según dignidades, establecidos desde el principio en

\* PL 182, 791



su respectivo orden, perfectos en su género, de un cuerpo sutilísimo de celeste materia, perpetuos por la inmortalidad, impasibles no por naturaleza, sino por gracia; de ánimo puro, de un afecto benigno, piadosos por la religión, integros por la castidad, inseparables en la unanimidad, en la paz imperturbables, criados por Dios, dedicados a las divinas alabanzas y obsequios. Todas estas cosas las hallamos ciertas leyendo y las creemos por la fe; aunque, respecto de sus cuerpos, no sólo si son formados, mas si en modo alguno los tienen, está indeciso y dudoso el parecer de muchos. Por lo cual, si alguno quiere que esto se ponga entre las opiniones, no lo disputaré. Que estos espíritus están dotados de razón, no por la fe ni por la opinión, sino por la inteligencia, lo conocemos. Porque no pueden carecer de ella y participar al mismo tiempo de Dios. Tienen también ciertos nombres, cuya noticia ha llegado a nosotros por medio del oído; por ellos, en alguna manera, podemos conjeturar y discernir sobre lo que no ha percibido claramente el oído de los mortales acerca de estos bienaventurados espíritus, a saber: sus oficios, sus méritos, sus grados, sus órdenes. Pero aquello cuya noticia no viene por el oído, ya no es de fe, porque la fe viene de lo que se ha oído<sup>6</sup>. Así, opinando solamente, diremos estas cosas. Porque ¿a qué fin se nos dieron a conocer los nombres de los ciudadanos celestiales, si no nos es permitido opinar siquiera, salva la fe, acerca de las cosas de que son los nombres? Angeles, arcángeles, virtudes, potestades, principados, dominaciones, tronos, querubines y serafines: éstos son los nombres. ¿Cuáles son sus significados? ¿No habrá distancia alguna entre aquellos espíritus que se llaman meramente ángeles y aquellos que se llaman arcángeles?

8. ¿Qué, pues, significará esta gradual distinción? Juzguemos que se llaman ángeles—si no habéis considerado otra cosa más conveniente—los espíritus que son dados a cada uno de los hombres para su custodia, según creemos, *siendo enviados a su ministerio*, como afirma San Pablo, *en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salvación*<sup>7</sup>, de quienes dice el Señor: *Sus ángeles siempre están viendo el rostro del Padre*<sup>8</sup>. Juzguemos que los arcángeles presiden a éstos, y son unos espíritus a quienes se comunican los misterios divinos y no son enviados sino por especiales e importantísimas causas. De entre los cuales aquel gran arcángel San Gabriel fué enviado a María<sup>9</sup> por la causa mayor que pudo existir. Digamos que sobre éstos están las virtudes, a cuya voluntad u operación aparecen los

<sup>6</sup> Rom. 10, 17.<sup>7</sup> Hebr. 1, 14.<sup>8</sup> Mt. 18, 10<sup>9</sup> Lc. 1, 26.

signos y prodigios hechos en los elementos o de los elementos para aviso de los mortales. De ahí que, leyéndose en el Evangelio: *Habrá portentos en el sol, luna y estrellas*, se dice poco después: *Porque las virtudes del cielo se moverán* <sup>10</sup>, es a saber, estos espíritus por quienes se hacen estos prodigios. Superiores a éstas juzguemos a las potestades, con cuya fortaleza es comprimida la potestad de las tinieblas y se pone freno a la malignidad de este aire para que no haga tanto daño como intenta y para que el mal que desea hacer se convierta en provecho del hombre. Pensemos que igualmente están colocados sobre éstas los principados, por cuya dirección y sabiduría todos los reinos de la tierra se establecen, se rigen, se limitan, se transfieren, se acortan, se mandan. Juzguemos que las dominaciones exceden en tanto grado a estos órdenes de que hemos hablado, que en su comparación todos los demás parecen unos espíritus destinados al ministerio, y que a éstos, como a señores, están sometidos el régimen de los principados, la defensa de las potestades, las operaciones de las virtudes, las revelaciones de los arcángeles, la tutela y providencia de los ángeles. Juzguemos a los tronos unos espíritus que se elevan aún sobre éstos con alto vuelo; los cuales, por estar sentados, se llaman tronos; y están sentados porque en ellos se sienta Dios. No pudiera sentarse en ellos si no estuvieran sentados. ¿Preguntáis qué es lo que entiendo yo por este asiento? Una suma tranquilidad, una serenidad placidísima, una paz que supera toda inteligencia. Tal es el Señor de los ejércitos, quien está sentado en los tronos, juzgando todas las cosas con tranquilidad, siendo placidísimo, serenísimo, pacatísimo; escogió Dios para sí tales tronos, que resplandeciese en ellos su semejanza. Juzguemos a los querubines unos espíritus que beben de las fuentes mismas de la sabiduría, que es la boca del Altísimo, y derraman arroyos de sabiduría sobre todos los ciudadanos. Ved no sean éstos aquella impetuosidad del río que, según el profeta, alegra a la ciudad de Dios <sup>11</sup>. Juzguemos que los serafines son unos espíritus abrasados en fuego divino y que todo lo entienden, de modo que cada uno de los ciudadanos es una antorcha que arde y que luce; arde en la caridad, luce en el conocimiento.

9. ¡Oh Eugenio, qué bueno es estarnos aquí! ¡Cuánto mejor será si alguna vez enteramente nos dirigimos a donde en parte nos hemos precedido! Nos adelantamos con el ánimo, pero no con todo él, sino con una cortísima porción. Están abatidos nuestros afectos, deprimiéndoles el beso del

<sup>10</sup> Lc. 21, 25. 26.

<sup>11</sup> Ps. 45, 5.

cuerpo, y pegados al lodo; sola por ahora nuestra árida y débil consideración anticipa sus vuelos. Y, sin embargo, con sólo esto poquito que se nos concede, exclamamos con ansia: *Señor, he amado la hermosura de tu casa y el lugar de la habitación de tu gloria* <sup>12</sup>. ¿Qué sería si, recogién dose en sí misma toda el alma y trayendo a sí los afectos de todos los lugares donde estaban cautivos, temiendo lo que no conviene, amando lo que no es decente, doliéndose vanamente, alegrándose más vanamente, diera con ellos con entera libertad todo el vuelo, pulsara con el ímpetu del espíritu y resbalara dulcemente en la grosura de la gloria? ¿Por ventura cuando comenzara a rodear aquellas lúcidas mansiones, a registrar con más curiosidad el seno de Abrahán y ver nuevamente debajo del altar, sea éste lo que se quiera, las almas de los mártires, que, adornadas de la primera estola, aguardan pacientísimamente la segunda, no instaría mucho más entonces hablando en compañía del profeta: *He pedido al Señor una sola cosa, y ésta buscaré: habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida para ver la voluntad del Señor y visitar su templo?* <sup>13</sup> ¿Qué mucho vea allí el corazón de Dios? ¿Qué mucho se vea allí cuál es la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta? Buena en sí, agradable en sus efectos; más agradable y gustosísima a los que la gozan; perfecta para los perfectos, que no buscan otra cosa más que ella. Están presentes allí las entrañas de misericordia, están presentes los pensamientos de paz, las riquezas de salvación, los misterios de su buena voluntad, los arcanos de su benignidad, que, cerrados para los mortales, aun los mismos escogidos no los miran sin extrañeza por ahora. Disposición saludable ciertamente para que no cesen de temer mientras todavía no se hallan idóneos para amar dignamente.

10. Hallamos motivo en estos espíritus que se llaman serafines para considerar cómo ama aquel Señor que no tiene causas para amar, que, sobre todo, nada aborrece de cuantas cosas hizo; cómo fomenta a los que hizo para salvarlos; cómo los promueve, cómo los estima, cómo, consumiendo aquel fuego los delitos de la juventud de los escogidos y las pajas de sus ignorancias, la vuelve limpiísima y dignísima de su amor. Es de considerar en los querubines, que se llaman plenitud de ciencia, cómo el Señor es un Dios que todo lo sabe, cómo es el único en quien no puede tener lugar la ignorancia, cómo todo es luz y no hay en El tiniebla alguna; cómo todo es ojos, que jamás se engañan, porque jamás se cierran; cómo fuera de sí mismo

<sup>12</sup> Ps. 25, 8.

<sup>13</sup> Ps. 26, 4.

no necesita de luz a que se aplique para ver, porque El es quien ve y al mismo tiempo toda la suficiencia para ver. Es de considerar en los tronos cómo el Señor se sienta en ellos como juez, ajeno de sospecha de injusticia, no queriendo engañar, no pudiendo ser engañado, como quien ama del modo que se ha dicho y conoce todas las cosas de igual modo. Ni el mismo asiento está vacío de misterio, puesto que es la insignia de la tranquilidad. Salga mi juicio de un semblante tal, en el que se halla el amor, falta el error y falta también la perturbación. Es de considerar en las dominaciones cuán grande sea la majestad de Dios, en cuya voluntad está el imperio, siendo términos del mismo el universo y la eternidad. Es de considerar en los principados cómo el Señor es principio de donde tienen su existencia todas las cosas; a la manera que la puerta se gobierna por el quicio, así por El se rige todo el universo. Es de considerar en las potestades qué poderosamente el mismo Príncipe protege a los que rige, reprimiendo y ahuyentando a las potestades enemigas. Es de considerar en las virtudes cómo el Señor es una virtud en todas partes presente y por la que tienen ser todas las cosas; una virtud vivífica, eficaz, invisible, inmovible, pero que mueve todas las cosas últimamente y las sujeta fuertemente; que cuando se explica en efectos pocas veces vistos de los mortales, se llaman éstos milagros o prodigios. Finalmente, es de considerar y admirar en los ángeles y arcángeles la verdad y experiencia de aquella voz: *Porque El mismo es quien tiene cuidado de nosotros*<sup>14</sup>, pues no cesa de alegrarnos con las visitas de tan grandes y tales espíritus, de instruirnos con sus revelaciones, de amonestarnos con sus inspiraciones, de regalarnos con su cariñosa asistencia.

## CAPITULO V\*

### LAS GRACIAS Y DOTES DE LOS ÁNGELES SE DERIVAN DE DIOS

11. Todas estas cosas dió a estos espíritus el mismo Señor que los crió, siendo el Espíritu sumo, que repartió sus dones según su voluntad. Estas cosas obra en ellos; estas mismas les concedió obrarlos también, mas de un modo diferente. Arden los serafines, pero con el fuego de Dios, o, más bien, siendo Dios el fuego. Su principal dis-

<sup>14</sup> 1 Petr. 5, 7.

\* PL 182, 794.



tintivo es que aman, pero no cuanto Dios ama ni de la misma manera. Lucen los querubines y resplandecen en la ciencia, pero por la participación de la verdad, y, por eso mismo, no como ni cuanto la verdad. Están sentados los tronos, pero por el favor del Señor, que está sentado en ellos. Juzgan también con tranquilidad, pero no a la medida y modo del que es paz, que todo lo pacifica; paz que supera todo sentido. Dominan las dominaciones, pero dominan bajo el Señor, le sirven a El al mismo tiempo. ¿Qué comparación tiene esto con el sumo, sempiterno y singular dominio? Presiden y rigen los principados, pero son también regidos ellos mismos, de tal suerte, que no acertarían a regir si dejaran de ser regidos. Se distingue en las potestades la fortaleza, pero deben el ser fuertes a aquel Señor que de modo muy diferente es fuerte y es más fuerte, y no ya es fuerte, sino la misma fortaleza. Las virtudes, según su ministerio y potencia, cuidan de excitar los corazones tibios de los hombres con la novedad de los portentos; pero la virtud que permanece en ellas es quien hace estas maravillas. Hácenlas también ellas mismas, pero en su comparación no hacen nada. Finalmente, es tan grande la diferencia, que como singularmente le dice al Señor el profeta: *Eres el Señor que obras las maravillas*<sup>15</sup>. Y en otra parte dice de Dios: *El es quien sólo hace los prodigios grandes*<sup>16</sup>. Nos asisten los ángeles y arcángeles, pero se hace más familiar nuestro aquel Señor que no sólo asiste, sino que está en nosotros.

12. Si decís que el ángel también puede estar en nosotros, no lo negaré. Me acuerdo de que se halla escrito: *Y el ángel que hablaba en mí*<sup>17</sup>. Pero en esto mismo hay diferencia. Está en nosotros el ángel sugiriendo lo bueno, no introduciéndolo; está en nosotros exhortando a lo bueno, pero no criando lo bueno. Dios de tal modo está en nosotros, que nos aficiona a lo bueno y lo infunde; o, por mejor decir, El mismo se infunde y se comunica. De manera que ya ha habido quien no temió decir que es una cosa con nuestro espíritu, aunque no una persona ni una substancia. Escrito está: *El que se junta a Dios es un espíritu con El*<sup>18</sup>. El ángel, pues, está con el alma, Dios en el alma. El ángel está en el alma como compañero, Dios como vida. Así como el alma ve en los ojos, oye en los oídos, huele en las narices, gusta en la boca, palpa en lo demás de todo el cuerpo, así obra Dios en diversos espíritus cosas diversas; por ejemplo, mostrándose en unos como quien ama, en otros como quien conoce, en otros haciendo otra cosa, se-

<sup>15</sup> Ps. 75, 15.

<sup>16</sup> Ps. 136, 4.

<sup>17</sup> Zach. 1, 14.

<sup>18</sup> I Cor. 6, 17.

gún que el espíritu se manifiesta en cada uno por sus dones diferentes para utilidad común <sup>19</sup>. ¿Quién es este tan común en las voces, tan distante en las cosas? ¿Cómo este mismo a quien mentamos en nuestras voces huye totalmente de nuestra vista y nuestro afecto oculto en su majestad? Escuchad lo que El mismo dice a los hombres: *Como los cielos se encumbran sobre la tierra, otro tanto están elevados mis caminos sobre los vuestros, y mi pensamiento sobre los vuestros* <sup>20</sup>. Se dice de nosotros que amamos, también de Dios; se dice que conocemos, y lo mismo de Dios. Y muchas otras cosas de este mismo modo. Pero Dios ama como caridad, conoce como verdad, se sienta como equidad, domina como majestad, rige como principio, defiende como salud, obra como fortaleza, revela como luz, asiste como piedad. Las cuales cosas las hacemos también los ángeles y nosotros; pero de un modo muy inferior: las hacemos, a la verdad, no con lo bueno que tenemos de nosotros mismos, sino con lo bueno que participamos de Dios.

## CAPITULO VI\*

### EL SER PRINCIPIO Y ESENCIA CONVIENE PROPIAMENTE A SÓLO DIOS

13. Ahora ya pasad más allá de estos espíritus por si quizá también vos podéis decir con la Esposa: *Luego que pasé un poquito más allá de ellos, encontré a quien ama mi alma* <sup>21</sup>. ¿Quién es Dios? No ocurre ciertamente decir otra cosa mejor que *el que es*. Esto mismo quiso El que se respondiese acerca de sí mismo; esto enseñó, diciendo Moisés al pueblo por mandato del mismo Dios: *El que es me envió a vosotros* <sup>22</sup>. Y con razón. Nada hay más competente a la eternidad, que es el mismo Dios. Si decís de Dios que es bueno, grande, bienaventurado, sabio o cualquiera otra cosa semejante, todo esto está incluido y comprendido en esta palabra: *El que es*. Verdaderamente, el ser suyo es ser todas las cosas. Si sobre esto añadís otras cien cosas tales, no os apartáis del ser. Si las decís, nada añadís; si no las decís, nada decís de menos. Si habéis considerado este tan singular, tan sumo ser, ¿no juzgáis que, en su comparación, todo lo que no es El, más bien no es

<sup>19</sup> I Cor. 12, 7.

<sup>20</sup> Is. 55, 9.

\* PL 182, 795.

<sup>21</sup> Cant. 3, 4.

<sup>22</sup> Ex. 3, 14.

que es? ¿Qué cosa es Dios? Es una cosa sin la cual nada hay. Igualmente, nada puede tener ser sin El, pues ni El puede tener ser sin El mismo. El es para sí, El es para todos. Y por eso, en algún modo, El solo es su mismo ser y el ser de todo cuanto existe. ¿Qué es Dios? Principio; esta misma respuesta dió El de sí mismo<sup>23</sup>. Muchas son las cosas que se llaman principio, pero es respecto de otras posteriores; si ponéis la atención en otra que las preceda, a esta misma señalaréis por principio con más razón. Por lo cual, si buscáis un verdadero y simple principio, es preciso que le encontréis en lo que no haya tenido principio. Aquello por lo que todo el universo comenzó, eso mismo, sin duda, no comenzó. Porque si comenzó, es forzoso que comenzara por otra cosa. Porque de sí mismo nada comenzó. A no ser que alguno tal vez piense que lo que no era se pudiera dar a sí mismo el comenzar a ser o que existió alguna cosa antes que tuviera ser. Pero, siendo ambas cosas repugnantes a la razón, es constante que nada pudo ser principio de sí mismo. Por otra parte, lo que tuvo otra cosa por principio, no fué primer principio. El verdadero principio, pues, de ninguna manera comenzó; antes bien, todo comenzó por El mismo.

14. ¿Quién es Dios? Aquel Señor respecto del cual en los siglos se acercaron, ni se apartaron, ni le son coeternos. ¿Quién es Dios? *Aquel de quien son todas las cosas, por quien son todas las cosas, en quien son todas las cosas*<sup>24</sup>. *De quien son todas las cosas*, criándolas, no sembrándolas. *Por quien son todas las cosas*, para que no entendáis ser distinto el autor del hacedor. *En quien son todas las cosas*, no porque estén en El como en su lugar, sino como en su virtud. *De quien son todas las cosas*, como de un solo principio, autor de todas ellas. *Por quien son todas las cosas*, para que no se admita ningún otro principio. *En quien son todas las cosas*, para que no se admita tampoco otra cosa diferente, que es el lugar. *De quien son todas las cosas*, no de *que*, porque no es materia Dios. El es causa eficiente, no material. En vano los filósofos buscan la materia; no la necesitó Dios. No tuvo que buscar oficina ni artifice. El mismo hizo las cosas por sí, El mismo las hizo todas en sí. ¿De qué las hizo? De nada, porque, si las hiciera de algo, no habría hecho esto mismo, y, por tanto, no habría hecho todas las cosas. Esté lejos de nosotros el pensar que de su misma incorrupta e incorruptible substancia haya hecho tantas cosas, que, aunque buenas, son, con todo, corruptibles. ¿Preguntáis dónde estará

<sup>23</sup> Io. 8, 25.

<sup>24</sup> Rom. II, 36.

El mismo, supuesto que están en El todas las cosas? Esto es lo que menos encuentro yo. ¿Qué lugar será capaz para El? ¿Preguntáis en dónde no estará? Ni siquiera diré esto. ¿Qué lugar habrá sin Dios? Es Dios incomprensible, pero no habéis llegado a saber poco de El si acerca de El mismo tenéis por cierto que en ninguna parte está, pues en ningún lugar se encierra, y que no hay parte alguna donde no esté, pues de ningún lugar está excluido. Pero con aquel sublime e incomprensible modo que es propio suyo, así como en El están todas las cosas, así en todas las cosas está El mismo. Finalmente, como dice el evangelista, *estaba en el mundo*<sup>25</sup>. Por otra parte, en donde estaba antes que se hiciera el mundo, allí está. Ya no tenéis que preguntar más en dónde estaba; fuera de El nada había. Luego estaba en sí mismo.

## CAPITULO VII\*

### DIOS ES SIMPLICÍSIMO Y TRINO

15. ¿Qué es Dios? Es una cosa la mejor que se puede pensar. Si aprobáis esto, no conviene que asintáis que haya alguna cosa con que Dios sea Dios y que ésa no sea Dios. Sin duda, esa misma sería mejor. Porque ¿cómo no será mejor que Dios, si Dios no es lo que da a Dios que sea Dios? Pero mejor confesamos nosotros que no es otra que Dios aquella divinidad con la que dicen que es Dios. No hay, pues, en Dios otra cosa que Dios. Pero replican ellos: ¿Qué? ¿Negáis que Dios tenga divinidad? No; pero lo que tiene, eso es. ¿Negáis que con la divinidad es Dios? No; pero no con otra cosa que la que es El mismo. O, si has encontrado otra divinidad, ayúdeme la Trinidad, que es Dios, que yo contra ésa me declaro con todo tesón. La cuaternidad sirve para dividir el mundo en partes, pero nunca puede designar a la deidad. Dios es trinidad, Dios es cada una de las personas. Si te agrada añadir por cuarta la divinidad, yo no estoy determinado a adorar en manera alguna a esa que no es Dios. Juzgo que tampoco vos lo estaréis: *Al Señor vuestro Dios adoraréis y a El solo serviréis*<sup>26</sup>. ¡Gloriosa divinidad la que no se atreviera a arrogarse un honor divino! Mucho mejor hacemos nosotros en desechar esto cuarto, como

<sup>25</sup> Io. I, 10.

\* PL 182, 797.

<sup>26</sup> Lc. 4, 8.



lo desechamos, que en admitirlo sin honor. Muchas cosas se dice que hay en Dios, y, a la verdad, sana y católicamente; pero estas muchas son una sola. De otro modo, al juzgarlas diversas, no sólo tendríamos una cuaternidad, sino un centenar. Por ejemplo, decimos de Dios que es bueno, grande, justo y otras innumerables cosas como éstas; pero, si a todas no las consideráis una sola cosa en Dios, tendréis un Dios multiplicado.

16. Pero yo puedo pensar otra cosa mejor que ese Dios tuyo. ¿Preguntas qué? La pura simplicidad. En un verdadero juicio, la naturaleza simple es preferida a la multiplicada. Tengo presente lo que suelen responder a esto. Nosotros afirmamos, dicen, no que muchas cosas, sino que una sola divinidad, la cual son todas aquellas cosas, da a Dios que sea Dios. Luego afirmáis, aunque no un Dios multiplicado, al menos duplicado; y no habéis llegado todavía a una cosa puramente simple ni a una cosa sobre la cual no se pueda pensar otra mejor. No es simple lo que esté sujeto aun a sola una forma, del mismo modo que no es virgen la que ha sido conocida por un solo varón. Lo digo con seguridad; tampoco éste, aunque solamente sea duplicado, será mi Dios. Mejor le tengo yo. Doy que a ése le prefiera yo a otro que sea numeroso o multiplicado; pero absolutamente le desprecio en comparación del que es simple. Mi Dios es éste, según la fe católica. No tiene esto y aquello, como no tiene estas y aquellas cosas. *Es el que es*, no las cosas que es. Es puro, simple, entero, perfecto, igual a sí mismo, sin tomar nada en sí mismo de los tiempos, de los lugares ni de las cosas, sin poner de sí mismo nada en ellas, no teniendo cosa que pueda dividir en números, ni muchas cosas que pueda juntar en una. Porque es una cosa sola, pero no una cosa unida. No consta de partes, como el cuerpo; no se separa de los afectos, como el alma; no está sujeto a formas, como todo lo que está hecho en el mundo; ni tampoco a una sola forma, como a éstos les ha parecido. ¡Por cierto sería una gran alabanza en Dios que para librarse de ser informe se contentase con una sola forma! Esto es lo mismo que decir que las demás cosas deben lo que son a muchas formas, pero Dios a una sola. ¿Qué? ¿Aquel por cuyo beneficio son todas las cosas que existen habrá de inclinarse para recibir su propio ser a otros bienhechores? Semejante alabanza—como se dice vulgarmente—vale por una blasfemia. ¿Por ventura no es más no necesitar de ninguno que de uno solo? Tened reverencia a Dios y atribuídle lo que se estima más. Si vuestro corazón, formando idea de Dios, pudo ascender hasta aquí, ¿cómo os atreveréis a colocarle más abajo? El mismo es su

forma, El mismo es su esencia. Yo en este grado le adoro; y, si otro mayor apareciera, ese mismo le atribuiría. ¿Se puede acaso temer que nuestro pensamiento vuele tanto que pase más allá de El? Por más que se eleve a lo alto, está El más allá. Cosa ridícula sería buscar al Altísimo más abajo de lo que el hombre puede pensar; colocarle allí sería impiedad. Más allá se ha de buscar, no más acá.

17. Subid todavía, si podéis, a un corazón más alto, y Dios se ensalzará. No admite en sí forma Dios; El mismo es su forma. No admite en sí afectos diversos; El es su afecto. No es compuesto Dios; es puramente simple. Y para que claramente sepáis qué quiero entender por simple, es lo mismo que una sola cosa. Tan simple es Dios como uno. Es uno, pues, y ninguna otra cosa. Es unísimo, si así se puede decir. Uno es el sol, porque no hay otro; una es la luna, porque, igualmente, no hay otra. Esto mismo es Dios, pero más. ¿Qué más? Uno es también para sí; ¿queréis que os declare esto? Es uno siempre y de un mismo modo. No es así uno el sol, no es así sola la luna. Uno y otra claman que no son una sola cosa para sí mismos, publicándolo aquél con sus movimientos, ésta con sus menzugas. Mas Dios no solamente es uno por sí mismo; también es uno en sí mismo. No tiene en sí, sino a sí. No tiene alteración por el tiempo, no tiene diferencia en la substancia. Por eso dijo de El Boecio: "Este es verdaderamente uno; en el que ningún número hay, ni otra cosa alguna más que aquello que es. Ni tampoco puede hacerse sujeto, puesto que es forma El mismo". Comparad con este uno todo lo que puede llamarse uno y no será uno. Con todo, Dios es trinidad. ¿Qué? ¿Destruímos lo que se ha dicho de la unidad porque afirmamos la trinidad? No, sino que establece la unidad. Decimos Padre, decimos Hijo, decimos Espíritu Santo; pero no tres dioses, sino un solo Dios. ¿Qué quiere significar este número, por decirlo así, sin número? Si tres, ¿cómo no habrá número? Si una sola cosa, ¿dónde está el número? Pero tengo, dirás, qué cuenta y qué no cuenta. La substancia es una sola; las personas son tres. ¿Qué hay de admirar? ¿Qué hay obscuro en esto? Nada, si se consideran las personas aparte de la substancia. Mas siendo aquellas tres personas, aquella substancia y aquella una sola substancia aquellas tres personas, ¿quién negará el número, puesto que verdaderamente son tres? ¿Quién, sin embargo, habrá que numere, puesto que verdaderamente son una sola cosa? O, si juzgáis fácil de explicar esto, cuando decís tres, ¿qué habéis numerado? ¿Naturalezas? Es una sola. ¿Esencias? Una sola. ¿Substancias? Una sola. ¿Deidades? Una sola. No son éstas, decís.

las que yo cuento, sino las personas. Pero ¿personas que no sean aquella una sola naturaleza, aquella una sola esencia, aquella una sola substancia, aquella una sola divinidad? Sois católico; de ningún modo concederéis esto.

## CAPITULO VIII\*

LA PLURALIDAD DE PERSONAS EN DIOS RESULTA DE LAS PROPIEDADES; PERO LA ESENCIA ES UNA Y SIMPLICÍSIMA

18. Que las propiedades de las personas no son otra cosa que las personas, y las mismas no otra que un solo Dios, una sola substancia divina, una sola naturaleza divina, una sola y suma majestad divina, lo confiesa la fe católica. Contad, pues, si podéis, sin la substancia las personas, que son ella misma, o sin las personas las propiedades, que son ellas mismas. Si alguno intentara ya separar las personas de la substancia, ya las propiedades de las personas, no encuentro cómo podría reputarse verdadero creyente de la Trinidad, poniendo tanto número de cosas. Digamos, pues, tres, pero sin perjuicio de la unidad; digamos una sola cosa, pero sin confusión de la Trinidad. Porque no son nombres vacíos ni voces sin significado. Pregunta alguno: ¿cómo podrá ser esto que llamamos dogma católico? Bástele creer firmemente que es así. No porque se manifieste evidentemente a la razón, ni tampoco porque se funde en el débil apoyo de la opinión, sino porque a la fe se persuade firmemente. Es un misterio grande, que, a decir verdad, se debe venerar, no escudriñar curiosamente. ¿Cómo se halla la pluralidad en la unidad, y tal unidad, como la unidad misma en la pluralidad? Escudriñar esto es temeridad, creerlo es piedad, saberlo es vida, y vida eterna. Por eso, si lo juzgáis conveniente, ¡oh Eugenio!, recorra la consideración ahora muchos unos para que la excelencia de este Uno singular se haga más clara. Hay unidad que se puede llamar *colectiva*, como, por ejemplo, cuando muchas piedras hacen un montón. Hay también unidad *constitutiva* cuando muchos miembros constituyen un cuerpo o muchas partes un todo. La hay *conyugal*, por la cual se hace que dos no sean dos, sino una carne. La hay igualmente *nativa*, por la cual nace un solo hombre por la unión del alma y del cuerpo. Hay unidad *poderosa y señora*, que se verifica cuando un hombre de virtud aspira a encontrarse

\* PL 182, 799.

siempre no inconstante, no desigual, sino uno siempre respecto de sí mismo. La hay también *por conformidad* cuando por la caridad se hace de muchos hombres un solo corazón y una sola alma. La hay *afectiva*, cuando, juntándose a Dios el alma con todos sus deseos y votos, es un espíritu con El. Hay también unidad de *dignación*, con la cual a nuestro barro le tomó en sí el Verbo de Dios en una sola persona.

19. Pero todos éstos, ¿qué comparación pueden tener con aquel Sumo y, por decirlo así, únicamente Uno, donde la consubstancialidad hace la unidad? Cualquiera de esos unos que queráis cotejar con éste, será en algún modo uno; pero, si queréis hacer la comparación, ninguno. Así, pues, entre todas las cosas que con razón se llaman unas, ocupa la eminencia la unidad de la Trinidad, por la cual tres personas son una sola substancia. En segundo lugar resplandece aquella por la cual, al contrario, tres substancias son una sola persona en Cristo. A la verdad, esta y otras cualquiera cosas pueden llamarse unas a imitación, no a comparación de aquella suma unidad, como lo comprueba una verdadera y prudente consideración. Ni nos apartamos de esta consideración de la unidad por afirmar las tres personas, siendo así que en esta Trinidad no admitimos multiplicidad, como tampoco soledad en la unidad. Por lo cual cuando digo: *Una sola cosa*, no me turba el número de la Trinidad, el cual ni multiplica, ni varía, ni parte la esencia. Igualmente, cuando digo tres, no me arguye la consideración de la unidad, la cual ni confunde uno con otro a los tres ni los reduce a singularidad.

## CAPITULO IX\*

ASÍ COMO EN DIOS HAY UNA NATURALEZA EN TRES PERSONAS,  
ASÍ, AL CONTRARIO, EN CRISTO VARIAS NATURALEZAS ESTÁN  
UNIDAS EN UNA SOLA PERSONA

20. Lo mismo siento acerca de aquella unidad a la que después de ésta, entre todos los unos, di el segundo honor. Digo, pues, que en Cristo, el Verbo, el alma y la carne, sin confusión de las esencias, son una sola persona, y que igualmente, sin perjuicio de la personal unidad, permanecen en su mismo número de tres. No negaré que ésta pertenece a aquel género de unidad con la cual el alma y la carne son

\* PL 182, 800.



un solo hombre. Era razón que con mayor familiaridad y semejanza conviniese con la constitución del hombre un misterio que fué constituido por el bien del hombre. Era razón igualmente que se asemejase a aquella suma unidad que hay en Dios y es Dios; de suerte que como allí tres personas son una sola esencia, así aquí, con una contrariedad convenientísima, tres esencias sean una sola persona. ¿No veis qué bellamente entre una y otra unidad se coloca ésta en aquel que fué constituido mediador de Dios y del hombre, el hombre Cristo Jesús? Hermosísima conveniencia, vuelvo a decir, que el saludable misterio diga correspondencia con ambos con una congruente semejanza, esto es, con el que salva y con el que es salvado. Así, esta unidad, colocada en medio de las dos unidades, se ve que a la una cede y a la otra excede; cuanto inferior a la que es superior, tanto superior a la que es inferior.

21. Finalmente, tan grande y tan expresa fuerza de unión muestra en sí esta persona, en la cual Dios y el hombre son un solo Cristo, que, si esas dos cosas las afirmáis mutuamente de sí mismas, no cometeréis error alguno pronunciando, es a saber, verdadera y católicamente a Dios hombre, y al hombre Dios. Mas no a este modo, si no es absurdísimamente, predicaréis el cuerpo del alma o el alma del cuerpo, aunque igualmente el alma y el cuerpo sean un solo hombre. ¿No es de admirar que no sea igualmente poderosa el alma para juntar a sí con su vital, aunque no poco fuerte, conato su cuerpo y estrecharle consigo mismo por medio de sus afectos, como la divinidad junta y estrecha consigo aquel hombre que fué predestinado Hijo de Dios en el poder? Larga cadena y fuerte para apretar la divina predestinación, pues existe eternamente. ¿Qué cosa más larga que la eternidad? ¿Qué cosa más poderosa que la divinidad? De ahí que ni la muerte pudo romper en modo alguno esta unidad aunque fueron separados entre sí el cuerpo y el alma. Y quizá esto era lo que sentía aquel que se confesó por indigno de desatar la correa de su calzado <sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Mc. I, 7.

## CAPITULO X\*

LA PARÁBOLA QUE SE HALLA EN EL EVANGELIO DE SAN MATEO  
DE LAS TRES MEDIDAS DE HARINA SE APLICA A LA PERSONA  
DE CRISTO

22. También, si alguno dice que aquellas tres medidas del Evangelio<sup>28</sup>, mezcladas y fermentadas para hacer un pan, aluden a estas tres cosas, no me parece que lo hará sin congruencia. ¡Qué bien fermentó esta mujer para que, ni aun hecha la separación del cuerpo y del alma, no se separase ni del cuerpo ni del alma el Verbo! Aun en la separación permaneció inviolable la unidad, pues ni la separación, que en parte hubo, pudo perjudicar en nada a la unidad que permanecía en las tres cosas. Juntas o separadas las dos, del mismo modo se conservó en las tres la unidad personal. Igualmente continuaron siendo un solo Cristo y una sola persona el Verbo, el alma y el cuerpo aun después de morir el hombre. En el vientre de la Virgen —según creo—fué hecha esta mixtura y fermentación; ella misma es la mujer que mezcló y fermentó. No sin razón, tal vez, podré decir que el fermento fué la fe de Maria. Bienaventurada ella que creyó, porque en ella fueron perfeccionadas las cosas que el Señor la había dicho<sup>29</sup>. Mas no hubieran sido perfeccionadas si no hubiera fermentado todo, según las palabras del Señor, y fermentado para siempre, guardando para nosotros, así en vida como en muerte, un solo y entero mediador de Dios y de los hombres con su deidad, que es el hombre Cristo Jesús.

23. Merecen observarse en este admirable misterio, según el número de las tres medidas de harina, tres grados de una maravillosa y excelentísima distinción, que son nuevo, antiguo y eterno. Nuevo, el alma, que se cree fué criada de la nada cuando fué infundida; antiguo, la carne, que se sabe derivó desde el primero de los hombres, esto es, desde Adán; eterno, el Verbo, que con verdad firmísima confesamos engendrado del Eterno Padre, coeterno a El. Y en estos tres grados resplandece, si con cuidado advertís, un triple género del poder divino: por haberse hecho algo de la nada, lo nuevo de lo viejo, lo eterno y bienaventurado de lo condenado y muerto. ¿Qué bienes para

---

\* PL 182, 801.

<sup>28</sup> Mt. 13, 33.

<sup>29</sup> Lc. 1, 45.

nuestra salvación trae todo esto? Muchos por todos modos. Primeramente, estando reducidos a la nada por el pecado, en cierto modo hemos sido creados segunda vez para que seamos algún principio de su criatura; en segundo lugar, somos trasladados de la antigua servidumbre a la libertad de los hijos de Dios, caminando según un nuevo espíritu. Finalmente, hemos sido llamados de la potestad de las tinieblas al reino de la claridad eterna, en la cual nos hace asentar en Cristo. Estén apartados de nosotros los que de nosotros pretenden enajenar la carne de Cristo afirmando impíamente que fué creada nueva en la Virgen y no tomada de la Virgen. Bellamente el espíritu profético salió al encuentro de este parecer, o, más bien, blasfemia, de los impíos: *Saldrá, dice, una vara de la raíz de Jesé y nacerá una flor de su raíz*<sup>30</sup>. Pudiera haber dicho una flor nacerá de la vara; pero quiso más bien decir *de su raíz*, a fin de mostrar que de donde traía su origen la vara, de allí mismo le traía la flor. De allí, pues, fué tomada la carne de donde era nacida la Virgen; no podía ser nueva en la Virgen, pues procedía de la raíz.

## CAPITULO XI\*

### CONTINUACIÓN DE LA CONSIDERACIÓN DE DIOS

24. Quizá os causará algún tedio si todavía proseguimos preguntando: ¿Qué es Dios? Ya porque tantas veces se ha hecho esta pregunta, ya porque desconfiáis que se pueda responder del todo. Os digo con seguridad, Eugenio: sólo es Dios el que jamás se puede buscar en vano, aun cuando no pueda ser encontrado. Acerca de esto os enseñe vuestra experiencia, o, si no, creed a un experimentado, que no soy yo, sino aquel santo que dice: *Bueno eres, Señor, para los que esperan en ti, para el alma que te busca*<sup>31</sup>. ¿Qué es Dios? En cuanto al universo, el fin de todas las cosas; en cuanto a la elección, salvación; en cuanto a sí mismo, él lo sabe. ¿Qué es Dios? Una voluntad omnipotente, una virtud sumamente benévola, una luz eterna, una razón inmutable, una bienaventuranza suma que cría las almas para que participen de El, que las vivifica para que le sientan, que las aficiona para que le apetezcan,

<sup>30</sup> Is. II, I.

\* PL 182, 802.

<sup>31</sup> Thren. 3, 25.

que las dilata para caber en ellas, que las justifica para que le merezcan, que las enciende para el cielo, que las fecunda para el fruto, que las dispone a la justicia, que las prepara a la benevolencia, que las dirige a la sabiduría, que las da fuerzas para la virtud, que las visita para el consuelo, que las ilumina para el conocimiento, que las perpetúa para la inmortalidad, que las llena para su felicidad, que las rodea para su seguridad.

## CAPITULO XII\*

DIOS ES UN PIADOSO REMUNERADOR DE LAS BUENAS OBRAS  
Y VENGADOR JUSTÍSIMO DE LOS PECADOS

25. ¿Qué es Dios? No menos pena de los perversos que gloria de los humildes. Porque es una rectitud racional de justicia inflexible e inevitable, pues a todas partes alcanza; en la cual, quebrantándose toda maldad, es forzoso que quede confundida. ¿Qué mucho tropiece en ella y se haga pedazos todo lo hinchado y torcido? ¡Ay de todo lo que encuentre por delante esta rectitud que no sabe ceder, pues al mismo tiempo es la misma fuerza! ¿Qué cosa hay contraria y adversa a las voluntades inicuas como siempre esforzarse y siempre dar de golpe y siempre en vano? ¡Ay de las voluntades opuestas, pues llevan consigo la pena de su misma aversión! ¿Qué cosa puede ser tan penosa como querer siempre lo que nunca existirá? ¿Qué cosa puede haber de tanta condenación como hallarse sujeta la voluntad a esta necesidad de querer y no querer, de manera que así como no puede moverse a estos dos afectos sino perversamente, así no pueda dejar de moverse miserablemente? Eternamente no conseguirá lo que quiere y no menos eternamente habrá de padecer lo que no quiere. Justamente por todos modos, pues quien jamás pone su afecto en cosa decente, no es razón que consiga jamás cosa que le pueda dar gusto. ¿Quién hace esto? Nuestro Señor Dios, que es recto y que con el perverso obra como quien se pervierte. Nunca podrá unirse entre sí lo recto y lo torcido. Estas cosas mutuamente se oponen, aunque no se dañan mutuamente. El daño es de una de ellas, de ningún modo de Dios. *Duro es para ti, dice, recalcitrar contra el aguijón*<sup>32</sup>. Es decir, no es duro para el aguijón, sino para el que cocea.

\* PL 182, 802.

<sup>32</sup> Act. 9, 5.



Es también Dios pena de los torpes, pues es Luz. ¿Y qué cosa hay tan aborrecible como la luz para los corazones viciosos y obscenos? Verdaderamente, *et que obra mal, aborrece la luz*<sup>33</sup>. Pero ¿no podrán desviarse de la luz? De ningún modo. Luce en todas las partes, aunque no para todos. En fin, luce en las tinieblas, y éstas no la comprenden. Ve a las tinieblas la luz. Pues para ella lo mismo es ver que lucir; pero no es vista por las tinieblas, porque las tinieblas no la comprenden<sup>34</sup>. Por una parte, pues, son vistas para ser confundidas; por otra, no ven para que no sean cono adas. Ni sólo son vistas por la luz; también en la luz son vistas. ¿De quién o de quiénes? De todos los que tienen vista, para que, según la multitud de los que miran, se aumente su confusión. Mas de tanta multitud de espectadores, ninguna vista les es más molesta que la suya propia. No hay vista en el cielo ni en la tierra de que una conciencia tenebrosa desee huir más y pueda conseguirlo menos. No se ocultan las tinieblas aun a sí mismas. Aun, no viendo otra cosa, ven. Las obras de las tinieblas las van siguiendo; no hallan donde poder esconderse de ellas, ni aun en las mismas tinieblas. Este gusano que nunca muere es la memoria de las cosas pasadas. Una vez echado o, más bien, nacido por el pecado, se pega firmemente, y jamás habrá modo en lo sucesivo de arrancarlo de allí. Ni cesa alguna vez de roer la conciencia; alimentándose de ella como de un manjar verdaderamente inconsuntible, perpetúa su vida. De horror me lleno a la idea del gusano mordedor y de la muerte vividora. Me lleno de horror considerando el caer en una muerte que vive y en una vida que muere.

26. Esta es la segunda muerte que nunca acaba de matar y siempre está matando. ¿Quién les diera a ellos morir de una vez para no morir eternamente? Los que están diciendo a los montes: *Caed sobre nosotros; y a las colinas: cubridnos*<sup>35</sup>. ¿qué otra cosa quieren sino acabar o evadir la muerte por beneficio de la misma muerte? En fin, *invocarán*, dice, *a la muerte y no vendrá*<sup>36</sup>. Mirad esto más claramente. Es cierto que el alma es inmortal y que no vive jamás sin su memoria, pues es imposible que deje de ser alma. Así, durando el alma, dura la memoria. ¿Pero cómo? Afeada con los vicios, horrible con los malos hechos, entumecida con la vanidad, áspera y desaliñada con el desprecio. Las cosas que fueron, pasaron y no pasaron. Pasaron del ejercicio, pero no de la memoria. Lo que ya ha sido hecho, no puede dejar de haber sido hecho. Por tanto, aunque el hacer fué en el tiempo, el haberlo hecho permanece por toda la eternidad.

<sup>33</sup> Io. 3. 20

<sup>34</sup> Io. 1. 5.

<sup>35</sup> Lc. 23. 30.

<sup>36</sup> Apoc. 9. 6.

No pasa con el tiempo lo que pasa más allá de los tiempos. Eternamente, pues, es necesario que te estés acordando de lo que eternamente te acuerdes haber obrado mal. Esto será el experimentar la voz de aquel que dice: *Te reprenderé, te expondré a ti mismo delante de tu rostro*<sup>37</sup>. El Señor lo dijo, y es forzoso que todo lo que se opone a El se contradiga a sí mismo, para que se verifique, aunque fuera de tiempo, aquella queja: *¡Oh guarda de los hombres!, ¿por qué me has puesto en un estado contrario a ti, y en el que soy para mí mismo una pesada carga?*<sup>38</sup> Así es, ¡oh Eugenio! No puede ser una cosa contraria a Dios y estar conforme consigo misma, sino que aquel a quien Dios arguya será igualmente argüido por sí mismo. Apartada de los miembros corpóreos y recogida en sí misma, ya no hay absolutamente arbitrio para que la razón disimule la verdad o el alma se desvíe de los ojos de la razón. Porque ¿cómo podrá desviarse hacia otra parte, dormidos ya y cerrados en la muerte los sentidos, por los cuales solía salir llena de curiosidad y apartarse de sí misma para ir a esta perecedera e inestable figura del mundo? ¿No veis cómo todo concurre a aumentar a los torpes la confusión cuando los saquen a ser espectáculo de Dios, de los ángeles, de los hombres, de sí mismos? ¡Oh, cuán malamente están colocados todos los malos, opuestos al torrente de esta recta equidad y expuestos a esta luz de la verdad patente! ¿No es esto, por ventura, ser atormentados perpetuamente y ser confundidos? *Quebrántalos, Señor Dios nuestro*, dice el profeta, *con dos géneros de males*<sup>39</sup>.

### CAPITULO XIII\*

PROFUNDA Y ELEGANTEMENTE DISCURRE ACERCA DE LA LONGITUD, LATITUD, PROFUNDIDAD Y SUBLIMIDAD DE DIOS

27. ¿Qué es Dios? Longitud, latitud, sublimidad y profundidad. ¿Qué?, me decís. ¿Conque tenemos que profesas la cuaternidad que abominabas? De ningún modo. La abominé y la abomino. Al parecer pronuncié muchas cosas, pero es realmente una. Un solo Dios está designado, según nuestro modo de entender, no según su estado. Aquel es el que se divide, no éste. Las voces son diversas, las sendas muchas; pero una cosa se significa por ellas, uno solo se busca. No da a entender este cuaternario divisiones de la substan-

<sup>37</sup> Ps. 49, 21.

<sup>38</sup> Iob 7, 20.

<sup>39</sup> Ier. 17, 18.

\* PL 182, 804.

cia ni dimensiones, cuales las vemos en los cuerpos; ni distinción personal, como la que adoramos en la Trinidad; ni número de propiedades, como confesamos haberle en las mismas Personas, aunque no son cosa distinta de las personas. De muy diferente modo, cada una de estas cosas en Dios es lo mismo que las cuatro juntas, y éstas mismas lo que cada una. Mas, respecto de nosotros, que no podemos imitar el ser simplicísimo de Dios, cuando nos esforzamos por concebir una sola cosa, se nos presenta como cuadruplicada. Hácelo esto el espejo y enigma, por cuyo medio por ahora solamente concede Dios que le veamos. Mas, cuando le contemplamos cara a cara, le veremos como es en sí. Ya entonces la frágil vista de nuestra alma, aunque le mire con toda la vehemencia, de ninguna manera resaltará o se quebrará en muchas ideas. Más bien se recogerá toda en sí misma, se unirá y se conformará a su unidad o, por mejor decir, a aquella unidad; de suerte que a un solo rostro corresponderá únicamente un solo rostro. Verdaderamente seremos semejantes a El, porque le veremos como es en sí <sup>40</sup>. Bienaventurada vista, por la cual con razón suspiraba el que decía: *Mi rostro te ha buscado, tu rostro buscaré, Señor* <sup>41</sup>. Y, porque todavía es preciso buscarle, subamos sobre este carro, pues, como enfermos y flacos, necesitamos ser llevados en él por si quizá llegamos a alcanzar, por medio de este mismo carro que nos recibe en sí, la razón y significado de él mismo. Nos amonesta el guía de este carro, el primero que nos le mostró, *que procuremos comprender con todos los santos cuál sea la longitud, la latitud, la sublimidad y la profundidad* <sup>42</sup>. Comprender dijo, no conocer, para que, no contentándonos con la curiosidad de la ciencia, anhelemos con todo cuidado el fruto. No está el fruto en el conocimiento, sino en la comprensión. De otra manera *es culpable el que, sabiendo lo bueno que debe hacer, no lo hace* <sup>43</sup>, como dice el apóstol Santiago; y el mismo San Pablo en otro lugar: *Corred de tal modo que lleguéis a comprender* <sup>44</sup>. ¿Qué es comprender? Lo declararé más abajo.

28. ¿Qué es Dios? Longitud, vuelvo a decir. Y esa misma, ¿qué es? Eternidad. Tan larga es, que no tiene término, no sólo en cuanto al lugar, sino en cuanto al tiempo. Es también latitud. ¿Y ésta qué es? Caridad. ¿Qué términos podrán estrechar a ésta en un Dios, pues nada aborrece de todo cuanto hizo? En fin, hace nacer el sol sobre los buenos y malos, llueve sobre los justos e injustos <sup>45</sup>. Aun a los enemigos abraza este seno. Ni contento con esto, se dilata a lo

<sup>40</sup> 1 Io. 3, 2.

<sup>41</sup> Ps. 26, 8.

<sup>42</sup> Eph. 3, 18.

<sup>43</sup> Iac. 4, 17.

<sup>44</sup> 1 Cor. 9, 24.

<sup>45</sup> Mt. 5, 45.

ínfimo. Sobrepasa no sólo todo afecto, sino todo conocimiento, añadiendo el Apóstol: *Y conocer también la caridad de Cristo para con nosotros*<sup>46</sup>, la cual sobrepasa todo conocimiento. ¿Qué más diré? También es eterna. Quizá sea todavía más decir que es la misma eternidad. ¿No veis que es tan grande la latitud como la longitud? ¡Ojalá veáis que no es tan grande, sino que es la misma; que la una es lo que la otra, y que no es menos la una que las dos, ni las dos más que la una. Dios es eternidad; Dios es caridad; es longitud sin alargarse; es latitud sin extenderse. En lo uno y en lo otro excede igualmente las estrecheces del lugar y tiempo, pero por la libertad de su naturaleza, no por la grandeza de su substancia. De este modo es inmenso el que hizo todo en medida; y, aunque inmenso, es también el modo de su inmensidad.

29. ¿Qué es todavía Dios? Sublimidad y profundidad. En lo uno está sobre todas las cosas, en lo otro bajo todas ellas. Se ve bien claramente que en la deidad jamás claudica la igualdad, que permanece por todas partes firmemente y que inmutablemente es constante consigo misma. En la sublimidad considerad su potencia, en la profundidad su sabiduría. Estas también se corresponden por igual a sí mismas, pues se sabe que ni la sublimidad se puede alcanzar ni la profundidad se puede penetrar, admirándose y exclamando San Pablo: *¡Oh altura de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán inescrutables son sus juicios y cuán impenetrables sus caminos!*<sup>47</sup> Exclamemos nosotros también con San Pablo mirando la simplicísima unidad de estas cosas en Dios y con Dios: *¡Oh sabiduría poderosa, que alcanzas fuertemente a todas partes; oh potencia sabia que dispones todas las cosas con suavidad!*<sup>48</sup> La cosa es una sola, pero los efectos, muchos, y diversas las operaciones. Y esta sola cosa es longitud por la eternidad, latitud por la caridad, sublimidad por la majestad, profundidad por la sabiduría.

## CAPITULO XIV\*

ENSEÑA EL MODO CON QUE PODAMOS, SEGÚN LO QUE DICE EL APÓSTOL, COMPRENDER LO DICHO

30. Conocemos esto. ¿Juzgamos por ventura que por eso también lo comprendemos? No comprende estas cosas la discusión, sino la santidad, si es que en modo alguno se

<sup>46</sup> Eph. 3, 19.

<sup>47</sup> Rom. 11, 33.

<sup>48</sup> Sap. 8, 1.

\* PL 182, 805.



puede comprender lo que es incomprensible. Pero, si no se pudiera, no hubiera dicho el Apóstol: *Para que comprendamos con todos los santos* <sup>49</sup>. Los santos, pues, lo comprenden. ¿Preguntáis de qué modo? Si sois santo, lo habéis comprendido y lo sabéis; si no, sedlo y por vuestra experiencia lo sabréis. Hace santo un afecto santo; y este mismo es doble: amor y temor de Dios. Cuando el alma está poseída perfectamente de estos dos afectos, entonces con dos brazos comprende, abraza, estrecha, retiene y dice: *Le tengo y no le dejaré ir* <sup>50</sup>. Ciertamente, el temor corresponde a lo sublime y profundo; el amor, a lo ancho y largo. ¿Qué cosa tan digna de ser temida como una potestad a que no podéis resistir, una sabiduría a la que no podéis ocultaros? Pudiera temerse menos al Señor si de una de las dos careciera. Mas es forzoso que perfectamente le temáis, pues ni le faltan ojos que todo lo ven ni manos que todo lo pueden. ¿Qué hay tan amable como el amor mismo, que hace que améis y por el que sois amado? Sin embargo, aún más amable le hace la eternidad junta con él; pues, como jamas puede faltar, echa fuera toda sospecha. Amad, pues, perseverantemente y con largueza de ánimo, y llegaréis de este modo a la longitud; dilatad vuestro amor hasta los enemigos, y habréis llegado a la latitud. Sed también timorato en toda solicitud, y habréis tocado lo sublime y profundo.

31. O, más bien, si queréis, digan cuatro afectos de vuestro corazón correspondencia a estos cuatro atributos divinos; conseguiréis esto si os admiráis, si os atemorizáis, si tenéis fervor, si esperáis. Admiración infunde la sublimidad de la majestad de Dios, pavor causa el abismo de sus juicios. Exige caridad el fervor; su eternidad causa la perseverancia en esperar. ¿Quién se admira sino quien contempla la gloria de Dios? ¿Quién se llena de temor sino quien considera el profundo de su sabiduría? ¿Quién arde en fervor sino quien medita la caridad de Dios? ¿Quién espera y persevera en el amor sino quien imita la eternidad de su caridad? Verdaderamente, la perseverancia lleva consigo una cierta imagen de eternidad. En fin, a la sola perseverancia se da la eternidad o, por mejor decir, ella sola da al hombre la eternidad, diciendo el Señor: *El que perseverare hasta el fin, se salvará* <sup>51</sup>.

32. Y ahora advertid cuatro especies de contemplación en estos cuatro atributos. La primera y principal es la admiración de la majestad. Esta pide un corazón purificado, a fin de que, libre de los vicios y descargado de los pecados, le levante fácilmente a lo celestial y aun algunas veces, aunque por breve espacio, le mantenga suspenso en admiración

<sup>49</sup> Eph. 3, 18.

<sup>50</sup> Cant. 3, 4.

<sup>51</sup> Mt. 10, 22.

y éxtasis. La segunda es necesaria a esta misma, porque es la que mira los juicios de Dios. Con cuyo pavoroso aspecto, cuando con más vehemencia hace estremecer al que mira, ahuyenta los vicios, funda las virtudes, dispone a la sabiduría, conserva la humildad. La humildad es un bueno y estable fundamento de las virtudes. Ciertamente, si ella vacila, el cúmulo de las virtudes no es más que ruina. La tercera contemplación se ocupa o, más bien, tiene sus ocios en la memoria de los beneficios; y, para que Dios no desampare al hombre por ingrato, estimula a quien se acuerda de ellos al amor de su Bienhechor. De estos tales dice el profeta hablando con el Señor: *Eructarán la memoria de la abundancia de tu suavidad*<sup>52</sup>. La cuarta, olvidando las cosas que quedan atrás, reposa en sola la expectación de las promesas. La cual, como sea meditación de la eternidad—pues las cosas prometidas son eternas—, alimenta la longanimidad y da vigor a la perseverancia. Pienso que ya es fácil mostrar la relación de estas cuatro cosas con los cuatro atributos que expresa el Apóstol, pues la meditación de las promesas comprende la longitud; el recuerdo de los beneficios, la latitud; la contemplación de la majestad, la sublimidad; la consideración de los juicios de Dios, la profundidad. Todavía debe ser buscado quien ni aún ha sido bastante hallado ni nunca se puede buscar con exceso; pero quizá orando, antes que disputando, se busca más dignamente y se encuentra más fácilmente. Por tanto, éste sea el fin del libro, pero no el fin de buscar a Dios.

---

<sup>52</sup> Ps. 144, 7.

# DE LAS COSTUMBRES Y OFICIOS DE LOS OBISPOS \*

A ENRIQUE, ARZOBISPO DE SENS

*Enrique, arzobispo de Sens, moraba en la corte, llevando una vida bastante desarreglada. En 1129 volvió en sí gracias a los consejos de Godofredo de Chartres, y trató de ajustar su vida a las normas de una conducta cristiana y perfecta. Con este fin pidió al santo abad de Claraval algunos consejos que le ayudasen a enmendarse y a cumplir lo mejor posible con su deber. La petición la hizo hacia el año 1126. San Bernardo, celoso por el bien de las almas y, sobre todo, de sus pastores, le presentó pronto una larga carta, que constituye un verdadero tratado. A esta primera carta siguieron otras cuatro, pues Enrique no siempre puso en práctica los consejos de San Bernardo.*

## PROLOGO \*\*

EL HERMANO BERNARDO OFRECE CUANTO PUEDE LA ORACIÓN  
DE UN PECADOR

Ha tenido a bien su excelencia pedir que dicte alguna cosa nueva. Me oprime el peso de la dignidad, pero me congratulo de la franqueza de la dignación. Por una parte, lisonjea el favor que me hace en lo que pide y, por otra, me asusta el cumplimiento de la petición. Porque ¿quién soy yo para escribir a los obispos? Mas igualmente, ¿quién soy yo para dejar de obedecer a los obispos? Lo que me compele a dar lo que me piden, eso mismo me compele a negarlo. Escribir a tan gran alteza está sobre mí; no obedecer a esta misma es contra mí. Por ambas partes hay

---

\* PL 182, 809-834.

\*\* PL 182, 809.

peligro; pero parece que amenaza mayor por la parte de la desobediencia. Saliendo, pues, de mi zozobra por la parte que trae menos riesgo, hago lo que manda, puesto que da ánimós la familiaridad, que tan liberalmente nos franquea la misma dignidad; y su autoridad, mandándolo, excusa mi presunción.

## CÁPITULO I\*

### ES ARDUO Y PELIGROSO EL OFICIO DE OBISPO; POR ESO TIENE NECESIDAD DE BUENOS CONSEJEROS

1. Desde que recibió la llave del reino de los cielos por disposición divina y desde que, al modo de la mujer fuerte, comenzó a echar la mano a cosas fuertes<sup>1</sup>, si llegó a nuestros oídos que hizo alguna cosa que no debía o padeció algunas que no quería, nos dolimos de quien hacía aquellas y nos condonimos con quien padecía éstas. Mas entre tanto hacía yo memoria de aquellos versículos: *Los que descienden al mar en las naves y trabajan en medio de las muchas aguas, suben hasta los cielos y bajan hasta los abismos. Su alma se consumía a la vista de tantos males. Fueron turbados y movidos como el que se encuentra embriagado; toda su sabiduría fué trastornada*<sup>2</sup>. Por eso no juzgaba con rigor, como suelen hacer algunos, antes bien me provocaba a compasión este pensamiento: si es tentación, me decía, la vida de cualquier hombre sobre la tierra<sup>3</sup>, ¿a cuántos peligros estará expuesta la vida de un obispo, a quien le es forzoso soportar las tentaciones de todos? Si yo, escondido en la caverna y como debajo de la medida, no, a la verdad, luciendo, sino humeando, aun así no basto para evitar los espíritus de los vientos, sino que, fatigado de continuas tentaciones y de varios impulsos, soy movido por aquí y por allí al modo de una caña agitada por el viento. ¿qué sucederá al que está puesto sobre el monte, al que está colocado sobre el candelero? Debiendo de guardarme sólo para mí, yo sólo me sirvo a mí mismo de escándalo; yo sólo me sirvo a mí mismo de tedio; yo sólo me sirvo de carga y de peligro, de modo que es menester enojarme frecuentemente contra la gula, contra el vientre y contra el ojo que me escandaliza. Pues ¿con qué molestias no será angustiado, que penas no sufrirá aquel en quien, aunque las cosas propias

\* PL 182, 809.

<sup>1</sup> Prov. 31, 10.

<sup>2</sup> Ps. 106, 23, 27.

<sup>3</sup> Job 7, 1.



estén en calma, con todo, jamás faltan, por lo que mira a los demás, pereas por fuera y temores por dentro?

2. Mas poco ha comenzó a soplar desde las partes donde se halla hacia nosotros aire más apacible. Pues nos anunciaron de usted por recientes noticias cosas más alegres que lo acostumbrado, no habiendo tenido estos informes por los rumores inciertos de la fama, sino por la boca verídica del venerable obispo meldense. Quien, preguntando acerca del estado de sus cosas, con rostro alegre, y como bien asegurado en la materia sobre la que se le preguntaba, dijo: "Juzgo que desde ahora se sujetará a los consejos del obispo de Chartres". Esta respuesta escuché de él con una alegría igual a la certeza que tengo de que los consejos de este varón serán fidelísimos. En ninguna cosa podía hacerse para nosotros más recomendable el propósito de su corazón, en ninguna cosa se nos podía dar esperanza más cierta de su aprovechamiento en el Señor. Con toda seguridad, si no me engaño, podrá confiar a estos dos hombres que hemos mencionado tanto su persona como sus cosas. Usando de tales consejeros, conservará íntegra la fama y la conciencia. Esto es muy decente a un sacerdote de Dios, a un obispo de tan gran ciudad; de ningún modo le está bien gobernarse por consejos pueriles o seculares. Todos, según el precepto del Señor, aun los enemigos, sean amados<sup>4</sup>; pero para dar consejo elijanse sólo aquellos que, por una parte, sean prudentes y, por otra, benévolos. Por eso desechó el Señor tanto el consejo imprudente del discípulo como el consejo infiel de los hermanos, respondiendo al inadvertido: *No tienes gusto de las cosas de Dios*<sup>5</sup>; y a los malévolos: *Vosotros subid este día festivo; yo no subiré*<sup>6</sup>. No se quiso fiar ni en la imprudencia de aquél ni en la malicia de éstos. Finalmente, buscando de quién podía fiarse y a quién podría encomendar con seguridad la administración de sus misterios, como quien con dificultad le encontraba, preguntó con admiración: *¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente a quien el Señor constituyó sobre su familia?* Por lo cual, habiendo de encargar a Pedro el cuidado de las ovejas, procuró primero probar su benevolencia preguntando tres veces si le amaba<sup>7</sup>. Hizo también prueba de su prudencia cuando, errando los hombres y juzgando a Jesús alguno de los profetas, advirtiéndolo prudentemente la verdad, le confesó por Dios de los profetas diciendo: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios*<sup>8</sup>. ¡Ay de nuestro linaje con su imperfección! Apenas en una multitud de hombres hallará uno que sea consumado en una y otra. Porque con dificultad encontrará la benevolencia en el prudente, o

<sup>4</sup> Lc. 6, 27.

<sup>5</sup> Mc. 8, 33.

<sup>6</sup> Io. 7, 8.

<sup>7</sup> Mt. 24, 45.

<sup>8</sup> Io. 21, 15-17.

<sup>9</sup> Mt. 16, 16.

la sabiduría en el fiel. Mas no tienen número los que carecen de una y otra.

3. Ha pensado, pues, con cordura que la carga sacerdotal, los negocios del obispado y cura pastoral no se pueden administrar dignamente sin consejo. De aquí es que aun la misma Sabiduría, madre de los consejos, hablando de sí, dice: *Yo, que soy la sabiduría, habito en el consejo.* ¿Pero en qué consejo? ¿Por ventura en cualquiera? Y asienta, dice, *entre los pensamientos eruditos*<sup>10</sup>. Igualmente nos amonesta por la boca de Salomón que nos desviemos de los consejos infieles: *Trata tu causa con el amigo y no reveles tu secreto al extraño*<sup>11</sup>. Hermosamente también por otro sabio, persuadiendo a que nada se haga sin consejo y advirtiéndole cuán pocos son los hombres de consejo, habla de esta manera: *Tus amigos sean muchos, mas uno de entre mil sea tu consejero*<sup>12</sup>. Uno entre mil, dice. Así, no dudaré que ha estado Dios benigno con usted, pues de una cosa tan rara entre los mortales le ha concedido no uno solo, sin dos, y estos mismos muy idóneos, pródigos y benévolo; y, aun para que fácilmente le ayuden, comprounciales suyos; y, para que lo hagan graciosamente, deudores a usted por el derecho de sujeción. Adhiriéndose al consejo de éstos, no será precipitado en pronunciar sentencia, no será vehemente en exigir venganza, no será demasiado remiso en corregir ni severo con exceso en perdonar, no será pusilánime en dar lugar al tiempo; no habrá superfluidad en la mesa ni cosa de notar en el vestido, no será acelerado en prometer ni tardo en cumplir, como tampoco pródigo en dar. El consejo de éstos siempre alejará de usted aquel mal que para el tiempo es viejo, pero para la codicia nuevo: la simonía, digo, y su madre, la avaricia; la cual es culto de los ídolos. Y para comprenderlo todo en una palabra, si se confía en éstos, honrará en todo, a ejemplo del Apóstol, su ministerio<sup>13</sup>, su ministerio, repito, no su dominio. A él, pues, honrará, no a usted mismo; porque el que busca las propias utilidades, desea él mismo ser honrado, no que lo sea su ministerio.

<sup>10</sup> Prov. 8, 12.

<sup>11</sup> Prov. 25, 9.

<sup>12</sup> Eccli. 6, 6.

<sup>13</sup> Rom. 11, 13.

## CAPITULO II\*

EL HONOR Y DECORO DE LAS DIGNIDADES ECLESIASTICAS NO CONSISTE EN EL ESPLENDOR EXTERIOR, SINO EN LA HERMOSURA DE LAS COSTUMBRES Y VIRTUDES

4. Honrará, pues, su ministerio no con la pompa de los vestidos, ni con el fausto de caballos, ni con la suntuosidad de los edificios, sino con arregladas costumbres, con ejercicios espirituales, con buenas obras. ¡Cuántos hacen esto de un modo muy diferente! Se ve en algunos sacerdotes muchísimo adorno en los vestidos, y ninguno o muy corto en las virtudes. Los cuales, si les traigo a la memoria aquello del Apóstol: *No en vestido precioso*<sup>14</sup>, temo que se enojen teniendo por cosa indigna que se usurpe contra ellos una sentencia que reconocerán haberse pronunciado antes contra un sexo y orden menos estimable. ¡Como si los médicos no usaran de un mismo hierro para sajar a los reyes y a los demás hombres o se hiciera injuria a la cabeza cortando sus cabellos con las mismas tijeras con que se cortó lo superfluo de las uñas! Pero, si se desdénan de ser heridos, no por mí, a la verdad, sino por el Apóstol, con la misma sentencia que unas flacas mujeres, desdénense también de envolverse en la misma culpa que ellas. Tengan a menos ya el gloriarse en las obras de las tejedoras y de las que adornan las pieles, y no en las obras propias. Tengan horror también en cubrir con aquellas delicadas y encarnadas pieles que llaman guantes las manos sagradas y que consagran los tremendos misterios. Absténganse igualmente de aplicarlas al pecho, que con más decencia le adorna la perla de la sabiduría. Tengan vergüenza de rodear con ellas el cuello que más honesta y suavemente se somete al yugo de Cristo. No son éstas las llagas de Cristo que, a ejemplo de los mártires, puedan llevar en su cuerpo. Más bien se reputan y son insignias mujeriles, que, sin duda, con mucha curiosidad y gusto acostumbran ellas preparar para sí, poniendo el pensamiento en las cosas que son del mundo y en qué modo agradarán a sus esposos.

5. Mas usted, sacerdote del Altísimo, ¿a cuál de éstos se dispone a agradar: al mundo o a Dios? Si al mundo, ¿por qué es sacerdote? Si a Dios, ¿por qué tal es el sacer-

\* PL 182, 812.

<sup>14</sup> 1 Tim. 2, 9.

dote cual es el pueblo? Si quiere agradar al mundo, ¿qué le aprovecha el sacerdocio? No puede servir a dos señores: *El que quiere ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios*<sup>15</sup>. Y el profeta: *Dios, dice, disipará los huesos de los que agradan a los hombres; fueron confundidos, porque Dios los despreció*<sup>16</sup>. Y el Apóstol: *Si agradase a los hombres, no sería siervo de Cristo*<sup>17</sup>. Así, queriendo agradar a los hombres, no agrada a Dios; si no le agrada, no le aplaca. ¿Por qué, pues, como dije, es sacerdote? Pero si, como añadí, no intenta agradar al mundo, sino a Dios, ¿por qué cual es el pueblo tal es el sacerdocio? A la verdad, si el sacerdote es el pastor y el pueblo las ovejas, ¿será razón que en nada parezca desemejante a las ovejas el pastor? Si al modo que ando yo, que soy oveja, anda también mi pastor mismo, encorvado, llevando el rostro hacia abajo, mirando siempre a la tierra y buscando pasto para el vientre solo, estando el corazón en ayunas, ¿en qué nos distinguimos? ¡Ay si el lobo viene! No habrá quien le vea antes de llegar, no habrá quien acuda al peligro, no habrá quien nos libre. ¿Es decente a un pastor recostarse sobre los sentidos corpóreos, pegarse a las cosas ínfimas, anhelar las terrenas, y no, más bien, estar derecho como hombre, mirar con el ánimo al cielo, buscar y tener gusto de las cosas que están arriba y no de las que están sobre la tierra?

6. Pero se enojan contra mí aun si con una sola seña doy a entender que se debe reprochar estas cosas, y me mandan que ponga la mano en mi boca diciendo que soy monje a quien no toca juzgar a los obispos. Ojalá que también me cerraran los ojos para que no viera estas cosas que me prohíben contradecir. Pero ¿será grande presunción la mía si, siendo oveja y viendo que se arrojan sobre mi mismo pastor dos lobas fierisimas, que son la vanidad y la curiosidad, hago ruido para que quizá a mi balido salga alguno al encuentro de las crueles bestias y socorra al que va a perecer? ¿Qué harán de mí, que soy una ovejilla, cuando acometen al mismo pastor con tanta fiereza? Y, ciertamente, si no quieren que dé voces por él, ¿no me será permitido siquiera balar por mí? Mas aunque yo calle, porque no parezca que quiero poner en el cielo mi boca, con todo, no se deja de clamar en la Iglesia: *No en vestido precioso*. Este clamor se dirige contra las mujeres en especialidad para que se avergüence un obispo de que se halle en él lo que oye reprehender en el sexo más frágil. ¿No hay que temer confusión alguna si dejo de musitar? Por ventura, aunque yo no hable,

<sup>15</sup> Iac. 4, 5.

<sup>16</sup> Ps. 52, 6.

<sup>17</sup> Gal. 1, 10.



¿no hablará a cada uno su conciencia? ¿Y qué si alguno más animoso que yo alegara a este asunto no palabras del Apóstol, como yo, ni del Evangelio, ni de algún profeta, ni, en fin, de autor eclesiástico alguno, sino el dicho de un gentil solamente? Decid, pontífices, ¿qué hace el oro no ciertamente en lugar santo, sino en el freno? ¡Cuánto más tolerable es que se vea en el lugar santo que en el freno! Esto mismo, aunque yo enmudezca, vocea, ya que no la curia de los reyes, la penuria de los pobres. Aunque calle la fama, no calla el hambre. Calla ciertamente la fama, porque el mundo no puede aborreceros. Porque ¿cómo reprenderá el mundo aquel pecado por el que es alabado el pecador en los deseos de su alma y es bendecido el inicuo?

7. Mas claman los desnudos, los famélicos se quejan diciendo: "Decid, pontífices, ¿qué hace el oro en el freno?"<sup>18</sup> ¿Por ventura aparta el oro del freno el frío o el hambre? Cuando nosotros de frío y de hambre perecemos miserablemente, ¿de qué sirven tantos vestidos extendidos en varas largas o doblados en las fundas? Nuestro es lo que derramáis, a nosotros nos quitáis de un modo cruel lo que vosotros gastáis superfluamente. También somos hechura de Dios como vosotros y estamos redimidos por la sangre de Cristo. Somos hermanos vuestros. Ved ahora si es razón que hagáis pompa y deleite de vuestros ojos lo que es herencia y parte de vuestros hermanos. Nuestra vida os sirve a vosotros para que acumuléis provisiones superfluas. De nuestras necesidades se quita todo lo que a vuestras vanidades se aumenta. Los males brotan, en fin, de una misma raíz, que es la codicia; os pierde la vanidad poseyéndolos y a nosotros nos mata despojándonos. Andan los mulos cargados de piedras preciosas y nos dejáis a nosotros en la desnudez. Sortijas, cadenas, campanillas, correas claveteadas y muchas cosas semejantes, tan hermosas en sus colores como preciosas por su peso, van colgando de las cervices de los mulos, y no aplicáis, composivos, ni unos estrechos ceñidores a los lados de vuestros hermanos. A esto se añade que todas estas cosas no las habéis granjeado por el comercio ni por el afán de vuestras propias manos; tampoco las habéis heredado de vuestros padres; acaso decís también vosotros en vuestro corazón: *Posémos como herencia nuestra el santuario de Dios*<sup>19</sup>. Veis aquí los pensamientos de los pobres y lo que ellos dicen al presente delante de Dios, que entiende el lenguaje de los corazones. Ellos no osan quejarse contra vosotros en público, pues, al contrario, están obligados a implorar vuestra asistencia para mantener su vida. Mas día

<sup>18</sup> PERSIO, *Sat.* 8, v. 69.

<sup>19</sup> Ps. 82, 13.

llegará en que estarán en pie con grande constancia contra aquellos que les angustiaron y tendrán por protector y vengador a aquel Señor que es padre de los huérfanos y juez de las viudas. De El será esta voz: *Me habéis rehusado a mí mismo todo lo que no habéis hecho a los últimos de estos mis pequeños* <sup>20</sup>.

### CAPITULO III\*

#### LOS PRINCIPALES Y MÁS DIGNOS ORNATOS DE UN PRELADO SON LA CASTIDAD, LA CARIDAD Y LA HUMILDAD

8. Esté lejos de usted el pensar que se haya de honrar su ministerio en estas cosas que acabamos de notar. A la verdad, parecen honoríficas, pero al ojo que mira en lo exterior, no al que mira en lo interior. Las cosas que se ven en lo oculto no aparecen teñidas de color alguno, y, sin embargo, son dignas de verse; con ningunos sabores están aderezadas, y, con todo, son muy dulces; en ningunas cumbres están elevadas, y, a pesar de eso, son excelsas. Ciertamente, la castidad, la caridad, la humildad, no tienen color alguno, mas no por eso dejan de tener hermosura; ni es una hermosura mediana cuando puede deleitar a los ojos divinos. ¿Qué cosa más hermosa que la castidad, pues hace limpio a quien está concebido de sangre inmunda, hace un doméstico de un enemigo y, en fin, un ángel de un hombre? Se distinguen ciertamente entre sí un ángel y un hombre casto, pero en felicidad, no en virtud. Aunque es más feliz aquella castidad, sin embargo, ésta se reconoce más fuerte. Sola es la castidad la que en este tiempo y lugar de mortalidad representa un cierto estado de la gloria inmortal. Sola ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana en la que no se cansan ni son cansados, presentando en algún modo a la tierra una experiencia de aquella vida celeste. Este frágil vaso que llevamos en nosotros por ahora, el cual pelagra con tanta frecuencia, le guarda la castidad—como dice el Apóstol—para la santificación <sup>21</sup> a manera de un bálsamo odorífero, que, ungidos los cadáveres, les conserva incorruptos. Ella templá y reprime los sentidos y los miembros para que no se disuelvan en el ocio, para que no se corrompan en los deseos,

<sup>20</sup> Mt. 23, 35.

\* PL 182, 816.

<sup>21</sup> 1 Thess. 4, 4

para que no se pudran en los deleites de la carne, como se lee de algunos, que *se pudrieron como los jumentos en su estiércol* <sup>22</sup>. Este ornamento de tan gran belleza honra dignamente al sacerdocio, porque hace al sacerdote amable a Dios, y a los hombres—pues su memoria no está puesta en la sucesión carnal, sino en la bendición espiritual—y semejante en la gloria a los santos, aunque todavía está colocado en la región de la desemejanza.

9. Sin embargo, por más que sobresalga la castidad en su belleza, con todo, sin la caridad ni tiene precio ni mérito. Y no es extraño. Porque ¿qué bien se recibe sin ella? ¿La fe? Mas ni aunque traslade los montes... ¿La ciencia? Mas ni aun aquella que hable con lengua de ángeles... ¿El martirio? *Ni aunque entregue mi cuerpo de modo que arda...* <sup>23</sup> Ni sin ella se recibe algún bien ni con ella se desecha bien alguno por pequeño que sea. La castidad sin la caridad es una lámpara sin aceite. Quita el aceite, y la lámpara no lucirá. Quita la caridad, y la castidad no agradará. Pero *¡oh qué hermosa es, como clama el Sabio, una casta generación con la caridad!* <sup>24</sup> Con aquella caridad, digo, que describe el Apóstol; la cual procede *de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida* <sup>25</sup>.

10. En dos cosas ciertamente consiste la pureza del corazón: en buscar la gloria de Dios y el provecho del prójimo, de modo que en todas sus acciones y dichos no pretenda un obispo más que el honor de Dios, la salvación del prójimo o ambas cosas. De este modo, no sólo llenará el oficio de pontífice, sino la etimología de este nombre, haciéndose a sí mismo un puente entre Dios y el hombre. Este puente llega hasta Dios con aquella confianza con que no busca su propia gloria, sino la divina. Llega hasta el prójimo con aquella piedad con que no desea aprovechar a sí mismo, sino a él. Ofrece a Dios como buen mediador las súplicas y los votos de los pueblos, trayéndoles a ellos la bendición de Dios y su gracia. Suplica por los excesos de los delincuentes a la Majestad, venga en los pecadores la injuria de Dios. Da en cara a los ingratos con los beneficios de la divina piedad; insinúa a los que no hacen caso la severidad de su poder; pero igualmente procura, respecto de unos y otros, templar el furor de su indignación, ya rebajando la culpa con el pretexto de la flaqueza humana, ya trayendo a la memoria la grandeza de la piedad divina. En fin, ya se transporte fuera de sí para Dios, ya se temple a sí mismo para nosotros, pretende siempre, en

<sup>22</sup> Joel 1, 17.

<sup>23</sup> 1 Cor. 13, 1-3.

<sup>24</sup> Sap. 4, 1.

<sup>25</sup> 1 Tim. 1, 5.

cuanto está de su parte, agradar a Dios o hacernos a nosotros bien, no buscando lo que es útil para sí, sino lo que es para muchos.

11. ¡Obispo fiel el que, mirando con ojos de paloma cualesquiera bienes que pasan por sus manos, ya los beneficios divinos para los hombres, ya los votos de los hombres para Dios, nada retiene para sí de todos ellos! No busca las dádivas del pueblo, sino el lucro; ni busca para sí la gloria de Dios. No ata el talento que ha recibido en el pañuelo, sino que le reparte entre los cambiadores, de los cuales recibe usura no para sí, sino para Dios. No tiene cueva como la zorra, no tiene nido como las aves, ni bolsa como Judas, ni, finalmente, lugar en la posada, como María. Verdaderamente, imita a aquel Señor que no tuvo ni dónde reclinar su cabeza, haciéndose como un vaso perdido el que había de ser con el tiempo vaso para honor y no para afrenta. En fin, quien en este mundo pierde su alma, la guarda para la vida eterna. No se puede gloriarse verazmente de este gran bien de la pureza interior sino quien perfectamente desprecie las glorias exteriores. Porque no puede buscar con pureza los intereses de Dios o del prójimo el que no desprecia los propios. Solamente no está defraudado de la gloria de la pureza interior aquel que puede decir con el Señor: *Si busco mi gloria, mi gloria es nuda* <sup>26</sup>. Y con el Apóstol: *Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia* <sup>27</sup>; y con el profeta: *He sido entregado al olvido como quien está muerto de corazón* <sup>28</sup>, esto es, en la propia voluntad. Buen olvido será si se llega a olvidar de usted mismo para aprovechar al prójimo. Muerto estará en el corazón si ya no pretende vivir sino para aquel que murió por todos. Muerto estaba de corazón el que pudo decir: *Vivo, y no yo*. Pero muerto en sí, no lo está en Cristo, porque sigue: *Pero vive en mí Cristo* <sup>29</sup>. Esta muerte que sufre el corazón la causa la caridad; de la cual habla en los Cantares la esposa: *Herida estoy de caridad* <sup>30</sup>. *Es fuerte el amor como la muerte* <sup>31</sup>, y mata en nosotros la muerte, no la vida. Por lo cual animosamente amenaza: *Muerte, yo he de ser tu muerte* <sup>32</sup>. Acaba con el pecado, que había quitado al alma la vida, y restituye el alma a la inocencia.

12. Pero, si prevalece la caridad contra la muerte de modo que la puede matar en el combate, ¿por qué la llama fuerte como la muerte y no, mejor, más fuerte que la muerte? ¿Acaso porque ella es muerte también y no puede ser más fuerte que sí misma? Buena muerte, pues no es de

<sup>26</sup> Io. 8, 54.

<sup>27</sup> Phil. 1, 21.

<sup>28</sup> Ps. 30, 13.

<sup>29</sup> Gal. 2, 20.

<sup>30</sup> Cant. 4, 9.

<sup>31</sup> Cant. 8, 6.

<sup>32</sup> Os. 13, 14.



la vida, sino de la muerte. Buena muerte y que de ningún modo debe causar horror, pues, si bien quita la vida, no la mata. Sin duda la quita, pero por un tiempo determinado, habiendo de ser restituida en su tiempo para durar sin tiempo. Finalmente, *muertos estáis*, dice, *y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces vosotros apareceréis con El en la gloria*<sup>33</sup>. Gustosamente, pues, careceré por algún tiempo de la vida para poseerla por la eternidad. Y basta esto que se ha dicho sobre lo que está escrito: *Caridad que procede de un corazón puro*<sup>34</sup>. A la verdad, en tan gran olvido de sí mismo es necesario que el corazón sepa que no hay en él cosa alguna que le reprenda; a fin de que, dejando en sí la conciencia segura, se extienda con más seguridad para los lucros de fuera. Porque ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?<sup>35</sup>

## CAPITULO IV\*

EL CUIDADO DE UNA FE SINCERA Y DE UNA CARIDAD NO FINGIDA  
ES NECESARIO CON ESPECIALIDAD A UN OBISPO

13. La razón misma del buen orden está pidiendo que quien está obligado a amar al prójimo al nivel de sí mismo, sepa antes cómo se debe amar a sí mismo. Así, pues, dos cosas principalmente son las que forman una buena conciencia: hacer penitencia de las cosas malas y abstenerse de ellas; esto es—por usar de las palabras de San Gregorio—, llorar las faltas cometidas y no cometer cosas que se deben llorar en adelante<sup>36</sup>. Ninguna de estas cosas es suficiente por sí sola. Porque, si bastara lo primero sin lo segundo, nos exhortaría sin motivo David diciendo: *Apártate de lo malo*<sup>37</sup>; y también el profeta Isaías: *Cesad de obrar inicuaamente*<sup>38</sup>, y el mismo Dios hablando a Caín: *Has pecado, cesa*<sup>39</sup>. Igualmente, si lo segundo por sí solo bastase para restablecer una buena conciencia después del pecado, sin causa clamaría un penitente en el Salmo: *Bienaventurados aquellos cuyas maldades han sido perdonadas*

<sup>33</sup> Col. 3, 3. 4.

<sup>34</sup> 1 Tim. 1, 5.

<sup>35</sup> Mt. 16, 26.

\* PL 182, 818.

<sup>36</sup> Hom. 34 sobre el Evang. hacia el medio.

<sup>37</sup> Ps. 36, 27.

<sup>38</sup> Is. 1, 16.

<sup>39</sup> Gen. 4, 7, según los LXX.

y cuyos pecados han sido cubiertos<sup>40</sup>; y aquello: Ved mi humildad y mi trabajo; perdonad todos mis pecados<sup>41</sup>; y en la oración del Señor: Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores<sup>42</sup>. Estando el ánimo radicado en una y otra virtud, ya puede seguramente desampararse y en cierto modo perderse a sí mismo para ganar a otros. Enferme con los que enferman, abrásele con los escandalizados; hágase también, si es menester, judío para los judíos; no recele tampoco ser llevado cautivo con los violadores de la ley, a ejemplo de Jeremías y Ezequiel, a Egipto o a Caldea<sup>43</sup>; ni dude con el santo Job hacerse hermano de los dragones y compañero de las aves-truces<sup>44</sup>; ni tema con esta conciencia el ser borrado—lo que es todavía más grave—con Moisés del libro de la vida<sup>45</sup> y con San Pablo ser anatema de Cristo por sus hermanos<sup>46</sup>; ni tema, finalmente, entrar, si es necesario, en el infierno, penetrando seguro por medio de las llamas, cantando con una alegre conciencia: Aunque ande en medio de las sombras de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo<sup>47</sup>. Comparemos, si le place, los tesoros de los reyes y los honores de los reinos con esta confianza. ¿Por ventura toda la felicidad de éstos, en paralelo de las riquezas de un bien tan grande, no se reputará por miseria? Pues esta confianza produce la caridad que procede de un corazón puro y de una conciencia buena.

14. Mas lo que resta explicar, de una fe no fingida<sup>48</sup>, y también lo que de otro lugar de la Escritura ocurre a la memoria en este momento, la fe sin las obras es muerta<sup>49</sup>, estas dos cosas, repito, nos llevan a dividir la fe en tres modos: en fe muerta, fe fingida y fe probada. A la fe muerta define el Apóstol diciendo que es aquella que no tiene obras, esto es, que no obra por el amor, como destituida de alma, que es el mismo amor, con que pueda nutrirse y moverse a las obras. Fe fingida juzgo yo llamarse aquella que, habiendo recibido la vida de la caridad, se comienza a mover para obrar bien; pero, no perseverando, desmaya y muere como abortiva. Diré que ésta se llama fingida en el mismo sentido en que, atendida la expresión latina, se llaman fingidos los vasos de barro, no porque no sean útiles mientras duran, sino porque, siendo quebradizos, no pueden durar mucho. De esta ficción en la fe pienso que son notados en el Evangelio los que por algún tiempo creen y

<sup>40</sup> Ps. 31, 1.

<sup>41</sup> Ps. 24, 18.

<sup>42</sup> Mt. 6, 12.

<sup>43</sup> Ier. 43, 6, y 4 Reg. 24.

<sup>44</sup> Job 30, 29.

<sup>45</sup> Ex. 32, 32.

<sup>46</sup> Rom. 9, 3.

<sup>47</sup> Ps. 22, 4.

<sup>48</sup> 1 Tim. 1, 5.

<sup>49</sup> Iac. 2, 20.

en el tiempo de la tentación se apartan. Pregunto ahora a los que dicen que la caridad no se aparta más del que una vez la recibió. Dice la Verdad misma de algunos: *No tienen raíces, porque algún tiempo creen y en el tiempo de la tentación se apartan*<sup>50</sup>. ¿De dónde, pues, y adónde se apartan? Sin duda, de la fe a la infidelidad. Pregunto más: ¿Podían salvarse en aquella fe o no podían? Si no podían, ¿qué injuria es del Salvador o qué alegría del tentador que se aparten de donde no está la salvación, pues ni el Salvador cela otra cosa que la salvación ni el maligno envidia otra cosa? Pero, si podían salvarse, ¿en que modo están sin caridad mientras se mantienen en esa fe, no pudiendo hallarse la salvación sin la caridad, o, desamparando la fe, no desamparan también la caridad, no pudiendo estar juntas la caridad y la infidelidad? Se apartan algunos de la fe porque la Verdad nos lo dice; por consiguiente, de la salvación, porque el Salvador los reprende; y de ahí inferimos que se apartan también de la caridad, sin la cual no puede darse la salvación. Y éstos, dice, *no tienen raíces*. No niega que tienen el bien, sino que se queja de que no están bien radicados en él.

15. En fin, prosigue y dice: Porque durante algún tiempo creen. Esto es bueno, ojalá que durara. Porque no el que comience, sino el que persevere hasta el fin, será salvo<sup>51</sup>. Mas no duran, porque en el tiempo de la tribulación se apartan. Bienaventurados si entonces hubieran sido arrebatados, antes que la malicia mudara sus corazones. Pero ¡ay de las embarazadas y de las que estén dando de mamar en aquellos días, llevando, sin duda, en sus brazos sus tiernos hijos, que, por ser recién nacidos, fácilmente podrán perecer en los peligros! Tales son las almas que tienen una caridad pequeña y tierna todavía; por eso es preciso que su fe, que, aunque viva, es fingida, en el sentido que queda explicado, desmaye en la tentación. *A los vasos de barro, dice, los prueba el horno, y a los hombres justos la tentación*<sup>52</sup>; a los que viven, es a saber, de la fe. Pues el justo vive de la fe<sup>53</sup>, pero de una fe que viva, porque no puede dar la vida la que está muerta. No se lleva a prueba la fe de los demonios, porque, como vacía de caridad, está muerta. Creen a la verdad y tiemblan, pero su temor no se funda en la caridad. Por tanto, no están en el trabajo de los hombres y no son azotados con ellos, pues a una fe que está anagada ya no se la debe la probación, sino la reprobación. Así, sola la fe de los justos, esto es, sola la fe viva de los vivos, entra a examinarse en el horno de las tenta-

<sup>50</sup> I. c. 8, 13.

<sup>51</sup> Mt. 10, 22.

<sup>52</sup> Eceli. 27, 6.

<sup>53</sup> Rom. 1, 17.

ciones. Pero no la justicia de todos permanece por los siglos de los siglos, porque hay quienes por algún tiempo creen y en el tiempo de la tentación se apartan. La tentación prueba cuál es la fe de cada uno. Si alguna falla—pues falla cuando no persevera en la caridad—, se conoce que es fingida; pero la de aquel que persevera, se juzga probada y perfecta.

16. De lo dicho se hace, a mi parecer, bastante claro que no todos los que tienen caridad tienen la perseverancia en ella. De otra suerte, en vano amonestaría el Señor a los discípulos diciéndoles: *Permaneced en mi amor* <sup>54</sup>. Porque, si todavía no amaban, no debía decir: *Permaneced en mi amor*, sino tened mi amor; o, si amaban ya, no era necesario amonestarles la perseverancia, de la cual, según aquéllos, no podían ser privados. Cuide, pues, el siervo bueno y fiel de conservar, con la fe no fingida, la caridad de un corazón puro y de una conciencia buena, estimando en más la vida del alma que la del cuerpo, teniendo menos horror a la muerte de la carne que a la de la fe.

## CAPITULO V\*

### DE LA VIRTUD DE LA HUMILDAD, NECESARIA A TODOS, PERO PARTICULARMENTE A LOS PRELADOS

17. Ya de las tres cosas que propusimos arriba, sola es la humildad—si no me engaño—la que nos resta por tratar. De tal modo es necesaria a las dos virtudes dichas, que sin la humildad ni aun parece que son virtudes. A la verdad, la humildad es la que merece que la castidad o caridad sean dadas, porque a los humildes da Dios su gracia <sup>55</sup>. La humildad, pues, recibe las otras virtudes; después de recibidas, las guarda, porque no reposa el Espíritu Santo sino sobre el humilde y quieto <sup>56</sup>; después de guardarlas, las consume, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad, esto es, en la humildad <sup>57</sup>. Combate a la enemiga de toda gracia y principio de todo pecado, que es la soberbia, y aleja, tanto de sí misma como de las demás virtudes, su altiva tiranía. Porque cuando, con ocasión de cualesquiera bienes, suele la soberbia recibir aumento de sus fuerzas, sola ésta, como un baluarte y torre de las virtudes, resiste valerosamente a su malicia y

<sup>54</sup> Io. 15, 9.

<sup>55</sup> PL 182, 820.

<sup>56</sup> Iac. 4, 6.

<sup>56</sup> Is. 66, 2.

<sup>57</sup> 2 Cor. 12, 9.



sale al encuentro de su presunción. Sola ella, finalmente, es de la que María, llena de todas las virtudes, juzgó se debía gloriarse; pues, habiendo oído del ángel: *Dios te salve, llena de gracia*, como si de aquella plenitud sólo reconociera en sí la humildad, sólo con ésta, como se refiere, correspondió y explicó su agradecimiento a tanta gracia, diciendo: *Miró Dios la humildad de su sierva* <sup>58</sup>.

18. Pero ¿qué hizo después el autor y dador de las gracias, Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, en quien también habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad? ¿Por ventura no se glorió de la humildad, como de la suma de su doctrina y de sus virtudes? *Aprended de mí*, dice, no que soy casto, sobrio, prudente o cosa semejante, sino *que soy manso y humilde de corazón* <sup>59</sup>. *De mí*, dice, *aprended*; no os envío a la doctrina de los patriarcas, ni a los libros de los profetas, sino que me presento a vosotros como ejemplo y forma de humildad. Me envidiaron la altura que tengo en el Padre el ángel y la mujer; aquél la altura del poder, ésta la de la ciencia. Mas vosotros entrad en la emulación de mejores gracias, aprendiendo de mí, que soy manso y humilde de corazón.

19. Juzgo también que será provechoso indagar algo acerca de la soberbia, a fin de que parezca más manifiesta la hermosura de esta virtud por el vicio que se la opone. Se divide en dos especies, esto es, *en soberbia ciega y en soberbia vana*; con otros nombres, se pueden llamar *contumacia y vanidad*, de las cuales la primera es vicio del entendimiento, y la segunda de la voluntad, pues por aquélla se engañan los ojos de la razón y por ésta se indispone el apetito de la voluntad; por sus definiciones se conocerán mejor: La soberbia ciega o contumacia es un vicio por el que, juzgando el hombre que es bueno, no siéndolo, o siéndolo, juzgando que lo es por sí propio, se gloria no en el Señor, sino en sí mismo. La soberbia vana o vanidad es aquel vicio por el que uno se deleita más de sus propias alabanzas que de las de Dios, tanto sobre lo que es como sobre lo que no es. Esto notado, adaptemos a la humildad lo contrario, cotejando unas cosas con otras. La humildad es un desprecio de la propia excelencia. El desprecio se opone al apetito de la alabanza. A las dos especies de soberbia se oponen también dos especies de humildad; contra la soberbia ciega se opone el saber sentir el hombre bajamente de sí; contra la vana, no consentir con los que sienten de diverso modo. A la verdad, si uno sabe sentir bajamente de sí, ni en lo uno ni en lo otro se puede engañar su juicio acerca de sí mismo; es decir, no llegará a

<sup>58</sup> Lc. I, 28. 48.

<sup>59</sup> Mt. II, 29.

pensar que es algo más de lo que es o que cuanto es lo es de sí mismo. Y por eso, careciendo con paciencia de aquello que ve que le falta, acerca de lo que conoce con certeza que tiene se gloria humildemente, no en sí, sino en el Señor.

20. Para no engrairse y estar en precaución contra la tentación de sentir de sí mismo más altamente que lo que debiera, suele el verdadero humilde repasar en continua meditación aquello: *No aspiréis a lo que es más elevado, sino acomodaos a lo más humilde*<sup>60</sup>; y lo otro: *No anduve en cosas grandes ni maravillosas sobre mí. Sino he sentido bajamente de mí y, por el contrario, se ha ensalzado mi alma*<sup>61</sup>. Y: *El que piensa que es algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo*<sup>62</sup>. Mas contra la tentación de pensar que es de sí propio aquello que es, se pregunta a sí mismo cuidadosamente: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo has recibido?*<sup>63</sup> Igualmente, el que acostumbra menospreciar las alabanzas humanas cuando percibe que le alaban de lo que en sí no tiene, no asintiendo en manera alguna, trae a la memoria aquello: *Los que te aclaman por dichoso, te inducen al error*<sup>64</sup>. Y no menos se acuerda de aquel versículo: *Vanos son los hijos de los hombres; los hijos de los hombres tienen pesos falsos y se convienen juntamente en la vanidad para usar de los engaños*<sup>65</sup>. Por tanto, procure imitar solícitamente al Apóstol, que dice de sí: *No digo más, no suceda que me aprecie alguno sobre los méritos de lo que ve en mí u oye de mí*<sup>66</sup>. Pero cuando halla que es alabado por lo bueno que él acaso conoce tener en sí, igualmente, en cuanto está de su parte, cuida de rechazar de sí el dardo del favor con el escudo de la verdad, dando la gloria a Dios y diciendo: *Por la gracia de Dios soy lo que soy*<sup>67</sup>, y, rebatiendo de sí toda sospecha, dice al Señor: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria*<sup>68</sup>. Teme sin duda, no sea que, si se porta de otra suerte, oiga del Señor: *Recibiste y a tu recompensa*<sup>69</sup>; y también: *Buscáis la gloria unos de otros y no la que viene solamente de Dios*<sup>70</sup>. Refugiándose, pues, al consejo del Apóstol, hace examen él mismo de sus obras para tener en sí la gloria y no en otros<sup>71</sup>. Guarda fiel es de sí propio el que sabe reservar para sí el aceite del favor, no suceda que en la venida del Esposo se apague la lámpara de la conciencia por estar vacía. *No lo tiene en otro*, vuelvo a decir. No halla por conveniente entregar a los labios de los hombres su gloria, pues sin duda son una arca sin llave ni cerradura

<sup>60</sup> Rom. 12, 16.

<sup>61</sup> Ps. 130, 1. 2.

<sup>62</sup> Gal. 6, 3.

<sup>63</sup> 1 Cor. 4, 7.

<sup>64</sup> Is. 3, 12.

<sup>65</sup> Ps. 61, 10.

<sup>66</sup> 2 Cor. 12, 6.

<sup>67</sup> 1 Cor. 15, 10.

<sup>68</sup> Ps. 113, 9.

<sup>69</sup> Mt. 6, 5.

<sup>70</sup> Io. 5, 44.

<sup>71</sup> Gal. 6, 4.

y que no está cerrada de ningún modo para el que quiera hacer dano. No es seguro ciertamente, sino más bien una necedad, colocar tu tesoro donde no puedas volverle a tomar cuando quieras. Si le pones en mi boca, ya no está en tu potestad, sino en la mia, siendo cierto que, según mi gusto, te podré alabar o vituperar.

## CAPITULO VI\*

EN LA CONCIENCIA DE CADA UNO SE HA DE COLOCAR LA ALABANZA Y LA GLORIA VERDADERA; PERO NO SIN TEMOR, PORQUE DIOS ES ESCUDRIÑADOR Y JUEZ DE LOS CORAZONES

21. Es la conciencia un vaso sano y firmísimo y muy a propósito para guardar los secretos; no está expuesto a asechanzas y no cede a ninguna violencia, pues es inaccesible a los ojos y a las manos de todos, exceptuando sólo el espíritu, que escudriña también las cosas altas de Dios. Cualquiera cosa que en ella ponga, estoy seguro que no la perderé; me la guardará mientras viva, y me la restituirá cuando muera. Porque adondequiera que vaya me acompaña, llevando consigo el depósito que recibió para guardar. Está presente cuando vivo y me seguirá igualmente cuando esté muerto; en todas partes son inseparables de mí la gloria o la confusión, según la calidad del depósito. Bienaventurados los que pueden decir con verdad: *Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia*<sup>72</sup>. No lo puede decir sino el humilde; el cual, según el proverbio vulgar, acostumbra temer los ojos del campo y tiene por sospechosos los oídos de las selvas. Es bienaventurado el hombre que está siempre temeroso<sup>73</sup>. No puede decir esto el arrogante y presuntuoso, que, ostentándose con descaro a sí mismo frecuentemente y en todas partes, como quien anda por un campo, anhela con ansia la gloria, se gloria cuando ha obrado mal y se regocija en las cosas pésimas. Juzga que no le ven porque tiene más imitadores que reprobos, siendo ciego y guía de ciegos. Pero tiene este campo ojos, que son los de los ángeles, a quienes suele ofender siempre la vida desarreglada. No dirá tampoco el hipócrita: Mi gloria es el testimonio de mi conciencia, pues aunque burle la opinión de los que juzgan de lo exterior en sus palabras, semblante y apariencia disimulada, no puede engañar ni evadir el juicio del que escudriña las

\* PL 182, 822.

<sup>72</sup> 2 Cor. I, 12.

<sup>73</sup> Prov. 28, 14.

entrañas y los corazones, puesto que a Dios nadie le puede burlar.

22. Tema éste también el oído del bosque. Aunque la mano y la lengua estén quietas, con todo, desde cualquier seiva de su enmaranada doblez y espinosa astucia habla el corazón de quien calla y descansa al oído que está en todas partes presente y el pensamiento le confiesa. Es torcido e inescrutable el corazón del hombre<sup>74</sup>, de manera que nadie sabe lo que hay en el hombre sino el espíritu del hombre que está en él; y ni aun éste plenamente. Porque, diciendo el Apóstol: *Para mí es de muy poco peso el ser juzgado por vosotros o por cualquier hombre*, añadió: *pero ni yo mismo me atrevo a juzgarme*. ¿Por qué? Porque no puedo, dice, aun yo mismo pronunciar una sentencia fija acerca de mí. *Pues, aunque mi conciencia no me reprende de nada, no por eso estoy justificado*. No me fío del todo de mi misma conciencia, pues ni ella a la verdad me puede comprender a mí en todo ni puede juzgar de todo el que no lo oye todo. *El que me juzga*, pues, *es el Señor*<sup>75</sup>. El Señor, dice, a cuya ciencia no se puede esconder y cuya sentencia no puede declinar aun aquello que se oculta a la propia conciencia. Oye Dios en el corazón del que piensa lo que no oye el mismo que piensa. El oído del profeta ausente estaba cerca de la boca del que pedía furtivamente el dinero<sup>76</sup>; y yo, pensando aun en lo más oculto dañar al prójimo inicua y torpemente a mí mismo, ¿no temeré aquel oído que de ninguna parte está ausente? Tremendo oído y digno de reverencia, para el cual ni el ocio cesa ni el silencio calla. Finalmente, dice: *Quitad los malos pensamientos de mis ojos*<sup>77</sup>. Pero ¿qué da a entender en decir *de mis ojos*? ¿Pues qué? ¿No solamente oye Dios, sino que ve también nuestros arcanos? ¿Qué ojos serán estos que miran los mismos pensamientos? No tienen los pensamientos color para verse ni sonido para oírse. Suelen sentirse del que piensa, pero no pueden oírse de quien escucha ni verse de quien mira. Con todo, justamente el Señor sabe los pensamientos varios de los hombres. Porque ¿cómo los ignorará cuando los oye y los ve? A estos dos sentidos principalmente, esto es, a la vista y al oído, nadie juzga que se debe negar la fe. Decimos que sabemos lo que hemos visto y oído. Así, con razón, no tenía el Señor Jesús necesidad de que alguno le diera testimonio del hombre; él mismo sabía ciertamente lo que había en el hombre. ¿*Por qué estáis pensando cosas malas en vuestros corazones?*<sup>78</sup> No respondía a las palabras, sino a los pensamientos. Oía a los que no hablaban y veía lo que no aparecía.

<sup>74</sup> Ier. 17, 9.

<sup>75</sup> I Cor. 4, 3. 4.

<sup>76</sup> 4 Reg. 5, 22.

<sup>77</sup> Is. 1, 16.

<sup>78</sup> Mt. 9, 4.



23. Todo me estremezco, Jesús, cuando considero, con la corta atención que puedo, tu majestad, especialmente cuando traigo a la memoria en cuántas cosas la he menospreciado algún tiempo. Mas también ahora, después de huir del semblante de la majestad a los pies de la piedad, ¿qué es lo que hago? Recelo que, habiendo en algún tiempo agravado a la majestad, sea también ingrato a la piedad. Porque ¿qué importa que hayan cesado las manos, si no cesa el pecho? ¿Qué importa que calle ya la boca, si el corazón no para? Si cada uno de los movimientos ilícitos de mi ánimo es un agravio a ti, Dios mío, por ejemplo, los movimientos de ira contra la mansedumbre, los de envidia contra la caridad, los de lujuria contra la sobriedad, los de torpeza contra la castidad y otros innumerables semejantes a éstos que del lago de mi inmundo pecho brotan aun ahora incesantemente, inundando y resaltando a la serenidad de tu reluciente rostro, ¿qué habré hecho con reprimir sólo mis miembros y corregir solas las acciones? ¡Oh Señor! Si estas y semejantes iniquidades que, aun estando sin hacer nada en lo exterior no ceso de cometer dentro de mí, las observas. ¿quién te soportará? ¡Pero acaso no hago yo estas cosas, sino que las padezco! Se hacen en mí, a la verdad, mas no se hacen por mí si no consiento. Ciertamente, si no llegan a dominarme, entonces seré inmaculado; y seré inmaculado delante de él no sólo si carezco de iniquidad, mas también si me guardo de ella. Mía la he llamado no porque yo la haga, sino porque la padezco. Llevo en mí un cuerpo de muerte y la carne de pecado; a mí me basta por ahora que no reine el pecado en mi cuerpo mortal. Así, el cuerpo no se tiene por crimen, ni tampoco el pecado que habita en él; pero con tal que no me deleite, a saber, que no ofrezca mis miembros por armas a la iniquidad. Por eso, ¡oh Dios misericordioso!, orará a ti cualquier santo en el tiempo oportuno<sup>79</sup>, postrándose ante ti por lo malo que siente y permaneciendo, con todo, santo mientras no consienta; postrándose por el peligro y siendo santo por la virtud; santo, ciertamente, y dichoso el que, poniendo toda su complacencia en la ley de Dios, según el hombre interior, se consuela acerca de lo malo que de tal suerte experimenta en el cuerpo, que no puede carecer de ello sino cuando se aparte al mismo tiempo del cuerpo, y dice: *No soy yo quien hace eso, sino el pecado que habita en mí*<sup>80</sup>.

24. Sin embargo, ¿quién entiende los delitos? Aunque pudiera decir juntamente con San Pablo lo que de mí está muy lejos: *Nada me reprende mi conciencia*<sup>81</sup>, con todo, no sería razón que me gloriase de estar justificado, pues no es estimable verdaderamente el que da testimonio de sí mismo,

<sup>79</sup> Ps. 31, 6.

<sup>80</sup> Rom. 7, 17.

<sup>81</sup> I Cor. 4, 4.

sino aquel a quien Dios da testimonio<sup>82</sup>. Si me aplaude, diciendo que soy justo, el día humano, lo aprecio muy poco, porque este día luce solamente en lo exterior. El hombre mira en el semblante, mas Dios mira el corazón<sup>83</sup>. Por eso, Jeremías no hacía mucho caso de los juicios del día humano, que son como unos rayos de luz, sino que confiadamente decía a Dios: *No he deseado el día del hombre, tú lo sabes*<sup>84</sup>. Si mi día se presenta halagüeño para mí, *ni a mí mismo*, dice, *me juzgo*<sup>85</sup>, porque ni a mí mismo me entiendo suficientemente. Sólo con razón fué constituido juez de vivos y muertos el que fabricó uno por uno los corazones de todos y entiende todas sus obras. Sólo miro por juez a aquel en quien sólo reconozco la virtud de justificar. El Padre le dió el hacer el juicio, porque es hijo del hombre<sup>86</sup>. No usurpo para mí o sobre mí, yo que soy siervo, la potestad del que es Hijo; ni me junto a aquellos de quienes suele quejarse de este modo: *Me han quitado los hombres el oficio de juzgar*. El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el poder de juzgar al Hijo<sup>87</sup>; ¿y presumiré yo usurpar lo que ni el mismo Padre toma para sí? Quiera o no quiera, me es forzoso ser presentado delante de él y dar cuenta de todo cuanto he hecho viviendo en el cuerpo a aquel Señor a quien ni una palabra se le pasa ni un pensamiento se le oculta. A vista de tan justo contraste de los méritos, a vista de tan íntimo inspector de los secretos, ¿quién se gloriará de tener el corazón casto? Sola, ciertamente, aquella virtud que no acostumbra gloriarse, que no sabe presumir, que no suele porfiar, quiero decir la humildad, hallará en los ojos de la divina piedad la gracia<sup>88</sup>. No apela al juicio ni ostenta tener justicia el que es verdaderamente humilde, sino que dice: *No entres en juicio con tu siervo, Señor*<sup>89</sup>. Recusa el juicio y pide misericordia, confiando que más fácilmente podrá alcanzar para sí perdón que vindicar la justicia. Conoce la naturaleza divina, naturalmente piadosa y que de ningún modo desecha la humildad de la nuestra. No desprecia aquella majestad al corazón contrito y humillado en nuestro linaje, puesto que ni se desdeñó tomar de él cuerpo de humildad. No sé por qué razón suele siempre la divinidad acercarse más familiarmente a la humildad. En fin, de ella se vistió para mostrarse a los hombres. Tomó en sí y llevó consigo substancia, modo y traje humilde, recomendándonos la excelencia de una virtud que quiso honrar con la especial presencia de sí mismo.

<sup>82</sup> 2 Cor. 10, 18.

<sup>83</sup> 1 Reg. 16, 7.

<sup>84</sup> Jer. 17, 16.

<sup>85</sup> 1 Cor. 4, 3.

<sup>86</sup> Io. 5, 27.

<sup>87</sup> Io. 5, 22.

<sup>88</sup> Iac. 4, 6.

<sup>89</sup> Ps. 142, 2.

## CAPITULO VII\*

## CENSURA LA AMBICIÓN DE LOS ECLESIASTICOS, LA PROMOCIÓN DE LOS JÓVENES Y LA PLURALIDAD DE BENEFICIOS

25. Mas a usted, amadísimo, a usted particularmente juzgo que es tanto más necesaria esta virtud cuanto mayor es la materia y ocasión de altivez. El linaje, la edad, la ciencia, la silla y—lo que es más—la prerrogativa de primado. ¿para quién no serían un incentivo de insolencia y ocasión de altivez? Aunque, a la verdad, también lo pueden ser de humildad. A los que piensan en los honores, halagan estas cosas; pero a los que consideran las cargas, sirven de tedio y de temor. Mas no todos perciben esta palabra. Muchos no correrían a los honores con tanta confianza y alegría si advirtieran al mismo tiempo sus cargos. Recelarían, sin duda, echar sobre sí peso tan grande y no pretenderían con tanto trabajo y peligro la investidura de cualesquiera dignidad. Mas, porque se atiende a la gloria y no a la pena, se tiene vergüenza de ser en la Iglesia un puro clérigo y se reputan a sí mismos por infimos y desairados los que no son sublimados a un lugar más eminente. Los niños de la escuela y los jóvenes imberbes, por la nobleza de la sangre, son promovidos a las dignidades eclesiásticas, y desde la palmeta son trasladados a ser príncipes de los presbíteros, más alegres por haberse libertado de las disciplinas que de haber merecido el principado y no lisonjeándoles tanto el magisterio que han conseguido como el que les han quitado. Y esto, a la verdad, en un principio. Mas con el tiempo, haciéndose poco a poco insolentes, salen doctos en breve para usurpar las iglesias y para despojar las bolsas de sus súbditos, usando de unos maestros hábiles en esta ciencia, que son la ambición y la avaricia. Pero por más diligencia que emplees en juntar tus lucros, pareciéndote a ti mismo muy cauto en esto; por más vigilancia que tengas en guardar tus cosas, por más cuidado que pongas en captarte la gracia de los reyes y príncipes, con todo, decimos: *¡Ay de la tierra cuyo rey es niño y cuyos principes comen por la mañana!*<sup>90</sup>

26. Ni queremos con esto decir que alguna edad sea temprana para la gloria de Dios, como ni tampoco tardía,

\* PL 182, 825.

<sup>90</sup> Eccl. 10, 16,

cuando vemos muchos jóvenes que entienden más que los viejos, que hacen antiguos sus días por las costumbres, previenen los tiempos por los méritos y compensan por las virtudes lo que falta a la edad. Buenos niños son los que procuran ser también, en cuanto a la malicia, lo que parecen ser en los años; en cuanto a la malicia vuelvo a decir, mas no en cuanto a la prudencia; cuya juventud, según el aviso del Apóstol, no la desprecie ninguno<sup>91</sup>. Mejores son los jóvenes de una buena índole que los envejecidos en días malos. El niño de cien años es maldecido; y hay, por el contrario, una venerable senectud, no de mucho tiempo ni computada por el número de los años<sup>92</sup>. Buen niño fué Samuel, que al punto se presentó oyente cuidadoso a Dios, que hablaba diciendo: *Habla, Señor, que tu siervo escucha*<sup>93</sup>; como si dijera: *Dispuesto estoy y no me he turbado para guardar tus mandamientos*<sup>94</sup>. Buen niño también Jeremías, el cual, santificado antes de nacer, cuando se excusaba pretextando su niñez, fué constituido sobre las gentes y los reinos<sup>95</sup>. Buen niño igualmente Daniel, cuyo espíritu suscitó Dios para convencer a los juicios inicuos y libertar la sangre inocente<sup>96</sup>. Igualmente: *La prudencia del hombre es para él como las cañas y una vida sin tacha es una vejez dichosa*<sup>97</sup>. Si en alguna parte se halla promovido este niño anciano, obra de Dios es que se debe admirar, no imitar, por los que no son tales

27. Pero se ve a cada paso en el clero correr de todas edades, de todas clases, los doctos lo mismo que los indoc-tos, a los cargos eclesiásticos, como que cada uno vivirá sin cargas luego que llegue a lograr estos cargos. Ni esto es de admirar en los no experimentados. Pues, viendo que los que sometieron ya los propios hombros a la anhelada carga no sólo no gimen como los que están bajo un gran peso, sino que apetecen ser cargados más, no se amedrentan de los peligros, que, ciegos por la codicia no ven, sino que son incitados por las conveniencias que envidian. ¡Oh ambición siempre infinita y avaricia siempre insaciable! Apenas han llegado a lograr los primeros honores en la Iglesia—ya los hayan conseguido por los méritos de su vida o del dinero, ya también por la prerrogativa de la carne y de la sangre, que no poseerán el reino de Dios—, no por eso se sosiegan los corazones, permaneciendo siempre inquietos entre dos deseos, siendo el uno de dilatarse más y más juntando en sí diversas dignidades, y el otro, de ser sublimados a las más altas. Por ejemplo, cuando uno es hecho en cuai-

<sup>91</sup> 1 Tim. 4, 12.

<sup>92</sup> Sap. 4, 8.

<sup>93</sup> 1 Reg. 3, 9.

<sup>94</sup> Ps. 118, 60.

<sup>95</sup> Jer. 1, 6.

<sup>96</sup> Dan. 13, 45-64.

<sup>97</sup> Sap. 4, 8-9



quier iglesia deán o preposición, arcediano o cosa semejante, no contento con un oficio en una iglesia, suele agregar a sí otros muchos, por mejor decir, todos cuantos pueda, sea en una iglesia, sea en muchas. Sin embargo, a todos estos empleos, si hay lugar, gustosamente prefiere la dignidad de obispo sólo. Mas ¿por ventura se saciará aun así? Hecho obispo, desea ser arzobispo. Habiendo conseguido quizá el arzobispado, de nuevo, sonando en no sé qué otras cosas más altas, determina frecuentar, emprendiendo laboriosos viajes y costosas comunicaciones, el palacio romano, adquiriendo allí ciertas amistades que le sean lucrosas. Si hace esto con el fin de lucro espiritual, debe alabarse el celo; pero se debe reprender la presunción como digna de castigo.

28. Algunos, cuando no pueden hacer esto, vuélvense a otro género de ambición, en que, no menos que los otros, muestran el ansia que tienen de dominar. Pues, presidiendo a ciudades muy populosas y rodeando en el ámbito de su propio obispado, por decirlo así, las patrias de todos, hallando ocasión por cualquier privilegio antiguo, pretenden sujetar a sí las ciudades vecinas, a fin de que dos ciudades, a las que apenas bastarían dos obispos, se reduzcan bajo uno solo. Te ruego me digas qué presunción sea esta tan odiosa, qué ardor este tan grande de dominar sobre la tierra, qué codicia de mandar es esta tan desenfrenada. Ciertamente, en un principio, cuando fuiste elevado a la silla, llorabas, la rehusabas, te quejabas de la fuerza diciendo que esto era mucho para ti y completamente sobre tus fuerzas, clamando que eras miserable e indigno y que no eras idóneo para ministerio tan santo ni suficiente para tan grandes cargas. Pues ¿cómo ahora, desechando aquel pudoroso temor, anhelas voluntariamente los obispados más amplios, o más bien, con una irreverente audacia, no contento con lo propio, quieres apoderarte de lo ajeno? ¿A qué fin esto? ¿Acaso para salvar más pueblos? Pero cosa injusta es que metas la hoz en mies ajena. ¿Para hacer más bien a tu iglesia? Pero al Esposo de las iglesias no agrada el aumento de una si es detrimento de otra. Ambición cruel e increíble, si los ojos no lo hicieran creer. Apenas contienen sus manos para no cumplir a la letra aquello que se lee en el profeta: *Partieron el vientre a las mujeres de Galaad que estaban encinta para dilatar los términos de su país* <sup>98</sup>.

29. ¿Dónde está el temor de aquella terrible conminación: *¡Ay de vosotros, que juntáis la casa a la casa y unís tierras a otras tierras!* <sup>99</sup>. ¿Por ventura solamente en estas

<sup>98</sup> Am. I, 13

<sup>99</sup> Is. 5, 8.

cosas de poco valor se ha de temer este *ay* y no cuando se unen ciudades con ciudades y provincias con provincias? Pero respondan todavía, si quieren, que imitan a Cristo haciendo también un pueblo de dos y trayendo igualmente de diversos pastos los rebaños para que haya un solo pastor y un solo aprisco. A este fin no se detienen en frecuentar la basílica de los apóstoles para encontrar también allí—lo que es más digno de dolor—quiénes favorezcan su ímproba voluntad, no porque cuiden mucho los romanos de cuáles sean los límites de las cosas, sino porque aman mucho los regalos y siguen las recompensas. Desnudamente hablo cosas que están desnudas, ni cubro lo que trae consigo pudor, sino que confuto lo que se hace sin vergüenza. Ojalá que estas cosas se hicieran privadamente y dentro de las cámaras. Ojalá que sólo nosotros las viéramos y las oyéramos. Ojalá que, aun diciéndolas, no se nos creyese. Ojalá que estos nuevos Noés nos dejaran con que, en algún modo, les pudiéramos cubrir. Mas, mirando todo el orbe la fábula del mundo, ¿solos nosotros nos callaremos? Está mi cabeza partida por todas partes y brotando por todos lados la sangre, y ¿juzgaré que se debe cubrir? Cualquier cosa que la aplique, se ensangrentará; será mayor confusión quererla cubrir cuando no se puede cubrir.

## CAPITULO VIII\*

### RECOMIENDA AL OBISPO LA HUMILDAD Y MODESTIA

30. Buena virtud la humildad, pues hace que el ánimo esté sosegado de estos inquietos cuidados y al presente y para el futuro da seguridad a la conciencia contra las penas que amenazan. Estas consideraciones, ¡oh Padre!, repriman su corazón de la pestífera imitación de todos éstos. Oiga, más bien, al profeta, disuadiéndole tales cosas de este modo: *No imites, dice, a los que obran mal ni envidies a los que hacen la iniquidad*<sup>100</sup>. Más bien conviene imitar al Apóstol, que no se gloria inmoderadamente, ni se extiende más allá de sí mismo, ni se atreve—como confiesa—a compararse a algunos que a sí mismos se ensalzan, sino que se mide según la medida de la regla con que Dios le midió<sup>101</sup>. Oyendo también de su boca: *No os neguéis el uno al otro*

\* PL 182, 828.

<sup>100</sup> Ps. 36, 1.

<sup>101</sup> 2 Cor. 10, 12-13.

lo que os debéis <sup>102</sup>, estará contento con sus cosas. El mismo, persuadiendo igualmente la humildad, no dudará de intimar al arzobispo saludablemente aquella sentencia suya: *Pon cuidado en no presumir cosas altas y más bien teme* <sup>103</sup>. No presumir cosas altas el que está colocado en lo alto, cosa difícil es y enteramente desusada; pero cuanto más desusada, tanto más gloriosa. El temor acerca de la altura ya conseguida, antes hará mirar con tedio que con agrado otras cosas más altas. No se juzgue, pues, feliz porque preside; pero júzguese infeliz porque no aprovecha.

31. Mas, para que con seguridad pueda presidir, no debe desdeñar estar sometido a quien debe. Porque desdeñar la sujeción hace al hombre indigno de la prelación. Consejo es del Sabio: *Cuanto mayor eres, tanto te has de humillar en todo* <sup>104</sup>. También es precepto de la Sabiduría: *El que es mayor de vosotros, hágase como el menor* <sup>105</sup>. Si es conveniente estar sujeto aun a los menores, ¿cómo será lícito despreciar el yugo de los mayores? Más bien vean en usted sus súbditos un ejemplar de lo que deben ejecutar con usted. Entiende lo que digo: *A quien debe honor, dé honor. Toda alma, dice, esté sujeta a las potestades que son firmes* <sup>106</sup>. Si *toda alma*, luego también la suya. ¿Quién le ha exceptuado de esta universalidad? Si alguno pretende eximirle de ella, intenta engañarle. No quiera consentir en los consejos de aquellos que, siendo cristianos, no obstante tienen por oprobio el seguir los hechos de Cristo u obedecer sus dichos. Esos mismos son los que le suelen decir: "Conserve el honor de su silla. A la verdad, es razón que por usted crezca la iglesia que está encomendada a su cuidado; mas ahora, a lo menos, permanezca en aquella dignidad en que la recibió. ¿Por qué? ¿Es usted menos poderoso que su predecesor? Si por usted no crece, a lo menos no mengüe." Esto dicen ellos. Mas de diverso modo lo mandó y practicó Cristo. *Dad, dice, lo que es del César, al César, y lo que es de Dios, a Dios* <sup>107</sup>. Lo que pronunció por la boca, cuidó luego de cumplirlo por la obra. El Creador del César no dudó dar tributo al César: ejemplo, pues, le dió para que usted también lo haga así. Mas ¿cuándo negará a los sacerdotes la debida reverencia el que procura exhibirla también a las potestades seculares? A la verdad, si asiste cuidadoso al sucesor del César, quiero decir al rey, en sus cortes, en sus consejos, en sus negocios y en sus ejercicios, ¿será indigno de usted portarse con el vicario de Cristo en la misma conformidad que está establecida entre las ige-

<sup>102</sup> I Cor. 7, 5.

<sup>103</sup> Rom. II, 20.

<sup>104</sup> Eccli. 3, 20.

<sup>105</sup> Lc. 22, 26.

<sup>106</sup> Rom. 13, 1.

<sup>107</sup> Mc. 12, 17.

sias desde antiguo? *Las cosas que vienen de Dios*, dice el Apóstol, *están ordenadas por Dios* <sup>108</sup>. Vean, pues, los que le disuaden de esta ignominia qué cosa sea resistir a la ordenación de Dios. ¿Será una cosa muy ignominiosa para el siervo el ser como su señor, o para el discípulo el ser como su maestro? Juzgan ellos que le honran muchísimo cuando intentan preferirle a Cristo, reclamando El mismo y diciendo: *No es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que quien le envió* <sup>109</sup>. Lo que no desdeñó el Maestro y Señor, y tal Maestro y Señor, ¿lo juzgará por indecente en sí mismo el siervo bueno y el devoto discípulo?

32. ¡Cuán bellamente habló aquel dichoso centurión a cuya fe no se encontró igual en Israel! *Yo*, dice, *soy hombre que está bajo potestad, teniendo bajo mí soldados* <sup>110</sup>. No se jactaba de la potestad cuando ni habló sólo de ella ni primero; pues, habiendo de decir, *tengo soldados bajo mí*, pronunció primero: *Soy hombre que está bajo potestad*. Antes se conoció hombre que poderoso. Conocióse hombre, repito, un hombre gentil, para mostrar que ya se cumplía en él lo que mucho antes había dicho David: *Sepan las gentes que son hombres* <sup>111</sup>. *Hombre soy*, dice, *y estoy bajo potestad*. Ya cualquiera cosa que añadas, no sospecharemos en ti jactancia alguna. Se anticipó, pues, la humildad para que no se precipitase la altura; no halla lugar la arrogancia cuando va delante la insignia tan esclarecida de la humildad. Conoces tu debilidad, confiesas tu sujeción; pues ya puedes pronunciar sin ningún peligro que tienes soldados bajo de ti. Realmente, porque no se confundía de hallarse sujeto, con razón mereció ser honrado con la preferencia y lugar superior respecto de otros. No se avergonzó de tener otra potestad sobre sí; por eso fué digno de tener soldados bajo de sí. Hablaba la boca por la abundancia del corazón; y porque tenía interiormente bien ordenados sus afectos, en lo exterior también dispuso sus palabras con arreglo y decencia. Dió primero honor a sus mayores para recibirle con justicia de sus súbditos, reconociendo que recibía de los superiores el estar constituido sobre inferiores, y para aprender mejor, con la experiencia de la propia sujeción, a moderar y disponer sus mismos preceptos e imperios. Quizá no ignoraba que había sujetado Dios al hombre—estando éste sujeto a El—todas las cosas ni que el hombre las hizo contrarias a sí; ni que este mismo hombre, a quien, siendo humilde, había el Señor constituido sobre las obras de sus manos, por causa de su soberbia fué comparado a los jumentos irracionales y se hizo

<sup>108</sup> Rom. 13, 1.

<sup>109</sup> Io. 13, 16.

<sup>110</sup> Lc. 7, 8.

<sup>111</sup> Ps. 9, 21.



semejante a ellos. Sabía acaso igualmente que el espíritu humano, estando sujeto al Criador, había poseído una carne sujeta a sí; que, haciéndose rebelde, la encontró ya rebelde, y que, hecho transgresor de la ley del superior, comenzó a sentir en sus miembros otra ley que repugnaba a la de su mente y la cautivaba en el pecado.

## CAPITULO IX\*

### SON REPRENDIDOS LOS ABADES QUE PRETENDEN DESORDENADAMENTE EXIMIRSE DE LOS LEGÍTIMOS SUPERIORES

33. Me pasmo de que algunos abades de monasterios en nuestra orden quebranten con odiosas contenciones esta regla de humildad y—lo que es peor—que, bajo de un hábito humilde y tonsura, piensen tan altivamente, no sufriendo que sus súbditos traspasen una sola palabra de sus preceptos y teniendo a menos ellos mismos obedecer a los propios obispos. Despojan los monasterios para eximirse y se redimen a sí mismos para no obedecer. No lo hizo así Cristo. Dió la vida para no perder la obediencia; éstos, por carecer de ella, expenden casi todo lo que está destinado para su sustento y el de sus súbditos. ¡Oh monjes!, ¿qué presunción es ésta? Porque seáis prelados de los monjes no dejáis de ser monjes. A la verdad, al monje le hace la profesión, al prelado la necesidad. Pero para que la necesidad no perjudique a la profesión han de añadirse, no ha de suceder la prelación al monacato. De otro modo, ¿cómo se cumplirá aquello: *Te han constituido príncipe? Sé entre ellos como uno de ellos*<sup>112</sup>. ¿En qué manera serás como uno de ellos permaneciendo soberbio entre los humildes, rebelde entre los súbditos, cruel entre los mansos? Para que te juzguemos como uno de ellos, te hemos de ver tan dispuesto para mostrar obediencia como para exigirla; te hemos de ver obedecer tan voluntariamente a los prelados, a quienes estás sujeto, como mandar a tus súbditos. Mas, si quieres tener siempre obedientes y nunca serlo tú, das pruebas de que no eres como uno de ellos cuando rehusas ser uno de los obedientes; apartándote de éstos por tu soberbia, ya advertimos patentemente a qué compañía te agregas; y, si lo desprecias con descaro o imprudentemente lo disimulas, sabe que verdaderamente eres reputado entre aquellos de

\* PL 182, 830.

<sup>112</sup> Eccli. 22, 1.

quienes está escrito: *Atan cargas pesadas que no se pueden llevar y las ponen en los hombros de los hombres, mas ellos no las quieren tocar con su dedo* <sup>113</sup>. ¿Qué compañía juzgas más digna para ti: la de los delicados maestros que la Verdad increpa o la de los obedientes monjes que intitula amigos suyos? Pues dice: *Seréis mis amigos si hacéis lo que os mando* <sup>114</sup>. Ves aquí, pues, qué cosa sea mandar lo que tú mismo no haces o no querer hacer lo que tú mismo enseñas.

34. Además de esto, aun pasando en silencio aquello de la Regla en donde te manda San Benito que las cosas que enseñes a los discípulos ser contrarias a la salvación, muestras en las mismas acciones que no se deben hacer, ni deteniéndome tampoco en que claramente define que el tercer grado de la humildad consiste en sujetarse con toda obediencia, por el amor de Dios, al superior <sup>115</sup>, atiende a lo que se lee en la regla de la Verdad: *El que no observe*, dice, *uno de estos mis mandatos mínimos y lo enseñe así a los hombres, será mirado como el mínimo en el reino de los cielos* <sup>116</sup>. Por tanto, tú enseñando y rehusando obedecer eres convencido de que enseñas y quebrantas no un mínimo, sino un máximo mandato de Cristo. Así, pues, siendo tú doctor e infractor del mandato, habrás de ser llamado mínimo en el reino de los cielos. Si juzgas, pues, injuria de tu primacía el parecer menor que los sumos sacerdotes, ¿no se deberá reputar cosa más indigna el ser llamado mínimo en el reino de los cielos? Si eres muy soberbio, más serás confundido en ser llamado mínimo que en ser llamado menor. Porque menos bajeza es parecer menor que mínimo y mucho más apreciable es estar sujeto a solos los obispos que a todos.

35. Mas no lo hago por mí, dice, sino que mi fin es la libertad del monasterio. ¡Oh libertad, por decirlo así, más servil que toda servidumbre! Con gusto me abstendré de tal libertad, que me sujeta a la servidumbre pésima de la soberbia. Más temo los dientes del lobo que la vara del pastor. Yo, que soy monje y tal cual abad de monjes, estoy cierto de que, si tiento sacudir de mi propio cuello el yugo de mi obispo, al punto me veré sujeto a la tiranía de Satanás. Sin duda, al ver aquella cruel bestia, que da vueltas buscando a quién devorar, que se ha alejado de la guarda, ¡ay!, al momento embiste al que tal presume. Pues con razón no duda tomar la superioridad sobre el soberbio quien con derecho se gloria de ser rey sobre todos los hijos de la soberbia. ¡Quién me diera a mí que fueran deputados cien pastores para guardarme! Cuantos más tengo que cuiden

<sup>113</sup> Mt. 23, 4.

<sup>114</sup> Io. 15, 14.

<sup>115</sup> C. 2, 7.

<sup>116</sup> Mt. 5, 19.

de mí, tanto más seguro salgo a los pastos. ¡Oh gran demencia! ¿No dudo guardar una multitud de almas y siento pena en tener sobre la mía uno solo que la guarde? Y, ciertamente, los que están sujetos a mí me ponen en el cuidado de dar cuenta por ellos; mas los que son mis superiores, ellos son los que velan, como que han de dar cuenta por mí <sup>117</sup>. Aquéllos, aunque me honran, me cargan; éstos no tanto me oprimen cuanto me protegen. Acuérdomé que he leído: *Un juicio durísimo se hará a los que gobiernan, mas al pequeño se le concede la misericordia* <sup>118</sup>. Pues ¿cómo vosotros, ¡oh monjes!, tenéis por gravamen la autoridad de los obispos? ¿Teméis acaso que os hagan algún daño? Mas, si padecéis algo por la justicia, bienaventurados sois. ¿Os ofende acaso el que sean seglares? Pero ninguno más seglar que Pilatos, delante del cual estuvo el Señor para ser juzgado. *No tendrías, dice, potestad en mí si no te hubiera sido dada de arriba* <sup>119</sup>. Ya entonces hablaba por sí mismo y experimentaba en sí lo que después clamó por los apóstoles en las iglesias: *No hay potestad que no venga de arriba*; y también: *El que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios* <sup>120</sup>.

36. Id, pues, ahora vosotros y resistid a quien es vicario de Cristo, no habiendo resistido Cristo ni aun a su contrario; o decid, si os atrevéis, que Dios no sabe la ordenación de su prelado, confesando también Cristo que la potestad del presidente romano sobre él había sido nombrada por el cielo. Pero manifestamente dan a entender algunos de éstos qué es lo que piensan cuando, habiendo logrado con mucho trabajo y mucho precio privilegios de Roma, se apropian las insignias pontificales, usando también, al modo de los obispos, mitra, anillo y sandalias. Ciertamente, si se atiende a la dignidad, a la profesión del monje, está muy distante de esto; si se atiende al ministerio, es claro que sólo compete a los obispos. Sin duda desean ser lo mismo que anhelan parecer y con razón no quieren estar sujetos a quienes se hacen iguales con el deseo. ¿Qué sería si la autoridad de los privilegios les pudiera dar también el nombre? ¿Con cuánto oro te parece que pretenderían conseguir el ser llamados obispos? ¿A qué fin, ¡oh monjes!, unas cosas como éstas? ¿Dónde está el temor del alma? ¿Dónde el rubor de la frente? ¿Quién jamás de los monjes celebrados enseñó con palabras cosa semejante a ésta o la dejó por ejemplo? Doce grados de humildad explica vuestro Maestro y los distingue por sus propias descripciones <sup>121</sup>; ¿en

<sup>117</sup> Hebr. 13, 17.

<sup>118</sup> Sap. 6, 6-7.

<sup>119</sup> Io. 19, 11.

<sup>120</sup> Rom. 13, 1-2.

<sup>121</sup> SAN BENITO, Regl. c. 7.

cuál de ellos, os pregunto, se enseña o se contiene que deba el monje deleitarse de este fausto y pretender estas dignidades?

37. El trabajo, el retiro y la pobreza voluntaria son las insignias de los monjes; éstas son las cosas que acostumbran ennoblecer la vida monástica. Mas vuestros ojos se fijan en todo lo que es sublime; vuestros pies pasean todas las plazas; vuestras lenguas se oyen en todos los concilios; vuestras manos saquean todo patrimonio ajeno. Sin embargo, si es conveniente que, eximidos de la sujeción de los obispos, seáis ensalzados con una gloria igual, con igual silla y con las mismas insignias de los ornamentos de ceremonia que tienen los sucesores de los apóstoles, ¿cómo no conferís también las órdenes sagradas y dais bendiciones a los pueblos? ¡Cuántas más cosas se me ofrecen decir contra esta insolentísima presunción! Pero refrena mi ímpetu el acordarme que estoy escribiendo para unos oídos muy ocupados y recelo hacerme molesto a un arzobispo con una lectura demasiado larga. Y también porque la cosa es ya tan manifiesta, que la multitud misma de los reprehensores parece ha endurecido más el descaro. Pero, si aun esto mismo que he dicho parece exceder los agradables límites de un compendio, impútelo, señor, a usted mismo, que me obligó a manifestar en esto también mi propia impericia, no sabiendo yo guardar la costumbre y modo debido de escribir.



# SOBRE LA CONVERSION \*

DIRIGIDO A LOS CLÉRIGOS

*El tratado de la Conversión a los clérigos es un largo sermón que predicó San Bernardo en 1140 a los estudiantes de París, invitado por el obispo de la ciudad, Esteban de Senlis. Ordinariamente, los estudiantes de aquel entonces eran aspirantes a la clericalura.*

## CAPITULO I \*\*

NINGUNO SE PUEDE CONVERTIR A DIOS SI NO ES PREVENIDO POR LA VOLUNTAD DIVINA Y LE LLAME INTERIORMENTE LA VOZ DE DIOS

1. Os habéis juntado aquí para oír la palabra de Dios, pues no veo podáis tener otro motivo para concurrir aquí con tanta ansia. Aprobamos, sin duda, vuestro deseo y tomamos parte en el gozo de tan loable afición. Porque bienaventurados son los que oyen la palabra de Dios, pero si la guardan<sup>1</sup>. Bienaventurados son los que se acuerdan de sus mandamientos, pero ha de ser para cumplirlos<sup>2</sup>. A la verdad, El tiene palabras de vida eterna, y vendrá la hora —ojalá que ya sea ésta— en que los muertos oirán su voz; y los que la oigan, vivirán<sup>3</sup>, porque está en su voluntad la vida. Y, si lo queréis saber, su voluntad es nuestra conversión. En fin, escúchale a El mismo: *¿Por ventura es mi voluntad la muerte del impío*, dice el Señor, *y no más bien que se convierta y viva?*<sup>4</sup> De cuyas palabras evidentemente conocemos que la verdadera vida no se halla para nosotros, sino en la conversión, ni de otro modo alguno se franquea su entrada, diciendo también el Señor: *Si no os convertís y hacéis como este párvulo, no entraréis en el reino de los cielos*<sup>5</sup>. Con razón entran sólo los párvulos,

\* PL 182, 833-856.

\*\* PL 182, 833.

<sup>1</sup> Lc. 11, 28.

<sup>2</sup> Ps. 102, 18.

<sup>3</sup> Io. 5, 25.

<sup>4</sup> Ez. 18, 23.

<sup>5</sup> Mt. 18, 3.

porque un niño párvulo los va guiando, el cual para este mismo fin nació y nos fué dado. Voy a buscar, pues, aquella voz que oirán los muertos y vivirán si la atienden, pues quizá sea necesario evangelizar también a los muertos. Por ahora se me presenta a la memoria una palabra breve, pero llena, que habló la boca del Señor, como testifica el profeta: *Has dicho*, dice él hablando, sin duda, a su Dios, *convertíos, hijos de los hombres*<sup>6</sup>. Ni sin razón, ciertamente, parece se debe exigir de los hijos de los hombres la conversión, tan necesaria a los pecadores. Porque a los espíritus soberanos más bien se les intimó la alabanza que es decente a los rectos de corazón, cantando el mismo profeta: *Alaba, Sión, a tu Dios*<sup>7</sup>.

2. Mas, a mi juicio, esta expresión, *has dicho*, no se debe pasar sin hacer alto en ella ni se debe oír sin mucha reflexión. Porque ¿quién se atreverá a comparar a los dichos humanos aquello que se dice haber dicho Dios? Viva y eficaz es la palabra de Dios<sup>8</sup> y su voz está llena de magnificencia y poder<sup>9</sup>. En fin, *dijo, y fueron hechas las cosas*<sup>10</sup>. Dijo: *Hágase la luz, y la luz fué hecha*<sup>11</sup>. Dijo: *Convertíos, hijos de los hombres*, y fueron convertidos. Así, ciertamente, la conversión de las almas es obra de la voz divina, no de la humana. Simón, hijo de Juan, siendo pescador de hombres, llamado y constituido por el Señor para este mismo empleo, trabajando toda la noche en vano, nada cogerá hasta que, echando la red, conforme a la palabra del Señor, pueda traer dentro de ella una copiosa multitud. Ojalá echemos también nosotros hoy, conforme a esta palabra, la red de la palabra y experimentemos lo que está escrito: *Mira que dará a su voz la voz de la virtud*<sup>12</sup>. Si hablamos mentira, ésta se deberá atribuir a nosotros. Se podrá quizá también juzgar que es nuestra propia voz y no la del Señor si buscamos nuestros intereses y no los de Cristo. No obstante, aunque hablemos la justicia de Dios y busquemos su gloria, sin embargo, en orden al efecto, es necesario esperar sólo de él y pedirle que junte a su voz la de la virtud. A esta voz interior, pues, os amonestamos que apliquéis vivamente vuestros oídos, de modo que procuréis más bien oír a Dios, que habla dentro, que al hombre, que habla fuera. Porque aquélla es la voz de magnificencia y de virtud que hace estremecer los desiertos, examina los secretos ocultos y despierta vivamente la somnolencia desidiosa de las almas.

<sup>6</sup> Ps. 89, 3.

<sup>7</sup> Ps. 47, 12.

<sup>8</sup> Hebr. 4, 12.

<sup>9</sup> Ps. 28, 4.

<sup>10</sup> Ps. 148, 5.

<sup>11</sup> Gen. 1, 3.

<sup>12</sup> Ps. 67, 34.

## CAPITULO II\*

LA VOZ DE DIOS SE OFRECE ELLA MISMA A TODOS Y REPRESENTA  
EL ALMA A SÍ MISMA AUNQUE ELLA NO QUIERA

3. No hay que fatigarse para llegar a oír esta voz, antes es trabajo cerrar los oídos para no oírla. Sin duda, esta misma voz se presenta de suyo; ella misma se introduce y no cesa de dar golpes a las puertas de cada uno. En fin, *cuarenta años*, dice, *estuve próximo a esta generación y dije: Siempre yerran éstos en el corazón*<sup>13</sup>. Todavía está próxima a nosotros, todavía habla, y no hay acaso quien oiga. Todavía dice: *éstos yerran en el corazón*; todavía está repitiendo la Sabiduría sus voces en las plazas: *Volved al corazón, prevaricadores*<sup>14</sup>. De esta manera, sin duda alguna, comienza Dios a hablar; y éstas son las palabras que se han hecho sentir antes en todos los que se convierten al corazón; palabras que no sólo hacen volver sobre sí al pecador, sino que desenvuelven y despliegan cuanto hay en su interior y le ponen a él mismo enfrente de su rostro. Pues no solamente son voz de virtud, sino también rayo de luz que anuncia a los hombres sus pecados y que al mismo tiempo ilumina lo escondido de las tinieblas. Pero no hay ninguna diferencia entre esta voz interior y esta luz, siendo uno mismo el Hijo de Dios, el Verbo del Padre, el esplendor de la gloria, y aun también la substancia del alma, que, a la verdad, en su género es igualmente espiritual y simple, sin distinción alguna de sentidos, sino que toda ella—sí es que se puede decir toda ella—es quien ve y juntamente oye. Porque ¿qué hace aquel rayo de luz o palabra interior sino que se conozca a sí misma? Se abre el libro de la conciencia, y se revuelve toda la serie lastimosa de la vida, se despliega la triste historia, se ilumina la razón y se presenta a sus ojos abierta y extendida su conciencia. Pero la una y la otra, esto es, la razón y la memoria, no tanto son cosas del alma como el alma misma; de modo que el alma misma es la que mira y es mirada, colocada contra su rostro y forzada por unos violentos ministros—que son los pensamientos saludables que pone Dios en su interior—a asistir por

---

\* PL 182, 835.<sup>13</sup> Ps. 94, 10.<sup>14</sup> Is. 46, 8.

ahora ante su propio tribunal para ser juzgada. ¿Quién, a la verdad, podrá sostener este juicio sin zozobra? *En mí mismo se turbó mi alma*, dice el profeta<sup>15</sup>; ¿y extrañarás tú que no puedas ser puesto enfrente de tu rostro sin reprehensión, sin turbación, sin confusión?

### CAPITULO III\*

CÓMO, POR LA VOZ DE DIOS, LA RAZÓN DE NUESTRA ALMA PUEDE, COMO EN UN LIBRO, PERCIBIR, REPRENDER, JUZGAR Y DISCERNIR TODO LO MALO QUE EL HOMBRE HA HECHO

4. Ni esperes oír de mí qué percibirá, reprenderá, juzgará y discernirá tu misma razón en tu memoria. Aplica los oídos a tu interior, vuelve hacia allí los ojos de tu corazón, y aprenderás por la propia experiencia qué es lo que allí pasa. Pues nadie sabe lo que hay en el hombre sino el espíritu del hombre que mora en él<sup>16</sup>. Si la soberbia, la avaricia, la envidia, la ambición u otra peste semejante está escondida, apenas podrá escaparse de este examen. Si la fornicación, la rapiña, la crueldad, algún fraude o cualquiera otra culpa tuvo aquí entrada, no se podrá ocultar el reo a este juez interior ni negará la verdad delante de él. Pasó velozmente el gozo de la delectación inicua y aquel gusto voluptuoso se acabó en breve todo, pero dejó impresas ciertas señales amargas en la memoria, dejó sus feos vestigios en ella. En este depósito se juntó, como en una sentina, toda abominación, y fué a parar en él toda la inmundicia. Este es un volumen grande, en que están escritas todas las cosas con la pluma de la verdad. Ya el vientre sufre lo amargo de ellas, aunque, al parecer, deleitaron con frívola dulzura las fauces en su breve tránsito. Miserable de mí, mi vientre me duele, mi vientre me duele. Pero ¿qué mucho duela el vientre de la memoria, en donde se juntó tanta podredumbre? ¿Quién de nosotros, hermanos, si de repente viera este exterior vestido que le cubre lleno de inmundas salivas y manchado con asquerosas suciedades, no se llenaría de horror, no se desnudaría de él con rapidez y lo arrojaría de sí con indignación? Pues quien halla en tal estado, no ya su vestido, sino bajo del vestido, interiormente, a sí mismo, es preciso que tanto más se duela y se

<sup>15</sup> Ps. 41, 7.

\* PL 182, 836.

<sup>16</sup> I Cor. 2, 11.



consterne cuando más sufre respecto de lo que le causa horror. Porque de ningún modo con la facilidad con que arroja su túnica podrá arrojarla a sí misma el alma que está contaminada. En fin, ¿quién hay entre nosotros de tanta paciencia y valor que si acaso—como se lee de María, hermana de Moisés<sup>17</sup>—viera su carne ponerse blanca en extremo con una repentina lepra pudiera mantenerse con un ánimo conforme y dar gracias al Criador? ¿Y qué es esta carne sino una corruptible túnica con que estamos vestidos? ¿O qué han de ver todos los escogidos en esta lepra corporal sino la vara del paternal castigo y la purificación del corazón? Ahí, ahí se encuentra la tribulación vehemente y causa justísima del dolor, cuando, despertado del sueño del miserable deleite, comienza el hombre a percibir la lepra interior que él mismo con mucho afán y trabajo buscó para sí. Pues, si ninguno aborrece su carne, mucho menos podrá el alma a sí misma aborrecerse.

#### CAPITULO IV\*

QUIEN AMA LA MALDAD, ABORRECE SU ALMA Y SU CUERPO;  
Y DE LA INFRUCTUOSA PENITENCIA DESPUÉS DE LA MUERTE

5. Hará fuerza a alguno quizá aquello del Salmo: *El que ama la iniquidad, aborrece su alma*<sup>18</sup>. Pero yo digo también que aborrece su cuerpo. ¿Por ventura no le aborrece el que va adquiriendo cada día cúmulos de infierno para sí y atesora la ira de Dios, a la medida de su dureza y de su corazón impenitente, para el día de la venganza? Sin embargo, este odio, así del alma como del cuerpo, no está en el afecto, sino más bien en el efecto; a este modo, sin duda, aborrece también su cuerpo el frenético cuando, sepultada la deliberación de la razón en él, trabaja por echar las manos contra sí mismo. Pero ¿hay acaso más grave frenesí que la impenitencia del corazón y la obstinada voluntad de pecar? Verdaderamente echa ésta las malvadas manos contra sí misma, y no al cuerpo, sino al alma, despedaza y corroe. Si has visto a un hombre rascar las manos y restregarlas hasta hacerse sangre, tienes expresada en él una imagen del alma que peca. Cede el deleite al dolor, y al picor sigue el tormento. Ni esto lo ignoraba él,

<sup>17</sup> Num. 12, 10.

\* PL 182, 837.

<sup>18</sup> Ps. 10, 6.

sino que no hacía caso cuando se rascaba. De este modo despedazamos, de este modo enconamos las infelices almas; pero tanto más gravemente cuanto es más excelente una criatura espiritual y mayor la dificultad en curarse. Ni, a la verdad, hacemos esto con ánimo expreso de hacer daño al alma, sino adormecidos con un cierto pasmo de la insensibilidad interior. Pues, estando el corazón derramado, no siente los daños interiores, porque tampoco él está dentro, sino en el vientre quizá o en lugar todavía más inmundo y bajo. En fin, el corazón de unos está en los platos, y el de otros en las bolsas. *Donde está tu tesoro, dice, allí está tu corazón* <sup>19</sup>. Mas ¿qué maravilla es que no sienta su propia lesión el alma, si, olvidada y enteramente ausente de sí misma, se fué a una región remota? Tiempo llegará en que, vuelta en sí, conozca qué cruelmente por una miserable caza se sacó las entrañas a sí misma. Pues ni aun esto podía sentir cuando, acechando con un insaciable deseo la vil presa de unas moscas, parecía tejer las redes, al modo de las arañas, de sus entrañas mismas.

6. Pero volverá a sí misma, a lo menos después de la muerte, cuando las puertas todas del cuerpo, por las cuales acostumbraba salir a vagar por fuera y ocuparse inútilmente en esta figura del mundo que pasa, estén cerradas para que permanezca en sí, no pudiendo salir por ninguna parte. Mas esta vuelta a la verdad será la cosa más triste y una miseria sempiterna; entonces podrá haber penitencia, sí, pero no hacerse uno penitente. Porque donde falte el cuerpo, no habrá ninguna acción; en donde no haya ninguna acción, tampoco se podrá dar ninguna satisfacción. Porque tener penitencia es tener dolor, mas el hacer penitencia es remedio del dolor. A quien entonces no tenga manos, no le será posible jamás levantar al cielo el corazón con las manos. Así, quien antes de la muerte no vuelve a sí mismo, es necesario que permanezca en sí mismo eternamente. Pero ¿en cuál él mismo? Cual se haya hecho él a sí mismo en esta vida, cual se encuentre al salir de esta vida; quizá será algunas veces peor, pero mejor jamás. Tiene que volver a tomar este mismo cuerpo que ahora deja, pero no para penitencia, sino para pena; pues, sin duda, parecerá ser el cuerpo, en alguna manera, de la misma condición que el pecado; de suerte que así como la culpa podrá ser castigada siempre, no pudiendo con todo eso ser expiada jamás, así nunca se acabarán los tormentos en el cuerpo ni se aniquilará el mismo cuerpo en los tormentos. Justamente, pues, ejercerá su rigor una sempiterna venganza, porque eternamente no se podrá borrar la culpa, ni

<sup>19</sup> Mt. 6, 21.

la substancia del cuerpo llegará a faltar jamás, para que igualmente jamás falte su aflicción. Hermanos, el que se llena de horror a la idea de estas cosas, se precave de ellas con tiempo; el que no hace caso, viene a caer en ellas.

## CAPITULO V\*

SE DEBE SENTIR Y SOFOCAR AHORA EL GUSANO DE LA CONCIENCIA Y NO FOMENTARLE Y SUSTENTARLE PARA QUE SEA INMORTAL.

7. Para volver a la voz de que hablábamos nos es forzoso volver a entrar en el corazón, puesto que aquí se encontrará el camino en que nos muestre su salvación aquel Señor que con tanto afecto de piedad convida a los pecadores a volver a él. No nos pese sentir por ahora las mordeduras del gusano interior, ni alguna peligrosa delicadeza y perniciosa afeminación del ánimo nos llegue a persuadir que no hagamos caso de la presente molestia. Importa mucho que sea el gusano sentido cuando todavía puede ser sofocado. Así, pues, muerda ahora para que muera y poco a poco deje de morder muriendo. Roa por ahora la podredumbre, para que royéndola la consuma y sea él consumido juntamente, no sea que comience a fomentarse para la inmortalidad. *Su gusano, dice, no morirá y el fuego no se apagará*<sup>20</sup>. ¿Quién podrá sostener el extremo rigor de aquellas mordeduras? Pues por ahora mitigan muchos consuelos el tormento de la conciencia que nos acusa. Benigno es Dios, el cual no permite que seamos tentados sobre lo que podemos ni que este gusano nos haga guerra sin medida. Y especialmente en los principios de nuestra conversión unge con el aceite de la misericordia nuestras úlceras para que no se eche de ver más de lo conveniente ni lo grande de la enfermedad ni lo difícil de la curación; y, más bien, entonces parece que alegra al ánimo una cierta facilidad de obrar lo bueno que experimenta, pero que desaparece cuando, teniendo ya ejercitados los sentidos, se permite que la presenten más fuerte combate para que venza y sepa que la sabiduría es más poderosa que todo. Entre tanto, oyendo el hombre la voz del Señor: *Volved al corazón, prevaricadores*<sup>21</sup>, y hallando tan grandes fealdades en su aposento interior, procura considerar con atención, una por una, todas sus cosas, y explora con

\* PL 182, 838.

<sup>20</sup> Is. 66, 24.

<sup>21</sup> Is. 66, 8.

curiosa diligencia por dónde pudieron entrar estas abominaciones. Fácilmente descubre el agujero o agujeros por donde entraron el que con esmero lo registra todo. Ni se aumenta poco su dolor cuando esta consideración averigua que la muerte entró por sus propias ventanas. Pues ve que franqueó la entrada a muchas inmundicias la licencia de los ojos y que dió libre paso a otras muchas el poco recato de los oídos, permitiendo lo mismo el deleite del olfato, el del gusto y del tacto. Mas los vicios espirituales, de que arriba hicimos mención, con dificultad ahora los examina y pesa, cómo ellos son en sí, el hombre carnal. Por lo cual sucede que poco o nada siente unos pecados que en realidad son más graves, ni tiene tan vivos remordimientos con el recuerdo de la soberbia y envidia como con la memoria de las acciones abominables y facinerosas.

## CAPITULO VI\*

DESCRIBE GRÁFICAMENTE LA DIFICULTAD DE LA CONVERSIÓN  
Y LAS LUCHAS QUE SUFRE EL QUE DESEA VOLVER EN SÍ

8. Y he ahí de nuevo una voz que desde las nubes está diciendo: *Pecaste, cesa ya*. Que es lo mismo que decir: Rebosando la sentina, está apestando con intolerable olor toda la casa. Empresa vana es querer limpiarla mientras no cesan de correr todavía las horrruras y querer hacer penitencia mientras no desistes de pecar. Porque ¿quién aprobará los ayunos de aquellos que ayunan para litigios y contenciones y hieren impiamente con el puño, y también se hallan en ellos las voluntades y deleites propios? No es éste el ayuno que apruebo yo<sup>22</sup>, dice el Señor. Cierra las ventanas, tapa las rendijas, ciega los agujeros; y de este modo, no entrando nuevas horrruras, podrás limpiar las antiguas. Juzga entonces el hombre que fácilmente podrá cumplir lo que se le manda, como quien está todavía ignorante en la vida espiritual. ¿Quién me estorbará, dice, que mande con imperio a mis miembros? Intima, pues, ayunos a la gula, prohíbe el exceso de la bebida, manda que se cierren los oídos para no oír las palabras de sangre, que se aparten los ojos para no ver la vanidad, que se extiendan las manos no a la avaricia, sino a la limosna; a las cuales quizá quiere también obligar al trabajo, prohibién-

\* PL 182, 839.

<sup>22</sup> Is. 53, 5.



dolas todo robo, según está escrito: *El que robaba, no robe ya, sino más bien se ocupe en trabajar con sus manos en cualquiera obra útil para tener qué dar al que padece necesidad* <sup>23</sup>.

9. Sin embargo, cuando a este modo está promulgando leyes a cada uno de los miembros y proponiendo sus decretos, súbitamente interrumpen ellos la voz del que manda y claman todos juntos: ¿De dónde ha venido esta nueva religión? Tú mandas hacer como te parece; pero no faltará quien se oponga a estos nuevos decretos, quien contradiga esas nuevas leyes. ¿Quién será ése? Esa, le responden, esa misma que yace paralítica en la casa y está afligida con muchos tormentos. Porque esa misma es, si lo ignoras, aquella a cuyo obsequio nos deputaste tú para que obedeciésemos a sus concupiscencias. A esta voz se quedó pálido el miserable y enmudeció confuso, angustiándose en sí mismo su espíritu. A esto, los miembros, sin detenerse nada, se llegan a aquella su infelicísima señora para que-rellarse cruelmente de su señor y acusar de demasiado duro su imperio. Lloran la gula porque la obligan a la estrechez de la parsimonia y porque la prohíben el gusto de la bebida inmoderada. Se quejan los ojos de que les precisan a derramar lágrimas y de que se les niega su licenciosa libertad. Prosiguiendo ellos en estas y semejantes cosas, dándose por sentida y violentamente exacerbada la voluntad: ¿Es sueño, dice, o es fábula lo que contáis? Entonces, viendo la lengua tan oportuno tiempo de hablar: Enteramente, dice, así es como has oído. Porque también a mí me han intimado que me abstenga de fábulas y de mentiras y que en adelante nada hable que no sea serio y absolutamente necesario.

10. Se levanta, pues, la vejezuela furiosa y, olvidada de todo su mal, va, desgñados los cabellos, rasgado el vestido, desnudo el pecho, refregando las úlceras, rechinando los dientes, consumiéndose de rabia e inficionando el aire mismo con sus hálitos pestilentes. ¿Qué mucho se confunda, si queda algo de razón en él, a tal encuentro y acometimiento de la miserable voluntad? ¿Es ésta, dice, toda la fe de tu desposorio y de este modo te compadeces de quien tanto padece? ¿Para esto dejaste de añadir más dolor sobre el dolor de mis llagas? Tal vez podía parecer que se debiese quitar algo de la inmoderada dote; pero, si me quitas esto, ¿qué me queda? Sólo esto habías dado a esta triste enferma, y en qué modo estaban distribuídos todos sus obsequios, lo conocía en otro tiempo. Mas, si ahora se te ha podido olvidar a ti la triplicada malignidad de este pésimo achaque que me atormenta, no a mí. Yo soy voluptuosa, soy curiosa, soy

<sup>23</sup> Eph. 4, 28.

ambiciosa, y de estas tres úlceras nada está sano en mí desde la planta del pie hasta la cabeza. Así, ya que es necesario hacer de nuevo mención de cada cosa, las fauces y partes obscenas del cuerpo están asignadas al deleite. A la curiosidad la sirven los pies vagos y los ojos sin disciplina. El oído y la lengua obsequian a la vanidad, pues por medio de aquél engrasa mi cabeza el aceite del pecador y por ésta suplo lo que a mi parecer dicen de menos los que me alaban, pues me deleito en gran manera en recibir de otros y en referir también a los demás, cuando se presenta ocasión, mis propias alabanzas, anhelando ser ensalzada así por mi boca como por la ajena. A cuya enfermedad principalmente suele también tu ingenio añadir varios incentivos. Por cierto, las manos, que se mueven libremente hacia todas partes, no las empleamos en una sola cosa, sino que hacen sus servicios y lisonjean ya a la vanidad, ya a la curiosidad, ya al deleite. Con ser esto así, jamás pudieron aun en una sola cosa satisfacerme, porque ni se sacian los ojos de ver ni se llenan los oídos de oír. Y ojalá que alguna vez, mientras estoy mirando, todo el cuerpo se hiciera ojos o que cuando estoy comiendo se convirtiesen en fauces todos mis miembros. ¿Tú, pues, me quieres quitar este gusto tan pequeño que de cualquier modo que sea ando yo mendigando? Así habló, y, apartándose con indignación y furor, dijo: Esto tengo y siempre lo tendré.

11. Ya entonces la vejación misma la da conocimientos a la razón; ya se hace patente, en algún modo, la dificultad de este negocio, ya se desvanece aquella supuesta facilidad. Porque ve la memoria llena de suciedades; ve que con mucha abundancia entran en ella más y más inmundicias; ve que las mismas ventanas, que estaban francas a la muerte, no se pueden cerrar del todo. Ve que todavía domina como superior la voluntad enferma, de cuyas úlceras había fluído toda la materia. Se ve, finalmente, el alma a sí misma contaminada, no por otro que por su propio cuerpo ni de otra parte que de sí misma. Pues es propio del alma así la memoria inficionada como la voluntad que la inficiona. En fin, toda ella no es otra cosa que entendimiento, memoria y voluntad. Mas el entendimiento se encuentra defectuoso; ciego en algún modo, puesto que no ha llegado a ver hasta ahora estas cosas, y debilitado enteramente, puesto que ni aun habiéndolas conocido puede remediarlas; la memoria a un mismo tiempo se encuentra feísima y fetidísima; y la voluntad, igualmente, lánguida, manando por todas partes sus horribles úlceras. Y para que nada quede de cuanto hay en el hombre, el cuerpo mismo se mantiene rebelde, y cada uno de los miembros es una ventana por donde entra al alma la muerte y rebosa incesantemente la misma confusión.

CAPITULO VII\*

CONSUELO EN QUE RESPIRAN LOS POBRES DE ESPÍRITU O LAS  
ALMAS QUE RECONOCEN SU MISERIA

12. Oiga, pues, toda alma que se halla en tal estado la voz divina, y oiga con pasmo y admiración que dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*<sup>24</sup>. ¿Quién más pobre de espíritu que el que en todo su espíritu no encuentra descanso, no encuentra dónde reclinar su cabeza? Esto también manifiesta la inestimable piedad del consejo divino, pues dispone que quien se desagrada a sí mismo, agrade a Dios, y que quien aborrece su propia casa—una casa ciertamente llena de inmundicia y de desdicha—, sea convidado a la casa de la gloria, casa no fabricada por mano de hombres, sino eterna, en los cielos. Ni hay que extrañar si a la grandeza de esta dignación queda pasmada el alma, si con dificultad cree esto mismo que oye, si se llena de admiración y asombro y dice: ¿Qué? ¿La miseria hace al hombre bienaventurado? Pero, cualquiera que seas, no desconfíes. No la miseria, sino la misericordia, le hace bienaventurado; pero el asiento propio de ésta es la miseria. O digamos que la miseria le hace bienaventurado, trocándose la humillación en humildad, la necesidad en virtud. *Una lluvia voluntaria destinarás, ¡oh Dios!, a tu heredad; ella enfermó, mas tú la fortificaste*<sup>25</sup>. Util enfermedad, que busca la mano del médico; saludablemente se desmaya en sí mismo aquel a quien Dios fortalece. Mas, porque no se abre el camino al reino de Dios sin las primicias del reino ni puede esperar el reino celestial aquel a quien no se concede todavía reinar sobre sus propios miembros, se sigue una voz que dice: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*<sup>26</sup>. Como si dijera más claramente: Mitiga los movimientos fieros de la voluntad y cuida de amansar esa bestia cruel. Atado te hallas; procura desatar lo que en modo alguno podrás romper. Ella es tu Eva; no puedes en manera alguna hacerla violencia u ofenderla tanto, que llegues a apartarla de ti.

\* PL 182, 841.

<sup>24</sup> Mt. 5, 3.

<sup>25</sup> Ps. 67, 10.

<sup>26</sup> Mt. 5, 4.

## CAPITULO VIII\*

LOS DELEITES CARNALES Y LAS RIQUEZAS SON COSAS DEL TODO  
VANAS, ENGAÑOSAS Y MOMENTÁNEAS

13. Ya sin tardanza, respirando el hombre a estas palabras y reputando esto mismo más fácil, se acerca, aunque tímido, y procura sosegar a esta irritada víbora. Reprende los deleites de la vida carnal y acusa de desvarios los consuelos mundanos, como cosas despreciables e indignas, brevísimas al mismo tiempo y perniciosas a sus amadores. Confiesa tú misma, dice, que es así este perverso e inútil siervo tuyo. No puedes negar que jamás pudieron satisfacer en nada todos sus obsequios. El gusto de la gula, que hoy tanto se aprecia, apenas se extiende a la anchura de dos dedos, y este tan corto deleite de una parte tan pequeña del cuerpo, ¡cuánta solicitud suele costar, cuánta molestia suele producir después! Hace que se dilaten monstruosamente las entrañas y el estómago; que, entumecido el vientre, no tanto se engruese como que conciba su ruina, y que, no pudiendo sostener el peso de la carne los huesos, se engendren también enfermedades varias. Igualmente, ¡con cuántos trabajos y dispendios, con cuánto peligro de la fama y de la honra, y algunas veces también de la vida, se llega a la sima obscura de la lujuria! Y, al fin, el deleite desaparece como un vapor de azufre encendido, quedando demasiado impreso el dolor; y, a manera de la abeja, derramando un poco de desabrida miel, deja clavado profundamente el aguijón en los corazones; su apetito es congoja y bajeza del ánimo; su logro, abominación e ignominia; sus consecuencias, pesar y vergüenza.

14. Pero los vanos espectáculos, pregunto, ¿qué bien pueden traer al cuerpo o qué provecho al alma misma? Ciertamente, nada encontrarás en el hombre que se aproveche de la curiosidad. Consuelo frívolo, inútil y falso; no sé que pueda hallar otra cosa más dura que haber de anhelar siempre algo nuevo el que, huyendo de la paz de un dulce sosiego, se deleita en la inquietud de la curiosidad de sus ojos. Se hace claro aun por solo esto que nada hay de deleite en todas estas cosas, pues sólo en su tránsito agradan. Pero que nada sea la vanidad de vanidades, se hace manifiesto por su propio nombre. Vano trabajo, sin duda,

\* PL 182, 841.



el que se emplea en el logro de la vanidad. “¡Oh gloria, gloria—dice un sabio—, no eres otra cosa, entre muchos de los mortales, que una vana hinchazón de los oídos!”<sup>27</sup>, y, con todo, ¡cuánta infelicidad acarrea al hombre esta misma vana felicidad, más bien que vanidad feliz! De ella nace la ceguera de corazón, según lo que está escrito: *Pueblo mio, los que te llaman bienaventurado, te llevan al error*<sup>28</sup>. De ella el obstinado furor de la animosidad, de ella la fatiga congojosa de las sospechas, de ella el cruel torcedor de la emulación y el tormento más mísero que miserable de una envidia que abrasa; de ella el amor insaciable de las riquezas, que aflige mucho más al alma con su deseo que la consuela con el uso, como que su adquisición está llena de trabajo; su posesión, de susto; su pérdida, de dolor. Por último, *donde hay muchas riquezas, hay también muchos para comerlas*<sup>29</sup>. Y ciertamente, el uso de las riquezas está en otros, quedando para los ricos sólo el nombre y la solicitud. Y en todo esto, por unas cosas tan tenues o, por mejor decir, por unas cosas que son nada, menospreciar aquella gloria que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cupo en el corazón del hombre, que Dios tiene preparada para los que le aman, no tanto parece necedad como infidelidad.

15. No sin razón se burla con vanas promesas este mundo, que está puesto en poder del maligno, de unas almas que se han olvidado de su propia condición y nobleza, no avergonzándose de sujetarse a apacentar unos animales inmundos, de asociarse a ellos en el deseo, sin lograr aun así saciarse de su infeliz alimento. ¿De dónde, pues, tan grande cobardía y bajeza tan lastimable que una ilustre criatura, capaz de la bienaventuranza eterna y de la gloria del gran Dios, como quien ha sido criada por su inspiración, sellada con su semejanza, redimida con su sangre, dotada con su fe, adoptada por su espíritu, no se avegüence de sujetarse a una miserable esclavitud bajo esta podredumbre de los sentidos corpóreos? Justamente no llega a alcanzar ni aun a éstos quien, desamparando a tal Esposo, va siguiendo tales amantes. Justamente tuvo hambre de los despreciables residuos de su comida y no los logró quien prefirió apacentar unos puercos a saciarse en la mesa de su padre<sup>30</sup>. Trabajo fatuo, a la verdad, apacentar a una estéril que no da a luz y no querer hacer bien a una viuda; descuidar el corazón y cuidar del cuerpo hasta satisfacer sus deseos; engordar y regalar un cadáver podrido que poco después ha de ser comida de los gusanos. Pues el servir

<sup>27</sup> BOECIO, *De consolatione* l. 3, prosa 6.

<sup>28</sup> Is. 3, 12.

<sup>29</sup> Eccle. 5, 10.

<sup>30</sup> Lc. 15, 16.

al dinero y amar la avaricia, que es culto de los ídolos, o dejarse llevar del apetito de la vanagloria, ¿quién no ve que es manifiesto indicio de haber degenerado enteramente el alma de su nobleza?

16. Mas demos, con todo, que sean cosas grandes y honestas cuantas por ahora ofrece el mundo a sus amadores. Pero ¿quién no sabe que en ellas no puede haber seguridad? Tan cierta es su brevedad como es incierto el fin de ésta. Muchas veces desamparan al que vive, pues al que muere no le siguen ni una vez siquiera. Pero ¿qué hay en las cosas humanas más cierto que la muerte? ¿Qué más incierto que la hora de la misma? No se apiada de la pobreza, no respeta las riquezas, no perdona el linaje, ni las prendas, ni edad alguna; sólo que para los viejos está a la puerta; para los jóvenes, en las asechanzas. Infeliz, por tanto, el que, poniendo su confianza en las tinieblas y en lo resbaladizo de esta vida, toma un trabajo que ha de perecer; no advierte que es un vapor que aparece por tiempo muy breve y vanidad de vanidades. ¿Alcanzaste al fin, ambicioso, la dignidad que por largo tiempo deseabas? Guarda lo que tienes. ¿Has llenado, avariento, tus bolsas de dinero? Ten cuidado de no perderlo. ¿Trajo abundantes frutos tu campo? Deshaz las trojes para construir otras mayores, da nueva forma a tus edificios, di a tu alma: *Tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años*. No faltará quien diga: *Insensato, esta noche han de pedirte el alma; estas cosas que has juntado, ¿de quién serán?*<sup>31</sup>

17. Y ojalá que sólo se perdiesen las cosas que se habían juntado y no pereziese más tristemente también el mismo que las juntó. Sería, sin duda, más tolerable afanarse en un trabajo que había de perecer que en un trabajo que había de traer la perdición. Mas los estipendios del pecado son la muerte; y los que siembran en la carne, de la carne cogerán la corrupción. Porque ni nuestras obras pasan, como nos parece; todas las cosas que hacemos en el tiempo son como una simiente que se echa para la eternidad. Se asombrará el insensato cuando vea que de tan corta simiente sale mies tan copiosa, buena o mala según la calidad de la simiente. El que medita esto, ningún pecado reputa por pequeño, porque aprecia más la mies que se espera que la simiente. Siembran, pues, los hombres sin advertirlo, y siembran cuando ocultan los misterios de iniquidad, cuando encubren los consejos de vanidad, cuando andan en las tinieblas los negocios de las tinieblas.

<sup>31</sup> Lc. 12, 19. 20.

## CAPITULO IX\*

## ES IMPOSIBLE OCULTARSE EL QUE PECA

18. Por todas partes, dice, me rodean las paredes. ¿Quién me ve? Aunque nadie te vea, no por eso deja de verte alguno. Te ve el ángel malo, te ve el ángel bueno, te ve otro mayor que todos los ángeles buenos y malos, que es Dios. Te ve tu acusador, te ve una multitud de testigos, te ve también el Juez en cuyo tribunal precisamente has de ser presentado y bajo cuyos ojos querer delinquir es cosa tan loca como horrenda caer en manos de Dios vivo. No quieras darte por seguro; se ocultan unas asechanzas a que no puedes ocultarte. Se ocultan, repito, unas asechanzas que así como tú no las puedes sorprender, así no pueden dejar de sorprenderte. Oye el que hizo el oído y el que formó los ojos mira sin duda<sup>32</sup>. No detienen los rayos de este sol las cercas formadas de piedra que él mismo crió. No estorba al aspecto de la verdad aun la misma pared del cuerpo. Todas las cosas están desnudas a sus ojos y es más penetrante que la espada de dos filos. No sólo mira, sino que juzga también los caminos de los pensamientos y las medulas de los afectos. En fin, si no registrara todo el abismo del corazón humano y cuanto en él se oculta, no temería tanto el Apóstol—a quien en nada reprendía su propia conciencia—la sentencia del Señor, su Juez. *Para mí, dice, importa muy poco ser juzgado por vosotros o por otro cualquiera hombre; yo mismo no me atrevo a juzgarme. Porque aunque en nada me reprende mi conciencia, no estoy justificado por eso; mas es el Señor el que me juzga*<sup>33</sup>.

19. Si te glorías de que con el estorbo de las paredes o con las artes de tus disimulos se pueden frustrar los juicios humanos, está cierto de que no se le ocultan los crímenes verdaderos al que suele acusar aun de los falsos. Si en tanto grado temes que te conozca tu prójimo—que tal vez no teme menos que le conozcas tú—, mucho menos debes despreciar a quienes es mucho más odiosa la iniquidad y sin comparación más execrable la corrupción. Si, en fin, no temes a Dios y sólo recelas la vista de los hombres, acuérdate que Cristo, hombre verdadero, no puede ignorar los hechos de los hom-

\* PL 182, 844.

<sup>32</sup> Ps. 93, 9.<sup>33</sup> I Cor. 4, 3. 4.

bres, para que así, lo que delante de mí no te atreverías hacer, mucho menos te atrevas a hacerlo delante de El; y lo que no digo no te sería lícito, pero ni aun poco agradable, obrar viéndolo un consiervo tuyo, tengas horror aun de pensarlo siquiera viéndolo el Señor. De otro modo, si temes más al ojo de la carne que a la espada que ha de devorar las carnes, lo mismo que temes te sucederá y vendrá sobre ti lo mismo que recelas. *Nada hay encubierto que no venga a descubrirse, ni oculto que no venga a saberse* <sup>34</sup>. Serán argüídas por la luz las obras de las tinieblas puestas a la luz; ni sólo los abominables secretos de las obscenidades, sino los inicuos comercios de los que venden los sacramentos y los fraudulentos consejos de los que inventan engaños y subvierten la justicia los hará manifiestos a todos el que sabe todas las cosas cuando comience aquel escudriñador de las entrañas y del corazón a examinar a Jerusalén con antorchas.

## CAPITULO X \*

LA SALVACIÓN SE ALCANZA NO SÓLO DESVIÁNDOSE DE LO MALO,  
SINO TAMBIÉN HACIENDO LO BUENO

20. ¿Qué harán, pues, o, más bien, qué padecerán los que cometieron grandes pecados, cuando oigan: *Id al fuego eterno* <sup>35</sup> los que no hicieron obras de piedad? ¿Cómo será admitido a las bodas quien no ciñó sus lomos para absterse de lo malo ni tomó en su mano la antorcha para hacer lo bueno, cuando ni la integridad de la virginidad ni la claridad de las lámparas podrá excusar la falta de solo el aceite? O ¿qué tormentos creeremos que se reservarán para los que en esta vida no sólo hacen cosas malas, sino pésimas, si de tal suerte han de ser atormentados los que aquí recibieron bienes, que, abrasándose sus lenguas en medio de las llamas, no podrán conseguir el refrigerio de una pequeña gota de agua? Guardémonos, pues, de las malas obras; ni, en la confianza de la red que nos encierra, pequemos libremente dentro de la Iglesia, teniendo en la memoria que no a todos los que trae la red han de recibir las vasijas de los pescadores, sino que en llegando a la orilla recogerán para echar en ellas los buenos y arrojarán afuera los malos <sup>36</sup>. Ni nos contentemos con ceñir de este modo los lomos, sino encendamos también nuestras antorchas y obremos lo bueno

<sup>34</sup> Lc. 12, 2.

\* PL 182, 845.

<sup>35</sup> Mt. 15, 41.

<sup>36</sup> Mt. 13, 48.



con instancia, considerando que todo árbol, no sólo el que dé fruto malo, sino el que no le dé bueno, será cortado y arrojado al fuego; al fuego eterno sin duda, que está aparejado para el diablo y los ángeles malos.

21. Mas de tal suerte nos apartemos de lo malo y hagamos lo bueno, que busquemos la paz y no sigamos la gloria. Porque ella es de Dios, y no la dará a otro. *Mi gloria, dice, no la daré a otro* <sup>37</sup>. Y decía un hombre según el corazón de Dios: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria* <sup>38</sup>. Acordémonos de lo que dice la Escritura: *Aunque rectamente ofrezcas, si rectamente no partes, pecas* <sup>39</sup>. Recta es, hermanos, aquella partición nuestra; nadie la rehuse. De otra suerte, si a alguno le agrada poco, sepa que no es nuestra, sino de los ángeles, pues los ángeles fueron los primeros que cantaron: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra, paz a los hombres de buena voluntad* <sup>40</sup>. Guardemos, pues, aceite en los vasos, no suceda, lo que Dios no permita, que, llamando en vano a las puertas cerradas de las bodas, oigamos aquella amarga voz y el Esposo desde dentro nos responda: *No os conozco* <sup>41</sup>. Todavía, sin embargo, está puesta la muerte no sólo junto a la maldad, la esterilidad, la vanidad, sino también a la misma entrada del deleite. Por lo mismo, necesitamos la fortaleza contra las tentaciones de pecado, para que, fuertes en la fe, resistamos al león rugiente y rebatamos valerosamente con este mismo escudo sus dardos inflamados. Necesitamos justicia para obrar lo bueno. Necesitamos prudencia para no ser reprobados como las vírgenes fatuas. Necesitamos, en fin, templanza, no sea que, entregados a los deleites, oigamos alguna vez lo que, acabado ya a un tiempo el esplendor de su mesa y de sus vestidos, oyó aquel infeliz cuando imploraba misericordia: *Hijo, acuérdate que durante tu vida recibiste bienes, y Lázaro, por el contrario, males* <sup>42</sup>; ahora él es consolado y tú atormentado. Verdaderamente es terrible Dios en sus consejos sobre los hijos de los hombres. Pero, aunque es terrible, también se muestra misericordioso cuando no nos oculta la forma que ha de guardar en el juicio futuro. El alma, pues, que peque, esa misma morirá <sup>43</sup>; el sarmiento que no lleve fruto será arrancado <sup>44</sup>, la virgen a quien falte el aceite será excluída de las bodas <sup>45</sup> y el que reciba bienes en esta vida será atormentado en la futura. Y, si sucediera que en un hombre se encontrasen estas cuatro cosas juntas, esto verdaderamente sería la última desesperación.

<sup>37</sup> Is. 42, 8.

<sup>38</sup> Ps. 113, 1.

<sup>39</sup> Gen. 4, según los LXX.

<sup>40</sup> Lc. 2, 14.

<sup>41</sup> Mt. 25, 12.

<sup>42</sup> Lc. 16, 25.

<sup>43</sup> Ez. 18, 4.

<sup>44</sup> Io. 15, 2.

<sup>45</sup> Mt. 25, 12.

## CAPITULO XI\*

LOS QUE INTENTAN CONVERTIRSE SON TENTADOS CON MÁS FUERZA DE LOS ACOSTUMBRADOS VICIOS; A ÉSTOS LES ES MUY NECESARIO EL LLANTO

22. Estas, pues, y semejantes cosas está interiormente sugiriendo a la voluntad la razón tanto más copiosamente cuanto más perfectamente es enseñada por la ilustración del espíritu. Dichoso, sin duda, aquel cuya voluntad obedece y se conforma al consejo de la razón, que, concibiendo por el temor, se fomenta después con las promesas celestiales y da a luz el espíritu de salvación. Pero tal vez se encuentre rebelde y obstinada la voluntad, y no sólo se haga impaciente, sino peor con los avisos, más dura con las amenazas, más áspera con la blandura con que la tratan. Se hallará quizá otra que, no moviéndose nada a las sugerencias de la razón y más bien agitada con grave furor, responda diciendo: ¿Hasta cuándo te estaré sufriendo? Tu predicación no cabe en mí. Veo que eres astuta, pero tu astucia no tiene en mí lugar. Acaso también, llamando a cada uno de los miembros, les manda que obedezcan más de lo acostumbrado a las acostumbradas concupiscencias y sirvan a las maldades. De aquí, sin duda, nace lo que vemos por continuas experiencias: que los que resuelven convertirse son tentados más fuertemente por las concupiscencias de la carne, y que quienes se determinan a salir de Egipto y huir del imperio del Faraón son más gravemente oprimidos en los trabajos del barro y de los ladrillos.

23. Mas ojalá que semejante hombre se abstenga de la impiedad y se guarde de aquel sumidero terrible de que está escrito: *El impío, cuando ha llegado a lo más profundo de los pecados, todo lo desprecia*<sup>46</sup>. A la verdad, se está curando con una bebida muy fuerte, y fácilmente peligrará si no pone todo cuidado en obedecer a los consejos del médico y en cumplir sus preceptos. Se halla en la tentación más grande y próxima a la desesperación si no recoge todo su afecto y lo emplea en compadecerse de su alma, que ve tan mísera y miserable, y escucha la voz que dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*<sup>47</sup>. Llore

\* PL 182, 1846.

<sup>46</sup> Prov. 18, 3.

<sup>47</sup> Mt. 5, 5.

abundantemente, porque llegó el tiempo de llorar, y para beber continuas lágrimas bastan estas cosas. Llore, mas no sin afecto de piedad ni sin algun consuelo. Considere que no se halla para él descanso alguno en sí mismo, sino que todas sus cosas están llenas de miseria y desolación. Considere que no se halla lo bueno en su carne y que también en el siglo malo no se halla más que vanidad y aflicción del espíritu. Considere, vuelvo a decir, que ni dentro, ni abajo, ni cerca de sí se le presenta materia de consuelo, para que por fin aprenda alguna vez que se ha de buscar arriba y que de arriba se ha de esperar. Llore, entre tanto, lamentándose sobre su dolor; arroyos de agua derramen sus ojos y no descansen sus pestañas. Sin duda, con las lágrimas se purifican los ojos antes oscurecidos y se aclara la vista para poder fijarse en la claridad de la serenísima luz.

## CAPITULO XII\*

### CÓMO SE HA DE INDUCIR SUAVEMENTE A LA VOLUNTAD A QUE AME Y DESEE LAS COSAS CELESTIALES

24. Desde ahora ya, mire por el agujero, registre por las celosías, siga con la vista el rayo dulcísimo y, cuidadoso imitador de los Magos, busque con la luz la luz. Porque encontrará el lugar del admirable tabernáculo, en donde coma el hombre el pan de los ángeles; encontrará el paraíso de las delicias que plantó el Señor, encontrará el huerto florido y amenísimo, encontrará el asiento del refrigerio y dirá: ¡Oh si aquella miserable voluntad oyera mi voz para que entrando viera los bienes y visitara este lugar! ¡Aquí sin duda hallaría más amplio descanso y a mí tanto menos me inquietaría cuanto ella misma estuviese más quieta! No miente aquel que dijo: *Tomad sobre vosotros mi yugo, y hallaréis descanso para vuestras almas*<sup>48</sup>. En la fe de esta promesa, hable más blandamente a la que estaba irritada, y, aparentando cierta alegría, haciéndola cargo en espíritu de mansedumbre, dígala: Cese del todo tu indignación. No soy yo quien te pueda ofender. Tuyo es el cuerpo, tuyo soy yo mismo; no hay por qué temas, no hay por qué receles. Ni será de extrañar si acaso todavía ella da una respuesta más amarga y dice: Las muchas reflexiones te han hecho delirar. Sufra entre tanto con igualdad de ánimo y disimule enteramente

\* PL 182, 847.

<sup>48</sup> Mt. II, 29.

lo que pasa con ella, hasta que, tocando en el coloquio diferentes cosas, pueda insinuarse diciendo: Hoy he encontrado un huerto hermosísimo y un amenísimo lugar. Bueno sería para nosotros estarnos allí, porque a ti también te hace daño estarte en este lecho de la enfermedad, en esta cama del dolor, y compungirte en este tu aposento con un corazón pesado. Asistirá Dios al que le busca, al alma que espera en él; favorecerá sus ruegos humildes y dará eficacia a sus palabras. Se excitará el deseo de la voluntad no sólo para ver el lugar, sino para entrar poco a poco en él y fijar allí su mansión.

### CAPITULO XIII\*

LOS QUE SE CONVIERTEN SON RECREADOS CON UNA MARAVILLOSA SUAVIDAD Y CON LAS DELICIAS DE LA VIDA PIADOSA Y ESPIRITUAL

25. Mas no pienses que es un lugar corporal este paraíso de las delicias interiores. No se entra con los pies en este huerto, sino con los afectos. Ni se te pondera un plantío de árboles terrenos, sino un agradable y hermoso plantel de virtudes verdaderamente espirituales; un huerto cerrado, en donde la fuente sellada se parte en cuatro canales y donde de una sola vena, que es la sabiduría, proceden cuatro virtudes. Allí también forman una primavera hermosísimas azucenas; y cuando aparecen las flores se oye también la voz de la tórtola. Allí el nardo de la Esposa esparce suavísimo olor y se difunden por el aire también los demás aromas, soplando blandamente el austro ahuyentado el aquilón. Allí, en el medio, está el árbol de la vida, aquel manzano de los Cantares, más precioso que todos los árboles de la selva, cuya sombra refrigera a la Esposa y es dulce su fruto a su garganta<sup>49</sup>. Allí el esplendor de la continencia y la vista de la verdad pura bañan de luz los ojos del corazón; al oído también le da gozo y alegría la voz dulcísima del eterno Consolador. Allí se comunica al olfato de la esperanza el gustosísimo olor del campo lleno, que bendijo el Señor. Allí se gustan anticipadamente, en el ansia de los deseos, las incomparables delicias de la caridad; y, cortadas las espinas y abrojos con que era antes herida, bañada el alma de la unción de la misericordia, descansa felizmente en la buena conciencia. Las cuales cosas, ciertamente, no se cuentan entre los premios de la vida eterna, sino entre los estipendios

\* PL 182, 847.

<sup>49</sup> Cant. 2, 3.



de la milicia temporal; ni pertenecen a la futura promesa, sino más bien a la que por ahora se ha hecho a la Iglesia. Porque éste es aquel ciento por uno que se da en este siglo a los despreciadores del siglo <sup>50</sup>. Ni esperes que yo le pueda ponderar con mis palabras. Sólo el espíritu es quien le revela; en vano consultarás los libros; más bien debes buscar la experiencia.

Es la Sabiduría, cuyo precio no le sabe el hombre. Ella es traída de lo oculto; no se encuentra esta suavidad en la tierra de los que viven suavemente. Es la suavidad del Señor; no la verás si no la gustas. *Gustad, dice, y ved que es suave el Señor* <sup>51</sup>. Maná escondido es, un nombre nuevo es, que nadie le sabe sino el que le recibe. No le enseña la erudición, sino la unción; no le comprende la ciencia, sino la conciencia. *Es una cosa santa, son margaritas; ni hará lo que él mismo prohíbe el que comenzó a hacer y enseñar* <sup>52</sup>. Porque no reputa ya perros o puercos a quienes, renunciados los crímenes y delitos, consuela también por el Apóstol, diciendo: *Esto fuisteis ciertamente, pero habéis sido lavados, habéis sido justificados* <sup>53</sup>. Solamente guárdese el perro de volver al vómito, y el puerco lavado, al revolcadero del cieno.

## CAPITULO XIV\*

EN LAS COSAS TERRENAS NO HAY SACIEDAD ALGUNA QUE NO ESTÉ JUNTA CON EL FASTIDIO; PERO LOS DESEOS DE LO CELESTIAL CRECEN SIEMPRE CON LA EXPERIENCIA Y EJERCICIO DE LA VIRTUD

26. En la puerta, pues, de este paraíso se escucha la voz del divino susurro, el sacratísimo y secretísimo consejo, que, escondido a los sabios y prudentes, se revela a los pequeñuelos. De cuya voz, a la verdad, no sólo penetra el sentido la razón, sino que con mucho agrado le comunica a la voluntad. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos* <sup>54</sup>. Consejo altísimo y misterio inestimable. Palabra fiel y digna de todo aprecio, que nos vino del cielo desde las reales sillas. Pues sobrevino una hambre muy grande en la tierra, y todos nosotros no sólo comenzamos a tener necesidad, sino que nos vimos reducidos a la última miseria. En fin, fuimos comparados a las bestias irracionales y nos hicimos semejantes a ellas;

<sup>50</sup> Mt. 19, 29.

<sup>51</sup> Ps. 33, 9.

<sup>52</sup> Mt. 7, 6.

<sup>53</sup> I Cor. 6, 11.

\* PL 182, 848.

<sup>54</sup> Mt. 5, 6.

aun deseamos con un hambre insaciable la despreciable comida de los puercos. El que ama el dinero, no se sacia; el que ama la lujuria, no se sacia; el que busca gloria, no se sacia; finalmente, el que ama al mundo, nunca se sacia. Conozco hombres saciados de este mundo y que toda memoria suya les provoca a náuseas. Los conozco saciados de dinero, y saciados de los hombres, saciados de los deleites y curiosidades de este mundo, y no medianamente, sino hasta tener fastidio. Y es fácil a cada uno de nosotros alcanzar por la gracia de Dios esta saciedad. Porque no la produce la abundancia de las cosas, sino el desprecio. Así, insensatos hijos de Adán, comiendo con voracidad el vil manjar de los puercos, sustentáis no las almas hambrientas, sino el hambre misma de las almas. Sólo con este manjar se nutre vuestra miseria y sólo el hambre se sustenta con un alimento que no es natural. Y lo diré más claramente con un ejemplo, tomándole de una de las muchas cosas que la vanidad humana codicia. Primero se sacian los cuerpos con el aire que los corazones humanos con el oro. Ni se enoje el avaro; la misma sentencia comprende a los ambiciosos y lujuriosos y también a los facinerosos. Si acaso alguno no me cree a mí, crea a la experiencia propia o de muchos.

27. ¿Quién de vosotros, hermanos, desea ser saciado y anhela que se llene su deseo? Comience a tener hambre de la justicia, y no podrá menos de ser saciado. Desea aquellos panes que abundan en casa del Padre, y se hallará que al punto tiene fastidio de las algarrobas de los puercos. Procure experimentar, aunque sea en poco, el gusto de la justicia para que con esto solo desee más y merezca más, según lo que está escrito: *El que me come, tendrá todavía hambre; el que me bebe, tendrá todavía sed*<sup>55</sup>. Porque este deseo, como más conforme y natural al espíritu, ocupa más poderosamente el ánimo y desecha más valerosamente los demás deseos. Así, sin duda, al fuerte armado le vence otro más fuerte; así, con un clavo se suele sacar otro clavo. *Bienaventurados, pues, los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos*. No ciertamente de la misma, de la cual no será saciado el hombre y vivirá, sino de todas las demás cosas que insaciablemente codiciaba antes; de modo que desde ahora, desistiendo de usurpar el dominio del cuerpo para servir a las antiguas concupiscencias, se le ofrecerá enteramente a la razón o, más bien, le impelará ella misma a que sirva a la justicia para la santificación con no menos celo que le haya ofrecido antes al servicio de la iniquidad para cometer la maldad.

<sup>55</sup> Eccli. 24, 29.

## CAPITULO XV\*

SE HA DE PURGAR LA MEMORIA DE LAS SUCIEDADES DE LOS PECADOS CON LA CONFIANZA DE LA MISERICORDIA DIVINA

28. Pero ya, mudada la voluntad, reducido el cuerpo a la servidumbre y como secada, de algún modo, la fuente y cerrados los agujeros, aun resta lo tercero, y eso mismo es cosa gravísima, a saber: purgar la memoria y agotar la sentina. ¿Cómo? ¿De mi memoria podrá apartarse mi vida? Un pergamino de poco valor y degado embebe tal vez del todo la tinta; ¿podrá el arte después borrarla? Porque no sólo le ha teñido por la superficie, sino que le ha mojado enteramente. En vano intentará raerla; antes se rasgará el pergamino que se borren los caracteres penetrados en él. Acaso a la memoria podrá borrar el olvido si, embargada la razón, no me acuerdo de lo que he cometido. Mas que permanezca íntegra y sana la memoria y que se borren las manchas de ella, ¿qué navaja lo podrá hacer? Sola, sin duda, la palabra viva y eficaz y más penetrante que la espada de dos filos. *Se te perdonan tus pecados.* Murmure el fariseo y diga: *¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*<sup>56</sup> Pues para mí quien esto dice es Dios, y ningún otro subsistirá delante de él si se quiere comparar con lo que es él; el cual halló todos los caminos de la ciencia verdadera y se la dió a Jacob, su siervo, y a Israel, su bien-amado<sup>57</sup>; después fué visto en la tierra y conversó con los hombres. La indulgencia de éste borra el pecado, no haciendo, a la verdad, que falte de la memoria, sino haciendo que lo que antes solía estar en la memoria y juntamente inficionarla, de tal suerte esté en la memoria en adelante, que de ninguna manera la deslustre. Aun ahora nos acordamos de muchos pecados que nosotros u otros han cometido; los propios ciertamente nos manchan, mas los ajenos en nada nos perjudican. ¿En qué está esto sino en que de los propios nos avergonzamos nosotros solos y a nosotros solos tememos que se han de imputar? Quita la condenación, quita el temor, quita la confusión (las cuales cosas, sin duda, se quitan todas por una plena remisión); y no sólo no estorbarán, sino que cooperarán a tu bien para que rindas devotas gracias a quien los perdonó.

\* PL 182, 849.

<sup>56</sup> Mc. 2, 5. 7.

<sup>57</sup> Bar. 3, 37.

## CAPITULO XVI\*

SE ALCANZA LA DIVINA MISERICORDIA APIADÁNDOSE UNO DE SÍ MISMO PRIMERO; DESPUÉS, DEL PRÓJIMO

29. Mas ya, suplicando el hombre por el perdón, oportunamente se le responde: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*<sup>58</sup>. Tú, pues, que deseas que Dios tenga misericordia de ti, ten misericordia de tu alma. Lava todas las noches tu lecho, acuérdate de regar tu cama con tus lágrimas. Si te compadeces de ti mismo, si trabajas en los gemidos de la penitencia—éste es el primer grado de la misericordia—, conseguirás misericordia. Y, si quizá son grandes y muchos tus pecados y buscas una gran misericordia y una muchedumbre de piedades, trabaja tú también en engrandecer y multiplicar tu misericordia; reconcíliate contigo mismo, puesto que a ti mismo te servías de peso, por haberte puesto contrario a Dios. Desde ahora, restablecida la paz en la propia casa, es preciso que ella misma se extienda sobre los prójimos para que por último te bese él también con el beso de su boca y, al modo que está escrito, reconciliado, tengas paz con Dios<sup>59</sup>. Perdona a los que te hayan ofendido, y te perdonarán a ti lo que has pecado cuando con una conciencia segura ores al Padre y digas: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*<sup>60</sup>. Si has defraudado algo, vuelve a lo menos otro tanto. Da lo que te sobra a los pobres, y, haciendo misericordia, conseguirás misericordia. Aunque tus pecados fueran como la escarlata, se volverían blancos como la nieve, y, aunque fuesen encarnados como la púrpura, se volverían blancos como la lana<sup>61</sup>. Para que no seas confundido por todas las malas obras con que has violado la ley de Dios, en las cuales ahora te avergüenzas, haz limosna; si no puedes de los haberes terrenos, de una buena voluntad, y todas las cosas serán limpias; no sólo la razón estará iluminada y la voluntad corregida, sino la memoria misma también será limpia, a fin de que ya desde ahora seas llamado al Señor y escuches la voz que dice: *Bienaventurados los limpios de corazón*<sup>62</sup>.

\* PL 182, 850.

<sup>58</sup> Mt. 5, 7.

<sup>59</sup> Rom. 5, 1.

<sup>60</sup> Mt. 6, 12.

<sup>61</sup> Is. 1, 18.

<sup>62</sup> Mt. 5, 8.



## CAPITULO XVII\*.

LOS OJOS DEL CORAZÓN SE HAN DE LIMPIAR INCESANTEMENTE  
PARA QUE SE PUEDA VER A DIOS

30. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* <sup>63</sup>. Grande promesa es, hermanos, y digna de que con todos los deseos aspiremos a ella. Porque esta vista es una conformación con Dios, como dice el apóstol San Juan: *Ahora somos hijos de Dios; mas lo que algún día seremos, todavía no aparece. Sabemos que, cuando El aparezca, le seremos semejantes, porque le veremos como es en sí* <sup>64</sup>. Esta vista es la vida eterna, como lo dice la Verdad misma en el Evangelio: *La vida eterna consiste en que ellos te reconozcan por el solo verdadero Dios, y a Jesucristo, a quien enviaste* <sup>65</sup>. Mancha aborrecible la que nos quita esta vista bienaventurada y execrable negligencia aquella con la que disimulamos la purificación de ese ojo. Porque así como la vista corpórea se impide con el interno humor o con el polvo exterior que cae en ella, así la vista espiritual unas veces se turba con los deleites del propio cuerpo, otras con la curiosidad mundana y la ambición. Lo cual ciertamente no menos nos lo enseña la propia experiencia que la divina Escritura, en donde se lee: *El cuerpo que se corrompe oprime al alma y la habitación terrena abate al sentido que piensa muchas cosas* <sup>66</sup>. Sin embargo, en lo uno y en lo otro lo que embota y confunde la vista es sólo el pecado; ni otra cosa alguna hay que separe entre el ojo y la luz, entre Dios y el hombre. Porque, mientras vivimos en este cuerpo, caminamos hacia el Señor. No es la culpa ciertamente del cuerpo, es a saber, de este cuerpo mortal que llevamos con nosotros; más bien lo causa el ser cuerpo de pecado la carne, en la cual no se halla lo bueno, sino la ley del pecado. Con todo, algunas veces el ojo corporal, aun no teniendo la paja, todavía por algún tiempo está obscurecido; lo cual, sin duda, se experimenta más veces en el ojo interior que se emplea en las cosas espirituales. Pues ni con sacar el acero sana la herida, sino que ahora principalmente es necesario aplicar fomentos y trabajar en la curación. Ninguno, pues, que arroje fuera la sentina se juzgue por eso al instante limpio, antes

\* PL 182, 850.

<sup>63</sup> Mt. 5, 8.

<sup>64</sup> Io. 3, 2.

<sup>65</sup> Io. 17, 3.

<sup>66</sup> Sap. 9, 15.

bien sepa que ahora necesita de muchas purificaciones. Ni solamente debe lavarse con agua, sino purgarse y purificarse con fuego para que diga: *Pasamos por el fuego y el agua y nos sacaste al refrigerio* <sup>67</sup>. *Bienaventurados*, pues, los *limpios de corazón*, porque ellos verán a Dios; ahora ciertamente por el espejo, en enigma; mas en lo futuro, cara a cara, cuando, sin duda, la limpieza de nuestra cara sea consumada para presentársela el Señor a sí mismo gloriosa, sin tener ya mancha ni arruga.

## CAPITULO XVIII\*

### JUSTAMENTE SON ENGRANDECIDOS LOS PACÍFICOS CON EL NOMBRE DE HIJOS DE DIOS

31. Entonces oportunamente se añade esto: *Bienaventurados los pacíficos*, porque ellos serán llamados hijos de Dios <sup>68</sup>. Hay entre los hombres quien es pacato; el cual, volviendo bienes por bienes, a ninguno quiere dañar en cuanto está de su parte. Otro hay paciente, que, no volviendo males por males, aún tiene valor para sufrir al que le hace daño. Hay otro que es pacífico, el cual, volviendo bienes por males, está dispuesto también a favorecer al que le daña. El primero es párvulo, y fácilmente se escandaliza; este hombre no podrá alcanzar la salvación fácilmente en este mundo malo y lleno de escándalos. El segundo, como está escrito, en su paciencia posee su alma <sup>69</sup>. El tercero no sólo posee la suya, sino que gana las almas de muchos. El primero, en cuanto a él toca, tiene paz; el segundo la retiene, el tercero la hace. Con razón, por tanto, es glorificado éste con el nombre de hijo, porque cumple la obra de hijo, pues, además de no mostrarse ingrato después de su reconciliación, reconcilia también a otros con su padre. Quien bien administra, buen grado se adquiere <sup>70</sup>; ni podemos creer que en la casa de un padre haya grado mejor que el de hijo. Si son hijos, también son herederos; herederos de Dios ciertamente y coherederos de Cristo <sup>71</sup>, para que así, como dice El mismo, donde El está, esté también su ministro <sup>72</sup>. Os hemos fatigado con un sermón prolijo y os hemos detenido más de lo que debíamos. Ahora parece que a nuestra locuacidad, ya que el empacho no la inti-

<sup>67</sup> Ps. 65, 12.

\* PL 182, 851.

<sup>68</sup> Mt. 5, 9.

<sup>69</sup> Lc. 21, 19

<sup>70</sup> 1 Tim. 3, 13.

<sup>71</sup> Rom. 8, 17.

<sup>72</sup> Io. 12, 26.

ma el fin, por lo menos se lo intima la hora. Sin embargo, acordaos del Apóstol, de quien leéis que alguna vez alargó el sermón hasta media noche. *Ojalá que todavía*, para usar de sus mismas palabras, *queráis soportar un poco mi imprudencia. Porque os tengo un amor de celo, y de un celo de Dios* <sup>73</sup>.

## CAPITULO XIX\*

### REPRENDE GRAVEMENTE A LOS AMBICIOSOS QUE TEMERARIA E INDIGNAMENTE USURPAN LAS FUNCIONES SAGRADAS DE LA IGLESIA

32. Amados hijitos, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que ha de venir? Ninguno merece más la ira que un enemigo que se finge amigo. Judas, ¿entregas con un beso al Hijo del hombre? Tú, un hombre que vivías en un mismo espíritu conmigo, que comías conmigo en una misma mesa dulces manjares, que metías conmigo la mano en el mismo plato. No tienes parte en la oración en que ora al Padre y le dice: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* <sup>74</sup>. ¡Ay de vosotros, que quitáis la llave no sólo de la ciencia, sino también de la autoridad! No entráis vosotros mismos y de muchos modos impedís que entren los que vosotros debíais introducir. Quitáis, pues, y no recibís las llaves. De los cuales se queja por el profeta Dios: *Reinaron, y no por mí; príncipes fueron, y no les llamé* <sup>75</sup>. ¿De dónde tanto ardor por la prelación, de dónde tanta impudencia de la ambición, de dónde tanta locura de la presunción humana? ¿Se atreve, por ventura, alguno de vosotros, no mandándolo o prohibiéndolo cualquier príncipe de la tierra, a ocupar sus ministerios, a arrebatar sus beneficios, a gobernar sus negocios? Ni pienses que Dios aprueba lo que en su gran casa tolera de unos vasos de cólera preparados para perdición. Muchos son los que vienen ciertamente; pero considera quién es llamado. Escucha y atiende el orden mismo de las palabras del Señor. *Bienaventurados*, dice, *los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios; y después: bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* <sup>76</sup>. Limpios de corazón, sin duda, llama el Padre celestial a los que no buscan sus provechos, sino los de Jesucristo, ni lo que a ellos les interesa, sino lo

<sup>73</sup> 2 Cor. II, I. 2.

\* PL 182, 852.

<sup>74</sup> Lc. 23, 34.

<sup>75</sup> Os. 8, 4.

<sup>76</sup> Mt. 5, 8. 9.

que es útil para los demás. *¿Pedro, dice, me amas? Señor, tú sabes que te amo. Apacienta, pues, mis ovejas*<sup>77</sup>. Porque *¿cuándo ovejas tan amadas las encomendaría a quien no amara?* Sin duda, lo que se desea entre los dispensadores es que sean hallados fieles. ¡Ay de los ministros infieles, que, no estando ellos mismos reconciliados, ponen la mano en los negocios de la reconciliación ajena, como si fueran hombres que han obrado la justicia! ¡Ay de los hijos de ira, que hacen profesión de ministros de la gracia! ¡Ay de los hijos de ira, que no recelan usurparse el grado y nombre de los pacíficos! ¡Ay de los hijos de ira, que se mienten ellos mismos mediadores de la paz para comer los pecados del pueblo! ¡Ay de los que, conduciéndose según los deseos de la carne, no pueden agradar a Dios y presumen quererle aplacar!

33. No extrañamos, hermanos, cuando nos compadecemos del presente estado de la Iglesia, no extrañamos que de la raza de la serpiente nazca un áspid. No extrañamos que vendimie la viña del Señor el que traspasa el camino instituido por el Señor. Porque sin vergüenza ocupa el grado del pacífico y las veces de hijo de Dios el hombre que ni aun la primera voz del Señor que le llama al corazón, ha escuchado todavía; o, si alguna vez ha comenzado a escucharla, huye retirándose de ella entre las hojas para esconderse allí. Por eso, todavía no ha cesado de pecar, sino que lleva arrastrando aun ahora una larga soga; no se ha hecho todavía varón que está viendo su pobreza, sino que dice: Soy rico y no necesito de nadie, siendo pobre y desnudo y mísero y miserable. Nada le toca del espíritu de mansedumbre, con que puede instruir a los que han caído por flaqueza en algún delito, considerándose a sí mismo y temiendo que él sea también tentado. No sabiendo él de las lágrimas de la confesión, más bien se alegra cuando obra mal y se alaba en las cosas pésimas. Sin duda, él es uno de aquellos a quienes dice el Señor: *¡Ay de vosotros, que os reís ahora, porque otro tiempo habéis de llorar!*<sup>78</sup> El dinero, no la justicia, es lo que codicia. Sus ojos están mirando todo lo sublime. Hambre insaciable tiene de las dignidades y sed de la gloria humana. Lejos de él están las entrañas de piedad; más bien se complace en ser cruel y en hacer oficio de tirano; la ganancia reputa por piedad. ¿Qué diré de la limpieza del corazón? Ojalá no le haya entregado al olvido como quien está muerto en el corazón. Ojalá no sea una paloma seducida que no tiene corazón. Ojalá, a lo

<sup>77</sup> Io. 21, 17.

<sup>78</sup> Lc. 6, 25.



menos, lo de fuera esté limpio ni se halle manchada la túnica que cubre el cuerpo para que siquiera en esta parte obedezca a quien dice: *Limpiaos los que lleváis los vasos del Señor* <sup>79</sup>.

## CAPITULO XX\*

REPRENDE A LOS INCONTINENTES QUE NO RECELAN PROFANAR SIN PUDOR LAS ÓRDENES SAGRADAS

34. No acusamos al común, pero ni al común podemos excusar. Dejó el Señor para sí muchos millares. De otra suerte, si la justicia de ellos no nos excusara y no nos hubiera dejado el Señor de los ejércitos aquella simiente santa, ya hace tiempo hubiéramos sido arruinados, como Sodoma, y, al modo que Gomorra, hubiéramos perecido. Se mira, sin duda, dilatada la Iglesia; igualmente, el mismo sacratísimo orden del clero; el número de los hermanos se ha multiplicado sobre toda ponderación. Pero, aunque multiplicaste, Señor, las gentes, no has engrandecido la alegría cuando se ve que se ha disminuído el mérito no menos que se ha aumentado el número. Se corre frecuentemente a las sagradas órdenes, y unos ministerios respetables aun a los mismos espíritus angélicos los toman unos hombres sin reverencia, sin consideración. No temen apoderarse de la insignia del reino o llevar la corona de ese imperio unos hombres en quienes reina la avaricia, impera la ambición, domina la soberbia y aun la iniquidad y la lujuria también tienen su principado, en quienes quizá igualmente aparecería entre las paredes la pésima abominación, si, según la profecía de Ezequiel, cavásemos la pared <sup>80</sup> para ver esta cosa horrenda en la casa de Dios. Porque, después de las fornicaciones, después de los adulterios, después de los incestos, ni aun faltan en algunos las mismas pasiones de ignominia y obras de torpeza. Ojalá no se hiciesen cosas en tanto grado indignas del hombre para que ni fuera necesario que el Apóstol escribiese estas cosas <sup>81</sup> ni que nosotros las dijésemos. Ojalá que ni diciéndolo se creyese que tan abominable pasión llegase a ocupar alguna vez el corazón humano.

35. ¿Por ventura aquellas ciudades, madres de esta asquerosidad, no fueron en otro tiempo anticipadamente

<sup>79</sup> Is. 52, 11.

\* PL 182, 853.

<sup>80</sup> Ez. 8, 8.

<sup>81</sup> Rom. 1; Eph. 5.

condenadas por el juicio divino y destruidas por el incendio? <sup>82</sup> ¿Por ventura la llama infernal, no sufriendo detención, no se adelantó a quitar de sobre la tierra aquella nación execrable, porque sus pecados, con especialidad, eran manifiestos antes del juicio? ¿Por ventura a la misma tierra, como sabedora de tan gran confusión, no la consumió el fuego, el azufre y el huracán tempestuoso? ¿Por ventura todo su suelo no fué reducido a un horrible lago? Se cortaron a la hidra cinco cabezas, pero, ¡ay!, se levantaron otras muchas. ¿Quién reedificó las ciudades de la infamia? ¿Quién dilató las almenas de la torpeza? ¿Quién extendió los vástagos venenosos? ¡Ay, ay! El enemigo de los hombres derramó por todas partes las infelices reliquias de aquel incendio, roció con aquella execrable ceniza el cuerpo de la Iglesia y aun en algunos de sus mismos ministros esparció algo de esta fetidísima y asquerosísima materia. ¡Ay! ¡Linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que Dios adquirió! ¿Quién podría creer en aquellos tan divinos principios tuyos y nacimiento de la religión cristiana, tan lleno de espirituales gracias que pudieran algún día hallarse en ti tales cosas?

36. Con esta mancha entran en el tabernáculo de Dios viviente, con esta mancha habitan en el templo, manchando el lugar santo del Señor para recibir un juicio múltiple, porque no sólo llevan unas conciencias cargadas de pecados, sino que en esta disposición se meten en el santuario de Dios. Tales hombres, lejos de aplacar a Dios, le irritan más, pues parece que están diciendo en su corazón: No buscará la venganza. Le irritan ciertamente y le hacen contrario a sí mismos, temo, aun en las mismas cosas en que debieran hacerle propicio. Ojalá, antes de comenzar la torre, se sentasen a echar la cuenta sobre si podrían acabarla. Ojalá los que no pueden contenerse recelen profesar la perfección o alistarse en el celibato. Porque es una torre suntuosa y una palabra grande que no todos pueden entender. Sería, sin duda, mejor casarse que abrasarse y salvarse en el humilde grado del pueblo fiel que vivir peor y ser juzgado con más severidad en la sublimidad del clero. Pues muchos, no todos, pero muchos sin duda—no pueden ocultarse por ser tantos, ni por el descaro lo pretenden—, muchos parece que la misma libertad a que fueron llamados la han hecho ocasión para los deleites carnales, absteniéndose del remedio del matrimonio y derramándose después en todo crimen.

<sup>82</sup> Gen. 19.

## CAPITULO XXI\*

### EXHORTA SERIAMENTE A LA PENITENCIA

37. Compadeceos, os ruego, hermanos, de vuestras almas; compadeceos de la sangre que se derramó por vosotros. Precaved el horrendo peligro, evitad con tiempo el fuego que está preparado. Hállese al fin para vosotros una profesión sincera de la perfección; muéstrese también la virtud en el exterior de la piedad. No esté vana y vacía de verdad la forma de la vida célibe. ¿Qué mucho peligre la castidad en las delicias, la humildad en las riquezas, la piedad en los negocios, la verdad en la mucha conversación, la caridad en este siglo malo? Huíd de en medio de Babilonia, huíd y salvad vuestras almas. Volad a las ciudades de refugio, en donde podréis hacer penitencia de lo pasado, alcanzar la gracia para lo presente y aguardar con confianza la gloria futura. No os detenga la memoria de vuestros pecados, porque donde abundaron ellos, acostumbró la gracia sobreabundar también. No os aterre la misma austeridad de la penitencia. Pues no tienen proporción los trabajos del tiempo presente con las culpas pasadas que se perdonan; no la tienen con la gracia de consuelo que al presente envía Dios; no la tienen con la futura gloria que se nos promete. En fin, no hay amargura tan grande que no la vuelva dulce la harina profética<sup>83</sup>, o que no la haga sabrosa la sabiduría, el árbol de la vida<sup>84</sup>.

38. Si no creéis a las palabras, creed a las obras, asentid al ejemplo de muchísimos. Corren de todas partes los pecadores a la penitencia; y, siendo por su naturaleza, igualmente que por la costumbre, delicados, enteramente no hacen caso de la aspereza exterior para que se suavicen sus exasperadas conciencias. Nada hay imposible para los que creen, nada difícil para los que aman, nada áspero para los mansos, nada arduo para los humildes; a los cuales les ofrece auxilio la gracia y suaviza el imperio del superior la buena voluntad de obedecer. ¿Hasta dónde andaréis en cosas grandes y maravillosas sobre vosotros? Cosa grande y admirable enteramente es ser ministro de Cristo y dispensador de los misterios de Dios. Está muy sobre vosotros el orden de los pacíficos, a no ser que, omitidos los grados

\* PL. 182, 855.

<sup>83</sup> 4 Reg. 4, 41.

<sup>84</sup> Ex. 15, 25.

que se os ha mostrado, os agrade más saltar que subir. Pero ojalá que quien así entra, si pudiera ser, administrara tan fielmente como confiadamente se introduce. Pero es difícil y acaso también imposible que de la amarga raíz de la ambición salga el suave fruto de la caridad. Yo os digo, si lo queréis oír, más bien no yo, sino el Señor: *Cuando seas convidado a alguna boda, siéntate en el último lugar, porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado* <sup>85</sup>.

## CAPITULO XXII\*

A LOS BUENOS PASTORES CORRESPONDE ENSEÑAR Y, POR AMOR DE LA JUSTICIA, NO HUIR DE LA PERSECUCIÓN

39. *Bienaventurados, dice, los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* <sup>86</sup>. Considera con cuidado que no se recomienda aquí a los que hablan de la paz, sino a los pacíficos. Porque hay algunos que dicen y no hacen. A la verdad, así como no los oyentes de la ley, sino los que la ponen por obra, son justos, así, no los que anuncian la paz, sino los obradores de ella, son bienaventurados. Mas ojalá nuestros fariseos, si hay alguno en este tiempo—pues tal vez hay algunos—, ya que no hiciesen, a lo menos dijese lo que conviene. Ojalá los que no quieren predicar gratuitamente el Evangelio le predicasen al menos por estipendio; ojalá, siquiera, evangelizaran para comer. *El mercenario, dice, ve que viene el lobo y huye* <sup>87</sup>. Ojalá hoy todos los que no son pastores quisieran mostrarse con sus rebaños mercenarios y no lobos; ojalá ellos mismos no le dañasen, ojalá no huyesen cuando nadie les persigue; ojalá no abandonasen su rebaño hasta que vieses venir al lobo. Sin duda podrían sufrirse, si se hallasen éstos, especialmente en tiempo de paz, recibiendo su salario, y trabajando, al menos por su salario, en la guarda de su rebaño, con tal que ellos mismos no le turbasen y no le apartasen de balde de los pastos de la justicia y de la verdad. La persecución, sin duda, hace conocer y distinguir cuáles son pastores y cuáles mercenarios. Porque, ¿cuándo dejará de temer los daños transitorios el que busca los lucros temporales? ¿Cuándo sufrirá la terrena persecución por la justicia el que ama más el salario terreno que la justicia? *Bienaven-*

<sup>85</sup> Lc. 14, 10. 11.

\* PL 182, 855.

<sup>86</sup> Mt. 5, 9.

<sup>87</sup> Io. 10, 12.



turados, dice, los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. De los pastores es esta bienaventuranza, no de los mercenarios; mucho menos lo es de los ladrones o de los lobos. Porque tan lejos están de padecer persecución por la justicia, que más quieren la persecución que sostener la justicia. Sin duda, ella es contraria a sus obras y sólo el oír de ella les es insoportable.

40. Mas por la avaricia, por la ambición, les verás exponerse a todos los peligros, suscitar escándalos, mantener los odios, disimular las afrentas, no hacer caso de las maldiciones; de suerte que no es menos peligrosa la animosidad de estos tales que la cobardía de los que son mercenarios. A los verdaderos pastores, pues, les dice su Pastor, el Buen Pastor, que no se detuvo en poner su vida por sus ovejas: *Bienaventurados seréis cuando os aborrezcan los hombres, cuando os separen y desechen vuestro nombre, como si fuera malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos en ese día y regocijaos, porque vuestra recompensa es muy grande en los cielos*<sup>88</sup>. No hay por qué temar a los ladrones los que atesoran para sí en el cielo. No hay por qué se quejen de que las tribulaciones son muchas, si atienden a la multiplicación de la recompensa. Antes bien alegrarse más, como es justo, de que no tanto la persecución como la remuneración es lo que se aumenta; y regocijense tanto más abundantemente cuanto más cosas padecen por Cristo, para que así les quede reservada más copiosa recompensa en El. ¿Por qué estáis tímidos, hombres de poca fe? Persevera fiel la sentencia que está fundada en la irrefragable verdad. Ninguna adversidad nos dañará si no nos domina ninguna iniquidad. Pero es poco no dañar; también aprovechará, y más copiosamente, con tal que sea el fin la justicia, y Cristo la causa, en cuyos ojos la paciencia de los pobres no se perderá nunca. A El sea la gloria ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

---

<sup>88</sup> Mt. 5, 10-12.

# DEL AMOR DE DIOS\*

DIRIGIDO AL CARDENAL HAIMERIC

*El tratado Del amor de Dios es una de las primeras obras de San Bernardo. En él amplía la doctrina expuesta ya en la carta 11, al prior de la Gran Cartuja. Le dedicó a Haimeric, canciller de la santa Iglesia romana y amigo suyo personal.*

## PROLOGO

Oraciones y no cuestiones solía pedirme otras veces, aunque yo ciertamente ni para lo uno ni para lo otro me tengo por idóneo. Sin embargo, aquello me lo intima como propio mi profesión, ya que no igualmente mi conducta; mas para esto—si he decir la verdad—veo que me faltan unas prendas en gran manera necesarias que son la habilidad y el ingenio. Confieso, con todo, que me causa placer que pida cosas espirituales en recompensa de las carnales; ojalá hubiera querido para esto buscar otro más rico. Mas por cuanto igualmente los doctos que los indoctos suelen excusarse de este mismo modo en estas materias, ni fácilmente se puede saber si la éxcusa nace de la insuficiencia o de la vergüenza si no lo manifiesta la obediente ejecución de la obra encargada, reciba de mi pobreza aquello que tengo, no sea que, si callo, me reputen filósofo. Mas no prometo responder a todo. Sólo a lo que pregunta sobre el “amor de Dios”. Responderé lo que El mismo se digne darme a conocer. Porque, esto es lo que sabe más dulce, se trata con más seguridad y se oye con más provecho. Lo demás resérvelo para ingenios más diligentes.

---

\* PL 182, 973-1000.

## CAPITULO I\*

## POR QUÉ Y CÓMO DEBA DIOS SER AMADO

1. ¿Quiere, pues, oír de mí por qué y cómo deba ser amado Dios? Pues yo le respondo: La causa para amar a Dios es Dios; el modo es amarle sin modo. ¿Es esto, por ventura, bastante? Ciertamente, tal vez lo es para el sabio; pero también con los ignorantes debemos tener atención<sup>1</sup>. Así, por los que tienen menos inteligencia, no tendré dificultad en repetir más profusa que profundamente una misma cosa. Por dos cosas, pues, diré que Dios debe ser amado por sí mismo: porque nada puede amarse más justamente o porque nada puede amarse con mayor fruto. Esta pregunta—por qué se ha de amar a Dios—tiene dos sentidos, pues se puede preguntar, y es la principal dificultad, si Dios debe ser amado por su mérito o por nuestro provecho. A la verdad, a lo uno y a lo otro responderé lo mismo; y es que a mí no me ocurre otra cosa más digna para amarle a El que El mismo. Y, en primer lugar, veámoslo por lo que toca al mérito. Mucho, sin duda, mereció de nosotros el que sin merecerle se nos dió a sí mismo. Porque ¿qué otra cosa mejor que El mismo podía dar aun El mismo? Conque, si se pregunta por el mérito de Dios cuando se pregunta por la causa de amarle a El, el mérito principal consiste en que El nos amó primero. Digno es ciertamente que se le corresponda con el amor, especialmente si se considera quién, a quiénes y cuánto haya amado. ¿Quién? ¿No es, por ventura, El mismo a quien todo espíritu está confesando: *Tú eres mi Dios, porque no tienes necesidad de mis bienes?*<sup>2</sup> Y, sin duda, caridad verdadera es la de esta majestad, pues no busca sus propios intereses. Mas ¿a quiénes se muestra tan gran pureza de amor? *Cuando todavía éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios*<sup>3</sup>. Amó, pues, Dios, y amó de balde y aun a sus enemigos. Mas ¿cuánto? Cuanto dice San Juan: *Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo unigénito*<sup>4</sup>; y San Pablo: *El cual no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros*<sup>5</sup>. El mismo Hijo también dice por sí: *Nadie tiene mayor amor que el de poner su vida por sus amigos*<sup>6</sup>. De esta suerte mereció el Justo de los im-

\* Pl. 182, 974.

<sup>1</sup> Rom. 1, 14.<sup>2</sup> Ps. 15, 2.<sup>3</sup> Rom. 5, 10.<sup>4</sup> Io. 3, 16.<sup>5</sup> Rom. 8, 32.<sup>6</sup> Io. 15, 13.

píos, el Sumo de los ínfimos, el Omnipotente de los flacos. Pero dirá alguno: Así ha sido ciertamente con los hombres, mas no con los ángeles. Verdad es esto, pero porque no fué necesario. Mas el que amparó en tal necesidad a los hombres, guardó de tal necesidad a los ángeles; y el mismo que, amando a los hombres, los hizo tales para que tales no permaneciesen, El mismo, igualmente, amando a los ángeles, les concedió por don que no se hiciesen tales.

## CAPITULO II\*

CUÁNTO MEREZCA SER AMADO DEL HOMBRE POR LOS BIENES ASÍ DEL ALMA COMO DEL CUERPO. CÓMO SE HAN DE RECONOCER ÉSTOS Y TENER SIN INJURIA DE QUIEN LOS DIÓ

2. Los que conocen bien estas cosas, claramente conocerán también por qué deba Dios ser amado; esto es, por qué ha merecido ser amado. Y, si estas cosas se ocultan a los infieles, con todo, le es muy fácil a Dios confundir a los ingratos por los innumerables beneficios suyos concedidos a los hombres para el uso y manifiestos a sus sentidos. Porque ¿quién otro administra alimento al que come, luz al que mira, aire al que alienta? Pero será necedad querer contar ahora las cosas que poco antes previne que eran innumerables; es bastante, para ejemplo, haber mencionado las principales: el pan, el aire y el sol. Las llamo principales no porque sean las más excelentes, sino porque son las más necesarias, pues pertenecen al cuerpo. Otros bienes más eminentes búsquelos el hombre en aquella parte de sí mismo por la cual se hace superior a sí propio, es decir, en su alma; los cuales bienes son la dignidad, la ciencia y la virtud. Llamo dignidad en el hombre el libre albedrío, por el cual se le ha dado no sólo sobrepasar a todos los animales, sino también dominarlos. Ciencia llamo a aquel conocimiento con que reconoce esta dignidad en sí mismo, mas no de sí mismo. Y entiendo por virtud aquel afecto con que consiguientemente se mueve a buscar con diligencia a aquel mismo Señor de quien tiene el ser y a tenerle fuertemente después que le ha hallado.

3. Así, cada una de estas tres cosas se presenta duplicada. Porque a la humana dignidad no sólo la demuestra la prerrogativa de su naturaleza, sino también el poder de su dominación, por cuanto ha querido Dios que infunda terror

\* PL 182, 975.



el hombre en todos los animales de la tierra. La ciencia igualmente será duplicada si esta misma dignidad u otro cualquiera bien que tengamos conocemos que está en nosotros y que no viene de nosotros. Por cierto, la virtud misma se verá que es de dos maneras también si en seguida buscamos al autor de estos bienes y nos juntamos inseparablemente a él habiéndole hallado. La dignidad, pues, sin la ciencia, nada aprovecha; y la ciencia sin la virtud, aun será dañosa; lo cual se prueba con claridad con la siguiente razón. Poseer lo que no sabes si lo posees, ¿qué gloria tiene? Por cierto, el saber que lo posees, pero ignorar que no lo posees de ti, tiene gloria, mas no delante de Dios. Al que se gloría en sí mismo le dice el Apóstol: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Mas si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?*<sup>7</sup> No dice solamente: *por qué te glorías*, sino que añade: *como si no lo hubieras recibido*, para declarar que es reprehensible no el que se gloria en ellos, sino el que se gloría como si no lo hubiera recibido. Con razón se llama ésta vanagloria, pues carece del sólido fundamento de la verdad. La verdadera gloria se distingue de ésta así: *El que se gloria*, dice, *gloriéase en el Señor*<sup>8</sup>; es decir, en la verdad, pues es verdad el Señor.

4. Ambas cosas es necesario que sepas: tanto lo que eres como que no lo eres de ti mismo, para que no suceda que absolutamente no te gloríes o que te gloríes vanamente. Finalmente, *si no te conoces a ti misma*, dice, *sal y sigue tras los rebaños de tus compañeros*<sup>9</sup>. Verdaderamente así sucede. El hombre criado en el honor, cuando no conoce este honor mismo, es comparado, por culpa de esta su ignorancia, a los animales irracionales, como a unos compañeros de su presente corrupción y mortalidad. Sucede, pues, que, no conociéndose a sí misma una criatura ilustre por el don de la razón, comienza a juntarse a los rebaños de las irracionales cuando, ignorante de la propia gloria que está en su interior, es llevada por su misma curiosidad a conformarse por fuerza a las otras cosas sensibles y se hace una de las demás por no entender que ha recibido algo con preferencia sobre ellas. Así, nos debemos guardar en gran manera de esta ignorancia, por la cual tal vez sentimos de nosotros menos de lo que nos corresponde; pero mucho más nos debemos guardar de aquella por la que nos atribuimos a nosotros más de lo que tenemos, lo que sucederá si, engañados, llegamos a pensar que hay algún bien en nosotros y que viene de nosotros. Mas sobre una y otra ignorancia

<sup>7</sup> I Cor. 4, 7.

<sup>8</sup> I Cor. I, 31.

<sup>9</sup> Cant. I, 7.

se debe evitar y execrar aquella presunción por la que con conocimiento y advertencia te atrevas acaso a buscar tu propia gloria de los bienes que no son tuyos, y, estando cierto de que no los tienes de ti mismo, con todo, no recales robar por la misma causa el honor de otros. A la verdad, la primera ignorancia no tiene gloria; la segunda la tiene sin duda, pero no en Dios. Mas este tercer delito que se comete con conocimiento la usurpa aun contra Dios. En fin, en tanto es más grave y peligrosa esta arrogancia que la ignorancia segunda en cuanto, si por ella se ignora Dios, por ésta se le desprecia también; y en tanto es más peor y más detestable que la primera en cuanto, asociándonos por ella a los irracionales, por ésta nos asociamos también a los demonios. Porque es una soberbia y delito enorme usar de lo que nos han dado como si en nosotros fuera nacido y en los beneficios que nos han hecho usurpar la gloria del bienhechor.

5. Por lo cual a la dignidad y a la ciencia es preciso unir la virtud, que es el fruto de ambas, por la que se busca y tiene aquel Señor que, siendo el autor y dador de todo, con razón es glorificado por todos. De otra suerte, el que sabe y no hace lo que debe, será castigado de muchos modos. ¿Por qué? Ciertamente porque no quiso entender para obrar el bien; antes, por el contrario, meditó la maldad en su aposento<sup>10</sup> cuando por los bienes que por el don de la ciencia sabía que no eran suyos intentó, cual siervo impío, captar la gloria del buen Señor o, más bien, arrebatársela. Es claro, pues, lo uno, que la dignidad sin la ciencia es inútil enteramente, y lo otro, que la ciencia sin la virtud es reprehensible. Mas el hombre de virtud, en quien ni permanece culpable la ciencia ni la dignidad infructuosa, clama a Dios y confiesa con ingenuidad: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria*<sup>11</sup>. Esto es: nada, Señor, nos atribuimos a nosotros por la ciencia, nada por la dignidad, sino que todo lo referimos a tu nombre, de quien viene todo.

6. Pero nos hemos ido casi fuera del asunto, que era demostrar que aquellos que ignoran a Cristo, también son instruídos suficientemente por la ley natural acerca de los bienes del cuerpo y del alma que han recibido, y que también ellos deben amar a Dios por Dios. Pues, por repetir brevemente lo que sobre esto queda dicho, ¿quién aun de los infieles ignora que las sobredichas cosas, tan necesarias a su cuerpo en esta vida mortal para que pueda subsistir, para que pueda ver, para que pueda respirar, de ningún

<sup>10</sup> Ps. 35, 4, 5.

<sup>11</sup> Ps. 113, 9.

otro vienen sino de aquel Señor que da alimento a toda carne<sup>12</sup>, que hace nacer su sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre los justos y los injustos?<sup>13</sup> ¿Quién igualmente, aunque sea un impío, pensará que es otro el autor de la dignidad humana que resplandece en el alma sino aquel mismo que habla en el Génesis: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza?*<sup>14</sup> ¿Quién juzgará que el dador de la ciencia es otro que este mismo Señor que enseña al hombre la ciencia?<sup>15</sup> ¿Quién tampoco pensará que se le ha dado o esperará que se le haya de dar el don de la virtud de la mano de otro que del Señor de las virtudes? Merece, pues, ser amado por sí mismo Dios aun del que es infiel; pues, aunque no conozca a Cristo, se conoce a sí mismo. Por tanto, es inexcusable aun todo infiel si no ama al Señor su Dios de todo su corazón, de toda su alma, de todas sus fuerzas. Porque está dando voces en su interior una justicia innata en él y que no puede ocultarse a la razón que con todo lo que es debe amar a aquel Señor a quien no ignora que lo debe todo. Pero es difícil o, hablando más propiamente, imposible que cualquiera con sus propias fuerzas o las del libre albedrío dirija del todo a la voluntad de Dios los dones que ha recibido de Dios y que no, más bien, los tuerza hacia su propia voluntad y los retenga como si fueran suyos, según está escrito: *Todos buscan sus propios intereses*<sup>16</sup>. Y también: *Los sentidos y pensamientos del hombre están propensos al mal*<sup>17</sup>.

### CAPITULO III\*

#### CUÁNTOS MÁS ESTÍMULOS TENGAN LOS CRISTIANOS QUE LOS INFIELES PARA AMAR A DIOS

7. Por el contrario, saben bien los fieles cuán necesario les sea Jesús, y éste crucificado, cuando, admirando y apreciando la sobreeminente caridad de su ciencia, se confunden si, en recompensa de tanto amor y dignación, no le ofrecen aun esto poquito que son. Fácilmente, por tanto, aman más, pues se reconocen a sí mismos amados más; aquel a quien menos se ha dado, menos ama. A la verdad, ni el judío ni el pagano es excitado con tales estímulos de amor como experimenta la Iglesia, la cual dice: *Estoy he-*

<sup>12</sup> Ps. 135, 25.

<sup>13</sup> Mt. 5, 45.

<sup>14</sup> Gen. 1, 26.

<sup>15</sup> Ps. 93, 10.

<sup>16</sup> Phil. 2, 21.

<sup>17</sup> Gen. 8, 21.

\* PL 182, 978.

rida de amor; y otra vez: *Fortalecedme con flores, cercadme con manzanas, porque estoy enferma de amor*<sup>18</sup>. Mira al rey Salomón en la diadema con que le coronó su madre<sup>19</sup>; mira al Unico del Padre, que lleva a cuestas la cruz; mira herido y escupido al Señor de la majestad; mira al autor de la vida y de la gloria traspasado con clavos, herido con lanza, harto de oprobios y que, por fin, aquella amada vida suya la da por sus amigos. Mira estas cosas, y la espada del amor traspasa más su misma alma, y dice así: *Fortalecedme con flores, cercadme con manzanas, porque estoy enferma de amor*. Porque éstas son aquellas granadas que, introducida la esposa en el huerto del Amado, arranca del árbol de la vida, granadas que tomaron el sabor propio del pan celestial, y de la sangre de Cristo, el color. Mira después muerta a la muerte y al autor de la muerte llevado en triunfo. Mira cómo desde los infiernos a la tierra, desde la tierra a los cielos, es llevada una numerosa multitud de cautivos para que en el nombre de Jesús se hinque toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno<sup>20</sup>. Advierte que la tierra que había producido espinas y abrojos bajo la maldición antigua, ha reflorecido, renovada con la gracia de la nueva bendición. Y en todas estas cosas, trayendo a la memoria aquel versículo: *Y mi carne refloreció y de mi voluntad le confesaré*<sup>21</sup>; a las manzanas de la pasión, que había arrancado del árbol de la cruz, quiere juntar las flores de la resurrección, con cuya fragancia especialmente convida al Esposo a que con más frecuencia la visite.

8. Finalmente, dice: *¡Qué hermoso eres, Amado mío, y cuántas son tus gracias!*<sup>22</sup> Nuestro lecho está cubierto de flores. La que está mostrando el lecho, manifiesta bien lo que desea; y cuando anuncia que está cubierto de flores, bastante indica de dónde presume alcanzar lo que desea. Porque no lo presume de sus méritos, sino de las flores del campo que bendijo el Señor. Se deleita en las flores Cristo, el cual quiso ser concebido y alimentado en Nazaret. Se alegra en tales olores el Esposo celestial y entra con frecuencia y con gusto en el tálamo del corazón que halla lleno de estos frutos y sembrado de tales flores. Donde mira que se repasa con solícita meditación la gracia de su pasión o la gloria de su resurrección, allí, sin duda, asiste con frecuencia, asiste gustoso. Pues los monumentos de la pasión los debes reputar como unos frutos del año que pasó, esto es, de todos los tiempos que corrieron bajo el imperio del pecado y de la muerte, los cuales aparecen, en fin, en la ple-

<sup>18</sup> Cant. 2, 4, 5.

<sup>19</sup> Cant. 3, II.

<sup>20</sup> Phil. 2, 10.

<sup>21</sup> Ps. 27, 7.

<sup>22</sup> Cant. I, 15.



nitud del tiempo. Mas en las insignias de la resurrección has de contemplar unas flores del tiempo que se sigue, que reverdece bajo la gracia como una primavera, cuyo fruto producirá al fin la futura general resurrección para permanecer sin fin. *Ya, dice, pasó el invierno; las lluvias se disiparon y cesaron; las flores aparecieron en nuestra tierra*<sup>23</sup>; dando a entender que había venido el verano con aquel Señor que, pasando de los hielos de la muerte a la templada primavera de una nueva vida: *Ved ahí, dice, que hago nuevas todas las cosas*<sup>24</sup>. Cuyo cuerpo fué sembrado en la muerte y floreció en la resurrección; a cuya fragancia, sucesivamente, en el campo de nuestro valle reverdece lo árido, se refrigera lo helado, revive lo muerto.

9. Con la novedad, pues, de estas flores y frutos y con la hermosura del campo que espira un olor suavísimo, el mismo Padre también se deleita en el Hijo cuando renueva todas las cosas, de tal modo que dice: *El olor que sale de mi Hijo es semejante al de un campo lleno de flores que el Señor llenó de sus bendiciones*<sup>25</sup>. ¡Qué bien dicho llenó, pues todos recibimos de su plenitud! Sin embargo, más familiarmente la Esposa, cuando quiere, toma de El flores para sí, y arranca manzanas para esparcir las en lo íntimo de su conciencia, para que así le huela suavemente al Esposo el lecho de su corazón cuando entre en él. Porque, si queremos tener a Cristo por continuo huésped, es menester que tengamos siempre fortalecidos nuestros corazones con los testimonios fieles así de la misericordia de su muerte como de la gloria de su resurrección, según lo que dice David: *Estas dos cosas he oído: que el poder pertenece a Dios y que tú, Señor, estás lleno de misericordia*<sup>26</sup>. Pues los testimonios de ambas cosas se han hecho creíbles sobremanera muriendo Cristo por nuestros delitos, resucitando por nuestra justificación, ascendiendo para nuestra protección, enviando el Espíritu para nuestra consolación y habiendo de volver para nuestra consumación. Sin duda mostró la misericordia en la muerte, el poder en la resurrección, y uno y otro en cada una de las demás cosas.

10. Estas son las manzanas, según mi parecer; éstas son las flores con que la Esposa entre tanto desea ser cercada y fortalecida, persuadida de que fácilmente puede entibiarse la fuerza del amor y en algún modo quedar sin acción, si no es fomentado continuamente con tales incentivos, hasta que, introducida alguna vez en la alcoba, sea recibida en los brazos tanto tiempo deseados y diga: *Pone su mano izquierda bajo mi cabeza y con su derecha me abra-*

<sup>23</sup> Cant. 2, II. 12.

<sup>24</sup> Apoc. 21, 5

<sup>25</sup> Gen. 27, 27.

<sup>26</sup> Ps. 61, 12. 13.

za<sup>27</sup>. Porque sentirá entonces y experimentará que todos los testimonios del amor que ha recibido en el primer advenimiento, como de la siniestra del Amado, son muy poco estimables a la comparación de la muchedumbre de dulzura de la diestra que abraza, y que enteramente deben ponerse como abajo. Sentirá lo que ha oído: *La carne nada aprovecha, el espíritu es quien vivifica*<sup>28</sup>. Experimentará lo que ha leído: *Mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia sobrepasa en dulzura a la miel y al panal*. Pues en lo que se sigue: *Mi memoria pasará a las generaciones de los siglos*<sup>29</sup>, quiere significar que mientras persevera el siglo presente, en el cual una generación llega y otra pasa, no faltará a los escogidos consuelo por la memoria, ya que no se les concede todavía la plena refección por la presencia. Por lo cual está escrito: *Eructarán la memoria de la abundancia de tu suavidad*; sin duda, aquellos de los que se ha dicho poco antes: *Una y otra generación alabará tus obras*<sup>30</sup>. La memoria, pues, se halla en la generación de los siglos, la presencia en el reino de los cielos. Por ésta es glorificado el coro de los escogidos ya recibido en el cielo, por aquélla es consolada entre tanto la generación que peregrina.

## CAPITULO IV\*

QUIÉNES RECIBAN CONSUELO POR LA MEMORIA DE DIOS O  
QUIÉNES SEAN MÁS IDÓNEOS PARA SU AMOR

11. Pero importa mucho saber cuál sea la generación que recibe consuelo por la memoria de Dios. Porque no es la generación mala y provocadora a quien se dice: *¡Ay de vosotros ricos, que tenéis vuestro consuelo!*<sup>31</sup>, sino la que con verdad puede decir: *Rehusó consolarse mi alma*. A ésta, sin duda, la creeremos si, siguiendo, añade: *Me acordé de Dios y me deleité*<sup>32</sup>. Porque es justo que a quienes no deleita lo presente, no les falte la memoria de lo futuro; y que cuantos desprecian consolarse con cualquiera afluencia de estas cosas que fluyen, sientan deleite en el recuerdo de la eternidad. Y ésta es la generación de los que buscan a Dios; de los que buscan no sus intereses, sino el rostro

<sup>27</sup> Cant. 2, 6.

<sup>28</sup> Io. 6, 64.

<sup>29</sup> Eccli. 24, 27. 28.

<sup>30</sup> Ps. 144, 7. 4.

\* PL 182, 980.

<sup>31</sup> Lc. 6, 24.

<sup>32</sup> Ps. 26, 3. 1.

del Dios de Jacob<sup>33</sup>. A los que buscan, pues, y suspiran por la presencia de Dios, asiste pronta y dulce su memoria no para saciarlos, sino para que tengan más hambre de lo que les ha de saciar. Esto mismo testifica de sí el mismo Manjar, diciendo de este modo: *El que me come, tendrá todavía hambre*<sup>34</sup>; y el que se alimentó de él: *Seré saciado*, dice, *cuando aparezca tu gloria*<sup>35</sup>. Sin embargo, bienaventurados ahora ya los que tienen hambre y sed de la justicia, porque algún día ellos mismos y no otros serán hartos<sup>36</sup>. ¡Ay de ti, generación mala y perversa! ¡Ay de ti, pueblo necio e ingrato, que te fastidias de la memoria y tienes pavor de la presencia! Con razón, pues, ni ahora quieres ser librado del lazo de los cazadores—puesto que *los que quieren hacerse ricos en este mundo, caen en el lazo del diablo*<sup>37</sup>—ni entonces podrás librarte de la palabra áspera. ¡Oh palabra áspera, oh lenguaje duro: *Id, malditos, al fuego eterno!*<sup>38</sup> Mas duro ciertamente y más áspero que el que todos los días se nos repite en la iglesia sobre la memoria de la pasión: *El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna*. Esto es: el que hace memoria de mi muerte y, a mi ejemplo, mortifica sus miembros que están sobre la tierra, tiene la vida eterna; que es decir: Si conmigo padecéis, conmigo también reinaréis. Y, con todo, muchos, huyendo de esta voz y volviéndose atrás aun el día de hoy, responden no sólo con palabras, sino con hechos: *Duras son estas palabras; ¿quién puede oírlas?*<sup>39</sup> Así, la generación que no conservó recto su corazón y cuyo espíritu no permaneció fiel a Dios<sup>40</sup>, poniendo su esperanza en lo incierto de las riquezas, siente pena en oír ahora la palabra de la cruz y reputa pesada para sí la memoria de la pasión. Pero ¿cómo podrá sostener en la presencia el peso de aquella palabra: *Id, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles?* Verdaderamente, sobre quien caiga esta piedra, le quebrantará. Mas la generación de los rectos será bendecida<sup>41</sup>, los cuales, sin duda, en compañía del Apóstol, *ausentes o presentes, se esmeran en agradar a Dios*<sup>42</sup>. Finalmente, oírán: *Venid, benditos de mi Padre*<sup>43</sup>. Entonces aquella que no conservó recto su corazón, experimentará cuán dulce era, en comparación de ese dolor, el yugo de Cristo y cuán leve su carga, de la cual, como si fuera pesada y áspera, apartó soberbiamente su cerviz dura. No podéis, siervos miserables del dinero, gloriaros a un tiempo en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo y esperar en

<sup>33</sup> Ps. 23, 6.<sup>34</sup> Eccli. 24, 29.<sup>35</sup> Ps. 16, 15.<sup>36</sup> Mt. 5, 6.<sup>37</sup> I Tim. 6, 9.<sup>38</sup> Mt. 25, 41.<sup>39</sup> Io. 6, 55. 61.<sup>40</sup> Ps. 77, 8.<sup>41</sup> Ps. 111, 2.<sup>42</sup> 2 Cor. 5, 9.<sup>43</sup> Mt. 25, 34.

los tesoros del dinero, ir tras el oro y experimentar qué dulce es el Señor. Por tanto, al que no sentís suave en la memoria, sin duda le sentiréis áspero en la presencia.

12. Mas el alma fiel no sólo suspira ansiosamente por la presencia, sino que descansa también dulcemente en la memoria; y, mientras no es idónea para especular con el rostro descubierto la gloria del Señor, se gloria en la ignominia de la cruz. Así ciertamente, así la Esposa y paloma de Cristo hace entre tanto pausa y duerme en medio de las suertes, habiendo logrado ya en lo presente, Señor Jesús, por la memoria de la abundancia de tu suavidad, las alas plateadas, el candor, es a saber, de la inocencia y de la castidad, y esperando además ser llenado de alegría con tu rostro; donde también la extremidad de la espalda representará el resplandor del oro <sup>44</sup> cuando, introducida con gozo en los resplandores de los santos, sea iluminada más llenamente con los brillantes rayos de la sabiduría. Con razón, por tanto, se gloria ya y dice así: *Ha puesto su mano izquierda bajo mi cabeza y su derecha me abrazará* <sup>45</sup>, reputando en la izquierda la memoria de aquella caridad que es mayor que otra alguna, porque dió su vida por sus amigos, y en la diestra la bienaventurada vista que a sus amigos prometió y el gozo de la presencia de la majestad. Con razón aquella vista de Dios, y vista deífica, aquella inestimable delectación de la presencia divina se atribuye a la diestra, de la cual también se canta: *Eternamente permanecen las delectaciones en tu diestra* <sup>46</sup>. Con razón se coloca en la izquierda aquella admirable caridad, ya mencionada y siempre digna de estar en la memoria, pues sobre ella, hasta que pase la iniquidad, se requesta la Esposa y descansa.

13. Con razón, pues, bajo la cabeza de la Esposa está puesta la izquierda del Esposo, para que, reclinándose sobre ella, sustente su cabeza, esto es, la intención de su corazón, a fin de que no se incline y se encorve hacia los deseos carnales y mundanos; porque el cuerpo que se corrompe abate el alma y deprime la habitación terrena al entendiimiento en los muchos cuidados que le agitan <sup>47</sup>. Porque ¿qué otra cosa hará la consideración de tan grande y tan indebida piedad, de tan gratuito y tan probado amor, de dignación tan inopinada, de mansedumbre tan invicta, de dulzura tan estupenda? ¿Qué, repito, harán todas estas cosas, bien consideradas, sino arrebatarse hacia sí admirablemente el ánimo de quien las considera después de haberle purificado enteramente de todo amor perverso, atraer su afición poderosamente y hacerle despreciar por ellas todo

<sup>44</sup> Ps. 67, 14.

<sup>45</sup> Cant. 2, 6.

<sup>46</sup> Ps. 15, 11.

<sup>47</sup> Sap. 9, 15.



lo que no puede desearse sino despreciándolas? Sin duda, en el olor de estos aromas corre la Esposa animosamente y ama ardientemente, y, viéndose amada así, la parece que ama poco aun cuando toda ella se convierta en amor. Y no sin razón. Porque ¿qué retribución puede ser para tan grande amor y para un amor de quien es tan grande el que se recoja todo un pequeño polvo para corresponder con su amor a aquella Majestad que, previniéndolo sin duda en el amor, toda ella se emplea en la obra de su salvación? En fin, *tanto amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo* <sup>48</sup>. Sin duda que lo dice del Padre. También *entregó a la muerte su vida* <sup>49</sup>, y no se duda que hable del Hijo. Igualmente, dice del Espíritu Santo: *El Espíritu Consolador, que enviará el Padre en mi nombre, os señalará todas las cosas y os hará recordar de todo lo que yo os digo* <sup>50</sup>. Ama, pues, Dios, y ama de sí todo, porque ama toda la Trinidad, si se puede decir *todo* de quien es infinito e incomprensible y seguramente simple.

## CAPITULO V \*

### QUÉ GRANDE COSA SEA EN EL CRISTIANISMO LA DEUDA DEL AMOR

14. Considerando, pues, estas cosas, creo que suficientemente conocerá el cristiano por qué ha de ser Dios amado, esto es, de qué merezca que le amen. Mas el infiel, no teniendo al Hijo, consiguientemente no tiene al Padre ni al Espíritu Santo. Porque quien no honra al Hijo, no honra al Padre, que le envió <sup>51</sup>; ni tampoco al Espíritu Santo, su enviado. No es de admirar, pues, que éste, a quien conoce poco, peca ame. Sin embargo, él tampoco ignora que se debe todo lo que él es a quien no ignora que es autor de todo él. Pues ¿qué deberé hacer yo, que tengo a mi Dios no sólo por gracioso dador de mi vida, administrador larguísimo, consolador piadoso, gobernador solícito, sino además también por copiosísimo Redentor, eterno conservador, enriquecedor, glorificador? Según está escrito: *En El se halla la redención copiosa* <sup>52</sup>; y también: *Una vez sola entró en el santuario, habiendo hallado una redención eterna* <sup>53</sup>. Y acerca de la conversión: *No abandonará a sus santos;*

<sup>48</sup> Io. 3, 16.

<sup>49</sup> Is. 53, 12.

<sup>50</sup> Io. 14, 26.

\* PL 182, 982.

<sup>51</sup> Io. 5, 23.

<sup>52</sup> Ps. 129, 7.

<sup>53</sup> Hebr. 9, 12.

*eternamente serán conservados*<sup>54</sup>; y de la riqueza: *Una buena medida, colmada, remecida y que rebose pondrán en vuestros senos*<sup>55</sup>. Y también: *Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni cupo en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman*<sup>56</sup>. Y sobre la glorificación: *Aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual reformará nuestro cuerpo humillado, haciéndole conforme a su cuerpo glorioso*<sup>57</sup>. Y aquello: *No tienen proporción los trabajos de esta vida con la futura gloria que será manifestada en nosotros*<sup>58</sup>. Y otra vez: *Este momento tan corto y tan ligero de las aflicciones que sufrimos en esta vida produce en nosotros un peso eterno de una soberana e incomparable gloria, no considerando nosotros las cosas visibles, sino las invisibles*<sup>59</sup>.

15. ¿Qué volveré al Señor por todos estos beneficios? A aquél la razón y una natural justicia le están impeliendo a que todo él se entregue a ese Señor, de quien tiene todo lo que es y a que de todo lo que es desee amarle. A mí, ciertamente, tanto más me intima la fe que le ame cuanto por ella entiendo que le debo estimar más que a mí mismo, puesto que no sólo me ha dado lo que soy, sino que también me ha dado a sí mismo. En fin, todavía no era llegado el tiempo de la fe, todavía no se había manifestado en la carne Dios, no había muerto en la cruz, no había salido del sepulcro, no había vuelto al Padre; todavía, repito, no había señalado en nosotros su gran amor, aquel amor de que hemos visto ya muchas cosas cuando ya fué mandado al hombre que amara al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas<sup>60</sup>, esto es, con todo lo que es, con todo lo que sabe, con todo lo que puede. Ni por eso es Dios injusto reclamando para sí su obra y sus dones. Porque ¿cómo no amaría la obra a su artífice si tuviera de dónde poder hacerlo? ¿Y por qué no le amaría cuanto pudiese, no pudiendo nada absolutamente sino por su beneficio? Pero el haber sido criado de la nada, el haberlo sido gratuitamente, el haberlo sido en esta dignidad, no sólo hace la deuda del amor más manifiesta, sino que muestra más justo al que la exige. Mas ¿cuánto pensamos que se añadió al beneficio cuando salvó a los hombres y los jumentos, multiplicando su misericordia el Señor?<sup>61</sup> Hablo de nosotros, que trocamos nuestra gloria con la semejanza de un bacerro que come heno<sup>62</sup>, ofendiendo a Dios y comparándonos a los jumentos irracionales<sup>63</sup>. Y, si todo me debo

<sup>54</sup> Ps. 36, 28.

<sup>55</sup> Lc. 6, 38.

<sup>56</sup> 1 Cor. 2, 9.

<sup>57</sup> Phil. 3, 20. 21.

<sup>58</sup> Rom. 8, 18.

<sup>59</sup> 2 Cor. 4, 17. 18.

<sup>60</sup> Deut. 6, 5.

<sup>61</sup> Ps. 35, 7. 8.

<sup>62</sup> Ps. 105, 20.

<sup>63</sup> Ps. 48, 13.

por haber sido hecho, ¿qué podré añadir ya por haber sido reparado y reparado de este modo? Pues no fui reparado tan fácilmente como fui hecho; porque no sólo por mí, sino por todo lo que está hecho, se halla escrito: *Dijo Dios, y fueron hechas las cosas*<sup>64</sup>. Pero el que me hizo tan grande y diciendo una sola vez, para restaurarme no sólo dijo muchas cosas, no sólo hizo muchas maravillas, sino que sufrió cosas muy duras; ni solamente duras, sino también indignas. ¿Qué volveré, pues, al Señor por todas las cosas que me ha dado?<sup>65</sup> En la obra primera me dió a mí mismo, en la segunda a sí; y, dándose a sí, a mí me volvió a mí. Dado, pues, igualmente que devuelto, me debo por mí, y dos veces me debo. ¿Qué volveré a Dios por sí mismo? Pues, aunque mil veces me ofrezca en recompensa, ¿qué soy yo respecto de Dios?

## CAPITULO VI\*

### BREVE RESUMEN Y SUMA DE LO QUE QUEDA DICHO

16. Ved aquí primero con qué modo, o, más bien, cuán sin modo, ha merecido Dios ser amado de nosotros, pues—por repetir en pocas palabras lo que se ha dicho—nos amó El mismo primero; y, siendo El tan grande, tanto y tan gratuitamente, y a unas criaturas tan pequeñas y a tales. Ved ahí lo que en el principio recuerdo haber dicho: que el modo de amar a Dios es amarle sin modo. En fin, como el amor que se encamina a Dios se encamina a lo Inmenso, se encamina a lo Infinito—puesto que Dios es infinito e inmenso—, ¿cuál, os ruego, deberá ser el fin o el modo de nuestro amor? Y ¿qué si añadimos que nuestro amor no se emplea ya gratuitamente en él, sino que se le retribuye como debido? Ama, pues, la Inmensidad, ama la Eternidad, ama la sobreeminente Caridad de la ciencia, ama un Dios, cuya grandeza no tiene fin<sup>66</sup>, cuya sabiduría no tiene número<sup>67</sup>, cuya paz sobrepasa a todo entendimiento<sup>68</sup>, ¿y le corresponderemos con medida? ¡Yo te amaré, Señor, fortaleza mía, firmeza mía, mi refugio y mi libertador<sup>69</sup> y, finalmente, mi todo, lo que es deseable y amable! ¡Dios mío, ayuda mía! ¡Te amaré según tu don y según mi modo, menos ciertamente que lo que es justo, pero,

<sup>64</sup> Ps. 148, 5.

<sup>65</sup> Ps. 115, 12.

\* PL 182, 983.

<sup>66</sup> Ps. 144, 3.

<sup>67</sup> Ps. 146, 5.

<sup>68</sup> Phil. 4, 7.

<sup>69</sup> Ps. 17, 2. 3.

a la verdad, no menos que mi poder; pues, aunque no puedo cuanto debo, no puedo, con todo, más de lo que puedo. Pero podré más cuando te dignes darme más; sin embargo, nunca como mereces. Lo que hay de imperfecto en mí, ya lo han visto tus ojos; mas, con todo, en tu libro se escribirán<sup>70</sup> todos los que hacen lo que pueden, aunque no pueden lo que deben. Bastante, en cuanto advierto, se manifiesta ya no sólo de qué modo debe amarse Dios, sino con qué mérito suyo. Con qué mérito suyo, repito, pues con cuánto, ¿quién lo alcanzará, quién lo dirá, quién lo sabrá?

## CAPITULO VII\*

QUE DIOS NO SE AMA SIN FRUTO NI PREMIO Y QUE CON LO  
TERRENO NO SE SACIA EL APETITO HUMANO

17. Veamos ahora con qué provecho nuestro se haya de amar. Pero ¿cuánto es también aquí este nuestro ver respecto de lo que es? Con todo, no se ha de callar lo que se ve, aunque enteramente no se ve según es. Más arriba, cuando se proponía por qué y cómo debe amarse Dios, dos sentidos dije que tenía lo que se preguntaba; de suerte que uno y otro pudo parecer que se preguntaba: con qué mérito suyo se debe amar o con qué provecho nuestro. Habiendo, por tanto, hablado del mérito de Dios no según era digno para El, sino según a mí se me ha concedido, resta decir acerca del premio lo que igualmente me sea dado. No se ama, pues, a Dios sin premio, aunque se debe amar sin mira del premio. Porque la verdadera caridad no puede quedar sin fruto, y, con todo, no es necesaria, pues no busca sus propios intereses<sup>71</sup>. Ella es un afecto, no un contrato; ni se adquiere por pacto, ni ella adquiere por pacto. Espontáneamente se aficiona y hace espontáneo a quien ama. El verdadero amor está contento consigo mismo. Tiene premio, pero éste es lo que se ama. Porque, siempre que se vea que amas por otra cosa, aquello amas seguramente a donde llega el fin del amor, no aquello por lo que se dirige. Pablo no predica para comer, sino que come para predicar, porque ama no la comida, sino el Evangelio<sup>72</sup>. El amor verdadero no busca premio, pero lo merece. El premio, ciertamente, al que no ama, se le propone; al que ama, se le debe; al que persevera, se le da. Finalmente, en estas cosas inferiores, a los que no tienen

<sup>70</sup> Ps. 138, 16.

\* PL 182, 984.

<sup>71</sup> I Cor. 13, 5.

<sup>72</sup> I Cor. 9, 18.



voluntad, les convidamos con promesas o premios, no a los espontáneos. Porque ¿quién pensará que se haya de señalar premio a un hombre para que haga lo que tiene gusto de hacer? Ninguno, por ejemplo, propone salario al hambriento para que coma, al sediento para que beba o a una madre para que dé de mamar al hijo de sus entrañas. Tampoco pensará ninguno que se haya de mover con súplicas o premio a otro para que cerque su propia viña, cave su huerta o levante el edificio de su misma casa. Pues ¡cuánto menos el alma que ama a Dios buscará otro premio de su amor que a Dios! O, si lo busca, aquello, ciertamente, ama, no a Dios.

18. Es connatural a todo racional apetecer siempre las cosas más excelentes según su estimación e intención y no estar contento con ninguna a la que juzgue que se debe preferir lo que le falta. Pues, aun el que, por ejemplo, tiene mujer hermosa, con alguna inclinación de sus ojos o de su corazón mira a quien la excede en hermosura; el que tiene un vestido precioso, quisiera tener otro que lo sea más, y el que posee muchas cosas, tiene envidia a otro más rico. Verás a muchos que, teniendo amplias heredades y posesiones, no dejan, con todo, de unir una tierra a otra y con una codicia infinita dilatan sus términos. Verás aun a los mismos que habitan en reales y amplios palacios juntar no menos todos los días una casa con otra y que con una curiosidad inquieta edifican, destruyen y todo lo mudan en diversas figuras. ¿Qué diré de los hombres sublimados a los honores? ¿No los vemos, por ventura, con una ambición insaciable y con todo su esfuerzo aspirar más y más a lo más alto? Por eso, el ansia de todos éstos no tiene fin, porque nada se encuentra en todas estas cosas que sea por sí mismo lo sumo o lo óptimo. ¿Y qué maravilla que no esté contento con lo inferior o lo peor el que fuera de lo sumo o de lo óptimo no puede hallar reposo? Pero la mayor necesidad y como una extrema demencia es apetecer siempre aquellas cosas que jamás, no digo sacian, pero ni templan el apetito. Pues, aunque tengas cualquiera de ellas, con todo, codiciarás las que no tienes y anhelarás inquieto aquellas que te faltan. Así sucede que, discurriendo vagabundo el corazón por los varios y falaces atractivos del mundo, se fatiga con un trabajo inútil y no se sacia; porque todo lo que ha tragado con ansia, lo reputa poco respecto de lo que queda por devorar, y aspira siempre a lo que le falta no con menor goja que pueda ser su alegría por lo que ya posee. Porque ¿quién podrá conseguir todas las cosas? Aun también eso poco que el hombre logró con tanto trabajo y poseyó con temor, no sabe ciertamente cuándo lo perderá con pena, pero ciertamente sabe que lo perderá algún día. Así, cuando por

camino derecho se dirige a lo óptimo la voluntad perversa, se apresura a lograr lo que puede llenarla. Por mejor decir, en estos penosos rodeos juega consigo misma la vanidad, se desmiente la iniquidad a sí misma. Si de este modo pretendes lograr lo que quieres, esto es, si quieres alcanzar aquello con cuyo logro nada más quieras ya, ¿qué necesidad tienes de intentar otras cosas? Corre sin camino, y morirás mucho antes que por este rodeo logres lo que deseas.

19. En este rodeo, pues, andan los impíos, apeteciendo lo que ponga fin a su apetito y desechando neciamente lo que les haría fácil el fin: el fin digo, no la conclusión, sino su consumación. Por tanto, se aceleran no a ser consumados con un fin dichoso, sino a ser consumidos con un trabajo vano, los que, prendados mucho más de la hermosura de las cosas criadas que del autor de ellas, quieren primero recorrerlo todo y tomar experiencia de cada cosa antes de pensar en llegar al mismo Señor de todas. Y, ciertamente, llegarían si pudieran cumplirse alguna vez todos sus deseos, es a saber, si uno solo consiguiera todas las cosas, fuera del Principio de todas. Pues por la misma ley de su conciencia, con que solía en las demás cosas desear con ansias lo que no tenía en vez de lo que tenía y fastidiarse de lo que llegaba a tener por lo que le faltaba, habiendo conseguido ya y despreciado cuantas cosas hay en el cielo y en la tierra, por fin, sin duda alguna, correría hacia el único que sólo le faltaba, que es el Dios de todas las cosas. Por cierto, aquí ya descansaría; pues así como más acá ningún reposo le retraería, así ni más allá le excitaría ninguna inquietud. Diría por cierto: *Para mí es cosa buena allegarme a Dios*. Diría: *¿Qué hay para mí en el cielo y fuera de ti que he querido sobre la tierra?* Y también: *¡Oh Dios!, que eres Dios de mi corazón y mi suerte para siempre*<sup>73</sup>. Así, pues, como se ha dicho, llegaría a lo que es óptimo cualquier codicioso con tal que antes pudiera conseguir lo que hay inferior a ello.

20. Mas, como esto lo hace del todo imposible una vida tan breve, un poder tan débil y el número tan copioso de compañeros, verdaderamente sudan en un largo camino y en un largo trabajo los que, queriendo tocar todo lo que desean, no pueden llegar al que es el fin de todo lo deseable. Y ojalá que con el ánimo y no con la experiencia quisieran tocar todas las cosas! Pues esto lo podrían hacer fácilmente, y no sería sin fruto. Porque el ánimo del hombre, siendo tanto más veloz que el sentido carnal cuanto es más perspicaz que él, le fué dado con el fin de que fuera delante en todas las cosas y de que nada se atreviese a tocar el sen-

<sup>73</sup> Ps. 72, 28. 25. 26.

udo que, adelantándose el ánimo, no hubiera aprobado por tal. Por esto mismo juzgo que se dijo: *Examinado todo y aprobado lo que es bueno*<sup>74</sup>; de suerte, es a saber, que aquél debe cuidar de éste, ni éste debe conseguir su deseo sin que preceda el juicio del otro. De esta suerte, no subirás al monte del Señor ni estarás en su lugar santo por haber recibido en vano tu alma<sup>75</sup>, esto es, el alma racional, cuando, a semejanza de los brutos, sigues el sentido, permitiéndolo la razón ociosa y no resistiendo en nada. Aquellos, pues, cuyos pasos no previene la razón, corren ciertamente, pero fuera del camino; y, por consiguiente, habiendo despreciado el consejo del Apostol, no corren de modo que lleguen a alcanzar<sup>76</sup>. Porque ¿cuándo llegarán a tener al que ellos no quieren tener sino después de todas las cosas? Torcido camino y rodeo infinito querer tentar primero todo cuanto hay.

21. Mas el justo no lo hace así. Oyendo, sin duda, la vituperación de los muchos que se detienen en el rodeo—pues son muchos los que van por el camino ancho que lleva a la muerte—, escoge para sí el camino real, no desviándose ni a la diestra ni a la siniestra. En fin, testificalo la Escritura: *La senda del justo es derecha, y es recta la calle del justo para caminar*<sup>77</sup>. Estos son los que tienen cuidado de evitar, por medio de un saludable atajo, este molesto e infructuoso rodeo, eligiendo la palabra abreviada y que les enseña no a desear todo lo que ven, sino, más bien, a vender lo que poseen y dárselo a los pobres. Bienaventurados ciertamente los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos<sup>78</sup>. Todos, sin duda, corren<sup>79</sup>, pero entre los que corren hay diversidad. Finalmente, conoce el Señor el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá<sup>80</sup>. Por eso, un bien mediano vale más para el justo que las grandes riquezas de los pecadores<sup>81</sup>, porque, a la verdad—como habla el sabio y experimenta el necio—, *el que ama el dinero, no se hartará de dinero*<sup>82</sup>; mas *los que tienen hambre y sed de justicia, serán hartos*<sup>83</sup>. La justicia, pues, es un alimento vital y natural del espíritu que usa de razón; mas el dinero, del mismo modo disminuirá el hambre del espíritu que el aire la del cuerpo. En fin, si ves a un hombre famélico que, abiertas al viento sus fauces, con los carrillos hinchados, traga el aire como queriendo así satisfacer su hambre, ¿no creerás que está loco? A este modo, no es menor locura que llegues a pensar que con cualesquiera cosas corporales puede el espíritu racional no más inflarse que saciarse. Porque ¿qué

<sup>74</sup> 1 Thess. 5, 21.

<sup>75</sup> Ps. 23, 3. 4.

<sup>76</sup> 1 Cor. 9, 24.

<sup>77</sup> Is. 26, 7.

<sup>78</sup> Mt. 5, 3.

<sup>79</sup> 1 Cor. 9, 24.

<sup>80</sup> Ps. 1, 6.

<sup>81</sup> Ps. 36, 16.

<sup>82</sup> Eccl. 5, 9.

<sup>83</sup> Mt. 5, 6.

proporción hay entre los cuerpos y los espíritus? Ni aquellos ciertamente pueden alimentarse de las cosas espirituales, ni éstos de las corporales. Bendice, alma mía, al Señor, que llena de bienes tu deseo <sup>84</sup>. Llena de bienes, excita a lo bueno, mantiene en el bien, previene, sostiene, llena. El hace que desees, El es lo que desees.

22. Dije más arriba que la causa de amar a Dios es Dios. Y dije bien, porque El es causa eficiente y final de su amor. El mismo da la ocasión, El mismo cría el afecto, El mismo consuma el deseo. El hizo, o, diciendo mejor, se hizo para ser amado. El es quien se espera, habiendo de ser amado más felizmente para que en vano no haya sido amado. Su amor no solamente prepara el nuestro, sino que le remunera. Precede como más benigno, se recompensa como más justo, se aguarda como más suave. Es rico para todos aquellos que le invocan; con todo, no tiene alguna cosa que sea mejor que El mismo. Se dió para mérito, se reserva para premio; se entrega a sí mismo en la refección de las almas santas, se expende en la redención de las cautivas. Bueno eres, Señor, para el alma que te busca <sup>85</sup>; ¿qué será para la que te halla? Pero la maravilla en esto es que no te puede buscar sino el que antes te haya encontrado. Quieres, pues, ser hallado para que te busquen, ser buscado para que te hallen. Puedes ciertamente ser hallado y buscado, pero no prevenido. Pues aunque decimos: *En la mañana te prevendrá mi oración* <sup>86</sup>, sin embargo, es muy cierto que será tibia toda oración que no haya prevenido la inspiración. Resta decir ya de dónde comience nuestro amor, puesto que se ha dicho dónde se consuma.

## CAPITULO VIII\*

### DEL PRIMER GRADO DEL AMOR CON QUE EL HOMBRE SE AMA POR SÍ MISMO

23. El amor es un afecto natural y uno de los cuatro que por ser tan conocidos no hay necesidad de nombrar <sup>86\*</sup>. Pues lo que es natural debe ciertamente servir, antes de todo, al autor de la naturaleza. Por eso se llamó el primero y máximo mandato: *Amarás al Señor tu Dios, etc.* <sup>87</sup>. Mas

<sup>84</sup> Ps. 102, 1. 5.

<sup>85</sup> Thren. 3, 25.

<sup>86</sup> Ps. 87, 14.

\* Pl. 182, 987.

<sup>86</sup> \* San Bernardo, como los antiguos, creía que sólo se daban en el hombre cuatro afectos: amor, temor, alegría, tristeza.

<sup>87</sup> Mt. 22, 37.



como la naturaleza es tan frágil y débil, se ve compélida, por la fuerza de la necesidad, a servirse a sí misma primero. Y éste es un amor carnal, por el cual el hombre se ama a sí mismo por sí mismo, según está escrito: *Primero lo que es carnal, después lo que es espiritual* <sup>88</sup>. Ni se intima este amor con algún precepto, sino que es innato en la misma naturaleza. Porque ¿quién tuvo odio a su propia carne? <sup>89</sup> Mas, si comienza el mismo amor—como suele acontecer—a ser algo más fácil o más profuso, y, no conteniéndose de ningún modo en la madre de la necesidad, se ve que, rebesando más largamente, ocupa también los campos del deleite, al punto sale el mandato al encuentro para reprimir la superfluidad diciendo: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* <sup>90</sup>. Justísimamente a la verdad, para que el consorte en la naturaleza no quede sin parte en la gracia, especialmente en aquella gracia que viene con la naturaleza. Y, si tiene dificultad el hombre no en subvenir a las necesidades de los hermanos, sino en servir a sus gustos, castigue él mismo los propios, si no quiere ser transgresor. Cuanto quiera, sea indulgente consigo, con tal que se acuerde que otro tanto igualmente ha de hacer con el prójimo. La ley de la vida y de la disciplina te pone, hombre, el freno de la templanza para que no vayas tras tus concupiscencias y perezcas; para que con los bienes de la naturaleza no sirvas al enemigo del alma, esto es, a la lujuria. ¿Cuánto más justa y honestamente los comunicas al consorte, es decir, al prójimo que al enemigo? Y ciertamente, si, siguiendo el consejo del Sabio, te apartas de tus voluntades <sup>91</sup> y, contentándote con la comida y el vestido, conforme a la doctrina del Apóstol <sup>92</sup>, no tienes dificultad en negarte un poco de tiempo al amor de las cosas carnales que combaten contra el alma <sup>93</sup>, juzgo que lo que retiras del enemigo de tu alma no tendrás dificultad en repartirlo a tu consorte en la naturaleza. Será templado y justo tu amor si lo que quitas a tus propios gustos no lo niegas a las necesidades de tus hermanos. De esta suerte, el amor carnal se hace sociable también, extendiéndose para el bien de muchos.

24. Pero si por dar parte al prójimo te falta a ti lo necesario, ¿qué deberás hacer? ¿Qué otra cosa sino pedirlo con toda confianza a aquel Señor que da a todos abundantemente y no echa en cara por sus dones <sup>94</sup>, que abre su mano y llena a todo animal de bendición? <sup>95</sup> Pues no hay

<sup>88</sup> I Cor. 15, 46.

<sup>89</sup> Eph. 5, 29.

<sup>90</sup> Mt. 22, 39.

<sup>91</sup> Eccli. 18, 30.

<sup>92</sup> I Tim. 6, 8.

<sup>93</sup> I Petr. 2, 11.

<sup>94</sup> Iac. 1, 5.

<sup>95</sup> Ps. 144, 16.

duda que asistirá gustoso en las cosas necesarias el que no falta a muchos aun en las superfluas. Finalmente, dice: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán con aumento*<sup>96</sup>. Promete que con gusto dará lo necesario al que cercena lo superfluo y ama a su prójimo. Porque buscar primero el reino de Dios e implorar su auxilio contra la tiranía del pecado, es llevar más bien el yugo de la castidad y sobriedad que permitir que en tu cuerpo mortal reine el pecado. Por cierto, también pertenece a la justicia que con quien tienes una naturaleza no tengas divididos los dones de la naturaleza.

25. Mas para que amar al prójimo sea justicia perfecta es necesario que Dios sea la causa. De otra suerte, ¿cómo podrá amar al prójimo puramente el que en Dios no le ama? Ciertamente, no puede amar en Dios el que no ama a Dios. Es menester que Dios sea amado primero para que también en Dios pueda amarse al prójimo. Hace, pues. Dios que El sea amado, así como hace también los demás bienes. Mas lo hace de esta manera: el que crió la naturaleza, El mismo la protege. Pues de tal modo fué criada, que tiene continuamente por protector necesario al mismo que tuvo por criador; de suerte que la que sino por él mismo no pudo ser, sino por El mismo tampoco puede subsistir. Para que no ignore esto de sí la criatura, y, por consiguiente, no se atribuya a sí misma con soberbia—lo que no suceda—los beneficios del criador, con un alto y saludable consejo quiere el criador que sea ejercitado el hombre en las tribulaciones; para que, desfalleciendo el hombre y amparándole Dios, al ser el hombre libertado por Dios, sea Dios, como es justo, honrado con el hombre. Pues esto es lo que dice en el Salmo: *Invócame en el día de la tribulación; yo te sacaré de ella y tú me honrarás*<sup>97</sup>. Sucede, pues, de este modo que el hombre carnal y animal, que fuera de sí mismo no acertaba a amar a ninguno, comienza a amar también a Dios, aunque por sí mismo, por cuanto en él mismo, sin duda—como ha experimentado muchas veces—, puede todas las cosas que es conveniente poder, y sin El nada puede.

<sup>96</sup> Lc. 12, 31.

<sup>97</sup> Ps. 49, 15.

## CAPITULO IX \*

## DEL SEGUNDO Y TERCER GRADO DEL AMOR

26. Ama, pues, ya el hombre a Dios, pero todavía por sí mismo, no por El. Sin embargo, no deja de ser prudencia el saber qué puedas por ti, qué por el auxilio de Dios y el conservarte para El sin ofensa, ya que El te guarda para ti sin lesión. Mas, si acomete repetidas veces la tribulación, por la cual es preciso volverte a Dios con frecuencia, y se consigue de Dios ser librado frecuentemente, ¿por ventura, aunque sea de hierro el pecho o de piedra el corazón del que por tantas veces es librado, no es preciso que se ablande a la gracia de quien le libra, de suerte que el hombre ame a Dios no por sí solamente, sino también por El? Porque con la ocasión de las frecuentes necesidades es necesario que Dios sea frecuentado por el hombre con súplicas continuas; que, frecuentado, sea gustado; que, gustado, se experimente cuán suave es el Señor. Así sucede que para amar a Dios puramente seamos más atraídos de la gustada suavidad que impelidos de nuestra necesidad; de suerte que, a ejemplo de los samaritanos, que decían a la mujer que les había dado parte de que estaba allí el Señor: *Ya no conocemos por tu revelación, sino porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo*<sup>98</sup>; así, repito, nosotros también, hablando, a ejemplo suyo, a nuestra carne, digamos con razón: Ya no amamos a Dios por tu necesidad, sino porque nosotros mismos le hemos gustado, y sabemos que es suave el Señor. Porque es un cierto lenguaje de la carne la necesidad; y los beneficios que prueba por la experiencia, gustando a Dios, los renuncia. Así, al que de este modo está dispuesto, ya no le será difícil cumplir el mandato del amor del prójimo. Porque ama a Dios con verdad, y por esto las cosas que son de Dios. Ama castamente, y no siente molestia en obedecer a un mandato casto, *haciendo más casto su corazón por una obediencia de amor*<sup>99</sup>. Ama justamente y abraza con gusto un mandato justo. Con razón es grato este amor, pues es gratuito. Casto es, porque no se cumple con las palabras ni la lengua, sino con las obras y la verdad. Es justo, porque cual se recibe, tal se devuelve también.

\* PL 182, 989.

<sup>98</sup> Io. 4, 42.<sup>99</sup> I Petr. 1, 22.

El que ama así, no ama de diferente modo que ha sido amado, buscando recíprocamente no sus intereses, sino los de Jesucristo, así como El buscó nuestros bienes o, más bien, a nosotros, y no los suyos. Así ama el que dice: *Confesad al Señor, porque es bueno* <sup>100</sup>. El que confiesa al Señor no porque es bueno para sí, sino porque es bueno, éste verdaderamente ama a Dios por Dios y no por sí mismo. No ama de este modo aquel de quien se dice: *Te confesará cuando le hagas bien* <sup>101</sup>. Este es el tercer grado del amor, con que ya por sí mismo es amado Dios.

## CAPITULO X\*

### DEL CUARTO GRADO DEL AMOR, CUANDO A SÍ MISMO NO SE AMA EL HOMBRE, SINO POR DIOS

27. Feliz el que mereció llegar hasta el cuarto grado, de suerte que ni a sí mismo se ama sino por Dios. Tu justicia, ¡oh Dios!, es como los montes de Dios <sup>102</sup>. Monte es este amor, y monte excelso de Dios. Realmente, monte cuajado, monte pingüe <sup>103</sup>. ¿Quién subirá al monte del Señor? <sup>104</sup> ¿Quién me dará alas como las de paloma y volaré y descansaré? <sup>105</sup> En la paz se ha hecho este lugar y esta habitación está en Sión <sup>106</sup>. ¡Ay de mí, que mi morada se ha prolongado! <sup>107</sup> En la carne y en la sangre, en un vaso de barro, en la habitación terrena, ¿cuándo cabe esto? ¿Cuándo se experimenta afecto semejante que, embriagado el corazón con un amor divino, olvidado de sí mismo y hecho para sí como un vaso perdido, todo él se encamine a Dios y, juntándose a Dios, se haga con El un espíritu <sup>108</sup> y diga: *Desfalleció mi carne y mi corazón, ¡oh Dios!, que eres Dios de mi corazón y mi suerte para siempre?* <sup>109</sup> Bienaventurado y santo llamaré a quien se le conceda en esta vida mortal experimentar algo de esto, aunque sea raras veces, aunque no sea más que una sola vez, y esto mismo arrebatadamente y apenas en el espacio de un momento. Porque perderte a ti en alguna manera, como si ya no tuvieses ser, y enteramente no sentirte a ti propio y de ti mismo desocuparte y casi aniquilarte, esto es ya cosa del cielo, no del afecto humano. Y ciertamente, si alguno de los mortales súbita-

<sup>100</sup> Ps. 117, 1.

<sup>101</sup> Ps. 48, 19.

\* PL 182, 990.

<sup>102</sup> Ps. 35, 7.

<sup>103</sup> Ps. 67, 16.

<sup>104</sup> Ps. 23, 3.

<sup>105</sup> Ps. 54, 7.

<sup>106</sup> Ps. 75, 3.

<sup>107</sup> Ps. 119, 5.

<sup>108</sup> 1 Cor. 6, 17.

<sup>109</sup> Ps. 72, 26.



mente alguna vez y por un momento —como se ha dicho— es admitido a esto, al punto le envidia el siglo malo, le perturba la malicia del día, le abate el cuerpo de la muerte, le solicita la necesidad de la carne, no sostiene los defectos de su corrupción y, lo que es más violento que todo, le retrae la caridad fraterna. ¡Ay!, es compelido a volver en sí, a recaer en sus propias miserias y exclamar miserablemente: *Señor, padezco fuerza, responde por mí*<sup>110</sup>; y aquel-  
 lo: *Infeliz hombre yo, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?*<sup>111</sup>

28. Sin embargo, por cuanto dice la Escritura que Dios hizo todas las cosas por sí mismo, llegará tiempo, sin duda, en que la hechura se conforme y concuerde con su autor. Es menester, por tanto, que alguna vez nosotros pasemos a este mismo afecto; de suerte que así como Dios quiso todas las cosas por sí mismo, así también nosotros no queramos ni haber sido, ni ser otra cualquier cosa, aun nosotros mismos, sino por El mismo, es decir, por sola su voluntad, no por nuestro gusto. Nos deleitará, a la verdad, el ver no tanto nuestra necesidad acabada o nuestra felicidad conseguida, como que en nosotros y de nosotros se cumpla su voluntad. Lo cual igualmente pedimos cada día en la oración cuando decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*<sup>112</sup>. ¡Oh amor santo y casto! ¡Oh dulce y suave afecto! ¡Oh pura y limpia intención de la voluntad! Tanto más limpia ciertamente y más pura cuanto nada de propio queda ya mezclado en ella; tanto más suave y más dulce cuanto es divino todo lo que se siente. Sentir estos afectos es ser deificado. Al modo que una pequeña gota de agua mezclada con mucho vino parece que pierde su ser, tomando el sabor del vino y el color, y al modo que un hierro abrasado y encendido se hace muy semejante al fuego, como si hubiera dejado su primera y propia forma, y como el aire, bañado de la luz del sol, se transforma en la misma claridad de la luz, de suerte que no tanto parece estar iluminado como ser la misma luz, así en los santos es necesario entonces que por un cierto inefable modo se liquide en sí mismo todo este afecto humano y se transfunda enteramente en la voluntad de Dios. De otra suerte, ¿cómo será Dios todas las cosas en todos, si resta alguna cosa del hombre en el hombre? Permanecerá la sabiduría, pero en otra forma, en otra gloria, en otra potencia. ¿Cuándo será esto? ¿Quién lo verá, quién lo poseerá? ¿Cuándo iré ya y apareceré ante el rostro de Dios?<sup>113</sup> Señor, Dios mío, mi corazón te ha halla-

<sup>110</sup> Is. 38, 14.<sup>111</sup> Rom. 7, 24.<sup>112</sup> Mt. 6, 10.<sup>113</sup> Ps. 41, 3.

do, mis ojos te han buscado; yo, Señor, buscaré tu rostro <sup>114</sup>.  
¿Te parece que veré el templo santo tuyo?

29. Juzgo que no se cumplirá perfectamente: *Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y de todas tus fuerzas* <sup>115</sup>, hasta que el corazón mismo ya no esté precisado a cuidar del cuerpo y el alma deje de emplearse en vivificarle y sensibilizarle en este estado y sus fuerzas mismas, relevadas de las molestias, se corroboren en la potencia de Dios. Porque es imposible que todas estas cosas se recojan del todo en Dios y se fijen en el rostro divino mientras, atentas y distraídas con este frágil y calamitoso cuerpo, están precisadas a servirle. Así, en el cuerpo espiritual inmortal, en el cuerpo íntegro, plácido y agradable, espere el alma tener el cuanto grado del amor, o, más, ser tenida en él, puesto que pertenece a la potencia de Dios darlo a quien quiere y no a la industria humana el conseguirle. Obtendrá, repito, fácilmente el grado sumo cuando, apresurándose prontísima y vivísimamente al gozo de su Señor, a ningún atractivo de la carne la retarde, ninguna molestia la conturbe. Pero ¿pensaremos que, al menos en parte, consiguieron esta gracia los santos mártires viviendo todavía en sus victoriosos cuerpos? Grande enteramente era la fuerza del amor que interiormente había arrebatado aquellas almas, pues pudieron de esta suerte exponer sus cuerpos y despreciar los tormentos. Pero verdaderamente el sentido de un dolor tan acerbo, aunque no pudo perturbar su serenidad, no pudo dejar de turbarla.

## CAPITULO XI\*

ESTA PERFECCIÓN DE AMOR NO COMPETE TAMPOCO A LAS ALMAS  
DE LOS BIENAVENTURADOS ANTES DE LA RESURRECCIÓN  
DE SU CUERPO

30. Mas ¿qué estando ya libres de los cuerpos las almas? Creemos que están sumergidas del todo en aquel piélagos inmenso de la eterna luz y luminosa eternidad. Pero si —lo que no se niega— quisieran haber recibido sus cuerpos o desean y esperan recibirlos, se hace claro, sin duda, que no se han inmutado en sí mismas enteramente, siendo cierto que todavía no les falta del todo algo propio adonde, aunque sea poco, se dirige su intención. Hasta que sea, pues, ab-

<sup>114</sup> Ps. 26, 8.

<sup>115</sup> Mt. 22, 37.

\* PL 182, 993.

sorbida la muerte en la victoria y la perenne luz acometa por todas partes los términos de la noche y los ocupe enteramente, de suerte que hasta en los cuerpos resplandezca una gloria celestial, no pueden las almas exponerse del todo a sí mismas y pasar a Dios estando, sin duda, ligadas a los cuerpos aún ahora, ya que no por la vida y el sentido, por un afecto natural; de manera que sin ellos ni quieren ni pueden tener la última perfección de su dicha. Así, antes de la restauración de los cuerpos no se cumplirá aquel desfallecimiento del alma de que hemos hablado, y que es su estado sumo y perfecto; ciertamente, no buscará el espíritu la compañía de la carne si se consumase sin ella. Pero la verdad es que, sin el provecho del alma, ni se deja el cuerpo ni se vuelve a tomar. Finalmente, preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos <sup>116</sup>. Y si la muerte es preciosa, ¿qué será la vida, y aquella vida? Ni es de admirar que el cuerpo glorificado contribuya al bien del espíritu, cuando es cierto que, aun siendo enfermo y mortal, le valió no poco. ¡Oh qué verdad tan cierta pronunció aquel que dijo que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan a su bien <sup>117</sup>. Al alma que ama a Dios la vale mucho su cuerpo enfermo, la vale aun muerto, la vale también resucitado; en lo primero, para frutos de penitencia; en lo segundo, para el descanso; en lo último, para consumación de su dicha. Con razón no quiere ser perfeccionada sin él, pues halla que en todos los estados la sirve para bien suyo.

31. Bueno y fiel compañero el cuerpo, sin duda, para el espíritu bueno, pues, si le carga, le ayuda; o, si no le ayuda, le exonera; o, ciertamente, le ayuda y de ningún modo le carga. El primer estado es laborioso, pero fructuoso; el segundo ocioso, mas de ninguna manera fastidioso; el tercero aun también es glorioso. Escucha al Esposo en los Cantares convidar a este triple aprovechamiento. *Comed, dice, amigos míos, y bebed; embriagaos, carísimos míos* <sup>118</sup>. A los que trabajan en el cuerpo, llama a comer; a los que, dejando ya el cuerpo, descansan, convida a beber; a los que vuelven a tomar el cuerpo, aun les impele a que se embriaguen; a los cuales llama carísimos, que es decir llenísimos de caridad. Aun en los otros que no llama carísimos, sino amigos, hay diferencia, pues los que todavía gimen oprimidos en el cuerpo, se cuentan entre los amados por la caridad que tienen; mas los que ya están libres de los grillos de la carne, tanto más son amados cuanto se han hecho más prontos y expeditos para amar. Sin duda, en comparación de unos y de otros, se nombran y son carísimos los que, habiendo recibido la segunda estola en los cuerpos que han

<sup>116</sup> Ps. 115, 15.

<sup>117</sup> Rom. 8, 28.

<sup>118</sup> Cant. 5, 1.

vuelto a tomar con gloria, tanto más libres y alegres son arrebatados al amor de Dios cuanto ya de propio nada resta en ellos que los solicite o los retarde. Lo cual ninguno de los otros estados alcanza para sí, pues en el primero se lleva el cuerpo con trabajo, y en el segundo, también se aguarda no sin algún deseo.

32. En el primero, pues, el alma fiel come su pan, pero, ¡ay!, con el sudor de su rostro. Puesto que, permaneciendo en el cuerpo, camina todavía por la fe; por la cual ciertamente es menester que obre por el amor; porque, si no obra, está muerta. Sin duda, la misma obra es manjar, diciendo el Señor: *Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre* <sup>119</sup>. Después, libre de la carne, ya no es alimentada con el pan del dolor, sino que se la permite, como después de la comida, beber más llenamente el vino del amor, no puro, sino al modo que en los Cantares se lee dicho en nombre del Esposo: *He bebido mi vino con mi leche* <sup>120</sup>. Porque al vino del divino amor aun entonces mezcla el alma la suavidad del afecto natural con que desea volver a tomar su cuerpo, y glorificado. Arde ya entonces habiendo bebido el vino de la santa caridad, pero no todavía hasta embriagarse, porque templa entre tanto aquel ardor la mixtura de esta leche. La embriaguez, al fin, suele trastornar los entendimientos y hacerles olvidarse enteramente de sí mismos. Mas no está olvidada del todo de sí misma la que todavía piensa en la resurrección de su cuerpo. Pero, conseguido esto, que era lo que sólo faltaba, ¿qué la podrá estorbar ya a que salga de sí misma en algún modo, se vaya toda a Dios y se haga tanto más desemejante en todo de sí misma cuanto más la conceden asemejarse a Dios? Entonces, por último, admitida a la copa de la sabiduría, a la copa de la cual se lee: *¡Qué excelente es mi cáliz, que tiene la virtud de embriagar!* <sup>121</sup>, ¿qué maravilla que sea ya embriagada de la abundancia de la casa de Dios cuando, no mordiéndola ningún cuidado de las cosas propias, bebe segura aquel puro vino con Cristo en el reino de su Padre?

33. Mas este triplicado convite le celebra la sabiduría y llena con una misma caridad, alimentando ella misma a los que trabajan, dando de beber a los que reposan y embriagando a los que reinan. Y como en el convite corporal se pone antes la comida que la bebida, porque también este orden le requiere la naturaleza, lo mismo se hace aquí. Pues primeramente, antes de la muerte, comemos los trabajos de nuestras manos en esta carne mortal, masticando con traba-

<sup>119</sup> Io. 4, 34.

<sup>120</sup> Cant. 5, 1.

<sup>121</sup> Ps. 22, 5.



jo lo que se ha de tragar; mas después de la muerte, en la vida espiritual, ya bebemos, colando con una facilidad suavisima lo que recibimos; al fin, resucitados los cuerpos en la vida inmortal, somos embriagados, rebosando en una maravillosa plenitud. Esto se ha dicho por lo que en los Cantares dice el Esposo: *Comed, amigos míos, y bebed; embriagaos, carísimos míos*. Comed antes de la muerte, bebed después de la muerte, embriagaos después de la resurrección. Con razón ya, carísimos, pues son embriagados en la caridad; y con razón embriagados, pues merecen ser introducidos en las bodas del Cordero, comiendo y bebiendo sobre su mesa en su reino cuando se presenta asimismo gloriosa la Iglesia sin tener mancha, ni arruga, ni cosa semejante <sup>122</sup>. Entonces embriaga enteramente a sus carísimos, entonces les da a beber del torrente de su deleite <sup>123</sup>, porque, a la verdad, en aquel abrazo estrechísimo y castísimo del Esposo y de la Esposa, la venida del río alegra la ciudad de Dios <sup>124</sup>. Lo cual juzgo no es otra cosa que el Hijo de Dios, que, pasando, sirve, como El mismo prometió <sup>125</sup>, para que desde ahora ya los justos disfruten el convite y se regocijen en la presencia de Dios y se deleiten en la alegría <sup>126</sup>. De aquí aquella saciedad sin fastidio; de aquí aquella insaciable curiosidad sin inquietud; de aquí aquel eterno e inexplicable deseo que no conoce la escasez; de aquí, en fin, aquella sobria embriaguez que no la causa el mosto, sino la verdad; que no rebosa en vino, sino que arde en Dios. Desde ahora ya se posee perpetuamente el cuarto grado de amor cuando suma y solamente es Dios amado, pues ni a nosotros mismos nos amamos sino por El mismo, para que El mismo sea el premio de los que le aman, premio eterno de los que le aman eternamente.

## CÁPITULO XII\*

### SOBRE LA CARIDAD INSERTA LO QUE ESCRIBIÓ OTRO TIEMPO A LOS CARTUJOS

34. Me acuerdo haber escrito hace tiempo una carta a los santos hermanos de la Cartuja y haber tratado, entre otras cosas, estos mismos grados <sup>127</sup>. Mas por ventura hablé allí de la caridad otras cosas, aunque no ajenas de ésta; y, por lo mismo, no tengo por inútil añadir también a este

<sup>122</sup> Eph. 5, 27.

<sup>123</sup> Ps. 35, 9.

<sup>124</sup> Ps. 45, 5.

<sup>125</sup> Lc. 12, 37.

<sup>126</sup> Ps. 67, 4.

\* PL 182, 995.

<sup>127</sup> Epist. 11.

sermón algunas de ellas, especialmente por ser más fácil trasladar lo que está escrito ya que dictarlo de nuevo otra vez. Aquella, digo, es verdadera y sincera caridad, y debemos confesar que procede enteramente de un corazón puro y de una buena conciencia y de una fe no fingida, con la que amamos el bien del prójimo igualmente que el nuestro. Porque el que ama más, o, ciertamente, sólo su bien, es convencido de que no ama puramente el bien, pues seguramente le ama por su provecho, no por él mismo. No puede este tal obedecer al profeta, que dice: *Confesad al Señor, porque es bueno*<sup>128</sup>. Le confiesa, sin duda, porque es bueno para él, no porque es bueno en sí. Por tanto, sepa que el profeta dirige contra él aquel oprobio: *Te confesará cuando le hagas bien*<sup>129</sup>. Hay quien confiesa a Dios porque es poderoso y hay quien le confiesa porque es bueno para él, y también quien le confiesa porque es bueno absolutamente. El primero es esclavo, y teme por sí; el segundo es asalariado, y codicia para sí; el tercero es hijo, y da honor a su Padre. Así, tanto el que teme como el que codicia, hacen por sí. Sola la caridad que está en el hijo no busca sus intereses<sup>130</sup>. Por tanto, juzgo que de ella está dicho: *La ley del Señor es inmaculada, ella convierte las almas*<sup>131</sup>; por tanto, sola es ella la que puede hacer volver al ánimo del amor de sí propio y del mundo y dirigirle a Dios. Ni el temor ni el amor privado convierten al alma. Alguna vez mudan el semblante o la acción; pero el afecto, jamás. Hace algunas veces, a la verdad, la obra de Dios aun el esclavo; pero porque no la hace espontáneamente, se conoce que permanece todavía en su dureza. La hace también el asalariado; pero como no es gratuitamente, se prueba que le lleva la propia codicia. Porque donde hay amor propio, allí hay singularidad; donde hay singularidad, allí hay algún rincón; donde hay algún rincón, allí hay, sin duda, inmundicias u orín. Sea, pues, para el esclavo ley suya el temor mismo, con que es apremiado; séalo para el asalariado su concupiscencia, con la cual también es estrechado él mismo cuando, abstraído y atraído de ella, es tentado. Pero ninguna de éstas está sin mancha o puede convertir las almas. Mas la caridad convierte las almas, porque las hace también voluntarias.

35. Ciertamente, por eso la llamo inmaculada, porque no acostumbra retener nada de suyo. Sin duda, cuando el hombre no tiene nada propio, todo lo que tiene es de Dios, y lo que es de Dios no puede ser inmundo. La ley inmaculada del Señor es la caridad, pues no busca lo que es provechoso para ella, sino lo que es provechoso para muchos. Pero se

<sup>128</sup> Ps. 117, 1.

<sup>129</sup> Ps. 48, 19.

<sup>130</sup> I Cor. 13, 5.

<sup>131</sup> Ps. 18, 8.

llama ley del Señor porque El mismo vive de ella o porque ninguno la posee sino por dádiva suya. Ni parezca disonante que haya dicho que también Dios vive según la ley, pues no he dicho que sea otra que la caridad. ¿Que es lo que en la suma y bienaventurada Trinidad conserva aquella soberana e inefable unidad sino la caridad? Ley es la caridad, y ley del Señor, pues contiene y enlaza en algún modo la Trinidad en la unidad con el vínculo de la paz. Pero ninguno piense que tomo aquí la caridad como cualidad o accidente, porque según esta acepción vendría a decir—esté muy lejos de mí—que hay en Dios alguna cosa que no es Dios, sino que entiendo en ella aquella substancia divina. Lo que, sin duda, ni es nuevo ni desusado, diciendo San Juan: *Dios es caridad* <sup>132</sup>. Se llama, pues, propiamente caridad, y Dios, y don de Dios. Así, la caridad da la caridad, es decir, la caridad que es substancia, da la accidental. Cuando significa la que la da, es nombre de substancia; cuando significa el don, es la cualidad. Ella es esta ley eterna que ha criado y que gobierna todo el universo. Porque por ella fueron hechas todas las cosas en peso, medida y número; y nada queda sin ley, no estando tampoco sin ley la misma ley de todas las cosas, pues no es otra cosa que ella misma; con la cual aun a sí propia, aunque no se crió, sin embargo, se rige.

### CAPITULO XIII\*

#### DE LA LEY DE LA PROPIA VOLUNTAD Y CODICIA DE LOS ESCLAVOS Y DE LOS ASALARIADOS

36. Por lo demás, el esclavo y el asalariado tienen una ley, no dada por el Señor, sino hecha por ellos mismos para sí; aquél no amando a Dios, éste amando otra cosa más. Tienen una ley, vuelvo a decir, no del Señor, sino suya; pero sujeta, con todo eso, a la que es del Señor. Y, ciertamente, cada uno de ellos pudo hacer una ley para sí, mas no pudo substraerla al orden inmutable de la ley eterna. Digo que hicieron para sí su ley cuando a la común y eterna ley prefirieron su propia voluntad, queriendo perversamente imitar a su criador a fin de que así como El mismo es la ley para sí y es árbitro de su voluntad, así cada uno de ellos se rija también a sí mismo y establezca por ley su propia voluntad. Ved aquí el

<sup>132</sup> 1 Io. 4, 8.

\* PL 182, 996.

grave e insoportable yugo que oprime a todos los hijos de Adán, inclinando—¡qué dolor!—y encorvando nuestras cervices en tanto grado, que nuestra vida se ha acercado al infierno <sup>133</sup>. Infeliz hombre yo, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte <sup>134</sup>, por el cual soy apremiado y oprimido, de modo que, si el Señor no me hubiera amparado, por poco hubiera caído mi alma en el infierno? <sup>135</sup> Bajo de esta carga oprimido gemía el que decía: *¿Por qué me pusiste contrario a ti y yo mismo me hice pesado para mí?* Cuando dice: *Yo mismo me hice pesado para mí*, muestra que él mismo se había hecho ley para sí y que esto no lo había hecho otro alguno más que él. Mas, al decir antes hablando con Dios: *Me pusiste contrario a ti*, quiso significar que no se había substraído de la ley de Dios. Porque a la eterna y justa ley de Dios pertenece que quien no quiere ser regido de Dios suavemente, sea, en pena, regido de sí mismo; y que quien voluntariamente arroja el suave yugo y la carga leve de la caridad, sufra forzado la insoportable carga de la propia voluntad. Así, con un modo maravilloso y justo, la eterna ley, por una parte, puso al desertor de ella contrario a sí mismo y, por otra, le retuvo sujeto cuando éste ni se evadió de la ley de justicia por sus méritos ni permaneció con Dios en su luz, en su descanso, en su gloria, quedando sujeto a su potestad y apartado de su felicidad. ¡Señor y Dios mío!, ¿por qué no quitas mi pecado y por qué no borras mi iniquidad <sup>136</sup> para que, sacudida la pesada carga de la voluntad propia, respire bajo la carga leve de la caridad, ni sea ya constreñido del temor servil ni atraído de la codicia del mercenario, sino que me mueva tu espíritu, ese espíritu de libertad que mueve a tus hijos, el cual dé testimonio a mi espíritu de que soy también uno de ellos <sup>137</sup>, siendo para mí la misma ley que para ti y para que como tú estás, así esté yo mismo en este mundo? Los que hacen lo que el Apóstol dice: *Nada debáis a ninguno sino el amaros reciprocamente* <sup>138</sup>, sin duda, como Dios está, están ellos igualmente en este mundo, no siendo ya esclavos o asalariados, sino verdaderos hijos.

<sup>133</sup> Ps. 87, 4.

<sup>134</sup> Rom. 7, 24.

<sup>135</sup> Ps. 93, 17.

<sup>136</sup> Job 7, 20. 21.

<sup>137</sup> Rom. 8, 14-16.

<sup>138</sup> Rom. 13, 8.



## CAPITULO XIV\*

## DE LA CARIDAD DE LOS HIJOS

37. Así, los hijos no están sin ley, a no ser que alguno sienta otra cosa, por lo que está escrito: *A los justos no se ha puesto la ley* <sup>139</sup>. Pero se ha de saber que una es la ley promulgada por el espíritu de servidumbre en temor y otra la ley dada por el espíritu de libertad en suavidad. Ni los hijos son compelidos a estar bajo de aquélla ni sufren estar sin ésta. ¿Quieres oír que a los justos no se ha puesto la ley? *No habéis recibido, dice, el espíritu de servidumbre para conduciros todavía por el temor. ¿Queréis oír que, sin embargo, no están sin la ley de la caridad? Sino que habéis recibido, dice, el espíritu de la adopción de hijos* <sup>140</sup>. En fin, escucha a un justo que confiesa lo uno y lo otro, que no está bajo de la ley y que, con todo eso, no está sin ley. Yo, dice, *me hice para los que estaban bajo de la ley como si estuviera sujeto a ella, no estando yo mismo bajo de la ley; para aquellos que estaban sin ley, como si yo mismo no la tuviese; no estando yo sin la ley de Dios, sino teniendo la ley de Jesucristo* <sup>141</sup>. Por lo que no se dice: Los justos no tienen ley o los justos están sin ley; sino: *A los justos no se ha puesto la ley*, esto es, no se les ha impuesto como a forzados, sino que se les ha dado como a voluntarios, tan libremente como suavemente les ha sido inspirada. Por eso también hermosamente dice el Señor: *Tomad mi yugo sobre vosotros* <sup>142</sup>. Como si dijera: Yo no le impongo a los que no tienen voluntad, mas vosotros tomadlo, si queréis; de otra suerte, no hallaréis en él el descanso, sino trabajo para vuestras almas.

38. Buena ley, pues, y suave es la caridad, que no sólo leve y suavemente se lleva, sino que hace también las leyes de los esclavos y de los asalariados llevaderas y leves; las cuales ciertamente no destruye, sino que hace que se cumplan, diciendo el Señor: *No vine a destruir la ley, sino a cumplirla* <sup>143</sup>. Ella temple la una, ordena la otra y las hace ligeras ambas a dos. Nunca estará la caridad sin temor, pero casto; nunca sin deseos, pero ordenados. Cumple, pues, la caridad la ley del siervo cuando infunde la devoción, cumple la del mercenario también cuando ordena los deseos. Ciertamente, mezclada con el temor la devoción,

\* PL 182, 997.

<sup>139</sup> I Tim. I, 9.<sup>140</sup> Rom. 8, 15.<sup>141</sup> I Cor. 9, 21.<sup>142</sup> Mt. II, 29.<sup>143</sup> Mt. 5, 17.

no le aniquila, sino que le purifica. Solamente se le quita la pena, sin la cual no pudo estar mientras fué servil; por los siglos permanece el temor casto y filial. Por lo que, si se lee: *La perfecta caridad echa fuera el temor*<sup>144</sup>, se ha de entender de la pena, que—como dijimos—nunca falta al temor servil, según aquel modo de hablar en que muchas veces se pone la causa por el efecto. En fin, la concupiscencia se ordena rectamente por la caridad que sobreviene, cuando del todo se desecha lo malo, a lo bueno se prefiere lo mejor y no se apetece lo bueno sino por lo mejor. Cuando por la gracia de Dios se haya llegado aquí, se amará el cuerpo y todos los bienes del cuerpo solamente por el alma; el alma por Dios, mas Dios por sí mismo.

## CAPITULO XV\*

### DE LOS CUATRO GRADOS DEL AMOR Y DEL ESTADO DICHOSO DE LA PATRIA CELESTIAL

39. Pero, porque somos carnales y nacemos de la concupiscencia de la carne, es necesario que nuestros deseos o nuestro amor comiencen por la carne. Y, si este amor es dirigido según buen orden, adelantando por ciertos grados suyos, siendo la gracia su guía, al fin será consumado por el espíritu; porque no es primero lo espiritual, sino lo carnal, y después lo espiritual<sup>145</sup>. Y es necesario que llevemos primero la imagen del hombre terreno, y después la del celeste. En primer lugar, pues, se ama el hombre a sí por sí mismo, pues es carne, y no puede gustar nada fuera de sí. Mas, cuando ve que no puede subsistir por sí, comienza a buscar a Dios por la fe, y a amarle, como que le es tan necesario. Ama, pues, en el segundo grado a Dios, pero por sí, no por El mismo. Ya después que comenzó, con ocasión de la propia necesidad, a reverenciarle y frecuentarle, meditando, leyendo, orando, obedeciéndole, poco a poco, en virtud de este género de familiaridad, se da a conocer Dios, y, consiguientemente, se hace también dulce; y así, habiendo gustado que es suave el Señor, pasa al grado tercero, para amar a Dios no ya por sí, sino por El mismo. A la verdad, en este grado se está mucho tiempo; ni sé yo que en esta vida se llegue a alcanzar el cuarto perfectamente por alguno de los hombres, de suerte que se ame a

<sup>144</sup> I Io. 4, 18.

\* PL 182, 998.

<sup>145</sup> I Cor. 15, 46.

sí mismo el hombre solamente por Dios. Afirmen esto los que lo hayan experimentado; a mí, lo confieso, me parece imposible. Mas sucederá, sin duda, cuando sea introducido el siervo bueno y fiel en el gozo de su Señor <sup>146</sup> y sea embriagado de la abundancia de la casa de Dios <sup>147</sup>. Porque, como olvidado de sí mismo por un cierto modo maravilloso y como faltando de sí propio, se encaminará todo a Dios; y desde entonces, juntándose a El, será con El un espíritu <sup>148</sup>. Yo juzgo que esto sentía el profeta cuando decía: *Entraré en las potencias del Señor; me acordaré, Señor, de sola tu justicia* <sup>149</sup>. Sabía, sin duda, que cuando entrase en estas grandezas espirituales y divinas habría de ser despojado de todas las enfermedades de la carne; de suerte que nada tendría que pensar sobre ella, sino que todo él en el espíritu se acordaría de sola la justicia del Señor.

40. Entonces con seguridad cada uno de los miembros de Cristo podrá decir de sí lo que Pablo decía de la Cabeza. *Aunque conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos de esta suerte* <sup>150</sup>. Allí ninguno se conocerá a sí mismo según la carne, porque la carne y la sangre no poseerán el reino de Dios. No porque no haya de estar allí la substancia de la carne, sino porque toda conexión carnal ha de faltar, y el amor del cuerpo ha de ser absorbido por el amor del espíritu, y estos humanos afectos, que ahora son tan enfermos, se han de trocar de algún modo en afectos divinos. Entonces la red de la caridad, que, echada ahora por este mar grande y espacioso, no cesa de juntar todo género de peces, llevada a la playa, arrojará fuera los malos y solamente retendrá los buenos <sup>151</sup>. Puesto que, en esta vida, todo género de peces encierra dentro de su seno espacioso la red de la caridad, conformándose según el tiempo con todos, y trasladando a sí las cosas adversas y prósperas de todos y haciéndolas suyas en algún modo, no sólo acostumbra a alegrarse con los que se alegran, sino llorar también con los que lloran <sup>152</sup>. Mas cuando llegue a la playa, echando fuera, como unos malos peces, todas las cosas tristes que padece, retendrá solas aquellas que la puedan gustar y agradar. Porque ¿por ventura entonces San Pablo, por ejemplo, enfermará con los enfermos o se abrasará por los escandalizados <sup>153</sup> cuando los escándalos y la enfermedad estén tan lejos? ¿O llorará a los que no hacen penitencia <sup>154</sup>, en donde es cierto que ni habrá pecador ni penitente? Esté muy lejos de nosotros el pensar que, aun a los que han de ser entregados a los fuegos eternos en compañía del dia-

<sup>146</sup> Mt. 25, 21.<sup>147</sup> Ps. 35, 9.<sup>148</sup> I Cor. 6, 17.<sup>149</sup> Ps. 70, 16.<sup>150</sup> 2 Cor. 5, 16.<sup>151</sup> Mt. 13, 47, 48.<sup>152</sup> Rom. 12, 15.<sup>153</sup> 2 Cor. 11, 29.<sup>154</sup> 2 Cor. 12, 21.

blo y de sus ángeles, los lamente y llore en aquella ciudad que alegra la avenida del río; cuyas puertas también ama el Señor sobre todas las tiendas de Jacob. En las tiendas, aunque hay gozo por la victoria, se trabaja, sin embargo, en la pelea, y las más de las veces pelagra la vida; mas en aquella patria no se admite ninguna adversidad o tristeza, según se canta de ella: *Los que habitan en ti, Sión, viven todos en la alegría*<sup>155</sup>; y en otra parte: *La alegría sempiterna será para ellos*<sup>156</sup>. En fin, ¿cómo se acordará de la misericordia cuando se acuerde de sola la justicia de Dios? Por tanto, donde ya no haya lugar para la miseria ni tiempo para la misericordia, sin duda no podrá haber afecto alguno de compasión.

---

<sup>155</sup> Ps. 86, 2. 7.

<sup>156</sup> Is. 61, 7.



# DEL PRECEPTO Y DE LA DISPENSA \*

Escrito en 1143

## CARTA AL ABAD DE COULOMBS \*\*

*Al señor abad de Coulombs, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraual, desea una perfecta salud en nuestro Señor.*

He dado orden de que se pongan en tus manos, como te lo prometí, una respuesta a las cartas que algunos monjes de Chartres me escribieron, en la cual al mismo tiempo he satisfecho a otro mandado que recibí de tu parte. Habiendo resuelto responder, puedo advertir cómo, siguiendo tu consejo, he extendido mi discurso hasta la longitud de un libro; a fin de que, tratada la materia más ampliamente, halle aquí de qué instruirse mayor número de personas. Mas te pido que después de leído le hagas entregar no a aquellos para quienes le he hecho, sino a su abad, de cuyas manos ellos le podrán recibir, si él lo juzga conveniente. Pues, siendo monjes, no pueden, según la ordenanza de la Regla, enviar ni recibir cartas algunas sin la licencia de su abad<sup>1</sup>. Y principalmente por esta razón, como sabes, he diferido por largo tiempo responderles, aunque me han hecho grandes instancias: porque tenía algún pensamiento de que se habían tomado la libertad de escribirme y enviarme sus cartas sin que su abad lo supiese. Y, en efecto, he conocido después que mi sospecha era verdadera. Por lo demás, cuando comencé esta obra, la di el nombre de carta, como el lector lo podrá reconocer fácilmente. Mas, por cuanto el mandato que me hiciste me obligó a extenderme más allá de los límites ordinarios de una carta, según mi promesa, pasará por lo que a ti te agrada, por un libro o por una carta. Y porque, entre muchas cuestiones que aquí he explicado, la que trato más exactamente y con más extensión es saber cuáles son los preceptos de que se pueda dispensar, quiénes son los que en ellos pueden dispensar y de qué manera lo pueden hacer, creo que se le podrá dar este título, *Del precepto y de la dispensa*, a no ser que halles otro que le sea más conveniente.

\* PL 182, 859-864. \*\* PL 182, 859. <sup>1</sup> SAN BÉNITO, Regl. c. 45.

## PROLOGO \*

## A LOS MONJES DE CHARTRES

¿Qué intención puedo tener en permanecer todavía en el silencio? Pero igualmente, ¿qué atrevimiento en mí emprender hablar? Me obligáis, a fuerza de cartas y de mensajes, a producir mi ignorancia o a faltar al deber de la caridad. Mas, porque prefiero estar destituido de la que infla a tener la que edifica, me dejo, en fin, vencer de vuestros ruegos y empiezo con toda mi flaqueza a desatar estos nudos difíciles, aunque con el justo temor de sucumbir. Con todo, en vano os hablo de esta manera, pues, como me escribís y me lo repetís muchas veces, mis escritos en mi ausencia y mis palabras cuando estoy presente condenan todas mis excusas. En efecto, ¿qué motivo pudiera tomar ahora para representaros mi impotencia, puesto que creéis tener todo el conocimiento posible de mi corazón y de mi lengua para juzgar con certidumbre de lo que yo puedo en estos casos? Apoyado, pues, más en la confianza que vosotros testificáis que en las fuerzas de mi entendimiento, entro en este abismo de dificultades, ignorando, Dios lo sabe, por dónde podré salir. Espero que la caridad me asistirá en esta obra; Dios quiera también que la verdad me acompañe. Y, si no adelanto en ella, según vuestras esperanzas, será preciso que lo atribuyáis a la insuficiencia de mi entendimiento más bien que a la falta de mi buena voluntad. Por lo demás, procuraré, en cuanto me sea posible, reducir a la brevedad de una carta todas estas pequeñas cuestiones; mas la carta no podrá ser breve. Tampoco convendrá que os extrañéis si soy un poco largo en explicarlas, siendo así que para proponerlas habéis empleado dos cartas enteras que no son de las más cortas.

---

\* PL 182, 861.

## CAPITULO I\*

SI TODAS LAS ORDENANZAS DE LAS REGLAS MONÁSTICAS SON  
PRECEPTOS O SOLAMENTE CONSEJOS

1. La primera cuestión pertenece a nuestra Regla, de la cual todas las demás—si no me engaño—o casi todas han tomado origen. Me preguntáis, pues, cómo la deben considerar los que hacen profesión de ella. Es a saber, si todos los artículos que contiene deben ser tomados por preceptos, que, por consiguiente, hagan culpable a cuantos los quebrantan, o bien solamente por consejos y advertencias, de suerte que la profesión que se hace de ella sea de poca o de ninguna importancia, y la transgresión muy poco o nada criminal; o, a lo menos, si algunos se deben tener por preceptos y otros por simples consejos; hasta tal punto, que los unos se puedan omitir sin pecado y no se pueda enteramente faltar a los otros sin crimen. Y, si esto último es lo verdadero, me pedís entonces que os señale los límites ciertos y particulares de cada parte, por temor de que alguno tome motivo de extraviarse siguiendo con demasiada licencia sus propias opiniones; y así suceda que, desechando escrupulosamente un mosquito, no haya reparo en tragarse un camello si no se sabe el cuidado y el trabajo que cada uno está obligado a poner en la observancia de cada artículo de la Regla. Ved ahí, en cuanto mi memoria me puede ayudar, todos los sentidos de la división que vosotros habéis hecho, aunque éstos no sean vuestros propios términos. Mas, en cuanto a lo que preguntáis tocante a la obediencia: Cuáles son los grados que la distinguen y los límites que la cierran, creo que eso pertenece a la misma división, como que es la parte principal de los estatutos de la religión. Y, después que haya respondido suficientemente, pienso que no quedará dificultad alguna sobre el segundo.

2. Por deciros, pues, en esto mi sentimiento, juzgo que la Regla de San Benito está propuesta a todos los hombres, pero no impuesta a ninguno. Es útil a los que la abrazan y la practican con amor, mas no daña a los que no la quieren profesar. De suerte que puedo decir con razón que cuanto depende de la voluntad del que se sujeta a ello y no de la autoridad del que lo propone, es puramente voluntario y de ninguna manera necesario. Con todo, desde que un

\* PL 182, 861.

hombre admite de su propio movimiento esto que yo llamo voluntario y promete guardarlo en lo sucesivo, es cierto que de voluntario que era, se hace necesario, y que ya no está en su libertad dejar lo que antes era libre no abrazar. Así, estará necesariamente obligado a guardar lo que no ha admitido sino por su propia voluntad, porque está absolutamente obligado a volver a Dios los votos que ha pronunciado con sus labios y con discernimiento, y debe ser en adelante o condenado o justificado por su propia boca. Mas, como un santo ha dicho, ¡qué dichosa es esta necesidad, que nos obliga a alguna cosa de más perfección!<sup>2</sup> Si se exceptúan en la Regla de San Benito algunos artículos que miran al estado espiritual de las almas, como son la caridad, la humildad, la mansedumbre, que se sabe no tanto ser de su instrucción como de la de Dios, y que por esta razón no pueden jamás ser mudados; si se exceptúan, vuelvo a decir, estos artículos particulares, todos los otros no deben, a la verdad, pasar sino por un aviso y simple consejo respecto de aquellos que no han hecho profesión de ella; los cuales no son culpables en modo alguno por no observarlos. Pero son preceptos para aquellos que han hecho profesión y crímenes para los que los quebrantan. O bien, por servirme de vuestros propios términos, son voluntarios para los primeros, a quienes les es libre excusarlos, y necesarios para los segundos, que les deben mirar como leyes inviolables. Por lo demás, les llamo yo necesarios, sin pretender por eso que no se pueda dispensar de ellos cuando la razón y la necesidad lo piden.

## CAPITULO II\*

QUIÉNES SON LOS QUE PUEDEN DISPENSAR DE LAS CONSTITUCIONES DE LOS MONASTERIOS Y EN QUÉ TIEMPO LO DEBEN HACER

3. Mas no todos han recibido el poder de dar esta suerte de dispensa, sino solamente aquellos que pueden decir con los apóstoles: *Considérennos los hombres como ministros de Jesucristo y como dispensadores de los misterios de Dios*<sup>3</sup>. El siervo fiel y prudente, a quien el Señor ha encargado el cuidado de su familia, sabe bien no dar dispensas sino en los casos en que puedan ser compensadas con alguna ventaja considerable. Por eso se exige de los dis-

<sup>2</sup> SAN AGUSTÍN, *Carta* 127.

\* PL 182, 862.

<sup>3</sup> I Cor. 4, 1.



pensadores que sean extremadamente fieles. Y no se pide menos fidelidad en los inferiores para obedecer que en los superiores para conceder las dispensas. Es, pues, cierto, por las cosas que acabamos de decir, que la división que habéis hecho es entera y suficiente, con tal que se tenga discernimiento de las personas y de los tiempos; de tal suerte que para los súbditos (al menos en lo que mira a las observancias corporales) la institución regular es voluntaria antes de la profesión y necesaria después de ella; y, por lo que mira a los superiores, en parte es voluntaria, en lo establecido por los hombres, y en parte necesaria, en lo instituído por Dios.

4. Esa división aparecerá todavía más clara y congruente si, ateniéndonos a uno de sus miembros, que hemos llamado necesario, le subdividimos en otros tres, es a saber, en las cosas que son *estables*, en las que son *inviolables* y en las que son *inmutables*. Llamo estables a aquellas que son de tal suerte necesarias, que no es permitido a ninguna suerte de personas tocarlas, sino solamente a aquellos que son los dispensadores de los misterios de Dios. es decir, a los superiores; como son las reglas de San Basilio, de San Agustín y de San Benito, los cánones auténticos y todos los otros reglamentos eclesiásticos que son de una autoridad reconocida en la Iglesia. Pues, habiendo sido establecidas todas estas cosas por los santos, subsisten siempre en su misma firmeza, sin que ninguno de los particulares tenga la potestad de hacer en ellas ninguna mutación. Con todo eso, como estas cosas han sido instituídas por los hombres, se permite algunas veces a los hombres que, por una elección canónica han sucedido en los cargos a estos santos, dar dispensas justas y legítimas teniendo consideración a los motivos que se pueden presentar a las personas, a los lugares y a los tiempos. Mas ruego a los que me lean que no digo que esas personas mismas puedan, sin un motivo razonable y según su fantasía, introducir alguna alteración en estas instituciones, sino solamente que pueden dispensar de ellas por justas causas y con fidelidad. Y la razón por que las pueden alterar estas personas en las circunstancias susodichas consiste en que no son buenas por sí mismas y por su naturaleza.

5. Fueron, pues, establecidas e instituídas no porque no fuese permitido vivir de otra suerte, sino porque era más provechoso vivir de esta manera; no por otro fin que el aumento o la conservación de la caridad. Así, pues, mientras obran en favor de la caridad, permanecen firmes e inmutables. y los superiores mismos no pueden hacer en ellas mutación alguna sin pecado. Mas, si sucede alguna vez que

se hacen contrarias a la caridad a juicio de aquellos que tienen derecho a juzgar y que están establecidos para mantener el buen orden. ¿no es muy justo que lo que ha sido ordenado a favor de la caridad sea también dejado, interrumpido o mudado en otra cosa más útil cuando se trata de los intereses de la misma caridad? Por el contrario, sería totalmente injusto que lo que ha sido establecido por sola la caridad sea mantenido con perjuicio de esta misma virtud. Así, las cosas necesarias que son del número de las que hemos llamados *estables* permanecen firmes e inmutables aun respecto de los mismos superiores, pero en tanto que sean convenientes a la caridad. ¿Pensáis que yo solo soy de esta opinión o que soy el primero que hablo? ¿No es también la sentencia del papa Gelasio cuando dice: “Donde no haya necesidad, permanezcan los decretos de los Padres sin ninguna mutación”? El papa León habla también en estos términos: “Donde no hay necesidad, las ordenanzas de los Padres subsisten inviolables”. A lo que añade: “Cuando la necesidad lo pide por el bien de la Iglesia, aquel que tiene el poder, dispense libremente, pues la necesidad es la que hace la mutación de la ley”.

### CAPITULO III\*

DIOS SOLO PUEDE DISPENSAR DE SUS MANDAMIENTOS. PERO LO QUE TOCA A LA LEY INTERNA ES ENTERAMENTE INMUTABLE AUN RESPECTO DE DIOS

6. Por la segunda especie de cosas necesarias que he llamado *inviolables* entiendo aquellas cosas que, no habiendo sido instituidas por los hombres, sino ordenadas por la autoridad divina, no pueden ser mudadas sino por Dios mismo, Autor de ellas. Tal es, por ejemplo, el mandamiento: *No matarás; No fornicarás; No hurtarás*<sup>4-5</sup>; y los otros que están comprendidos en la tabla de la ley. Pues, aunque los hombres no puedan dispensar de ellos ni sea permitido jamás a alguno tocarlos siquiera, Dios, con todo eso, ha eximido de ellos en cuanto ha querido y todas las veces que ha querido, como cuando ordenó a los hebreos que despojasen a los egipcios de lo que tenían de más precioso<sup>6</sup> y al profeta Oseas que tuviese hijos de una mujer pública<sup>7</sup>, pues es cierto que la primera acción no podía ser tenida sino por un pecado notable de hurto, y la segunda, por un

\* PL 182, 864.

<sup>4-5</sup> Ex. 20, 13-15.

<sup>6</sup> Ex. 3, 22.

<sup>7</sup> Os. 1, 2.

crimen infame de impudicia si la autoridad de aquel que mandó la una y la otra no las hubiera excusado. Ciertamente, cuando leemos que los santos han hecho alguna cosa semejante, sin que la Escritura nos diga que ha sido ordenado por Dios, es preciso reconocer que han pecado como hombres o que han tenido una orden particular de Dios, como los profetas. Y en prueba de esta verdad me contentaré con traer el ejemplo de Sansón, el cual se mató a sí mismo con la ruina de la casa que hizo caer sobre sus enemigos y sobre sí<sup>s</sup>. Pues, si se sostiene que no pecó, es preciso creer indudablemente que había recibido para ello una orden particular del cielo, aunque la Escritura no haga mención ninguna.

7. Mas ¿qué pensáis que he querido comprender bajo la tercera especie de cosas necesarias que he llamado *inmutables*? Nada he podido encontrar mejor para explicar mi pensamiento que decir que éstas son aquellas que han sido de tal modo establecidas por la razón divina y eterna, que Dios mismo no las puede alterar por cualquier cosa que pueda haber. Bajo esta especie están comprendidas todas estas instrucciones espirituales que el Señor dió a sus discípulos en el sermón que hizo sobre la montaña y todo lo que el Antiguo y Nuevo Testamento nos enseña acerca de la humildad, de la caridad, de la mansedumbre y de todas las otras virtudes. Pues todas estas cosas son de tal naturaleza, que no está permitido ni es conveniente estar destituídos de ellas, porque, siendo su bondad tan inmutable, como es natural, jamás pueden ser mandadas sino inocentemente ni practicadas sino útilmente. No hay tiempo ni hay persona a quien su menosprecio no cause la muerte, y su observancia la salvación. Es la voluntad quien empeña al que promete en la primera necesidad, es la autoridad de aquel que manda quien constituye en la segunda y es la dignidad del precepto la que impone la tercera.

8. Pues, como he dicho, estas tres especies de necesidad se diferencian las unas de las otras por ciertos grados; y todos no son igualmente inmutables. Porque lo que viene de la primera, aunque no sea enteramente inmutable, no puede, con todo, trocarse fácilmente, porque sólo los superiores pueden dispensar con la fidelidad y la precaución que están obligados. Mas lo que se hace por la segunda necesidad, que es todavía más grande que la primera, es casi enteramente inmutable, pues, como ya he mostrado más arriba, sólo Dios puede hacer mutación en esto. En fin, lo que se sigue de la tercera, que es la más grande, es del todo

<sup>s</sup> Iud. 16, 30.

inmutable, porque ni Dios mismo puede trocar nada. Se puede decir, pues, que aquello que los superiores, entre todos los hombres, tienen potestad de alterar, es muy difícil de mudar; que aquello que no es permitido sino a Dios solo, es casi inmutable, y que aquello que Dios mismo no puede trocar es absolutamente inmutable.

## CAPITULO IV\*

### QUÉ PUEDEN DISPENSAR LOS SUPERIORES EN LA REGLA

9. Presupuesto esto así, a fin de volver a tomar el punto principal de la cuestión, es claro que muchas cosas de la Regla dependen, si no de la voluntad, al menos de la discreción del superior. Pero decís: ¿Qué restará, pues, entonces de necesidad? Resta muchísimo, si queréis escuchar. Porque primeramente tenemos ya advertido que todo lo que la Regla prescribe en cuanto a lo espiritual, no está de ningún modo en la discreción del abad. En segundo lugar, por lo que mira a las observancias corporales, no están de tal manera en su disposición, que su voluntad sea la señora de esto, sino más bien la caridad. Porque el abad no está sobre la Regla, pues él mismo se sometió a ella voluntariamente por su profesión. Mas—lo que no se puede negar—la caridad, regla de Dios, es con razón preferida a la Regla de San Benito. Quiero que el sentido literal de la Regla ceda algunas veces a la caridad cuando la necesidad o la caridad lo pidan; pero no pretendo por eso sujetarla a la voluntad de cualquiera que sea. Aquel que está elegido por abad está establecido sobre las faltas de sus monjes—no sobre los reglamentos de los Padres—a fin de mantener las ordenanzas y de corregir los desórdenes. Porque juzgo que estas santas instituciones han sido encargadas a la prudencia y fidelidad de los superiores, mas no sometidas a su voluntad. Por esta razón nuestro santo legislador, en los puntos que ha dejado a disposición del abad, ha puesto particular cuidado, en cuanto puedo acordarme, de no usar del término de voluntad, sino que se ha servido expresamente del de *consideración*, *disposición*, *prudencia* o, al menos, *juicio*, u otro semejante, queriendo mostrar por eso que el dispensador prudente y fiel debe seguir el juicio de la razón en las ocasiones en que se ve obligado a dispensar y no la inclinación de su voluntad. De donde viene que no una vez sola le declara que un

\* PL 182, 865.



día le dará cuenta a Dios de todos los juicios que ha pronunciado.

10. Verdaderamente leo en la Regla que *el abad considere una tal cosa* y que tales o tales reglamentos sean dejados a la prudencia, al juicio y a la disposición del abad<sup>9</sup>; mas no me acuerdo haber leído en ella que pueda alterar alguna cosa según a él le agrade. Al contrario, se dice formalmente: "Todos sigan la Regla en todas las cosas como a maestra y nadie tenga la temeridad de apartarse de ella"; ni el mismo abad por consiguiente. "Todos, dice, sigan la Regla como a maestra". Nadie, pues, puede seguir su voluntad, puesto que ni el mismo abad está exceptuado. Ya veis cómo da a la necesidad otro tanto como quita a la voluntad. En efecto, la profesión religiosa, por la cual el novicio se somete absolutamente al superior, ¿no liga al superior igualmente que al inferior? Ciertamente, yo creo que han contratado el uno y el otro una misma obligación por el pacto mutuo que han hecho y que entrambos a dos, por una misma promesa, se han hecho mutuamente responsables; el uno, del cuidado de una conducta fiel, y el otro, de una humilde obediencia. ¿Qué queda, pues, que dependa de la voluntad del superior, puesto que el mismo ha estipulado cumplir la obligación que ha contraído? Mas lo que hace ver todavía que el abad no debe obrar según su voluntad solamente es que aquel que hace la profesión promete obedecer no en todas las cosas, sino según la Regla, y la Regla de San Benito, de suerte que no es razón que el superior pretenda gobernar a sus inferiores según su fantasía, sino que debe saber los límites que le ha prescrito la Regla y, en consecuencia, tener cuidado de no mandar jamás nada que no conozca ser justo; y, aun todavía, no todo lo que sea justo en general, sino solamente lo que San Benito ha ordenado o lo que se halle conforme a lo que él ha ordenado. Porque de este modo es enunciada la profesión: "prometo", no simplemente la Regla, sino "la obediencia según la Regla de San Benito" y no según la voluntad del superior. Por eso, si, habiendo hecho mi profesión según la Regla, pretende mi abad mandarme alguna cosa que no sea según la Regla ni aun según las otras instituciones regulares, como las de San Basilio, de San Agustín, de San Pacomio, ¿qué obligación puedo yo tener de obedecer en este caso? No pueden mandarme otra cosa que aquello que he prometido.

<sup>9</sup> SAN BENITO, *Regl.* c. 3.

## CAPITULO V \*

LOS SUPERIORES NO DEBEN EXTENDER LA LEY DE LA OBEDIENCIA MÁS ALLÁ DE LOS LÍMITES DE LA PROFESIÓN NI RESTRINGIRLA MÁS ACÁ DE LO QUE ESTÁ PROMETIDO

11. Veis, pues, ahora cuáles son los límites de la obediencia que queráis saber. Porque, si los términos de la profesión miden la obediencia y el poder del que manda no puede extenderse más lejos que el voto de aquel que ha hecho la profesión, ciertamente no reconozco otros límites de la obediencia que lo que está hacia acá o hacia allá o también contra las obligaciones de la Regla. Y éstos son los términos dentro de los cuales está comprendida esta virtud. Así, no se debe obligar al que ha hecho profesión de cualquiera vida santa y religiosa, sea la que se quiera, a pasar más allá de los términos de la obediencia en la que se ha empeñado, ni tampoco estorbarle la práctica de las cosas que ha querido comprender en su profesión. Y mucho menos se puede hacer esto respecto de las cosas que son contrarias. Sólo aquel modo de vida determinado por el voto y establecido por la profesión que tenga el medio entre estos extremos, como el árbol de la vida, que estaba plantado en medio del paraíso, puede ser sujetado a la ley y sometido al mandato del superior. Por tanto, el mandato o la prohibición del superior no pase los límites de la profesión, puesto que ni aquél puede extenderse más allá de los votos ni ésta restringir su práctica. Mi superior no me estorbe cumplir lo que he prometido; no exija de mí más de lo que he prometido. No añada más a mis votos sin mi consentimiento; no les quite nada sin una evidente necesidad. Pues la necesidad no tiene ley y sirve de excusa a la dispensa que se concede. Pero, porque la voluntad sola merece la recompensa, es también justo que se eleve a un grado más alto de profesión. De otra suerte, la relajación del voto, hecha sin necesidad, no sería una dispensa, sino una transgresión; y su restricción contra la voluntad serviría de motivo de murmuración más que de un nuevo adelantamiento en la virtud. Regulen los superiores la ley de la obediencia de sus inferiores por los votos que ellos han pronunciado con sus propios labios y no por los movimientos de la fantasía, exhortándoles a las cosas más perfectas sin precisarles a ellas

---

\* PL 182, 867.

y usando de condescendencia, mitigando alguna cosa cuando la necesidad lo requiere, sin dejarse caer, sin embargo, en la relajación.

## CAPITULO VI\*

EL RELIGIOSO AMANTE DE SU PROFESIÓN NO DEBE RESTRINGIR SU OBEDIENCIA A LOS LÍMITES DETERMINADOS DE SU PROFESIÓN

12. Por lo demás, sepa el religioso que esta obediencia que se mantiene encerrada en los límites de los votos es imperfecta. Pues la obediencia perfecta no está atendida a la ley ni estrechada en términos; y, no contentándose con los límites demasiado angostos de su profesión, se deja llevar por una voluntad más extensa a la amplitud de la caridad; y, no ciñéndose a ningún límite, se extiende a una libertad infinita y abraza con mucho gusto todo cuanto se la ordena con el esfuerzo de un valor pronto y generoso. De ella ha dicho el anóstol San Pedro: *Purificando vuestros corazones por la obediencia de la caridad*<sup>10</sup>, queriendo por eso distinguirla de esta otra obediencia tibia y en algún modo servil, que no hace lo que es caridad con prontitud, sino que permanece sujeta a la necesidad. Esta misma es propia de aquel justo para quien la ley no ha sido hecha<sup>11</sup>; no porque deba vivir sin alguna ley, por más perfecto que pueda ser, sino porque no es esclavo de la ley. Puesto que, no ciñéndose al voto que ha hecho en su profesión, pasa mucho más allá por el ardor y celo de su piedad. Con todo, la Regla no ha olvidado esta obediencia cuando en el capítulo "Si se mandan a algún monje cosas imposibles" les exhorta a obedecer "por caridad"<sup>12</sup>, esperando que no les faltará la gracia de Dios. En fin, el tercer grado de la humildad, que la misma Regla prescribe, dice expresamente: "Sométase el monje a su superior en toda obediencia"<sup>13</sup>. Pues el decir "toda" no quiere que en la obediencia que rendimos nos contentemos con los límites ordinarios de nuestra profesión; ni que miremos solamente a la obligación de nuestra promesa, ni que nos arreglemos a los límites precisos del pacto que hemos hecho, sino que pasemos valerosamente más allá de nuestros votos y obedezcamos en todas las cosas. Es cierto que, según el tiempo, la obediencia encuentra sus límites en el último momento, de suerte que la obediencia y la vida tienen un mismo

\* PL 182, 868.

<sup>10</sup> 1 Petr. I, 22.

<sup>11</sup> 1 Tim. I, 9.

<sup>12</sup> SAN BENITO, Regl. c. 68

<sup>13</sup> SAN BENITO, Regl. c. 7

término. Y ésta es precisamente a la que nos exhorta el ejemplo del Hijo de Dios, que se hizo obediente a su Padre hasta la muerte. Todas las veces que el monje se desvía de esta virtud, se hace desobediente, peca, quebranta la ley y es transgresor de la misma.

## CAPITULO VII\*

CÓMO SE DEBEN CONOCER LOS DIVERSOS GRADOS DE OBEDIENCIA Y LA ENORMIDAD DE LA DESOBEDIENCIA SEGÚN LAS DISTINCIONES QUE DE ELLA SE HAN HECHO

13. Pero importa saber qué motivo, qué disposición, qué intención, qué mandato y qué precepto es necesario para caer en el pecado de desobediencia. Sobre lo cual os diré que no hay desobediencia de la que se deba hacer poco caso, aunque no se debe creer que todas sean igualmente peligrosas. Ved ahí, por ejemplo, un mandamiento de Dios: *No matarás*<sup>14</sup>. Suponed, pues, que dos hombres han cometido un homicidio, el uno por la codicia de robar y el otro por la necesidad de defenderse. ¿No es cierto que las diferentes causas de estos dos homicidas hacen ver claramente la diferencia que hay entre lepra y lepra, puesto que hacen cometer dos culpas muy diferentes en la transgresión de un solo mandamiento? Pero, si hubiera sido un arretrato de cólera lo que impulsó a éste y una malicia premeditada y un odio inveterado lo que movió al otro a cometer un crimen, ¿convendrá hacer un mismo juicio de un hecho que ha sido ejecutado con intenciones tan diferentes? No se ha visto nada más incestuoso ni más infame que la pasión que hizo desear juntarse con su padre a las hijas de Lot<sup>15</sup>. Y, con todo eso, ¿quién no ve que la piedad de su intención y la intención de su piedad excusó enteramente o disminuyó mucho la enormidad de un crimen tan vergonzoso? Es preciso, pues, poner gran cuidado en el discernimiento entre aquel que manda y la cosa mandada; de suerte que debemos temer más quebrantar los mandatos de nuestros superiores que tengan una autoridad más grande sobre nosotros y juzgar más criminales las faltas que violan un precepto más grande. En efecto, vale más obedecer a Dios que a los hombres, a los maestros que a los discípulos; y, entre los maestros, a los nuestros propios más que a los extraños. Es ciertamente mayor

\* PL 182, 868.

<sup>14</sup> Ex. 20, 13.

<sup>15</sup> Gen. 19, 32-36.



culpa no obedecer a los que hay mayor obligación de obedecer.

14. Lo mismo hay que decir acerca de los mandatos. Pues se debe tomar más cuidado y más trabajo en cumplir los más importantes, y menos en los menores. Y, según esta consideración, la culpa que se comete menospreciándolos es más grave o más leve. Pues juzgo que los mandatos son menores o mayores según que quien manda, sea Dios o sea el hombre, manifiesta su voluntad más frecuentemente o con menos ardor. Por ejemplo, hay un mandamiento que dice: *No hurtarás*<sup>16</sup>; y otro: *Da a todos aquellos que te pidan*<sup>17</sup>. Es cierto que ambos son importantes, porque ambos son de Dios, pero es más considerable el que prohíbe el hurto. Porque ¿quién no sabe que Dios, que es muy justo, no tiene igual displicencia de los ladrones que los que tienen apego a los bienes del mundo, y que de estos dos males prefiere que guardemos lo que es nuestro a que quitemos lo que pertenece al prójimo? Así, aquel que no da parte de sus bienes, es menos culpable que el otro que quita lo que no es suyo.

15. También en los mandatos de los hombres es muy raro encontrar una perfecta igualdad, porque los sentimientos de aquellos que mandan se diferencian, según las diversas necesidades o utilidades, de las cosas que se deben ejecutar y según deseen o quieran con más ardor que se observe lo que ellos juzgan más útil o más razonable. La calidad, pues, de los mandatos y la autoridad de los que mandan prescriben los límites de la obediencia y determinan la culpa de la desobediencia. Porque, como hemos dicho ya, la culpa que se comete despreciando a los superiores, que tienen una autoridad más grande, y los mandatos que son de cosas muy útiles es tanto más grave cuanto hay mayor obligación de obedecer con más exactitud.

16. Después de haber notado estas diferencias es fácil hallar la medida de la obediencia y la enormidad de la desobediencia. Pues por medio de estos grados no solamente se ve la diferencia que hay entre el día y la noche, es decir, entre el bien de la obediencia y el mal de la desobediencia, sino también entre el día y el día y aun entre la noche y la noche, es decir, entre lo bueno y lo mejor, entre lo malo y lo peor. A la verdad, es un grado de obediencia loable el obedecer, según el sentimiento de nuestro maestro San Benito, por el temor del infierno o por la idea de la santidad de la profesión que se ha hecho<sup>18</sup>; pero es todavía más perfección obedecer por el amor de Dios, pues la necesidad hace la

<sup>16</sup> Ex. 20, 15.

<sup>17</sup> Lc. 6, 30.

<sup>18</sup> SAN BENITO, Regl. c. 5.

primera obediencia y la caridad produce la segunda. Mas juzgo que es un excelente grado de obediencia recibir lo que se nos da en el mismo espíritu con que se nos da. Porque, cuando la intención de aquel que ejecuta se hace dependiente de la voluntad del que manda, sucede que el inferior no se mueve confusamente, como muchas veces se ve, a obedecer con demasiado empeño en las cosas pequeñas y con muy poco fervor en las más importantes, sino que, pensando en su consideración todos los preceptos que le imponen según su mérito, sabe guardar la moderación de una parte y otra, tanto en las cosas que le están mandadas como en la precaución de aquellas que le están prohibidas; no porque crea que debe menospreciar las pequeñas, aunque conozca su poca consecuencia, sino porque solamente las considera de poca consecuencia al compararlas con las más importantes. El verdadero y humilde obediente no menosprecia jamás las cosas pequeñas y toma siempre un grande cuidado de las cosas más grandes, discerniendo por un cierto gusto interior de su piedad y de la sinceridad de su corazón cuáles sean los mandamientos en que debe, en alguna manera, responder con sus acciones a su superior, lo que David decía a Dios: *Me has ordenado guardar tus mandamientos con todo el cuidado posible*<sup>19</sup>. Porque no habla en este lugar de todos los mandamientos en general, no se le debe entender sino de aquellos que, no pudiendo ser violados sin un grande crimen por cualquiera ocasión que sea, no pueden tampoco ser perdonados en manera alguna al que los viola sin un grande castigo. Tal es el mandamiento: *No matarás*, y los otros que le pueden ser semejantes; cuya observancia no puede jamás ser injusta ni mala, así como la transgresión no puede ser buena o lícita por ninguna dispensa humana.

## CAPITULO VIII\*

EL DESPRECIO QUE SE HACE DE LAS LEYES ES MAYOR PECADO  
QUE LA NEGLIGENCIA EN OBSERVARLAS

17. Las otras ordenanzas de las que pueden dispensar legítimamente los superiores se las llama más leves, porque se castiga con pena más leve a aquellos que no cuidan de practicarlas. Pongo en este número la prohibición de reír o la ordenanza de guardar silencio. Si estas cosas no se hacen contra un mandato expreso, no son pecado; mas, juntándose

<sup>19</sup> Ps. 118, 4.

\* PL 182, 870.

a ellas el mandato, si se viene a no observarlas, se comete un pecado, pero no un crimen, con tal que la transgresión suceda por sorpresa u olvido y no por desprecio. La razón consiste en que por estas ordenanzas se establecen los preceptos que llamáis positivos, que obligan de diversa manera que los preceptos de la ley natural; mas no pueden omitirse sin ofensa ni despreciarse sin crimen, puesto que han sido impuestos por aquellos a quienes está dicho: *El que os oye, a mí me oye, y el que os desprecia, a mí me desprecia* <sup>20</sup>. Pues, aunque la cosa mandada sea de suyo indiferente, con todo eso, la consideración de la autoridad que sobreviene nos obliga al mandamiento, y el mandamiento al pecado; el cual, no obstante, no es considerable cuando no es hecho con menosprecio.

18. Es, pues, una regla general que todas las cosas que de sí mismas o por sí mismas no son ni buenas ni malas ni han sido determinadas por institución divina ni por la profesión de cada particular, cuando no son mandadas, es el hombre libre de hacerlas o no hacerlas; mas, cuando lo son, no se puede ni omitir sin pecado ni despreciar sin crimen, siendo siempre reprehensible la negligencia y digno de condenación el menosprecio. Pero hay esta diferencia: la negligencia es un caimiento de flojedad, y el desprecio, una hinchazón de la soberbia. El desprecio en toda suerte de mandatos es igualmente criminal y digno de un mismo castigo; mas la negligencia es un pecado mayor en los mandamientos inmutables y menor en aquellos que permiten mutación. Por ejemplo: el adulterio es siempre una acción infame y un gran crimen de cualquiera manera y con cualquiera intención que se pueda cometer; mas una palabra ligera que se ha escapado, quizá sin pensar en ello, en un tiempo o lugar de silencio, o una risa, en que se rompe, más por violencia que por voluntad de violar el precepto —que es, a la verdad, indicio de un alma negligente y de un espíritu poco recogido—, es tanto más digna de perdón cuanto apenas se tiene por pecado. Mas ¿qué diré de aquel que a sabiendas y con ánimo deliberado se deja ir a decir palabras ociosas, aunque no sea precisamente en el tiempo de silencio? ¿Se puede negar que sea contra la regla de la Verdad y que no se deba dar cuenta de ello en el día del juicio, puesto que el Juez mismo nos ha amenazado por estas espantosas palabras: Los hombres darán cuenta en el día del juicio de todas las palabras ociosas que hayan dicho? <sup>21</sup> ¡Ay! ¿Qué cuenta podremos dar de nuestra ociosidad? Pero no es ociosidad aquello de que se pueda dar algún motivo. Y, con todo eso, ¿quién no sabe que una

<sup>20</sup> Lc. 10, 16.

<sup>21</sup> Mt. 12, 36.

palabra de murmuración es un pecado mucho más grande y que merece una pena harto mayor que una multitud de palabras ociosas? ¿Por qué? Porque hay diferencia entre los mandamientos y, por consiguiente, entre las faltas. De suerte que, como he dicho, la transgresión de los más grandes mandamientos es reputada más criminal, y la de los menores, más leve.

## CAPITULO IX \*

### ES MENESTER OBEDECER A LOS SUPERIORES COMO A DIOS MISMO

19. No es lo mismo respecto de aquellos que mandan. Porque ya nos dé un mandato Dios mismo, ya el hombre que está en su lugar, debemos obedecer con igual cuidado y someternos a él con el mismo respeto, con tal que el hombre no nos mande cosa contraria a Dios. Pues, si eso sucediera, aconsejaría que se siguiese sin temor la sentencia de San Pedro: *Se debe obedecer a Dios antes que a los hombres* <sup>22</sup>. Porque es menester dar esta respuesta con los apóstoles u oír lo otro con los fariseos. *¿Por qué violáis los mandamientos de Dios por seguir vuestras tradiciones?* <sup>23</sup> Y, si el hombre que es superior se enoja de verse menospreciado por la preferencia que se da a aquel que enseña la ciencia al hombre, es menester sacar el consuelo de la sentencia de Samuel que habéis alegado; en la cual parece advertir la diferencia que hay entre lepra y lepra cuando dice: *Si un hombre ofende a otro hombre, se podrá hacer que Dios le sea propicio; mas, si peca contra Dios, ¿quién podrá orar por él?* <sup>24</sup> Por mi parte, si me hallara en tal extremo que estuviese precisado a ofender a Dios o al hombre, escogería mucho más no ofender a Dios; y esta elección sería la más segura y la más justa. Pues en la ofensa que habría cometido contra tal hombre hallaría mi consuelo en las palabras precedentes del profeta, que me promete la gracia de parte de Dios; mas, si hubiera ofendido a Dios, ¿quién oraría por mí? Dirigirme a un hombre, la Escritura no me lo aconseja; al contrario, me enseña que es maldito quien pone su confianza en el hombre <sup>25</sup>. Con razón, pues, dice la Escritura: *Si alguno ha pecado contra Dios, aunque se subentienda que este pecado haya sido hecho por amor del hombre, ¿quién orará por él?* Porque ni uno ni otro

\* PL 182, 871.

<sup>22</sup> Act. 5, 29.

<sup>23</sup> Mt. 15, 3.

<sup>24</sup> 1 Reg. 2, 25.

<sup>25</sup> Jer. 17, 5.



de estos dos hombres lo podrá hacer, puesto que la oración de cualquiera que peca y la de aquel por cuyo amor se hace el pecado son abominables delante de Dios, que es ofendido por entrambos. Es preciso, pues, buscar para orar una persona que sea capaz también de aplacar la cólera de un Dios irritado. Y, si hay alguna falta en ofender al hombre cuando no se le obedece, es mucho menor o enteramente ninguna si ha intervenido alguna razón más importante para no hacerlo. Por eso, cuando se dice: *Si el hombre peca contra otro hombre*, es preciso subentender por el amor de Dios, porque sola la consideración de Dios puede excusar la ofensa que se comete contra el menor de los hombres, y con más razón la que se comete contra el superior. De otra suerte, esto sería oponerse a San Pablo, que dice: *De este modo, pues, pecando contra vuestro hermano, pecáis contra Jesucristo*<sup>26</sup>. Y por lo que mira a los superiores, tenemos el testimonio de la Verdad misma, que habla en estos términos: *El que os desprecia, me desprecia*<sup>27</sup>. Y, respecto de cada particular, el mismo Señor dice expresamente: *Guardaos bien de menospreciar a uno de estos pequeños. Y: El que escandalice a uno de estos pequeños...*<sup>28</sup> Pido a Dios que nos preserve de lo que El mismo añade a esto.

20. Pero no conviene hacer un mismo juicio de toda suerte de escándalos. Es preciso considerar de diferente manera los escándalos que se hacen a los pequeños y los escándalos que los fariseos se crean ellos mismos imprudentemente. Pues cuando los apóstoles, temerosos, manifestaban a Nuestro Señor que estas gentes estaban muy escandalizadas de las palabras de verdad que les había enseñado, recibieron esta respuesta: *Dejadlos; son unos ciegos que guían a otros ciegos*<sup>29</sup>. En efecto, sus escándalos son muy diferentes, pues el escándalo de los primeros viene de su ignorancia, mas el de los segundos, de su malicia. Aquéllos se escandalizan porque no conocen la verdad, éstos porque la abominan. Por lo cual creo que aquéllos son llamados pequeños a causa de que, teniendo buena intención y poco conocimiento, tienen celo por Dios, pero un celo que no es según la luz de la verdad. Los escándalos de estas personas suelen atraer los cuidados caritativos y no la cólera de los hombres espirituales, según el aviso que San Pablo da cuando dice: *Vosotros, que sois espirituales, instruíd a estas personas en espíritu de mansedumbre*<sup>30</sup>. Sería una cosa fuera de razón que los hombres concibiesen indignación contra

<sup>26</sup> 1 Cor. 8, 12.

<sup>27</sup> Lc. 10, 16.

<sup>28</sup> Mt. 18, 10. 6.

<sup>29</sup> Mt. 15, 14

<sup>30</sup> Gal. 6, 1.

aquellos a quienes Dios tan fácilmente hace misericordia. Los que crucificaron a Nuestro Señor, aunque cometieron un gran crimen, porque eran pequeños por el poco conocimiento con que lo hacían, no solamente no sintieron los efectos de la cólera de Dios, sino que merecieron también el perdón de su pecado. Y, sin duda, hubieran sido dichosos si, según la palabra de Jesucristo, no se hubieran escandalizado en él <sup>31</sup>. Mas, habiendo caído en este escándalo, ¿no fueron desgraciados y enteramente dignos de compasión? Pruébalo aquella oración llena de caridad que, padeciendo Jesucristo sobre la cruz y compadeciéndose al mismo tiempo de su miseria, hizo a su Padre: *Padre mío, perdónalos*. Y como si le hubieran preguntado qué razón le podía mover a buscar gracia para un delito tan enorme, añade: *Porque no saben lo que hacen* <sup>32</sup>. Como si dijera: Son tanto más dignos de perdón cuanto tienen menos conocimiento; y lo que me mueve a perdonarlos es que no me conocen. Pues, *si hubieran conocido al Señor de la gloria, jamás le habrían crucificado* <sup>33</sup>. Pero hay otros a quienes no perdono tan fácilmente, porque sé que me han conocido y no han dejado de aborrecer ni a mí ni a mi Padre. Hablando San Pablo en favor de estos ignorantes, y queriendo infundir terror a los que, teniendo mayores luces, no saben condescender con la flaqueza de los otros, dice: *De este modo, vuestra ciencia será la causa de la pérdida de vuestro hermano, por quien murió Jesucristo* <sup>34</sup>.

21. Y, si se debe tener tanto cuidado para no escandalizar a los pequeños, ¿cuánto mayor se deberá tener para no escandalizar a los superiores? Pues, queriendo Dios, en alguna manera, igualarlos a sí mismo en los buenos y en los malos tratamientos que reciben, mira el honor y el menosprecio que se les hace como si se hiciera a sí mismo, diciéndoles expresamente: El que os oye, me oye, y el que os desprecia, me desprecia. ¿No declara también esto nuestra Regla cuando dice que la obediencia que se da a los superiores se da a Dios mismo? <sup>35</sup> Por eso, todo cuanto el hombre nos mande de parte de Dios y no estemos seguros de que desagrade a Dios es preciso ejecutarlo con tanta sumisión como si Dios mismo lo hubiera mandado. Porque ¿qué importa que Dios nos manifieste su voluntad por sí mismo o por sus ministros, ya sean ángeles, ya hombres? Pero dices tú: Los hombres pueden fácilmente engañarse pensando conocer la voluntad de Dios en las cosas dudosas y pueden también engañar a los otros en los mandamientos que les hacen en esos casos. Mas ¿qué te importa eso, si no sabes si están en

<sup>31</sup> Mt. II, 6.

<sup>32</sup> Lc. 23, 34.

<sup>33</sup> I Cor. 2, 8.

<sup>34</sup> I Cor. 8, II.

<sup>35</sup> SAN BENITO, Regl. c. 5.

el error, especialmente enseñándote, por otra parte, la Escritura: *Los labios del sacerdote son los depositarios de la ciencia, y todo el mundo debe instruirse en la ley de Dios por su boca, porque él es el ángel del Dios de los ejércitos*<sup>36</sup>. Yo digo que todo el mundo debe instruirse en la ley por la boca del sacerdote, no en aquellas cosas que la Escritura canónica nos ha enseñado o que es evidente por una razón certísima—pues en estas cosas no debemos esperar el mandato de ninguno ni escuchar la prohibición que se nos haga de ello—, sino en las que de tal manera nos son ocultas o de por sí mismas tan obscuras, que se puede quedar en la duda de si Dios las quiere o no las quiere, hasta que estemos asegurados por la boca de aquel que es depositario de la ciencia y el ángel del Dios de los ejércitos. Porque, en fin, ¿de quién podremos nosotros saber mejor los designios de Dios sino de aquel a quien están encomendados los misterios de Dios para que los dispense? Es preciso, pues, escuchar como a Dios mismo, en las cosas que no son abiertamente contra Dios, a quien para nosotros tiene su lugar.

22. Y, ciertamente, no somos contrarios en esto al santo profeta Samuel, como si diéramos a los hombres la autoridad que pertenece sólo a Dios, pues en el lugar citado hace un perfecto discernimiento entre la una y la otra. Sólo dice que no conviene hacer en las cosas claras y evidentes lo que nosotros no decimos sino de las dudosas. Cuando él dice: *Si un hombre ha pecado contra otro hombre*, es preciso subentender por el amor de Dios, porque muchas veces los hombres tienen la temeridad de mandar a los otros unas cosas que son manifiestamente contra la voluntad de Dios. Mas, tomando de esto motivo para hacerme una objeción, sostenéis que, si es cierto que se deben mirar todos los mandamientos y ordenanzas de los hombres con el mismo respeto que si fuesen de una autoridad divina, es muy difícil o aun imposible que un hombre pueda salvarse bajo la dirección de otro hombre. Porque parece que en una multitud tan grande de mandamientos que los superiores hacen muchas veces sin poner en ello gran cuidado es muy difícil o imposible no quebrantar algunos.

---

<sup>36</sup> Mal. 2, 7.

## CAPITULO X\*

LA OBEDIENCIA RELIGIOSA NO ES MOLESTA NI DIFÍCIL SINO A LOS IMPERFECTOS, A LOS REBELDES Y A LOS CARNALES; A TODOS LOS DEMÁS ES SUAVE Y FÁCIL

23. No niego que haya trabajo en llegar a tal perfección, pero para sólo los que aspiran a ella con un deseo imperfecto. Es una señal de la imperfección del espíritu y de la flaqueza de la voluntad el examinar demasiado exactamente las órdenes de los superiores, dudar a cada mandamiento que se nos hace, pedir razón de todas las cosas, tener mala opinión de todos los preceptos cuyo motivo no se conoce y no obedecen jamás con gusto sino cuando lo que se nos ordena es conforme a nuestras inclinaciones o cuando reconocemos, por una razón evidente o por una autoridad indubitable, que no sería útil ni permitido obrar de otra suerte. Esta obediencia es un poco delicada o, más bien, demasiado molesta. Y no es ésa la que la Regla nos prescribe por estas palabras: "Una obediencia sin tardanza"<sup>37</sup>. Esto es disputar contra el mandato en la astucia del corazón y no obedecer en la prontitud del oído. Y es preciso que esta alma carnal no sólo esté cargada, sino del todo oprimida por el peso de esta perfección a que aspira temerariamente. Porque la carne enferma no puede llevar la carga de Jesucristo, que sólo el espíritu pronto encuentra suave y ligera, siendo el yugo de Jesucristo una carga muy insoportable a todo otro espíritu que al de Jesucristo. Y, si inferes de ahí que la ley de la Regla ha sobrevenido para multiplicar el pecado, dices la verdad, pero la culpa no es de la ley que ha sido dado ni del que la dió, sino de aquel que la cumple con indiscreción y la viola con impiedad. El mandato es santo y justo, mas debes advertir que eres carnal y estás bajo la esclavitud del pecado<sup>38</sup>. Era menester, pues, que hubieras previsto eso a fin de no poner los fundamentos de esta torre evangélica antes de haber echado bien la cuenta de si tenías los medios necesarios para acabarla. Mas ¿qué te resta ahora sino obedecer a tus superiores, corrigiendo tus costumbres, o con tu propia confusión escuchar de aquellos que se burlan de ti: *Este hombre comenzó a edificar y no ha podido acabar?*<sup>39</sup>

24. Mas me diréis acaso: ¿Qué? ¿Se puede encontrar

\* PL 182, 874.

<sup>37</sup> SAN BENITO, Regl. c. 5.

<sup>38</sup> Rom. 7, 12. 14.

<sup>39</sup> Lc. 14, 28-30.



una persona tan perfecta que no falte algunas veces por sorpresa a algún punto de tantas menudas ordenanzas como los superiores hacen muchas veces sin ningún motivo? No; no concederé eso a nadie después que los apóstoles mismos han hecho esta confesión de su propia enfermedad: *Pecamos todos en muchas cosas*<sup>40</sup>. Y también: *Si decimos que no tenemos pecado, nos seducimos nosotros mismos*<sup>41</sup>. Mas no estamos perdidos cuando faltamos a una cosa ligera, pues la Escritura nos da este consuelo: *Si alguno peca, tenemos por nuestro abogado a Jesucristo, que es justo y que es la propiciación por nuestros pecados*<sup>42</sup>. En fin, el profeta testifica que ha orado por los pecadores a fin de que no perezcan<sup>43</sup>. En lo cual es preciso observar muy particularmente que, habiendo orado por aquellos que han violado la ley de Dios, con todo eso, no dice la Escritura que haya orado por aquellos que la han menospreciado. Mas ¿cómo pueden perecer aquellos por quienes el Señor ora para que no perezcan? Así, no veo qué motivo hayáis podido tener para exagerar tan fuertemente la menor desobediencia que se comete contra los más leves mandatos hasta el punto de decir: ¿Cómo pueden los monjes cometer algún pecado venial o ligero, puesto que todas sus acciones están expuestas al crimen de la desobediencia? Pero creéis que se debe sacar esta consecuencia de lo que hemos dicho, es a saber: que es preciso considerar los mandamientos de los superiores como si fuese Dios quien los ha hecho. ¿Como si no se hallase una muy grande diferencia entre los preceptos mismos del Evangelio así por el mérito de su observancia como por el peligro de su violación!

## CAPITULO XI\*

NO SIENDO SEMEJANTES TODOS LOS MANDATOS, ES TAMBIÉN  
DIFERENTE SU TRANSGRESIÓN

25. Por lo demás, así como todos los mandamientos no son igualmente necesarios o útiles o importantes, así también no se debe hacer el mismo juicio de la culpa que se comete violándolos; porque, siendo los pecados diferentes, los peligros que de ellos se pueden seguir no deben ser semejantes. Tampoco es igualmente culpable el hombre que no cuida de observar aquellos que no están intimados con un

<sup>40</sup> Iac. 3, 2.

<sup>41</sup> I Io. 1, 8.

<sup>42</sup> I Io. 2, 1. 2.

<sup>43</sup> Is. 53, 12.

\* PL 182, 875.

mismo cuidado; ni se castigan con una misma pena. Por ejemplo: el Evangelio condena los excesos de la boca y también los pecados infames de lascivia. Pero ¿quién, considerando la cualidad de estos dos crímenes, no tendrá más horror de la infamia del segundo que de la deformidad del primero? En fin, ¿no vemos que la Verdad en el Evangelio, bajo dos nombres de viga y de paja<sup>44</sup>, hace una gran diferencia entre las pequeñas y las grandes culpas de la desobediencia? ¿No aprendemos nosotros por las proposiciones, o más bien por los juicios que hace, los grados diferentes de las penas que merece cada pecado cuando declara que el uno es culpable de juicio, el otro de consejo, el otro de infierno?<sup>45</sup> ¿Cómo, pues, se puede sacar como consecuencia necesaria el que, si los mandatos de los superiores tienen una autoridad divina, no se encontrarán faltas veniales y ligeras en la vida de los monjes, puesto que todas sus acciones estarán expuestas al crimen de la desobediencia? Yo quiero que cuanto está condenado a un infierno de suplicio o al suplicio de un infierno sea un crimen; pero ¿qué suerte de crimen podremos nosotros atribuir a la acción que la Verdad misma no juzga culpable sino de juicio? No podemos negar, con todo eso, que sea culpa lo que hace culpable a una persona. Si es culpa, es también pecado. Ahora bien: no hay pecado que no sea contra el mandamiento de Dios; por tanto, lo que es contra el mandamiento de Dios es una pura desobediencia.

26. De aquí se infiere que enojarse contra el hermano es una desobediencia y no un crimen. Ved ahí, pues, cómo hemos encontrado uno de los pecados veniales y ligeros que un monje puede cometer, y que consiste en la violación del mandato no ya de un hombre, sino del mismo Dios. Pongo todavía en esta clase de pecados esas conversaciones vanas y de chanza que se tienen algunas veces y toda suerte de palabras, de acciones y de pensamientos ociosos. Pues todas estas cosas no se hacen nunca sino contra un mandamiento, y un mandamiento de Dios, puesto que son pecados, y Dios prohíbe toda suerte de pecados. Con todo eso, son pecados veniales y no crímenes, a no ser que por el menosprecio pasen a hábito y costumbre. Entonces, no tanto se considera el pecado como la intención del que peca. Pues la soberbia de aquel que desprecia y la obstinación del que permanece en la impenitencia hacen que las culpas que se cometen contra los más pequeños mandamientos no sean pequeñas y truecan muchas veces una ligera desobediencia en una rebeldía criminal. En fin, si queréis saber en qué

<sup>44</sup> Mt. 7, 4.

<sup>45</sup> Mt. 5, 22.

consiste principalmente el crimen de la desobediencia, aprendedlo de Samuel: *La resistencia, dice, que se hace al mandato es como un pecado de magia; y no querer someterse es un crimen de idolatría*<sup>46</sup>. No dice meramente no someterse, sino *no querer someterse*, a fin de que no se tome por un crimen de idolatría la mera transgresión, sino la resistencia de un espíritu orgulloso. Pues no querer obedecer y no obedecer no son una misma cosa, viniendo esto muchas veces o de ignorancia o de flaqueza, y aquello, de una terquedad odiosa o de una insolencia insoportable. No querer someterse es resistir al Espíritu Santo, y, si eso dura hasta la muerte, es una blasfemia que no se perdona ni en esta vida ni en la otra. No toda transgresión, pues, de un precepto hace una desobediencia criminal, sino el resistir a él y no querer obedecer. Mas ¿cuántos hay que no obedecen, sin tener, con todo eso, esta mala y rebelde voluntad? ¿Y cómo se puede imputar el crimen de desobediencia a un monje, si cae todas las veces que traspassa un mandato sin este espíritu de rebeldía y de resistencia?

27. Tampoco hay fundamento para que algunos comparen, como vosotros decís, todo género de desobediencia con aquella antigua que fué cometida por el primer hombre en el paraíso terrestre. Ella fué capaz no sólo de hacer a su persona criminal, sino también de infestar toda la naturaleza humana. Mas toda la enormidad de esta primera y máxima desobediencia no vino de otra parte que de la rebeldía que Adán y Eva manifestaron en defenderse cuando, preguntándoles Dios por qué se habían dejado ir al pecado, a fin de atraerles a penitencia—pues El no deseaba su muerte, sino su conversión y su salvación—, prefirieron torcer su corazón hacia las palabras de malicia para excusar su pecado con un nuevo crimen. A la verdad, esta malicia fué doble en el pecado de Adán: primero le faltó la compasión de sí mismo no queriendo confesar su culpa para obtener el perdón; en segundo lugar acusó a su mujer inhumanamente al defenderse con una excusa falsa y engañosa<sup>47</sup>.

28. En fin, ¿de dónde viene el decir vosotros que todas las acciones de un monje están expuestas al crimen de la desobediencia, como si le sorprendiese secretamente o cayese en ella por azar, o, no pudiendo cumplir lo mandado, se le acusase injustamente de no haber hecho lo que era para él imposible? ¿De este modo, pues, se imputa a los monjes el crimen de la desobediencia, cuando la antigua desobediencia, tan famosa y tan perjudicial, hubiera obtenido fácilmente su perdón si Adán hubiera reconocido su

<sup>46</sup> 1 Reg. 15, 23.

<sup>47</sup> Gen. 3, 1-13.

culpa en vez de defenderla? Además, como ya hemos dicho, la mera transgresión del precepto, aunque hecha de propósito deliberado, no le hizo tanto mal como la terquedad que manifestó inventando nuevas excusas para cubrir su pecado.

## CAPITULO XII\*

### EN LA REGLA, IGUAL QUE EN LA LEY DE DIOS, HAY DISPARIDAD DE DESOBEDIENCIA

29. Mas ¿acaso sólo hay que hacer esta diferencia entre las ligeras y las grandes desobediencias en la ley de Dios y no en nuestra Regla? Pero ¿quién osaría decir que se debe diferir más a las disposiciones de los hombres que a las de Dios y que se debe hacer más aprecio de lo que El manda por sus siervos que de cuanto manda por sí mismo? Mas ¿el mismo San Benito no hace reglamentos diferentes y particulares para cada falta, ordenando unas penas por las pequeñas faltas y otras por las más grandes?<sup>48</sup> Porque ¿qué es una ligera culpa sino una ligera desobediencia? Es cierto, pues, que los superiores hacen algunas veces reglamentos y mandatos de menor importancia, cuya violación hace la culpa más ligera según la Regla. Con todo eso, es una ofensa contra Dios cuantas veces se desobedece al abad. Todos los mandatos que Dios nos ha dado de su propia boca tampoco son iguales; por tanto, no hay obligación de tener una misma exactitud en cumplirlos todos. Pero es preciso poner un cuidado en cumplir aquel que él mismo declara ser *el primero y principal mandamiento*<sup>49</sup> y otro en aquellos en que hace diferencia cuando dice: *El que viole uno de mis menores mandamientos*<sup>50</sup>. ¿Qué? La Regla nos enseña que hay culpas ligeras y culpas grandes; leemos en el Evangelio que hay grandes y pequeños mandatos, ¿y querremos sostener que las violaciones que se hacen de los unos y de los otros son todas iguales e igualmente importantes? No es, pues, necesario conceder lo que decís, es a saber, que no se debe recibir como de la parte de Dios todo cuanto los superiores nos ordenan sin ser contrario a las órdenes de Dios o que los monjes no cometen jamás faltas ligeras y veniales. Porque aunque todas las veces que quebranten las órdenes de aquel que tiene el lugar de Dios y que no son contra la justicia estén convencidos

\* PL 182, 877.

<sup>48</sup> SAN BENITO, Regl. c. 24. 25.

<sup>49</sup> Mt. 22, 38.

<sup>50</sup> Mt. 5, 19.



de que desobedecen a Dios, como yo confieso, con todo eso, así como no se exige un cuidado mismo en la ejecución de todas las ordenanzas, así no se comete una culpa igual en la violación que de ellas se puede hacer. Y he ahí la razón, porque, aunque sea una misma persona la ofendida, las cosas mandadas no son todas de una misma importancia. Por tanto, no debe ser tenida su transgresión por igualmente dañosa y criminal. De donde viene también el que nuestro Padre San Benito diga: "La excomunión se debe medir por la grandeza de la culpa cometida"<sup>51</sup>.

30. Sin fundamento, pues, como podéis ver, tomáis escanto o le queréis causar a otros tocante a la promesa de la obediencia que hacéis al profesar la Regla, como si no se debiera prometer una cosa que no se puede guardar ni violar sin crimen, puesto que se debe recibir como de Dios todo lo que el hombre, que tiene su lugar, nos manda justa y razonablemente. Sin fundamento, vuelvo a decir, exageráis tanto el mal de la desobediencia, que apartáis a otros de un bien tan necesario como es el voto de la obediencia. Porque, aunque en tan gran multitud de ordenanzas como los superiores hacen sea difícil, como decís, evitar siempre todas las sorpresas y atractivos de la desobediencia, con todo eso, las culpas que se cometen desobedeciendo no son siempre crímenes que merezcan la condenación. Pues, aunque toda desobediencia haga al hombre culpable y sin excusa, sólo es castigada con condenación eterna la que no es curada con el remedio de la penitencia. Y sólo es mortalmente criminal la que está acompañada del desprecio que causa el orgullo. Así, ved ahí un motivo de grande paz para los hombres de buena voluntad, pues en lo que mira a la obediencia, sola la impenitencia merece la condenación, la cual ignora el que ama a Dios; sola la soberbia es criminal, de la cual se preserva fácilmente quien teme los suplicios eternos. Pero los ejemplos aclaran mucho mejor lo que digo. Si, habiéndome mandado mi superior guardar el silencio, se me escapa una palabra por descuido, confieso que soy culpable de una desobediencia, pero venial solamente. Pero, si por desprecio del mandato que me ha sido impuesto, me dejo llevar de propósito deliberado y con conocimiento de causa a hablar y romper la ley del silencio, entonces me hago prevaricador y cometo un crimen. Y, si permanezco en esta impenitencia hasta la muerte, he pecado con riesgo de mi condenación.

<sup>51</sup> SAN BENITO, *Regl.* c. 24.

## CAPITULO XIII\*

REFUTA A ALGUNOS MONJES QUE EXAGERABAN DEMASIADO LAS  
DIFICULTADES Y LA IMPOSIBILIDAD PRETENDIDA DE LA  
OBEDIENCIA

31. ¿Os parece esto duro? Si mal no recuerdo, éstos son vuestros propios términos cuando, consultando la dificultad o, como a vosotros os parece, la imposibilidad de guardar la obediencia o de evitar la desobediencia, hacéis esta exclamación sobre el estado de la vida monástica: “¿Es camino para ir a Dios, tanto más ventajoso cuanto más estrecho y tanto más seguro cuanto más difícil, aquel en que el religioso que, a causa de la flaqueza común a todos los hombres, apenas es bastante fuerte para obrar lo bueno y huir de lo malo que conoce por la luz natural está obligado a poner no menor cuidado en evitar que en cumplir lo que sea del agrado del superior prohibirle o mandarle? Pues, teniendo esta idea muchos de los inferiores y no observándola sino muy pocos o ninguno, ¿qué otro efecto producirá esta opinión sino aquel causado por la libertad, tan fuertemente reprendida por el Apóstol<sup>52</sup>, que se tomaban los que comían manjares inmolados a los ídolos?” Ciertamente, no sería otra cosa, si fuera verdad lo que decís. Porque aquel que no cumple todo lo que cree estar obligado a cumplir, no está absolutamente seguro en su conciencia. Vosotros juzgáis, por reducir en poco toda la substancia de vuestro discurso, que es muy difícil cumplir enteramente todos los mandatos de Dios y que es imposible guardar todos los de su abad, aunque la Verdad misma declara que *deberán cumplirse hasta el último punto*<sup>53</sup>. Pero me perdonaréis si os digo que quien tiene esta opinión no ha gustado todavía, a mi parecer, cuán dulce es el Señor; que gime todavía bajo el yugo de la ley; que no respira todavía en la libertad de la gracia; que no ha probado aún la dulzura del yugo de Jesucristo; y así, que está todavía abatido en la enfermedad de la carne, porque el espíritu no sostiene su flaqueza.

32. Mas ¿qué significa esta distinción que hacéis cuando decís que es muy difícil cumplir todos los mandamientos de Dios y que es del todo imposible guardar todas las cosas ordenadas o vedadas por los superiores? ¿Como si se pu-

\* PL 182, 878.

<sup>52</sup> I Cor. 8, 7.

<sup>53</sup> Mt. 5, 18.

dieran enteramente guardar los primeros sin guardar al mismo tiempo los segundos! Pero, si ponéis atención en ello, el precepto de Dios comprende también a los superiores cuya conducta es defectuosa, puesto que él mismo dice: *Haced todo lo que os dice* <sup>64</sup>. Es, pues, evidente que quien no lo hace es transgresor no sólo de los mandatos de un hombre, sino de los de Dios. ¿Mas qué? ¿Es verdad que nadie cumple perfectamente los mandatos de su superior? ¿Eh? ¿Qué razón tenéis para creer eso? ¿Es porque nosotros no lo podemos o porque no lo queremos? Si lo queremos y no lo podemos, estamos seguros. Mas, si lo podemos y no lo queremos, quedamos convencidos de nuestra soberbia. Pues para evitar esta soberbia confieso que es necesaria esa vigilancia de que habéis hablado, no vayáis a caer en el crimen de la desobediencia. Y, si creéis que es imposible no resistir algunas veces con un menosprecio mezclado de soberbia a los mandatos de los superiores, sabed que hay no un pequeño número, sino una infinidad de religiosos que tienen un parecer del todo diferente, del cual tienen la prueba por su propia experiencia. Y, si juzgando que no es imposible, pero sí muy difícil, no despreciar a los superiores por creer que es muy difícil resistir a la soberbia, murmuráis contra la ley de la obediencia, sosteniendo que hay peligro en prometer lo que cuesta tanta pena ejecutar, os respondo, más bien os responde Jesucristo: *El que pueda comprender esa palabra, la comprenda* <sup>65</sup>. Esto es lo que más arriba decía: que antes de comenzar vuestro edificio debíais haber meditado bien si teníais con qué acabarle. Mas ahora, en el estado en que os halláis, os diré lo que otro tiene dicho ya: O no debíais haber comenzado o hay que hacer todo lo posible para acabarlo. Es cierto, con todo eso, que quien hace profesión de la Regla, si sabe lo que hace, no promete que no violará el menor punto en lo sucesivo, es decir, que no cometerá ninguna falta. De otra suerte, el que así hiciera sus votos, sería con el tiempo perjurio o más santo que el apóstol Santiago, que dice: *Todos pecamos en muchas cosas* <sup>66</sup>. Y, si esta consecuencia os parece falsa, es preciso considerar bien lo que se ha dicho antes, no sea que la ley que ha sido dada para reprimir los pecados, en vez de reprimirlos, los aumente, añadiendo a ellos el crimen de perjurio, si queremos prometer por nuestros votos más que de ningún modo podemos cumplir.

33. Por eso es necesario que dividamos en dos miembros todas las observancias regulares, a saber: en *preceptos*

<sup>64</sup> Mt. 23, 3.

<sup>65</sup> Mt. 19, 12.

<sup>66</sup> Jac. 3, 2.

y en *remedios*. Por los preceptos se establece la conducta que se debe tener para evitar el pecado y por los remedios se restablece la inocencia, que estaba perdida por el pecado. Pues nuestra profesión de tal modo comprende estas dos cosas, que si después de pronunciados nuestros votos, habiendo cometido alguna falta contra cualquiera de los mandatos de la Regla, nos servimos de los remedios que nos están prescritos en la misma Regla, aunque hayamos violado su observancia, no somos juzgados, con todo eso, transgresores de los votos que hicimos por nuestra profesión. Así, creo que sólo aquel que ha menospreciado el precepto y el remedio es culpable de haber quebrantado su voto, violado su empeño y contravenido al pacto que había hecho. Ni pongo dificultad en que debe quedar sosegado el que, traspassando algunas veces los límites de la obediencia, no desecha el remedio de la penitencia que se le aconseja. Porque se puede decir que éste no sale de los límites de la Regla, contra la cual comete faltas desde que se somete voluntariamente a todo lo que la Regla ordena para castigo de su exceso. Pues la disciplina regular es una parte de la Regla, porque con ella no sólo aprendemos a tener una vida buena, sino también a corregir una mala. La obediencia encuentra aquí preceptos, y la desobediencia remedios; de tal suerte, que no se deja la Regla aun cuando se peca contra la Regla. Confieso que es imposible a un hombre mortal no pecar algunas veces, a lo menos venialmente, contra los preceptos de la obediencia. Mas no hay por qué quejarse de esta imposibilidad, pues la Regla misma nos da los remedios de corregir los crímenes que se hayan podido cometer contra sus ordenanzas. Es, pues, cierto lo que decís, que nadie puede del todo observar plenamente todos los mandatos de sus superiores; pero hay culpas de desobediencia que son ligeras y que hallan fácilmente su curación en la Regla misma cuando no están acompañadas del desprecio. Y, si sostenéis que este desprecio no ha sido jamás separado de ellas, os engañáis, porque la previsión de la Regla no ha dejado sin remedio aún esta especie de desobediencia. Y, aunque tenga necesidad de un remedio más fuerte, con todo eso, no está el monje tocado del mal de la rebeldía sino cuando llega a despreciar el remedio mismo.

34. Siendo esto así, no hay razón para que, haciendo nosotros profesión de la Regla, nos quejemos de la imposibilidad de guardarla. En vano nos lisonjamos de la necesidad en que pretendemos estar de pecar, a fin de persuadirnos de que no debemos respetar los justos mandatos de nuestros superiores como cosa que viene de Dios mismo,



sino menospreciarlos como cosa que viene de los hombres, para que no parezca que nuestra profesión nos empeña a cosas imposibles, si estamos obligados a obedecer a los hombres como a Dios mismo. En efecto, ¿quién ha hecho esta profesión y encuentra que le es imposible o más bien no encuentra que le es muy fácil, con la gracia de Dios, evitar el pecado, puesto que no es la desobediencia, sino la impenitencia, lo que le hace criminal? Pues, como he dicho ya, no hay entre los que hacen los votos quien prometa no pecar más; y así, no se hace rebelde desde el momento que desobedece en alguna cosa, a no ser que algunos imaginen falsamente que están obligados a ella por sus votos, como decís que se han encontrado. Y, si por ventura hay algunos de éstos en el modo que vosotros decís, sin duda el juicio que hacéis de ellos es muy verdadero; es a saber: que esta demasiada credulidad, o más bien crueldad, que tienen en seguir sus propios pareceres, no produce en sus conciencias otro efecto que aquel que producía en la de otros la peligrosa libertad de los que comían de los manjares ofrecidos a los ídolos. Por tanto, es preciso que quien está en esta persuasión, se pierda por su propia fantasía, del mismo modo que, como el Apóstol declara, los fieles que eran todavía débiles se perdían por su propia creencia<sup>57</sup>. Y así como el mismo Apóstol enseña que lo que se rece con acción de gracias es impuro sólo para quien piensa que es impuro<sup>58</sup>, así la profesión religiosa a nadie empeña por sí misma en la condenación sino a quien cree haber en ella un empeño semejante. Mas juzgo que hemos manifestado ya bastante lo que se debe tener por verdadero en esta opinión.

## CAPITULO XIV\*

POR QUÉ LA CONCIENCIA ERRÓNEA NO CONVIERTE EL MAL EN BIEN, SINO EL BIEN EN MAL

35. Es menester ahora responder a la breve pregunta que me habéis hecho con motivo del precedente pasaje del apóstol San Pablo tocante a las comidas inmoladas a los ídolos: *Creo que no hay nada impuro en Jesucristo sino para aquel que cree que hay allí alguna cosa impura*<sup>59</sup>. Y también: *Si come de esto, es culpable de condenación,*

<sup>57</sup> 1 Cor. 8, 11.

<sup>58</sup> Rom. 14, 14; 1 Tim. 4, 4.

<sup>59</sup> 1<sup>a</sup> L 182, 880.

<sup>59</sup> Rom. 14, 14. 23.

porque no obra según su conciencia. Me preguntáis, repito, si estas dos sentencias pueden servir de regla general, de modo que las buenas acciones se hagan malas para aquel que cree que son malas y que sean malas tanto cuanto esté persuadido que lo son. Y, si soy de este mismo sentir, continuáis en preguntarme por qué, al contrario, las buenas acciones que hacemos no son tan buenas como nosotros lo creemos falsamente, pues tenéis por una cosa extraña y aun injusta que el juicio de los hombres tenga más fuerza en el mal que en el bien. Si respondo que se cree así en cuanto a lo malo a causa de la malicia del ojo, al punto me replicáis que se debe pensar lo mismo tocante a lo bueno. a causa de la simplicidad del ojo, es decir, de la pureza de la intención. Pues aquel que ha dicho que, si nuestro ojo está corrompido, todo nuestro cuerpo será tenebroso, nos ha declarado también que, si nuestro ojo es sencillo, todo nuestro cuerpo será luminoso<sup>60</sup>. Pero reparad bien a ver si el ojo que se engaña es verdaderamente sencillo. Y se engañan efectivamente tanto el que juzga que el bien es mal como aquel que reputa el mal por un bien. Pues sabéis que ninguno de los dos puede evitar esta maldición del profeta: *¡Ay de vosotros, que decís que el bien es mal y que el mal es bien!*<sup>61</sup> Con todo eso, ninguno habría que quisiese evitar una maldición que la Verdad misma declara ser la luz de todo el cuerpo, es decir, de la acción. Mas no quiera Dios que el predicador de la Verdad sea contrario a la verdad y que maldiga él lo que ella aprueba.

36. Mas juzgo que para ser sencillo tiene necesidad el ojo de dos cosas, es a saber, de la caridad en la intención y de la verdad en la elección de lo que se debe hacer. Pues, si tiene amor a lo bueno y no hace elección de lo verdadero, tendrá ciertamente el celo de Dios, mas este celo no será según la ciencia; y no sé cómo la sencillez, juntada a la falsedad, podrá pasar por verdadera al juicio de la Verdad. Porque, queriendo la suprema Verdad enseñar a sus discípulos la verdadera sencillez, les dice: *Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas*<sup>62</sup>. Así, pone primero la prudencia, sabiendo que sin ella ninguno puede ser verdaderamente sencillo. En efecto, ¿cómo podrá el ojo ser verdaderamente sencillo si ignora la verdad? O ¿cómo esta sencillez podrá ser verdadera cuando la sencilla verdad no la reconoce, pues está escrito que *quien ignora será ignorado*?<sup>63</sup> Es cierto, pues, que esta sencillez, loable por sí misma y loable por Jesucristo, no puede subsistir sin estas dos cosas, es decir, sin la buena voluntad y

<sup>60</sup> Mt. 6, 23.

<sup>61</sup> Is. 5, 20.

<sup>62</sup> Mt. 10, 16.

<sup>63</sup> 1 Cor. 14, 38.

sin la prudencia, a fin de que el ojo del corazón no sea solamente bueno para no querer engañar, sino también prudente para no ser él mismo engañado.

37. Por lo demás, así como el amor de lo bueno y el conocimiento de lo verdadero son dos cosas excelentes que hacen sencillo al ojo, así también hay dos males que le corrompen enteramente, a saber, la ceguera, que le estorba conocer la verdad, y la perversidad, que le hace amar la injusticia. Pues entre estos dos bienes, que no permiten que engañe ni sea engañado, y entre estos dos males, que hacen que engañe y sea engañado, se hallan dos medios: el uno bueno, en el cual, aunque el ojo interior pueda ser engañado por la ignorancia de la verdad, con todo, el celo que tiene por lo bueno hace que no pueda jamás querer engañar a nadie, y el otro malo, en el cual, aunque no se le quite el conocimiento de la verdad, queda, con todo eso, insensible, por su malicia, al amor del verdadero bien.

38. Mas, porque siempre se conocen mejor las cosas dividiéndolas según este doble mal y este doble bien de que vamos hablando, conviene que dividamos el ojo del corazón en cuatro miembros: en bueno y mejor, en malo y peor. Pongamos ejemplos: hay quienes aman lo bueno y hacen lo malo sin conocerlo. El ojo de éstos es bueno, porque es recta su intención; pero no es sencillo, porque está ciego. Hay otros que hacen lo bueno con buena voluntad y que le distinguen con prudencia; y digo con razón que el ojo de éstos es verdaderamente sencillo, porque tiene dos bienes necesarios, que son el buen celo y la ciencia verdadera. Este, sin duda, es el ojo que Dios busca<sup>64</sup> cuando observa a los hijos de los hombres para ver si hay alguno que le conozca y le busque. Hay otros, por el contrario, que, no teniendo afición alguna a lo bueno, están enteramente pervertidos por su malicia; mas que, siendo hábiles para hacer lo malo, no están, con todo eso, ciegos por la ignorancia. No diré que éstos son enteramente malos, pues les queda todavía un bien que es la ciencia, aunque esto sirva para su propia condenación.

39. En fin, hay otros que hacen algunas veces, sin saberlo, un bien que no aman. Estos son propiamente aquellos que yo llamo absolutamente malos, porque tienen a un tiempo los dos males que hemos dicho, la ceguera y la malicia. Estos, pues, son verdaderamente malos, porque no tienen ningún bien en sí estando absolutamente destituidos de entrambos; es decir, tanto del conocimiento de la verdad como del amor a lo bueno. Así, hay un ojo que es bueno; el cual, a la verdad, no se determina jamás a en-

<sup>64</sup> Ps. 13, 2.

gañar a otro, pero es fácilmente engañado, como hemos dicho. Del cual habla el profeta: *Efraín se ha hecho como una paloma seducida, que no tiene inteligencia*<sup>65</sup>. Hay otro, al que Jesucristo llama sencillo, que es incapaz de engañar y de ser engañado, del cual quería instruir a los apóstoles cuando les decía: *Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas*.

40. El tercer ojo es simplemente malo, el cual tiene placer en engañar a los otros, pero no se deja engañar. Este es el de aquellos a quienes se refería el Hijo de Dios cuando aseguró que son más prudentes en su conducta que los hijos de la luz. En fin, al cuarto le hemos definido absolutamente malo, porque lo es doblemente, pues su malicia produce su ignorancia, y su ignorancia cubre su malicia; de tal suerte, que algunas veces, sin pensar en ello, no hace todo el mal que quería hacer y hace el bien que no quería. El corazón de estas personas está enteramente obscurecido; las cuales personas, entregadas a un sentido réprobo, no pueden en manera alguna ni conocer ni amar el bien. De éstos está escrito: *Cuando el impío ha venido al profundo del abismo del pecado, lo desprecia todo*<sup>66</sup>. Pues el que se hallara en este estado, no querría evitar lo malo aunque pudiera, y, aunque quisiera, no lo sabría. Con razón, pues, en la división que acabo de hacer, he notado que este ojo es mucho peor que el otro, no porque tenga más malicia, sino porque es mucho más peligroso. Pues la ignorancia le hace más seguro, y la seguridad más negligente, aunque no más malicioso. Con todo eso, es absolutamente mucho peor que el otro, por cuanto el primero no está acompañado sino de un solo mal, que es su mala intención, mientras que éste, a más de esta mala cualidad, tiene también el error y el extravío de espíritu. El primero está privado de uno de los dos bienes; el segundo lo está además del otro, que es el verdadero juicio. Así, pues, del ojo peor, que no tiene ni uno ni otro bien, y del ojo mejor, que tiene entrambos bienes, debemos creer que ha querido hablar la Verdad encarnado cuando dijo que todo el cuerpo era tenebroso o luminoso. Porque los otros dos ojos, que no tienen ni los dos bienes ni los dos males, no son capaces de iluminar o de obscurecer todo el cuerpo, sino sólo alguna de sus partes.

41. Y si—por volver a nuestra primera cuestión—el ojo verdaderamente malo es el que, estando totalmente pervertido y ciego, hace lo bueno cuando juzga que es malo, es cierto, por consiguiente, que, haciendo lo bueno de esta ma-

<sup>65</sup> Os. 7, 11.

<sup>66</sup> Prov. 18, 3.



nera y siendo mala su intención, convierte contra sí mismo el bien en mal y que este mal es tan grande como él lo juzga, según la sentencia de nuestro Señor: El ojo malo hace todo el cuerpo tenebroso. ¿Cómo se podría encontrar luz alguna donde no se encuentra ni buena intención ni juicio verdadero? Mas no se sigue de aquí que quien, por el contrario, hace lo malo pensando que hace lo bueno, pueda hallar su acción conforme a su pensamiento. ¿Por qué? Porque este ojo no es verdaderamente el ojo sencillo, que, como hemos dicho antes, hace, al juicio de la Verdad misma, todo el cuerpo luminoso. Ni deja de haber tinieblas donde la ignorancia de la verdad amortigua la luz de la buena voluntad. Así, porque entrambos males se encuentran en el primero y entrambos bienes no se encuentran en el segundo, ¿no es justo decir que el primero es mucho más dañoso que provechoso el segundo? Pues no es consecuente que un solo bien tenga tanta fuerza para producir un buen efecto como dos males para producir uno malo. Ciertamente, confieso que la buena intención es digna de alabanza y que la buena voluntad, aunque empeñada en una acción que no es buena en sí, no dejará de recibir la recompensa que ha merecido; mas, con todo eso, la simplicidad seducida no estará del todo exenta del mal. ¿Por qué, me decís? ¿No ha obrado según la creencia que tenía? No dudo de eso; pero su creencia no ha sido verdadera o, por mejor decir, no ha obrado con fe, pues una fe falsa no merece el nombre de fe. En fin, juzgo que de esta fe verdadera y no de la falsa habló el Apóstol cuando dijo: *Todo lo que no es de la fe es pecado*<sup>67</sup>. No es verdadera fe el creer que esto malo sea bueno, puesto que es una falsedad y, por consiguiente, un pecado. Así, este texto del Apóstol: *Todo lo que no es de la fe es pecado*, comprende igualmente la malicia que está ciega y la inocencia que está viciada; porque la mala intención condena absolutamente a quien hace lo bueno sin conocerlo, y la buena intención no excusa del todo a quien hace lo malo sin saberlo. Por eso, ya creáis que el mal que hacéis es un bien, ya que el bien que hacéis es un mal, pecáis en lo uno y en lo otro, porque no obráis por la fe; sin embargo, el pecado es mucho más leve cuando, siendo buena la intención, sólo la acción externa parece reprehensible, que cuando se encuentra una mala intención en una acción buena en apariencia. Ahora bien; lo que no está exento de pecado, por pequeño que pueda ser, no es un puro bien. ¿Cómo, pues, se puede comparar en sus efectos un bien que no es puro con un puro mal, de manera que aquél sea poderoso para el bien, como lo es éste para el

<sup>67</sup> Rom. 14, 23.

mal? Pero ya es bastante detenernos en esta cuestión, pues, por otra parte, hemos satisfecho plenamente las precedentes. Es cierto que vosotros volvéis a proponer muchas veces unas mismas dificultades, mas yo no estoy obligado a resolver las cosas tantas veces como vosotros las repetís. Basta haber satisfecho una vez a lo que tantas veces ha sido propuesto.

## CAPITULO XV\*

### SI LA DESOBEDIENCIA TIENE TANTA FUERZA PARA DESMERECEER COMO LA OBEDIENCIA PARA MERECEER

42. Al proponer vuestras dudas sobre la obligación de la obediencia y los diversos grados de la desobediencia, habéis caído por incidencia en la cuestión del mérito y del demérito de la una y de la otra. Es a saber, si el demérito de la desobediencia en toda suerte de mandatos es tan grande como el mérito de la obediencia. Por ejemplo, si cuando Abrahán recibió el mandato de inmolar su hijo<sup>68</sup> y no sé cuál otro Padre de echar el suyo en un horno encendido<sup>69</sup>, si estos dos Padres hubieran irritado tanto la cólera y la venganza de Dios contra ellos con no obedecerle cuanto merecieron alabanzas y gracias por haber sido fieles en obedecerle. Eso os parece, desde luego, duro y necesario; pero no es así. Porque es cierto que hay acciones que se pueden hacer con gloria y que se puede no hacerlas sin pecado. Por tanto, merecerán recompensa si se hacen, aunque no deban ser castigadas si no se hacen. Así, hay mucho mérito en no tocar a una mujer, aunque ningún pecado en abrazar a la propia. De esta naturaleza son todas las cosas a que se puede aplicar este texto de la Escritura: *El que pueda comprenderlo, lo comprenda*<sup>70</sup>.

43. Hay otras, por el contrario, que no se pueden descuidar sin hacerse el hombre culpable, aunque no se adquiera nada de gloria poniéndolas por obra; que condenan a aquel que las menosprecia, aunque no honran al que las practica. De esta especie son todas las que Dios manda a los hombres por las leyes públicas, y sin las cuales no pueden ser salvados. De donde viene este dicho de un pagano: "No he robado. No serás, pues, el pasto de los cuervos en el

\* PL 182, SS4.

<sup>68</sup> Gen. 22.

<sup>69</sup> Doctr. SS. PP., *Lib. de Obcd.* n. 6.

<sup>70</sup> Mt. 19, 12.

patíbulo" <sup>71</sup>. Y en el Evangelio se dice: *Si amáis a aquellos que os aman a vosotros, ¿qué recompensa podéis pretender? Y, si saludáis únicamente a vuestros hermanos, ¿qué ventaja tenéis sobre los demás?* <sup>71\*</sup> En fin, en él se dice en general: *Cuando hayáis hecho todo cuanto os ha sido mandado, decid en vosotros mismos: somos unos siervos inútiles, hemos hecho cuanto debíamos hacer* <sup>72</sup>. Como si dijese: Si os contentáis con las solas ordenanzas y con la ley que os ha sido impuesta, sin querer empeñaros en los consejos y exhortaciones de la perfección, cumpliréis, a la verdad, con vuestro deber, pero no mereceréis alguna gloria particular; habréis evitado el castigo, pero no habréis obtenido la corona. ¿Qué razón, pues, os obliga a creer que en todo lo que os está mandado debéis temer el castigo desobedeciendo y esperar la recompensa obedeciendo? Es preciso, por tanto, establecer esta regla general en la presente materia: en las cosas más difíciles, la obediencia es siempre más agradable que criminal la desobediencia, y en las más fáciles o menos molestas, el menosprecio es más digno de reprensión que de alabanza la no ejecución.

## CAPITULO XVI\*

### EN QUÉ CASO SE PUEDE APROBAR EL PASO Y CAMBIO DE UN MONASTERIO A OTRO

44. Después de haber satisfecho plenamente a esta cuestión es menester que veamos hasta dónde se extiende la obligación de guardar la estabilidad en el monasterio, estabilidad que se acostumbra prometer al tiempo de la profesión, y cuáles son las causas, si es que hay algunas, por las que es permitido o útil el violarla. Pues decís que es una de vuestras dudas. Sobre lo cual os puedo dar una respuesta segura; es a saber, que no está permitido relajarse uno a sí mismo la perfección que se ha profesado. Y no aconsejaré jamás a nadie que en este designio trueque el lugar que él mismo ha escogido, y en el cual se ha establecido por su propio movimiento y por sus votos. Este es también el pensar del gran San Gregorio Papa cuando dice: "Todos los perfectos tienen la vista sobre sí y se consideran con mucha circunspección para no dejarse ir a la tibieza en sus acciones y en sus pensamientos". Y lo que en este lugar siente este hombre apostólico, el Apóstol se gloria de haberlo cumplido

<sup>71</sup> HOREB., l. I, c. 16, 46.

<sup>72</sup> Mt. 5, 46, 47.

<sup>72</sup> Lc. 17, 10.

\* PL 182, 885.

por estas palabras: *Olvido lo que está detrás de mí y me abrazo a lo que está delante* <sup>73</sup>. ¿Y no es esto también lo que el profeta Ezequiel nos quiere enseñar cuando, hablando de aquellos santos animales, dice: *Yendo ellos, no volvían sobre sus pasos, sino que caminaban siempre delante de sí?* <sup>74</sup> Y todos estos santos en este punto no han hecho más que seguir el pensamiento de su Maestro, que dice en el Evangelio: *Nadie que pone su mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios* <sup>75</sup>. Es menester, pues, que el voto de estabilidad sirva para estorbar todas las desobediencias que nacen de la relajación del espíritu, todas las separaciones que vienen de un humor inquieto, todas las evagaciones y visitas que se hacen por un espíritu curioso, toda suerte de ligereza e inconstancia; pero no debe estorbar que se cumplan los otros puntos de la profesión, que son la conversión de las costumbres y la obediencia según la Regla. Pues, si la mala vida y la poca religión de aquellos con quienes se vive estorban a alguno el cumplimiento de estas cosas, le aconsejo absolutamente que mude de lugar bajo la conducta del espíritu de libertad y que pase a otro donde pueda rendir a Dios sin obstáculo los votos que ha pronunciado con sus labios, pues escrito está: Serás santo con los santos y te harás malo con los malos <sup>75a</sup>.

45. Por lo que mira a los monasterios religiosos y ordenados, no aconsejaría jamás a ningún profeso que saliera de allí sin licencia de su superior, aun con el designio de observar una vida más austera. Pero si, habiendo salido de su monasterio, encuentra otro que esté en más floreciente regularidad y quiere morar en él, no le aconsejaré tampoco que vuelva al primer estado, más imperfecto, que ha dejado por tomar el más perfecto; principalmente, si este segundo mejor tiene más conformidad con su primera profesión. A él toca ver por qué motivo y con qué intención ha emprendido un género de vida más perfecta y más austera que la de antes, pues jamás será mi parecer que se relaje tomando otro más imperfecto y menos austero, a no ser que por la vecindad del primer monasterio sea de nuevo llamado allí. Porque la Regla no permite que se retenga un religioso de monasterio conocido ni que se le reciba sin la permisión de su abad <sup>76</sup>. Mas los ejemplos os harán conocer mejor la razón que me asiste para tener esta opinión.

<sup>73</sup> Phil. 3, 13.

<sup>74</sup> Ez. 1, 12.

<sup>75</sup> Lc. 9, 62.

<sup>75a</sup> Actualmente, el monje benedictino que quiera pasar de un monasterio a otro por justas razones necesita un permiso especial del primado de la Orden.

\* SAN BENTO, Regl. c. 61.



46. Un religioso de Cluny quiere dejar su orden para abrazar la pobreza del Cister, queriendo más seguir la pureza de la Regla que las costumbres de su antiguo monasterio. Me pide mi parecer: no le aconsejaré que lo haga si no tiene consentimiento de su abad por lo menos. ¿Por qué? Primeramente, por no escandalizar a los que deja; en segundo lugar, porque no hay seguridad en dejar lo cierto por lo incierto y porque, habiendo podido subsistir en la primera vida, no podrá quizá subsistir en la segunda. En tercer lugar, tengo motivo para temer que eso venga de ligereza; porque muchas veces sucede que lo que queremos con ardor antes de haberlo experimentado, nos displace enormemente después que hemos tenido experiencia de ello, deseando una cosa y desechándola en el mismo momento con un afecto tan ligero como irracional. Vemos con frecuencia a personas que, no pudiendo permanecer apenas una hora seguida en una misma resolución, se dejan llevar del viento de su inconstancia, que les hace ir tan presto de este lado como del otro cual si estuvieran embriagados, y truecan de sentimientos en cuanto han probado lo que buscaban. De suerte que, en la inquietud y alteración en que están, toman otros tantos nuevos designios tan pronto como ven lugares desconocidos antes, menospreciando siempre lo que tienen y deseando siempre lo que no tienen.

47. Mas me dirá alguno: ¿Cómo puedo con seguridad de conciencia no vivir según la Regla que he votado, puesto que es ser perjuro hacer los votos y no guardarlos? Como si no tuvieses mayor motivo todavía para formar esta queja en el nuevo monasterio donde comenzaras a vivir en la pureza de la Regla. Pues entonces también podrías decir: ¿Con qué conciencia podré vivir fuera de la casa que me ha recibido la primera entre sus brazos cuando huía de los peligros del siglo, que me ha dado los primeros sentimientos de piedad, que me ha sellado con el sello de la salvación después de haberme hecho molesto a mis hermanos, desobediente a mi superior; en fin, después de haber violado el voto de estabilidad, que he prometido, y falsificado la fe que he dado? Con todo eso, ni la una ni la otra de estas quejas es justa. Pues me parece que quien cree que es perjuro porque no guarda la Regla en todos sus puntos, no considera bastante lo que ha prometido. En efecto, el que hace los votos, no promete absolutamente la Regla, sino la conversión de sus costumbres y el arreglo de su vida según la Regla. Y ésta es la profesión ordinaria en casi todos los monasterios de este tiempo; de suerte que, aunque se sirva a Dios en diversas maneras, es cierto, con todo eso, que quien guarda exactamente las buenas costumbres del monasterio donde está, vive

según la regla, porque las buenas prácticas no son contrarias a la regla. Aquel, pues, que practica lo bueno que ve hacerse en el lugar donde ha hecho sus votos, vive, sin duda, de la manera que ha prometido. Porque seguramente no promete otra cosa que lo que él observa en la conducta religiosa de aquellos con quienes resuelve pasar el resto de su vida.

48. Pues, por ejemplo: ¿los religiosos de Marmoutier se obligan a guardar todas las costumbres de los de Cluny, o los de Cluny, todas las prácticas de los de Marmoutier, o los unos y los otros se empeñan en guardar todas las austeridades de los del Cister al rigor de la letra? Con todo eso, todos hacen voto de vivir según la regla. Todos prometen la misma cosa por sus palabras; mas, porque todos no tienen la misma intención en el corazón, pueden, sin duda, hallarse en diversas observancias sin arriesgar su salvación y sin violar su profesión. Porque así como no todos los cristianos, aunque sean virtuosos, practican todo lo que está en el Evangelio y no dejan de vivir, con todo eso, según el Evangelio (en efecto, los que se contentan con vivir en las obligaciones del matrimonio que les es permitido, no juzgan haberse apartado del Evangelio por no haber elegido este estado sublime del consejo evangélico que lleva a los fieles a abrazar el celibato, siempre que vivan en ese estado inferior según las reglas de la piedad y de la fe), del mismo modo, aunque cuantos vienen a vivir según la regla no la guarden con la última exactitud en todos estos puntos y truequen u omitan alguna cosa según la costumbre del monasterio, no se alejan por eso de la obligación de los votos que han hecho, con tal que continúen viviendo en la frugalidad, en la virtud y en la piedad que ven practicar allí a aquellos con quienes habitan. En fin, el octavo grado de la humildad de que habla la Regla dice expresamente: "Nada haga el monje sino lo que le está prescrito por la regla común de su monasterio o los ejemplos de sus mayores" 77.

49. Si se exceptúan, pues, los monjes del Cister y aquellos que, a su imitación, se esfuerzan no tanto por vivir según la Regla como por guardarla a la letra en todos sus puntos, porque creen estar obligados a eso por su profesión, no conviene que los otros se pongan en cuidado por los votos solemnes que han hecho, puesto que no han prometido guardar toda la regla, con tal que vivan en la obediencia y estén en unos monasterios bien ordenados, en que la disciplina regular sea observada con las buenas costumbres. Así, todos cuantos moran en monasterios bien ordenados, guardan

los votos que hicieron si tienen una intención pura. Y, si se halla algún espíritu inquieto que no puede creer lo que se le dice, sino que, queriendo más creer y escuchar los remordimientos de su conciencia, deja su monasterio y busca otro en que pueda cumplir los votos que juzga haber hecho y no haber cumplido en su primer monasterio, así tampoco le aconsejaría que volviese a él, con tal que el monasterio donde entró esté alejado del otro y sea desconocido. La razón se apoya tanto en la autoridad de San Pablo, que dice expresamente: *Aquel es dichoso que no se condena en lo que quiere hacer*<sup>78</sup>, como en la autoridad de nuestro legislador, que manda recibir y detener al monje de esta calidad, y también, hallándole virtuoso y útil, atraerle por toda suerte de medios y empeñarle por una nueva profesión. "Persuádasele, dice, a permanecer"<sup>79</sup>. Y para que la memoria de su primer monasterio y los remordimientos ordinarios de su conciencia no le causen nuevas inquietudes sobre la violación de su estabilidad, pronuncia una sentencia general, que es de grande consuelo para todos estos espíritus escrupulosos, cuando dice: "Y no se debe tomar pena ninguna de esta mutación, *porque en todas partes se sirve a un mismo Dios y se combate bajo el estandarte de un mismo Rey*". Con todo eso, prohíbe, respecto de un monasterio vecino, lo que ordena respecto del que está alejado, para que la vecindad de los monasterios no sea una piedra de escándalo y una materia de quejas entre ellos si se reciben los monjes sin el consentimiento recíproco de sus superiores. Lo cual vemos que sucede cuantas veces se reciben monjes de esta calidad contra la expresa ordenación de la Regla.

50. Y si después este religioso que ha sido recibido según la Regla se halla más agitado que nunca con el pensamiento del escándalo que ha dado por su salida a los que ha dejado y cree estar obligado a reparar con su vuelta el mal que ha causado con su salida, es preciso que considere con gran atención que un escándalo no puede jamás corregirse con otro escándalo. Por otra parte, ¿qué suerte de reparación podrá haber si, por quitar el escándalo a los primeros, das un nuevo escándalo a los otros? Además, el escándalo ocurrido por la intención de adelantar en la virtud es mucho más soportable y más leve que aquel que piensas cometer volviendo, por una especie de apostasía, a un género de vida más imperfecto. Digo más: en hacer lo que creías que era mejor, aunque con algún escándalo de tus hermanos, satisficiste a tu conciencia más que si hubieras permanecido, contra los remordimientos que tenías, en el lugar y en las

<sup>78</sup> Rom. 14, 22.

<sup>79</sup> SAN BENITO, Regl. c. 61.

prácticas de tu primera profesión, aunque habrías podido hacerlo con seguridad si hubieras podido poner tu conciencia en reposo.

51. Acabemos, pues, todas estas dificultades con lo que el Apóstol determina<sup>80</sup> tocante a aquellos que comen de la vianda y aquellos que no comen de ella, y digamos que quien se cree obligado en conciencia a dejar su monasterio por no faltar a la obligación de sus votos, no menosprecie al que no le deja, y que quien, conservándose en seguridad de conciencia y temiendo escandalizar a sus hermanos, permanece firme en su monasterio, no condene a aquel que le deja. Ved ahí la mejor respuesta que he juzgado poderos dar sobre este asunto, y que os pido recibáis con agrado, sin perjuicio de lo que otro más ilustrado que yo os pueda dar.

## CAPITULO XVII \*

### RESPONDE A CIERTAS DUDAS SACADAS DE LOS PADRES

52. Me preguntáis todavía por qué San Gregorio Papa no sólo no obligó a un cierto Venancio a volver a tomar el hábito de religioso que había recibido santamente y había dejado por impiedad, sino que también le admitió a la comunión general aunque permanecía en su apostasía<sup>81</sup>. O bien por qué San Agustín sometió en alguna manera el voto de castidad al estado de matrimonio, cuando, al parecer, sostuvo en el libro *De la virginidad* que el voto de continencia no impide que, si aquellos que le hicieron le violan después por la sugestión del diablo y llegan a casarse, el matrimonio permanezca siempre indisoluble<sup>82</sup>. Mas por el presente no tengo ni mejor ni más corta respuesta que daros que tal ha sido la opinión de estos santos obispos, y que a ellos toca ver si está suficientemente fundada. Pues, cuando se trata de los pareceres y de las acciones de estos ilustres Padres de la Iglesia, tengo el cuidado posible de no ser de otra opinión que el gran Apóstol, que no buscaba entre los dispensadores de los misterios de Jesucristo sino alguno que fuese fiel. Porque estoy seguro de que estos dos santos, ya hayan dicho esto de su propio sentimiento, ya por el espíritu de Dios, han sido fieles así en este punto como en todos los otros: el

<sup>80</sup> Rom. 14, 3.

\* PL 182, 888.

<sup>81</sup> L. I, carta 33, y l. 9, cartas 25 y 31.

<sup>82</sup> I Cor. 4, 2.



primero, distribuyendo lo que tenía entre sus manos, y el segundo, publicando sus opiniones sobre esta materia <sup>s2a</sup>.

53. En fin, en cuanto a lo que me preguntáis todavía acerca de ciertos obispos a quienes el mismo papa San Gregorio hizo encerrar por algún tiempo en unos monasterios a causa de los grandes crímenes que habían cometido, es a saber, si permanecieron allí en su hábito o tomaron el de la religión, no sé nada de esto. Pero parece más creíble que no tuviesen ese venerable hábito, puesto que no le debían llevar siempre, no buscando el retiro de los monasterios sino para vivir en ellos con mayor quietud y hacer allí más fácilmente penitencia.

54. Mas todavía deseáis que os diga por qué, entre los demás estados de penitencia, el de la religión ha merecido siempre este privilegio de ser llamado un segundo bautismo. Yo creo que es porque aquí se renuncia perfectamente al mundo y se practica la vida espiritual de una manera más excelente y particular. Pues, elevado sobre todos los otros que hay en el mundo, hace a los que le abrazan y le aman semejantes a los ángeles y diferentes de los otros hombres. O, diciendo mejor, retrata en los hombres la imagen de Dios, dándonos, como el bautismo, la forma y la figura de Jesucristo. De suerte que somos como bautizados segunda vez cuando, mortificando nuestros miembros, que están sobre la tierra, somos nuevamente revestidos de Jesucristo y como injertados en él en una nueva semejanza de su muerte. Y así como en el bautismo somos sacados de la potencia de las tinieblas y trasladados al reino de las claridades eternas, así en esta vida nueva, que es como un segundo nacimiento, salimos de las tinieblas no del sólo pecado original, sino de muchos pecados actuales, para entrar en la luz de las virtudes, verificándose en nosotros estas palabras del Apóstol: *La noche ha precedido y el día ha venido* <sup>s3</sup>.

<sup>s2a</sup> Esta cuestión, antiguamente tan debatida, ya no tiene ninguna dificultad. El voto de castidad es simple o solemne. Si una persona está ligada con voto simple y contrae matrimonio, éste es ilícito, pero válido. Mas, si está ligada con voto solemne—o simple, equiparado, en cuanto al efecto, al solemne por disposición de la Santa Sede—e intenta contraer matrimonio, éste es ilícito e inválido, o sea, nulo. En este caso no hay matrimonio, sino un simple concubinato sacrílego.

<sup>s3</sup> Rom. 13, 12.

## CAPITULO XVIII\*

NO ESTÁ PERMITIDO A LOS MONJES MUDAR DE MONASTERIO  
DESPUÉS DE LA MUERTE DE SU ABAD

55. Todavía me pedís que os diga si el cambio de abad puede favorecer en alguna cosa el deseo de los monjes que tienen ansias de trocar de monasterio; es decir, si, por la muerte o deposición del superior, los inferiores adquieren mayor libertad para ir en este intervalo por donde quieran mientras otro abad no está establecido en el cargo del primero. Sobre lo cual respondo que no. Y la razón es que, cuando se hace en la iglesia, según la costumbre, la promesa de la profesión, se toma, sí, el testimonio de la presencia del abad, pero no se establece su duración sobre la longitud de su vida. La vida propia de aquel que hace el voto y no la de otro ninguno es la que hace la duración de la profesión. En fin, considerad que éste ha sido no sólo el parecer, sino también la disposición del legislador cuando dijo: "Si sucede que obra de otra manera—quiere decir de otra suerte que ha prometido—, sepa que será condenado por Dios, de quien se burla"<sup>54</sup>. Dice todavía: "El novicio no podrá ya en lo sucesivo disponer de su cuerpo". Y en otra parte: "Perseverando en el monasterio hasta la muerte"<sup>55</sup>. Así, fuera del caso que hemos exceptuado más arriba, sepa el monje que no le está permitido dejar de su propio movimiento el lugar de su profesión antes de su muerte bajo cualquiera pretexto que sea; de otro modo, se hará culpable y se expondrá a la condenación, porque hace falsa la fe que ha dado antes.

56. Pero vosotros pasáis todavía más adelante y me preguntáis qué será conveniente hacer si este religioso no puede permanecer en el monasterio sin conservar siempre una aversión secreta contra su abad a causa de que su elección no ha sido hecha según las reglas ni a gusto de los monjes. Ciertamente, eso me hace recordar la respuesta que los discípulos dieron en otro tiempo a nuestro Señor cuando les hablaba del estado del matrimonio: *Si es así, dijeron, no es ventajoso casarse*<sup>56</sup>. En efecto, son unos trabajos fuertes por una parte y por otra. Porque, si un hombre tiene una mujer a la que aborrece, nada hay más insoportable; y, si

\* PL 182, 890.

<sup>54</sup> SAN BENITO, *Regl.* c. 58.<sup>55</sup> SAN BENITO, *Regl.* prólogo.<sup>56</sup> Mt. 19, 10.

la despide, nada es más contrario al cristianismo. ¿No se encuentra en una pena semejante el que no puede ni dejar su monasterio por temor de violar su voto ni permanecer en él por temor de vivir allí en un odio continuo y perecer miserablemente? ¿Qué consejo daré a semejante hombre? ¿Le diré que se vaya de allí? No se lo permite su profesión. ¿Le diré que permanezca? No le es conveniente a causa de la aversión que le atormenta. Las dos cosas, pues, que me proponéis son igualmente molestas y peligrosas, de manera que cualquiera respuesta que os dé no os puede ser útil. Vosotros queréis que determine cuál de las dos cosas es más segura: o que un monje permanezca siempre en su monasterio con este afecto de aversión, bajo el mando de un superior que haya sido elegido contra las formas de elección, o que se vaya de allí a otro monasterio a fin de vivir en mayor sosiego. Mas no encuentro vuestra pregunta muy diferente de la que me hiciera un hombre que hubiera resuelto quitarse la vida echándose en el fuego o en un precipicio. ¿Cuál de estas dos muertes le aconsejaría yo que escogiese? En efecto, el que permanece en el odio, está abrasado por un fuego que le consume, y el que viola su voto, se echa en un precipicio. Con todo eso, vosotros mismos me dais el medio de salir de esta dificultad cuando en seguida explicáis que la elección del abad no ha sido hecha según las reglas al decir que habláis de una elección cuya irregularidad es tan oscura y tan embarazosa, que, si delante de Dios no se pueda dudar de ella, con todo eso, no puede tener un testimonio pleno delante de los hombres. También eso me recuerda esta sentencia del Sabio: *El que quiere dejar a su amigo busca pretextos*<sup>87</sup>. ¿Cómo podéis decir que una elección no es según las reglas cuando no se puede anular ni desechar según las reglas? Leemos que cuanto no se puede probar se debe tener como no hecho. Pero decís: ¿Quién podrá obedecer a un hombre que sabe que es indigno de su cargo, aunque su incapacidad no esté manifiesta? Amados hermanos, no podéis ignorar lo que habéis leído en vuestra regla y en la de la Verdad: *Los escribas y los fariseos se han sentado sobre la cátedra de Moisés; haced lo que os dicen, pero no hagáis lo que hacen*<sup>88</sup>.

<sup>87</sup> Prov. 18, 1.

<sup>88</sup> Mta. 13, 2. 3, y SAN BENITO, Regl. c. 4.

## CAPITULO XIX\*

RESPONDE BREVEMENTE A OTRAS DUDAS QUE LE HABÍAN  
PROPUESTO

57. Ahora, por lo que toca a lavar o mudar los hábitos a causa de las ilusiones de la noche, ved aquí en una palabra el consejo que os puedo dar. Puesto que hay diversas costumbres sobre esto en muchos monasterios, os aconsejo que siga cada uno lo que se practica en el lugar donde se halla. En cuanto a aquellos que han hecho profesión en muchos monasterios—de lo que casi me había olvidado—, me parece que ya hemos suficientemente respondido al hablar de la estabilidad del lugar, y no es necesario añadir otra cosa. Paso también algunas dificultades que me proponéis sobre los cánones, ya porque, siendo monjes, estas materias no nos tocan mucho, ya porque las podéis hallar fácilmente en los libros, si queréis tomar el trabajo de buscarlas.

58. Vengo, pues, a tres cuestiones que me proponéis en vuestra última carta. En la primera de las cuales me preguntáis qué aconsejaría a un hombre que estuviese enojado contra otro, no hasta el punto de quererle dañar por sí mismo, sino hasta tener satisfacción si le sucedía cualquiera desgracia; es a saber, si puede con seguridad de conciencia llegarse al altar en este estado o si debe retirarse hasta que su conmoción se haya pasado. ¡Ah! Dios me guarde de acercarme jamás al sacrificio de la paz con un espíritu altanero y de tocar, estando en cólera y rencor, un sacramento en que Dios reconcilia el mundo consigo. Ciertamente, no se recibe el presente que ofrezco sobre el altar si antes no he aplacado a mi hermano, a quien recuerdo haber ofendido. ¿Cuánto menos lo será si antes no me he aplacado yo mismo?

## CAPITULO XX\*\*

CONCILIA DOS TEXTOS DE SAN PABLO QUE PARECEN CONTRARIOS  
ENTRE SÍ

59. En cuanto a la otra cuestión que me proponéis sobre la contradicción que al parecer se encuentra entre estos dos pasajes de San Pablo: *Nuestro trato está en los cie-*

\* PL 182, 891.

\*\* PL 182, 892.



los <sup>89</sup>, y ese otro: *Mientras estamos en el cuerpo estamos alejados de Dios* <sup>90</sup>, es a saber, cómo puede suceder que, estando nuestra alma en su cuerpo, pueda a un mismo tiempo estar alejada del Señor y convivir con El en el cielo, el mismo Apóstol resuelve toda la dificultad cuando dice en otra parte: *Nosotros conocemos acá bajo en parte, y en parte profetizamos*. Pues, en cuanto conocemos contemplando las cosas como presentes, estamos ya con el Señor; pero, en cuanto profetizamos de las cosas todavía como futuras creyendo las que no entendemos y esperando las que no vemos, estamos alejados de Dios, permaneciendo en el cuerpo. Mas, *cuando haya venido lo perfecto*, es decir, la plenitud de la gloria que debe cumplirse en la resurrección, *entonces será destruido lo que es imperfecto* <sup>91</sup>, es decir, toda la corrupción del cuerpo, de la cual viene, sin duda, este alejamiento de Dios, que permanece todavía, en parte, en nuestro cuerpo. De este miserable estado se queja el mismo Apóstol con gemidos y suspiros cuando dice: *Miserable de mí, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?* <sup>92</sup>. No se queja simplemente del cuerpo, sino del cuerpo de esta muerte, es decir, de esta corrupción que dura todavía, dando a entender que no es el cuerpo, sino las miserias del cuerpo, las que causan que estemos alejados de Dios. Porque *el cuerpo*, dice la Escritura, *que está sujeto a la corrupción, grava al alma* <sup>93</sup>. No es, pues, simplemente el cuerpo, sino el cuerpo corruptible; de suerte que no es la naturaleza, sino la corrupción del cuerpo, la que nos grava y oprime. De donde viene que los que gimen en sí mismos, esperan la redención de sus cuerpos <sup>94</sup>, mas no su destrucción. Y así, con razón, hallándonos oprimidos por las miserias de este cuerpo más bien que por su unión, deseamos la separación para estar con Jesucristo <sup>95</sup>, a fin de que este destierro, que permanece aquí en parte, tenga fin, y nuestra morada en el cielo, que está ya comenzada en parte desde este mundo, reciba su última perfección.

60. O bien, si lo queréis, *nuestro trato está en los cielos*, en el mismo sentido en que dice el Apóstol que *estamos ya salvados por la esperanza* <sup>96</sup>. Así, moramos ya en el cielo por la esperanza, aunque estemos todavía realmente separados de Dios al permanecer sobre la tierra y en el cuerpo. Todavía se puede decir de otra manera. Podemos a un tiempo mismo estar unidos a nuestro cuerpo y a Dios; a nuestro cuerpo, vivificándole y dándole el sentimiento, y a Dios, creyendo en él y amándole. Pues nuestra alma no está más

<sup>89</sup> Phil. 3, 20.

<sup>90</sup> 2 Cor. 5, 6.

<sup>91</sup> 1 Cor. 13, 9. 10.

<sup>92</sup> Rom. 7, 24.

<sup>93</sup> Sap. 9, 15.

<sup>94</sup> Rom. 8, 23.

<sup>95</sup> Phil. 1, 23.

<sup>96</sup> Rom. 8, 24.

presente en el cuerpo, que vivifica, que en lo que ella ama. A no ser que se quiera creer que está más donde está retenida a pesar suyo y por necesidad que allí adonde se va voluntariamente y con placer. En fin, *vuestro corazón está donde está vuestro tesoro*<sup>97</sup>. Y, si el alma que ama a Dios recibe de El la vida, como el cuerpo la recibe de ella, ¿cómo se puede decir que está más presente donde da la vida que donde la recibe? La caridad es el origen de la vida, y yo no sabría decir que un alma esté viva sin beber de esta fuente. ¿Y cómo puede beber si no está presente a este manantial mismo, que es la caridad, la cual es el mismo Dios? Aquel, pues, que ama a Dios, en cuanto le ama, le debe estar presente; y está tanto más alejado de él cuanto menos le ama. Y es cierto que le ama otro tanto menos cuanto más ocupada está aquí bajo en los cuidados de la carne. Porque ¿qué otra cosa es esta ocupación de las miserias del cuerpo sino un alejamiento de Dios? ¿Y qué es este alejamiento sino una peregrinación y una separación? Nosotros, pues, estamos separados de Dios y estamos alejados de El mientras estamos en este cuerpo, que estorba con sus miserias la unión de nuestro espíritu a causa de los continuos cuidados que le da.

61. Hacia el fin de vuestra carta segunda me preguntáis cuál es mi sentir acerca de esta promesa que se lee en el Evangelio: *Vuestra recompensa es grande en el cielo*<sup>98</sup>, admirados de que San Agustín haya dicho sobre este asunto que no es menester entender que Jesucristo haya hablado en este lugar de los cielos corpóreos que nosotros vemos, para que no parezca que ha establecido nuestra recompensa en unas cosas pasajeras y sujetas a mutación, sino que ha querido hablar de un firmamento que sea todo espiritual. Sobre lo cual no sabéis, según decís, qué debéis creer. Pero si hacéis reflexión sobre lo que hemos leído en la Escritura: *El reino de Dios está dentro de vosotros*<sup>99</sup>; y también: *Jesucristo habita en vuestros corazones por la fe*<sup>100</sup> como un rey en su reino; y también que los males de esta vida no son nada en comparación de la gloria futura que se manifestará en nosotros<sup>101</sup>, no se dice que se nos manifestará como alguna cosa exterior fuera de nosotros, sino que se manifestará en nosotros, como que permanece ya en nosotros aunque no aparezca todavía. Y en otra parte: *Toda la gloria de la Hija del Rey viene de adentro*<sup>102</sup>; *El hombre elevará su corazón muy alto*<sup>103</sup>; *Ha dispuesto grados en su corazón*<sup>104</sup>;

<sup>97</sup> Mt. 6, 21.

<sup>98</sup> Lc. 6, 23.

<sup>99</sup> Lc. 17, 21.

<sup>100</sup> Eph. 3, 17.

<sup>101</sup> Rom. 8, 18.

<sup>102</sup> Ps. 44, 14.

<sup>103</sup> Ps. 63, 8.

<sup>104</sup> Ps. 83, 6.

y, en fin, *el alma del justo es la silla de la Sabiduría*<sup>105</sup>, la cual ha dicho de sí misma: *El cielo es mi morada*<sup>106</sup>. Si vosotros, repito, consideraréis bien todos estos pasajes de la Escritura y otros muchos semejantes a ellos, no dudo que trataréis más bien de entrar en vosotros mismos para encontrar allí el reino de Dios y su justicia, que de salir hacia fuera o de elevaros sobre vosotros mismos. Mas, cuando hablo de lo que está fuera de vosotros o sobre vosotros, entiendo que hablo de la situación de lugar, según la cual, como el cielo está fuera de la tierra, así también el sol, la luna y las estrellas están sobre ella. Así, pues, las mismas cosas que están en nosotros por la sutileza de su naturaleza espiritual, están también sobre nosotros por la eminencia y dignidad de su ser y están fuera de nosotros por la extensión infinita de su majestad. Mas esto es demasiado elevado, y sería necesario lo tratase más exactamente otro hombre más docto y en un discurso más largo. Juzgo que no debí pasar los límites de una carta en esta obra; mas, a lo que veo, la materia me ha llevado más lejos que lo pensaba. Así, vosotros la llamaréis como más os agrade, carta o tratado. Pero, por lo que a mí toca, sea en muchas palabras o en pocas, debí procurar, como lo he hecho, satisfacer a lo que habíais deseado de mí.

<sup>105</sup> Sap. 7, según los LXX

<sup>106</sup> Is. 66, 1.

A GUILLERMO, ABAD DE SAINT THIERRY

*La orden de Cluny—benedictinos negros—, tan floreciente bajo el gobierno de San Hugo, cayó en un triste relajamiento poco después de su muerte. San Bernardo, que lo veía y lo sentía en el alma, no dejó de hacer caritativas pero enérgicas reconvenciones. Algunos de sus discípulos, en cambio, no guardaron las leyes de la caridad, y llegaron a menospreciar a los cluniacenses. Estos pusieron el grito en el cielo y se quejaron amargamente de San Bernardo. En estas circunstancias intervino Guillermo, abad cluniacense de Saint Thierry, amigo íntimo de San Bernardo, y le pidió amistosamente una justificación. El santo abad de Claraval contestó con su "Apología". Fué escrita, probablemente, en 1121, siendo abad de Cluny el relajado Poncio o Hugo II.*

## P R O L O G O

Recibo gustoso el mandato que me hace de trabajar en alguna obra que pueda extinguir el escándalo que se ha levantado en el reino de Dios. Mas no comprendo bien todavía en qué manera quiere que lo haga. Pues, leyendo y volviendo a leer siempre con gusto nuevo su dulcísima carta—en efecto, cuanto más la leo, más me agrada—, he comprendido que desea que dé alguna satisfacción a los que se quejan de nosotros, como de personas que hablan mal de la orden de Cluny, a fin de que cada uno sea informado de que todo lo que se ha creído o querido creer sin razón de nosotros hasta el presente no es de ningún modo verdad. Mas, si después de una tal satisfacción, empiezo otra vez, como me lo ordena, a reprender la superfluidad de su alimento y de sus hábitos con los otros abusos que me advierte, sin duda parecerá que me contradigo a mí mismo; no veo tampoco enteramente cómo lo pueda hacer sin un nuevo escándalo, a menos que declare que la orden es de todos modos loable en sí,



que quienes la reprenden son muy reprehensibles y que, con todo eso, no desisto de reprender los abusos que aquí se pasan. Si de esta manera o de otra más conveniente quiere que me explique, hágame la gracia de mandármelo más claramente y suplique al Señor con instancia que yo pueda hacer lo que usted desea. Le prevengo, sin embargo, que todo este comercio de frecuentes escritos me trae no poco daño, porque, haciéndome interrumpir muchas veces el ejercicio de la oración, se disminuye en mí el espíritu de devoción, especialmente no teniendo ni facilidad ni tiempo para escribir.

## CAPITULO I\*

### PROTESTA QUE ÉL Y LOS SUYOS ESTÁN MUY LEJOS DE HABLAR MAL DE UNA ORDEN RELIGIOSA

*El hermano Bernardo, siervo inútil de los monjes que están en Claraval, saluda en nuestro Señor al venerable Guillermo.*

1. Siempre que me pidió una obra nueva, o no condescendí o condescendí forzado. Y no porque hiciese poco caso de lo que me ordenaba, sino porque no me atrevía a emprender lo que excedía mi conocimiento. Mas hoy que un nuevo motivo me estrecha, mi primera retención se desvanece y, dándome la necesidad más atrevimiento, estoy obligado a satisfacer a mi dolor, ya pueda hacerlo con suceso, ya no lo pueda sin confusión. En efecto, ¿cómo es posible que oiga sin hablar una sola palabra las grandes quejas que nacen de nosotros, echándonos en cara que, siendo tan miserables como somos, intentamos juzgar el mundo desde el fondo de nuestras cavernas<sup>1</sup> y bajo de nuestros hábitos rudos y groseros? ¿Y, lo que nos es todavía más insoportable, que tratamos de hablar mal de su orden ilustre, de desgarrar con impudencia la reputación de los santos hombres que en ella tienen una vida muy virtuosa y de insultar desde la obscuridad de nuestra bajeza a las más resplandecientes antorchas de la tierra? ¿Que, bajo los vestidos de ovejas, osamos no como lobos rapaces, sino como picantes pulgas o como polilla que todo lo destruye, corroer en secreto la vida de los hombres de bien, no osando hacerlo en público? ¿Y que, no teniendo el atrevimiento de formar una invecti-

\* PL 182, 89S.

<sup>1</sup> Hebr. 11, 3S.

va, nos contentamos con el murmullo de la detracción? Si eso es así, ¿de qué nos sirve estar todos los días en la mortificación y ser mirados como ovejas destinadas al matadero?<sup>2</sup> Si con una soberbia de fariseos menospreciamos de este modo a los demás y, lo que es todavía más arrogante, a aquellos que son mejores que nosotros, ¿de qué nos sirve esta abstinencia y esta austeridad tan grande de nuestra vida, esta diferencia y vileza tan grande de nuestros hábitos, estos sudores diarios en el trabajo de manos, este ejercicio continuo de ayunos y vigiliass, en fin, esta profesión que hacemos de pasar toda nuestra vida en una austeridad tan particular? ¿A no ser que hagamos todas nuestras acciones con el designio de ser vistos por los hombres! Mas Jesucristo protesta: *Os digo de verdad que han recibido su recompensa*.<sup>3</sup> Ciertamente, si la esperanza que nosotros tenemos en Jesucristo no pasa de esta vida, ¿no somos los más miserables de todos los hombres?<sup>4</sup> Y, si no buscamos más que la gloria temporal por el servicio que rendimos a Jesucristo, ¿no manifestamos que no esperamos en Jesucristo sino para esta vida?

2. ¿Qué hombre tan miserable y malo soy yo, que tomo tantas penas y cuidados para no ser o, más bien, para no parecer como los demás hombres, y que debo recibir, con todo eso, menos recompensa o aun ser más gravemente castigado que otro alguno de los hombres? ¿Qué? ¿No se hallaba para nosotros—si me atrevo a hablar de esta suerte—un camino más soportable para descender a los infiernos? Si era una necesidad para nosotros el ser precipitados allí, ¿por qué, a lo menos, no escogeríamos este camino ancho de la mayor parte del mundo, que conduce a la muerte, para pasar de la alegría, y no de los llantos, a otra mansión de llantos? ¡Oh! ¿Cuánta mayor dicha es la de aquellos que no tienen inquietudes por el pensamiento de su muerte; cuyas aficciones no son duraderas; que no toman parte en las miserias de los otros ni son afligidos con el resto de los *hombres*, quienes, aunque pecadores y destinados a los suplicios eternos por los placeres temporales que tienen acá abajo, se encuentran a lo menos durante esta vida en la abundancia de las riquezas!<sup>5</sup> ¡Ay de aquellos que llevan la cruz no como el Salvador llevó la suya, sino como el Cireneo la de otro!<sup>6</sup> ¡Ay de estos instrumentistas que tañen no, como los del Apocalipsis, con sus propios instrumentos<sup>7</sup>, sino más bien, como los hipócritas, con las arpas de otros. ¡Ay una y dos veces de estos pobres soberbios! ¡Ay!, digo otra vez,

<sup>2</sup> Ps. 43, 22.

<sup>3</sup> Mt. 6, 5.

<sup>4</sup> I Cor. 15, 19.

<sup>5</sup> Ps. 72, 4. 5. 12.

<sup>6</sup> Mt. 27, 32.

<sup>7</sup> Apoc. 14, 2.

¡ay de estas gentes que llevan la cruz de Jesucristo y no le siguen y, que teniendo parte en sus sufrimientos, no cuidan de imitarle en su humildad!

3. En efecto, estos hombres son oprimidos de una doble miseria, al afligirse en esta vida por una gloria temporal y al ser en la otra precipitados en los tormentos eternos por una soberbia interior y secreta. Han trabajado con Jesucristo y no reinan con él, han seguido a Jesucristo en la pobreza y no le poseen en la gloria. Han bebido acá abajo del torrente de las miserias, mas no elevarán su cabeza en el cielo. Lloran ahora y para entonces no serán consolados. Y con mucha justicia, porque ¿qué hace la soberbia bajo los paños de la humildad de Jesucristo? ¿Qué? ¿La malicia humana no puede encontrar para cubrirse otra cosa que las mantillas con que la infancia del Salvador fué envuelta? ¿Y por qué se esconde en la cuna de nuestro Señor el orgullo disfrazado y, en vez de los gritos infantiles de la inocencia, no hace oír sino las quejas de la murmuración? Estos grandes soberbios del salmista, cuya iniquidad no sale sino de una grande abundancia, ¿no están a cubierto, por su malicia y por su impiedad<sup>s</sup>, más seguramente que nosotros estamos escondidos bajo de una santidad extraña? Porque ¿quién es más impío: aquel que publica su iniquidad o aquel que la disfraza con las apariencias de la virtud? ¿Por ventura no es éste, el cual, añadiendo una mentira a su crimen, comete una doble impiedad? Pero ¿qué más diré? Temo mucho hacerme sospechoso no a usted, padre mío, no a usted, que me conoce tanto cuanto puede un hombre en la obscuridad de esta vida, y particularmente sabiendo que no ignora de ningún modo lo que pienso sobre este asunto, sino a aquellos que no me conocen como usted me conoce y que no me han oído hablar, como yo suelo hablarle, desde mi soledad. Le escribo, pues, lo que usted me ha oído muchas veces a fin de que, no pudiendo ir a buscar ni satisfacer a cada uno en particular, tenga usted a mano con qué persuadirles de la verdad con toda la seguridad y certidumbre que tiene de todos mis sentimientos particulares. Tampoco recelo exponer por escrito, a los ojos de todo el mundo, lo que le he dicho al oído sobre este asunto.

---

<sup>s</sup> Ps. 72, 6. 5.

## CAPITULO II\*

SAN BERNARDO SE PURIFICA DE LAS CALUMNIAS QUE LE IMPONEN  
Y ALABA A LA ORDEN DE CLUNY

4. ¿Quién me ha oído jamás declamar en público o murmurar en secreto contra esta orden? ¿Hay uno de esta misma orden que no haya siempre mirado con buenos ojos, que no haya recibido con honor, a quien no haya hablado con respeto y a quien no haya exhortado con humildad? Lo he dicho ya y lo vuelvo todavía a decir: su manera de vida es santa, honesta, enriquecida con la castidad, recomendable por la prudencia, instituída por los Padres, ordenada por el Espíritu Santo y muy útil para la salvación de las almas. ¿Es posible que reprenda o que menosprecie una orden que alabo de esta suerte? Me acuerdo haber sido recibido en otro tiempo como huésped en alguno de sus monasterios. Pido a Dios que haga con sus siervos las bondades que ellos me han manifestado en mi enfermedad aún más allá de la necesidad y también el honor con que me han tratado sobre mis méritos. Me he encomendado a sus oraciones, he asistido a sus conferencias, he tenido frecuentemente con muchos de ellos discursos sobre la Escritura santa y sobre la salvación de las almas tanto en público, en su capítulo, como en privado, en el aposento de los huéspedes. No se encontrará uno a quien haya disuadido, ni en público ni en privado, de permanecer en esa orden ni de venir a la nuestra. Al contrario, lo he estorbado a muchos que querían colocarse entre nosotros; y, después de haberse presentado y haber hecho todas las instancias posibles, les he despedido. ¿No he devuelto al monje Nicolás al monasterio de San Nicolás y remitido entre sus manos a dos de los suyos, de lo que usted es testigo fiel? Y, por lo que se refiere a esos dos abades de su orden, que usted conoce muy bien, sin que yo esté obligado a nombrarlos, y con quienes sabe hasta qué punto estoy unido por la amistad, ¿no es cierto que, deseando pasarse a otra orden y habiendo tomado ya esta resolución, como usted no ignora, los hice desistir de este designio y les estorbé que dejasen sus abadías? ¿De dónde viene, pues, el que se crea y se publique que reprendo una orden, cuando persuado a mis amigos a rendirla servicio, a la que devuelvo sus monjes que querían venir a vivir entre nosotros y cuyas oraciones pido con tanta instancia y recibo con mucha devoción?

\* PL 182, 600.



## CAPITULO III\*

## LA DIVERSIDAD DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS NO PERJUDICA A LA CONEXIÓN DE LA CARIDAD

5. Tal vez se me tenga por sospechoso en su orden porque vivo en otra observancia que la suya. Mas por esta misma razón podría yo también decir que la nuestra es desacreditada por cualquiera que vive de otro modo. ¿Se creerá, pues, igualmente que las personas que viven en la continencia y aquellas que se hallan en el estado de matrimonio se condenen recíprocamente porque tienen cada una en la Iglesia sus leyes particulares? ¿Se dirá también que los monjes y los clérigos regulares son opuestos los unos a los otros porque son diferentes en sus observancias? ¿Y tendremos nosotros motivo para dudar todavía si Noé, Daniel y Job podrán soportarse en un mismo reino, puesto que sabemos que no han ido por un mismo camino de santidad? En fin, ¿será preciso que Marta y María, ambas a un tiempo o una de las dos, no sean agradables a Dios porque la una y la otra pretenden agradarle por ejercicios de devoción tan desemejantes? ¿Y por esta razón se creerá que no hay paz alguna ni concordia en la Iglesia viéndola con tantas y tan diferentes órdenes, como la reina que pinta el salmista *revestida de variedad*?<sup>9</sup> En efecto, ¿qué reposo y qué seguridad se hallará en ella si, escogiendo cada uno una orden particular, viene a menospreciar a aquellos que tienen otro género de vida o a creerse menospreciado por los otros, especialmente no siendo posible que un mismo hombre sea de todas las órdenes o que una misma orden posea a todos los hombres? No soy tan ignorante que no distinga bien la ropa de José, no de aquel que libró a Egipto, sino de nuestro amable José, que ha salvado al mundo no sólo del hambre del cuerpo, sino de la muerte del cuerpo y del alma juntamente. Esta ropa es demasiado conocida, puesto que es policromada, es decir, muy agradable por la variedad de sus colores. Es verdad que parece ensangrentada, pero no de la sangre del cabrito, que simboliza el pecado, sino de la del Cordero, que representa la inocencia, es decir, de la suya propia y no de la de otro. Es éste el mismo dulcísimo Cordero que no sólo estuvo callado cuando se le despojó de su vellón, sino también

\* PL 182, 901.

9 Ps. 44, 10.

cuando le dieron muerte; que no cometió pecado, sino que borró todos los pecados del mundo. Ellos enviaron a algunos, advierte la Escritura, que dijesen a Jacob: Hemos encontrado esta ropa; *mira a ver si es la de tu hijo o no*<sup>10</sup>. Yo te digo lo mismo, Dios mío: mira a ver si ésta es la ropa de tu querido Hijo; reconoce, ¡oh Padre todopoderoso!, esta ropa de diversos colores que has hecho a Jesucristo al darle los unos por apóstoles, los otros por profetas, éstos por evangelistas, aquéllos por pastores y doctores, y todo lo demás que has añadido en este vestido admirable *para la consumación de los santos que llegan al estado de un hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Jesucristo*<sup>11</sup>. Reconoce todavía, si te agrada, ¡oh Dios mío!, la púrpura de esta preciosísima sangre de que ha sido rociada, y en esta púrpura una excelente señal y un testimonio muy glorioso de su obediencia. De donde viene esta pregunta del profeta: *¿Por qué está teñido de rojo tu vestido? Porque yo solo he pisado el lagar y nadie de entre los pueblos ha estado conmigo*<sup>12</sup>.

6. Por eso, habiéndose hecho obediente al Padre hasta el lagar de la muerte, donde se encontró solo—pues sólo le ha asistido su brazo, según esta palabra del salmista: *Yo estoy solo hasta que pase*<sup>13</sup>—, es muy justo, Dios mío, que le ensalces y le des un nombre sobre todo nombre, de suerte que todos los espíritus del cielo, de la tierra y de los infiernos doblen la rodilla al nombre de Jesús<sup>14</sup>, que suba a los cielos, que lleve consigo esta tropa que estaba cautiva en el limbo y que colme a los hombres de bendiciones<sup>15</sup>. ¿Cuáles bendiciones? Deje a la Iglesia, su Esposa, por prenda de amistad esta ropa de muchos colores que está sin costura y tejida de arriba abajo; que es de muchos colores a causa de la diversidad grande de muchas órdenes que comprende y está sin costura a causa de la perfecta unidad de su caridad indisoluble. *¿Quién me separará, dice, de la caridad de Jesucristo?*<sup>16</sup> Escucha todavía cómo es de muchos colores: *Hay, dice el Apóstol, muchas gracias diferentes, mas no hay sino un mismo espíritu; hay muchas operaciones, pero no hay sino un solo Señor*. Y seguidamente, después de haber referido muchas diferencias de gracias, como otros tantos colores de esta ropa, por donde se ve, sin duda alguna, que es policromada, a fin de mostrar aún que está sin costura y tejida de arriba abajo, añade: *Pero no hay más que un solo y mismo espíritu, que obra todas estas cosas distribuyendo a cada*

<sup>10</sup> Gen. 37, 32.

<sup>11</sup> Eph. 4, 11-13.

<sup>12</sup> Is. 63, 2. 3.

<sup>13</sup> Ps. 140, 10.

<sup>14</sup> Phil. 2, 9. 10.

<sup>15</sup> Eph. 4, 8.

<sup>16</sup> Rom. 8, 35.

uno según le agrada <sup>17</sup>. Pues la caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado <sup>18</sup>. No sea, pues, esta ropa dividida, sino que la Iglesia, por un derecho hereditario, la posea toda entera, puesto que de ella está escrito: *La reina está a tu diestra, adornada de una ropa de oro y rodeada de variedad* <sup>19</sup>. Así, cada uno recibe gracias diferentes; éste de una manera y el otro de otra, ya sean de la orden de Cluny, ya de la del Cister; ya sean clérigos regulares, ya fieles seculares; en fin, de cualquiera sexo, de cualquiera edad o condición, en todo lugar, en todo tiempo, desde el primer hombre hasta el último. Por esta razón su longitud descende hasta los talones, porque llega hasta el fin; de suerte, dice el profeta, *que no hay persona que no sienta su calor* <sup>20</sup>. Esta ropa es enteramente justa y conviene perfectamente a aquel para quien ha sido hecha y de quien la Escritura testimonia *que alcanza desde una extremidad hasta la otra con fuerza y dispone todas las cosas con suavidad* <sup>21</sup>.

#### CAPITULO IV \*

PROTESTA QUE, PERTENECIENDO A UNA SOLA ORDEN POR LA PROFESIÓN, ABRAZA TODAS LAS DEMÁS ORDENES POR LA CARIDAD

7. Es menester, pues, que todos concurramos en la unidad de esta única Ropa y que, estando compuesta de todos nosotros, permanezca única en sí misma. Digo única de todos, pues, aunque está hecha de muchas y diferentes partes, con todo eso, dice la Escritura: *Mi paloma, mi hermosa y mi perfecta es una* <sup>22</sup>. Porque no soy yo solo ni usted sin mí, ni este otro sin nosotros ambos, sino que todos juntos somos esta Ropa, con tal que todos cuidemos de guardar la unidad del espíritu en el lazo de la paz. No es solamente, repito, mi orden ni la suya sola la que pertenece a esta unidad, sino la mía y la suya juntamente. Si no es—lo que Dios no quiera—que, teniéndonos envidia los unos a los otros y dándonos golpes, nos desgarrremos y destruyamos recíprocamente <sup>23</sup>, y así el Apóstol no pueda presentarnos a Cristo como la casta Virgen que ha prometido a este único Esposo <sup>24</sup>. Pero advierta bien que aquella Unica dice en el Cántico: *Ha ordenado en mí la caridad* <sup>25</sup>, a fin de que, sien-

<sup>17</sup> 1 Cor. 12, 4, 5.

<sup>18</sup> Rom. 5, 5.

<sup>19</sup> Ps. 44, 10.

<sup>20</sup> Ps. 18, 7.

<sup>21</sup> Sap. 8, 1.

\* PL 182, 903.

<sup>22</sup> Cant. 6, 8.

<sup>23</sup> Gal. 5, 15.

<sup>24</sup> 2 Cor. 11, 2.

<sup>25</sup> Cant. 2, 4.

do única por la caridad, sea, con todo eso, diferente por la ordenación. ¿Qué? Yo soy de la orden del Cister; ¿luego es preciso que reprenda a los de la orden de Cluny? Dios me guarde de eso; al contrario, los amo, los alabo, digo de ellos todos los bienes del mundo. Mas dices tú: Si tienes de ellos pensamientos ventajosos, ¿por qué no eres de esta orden? Escucha, te ruego, la razón en lo que ha dicho el Apóstol: *Cada uno permanezca en la vocación a la que ha sido llamado*<sup>26</sup>. Y, si me preguntas todavía por qué desde el principio no la escogí si tenía de ella tan buena opinión, te respondo que también por la razón que el Apóstol ha dado en otro lugar: *Todas las cosas me son permitidas, mas no todas convenientes*<sup>27</sup>. No porque esta orden no fuera justa y santa, sino porque yo era carnal y estaba puesto bajo la servidumbre del pecado<sup>28</sup>. Y sentía mi alma en una languidez tan grande, que tenía necesidad de una medicina más fuerte. Es preciso usar de diferentes remedios para enfermedades diferentes y se necesitan los más fuertes para los males más peligrosos. Representáte dos enfermos, el uno de una fiebre cuartana, y el otro de una fiebre terciana. El primero exhorta al segundo a que no use sino agua, frutas y otros alimentos refrigerantes; mas, en cuando a sí, se abstiene de todo esto: bebe vino y toma el buen alimento, que le da calor y le es más provechoso. Pues ¿quién podría con justicia reprenderle de una tal conducta? Si su compañero le dijera: ¿Por qué no bebes agua, puesto que me lo aconsejas con tanto empeño? ¿No le respondería justamente: Por fidelidad de amigo te la aconsejo y por mi utilidad propia me abstengo yo de ella?

8. En fin, se podría preguntar por la misma razón por qué no soy de todas las órdenes, puesto que hablo de todas con elogio. En efecto, alabo y aprecio a todas aquellas en donde se tiene una vida pura y se ejercita la virtud. Con todo eso, no estoy unido más que a una por mi profesión, aunque lo estoy a todas por la caridad. Mas la caridad hará de suerte—hablo con confianza—que no sea privado del fruto de aquellas mismas cuyas observancias no guardo. Diré algo más todavía. Pon mucho cuidado en cómo te conduces. Bien puede suceder que trabajes inútilmente, mas no puede suceder que yo ame en vano el bien que practicas. ¡Oh! ¿Qué grande es la confianza de la caridad! Verás a uno que trabaja sin amar y a otro que ama sin trabajar. Aquél pierde su trabajo y su pena; la caridad de éste no se pierde jamás. Pero ¿qué maravilla que en este lugar de destierro

<sup>26</sup> 1 Cor. 7, 20.

<sup>27</sup> 1 Cor. 10, 22.

<sup>28</sup> Rom. 7, 14.



y en esta peregrinación de la Iglesia se encuentre, si me atrevo a hablar así, una cierta unidad numerosa y una cierta pluralidad única, puesto que en la patria misma, cuando esté en su reino, se encontrará una semejante especie de igualdad en alguna manera desigual? ¿De dónde viene que está escrito: *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre?*<sup>29</sup> Así, pues, como se encuentran en el cielo muchas moradas en una misma casa, así se ven sobre la tierra muchas órdenes diferentes en una misma Iglesia. Y así como hay acá abajo *muchas gracias diferentes y un solo y mismo Espíritu*<sup>30</sup>, así hay también en el cielo muchas diferencias de gloria en una sola casa. Además, la unidad sobre la tierra, igualmente que en el cielo, consiste en una misma caridad, mas la diversidad que se encuentra sobre la tierra viene de la grande diferencia de las órdenes o de las operaciones, mientras que en el cielo está establecida sobre una cierta distinción de méritos muy conocida y muy ordenada. En fin, entendiendo la Iglesia esta concordancia suya, en alguna manera discorde, y esta acorde discordia, dice: *Me ha conducido por los caminos de la justicia a causa de la gloria de su nombre*<sup>31</sup>. Pues, sirviéndose de la voz de caminos en plural y de la de justicia en singular, no ha querido pasar en silencio la diversidad de operaciones ni la unidad de los que trabajan. Y, previendo que esta misma unidad debe ser diversa en el cielo, canta con devoción: *Tus plazas, ¡oh Jerusalén!, serán pavimentadas con oro puro y se cantará aleluya por todas tus calles*<sup>32</sup>. Donde por estas palabras de plazas y de calles debes comprender la diversidad de las coronas y de la gloria, y por el solo metal de oro con que se describe el ornato de esta ciudad y el solo aleluya que se asegura cantarse allí, es preciso entender la belleza uniforme de especies diferentes y la devoción una de muchos espíritus.

9. No se marcha, pues, por un solo camino, porque no hay solamente una morada adonde se pretende llegar. Y, por tanto, tenga cada uno cuidado del camino por donde quiere ir; no sea que, por la diversidad de los caminos, se aparte del camino de la justicia, que es una; pues a cualquier morada que llegue, si tiene este verdadero camino, no será excluido de la única casa del Padre Eterno. Con todo eso, *como una estrella es diferente de otra en claridad, así es*, dice el Apóstol, *la resurrección de los muertos*<sup>32\*</sup>. Pues, aunque los santos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre, unos, con todo eso, resplandecerán más que

<sup>29</sup> Io. 14, 2.<sup>32</sup> Tob. 13, 22.<sup>30</sup> I Cor. 12, 4.<sup>32\*</sup> I Cor. 15, 41. 42.<sup>31</sup> Ps. 22, 3.

otros por la diversidad de sus méritos. De los cuales en esta vida no se puede hacer el justo discernimiento que se hace en la otra, porque no se ven aquí sino las apariencias solas de las acciones, mientras que en la otra nada impedirá que se vean al descubierto los corazones. Porque, lanzando el Sol de justicia sus rayos por todas partes, *los más secretos pensamientos de los hombres serán descubiertos* <sup>33</sup>. Y así como al presente *no hay persona que no esté tocada de su calor* <sup>34</sup>, así entonces no habrá uno que se pueda esconder de su luz. En fin, no hay ordinariamente cosa más incierta ni más peligrosa que el juicio que se hace de las obras exteriores, porque las acciones más resplandecientes no son siempre las más justas.

## CAPITULO V \*

### REPRENDE AGRIAMENTE A LOS RELIGIOSOS QUE TIENEN ENVIDIA Y QUE HABLAN MAL DE LAS OTRAS ÓRDENES

10. Esto me da ahora motivo para reprender a algunos religiosos de nuestra orden, a quienes se acusa de hablar mal de otras órdenes, contra la sentencia de San Pablo, que dice: *Guardaos de juzgar antes de que venga el Señor, quien esclarecerá lo que está oculto en las tinieblas y descubrirá los más secretos corazones* <sup>35</sup>; y, queriendo pasar ellos solos por justos, no están sometidos a la justicia de Dios. Ciertamente, si hay algunos de éstos, diré mucho más justamente que no son ni de nuestra orden ni de otra alguna. Hablando con tanto orgullo, aunque vivan en la observancia, se declaran ciudadanos de Babilonia, es decir, de la confusión y turbación, y aun hijos de las tinieblas y del infierno, de donde está desterrado el orden y en donde reside un horror perpetuo <sup>36</sup>. A vosotros, pues, hermanos, me dirijo; a vosotros, repito, que, después de haber oído de nuestro Señor la parábola del fariseo y del publicano, tenéis tan buena opinión de vuestra santidad, que no encontráis sino menosprecio para los demás; que os alabáis, según se dice, de ser los solos santos entre todos los hombres o, a lo menos, de ser más santos que todos los otros; que decís que no hay más monjes que vivan en las observancias regulares, y que los otros no son sino verdaderos transgresores de la Regla.

<sup>33</sup> I Cor. 4, 5.

<sup>34</sup> Ps. 18, 7.

\* PL 182, 904.

<sup>35</sup> I Cor. 4, 5.

<sup>36</sup> Job 10, 22.

11. Os pregunto primeramente: ¿Qué tenéis vosotros que mirar sobre los siervos ajenos? Su caída o su firmeza pertenece a su Señor; ¿quién os ha establecido jueces suyos? En segundo lugar, si tenéis tan buena opinión de vuestra orden como se dice, ¿qué orden hay en buscar con tanto cuidado una paja en el ojo de vuestro hermano antes de sacar la viga que se encuentra en el vuestro? Vosotros, que os gloriáis de vuestra Regla, ¿por qué habláis mal del prójimo, contra la ordenanza de la Regla? ¿Por qué juzgáis antes de tiempo, contra la prohibición del Apóstol? ¿Y a unos siervos que no son vuestros, contra las máximas del Evangelio? <sup>37</sup> ¿Consiste esto en que vuestra Regla no está acorde con el Evangelio ni con el Apóstol? Si eso fuera así, no sería una verdadera regla, puesto que no sería derecha. Vosotros, pues, que murmuráis de otras órdenes, contra el orden, escuchad y aprended el orden que es menester guardar. *Hipócrita*, dice el Señor, *quita primero la viga de tu ojo, y después buscarás el medio de sacar la paja del de tu hermano* <sup>38</sup>. ¿Preguntas qué viga es ésta? No hay viga más grande ni más gruesa que la soberbia, por la cual, creyendo que eres alguna cosa, aunque no seas nada, te aplaudes neciamente como si te hallases con una perfecta santidad, e insultas vanamente a los otros por una paja, tú que estás ciego por una viga entera. *Dios mío*, dices, *te doy gracias porque no soy como los demás hombres, injustos, ladrones, adúlteros* <sup>39</sup>. Prosigue todavía y di detractores. Esta paja no es la más pequeña entre las otras. ¿Por qué no dices una palabra de éstas, ya que tienes tanto cuidado de contar las otras? Si la tienes por cosa muy pequeña o por nada, escucha al Apóstol, que dice: *Ni los murmuradores poseerán el reino de Dios* <sup>40</sup>. Escucha también las amenazas que hace Dios por el salmista: *Te acusaré y te haré aparecer, tal como eres, delante de tus ojos* <sup>41</sup>. Pues es cierto, por las cosas precedentes, que habla en este lugar del murmurador. Con mucha justicia se le llama y se le hace reflexionar sobre sí mismo a quien, apartando sus ojos para no ver sus miserias particulares, sólo tiene curiosidad para buscar los defectos de los otros en vez de los suyos propios.

<sup>37</sup> Rom. 14, 4.

<sup>38</sup> Mt. 7, 3-5.

<sup>39</sup> Lc. 18, 21.

<sup>40</sup> I Cor. 6, 10.

<sup>41</sup> Ps. 49, 21.

## CAPITULO VI\*

## REPRENDE A AQUELLOS QUE JUZGAN TEMERARIAMENTE Y MURMURAN DEL MODO DE VIVIR DE LOS MONJES DE CLUNY

12. Mas dicen ellos: ¿Cómo se puede decir que guardan la Regla esos monjes que llevan los hábitos aforrados, que, estando sanos, comen carne o usan de la manteca, que en un día toman tres o cuatro platos, contra la prohibición de la Regla<sup>42</sup>, que no hacen el trabajo de manos que ella les manda<sup>43</sup> y, en fin, que truecan, aumentan y disminuyen muchas de sus observancias según su fantasía? Confieso que no se puede negar nada de eso. Mas reflexiona un poco sobre la Regla de Dios, a la cual la de San Benito no es de ningún modo contraria. *El reino de Dios*, dice el Evangelio, *está dentro de vosotros*<sup>44</sup>. Es decir, que no está en los hábitos ni en los alimentos del cuerpo, sino en las virtudes del hombre interior. Por lo que también ha dicho el Apóstol: *El reino de Dios no es el comer y el beber, sino la justicia, y la paz, y la alegría en el Espíritu Santo*<sup>45</sup>. Y en otra parte: *El reino de Dios no está en la palabra, sino en la virtud*<sup>46</sup>. Así, mientras levantáis una calumnia contra vuestros hermanos sobre las observancias corporales, abandonáis las cosas más importantes de la Regla, es a saber, las instituciones espirituales; y, devorando un camello sin dificultad, la tenéis en tragar un mosquito. ¡Extraño abuso! Se tiene gran cuidado de que el cuerpo esté vestido regularmente, y se deja al alma enteramente desnuda, contra la ordenanza de la Regla. No se quiere que el cuerpo quede sin su túnica y su ropa, y no se creería ser monje si faltase la una o la otra. ¡Eh! ¿Por qué no cuidamos también de revestir al alma con la piedad y con la humildad, que son sus verdaderos vestidos? Con nuestra túnica y nuestro orgullo tenemos aversión a los hábitos aforrados en pieles, como si la humildad envuelta y rodeada de pieles no sea mejor que la soberbia vestida de una sola túnica, especialmente habiendo Dios hecho túnicas de pieles a los primeros hombres<sup>47</sup>, habiendo llevado San Juan en el desierto un ceñidor de cuero<sup>48</sup> y habiendo vestido pieles y no túnicas en la soledad el institutor mismo de la túnica. Ade-

\* PL 182, 905.

<sup>42</sup> SAN BENITO, *Regl.* c. 39.<sup>43</sup> SAN BENITO, *Regl.* c. 48.<sup>44</sup> Lc. 17, 21<sup>45</sup> Rom. 14, 17.<sup>46</sup> 1 Cor. 4, 20.<sup>47</sup> Gen. 3, 21.<sup>48</sup> Mt. 3, 4.



más, ¿después que nosotros tenemos el vientre lleno de habas, y el espíritu, de soberbia, condenamos a los que están saciados de viandas? Como si no fuera más ventajoso tomar poco de un buen alimento para subsistir que hartarse de legumbres ventosas hasta vomitar. Esaú no fué reprendido por haber comido carne, sino unas lentejas <sup>49</sup>; Adán no fué juzgado por motivo de la carne, sino del árbol <sup>50</sup>, y Jonatás fué destinado a la muerte por haber gustado la miel, no la carne <sup>51</sup>. Al contrario, Elías comió carne sin ser culpable <sup>52</sup>, Abrahán alimentó con carne a los ángeles <sup>53</sup> y Dios mandó que se le hiciesen sacrificios con ella <sup>54</sup>. También es más razonable usar de un poco de vino a causa de la flaqueza del estómago que saciarse de una grande cantidad de agua con demasiada avidez. San Pablo aconseja a Timoteo beber un poco de vino <sup>55</sup>; nuestro Señor mismo usó de él hasta recibir por eso afrentas <sup>56</sup>. El mismo lo dió a beber a los apóstoles y de él hizo el sacramento de su sangre <sup>57</sup>. Al contrario, no quiso sufrir que se bebiese agua en las bodas de Caná <sup>58</sup> y castigó severamente la murmuración del pueblo por el asunto de las aguas de la contradicción <sup>59</sup>. También es cierto que David no quiso beber el agua que había deseado apasionadamente <sup>60</sup>; y los soldados de Gedeón que por demasiada ansia bebieron, echado el vientre sobre la tierra, en el arroyo no merecieron combatir con los otros <sup>61</sup>. En cuanto al trabajo de las manos, no tenéis gran motivo para gloriaros de él, puesto que nuestro Señor reprende a Marta por su trabajo y alaba a María por su reposo <sup>62</sup>. También San Pablo dice en alta voz: *El trabajo del cuerpo no sirve de mucho, mas la piedad es útil para todas las cosas* <sup>63</sup>. Un excelente trabajo es aquel de que habla el profeta: *He trabajado en mi gemido* <sup>64</sup>. Y en otro lugar: *Me he acordado de Dios, me he alegrado de eso y he sido ejercitado*. Y, a fin de que no penséis que habla de un ejercicio corporal, añade: *Y mi espíritu se ha encontrado en el desmayo* <sup>65</sup>. Pues, cuando es el espíritu y no el cuerpo el que se fatiga, entendemos que se habla de un trabajo espiritual.

<sup>49</sup> Hebr. 12, 16.

<sup>50</sup> Gen. 3, 17.

<sup>51</sup> 1 Reg. 14, 29.

<sup>52</sup> 3 Reg. 17, 6.

<sup>53</sup> Gen. 18, 7.

<sup>54</sup> Ex. 29, 1.

<sup>55</sup> 1 Tim. 5, 23.

<sup>56</sup> Mt. 11, 19.

<sup>57</sup> Mt. 26, 27.

<sup>58</sup> Io. 2, 3-9.

<sup>59</sup> Num. 20.

<sup>60</sup> 2 Reg. 23, 16.

<sup>61</sup> Jud. 7, 5-7.

<sup>62</sup> Lc. 10, 41. 42.

<sup>63</sup> 1 Tim. 4, 8.

<sup>64</sup> Ps. 6, 7.

<sup>65</sup> Ps. 76, 4.

## CAPITULO VII\*

## EL EJERCICIO DEL ESPÍRITU ES MÁS ÚTIL QUE EL DEL CUERPO

13. ¿Qué?, decís. ¿Ensalzas los ejercicios espirituales hasta reprender los corporales, que están ordenados por la Regla? De ningún modo. Pero es preciso practicar de tal suerte éstos, que no se venga a omitir los otros. Y en la necesidad de dejar los unos o los otros, se deben omitir antes los corporales que los espirituales. Pues cuanto es más excelente el espíritu que el cuerpo, otro tanto es más útil el ejercicio espiritual que el corporal. Así, cuando, ensalzando esta observancia corporal, insultáis a los que no la tienen en la práctica, ¿no os mostráis vosotros mismos más transgresores de la Regla? Os tenéis a las cosas que son menores y os dispensáis de las más excelentes, a las cuales nos exhorta el Apóstol en estos términos: *Aspirad a las cosas más perfectas* <sup>66</sup>. Murmurando de vuestros hermanos sobre una cosa de que os gloriáis, perdéis la humildad, y, despreciando a los otros, perdéis la caridad, las cuales seguramente son virtudes más excelentes. ¿Afligís vuestro cuerpo con trabajos reiterados y excesivos y mortificáis vuestros miembros que están sobre la tierra con las austeridades de la Regla? Estáis, a la verdad, en una buena práctica. Mas, si aquel a quien condenáis por no estar en el mismo trabajo que vosotros no deja de hacer algún ejercicio corporal que sirve de poca cosa y además se aplica, de diferente manera que vosotros, a la práctica de la piedad y de la virtud, que es útil para todas las cosas, os pido que me digáis quién de los dos guarda la Regla perfectamente. ¿No es más perfecto el que la guarda más perfectamente? ¿Y quién es más perfecto de los dos, el que es más humilde o el que está más fatigado del trabajo? ¿No es el que ha aprendido de nuestro Señor a ser manso y humilde de corazón <sup>67</sup> y con María Magdalena ha escogido la mejor parte, que jamás le será quitada? <sup>68</sup>

14. Y si creéis que todos los que han profesado la Regla deben de tal suerte observarla a la letra que no sufrís que se dispense la menor cosa de ella, os lo digo resueltamente, no la guardáis ni el uno ni el otro. Porque, si éste falta en muchas cosas que conciernen a los ejercicios corporales, es imposible también que vosotros no faltéis en al-

\* PL 182, 907.

<sup>66</sup> 1 Cor. 12, 31.<sup>67</sup> Mt. 11, 29.<sup>68</sup> Lc. 10, 42.

gunas. Y sabed que quien falta en una, es culpable de todas. Mas, si confesáis que se puede alterar alguna cosa con dispensa, ciertamente la guardáis tanto el uno como el otro, aunque de diferente manera. Vosotros con una gran exactitud, y aquél acaso con más discreción. Pero no digo todo esto como si se hayan de menospreciar las cosas exteriores o como si el que no las practica pueda hacerse por eso más espiritual, puesto que es muy difícil o casi imposible adquirir y obtener las espirituales, aunque más excelentes, si no es por medio de las corporales, según lo que dice el Apóstol: *No es lo espiritual lo que precede, sino que lo animal es lo primero, y después lo espiritual*<sup>69</sup>. Así, Jacob no mereció los abrazos de Raquel, que tanto había deseado, sino después de haber conocido a Lía. Por lo que dice el salmista: *Preparad los instrumentos para cantar los salmos y haced resonar los timbales*<sup>70</sup>, es decir, pensad en las cosas espirituales, mas comenzad por las corporales. Pero el más perfecto es el que se sirve de las unas y de las otras a tiempo o con discreción.

15. Convendría acabar aquí la carta a fin de que no excediese los límites ordinarios, puesto que he dicho suficientemente cuanto he podido, reprendiendo a los religiosos de nuestra orden, de quienes se queja, reverendo Padre, de que murmuran de la suya y justificándome yo, como debía, de las falsas sospechas que se tienen de mí. Mas porque, al no perdonar a los nuestros, parecería condescender con algunos de los suyos en lo que no es razonable, he creído que debía añadir aquí algunas pocas cosas que sé no le agradan y que deben reprobear absolutamente todas las personas timoratas; las cuales, a la verdad, aunque pasen en la orden, es cierto que no pertenecen a la orden. No hay orden en lo que admite desarreglo, y lo que es desarreglado no es orden. Por eso, no se debe creer que hablo contra la orden, sino, más bien, en favor de la orden, cuando reprendo no el orden en los hombres, sino los desórdenes de los hombres. Así, no temo en este caso que se enojen contra mí los que aman el orden; al contrario, no dudo que tendrán muy a bien que haga guerra a unos defectos que les desagradan. Y, si a algunos no les gusta ciertamente, muestran que no aman a la orden, cuyos defectos no quieren que sean reprendidos. Así, les opondré esta sentencia de San Gregorio: "Vale más ver el escándalo que abandonar la verdad"<sup>71</sup>.

<sup>69</sup> I Cor. 15, 46.

<sup>70</sup> Ps. 80, 3.

<sup>71</sup> Homil. 7 sobre Ez.

## CAPITULO VIII\*

REPRENDE CON VEHEMENCIA LOS ABUSOS Y LOS VICIOS  
DISFRAZADOS CON EL NOMBRE DE VIRTUDES

16. Se dice y se cree con verdad que los Santos Padres han instituido este género de vida. Y para que muchos puedan salvarse aquí han moderado el rigor de la Regla por los flacos, pero de ningún modo la han destruído. Dios me guarde de creer que ellos hayan ordenado o concedido todas las vanidades y superfluidades que veo en la mayor parte de los monasterios. No puedo admirarme lo bastante de dónde ha podido nacer entre los monjes una tan grande intemperancia en el beber y en el comer, en los hábitos y en los muebles, en las cabalgaduras y en la construcción de sus edificios, hasta el punto mismo de pensar que es más observado el orden y que hay más religión en los lugares en que estas cosas se practican más cuidadosamente, más deliciosamente y con mayor profusión. En efecto, se hace pasar el ahorro por avaricia, la sobriedad por un rigor y el silencio por un estado de melancolía. Al contrario, la relajación se toma por discreción, la prodigalidad por liberalidad, la lisonja por afabilidad, las risotadas por alegría, la delicadeza de los vestidos y el fausto de los caballos por honestidad, el demasiado aseo y superfluidad de las camas por limpieza. Y cuando estas cosas se comunican a otros, se llama caridad. Pero ciertamente esta caridad destruye la caridad y semejante discreción confunde a la discreción. No deja de estar llena de crueldad una misericordia que toma tanto cuidado del cuerpo y da la muerte al alma. Y a la verdad, ¿qué caridad hay en amar la carne y abandonar el espíritu? ¿Qué discreción en dar todo al cuerpo y nada al alma? ¿Qué misericordia en alimentar a la sierva y hacer perecer a la señora? Nadie espere por esta misericordia conseguir aquella misericordia que en el Evangelio está prometida a los misericordiosos por boca de la misma Verdad: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia* <sup>72</sup>. Más bien debe temer el castigo que el santo Job, por un espíritu de profecía y no por un motivo de imprecación, desea a esta impía misericordia, si me atrevo a

\* PL, 182, 908.

<sup>72</sup> Mt. 5, 7.



hablar así, cuando dice: *Su memoria sea abolida y sea él quebrado como un palo inútil*. Después añade la razón de esta pena tan justa: *Porque ha alimentado a la estéril y que no engendra y no ha hecho bien a la viuda*<sup>73</sup>.

17. Ciertamente es una misericordia enteramente desordenada y de ningún modo razonable emplear todos los cuidados y las vigiliass en dar satisfacción a los deseos de una carne estéril e infructuosa, que no sirve de nada, según lo que dice nuestro Señor<sup>74</sup>, y que no poseerá jamás el reino de los cielos<sup>75</sup>, según el Apóstol, y descuidar enteramente el consejo saludable que el Sabio nos da tocante al cuidado que se debe tener del alma cuando dice: *Ten lástima de tu alma, procurando agradar a Dios*<sup>76</sup>. ¡Oh! ¡Qué dichosa misericordia es tener lástima del alma! Sin duda, te alcanzará la misericordia por la que serás agradable a Dios. Otra misericordia no es, como he dicho, una misericordia, sino una crueldad; no es caridad, sino iniquidad; no es discreción, sino confusión; es regalar a una estéril, que es incapaz de engendrar, es decir, es servir a las concupiscencias de una carne inútil y no hacer algún bien a la viuda, quiero decir, no dar al alma socorro alguno para cultivar las virtudes. Pues, aunque en esta vida se encuentra como viuda y separada de su Esposo celestial, no deja, con todo eso, de concebir y de producir continuamente sentimientos inmortales por la operación del Espíritu Santo; los cuales son capaces de poseer un día la heredad celestial e incorruptible con tal de que tengan un piadoso obrero que los cultive bien.

18. Sin embargo, este abuso ha llegado a tal punto, que los desórdenes pasan ahora casi enteramente por la orden misma y casi todos tienen esta práctica sin reprensión alguna ni remordimiento de conciencia, aunque de una manera diferente. Algunos usan de estas cosas como si no usaran, y, por tanto, no pecan nada o muy ligeramente. Unos las practican por simplicidad, los otros por caridad, algunos por necesidad. Los que las practican con simplicidad, lo hacen así porque así se les ordena; están dispuestos a obrar de otro modo si de otro modo se les manda. Los otros lo hacen por no tener una vida diferente de la de aquellos con quienes habitan, no tanto buscando su propia satisfacción como la conservación de la paz con sus hermanos. Los terceros observan la misma práctica, porque no se atreven a resistir al gran número de los que tienen

<sup>73</sup> Iob 24, 20 21.

<sup>74</sup> Io. 6, 64.

<sup>75</sup> I Cor. 15, 50.

<sup>76</sup> Eccli. 30, 24.

diverso parecer y sostienen fuertemente estos usos como si fueran verdaderas observancias de su orden. De suerte que cuantas veces comienzan a cercenar o añadir alguna cosa según dicta la razón, éstos al punto se levantan y se oponen con todas sus fuerzas.

## CAPITULO IX\*

### COMPARA EL REGALO DE ALGUNOS MONJES CON LA ABSTINENCIA DE LOS ANTIGUOS

19. ¿Quién hubiera creído al comienzo de las órdenes monásticas que podrían degenerar los religiosos en tan gran tibieza? ¡Ah! ¡Cuán diferentes somos de aquellos que vivían en tiempo de San Antonio! Se visitaban de tiempo en tiempo recíprocamente con un espíritu de caridad y se comunicaban los unos a los otros el pan de las almas con tanto fervor, que, olvidándose enteramente del alimento del cuerpo, se pasaban muchas veces los días enteros en el ayuno corporal, pero con una plena saciedad de sus almas. Esto era el buen orden, pues satisfacían primero a la parte más digna; esto era la suma discreción, pues daban más a la que era más excelente; ésta era una verdadera caridad, pues alimentaban con tanto cuidado a las almas, por cuyo amor ha dado Jesucristo la vida. Mas, por servirme de las palabras del gran Apóstol: *Cuando al presente nosotros nos hallamos juntos, no comemos esta cena del Señor*<sup>77</sup>. No se halla ya persona que pida este pan celestial o que le distribuya. No se tiene conversaciones sobre las máximas de la Escritura santa ni sobre la salvación de las almas; no se oyen ya sino niñerías, chanzas y discursos que agitan el aire. Durante la mesa, a medida que la boca se llena de manjares, las orejas se sustentan de noticias, a las cuales dando toda la atención no se piensa en guardar la templanza en la comida.

20. Entre tanto, se sirven diferentes suertes de platos, y en lugar de las carnes, de que se abstienen, se doblan los servicios de peces grandes. Y, saciados de aquellos que se sirven los primeros, comienzan a comer los segundos como si no se hubiera tocado los otros. En efecto, ha estado todo tan bien sazonado por el gran cuidado e industria de los cocineros, que, después de haber comido de cuatro o de cinco platos diferentes, los primeros bocados no estorban a los últimos y la saciedad no disminuye el apetito. Porque, en-

\* PL 182, 909.

<sup>77</sup> I Cor. II, 20.

gañado el gusto por la novedad de los guisos y no acordándose ya casi nada de los que ha gustado, se deja llevar con un apetito enteramente nuevo a los otros, como si todavía estuviera en ayunas. El vientre, a la verdad, se carga, sin poner cuidado en ello, pues la variedad le impide el disgusto. Y, como se siente fastidio de las cosas en el puro estado en que la naturaleza nos las presenta, se las condimenta de diferentes maneras por la mezcla que se hace de unas y otras; y, menospreciando los sabores naturales que Dios ha dado, se irrita la gula por unos apetitos imaginarios, se pasan los límites de la necesidad y aun no queda vencido el placer que aquí se encuentra. A la verdad, ¿quién puede decir de cuántos géneros se condimentan y se alteran los huevos, sin hablar de otras cosas? ¿Qué trabajo y cuidado se toman por guisarlos, batirlos, hacerlos blandos y esponjosos, endurecerlos y partarlos? Ya se fríen, ya se cuecen sobre el fuego, ya se ponen con masa, ya se les bate todos juntos, ya se sirven uno por uno. Mas ¿a qué fin todas estas diferencias sino para estorbar el disgusto? Se trabaja también con mucha industria en transformar el exterior de las cosas para que la vista encuentre en ellas su placer no menos que el paladar. Y, aunque el estómago dé bastante a conocer por sus continuos eructos que está suficientemente lleno, con todo eso, la curiosidad no está harta todavía. Pero, mientras los ojos se prenden de los colores y el gusto de los sabores, el pobre estómago, para el cual los colores no tienen luces ni los sabores atractivos, obligado a recibir todo lo que se le da, queda más oprimido que confortado por el exceso del alimento.

21. ¿Qué diré ahora de la bebida del agua, cuando ni se quiere mezclarla con el vino? Todos nosotros, desde que llevamos la vida de monjes, sentimos la flaqueza de nuestros estómagos, y tenemos ya motivo para no olvidar el consejo necesario que da el Apóstol sobre el uso del vino. Mas no sé por qué se echa fácilmente en olvido el término de *poco* que añade allí <sup>78</sup>. Y ¡ojalá que nos contentásemos con un género de vino, aunque fuera puro! Mas me da vergüenza decirlo y es todavía más vergonzo el ejecutarlo. Pero, si te da vergüenza oírlo, no te dé el corregirte. Se ve en una misma mesa que se llevan y se vuelven tres o cuatro tazas medio llenas de vino a fin de que quien tiene el gusto más fino y conoce mejor su calidad, habiendo olido más bien que bebido y tocado más que sorbido, muchas clases de vinos, escoja entre todas el más fuerte y el más delicado. Pero ¿qué prodigioso abuso el de ciertos monasterios, donde dicen que se practica la costumbre de dar en el refectorio los días de

<sup>78</sup> 1 Tim. 5, 23.

gran fiesta vinos compuestos con miel y llenos de especias? ¿Diremos que se hace por la flaqueza del estómago? Yo no veo que pueda servir para otra cosa que para beber con más frecuencia y con más deleite. Mas, después que las venas están llenas de este vino y palpitantes en la cabeza, ¿de qué es capaz entonces el hombre sino de pasar desde la mesa a la cama? Y si obligas a estos hombres a levantarse con su indigestión para que vayan a maitines, sacarás de ellos suspiros en vez de canto.

22. Después que haya entrado en mi cama en este estado, si me preguntan qué tengo, responderé que estoy indispuesto; me quejo no del pecado de intemperancia, sino de que no puedo comer. Por lo demás, es una cosa enteramente ridícula, si es verdadera, lo que me contaron muchos; los cuales decían saberlo muy ciertamente, y yo creo que no se debe pasar en silencio. Me dijeron, repito, que muchos jóvenes monjes robustos y de una salud perfecta tenían la costumbre de dejar la comunidad y, sin estar malos, retirarse a la habitación de los enfermos y comer allí públicamente carne, que la Regla no concede sino apenas a los enfermos y a los que están enteramente débiles como reparación<sup>79</sup>, no para restaurar los menoscabos de un cuerpo debilitado por achaques notables, sino para satisfacer los deseos de una carne que se vuelve contra el espíritu. Yo os pregunto: ¿qué seguridad se puede hallar en poner las armas en tierra, como si el combate estuviese acabado y el enemigo vencido, mientras todavía se ve por todos los lados brillar las espadas y volar las flechas de los enemigos furiosos e irritados? ¿Qué seguridad puede haber en pasar el tiempo en largas comidas o en dar vueltas desnudo en una buena cama? ¿Qué flaqueza, ¡oh soldados valerosos!, buscar manjares delicados y dormir las dulces mañanas mientras vuestros compañeros, cubiertos de sangre, están lidiando con el enemigo? Mientras los otros, vuelvo a decir, velan noche y día, procurando redimir el tiempo, porque los días son malos, ¿vosotros, por lo contrario, pasáis las largas noches durmiendo y los días en la ociosidad de las conversaciones inútiles? ¿Qué? ¿Osáis decir que estáis en paz cuando no se encuentra la paz? ¿Por qué no os avergonzáis de la reprensión que os hace el Apóstol: *No habéis todavía combatido hasta derramar la sangre?*<sup>80</sup> ¿Por qué no despertáis a este espantoso golpe de trueno que os amenazaba? *Cuando se crean, dice, en paz y seguridad, les sorprenderá repentinamente la muerte, del mismo modo que los dolores de parto, y no podrán evitarla*<sup>81</sup>.

<sup>79</sup> SAN BENITO, Regl. c. 31. 39.

<sup>80</sup> Hebr. 12, 3.

<sup>81</sup> I Thess. 5, 3.



Es un remedio muy delicado ligar la parte antes que sea herida, quejarse de un miembro que no ha llevado todavía golpe, suavizar con unturas el lugar donde no se siente dolor y poner un emplasto en el sitio que no ha sido herido.

23. En fin, para distinguir a los enfermos de los sanos, se les ordena que lleven en la mano bastones, que, sin duda, les son necesarios, a fin de que este apoyo les sirva para manifestar una enfermedad que no se manifiesta por el mal color ni por lo flaco de la cara. ¿Diré que se debe reír o que se debe llorar esta especie de puerilidades? ¿Vivió así el gran Macario? ¿Enseñó semejantes cosas San Basilio? ¿Esto ha ordenado San Antonio? ¿Los Padres de Egipto han vivido de esta manera? En fin, ¿los santos Odón, Mayolo, Odilón y Hugo, que reconocen por cabezas y maestros de su orden, han tenido o han establecido una vida semejante a la suya? Mas todas estas grandes personas, si han sido unos santos, o más bien porque han sido unos santos, no se han apartado del Apóstol cuando dice: *Teniendo comida y vestido, estemos contentos*<sup>82</sup>. Al contrario, nosotros tenemos por comida diaria la hartura y no apetece el vestido, sino el ornato.

## CAPITULO X\*

### REPRENDE AGRIAMENTE EL LUJO Y LA HERMOSURA DE SUS HÁBITOS

24. Se busca para vestirse lo más delicado que se puede encontrar, no lo que es más útil; no lo que defiende del frío, sino lo que trae más motivo al orgullo; no, en fin, lo que se puede hallar más barato según la Regla<sup>83</sup>, sino lo que parece más bello y más brillante para la vanidad. ¡Ay, miserable de mí!, pues vivo todavía para ver el estado a que ha venido nuestra orden. Esta orden, repito, que ha sido la primera en la Iglesia o, más bien, que ha dado el principio a la Iglesia. Esta orden, la más semejante en la tierra a los órdenes de los ángeles en el cielo, la más próxima a la Jerusalén celestial, que es nuestra Madre, ya por el brillo de la castidad, ya por el ardor de la caridad; esta orden, que los apóstoles instituyeron y comenzaron aquellos que el Apóstol llama *santos*. Pues así como ninguno de estos santos retuvo nada de los bienes que le habían

<sup>82</sup> I Tim. 6, 8.

\* PL 182, 912.

<sup>83</sup> SAN BENITO, *Regl.* c. 55

pertenecido, así también *se daba a cada uno*, dice la Escritura, *aquello de que tenía necesidad* y no lo que él quisiera llevar por una vanidad pueril. Ciertamente, puesto que ninguno recibía más que lo necesario, no se permitía nada superfluo, ni, con más razón, nada curioso, ni pomposo. Se daba, dice el texto sagrado, *aquello de que se tenía necesidad*. Es decir, respecto de los vestidos, lo que bastaba para cubrir la desnudez y resistir al frío. ¿Pensáis que irían a buscar telas extraordinarias para los vestidos de cada uno? ¿O que cada cual tenía a mano para caminar una mula de doscientos escudos? ¿Pensáis que todas las camas estaban guarnecidas de cobertores delicados y de colchas de diferentes colores. cuando no se daba a cada uno sino lo puramente necesario? Yo no creo que se pudiese mucho cuidado sobre el precio, sobre el color, sobre el buen aire de los vestidos, puesto que todos los cuidados que se tomaban no eran sino por conservar la uniformidad de las costumbres, la unión de los corazones y el progreso de las virtudes. *Los fieles*, dice San Lucas, *tenían un mismo corazón y una misma alma*<sup>84</sup>.

25. ¿Se ve ahora en la práctica esta uniformidad de sentimientos? Nos derramamos enteramente por las cosas exteriores y, abandonando los bienes verdaderos y eternos del reino de Dios, que está dentro de nosotros, buscamos afuera una vana satisfacción en las vanidades y en las locuras engañosas. No solamente hemos perdido ya la virtud de la religión antigua, mas ni tenemos de ella la apariencia externa. En efecto, nuestro propio hábito—lo que no puedo decir sin un gran dolor—, que era en otro tiempo una señal sensible de la humildad que los antiguos monjes profesaban, es hoy un testimonio público de soberbia. Apenas se pueden hallar en nuestras provincias paños bastante preciosos para vestirnos. El soldado y el monje se hacen cortar vestidos y ropa de una misma tela. No hay seglar por alta posición que tenga, aunque sea rey o emperador, que no gustara de nuestros paños si estuviesen ajustados a su comodidad y a su moda.

26. Pero me decís: La religión no consiste en el hábito; está en el corazón. Bien dicho. Mas vosotros, cuando, por lograr con qué haceros vestidos, vais de ciudad en ciudad, andáis todos los mercados, corréis todas las ferias, entráis en todas las tiendas de mercaderes, revolvéis todos sus géneros unos después de otros, hacéis desplegar una infinidad de piezas de paño, las tocáis suavemente, las miráis de muy cerca, las ponéis a la luz, desecháis lo que os parece muy grosero o de mal color, y, hallada la tela que os gusta más por su delicadeza y lustre, hacéis cuanto podéis por rete-

<sup>84</sup> Act. 4, 35. 32.

nerla a cualquier precio, yo os ruego me digáis si hacéis todo eso por una inclinación del corazón o por mera sencillez. Y cuando, contra la ordenanza de la Regla, no ya compráis lo más barato, sino que buscáis con todos los cuidados imaginables lo que cuesta más caro, porque se encuentra más raras veces, ¿hacéis eso por ignorancia o bien de propósito deliberado? Ciertamente, todo lo vicioso que sale afuera no puede venir sino del fondo del corazón. Un corazón que es vano hace llevar a su cuerpo la divisa de la vanidad, y la superfluidad exterior es un testimonio de la vanidad que está en lo interior. La delicadeza de los vestidos manifiesta la molice del espíritu. Seguramente no se tomaría tanto cuidado del adorno del cuerpo si no se hubiera descuidado antes cultivar el alma con las virtudes.

## CAPITULO XI\*

DECLARA LA CAUSA POR LA QUE LOS SUPERIORES NO CORRIGEN  
LOS DESÓRDENES DE LOS INFERIORES. REPRENDE AGRIAMENTE  
EL LUJO Y LA POMPA DE LOS PRELADOS

27. Por lo demás, extraño mucho que, después de lo que dice la Regla, es a saber, que los maestros son responsables de todas las faltas que cometen los discípulos<sup>85</sup>, y de que nuestro Señor amenaza por el profeta que hará a los pastores dar cuenta exacta de la vida de todos aquellos que mueren en el pecado<sup>86</sup>, extraño mucho, repito, que nuestros abades toleren estos desórdenes. ¡Si no es acaso—apenas me atrevo a decirlo—porque ninguno tiene la resolución de reprender aquellas cosas de que él mismo sabe que es reprehensible! En efecto, es una indulgencia de todos el no enojarse extremadamente contra los otros sobre los asuntos en que uno mismo condesciende consigo. Lo diré; sí, lo diré. Me acusarán de presunción, mas diré la verdad. ¿Cómo se ha podido obscurecer la luz del mundo? ¿Cómo se ha hecho insípida la sal de la tierra? Aquellos cuya vida nos debe servir de camino para llevar a la vida se han vuelto ciegos y se han hecho conductores de ciegos cuando por sus acciones nos han dado el ejemplo de la soberbia. Pues, sin hablar de otras cosas, ¿qué género de humildad se halla en viajar con tanta pompa y tanto acompañamiento de caballeros, en tener alrededor de uno tan grande número de do-

\* PL 182, 913.

<sup>85</sup> SAN BENITO, *Regl. c. 2.*

<sup>86</sup> Ez. 3, 18.

mésticos peinados y enrizados, de suerte que el acompañamiento de un solo abad baste para componer el tren razonable de dos obispos? Se me podría acusar de mentira si no hubiese visto yo mismo a un abad que tenía en su séquito más de sesenta caballeros. Dirías al verlos pasar que eran algunos señores de castillos más que padres de monasterios, gobernadores de provincias más que directores de almas. Se hacen llevar consigo los manteles de la mesa, los vasos, los platos, los candeleros y las maletas llenas no de simples colchas, sino de lucidos adornos de cama. En fin, no se pueden apartar cuatro leguas de su casa sin que se lleven todo el equipaje, como si se marchasen al ejército o hubiesen de atravesar el desierto, en que no se puede encontrar nada de lo necesario para la vida. ¿No se podrían servir de un mismo vaso para echar agua en las manos y para beber el vino? ¿No podría lucir una candela aunque no estuviera en el candelero de oro o de plata que se hace llevar? ¿No se podría dormir sino sobre un lecho de diversos colores o bajo de una colcha de un país extranjero? ¿No serviría un mismo criado para atar el caballo, para servir a la mesa y hacer las camas? ¿Por qué, pues, no llevamos con nosotros todo lo necesario para una tan grande multitud de criados y de caballos a fin de no ser molestos a nuestros huéspedes?

## CAPITULO XII\*

REPRENDE EL LUJO Y EL ABUSO QUE SE COMETE EN LOS EDIFICIOS DE IGLESIAS Y CAPILLAS Y EN SUS ORNAMENTOS Y PINTURAS

28. Mas estas cosas son las menos considerables; yo paso a otras más importantes, pero que parecen menores, porque están más en uso. No hablo de la altura excesiva de los oratorios, de su longitud desmesurada, de su anchura superflua, de los ornamentos suntuosos, de las pinturas demasiado curiosas; las cuales cosas, atrayendo los ojos de los que vienen a orar, les quitan la devoción. A mí me representan en algún modo los antiguos usos de la Sinagoga. Yo quiero que todo eso se haga en honor de Dios; mas, como monje que soy, pregunto a los monjes lo que un pagano preguntaba a otros paganos: "Decidme, pontífices: ¿de qué sirve el oro en el santuario?"<sup>87</sup> Y yo os digo: Pobres de Jesucristo—pues no me atengo a la medida de los versos, sino al sentido—, decidme: si vosotros sois pobres, ¿para qué sirve el oro en

\* PL 182, 914.

<sup>87</sup> PERSIO, *Sat.* 2, v. 69



nuestra iglesia? A la verdad, hay una razón respecto de los obispos y otra respecto de los monjes. Siendo aquéllos deudores a los sabios y a los ignorantes, tratan de excitar la devoción de los pueblos groseros por los atractivos corporales no pudiendo excitarla lo bastante por los espirituales. Mas nosotros, que hemos salido de los pueblos, que hemos dejado por el amor de Jesucristo todo lo que es precioso y agradable en el mundo, que hemos mirado como basura todo lo que hay de más resplandeciente, de más brillante, de más oloroso, de más dulce, de más grato al gusto y al tacto y, en fin, todos los placeres del cuerpo por ganar a Jesucristo, ¿con estas cosas, pregunto, pretendemos excitar la devoción? ¿Qué fruto queremos sacar de todas ellas? ¿La admiración de los necios o la satisfacción de los simples? ¿O, más bien, porque, habiendo estado mezclados entre las naciones extrañas, nos hemos habituado a sus modos de obrar y todavía rendimos adoración a sus ídolos?

29. Y para hablar más abiertamente, ¿no hace todo esto la avaricia, que es una especie de idolatría, y no miramos al don que se nos hace antes que el fruto que debía resultar de ahí? Si me preguntáis cómo se hace esto, respondo que de una manera admirable. Hay cierta habilidad de sembrar la plata que la multiplica; se expende para aumentarla, y la profusión produce su abundancia. Pues la vista de estas vanidades suntuosas y brillantes anima a los espectadores a ofrecer su plata más que sus oraciones a Dios. Así, las riquezas quitan las riquezas y la plata atrae la plata, porque no sé de dónde nace que, cuanto más riquezas se ve, se siente mayor inclinación a ofrecer de las propias. Los ojos se recrean de ver las reliquias cubiertas de oro, y se abre al punto la bolsa; se muestra un excelente cuadro de un santo o de una santa, y se le juzga tanto más santo cuanto más brillo tiene. Al mismo tiempo, se pasa a besarlo; se exhorta a dar, y más se admira la belleza que se venera la santidad del cuadro o del relicario. Además, se cuelgan en las iglesias no coronas, sino unas ruedas de pedrerías rodeadas de lámparas, pero que no son menos resplandecientes por el brillo de las piedras que están entremezcladas con ellas. En fin, se ven, en lugar de candeleros, unos grandes árboles de metal de un peso extraordinario y de una obra rara, que no son menos brillantes por las luces que llevan que por las piedras que los enriquecen. ¿Qué fines pensáis hay en todas estas cosas? ¿La compunción de los penitentes o la admiración de los espectadores? ¡Oh vanidad de vanidades! ¡Pero que no es menos extravagante que vana! La iglesia resplandece en sus paredes y está necesitada en sus pobres. Sus piedras están vestidas de oro, y sus hijos abandonados a la desnudez.

Se deleitan los ojos de los ricos a expensas de los pobres. Los curiosos hallan aquí de qué satisfacerse y los necesitados no encuentran de qué sustentarse. ¿Por qué, a lo menos, no respetamos las imágenes de los santos que están grabadas sobre el pavimento que pisamos? Muchas veces se escupió en la boca de un ángel y alguna, los que pasan, desfiguran todo el rostro de un santo. ¡Y ya que no se tenga respeto a la santidad de estas imágenes, por lo menos se debería tener atención a la belleza de los colores! ¿Por qué hermoseáis lo que ha de ser manchado al primer día? ¿Por qué pintáis con la mano lo que se ha de borrar con los pies? ¿De qué sirven estas pinturas bellas que están expuestas a la inmundicia de un polvo continuo? En fin, ¿a qué vienen todas estas cosas para unos pobres, para unos monjes, para unas personas espirituales? ¡A no ser que, para responder al verso del poeta arriba citado, se quieran servir de estas palabras del profeta: *Señor, he amado la belleza de tu casa y el lugar de la residencia de tu gloria!*<sup>88</sup>. En cuyo caso, asiento a ello y no me opongo a que se sirvan de estas cosas en la iglesia, pues en estas circunstancias, aunque sean perjudiciales a las personas vanas y curiosas, no lo son, con todo eso, a las sencillas y devotas.

30. Pero no sé de qué pueda servir una cantidad de monstruos ridículos, una cierta belleza disforme y una deformidad agradable que se presenta sobre todas las paredes de los claustros a los ojos de los monjes que se aplican allí a la lectura. ¿A qué provecho estas rústicas monas, estos leones furiosos, estos monstruosos centauros, estos semihombres, estos tigres moteados, estas gentes armadas que se combaten, estos cazadores que tocan la trompeta? Se ven aquí muchos cuerpos bajo de una sola cabeza, y muchas cabezas sobre un mismo cuerpo. De un lado, se presenta una bestia de cuatro pies con la cabeza de una serpiente; del otro, la cabeza de un cuadrúpedo con cola de pez; en este lugar, un animal representa a un caballo, que es mitad cabra por detrás; en ése, otro con cuernos en la cabeza, que es mitad caballo por lo restante del cuerpo. En fin, se ve aquí por todas partes una tan grande y tan prodigiosa diversidad de toda suerte de animales, que los mármoles, más bien que los libros, podrían servir de lectura; y se pasaría aquí todo el día con más gusto en admirar cada obra en particular que en meditar la ley del Señor. ¡Ah! ¡Dios mío! Ya que no se tenga vergüenza de estas miserias, ¿por qué a lo menos no hay pesar por unos gastos tan necios?

<sup>88</sup> Ps. 25, 8.

## CAPITULO XIII\*

RECOGE EN COMPENDIO LOS MEDIOS QUE SE PUEDEN TOMAR PARA MANTENER MUTUAMENTE LA CARIDAD Y LA PAZ. TACHA DE INCONSTANCIA A LOS QUE SALEN DE SU ORDEN

31. Un asunto tan extenso como es éste me llevaría a continuar mi discurso; pero, mi querido Ogerio<sup>ssa</sup>, he desistido de hacerlo, ya por la inquietud que me traen mis continuas ocupaciones, ya por la precipitación de su partida, que no le permite detenerse aquí más largo tiempo ni tampoco volverse sin algún nuevo opúsculo de mis obras. Me rindo, pues, a lo que quiere; le dejo ir y abrevio mi discurso; especialmente viendo que es mucho más útil decir poco con paz que producir mucho con escándalo. ¡Y Dios quiera que lo que he escrito no escandalice a nadie; porque sé que, reprendiendo los desórdenes, he de dar ocasión de enojo a los que los cometen. Con todo eso, podrá suceder, queriéndolo Dios así, que algunos de aquellos que temería haber disgustado más agradezcan mi designio, si están en la resolución de corregirse de sus malos hábitos. Quiero decir: si los más estrechos observantes dejan de ser detractores y los que son más remisos dejan sus superfluidades; si cada uno se mantiene de tal suerte adicto al bien que practica, que no juzga a quien vive en otra observancia, si aquel que ha recibido ya la gracia de ser virtuoso no tiene envidia a los que lo son más que él; si, creyendo ése obrar más perfectamente que otro, no menosprecia la virtud de sus hermanos; si aquellos que pueden llevar una vida más austera ni desprecian ni imitan a los que no pueden llevarla; si aquellos, igualmente, que no pueden llevarla, no miran a los que lo pueden con tanta admiración, que se hagan temerarios queriendo imitarlos. Pues así como no está permitido a los que han profesado una Regla más estrecha venir a una vida más suave sin hacerse apóstatas, así no es conveniente a toda suerte de personas pasar de las menores observancias a las más grandes por temor de que caigan en el precipicio.

32. En efecto, sé de algunos de otras congregaciones e institutos que han venido para colocarse en nuestra orden y que, después de hacer grandes instancias, han entrado al

---

\* PL 182, 916.

<sup>ssa</sup> Canónigo regular; a él dirigió San Bernardo la carta 87 y siguientes. Seguramente era el correo que debía llevar la *Apología* a su destinatario, Guillermo de Saint Thierry.

fin en ella; los cuales, obrando de esta suerte, han dejado a sus hermanos el escándalo y nos le han traído a nosotros. Pues por su salida temeraria han puesto la alteración entre los suyos y también entre nosotros por su mala conducta. Y, porque menospreciaron con soberbia lo que practicaban y presumieron con temeridad lo que no podían practicar, Dios ha hecho conocer su flojedad por un fin digno de su poco valor al abandonar con descaro lo que habían emprendido con imprudencia y volver con vergüenza suya a lo que habían dejado con demasiada ligereza. Porque, no buscando nuestros claustros por el deseo de vivir mejor en nuestra orden, sino por la impaciencia que tenían en permanecer siempre en el suyo, muestran verdaderamente lo que son cuando con una veleidad enteramente inconstante, pasando de su orden a la nuestra y de la nuestra retornando a la suya, nos sirven a nosotros, igualmente que a ustedes y a todos los buenos, de motivo de escándalo. Y, aunque hemos conocido algunos que con la gracia de Dios han comenzado generosamente y con la misma perseveran todavía con mucho valor, con todo eso, es más seguro perseverar en el bien que hemos comenzado que no comenzar otro alguno en que no se pueda perseverar. Mas lo que merece principalmente nuestros cuidados es obrar de manera que, según el consejo del Apóstol, todas nuestras acciones se hagan en la caridad<sup>89</sup>. Ved ahí los sentimientos que tengo respecto de nuestra orden y de la suya y lo que acostumbro decir a nuestros monjes y a los suyos. De esta manera hablo no de ustedes, sino a ustedes; de lo cual no quiero otros mejores testigos que usted mismo y todos aquellos que me conocen como usted. Alabo y publico las cosas que merecen ser alabadas en sus hermanos; y, si veo a algunos de ellos que deben ser reprendidos, suelo persuadirle a usted y a otros que son mis amigos a trabajar en su corrección. Esto no es una detracción, sino una atracción al bien. Lo mismo le pido que practique respecto de nosotros en todas las ocasiones que se puedan presentar. Dios le guarde.

<sup>89</sup> I Cor. 16, 14.



# DE LA EXCELENCIA DE LA NUEVA MILICIA

DIRIGIDO A LOS CABALLEROS TEMPLARIOS DE JERUSALÉN \*

*La orden militar de los Templarios nació en Francia en 1118. Su aprobación definitiva por la Santa Sede en el concilio de Troyes, en 1128, se debió en gran parte a la influencia de San Bernardo. Algunos años más tarde, entre 1132 y 1136, escribió esta "Alabanza", a petición del primer gran maestre de la orden, Hugo de Paganis.*

## PROLOGO \*\*

*Bernardo, abad de Claraval, mas solamente de nombre, a Hugo, caballero de Jesucristo y gran maestre de la milicia cristiana, le desea que pelee un buen combate.*

Me pediste una, dos y tres veces, si no me engaño, Hugo carísimo, que te hiciese un discurso de exhortación para ti y para tus caballeros. Y, como no me era permitido servirme de la lanza contra los insultos de los enemigos, deseaste que, a lo menos, emplease mi lengua y mi ingenio contra ellos, asegurándome que no te haría un pequeño socorro si animaba con mi pluma a los que no podía animar por el ejercicio de las armas. Confieso que diferí por algún tiempo satisfacerte, no porque tuviese poco respeto al encargo que me habías hecho, sino por el temor de que me tachasen de demasiada precipitación si emprendía con mi impericia acostumbrada lo que otro más ilustrado que yo podría cumplir con mejor suceso, y así, una cosa, por otra parte muy necesaria, se tratase por mí con menos utilidad. Mas, en fin, viéndome hasta ahora frustrado en mi expectación, me re-

---

\* PL 182, 921-940.

\*\* PL 182, 921.

suelvo a hacer lo que pueda, temiendo crean que me falta voluntad más que poder. El lector juzgará si adelanto o no en la empresa; y, si mi trabajo no agrada o no basta a alguno, no debo tener por eso mucha pena, puesto que hago lo que me es posible para satisfacer tu voluntad.

## CAPITULO I\*

### ALABA MUCHO EL ESTABLECIMIENTO DE LA NUEVA MILICIA Y DA EXCELENTES CONSEJOS A TODOS LOS CABALLEROS

1. Vuela por todo el mundo la fama del nuevo género de milicia que se ha establecido en el país mismo que el Hijo de Dios, hecho visible en la carne, honró con su presencia, para exterminar, en el mismo lugar de donde arrojó El por entonces a los príncipes de las tinieblas con la fuerza de su brazo, a sus infelices ministros, que son los hijos de la infidelidad, disipándolos por el valor de estos bravos caballeros, haciendo así aun el día de hoy la redención de su pueblo y enarbolando nuevamente el trofeo de nuestra salvación en la casa de David, su siervo. Este es, vuelvo a decir, el nuevo género de milicia no conocido en los siglos pasados; en el cual se dan a un tiempo mismo dos combates con un valor invencible: contra la carne y la sangre y contra los espíritus de malicia que están esparcidos en el aire. A la verdad, hallo que no es maravilloso ni raro resistir generosamente a un enemigo corporal con las solas fuerzas del cuerpo. Tampoco es cosa muy extraordinaria, aunque sea loable, hacer guerra a los vicios o a los demonios con la virtud del espíritu, pues se ve todo el mundo lleno de monjes que están continuamente en este ejercicio. Mas ¿quién no se pasmará por una cosa tan admirable y tan poco usada como es ver a uno y otro hombre poderosamente armado de estas dos espadas y noblemente revestido del ceñidor militar? Ciertamente, este soldado es intrépido y está seguro por todas partes; su espíritu se halla armado del casquete de la fe, igual que su cuerpo de la coraza de hierro. Estando fortalecido con estas dos suertes de armas, no teme ni a los demonios ni a los hombres. Yo digo más, no teme la muerte, puesto que desea morir. Y, en efecto, ¿qué puede hacer temer, sea viviendo o sea muriendo, a quien encuentra su vida en Jesucristo y su recompensa en la muerte? Es cierto que combate con confianza y con ardor por Jesucristo; pero desea todavía más morir y estar con Jesucristo, porque esto

\* PL 182, 921.

es toda la dicha suya. Ea, pues, valerosos caballeros, marchad con seguridad, echad fuera con un coraje intrépido a los enemigos de la cruz de Jesucristo y estad ciertos de que ni la muerte ni la vida podrán separaros de la caridad de Dios que está en Jesucristo; pensad con frecuencia dentro de vosotros en todos los peligros estas palabras del Apóstol: *Vivamos o muramos, somos de Dios*<sup>1</sup>. ¡Oh! ¡Con cuánta gloria vuelven del combate estos vencedores! ¡Oh! ¡Con cuánta dicha mueren estos mártires en la pelea! Regocíjate, campeón valeroso, de vivir y de vencer en el Señor; pero regocíjate todavía más de morir y de ser unido al Señor. Sin duda, tu vida es fructuosa, y tu victoria gloriosa; mas tu muerte sagrada debe ser preferida con muy justa razón a la una y a la otra. Porque, si los que mueren en el Señor son bienaventurados, ¿cuánto más lo serán los que mueren por el Señor?

2. A la verdad, de cualquiera manera que se muera, sea en el lecho, sea en la guerra, la muerte de los santos será siempre preciosa delante de Dios; mas la que ocurre en la guerra es tanto más preciosa cuanto mayor es la gloria que la acompaña. ¡Oh! ¡Qué seguridad hay en la vida que está acompañada de una conciencia pura! ¡Oh! ¡Qué seguridad, repito, hay en la vida que espera la muerte sin temor ninguno! ¡Oh! ¡La desea con ansia y la recibe con devoción! ¡Oh! ¡Cuán santa y segura es esta milicia y cuán libre y exenta está de este doble peligro en que se hallan ordinariamente las gentes de guerra que no tienen a Jesucristo por fin de sus combates! Porque tantas veces como entras en la pelea, tú, que no combates sino por un motivo temporal, debes estar en temor de matar a tu enemigo en cuanto al cuerpo y a ti mismo en cuanto al alma o quizás de ser muerto por él en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma juntamente. Pues el peligro o la victoria del cristiano se debe considerar no por el suceso del combate, sino por el afecto del corazón. Si la causa de aquel que pelea es justa, su éxito no puede ser malo, así como el fin no puede ser bueno si es defectuoso su motivo y torcida su intención. Si, con la voluntad de matar a tu enemigo, tú mismo quedas tendido, mueres haciéndote homicida; y, si quedas vencedor y haces perecer a tu contrario con el designio de triunfar de él y de vengarte, vives homicida. Pues, ya mueras, ya vivas, ya seas victorioso o vencido, de ningún modo te es ventajoso ser homicida. Desgraciada victoria la que te hace sucumbir al vicio al mismo tiempo que triunfar de un hombre. En vano te glorías de haber triunfado de tu enemigo cuando la cólera o la soberbia te reducen a servidumbre. Hay otros que matan a un hom-

bre sin pasión de venganza y sin codicia de vencer, sino solamente por librarse del peligro. Y por lo que a mí toca, no osaría aprobar esta victoria, porque de dos males, es menos el morir en el cuerpo que en el alma <sup>1a</sup>. De donde no es permitido concluir en manera alguna que el alma muere con el cuerpo, pues sólo el pecado la da muerte, según esta palabra de la Escritura: El alma que peca morirá.

## CAPITULO II\*

### DE LA MILICIA SECULAR

3. ¿Cuál es el fin y el fruto, no digo de esta milicia, sino de esta malicia del siglo, cuando aquel que mata peca mortalmente y aquel que es muerto perece por una eternidad? Por servirme de las palabras del Apóstol: *Aquel que trabaja, debe trabajar en la esperanza de la cosecha, y aquel que siembra grano, debe hacerlo en la esperanza de gozar de su fruto* <sup>2</sup>. Mas decidme, valientes del siglo: ¿qué ilusión espantosa es ésta y qué insoportable furor combatir con tantas fatigas y gastos sin otro salario que el de la muerte o del crimen? Cubrís los caballos de bellas gualdrapas de seda, aforráis las corazas con ricas telas que cuelgan de ellas, pintáis las picas, los escudos y las sillas, lleváis las bridas de los caballos y las espuelas cubiertas de oro, de plata y de pedrería, y con toda esta pompa brillante os precipitáis en la muerte con un furor vergonzoso y con una estupidez que no tiene el menor miramiento. ¿Son éstos equipajes de guerra y no más bien adornos de mujeres? ¿Qué? ¿Pensáis que la espada del enemigo tendrá respeto al oro que lleváis? ¿Que preservará vuestra pedrería y que no será capaz de pasar esas bellas telas de seda? En fin, yo juzgo, y sin duda vosotros lo experimentáis con bastante frecuencia, que hay tres cosas que son enteramente necesarias a un combatiente. Es menester que el prudente y valeroso caballero esté muy sobre sí para burlar los golpes del contrario, que tenga expedición y habilidad para moverse de todos lados, que esté muy pronto para cargar sobre el enemigo. Vosotros hacéis todo al contrario: lleváis, al modo de las damas, grande cabellera, que os estorba ver lo que tenéis

<sup>1a</sup> Sigue en esto la teoría de San Agustín y San Ambrosio. Hoy todos los teólogos sostienen que es lícito matar al invasor siempre que sea necesario para salvar la vida o evitar un daño corporal grave.

\* PL 182, 923.

<sup>2</sup> I Cor. 9, 10.



alrededor; embarazáis las piernas con vuestros largos vestidos, envolvéis vuestras tiernas y delicadas manos con grandes vuelos. Mas sobre todo esto, lo que debe asustar más la conciencia de los combatientes es que ordinariamente se emprende una guerra muy peligrosa por motivos muy ligeros y de ninguna importancia. Y, efectivamente, lo que suscita los combates y las querellas entre vosotros no es, las más de las veces, sino un movimiento de cólera poco razonable, un cierto apetito de vanagloria o el avaro deseo de poseer un pedazo de tierra. Con semejantes causas no hay seguridad ninguna en matar a un hombre o en ser muerto uno mismo.

### CAPITULO III\*

#### ELOGIA A LA NUEVA MILICIA

4. Mas no es lo mismo respecto de los caballeros de Jesucristo, pues combaten solamente por los intereses de su Señor, sin temor de incurrir en algún pecado por la muerte de sus enemigos ni en peligro ninguno por la suya propia, porque la muerte que se da o recibe por amor de Jesucristo, muy lejos de ser criminal, es digna de mucha gloria. Por una parte, se hace una ganancia para Jesucristo, por otra es Jesucristo mismo el que se adquiere; porque éste recibe gustoso la muerte de su enemigo en desagravio suyo y se da más gustoso todavía a su fiel soldado para su consuelo. Así, el soldado de Jesucristo mata seguro a su enemigo y muere con mayor seguridad. Si muere, a sí se hace el bien; si mata, lo hace a Jesucristo, porque no lleva en vano a su lado la espada, pues es ministro de Dios para hacer la venganza sobre los malos y defender la virtud de los buenos. Ciertamente, cuando mata a un malhechor, no pasa por un homicida, antes bien, si me es permitido hablar así, por un malicida; por el justo vengador de Jesucristo en la persona de los pecadores y por el legítimo defensor de los cristianos. Y cuando él mismo pierde la vida, esto para él es una ventaja más que una pérdida. La muerte, pues, que da a su enemigo es una ganancia para Jesucristo y la que recibe de él es su dicha verdadera. Un cristiano se gloria en la muerte de un pagano porque Jesucristo es glorificado en ella y la liberalidad del Rey de los reyes se hace manifiesta en la muerte de un soldado cristiano porque se le lleva de la tierra para remunerarle. A la vista de aquél, el justo se

regocijará viendo la venganza ejecutada en él. De éste dirán los hombres: ¿Quedará el justo sin recompensa? ¿No hay un Dios que es su juez sobre la tierra?<sup>3</sup> Es cierto que no se debería exterminar a los paganos si hubiera algún otro medio de estorbar los malos tratamientos y las opresiones violentas que ejercen contra los cristianos. Pero es mucho más justo combatirles ahora que no sufrir siempre la dominación de los pecadores sobre la cabeza de los justos para que los justos no vayan a cometer la iniquidad con ellos.

5. En efecto, si de ningún modo fuera permitido a un cristiano hacer la guerra, ¿por qué el precursor del Salvador declaró en el Evangelio que los soldados deben estar contentos con sus pagas<sup>4</sup> y no prohibió toda suerte de guerra? Y si, como es cierto, éste es un empleo lícito para todos aquellos que Dios destinó a él y no están empeñados en otra profesión más perfecta, ¿quiénes, os ruego, le pueden ejercer con más ventajas que nuestros valerosos caballeros, que por la fuerza de su brazo y de su coraje conservan generosamente la ciudad de Sión como el baluarte más fuerte de todo el cristianismo, a fin de que, echados de él los enemigos de la ley de Dios, las naciones fieles, que guardan la verdad, puedan con toda seguridad entrar allí? Dispersen, pues, y disipen con seguridad a los infieles que buscan la guerra y sean exterminados aquellos que nos conturban continuamente y arrojados de la ciudad del Salvador todos los impíos que cometen la iniquidad, que anhelan robar los inestimables tesoros del pueblo cristiano, del que la ciudad de Jerusalén es el sagrado depósito; profanar las cosas santas y poseer el santuario de Dios como si fuera heredad suya. Sean vibradas las dos espadas de los fieles contra las cervices de los enemigos a fin de destruir toda altura que quiera elevarse contra la ciencia de Dios, que es la fe de los cristianos, para que los gentiles no digan un día: ¿Dónde está el Dios de estas naciones?<sup>5</sup>

6. Entonces, expelidos los enemigos de su casa, El mismo volverá a su heredad, de la cual predijo en su cólera: *Ved que vuestra casa quedará desamparada como un desierto*<sup>6</sup>; y de la que se queja por la boca de su profeta en estas voces: *He dejado mi casa y he abandonado mi heredad*<sup>7</sup>. Cumplirá esta profecía de Jeremías: *El Señor ha rescatado a su pueblo y le ha librado; y ellos vendrán y se regocijarán sobre la montaña de Sión y gozarán con placer de los bienes del Señor*<sup>8</sup>. Alégrate, ¡oh Jerusalén!, y reconoce el tiempo de tu visita. Regocijaos y entonad cánticos

<sup>3</sup> Ps. 57, 12.

<sup>4</sup> Lc. 3, 14.

<sup>5</sup> Ps. 113, 2.

<sup>6</sup> Mt. 23, 38.

<sup>7</sup> Jer. 12, 7.

<sup>8</sup> Jer. 31, 11. 12.

de alabanza, desiertos de Jerusalén, porque Dios ha consolado a su pueblo, ha librado a Jerusalén y ha preparado la fuerza de su brazo santo a vista de todos los gentiles. Virgen de Israel, estabas caída y no se hallaba persona que te levantase. Levántate ahora, hija de Sión, Virgen cautiva, y sal del polvo. Levántate, repito, y sube sobre las más altas eminencias y mira el consuelo y la alegría que te viene de la parte de tu Dios. Nunca más te llamarán desierta y desamparada y no se dirá que tu país está en la última desolación, porque el Señor se ha agradado de ti y tu tierra será habitada. Vuelve los ojos alrededor de ti y mira que todos estos pueblos se han juntado y han venido para tu consuelo. Del lugar santo ha sido enviado este auxilio, y verdaderamente por medio de estas tropas fieles se cumple en tu favor esta antigua promesa, de que habló el profeta Isaías: *Estableceré en ti la gloria de todos los siglos pasados y una alegría que durará en las generaciones futuras*<sup>9</sup>. *Absorberás la leche de las naciones y serás alimentada del pecho de los reyes*<sup>10</sup>. Y en otra parte: Como una madre acaricia a sus hijos, del mismo modo os mostraré yo mi ternura y tendréis en Jerusalén un consuelo sensible. ¿No veis cómo aprueban muchos testimonios de los profetas nuestra nueva milicia y nosotros reconocemos a la primera luz en la ciudad del Señor de las virtudes todo lo que de esto hemos aprendido por las Escrituras santas? Es menester, con todo eso, tener un gran cuidado de que esta explicación literal no perjudique nada al sentido espiritual. De manera que debemos esperar para la eternidad esto que atribuimos al tiempo presente tomando a la letra las palabras de los profetas; para que las cosas que nosotros vemos no borren de nuestros espíritus las que creemos, ni lo poco que poseemos disminuya las riquezas que esperamos, ni la seguridad de los bienes presentes nos haga perder los de siglos futuros. Y, en verdad, la gloria temporal de la ciudad terrestre no destruye en nosotros los bienes que nos están reservados en el cielo, sino que, al contrario, sirve para establecerlos mejor, si, con todo eso, no dudamos en manera alguna de que esta Jerusalén de aquí abajo es la figura verdadera de aquella que en los cielos es nuestra madre.

<sup>9</sup> Is. 60, 15. 16.

<sup>10</sup> Is. 66, 13.

## CAPITULO IV \*

## DE LA VIDA QUE TIENEN LOS CABALLEROS TEMPLARIOS

7. Es menester ahora que, para ejemplo o confusión de nuestros soldados, digamos unas palabras de la vida y de las costumbres de los caballeros de Jesucristo y de qué manera se portan en la guerra y en su vida particular, a fin de hacer conocer mejor la diferencia que hay entre la milicia de Dios y la del siglo. Primeramente, en el uno y en el otro estado se guarda perfectamente la disciplina y la obediencia es exacta, porque, según el testimonio de la Escritura, *el niño que vive sin disciplina, perecerá*<sup>11</sup>. Y también: *Es un crimen de magia resistir, y pecado de idolatría no querer obedecer*<sup>12</sup>. Se va y se viene al primer signo de la voluntad del que manda, se viste de lo que se da y no se osa buscar en otra parte ni el vestido ni el alimento. No se ve nada superfluo en el sustento ni en el vestido, contentándose con satisfacer la pura necesidad. Todos viven en común en una sociedad agradable y modesta; sin mujeres y sin hijos, a fin de que nada falte de la perfección evangélica; de un mismo acuerdo, moran todos juntos en una misma casa, sin propiedad alguna particular, teniendo un cuidado muy grande por conservar la unidad de espíritu en el lazo de la paz. Diríais que toda esta multitud de personas no tiene sino un solo corazón y una sola alma. Tanto procura cada uno no seguir su propia voluntad, sino obedecer puntualmente al mandato del superior. No están jamás ociosos ni corren de aquí para allá deseando satisfacer su curiosidad, sino que cuando no están en marcha, lo que sucede raras veces, están siempre ocupados, para no comer ociosamente su pan, en rehacer lo que se ha roto en sus armas o en sus hábitos, en reparar lo que está ya demasiado viejo o en reducir a orden lo que está dislocado; en fin, en trabajar en todo aquello que la voluntad del gran maestro o la común necesidad prescribe. Entre ellos no hay acepción de personas; se tiene consideración a las prendas, no a la mayor nobleza. Se anticipan a honrarse los unos a los otros y llevan las cargas del prójimo, a fin de cumplir por este medio la ley de Jesucristo. Una palabra insolente, una acción inútil, una risa inmoderada, una leve queja o la menor murmuración,

\* PL 182, 925.

<sup>11</sup> Eccli. 22, 3.

<sup>12</sup> I Reg. 15, 23.



no quedan jamás sin castigo en este lugar. El juego de ajedrez y de los dados se detesta aquí; la caza está en horror; no se pone el gusto—como en otras partes—en cazar a vuelo las aves. Desechan y tienen en horror a los cómicos y a los mágicos, los cuentos de fábulas, las canciones burlescas y todas suertes de espectáculos y de comedias, como unas vanidades y locuras falsas. Llevan sus cabellos cortos, sabiendo que, según el Apóstol, es vergonzoso a un hombre mantener su cabellera. Jamás se rizan; se bañan muy raras veces; dejan sus cabellos del todo erizados, al aire, cubiertos de polvo y negros por la cota de malla y por los vehementes ardores del sol.

8. Cuando están dispuestos a entrar en guerra, se fortifican por dentro con la fe y por fuera con las armas de acero, y no doradas, para infundir, armados de esta suerte, sin preciosos ornamentos, terror a los enemigos en vez de excitar su avaricia. Cuidan mucho de tener buenos caballos, fuertes y ligeros, y no reparan en que sean de un hermoso pelo o ricamente enjaezados. Piensan más en combatir que en presentarse con fausto y pompa, y, aspirando a la victoria y no a la vanagloria, procuran hacerse más respetar que admirar de sus enemigos. Además no marchan jamás en confusión y con impetuosidad, ni se precipitan a la ligera en los peligros, sino que guardan siempre su puesto con toda la precaución y prudencia imaginables. Se ponen en batalla con el más bello orden, según lo que está escrito del pueblo de Dios: Los verdaderos israelitas marchan en batalla con un espíritu pacífico. Mas, llegados a las manos, entonces ponen a un lado toda su mansedumbre ordinaria, como si dijeran: *¿No es cierto, Señor, que aborrezco a todos los que te aborrecen y que me consumo de cólera contra vuestros enemigos* <sup>13</sup>. Se echan como leones sobre sus contrarios, mirando a las tropas enemigas como unos rebaños de ovejas; y, aunque muy cortos en número, no temen, en manera alguna, la multitud de sus soldados ni su crueldad enteramente bárbara. Igualmente, están enseñados a no presumir nada de sus propias fuerzas, sino a esperar todo del poder del Dios de los ejércitos, al cual le es fácil, según la sentencia del generoso Macabeo, entregar las filas numerosas entre las manos de un corto puñado de gentes, no habiendo diferencia ninguna, respecto de Dios del cielo, en librar a su pueblo con mucha o poca gente <sup>14</sup>. Porque la victoria de la guerra no viene del gran número de soldados, sino del favor del cielo. Esto lo han experimentado frecuentemente, hasta haber visto muchas veces un millar de hombres puesto

<sup>13</sup> Ps. 138, 21.

<sup>14</sup> 1 Mach. 3, 18. 19.

en fuga casi por uno solo, y diez mil por dos solamente. En fin, se ve todavía en el día de hoy, por una providencia singular y admirable, que son más mansos que los corderos y más feroces que los leones. De manera que, a buena fe, no acierto a decir si se debe calificarlos con el nombre de monjes o de caballeros, si no fuera mejor llamarlos con uno y otro nombre, puesto que tienen tanto la mansedumbre de los monjes como el esfuerzo de los soldados. Mas ¿qué se puede decir aquí sino que es Dios mismo el autor de estas maravillas que vemos con pasmo delante de nuestros ojos? Dios es, vuelvo a decir, quien ha escogido para sí tales siervos y les ha juntado, desde las extremidades de la tierra, de entre todos los más valientes de Israel, para guardar fiel y animosamente el lecho del verdadero Salomón, es decir, el santo sepulcro, con la fuerza de sus armas y con su destreza en los combates.

## CAPITULO V\*

### DEL TEMPLO DE JERUSALÉN

9. Hay un templo en la ciudad de Jerusalén en el que todos estos caballeros habitan juntamente, que no es, a la verdad, tan magnifico en su estructura como el famoso y antiguo templo de Salomón, pero que tampoco le cede en nada en cuanto al esplendor de su gloria. Porque toda la magnificencia del primero consistía únicamente en la materia corruptible del oro y de la plata con que estaba enriquecido, en la unión maravillosa de las piedras y en la diversidad de las maderas con que estaba fabricado. Mas la grande piedad y la excelente manera de vida de los que habitan éste hace todo su ornamento. Aquél era admirable por la variedad de sus colores, éste es venerable por las muchas virtudes y acciones santas que se practican en él. También la santidad es el verdadero ornamento de la casa de Dios<sup>15</sup>, el cual no se agrada tanto de la pulidez de los mármoles como del arreglo de las costumbres y ama a las almas puras mucho más que las paredes doradas. No es decir con todo eso que la fachada de este templo no esté adornada; mas lo está de excelentes armas, no de piedras preciosas. En vez de las coronas de oro, con que estaban cubiertos los muros del antiguo, los de éste están cargados de escudos impenetrables que cuelgan de todas partes. Y esta casa está

\* PL 182, 927.

<sup>15</sup> Ps. 92, 5.

proveída de buenos arneses, de sillas de caballos, de frenos y de lanzas en lugar de los candeleros, incensarios y vasos de que estaba llena la de los antiguos sacerdotes. Todas estas cosas hacen ver claramente que nuestros caballeros están animados del mismo celo por la casa de Dios que manifestó en otro tiempo el gran Capitán de los ejércitos cuando, animado de cólera y la mano armada no de hierro, sino de un azote de cuerdas, entró en el templo y echó de él a los vendedores, volcó las mesas de los traficantes y tiró por el suelo todas las tiendas de los que vendían palomas<sup>16</sup>, juzgando que era una cosa enteramente indigna profanar la casa de la oración con estas suertes de negocios y tráfico temporales. Así, nuestros piadosos caballeros, animados por este ejemplo de su Rey y viendo que los lugares santos estaban manchados por los infieles con mucha mayor indignidad y de una manera mucho más insoportable que por los antiguos mercaderes del templo, han venido a establecerse en la casa de la santidad con sus caballos y armas. Y, después de haber echado de esta morada y de los demás santos lugares toda la infamia y todas las horrruras de una tirana infidelidad, desempeñan día y noche en este mismo lugar ocupaciones útiles y honestas. Honran con una santa emulación el templo de Dios por los servicios que hacen aquí asiduamente y con sinceridad de corazón, sacrificando todos los días con una devoción constante no la carne de las bestias, al modo de los antiguos judíos, sino las víctimas verdaderamente pacíficas de una caridad fraterna, de una devota obediencia, de una pobreza voluntaria.

10. Estas maravillas que se pasan en Jerusalén animan a todos los pueblos de la tierra. Las islas escuchan estas nuevas y los pueblos más remotos se sienten entusiasmar por ellas; y vienen a establecerse aquí de todos los lados, del oriente y del occidente, como un torrente que alegra la ciudad de Dios. Pero lo más agradable y más útil es que entre esa gran multitud de personas que vienen a este lugar veréis muy pocos que no sean malhechores, impíos, ladrones, sacrílegos, homicidas, perjuros o adúlteros. De suerte que así como su viaje produce un doble bien, así también resulta de él una doble alegría, pues se regocijan por su partida los del país de donde salen y por su llegada estos a quienes vienen a socorrer con sus personas. Así, son de utilidad a los unos y a los otros; a éstos, presentándose para defenderlos, y a aquéllos, cesando de oprimirlos. De una parte, Egipto se llena de alegría por su partida; de la otra, Sión y las hijas de Judá se llenan de gozo por la protección que reciben en su llegada. Egipto se gloria de

<sup>16</sup> Io. 2, 15.

estar libre de sus manos y Sión se ve en más grande seguridad por la fuerza de su brazo. Aquél pierde con agrado a los que le robaban con crueldad y ésta recibe alegre a los que vienen a defenderla con fidelidad, siendo una misma la causa de la desolación saludable de Egipto y del dulce consuelo de Jerusalén. Así sabe Jesucristo vengarse perfectamente de sus enemigos; así acostumbra triunfar no sólo de ellos mismos, sino por ellos mismos, tanto más gloriosamente cuanto lo hace más poderosamente. En lo cual no se encuentra menos placer que provecho, pues comienza a tener por protectores a los mismos que por tanto tiempo le habían sido opuestos y hace un fiel soldado de su propio enemigo, como en otro tiempo hizo de un Saulo perseguidor un Pablo predicador<sup>17</sup>. Por eso, no me admiro de que, según la expresión del Salvador, la corte celestial manifieste más alegría por la conversión de un pecador que hace penitencia que por la perseverancia de muchos justos que no tienen necesidad de ella. Porque la conversión de un pecador y de un impío es para muchos más ventajosa que nociva la mala vida que traían antes.

11. Dios te salve, pues, ¡oh ciudad santa!, que el Hijo del Altísimo santificó para morada suya a fin de obrar en ti y por ti la salvación de todas las naciones de la tierra. Dios te salve, ciudad del gran Rey, en la cual se manifestaron al mundo tan nuevos y tan agradables prodigios en todos los tiempos desde su principio. Dios te salve, soberana de las naciones, princesa de las provincias, posesión de los patriarcas, madre de los profetas y de los apóstoles, origen de la fe, gloria y honor de todo el pueblo cristiano. Dios permitió que fueras fácilmente combatida a fin de que tú misma fueses para nuestros valientes guerreros ocasión de salvación, como también de esfuerzo y de valor. Dios te salve, tierra de promisión, que, habiendo en otro tiempo manado leche y miel en beneficio de tus primeros habitantes, presentas ahora a todos los pueblos del universo los alimentos de la vida, los remedios de la salvación. Tierra, vuelvo a decir, buena y excelentísima, que, recibiendo en tu seno fecundo el grano celestial de la abundancia del corazón paterno, has producido de esta divina simiente un número crecido de santos mártires; que, como un terrón más fértil que todas las tierras, no has cesado de rendir en fieles ya el trigésimo, ya el sexagésimo, ya el centésimo fruto. De donde viene que todos cuantos te han visitado, gustosamente saciados y ricamente llenos de esta grande abundancia de tu dulzura, la publican por todo el mundo y no hablan a cuantos no te han visto, sino de la magnificen-

<sup>17</sup> Act. 9



cia de tu gloria y de las maravillas que se hacen en ti. Sí, ciudad de Dios, de ti se dicen cosas que son enteramente gloriosas. Mas digamos nosotros mismos ahora también alguna cosa de estas grandes delicias de que gozas en alabanza y gloria de tu nombre.

## CAPITULO VI\*

### DE LA CIUDAD DE BELÉN

12. Belén, que significa casa de pan, es la primera que se presenta para el sustento de las almas santas; en la cual primeramente este pan vivo que descendió del cielo se hizo visible después que la Virgen santa le dió a la luz del mundo. Allí se muestra el pesebre que sirvió a los piadosos animales, y en este pesebre el heno que fué producido en el prado virginal, a fin de que, a lo menos por este medio, reconozca el buey a su Dueño, y el asno el pesebre de su Señor. En efecto, toda carne es heno y toda su gloria es como la flor del heno<sup>18</sup>. Mas porque, no comprendiendo el hombre el honor en que había sido creado<sup>19</sup>, fué justamente comparado a los animales irracionales y hecho semejante a ellos, el Verbo, que era pan de los ángeles, se hizo el manjar de los animales, a fin de que quien había dejado de nutrirse del pan del Verbo tuviese el heno de la carne para comerle hasta que, restablecido en su primera dignidad por el hombre Dios y trocado, por segunda vez, de bestia en hombre, pudiese decir con San Pablo: *Aunque hemos conocido a Jesucristo según la carne, no le conocemos ya de esta suerte*<sup>20</sup>. Mas no creo que nadie pueda tener verdaderamente este lenguaje sino aquel que aprendió con San Pedro de la boca de la Verdad: *Las palabras que os digo son espíritu y vida y la carne no sirve de nada*<sup>21</sup>. Ciertamente, el que ha encontrado la vida en las palabras de Jesucristo, no se cuida ya de la carne y es seguramente del número de los bienaventurados que no han visto y han creído<sup>22</sup>. Sólo los pequeños infantes tienen necesidad de la leche, y sólo a las bestias les es necesario el heno. Mas el que no peca por la boca es un varón perfecto y capaz de un alimento más sólido y come el pan del Verbo sin ofensa, aunque con el sudor de su rostro. Predica también con seguridad y sin escándalo la sabiduría de Dios, pero solamente a los perfectos, distribuyendo las cosas espirituales

\* PL 182, 929.

<sup>20</sup> 2 Cor. 5, 16.

<sup>21</sup> Io. 6, 64.

<sup>22</sup> Io. 20, 29.

<sup>18</sup> Is. 40, 6.

<sup>19</sup> Ps. 48, 13.

a los espirituales y no proponiendo a Jesucristo, y Jesucristo crucificado, a los infantes y a las bestias sino con mucha precaución y según su capacidad. Con todo eso, no es más que un solo y mismo manjar el que, habiendo venido de los pastos celestiales, la bestia rumia y el hombre come con suavidad; el que nutre a los párvulos y fortifica a los perfectos.

## CAPITULO VII\*

### DE LA CIUDAD DE NAZARET

13. Se ve también cerca de este lugar la ciudad de Nazaret, que significa flor, en donde el Verbo, que había nacido en Belén, fué nutrido como un fruto en la flor para que el olor de esta flor precediese al sabor del paladar y su santo licor pasase de las narices de los profetas a las fauces de los apóstoles; el cual, contentándose los judíos con sentir su fragancia muy ligeramente, saciase enteramente a los cristianos con las excelencias de su gusto. Con todo eso, Natanael había sentido que el olor de esta flor era mil veces más suave que los más excelentes aromas, lo que le hacía decir: *¿Es posible que de Nazaret pueda venir cosa buena?* Mas, no satisfecho con sentir solamente la fragancia de este olor, siguió con gran voluntad a San Felipe luego que le dió esta respuesta: *Ven y ve*<sup>23</sup>. De suerte que, encontrándose lleno de este perfume maravillosamente agradable y por el atractivo de esta fragancia, apasionado del sabor, procuró, siendo ella misma su guía, llegar cuanto antes al goce del fruto, deseando experimentar con más abundancia lo que no había sentido sino de paso y gustar en persona lo que en otro tiempo no había olido más que a la ligera. Veamos todavía si el buen olfato de Isaac no nos ha querido vaticinar algo semejante luego que sintió la fragancia de los vestidos de Jacob. La Escritura habla así: *Al punto que sintió la fragancia de sus vestidos* (de Jacob sin duda): *He ahí, dijo, el olor de mi hijo como el olor de un campo fértil, al que ha dado su bendición el Señor*<sup>24</sup>. Sintió la fragancia del vestido, mas no reconoció la persona que le llevaba, y, habiendo tomado gran placer en el olor que salía de este vestido como si hubiese sido de una flor muy olorosa, no gustó la dulzura del fruto interior al

\* PL 182, 930.

<sup>23</sup> Io. I, 46.

<sup>24</sup> Gen. 27, 27.

quedar privado a un tiempo del conocimiento del misterio y de su Hijo de elección. Mas ¿a que se dirige todo esto? El vestido es el Espíritu, y la letra, la carne del Verbo. Los judíos no conocen aun ahora al Verbo en la carne ni a la divinidad en el hombre, ni han podido hasta el presente descubrir el sentido espiritual que esta encerrado bajo el velo de la letra. Y, palpando por el exterior el pellejo del cabrito que les expresó la semejanza del Hijo mayor, es decir, del primero y antiguo pecador, no han podido llegar todavía al conocimiento de la verdad pura. Ciertamente, aquel que venia al mundo para deshacer el pecado y no para cometerle, no se hizo visible en la carne de pecado, sino solamente en la semejanza de la carne de pecado; para que, como El mismo ha explicado, *aquellos que no ven, veun, y los que ven, caigan en la ceguedad*<sup>25</sup>. Engañado, pues, el profeta por esta semejanza y estando ciego aún el día de hoy, da su bendición a aquel que no conoce cuando no reconoce por los milagros al que las Escrituras Santas le descubren; y, tocándole con sus propias manos, atándole, azotándole y abofeteándole, permanece todavía en la ignorancia aun cuando haya resucitado. En efecto, *si le hubieran conocido, no habrían crucificado jamás al Señor de la gloria*<sup>26</sup>. Discurramos ahora brevemente por los demás lugares santos, y, ya que no podemos visitarlos todos, visitemos algunos, hablando sucintamente de los más considerables e insignes, puesto que no estamos en disposición de admirarlos cada uno en particular.

## CAPITULO VIII\*

### DEL MONTE DE LOS OLIVOS Y DEL VALLE DE JOSAFAT

14. Se sube a la montaña de los Olivos y se descende al valle de Josafat a fin de que penséis de tal suerte en las riquezas de la divina misericordia, que no perdáis la memoria de los rigores del juicio último. Porque, si bien está Dios dispuesto a perdonar, por la grandeza infinita de su clemencia, sus juicios, con todo eso, son un abismo infinitamente profundo, que nos debe hacer conocer que es extremadamente terrible en los designios que tiene sobre los hijos de los hombres. David mismo, que nos señala el monte de los Olivos cuando dice: *Señor, salvarás a los hombres y*

<sup>25</sup> Io. 9, 39.

<sup>26</sup> I Cor. 2, 8.

\* PL 182, 931.

a las bestias según has, Dios mío, multiplicado tu misericordia, no deja tampoco en el mismo salmo de hablarnos del valle del juicio universal en estos términos: *El pie de la soberbia no venga hasta mí; y la mano del pecador no me éche fuera de mi puesto* <sup>27</sup>. Y confiesa que tiene un extremo horror a este precipicio cuando habla y ora de esta suerte en otro lugar: *Traspasa mi carne con el sentimiento de tu temor, pues estoy poseído de espanto a la idea de tus juicios* <sup>28</sup>. El soberbio cae y se hace pedazos en este valle; mas el humilde desciende a él y no corre peligro. El soberbio busca excusas a su pecado, y el humilde se acusa de él, sabiendo que Dios no juzga dos veces una misma cosa y que, si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos juzgados otra vez <sup>29</sup>.

15. Ciertamente, no considerando el soberbio qué cosa tan terrible sea caer entre las manos de Dios vivo, busca fácilmente palabras de malicia para alegar excusas en sus pecados. Y, a la verdad, es una extrema malicia no tener lástima de ti mismo, desechar la confesión, que es el solo medio que te resta después de la culpa, y encerrar el fuego en tu seno en vez de sacudirle de allí, sin querer prestar la oreja al consejo del Sabio, que te está diciendo: *Ten lástima de tu alma, procurando agradar a Dios* <sup>30</sup>. ¡Eh! ¿Cómo aquel que es malo para sí mismo puede ser bueno para otro? Ahora se va a juzgar al mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera <sup>31</sup>. Es decir, fuera de tu corazón, si es que, humillándote, te juzgas a ti mismo. El juicio del cielo se hará cuando el cielo mismo sea llamado de lo alto y la tierra de lo bajo para hacer la separación de su pueblo <sup>32</sup>. Es de temer que en este juicio seas precipitado con el príncipe de las tinieblas y sus ángeles si todavía no te has juzgado. Porque el hombre espiritual que juzga todas las cosas no será juzgado de ninguno <sup>33</sup>. También por esto mismo el juicio comienza por la casa de Dios, a fin de que, llegando el Juez, halle a los que le son conocidos juzgados ya y no le quede más que hacer respecto de ellos cuando sean juzgados los que no están en el trabajo de los hombres ni son afligidos con los hombres <sup>34</sup>.

<sup>27</sup> Ps. 35, 7. 12.

<sup>28</sup> Ps. 118, 120.

<sup>29</sup> I Cor. II, 31.

<sup>30</sup> Eccli. 30, 24.

<sup>31</sup> Io. 12, 31.

<sup>32</sup> Ps. 49, 4.

<sup>33</sup> I Cor. 2, 15.

<sup>34</sup> Ps. 72, 5.



## CAPITULO IX\*

## DEL JORDÁN

16. ¡Con qué alegría el Jordán recibe a los cristianos después que tiene la gloria de haber sido consagrado por el bautismo de Jesucristo! Seguramente, el leproso de Siria se alejó mucho de la verdad cuando prefirió no sé qué aguas de Damasco a las de Israel <sup>35</sup>, habiendo dado, devoto, nuestro Jordán tantas pruebas de obediencia a las órdenes de Dios cuando, deteniendo su curso por un milagro enteramente evidente, quedó en seco a fin de dar libre paso ya al profeta Elías, ya a su discípulo Eliseo <sup>36</sup>, ya, por decir alguna cosa de más antiguo, al gran capitán Josué y al pueblo todo que le acompañaba <sup>37</sup>. En fin, ¿cuál de entre todos los ríos fué más ensalzado que éste, que recibió una consagración particularísima por la presencia sensible y manifiesta de la Santísima Trinidad? El Padre hizo aquí oír su voz, el Espíritu Santo se hizo aquí ver bajo la figura de una paloma y el Hijo fué bautizado aquí en su propia persona. Con grande razón, pues, todos los cristianos experimentan en sus almas, obedeciendo a Jesucristo, esta misma virtud que el siro Naamán sintió en su cuerpo <sup>38</sup> siguiendo el consejo del profeta.

## CAPITULO X\*\*

## DEL CALVARIO

17. Al salir de Jerusalén se va al lugar del Calvario, donde el verdadero Eliseo, después de haber servido de risa a los niños insensatos, ha merecido la dulce risa de la gloria eterna para aquellos de quienes dice: *Vedme aquí y a los niños que el Señor me ha dado* <sup>39</sup>. Niños enteramente buenos, a quienes, en oposición a los otros maliciosos, el salmista convida a cantar las alabanzas de Dios por estas palabras: *Alabad, niños, al Señor, alabad su santo Nombre* <sup>40</sup>, a fin de que esta alabanza se halle perfecta en la

\* PL 182, 931.

<sup>35</sup> 4 Reg. 5, 12.<sup>36</sup> 4 Reg. 2,<sup>37</sup> Jos. 3.<sup>38</sup> 4 Reg. 5, 14.

\*\* PL 182, 932.

<sup>39</sup> Is. 8, 18.<sup>40</sup> Ps. 112, 1.

boca de los santos infantes y de aquellos que están todavía al pecho de sus madres, puesto que ha faltado en la de los envidiosos ingratos, de quienes se queja el Señor por estas palabras sentidas del profeta: *He alimentado y ensalzado hijos, mas ellos me han despreciado*<sup>41</sup>. Subió, pues, a la cruz nuestro Calvo místico y fué expuesto a la risa del mundo por la salvación del mundo. Y, trabajando por borrar el pecado, el rostro y la frente descubiertos, no tuvo dificultad en exponerse no solamente a la vergüenza, sino también al suplicio de una muerte tan ignominiosa como cruel para librarnos del oprobio y restablecernos en la gloria eterna. Ni esto es maravilla. Porque ¿de qué se debería avergonzar quien de tal suerte nos ha lavado de nuestros pecados, que ha sido no como un agua que arrastra las suciedades y las detiene en sí, sino como un rayo del sol que las deseca conservando su pureza? También es la misma Sabiduría de Dios, que alcanza a todas partes a causa de su limpieza singular.

## CAPITULO XI\*

### DEL SANTO SEPULCRO

18. Entre estos santos y amables lugares, el sepulcro tiene, en cierta manera, la primacía y se sienten no sé qué movimientos de más grande devoción en el lugar en que nuestro Señor reposó después de su muerte que en todos los otros en que estuvo durante su vida. Hasta la memoria de su muerte nos mueve, con más eficacia que la de su vida, a los sentimientos de piedad y devoción. Juzgo que eso viene de la dulzura que apareció en aquélla, mientras no se ve sino austeridad en ésta. De suerte que el reposo del sueño es más agradable a la flaqueza humana que el trabajo de una vida laboriosa, y la seguridad de una buena muerte, más que la rectitud de la vida. La vida de Jesucristo me ha sido dada para modelo de la mía, mas su muerte ha sido el rescate de la muerte que yo había merecido. Aquélla ha instruído mi vida, ésta destruído mi muerte. Su vida, a la verdad, ha sido penosa, pero su muerte preciosa; y la una y la otra me han sido enteramente necesarias. En efecto, ¿de qué puede servir la muerte de Jesucristo a quien tiene una mala vida, o la vida del mismo Salvador al que muere en estado de condenación? ¿Pen-

<sup>41</sup> Is. I, 2.

\* PL 182, 932.

sáis que aun ahora la muerte de Jesucristo libra de la muerte eterna a los que viven acá abajo en pecado hasta la muerte? ¿O que la santidad de su vida sacó de su cautiverio a los santos padres que habían muerto antes que nuestro Señor? ¿No está escrito: *Qué hombre vivirá sin ver la muerte y quién librará a su alma de la potencia del infierno?*<sup>42</sup> Mas como ambas cosas nos son igualmente necesarias, es decir, el vivir piadosamente y el morir con seguridad de nuestra salvación, nos ha enseñado a vivir con su vida y a morir con seguridad con su muerte. Puesto que ha muerto para resucitar y ha dado a los que mueren una esperanza cierta de su resurrección. Pero ha añadido un tercer beneficio, sin el cual todos los otros no servirían de nada, al perdonar los pecados. Pues, por lo que mira a la verdadera y soberana bienaventuranza, ¿qué aprovecharía cualquiera rectitud o longitud de la vida aun al que sólo estuviera manchado del pecado original? El pecado precedió para que la muerte le siguiese; si el hombre le hubiese evitado, jamás habría gustado la muerte.

19. Pecando, pues, perdió la vida y encontró la muerte, porque no solamente Dios lo había así predicho, sino que era una cosa muy justa que el hombre muriese si pecaba. Porque ¿qué cosa más conforme a la justicia que la pena del talión? Pues, siendo Dios la vida del alma, como ésta es la vida del cuerpo, es justo que, habiendo querido perder el principio de su vida pecando mortalmente, perdiese también, a pesar suyo, el poder dar la vida a su cuerpo. Voluntariamente desechó la vida no queriendo vivir más; es justicia, pues, que no pudiese darla más a quien quisiera ni de la manera que quisiera. El alma no ha querido dejarse gobernar por la bondad de Dios; su cuerpo, pues, no sea más gobernado por ella. Si ella no ha obedecido a su superior, ¿por qué ha de mandar a su inferior? Puesto que el Criador encuentra a su criatura en rebelión, es justo también que el alma encuentre resistencia en la carne, que no está sino para servirla. Hecho el hombre transgresor de la ley de Dios, justamente merece encontrar en sus miembros una ley que resista a la ley de su espíritu y que le reduzca a servidumbre bajo la ley del pecado<sup>43</sup>. El pecado, como dice la Escritura, pone separación entre Dios y nosotros<sup>44</sup>; haga la muerte, por tanto, separación también entre nuestro cuerpo y nosotros. Como el alma no ha podido ser separada de Dios sino por el pecado, tampoco el cuerpo puede ser separado de ella sino por la muerte. ¿Por qué se queja del rigor del castigo, puesto que no sufre en su vasallo sino lo que ha osado emprender contra su Señor? Ciertamente,

<sup>42</sup> Ps. 88, 49.<sup>43</sup> Rom. 7, 23.<sup>44</sup> Is. 59, 2.

nada era más congruente que producir la muerte otra muerte, la espiritual engendrar la corporal; la criminal, la penal; la voluntaria, la necesaria.

20. Así, habiendo sido condenado el hombre a estas dos muertes en las dos partes que la componen, una espiritual y voluntaria y otra corporal y necesaria, el hombre Dios, por su benignidad y por su poder, ha traído el remedio para entrambas con sola su muerte corporal y voluntaria y ha condenado a las dos que nosotros merecimos por la única que El ha querido sufrir por amor nuestro. Y esto se ha hecho con toda la justicia posible, porque, habiendo sido la una de estas muertes el fruto del pecado y la otra su pena, Jesucristo, tomando sobre sí la pena sin haber cometido el pecado, nos ha merecido justamente la vida y la santidad por sola la muerte que ha querido sufrir en su propio cuerpo. En efecto, si no hubiera padecido corporalmente, no habría satisfecho nuestra deuda; y, si no hubiera muerto voluntariamente, no habría tenido mérito ninguno su muerte, pues, como hemos dicho ya, si el pecado es fruto de la muerte, y la muerte la deuda del pecado, remitiéndonos Jesucristo el pecado y muriendo por los pecadores, es deshecho el fruto de la muerte y su deuda enteramente pagada.

21. Mas ¿de dónde sabemos que Jesucristo tiene el poder de remitir los pecados? Nosotros lo sabemos ciertamente, porque es Dios y porque puede todo lo que quiere. Mas ¿de dónde conocemos que es Dios? Sus milagros son de una prueba convincente. Pues, sin hablar de los oráculos de los profetas y del testimonio que nos fué dado por la voz del Padre, que se hizo con magnificencia oír desde el cielo por medio de la gloria brillante que apareció sobre el monte Tabor, hace cosas que son imposibles a otro. Y, si Dios está por nosotros, ¿quién podrá nada contra nosotros? Si Dios nos justifica, ¿quién podrá condenarnos? Si El mismo es y no otro a quien confesamos nuestras culpas todos los días diciéndole: *Contra ti solo he pecado*<sup>45</sup>, ¿quién mejor o, más bien, quién otro podrá condonarnos el pecado que ha sido cometido contra El? ¿No lo podrá El hacer, pudiendo todas las cosas? ¿Qué? Está en mi poder, si quiero, perdonar lo que se ha hecho contra mí; ¿y Dios no podrá remitir lo que se ha hecho contra El? Si es todopoderoso para remitir los pecados y sólo quien puede remitirlos, puesto que han sido cometidos contra El solo, ciertamente es bienaventurado aquel a quien no imputa su pecado. Así, ¿veis claramente cómo Jesucristo ha podido perdonar los pecados por el poder de su divinidad?

<sup>45</sup> Ps. 50, 6.



22. Mas ahora, ¿quién dudará de su voluntad? ¿Pensáis que aquel Señor que se revistió de nuestra carne y que ha querido padecer nuestra muerte podrá rehusarnos su justicia? Se encarnó voluntariamente, padeció voluntariamente, ha sido crucificado porque ha querido, ¿y retirará de nosotros sola su justicia? No; nos ha manifestado que lo quiere por su humanidad lo que nos consta que puede por su divinidad. Mas ¿de dónde sacamos nosotros esta seguridad de que ha destruido la muerte? De que la ha sufrido sin haberla merecido. ¿Y con qué razón se nos pediría segunda vez una deuda que El mismo ha pagado ya por nosotros? Aquel mismo Señor que ha borrado la deuda del pecado, comunicándonos su justicia, ha satisfecho plenamente a la obligación de la muerte y nos ha dado la vida. Así, la vida ha retornado por la muerte misma y la justicia ha sido restablecida por la destrucción del pecado, puesto que, por la muerte de Jesucristo, la muerte ha sido echada afuera y nos ha sido imputada su justicia. Mas ¿cómo ha podido morir el que era Dios? La respuesta es muy fácil: porque era hombre también. ¿Y cómo ha podido satisfacer por otro la muerte de este hombre? Muy bien pudo, porque era también justo. Verdaderamente, porque era hombre pudo morir, y porque era justo, no murió inútilmente. Es cierto que un hombre manchado del pecado no es capaz de satisfacer por otro a la obligación de la muerte, puesto que cada uno muere por sí mismo. Mas aquel que no está obligado a morir por su propio crimen, ¿ha de morir en vano por otro? Ciertamente, cuanto es cosa más indigna que muera aquel que no ha merecido la muerte, tanto es cosa más justa que viva éste, por quien aquél dió la vida.

23. Mas ¿qué justicia hay, dices, en que el inocente muera por el culpable? Confieso que esto no es justicia, pero sí misericordia. En efecto, si fuera justicia, no moriría gratuitamente, sino por obligación; y, si fuera por obligación, a la verdad, moriría, mas aquel por quien moría, no viviría. Y, si no hay justicia en esto, tampoco hay nada contra la justicia; de otra suerte, la justicia y la misericordia no podrían hallarse en una misma persona. Mas, aunque un justo pueda satisfacer sin injusticia por un pecador, ¿cómo uno solo puede satisfacer por muchos? Parece que sea bastante, para guardar la justicia, que la muerte de uno solo dé a otro solo la vida. Escucha la respuesta del Apóstol: *Así como por el pecado de uno solo cayeron en la condenación todos los hombres, así, por la justicia de uno solo, los hombres reciben la justificación de la vida. Pues del mismo modo que muchos se hicieron pecadores por la desobediencia de un solo hombre, así muchos serán hechos justos por*

la obediencia de uno solo <sup>46</sup>. Mas puede restituir uno la justicia a muchos, pero no la vida. Sin embargo, el Apóstol dice: *La muerte ha entrado por un hombre en el mundo, y la vida por otro hombre; y así como todos murieron en Adán, así todos también serán vivificados por Jesucristo* <sup>47</sup>. ¿Qué? Habiendo pecado uno solo, todos se han hecho culpables; ¿y la obediencia de otro no podrá aprovechar más que a uno solo? ¿Es posible que la justicia de Dios sea menos poderosa para socorrer que para condenar? ¿O que Adán haya tenido más poder para el mal que Jesucristo para el bien? El pecado de Adán me será imputado; ¿y la justicia de Jesucristo no me aprovechará de nada? Me ha perdido la desobediencia del primero; ¿y no me restablecerá la obediencia del segundo?

24. Pero hay muchas razones, dices, para que todos nosotros contraigamos la culpa de Adán, puesto que todos pecamos en él, por cuanto estábamos todos encerrados en él cuando pecó, y todos hemos sido engendrados de su carne por la concupiscencia de la carne misma. Mas ¿quién duda que el nacimiento según el espíritu que nosotros hemos tenido de Dios no es harto más íntimo que aquel que hemos tenido de Adán según la carne, siendo cierto que estuvimos en Jesucristo según este espíritu mucho antes que estuviésemos en Adán según la carne? ¡Mas con tal que confiemos ser del número dichoso de aquellos de quienes el Apóstol, hablando del Padre respecto de su Hijo, dice: *El cual nos ha elegido en El antes de la creación del mundo!* <sup>48</sup> El evangelista San Juan da también testimonio del nacimiento que hemos recibido de Dios cuando habla de aquellos que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo <sup>49</sup>. Y también en su carta primera: *El nacido de Dios no peca, porque la generación celeste le conserva* <sup>50</sup>. Mas la concupiscencia carnal, dices, testifica que tiene origen de la carne, y el pecado que sentimos en esta carne prueba manifiestamente que, según la carne, descendemos de la carne de un pecador. Convengo en esta verdad; mas esta generación espiritual se hace sentir en el corazón, y no en la carne, a aquellos solamente que pueden decir con San Pablo: *Nosotros tenemos el sentido y el espíritu de Jesucristo* <sup>51</sup>. En el cual conocen también que han hecho un progreso tan grande, que no temen decir con toda la confianza posible: *Su espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos*

<sup>46</sup> Rom. 5, 18. 19.

<sup>47</sup> 1 Cor. 15, 21. 22.

<sup>48</sup> Eph. 1, 4.

<sup>49</sup> Io. 1, 13.

<sup>50</sup> 1 Io. 3, 9.

<sup>51</sup> 1 Cor. 2, 16.

hijos de Dios<sup>52</sup>. Y todavía: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para conocer los dones que nos ha hecho*<sup>53</sup>. Por el espíritu que es de Dios se difunde en nuestros corazones la caridad, del mismo modo que por la carne, que viene de Adán, se insinúa y se derrama en nuestros miembros la concupiscencia. Y así como ésta, que se saca del padre de los cuernos, no se aleja jamás de la carne durante esta vida mortal, así la caridad, que viene del Padre de los espíritus, no se aparta jamás de la intención de los hijos que están en la perfección.

25. Si, pues, nacemos de Dios y somos elegidos en Jesucristo, ¿qué justicia habrá en que la generación humana y terrena sea más poderosa para dañar que la divina y celestial para hacernos bien, en que la extracción de la carne supere a la elección de Dios y en que la concupiscencia carnal, comunicada en el tiempo, prescriba contra su eterno designio? Pero si la muerte acaeció por un hombre, ¿por qué la vida no se nos dará por otro hombre, y otro hombre tal como Jesucristo? Si todos hemos muerto en Adán, ¿por qué no seremos todos vivificados en Jesucristo, y de una manera mucho más eficaz? En fin, *no es lo mismo el delito que la gracia; porque hemos sido condenados en el juicio de Dios por un solo pecado, mientras que somos justificados por la gracia después de muchos pecados*<sup>54</sup>. Es, pues, verdad que Jesucristo ha podido remitir los pecados, porque es Dios, y ha podido morir, porque es hombre: que, muriendo, ha podido satisfacer la obligación que teníamos de morir, porque es justo; y, en fin, que El solo ha sido capaz de merecer a todos los hombres la justicia y la vida, puesto que de un solo hombre procedían en todos los hombres así el pecado como la muerte.

26. Mas también fué enteramente necesario que este hombre, retardando su muerte, quisiera por algún tiempo vivir entre los hombres, a fin de que, por las instrucciones frecuentes y llenas de verdad, les elevase al conocimiento de las cosas invisibles, les fortificase en la fe por sus obras milagrosas y les formase en las buenas costumbres por la santidad de sus acciones. ¿Qué le ha faltado a este hombre-Dios, que ha tenido siempre una vida arreglada, justa y santa delante de los hombres, que ha predicado siempre la verdad, obrado prodigios y sufrido mil indignidades para lograr nuestra salvación? Y, si añadimos también la gracia de la remisión de los pecados, es decir, la remisión gra-

<sup>52</sup> Rom. 8, 16.

<sup>53</sup> I Cor. 2, 12.

<sup>54</sup> Rom. 5, 15. 16.

tuita de nuestros crímenes. ¿no es esto seguramente la consumación perfecta de la obra de nuestra salvación? Ciertamente, no debemos temer que le falte a Dios el poder o que en Jesucristo, que ha sufrido, y ha sufrido con tanto exceso por los pecadores, falte la voluntad para perdonarnos sus pecados, con tal que tengamos el cuidado que debemos tener en seguir sus ejemplos y venerar sus milagros y no nos hagamos rebeldes a su doctrina ni ingratos a sus sufrimientos.

27. En fin, todo lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, nos ha sido meritorio; todo nos ha sido necesario y ventajoso para nuestra salvación; su flaqueza misma no nos ha sido menos útil que su majestad. Porque, si por la potencia de su divinidad nos ha sacado de la cautividad del pecado, también por la flaqueza de su carne ha destruído todos los derechos de la muerte. Por lo que hermosamente dijo el Apóstol: *Lo que parece flaqueza en Dios es más fuerte que los hombres.* Mas aun esta necesidad, por la que le ha agradado salvar al mundo a fin de combatir la sabiduría del mundo y confundir los sabios, pues, poseyendo la naturaleza divina y siendo igual a Dios, se ha abatido a sí mismo tomando la forma de un siervo; siendo rico, se ha hecho pobre por nuestro amor; de grande, pequeño; de elevado, humilde; flaco, de poderoso que era, ha padecido hambre y sed, se ha fatigado en los caminos y ha sufrido voluntariamente y no por necesidad; esta especie de necesidad, vuelvo a decir, ¿no ha sido para nosotros un camino de sabiduría, un modelo de justicia y un ejemplo de santidad, según lo que dice el mismo Apóstol: *Lo que parece una necedad en Dios es más sabio que los hombres?*<sup>55</sup> ¡Tan cierto es que la muerte nos ha librado de la muerte, la vida del error, y la gracia del pecado! Así, la muerte ha consumado su victoria por la justicia, porque, habiendo el justo satisfecho por una deuda que no contrajo, ha justamente merecido recibir lo que perdió. La vida ha satisfecho por la sabiduría lo que era de su deber, al darnos las instrucciones de la verdad y el ejemplo de la santidad de la vida que debemos tener; la gracia ha remitido los pecados por la potencia de que acabamos de hablar, porque ha hecho absolutamente todo lo que ha querido. La muerte de Jesucristo ha sido la muerte de mi muerte, puesto que ha muerto para que yo viva. Y de hecho, ¿cómo será posible que aquel por quien la Vida ha muerto no viva? Pues ¿quién temerá en adelante engañarse en el camino de la virtud y en el conocimiento de la verdad teniendo a la Sabiduría por guía y por conductora? ¿Quién será tenido por culpable des-

<sup>55</sup> 1 Cor. I, 25.



pués de haber sido absuelto por la Justicia? Jesucristo da este testimonio de sí mismo en el Evangelio cuando dice: *Yo soy la vida* <sup>56</sup>. Y el apóstol San Pablo nos asegura de las dos cosas siguientes cuando habla de Jesucristo en estos términos: Nos ha sido dado por Dios Padre para ser nuestra justicia y nuestra sabiduría <sup>57</sup>.

28. Pero si la ley del Espíritu y de la vida en Jesucristo nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte, ¿de dónde viene que estamos sujetos todavía a la muerte y que no gozamos del don de la inmortalidad? La razón es para que la verdad de Dios se cumpla; pues, como Dios ama la misericordia y la verdad <sup>58</sup>, es preciso que el hombre muera, por haberlo Dios declarado así; y es menester también que resucite de la muerte a la vida para que Dios no se olvide de tener misericordia. Y, aunque la muerte no tenga un imperio perpetuo sobre nosotros, con todo eso, le tiene por un tiempo, a causa de la verdad de Dios; del mismo modo no es destruido enteramente el pecado en nosotros, aunque no ejerza ya tan poderosamente su tiranía en nuestro cuerpo mortal. Por eso. San Pablo se gloria de estar en parte librado de la ley del pecado y de la muerte; y, por otro lado, se queja de las miserias y penas que siente algunas veces de la parte de una y de otra ley cuando clama contra los ataques del pecado por estas palabras lastimosas: *Siento otra ley en mis miembros*, etc. <sup>59</sup>, o sea, cuando gime por las miserias que le afligen, que son, sin duda, la ley de la muerte, aguardando con ansia la libertad de su cuerpo <sup>60</sup>.

29. Por lo demás, de cualquiera manera que los cristianos consideren todas estas cosas y otras semejantes a ellas que pueden venirles al pensamiento con ocasión del santo sepulcro, pues cada uno abunda en su sentido sobre asuntos de esta naturaleza, yo juzgo que aquel que se halla sobre estos lugares y los ve en propia persona sentirá una dulzura de devoción muy sensible en su alma y que la vista corporal del lugar mismo del reposo del Señor le será extremadamente provechosa. Pues, aunque este sepulcro esté privado ahora de la posesión de sus miembros sagrados, no deja, con todo eso, de estar lleno de nuestros agradables misterios. Yo los llamo nuestros, y muy nuestros, con tal que con tanto afecto los abracemos con cuanta seguridad aceptamos las palabras del Apóstol: *Hemos sido sepultados con El por el bautismo para morir por El, a fin de que, así como Jesucristo ha resucitado por la gloria del Padre, así*

<sup>56</sup> Io. 14, 6.

<sup>57</sup> I Cor. 1, 30.

<sup>58</sup> Ps. 83, 12.

<sup>59</sup> Rom. 7, 23.

<sup>60</sup> Rom. 8, 23.

también nosotros caminemos en una nueva vida. Pues, si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, lo seremos también por la semejanza de su resurrección <sup>61</sup>. ¡Ah! ¡Qué cosa tan dulce para los peregrinos, después de haber sufrido las grandes fatigas de un largo viaje, después de haber escapado de una infinidad de peligros a que se han expuesto por mar y por tierra, reposar, en fin, en el mismo lugar en que su mismo Señor fué puesto en depósito! Ciertamente, creo que entonces reciben una alegría tan grande, que no sienten ya ni las fatigas del camino ni el gravamen de sus gastos, sino que, según el pensamiento de la Escritura, se transportan de gozo luego que han llegado al santo sepulcro <sup>62</sup>, al que miran como la recompensa de sus trabajos y el premio de su carrera. Mas no penséis que al acaso, ni súbitamente, ni por el rumor común de un pueblo engañado se haya hecho tan recomendable para todo el mundo este santo sepulcro, pues el profeta Isaías lo predijo tan claramente muchos siglos antes en estos términos: *En este tiempo se elevará de la raíz de Jesé un Príncipe que mandará a las naciones; y las mismas dirigirán sus oraciones a él, y su sepulcro será glorioso* <sup>63</sup>. Así vemos efectivamente cumplido lo que fué predicho por los profetas; y, si es una cosa nueva para quien lo ve con sus ojos, es antigua para aquel que ha leído las Escrituras. De suerte que, si la novedad da alegría al peregrino, la antigüedad tampoco deja de confirmarle con su autoridad. Y sea esto bastante por lo que mira al santo sepulcro.

## CAPITULO XII \*

### DEL VALLE DE BETFAGE

30. ¿Qué diré del lugar de Betfage, que era la mansión de los sacerdotes y que casi había puesto en olvido, el cual comprende tanto el sacramento de la confesión como el misterio del ministerio sacerdotal? Betfage significa casa de la boca. Y escrito está: *La palabra está cerca de tu boca y de tu corazón* <sup>64</sup>. Ten presente que esta palabra no está ni en el uno ni en el otro solamente, sino juntamente en entrambos. Así, la palabra produce la contrición saludable en el corazón del pecador, y esta misma palabra destruye en la boca la vergüenza perniciosa para no estorbar la confesión

<sup>61</sup> Rom. 6, 4, 5.

<sup>62</sup> Job 3, 22.

<sup>63</sup> Is. 11, 10.

\* PL 182, 938.

<sup>64</sup> Deut. 30, 14.

que es enteramente necesaria. De donde viene el declarar la Escritura que *hay una vergüenza que trae pecado y una vergüenza que trae gloria* <sup>65</sup>. La vergüenza útil es la que nos da la confusión de haber cometido el pecado o de cometerle actualmente, y hace que, sin ser nadie testigo de tu acción, respetes, con todo eso, la vista de Dios más que la de los hombres con tanta mayor retención cuanto sabes que Dios te es mucho más presente que la criatura y que el pecador tanto más gravemente le ofende cuanto el pecado le es más esencialmente opuesto. Sin duda, esta vergüenza destierra el oprobio y dispone a la gloria cuando no consiente al pecado, o, cometido, le castiga por la penitencia y le echa fuera por la confesión si, con todo eso, el testimonio de nuestra conciencia es el motivo de nuestra gloria. Pero, si alguno tiene vergüenza de confesar el pecado que le pesa, esta vergüenza produce el pecado y destruye la gloria que viene del testimonio de la conciencia, al estorbar esta necia vergüenza, teniendo cerrada la boca, que la lengua ponga fuera el pecado que la compunción se esfuerza por arrojar del fondo del corazón; ¡cuando a ejemplo de David debería clamar: *No; yo no estorbaré a mis labios hablar, Señor; tú lo sabes!* <sup>66</sup>. También de este pudor necio e irracional, según pienso, el rey penitente se hacía esta reprensión: *Porque estuve callado, la corrupción se envejeció en mis huesos* <sup>67</sup>. Lo que igualmente le hace desear que se ponga una puerta de circunspección a sus labios <sup>68</sup> a fin de saber abrir su boca para la confesión y cerrarla para las excusas. En fin, pide abiertamente esta misma gracia a Dios sabiendo muy bien que la confesión y la magnificencia son obra suya <sup>69</sup>. Ciertamente es un gran bien esta doble confesión, por la cual no ocultamos nuestra malicia y anunciamos la magnificencia de la bondad y de la potencia divina; mas también esto es un puro don de la liberalidad de Dios. Por eso le habla en estos términos: *Señor, no sufras que mi corazón se deje llevar a las palabras de malicia para buscar excusas a mis pecados* <sup>70</sup>. Es, pues, muy necesario que los sacerdotes, como ministros que son de Dios, tengan un cuidado muy particular de insinuar las palabras de temor y de contrición en los corazones de los pecadores con tanta moderación, que no se espanten ni se retiren de la confesión de sus pecados. Abran de tal suerte los corazones que no cierren sus bocas y no den la absolución sino a los que, estando verdaderamente compungidos, se hayan confesado de todos sus crímenes. Pues, según la máxima del Apóstol:

<sup>65</sup> Eccli. 4, 25.

<sup>66</sup> Ps. 39, 10.

<sup>67</sup> Ps. 31, 3.

<sup>68</sup> Ps. 140, 3.

<sup>69</sup> Ps. 110, 3.

<sup>70</sup> Ps. 140, 4.

Es menester creer de corazón para ser justificado y confesar de boca para ser salvado. De otra suerte, la confesión perece en el muerto como en quien no existe<sup>71</sup>. Cualquiera, pues, que tenga la palabra en la boca y no en el corazón es un vano o un engañador; y aquel que la tiene en el corazón y no la tiene en la boca es o soberbio o tímido.

## CAPITULO XIII \*

### DE BETANIA

31. Por lo demás, aunque me apresuro a acabar, no debo de ningún modo pasar en silencio la casa de obediencia que significa el nombre de Betania, que era el castillo de María y de Marta donde Lázaro fué resucitado; la cual nos representa la figura de la vida activa y contemplativa y nos recuerda el lugar en que la infinita bondad de Dios se manifestó con tanto esplendor a los pecadores y la virtud de la obediencia se halló tan dichosamente junta con los frutos de la penitencia. Basta, pues, con advertir sucintamente en este lugar que ni la práctica de las buenas obras, ni el reposo de una santa contemplación, ni las lágrimas de la penitencia serán jamás agradables fuera de Betania a aquel Señor que hizo tanta estima de la obediencia, que quiso más perder la vida que esta virtud, hecho obediente a su Padre hasta la muerte. Estas son, sin duda, aquellas riquezas que el profeta Isaías nos promete de la palabra del Señor: *Dios, dice, consolará a Sión y la relevará de todas sus ruinas; trocará su desierto en lugar de delicias y su soledad se hará jardín del Señor. No se verá en ella sino gozo y alegría, acciones de gracias y cánticos de alabanzas*<sup>72</sup>. Estas delicias del orbe, este tesoro celestial, esta heredad de los pueblos fieles, han sido confiados a vuestra fe, carísimos, y se han encomendado a vuestra prudencia y a vuestro valor. Y vosotros seréis capaces de guardar fielmente este sagrado depósito con tal que no presumáis nada de vuestra prudencia y de vuestra fuerza y sólo pongáis toda vuestra seguridad en el socorro de Dios. Pues debéis saber que el hombre no debe sacar su apoyo de su propia fuerza. Por tanto, debéis decir con el profeta: *El Señor es mi fuerza, mi refugio y mi libertador*<sup>73</sup>. Y también: *Conservaré mi*

<sup>71</sup> Eccli. 17, 26.

\* PL 182, 939.

<sup>72</sup> Is. 51, 3.

<sup>73</sup> Ps. 17, 2.



*fuerza para ti, ¡oh Dios mío!, porque tú eres mi protector y mi Dios. Su misericordia me prevendrá<sup>74</sup>. Y todavía: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria<sup>75</sup>. Para que aquel Señor que dirige vuestras manos a la guerra y vuestros dedos al combate sea bendecido en todas las cosas<sup>76</sup>.*

---

<sup>74</sup> Ps. 58, 10. 11.

<sup>75</sup> Ps. 113, 9.

<sup>76</sup> Ps. 143, 1.

# DE LOS GRADOS DE LA HUMILDAD Y DE LA SOBERBIA \*

*Este tratado es la primera obra compuesta por San Bernardo, como lo dice él mismo en la carta 18. Parece que le escribió en el año 1126. Le dirigió a Godofredo, prior de Clairvaux y más tarde obispo de Langres.*

## PROLOGO \*\*

Me rogaste, hermano Godofredo, que te hiciese un tratado que abarcase con más extensión todo lo que en presencia de nuestros hermanos expliqué sobre los grados de la humildad. Mas, deseando satisfacer dignamente una petición tan justa y temiendo no poder ejecutarlo con tanto resultado como sería de desear, te aseguro que, siguiendo el consejo del Evangelio, no me atreví a emprenderlo sin antes echar la cuenta sobre si me hallaba con fondos suficientes para llevar a cabo una empresa tal<sup>1</sup>. Sin embargo de eso, apenas la caridad disipó el temor de que se burlasen de una obra que no pudiera concluir, me sentí al punto combatido de una segunda aprensión, contraria a la primera, que me hacía recelar un accidente mucho más peligroso por la gloria que me resultaría si hacía esta obra perfecta que por el sonrojo que me podía venir si me quedaba en el camino. Así, hallándome entre el temor y la caridad, como entre dos caminos, largo tiempo permanecí dudoso sobre cuál de los dos tomaría con más seguridad, teniendo un justo recelo de no ser humilde, si hablaba de la humildad con fruto, o de hacerme inútil a mí mismo, si por un sentimiento de humildad guardaba silencio. Pero al fin, viendo que me es preciso resolverme a una de estas dos cosas, aunque no halle seguridad ni en la una ni en la otra, me determino a hacerte participante del fruto de la palabra—si soy capaz de eso—más bien que a pensar en la seguridad de

---

\* PL 182, 941-972.

\*\* PL 182, 941.

<sup>1</sup> Lc. 14, 28.

sola mi persona en el puerto del silencio. Esperando al mismo tiempo que tus oraciones me alcanzarán la gracia de no envanecerme si digo alguna cosa merecedora de tu aprobación y que no tendré ocasión de ello, pues no espero decir nada digno de ti, como tengo motivo para creerlo.

## CAPITULO I\*

JESUCRISTO ES EL CAMINO DE LA HUMILDAD, POR LA CUAL SE LLEGA A LA VERDAD

1. Debiendo, pues, hablar de los grados de la humildad que San Benito nos propone en su Regla, para subirlos, no para contarlos<sup>2</sup>, es menester primeramente que te explique, si puedo, el término al que debemos llegar por medio de ellos, a fin de que el trabajo que debemos tomar para subir allí se suavice por el sentimiento del fruto que esperamos recibir. Así, nuestro Señor nos propone el trabajo del camino y juntamente la recompensa del trabajo por estas palabras: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*<sup>3</sup>. Llama a la humildad camino que conduce a la verdad. La una es el trabajo, la otra el fruto del trabajo. Mas ¿de dónde podremos saber, dices tú, que ha querido hablar de la humildad en este lugar, habiendo dicho indeterminadamente: *Yo soy el camino*? Oyelo más claramente: *Aprended de mí*, dice, *que soy manso y humilde de corazón*<sup>4</sup>. ¿Ves cómo se propone por ejemplo de humildad y por modelo de mansedumbre? Si le imitas, no caminarás en las tinieblas, sino que tendrás la luz de la vida<sup>5</sup>. ¿Y cuál es la luz de la vida sino la verdad, la cual, iluminando a todos los hombres que vienen al mundo, les manifiesta dónde se encuentra la vida verdadera? Por eso, habiendo dicho: *Yo soy el camino, la verdad*, añade luego, *y la vida*. Como si dijera: Soy el camino que lleva a la verdad, soy la verdad que promete la vida y soy la vida misma que doy. El mismo es quien dice: *La vida eterna consiste en conocerte a ti, Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*<sup>6</sup>. O bien, como si tú mismo dijese: Considero el camino, es decir, la humildad; deseo el fruto, que es la verdad. Mas ¿de qué me servirá este tan grande trabajo del camino si no puedo lograr aquello por que tanto anhelo y suspiro? Y entonces El responde: *Yo soy el camino*, esto es, el viático con que serás sustentado en el

\* PL 182, 941.

<sup>2</sup> SAN BENITO, Regl., c. 7.

<sup>3</sup> Io. 14, 6.

<sup>4</sup> Mt. II, 29.

<sup>5</sup> Io. 8, 12.

<sup>6</sup> Io. 17, 3.

camino. Por lo cual da voces, y a los que se extravían y no saben el camino les dice: *Yo soy el camino*; a los que están entre dudas y no creen: *Yo soy la verdad*; a los que ya suben: *Yo soy la vida*. Con bastante claridad se manifiesta, a mi parecer, por el propuesto pasaje del Evangelio, que el conocimiento de la verdad es el fruto de la humildad. Y ve aquí otro muy semejante: *Te doy gracias, ¡oh Padre!, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas (sin duda, los secretos de la Verdad) a los sabios y a los prudentes*, es decir, a los soberbios, y *las has revelado a los pequeñuelos*<sup>7</sup>, es decir, a los humildes. Por donde se hace claro que la misma Verdad que se oculta a los soberbios se manifiesta a los humildes.

2. Ve, pues, aquí la definición que se puede dar de la humildad: la humildad es una virtud por la cual el hombre, teniendo un conocimiento muy verdadero de sí mismo, se hace menospreciable a sus propios ojos. Esta definición conviene muy bien a los que, habiendo dispuesto en su corazón las subidas, avanzan de virtud en virtud, esto es, de grado en grado, hasta arribar a la cima de la humildad; en la cual, colocados como sobre la montaña de Sión, es decir, sobre un lugar elevado, especulan y descubren la verdad. Pues se dice también: *El Legislador dará su bendición*<sup>8</sup>. Porque aquel que dió la ley, dará igualmente la bendición; esto es, aquel que mandó la humildad, el mismo conducirá a la verdad. Mas ¿quién es este Legislador sino el Señor, que es dulce y recto y ha dado la ley a los que se extravían en el camino?<sup>9</sup> En efecto, se extravían en el camino los que abandonan la verdad. Pero ¿juzgas que son abandonados aun en este caso por un Dios tan lleno de dulzura? De ninguna manera. El Señor, que es dulce y recto, les da la ley, que es el camino de la humildad, a fin de que por él vuelvan al conocimiento de la verdad. Les da la ocasión de recobrar la salvación, porque es dulce; mas no sin la disciplina de la ley, porque es recto. Así, porque es dulce, no puede sufrir que perezcan, y porque también es justo, no quiere olvidarse del castigo.

<sup>7</sup> Lc. 10, 21.

<sup>8</sup> Ps. 83, 6. 8.

<sup>9</sup> Ps. 24, 8.



## CAPITULO II \*

## CUÁL SEA EL FRUTO DE AQUELLOS QUE SUBEN LOS GRADOS DE LA HUMILDAD

3. Es, pues, cierto que San Benito ha establecido la ley por la que se vuelve a la verdad sobre doce grados particulares, a fin de que así como se llega a Jesucristo por los diez mandamientos de la ley y la duplicada circuncisión—que hacen el número de doce—, así igualmente, después de haber subido estos doce grados, se llegue al conocimiento de la verdad. Del mismo modo, el haber aparecido el Señor apoyado sobre lo alto de esta escala misteriosa que fué mostrada a Jacob <sup>10</sup> por un símbolo de humildad, ¿qué otra cosa nos da a entender sino que el conocimiento de la verdad se halla establecido sobre la cima de la humildad? Pues desde lo alto de la escala echaba sus ojos sobre los hijos de los hombres, como Verdad esencial, cuyos ojos ni pueden jamás engañar ni engañarse, para ver si había alguno que conociese a Dios o le buscase. En efecto, ¿no te parece que está gritando desde lo alto y que dice a los que le buscan—pues El conoce a los suyos—: *Pasad a mí todos los que me deseáis y llenaos de mis generaciones?* <sup>11</sup> Y en otra parte: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados. y yo os aliviaré* <sup>12</sup>. Venid, dice. ¿Adónde? A mí, que soy la verdad. ¿Por dónde? Por la humildad. ¿Y qué fruto resultará de eso? Yo os aliviaré. Mas ¿qué refección promete la Verdad a los que suban estos grados y da a los que han subido hasta su cima? No es tal vez otra que la caridad misma. Pues, como dice San Benito, al punto que el monje haya subido todos los grados de la humildad, llegará a la posesión de la caridad <sup>13</sup>. ¡Ah! ¿Qué dulce y agradable manjar es la caridad, pues alivia a los fatigados, fortifica a los débiles, alegra a los tristes y hace, en fin, agradable el yugo de la verdad y ligera su carga.

4. ¡Ah! ¿Qué plato tan excelente es la caridad, pues, teniendo el medio en el festín de Salomón <sup>14</sup>, harta a los famélicos y recrea a los convidados con el olor de diferentes virtudes como con otros tantos excelentes olores de toda suerte de perfumes. Porque ahí se pone también a los convidados la paz, la paciencia, la benignidad, la longanimi-

\* PL 182, 953.

<sup>10</sup> Gen. 28, 12. 13.<sup>11</sup> Eccli. 24, 26.<sup>12</sup> Mt. 11, 28.<sup>13</sup> SAN BENITO, *Regl.*, c. 7.<sup>14</sup> Cant. 3, 9. 10.

dad, el gozo en el Espíritu Santo y todos los otros frutos de la verdad y de la virtud, que son las generaciones de la sabiduría. Tiene también sus alimentos la humildad en este convite, que son el pan del dolor y el vino de la compunción, que la verdad presenta en primer lugar a los principiantes, a quienes dice: *Levantaos después de haber estado sentados vosotros que coméis el pan dei dolor* <sup>15</sup>. Tiene ahí la contemplación el alimento sólido de la sabiduría, que es la flor de trigo, juntamente con el vino, que alegra el corazón del hombre, a que la verdad convida a los perfectos diciéndoles: *Comed, amigos míos, y bebed; embriagaos vosotros, carísimos* <sup>16</sup>. *Ha puesto*, dice, *la caridad en medio del festín a causa de las hijas de Jerusalén* <sup>17</sup>; es decir, a causa de las almas imperfectas; las cuales, no siendo todavía capaces de tomar este sólido manjar, deben ser solamente nutridas con la leche de la caridad, en lugar del pan, y con el aceite, en lugar del vino. Por eso, no sin razón se pone en medio, porque su suavidad, ni es todavía gustada por los principiantes, a causa del temor, que se lo estorba, ni es bastante para los perfectos a causa de las grandes dulzuras que reciben en la contemplación. Aquéllos no son todavía capaces de gustar la dulzura de la leche, porque deben ser primeramente purgados de los humores nocivos de la sensualidad con la bebida amarguísima del temor; éstos, por haber sido destetados ya, participan de este agradable festín, que hace como la entrada de la gloria. De manera que sólo quedan en medio los que aprovechan y, habiendo gustado algunos panales de esta miel de la caridad, se contentan con eso a causa de su mucha delicadeza.

5. El primer plato es el de la humildad, que purga con amargura; el segundo, el de la caridad, que consuela con dulzura; el tercero, el de la contemplación, que hace al alma sólida por la fuerza que la da. ¡Ay de mí!, Señor Dios de las virtudes, ¿hasta cuándo estarás airado contra la oración de tu siervo? ¿Hasta cuándo me alimentarás con el pan de lágrimas y me harás beber el agua de mis llantos? ¿Quién me convidará siquiera al lugar medio de este festín de la caridad, en donde los justos son saciados en la presencia de Dios y rebosan en la alegría, para que, no hablando ya en la amargura de mi alma, diga a Dios: Señor, no me condenes; y, nutrido de los panes sin levadura de la sinceridad y de la verdad, cante alegre en los caminos del Señor: Es grande la gloria del Señor? Así, buen camino es el de la humildad, pues nos hace buscar la verdad, conseguir la cari-

<sup>15</sup> Ps. 126, 2.

<sup>16</sup> Cant. 5, 1.

<sup>17</sup> Cant. 2, 10.

dad, participar de los frutos de la sabiduría. Finalmente, como Jesucristo es el fin de la ley, así la perfección de la humildad es el conocimiento de la verdad. Jesucristo en su venida trajo la gracia; la Verdad, a los que se da a conocer, les comunica la caridad; y, como se hace conocer de los humildes, es claro que a los humildes da la gracia.

### CAPITULO III \*

CON QUÉ ORDEN LOS GRADOS DE LA HUMILDAD GUÍAN AL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD. Y DE QUÉ MANERA JESUCRISTO HA APRENDIDO LA MISERICORDIA POR SU PASIÓN

6. He explicado, en cuanto he podido, el fruto que se debe recibir después de haber subido los grados de la humildad; ahora es menester explicar el orden que se ha de tener para arribar a la recompensa de la verdad propuesta. Mas, porque este mismo cimiento de la verdad consiste en tres grados, quiero brevemente distinguirlos, si me es posible, para que se conozca con más claridad a cuál de los tres grados de la verdad pertenece y llega el duodécimo de la humildad. Es, pues, necesario saber que buscamos la verdad en nosotros mismos, en nuestros prójimos y en su propia naturaleza. En nosotros, juzgándonos a nosotros mismos; en nuestro prójimo, compadeciéndonos de sus miserias, y en su propia naturaleza, contemplando con un corazón purificado. Ten cuenta, si te agrada, así del número como del orden. Primeramente es menester que la verdad te enseñe que la debes buscar en el prójimo antes que en su propia naturaleza, y en seguida sabrás por qué la debes buscar en ti mismo antes que en el prójimo. En efecto, en el número de las bienaventuranzas que nuestro Señor enumeró en el Evangelio, colocó a los misericordiosos antes que a los puros de corazón<sup>18</sup>. Porque los misericordiosos descubren pronto la verdad en su prójimo cuando extienden hacia él sus afectos, y de tal suerte se unen a él por los sentimientos de la caridad, que sienten sus miserias o sus felicidades como si fueran suyas propias. Son flacos con los flacos y se abrasan con los que padecen escándalo<sup>19</sup>; acostumbran alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran<sup>20</sup>. De modo que, purificándose su corazón por esta caridad fraterna, sienten un gran deleite en contemplar la verdad en su propia naturaleza, por amor de la cual sopor-

\* PL 182, 944.

<sup>18</sup> Mt. 5, 7. 8.

<sup>19</sup> 2 Cor. 11, 29.

<sup>20</sup> Rom. 12, 15.

tan los males de su prójimo. Mas los que no se unen de este modo a sus hermanos, sino que, por el contrario, insultan a los que derraman lágrimas o murmuran de los que se alegran, ¿cómo pueden reconocer la verdad en su prójimo, puesto que, no hallándose con los mismos sentimientos que él, no pueden sentir en sí mismos lo que hay en él? De donde se sigue que se les puede justamente aplicar este proverbio común: El que está sano, no sabe lo que sufre el enfermo, y el que está harto, no sabe lo que pasa el hambriento. Por el contrario, el enfermo y el hambriento se compadecen de otro enfermo y de otro hambriento con tanto mayor sentimiento cuanto es mayor su semejanza en los trabajos. Porque así como la pura verdad no se deja conocer sino de un corazón que sea puro, así la miseria del prójimo no se hace sentir sino a un corazón afligido con la miseria. Para que tu corazón sea tocado de la miseria de otro es preciso primeramente que reconozcas la tuya propia, a fin de que encuentres dentro de ti mismo los sentimientos del prójimo y aprendas de ti el modo de socorrerle, a ejemplo de nuestro Salvador, que ha querido padecer para aprender a compadecerse y sujetarse a la muerte para tener lástima de los miserables. De manera que así como está escrito de El: *Aprendió la obediencia por las cosas que sufrió* <sup>21</sup>, así también ha aprendido de eso mismo la misericordia. No que antes no supiese ejercer la misericordia, pues su misericordia es desde toda la eternidad y por toda la eternidad, sino que aprendió en el tiempo por su experiencia lo que sabía por su esencia en la eternidad.

7. Mas tal vez extrañes que haya dicho que Jesucristo, Sabiduría de Dios, aprendió la misericordia, como si aquel Señor por quien se hicieron todas las cosas hubiera podido ignorar alguna de cuantas cosas tienen ser. Especialmente cuando lo que he citado de la Carta a los Hebreos como prueba de mi proposición, puede fácilmente entenderse en otro sentido nada absurdo. De manera que esta expresión: *Ha aprendido*, no se refiere a su misma cabeza, en su propia persona, sino a su Cuerpo místico, que es la Iglesia, dándole este sentido particular: *ha aprendido la obediencia por las cosas que ha padecido*; es decir, ha aprendido la obediencia en su Cuerpo por las cosas que ha padecido en su Cabeza. Porque esta muerte, esta cruz, estos oprobios, estas salivas, estos golpes de los azotes, por los cuales Jesucristo, nuestra Cabeza, fué ejercitado, ¿de qué han servido a su Cuerpo, quiero decir, a nosotros, sino de unas excelentes lecciones de obediencia, según el testimonio de San

<sup>21</sup> Hebr. 5, 8.



Pablo, que dice: *Jesucristo se ha hecho obediente a su Padre hasta la muerte. y muerte de cruz?* <sup>22</sup> ¿Con qué necesidad? Responde San Pedro diciendo: *Jesucristo ha padecido por vosotros, dejándoos ejemplo para que caminéis sobre sus mismos pasos* <sup>23</sup>, es decir, para que imitéis su obediencia. De estas cosas, pues, que ha padecido, aprendemos nosotros cuánto nos conviene padecer por la obediencia, siéndonos unos puros hombres, pues por ella no dudó morir Aquel que también era Dios. De esta manera, añadís, no hay inconveniente ninguno en decir que Jesucristo aprendió en su Cuerpo la obediencia o la misericordia, o alguna otra cosa, mientras no se crea que le haya podido acontecer en su persona en el tiempo cosa que no haya conocido antes; y así, El mismo es el que enseña a compadecerse y a obedecer y El mismo quien lo aprende por su experiencia, porque la Cabeza y el Cuerpo es un mismo Jesucristo.

8. Ciertamente, no debo negar que esta inteligencia pueda ser buena, pero parece que la primera interpretación está aprobada por otro lugar de esta misma carta, en que se dice: *No se unió a los ángeles, sino a la sangre de Abrahán, por lo cual debió hacerse semejante en todas las cosas a sus hermanos, para ser misericordioso* <sup>24</sup>. Juzgo que estas palabras se deben referir a la Cabeza, y que de ningún modo pueden convenir al Cuerpo; porque del Verbo divino se dice: *no se unió a los ángeles*, es decir, no se unió personalmente a su naturaleza, sino a la sangre de Abrahán. Ni se lee en la Escritura que el Verbo se hizo ángel, sino que *el Verbo se hizo carne* <sup>25</sup>, y carne de la carne de Abrahán, según la promesa que antes se le había hecho a éste. Por lo cual, es decir, por medio de la cual unión, *debó ser semejante en todas las cosas a sus hermanos*. Lo que quiere decir que fué conveniente y necesario que, habiéndose hecho pasible como nosotros, se sujetase a todas nuestras miserias, exceptuado el pecado. ¿Y me preguntas qué necesidad había de esto? Esto fué, responde el Apóstol, para que se hiciese misericordioso. Pero esto, dices, se puede también atribuir a su Cuerpo. Escuchad lo que se sigue: *En lo que ha sufrido y en lo que ha sido tentado, puede socorrer a los que son tentados* <sup>26</sup>. Yo no veo en estas palabras qué otra cosa se pueda entender mejor sino que ha querido sufrir; ser tentado y sujetarse a todas las miserias humanas, a excepción del pecado—lo que es propiamente ser semejante en todas las cosas a sus hermanos—, para aprender por su propia ex-

<sup>22</sup> Phil. 2, 8.

<sup>23</sup> I Petr. 2, 21.

<sup>24</sup> Hebr. 2, 16. 17.

<sup>25</sup> Io. 1, 14.

<sup>26</sup> Hebr. 2, 18.

perencia a compadecerse y tener lástima de aquellos que se hallan en los trabajos y en la tentación.

9. Con la cual experiencia no digo que se haya hecho más sabio, sino que se ha hecho más familiar, a fin de que los hijos de Adán, que son flacos y que El se ha dignado honrar con el nombre y cualidad de hermanos suyos <sup>27</sup>, no tengan dificultad alguna en descubrirle sus enfermedades, puesto que El puede curarlas como Dios, lo quiere como hermano suyo y las conoce perfectamente, como quien las ha sufrido en su propia persona. De ahí el llamarle el profeta Isaías: *Un hombre de dolores y sabedor de enfermedades* <sup>28</sup>. Y el apóstol San Pablo dice: *No tenemos un pontífice que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades*. Y explica de dónde puede compadecerse cuando añade: *Ha sido tentado, como nosotros, en todas las cosas para hacerse semejante a nosotros, a excepción del pecado* <sup>29</sup>. A la verdad, era bienaventurado e impasible en la forma, en que no juzgó como usurpación ser igual al Padre antes que se hubiese abatido a sí mismo tomándola forma y la naturaleza de siervo <sup>30</sup>; y, no habiendo probado lo que era la miseria y la sujeción, no sabía por experiencia ni la obediencia ni la compasión. Las sabía por esencia, mas no por su experiencia. Pero después que se abatió no solamente debajo de sí mismo, sino todavía debajo de los ángeles, que son impasibles por gracia y no por naturaleza, y se abatió hasta esa forma en que fué capaz de padecer y de ser esclavo, lo que no podía hacerse en su propia naturaleza, como ya dejamos dicho, probó la compasión en sus propios sufrimientos y la obediencia en su sujeción. No que haya adquirido por esta experiencia un conocimiento más grande, sino que esto ha sido para nosotros un nuevo motivo de confianza en El, en cuanto por esta suerte de conocimiento de la miseria Aquel de quien estábamos alejadísimos se ha aproximado más a nosotros. Y ciertamente, ¿cómo habríamos osado aproximarnos a El si hubiera permanecido siempre en su impasibilidad? Mas ahora el Apóstol nos exhorta a presentarnos con confianza *delante del trono de la gloria de Aquel* <sup>31</sup> que sabemos *ha sufrido nuestras enfermedades y padecido nuestros dolores*, como dice el profeta Isaías <sup>32</sup>, y tiene compasión de nosotros después de las cosas que ha padecido.

10. No se ha de tener por extraño el decir que Jesucristo jamás comenzó a saber una cosa que hubiese ignorado antes, sino que conoció la misericordia de una manera en la

<sup>27</sup> Hebr. 2, 11.

<sup>28</sup> Is. 53, 3.

<sup>29</sup> Hebr. 4, 15.

<sup>30</sup> Phil. 2, 6. 7.

<sup>31</sup> Hebr. 4, 16.

<sup>32</sup> Is. 53, 4.

eternidad, por su esencia divina, y de otra en el tiempo, por su encarnación. Mira a ver si El mismo no se ha dignado servirse de esta misma manera de hablar cuando, preguntándole los discípulos acerca del día del juicio último, respondió que no tenía conocimiento de él. En efecto, ¿cómo Aquel en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia podría ignorar este día? <sup>33</sup> ¿Por qué, pues, negó saber lo que seguramente no podía ignorar? ¿Es posible que quisiera ocultar con una falsedad lo que no podía descubrirles con utilidad? De ninguna manera. Así como no podía ignorar nada, porque es Sabiduría, tampoco podía mentir, porque es Verdad. Pero, queriendo impedir que sus discípulos se dejasen ir a curiosidades y preguntas inútiles, les negó que supiese lo que ellos preguntaban, no de una manera absoluta, sino de aquella de que El podía usar para no negarlo contra la verdad. Pues, aunque por las luces de su divinidad, que le descubren todos los tiempos, el pasado, el presente y el futuro, veía claramente este último día, con todo eso, no le conocía por la experiencia de los sentidos corporales. De otra suerte, habría ya hecho morir el anticristo con el soplo de su boca, habría escuchado ya con los oídos del cuerpo la voz del arcángel y la trompeta a cuyo sonido deben resucitar los muertos y habría visto ya con sus ojos corporales las ovejas y los cabritos, separados unos de otros, en el último día del juicio.

11. En fin, para que comprendas que quiso hablar solamente de este conocimiento que se saca de los sentidos del cuerpo al decir que no sabía cuándo sería este día último, respondió muy exactamente, y no dijo: No lo sé, sino: *Ni el Hijo del hombre lo sabe* <sup>34</sup>. ¿Qué quiere significar por el Hijo del hombre sino el hombre de la carne, de la cual se ha revestido, por el cual nombre quiere dar a entender que, cuando dice que no sabe alguna cosa, habla no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre? Pues, hablando en otras partes de sí mismo según la divinidad, no acostumbra a decir *el Hijo* o *al Hijo del hombre*, sino que dice *Yo* o *a mí*, como cuando habla en San Juan: *En verdad os digo que yo soy antes que Abrahán naciera* <sup>35</sup>; dice *yo soy* y no el Hijo del hombre es. Y, sin duda, habla de su naturaleza divina, que es antes del tiempo de Abrahán y de toda la eternidad, y no de la que ha sido después de Abrahán y aun sacada de Abrahán. Así, en otro lugar, preguntando a sus discípulos qué opinión tenían de él los hombres, les dijo: *¿Quién dicen los hombres no que soy yo, sino qué es el Hijo del hombre?*

<sup>33</sup> Col. 2, 3.

<sup>34</sup> Mc. 13, 32.

<sup>35</sup> Io. 8, 58.

Y en seguida, preguntándoles todavía qué opinión tenían ellos mismos de él, les dijo: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?* No dijo: *¿Quién decís que es el Hijo del hombre?* La razón de esto es que cuando se informaba de la carne cuál era la opinión del mundo carnal, se servía del nombre de la carne, que es propiamente el Hijo del hombre; mas, preguntando acerca de su divinidad a sus discípulos, que eran más espirituales, usaba de la expresión: *Soy yo*, y no de la otra: *el Hijo del hombre*. Igualmente San Pedro manifestó bien por sus respuestas que comprendía lo que le preguntaba por este término *soy yo* cuando contestó: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo* <sup>36</sup>, y no: *Tú eres Jesús, hijo de la Virgen*, aunque, si hubiera respondido de esta suerte, no habría dejado de decir la verdad. Pero, concibiendo muy bien el pensamiento del que les preguntaba, por los términos mismos de que se valía respondió discretamente y muy al caso a la pregunta formulada, diciendo: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios*.

12. Pues, si reconoces que Jesucristo tiene dos naturalezas en una misma persona: una, por la que ha sido siempre, y otra, por la que ha comenzado a ser, y que, según su ser eterno, ha tenido siempre conocimiento de todas las cosas y, según su ser temporal, ha recibido en el tiempo la experiencia de algunas de ellas, ¿por qué tendrás dificultad en confesar que así como en el tiempo ha comenzado a ser por la carne, del mismo modo también haya comenzado a aprender las miserias de la carne por este género de conocimiento que se adquiere en la flaqueza misma de la carne? A la verdad, nuestros primeros padres habrían sido mucho más sabios y mucho más dichosos con estar privados de esta ciencia, a la que no podían llegar sino por su necesidad y su propia miseria. Con todo eso, Dios, que les había criado por su poder, teniendo lástima de ellos por su bondad, les fué a buscar después de su pérdida, sujetándose por su misericordia a las mismas miserias en las que ellos se habían desgraciadamente precipitado. Quiso probar en sí por su admirable caridad lo que ellos justamente padecían por haber obrado contra sus órdenes, buscando satisfacer su propia curiosidad no para permanecer en la miseria con los miserables, sino para poderles librar de las miserias hecho compasivo. Digo compasivo no por aquella misericordia eterna que tuvo siempre en el estado de su felicidad, sino por esta que encontró en su encarnación por medio de la miseria, a la que quiso sujetarse. Así, por la misericordia temporal dió la última mano a la obra de su

<sup>36</sup> Mt. 16, 13-16.



bondad, a la cual por la eterna había dado principio, no porque aquella primera misericordia no fuese capaz de acabar su obra, sino porque ella sola sin ésta no era suficiente respecto de nosotros. Es cierto que la una y la otra nos eran necesarias; pero ésta nos era mucho más conveniente. ¡Oh invención admirable de la divina bondad! ¿Cómo habríamos podido conocer esta admirable misericordia si ella no hubiese sido tocada de la miseria precedente? ¿Cómo habríamos podido percibir esta compasión que nos era desconocida, la cual, al no estar prevenida de algún sufrimiento, se hallaba subsistente en la impasibilidad? Con todo eso, si esa misericordia, que no sabe qué cosa es miseria, no hubiera precedido, no se habría aproximado a la que es engendrada por la miseria; si no se hubiera aproximado, no la habría atraído; y, si no la hubiera atraído, no la habría extraído. Mas ¿de dónde la ha extraído sino de un abismo de miseria y de un lodazal muy profundo? <sup>37</sup> Sin embargo, no ha dejado esa primera miseria, sino que ha añadido a ella esta segunda; no la ha trocado, sino que la ha multiplicado, según lo que está escrito en el Salmo: *Señor, salvarás a los hombres y a las bestias, pues has multiplicado, Dios mío, tus misericordias* <sup>38</sup>.

## CAPITULO IV \*

EL PRIMER GRADO DE LA VERDAD ES REFLEXIONAR UNO SOBRE SÍ MISMO Y RECONOCER SU PROPIA MISERIA

13. Mas volvamos a nuestro primer punto. Si es verdad que aquel Señor que no estaba en la miseria se ha querido hacer miserable a fin de probar en sí mismo lo que El sabía ya por su ciencia infinita, ¿con cuánta mayor razón debes tú trabajar, no digo en reducirte a lo que no eres, sino en considerar lo que eres, es decir, verdaderamente miserable! Así, de este modo aprenderás a tener compasión de los otros tú que no puedes aprenderlo de otra manera. De lo contrario, podrá suceder que, si miras la miseria de tu prójimo sin reflexionar sobre la tuya, te llesves más a la indignación que a la compasión, a condenarle más que a socorrerle; y, en fin, no a instruirle en un espíritu de dulzura, sino a maltratarle en un espíritu de cólera. *Vosotros que sois espirituales*, dice el Apóstol, ins-

<sup>37</sup> Ps. 39, 3.

<sup>38</sup> Ps. 35, 7. 8.

\* PL 182, 948.

*truíd a estas personas con espíritu de mansedumbre.* El consejo o, más bien, el precepto del Apóstol quiere que socorras a tu prójimo que está enfermo con mansedumbre, es decir, con el mismo espíritu de bondad con el que deseas ser asistido cuando tú mismo estás enfermo, y que aprendas con qué dulzura te debes portar en cuanto al pecador reflexionando sobre ti mismo, no suceda que también seas tú tentado como él <sup>39</sup>.

14. Pero considera, te ruego, cómo el discípulo de la verdad observa perfectamente el orden establecido por su Maestro. Pues así como en el orden de las bienaventuranzas, de que he hablado más arriba <sup>40</sup>, han sido nombrados los misericordiosos antes de los puros de corazón, así los mansos han precedido a los misericordiosos <sup>41</sup>. Esto ha observado exactamente el Apóstol cuando, exhortando a los hombres espiritualmente a instruir a los carnales, ha añadido *en espíritu de mansedumbre*, porque la instrucción del prójimo pertenece a los misericordiosos, y el espíritu de suavidad a los mansos. Como si dijera: Es imposible que aquel que no tiene mansedumbre en sí mismo sea del número de los misericordiosos. Ve ahí cómo el Apóstol enseña claramente lo que yo había prometido mostrarte <sup>42</sup>, a saber, que es menester buscar la verdad en nosotros mismos antes que en nuestro prójimo. *Reflexionando*, dice, *sobre ti mismo*. Es decir, considerando cuán fácil eres en caer en la tentación y cuán inclinado al pecado, a fin de que te hagas más manso por la consideración de tu propia flaqueza, y por este medio más dispuesto a socorrer a los otros con un espíritu de mansedumbre. Y, si no quieres escuchar las advertencias del discípulo, al menos teme las reprensiones del Maestro: *Hipócrita*, dice, *quita primero la viga de tu ojo, y después verás cómo sacas la paja del ojo de tu hermano* <sup>43</sup>. Es una grande y gruesa viga en el ojo la soberbia que está en el espíritu; la cual, por una cierta corpulencia de sí misma, pues es más vana que verdadera, más inflada que sólida, obscurece el ojo del espíritu y ofusca la verdad. De tal manera, que, si llega a ocupar tu entendimiento, no podrás ya verte a ti mismo ni conocerte según lo que eres o lo que puedas ser, sino que, por el contrario, creerás ser o esperarás hacerte tal cual te deseas. Efectivamente, ¿qué es la soberbia sino un amor de la propia excelencia, como la define San Agustín? <sup>44</sup> De donde

<sup>39</sup> Gal. 6, 1.

<sup>40</sup> Num. 6.

<sup>41</sup> Mt. 5, 4. 7. 8.

<sup>42</sup> Num. 6.

<sup>43</sup> Mt. 7, 5.

<sup>44</sup> SAN AGUSTÍN, *De Gen. add litt.* 1. 11, n. 24. 25.

podemos decir, por oposición, que la humildad es un menosprecio de la propia excelencia. Porque el amor y el odio no conocen en absoluto el juicio de la verdad. ¿Quieres oír el juicio de la verdad? *Juzgo de la misma manera que entiendo* <sup>45</sup>, mas no de la manera que aborrezco amo o temo. Hay un juicio de odio, como aquel de que habla San Juan en estos términos: *Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley es preciso que muera* <sup>46</sup>. Le hay de temor, como este otro: *Si le dejamos obrar de esta suerte, vendrán los romanos y arruinarán la ciudad y nuestra nación* <sup>47</sup>. Hay todavía otro de amor, como el de David en favor del parricida Absalón: *Perdonad, dice, a mi Absalón* <sup>48</sup>. Sé también que está ordenado por las leyes humanas, y se observa en las causas eclesiásticas igualmente que en las seculares, que los amigos particulares de aquellos que litigan pleitos no deben ser recibidos en el juicio por temor de que engañen o sean engañados por el afecto. Y si, a tu juicio, el amor que un amigo tiene a su amigo es capaz de disminuir o de ocultar enteramente su crimen, ¿con cuánta mayor razón debes creer que el amor a ti mismo te puede engañar en el juicio que estás obligado a hacer contra ti mismo?

15. Es, pues, necesario que aquel que quiere conocer plenamente la verdad en sí, después de haber sacado de su ojo la viga de la soberbia, que le estorba la luz, comience a disponer los grados en su corazón, por medio de los cuales suba a buscarse en sí mismo, a fin de que, habiendo subido el duodécimo grado de la humildad, llegue dichosamente al primero de la verdad. Mas luego que, habiendo encontrado en sí la verdad, pueda decir: *He creído, y por eso he hablado, mas he sido humillado con exceso*, es menester entonces que el hombre suba hasta un corazón elevado, a fin de que la verdad sea ensalzada y que, habiendo llegado al segundo grado, diga en su transporte: *Todo hombre es mentiroso* <sup>49</sup>. ¿Piensas que David no ha guardado este orden? ¿Piensas que el profeta no lo ha sentido, como el Señor, como el Apóstol, como nosotros mismos después de ellos y por ellos? He creído, dice, a la verdad luego que me ha dicho: *El que me sigue, no anda en las tinieblas* <sup>50</sup>. Yo, pues, he creído siguiendo; por eso he hablado confesando. ¿Confesando qué? La verdad que he conocido creyendo. Mas después que he creído para mi justificación y he hablado para mi salvación, *he sido demasiadamente humillado*; es decir, perfectamente. Como si dijese: Porque no he tenido empacho en confesar contra mí la verdad que en mí he cono-

<sup>45</sup> Io. 5, 30.

<sup>46</sup> Io. 19, 7.

<sup>47</sup> Io. 11, 48.

<sup>48</sup> 2 Reg. 18, 5.

<sup>49</sup> Ps. 115, 10. 11.

<sup>50</sup> Io. 8, 12.

cido, he llegado a la perfección de la humildad. Pues este término de *demasiadamente* se puede entender por el de perfectamente, como se puede observar en este versículo del salmista: *Tomará demasiado placer en hacer sus mandamientos*<sup>51</sup>. Y si alguno insiste en que el término de *demasiadamente* se debe tomar en este lugar por el de mucho y no por el de perfectamente, según el pensamiento de muchos expositores, tampoco eso es contrario al sentido del profeta, y podemos decir que ha querido explicarse en substancia de esta suerte. Por lo que a mí toca, cuando no conocía todavía la verdad, creía ser alguna cosa, aunque efectivamente no era nada. Mas, después que he conocido la verdad, creyendo en Jesucristo, es decir, imitando su humildad, confieso que ella ha sido ensalzada en mí por mi propia confesión, mas yo *he sido demasiado humillado*, es decir, me he hecho muy menospreciable a mí mismo por la consideración de mi nada y de mi miseria.

## CAPITULO V\*

EL SEGUNDO GRADO DE LA VERDAD ES COMPADECERSE DE LA MISERIA DEL PRÓJIMO POR EL CONOCIMIENTO DE LA PROPIA FLAQUEZA

16. Estando, pues, el profeta humillado en este primer grado de la verdad, como dice en otro salmo: *Me has humillado en tu verdad*<sup>52</sup>, mire a sí mismo y considere la miseria general por la suya propia; y así, pasando al segundo grado, diga en su arrebató: *todo hombre es mentiroso*. Mas ¿en qué arrebató de sí mismo? Sin duda en aquel en que, elevándose sobre sí mismo y aplicándose a la verdad, llega a juzgarse a sí propio. Diga, pues, en este arrebató, no indignándose o insultándose, sino compadeciéndose y lastimándose: *Todo hombre es mentiroso*. ¿Qué quiere significar: *Todo hombre es mentiroso*? Lo mismo que decir: Todo hombre es flaco, todo hombre es miserable, no estando en su poder salvarse a sí mismo ni a los demás. Del mismo modo, dice el salmista que un caballo es engañoso para salvar a su jinete<sup>53</sup>, no porque el caballo sea capaz de engañar a ninguno, sino porque aquel que se asegura sobre la fuerza de su caballo, se engaña él mismo. De esta misma manera dice que todo hombre es mentiroso, es decir, frágil, inconstante, del cual no se puede esperar ni su salvación ni la de

<sup>51</sup> Ps. III, 1.

\* PL 182, 950.

<sup>52</sup> Ps. 118, 75.

<sup>53</sup> Ps. 32, 17.



otro, pues, al contrario, aquel que pone su esperanza en el hombre<sup>54</sup> es herido de maldición. Así, hecho ya humilde el profeta, avanzando en el camino de la verdad y viendo en los otros la miseria que llora en sí mismo, al adquirir el conocimiento, adquiriera también el dolor y diga en general, mas con verdad: *Todo hombre es mentiroso*.

17. Observad cuán diferente sentimiento tiene de sí mismo el fariseo soberbio. Mas ¿qué exprime en el arrebató de su hinchazón? *¡Dios mío, te rindo gracias, porque yo no soy como el resto de los hombres!*<sup>55</sup> Al mismo tiempo que explica la complacencia particular que tiene de sí mismo, insulta a los otros con arrogancia. Pero el rey David no habla de esa suerte, pues dice: *Todo hombre es mentiroso*. No exceptúa a nadie, a fin de no engañar a nadie, porque sabe bien que todos han pecado y tienen necesidad de la gracia de Dios<sup>56</sup>. El fariseo se engaña a sí mismo solamente cuando, condenando a todos los demás, no exceptúa sino a sí propio. Pero el profeta no se exceptúa de la miseria común para no ser exceptuado de la misericordia. El fariseo lo confirma de todos los otros, menos de sí mismo, diciendo: *No soy como el resto de los hombres*. Rinde acciones de gracias no porque es bueno, sino porque es solo; no tanto por los bienes que posee como por los males que él nota en todos los otros. No había quitado todavía la viga de su ojo y ya contaba las pajas que estaban en los de sus hermanos, diciendo: *Son injustos, ladrones*<sup>57</sup>, etc. No creeré haber excedido inútilmente los términos que me había propuesto si he tenido la dicha de hacerte comprender la diferencia que se encuentra entre estos dos arrebatos de que **acabo de hablar**.

18. Volvamos a entrar ahora en nuestro asunto. Es, pues, necesario que aquellos a quienes la verdad ha hecho conocerse a sí mismos, por lo mismo, a menospreciarse, comiencen a encontrar amargura en todas las cosas que acostumbraban amar. Pues, haciéndose comparecer delante de su propio tribunal, se obligan a mirarse en un estado en que se avergüenzan de verse. Y al mismo tiempo que, concibiendo un grande displacer de ver lo que son y suspirando hacia aquello que no son y que desesperan poder obtener por sus propias fuerzas, no encuentran otro consuelo en el estado deplorable en que se ven que establecerse jueces rigurosos de sí mismos por un amor sincero de la verdad, teniendo hambre y sed de la justicia hasta el menosprecio de su propia persona, exigen de sí mismos una satisfacción severísima respecto de lo pasado y una en-

<sup>54</sup> Jer. 17, 5.  
<sup>55</sup> Lc. 18, 11.

<sup>56</sup> Rom. 3, 23.  
<sup>57</sup> Lc. 18, 11.

mienda verdadera para el futuro. Mas como reconocen muy bien que no son capaces de cumplirlo por sí mismos, puesto que, después de haber cumplido todos los mandamientos que les han sido hechos, confiesan que son unos siervos inútiles<sup>58</sup>, se ven obligados a recurrir de la justicia a la misericordia; y a fin de obtenerla siguen el consejo de la verdad: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia*<sup>59</sup>. Y éste es el segundo grado de la verdad, por el cual la buscan en sus prójimos cuando del conocimiento de sus propias miserias pasan al conocimiento de las de los otros y aprenden a compadecerse de los trabajos de su prójimo por los que padecen en su propia persona.

## CAPITULO VI\*

EL TERCER GRADO DE LA VERDAD ES PURIFICAR EL OJO DEL CORAZÓN PARA CONTEMPLAR LAS COSAS CELESTIALES Y DIVINAS

19. Si perseveran en las tres cosas de que acabamos de hablar, es decir, en el llanto de la penitencia, en el deseo de la justicia y en las obras de la misericordia, purificarán el ojo del corazón de tres estorbos que han contraído por la ignorancia, por la flaqueza o por su afecto, para pasar, por medio de la contemplación, al tercer grado de la verdad. Ve ahí tres caminos que parecen derechos a los hombres, exceptuados aquellos que se regocijan cuando han obrado lo malo, toman placer en las cosas más criminales<sup>60</sup> y se cubren con su flaqueza o con su ignorancia para excusar sus pecados<sup>61</sup>. Pero en vano aquellos que afectan una ignorancia o una flaqueza voluntaria para pecar con más libertad se lisonjean de estas dos suertes de excusas. ¿Juzgas que el primer hombre, que no pecó de su propio movimiento, encontró grande ventaja en defenderse con el pretexto de su mujer, que para él tenía el lugar de la flaqueza de su carne?<sup>62</sup> ¿O que los que apedrearon al primero de los mártires fueron excusables por su ignorancia, a causa de haberse tapado las orejas para no escuchar la verdad?<sup>63</sup> Los que por un deseo y un amor de pecar se encuentran alejados de la verdad y abatidos por la ignorancia o la flaqueza, éstos, repito, truequen sus deseos en suspiros y su amor en tristeza; superen la flaqueza de la carne por

<sup>58</sup> Lc. 17, 10.

<sup>59</sup> Mt. 5, 7.

\* PL 182, 951.

<sup>60</sup> Prov. 2, 14.

<sup>61</sup> Ps. 140, 4.

<sup>62</sup> Gen. 3, 12.

<sup>63</sup> Act. 7, 56.

el fervor de la justicia; expelan la ignorancia por la liberalidad; no suceda que, si ahora ignoran la Verdad, pobre, desnuda y enferma, no la conozcan sino demasiado tarde, con confusión suya, cuando venga un día con grande poder y majestad, infundiendo terror y reprendiendo, y no respondan, sino en vano temblando: *¿Cuándo te vimos en la necesidad y no te socorrimos?* <sup>64</sup> Ciertamente, este Señor, a quien no se conoce al presente cuando busca la misericordia, se hará conocer demasiado cuando venga a juzgar a todo el mundo <sup>65</sup>. Verán a Aquel a quien traspasaron. Los avaros conocerán a Aquel a quien despreciaron <sup>66</sup>. Derramando, pues, lágrimas, teniendo hambre de la justicia y practicando las obras de misericordia, se purifican los ojos del corazón de todas las manchas que han contraído por la flaqueza, por la ignorancia y por el afecto. Y en este estado de su pureza les promete la Verdad mostrarse a ellos: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* <sup>67</sup>. Habiendo, pues, tres grados o tres estados de la verdad, es menester que subamos el primero por el trabajo de la humildad; el segundo, por el sentimiento de la compasión, y el tercero, por el vuelo de la contemplación. En el primer grado se encuentra la verdad severa; en el segundo, piadosa; en el tercero, pura. La razón, por la cual nos examinamos a nosotros mismos, nos conduce al primero; el sentimiento, con que tenemos compasión de los otros, nos hace subir al segundo; la pureza, que nos eleva a las cosas invisibles, nos pone en el tercero.

## CAPITULO VII\*

DE QUÉ MANERA LA TRINIDAD BEATÍSIMA OBRA EN NOSOTROS  
ESTOS TRES GRADOS DE LA VERDAD

20. Aquí diviso una admirable y diferente operación de la Trinidad invisible, en cuanto un hombre que tropieza en las tinieblas es capaz de comprender esta inefable división en las operaciones de las tres personas divinas. Parece que el Hijo obra en el primer grado; el Espíritu Santo, en el segundo, y el Padre, en el tercero. *¿Quieres oír la operación del Hijo? Si os he lavado los pies, dice, yo, que soy vuestro Señor y Maestro, vosotros debéis con más razón lavaros los pies unos a otros* <sup>68</sup>. Este Maestro de la verdad daba a sus

<sup>64</sup> Mt. 25, 44.

<sup>65</sup> Ps. 9, 17.

<sup>66</sup> Io. 19, 37.

<sup>67</sup> Mt. 5, 8.

\* PL 182, 952.

<sup>68</sup> Io. 13, 14.

discípulos ejemplo de la humildad, por la que ellos debían conocer la verdad en el primer grado. Considera ahora la obra del Espíritu Santo: *La caridad de Dios ha sido difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado* <sup>69</sup>. En efecto, la caridad es un don del Espíritu Santo, y hace que aquellos que han subido al primer grado de la verdad bajo la disciplina del Hijo, por el medio de la humildad, arriben fácilmente al segundo por la compasión del prójimo bajo la conducta del Espíritu Santo. Escucha, en fin, lo que se dice de la operación del Padre: *Bienaventurado eres, Simón Baryona, porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos* <sup>70</sup>. Y en otra parte: *El Padre hará conocer su verdad a los niños* <sup>71</sup>. Y todavía en otro lugar: *Te doy gracias, Padre mío, porque has escondido estas cosas a los sabios y las has revelado a los niños* <sup>72</sup>. Nota bien cómo los que han sido primeramente humillados por la doctrina y el ejemplo del Hijo y han recibido la caridad en su corazón por la bondad del Espíritu Santo, son, en fin, recibidos en la gloria por el Padre. Así, el Hijo forma a sus discípulos, el Espíritu Santo consuela a sus amigos y el Padre ensalza a sus hijos. Y porque no solamente el Hijo, sino también el Padre y el Espíritu Santo, son verdaderamente llamados Verdad, es cierto también que, sin confusión de las propiedades de las personas, una sola y una misma Verdad obra estas tres cosas en los tres grados. Instruye primeramente como maestro; en segundo lugar, consuela como amigo y hermano; en tercer lugar, abraza a sus hijos como Padre.

21. Pues primeramente, al encontrar el Hijo de Dios, que es el Verbo y la Sabiduría del Padre, esta potencia de nuestra alma, que se llama razón, oprimida por la carne, cautiva por el pecado, ciega por la ignorancia y pegada a las cosas exteriores, tomándola por su bondad, elevándola por su poder, instruyéndola por su sabiduría, atrayéndola dentro de sí misma y sirviéndose de ella, por un artificio admirable, como de un substituto que pone en su lugar, la establece a ella misma su propio juez. De suerte que por respeto del Verbo, al cual está asociada, se hace su propia acusadora, su testigo y su juez; y ella misma hace el oficio de la verdad contra sí misma. De esta primera sociedad del Verbo y de la razón nace la humildad. En cuanto a la segunda potencia del alma, que es la voluntad, el Espíritu Santo, que la ve todavía infectada del veneno de la carne, mas ilustrada ya por la razón, viniendo a visitarla por su bondad, a purificarla por su dulzura y a unírsela amorosamen-

<sup>69</sup> Rom. 5, 5.

<sup>70</sup> Mt. 16, 17.

<sup>71</sup> Is. 38, 19.

<sup>72</sup> Mt. 11, 25.



te, la hace misericordiosa. De suerte que así como una piel que está empapada en algún humor se estira fácilmente, así también esta voluntad, hallándose toda penetrada de la unción celeste, se extiende por el amor hasta sus propios enemigos. De esta manera, la caridad es producida por esta segunda unión del Espíritu Santo y de la voluntad humana. El Padre, en fin, encontrando estas dos facultades del alma, la razón y la voluntad, la una instruida por la palabra de la Verdad, la otra inspirada por el Espíritu de Verdad, aquélla purificada por el hisopo de la humildad y ésta abrasada del fuego de la caridad; el Padre, vuelvo a decir, encontrando esta alma ya perfecta, sin mancha alguna a causa de su humildad, y sin arruga, a causa de su caridad, viendo que la voluntad no repugna ya a la razón y que la razón no disimula la verdad, la asocia a sí mismo como una esposa gloriosa. De tal manera que ya no es permitido a la razón pensar en sí, ni a la voluntad cuidar de su prójimo, sino que esta alma bienaventurada no tiene otro placer que pronunciar estas palabras del Cántico: *El Rey me ha hecho entrar en su cámara.* ¡Digna ciertamente de pasar de la escuela de la humildad, en la que primeramente, bajo la disciplina del Hijo, aprendió a entrar en sí misma, según esta amenaza que la había sido hecha: *Si no te conoces, sal y apacienta tus cabritos*<sup>73</sup>; digna, repito, de pasar de la escuela de la humildad a los cilleros de la caridad! Es decir, a los corazones de sus prójimos, donde ha sido introducida bajo la conducta del Espíritu Santo por los sentimientos de ternura y de compasión, y de donde, en fin, estando sostenida de flores y rodeada de granadas, que son las buenas obras y las virtudes santas, ha sido dichosamente admitida en la cámara del Rey, por quien se desmaya de amor. Allí, haciéndose silencio en el cielo por un poco de tiempo, como media hora, y reposando dulcemente entre los castos abrazos que tanto ha deseado, se duerme, mas vela su corazón, y procura durante este tiempo penetrar los más grandes secretos de la verdad, para, vuelta a sí misma, ocuparse en la memoria de estos misterios. Allí ve cosas que no es posible ver, oye cosas que no se pueden explicar y de que no es permitido al hombre hablar, porque sobrepasan todo el conocimiento que una noche puede dar a otra noche. Con todo eso, un día comunica su conocimiento a otro día y se permite hablar de la sabiduría entre los sabios y comunicar las cosas espirituales a los espirituales.

<sup>73</sup> Cant. I, 3. 7.

## CAPITULO VIII\*

## SE EXPLICAN LOS TRES GRADOS PRECEDENTES EN EL RAPTO DE SAN PABLO

22. ¿Piensas que San Pablo, que asegura haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, no ha pasado por los tres grados que acabamos de tratar? Mas ¿por qué dice que ha sido arrebatado y no conducido?<sup>74</sup> Sin duda para que, si un tan gran Apóstol confiesa que ha estado a donde no podía ir ni por instrucción alguna ni por guía alguna, yo, que ciertamente soy muy inferior a San Pablo, no tenga la presunción de creer que pueda jamás arribar al tercer cielo por mis propias fuerzas o por algún trabajo mío y no confíe demasiado de mi virtud o desconfíe excesivamente de mi trabajo. El que es instruido o conducido, por el hecho mismo de seguir a su maestro o a su conductor, manifiesta que trabaja y hace de sí mismo alguna cosa a fin de poder ser conducido al lugar destinado y poder decir con el Apóstol: *No yo, sino la gracia de Dios conmigo*<sup>75</sup>. Pero aquel que es arrebatado, no apoyándose en manera alguna sobre sus propias fuerzas, sino solamente sobre las de otro, como quien ignora a donde es llevado, no se glorifica en sí mismo ni en todo ni en parte, porque no contribuye a esto ni por sí ni con otro. Es cierto, pues, que el Apóstol, siendo ayudado o conducido, podía subir al primer cielo o al de en medio; pero para arribar al tercero era menester que fuese arrebatado. También leemos nosotros que el Hijo descendió para llamar y ayudar a los que debían subir al primero y que el Espíritu Santo ha sido enviado para conducirlos al segundo; mas, aunque el Padre haya siempre obrado con el Hijo y el Espíritu Santo, no se hallará jamás en la Escritura que haya descendido del cielo o que haya sido enviado a la tierra. Leo, sí, *que la tierra está llena de la misericordia del Señor*<sup>76</sup>, que los cielos y la tierra están llenos de tu gloria, y otras cosas semejantes a éstas. Leo del Hijo que, *habiendo llegado la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo*<sup>77</sup>; y El mismo, hablando de sí, dice: *El Espíritu del Señor me ha enviado*<sup>78</sup>. Y por este mismo profeta: *El Señor, dice, y su Espíritu me han enviado ahora*<sup>79</sup>. Leo todavía del Espíritu Santo: *El Espíritu consolador, que*

\* PL 182, 951.

<sup>74</sup> 2 Cor. 12, 2.<sup>75</sup> 1 Cor. 15, 10.<sup>76</sup> Ps. 32, 5.<sup>77</sup> Gal. 4, 4.<sup>78</sup> Is. 61, 1.<sup>79</sup> Is. 48, 16.

el Padre enviará en mi nombre<sup>80</sup>. Y en otra parte: *Luego que suba, os le enviaré*<sup>81</sup>, queriendo, sin duda, hablar del Espíritu Santo. Mas, aunque no haya lugar alguno en que el Padre no esté en persona, con todo eso, no le encuentro jamás sino en el cielo. Por ejemplo, en el Evangelio: *Mi Padre, que está en los cielos*<sup>82</sup>; y en la oración: *Padre nuestro, que estás en los cielos*<sup>83</sup>.

23. De donde infiero que, no habiendo descendido jamás, era menester para verle el Apóstol que, no pudiendo subir hasta el tercer cielo, declarase que había sido arrebatado allí. También está escrito: *Ninguno sube al cielo, sino el Hijo del hombre, que descendió de él*<sup>84</sup>. Y para que no pienses que se ha dicho del primero o del segundo cielo, el profeta David declara que su salida ha sido del más alto de los cielos<sup>85</sup>. Al cual Cristo no fué arrebatado como Elías, que no tuvo más que un testigo de eso<sup>86</sup>; ni como San Pablo, que no tuvo uno siquiera, pues apenas pudo ser su propio testigo, según lo que confiesa de sí mismo: No sé nada de esto, Dios lo sabe<sup>87</sup>, sino que se elevó a la vista de aquellos<sup>88</sup> que El quiso honrar con una visión tan importante como todopoderoso, que descendió cuando quiso y subió cuando le plugo; y los testigos y los espectadores vieron el lugar y el tiempo, el día y la hora de su ascensión según su voluntad. San Pablo fué arrebatado, Elías transportado, Enoch trasladado<sup>89</sup>; mas nosotros leemos que nuestro Redentor se elevó, es decir, se levantó de sí mismo, sin ser ayudado de parte alguna. En fin, una nube le robó a sus ojos<sup>90</sup>, siendo sostenido por su propia virtud, sin tener necesidad de un carro ni del ministerio de un ángel. Mas ¿para qué esta nube? ¿Tenía necesidad de ella para que le aliviase, como si se fatigara, o para que le impeliese, como si tuviera dificultad en subir, o para que le sostuviese, a fin de no caer? De ningún modo, sino que le retiró de los ojos carnales de sus discípulos, que, después de haber conocido a Jesucristo según la carne, no debían conocerle ya de esta manera. Es, pues, cierto que a quienes el Hijo llama al primer cielo por la humildad y el Espíritu Santo hace entrar en el segundo por la caridad, el Padre los eleva hasta el tercero por la contemplación. Primeramente son humillados por la verdad y dicen: *Me has humillado en tu verdad*<sup>91</sup>. En segundo lugar se regocijan de la verdad y cantan: ¡Oh! ¡Qué grande bien es y qué cosa tan agradable

<sup>80</sup> Io. 14, 26.

<sup>81</sup> Io. 16, 7.

<sup>82</sup> Mt. 23, 9.

<sup>83</sup> Mt. 6, 9.

<sup>84</sup> Io. 3, 13.

<sup>85</sup> Ps. 118, 7.

<sup>86</sup> 4 Reg., c. 2.

<sup>87</sup> 2 Cor. 12, 2.

<sup>88</sup> Act. 1, 9.

<sup>89</sup> Eccli. 66, 16.

<sup>90</sup> Act. 1, 9.

<sup>91</sup> Ps. 118, 75.

*permanecer muchos hermanos juntamente!*<sup>92</sup>, pues está escrito de la caridad que se regocija de la verdad<sup>93</sup>. En tercer lugar son arrebatados para entrar en los secretos de la verdad y claman: *Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí*<sup>94</sup>.

## CAPITULO IX \*

### GEMIDOS Y SÚSPIROS DE SAN BERNARDO ANHELANDO LA VERDAD

24. Mas ¿cómo, ¡ay de mí!, he tenido la presunción de elevarme y discurrir por los dos más altos cielos con una superfluidad de palabras más bien que con la vivacidad del espíritu, yo que estoy fatigado del trabajo y arrastro los pies y las manos hacia el que está más abajo? Es cierto que para subir a éste me he puesto una escala con la ayuda de aquel Señor que me ha llamado aquí, pues aquí mismo está el camino por el que quiere mostrarme la salvación de mi Dios. Veo ya al Señor apoyado sobre lo alto y me regocijo a la voz de la Verdad. Me ha llamado y le he respondido: *Extenderás tu mano derecha a la obra de tus manos*<sup>95</sup>. Sé bien, Señor, que cuentas mis pasos, mas como subo con lentitud y estoy fatigado del camino, busco pequeños rodeos. ¡Ay de mí si me sorprenden las tinieblas de la noche o si mi huida sucede en tiempo de invierno o en sábado, mientras que dejo de caminar a la luz ahora que es el tiempo favorable y días de salvación! ¿Por qué lo dilataré todavía? ¡Ah! Hijo mío, hermano mío, compañero mío y cualquiera que tomas parte en mi adelantamiento en el Señor, ora por mí al Todopoderoso para que afirme de tal suerte mis pasos desmayados, que el pie de los soberbios no me haga caer. Pues, aunque el pie de la pereza no sea propio de ningún modo para subir el grado de la verdad, es, con todo eso, mucho más soportable que el de la soberbia, que no puede subsistir en este lugar, como está escrito: *Han sido expelidos y no han podido permanecer en el sitio*<sup>96</sup>. Y ve ahí por lo que respecta a los soberbios.

25. Mas ¿qué diremos de su jefe, de aquel que es llamado *rey sobre todos los hijos de la soberbia?*<sup>97</sup> *No permaneció*, dice, *en la verdad*<sup>98</sup>. Y en otra parte: *Veía a Satanás caer del cielo como un relámpago*<sup>99</sup>. ¿Y por qué sino

<sup>92</sup> Ps. 132, 1.

<sup>93</sup> I Cor. 13, 6.

<sup>94</sup> Is. 24, 16.

<sup>95</sup> PL 182, 955.

<sup>96</sup> Job 14, 15.

<sup>97</sup> Ps. 35, 12, 13.

<sup>98</sup> Job 41, 25.

<sup>99</sup> Io. 8, 44.

<sup>90</sup> Lc. 10, 18.



por su soberbia? ¡Ay de mí si Aquel que mira de lejos las cosas elevadas me ve en la soberbia y emplea contra mí esta palabra terrible! Ciertamente eras hijo del Excelso, mas morirás como un hombre y caerás como uno de los príncipes del cielo <sup>100</sup>. ¿Quién no se asusta al ruido de este trueno? ¡Oh! ¡Cuánto más saludable fué al nervio de la pierna de Jacob secarse por el toque del ángel <sup>101</sup> que el inflarse, el disiparse y el caer este del ángel orgulloso! ¡Pluguiese a Dios que un ángel tocase el mío para secarle, a fin de ver si comenzaba a aprovechar por esta flaqueza, yo que no puedo dar sino caídas con todas mis fuerzas! Ciertamente veo que lo que parece flaqueza en Dios es más fuerte que todos los hombres <sup>102</sup>. Y el Apóstol, lamentándose de su carne, que era abofeteada por el ángel de Satanás y no del Señor, recibió al fin esta respuesta: *Mi gracia basta, pues la virtud se perfecciona en la flaqueza. Mas ¿qué virtud? Escueha la sentencia del Apóstol: Tendré placer de gloriarme en mis flaquezas a fin de que la virtud de Jesucristo habite en mí* <sup>103</sup>. Mas puede ser que no comprendáis todavía de qué virtud quiere hablar particularmente, porque Cristo las ha poseído todas. Sin embargo, aunque las haya tenido todas, hay una particular entre ellas que nos ha hecho recomendable en su persona, que es la humildad, cuando dijo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* <sup>104</sup>.

26. Yo también me gloriaré gustoso en mi enfermedad y en la flaqueza de mi carne, ¡oh Señor Jesús!, para que tu virtud, quiero decir, tu humildad, encuentre su perfección en mí. Tu gracia me bastará cuando mi fuerza me falte. Sí, ciertamente, apoyándome fuertemente sobre el pie de la gracia y sacando suavemente el mío, que es muy flaco, subiré con seguridad por la escala de la humildad hasta que, aplicándome a la verdad, pase hasta la vasta extensión de la caridad. Entonces cantaré con acción de gracias y diré: Has afirmado mis pies en un lugar muy espacioso <sup>105</sup>. De este modo se camina con más seguridad y con más precaución en un camino estrecho. De este modo se sube sin ningún peligro, paso a paso, por una escala difícil. Así, en fin, caminando difícilmente, se llega a la verdad, de una admirable manera, más tarde, pero, con todo eso, más segura y más firme. Pero ¡ay! Mi destierro se ha prolongado <sup>106</sup>. ¿Quién me dará alas de paloma para poder arribar cuanto antes a la verdad y encontrar mi reposo en la caridad? <sup>107</sup> Mas por-

<sup>100</sup> Ps. 81, 6. 7.

<sup>101</sup> Gen. 32, 25.

<sup>102</sup> 1 Cor. 1, 25.

<sup>103</sup> 2 Cor. 12, 9

<sup>104</sup> Mt. 11, 29.

<sup>105</sup> Ps. 30, 9.

<sup>106</sup> Ps. 119, 5.

<sup>107</sup> Ps. 54, 7.

que estas cosas me faltan, Señor, condúceme en tu camino y haz que entre en tu verdad; y tu verdad me librará. ¡Ay de mí por haber descendido de este lugar! Porque, si por mi ligereza no hubiera descendido importunamente, no habría tenido tanta pena en subir tan lentamente. Mas ¿por qué digo he descendido? Diría con más verdad que he caído de allí. A no ser que se quiera decir: mejor que así como no se llega jamás de un solo salto al colmo de la grandeza, sino que cada uno sube por grados, así nadie baja jamás a lo extremo de la malicia en un momento, sino que se deja caer poco a poco. De otra suerte, ¿cómo podría subsistir esta palabra de Job: El impío se hace todos los días de su vida más orgulloso?<sup>108</sup> En fin, hay caminos que parecen buenos a los hombres y que, con todo eso, conducen al pecado.

27. Hay, pues, un camino para descender y otro para subir; un camino que lleva a lo bueno y otro que lleva a lo malo. A ti toca evitar el malo y escoger el bueno; y, si no lo puedes hacer por ti mismo, ora con el profeta y di: *Señor, aparta de mí el camino de la iniquidad. ¿De qué manera? Y ten lástima de mí según tu ley*; aquella ley es a saber que has dado a los que se extravían del camino, esto es; a los que desamparan la verdad. ¿Mas qué? ¿Aquel que ha caído no podrá volverse a levantar? Por eso *he escogido el camino de la verdad*, para subir humillado al lugar de donde por mi soberbia descendí. Subiré, digo, y cantaré: *Señor, ha sido un grande bien para mí el haberme humillado tú; la ley de tu boca es para mí un tesoro más estimable que millones de oro y de plata*<sup>109</sup>. Tal vez te parecerá que David te ha propuesto dos suertes de caminos; pero es menester, con todo eso, que no reconozcas más que uno, uno con dos términos diversos y llamado con diferentes nombres: de iniquidad respecto de aquellos que descienden y de verdad respecto de aquellos que suben. Porque, en efecto, por los mismos grados se sube y por los mismos se baja del trono; por un mismo camino se va y se vuelve a la ciudad; y por una misma puerta se sale y se entra en la casa. En fin, en una misma escala aparecieron los ángeles a Jacob subiendo y descendiendo<sup>110</sup>. Mas ¿a qué fin estas cosas? Para que, si deseas volver a la verdad, no busques un nuevo camino, desconocido, sino el mismo por el que has bajado. De tal suerte que, siguiendo tus mismos pasos por marchas recíprocas, subas, después de haber sido humillado, por los mismos grados por los que descendiste dejándote llevar de la

<sup>108</sup> Job 15, 20.

<sup>109</sup> Ps. 118, 29. 30. 71. 72.

<sup>110</sup> Gen. 28, 12.

soberbia. Así, aquel que era el duodécimo grado respecto de la soberbia, que has descendido, será el primer grado respecto de la humildad que debes subir. El undécimo se encontrará el segundo; el décimo será el tercero; el nono será el cuarto; el octavo será el quinto; el séptimo será el sexto; el sexto será el séptimo; el quinto será el octavo; el cuarto será el nono; el tercero será el décimo; el segundo será el undécimo y el primero será el duodécimo. Porque, después que hayas encontrado o, más bien, reconocido en ti mismo todos estos grados de soberbia, no tendrás en adelante ninguna pena en buscar el camino de la humildad.

## CAPITULO X\*

### DEL PRIMER GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA CURIOSIDAD

28. El primer grado de la soberbia es la curiosidad, de la cual he aquí las notas particulares. Si ves a un religioso de quien tenias una buena opinión desde un principio que por todas partes en donde se halla, por donde camina, donde se detiene, echa los ojos a todos los lados, va la cabeza levantada y abierto el oído para escucharlo todo, reconoce por estos movimientos exteriores que el interior de este hombre, que se da todo afuera, está enteramente trocado. En efecto, es máxima del Sabio que el hombre pervertido hace señal de ojo, golpea con el pie y habla con la mano<sup>111</sup>. Por estos movimientos del cuerpo se nota la nueva enfermedad del alma; la cual, a medida que cesa de reflexionar sobre sí misma por su negligencia, se hace curiosa en los negocios de otros. Por eso, viniendo a ignorarse a sí misma, sale afuera para apacentar cabritos<sup>112</sup>. Por los cabritos, que significan el pecado, creo que se pueden justamente entender los ojos y las orejas, pues por estas ventanas entra la muerte en el alma, del mismo modo que entró en el mundo por el pecado. Así, el curioso se ocupa en reparar estos dos sentidos cuando no cuida de saber en qué estado deja su interior. Y, a la verdad, ¡oh hombre!, si te consideras a ti mismo con atención, será difícil que puedas aplicarte a ninguna otra cosa. Curioso, escucha a Salomón; insensato, escucha al Sabio: *Conserva tu corazón*, dice, *con todas las diligencias imaginables*<sup>113</sup> para que, quiere decir, todos tus sentidos no velen sino en conservar esta única raíz de la

\* PL 182, 957.

<sup>111</sup> Prov. 6, 12. 13.

<sup>112</sup> Cant. 1, 7.

<sup>113</sup> Prov. 4, 23.

vida. Porque dime, curioso: ¿Adónde te vas cuando te alejas de ti mismo? ¿A quién te encomiendas durante este tiempo? ¿Cómo tienes el atrevimiento de levantar los ojos al cielo después de haber pecado contra el cielo? Mira más bien a la tierra a fin de conocerte a ti mismo. Ella te representará perfectamente a ti mismo, porque eres tierra, y en tierra has de volverte.

29. Sin embargo de esto, puedes levantar los ojos inoportunamente por dos motivos diferentes: para pedir socorro o para darlo. David levantó los ojos hacia las montañas para sacar de ellas el amparo <sup>114</sup> y nuestro Señor echó los ojos sobre los pueblos que le seguían a fin de dárselo <sup>115</sup>. El uno, porque estaba en la miseria, y el otro, porque quería ejercer la misericordia; y entrambos lo hacían sin pecar. Así, si levantas los ojos por tu necesidad particular o por la de tu prójimo, considerando el lugar, el tiempo y la ocasión favorable, no solamente no te reprendo, sino que te alabo mucho, pues la miseria excusa lo primero y la misericordia recomienda lo segundo. Mas si lo haces por una vana curiosidad, te reprenderé de ser imitador no del profeta ni del Salvador, sino de la desgraciada Dina, de Eva y de Satanás mismo. Pues Dina, habiendo salido para apacentar sus cabritos, fué robada a su padre y perdió su virginidad <sup>116</sup>. ¡Desgraciada Dina! ¿Qué necesidad tenías de ver a las mujeres extranjeras? ¿Qué necesidad o qué utilidad había en esto? ¿Era solamente por curiosidad? Mas, si miras ociosamente, no ociosamente te miran. Si ves por curiosidad, con mayor curiosidad te están viendo. ¿Quién creería entonces que esta curiosidad ociosa o esta ociosidad curiosa pudiera hacerse al punto no ya tan inútil, sino tan perniciosa a ti misma, a tu propia nación y a tus mismos enemigos?

30. También a ti, ¡oh Eva!, se te ha puesto en el paraíso para trabajar en él con tu marido y conservarle para ti, a fin de que, cumplida la orden que te han dado, se te haga pasar a otra mansión todavía más deliciosa, en que no estés obligada a ocuparte en el trabajo ni a velar en su conservación. Se te permite comer de todos los frutos que hay en el paraíso, exceptuados los del árbol que es llamado de la ciencia del bien y del mal <sup>117</sup>. Y si todos los otros son buenos y de buen gusto, ¿qué necesidad tienes de comer del que enseña también a saber el mal? *No se debe saber más de lo que conviene* <sup>118</sup>. Saber el mal no es saber, sino hacerse ignorante. Guarda bien lo que te han encargado, atien-

<sup>114</sup> Ps. 120. 1.

<sup>115</sup> Io. 6, 5.

<sup>116</sup> Gen. 34, 1. 2.

<sup>117</sup> Gen. 2, 15-17.

<sup>118</sup> Rom. 12, 3.



de a lo que te han prometido, evita lo que te han vedado, para que no pierdas lo que te han concedido. ¿Por qué miras tan atentamente tu muerte? ¿Para qué echas con tanta frecuencia tus ojos sobre ese objeto? ¿A qué fin mirar lo que no es permitido comer? Pero dices tú: Sólo llego allí con los ojos y no con la mano; no me han prohibido mirarle, sino comerle. ¿Qué? Habiéndome Dios dejado los ojos a mi disposición, ¿no me será permitido levantarlos a donde tenga gusto? Escucha la sentencia del Apóstol: *Todo me es permitido*, dice, *mas no todo me es conveniente* <sup>119</sup>. Aunque no haya en eso falta, con todo, hay indicio de una falta. Porque, si tu alma está sobre sí cuanto debe, tu curiosidad no encontrará tiempo inútil. Así, aunque no haya falta en eso, sin embargo, la ocasión de una falta es a un mismo tiempo no sólo indicio de la que ha sido cometida en lo pasado, sino la causa de la que se cometa en adelante. Pues mientras permaneces atenta a otra cosa, la serpiente se resbala imperceptiblemente en tu corazón, te habla dulcemente, detiene tu razón con sus caricias y tu temor con sus mentiras al decirte: *No, no morirás* <sup>120</sup>. Aumenta el deseo a medida que despierta la gula, excita la curiosidad irritando la codicia; en fin, presenta lo que está vedado y quita lo que está concedido; da la manzana y roba el paraíso. Tú tomas el veneno que te ha de hacer perecer y das a luz a los que han de perecer contigo. La salvación se ha perdido, mas el nacimiento no cesa. Nacemos y morimos, y nacemos para morir, porque morimos antes de nacer. Ve ahí el yugo insoportable que has atraído sobre todos tus hijos hasta el día de hoy.

31. Tú igualmente, que eres el sello de la divina semejanza, has sido establecido no en el paraíso de la tierra, sino en las delicias del paraíso de Dios <sup>121</sup>. ¿Qué más puedes desear? Puesto que estás lleno de sabiduría y eres perfecto en la belleza, guárdate bien de anhelar lo que es sobre ti y lo que supera tus fuerzas. Permanece firme en ti mismo, no caigas abajo si llegas a emplear tus pensamientos en las grandezas de las maravillas que son sobre ti. Pero ¿qué es lo que ahora estás mirando de lado, a la parte del aquilón? Me parece ya que te veo pensar con un poco más de curiosidad en ciertas cosas que son muy por encima de ti. Quiero, dices, *establecer mi trono del lado del aquilón* <sup>122</sup>. Mas ¿no reparas que al punto que pretendas sentarte sobre el trono, mientras los otros ángeles permanecen en pie, turbas, en cuanto está de tu parte, la concordia de tus hermanos, la paz de todo el cielo y el reposo mismo de la Trini-

<sup>119</sup> I Cor. 6, 12.

<sup>120</sup> Gen. 3, 4.

<sup>121</sup> Ez. 28, 12, 13.

<sup>122</sup> Is. 14, 13.

dad santísima? Considera, miserable, adónde te lleva tu curiosidad, pues no temes en manera alguna, con una presunción enteramente particular, poner el escándalo entre los habitantes del cielo y hacer injuria a tu Rey. Millares de millones le sirven y diez veces cien millones asisten en su presencia <sup>123</sup>, en donde nadie tiene el atrevimiento de sentarse, sino Aquel solo que está sentado sobre los querubines y a quien todos los otros rinden servicio, ¿y tú, con el pretexto de unas luces que te hacen conocer estas cosas de otra manera que los demás, con el pretexto de que las buscas con más curiosidad y las penetras con menos respeto, osas establecer una silla en el cielo para hacerte semejante al Altísimo? Mas ¿a qué fin y con qué seguridad? ¿Qué insensato eres! Mide bien tus fuerzas; considera el fin; piensa en el medio. Dime: ¿tu presunción es conocida o ignorada del Altísimo? ¿Es su voluntad o contra su voluntad el pretender tú esta elevación? Mas ¿cómo puede querer o ignorar todo lo malo que estás premeditando aquel Señor cuya voluntad es infinitamente justa y cuya ciencia es perfecta? ¿Qué? No dudas de su conocimiento ni de su voluntad contraria a ti, ¿y crees que no podrá resistirte? Pero, a menos que no dudes que has sido sacado de la nada, no creo que puedas dudar de la omnipotencia, de la ciencia y de la bondad infinita del Criador, que ha podido sacarte de la nada, lo ha sabido y lo ha querido. ¿Cómo, pues, quieres que dé Dios su consentimiento a lo que no quiere que sea y puede estorbar? Ciertamente, veo cumplirse en ti o, más bien, comenzar en ti lo que ordinariamente se dice que después de ti y por ti practican tus semejantes sobre la tierra: un señor familiar cría temerarios. ¿Qué? ¿Tu ojo ha de ser malo porque Dios es bueno? Mas, al mismo tiempo que tomas una seguridad criminal de su bondad, te haces imprudente contra su ciencia y temerario contra su omnipotencia.

32. Este es, ¡oh impío!, éste es el pensamiento que revuelves en tu espíritu; éste es el crimen que meditas en tu lecho y que te hace decir: ¿Piensas que el Criador destruirá su obra? Sé verdaderamente que Dios conoce todos mis pensamientos, porque es Dios, y que un pensamiento tan malo como el mío no le puede ser agradable, porque es bueno; y aun sé también que no puedo evitar su castigo, si me quiere castigar, porque es todopoderoso. Pero ¿hay motivo para temer? Sí, porque es bueno, el mal que ve en mí no puede agradarle, ¿cuánto menos le agradará el suyo? Yo llamo mi mal el querer hacer alguna cosa contra su voluntad, y el suyo, el vengarse a sí mismo. El, pues, no

<sup>123</sup> Dan. 7, 10.

puede tomar venganza de cualquier crimen, como tampoco quiere ni puede ser privado de su bondad. Mas te engañas, desventurado; te engañas tú y no Dios. Te engañas, vuelvo a decir, y la iniquidad ha mentido contra sí misma y no contra Dios. Obras dolosamente, y esto en su presencia; y así, no es a Dios a quien engañas, sino a ti mismo. Y porque tomas motivo del gran bien que has recibido de El para pensar un mal contra El, con mucha justicia tu iniquidad es el objeto de su aborrecimiento. Porque ¿qué malicia más grande que menospreciar a tu Criador por el motivo mismo que le hace más amable? ¿Qué mayor crimen que, no dudando del poder de Dios y de que habiéndote criado puede también destruirte, con todo eso, confiando en su demasiada bondad, que te hace esperar que no querrá vengarse, aunque pueda, volverle mal por bien y odio por el amor que te tiene?

33. Ciertamente, esta malicia no merece solamente ser mirada con una indignación pasajera, sino que es digna de ser castigada con una aversión eterna; esta malicia, repito, por la que, contra la voluntad de tu dulcísimo y soberano Señor, deseas y esperas hacerte igual a El, de suerte que tenga siempre delante de sus ojos lo que le desagrada infinitamente, luego que te vea su igual, aunque no lo quiera y aunque no te derribe, bien que lo pueda hacer, prefiriendo soportar su desagrado a sufrir tu ruina. Puede perderte si lo quiere, pero por su mucha bondad, como te imaginas, no puede quererlo. Ciertamente, si esto te imaginas, tanto más malo eres tú cuanto menos le amas a El. Porque, si prefiere sufrir que se obre contra su gloria a hacer cosa alguna contra tu bien, ¡cuán grande es tu malicia en no perdonar a aquel Señor que no se perdona nada a fin de perdonarte a ti mismo! Sería una cosa opuesta a su perfección no ser justo porque es dulce, como si no pudiera ser dulce y justo a un tiempo; una dulzura justa es más perfecta que una débil, y aun la dulzura no es virtud sin la justicia. Así, porque eres ingrato contra la bondad gratuita de Dios, por la cual te ha dado gratuitamente el ser, y no temes la justicia que no has todavía probado, lo que te hace cometer atrevidamente el crimen de que te prometes falsamente la impunidad, es preciso ahora que reconozcas justo a aquel mismo Señor de quien has conocido ya la bondad y que caigas en la hoya que tú mismo has abierto para tu Bienhechor. De tal suerte que, al mismo tiempo que trabajas en forjar una pena de que puede eximirse, si quiere, pero que no puede quererlo, a lo que tú imaginas, y por eso ni carecer de esta bondad por la cual no has experimentado que haya castigado a ninguno, es preciso, vuelvo a decir, que Dios, que es justo y que no puede ni debe

sufrir que su bondad sea ofendida impunemente, te haga justísimamente sentir una semejante pena. De manera que, moderando la sentencia que ha dado contra ti en su venganza, no te rehuse el perdón, si tú quieres enmendarte; mas, con todo eso, por la dureza e impenitencia de tu corazón, no puedes quererlo, y, por consiguiente, ni eximirte del suplicio.

34. Oye ya la calumnia. *El cielo*, dice Dios por su profeta, *es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies* <sup>124</sup>. No dice el oriente, el occidente o alguna otra parte del cielo, sino todo el cielo es mi trono. No hay lugar alguno en el cielo en donde puedas establecer tu silla, puesto que Dios se le ha reservado todo entero. No la puedes poner en la tierra tampoco, puesto que ella le sirve de tarima. La tierra es un lugar sólido, en que la Iglesia está establecida y fundada sobre la piedra firme. ¿Qué harás ahora? He ahí que estás echado del cielo y no puedes morar sobre la tierra. Es preciso, pues, que escojas un lugar en el aire, no para sentarte, sino para volar, a fin de que tengas la pena de una agitación continua, pues intentaste conmovier el estado inmutable de la eternidad. Así, mientras estás fluctuando entre el cielo y la tierra, Dios está sentado en su trono sublime y elevado y toda la tierra está llena de su majestad <sup>125</sup>, de manera que no puedes encontrar lugar sino en el aire solamente.

35. Pienso que los serafines, que con las alas de su contemplación vuelan del trono a la tarima y de la tarima al trono de Dios y con las otras cubren los pies y la cabeza de nuestro Señor, han sido puestos determinadamente en este lugar para que así como la entrada del paraíso estaba estorbada por el querubín al hombre después de su pecado, del mismo modo tu curiosidad sea reprimida por los serafines. De suerte que no tengas ya la impudencia ni la imprudencia de penetrar los secretos del cielo ni de conocer los misterios de la Iglesia sobre la tierra, sino que te contentes solamente con los corazones de los soberbios, que no quieren ser como los otros hombres de la tierra y no pueden volar al cielo como los ángeles. Mas, aunque se te ocultan la cabeza en el cielo y los pies sobre la tierra, te es permitido, con todo eso, **ver alguna cosa de en medio para que se ejercite tu envidia cuando, estando en el aire, ves los ángeles descender y subir; mas tú no sabes nada de lo que ellos oyen en los cielos ni de lo que anuncian a las tierras.**

26. ¡Oh Lucifer!, que te levantabas de mañana; o, más

<sup>124</sup> Is. 66, 1.

<sup>125</sup> Is. 6, 3.



bien, no ya portaluz, sino astro desgraciado que lleva consigo las tinieblas y aun la muerte, tu curso regular es de oriente a mediodía. ¿Por qué, perturbado este orden, te diriges al aquilón? Cuanto más te apresuras a elevarte a lo alto, tanto más rápidamente caes al ocaso. Pero yo querría, ¡oh curioso!, preguntarte más curiosamente cuál es el designio de tu curiosidad. *Pondré, dice, mi silla al lado del aquilón* <sup>126</sup>. No creo que esta *silla* y este *aquilón* se deban tomar materialmente y corporalmente, puesto que eres espíritu. Yo pensaría más bien que los hombres reprobados son designados por el aquilón, y el poder que tienes sobre ellos, por la silla. Pues como penetrabas en la presciencia de Dios tanto más que los otros cuanto estabas más próximo a El, conociendo que estos desgraciados ni estaban resplandecientes con algún rayo de la sabiduría ni abrasados de algún amor del Espíritu divino, les encontraste como un lugar enteramente vacío y emprendiste establecer tu imperio sobre ellos, comunicándoles alguna luz de tu astucia y calentándolos con los ardores de tu malicia. Para que así como el Altísimo presidía por su sabiduría y por su bondad a todos los hijos de la obediencia, del mismo modo también, estando tú establecido rey sobre todos los hijos de la soberbia, les gobernases por tu malicia industriosa y tu maliciosa industria; y por este medio te hicieses semejante al Altísimo. Mas no puedo extrañarme lo bastante cómo, habiendo previsto tu imperio en la presciencia de Dios, no previste también en ella tu precipicio. Porque, si le previste, ¿qué extraña locura querer dominar con tanta miseria y preferir mandar en un estado infeliz a estar sometido en el colmo de la felicidad? ¿Qué? ¿No era más ventajoso para ti ser participante de aquellos grandes espacios luminosos que ser príncipe de esas horribles tinieblas? Pero es mucho más probable que no le previste, ya porque, como dije antes, atendiendo a la bondad de Dios, dijiste en tu corazón: *No se pondrá en cuidado* <sup>127</sup>, en lo que, ¡oh impío!, has enteramente irritado a Dios contra ti, porque, mirando tu imperio, la viga que estaba en el ojo de tu soberbia se engrosó de tal suerte en ese momento, que te impidió ver tu miserable caída.

37. Así, habiendo José previsto su elevación <sup>128</sup>, no conoció que había de ser vendido antes, aunque su servidumbre debiese preceder a su grandeza. Esto refiero aquí no porque crea que un tan gran patriarca haya caído en la soberbia, sino para que se conozca por su ejemplo que aquellos que prevén lo futuro por un espíritu de profecía, aun-

<sup>126</sup> Is. 14, 13.

<sup>127</sup> Ps. 10, 13.

<sup>128</sup> Gen. 37, 7-9.

que no vean todas las cosas, prevén algunas. Y si hay quien insista en que se puede notar de alguna vanidad la revelación que este joven niño hacía de sus sueños, cuyo misterio no le era entonces conocido, yo más bien lo atribuiré a misterio o a sencillez de niño que a vanidad. Y, si quizá ésta tuvo alguna parte, no se puede dudar que fué enteramente expiada por los trabajos que sufrió después. En efecto, sucede a veces que alguno ve por revelación las cosas que le conciernen y que le son agradables; y, aunque el espíritu humano tenga mucha pena en conocerlas sin alguna mezcla de vanidad, no deja, con todo eso, de suceder infaliblemente de la manera que han sido reveladas. Pero de tal suerte que la vanidad que ha tomado de la grandeza de la revelación o de la promesa que le ha sido hecha y de que ha tenido complacencia en sí mismo, por ligera que sea, no queda impune. Pues así como los médicos no se sirven solamente de ungüentos, sino también del hierro y del fuego, para cortar y quemar todo lo que crece de superfluo en una llaga, para que no estorbe la curación que se hace por medio del ungüento, así Dios, que es el médico de las almas, procura a esta alma tentaciones y la envía aflicciones, por las que, encontrándose afligida y humillada, trueca su alegría en lloros y mira sus revelaciones como otras tantas ilusiones de su espíritu. De donde, en fin, sucede que no toma de ellas alguna vanidad y la verdad de la revelación no sufre quiebra. Así se ve que la vanagloria de San Pablo es reprimida por los estímulos de la carne <sup>129</sup> y no deja de ser elevado por frecuentes revelaciones. Así, la infidelidad de Zacarías fué castigada con el impedimento de su lengua <sup>130</sup> y la verdad del ángel, que debía ser manifestada en su tiempo, no fué de ningún modo alterada. Así también aprovechan los santos con el honor y la ignominia cuando, entre los favores particulares que reciben de la divina bondad, se sienten acometidos por la vanidad, como hombres, para que no se olviden de lo que son cuando se ven favorecidos de la gracia sobre sus méritos.

38. Pero ¿qué respecto hay entre las revelaciones y la curiosidad? A la verdad, he mezclado estas cosas por digresión, tomando ocasión para ello de haber querido manifestar que el ángel reprobado pudo muy bien, antes de su caída, prever la dominación que recibió después sobre los hombres reprobados y no su condenación. Mas, dejando aparte muchas cuestiones, que más bien he referido que resuelto, tocante a este miserable, ve aquí en una palabra el sumario de todo este discurso: Por la curiosidad cayó

<sup>129</sup> 2 Cor. 12, 7.

<sup>130</sup> Lc. 1, 20.

de la verdad, porque miró primeramente con curiosidad lo que después deseó ilícitamente y esperó con presunción. Justamente, pues, se coloca la curiosidad en el primero de los grados de la soberbia, porque ella ha sido el principio de todos los pecados. Y, si no es prontamente reprimida, caerá el hombre en la ligereza de espíritu, que es el segundo grado.

## CAPITULO XI\*

### DEL SEGUNDO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA LIGEREZA DE ESPÍRITU

39. El monje que, descuidado de sí mismo, se aplica curiosamente a mirar a los demás, menosprecia a los que están bajo de él a medida que echa los ojos hacia aquellos que tienen el lugar superior. Y como ve en esos lo que le causa envidia, nota también en los otros lo que le causa menosprecio. De donde viene que, no estando detenido su espíritu por algún cuidado de sí mismo y haciéndose más ligero por la levedad de sus ojos, tan presto se eleva a las cosas sublimes por la soberbia, tan presto se abate por la envidia a las más ínfimas; ahora se seca de disgusto por una desgraciada animosidad, luego sale fuera de sí de alegría por una complacencia pueril. En lo uno se muestra maligno; en lo otro, vano; en lo uno y en lo otro, soberbio. Porque el amor de la propia excelencia le ocasiona el disgusto de verse sobrepasado de los otros y le causa la alegría de ver que sobrepuja a los demás. Pero nada hay que mejor descubra estas diversas mutaciones de su espíritu como la diversidad continua de sus palabras, que unas veces son reservadas y picantes; otras, excesivas y vanas; ya llenas de una alegría excesiva, ya acompañadas de llantos amargos, pero siempre nada razonables. Haz cotejo, si quieres, de estos dos primeros grados de la soberbia con los dos últimos de la humildad, y verás si la curiosidad no es reprimida en el último y la ligereza en el penúltimo. Mas pasemos ahora al tercero, no descendiendo a él, sino descubriendo su carácter.

---

\* PL 182, 963.

## CAPITULO XII\*

## DEL TERCER GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA VANA ALEGRÍA

40. Es propio de los soberbios apetecer siempre las cosas alegres y huir de las tristes, según esta palabra del Sabio: *El corazón del necio está siempre donde hay alegría*<sup>181</sup>. De ahí viene que el religioso que ha descendido ya los dos primeros grados de la soberbia pasando de la curiosidad a la ligereza de espíritu, cuando ve que la alegría, tras la cual suspira continuamente, es con frecuencia interrumpida por la tristeza que concibe del bien de otro, no pudiendo soportar más su humillación, recurre al arbitrio de un falso consuelo. Reprime, pues, su curiosidad del lado que le hace ver su propia bajeza y la excelencia de los otros a fin de dar toda su atención a la parte opuesta, notando con más cuidado aquello en que se imagina sobrepujar a los demás y disimulando siempre aquello en que los otros le sobrepasan para perpetuar su alegría por el alejamiento de lo que le causa tristeza. Así, la vana alegría comienza a poseer sola a aquel en quien alternaban el gozo y la tristeza. Pero es preciso que te dé señales por las que puedas descubrir en ti mismo o en el prójimo esta alegría, en que he establecido el tercer grado de la soberbia. Jamás o muy raras veces oirás gemir o llorar al que está en esta mala disposición. ¡Si le observas, creerás que está en un entero olvido de sí mismo o que está exento de toda falta!... La ligereza aparece en su gesto, la alegría sobre su rostro, la vanidad en sus pasos. No busca sino divertirse y está siempre pronto a reír. Porque como trata de borrar de su memoria todo lo que le puede hacer menospreciable, y, por consiguiente, contristarle, y, por otra parte, llama y recoge delante de los ojos de su espíritu todo lo bueno que cree poseer en sí mismo, no entreteniendo sus pensamientos sino de lo que le es agradable, sin pensar si es o no lícito, no puede ya retener su alegría ni disimular su gozo vano. Porque así como una vejiga llena de viento y penetrada de la punta de una aguja silba cuando se la aprieta, a medida que se deshinchas, y el viento que de ella sale, no siendo todo de un golpe esparcido en el aire, sino impelido poco a poco, hace frecuentes ruidos, del mismo

\* PL 182, 963.

<sup>181</sup> Eccle. 7, 5.



modo también, luego que un religioso ha llenado su corazón de pensamientos vanos y ridículos, no encontrando el viento de la vanidad el medio de salir fácilmente afuera a causa de la observancia estrecha del silencio, sale poco a poco, y como apretando, por risas que se sofocan en la estrechez de la garganta. Muchas veces oculta su rostro por vergüenza que tiene de ser percibido, muerde los labios, aprieta los dientes, ríe contra su voluntad, suelta carcajadas a pesar suyo. Y después de haber cerrado bien la boca con sus manos, se le oye estornudar por las narices.

### CAPITULO XIII\*

#### DEL CUARTO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA JACTANCIA

41. Mas, después que la vanidad se ha aumentado y la vejiga ha comenzado a inflarse, es preciso necesariamente una más grande abertura, a fin de que el viento salga con más extensión; de otra suerte, explotaría. Así, el religioso que se ha llenado de una vana alegría, no encontrando el medio de producirla por la risa y por los gestos, grita con Heliú en el profeta Job: *Siento en mi vientre como un mosto que no tiene salida y que rompe los vasos nuevos que le tienen cerrado*<sup>132</sup>. Es preciso que hable o reviente. Ha concebido mil cosas que tiene que decir, y no puede retenerse más dentro de sí mismo. Tiene hambre y sed de encontrar gentes que le escuchen, y a quienes venda sus jactancias, declare todos los altos sentimientos que tiene de sí mismo y haga conocer todo lo que él es y todo lo que vale. Así, luego que se presenta la ocasión de hablar, si se comienza a discurrir acerca de las ciencias, se citan todos los autores antiguos y modernos, se proponen las diversas opiniones, no se habla sino con términos ampulosos. Previene al que pregunta, responde al que no le interroga, hace cuestiones, las resuelve él mismo y a cada momento interrumpe el discurso de aquel con quien conversa. Mas, cuando el sonido de la campana viene a romper el coloquio, se lamenta de que una hora entera no le ha parecido más que un momento; no ha pasado otra hora, y ya pide una segunda licencia para volver a comenzar la primera conversación, no para edificar al prójimo, sino para satisfacer su vanidad. Puede edificar, pero no intenta eso. No cuida

\* PL 182, 964.

<sup>132</sup> Job 32, 19.

en modo alguno de instruirse ni de aprender lo que ignora, sino que su designio es solamente que otros sepan que sabe lo que sabe. Si se llega a hablar de cosas de religión, al punto se profieren visiones y sueños. En fin, alaba los ayunos, habla encarecidamente de las vigiliass, ensalza sobre todo la oración, trata ampliamente, mas con toda la vanidad posible, de la paciencia, de la humildad y de todas las virtudes particulares. De manera que, al escucharle hablar tan ventajosamente de la virtud, creerás que *la boca habla de la abundancia del corazón* y que éste es un *hombre bueno, que saca todas estas excelentes cosas del tesoro de su piedad*<sup>133</sup>. Mas, si la conversación cae sobre cosas de diversión, en éstas se le halla tanto más hablador cuanto es mayor su frecuencia de hablar. Dirías al escucharle que su boca es un arroyo de jactancia y un torrente de bufonadas, hasta hacer reír con exceso a las personas más graves y más austeras. En fin, para comprenderlo todo de una vez, en esta profusión de palabras advertís el verdadero carácter de la jactancia. Y aquí tienes el nombre y la descripción del cuarto grado. Evita cuidadosamente la cosa y acuérdate del nombre. Y con esta precaución pasa al quinto grado, que llamo la singularidad.

## CAPITULO XIV\*

### DEL QUINTO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA SINGULARIDAD

42. Es una cosa vergonzosa para quien se gloria de estar elevado sobre los demás el no hacer nada más considerable que los otros y que le haga muy superior a ellos. Así, no se contenta con la regla común del monasterio ni con los ejemplos de sus ancianos, pero no por esto se aplica a ser mejor, sino solamente a parecerlo. Se alegra no de vivir mejor, sino de tener las apariencias, para decir con el fariseo del Evangelio: *No soy como los demás hombres*<sup>134</sup>. Se lisonjea de un ayuno que hace mientras los otros comen, más que si ayunara una semana entera con los demás. Una pequeña oración que haya hecho en particular le parece más considerable que toda la salmodia de una noche entera con la comunidad. Cuando está en el refectorio registra ordinariamente con sus ojos todas las mesas para que, si ve a alguno comer más obriamente que él, sienta verse ven-

<sup>133</sup> Lc. 6, 45.

\* PL 182, 965.

<sup>134</sup> Lc. 18, 11.

cido en esto, y comience a substraerse con una cruel vanidad lo que juzga serle necesario para el sustento de su vida, temiendo mucho más la pérdida de la gloria propia que el suplicio del hambre. Si percibe que alguno está más seco o más flaco que él, se considera a sí mismo vil y no acierta a sosegarle. Y, porque no puede ver su semblante de la manera que se presenta a los que le miran, echa los ojos sobre sus manos y sobre sus brazos, cuenta sus costillas, tienta sus espaldas y sus lomos a fin de que, según encuentra sus miembros más o menos descarnados, pueda juzgar del color bueno o malo de su semblante. En fin, es muy diligente en lo suyo propio y muy perezoso en todas las cosas comunes. Vela en su cama, duerme en el coro; y como durante los maitines no hace más que dormitar mientras los otros cantan, cuando, después de los maitines, los demás están afuera, tose y no hace sino incomodarles con los gemidos y los suspiros que arroja desde el lugar secreto donde se halla retirado. Así, los más simples espíritus, que se atienen al exterior de las obras que ven sin mirar el fondo de donde parten, dejándose engañar por las cosas que este miserable hace por singularidad, toman una grande estima de su virtud y le hacen caer en el error a medida que le alaban y le felicitan <sup>135</sup>.

## CAPITULO XV\*

### DEL SEXTO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA ARROGANCIA

43. El arrogante cree lo que oye, alaba lo que hace y no considera lo que pretende. Olvida sus intenciones al mismo tiempo que abraza los sentimientos de otros, y, aunque en las demás cosas crea más a sí mismo que a todos los otros, luego que se trata de sí solo, cree más a los otros que a sí mismo. De manera que no manifiesta ya su propia virtud por las palabras solamente o por sola la ostentación de las buenas obras, sino que cree de todo su corazón que es más santo que todos los demás; hasta tal punto, que con una arrogancia insoportable atribuye todas las alabanzas que le dan no a la ignorancia o afecto de sus panegiristas, sino a solos sus méritos. Así, después de la singularidad, es la arrogancia la que se atribuye al sexto grado de la soberbia: y en seguida se encuentra la presunción, que ocupa el séptimo.

<sup>135</sup> Is. 3, 12.

\* PL 182, 965.

## CAPITULO XVI\*

## DEL SÉPTIMO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA PRESUNCIÓN

44. En efecto, ¿cómo aquel que se juzga muy superior a todos los demás no tendrá de sí una opinión mucho más ventajosa que de los otros? Por eso toma el primer lugar en las juntas, da el primero su parecer en los consejos, se presenta sin ser llamado; se entremete sin orden alguna, hace trocar los reglamentos de las cosas que han sido ordenadas y da una nueva forma a las que están ya establecidas. No cree bien hecho ni perfectamente arreglado sino lo que él ha hecho y lo que él mismo ha ordenado. Juzga del sentimiento de los demás y previene sus juicios. Si sucede que, al dar los oficios, no le dan el de prior, condena a su abad de envidia o de error. Y, si le ponen en una obediencia menos considerable, se arrebatada de cólera y hace menosprecio de todo, imaginándose que se le hace injuria en emplearle en pequeños cargos, puesto que se reputa muy capaz de los más grandes empleos. Pero es imposible que quien tiene la costumbre de injerirse tan precipitadamente en todas las cosas con más temeridad que libertad, no se engañe por lo menos alguna vez. Pertenece al superior reprehender y dirigir a quien está en el error. Mas ¿cómo podrá confesar su falta por sí mismo aquel que no se cree en ningún modo culpable y no puede sufrir que otros le tengan por tal? Lejos de eso, luego que se le atribuye alguna, en vez de abatirse, se eleva. Y, por tanto, cuando veas que, habiendo sido reprendido, su corazón declina a las palabras de malicia, reconoce entonces que ha caído en el octavo grado de la soberbia, que se llama la defensa de su pecado.

## CAPITULO XVII\*\*

## DEL OCTAVO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA DEFENSA DE LOS PROPIOS PECADOS

45. De muchos modos se valen los hombres para excusar sus pecados. El que se excusa tiene costumbre de decir: Yo no lo he hecho; o, si lo he hecho, lo he hecho bien; y, si acaso he hecho mal, no ha sido muy conside-

\* PL 182, 966.

\*\* PL 182, 966.



nable; o, si la cosa ha sido considerable, mi intención no ha sido mala; y, si se le convence de su malicia, como a Adán o a Eva, entonces trata de excusarse con el mal consejo que le han dado. Pero ¿cómo podrá descubrir a su abad con humildad los malos pensamientos que están en su corazón el que defiende con porfía las faltas que son conocidas de todo el mundo?

## CAPITULO XVIII\*

### DEL NOVENO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA CONFESIÓN FINGIDA

46. Aunque todos estos géneros de excusas se reputen tan malos que el profeta les llama *palabras de malicia*<sup>136</sup>, con todo eso, una confesión engañosa y soberbia es todavía más peligrosa que una defensa atrevida y porfiada del pecado. Pues hay algunos que, reprendidos de las faltas conocidas de todos y viendo que no se daría crédito a todas las defensas que pudieran alegar, encuentran un medio más sutil para defenderse por los términos estudiados de una confesión engañosa y disimulada. Hay, dice la Escritura, *quienes se humillan con malicia, y cuyo corazón está lleno de fraude y de engaño*<sup>137</sup>. Se abate el rostro, se postra el cuerpo, se violenta a los ojos para que salgan de ellos algunas lágrimas; su voz es entrecortada de suspiros, y sus palabras de ayes. No solamente estas tales personas no trabajan en excusar lo que se les objeta, sino que ellos mismos agravan sus defectos, a fin de que, a medida que oyes de su propia boca lo que añaden de increíble y de imposible a su falta, ceses de creer lo que tenías por asentado y comiences a entrar en duda sobre lo que tenías por cierto al no poder dudar de la falsedad de las cosas de que ellos se confiesan culpables. Así, cuando afirman lo que ellos mismos quieren que no se crea, defienden su culpa confesándola y la cubren descubriéndola; pareciendo muy loable en su boca la confesión que hacen de ella al mismo tiempo que la iniquidad permanece más escondida en su corazón. Y esto para que quien les oye hablar de esta suerte quede persuadido de que su confesión es más bien un efecto de su humildad que de la verdad y les atribuya este pasaje de la Escritura: *El justo se acusa a sí mismo en el principio de*

\* PL 182, 966.

<sup>136</sup> Ps. 140, 4.

<sup>137</sup> Eccli. 19, 23.

*su discurso* <sup>138</sup>. También ellos quieren más pasar por humildes que por verdaderos, aunque delante de Dios no sean ni lo uno ni lo otro. Si su falta es de tal suerte conocida que no puede ser ocultada con ninguna astucia, no dejan, con todo eso, de tomar no el corazón, sino la voz de un penitente para borrar la nota, no la culpa, queriendo reparar por la belleza de una confesión pública la ignorancia pretendida de la falta que ha sido conocida de todos.

47. ¡Oh! ¡Qué cosa tan gloriosa es la humildad, puesto que la soberbia misma busca esconderse bajo sus apariencias para no atraerse el menosprecio! Mas este disimulo presto es descubierto por el superior, si no se deja fácilmente doblar por esta soberbia humildad con que trata de disimular la culpa y diferir la pena. El horno prueba los vasos del alfarero y la tribulación descubre a los verdaderos penitentes. Porque aquel que se arrepiente verdaderamente, no huye del trabajo de la penitencia, sino que abraza con resignación y sumisión todo lo que le es ordenado para la expiación de la falta que detesta. Igualmente, si en la misma obediencia se encuentran cosas ásperas y difíciles, por más injurias que le puedan hacer, no se cansa de sufrir a fin de permanecer firme en el cuarto grado de la humildad. Mas aquel que no se acusa sino con ficción, alterándose por la menor injuria que se le hace o por la más pequeña pena que sufre, no podrá ya aparentar la humildad ni ocultar su disimulo. Murmura, brama, se enoja; y manifiesta bastante que, lejos de permanecer en el cuarto grado de la humildad, ha caído desgraciadamente en el nono de la soberbia, que, del modo que se describe, es justamente llamado una confesión simulada. ¡Qué confusión para un corazón soberbio cuando su ficción se descubre, su paz se pierde, se disminuye su fama y su culpa no se borra! En fin, todos le notan, todos le juzgan y todos están tanto más indignados cuanto más conocen que los buenos sentimientos que habían tenido de él antes son muy contrarios a la verdad. Y entonces es cuando el superior tanto menos debe perdonarle cuanto escandalizaría más a todos los otros si perdonara a este solo.

---

<sup>138</sup> Prov. 18, 17.

## CAPITULO XIX \*

## DEL DÉCIMO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA REBELIÓN

48. Este hombre, a menos que la divina misericordia no le mire favorablemente a fin de hacer que se sujete al juicio de todos los otros—lo que sucede difícilmente a esta suerte de personas—, haciéndose entonces más insolente y más imprudente que antes, cae por su rebelión en el décimo grado de una manera tan perniciosa como desesperada. Pues quien por su arrogancia acostumbraba otras veces a menospreciar a sus hermanos en secreto, habiéndose hecho un desobediente público, no pone reparo ninguno en despreciar a su maestro.

49. Mas es preciso saber que todos estos grados que he partido en doce se pueden fácilmente reducir a tres. De manera que el menosprecio de sus hermanos comprende los seis primeros; el menosprecio del maestro, los cuatro siguientes, y el menosprecio de Dios, los dos que restan. Se debe notar también que estos dos últimos grados de la soberbia—los cuales al subir son los dos primeros de la humildad—, así como se deben ascender fuera de la congregación, así no se pueden descender en ella. Pues lo que hace verdaderamente que cada uno esté obligado a subirles antes es que la regla en el artículo del tercer grado dice expresamente: “El tercer grado es someterse al mayor en toda obediencia por el amor de Dios”<sup>139</sup>. Si, pues, la sumisión está colocada en el tercer grado, como ella se obtiene luego que un novicio se asocia por primera vez a la comunidad, es preciso necesariamente que se haya subido ya los dos grados anteriores. En fin, desde que el monje no hace caso de la concordia con los hermanos ni de las órdenes de su superior, no puede ya hacer sino escándalo en el monasterio.

---

\* PL 182, 968.<sup>139</sup> SAN BENITO, *Regl.*, c. 7, 31.

## CAPITULO XX\*

## DEL UNDÉCIMO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA LIBERTAD DE PECAR

50. Después del décimo grado que hemos dicho ser la rebelión, habiendo sido echado o habiéndose salido del monasterio este hombre, cae al punto en el undécimo. Y entonces es cuando entra en los caminos que parecen buenos a los hombres, mas cuyo fin les hace caer en el abismo del infierno, es decir, en el menosprecio de Dios, a menos que la divina bondad les detenga con fuertes barreras. Pues como dice la Escritura: *El impío, cuando ha caído en el abismo de los pecados, desprecia todas las cosas*<sup>140</sup>. Así, el undécimo grado de la soberbia se puede llamar la libertad de pecar, por la cual el monje que no ve ya maestro que temer ni hermanos que respetar, con tanta mayor seguridad cuanto se ve más libre, toma placer en el cumplimiento de sus deseos, que le impedían en el monasterio ya la vergüenza, ya el temor. Mas, aunque no teme ni a hermanos ni a abad, con todo eso, no ha perdido totalmente el miedo a Dios. Pues la razón, aunque entre débiles murmullos, propone algo a la voluntad, y ésta no ejecuta, desde luego, sin alguna repugnancia y recelo las cosas ilícitas, sino que, a manera de aquel que tiente un vado, entra poco a poco y no con precipitación en el abismo de los vicios.

## CAPITULO XXI\*\*

## DEL DUODÉCIMO GRADO DE LA SOBERBIA, QUE ES LA COSTUMBRE DE PECAR

51. En fin, después que por un espantoso juicio de Dios han quedado impunes los primeros extravíos del soberbio, repite gustoso el placer de que ha tenido experiencia, y que el uso repetido hace más halagüeño. A medida que su concupiscencia revive, su razón se adormece y llega a ligarla la mala costumbre. Así, este miserable es arrastra-

\* PL 182, 968.

<sup>140</sup> Prov. 18, 3.

\*\* PL 182, 969.



do al abismo de los vicios, es entregado cautivo a la tiranía de los pecados. De manera que, abismado en la sima de las pasiones carnales, olvidado a un tiempo mismo de su razón y del temor divino, el insensato dice en su corazón: *No hay Dios* <sup>141</sup>. Entonces ya se sirve indiferentemente de las cosas agradables como si todas fuesen lícitas; los pensamientos, las acciones, las solicitudes ilícitas no están de ninguna manera entredichas a su espíritu, ni a sus manos, ni a sus pies; sino que todo lo que le viene al corazón, a la boca y a la mano lo intenta con ansia, habla de ello con vanidad, lo ejecuta con malicia. En fin, así como el justo, después de haber subido todos estos grados, avanza libremente y sin pena hacia la vida por medio de su buen hábito, así también el impío, después de haberlos descendido todos, no conteniéndose por la razón ni siendo retenido por el temor, se precipita por su mala conducta en la muerte con una intrepidez enteramente espantosa. Los de en medio están continuamente en las angustias y en la pena; tan presto son atormentados por el temor de los suplicios y tan presto, viéndose detenidos por su primer hábito, trabajan incesantemente ya en subir, ya en bajar. Solamente los que están en el supremo y en el ínfimo grados corren sin impedimento y sin trabajo. Este corre a la muerte, aquél a la vida. El uno marcha con alegría, y el otro con facilidad. La caridad da la alegría a aquél, y la codicia la precipitación a éste. En el uno, el amor no siente el trabajo; en el otro, la estupidez se le hace insensible. En fin, la caridad perfecta echa fuera el temor en aquél y la malicia consumada lo retira de éste. El uno saca su seguridad de la verdad, el otro de la ceguedad. Así, pues, se puede llamar el duodécimo grado una costumbre de pecar que hace perder el temor y caer en el desprecio de Dios.

## CAPITULO XXII\*

### CUÁNDO Y CÓMO DEBEMOS ORAR POR LOS DESESPERADOS Y MUERTOS EN EL ALMA

52. *No digo, dice el apóstol San Juan, que se ore por aquel que está en este estado* <sup>142</sup>. Pero ¿por ventura dices, ¡oh apóstol!, que se desespere de él? Antes bien, gima aquel que le ama. No presuma orar, pero no desista de llorar. Más

<sup>141</sup> Ps. 13, 1.

<sup>142</sup> PL 182, 969.

<sup>243</sup> 1 Io. 5, 16.

¿qué digo? ¿Puede quedar el refugio de la esperanza donde la oración no tiene lugar? Escucha a una persona que cree y que espera, pero que, con todo eso, no ora: *Señor, dice, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.* ¿Grande fe esta, por la que cree que el Señor habría podido impedir la muerte con su presencia, si se hubiera hallado en aquel lugar! Mas ¿qué dice ella? Lejos de nosotros pensar que la que creyó al Señor bastante poderoso para conservar a Lázaro vivo, dude de si tendrá poder para resucitarle después de muerto. *Sé muy bien, dice, que Dios te dará todo lo que le pidas.* Además, luego que preguntó dónde le habían puesto, ésta respondió: *Ven y ve.* ¿Y por qué eso? Ciertamente, ¡oh Marta!, nos das grandes muestras de tu fe; mas ¿cómo puedes tener desconfianza con una fe tan grande? *Ven y ve, dices; pero, si no desesperas de un buen suceso, ¿por qué no continuas y añades: Y resucítale? Y si desesperas de esto, ¿por qué fatigas al Señor sin motivo? ¿Acaso porque la fe puede recibir lo que la oración no osa prometerse? En fin, aún quieres impedir que se acerque al cadáver y dices: Señor, se siente ya un mal olor en él, estando muerto después de cuatro días* <sup>143</sup>. ¿Por desesperación o disimulo hablas de esta suerte? En efecto, nuestro Señor lo hizo así después de su resurrección fingiendo ir más lejos <sup>144</sup>, aunque prefería permanecer con los dos discípulos de Emaús. ¡Oh santas mujeres, confidentes de Jesucristo! Si amáis a vuestro hermano, ¿por qué no solicitáis la misericordia de este Señor, de cuyo poder no podéis de ningún modo dudar, como ni tampoco desconfiar de su bondad? Mas entiendo que responden: De este modo, pareciendo no suplicar, oramos más ventajosamente; y obrando como si tuviéramos desconfianza, confiamos más eficazmente. Declaramos nuestra fe, testificamos nuestro amor, y aquel Señor a quien no hay necesidad de decir nada sabe perfectamente adónde se dirigen nuestros deseos. A la verdad, sabemos que puede todas las cosas; mas este milagro tan grande, tan nuevo, tan inusitado, aunque se comprende bajo su poder, sobrepasa, con todo eso, todos los méritos de nuestra bajeza. Nos basta haber dado lugar a su poder y una ocasión a su bondad. Por lo demás, preferimos aguardar pacientemente lo que sea de su agrado a pretender animosamente lo que tal vez no sea según su voluntad. En fin, nuestra detención pudorosa podrá acaso suplir lo que falta a nuestros méritos. Veo también las lágrimas de San Pedro después de su gran pecado, mas no escucho sus súplicas; con todo eso, no dudo de su perdón.

<sup>143</sup> Io. 11, 21. 22. 34 39.

<sup>144</sup> Lc. 24, 28.

53. Aprende todavía del ejemplo de la madre del Salvador a conservar una gran fe en las cosas maravillosas y a retenerte en la modestia con esta gran fe. Aprende a hermostear tu fe con el rubor y a reprimir los ímpetus de la presunción. *No tienen vino*, dice la madre a su Hijo <sup>145</sup>. Ve con qué moderación y respeto insinúa a Jesucristo lo que solicita su piedad. Y para que aprendas que debes preferir gemir dulcemente en semejantes casos a pedir con demasiado atrevimiento y presunción, advierte que la santa Virgen, templando el ardor de su caridad con la sombra del pudor, suprime por modestia la confianza que ha concebido por su súplica. No se acerca con empeño, no habla en voz alta, no pasa a decir animosamente delante de todos los concurrentes: Ruégote, hijo mío; falta el vino, los convidados están disgustados, el esposo confundido; haz ver hasta dónde se extiende tu poder. Mas, aunque el ardor de su corazón y el fervor de su caridad la den estos sentimientos y otros muchos semejantes, con todo eso, esta virtuosa madre se dirige aparte a su Hijo, que sabe es omnipotente, no empleando su poder, sino explorando su voluntad. *No tienen vino*, dice. ¿Qué cosa más modesta? ¿Qué cosa más fiel? Ni la fe falta a su piedad, ni la gravedad a sus palabras, ni la eficacia a sus deseos. Si, pues, ésta, que es la madre, olvidándose de la cualidad de madre, no osa pedir el milagro del vino, ¿cómo yo, que no soy más que un miserable esclavo, para quien es demasiado honor ser siervo del Hijo y de la madre, tendré atrevimiento de solicitar con súplicas la vida de un muerto de cuatro días?

54. Leemos en el Evangelio que dos ciegos fueron iluminados, recibiendo el uno la vista de que jamás había gozado y recobrando el otro la que había perdido; es decir, que el uno había cegado y el otro había nacido ciego. El que había perdido la vista, mereció una admirable misericordia por sus clamores subidos y lastimosos; mas el que había nacido ciego, siendo prevenido, sin haber hecho la menor instancia, recibió en su iluminación un favor tanto más admirable cuanto estaba acompañado de mayor misericordia. En fin, a éste y no a aquél se dijo: *Tu fe te ha salvado* <sup>146</sup>. Leo todavía en la Escritura que dos personas recientemente muertas y una tercera después de cuatro días fueron resucitadas; mas sólo la hija del príncipe de la sinagoga fué resucitada por las súplicas de su padre estando todavía en la cama, las otras dos lo fueron por el exceso de una bondad inesperada <sup>147</sup>.

<sup>145</sup> Io. 2, 3.

<sup>146</sup> Lc. 18, 35-43; Io. 9.

<sup>147</sup> Mc. 5, 35-42; Lc. 7, 11-15; Io. 11.

55. Del mismo modo, si sucede—lo que Dios aparte de nosotros—que alguno de nuestros hermanos llega a morir, no según el cuerpo, sino según el alma, mientras esté todavía entre nosotros, por gran pecador que sea, solicitaré al Señor con mis oraciones y con las de toda la comunidad. Si recibe la vida, habremos recobrado a nuestro hermano; pero, si no merecemos ser oídos y, no pudiendo él soportar a los vivos ni ser ya soportado de ellos, sale fuera, no dejaré, con todo eso, de continuar mis gemidos, mas ya no oraré con tanta confianza. No osaré decir abiertamente: Ven, Señor, y resucita a nuestro muerto. Mas, sin embargo, aunque suspenso mi corazón, no cesaré, temblando, de gritar dulcemente en mi interior: Puede ser, puede ser, puede ser que el Señor oiga el deseo de los pobres y que su oreja escuche la disposición de su corazón. Y también: *¿Por ventura entre los muertos harás los milagros o los médicos los resucitarán a fin de que te alaben?* Y hablando del muerto de cuatro días: *¿Por ventura anunciará alguno en el sepulcro tu misericordia, y tu verdad en la perdición?* <sup>148</sup> Es cierto que el Salvador puede, si quiere, sorprendernos y venir delante de nosotros y, tocado más bien de las lágrimas que de las oraciones de aquellos que llevan el muerto, darle la vida o resucitarle aun estando ya en el sepulcro. Y diré con verdad que está muerto aquel que, defendiendo sus pecados, cayó ya en el octavo grado de la soberbia. Pues la confesión parece en la persona de un muerto, como en quien ya no es <sup>149</sup>. En fin, después del décimo, que es el tercero comenzando desde el octavo, es transportado a la libertad de pecar al ser echado de la sociedad del monasterio. Mas, luego que haya pasado al cuarto, entonces se le llama justamente muerto de cuatro días; y, cayendo en el quinto por la costumbre de pecar, queda enteramente sepultado.

56. No plegue a Dios, con todo eso, que nosotros cesemos de orar en nuestros corazones por estas personas, aunque no osemos hacerlo públicamente, puesto que el mismo San Pablo no dejaba de llorar a aquellos que habían muerto sin haber hecho penitencia <sup>150</sup>. Pues, aunque estos infelices se hagan ellos mismos incapaces de las oraciones comunes, no pueden, con todo eso, retirarse enteramente de los corazones de sus hermanos. Pero vean ellos mismos en cuánto peligro se hallan, puesto que la Iglesia, que tiene bastante confianza para orar en favor de los herejes, de los judíos y de los gentiles, no se atreve a hacerlo públicamente por ellos; y, orando expresamente por toda suerte de impíos el día de Viernes Santo, no hace, con todo eso, mención alguna de los excomulgados.

<sup>148</sup> Ps. 87, 11, 12.

<sup>149</sup> Eccli. 17, 26.

<sup>150</sup> 2 Cor. 12, 21.



57. Por lo demás, hermano Godofredo, me dirás acaso que he hecho una cosa del todo diferente de lo que me habías pedido y te había prometido, viendo que, en vez de los grados de la humildad, parece que he descrito solamente los de la soberbia. Mas ve aquí lo que tengo que responderte sobre este asunto. No he podido instruirte sino de las cosas que he aprendido; y no creí que debiera trazarte los grados para subir, yo que sé mucho mejor bajar que ascender. A San Benito toca proponerte los grados de la humildad, que él ha dispuesto antes en su corazón. Por lo que a mí se refiere, yo no puedo expresarte otra cosa que mi manera de descender. Sin embargo, es cierto que, si se hace aquí una seria reflexión, se advertirá también el camino por donde se debe subir. Porque del mismo modo que si, yendo a Roma, encuentras un hombre que viene de allí y le preguntas el camino que se debe llevar no podrá satisfacerte mejor que enseñándote aquel que él mismo ha traído, puesto que, nombrándote los castillos, las aldeas, las villas, los ríos y los montes por los que ha pasado y haciéndote la descripción también de su camino, te describe perfectamente el tuyo, de tal suerte que al ir tú reconoces los lugares por donde él ha pasado al venir; igualmente, en este descenso de los grados que yo te he notado encontrarás, puede ser, los que sirven para subir; y al subirlos los reconocerás en tu corazón harto mejor que les puedes leer en este escrito mío. Así sea.

### RETRACTACION DEL AUTOR SOBRE ALGUNOS PASAJES DE ESTE LIBRO \*

*Cuando referí en este tratado el pasaje del Evangelio <sup>151</sup> en que nuestro Señor dice que no sabía el día último del juicio, para confirmar y corroborar una sentencia que yo había propuesto dije sin pensar lo que advertí después no hallarse en el Evangelio. El texto contiene solamente: "El hijo no sabe"; y, estando yo mismo engañado más bien que teniendo designio de engañar, y no acordándome de la letra, sino solamente del sentido, dije: El Hijo mismo del hombre no lo sabe. De donde proviene que, comenzando la disputa siguiente, quise probar una proposición verdadera por una cosa que adelanté contra la verdad. Mas como no he advertido este error sino mucho tiempo después de publicarse y transcribirse este tratado por muchas personas, no*

<sup>1</sup> PL 182, 939.

<sup>151</sup> C. I, n. I.

pudiendo ya corregir una equivocación que está difundida en muchos manuscritos, he creído ser preciso recurrir al remedio de mi propia confesión. También en otra parte <sup>152</sup> he propuesto cierta opinión acerca de los serafines, que jamás he oído ni leído en algún lugar. Por lo mismo también, mi lector advertirá, si le place, que he usado solamente de la expresión "pienso", pretendiendo que no se tome sino por una mera opinión la cosa de que no he podido encontrar certidumbre en la Escritura. En fin, se podría todavía encontrar qué replicar sobre la inscripción del libro que he intitulado "De los grados de la humildad", cuando al parecer quería hablar y hacer descripción de los grados de la soberbia más bien que de los de la humildad; pero solamente haría esto quien concibiese mal o hiciese poca reflexión sobre el motivo del título, el cual, sin embargo, he tomado el cuidado de explicar en pocas palabras al fin del tratado.

---

<sup>152</sup> C. 10, n. 35.

# DE LA GRACIA Y DEL LIBRE ALBEDRIO \*

A GUILLERMO, ABAD DE SAINT THIERRY

*Compuso San Bernardo este tratado antes de 1128, cuando todavía no había cumplido los treinta y ocho años. Le dedicó a Guillermo, abad de Saint Thierry, amigo suyo, y a quien había dedicado ya la "Apología".*

## PROLOGO \*\*

AL VENERABLE ABAD DE SAINT THIERRY,  
EL HERMANO BERNARDO

Con la gracia de Dios he acabado lo mejor que ha sido posible el tratadito *De la gracia y del libre albedrio*, que últimamente emprendí con el motivo que usted sabe. Mas temo no haber tocado bastante dignamente una materia tan elevada o haber trabajado inútilmente sobre un asunto que muchos han tratado con suceso. Por eso, le pido que le lea primero en particular; y aun, si quiere, solo; no sea que, viniendo a parecer en la luz, sirva más para hacer pública la temeridad de su autor que para edificar la piedad de los lectores. Y, si juzga que puede ser útil al público, obligúeme en este caso a explicar más exactamente lo que haya en él oscuro y que se pueda expresar más puramente y con la debida brevedad. O bien, si le agrada, tómese el trabajo de corregirle usted mismo o adviértame de lo que deba ser corregido, a menos que no quiera tener parte en esta bella promesa de la Sabiduría: *Aquellos que me ilustran gozarán un día de la vida eterna*<sup>1</sup>.

\* PL 182, 1001-1030.

\*\* PL 182, 1001.

<sup>1</sup> Eccli. 24, 31.

## CAPITULO I\*

## EL CONSENTIMIENTO DEL LIBRE ALBEDRÍO CONCURRE CON LA GRACIA DE DIOS AL MÉRITO DE LAS BUENAS ACCIONES

1. Hablaba un día delante de algunos de las operaciones maravillosas que la gracia de Dios hacía en mí ya previniéndome para lo bueno, ya acompañándome en todo el curso de mi acción, ya, en fin, dando a ésta su perfección por un efecto particular de su bondad, cuando cierto sujeto de los circunstantes, tomando la palabra, me hizo esta objeción: Si Dios hace la obra toda entera en ti, ¿qué parte puedes pretender en ella? ¿O qué motivo tienes para esperar su recompensa? Le repliqué yo: ¿Qué aconsejas tú? Rinde, dijo, gloria a Dios, que te ha gratuitamente prevenido, excitado y dado principio a su acción. Y ten una vida santa y virtuosa, que sirva como de testigo público de que no eres menospreciador de las gracias ya recibidas y de que mereces todavía recibir otras nuevas. Ciertamente, dije, es un excelente consejo el que me das si al mismo tiempo me pones en el poder de cumplirle; mas no es igual de fácil saber lo que conviene hacer y ejecutarlo. Son dos cosas muy diferentes indicar a un ciego el camino y proveer de carruaje a un hombre que no pueda caminar. Aquel que muestra un camino a un pasajero, no pretende por eso darle con qué haga su viaje. Una cosa es decirle lo que es menester que sepa para no extraviarse, otra darle lo que le sería necesario para no desfallecer en el camino. Lo mismo ocurre en nuestro asunto. Cuantos nos enseñan el camino de la virtud, no nos dan por eso el poder de practicar el bien que nos enseñan. Sin embargo, tengo absolutamente necesidad de dos cosas: de ser instruído y de ser ayudado. A la verdad, satisfaces plenamente mi ignorancia con tu consejo; mas, si es verdadero el sentir del Apóstol, *el espíritu de Dios ayuda a nuestra flaqueza*<sup>2</sup>. Digo más: el que me provee de luz con su instrucción es el mismo que debe por su santo espíritu darme el socorro que necesito a fin de que pueda practicar los buenos consejos que me das. Esto no es decir que por su liberalidad no sienta en mí el querer, mas no encuentro todavía el poder de cumplirlo<sup>3</sup>; y aun desesperaría de encontrarlo si aquel que me da el querer no me diese también su cumplimiento por un efecto de su bondad<sup>4</sup>. Pero dices tú: Si es así, ¿dónde están nuestros

\* PL 182, 1001.

<sup>2</sup> Rom. 8, 26.<sup>3</sup> Rom. 7, 18.<sup>4</sup> Phil. 2, 13.



méritos? ¿Sobre qué se fundará nuestra esperanza? Escucha a San Pablo, que nos lo enseña: *Nos ha salvado, dice, por un efecto de su misericordia y no por el mérito de las buenas obras que hemos hecho*<sup>5</sup>. ¿Qué? ¿Pensabas acaso que habías criado tus méritos y que podías salvarte por tu propia justicia, tú que ni siquiera puedes pronunciar el nombre de Jesús sin un socorro particular del Espíritu Santo? "¿Es posible que hayas echado en olvido lo que el mismo Jesucristo ha dicho: *Sin mí no podéis hacer nada*?<sup>6</sup> ¿Y lo que está en otra parte escrito: *No está el poder en aquel que corre o que quiere, sino en Dios, que hace misericordia*?<sup>8</sup>

2. Mas me dirás todavía: ¿Qué hace el libre albedrío? Respondo brevemente: Salvarse. Quita el libre albedrío: no habrá sujeto que salvar; quita la gracia: no habrá medio de salvarle. La salvación es una obra que no puede subsistir sin estas dos cosas. Es menester una causa que la produzca y un sujeto para quien o en quien se produzca. Dios es el autor de la salvación; el libre albedrío es el solo sujeto de ella. Sólo Dios la puede dar y sólo el libre albedrío la puede recibir. Por tanto, es preciso concluir que lo dado de Dios solo y recibido por el libre albedrío solo, no puede subsistir sin el consentimiento de quien lo recibe ni sin la liberalidad de quien lo da. En este sentido es verdad decir que el libre albedrío coopera con la gracia, que obra nuestra salvación cuando presta su consentimiento, es decir, cuando obra su salvación, puesto que consentir a la gracia y hacer su salvación es una misma cosa. Por tanto, el espíritu de una bestia es incapaz de salvación, porque está destituido del consentimiento voluntario que le sería preciso para obedecer dulcemente a las voluntades de Dios, sea conformándose a sus mandamientos, sea creyendo en sus promesas, sea agradeciendo sus beneficios. En efecto, hay grande diferencia entre el consentimiento voluntario y el apetito natural. Este último nos es común con las bestias; el cual, atraído por los placeres de la carne, no puede en modo alguno concordar con el espíritu. Y quizás a este mismo da el Apóstol otro nombre, llamándole sabiduría de la carne cuando, escribiendo a los romanos, dice que *la sabiduría de la carne es enemiga de Dios, no estando sometida a la ley de Dios y aun siendo incapaz de eso*<sup>9</sup>. Mas, si el apetito natural nos hace comunicar en alguna cosa con las bestias, el consentimiento voluntario nos separa de ellas enteramente. Porque no es otra cosa que un cierto hábito del alma libre, que, por tanto, no puede ser obligado ni

<sup>5</sup> 1 Tim. 3, 5.

<sup>6</sup> 1 Cor. 12, 3.

<sup>7</sup> Io. 15, 5.

<sup>8</sup> Rom 9, 16.

<sup>9</sup> Rom. 8, 7.

violentado, pues es una operación de la voluntad y no de la necesidad. No se da ni se rehusa tampoco a cualquiera cosa que sea sino por la voluntad misma. Porque, en efecto, si pudiera ser compelido a pesar suyo, sería violentado y no voluntario. Y entonces, no habiendo voluntad, tampoco habría consentimiento, puesto que todo consentimiento debe necesariamente ser voluntario. Allí, pues, donde hay consentimiento, hay voluntad. Y allí donde hay voluntad, hay libertad. Y esto es lo que pienso yo se llama propiamente libre albedrío.

## CAPITULO II \*

### QUÉ SEA EL LIBRE ALBEDRÍO O EN QUÉ CONSISTA LA LIBERTAD

3. Mas, a fin de hacer más inteligible lo que acabamos de decir y de proceder con mejor orden para arribar al punto que nos hemos propuesto, creo que es preciso tomar la cosa de un poco más arriba. Es cierto que, en las cosas naturales, la vida no es lo mismo que el sentido, ni el sentido lo mismo que el apetito, ni el apetito lo mismo que el consentimiento. Lo cual aparecerá más evidente por la definición de cada una de estas cosas. La vida en cada ser corporal es un movimiento interior y natural que encierra adentro todo su vigor. El sentido es un movimiento vital en el cuerpo que hace aparecer su vigor también afuera. El apetito es un hábito natural en el animal que hace mover todos los sentidos con ardor y prontitud. El consentimiento es una condescendencia espontánea de la voluntad o más bien, como he dicho más arriba, un hábito libre del espíritu. En fin, la voluntad no es otra cosa que un movimiento racional que preside al sentido y al apetito. A cualquiera parte que la voluntad se vuelva tiene siempre la razón por compañera inseparable y en alguna manera por su precursora; no porque sea la razón la que la lleva siempre hacia el objeto, sino porque ella no obra jamás sin la razón. De tal suerte que hace muchas cosas por la razón contra la razón misma, es decir, que obra muchas veces como por su ministerio, mas, con todo eso, contra su luz y contra su dictamen. Y en este sentido se dice en el Evangelio: *Los hijos del siglo son más avisados en su conducta que los hijos de la luz*<sup>10</sup>. Y en el profeta Jeremías:

\* PL 182, 1003.

<sup>10</sup> Lc. 16, 8

*Son sabios para hacer lo malo*<sup>11</sup>. Porque la criatura saca todo su conocimiento y su industria, aun para hacer el mal, de la razón.

4. Es cierto que la razón ha sido dada a la voluntad para instruirla, no para destruirla. Sin embargo, conspiraría efectivamente a su ruina si la impusiese la menor necesidad que la impidiese portarse libremente, según sus deseos, sea en el mal, consintiendo al apetito y al espíritu maligno, por donde se vuelve animal, no comprendiendo y aun combatiendo las cosas del espíritu de Dios, sea en el bien, siguiendo las luces de la gracia, y por este medio haciéndose espiritual, capaz de juzgar de todas las cosas, sin ser sometida ella misma al juicio de los otros. Si, pues, la razón impidiese a la voluntad irse a alguna de estas cosas, la voluntad no sería ya voluntad. Porque la voluntad no puede compaginarse con la necesidad. Y si la criatura racional pudiera hacerse justa o injusta por la necesidad y sin el consentimiento de la voluntad, se seguiría necesariamente que no debería jamás ser miserable y que ni podría en manera alguna ser bienaventurada, puesto que de todas partes la faltaría lo que solamente es capaz en ella de miseria y de felicidad, esto es, la voluntad. Lo que es tanto más cierto cuanto las otras cosas de que hicimos mención más arriba, es a saber, la vida, el sentido y el apetito, no podrían de sí mismas establecer un estado de dicha o de desgracia. De otra suerte, sería preciso decir que los árboles, por la vida que tienen, y las bestias, por el sentido y apetito que hay en ellas, podrían ser susceptibles de bienaventuranza y de miseria; lo que absolutamente es imposible. De ahí viene que, teniendo nosotros de común con los árboles la vida y con las bestias el sentido, el apetito y la vida misma, con todo eso, hay en nosotros una cosa que se llama voluntad, que nos distingue enteramente de ellos. Y el consentimiento voluntario y no necesario de esta voluntad es lo que nos hace justamente bienaventurados o desgraciados según nos establezca en la virtud o en el vicio. Por eso, juzgo también que este consentimiento es muy oportunamente llamado libre albedrío, tanto a causa de la libertad inseparable de la voluntad como a causa del juicio indeclinable de la razón, de que ella no se encuentra jamás destituida. Este consentimiento es verdaderamente libre de sí mismo a causa de la voluntad y verdaderamente juez de sí mismo a causa de la razón. Y no sin motivo el juicio acompaña a la libertad, pues al punto que una cosa dueña de sí misma llega a pecar, por el mismo hecho, ya se hace culpable y sujeta a su propia sentencia. También por eso

<sup>11</sup> Ier. 4, 22.

mismo el juicio es justo y legítimo, porque aquel que no peca sino cuando quiere, merece muy justamente sufrir lo que no quiere cuando se resuelve a pecar.

5. En fin, ¿cómo se podría con justicia imputar el bien o el mal al que se sabe que no es libre? Sin duda, la necesidad sirve de excusa legítima a lo uno y a lo otro. Es cierto que no hay libertad donde hay necesidad; y, si no hay libertad, no hay tampoco mérito; por consiguiente, ni juicio. En lo cual exceptuó siempre el pecado original, cuya naturaleza es enteramente diferente de la de los otros. En lo demás es preciso tener por cierto que toda acción que no está acompañada de esta libertad del consentimiento voluntario está enteramente destituida de mérito y no puede ser juzgada ni buena ni mala; y, por consiguiente, que todas las potencias del hombre, exceptuada su voluntad, son absolutamente incapaces de bien o de mal, porque no tienen libertad en sí. La vida, el sentido, el apetito, la memoria, el entendimiento y otras facultades semejantes del hombre, mientras no están sometidas a la voluntad, permanecen bajo la ley de la necesidad. Y, porque esta voluntad no puede desobedecerse a sí misma—puesto que no se puede hacer que alguno quiera lo que no quiere o no quiera lo que quiere—, también es imposible que sea privada jamás de su libertad. Puede muy bien, sin duda alguna, mudarse la voluntad, pero en otra voluntad; de suerte que no pueda jamás perder su propia libertad. Tan imposible es que la voluntad sea privada de su libertad como de su esencia misma. Si pudiera el hombre no querer nada del todo o querer alguna cosa sin la voluntad, entonces podría estar sin la voluntad. De ahí viene que las acciones de los locos, de los niños y de los que duermen no son reputadas ni buenas ni malas, porque, no gozando de las luces de la razón, no tienen tampoco el uso de su propia voluntad, ni, por consiguiente, el juicio de su libertad. Por tanto, no teniendo la voluntad otra cosa libre que a sí misma, tampoco puede con justicia ser juzgada sino por ella misma. Y esto tanto más verdaderamente cuanto ni la pesadez del entendimiento, ni la fragilidad de la memoria, ni la impaciencia del apetito, ni el obscurecimiento de los sentidos, ni la languidez de la vida son capaces por sí mismos de hacer a un hombre criminal, del mismo modo que los contrarios no le pueden hacer inocente. Y eso por la sola razón de que todas estas cosas suceden ordinariamente por necesidad y sin el consentimiento de la voluntad.



## CAPITULO III\*

HAY TRES SUERTES DE LIBERTAD: DE NATURALEZA, DE GRACIA  
Y DE GLORIA

6. Sólo la voluntad, que, a causa de su libertad natural, no puede ser forzada por alguna violencia o necesidad a ser contraria a sí misma o a consentir en alguna cosa a pesar suyo, puede hacer a una criatura inocente o criminal, digna y capaz de la bienaventuranza o de la miseria, según consienta en la virtud o en el vicio. Y esto me hace decir que este consentimiento libre y voluntario—de donde depende todo su juicio—es propiamente lo que se llama libre albedrío, como lo hemos definido más arriba. De suerte que el término de libre se refiera a la voluntad, y el de albedrío a la razón. Le llamo libre, mas no ciertamente con la libertad de que habla el Apóstol cuando dice: *Donde está el espíritu de Dios, allí se encuentra la libertad*<sup>12</sup>. Esta no es otra cosa que la libertad o exención del pecado, de la cual dice en otra parte: *Cuando erais esclavos del pecado estabais libres de la justicia; mas ahora, librados de la tiranía del pecado y hechos siervos de Dios, sometidos a sus leyes y a su obediencia, tenéis por fruto la santificación de vuestras almas y por fin la vida eterna*<sup>13</sup>. En efecto, ¿quién en una carne corrompida por el pecado puede alabarse de estar exento y puro de pecado? Y así no es de esta libertad de lo que el libre albedrío toma su nombre. Hay además otra suerte de libertad que se llama de miseria, de la cual el Apóstol habla en estos términos: *La criatura será librada de la servidumbre de la corrupción para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios*<sup>14</sup>. Mas ¿quién podrá atribuirse una libertad tan excelente en esta mansión de la muerte? No es, pues, de esta libertad de la que queremos sacar nosotros la denominación del libre albedrío. Hay otra tercera que le conviene mucho mejor que las otras dos, y ésta es la que llamamos libertad de necesidad; a causa de que lo necesario parece opuesto a lo voluntario. Puesto que lo que se hace por necesidad no puede proceder de la voluntad, del mismo modo, lo que procede de la voluntad no puede ser hecho por necesidad.

7. De estas clases de libertad que acabamos de reconocer, es a saber, libertad de pecado, libertad de miseria, libertad de necesidad, es de advertir que la última nos ha

\* PL 182, 1004.

<sup>12</sup> 2 Cor. 3, 17.<sup>13</sup> Rom. 6, 20, 22.<sup>14</sup> Rom. 8, 21.

sido dada con nuestra naturaleza, la primera nos ha sido restituída por el beneficio de la gracia, y la tercera nos está reservada en el cielo, que es nuestra patria. Llámese, pues, la primera libertad de naturaleza; la segunda, libertad de gracia; la tercera, libertad de gloria o de vida eterna. Pues primeramente hemos sido criados en una voluntad libre y en una libertad voluntaria, como una de las más nobles criaturas de Dios. En segundo lugar, somos reparados y restituídos a la inocencia, haciéndose una nueva criatura en Jesucristo; y en tercer lugar somos elevados a la gloria, donde arribamos al estado de una criatura perfecta por la bondad del Espíritu Santo. La primera libertad nos llena de mucho honor, la segunda nos aumenta mucha virtud y la tercera nos colma de gozo y de delicias. Por la primera somos superiores a todos los animales de la tierra, por la segunda sujetamos la carne a la servidumbre y por la tercera triunfamos de la muerte. Mas digamos todavía mejor que por la primera libertad ha puesto Dios bajo de nuestros pies las ovejas, los bueyes y las otras bestias del campo; por la segunda libertad humilla y somete a nuestro imperio las bestias espirituales del aire, de las cuales está escrito: *Señor, no entregues a las bestias las almas que cantan tus alabanzas* <sup>15</sup>. Y, en fin, por la tercera libertad nos hará triunfar de nosotros mismos, dándonos la victoria perfecta y entera sobre la corrupción y sobre la muerte al ser destruída, el día del juicio, la última muerte y pasar nosotros de la servidumbre de la corrupción a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. La cual libertad nos será dada por Jesucristo cuando nos presente a Dios, su Padre, para establecer en nosotros su reino eterno. También de esta libertad de miseria y de la de pecado quería hablar cuando dijo a los judíos: *Si el Hijo os pone en libertad, entonces seréis verdaderamente libres* <sup>16</sup>. Quería darles a entender por estas palabras que el libre albedrío tenía necesidad de un libertador que le pudiese librar no de la necesidad, que, siendo él la voluntad, de ningún modo conocía, sino del pecado, en el cual estaba caído tan libre como voluntariamente, y al mismo tiempo de la pena del pecado, en que había incurrido por su imprudencia y sufría con mucha impaciencia. No podía ser librado de estos dos males en manera alguna sino por Aquel que de todos los hombres era el solo libre entre los muertos <sup>17</sup>.

8. En efecto, de todos los hijos de Adán no hay quien pueda gloriarse de poseer la libertad de pecado sino éste, el cual no ha cometido pecado, ni en su boca no se encuen-

<sup>15</sup> Ps. 73, 19.

<sup>16</sup> Io. 8, 36.

<sup>17</sup> Ps. 87, 6.

tra jamás la mentira<sup>18</sup>. Y, si no ha tenido plenamente y en efecto la libertad de miseria, que es la pena del pecado, estaba, con todo eso, en su poder el tener el goce entero de ella, puesto que, según lo que dice San Juan, nadie le ha quitado la vida a pesar suyo, sino que él mismo la ha dado de su plena voluntad<sup>19</sup>. Y, según Isaías, ha sido ofrecido en sacrificio porque lo ha querido así<sup>20</sup>; del mismo modo que cuando quiso nació de una mujer y se sometió a la ley a fin de rescatar a los que estaban bajo la servidumbre de la ley<sup>21</sup>. Es, pues, verdad que estuvo también bajo la ley de miseria; mas fué de su plena voluntad, a fin de que, siendo libre entre los miserables y los pecadores, pudiera sacar a sus propios hermanos del yugo insoportable de esta doble servidumbre. Así, ha poseído en su persona las tres suertes de libertad: la primera, a causa de las naturalezas humana y divina, y las otras dos por su divina potencia. Por lo que toca al primer hombre, veremos más adelante si ha gozado en el paraíso terrestre de estas dos libertades y de qué manera haya gozado de ellas.

#### CAPITULO IV\*

QUÉ LIBERTAD TIENEN LAS ALMAS SANTAS SEPARADAS DE SU CUERPO Y CUÁL CONVIENE INDIFERENTEMENTE A DIOS Y A LA CRIATURA RACIONAL

9. Es una verdad cierta que las almas santas que están libradas de esta mortalidad gozan eterna y perfectamente con Dios, con su Cristo y con los ángeles soberanos así de la libertad de pecado como de la libertad de miseria. Y, aunque las almas justas, que no están todavía unidas a sus cuerpos, no están tampoco en una entera posesión de la gloria, con todo eso, están enteramente exentas de toda suerte de miseria. Mas la libertad de necesidad conviene igual e indiferentemente a Dios y a toda criatura racional tanto buena como mala; no se pierde ni se disminuye por el pecado ni por la miseria; no es más grande en el justo que en el pecador, ni más entera en el ángel que en el hombre. Pues del mismo modo que el consentimiento de la voluntad humana que se dirige al bien con el socorro de la gracia, por dirigirse voluntariamente y sin ser arrastrada a pesar suyo, hace al hombre libremente bueno y libre

<sup>18</sup> 1 Petr. 2, 22.

<sup>19</sup> Io. 10, 18.

<sup>20</sup> Is. 53, 7.

<sup>21</sup> Gal. 4, 4. 5.

\* PL 182, 1006.

en el bien que abraza, igualmente también, dejándose ir al mal de su pleno gusto, hace al hombre libremente malo y libre en el mal que comete, porque de su propia voluntad viene que sea malo, sin ser forzado a esto por parte alguna. Y así como el ángel celestial, o Dios mismo también, permanecen libremente buenos, a causa de que son tales por su propia voluntad y no por alguna necesidad que les sea impuesta de afuera, así el diablo se dirige al mal y persevera en él con la misma libertad, porque obra de su propio movimiento y por la inclinación de su propia voluntad y no es llevado a él a pesar suyo por alguna violencia extraña. De donde resulta que la libertad de la voluntad subsiste juntamente con la cautividad del espíritu, tan grande en los malos como en los buenos, sólo que en los buenos está siempre mejor ordenada y tan entera, a su modo, como en el Criador, sólo que en el Criador es más fuerte y más poderosa.

10. Pero en cuanto a la queja ordinaria de la mayor parte de los hombres, que dicen: Quisiera tener una buena voluntad y no está en mi poder, como si sufrieran alguna violencia o alguna necesidad, eso no puede perjudicar en nada a esta libertad de la voluntad. Lo que ellos quieren decir por estas palabras es que no gozan de la libertad de pecado. En efecto, al punto que uno desea tener una buena voluntad, manifiesta claramente que tiene en sí la voluntad, puesto que no quiere tener una voluntad buena sino por la voluntad misma. Si tiene la voluntad, no se puede dudar que no tenga también la libertad, pero la libertad de necesidad, no la de pecado. Pues al mismo tiempo que siente que le falta la libertad para poder tener la buena voluntad que quiere tener, su experiencia le hace bastante conocer que está privado de la libertad de pecado, cuyos combates sufre con mucho desagrado, aunque, a la verdad, no destruyan su voluntad; sin duda, tiene una voluntad, en alguna manera buena, desde el momento que la desea tener. Es bueno lo que quiere; y no podría querer lo bueno sino con una voluntad buena, como ni lo malo tampoco sino con una mala. Cuando queremos lo bueno, es buena la voluntad; cuando queremos lo malo, es mala. De ambas partes se halla la voluntad, igualmente que la libertad, y sólo la necesidad no puede unirse con la voluntad. Mas cuando queremos lo que no podemos, conocemos bien que esta voluntad es en algún modo esclava del pecado y que está en la miseria, mas no enteramente perdida ni reducida a la nada.

11. Creo, pues, que el libre albedrío saca su denominación de esta libertad sola, por la que está en el poder



de la voluntad juzgarse a sí misma buena o mala según que haya dado el consentimiento al bien o al mal. Pues reconoce bastante por su propia experiencia que no puede consentir a lo uno ni a lo otro sino queriendo. Mas, respecto de las otras dos libertades, de pecado y de miseria, parece que el nombre de libre consejo convendría mucho mejor a la primera, que es la de pecado, y a la segunda, que es la libertad de miseria, el de buen placer, más que el de libre albedrío. El albedrío no es otra cosa que el juicio. Pues del mismo modo que pertenece al juicio hacer el discernimiento de lo que es permitido y de lo que es vedado, así es propia del consejo reconocer lo que es ventajoso o lo que es nocivo, como también del buen placer experimentar lo que es agradable o displicente. ¡Ojalá tuviésemos tanta libertad para el consejo como para el juicio de las cosas que nos pertenecen, a fin de que así como por el juicio distinguimos libremente las cosas lícitas de las ilícitas, del mismo modo por el consejo fuésemos libres para no escoger sino las cosas lícitas, en cuanto nos son útiles, y desechar las vedadas, en cuanto nos son perjudiciales y nocivas. Entonces verdaderamente nos encontraríamos en una perfecta posesión no sólo del libre albedrío, sino también del libre consejo, y gozaríamos, por consiguiente, de la verdadera libertad de pecado. ¿Y qué si fuéramos todavía tan dichosos que no nos agradase sino lo permitido y ventajoso? ¿No es cierto que entonces poseeríamos perfectamente la libertad de buen placer, puesto que efectivamente no experimentaríamos jamás nada fastidioso, y estaríamos así exentos de toda suerte de miseria? Mas ahora, porque reconocemos por el juicio muchas cosas que deberíamos admitir o desechar, y, con todo eso, el consejo nos hace muchas veces escogerlas o menospreciarlas contra la rectitud del juicio, y porque no abrazamos con placer y como agradables todas las cosas que un consejo más sabio nos hiciere conocer buenas y útiles, sino que, por el contrario, mirándolas como ásperas y enfadosas, no las soportamos sino con pena y repugnancia, bien manifiestamente aparece que estamos enteramente destituidos tanto de la libertad de consejo como de la de buen placer.

12. Se presenta todavía otra cuestión, que examinaremos más particularmente en su lugar, es a saber, si antes del pecado del primer hombre gozábamos de estas dos libertades. Es cierto que gozaremos de ellas plenamente cuando por la misericordia de Dios tengamos el cumplimiento de esta petición del Señor: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. Esta doble libertad estará en su última perfección cuando el libre albedrío, que está exento de la necesidad y que en esta vida es común a toda criatura ra-

cional, se halle en los predestinados como está ya en los ángeles, no sólo libre de pecado, sino seguro de la miseria, y por una dichosa experiencia de estas tres libertades guste con delicia cuán excelente, agradable y perfecta es la voluntad de Dios. Mas, porque estas dos ventajas no nos son concedidas al presente, sólo la libertad de libre albedrío permanece plena y entera acá abajo en los hombres. Pues la libertad de consejo no se encuentra aquí sino en parte y en un muy corto número de personas espirituales que han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias para que el pecado no reine más en su cuerpo mortal. Que no reine, lo hace la libertad de consejo; que permanezca en parte la esclavitud, el libre albedrío. Mas cuando hayamos llegado, como dice el Apóstol, al dichoso estado de la perfección, entonces lo que no poseíamos sino en parte e imperfectamente dejará de ser; es decir, que, cuando estemos en el gozo entero y perfecto de la libertad de consejo, el libre albedrío no estará más en la esclavitud ni en la servidumbre. Esto suplicamos todos los días a Dios en esta petición: *Vénganos el tu reino*<sup>22</sup>. Es cierto que no estamos todavía enteramente en la posesión de este reino; con todo eso, se acerca poco a poco y todos los días extiende sus límites más y más en las almas, que, con la gracia de Dios, trabajan incesantemente en la renovación de su hombre interior. El imperio del pecado se debilita a medida que el reino de la gracia crece; y, a medida también que éste se disminuye por la condición del cuerpo mortal, que grava al alma, y por las miserias de la morada terrestre, que abate nuestro espíritu, aquellos que parecen los más perfectos en esta vida están siempre obligados a confesar y decir: *Cometemos todos muchos pecados*<sup>23</sup>; y también: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros*<sup>24</sup>. Por eso hacen esta petición a Dios: *Vénganos el tu reino*. Mas no tendrán el entero cumplimiento de esta petición hasta que el pecado no solamente no reine más en su cuerpo mortal, sino que sea enteramente desterrado y ni aun pueda en manera alguna encontrarse en este mismo cuerpo ya revestido de la inmortalidad.

<sup>22</sup> Mt. 6, 10.

<sup>23</sup> Iac. 3, 2.

<sup>24</sup> I Io. 1, 8.

## CAPITULO V\*

SI LA LIBERTAD DE MISERIA, QUE TAMBIÉN SE LLAMA DE BUEN PLACER, ES CONCEDIDA AL HOMBRE EN ESTA VIDA

13. Mas ¿qué diremos de la libertad de buen placer en esta vida miserable, donde la malicia es tan grande, que cada día no basta a sus excesos, donde toda criatura gime y sufre dolores semejantes a los de parto, viéndose sujeta, a pesar suyo, a las bagatelas y vanidades del siglo <sup>25</sup>, donde la vida del hombre sobre la tierra no es más que un combate perpetuo <sup>26</sup>, donde aun los más espirituales, que han recibido las primicias del Espíritu de Dios, están en continuos gemidos, suspirando en sí mismos y aguardando con ansia la libertad de su cuerpo? <sup>27</sup> ¿Qué? ¿Pensáis que esta dichosa libertad puede encontrarse en medio de estas miserias? ¿Qué lugar puede tener esta libertad de buen placer en una mansión que está llena de desgracias y calamidades? Ciertamente, aun la inocencia y la virtud no pueden pretender estar exentas de la miseria, como lo están del pecado, en un lugar donde el justo clama incesantemente: *¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* <sup>28</sup> Y en otra parte: *Mis lágrimas han sido mi pan ordinario día y noche* <sup>29</sup>. Y, en efecto, ¿qué tiempo puede restar para la alegría y el buen placer donde los días y las noches se pasan en disgustos y en tristezas continuas? En fin, el Apóstol nos enseña que todos los que quieran vivir santamente en Jesucristo serán los más perseguidos <sup>30</sup>. Tanto más cuanto el juicio debe comenzar por la casa de Dios, según está escrito y aun mandado por estas palabras del profeta: *Comenzad por los míos* <sup>31</sup>.

14. Mas si la virtud no encuentra seguridad en una mansión tan miserable, ¿podrá acaso el vicio estar exento de miseria y gozar en parte de la libertad de buen placer? De ninguna manera. Pues la alegría de los malos, que no encuentran placeres sino en el crimen, no tiene más solidez que la risa de los frenéticos. No hay miseria más verdadera que la falsa alegría. En fin, tan cierto es que cuanto nos parece felicidad en esta vida, no es más que una miseria real y efectiva, que el Sabio mismo nos asegura que es mejor ir a las casas de los llantos y del duelo que a la de

\* PL 182, 1008.

<sup>25</sup> Rom. 8, 22. 20.

<sup>26</sup> Iob 7, 1.

<sup>27</sup> Rom. 8, 23.

<sup>28</sup> Rom. 7, 24.

<sup>29</sup> Ps. 41, 4.

<sup>30</sup> 2 Tim. 3, 12.

<sup>31</sup> Ez. 9, 6; 1 Petr. 4, 17.

festines y regocijos <sup>32</sup>. A la verdad, se encuentran placeres en los bienes corporales, en el beber, en el comer y en todas las comodidades del cuerpo. Pero ¿no están acompañadas estas mismas cosas de miserias? Confieso que el pan es una cosa buena y agradable, mas para quien tiene hambre; el beber da placer al que tiene sed. Mas ni el beber ni el comer tienen aliciente ninguno para aquel que está harto, antes le sirven de una carga y de un peso insoportable. Si no tienes hambre, no tomarás mucha fatiga en buscar pan; y si no tienes sed, mirarás la fuente más cristalina con los mismos ojos que a una charca cenagosa. Sólo el que está abrasado de los ardores del sol busca la sombra, así como solamente quien está helado de frío o camina en las tinieblas desea con ansia las luces y el calor de este astro. Ciertamente, la sola necesidad de estas cosas nos hace desear su goce. De suerte que, en cuanto cesa la necesidad, se desvanece también toda la satisfacción que había en ellas y se trueca en disgusto. Por tanto, es menester confesar que, de la parte misma de estos placeres corporales, la vida presente no está llena sino de miserias; sólo que, entre las aflicciones continuas de las más grandes penas, las más ligeras tienen para nosotros alguna suerte de consuelo; y, por la vicisitud de los menores males que suceden a los más grandes, la experiencia de los más leves parece dar alguna relajación a la miseria. Así, se toma por un efecto de dicha y de felicidad lo que no es verdaderamente sino un paso de los más excesivos dolores a otros más soportables.

15. En cuanto a aquellos que por el éxtasis de la contemplación pueden de alguna manera gustar en este estado pequeñas partes de las dulzuras de la bienaventuranza eterna, es cierto que gozan de esta libertad de buen placer tantas veces cuantas son elevados en estos raptos. Ciertamente no se puede negar que las personas que han escogido con María la mejor parte, que jamás les será quitada <sup>33</sup>, tengan, aun en esta vida, algo de esta libertad de buen placer, aunque raras veces y como de paso. Pues aquellos que poseen desde el presente lo que jamás se les ha de quitar, sin duda alguna experimentan ya lo que está reservado para la otra vida, que no es otra cosa que la bienaventuranza misma. Porque, siendo incompatibles a un tiempo mismo y en un mismo sujeto la bienaventuranza y la miseria, cuantas veces participan en espíritu de este estado de felicidad, tantas están sobre las impresiones de la miseria. Por tanto, es preciso concluir que solos los contemplativos gozan acá abajo de la libertad de buen placer en alguna manera, pero

<sup>32</sup> Eccle. 7, 3.

<sup>33</sup> Lc. 10, 42.



en muy poca porción y muy raras veces; que todos los justos poseen en parte, pero en parte considerable, la libertad de consejo y que la libertad del libre albedrío permanece común a todas las criaturas racionales, como lo hemos hecho ver claramente arriba, tan grande de su parte en los buenos como en los malos y tan entera en este siglo como en el futuro.

## CAPITULO VI\*

### LA GRACIA ES ABSOLUTAMENTE NECESARIA PARA QUERER LO BUENO

16. Juzgo que se ha mostrado con bastante claridad que esta libertad de libre albedrío permanece siempre en alguna suerte de cautividad mientras no está, a lo menos en parte, acompañada de las otras dos libertades. De este principio viene nuestra impotencia, de la que habla el Apóstol cuando dice: *No hacéis todo lo que tenéis voluntad de hacer*<sup>34</sup>. Es muy cierto que tenemos el querer por nuestro libre albedrío, mas no el poder lo que queremos. No digo que tengamos de nosotros el querer el bien o el mal, sino solamente el querer. El querer el bien es una perfección y el querer el mal es un defecto; mas el simple querer es la cosa misma, que es capaz de perfección o de defecto. La gracia de la creación ha dado el ser a nuestra voluntad, la gracia de la redención la ha dado su perfección, y la voluntad misma causa su defecto por su propia caída. Así, el libre albedrío nos hace querer y la gracia nos hace querer el bien. De aquél tenemos la voluntad, pero de la gracia la buena voluntad. Y de la misma manera que el temer simplemente es otra cosa que el temor a Dios, y el amor simplemente es también otra cosa que amar a Dios, pues los simples términos de temer y de amar declaran solamente los afectos o hábitos de la naturaleza, mientras que, estando juntos con el otro término, significan las virtudes de nuestra alma; igualmente, querer meramente es otra cosa que querer el bien.

17. Los simples afectos están naturalmente en nosotros, mas las virtudes vienen absolutamente de la gracia. De suerte que la diferencia consiste en que la gracia perfecciona los simples hábitos que la creación nos ha dado; y así, las virtudes, hablando propiamente, no son otra cosa que hábitos

\* PL 182, 1010.

<sup>34</sup> Gal. 5, 17.

perfectos y bien ordenados. De algunas personas está escrito que estuvieron poseídas de temor, cuando no había el menor motivo <sup>35</sup>. Hubo en ellas temor, pero desordenado. Este temor quería ordenar el Señor en sus discípulos cuando les decía: *Os mostraré a quién debéis temer* <sup>36</sup>. Y David lo había ya declarado por estas palabras: *Venid, hijos míos, escuchadme; os enseñaré el temor de Dios* <sup>37</sup>. El amor desordenado era también lo que reprendía el Hijo de Dios en los hombres cuando decía a San Juan: *He venido del cielo a la tierra yo, que soy la verdadera luz, y, con todo eso, los hombres han tenido más amor a las tinieblas que a la luz* <sup>38</sup>. Esto mismo hacía que la Esposa pidiese en el Cántico de los Cánticos: *Ordena en mí la caridad* <sup>39</sup>. En este mismo espíritu reprendió nuestro Señor a sus dos apóstoles Santiago y Juan por sus deseos desarreglados cuando respondió: *No sabéis lo que pedís. Y ellos aprendieron de El cómo era preciso traer esta voluntad desordenada al camino derecho de la virtud cuando oyeron estas palabras: ¿Podéis beber el cáliz que he de beber?* <sup>40</sup> Por entonces les enseñó de palabra el modo con que era menester ordenar la voluntad; pero después les dió la misma lección más eficazmente con su ejemplo cuando en el principio de su pasión, orando a su Padre Eterno que apartase de El ese cáliz, añadió al momento: *Con todo eso, no se haga mi voluntad, sino la tuya* <sup>41</sup>. Por la condición, pues, de nuestra naturaleza hemos recibido de Dios el querer, el temer y el amar; pero por la presencia de la gracia recibimos el querer lo bueno, del mismo modo que el temer y el amar a Dios para que nos hagamos verdaderamente la criatura de Dios.

18. En efecto, así como hemos sido criados en alguna manera dueños de nosotros mismos por la voluntad misma, así también, por la voluntad buena, entramos de algún modo en el camino de Dios. Pues quien la ha criado libre, también la hace buena; mas con el designio de que por esta bondad que nos comunica comencemos a ser verdadera criatura, siendo para nosotros mucho más ventajoso no haber estado jamás en el mundo que permanecer en nuestro propio dominio. Aquellos que han querido hacerse dueños de sí mismos y tener el conocimiento del bien y del mal, como dioses, no solamente no han retenido su propio dominio, sino que se han vuelto esclavos del demonio. Así, pues, la voluntad libre nos hace dueños de nosotros mismos; la mala voluntad nos sujeta al poder del demonio; la buena nos hace reconocer a Dios por nuestro Soberano. A este respecto,

<sup>35</sup> Ps. 13, 5.

<sup>36</sup> Lc. 12, 5.

<sup>37</sup> Ps. 33, 12.

<sup>38</sup> Io. 3, 19.

<sup>39</sup> Cant. 2, 4.

<sup>40</sup> Mc. 10, 38.

<sup>41</sup> Mt. 26, 39.

dice el Apóstol: *El Señor conoce a los suyos* <sup>42</sup>. Pues a aquellos que no son suyos, el mismo Señor les dice: *Os digo de verdad que no os conozco* <sup>43</sup>. De donde es fácil inferir que en el mismo momento en que hemos entrado en el poder del demonio por la mala voluntad, en el mismo momento hemos sido, en algún modo, substraídos del dominio de Dios; así como, entrando después en el servicio de Dios por la buena voluntad, cesamos de estar sujetos al demonio, según esta palabra de Jesucristo: *Es imposible servir a un tiempo a dos señores* <sup>44</sup>. Mas, ya pertenezcamos a Dios, ya pertenezcamos al demonio, no dejamos, con todo eso, de ser de nosotros. Porque en ambos estados la libertad de nuestro albedrío permanece en su entereza, y, por consiguiente, también la verdadera causa del mérito, a fin de que podamos justamente ser castigados como malos, pues, como libres, nos hacemos malos por la propia voluntad, o ser recompensados como justos, puesto que no hemos abrazado la virtud sino por nuestra misma voluntad. Ciertamente, no es el poder del demonio lo que nos hace sus esclavos, sino nuestra propia voluntad; la gracia de Dios nos sujeta a El, no nuestra propia voluntad. Es muy cierto que nuestra voluntad ha sido criada buena por la bondad de Dios, mas no será jamás perfecta mientras no se someta a su Criador. No pretendo, con todo, atribuirle a ella la obra de su perfección, y a Dios solamente la de su creación, pues es mucho más el ser perfecta que el ser hecha, y sería una blasfemia atribuir a Dios lo menos considerable, y a nosotros lo más excelente. En fin, esto mismo quería dar a entender el apóstol San Pablo cuando, distinguiendo bien lo que él sentía en sí mismo venir de la naturaleza y lo que esperaba de la gracia, decía: *Bien conozco que tengo el querer, mas no encuentro en mí el poder de cumplirlo* <sup>45</sup>. Conocía, a la verdad, que tenía en sí el querer por su libre albedrío, mas reconocía al mismo tiempo que la gracia le era necesaria para tener la perfección. Porque, si querer el mal es un verdadero defecto de la voluntad, querer el bien es una de sus ventajas, pero su última perfección es poder todo el bien que queremos.

19. A fin, pues, de que arribemos a la perfección de este querer que nos ha sido dado por el libre albedrío, tenemos necesidad de dos dones particulares de la gracia. El primero es un genuino conocimiento de la verdad, que obra la conversión de la voluntad al bien; el segundo, un pleno poder que establece la firmeza de la misma voluntad en el bien. La perfecta conversión al bien consiste en que no gustemos sino lo que nos es conveniente y lícito, y la perfec-

<sup>42</sup> 2 Tim. 2, 19.

<sup>43</sup> Mt. 25, 12.

<sup>44</sup> Mt. 6, 24.

<sup>45</sup> Rom. 7, 18.

ta estabilidad en el bien, en que poseamos efectivamente todo lo que nos es agradable. Mas nuestra voluntad será verdaderamente perfecta cuando sea buena de todas maneras y goce de todos estos bienes. Es cierto que desde el principio de su ser ha poseído dos suertes de bienes, el uno general, que la ha sido comunicado por la sola creación, en cuanto que no ha podido ser criada sino buena por un Dios lleno de bondad, según lo que está escrito: *Dios ha visto todas las cosas que ha hecho, y son muy buenas* <sup>46</sup>; el otro, especial, que la ha venido por el libre albedrío, en cuanto ha sido hecha a la imagen y semejanza de Aquel que la ha dado el ser. Mas, si con los dos precedentes llega a poseer un tercer género de bienes, es a saber, la conversión al Creador, entonces, con gran razón, se la reputará perfectamente buena. Buena, sin duda, en general, mejor en su especie y más buena con relación a Dios. Esta relación a Dios no es otra cosa que una total conversión de la voluntad y una sumisión voluntaria y absoluta de sí misma a la divina Majestad. Por lo demás, con mucha justicia la plenitud de la gloria es debida y aun también unida a un estado de santidad tan perfecto. Estas dos cosas son de tal suerte inseparables, que resulta imposible poseer la perfección de la santidad si no es en la plenitud de la gloria, ni la plenitud de la gloria sin la perfecta santidad. En fin, no debemos extrañarnos de que esta santidad no pueda ser separada de la gloria, puesto que la verdadera gloria no puede venir sino de esta misma santidad. Por lo cual justamente se dice: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos* <sup>47</sup>.

20. Ve ahí cuáles son estos dos bienes de que hicimos mención más arriba, es a saber, la verdadera sabiduría y la plena potencia. La primera mira a la santidad y la segunda se refiere a la gloria. Estos dos términos de *verdad* y de *plenitud* se han añadido a los de sabiduría y de potencia, el uno para distinguir a la primera de la sabiduría de la carne, que engendra la muerte <sup>48</sup>, y de la sabiduría del mundo, que no es más que una locura delante de Dios <sup>49</sup>, y por la cual los hombres se juzgan en sí mismos muy prudentes, pero prudentes y sabios para hacer el mal <sup>50</sup>, como dice el profeta; el otro, para distinguir a la segunda de aquellos de quienes se dice: *Los poderosos del mundo serán atormentados poderosamente* <sup>51</sup>. En efecto, la verdadera sabiduría y la plena potencia no pueden hallarse en aquellos cuyo libre albedrío no está acompañado de las otras dos cosas que hemos mencionado más arriba, que son la libertad

<sup>46</sup> Gen. 1, 31.

<sup>47</sup> Mt. 5, 6.

<sup>48</sup> Rom. 8, 6.

<sup>49</sup> I Cor. 3, 19.

<sup>50</sup> Jer. 4, 22.

<sup>51</sup> Sap. 6, 7.



de consejo y la de buen placer. Y, por lo que a mí toca, no llamaría verdaderamente sabio y plenamente poderoso sino a aquel que no sólo tiene el querer por su libre albedrío, sino que también halla el cumplimiento de sus deseos por la posesión de los otros dos bienes cuando no puede querer lo que es malo ni estar privado de lo que quiere; de lo cual, lo primero, que es la verdadera sabiduría, viene de la libertad de consejo, y lo segundo, que es la plena potencia, nos es dado por la libertad de buen placer. Mas ¿quién hay tan grande entre los hombres que pueda gloriarse de este dichoso estado? ¿En qué lugar o en qué tiempo le puede poseer? ¿Por ventura en esta vida? Mas este hombre sería más grande que San Pablo, que confiesa de sí mismo que no se encuentra en esta perfección. ¿Por ventura le poseyó Adán en el paraíso? Mas, si hubiera tenido esta felicidad, no habría sido desterrado jamás de este lugar de delicias.

## CAPITULO VII\*

SI NUESTROS PRIMEROS PADRES EN EL PARAÍSO TERRENAL GOZARON DE LAS TRES LIBERTADES: DEL LIBRE ALBEDRÍO, DEL CONSEJO Y DEL BUEN PLACER, Y SI LAS TUVIERON DESPUÉS DEL PECADO

21. Ve aquí el lugar de tratar la cuestión que diferimos antes; es a saber, si los primeros hombres en el paraíso terrestre tuvieron las tres libertades: de libre albedrío, de consejo y de buen placer, de que hablábamos en los capítulos precedentes, y que se denominan libertad de necesidad, de pecado y de miseria, o si no tuvieron más que dos de las tres o solamente una. En cuanto a la primera, sería inútil hablar más después que las razones alegadas arriba nos han hecho ver claramente que conviene a los justos y a los pecadores. Pero, en cuanto a las otras dos, no es sin motivo preguntar si Adán las poseyó algún tiempo entrambas juntas o, a lo menos, una sola. Porque, si es verdad que no tuvo ninguna de ellas, ¿qué perdió, puesto que conservó en su ser entero la libertad de libre albedrío después del pecado? Y si no perdió nada, ¿qué grande desgracia le sucedió al ser echado del paraíso terrestre? Pero, si tuvo cualquiera de ellas, la dificultad es saber cómo la perdió, puesto que es cierto que después que pecó no fué exento ni de pecado ni de miseria durante el resto de su vida. Por otra parte, es cierto que no pudo perder ninguna

\* PL 182, 1013.

de estas dos libertades, si las recibió alguna vez. De otra suerte, sería menester decir que no habría jamás tenido ni la verdadera sabiduría ni la plena potencia según la distinción que hemos hecho de ellas anteriormente, puesto que pudo querer lo que no debía y recibir lo que no quería. ¿Diremos que, a la verdad, las tuvo en una cierta manera, pero que las pudo perder, porque no las poseía en su última perfección? En efecto, ambas libertades tienen dos diversos grados, el uno superior y el otro inferior. La libertad superior de consejo consiste en no poder pecar; la inferior, en poder no pecar. Igualmente, la libertad superior de buen placer consiste en no poder ser inquietado; la inferior, en poder no ser inquietado. El hombre, pues, en su creación recibió el grado inferior de estas dos libertades junto con la perfecta libertad del libre albedrío, y cayó de entrambas a dos por el pecado. Mas cayó tan desgraciadamente, que del estado en que se hallaba antes de poder no pecar, se precipitó en el de no poder menos de pecar por la pérdida entera que hizo de toda la libertad de consejo; como también, habiendo perdido la libertad de buen placer, cayó en el estado de no poder ya no ser inquietado en vez de aquel en que se hallaba de poder no ser inquietado. De suerte que no le quedó para suplicio suyo sino la libertad de libre albedrío, por la cual perdió ciertamente las otras, mas no pudo perder ésta. La razón consiste en que, habiéndose hecho esclavo del pecado por su propia voluntad, perdió muy justamente la libertad de consejo; y, habiéndose hecho tributario de la muerte por el pecado, no pudo conservar en manera ninguna la libertad de buen placer.

22. Es, pues, cierto que de tres libertades que había recibido en su creación, usando mal de la de libre albedrío, se privó a un tiempo mismo de las otras dos. Y verdaderamente abusó de ella por cuanto, habiéndola recibido para la gloria, la hizo servir a su propia ignorancia, según lo que está escrito en el Salmo: *Habiendo sido el hombre criado en el honor, no comprendió su excelencia; fué comparado a las bestias brutas y se hizo semejante a ellas*<sup>52</sup>. Por lo demás, a sólo el hombre, entre los animales, se dió el poder pecar, a causa de la dignidad de su libre albedrío. Mas este poder le fué dado no para que se dejase ir al pecado, sino a fin de que pareciese más glorioso si no pecaba pudiendo pecar. En efecto, ¿qué honor más grande le podía venir que decirse de él lo que está escrito en el Eclesiástico: *¿Quién es éste y haremos su elogio? El que ha hecho, dice, maravillas en su vida. ¿Y cuáles son estas maravillas? Ha podido dejar el camino de la virtud y ha permanecido fir-*

<sup>52</sup> Ps. 48, 13.

*me. Ha podido hacer el mal y no le ha cometido* <sup>53</sup>. Este es el honor que conservó mientras vivió sin pecado, y que perdió desde el momento en que cometió el crimen. Mas pecó porque le era libre el pecar, y esta libertad no le vino sino del libre albedrío, del cual seguramente tenía el poder pecar. La falta no debe, en manera alguna, atribuirse a su Bienhechor, sino solamente a aquel que desgraciadamente abusó del poder que había recibido para sacar la gloria de no pecar haciéndole servir al pecado. Es cierto que pecó por el poder que había recibido; mas pecó porque lo quiso, no porque lo pudiera. Así, los ángeles buenos no cayeron en la rebelión con el diablo y sus adherentes no porque no lo pudieran, sino porque no lo quisieron.

23. No es, pues, al don de la potencia, sino al defecto de la voluntad, a quien se debe atribuir la caída de quien comete el pecado; pero la desgracia es que, aunque la caída viene de la voluntad, no la es ya igualmente libre salir del precipicio, porque, en efecto, se la ha dado el poder para mantenerse sin caer, mas no para levantarse después de su caída, siendo mucho más fácil caer en un precipicio que salir de él. El hombre, a la verdad, ha caído por sola su voluntad en el abismo del pecado; mas su voluntad no ha tenido bastante poder para retirarse de él, puesto que efectivamente no puede ya no pecar, aunque bien quisiera ahora contenerse del pecado.

## CAPITULO VIII\*

### LA LIBERTAD DE ALBEDRÍO PERMANECE ENTERA DESPUÉS DEL PECADO

24. ¿Qué diré? ¿Se ha perdido el libre albedrío porque no puede ya no pecar? No, sino que ha perdido el libre consejo, que le daba antes el poder no pecar; así como también ha perdido la libertad de un buen placer, que le daba antes el poder no ser inquietado, mientras que al presente es tan miserable, que no puede menos de ser inquietado. Permanece, pues, entero el libre albedrío, aunque miserable después del pecado. Y, aunque el hombre no pueda por sí mismo librarse del pecado y de la miseria, no es porque haya perdido el libre albedrío, sino porque ha sido despojado de las otras dos libertades. También es cierto que el libre albedrío no tiene de sí, ni ha tenido jamás, el po-

<sup>53</sup> Eccli. 31, 9. 10.

\* PL 182, 1014.

der ni el saber, sino solamente el querer, y que no hace a la criatura poderosa o sabia, sino solamente capaz de querer. Por tanto, no se debe pensar que ésta ha perdido su libre albedrío, con tal de que no sea destituida de su voluntad, aunque por otra parte esté desprovista de potencia y de sabiduría; porque sólo no hay libertad donde no hay voluntad. Si faltara en la voluntad no ya el querer el bien precisamente, sino el querer simplemente, en semejante hipótesis, se debería confesar sin contradicción que no solamente habría faltado la bondad en la voluntad, sino que también habrían perecido totalmente la voluntad y el libre albedrío. Mas, si la voluntad se halla solamente en la impotencia de querer el bien, es una prueba de que está privada de la libertad de consejo, mas no de la de libre albedrío. Pero si, por otra parte, no la falta querer el bien, sino solamente poder hacer este bien que ella misma quiere, entonces ciertamente no ha perdido su libre albedrío, sino que está destituida de la libertad de buen placer. Si, pues, el libre albedrío es de tal suerte inseparable de la voluntad que sola la destrucción de ésta puede causar la ruina de aquél, y si la voluntad permanece tanto en el bien como en el mal, es preciso decir también que el libre albedrío, del mismo modo, subsiste y permanece tan entero en el bien como en el mal. Y así como la voluntad, por estar caída en la miseria, no cesa de ser voluntad, sino que de nombre y de realidad se llama una voluntad miserable, y, al contrario, una voluntad dichosa, así el albedrío permanece siempre libre en cualquiera miseria que se encuentre y—en cuanto es de su parte—no puede ser destruido por ninguna necesidad.

25. Sin embargo, aunque en todos estos estados subsista siempre de un mismo modo sin la menor disminución de su libertad, con todo eso, no está igualmente en su poder el volver del mal al bien, como le había sido libre caer del bien en el mal. Mas ¿qué maravilla que, estando caído, no pueda por sí mismo levantarse, puesto que, estando en pie, no podía con todos sus esfuerzos elevarse a un estado más excelente? En fin, es cierto que cuando gozaba todavía en parte de las otras dos libertades no podía subir de sus grados inferiores a los superiores, quiero decir, del estado de poder no pecar y de poder no ser inquietado al de no poder pecar y no poder ser inquietado. Si, pues, estando ayudado en alguna manera de estas dos libertades, no pudo, con todo eso, pasar de lo bueno a lo mejor, ¿cómo, estando enteramente destituido de ellas, podrá él mismo retirarse del mal para volver al bien que ha perdido?

26. Por eso es menester que el hombre reconozca la gran necesidad que tiene de Jesucristo, Virtud y Sabiduría



de Dios; el cual, como Sabiduría, le comunique de nuevo un perfecto conocimiento de la verdad, que restablezca en él la primera libertad de consejo, y, como Virtud de Dios, le dé otra vez un poder absoluto que repare en él su libertad de buen placer; y así, habiéndose hecho perfectamente bueno por el restablecimiento del libre consejo, no tenga ya en lo adelante comercio alguno con el pecado; y, por otra parte, hallándose perfectamente dichoso por el recobro del buen placer, no esté ya expuesto a los insultos de la miseria. Mas en la otra vida es donde hay que esperar el goce de esta perfección, cuando estas dos libertades, que ahora tenemos perdidas, sean plenamente restituídas a nuestro libre albedrío no en la manera que han sido comunicadas en esta vida a las almas más perfectas, ni aun tampoco como lo fueron al primero de los hombres en el paraíso terrestre, sino en la misma que los ángeles bienaventurados las poseen en el cielo. Por el presente, nos debe bastar, mientras estamos en este cuerpo mortal y en este siglo malo, no obedecer al pecado, reprimir la concupiscencia por la libertad del consejo y no temer las aflicciones, manteniendo la justicia por medio de la libertad del buen placer. Sin duda, no es poca sabiduría en esta carne de pecado y en estos días de malicia, ya que no se puede del todo carecer del pecado, a lo menos, no darle su consentimiento; como igualmente no es un poder débil el despreciar valerosamente todos los reveses de esta vida por mantener la verdad, aunque el hombre no sea tan dichoso, que no sienta algunos de sus golpes.

27. En fin, es menester que, en el estado presente, la libertad de consejo nos enseñe a no abusar de la libertad de libre albedrío, a fin de que algún día podamos gozar plenamente de la libertad de buen placer. Por este medio revelaremos la Imagen de Dios; así, con el socorro de la gracia, estaremos más dispuestos para recobrar esta primera dignidad, que habíamos perdido por el pecado. Y dichoso aquel que merezca oír de sí mismo esta alabanza: *¿Quién es éste, y haremos su elogio, pues ha hecho maravillas en su vida? Ha podido alejarse de la virtud, y no lo ha hecho; cometer el mal, y no lo ha cometido*<sup>54</sup>.

<sup>54</sup> Eccli. 31, 9. 10.

## CAPITULO IX\*

LA IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS, A LA CUAL FUIMOS CRIADOS.  
 CONSISTE EN LAS TRES LIBERTADES PRECEDENTES

28. Por mi parte, creo que esta imagen y semejanza del Criador, a la cual fuimos hechos, está propiamente establecida sobre estas tres libertades; de suerte que la imagen se refiera a la libertad de albedrío, y en las otras dos libertades se exprese una duplicada semejanza. Por eso tal vez no padece el libre albedrío decadencia ni disminución en su naturaleza, porque en él principalmente se representa, como en su perfecta imagen, la esencia de la divinidad eterna e inmutable. Aunque ha tenido su principio, con todo eso, no tendrá fin jamás. Y así como no recibe aumento por la santidad o por la gloria, así tampoco viene a su ruina por el pecado o por la miseria. ¿Qué cosa más semejante a la eternidad entre todo lo que no es la eternidad? Mas por lo que toca a las otras libertades, se las puede llamar más oportunamente una cierta semejanza accidental de la sabiduría y de la potencia divinas, añadida a la imagen, puesto que no solamente pueden sufrir alguna alteración, sino que también se pueden enteramente perder. En efecto, nosotros las hemos perdido por el pecado y las recobramos por la gracia; vemos también que hacemos todos los días en ellas nuevas adquisiciones y nuevas pérdidas, los unos más y los otros menos. También pueden perderse sin esperanza de recuperarlas jamás, e igualmente se pueden poseer sin temor de perderlas en lo futuro ni de sufrir en ellas alguna disminución.

29. Es cierto que el hombre ha sido criado en el paraíso terrestre no, a la verdad, en el supremo grado de esta duplicada semejanza de la sabiduría y de la potencia de Dios, sino en otro bastante próximo a él. Y, ciertamente, ¿qué cosa más próxima al estado de no poder pecar ni ser turbado—al cual los ángeles y los santos han llegado ya sin duda alguna y Dios posee por toda la eternidad—que el poder no pecar y no ser turbado, estado en que ha sido creado el primer hombre? A la verdad, cayó de este estado por el pecado, y nosotros también en él y con él; mas, por medio de la gracia, volvemos a entrar de nuevo, ya que no en el mismo grado, a lo menos en otro inferior. De donde viene que, aunque acá abajo no podamos estar exentos totalmente de pecado ni de miseria, la gracia, con todo eso,

\* PL 182, 1016.

nos da bastante fuerza para no ser vencidos por el pecado. Y si la Escritura dice que todo lo nacido de Dios no peca<sup>65</sup>, nos quiere hablar de los predestinados a la vida eterna y enseñarnos no que estén absolutamente sin pecado, sino que su pecado no les es imputado, puesto que se le castiga con una penitencia saludable o se le cubre en las obras de la caridad. *La caridad, dice San Pedro, cubre la muchedumbre de los pecados*<sup>66</sup>. Y David nos asegura que son bienaventurados aquellos cuyos crímenes fueron perdonados y cuyos pecados cubiertos. Y en otra parte: *Bienaventurado aquel a quien Dios no ha imputado su pecado*<sup>67</sup>. Digo, pues, que los ángeles poseen el primer grado de esta divina semejanza; nosotros, el último; Adán, el de en medio; los demonios, ninguno. A aquellos espíritus sublimes se les dió la ventaja de permanecer sin pecado y sin miseria; a Adán, la de vivir algún tiempo sin lo uno ni lo otro, mas no de perseverar; a nosotros, la de no sucumbir a lo uno ni a lo otro, sin estar exentos, con todo eso, de ambas cosas. Mas, en cuanto al diablo y los que son miembros suyos, como no tienen jamás la voluntad de resistir al pecado, tampoco están jamás en la potestad de evitar la pena que es debida al pecado.

30. Así, por cuanto estas dos libertades de consejo y de buen placer, por medio de las cuales Dios comunica a la criatura racional la verdadera sabiduría y la potencia absoluta, se encuentran frecuentemente en diferentes estados según la diversidad de los sujetos, de los lugares y de los tiempos, ordenándolo la divina Providencia como a ella la agrada, no se goza de ellas sobre la tierra sino muy poco; en el cielo, con toda perfección; en el paraíso terrestre, en un grado mediocre, y nada absolutamente en los infiernos. De otra parte también, por cuanto la libertad de albedrío permanece siempre invariable en el primer estado de su creación, de suerte que, en cuanto es de su parte, el cielo, la tierra y los infiernos la poseen siempre igual; con grande razón, las dos primeras libertades son empleadas para representarnos la semejanza con Dios, y la última para expresarnos su imagen. Y ciertamente, para hacernos conocer que estas dos libertades que nos expresan la divina semejanza están enteramente desterradas de los infiernos, no es menester más que la autoridad de las Sagradas Escrituras. Estas palabras del Eclesiastés: *Trabaja incesantemente para cumplir todas las obras que puedas al presente hacer, porque ni las acciones de virtud, ni la razón, ni la sabiduría tienen ningún lugar en el infierno, adonde corres*<sup>68</sup>; estas

<sup>65</sup> I Io. 3, 9.  
<sup>66</sup> I Petr. 4, 8.

<sup>67</sup> Ps. 31, 1. 2.  
<sup>68</sup> Eccle. 9, 10.

palabras, vuelvo a decir, manifiestan abiertamente que la verdadera sabiduría, que viene de la libertad del consejo, no se encuentra de ninguna manera en este lugar de desorden. Y, por lo que mira a la potencia, que nos es comunicada por la libertad de buen placer, el Evangelio habla de ella así: *Echadle, atados pies y manos, en las tinieblas exteriores*<sup>59</sup>. Este encadenamiento de pies y manos nos hace ver evidentemente que aquí están enteramente privados de toda suerte de poder.

31. Pero alguno me dirá: ¿Cómo es posible que no haya alguna sabiduría en un lugar donde los males que se padecen causan necesariamente un extremo pesar de los pecados que se han cometido? ¿Puede acaso faltar este pesar en los tormentos o puede también dejar de ser sabiduría este mismo pesar? A la verdad, esta objeción sería de algún peso si así como es castigada allí la obra del pecado, no lo fuera también la voluntad mala. Es muy cierto que nadie puesto en medio de los tormentos puede deleitarse en repetir de nuevo el acto de pecado. Pero, si la voluntad permanece en la malicia, aun en medio de los tormentos, ¿que grande fundamento es la inejecución o cesación de la obra para que se pueda decir que este miserable condenado tiene algo de sabiduría porque, estando rodeado de llamas devorantes, no le agrada más satisfacer su lascivia? En fin: *La sabiduría, dice Salomón, no puede habitar en un alma mal intencionada*<sup>60</sup>. Mas ¿de dónde probaremos que la voluntad persiste siempre en su malicia aun en medio de los tormentos? Ciertamente, por decirlo todo en una palabra, de que los condenados no querrían enteramente ser castigados. Y como nada hay más justo que castigar a los que han merecido la pena por sus pecados, sin duda no quieren lo que es justo; pues ahora la voluntad de aquel que no quiere lo que es justo, no puede ser justa ella misma; y, en cuanto ella se aparta de la justicia, se hace injusta, y, por consiguiente, mala. Hay dos momentos en que se comprueba la injusticia de la voluntad: cuando se agrada de cometer el pecado o cuando desea quedar impune después de haberle cometido. En aquellos, pues, que tuvieron la voluntad de darse al pecado cuando tuvieron libertad para eso y buscan la impunidad de sus crímenes cuando se ven en la impotencia de cometerlos, ¿qué apariencia siquiera hay ni de verdadera sabiduría ni de una voluntad buena? Mas demos que se arrepientan de sus pecados; ¿no es verdad, con todo eso, que querrían más todavía pecar que sufrir la pena del pecado, si se les diera opción? Y, sin embargo, lo primero es injusto; lo segundo,

<sup>59</sup> Mt. 22, 13.

<sup>60</sup> Sap. 1, 4.



justo. ¿Cuándo la voluntad que es buena se determinaría a escoger antes lo que es contrario a la justicia que lo que es conforme a ella? ¿Ni cómo se puede decir que están tocados de un verdadero arrepentimiento los que no tanto se duelen de haber satisfecho a sus malos deseos cuanto de verse en la impotencia de ejecutarlos ya jamás? En fin, lo que parece por fuera, nos hace juzgar de lo que se pasa por dentro, siendo cierto que la voluntad persevera porfiadamente en la malicia tanto tiempo cuanto el cuerpo es conservado incorruptible en las llamas. Es, pues, una verdad cierta que no se halla ni se puede hallar en el infierno rasgo alguno de la divina semejanza, que nos es representada por las dos libertades de consejo y de buen placer, aunque la imagen, expresada por el libre albedrío, permanezca allí en su ser entero e inmutable.

## CAPITULO X\*

### LA SEMEJANZA DE DIOS ES REPARADA EN NOSOTROS POR JESUCRISTO

32. Pero ni en esta vida podría encontrarse esta divina semejanza, sino que aun la misma imagen permanecería en su estado de abatimiento, fea y deforme, si la mujer del Evangelio no hubiera encendido la antorcha, es decir, si la Sabiduría increada no hubiera barrido en la morada del pecado y buscado la joya que había perdido<sup>61</sup>, quiero decir, su imagen—la cual, despojada de su belleza natural y manchada por los horrores del pecado, se hallaba como sepultada en la basura y polvo—, si ella no la hubiera purificado después de recobrarla y sacado de este estado de desemejanza en el cual estaba caída, y si, en fin, habiéndola restituido a su primera belleza, no la hubiera vuelto resplandeciente como los santos en la gloria eterna o, más bien, perfectamente semejante a ella misma para que se cumpliese esta palabra de la Escritura: *Estamos ciertos de que, luego que se descubra a nosotros, le seremos enteramente semejantes y le veremos tal como es*<sup>62</sup>. Ciertamente pertenecía al Hijo de Dios trabajar en esta obra. Pues, siendo el esplendor de la gloria y la figura de la substancia del Padre y sosteniendo todo el mundo en la virtud sola de su palabra, poseía en sí mismo las dos cualidades necesarias para

\* PL 182, 1018.

<sup>1</sup> Lc. 15, 8.

<sup>62</sup> 1 Io. 3, 2.

reparar la deformidad de esta imagen y fortificar su flaqueza; sacando del esplendor de su gloria con qué disipar las tinieblas del pecado, y haciéndola por este medio verdaderamente sabia, y por la virtud de su palabra haciéndola poderosa contra la tiranía del demonio.

33. Vino, pues, habiendo descendido del cielo, este divino Modelo, al cual el libre albedrío debía ser enteramente conforme tanto más cuanto que para volver a tomar su primera belleza era conveniente que fuese en ella establecido por quien había sido primeramente formado. Este Modelo no es otro que la Sabiduría eterna; y la conformidad que se debe encontrar entre la copia y el original consiste en que la imagen obre en el cuerpo lo que la Sabiduría divina en el universo. *La Sabiduría, dice Salomón, obra con fuerza desde una extremidad hasta otra extremidad y ordena todas las cosas con suavidad*<sup>63</sup>. Ella obra desde una extremidad hasta la otra; esto es, desde el más alto cielo hasta las partes más bajas de la tierra; desde el primero de los ángeles hasta el más ínfimo gusanillo. *Ella obra con fuerza*; no ciertamente por un movimiento sucesivo o según la extensión de los lugares, o bien solamente por el ministerio de las criaturas, que están a ella sometidas, sino por su propia virtud, que está substancialmente en todo lugar, y por la cual mueve, ordena y gobierna todas las cosas fuerte y poderosamente. Sin embargo, no obra todas estas cosas por alguna necesidad de sí misma, puesto que no solamente las hace todas sin pena y sin trabajo, sino que también las ordena muy suavemente y con una voluntad perfectamente tranquila. Digamos todavía que obra de una extremidad hasta otra extremidad, esto es, desde el nacimiento de la criatura hasta el fin que le está destinado por su Criador, ya suceda por el curso ordinario de la naturaleza, ya sea anticipado por algún accidente inopinado, ya sea un particular efecto de la gracia. Obra también con fuerza, porque ninguna de estas cosas sucede sin su voluntad y por la orden expresa de su providencia omnipotente.

34. Es preciso, pues, que el libre albedrío se esfuerce por dominar sobre su cuerpo, de la misma manera que la Sabiduría preside al universo, y que, a su ejemplo, obre fuertemente desde una extremidad hasta la otra, es decir, mande a todos sus sentidos y a todos sus miembros con tanto imperio, que no sufra reine el pecado en su cuerpo mortal ni sus miembros sirvan a la iniquidad, sino que, más bien, los emplee en el servicio de la santidad. Y así, el hombre no será esclavo del pecado, puesto que no le co-

<sup>63</sup> Sap. 8, 1.

meterá; al contrario, hallándose libre de su tiranía, comenzará a recobrar la libertad de consejo y a tomar su antigua dignidad; al mismo tiempo se revestirá de la semejanza que es digna y conforme a esta imagen de Dios que está en él y aun recuperará su antigua belleza. Mas sobre todo esto es menester que tenga un gran cuidado en hacer todas estas cosas con tanta suavidad como fuerza, es decir, no con tristeza y por coacción—lo cual es el principio, aunque no la perfección, de la sabiduría—, sino con una voluntad pronta y gozosa, que haga nuestro sacrificio enteramente agradable a la divina Majestad, según esta palabra del Apóstol: *Dios ama al que le da con alegría* <sup>64</sup>. Así, resistiendo el hombre fuertemente a todos sus vicios y gozando dulcemente del reposo de su conciencia, se hará un perfecto imitador de la Sabiduría divina en todas las cosas.

35. Mas, si tenemos necesidad de su ejemplo para aspirar a esta divina conducta, su auxilio nos es absolutamente necesario para hacernos conforme a él y para ser transformados en la misma imagen de claridad en claridad por la iluminación del Espíritu del Señor <sup>65</sup>. Y, si es por la iluminación del Espíritu del Señor, no es por el libre albedrío. Nadie, pues, imagine que el libre albedrío es así llamado por tener igual poder o facultad de dirigirse al bien o al mal, puesto que de sí mismo ha podido dejarse caer en el mal, pero no puede levantarse de allí sino por el Espíritu del Señor. De otra suerte, como Dios y los ángeles santos están de tal suerte firmes en el bien que no pueden jamás determinarse al mal y los ángeles rebeldes están de tal suerte adheridos al mal que no podrán jamás determinarse al bien, sería forzoso decir que ni los unos ni los otros gozan de la libertad de albedrío y que nosotros mismos la perderemos después de la resurrección, cuando seamos inseparablemente asociados unos a los buenos y otros a los malos. Mas es cierto que ni Dios ni el diablo están privados de albedrío; porque no es una necesidad de flaqueza extraña y violenta, sino la voluntad obstinada del demonio y su obstinación voluntaria en el mal lo que le impide dirigirse hacia el bien. Es, pues, más probable llamarse así libre albedrío, porque hace a la voluntad igualmente libre, sea en el bien, sea en el mal, puesto que nadie sino el que quiere puede ni debe ser reputado bueno ni malo. Y sobre este fundamento se puede decir que él se dirige igualmente al bien que al mal, en cuanto de ambos lados hay una misma libertad en la voluntad, aunque no haya una igual facilidad en la elección.

<sup>64</sup> 2 Cor. 9, 7.

<sup>65</sup> 2 Cor. 3, 18.

## CAPITULO XI\*

LA GRACIA QUE NOS ATRAE AL BIEN Y LA TENTACIÓN QUE NOS INCITA AL MAL NO PERJUDICAN EN NADA AL LIBRE ALBEDRÍO

36. Ciertamente, como hemos dicho ya, el Criador de todas las cosas ha querido particularmente honrar a la criatura racional con esta prerrogativa de excelencia: que así como él mismo es independiente de otra cualquiera cosa y es bueno por su propia voluntad y no por necesidad, del mismo modo ella es, en alguna manera, señora de sí misma, no pudiendo hacerse mala sino por su voluntad, lo que constituye la materia de su justa condenación; ni permanecer buena sino por su misma voluntad, lo que establece el mérito de su salvación eterna. No que la propia voluntad sea suficiente para hacerla merecer su salvación, sino que no podrá obtenerla sin su voluntad, puesto que nadie es salvado a pesar suyo. En nada se opone a esto lo que leemos en el Evangelio: *Nadie que no sea traído por mi Padre viene a mí*<sup>66</sup>. Y en otra parte: *Compelidlos a entrar*<sup>67</sup>. Porque, aunque Dios, como buen Padre que quiere salvar a todos sus hijos<sup>68</sup>, parezca llevar y compeler con fuerza a los hombres a salvarse, con todo eso, no juzga digna de este gran favor a persona alguna cuyo querer no haya reconocido antes. Y todo lo que pretende con sus amenazas es hacernos tener el querer y no salvarnos contra nuestro gusto. De manera que, cuando muda nuestra voluntad del mal al bien, no nos quita la voluntad, sino que la hace pasar a un estado más ventajoso para ella. Ni siempre nos llevan a pesar nuestro; un ciego o un viajero fatigado del camino no se enojan cuando les llevan por él. No era contra el gusto de San Pablo que le llevasen de la mano para conducirlo a la ciudad de Damasco<sup>69</sup>. Y la Esposa en el Cantar de los Cantares desea especialmente ser llevada de este modo cuando ora a su Esposo con tanta instancia: *Tráeme en pos de ti; correremos al olor de tus perfumes*<sup>70</sup>.

37. En cuanto a los pasajes de la Escritura que parecen hablar de otra diversa coacción de la voluntad, por ejemplo, el del apóstol Santiago: *Cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le lleva y le atrae*<sup>71</sup>; y este otro de la Sabiduría: *El cuerpo que está sujeto a la corrup-*

\* PL 182, 1020.

<sup>66</sup> Io. 6, 44.

<sup>67</sup> Lc. 14, 23.

<sup>68</sup> 1 Tim. 2, 4.

<sup>69</sup> Act. 9, 8.

<sup>70</sup> Cant. 1, 3.

<sup>71</sup> Iac. 1, 14.



*ción oprime al alma y esta morada terrestre deprime al espíritu por el embarazo continuo de las cosas de la tierra*<sup>72</sup>; o todavía esta queja del Apóstol: *Siento en mis miembros una ley que se opone a la ley de mi espíritu y que me tiene cautivo bajo la servidumbre del pecado*<sup>73</sup>, parecen a primera vista imponer coacción a la voluntad y quitarla su libertad. Mas, con todo eso, es cierto que, por más tentaciones que de dentro y de fuera combatan a la voluntad, queda siempre libre en cuanto a su albedrío, porque juzgará siempre libremente de su propio consentimiento. Y, en cuanto a la libertad de consejo o de buen placer, conoce, a la verdad, que los ataques continuos de la concupiscencia y las miserias de esta vida la ponen en un estado en que tiene menos libertad, pero también sabe igualmente que no pueden en manera alguna hacerla mala mientras no quiera consentir en el pecado. San Pablo mismo, que se queja de estar como encadenado bajo la servidumbre del pecado por sentir la flaqueza de su libertad de consejo, no deja, con todo eso, de gloriarse de tener siempre su consentimiento pleno y entero y de encontrarse en una gran libertad para seguir la virtud. *No say, dice, quien hace el mal*. Mas ¿en qué fundas, ¡oh santo Apóstol!, esta confianza? *Porque quiero, dice, seguir la ley de Dios, que es justa*. Y en otra parte: *Porque me deleito en la ley de Dios según la parte superior de mí mismo*<sup>74</sup>. Se persuade que, siendo el ojo, es decir, la intención sencilla, todo el cuerpo estará exento de tinieblas. Y no duda decir que es muy libre en el bien por la integridad de su consentimiento aunque se sienta atraído por el pecado o por la miseria. Lo que le hace inferir generalmente con confianza: *Todos los que viven en el espíritu de Jesucristo no tienen que temer la condenación ni sus suplicios*<sup>75</sup>.

## CAPITULO XII\*

SI AQUEL QUE NIEGA LA FE POR EL TEMOR DE LA MUERTE Y DE LOS TORMENTOS ESTÁ EXCUSADO DE PECADO O PRIVADO DE LIBRE ALBEDRÍO. SE EXAMINA LA NEGACIÓN DE SAN PEDRO

38. Es menester hablar ahora de aquellos que han sido forzados a negar la fe de boca solamente por el temor de la muerte y de los tormentos, no sea que nos imaginemos con la ocasión de las resoluciones precedentes que hayan

<sup>72</sup> Sap. 9, 15.  
<sup>73</sup> Rom. 7, 23.

<sup>71</sup> Rom. 20, 16, 22. \* PL 182, 1021.  
<sup>75</sup> Rom. 8, 1.

negado la fe sin ofender a Dios, no habiéndola negado más que exteriormente, o que la voluntad haya sido precisada a pecar, queriendo, sin duda, el hombre lo que él mismo igualmente no quería; de donde se seguiría la destrucción del libre albedrío. Pues, no siendo eso posible de ningún modo—porque no se puede a un tiempo mismo querer y no querer una misma cosa—, preguntamos por qué se imputa el pecado a aquellos que de ninguna manera le querían cometer. Especialmente porque no es lo mismo este pecado de que estamos hablando que el pecado original, que por una razón particular mancha al que todavía no ha recibido el bautismo no solamente sin su consentimiento, sino también sin que tenga conocimiento de ello. Veamos la prueba de esta verdad en la persona de San Pedro. Parece desde luego que este apóstol negó la verdad contra su gusto, viéndose necesitado a negar o a morir; y, en efecto, negó por temor de morir. No quería, pues, negar, pero quería todavía menos morir. De manera que verdaderamente fué a pesar suyo; mas, con todo eso, negó para no morir. Y, si este apóstol fué obligado a decir de boca y no de voluntad lo que su corazón no quería confesar, no fué forzado a querer otra cosa que lo que quería. Es cierto que la lengua habló contra la voluntad; mas ¿pensáis vosotros que mudó de voluntad? De ninguna manera. Pues ¿qué quería este apóstol? Quería ser discípulo de Jesucristo, como en efecto lo era. Pero ¿qué decía él? *No conozco a ese hombre* <sup>76</sup>. ¿Y por qué hablaba de este modo? Porque quería librarse de la muerte. ¿Qué crimen, pues, cometió en este caso? Esta acción nos hace notar dos voluntades en San Pedro: la una—que no le hace de ningún modo culpable—, por la que no quería morir; la otra—que es enteramente digna de alabanza—, por la que tenía gozo de ser discípulo de Jesucristo. ¿En qué, pues, le hallamos delincuente? ¿En que quiso más mentir que morir? Sí; esta voluntad merece reprensión, porque se interesaba más en conservar la vida del cuerpo que la vida del alma. Pues escrito está: *La boca que profiere la mentira da la muerte a su alma* <sup>77</sup>. Pecó, pues, y por consentimiento de su propia voluntad y de su voluntad libre, aunque flaca y miserable. Pecó verdaderamente, no por el menosprecio o aborrecimiento que tuviese a Jesucristo, sino por el grande amor que se tenía a sí mismo. Ni creáis que este terror imprevisto impeliese la voluntad de San Pedro a este amor malo de sí mismo; solamente manifestó que estaba ya en el fondo de su corazón. Y sin duda se amaba mucho y sin conocerlo cuando oyó de la boca de Aquel que no podía ignorarlo:

<sup>76</sup> Mt. 26, 72.

<sup>77</sup> Sap. I, II.

*Me negarás tres veces antes que el gallo llegue a cantar*<sup>78</sup>. Es, pues, verdad que esta flaqueza de la voluntad, que fué conocida, no concebida, con ocasión del temor de la muerte, hizo patente la diferencia del amor que este apóstol tenía a sí mismo respecto del que tenía a Jesucristo. La hizo patente, digo, a San Pedro, no a Jesucristo, pues el Señor sabía perfectamente todas las cosas secretas de su corazón. En cuanto amaba a Jesucristo, se puede negar que su voluntad sufrió una gran violencia en hablar contra su gusto; mas, en cuanto se amaba a sí mismo, es también verdad que se determinó muy voluntariamente a hablar por su interés. Si no hubiera tenido amor a Jesucristo, no le habría negado a pesar suyo; pero, si no se le hubiera tenido mayor a sí mismo, no le habría negado en manera alguna. Por tanto, es preciso confesar que fué compelido, ya que no a trocar, a lo menos a ocultar su voluntad; compelido, digo, no a renunciar al amor de su Dios, sino a suspenderle en algún modo por el amor de sí mismo.

39. Mas ¿qué? ¿Piensas que todas las resoluciones que hemos establecido más arriba tocante a la libertad de la voluntad son destruídas por haber dicho ahora que la voluntad ha podido sufrir violencia? Lo serían sin duda si no hubiera sido compelida por ella misma. Mas, si ella misma es quien ha hecho la violencia, es forzoso también decir que, habiéndola hecho y sufrido ella misma y por ella misma, ha recobrado su libertad por el mismo medio por el que parecía perderla, puesto que es ella misma la causa de la violencia que ha recibido. Porque, no pudiendo venir sino de la voluntad misma lo que la voluntad sufre por ella misma y no pudiendo ser efecto de la necesidad lo que viene de la voluntad, es absolutamente voluntario y, por consiguiente, libre. En fin, aquel a quien la propia voluntad compelió a negar, ha sido compelido porque ha querido, o, más bien, no ha sido compelido, sino que solamente ha consentido no en una violencia de alguna potencia extraña, sino en su propia voluntad, por la que quería evitar la muerte por toda suerte de medios. Y en efecto, ¿cómo hubiera podido la voz de una simple sirvienta obligar a una lengua tan santa a proferir tan horribles blasfemias si la voluntad, que era señora absoluta de la lengua, no hubiera convenido en ello? Es esto tan cierto, que después de esta acción, luego que San Pedro llegó a reprimir este amor excesivo de sí mismo y comenzó a amar a Jesucristo, como decía, con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, jamás su voluntad pudo ser ganada ni por amenazas ni por tormentos para emplear su lengua en fa-

<sup>78</sup> Mt. 26, 34.

vor de la iniquidad, sino que, al contrario, se sirvió animosamente de ella para mantener la verdad. *Conviene, dice, obedecer antes a Dios que a los hombres* <sup>79</sup>.

40. En fin, hay dos suertes de coacciones, según los diversos casos en que estamos necesitados a sufrir o a obrar contra la propia voluntad. La primera, que se puede muy bien llamar pasiva, puede muchas veces tener lugar sin el consentimiento voluntario de aquel que sufre. Mas no la activa. De donde viene que no se nos debe imputar en manera alguna el mal que se hace contra nosotros o de nosotros cuantas veces sucede eso a pesar nuestro. Mas, cuando se hace por nosotros mismos, entonces la voluntad no puede estar inocente, porque se nos convencerá plenamente de haber querido una cosa que no habría jamás sucedido si nosotros no la hubiéramos querido así. Esta segunda coacción, que es la activa, no admite excusa, porque es voluntaria. Así, los cristianos que eran forzados a negar a Jesucristo, lo hacían con un extremo disgusto, mas, con todo eso, de su consentimiento voluntario, porque querían escapar al filo de la espada; y no era la espada que brillaba delante de los ojos, sino la voluntad de evitar la muerte, que dominaba en lo interior, la que les hacía abrir la boca para obedecer a los tiranos. La espada manifestaba la voluntad de aquel que negaba, mas ella no podía compeler a cometer el crimen; la voluntad sola era quien de si misma se iba a él. Finalmente, eso se manifiesta claramente en la persona de aquellos cuya voluntad permanecía firme e inalterable en medio de los tormentos; podían ser muertos, pero no doblados. Esto mismo es lo que se les había predicho: *Harán con vosotros todo lo que quieran; pero en los miembros, no en los corazones* <sup>80</sup>. No haréis vosotros lo que ellos quieran; ellos lo harán, vosotros lo padeceréis. Ellos atormentarán los miembros, pero no mudarán vuestra voluntad; descargarán su rabia y su furor sobre vuestros cuerpos, mas no podrán tocar vuestra alma. Así, la voluntad del mártir permanecía siempre libre al mismo tiempo que su cuerpo estaba en poder de los verdugos. Es cierto que conocían éstos, por el rigor de los tormentos, si su voluntad era flaca o tímida; mas, si era intrépida y constante, no tenían poder para derribarla. A la verdad, esta flaqueza de la voluntad viene totalmente de ella misma; y toda su fuerza le es comunicada por sólo el Espíritu del Señor; de esa fuerza, sin embargo, no gozará perfectamente sino en su última renovación.

41. Por lo demás, San Pablo nos enseña que la voluntad no posee este nuevo estado de renovación sino cuando,

<sup>79</sup> Act. 5, 29.

<sup>80</sup> Mc. 9, 12.



contemplando la gloria de Dios, es transformada en la misma imagen de luces en luces, es decir, de virtud en virtud, por el Espíritu del Señor <sup>81</sup>. Entre este Espíritu de Dios y el apetito de la carne tiene como lugar medio lo que se llama en el hombre libre albedrío, esto es, la humana voluntad. El cual, permaneciendo suspenso entre ellos como sobre la pendiente de una montaña extremadamente áspera, se halla de tal suerte debilitado por el apetito carnal, que, si el Espíritu divino no toma enteramente el cuidado de socorrer su flaqueza con su gracia, tan lejos está de poder arribar, subiendo de virtud en virtud, a la cima de la santidad, comparada a las montañas de Dios <sup>82</sup>, que, al contrario, se precipitará, de pecado en pecado, incesantemente, por estar oprimido de su propio peso; lo que le sucede no solamente por la pesada carga de la ley del pecado, que está originalmente en sus miembros, sino también por el largo hábito que ha adquirido en esta habitación terrestre de satisfacer continuamente todas sus pasiones y todas sus concupiscencias. También de este doble gravamen de la voluntad humana hace mención la Escritura en este breve pasaje: *El cuerpo que está sujetó a la corrupción grava al alma y esta morada terrestre oprime al espíritu por la multitud de sus cuidados* <sup>83</sup>. Y estos dos males de la vida mortal, así como no dañan a los que les resisten, antes les sirven de materia de mérito, así también condenan justamente a los que les prestan su consentimiento, lejos de servirles de excusa. Así, ni la salvación ni la condenación se pueden obrar sin que preceda el consentimiento de la voluntad, para que la libertad del albedrío no se halle en alguna manera perjudicada o destruída.

### CAPITULO XIII\*

#### LOS MÉRITOS DEL HOMBRE SON PUROS DONES DE DIOS

42. Es preciso, pues, confesar que con gran justicia el libre albedrío es condenado en la criatura, puesto que no hay violencia externa que le pueda necesitar al pecado, y también que es una misericordia particularísima el ser salvado, puesto que no tiene en sí fuerzas suficientes para aplicarse a la virtud. El lector tendrá siempre presente que en todo esto exceptuámos el pecado original. En efecto, siendo inútiles todos los esfuerzos del libre albedrío para lo

<sup>81</sup> 2 Cor. 3, 18.

<sup>82</sup> Ps. 35, 7.

<sup>83</sup> Sap. 9, 15.

\* PL 182, 1024.

bueno, si no es ayudado de la gracia, no se debe buscar fuera de él mismo la verdadera causa de su condenacion, puesto que no es condenado sino por su propia culpa, como tampoco se deben buscar los meritos de su salvacion en él mismo, puesto que es salvado por sola la misericordia de Dios. *Los sentidos y los pensamientos del hombre estan propensos a lo malo*, dice la Escritura<sup>84</sup>, y, por tanto, como ya hemos dicho, tan lejos está de que se le deban atribuir sus meritos, como de su propio fondo, que, al contrario, es preciso tener por indubitable que le vienen de lo alto por la liberalidad del Padre de las luces; a menos que se quiera quitar del número de los dones perfectos y de las comunicaciones divinas estos mismos méritos, que son absolutamente necesarios para adquirir la salvación eterna.

43. Sin duda, Dios, que es también nuestro Rey desde toda la eternidad, cuando obró la salvación del género humano en medio de la tierra, partió en méritos y en recompensas todas las gracias y dones que hizo a los hombres; a fin de que, usando bien nuestra libertad de estas gracias presentes, se hiciesen a un tiempo mismo nuestros propios méritos; y así, en virtud de su promesa divina, pudiésemos esperar y aun pedir los favores de la otra vida como una recompensa legitimamente debida a nuestras acciones. Esto es lo que San Pablo nos enseña por estas palabras de la Epístola a los Romanos: *Tenéis por fruto de vuestras acciones la santificación, y por fin, la vida eterna*<sup>85</sup>. Y en otra parte: *Teniendo nosotros las primicias del Espíritu, suspiramos por la adopción de los hijos de Dios, que aguardamos*<sup>86</sup>. Donde llama a la santificación primicias del Espíritu, es decir, virtudes, por medio de las cuales el Espíritu Santo nos santifica en esta vida para que en la otra merezcamos entrar en la divina adopción. Igualmente, en el Evangelio se prometen las mismas cosas a quien renuncia al mundo cuando en él se dice: *Recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna*<sup>87</sup>. Así, pues, se ve bien que la salvación no es del libre albedrío, sino del Señor. Más bien, El es nuestra salvación y el camino para llegar a ella, como El mismo dice: *Soy la salvación del pueblo*<sup>88</sup>; y en otra parte: *Soy el verdadero camino*<sup>89</sup>. Se hizo camino aquel Señor que ya era la salvación y la vida para que el hombre no tuviera ocasión de gloriarse en sí mismo. Si, pues, los méritos son los bienes del camino, como la salvación y la vida son los de la patria, y si David ha dicho una verdad pronunciando:

<sup>84</sup> Gen. 8, 21.

<sup>85</sup> Rom. 6, 22.

<sup>86</sup> Rom. 8, 23.

<sup>87</sup> Mt. 19, 29.

<sup>88</sup> Ps. 34, 3.

<sup>89</sup> Io. 14, 6.

*No se encuentra persona que practique lo bueno*<sup>90</sup>, exceptuado uno solo, es a saber, Aquel de quien está escrito: *Sólo Dios es bueno*<sup>91</sup>, si esto, repito, es así, ¿se puede con razón dudar de que nuestras obras igualmente que su recompensa sean puros dones de Dios? ¿Y que aquel mismo Señor que se ha hecho nuestro deudor de sus propios bienes sea el mismo que nos hace capaces de merecerlos por su propio auxilio? Sin duda, tiene la bondad de servirse de sus criaturas para establecer estos méritos, no porque tenga necesidad de sus servicios, sino porque quiere tomar de esto materia para hacerles dichosos.

44. Obra, pues, la salvación de aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida sirviéndose de las criaturas, ya sin su consentimiento, ya contra su voluntad, ya, otras veces, de su agrado. Y, en efecto, suceden muchas veces a los hombres cosas que les son enteramente ventajosas por medio de las criaturas insensibles y aun por las irracionales, a causa de lo cual digo que se hacen sin ellas, porque, estando privadas de inteligencia, no pueden ser sabedoras de lo que hacen. A muchos hace también Dios otras muchas cosas útiles por medio de los malos, ya sean ángeles, ya sean hombres; pero, por cuanto son empleados a pesar suyo, digo que estas cosas suceden contra ellos mismos. Porque, ayudando a los hombres, cuando su designio es perjudicarlos, su mala intención es tan nociva a sí mismos como la acción ventajosa a los otros. En fin, aquellos por quienes y con quienes Dios obra otras muchas cosas provechosas a las almas son los buenos ángeles y los hombres que quieren y ejecutan fielmente todo lo que Dios quiere. Y, porque de su buena voluntad se determinan a hacer el bien, Dios les hace participantes del mismo bien que El obra por su ministerio. Por eso, habiendo referido San Pablo muchas obras buenas que Dios había hecho por medio de él, habló en estos términos: *No soy yo, sino la gracia de Dios, quien las ha hecho conmigo*<sup>92</sup>. Podía haber dicho: *quien las ha hecho por mí*; mas, porque este modo de hablar no expresa bastante la parte que tenía en esta acción, quiso, más bien, decir *conmigo*, no creyendo solamente haber servido a Dios de instrumento para la producción de la buena obra, sino juzgándose también como su compañero, en algún modo, por medio de su consentimiento.

45. Veamos ahora el mérito que cada criatura puede pretender por haber concurrido con Dios a estas tres suertes de operaciones de que acabamos de hablar. Y primeramente, ¿qué mérito puede tener aquella por quien la obra se cumple sin tener en ello consentimiento ninguno? ¿Qué

<sup>90</sup> Ps. 13, 1.<sup>91</sup> Mc. 10, 18.<sup>92</sup> I. Cor. 15, 10.

merece la segunda, que trabaja contra sí misma, sino el castigo? Y la tercera, con la cual Dios hace el bien, ¿qué otra cosa puede merecer que la misericordia? Es preciso, pues, decir que la primera no tiene ningún mérito en la acción en que se la emplea, que la segunda no tiene sino demérito, pero que la tercera se adquiere unos grandes méritos. ¿No se ve, en efecto, que las bestias son incapaces de merecer o de desmerecer en cualquiera obra buena o mala en que puedan ser empleadas, porque no tienen en sí mismas los principios necesarios para consentir al bien o al mal? Todavía son más incapaces las piedras y los metales, puesto que están destituidos de todo sentimiento. Mas el diablo o el hombre malo, como dotados de razón para conocer y para obrar, no podrán apartarse del bien sin que al mismo tiempo merezcan la pena que es debida a su mala conducta. Por el contrario, San Pablo, que predica con alegría el Evangelio por temor de ser un mero dispensador de la comisión que se le ha confiado, si lo hace contra su gusto, y todos aquellos que se emplean como él en semejantes acciones tienen la confianza de que recibirán algún día la corona de justicia que les está reservada en el cielo, porque han cumplido la voluntad de Dios muy voluntariamente y de su pleno consentimiento<sup>93</sup>. Es cierto, pues, que Dios se sirve, para la salvación de sus predestinados, de las criaturas sin razón y de las insensibles como de un instrumento que no debe subsistir más después del cumplimiento de la obra. Se sirve, igualmente, de la criatura racional y malévolá como de una vara de corrección que debe echar en el fuego, no siendo ya más que un sarmiento inútil después del castigo de su hijo. Y en tercer lugar se sirve también de los ángeles y de los hombres de buena voluntad como de unos compañeros y coadjutores suyos, que quiere recompensar ampliamente después de haber logrado la victoria. Lo que hace, en fin, que San Pablo diga animosamente hablando de sí mismo y de todos aquellos que le imitan: *Somos los coadjutores de Dios*<sup>94</sup>. Así, Dios, por una misericordia particular, establece y ordena los méritos del hombre al mismo tiempo que tiene la bondad de servirse de él para que trabaje en su compañía en el cumplimiento de alguna buena obra. Y de ahí verdaderamente tomamos nosotros con confianza la cualidad de coadjutores de Dios, de cooperadores del Espíritu Santo y de conquistadores del reino celestial, porque nos unimos estrechamente a la voluntad divina por el consentimiento de la nuestra.

<sup>93</sup> I Cor. 2, 17.

<sup>94</sup> I Cor. 3, 9.



## CAPITULO XIV\*

## QUÉ SE DEBE ATRIBUIR A LA GRACIA Y QUÉ AL LIBRE ALBEDRÍO

46. ¿Qué diremos? En la obra de la salvación, ¿toda la obra y todo el mérito del libre albedrío consiste en prestar meramente el consentimiento? Sí; he ahí toda la parte que puede tener. Ni con todo eso digo que este consentimiento, en que consiste todo el mérito, venga absolutamente de él, puesto que de nosotros mismos no somos capaces de producir como de nosotros mismos un solo pensamiento bueno, que es mucho menos que un consentimiento<sup>95</sup>. No soy yo quien habla de esta suerte; es el apóstol San Pablo, que atribuye a Dios, y no a su libre albedrío, todo el bien que puede hacer, sea por el pensamiento, sea por la voluntad, sea por la ejecución<sup>96</sup>. Y, si es Dios quien hace en nosotros estas tres cosas, es decir, si es El quien nos da el buen pensamiento, la voluntad justa y el cumplimiento de la obra, ciertamente es preciso decir que obra lo primero sin nosotros; lo segundo, con nosotros, y lo tercero, por nosotros. Nos previene inspirándonos el pensamiento bueno; nos asocia a sí por el consentimiento, trocando nuestra mala voluntad; da a nuestro consentimiento la facultad de cumplir la buena obra dejándose conocer en lo exterior la bondad de aquel que está obrando en lo interior. Ciertamente, nosotros no podemos prevenirnos a nosotros mismos en nuestras acciones. Y, por tanto, aquel Señor que no encuentra a ninguno en el bien no salvará a ninguno que no haya prevenido por su bondad. Es, pues, indudable que el principio de nuestra salvación viene de Dios solo, y no por nosotros ni con nosotros. Mas, aunque el consentimiento y la obra no vengan de nosotros, es cierto, con todo eso, que no se hacen sin nosotros. Así, ni lo primero—en lo cual nosotros no hacemos nada—ni lo último, que muchas veces nos es arrancado por un vano temor o una ficción reprehensible, sino solamente lo segundo, nos es imputado a mérito. Sin duda, muchas veces la sola buena voluntad nos basta y nos es ventajosa; y, si ella falta, las otras dos cosas quedan inútiles y sin fruto. Digo que quedan inútiles para aquel que hace la acción, mas no para Aquel que la mira. De donde es fácil concluir que la intención sirve para adquirir el mérito; la acción, para dar el ejemplo, y el pensamiento que nos previene, para excitarnos a hacer bien ambas cosas.

47. Mas sobre todo es menester tener gran cuidado

\* PL 182, 1026.

<sup>95</sup> 2 Cor. 3, 5.<sup>96</sup> Phil. 2, 13.

cuando sentimos que estas operaciones se hacen invisiblemente dentro de nosotros y con nosotros para no atribuir nada a nuestra voluntad, que es flaca, ni a la necesidad de Dios, puesto que no tiene ninguna de nuestros servicios, sino, antes bien, referir fielmente todo a su gracia, de la que está lleno. Esta misma gracia es la que excita al libre albedrío inspirándole el pensamiento bueno, la que le sana inmutando su afecto, la que le fortifica para que ejecute la buena obra y la que le guarda para que no desfallezca. Mas de tal suerte hace estas operaciones a favor del libre albedrío, que en la primera solamente le previene y en las otras obra de compañía con él; le previene, sin duda, para que en seguida coopere con ella para su propia utilidad. Con todo eso, el uno y el otro concurren de tal suerte a la perfección de la obra que la gracia comenzó sola, que obran juntamente en su adelantamiento y no cada uno en particular, ambos a dos a un mismo tiempo y no el uno después del otro. La gracia no hace una parte, ni el libre albedrío otra, sino que cada uno por una sola y misma acción hace la obra toda entera: el libre albedrío todo y la gracia todo; de suerte que así como la obra toda se hace en el libre albedrío, así también toda se hace por la gracia.

48. Creemos que el lector tiene mucho placer, porque no nos alejamos jamás del sentido del Apóstol y porque, de cualquier lado que nuestro discurso se vuelve, venimos casi siempre a sus mismos términos. Y, a la verdad, todo lo que hemos dicho hasta el presente, ¿no es lo mismo que nos enseña San Pablo por estas palabras: *La salvación no es de aquel que quiere o que corre, sino de Dios, que hace misericordia?*<sup>97</sup> No quiere decir que alguno pueda querer o correr en vano, sino, antes bien, que aquel que quiere o que corre no debe gloriarse en sí mismo, sino en Aquel solamente de quien recibe tanto el querer como el correr. En fin, él mismo dice: *¿Qué otra cosa tienes sino lo que has recibido?*<sup>98</sup> Cuando recibes el ser, cuando eres restablecido en el bien, cuando obras tu salvación, ¡oh hombre!, ¿qué hay en todo esto de ti mismo? ¿Qué cosa de éstas no es imposible al libre albedrío? Y, sin detenerme en los otros bienes que son necesarios a los fieles en esta vida o están reservados para la otra a los predestinados, ¿no es verdad que no te puedes dar el ser, puesto que no eras antes; ni justificarte, puesto que estabas manchado del pecado; ni menos todavía resucitarte tú mismo, puesto que estabas sepultado en la muerte? Lo primero y lo último son cosas manifiestas; en cuanto a lo segundo, nadie puede ponerlo en duda

<sup>97</sup> Rom. 9, 16.

<sup>98</sup> 1 Cor. 4, 7.

sino aquel que, no conociendo la justicia de Dios y queriendo establecer la suya en sí mismo, muestra claramente que no está sometido a la justicia de Dios <sup>99</sup>. ¿Qué? Reconoces la potencia del Criador y la gracia del Salvador, ¿y quieres ignorar la justicia del Santificador? El profeta Jeremías decía a Dios: *Señor, santifícame y seré santo; sálvame y seré salvado, porque tú eres toda mi alabanza* <sup>100</sup>. Conocía perfectamente la justicia de Dios, y sabía que de él solo debía esperar verse un día librado del pecado e indultado de la miseria. Por eso establecía justamente toda su gloria en Dios y no en sí mismo. De esto mismo habla David con reduplicación de términos, diciendo así: *No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino sólo a tu nombre, da la gloria* <sup>101</sup>; mostrando así que de Dios solo espera las dos estolas, la de la santidad y la de la gloria. Mas ¿quién no sabe que la justicia viene solamente de Dios? Aquel que se justifica a sí mismo. ¿Y quién se justifica a sí mismo? El que cree tener sus méritos de otra parte que de la gracia. Sin embargo, quien ha criado al hombre para salvarle, El mismo le da los medios para que se salve. Y El mismo también comunica los méritos a los que ha criado para hacerles capaces de la magnificencia de sus liberalidades. ¿*Qué volveré al Señor*, dice el profeta, *por todas las cosas no solamente que me ha dado, sino que me ha retribuído*? Reconoce que tiene de Dios tanto el ser como la justificación por temor de que, negando lo uno y lo otro, no venga a perder ambas cosas, perdiendo la gracia, que le hace justo, y causando por este medio la condenación infalible de su ser. Pero, teniendo estos humildes y verdaderos sentimientos, encuentra una tercera cosa, por la que puede mutuamente corresponder a la liberalidad de Dios: *Tomaré*, dice, *el cáliz de la salvación*. El cáliz de la salvación es la sangre del Salvador. Y, si no tienes enteramente nada de ti mismo con que poder corresponder, agradecido, aun a los dones de la justicia de Dios, ¿de qué parte puedes pretender la salvación? *Invocaré*, dice, *el nombre del Señor* <sup>102</sup>. Por lo cual todos aquellos que le invocan serán salvos <sup>103</sup>.

49. Por eso, los sabios reconocen tres suertes de operaciones, no del libre albedrío, sino de la gracia divina en él o de él. La primera es la creación; la segunda, la reparación, y la tercera, la consumación. Primeramente, hemos sido criados en Jesucristo con la libertad de nuestra voluntad; en segundo lugar, somos restablecidos por Jesucristo en el espíritu de libertad; para ser, en tercer lugar, consumados con El en el estado de la eternidad. Porque fué pre-

<sup>99</sup> Rom. 10, 3.<sup>100</sup> Ier. 17, 14.<sup>101</sup> Ps. 113, 9.<sup>102</sup> Ps. 115, 12, 13.<sup>103</sup> Rom. 10, 13.

ciso que lo que no era antes, hallase su nacimiento en Jesucristo; que lo que estaba deforme, fuese reformado por Jesucristo, y que los miembros no recibiesen la perfección sino con Jesucristo, que es su cabeza. Lo cual, sin duda, se cumplirá perfectamente cuando todos nosotros hayamos llegado a esta edad de plenitud de Jesucristo<sup>104</sup>, que hace al hombre perfecto, y Jesucristo, que es nuestra vida, se manifieste a nosotros, y nosotros aparezcamos también con El en la gloria<sup>105</sup>. Por tanto, puesto que la consumación no se debe hacer por nosotros, sino solamente de nosotros o en nosotros, y, por otra parte, la creación se ha hecho sin nosotros, no resta sino la reparación (la cual, en alguna manera, es hecha con nosotros), que nos pueda ser imputada a mérito. Estos méritos son nuestros ayunos, nuestras vigili-  
as, nuestra continencia, las obras de misericordia y todas las prácticas de virtud, por cuyo medio nuestro hombre interior se renueva de día en día a medida que nuestras intenciones, que están siempre encorvadas hacia la tierra por los cuidados continuos de esta vida, se levantan poco a poco hacia el cielo, y nuestros afectos, que no hacen sino desmayar tras los deseos de la carne, se fortifican insensiblemente en el amor del espíritu, y, en fin, la memoria, infectada de las horrruras de la vida pasada, se hace cada día más pura y más alegre por el recuerdo de las acciones nuevas y virtuosas. Porque en estas tres cosas consiste la renovación interior, es a saber, en la rectitud de la intención, en la pureza del afecto y en el recuerdo de las buenas acciones, de que, sintiéndose la memoria asegurada, recibe muy grandes luces.

50. Es cierto que estas tres cosas son verdaderamente dones de Dios, puesto que son obradas en nosotros por el Espíritu divino; pero al mismo tiempo son nuestros méritos, porque interviene en ellas el consentimiento de nuestra voluntad. *No sois vosotros los que habláis*, dice el Señor a sus apóstoles; *es el Espíritu de vuestro Padre quien habla por vuestra boca*<sup>106</sup>. Y San Pablo dice: *¿Queréis una prueba de que es Jesucristo quien habla en mí?*<sup>107</sup> Si, pues, es Jesucristo o el Espíritu Santo quien habla en San Pablo, ¿piensas que no sea el uno o el otro quien obra en el mismo Apóstol? *Yo no hablo de cosas*, dice, *que Dios no haya hecho por mí*<sup>108</sup>. Mas ¿qué? Si las palabras y las obras de San Pablo no son de él, sino de Dios, que habla en él, ¿dónde están los méritos de San Pablo? ¿Sobre qué estará fundado lo que pronuncia con tanta seguridad: *He peleado un*

<sup>104</sup> Eph. 4, 13.

<sup>105</sup> Col. 3, 4.

<sup>106</sup> Mt. 10, 20.

<sup>107</sup> 2 Cor. 13, 3.

<sup>108</sup> Rom. 15, 18.



*buen combate; he acabado mi carrera; he guardado la fidelidad. Por tanto, espero una corona de justicia, qué me está reservada, y que el Señor, que es un juez equitativo, me dará en el día destinado?*<sup>109</sup> ¿Crees que se asegure de que la corona le está reservada porque estas buenas obras han sido hechas por su mérito? De ninguna manera. Nosotros sabemos que se hacen muchas obras buenas por los malos ángeles y por los hombres criminales; las cuales, con todo eso, no se vuelven en mérito suyo. Más bien es porque son obradas con él, es decir, con su voluntad. El mismo dice: *Si predico el Evangelio a pesar mío, desempeño solamente la comisión que me ha sido dada; mas, si le predico de buena voluntad, me vendrá de eso mucha gloria*<sup>110</sup>.

51. Pero, si aun la misma voluntad, de que depende todo el mérito, no viene de San Pablo, ¿cómo llama él a esta corona que confía estarle reservada una corona de justicia? ¿Diremos que hay derecho a pedir como una cosa justamente debida todo lo que nos han prometido, aunque sin obligación y graciosamente? Sé, dice, *en quién he confiado; y estoy cierto de que puede guardar fielmente mi depósito*<sup>111</sup>. Llama a la promesa de Dios su depósito y pide animosamente la ejecución de la promesa en virtud de la confianza que tiene en sus palabras. Y, aunque sabe que esta promesa no ha sido hecha sino por un afecto de bondad y de misericordia, no duda, con todo eso, que deba cumplirse por una obligación de justicia. Así, la corona que San Pablo aguarda es verdaderamente una corona de justicia, mas de la justicia que viene de Dios, no de la que viene de San Pablo. En efecto, es de la justicia de Dios el pagar lo que El debe; y El debe justamente lo que ha prometido. Esta promesa de Dios es la justicia, sobre la que se apoya este gran Apóstol. De otra suerte, si quisiera establecer la suya propia sin reconocer la de Dios, no estaría sometido a su justicia, de la cual Dios le ha querido hacer participante para darle así el medio de merecer la corona. En esto, pues, propiamente le hizo participante de su justicia y le constituyó merecedor de la corona: en haberse dignado tomarle por su coadjutor en las buenas obras, a las cuales había prometido la corona. Y le hizo su coadjutor cuando quiso, es decir, cuando le sometió y conformó a su divina voluntad. Así, el querer le es dado por socorro y el socorro le es imputado a mérito. Si, pues, el querer viene de Dios, es preciso también que el mérito saque de ahí su origen; es una verdad sin contradicción que el querer y el perfeccionar son verdaderos efectos de la pura bondad de

<sup>109</sup> 2 Tim. 4, 7. 8.

<sup>110</sup> 1 Cor. 9, 17.

<sup>111</sup> 2 Tim. 1, 12.

Dios. Sin duda ninguna, Dios es verdaderamente el autor del mérito, puesto que es quien hace aplicar la voluntad a la buena obra y quien descubre lo bueno a la voluntad. Y si queremos dar nombres más significativos a las acciones que llamamos nuestros méritos, se puede decir que son las simientes de nuestra esperanza, los incentivos de la caridad, las señales de una secreta predestinación, los presagios de nuestra felicidad futura, el camino del reino celestial, más no la causa que nos dé su posesión. En una palabra, por acabar con San Pablo: no glorificó a los que encontró justos, sino a los que justificó <sup>112</sup>.

<sup>112</sup> Rom. 8, 30.

# SOBRE ALGUNAS CUESTIONES PROPUESTAS POR HUGO DE SAN VICTOR \*

CARTA ESCRITA ENTRE 1139-1140

## PROLOGO \*\*

Si halla que he diferido demasiado tiempo responderle, sepa que no he recibido sus escritos sino muy tarde; pues, en vez de traerme con diligencia lo que me había enviado, lo han retenido mucho tiempo en Pontigni. Mas, en cuanto lo he recibido, he trabajado con toda prisa en darle respuesta. Puede ser que la haya hecho un poco más corta de lo que hubiera usted deseado, mas la he dado toda la extensión que mis precisas ocupaciones me han permitido. He procurado igualmente explicarle mi parecer sobre las cuestiones que me hace con toda la pureza posible, dejando a su ocio y a sus luces aprobar y establecer más ampliamente los pensamientos que he tenido sobre esta materia, si lo juzga a propósito. No dudo en manera alguna que tendrá a mano poderosas razones y legítimas autoridades que le facilitarán los medios. Tenga entendido aquel a cuyas proposiciones me obliga usted a responder, sin declararme su nombre<sup>1</sup>, que digo meramente mi parecer sobre los artículos propuestos, sin combatir su opinión cuando mi pensamiento no es conforme al suyo. En efecto, si sostengo la verdad, no soy yo quien le es contrario, sino la verdad. Pero, si no se avergüenza de rendirse a la verdad, estamos de acuerdo con él la verdad y yo. Y, si rehusa convenir, San Pablo nos advierte que el siervo de Dios no debe contestar, sino, más bien, practicar la paciencia respecto de todo el mundo<sup>1\*</sup>. Por eso, yo no pretendo entrar en disputas sobre palabras; y, por seguir la máxima del Apóstol, quiero evitar también la novedad de los términos. Refiero solamente

---

\* PL 182, 1031-1046.

\*\* PL 182, 1031.

<sup>1</sup> No se sabe a punto cierto quién fué este anónimo. No obstante, parece tratarse de Pedro Abelardo.

<sup>1\*</sup> 2 Tim. 2, 24.

los pareceres y las palabras de los Padres, no los míos, no siendo yo más ilustre que los Padres. Por tanto, quien lo quiera así, abunde en su sentido tanto como quiera, con tal que nos deje la libertad de aplicarnos al sentido de la Escritura de la manera que el Apóstol dice: *No somos capaces de formar de nosotros mismos algún buen pensamiento como de nosotros mismos, sino toda nuestra suficiencia viene de Dios*<sup>2</sup>.

## CAPITULO I\*

EL BAUTISMO NO HA SIDO OBLIGATORIO DESDE EL TIEMPO EN QUE JESUCRISTO DIJO A NICODEMUS: "AQUEL QUE NO RENAZCA..."

1. Me escribe, pues, que hay un cierto doctor, a quien no conozco, pues no me le nombra, que asegura que desde el momento en que nuestro Señor Jesucristo dijo a Nicodemus: *Aquel que no renazca del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos*<sup>3</sup>, nadie ha podido ser absolutamente salvado sin que haya recibido actualmente el sacramento visible del bautismo o el martirio en su lugar; de tal suerte que si uno, animado de la verdadera fe y con una gran contrición de corazón, desea recibirle, mas, muerto de repente, no puede obtener lo deseado con tanto ardor, éste se condena absolutamente. Sobre lo cual primeramente le diré que, tocante a la determinación del tiempo, me parece ser demasiado severo y demasiado riguroso el querer que una palabra que está todavía en el secreto traiga unos daños públicos tan notables y que un juez hiera antes de haber amenazado, y, además, que cuanto el Salvador ha dicho en las tinieblas y al oído no tenga bastante fuerza para obrar la salvación, porque no está todavía declarado y tenga la suficiente para llenar el mundo de personas condenadas. ¿Qué? ¿La palabra de la salvación y el precepto de la vida no han sido capaces de dar la vida antes de dar la muerte, y eso a unas personas que por no saber todavía la voluntad de su Señor se pueden reputar inocentes? ¿Convenía, por usar de las voces de un pagano (Abimelec), que Dios hiciese morir a una nación justa y que estaba en la ignorancia?<sup>4</sup> ¿Quién podría aceptar este parecer? No, de ningún modo es conveniente al Autor de

<sup>2</sup> 2 Cor. 3, 5.

\* PL 182, 1033.

<sup>3</sup> Io. 3, 5.

<sup>4</sup> Gen. 20, 4.



la vida que, al punto que comenzaba a conversar con los hombres, se sirviese de la muerte, que venía a destruir, con grande perjuicio de un siglo que no había oído todavía hablar de esta ley divina, enteramente nueva. Sin duda es un pensamiento del todo criminal creer que el Autor de todos los bienes haya dado tan funesto principio a su entrada sobre la tierra. Ciertamente me guardaré bien de atribuir a Jesucristo lo que se debe temer del anticristo con harto fundamento, que no dejará de preparar sus flechas en su aljaba para herir con ellas a los buenos en la obscuridad.

2. Por lo demás, ¿cuántas personas entre tanto morirían por todo el mundo sin haber sido bautizadas por no haber oído jamás nada de esta conversación que nuestro Señor tuvo por la noche y en secreto con Nicodemus? ¿Qué? ¿La ley no está todavía publicada y obliga ya a los que no la observan? ¿Cómo creerán, dice el Apóstol, *en aquel de quien no han oído hablar?* ¿Y cómo lo oirán si no se les predica? ¿Y cómo se les predicará si no se les envía predicadores?<sup>5</sup> La predicación no está ordenada todavía, no está todavía publicada, no está todavía oída; y, según la sentencia del siervo perezoso y malo, el Señor es tan riguroso, que quiere ya segar lo que no está sembrado y recoger lo que todavía no está derramado. Esté lejos de nosotros semejante pensamiento. Pero escucha la verdad de este misterio. Este Señor, que es el solo maestro en el cielo y en la tierra, hablaba en una conversación familiar y secreta a Nicodemus, que no era maestro más que en Israel, de lo que debía hablar en seguida a los otros; le enseñaba lo que debía enseñar, no lo que debía exigir de los ausentes ni sobre lo que pudiera condenar a aquellos que no habían oído nada. En efecto, sería una extrema injusticia exigir la obediencia en una cosa de la que jamás se hubiera oído hablar. Esto no es igual a lo que la ley natural no permite ignorar aunque no haya intervenido publicación; por ejemplo, este precepto: *No hagas a otro lo que no quieres que te hagan*<sup>6</sup>; lo primero más bien es un precepto voluntario que un mandamiento de la naturaleza. Porque ¿qué razón natural nos enseña que un hombre no puede ser enteramente salvado si su cuerpo no es exteriormente lavado por el elemento visible del agua? Es preciso recibir este misterio del Altísimo con humildad, mas no se debe examinar. Es menester reverenciarle, no juzgarle. Nos es comunicado por la fe, no por la naturaleza. Está establecido por la tradición, no hallado por la razón. Es necesario que el oír preceda a la fe, como dice el Apóstol: *La fe viene por*

<sup>5</sup> Rom. 10, 14. 15.

<sup>6</sup> Tob. 4, 16.

lo oído. Por tanto, yo te pregunto: ¿Cómo una cosa que de ningún modo puede saberse sin hablarse de ella puede obligar a las personas aun antes de que hayan tenido de ella el menor conocimiento? Ve, si te agrada, cómo el Apóstol se encastilla en este punto y no convence a los incrédulos sino por el conocimiento que ellos han tenido por el solo medio del oído. ¿Qué?, dice; ¿no han oído ellos hablar de eso?<sup>7</sup> Como si dijera: Podrían ser excusables si no hubieran oído jamás hablar de ello, porque no hay transgresión donde no hay ley. Mas ahora que la palabra de los predicadores se ha hecho oír en toda la tierra y hasta en los últimos confines del mundo, como no pueden disimular haberla oído, el menosprecio que hacen de ella es enteramente inexcusable.

3. A la verdad, hay muchas cosas que debemos saber y de las que, con todo eso, no se tiene conocimiento, ya por el poco cuidado que se pone en saberlas, ya por la negligencia en aprenderlas, ya por la vergüenza de preguntarlas; esta suerte de ignorancia no es en modo alguno excusable. Mas ¿la cosa de que aquí se trata es de tal naturaleza que se puedan encontrar hombres que nos la enseñen? Si un hombre no puede conocer el pensamiento de otro hombre sin que él mismo se le descubra, mucho menos podrá alguno saber el designio de Dios si no se lo revela el Hijo de Dios. Escucha, te pido, lo que El mismo dice en el Evangelio: *Si no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado*. No dice meramente si no hubiera hablado, sino que añade este término les—*si no les hubiera hablado*—, sin duda para mostrar que, antes que el mandato viniese a su conocimiento, su menosprecio no se juzgaba sin excusa. Porque, si hubiera, a la verdad, hablado, pero no a ellos, la ignorancia haría excusable la falta de obediencia. Mas al presente, decía, porque les he hablado, *no tienen excusa de su pecado*<sup>8</sup>. Por lo que también El mismo confesaba: *He hablado públicamente al mundo y nada he dicho en secreto*<sup>9</sup>. No, a la verdad, que no instruyese a sus discípulos de muchas cosas en secreto y en particular, sino que no hacía de esto cuenta alguna todavía, juzgando que todas las cosas que les decía en secreto no merecían pena ni recompensa hasta que fuesen hechas públicas y se pusiesen en la luz. En fin, El les decía: *Lo que os digo en las tinieblas, publicadlo en pleno día*<sup>10</sup>, para imputar por este medio el mérito o el menosprecio de la obediencia a aquellos que las oyeran luego que fuesen publicadas a todo el mundo. Dice todavía: *El que os escucha, me escucha, y el que*

<sup>7</sup> Rom. 10, 17. 18.

<sup>8</sup> Io. 15, 22.

<sup>9</sup> Io. 18, 20.

<sup>10</sup> Mt. 10, 27.

*os menosprecia, me menosprecia.* Como si dijera: El juicio que haga de los obedientes y de los negligentes de su salvación no dependerá de la declaración de mi ley, que os he hecho en secreto, sino de la publicación que haréis por todo el mundo.

4. Pero alguno dirá que los que no han oído hablar de la ley no serán verdaderamente juzgados por el desprecio que hayan hecho de ella, pero serán condenados a causa del pecado original, del cual no pueden ser lavados sino por las aguas del santo bautismo. Mas ¿quién no sabe que en los primeros tiempos no faltaban otros remedios a más del bautismo contra el pecado original? El sacramento de la circuncisión, ¿no le dió Dios para eso a Abrahán y a su posteridad?<sup>11</sup> Y creemos nosotros que todos los fieles que se han hallado entre los gentiles han expiado este pecado de origen; los adultos, por la fe y los sacrificios, y los infantes, por la fe de sus padres, que les ha aprovechado y suplido a su defecto. Estos medios han durado hasta el tiempo del bautismo, el cual, substituído en lugar de las antiguas ceremonias, a todas las ha vuelto inútiles.

5. La cuestión, pues, es saber en qué tiempo comenzó la obligación del bautismo. Comenzó, dice, en el momento en que nuestro Señor pronunció: *Aquel que no renazca*, etc. Sobre lo cual es menester que tengas por cierto que esto fué dicho a Nicodemus, que era amigo de Jesucristo, mas que no aparecía tal por el temor que tenía a los judíos, y que había buscado este secreto coloquio durante la noche. Pues ¿cuántos millares de circuncidados piensas que murieron, sin hablar de los gentiles, desde este tiempo hasta que se produjo a la luz lo que había sido dicho en las tinieblas? ¿Qué? ¿Diremos que todas estas gentes fueron condenadas porque no habían sido bautizadas? ¿No es hacer injuria a este antiguo mandamiento que Dios había dado y también al nuevo creer que, no habiendo este sobrevenido sino como furtivamente, sin hallarse en estado de dar algún socorro todavía, se destruyó el otro tan súbitamente y se hizo incapaz de aprovechar más largo tiempo? Pero ¿cuánto tiempo juzgas que pasó hasta que se predicó y publicó en alta voz: *Si os circuncidáis, Jesucristo no os aprovechará para nada?*<sup>12</sup> ¿Y cómo subsistiría esta palabra de San Mateo: que *desde los días de San Juan Bautista el reino de los cielos sufre violencia*<sup>13</sup>, si principalmente en este tiempo sobrevino esta interclusión del reino de los cielos tan violenta, que ni jamás la hubo tal ni la habrá semejante? En efecto,

<sup>11</sup> Gen. 17, 10.

<sup>12</sup> Gal. 5, 2.

<sup>13</sup> Mt. 11, 12.

habiendo sido hecho el decreto de este nuevo misterio y permaneciendo, con todo eso, en el secreto, ¿qué entrada podían tener en el reino de los cielos los que morían durante este tiempo, puesto que ni el antiguo tenía ya virtud, a causa de estar abolido por el nuevo, ni el nuevo podía servir útilmente tampoco, porque, no estando conocido todavía, no tenía uso ninguno? ¡Oh tiempos los más desgraciados de todos, pues ellos solos entre todos los siglos pasados estuvieron destituidos de todos los medios de salvación, puesto que la circuncisión, que hasta entonces había estado en vigor, no estaba ya en libertad de poder aprovechar por la intrusión secreta del bautismo, y el bautismo no daba auxilio ninguno, porque estaba retenido todavía en el secreto! Puede ser que Dios durmiese en este tiempo; que entre tanto no se hallase persona para redimir y para salvar a los que se perdían.

## CAPITULO II\*

LA OBLIGACIÓN DEL BAUTISMO NO COMENZÓ SINO DESPUÉS DE HABER SIDO SUFICIENTEMENTE PUBLICADO. PERO, EN EXTREMA NECESIDAD, EL BAUTISMO DE FE Y DESEO ES SUFICIENTE DEL MISMO MODO QUE EL MARTIRIO

6. Bastante claro se hace a mi juicio, por lo que acabamos de decir, que ni la condenación de los que no se bautizaban, ni la perdición de los que se circuncidaban, ni la destrucción del sacrificio de que en la antigua ley se podía usar contra el pecado original de ningún modo comenzaron en el momento en que nuestro Señor dijo a Nicodemus en particular: *Aquel que no renazca del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos*<sup>14</sup>. Pero ni esta obligación comenzó tampoco luego que fué públicamente ordenado a los apóstoles: *Id; instruíd a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*<sup>15</sup>, sino que la observancia de las ceremonias antiguas comenzó a no aprovechar a ninguno, y aquel que no fué bautizado se hizo culpable del nuevo precepto solamente en el tiempo en que este mismo precepto del bautismo pudo llegar al conocimiento, sin dar lugar a excusa. Por lo que mira a los infantes y a aquellos que no tienen todavía el uso de la razón, puesto que sólo la comu-

\* PL 182, 1034.

<sup>14</sup> Io. 3, 5.

<sup>15</sup> Mt. 28, 19.



nicación del pecado original les puede ser dañosa y no la transgresión del nuevo precepto, se debe creer que los antiguos sacramentos les aprovecharon hasta el tiempo en que la publicación fué notoria y cierta. Y si más tarde aún, Dios lo sabe y no me toca a mí determinarlo. En cuanto a las personas de más edad, cualquiera que rehusa recibir el bautismo después que la publicación ha sido hecha por todo el mundo, añade un nuevo crimen de soberbia al pecado general y original, llevando consigo dos causas de su justísima condenación si llega a morir en este estado. Y, si antes de morir vuelve sobre sí, desea y pide el bautismo, mas por no encontrar medios muere sin haberle podido recibir actualmente—Dios me haga misericordia—, si este hombre ha tenido una fe recta, de ningún modo podré desesperar de su salvación por el solo defecto del agua, ni podré creer que su fe le haya sido inútil, su esperanza confundida y su caridad anonadada. Con tal que, como he dicho, no haya despreciado recibir el agua saludable, sino que se lo haya impedido la imposibilidad del tiempo. Y, si alguno tiene diferente parecer, que vea de dónde puede sacar un fundamento seguro, pues confieso que no me rendiré a menos que una razón más convincente me dé más ilustración o alguna poderosa autoridad más creencia.

7. Pero admiraré sobremanera que este inventor nuevo de nuevas opiniones y este defensor moderno de invenciones peregrinas haya podido encontrar para eso alguna razón incógnita en San Ambrosio y en San Agustín o alguna autoridad más considerable que la de éstos. Pues, si no lo sabe, estos dos Padres no tienen otro parecer en esta materia que el mío. Lea, pues, si no le ha leído, el libro de San Ambrosio sobre la muerte de Valentiniano; lo repase una segunda vez, si lo ha leído, y, después de haberle repasado atentamente, no use de disimulo, y advertirá, sin duda, que este Santo Padre tiene una grande esperanza de la salvación sobre la fe de un hombre muerto sin ser bautizado, dando a la buena voluntad lo que había faltado al poder<sup>16</sup>. Lea también el libro cuarto de San Agustín del único bautismo, y estará obligado a reconocer que se ha dejado engañar muy imprudentemente o que está terco con mucha insolencia. “Que los tormentos, dice, pueden suplir al bautismo algunas veces, lo prueba el bienaventurado Cipriano con un argumento muy eficaz, tomado del ejemplo del buen ladrón; el cual, sin ser bautizado, no dejó de oír de la boca de nuestro Señor: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*”<sup>17</sup>. Y el mismo San Agustín añade: “Esta refle-

<sup>16</sup> *De obitu Valent.*, hacia el fin.

<sup>17</sup> Lc. 23, 43.

xión me hace creer que no solamente los tormentos sufridos por la gloria de Jesucristo pueden suplir al bautismo, sino también que la fe y la contrición del corazón tienen el mismo efecto si por desgracia del tiempo no se puede recibir actualmente el sacramento del bautismo". Y todavía más abajo: "Se ha declarado en la persona del buen ladrón cuánto vale, sin la recepción del bautismo, lo que el Apóstol dice en estos términos: *Se cree en el corazón para ser justificado, mas es menester la confesión de la boca para la salvación*"<sup>18</sup>. Dice el mismo San Agustín: "Las cosas se cumplen invisiblemente cuando no es el desprecio de la religión, sino la necesidad del tiempo, lo que impide la recepción del bautismo"<sup>19</sup>. No ignoro que este Santo Padre ha hecho una retractación del argumento que tomó del buen ladrón y que confiesa que este ejemplo no es del todo propio para establecer esta sentencia, porque es dudoso si fué bautizado<sup>20</sup>. Con todo eso, no deja de sostener firmemente esta misma sentencia acerca del bautismo, y la confirma de muchas maneras; y, si no me engaño, no encontrarás que la haya jamás retractado. Además de esto, el mismo San Agustín en otro lugar, después de prenotar que se encuentran algunos, de quienes la Escritura hace mención, que fueron santificados no visiblemente, sino invisiblemente, saca de esto esta consecuencia: "De las cosas de arriba es fácil reconocer que hay una santificación invisible, de que algunos han gozado y que les ha sido provechosa sin los sacramentos visibles; los cuales han sido trocados según la diversidad de los tiempos, habiendo sido diferentes los del pasado de los del presente". Y poco después: "No por eso se debe menospreciar el sacramento visible, pues aquel que haga menosprecio de él no podrá ser invisiblemente santificado"<sup>21</sup>. Donde muestra claramente que quien tiene la fe y está convertido a Dios, es justamente privado del fruto del bautismo, no por no poder, sino por no tener el cuidado de hacerse bautizar.

8. Te confieso que con dificultad me podrían arrancar de estas dos grandes columnas de la Iglesia, San Ambrosio y San Agustín. Quiero, repito, seguir el error o la verdad con éstos, permaneciendo en la creencia de que un hombre puede ser salvado por la sola fe, con el deseo de recibir el sacramento, en el caso en que una muerte anticipada o cualquiera otra fuerza invencible haya impedido el cumplimiento de su piadoso deseo. Advierte también si acaso por eso

<sup>18</sup> Rom. 10, 10.

<sup>19</sup> *De baptismo contra donatistas* l. 4, c. 22 n. 20.

<sup>20</sup> *Retract.* l. 2, c. 18. 55.

<sup>21</sup> *Quaest., in Leviticum quaest.* 84.

mismo, habiendo dicho el Salvador: *El que crea y se bautice será salvo*, no repitió expresamente el que no se bautice, sino solamente *el que no crea, será condenado*<sup>22</sup>, dando a entender que sola la fe es suficiente algunas veces para la salvación, y que sin ella ninguna cosa basta. Por eso, aunque no se dude que el martirio puede suplir la virtud del bautismo, no es tanto la pena de los tormentos como el mérito de la fe lo que tiene este efecto, puesto que sin ella el martirio no es más que un suplicio. ¿Qué diremos? Aquella que da tanta fuerza al martirio que alcanza éste la virtud del bautismo, ¿será tan débil en sí misma que no pueda ella sola obtener lo que puede dar a otro? Es cierto que la efusión de la sangre por Jesucristo es una prueba indudable de una fe extraordinaria, si no delante de Dios, al menos delante de los hombres. Mas ¿qué, si Dios, que no tiene ninguna necesidad de la experiencia para conocer lo que quiere, reconoce en el corazón de una persona que muere en paz una fe capaz de soportar el martirio aunque de hecho no le haya sufrido? ¿Y si un hombre se acuerda de que no ha recibido todavía el sacramento del bautismo, teniendo de esto un gran pesar, y, deseándolo de todo corazón, no puede recibirle por la sorpresa de una muerte inopinada? ¿Dios condenará a este hombre, que es del número de los fieles? ¿Condenará, repito, a un hombre que está dispuesto a dar su vida por su amor? San Pablo dice: *Nadie puede decir mi Señor Jesús sino por el Espíritu Santo*<sup>23</sup>. Y con todo eso, ¿osaríamos decir que aquel que no invoca solamente a nuestro Señor Jesucristo en la muerte, sino que desea también de todo su corazón recibir el sacramento que él ha instituido, no habla por el Espíritu Santo, lo que sería tachar al Apóstol de falsedad o que es condenado con el Espíritu Santo? ¿Qué? Tiene al Salvador, que reside en su corazón por la fe y en su boca por la confesión, ¿y será condenado en la compañía del Salvador? Ciertamente, puesto que el martirio no tiene esta prerrogativa de suplir al bautismo, sino del mérito de la fe, no veo por qué esta misma fe no tenga otro tanto poder cerca de Dios sin el martirio, puesto que El no tiene necesidad de la prueba del martirio para conocerla perfectamente. Digo, pues, que tiene otro tanto poder para la adquisición de la salvación, mas no la perfección del mérito, en lo que, sin duda, el martirio la sobrepasa mucho. Leemos en San Juan que *quien tiene odio a su hermano, es homicida*<sup>24</sup>; y en San Mateo: *Cualquiera que mire a una mujer con mal deseo, comete adulterio en su co-*

<sup>22</sup> Mc. 16, 16.<sup>23</sup> I Cor. 12, 3.<sup>24</sup> I Io. 3, 15

*razón*<sup>25</sup>. ¿Cómo se puede decir más claro que a la voluntad se imputa el hecho cuando la necesidad sola impide el efecto? Si no se quiere creer que Dios, que es la caridad misma, imputa antes el mal que el bien a la voluntad, y que, siendo un Dios lleno de bondad y de misericordia, se halla más inclinado a tomar venganza del vicio que a recompensar la virtud. Ciertamente, así, como, en el común sentir, aquel que se acuerda en el artículo de la muerte de una deuda que ha contraído respecto de una persona, hallándose en la impotencia de satisfacer, no deja de obtener su perdón por la sola penitencia y contrición del corazón, sin que pueda ser condenado por eso, del mismo modo también la fe sola y la conversión del corazón a Dios, sin la efusión de la sangre y sin la aspersión del agua, es capaz de salvar a aquel que quiere, pero que no puede recibir el bautismo por el accidente de la muerte, que le sorprende. Igualmente, así como no hay penitencia que perdone el pecado a aquel que no restituye lo que ha tomado cuando está en posibilidad de hacerlo, de la misma manera también no hay fe que pueda aprovechar a aquel que no recibe el bautismo cuando está en poder de recibirle. A la verdad, aquel que deja de recibirle no tiene una fe perfecta, puesto que la fe perfecta y verdadera abraza universalmente todos los preceptos, y éste es uno de los principales. El que rehusa, pues, obedecer, es con justa razón tratado no de fiel, sino de rebelde y menospreciador. ¿Y cómo sería fiel quien menosprecia el sacramento del Hijo de Dios?

9. Por lo que toca a los niños, como por defecto de edad no pueden tener esta fe, quiero decir, esta conversión del corazón a Dios, se sigue necesariamente que no pueden ser salvados cuando mueren sin la actual recepción del sacramento. Ni quiero decir con todo eso que cuando son bautizados estén destituídos enteramente de la fe, sin la cual no podrían jamás ser agradables a Dios. Son salvados por la fe de otros y no por la suya propia. En efecto, nada es más justo ni más conforme a la divina bondad que disponer las cosas de manera que la gracia haga a la fe de otro aprovechar a aquellos que no pueden tenerla de sí propios por la impotencia de su edad. La justicia del Todopoderoso no cree que se deba exigir una fe propia de aquellos que conoce no tener pecado particular. Pero tienen necesidad de la fe de otro, puesto que no nacen sin el crimen de otro, a fin de que estos mismos infantes no sean excluidos de lo que ha sido dicho generalmente de todos los demás: *Purificando sus corazones por la fe*<sup>26</sup>. Y no conviene de ningún modo

<sup>25</sup> Mt. 5, 28.

<sup>26</sup> Act. 15, 9.



dudar que el pecado contraído por una vía extraña no pueda o no deba ser extinguido por la fe de otros. Estos son los juicios de la justicia divina, de los cuales el santo rey David se regocija en estos términos: *Señor, me he acordado de tus juicios eternos y he recibido la consolación*<sup>27</sup>. Mas esto baste sobre este asunto.

### CAPITULO III\*

LOS JUSTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO NO TUVIERON UN CONOCIMIENTO TAN CLARO DE LOS MISTERIOS FUTUROS DE LA FE COMO EL QUE NOSOTROS TENEMOS DE LOS PASADOS

10. Mas a lo que dice usted, ese de quien me habla asegura que todos los justos del Antiguo Testamento, es decir, los que han precedido a la venida de Jesucristo, tuvieron un conocimiento tan cierto de los misterios futuros como tenemos nosotros—que no hemos venido sino después de ellos—de las ceremonias antiguas; de tal suerte que no hubo uno de los menores justos de aquel tiempo que no supiese perfectamente todos los misterios que la historia evangélica nos descubre al presente. Por ejemplo, que los misterios del Verbo encarnado, del parto de la Virgen, de la doctrina del Salvador, de sus milagros, de su cruz, de su muerte, de su sepultura, de su descenso a los infiernos, de su resurrección y de su ascensión a los cielos fueron conocidos de todos los justos de ese tiempo tan claramente y cada uno en particular tan distintamente como se cumplieron en tiempo siguiente y como al presente nos son manifestados; hasta el punto de decir que aquellos que no tuvieron un conocimiento universal claro y manifiesto no fueron justos ni salvados. Nada hay más falso.

11. Pero en la carta que me ha escrito ha ilustrado tan bien estas cosas refutando su falsedad, que me parece que nada más se puede decir, y no encuentro apenas nada que añadir a ello. Con todo eso, en cuanto a ese que adelanta todas estas cosas, le diré en pocas palabras lo que pienso de él sin designio de ofenderle. Me parece que es más amante de la novedad que aplicado a la verdad y que tiene pena en ser del mismo sentir que los otros y en decir alguna cosa que él no haya dicho solo o el primero. De donde viene que en todas las cosas que piensa o adelanta no guarda medida ni usa de disimulo. Pues en la opinión que acaba de pro-

<sup>27</sup> Ps. 118, 52.

\* PL 182, 1038.

ducir, cuando hace a los antiguos que esperaban en los misterios futuros iguales en el conocimiento a los que ven hoy día en la Escritura todas las cosas pasadas, predica un Dios demasiado avaro o demasiado pródigo, y no manifiesta discreción ninguna de cualquier lado que sea. Porque o reduce los escogidos de aquel tiempo a un número muy corto de hombres espirituales, de que la Escritura hace mención por haber sido muy ilustres y muy recomendables en aquel entonces por la excelencia particular de su santidad, quienes por un don particular del Espíritu Santo pudieron tener un conocimiento cierto de todos los misterios particulares que debían cumplirse a su tiempo, y de esta suerte acorta demasiado la mano de Dios cuando cree que nadie ha podido ser salvado en este tiempo, sino este pequeño número de personas que estaban en muy grande perfección, o ciertamente, si confiesa que en estos primeros tiempos hubo todavía una grande cantidad de personas que salvar a más de estos ilustres perfectos, sostiene que Dios tuvo para con este antiguo pueblo una liberalidad tan grande, que nunca se ha oído hasta ahora. Porque sería indudable que esta innumerable multitud de personas habría conocido muy claramente todo lo que nosotros hemos referido arriba del misterio de nuestra redención. Y, siendo manifiesto que nada hay de todas estas cosas que haya sido escrito con claridad o predicado públicamente, se sigue que debemos confesar que todas estas cosas fueron reveladas a todas suertes de personas por el Espíritu Santo. Y así, que todos aquellos que fueron justos y se salvaron antes de la venida de nuestro Señor, fueron todos espirituales, todos perfectos y todos profetas. Y, por tanto, que la salvación fué muy rara en el Antiguo Testamento o que la perfección fué en él demasiado abundante. A la verdad, es pasar enteramente los límites de la discreción sostener una u otra opinión.

12. Pero, si se halla más tolerable o más digno de la divina bondad el haber querido llenar y enriquecer estos primeros siglos de una multitud tan grande de gentes perfectas, en vez de contentarse de un tan corto número de salvados, de suerte que muchos fuesen entonces capaces de la salvación y que no menos, estando todos llenos del espíritu de profecía, tuviesen perfecto conocimiento de los misterios que les estaban revelados; si esta opinión, digo, es recibida, es cierto que nosotros tendremos motivo de bendecir a Dios en sus beneficios, pero no vemos que haya reservado cosa particular para el tiempo de la gracia. A no ser que según este sentimiento se quiera llamar más a propósito tiempo de la gracia a aquel en que el pueblo de Dios recibía una tan grande abundancia de las riquezas del espíritu,

viéndose cumplido en él, por una dicha enteramente admirable, lo que Moisés deseaba ardientemente cuando clamaba: *¿Quien nos hará la gracia de que todos puedan profetizar?*<sup>28</sup> Mas, si esto es así, ¿qué nos ha traído el Evangelio de semejante? En vano se gloria San Pablo de las primicias del espíritu, que él cree haber recibido con los demás apóstoles, puesto que no ha experimentado nada semejante en su tiempo. El mismo dice: *¿Pensáis que todos sean profetas?*<sup>29</sup> En vano, repito, se gloria de su Evangelio, porque no le ha recibido ni aprendido de un hombre, sino, por un privilegio particular, por la revelación de Jesucristo<sup>30</sup>, pues fué revelado otras veces a los pueblos del Antiguo Testamento por el Espíritu Santo. Y el apóstol San Pedro no tiene mayor motivo para referir a su tiempo estas palabras del profeta Joel: *Derramaré mi espíritu sobre vuestros hijos y sobre vuestras hijas y profetizarán*<sup>31</sup>, si es verdad que esta efusión del espíritu fué ya más abundante en los siglos pasados. O ciertamente el profeta, o, más bien, Dios por su profeta (si, con todo eso, es cierto que pronunciando estas palabras haya tenido en la idea el tiempo de los apóstoles), no habrá debido decir simplemente: *Derramaré*, sino más bien: *Retiraré mi espíritu*. Porque, en efecto, si hacemos a todos los justos del Antiguo Testamento iguales en conocimiento con los hijos del Nuevo, ¿no estaremos obligados consiguientemente a reconocerlos más aventajados en la gracia, puesto que no fueron ilustrados por la lectura o la predicación, como nosotros, sino que la interior unción les instruyó a todos perfectamente sobre todas estas cosas?

13. Mas sea esto así; toleremos nuestra injuria, y los apóstoles la suya también, de suerte que los menos considerables de los antiguos justos sean comparados con ellos en la ciencia y preferidos en la gracia. Hay, con todo eso, una cosa que nosotros ni podemos ni debemos soportar en manera alguna, y es creer que el Señor de la gloria haya podido jamás ser engañado o haya querido engañar. El es quien ha protestado que entre los hijos de los hombres no hay otro más grande que San Juan Bautista<sup>32</sup>. Ve, pues, si no estaremos obligados a confesar que este testimonio de la Verdad es absolutamente falso en caso de que atribuyamos a los antiguos más que lo que podemos dar a San Juan Bautista. Confieso que no se hace injuria a San Juan Bautista cuando se cree o se dice que ha tenido alguna ignorancia, puesto que él mismo lo confiesa de sí. Mas si, contra

<sup>28</sup> Num. II, 29.

<sup>29</sup> I Cor. II, 29.

<sup>30</sup> Gal. I.

<sup>31</sup> Act. 2, 17; Joel 2, 28.

<sup>32</sup> Mt. II, II.

el elogio de la Verdad, atribuímos a otro lo que negamos al Predicador de la verdad, esto no solamente será una injuria, sino una blasfemia; y será contradecir absolutamente no a San Juan Bautista, sino a la Verdad misma. ¿Qué? El amigo del Esposo está en la duda y pregunta: *¿Eres él que ha de venir o debemos aguardar a otro?* <sup>33</sup> Y nosotros por nuestra mentira confirmaremos a millares de personas en la certidumbre de todas las cosas.

14. Pero podemos fácilmente observar que los mismos antiguos no tuvieron de sí sentimientos tan favorables. Moisés escribió que, hablándole Dios, se había declarado en esta manera: *Soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, y yo no les he declarado mi nombre de Adonai* <sup>34</sup>; donde es menester sobrentender como a ti. Con lo cual manifestó que había recibido un conocimiento más grande de Dios que los antiguos Padres que le habían precedido. David mismo se persuade animosamente de que ha tenido el don de la inteligencia más que todos sus maestros y antiguos cuando dice: *He sido más inteligente que todos mis maestros, porque he meditado siempre tu ley.* Y todavía: *He tenido más inteligencia que los viejos* <sup>35</sup>. Y el profeta Daniel también dice: *Muchos pasarán y la ciencia se multiplicará* <sup>36</sup>. Por donde promete a la posteridad un conocimiento más amplio de las cosas. Si, pues, como dice el papa San Gregorio, la ciencia de los Padres espirituales crece a medida que los tiempos avanzan, y cuanto más vecinos son a la venida del Salvador, más conocimiento tienen del misterio de la salvación <sup>37</sup>, no se puede dudar que el cumplimiento de las cosas mismas y la presencia de aquel Señor, que es el Autor de ellas, dan más luces a los que tienen la ventaja de estar presentes. Por eso oyen de la boca del mismo Salvador: *Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis* <sup>38</sup>. Y también: *Os he llamado amigos míos porque os he hecho manifiestas todas las cosas que he oído a mi Padre* <sup>39</sup>. Y todavía: *Muchos reyes y profetas han deseado ver lo que vosotros veis, y no lo han visto; y oír lo que vosotros oís, y no lo han oído* <sup>40</sup>. ¿Y por qué? Porque conocían más claramente y más ampliamente lo que los otros no habían previsto sino ligeramente y en la obscuridad. De otra suerte, ¿qué necesidad habrían tenido ellos de ver la carne exteriormente y de oír los discursos de la carne si hubieran estado ya perfectamente instruídos de todas las cosas en su interior por el Espíritu Santo? Especialmente declarando nuestro Señor que *la carne no aprovecha nada, sino que es el espíritu el que vivifica* <sup>41</sup>. Y si

<sup>33</sup> Mt. 3.

<sup>34</sup> Ex. 3, 6; 6, 3.

<sup>35</sup> Ps. 118, 99. 100.

<sup>36</sup> Dan. 12, 4.

<sup>37</sup> Hom. 17 sobre Ezeq.

<sup>38</sup> Lc. 10, 23.

<sup>39</sup> Io. 15, 15.

<sup>40</sup> Lc. 10, 24.

<sup>41</sup> Io. 6, 64.



los profetas y aquellos que fueron los más recomendables en este pueblo no pudieron todos conocer todas las cosas con igual claridad, sino los unos más, los otros menos, según se las revelaba el Espíritu, distribuyendo sus luces como a él le agradaba, y sin perjuicio de su santidad y de su perfección, ¿con cuánta más fuerte razón los justos ordinarios pudieron ignorar, sin detrimento de la salvación, el tiempo, la manera y el orden de este misterio, aunque, con todo eso, según las promesas que les habían sido hechas, estaban muy fuertemente persuadidos de él por la certidumbre de su esperanza y de su fe?

15. Pero ¿cuántas personas encontraremos aun el día de hoy en medio del pueblo cristiano que no conocen sino muy ligeramente el estado y disposición de la vida eterna y del siglo futuro, aunque le creen sin alguna duda, le esperan con firmeza y le desean de todo su corazón? Así, muchos antes de la venida del Salvador, creyendo en un Dios todopoderoso y amando a aquel Señor que les prometía salvarles gratuitamente, no dudando de ningún modo de la fidelidad de sus promesas y esperando que les rescataría ciertísimamente, se salvaron en esta fe y en esta esperanza aunque no conociesen cuándo, cómo y con qué orden se cumpliría la salvación que los estaba prometida. En fin, Beda enseña abiertamente que todo cuanto había de suceder algún día tocante al misterio de nuestra redención, no había sido enteramente descubierto a toda suerte de personas, y usted mismo ha referido su testimonio en su carta: "Los profetas y Moisés, dice, conocieron y predicaron antes de los apóstoles el mismo y el único triunfo de la cruz de nuestro Señor Jesucristo; mas los profetas no hablaron de él algunas veces sino con discursos cubiertos de diversas figuras, mientras que los apóstoles y sus sucesores le predicaron siempre al descubierto con la luz resplandeciente del Evangelio. De manera que todos los cristianos están ahora obligados a saber y confesar la fe que era antiguamente conocida de muy corto número de personas, y esas mismas de las más perfectas, aunque en aquel tiempo todo el pueblo de Dios llevaba en figuras los misterios de esta misma fe en las ceremonias legales". Me venían también al pensamiento otras muchas cosas que podían confirmar esta verdad, mas la estrechez de una carta no permite estas grandes pruebas, ni tampoco hay necesidad de ellas. A más de que creo, como he dicho, que las cosas que usted dice en su carta serían muy suficientes aun cuando yo no diese respuesta alguna. Mas he añadido esto a fin de no dejar sin tocar ninguna de las cosas que me ha propuesto.

## CAPITULO IV \*

## MUESTRA QUE HAY UN PECADO DE IGNORANCIA CONTRA EL DEFENSOR DE LA OPINIÓN CONTRARIA

16. Por lo demás, no me parece que sea necesario tomarnos mucho trabajo en rebatir la tercera proposición, tanto porque contiene una falsedad demasiado manifiesta, como también porque su autor, contradiciéndose a sí mismo, la combate suficientemente por su aserción precedente. Pues al mismo tiempo que de esta conversación particular que nuestro Señor tuvo por la noche con Nicodemus pone un lazo de condenación a todos aquellos que no tenían conocimiento ninguno de esta ley por todo el mundo, imaginando que desde este tiempo nadie pudo ser salvado sin haber sido bautizado, ¿no confiesa abiertamente que hay un pecado de ignorancia y un pecado de condenación, si no es tan protervo que llegue a creer que Dios quiera condenar a los nombres sin ser culpables? Con todo eso, es de temer que, si no se responde en pocas palabras al necio según su necedad, la tome por sabiduría y esparza con más atrevimiento la simiente de su estupidez en los oídos de las personas menos consideradas, y así el número de sus extravagancias se aumente a lo infinito. Por eso es forzoso refutar una mentira manifiesta con algunos testimonios evidentes de la verdad. Puede ser que quien sostiene que no se puede pecar por ignorancia, no haya pedido perdón jamás de sus ignorancias propias; y que, al contrario, se burle del profeta cuando se dirige a Dios y le dice: *Señor, no te acuerdes de los pecados de mi juventud ni de mis ignorancias*<sup>42</sup>. Aun puede ser que halle qué censurar en la conducta de Dios cuando exige una satisfacción por los pecados de ignorancia y habla de esta suerte a Moisés en el Levítico: *El alma que peque por ignorancia y haga alguna de las cosas prohibidas por la ley del Señor y, siendo culpable de pecado, reconozca su culpa, ofrecerá al sacerdote un carnero sin mancha de su rebaño, según la medida y la estimación del pecado*. Y todavía: *El que ore por lo que ha cometido por ignorancia, recibirá su perdón, porque ha delinquido contra el Señor estando en el error*<sup>43</sup>.

17. Si la ignorancia no es jamás pecado, ¿por qué se

\* PL 182, 1041.

<sup>42</sup> Ps. 24, 7.

<sup>43</sup> Lev. 5, 7. 19.

dice en la Carta a los Hebreos que sólo el gran sacerdote entraba una vez al año en el segundo tabernáculo, no sin efusión de sangre, que ofrecía por la ignorancia del pueblo y la suya? <sup>44</sup> Si no hay pecado ninguno de ignorancia, Saulo, pues, no pecaría al perseguir a la Iglesia de Dios, porque lo hizo estando en la ignorancia y permaneciendo en la incredulidad. Haría, pues, bien siendo un blasfemo, un perseguidor y un calumniador, no respirando sino amenazas y muertes contra los discípulos de Jesucristo, puesto que en eso testificaba más celo por la tradición de sus padres <sup>45</sup>. No debería, pues, decir: *He conseguido misericordia* <sup>46</sup>, sino he recibido mi recompensa, puesto que la ignorancia le hacía libre de pecado y el celo le declaraba digno de recompensa. Si no se peca jamás por ignorancia, ¿por qué nos quejamos contra los homicidas de los apóstoles, pues ellos no sólo no sabían que era malo hacerles morir, sino que además creían que haciéndolo rendían un gran servicio a Dios? <sup>47</sup> Pues aun el Salvador mismo oraría en vano en la cruz por aquellos que le crucificaban, puesto que, de su propia confesión, no sabían lo que hacían, y así no pecarían en manera alguna <sup>48</sup>. Con todo eso, no hubo mentira en Jesucristo cuando testificó públicamente que no sabían lo que hacían, aunque acaso alguno podría dudar si el Apóstol, según la flaqueza de su carne, mintió como otro hombre cuando dijo: *Pues, si le hubieran conocido, no habrían jamás crucificado al Señor de la gloria* <sup>49</sup>. ¿No se ve, pues, bastante por todas estas pruebas en qué tinieblas de ignorancia está sepultado quien no sabe que se puede pecar algunas veces por ignorancia? Mas baste ya sobre esta materia.

## CAPITULO V\*

SE DEFIENDE DE LA CALUMNIA QUE SE HACÍA CONTRA UNA OPINIÓN SUYA QUE HABÍA SIDO MAL ENTENDIDA, A SABER, QUE EL DESIGNIO DE LA ENCARNACIÓN DEL VERBO HABÍA SIDO OCULTADO A LOS ÁNGELES

18. Al fin de su carta me insinuía, pero como amigo, que algunas personas se han extrañado tocante a una opinión que adelanté cuando, explicando un lugar del Evangelio de San Lucas <sup>49\*</sup>, dije que el designio de Dios, por lo

<sup>44</sup> Hebr. 9, 7.

<sup>48</sup> Lc. 23, 34.

<sup>45</sup> Gal. 1, 13. 14.

<sup>49</sup> 1 Cor. 2, 8.

<sup>46</sup> 1 Tim. 1, 13.

\* PL 182, 1042.

<sup>47</sup> Jo. 16, 2.

<sup>49\*</sup> Sobre el evang. «Missus est», hom. 1, n. 2.

que mira a la encarnación, no había sido revelado a alguno de los ángeles bienaventurados antes que a la Virgen. Primeramente, estas gentes pueden advertir que no tienen, a mi parecer, mucho asunto para conmoverse, puesto que no di mi opinión por cierta, sino que usé de una opción, suspendiéndola bajo una partícula disyuntiva: "O por eso, dije, ha especificado expresamente *por Dios*", es decir, de parte de Dios. Pues, habiendo referido la causa que me parecía verosímil hubiese movido al evangelista a poner, después de haber dicho que *el ángel Gabriel fué enviado, de parte de Dios*<sup>50</sup>, añadí todavía otra con un segundo correctivo y con una disyunción a fin de no quedar obligado a sostenerla y también para dejar al lector la libertad de escoger, entre las dos, la que más le agradase. Si, pues, cualquiera de las dos es fácil de sostener, no hay por qué emprender nada contra la otra, puesto que, no sosteniendo ninguna en particular, las dejo entrambas al juicio del lector. Con todo eso, aunque sostuviera yo formalmente que el designio de Dios fué hasta entonces incógnito a los santos ángeles, no, a la verdad, en cuanto a haber de obrarse algún día la salvación de los hombres en medio de la tierra por la encarnación del Verbo—puesto que muchos de los mortales habían recibido la gracia de conocerlo y de predicarlo—, sino en cuanto al tiempo prefijado, al lugar, a la manera y especialmente a la virgen que Dios había escogido para el cumplimiento de su designio; aunque, repito, hubiera creído y escrito que los santos ángeles no tuvieron este designio de Dios, no en cuanto al misterio, sino en cuanto al tiempo, al lugar, etc., no veo razón que lo pueda hacer increíble. Ciertamente, cada uno puede abundar en su sentido con seguridad cuando se trata de una cosa no contraria a una razón convincente o que no va en desprecio de la autoridad.

19. En efecto, ¿qué sazón ni qué autoridad me obliga creer que los ángeles conocieron muy anteriormente el tiempo de que habla el Apóstol en estos términos: *Luego que vino la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo hecho de una mujer y sometido a la ley?*<sup>51</sup> Antes bien, me parece mucho más creíble que así como ignoran el día de su advenimiento futuro<sup>52</sup>, así no tuvieron tampoco conocimiento del primero. Pero ¿quién puede saber si la Sabiduría de Dios no dijo de un modo espiritual a los ángeles lo que leemos que respondió a los apóstoles por la boca de la carne, de que se había revestido, tocante a su segundo advenimiento:

<sup>50</sup> Lc. 1, 26.

<sup>51</sup> Gal. 4, 4.

<sup>52</sup> Mt. 24, 36.



*No os conviene saber el tiempo y el momento que el Padre ha reservado a su potestad?*<sup>53</sup> ¿Qué necesidad me puede impeler a creer que los ángeles pusieran especial atención en la ciudad de Nazaret antes de haber visto la embajada de ese arcángel, que fué enviado a saludar a la Virgen en este lugar y a anunciarla su parto divino? En cuanto a la elección de Belén para lugar de su nacimiento y de Jerusalén para el de su pasión, los profetas habían tenido conocimiento de ello y lo habían predicho abiertamente. Mas, aunque Nazaret también había sido prevenida para lugar de su concepción, creo con todo eso que los profetas no la conocieron como a las dos anteriores; de lo cual tenemos algún testimonio evidente en la Escritura. Pues, en cuanto a lo que leemos *será llamado Nazareno*<sup>54</sup>, parece con bastante claridad que el evangelista que ha citado este pasaje del profeta, no tanto ha pretendido referirlo a su concepción como a su educación, a causa de que fué restituído a este lugar desde Egipto y en él fué criado. En fin, los judíos dijeron a Nicodemus: *Lee con cuidado las Escrituras, y verás que de Galilea no sale profeta alguno*<sup>55</sup>. Y, a la verdad, hablaban a un hombre que sabía la ley, que era doctor en Israel y que de ningún modo podía ignorar todo lo que pertenecía a esta doctrina. Y, con todo eso, insistían confiadamente y resueltamente contra él, haciéndole ver que las Escrituras no decían que Jesucristo había de venir de Galilea, de la que Nazaret era una ciudad bastante conocida. Más bien se referían al testimonio de los profetas, por lo que, informándose el rey Herodes sobre el lugar del nacimiento de aquel que los Magos buscaban, le respondieron al punto que este lugar debía ser Belén. Es, pues, cierto que Jesucristo nació en Belén<sup>56</sup>; que padeció en Jerusalén y que los profetas predijeron lo uno y lo otro abiertamente. También es verdad que fué concebido en Nazaret, ciudad de Galilea; mas Nicodemus no ha encontrado nada en la Escritura que enseñe que la provincia de Galilea o la ciudad de Nazaret puedan tener alguna conexión con la venida de Jesucristo.

20. Así, Natanael, que era igualmente un doctor de la ley, respondió admirado a San Felipe, que le hablaba de Jesucristo, hijo de José de Nazaret, preguntándole de esta suerte: *¿Puede salir alguna cosa buena de Nazaret?*<sup>57</sup> Sin duda, admiróse de lo que se decía—que Jesucristo había salido de Nazaret—, porque no se hacía mención alguna de esto en la Escritura. Y, si se pretende que las pa-

<sup>53</sup> Act. I, 7.<sup>54</sup> Mt. II, 23.<sup>55</sup> Io. 7, 52.<sup>56</sup> Mt. 2, I.<sup>57</sup> Io. I, 46.

labras de este doctor no tanto fueron una pregunta como una afirmación de la cosa, teniendo en su idea este testimonio de que acabamos de hablar: *Será llamado nazareno*, no se puede, con todo eso, probar de ahí con seguridad que conociese que Jesucristo había sido concebido en Nazaret, puesto que habría podido hallar otras muchas razones por las que el profeta predijese esto. Por tanto, es verdad decir que el designio de Dios tocante al lugar de la concepción de Jesucristo pudo ser incógnito a los ángeles igualmente que a los profetas.

21. Además, dígame, le ruego; ¿de dónde podría yo conocer que este modo tan incomprensible, sobre el cual la misma Virgen con mucha solicitud pedía la ilustración, hubiese sido conocido de los ángeles? Pienso que el mismo que venía a anunciar el misterio (salvo el respeto que le debo) no tenía el conocimiento. Y lo confieso efectivamente, si ponemos cuidado en sus palabras; pues, respondiendo: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti*, ¿no la enviaba abiertamente a la escuela del Espíritu Santo? Por cuya unción debía ser instruída de todas las cosas de que él no osaba atribuirse el conocimiento; y por la propia experiencia debía ella aprender lo que no podía escuchar por su palabra. En fin, añadiendo: *Y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*<sup>58</sup>, señalaba más expresamente el modo secretísimo del misterio incomprensible e inefable por el que la Trinidad sola debía obrar esta divina concepción con la Virgen y en la Virgen sola, como a la sombra. El gran San Juan se conocía y confesaba menos capaz de penetrar en este admirable misterio cuando declaraba que no era digno de desatar la correa de sus zapatos. Y, a la verdad, ¿de dónde se puede probar que, antes del cumplimiento de este misterio, los ángeles conocieran a la santa Virgen de nombre o de vista por aquella que había sido escogida de Dios en calidad de Madre suya, exceptuado solamente este arcángel, a quien se puede creer piadosamente que fué dada en guarda desde un principio? Y si el diablo, habiendo sido engañado por el casamiento con San José, no lo conoció aun después de la concepción, bien se puede creer que, antes de este tiempo, los santos ángeles no tuvieron conocimiento de que ella debía ser algún día la Madre de Dios. Pues, aunque los ángeles reprobados están destituidos de las gracias espirituales, no dejan de tener todavía la vivacidad de su industria natural.

22. ¿No ve ya cuántas razones hay por las que se puede creer, salva la fe y la verdad de las Escrituras san-

<sup>58</sup> Lc. 1, 35.

tas, que los ángeles no tuvieron el conocimiento de este designio de Dios, especialmente para que la prerrogativa de la revelación de estas cosas fuese únicamente reservada a la Virgen Madre? La primera de las circunstancias de este misterio era el tiempo; la segunda, el lugar; la tercera, el modo, y la cuarta, la elección de la persona de la Virgen. Vea ahí lo que usted puede responder a los hermanos que me reprenden de que he dicho en alabanza de la Virgen que quizá usó el evangelista esta expresión, *de parte de Dios*, para que no se creyese que Dios había revelado su designio a los santos ángeles antes que a la Virgen, a excepción del arcángel San Gabriel. Pues cuando digo su designio, no hablo del misterio en sí, sino del tiempo en que este designio se cumplió, del lugar, de la manera y de la elección de la persona. Dios le guarde.

# CONTRA LOS ERRORES DE PEDRO ABELARDO \*

AL PAPA INOCENCIO II

*En 1140, en el concilio de Sens, se emplazó a Pedro Abelardo para que expusiera y probara sus teorías. San Bernardo, que asistía al concilio, le presentó una lista de proposiciones heréticas tomadas de sus obras y le pidió ante los Padres que las justificara. Abelardo, ya por cobardía, ya por soberbia, no quiso responder y apeló a Roma. Llevada la cuestión al papa, San Bernardo, temiendo que Abelardo engañase con sus manejos a la curia, envió esta carta a Inocencio II, en que rebate los principales errores de Abelardo.*

## PROLOGO.\*\*

Es menester dar parte al sagrado tribunal de vuestro apostolado de todos los riesgos y de todos los escándalos que se levantan en el reino de Dios, especialmente cuando se refieren a la fe católica. En efecto, no hay lugar, creo yo, donde los daños de la fe puedan ser reparados más ventajosamente que en aquel mismo donde la fe no puede sentir detrimento ninguno. La Cátedra de San Pedro tiene esta prerrogativa con preferencia a todas las otras. Porque ¿a cuál otra se ha dicho jamás: *Pedro, he rogado por ti para que tu fe nunca falte?* Del sucesor, pues, de San Pedro se exige lo que se sigue: *Y luego que te conviertas, confirma a tus hermanos*<sup>1</sup>. Esto es al presente necesario. Es tiempo, Padre amantísimo, de que reconozcáis vuestra autoridad, testifiquéis vuestro celo, deis honor a vuestro ministerio. Desempeñaréis dignamente el cargo de Pedro, de quien tenéis el lugar, si con vuestras amonestaciones afirmáis el corazón de los que vacilan en la fe y reprimís con vuestra autoridad la audacia de los que la quieren corromper.

\* PL 182, 1053-1072.

\*\* PL 182, 1053.

<sup>1</sup> Lc. 22, 32.



## CAPITULO I\*

EXPONE Y REFUTA LA DOCTRINA IMPÍA DE ABELARDO TOCANTE  
AL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1. Tenemos en Francia un hombre que de viejo filósofo se ha hecho un nuevo teólogo, que se ha entretenido desde su juventud en el arte de la dialéctica y que ahora quiere profanar las santas Escrituras con sus desvaríos y sus extravagancias. No se contenta con renovar los errores que han sido otras veces condenados tanto en su persona como en la de otros, sino que inventa nuevas falsedades todavía. Es un hombre temerario, que, al mismo tiempo que se lisonjea de no ignorar nada, sino el solo *no sé*, de cuanto está en lo alto del cielo y acá abajo sobre la tierra, abre con insolencia la boca contra el cielo y se esfuerza en vano por penetrar los profundos secretos de Dios. De donde, viniendo a nosotros después de este elevado rapto de su espíritu, nos habla de misterios inefables de que no es permitido al hombre hablar. Mas, al jactarse de estar pronto a dar razón de todas estas cosas, emprende, contra la razón y contra la fe, dar razón de las que están sobre la razón. En efecto, ¿qué hay más opuesto a la razón que pretender elevarse sobre la razón con las solas fuerzas de la razón? ¿Y qué hay más contrario a la fe que no querer creer todo lo que no se puede comprender por la razón? Cuando quiere explicar estas palabras del Sabio: *El que cree pronto tiene un espíritu ligero*<sup>2</sup>, dice que creer pronto es creer antes de razonar, siendo así que Salomón no habla en este lugar de la fe sobrenatural que tenemos en Dios, sino de la creencia ordinaria que tenemos respecto de los otros. En cuanto a esta fe que debemos tener de Dios, el papa San Gregorio dice muy bien que no tiene mérito alguno cuando se funda en la experiencia de la razón humana. Y, al contrario, da grandes alabanzas a los apóstoles porque al primer mandato de nuestro Redentor dejaron al punto todas las cosas por seguirle<sup>3</sup>. Tampoco ignora que estas palabras del salmista: *Me ha obedecido en el momento que oyó mi voz*<sup>4</sup>; son un verdadero elogio dado por el Espíritu Santo, y que los discípulos que se mostraron demasiado difíciles

\* PL 182, 1055.

<sup>2</sup> Eccli. 19, 4.<sup>3</sup> Hom. 26 sobre el Evang.<sup>4</sup> Ps. 17, 45.

en creer<sup>5</sup> merecieron justamente la reprensión que por ello recibieron del Señor. Vemos igualmente en el Evangelio que María fué ensalzada, porque previno a la razón con la fe, y que Zacarías fué castigado, porque quiso juzgar de la verdad de la fe por la razón<sup>6</sup>. En fin, el patriarca Abrahán ha recibido alabanzas de todo el mundo por haber esperado contra toda esperanza<sup>7</sup>.

2. Mas nuestro teólogo está muy alejado de estos verdaderos sentimientos de la Iglesia, puesto que dice: “¿De qué sirven los discursos que se hacen para instruir a los otros, si no se halla modo ni términos bastantes expresivos para hacerles comprender lo que nosotros les queremos enseñar?” De ahí viene que, prometiendo a sus oyentes hacerles entender los más altos misterios y los más profundos secretos de la fe, establece grados en la Trinidad, medidas en la majestad, números en la eternidad. Enseña que “Dios Padre es una plena potencia, que el Hijo es una cierta potencia y que el Espíritu Santo no es una potencia. Dice que el Hijo es, respecto del Padre, lo que una cierta potencia respecto de una potencia plena y entera, lo que la especie respecto del género, lo material respecto de la materia, lo que el hombre respecto del animal; en una palabra, lo que el sello de metal respecto del metal mismo”. ¿No es cierto que este hombre es todavía peor que Arrio? ¿Quién podrá tolerar estas extravagancias? ¿Quién no tapaná sus orejas a estas voces sacrílegas? ¿Quién no tendrá horror de estas novedades profanas tanto de voces como de sentimientos? Añade todavía que “el Espíritu Santo procede, a la verdad, del Padre y del Hijo, pero que no es de la substancia del uno ni del otro”. ¿De dónde, pues? ¿Ha sido sacado de la nada, como todas las cosas que han sido hechas, y que el Apóstol confiesa haber salido de Dios cuando usa de estos términos: *Del cual han sido hechas todas las cosas*?<sup>8</sup> ¿Qué? ¿Diremos que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo de la manera que todas las demás cosas, es decir, no de la esencia, sino por vía de creación; y, por tanto, que ha sido creado como las otras cosas que están en el mundo? ¿O por ventura este hombre, que busca siempre alguna cosa nueva, que inventa con artificio lo que no puede encontrar en la verdad, que habla con seguridad de cosas que no son como si fuesen, forjará algún otro tercer medio, por el que haga salir al Espíritu Santo del Padre y del Hijo de una manera nueva? Pero dice: “Si el Espíritu Santo es de la substancia del Padre, síguese que es engendrado, y que, por consiguiente, el Padre tiene dos hijos”. ¿Ridícula con-

<sup>5</sup> Mc. 16, 14

<sup>6</sup> Lc. 1, 45. 20.

<sup>7</sup> Rom. 4, 18.

<sup>8</sup> Rom. 11, 30.

secuencia! ¡Como si todo lo que viene de otra substancia estuviera obligado al mismo tiempo a reconocer por padre aquello mismo de donde ha sacado su existencia! Si es así, es preciso decir que los gusanos y las humedades son hijos de la carne, que los gusanillos que salen de la substancia del madero podrido son hijos del madero; en fin, que las polillas, que sacan sus substancias de la substancia del paño, sacan igualmente la cualidad de engendrados y de hijos del paño; y así de otros.

3. Mas me causa admiración que un hombre tan sutil y tan sabio como él se imagina, después de haber confesado que el Espíritu Santo es consubstancial al Padre y al Hijo, niegue en seguida que sea de la substancia del Padre y del Hijo. ¡A no ser que quiera decir, con una impiedad inaudita, que las dos primeras divinas personas proceden de la tercera! Si, pues, el Espíritu Santo no es de la substancia del Padre y del Hijo, ni el Padre y el Hijo de la substancia del Espíritu Santo, ¿dónde está esa consubstancialidad? Es preciso, por tanto, que confiese con la Iglesia que el Espíritu Santo es de la substancia del Padre y del Hijo—de los cuales confiesa que procede—o que niegue con Arrio la consubstancialidad del Espíritu Santo y predique abiertamente su creación como este hereje. Además, si el Hijo es de la substancia del Padre, y el Espíritu Santo no, debe haber necesariamente entre ellos una muy gran diferencia, consistente no sólo en que el Espíritu Santo no es engendrado, como el Hijo, sino en que el Hijo es de la substancia del Padre, lo que no es el Espíritu Santo. Pero hasta ahora la Iglesia católica no ha reconocido esta última diferencia entre estas dos personas divinas. Y si efectivamente la recibimos, ¿dónde estará la trinidad? ¿Dónde la unidad? Es cierto que ya no habría unidad si el Hijo y el Espíritu Santo estuviesen separados uno y otro por una nueva pluralidad de diferencias, particularmente siendo substancial la diferencia que este novador pretende introducir. Igualmente, no habría tampoco trinidad, sino solamente dualidad—por hablar con los términos de la Escuela—, si el Espíritu Santo no fuese, en efecto, de la substancia del Padre y del Hijo, no siendo razonable reconocer en la Trinidad una persona que no tenga en la substancia nada de común con las otras dos. Cese, pues, de separar la procesión del Espíritu Santo de la substancia del Padre y del Hijo por temor de que, con una doble impiedad, añadida a la unidad el número que cercena a la Trinidad, siendo lo uno y lo otro absolutamente reprobado por la fe católica. Mas, para que no se crea que quiero fundarme solamente sobre discursos humanos en un asunto de esta importancia,

tómese el trabajo de leer la carta que San Jerónimo escribió a Avito; ciertamente verá que, entre las demás blasfemias que reprende en Orígenes, detesta particularmente aquella por la que decía que el Espíritu Santo no era de la substancia del Eterno Padre. También San Atanasio, en el libro de la Trinidad única, habla en estos términos: "Al hacer mención de un solo Dios, no he querido expresar la sola persona del Padre, porque no he negado jamás que el Hijo y el Espíritu Santo sean de la sola y misma substancia del Padre". Así habla San Atanasio.

## CAPITULO II\*

NO CONVIENE ADMITIR EN LA TRINIDAD DESIGUALDAD NINGUNA,  
SINO UNA IGUALDAD PERFECTA Y UNIVERSAL

4. Vuestra Santidad puede reconocer bien al presente cómo por las necesidades de este novador, más bien que por sus argumentos, la Trinidad no subsiste y la unidad se destruye, lo que no se puede decir sin blasfemar contra la majestad divina. Pues, cualquiera cosa que Dios sea, es indubitavelmente lo que no se puede concebir más grande. Y si, viniendo a considerar las personas de esta única y soberana Majestad, encontramos en ella alguna cosa que no es perfectamente igual, dando al uno lo que quitamos al otro, sin duda este Todo es menos que aquel otro de quien no se puede imaginar nada más grande. Porque no se puede dudar que el Todo, que es máximo en todas maneras, sea más grande que aquel que no lo es más que en parte. Pues juzga dignamente, en cuanto le es posible, de la magnificencia divina aquel que no concibe nada desigual en Dios, donde todo es sumamente grande; nada dividido, donde todo es perfectamente uno; nada separado, donde todo es absolutamente entero; en fin, nada imperfecto ni defectuoso, donde todo es perfecto y absoluto. En efecto, el Padre es todo lo que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; el Hijo es todo lo que El mismo, el Padre y el Espíritu Santo; igualmente, el Espíritu Santo es todo lo que es El mismo, el Padre y el Hijo. Y lo admirable es que este Todo es un solo y mismo todo, que no es ni más grande en las tres divinas personas juntas ni más pequeño en cada una de por sí. La razón es porque ellas no parten entre sí separadamente este verdadero y soberano bien, que es todo su ser, puesto que

\* PL 182, 1057.



no le poseen por participación, sino que son este mismo bien por su propia esencia. Y cuando con gran verdad se dice que el uno procede del otro y que el uno tiene relación con el otro, no se quiere dividir la divinidad, sino que se quiere solamente declarar la distinción de las personas. Pues, aunque se afirme muy propia y muy católicamente que en esta inefable e incomprensible esencia de la divinidad hay uno y uno a fin de distinguir las propiedades personales, con todo eso, no hay en ella una cosa y una cosa, sino una sola y simplicísima cosa; de suerte que la confesión de la trinidad no perjudica en manera alguna a la unidad de la esencia, así como la confesión de la unidad no destruye las propiedades de las personas. Por tanto, es menester que esta miserable comparación, o, por mejor decir, desproporción del genero y de la especie, igualmente que la del sello de metal con el metal de que está hecho, esté tan alejada de nuestros sentimientos como lo está de la verdad; tanto más cuanto que, siendo la relación que tienen el género y la especie una relación de inferior a superior, y no siendo Dios sino uno en su esencia, no puede haber verdadera conveniencia entre una tan grande igualdad y una tan grande desigualdad. Lo mismo hay que decir del metal y de un cierto metal, que no es otro que el sello de metal, puesto que Abelardo no emplea esta segunda comparación sino para servir de prueba a la primera. Siendo, pues, la especie, como he dicho, menor que el género, no conviene creer que esta diversidad se encuentre entre el Padre y el Hijo, ni tampoco decir con este novador que el Hijo es, respecto del Padre, lo que la especie respecto del género, el hombre respecto del animal, el sello de metal respecto del metal y una cierta potencia respecto de la potencia en general. Pues todas estas cosas tienen entre sí tal conexión por su propia naturaleza, que encierran necesariamente una relación de inferioridad y de superioridad las unas respecto de las otras; y, por consiguiente, no se debe admitir ninguna semejanza de estas cosas con este Ser simplicísimo, en quien nada se encuentra desigual ni desemejante. Notaréis fácilmente que la invención de estas comparaciones no puede venir sino de una prodigiosa ignorancia o de una extrema impiedad.

## CAPITULO III\*

COMBATE LA ABSURDA DOCTRINA DE ABELARDO, QUIEN ATRIBUYE A UNA SOLA PERSONA PROPIA Y ESPECIALMENTE LOS NOMBRES ABSOLUTOS Y ESENCIALES, QUE CONVIENEN A LAS TRES PERSONAS

5. Yo suplico a Vuestra Santidad que advierta todavía más claramente lo que este hombre siente, enseña y escribe. Dice que la potencia pertenece propia y especialmente al Padre, y la Sabiduría al Hijo. Es muy falso, puesto que el Padre es verdaderamente la sabiduría, y el Hijo la potencia; y lo que es común a entrambos, no puede ser propio y particular a cada uno de ellos. Ciertamente hay mucha diferencia entre los nombres que dicen relación a otra persona y los que no la dicen sino a la misma; de ahí viene que cada una tenga el suyo propio, que no es común a la otra. Pues el Padre no es el Hijo y el Hijo no es el Padre; porque por el nombre de Padre se hace ver que es Padre no respecto de sí mismo, sino respecto del Hijo. Igualmente, por el nombre de Hijo se quiere expresar que es Hijo por relación al Padre y no por relación a sí mismo. No es así de la potencia, ni de la sabiduría, ni de otros muchos atributos, que se refieren a sí mismos, mientras que el Padre y el Hijo dicen relación el uno al otro y no cada uno a sí mismo. Mas nuestro teólogo no está de acuerdo con nuestra doctrina. "Pues encuentro, dice, que la omnipotencia pertenece propia y especialmente a la propiedad personal del Padre, no sólo porque puede hacer todas las cosas junto con las otras dos personas, sino también porque sólo es de sí mismo y no recibe su ser de otro; y como tiene el ser de sí mismo, también tiene su potencia de sí mismo y no de otro"<sup>9</sup>. ¡Oh nuevo Aristóteles! Aun suponiendo que su razonamiento fuera verdadero, le pregunto si nosotros por la misma razón no podríamos decir que la sabiduría y la bondad pertenecen particularmente al Padre, puesto que el Padre las posee de sí mismo, como el ser y la potencia. Y si asiente a esto—puesto que no lo puede negar, si es cierto, su razón—, ¿qué se hará, le ruego, de esta noble partición por la que ha dado al Padre la potencia, y al Hijo la sabiduría, y al Espíritu Santo la bondad, como propiedades personales, puesto que es imposible que una misma y sola cosa pertenezca propia y particularmente a dos diferentes personas, es decir, que sea propia

\* [PL 182, 1058.

<sup>9</sup> *Abaelardi Theologiae* l. I p. 990.

y especial de cada una de ellas en particular? Escoja, pues, lo que quiera: o dar la sabiduría al Hijo y quitarla al Padre, o darla al Padre y quitarla al Hijo; igualmente, o atribuir la bondad al Espíritu Santo sin darla al Padre, o darla al Padre sin atribuirle al Espíritu Santo; o, en fin, desistir de hacer propios y personales los nombres que son comunes a todos, y no tener el atrevimiento de enseñar que la potencia pertenece propia y especialmente al Padre, porque la tiene de sí mismo, no sea que por la misma razón esté obligado a confesar que la sabiduría y la bondad que El tiene igualmente de sí, le pertezcan como propiedades especiales y personales.

6. Pero aguardemos un poco todavía y veamos que teóricamente contempla nuestro doctor las cosas invisibles que hay en Dios. Dice, como ya he notado, que la omnipotencia pertenece propiamente al Padre; y para hacerla entera y perfecta la establece en el gobierno y en el discernimiento. Añade que la sabiduría pertenece propiamente al Hijo, y declara al mismo tiempo que no es simple y absolutamente potencia, sino una cierta potencia, es decir, la potencia solamente de discernir. ¡Quizás teme hacer injuria al Padre si concede otro tanto poder al Hijo; y, como no osa darle la potencia entera, se satisface con darle, a lo menos, la mitad! Mas, a fin de dar más ilustración a su doctrina, se sirve de ejemplos muy conocidos de todo el mundo. Dice, pues, que la potencia de discernir, que es el Hijo, es una cierta potencia, al modo que el hombre es un cierto animal, y el sello de metal un cierto metal; y así, que la potencia de discernir, es decir, el Hijo, es, respecto de la potencia de gobernar y de discernir, a saber, el Padre, lo que el hombre respecto del animal y el sello de metal respecto del metal. "De la misma manera, dice, que, si una cosa es sello de metal, se sigue necesariamente ser metal; y, si una cosa es hombre, se sigue con la misma necesidad ser animal, aunque no se puedan volver los términos sin falsedad: del mismo modo, la divina Sabiduría, que es la potencia de discernir, exige que haya una potencia divina, mas no al contrario"<sup>10</sup> ¿Mas qué? ¿Quieres que, conforme a tu comparación, sea permitido concluir, como en las cosas precedentes, que por ser Hijo es preciso que sea Padre, es decir, que por ser Hijo sea también Padre, aunque no al revés? Si mantienes esta proposición, ciertamente eres hereje; y, si no la apruebas, tu comparación es nula y fuera de propósito.

7. ¿Para qué, pues, vas a buscarla tan lejos por tantos rodeos y sirviéndote de cosas tan remotas y tan poco

<sup>10</sup> *Abaelardi Theologiae* l. 2, p. 1083

convenientes a tu asunto? ¿Para qué tomas tanta pena por sacarla lustre? ¿Por qué empleas tantos discursos vanos e inútiles y la das tantos elogios a fin de imprimirla bien dentro de los espíritus, si no puede servir de nada a tu designio, que es manifestar que los miembros de tu comparación se reducen los unos a los otros por proporciones justas y convenientes? ¿No es tu designio y tu afán hacernos conocer por esta comparación la relación que hay entre el Padre y el Hijo? Con todo eso, aprendemos por tu misma doctrina que la posición o afirmación de hombres es necesariamente posición o afirmación de animal también, pero que no se debe concluir lo contrario, es decir, que de la posición o afirmación de animal no se sigue necesariamente que sea hombre al mismo tiempo. Porque, según la regla de tu dialéctica, la especie presupone el género, mas el género no presupone la especie. Pues, ya que comparas el Padre al género y el Hijo a la especie, para que la comparación sea verdadera y venga a tu propósito es preciso que hagas ver que a la posición o afirmación de ser Hijo se sigue necesariamente ser Padre también, aunque no al revés; a fin de que, como quien es hombre es también animal, pero no al revés, del mismo modo, quien es Hijo sea también necesariamente Padre, aunque no al revés. Mas la fe católica, que te es contraria enteramente en esto, desecha absolutamente la una y la otra de tus proposiciones, no pudiendo admitir que el Hijo sea el Padre ni que quien es el Padre sea también el Hijo. Pues es cierto que el Padre es uno y el Hijo otro, aunque el Padre no sea otra cosa que el Hijo. Y por estos términos de uno y otro la piedad de la fe sabe expresar más prudentemente la diferencia que hay entre las propiedades de las personas divinas y la unidad indivisible de la esencia; y, teniendo siempre un medio, marcha segura por el camino real, sin torcer a la derecha, confundiendo las personas, ni a la izquierda, dividiendo la substancia. Y si por el simple ser quieres decir que verdaderamente se infiere que, si el Hijo es, es preciso necesariamente que el Padre sea también, eso no hace nada en tu favor. Puesto que la naturaleza de la relación exige necesariamente que sea recíproca y que la misma verdad se encuentre en ambas proposiciones convertibles; lo que no conviene de ningún modo a la comparación que traes del género y de la especie o del metal y el sello de metal. Pues se puede decir con mucha verdad por el solo ser simple: si el Padre es, el Hijo es; y recíprocamente: si el Hijo es, el Padre es; pero nosotros no podemos establecer una consecuencia recíproca entre el hombre y el animal ni entre el sello de metal y el metal. Porque, aunque sea cierto decir: si hay



un hombre, hay un animal, la proposición recíproca, por la que se dijese: si hay un animal, hay un hombre, no es verdadera. Y del mismo modo, si hay un sello de metal, se sigue de ahí necesariamente que hay metal; mas de que haya metal no se puede concluir necesariamente que haya un sello de metal. Pero pasemos a lo demás.

8. Hemos visto hasta aquí cómo nuestro doctor establece toda la potencia en el Padre y una cierta potencia en el Hijo; ahora es preciso que nos declare su pensar acerca del Espíritu Santo: "La misma bondad, dice, expresada por el nombre de Espíritu Santo, no es en Dios ni potencia ni sabiduría" <sup>11</sup>. Yo veía a Satanás caer del cielo como un relámpago <sup>12</sup>. También de esta suerte debe caer aquel que no ama sino las alturas y se eleva siempre por encima de sí mismo. Y vos, ¡oh Padre santo!, bien veis qué grado, o, por decir mejor, qué precipicios, se ha preparado este temerario para su ruina; es a saber, estos términos nuevos de *toda potencia*, de *semipotencia* y de *ninguna potencia*. Ciertamente, yo me lleno de horror sólo al oírlos nombrar, y creo que este horror es más que suficiente para refutarlos. Es preciso, con todo eso, que traiga un testimonio de la Escritura santa, que, en medio de la turbación en que estoy, se me presenta a fin de rebatir la injuria que este desventurado hace al Espíritu Santo. Leemos en Isaías: *Espíritu de sabiduría, espíritu de fortaleza* <sup>13</sup>. Y no es necesario más, ya que no para reprimir enteramente, a lo menos para convencer manifiestamente la temeridad atrevida de este novador. ¡Oh lengua insolente y orgullosa! Doy que se te perdona la injuria que haces al Padre y al Hijo; mas ¿cómo osas esperar perdón de las blasfemias que vomitas contra el Espíritu Santo? ¿No ves al ángel de Dios, que te aguarda y que te va a dividir por medio para castigar tu impiedad, con que presumes decir que el Espíritu Santo no es en Dios ni la potencia ni la sabiduría? Así es como la soberbia se precipita cuando quiere avanzar demasiado.

<sup>11</sup> *Abaelardi Theologiae* l. 2, p. 1085.

<sup>12</sup> Lc. 10, 18.

<sup>13</sup> Is. 11, 2.

## CAPITULO IV \*

## REFUTA LA DEFINICIÓN DE LA FE POR LA CUAL ABELARDO DICE QUE ES UNA OPINIÓN

9. No hay que admirar que este hombre, que no se toma pena ninguna de cuanto habla, osando entrarse en la profundidad de la fe, no recele invadir y destrozar con desacato e irreverencia los sagrados tesoros de la piedad, puesto que él mismo tiene tan malos sentimientos de la piedad de la fe. Desde el comienzo de su teología, o, diciendo mejor, de sus extravagancias, define la fe diciendo que es una opinión<sup>14</sup>. ¿Como si fuera permitido a cada uno creer y hablar en esta materia según su fantasía o como si los sacramentos de nuestra fe dependiesen de la incertidumbre de vanas y diversas opiniones de los hombres, o, más bien, no estuviesen fundados sobre una verdad cierta e indubitable! ¿No es verdad que, si fluctúa nuestra fe, nuestra esperanza será vana y sin seguridad? Nuestros mártires, pues, estarían destituidos del buen sentido en sufrir tan crueles tormentos por unas cosas inciertas y en soportar un tan largo y penoso destierro por una recompensa muy dudosa y tan mal asegurada. Mas no permita Dios que creamos, como este miserable, que hay algo dudoso en nuestra fe o en nuestra esperanza; sabemos muy seguramente que todo está apoyado sobre la verdad sólida e inmutable, que todo está verificado por milagros y oráculos divinos y que todo está establecido y consagrado por el parto de la Virgen, por la sangre de nuestro Redentor y por la gloria de Jesucristo resucitado. Nada hay tan creíble como estos testimonios divinos. Mas, si ellos no bastan todavía para asegurar nuestras dudas, he ahí que el Espíritu Santo mismo nos da testimonio de que somos verdaderamente hijos de Dios. ¿Quién se atreve a decir que la fe es una opinión sino aquel que no ha recibido todavía el Espíritu Santo, que no sabe el Evangelio o le tiene por una fábula o por una quimera? Sé, dice el Apóstol, *a quién he creído, y estoy cierto de no ser engañado*<sup>15</sup>. Y con todo eso, te oigo murmurar que la fe es una opinión. ¿Quieres hacerme pasar por una cosa dudosa lo que es más cierto del mundo? Muy diferente parecer tenía en esto San Agustín: “La fe, dice este gran Padre de la Iglesia, no es una conjetura ni una simple opi-

\* PL 182, 1061.

<sup>14</sup> *Theologiae* l. I, p. 977 y 1061.

<sup>15</sup> 2 Tim. I, 12.

nión en el corazón de aquel en que reside, sino una ciencia muy cierta, de la que recibe las seguridades por el testimonio de la propia conciencia". No creas, pues, no creas que la fe cristiana tenga unos límites tan dudosos y tan inciertos. Estas opiniones y estas incertidumbres no pertenecen sino a los filósofos académicos, que hacen profesión de dudar de todas las cosas y de no saber nada. Mas, por lo que a mí toca, me suscribo animosamente al pensamiento del Doctor de las naciones y estoy muy seguro de no ser engañado. Confieso que la definición que da de la fe me agrada muchísimo, aunque por lo bajo este novador testifique bastante que no la aprueba. *La fe, dice San Pablo, es la substancia de las cosas que se deben esperar y la seguridad de aquellas que no son visibles*<sup>16</sup>. Dice que es la substancia y el fundamento de nuestras esperanzas y no una fantasía de mil conjeturas extravagantes. Así, este término de substancia no nos permite creer ni disputar en la fe según nuestra imaginación, ni vagar a aquí y allá por el vacío de las opiniones o por el extravío de los errores. La substancia dice cosa fija y determinada y se encierra en ciertos términos y límites. No es, pues, la fe una opinión, sino una certidumbre.

10. Mas yo os ruego que notéis todavía los demás errores suyos. No quiero hablar aquí de lo que dice: que nuestro Señor no ha tenido el espíritu del temor del Señor; que no habrá en el cielo el casto temor del Señor; que los accidentes que quedan después de la consagración del pan y del vino permanecen en el aire; que las sugerencias del demonio se hacen en nosotros por el contacto de ciertas piedras y de ciertas yerbas, de que estos malignos espíritus se sirven diestramente según el conocimiento que tienen de la virtud particular y de las diversas propiedades de estas cosas para excitar en nosotros pasiones diferentes e incitarnos a diferentes pecados; que el Espíritu Santo es el alma del mundo; que el mundo, según las ideas de Platón, es un animal tanto más noble cuanto tiene un alma más excelente, que es el Espíritu Santo. En lo cual, a medida que se fatiga en hacer a Platón cristiano, nos da todas las pruebas de que él es un pagano. Mas, como ya he dicho, paso todas estas cosas en silencio, así como otras extravagancias de esta misma naturaleza, que son muchas, para venir a otras de mayor trascendencia. Ni, con todo eso, pretendo responder exactamente aun a solas éstas, pues para eso sería menester escribir grandes volúmenes; hablaré únicamente de aquellas de que absolutamente no puedo callar.

<sup>16</sup> Hebr. II, I.

## CAPITULO V\*

REPRENDE A ABELARDO PORQUE PREFIERE SUS PENSAMIENTOS Y SUS IMAGINACIONES A LOS COMUNES SENTIMIENTOS DE TODOS LOS PADRES, PARTICULARMENTE EN EL LUGAR EN QUE DICE QUE JESUCRISTO NO SE ENCARNÓ EXPRESAMENTE PARA LIBRAR AL HOMBRE DEL PODER DE SATANÁS

11. Este hombre presuntuoso, que quiere penetrar con su acostumbrada temeridad en los más profundos abismos de la divina Majestad, empuñando hablar del misterio de nuestra redención, confiesa desde el principio de su tratado que todos los doctores de la Iglesia son de un mismo parecer sobre este asunto (esto lo he leído yo mismo en su libro de las *Sentencias* y en una cierta explicación que ha hecho de la carta a los Romanos). Mas lo que hace parecer su audacia insoportable es que, conociendo esta doctrina ortodoxa de los Santos Padres, la desecha con menosprecio y se alaba insolentemente de que tiene otra mejor, sin recelar en manera alguna, contra la prohibición del Sabio, traspasar los antiguos términos que nuestros Padres han prescrito<sup>17</sup>. "Es preciso notar, dice, que todos nuestros doctores que han vivido después de los apóstoles convienen en este punto: que el diablo tenía un poder y un imperio sobre el hombre, de quien era justamente señor porque, abusando el hombre de la libertad de su albedrío, había voluntariamente consentido en la sujeción del demonio. La razón que dan para esto es la ley del vencedor, por cuanto, si alguno alcanza victoria sobre otro, el vencido, por el derecho mismo, se hace esclavo del vencedor". "Y ved ahí, dice, la necedad que, según el parecer de estos doctores, obligó al Hijo de Dios a encarnarse, a fin de que el hombre, que no podía recobrar su libertad por otro camino, fuese muy justamente librado de la servidumbre del demonio por la muerte de este inocente". "Mas por lo que a mí toca, añade, no puedo persuadirme ni a que el diablo haya tenido jamás algún derecho sobre el hombre, sino quizá, permitiéndolo Dios así, en calidad de carcelero, ni a que el Hijo de Dios haya querido tomar carne humana para sacar al hombre de la esclavitud y darle libertad". ¿Qué es más intolerable en estas palabras: su blasfemia o su arrogancia? ¿Qué más digno de castigo: su temeridad o su impie-

\* PL, 182, 1062.

<sup>17</sup> Prov. 22, 28.



dad? ¿No sería más justo cerrar esta boca maldiciente con un palo que refutar sus extravagancias con razones ordenadas? En efecto, ¿no provoca con justicia las manos de todos contra sí, puesto que las suyas están armadas contra todos? Todos los Padres, dice, son de este sentir, mas yo no. ¡Ah! ¿Quién eres tú para hablar de esta suerte? ¿Qué traes mejor fundamentado? ¿Has encontrado algo más sutil que los otros? ¿Puedes alabarte de haber tenido revelación particular de alguna verdad oculta que haya estado escondida a tantos santos e incógnita a tantos sabios? Es claro que este hombre no nos servirá sino unas aguas robadas y unos panes escondidos, según el lenguaje de la Escritura.

12. No dejes, con todo eso, de decirnos tu pensamiento y de descubrirnos lo que no ha estado jamás en el espíritu de ningún doctor. ¿No dices que el Hijo de Dios se hizo hombre sin haber tenido el designio de sacar al hombre de su cautiverio? Si éste es tu parecer, te es muy particular y efectivamente no común a otro alguno. Pero a ti toca ver dónde has aprendido tan bella doctrina. Porque seguramente no la has podido recibir de ningún sabio, ni de ningún profeta, ni de ningún apóstol, ni del mismo Jesucristo. El Doctor de las Gentes nos ha enseñado lo que ha aprendido de nuestro Señor <sup>18</sup>. El Maestro de todos los hombres confiesa que su doctrina no es de El. *No hablo*, dice, *de mí mismo* <sup>19</sup>. Y tú nos traes una doctrina que es de ti solo y que no has aprendido de ninguno. *El que profiere palabras mentirosas*, dice San Juan, *las saca de su propio fondo* <sup>20</sup>. Por eso te dejo muy gustoso lo que es tuyo. Yo prefiero escuchar con humildad a los profetas y a los apóstoles, prefiero obedecer sencillamente al Evangelio, mas no al evangelio de Pedro Abelardo. Nos forjas un nuevo evangelio, mas la Iglesia no recibe un quinto evangelista. La ley, los profetas, los apóstoles y los hombres apostólicos no nos predicán otra cosa que cuanto tú solo tienes el atrevimiento de negar; es a saber, que Dios se hizo hombre para poner al hombre en libertad. Y, si un ángel bajara del cielo a la tierra para anunciar otra doctrina, sería preciso pronunciar anatema contra él.

13. Mas tú, que presumes haber recibido más luces que todos tus maestros juntos, rehusas conformarte con el parecer de todos los doctores que han ilustrado a la Iglesia después de los apóstoles. Y aun no tienes vergüenza de decir que son contrarios a tu opinión, puesto que convienen juntamente en una misma sentencia. En vano te propondría

<sup>18</sup> 1 Cor. II, 23.

<sup>19</sup> Io. 7, 16; 14, 10

<sup>20</sup> Io. 8, 44.

yo su creencia y su doctrina, puesto que los has ya proscrito; te emplazaré, pues, y conduciré delante de los profetas. Ve aquí no un profeta, sino al Señor de los profetas, que, hablando por la boca de un profeta a su pueblo rescatado bajo la figura de Jerusalén, le dice estas palabras: *No temas, yo te salvaré y te libraré* <sup>21</sup>. ¿Preguntas de qué potestad? Tú no quieres que al presente el demonio haya tenido ni tenga alguna sobre el hombre. Y, ciertamente, yo no lo quisiera tampoco. Mas, aunque tú y yo no lo queramos, él no deja, con todo eso, de tenerla. Y, si tú tienes dificultad en confesarlo y reconocerlo, *todos aquellos que han sido rescatados por el Señor y sacados del poder de su enemigo* lo confiesan y lo publican altamente. Tú mismo no podrías negarlo si no estuvieses bajo la potestad de tu enemigo. Si no puedes rendir gracias con aquellos que han sido rescatados, no eres de este dichoso número. Si, en efecto, estuvieras rescatado, reconocerías a tu Redentor y no negarías tu rescate. Mas el que no conoce su cautiverio, no se cuida de buscar su libertad. Al contrario, los que le sienten *han clamado al Señor, y el Señor les ha oído y les ha sacado del poder de su enemigo. Aquellos, dice el profeta, que ha librado del poder de su enemigo, les ha juntado de diversas naciones* <sup>22</sup>. Donde es preciso reconocer que el Autor de esta reunión es Aquel mismo de quien Caifás profetizó en el Evangelio que moriría por su nación. A lo que San Juan añadió que *no moriría solamente por su nación, sino también para reunir y congregar a los hijos de Dios que estaban dispersados* <sup>23</sup>. ¿Dónde estaban dispersados? En todas las regiones. Es, pues, verdad decir que ha juntado de diversas regiones a los que ha rescatado. No los juntaría si no los rescatara; porque no estaban dispersados solamente, sino que también estaban en el cautiverio. Les redimió y después les reunió, mas les redimió del poder de su enemigo. No hay sino sólo un enemigo, pero hay muchas naciones libradas, según lo que está escrito: *Les ha congregado no de una región, sino de diversas regiones, del oriente y del occidente, del septentrión y del mediodía* <sup>24</sup>. Mas ¿quién es ese Príncipe tan poderoso que no dominó en un país solo, sino en toda la tierra? Ciertamente, no conozco a otro que a Aquel de quien un profeta dijo: Sorberá sin admirarse un río entero, esto es, el linaje humano; y tendrá confianza todavía de que aun el Jordán, es decir, los escogidos vendrán a caer en su boca <sup>25</sup>. Dichosos aquellos que no han caído en esa boca desgraciada sino para ser sacados de ella y que no han entrado allí sino para salir.

<sup>21</sup> Soph. 3, 16. 17

<sup>22</sup> Ps. 106, 2. 6

<sup>23</sup> Io. 11, 51. 52

<sup>24</sup> Ps. 106, 3.

<sup>25</sup> Iob 40, 18.

14. Mas ¿qué? Puede ser que no creas a los profetas, aunque ellos convengan unánimemente en este gran poder que el demonio tiene sobre el hombre. Ven, pues, conmigo y dirijámonos a los apóstoles. Has declarado que no estás de acuerdo con los que han vivido después de los apóstoles, mas debes rendirte, a lo menos, al parecer de los apóstoles; por si quizá también te sucede a ti lo que uno de ellos ha dicho de algunos hombres: *Quizás les dé Dios un arrepentimiento saludable y les haga conocer la verdad, a fin de que por este medio se puedan retirar de la servidumbre del demonio, que les tiene cautivos en sus lazos y les hace obedecer a su voluntad*<sup>26</sup>. San Pablo es quien habla así y quien nos asegura que todos los hombres son esclavos del demonio, de suerte que dispone de ellos a su voluntad. ¿Cómo, pues, puedes negar que tenga potestad, cuando el Apóstol reconoce en él una voluntad tan absoluta? Y si, en fin, no crees en la autoridad de San Pablo, es preciso por último resorte recurrir a Jesucristo mismo por si quizá le oyes y te aquietas a su doctrina. Nuestro Señor mismo, hablando del diablo, le llama *príncipe de este mundo*<sup>27</sup> y *el fuerte armado*<sup>28</sup> que tiene en su posesión los vasos<sup>29</sup>; y, no obstante, ¿tienes tanta temeridad que llegas a decir que no tiene poder ninguno sobre los hombres? ¿Piensas que por la palabra *casa*, de que usa en este lugar, entiende otra cosa que el mundo, y por la palabra *vasos* otra cosa que los hombres? Pues, si quedas de acuerdo y confieras que el mundo es la casa del diablo y que los hombres son sus vasos, ¿cómo puedes sostener que no tiene poder ninguno sobre los hombres? ¿No sabes lo que nuestro Señor dijo a los que se apoderaban de su persona en el jardín de los Olivos: *Ved ahí vuestra hora y la potestad de las tinieblas*?<sup>30</sup> No ignoraba San Pablo este poder cuando decía: *Nos ha librado de la potestad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino brillante de luces de su Hijo*<sup>31</sup>. Nuestro Señor mismo no ha tenido dificultad en confesar que el diablo, igualmente que Pilatos—que era uno de sus miembros—, había tenido potestad sobre El cuando replicó: *No tendrías ninguna potestad sobre mí si no te hubiera sido dada de lo alto*<sup>32</sup>. Y si este poder dado de lo alto se ha ejercido con tanto rigor sobre el leño verde, ¿no se habrá atrevido el demonio a tocar el leño seco? Por lo demás, no creo que nuestro doctor quiera negar este poder como injusto, puesto que es Dios mismo quien se le da al demonio. Y sepa que el diablo no ha tenido solamente este poder

<sup>26</sup> 2 Tim. 2, 25 26.<sup>27</sup> Io. 14, 30<sup>28</sup> Lc. 11, 21<sup>29</sup> Mt. 12, 29.<sup>30</sup> Lc. 22, 53.<sup>31</sup> Col. 1, 13.<sup>32</sup> Io. 19, 11.

sobre los hombres, sino que le ha tenido también con gran justicia, a fin de que por una consecuencia necesaria reconozca que el Hijo de Dios ha venido a la tierra a vestirse de nuestra carne para librar a los hombres del poder de su enemigo. En fin, decimos que el poder del diablo ha sido justo, mas no su voluntad. Así, el diablo no ha sido justo al hacerse dueño del hombre y el hombre no ha sido justo al merecer caer en la esclavitud; mas Dios ha manifestado su justicia al abandonar al hombre al poder del diablo. Es la voluntad y no la potestad lo que hace a una persona justa o injusta. Por tanto, aunque el diablo no haya adquirido el poder que ha tenido sobre el hombre por un derecho de justicia, sino que, en efecto, le ha usurpado con su propia malicia, con todo eso, ha sido muy justo para la voluntad de Dios, que lo ha permitido. Así, pues, justamente el hombre ha sido hecho esclavo del diablo; mas de tal modo, que esta justicia no se encuentra en el hombre ni en el demonio, sino en sólo Dios, que lo ha ordenado así.

## CAPITULO VI\*

DIOS NO HA USADO SOLAMENTE DE MISERICORDIA, SINO TAMBIÉN DE JUSTICIA, EN LA OBRA DE LA REDENCIÓN DEL HOMBRE

15. Es, pues, cierto que el hombre fué justamente reducido a la servidumbre y que la misericordia le ha librado de ella; mas de tal suerte ha obrado la misericordia, que no ha faltado tampoco la justicia aun en esta grande obra de nuestra redención. También así resplandeció más la misericordia del Libertador, al servirse de la justicia antes que de la potencia para combatir a este injusto usurpador; y esto mismo convenía más a los medios que era menester tomar para la libertad de un criminal. Porque ¿qué podría el hombre hacer por sí mismo para recobrar la justicia que había perdido, siendo esclavo del pecado y cautivo del demonio? Era menester, pues, aplicar la justicia de otro a quien carecía de la suya propia; lo que sucedió de esta manera: el príncipe de este mundo vino y no encontró nada que le pudiese pertenecer en el Salvador del hombre. Y como, sin embargo de eso, puso sus manos sacrílegas en este Inocente, justísimamente perdió los reos que tenía bajo de su dominio cuando Aquel que no era deudor de algún tributo a la muerte, habiendo aceptado voluntariamente una

---

\* PL 182, 1065.



muerte ignominiosa, por el mismo derecho de justicia, libró a los reos tanto de la servidumbre de la muerte como del imperio del demonio. ¿Con qué justicia, pues, se podría pedir segunda vez este tributo al hombre? Porque, si el hombre ha sido deudor, también ha pagado la deuda. Pues, como dice el Apóstol, *Si un hombre ha muerto por todos los otros, luego todos los otros estaban muertos*<sup>33</sup>, sin duda a fin de que la satisfacción de uno solo sea imputada a todos, así como aquel otro solo llevó los pecados de todos, y ya no haya ocasión de decir que quien ha cometido el crimen es otro que aquel que ha satisfecho, porque el Cuerpo y la Cabeza es un solo Jesucristo. La Cabeza, pues, ha satisfecho por sus miembros; Jesucristo por sus entrañas cuando, según el Evangelio de San Pablo, que convence a Pedro Abelardo de mentira, habiendo muerto por nosotros, nos ha hecho revivir con El, perdonándonos todos nuestros crímenes y deshaciendo el decreto de nuestra condenación, por el que todos estábamos sujetos a la muerte; y, habiéndole arrancado de las manos del demonio, le ha clavado en la cruz; de este modo ha despojado a los principados y a las potestades del infierno<sup>34</sup>.

16. Dios quiera que me encuentre yo entre estos despojos quitados a las potencias enemigas y que sea restituído a la posesión de mi divino dueño. Si Labán me persigue y me echa en cara que le he abandonado secretamente, sepa que había ido a él en secreto, y que por eso me he retirado de la misma manera. Un pecado cometido en secreto me había sujetado a su dominación y una justicia todavía más secreta me ha librado dichosamente de ella. O, si he sido gratuitamente vendido, ¿no podré ser gratuitamente rescatado? Si Asur me ha calumniado sin causa, ¿por qué pide la causa de mi evasión? Si me dice que mi padre me ha puesto en la esclavitud, le responderé que también mi hermano me ha librado de ella. Puesto que mi delito se ha derivado de un origen extraño a mí, ¿por qué no podrá venir también mi justificación de otra parte? Otro me ha hecho pecador y otro me justifica del pecado; lo uno viene del origen y lo otro viene de la sangre. ¿Por ventura el pecado sacará más fuerza de la raza del pecador que la justicia de la sangre de Cristo? Mas dirá: la justicia quede a quien le pertenece; ¿qué parte tienes tú en ella? Bien; sea así. Pero al mismo tiempo, sea la culpa imputada solamente a su autor; ¿qué parte debo yo tener en ella? ¿Es razonable que la justicia no sea ventajosa sino al Inocente y que la impiedad sea dañosa a otros que al culpable? No se compone bien que el hijo lleve la iniquidad

<sup>33</sup> 2 Cor. 5, 14.

<sup>34</sup> Col. 2, 13, 14.

del padre y sea destituido de la justicia del hermano. La muerte ha venido por un hombre y la vida nos ha sido dada por otro hombre. Porque, *así como todos los hombres mueren en Adán, así todos también serán vivificados en Jesucristo*<sup>35</sup>; de manera que no pertenezco de tal suerte a aquél, que no pertenezca también a éste. Y si soy del uno por la carne, soy del otro por la fe. Si he sido infestado en Adán por la concupiscencia original, he sido ungido en Jesucristo por su gracia espiritual. ¿Por qué se me ha de imputar más la prevaricación? Si se me echa en cara la generación, presento mi regeneración. La sola diferencia que hay entre ellas es que la una es carnal, y la otra espiritual. Mas la razón y equidad no sufren que entrambas se balanceen y compitan, sino que es justicia que el Espíritu pueda más que la carne y que su virtud sea tanto más eficaz cuanto su naturaleza es más excelente y más noble: y así, que la segunda generación me traiga más bienes y ventajas que males me ha causado la primera. Es verdad que el pecado ha descendido hasta mí, mas la gracia también ha llegado hasta mí. *Pero no es la gracia como el pecado, pues mientras la condenación de todos los hombres ha venido por un solo pecado, les ha sido dada la justificación por la gracia después de muchos pecados*<sup>36</sup>. El pecado ha descendido del primer hombre, mas la gracia ha venido de lo más alto de los cielos. Lo uno y lo otro ha venido de mis padres, aquello del primero, esto del Sumo. Mas, si mi nacimiento terrestre ha sido capaz de perderme, ¿cuánta mayor razón mi nacimiento celestial podrá conservarme? Tampoco temo ser desechado del Padre de las luces después que he sido arrancado de esta suerte a la potestad de las tinieblas y justificado plenamente por la sangre de su Hijo. Sin duda, El mismo me justifica; ¿quién se atreverá a condenarme? Aquel que ha hecho misericordia con el pecador, no condenará al inocente. Si me atrevo a llamarme justo, sé que esto es por su justicia. Y, si quiero saber cuál es esta justicia, San Pablo en la Carta a los Romanos nos enseña que Jesucristo es el cumplimiento de la ley para la justificación de todos aquellos que creen en El<sup>37</sup>. Y dice todavía que ha sido hecho justicia por Dios Padre para nosotros<sup>38</sup>. ¿Qué? La justicia que ha sido hecha para mí, ¿no será para mí? Si el pecado de otro se ha hecho mío por mi comunicación con él, ¿por qué la justicia de otro, que me ha sido concedida, no ha de ser mía? Ciertamente hay más seguridad en la que me ha sido donada que en la que ha nacido conmigo. Es verdad que ésta tiene gloria, pero no delante de Dios, mientras que aquélla,

<sup>35</sup> I Cor. 15, 21, 22

<sup>36</sup> Rom. 5, 16.

<sup>37</sup> Rom. 10, 4.

<sup>38</sup> I Cor. 1, 30.

que produce eficazmente mi salvación, no tiene materia de gloriarse sino en el Señor. *Aunque soy justo*, dice Job, *no levantaré la cabeza* <sup>39</sup>; sin duda por temor de que me respondan: *¿Que tienes que no hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo has recibido?* <sup>40</sup>

## CAPITULO VII \*

REPRENDE AGRIAMENTE A ABELARDO DE QUE INTENTE CON TANTA IMPIEDAD COMO TEMERIDAD PENETRAR EN LOS SECRETOS DE DIOS Y EXTENUARLOS

17. Vea ahí, pues, la justicia que el hombre ha recibido por la sangre del Redentor; pero que Abelardo, este hombre de perdición, desechándola con menosprecio, trata de anonadar, de tal suerte que cree y enseña que todo lo que Jesucristo ha obrado por nuestra salvación cuando, siendo el Señor de la gloria, se ha abatido hasta la nada, se ha hecho inferior a los ángeles, ha nacido de una mujer, ha vivido en el mundo con los hombres, ha experimentado nuestras enfermedades, ha sufrido mil indignidades en su persona y, en fin, ha querido volver a su gloria por la muerte ignominiosa de la cruz; cree, vuelvo a decir, y sostiene que Jesucristo no ha obrado todas estas maravillas entre los hombres, sino para darles un modelo de bien vivir con sus ejemplos y con su doctrina y para hacerles conocer, con sus sufrimientos y con su muerte, la extensión de su caridad. ¿Conque enseñó la justicia y no la dió, manifestó la caridad, pero no la infundió, y de esta suerte se volvió a su reino? ¿A esto, pues, estarán reducidas todas las ventajas de este admirable misterio de amor y de verdad que nos ha sido manifestado en la carne, que el Espíritu Santo ha justificado, que ha sido descubierto a los ángeles, predicado a las naciones, confiado al mundo y elevado también hasta la mansión de la gloria? <sup>41</sup> ¡Oh doctor incomparable!, que al mismo tiempo que cree tener bastantes luces para darse entrada en los más profundos abismos de la divinidad y para hacerles fáciles y accesibles a todos los que quiere ilustrar con su doctrina, pone con sus mentiras tan llano y tan descubierto este sacramento altísimo y misterio incomprensible, escondido a todos los siglos pasados, que los profanos mismos y los incircuncisos pueden tener aquí libre acceso y comprenderlo sin trabajo. Como si

<sup>39</sup> Iob 10, 15.

<sup>40</sup> I Cor. 4, 7.

\* PL 182, 1067.

<sup>41</sup> I Tim. 3, 16.

la sabiduría divina no hubiera acertado a precaver o hubiera despreciado lo que ella misma había prohibido y hubiera consentido en dar a los perros las cosas santas y en arrojar las piedras preciosas a los puercos. No, esto no es así; pues, aunque este misterio ha sido manifestado en la carne, con todo eso, ha sido justificado por el testimonio del Espíritu Santo a fin de que las cosas espirituales no sean comunicadas sino a los espirituales y el hombre animal y sensual no pueda penetrar en los secretos del Espíritu de Dios; y por este medio permanezca cierto y averiguado que nuestra fe no está fundada sobre la elocuencia de las palabras humanas, sino sobre la omnipotente virtud de Dios. Y por eso ha dicho el Salvador del mundo dirigiéndose al Eterno Padre: *Te adoro y te doy gracias, Padre mío, que eres el Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estos misterios a los sabios y a los prudentes del siglo y los has descubierto a los pequeños*<sup>42</sup>. Y el Apóstol: *Aunque mi evangelio está encubierto, lo está para aquellos que perecen*<sup>43</sup>.

18. En fin, os pido que notéis cómo se burla este hombre de todo lo que viene del Espíritu de Dios, pareciéndole que todas estas cosas son unas locuras; cómo insulta a San Pablo porque nos descubre la sabiduría infinita de Dios encerrada en este misterio adorable y cómo lanza invectivas contra el Evangelio y blasfema contra la Majestad divina. ¡Cuánto más prudente sería si se sometiese humildemente a creer lo que no puede comprender por sus propias luces y si no tuviera la temeridad de menospreciar y poner a sus pies un misterio tan santo y tan respetable! Mas yo no terminaría nunca si quisiera responder a todas las impertinencias y calumnias que levanta contra los sabios designios de Dios. Me contentaré con referir algunas, de las que fácilmente se podrán inferir las demás. Puesto que Jesucristo, dice, rescató solamente a los predestinados, ¿cómo los dominaba el diablo ya en esta vida, ya en la otra? Respondo que por esta misma razón, siendo el diablo dueño de los escogidos y teniéndolos cautivos bajo de su tiranía<sup>44</sup>, tuvieron necesidad de un Libertador a fin de que el decreto de Dios que había sido hecho en su favor fuese plenamente ejecutado. Y, sin duda, durante su vida era menester librarlos a fin de que pudieran gozar en la otra de una entera libertad. Añade seguidamente y pregunta: ¿El diablo atormentaba al pobre que reposaba en el seno de Abrahán del mismo modo que al rico condenado a las llamas del

<sup>42</sup> Mt. 11, 25.

<sup>43</sup> 2 Cor. 4, 3.

<sup>44</sup> 2 Tim. 2, 26.



infierno? ¿O tenía poder sobre las personas de Abrahán y de los otros predestinados? Respondo que no le tenía; mas le habría tenido si no hubiesen sido librados por la fe en Jesucristo que había de venir, así como está escrito de Abrahán: *Abrahán creyó en las promesas de Dios, y eso le fué imputado a justicia* <sup>45</sup>. Y en otra parte: *Abrahán se regocijó con la esperanza de ver el día de mi venida. Le vió y se alegró* <sup>46</sup>. Por tanto, desde ese mismo tiempo la sangre de Jesucristo servía a Lázaro como de un dulce rocío para estorbar que sintiese el ardor de las llamas, porque había creído que vendría un día a padecer por los cristianos. Lo mismo hay que decir de todos los predestinados que vivían entonces; habían nacido, igualmente que nosotros, bajo la potencia de las tinieblas a causa del pecado original; mas antes de salir de esta vida fueron librados de él por la sangre de Jesucristo. Así, San Mateo dice en el Evangelio: *Las turbas que marchaban delante de él y las que le seguían clamaban diciendo: Gloria sea al Hijo de David; bendito el que viene en el nombre del Señor* <sup>47</sup>. Es, pues, verdad que las tropas de los escogidos bendijeron a Jesucristo no solamente cuando vino a la tierra en la carne, sino también antes de que viniese y aun todavía después de su venida; aunque, a la verdad, los primeros que precedieron no recibieron una bendición entera, habiendo sido reservada esta prerrogativa solamente para el tiempo dichoso de la gracia.

## CAPITULO VIII \*

POR QUÉ JESUCRISTO SE HA SERVIDO DE UN MEDIO TAN ÁSPERO Y PENOSO PARA LIBRARNOS, PUESTO QUE BASTABAN UN SOLO ACTO DE SU VOLUNTAD O UN PURO MANDATO SUYO

19. Nuestro teólogo prosigue en su designio y hace grandes esfuerzos para mostrar que el diablo ni ha podido ni ha debido arrogarse ningún poder sobre el hombre sin una expresa permisión de Dios; y que, si Dios quiere hacer misericordia con su fugitivo, puede muy justamente, y sin hacer ningún agravio al demonio, traerle a sí y con una sola palabra retirarle de su miseria. ¿Como si hubiera alguno que le contestase esta verdad! En fin, pasa adelante y, después de muchos discursos, concluye de esta manera: “¿Qué necesidad, pues, qué razón o qué conveniencia había

<sup>45</sup> Gen. 15, 6.

<sup>46</sup> Io. 8, 56.

<sup>47</sup> Mt. 21, 9.

\* PL 182, 1068.

en que, encarnado el Hijo de Dios para nuestra salvación, sufriese tantas miserias, tantos oprobios, los golpes de los azotes, las salivas y, en fin, muriese en una cruz como un malvado con tanto dolor como ignominia, puesto que la bondad divina podía librar al hombre de su pecado con sólo mandarlo?" Mas yo le respondo que fué nuestra propia necesidad quien lo exigía así. Necesidad, a la verdad, dura, puesto que nosotros estábamos postrados en las tinieblas y sombra de la muerte. Digo más: era necesario igualmente por nosotros, por la gloria de Dios y por el interés de sus ángeles, para que sus sillas, que permanecían vacías, fuesen llenadas. Mas la principal razón de esta obra ha sido la infinita bondad de aquel que la ha ejecutado. En efecto, ¿hay persona alguna en el mundo que pueda negar razonablemente que el Todopoderoso haya tenido entre sus manos una infinidad de otros medios de rescatarnos, de justificarnos y de recobrar nuestra libertad? Mas este que él ha escogido entre muchos, lejos de ser menos eficaz, tiene, por el contrario, más poder y fuerza que los otros. Porque, estando nosotros sepultados en una tierra de olvido, estos grandes excesos que nuestro Redentor ha sufrido por librarlos nos representan más vivamente y nos hacen reconocer más eficazmente la grandeza de nuestra caída y la extremidad de nuestra miseria. Y puedo decir que de otra suerte los hombres no habrían jamás conocido ni podido comprender las riquezas infinitas que están encerradas en este misterio adorable de nuestra redención. No habrían podido jamás descubrir los tesoros que contiene en sí la profundidad impenetrable de este misterio en asunto de gracias, las relaciones y las conveniencias admirables de estos medios con la sabiduría divina, los nuevos rasgos de belleza que añaden a la gloria y las grandes ventajas que traen a nuestra salvación. Por eso, el profeta Habacuc, al considerar estas maravillas, se llena de pasmo sin poder comprenderlas <sup>48</sup>. Y el precursor del Señor confiesa que no es digno de penetrarlas <sup>49</sup>.

20. Mas, si no nos es permitido buscar con demasiada curiosidad los secretos de la voluntad divina, nos es, con todo eso, agradable sentir los efectos de este misterio y recibir su fruto y sus ventajas. Y lo que nos es lícito saber no nos es lícito callar. *Honra a los reyes de la tierra ocultar sus designios, pero glorifica a Dios inquirir sus voluntades* <sup>50</sup>. ¡Oh palabra llena de verdad y muy digna de ser recibida por todo el mundo con grande alegría: Hemos sido

<sup>48</sup> Hab. 3, 2, según los LXX.

<sup>49</sup> Io. 1, 27.

<sup>50</sup> Prov. 25, 2.

reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo<sup>51</sup> cuando estábamos todavía metidos en el pecado! Pues, si hay reconciliación, hay también remisión de los pecados. Porque si, como dice la Escritura, *nuestros pecados ponen separación entre Dios y nosotros*<sup>52</sup>, es indudable que permaneciendo el pecado en nosotros no podía haber reconciliación. ¿En dónde está, pues, la remisión de los pecados? Vela en las palabras de nuestro Salvador: *Este cáliz del Nuevo Testamento está establecido en mi sangre, que será derramada por vosotros y por la remisión de los pecados*<sup>53</sup>. Es, pues, verdad que la remisión de los pecados se encuentra necesariamente donde se halla la reconciliación. ¿Y qué otra cosa es que la justificación? Ya la llaméis reconciliación, remisión de los pecados, justificación, redención o liberación de las cadenas del demonio, que nos tenía cautivos bajo su dominación y a su voluntad, por la muerte del Hijo de Dios obtenemos esta gracia y por su sangre somos justificados sin haberlo merecido, según lo que dice el Apóstol escribiendo a los Colosenses: *En El hemos sido rescatados por su sangre y hemos recibido la remisión de nuestros pecados según la extensión infinita de las riquezas de su gracia*<sup>54</sup>. Mas, dices tú, ¿por qué ha empleado su sangre para llevar al cabo una cosa que podía absolutamente hacer con una sola palabra? Hazle esa pregunta a El mismo. Por lo que a mí toca, puedo saber que lo ha hecho así; mas no me es permitido buscar la razón de eso. No pertenece al barro decir al alfarero que le ha formado: ¿Por qué me has hecho de esta suerte?

21. Pero todas estas razones no satisfacen a este hombre; toma todas estas respuestas por extravagancias; se burla de ellas a placer. Oíd las risas que hace sobre esto: “¿Cómo, dice, puede asegurar el Apóstol que fuimos justificados y reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, puesto que Dios tenía mayor materia de irritarse contra los hombres cuanto cometieron un crimen harto más enorme crucificando a su Hijo único que traspasando su mandamiento primero por la comida de una manzana?” ¿Como si en un mismo asunto la malicia de los malos no pudiera desagradar a Dios y al mismo tiempo serle agradable la piedad del que sufre! Añade seguidamente: “Si el pecado de Adán fué tan horrible delante de Dios que no pudo ser borrado sino por la muerte de su Hijo, ¿qué podrá jamás servir de expiación al homicidio cometido en la persona de Jesucristo?” Respondo en dos palabras: esa misma sangre que ellos derramaron y las oraciones de aquel que hicieron morir. Mas prosigue todavía: “¿Es posible que la muerte del Hijo ino-

<sup>51</sup> Rom. 5, 10.<sup>52</sup> Is. 59, 2.<sup>53</sup> Mt. 26, 28; Lc. 22, 20.<sup>54</sup> Eph. 1, 7.

cente agradase tanto a Dios Padre que le reconciliase con nosotros, que, pecando, dimos muerte a nuestro inocentísimo Señor? ¿Ni se pudo perdonar un pecado leve sino cometiendo este enormísimo?" A esto respondo que no es la muerte del Hijo lo que fué agradable al Padre, sino más bién la voluntad del que murió de su propia voluntad, y destruyó por esta misma muerte la nuestra, obró nuestra salvación, nos restituyó nuestra primera inocencia, triunfó de los principados y de las potestades, despojó los infiernos, enriqueció los cielos, restableció la paz entre el cielo y la tierra y, en fin, reparó todas las cosas. Y porque esta muerte tan preciosa, que Jesucristo debía sufrir voluntariamente para destruir el pecado, no podía suceder sino por el pecado, decimos no que tomase placer, sino que, sirviéndose ventajosamente de la malicia de los impíos, venció la muerte por la muerte y sacó del pecado la condenación del pecado mismo. Y cuanto mayor fué la malicia, tanto más santa también y más eficaz para nuestra salvación fué la voluntad de este Inocente, a fin de que, por la mediación de una potencia tan prodigiosa, el primer pecado, aunque enorme, cediese, como lo menor a lo más grande, al que fué cometido en la sagrada persona de Jesucristo. Ni esta victoria debía en modo alguno ser atribuída al pecado o al pecador, sino mucho más bien a la sabiduría de Aquel que supo sacar ventajas del pecado, que sufrió los pecadores con constancia y que encontró el medio de servirse de la misma crueldad que los malos habían ejercido contra su Hijo para hacer en adelante resplandecer su bondad.

22. Y lo más admirable es que esta sangre derramada ha sido tan eficaz para obtener el perdón, que ha borrado enteramente este crimen execrable, que era la causa de esa misma efusión, y ha quitado por este medio toda la deuda que podía restar respecto del perdón del antiguo pecado, mucho menor que este último. Pero nuestro doctor grita todavía: "¿Qué crueldad y qué injusticia no sería exigir la sangre o aceptar la muerte de un inocente como precio y rescate de un criminal? ¿Acaso la muerte del Hijo pudo agradar a Dios hasta el punto de reconciliarle con todos los hombres?" No digo que Dios Padre pidió la sangre de su Hijo, sino solamente que aceptó su sacrificio; no que estuviese sediento de la sangre del Inocente, sino que tuvo sed de la salvación del culpable, la cual estaba encerrada en esta sangre. Sí; esta sangre adorable contenía efectivamente en sí nuestra salvación y no era solamente un testimonio y una prueba exterior de la caridad divina para con nosotros, como este hombre siente y escribe. Porque aquí es adonde se dirigen todas las calumnias y las invectivas que vomita contra Dios con tanta impiedad como ignorancia



cuando asegura que Dios no se hizo visible en la carne sino para informarnos o instruirnos con sus ejemplos y que no quiso morir y padecer sino para testificarnos y hacernos conocer más particularmente lo grande de su amor.

## CAPITULO IX\*

JESUCRISTO HA VENIDO AL MUNDO NO SÓLO PARA INSTRUIRNOS,  
SINO TAMBIÉN PARA LIBRARNOS

23. Por lo demás, ¿de qué nos servirían todas estas bellas lecciones del Hijo de Dios si al mismo tiempo no nos hubiera restablecido a su gracia? ¿No es verdad que todas sus instrucciones nos serían inútiles si primeramente no destruyera en nosotros el ser del pecado, de suerte que no permaneciésemos ya miserablemente oprimidos bajo los hierros de su tiranía? Si todos los bienes que Jesucristo nos ha conseguido por su encarnación consisten únicamente en habernos enseñado el camino de la virtud, ¿no es preciso decir que todos los males que nuestro primer padre nos ha causado por su desobediencia se reducen a habernos hecho conocer la malicia del pecado, puesto que el remedio nos ha sido aplicado según la calidad de la llaga que recibimos? Esto es lo que el Apóstol nos testifica por estas palabras: *Todos los hombres serán vivificados en Jesucristo de la misma manera que murieron en Adán*<sup>55</sup>. Pues, si el primer Adán nos ha dado la muerte, es preciso que el segundo nos dé la vida. Y, si la vida que Jesucristo nos da no es otra que su celestial doctrina, la muerte que Adán nos ha causado no debe tampoco consistir en otra cosa que en su mal ejemplo; y así, todo el bien y el mal que los hombres han recibido del primero y del segundo Adán, se deben reducir simplemente a que por la prevaricación del primero hayan tenido conocimiento del pecado, y por los documentos y las virtudes del segundo hayan sido perfectamente instruídos en la virtud y en su amor. Pero si, permaneciendo en los sentimientos de la fe católica más bien que en los de la herejía pelagiana, confesamos ingenuamente que el pecado de Adán y su muerte nos ha sido comunicado por vía de generación y no solamente por su mal ejemplo, es preciso consiguientemente confesar que Jesucristo nos ha dado la santidad, y por la santidad la vida, no solamente por sus instrucciones y su vida ejemplar, sino también por la ge-

\* PL 182, 1071.

<sup>55</sup> 1 Cor. 15, 22.

neración espiritual que nos da por su cruz y por su muerte; para que *así como por el pecado de uno solo todos los hombres han caído en la condenación de la muerte, así también por la justicia de uno solo, todos los hombres sean restablecidos en la justificación de la vida* <sup>56</sup>. Pues, siendo esto así, ¿cómo este hombre puede decir con alguna verdad que todo el designio de Dios en la encarnación de su Hijo no ha sido sino esclarecer al mundo con las luces de su sabiduría y encender el fuego de su amor en el corazón de todos los hombres? Dónde estará, pues, la redención? Confiesa bien, a la verdad, que Jesucristo es el autor de las luces del entendimiento y de los atractivos del corazón; mas ¿quién lo será de la redención y de la libertad de los hombres?

24. Yo quiero que la venida de Jesucristo aproveche a los que le pueden imitar por su buena vida, y por su amor corresponder recíprocamente al manifestado por El en su pasión y en su muerte. Mas ¿qué será de los párvulos? ¿Qué luz de sabiduría podrá comunicar a los que apenas han recibido la luz de la vida? ¿Y cómo aquellos que no son capaces todavía de amar a los otros hombres podrán elevarse hasta amar a Dios? ¿Qué? ¿La venida de Jesucristo será inútil a estos inocentes? ¿Y no les servirá de nada haber sido injertados en Jesucristo y haber tenido parte en su muerte por el bautismo, porque su corta edad no les permite todavía conocer y amar a Jesucristo? "Nuestra redención, dice, es la excelente caridad que hay en nosotros por la pasión de Jesucristo". Luego los párvulos no tienen parte en esta redención, porque están destituídos de esta excelente caridad. ¿O quizá, porque no están en estado de amar, tampoco están en estado de perecer, de suerte que no tienen ninguna necesidad de un segundo nacimiento por Jesucristo, puesto que no han recibido daño alguno por el primer nacimiento que han traído de Adán, su primer padre? Si Abelardo está en este parecer con Pelagio, es tan insensato como él. Mas sienta lo que quiera de estas cosas, no podrá paliar la envidia que tiene del misterio amoroso de la redención de los hombres, puesto que hace grandes esfuerzos para destruir toda la economía de este altísimo e incomprensible misterio, reduciendo toda la obra de nuestra salvación a un simple afecto y no a una verdadera regeneración, y constituye la perfección de nuestra salvación en los progresos de nuestra conducta en vez de atribuirles efectivamente a la potencia de la cruz y al precio de la sangre de Jesucristo. Mas yo me guardaré bien de gloriarme

<sup>56</sup> Rom. 5, 18.

en otra cosa que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo<sup>57</sup>, que es la causa efectiva y fundamental de nuestra salvación. de nuestra vida y de nuestra resurrección.

25. Por lo demás, observo tres cosas principales en esta divina obra de nuestra salvación. La primera es el ejemplo de la humildad, por la que Dios se ha anonadado a sí mismo: la segunda, la medida de su caridad, la cual se ha extendido hasta la muerte, y muerte de cruz; y la tercera, el misterio de la redención, en el que ha destruido la muerte, que él mismo ha querido sufrir. Si tú separas las dos primeras de la tercera, subsistirán como la pintura que quisieres hacer sobre el vacío y sobre el aire. Esto no es decir que el ejemplo de la humildad, igualmente que el de la caridad, no sean necesarios y muy dignos de ser seguidos de todos; pero, si no les acompaña la redención, no tienen sólido fundamento, y, por consiguiente, no pueden subsistir en un estado permanente. Yo bien quiero hacer todos los esfuerzos para seguir a mi amable Jesús; deseo ansiosamente abrazar con brazos de un amor recíproco a aquel que me ha amado y se ha entregado por mi salvación; mas eso no basta; es preciso todavía que coma el cordero pascual, puesto que está escrito en San Juan: Si no como su carne ni bebo su sangre, no tendré la vida en mí. Una cosa es seguir a Jesucristo y abrazarle, y otra comerle. Seguir a Jesucristo es un designio muy saludable, abrazarle es una gran alegría; mas comerle es el colmo de la felicidad y la bienaventuranza de la vida. Su carne es verdadera comida, y su sangre verdadera bebida. Es el pan de Dios mismo, que ha descendido del cielo y da vida al mundo<sup>58</sup>. Mas el designio y el gozo sin la vida no tendrían más solidez que la pintura hecha en el aire sin apoyo ninguno. Por tanto, es menester concluir, como he dicho ya, que ni los ejemplos de la humildad ni las pruebas de la caridad tienen poder alguno sin el socorro del adorable misterio de la redención.

26. Ved ahí. Señor y Padre, los reparos que vuestro humilde siervo ha hecho contra algunos artículos de la nueva herejía de Pedro Abelardo. Si no encontráis aquí nada considerable más que el celo que me anima, a lo menos tengo el consuelo de haber satisfecho a la obligación de mi conciencia. Como no tenía en mi mano el poder para vengar la injuria hecha a la fe de la Iglesia, que sentía con mucho dolor, creí que era de mi obligación advertir de ello a aquel cuyas armas son el poder de Dios mismo para destruir todas las falsas opiniones que se forman contra la verdad de la Iglesia, para abatir el orgullo de estos presuntuosos que

<sup>57</sup> Gal. 6, 14.

<sup>58</sup> Io. 6, 56. 33.

se elevan contra la ciencia de Dios y para obligar a todos los espíritus a someterse al yugo de Jesucristo y a la obediencia de la fe. Hay todavía otros muchos artículos en sus escritos que no son menos peligrosos que los precedentes; pero ni el tiempo ni la brevedad de una carta me permiten al presente responder a ellos. Por otra parte, no creo que sea muy necesario refutarlos, siendo su falsedad por sí misma tan manifiesta, que el conocimiento de la fe más común basta para destruirla. Ved ahí, con todo eso, algunos que he recogido y que envío a Vuestra Santidad.



# VIDA DE SAN MALAQUIAS \*

*La vida de San Malaquías es la única biografía que escribió San Bernardo; incluso su única obra histórica. La terminó a mediados de 1151.*

*San Malaquías O'Margair, arzobispo de Armagh y primado de Irlanda, murió el 2 de diciembre de 1140 en la abadía de Claraaval en los brazos de su amigo y admirador San Bernardo. Este transmitió inmediatamente la noticia a toda la iglesia de Irlanda, especialmente a los monjes cistercienses residentes allí.*

*Poco tiempo después, el abad Congán, de Inislonmagh, le pidió escribiese los hechos y las virtudes de San Malaquías para edificación de todos. San Bernardo, a pesar de su avanzada edad, accedió gustoso, sirviéndose de esta ocasión para mostrar, una vez más, su cariño a quien veneraba como Padre.*

## PROLOGO \*\*

### AL ABAD CONGÁN

1. Fué costumbre muy loable poner por escrito las vidas ilustres de los santos para que sirviesen de espejo y de ejemplo a los hombres, a fin de ordenar su vida sobre la tierra. De este modo se les hace vivir de algún modo entre nosotros después de su muerte y muchas veces atraen y revocan a una verdadera vida a los que están verdaderamente muertos, aunque vivos en la apariencia. Pero lo que más me mueve a escribir esta vida es la escasez de santos que vemos en estos tiempos. Ciertamente, esta esterilidad de virtud y de santidad es ahora tan grande entre nosotros, que se podría casi dudar si se ha fulminado contra nosotros esta sentencia del Evangelio: *La caridad de muchos se res-*

\* PL 182, 1073-1118.

\*\* PL 182, 1073.

friará, porque la iniquidad será más abundante <sup>1</sup>. Temo mucho que hayamos llegado o que, por lo menos, estemos muy próximos a ese tiempo del cual está escrito: *La miseria caminará delante de él* <sup>2</sup>. Si no me engaño, el anticristo debe ser precedido y acompañado de la esterilidad y del hambre. Ya anuncien su presencia, ya su próxima llegada, es cierto que nos hallamos al presente en una esterilidad deplorable. No hablo del común del pueblo ni del número infinito de los hijos del siglo; quiero que eches los ojos sobre las columnas mismas de la Iglesia. ¿Quién me mostrarás, aun de aquellos que están establecidos para ser la luz del mundo, cuya elevación no eche más humo que fuego? Y, si la luz que está en ti, dice nuestro Señor, no es sino tinieblas, ¿qué serán las tinieblas mismas? <sup>3</sup> A no ser que me digas—lo que no creo—que aquellos que se sirven de la piedad para sacar de ella una ganancia vergonzosa y buscan en la heredad del Señor sus propios intereses y no los de Cristo, difunden mucha luz. ¿Digo que buscan sus intereses? Disimularía que se tuviese por perfecto y santo aun el que busca sus propios intereses y retiene sus riquezas, con tal que el corazón y las manos se abstengan de los bienes ajenos. Sin embargo, aquel que se halle en este estado, reflexione que se exige también de un pagano el mismo grado de santidad. ¿Por ventura no se encarga a los soldados que se contenten con su paga, si quieren ser salvados? <sup>4</sup> Por cierto, sería una cosa grande para un doctor de la Iglesia hacerse igual a un soldado, o bien, según el impropio del profeta, estar el sacerdote y el pueblo en un mismo grado <sup>5</sup>. ¡Oh cosa enteramente vergonzosa! ¿Qué? ¿Se puede justamente reputar elevado al que, habiendo decaído del grado supremo, tiene pena de mantenerse en el ínfimo por temor de caer en el abismo? ¿Y son pocos los de este género en el clero? ¿Dónde me hallarás alguno que se contente con las cosas necesarias y menosprecie la superfluidad? Sin embargo, es una ley impuesta a los sucesores de los apóstoles por los apóstoles mismos: *Teniendo con qué vivir y con qué vestir*, dice San Pablo, *estemos contentos* <sup>6</sup>. ¿Dónde encontraremos esta práctica? Ciertamente, la vemos en los libros, mas no en las personas. Y sólo en el Justo hallamos que la ley de Dios está en su corazón <sup>7</sup> y no en su libro. Mas éste no es todavía el grado perfecto, puesto que el hombre perfecto está siempre dispuesto a carecer aun de las cosas necesarias. Pero lo decimos en balde. Ojalá nos moderásemos en las cosas superfluas. Ojalá nuestros deseos no se dirigiesen a lo

<sup>1</sup> Mt. 24, 12.

<sup>2</sup> Job 41, 13.

<sup>3</sup> Mt. 6, 23.

<sup>4</sup> Lc. 3, 14.

<sup>5</sup> Is. 24, 2.

<sup>6</sup> 1 Tim. 6, 8.

<sup>7</sup> Ps. 36, 31.

infinito. ¿Qué? ¿Encontrarás acaso alguno que se conduzca de esta manera? Confieso que no es fácil encontrarle; mas reflexiona sobre lo que he emprendido. Buscábamos un varón excelente que trabajase en la salvación de muchos, y tenemos mucha pena en hallar alguno que tenga cuidado de su propia salvación. Se cree hoy día que no ser extremadamente malo es ser enteramente bueno.

2. Así, puesto que el mundo está tan destituido de santos, me parece que no será inútil representarte aquí, de entre todos los que han sido adquiridos por Jesucristo de sobre la tierra, al gran obispo Malaquías, cuya santidad es verdaderamente ilustre y cuya sabiduría y virtud ha sido singular en nuestros tiempos. Ha sido una lámpara ardiente y luciente, jamás apagada, pero al fin retirada. ¿Quién podrá, pues, llevar a mal que la presente de nuevo a los ojos del mundo? Más bien, las gentes de este siglo y las venideras me deberán alguna suerte de reconocimiento por revocar, mediante mi pluma, a aquel que nos ha arrebatado la muerte; por volver al mundo a aquel de quien el mundo no era digno; por conservar en la memoria de los hombres a un hombre cuya memoria será bendita en el espíritu de todos aquellos que se tomen el trabajo de leer lo que de él escribimos. Me alabarán, porque, despertando a nuestro amigo que duerme, la voz de la tórtola se hace oír en nuestra tierra y nos dice: *He ahí que permanezco siempre con vosotros hasta la consumación del siglo*<sup>s</sup>. Además, estando él enterrado entre nosotros, nos es propio, particularmente a nosotros, trabajar en esta obra. ¿Qué si se añade todavía que yo tenía la dicha de ser uno de sus más íntimos amigos, hasta tal punto que no creo haya ninguno que me pueda disputar la preferencia? También puedo decir que la amistad que yo he tenido con una santidad tan eminente no me ha sido infructuosa; he recibido ya las primicias. Estando él en los últimos momentos de la vida, o, más bien, en los principios, según esta palabra del Sabio: *Cuando el hombre está próximo al fin, entonces comienza*<sup>o</sup>, me acerqué a su lecho a fin de recibir la bendición del que ya estaba en la agonía. Y este santo moribundo, que no tenía ya movimiento en ninguno de sus miembros, sacando fuerzas de su flaqueza, levantó sobre mi cabeza sus santas manos para darme su bendición, que recibí con todo el gozo de mi corazón y que conservo como mi propia herencia. ¿Cómo, pues, no hablar de él? En fin, tú, abad Congán, hermano de mi veneración y dulce amigo mío, me haces este encargo, y juntamente contigo me lo ordenan también los santos religiosos de tu comunidad, como me lo escribes desde Irlanda. Te

<sup>s</sup> Mt. 28, 20.

<sup>o</sup> Eccl. 18, 6.

obedezco muy gustoso, tanto más cuanto no exiges de mí sino una mera relación de las cosas que se han pasado y no una pieza de exquisita elocuencia. Procuraré, pues, que mi discurso sea sincero y sólido, que satisfaga a la piedad de los lectores y que no sirva de tedio a los que no encuentren en él cosa de su gusto. Por lo demás, puedes estar seguro de que no adelantaré sino la verdad de las cosas que tú me has comunicado y que me protestas saber con toda la certidumbre posible.

## CAPITULO I\*

### DE LA INFANCIA Y DE LA ADOLESCENCIA DE SAN MALAQUÍAS

1. Habiendo nacido Malaquías en Irlanda, en medio de un pueblo bárbaro, allí fué criado y allí tuvo sus estudios. Mas así como los peces de la mar no retienen nada de las aguas saladas en que nacen, así nuestro santo infante no conservó nada de esta barbarie natural de su país. ¿Qué cosa más agradable que ver un ciudadano de los santos y un doméstico de Dios tan honesto y tan afable nacido en una tierra tan bárbara y tan inculta? Mas esto fué obra de aquel Señor que sabe sacar miel de la piedra, y aceite de la roca más dura. Sin embargo, sus padres eran ilustres por su nacimiento, y sus riquezas, según la estimación de los grandes de la tierra. Y su madre, todavía más generosa por las bellas cualidades de su espíritu que por la nobleza de su sangre, procuraba, en lo posible, hacer conocer al niño Malaquías, desde su más tiernos años, el verdadero camino de la vida, estimando más la virtud que la vana ciencia de las letras humanas. Se halló que nuestro niño tenía un entendimiento maravilloso para su edad y muy capaz del uno y del otro conocimiento. Aprendió las ciencias en las escuelas, y el temor de Dios en su casa; satisfacía igualmente a su maestro que a su madre por los grandes progresos que hacía todos los días. Desde el principio estuvo dotado de un espíritu muy bueno, que le hacía un niño enteramente dócil y del todo amable, simpático a todo el mundo en todas las cosas. Bebía del pecho materno las aguas de una sabiduría saludable y se hacía de día en día más sabio y más advertido. ¿Diré más advertido o más santo? Pero seguramente puedo decir que lo uno y lo otro sin temor de arrepentirme, puesto que diré la verdad si digo que era un anciano en sus costumbres, superior a todas las ligere-

\* PL. 182, 1075.



zas y solturas pueriles cuando no era todavía sino un infante por la edad. Sin embargo, aunque su virtud le hiciese respetar y admirar de todo el mundo, jamás se hacía por eso más insolente, como sucede de ordinario, sino que permanecía apacible y sometido con una mansedumbre admirable. No se impacientaba en los estudios, no huía el arreglo de la disciplina, no se disgustaba de la lectura, no buscaba los juegos y las diversiones, que hacen las delicias y la dulzura de una edad poco avanzada. Por lo demás, progresaba en los estudios más que sus compañeros de la misma edad; y aun en poco tiempo avanzó tanto en la conducta de las buenas costumbres y en el progreso de las virtudes, que sobrepasaba a todos sus maestros, no tanto por las instrucciones de su madre como por la unción de la gracia y del Espíritu Santo. Por estas inspiraciones interiores se hacía muy diligente en todo lo que concernía al culto divino, frecuentaba los lugares solitarios, anticipaba el tiempo de las vigiliass, meditaba continuamente en la ley del Señor, comía poco y oraba mucho. Y, como no podía ir a la iglesia tan frecuentemente como lo deseaba, a causa de sus estudios y de que no osaba hacerlo por modestia, tenía siempre las manos levantadas hacia el cielo en todas las partes donde no podía ser visto. Porque desde entonces tuvo un cuidado muy grande de evitar la vanagloria, que es el veneno mortal de las virtudes.

2. Había una villa cerca del lugar donde hizo sus estudios a la que su maestro acostumbraba ir de paseo, acompañado solamente de nuestro santo estudiante. Mas cuando iban juntos en compañía, dejando el discípulo ir a su maestro un poco delante, retraía el pie y detenía el paso y, estando detrás de él sin que el otro hiciese en ello reflexión y levantando las manos al cielo, hacía frecuentes oraciones jaculatorias como furtivamente; y, sin dar a entender nada, continuaba acompañando a su maestro como antes. De este modo, este santo niño engañaba muchas veces a su maestro y compañero con este piadoso robo. No terminaría si quisiera contar todas las cosas que honraron sus primeros años bajo la apariencia de un buen natural. Es menester que pasemos a cosas más importantes y más útiles. Con todo eso, no puedo omitir una que, a mi parecer, no anunciaba solamente una buena, sino una muy grande esperanza de las virtudes eminentes que había de hallarse en este santo infante. Excitado de la reputación de un cierto maestro que era muy celebrado en la ciencia de las artes liberales, fué un día a buscarle con un gran deseo de recibir sus instrucciones, pues apenas había salido de la infancia y ya anhelaba instruirse en estas bellas letras. Mas, entrando en la casa de este hombre, le halló embelesado en

hacer rayas con una lezna sobre la pared de una manera extraña. Esta ocupación, que tenía algo de ligereza, disgustó de tal suerte a nuestro joven, extremadamente serio, que al punto se salió de allí y no cuidó más de verle. De suerte que, amando extraordinariamente las ciencias, las menospreciaba en comparación de lo honesto, porque era todavía más amante de la virtud. Con esta suerte de preludios se preparaba a los combates que debía sostener en una edad más avanzada, y él mismo provocaba ya a su enemigo al combate. He ahí cómo pasó la infancia de Malaquías. En cuanto al tiempo de su adolescencia, lo pasó en una misma sencillez y pureza de vida; solamente que, a medida que crecía en edad, crecía también en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres.

3. En los principios, pues, de esta segunda edad, se vió aparecer con más esplendor lo que estaba encerrado en el hombre y se reconoció más claramente que la gracia de Dios no era inútil en su persona. Porque, observando este joven con más penetración que todo el mundo está lleno de malicia<sup>10</sup> y reflexionando sobre el espíritu que había recibido, decía dentro de sí mismo: "Este no es el espíritu de este mundo; ¿qué relación tiene éste con aquél? No hay más sociedad entre el uno y el otro que la que hay entre la luz y las tinieblas. El espíritu que he recibido es el de Dios y reconozco bien las cosas que me han sido dadas con él. Dios es quien me conserva en la inocencia de la vida, quien me hace amar la belleza de la continencia y buscar la justicia; y por su bondad, el testimonio de mi conciencia hace mi propia gloria tanto más segura cuanto es más secreta y menos conocida. Nada de eso tengo seguro bajo la conducta del príncipe de este mundo. Por otra parte, llevo este tesoro en un vaso de barro, lo que me hace temer mucho que tropiece contra alguna cosa que le quiebre, y se vierta el aceite que guardo en él. Es muy difícil no dar alguna vez un trapiés entre las piedras y los tropiezos de esta vida y de este camino tan áspero y lleno de vueltas. ¿Qué? ¿Perderé en un momento todas las bendiciones de dulzura con que he sido prevenido desde el principio de mi vida? Mejor es que las ponga con todo lo que soy entre las manos de aquel que es su autor, puesto que a El pertenecen enteramente. Perderé con gusto mi alma por algún tiempo, a fin de no perderla por una eternidad. En las manos, pues, de mi Creador y Bienhechor pongo enteramente tanto lo que soy como lo que poseo, porque allí todo se halla en una perfecta seguridad. Y, á la verdad, ¿quién es tan Señor como El para conservarlo, quién tan poderoso para defenderlo,

<sup>10</sup> I Io. 5, 19.

tan fiel para volver aquello mismo que se le ha confiado? Lo conservará cuidadosamente y lo volverá fielmente en el tiempo que sea necesario. Me consagro, sin haberme jamás de retractar, a su servicio por medio de sus propios dones. Seguro estoy de que no perderé nada de todas las cosas que emplee en las obras de piedad. Y aun recibiré más todavía. Su costumbre es volver con usura, siendo El mismo quien da gratuitamente. Así es. Y aun El mismo aumentará y multiplicará la virtud en mi alma". Hizo todas estas reflexiones y las cumplió fidelísimamente, sabiendo que todos los pensamientos de los hombres son vanos si no se llega a ponerlos en práctica.

## CAPITULO II\*

### DE LOS PRINCIPIOS DE SU VIDA RELIGIOSA

4. Había un hombre en la ciudad de Armagh—lugar donde San Malaquías fué criado y educado—que era un santo y de una vida austerísima; que castigaba su cuerpo con mucho rigor y tenía su pequeña celda muy próxima a la iglesia. Allí permanecía, pasando los días y las noches en ayunos y oraciones. A este santo hombre fué a buscar nuestro Malaquías para aprender la manera de vida que debía tener de quien, estando vivo, se había condenado a sí mismo a este sepulcro. Pero observa la humildad de nuestro Santo. Desde sus primeros años había tenido a Dios por su maestro en sus santos ejercicios; y, como era manso y humilde de corazón, se hizo nuevamente discípulo de un hombre. Aunque no hubiéramos conocido su humildad, nos habríamos convencido de ella por esta sola acción. Aquellos que se meten a enseñar lo que todavía no han aprendido y, no habiendo sido jamás discípulos, solicitan juntarlos a sí de todas las partes y pretenden conducir a los ciegos, estando ellos mismos privados de la luz, vengan a leer este ejemplo. Malaquías, enseñado de Dios, no deja de buscar un hombre para ser instruído: y, a la verdad, ésta era una conducta prudente y oportuna. Yo te ruego que me digas: ¿qué otra cosa semejante a ésta podría presentar en que diese y sacase la experiencia de su adelantamiento? Mas, si el ejemplo de Malaquías no es para ellos bastante apreciable, hagan reflexión sobre lo que San Pablo ha practicado. ¿No discutió su evangelio con los hombres, aunque no le

\* PL 182, 1077.

había recibido de los hombres, sino de Jesucristo, por temor de resbalar o de correr en vano?<sup>11</sup> Ciertamente, no debo tenerme por seguro donde San Pablo no ha juzgado estarlo para sí mismo. Aquel que sabe esto debe temer, sin duda, no tenga en sí mismo más temeridad que seguridad si obra de otra manera. Pero más vale reservar esto para otro tiempo.

5. La fama de todo lo que había pasado se extendió por toda la ciudad, y todos se extrañaron al oír una novedad tan extraordinaria. Todo el mundo se pasmó y admiró una virtud semejante, y el pasmo fué tanto mayor cuanto estaba menos en práctica en gente tan fiera. Verías descubrirse entonces los pensamientos que muchas personas tenían en su corazón. La mayor parte de aquellos que no miraban la cosa sino por un sentimiento humano lloraban y se lamentaban mucho de ver que un joven tan delicado y querido de todo el mundo se empeñase en una vida tan áspera y tan austera. Había otros que temían la inconstancia de su resolución a causa de su edad tan poco avanzada, desconfiando mucho de su perseverancia y recelando su caída. Otros le acusaban de temeridad, se indignaban y hablaban contra él por haber emprendido importunamente una cosa tan difícil y muy superior a su edad y más allá de sus fuerzas. Con todo, no había hecho nada sin consejo, puesto que había consultado al profeta, que dice: *Es un gran bien llevar el yugo del Señor desde la adolescencia. A lo que añade: Permanecerá en la soledad y guardará silencio, porque se ha elevado sobre sí mismo*<sup>12</sup>. De esta suerte, este santo discípulo se estaba a los pies de su maestro Imaro, donde aprendía la obediencia y enseñaba lo que había aprendido. Permanecía allí en quietud con gran mansedumbre y humildad. Permanecía allí y guardaba silencio, sabiendo que, según dice el profeta, *el silencio es el verdadero culto de la justicia*<sup>13</sup>. Permanecía allí con perseverancia en la virtud; callaba por modestia; sólo que con su silencio hablaba a Dios y le decía con el profeta: *Soy niño y despreciado, mas no he olvidado tus mandamientos*<sup>14</sup>. Permanecía solitario, porque se hallaba solo y sin compañero y sin ejemplo. Y, en efecto, ¿quién antes de Malaquías había jamás osado pensar emprender un género de vida tan austero como el del santo hombre Imaro? Parecía una cosa admirable a todo el mundo, mas no imitable. Sin embargo, Malaquías convenció a todo el mundo de que se podía imitar, empen-

<sup>11</sup> Gal. 1 y 2.

<sup>12</sup> Thes. 3, 27. 28.

<sup>13</sup> Is. 32, 17.

<sup>14</sup> Ps. 118, 141.



diendo él este retiro y este silencio. No pasó largo tiempo, y ya un buen número de imitadores fué atraído allí por su ejemplo. Así, aquel que estaba solo y era el único de su padre, se hizo compañero de muchos, y de único que era en un principio, se hizo el primogénito entre muchos hermanos. Mas así como había sido el primero en la conversión, fué también siempre el más elevado en su conducta; y aquel que había venido antes que todos los otros, resplandecía en virtud sobre todos, a juicio de todo el mundo; en tanto grado, que el obispo y su maestro le juzgaron digno de ser promovido al diaconado y le obligaron a recibir esta orden sagrada.

### CAPITULO III \*

#### SUPLE LAS FUNCIONES DEL OBISPO DESPUÉS DE HABER SIDO INICIADO EN LAS ÓRDENES

6. Esta nueva orden que nuestro santo levita acababa de recibir le empenó en la práctica de toda suerte de buenas obras; y se empleaba más particularmente en aquellas que le podían traer más desprecio. Tomó un grande y exacto cuidado en sepultar a los pobres, y con tanto mayor gusto cuanto esto no era solamente una acción de humildad, sino también de humanidad y misericordia. Mas nuestro nuevo Tobías no dejó de encontrar una nueva tentación de parte de una mujer o, más bien, de la antigua serpiente por medio de una mujer. No pudiendo una hermana suya soportar que se entregase a un empleo que la parecía enteramente vil y menospreciable: "¿Qué haces, le dijo, insensato? Deja a los muertos que entierren sus muertos". Cada momento le repetía este reproche; pero él respondió a una mujer necia según su necesidad: "Tú eres más miserable, la dijo; a la verdad, el texto de que te sirves es muy bueno, pero no conoces su virtud y su sentido". Así continuó el ejercicio que había emprendido con mucha devoción y constancia, hasta que se tuvo por muy conveniente elevarle al orden y oficio sacerdotal. Y así se hizo. Tenía cerca de veinticinco años cuando fué ordenado presbítero. Pero, si hubo algún defecto en su ordenación de diaconado y presbiterado, como en efecto parece que le hubo, porque fué diácono antes de los veinticinco años y presbítero antes de los treinta, esto fué un defecto muy excusable, tanto a causa del celo del ordenante como de los méritos del que recibió dichos

\* PL 182, 1078.

órdenes. Yo no lo puedo reprender en la persona de un santo; mas no aconsejaría al que no es santo que obrase de esta manera. Sin embargo, el obispo Celso no se contentó con haberle promovido a las órdenes sagradas, sino que le hizo todavía su vicario para sembrar el buen grano de la palabra de Dios en medio de una nación que no sabía qué cosa era la virtud y para dar un piadoso arreglo de conducta y de disciplina a un pueblo grosero y que vivía sin orden alguno. Malaquías recibió esta comisión con toda la alegría imaginable y con todo el fervor de su celo, como quien no aspiraba a retener en una ociosa esterilidad los talentos que había recibido, sino a lograr por medio de ellos la salvación de las almas. Se sirvió de su lengua como de un excelente instrumento para arrancar, destruir y disipar de día en día las malas costumbres, enderezando todas las cosas y allanando los caminos más ásperos y más difíciles. Caminaba a paso de gigante, corriendo por todas partes. Hubieras dicho que era un viento abrasador que consumía en un instante todas las espinas y abrojos de los pecados y de los desórdenes. Hubieras dicho que era una hoz y un hacha que destruía todas las malas plantas, que arrancaba los malos usos de estos bárbaros y que plantaba en su lugar las prácticas de la Iglesia católica. Abolía por todas partes las antiguas supersticiones, muy frecuentes en este país, y las malas costumbres que los espíritus malignos habían metido en él.

7. Sus ojos no podían sufrir nada inmodesto, indecente ni mal arreglado; sino que, como un granizo, que hace caer todos los higos del árbol, o como un viento impetuoso, que arrebatara todo el polvo de la tierra, así empleaba toda su fuerza en derribar y en destruir los desórdenes de su pueblo. Y, para llegar mejor a conseguir su fin, este excelente legislador daba ordenanzas celestiales. Las leyes que prescribía estaban llenas de justicia, de modestia y de honestidad. Establecía en todas las iglesias las constituciones apostólicas, los decretos de los Santos Padres y especialmente las prácticas y las ceremonias de la santa Iglesia romana. De ahí viene que el día de hoy se cantan allí todas las horas canónicas según la costumbre que se observa en todas partes. Lo que antes no se hacía ni aun en la capital. Como había aprendido bien el canto desde su juventud, hizo que se cantase todo en su monasterio, cuando en la ciudad episcopal no se sabía todavía o no se quería cantar. En seguida puso en práctica el saludable sacramento de la penitencia, el de la confirmación, la celebración de los matrimonios, sobre todas las cuales cosas vivían en una espantosa ignorancia o negligencia. Mas sea esto bastante acerca

de las cosas particulares para que quede un buen ejemplo de ellas, siendo preciso pasar en silencio otras muchísimas en esta historia a fin de seguir en ella la brevedad.

### CAPITULO IV\*

SE FIJA CERCA DE LA PERSONA DEL OBISPO MALCO, A FIN DE INSTRUIRSE MÁS PERFECTAMENTE EN TODAS LAS PRÁCTICAS DE LA IGLESIA

8. Como nuestro nuevo presbítero tenía un maravilloso celo y un cuidado muy particular de todo lo que concernia al culto divino y a la veneración de nuestros sacramentos, le vino al pensamiento ir a visitar al obispo Malco para mejor instruirse de todas las prácticas de la Iglesia, a fin de no enseñar ni establecer alguna ceremonia que no fuese conforme a la práctica de la Iglesia universal. Este buen obispo era ya muy avanzado en edad y muy virtuoso y estaba lleno de la sabiduría de Dios. Era irlandés de nacimiento, pero había vivido mucho tiempo en Inglaterra, en el hábito y profesión monacal, en el monasterio de Winchester, de donde fué sacado para ser obispo de Lesmor, en la provincia de Munster, que era una de las más considerables en todo el reino. Recibió aquí tantas gracias de Dios, que no solamente resplandecía por la santidad de su vida y la eminencia de su doctrina, sino también por los muchos milagros que obraba. Refiero solamente dos para ejemplo a fin de que todos conozcan cuánto había adelantado el maestro de Malaquías en la ciencia de los santos. Curó enteramente a un niño lunático por la unción del sacramento de la confirmación. Fué tan público y tan cierto, que le hizo al punto portero de su casa, y este joven pasó muchos años en el empleo, gozando siempre de una perfecta salud. Abrió también el oído a un sordo, que declaró una cosa enteramente pasmosa en este lance, pues dijo que, habiéndole el santo obispo puesto los dedos en sus orejas, sintió al mismo tiempo como que salían de ellas lechoncitos. La fama de tantas maravillas que se publicaban por todas partes le adquirió muy pronto una gran reputación de santidad, de suerte que los irlandeses y los escoceses le venían de todas partes a visitar y le veneraban como a padre común de todos. A este santo hombre fué enviado Malaquías por su obispo después de haber tomado la bendición de su padre y maestro Imaro; y, habiendo llegado felizmente a él, fué recibido de este santo anciano con toda la benevolencia imaginable.

\* PL 182, 1079.

Permaneció con él algunos años a fin de beber, durante esta su mansión, de este antiguo manantial las más bellas instrucciones, según esta palabra de la Escritura: *La sabiduría está en los ancianos*<sup>15</sup>. Pero también juzgo que una de las cosas particulares de este viaje era el designio de la divina Providencia, que quería que su siervo Malaquías fuese conocido de todo el mundo en un lugar tan célebre, porque debía ser allí útil a todos. En efecto, nadie llegaba a conocerle que al momento no se prendase de su persona. También sucedió una cosa que hizo conocer a los hombres lo que sólo Dios conocía en este santo hombre.

9. Se excitó una gran guerra entre el rey de Munster, que es la parte meridional de Irlanda, y un hermano suyo; y, habiendo éste quedado vencedor, se vió el rey precisado a salir de su reino y retirarse cerca del obispo Malco, no para recobrar el reino por su asistencia, sino para dar lugar a la ira. Y, efectivamente, este piadoso príncipe hizo de la necesidad virtud y se resolvió a mantenerse en una vida privada. Habiendo el obispo tenido esta noticia, se preparaba a recibirle con todo el honor que le era debido; mas el rey, sin aceptar estas honrosas ceremonias, le declaró que venía con el designio de vivir con él como uno de los pobres hermanos que habitaban en su compañía; que venía a despojarse de la dignidad real; a pasar la vida gustoso con la pobreza común y esperar la voluntad de Dios, más bien que reivindicar su reino por la violencia y la fuerza, no pudiendo resolverse a recobrar un honor terreno por la efusión de la sangre humana, que clamaría a Dios contra él desde la tierra. Habiendo el obispo oído este discurso, con mucha alegría admiró la piedad de este príncipe y procuró satisfacer a lo que él deseaba. Mandó dar al rey una pobre casita para su morada. Le dió por su director a Malaquías y le proveyó de pan, sal y agua para su sustento. La presencia de Malaquías, su vida y doctrina eran las delicias del rey, y le hacían decir muchas veces como el santo rey David: *Sus palabras son para mí más dulces que la miel*<sup>16</sup>. A más de esto, regaba el lecho con sus lágrimas todas las noches y extinguía todos los días en un baño de agua fría los fuegos de la concupiscencia. Y este rey decía con otro rey: *Mira, Señor, mi abatimiento y mi trabajo y perdona todos mis pecados*<sup>17</sup>. El Señor no desechó su súplica ni retiró de él su misericordia; oyó su oración aun con mayor suceso del que habría esperado. Pues, aunque no se cuidase de otra cosa que de la salvación de su alma, queriendo Dios, protector de la inocencia, mostrar a los hom-

<sup>15</sup> Iob 12, 12.

<sup>16</sup> Ps. 118, 103.

<sup>17</sup> Ps. 24, 18.



bres que siempre hay alguna dicha que esperar para un hombre pacífico, se disponía a hacer justicia al que padecía injustamente en lo que este hombre penitente no pensaba de ninguna manera. Dios, pues, suscitó un rey de sus vecinos—pues Irlanda está dividida en muchos reinos—que, considerando lo que había pasado en el reino de Munster, se animó de un celo digno de la majestad real, e, irritándose, por una parte, contra la osadía de los usurpadores y contra la insolencia de los ambiciosos, y, por otra, compadeciéndose de la desolación de este reino y del destierro de su rey, fué a verse con él en su pobre celdilla; le aconsejó que volviese, y, aunque no se le persuadió, no dejó de hacerle, con todo, todas las instancias posibles. Le promete su socorro, le fortifica en la esperanza de un buen suceso, le asegura que Dios le asistirá de una manera tan poderosa, que todos sus enemigos no podrán resistirle jamás; le representa todavía la opresión de los pobres y la desolación de todo el país, sin ganar nada, con todo, sobre su espíritu.

10. Mas, en fin, habiendo recibido para esto el mandato del obispo y el consejo de Malaquías, a quien él obedecía perfectamente, se rindió esta vez. El rey sigue al rey, y, según la palabra del rey y la voluntad del cielo, habiendo sido expelidos los usurpadores con toda la facilidad posible, es restituído el príncipe a sus vasallos y el rey a su reino entre las muestras más grandes de alegría y aplauso. Sería difícil expresar con qué ternura este nuevo rey amó a su maestro Malaquías y el respeto que conservó siempre a su persona; todo esto tanto más cordialmente cuanto él mismo había reconocido en este santo todas las cosas que merecen veneración y amor. En efecto, la gran familiaridad que en el tiempo de su adversidad había tenido con él le había proporcionado todos los medios posibles para conocer bien la eminencia de su santidad. Lo cual hizo que en su prosperidad tuviese siempre para con él sentimientos de respeto y de amistad muy particulares. Le escuchaba con gusto y hacía con buena voluntad todo lo que deseaba. Y esto es bastante sobre este asunto. Por lo demás, no creo sucedieran por azar estas cosas del modo que acabamos de referirlas. Dios quiso glorificar así a su santo delante de los reyes. Estaba destinado a ser un vaso de elección que debía llevar su nombre y anunciarle en presencia de los príncipes y de los monarcas.

## CAPITULO V\*

OFRECE EL SANTO SACRIFICIO POR SU HERMANA,  
QUE HABÍA MUERTO

11. En este tiempo murió su hermana, de la que hemos hablado en el principio, y tuvo sobre eso muchas revelaciones. Nuestro Santo tenía gran horror de la vida carnal que ella llevaba en el mundo y estaba animado de un celo tan grande contra su desorden, que hizo propósito de no verla jamás mientras viviese. Así se cumplió. Y, habiendo ella pasado de esta vida a la otra, y quedando por eso libre de su propósito, comenzó a ver en espíritu a la que no había querido ver más en su cuerpo mortal. Oyó una noche en sueños una voz que le decía que su hermana estaba a la puerta de su casa y que no había comido nada en treinta días; y, despertando sobresaltado, conoció al punto cuál era el ayuno que su hermana había hecho; pues, examinando cuidadosamente el número de días que se le había especificado, halló que era justamente el mismo número de días en que no había ofrecido por ella el Pan vivo descendido del cielo. Entonces, como no tenía ninguna aversión al alma de su hermana, sino solamente a su pecado, comenzó de nuevo su primera liberalidad, que había interrumpido; lo cual no se hizo inútilmente. Porque poco tiempo después ella se apareció en la entrada de la iglesia—en la cual, sin embargo, no podía entrar todavía—y estaba vestida de una ropa muy negra. Continuó sus oraciones; y, procurando no dejar de hacer todos los días los sufragios ordinarios, la vió por segunda vez con una ropa algo blanca y con la permisión de entrar en la iglesia, mas no de acercarse al altar. En fin, la vió por tercera vez entre una tropa de personas vestidas de blanco, teniendo también ella una vestidura muy blanca. Por donde ves, amado lector, lo que puede la perseverancia de la oración del justo. Es cierto que el reino de los cielos no se gana sino por violencia y que solamente aquellos que usan de ella le conquistan. ¿No te parece que la oración de Malaquías hizo violencia y en alguna manera rompió las puertas del cielo al obtener su hermana pecadora, por las armas del hermano, lo que no se podía conceder a sus propios méritos? Pero tú mismo eres, ¡oh buen Jesús!, quien haces la violencia que sufres. Eres poderoso y piadoso para la salvación de los hombres. Haces misericordia y ejerces el poder de tu brazo y te con-

\* PL 182, 1081.

servas en tu sacramento para los santos que están sobre la tierra hasta la consumación de los siglos. También este sacramento es enteramente capaz de consumir los pecados, de destruir las potencias enemigas y de elevar al cielo a aquellos que han dejado la tierra.

## CAPITULO VI\*

### RESTABLECE EL MONASTERIO DE BENCHOR, QUE HABÍA SIDO ARRUINADO

12. Por estos preludios, Dios destinaba a su amado Malaquías para la gloria de su nombre en la provincia de Lesmor. No siendo ya soportable su ausencia a aquellos que le habían enviado allí, le escribieron para que se volviese. Estando ya restituído a los suyos y mucho más instruído para todas las cosas necesarias al servicio de Dios, ve ahí lo que la divina Providencia había preparado a Malaquías. Un hombre rico y poderoso que tenía la tierra de Benchor y todas sus dependencias, inspirado de Dios, vino a poner su persona y sus bienes en manos de Malaquías; y este mismo era tío suyo. Pero nuestro Malaquías hacía mucho mayor estima del parentesco del espíritu que del de la carne y sangre. Le cedió también el mismo lugar de Benchor, de que llevaba el nombre y la calificación de señor, a fin de que edificase o, más bien, reedificase un nuevo monasterio. Pues el que había aquí desde el tiempo de Congelio, su primer abad, había sido muy célebre y había tenido gran número de monjes y de monasterios, cuya cabeza había sido; fué este lugar muy santo y fecundo en personas de mucha santidad; la gloria de Dios estaba aumentada hasta tal punto, que se refiere que un hijo de esta santa comunidad que se llamaba Luano había él solo fundado cien monasterios, lo que refiero con gusto para que el lector se persuada por este solo ejemplo de la multitud extraordinaria de otros monasterios. En una palabra, Irlanda y Escocia se hallaron llenas de tantas casas de esta congregación, que se puede decir particularmente de este tiempo lo que David decía del suyo: *Has visitado esta tierra y la has embriagado; la has colmado de riquezas en abundancia. El río de Dios se ha llenado de aguas; les has preparado alimentos porque tú lo has ordenado así. Llena sus arroyos, multiplica las generaciones; ella se alegrará de tus lluvias y llevará sus frutos*<sup>18</sup>;

\* PL 182, 1082.

<sup>18</sup> Ps. 64, 10 11.

y lo demás que allí se sigue. Mas estos nuevos enjambres de santos monjes no se difundieron solamente en su propio país; inundaron todavía los países más remotos; de cuyo número fué San Columbano, quien pasó hasta nuestra Francia y fundó el monasterio de Luxeuil, donde fué abad de un gran número de monjes, hasta tal punto que se cuenta que los oficios divinos eran perpetuos en el coro, sucediéndose los unos a los otros, sin que de día ni de noche se cesase de cantar allí las alabanzas de Dios.

13. Baste haber referido todas estas cosas para gloria del monasterio de Benchor. Había sido arruinado en otro tiempo por los piratas, y nuestro Malaquías emprendió restablecerle a su primer brillo, tanto a causa de su alta y antigua reputación como porque en este lugar había un gran número de cuerpos santos que estaban en él enterrados. Pues, sin hablar de los que allí murieron con una piadosa muerte, fueron novecientos los muertos en un mismo día por los piratas. Las posesiones de este monasterio producían una gran renta; mas nuestro Santo, contentándose con la santidad del lugar, abandonó todas las rentas y todas las tierras a diversas personas que se habían apoderado de todos sus bienes después que este monasterio fué arruinado. Aun todavía se hacían por elección sus dueños y se llamaban abades, mostrándose por estos títulos la grandeza antigua de esta casa ilustre. Sin embargo, hubo muchos que trataron de persuadir a nuestro nuevo restaurador que no enajenase las antiguas heredades de este monasterio y que las retuviese para sí. Pero este gran apasionado de la pobreza no quiso oírles e hizo que, según la costumbre, se eligiese quien las poseyese, reteniendo solamente el lugar para sí y los suyos. Con todo, tal vez habría hecho mejor en retenerlas, como se experimentó después; pero tuvo mayor cuidado de conservarse en la humildad que de pensar en la paz para lo sucesivo.

14. Precediendo, pues, el mandato de su padre Imaro, tomó consigo como diez hermanos suyos, y, viniendo a este lugar, comenzó a edificarle de nuevo. Y como un día estuviese trabajando con un hacha, habiéndose avanzado por descuido uno de los obreros al sitio donde nuestro Santo echaba el hacha, cayó con tal impetuosidad sobre el espinazo de este pobre hombre, que al golpe fué derribado en tierra. Acudieron todos allí al momento, pensando que estaba muerto o muy herido. Es cierto que su vestido fué cortado de arriba abajo, mas su persona quedó sana y salva; y él fué tocado del golpe tan ligeramente, que apenas aparecía señal alguna en sus carnes. Así, este hombre, que había sido abatido por la fuerza del golpe del hacha, no



fué herido, con pasmo de los asistentes; lo cual aumentó sus esfuerzos para trabajar más fuertemente que antes. Ve aquí el primer milagro de San Malaquías. Por lo demás, la iglesia fué acabada en muy poco tiempo. Era de madera, al estilo de los escoceses; pero las tablas estaban trabajadas muy curiosamente y estaban muy juntas y toda su obra era bastante agradable. Se comenzó a celebrar allí el oficio divino; y, ya que no se hacía por un número de religiosos tan grande como antes, al menos se hacía con tanta piedad y devoción. Malaquías gobernó algún tiempo este monasterio, según estaba ordenado por su santo maestro Imaro. Era superior y la regla de sus hermanos. Ellos aprendían de su manera de vivir lo que debían guardar y él caminaba delante de ellos en toda justicia y santidad en la presencia de Dios. Sólo que, además de los ejercicios comunes, tenía también otros particulares, en los que no solamente superaba a los demás, sino que los demás no le podían seguir a causa de su extrema austeridad. En este tiempo se halló en este lugar un enfermo que el diablo no dejaba, y a quien decía claramente que se guardase bien de creer las advertencias que Malaquías le hacía y que cuando estuviere cerca de él le hiriese con un cuchillo y le matase. Lo que, conocido por los que le asistían, a los cuales él mismo lo declaró, al punto dieron parte al Santo para que se precaviese. Pero él, recurriendo a sus ordinarias armas de la oración, vino animosamente a atacar a su enemigo y echó fuera a un tiempo la enfermedad y el demonio. El enfermo se llamaba Malco y era hermano, según la carne, de nuestro Cristián, abad de Mellifont; ambos viven todavía y más unidos que nunca el uno al otro por el lazo del espíritu. Pues aquél, luego que fué sanado, no puso en olvido un tan gran beneficio, sino que, convirtiéndose a Dios en este mismo lugar, trocó al mismo tiempo de hábito y de espíritu. Los monjes conocieron por este hecho que el espíritu maligno tenía envidia del bien que practicaban; se edificaron con esto y tuvieron más cuidado para lo sucesivo.

## CAPÍTULO VII\*

### SANA UN ENFERMO DE LA DISENTERÍA

15. Sanó todavía en este mismo lugar a un clérigo llamado Miguel, que estaba fatigado de una disentería, enviándole algunos platos de su mesa. Habiendo recaído este

\* PL 182, 1083.

mismo en una grave enfermedad, le dió la salud del cuerpo y del alma. Lo que fué causa de que se dedicase enteramente al servicio de Dios y de Malaquías, temiendo le sucediese todavía alguna cosa peor si se hacía ingrato a un tan gran favor y a un milagro tan notable. Después hemos sabido que gobierna ahora un cierto monasterio en Escocia, el último de los que él ha fundado. Todas estas cosas hacían que tanto la reputación como la congregación de Malaquías se aumentasen cada día más y que su nombre fuese grande dentro y fuera; mas no tan grande como la realidad de la cosa lo merecía. Como este lugar estaba próximo a la ciudad, permaneció en él aun después de ser elevado al obispado.

### CAPITULO VIII\*

#### ACEPTA CON MUCHA REPUGNANCIA EL OBISPADO DE CONNERET

16. Había entonces un obispado que por mucho tiempo estuvo vacante, porque Malaquías no quería aceptarle habiéndose hecho la elección en su persona. Pero, persistiendo siempre en la elección los que la habían hecho en él, nuestro Santo se vió precisado a rendirse a sus instancias, especialmente después que tuvo el mandato expreso de su maestro y de su metropolitano. Habiendo sido, pues, consagrado obispo a los treinta años, fué conducido a Conneret, que era el nombre de esta ciudad. Mas, luego que comenzó a hacer sus funciones, el hombre de Dios conoció muy presto que estaba destinado a cuidar de unas bestias más bien que de unos hombres racionales. En ninguna parte había visto tanta rudeza y tanta barbarie. Jamás había encontrado gente tan adherida a sus modos de obrar, tan brutales en sus prácticas, tan impías respecto de la fe, tan bárbaras en la observancia de las leyes, tan poco capaces de disciplina y tan disolutas en su vida. Eran cristianos en el nombre, pero paganos en efecto. No sabían qué cosa era pagar los diezmos, ni ofrecer a Dios las primicias de todas las cosas. No hacían matrimonios legítimos, no se confesaban nunca y no se hallaba persona que pidiese u ordenase las penitencias. Había entre ellos muy pocos eclesiásticos, y no era tampoco necesario que hubiese muchos, pues los pocos que había no encontraban en qué emplearse entre los legos; ni podían esperar hacer gran fruto en un pueblo tan pervertido, no viéndose aun en las iglesias persona alguna

\* PL 182, 1084.

para oír la palabra de Dios y el oficio divino. ¿Qué haría en este lance el soldado de Cristo? Era preciso retirarse vergonzosamente o combatir con gran peligro. Mas aquel que había recibido la calidad de pastor y no de mercenario prefirió perseverar a huir, estando enteramente dispuesto a dar la vida por sus ovejas si fuera necesario. Y, aunque este pastor se encontraba en medio de unos lobos sin oveja alguna, permaneció allí con una intrepidez maravillosa, buscando todos los medios posibles para trocar los lobos en corderos. Los exhortaba en público, los reprendía en secreto, lloraba sobre cada uno en particular. Muchas veces usaba de severidad, otras de dulzura, según que lo juzgaba conveniente para su utilidad. Mas como veía que no ganaba mucho por todos estos caminos, ofrecía continuamente a Dios por ellos el sacrificio de un corazón contrito y humillado. ¡Cuántas veces pasó las noches enteras en oración, levantando sus manos al cielo para implorar misericordia sobre ellos! Cuando no querían venir a la iglesia, se iba a buscarlos por las calles y las plazas públicas. Y, dando vueltas a la ciudad, llegaba a perder el aliento por buscar a alguno que poder ganar para Jesucristo.

17. Discurría también por los campos y las aldeas con la tropa santa de sus discípulos, que nunca dejaban de acompañarle. Iba por un lado y por otro y distribuía el grano celestial a los mismos que no le querían recibir. No se servía de caballo en sus viajes; iba por su pie a fin de mostrarse más digno discípulo de los apóstoles. ¡Oh buen Jesús! ¿Qué no ha sufrido por tu nombre este valiente capitán de la parte de los malos? ¿Qué no ha padecido de aquellos por quienes te pedía gracias y favores con una perseverancia invencible? ¿Quién podría explicar las persecuciones, las injurias y las afrentas que le hicieron? ¡Cuántas veces se encontró oprimido del hambre y traspasado de frío en su desnudez! Con todo, permanecía siempre pacífico con aquellos que aborrecían la paz, no cesando de trabajar en todo tiempo y de todas maneras; importunaba y hacía mil instancias en todos tiempos. Cuando vomitaban contra él mil blasfemias, usaba oraciones; se servía del escudo de la paciencia contra todas las injurias que le cargaban, y por este medio vencía el mal con el bien. ¿Y no conseguiría la victoria? Tenía una perseverancia invencible; y, según la promesa del Evangelio, se abrió a quien había llamado con tanta instancia<sup>19</sup>. ¿Y no se vería el cumplimiento de lo que el Verbo había prometido dar? La diestra del Señor ha hecho ver su poder, porque la boca del Señor ha dicho la verdad. En fin, la dureza vino a ablandarse y la barbarie cesó. Este

<sup>19</sup> Lc. II, 9.

pueblo tan feroz comenzó poco a poco a suavizarse, a recibir la corrección que se le hacía y a habituarse a una conducta más regular. Se abolieron las leyes bárbaras y se introdujeron las romanas. Se recibieron por todas partes las prácticas de la Iglesia y se desecharon las que eran contrarias a ella. Se reedificaron las iglesias, se reformó el clero, se celebraron dignamente los divinos misterios. El sacramento de la penitencia se hizo muy frecuente, los pueblos se hicieron más fáciles a la asistencia en las iglesias, la solemnidad de las bodas restableció los matrimonios en su honor. En fin, todas las cosas fueron puestas en buen orden, que se puede decir al presente de los irlandeses lo que Dios decía en otro tiempo por su profeta: *El que no era mi pueblo, se ha hecho ahora mi pueblo* <sup>20</sup>.

## CAPITULO IX \*

### MANDÓ EDIFICAR EL MONASTERIO DE IBRAK

18. Como todo el mal viene del aquilón <sup>21</sup>, sucedió que algunos años después, esta ciudad fué arruinada de las partes septentrionales de Irlanda. Y tal vez este mal fué un bien para aquellos que hicieron de él un buen uso. Porque, a la verdad, ¿quién sabe si Dios no quiso borrar por este azote los antiguos crímenes de su pueblo? Entre tanto, viéndose Malaquíás obligado a ceder a la necesidad, se retiró también por su parte con toda su comunidad. Verdaderamente, su salida no fué sin algún fruto, porque dió ocasión favorable para edificar el monasterio de Ibrak después de llegar a este paraje con ciento veinte de sus religiosos. Allí le vino a ver el rey Cormach, el príncipe que, expelido de su reino, como hemos contado ya, recibió tanto consuelo de la misericordia de Dios bajo la conducta de Malaquíás. En el reino de este príncipe estaba situado este monasterio. Es difícil expresar la alegría de este rey a la vista de Malaquíás. Se ofreció a sí y todo lo que poseía para el servicio de nuestro Santo y de sus religiosos en reconocimiento de los beneficios que había recibido de ellos. Le envió al punto, con una magnificencia regia, un número muy grande de reses para el uso de los monjes y una buena suma de oro y plata para que se emplease en los edificios. Iba y venía continuamente a este monasterio, permaneciendo siem-

<sup>20</sup> Os. 2, 24.

\* PL 182, 1085.

<sup>21</sup> Ier. 1, 14.



pre rey en su hábito de mundo, pero siendo un verdadero discípulo de Malaquías en su conducta y en su manera de vivir. Dios dió su bendición a este lugar en consideración de Malaquías con tanta abundancia, que se hizo en poco tiempo muy célebre en posesiones, en rentas y en personas ilustres. Por lo demás, aunque Malaquías era obispo y superior, comenzó a tener una vida enteramente nueva, practicando él mismo todas las ordenanzas y todas las observancias que daba a los otros. Asistía por turno a la cocina, servía a los otros en la mesa y no permitía que se le pasase su vez cuando le correspondía leer o cantar en el coro como los demás. Hacía todos los oficios como un simple conventual, con una exactitud maravillosa. No solamente tomaba parte en la pobreza de la casa, sino que quería ser el más pobre de todos, practicando la pobreza más que todos con un rigor enteramente ejemplar.

## CAPÍTULO X \*

### ES HECHO ARZOBISPO Y PRIMADO DE IRLANDA

19. Mientras las cosas pasaban de esta suerte, sucedió que el arzobispo Celso, que había dado el diaconado y el presbiterado a Malaquías y le había hecho obispo, cayó gravemente enfermo. Y, viendo que se moría, hizo una especie de testamento, por el que declaraba a Malaquías su sucesor, no encontrando otro más digno que él para llenar la primera silla de Irlanda. Testificó su última voluntad a los que estaban presentes y la hizo saber a los ausentes, haciendo también sobre esto mismo un encargo especial a los reyes de Munster y a los ancianos de la tierra de San Patricio. En efecto, todos los de la nación tienen tanta veneración a esta silla episcopal en consideración de San Patricio—que convirtió en otro tiempo todo el país a la fe, y al que miran como apóstol particular de esta nación, y el cual fué el primer obispo en este lugar durante la vida y en él fué enterrado después de su muerte—, que no solamente los obispos, los presbíteros y todo el clero, sino también los reyes y príncipes, rinden una perfecta obediencia en todas las cosas a este metropolitano, que reconocen por su superior. Con todo, se había introducido una costumbre tan mala con la ambición diabólica de algunos grandes del país, que ellos pretendían esta dignidad como una herencia por derecho de sucesión, y no sufrían que hubiese obispos sino

\* PL 182, 1086.

de su raza y familia. Ni esta sucesión había durado tan poco tiempo que no hubiesen pasado quince generaciones que estuviesen en esta posesión. Y esta desgraciada familia de tal modo se había fortificado en este derecho ilegítimo—que no se podría castigar con bastante severidad—, que, aunque la faltasen personas en el clero, no la faltaban, con todo, obispos. En fin, había ya habido ocho obispos antes de Celso, casados y sin haber tenido alguna orden, aunque eran literatos. Este era el origen de todos los desórdenes, que se habían extendido, como hemos dicho, en toda Irlanda, donde ya no había ni disciplina eclesiástica, ni vigor de los cánones de la Iglesia, ni ejercicio de religión. De ahí venía esta barbarie cruel, que se había introducido en lugar de la mansedumbre del cristianismo, o, más bien, esa verdadera imagen del paganismo bajo la apariencia y el nombre de una profesión cristiana. Porque, lo que es inaudito desde el nacimiento del cristianismo, se trocaban y se multiplicaban los obispados sin orden, sin razón, según la voluntad del metropolitano; de tal suerte, que no era bastante un obispo para un obispado, sino que cada 38 iglesias tenía un obispo particular. No hay que admirarse de esto. ¿Cómo podían estar sanos los miembros de una cabeza tan enferma?

20. Por eso, Celso, que era un hombre de bien y temeroso de Dios, gimiendo continuamente sobre estos males de su pueblo, hizo todos los esfuerzos para tener a Malaquías por su sucesor, confiando que por este medio se podría destruir esta infeliz sucesión que se había tan fuertemente establecido, pues sabía que era estimado de todos, que todos le miraban como a un hombre ejemplar y que el Señor estaba con él. No fué frustrado en su esperanza, pues después de su muerte se puso a Malaquías en su lugar, aunque no fué tan presto ni sin grandes dificultades. Porque un cierto Mauricio, que era de esa familia perversa, se puso al momento en posesión; y, hallándose apoyado del brazo secular, presidió en esta iglesia durante el espacio de cinco años, no como obispo, sino como tirano. Habiéndose reunido todos los sufragios de los hombres piadosos por la persona de Malaquías, cada uno procuraba persuadirle que se encargase de su rebaño, según la ordenanza de Celso. Mas él, que miraba toda elevación como un precipicio, creía haber encontrado un buen motivo para excusarse, demostrando que su entrada no podía ser pacífica en el tiempo presente. Sin embargo, dos obispos—entre otros, Malco y Gilberto—hacían todas las instancias posibles y solicitaban poderosamente a todo el mundo para llevar a cabo una obra tan santa. El primero era aquel anciano obispo de Lesmor, de quien hemos hablado ya<sup>22</sup>, y el otro hacía por primera

<sup>22</sup> C. 4.

vez, según refieren, la función de legado apostólico en toda Irlanda. Viendo que habían pasado ya tres años después de la empresa temeraria de Mauricio y el disimulo de Malaquías, y no pudiendo ya soportar este infame adulterio de la Iglesia y el deshonor de Jesucristo, después de haber hecho reunir a todos los obispos y a los grandes del país, fueron a encontrar a Malaquías animados de un mismo espíritu con la intención de precisarle a tomar posesión de su iglesia. Desde luego rehusó aceptar este cargo, representando los grandes obstáculos que se encontraban; el número, el poder y la ambición de esta casa poderosa que tenía por contraria, diciendo que era una empresa extraordinaria para quien era tan poca cosa oponerse a tantas gentes, tan fuertes y tan arraigadas, que habían tenido el santuario de Dios como una herencia después de casi doscientos años, que ellos de nuevo se habían puesto en posesión, y que no se les podía destronar jamás sin la muerte de muchas personas, que no podía sufrir que se derramase la sangre humana por su causa y, en fin, que estaba ya ligado a otra esposa, la cual no podía abandonar.

21. Pero, perseverando toda la junta en las instancias que se le hacían y protestándole que era ésta la voluntad de Dios y, además, ordenándole con toda la autoridad que tenían que aceptase este peso y este cargo, y aun amenazándole de excomulgarle: "Vosotros, dijo, me lleváis a morir; quiero obedeceros en la esperanza del martirio, pero con la condición de que, si las cosas prosperan según la confianza que mostráis y Dios saca su heredad de las manos de aquellos que la han quitado a su Iglesia, después que todo se haya puesto en buen orden y la Iglesia goce de una verdadera paz, me sea permitido volver a mi primera esposa y reasumir mi amada pobreza, de la que se me arranca con violencia, y se ponga allí en lugar mío otro obispo que sea entonces hallado más digno y capaz de esta silla". Observa, te ruego, lector mío, la virtud de este hombre santo y la pureza de sus intenciones, pues no busca en ninguna manera el honor del mundo, ni teme la muerte por el amor de Jesucristo. ¿Qué cosa más pura o más fuerte que esta alma, que se expone a toda suerte de peligros y de trabajos para dejar recoger sus frutos a otro y hacerle gozar de la seguridad y de la paz en la seguridad de la provincia? Esto hace Malaquías cuando firma este pacto con todos los grandes: que será libre de volver a tomar su primera pobreza después que haya restituido la paz y la libertad a la iglesia primada de Irlanda. En fin, se le concede su petición, y al punto obedece a la voluntad de los prelados o, más bien, a la voluntad de Dios, de quien hacía memoria de haber tenido una revelación tocante a lo que entonces ocurría.

En efecto, cuando Celso estaba ya enfermo, una gran matrona de una majestad extraordinaria se apareció a Malaquías, que estaba muy distante de Celso y no sabía nada de su enfermedad. Y como la preguntase quién era, respondió que era la esposa de Celso, y al mismo tiempo le puso entre las manos el báculo pastoral que tenía y desapareció. Pocos días después, estando el obispo Celso a punto de morir, envió su cruz a Malaquías, como a su sucesor, el cual, apenas puso en ella la vista, reconoció que era la misma cruz que había visto en su revelación. La memoria de esta visión asustó a Malaquías y le hizo temer resistiese a la voluntad de Dios si continuaba en rehusar la admisión de esta dignidad. Con todo, no entró en la ciudad mientras vivió el usurpador por temor de ser causa de la muerte de alguno de aquellos a quienes venía a dar la vida. Así, vivió dos años fuera de la ciudad—fué el tiempo que sobrevivió el intruso—ejerciendo sus funciones de obispo y trabajando incesantemente en el bien de las almas de toda la provincia.

## CAPITULO XI\*

EVITA MILAGROSAMENTE LOS LAZOS QUE LE HABÍAN PUESTO  
Y SUS AUTORES PERECEN DESGRACIADAMENTE

22. Habiendo muerto Mauricio en muy poco tiempo, un cierto Nigellus, un poco negro de nombre, pero mucho de costumbres, se apoderó de la silla episcopal. Pues este infeliz Mauricio se había provisto durante su vida de un heredero en el que pudiese continuar sus obras de condenación al irse él mismo a padecer las penas de la justicia divina por sus propios crímenes. Este era pariente de Mauricio y de esta desgraciada familia. Sin embargo, el rey, los obispos y las personas de bien se juntaron para establecer a Malaquías en esta silla episcopal, a lo cual los malos se opusieron con todas sus fuerzas. Un hijo de Belial, cuya malicia estaba siempre dispuesta a ejecutar cualquiera mala acción, habiendo sabido el lugar donde se había de tener la junta y habiendo reunido mucha gente, se apoderó secretamente de una eminencia que estaba enfrente de este lugar a fin de sorprenderlos cuando menos lo pensasen y matar a los inocentes. Habían resuelto quitar la vida al rey y a los obispos a fin de que no quedase persona que pudiese vengar la sangre de los justos. La conjuración fué descubierta a Malaquías, el cual, volviendo a entrar al momento en la iglesia

\* PL 182, 1088.



próxima, apenas se encomendó a Dios levantando las manos al cielo, cuando el tiempo se mudó repentinamente y el día se hizo una noche sombría acompañada de borrascas, de lluvias y de tempestades. Los torbellinos de viento, los rayos y los truenos eran tan espantosos, que parecían amenazar con el último día del mundo y todos los elementos con una próxima ruina.

23. Mas, a fin de que estés persuadido, amado lector, de que fué la oración de Malaquías la que hizo este fracaso de los elementos, sabe que sólo los que atentaban contra su vida y estaban dispuestos a las obras de iniquidad fueron ceñidos de esta tempestad horrible y envueltos en estos torbellinos de tinieblas. En fin, el caudillo de esta desgraciada conspiración fué herido de un rayo y de un golpe de trueno, del que murió al instante con otros tres, que, habiendo sido los cómplices de un mismo crimen, fueron castigados con una misma muerte. Sus cuerpos fueron hallados a la mañana medio abrasados, podridos y pegados a las ramas de unos árboles, donde a cada uno había arrebatado y estrellado el huracán. Otros tres también fueron encontrados medio muertos, y todos los demás de la tropa, dispersados por todas partes. Mas, en cuanto a los que estaban con Malaquías, aunque enteramente muy cerca de este lugar, no fueron asustados por la tempestad ni recibieron el menor daño. Este caso nos hace conocer manifiestamente la verdad de esta palabra: *La oración del justo penetra en el cielo*<sup>23</sup>. Y nos presenta de nuevo este antiguo milagro que se hizo entre los egipcios cuando, permaneciendo todo Egipto en las tinieblas, la sola estancia de los israelitas gozaba de una plena luz, según la relación de la Escritura: *Por donde estaba el pueblo de Israel se veía muy claramente*<sup>24</sup>. Esto me hace también acordar de lo que sucedió al profeta Elías, que, por virtud de su oración, unas veces hacía venir las nubes y las lluvias desde las extremidades de la tierra<sup>25</sup>, y otras descender fuego del cielo sobre los blasfemos<sup>26</sup>. De esta misma manera, pues, quiso Dios ser glorificado en la persona de su siervo Malaquías.

---

<sup>23</sup> Eccli. 35, 21.

<sup>24</sup> Ex. 10, 23.

<sup>25</sup> 3 Reg. 18, 45.

<sup>26</sup> 4 Reg. 1, 10.

## CAPITULO XII\*

POR SU VIRTUD Y CONSTANTE CONFIANZA EN DIOS DESARMA  
Y SE CONCILIA A SUS ENEMIGOS ENCARNIZADOS

24. Después de la muerte del usurpador de la iglesia, el pobre Malaquías, a la edad de treinta y ocho años, tomó posesión del arzobispado de Armagh. Y fué metropolitano de toda Irlanda. Y, habiéndose vuelto a su casa el rey y todos aquellos que le habían acompañado en la entrada de este nuevo prelado, quedó solo entre las manos de Dios, mas no sin estar afligido de combates por afuera y de temores por dentro. Porque, bramando esta generación de víboras y gritando por todas partes que la habían despojado de su herencia, hizo nuevas conspiraciones en la ciudad y en las campañas contra el Señor y contra su ungido. Viendo Niggellus que era forzoso abandonar su presa y retirarse, llevó consigo algunas de las más preciosas reliquias de esta iglesia, y, entre otras, el libro de los Evangelios que había servido a San Patricio y el báculo pastoral, cubierto de oro y de piedras preciosas, que se le llamaba el báculo de Jesús, porque era tradición que nuestro Señor mismo le había traído y le había hecho. lo que le hacía muy precioso y muy venerable a todos los del país. Y, a la verdad, estas cosas son tan considerables y tan respetadas entre estos pueblos, que han venido a la extravagancia de reconocer por obispo al que las tiene en posesión. Este giróvago, como otro Satanás, se iba por todo el país dando vueltas por todas partes y llevando esta santa reliquia, que mostraba a todos; y por este medio era bien recibido por todo el mundo, atrayendo hacia sí a todos los pueblos e inspirándoles toda la aversión posible hacia Malaquías.

25. Había uno de los caudillos de esta poderosa y perversa familia a quien el rey antes de partir de la ciudad había obligado a hacerle juramento de que conservaría la paz con su prelado, y aun había recibido muchas prendas de su palabra. Mas, en cuanto el rey hubo salido de la ciudad, entró en ella y concertó con sus parientes y amigos en qué manera podrían apoderarse del santo obispo y matarle. Y, habiendo conspirado contra su vida, señalaron el día y el lugar de la ejecución con mucha cautela, porque temían al pueblo; este traidor les dió la señal. El mismo

---

\* PL 182, 1089.

día señalado por ellos, estando el obispo asistiendo a las vísperas con todo su clero y gran número del pueblo, este gran hombre le envió a cumplimentar y a suplicarle que viniese a su casa para hacer entre sí una perfecta reconciliación. Y, habiendo respondido los que acompañaban al prelado que le correspondía a él venir a su presencia, tanto más cuanto la iglesia era el verdadero lugar para reconciliarse—lo que decían por un presentimiento que tenían de la ficción—, los que habían sido enviados al obispo replicaron que no había allí seguridad para su señor, que habría que temer de su vida y que no debía fiarse de un populacho que había estado dispuesto poco antes a quitarle la vida con motivo del obispo. Así, contestando los unos que debía venir y los otros que no debía, el obispo tomó la palabra y, como quería la paz y no temía la muerte: “Dejadme, dijo, dejadme, hermanos míos, imitar a mi Maestro. En vano llevo el nombre de cristiano si no sigo el ejemplo de Cristo. Puede ser que aplaque al tirano con mi humildad; y, si no soy tan dichoso que lo consiga, al menos, siendo yo pastor y sacerdote y rindiendo a una de mis ovejas y a un lego lo que él me debe, tendré la ventaja de daros un buen ejemplo con mi conducta. ¿Qué importa que me quiten la vida? No rehúso la muerte con tal que os dé el buen ejemplo de la vida. *Es menester*, dice el Príncipe de los Apóstoles, *que el obispo no domine sobre su clero, sino que se haga el modelo de su rebaño* <sup>27</sup>. Y no debe hacerse otro modelo que aquel que ha recibido de Cristo, que se humilló haciéndose obediente hasta la muerte. ¿Quién me hará la gracia de poder dejar a mis hijos un modelo tan bueno, sellado con mi propia sangre? Entonces conoceréis por experiencia si vuestro obispo ha aprendido, según conviene, de Jesucristo que no se debe temer a la muerte por Cristo”. Y, levantándose al mismo tiempo de su silla, se puso en camino, desatándose en lágrimas todos los asistentes y rogándole que no deseara tan ardientemente morir por Cristo, que dejase en la última desolación el rebaño de Jesucristo.

26. Pero nuestro Santo, poniendo toda su confianza en Dios, prosiguió su camino con toda la alegría imaginable, acompañado solamente de tres de sus discípulos, que estaban dispuestos a morir con él. Tan pronto llegó a la casa y se vió en medio de esta tropa de gentes armadas fortalecido del escudo de la fe, ellos mudaron el semblante, quedando todos atónitos; de suerte que el obispo podía decir como el rey profeta: *Mis enemigos, que me perseguían, se han hecho flacos y abatidos* <sup>28</sup>. Tampoco hay nada más cier-

<sup>27</sup> I Petr. 5, 3.

<sup>28</sup> Ps. 26, 2.

to; entonces hubieras visto la víctima permanecer firme sobre sus pies, y a los verdugos, que le rodeaban de todas partes con las armas en la mano, sin que se hallase nadie para inmolar la víctima. Hubieras creído que sus brazos se habían hecho inmóviles, sin acción para extender la mano sobre la presa. Pero lo que es más todavía: aquel que era el caudillo de esta infeliz empresa, en vez de levantarse contra él, se levantó para saludarle. ¿Qué es esto, hombre miserable? ¿Es la señal que habías querido dar para quitar la vida a nuestro obispo? Es más una señal de respeto que una señal de muerte. Es estorbar la muerte y no procurarla. Cosa admirable: aquellos que habían jurado la muerte del prelado, le ofrecen la paz. Y seguramente no pensaba rehusarla, puesto que la había venido a buscar con peligro de su vida. La paz fué hecha, y una paz tan firme, que después de este día el obispo no solamente tuvo un enemigo reconciliado, sino una oveja perfectamente sumisa y afecta a él. Apenas se supo la noticia, cuando todos los fieles se hallaron en una extrema alegría de que la sangre inocente había sido conservada y las almas de muchos criminales habían sido reducidas al camino de la salvación por los méritos de Malaquías. Todo el mundo se llenó de admiración al saber que los dos más determinados de esta familia y enemigos suyos, es decir, aquel de quien hablamos ahora y el otro de quien hablábamos antes, habían sido vencidos tan presto por la virtud divina; la cual sorprendió a estos dos impíos de una manera admirable en los malos designios que habían formado, habiendo sido el primero castigado terriblemente en su cuerpo, y éste trocado misericordiosamente en el corazón.

27. Pasadas estas cosas, el obispo comenzó a disponer con una entera libertad y a ordenar en la ciudad todo lo que dependía de su ministerio, siempre, no obstante, con mucho peligro de su vida. Porque, aunque no hubiese persona que osase abiertamente emprender nada contra él, no había, con todo, ni lugar ni tiempo en que el obispo pudiese tenerse del todo por seguro y guardarse de los lazos que secretamente se disponían contra él. Se le dió guardias para custodiarle noche y día; mas toda su seguridad estaba en Dios. Se tomó la resolución de perseguir a ese cismático mencionado más arriba, porque seducía a mucha gente del pueblo por las reliquias que llevaba, persuadiéndolas que a él debían reconocer por su obispo, sublevando así mucha gente contra Malaquías y contra la unidad de la Iglesia. Y el obispo, por la gracia que había recibido de Dios y el crédito que se había adquirido sobre su pueblo, siguió de cerca a este hombre perverso, y en poco tiempo le cercó por to-



dos los caminos con tanta facilidad, que se vió precisado a rendirse, a restituir todas las cosas santas que había quitado y a vivir en adelante quieto en una entera sumisión. De esta manera, Malaquías prosperaba de día en día y se fortificaba más y más en medio de los peligros y de los trabajos, tomando la esperanza y la virtud del Espíritu Santo nuevos aumentos en él.

### CAPITULO XIII\*

#### DIOS TOMA VENGANZA DE LOS QUE MURMURABAN DE MALAQUÍAS

28. No solamente Dios castigó a los que querían hacer mal a Malaquías, sino también a los que murmuraban de él. Uno que era privado de los príncipes, de los magnates y del rey mismo porque sabía hacerles la corte, era un gran hablador y muy lisonjero; favorecía a los enemigos de Malaquías en todo lo que podía y sostenía su partido porfiadamente. Y era tan atrevido, que insultaba al Santo en su cara y murmuraba de él en su ausencia con muchos ultrajes, haciéndole frente por todas partes sin respeto alguno cuando sabía que se hallaba en las más célebres concurrencias. Mas esta lengua murmuradora fué bien presto castigada como merecía. Pues en muy poco tiempo se puso hinchada y podrida, y los gusanos que hervían en ella salían y se derramaban de esta boca que había proferido tantas blasfemias. De suerte que, después de haberles vomitado continuamente durante siete días, vomitó también con ellos su desgraciada alma.

29. En otra ocasión, hablando el santo obispo en público y exhortando a su pueblo, una mala mujer tuvo también la insolencia de interrumpirle con sus importunos gritos, sin respeto alguno de su carácter ni del espíritu que hablaba por su boca. Era raza perversa, y, poniéndose en furia, vomitaba una infinidad de blasfemias y de injurias contra el Santo, llamándole hipócrita y ladrón del bien de otro, insultándole también de que era calvo. A lo que el santo hombre, extremadamente manso y humilde, no la respondió una palabra. Mas nuestro Señor respondió por él, pues en el mismo momento se volvió loca por un justo juicio de Dios, y, gritando sin cesar que Malaquías la ahogaba, su pecado de blasfemia fué castigado inmediatamente con una muerte espantosa. Así, sirviéndose esta infeliz de

---

\* PL 182. 1091.

los oprobios que en otro tiempo se hicieron al profeta Eliseo<sup>29</sup>, experimentó con daño suyo que había acometido a otro semejante a él.

30. No quiero omitir tampoco que habiéndose excitado una peste muy grande en la ciudad, el clero con el pueblo salió en procesión con todas las reliquias de los santos, y por las oraciones de Malaquías cesó la peste en el mismo momento. Esto hizo que ya nadie se atreviese a murmurar de Malaquías, clamando los que eran de la raza de Canaán: "Huyamos de Malaquías, porque el Señor combate por él". Mas hicieron muy tarde esta reflexión, porque, siguiéndoles por todas partes el celo del Señor, les persiguió hasta su última ruina. ¿Quién podría explicar en cuán poco tiempo pereció su memoria con todo el ruido que habían hecho, de qué manera fueron afligidos todos, cómo cayeron de un golpe en su última desolación y perecieron a causa de su iniquidad? Una extinción tan pronta de toda esta familia fué un milagro que tiene todavía muy llenos de asombro a todos los que conocieron su orgullo y su potencia. Hubo todavía otros muchos prodigios por los que Dios quiso glorificar su nombre, y que fortificaron más y más a su siervo entre todos los peligros y trabajos que le era preciso soportar. Mas ¿quién podría contarlos todos? Sin embargo, aunque nosotros no podamos contarlos, no conviene pasarlos todos en silencio. No obstante, por no romper el hilo de nuestra historia, reservaremos para el final lo que tenemos que decir sobre esto.

## CAPITULO XIV\*

CEDE A OTRO LA SILLA EPISCOPAL DESPUÉS DE HABERLA ESTABLECIDO EN LA PAZ

31. En fin, después que Malaquías quedó libre de todos sus enemigos e hizo a la Iglesia recobrar su libertad en menos de tres años, después de haber desterrado de su diócesis su primera barbarie y reformado por todas partes la vida de sus nuevos cristianos, viendo que todas las cosas estaban en paz, comenzó a pensar en su reposo propio, y, acordándose de su primera resolución, puso en su lugar a un santo hombre llamado Gelasio, cuya virtud merecía justamente este honor, consintiendo en ello el clero y el pueblo, o, más bien, sufriendolo a pesar suyo a causa de la

<sup>29</sup> 4 Reg. 2, 24.

\* PL 182, 1092.

palabra que habían dado antes, sin lo cual esta separación les hubiera sido del todo insoportable. Así, habiendo Malaquías consagrado a este nuevo prelado y habiéndole encomendado muy particularmente a los reyes y a los grandes del país, se retiró lleno de gloria por sus milagros y por sus triunfos y se volvió a su iglesia; no, con todo eso, a Conneret. Y oíd la causa, pues es digna de referirse. Se decía que esta diócesis de Conneret estaba otro tiempo separada en dos obispados, de los que cada uno tenía su silla particular, lo cual Malaquías tenía por más conveniente. De suerte que volvió a encomendar a dos sujetos lo que la ambición había reunido en uno. Y, habiendo dejado uno de estos dos obispados para otro obispo, retuvo el restante para sí solamente. Por eso no fué a Conneret, por haber establecido allí otro obispado, sino que se retiró a Dunas, poniendo así las cosas en su primer estado. ¡Oh corazón verdaderamente puro! ¡Oh sencillez de los ojos de la paloma! Da a este nuevo obispo la principal silla y la más cómoda, que había ocupado antes. ¿Dónde están estas personas que litigan tan fuertemente sobre los límites de su diócesis y mantienen enemistades perpetuas por una mala aldea que desean unir a su beneficio? No sé si no se dirige a estas personas el reproche del profeta: *Han partido en dos a las mujeres embarazadas de Galaad a fin de extender más sus confines*<sup>30</sup>. Pero esto para otra ocasión.

32. Habiendo, pues, Malaquías tomado el obispado de Dunas, pensó desde luego, según su costumbre, establecer junto a sí una comunidad de clérigos regulares de sus más fieles hijos, a fin de que le sirviesen de alivio en las fatigas ordinarias de su ministerio. Y, como si no fuera todavía más que un novicio en la vida espiritual, comenzó a revestirse de nuevo las armas de la santa pobreza, a ejercitarse en las acciones de humildad, a practicar toda la severidad de la disciplina monástica, a ordenar el tiempo de sus meditaciones y de sus oraciones, que eran continuas. Bien que las más de las veces se vió obligado a contentarse con sus buenos deseos, no pudiendo siempre ponerlos en práctica a causa del excesivo número de personas que le venían a buscar de todas partes. Porque no solamente las gentes del común del pueblo, sino los hombres ilustres y los más grandes del país, se apresuraban a venir a encontrarle para recibir las instrucciones de sabiduría y santidad y someterse a sus correcciones y a su dirección. Por otra parte, iba por todos los lugares sembrando la palabra de Dios, ordenando y decretando con toda la autoridad de un apóstol

<sup>30</sup> Am. I, 13

lo que concernía al bien de la Iglesia, sin que ninguno le dijese jamás: “¿Qué poder tienes para obrar de esta suerte?” Porque todos veían los grandes milagros y prodigios que obraba; y porque la libertad está donde se halla el espíritu del Señor <sup>31</sup>.

## CAPITULO XV\*

### RESUELVE IR A ROMA PARA RECIBIR EL PALIO DEL PAPA

33. Sin embargo, no creyéndose Malaquías en perfecta seguridad de hacer todas estas cosas sin la autoridad de la Silla Apostólica, tomó la resolución de ir a Roma a fin de obtenerla; y principalmente porque esta metrópoli no había tenido hasta entonces el uso del palio, que es la plenitud del honor de la dignidad episcopal. Así, creyó que era muy justo emplear sus cuidados y sus trabajos en conseguir esta insignia de honor a su Iglesia, en favor de la cual había trabajado tan felizmente. Había allí todavía otra metrópoli que había sido erigida de nuevo por el obispo Celso, y sometida, sin embargo, a la primera iglesia y a su arzobispo como primado de todas las iglesias. Malaquías, pues, deseaba también que ella fuese honrada con el palio y confirmada por la autoridad de la Santa Sede, como lo merecía bien por la consideración a los grandes méritos de Celso. Habiendo venido al conocimiento de sus hijos, de los grandes y del pueblo el designio de este viaje, manifestaron mucho desagrado, no pudiendo consentir en una ausencia tan grande del padre común de la patria, que les parecía insoportable y les hacía temer que muriese en el camino.

34. En este mismo tiempo sucedió la muerte de su hermano, llamado Cristián, que era un hombre muy de bien, lleno de gracias y de virtudes. Era también obispo como él, y, aunque no estuviese en tan alta reputación como la que Malaquías se había adquirido en el mundo, tal vez no le cedía en la santidad de vida y en el celo de la justicia. La muerte de este santo obispo puso a todo el pueblo en extrema consternación e hizo que la partida de Malaquías pareciese más insoportable que antes. De manera que todos decían que no convenía condescender en modo alguno con este viaje de su único padre y protector, por temor de que quedase todo el país en la última desolación si a un tiempo mismo era privado de las dos columnas que sostenían su Iglesia.

<sup>31</sup> 2 Cor. 3, 17.

\* PL 182, 1092.



Todos, pues, unánimemente se opusieron a su viaje y le quisieron retener por fuerza, a pesar de todas las amenazas que él les hacía de la venganza divina. No quisieron dejarle en libertad sin que primeramente se supiera la voluntad de Dios tocante a este viaje por las suertes que se echasen a este fin. Y, por más que Malaquías intentó estorbarlo, ellos no dejaron de echar las suertes, que se hallaron por tres veces diferentes favorables al obispo, no habiéndose contentado con la primera vez. Tanta era su ansia de retenerle. Mas se vieron por ahí obligados a rendirse a la voluntad de Dios. Dejaron, pues, a su padre ir, pero con unos llantos, clamores y gemidos que no se podrían explicar bastante. Sin embargo, a fin de que nada quedase en desorden, se puso a deliberar en qué manera podría reparar la pérdida de su difunto hermano. Y, habiendo hecho llamar a su presencia a tres de sus discípulos, se halló en una congojosa incertidumbre y perplejidad sobre cuál de los tres sería el más útil y el más digno para ocupar el lugar de su difunto hermano. Luego, mirándoles al uno después del otro con una atención particular: "Es menester, dijo, ¡oh Edán!—éste era el nombre de uno de ellos—, que tomes este cargo". Mas, poniendo éste muchas dificultades y derramando lágrimas en la mayor abundancia: "No tienes que temer, le dijo Malaquías, pues es nuestro Señor quien me ha dado a conocer que estás destinado, habiendo visto antes el anillo de oro que debe ser la divisa de tu matrimonio espiritual". Lo cual hizo que Edán se sometiese a lo que se quisiera hacer de él. Y Malaquías, después de haberle consagrado obispo, se puso en camino para Roma.

35. Después que hubo salido de Escocia y arribado a York, habiéndole mirado un presbítero llamado Sícaro, le reconoció. No le había visto jamás. Pero como tenía el espíritu de profecía, ya mucho antes había tenido revelación acerca de él; y, mostrándole al mismo tiempo con el dedo a todos los asistentes: "Ved ahí, les dijo, a aquel de quien os había hablado diciendo que vendría un santo obispo de Irlanda que conocía los pensamientos de los hombres". Así, la antorcha no pudo permanecer más tiempo bajo el celémín, manifestándola por la boca del presbítero Sícaro el Espíritu Santo, que la había encendido. Este mismo le declaró muchas cosas secretas que concernían a él y a los suyos, y que Malaquías reconoció ser tales como él se las descubriría. Algunos de su compañía quisieron saber de Sícaro lo que sucedería en cuanto a su vuelta, a lo que respondió al momento—lo que después se reconoció ser verdadero por la experiencia—que pocos de los que le acompañaban volverían con él. Lo cual les hizo recelar la muerte.

Mas Dios dispuso esto de otra manera, pues a su vuelta de Roma hubo pocos que retornasen a su país con él, según la predicción de Sícario, habiéndose quedado algunos de ellos con nosotros y otros en otras partes para instruirse perfectamente en las observancias de la vida monástica. Ve ahí por lo que toca al presbítero Sícario.

36. En la misma ciudad de York, un cierto Wallenus, que era prior de los clérigos regulares de Kirkham, hombre muy poderoso según el siglo y que es ahora monje y abad de monjes del monasterio de Mailross, de nuestra orden, vino a ver al santo obispo, a quien profesaba mucho afecto, para encomendarse a sus oraciones con mucha humildad. Observando éste que el obispo tenía muchas personas en su compañía y pocos caballos para llevarlas—había con él cinco presbíteros, a más de los sirvientes y otros muchos clérigos, y no había para todos sino tres caballos—, le ofreció el caballo sobre el que había venido, estando solamente disgustado de que tenía el paso un poco áspero, y añadiendo que le daría con mucha mayor voluntad si fuera mejor, pero que le suplicaba que le aceptase tal como era. Le respondió el obispo: “Le acepto tanto más gustoso cuanto le tienes en mayor estimación. No podría dejar de estimar lo que me es ofrecido de tan buena voluntad como la tuya”. Y, volviéndose hacia sus gentes: “Acomodadle para mí, dijo, porque se hará bueno y cómodo y nos servirá largo tiempo”. Dicho esto, subió luego sobre él. Y habiéndole encontrado muy áspero, como lo era efectivamente, poco tiempo después mudó en una manera tan admirable, que se hizo extremadamente cómodo y tenía el más suave y agradable paso. Y cuanto había dicho se verificó puntualmente, pues se sirvió de él nueve años todavía hasta su muerte, y se hizo tan excelente, que se le apreciaba por un palafrén de mucho valor. Mas lo que hizo más ilustre este milagro a los que lo veían es que este caballo, que tiraba a negro, se volvió de una blancura tan grande, que apenas se hallaba otro caballo que fuese tan blanco como él.

## CAPÍTULO XVI\*

## VISITA LA ABADÍA DE CLARAVAL A SU PASO Y A SU VUELTA DE ROMA

37. Yo también tuve la dicha de ver a este gran Santo en su camino; y fui colmado de tanta alegría por su vista y por su discurso, que todas las riquezas del mundo no podrían darme una satisfacción más sensible. Y lo que hizo el colmo de mi dicha fué que, por gran pecador que yo sea, tuve desde entonces una parte muy grande en su amistad, que me ha conservado siempre hasta la muerte, como lo he dicho ya en el prólogo de esta vida. El también tuvo la bondad de llegarse hasta Claraval, y fué sensiblemente tocado a la vista de mis religiosos, como ellos por su parte fueron muy edificados de su presencia y de sus palabras. Le agradó mucho el lugar y estuvo muy satisfecho de nuestra comunidad; y, después de habernos manifestado ternuras inimaginables, se despidió de nosotros y prosiguió su camino. Pasó los Alpes y llegó a Italia, y allí dió la salud al hijo de su huésped, que estaba enfermo de muerte.

38. Estaba entonces sentado en la Cátedra Apostólica Inocencio II, de dichosa memoria, quien le recibió con gran agasajo, compadeciéndose mucho de él por las fatigas que había tenido en tan largo viaje. La primera petición que Malaquías hizo a Su Santidad fué que le permitiera ir a vivir y morir en Claraval, que era el más íntimo de sus deseos. Lo cual pidió con abundantes lágrimas, pues era la cosa que en este mundo deseaba más vivamente. Y lo pidió no olvidado el motivo principal por que había venido a Roma, sino porque el afecto que tenía a Claraval le tocaba extraordinariamente el corazón. Sin embargo, no pudo nunca conseguir lo que pedía con tanta instancia, porque el papa estaba persuadido de que haría mucho más fruto en el cargo que ocupaba. Con todo eso, no fué frustrado del todo el deseo de su corazón, puesto que Dios le concedió, ya que no vivir, a lo menos morir en Claraval, como deseaba. Permaneció en Roma un mes entero, visitando con frecuencia los lugares santos, donde hacía largas oraciones. Después que Su Santidad se hubo frecuente y cuidadosamente informado de él y de todos los de su comitiva, sobre la disposición del país, las costumbres de esta na-

\* PL 182, 1094.

ción, estado de las cosas y las maravillas que Dios había obrado en estos lugares por el santo obispo, al tiempo de despedirse para volverse, el papa le hizo su vicario apostólico y su legado en toda Irlanda. Pues había escrito a Su Santidad el obispo Gilberto, que estaba por entonces revestido de esta comisión, que se hallaba en la imposibilidad de desempeñar estas funciones a causa de su mucha edad y de sus achaques corporales. Habiéndose esto ordenado así, Malaquíás pidió al pontífice la confirmación de su nueva metrópoli y el palio para las dos iglesias de que hemos hablado ya. Tuvo efecto su petición; mas, en cuanto al palio, dijo el papa: "Es menester se haga con más solemnidad. Así, después que hayas convocado a los obispos, eclesiásticos y grandes del país, tendrás un concilio general, y, obtenido el beneplácito y el consentimiento de todo el concilio, enviarás acá algunas personas de consideración para pedir el palio, y yo te lo concederé". Después, tomando la mitra de su propia cabeza, la puso sobre la de Malaquíás; le dió también la estola y el manipulo de que acostumbraba servirse en el altar. En fin, habiéndole dado el beso de paz, le despidió con la bendición y la autoridad apostólica.

39. Volvió a tomar su camino por Claraval, y nos dió segunda vez su bendición, pero con verdadero sentimiento, que nos manifestó con grandes suspiros, de que no se le hubiera concedido permanecer enteramente con nosotros. "Con todo eso, le ruego, me dijo, que retenga a éstos en mi lugar a fin de que aprendan de ustedes cómo debemos portarnos nosotros". A lo que añadió: "Será una simiente que nos dará y en la cual las naciones serán bendecidas; digo las naciones que han oído pronunciar el nombre de monjes, pero que no han visto ninguno de ellos". Tomó cuatro que estaban alrededor de él y los dejó en este lugar y se fué. Después, habiendo sido probados y juzgados dignos de la profesión monástica, fueron todos admitidos a ella. Algún tiempo después, habiendo el santo obispo arribado a su país, nos envió todavía otros para que igualmente abrazasen la profesión religiosa. Y, habiendo sido instruidos en ella y educados en toda sabiduría, establecimos al monje Cristián, que era uno de ellos y de una santidad ejemplar, por su superior y los volvimos a enviar a Irlanda con algunos de los nuestros, que eran necesarios para hacer el número de una comunidad abacial. Esta en poco tiempo formó cinco filiaciones, y, multiplicándose la simiente más y más, el número de los monjes creció extraordinariamente, según el deseo y la predicción del santo obispo Malaquíás. Mas es menester ahora que volvamos a tomar el hilo de la historia.



## CAPITULO XVII\*

## HACE MUCHAS CURACIONES MILAGROSAS

40. Habiéndonos, pues, dejado Malaquías, arribó dichosamente a Escocia, y encontró en uno de sus castillos al rey David—que vive todavía—, cuyo hijo estaba enfermo de muerte. El rey le recibió con mucho honor y, habiéndole suplicado nuevamente que diese la salud al joven príncipe, le roció con agua que había bendecido y mirándole le dijo: “Hijo mío, ten confianza; no morirás esta vez”. No hizo más que pronunciar estas palabras, y al día siguiente el enfermo se halló enteramente sano, según la predicción del Santo. El padre tuvo de eso tanto gozo, que no se podría explicar, y toda la casa dió muestras extraordinarias de alegría. Corrió por todas partes la fama de un milagro tan estupendo, pues, habiendo sucedido en el palacio real y en la persona del hijo del rey, no podía estar oculto mucho tiempo. De modo que no se oía de todas partes sino cánticos de alegría y de acciones de gracias, así por la salud del príncipe como por la novedad del prodigio. Este príncipe se llamaba Enrique y es todavía hijo único, muy valeroso y muy sabio, imitando enteramente a su padre en la observancia de la justicia y en el amor que tenía el santo obispo. En efecto, el uno y el otro amaban tiernamente a Malaquías durante su vida, como a quien dichosamente había retirado al hijo de las puertas de la muerte. Le rogaron encarecidamente que permaneciese algunos días con ellos; mas, como huía de la gloria, se fué de allí muy de mañana. Pasando por la ciudad de Crugeld, le presentaron una niña muda, y tan pronto oró por ella, su lengua fué desatada y habló muy bien. Otra vez, entrando en un lugar que se llama San Miguel, sanó, en presencia de todo el pueblo, a una mujer que estaba frenética y que era necesario atar con sogas. Continuando su camino y habiendo llegado al puerto de Patrick, estuvo precisado a permanecer algún tiempo allí aguardando el tiempo propicio para pasar el trayecto. Pero la corta mansión no fué inútil, porque mandó formar allí un oratorio con ramajes entrelazados los unos con los otros y él mismo trabajó en ello. Habiéndose acabado esta obra, la mandó rodear de un foso para que sirviese este espacio de cementerio, que él bendijo. Los mila-

\* PL 182, 1095.

gros que se han hecho aquí hasta el presente dan bastante a conocer los méritos de aquel que había bendecido este lugar.

41. De ahí la costumbre de traer de los lugares más remotos todos los enfermos, de los cuales muchos volvían de allí en una salud perfecta. Habiéndose traído a este lugar en un carro una mujer que no tenía uso ninguno de sus miembros, se volvió a pie a su casa, no habiendo permanecido más que una noche en aquel lugar para esperar la misericordia del Señor. Otra que acostumbraba ir a este lugar a pasar la noche en oración fué encontrada sola allí por un hombre bárbaro; el cual, arrebatado de su pasión y fuera de sí, intentó por fuerza abusar de ella. La que retirándose hacia otro lado, temblando y conociendo que este hombre estaba poseído del espíritu del demonio: "¡Ah!, miserable, le dijo, mira bien lo que haces; considera el lugar donde estoy, respeta su santidad, reverencia la majestad de Dios y los méritos de su siervo Malaquías; mira por ti mismo". Este discurso no pudo detener la pasión de este hombre furioso; mas (lo que es una cosa enteramente espantosa) he ahí al mismo tiempo un horrible escuerzo lleno de veneno que parecía salir de entre los pies de esta mujer y que de tal suerte espantó a este hombre, aunque furioso por su pasión, que huyó a grandes saltos del oratorio. Se retiró confundido y la mujer permaneció en su pureza por los méritos de Malaquías y por un milagro de Dios enteramente extraordinario. Muy a propósito se sirvió de un monstruo feo y horrible para estorbar un crimen vergonzoso y detestable. En efecto, era menester el hielo de un reptil completamente frío para apagar el fuego de una pasión brutal y que los intentos de una acción tan temeraria fuesen reprimidos por un animal tan vil e inútil como éste. Esto que hemos referido de sus muchos prodigios baste por el presente. Ahora pasemos a lo que resta decir.

## CAPITULO XVIII\*

VUELTO A LA PATRIA, EMPLEA TODOS SUS CUIDADOS EN LA REFORMA DE SU DIÓCESIS

42. En fin, Malaquías entró en el mar y, navegando prósperamente, llegó a su monasterio de Benchor para que quienes eran sus primeros hijos recibiesen de su padre la primera gracia. ¿De qué manera piensas que ellos se porta-

\* PL 182, 1096.

ron en el recibimiento de su padre, y de un tal padre como éste, que acababa de hacer con tan buena salud un viaje tan largo? No hay que admirar que se arrebatasen de alegría por tan agradable regreso, puesto que los extraños mismos manifestaron por todas partes un gozo y contento que no se podría expresar suficientemente. Todos salían de las ciudades, de las aldeas y de los castillos y venían a verle, y era universal la alegría por todos los lugares por donde transitaba. Pero él no gusta de estos honores y no piensa sino en cumplir las funciones de su legación. Junta sínodos en muchos lugares a fin de que no haya parte de este país que no guste del fruto de su comisión; siembra por mar y por tierra y ninguno es substraído a sus cuidados y solicitud. No tiene reparo ni al sexo, ni a la edad, ni a la condición, ni a la profesión de cualquiera que sea; difunde por todas partes una simiente saludable; hace oír de todos lados la voz de la salvación; corre, se hace entrada en todos los lugares con la espada de la palabra divina para vengar a Dios en las naciones y echar en cara a los pueblos sus ingratitudes. Infunde terror a todos los malos, grita a los impíos: *Absteneos de vuestras iniquidades*; y a los pecadores: *Cesad de elevaros con soberbia*<sup>32</sup>. La religión es establecida, propagada y mantenida por todas partes; se aplica con toda la atención a remediar la necesidad de cada uno. En los sínodos que reúne en diversos lugares, toma a su cargo y pone toda su solicitud en restablecer las antiguas costumbres de la Iglesia aprobadas por ella, y que se hallaban abolidas por la negligencia de los eclesiásticos. Y no solamente restaura las prácticas antiguas, sino que establece otras nuevas también como venidas del cielo y observadas y puestas en escrito para perpetua memoria. Y, a la verdad, ¿cómo no serían venidas del cielo, puesto que estaban confirmadas por tantos milagros celestiales? Pero, a fin de que des a esto mayor creencia, referiré aquí algunos brevemente, pues sería imposible contarlos todos. Sin embargo, te confieso que me detengo en esto más gustoso para atraerte a la imitación de sus virtudes que para hacerte admirar sus prodigios.

<sup>32</sup> Ps. 74, 5.

## CAPITULO XIX \*

## DE LAS PRINCIPALES VIRTUDES DE MALAQUÍAS Y DE SUS COSTUMBRES ENTERAMENTE DIGNAS DE UN VERDADERO OBISPO

43. El principal y más grande milagro que ha hecho, a mi parecer, es él mismo. Porque, sin hablar de su interior, cuya hermosura, fortaleza y pureza nos eran bastante conocidas por su vida y sus costumbres, su exterior estaba tan compuesto y de una gravedad tan perfecta y tan modesta, que no se podía notar nada en su persona que pudiese ofender los ojos de los que le miraban. La Escritura nos enseña que el perfecto no peca en sus palabras <sup>33</sup>; mas ¿quién reconoció en Malaquías una sola palabra o una acción inútil y ociosa por mucho que le haya observado? ¿Quién le vió jamás mover el pie o la mano inútilmente? O, mejor, ¿quién no se edificó de la modestia de su andar, mirar, vestidos y semblante? Jamás la tristeza ni la alegría inmoderada alteraron el agrado de su rostro. Todo estaba perfectamente ordenado en él, todo indicaba virtud y señalaba al verdadero modelo de la perfección. Estaba siempre muy serio, mas nunca áspero; cedía un poco algunas veces su gravedad, mas sin ninguna apariencia de ligereza. En nada era negligente, aunque sabía disimular muchas cosas por algún tiempo. Estaba siempre tranquilo, mas nunca ocioso. Desde el primer día de su conversión hasta el fin de su vida, no poseyó nada propio; y, siendo obispo, no tenía ni criado, ni sirvienta, ni heredad, ni dominio, ni rentas eclesiásticas o seculares que le perteneciesen en particular. Su mesa no tenía nada de fijo o determinado, ni tenía siquiera para sí una casa. Estaba casi siempre fuera de la ciudad, visitando incesantemente todas sus parroquias. Servía al Evangelio, y el Evangelio le sustentaba, como el Señor lo ha ordenado diciendo: *El obrero merece recibir su recompensa* <sup>34</sup>; solamente que, predicando frecuentemente el Evangelio sin ser gravoso a ninguno, llevaba consigo lo que había sacado de su trabajo y del de sus discípulos para sustentar a los que trabajaban con él en las funciones de su ministerio. Y si algunas veces se veía precisado a tomar algún reposo, lo tomaba siempre

\* PL 182, 1097.

<sup>33</sup> Iac. 3, 2.<sup>34</sup> Lc. 10, 7.



en los lugares santos que había establecido en diversas partes de Irlanda. Y, cuando no podía menos de aposentarse en casa de alguna persona particular, se acomodaba fácilmente a su modo de vivir, contentándose con una vida y una mesa común. No se podía reconocer a Malaquías entre los otros ni por su alimento ni por sus vestidos; porque cuanto más elevado estaba sobre los demás, tanto más se abatía bajo de ellos.

44. En fin, aunque era obispo y legado del papa, iba a predicar la palabra de Dios a pie, como sus discípulos. Y esta virtud era tanto más de admirar en Malaquías cuanto se hallaba menos en uso en los demás prelados de la Iglesia. Ciertamente, obrar de esta suerte era ser un verdadero sucesor de los apóstoles. Pero es menestr notar todavía de qué manera partía su herencia con sus hermanos, que eran los verdaderos nietos de los apóstoles. Los otros prelados dominan sobre el clero; pero éste, siendo perfectamente libre, se hizo esclavo de todo el mundo. Otros se sustentan regaladamente de las rentas de la Iglesia sin predicar el Evangelio, o, a lo menos, no le predicán sino para sustentarse mejor; pero Malaquías, a imitación de San Pablo, no come sino por necesidad para predicar el Evangelio. Estos no estiman la piedad sino por el fausto y por las rentas cuantiosas; él no toma por herencia suya sino el trabajo y la pena. Otros se tienen por muy dichosos cuando han extendido muy lejos los límites de sus diócesis; éste no se gloria sino en la extensión de la caridad. Aquéllos llenan sus trojes de granos y sus cuevas de vinos a fin de que sus mesas estén mejor cargadas; éste va a recoger en los desiertos y en las soledades los sujetos capaces de llenar los cielos. Aquéllos, aun percibiendo los diezmos, las primicias y las ofrendas de los fieles y juntando tesoros inmensos por las secretarías, los tributos y los demás impuestos que obtienen de la liberalidad del rey, no dejan de tomarse cuidados excesivos por su comer y por su beber; éste, que carece de todo eso, tiene siempre de qué enriquecer a muchas personas con el tesoro de la fe. La codicia y las ansias de estos prelados no tienen jamás fin; Malaquías, que no desea nada, no extiende nunca sus deseos ni sus pensamientos hasta mañana. Aquéllos sacan de los pobres de qué dar a los ricos; éste solicita de los ricos para sustentar los pobres. Aquéllos desocupan la bolsa de sus súbditos; éste carga los altares de votos y de hostias pacíficas por los pecados de su pueblo. Aquéllos se hacen fabricar grandes palacios, levantan hasta el cielo torres y fortalezas; éste, no teniendo dónde reclinar su cabeza, trabaja en la obra de un perfecto Evangelio. Aquéllos van montados con gran

comodidad y acompañados de un numeroso séquito de domésticos, que comen de balde el pan que no es suyo; éste marcha a pie con sus hermanos, a quienes mira como unos ángeles del cielo, para ir a saciar las almas que están hambrientas de los bocados celestiales. Aquéllos no tienen el menor conocimiento de su rebaño; éste le instruye continuamente. En fin, aquéllos obsequian a los poderosos y grandes del mundo; Malaquías les impone las penitencias que merecen. ¡Oh hombre verdaderamente apostólico! ¡Cuán justamente es honrado por tantas ilustres señales de su apostolado! ¡Qué maravilla, pues, que siendo él mismo tan admirable, haya hecho tantas cosas maravillosas, o, más bien, las haya hecho Dios en su persona? Pues como dice el profeta: *Tú eres, Dios mío, quien obras todos estos prodigios* <sup>85</sup>.

## CAPITULO XX\*

### LIBRA A DOS ENERGÚMENOS ATORMENTADOS POR EL DEMONIO

45. Había en la ciudad de Culratim una mujer que estaba poseída del maligno espíritu. Fué llamado allí Malaquías; y, orando por ella, estrechó al demonio y le obligó a salir. Pero, no estando todavía saciada la malicia del enemigo, entró en el cuerpo de otra mujer que estaba presente. Mas el santo obispo le habló de esta manera: "Yo no te he quitado de ésta para que te vayas a atormentar a esta otra". Y, mandándole que saliese de esa segunda, obedeció al momento, pero se volvió a la primera. Habiéndole echado por segunda vez el Santo con una sola insinuación, volvió a entrar todavía en aquella que acababa de dejar, y prosiguió por algún tiempo en hacer estas idas y estas vueltas. Entonces, viendo Malaquías que el demonio se burlaba así de él, se puso airado y, recogiendo todo su espíritu en sí mismo, dió un fuerte quejido, y por un esfuerzo de su fe, echándose con todas sus fuerzas sobre su enemigo, le obligó a tomar la fuga y dejar estas mujeres en reposo, padeciendo él no menores penas que aquellas que acababa de atormentar. Sin embargo, amado lector, no conviene que pienses que la resistencia que el demonio hacía al santo obispo era de su propia potencia. Era la Providencia divina quien lo permitía así para manifestar más la presencia del

<sup>85</sup> Ps. 76, 15.

\* PL 182, 1099.

espíritu maligno y el triunfo de Malaquías. Pero escucha todavía lo que hizo en otro lugar donde no se hallaba en persona para convencerte mejor de que pudo bien hacer por su presencia lo que ha podido obrar en su ausencia.

46. En un país de Irlanda a la parte septentrional estaba postrado en cama un pobre enfermo, y, sin duda, esto era por un maleficio de los demonios. Porque por las noches se les oía decir estas palabras los unos a los otros: "Tengamos cuidado de que éste no vaya a tocar la cama o el jergón de ese hipócrita, y por este medio se nos escape". Este hombre al punto conoció que hablaban del santo obispo, de quien se acordaba que había dormido una noche en esta casa, y cuyo jergón estaba allí; de suerte que, confiando en los méritos de una persona tan santa, comenzó como mejor pudo a ir arrastrándose, aunque se hallaba muy débil, mas con una fe muy fuerte. Y en el tiempo mismo ovó gritos en el aire y unas voces que decían: "Estorbadle, estorbadle, detenedle; vamos a perder nuestra presa". Mas él, animado de la fe y del grande deseo que tenía de ser librado, procuraba, a fuerza de las rodillas y de las manos, acercarse al remedio con tanto mayor empeño cuanto les escucha gritar más: dándose tan buena maña, llegó al lugar donde estaba esta pequeña cama, subió encima y se revolvió en ella de todos los lados, ovendo entre tanto los gritos y los lamentos de estos miserables espíritus, que decían: "¡Ay, ay!, nosotros mismos nos hemos descubierto; hemos sido engañados; vedle ahí ya escapado de nuestras manos". En efecto, todo este espanto y horror que él tenía de los demonios se disipó a un tiempo mismo con su enfermedad. Otro hombre que también era atormentado por los espíritus malignos en la ciudad de Lesmor fué igualmente librado por los méritos de Malaquías. También, pasando un día por Linster, le fué presentado un niño poseído del diablo, y al momento le volvieron con una salud perfecta. En la misma provincia mandó que desatasen una frenética que estaba atada con fuertes sogas y que la lavasen en el agua que él había bendecido; y ella fué lavada y sanada a un tiempo mismo. Otra de la provincia de Ulvdia que desgarraba sus propios miembros con sus dientes fué sanada al punto que el Santo hubo orado por ella y la tocó. Había allí un loco que hacía muchas predicciones, que sus amigos y parientes trajeron, bien atado y sujeto, al hombre de Dios, porque era extraordinariamente peligroso y terrible por las fuerzas que sacaba de su rabia. Malaquías oró a Dios por este miserable, y en la hora fué curado y desatado. Esto sucedió en un lugar que no nombro porque es enteramente bárbaro, lo que hace también que omita otras mu-

chas cosas de esta naturaleza. En otra ocasión, pasando por la misma ciudad de Lesmor, le fué presentada una niña muda en la plaza pública por sus padres, quienes le hacían todas las instancias y súplicas posibles para que la diese el habla. Malaquías se paró, y, habiendo hecho su oración, la tocó la lengua con la punta del dedo, la puso saliva en la boca y la entregó a sus padres con el uso de la palabra.

## CAPITULO XXI\*

### FAVORECE A MUCHAS PERSONAS EN EL ARTÍCULO DE LA MUERTE Y EN TRABAJO DEL PARTO

47. Saliendo un día de una iglesia, encontró un hombre que en compañía de su mujer, que no podía hablar, venía a buscarle. Se le pidió que tuviera lástima de esta criatura, y, rodeándole todo el pueblo, se detuvo a la puerta, donde, después de haber echado la bendición sobre la muda, la mandó que rezase la oración dominical. Ella le recitó entera y todo el pueblo dió gracias a Dios. Había en la ciudad de Oenthreb un hombre rico que estaba en la cama enfermo y que había perdido el habla hacía ya doce días. Mas, al punto que percibió al santo hombre que le venía a visitar, recobró la libertad de su lengua, recibió la santa comunión y, fortalecido con este sacramento saludable, murió después de haber hecho una buena confesión. ¡Oh oliva fructífera en la casa de Dios! ¡Oh aceite de alegría lleno de unción y de luz! Ha iluminado a aquellos que estaban sanos por el esplendor de sus milagros y ha ungido al enfermo por la suavidad de su beneficio, habiendo obtenido a este moribundo la facultad de confesar y de comulgar para seguridad de su salvación. Un hombre noble le vino a buscar un día para comunicar con él algunas cosas. Y, estando ellos hablando juntamente, este hombre, lleno de fe, sacó secretamente tres juncos del lecho en que Malaquías estaba sentado y los llevó consigo. Y Dios se sirvió de este piadoso robo para hacer muchos milagros por la fe de este hombre y por la santidad del obispo. Otra vez, habiendo venido a la ciudad de Euvania, estando a la mesa, una persona de mucha consideración de aquel lugar le vino a suplicar con mucha humildad que orase por su mujer, que estaba encinta y que había pasado el tiempo ordinario de su parto, de lo que todo el mundo estaba admirado, y no po-

---

\* PL 182, 1100.



día creer que pudiese evitar la muerte en un accidente tan peligroso. El obispo del lugar, Nehemías, que estaba sentado junto a él, y todos los asistentes que se encontraban allí juntaban sus ruegos a los de este buen hombre. Entonces, tomando Malaquías la palabra, aseguró que tenía gran compasión del estado en que se hallaba esta señora, porque era virtuosa y honesta; y al mismo tiempo, dando a su marido del vino que acababa de gustar, le dijo: "Vaya, déla a beber de este vino, confiando en Dios que, tomando una bebida de bendición, dará a luz en poco tiempo y sin peligro". Se ejecutó lo que había ordenado, y la noche siguiente se vió suceder la cosa como él lo había predicho. Estaba un día conferenciando en la campaña con el conde de Ulydia y había alrededor de él cantidad de gente, cuando una mujer encinta y muy incomodada se presentó a él, declarándole que, contra todas las leyes de la naturaleza, había ya quince meses y veinte días que guardaba su fruto en el vientre. Malaquías, tocado de compasión de una incomodidad tan nueva y tan molesta, oró por esta mujer, y al punto dió a luz dichosamente. Todos los que estaban presentes sintieron de esto una extrema alegría y quedaron sumamente sorprendidos de la facilidad y de la prontitud con que esta mujer había dado a luz en el mismo sitio y de ver que el peligro de un triste desenlace se había trocado en un instante en la alegría de un milagro portentoso.

## CAPITULO XXII\*

### AMENAZA A UN CONCUBINARIO OBSTINADO CON SU ÚLTIMA DESGRACIA

48. Aconteció en el lugar mismo una cosa semejante a ésta en cuanto al milagro, pero de un suceso muy diferente. Vió a un hombre de quien se decía que tenía consigo públicamente a la mujer de su hermano; era soldado y uno de los caballeros del conde. Hablóle públicamente, y, mostrando para con él el celo de otro San Juan Bautista, le decía: "No te es lícito tener a la mujer de tu hermano". Pero, endureciéndose éste como otro Herodes<sup>36</sup>, no solamente no quiso rendirse, sino que le respondió con mucha insolencia, jurando delante de todos que no la dejaría jamás. Tocado sensiblemente Malaquías por esta respuesta y extraordinariamente celoso por la justicia de Dios, le dijo:

\* PL 182, 1100.

<sup>36</sup> Mc. 6, 17-28.

“El Señor te apartará de ella a pesar tuyo”. Haciendo él poco caso de estas amenazas, se retiró al momento muy irritado; y, volviendo a encontrar a esta mujer muy cerca del sitio donde había un gran concurso de gentes, la violó por la fuerza, como un hombre dado a Satanás, a quien acababa de ser entregado. El crimen no pudo ser oculto. La criada que acompañaba a su señora, corriendo a toda prisa a casa, que no estaba lejos, dió la noticia de la desgracia que acababa de suceder. Informados los hermanos de esta mujer, que entonces se hallaban en casa, de un accidente tan funesto, y queriendo vengar el honor de su propia hermana, corren prontamente al lugar donde la cosa había pasado, y, habiendo encontrado allí al enemigo de la honestidad sobre su hecho, le atraviesan con las espadas y le dan muerte. La junta no se había acabado todavía, cuando el escudero del muerto les refirió la extrema desgracia de su miserable amo. Todos los malos (que eran muchos en este país) fueron aterrados con esta nueva y se convirtieron, lavando sus manos en la sangre del pecador.

### CAPITULO XXIII\*

#### DIÓ LA SALUD A MUCHOS ENFERMOS

49. Hacía largo tiempo que el conde Diarmicio estaba enfermo en la cama. Mas el santo obispo, después de haberle dado una severa reprensión por todos los desórdenes de su vida y sus antiguos vicios, le echó agua bendita, y al punto le hizo levantar de la cama con una salud perfecta; de modo que al momento mismo montó a caballo, contra toda su esperanza y la de su casa. En la ciudad de Cashel, un hombre le presentó a su hijo, que estaba paralítico, pidiéndole que le diese la salud. Malaquías oró un poco tiempo por él y le dijo: “Vete, tu hijo será sanado”. Se fué de allí y volvió por la mañana con el enfermo, que no estaba curado. El Santo se levantó, hizo una larga oración sobre el enfermo y éste recibió una entera salud. Después, volviéndose al padre, le dijo: “Ofrece este niño a Dios”. El padre lo prometió, mas no guardó su palabra, y al cabo de algunas semanas recayó en la misma enfermedad, sin duda a causa de la desobediencia del padre y de la violación de su promesa. Estando Malaquías en los confines de Munster, un hombre que venía de muy lejos le trajo un hijo suyo que enteramente no podía andar. Informándose el Santo de cómo le había sucedido esto, le dijo que sospe-

\* PL 182, 1101.

chaba que le había venido por la malicia del diablo, a lo que añadió que, estando jugando el niño en un prado, el diablo le había echado en un grande adormecimiento, despertado del cual se había encontrado con la incomodidad que padecía. Y al hacer esta relación suplicaba al Santo con muchas lágrimas y le pedía amparo. Compadecido Malaquías del padre y del hijo, se puso en oración, ordenando que el enfermo se echase a dormir en el sitio donde estaba. Durmió y se levantó perfectamente sano. Y como este niño había venido de muy lejos, le detuvo algunos días en su compañía y vivió con él.

50. Cierta pobre se sustentaba de las limosnas que recibía del monasterio de Benchor y se le daba todos los días su ración ordinaria, haciendo él algún servicio en la panadería. Estaba gotoso desde muchos años, arrastrándose por la tierra con las manos, sin poder servirse de los pies, que estaban sin movimiento. Encontrándole triste y melancólico un día Malaquías delante de su celdita, le preguntó la causa de su tristeza. "Usted ve, dijo, cuánto tiempo ha que estoy afligido; la mano de Dios se hace pesada sobre mí; y, para colmo de mi aflicción, los que debían tener mayor compasión de mí, me insultan continuamente y me echan en cara mi miseria". Nuestro Santo fué tocado de este discurso, y levantó sus ojos y sus manos al cielo. Después, poniéndose por algún tiempo en oración, entró en su celdita, y el pobre afligido se levantó derecho sobre sus pies, estando él mismo tan lleno de asombro, que no sabía si lo que pasaba era verdad o un sueño. Comenzó, con todo eso, a andar poco a poco, no creyendo que lo pudiera hacer; mas, en fin, como quien despierta de un profundo sueño, reconoció la misericordia de Dios sobre sí; marchó con firmeza y volvió a la panadería, saltando con gran gozo y alabando a Dios con el favor que había recibido. Se sorprendieron y no sabían si era un fantasma todos los que le habían visto antes y le conocían al verle en este estado de salud. Malaquías curó también con sus oraciones un hidrópico, el cual sirvió después de pastor al monasterio.

51. Llegó a vacar el obispado de Corkagia, en Irlanda. Se hace la junta para elegir un nuevo obispo; pero las partes no pueden concordar, queriendo cada uno—como sucede muchas veces—tener un obispo de su elección y no de la de Dios. Sobrevino Malaquías durante este debate, y, habiendo sabido la diferencia de unos y de otros, reunió el clero y el pueblo, procurando juntar los corazones y los sufragios de todo el concurso; y, habiéndoles persuadido que debían remitirse en esto a él, como a quien estaba encargado del cuidado de esta iglesia igualmente que de todas las otras de Irlanda, les nombró al momento no uno de los gran-

des del país, sino un hombre pobre, extranjero y de quien conocía la santidad y la doctrina. Se le buscó, y se supo que estaba en la cama y con tan grande debilidad, que no podía venir en modo alguno al menos que le trajeran en brazos. "Levántese en el nombre del Señor, dijo Malaquías, yo se lo mando, y la obediencia le dará la salud". ¿Qué haría este hombre enfermo en este lance? Quería obedecer, pero se sentía en la imposibilidad de hacerlo; y, aunque hubiera podido, temía extremadamente que le hiciesen obispo. Hallándose, pues, con voluntad de obedecer y combatido, sin embargo, por dos grandes obstáculos, que eran el peso de su enfermedad y el temor de la carga que le querían imponer, la obediencia, acompañada del deseo de conseguir la salud, llevó la victoria. Hace muchos esfuerzos, y se mueve con pena; prueba sus fuerzas, y se halla más fuerte que lo acostumbrado. Crece su fe con sus fuerzas, y, aumentándose aquélla más y más, sus fuerzas se aumentan más también. Comienza a levantarse por sí mismo; anda cada vez mejor, no siente ya tanto cansancio al caminar. En fin, viene a la presencia de Malaquías fácilmente y sin ayuda de nadie; y, tomándole el Santo por la mano, le hace sentar en la cátedra episcopal con aplauso general de todo el clero y de todo el pueblo. Pero esto se pasó en una perfecta unión, sin que ninguno de la asamblea osase oponerse a la voluntad de Malaquías después del milagro que acababan de ver en esta persona. El elegido tampoco opuso dificultad alguna de su parte en someterse a ello después de haber tenido toda la seguridad posible de la voluntad de Dios por un prodigio tan grande y tan evidente.

52. Una mujer de calidad que Malaquías estimaba más por su virtud que por su nobleza estaba muy incomodada de un flujo de sangre; y, hallándose en el extremo de perder todas sus fuerzas juntamente con su sangre, envió recado al hombre de Dios para pedirle que socorriese su alma en el poco tiempo que le restaba de vida, ya que no podía tener más la dicha de verle en este mundo. Habiendo recibido Malaquías esta noticia, se impresionó muy sensiblemente, porque era una señora de gran virtud y porque hacía mucho fruto por sus buenas obras y por su ejemplo. Y, viendo que no podría llegar tan presto a su casa, llamó a Malco, que era todavía muy joven y bien dispuesto para acudir prontamente a esta moribunda—este Malco era hermano del abad Cristián, de quien hemos hablado más arriba <sup>37</sup>—. "Apresúrate, dice, y llévala estas tres manzanas, sobre las cuales he invocado el nombre del Señor. Confío en la divina voluntad que, si las gusta, no morirá antes de que me vea, aunque yo no podré llegar pronto". Malco se puso al mo-

<sup>37</sup> Num. 39.



mento en camino, según le fué ordenado; entra en la casa de la moribunda como otro sirviente del profeta Eliseo <sup>38</sup>. Manda a la enferma que tome y coma de esta fruta que Malaquías había bendecido y le dice que puede sanar. Esta señora, llena de gozo al oír el nombre de Malaquías, hace señal a fin de que la levanten la cabeza para poder obedecer; la ayudan; come de las manzanas; se hace más fuerte; recobra el habla y da gracias a Dios. Entoces Dios la envía un suave sueño y descansa muy dulcemente, lo que no había podido hacer en mucho tiempo, como tampoco comer. Durante este sueño su sangre se detuvo, y, habiendo despertado un poco después, se encontró sana: solamente estaba muy débil a causa de la gran dieta y de la pérdida de sangre que había tenido desde que estuvo enferma. Mas al día siguiente fué perfectamente curada y sanada por la llegada de Malaquías, que había deseado con tanto anhelo.

## CAPITULO XXIV\*

### RESUCITA A UNA MUJER QUE HABÍA MUERTO SIN RECIBIR EL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCIÓN

53. Había en la vecindad del monasterio de Benchor un caballero cuya mujer se hallaba enferma; se pidió a Malaquías que viniese a visitarla antes que muriese para que la diese la santa unción. Vino Malaquías, y, al punto que la enferma percibió que estaba allí, tuvo gran alegría y mucha esperanza de conseguir la salud. Y, como se preparase a darla este sacramento, todos fueron de parecer que, siendo ya muy tarde, valía más diferirle para la mañana. Convino en ello Malaquías, y, habiendo dado su bendición a la enferma, se fué con los que le habían acompañado. Mas no estaba todavía muy lejos, cuando de repente se comenzó a gritar, a llorar y a hacer mucho ruido en la casa, diciendo a grandes voces que estaba muerta. Habiendo Malaquías oído este ruido, acudió prontamente seguido de sus discípulos, y, acercándose a la cama de la enferma, la halló efectivamente difunta; se afligió en gran manera, imputándose a sí mismo que hubiese muerto sin la gracia del sacramento. Entonces, levantando las manos al cielo: “¡Ay, Dios mío!, dice, yo he faltado notablemente en este lance; yo soy quien he pecado por haber diferido demasiado darla el sacramento, y no ella, que le estaba pidiendo”. Y, pronunciando estas palabras con gran dolor, protestó delante

<sup>38</sup> 4 Reg. 4, 29.

\* PL 182, 1103.

de todos que no recibiría consuelo ni tomaría descanso alguno hasta que le fuese permitido restituirla a la gracia de que la había privado. Y, estándose toda la noche junto a la difunta, se afligía llorando y suspirando; y, en lugar del óleo santo, derramando torrentes de lágrimas sobre la difunta, procuraba del modo que le era posible compensar la santa unción que no había recibido. Esto practicó por su parte; pero mandó también a sus discípulos que velasen y orasen incesantemente; de suerte que pasaron la noche cantando salmos y él derramando lágrimas. Entre tanto llegó el día, y Dios oyó las oraciones de su siervo, porque el Espíritu del Señor, que pide en favor de los santos con gemidos inefables, intercedía por él. ¿Qué más? La que estaba muerta abre los ojos y, al modo de las personas que despiertan de un profundo sueño, comienza a frotarse los ojos y la cabeza con sus manos; se levanta sobre su cama, y, diviso a Malaquías, le saluda muy devotamente inclinándose hacia él. Al mismo tiempo los llantos fueron trocados en gozo y todos los que lo veían y oían se llenaron de un inmenso asombro. Malaquías rindió gracias a Dios y la dió el sacramento de la santa unción, sabiendo que perdona los pecados y que la oración de la fe es capaz de dar la salud a los enfermos <sup>39</sup>. Después de lo cual se fué de allí y la moribunda fué convaleciendo y vivió todavía algún tiempo en una perfecta salud a fin de que la gloria del Señor fuese manifestada en ella; cumplida la penitencia que Malaquías la había impuesto, murió después segunda vez con una confesión saludable y se fué a gozar de la presencia bienaventurada de Dios.

## CAPITULO XXV\*

### HACE MUCHOS FAVORES A DIVERSAS PERSONAS

54. Había una mujer que estaba muy dominada por el espíritu de cólera y de furor en tanto grado, que no sólo sus parientes y sus vecinos huían su trato, sino que sus mismos hijos no podían habitar con ella. Era un huracán y una tempestad furiosa en todas partes donde se hallaba. Era atrevida, ardiente, arrebatada; su lengua y sus manos hacían temer a todos. Se hacía odiosa e insoportable a todo el mundo. Afligidos sus hijos tanto por sí mismos como por ella, la llevaron a Malaquías, haciéndole encarecidas súplicas con muchas lágrimas y gemidos. El santo obispo, movido de compasión por el peligro en que estaba

<sup>39</sup> Iac. 5, 14. 15.

\* PL 182, 1104.

la madre y por la aflicción de los hijos, llevó aparte a la mujer y la preguntó si se había confesado bien otras veces de sus pecados. Le respondió que no. "Confíesate, pues, la dijo". Se confesó al momento, y después de haberla impuesto la penitencia y orado por ella a Dios para que se dignase darla el espíritu de mansedumbre, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, la mandó que jamás volviera a encolerizarse, como había hecho hasta entonces. Esta mujer desde este momento tuvo tanta mansedumbre, que todo el mundo quedó convencido de que había sido un cambio maravilloso hecho por la diestra del Altísimo. Dicen que vive todavía y que es tan pacífica y tan paciente, que, arrebatándose otras veces contra los que la trataban, está ahora a la prueba de toda suerte de pérdidas, de injurias y de aflicciones. Si también a mí me es permitido, según lo que dice el Apóstol, juzgar de las cosas según mi entender <sup>40</sup>, cada uno crea de esto lo que le agrade; me parece que este último milagro es preferible al de la muerta resucitada de que acabamos de hablar; porque aquí es el hombre interior el que ha recobrado la vida, mientras que allí sólo el exterior fué resucitado. Mas pasemos a lo demás.

55. Un hombre considerable en el siglo y que vivía en el temor de Dios vino un día a visitar a Malaquías, y se lamentaba de la sequedad de su alma, suplicándole encarecidamente que pidiese por él a Dios el don de lágrimas. Sonriéndose Malaquías del gozo que le causaba el ver en un hombre del siglo tan grandes deseos de la vida espiritual, le abrazó muy tiernamente y le dijo: "Ruego a Dios que vuestra petición sea oída". Y este hombre en lo sucesivo tuvo un corazón tan enternecido, que sus ojos derramaban incesantemente arroyos de lágrimas; de suerte que le podían justamente atribuir estas palabras del Cántico: *Fuente de los huertos y pozo de las aguas vivas* <sup>41</sup>. Hay una isla en Irlanda muy criadera de peces en las aguas que la rodeaban. Se creía en este país que los pecados de los habitantes de esta isla eran la causa de que hubiese cesado esta abundancia y hubiese seguido la esterilidad; y esta tierra, que en otro tiempo tenía un gran número de hijos, se hizo enferma, según habla la Escritura, siendo destituida enteramente de su primera comodidad. Estando sus habitantes muy afligidos por esta desgracia y lamentándose continuamente los pueblos de una pérdida tan considerable, una mujer tuvo revelación de que se podría hallar el remedio de ésta por las oraciones de San Malaquías, lo cual comunicó a los demás. Dios quiso que, yendo Malaquías por los si-

<sup>40</sup> Rom. 14. 5.

<sup>41</sup> Cant. 4. 15.

tios comarcanos para predicar el Evangelio, viniese a este lugar a fin de hacerle partícipe de la misma gracia. Mas estos bárbaros, que tenían más ansia por recuperar su pesca que de oír la predicación del Evangelio, le hicieron todas las instancias imaginables para que se compadeciese de la esterilidad de su isla. Y como les respondiese que no había venido a eso, sino para ganar hombres a Dios más que para pescar peces, viendo, con todo, la gran confianza que ellos tenían, se puso de rodillas sobre el borde de la ribera y pidió a nuestro Señor que no negase a estas pobres gentes, aunque indignas, la gracia que le pedían con tanta confianza de gozar de la antigua abundancia de sus pescados. La oración del Santo subió al cielo, y la abundancia de los peces volvió a su isla, y aun acaso mayor que en el pasado, la cual continúa todavía hasta el presente. ¿Qué maravilla que la oración del justo, después de haber penetrado los cielos, haya penetrado también los abismos y revocado del fondo del mar la primera abundancia de estos peces?

56. Tres obispos vinieron un día con Malaquías a la aldea de Fochart, que se cuenta ser el lugar del nacimiento de la virgen Santa Brígida. El sacerdote, que le recibió en su casa, les dijo con mucho sentimiento que no sabía qué darles, porque no tenía peces; y, habiendo respondido Malaquías que era menester ir a buscar a los pescadores: “¡Ay!, dijo, ya hace dos años que no se saca un pez del río; lo que ha ocasionado que los pescadores, desesperados de volverlos a ver jamás, hayan dejado su oficio”. “Vaya, vaya, dijo; mándeles que echen las redes en el nombre del Señor”. Hízose así, y sacaron al momento doce salmones grandes. Echaron segunda vez las redes, y, habiendo sacado de nuevo otros tantos, llenaron la mesa de estos peces milagrosos. Y, para que no se dudase que esto había sido concedido a los méritos de Malaquías, la misma esterilidad precedente continuó los dos años siguientes.

## CAPITULO XXVI\*

### SOSTIENE LA VERDAD DEL CUERPO DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA

57. Un eclesiástico que traía en la ciudad de Lesmor una vida bastante buena en la apariencia—pero cuya creencia no era muy católica—y presumía saber algo, tuvo un día la temeridad de decir que en la Eucaristía hay sacra-

\* PL 182, 1105.



mento, es decir, santificación, pero no la verdad del sacramento o la realidad del cuerpo de Cristo. Habiéndole Malaquías amonestado en particular, mas siempre inútilmente, le hizo una vez llamar en público, pero no delante de personas laicas, a fin de que, si era posible, fuese corregido y sanado sin ser puesto en mayor confusión. Se permitió, pues, a este hombre exponer su modo de pensar en presencia del clero. Mas después que hubo recogido todas las fuerzas de su espíritu muy sutil y hecho todos sus esfuerzos para sostener y defender su error, habiéndole Malaquías combatido y convencido a juicio de todos, se retiró confuso de la junta, pero sin haber trocado sus sentimientos. Publicaba que no había sido vencido por las razones del obispo, sino solamente oprimido por el peso de su autoridad. "Sin motivo, dijo, ¡oh Malaquías!, me has confundido hoy, y seguramente me has hablado contra la verdad y contra tu conciencia". Afligido Malaquías del endurecimiento de este hombre y lamentándose todavía más de la injuria que se hacía a la fe y del peligro en que se ponía, convoca una junta general; reprende públicamente a este insensato y le exhorta a retractarse. Haciéndole iguales amonestaciones los obispos y todo el clero y viendo la obstinación de este corazón endurecido, le excomulgan y le declaran hereje. Mas ni este golpe de trueno fué capaz de despertarle. "No, dijo, no; vosotros todos sostenéis el partido de un hombre más que el de la verdad; yo no tengo respeto alguno a persona que me haga abandonar la buena doctrina". No pudiendo el obispo soportar su insolencia le dijo: "El Señor te obligue, a pesar tuyo, a confesar la verdad". Y habiendo respondido este hombre infeliz a estas palabras: "Así sea", se retiró de la asamblea. Pero, sintiéndose herido de un golpe tal y no pudiendo vivir en la infamia y en el oprobio a que estaba reducido, pensó dejar el país. Recogió todo lo que tenía de bueno y se retiraba, cuando, acometido repentinamente de una enfermedad, se echó en la tierra en el mismo sitio, perdiendo el aliento y fatigado. Habiendo un loco que corría por los campos encontrado a este hombre miserable, le pregunta: "¿Qué haces?" A lo que responde que se halla muy malo y que no puede continuar su camino ni volverse a su casa. El insensato le replicó que esta enfermedad no era otra cosa que la muerte misma; lo cual no decía de sí propio, sino que Dios justamente quiso servirse de un hombre fatuo para instruir y corregir a quien no había querido rendirse a los consejos saludables de las personas más sensatas. Le dijo además: "Vuélvete a tu casa, yo te ayudaré". En fin, conduciéndole él, vuelve a la ciudad; entra en sí mismo y recupera la misericordia del

Señor. Al momento es llamado el santo obispo; el hereje reconoce la verdad, deja su error, recibe la absolución después de haber confesado su pecado, pide el sagrado viático, es reconciliado, y en un mismo momento su perfidia fué desterrada por su propia boca y borrada con su muerte. De manera que, con gran asombro de todos, la palabra de la Escritura y de Malaquías fué inmediatamente cumplida: *La aflicción da la inteligencia* <sup>42</sup>.

## CAPITULO XXVII\*

RESTABLECE LA PAZ Y LA CONCORDIA ENTRE PERSONAS QUE TENÍAN GRANDES DIFERENCIAS

58. En una ocasión se excitaron grandes altercados entre los pueblos de cierto país. Malaquías fué llamado para ponerlos en paz. Pero, hallándose ocupado en varios negocios, dió la comisión a otro obispo. Este se excusó y rehusó ir a estos lugares: "Por cuanto, decía, se pide a Malaquías y no a mí; a mí me despreciarían, y así no quiero tomarme tanto trabajo inútil". "Vete, le dijo Malaquías, Dios estará contigo". "Acepto", dijo; mas si no quieren escucharme, llamaré a su paternidad en mi socorro". "Convengo en ello", dijo Malaquías. El obispo, pues, fué allá, y, habiendo hecho juntar a los contendientes, les prescribió la forma de su composición. Ellos la aceptan gustosos y se reconcilian mutuamente, jurando la paz entre sí; y por esto el obispo se volvió muy satisfecho. Pero, viendo uno de los partidos que sus émulos, por creerse seguros, estaban descuidados, pues estando hecha la paz no sospechaban nada malo de su parte, comenzaron a decirse los unos a los otros: "¿En qué pensamos? Nada hay más fácil que vengarnos de nuestros enemigos"; y al mismo tiempo comenzaron a matarles. Habiendo llegado al conocimiento del obispo, fué a encontrar al jefe del partido, arguyéndole de su crimen y de su perfidia; pero no sacó de eso otra cosa que menosprecio. Entonces, viéndose así despreciado, se sirvió del nombre de Malaquías contra este hombre endurecido, el cual no hizo tampoco de eso ningún aprecio; y, burlándose del obispo, añadió: "¿Qué? ¿Pensabas que por tu consideración habíamos de perder la ocasión de vengarnos de nuestros enemigos, que Dios nos entrega en nuestras manos?" Al punto, acor-

<sup>42</sup> Is. 28, 19.

\* PL 182, 1106.

dándose el obispo de lo que había dicho Malaquías y volviéndose con muchas lágrimas hacia el monasterio del santo hombre: "¿Dónde está, dice, hombre de Dios? ¿Dónde está ahora? No es esto, padre mío, lo que le dije? ¡Ay! ¡Ay! ¡Vine aquí para traer el bien y no el mal; y he ahí que por mi causa estas gentes perecen los unos en el cuerpo y los otros en el alma!" Este buen obispo se quejaba así y se lamentaba como si Malaquías estuviera presente y le pudiera solicitar boca a boca a que le amparase contra estas gentes malignas. Entre tanto los impíos no cesaban de perseguir y de saquear a aquellos con quienes habían hecho la paz. Pero sucedió entonces que el espíritu de mentira les engañó por boca de algunas gentes, que vinieron a decirles que los enemigos habían hecho una gran irrupción en su país, pasaban a todos por el filo de su espada y llevaban todos sus bienes con sus mujeres y sus hijos. A estas nuevas volvieron de prisa. Los últimos seguían a los primeros sin saber adónde iban e ignorando lo que había sucedido, porque no habían oído a los mensajeros que habían venido a dar el aviso. Mas luego que llegaron a sus lugares y hallaron que no había nada de lo que les habían venido a decir, se confundieron en gran manera de verse sorprendidos en su propia malicia y reconocieron que habían sido entregados al espíritu de error por haber engañado al enviado de Malaquías y menospreciado su nombre. Hecho sabedor el obispo de este engaño de los traidores en la iniquidad que habían proyectado, se vino donde estaba Malaquías con gran alegría y le contó por orden todas las cosas que habían sucedido.

59. Viendo Malaquías que la paz había sido rota por esta ocasión, tomó su tiempo para restablecerla por sí mismo. Renovó el tratado por segunda vez y puso toda su diligencia en hacerle más firme y durable, tomando un nuevo juramento de unos y de otros. Con todo, aquellos a quienes se había faltado en la fe, acordándose de los malos tratamientos que habían recibido de sus enemigos, resolvieron resarcirse, sin cuidarse del juramento que habían hecho ni del mandato de Malaquías. Y, habiendo reunido todas sus fuerzas, estaban ya puestos en camino para sorprender a sus enemigos y causarles un daño igual al que habían proyectado contra ellos. Y, después de haber atravesado un gran río que los separaba, se hallaron cortados por un arroyo que encontraron un poco más adelante, pues este arroyo les pareció un gran río que les cortaba el paso de todos lados. Se sorprendieron en gran manera de ver este arroyo tan hinchado, habiéndole visto antes tan estrecho, y se preguntaban los unos a los otros de dónde podía venir una inundación tan prodigiosa. "El aire, decían, está

sereno; ya ha largo tiempo que no ha llovido; y, aun cuando haya llovido mucho, ninguno de nosotros ha visto jamás una tan grande avenida de agua que haya inundado toda la tierra, los campos y los prados. Ciertamente aquí está el dedo de Dios, y, sin duda, nos ha puesto estas barreras a causa de su siervo Malaquias, pues hemos violado su mandato y el tratado que a persuasión suya habíamos hecho". Así, sin pasar adelante, cada uno se volvió a su casa con gran confusión. Este caso fué publicado por todo el país, y todos bendijeron a Dios, que habia sabido tan bien arruinar los designios de los hombres y ensalzar el mérito de Malaquías, abatiendo el orgullo de los pecadores.

60. Un cierto caballero que habia caído en desgracia del rey fué reconciliado con él por la mediación de Malaquías. En efecto, no podía fiarse enteramente con el rey para hacer la paz a menos que mediase Malaquías u otro sujeto a quien respetase tanto como a este santo obispo. Ni le faltaba muchos motivos para esta desconfianza, como despues se vió. Porque, como se creyese seguro y estuviese descuidado del todo, el rey le hizo prender y poner en prisiones, estando él mismo más encadenado por el odio que conservaba todavía sobre lo pasado. Sus amigos se dirigieron al mediador para sacar a este hombre de la prision, donde no aguardaba otra cosa que la muerte. ¿Que haria Malaquías en este caso? Recurrir a su ordinario refugio. Junto un ejército muy poderoso, que no consistia en otra cosa que en la tropa grande de sus discípulos. Va a encontrar al rey en esta disposición y le pide el preso; lo cual le es negado. Hace instancia y dice: "Señor, se porta mal con Dios y consigo y obra contra usted mismo, violando la paz que ha hecho. Si afecta no acordarse de eso, yo no he perdido la memoria. Este caballero se ha apoyado en mi buena fe; si viene a perder su vida, yo soy quien le he entregado a la muerte y soy responsable de su sangre. ¿Qué interes tiene usted en hacerme pasar a mí por un traidor y a usted por un transgresor? Sepa que no he de comer, ni yo ni ninguno de los que están conmigo, mientras no dé la libertad al preso". Después de haber acabado estas palabras, entra en la iglesia e implora la omnipotencia del Señor con lágrimas y gemidos de todos los suyos para que libre de las manos de un transgresor a este pobre hombre, que era maltratado injustamente. Pasaron todo el día y toda la noche siguiente en ayuno y oración. Refieren al rey lo que se pasaba; mas él endurece su corazón por lo mismo que le debía ablandar más. Este hombre carnal se fué de allí a otra parte por temor de experimentar, si permanecia cerca del Santo, la eficacia de su oración, como si la virtud



de la oración dependiese de la distancia de los lugares. ¡Ah!, miserable; pones límites a las oraciones de los santos e ignoras que la oración es una flecha que te dirigen para advertirte que evites el golpe de aquel que la dispara contra ti. ¿Adónde podrás irte para evitar su presencia? En fin, ella le sigue en su fuga y le encuentra en el lugar donde se había ocultado. Te volverás ciego y perderás la vista a fin de que veas más claramente y comprendas mejor que es cosa dura para ti dar coces contra el aguijón. Pero, a lo menos, ahora comienza a sentir que las flechas del Todopoderoso, que son muy agudas, han llegado hasta ti, y que, si han rebotado en tu corazón, porque está más duro que una piedra, no así en tus ojos. Ojalá que a lo menos penetren por la abertura de ellos hasta tu corazón y reciba tu ceguedad inteligencia por tu aflicción. Hubieras visto entonces a otro Saulo llevado por la mano y conducido a Ananías<sup>43</sup>; es decir, el lobo era llevado a la oveja para restituir su presa". En efecto, la restituyó y él recobró la vista, habiendo Malaquías, que era verdaderamente cordero, tenido compasión del lobo. Por todas estas cosas que acabamos de referir, fácilmente puedes reconocer, amado lector, con qué género de gentes habitaba Malaquías, cuáles eran estos príncipes y estos pueblos y cómo, según el lenguaje de la Escritura, era hermano de los dragones y compañero de las avestruces<sup>44</sup>. Por eso Dios le dió la gracia de pisar con sus pies las serpientes y los escorpiones, de encadenar a los reyes y de poner a sus príncipes en prisiones. Pero escucha todavía lo que se sigue.

## CAPITULO XXVIII\*

SOPORTA PACIENTEMENTE LOS INSULTOS DE SU CONTRARIO CUANDO FABRICABA UN ORATORIO; PERO ÉSTE FUÉ CASTIGADO POR LA JUSTICIA DIVINA

61. Un hombre noble a quien había cedido las tierras de su monasterio de Benchor, cayendo en un extremo olvido de su bienhechor, le trató después con la mayor insolencia, declarándose contrario a él y a los suyos en todas las ocasiones, poniéndole lazos en todas partes y murmurando continuamente de su conducta. Pero no permaneció mucho tiempo sin castigo, pues teniendo un hijo único—el

<sup>43</sup> Act. 9.

<sup>44</sup> Iob 30, 29.

\* PL 182, 1108.

cual también, a imitación de su padre, había atentado contra Malaquías—, le vió morir en este mismo año, y su muerte sucedió en la manera que vas a oír: Malaquías tenía designio de fabricar en Benchor un oratorio de piedra como los que suelen fabricarse en otros países. Y, habiendo comenzado a echar sus cimientos, las gentes del país admiraban la obra, porque no se hallaba fábrica semejante en toda la provincia. Mas este mal hombre, que era en extremo insolente y presuntuoso, no se admiró de ello, como los otros, sino que se indignó; y, después de la indignación que concibió, manifestó por los efectos su ciega pasión. Sembró malas voces en el pueblo; ya murmuraba del santo obispo en secreto, ya decía de él mil blasfemias en público; ahora le tachaba de ligereza, después le acusaba de espíritu de novedad; en fin, exageraba con exceso los gastos que hacía, procurando por sus discursos envenenados animar a los unos y a los otros a estorbar la obra del edificio. “Solamente quiero, les decía, que me sigáis y no permitáis que, con vergüenza nuestra, se haga lo que no se debería hacer sino por nosotros mismos”. Así, habiendo persuadido a muchos, vienen al sitio de la obra; y, habiendo encontrado allí al hombre de Dios, el autor del mal comenzó el primero a censurarle de palabra. “¿A qué fin piensas, dijo, buen hombre, traernos este espíritu de novedad a nuestro país? Somos escoceses y no franceses. ¿Qué ligereza vas mostrando aquí! ¿Qué nos costaba a nosotros hacer un edificio como éste, tan soberbio como superfluo? ¿Dónde encontrarás para pagar los gastos, siendo tú un pobre y necesitado? ¿Quién verá jamás acabada la obra? ¿Qué presunción es ésta, comenzar lo que no podrás no digo acabar, sino ni ver jamás acabado? ¿No es más bien un rasgo de locura que de prudencia emprender lo que es sobre las propias fuerzas y facultades? Cesa, cesa en tu empresa y no continúes una locura de esta calidad; tampoco nosotros lo permitiremos ni lo sufriremos”. Habló de esta suerte, declarando bien lo que quería hacer, mas sin considerar bastante lo que podía, pues todos aquellos que había traído consigo, y sobre quienes se apoyaba principalmente, al ver al santo hombre, se hallaron trocados repentinamente y no fueron más del parecer de este fanfarrón.

62. Entonces, dirigiéndose a él el hombre de Dios con una santa libertad: “¡Oh infeliz!, le dice, esta obra que tú ves comenzada y que no puedes sufrir, será indudablemente acabada y muchos la verán en su perfección; mas, porque tú no lo quieres, no la verás y morirás, aunque no lo quieras. Ten a lo menos cuidado de ti mismo para que no mueras en tu pecado”. La cosa sucedió como había sido predicha; este miserable murió y la obra fué acabada; mas

él no la vió en ese estado, porque murió en este mismo año. Entre tanto, habiendo sabido el padre lo que el hombre de Dios había predicho de su hijo y no conociendo que su palabra era viva y eficaz, exclamó al momento: “¡Ah, Dios! Ha hecho morir a mi hijo”. Y, encendiendo el diablo su pasión, se arrebató de tal furor contra el Santo, que en presencia del duque y de los magnates de Ulster acusaba de envidia, de falsedad y de mentira a quien era el más veraz de todos, el discípulo y el amante de la verdad; y, añadiendo otra injuria, le llamó con el nombre de mona. Pero Malaquías, que estaba enseñado a no volver maldición por maldición, estuvo callado y no habló una sola palabra mientras este pecador le cargaba de injurias. Sin embargo, el Señor no había olvidado la palabra que ha pronunciado: *A mí toca la venganza; no dejaré de tomarla*<sup>45</sup>. Pues en el día mismo, habiendo este hombre vuelto a su casa, recibió el castigo de su lengua temeraria e insolente, siendo autor de esto el mismo que le había incitado a este desorden. El diablo se apoderó de él al momento y le echó en el fuego. De donde, habiendo sido retirado al momento por las manos de los que estaban presentes, su cuerpo quedó medio quemado y su entendimiento enteramente perdido. Como hacía mil locuras, Malaquías fué llamado, y encontró a este hombre maldiciente con la boca torcida y llena de espuma, dando horribles gritos, asustando a todos por las horribles agitaciones de su cuerpo, que muchas personas juntas tenían trabajo en detener. Pero, orando por su enemigo nuestro obispo, que era perfecto verdaderamente, fué oído en la misma hora, aunque solamente en parte. Pues al mismo tiempo que el santo hombre estaba en oración, este miserable comenzó a abrir los ojos y a volver a su buen sentido, mas el espíritu maligno continuaba atormentándole a fin de que aprendiese a no arrebatarse más en las injurias y las murmuraciones contra el hombre de Dios. Yo creo que vive todavía y que hace penitencia de todos los excesos que cometió contra el santo obispo; y aun se dice también que en ciertos tiempos es todavía lunático. Y como, a causa de su debilidad e inutilidad, no era capaz de poseer las tierras que le habían cedido, volvieron sin pleito a aquellos a quienes pertenecían; ni Malaquías rehusó recibirlas como fruto de la paz después de haber sufrido tan grandes persecuciones.

63. Pero volvamos al edificio que nuestro obispo había comenzado. No solamente no tenía con qué acabarle, sino del todo le faltaba con qué poderle continuar, sin perder con todo eso la confianza que tenía en Dios. El Señor proveyó también lo necesario y no quiso que faltase la plata

<sup>45</sup> Dt. 32, 35.

a quien no había fundado su esperanza sobre los tesoros de la tierra. Y en verdad sólo Dios podía haber escondido un tesoro en este lugar; y no permitió que se encontrase hasta el tiempo en que Malaquías emprendió esta obra. Este fiel siervo de Dios encontró en la bolsa de su Señor lo que no tenía en la suya. En efecto, era justo que quien no tenía nada propio a fin de agradar a Dios, entrase en la comunión de los bienes de la bondad divina, y no tuviesen entrambos sino una bolsa común. Un hombre de fe posee todas las cosas del mundo; ¿y qué es todo el mundo sino la bolsa general de la divina Providencia? Eso mismo dice el Señor por el profeta: *La tierra es mía con toda su plenitud* <sup>46</sup>. Habiendo, pues, Malaquías hallado una gran suma de plata, no la reservó para sí, sino que la empleó enteramente, disponiendo que el don de Dios fuese expendido en su obra. No prestó atención a sus menesteres particulares ni a los de sus discípulos, sino que puso toda la confianza en Dios, a quien sabía que debemos recurrir cuando la necesidad lo pide. Por lo demás, no se debía dudar que ésta no fuese obra de Dios, puesto que Malaquías no la había emprendido sino por revelación divina. Había conferenciado sobre esto primero con sus hermanos, de los cuales muchos no daban con gusto su consentimiento a causa de la pobreza en que se hallaban. Lo cual le tuvo en algún tiempo suspenso, no sabiendo lo que debería hacer hasta que, habiéndose puesto a orar, imploró la bondad divina con muchas instancias para que le diese a conocer cuál era su voluntad. Y un día, viniendo de los lugares circunvecinos, acercándose al sitio donde se hizo el edificio, miró de lejos y percibió en este mismo lugar una gran capilla fabricada de piedra, que era muy bella; y, considerando muy particularmente su situación, su forma y su composición, hizo su empresa con mucha confianza después de haber manifestado su visión a algunos de los religiosos ancianos. Observó con tanta exactitud lo que había advertido sobre el lugar, la manera y la forma de este edificio, que después, acabada la obra, se la encontró perfectamente semejante a la que había visto, como si se le hubiera dicho igual que a Moisés: *Haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en la montaña* <sup>47</sup>. Tuvo también una visión semejante, en la que le fué mostrado no sólo el oratorio, sino todo el monasterio de Saballinum antes de que fuese fabricado.

<sup>46</sup> Ps. 46, 12.<sup>47</sup> Ex. 25, 40.



## CAPITULO XXIX \*

RESPLANDECE POR EL ESPÍRITU DE PROFECÍA Y POR TODA  
SUERTE DE MILAGROS

64. Un día que pasaba por cierta villa y una gran multitud de pueblo se juntaba a su alrededor, vió casualmente entre otros a un joven que mostraba extremo empeño de verle. Estaba sobre una piedra y, levantándose sobre las puntas de los pies y alzando la cabeza, le miraba atentamente con ojos y alma, como otro Zaqueo del Evangelio. No ignoraba Malaquías que éste había venido verdaderamente en el espíritu y en la resolución de Zaqueo<sup>48</sup>, como el Espíritu se lo reveló. Con todo eso, no manifestó nada por entonces y siguió su camino sin decir palabra. Mas, estando de vuelta en la posada donde moraba, contó por la noche a sus hermanos lo que había visto y lo que había previsto de este joven. Tres días después vino a visitarle en compañía de un hombre noble, que era su amo; quien, exponiendo el voto y el deseo de este joven, suplicó al santo obispo que le recibiese en el número de los suyos. Reconociéndole Malaquías, respondió al caballero que no era necesario que un hombre recomendase a quien ya Dios había recomendado; y, tomándole al mismo tiempo por la mano, le entregó al abad Congán, y éste le puso en manos de sus religiosos. Este joven, que vive todavía, si no me engaño, fué el primer converso lego del monasterio de Surrey y tiene la aprobación de toda la comunidad por la santidad de la vida que lleva entre sus hermanos, según la observancia del Cister. Lo cual les hizo conocer que Malaquías tenía el espíritu de profecía no solamente en lo que acabamos de contar, sino en otras cosas que nos resta por decir.

65. Estaba un día celebrando el santo sacrificio de la misa, y, habiéndose acercado a él el diácono para hacerle el servicio de su ministerio, mirándole Malaquías, se puso a suspirar porque reconoció alguna cosa secreta que no convenía a la santidad de esta acción. Acabado el sacrificio, llamó al diácono aparte e, informándose sobre el estado de su conciencia, confesó que había tenido una ilusión durante la noche. El Santo le impuso penitencia y le dijo: "No debías servir al altar en esta disposición, sino, más bien, abstenerte de las funciones sagradas por respeto a los di-

\* PL 182, II. II.

<sup>48</sup> Lc. 19, 2-9.

vinos misterios, a fin de que, purificado por este sentimiento de humildad, te hagas más digno de ser empleado en un ejercicio tan santo". En otra ocasión también, celebrando los santos misterios, y haciendo oración durante el sacrificio con la santidad y pureza de corazón que le era ordinaria, y estando asistido de su diácono, una paloma entró por la ventana con una claridad maravillosa. El celebrante fué rodeado de este esplendor, igualmente que la iglesia, que era sombría. La paloma, después de haber revoloteado en este lugar, vino a posarse sobre la cruz que estaba delante de los ojos del santo obispo. El diácono quedó tan pasmado de la novedad de esta luz y de esta ave, bastante rara en este país, que cayó postrado en tierra palpitando, y no osando levantarse sino para satisfacer al deber de su ministerio. Después de la misa, habiéndole el santo obispo llamado a solas, le mandó, con pena de la vida, que no descubriese qué había visto mientras viviese él. Hallándose un día con un coobispo suyo en la ciudad de Armagh, se levantó por la noche para ir a celebrar la conmemoración de los santos, que son en gran número en el cementerio de San Patricio. De repente vieron uno de los altares de este lugar cercado de llamas. Entrambos vieron este prodigio, y entrambos se sorprendieron de verle. Pero Malaquías, concibiendo que esto era una señal visible del mérito de aquel o de aquellos cuyos cuerpos reposaban bajo este altar, comenzó al punto a correr y, pasando por medio de las llamas, se fué a abrazar el altar santo con sus dos manos. Nadie supo lo que hizo ni lo que sintió entonces, mas todos los hermanos que estaban con él en este lugar reconocieron que salió de allí abrazado de un fuego celestial más que lo ordinario.

66. Ve aquí una parte de esta grande cantidad de cosas que han pasado; muchas en sí, pero pocas en el tiempo presente, según estas palabras del profeta: *No hemos visto grandes maravillas y ya no hay profetas*<sup>49</sup>. Y esto es lo que nos hace conocer la grandeza de los méritos de Malaquías, que ha hecho tantos milagros, y en un tiempo en que son raros. Y, a la verdad, ¿qué prodigios se han hecho en los tiempos pasados en que Malaquías no haya resplandecido? Si reflexionamos sobre lo poco que hemos referido, ha tenido el don de profecía y la revelación de cosas misteriosas; se ha hecho en su favor venganza contra los impíos; ha dado la salud a los enfermos, la razón a los que estaban privados de ella; en fin, ha resucitado a los muertos. Sea, pues, bendecido eternamente Dios, que amó y enriqueció a su siervo con tanta profusión, que le hizo glorioso delante de los reyes y le coronó de gloria delante de los ojos de todo

<sup>49</sup> Ps. 73, 9.

el mundo. El amor se manifiesta en los méritos; la riqueza con que fué adornado, en los milagros; la magnificencia con que Dios le hizo ilustre, en la venganza de sus enemigos; la glorificación, en la posesión de las recompensas. Tienes en Malaquías, industrioso lector, qué admirar y qué imitar. Ahora es preciso que consideres lo que conviene que esperes para ti mismo. Pues el fin de todas estas cosas es la muerte preciosa.

### CAPÍTULO XXX\*

PREDICE EL LUGAR Y EL TIEMPO DE SU MUERTE Y EMPRENDE EL VIAJE A ROMA PARA VERSE CON EL PAPA EUGENIO Y LOGRAR EL PALIO QUE HABÍA PEDIDO

67. Le preguntaron una vez en qué lugar quería más morir, si se le diese elección para ello (pues ésta era la conversación que se había excitado entre los hermanos: qué lugar quería cada uno escoger para morir). Malaquías estuvo algún tiempo sin responder; pero, haciéndole instancia los religiosos para que declarase su pensamiento: “Por mí, dijo, si yo muero en este país, no deseo otro lugar que éste, de donde puedo resucitar con nuestro apóstol—refiriéndose a San Patricio—; mas, si me veo precisado a viajar y Dios lo permite así, he escogido el monasterio de Claval para mi sepultura y el día de los difuntos para el de mi muerte”. Si esto que ha testificado no fué más que un simple deseo, ha sido cumplido; y si fué una profecía, no ha faltado en un punto. Nosotros lo hemos visto cumplirse, como lo habíamos oído, así en cuanto al lugar como en cuanto al día. Pero digamos brevemente de qué manera y con qué ocasión sucedió eso. Malaquías sentía ver privada a Irlanda del honor del palio, teniendo un grande celo por todos los misterios divinos y no pudiendo sufrir que su nación careciese de una sola cosa en esta materia. Se acordó de que el papa Inocencio le había hecho la promesa de concedérsele; y se hallaba sentido de que, habiendo vivido todavía mucho tiempo, no le había enviado. Tomando, pues, ocasión del viaje que el papa Eugenio acababa de hacer a Francia, se alegró mucho de tener a la mano tan bella comodidad para renovar su pretensión. Esperaba mucho de un papa tan santo, y especialmente porque había sido sacado del claustro para tener el gobierno de toda la Iglesia; y más particularmente, era hijo de la abadía de Cla-

\* PL 182, III2.

raval, no creyendo encontrar dificultad ninguna en su santidad. Llama, pues, a los obispos de todas partes; convoca un concilio, donde, después de haber tratado durante tres días de los negocios que urgían más, empleó el cuarto sobre el asunto del palio que convenía pedir al sumo pontífice. Toda la asamblea convino gustosa en que se prosiguiese la pretensión, con tal que fuese otro y no Malaquías el que se enviase a promover este negocio. Sin embargo, como el camino era muy breve y el viaje muy soportable, ninguno se atrevió a oponerse a su parecer y voluntad; de manera que apenas se había finalizado la asamblea, ya Malaquías se puso en camino. Algunos de los religiosos que vivían con él le acompañaron hasta la ribera de la mar, pero no quiso permitir que viniesen muchos hasta allí. Uno de ellos, que se llamaba Católico, deshecho en lágrimas, le dijo con grandes suspiros: “¿Qué? ¿Se va de aquí y me deja en las penas que me consumen todos los días, y que le son muy conocidas, sin tener compasión de mi miseria ni darme algún remedio? Si yo merezco padecer, ¿en qué han pecado mis hermanos, que están precisados a emplear casi todos los días y las noches conmigo para darme algún alivio?” La ternura de un tan buen padre fué sensiblemente tocada de las palabras y de las lágrimas de este hijo, que lloraba amargamente; y, abrazándole con muchas caricias, le hizo el signo de la cruz sobre el corazón y le dijo: “Está seguro, hijo mío, de que no padecerás más tus penas hasta que yo esté de vuelta”. Este pobre religioso era epiléptico y caía frecuentemente en su accidente, de manera que padecía una y muchas veces en un mismo día. Seis años había que estaba acometido de este cruel achaque. Mas, en fin, quedó perfectamente sano por la sola palabra de Malaquías. Desde este tiempo no ha tenido amago ninguno y esperamos que no lo tendrá más, puesto que Malaquías no ha de volver jamás a este país.

68. Al subir a la embarcación, acercándose a él para pedirle alguna cosa dos de sus familiares de más intimidad: “¿Qué queréis?”, les dijo. A lo que respondieron: “No se lo diremos si primero no nos promete que lo ha de conceder”. Se lo prometió y dijeron: “Queremos que tenga la bondad de prometernos con seguridad que volverá a Irlanda sin ningún riesgo”. Todos los demás le hicieron las mismas instancias. Mas, después de estar un poco de tiempo recogido en sí mismo, se arrepintió primeramente de haber empeñado su palabra; y, no sabiendo cómo salir de este mal paso, se halló muy embarazado por todos lados, viendo su voto o su promesa en peligro de una y otra parte. Creyó con todo eso que valía más rendirse a lo que urgía al presente y dejar a la Providencia todo lo demás. Asintió, pues, con



mucho disgusto; pero más quería no contristarlos; y, después de haberles prometido lo que ellos querían, subió a la embarcación. No estaban a la mitad del camino, cuando un viento contrario que de repente se levantó rebatió la nave y la hizo volver a Irlanda. Habiendo llegado a la ribera, descendió de la nave y pasó la noche en una de las iglesias que había en este mismo puerto; de lo cual se alegró mucho, dando gracias a Dios, que le había puesto en estado de satisfacer su promesa. Venida la mañana, volvió a entrar en la nave y tuvo un tiempo tan favorable, que pasaron el trayecto en este mismo día y arribaron a Escocia. El tercer día llegó a un lugar que se llama el *Estanque Verde*, donde había comenzado a trabajar para fundar una abadía. Y, dejando allí algunos de nuestros monjes que había llevado consigo con este designio, nombró un abad para que gobernara la comunidad; y, despidiéndose de ellos, continuó su viaje.

69. Al pasar por este país, el rey David vino a su encuentro; le recibió con gran alegría y le detuvo consigo algunos días; después de haber hecho muchas cosas muy agradables a Dios, tomó su camino. Y, pasando por Escocia, se adelantó hasta la entrada de Inglaterra y se detuvo en el monasterio de Glasgow, donde había canónigos regulares, muy íntimos de él hacía ya largo tiempo a causa de su vida honesta y virtuosa. Aquí fué donde, habiendo traído a su presencia a una mujer que padecía muchísimo de un cáncer y causaba horror verla, fué sanada enteramente con el agua que él había bendecido. Pues desde el momento que se echó de esta agua sobre sus llagas no sintió ya dolor alguno y a la mañana siguiente apenas se conocían sus cicatrices. De allí tomó su camino al mar, en donde se le negó el paso; el motivo fué—si no me engaño—una cierta diferencia que había entre el papa y el rey de Inglaterra, la cual hacía que este príncipe sospechase algo malo de este santo hombre si pasaba la mar, no queriendo tampoco dejar en libertad a los otros obispos. Es cierto que este obstáculo se oponía a la voluntad de Malaquías, mas no a su deseo. Sentía un gran dolor de ver retardar sus designios, porque no sabía que por este medio mismo habían de ser cumplidos. En efecto, si hubiera tenido la libertad de pasar en este tiempo, habría estado precisado a no ir a Claraval, a fin de seguir al papa, que había partido ya de allí y que se acercaba a Roma. Pero sucedió por este retardo que, habiéndose dilatado su pasaje más tiempo, tuvo la proporción de llegar oportunamente al tiempo y al lugar de su dichoso tránsito.

## CAPÍTULO XXXI\*

LLEGA SEGUNDA VEZ A CLARAVAL PARA MORIR EN EL TIEMPO  
Y EN EL LUGAR QUE HABÍA DESEADO

70. Nosotros le recibimos como a quien venía verdaderamente de las partes occidentales, pero que como un sol nos visitaba de parte del Altísimo. ¡Oh! ¡Con cuántos rayos de claridad ilustró de nuevo este sol nuestro monasterio de Claraval! ¡Oh! ¡Qué dichoso fué para nosotros el día de su llegada! Fué el día que hizo el Señor, día lleno de gozo y de alegría. ¡Con qué prontitud salí a recibirle, aunque trémulo y extremadamente debilitado! ¡Con qué transportes de alegría me eché entre sus brazos! ¡Cuál no fué la alegría de mi corazón al recibir esta gracia que nos enviaba el cielo! ¡Oh Padre mío! ¡Con qué placer le hice entrar en la casa de mi madre y en la cámara de aquella que me engendró! ¡Qué días dichosos pasé en su compañía, aunque de poca duración! ¡Oh! ¡De cuántas satisfacciones, por su parte, también llenó nuestro huésped a cada uno de nosotros! Se mostraba afable a todos, con un semblante siempre alegre y un recibimiento extremadamente agradable. ¡Qué bondad y qué dulzura manifestaba a los que venía a visitar desde las extremidades de la tierra, no para oír la sabiduría de Salomón, sino para descubrírnosla en su persona! En efecto, hemos escuchado su sabiduría, hemos gozado de su presencia y la poseemos todavía. Mas, apenas se habían pasado cuatro días de este gran gozo, cuando el día de San Lucas Evangelista, después de haber celebrado la misa conventual con aquella gran devoción que era propia en él, fué acometido de un acceso de fiebre, que le postró en la cama y a nosotros todos nos abatió con él. Entonces toda nuestra alegría se trocó en tristeza; pero tanto más moderada, cuanto la calentura parecía ser bastante ligera. Hubieras visto entonces a nuestros hermanos ir por uno y por otro lado para dar y para recibir. No había uno que no tuviese un gran consuelo en verle y todavía mucho mayor en hacerle algún servicio. Lo uno y lo otro era verdaderamente dulce y saludable; era un acto de humanidad el servirle, pero era un gran provecho la gracia que se recibía. Ninguno quería estar ocioso cerca de él; todos hacían grandes diligencias por rendirle algún servicio; los unos se tomaban el trabajo de buscar los remedios que le eran necesarios;

\* PL. 182, III.

los otros, de aplicarle los fomentos y precisarle a tomar algún alimento. "Todo, les decía, es inútil; pero quiero con mucho gusto hacer lo que me ordenáis por la caridad que os tengo". Sabía bien que el día de su muerte estaba cercano.

71. Y cuando los religiosos que habían venido con él le decían con mucha confianza que no debía desconfiar de vivir, porque todavía no se advertía indicio alguno de muerte: "Es menester, contestaba, que Malaquías salga de este cuerpo en este año". Y añadía: "Ved ahí el día que he deseado, como sabéis, para el de mi muerte, que ya se acerca. Sé en quién he puesto toda mi confianza, y estoy seguro de que no será frustrado de mis deseos, pues poseo ya una parte. Por lo que toca a mi cuerpo, aquí he escogido el lugar de mi reposo; en cuanto a mi alma, a Dios toca proveer y él es quien quiere salvar a todos los que en él esperan. Ciertamente tengo mucha confianza en este día, en que los vivos hacen tan buenos oficios a los fieles difuntos". Y este día estaba ya muy próximo cuando tenía estos discursos. Así, pues, ordena que se le dé la extremaunción; y, habiendo ido la comunidad a buscarla para traérsela en ceremonia, no quiso darla el trabajo de subir a donde él estaba, sino que él mismo descendió a la iglesia, pues vivía en el aposento más alto del monasterio. Allí, habiendo recibido la unción y el viático sagrado, se encomendó a las oraciones de la comunidad, y la comunidad a Dios; y luego se subió a su lecho. Observa, te ruego, que bajó por su pie de lo alto del monasterio y que volvió a subir allí del mismo modo, aunque decía que la muerte estaba próxima. ¿Quién habría podido creer que un hombre en este estado hubiera de morir tan presto? Sólo Dios y él lo podían saber. Su rostro no parecía casi nada desfigurado; no estaba tampoco enflaquecido; no tenía ni la frente arrugada ni los ojos hundidos; la nariz y los labios no estaban estirados, ni los dientes ennegrecidos; el cuello y las espaldas estaban en su estado regular y su cuerpo no estaba extenuado todavía. Pero la muerte misma no pudo deshacer la gloria de su cuerpo ni la gloria de su semblante. Estando muerto, parecía tal como fué durante su vida.

72. Hemos corrido bastante hasta aquí; mas ahora es preciso detenernos, puesto que Malaquías consuma su curso. Se halla al presente en un estado de transición, y es menester que nosotros también nos fijemos en dónde nos hallamos. Porque ¿quién correría gustoso a la muerte? Y, sobre todo, ¿quién podría, ¡oh santo Padre!, hacer relación de la tuya? ¿Quién querría escucharla? Sin embargo, como nos hemos amado durante la vida, no conviene que nos separemos por la muerte misma. Hermanos míos,

¿debemos abandonar en la muerte a aquel por quien hemos tenido tanto interés durante la vida? El ha venido corriendo aquí del centro de Escocia para morir cerca de nosotros; vayamos también y muramos nosotros con él. Es menester, pues, es menester que digamos lo que estuvimos precisados a presenciar. La solemnidad de Todos los Santos se celebró con gran alegría de todos; mas, según el dicho del Sabio, *la música en el luto es una cosa muy impropia*<sup>50</sup>. Estuvimos allí presentes y cantamos, aunque penetrados de pesar; cantamos llorando y lloramos cantando. Entre tanto, si Malaquías no canta, tampoco llora. ¿Y cómo lloraría aquel que se acerca a la alegría esencial? A nosotros, que quedamos todavía acá bajo, es a quienes han quedado los llantos. Pero Malaquías va a entrar en los gozos eternos, y lo que no puede hacer corporalmente, lo va a hacer con su alma, según lo que está escrito: *El pensamiento del hombre confesará tu gloria y la memoria continua que le quede de ella te hará una fiesta de gozo*<sup>51</sup>. Faltando ya el instrumento del cuerpo, guardando silencio el órgano de la boca y no haciendo ya su oficio la voz, al alma tocará solemnizar esta fiesta. ¿Y cómo no la solemnizará nuestro Santo, puesto que va a entrar en la solemnidad de los santos? No hará sino rendirles lo que muy presto será rendido a él mismo, pues dentro de poco ha de ser asociado a su compañía.

73. En el crepúsculo de la tarde, después que hubimos celebrado la solemnidad de este día, Malaquías se había acercado no a las tinieblas de la noche, sino al esplendor de la aurora, puesto que la noche se había aproximado. De manera que, aumentándose mucho la fiebre, un sudor ardiente que salía de las entrañas comenzó a difundirse por todo el cuerpo, a fin de que, pasando de algún modo por el fuego y el agua, llegase al lugar del refrigerio. Entonces se empezó a desconfiar de su vida; cada uno mudó de parecer y ya no se dudó más de la verdad que Malaquías había pronunciado contra sí mismo. Nos llamaron a todos y todos nos pusimos cerca del moribundo; el cual, mirando a todos los asistentes, les dice: "He tenido siempre un gran deseo de hacer esta pascua con vosotros, y tengo un grande motivo de dar gracias a la bondad divina por haberme concedido lo que yo más deseaba". Ve a un hombre que está asegurado de su muerte y que, no estando todavía muerto, está muy asegurado de la vida. Y, ciertamente, no hay que admirarse, pues, viendo la noche que había esperado y que en un momento debía ser seguida del día, como si hubiera triunfado de esta misma noche, parece que insulta-

<sup>50</sup> Eccli. 22, 6.

<sup>51</sup> Ps. 75, 11.



ba a las tinieblas y que las decía: "No diré más con el profeta: Puede ser que las tinieblas me envuelvan, puesto que esta noche es para mí una luz que hace todas mis delicias". Y consolándonos dulcemente: "Tened cuidado de mí, dice, y no os olvidaré jamás en cuánto me sea permitido; y yo no dudo de ningún modo que me será permitido, porque he creído en Dios, y todas las cosas son posibles al que tiene fe. He amado a Dios; os he amado también a vosotros; y la caridad nunca falta". Después, levantando los ojos al cielo: "Dios mío, dice, consévalos en tu nombre; y no sólo a éstos, sino también a todos los que se han consagrado a tu servicio por mis palabras y por mi ministerio". En fin, habiendo puesto las manos sobre cada uno de los asistentes y habiendo dado a todos su bendición, nos envió a tomar un poco de descanso, porque su hora no había llegado todavía.

74. Nos fuimos de allí por obedecerle y volvimos cerca de la media noche, porque a esta hora nos vinieron a decir que la luz parecía brillar en las tinieblas. Toda la casa se llenó de gente, concurrió toda la comunidad, y juntamente acudieron allí otros muchos abades que habían venido a visitar a este santo obispo; y todos acompañaron a nuestro amigo, que retornaba a su patria, con himnos, salmos y cánticos espirituales. En fin, el santo obispo Malaquías, legado de la Santa Sede Apostólica, habiendo sido sacado como de entre nuestras manos por los ángeles, se durmió en el Señor, en el lugar que había escogido y en el tiempo que había predicho, a los cincuenta y cuatro años de edad. Y verdaderamente la muerte fué para él un dulce sueño, que nos fué representado como tal por la serenidad de su rostro y la suavidad de su tránsito. Todos tenían fijos los ojos en él, y ninguno pudo percibir el momento de su muerte; cada uno le creía muerto estando todavía con vida, y vivo todavía después de su muerte, no habiendo advertido diferencia ninguna en estos dos diversos tiempos de su vida y de su muerte. Tan vivo y sereno quedó su rostro después de su muerte como acostumbraba estar durante su vida y al modo de una persona que duerme dulcemente. Hubieras dicho que la muerte no le había quitado nada de su natural agrado, sino que, al contrario, le había dado mayor esplendor. No hubo en él mutación; pero él la produjo muy grande en todos los asistentes; pues, suspendiéndose repentinamente de un modo maravilloso los llantos y los suspiros de todos, la tristeza se trocó en alegría y los cánticos de gozo desterraron los suspiros y las lágrimas. Levantaron el cuerpo y las voces se levantaron hasta el cielo, mientras los abades le llevaban sobre sus hombros para colocarle en la iglesia. Se vió aquí la victoria

de la fe y el triunfo del amor. Cada cosa volvió a tomar su primer estado; todo se pasó con un gran orden y todo se hizo con mucha razón.

75. Y, en efecto, ¿qué razón había para llorar a Malaquías, como si su muerte no hubiera sido preciosa, como si no hubiera sido más bien para él un dulce sueño, como si no hubiera sido el puerto de la muerte y la puerta de la vida? Malaquías, nuestro íntimo amigo, se regocija, ¿y yo había de llorar? Estos llantos pueden encontrar fundamento en el uso, mas no en la razón. Si agrada al Señor dar un dulce reposo a su Amado, y un reposo tal como éste, que es la herencia del Señor, la recompensa del Hijo y el fruto de un vientre bendito, ¿qué motivo hay para llorar de un honor tan grande? ¿Qué? ¿Es conveniente que llore yo a quien está librado de los llantos? El se regocija del triunfo, está admitido en el gozo del Señor, ¿y le lloraré yo en este estado? Lejos de eso, deseo para mí las mismas ventajas, sin envidiarle, con todo eso, su dicha. Entre tanto, se preparan todas las cosas para los funerales; se ofrece por él el santo sacrificio de la misa; todo se cumple según la costumbre de la santa Iglesia con una devoción extraordinaria. Y como se hallase de lejos un niño que tenía un brazo enteramente muerto, y del cual recibía más incomodidad que servicio, hice señal para que se le arrimase al difunto, y, habiéndole tomado su mano, que estaba del todo seca, la hice tocar a la mano de nuestro santo obispo; y al momento recibió el movimiento y la vida. En efecto, la gracia de las curaciones vivía todavía en nuestro ilustre difunto, y su mano fué, respecto de aquella que estaba muerta, lo que Eliseo respecto del muerto de quien se habla en el cuarto libro de los Reyes<sup>52</sup>. Este niño había venido de muy lejos y volvió a su país llevando su mano perfectamente sana, habiéndola traído aquí colgando y sin algún movimiento. En fin, habiendo sido muy bien cumplidas todas las ceremonias del funeral, Malaquías fué enterrado en la capilla de la Santa Virgen María, Madre de Dios, según había sido su agradable voluntad, el año de la encarnación de nuestro Señor 1148, y en el 2 de noviembre. Este es, ¡oh buen Jesús!, tu depósito, que nos has confiado; éste es tu tesoro, que se conserva entre nosotros. Le guardamos para dártele en el tiempo que juzgues oportuno. Mas te suplicamos, a lo menos, que no salga de aquí sin aquellos que le han hecho compañía y que, gozando la dicha de reinar contigo y con él por todos los siglos, tengamos por conductor de una marcha tan dichosa a aquel que hemos tenido por huésped en esta vida. Así sea.

<sup>52</sup> 4 Reg. 13, 21.

*Las cartas de San Bernardo están reunidas en el tomo 182 de la Patrología latina y llenan la cuarta parte de su producción literaria. Alcanzan la cifra de 460 auténticas, además de algunas dudosas, cifra a la que han llegado pocos Santos Padres. Mas creemos que el número de 460 es muy exiguo y que San Bernardo escribió muchas más. Y lo decimos por la siguiente razón: San Bernardo tuvo una extraordinaria influencia en la sociedad de su tiempo. Fué el reformador de la religión, el árbitro de los seglares, el consejero de los papas, el amigo de los nobles y de los príncipes. Todos acudían a él en sus dudas y se pedía su intervención en todos los asuntos principalmente difíciles. Por otra parte, su carácter impetuoso y dominador, al par que humilde, le impulsaba a ello, no obstante las protestas que hace de lo contrario (cartas 17, 48, 52). Ahora bien, entre sus 460 cartas, son muy pocas las dirigidas a cada particular, lo cual hace suponer que muchas se perdieron o fueron destruidas. Quizás también no todas las 460 que actualmente se le atribuyen sean suyas. En la edición crítica de las Obras de San Bernardo que está preparando el Rvdo. P. Dom J. Leclercq, las cartas serán una de las partes estudiadas con más detención.*

*En la redacción, San Bernardo se sirve ordinariamente de un amanuense o secretario. Las dicta casi siempre de una vez, si exceptuamos las más largas, y que constituyen verdaderos tratados teológico-morales; las cuales, como ya hemos indicado en otras ocasiones, pierden el carácter de cartas para convertirse en estudios detenidos. Al redactarlas se entrega con facilidad al entusiasmo, deja correr libremente a la fantasía y abre una puerta espaciosa a los sentimientos de su corazón. Repitiendo lo dicho en la "Introducción general", las cartas llevan el sello de la espontaneidad y son la expresión genuina de su alma ardiente, apasionada, integérrima, enamorada de la madre Iglesia.*

*Exceptuadas las cartas que hemos llamado tratados, entre las demás existe una notable diferencia por lo que se refiere a la extensión. Mientras que unas son bastante largas, otras parecen simples esquelas. Las primeras tienen*

\* PL 182, 68-662.

lugar casi siempre que San Bernardo se decide a luchar hasta el agotamiento por conseguir lo que desea (cartas 1, 107). En ellas acude a todos los razonamientos y toca cuantos resortes le ofrecen la caridad y la autoridad. Con todo, la mayor parte de las veces, estas cartas no obtuvieron el resultado apetecido. Tal vez convendría dar a San Bernardo el apelativo vulgar de abogado de las causas imposibles. También se alarga cuando viene a propósito alguna cuestión teológica o moral (cartas 11, 147). Sin embargo, predominan las cartas breves. Alguna vez se descubre la necesidad de llenar el folio.

Características de sus cartas son el entusiasmo, el espíritu y el afecto arrollador. Pero muchas carecen de ese algo misterioso, encerrado en una frase o en una palabra feliz, que subyuga al lector y le conquista. Además, su impetuosidad le lleva a expresiones con frecuencia demasiado crudas y ofensivas o por lo menos desagradables, que desvirtuarían o anularían el resultado apetecido. Por otra parte, se descubre también en otras un doble sentido misterioso y un afán de decir a medias las cosas que quisiera y no quisiera decir, que a muchos debía desagradar. Ya sabemos que, si tuvo muchos amigos, también tuvo enemigos encarnizados. Una carta típica en este aspecto es la 48, dirigida al cardenal Haimeric.

El estilo es conciso, enérgico y espontáneo, más espontáneo ordinariamente que en sus demás obras, si exceptuamos los cinco libros Sobre la consideración. Con frecuencia es desaliñado; algunas veces también alambicado. Con todo eso, sabiendo que San Bernardo casi nunca las volvía a leer de nuevo para corregirlas, nos admira su relativa perfección y creemos firmemente que los primeros compiladores las dieron algún retoque antes de sacarlas a luz.

El tema es variadisimo. Primeramente están las que podemos llamar cartas-tratados; en segundo lugar, las monástico-espirituales, escritas ya espontáneamente, ya en contestación a otras que le dirigían abades, simples monjes o personas piadosas. En tercer lugar, las de disciplina eclesiástica y de recomendación, escritas a los obispos, cardenales, papas y príncipes. Finalmente, las de cumplimiento, en las que trata de agradecer la amabilidad de sus correspondientes.

En nuestra selección hemos procurado incluir las más interesantes en todos los aspectos, pero principalmente en el de espiritualidad general y religiosa. También hemos incluido aquellas que se citan ya en las introducciones, ya en el cuerpo de la obra. Seguimos el orden de la Patrologia latina, orden observado por todos los coleccionistas bernardinos, y que no es cronológico ni ideológico, sino, tal vez, apreciativo.



Con amor mas que de padre llama a su sobrino, que se habia pasado de los cistercienses a los ciuniacenses seducido por su vida más laxa.

Roberto, hijo mio amadisimo: muchisimo tiempo aguardé que la piedad de Dios se dignase visitar nuestras almas inspirándote a ti la compunción saludable, y a mí la alegría de tu salvación. Mas, porque hasta el presente me siento frustrado en mi esperanza, ya no puedo ocultar mi dolor, ni reprimir mi ansiedad, ni disimular mi tristeza. Por lo cual, contra el orden del derecho, herido, me siento obligado a llamar al que me hirió; injuriado, a satisfacer al ofensor; a rogar, finalmente, al que debía rogarme. El dolor excesivo no delibera, no se avergüenza, no consulta a la razón, no mide el daño de la dignidad; no obedece a la ley, no se somete al juicio, no ignora hasta el orden. El ánimo sólo busca librarse por cualquier medio de cuanto le duele tener o adquirir lo que echa de menos. Pero dirás: «No he herido ni despreciado a nadie; más bien, despreciado y herido de muchas maneras, huí de mi ofensor. ¿A quién injurié, si huí de las injurias? ¿Acaso no es más conveniente evitar al perseguidor que re-

PL 182, 67.

Roberto era hijo de Otón de Chatillon y de Diana, hermana de la madre de San Bernardo, y, por lo mismo, primo hermano de éste; sin embargo, San Bernardo le llama sobrino por sobrellevarle muchos años. Niño aún, sus padres le ofrecieron al monasterio de Cluny, aunque sería mejor decir que expresaron su deseo de dedicarle al Señor, pues dejaron de cumplir los requisitos que San Benito exige en su Regla (c. 59; cf. carta i, n. 8, de San Bernardo). Llegado a la pubertad, y sintiéndose llamado a la vida religiosa, vino en 1113 con otros treinta compañeros a ponerse bajo la dirección de San Bernardo. Pero Roberto no tenía aún la edad requerida, y tuvo que aguardar dos años. Por fin pudo ingresar en 1115. Transcurrido el año de noviciado, profesó en 1116. A pesar de sus primeros fervores juveniles, decayeron pronto sus entusiasmos, y empezó a murmurar de los rigores de la regla y de la aspereza del abad. En estas circunstancias, el abad de Cluny, Poncio, envió a su prior a Claraval en una ausencia de San Bernardo para que le conquistase para su orden. El prior cumplió fielmente su cometido, y cuando San Bernardo volvió a su monasterio, Roberto estaba ya en Cluny. Esta larga carta, llena de ardor y cariño, la dictó en la campiña. Habiéndose echado a llover, San Bernardo no cesó de dictar ni su secretario de escribir, mas ni ellos ni el folio se mojaron. El carácter milagroso de esta carta la ha merecido el primer lugar en todas las colecciones. No obstante, no tuvo el resultado que se esperaba. Elegido en 1122 abad de Cluny Pedro el Venerable, se apresuró a devolver a Roberto. Este se adaptó al rigor de la disciplina y se convirtió en un monje ejemplar. Por lo cual fué más tarde destinado a regir la abadía de Maison-Dieu, en la diócesis de Besançon.

sistirle? ¿Alejarse del que intenta herir que herirle a mi vez?» Muy bien, asiento. No empecé ésta para discutir, sino para resolver la contienda. Huir del perseguidor no es culpa del que huye, sino del que persigue. No lo contradigo. Omito lo pasado; no pregunto por qué o cómo se ha hecho; no discuto la culpa, no examino las causas, no recuerdo las injurias. Estas cosas suelen más fomentar las discordias que mitigarlas. Sólo hablaré lo que me viene al corazón. ¡Miserable de mí, que carezco de ti, que no te veo, que vivo sin ti, por quien morir me es vivir y sin quien vivir me es morir! No pregunto por qué te fuiste, me quejo de que ya no vuelvas. No pregunto por las causas de tu separación, mas me quejo de la tardanza en volver. Ven por fin y habrá paz y cantaré alegre: *Había muerto, y revivió; había perecido, y le encontramos*<sup>2</sup>.

2. Ciertamente fué culpa mía el que te marchases. Fui austero con el niño delicado y traté muy duramente al tierno. Esto solías murmurar de mí cuando estabas presente, si mal no recuerdo; y esto también, según he oído, no cesas de criticar del ausente. No te lo imputo. Tal vez me podía excusar y decir que de este modo debía refrenar los movimientos de la juventud altanera, y que a los años mozos convenía una disciplina más rígida, según lo que dice la Escritura: *Castiga a tu hijo con la vara, y librarás su alma de la muerte*<sup>3</sup>; y también: *El Señor corrige a los que ama y azota a cuantos recibe por hijos*<sup>4</sup>; y lo otro: *Son más útiles los azotes del amigo que los besos del enemigo*<sup>5</sup>. Mas sea, como he dicho, culpa mía el que te hayas alejado; no se retarde la enmienda al discutir sobre quién tuvo la culpa. Mas empieze, sin duda alguna, a ser tuya si no perdonas al penitente ni absuelves al confesado, porque pude quizás alguna vez ser indiscreto contigo, pero nunca malintencionado. Y, si temes esta mi indiscreción para el futuro, sabe que ya no soy el que fui, porque no te tengo por el que fuiste. Cambiado, me encontrarás cambiado, y al que tenías como maestro, le abrazarás como compañero. Así, pues, ya te hayas apartado por mi culpa, lo que tú afirmas y yo no niego; ya por la tuya, como muchos piensan, aunque yo no te acuso; ya por la mía y la tuya, como yo más bien creo, en adelante, si rehusas volver, tú solo serás inexcusable. ¿Quieres verte libre de toda culpa? Vuelve. Si reconoces que es tuya, te perdono; perdóname a mí también, pues reconozco que es mía. De otro modo, o eres demasiado indulgente contigo si, reconociendo tu culpa, la disimulas, o demasiado falto de misericordia conmigo si no perdonas al que te ofrece satisfacción.

3. Ahora ya, si rehusas volver, busca otro motivo que tranquilice tu conciencia, porque ya no puedes sospechar

<sup>2</sup> Lc. 15, 32.

<sup>4</sup> Hebr. 12, 6.

<sup>3</sup> Prov. 23, 13.

<sup>5</sup> Prov. 27, 6.

rigores de mi parte. Ni hay que temer que sea severo con el presente cuando postro todo mi corazón y derramo todas mis entrañas ante el ausente. Muestro humildad, prometo caridad, ¿y temes? Ven decidido a donde te llama la humildad y te atrae la caridad. Llégate seguro precedido de tales seguridades. Huiste del severo, vuelve al manso; te llama mi ternura, pues huiste de mi severidad. Mira, hijo, cuánto ansio volverte no al espíritu de servidumbre temerosa, sino al espíritu de filiación adoptiva, en el que no te avergüences de clamar: *¡Abba, Padre!* <sup>6</sup>. Te muestro la causa de mi pena no con amenazas, sino con halagos; con súplicas, no con intimidación. Tiente otro de otra manera. Y, en verdad, ¿quién otro no te habría echado la culpa e infundido miedo, no te habría recordado el voto y propuesto el juicio, no te habría argüido de desobediencia, no se habría indignado de la apostasia de que pasabas de las túnicas a las pieles, de las legumbres a las delicias, en fin, de la pobreza a las riquezas? Mas conozco tu ánimo, y sé que más fácilmente le doblega el amor que le compele el temor. Finalmente, ¿qué necesidad hay de pinchar dos veces al que no recalitra? ¿De qué sirve espantar al tímido cuando su misma vergüenza le confunde, cuando su misma razón es maestro, su propia conciencia vara, y ley su pudor natural? Y, si a alguno le parece extraño que un niño pudoroso, simple, timorato, se haya atrevido a abandonar su voto y su lugar, contra el imperio del maestro y la disposición de la Regla, se extrañe también de que fuese sorprendida la santidad de David <sup>7</sup>, burlada la sabiduría de Salomón <sup>8</sup> y vencida la fortaleza de Sansón <sup>9</sup>. ¿Qué extraño que haya arrebatado a un tierno adolescente en el lugar del horror y de la soledad espaciosa el que arrojó, engañándole, de la patria de felicidad al primer hombre? A esto hay que añadir que no le obcecó, como a aquellos ancianos de Babilonia, la hermosura <sup>10</sup>; ni el amor del dinero, como a Giezi <sup>11</sup>; ni la ambición del honor, como a Juliano el Apóstata; le engañó la santidad, le sedujo la religión, le perdió la autoridad de los ancianos. ¿Preguntas cómo?

4. Primeramente, el prior general envió a cierto prior; por fuera aparecía vestido con pieles de oveja, pero por dentro era lobo feroz. Engañados los guardianes, pensando que era una oveja, ¡ay, ay!, dejaron sola a la oveja con el lobo. No huyó la oveja del lobo, pues le tenía por oveja. ¿Qué más? La atrae, la acaricia, la enternece y, predicador de un nuevo evangelio, recomienda la embriaguez, condena la templanza; a la pobreza voluntaria la llama miseria; a los ayunos, a las vigiliass, al trabajo de manos, los apellida locura. Por el contrario, a la ociosidad la denomina contemplación; a la vora-

<sup>6</sup> Rom. 8, 15.

<sup>7</sup> Reg. 11.

<sup>8</sup> 3 Reg. 11.

<sup>9</sup> Iud. 16.

<sup>10</sup> Dan. 13, 8.

<sup>11</sup> 4 Reg. 5, 20.

cidad, a la locuacidad, a la curiosidad, a toda destemplanza, las llama discreción. ¿Cuándo, dice, se ha gozado Dios en nuestros tormentos? ¿Dónde manda la Escritura que uno se mate? ¿Qué religión es cavar la tierra, cortar la leña, acarrear la basura? ¿Acaso no es sentencia de la Verdad: *Quiero misericordia y no sacrificio* <sup>12</sup>; *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* <sup>13</sup>; y *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*? <sup>14</sup>. ¿Para qué creó Dios los alimentos, si no es lícito comerlos? ¿Para qué nos dió los cuerpos, si prohíbe sustentarlos? Finalmente, el que es malo para sí, ¿para quién será bueno? <sup>15</sup>. ¿Qué sabio cuerdo odió alguna vez a su carne? <sup>16</sup>.

5. Asediado con tales sofismas el niño crédulo, se deja embaucar, sigue al seductor; le llevan a Cluny. Le afeitan, le cortan el pelo, le lavan; le quitan los vestidos rústicos, viejos y sucios, le visten con otros preciosos, nuevos y limpios. Y de esta suerte le reciben en la comunidad. Mas ¿con qué honor, con qué triunfo, con cuánta reverencia? Le elevan sobre todos sus coetáneos, y, como a un vencedor que vuelve de la batalla, así se alaba a un pecador en los deseos de su alma <sup>17</sup>. Le elevan a lo alto, le colocan en un cargo importante, de tal suerte que el niño se convierte en superior de los ancianos. Le acatan, le adulan, le felicita toda la fraternidad. Todos saltan de alegría, como los victoriosos cuando dividen los despojos de la presa capturada <sup>18</sup>. ¡Oh Jesús bueno! ¡Cuántas cosas se han hecho para perder a una sola alma! ¿Qué pecho, por robusto que sea, no se turbará? ¿Quién, entre estas cosas, podrá recurrir a su conciencia? ¿Quién, finalmente, en tanta pompa podrá conocer la verdad y obtener la humildad?

6. Entre tanto, se acude en su favor a Roma. Se compele a la autoridad apostólica, y para que el papa no niegue el asentimiento, se dice que el niño había sido ofrecido en otro tiempo al monasterio por sus padres. No hubo quien refutase (mas ni se escuchó al contrario); se juzgó parcialmente, se condenó a los ausentes. Fueron justificados los que habían hecho la injuria, perdieron la causa los que habían sido víctimas, el reo fué absuelto sin satisfacción. La sentencia de dispensa queda confirmada con un privilegio cruel; el cual obtenido, se confirman la vacilante estabilidad del que fluctúa y la seguridad del que duda. Y éste es el temor de las cartas, ésta la suma del juicio, ésta la definición de toda la causa. Retengan los que robaron y callen los que perdieron; y, entre estas cosas, perezca el alma, por la que Cristo murió. Y todo porque así lo quieren los cluniacenses. Hácese una

<sup>12</sup> Mt. 9, 13.

<sup>13</sup> Ez. 33, 11.

<sup>14</sup> Mt. 5, 7.

<sup>15</sup> Eccli. 14, 5.

<sup>16</sup> Eph. 5, 29.

<sup>17</sup> Ps. 10, 3.

<sup>18</sup> Is. 9, 3.



profesión sobre otra profesión; se promete lo que no se ha de cumplir, se propone lo que no se ha de mantener, y, anulado el primer compromiso, se dobla la prevaricación en el segundo y el pecador hácese pecado sobre toda ponderación<sup>19</sup>.

7. Vendrá, vendrá el que juzgue de nuevo lo mal juzgado, el que haga justicia a los que sufren injusticia<sup>20</sup>, el que juzgue con justicia a los pobres, el que arguya con equidad en pro de los humildes de la tierra<sup>21</sup>. Vendrá ciertamente el que amenaza por el profeta en el Salmo diciendo: *Cuando tome mi tiempo, juzgaré las justicias*<sup>22</sup>. ¿Qué hará de los juicios injustos el que juzga las mismas justicias? Vendrá, repito, vendrá el día del juicio, en el que tendrán más valimiento los corazones puros que las palabras astutas, la conciencia buena que la bolsa repleta. A tu tribunal apelo, Señor Jesús; a tu juicio me reservo, a ti encomiendo mi causa, señor Dios Sabaoth, que juzgas justamente y examinas los deseos y los pensamientos<sup>23</sup>; cuyos ojos, así como no pueden engañar, así tampoco pueden ser engañados. Ves quiénes buscan tus cosas, quiénes buscan las tuyas<sup>24</sup>. Sabes en cuántas de sus tentaciones estuve a su lado, cuántas veces llamé a los oídos de tu piedad con mis llores, de qué modo me abrasaba, me atormentaba, me afligia; de qué modo, aun ahora, me angustio, y no en vano, a cada uno de sus escándalos, turbaciones y molestias. Pienso por cuanto he experimentado que no podrán menos de dañar a su cuerpo tales tratos, ni a su espíritu las tentaciones de vanagloria, siendo un joven de por sí demasiado altivo y ardiente. Así, pues, Señor Jesús, juez mío, salga mi juicio de tu rostro, vean tus ojos la equidad<sup>25</sup>.

8. Veán y juzguen qué se debía mantener con preferencia: el voto de los padres sobre el hijo o el propio voto del hijo, principalmente habiendo profesado él mayor perfección. Vea también Benito, tu siervo y nuestro legislador, qué fué más conforme con la Regla: lo que se hizo sobre un niño que lo ignoraba o lo que él mismo más tarde habló de sí por sí mismo, con prudencia y conocimiento de causa, al tener la edad competente. Además, no hay duda de que, si bien sus padres le prometieron, nunca le donaron. No hicieron por él la petición que manda la Regla ni se envolvió su mano con la petición en el mantel del altar para ofrecerle delante de testigos. Muéstrase la tierra que se dice dada con él y por él. Mas, si le recibieron con la tierra, ¿por qué no le retuvieron con ella? ¿Acaso buscaban más el don que el fruto y se estimó más la tierra que el alma? De otro modo, ofrecido al monasterio, ¿qué buscaban en el siglo? Si se ha-

<sup>19</sup> Rom. 7, 13.

<sup>20</sup> Ps. 145, 7.

<sup>21</sup> Is. 11, 4.

<sup>22</sup> Ps. 74, 3.

<sup>23</sup> Jer. 11, 20.

<sup>24</sup> I Cor. 13, 5.

<sup>25</sup> Ps. 16, 2.

bía de criar para Dios, ¿por qué estaba expuesto al diablo? ¿Por qué estaba expuesta la oveja de Cristo a los mordiscos del lobo? Del siglo, no de Cluny, viniste al Cister, como tú, Roberto, eres testigo. Buscaste, pediste, llamaste; mas, a causa de tu delicadeza, se dilató la entrada, a pesar tuyo, por dos años. Cumplido este tiempo pacientemente, conseguiste, si recuerdas, con tus lágrimas la misericordia por largo tiempo apetecida, y lograste la admisión que ansiosamente deseabas. Probado luego en toda paciencia durante un año, conforme a la Regla<sup>26</sup>, y habiendo vivido con perseverancia y sin queja, profesaste inmediatamente acabado el año; entonces por primera vez, arrojado el vestido seglar, recibiste el hábito de la religión.

9. ¡Oh niño necio! ¿Quién te indujo a no cumplir los votos que pronunciaron tus labios? ¿Acaso no te juzgarán según tus palabras y te condenarán por ellas? ¿Por qué, olvidándote de tu voto, te preocupas del que hicieron tus padres, si te han de juzgar por tu boca, no por la de ellos, y te han de exigir las promesas de tus labios y no las de los suyos? ¿Y por qué te adormecen en vano con la dispensa apostólica, si tiene atada tu conciencia la sentencia divina: *Nadie que eche mano al arado y mire atrás es apto para el reino de Dios*?<sup>27</sup> ¿Acaso te inculcan que eso no es echar la mano atrás los que te dicen: «Bien, bien»?<sup>28</sup> Hijito, si te amamantan los pecadores, no les hagas caso<sup>29</sup>. No creas a todo espíritu<sup>30</sup>. Halles muchos amigos, pero uno de entre mil sea tu consejero<sup>31</sup>. Quita las ocasiones, rechaza los halagos, cierra los ojos a las alabanzas, interrógate sobre ti mismo, porque tú eres quien mejor te conoces. Atiende a tu corazón, discute la intención, consulta a la verdad; respóndate tu conciencia por qué te fuiste, por qué abandonaste tu orden, a tus hermanos, el lugar, a mí, que soy tu familiar según la carne y más familiar según el espíritu. Si para vivir más estrechamente, más ordenadamente, más perfectamente, queda seguro, porque no has mirado atrás; glóriate más bien con el Apóstol, que dice: *Olvidado de las cosas que están atrás y dirigiéndome a lo que veo por delante, sigo la palma de la gloria*<sup>32</sup>. De lo contrario, no te enorgullezcas, sino teme<sup>33</sup>, porque permíteme que te lo diga, cuanto te concedas más allá de lo que prometiste y observaste entre nosotros —me reflero a la comida, al vestido superfluo, a las palabras ociosas, a la disipación licenciosa y curiosa—, esto, sin duda ninguna, es mirar atrás, prevaricar, apostatar.

10. Y esto lo digo, hijo mío, no para confundirte, sino para aconsejarte como a hijo carísimo; porque, aunque ten-

<sup>26</sup> SAN BENITO, Regl., c. 58, 59.

<sup>27</sup> Lc. 9, 62.

<sup>28</sup> Ps. 39, 16.

<sup>29</sup> Prov. 1, 10.

<sup>30</sup> I Io. 4, 1.

<sup>31</sup> Eccli. 6, 6.

<sup>32</sup> Phil. 3, 13.

<sup>33</sup> Rom. 11, 20.

gas muchos maestros en Cristo, hallarás pocos padres <sup>34</sup>. Si me permites, te diré que yo te engendré a la religión con mi ejemplo y mi palabra. Te alimenté después con leche, la cual, por ser joven, era tu solo alimento; te habría dado pan si hubieras esperado a hacerte mayor. Mas ¡ay! ¡Cuán de prisa y a destiempo te han arrebatado! Y temo que cuanto alimenté con caricias, robustecí con exhortaciones, consolidé con oraciones, se desvanezca poco a poco, desfallezca, perezca; y, desdichado, llore yo no tanto la pérdida de mis esfuerzos fallidos como la caída miserable de mi hijo condenado. ¿Te parece bien que se glorie ahora de ti algún otro que ciertamente no trabajó en ti? A mí me pasa lo que a aquella mujer juzgada por Salomón, a la que arrebató el niño furtivamente la otra que había ahogado al suyo <sup>35</sup>. A ti también te han arrebatado de mi seno y de mis entrañas. Lloro al arrebatado y le reclamo con violencia. No puedo olvidarme de mis entrañas, que no pueden sino atormentarse por su parte no pequeña que las han arrancado.

11. Mas ¿por qué comodidad o necesidad tuyas maquinaron esto contra mí nuestros amigos? Sus manos están llenas de sangre <sup>36</sup>, su espada traspasó mi alma <sup>37</sup>, sus dientes son armas y saetas, y su lengua, venablo agudo <sup>38</sup>. Si alguna vez les hubiera ofendido (lo que ciertamente no recuerdo), podrían en verdad responderme. Pero he recibido más del tallón, pues nunca pude cometer contra ellos cosa parecida a la que me han hecho sufrir. Pues, para decir la verdad, no han arrancado carne de mi carne ni huesos de mis huesos, sino que me han quitado la alegría del corazón, el fruto de mi espíritu, la corona de mi esperanza y, como me parece sentir, la mitad de mi alma. ¿Y esto para qué? Tal vez se compadecieron de ti, e, indignándose de que un ciego condujese a otro ciego, para que no perezieses en pos de mí, te trasladaron a su dirección. ¡Oh caridad molesta! ¡Oh dura necesidad! Tanto aman tu salvación, que comprometen la mía. ¿No te podrían salvar sin condenarme a mí? Y ojalá te salven sin mí. Ojalá vivas aunque yo muera. ¿Pero qué? La salvación, ¿está más en el cuidado de los vestidos y en la opulencia de los alimentos que en la comida sobria y en el vestido ordinario? Si las pellizas blandas y calientes, los paños finos y preciosos, las mangas holgadas y largas, la capucha amplia y la buena ropa hacen santo a uno, ¿en qué pienso yo que no te sigo? Mas estas cosas son blanduras de enfermos, no armas de luchadores. He ahí que quienes se visten de trajes delicados moran en las casas de los reyes <sup>39</sup>. El vino, el mosto, los licores y otras cosas parecidas luchan en pro del cuerpo, no en pro del espíritu. Con los guisos no

<sup>34</sup> 1 Cor. 4, 14.

<sup>35</sup> 3 Reg. 3, 20.

<sup>36</sup> Is. 1, 15; 59, 3.

<sup>37</sup> Lc. 2, 35.

<sup>38</sup> Ps. 56, 5.

<sup>39</sup> Mt. 11, 8.



se engorda el alma, sino la carne. Durante mucho tiempo vivieron en Egipto numerosos hermanos que sirvieron a Dios sin probar pescado. La pimienta, el perejil, el comino y otras muchas especias que entran en las salsas agradan ciertamente al paladar, pero encienden la lujuria. ¿Y me prometes en esto seguridad? ¿Y con esto pasas una tranquila juventud? Al que vive discreta y sobriamente le basta por todo condimento sal con hambre. Cuando no se atiende a esta sola, es necesario hacer diversas mezclas con no sé qué jugos extraños, que reparen el paladar, provoquen el gusto, exciten el apetito.

12. Pero ¿qué hará, dices, el que no puede más? Bien. Sé que eres delicado y que, acostumbrado ahora a estas cosas, no podrás soportar las más duras. Mas ¿qué, si puedes hacer que puedas? ¿Preguntas cómo? Levántate, cíñete, evita el ocio, ejercita las fuerzas, mueve los brazos, desentumece las manos, trabaja, y al punto sentirás que sólo te apetece aquello que te quite el apetito, no lo que agrade al paladar. El ejercicio volverá a las cosas el sabor que las quitó la inercia. Muchas que rechazas ocioso, las tomarás con deseo después del trabajo. En verdad, el ocio engendra fastidio, y el ejercicio, hambre; y el hambre vuelve dulce de una manera maravillosa lo que el ocio hace insípido. Legumbres, habas, puches, pan negro con agua causan hastío ciertamente al que reposa, pero al que ha trabajado, parecen grandes delicias. También, desacostumbrado a las tónicas, las tienes horror, tanto por el frío del invierno como por el calor del verano. Mas ¿acaso no has leído: *Al que teme la escarcha, le vendrá la nieve?* <sup>40</sup> Temes las vigiliias, los ayunos, el trabajo de manos; pero estas cosas son ligeras al que medita las llamas perpetuas. El recuerdo de las tinieblas exteriores hace que no horrorezca la soledad. Si piensas en el juicio futuro que tendrán las palabras ociosas <sup>41</sup>, no en balde te agradará el silencio. El llanto eterno y aquel crujir de dientes, traído ante los ojos del corazón, te volverán iguales el colchón y la estera. Finalmente, si todavía de noche, como manda la Regla <sup>42</sup>, te levantas con brío a cantar los salmos, muy duro será el lecho en que no duermas tranquilo. Si trabajas manualmente durante el día cuanto has profesado, duro será el alimento que no comas con gusto.

13. Levántate, soldado de Cristo; levántate, sacude el polvo, vuelve a la pelea de la que huiste, vuelve a luchar más valientemente después de la fuga, a triunfar más gloriosamente. Tiene Jesucristo muchos soldados que comenzaron, se mantuvieron y vencieron valientemente; pocos que, vueltos de la fuga, de nuevo se arrojaron al peligro que habían abandonado y de nuevo hicieron huir a los enemigos de quienes huyeran.

<sup>40</sup> Iob 6, 16.

<sup>41</sup> Mt. 12, 36.

<sup>42</sup> SAN BENITO, Regl., c. 9 ss.



Y, porque todo lo raro es precioso, me alegro de que puedas ser uno de ellos: los cuales cuanto más raros, aparecerán tanto más gloriosos. Por lo demás, si eres muy tímido, ¿por qué temes donde no hay temor y no temes donde es más razonable temer? ¿Acaso porque huiste de la batalla crees haber evitado las manos de los enemigos? El adversario te sigue mas fácilmente si huyes que si le afrontas; con más audacia persiste tras tus pasos que resiste tu rostro. ¿Tranquilo ya y arrojadas las armas, duermes los sueños mañaneros—cuando en esas horas resucitó Cristo—, e ignoras que, desarmado, te vuelves más tímido y menos temible a los enemigos? La multitud de los armados asedia la casa, ¿y duermes? Ya escalan los muros, ya derriban las defensas, ya irrumpen por el postigo. ¿Es, pues, más tranquilizador que te encuentren solo que con otros, desnudo en la cama que armado en los campos? Desperézate, toma las armas y huye a los soldados tú que los abandonaste: de suerte que el miedo, que te separó de ellos, te vuelva a juntar. ¿Por qué rehusas el peso y la aspereza de las armas, soldado muelle? El insistente adversario y las saetas voladoras hacen que no sea pesado el escudo ni se sientan la coraza ni el casco. En verdad, saliendo de repente de la sombra al sol, del descanso al trabajo, parece pesado todo cuanto se comienza; mas, después que se olvida uno de aquello y se acostumbra poco a poco a esto, el uso quita la dificultad, se encuentra fácil lo que antes parecía imposible. Los soldados aguerridos suelen temblar cuando oyen la trompeta antes del combate; metidos en el fragor de la lucha, la esperanza de vencer y el temor de ser derrotados los vuelven intrépidos. ¿Por qué tiembblas tú, si te protege el cerco de los hermanos armados, si los ángeles se encuentran junto a ti, si va delante el caudillo Cristo animando a los suyos a la victoria y diciendo: *Confiad, yo vencí al mundo?* <sup>43</sup> Si Cristo por nosotros, ¿quién contra nosotros? <sup>44</sup> Puedes luchar seguro, pues estás seguro de la victoria. ¡Oh seguro luchar con Cristo y por Cristo!, pues en él no serás herido, ni postrado, ni pisoteado, ni defraudado de la victoria aunque mueras (si pudiera ser) mil veces, con tal que no huyas. La huida es la sola causa que puede malograr la victoria. Huyendo, la puedes perder, mas no muriendo. Y serás bienaventurado si mueres luchando, porque, una vez muerto, al punto te coronarán. En cambio, ¡ay de ti si, soslayando la batalla, pierdes al mismo tiempo la victoria y la corona! Lo cual aparte de ti, hijo amadísimo, aquel que en el juicio puede infligirte mayor condenación a causa de esta mi carta, si encuentra que no has sacado de ella ninguna enmienda.

<sup>43</sup> *Io. 16, 33.*

<sup>44</sup> *Rom. 8, 31.*

## 3

A LOS CANÓNICOS REGULARES DE AILDICOURT \* 43  
(año 1120)

Sus alabanzas, más que agradecerle, le han aterrado. A continuación les pide que no se ofendan por la entrada de algunos canónigos de San Agustín en Claraval.

*A la santa comunidad de clérigos que sirven a Dios en el lugar denominado Aildicourt, al maestro S. y a sus discípulos, el diminuto rebaño de Claraval y su insignificante ministro el hermano Bernardo les desea que anden en espíritu y que examinen espiritualmente todas las cosas.*

Aquella exhortación de su carta tan saludable, tan compendiosa, es indicio de su gran ciencia y de su excelente caridad, por lo que nos admiramos y nos congratulamos. Mas las alabanzas que, sin merecerlo, su devoción nos otorga, aunque, por parte de ustedes, nos ejercitan en la humildad, a nosotros nos aterrorizan vehementemente al testimoniar-nos nuestras conciencias que son excesivas. ¿Quién de nosotros, atendida nuestra conducta, podrá oír de sí, sin gran miedo o sin gran daño, tantas alabanzas y tan inmerecidas? No es seguro confiarse en esta cuestión al juicio ajeno, aun tampoco al propio. Quien nos juzga es el Señor<sup>46</sup>. Por lo que se refiere a los hermanos, de cuya salvación su caridad, como sé muy bien, está solícita, para tranquilizarlos les hacemos saber que vinieron a nosotros por la exhortación y consejo de muchos varones ilustres, principalmente del esclarecido Guillermo, obispo de Chalons, y que con muchas súplicas e instancias nos rogaron que los recibiésemos. Su intención al abrazar un tenor de vida más austero, y al pasar, con la ayuda de Dios, del Instituto de San Agustín a la observancia de San Benito, no es apartarse del magisterio de aquel que es único maestro de todos en el cielo y en la tierra<sup>47</sup>. Aquella primera fe que entre ustedes, mejor, en el primer bautismo, prometieron no la quebrantan, sino la guardan íntegra y salva. Así, pues, habiendo entrado en tales circunstancias, no creímos haber herido, tanto al admitirlos como al retenerlos, su dignidad, con tal que no los detengamos contra su querer si, terminado el año de prueba que manda la Regla, quieren abandonar lo empezado y volver a ustedes. Por lo demás,

\* PL 182, 87.

<sup>43</sup> Eran canónigos de la orden de San Agustín, como se ve por el texto de la carta. Probablemente vivían en la diócesis de Châlons. No se sabe exactamente dónde se encontraba Aildicourt.

<sup>46</sup> I Cor. 4, 4.

<sup>47</sup> Mt. 23, 8.

hermanos santísimos, no es bueno esforzarse por impedir en vano, con un anatema absurdo, que sigan su espíritu de libertad, a no ser que (Dios lo aparte de ustedes) busquen sus cosas propias y no las de Jesucristo.

## 4

A ARNOLDO <sup>48</sup>, ABAD DE MORIMOND

Pídele que vuelva al monasterio, que ha abandonado, y le expone el escándalo de los hermanos y el peligro de su grey.

*Al señor abad Arnoldo, el hermano Bernardo de Claraval le desea el espíritu de compunción y de consejo.*

1. En primer lugar, sabe que, cuando tu mensajero llegó a nosotros, el abad de Cister, que poco antes había pasado por aquí, aún no había vuelto de Flandes, por lo que no recibió la carta que le enviabas ni se ha enterado todavía de la extraña novedad que presumes llevar a cabo. Feliz él, que puede ignorar, por lo menos durante algún tiempo, noticias tan tristes. En cuanto a la prohibición que para quitarme toda esperanza me haces de disuadirte, a fin de que no me esfuerce en vano por apartarte con mis cartas de una determinación irrevocable, si la razón no me permite obedecerle, el dolor ni siquiera me deja. Si supiese de cierto que te podría encontrar en algún lugar determinado, iría allí en vez de enviarte esta misiva y tal vez lograría personalmente lo que no podré por escrito. Quizás te rías de mis vanas esperanzas, seguro como estás de tu propia obstinación, pues esperas que no la podrá doblegar ninguna fuerza, ninguna súplica, ninguna habilidad. Mas yo, no desconfiando del poder de aquel que dijo: *Todo es posible al que cree* <sup>49</sup>, y tomando para mí esa sentencia, exclamó: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* <sup>50</sup>. Aunque no ignoro la obstinación de tu corazón verdaderamente de piedra, ojalá estuviese ahora a tu lado, ya con fruto, ya sin él. Cuantas cosas tengo contra ti, en vano o con fruto, no importa, las arrojaría a tu

<sup>48</sup> Arnoldo de Colonia era de noble estirpe y había entrado joven en el Cister. Revelándose como un monje de valer y observante, el abad Esteban le envió en 1115 a fundar la abadía de Morimond, la quinta hija del Cister, que gobernó durante diez años. Mas, molestado por los señores vecinos y disgustado por la desobediencia de algunos de sus monjes, determinó abandonar la abadía. El abad del Cister se encontraba entonces en Flandes, y Arnoldo comunicó su decisión inquebrantable a San Bernardo. Este reaccionó vivamente y le escribió esta carta apasionada, pero que no tuvo éxito ninguno. Arnoldo abandonó el monasterio y llevó consigo a sus mejores monjes, entre ellos Adán, Everardo y Conrado. Murió en Bélgica poco tiempo después, en 1126.

\* PL 182, 89.

<sup>49</sup> Mc. 9, 22.

<sup>50</sup> Phil. 4, 13.

rostro, no sólo con palabras, sino con aspecto y miradas. Después, postrado a tus plantas, cogería tus pies, abrazaría tus rodillas y, colgado del cuello, besaría esa frente dulcísima para mí, que, unida a la mía con un mismo propósito, se doblegó hace ya muchos años bajo el suave yugo de Cristo. Lloraría también cuanto pudiera, rogaría y suplicaría por nuestro Señor Jesucristo que te apiades primeramente de su cruz, en la que redimió a los que tú, en cuanto está de tu parte, haces perecer, en la que recoge lo que tú desparramas. Desparramas, repito, y haces perecer tanto a los que llevas contigo como a los que abandonas, para quienes tenemos un peligro, si no igual, al menos semejante. En segundo lugar, apiádate también de nosotros, tus amigos, a quienes dejas el llanto y las lágrimas, ciertamente inmerecidas. ¡Oh si esto me fuese posible! Quizás doblegaría con el afecto al que no puedo con la razón; tal vez ablandaría con la piedad fraterna ese pecho de hierro, que no quiere ceder ni ante el temor de Cristo. Mas, ¡ay!, también me privas de esto...

2. ¡Oh gran columna de nuestra orden! Oye, te ruego, con paciencia al amigo ausente, inquieto por tu partida, conolido en el alma por tu trabajo y tu peligro. ¡Oh gran columna, repito, de nuestra orden! ¿No temes que a tu caída siga una ruina colosal? Pero yo, dirás, no caigo; sé lo que hago; tengo tranquila la conciencia. Bien; te creemos por lo que a ti se refiere; pero ¿acaso también por lo que a nosotros atañe, que, gimiendo, sufrimos ya los graves escándalos que trae tu partida y, temerosos, esperamos peligros mayores? Pero tú no ignoras estas cosas, sino las disimulas. ¿Con qué razón, pues, ocasionando la ruina de muchos, presumes no caer tú, que estás puesto ahí para que busques lo que es más útil no para ti, sino para los demás; no lo que es tuyo, sino lo que pertenece a Jesucristo? ¿Cómo, repito, puedes ir seguro tú, que has quitado para siempre a la grey a ti confiada toda seguridad de sí? ¿Quién saldrá al paso de los lobos que merodean? ¿Quién consolará en las tribulaciones? ¿Quién, finalmente, resistirá al león que ruge y busca a quien devorar? Estarán expuestos, sin duda ninguna, a los mordiscos de los malhechores, que devoran al pueblo de Cristo como bocado de pan. ¡Ay! ¿Qué será de las nuevas plantaciones de Cristo, que colocaste en diversos parajes, mas parajes de horror y de soledad espaciosa? ¿Quién las cavará la tierra? ¿Quién las abonará? ¿Quién las rodeará de esto? ¿Quién podará los retoños inútiles? ¡Ay! Fácilmente arrancará las tiernas plantas el viento impetuoso de las tentaciones, o, no habiendo quien las limpie, se sofocarán entre la maleza y no producirán ningún fruto.

3. Por tanto, juzga cuál ha de ser ese tu bien si puede tener algo de bueno, que trae consigo tantos males. ¿No es justo que sofoquen las espinas cuantos frutos dignos de pe-



nitencia confíes hacer? ¿Acaso no pecas si ofreces con exactitud y con exactitud divides? <sup>51</sup> ¿Qué? ¿No llamas dividir con exactitud atender a sola tu alma y privar de consejo paterno a los que dejas huérfanos? ¡Oh miserables y desgraciadísimos, tanto más miserables cuanto se ven huérfanos viviendo aún el padre! También deberías dudar si obras con rectitud al presumir cosa tan nueva sin el consejo de los hermanos y coabades y sin la licencia de tu padre y maestro. Y lo que extraña sobremanera a muchos es que llevas contigo a niños irreflexivos y delicados. Si son robustos y buenos, los necesita la casa desolada; mas, si delicados e irreflexivos, como dije, no están hechos para un vagabundear duro y trabajoso. Tampoco creemos que los quieras tener contigo para dirigir sus almas, pues concebimos que tu propósito es arrojar la carga de los tuyos para vivir para ti solo. Muy extraño parece que, sin ser llamado, vuelvas a tomar presuntuosamente en otra parte lo que abandonas aquí sin consejo y aun con prohibición. Mas, para no añadir en vano nuevas cosas al que lo sabe todo, al fin, te prometo que, si me concedes oportunidad de hablar contigo, trabajaré para que logres realizar lícita y tranquilamente lo que pretendes tan peligrosa y desordenadamente. Adiós.

## 5

## AL MONJE ADAM \* (año 1123)

Ruégale que no siga a Arnolde, abad de Morimond, ni se asocie a sus correrías vagabundas.

1. Tu humildad, que bien conozco, y el inminente peligro me dan confianza para reconvénirte más agriamente y argüirte con mayor libertad. ¡Oh insensato! ¿Quién te empujó a dejar tan pronto aquel saludable propósito en que tú y yo convenimos mutuamente, como sólo Dios es testigo? Piensa, necio, en tus caminos y vuelve tus pasos a los preceptos del Señor. ¿No recuerdas que consagraste las primicias de tu conversión en Marmoutiers; que después te encomendaste a nuestro cuidado en Foigny <sup>52</sup>; que, en tercer lugar, firmaste tu estabilidad en Morimond; que, en quinto lugar, habiendo pedido mi consejo, renunciaste generosamente a la correría vagabunda a que te invitaba el abad Arnolde, juzgando que, si él no podía marcharse, a ti no te era lícito seguirle? ¿Qué? Podrá, afirmabas, alejarse lícitamente el que deja a los que le están encomendados un lamentable escándalo y no quiere aguardar la licencia del superior?

<sup>51</sup> Gen. 4, 7, según los LXX.

\* PL 182, 91.

<sup>52</sup> Monasterio en la diócesis de Laón (véase carta 72).

2. Mas ¿a qué vienen, dirás, estas cosas que has querido retractar de este modo? Para argüirte de tu manifiesta ligereza, para mostrarte con claridad que tienes un *sí* y un *no*; para que, reconociendo algún día tu error y avergonzándote de él, aprendas del Apóstol, aunque tarde, a no creer a todo espíritu<sup>53</sup>; aprendas de Salomón a tener, sí, muchos amigos, pero de entre mil, un solo consejero<sup>54</sup>; aprendas, con el ejemplo del Precursor del Señor, no sólo a no vestirse con molicie, sino también a no dejarte llevar, como caña voluble<sup>55</sup>, por el viento de cualquiera doctrina; aprendas del Evangelio a edificar tu casa sobre piedra<sup>56</sup>; aprendas también de los discípulos a no olvidarte de la prudencia de la serpiente unida a la candidez de la paloma<sup>57</sup>; y colijas tanto de éstos como de otros testimonios de las Escrituras cuánto te ha engañado ahora aquel seductor de mil astucias, que, no habiendo podido impedir en ti el principio del bien, envidia la perseverancia, juzgando que quedará satisfecha su malicia si logra quitarte ésta, que bien sabe será la única que coronarán las virtudes. Ruégote, pues, por las entrañas de misericordia de Cristo, que no te vayas de ninguna manera, o por lo menos antes de que vengas a hablar conmigo en lugar oportuno. Entonces veremos el modo de hallar algún remedio a tantos males como han venido o tememos que vengan de tu partida. Adiós.

## 6 A BRUNO<sup>58</sup> DE COLONIA \* (año 1125)

Ruégale que haga volver a algunos monjes fugitivos a su monasterio de Morimond.

*A su ilustre y caro señor Bruno, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraual, le desea salud y cuanto puede la oración de un pecador.*

1. Desde que nos conocimos felizmente en Reims, no creo se haya olvidado usted de nuestra insignificancia. Por eso, no le escribo tímidamente como a un extraño, sino le abro mi corazón con toda confianza como a conocido y familiar. Arnoldo, abad de Morimond, ha abandonado poco ha su monasterio, con grave escándalo de toda la orden. No ha esperado en resolución tan delicada el consejo de sus coabades ni la licencia o asentimiento de aquel a quien debía una especial sujeción, es a saber, el abad de Cister. Era hombre

<sup>53</sup> 1 Io. 4, 1.

<sup>54</sup> Eccli. 6, 6.

<sup>55</sup> Mt. 11, q. 8.

<sup>56</sup> Mt. 7, 24.

<sup>57</sup> Mt. 10, 16.

<sup>58</sup> Más tarde fué obispo de Colonia.

\* PL 182, 92.

sujeto a potestad, que tenía bajo de sí soldados. Mas, no queriendo soportar la autoridad del superior, soberbio, ha arrojado el yugo ajeno de su cerviz, y retiene, más soberbio, el propio sobre sus subordinados. A la verdad, de la gran multitud de monjes que, recorriendo mar y tierra, había congregado inútilmente, no para Cristo, sino para sí, ha dejado en gran desolación a unos pocos—los más simples y remisos—, y a los mejores y más perfectos los ha hecho compañeros de su error. Entre éstos hay tres cuya pérdida nos llega más al alma, a quienes ha presumido seducir y llevarse consigo; es a saber: Everardo, hermano nuestro; Adán, a quien usted bien conoce, y Conrado, ese noble adolescente a quien primero arrebató de Colonia no sin un gran escándalo. A éstos, pues, si usted lo quiere, tal vez con su pericia los podrá reducir.

2. En cuanto a la reducción de Arnolde, porque hemos probado ya varias veces la inflexible obstinación de su espíritu, no queremos que trabaje en vano. Hemos oído que Everardo y Adán y algunos otros de la comitiva se encuentran todavía en sus dominios. Si esto es verdad, dígnese salir usted mismo a su encuentro para atraerlos con súplicas, convencerlos con razones e instruir con prudencia serpentina su sencillez de paloma. Adviértales que no están obligados a prestar obediencia al desobediente, que no pueden seguir licitamente al que vagabundea ilícitamente ni abandonar la orden en que profesaron por ir tras un apóstata; que, si un ángel del cielo les enseñase cosa contraria, habría que echar sobre él sin titubeos el anatema de la autoridad apostólica<sup>59</sup> y que el mismo Apóstol enseña que nos debemos alejar de todo hermano que anda desasosegadamente<sup>60</sup>. El cual le enseñe también a usted a no sentir soberbiamente ni a confiar en las riquezas engañosas<sup>61</sup>, para que, renunciando a todas las cosas, le tenga Cristo por un discípulo aventajado. Adiós.

---

<sup>59</sup> Gal. 1, 8.

<sup>60</sup> 2 Thes. 3, 6.

<sup>61</sup> 1 Tim. 6, 17.

# 11 A GUIGÓN <sup>62</sup>, PRIOR, Y A LOS DEMÁS RELIGIOSOS DE LA GRAN CARTUJA (año 1125) \*

Trata de la ley, señales, efectos y grados de la verdadera caridad, cuya perfección está reservada para la patria.

*A Guigón, prior de la Gran Cartuja, y a los demás santos que viven con él, reverendísimos entre los Padres y carísimos entre los amigos, el hermano Bernardo de Claraval les desea la salvación eterna.*

1. Recibí la carta de vuestra santidad con extraordinaria alegría, pues la había deseado por largo tiempo y con verdadera avidez. La lei y, a medida que mi boca pronunciaba las palabras, iba sintiendo en mi pecho ardientes centellas, con que se abrasó mi corazón dentro de mi mismo como con aquel fuego que el Señor envió a la tierra <sup>63</sup>. ¡Oh! ¡Cómo se aviva la llama en esas meditaciones de las que saltan tales centellas! Para decir verdad, tan agradable me ha sido vuestro encendido y abrasador saludo, que me parece ha venido no de un hombre, sino de aquel que envía la salvación a Jacob. No me creo saludado en el camino o de paso ni, como se suele, por una costumbre general; mas siento que esta tan grata e inopinada bendición ha brotado verdaderamente de las entrañas de la caridad. Benditos seáis en el Señor, pues me habéis prevenido con tantas consolaciones y habéis dado a vuestro compañero, al escribirme vosotros primero, ocasión de contestaros. Ciertamente, tenía desde hacía algún tiempo intención de escribiros, pero no me atrevía. Temía perturbar con mis escritos de ningún precio la santa quietud que tenéis en el Señor, interrumpir ese vuestro continuo silencio lejos del mundo e ingerir nuestra palabra en los oídos ocupados totalmente en las secretas y místicas conversaciones. Temía, en verdad, hacerme molesto a Moisés en el monte o a Elías en el desierto, o también a Samuel, guardián del templo, si intentaba retraer durante unos minutos a hombres abismados en los divinos coloquios. Clama Samuel: *Habla, Señor; tu siervo escucha* <sup>64</sup>, ¿y presumiré yo que me atiendan? Temía, repito, que si insistía importunamente a David, que se alejaba y huía y per-

<sup>62</sup> Guigón fué el quinto prior de la Gran Cartuja después de San Bruno. Estuvo dotado de una elocuencia extraordinaria y sobresalió por sus conocimientos en las ciencias divinas y humanas. Tanto él como sus religiosos tuvieron siempre una profunda veneración por San Bernardo, de cuya sincera amistad se enorgullecían.

\* PL 182, 108.

<sup>63</sup> Lc. 12, 49.

<sup>64</sup> 1 Reg. 3, 10.



manecía en la soledad, se excusase indignado y me dijese: Deja; ahora no te oigo a ti; oiré antes lo que me suena más dulce: *Oiré qué habla el Señor; habla de paz a su pueblo y a sus santos y a los que se convierten de corazón*<sup>65</sup>; o también aquello otro: *Apartaos de mí, maliciosos, pues tengo que meditar los mandamientos de mi Dios*<sup>66</sup>. ¿Qué? ¿Sería acaso tan temerario que me atreviese a despertar a la Amada, que reposa suavemente entre los brazos del Esposo, en tanto que ella no quiera? Pienso que al punto la oiría decir: No me molestes. *Yo soy para mi Querido y mi Querido es para mí; mi Querido, el que se alimenta entre lirios*<sup>67</sup>.

2. Mas, si yo no me atrevo, se atreve la caridad; y con toda confianza llama a la puerta del amigo, segura de no sufrir repulsa, pues es la madre de las amistades; no teme interrumpir por un poco de tiempo para utilidad propia vuestro reposo, aunque gratisimo. Efectivamente, cuando quiere hace que os estéis en Dios; cuando quiere, que miréis por nosotros. Así, pues, no sólo no rehusáis oír al que os habla, sino también provocáis benignamente al que hasta ahora ha guardado silencio. Abrazo la benignidad, admiro la dignación, ensalzo y venero la sencillez jubilosa con que os gloriáis en el Señor de nuestro aprovechamiento. Me glorío también en el testimonio de tantos y me deleito en la familiaridad tan grata como gratuita de los siervos de Dios. Esta es mi gloria, éste mi gozo, éstas las delicias de mi corazón: no haber levantado en vano mis ojos a los montes, de donde me viene un gran auxilio. Estos montes nos han destilado ya la dulzura y espero que seguirán destilando hasta que nuestros valles tengan abundantes provisiones. Será siempre para mí un recuerdo imborrable y un día de fiesta aquel que merecí ver y hospedar al hombre que hizo que yo fuese aceptado en vuestros corazones. Ciertamente, ya antes me habíais recibido, como aparece por vuestra carta; pero ahora lo hacéis más estrecha y familiarmente, según veo, al referiros él algunas cosas de mí, que, aunque no las ha comprobado, con todo, las tiene por ciertas. Hombre fiel y religioso, está muy lejos de él hablar de otra manera que siente. A la verdad, experimento en mí lo que dice el Salvador: *El que recibe al justo porque es justo, recibe la recompensa de justo*<sup>68</sup>. Digo la recompensa de justo porque soy reputado justo no por otra cosa que por haber recibido al justo. Y, si ha excedido algo, el justo lo ha dicho no porque sea verdad en sí, sino porque así se lo hace creer su virtud. Habéis oído, habéis creído, os habéis regocijado, habéis escrito; y a mí no me habéis alegrado poco, no sólo porque he merecido hallar cabida, y no pequeña, en vuestra santidad, sino también porque esto me revela una pureza gran-

<sup>65</sup> Ps. 84, 9.

<sup>66</sup> Ps. 118, 115.

<sup>67</sup> Cant. 2, 16.

<sup>68</sup> Mt. 10, 41.

de en vuestros espíritus. En pocas palabras habéis revelado de qué espíritu sois.

3. Me alegro, pues, por mí y me alegro por vosotros; por mi utilidad y por vuestra sinceridad. Sin duda ninguna, es caridad sincera e infalible, nacida de un corazón verdaderamente puro, de una conciencia buena y de una fe no fingida, aquella con que amamos al prójimo como a nosotros mismos. El que se ama a sí mismo sola o preferentemente, no ama al bien castamente, pues le ama por sí, no por él. Este tal no obedece al profeta, que dice: *Alabad al Señor porque es bueno*<sup>69</sup>. Tal vez le alaba porque es bueno para con él, no porque es bueno en sí. Por lo cual sepa que va dirigido a él el oprobio que pronuncia el mismo profeta: *Te alabará cuando le hagas bien*<sup>70</sup>. Hay quien alaba al Señor porque es poderoso; hay quien le alaba porque es bueno para con él; hay quien le alaba porque es simplemente bueno. El primero es siervo y teme por sí; el segundo, mercenario y ambiciona para sí; el tercero, hijo y honra al Padre. Tanto el que teme como el que ambiciona obran para sí; sola la caridad que está en el hijo no busca las cosas propias. Por lo cual pienso que se dijo de ella: *Es ley inmaculada del Señor, que convierte las almas*<sup>71</sup>, porque sola ella aparta el ánimo del amor propio y del amor del mundo y le dirige a Dios. Ni el temor ni el amor propio convierten al alma. Mudan por cierto tiempo el aspecto o la obra, pero el afecto nunca. Algunas veces hace también el siervo la obra de Dios; mas, porque no la hace espontáneamente, se condena a permanecer en su dureza. La hace también el mercenario; mas, porque no gratuitamente, se ve que le impele el propio interés. Por tanto, donde hay propiedad, hay singularidad; donde singularidad, hay rincones; donde rincones, hay, sin duda ninguna, suciedad u orín. Tenga, pues, el siervo por ley propia el temor que le aprisiona; tenga el mercenario su propio interés, que le estrecha cuando le tienta con halagos y hechizos. Pero ninguna de éstas está sin mancha o puede convertir las almas. En cambio, la caridad convierte las almas, a las cuales las hace también voluntarias.

4. Dije que es inmaculada porque no acostumbra retener para sí nada de lo suyo. Quien no tiene nada propio, sin duda ninguna, todo lo que tiene es de Dios; y lo que es de Dios, no puede ser inmundo. Por tanto, la caridad es la ley inmaculada de Dios porque no busca lo que es útil para sí, sino lo que conviene a los demás. Se llama ley de Dios ya porque El mismo vive de ella, ya porque ninguno la posee sino por donación suya. No es absurdo haber dicho que Dios

<sup>69</sup> Ps. 117, 1

<sup>70</sup> Ps. 48, 19.

<sup>71</sup> Ps. 18, 8.

vive de ella, puesto que no la hago otra que la caridad misma. ¿Quién sino la caridad conserva esa suma e inefable unidad en la suma y bienaventurada Trinidad? Ley, pues, y ley de Dios, es la caridad, la cual, en cierto modo, estrecha a la Trinidad en la unidad y la contiene en el vínculo de la paz. Sin embargo, nadie piense que la tomo aquí por una cualidad o algún accidente—de otro modo, diría (lo que esté lejos de mí) que en Dios hay algo que no es Dios—, sino por la divina sustancia; esto ni es nuevo ni insólito, habiendo dicho San Juan: *Dios es caridad* <sup>72</sup>. Se dice, pues, muy justamente que la caridad es Dios y un don de Dios. La caridad substantiva da la caridad accidental. Cuando significa al donante, es nombre de sustancia; cuando significa el don, de cualidad. Es la ley eterna, creadora y gobernadora del universo. Todo lo ha hecho con peso, número y medida y nada queda sin ley, puesto que la misma ley de todo no está tampoco sin ley: sin embargo, no es otra que ella misma, con la cual, aunque no se creó, no obstante, se gobierna.

5. Por lo demás el siervo y el mercenario tienen ley, pero no recibida del Señor, sino la que ellos mismos se han hecho; ése no amando a Dios; éste, amando algo más. Tienen, repito, no la ley del Señor, sino la suya; la cual, con todo, está sometida a la del Señor. Ciertamente pudieron hacerse cada uno su ley propia, pero no sustraerla al orden inmutable de la ley eterna. Cada uno se hizo su ley propia cuando antepuso la propia voluntad a la ley común y eterna, queriendo perversamente imitar a su Creador; de modo que así como El tiene su ley propia y es independiente, así también estos se rijan a sí mismos por sí mismos y hagan de su voluntad su ley propia. ¡Ay! Yugo ciertamente agobiante e insoportable pesa sobre todos los hijos de Adán, inclinando y doblegando nuestras cervices hasta tal punto, que nuestra vida está muy próxima al infierno! ¡Infeliz hombre yo! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal <sup>73</sup>, que de tal modo me constriñe, que, si Dios no me ayudase, habitaría mi alma poco menos que en el infierno? <sup>74</sup>. Aplastado bajo esta carga, gemía y decía uno: *¿Por qué me has hecho contrario a ti y por qué me he vuelto pesado para mí mismo?* <sup>75</sup>. Cuando dice *me he vuelto pesado para mí mismo*, muestra que él mismo será su ley y que esto no lo ha hecho otro que él. Y en lo que dice antes: *me has hecho contrario a ti*, indica que no ha evitado la ley de Dios. Es propio de la ley justa y eterna de Dios que quien rehusa dejarse regir blandamente por Dios, se rija penosamente por sí mismo, y que quien rechaza voluntariamente el yugo suave y la carga ligera de la caridad soporte, forzado, el peso intolerable del propio querer.

<sup>72</sup> 1 Io. 4, 16.

<sup>73</sup> Rom. 7, 24.

<sup>74</sup> Ps. 93, 17.

<sup>75</sup> Iob 7, 20.

6. Así, pues, de una manera admirable, la ley eterna se hizo contraria a su fugitivo y le retuvo sujeto al no evitar éste, por sus merecidos, la ley de la justicia ni morar con Dios en su luz, en su descanso, en su gloria. Está sometido a la potestad y apartado de la felicidad. ¡Señor, Dios mio!, ¿por qué no quitas mis pecados y borras mis iniquidades <sup>76</sup>, para que, tirada la carga del propio querer, respire bajo el peso ligero de la caridad; para que no me aprisione el temor servil ni el apetito mercenario me halague, sino que trabaje con tu espíritu, con el espíritu de libertad con el que obran tus hijos; el cual dé testimonio a mi espíritu de que también yo soy uno de ellos al tener una misma ley que tú y vivir en el mundo de un modo semejante al tuyo? Efectivamente, los que obran así, *no debiendo*, como dice el Apóstol, nada a nadie, sino amándose mutuamente unos a otros <sup>77</sup>, sin duda ninguna viven en este mundo de un modo semejante al de Dios, no son siervos, sino hijos. A la verdad, tampoco los hijos están sin ley, a no ser que alguno piense de otra manera por lo que está escrito: *A los justos no se les ha puesto ley* <sup>78</sup>. Pero hay que saber que una es la ley promulgada por el espíritu de servidumbre y temor, otra la dada por el espíritu de libertad y suavidad. No se fuerza a los hijos a vivir bajo ésa, ni sufren estar sin ésta. ¿Quieres oír que no se les ha puesto a los justos ley? *No habéis recibido*, dice, *de nuevo el espíritu de servidumbre para obrar con temor*. ¿Quieres oír que, con todo, no están sin la ley de la caridad? *Pero recibisteis*, añade, *el espíritu de hijos adoptivos* <sup>79</sup>. Finalmente, oye cómo el justo confiesa de sí mismo que no está bajo ley, mas tampoco sin ley: *para los que estaban bajo ley, me hice como si estuviese bajo ley, no estándolo; para los que están sin ley, como si estuviese sin ley, no estando sin la ley de Dios, pues vivo bajo la ley de Cristo* <sup>80</sup>. Por lo cual no se dice: Los justos no tienen ley o los justos están sin ley, sino: A los justos no se les ha puesto ley; esto es, no se les ha impuesto como a forzados, sino se les ha dado, como a voluntarios, tan libre como suavemente. Por lo cual dice también hermosamente el Señor. *Tomad mi yugo sobre vosotros* <sup>81</sup>. Como si dijese: No os le impongo como a forzados; tomadle vosotros si queréis. Mas, si no le recibís, no encontraréis para vuestras almas descanso, sino trabajo.

7. Ciertamente es buena y suave la ley de la caridad, la cual no sólo es sobrellevada grata y suavemente, sino también hace llevaderas y leves las leyes de los siervos y mercenarios, no destruyéndolas, sino haciendo que se cumplan, como dice el Señor: *No vine a destruir la ley, sino a cumplir-*

<sup>76</sup> Iob 7, 21.

<sup>77</sup> Rom. 13, 8.

<sup>78</sup> I Tim. 1, 9.

<sup>79</sup> Rom. 8, 15.

<sup>80</sup> I Cor. 9, 21.

<sup>81</sup> Mt. 11, 29.



la <sup>82</sup>. Templa aquélla, ordena ésta; aligera ambas. La caridad nunca está sin un temor más casto; nunca sin un anhelo más ordenado. La caridad observa la ley del siervo cuando infunde devoción, observa la del mercenario cuando ordena los deseos. Ahora bien: al unirse la devoción al temor, no le anula, sino le purifica. Solamente quita la pena, sin la que no pudo estar mientras fué servil, mas el temor permanece por los siglos de los siglos casto y filial <sup>83</sup>. Cuando se dice: *La caridad perfecta echa fuera todo temor* <sup>84</sup>, hay que entender la pena—que, como dijimos, nunca falta al temor servil—, según aquel modo de hablar en que muchas veces se pone la causa por el efecto. Finalmente, ordena la caridad que sobreviene al apetito cuando se rechaza lo malo, se prefiere lo mejor a lo bueno y no se desea lo bueno sino por lo mejor. Y cuando por la gracia de Dios se consiga esto, se amará al cuerpo y todos sus bienes solamente por el alma, al alma por Dios, y a Dios por sí mismo.

8. Mas, porque somos carnales y nacemos de la concupiscencia de la carne, es necesario que el apetito o amor propio comience por la carne. La cual, si va dirigida por un recto camino, progresando con la ayuda de la gracia por sus propios grados, acabará finalmente en espíritu; porque no es primero lo espiritual, sino primero lo animal y después lo espiritual; y es necesario que primero llevemos la imagen del hombre terrestre y después la del celestial <sup>85</sup>. Así, pues, primero se ama el hombre por sí mismo. Es carne y no puede gustar otra cosa que la carne. Cuando ve que no puede subsistir por sí mismo, empieza por la fe a buscar y amar a Dios, porque le es necesario. Por tanto, en el segundo grado ama a Dios, mas no por El, sino por sí mismo. Pero cuando, por ocasión de la propia necesidad, empieza a honrarle y frecuentarle meditando, leyendo, orando, obedeciendo, en virtud de esta cierta familiaridad, empieza poco a poco a conocer a Dios y, por consiguiente, a gustarle; y así, gustando cuán suave es el Señor, pasa al tercer grado, de suerte que ame a Dios no ya solamente por sí, sino también por El <sup>86</sup>. En este grado se estabiliza el hombre; y no sé si alguno ha logrado alcanzar el cuarto, de suerte que se ame a sí mismo únicamente por Dios. Si alguno lo ha experimentado, afirmelo; a mí, lo confieso, me parece imposible. Tendrá lugar ciertamente cuando al siervo bueno y fiel le introduzcan en el gozo de su Señor y se embriague con la abundancia de la casa de Dios. Entonces, el así embriagado, olvida-

<sup>82</sup> Mt. 5, 17.

<sup>84</sup> I Io. 4, 18.

<sup>83</sup> Ps. 18, 10.

<sup>85</sup> I Cor. 15, 46. 49.

<sup>86</sup> En la carta dice: *No ya por sí, sino por él*; mas el contexto exige las dos palabras *solamente - también*, como se puede ver por el lugar paralelo del *Tratado del amor de Dios*, c. 9.

do, en cierto sentido maravilloso, de sí mismo y como aniquilado completamente, se precipitará con todo su ser en Dios y, uniéndose a El, en adelante serán los dos un solo espíritu.

9. Creo que así pensaba el profeta cuando decía: *Entraré en las potencias del Señor; Señor, me acordaré de sola tu justicia*<sup>87</sup>. Sabía, sin duda ninguna, que cuando entrase a las potencias espirituales del Señor, se desnudaría de todas las miserias de la carne para no tener ya que pensar en nada suyo, mas si recordar siempre en espíritu la sola justicia de Dios. Entonces ciertamente cada uno de los miembros de Cristo podrá decir de sí lo que profería Pablo de la Cabeza: *Aunque conocimos a Cristo según la carne, ya no le conocemos así*<sup>88</sup>. Allí nadie se conoce según la carne, porque la carne y la sangre no poseerán el reino de Dios<sup>89</sup>. No que la sustancia de la carne no se haya de encontrar allí, sino que faltará toda solicitud carnal y el amor de la carne será absorbido por el amor del espíritu, y las que ahora son inclinaciones humanas y lánguidas, se mudarán en potencias divinas. Entonces la red de la caridad, que ahora, arrastrada por este mar grande y espacioso, no deja de reunir toda clase de peces, conducida al litoral, arrojará fuera los malos y sólo conservará los buenos. A la verdad, recogiendo la red de la caridad en esta vida todo género de peces, los guarda en su dilatado seno; pues, al conformarse a unos y a otros según las circunstancias, al traer a sí tanto los sucesos adversos como los prósperos de todos y, en algún modo, hacerlos suyos, no sólo acostumbra alegrarse con los que se alegran, sino también llorar con los que lloran. Mas cuando llegue al litoral, arrojando afuera, como peces malos, lo triste, solamente retendrá lo agradable y alegre. ¿Acaso, por ejemplo, enfermará entonces San Pablo con los que enferman o se abrasará con los que se escandalizan estando muy lejos ya los escándalos y las enfermedades? ¿Acaso llorará a los que no hicieron penitencia, siendo cierto que ya no habrá quien haga penitencia ni tampoco quien peque? Lejos, pues, el lamentarse y llorar por los que han sido destinados a los fuegos eternos con el diablo y sus ángeles en aquella ciudad que alegran las impetuosas corrientes del río<sup>90</sup> y cuyas puertas ama Dios más que todas las tiendas de Jacob<sup>91</sup>. En las tiendas, aunque se goza de la victoria, también se trabaja en la lucha y muchas veces peligra la vida; mas en aquella patria no se admite ninguna adversidad o tristeza, como se canta de ella: *Están llenos de alegría cuantos habitan en ti*<sup>92</sup>; y también: *Ten-*

<sup>87</sup> Ps. 70, 16.

<sup>88</sup> 2 Cor. 5, 16.

<sup>89</sup> 1 Cor. 15, 50.

<sup>90</sup> Ps. 45, 5.

<sup>91</sup> Ps. 86, 2.

<sup>92</sup> Ps. 86, 7.

*drán una alegría sempiterna*<sup>93</sup>. Finalmente, ¿cómo habrá recuerdo de la misericordia donde se hará memoria de la sola justicia de Dios? Por tanto, donde no hay lugar para la miseria ni tiempo de misericordia, sin duda ninguna, tampoco podrá haber afecto de compasión.

10. El insaciable deseo de comunicarme con vosotros me impulsa a proseguir todavía mi largo sermón, hermanos carísimos y siempre recordados; pero tres cosas me imponen el fin: primera, el temor de hacerme pesado; segunda, la vergüenza de ser demasiado locuaz; tercera, la obligación de atender a las cargas domésticas. Os ruego, pues, que os apladéis de mí; y, si os habéis alegrado por cuantas cosas buenas os han dicho de mí, os pido, en cambio, que os compadezcáis de mis imperfecciones, que son ciertas. El que os contó las primeras, vió pequeñeces y las juzgó grandes virtudes; y vuestra sinceridad cree fácilmente lo que oye con agrado. Me congratulo con la caridad, que todo lo cree<sup>94</sup>, mas me confundo por la verdad, que lo ve todo. Quiero que os fiéis más de mí que de otros, los cuales siempre se fijan en apariencias. Nadie conoce las cosas propias del hombre, sino el espíritu humano que habita en él<sup>95</sup>. Os lo digo yo, que hablo de mí no por conjeturas, sino según verdad: no soy tal cual piensan o hablan de mí. Lo cual afirmo con tanta seguridad cuanta me da mi certera experiencia; de tal suerte, que nada más quisiera obtener por vuestras oraciones que hacerme tal cual me predica vuestra carta.

## 17

A PEDRO<sup>96</sup>. CARDENAL DIÁCONO \* (año 1127)

Se excusa de no haber acudido a la cita y responde sobre los escritos que le había pedido.

*Al venerable señor Pedro, cardenal diácono y legado de la Iglesia romana, el hermano Bernardo se ofrece a sí mismo en cuanto puede.*

El no haber acudido cuando usted me llamó, no fué por pereza mía, sino por una causa no despreciable. Pues, salva su reverencia y la de todos los buenos, tengo hecho el firme propósito de no salir del monasterio sino por causas poderosas. Y, como no se ha ofrecido ninguna, no puedo satis-

<sup>93</sup> Is. 61, 7.

<sup>94</sup> I Cor. 13, 7.

<sup>95</sup> I Cor. 2, 11.

<sup>96</sup> Este Pedro, cardenal diácono, era, sin duda ninguna, un legado a látere enviado a Francia por algún acontecimiento extraordinario. Se le podría identificar con Pedro de Fontaines, compatriota de San Bernardo, creado cardenal por Calixto II en 1120.

\* PL 182, 119.

hacer ahora ni sus deseos ni los míos. ¿Y usted qué hace de aquella promesa que nos expresó en una de sus cartas, es a saber, de su venida por aquí, que aún esperamos? Ignoro en absoluto qué escritos sean esos que me mandó hacer y que ahora pide; no tengo nada preparado. No sé que haya escrito algo sobre moral digno del aprecio de su excelencia. Algunos hermanos han tomado nota de cuanto les he hablado en mis conferencias. Uno, Gebuín, cantor y arcediano de Troyes, se encuentra actualmente en su compañía, por lo que podrá tener a la mano, si le gusta, lo que él haya escrito. No obstante, si encuentra algún descanso en sus ocupaciones y juzga conveniente el mostrar su presencia, como nos lo prometió, a los hijitos que le aguardan, no dejaré de satisfacer, en cuanto pueda, a sus deseos con algo que le deleite, ya lo tenga hecho, ya lo elabore con nuestro trabajo. Apreciamos su buena fama; reverenciamos la solicitud y la rectitud respecto de las cosas de Dios que hemos oído de usted, por lo cual nos es grato que le pueda servir en algo nuestra atenta rusticidad.

18

AL MISMO \* (año 1127)

Trata de apartar de sí la opinión de santidad y promete mandarle los opúsculos que ha escrito.

1. Aunque me diese todo entero, me parecería poco para recompensar ni la mitad siquiera de la benevolencia que, según dicen, tiene usted para conmigo. Me alegro de la bondad, mas confieso que entibia la alegría por tan gran favor el haberle conseguido no por mi trabajo, sino por el decir de las gentes. Me da vergüenza ser elevado muy alto, sabiendo que cuanto se ama o venera en mí no soy yo, sino lo que de mí se piensa. No me aman cuando así me aman. Aman en mi lugar no sé qué otra cosa que no soy yo. Y, para decir verdad, no lo ignoro, sabiendo ciertísimamente que es nada. Por tanto, cuando se ama lo que no existe, aunque se crea que existe, el amor y el amante son algo, pero lo que se ama, nada. Es digno de admiración—pero más de compasión—amar lo que no existe. Por lo cual sabemos de dónde venimos y adónde vamos, qué hemos perdido y qué encontrado. Adhiriéndonos a aquel que existe siempre y dichosamente, podríamos también nosotros existir siempre y dichosamente. Adhiriéndonos—digo—no sólo por el conocimiento, sino también por el amor. Pues algunos de los hijos de Adán, conociendo a Dios, no lo glorificaron o le dieron gracias como

\* PL 182, 120.



tal. Al contrario, se extraviaron en sus pensamientos. Con razón, pues, se obscureció su corazón necio, porque, conociendo y despreciando la verdad, recibieron justamente en castigo no conocerla. ¡Ay! De este modo, adhiriéndose a la vanidad, el hombre se ha hecho semejante a la vanidad. ¿Y qué más vano que amar la vanidad? ¿Qué más perverso que despreciar la verdad? ¿Qué más justo que sustraer a los despreciadores el mismo conocimiento? ¿Qué, repito, más justo que no se pueda gloriarse de conocerla el que conocida no la glorificó? Así, pues, el apetito de la vanidad es desprecio de la verdad; el desprecio de la verdad, causa de nuestra ceguera. *Y porque no mostraron que conocían a Dios, éste los ha entregado a un sentido réprobo* <sup>97</sup>.

2. De esta ceguera viene, pues, el amar o aprobar lo que no existe en lugar de lo que existe, porque mientras estamos en este cuerpo vivimos lejos de aquel que es el sumo. ¿Y qué es el hombre, Señor, sino lo que le has manifestado? Por tanto, si el conocimiento de Dios hace que el hombre sea algo, la ignorancia hace que no sea nada. Mas el que conoce a las cosas que son como a las que no son, compadecido en algún modo de los vueltos nada, nos dió aquel maná escondido del que habla el Apóstol: *Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* <sup>98</sup>, es a saber, el poder ahora gustar por la fe y buscar por el deseo a quien todavía no podemos contemplar cara a cara o abrazar plenamente por el amor, por las cuales cosas, sacados de nuevo del no ser al ser, empezamos a ser cierto principio de su criatura y nos convertimos de algún modo en el varón perfecto, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo. Lo cual, sin duda ninguna, tendrá lugar cuando la justicia se convierta en juicio, esto es, la fe en inteligencia; la justicia que proviene de la fe, en el juicio del pleno conocimiento, y el deseo de la peregrinación, en la plenitud del amor. Si ausentes inician la fe y el deseo, cuando estemos presentes consumarán el entendimiento y el amor. Así como la fe conduce al pleno conocimiento, así también el deseo al pleno amor. Y así como se dice: *Si no creéis, no entenderéis* <sup>99</sup>, así también: Si no deseáis, no amaréis perfectamente. El entendimiento, pues, es fruto de la fe; la caridad perfecta, del deseo. Por ahora, el justo vive de la fe <sup>100</sup>, pues es dichoso por la interlección. Por ahora, el justo desea ir a Dios como el ciervo a las fuentes de las aguas; pues, dichoso, saca agua con gozo de las fuentes del Salvador, esto es, se deleita en la plenitud de la caridad.

3. Con estos dos brazos del alma, el entendimiento y el amor—el conocer y el amar—, se abraza quizás y se com-

<sup>97</sup> Rom. 1, 21. 28.

<sup>98</sup> Col. 3, 3.

<sup>99</sup> Is. 7, 9, según los LXX.

<sup>100</sup> Hab. 2, 4.

prende con todos los santos la longitud, la latitud, la sublimidad y lo profundo, esto es, la eternidad, la caridad, la virtud y la sabiduría. Y todas estas cosas es Cristo. Es la eternidad, porque es vida eterna conocer al Dios verdadero y a Jesucristo, a quien ha enviado <sup>101</sup>. Es caridad, porque es Dios, y Dios es caridad <sup>102</sup>. Es también virtud de Dios y sabiduría de Dios <sup>103</sup>. Mas ¿cuándo tendrán lugar estas cosas? ¿Cuándo le veremos tal como es? La ansiedad de la criatura espera la revelación de los hijos de Dios, pues toda criatura está sujeta a la vanidad <sup>104</sup>. De la cual vanidad universal viene en nosotros ese querer ser alabados, siendo vituperables, y ese no querer alabar a quienes sabemos que son alabables. Pero ahí está lo vano: muchas veces nuestra ignorancia calla lo que es y alaba lo que no es. ¿Qué responderemos a esto sino *que son vanos los hijos de los hombres, que son mentirosos en sus alabanzas, de tal suerte que se engañan a sí mismos por su vanidad?* <sup>105</sup>. Alabamos mentirosamente, nos deleitamos vanamente, para que sean vanos los alabados y mentirosos los que alaban. Unos adulan, y son falsos; otros alaban lo que creen ser verdad, y andan errados; otros se glorían con los encomios de unos y otros, y son vanos. Sólo es sabio el que dice con el Apóstol: *Soy parco para que nadie me estime más de lo que ve en mí u oye de mí* <sup>106</sup>.

4. Esto es lo que por ahora he arado velozmente, más bien que escrito, y quizás también más locuazmente de lo que debí. Con todo, lo he hecho con tanta veracidad cuanta he podido. Y ahora pongo fin a mi carta con lo mismo que empecé. No quiero que sea demasiado crédulo respecto de mi fama incierta, pues, como bien sabe, se equivoca muchas veces el juicio tanto del que alaba como del que vitupera. Si le agrada, pruebe y pese para que su amor y su devoción resulten más equitativos y sea usted más grato al amigo cuanto más moderado en las alabanzas, para que, brotando la alabanza de la gravedad del juicio, no salga del vulgo la mentira y, dando menos honra, cause menos trabajo. Hay una cosa en usted que me hace suyo con todo cuanto soy, a. saber, el portarse, según dicen, en las cosas de Dios con energía y abnegación.

5. Tiene ya el libro que deseaba transcribiésemos. También están ya los opúsculos míos que pedía, aunque en ellos no encuentro nada en absoluto que sea digno de su consideración. Mas, porque la verdad es lo que más me agrada, debemos culpar antes al ingeniecillo que a la voluntad. Además, prefiero perder ante usted más por impericia que por

<sup>101</sup> Io. 17, 3.

<sup>102</sup> I Io. 4, 16.

<sup>103</sup> I Cor. 1, 24.

<sup>104</sup> Rom. 8, 19. 20.

<sup>105</sup> Ps. 61, 10.

<sup>106</sup> 2 Cor. 12, 6.

desobediencia. Ya me indicará por escrito con el mismo correo dónde quiere se los envíe para pedir los que ahora están en otras manos y dirigirlo a donde usted mande. Y, para que sepa lo que ha pedido, he escrito un opúsculo que se titula *De la humildad* y cuatro homilias de alabanzas a la Virgen Madre (pues éste es su título) sobre aquel pasaje del Evangelio de San Lucas: *Envió Dios al ángel Gabriel*<sup>107</sup>. También una *Apología* a cierto amigo, en donde trato algo sobre las observancias de los cluniacenses y nuestras. Igualmente he dictado algunas cartas a diversas personas. Algunos hermanos de los que oyen mis conferencias han tomado sus apuntes y los guardan consigo.

## 23

A ATÓN<sup>108</sup>, OBISPO DE TROYES \* (año 1128)

Alábele por haber distribuido todos sus bienes a los pobres durante su enfermedad y se congratula de su restablecimiento.

*A un obispo pobre, un abad pobre le desea que consiga el premio de la pobreza, que es el reino de los cielos.*

1. Le alabaría, y con razón, si no lo vedase aquella sentencia: *A nadie alabes durante su vida*<sup>109</sup>. En verdad ha hecho una obra digna de alabanza, pero la alabanza hay que tributarla a aquel de quien ha recibido el querer y el concluir lo que merece loa. En usted glorifico a Dios, que ha obrado en usted, que precisamente ha querido ser glorificado en usted para hacerle glorioso. Siendo admirable en su majestad, se ha dignado aparecer también glorioso en sus santos para no tener El solo gloria. Aunque se basta a sí mismo para glorificarse con magnificencia, busca también gloria en los santos, no para aumentar la propia, sino para comunicarla a los suyos. El bien conoce a éstos, pero nosotros no, mientras no se digne revelárnoslo. Sabemos de quiénes está escrito: *No tendrán parte en los trabajos de los hombres ni serán flagelados con ellos*<sup>110</sup>. Que no se aplica a usted esta sentencia, lo conocemos ahora. También está escrito: *El Señor corrige a quien ama, azota a cuantos recibe por hi-*

<sup>107</sup> Lc. I, 26.

<sup>108</sup> Atón fué primero deán y arcediano de la iglesia de Sens, después obispo de Troyes. Asistió como tal al concilio de Troyes, en 1128, y al de Pisa, en 1134. En su viaje de vuelta fué herido y hecho prisionero con otros obispos franceses. Algunos años más tarde dejó la dignidad episcopal y pidió el hábito en Cluny. Murió en 1145.

\* PL 182, 125.

<sup>109</sup> Eccli. II, 30.

<sup>110</sup> Ps. 72, 5.

jos<sup>111</sup>. Le veo flagelado y enmendado, ¿y no le he de tomar por uno de ellos? En verdad, tenemos una muestra insignie de su enmienda, a saber, su actual pobreza. ¡Título noble, en verdad, el de la pobreza, el cual encomia el mismo Dios por boca del profeta cuando dice: *Hombre soy que veo mi pobreza!*<sup>112</sup>. Este título le hace más noble y le vuelve más ilustre que todos los tesoros regios.

2. Sé que, citando anteriormente la Escritura, dije que no se debía alabar a nadie en esta vida. Mas ¿cómo podré dejar de alabar a aquel que ha desistido de marchar tras el oro y desprecia esperar en el dinero? De este tal habla así la Escritura: *¿Quién es éste y le alabaremos, pues ha hecho maravillas en su vida?*<sup>113</sup>. Tal vez no se ha de alabar al hombre por su vida, que es una tentación sobre la tierra; mas, con todo, no se debe dejar de alabarle cuando, muerto al pecado, vive para Dios. Ciertamente es alabanza vana y seductora aquella con que se alaba al pecador en los deseos de su alma, pues alabarle en esto es inducirle a error. ¿Pero acaso no se ha de ensalzar y encomiar sobre toda ponderación la vida de aquel que puede decir: *Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí?*<sup>114</sup>. Cuando se alaba a un hombre en quien ya no vive él, sino Cristo, ya no se le alaba en su vida, sino en la de Cristo; y por esto no se le alaba contra la sentencia que prohíbe alabar al hombre en su vida.

3. ¿Por qué no ha de ser digno de mis alabanzas aquel a quien Dios juzga digno de alabar su propio nombre, diciendo David: *El pobre y el desvalido alabarán tu nombre?*<sup>115</sup>. Se alaba a Job porque perdió lo suyo con paciencia, ¿y no se alabará al obispo que libremente lo abandonó y lo distribuyó liberalmente? No esperó a la muerte, cuando ya no podría ni dar ni retener nada, como lo hacen muchos, cuyo testamento sólo adquiere valor después de muertos. El, hallándose aún entre la esperanza de la vida y el miedo de la muerte, libremente lo desechó todo y lo dió a los pobres viviendo aún para que su justicia permaneciese por los siglos de los siglos<sup>116</sup>. ¿Acaso también habría permanecido su dinero por los siglos de los siglos? Buena recompensa, pues, la que da la justicia a cambio del oro, pues por lo que no puede durar mucho se restituye lo que permanece, felizmente, para siempre. Mucho mejor es, sin duda, la justicia que el dinero, pues mientras él llena el arca, ésta colma al alma. Finalmente, los sacerdotes de Dios se visten de justicia; lo cual es mucho más honroso y rico que el oro y la seda.

4. Demos gracias a Dios, que, infundiéndole un miedo saludable ante el peligro del alma, ha obrado en usted un

<sup>111</sup> Prov. 3, 12; Hebr. 12, 16.

<sup>112</sup> Thren. 3, 1.

<sup>113</sup> Eccli. 31, 8. 9.

<sup>114</sup> Gal. 2, 20.

<sup>115</sup> Ps. 73, 21.

<sup>116</sup> Ps. 111, 9.



glorioso desprecio de la gloria pasajera que acarrearán estas cosas. ¡Oh admirable clemencia para con usted! Le amenazó con la muerte para no dársela; quiso hacerle temer lo que no quería que experimentase. Al obrar así, ¿qué hizo sino que nada le fuese más amado que usted mismo? Entre las medulas de los huesos ardía la fiebre y, tardando en sudar, se agravaba por días el dolor vehemente. Y cuando, enfriándose los miembros externos, se concentraba en el interior el calor molestísimo que desgarraba las entrañas, exhaustas por la prolongada dieta, comenzaba a delinearse ante los ojos la triste imagen de la muerte escuálida. Y he ahí que sonó una voz como enviada de las mansiones divinas: *Yo soy, yo soy el que borro no a ti, sino tus iniquidades*<sup>117</sup>; y cuando el sacerdote de Dios, para morir pobre, dió todo lo suyo a los pobres, al momento comenzaron a brotar fuentes de un sudor copioso arrojado de las interioridades. Y así, viniendo por su orden la salud del alma y del cuerpo, mostró Dios claramente que se cumplía en usted lo que se promete en la Escritura: *Mataré y haré vivir; heriré y sanaré; no habrá nadie que se pueda evadir de mi mano*<sup>118</sup>. Hirió la carne para que sanase el alma, mató la avaricia para que viviese usted de la justicia. Así, vivificado y restablecido, ya no habrá quien le pueda arrancar de la mano de Dios, mas con tal que no descuide cumplir aquel consejo evangélico: *Mira, has sido curado, no peques más, no te ocurra en lo sucesivo cosa peor*<sup>119</sup>. Y amenaza con esto el piadoso Padre porque no quiere que suceda, puesto que no desea la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Y con razón. ¿Qué utilidad hay en la muerte del pecador? El infierno no ensalzará a Dios, ni le alabará la muerte; mas usted, que vive, glorifica al Señor y le dice: *No moriré, sino viviré y contaré las maravillas del Señor*; y lo otro: *Empujado, estuve a punto de caer, pero el Señor me sostuvo*<sup>120</sup>.

## 25

A HUGO<sup>121</sup>, ARZOBISPO DE RUÁN \* (año 1130)

Exhórtale a ser paciente con sus ovejas y a templar el celo de la discreción.

1. Si aumenta la malicia del día, no prevalezca; si turba, no perturbe. Maravillosas son las olas del mar, pero más maravilloso Dios de las alturas. Benignamente, Padre ilustre,

<sup>117</sup> Is. 43, 25.<sup>118</sup> Io. 5, 14.<sup>118</sup> Deut. 32, 39.<sup>120</sup> Ps. 117, 17. 13.

<sup>121</sup> Hugo fué primero monje de Cluny; después, abad del monasterio de Radíngue, fundado en la diócesis de Salisbury, en Inglaterra. En 1130, el clero de Ruán le eligió obispo de su diócesis.

\* PL, 182, 129.

ha obrado con usted la piedad soberana; no puede negarlo. Por una providencial dispensación, antes de hacerle superior de los malos, le asoció a los buenos, para que, hecho bueno con su ejemplo y compañía, pudiera después mantenerse bueno entre los malos. Ser bueno entre los buenos, merece la salvación, mas serlo entre los malos, también alabanza. Aquello tiene tanta facilidad cuanta seguridad encuentra; esto tanto mérito cuanta dificultad. ¿Qué es eso de tocar la pez y no mancharse, andar por el fuego y no quemarse, vivir en tinieblas y no obcecarse? En otro tiempo palpaban los egipcios las tinieblas; mientras que del pueblo de Dios dice la Escritura: *Dondequiera que estaba Israel había luz*<sup>122</sup>. Era David verdadero israelita, y por eso decía con idea que moraba no en Cedar, sino *entre los habitantes de Cedar*<sup>123</sup>, como quien siempre estaba en la luz, aunque con su cuerpo morase entre los habitantes de Cedar. Por lo cual reprende a algunos no verdaderos israelitas que, mezclados con los gentiles, aprendieron sus obras, que les sirvieron de tropiezo<sup>124</sup>.

2. Por tanto, le digo: Bastaba guardar la inocencia cuando vivía entre los cluniacenses, como está escrito: *Con el hombre santo te harás santo*<sup>125</sup>. Mas, viviendo ahora entre los ruanenses, necesita paciencia, como enseña el Apóstol: *El siervo de Dios no debe litigar, sino ser paciente con todos*<sup>126</sup>. Y no sólo debe ser paciente el que no quiere dejarse vencer por el mal, sino también pacífico para vencer el mal con el bien; lo primero, para soportar a los malos; lo segundo, para sanar a los que soporta. *En su paciencia poseerá su alma*<sup>127</sup>; mas también ha de ser pacífico para poseer a los que le han sido encomendados. ¿Qué gloria mayor que poder decir: *Vivi pacífico con los que odiaron la paz?*<sup>128</sup>. Sea paciente, pues está con los malos; sea también pacífico, pues los gobierna. Tenga celo la caridad; mas, a sus tiempos, guarde moderación la severidad. Nunca se debe descuidar el castigo; mas suspenderle, muchas veces aprovecha más. Sea siempre enérgico el vigor de la justicia, pero nunca precipitado. Así como no todo lo agradable es lícito, así no todo lo lícito se puede ejecutar al momento. Todo esto lo sabe usted mejor que yo, por lo cual no insisto. Pido que ruegue sin cesar por mí, pues peco continuamente.

<sup>122</sup> Ex. 10, 23.

<sup>123</sup> Ps. 119, 5.

<sup>124</sup> Ps. 105, 35. 36.

<sup>125</sup> Ps. 17, 26.

<sup>126</sup> 2 Tim. 2, 24.

<sup>127</sup> Lc. 21, 19.

<sup>128</sup> Ps. 119, 7.

32 AL ABAD DE SAN NICASIO, DE REIMS <sup>128</sup> \* (año 1120) \*

Le consuela por el tránsito a otro monasterio del monje Drogo y le exhorta a la paciencia.

1. Con cuánto afecto me conduelo de usted, lo sabe bien aquel que sufrió en su cuerpo los dolores de todos nosotros. Tan eficazmente me aconseje y me socorra en mis necesidades el que todo lo sabe y todo lo puede como gustosamente le aconsejaría yo a usted si supiese, y le socorrería si me fuera posible. Si el hermano Drogo me hubiese pedido consejo sobre su salida, de ninguna manera habría consentido; si después se hubiese dirigido a nosotros, jamás le habría aceptado. En fin, como sabe, he hecho lo que estaba en mi poder enviando inmediatamente una carta al abad que le ha recibido. Y ahora, Padre, ¿qué otra cosa puedo hacer por usted en ese asunto? Por lo que a usted se refiere, mejor sabe su santidad que los varones perfectos suelen gloriarse no sólo de la esperanza de lo futuro, sino también en las tribulaciones presentes, consolándolos la Escritura y diciéndoles: *El horno prueba las vasijas de barro, y la tentación a los hombres justos* <sup>128</sup> \*\*. *El señor está muy cerca de aquellos que tienen el corazón atribulado* <sup>129</sup>. *Es conveniente que entremos en el reino de los cielos tras de muchas tribulaciones* <sup>129</sup> \*; *y cuantos quieren vivir virtuosamente en Cristo, sufrirán persecuciones* <sup>130</sup>. Sin embargo, no por eso debemos dejar de compadecernos de nuestros amigos cuando se hallan en ansiedad; porque ignoramos el fin que tendrán, tememos su caída. Pues así como en los santos y elegidos la tribulación obra la paciencia; la paciencia, la prueba; la prueba, la esperanza, la cual no nos confunde nunca <sup>130</sup> \*, así también, en los réprobos y que se han de condenar, la tribulación, por el contrario, engendra la pusilanimidad; la pusilanimidad, la perturbación; la perturbación, la desesperación, y ésta es la que mata.

<sup>128</sup> \* Este abad de San Nicasio, de Reims, se llamaba Jorann. Descontento de esta carta de San Bernardo, siguió trabajando cerca del monje Drogo hasta conseguir volverle a su primer monasterio antes de que emitiera una segunda profesión entre los cistercienses. Por lo demás, era un abad celoso y observante, y su monasterio floreció en hombres eminentes por sus virtudes y su ciencia. El monje Drogo llegó a ser obispo de Ostia y cardenal en el pontificado de Inocencio II. El mismo Jorann, ansioso de soledad, abrazó la vida cartujana en los últimos años de su vida en el monasterio de Mont-Dieu (1138). También fué creado cardenal por Inocencio II.

\* PL 182, 136.

<sup>128</sup> \*\* Eccli. 27, 6.

<sup>129</sup> Ps. 33, 20.

<sup>129</sup> \* Act. 14, 21.

<sup>130</sup> 2 Tim. 3, 12.

<sup>130</sup> \* Rom. 5, 3. 5.

2. No le coja—Dios así lo quiera—esta tempestad de agua, ni le absorba el vacío de abismo tan profundo, ni cierre sobre usted su boca ese pozo misterioso. Procure con gran solicitud su humilde prudencia no dejarse vencer por el mal, sino vencer al mal con el bien. Le vencerá si clava fuertemente su esperanza en Dios y aguarda con longanimidad el fin de este asunto. Si él se arrepiente, ya a causa del temor que usted le inspira, ya a causa del trabajo que le sobrevenga, bien; de otra manera, no le sentará mal humillarse bajo la poderosa mano de Dios y no querer resistir en modo alguno a la divina Providencia, porque si está de Dios, no podrá estorbarlo. Mejor le será reprimir los impulsos de su justo enojo con aquella sentencia que un santo pronunció en circunstancias parecidas; pues, instigándole alguno de sus hermanos e increpándole por qué no reclamaba a su monje fugitivo aceptado por otra iglesia con desprecio de sus atribuciones, respondió: «De ninguna manera; si se porta bien, dondequiera que viva es mío».

3. Falsa y no fielmente le aconsejaría si no exigiese de mí lo mismo. Pues, habiendo sido llevado y retenido en Cluny, contra mi voluntad, uno de los míos no sólo profesó en mi monasterio, sino unido por los lazos de la sangre, me duelo ciertamente, pero callo, rogando por ellos, para que quieran devolver al arrebatado, y por él, para que venga espontáneamente; si no lo logro, dejaré la venganza a aquel que juzgará en pro de los que padecen injuria y pleiteará equitativamente en favor de los mansos de la tierra. Al hermano Hugo le aconsejamos por su boca que no crea a todo espíritu y que no se decida inconsideradamente a dejar lo cierto por lo incierto, sabiendo que el diablo envidia siempre la perseverancia, la cual, bien lo sabe, es la única que coronarán las virtudes. Es más seguro perseverar humildemente en aquella vocación a que uno ha sido llamado, que, bajo la apariencia de un bien mejor, dejar lo que ya comenzó y no tener quizás fuerzas para llevar a cabo lo que presume.

## 34

## AL MONJE DROGO \* (año 1120)

Le felicita por haber pasado a una observancia más austera y le exhorta a la perseverancia.

1. Ahora aparece, carísimo Drogo, cuán justamente sentía hacia ti un cariño no ordinario. Todo cuanto antes observaba en ti era hermoso, era amable, mas no sé por qué

\* PL 182, 139.



presentia algo más digno de veneración que cuanto veía yo o me contaban otros. Acaso oías ya entonces la voz del Esposo celestial—cuyos castos brazos experimentas ahora de una manera más íntima—, que susurraba a su castísima tórtola—tu alma—: *Toda hermosa eres, amiga mía; toda hermosa eres, sin hablar de lo que está oculto dentro de ti* <sup>131</sup>. ¿Qué has hecho? ¿Quién lo creyera? Toda la ciudad te proclamaba santo y religiosísimo, de tal suerte que creíamos que no se te podía añadir ningún otro bien; y tú, como uno de los seglares, dejando el monasterio como si fuera el siglo, no te avergonzaste de someter de nuevo a las observancias de una nueva disciplina tu cuello, humillado ya bajo la carga de Cristo. En ti, hermano, advertimos que es verdadera la sentencia que dice: *Cuando el hombre llega a la perfección, entonces comienza* <sup>132</sup>. Indicio, pues, de tu perfección es el que ahora comienzas; y ya estabas incluido en donde creías que no lo estabas. Nadie es perfecto si no desea ser más perfecto: y uno prueba que es más perfecto cuando aspira a una perfección mayor.

2. Pero mira, hermano: aquel por cuya envidia entró la muerte en el orbe de la tierra, tendió su arco y apuntó: y, porque, arrojado de tu corazón, ha perdido dentro todo poder, se ensaña cuanto puede por fuera. Y, para hablar más claramente, ¿no sabes que se han escandalizado los fariseos por lo que acabas de hacer? Mas acuérdate que hay escándalos de que no nos debemos preocupar, según aquella respuesta del Señor, que dice: *Dejadlos; son ciegos y guías de ciegos* <sup>133</sup>. Es preferible que nazca el escándalo a que se abandone la verdad <sup>134</sup>.

Acuérdate de que Cristo nació para ruina y resurrección de muchos <sup>135</sup> y no te extrañes si también tú eres para unos olor de vida que da vida y para otros olor de muerte que da muerte. Si te echan maldiciones y te lanzan dardos de anatemas, oye a Isaías, que responde por ti: *El que te maldiga, sea maldito, y el que te bendiga, véase colmado de bendiciones* <sup>136</sup>. Fortificado también tú tras el muro inexpugnable de tu conciencia, responde dentro de ti y di: *Aunque se enfrenten ejércitos contra mí, no temerá mi corazón; aunque levanten contra mí guerra, confiaré en El* <sup>137</sup>. No te verás confundido si hablas así a tus émulo en público. Confío, pues, en el Señor que, si te mantienes firme a las primeras embestidas ni te dejas amilanar por sus amenazas y halagos, muy pronto aplastarás al demonio bajo tus pies. Entonces verán los justos y se regocijarán y toda iniquidad cerrará su boca.

<sup>131</sup> Cant. 4, 7.

<sup>132</sup> Eccli. 18, 6.

<sup>133</sup> Mt. 15, 14.

<sup>134</sup> SAN GREGORIO MAGNO, hom. 7 sobre Ezequiel.

<sup>135</sup> Lc. 2, 34.

<sup>136</sup> Gen. 27, 29.

<sup>137</sup> Ps. 26, 3.

Refuta las quejas lanzadas contra él y pide que se le deje gozar del silencio y de la soledad.

*Al ilustre varón Haimeric, canceller de la Santa Sede romana, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, deseale la salud, pero no en esta peregrinación.*

1. ¿Acaso tiene también odio la verdad al pobre y al desvalido y ni la misma miseria puede evitar la envidia? ¿Me quejaré o me gloriaré de haberme creado enemigos por decir la verdad? ¿Por haber dicho la verdad o por haber obrado rectamente? Pero véanlo esto sus hermanos, que, contra la ley, hablan mal del sordo <sup>139</sup> y que, no temiendo la maldición profética, *llaman malo a lo bueno, y bueno a lo malo* <sup>140</sup>. ¿Qué cosa mía, ¡oh varones excelentes!, desagrada a su fraternidad? ¿Acaso el haber sido destituido de su cargo en Chalons un hombre de mala nota, que en la iglesia de Verdún a él confiada había disipado todos los bienes de su Señor? ¿Quizás el haber obligado a Fulberto, que en la ciudad de Cambrai destruía su monasterio, a ceder el lugar a Parvino, siervo fiel y prudente según el testimonio de todos? ¿Acaso el haberse restituido al Señor en Laón su santuario convertido en antro de inmoralidad? ¿Por cuál de estas cosas no digo me lapidan, sino me laceran, para recibir un poco menos de mi Señor? <sup>141</sup>. Respondería con razón de ello si hubiese tenido alguna parte. Mas ¿por qué juzgan por hechos ajenos? Y si por los míos, ¿por qué como si fueran malos, cuando no puede poner en duda ninguna imprudencia ni negar ningún descaro, que todas estas cosas han sido hechas con justicia y dignidad? Elijan de dos cosas: reconocermé por autor o negarlo de plano. Si lo hice, digno de alabanza es llevar a cabo acciones laudables. Mas me vituperan inicuaamente por lo que merecía me alabasen. Si no lo hice, ni merezco alabanza ni vituperio. ¡Nuevo género de detracción, semejante en algo a la obra de Balaán, quien, buscado y conducido para maldecir al pueblo, más bien le llenó de bendiciones! <sup>142</sup>. ¿Qué más justo, qué

<sup>138</sup> Era oriundo de La Chatre, en el Berry. En 1120 Calixto II le creó diácono del título de Santa María de las Nieves. Sucedió a Pedro de Pisa como canceller de la santa Iglesia romana. Murió en 1141. San Bernardo le dirigió bastantes cartas, en que se revela una confianza y amistad ilimitadas. Le dedicó también el *Tratado del amor de Dios*.

\* PL 182, 154.

<sup>139</sup> Lev. 19, 14.

<sup>140</sup> Is. 5, 20.

<sup>141</sup> Io. 10, 32.

<sup>142</sup> Num. 22-24.

más gracioso que encomies a quien pretendes reprender; que, sin saberlo, uses de alabanzas en lugar de vituperios; que, pretendiendo detraer, te veas forzado a ensalzar? Parece como, si no encontrando en mí males, me echasen a la cara obras buenas, y obras buenas de otros.

2. Mas yo ni me conmuevo por inmerecidos vituperios ni recibo las alabanzas indebidas. Nada me interesan aquellas cosas cuyo autor no soy; alaben si quieren; vituperen si se atreven; pero en el primer caso, al señor de Albano; en el segundo, al señor de Reims; en el tercero, al arzobispo-obispo de Laón, junto con el rey y otras muchas personas eminentísimas; los cuales todos no niegan en manera alguna haber sido los autores y promotores de todos estos negocios. Si hicieron bien, ¿a mí qué? Si de otro modo, no me incumbe. ¿Fué toda mi culpa el haber asistido, yo hombre digno de las solas tinieblas, que únicamente he sido constituido juez de mí mismo, mi solo acusador y árbitro, para confrontar mi manera de obrar con mi profesión y realizar el significado del nombre de monje en la vida solitaria? Estuve presente, no puedo negarlo; pero llamado, arrastrado. Si esto desagradó a los amigos, lo confieso, también a mí. ¡Ojalá no hubiese ido ahí! ¡Ojalá no fuese a cosas semejantes! ¡Ojalá no acabase de asistir a donde la autoridad eclesiástica (¡oh dolor!) armaba a la violenta tiranía para luchar contra la Iglesia, como si no se ensañase ya bastante por sí misma! De nuevo sentí, según el profeta, adherirse mi lengua al paladar<sup>143</sup> al caer de repente sobre nuestras cabezas la carga que venía de arriba, la irrefragable autoridad de las letras apostólicas. ¡Ay!, enmudecí, me humillé, me abstuve aun de hablar cosas buenas; se renovó mi dolor<sup>144</sup> al ver de repente, ante aquellas letras, llenarse de ignominia el rostro de los inocentes y alegrarse los impíos todavía más por lo que habían hecho y exultar por sus obras pésimas. Se tuvo compasión del impío y, según el dicho profético, no se supo hacer justicia; y el que obró la iniquidad en la tierra de los santos, vió a la propia libre del justísimo entredicho que pesaba sobre ella.

3. Por estas razones, aunque no haya más, me desagrada intervenir en tales negocios que nada me interesan. Me desagrada, pero me arrastran. ¿Mas de quién otro podré esperar mejor que de usted, varón ilustre, el verme libre de este aprieto, pues me consta que no le falta ni poder ni voluntad? Me alegro al saber que no entra en su prudencia el que me méta en tales ocupaciones. Y, en verdad, justísima y amistosísimamente. Venga, pues, ya que así lo quiere; más, porque así cree y juzga que conviene al amigo y es decente al monje.

<sup>143</sup> Ps. 136, 6.

<sup>144</sup> Ps. 38, 3.

Dé, le ruego, manos o la obra, para que cuanto antes se cumplan los deseos de ambos, satisfaciendo usted a la justicia y yo procurando la salvación de mi alma. Si le place, prohibase a las ranas clamorosas e inoportunas salir de sus cavernas y mándeselas que estén contentas en sus charcas. No se las oiga en los concilios, no se encuentren en los palacios. Ninguna necesidad, ninguna autoridad las pueda arrastrar a intervenir en las causas y en los negocios. Así podrá evitar quizás a su amigo la nota de presuntuoso. No sé cómo habré podido contraer esta mancha teniendo hecho el firme propósito de nunca salir del monasterio a no ser que se trate de algo referente a nuestra orden, o me lo ordene la Sede Apostólica, o me llame mi propio obispo; a los cuales, como usted sabe bien, no puede contradecir nuestra humildad sino por privilegio de una autoridad superior. Si, como espero, logro conseguirlo por su mano, entonces, sin duda alguna, tendré paz y no se la quitaré a ellos. Mas no creo que porque yo calle y me oculte cese el clamor de las iglesias, a no ser que deje la curia romana de perjudicar a los ausentes por complacer a los presentes. Adiós.

52

AL MISMO \* (año 1128)

Asegura que el obispo de Chartres no ha pensado ir a Jerusalén y ruega le libre de intervenir en los negocios públicos.

Su amigo y señor nuestro el obispo de Chartres ha querido hacerle saber por mediación mía que nunca ha pasado por su imaginación ni su voluntad pedir al papa que le permita marchar a Jerusalén, como algunos así se lo han contado. Y, aunque lo hubiese querido, no lo habría podido realizar sino con gran escándalo de todos los buenos que moran entre nosotros, temiendo con razón que su ausencia sería más dañosa a los suyos que provechosa su presencia a los ajenos. Esto en cuanto al obispo. Para hablar en mi favor, según lo que aconseja la Escritura diciendo: *Apídate de tu alma agradando a Dios*<sup>154</sup>, ¿le parece bien que me cargue de asuntos, que me ocupe en negocios, que de nada me sirva desocuparme de los míos, estando totalmente implicado en los ajenos? Si he hallado gracia delante de sus ojos, trabaje para que me alejen de todo eso y me sea lícito orar por mis pecados y los del mundo. Ciertamente, no creo que nada sea tan seguro para mí como obedecer a la voluntad del señor papa; mas, si se dignase considerar lo que puedo... Ojalá conociese que no resisto con tantas

\* PL 182, 159.

<sup>154</sup> Eccli. 30, 24.



cosas o que las soporto difícilmente. De esto se ha dicho lo suficiente. El obispo mencionado me ha pedido algunos opúsculos míos para usted; mas no tengo a la mano cosa digna de su consideración. Con todo, hace poco que escribí un libro titulado *De la gracia y del libre albedrío*. Se le enviaré con sumo gusto cuando sepa que le desea. Adiós.

65

A ALBISO, ABAD DE AUCHIN <sup>146</sup> \* (año 1129)

Alaba su paternal mansedumbre para con Goduino; se excusa de haberle recibido y le pide perdón.

*A Albiso, abad del monasterio de Auchin, Bernardo le saluda de corazón.*

1. El Señor le recompense la misericordia que ha tenido para con su santo hijo Goduino. Nos hemos enterado que, oída su salida, olvidando al punto la antigua calumnia, pero no la amistad, se mostró consolador en vez de vengador; padre, como lo exigía la cosa, antes que juez. Por eso, lo que realmente es piedad y caridad, procuró mostrarse verdadero padre para con el hijo. ¿Podría haber obrado usted de otro modo más recto, más laudable, más digno de usted? ¿Quién lo creería? En verdad, nadie sabe las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que habita en él <sup>147</sup>. ¿Dónde está aquella austeridad, aquella severidad, aquella indignación que en otro tiempo solían mostrar y dirigir contra él tan terriblemente la lengua, el rostro, los ojos? Mas a la primera comunicación de la muerte del hijo, se conmueven las entrañas paternas; desaparecen de repente aquellos sentimientos disimulados y artificiales, y por lo mismo transitorios, y aparecen los que son verdaderos, aunque estaban ocultos, es a saber, la caridad, la piedad, la benignidad. En su ánimo religioso se han encontrado la misericordia y la verdad; y, porque la misericordia ha resultado más abundante que el juicio, se han besado la justicia y la paz. Por lo que puedo conjeturar de sus disposiciones interiores de entonces, cuando, para castigar la injuria que creía haberse cometido contra usted, la verdad inflamada se ceñía el celo de la justicia, aquella misericordia que, a ejemplo de José, disimulaba usted prudentemente, no pudiendo permanecer por más tiempo oculta, como tampoco en José <sup>148</sup>, brotó del seno misterioso de la ternura y, uniéndose a la

<sup>146</sup> Monasterio cluniacense en la ribera del río Scarp, a dos kilómetros de Douai.

\* PL 182, 170.

<sup>147</sup> I Cor. 2, 11.

<sup>148</sup> Gen. 45, 1.

verdad, refrenó la ira, templó el celo, hizo las paces con la justicia.

2. Entonces, creo yo, brotaron de la purísima y cristalina fuente del pecho limpidísimas aguas de pensamientos como éste: ¿Para qué indignarse? Vale más tener misericordia y no olvidarse de lo que está escrito: *Quiero la justicia y no el sacrificio*<sup>149</sup>; es mejor cumplir lo que está mandado: *Procurad guardar con solicitud la unidad de espíritu en el vínculo de la paz*<sup>150</sup>, y esperar lo que se ha prometido: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*<sup>151</sup>. Por otra parte, ¿no es éste mi hijo? ¿Quién puede irritarse contra su hijo? ¡A no ser que sólo fuese hijo mientras estuvo conmigo y no al abandonarme! Pero, apartándose el cuerpo por algún tiempo, ¿pudo apartarse también el ánimo? ¿Me le podría quitar aun la misma muerte? ¿Acaso la necesidad de los lugares y de los cuerpos puede destruir la libertad de los corazones que se aman? Estoy cierto de que ni la distancia de los lugares ni la muerte o ausencia de los cuerpos puede separar a aquellos en quienes vive un mismo espíritu y a quienes liga una misma caridad. Finalmente, si las almas de los justos están en las manos de Dios<sup>152</sup>, sin duda alguna, los que, dejada la carne, reposan ya en el Señor y los que todavía en la carne no vivimos según la carne, estamos en el mismo lugar. Mío era vivo, mío será difunto, como mío le reconoceré en la patria. Sólo quien pueda evadirse de la mano de Dios podrá separarse también de mí.

3. Por su hijo, ciertamente, satisfizo su cariño; mas por lo que a mí se refiere, ¿qué satisfacción nuestra podrá parecerle digna de usted, que nos echa en cara el haberle recibido cuando se alejaba de ustedes? ¿Qué diré? Si dijese: «No le recibí» (lo cual ojalá lo pudiera decir sin pecado), mentiría; si dijese: «Le recibimos, pero con justicia», parecería quererme excusar. Pero responderé más seguramente: «Pequé». ¿Mas cuánto? No lo digo para excusarme. ¿Quién no le habría recibido? ¿Quién, repito, habría rechazado a tal santo cuando llamaba o le habría expulsado después de recibirle? ¿Quién sabe si Dios había querido suplir nuestra pobreza con su abundancia, haciendo que viniese a nosotros uno de sus muchos religiosos para ayuda nuestra y gloria suya? *El hijo sabio es gloria del padre*<sup>153</sup>. Finalmente, no le prevenimos con solicitudes ni le asediamos con halagos para que los dejase y viniese a nosotros. Bien sabe Dios que cuando rogaba, llamaba, suplicaba, antes de consentir en recibirle, procuramos volverle a ustedes. Mas, no resignándose él, me creí obligado a ceder a sus importunaciones. Si,

<sup>149</sup> Os. 6, 6.

<sup>150</sup> Eph. 4, 3.

<sup>151</sup> Mt. 5, 7.

<sup>152</sup> Sap. 3, 1.

<sup>153</sup> Prov. 10, 1.

pues, tengo alguna culpa en recibir, y en recibir de tal modo, a un hombre pio, errante, solo, no será indigno de usted el perdonar una culpa tal cometida una sola vez, no siéndole permitido negar el perdón, ni después de setenta veces siete, a los que le ofenden <sup>154</sup>.

4. Para que sepa que no sentimos ligera o negligentemente, sino de todo corazón, el haber ofendido de algún modo a su reverencia, pongo a Dios por testigo de que, no pudiéndolo corporalmente, paso a usted espiritualmente, y, puesto muchas veces de rodillas en actitud humilde, me imagino que estoy delante de usted suplicante. ¡Ojalá el Espíritu, que me inspira a mi esto, le haga sentir también a usted cuán doloroso, cuán miserable, como si estuviese presente, desciendo hasta sus rodillas! ¡Con cuánta frecuencia, desnudas las espaldas, y teniendo en las manos el azote, dispuesto a flagelarme como a su mandato, pido perdón y, tembloroso, espero misericordia! Le ruego, Padre, me comuniqué cuanto antes con una carta, si no le es molesto, cómo ha recibido esta mía; para que, si queda satisfecho, nos gocemos tranquilos del perdón conseguido; y, si no, nos humillemos más—como es justo—y nos exijamos, si podemos, algo de nosotros, con lo que satisfagamos más dignamente. Adiós.

## 69

A GUIDO <sup>155</sup>, ABAD DE LAS TRES FUENTES \*

Aconséjale sobre la falta cometida al consagrar, por incuria de los servidores, el cáliz sin vino.

1. Al conocer por qué está contristado, alabamos ciertamente que lo esté, pero no en demasia. Si no me engaño, está contristado, como dice el Apóstol, *según Dios* <sup>156</sup>, y no hay duda de que esa su tristeza se convertirá algún día en gozo. Así, pues, carísimo, irrite-se, pero no peque. Pecará tanto irritándose demasiado como no irritándose. Porque no irritarse cuando hay que irritarse es no querer enmendarse uno; por lo mismo, pecado; pero irritarse más de lo conveniente es añadir pecado sobre pecado. Si está mal no enmendar el pecado, ¿cómo no lo estará aumentarle? Si la culpabilidad de las faltas dependiese del acto material de las cosas, no se debería criticar su excesiva tristeza, pues es cierto que la culpa habría sido también enorme; tanto ma-

<sup>154</sup> Mt. 18, 22.

<sup>155</sup> La abadía de Las Tres Fuentes era la primera hija de Claval. Se fundó en 1118 en la diócesis de Châlons.

\* PL 182, 179.

<sup>156</sup> 2 Cor. 7, 9.

por sería cuanto se trata de una cosa sacratísima. Mas, porque no es lo material de las cosas ni los resultados de las acciones, sino la causa y propósito de la intención, lo que constituye la falta o el mérito, diciendo el Señor: *Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; si malo, todo tu cuerpo será tenebroso*<sup>157</sup>, en el examen de su falta no hay que atender, opino yo, tanto a la majestad de las cosas sagradas como a la propia intención. Por tanto, yo y nuestro prior, después de haber pensado bien la cosa y haberla estudiado mutuamente, descubrimos ignorancia en usted, negligencia en los ministros, pero en ninguno malicia. ¿Podrá ser, acaso, un gran mal el que consta no haber sido voluntario? De otro modo, si el bien que se hace por ignorancia no consigue ningún premio y el mal que se comete de la misma manera merece castigo; si, en igualdad de circunstancias, se imputa el mal, y el bien no—afirmelo, si quiere, quien así piense—, en verdad no vence la sabiduría a la malicia, sino la malicia a la sabiduría.

2. Mas para satisfacer a su inquieta conciencia, a fin de que este mal no sea ocasión de otros más graves en el monasterio, le impongo como penitencia rezar todos los días hasta Pascua los siete salmos penitenciales, postrándose durante el rezo siete veces, y recibir siete disciplinas. De igual modo satisfaga el que le ayudó a esa misa. Mas la penitencia de aquel que, dándose cuenta al principio, se olvidó después de echar vino en el cáliz, porque creemos que su falta es mayor, la dejamos, si a usted le parece bien, a su arbitrio. Si la falta es conocida de los hermanos, tomen sendas disciplinas para que cumplan lo que leemos: *Llevad las cargas unos a otros*<sup>158</sup>. Finalmente, alabamos el que, notada la omisión, aunque tarde, echase el vino en el cáliz sobre la partícula consagrada; no creemos que en caso tan apurado pudiese haber hecho cosa mejor, pues así el líquido, aunque no convertido en la sangre del Señor por la consagración propia y formal, con todo, se volvió sagrado por su contacto con el cuerpo sacrosanto. Sin embargo, dicen que no sé que autor opina que no puede haber sacrificio sin tres cosas, a saber: pan, vino y agua; de tal suerte que, si alguna de éstas falta, las demás no santifican. Mas sobre esto, cada cual abunde en su propio parecer.

3. Pero yo, si me hubiese sucedido lo que a usted, querría haberlo remediado, según mi fatuo sentir, haciendo una de dos cosas: o lo mismo que usted ha hecho, o también repetir las palabras santas desde donde se dice: *Simili modo postquam coenatum est...*, y así suplir lo que restaba del sacrificio. No habría dudado de la consagración del Cuerpo,

<sup>157</sup> Mt. 6, 22. 23.

<sup>158</sup> Gal. 6, 2.



pues he aprendido de la Iglesia, según el rito que ella recibió de Cristo, a poner sobre el altar juntamente pan y vino, pero no a consagrarlos al mismo tiempo. Consagrando, pues, según la costumbre eclesiástica, antes el pan que el vino, si por distracción se pone más tarde lo que más tarde se ha de consagrar, no veo por qué la tardanza en lo segundo pueda anular la consagración de lo primero. Pienso que, si después de haber convertido el pan en su cuerpo, le hubiese agradado al Señor retrasar la consagración del vino u omitirla en absoluto, el cuerpo habría permanecido lo que era, sin influir lo que se habría de hacer en lo ya hecho. No niego que el pan y el vino mezclado con un poco de agua deban estar juntos en el altar; aún más, sostengo que no se debe hacer de otra manera: pero una cosa es lamentar la negligencia, otra negar la eficacia. Una cosa es, repito, sentir que no se haya hecho bien una cosa, otra negar que se haya hecho. Esto he dicho y siento por ahora sobre el particular, sin perjuicio de su parecer, si le cree más razonado, o el de cualquier otro más cuerdo <sup>158\*</sup>.

## 70

## AL MISMO \*

Enséñale qué misericordia deben tener los pastores y le aconseja que retracte la sentencia dada contra un monje transgresor.

*Al señor abad Guido, el hermano Bernardo le desea espíritu de ciencia y de piedad.*

Al considerar la miserable condición de ese infeliz, me compadezco verdaderamente, pero temo que en vano. Mas no en cuanto a mí, pues, aunque él perdure en su miseria, mi compasión no me será infructuosa. En verdad, no me inclina a la misericordia mi propia utilidad; la ha clavado en lo íntimo de mis entrañas la miseria del prójimo y el dolor fraterno. La misericordia es un afecto al que ni coacciona la voluntad ni somete la razón; nadie le excita en sí por un movimiento voluntario. Es ella quien induce irresistiblemente

<sup>158\*</sup> Este error le resuelven actualmente las rúbricas del misal de la siguiente manera: «Si, dichas las palabras de la consagración del cáliz, se advierte que éste no tiene más que agua, échese el agua en algún vaso y póngase en el cáliz vino con un poco de agua y conságrese, empezando desde las palabras *Simili modo*, etc.» (*Mis. Rom.: De defect. in celebr. miss. IV. De defectu vini*, 4). Lo mismo se ha de hacer cuando el cáliz está vacío, como ocurrió en la misa del abad de Las Tres Fuentes; pero en este caso, como es natural, huelga la operación de vaciar el agua. El echar unas gotitas de agua en el vino que se ha de consagrar es gravemente obligatorio, pero, si no se echa, hay sacrificio...

\* PL 182, 182.

te a las mentes piadosas a compadecerse de los que sufren; de tal suerte que, si fuese pecado compadecerse, por mucho que me esforzase, no podría no compadecerme. Pueden la razón o la voluntad quitar el efecto de la compasión, pero no pueden destruir la misma compasión. Apártense de mí los que me consuelan y me dicen que mi oración volverá a mi seno al no querer convertirse aquel por quien oro. No oigo a los que me susurran afectuosos: *La justicia del justo volverá a él*<sup>159</sup>, mientras que el impío permanecerá en su impiedad. No recibiré, repito, consuelo en tanto que vea la desolación del hermano. Si, pues, dulcísimo hijo, su mente se siente igualmente afectada que la mía, más aún, porque no lo está menos, aunque ese infeliz parece que ha llenado con sus varias salidas y vueltas al monasterio las veces que ordena la Regla recibirle, porque piensa humildemente de otra manera, le debemos oír en sus excusas, no sólo con paciencia, sino también con agrado, por si de este modo se puede encontrar una ocasión razonable de remediar su situación desesperada. Su experiencia sabe mejor que yo que, si es difícil lograr su salvación en la orden, lo sería mucho más conseguirlo fuera. Por consejo de todos nosotros, no rehuse retractar diligentemente todas las sentencias que ha pronunciado contra él, para que con la humildad de usted sane su contumacia, y de este modo se vea la manera de recibirle una vez más en la orden. No tema con esta retractación desagradar al justo y misericordioso Señor, cuya misericordia se eleva sobre su justicia. Adiós.

## 72

A RAINALDO<sup>160</sup>, ABAD DE FOIGNY \*

Muestra cuánto le desagradan las alabanzas. Dice que el yugo de Cristo es suave. Rechaza el nombre de *padre*, satisfecho con el de *hermano*.

*A su carísimo Rainaldo, Bernardo, no padre o señor, sino hermano y consiervo, le desea lo que se puede desear a un hermano amadísimo o a un consiervo fiel.*

1. En primer lugar no te admire si me aterro ante los nombres de la dignidad cuando me creo indigno de la cosa misma. Convendrá quizás que tú lo hagas así, pero a mí no me resulta asentir a ello. ¿Piensas que se debe

<sup>159</sup> Ez. 18, 20.

<sup>160</sup> La abadía de Foigny era filial de Claraval. La fundó el obispo Bartolomé. La rigió como primer abad Rainaldo, a quien va dirigida la carta.

\* PL 182, 184.

observar aquél: *Reverénciense mutuamente* <sup>161</sup>; y, *obedeciendo mutuamente unos a otros en el temor de Cristo?* <sup>162</sup> Mas, si se ha puesto a propósito en ambos pasajes el *mutuamente*, has de admitir que se aplican tanto a mí como a ti. Y, si dices que tú debes observar aquella sentencia de la Regla: «Los más jóvenes reverencien a los más ancianos» <sup>163</sup>, por el contrario, viene a mi mente la regla de la Verdad: *Serán primeros los últimos, y últimos los primeros* <sup>164</sup>; y: *El que es mayor entre vosotros, hágase como el menor* <sup>165</sup>; y: *Cuanto mayor seas, tanto más has de humillarte en todas las cosas* <sup>166</sup>; y: *¿Te han hecho superior? Vive entre ellos como uno de tantos* <sup>167</sup>; y: *No somos los señores de vuestra fe, sino los auxiliares de vuestra alegría* <sup>168</sup>; y: *No queráis que os llamen los hombres maestro; y: A nadie llaméis en la tierra Padre vuestro* <sup>169</sup>. Cuanto más me ensalzan tus alabanzas, más me oprimen tus halagos. Por lo cual con razón no canto, sino lloro con el salmo: *Exaltado, me vi humillado y abatido* <sup>170</sup>; *porque me elevaste para aplastarme* <sup>171</sup>. Mas expresaré mejor mi sentir diciendo: El que me ensalza, me humilla; el que me humilla, me ensalza. Tú, pues, ensalzándome, me humillas, y, levantándome, me abrumas. Ahora bien: para evitar que me abrumes hasta aplastarme, me consuelan estos y otros testimonios semejantes de la Verdad, los cuales de una manera maravillosa, al reprimirme, me elevan, y al rebajarme, me instruyen, de tal suerte que, instruido en el mismo abatimiento, canto con toda alegría: *Bien me ha estado, Señor, el que me hayas humillado para que aprenda tus preceptos. Mejor es para mí la ley de tu boca que millones de oro y plata* <sup>172</sup>. Y este milagro le hace la palabra viva y eficaz de Dios; éste aquel Verbo por quien fueron hechas todas las cosas; éste, finalmente, el yugo suave de Cristo y su carga ligera <sup>173</sup>.

2. Gusta considerar cuán ligera es la carga de la Verdad. ¿Es ligero aquello que, llevado, no pesa, sino levanta? ¿Qué carga más ligera que aquella que no sólo no carga, sino que lleva también al que debe llevarla? Este peso pudo cargar el seno de la Virgen sin gravarle. Este peso sustentó los brazos del anciano Simeón, que le recibieron para sostenerle. Este también arrebató al tercer cielo a San Pablo, puesto en cuerpo corruptible y gravoso. Miro a ver si encuentro entre las cosas algo semejante a esta carga que descarga, y veo que le puedo comparar a las alas. Las cuales de un modo singular hacen al cuerpo más voluminoso y más ágil. ¡Obra ma-

<sup>161</sup> Rom. 12, 10.

<sup>162</sup> Eph. 5, 21.

<sup>163</sup> SAN BENITO, *Regl.*, c. 63.

<sup>164</sup> Mt. 20, 16.

<sup>165</sup> Lc. 22, 26.

<sup>166</sup> Eccli. 3, 20.

<sup>167</sup> Eccli. 32, 1.

<sup>168</sup> 2 Cor. 1, 23.

<sup>169</sup> Mt. 23, 8. 9.

<sup>170</sup> Ps. 87, 16.

<sup>171</sup> Ps. 101, 11.

<sup>172</sup> Ps. 118, 71. 72.

<sup>173</sup> Mt. 11, 30.

ravillosa de la naturaleza! Lo que hace que engruese la materia, hace que se aligere la carga; y cuanto más se crece en volumen, tanto se baja en peso. Esto que digo de las alas explica la manera de ser del peso de Cristo, puesto que ellas también llevan a quien las lleva. ¿Y qué diré del carro? En-ganchado el animal, levanta y hace más llevadera la carga que él solo no puede transportar. Se añade un peso a otro peso y se aligera la carga. Así, echando en el carro del Evangelio la carga pesadísima de la ley, aumenta la perfección, disminuye la dificultad. Velozmente—dice—corre su Palabra<sup>174</sup>. Así, pues, la Palabra, conocida sólo en Judea, y que no podía por sí misma extenderse más allá a causa de su pesadez, tanto que Moisés la arrojó de sus manos al ver que le pesaba mucho, aligerada por la gracia y colocada sobre las ruedas del Evangelio, salió corriendo por toda la tierra y llegó veloz hasta los fines del orbe. Pero me voy demasiado lejos.

3. También tú, carísimo, cesa de abrumarme, más que de ensalzarme, con indebidos honores. De otra suerte, te asociarías, aunque con una voluntad adicta, al pelotón de los que luchan contra mí. Esos son de quienes me suelo quejar a solas con Dios en mis oraciones, diciendo: *Los que me alababan, blasfemaban contra mí*<sup>175</sup>. Y a mi queja oigo que me responde al momento y me dice que así es la Verdad: *Ciertamente, los que te ensalzan, te precipitan en el error*<sup>176</sup>. Y yo replico: *Huyan ahora mismo avergonzados los que dicen: Bien, bien*<sup>177</sup>. Mas para que no se crea que lanzo esta maldición contra cualquier adversario, debo decir de qué manera la entiendo. Cuando algunos sienten de mí sobre lo que ven u oyen de mí, ruego que se alejen, esto es, que desistan de dirigirme alabanzas, con que sin saberlo me hieren mucho, y vuelvan el paso. ¿Cómo? Avergonzándose de su error o de la manifiesta inutilidad del amigo al conocer más claramente cuán sin razón alaban. Vuelvan atrás, pues, y se avergüencen de este modo las dos clases de alabadores: los que me quieren mal y me encomian con espíritu de adulación y los que, sin pretenderlo, me dañan al alabarme benévolamente, en verdad, pero con exageración; es a saber, aparezca a sus ojos tan vil y despreciable, que les sonroje el alabarme y desistan de hacerlo tan indiscretamente. Así, pues, contra estos alabadores, suelo fortificarme con estos dos versículos: con el primero, contra los malintencionados: Vuelvan las espaldas y se avergüencen los que me quieren mal. Con el segundo, contra los bien-intencionados: Aléjense al punto avergonzados los que me dicen: «Bien, bien».

<sup>174</sup> Ps. 147, 15.

<sup>175</sup> Ps. 101, 9.

<sup>176</sup> Is. 3, 12.

<sup>177</sup> Ps. 69, 4.



Mas, por lo que a ti se refiere, siguiendo el ejemplo del Apóstol, no debo dominar sobre tu religiosidad, sino únicamente congratularme. Y, porque, según la palabra del Señor, tenemos un solo Padre en el cielo y todos nosotros somos hermanos, muy justamente he rechazado con el escudo de la verdad los nombres sublimes de padre y señor con los que pensaste honrarme, no afligirme, para llamarme más exactamente con los otros de hermano y conservo, ya por la misma herencia, ya por la misma condición, y para no oír si usurpo lo que es propio de Dios: *Si yo soy el Señor, ¿dónde está el temor que se me debe? Si Padre, ¿dónde el honor?*<sup>178</sup>. No niego que tengo para contigo el afecto de padre, pero no la autoridad. Tampoco creo que tú me abrasces con un afecto inferior al paterno. Todo esto a causa del título. Y para responder a lo restante de tu carta, como tú de mi ausencia, igual puedo yo quejarme de la tuya. Pero a nuestro afecto y provecho hay que anteponer, como no lo negarás, la voluntad de Dios. De otra suerte, ¿cuándo habría sufrido, si Cristo no estuviese por medio, verte lejos de mí a ti, que eras mi compañero carísimo y utilísimo, pues siempre te mostraste obedientísimo en los mandatos, sagacísimo en las deliberaciones, utilísimo para las conferencias y oportunísimo en recordar? Bienaventurados si permanecemos así hasta el fin, buscando siempre y en todo lugar no nuestras propias cosas, sino las de Cristo.

Habiéndole rogado en cartas anteriores que se abstuviere de importunarle, ahora desea que le informe sobre sus cosas.

Esperaba, carísimo, recibir algún alivio en mi solicitud por ti si permanecía ignorante de tus ocupaciones. Por lo cual me acuerdo haberte escrito así, entre otras cosas, en alguna de mis cartas: «Si mi piedad no debe disimular ninguna de tus angustias, eres un poco duro al notificar todas a mi afecto»<sup>179</sup>. Mas con lo que creía aligerar mi preocupación, con eso mismo me siento más gravado. Antes me dolía o temía únicamente lo que me comunicabas; ahora ¿qué mal puede suceder que no recele? Más aún, según tu Ovidio, ¿«cuándo no temí peligros más graves que los verdaderos?»<sup>180</sup>. Sospechándolo todo, porque todo lo ignoro, me invade irremisiblemente una verdadera tristeza de cosas irreales. La mente que se deja prender una vez por el amor

<sup>178</sup> Mal. I, 6.

\* PL 182, 188.

<sup>179</sup> Carta 73, n. I.

<sup>180</sup> OVIDIO, *Heroid.* cart. I, v. II.

ya no puede ser dueña de sí. Teme lo que ignora, se duele de lo que no conviene, se ve solicitada más de lo que quisiera; y, porque no querría, se conduce contra su voluntad, se compadece forzada. Ves, hijo, que ni me aprovecha mi constante cuidado ni tu piadosa prudencia, por lo cual te ruego que no me ocultes cuantas cosas ocurran a tu alrededor para no afligirme más con lo que piensas consolarme. Los opúsculos míos que posees procura devolvérmelos cuando tengas oportunidad.

## 79 AL ABAD LUCAS \* 181 (año 1130)

Le aconseja que evite el trato con mujeres y le indica qué debe hacer del hermano caído en grave crimen.

1. Una cosa buena, una cosa muy rara nos ha mostrado usted, carísimo, no sólo al no despreciar mis consejos, sino también al dar gracias al aconsejador, atendiendo prudente no a quien aconsejaba, sino a lo aconsejado. También doy gracias a Dios, porque mi atrevimiento, lejos de merecer su indignación, ha obtenido su gratitud. Teniendo ya un testimonio de su humildad, volvemos con mayor confianza a aconsejar lo que aconsejamos. Ruégole, por aquella sangre que se derramó por las almas, que no tenga en poco el enorme peligro que proviene para las *compradas* de cohabitar hombres con mujeres, peligro que no sin razón temen todos cuantos, habiendo luchado largo tiempo contra el diablo en la palestra de Dios, han aprendido por la propia experiencia a decir con el Apóstol: *No ignoramos sus astucias* <sup>182</sup>. En fin, le enseñe a no oír con negligencia no mi consejo, sino la amonestación, más aún, el precepto del Apóstol, que clama públicamente: *Huid de la fornicación* <sup>183</sup>, el ejemplo del hermano caído torpemente, y sobre el cual se ha dignado consultar a nuestra insignificancia. Me admiro de que me haya consultado a mí, que vivo tan lejos, teniendo cerca de usted a un varón de nuestra orden sapientísimo y amante de su casa, es a saber, a Guillermo, abad de San Teodérico. Tampoco creo que falten entre los premonstratenses varones de consejo que sean fieles y prudentes en resolver los casos dudosos.

2. Con todo, porque le ha parecido mejor así, usted sabrá por qué; yo no me niego a hablar. Si el hermano con-

\* PL 182, 199.

<sup>181</sup> Lucas era el primer abad del monasterio premonstratense de Cuissy, fundado por Bartolomé, obispo de Laon, en su territorio hacia el año 1125.

<sup>182</sup> 2 Cor. 2, 11.

<sup>183</sup> 1 Cor. 6, 18.

fesó espontáneamente su caída, por grave y torpe que sea, se le debe curar, no despedir. Mas, porque el hedor de tan gran mal se ha extendido, se le debe curar ciertamente, pero en otra parte. No conviene, pues, que permanezca más tiempo con ustedes, no suceda que el tierno y joven rebaño se contamine con la peste, como usted me escribió que temía. Pero no se deben cerrar nunca del todo las entrañas a un hijo por pecador que sea. Tengo por consejo bueno para el padre y seguro para el hijo el procurar que se le reciba en algunas de las casas más alejadas del señor Norberto, en donde, mudando de lugar, pero no de regla, haga penitencia bajo una disciplina más rigida, hasta que, según el parecer de ustedes, pueda volver a su propia casa. Pasar a nuestra orden tal vez no convendría a la suya. Y lo que me escribe de que ha dicho muchas veces que posee nuestra promesa de recibirle si viene con el debido permiso, él mismo lo negó en nuestra presencia. Mas, si a usted no le parece conveniente enviarle a vivir a uno de los lugares lejanos que le he dicho: o si, queriéndolo usted, él no consiente en ello; o si, estando los dos de acuerdo, no se encuentra quien quiera recibirle, convendrá enviarle con las debidas licencias a donde él quiere ir para salvar su alma, o, usando de misericordia, retenerle en el mismo lugar, pero de tal suerte que se le quite toda ocasión de repetir o sembrar esa torpeza. Y sobre esto baste lo dicho.

3. Hay otra cosa entre ustedes sobre la que quiero decirles mi parecer con la franqueza que suelo. Hablo del molino en el que los hermanos conversos que le guardan se ven forzados a soportar la presencia de mujeres. Si se me hace caso, una de tres: o se prohíbe en absoluto el acceso de las mujeres al molino, o se encomienda el molino a la guarda de algún seglar, o se deja por completo.

Disuádele de renunciar a la cura pastoral y de peregrinar a Jerusalén.

1. Había pensado no contestar a la carta en que consultó a nuestra pequeñez, no porque no supiese qué contestar, sino porque juzgaba presuntuoso y soberbio dar consejo a un varón de consejo. Mas, considerando lo que con frecuencia

\* PL 182, 202.

<sup>184</sup> Probablemente se trata de Esteban, abad de San Juan de Chartres, de la orden de San Agustín. A pesar de las protestas de San Bernardo, pasó a Palestina y sucedió en el patriarcado de Jerusalén a Germond a principios del año 1128.

acontece a muchos, mejor, a casi todos los sabios, es a saber, que en las cosas propias creen más al juicio ajeno que al suyo, y que quienes resuelven fácilmente las dudas ajenas suelen dudar escrupulosamente en las propias, no rompo irracionalmente, a mi parecer, lo determinado, sino expongo simplemente lo que mejor me ha parecido, sin ofender a algún otro sabio más cuerdo. Me hizo saber, si no me engaño, por el piadoso Urso<sup>185</sup>, abad de San Dionisio, que había concebido el proyecto de abandonar la patria y la casa que el cielo le ha encomendado para ir a Jerusalén y vivir después para Dios y para sí mismo. Tal vez al que aspira a la perfección le conviene abandonar la patria, según lo que dice el Señor: *Sal de tu tierra y de tu parentela*<sup>186</sup>. Pero no veo de ningún modo por qué razón ha de abandonar el cuidado de las almas que le han sido encomendadas. ¿Qué? ¿Agrada la libertad que proporciona el dejar la carga? Pero la caridad no busca sus cosas propias. ¿Halaga tal vez el gusto suave de la quietud y descanso? Pero se pierde éste con la merma de la paz. Con gusto careceré de cualquier ganancia espiritual si no se la puede adquirir sin escándalo. Donde hay escándalo, allí hay, ciertamente, detrimento de la caridad; donde disminución de la caridad, no veo qué ganancias espirituales puedan esperarse. Finalmente, si cada uno puede anteponer su bienestar propio al común, quién podría decir con verdad: *Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia*<sup>187</sup>. ¿Dónde tendrá lugar lo que también dice el Apóstol: *Nadie vive para sí solo y nadie muere para sí sólo?*<sup>188</sup>. Y también: *No lo útil para mí, sino lo que sirve a los demás*<sup>189</sup>. Y: *Para que quien vive, ya no viva para sí, sino para Aquel que ha muerto por todos*<sup>190</sup>.

2. Mas dices: De dónde me puede venir deseo tan sublime, si no es de Dios? Con tu permiso, manifestaré lo que siento. *Las aguas ajenas son más dulces*<sup>191</sup>. Y, por decirlo así, nadie que conoce sus astucias duda de que el ángel de Satanás, vestido de ángel de luz, infunde en su corazón sediento una dulzura más amarga que el ajeno. Y en verdad, ¿quién otro puede ser el inspirador de los escándalos, el autor de las discordias, el turbador de la unidad y de la paz sino el adversario de la verdad, el envidioso de la caridad, el enemigo antiguo del género humano y el diablo, enemigo de la cruz de Cristo? Ciertamente, aquel por cuya

<sup>185</sup> Ursus o Ursión fué el quinto abad de Saint-Denis de Reims, de la Orden de los Canónigos Regulares de San Agustín. Pasó en 1128 a ser obispo de Verdún, dejando su primer cargo a Gilberto. Más tarde renunció a la dignidad episcopal y volvió a tomar la dirección de sus Canónigos Regulares.

<sup>186</sup> Gen. 12, 1.

<sup>187</sup> Phil. 1, 21.

<sup>188</sup> Rom. 14, 7.

<sup>189</sup> 1 Cor. 10, 33.

<sup>190</sup> 2 Cor. 5, 15.

<sup>191</sup> Prov. 9, 17.



envidia entró la muerte en el orbe de la tierra, también ahora envidia el bien que le ve hacer; y, porque es mentiroso desde el principio, miente también ahora prometiendo lo que no ve. ¿Cuándo se aparto la Verdad de esta sentencia fidelísima: *Estás ligado a una mujer; no busques el divorcio?*<sup>192</sup> ¿Cuándo aconsejaría el escándalo la caridad que se abrasa por cualquier escándalo?<sup>193</sup> Ese, pues, ese perverso, repito, enemigo de la caridad por la envidia, y de la verdad por la mentira, mezclando falsa miel y hiel verdadera, presenta lo verdadero como falso al prometer lo dudoso como cierto, no para darle a usted lo que espera en vano, sino para robarle lo que posee con fruto. Merodea y busca cómo quitar a las ovejas el cuidado del pastor a fin de que perezcan más fácilmente al no haber quien las defienda, y también para someter al pastor a ese horrendo anatema: *¡Ay de aquel por quien venga el escándalo!*<sup>194</sup> Mas espero de la sabiduría que le ha dado Dios que no le podrá dominar o inducir ninguna astucia del maligno a abandonar un bien cierto y a buscar un mal seguro por la esperanza de un bien dudoso.

## 83

A SIMÓN, ABAD DE SAN NICOLÁS \* (año 1189)

Consuélele en su persecución. Los esfuerzos sinceros no siempre tienen los mejores resultados. Cómo debe portarse con los súbditos un superior deseoso de una observancia más perfecta.

1. No sin compasión nos hemos enterado por su carta de la persecución que sufre por la justicia. Y, aunque baste de por sí para consolar la promesa que nos hizo Cristo del reino celestial, con todo, nosotros, por lo que está de nuestra parte, le ofrecemos los consuelos que nos son posibles y un consejo que creemos saludable: ¿Quién vería sin ansia a Pedro tender las manos en medio de las olas? ¿Quién oiría sin dolor a la paloma de Cristo no cantar, sino gemir, diciendo: *¿Cómo cantaremos cantigas al Señor en tierra ajena?*<sup>195</sup> Mas yo, a quien en su humildad dice que vuelve los ojos, no soy ningún monte; también yo lucho en este valle de lágrimas con enconados esfuerzos contra las insidias del enemigo insistente y contra la violencia de la malicia mundana y clamo con usted: *Mi auxilio viene de Dios, que hizo el cielo y la tierra*<sup>196</sup>.

2. En verdad, todos los que desean vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecuciones<sup>197</sup>; de tal suerte que, no

<sup>192</sup> 1 Cor. 7, 27.<sup>193</sup> 2 Cor. II, 29.<sup>194</sup> Mt. 18, 7.

\* PL 182, 204.

<sup>195</sup> Ps. 136, 4.<sup>196</sup> Ps. 120, 2.<sup>197</sup> 2 Tim. 3, 12.

faltándoles nunca querer bien, no siempre podrán llevar a cabo sus buenos deseos. Así como es propio de los impíos oponerse constantemente a los propósitos piadosos de los buenos, así no es en contra de la piedad llevar a cabo solamente, a causa de la muchedumbre de los enemigos, algunos de los muchos deseos buenos y santos que tenemos. Así, Aarón cedió a los clamores del pueblo criminal sublevado contra él<sup>198</sup>. Así, Samuel ungió a Saúl contra su voluntad para condescender con el mismo pueblo, que locamente pedía un rey<sup>199</sup>. Así, a David, que quería construir un templo, se le prohibió lo que santamente deseaba por ser hombre batallador a causa de sus guerras con los enemigos que le combatían<sup>200</sup>. De igual manera le aconsejo a usted, Padre venerando, sin oponerme al parecer de otros más sabios, que temple por algún tiempo el rigor de la regla que usted y sus súbditos profesaron para no descuidar la salvación de los más débiles. Se les ha de invitar a una vida más austera y no se les ha de obligar a aquellos cuya dirección aceptó en la orden cluniacense. A los que deseen vivir más estrechamente, se les ha de aconsejar que condesciendan por caridad con los más débiles, cuando puedan sin pecado, o se les ha de permitir que pongan en práctica lo que desean, si se puede lograr sin escándalo de ambas partes, o bien se les ha de pedir que se vayan libremente del monasterio para que se junten a otros hermanos que vivan según su propósito.

## 88

A OGERIO<sup>201</sup>, CANÓNIGO REGULAR \* (año 1127)

Impedido por muchas ocupaciones, no ha podido satisfacer sus deseos; por eso se ve obligado a escribir brevemente. Le prohíbe sacar al público un opúsculo suyo sin revisarle antes.

1. Omíto ahora mi impericia, callo la humildad de la profesión o la profesión de la humildad, no hago caso ni de la bajeza ni de la mediocridad del lugar o del nombre; porque diga lo que quiera, tú lo llamarás no excusa necesaria, sino ocasión dilatoria, ya que acostumbras, según me parece, a interpretar a tu arbitrio mi justa reserva, ya como

<sup>198</sup> Ex. 32.

<sup>199</sup> 1 Reg. 10.

<sup>200</sup> 2 Reg. 7.

<sup>201</sup> Ogerio era un canónigo regular de Mont-Saint-Eloi, cerca de Arras. Simón, obispo de Tournai, le sacó del monasterio y le puso al frente de la iglesia de San Medardo, en las riberas del Escalda. Levantó un templo de piedra, contruyó casas y reunió un gran número de clérigos y seglares, hombres y mujeres. El conjunto se convirtió más tarde en la abadía de San Nicolás-du-Pré, y Ogerio fué su primer abad.

\* PL 182, 217.

una indiscreción, ya como una falsa humildad, ya también como una verdadera soberbia. Nada digo, pues, de esto, ya que dudarias de su veracidad. Solamente manifiesto a tu íntimo cariño lo que quiero que creas con toda firmeza: desde que se fué tu correo, no éste, sino el otro, no he tenido ningún tiempo a propósito para lo que pides, tanto por la malicia de los días como por la brevedad de las noches. Pero también ahora me ha encontrado tu carta tan ocupado, que me sería largo escribirte, para mi excusa, las muchas ocupaciones. Apenas he podido recorrerla rápidamente durante la comida, pues entonces me la han entregado. Apenas, igualmente, la puedo contestar sucintamente, como a hurtadillas y a ratitos y anticipando las horas. Tú verás si llevas con ánimo ecuánime mi brevedad.

2. Para hablar con justeza, por ti, m<sup>í</sup> Ogerio, me siento irritar contra mis ocupaciones, aunque mi conciencia es testigo de que no deseo sino servir a la caridad; y, porque, conforme a su imperio, soy deudor de los sabios y de los ignorantes, ella sola ha hecho que todavía no haya podido satisfacerte. ¿Qué? ¿La caridad te niega lo que pides por caridad? Pediste, buscaste, llamaste, y la caridad te ha frustrado. ¿Por qué te indignas contra mí? Si quieres, si te atreves, irriteate contra la caridad. Si por ella presumes pedir lo que pides, ella es la que hace que no lo consigas. Pero ya se queja de que es largo el sermón y se indigna contra ti, que me obligas. No que la disguste el celo con que lo haces, puesto que ella misma te le ha dado, sino que quiere que le tengas según la ciencia, para que seas cauto en no impedir con cosas pequeñas las mayores. Ves cuánto me cuesta dejar de escribirte una larga carta, pues, llevado del gusto de hablar contigo y del deseo de satisfacerte, me hago molesto a la señora caridad; y aun no me callo habiéndome mandado poner fin. ¡Oh, cuánta materia hay en tus cartas a qué responder! Si me fuese lícito complacerte, lo haría con satisfacción tuya y mía. Mas la que manda otra cosa es la señora, más aún, el Señor. Dios es caridad<sup>202</sup>, y me dice con imperio que le debo obedecer a El antes que a ti y a mí. Y, porque conviene obedecer a Dios-caridad antes que a los hombres, contra mi voluntad y doliéndome, no niego lo que pides, sino lo difiero; de lo contrario, al querer satisfacer humildemente tu voluntad, pretendería combatir este gusanillo terreno con una verdadera soberbia vestida de falsa humildad la ciudadela de tan gran poder que, como tú mismo atestigüas, manda a los mismos ángeles del cielo.

3. El opúsculo que pides le reclamé, antes de que viniese tu mensajero, de aquel a quien primero se le había dado; pero aún no lo he recibido. Procuraré que cuando vengas, si

alguna vez vienes, le halles y le leas; mas no le podrás transcribir. Aquel otro que, según me das a entender, has transcrito, yo, en verdad, te le había enviado para que le leyeras, no para que le transcribieras. Tú verás por qué razón o para utilidad de quiénes le has transcrito. Tampoco habría querido que se le enviases al abad de Saint Thierry; con todo, no me desagrada. ¿Por qué había de temer mi opúsculo los ojos de aquel a quien se abriría mi ánimo de par en par, si pudiese, para que le contemplase? Mas, ¡ay, en qué aprieto se encuentra la mención que acabo de hacer de tal hombre! No nos es lícito permanecer, como sería digno, en tan dulcísimo recuerdo, pues la carta ya está pidiendo fin. Te ruego que no descuides buscar una oportunidad de ir a él para que no deis el mencionado opúsculo a transcribir o a leer sino después de revisarle todo entre los dos y de corregir lo que juzguéis sea necesario, para que en la boca de dos o tres testigos esté toda palabra. A vuestro juicio dejo el ver si se puede presentar a todos, o solamente a algunos pocos, o a casi ninguno, o a ninguno absolutamente, y si ese prefacio que has copiado de algunas de nuestras cartas cae bien o sería mejor preparar otro.

4. Pero ya había casi olvidado la queja que me pones en el principio de tu carta de que te había tratado de mentiroso. No recuerdo bien cuándo he hablado de esta manera. Dándolo por seguro—pues prefiero creer que me he olvidado a pensar que ha mentido tu correo—, no dudes de que no hablaba en serio, sino jugando. ¿Acaso pensaré que hay en ti ligereza o que tienes un sí y un no? Lejos de mí esta sospecha, pues, llevando felizmente desde la juventud el yugo de la verdad, tienes a raya, con la gravedad de las costumbres, los años lascivos. Tampoco soy tan simple que llame mentira a una sencilla expresión que sale de la boca sin la doblez del corazón, ni tan desatento contigo que haya olvidado lo que hace tiempo deseas y lo que impide realizarlo.

89

AL MISMO \* (año 1129)

Justifica su brevedad con el pretexto del tiempo sagrado, al que conviene el silencio; también da por excusa su profesión de monje y su rudeza.

Quizás te indignes o, por decirlo más comedidamente, te admires de que, a cambio de la carta larguísima que esperas de mí, recibas una breve esquela. Pero acuérdate de que, según el varón sabio, cuanto hay debajo del cielo tiene su tiempo: hay un tiempo de hablar y otro de callar<sup>203</sup>. Aho-

\* PL 182, 220.

<sup>203</sup> Eccle. 3, 1. 7.



ra bien: ¿cuándo tendrá el silencio su tiempo, si nuestro charlar exige también para sí todos estos sagrados días de Cuaresma? Y este charlar es tanto más absorbente cuanto más trabajoso, pues no podemos decir al punto cuanto queremos, sino necesitamos dictar con diligencia a los ausentes lo que pedimos y lo que se nos pide. Mientras pienso en el ausente, dicto, escribo y envío lo que leas, ¿dónde está, te ruego, el descanso, dónde la quietud y el silencio? Pero todas estas cosas, dirás, lo puedes hacer en silencio. Me admira que respondas con sinceridad. ¿Qué tumulto no habrá en la mente de los que dictan, donde se precipita la multitud de vocablos, donde concurre la variedad de frases y la diversidad de sentidos, donde muchas veces se rechaza lo que viene y se busca lo que se va; donde se ha de mirar atentamente qué sea más bello en cuanto al estilo, qué más consecuente en el pensamiento, qué más claro en la expresión, qué más útil a la conciencia; qué se ha de poner al principio, qué al medio o al fin, y otras muchas cosas que observan con todo cuidado los más doctos? ¿Y en esto me dices que hay quietud? ¿A esto lo llamarás silencio, aunque calle la lengua?

2. Mas no sólo es impropio del tiempo, sino también de mi profesión, trabajar en lo que desees; por otra parte, me es imposible. El oficio de monje, cual me parece ser yo y el de pecador, cual en verdad soy, no es enseñar, sino llorar. Si el indocto, cual me confieso ser, presume enseñar lo que no sabe, comete una gran necedad. El necio no debe pretender enseñar; el monje no lo debe querer, ni el pecador desear. Por eso precisamente me alejé huyendo y vivo en la soledad: por eso me he propuesto con el profeta vigilar *mi conducta para no pecar con mi lengua* <sup>204</sup>, porque, según el mismo, *el hombre hablador no medrará en la tierra* <sup>205</sup>; y: *La muerte y la vida están en poder de la lengua* <sup>206</sup>. El silencio, según la expresión de Isaías, es *el culto de la justicia* <sup>207</sup>; y es cosa buena, como enseña Jeremías, *esperar la salvación de Dios en silencio* <sup>208</sup>. Para nutrir y custodiar este culto de la justicia, madre de todas las virtudes, y no negarte, por otro lado, lo que pides, te invito y provocho a ti y a cuantos como tú desean progresar en las virtudes, si no con la palabra espiritual, si con el ejemplo de mi silencio, a amar el silencio; y, callando, te enseño a callar a ti, que, hablando, me impeles a hablar lo que ignoro.

3. Mas ¿qué hago? Me extrañará que no te rías de que, condenando con tanta energía la verbosidad, he pronunciado ya tantas palabras y tan locuazmente; y de que, queriendo recomendarte el silencio, lucho contra él con mi palabrería.

<sup>204</sup> Ps. 38, 2.

<sup>205</sup> Ps. 139, 12.

<sup>206</sup> Prov. 18, 21.

<sup>207</sup> Is. 32, 17.

<sup>208</sup> Thren. 3, 26.

Sabe que nuestro Guerrico, de cuya conducta y penitencia deseas tener motivos de consuelo, vive dignamente para Dios, según deducimos de sus disposiciones, y hace dignos frutos de penitencia. El opúsculo que me pides no le tengo actualmente. Otro amigo, con el mismo celo que a ti te abrasa, hace tiempo que le retiene. Pero, no consintiendo que se vea frustrada tu petición, te envío otro que he escrito recientemente en alabanzas de la Virgen Madre; porque no tengo otro ejemplar, te ruego que me lo devuelvas cuanto antes, a no ser que me le traigas tu mismo, si te decides a venir pronto.

91

A LOS ABADES CONGREGADOS EN SOISSONS \* 209

(año 1130)

Excítales a resolver enérgicamente el asunto por el que se congregan. Recomienda seriamente se procure el bien espiritual, aunque algunos tibios y disolutos detracten y murmuren.

*A los reverendísimos abades congregados en Soissons en el nombre del Señor, el siervo de la santidad de los mismos, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraual, les desea que vean, constituyan y mantengan lo que es recto.*

1. Estoy irritado con mis ocupaciones, que no me dejan intervenir en vuestro congreso, al menos corporalmente, ya que al espíritu no le impiden ausentarse ni las distancias de la tierra ni la multitud de los cuidados para orar por vosotros, congratularme con vosotros, descansar en vosotros. No puede, digo, carecer de mí esa reunión de santos, ni la distancia del lugar o del cuerpo me estorban asistir al concilio de los justos, a ese concilio, sobre todo, en que no se defiendan obstinadamente o se observen escrupulosamente las tradiciones de los hombres, sino se busque diligente y humildemente cuál sea la voluntad de Dios buena, bondadosa y perfecta. Allí me siento llevar con todo el deseo, me detengo por la devoción, me condeleito por el amor, doy mi consentimiento, persisto en la emulación.

2. Para que no se rían de que os habéis reunido en vano cuantos os dicen: «Bien, bien» (lo que Dios no permita), esforzaos, os ruego, en seguir ordenadamente vuestros caminos y vuestras deliberaciones, que nunca serán demasiado buenas. Supón que eres quizás demasiado justo, supón que eres también demasiado sabio; pero bueno, no lo podrás ser

\* PL 182, 222.

<sup>209</sup> Se trata de uno de los primeros capítulos generales de los monjes negros, provocado tal vez por la apología de San Bernardo a Guillermo.

nunca. Así, pues, leo: *No seas demasiado justo*<sup>210</sup>; *No seas más de lo que conviene saber*<sup>211</sup>; ¿acaso también: No seas demasiado bueno, o no lo seas más de lo que conviene? Nadie puede ser más bueno de lo que conviene. Bueno era ya San Pablo, y, con todo, de ninguna manera satisfecho, adelantándose voluntariamente a las cosas que estaban por delante y olvidando lo que quedaba atrás<sup>212</sup>, procuraba hacerse siempre mejor. Sólo Dios no quiere hacerse mejor, porque no puede.

3. Apártense de mí y de vosotros los que dicen: «No queremos ser mejores que nuestros padres», protestando ser hijos de tibios y disolutos, cuyo recuerdo es maldito, porque comieron uvas agrias, con lo que ocasionaron dentera a los hijos. O, si se glorían de los padres santos y de buena memoria, imiten la santidad, ya que tienen por ley sus concepciones y sus indulgencias. El santo Elías dijo: *No soy mejor que mis padres*<sup>213</sup>; pero no añadió que no lo quería ser. Vió Jacob en la escala ángeles que subían y bajaban<sup>214</sup>. ¿Acaso también alguno que estaba parado o sentado? Nadie puede estar parado en un peldaño de la frágil escalera, ni cosa alguna permanece en el estado incierto de esta vida mortal. No habitamos ciudad estable: todavía no poseemos la futura, sino la buscamos. Es necesario que subas o bajes. Por lo mismo, no puede ser bueno quien no quiere ser mejor; y, cuando empiezas a no querer ser mejor, entonces dejas de ser bueno.

4. Apártense también de mí y de vosotros los que denominan bien al mal y mal al bien. Los que llaman malo al culto de la justicia, ¿qué bien reputarán por bien? Una palabra dijo en otro tiempo el Señor, y se escandalizaron los fariseos<sup>215</sup>. Pero a los nuevos fariseos no les escandaliza una palabra, sino el silencio. En esta sola cosa advertiréis que buscan algún motivo para ir contra vosotros. Pero dejadlos; son ciegos y guías de ciegos. Atended a la salvación de los niños, no a la murmuración de los malvados. No debéis preocuparos del escándalo de los que no han de curar mientras vosotros no enferméis. Tampoco hay que esperar que les agraden cuantas cosas determinéis. Atended antes a su aprovechamiento espiritual que a sus deseos. Mejor los traeréis a Dios forzándolos que abandonándolos a los deseos de su corazón. Me encomiendo a vuestras santas oraciones.

<sup>210</sup> Eccle. 7, 7.

<sup>211</sup> Rom. 12, 3.

<sup>212</sup> Phil. 3, 13.

<sup>213</sup> 3 Reg. 19, 4.

<sup>214</sup> Gen. 28, 12.

<sup>215</sup> Mt. 15, 12.

94 AL ABAD DEL MONASTERIO DE YORK <sup>216</sup>, DE DONDE SE HABÍA SALIDO EL PRIOR CON ALGUNOS MONJES \* (año 1132)

1. Con una carta transmarina me pide un consejo que ojalá hubiese pedido a otro. En verdad, me veo apretado entre dos cosas: si no respondo, mi silencio sonará tal vez a desprecio; si respondo, no podrá ser sin peligro, pues, diga lo que quiera, habré de escandalizar a alguno, apoyando a uno de los dos bandos más de lo que conviene o en lo que no conviene. Si se han alejado de usted varios religiosos, puedo asegurar que no ha sido por nuestro consejo o impulso. sencillamente creemos que ha sido obra de Dios, ya que no lo ha podido deshacer tanto esfuerzo. Me parece que lo mismo piensan esos hermanos, pues también solicitan nuestro consejo, quizás por remorderles la conciencia de haberse vuelto atrás. ¡Y bienaventurados son, según el Apóstol, si no se condenan ellos mismos en lo que quieren hacer! <sup>217</sup> Ahora, ¿qué haré para no callar una vez preguntado ni ser molesto a ninguno? Tal vez me convenga enviar a quienes me interrogan a otro que tenga una autoridad más santa y venerable. El santo papa Gregorio dice en su *Pastoral*: «El que ha determinado practicar un bien más perfecto, se ha hecho ilícito el bien menos perfecto que podía hacer». Para probarlo trae el testimonio del Evangelio: *Nadie que echa mano al arado y mira atrás es apto para el reino de los cielos* <sup>218</sup>, y añade: «El que quiere practicar algo más perfecto, mira verdaderamente atrás sí, abandonando los bienes mayores, se vuelve a los menores» <sup>219</sup>. Lo mismo dice en su homilía tercera sobre Ezequiel: «Hay algunos que obran el bien que conocen, y, obrándolo, aspiran a cosas más perfectas. Mas, arrepintiéndose luego, abandonan el bien pretendido. Ciertamente, siguen obrando lo que practicaban al principio, pero en lo mejor, a que han aspirado, fracasan. Estos, pues, ante la justicia humana parece que obran, pero ante los ojos del Dios omnipotente han sucumbido en sus propósitos».

<sup>216</sup> Monasterio de Santa María de York, fundado en 1088 por el conde Alain, hijo de Guy, conde de Bretaña. Cuando la observancia cisterciense se introdujo en Inglaterra, doce religiosos pidieron permiso a su abad para pasar a la nueva orden. Negada la autorización, ellos, con el prior a la cabeza, se acogieron a la protección del obispo de York, Turstin. Este los acogió y después los instaló en un lugar agreste a orillas del río Ripona, en un monasterio nuevo, que se llamó de Las Fuentes; el prior Ricardo recibió el cargo de abad.

\* PL. 182, 226.

<sup>217</sup> Rom. 14, 22.

<sup>218</sup> Lc. 9, 62.

<sup>219</sup> P. 3.<sup>a</sup>, c. 28.



2. He ahí el espejo. Miren en él no el rostro que recibieron en su nacimiento, sino el hecho de su conversión; aquí se discutan, aquí se juzguen, acusados o defendidos por sus propios pensamientos, ante ese espiritual que todo lo juzga y que no es juzgado por nadie. ¿Cuál es mayor o menor, más alto o más bajo, más estrecho o más laxo: lo que han abandonado o lo que han vuelto a tomar? Yo lo determinaría erróneamente; ellos verán. No obstante, así habla Gregorio. Y a usted, reverendo Padre, le diré con tanta firmeza como verdad que no hay que extinguir del todo el espíritu. *No pongas trabas, dice, al que quiere obrar el bien; mas, si puedes, obralo también tú* <sup>220</sup>. Es mucho mejor gloriarse en el aprovechamiento de los hijos, porque el hijo sabio es la corona del padre <sup>221</sup>. Por lo demás, nadie me venga molestando por no haber escondido la justicia de Dios en mi corazón, sino, más bien, por no haber dicho, deseoso de evitar los escándalos, cuanto debía manifestar.

## 95

A TURSTIN, OBISPO DE YORK \* (año 1132)

Ensalza su caridad y benevolencia para con los monjes.

*A su carísimo Padre y reverendo señor Turstin, por la gracia de Dios obispo de York, Bernardo, abad de Claraval, le desea mucha salud.*

El esplendor de la obra y el olor de la buena fama redundan en gloria suya. La obra prueba que su renombre no es falso ni vano, pues lo que primero ha difundido por todas partes la fama veloz, ahora lo hace manifiesto la cosa misma. ¿Cómo ha brillado el celo por la justicia, cómo se ha erguido y encumbrado el vigor sacerdotal en defensa de los pobres, y de los pobres que no tenían defensa! En otro tiempo, toda la Iglesia de los santos contaba sus misericordias y sus limosnas; pero eso le era común con otros muchos, pues se exige de cuantos poseen las riquezas de este mundo. En cambio, esta obra episcopal, este ejemplo tan egregio de la piedad paterna, este fervor verdaderamente divino con el que inflama y mantiene su celo en usted el que hace ángeles a sus espíritus y ministro suyo al fuego abrasador para que defienda a los pobres, eso, digo, totalmente suyo es la honra de su dignidad, la insignia de su oficio, el ornamento de su corona. Una cosa es llenar el vientre hambriento, otra celar por la santa pobreza. Allí se sirve a la naturaleza, aquí a la

<sup>220</sup> Prov. 3, 27.

<sup>221</sup> Prov. 10, 1.

\* PL 152, 228.

gracia. *Visita—dice—a tu semejante y no pecarás* <sup>222</sup>. Por tanto, quien nutre la carne ajena, evita el pecado; mas el que honra la santidad de otro, fructifica para sí. Por eso dice: Sude la limosna en tu mano hasta que encuentres un justo a quien darla. *¿Con qué provecho? Porque quien recibe a un justo porque es justo, merece el premio de justo* <sup>223</sup>. Paguemos, pues, la deuda de la naturaleza para no pecar; seamos coadjutores de la gracia para hacernos participantes de ella. En usted admiramos las dos cosas, aunque confesamos que ambas le vienen de arriba. ¡Ojalá se sumen eternamente a las divinas alabanzas los bienes temporales que usted dispendia en nuestras necesidades, Padre reverendo y digno de ser abrazado y venerado con todo amor!

**96** A RICARDO <sup>224</sup>, ABAD DE LAS FUENTES, Y A SUS COMPAÑEROS PASADOS DE SU ORDEN A LA DEL CISTER \* (a. 1132)

Les alaba por la renovación de la disciplina religiosa.

¡Cuántas cosas hemos oído y conocido! Nos han anunciado nuestros hermanos, los dos Godofredos, que os habéis inflamado del fuego de Dios, que habéis curado de vuestra enfermedad y que habéis florecido en una nueva vida. El dedo de Dios está ahí obrando sutilmente, renovando suavemente, cambiando saludablemente, haciendo no buenos de malos, sino de buenos mejores. ¿Quién me dará el pasar y ver esa gran visión? No es menos admirable ni menos dichoso este progreso que el primer cambio; encontrarás fácilmente a muchos seglares que se han convertido al bien, pero apenas hallarás un religioso que haya pasado a mejor. Es ave rarísima en la tierra quien del grado conseguido una vez en la religión asciende siquiera un poco más. Por tanto, carísimos, esta vuestra obra, tan insigne como saludable, no sólo nos ha alegrado a nosotros, que deseamos ardientemente ser siervos de vuestra santidad, sino a toda la ciudad de Dios; pues cuanto más rara una cosa, es tanto más esclarecida. Era necesario por precaución trascender la mediocridad próxima al defecto y sacudir la tibieza, que hace a Dios provocar. También convenía así para sosiego de la conciencia. Vosotros mismos habéis experimentado si es tranquilizador para los que han profesado la santa Regla pararse en cualquier grado. Siento en el alma que, por la urgente malicia del día y la prisa del mensajero, tenga que encerrar en pocos renglones

<sup>222</sup> Job 5, 24.

<sup>223</sup> Mt. 10, 41.

<sup>224</sup> Ricardo, el prior de Santa María de York, de quien se habla en la carta 94. Murió en Roma

\* PL 182, 229.

un afecto pleno e incluir en breve carta una extensa caridad. Si algo falta, lo supla Godofredo<sup>225</sup> de viva voz.

## 97

## AL DUQUE CONRADO \* (año 1132)

Ruégale que renuncie a la guerra con el conde de Ginebra para no provocar contra sí la venganza de Dios.

1. Todo poder viene de aquel a quien dice el profeta: *Tuyo es el poder, tuyo el reino, Señor; tú estás sobre todas las gentes*<sup>226</sup>. Por lo cual creí conveniente, ¡oh príncipe ilustre!, advertir a su excelencia cuánto le conviene obedecer a aquel terrible que quita la vida a los soberanos. El conde de Ginebra, como nos lo ha manifestado personalmente, se entrega a la justicia y ofrece dar satisfacción por cuantas cosas tenga usted contra él. Si, además de esto, intenta invadir la tierra ajena, destruir las iglesias, incendiar las casas, desterrar a los pobres, perpetrar homicidios y derramar la sangre humana, no hay duda de que irritará contra sí al padre de los huérfanos y al juez de las viudas. Enojado El, no le resultará bien luchar con la multitud y fortaleza que quiera. No le interesa al omnipotente Señor Sabaot que sean muchos o pocos aquellos a quienes determina dar la victoria. Cuando quiere, hace que uno solo ponga en fuga a mil, y dos a diez mil<sup>227</sup>.

2. Yo, pobre, conmovido por los clamores de los pobres, escribo esto a su magnificencia, sabiendo que será más honroso para usted complacer a los humildes que ceder a los enemigos. No creo que éstos sean más fuertes, pero Dios todopoderoso resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes. Por causa de esto habría ido, varón noble, a entrevistarme con usted, si hubiese tenido ocasión. Con todo, envío en lugar de mí a algunos de nuestros hermanos para que con sus ruegos obtengan de su dignidad o una perfecta concordia o, por lo menos, alguna tregua, hasta que, si Dios quiere, podamos concertar una paz estable para honor suyo y bien de la patria. De otro modo, si no recibe la justicia que se le ofrece ni nos mira a los que le suplicamos, más aún, ni atiende a Dios, que por medio de nosotros le da consejos de salvación, vea El y juzgue. Sabemos lo que con razón tememos: que es difícil puedan trabarse dos poderosos ejércitos sin grave estrago por ambas partes.

<sup>225</sup> Religioso ejemplar y celoso, fundador y reformador de muchos monasterios; San Bernardo le envió al monasterio de Las Fuentes para formar a los religiosos en la regla cisterciense.

\* PL, 182, 229.

<sup>226</sup> I Par. 29, II.

<sup>227</sup> Deut. 32, 30.

Le exhorta a cumplir cuanto antes lo que prometió a Dios; a propósito, describe hermosamente la economía de la salvación.

*A su querido hijo Tomás, Bernardo le desea lo que puede desear a un hijo.*

1. ¿Qué necesidad hay de palabras? El espíritu fervoroso y el vehemente deseo no permiten que se abra sola la boca. Háblenos tu afecto y todo tu ser. Presente, te darás mejor a conocer y nos conocerás mejor. Somos mutuamente deudores, yo de un cuidado fiel, tú de una humilde obediencia. Si te agrada, pruebe ambas cosas la obra, no la pluma. Quiero que consigas para ti y pruebes en mí aquella voz del Unigénito: *Las obras que me ha encargado mi Padre hacer den testimonio de mí*<sup>229</sup>. Así, en verdad, así da testimonio el Espíritu del Hijo único a nuestro espíritu de que también nosotros somos hijos de Dios, pues, resucitándonos de las obras muertas, nos ofrece las obras de vida. Los árboles buenos o malos no se conocen por las hojas ni por las flores, sino por el fruto. Finalmente, dice: *Por sus frutos los conoceréis*<sup>230</sup>. Las obras, pues, y no las palabras distinguen a los hijos de Dios de los hijos de la rebeldía. Por tanto, muestra tu deseo con obras y experimenta los nuestros.

2. Deseamos tu presencia; pedimos la deseada; más aún, exigimos la prometida. ¿Por qué tanto? En ella no pedimos carne ni sangre. Deseamos que nos sirvas para progresar. deseamos ayudarte a progresar. La nobleza de la sangre, la esbeltez del cuerpo, la elegancia de las líneas, la hermosura juvenil, las posesiones, los palacios, los muebles valiosísimos, las ínfulas de las dignidades (añade: y la sabiduría del mundo), todo esto es del mundo; y el mundo ama lo que es suyo. Mas ¿hasta cuándo? Ciertamente, no siempre; y el que no será siempre, tampoco será mucho. Estas cosas no las tendrá en ti el mundo mucho tiempo, mas ni a ti mismo te tendrá en breve, pues son cortos los días del hombre. El mundo, pues, pasará con sus concupiscencias; mas, antes de que pase, te enviará a ti. ¿Por qué te agrada tanto el amor que terminará pronto? Nosotros, pues, te amamos a ti, no tus

\* PL 182, 242.

<sup>228</sup> Tomás había prometido entrar en la orden cisterciense. No decidiéndose a cumplir su palabra, San Bernardo le escribe para animarle. Desgraciadamente, la carta no tuvo el éxito inmediato que se esperaba, y Tomás murió algún tiempo después con una muerte repentina y trágica, como se dice en la carta siguiente.

<sup>229</sup> Io. 5, 36.

<sup>230</sup> Mt. 7, 16.



cosas: no niegues por más tiempo la riqueza de ti mismo a los que te aman de corazón y te amarán eternamente. Amándonos castamente en esta vida, no nos separará la muerte. Las cosas que deseamos en ti o, más bien, para ti no son de este cuerpo ni sólo de este tiempo; por lo mismo, ni caerán con el cuerpo ni pasarán con el tiempo; al contrario, muerto el cuerpo, agradarán más y durarán más. Nada tienen de parecido con las enumeradas arriba o sus semejantes, las cuales las poseemos no del Padre, sino del mundo. ¿Cuál, pues, de estas últimas no terminará antes de la muerte o acabará con ella?

3. Mas eso otro es la óptima parte, que no será quitada nunca. ¿Cuál es eso otro? Lo que el ojo no vió, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre. Quien es hombre y anda según el hombre; quien, por decirlo más claro, condesciende todavía con la carne y la sangre, ignora en absoluto qué sea eso, pues la carne y la sangre no revelan lo que sólo Dios manifiesta por su Espíritu. El hombre animal no está admitido a este secreto, pues no percibe las cosas que son del espíritu de Dios <sup>231</sup>. Bienaventurados los que oyen: *A vosotros os he llamado amigos, porque todo cuanto oí al Padre os lo he manifestado* <sup>232</sup>. ¡Oh siglo perverso, que de tal suerte beatificas a tus amigos, que los haces enemigos de Dios, y, por consiguiente, indignos también de la sociedad de los bienaventurados! Quien quiere ser amigo tuyo, se constituye en enemigo de Dios; y, si el siervo no sabe lo que hace su señor, ¿cuánto menos su enemigo? Por tanto, el amigo del Esposo permanece de pie y se alegra sobremanera a la voz del Esposo; por lo cual dice así: *Mi alma se ha derretido cuando me ha hablado el Amado* <sup>233</sup>. El amigo del mundo está excluido de la sociedad de los amigos de Dios, los cuales no reciben el espíritu de este mundo, sino el espíritu que viene de Dios, para conocer las cosas que les ha dado Dios. Te bendigo, Señor, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Muy bien, Padre, pues éste ha sido tu agrado <sup>234</sup> y no su mérito. Todos han pecado, y tienen necesidad de tu gloria para que envíes gratuitamente el Espíritu de tu Hijo, que clama en los corazones de los hijos adoptivos: *¡Abba, Padre!* Los que obran con este espíritu son los hijos, y no se ven apartados del consejo paterno. Tienen en sí el Espíritu, el cual escruta también las profundidades de Dios. Finalmente, ¿qué ignorarán aquellos a quienes la unción les enseña todo?

4. ¡Ay de vosotros, hijos de este siglo!, por vuestra prudencia insensata, pues ni conocéis el espíritu salutar y ni participáis en los destinos que solamente manifiesta el Pa-

<sup>231</sup> J. Cor., 2, 14.

<sup>232</sup> Io. 15, 15.

<sup>233</sup> Cant. 5, 6.

<sup>234</sup> Mt. 11, 25, 26.

dre al Hijo y a aquellos a quienes éste quiera que se revelen. ¿Quién conoce el pensamiento del Señor? ¿O quién ha sido su consejero? <sup>235</sup>. Algunos, sí, pero raros; sólo aquellos que pueden decir con verdad: *El Unigénito, que está en el seno del Padre, nos lo ha contado* <sup>236</sup>. ¡Ay del mundo estrepitoso! Clama en los pueblos el Señor como el ángel del gran consejo: *Quien tenga oídos para oír, oiga*. Y, porque no encuentre órganos dignos de recibir los arcanos del Padre, teje parábolas para las turbas, para que oyendo no oigan y viendo no entiendan. En cambio, a los amigos les dice en privado: *A vosotros se os ha dado conocer los misterios del reino de Dios* <sup>237</sup>. A los cuales dice también: *No temáis, rebañito mío, porque el Padre tiene a bien daros el reino* <sup>238</sup>. ¿Quiénes son éstos? Seguramente aquellos a quienes previó y predestinó a ser semejantes a la imagen de su Hijo para que sea él primogénito entre muchos hermanos. Un misterio grande y oculto se nos ha revelado. El Señor conocía a los que eran suyos; pero lo que sólo Dios sabía, nos lo ha manifestado a los hombres. Sin embargo, no se ha dignado hacer partícipes de tan gran misterio sino a los que previó y predestinó a ser suyos, pues a los que predestinó, a éstos los llamó también. ¿Quién sin ser llamado se acercará a su consejo? A los que llamó, a éstos justificó también. Nace el sol, pero no ese que se levanta sobre los buenos y los malos, sino aquel que se promete a los solos llamados al consejo, como se ve por la declaración profética: *A vosotros, que teméis a Dios, os nacerá el sol de justicia* <sup>239</sup>. Permaneciendo en las tinieblas los hijos de la infidelidad, el hijo de la luz sale del poder de las mismas a esta nueva luz cuando puede decir confiadamente a Dios: *Participo con todos los que temen* <sup>240</sup>. ¿Ves cómo precede el temor para que siga la justificación? Tal vez nos llama el temor para justificarnos el amor. Finalmente, el justo vive de la fe <sup>241</sup>, de aquella, sin duda ninguna, que obra el amor.

5. Oiga, pues, el pecador en el llamamiento que se le hace lo que tema; y así, llegándose al Sol de justicia, vea iluminado lo que ame. ¿Qué es eso? *Sobre los que temen a Dios desciende su misericordia desde siempre y para siempre* <sup>242</sup>. Desde siempre, por la predestinación; *para siempre*, por la beatificación. La una carece de principio, la otra desconoce el fin. A la verdad, a los que predestina desde la eternidad, los beatifica para siempre por medio de la vocación unida a la justificación, al menos en los adultos. De este modo, con la salida del Sol de justicia empieza en cierto modo a salir del abismo de la eternidad el misterio de

<sup>235</sup> Rom. II, 34.

<sup>236</sup> Io. I, 18.

<sup>237</sup> Lc. 8, 8. Io.

<sup>238</sup> Lc. 12, 32.

<sup>239</sup> Mal. 4, 2.

<sup>240</sup> Ps. 118, 63.

<sup>241</sup> Rom. I, 17.

<sup>242</sup> Ps. 102, 17.

los predestinados y beatificados, escondido desde los siglos, al presumir el llamado por el temor y justificado por el amor sumarse al número de los bienaventurados, sabiendo que a los que justifica Dios, a éstos los engrandece también <sup>243</sup>. ¿Qué? Oye que le llaman cuando el temor le conturba, siente que le justifican cuando el amor le invade; ¿y desconfiará de ser engrandecido? Le inician, le conducen, ¿y desesperará de sola la consumación? Si, pues, el principio de la sabiduría es el temor del Señor, y en él, como hemos dicho, está nuestra vocación, ¿qué será nuestro progreso en la sabiduría sino el amor de Dios, ése al menos que por ahora nace de la fe y obra nuestra justificación? ¿Qué, igualmente, será la consumación en la sabiduría sino la misma glorificación por esa divina y deífica visión que esperamos para el fin? Así, un abismo llama a otro abismo con la voz de sus cataratas cuando, en el terror de sus juicios, esa inmensa eternidad e inmensidad eterna, cuya sabiduría no tiene número, saca a su admirable luz con su poder y bondad sorprendentes al corazón perverso e inescrutable del hombre.

6. Por ejemplo, pongamos a un hombre del mundo retenido todavía por el amor del siglo y de su carne, que, llevando impresa la imagen del hombre terreno, está embriagado de las cosas mundanas y no piensa en las celestiales. ¿Quién no verá a éste rodeado de tinieblas horribles sino quien se sienta en la misma sombra? Aun no ha brillado signo alguno de su salvación, todavía no le atestigua ninguna inspiración interna que la eterna predestinación le reserva algo bueno. Mas, si la soberana misericordia se digna mirarle e infunde el espíritu de compunción, de suerte que gima y se arrepienta, cambie de vida, dome la carne, ame al prójimo, clame a Dios, proponga vivir en adelante para El y no para el siglo; si después, con la gratuita visitación de la luz soberana y el cambio repentino de la diestra del Excelso, se reconoce con razón no ya hijo de ira, sino de gracia, al experimentar para consigo el efecto de la divina bondad, el cual hasta tal punto permanecía antes oculto que no sólo ignoraba si era digno de amor o de odio, sino, más bien, le atestiguaba su propia conducta, que antes lo era de odio que de amor, pues todavía estaban las tinieblas sobre la superficie de la tierra, ¿no creará este tal pasar de un abismo profundísimo y tenebroso de horrenda ignorancia a otro de claridad eterna en una región amena y lúcida?

7. Finalmente, parece dividir Dios la luz de las tinieblas cuando, luciendo el Sol de justicia, arroja el pecador las obras de las tinieblas y se viste las armas de la luz. Y aquel a quien la primera vida y la propia conciencia le des-

<sup>243</sup> Rom. 8, 29. 30.

tinaban a los fuegos sempiternos, como a un verdadero hijo del infierno, respirando con dignación tan grande del Oriente que le visita desde lo alto, empieza también a gloriarse en la esperanza de la dicha de los hijos de Dios, la cual, descubierta el rostro, mira jubilosamente de cerca con una nueva luz y dice: *Has enfocado, Señor, sobre nosotros la luz de tu rostro; has dado la alegría a nuestros corazones* <sup>244</sup>. ¡Oh Señor! ¿Qué es el hombre para que te fijas en él? ¿O qué el Hijo del hombre para que le tengas en consideración? <sup>245</sup>. ¡Oh buen Pastor! El gusano vilísimo y dignísimo de un odio sempiterno está, sin embargo, seguro de que le amas, porque se siente amar; más aún, porque presiente que le amas, no se confunde de amar a su vez. Ya parece en tu resplandor, ¡oh luz inefable!, qué bienes reservabas para ese miserable hombrecillo cuando aún era malo. Ama, pues, no sin mérito, porque se le ama sin mérito; ama sin fin, porque conoce que se le ama sin principio. Salga a la luz, para consuelo del desgraciado, el gran misterio que estaba oculto desde los siglos en el seno de la eternidad, pues Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Tienes, hombre, una prueba de este arcano en el espíritu que justifica, y que da testimonio a tu espíritu de que tú también eres hijo de Dios. Reconoce el consejo de Dios en tu justificación, confiesa y di: *Mi consejo son tus justificaciones* <sup>246</sup>. Manifestada, pues, tu justificación, tenemos también la revelación del consejo divino y cierta preparación a la glorificación futura. Finalmente, dice: *Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos* <sup>247</sup>. Oye de la predestinación cómo es también ella la preparación: *Recibid—dice—el reino que os está preparado desde el origen del mundo* <sup>248</sup>.

8. Nadie, pues, que ya ama, desconfíe de ser amado. Con gusto corresponde el amor de Dios al nuestro habiéndole prevenido. ¿Cómo descuidará amar a los que le aman, habiéndoles amado cuando no le amaban? Amó; repito, amó. Tienes al espíritu como prenda de su amor; tienes un testigo fiel, Jesucristo, y a éste crucificado. ¡Oh doble prueba firmísima del amor de Dios para con nosotros! Cristo muere, y merece que seamos amados; el Espíritu Santo conmueve, y hace que seamos amados. Aquél hace el porqué seamos amados, éste el que seamos amados. Aquél nos manifiesta su gran amor para con nosotros, éste nos le da. En aquél vemos por qué somos amados, en éste el ser amados. La caridad toma de aquél la ocasión, de éste el afecto. ¡Cuánta confusión ver morir con ojos ingratos al Hijo de Dios, lo cual tiene lugar fácilmente si falta el Espíritu! Mas, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu

<sup>244</sup> Ps. 4, 7.

<sup>245</sup> Ps. 143, 3.

<sup>246</sup> Ps. 118, 24.

<sup>247</sup> Mt. 3, 2.

<sup>248</sup> Mt. 25, 34.



Santo que nos ha sido dado <sup>249</sup>, amados, amamos; amando, merecemos ser amados más. Si cuando éramos todavía enemigos nos reconcilió Dios por la muerte de su Hijo, reconciliados, con mucha mayor razón nos salvará en su vida. ¿Qué? El que no perdonó a su propio Hijo, sino le entregó por todos nosotros. ¿no nos habría de dar con El todas las cosas? <sup>250</sup>.

9. Teniendo, pues, una doble señal de nuestra salvación, la doble efusión de la sangre y del espíritu, no aprovechará la una sin la otra. Pues ni se da el Espíritu sino a los que creen en el Crucificado ni vale la fe si no se obra por amor. Ahora bien: el amor es un don del Espíritu. Si el segundo hombre—hablo de Cristo—no sólo fué hecho hombre vivo, sino también espíritu vivificante muriendo por lo primero y resucitando a los muertos por lo segundo, ¿qué puede aprovechar que muera yo en él sin aquello que vivifica? Finalmente, dice él mismo: *La carne no sirve para nada; el espíritu es el que vivifica* <sup>251</sup>. ¿Qué otra cosa es vivificar sino justificar? Siendo, pues, el pecado la muerte del alma (pues el alma que peque morirá) <sup>252</sup>, sin duda ninguna, su vida es la justicia, porque el justo vive de la fe. ¿Y quién es justo sino el que devuelve amor al Dios que le ama? Lo cual no ocurre si el Espíritu no revela al hombre por la fe el designio eterno de Dios sobre su salvación futura. Esta revelación no es otra cosa que la efusión de la gracia espiritual; por la cual, al mortificar las obras de la carne, el hombre se prepara para el reino que no poseen la carne ni la sangre, recibiendo juntamente en un mismo espíritu la confianza de ser amado y la gracia de amar para no ser amado gratuitamente.

10. Este es, pues, ese consejo sagrado y secreto que, recibiendo el Hijo del Padre por el Espíritu, le comunica por el mismo Espíritu a los que sabe han de ser justificados; y, comunicándole, los justifica. Lo cual ocurre cuando alguno empieza en su justificación a conocer del mismo modo que es conocido, al dársele presentir algo de su futura beatificación, es a saber: cómo estuvo oculto desde toda la eternidad en el predestinante, cómo aparecerá a la vista de todos en el beatificante. Y, teniendo en sí mismo de todo esto un conocimiento parcial, se gloriará en la esperanza, mas todavía no con seguridad. ¡Cuán dignos son de lástima los que todavía no tienen ningún testimonio de su vocación a tan dichosa sociedad de los justos! Señor, ¿quién creyó en nuestras palabras? ¡Oh si gustasen y conociesen! Mas mientras no crean no entenderán.

<sup>249</sup> Rom. 5, 5.  
<sup>250</sup> Rom. 8, 32.

<sup>251</sup> Io. 6, 46.  
<sup>252</sup> Ez. 18, 4.

11. También vosotros, ¡oh infelices amadores del siglo malo!, tenéis vuestra sociedad separada de la sociedad de los justos. Las escamas se unen a las escamas y no hay entre vosotros respiradero. Tenéis también vosotros, ¡oh impíos!, un mutuo consejo, pero contra el Señor y contra su Cristo. Pues si, como dice la Escritura, la piedad es culto de Dios <sup>253</sup>, quien ama al mundo más que a Dios, quedo convencido de impío e idólatra, pues adora y sirve a la criatura más que al Creador. Teniendo, pues, los santos y los impíos su propio consejo, sin duda ninguna ha de haber un gran caos entre unos y otros. Así como el justo se mantiene lejos del consejo y concilio de los malhechores, así los impíos no resucitarán en el juicio, ni los pecadores en el consejo de los justos. Es consejo de los justos la lluvia voluntaria que ha destinado Dios para su heredad; es un consejo verdaderamente secreto, que descende como lluvia sobre el vellocino; es fuente sellada de la que no bebe ningún extraño; es sol de justicia que solamente nace para los que temen a Dios.

12. Notando el profeta cómo permanecen los impíos en su aridez y ceguera, privados de la lluvia y luz de los justos, infecundos y tenebrosos, confusos y repugnantes, los señala despectivamente: *Esta es—dice—la gente que no oyó la voz de su Dios* <sup>254</sup>. No queréis, ¡oh miserables!, decir con David: *Oiré lo que me dicta el Señor Dios* <sup>255</sup>. Ciertamente, derramados afuera entre las vanidades y falsas ambiciones, no atendéis a la palabra íntima y óptima de la Verdad: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendréis los corazones pesados? ¿Por qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* <sup>256</sup>. Sordos a la voz de la verdad, ignoráis el consejo del que medita pensamientos de paz y habla de la misma a su pueblo y a sus santos y a aquellos que entran dentro de su corazón. *Vosotros—dice—ya estáis limpios por las palabras que os he hablado* <sup>257</sup>. Luego quienes no oyen estas palabras son inmundos.

13. Ahora bien, carísimo, si prestas el oído del alma a esta voz de tu Dios, más dulce que la miel y el panal, huye del cuidado exterior; y, teniendo expedito y desembarazado el sentido interno, di también con Samuel: *Habla, Señor, pues tu siervo escucha* <sup>258</sup>. Esta palabra no suena en la plaza ni se oye en público. El consejo secreto requiere ser oído también en secreto. Si escuchas atentamente, dará a tu oído alegría y gozo. A Abrahán se le manda salir de su tierra y de su parentela para que merezca ver y poseer la tierra de los vivos <sup>259</sup>. Jacob, después de dejar al hermano y la patria,

<sup>253</sup> Iob 28, 28, según los LXX.

<sup>254</sup> Ier. 7, 28.

<sup>255</sup> Ps. 84, 9.

<sup>256</sup> Ps. 4, 3.

<sup>257</sup> To. 15, 3.

<sup>258</sup> 1 Reg. 3, 10.

<sup>259</sup> Gen. 12, 1.

pasa sobre el Jordán<sup>260</sup>, y le reciben los brazos de Raquel<sup>261</sup>. José domina en Egipto<sup>262</sup> después de haber sido arrebatado al padre y a la patria con una venta furtiva<sup>263</sup>. A la Iglesia se la manda que olvide a su pueblo y la casa de su padre para que el Rey desee su hermosura<sup>264</sup>. Al niño Jesús le buscan entre los parientes y los conocidos, mas no le encuentran<sup>265</sup>. Huye también tú de tus hermanos, si quieres encontrar la salvación. Huye, repito, de en medio de Babilonia, huye de la espada del aquilón. Estamos preparados para salir con panes al que viene huyendo. Me llamas tú abad, no lo rechazo por el servicio; por el servicio, digo, no que pueda exigir de ti, sino por el que te pueda prestar: de igual modo que *el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a entregar su alma como rescate de muchos*. Con todo, si lo juzgas digno, recibe como condiscípulo al que eliges por maestro. Uno sea el maestro de ambos, Cristo. Sea El también fin de esta carta, ya que es fin en la justificación de toda criatura<sup>266</sup>.

## 108

## A TOMÁS DE SAN AUDOMARO \*

A propósito del fin desastroso de Tomás de Beverley, le ruega que deje los estudios y entre en religión.

*A su carísimo hijo Tomás, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, le desea que ande en espíritu de temor.*

1. Haces bien en reconocer la deuda de tu promesa y en confesar tu negligencia en cumplirla. Quiero que consideres no sólo qué prometiste, sino también a quién prometiste; no usurpo nada de cuanto delante de mí prometiste, pues tú bien sabes que a mí no me hiciste la promesa. Por tanto, en vano temes que te reprenda yo por tu culpable dilación, siendo únicamente testigo y no señor del voto. Vi y me alegré; ahora ruego que mi gozo sea pleno; y no lo será mientras no se cumpla la promesa. Fijaste un límite que no debías traspasar. Le has traspasado; ¿a mí qué? Para el Señor caes o estás de pie. A mí se me ha mandado insistir por el peligro inminente no con injurias ni amenazas, sino con amonestaciones; y esto si lo admites con ánimo ecuánime. Si me oyes, bien; si no, no juzgo a nadie; hay quien interrogue y juzgue; quien juzga es el Señor<sup>267</sup>. Por esto creo que debes temer y dolerte más, pues no has mentado a

<sup>260</sup> Gén. 32, 10.<sup>261</sup> Gén. 29, 11.<sup>262</sup> Gén. 41.<sup>263</sup> Gén. 37.<sup>264</sup> Ps. 44, 11. 12.<sup>265</sup> Lc. 2, 44. 45.<sup>266</sup> Rom. 10, 4.

\* PL 182, 249.

<sup>267</sup> I Cor. 4, 4.

un hombre, sino a Dios. Aunque oculte, como me pides, tu vergüenza delante de los hombres; ¿quedará sin castigo la que es delante de Dios? ¿Qué razón hay para avergonzarte ante los hombres y no temer la mirada de Dios? La mirada del Señor está fija en cuantos obran el mal <sup>268</sup>. Temes más los oprobios que los tormentos, ¿y, temblando ante la lengua de la carne, desprecias la espada que devora las carnes? ¿Dónde está ese hermoso conjunto de costumbres que me escribes has adquirido con tu perfeccionamiento en esa ciencia a la que te das con tanta pasión y entusiasmo, que no temes perjudicar a tu santo propósito?

2. Pero yo te pregunto: ¿Qué símbolo de la virtud, qué alabanza de la disciplina, qué aprovechamiento en la ciencia o qué fruto del arte es el temer donde no hay por qué y descuidar el temor de Dios? ¡Cuánto más saludable sería aprender a Jesús, y a Jesús crucificado! Te engañas, hijo, te engañas si piensas encontrar entre los maestros del mundo la que sólo los discípulos de Cristo, esto es, los despreciadores del mundo, consiguen por donación divina. Esta no la enseña la lección, sino la unción; no la letra, sino el espíritu; no la erudición, sino el cumplimiento de los mandamientos del Señor. *Sembraos—dice—la justicia; segad la esperanza de la vida, encendeos la luz de la ciencia* <sup>269</sup>. Ves que no brota rectamente la luz de la ciencia si no se siembra en el alma el germen de la justicia para que se forme el grano de la vida y no la paja de la gloria. ¿Qué? Aún no has sembrado la justicia, aún no has segado los haces de la esperanza, ¿y presumes poseer una ciencia verdadera? Pero tal vez tengas por verdadera la que infla. Yerras neciamente si no gastas tu dinero en comprar panes y tus trabajos en nutrirte. Vuelve, te ruego, al corazón y considera que este año que te has concedido como prórroga, con injuria de Dios, no es un año placativo, sino un semillero de discordias, un incentivo de ira, un alimento de apostasías que extingue el espíritu, intercepta la gracia y produce la tibieza, que provoca vómitos en Dios.

3. ¡Ay! ¡Ay! Paréceme que andas en un mismo espíritu—así como te llamas con un mismo nombre—con aquel otro Tomás en su tiempo preboste de Beverley. Después de haberse prometido, igual que tú, a nuestra orden y a nuestro monasterio, empezó a dar largas y a enfriarse, hasta que, arrebatado por una muerte repentina y horrenda, acabó seglar y prevaricador e hijo doblemente del infierno, del cual, si ha podido ser, le haya preservado el Señor misericordioso y compasivo. He ahí la carta que le escribí en balde <sup>270</sup>, si contamos el haber librado yo mi alma al declararle, en cuan-

<sup>268</sup> Is. 33, 17.

<sup>269</sup> Os. 10, 12.

<sup>270</sup> Carta preced.



to pude, lo que convenía hacer pronto. Bienaventurado sería si me hubiese oído. Disimuló; yo estoy limpio de su sangre. Con todo, no me basta; pues, aunque en este suceso estoy seguro de mí, me impulsa a llorar al que no se fué seguro, porque no vivió seguro, aquella caridad que no busca lo propio. ¡Oh abismos de los juicios de Dios! ¡Oh Dios terrible en sus decretos sobre los hijos de los hombres! Le dió el espíritu que después le quitó para que fuese sobre toda ponderación pecado sobre pecado; infundió la gracia para que abundase el delito; lo cual, con todo, no fué culpa del donante, sino del que añadió la prevaricación. Fué culpa de su libre albedrío, que, malamente libre, libremente contristó al Espíritu, despreció la gracia, dejó de corresponder a la inspiración divina para poder decir: *La gracia de Dios no ha sido estéril en mí* <sup>271</sup>.

4. Si eres sabio, te aprovechará su necedad y lavarás tus manos en la sangre del pecador; procurarás arrojar pronto de ti el lazo de perdición y de mí el temor horrible. Yo, por decir verdad, siento tu alejamiento como si me arrancaran las entrañas, porque te he cogido un gran cariño y te abrazo con afecto paternal. Por eso, siempre que me acuerdo de ti, traspasa mi alma esta espada de temor, tanto más vehemente cuanto te considero menos temeroso. Sé muy bien dónde he leído de los a ti parecidos: *Cuando digan paz y seguridad, les sobrevendrá una muerte repentina, como los dolores a la embarazada, y no podrán evitarlo* <sup>272</sup>. Presiento que, si tardas en enmendarte, te han de sobrevenir cosas horribles, como he experimentado en muchos casos. ¡Oh si los concieses también tú! Cree, pues, al experimentado, cree al amante: el cual no puede engañarse por lo primero ni engañar por lo segundo.

## 109 AL ILUSTRE JOVEN GODOFREDO DE PERRONE Y A SUS COMPAÑEROS \*

Felicita a los jóvenes por su propósito de vida religiosa y los exhorta a la perseverancia.

*A los queridos hijos Godofredo y compañeros* <sup>273</sup> *Bernardo, llamado abad de Claraval, les desea espíritu de consejo y de fortaleza.*

1. La noticia que se ha divulgado edifica a muchos, más aún, alegra a toda la ciudad de Dios, de tal suerte que se

<sup>271</sup> 1 Cor. 15, 10.

<sup>272</sup> 1 Thes. 5, 3.

<sup>273</sup> En uno de sus viajes a Flandes convirtió a 29 jóvenes nobles. Uno de ellos, Godofredo de Perrone, pareció titubear, por lo que San Bernardo se apresuró a escribirle para animarle. Godofredo llegó a ser prior de Claraval.

\* PL 182, 251.

regocijan los cielos, salta de júbilo la tierra y toda lengua glorifica al Altísimo por vuestra conversión. La tierra se ha conmovido porque los cielos han destilado del rostro divino lloviendo estos días, más abundantemente que lo ordinario, la lluvia voluntaria, que destinó Dios para su heredad. No será vana en vosotros por más tiempo la cruz de Cristo, como en muchos hijos de la desesperación, que, tardando día tras día en convertirse, arrebatados por muerte repentina, descienden al instante a los infiernos. De nuevo ha como reflorido el leño en que pendió el Señor, el cual murió no tanto por los del mundo como para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersados. Ese mismo, ese mismo os ha juntado a vosotros, el cual os quiere como a sus mismas entrañas, como al fruto de su preciosísima cruz, como a la recompensa dignísima de su sangre derramada. Si los ángeles se alegran por un pecador que hace penitencia<sup>274</sup>, ¿qué será por tantos y tales pecadores, que, siendo más ilustres en el siglo por la ciencia, la estirpe, la juventud, habrían causado la perdición de muchos más? He leído: *No eligió el Señor a muchos nobles, ni a muchos sabios, ni a muchos poderosos*<sup>275</sup>; mas ahora, como excepción a la regla, convierte la potencia divina a multitud de éstos. Se rechaza la gloria presente, se pisotea la flor de la juventud, se desprecia la alcurnia; a la sabiduría del mundo se la llama insensatez; no se atiende a la carne ni a la sangre; se renuncia a los afectos de los padres y de los seres queridos, a los favores, a los honores; a las dignidades se las tiene por estiércol para ganar a Cristo. Os alabaría a vosotros si supiese que esto os sucede por vosotros mismos; mas el dedo de Dios está ahí; ésa es una mutación de la diestra del Altísimo. Es un don óptimo y una dádiva perfecta, y no hay duda que descende del Padre de las luces. Por eso, a El encaminamos todas las alabanzas, pues es el solo que hace las maravillas, pues es quien ha hecho que no sea ociosa en vosotros la abundante redención que viene de El.

2. ¿Qué falta ya, carísimos, a la obra sino procurar que obtenga fruto digno el laudable propósito? Esforzaos, pues, por obtener la perseverancia, la sola que coronará las virtudes. No se encuentre en vosotros un *sí* y un *no*, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, en quien no hay cambios ni apariencias de vicisitud. Convertíos también vosotros, hermanos, en su misma imagen, yendo de claridad en claridad, como por virtud del Espíritu Santo, procurando con todo esmero no ser indecisos, inestables o veleidosos. Está escrito: *El hombre de doble ánimo es incons-*

<sup>274</sup> Lc. 15, 10.

<sup>275</sup> I Cor. 1, 26, 27.

*tante en todos sus caminos*<sup>276</sup>. Y también: ¡Ay del que entra en la tierra por dos caminos!<sup>277</sup>. También yo, carísimos, me alegro en mí mismo cuando me congratulo con vosotros, pues se ha dignado escogerme Dios como instrumento de este designio. Doy consejo y ofrezco ayuda. Si soy necesario o se me juzga digno, no rehuso trabajar; asistiré según mis fuerzas. Gustoso pongo los hombros ya cansados debajo de esta carga, si lo quiere así el cielo. Alegre, recibiré con brazos abiertos, como se dice, a los ciudadanos de los santos y a los domésticos de Dios. ¡Con qué gusto, según el mandato del profeta, salgo con panes al encuentro de los que huyen de la espada y llevo agua a los sedientos<sup>278</sup>. Lo demás lo he puesto en nuestra boca y en la de Godofredo. Cuanto os diga él de mi parte, recibidlo como consejo mío.

## 113

## A LA VIRGEN SOFÍA \*

Alábala por haber despreciado la gloria del mundo; encomia el estado de las vírgenes y la exhorta a perseverar.

*A la virgen Sofía, Bernardo de Claraval la desea que conserve el título de la virginidad y obtenga su fruto.*

1. Falaz es la simpatía y vana la hermosura; sólo se alabará a la mujer que teme a Dios<sup>279</sup>. Me condeleito, hija, por la gloria de tu virtud, con la que has despreciado la gloria engañadora del mundo. En verdad es ésta digna de ser repudiada, mas, porque muchos, sabios de otro estilo, se vuelven insensatos con su estimación, muy justamente te alabamos, porque a ti no logra engañarte. Es flor de heno, vapor que apenas se nota. ¿Qué otro estado distinto del tuyo no tiene más ansiedad que alegría? Mientras te vengas, te defiendes, envidias, sospechas, ambicionas lo que no tienes y, no teniendo nada, te abrasas con el deseo de adquirir, ¿qué descanso hay en esta tu gloria? Si hay algo, pasa la felicidad que no ha de dejar. Con todo, verás a muchos que no la consiguen, a pocos que la desprecian. ¿Por qué? Sin duda ninguna, porque la necesidad es de muchos, pero la virtud de pocos. De pocos, repito, de pocos, sobre todo nobles. Finalmente, Dios no eligió a muchos nobles, sino a la bajeza del mundo<sup>280</sup>. Por lo mismo, bendita tú entre las nobles, pues, luchando los demás en ansias de gloria, tú te sublimas más gloriosamente y te glorias más sublimemente por el desprecio de la gloria. Eres más insigne y más ilustre por haberte hecho de los pocos que por ha-

<sup>276</sup> Iac. 1, 8.<sup>277</sup> Eccli. 2, 14.<sup>278</sup> Is. 21, 14.

\* PL 182, 256.

<sup>279</sup> Prov. 31, 30.<sup>280</sup> 1 Cor. 1, 26-28.

ber nacido de los grandes. Aquello es tuyo por la generosidad de Dios, esto de tus padres. Ahora bien: lo que es tuyo, es tanto más valioso cuanto más raro. Pues, si es ave rara en la tierra la virtud en los hombres, ¿cuánto más lo será en una mujer frágil y noble? Finalmente, ¿quién encontrará una mujer fuerte? <sup>281</sup> Más aún, ¿quién a una fuerte y noble? Dios no tiene acepción de personas; mas, no sé por qué, es más agradable la virtud en los nobles. ¿Acaso porque brilla más? Ciertamente, cuando un plebeyo carece de gloria, no sabemos si es porque no la quiere o porque no la puede conseguir. Alabo la virtud hecha de la necesidad, pero más aquella que eligió la libertad y no la impuso la necesidad.

2. Luchen, pues, las demás que no tienen esperanza por la glorilla vil y breve de las cosas fugaces y caducas; tú apóyate en la esperanza que no confunde. Tú, repito, resérvate aquel peso de gloria, que esta breve y momentánea tribulación obra sobre toda medida. Y, si te desprecian las hijas de Belial, aquellas que, estirado el cuello, andan con medios pasos, compuestas y ataviadas como templos, responde: «Mi reino no es de este mundo»; responde: «Mi gloria está escondida con Cristo en Dios; cuando aparezca Cristo, mi vida, entonces apareceré también yo con él en su gloria» <sup>282</sup>. Si está permitido gloriarse, lo puedes tú ingenuamente, lo puedes tú seguramente, aunque sólo en el Señor. Omíto, pues, la corona que tiene preparada Dios para siempre. Silencio las promesas que te están reservadas para más tarde; callo que, como esposa feliz, serás admitida con el rostro descubierto a contemplar la gloria del Esposo; que te exhibirá El gloriosa, sin tener mancha, ni arruga, ni cosa semejante; que te recibirá en sus eternos abrazos, poniendo su izquierda debajo de tu cabeza y abrazándote con su derecha. Paso el lugar distinguido que te conquistará, en el reino, la prerrogativa de la virginidad, aparte de los hijos y de las hijas. Callo también aquel cántico nuevo que, virgen, cantarás con las vírgenes, pero con una modulación única y singular, en el cual te deleitarás y alegrarás la ciudad de Dios, cantando y corriendo y siguiendo al Cordero por dondequiera que vaya. En fin, todo lo que te está preparado y a lo que te debes preparar, y que no vió el ojo, ni oyó el oído, ni subió al pensamiento del hombre.

3. Paso, pues, todas estas cosas reservadas para el futuro; solamente hablaré de las presentes, de esas primicias del espíritu que ya posees: los regalos del Esposo, las arras esponsalicias, las dulces bendiciones con que te previene aquel que vendrá, y a quien aguardas para que te perfeccione. Ese, ése vendrá a ponerse en medio con sumo honor, con

<sup>281</sup> Prov. 31, 10.

<sup>282</sup> Col. 3, 4.



adornos que causen admiración a los ángeles. Saquen, si tienen, algo parecido las hijas de Babilonia, cuya gloria se halla en confusión. Se visten de púrpura y de seda, pero dentro la conciencia va cubierta de esparto; brillan con pendientes, pero están sucias en sus costumbres. Por el contrario, tu por afuera estás vestida de paños burdos, mas por dentro resplandeces con tu belleza, pero a las miradas divinas, no a las humanas. Dentro está lo que agrada, porque dentro se halla a quien conviene agradar, a no ser que dudes de que Cristo habita en tu corazón por la fe. Finalmente, toda la gloria de la hija del Rey está dentro <sup>283</sup>. Alégrate, hija de Sión, y salta de gozo, hija de Jerusalén, pues el Rey ha deseado tu belleza, sin duda ninguna porque te has vestido de confesión y hermosura, porque te has como ceñido de luz. Efectivamente, la confesión y la hermosura están en su presencia. ¿En la de quién? En la del más hermoso que todos los hijos de los hombres: en la de aquel en quien desean verse los ángeles.

4. Oyes a quién agradas: ama para agradar; ama la confesión, por la que eres amada; ama la confesión si deseas la belleza. A la confesión se junta la pulcritud, se junta la hermosura. Tienes las dos cosas: *Te vestiste de confesión y de hermosura* <sup>284</sup>; y: *La confesión y la belleza en su presencia* <sup>285</sup>. En verdad, donde hay confesión hay hermosura y decoro. Si hay pecados, se lavan en la confesión; si buenas obras, se recomiendan en la confesión. Cuando confiesas tus obras malas, hace un sacrificio a Dios tu espíritu contrito; cuando confiesas los beneficios de Dios, le inmolas un sacrificio de alabanzas. La confesión es un buen ornamento del alma; purga al pecador y vuelve al justo más purificado. Sin confesión, el justo es juzgado ingrato y el pecador es tenido por muerto. Ahora bien: en el muerto perece la confesión, como en quien no existe <sup>286</sup>. La confesión, pues, es vida para el pecador y gloria para el justo: es necesaria al pecador y conviene al justo. Por lo cual de los rectos es propia la alabanza <sup>287</sup>. La seda y la púrpura y los afeites tienen belleza, pero no la dan. Si los aplicas al cuerpo, exponen su belleza, no la dejan. Lo llevan consigo cuando los quitamos. Por tanto, la hermosura que viene con el vestido y con él se va es, sin duda ninguna, del vestido, no de quien se le pone.

5. Tú, pues, no envidies a las pecadoras, que buscan la hermosura ajena cuando han perdido la propia. Se muestran desnudas de la belleza natural e interna las que con tanto afán y dispendios trabajan por hacerse de fuera con varias y diversas hermosuras—las que pasan como el mundo—para aparecer bellas a los ojos de los necios. Juzga indigno

<sup>283</sup> Ps. 44, 14.<sup>284</sup> Ps. 103, 1.<sup>285</sup> Ps. 95, 6.<sup>286</sup> Eccli. 17, 26.<sup>287</sup> Ps. 32, 1.

de ti el comprar la hermosura a las pieles de los ratones y a las obras de los gusanos; bástete la tuya propia. Es propia de cada uno la hermosura que brilla por sí sola sin intervención de ninguna otra materia. ¡Oh! ¡Con qué rosa más decente colorea las mejillas virginales la joya del pudor! ¿Qué pendientes de reinas la podrán ser comparada? Tampoco es un signo de belleza inferior la disciplina. ¡Oh! ¡Cuán compuesto vuelve al cuerpo y al espíritu de las jóvenes la disciplina! Humilla la cerviz, quita los ceños, arregla el rostro, abaja los ojos, cohibe las risotadas, modera la lengua, frena la gula, calma la ira, modera el paso. Es justo adornar con tales margaritas el vestido del pudor. ¿A qué gloria no será preferida la virginidad adornada con tal variedad? A la angélica? El ángel tiene virginidad, pero no carne; así, en esto es más feliz que fuerte. En verdad es valioso y apetecible el ornato que puede dar envidia a los ángeles.

6. Pero advierte otra cosa sobre el particular. Todo esto lo poseerás tanto más seguramente cuanto sea más propio tuyo. Ves a las mujeres no tanto adornadas como cargadas de oro, plata, piedras preciosas y demás atavíos regios. Ves que arrastran tras de sí largas y preciosísimas colas, que levantan en el aire densas nubes de polvo. No te mueva todo esto. Ellas lo dejarán al menos en la muerte. Mas tu santidad no te dejará a ti. No son tuyas las cosas que llevan. Cuando mueran no lo tomarán todo, ni descenderá con ellas su gloria. El mundo, de quien son, lo retendrá cuando ellas se vayan desnudas; y con esas vanidades seducirá a otras vanas. Pero no será lo mismo de tu ornato. Está muy unido a ti y estará seguro porque es tuyo. No cae fácilmente a las injurias ni está patente a las insidias. Contra él no puede nada ni la astucia del ladrón ni la crueldad del malvado. No lo roerá la polilla, ni lo corromperá la vejez, ni se consumirá por el uso. Vivirá después de la muerte. En verdad, es cosa del alma, no del cuerpo; y, por tanto, irá con el alma cuando ésta salga del cuerpo. Así, pues, no pueden hacer nada en el alma los que matan el cuerpo.

143

A SUS MONJES DE CLARAVAL \* (año 1135)

Excusa su larga ausencia, que siente tanto o más que ellos. Les exhorta al cumplimiento de los deberes.

*A los carísimos hermanos de Claraual, monjes, conversos, novicios, el hermano Bernardo les desea que se alegren siempre en el Señor.*

1. Deducid de vosotros cuánto padezco yo. Si a vosotros os es molesta mi ausencia, nadie dude de que a mí me es

\* PL 182, 298.

molestísima. No es igual la pérdida, ni proporcionada la molestia, pues mientras vosotros carecéis de mí solo, yo carezco de todos vosotros. Necesito preocuparme de tantos cuidados cuantos sois, sentir la ausencia de cada uno y temer vuestros peligros. Este doble dolor no me deja hasta que entregue mis entrañas; no dudo que lo mismo sentís vosotros, pero yo soy uno solo. Vosotros tenéis una causa para estar tristes, yo muchas; una por cada uno de vosotros. No sólo me atormenta verme obligado a vivir, aunque sea por un tiempo, sin vosotros, sin los cuales reinar lo tendría por una miserable servidumbre, sino también verme obligado a vivir entre aquello que perturba totalmente mi querida quietud y que conviene poco a mi profesión.

2. Sabiendo estas cosas, no es bueno que os indignéis, más bien os debéis compadecer de esta mi tardanza, que no es de mi voluntad, sino de la necesidad eclesiástica. Espero, con todo, que no será larga; vosotros rezad para que no sea infructuosa. Las pérdidas que mientras tanto ocurran, considérense ganancias, porque el Señor está de por medio. El cual, siendo benigno, puede y quiere resarcir todos los daños no solamente íntegros, sino también con ganancia. Por tanto, estemos de buen ánimo teniendo a Dios con nosotros, en el cual os estoy presente por mucho que parezcan separarme las distancias de la tierra. Cualquiera de vosotros que se muestre bueno, observante, humilde, timorato, aplicado al estudio, vigilante en la oración, solícito por la caridad fraterna, no me considere ausente de sí. ¿Cómo no le estaré presente en espíritu teniendo con él un mismo corazón y una misma alma? Mas, si hay alguno que sea cuentero (lo que no ocurra), o falso, o murmurador, o contumaz, o descontento de la disciplina, o inquieto, o vago, o que no se avergüence de comer ocioso el pan, a éste, aunque le estuviere mi cuerpo presente, mi alma le estaría muy apartado por haberse ido él muy lejos de Dios por las costumbres, quiero decir, no por las distancias de los lugares.

3. Así, pues, hermanos, en tanto que vuelvo, servid al Señor con temor para que algún día, librados de la mano de vuestros enemigos, le sirváis ya sin temor. Servidle en la esperanza, porque es fiel en sus promesas; servidle también como lo merece, pues son muchos sus méritos. Callando todo lo demás, por eso exige, no sin derecho, nuestra alma, porque dió por ella la propia. Nadie, pues, viva para sí, sino para aquel que ha muerto para darle vida.<sup>288</sup> ¿Para quién más justamente viviré sino para aquel que, si no hubiese muerto, yo no habría vivido? ¿Para quién más cómodamente sino para aquel que promete la vida eterna? Pero servidle voluntariamente, porque la caridad da la libertad. A

esto provoco a mis entrañas. Servidle con aquella caridad que arroja el temor, que no siente los trabajos, que no mira al mérito, que no busca el premio, y que, sin embargo, urge más que ninguna otra cosa. Ningún terror solicita tanto, ningún premio incita tanto, ninguna justicia exige tanto. Ella os una a mi inseparablemente, ella os represente a mí continuamente sobre todo en las horas de oración, hermanos carísimos y deseadísimos.

## 144

## A LOS MISMOS \* (año 1137)

Se queja amargamente de verse tanto tiempo ausente de su amado Claraval; expresa su tierno afecto a sus amados hijos, mas consuélese porque trabaja por la Iglesia.

1. Mi alma está triste hasta que vuelva; y no se consolará sino con vosotros. ¿Qué consuelo tendré en el lugar de mi peregrinación y en el tiempo malo sino a vosotros en el Señor? Dondequiera que vaya, nunca me abandona vuestro recuerdo; pero cuanto más dulce es, tanto más molesta resulta la ausencia. ¡Ay de mí! No sólo se ha alargado mi destierro, sino se ha acumulado. Y, en verdad, según el profeta, añaden dolor al dolor de mis heridas<sup>289</sup> los que me separan, aunque sea sólo corporalmente, de vosotros. Hay un destierro común, aunque molestísimo: el andar lejos de Dios mientras estamos en este cuerpo. A éste se suma otro especial, que casi me vuelve impaciente: el verme obligado a vivir sin vosotros. Larga molestia y tediosa espera permanecer por ahora sujeto a esta vanidad que lo ocupa todo, verme rodeado de la cárcel horripilante de este cuerpo maloliente, no hallarme todavía suelto de las ataduras de la muerte y de las maromas de los pecados y estar tanto sin Cristo. Contra todo esto tenía un solo remedio, que me había sido dado de arriba: que en lugar de su rostro glorioso, escondido aún, podía ver mientras tanto el santo templo de Dios que sois vosotros. Desde este templo me parecía fácil el tránsito a aquel otro sublime al que suspiraba el profeta cuando decía: *Una cosa pedí al Señor y la seguiré buscando: el habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida; el ver las delicias del Señor y visitar su templo*<sup>290</sup>.

2. ¿Qué diré? ¿Cuántas veces me han interrumpido este consuelo? Esta es la tercera vez, según creo, que me han arrancado de mis entrañas. Destetaron a los niños antes de tiempo. No me es lícito educar a los que he engendrado por el Evange-

\* PL 182, 300.

<sup>289</sup> Ps. 68, 27.

<sup>290</sup> Ps. 26, 4.



lio. Me veo obligado a cuidar de lo extraño y a abandonar lo propio. Y dudo cuál me sea más desagradable: verme apartado de los míos o mezclarme en éstos. Así, pues, ¡oh buen Jesús!, toda mi vida se pasa en dolor y todos mis años entre gemidos. Mejor me sería, Señor, morir que vivir, pero morir entre los hermanos, entre los domesticos, entre los carísimos. Esto es más dulce, más humano, mas seguro. Es bueno que me concedas esto a fin de refrigerarme antes de que me vaya para no volver. Si te agrada, Señor mío, cierren las manos de los hijos los ojos de este padre cualquiera, pues no soy digno de ser llamado con este nombre, para que vean mis postrimerias, me consuelen en mi muerte, eleven con sus deseos mi espíritu, si es digno de la sociedad de los bienaventurados, sepulten el cuerpo pobre entre los cuerpos de los pobres. Esto, pues, si he encontrado gracia ante tus ojos, deseo obtener con todo mi afecto por las oraciones y los méritos de mis hermanos. Sin embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya. Ni vivir ni morir quiero para mí.

3. Mas es digno que quienes habéis oído mi dolor, no ignoréis mi consuelo, si le hay. Primeramente, la causa de todo el trabajo y de toda la calamidad que padezco es aquel para quien viven todas las cosas. Quiera o no, debo vivir para él, pues me compró con el precio de su propia vida; el cual es poderoso y justo juez para recompensarnos algún día lo que padezcamos por su nombre. Si militase por él forzado, cooperaría a su obra, pero sería un siervo infiel; mas, si milito voluntariamente, adquiriré gloria. Con esta consideración respiro un poco. En segundo lugar, la suprema gracia me ha honrado en mis trabajos independientemente de mis méritos; no ha sido vana en mí, como lo he experimentado en otros muchos, y vosotros tampoco lo desconocéis. Cuán necesaria sea o haya sido a la Iglesia de Dios la presencia de nuestra insignificancia, lo diría para vuestro consuelo si no oliese a gloria. Pero es mejor que lo sepáis por otros.

4. Por un ruego insistente del emperador, por el mandato apostólico, así como también por las súplicas de la Iglesia y de los príncipes, me siento arrastrar a Apulia, dolorido y contra mi voluntad, débil y enfermo, y, para decir verdad, llevando junto a mí la imagen pálida de la muerte triste. Rogad por la paz de la Iglesia, rogad por nuestra salud para que os vea de nuevo y viva y muera con vosotros. Vivid de manera que lo consigáis. Enfermo y falto de tiempo, os he dictado ésta entre lágrimas y sollozos, como es testigo nuestro carísimo hermano Balduino, que la ha escrito; al cual la Iglesia ha llamado a otro oficio y a otra dignidad. Orad también por él, pues era mi único consuelo y en quien mi espíritu descansaba mucho. Orad por el señor papa, que a mí y a todos vosotros nos abraza con afecto paterno. Orad también por el señor canciller, que ha sido para mi

como una madre, y por aquellos que están con él: por el hermano Lucas, el señor Crisógono, el maestro Yvo, que se muestran con nosotros como hermanos uterinos. Los hermanos que están conmigo, el hermano Bruno y el hermano Gerardo, os saludan y piden que también roguéis por ellos.

147

A PEDRO, ABAD DE CLUNY \* 291 (año 1138)

Le agradece de todo corazón el favor que acaba de hacerle y le notifica los triunfos gloriosos de la Iglesia.

*Al señor y Padre reverendísimo Pedro de Cluny, su Bernardo se ofrece totalmente.*

1. Visítele, ¡oh varón bondadoso!, el que viene de lo alto, porque me visitó en tierra ajena y me consoló en el lugar de mi destierro. Hizo bien al velar por el desvalido y el pobre. Estaba ausente, y ausente desde hacía mucho tiempo; y usted, hombre grande ocupado en grandes cosas, se acordó de mi nombre. Bendito, pues, su santo ángel, que sugirió tal cosa a su piadoso pecho; bendito nuestro Señor, que lo persuadió. Tengo con qué gloriarme ante los extranjeros, a saber, su carta, esa carta en que me descubre el alma. Me glorio no sólo porque me tiene en la memoria, sino porque también me ama. Me glorio por el privilegio de su amor, pues me refociló con la abundancia de la suavidad de su pecho. Pero no sólo en esto; también me glorio en mis tribulaciones, si he sido digno de sufrir por la Iglesia. He ahí mi gloria que aprecio muchísimo: el triunfo de la Iglesia. Pues, si fuimos socios en el trabajo, lo seremos también en la consolación. He debido colaborar y compadecerme con la Madre para que no se queje de mí diciendo: *los que estaban junto a mí se alejaron; y los que querían perderme me violentaban* 292.

2. Gracias sean rendidas a Dios, que la dió la victoria, que la honró en sus trabajos y secundó sus esfuerzos. Nuestra tristeza se ha convertido en gozo y nuestro llanto en cítiras. Pasó el invierno, la lluvia se alejó; aparecieron las flores en nuestra tierra; ha llegado el tiempo de la poda, se ha cortado el sarmiento inútil, el miembro podrido. Aquel, aquel perverso que había hecho pecar a Israel murió y pasó al vientre del infierno. Había hecho, según el profeta, un

\* PL 182, 304.

291 Abad de Cluny sucesor de Pons. Con una extraordinaria mansedumbre y gobierno paternal logró mantener en una relativa observancia la orden cisterciense, que caminaba con paso acelerado a la relajación.

292 Ps. 37, 12. 13.

pacto con la muerte y había firmado una alianza con el infierno<sup>293</sup>. Por lo cual, conforme a Isaías, se hizo perdición y no subsistió para siempre. El otro, que, como principal de todos, era el enemigo peor, también ha muerto. Y éste era uno de los amigos de la Iglesia, pero de aquellos de quienes se suele quejar y decir: *mis amigos y mis allegados se acercaron y se enfrentaron contra mí*<sup>294</sup>. Si algunos quedan, esperamos que tendrán pronto un mismo juicio. Pronto volveré a mis hermanos, si me acompaña la vida, pasando por ustedes. Mientras tanto, me encomiendo a sus santas oraciones. Saludamos al hermano Hugo, su camarero, y a todos los que están con usted, junto con la restante multitud santa.

### 153 A BERNARDO, MONJE DE LA CARTUJA DE LAS PUERTAS \* (año 1135)

Después de poner mil excusas a sus insistentes deseos, promete enviarle sus primeros sermones sobre el Cantar de los Cantares.

1. Me pides insistentemente, y yo constantemente me niego; pero tú perdonándome, y yo no despreciándote. ¡Ojalá pudiese elaborar algo digno de tu aprecio y de tu ingenio! Si me fuera dado, partiría contigo la luz de mis ojos y mi misma alma, amigo carísimo y hermano digno de ser estrechado con un abrazo de espiritual amor en las entrañas de Cristo. Pero ¿cuándo tendré ingenio o descanso suficiente para hacer lo que pides? Pues parece pedir nada ligero o vil, que podría hacer yo. Si se tratase de cosa de menos importancia, no habrías tenido que insistir tanto. Claramente manifiestan las reiteradas cartas tu voluntad y tu anhelo y el espíritu vehemente que las anima. Pero, créeme, cuanto más curiosamente lo desear, tengo más escrúpulos en condescender. ¿Por qué? Por temor de dar a luz un ratón ridículo a quien espera grandes cosas. Esto temo, y he ahí la causa de mi dilación. ¿Y qué extraño recele presentar lo que me da vergüenza producir? Te doy, contra mi querer, lo que publicado servirá más para vergüenza mía que para aprovechamiento de los lectores. ¿Quién, pues, dará lo que no honrará al dador ni aprovechará al aceptante? Gustoso doy; forzado pierdo. Sabemos que a quienes esperan grandes cosas les suelen venir pequeñas y desagradables. Lo que no se recibe con gusto es perdido, no dado.

2. Tú, como tienes tiempo libre, buscas por todas partes

<sup>293</sup> Is. 27, 15.

<sup>294</sup> Ps. 37, 12.

\* PL 182, 312.

incentivos con que ardas más y más y cumplas la voluntad de tu Señor, que dice *¿Y qué quiero sino que arda?* <sup>295</sup> Te alabo, pero si buscas donde no te veas al fin defraudado. Yerras si buscas entre nosotros. Yo, más bien, debería mendigar. Sé que es más dichoso dar que recibir <sup>296</sup>; pero si se da lo que es honroso para el dador y útil para el que recibe, lo cual no creo se pueda encontrar en mí. Temo que, si saliese al medio lo que poseo, te avergonzarías de haberlo deseado y te arrepentirías de haberlo pedido. ¿Mas qué? Tú mismo nos excusarás ante ti. Tus mismos ojos te muestren la verdad. Cedo a tus instancias para que la muestra quite la sospecha. Trato con un amigo. No atiendo a la vergüenza. Con tal que se haga lo que tú quieras, no me detendré en mi insensatez. He hecho transcribir algunos sermones que hace poco prediqué sobre el comienzo del Cantar de Salomón; y, aunque no los he sacado a luz pública, te los envío a ti. Si encuentro tiempo y Cristo me quita cuidados, procuraré seguir adelante, con tal que me animes. Saludo devotamente por tu mediación a vuestro prior, señor y padre nuestro, con todos los hermanos, y suplico con corazón humilde que me sean propicios ante Dios.

154

AL MISMO \* (año 1137)

Se excusa de no haberles podido visitar y le envía los primeros sermones sobre el Cantar de los Cantares.

No puedo disimular la tristeza de mi corazón ni puedo ocultarte por más tiempo el tormento que sufro, carísimo Bernardo. Me acuerdo de mi antigua promesa, de mi propósito de pasar por vosotros y contemplar otra vez a los que ama mi alma para pedir consuelo en el camino, ayuda en los trabajos, remedio a las deficiencias; pero mis pecados han hecho que no pueda aunque lo quiera. Reconozco que es castigo de mis faltas, no una falta. Está seguro, hombre de Dios, de que vuestro amigo no se ha dejado llevar de incuria, pereza o negligencia. Pero se ha puesto por medio una causa no despreciable, la causa de Dios. Sin embargo, continuamente me roe este gusano y mi dolor no se aparta de mi memoria. Otras cosas en verdad me atormentan mucho, pero ninguna como ésta. Me agotan los trabajos del camino, la incomodidad del calor, la ansiedad de los negocios. He abierto mi llaga al amigo; a ti, hermano, te toca compadecerte de mí, esto es, llevar conmigo lo que padezco, para que me vea descargado. Pido suplicante tus oraciones por medio de ti, las de los san-

<sup>295</sup> Lc. 12, 49.

<sup>296</sup> Act. 22, 39.

\* PL 182, 313.



tos con quienes vives. Te envío los sermones sobre el principio del Cantar de los Cantares que me pediste, y que he mandado transcribir. Cuando los hayas leído, te ruego que cuanto antes puedas me escribas diciéndome si debo seguir o pararme.

Niega rotundamente la inmaculada concepción de la Virgen y rechaza la fiesta de la misma.

1. Es cierto que entre las iglesias de Francia ninguna ha sobresalido tanto como la de Lyón, ya por la dignidad de su sede, ya por la pureza de sus doctrinas y sus institutos dignos de alabanza. ¿Dónde brilló de igual modo la severidad de la disciplina, la gravedad de las costumbres, la madurez de los consejos, el peso de la autoridad, la insignia de la antigüedad? Sobre todo en los oficios eclesiásticos, no ha accedido nunca ligeramente a las novedades repentinas la iglesia llena de juicio ni se ha dejado alguna vez desdorar por la precipitación juvenil. Por lo cual nos admiramos de una manera extraña de que en este tiempo algunos de vosotros hayan querido deslucir vuestra fama esplendorosa introduciendo una nueva solemnidad, que desconoce el rito de la Iglesia, que no prueba la razón ni recomienda la tradición antigua. ¿Acaso somos más sabios y más devotos que nuestros padres? Peligrosamente presumimos lo que dejó pasar su prudencia. De haber sido cosa de consideración, ¿podría haberse escondido a su diligencia?

2. Pero, dirás, la Madre de Dios debe ser muy honrada. Aconsejas bien; pero el honor de la Reina ama el juicio. La Virgen regia no necesita un falso honor, cargada, como está, de títulos verdaderos y de ínfulas de dignidades. Honra la integridad de la carne, la santidad de la vida; admira la fecundidad en la Virgen; venera la divina prole; ensalza a la que no experimentó ni concupiscencia al concebir ni dolor al dar a luz; encomia a la reverenciada por los ángeles, a la deseada de las gentes, a la prevista por los patriarcas y los profetas, a la elegida de todos, a la preferida a todos; engrandece a la inventora de la gracia, a la mediadora de la salvación, a la restauradora de los siglos; exalta, en fin, a la exaltada sobre los coros de los ángeles en el reino celestial. Estas cosas me canta de ella la Iglesia, y las mismas me manda que la cante. Por tanto, mantengo y transmito seguro lo que he recibido de ella; lo que no, confieso que lo admitiría con grandes escrúpulos.

\* PL, 182, 332.

3. Así, pues, recibí de la Iglesia el celebrar con suma veneración aquel día en que, elevada del siglo, introdujo en el cielo una fiesta de gozos celebérrimos. También aprendí en la Iglesia y de la Iglesia a tener como verdaderamente festivo y santo el nacimiento de la Virgen y siento firmemente con la Iglesia que recibió en el seno materno la santidad para nacer santa. Leo de Jeremías que fué santificado antes de salir del vientre. Sobre San Juan Bautista no juzgo de otra manera, ya que conoció, estando en el seno, al Señor, que se encontraba en el seno<sup>297</sup>. Tú verás si se podrá pensar lo mismo del santo David por aquello que decía al Señor: *En ti me he apoyado desde el vientre; desde el seno de mi madre tú eres mi protector*<sup>298</sup>; y también: *Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios; no te apartes de mí*<sup>299</sup>. De Jeremías se ha dicho así: *Antes de hacerte en el vientre, te conocí; y antes que salieras del seno, te santifiqué*<sup>300</sup>. ¡Cuán perfectamente distingue el divino oráculo entre la formación en el vientre y la salida del mismo, de manera que la primera solamente es conocida, mientras que la segunda está también adornada con el don de la santidad! No quería que pensase alguno que la prerrogativa del profeta consistía en la sola presciencia o predestinación.

4. Muy bien que concedamos esto de Jeremías. ¿Qué diremos de Juan Bautista, a quien anunció el ángel que habría de ser llenado del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre? En verdad, esto no se puede referir a la predestinación o presciencia. Las palabras del ángel, tal como él las dijo, se cumplieron, sin duda ninguna, en su día; y, precedido que habría de ser llenado del Espíritu Santo, debemos creer que así sucedió, y en el lugar y tiempo que se predijo. Ciertísimamente, el Espíritu Santo santificó al que llenó. Por lo demás, que esta santificación destruyó el pecado original tanto en este como en el otro profeta, como en cualquiera que haya sido prevenido por la gracia, no lo afirmaré temerariamente. Pero no dudaré llamar santificados a los que Dios santificó y a decir que salieron del vientre con la misma santidad que recibieron en él. Ni la culpa que contrajeron en su concepción pudo en modo alguno amenguar o destruir la bendición ya dada. ¿Quién dirá que el llenado del Espíritu Santo permanecía aún hijo de ira y que, si moría en el vientre con esta plenitud del Espíritu, sufriría las penas de la condenación? Duro es esto. En modo alguno me definiré sobre el particular. Mas sea de ello lo que quiera, con razón la Iglesia, que en los demás santos no encomia el nacimiento, sino la muerte, por una singular excepción, venera con gozos festivos el nacimiento de aquel de quien dijo el ángel que le anunció: *Y muchos se alegrarán en su*

<sup>297</sup> Lc. I, 41.

<sup>298</sup> Ps. 70, 6.

<sup>299</sup> Ps. 21, 11.

<sup>300</sup> Jer. I, 5.

*nacimiento* <sup>301</sup>. ¿Cómo no habría de ser santo, y, por lo mismo, festivo y alegre, el nacimiento de aquel que pudo saltar de gozo en el vientre?

5. Y lo que se concedió a algunos santos no es lícito sospechar que se negó a virgen tan singular, por quien toda la mortalidad vino a la vida. Sin duda, la Madre del Señor fué antes santa que nacida; ni se engaña la Iglesia al tener por santo el día de su natividad y al celebrarle anualmente por toda la tierra con júbilo y festejos extraordinarios. Yo creo que descendió sobre ella una bendición santificadora abundantísima, que no sólo hizo santo su nacimiento, sino también la guardó inmune durante su vida de todo pecado; lo cual no se cree que se haya dado a ningún otro nacido de mujer. Convenía a la Reina de las vírgenes el privilegio de una santidad especial, por cuya virtud transcurriese toda su existencia sin un solo pecado, para que de este modo la que había de dar a luz al vencedor de la muerte y del pecado obtuviese para todos el don de la vida y de la justicia. Fué, pues, santo su nacimiento, porque le hizo santo la santidad inmensa que había de salir de su vientre.

6. ¿Qué más honores debemos añadir a éstos? Se ha de honrar también, dicen, la concepción que precedió al parto glorioso; pues si ella no hubiese precedido, no habría nacimiento que honrar. ¿Qué si por la misma causa afirma otro que se debe tributar los mismos honores gloriosos a sus padres? Y por la misma razón se podría exigir otro tanto para los abuelos y bisabuelos; y así se caminaría al infinito y las fiestas no tendrían número. Estos continuos gozos son propios de la patria, no del destierro; y la multitud de fiestas conviene a los ciudadanos, no a los desterrados. Mas se trae un escrito que, según dicen, es de revelación divina; ¡como si le fuese imposible a cualquiera sacar otro escrito en que la Virgen dijese lo mismo de sus padres, según el precepto del Señor: *Honra a tu padre y a tu madre!* <sup>302</sup>. Poco me mueven a mí los escritos que la razón no aprueba ni favorece la autoridad. ¿Qué lógica hay en que sea también santa la concepción por haber precedido al nacimiento? ¿Acaso porque le precedió le hizo santo? Ciertamente porque precedió le hizo, pero no santo. ¿De dónde, pues, la vino a la concepción la santidad para transmitirla al nacimiento? ¿Acaso no sería mejor decir que, por haberle precedido sin santidad, fué necesario santificar a la concebida para que siguiese un nacimiento santo? ¿Acaso compró la santidad la primera del segundo? Pudo muy bien pasar la santidad obrada en la concebida al nacimiento que

<sup>301</sup> Lc. I, 14, 15.

<sup>302</sup> Ex. 20, 12.

siguió, pero no pudo volver de ningún modo a la concepción que había precedido.

7. ¿De dónde, pues, la santidad de la concepción? ¿Acaso se dice que fué prevenida por la santidad, de suerte que, concebida ya santa, fué por lo mismo santa la concepción; de igual modo que, santificada en el vientre, siguió un nacimiento santo? Pero no pudo ser santa antes de existir, pues no existía antes de ser concebida. ¿Acaso entre los abrazos maritales se mezcló la santidad en la concepción, de tal suerte que fuese santificada al mismo tiempo que concebida? Tampoco esto lo admite la razón. ¿Qué santidad pudo haber sin Espíritu santificante o qué sociedad del Espíritu Santo con el pecado? De otro modo, ¿faltaría el pecado donde no faltó la concupiscencia? ¡A no ser que alguno diga que fué concebida no de hombre, sino del Espíritu Santo! Pero esto sería inaudito. Leo en las palabras del ángel que el Espíritu Santo vino a ella, pero no con ella: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti*<sup>303</sup>. Y, si es lícito hablar lo que la Iglesia siente (y siente la verdad), digo que tiene la gloria de haber concebido del Espíritu Santo, no de haber sido concebida de El; digo que dió a luz virgen, no que fué dada a luz por una virgen. De otro modo, ¿dónde estaría la prerrogativa de la Virgen, quien sola se gloria, como creemos, del don de la prole y de la integridad de su cuerpo, si concedes lo mismo a su madre? Esto no es honrar a la Virgen, sino quitarla el honor. Si, pues, no pudo ser santificada antes de su concepción porque aún no existía, si tampoco en su misma concepción por el pecado que concurría, resta creer que, estando en el vientre después de su concepción, recibiese la santificación; la cual, excluido el pecado, hizo santo su nacimiento, mas no su concepción.

8. Por lo cual, aunque a algunos de los hijos de los hombres se les dió nacer con santidad, no el ser concebidos santos, para que la prerrogativa de la concepción santa se reservase a uno solo, que santificase a todos y que, viniendo sin pecado, borrarse todos los pecados. Sólo el Señor Jesucristo fué concebido del Espíritu Santo, porque era el único santo antes de la concepción. El cual exceptuado, se aplica a todos los nacidos de Adán lo que uno confesó humilde y verazmente de sí: *He sido concebido en la iniquidad y mi madre me ha engendrado en el pecado*<sup>304</sup>.

9. Siendo esto así, ¿qué motivo hay para celebrar la concepción? ¿Por qué razón, repito, se tiene por santa la concepción que no es del Espíritu Santo, para no decir que viene del pecado? ¿Por qué se festeja la que de ningún modo es santa? La Gloriosa carecerá con gusto de este honor.

<sup>303</sup> Lc. I, 35.

<sup>304</sup> Ps. 50, 7.



con el que se honraria el pecado o se afirmaria una santidad falsa. Por otra parte, no la agradaria en absoluto el presumirse, contra el rito de la Iglesia, tal novedad, que es madre de la temeridad, hermana de la superstición, hija de la ligereza. Pero, si se juzga de otro modo, se debería antes consultar la autoridad de la Sede Apostólica y no seguir precipitadamente la ingenuidad de algunos ignorantes. Ya antes habia notado en varios el error; pero disimulaba, perdonando la devoción que viene de la sencillez del corazón y del amor a la Virgen. Mas, descubierta la superstición entre los sabios, y en la noble y famosa iglesia de la que soy especialmente hijo, no sé si podré disimular sin haceros a todos vosotros una grave ofensa. Cuanto he dicho, lo sea sin oposición a un dictamen más sabio. Principalmente reservo esto, como todas las demás cosas, a la autoridad y examen de la Iglesia romana, dispuesto a enmendar cuanto no esté conforme con su juicio.

## 228

A PEDRO EL VENERABLE (año 1143)

Responde jovialmente a las quejas del abad de Cluny de que no le escribe.

*Al reverendo Padre y señor Pedro, abad de Cluny por la gracia de Dios, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, se ofrece cuanto es.*

1. ¿Pero es lícito bromear? En verdad, lo es con dignidad y amigablemente. Pues bromeé de modo que no se burle. No se admire. Me vuelve sospechoso su dignación tan súbita e inopinada. No hace mucho tiempo, escribiéndole con debida atención, saludé a su grandeza; mas no me respondió palabra. También le habia escrito antes desde la ciudad de Roma, y ni siquiera una jota recibí entonces. ¿Y ahora se admira de que, vuelto usted de España, no haya presumido enviarle mis bagatelas? Si es falta no escribir, de ningún modo se verá libre de ella quien no quiere, más bien tiene en poco, contestar. He ahí lo que responderia en mi favor la justicia (ya que me lo pide), si no prefiriese salir al encuentro de la amistad que viene, en vez de alejarla de mí, al querer excusarme inútilmente y acusar a otros. Dije esto para no retener dentro del corazón cosa que puede hablar la lengua, como manda la verdadera amistad. Por lo demás, puesto que la caridad lo cree todo<sup>305</sup>, váyanse de en medio las sospechas. Me alegro de que haya recordado la antigua

\* PL 182, 396.

<sup>305</sup> I Cor. 13, 7.

amistad y que haya vuelto a llamar al amigo ofendido. Pues-  
to que me llama, vuelvo con gusto; me siento feliz de volver,  
me olvido de todas las injurias<sup>306</sup>. Yo, que he sido antes  
siervo de su santidad, doy las gracias por todo. Me ha dado  
un lugar óptimo, de nuevo me ha hecho íntimo suyo, como  
se digna escribirme. Si, como arguyo, me había enfriado  
sin duda ninguna reaccionaré rápidamente calentado en las  
entrañas de su caridad.

2. Le diré que recibí con manos abiertas lo que se dignó  
escribirme. Lo lei con avidez; gustosamente lo releo; me  
gusta más lo repetido. Me agrada, lo confieso, su broma.  
Es grato el gracejo mezclado con una grave seriedad. No  
sé cómo se las entiende para decir jugando cosas serias,  
de suerte que la broma no huela a ligereza ni la autoridad  
conservada disminuya la gracia de la alegría. De tal suerte  
mantiene su decoro, que se puede aplicar perfectamente a  
usted aquello del varón santo: *Cuando yo reía no lo querían  
creer*<sup>307</sup>. Ea; ya le he escrito, y pienso que podré exigir más  
de lo que promete. Es digno que sepa algunas cosas mías.  
Me han mandado no salir más del monasterio si no es para  
ir al capítulo anual de los abades cistercienses. Aquí, pues,  
fortalecido por sus oraciones y consolado con sus bendi-  
ciones, esperaré en los pocos días que me quedan de lucha  
que venga mi cambio de domicilio. Séame Dios propicio y  
no aparte de mí su misericordia y las oraciones de usted.  
Tengo rotas las fuerzas, y con ello una legítima excusa para  
no ir de aquí para allá como solía. Me sentaré y callaré por  
si experimento lo que eructaba el profeta santo de la plenitud  
de su íntima suavidad: *Bueno es esperar al Señor  
en silencio*<sup>308</sup>. Pienso que ya no se reirá más de mí ni se  
atreverá a reprenderme de este mi silencio y llamar sopor  
a lo que más justa y propiamente llama el santo Isaías  
culto de la justicia<sup>309</sup>, del cual lee cómo dice el Señor en el  
mismo profeta: *En el silencio y en la esperanza estará vuestra  
fortaleza*<sup>310</sup>. Encomiéndeme a las oraciones del santo  
convento cluniacense después de saludarles, si lo juzga con-  
veniente, de parte del siervo de los siervos.

---

<sup>306</sup> Se refiere a algunas diferencias entre los dos Santos respecto  
a la elección del obispo de Langres y la exención de los diezmos.

<sup>307</sup> Job 29, 24.

<sup>308</sup> Thren. 3, 26.

<sup>309</sup> Is. 32, 17.

<sup>310</sup> Is. 30, 15.

## 237 A TODA LA CURIA ROMANA DESPUÉS DE HABER SIDO ELEGIDO PAPA EL ABAD DE SAN ANASTASIO CON EL NOMBRE DE EUGENIO III \* <sup>311</sup> (año 1145)

Después de quejarse dulcemente de que hayan elegido por Padre de la Iglesia a un habitante de la soledad, les ruega le asistan con todo desinterés para que desempeñe perfectamente su difícil tarea.

*A los señores y padres reverendísimos, cardenales y obispos que están en la curia, les saluda el hijo de Su Santidad.*

1. ¡Dios les perdone! ¿Qué han hecho? Han vuelto a traer a los hombres a un hombre sepultado; de nuevo han metido e implicado en los negocios al que huía de las preocupaciones y de las turbas. Han hecho primero al último; y he ahí que sus postrimerias son peores que su principio. Por ustedes resucita al mundo el muerto al mundo; eligen señor de todos al que había elegido ser despreciado en la casa de su Dios. ¿Por qué trastornan el propósito del pobre? ¿Por qué perturban el juicio del hombre miserable, pobre y de corazón contrito? Corría bien; ¿por qué se les ha ocurrido sembrar de espinas sus linderos, apartarle de sus sendas, perturbar sus pasos? Cayó de esta manera en los ladrones, como si descendiese de Jerusalén, cuando más bien ascendía de Jericó. Y el que se había libertado poderosamente de los halagos de la carne, de la gloria del siglo y de las manos del demonio, no pudo evitar las suyas. ¿Acaso abandonó a Pisa para recibir a Roma? ¿Acaso el que no quiso ser el segundo en una sola iglesia querría el dominio de toda la Iglesia?

2. ¿Qué razón o consejo pudo haber en correr apresuradamente, apenas muerto el sumo pontífice, a un hombre rústico, echar las manos al que estaba oculto y, quitando de las suyas el hacha, la hoz o la azada, llevarle al palacio, levantarlo en la cátedra, vestirle de púrpura y seda, ceñirle la espada para que hiciese venganza en las naciones, corriese a los pueblos, atase a los reyes con cadenas y a sus nobles con esposas de hierro? ¿Acaso no había entre vosotros alguno docto o ejercitado al que, más bien, conviesen estas cosas? Parece verdaderamente ridículo tomar

\* PL 182, 425.

<sup>311</sup> A la muerte del papa Lucio II, el Colegio Cardenalicio eligió por sumo pontífice al abad de San Anastasio, de Roma, Bernardo, discípulo de San Bernardo, quien tomó el nombre de Eugenio III. Antes de entrar en religión había sido vicario general del obispo de Pisa. La abadía de San Anastasio de Roma era hija de Claraval.

a un hombre vestido de toscos sayales para que presida a los príncipes, mande a los obispos, disponga de los reinos y dé los imperios. ¿Ridículo o milagroso? Seguramente, una de las dos cosas. No lo niego; no desconfío de que también ha podido ser obra de Dios, único que hace cosas grandes oyendo de la boca de todos que el Señor lo ha hecho. Tampoco me olvido de los juicios antiguos de Dios; sabemos por las Escrituras que por la voluntad de Dios se tomaba en otro tiempo a hombres de vida rústica para regir a los pueblos. Finalmente—para nombrar uno de entre tantos—, ¿no eligió de semejante manera a su siervo David, no le tomó de entre los rebaños de ovejas y le recibió cuando seguía a las preñadas?<sup>312</sup> De igual modo, repito, de igual modo ha podido ocurrir a nuestro Eugenio por beneplácito del Señor.

3. Sin embargo, no estoy tranquilo, porque es hijo delicado, porque es tierna su modestia, acostumbrada más al descanso y la quietud que a tratar las cosas públicas; es de temer que no desempeñe los oficios de su apostolado con aquella autoridad que sería necesaria. ¿Qué ánimo tendrá un hombre que, perturbado de repente en el secreto de su contemplación interna y en la soledad amada de su corazón, ve que le sacan afuera, como al niño del regazo de su madre, y que le llevan, como oveja destinada al matadero, a cosas tan ásperas y desacostumbradas? Si el Señor no pone su mano, ¡ay!, es necesario que le sobrecargue y oprima el peso extraño y excesivo, que, como dicen, parece formidable para los mismos hombros angélicos. Con todo, porque así se ha hecho y porque, como muchos dicen, ha sido obra del Señor, incumbe, carísimos, a su ferviente ayuda y fiel correspondencia fomentar solícitamente lo que han elaborado sus manos. Si hay en ustedes algo de consolación, algo de amor de Dios, algo de tierna compasión; si tienen entrañas de piedad, asistanle y colaboren con él en la obra a la que el Señor le ha tomado por medio de ustedes. Sugieranle cuanto sea verdadero, cuanto sea honesto, cuanto sea justo, cuanto sea santo, cuanto sea amable, cuanto sea de buen parecer; sugiéransele, persuádansele, óbrenle; y el Dios de la paz será con ustedes.

---

<sup>312</sup> Ps. 77, 70, 71.



## 238

## LA PRIMERA AL PAPA EUGENIO \* (año 1145)

Le felicita por haber ascendido a la sede de Pedro y al mismo tiempo le da consejos sabios y paternales.

*A su amadisimo padre y señor Eugenio, sumo pontifice por la gracia de Dios, Bernardo, llamado abad de Claraval, le ofrece lo poco que es.*

1. Hemos oído en nuestra tierra y con célebre palabra se ha divulgado lo que el Señor ha hecho en ti. Hasta ahora he tenido apretada la pluma; consideraba despacio la cosa. Esperaba tu carta y verme prevenido por ti con bendiciones de dulzura. Esperaba a un hombre fiel que viniese de tu lado y que me dijese todo por su orden: qué se ha hecho, cómo, de qué manera. Esperaba que volviese alguno de mis hijos y mitigase el dolor del padre diciendo: *Tu hijo José vive y manda en toda la tierra de Egipto*<sup>313</sup>. Por lo cual esta mi carta no viene de la voluntad, sino de la necesidad, y está sacada por los ruegos de los amigos, a los cuales no puedo negar lo poco de vida que aún me queda. Ya serán pocos mis días, ya sólo me resta el sepulcro. Mas, porque empecé, hablaré a mi señor. Ya no me atrevo a llamarte hijo, porque el hijo se ha convertido en padre, y el padre en hijo. El que viene después de mí pasa antes que yo. Mas no envidio, porque cuanto me falta a mí espero encontrarlo en él, que ha venido no sólo después de mí, sino también por mí. Pues, si te dignas oírlo, te he engendrado por el Evangelio. ¿Cuál es, pues, nuestra esperanza, nuestro gozo y nuestra corona? ¿No eres acaso tú? En fin, el hijo sabio es gloria del padre<sup>314</sup>. Con todo, en adelante no te llamaremos hijo, sino te daremos un nombre nuevo que ha pronunciado la boca del Señor<sup>315</sup>. Esta es mudanza de la diestra del Excelso, y muchos se gozarán en ella. Así como antiguamente Abrán se mudó en Abrahán<sup>316</sup>, Jacob en Israel<sup>317</sup>, y, para proponerte alguno de tus predecesores, Simón en Pedro<sup>318</sup>, Saulo en Pablo<sup>319</sup>, así mi hijo Bernardo se ha convertido, por un cambio feliz y útil, como esperamos, en mi padre Eugenio. Ahí está el dedo de Dios, que levanta del polvo al necesitado y al pobre del estercolero para que se sienten con los príncipes y tengan el solio de la gloria.

\* PL 182, 427.

<sup>313</sup> Gen. 44, 26.

<sup>314</sup> Prov. 10, 1.

<sup>315</sup> Is. 62, 2.

<sup>316</sup> Gen. 17, 5.

<sup>317</sup> Gen. 32, 28.

<sup>318</sup> Io. 1, 42.

<sup>319</sup> Act. 13, 9.

2. Resta que, hecho el cambio en ti, se mude también en mejor la Esposa de tu Señor, que te ha sido encomendada, para que ya no se llame Sirai, sino Sara<sup>320</sup>. Atiende lo que digo: te dé entendimiento el Señor. Si eres amigo del Esposo, no llamarás a su Querida mi *princesa*, sino *princesa*, no atribuyéndote nada a ti en ella, a no ser el dar por ella, si es necesario, hasta la vida. Si te envía Cristo, has de pensar que vienes a servir, no a ser servido; a suministrar no sólo los bienes, sino la misma alma. El verdadero sucesor de Pablo dirá con él: *No dominamos vuestra fe, sino somos cooperadores de vuestro gozo*<sup>321</sup>; el heredero de Pedro oiga a Pedro decir: *No dominando al clero, sino hechos espejos de la grey*<sup>322</sup>. De este modo podrás introducir a los deseados abrazos del Esposo hermosísimo no ya a una esclava, sino a la libre y bellísima. De lo contrario, ¿de quién se podrá esperar este tan necesario desinterés, si también tú (lo que no suceda) buscas en la heredad de Cristo lo que es tuyo, habiendo aprendido antes no digo a retener lo tuyo, mas ni siquiera a ser tuyo?

3. Por lo cual, teniendo en ti la confianza que no ha tenido en muchos de tus predecesores desde tiempos atrás, salta de gozo y se gloria en el Señor toda la Iglesia de los santos; pero especialmente aquella que te llevó en su seno y cuyos pechos te amamantaron. ¿Qué? ¿No me será lícito alegrarme con los que se alegran? ¿No seré del número de los que se regocijan? Me he alegrado, lo confieso, pero con temblor; he saltado de gozo, pero en el momento de mi júbilo el temor y el pavor han venido sobre mí. Aunque he dejado el nombre de padre, no he dejado el temor, ni la ansiedad, ni el afecto, ni las entrañas de padre. Considero el grado, y temo la caída; considero la cumbre de la dignidad, y miro la boca del abismo abierto al fondo. Atiendo a la altura del honor, y muy junto recelo el peligro por aquello del Salmo: *El hombre, puesto en el honor, no comprendió*<sup>323</sup>. Lo cual creo que se debe referir más a la causa que al tiempo, de suerte que se debe entender de esta manera: el honor sorbió el entendimiento.

4. Ciertamente, habías elegido el ser despreciado en la casa de Dios y sentarte el postrero en su convite; pero al que te invitó le ha agradado decirte: *Amigo, sube más arriba*<sup>324</sup>. Así, pues, has subido a lo alto; mas no sientas demasiado altamento, sino teme, no ocurra que al fin exhales aquel triste gemido: *Después de elevarme, me estrellaste contra tu ira y tu indignación*<sup>325</sup>. Te ha caído en suerte un lugar alto, pero no más seguro; el más sublime, pero

<sup>320</sup> Gen. 17, 15.

<sup>321</sup> 2 Cor. 1, 23.

<sup>322</sup> 1 Petr. 5, 3.

<sup>323</sup> Ps. 48, 13, 21.

<sup>324</sup> Lc. 14, 10.

<sup>325</sup> Ps. 101, 11.

no el más firme. Terrible, sí, terrible es este lugar. El lugar, digo, en que te encuentras es tierra santa; es el lugar de Pedro, el lugar del Principe de los Apóstoles, en que posaron sus pies. Es el lugar de aquel a quien constituyó el Señor amo de su casa y principe de toda su posesión. Si por casualidad te apartas de su camino, serás sepultado en el mismo lugar para que sea testimonio contra ti. Con razón fué encomendada la Iglesia a tal pastor y padre cuando todavía era tierna, cuando aún se encontraba en la cuna, para que, enseñada por su magisterio e ilustrada por su ejemplo, pisotease al mundo, ya que él había limpiado sus manos de todo bien terreno y decia con todo su corazón y desde lo intimo de su conciencia: *No tengo oro ni plata* <sup>326</sup>. Y de esto lo dicho.

5. Por lo demás, he ahí la causa por que te he escrito antes de tiempo: el obispo de Winchester y el arzobispo de York no van a una con el arzobispo de Cantorbery, sino tiran por el lado opuesto. Se trata de una vieja cuestión de legacia. Sin embargo, ¿quiénes son ellos y quién es él? ¿No es el arzobispo de York aquel a quien, estando tú delante cuando todavía eras como uno de nosotros, los hermanos le resistieron de frente porque era reprehensible? Mas confió en la multitud de sus riquezas y prevaleció en su vanidad. No entró por la puerta, sino subió por otra parte. Si fuese pastor, habia que amarle; si mercenario, habia que tolerarle; pero como ladrón y salteador que es, se le debe evitar y repeler. ¿Qué diré del señor obispo de Winchester? Las obras que hace dan testimonio de él. Por el contrario, el arzobispo de Cantorbery, a quien se oponen, es varón religioso y de muy buena fama. Por él pedimos que le responda su propia justicia. Mas sobre los otros dos caiga su iniquidad para que sea como está escrito: *La justicia del justo será sobre él, mas sobre el impío caerá su impiedad* <sup>327</sup>. Cuando tengas tiempo, recompénsales conforme a las obras de sus manos para que sepan que hay profeta en Israel.

6. ¿Quién me diera el ver antes de morir a la Iglesia de Dios como en los días antiguos, cuando los apóstoles arrojaban las redes para pescar no oro o plata, sino almas! ¡Cuánto deseo que heredes la voz de aquel cuya sede has conseguido! *Tu dinero, dijo, sea contigo para tu perdición* <sup>328</sup> ¡Oh voz de trueno! ¡Oh voz de poder y magnificencia! Confúndanse y huyan a esta voz cuantos odian a Sión. Esto espera y pide con grandes ansias de ti tu madre; esto sus hijos, esto los pequeños y los grandes: que toda planta que no plantó el Padre celestial sea desarraigada. Para esto te

<sup>326</sup> Act. 3, 6.

<sup>327</sup> Ez. 18, 20.

<sup>328</sup> Act. 8, 20.

han constituido sobre las gentes y sobre los reinos: para que arranques y destruyas, edifiques y plantes. Muchos, al oír tu exaltación, dijeron dentro de sí: Ya se ha puesto la sierra a raíz de los árboles. Muchos dicen en su corazón: Aparecieron las flores en nuestra tierra, ha llegado el tiempo de la poda, en que se corten los sarmientos estériles para que los restantes produzcan más fruto.

7. Animo, pues, y sé fuerte; echa las manos a las cervices de tus enemigos. Vindica para tí, con la constancia del ánimo y el vigor del espíritu, la parte que, independientemente de tus hermanos, te ha dado el Padre omnipotente, y que arrebató con su espada y su arco de la mano del amorreo. Acuérdate en todas tus obras de que eres hombre y siempre esté delante de tus ojos el temor de aquel que quita la vida a los príncipes. ¡A cuántos romanos pontífices has visto morir con tus propios ojos en espacio de tiempo tan breve! Tus predecesores, pues, te hablen de tu ciertísima y pronta muerte y el escaso tiempo de dominio te anuncie la brevedad de tus días. Entre los halagos de la gloria pasajera, repasa en una constante meditación tus novísimos, porque a cuantos has sucedido en la sede, a todos esos los seguirás a la muerte.

## 244

A CONRADO, REY DE LOS ROMANOS \* (año 1146)

Exhórtale a defender la autoridad pontificia contra los rebeldes romanos.

1. Ni tan dulcemente ni tan amigablemente, pero ni tan estrechamente, pudieron unirse y coplantar el reino y el sacerdocio como al convenir ambos en la persona del Señor; el cual fué hecho, según la carne, de ambas tribus (Leví y Judá) Sumo Sacerdote y Rey. Y no sólo esto, sino las mezcló El y las confederó en su *Cuerpo*, el pueblo cristiano, del cual es Cabeza. Así, a este género de hombres la voz apostólica le llama *raza elegida, sacerdocio real* <sup>329</sup>. Y en otro pasaje, ¿no se da también a cuantos están predestinados a la vida los nombres de reyes y sacerdotes? <sup>330</sup>. Por tanto, lo que Dios unió, no lo separe el hombre. Más bien lo que determinó la autoridad divina procure ponerlo en práctica la voluntad humana y únanse los ánimos unidos en su institución. Ayúdense mutuamente, defiéndanse mutuamente, lleven mutuamente sus cargas. Dice el Sabio: *Si el hermano ayuda al hermano, ambos se consolarán* <sup>331</sup>. Mas sí, lo que

\* PL, 182, 440.

<sup>329</sup> 1 Petr. 2, 9.

<sup>330</sup> Apoc. 1, 6; 5, 20.

<sup>331</sup> Prov. 18, 10.



no ocurra, se muerden y arañan uno a otro, ¿no se desolarán? No piense mi alma como aquellos que dicen que la paz y la libertad de las iglesias perjudican al Imperio, o que la prosperidad y exaltación del Imperio dañará a la Iglesia. El fundador de una y otra no los unió para que se destruyesen, sino para que se edificasen.

2. Si esto sabe, ¿hasta cuándo disimulará el común desprecio, la común injuria? ¿Acaso no es Roma la cabeza del Imperio, así como es la Sede Apostólica? En verdad, ignoro qué le aconsejan sobre esto sus sabios y sus principes; pero yo, hablando en mi insensatez, no callaré lo que siento. La Iglesia de Dios, desde su nacimiento hasta los tiempos actuales, se ha visto perseguida muchas veces, y muchas veces también libertada. Además, oiga lo que ella misma dice de sí en el Salmo: *Muchas veces me han combatido desde mi juventud, pero no han podido nada contra mí. Sobre mis espaldas han fabricado los pecadores y han prolongado su iniquidad* <sup>332</sup>. Está cierto, ¡oh rey!, de que tampoco ahora permitirá el Señor que domine la vara de los pecadores sobre la suerte de los justos. No se ha acertado la mano del Señor ni se ha hecho impotente para salvar. También en este tiempo, sin duda ninguna, librará a su Esposa, a la que redimió con su sangre, dotó con su espíritu, adornó con dones celestiales y enriqueció también con bienes terrenos. La librará, repito, la librará; pero si con mano de otro, vean los principes del reino si eso va en honor del rey y utilidad del reino. Ciertamente, no.

3. Por tanto, ciña su espada junto a su muslo y, poderoso, restituya a sí mismo el César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Ambas cosas interesan al César: defender su corona y proteger a la Iglesia. Lo uno conviene al rey, lo otro al defensor de la Iglesia. Confío que el Señor dará la victoria. Es más la soberbia y arrogancia de los romanos que su fortaleza. ¿Qué? ¿Acaso algún grande o poderoso, por ejemplo, un emperador o un rey, presumiría esta cosa tan fea contra el Imperio y contra el sacerdocio? Pero este pueblo maldito y tumultuoso, que no sabe unir sus fuerzas, ver el fin, considerar el provecho, se ha atrevido, en su insensatez y en su furor, a intentar este gran sacrilegio. Ante la faz del rey no podrán persistir un momento ni la mano popular ni la temeridad del vulgo. Me he vuelto insensato, pues siendo persona vil e ignoble, me he metido, como grande, a dar consejos a tan gran majestad y a sabiduría tan eximia sobre una cuestión tan trascendental. Por lo cual todavía añadido en mi insensatez: Si algún otro (lo que no creemos) se esfuerza por persuadirle otra cosa distinta de lo que yo le he dicho, éste o no ama al rey.

<sup>332</sup> Ps. 128, 2, 3.

o entiende poco de lo que conviene a la majestad regia, o también busca lo que es suyo, sin preocuparse de lo que es de Dios y del rey.

## 251

AL SEÑOR PAPA EUGENIO \* (año 1147)

Intercede por los monjes de Baume.

*Al Padre amantísimo y señor Eugenio, por la gracia de Dios sumo pontífice, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, le ofrece cuanto es.*

Los monjes de Baume pecaron gravemente<sup>333</sup>, pero recibieron ya su castigo. Por eso, toda la Iglesia os debe alabanza y acciones de gracia, porque no callasteis, ni disimulasteis, ni os parasteis. Os indignasteis como debíais, heristeis, mas para sanar. Si el Señor se olvida de compadecerse y contiene en su ira sus misericordias, ¿de dónde vendrá la salud? Confiadamente, pues, esperamos la misericordia después del juicio para cantar al Señor la misericordia y el juicio. Sé bien que el vicario de Cristo no se apartará de las huellas de aquel cuyo vicario es, puesto que El dice: *Quien me sirve, me siga*<sup>334</sup>. Ahora bien: añade el mismo profeta: *¿Quién sabe si se compadecerá Dios y lo perdonará todo y dejará tras de sí la bendición?*<sup>335</sup>. Esto exigimos también confiadamente de vuestra santidad. No es justo que echéis a perder al justo con el impío. Los que obraron mal han sido ya quitados de en medio. ¿Qué queda sino salvar las reliquias? ¿Y por qué no, si os obedecieron a vos, si obedecieron a vuestro predecesor? Me apoyo en Pablo, que decía: *Quitad lo malo de vosotros*<sup>336</sup>. Por tanto, compadeceos de ellos y no perjudique la iniquidad de los criminales a la justicia de los inocentes. Digo esto porque han sido emplazados por los de Autún ante vuestra majestad y temen que les dañe la iniquidad de otros. Rogamos, pues, que trabajéis por reconciliarlos y ponerlos en paz. Queremos el bien para ambos, y creemos que a ambos se les debe procurar.

<sup>333</sup> Pl. 182, 451.

<sup>333</sup> Consistió en una desobediencia formal a la autoridad pontificia. Se les castigó reduciendo la abadía a priorato. Más tarde se levantó la pena.

<sup>334</sup> Io. 12, 26.

<sup>335</sup> Joel 2, 14.

<sup>336</sup> I Cor. 5, 13.

Animale a aceptar intrépido la muerte y le expresa su deseo de verle en vida.

*A su carísimo e íntimo amigo Suger, por la gracia de Dios abad de San Dionisio, el hermano Bernardo le desea la gloria que viene de dentro y la gracia que desciende de arriba.*

1. Hombre de Dios, no temas dejar al hombre terreno, a ese que te deprime hasta la tierra y se esfuerza por precipitarte en los infiernos. Ese es el que veja, el que carga, el que impugna. ¿Qué te importa a ti de los terrenos despojos; a ti, que vas a ir al cielo para vestirme al punto de la estola gloriosa? Está preparada, pero no se dará al vestido; ella sabe vestir, pero no revestir. El hombre de Dios no volverá a Dios si aquel que es de la tierra y está en la tierra no va a ella. Estos dos hombres se oponen mutuamente, ni habrá paz mientras no se separen uno de otro; y, si hay paz, no será la paz del Señor, no será la paz con el Señor. No eres tú de aquellos que dicen: *Paz, y no hay paz* <sup>338</sup>. Te espera aquella paz que sobrepasa todo sentido; te esperan los justos para retribuirte; te espera el gozo de tu Señor.

2. Yo, carísimo, tengo ansias muy grandes de verte en vida para que la bendición del moribundo venga sobre mí. Y, porque el hombre propone..., no me atrevo a prometértelo con seguridad, porque no estoy decidido. Mas procuraré poder lo que aún no veo cómo. Quizás vaya, quizás no. Mas sea lo que quiera, te amé desde el principio y te amaré sin fin. Lo digo con fiadamente; no puedo perder así a mi amado para siempre. No me parece, sino me precede, aquel a quien mi alma se ha unido con un soldante que no se disipará y con un lazo que no se romperá. Solamente acuérdate de nosotros cuando llegues a donde nos previenes para que se nos conceda el ir pronto detrás de ti y llegar a ti. Mientras tanto, nunca pienses que tu dulce memoria se aparte de nosotros aunque se quite la presencia a los doloridos. Mas

\* PL 182, 470.

<sup>337</sup> San Dionisio Areopagita era una célebre abadía benedictina. La fundó Dagoberto I en el siglo VII. En 1123 fué elegido para desempeñar el cargo de abad Suger, que se encontraba en Roma como representante del rey. En aquel entonces, la abadía se avecinaba a un total relajamiento. Suger, de vida no muy ordenada, dejó hacer. San Bernardo logró convertirlo, y entonces emprendió la reforma de su monasterio. Suger logró salir de la grave enfermedad que dió ocasión a esta hermosa carta, pero murió poco tiempo después.

<sup>338</sup> Ez. 13, 10.

poderoso es el Señor para devolvértenos a los que te pedimos y guardarte para los indigentes. De lo cual, ciertamente, no debemos desconfiar.

### 301 A SANCHA<sup>339</sup>, HERMANA DEL EMPERADOR DE ESPAÑA \* (año 1149)

Intercede por sus fundaciones de España.

1. En cuanto a lo ocurrido en la recepción del monasterio de Toldanos, la hago saber que yo no he tenido parte ninguna, como ausente e ignorante que he sido. Con todo, no niego que lo hayan hecho nuestros monjes; pero ha sido públicamente y con el consejo de muchos religiosos, con la conveniencia y el asentimiento del obispo y también por petición y voluntad de la noble señora que fundó ese monasterio en su propia heredad. Creyeron que podrían recibir libremente la casa fundada en la libertad de Dios y sin la sujeción a otra iglesia, como aseguraba la misma que le había fundado. Y, como dicen, los privilegios estaban a la mano. Con todo, porque los hermanos de la abadía de Carracedo se quejan, como me escribe, de que se les ha hecho una injuria, porque, desoyendo a Salomón, que advierte: *No prohibas hacer el bien al que lo quiera hacer, sino hazle tú también si puedes*<sup>340</sup>, nos contradicen en obra tan santa y porque no es decente litigar con los siervos de Dios<sup>341</sup>, nos ha

<sup>339</sup> Sancha era hermana de Alfonso VII el Emperador y tenía gran afecto a los cistercienses. Había fundado el monasterio de la Espina y había llamado a los monjes de Claraual para que lo habitasen. San Bernardo envió una pequeña caravana, dirigida por su hermano menor, Nivardo. En este momento la abadía cluniacense de Toldanos, filial de la de Carracedo y fundada por la infanta doña Elvira, quiso desear la jurisdicción de Carracedo y agregarse a la orden cluniacense. El abad de Carracedo exigió la sumisión de los monjes de Toldanos y rogó a doña Sancha que interviniera. Manrique, en sus *Anales*, dice hablando de este incidente: «A la muerte del abad Florent, el abad del monasterio de Toldanos, llamado Fernando, empezó a cobrar ojeriza a la abadía de Carracedo y, llevado de su espíritu inquieto, se fué al monasterio de los cistercienses (San Pedro de la Espina). La reina doña Sancha, que apreciaba en gran manera al abad de Carracedo, sintió muchísimo este percalce y escribió al abad de los cistercienses para que no recibiera a Fernando ni a los que le acompañaban. Dicho abad accedió a las súplicas de la reina y rehusó recibirlos mientras no alcanzaran para ello el permiso de la abadía de Carracedo». Algunos años después de la muerte de San Bernardo, el monasterio de Toldanos se agregó a la orden cisterciense. Para arreglar este conflicto escribió San Bernardo esta simpática carta, así como también la 372, al obispo de Palencia.

\* PL 182, 503.

<sup>340</sup> Prov. 3, 27.

<sup>341</sup> 2 Tim. 2, 24.



parecido bien remitir la causa a su consejo para que con su autoridad y ánimo logre que cese toda calumnia y que, recibidos los religiosos en su casa, haya paz en adelante para gloria de usted y salvación de ellos.

2. Mi hermano Nivardo, que se congratula mucho de usted, me ha aconsejado confiarle todo el asunto, ya por su especial devoción hacia nosotros, ya también por la ferviente promesa que oyó de sus labios. Si esos contradictores no quieren asentir a sus saludables amonestaciones y consejos, entonces resuélvase la controversia conforme al juicio de los obispos a quienes por derecho parroquial pertenecen esos lugares. Y lo que ellos juzguen o determinen, lo tendrá usted por bien hecho, y en adelante lo mantendrá con firmeza. Si teme a Dios, no sufrirá que se impida tanto bien, ni que esa buena mujer se vea frustrada en su deseo, ni esos hermanos privados del fruto de su devoción, ni Dios defraudado del sacrificio aceptable de la orden reformada. La rogamus también que muestre entrañas de misericordia para con su nueva plantación, hablo de los de Espina, para que, sostenidos con su benevolencia, perseveren en el servicio de Dios dentro de la Orden.

## 334

## A GUIDO DE PISA \* (año 1140)

En contra de Pedro Abelardo.

*A Guido de Pisa, Bernardo, abad de Claraval, le desea una mente sana en un cuerpo sano.*

Con seguridad le confiaría mi propia causa apoyado en nuestro mutuo afecto: mas ahora le encomiendo con mayor confianza esta otra cuanto es más digno de ser amado aquel de quien es el asunto. Es de Cristo: más aún, Cristo mismo está en causa, y la verdad en peligro. Dividen los vestidos de Cristo, rajan los sacramentos de la Iglesia, pero permanece integra la túnica inconsútil, tejida de una sola pieza. Esta túnica es la unidad de la Iglesia, que no conoce escisión ni admite rotura. Lo que se ha tejido arriba, lo que ha unido el Espíritu Santo, no lo disuelvan los hombres. Aunque los herejes afilen como serpientes sus lenguas, aunque claven todos los aguijones de su ingenio para turbar la paz de la Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Si es hijo de ésta, si reconoce los pechos maternos, no deje en peligro a la madre, no substraiga los hombros en el tiempo de la tribulación. El maestro Pedro entra en la

\* PL 182, 538.

curia para que la autoridad de la Sede Apostólica le ponga un muro y un antemural que sostengan los errores que ha escrito, que enseña, con los que ataca la fe católica.

341

A MALAQUÍAS, ARZOBISPO DE IRLANDA \* (año 1140)

Recibe agradecido hermanos, carta y bastón y ruega que preparen casa para los monjes que vayan a fundar a su tierra.

*Al venerable señor y beatísimo padre Malaquías, por la gracia de Dios arzobispo de Irlanda, legado de la Sede Apostólica, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, le desea que encuentre gracia ante el Señor.*

1. Entre los fuertes calores y las numerosas ocupaciones de mi pecho—por cuya multitud mi alma se siente excesivamente turbada—, los hermanos que han venido de tierra remota a servir al Señor, su carta y su bastón me han consolado extraordinariamente; la carta, mostrándome su buena voluntad; el bastón, sosteniendo mi cuerpo debilitado, y los hermanos, sirviendo a Dios en espíritu de humildad. Todo lo he recibido, todo me agrada, todo coopera a nuestro bien. En cuanto a su deseo de que le enviemos dos religiosos para que vayan preparando la casa, habiéndolo consultado en el consejo con los hermanos, hemos creído conveniente no separarlos de los demás hasta que se forme completamente en ellos Cristo y hasta que aprendan perfectamente las batallas del Señor. Cuando se hayan formado en la escuela del Espíritu Santo, cuando estén ya investidos de la virtud de lo alto, entonces, finalmente, volverán los hijos al padre para que canten un cántico nuevo no en tierra extraña, sino en la suya.

2. Mientras tanto, según la sabiduría que le ha dado Dios, busque y prepare un lugar alejado de los tumultos del siglo y semejante a los que ha visto entre nosotros. Ya está próximo el día en que, por la operación de la gracia de Dios, saquemos nuevos hombres de los viejos. Sea, pues, alabado por los siglos el nombre del Señor, que por su bondad ha querido que tengamos hijos comunes con usted; a los cuales su predicación ha plantado, nuestra exhortación ha regado y cuyo incremento le ha dado Dios. Encargamos a su santidad que predique la palabra de Dios para procurar la ciencia a su pueblo, pues le incumbe una doble obligación por ser legado y por su cargo episcopal. Por lo demás, porque todos pecamos en muchas cosas <sup>342</sup>, y, puestos frecuentemen-

\* PL 182, 545.

<sup>342</sup> Jac. 3, 2.

te entre los hombres del siglo, se nos pega algo de su polvo, me encomiendo a sus oraciones y a las de los suyos para que se digne lavarnos y purificarnos en la fuente de su misericordia el mismo Jesucristo, fuente de piedad; quien dijo a Pedro: *Si no te lavo, no tendrás parte conmigo*<sup>343</sup>. Lo cual no sólo lo suplico, sino lo pido también por una especie de deuda, pues constantemente clamo al Señor por ustedes, si puede algo la oración del pecador. Salud en el Señor.

## 346

## AL SEÑOR PAPA INOCENCIO \* (año 1141)

Ruega al pontifice no favorezca la causa del arzobispo de York, que es inicua.

*Al Padre y señor amadisimo Inocencio, por la gracia de Dios sumo pontifice, Bernardo, llamado abad de Claraval, le dedica lo poco que es.*

Siendo muchos los llamados y pocos los escogidos<sup>344</sup>, no es gran argumento para resolver una duda decir que es laudable lo que mucho alaban. Se dirige ahí el arzobispo de York, aquel de quien muchas veces hemos escrito a vuestra santidad diciendo que es hombre que no toma a Dios por su protector, sino confía en la multitud de sus riquezas. Su causa es muy débil y lánguida; y, según nos hemos enterado de hombres veraces, no hay en ella cosa sana desde los pies hasta la cabeza. ¿Qué busca el hombre sin justicia ante el examinador de la justicia, ante el mantenedor de la equidad? ¿Pensará quizás absorber la justicia en la curia, como la ha absorbido en Inglaterra? Ha bebido un río y no se admira, y aún tiene esperanzas de tragar todo el Jordán. He aquí que va con muchos, a quienes ha ajustado con ruegos y dinero. Este solo se ha evadido para anunciároslo; éste solo, con peligro de su cabeza, se ha puesto como muralla en pro de la casa de Israel, el cual no ha adorado con los demás la estatuta del rey. ¡Este solo, si la justicia le hubiera dejado solo! Pero ella corre delante de su hijo como una madre honorable<sup>345</sup>. ¿Qué hará el vicario de Pedro en este negocio sino lo que hizo Pedro con aquel que pensó poseer mediante dinero el don de Dios?<sup>346</sup> Si la Iglesia está fundada sobre piedra, las puertas del infierno no prevalecerán contra ella<sup>347</sup>. Esto no lo digo de mí mismo, sino para dar testimonio de aquellos que obran por el espíritu de Dios.

<sup>343</sup> Io. 13, 8.

\* PL 182, 551.

<sup>344</sup> Mt. 20, 16; 22, 14.<sup>345</sup> Eccli. 15, 2.<sup>346</sup> Act. 8, 20.<sup>347</sup> Mt. 16, 18.

# 357 A MALAQUÍAS, ARZOBISPO DE IRLANDA \* (año 1142)

Pide le siga amando como hasta el presente y le ruega reciba con amor a los religiosos que le envía.

*Al amadisimo Padre y señor reverendísimo Malaquías, por la gracia de Dios obispo y legado de la Santa Sede, el hijo de su santidad, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, le desea salud y toda clase de oraciones.*

1. ¡Cuán dulces a mi paladar son sus palabras, señor Padre! ¡Cuán suave el recuerdo de su santidad! Si hay entre nosotros algún afecto, alguna devoción, todo lo vindica para sí la caridad de su amor. No es necesaria la multitud de vocablos donde bulle un afecto ferviente. Espero, pues, que dé testimonio a su espíritu el espíritu que tiene de Dios de que es suyo lo poco que nosotros somos. Y también usted, Padre amadisimo y deseadisimo, no eche al olvido el alma del desvalido que se adhiere a usted con los vínculos de la caridad, no abandone nunca el alma de su pobre... No es que nos recomendemos de nuevo cerca de usted, puesto que hace ya mucho tiempo que nos gloriamos en el Señor de que nuestra pequeñez ha merecido encontrar gracia delante de los ojos de su santidad, sino oramos para que el amor ya antiguo se avive con nuevos fomentos. Le recomiendo mis hijos, o, por mejor decir, los suyos también, con tanto mayor interés cuanto los veo más lejos de mí. Sabe que esperábamos en Dios enviárselos, ya que no parecía lícito no condescender a las súplicas de su santidad. Haga lo que convenga. Abrácelos con entrañas de caridad y protéjalos. No se enfríe nunca su solicitud y diligencia por ellos a fin de que no sucumba lo que plantó su diestra.

2. Veo por su carta y por las relaciones de nuestros hermanos que progresa el monasterio y que se multiplica tanto en bienes temporales como espirituales. Por lo cual nos congratulamos sobre manera y con toda el alma damos gracias a Dios y a su paternal solicitud. Y, porque aún se necesita mucha vigilancia, como en lugar nuevo y tierra tan extraña y tan inexperta de la religión monástica, le rogamos en el Señor no aparte su mano, sino lleve a feliz término lo que ha emprendido. En cuanto a los hermanos que han vuelto, nos habría gustado que permaneciesen ahí. Tal vez los monjes de esa tierra, con sus costumbres menos disciplinadas, les hayan dado algunos disgustos, principalmente al no someterse a sus consejos, en lo que eran inexpertos.

\* PI, 182, 558.



3. Le enviamos a nuestro hijo, y también suyo, Cristián, instruido lo más posible en las cosas concernientes a la orden. Esperamos que será sumamente solícito en mantener la observancia. No se admire de que no enviemos más con él, pues no encontramos hermanos idóneos que fácilmente consientan, ni creemos conveniente forzar a ninguno. Nuestro carísimo hermano Roberto ha accedido también esta vez a nuestra invitación como hijo de obediencia. En usted queda el ayudarle para que pueda llevar adelante tanto las edificaciones como las demás cosas de la casa. Sugerimos también a su paternidad que persuada a los hombres virtuosos y que puedan ser útiles al monasterio a venir a nuestra orden. Esto sería muy ventajoso para la casa y ellos accederán fácilmente a sus ruegos. Consérvese bueno y acuérdesse siempre de nosotros en el Señor.

## 366

A HILDEGARDIS, ABADESA \* <sup>346</sup> (año 1146)

Paga alabanzas con alabanzas y se encomienda a sus oraciones.

*A la hija querida en Cristo Hildegardis, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, le ofrece lo que puede la oración de un pecador.*

Lo que algunos sienten de mí—y que es muy distinto de lo que me dice mi conciencia—hay que atribuirlo no a mis méritos, sino a la insensatez de los hombres. Y me apresuro a contestar a su amable caridad, aunque la multitud de los negocios me impele a hacerlo más rápidamente de lo que quisiera. Nos congratulamos de la gracia de Dios que hay en usted; y para que la tenga como gracia la aconsejamos que procure corresponder a ella con todo el afecto de humildad y devoción, sabiendo que Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes <sup>349</sup>. En cuanto está de nosotros, rogamos e insistimos. Por lo demás, cuando está la erudición interior y la unción que instruye en todas las cosas, ¿qué podremos enseñar o aconsejar nosotros? Se dice de usted que sondea los secretos celestiales y que conoce, con la instrucción del Espíritu Santo, las cosas que están por encima de los hombres. Por tanto, la ruego y suplico más insistentemente que se acuerde de mí delante de Dios; también de aquellos que me están unidos por la sociedad espiritual.

\* PL 182, 572.

<sup>346</sup> Se trata de Santa Hildegardis, abadesa del monasterio benedictino de San Ruperto, junto al pueblo de Bingen, en la diócesis de Maguncia, y célebre por sus revelaciones.

<sup>349</sup> Iac. 4, 6.

Confío que el espíritu unido a Dios puede ayudar y socorrer mucho, pues la oración asidua del justo es poderosísima <sup>350</sup>. Por nuestra parte, rogamos también con insistencia por usted para que Dios la anime a obrar el bien, la instruya en sus interioridades y la dirija a lo que permanece, a fin de que cuantos pusieron su esperanza en Dios no claudiquen, desesperando a causa de usted, sino, confortados con la copiosa bendición que sabemos ha recibido, progresen de bien en mejor.

372

AL OBISPO DE PALENCIA, EN ESPAÑA \* (año 1147)

Alaba su humildad y afición al estudio.

*A su venerable señor y carísimo Padre Pedro, por la gracia de Dios obispo de Palencia, Bernardo, abad de Claraval, le desea las dulces bendiciones del Señor.*

¡Quién me diera alas como de paloma para volar y descansar al olor de sus perfumes! La venerable conducta y la integridad de sus costumbres han llenado mis narices de suave olor; y ese olor me ha parecido como el olor de un campo lleno, bendecido por el Señor. Verdaderamente, mi alma se ha llenado con este olor como de natilla y mantequilla; y en tales cosas parece estar la vida de mi espíritu. ¿Cómo podrá oír y no deleitarse mi alma en la grosura, oyendo hablar de un hombre sublime y humilde, negociador y manso, temeroso de la palabra del Señor? ¡Oh! Es ave rara en la tierra la humildad con la sublimidad y una mente tranquila en medio de los negocios. Deleitaste, Señor, al alma de tu siervo; deleite también la suya el Señor compasivo en la felicidad de su pueblo. Me ha alegrado sobre manera el que me hayan anunciado tales cosas de usted, y personas tales en quienes no puedo sospechar. Los hermanos portadores de la presente nos han hablado de la mortificación de la carne, a la que reduce a servidumbre; de la elevación del espíritu, del amor al estudio, de las honestas costumbres, de la beneficencia para con todos, principalmente para con los familiares en la fe. No piense, carísimo, que pretendo ensalzarle con estas mis palabras. No se ha ido de mi espíritu aquella reprensión profética: *Pueblo mío, te engañan quienes te encomian* <sup>351</sup>. No quiero que unja mi cabeza el aceite del pecador, porque soy pecador, sino más bien el aceite de la alegría, que procede de un corazón puro,

<sup>350</sup> Iac. 5, 16

\* PL 182, 576.

<sup>351</sup> Is. 9, 16.

de una conciencia buena y de una fe no fingida. No vendo aceite, no tengo más que un poco con que ungirme en la palestra de este siglo. Con todo, no puedo callar las glorias de Cristo. Alabemos, pues, al Creador, no a la creatura; sea alabado no el que recibe, sino aquel de quien recibe; sea encomiado no el que planta, no el que riega, porque no son nada, sino Dios, que da el incremento. No alabaré la mano de quien recibe, sino la de quien da; mi boca no pronunciará la alabanza del siervo, sino la del Señor. Usted, pues, si es sabio, más bien porque lo es, reconocerá la gracia en usted, pero no de usted; porque todo don óptimo y toda dádiva perfecta desciende de arriba, del Padre de las luces. Sé que hay algunos que conscientemente quieren ignorar las cosas que han recibido de Dios para no caer en el lazo del demonio dejándose dominar por la soberbia. Mas yo creo que debo saber lo que he recibido para conocer lo que me falta; me parece que, según el Apóstol, debemos saber lo que nos ha dado Dios para no ignorar qué donativos hemos de anhelar. El que recibió y desconoce lo que ha recibido se expone a dos riesgos: a ser ingrato por lo recibido y a ser incauto en guardarlo. ¿Cómo dará gracias a aquel de quien recibe si ignora lo que recibe? ¿O cómo procurará guardar lo recibido si no sabe que ha recibido algo? Aparta de mí, Señor, el oprobio de aquel pueblo ingrato del que dijeron: *Se han olvidado de sus beneficios y de las maravillas que les mostró*<sup>352</sup>. Obtenido, pues, el don, le debemos clavar, aun según los sabios de este siglo, en el recuerdo eterno. Conviene, pues, que sepamos guardar lo recibido para que la gracia de Dios no sea vana en nosotros; mas para que siempre permanezca en nosotros debemos dar siempre gracias a nuestro Dios. Creo también que para conseguir la salvación y la gracia hay que subir, no sin motivo, por tres grados: por el de la humildad, por el de la fe, por el del temor. A la humildad se da la gracia; la fe la recibe; el temor la guarda. Si subimos a la gracia sin estas tres, temo que nos digan: *Señor, no tienes con qué sacarlo y el pozo es profundo*<sup>353</sup>. Tengamos, pues, para sacar el agua de la sabiduría, la soga de la humildad, y esta humildad esté en la boca, en el corazón y en la obra, pues la soga triple difícilmente se rompe. La fe sea la hidria, y ésta sea grande, para que admita mucha agua. Sea el temor la tapadera, para que el agua de la sabiduría no se ensucie con las inmundicias de la vanagloria. Está escrito: *La vasija que no tenga tapadera será inmunda*<sup>354</sup>. Me ha inducido a escribirle estas cosas su afición a leer, la cual gusta no sólo las obras de los grandes

<sup>352</sup> Ps. 77, II.

<sup>353</sup> Io. 4, II.

<sup>354</sup> Num. 19, 15.

hombres, sino también mis bagatelas. También el deseo de que quienes me hablaron de su bondad le comuniquen a usted cuánta alegría ha recibido mi corazón.

### 374 A LOS HERMANOS DE IRLANDA EN EL TRÁNSITO DEL SANTO OBISPO MALAQUÍAS \* (año 1148)

Trata de consolar a los monjes irlandeses por la muerte de su Padre Malaquías.

*A los religiosos hermanos que están en Irlanda, y principalmente a aquellos monasterios que fundó el obispo Malaquías, de feliz memoria, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, les desea la consolación del Paráclito.*

1. Si tuviésemos aquí ciudad perpetua, justamente lloraríamos con lágrimas abundantes haber perdido a tal ciudadano. Si, como es razón, buscamos la futura, es no pequeña ocasión de pena el vernos privados de jefe tan indispensable; con todo, la ciencia debe templar el celo, y la confiada esperanza mitigar el dolor. Nadie se debe admirar de que el afecto prorrumpe en gemidos y la desolación derrame lágrimas. Con todo, hay que guardar medida; más aún, nos podemos consolar mucho si miramos no las cosas que se ven, sino las que no se ven. Las cosas que se ven son temporales; las que no se ven, eternas. Primero nos debemos congratular con el alma santa, no venga a argüirnos de falta de caridad, diciendo también él lo que el Señor a los apóstoles: *Si me amaseis, ciertamente os alegraríais de que voy al Padre*<sup>355</sup>. Nos previno al Padre de los espíritus el espíritu de nuestro padre; y se nos convencería no sólo de falta de caridad, sino también de ingratitud a cuantos beneficios nos han venido por su medio, si no nos congratulásemos con él, pues ha pasado del trabajo al descanso, del peligro a la seguridad, del mundo al Padre. Por tanto, es piedad llorar a Malaquías difunto, y más todavía congratularse con Malaquías vivo. ¿No vive acaso? Sí, y dichosamente. A los ojos de los insensatos parecía morir, pero él está en la paz.

2. Además, la consideración de la propia utilidad nos debe inducir a facilitarnos y alegrarnos, pues nos precede a la curia celestial un poderoso patrono y un fiel abogado para los suyos, cuya ferventísima caridad no puede olvidarse de los hijos y cuya probada santidad obtendrá gracia delante de Dios. ¿Quién se atreverá a sospechar que este San

\* PL 182, 578.

<sup>355</sup> Io. 14, 28.



Malaquías les aprovechará menos o los amará menos? Ciertamente, habiendo sido amado primero, ahora recibe muestras más certificantes del amor de Dios hacia él; y, habiendo amado a los suyos, los ama eternamente. Lejos de nosotros el pensar, ¡oh alma santa!, que tu oración sea ahora menos eficaz, puesto que ya puedes suplicar más vivamente a la Majestad que está delante y ya no andas en la fe, sino reinas en la visión. ¡Lejos el imaginar que haya disminuido, mucho menos que haya desaparecido, aquella tu laboriosa caridad, estando ahora echado junto a la misma fuente de la caridad eterna y bebiendo a grandes sorbos la que antes recibías gota a gota! No pudo ceder a la muerte la caridad, fuerte como la muerte y aun más fuerte que ella. Al morir no se olvidó tampoco de vosotros, pues os encomendó al Señor con todo afecto y rogó a nuestra pequeñez con su mansedumbre y humildad acostumbradas que no nos olvidásemos nunca de vosotros. Por lo cual hemos tenido a bien escribiros, para que sepáis que estamos dispuestos a ofreceros con todo afecto cuanta consolación podamos tanto en las cosas espirituales, si puede algo nuestra nulidad por los méritos de este nuestro Padre, como en las corporales, si alguna vez tenemos ocasión.

3. Finalmente, amadísimos, os compadecemos de todo corazón por esta grave pérdida para la iglesia de Irlanda; y tanto más os compadecemos cuanto nos creemos más deudores. El Señor ha querido ensalzarnos al dignarse honrar nuestra casa con la dichosa muerte de este santo y enriquecernos con el precioso tesoro de su cuerpo. No os sea molesto que tenga entre nosotros su sepulcro, pues así lo ha dispuesto Dios según la multitud de su misericordia, para que, habiéndole tenido vosotros vivo, a nosotros nos sea lícito poseerle difunto. Tanto de vosotros como de nosotros era y es padre común, pues también en su muerte se nos ha confirmado este testamento. Por tanto, así como por gracia de este gran padre os abrazo con entrañas de caridad como a hermanos carnales, así también os haga sentir lo mismo a vosotros el parentesco espiritual.

4. Os exhortamos, pues, hermanos, a seguir siempre las huellas de este bienaventurado padre tanto más decididamente cuanto pudisteis conocer mejor su vida con continuos experimentos. Mostraréis que sois verdaderos hijos suyos si mantenéis virilmente los institutos paternos y si, habiendo visto en él y oído de él cómo os debéis portar, abundáis y abundáis más y más, pues la sabiduría de los hijos es gloria del padre <sup>356</sup>. Ciertamente, entre nosotros no sirvió de poco el presente ejemplar de una perfección tan grande para desechar la tibieza y despertar la reverencia. Y ojalá nos

<sup>356</sup> Prov. 10, 1.

atraiga en pos de sí y nos lleve corriendo con alegría y velocidad tras el reciente olor de sus virtudes. Guarde Cristo a cuantos oráis por nosotros.

## 403

## AL ARCEDIANO ENRIQUE \*

Expone su opinión sobre la administración del bautismo con esta fórmula: «Yo te bautizo en el nombre del Padre y de la santa vera cruz».

A su querido arcediano Enrique, el hermano Bernardo, llamado abad de Claraval, le desea salud y le ofrece oraciones.

1. Le contesto brevemente sobre la cuestión propuesta sin rechazar, no obstante, otra opinión más sana. Según dice, un laico ha bautizado a un niño recién nacido por el peligro de muerte no usando la forma común, sino diciendo: «Te bautizo en el nombre de Dios y de la santa vera cruz.» Pregunta si ha sido bautizado el niño y, si de vivir, hay que bautizarle de nuevo. Yo opino que está bautizado, pues el sonido de las palabras no pudo perjudicar a la verdad de la fe y a la piedad de la intención. Callando que en el nombre de Dios, expresó la substancia de la Trinidad; en las palabras que añadió: *de la santa vera cruz*, hizo mención explícita de la pasión del Señor. Pues no creemos que el Apóstol se gloriase en la substancia de la cruz—y no, más bien, en la gracia del Crucificado—cuando dijo: *Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo* <sup>357</sup>, en contra de lo que había expresado en otra parte: *El que se gloria, gloriase en el Señor* <sup>358</sup>. Igualmente, cuando, según la común disposición de la Iglesia, decimos al bautizado: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», no hay que entender otra cosa que la confesión de la Trinidad. Por tanto, la confesión de la santa cruz es sencillamente una confesión del Crucificado. A este modo, leemos en los Actos de los Apóstoles que algunos habían sido bautizados no ya «en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», sino en el nombre del Señor Jesucristo <sup>359</sup>.

2. Sigue preguntando, acerca del que bautizó, si pecó o si es lícito a otro imitar esta fórmula. ¡Como si fuese lógico que, habiendo sido nulo o venial el pecado en este

\* PL 182, 614.

<sup>357</sup> Gal. 6, 14.

<sup>358</sup> 1 Cor. 1, 31; 2 Cor. 10, 17.

<sup>359</sup> Act. 10, 48.

hombre por la simplicidad que la excusa, se hallen al punto excusables también los que, contra la forma de la Iglesia, quieran inducir temerariamente una nueva manera de bautizar! Y si alguno dice que ha pecado, yo no creo que ese pecado perjudique en nada la salvación tanto del que confirió el bautismo como del bautizado, pues parece ser que no despreció la forma eclesiástica, sino más bien que irrumpió en esta expresión por una cierta devoción de su ardiente fe.

## 422

## A CIERTO ABAD

Recomienda a un joven postulante.

No ignoro que en las cartas que le escribo le desagrada la brevedad y la aridez. Pero la mucha ocupación me hace ser breve, y la poca devoción, seco. Perdóneme si, compelido también hoy por la urgente malicia del día, voy derecho al asunto. No sé por qué ha venido a nosotros un joven de su país pidiendo el ingreso sin haberse dirigido antes a usted. Como sabe, nosotros no podemos recibirle. Por lo cual le hemos persuadido que vuelva a usted. Creo que no haría mal en recibirle; más aún, le suplico encarecidamente que así lo haga.

## 449

## AL REY DE LOS FRANCOs \*\*

Se excusa de no haber aceptado la dignidad a que le habían elegido <sup>306</sup>.

*El hermano Bernardo al rey de los francos.*

Me agrada, lo confieso, que mire con tanto desinterés por cuanto pertenece a Dios. Pues, para callar otras cosas, de ningún modo se afanaría por obtener la promoción de este hombre miserable si Dios no estuviese de por medio. Porque ¿qué emolumento esperará de mí, que soy pobre y necesitado? Mas no le basta con asentir, más aún, ruega. Muestra favor; extiende el amplio seno de su largueza, y para que no tema, pusilánime, la carga, promete el auxilio de la

\* PL 182, 629.

\*\* PL 182, 641.

<sup>306</sup> Probablemente escribió esta carta al ser elegido arzobispo de Reims. Muerto Raynold, los votos de todos los electores recayeron sobre él, pero el santo abad rehusó como otras muchas veces.

regia protección. ¡Qué dignación en un príncipe, qué madurez en un adolescente! Mas yo, ¡óptimo rey!, de ninguna manera quiero echar mi mano a cosas fuertes; yo, pequeño de corazón y quebrantado en el cuerpo, a quien sólo resta el sepulcro; además, soy indigno e insuficiente para atreverme a cosas santas. Esto debían haber considerado los autores de la elección. Si ellos disimularon, yo no puedo ocultar lo que leo: *Apiádate de tu alma agradando a Dios*<sup>361</sup>. O, si me creyerón idóneo por el hábito de la religión que llevo, en el hábito está la apariencia de la santidad, pero no la santidad. Nadie me conoce mejor que yo y a nadie conozco mejor. No me confío, contra el testimonio de mi conciencia, a los que sólo ven la cara y juzgan según el aspecto. He ahí que yo y los hijos que Dios me ha concedido estamos aquí orando, aunque pecadores por su reino y su persona. Si nos separase a unos de otros—sería difícil y cruel—, nos provocaría no a orar, sino a llorar. Esto en cuanto a mí; pero, por lo que a la Iglesia se refiere, le ruego se digne oír en pocas palabras qué daría a luz mi ánimo. La señora de las iglesias se sienta en la tristeza y las lágrimas corren por sus mejillas. Se ha mudado el color óptimo, se ha marchitado la antigua belleza; se ha pisoteado aquel preciosísimo ornato, se ha despreciado la hermosura, se ha esclavizado la libertad. Me retuerzo en esta llama, ni admitiré refrigerio hasta que venga el que la consuele. Toque su corazón la reverencia del Esposo, que la ha redimido con su sangre, que la ha adornado con su semejanza, que la ha dotado con su herencia, y para cúmulo de males, perseverar en su propósito de dar la querida esposa de Nuestro Señor a aquel que causa repugnancia a sus divinos ojos. Le digo, pues, y le digo con toda honradez, que no conviene. Administre de tal modo el reino de los francos, ¡oh rey ilustre y óptimo!, que consiga el reino de los cielos.

<sup>361</sup> Eccli. 30, 24.



# INDICE DE NOMBRES

**A**belardo I 27 28 56 59 61 62 63  
64 65 66.

Adán I 66 67 82 97 98 100.

Adán, monje de Morimond II 1109.

Adán de Perseugnet I 34.

Aelredo, abad de Claraval I 131.

Aelredo, abad de Rievaulx I 132.

Agustín (San) I 47 56 59 78 79 82  
90 109 110 125.

Agustín de Cantorbery (San) II  
619.

Aldicourt (Canónigos regulares  
de) 1106.

Alameda, S. I 75.

Alano d'Auxerre I 4.

Alberico I 9.

Alejandro III I 41 125.

Alicia, madre de San Bernardo  
I 4 5.

Alviso, abad de Auchin II 1133.

Ambrosio I 4 32 57 59 90 133.

Anacleto II I 22 25 26 27.

Andrés, hermano de San Bernar-  
do I 7 8.

Anselmo (San) I 61 63 64 143.

Armagh, ciudad de Irlanda II 1031  
1050.

Arnoldo, abad de Morimond II  
1107 1111.

Aristóteles I 56.

Atanasio (San) I 58.

Atón, obispo de Troyes II 1123.

Auxencio, arriano de Milán I 822.

**B**allerini I 73.

Bangor II 1039 ss.

Barbauson, C. I 135.

Bartolomé, hermano de San Ber-  
nardo I 7 8.

Beatrix de Nazaret I 137.

Benedicto XIV I 125.

Benito (San) I 35 47 58 120 121  
142.

Berengario el Escolástico I 58.

Berlier I 143.

Bernardo, monje cartujano II  
1175 1176.

Bitremieux I 71.

Blümetzrieder I 134.

Borgofa I 24.

Boudouin, abad de Cantorbery I  
133.

Briccio, sucesor de San Martín  
I 821.

Buenaventura (San) I 129 135.

**C**arvino I 129.

Canivez, J. M. I 97 129.

Carracedo II 1192.

Casiodoro I 57.

Cenier I 148.

Celesano I 27.

Celso II 1034 1045 1048.

Cesareo (San) I 34.

Cis er I 8 13.

Claraval I 9 10 12 13 24 29.

Clemence, C. I 68.

Cluny I 141.

Conrado, monje de Morimond II  
1111.

**D'**Alés, A. I 93 100.

David, rey de Escocia II 1061  
1089.

De Wilde (D.) I 134.

Didier I 129 134.

Dina II 909.

Drogo, monje de San Nicolás de  
Reims II 1127 1128.

Du Cnambon-Feugerolles I 135.

**E**duardo, hermano de San Ber-  
nardo I 8 9.

Enrique, arcediano II 1202.

Enrique IV, emperador I 24.

Enrique, hereje I 24 28 29 31.

Enrique, hijo de David rey de  
Escocia II 1061.

Enrique, rey de Inglaterra I 23.

Erinaldo de Bonneval I 3.

Esquina (Monasterio de la) II 1193.

Espira, ciudad de Alemania I 35.

Esteban, abad de Chartres II  
1143.

Esteban Harding I 9 12.

Etampes, concilio de Tampes I  
22.

Eugenio III I 27 28 29 II 1183  
1185 1190.

Evardo, monje de Morimond II  
1111.

**F**enelón I 53 112.

Francisco de Sales (San) I 92.

Fontaines (Castillo de) I 3.

**G**arrido, M. I 58.

Gascuña I 24 28.

Gaudry (Viderico) I 7.

Gaufrido, obispo de Chartres I  
25.

Gaufrido, abad I 131.

Gaufrido d'Auxerre I 3 4.

Gebuín II 1120.

Gelasio II 1054.  
 Geoffroy d'Auxerre I 134.  
 Geoffroy de Clairvaux I 134.  
 Gerardo, hermano de San Bernardo I 8 23 26.  
 Gerardo, obispo de Angulema I  
 Gertrudis (Santa) I 136.  
 Gilberto de Holanda I 131.  
 Gilberto de Iboiland I 133.  
 Gilberto, primer legado en Irlanda II 1046 1060.  
 Gilberto Porretano I 27 II 532 ss.  
 Gilson, M. I 97 108.  
 Glasgow (Canónigos regulares de) II 1089.  
 Godofredo de Admond I 147.  
 Godofredo de Perrone II 1165.  
 Godofredo, monje cisterciense II 1155.  
 Godofredo, monje de Claraval I 3.  
 Goduino, monje de Auchin II 1133.  
 Gregorio Magno (San) I 49 57 77 133 II 1152.  
 Gueric de Igny I 132 133 134.  
 Guibert, M. I 117.  
 Guido, abad de las Fuentes II 1135 1137.  
 Guido de Marcy I 8.  
 Guido de Pisa II 1193.  
 Guido I el Cartujano I 134.  
 Guido, hermano de San Bernardo I 8 9.  
 Guido, obispo de Pisa I 25.  
 Guigón, prior de la gran Cartuja I 96; II 1112.  
 Guillermo de Melrose I 134.  
 Guillermo de Saint Thierry I 3 22 57 131 133 II 1142 1148.  
 Guillermo Rieval I 35.  
 Guyon (Mme.) I 112.

**H**aimerich II 1130.  
 Helfta (Monasterio de) I 136.  
 Hildegardis III 1187.  
 Hugo, abad cluniacense II 849.  
 Hugo, arzobispo de Ruán II 1125.  
 Hugo de Saint Victor I 78 135.  
 Hugo, duque de Borgoña I 8.  
 Hugo, monje II 1128.  
 Hugo, templario II 849.  
 Humbelina, hermana de San Bernardo I 8.  
 Humberto, monje de Claraval I 846 s.  
 Hunter I 73.

**I**brak II 1044 ss.  
 Ignacio Mártir (San) I 393.  
 Inocencio III I 23 25 27 II 1195.  
 Isaac de l'Etoile I 134.  
 Isabel de Forez I 8.

**J**anauschek I 129.  
 Juan Crisóstomo (San) I 51.  
 Juan de Ford I 134.  
 Juan el Ermitaño I 4 35.

**L**anguedoc I 28.  
 Lausano (Lago de) I 11.

Le Bail, A. I 59 92 100 132 134 135 196.  
 Leclercq, J. I 47 141 143.  
 Lepicier I 73.  
 Lesmos, ciudad de Irlanda I 88.  
 León (Canónigos de) I 68.  
 Lismore (v. Lesmos).  
 Lombardia I 38.  
 Longprè, F. I 135.  
 Lorena I 28.  
 Lorenzo (San) I 28 35.  
 Lotario, emperador I 24.  
 Loth (A.) I 130.  
 Lucas, abad II 1142.  
 Lucio, papa I 27.  
 Lutero I 86 129.

**M**abilón I 29 53 59 91 137.  
 Malaquías (San) I 88.  
 Malco, monje II 1035 1046.  
 Malco, monje hermano de Cristían abad II 1072.  
 Manning I 60 73.  
 Manrique I 73.  
 Martene I 141.  
 Martín (San) I 147.  
 Mauricio, usurpador de la sede de San Malaquías II 1046.  
 Máximo (San) II 93.  
 Mateo, obispo albanense I 25.  
 Mectildis (Santa) I 136.  
 Metz I 28.  
 Milán I 25 32 38.  
 Molinos I 112.  
 Moréchaux, B. I 60.  
 Morinesu, B. M. I 70.

**N**avarro, S. I 35.  
 Neander I 89.  
 Nehemías, obispo II 1069.  
 Nicasio (San) III 1127.  
 Nicodemus I 88.  
 Nicolás (Monasterio de San) II 828.  
 Nicolás, secretario de San Bernardo I 73 131.  
 Nigello, usurpador de la sede de San Malaquías II 1048 1050.  
 Nivardo (Eduardo), hermano de San Bernardo I 8 9.  
 Nogués I 73.  
 Norberto (San) III 1143.

**O**dilón (San) II 845.  
 Odón (San) III 845.  
 Ogerio (Beato) I 131.  
 Ogerio, canónigo regular II 1146 1148.  
 Orígenes I 55 58 59.

**P**ablo (San) I 56 104 117 120 142.  
 Pedro (San) I 120 142 147.  
 Pedro Aureolo I 73.  
 Pedro de la Celle I 135 143.  
 Pedro el Venerable I 28 II 1174 1181.  
 Pedro, obispo de Palencia II 1198.  
 Pedro Pisano I 26.  
 Perrone I 73.  
 Pseudo Areopagita I 77.

Pío VIII I 129.  
Pío XI I 74.  
Pío XII I 29.  
Pisa I 25.  
Platón I 56.  
Pourrat I 135.  
Provenza I 28.

## Quatrivium I 7.

Rainald, abad II 1138 1141.  
Recio de Autún I 59.  
Reims (Concilio de) I 24 28 II  
Ricardo, abad II 1154.  
Ricardo de Saint Victor I 135  
Ritsel I 86.  
Roberto Belarmino (San) I 73.  
Roberto (San), fundador del Cister I 8 9.  
Roberto, sobrino de San Bernardo II 1097.  
Rogerio, rey de Sicilia I 26.  
Roschini, G. I 71 75 76.  
Rousselot I 93.

Sancha, princesa II 1192.  
Seine I 6.  
Sens (Concilio de) I 27 59 II  
Simón, abad II 1145.

Siro. (San) I 33.  
Suger II 1191.

Tampes (Concilio de) (v. Etempes).  
Teodoreto I 51.  
Tescelino, padre de San Bernardo I 4 14.  
Toldanos (Monasterio de) II 1192.  
Tomás (Santo) I 47 129.  
Tomás de San Audomaro II 1163.  
Tomás el Cisterciense I 133.  
Treveris I 28.  
Trivium I 7.  
Troyes (Concilio de) I 22.  
Turstin, obispo de York III 1153.

Udar de Cupar I 134.  
Ude, J. I 71.  
Ursus, abad II 1144.

Vacandard, E. I 3 29 47 52 58 73  
91 98 125 129 130.  
Valentiniano, emperador II 981.  
Vernet I 135.  
Vicente Mártir (San) I 142.  
Victor (Escuela de San) I 56.  
Viderico (v. Gaudry).

Wilmart I 32.

- Abad:** no ha de olvidar su profesión I 1016; está sujeto a la Regla II 784; debe ser como uno de los monjes 705; debe hacer observar los mandamientos y castigar los vicios 784; con su ejemplo ha de hacer observar la humildad y la obediencia 706; qué le es lícito en cuanto a dispensas de la Regla 784; se reprende el lujo y la superfluidad de los abades 847 848; sus anhelos de exenciones 705; sus ansias de los privilegios pontificales 707; es ofender a Dios desobedecer al mandato del abad 800.
- Abstinencia:** se condena la abstinencia supersticiosa e indiscreta II 423; diferencia entre la abstinencia de los católicos y la de los herejes 437; abstinencia supersticiosa de los maniqueos por lo que se refiere a ciertos alimentos 438.
- Abuso:** a veces se le tiene por orden II 841; su triple motivo 841; se denuncia el abuso de la bebida entre los monjes 843; en los abusos y vicios no se admite la costumbre 636.
- Acción:** principio de salvación I 712; debe preceder a la contemplación II 313; alternativa entre acción y contemplación 341 379 382; no hemos de entregarnos totalmente a la acción 586 587; causas impulsivas de la acción 788.
- Aceite:** Cristo echa en nuestras heridas vino y aceite III 102; tres propiedades 90; propiedades del aceite adaptadas al nombre de Jesús 90.
- Acepción:** los prelados deben evitar la acepción de personas II 616; se reprende la acepción de los ricos 637.
- Adán:** su estado antes del pecado I 342; en la condición de naturaleza íntegra 893; dormido en éxtasis 341; debía más al Creador que a su mujer 1090; grados en su caída II 46; le faltó verdadera sed de justicia
- [Adán]**  
767; su inhumanidad para con la mujer 769; su herencia: trabajo y dolor 489; consuelo de Adán y de Eva, María 193; quiénes le imitan 768; el pecado de Adán y de los demonios fué contra el Hijo II 459; ¿tuvo las tres libertades en el paraíso? 949 ss.; por qué tan culpable la desobediencia de Adán 799.
- Adolescentes:** les conviene el pudor II 573; no se les ha de conceder dignidades eclesiásticas 632.
- Aduladores:** son zorras que devastan la viña de la Iglesia II 418; se les ha de excluir de las dignidades eclesiásticas 641.
- Adversidad:** en la Sagrada Escritura la designa la noche I 386; toda la vida del hombre es prosperidad y adversidad 478; la prosperidad derribó a muchos más que la adversidad 803; la vida presente transcurre en adversidad II 322; difícil sin la ayuda de Dios no dejarse herir por la adversidad 323.
- Adviento:** su nombre conocido en todo el mundo, pero no su sentido I 155; necesidad del adviento de Cristo 183; sus circunstancias 167 155; vino a los hombres, vino por los hombres, vino hombre 167 s.; triple adviento de Cristo 169; diferencia entre el primero y el segundo 537; el segundo, más severo 327; y más glorioso 182; el primero se refiere al alma, el segundo al cuerpo 179; Cristo vino para ayudarnos y enseñarnos a subir 547 1074; adviento espiritual de Dios a nosotros 161; su fin, hacernos celestiales III 490; su causa no sólo la instrucción, sino también la liberación 1021 ss.
- Afectos:** afecto del Espíritu Santo hacia nosotros I 568; hay que purgar nuestro afecto y nuestro entendimiento 540; afecto

\* En la redacción de este índice nos ha servido de base y guía el preparado por los benedictinos maurinos.



**[Afectos]**

to de los apóstoles a Cristo purgado poco a poco 561 s.; cuatro afectos con que debemos orar 1154 1155; afecto del buen prelado hacia los hijos 1153; el afecto carnal semejante al vino 52; afecto del ánimo a Dios 143.

**Alabanza:** la alabanza de todo lo bien hecho hay que atribuirle a Dios II 78; no hay que ambicionarla 78; la alegría de los que alaban a Dios representa el estado de la morada celestial 59; se han de despreciar las alabanzas humanas 694; son vanidad 1122.

**Alas:** dos alas del alma: conocimiento y devoción I 606; también naturaleza y gracia 613; también esperanza y temor 1171; ala que falta al diablo 615; alas con que velan los serafines la cabeza de Dios: admiración y veneración 615; alas con que velan los pies: prudencia y fidelidad 616; qué significa la abundancia de alas en los serafines 605 612.

**Alegría:** la verdadera dónde nace II 265; la tonta tercer grado de soberbia 916; sus indicios 916; origen y efecto de la alegría falsa 916.

**Alma:** las almas de los hombres, parecidas a los ángeles I 753; está en todos los miembros, pero particularmente en la cabeza 373; tienen cierto vestigio de la Santísima Trinidad 106; unión del alma con el cuerpo 276; cuánto debe el cuerpo al alma 181; cuánto da el alma al cuerpo 276; el alma en el cuerpo, símbolo de la paz y de la concordia 755; tres oficios del alma para con el cuerpo 1109; inmortalidad del alma y fe en la resurrección del cuerpo 405; vida del alma: la verdad, sentido: la caridad 1165; piel, carne y huesos del alma 909 s.; sangre del alma: la voluntad 1156; alimento verdadero del alma: el entendimiento de las cosas espirituales 688; también la misericordia, la justicia y la gracia 670; dos lugares del alma: el inferior al que rige y el superior en el que descansa 1108 s.; su lecho 777; Dios, alma del alma 926; cómo llena Dios la triple potencia del alma 787; el alma, reino de Cristo 219; tiranos que la quieren dominar 219; bodas de Cristo con el alma 331; mal de alma, el pecado 423; tres enemigos: el mundo, la carne y el príncipe de las tinieblas 234; triple corrupción 1100; miserias del alma 871; triple mi-

**[Alma]**

sería 1060; sufre una cuádruple enfermedad de vicios 1166; cuánto aplana al alma el cuerpo corruptible 812; el alma encontrará al cuerpo tal cual se muestre ella misma para con Dios 765; el alma ha de ser curada antes y con mayor solicitud que el cuerpo 179; nunca debemos olvidarnos del negocio de nuestras almas 243; se ha de procurar la salvación del alma aun con detrimento del cuerpo 673; el cuerpo debe colaborar con el alma 181 s.; el cuerpo se ha de exponer por el alma 399; cómo se conoce el alma a sí misma 910; tres estados del alma 779; las almas de los difuntos suben al cielo en manos de los ángeles 442; la bienaventuranza de las almas 787; las almas de los santos, separadas de los cuerpos, no son completamente dichosas antes de la resurrección de los mismos 1050; lo serán después 1051 1104 1114; viven en los atrios 867; las almas de los muertos van a uno de tres lugares 1056; elogios de las almas bienaventuradas en el cielo 641 s.; las almas santas oran por su consumación 782; la dignidad de alma consiste en dos cosas II 744; tiene origen del cielo 186; qué es 62; no puede vivir sin memoria 672; tres beneficios 744; semejanza entre el alma y el Verbo 532 539 542 547; lleva la grandeza y la rectitud del Verbo 533; por qué estimarla 533 534; grandeza y alma cosas diversas 535; diferencia entre la imagen y el alma 533; perdió la rectitud, perdida la grandeza 534; su vivir simple es su ser 539; es inmortal no espiritual sino naturalmente 541; unión espiritual del alma con el Verbo 224; coloquio espiritual entre los mismos 808; el alma libre y esclava 544; aunque corrupta, capaz de gracia y de felicidad 554; la conformidad casa al alma con el Verbo 555; su fecundidad espiritual 570 571; su doble hermosura 304; lengua del alma, el fervor de la devoción 508; cuál su voz 410; a saber el deseo 496; alma dilatada y angosta 191; su cantidad por la medida de la caridad 190; su amor, la anchura 190; cómo crece y decrece 190; tanto más grande cuanto es capaz de las cosas eternas, tanto más recta cuanto las puede apetecer 534; alimento del alma, la justicia natural 795; triple alimento del alma 886;

**[Alma]**

porción carnal del alma 218; su languidez, su avidez, su soberbia 362; más presente donde ama que donde vivifica 821 822; Dios su verdadera vida 871; su afecto hacia Dios 677; dignación de Dios para con el alma 346; su mansión en el alma 225; el alma santa, carroza 275; es como un cielo 188; Dios habita en ella como en un cielo 189; siete razones por que el alma busca al Verbo 562; afecto de sabiduría en el alma 568; la piadosa es llamada amiga 278; cuál la piadosa y espiritual 457; a cuál compete el nombre de esposa 496; la que ama es llamada esposa 30; hermosura del alma espiritual 461 462; el alma que tiene ansias de Dios mora a gusto en el huerto, en la bodega, en la alcoba 145; pide el beso de la boca 35; sus dos males 6; el alma rebelde a Dios siente la rebeldía de la carne 871; las almas carnales designadas con el nombre de mujeres 271; las tiernas, semejantes a las embarazadas 691; desvelos de los santos por el alma 167; las almas simbolizadas en las viñas 383; a las almas olvidadas de su dignidad las engaña el mundo 721; es indigno llevar un alma inclinada en cuerpo recto 162; pecado gravísimo volverse las almas a las criaturas 253; son preferibles los cuidados del alma propia a los de la ajena 110; cómo perder el alma a ejemplo de San Pablo 218; cómo vive el alma en el cielo con el pensamiento y el deseo 410; el alma desea la quietud, mas Cristo la incita al trabajo 319; cómo se conoce la vocación a la cura de almas 383; quién idóneo a la cura de almas 216; se denuncia a los obispos que no cuidan de las almas 649; pastores de almas 313 314; tres estados de almas 767; el alma en cuerpo mortal no puede ver a Dios 272

**Ambición:** es adoración del diablo I 389; se la compara al dragón 452; descripción 388; ambición en clérigos y monjes 225; incentivo de la ambición: la enajenación de la mente y el olvido de la verdad 388; anfidoto 388; cruz de los ambiciosos II 620; se denuncia la ambición en los clérigos 700; también en los monjes 707; sospechoso de ambición el clérigo que frecuenta la curia 641.

**Ambiciosos:** seguidores de Satanás I 547; reprendidos 538 539; el ambicioso no gusta las cosas que son de Dios 190; se les

**[Ambiciosos]**

debe repñer de las dignidades II 642; la humildad, fraude de los ambiciosos 642.

**Amor:** usa ordenadamente de las cosas amables el que no desprecia las temibles I 1069; nada difícil al amante 471; amor triple: dulce, prudente, fuerte 996; amor quintuple, conforme a los cinco sentidos del cuerpo 925 s.; el amor dulce excluye la concupiscencia de la carne, el amor prudente la curiosidad, el amor fuerte la ambición 998; el amor de Dios a los hombres, fuerte y constante 748; ningún testimonio más recto del amor de Dios como su reprensión 914; a Dios se le debe todo amor y honor 439; sin el amor de Dios todos los demás amores son caducos 926; el amor a Dios, excitado e impulsado por tres afectos 1139; cuatro modos de amar 1145; amor de Cristo a nosotros 340; cómo debemos amar a Cristo por su dignación para con el alma 332; incentivos del amor: la meditación de la encarnación y de la pasión de Cristo 996; no vive quien no ama a aquellos entre quienes vive 925; el que me ama, ama también mi perro 753; triple ejercicio del amor al prójimo 1139; comprende todos los demás afectos II 556; sobre todo el conyugal 556; no reconoce señor 290; reconoce al hijo en la dignidad 580; la majestad cede ante el amor 291; el amor y el odio corrompen el juicio 895; fuerza y energía del amor 580 1097 1098; impaciencia del amor 12; cuál su voz y su lenguaje 446; cuándo se aviva y cuándo se amortigua 341; se basta a sí mismo 555 556; cosa grande, pero en él hay grados 556; el amor propio, primer grado 760 761; se templea con el precepto del amor del prójimo y se hace social 761; segundo grado, amar a Dios por uno mismo 763; tercero, amar a Dios también por Él 763; cuarto, no amarle sino por Él 764; felicidad grande de ese estado, pero breve en esta vida 765; cuál el amor casto y justo 763; el verdadero no busca el premio, mas le merece 756; el verdadero está contento consigo mismo 756; amor verdadero y seguro del alma cuando se ama la verdad 520; unión necesaria del amor y de la ciencia 458; fuerza del amor que lleva a Dios 426; el de Dios previene al nuestro 462; el nuestro es nada comparado

[Amor]

con el de Dios 557; origen del divino 762; el amor de Dios engendra el amor del alma 461 462; es indicio del Dios amante 461; con sólo amor se sacia Dios 555; su fruto y su premio 556; Dios quiere más ser amado que temido y honrado 555; cuán grande la deuda de amor que tienen los cristianos 753; el precepto del amor de Dios obliga más a los fieles de la nueva ley que a los de la antigua 754; cuál es el amor verdadero de Dios 123; seguridad grande la del amante 561; el amor puro no es mercenario 556; pero no estará sin recompensa 556; unión de Dios con el hombre por el amor 475; al que ama a Dios todo le es común con él 312; hay que amar a Dios dulce, prudente y fuertemente 122; cuánto es justo y templado 761; fruto de nuestro amor 61; de dónde tan gran amor en el Esposo 465; la pasión de Cristo, gran incentivo de amor de Dios 747; Cristo debe ser más amado por la redención que por la creación 120; el que ama a Jesús no puede sufrir sus injurias 302; amor de los discípulos a Cristo antes de la ascensión 122; amor constante de la Iglesia a Cristo 529; diferencias entre los amadores de Cristo 125; amor mutuo de los hermanos 127.

**Andrés Apóstol (San):** elogio I 945; no le aterran las amenazas ni los suplicios 833; su deseo de la cruz 841; la fe de San Andrés, como el grano de sinapis 831; ayuno en la vigilia de San Andrés 830.

**Ángeles:** su eminencia y dignidad I 751; son el sollo de Dios 611; los órdenes de los ángeles y sus nombres están llenos de misterios 814; su sutileza 207; el alma humana es semejante a la naturaleza del ángel 753; ascienden por la contemplación de Dios y descienden por la compasión de nosotros 430; cómo debemos imitar su ascender y su descender 433; por qué redimido el hombre y no el ángel 158; los ángeles custodian las Iglesias 865; bondad de Dios en la custodia de los ángeles 497; la fe prueba que no nos falta la presencia de los ángeles 440; cuán necesaria la protección de los ángeles 440; dignación y caridad de los ángeles para con nosotros 751; oficio de los ángeles para con los hombres 437 s.; cuán deseosos están los ángeles de nues-

[Ángeles]

tra salvación y cómo la procuran 237; cuán solícitos 753; los ángeles santos nos consuelan, visitan y ayudan por Dios, por nosotros y por sí mismos 454; nuestra confianza en ellos 453; les debemos invocar en las tribulaciones y tentaciones 441; los moribundos necesitan por guía al ángel 392; las manos de los ángeles llevan al cielo las almas de los difuntos 442; a los ángeles les debemos reverencia por la presencia, devoción por la benevolencia, confianza por la custodia 438; les agradan las virtudes y las obras espirituales 754; se deleitan en la concordia y la unidad; la discordia y las disensiones les indignan 755; están presentes a los que oran 206; por qué les hemos de honrar 789; con cuánta solícitud debemos evitar ofenderles 754; obstáculos al amor y solícitud de los ángeles para con nosotros 754; admiración de los ángeles en la ascensión de la Santísima Virgen María 717; caída de los ángeles soberbios 600; por su singularidad 528 529; testimonio del cielo para distinguir los ángeles buenos de los reprobos II 528; diversos órdenes 186; qué hay que considerar en cada uno de ellos 657 ss.; ¿son corpóreos? 657; nombres, oficios y distinciones 657; obras 283; condición desigual la del ángel bienaventurado y la del hombre viciado 238; el entendimiento angelico, más perfecto que el humano 26; simbolizados por los montes y las ovejas 553; simbolizados por las cabras y los ciervos 349; muerte de los ángeles, la contemplación 348; cómo desconocieron el designio de Dios sobre la encarnación 991 ss.; Cristo, más sublime que ellos 493; cómo empuñados por debajo de ellos 493; Cristo vence a los ángeles en el ministerio 363; también para los ángeles se hizo Cristo redención 138; amor de los ángeles a Cristo 115; familiaridad de la Esposa con los ángeles 39; la Iglesia ansía asemejarse a los ángeles 188; los ángeles, guardianes de la Iglesia 519; valla de la Iglesia 409; están siempre dispuestos a asistir al alma piadosa 275; su caridad y dignación para con nosotros 186; sus oficios cerca de las almas piadosas 223; los recrea la devoción de los que salmodian 38; desde el principio fué entregada María al ángel Gabriel para



**[Ángeles]**

que se guardase 995; caída del ángel por la soberbia 458; el ángel, más castigado que el hombre 459.

**Animal:** su vida II 540; no merecen 542; su espíritu necesita cuerpo 25; sirven a los hombres para la salvación 26.

**Anunciación:** circunstancias de la anunciación del Señor I 674.

**Apacentamiento:** por el medio día qué II 237; apacentamiento del Esposo, nuestro provecho 472; triple el de las ovejas 575.

**Apacentar:** cuán dulce ser apacentado por el Esposo II 237; qué apacentarse entre lirios 471; se apacienta el Esposo cuando se le obedece 478.

**Apariciones:** apariciones de Cristo I 521; simbolizan los siete dones del Espíritu Santo 521 s.

**Apetito:** apetito de los hombres hacia el sumo Bien II 755; en los vivientes 934; la voluntariedad distinta del apetito 933.

**Apostasia:** cuán temible la apostasia de los religiosos I 379; apostasia del corazón 380.

**Apóstoles:** nos proporcionan cuatro cosas I 701; su afecto a Cristo purgado poco a poco 561; Cristo presente, no pudieron recibir el Espíritu Santo 541 562; su mutación con el recibimiento del Espíritu Santo 866; por qué sintieron la ida de Cristo 536 541; por qué llamados varones de misericordia 698; nos enseñaron a vivir bien 690; somos descendientes de los apóstoles 702; el doble espíritu de Elias, tipo de los apóstoles 563 564; ajenos a las cosas de este mundo II 588; cuál su embriaguez después de recibir al Espíritu Santo 329; desconocieron las artes liberales 259; mujeres apóstoles de los apóstoles 507; los apóstoles y los varones apostólicos, guardianes de la Iglesia 518.

**Aprovechamiento:** cómo discernir el aprovechamiento II 613; nuestros aprovechamientos Cristo los ama como suyos 419; son frutos del Espíritu Santo 419; nuestro aprovechamiento, pasto del Esposo 472.

**Aprovechar:** no aprovechar, peligro de ser envuelto por las tinieblas exteriores II 332; se salvan los que tienen deseos de aprovechar 332.

**Árbol:** Cristo, árbol místico I 650; árboles fructíferos e infructuosos 647; diversidad de árboles espirituales 647; su vida II 640.

**Arder:** arder es mejor que lucir I 603 604; lucir sólo, vano; arder, sumo, poco; arder y lucir, lo perfecto 678.

**Armas:** armas espirituales con que se vence al diablo I 861; su necesidad 843; hay que tomar las armas contra el enemigo 843; armas con que se defiende el castillo del alma 1107.

**Aromas:** compasión fraterna, celo por la justicia, discreción de espíritus: tres aromas de la mente I 511 512; a quién hay que comprarlos 513; tres aromas de la mano: continencia de la carne, misericordia para con los hermanos, paciencia en la piedad 515; hay que comprarlos con el dinero de la sujeción 516; tres aromas también de la lengua: moderación en la corrección, abundancia en la exhortación, eficacia en la persuasión 514.

**Ascensión:** la ascensión de Cristo corona las demás solemnidades, declara su fruto y aumenta su gracia I 546; a la ascensión de Cristo se atribuye nuestra glorificación 657; alabanzas 535; varias ascensiones de Cristo 550; nuestra esperanza por la ascensión de Cristo 546; doble ascensión que recomienda el Apóstol 557; cuatro grados de ascensión 1164; también siete 1167; cómo ascender a Cristo 1010; el ejemplo de Cristo, que desciende, enseña un ascenso salvador 549.

**Aspid:** los obstinados y pertinaces, semejantes al áspid I 443; símbolo de la tentación de las cosas necesarias de la vida 450; cómo tapan sus oídos los áspides 443.

**Atraer:** qué es y a quiénes compete II 130 ss.; el ser atraídos a Dios no daña nuestra libertad 138 139; Cristo nos atrae con su avidez 225 226; Dios nos atrae en algún sentido violentados para hacernos voluntarios 132 133; Dios atrae amenazando o castigando 232 233; cómo atrae el Esposo 382.

**Aterrar:** por qué Dios permite que algunas veces aterre el demonio a los buenos I 396.

**Auxilio:** cuándo debemos prestar auxilio a los hermanos en religión I 170; auxilio doble de Dios II 133.

**Avaricia:** se denuncia crudamente la de los obispos II 44 517; la de los clérigos 700; carro, caballo y auriga de la avaricia 277; hay que cortarla en los domésticos 650.



**Avaro:** semejante al hidrópico I 26; esclavo de las riquezas II 132; ansa las cosas terrenas como mendigo 131.

**Basílico:** lleva el veneno en el ojo I 444; símbolo de la envidia 444; también de la vanagloria 451.

**Bautismo:** bautismo de los niños I 471; humildad de Cristo en el bautismo 313; el mismo día bautizado y adorado por los magos 313; sus figuras II 273; precepto positivo, no natural 977; cuándo empezó su obligación 976; le suple la fe 982 ss.; también el martirio 981; aprovecha a los niños en virtud de la fe ajena 984; se les bautiza en la fe de la Iglesia 440; qué pena tienen los niños que mueren sin bautismo 459; error de los herejes sobre el bautismo de los niños 439; la profesión religiosa, segundo bautismo 817; válido el conferido con la fórmula: "Yo te bautizo en el nombre de Dios y de la Santa Vera Cruz" 1202.

**Belén:** su gloria I 231; su exposición moral 265; significa casa de pan 232; lugar del nacimiento de Cristo predicho por los profetas II 993.

**Bendición:** una triple bendición necesaria: la preveniente, la ayudante, la consumante I 1102.

**Beneficios:** cuatro beneficios de Dios I 381 382; beneficio de la creación 446; de la conservación 447; de la redención 448; de la remuneración 448; beneficios de la creación, redención, vocación 957; peso de los beneficios de Dios 588.

**Benito (San):** oculto tres años I 648; es comparado al árbol fructífero 646; tres frutos suyos 649; apacienta al rebaño del Señor con la vida, con la doctrina, con la intercesión 650; su santidad, justicia y piedad nos deben fortalecer 646; ¿vió a Dios intuitivamente en este mundo? 922.

**Bernardo (San):** sus ocupaciones asiduas I 184 358; vigiliass 184; tierno amor a los suyos 1023; sus suspiros por la patria celestial 339; devoción a la pasión de Cristo 489 490; amor a la cruz 851; devoción a la Virgen 184 228; humildad 206 645; se confiesa pecador 964; avaro a la gloria presente 464; celo por el trabajo de manos 425; solicitud por los suyos 358; se alegra de su aprovechamiento 457; por qué algunos de sus sermones son más breves y otros más

**[Bernardo, San]**

largos 464; predicaba más de lo acostumbrado en la Orden 338 425; enfermedades 184; vió a las almas de algunos hermanos volar al cielo 964; sus tres viajes a Italia II 157; cuando hablaba públicamente el Espíritu Santo le sugería las palabras 547; sigue la doctrina de los apóstoles 970; su reverencia a los Santos Padres 380 976 982; a los obispos 679; les da consejos 816; su amor a su hermano Gerardo 172 178; su ayuda le permite dedicarse al estudio 175; obtiene se le alargue la vida 182; asiste a su entierro sin derramar lágrimas 171; desaproueba el paso a otro monasterio 812; no condena las observancias menos estrechas de otros 823; deseo del amor 210; tierno amor a los suyos 157 350 928 1141 1171 1172; a su sobrino Roberto 1098; rechaza los nombres de dignidad 1139; su ecuanimidad en sufrir las injurias 1128; modestia 1119 1120 1137; su comportamiento respecto de los que le alaban 1140; no quiere que le llamen padre ni señor 1141; suspiros por la patria celestial 239; experiencia de la visita del Esposo 497; deplora la esterilidad de su alma 216; devoción 63 84; devoción a la nación de Cristo 296; humildad 259 367 368 707 832 929 1098 1119 1135 1148; se confiesa pecador 679; se somete a la censura de otros 931; prefiere que le maldigan a él antes que a Dios 599; solicitud por los suyos 350; se alegra del aprovechamiento de los suyos 341; cuánto le angustiaba la corrección que no tenía efecto 390; su ánimo en la corrección 208 209; celo 638; enfermedades 295 303; le horroriza su muerte y la de los suyos 162; cómo se consuela en los trabajos 1173; enfermedades 1173; júbilo 1174; su amor puro 1156; su obediencia a la Santa Sede 1181; intimidad con los cartujos 1113; cómo pensaba del honor papal 1193; sale forzado del monasterio 1131; pide le dejen libre de negocios 1132; no admitió la Inmaculada Concepción de María a 1177 ss.

**Beso:** triple beso: al pie, a la mano, a la boca I 1111 1112; beso del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo 1117; los tres besos significan tres estados del ánimo II 21 ss.; el beso de la mano conviene a los que aprovechan 19; el beso de la

**[Beso]**

boca a los perfectos 20; beso de las manos, dar gloria a Dios 22; el alma que tiene sed de Dios pide el beso de la boca 35; beso de los pies, indicio de paz 22; el beso de los pies conviene a los penitentes 18; el beso de la boca le conocen sólo los experimentados 17; beso del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo 41; la esposa pide el beso del Espíritu Santo 40; qué el beso en las personas divinas 40; el beso es la encarnación del Verbo 13; donación del Espíritu Santo beso de la Iglesia 41.

**Bien:** conocer el bien y quererle es religión perfecta y perfección religiosa I 542; gustar el bien es incentivo del deseo y estímulo del amor 767; todo coopera al bien de los piadosos 887; es más útil esconder el bien que mostrarle 173; hay que obrar el bien delante de Dios y delante de los hombres de tres modos 1003; abundancia de bienes en el cielo 946; bienes naturales, espirituales, eternos 941 s.; todos los bienes de esta vida son nada en comparación con los futuros 825; apetito en el hombre del sumo Bien II 757; para querer el bien es necesaria la gracia, y ésta ha de ser doble 947; desistir del bien prometido, apostasia 851 1152; la mala conciencia vicia el bien 470; Dios, autor de todos los bienes 72; a El se deben atribuir todos los bienes 138 139; igualmente, la gloria de los mismos 75 76 78 316 364 725; alguna vez nos debemos alegrar más del bien ajeno que del propio 331 332; bienes permanentes 1120.

**Bienaventurados:** el que vive temeroso de ser oprimido tanto por los beneficios de Dios como por sus pecados es bienaventurado I 454; felicidad de los bienaventurados en el cielo 641 s.; su solicitud por nosotros 642; misericordiosos, pero libres de sufrimientos 114 115; elogios de las almas bienaventuradas 642; su felicidad en el cielo II 239; se les asocia a los coros de los ángeles 174; están solicitos por nosotros 174; las almas bienaventuradas desean los cuerpos 768; antes de la resurrección de los mismos les falta algo de gloria, pero no tienen miserias 939.

**Bienaventuranza:** en qué consiste I 785 s.; dotes y estado 468; es luz, paz y fuente 254; tres bienes suyos 868; en ella triple gozo de Dios 785; sus bienes

**[Bienaventuranza]**

en cuanto al alma 787; no será perfecta sino después del juicio 716; tres medios determinados por Cristo para alcanzarla 1088 1089; la actual consiste en temer a Dios 791; sola la justicia beatifica 787; es mediodía que desconoce la tarde II 239; sus bienes en cuanto al alma 62; suma bienaventuranza, conocer a Dios 41; la de los ángeles crece con la nuestra 455.

**Bodas:** bodas de Cristo con el alma I 331 332; condenadas por los herejes II 435; las segundas y las terceras licitas 437.

**Buscar:** cuándo debemos buscar a Dios I 902; cómo debemos buscar a Dios 1020; quiénes buscan a Dios 903; los que buscan a Dios ya le tienen 1024 1025; buscar a Dios, gran bien II 358; cómo buscarle 655; se le encuentra más fácilmente con la oración que con la disputa 678; con los deseos mejor que con paseos 358; el alma busca a Dios después de haber sido buscada por El 359; por tres causas se le busca inútilmente 504; el que busca a Dios debe evitar la ingratitud 558; Dios se oculta para que se le busque con más avidez y se le retenga con más insistencia 496; siete causas por que busca el alma al Verbo 562.

**Cabeza:** es torpe tener el hombre la cabeza levantada y el corazón por la tierra I 930.

**Caída:** en qué se diferencian las caídas de los piadosos de las de los impíos I 374; caída y reparación del hombre 530; caída de nuestros primeros padres 838.

**Cámara:** varias las cámaras del Esposo II 150; la cámara significa el arcano de la contemplación 145.

**Caminos:** son muchos y diversos I 427; caminos de los hombres: la necesidad y el deseo 427; caminos del demonio: la presunción y la obsesión 428; caminos de los ángeles: la ascensión y el descendimiento 430; caminos del Señor: la misericordia y la verdad 431. 962; también la confesión y la obediencia 1033; los sigue el hombre por la compunción y la confesión 432 433; por los caminos del Señor marchan tres géneros de hombres 1098; cómo tienden a imitar los del Señor los caminos de los ángeles 433; cómo incurrimos en los caminos del demonio 433 434; el camino ancho no es cami-

**[Caminos]**

no 884; caminos buenos y malos II 906; camino recto para volver a Dios 759; Cristo caminó 966.

**Campamento:** el campamento espiritual necesita un triple contingente para su defensa I 860 861; el campamento espiritual, atacado de cuatro modos 1107; con qué armas hay que defenderle 1107; no hay que entregar el campamento espiritual 862; quiénes son los traidores 862; explicación del castillo místico 706; Claraval, campamento de Cristo 862.

**Cardenales:** se han de elegir de todo el mundo II 641; cuáles han de ser 641; se ha de excluir al que lo pide 641; se deben elegir a los probados y no para probarlos 641; cualidades 642; deben ayudar al Papa 1144.

**Caridad:** la simboliza el esplendor del sol I 1123 1124; también la risa 1130; comparada con el vino 1168; es vida de la fe 510; la perfecta sólo ansía lo que es sumo 419; la caridad hace dulces las cosas amargas 1133; el que está vestido de caridad es terrible a los enemigos 1124; caridad triple 1062; Dios nos atrae con la caridad 163 164; comparada con el vino II 365; elogio 885; carisma óptimo 206; visión 533; es Dios y don de Dios 771; cómo 771; sola ella es ley que convierte las almas 770 1114 ss.; cuán suave la ley de la caridad 773; templea el temor de los siervos y ordena la codicia de los mercenarios 771 772; por qué fuerte como la muerte 688; donde todo lo llena la caridad no hay lugar para la vanidad 114; por ella participamos de los méritos de los otros 832; lágrimas de la caridad 389; es fruto de vida 402; caridad es verano y el temor invierno 389; caridad en acto y en afecto 364; la caridad es amplia 191; la ley de la caridad se ha de entender de la que consiste en actos 335; pero no se ha de excluir todo afecto 335; el precepto de la caridad afectiva no se puede cumplir en esta vida 334; la perfección de la caridad no la pueden conseguir en esta vida los hombres ni siquiera los mártires 766; a la caridad están sometidas todas las Reglas 782; por su causa se han de abandonar a veces las obras de piedad 336; la caridad no puede existir juntamente con la infidelidad 691; se la puede

**[Caridad]**

perder después de adquirida 691; sin caridad nada aprovechan las demás virtudes 687; siempre tiene lo que es suyo y por eso no lo busca 111; cómo debe estar regulada en el prelado 331; caridad de la Iglesia a la Sinagoga 530; diferencia entre los arrastrados por la concupiscencia y los atraídos por la caridad 925; cual la verdadera y sincera 1114; sola ella Inmaculada 1114; tiene temor y ansias? 1115; hace ligeras todas las cosas 1116; estado de caridad en el cielo 1118; no debe ser perturbada por los negocios 1147; su fuerza 1172.

**Carnales:** quiénes I 577; buscan la felicidad cambiando el orden de las cosas 956; se rien de la esperanza de los bienes futuros 1160; los carnales y los espirituales, dos lados de la Iglesia 398; el hombre carnal siempre sufre 427; los que viven carnalmente están muertos 511; las almas carnales designadas con el nombre de mujeres II 271; el afecto carnal semejante al vino 52; se describe el afecto carnal a Cristo 123.

**Carne:** es morada I 421 422; cómo se la debe amar 422 423; la carne debe servir al espíritu, no el espíritu a la carne 422; enemigo doméstico muy temible 593; ningún enemigo tan vecino 234; nuestra carne es nuestra Eva 768; también lazo y enemigo 358; es más útil y mejor elegir lo que molesta a la carne 281; aman verdaderamente a la carne los que la mortifican 423; la mortificación de la carne debe hacerse discretamente, en lo oculto y con permiso 1039; el deleite de la carne es malo, pero buena la aflicción 282; los dados a la carne son esclavos 422; dejar las cosas espirituales para volver a las carnales es indigno II 353; cuidar demasiado a la carne, indigno de los monjes 220; con razón siente rebelarse a su carne el alma rebelde a Dios 871; la mortificación de la carne es un género de martirio 219; la debilidad de la carne aumenta la fortaleza del espíritu y al contrario 209; sus delicias, corruptelas del espíritu 1103; el amor espiritual empieza por la carne 1117.

**Casa:** la casa de Dios construida con ángeles y hombres I 856; su preparación 709 710; sus piedras vivas unidas con

**[Casa]**

el argamasa del conocimiento y del amor 857; casa de Dios, el hombre espiritual II 315.

**Castidad:** simbolizada en la luna llena I 1123; difícil la guarda de la castidad 212; virtud angélica II 186; predicación de la castidad, el lamento de la tórtola 394.

**Castigo:** Dios retrasa el castigo del pecado y por qué I 592; es castigo la ceguera de los que, conociendo a Dios, no le aman III 1121; el castigo, indicio de amor de Dios 1124.

**Celo:** recomendado el celo de la justicia I 512; se inculca a los religiosos el celo de la disciplina 683; qué lejos estamos del celo y fervor de los mártires 826; el celo necesario al prelado II 78; le ha de inflamar la caridad, informar la ciencia y asegurar la constancia 222; el celo sin la ciencia es menos eficaz 336; el celo ciego no procede del Espíritu Santo 43; efectos del celo 193; los que tienen celo y confianza acometen y alcanzan cosas grandes 234; celo de misericordia y celo de juicio 330 331.

**Cielo:** viene de celar I 814; comparado con el monte 1005; su entrada nos la mereció Cristo 1007; quién digno de él 1006; debemos abrirnos paso por medio de los escuadrones de enemigos 395; sólo está abierto a los puros y cómo 991; poseerán el cielo cuatro géneros de hombres 1193; atajo del cielo, la vida monástica 963; paz y gozo en el cielo 956; ningún lugar de tristeza o de culpa 1011; los santos del cielo nos aguardan 237; hay que buscar las cosas del cielo con el desprecio de las de la tierra 235; descripción de la gloria del cielo 968; felicidad en la patria del cielo 339; 1057; su recuerdo arroja los afectos viciosos 1004; dulce recuerdo del cielo a los que oran 958; ansias del cielo 958 959; bienes abundantes en el cielo 945; belleza del cielo II 184; quiénes son cielo en la Iglesia 191; es un cielo el alma santa 188; el alma mora en el cielo con el pensamiento y con el deseo 410.

**Ciencia:** sin ella cae el celo I 606; la ciencia vana fué causa de ruina para Adán y sus descendientes 548; el ambicioso de poder y ciencia a cuántos daños está expuesto 549; la ciencia de juicio es de pocos 241; a nosotros nos es necesaria 241; tiene tres grados: dolor de los pecados, corrección y

**[Ciencia]**

solicitud 242; en el primero se enciende, en el segundo arde, en el tercero luce 242; cuál la ciencia de los santos, la del mundo y la de la carne 962; principalísima la ciencia de vivir bien 630; no se ha de condenar la ciencia intelectual II 260; la dignidad sin ciencia no aprovecha 745; sin virtud daña 746; designan la ciencia los hitos 402; no se la ha de buscar sino mediante el Verbo 460; no infla la que presupone un doble conocimiento de sí y de Dios 266; su utilidad consiste en la medida 260; unión necesaria entre ciencia y amor 458; a la ciencia sigue la hinchazón si no la reprime el temor 154; hay una ciencia que infla y otra que ahoga 260; la ciencia que infla no procede del Espíritu Santo, sino la ciencia con devoción 43; cómo expió Cristo el deseo desordenado de nuestros primeros padres 892; la ciencia ociosa e infructuosa es alimento crudo e indigesto 261; la ciencia del mundo embriaga de curiosidad, no de caridad 51; la ciencia de la salvación se ha de preferir a todas las otras 260; ciencia experimental de Cristo 369 890.

**Circuncisión:** qué nos enseña I 304; indicios de superfluidad y pecado 302; por qué se hace el día octavo 299; se hace en la parte en que domina más la concupiscencia 299; el cuchillo de la circuncisión raja el orín del pecado original 299; precepto de la antigua circuncisión 299; cuál nuestra circuncisión moral 297; necesitamos ser circuncidados, no en un solo miembro, sino en todo el cuerpo 296 297.

**Circunspección:** triple circunspección necesaria: con los hombres, con los ángeles, con Dios I 456 457.

**Cisma:** cuán gran mal II 206; el cisma de Anacleto II 157.

**Cistercienses:** bebían vino rara vez I 848; recreos 947 948; muy largas sus vigiliass nocturnas II 263; no tenían misa en tiempo de la recolección 337; su silencio 207.

**Claravalenses:** elogios de los claravalenses I 1021; toda su vida calada en la primitiva escuela del Salvador 966; su amor a la cruz 839; su obediencia 457; alimentaban con su trabajo a los pobres 379; San Bernardo vió a las almas de algunos de sus monjes volar al cielo 964.



**Claustro:** el claustro de los monjes es un paraíso I 1055; repueba San Bernardo los adornos del claustro II 850.

**Clérigos:** ambición I 225; lujo 390; denuncia los vicios de los clérigos II 247; la avaricia 700; la incontinencia 738; la superfluidad y el lujo 153 632; los que frecuentan las curias son sospechosos de ambición 641; los clérigos disciplinados y sus oficios representados por los artesanos 311; quiénes se han de elegir 311; corrupción del clero en las costumbres 1026 1027.

**Cluniacenses:** elogio de la Orden cluniacense II 823; Orden gloriosísima y luz del mundo 825.

**Coacción:** doble coacción, activa y pasiva II 964; la voluntad no puede ser coactada 544; sólo ella puede hacerlo a sí misma 963.

**Codicia:** procede de la ruindad del corazón I 428; es más tolerable la necesidad 228; codicia de los romanos II 637.

**Collar:** son collares la verdad, la pureza, la sencillez II 283; qué los collares de la esposa 283; qué los collares de oro esmaltados de plata 286.

**Compasión:** se recomienda la compasión fraterna I 512; es compasión cruel disminuir la penitencia 368; también servir al cuerpo en lugar del alma II 841; compasión cruel de Dios 289.

**Compunción:** la compunción del corazón, primera obra de la fe mediante la caridad I 534; tanto el pecador compungido como el justo devoto agradan a Dios 898; dos géneros de compunción II 373.

**Comunión:** comunión pascual I 508 509.

**Conciencia:** conciencia feliz cuál I 242; dos cosas la hacen feliz 1062; testimonio de la conciencia 775; consiste en tres cosas 655; cuidado de los monjes en purificarla 1130; difícil su conocimiento 171; conciencia cuádruple 162 163; la culpable, cárcel e infierno del alma 720; compañera de cada individuo II 695; reformada con buenas obras, lecho florido 315; dos cosas la hacen buena 689; tranquilidad de la buena 690; lugar seguro 695; quién se puede gloriarse del testimonio de la conciencia 695; él nos excusa perfecta y absolutamente 698; humillación y gloria que provienen de él 607; no hay que ahogar el gusano de la conciencia 715; peligro de la conciencia falsa 806; la mala vi-

## [Conciencia]

cia las buenas obras 470; su tormento 673; su miseria 712.

**Concordia:** la concordia y la unidad agradan extraordinariamente a los ángeles I 754; prerrogativas de la concordia y de la vida común 563; en qué consiste la propia concordia 859.

**Concupiscencia:** origen de todos los males y de todos los vicios I 993; se la puede reprimir, pero no se extingue sino con la muerte 180; no daña sin consentimiento 993; los movimientos de la concupiscencia que no podemos evitar no son voluntarios, sino corrupción de la voluntad 519; por qué el límite de la concupiscencia permanece después del bautismo 494; su remedio, la Eucaristía 495; también la oración 770; no daña a la libertad III 960 961; la vehemente disminuye la voluntariedad 543; no daña sin consentimiento 697; sus movimientos indeliberados no son pecado 545 546; la concupiscencia carnal quita el afecto de la compasión 401.

**Condenados:** para los condenados no hay redención ninguna II 505; tienen culpa inextinguible y pena interminable 714; por qué su pena eterna 955; porque su voluntad permanece firmemente adherida al mal 672 956; su gusano inmortal 673; qué luz tienen los condenados 673.

**Confesión:** es la escoba con que nos limpiamos, barremos la casa de nuestra casa I 708; en ella se lavan todas las cosas 515; con la confesión y la oración se purifica el ojo de la mente 770; siete grados 1034; tenga por acompañantes a la mortificación y a la oración 1122; su eficacia 1034; utilidad 1033; doble confesión 233; la de la boca es triple; verdadera, llana, propia 1037 1038; confesión pascual 508; cuatro impedimentos 1150; la confesión es el único remedio después del pecado III 868; debe ser humilde, pura y fiel 99; su eficacia 1075; doble confesión 373 878 1169; confesión y viático para los moribundos 1068; confesión privada 47; la confesión falsa, mono grado de soberbia 921; encanto de la confesión 1169.

**Confianza:** confianza en Dios I 259; sola la humildad de corazón produce confianza en Dios y desconfianza de sí 259; motivos de la confianza en Cristo 233; cuánta deben tener los

**[Conflanza]**

nombrados en Cristo infante 272; confianza grande hacia los ángeles 753; la confianza hace a los hombres como omnipotentes II 566; confianza de la esposa en el esposo 454; confianza del alma santa apoyada en dos razones 457.

**Conformidad:** la conformidad de voluntades desposa al alma con el Verbo II 554.

**Confusión:** cuál es la confusión que trae gloria I 930.

**Congregación:** feliz aquella donde se queja Marta de Maria I 713; en la congregación de muchos es imposible ser todos de una misma fortaleza 1026; en ella hay que vivir ordenado consigo mismo, sociable con los hermanos, humilde con Dios 690 691.

**Conocimiento:** cuatro clases de hombres que conocen y no conocen a Dios I 1102 1103; conocimiento perfecto de la Trinidad, la vida eterna 565; qué podemos conocer de Dios 565 566; el conocimiento es en los cielos alimento del amor, aquí puede ser detrimento 859; el conocimiento y la devoción, dos alas 606; el conocimiento, vida del alma 1165; el propio conocimiento consiste en tres cosas 1034; no se conoce perfectamente al Padre sino cuando se le ama perfectamente II 45; conocimiento de Dios y propio necesarios 263 264; cuán necesario el conocimiento y cuidado propios 599 262; sus efectos 897; son el temor y la humildad 262; el conocimiento propio es escala para el conocimiento de Dios 262 263.

**Consejo:** ninguno mejor que el ejemplo I 170; debemos consejo y auxilio a nuestros hermanos 170; Cristo abandonó su propio consejo 520; consejo propio, lepra 520; los que siguen el humano pierden el divino 321; por qué debemos hacer todas las cosas con consejo III 442; a los obispos es necesario 681; se ha de pedir consejo a los prudentes y benévolos 681.

**Consentimiento:** consentimiento libre de la voluntad II 933 934; hace a los hombres dichosos o desgraciados 933 934; no le hay donde no hay voluntad 934; sólo el consentimiento puede dañar 965; no el sentir 545 546; hay que evitar solícitamente que dañe 373.

**Consideración:** la consideración de los beneficios de Cristo allmenta a los menos capaces I 330; la consideración del infierno suaviza los trabajos de la

**[Consideración]**

vida 318; es triple: de dónde somos, en dónde estamos, a dónde vamos 929; que es la consideración II 599; principalmente mira a las cosas divinas 652; la consideración de las llagas de Cristo sana las llagas de la conciencia 415; la consideración de uno mismo quita la arrogancia 363; es triple: qué, quién, cuál 600; hay que reservar algún tiempo a la consideración 589; no dedicar ningún tiempo a la consideración en la vida es perderla 593; sus efectos y utilidad 590; tres especies 654.

**Consolación:** consolación buena I 895; a quienes se dan las consolaciones de Dios 418; consolaciones divinas y angélicas 381; a quienes pertenecen las de Cristo 290; la celestial necesaria para los que renuncian a los deleites carnales 798; qué han de hacer los recientemente convertidos que carecen de ellas 626; la terrena, óbice a la divina 543 559; ha de ser repudiada al lado de la divina 182; la mundana es impedimento de la verdaderamente salutar 248; a quien ignora la necesaria sólo le queda que no tenga la gracia de Dios 308; quien no conoce la desolación tampoco puede conocer la consolación 308; consolación en la aflicción II 177; consolación y corrección, doble auxilio de Dios 133; consolaciones del Esposo 230; son capaces de consolación celestial los que renuncian a la caduca 750; cómo debemos portarnos en la consolación y en la tentación 130 131; motivos de consolación en la muerte de los allegados 172.

**Contemplación:** resulta de la comunicación del Verbo de Dios con la humana naturaleza I 1113; objeto 1066; dos géneros 1112; dos grados 908 909; triple modo 1113 1114; útil aviso 716 717; a unos más apropiada la vida contemplativa, a otros la activa 1119 1120; qué es la contemplación II 599; su fuerza y naturaleza 380; efectos en el alma que contempla 284 285; a quienes se debe el gusto de la contemplación 313; de quienes es propia la contemplación 313; su deleite e inquietud 151 152; raptos 571; doble éxtasis 330; preparación necesaria para la contemplación 314; a los ávidos de contemplación se les encarga el oficio de predicar 285; no se debe desear la contemplación antes de las buenas obras 313; se la debe anteponer el

**[Contemplación]**

aprovechamiento de los otros 341; dos generos de contemplación 412; cuatro especies 677; impedimentos de la contemplación y cómo se les na de apartar 898; alternativas entre contemplación y acción 341 379 382.

**Contemplativos:** varios estados de contemplativos II 122; no se ha de criticar su quietud 349 350; los contemplativos pueden gozar en esta vida de la libertad del buen placer 944.

**Convenencia:** sus enemigos: la carne, el mundo y el diablo I 593; triple conveniencia 1085; el tiempo de la ley inoportuno para la predicación de la conveniencia II 394; a cuantos la profesan les está prohibido el matrimonio 432.

**Convenientes:** su muro, la conveniencia; la paciencia, el antemural I 860; no sólo se salvan los continentes II 435.

**Contumaz:** los contumaces y obstinados, abominables después de la caída I 700; se les ha de corregir más duramente II 300.

**Conversaciones:** las conversaciones largas, enemigas de la oración I 949.

**Conversión:** conversión del hombre I 531; se vuelve a Dios por la humildad 349; cuatro estados del hombre antes de la conversión 916; es un gran milagro 853; obra del poder divino 516; en cuántos grados se hace 1146; no hay que descuidar la corporal 350 nuestra conversión a ejemplo del niño 628; diferirla hasta la muerte es peligroso 1101; modo de conversión II 711; sólo el amor de Dios convierte las almas 770; dificultad de la conversión 717; es obra de la voz divina, no de la humana 710; es obra de la gracia de Dios 559; hay que atribuirle a Dios 525; no hay verdadera vida sino en la conversión 709; progresos en la conversión 720; no querer la conversión es ignorar a Dios 270.

**Convertidos:** los convertidos recientemente sufren graves tentaciones I 719; los convertidos una vez y luego pervertidos difícilmente se arrepienten 699; qué hacer con los convertidos recientemente y que carecen de consolaciones 626; benignidad de Dios con los recientemente convertidos II 715; éstos no conocen bien los pecados espirituales 716.

**Corazón:** todo el corazón está en cuatro pasiones: amor, temor, gozo y tristeza I 350; sus mem-

**[Corazón]**

brios, entendimiento y afectos, frecuentemente opuestos 567; la paz plena del corazón reservada para la vida futura 567; hay que levantar los corazones 566; qué sea levantar los corazones 566; tener el nombre la cabeza elevada y el corazón por tierra es torpe 930; unos le tienen elevado, otros en el suelo 1020; suele la virtud divina curar antes el corazón que el cuerpo 1137; le debemos purificar 942; la custodia del corazón consiste en la guarda de los afectos y de los pensamientos 951; no puede existir sin el cuidado de la lengua y de la mano 951; el contrito, próximo al puro 1007 1008; cómo hay que rasgarle 351; de dos modos procede la vida del corazón 1106; las peticiones del corazón son de tres cosas 361; corazón triple 1164; tener el corazón en el lado izquierdo significa que los afectos están inclinados a la tierra 402; Cristo no ama el titubeante sino el fijo 268; la dureza del corazón viene del propio querer y de que no se medita la ley de Dios 352; unidad de corazones en la primitiva Iglesia 343; debemos purificar el corazón de las cosas mundanas II 733; en qué consiste la pureza de corazón 687; la vanidad de los vestidos revela la vanidad del corazón 846; se describe la dureza de corazón 583; grados para llegar a ella 582.

**Corrección:** la corrección, testimonio cierto del amor de Dios I 914; qué obra en nosotros 514 515; debe ser moderada 514; corrección para prueba II 305; corrección y consolación, doble auxilio de Dios 133; utilidad de la corrección 211; hay que suavizar con la mansedumbre la aspereza de la corrección 300; aun habiendo pecado, llevamos mal la corrección 305; el pastor piadoso no se contenta con la corrección si aún peligra el inferior 290; ánimo de San Bernardo en la corrección 209; a los duros y contumaces se les debe corregir más duramente 300; a los malos les es ingrata y odiosa la corrección 517; cuán injustos los que no la sufren con paciencia 288.

**Correr:** diversidad entre los que corren tras de Cristo II 141; cuán indigno no correr en pos de El 138 139; motivos 138 139; corren más que nadie las almas fervorosas 143; nuestro correr pende de la gracia 134; se corre conforme a la gracia 129 130.



**Corrupción:** corrupción de la naturaleza I 894; viene del pecado 236; la corrupción del alma, triple; la del cuerpo, cuádruple 1100.

**Costumbre:** la costumbre mala se debe vencer con el consejo I 936; cuán grave la costumbre de pecar 918; fuerza de la costumbre III 581; en vano se excusan los abusos y vicios con la costumbre 636; la costumbre de pecar precipita al profundo de los males 924 925.

**Creación:** beneficio de la creación I 446; en ella el hombre adornado de cuatro virtudes 658; potencia, sabiduría y bondad de Dios en la creación del mundo 576 577.

**Creaturas:** las creaturas sirven de escala para subir a Dios, mas no para los bienaventurados III 652; por qué Dios usa de ellas en sus obras 28; usa de ellas para mérito nuestro 967; por ellas obra de tres modos la salvación de los elegidos 967; qué merezca cada una de las creaturas por su ministerio 967; pena gravísima rechazar al alma y enviarla a las creaturas 253; prerrogativa de la creatura racional 960: nada hay en las cosas que pueda llenar a la creatura sino Dios caridad 113.

**Creyentes:** vencen al mundo I 524; cómo convienen a cada uno de los fieles los signos que, según el Evangelio, habían de seguir a los que creyeren 534.

**Cristiano:** el cristiano, separado de Cristo, se hace monstruo III 344; adopción de los cristianos 522; religión y piedad de los cristianos en la Semana Santa 482; su abuso en las fiestas pascuales 508; al cristiano, como a Cristo, nunca le faltan persecuciones 622 623; su gloria debe asemejarse a la del Crucificado II 168; deuda grande de amor la de los cristianos 753.

**Cristo:** figuras de Cristo y de María I 195; consonancia de las escrituras en presignar sus misterios 199; no es inconveniente el simbolizarle en diversas cosas por diversos motivos 195; Moisés tipo de Cristo 525; también Elias 542; Cristo Salomón, Eclesiastés e Idida 317 1067; libro sellado con siete sellos 504; el Espritu Santo da testimonio de Cristo en figura de paloma 314; por qué le llama el ángel simplemente santo 221; varios nombres 1072 1073; su exposición 300; por antonomasia le conviene el de Jesús 213 214; flor del campo y

## [Cristo]

por qué no de huerto 165; fruto bendito 209; árbol místico 650; monte alegórico 1009; monte coagulado y pingüe 1009 1010; comparado con la oveja y la abeja 164 165; vino como Dios, como esposo, como cordero 685; camino en el ejemplo, verdad en la promesa, vida en el premio 538; rey en todas partes 1067 1068; seductor piadoso 505; fuente de toda santidad 291; autor de nuestra salvación 684; salvador y médico 261; tres cosas dignas de consideración en Cristo Salvador 262; Cristo Salvador reverenciado por los fieles en todas partes 283; todo testimonio que Cristo es mediador 287; su humanidad simbolizada en la plata; su divinidad en el oro 147; Cristo asumió carne en que poder padecer 1011 1012; algunos afirman que su carne la creó en la Virgen de la nada 669; en El sustancia triple, pero persona única 245; Cristo del Padre, en el Padre, con el Padre, del Padre, por el Padre, bajo el Padre 608; la deidad cabeza de Cristo, pie la humanidad 1119; la humanidad la izquierda, diestra la divinidad 785; anhelos de los patriarcas del nacimiento de Cristo 263; su concepción reforma la nuestra 571; su modo de concepción conocido sólo de Dios y de la Virgen 220 221; la generación de Cristo y la asunción de la Virgen, inenarrables 705; el descendimiento de Cristo del cielo más admirable que la asunción de María 718; el nacimiento de Cristo, digno de admiración 229; lugar del nacimiento 265; el nacer por la noche muestra que hay que huir de la ostentación 281; el nacer en invierno que hay que elegir lo que es molesto a la carne 281; con su nacimiento hizo preciosa la pobreza 232; humildad en el nacimiento 251; remedios que trae el nacimiento de Cristo 248 249; utilidad 216; confianza 271; triple fruto 230; en quiénes nace 269; así como todos los días es inmolado, así todos nace 265; su nacimiento siempre nuevo 265; el hacerse niño indica que se le puede aplacar fácilmente 311; sus gemidos y lágrimas distintos de los de los demás niños 282; enseñan a huir del deleite 282; nos causan vergüenza, dolor y temor 283; el establo condena la vanidad del mundo 282; por qué quiso ser circuncidado 324; la circuncisión prueba la verdad de la hu-



[Cristo]

manida asumida 296; qué nos enseña en su circuncisión 1096; algo que amar, algo que admirar, algo que imitar 301; por qué Cristo circuncidado es llamado Salvador 299; oblación de Cristo en el templo y en la cruz 365 366; se apareció a los Magos pocos días después del nacimiento 320; triple aparición de Cristo en un mismo día 316; bautizado el mismo día a los treinta años 319; humildad de Cristo en el bautismo 325; en el bautismo lavó las aguas que habían de lavar a los hombres 313; virtudes con que nos redimió Cristo 668; humildad, virtud de Cristo 474; ésta confunde nuestra vanidad 315; digna de imitación 650; obediencia a los padres 306; pobreza 317 318; los enemigos testimonian su misericordia 672; benignidad y misericordia 309; más propenso a la misericordia que a la justicia 165; misericordia y justicia 538; solo inocente 1006; amor a nosotros 640; suma dignación de Cristo y dignidad de María 190; en la edad mayor dió ejemplos manifiestos de las virtudes; en la infancia, envueltos en figuras 301; Cristo hizo y enseñó 762; todas sus cosas no son sin misterio 301; doble hermosura: interior y exterior de sus obras 330; sus obras, consideradas exteriormente, nutren a los menos capaces 330; su vida instruye la nuestra 572; sus palabras dulces a unos, duras a otros 906; de diversas maneras presente y manifiesto a todos 817 818; libertad 491; espíritu septiforme 665 s.; unión 345; cuatro pasiones ordenadísimas 1068; se lee que lloró, nunca que riese 176; cuatro tentaciones 449 450; tres tentaciones del diablo 389; oración y sudor en el huerto 480; por qué quiso ser confortado por el ángel 836 837; muerte de solo amor 415; espontánea 278 484 1012; caridad en la pasión 484 487; también misericordia 487; también humildad 483 489; paciencia 483; en la vida tuvo acción pasiva, en la muerte pasión activa 490; nos basta la pasión de Cristo 479; fuerza y eficacia de su pasión 482; su muerte derrota a nuestros enemigos 573; quita un triple pecado 485; a la pasión de Cristo se atribuye la remisión de los pecados, a la resurrección la justificación, a la ascensión la glorificación 656 657; no le habría sido más difícil descender de la cruz que salir del sepul-

[Cristo]

cro cerrado 501; perseverancia en la cruz 598; le pone en vano asechanzas Satanás 499; misterio de su costado abierto 402; sus llagas, signos de victoria 744; tres cosas que considerar en la pasión de Cristo: la obra, el modo, la causa 482; triduo moral 502; qué hizo en los infiernos 784; cómo ungir místicamente a Cristo en el sepulcro 511; por qué no quiso que se ungiese su cuerpo muerto 1121; impasible después de su resurrección 1013 1014; su resurrección nos obliga a vivir vida mejor 506 507; antes de su pasión nos dió siete purgas, después de su resurrección siete refecciones 517; siete dones del Espíritu Santo aplicados a siete apariciones de Cristo 521 522; varias ascensiones de Cristo 550; triple ascensión y descendimiento 1083; cómo le hemos de imitar 1084; por qué sintieron los apóstoles su separación 541; por qué, estando El presente, no pudieron recibir al Espíritu Santo 541; no sufrirá más, pero tendrá misericordia 1014; su majestad en la gloria 252 253; manso y amable en el destierro, justo y terrible en el juicio, glorioso y admirable en el reino 317; Cristo conocido de todas las gentes 535; antes hay que verle en la humildad que en la gloria 596; por qué admitió la alabanza del mundo 578; diversa visión de Cristo en Isaías 610; la sinagoga le dió a luz, pero no le tuvo afecto de madre 269; cómo reina eternamente en la casa de Jacob 218; cómo se dió a Cristo el trono de David y por qué no reinó en Jerusalén 217; dos procesiones de Cristo 629; dignación de Cristo en la reparación del hombre 1052; su dignación hacia el alma y cuánto se le debe amar por ello 332; cuanto más vil por nosotros, tanto más querido 310; fuente de vida para nosotros 738 739; fuente de toda santidad 291; dado todo al hombre 303; poder y sabiduría de Cristo, ocultos en la obra de la redención 1080; venció a los dos enemigos del hombre: el pecado y la muerte 272; la humanidad de Cristo instruye la fe, roborla la esperanza, enciende la caridad 310; cuán molesto le es a Dios que inutilicemos los trabajos de Cristo 284; victorias insignes de Cristo 497; Cristo nos mereció la subida

**[Cristo]**

a los cielos 1007; de los que siguen y no siguen a Cristo 1086; la suavidad de Cristo nos atrae 761; Cristo Paráclito 837; hay que llevar el peso de Cristo, aunque parezca que pesa 522; llevar a Cristo no es cargarse sino honrarse 393; cómo preparar asiento a Cristo 169; no ama al corazón tiubeante, sino al fijo 268; por qué pide de nosotros 346; los misterios de Cristo para unos son realidad, para otros no 1056 1057; vive en nosotros mientras vive la fe 510; su reino, el alma 219; le están todas las cosas unidas con unión sustancial, personal, espiritual, sacramental 1009; amó al cuerpo místico más que al real 1121; debemos unirnos a Cristo Cabeza 344; el hombre separado de Cristo se convierte en monstruo 344; bodas de Cristo con el alma 331 332; teniéndole por protector, nada hay que temer 396; Cristo sufre persecución de los falsos cristianos, principalmente de los sacerdotes y detractores 622 623; figura de Cristo, Eliseo resucitando a un muerto III 94; Cristo verdadero Salomón 183; el nombre de Cristo derramado por todo el mundo 89; es flor del campo 317 318; flor del huerto, del campo y del tálamo 319; se ha hecho por nosotros justicia, santificación y redención 137 ss.; es virgen, hijo de virgen y esposo de los vírgenes 200; cómo va saltando por montes y collados Cristo Esposo 355; cómo es Cristo negro y hermoso 169; por fuera es deforme, por dentro hermoso 195; se hizo negro para volvernos a nosotros blancos 194; se encarnó para liberarnos 1008; debemos considerar tres cosas en su encarnación 1023; en Cristo triple sustancia, pero una sola persona 668; prueban la divinidad de Cristo sus milagros, los oráculos de los profetas, la voz del Padre 872; lenguaje de Cristo cuando habla de sí según su divinidad 891; el tiempo de la venida de Cristo desconocido a los ángeles 992; la humildad, virtud de Cristo 905; perfectamente humilde 291; se hizo amar en la humildad, 963; se glorió en la sola humildad 693; abatimiento de Cristo hasta la carne, hasta la cruz, hasta la muerte 63; el abajamiento de Cristo fué una compasión maravillosa 493; obediencia admi-

**[Cristo]**

nable de Cristo 118; su mansedumbre 139 140; la justicia de Cristo es nuestra también 1014; no tiene pecado 201; sus acciones son para nosotros ejemplos de obediencia 888; su vivir en la tierra es como la aurora 240; en la casa de Marta y María se alimentaba entre lirios 472; deseable su sombra 325; su sombra es su carne 124; también su carne es la fe 326; comunicación de propiedades en Cristo 669; su ciencia experimental 369 890; debe aumentar nuestra confianza 890; no conoció el día del juicio final con ciencia experimental 891; cómo aprendió la misericordia, 838; adornado de triple libertad 939; pasiones y sentidos corporales en Cristo 369; cuánto padeció por nosotros 63; por qué quiso rescatarnos con tanto trabajo cuando habría bastado con su solo querer 63; Cristo espejo de sufrir y premio del que sufre 319; su pasión, gran incentivo de amor 748; no nos aprovechó menos la debilidad de Cristo que su majestad 876; su vida y su muerte necesarias para nosotros 870; fué también su muerte poderosa para borrar el pecado de los que le dieron muerte 1020; por qué la muerte de Cristo, siendo una, aprovechó a muchos 873; con solo su muerte nos trajo un doble remedio 872; la muerte de Cristo nos libra de la muerte, su vida del error, su gracia del pecado 876; cómo agradó a Dios Padre 1019 1020; retrasó su muerte Cristo para instruirnos con su vida 875; las lagas de Cristo son agujeros de la piedra 404; y habitación segura 404; el recuerdo de su muerte nos excita a la piedad más que el de su vida 870; los que no pueden meditar los arcanos de Dios deben considerar la pasión de Cristo y la gloria de los santos 414; mientras estuvo Cristo muerto, el Verbo no se separó del alma ni del cuerpo 670; por qué no quiso Cristo que se ungiese su cuerpo muerto 68; no se deba atrasar la ascensión de Cristo 511; Cristo en la gloria se apacienta entre lirios 481; qué el sentarse a la diestra del Padre 511; es cosa propia suya 513; Dios dió al Hijo en cuanto hombre el poder de juzgar y por qué 491; Cristo en cuanto Hijo del hombre hereda la tierra; como Señor, la

**[Cristo]**

somete; como creador, la administra; como Esposo, la comparte 391; todo el universo es posesión de Cristo por derecho de creación, por mérito de redención y por donación del Padre 617; su glorificación en el Jordán, en el monte Tabor y en los cielos 512; por su gracia superior a todos los hombres 325; Cristo en cuanto hombre mayor que los ángeles 493; son muchos más los que prefieren su gloria a su cruz 128; nos amó dulcemente, sabiamente, fuertemente 121; satisfizo a Dios por los hombres 1012; la justicia de Cristo aprovechó a los hombres así como los dañó la injusticia de Adán 1013; derramó aceite y vino en nuestras llagas 102; introdujo en la tierra el magisterio de la disciplina celestial 188; se nos propone a nosotros que luchamos como ejemplo y premio 319; causa, virtud, fruto y forma del martirio 200; tiene poder y potestad de perdonar los pecados 872; el hombre se entrega confiadamente a Cristo que quiere salvarle, puede y sabe 121; debemos amar más a Cristo por la redención que por la creación 120; cómo expió el anhelo de ciencia desordenado que tuvieron nuestros primeros padres 892; su suavidad nos atrae 225 226; es indigno no correr tras de Cristo y motivos que nos mueven a ello 139; es digno de muerte el que no quiere vivir para Cristo 119; nuestros aprovechamientos los tiene como propios 419; cómo se muestra Cristo con los que le siguen 226; por todas partes le sigue nuestra fe 529; glorificado le toca la fe 200; amó a su cuerpo místico más que al real 68 69; amor constante de la Iglesia a Cristo 529; su peso suave 1139; seguirle, obra del poder divino 1166; hay que vivir para Él 1171; sólo Él tuvo concepción inmaculada 1180; unió el sacerdocio y el reino 1188; dotó ricamente a la Iglesia 1189.

**Crucificado:** quien lo está al mundo I 367.

**Cruz:** la de Cristo consiste en cuatro cosas I 481; en ella resplandecen cuatro virtudes 498; sus cuatro extremos hay que oponerlos a cuatro tentaciones 844; quita un triple género de pecado: el original, el personal, el singular 485; el enemigo no gana nada en aquel que se de-

**[Cruz]**

leita en ella 834; Dios encomendó a los hombres un precioso depósito, el fruto de su cruz 438; cruz de Cristo, el hombre 252; la cruz de Cristo es preciosa, amable y gozosa 833; es fruto de vida para los que la desean 833; tres clases de hombres que llevan la cruz 836 836; su diferencia 836; todos deben llevar la cruz 843; su unión 855; es camino para la gloria 470; hay que morir en ella 845; son muchos más los que prefieren la gloria de Cristo a su cruz II 128; es grata su ignominia a los que no son ingratos al Crucificado 168.

**Cuaresma:** los breves días de cuaresma hay que vivirlos seriamente I 367; ayuno cuaresmal 352 353; mayor fervor en la cuaresma 354; ayuno cuaresmal hasta vísperas 353; sus guías: Moisés, Elías, Cristo 353; durante el tiempo de cuaresma toda la Iglesia lucha con el diablo 368; la devoción cuaresmal de los monjes atormenta al demonio 396; tiempo de silencio II 1149.

**Cuerpo:** el cuerpo del hombre está compuesto de cuatro elementos I 788; es el camastro en que yacemos 491; nuestro peso y nuestra cárcel 408; no es tanto nuestro como de Dios 408; qué debemos al cuerpo en la vida presente 944; con él debemos tener guarda y disciplina 170; le debemos salud, no placer 941 942; cuánto abate al alma el cuerpo corruptible 812 813; hay que curar antes y más al alma que al cuerpo 179; tres oficios del alma para con el cuerpo 1109; el cuerpo debe colaborar con el alma 180; cuánto debe al alma 181; se debe exponer por el alma 399; cuatro dotes del cuerpo glorioso 788; no es lo mismo su vivir que su ser II 840; tres estados 767; es un tabernáculo tenebroso 170; cómo puede aprovechar al alma 767; relaciones entre el cuerpo y la razón 601; cuánto da el cuerpo al alma 767; cuánto ama el alma al cuerpo 766; deseo en el alma dichosa de volver a tomar el cuerpo 768; las almas bienaventuradas no pueden ni quieren se las confirme en felicidad plena sin el cuerpo 767; los bienes del cuerpo vanos y caducos 1156.

**Cuidado:** cuidado de los santos acerca del alma II 167; debemos preferir el cuidado del al-



**[Cuidado]**

ma propia al de la ajena 110; no debemos ocuparnos del cuidado de los otros con detrimento del propio 587; sobre los que buscan el cuidado de las almas 216; quiénes idóneos para ello 216 690; con qué señales se descubre la vocación al cuidado de las almas 383; de los pastores se exige el cuidado de las almas 636.

**Culto:** el culto de Dios consiste en tres cosas I 1096; negligencia en el mismo 167.

**Curia:** recibe hombres probos, pero no los hace II 642; los clérigos que la frecuentan sospechosos de ambición 641.

**Curiosidad:** primer grado de soberbia II 907 ss.; curiosidad de Dina 908; la curiosidad de los ojos indicio del pecado cometido y causa del que se cometerá 909.

**Custodia:** en qué consiste la custodia del corazón I 951; no puede existir sin la custodia de la mano y de la lengua 951; cuánto nos custodia Dios 426; triple custodia de la ciudad espiritual II 515.

**David:** significa "deseable a la vista y fuerte de manos" I 503; Cristo, raíz de David 503; gran contemplador II 153; su piedad 67; paciencia en la maldición 250.

**Dedicación:** dedicación de la Iglesia a causa de las almas I 853; fiesta de la dedicación 869; cinco ritos de la dedicación aplicados a las costumbres 855.

**Delectación:** cuál es la delectación en el Señor I 360; el preocupado en las cosas seculares se aleja de la santa delectación 559; delectación y molestia II 151.

**Deleites:** los gemidos y lágrimas de Cristo nos enseñan a huir de ellos I 282; el deleite del cuerpo es malo, pero buena su aflicción 282.

**Delicado:** se reprende a los religiosos delicados I 680 681; avergoncémonos de ser miembros delicados debajo de una Cabeza espinada 796.

**Delicias:** delicias de la Virgen María I 717 718; el renunciar a las delicias de la carne, al principio es duro, después suave 544; se reprueban las delicias de los hombres 955; error en los hombres al discernir entre las delicias verdaderas y las falsas 1141; delicias de la vida espiritual II 728; triste y

**[Delicias]**

lamentable el apartarse de las delicias de la vida religiosa 581; vivir en delicias es muerte y sombra de muerte 376.

**Deseos:** deseos seculares I 1074; el humano apetece tres cosas: lo honroso, lo que conviene, lo que deleita 260; un deseo vehementemente es un clamor grande a los oídos de Dios 459; los deseos de los padres de la encarnación arguye nuestro torpor II 11; encontrado Dios, aumentan los deseos santos 558; se busca a Dios con los deseos del corazón, no con pasos 558; se salvan los que tienen el deseo de progresar 333; deseo y voz del alma que llama al Esposo 495; el deseo de la patria celestial, propio de la nueva Ley 392; deseo de reasumir el cuerpo en las almas bienaventuradas 768; deseos que tiene el alma devota del mediodía de la luz eterna 240 241; no siempre se logran los buenos 1146.

**Desprecio:** desprecio del mundo I 554 1055; hay que despreciar las cosas terrenas y buscar las celestiales 235; desprecio de las reglas III 804; qué crimen es aun en las cosas mínimas 801; diferencia entre desprecio y negligencia 791; el desprecio de las leyes mayor pecado que la negligencia 791.

**Detracción:** qué mal más grande I 948 949; mata a tres con un solo golpe 949; causa gran daño II 159; ataca a la caridad 159; varias especies y modos de la detracción 159.

**Detractores:** persiguen a Cristo I 624; los detractores son odiosos a Dios II 159; son zorras que destrozan la viña 418; se describen el ingenio y costumbres de los detractores 158.

**Devoción:** se compara al vino I 336; la devoción y el conocimiento, dos alas del alma 606; la gracia de la devoción hay que pedirla por María 333; con su fervor debemos condimentar las buenas obras 273; la de los monjes, principalmente en cuaresma, atormenta al demonio 396; se presta a los novicios, no se les da 307; la devoción tiene origen en la esperanza de perdón II 112; con qué se confecciona el ungüento de la devoción y a quiénes conviene 56; óbice de la devoción 825.

**Día:** dos días místicos, uno de este siglo y otro del futuro I 240; el verdadero día que no conoce ocaso es la verdad eterna y la eternidad verdadera



[Día]

464; la longitud de días prometida es la vida eterna 463.

**Diablo:** enemigo del hombre II 358; tiene diversos nombres según sus diversos maleficios 443; león no temible para los piadosos 446; martillo del artífice celestial 801; qué alas y qué manos competen al diablo 616 617; la obstinación cierra al diablo el camino de la misericordia 432; venció a los primeros padres no con violencia, sino con astucia 965; la voluntad del diablo siempre mala, su poder justo porque Dios le limita 1109; al diablo le fué ocultado el misterio de la Encarnación 200 201; el diablo, contra su voluntad, sirve al bien de los elegidos 616; aunque no quiere, sirve de provecho al hombre 616; por qué tan enemigo del hombre 400; ataca más crudamente a los espirituales 398; persuade que son duras las palabras de Dios 1141; sus carninos, circuito y rodeo 436; ascensión y descendimiento 436; no hay que temer su poder, sino su astucia 965; la protección de Dios contra él 395; con qué lazos caza a los hombres 834; el diablo nos hiere con nuestro bastón 358; pone asechanzas principalmente a la perseverancia 845; por qué se permite que algunas veces atreva a los piadosos 396; triple estado del hombre bajo el diablo 917 918; es diabólico perseverar en el mal 158; es príncipe de los soberbios II 107; ¿previó su ruina? 913; su obstinación 959; en qué sentido puso el diablo su asiento en el aquilón 913; su caída, advertencia para el hombre 361; por qué su pena eterna 955; al diablo le viene el tormento de la felicidad de los ángeles buenos y de los hombres 360; los diablos designados por los montes de Gelboe 360; son incapaces de la gracia 360; también colinas por su soberbia 358; su fe 691; su habitación, el aire 360 912; el diablo tuvo poder sobre el hombre 1010; analogías entre el diablo y el farón vencido 276; aun no queriendo sirve de provecho al hombre 27; a los humildes el diablo les fabrica sin saber coronas 107; a ninguno atrae sino al que consiente 565; engaña a muchos bajo apariencias de bien 243 244; debemos desear el mediodía para descubrir los engaños del diablo 243.

**Dientes:** se atribuye a los dientes tropológicamente las propiedades de la vida religiosa I 1129 ss.

**Diestra:** qué significan la diestra y la siniestra en la Escritura I 397 398; diestro y siniestro en Dios II 344.

**Dignidad:** abuso de las dignidades de la Iglesia I 623; demuestran la dignidad del hombre, la prerrogativa de la naturaleza y su facultad de dominio II 744; el hombre desconocedor de su propia dignidad, semejante a los brutos 745; cosa monstruosa estar en una dignidad suma y tener un ánimo infimo 607; el prelado ante la dignidad debe medir sus fuerzas 605; nada aprovecha la dignidad sin ciencia 745; se debe excluir al que solicita dignidades eclesiásticas 641; es indigno encomendar dignidades eclesiásticas a niños 632 699.

**Dios:** qué es conocer el nombre de Dios I 458; cómo se dice que el nombre de Dios es santificado 364; Dios suma utilidad, suma gloria, sumo placer 260 261; por qué tiene Dios diversos nombres 915; Dios en todas partes, el hombre en ninguna 903; está en todas partes, pero de diverso modo 878 208; en los santos está no sólo por la sustancia, sino también por la concordia de la voluntad 208; por qué se dice que está de una manera especial en el cielo 373; sólo El conoce la capacidad de cada uno 1120; providencia de Dios en la disposición de las cosas 434 435; en moderar las tentaciones 385; en nuestra guarda 426; bondad de Dios en la guarda de los ángeles sobre los hombres 437; su amor fuerte y constante a los hombres 748; muchas son las misericordias de Dios 289; es padre de misericordias 288; su misericordia se ofrece a todos 630; siete misericordias suyas para con los piadosos 589; bondad amplia en procurar la salvación de los hombres 294; de tres modos nos preserva de los pecados 591; levanta a los piadosos que caen 375; su indulgencia para con los pecadores consiste en tres cosas 592; longanimidad y benignidad para con los mismos 617; el amor de Dios retarda el castigo del pecado para invitar a penitencia, para hacer la elección, para confirmar en la caridad 391 392; su longanimidad aumenta la culpa del obstinado 933; ca-

**[Dios]**

da uno de los elegidos tiene como propio en sus tentaciones a Dios 375; Dios tienta para probar, no para reprobar 749; la corrección de Dios es un testimonio cierto de su amor 914; su indignación procede de la misericordia 908; en El no hay nada corpóreo 614; cabeza de Dios, la divinidad; pie el juicio 614; sus dos pies, la misericordia y la verdad 1112 1118; el reino de Dios por todas partes 891; bondad de Dios en la reparación del hombre 570; su sabiduría en la redención del hombre 200 201; su paciencia apareció en la creación, su sabiduría en el gobierno, su benignidad en la Encarnación 270 271; cómo obra en nosotros la penitencia 592; único auxilio de nuestra esperanza 455; causa efectiva y final de las obras buenas 414; también autor, remunerador y toda la remuneración de las mismas 414; nuestros méritos son dones de Dios 656; a solo Dios le es lo mismo decir que hacer 222 223; su potencia, sabiduría y benignidad en la creación del mundo 576 577; la semejanza divina desaparece en los condenados, pero permanece la imagen 659 660; venida espiritual de Dios a nosotros 161; debemos edificar en nosotros un templo a Dios y cómo 857 s.; debemos siempre considerar a Dios como nuestro inspector 375; cuán útil el pensamiento de su presencia 375; ningún testimonio más cierto de la presencia de Dios como el deseo de una mayor gracia 842; Dios, verdadera vida del alma 423; tres vínculos con que nos atamos a Dios 903 904; cómo nace, crece y se conserva en nosotros 1169; para ver a Dios el ojo se debe punzar de una triple inmundicia 769 770; en esta vida no se le puede ver como es 1050; cómo vió a Dios Moisés 477; triple gozo de Dios en la perfecta bienaventuranza 785 786; a los santos se muestra de otra manera que a nosotros 795; cómo hay que verle en las criaturas 786; qué podemos conocer de El 563; cuatro clases de conocedores y no conocedores de Dios 1102 1103; los religiosos no pueden ignorar a Dios 163 169; le debemos amor y sujeción 943; cuán eficaz considerar el amor de Dios a nosotros 163; el honor y amor debido a solo Dios no excluye el honor y

**[Dios]**

amor a los santos 440; decir "por Dios" de nada sirve si Dios no está en el corazón 163 164; a Dios le debemos una cuádruple acción de gracias 446 447; se le debe alabar en todos los tiempos 898; mientras se difiere la presencia de Dios debemos frecuentar su alabanza y su grata memoria 746; debemos temer ofenderle más cuanto mayores beneficios recibimos de El 870 371; a Dios agradan tanto el pecador arrepentido como el justo devoto 898; da a los suyos lo suficiente de las cosas temporales 385; promete grandes cosas para este mundo y para el futuro 381 382; por qué da con parsimonia lo que desea el hombre 383; quiere que le pidamos lo mismo que promete 227; suele curar antes el alma que el cuerpo 1137; nosotros mismos nos debemos ofrecer a Dios 636; todos nos debemos a El como a nuestro autor 969; no es pequeño sacrilegio emplear en vanidades y curiosidades los miembros consagrados a Dios 407; los nombres de Dios en un tiempo terribles, pero ahora deleitables II 87; a Dios no se comprende con disquisiciones, sino con santidad 678; las Escrituras hablan de Dios en figuras 495; qué es Dios 662 671; noción preclara 1000; es lo más perfecto que se puede pensar 664; es su ser 662; y el ser de todo 663; cómo 24; todas las perfecciones de los hombres están en Dios de una manera más eminente, pero no divididas 665; Dios, causa y fin de todas las cosas 663; no hay distinción entre su esencia y atributos 536; Dios es Trinidad 666; cómo trino y uno 666; uno para sí y en sí 666; muchas cosas son una sola en Dios 665; es simple 665; es sumamente simple, uno e inmutable 536; su inmutabilidad 220; eterno 663; inmenso 664; su lugar, El mismo 664; cómo están en los hombres Dios y los ángeles 661; cómo está Dios en el hombre y cómo está el hombre en Dios 477; Dios ama y es amado 390; no puede ser malo y por qué 959; su providencia en la disposición de las cosas 151; Dios atiende a uno y a todos 457 458; la mirada de Dios a unos infunde miedo y a otros consolación 375; su dignación para con el alma 346; para con los hombres 743; cuánto ama a los hombres 743; el amor de Dios

[Dios]

previene al nuestro 560; y le supera 462; amor de Dios para con los hombres en contra de los demonios 108; su bondad mezclada con la justicia 911; su longanidad y benignidad para con los pecadores 561; su benignidad para con los recientemente convertidos 715; el amor de Dios convierte las almas 770; al aterrarnos o castigarlos pretende que obremos nuestra salvación 960; ira gravísima de Dios, dejar pecar impunemente 289; San Bernardo quiere que Dios se irrite contra él 239; en qué sentido se atribuyen a Dios miembros corporales 32; no necesita cuerpo para sus operaciones 24; longitud de Dios, la eternidad; anchura, la caridad; sublimidad, la potencia; profundidad, la sabiduría 675; qué la diestra y siniestra en Dios 344; su voz, la inspiración y la infusión del justo temor 351 362; la palabra de Dios se ofrece a todos 711; manos de Dios la latitud y la fortaleza 34; pies de Dios la misericordia y el juicio 32; indicios de éstos en el alma 33; debemos besar los dos 33; Dios obra la salvación de los elegidos por las criaturas y de tres modos 967; tres cosas propias de Dios en la obra de la salvación: la predestinación, la creación y la inspiración 523; de Dios el principio de salvación 969; la creación, la sanación, la salvación y todo lo demás lo tenemos de Dios 970; Dios, autor de todos los bienes 72; divide sus dones en méritos y premios 966; los pensamientos buenos se deben atribuir a Dios 233; y nuestra conversación 525; la gloria de las buenas obras se ha de dar a sólo Dios 75 76 559; Dios el único principio 663; no necesita de la materia 663; imagen y semejanza de Dios en el hombre 954; el Hijo de Dios reformó en el hombre la imagen y semejanza de Dios y esto le competía 957; grados de la semejanza divina en el primer hombre, en los ángeles y en nosotros 954 955; cuánta dignación de Dios en ser padre de los hombres 180; la dignación de Dios la conoce el solo experimentado 449; de qué modo lleva a ser el alma habitación de Dios 190; casa de Dios, el hombre espiritual 315; presencia de Dios en el alma 461; señales de esta presencia 498; presente a Dios quien ama a Dios 822; no puede desagradar

[Dios]

a Dios aquel a quien Dios agrada 163; el hombre sólo se sacia de Dios 759; pureza necesaria para ver a Dios 222; en esta vida no se puede ver a Dios tal como es 221 272; cuán suave y dichosa la visión de Dios en el cielo 220 221; de qué modo es lícito escrutar la majestad de Dios 412; las criaturas son escala para subir a Dios, mas no para los bienaventurados 652; cuán necesario el conocimiento de Dios 263; al conocimiento propio sigue el conocimiento de Dios 263; a Dios no se le conoce perfectamente sino cuando se le ama perfectamente 45; no le conocieron perfectamente los filósofos 42; por qué no sentían a Dios los gentiles 30; según la diferencia de méritos nos gusta diversamente Dios 135; Dios exige que le temamos como Señor, que lo honremos como padre, que le amemos como esposo 555; afectos del ánimo con respecto a Dios 677; cuán eficaz el amor de Dios hacia nosotros 752 753; se le ha de amar dulcemente, prudentemente, fuertemente 122; también le deben amar los infieles 744; el infiel que no ama a Dios es inexcusable 747; Dios causa eficiente y final de amar a Dios 760; a Dios no se le ama sin premio, aunque se le debe amar sin premio 756; cómo busca el alma amante a Dios 236; diversidad de los que glorifican a Dios 770; Dios es temible, pues ni le podemos resistir ni huir de Él 677; Dios es pena de los pecadores y gloria de los humildes 672; Dios previene a las oraciones de los piadosos 48; Dios nos arrastra sin dañar nuestra libertad 960; no puede ninguna cosa ser contraria a Dios y al mismo tiempo estarle unida 674; debe sentir de sí el que quiere sentir con Dios 563; a Dios nos somete su gracia, al diablo nuestra voluntad 946; castigo gravísimo rechazar Dios a uno y enviarle a las criaturas 253; apartado Dios, se enfrian todas las cosas 498; para algunos es dura la palabra de Dios 751; doble auxilio de Dios: la corrección y la consolación 133; en algún modo tiene Dios necesidad de nosotros para completar su gloria 454; por qué en sus acciones usa de las criaturas 28; para mérito nuestro 967; aquí no nos da a nosotros gloria, sino paz 75; los enseñados por Dios deben enseñar



**[Dios]**

a otros 235; el hombre que le ignora es nada 1121; gloria en los santos 1123; muestras de su amor, el castigo 1124; por qué envía frecuentemente enfermedades 1125; abre su secreto a los amigos e hijos 1158; su voz se ha de oír en secreto, no en público 1162; a Dios sólo injuria el violador del voto 1163 1164.

**Disciplina:** custodio de la santidad, de la modestia y de la honestidad II 650; su necesidad 147; es el verdadero ornato de las vírgenes 1170.

**Discordia:** cuánto desagradan las discordias a los ángeles I 755; así como Dios habita en la paz, así el diablo en las discordias 362.

**Discreción:** se recomienda I 513; es madre de las virtudes y consumación de la perfección 307; debemos tenerla en la maçeración del cuerpo 308; la debe suplir la virtud de la obediencia 308; se recomienda II 330; es ordenación de la caridad 331; el fervor sin discreción se precipita 149; modera el celo y la clemencia 613; necesidad de la discreción 330.

**Disculpa:** la disculpa de los pecados, octavo grado de soberbia II 920 921; de cuántos modos suele hacerse 921.

**Disensión:** nada más horrible en la comunidad I 1130.

**Dispensa:** las reglas son susceptibles de dispensa II 781; qué le es lícito al abad sobre la dispensa de las reglas 784; dispensa laudable y dispensa cruel 631; la dispensa de votos sin necesidad no es dispensa, sino prevaricación 786.

**Dispensar:** a quién compete la autoridad de dispensar II 780; cuando obliga la necesidad hay que dispensar 782.

**Doctrina:** la doctrina del Espíritu Santo no acucia la curiosidad, sino enciende la caridad II 43.

**Dolor:** triple el dolor de los pecados I 1036; la humana fragilidad teme el dolor y la vergüenza 250; ojos que no ven, corazón que no siente 792; su fuerza II 1097.

**Doméstico:** indigno del obispo encargarse de las cosas domésticas II 648; los daños ocasionados por los domésticos, más amargos 205.

**Dominar:** el pontífice ha de evitar sobremanera la pasión de dominar III 618; es más glorioso servir que dominar 604.

**Domínio:** prohibido a los apóstoles II 603.

**Dones:** tres los dones del Espíritu Santo: prenda de salvación, fortaleza para la vida, luz de la ciencia I 573; siete dones del Espíritu Santo en siete apariciones de Cristo 521 522; nuestros méritos, dones de Dios 656; qué se ha de temer en los dones de Dios II 109.

**Dragón:** al dragón se compara la iracundia I 443; también la ambición 451.

**Duda:** la duda y la falsedad, dos hijas de la ignorancia II 105; nada debemos afirmar temerariamente de las cosas dudosas 106.

**Dureza:** la dureza del corazón viene de que se medita en la propia voluntad y no en la ley de Dios I 352.

**Duro:** los religiosos duros o indevotos comparados a los juementos I 475; la palabra de Dios dura en la corteza, pero suave en la medula 1140; impostura del demonio decir que son duros los mandamientos y palabras de Dios 1141; para muchos parecen duras las palabras de Dios II 751; a los duros y contumaces se les debe corregir más duramente 300.

**Eclesiastés:** cuán útil II 6.

**Eclesiástico:** los honores eclesiásticos, temibles hasta a los hombros angélicos I 539; el celo eclesiástico es mayor por defender la dignidad que por adquirir la santidad II 638.

**Ejemplo:** sermón vivo y eficaz I 515 650; sobre todo el del superior 1144; el del rey influye en los súbditos 320; el que con mal ejemplo pervierte a los demás es perseguidor de Cristo 622; se ha de enseñar antes con el ejemplo que con las palabras 391; sobre todo los prelados 515.

**Elegidos:** tres órdenes de elegidos personificados en María, José y Simón I 1069; el progreso de los elegidos tiene cuatro grados 1147; el diablo sirve, contra su voluntad y sin saberlo, al progreso de los elegidos 616.

**Elementos:** se encuentran en cuatro partes del cuerpo I 1100.

**Elias:** significa "señor fuerte" I 1131; tipo de Cristo 542; el doble espíritu de Elias, tipo de los apóstoles 563 564.

**Eliseo:** significa "salud del Señor" I 1133.

**Elocuencia:** se ha de evitar a los ansiosos de elocuencia II 642.

**Emisiones:** tres emisiones: la de los penitentes, la de los continentes, la de los prelados I 1122 s.



**Encarnación:** la primera promesa de la encarnación se hizo a Abraham I 784; obra de la Trinidad en la encarnación 1079; economía de la encarnación 659; su causa 159 160; paradojas 197; tres mixturas o uniones en la encarnación 244; en ella no mostró Dios tanto la sabiduría y el poder como la benignidad 997; y la misericordia 270 271; Dios, incomprendible, quiso ser comprendido en la encarnación 744; por qué se encarnó el Hijo y no el Padre o el Espíritu Santo 156 666; inescrutable el misterio de la encarnación 666; ocultado al demonio 200 489; la meditación de la encarnación y de la pasión de Cristo, dulce incentivo del amor 996 997; la encarnación del Verbo, beso de la boca de Dios II 13; en este misterio hay algo nuevo, algo antiguo y algo eterno 670; el triple efecto de la potencia divina 670; tres cosas que considerar en la encarnación 1023; principal fin de la encarnación 124; por qué quiso Dios hacerse visible 30 31; la Iglesia, atraída por el olor y suavidad del Verbo encarnado 137; cómo ignorado a los ángeles el misterio 992 993; su modo también ignorado del ángel Gabriel 994; los deseos de los Padres de la encarnación arguyen nuestra tibieza 11.

**Enemigo:** la carne, el mundo y el diablo, tres enemigos del alma I 593; a éstos se les vence con la ayuda divina 593 594; dos enemigos nuestros: el pecado y la pena 1030; cómo o por qué se ha de amar a los enemigos II 338; tres enemigos del hombre: el mundo, el demonio y el hombre 564; el hombre su principal enemigo 564.

**Enfermedad:** debemos compadecernos de la enfermedad ajena I 1020; útil la enfermedad que busca la mano del médico II 719.

**Enfermo:** para los enfermos se debe relajar un poco la observancia común I 1021; en el rectorio se les debe dar algo de extraordinario 848.

**Entendimiento:** debemos purgar nuestro entendimiento I 540; en la visión beatifica nuestro entendimiento penetra en Dios sin discurso II 675.

**Eremitica:** no siempre se ha de seguir la vida eremítica I 305; más peligrosa que la cenobítica 305; amor desordenado de la vida eremítica II 423.

**Escándalo:** sus autores persiguen a Cristo I 624; cuán dignos de condenación los que suscitan escándalos en los monasterios 756; doble escándalo: externo e interno 757 758; el interno se puede hacer de tres modos 758; es preferible que nazca el escándalo a que se abandone la verdad II 839; hay un escándalo de niños y otro de fariseos 793; su autor el diablo 1144; lucro con escándalo, puro gasto 1144; qué escándalo debemos despreciar 1151.

**Escrituras:** consonancia en preanunciar los misterios de Cristo I 199; juicio infalible de la Iglesia en el uso y aplicación de las Escrituras 239 240; abusar de ellas es diabólico 370; triple sentido de las Escrituras 1126 s.; las Escrituras hablan de Dios en figuras II 495; las oscuras agradan más 448; en ellas no se encuentra nada sin objeto 484; no se han de interpretar carnalmente, sino espiritualmente 416; error de los herejes sobre las Escrituras 422.

**Escrutar:** cuándo es lícito escrutar la majestad de Dios II 412; más seguro es escrutar la voluntad que la majestad 413.

**Esperanza:** cuál es la verdadera I 671; cuándo cierta 391; sus bienes inimaginables 420; nos hace capaces de misericordia 671; la esperanza en Dios es un tesoro del hombre piadoso 416 417; su materia, el temor del Señor 457; sus tres fragmentos 594; esperanza de perdón, de gracia, de gloria 1062; Dios, único sostén de nuestra esperanza 455; nuestra esperanza en la ascensión de Cristo 546; los carnales se rien de la esperanza de los bienes futuros 1160; tentación contra la esperanza, la más grave de todas 449; esperanza falsa 671; la esperanza hace al hombre omnipotente II 566.

**Esnerar:** no sólo esperamos en Dios, sino también al mismo Dios I 419; hay que esperar en Dios 417 418; casa deforme y ruinosa, esperar en los propios méritos 372.

**Espíritu:** diversos géneros de espíritus I 970; doble espíritu de Elias 542; espíritu triple 575 576; el espíritu de la carne incita a cosas blandas, el del mundo a vanas, el del maligno a cosas amargas 971 974; cuándo nuestro espíritu crea en sí mismo las tentaciones 972; cómo conocer el espíritu de Dios 972; la carne debe servir al espíritu, no el espíritu

**[Espíritu]**

a la carne 970; nuestro espíritu no está más presente a quien ama que a quien vivifica II 821 8'2; espíritus brutos, racionales y angélicos que necesitan cuerpo 24 25.

**Espirituales:** quiénes son espirituales I 477; cómo se les conoce 853 854; cuatro órdenes 476; el diablo los ataca más crudamente 398; los espirituales y los carnales, dos lados de la Iglesia 398; suma de la vida espiritual 696; la inteligencia de las cosas espirituales, verdadero alimento del alma 668; la prosperidad espiritual puede ser dañosa 473; delicias de la vida espiritual II 728; indigno dejar las cosas espirituales y volver a las carnales 254; no se pueden tratar las cosas temporales sin detrimento de las espirituales 649; ajenas se pueden tener las cosas espirituales sin las temporales 839; se han de preferir las observancias espirituales a las corporales 836 837.

**Espíritu Santo:** doble procesión I 566; vino sobre María 220; no le pudieron recibir los apóstoles, Cristo presente 541 562; los apóstoles le recibieron de diverso modo 564; doble manifestación del Espíritu Santo a los discípulos 566; por qué arareció en lenguas de fuego 573 578; transformación de los apóstoles después de su venida 566; sus efectos en nosotros 567; señales de su permanencia en nosotros 379; sus obras 575; unas cosas obra por nosotros, otras por nuestros prójimos 1116; tres cosas obra en nosotros para apartarnos del mal: la penitencia, la súplica, la remisión 567; tres para hacer el bien: aconseja a la memoria, enseña a la razón, mueve a la voluntad 568; tres dones: prenda de salvación, energía de la vida, luz de la ciencia 573; a pocos se les da como prenda de fervor 580; siete dones del Espíritu Santo de siete apariencias de Cristo 521 522; doble peligro que precaver en sus dones 1116; espíritu sentiforme contra siete pecados 934 s.; se da a los hombres de muchas maneras 580; su venida y su ida 1050; preparación para recibirle 564; a saber, la oración perseverante 563; la paloma símbolo del Espíritu Santo II 306; el Espíritu Santo, beso del Padre y del Hijo 40; frutos de su habitación en nosotros 316; ilumina y enciende 42; se dice que gime porque hace gemir

**[Espíritu Santo]**

393; el don del Espíritu Santo, beso a la Iglesia 40; doble gracia 109; el Espíritu Santo, nuestro guía necesario 108; se aparta de nosotros para que le busquemos más 104; no se le ignora sin peligro de la salvación 103 104.

**Esplendor:** hay que preferir el fervor al esplendor I 678; triple esplendor en San Juan Bautista 680; hay que evitar el vano esplendor de las virtudes 1157.

**Esposa:** el alma que ama a Dios es esposa I 877; entre los judíos se entregaba al esposo para que la guardase desde el día del desposorio hasta el de la boda 200; cuál es la esposa mística II 485 496 569; el alma que ama a Dios 35; a la esposa del Señor le conviene ser hermosa, sabia y casta 237; su hermosura, el ornato de las virtudes, y éste eterno 184; también las buenas obras y las buenas costumbres y el orden 515; la esposa, en parte hermosa y en parte negra, esto es, humilde y sublime 192; por qué negra y hermosa 165; por qué comparada su hermosura a la tórtola 281; sus pechos, mejores que el vino 52; éstos son: la congratulación y la compasión 53 296; el amor de la esposa es casto, santo y ardiente 35; espiritual, no carnal 507; su ansiedad en la búsqueda del esposo 502; conoce al esposo bajo la debilidad de la carne 201; cuánta confianza tiene en él 454; familiaridad con los ángeles 39; dotes que le da el esposo 274; modo de hablarse la esposa y el esposo 328; cuál el sueño de la esposa 347; su alimento 241.

**Esposo:** izquierda del Esposo, los méritos; diestra, los premios I 248; quiénes el esposo y la esposa místicos II 452; los nombres de esposo y esposa expresan perfectamente los afectos del Verbo y del alma 35; los nombres del Esposo unas veces son majestuosos, otras piadosos 86; por qué semejante el esposo a la cabra y al cervatillo 366; por qué al manzano 323; cuáles los lirios del esposo 465; cuatro ungientos del Esposo 142; varias alcobas 150; cuál el lecho 506; qué insinúa el buscar inútilmente al esposo en el lecho 507; a quiénes concedida la presencia del esposo 229; señales de su habitación en nosotros 231; los que son inhábiles para los abrazos del esposo le busquen como

**[Esposo]**

médico 230; ser desposado con el Señor de los ángeles, cosa superior al hombre 281; a quénes concedido el consuelo del esposo 230; cuán dulce ser apacentado por el esposo 237; apacentamos al esposo cuando le obedecemos 478; mutua pertenencia del esposo y de la esposa 453; pecos del esposo: la longanidad y la benignidad 49; por qué tanto enamoramiento en el esposo 465; cuál los saltos del esposo 355; el esposo salto en los ángeles buenos, no en los malos 359 360; cuán ignoradas las idas y venidas del esposo 495.

**Estado:** cuatro estados del hombre I 959; cinco del hombre ba'o Dios 915 918 919; cuatro del hombre antes de la conversión 916; estado de naturaleza íntegra 893; de naturaleza corrupta 893 894; de gloria después de la resurrección 893.

**Estar:** diversas maneras de estar de Cristo, de los ángeles y de los hombres I 612; la manera de estar de los serafines denota incommutabilidad 604.

**Esteban (San):** mártir ante los hombres I 292.

**Estudios:** cuáles los estudios espirituales II 342; San Bernardo aprueba los estudios literarios 260 264; pudo dedicarse a los estudios gracias a su hermano Gerardo 175.

**Estudiosos:** varios fines de los estudiosos II 261.

**Eternidad:** las obras de los hombres, semillas de eternidad II 722.

**Eucaristía:** es la verdadera sustancia de la carne de Cristo I 818; fuerza de la Eucaristía para dominar los movimientos de la concupiscencia 495; solacio de la esposa II 242.

**Eva:** su triple pecado: de curiosidad, de deleite, de vanidad I 660; perversa consolación después de la caída 766; excusada por María 740; antítesis de Eva y María 725; nuestra carne, nuestra Eva 768; castigada su curiosidad II 908 ss.

**Evangelio:** espejo de la verdad, a nadie halaga, a nadie seduce I 585; por qué se lee 585; meditación de la doctrina del Evangelio 553.

**Exaltación:** admirable conexión de la humillación y de la exaltación I 959 s.

**Exenciones:** qué exenciones se han de aprobar II 631; se reprende a los abades que anhelan exenciones II 705 ss.; reprobadas las demasiadas exen-

**[Exenciones]**

ciones 628; sus malos efectos 629.

**Expedición:** causa del fracaso de la expedición predicada por San Bernardo, los pecados de los príncipes II 596 ss.

**Exterior:** la observancia exterior de las reglas sin la interior es nula 349; el cuidado exterior sin el interior de nada sirve a los religiosos 708 s.

**Extremaunción:** sacramento de la extremaunción y sus efectos II 1074; precede al Viático 1091.

**Falsedad:** en la oscuridad no se descubre fácilmente la falsedad de la verdad II 242; falsedad y duda, dos hijas de la ignorancia 105.

**Fama:** es el olor de la obra II 470; el pontífice debe consultar a la fama y a la conciencia 627; la fama no borra la ignominia de la conciencia 471; no hay que creer a la incierta 1122.

**Faraón:** comparado a Herodes I 525; la hija del Faraón simboliza a Egipto 525; analogía entre el faraón vencido y el diablo II 276; príncipes místicos del Faraón: la malicia, la lujuria y la avaricia 276; también otros vicios 276.

**Fariseos:** su arrogancia y su altivez I 676.

**Fe:** unión admirable de la fe y del corazón I 246; fe de los Magos, del ladrón, del centurión 317 318; la multitud de los creyentes hace creíbles los misterios de la fe 246; tiene ojos de lince 318; vida de la fe, la caridad 510; sin fe es imposible agradar a Dios 259; fuerza y eficacia de la fe 246; con la fe vencemos a los enemigos 523; dos partes de nuestra fe 420; triple fe: de preceptos, de milagros, de promesas 1062; cuál es la viva y victoriosa 524; cuál la muerta y ficticia 1063; sin obras es muerta 510; ni la fe sin obras ni las obras sin fe salvan a los adultos 992; la tibieza en la fe, causa de nuestra tibieza en procurar la salvación 1158; Cristo vive en nosotros por la fe 510; es comparada a la sombra II 227; la fe no es estimación 1006; definición 1006 1007; pregusto voluntario y cierto de la verdad aún no aclarada 656; es vida y sombra de vida 326; en qué se distingue la fe de la intelección 656; la fe no apaga la luz, sino la protege 227; la voz y los milagros concurren a introducir



**[Fel]**

la fe 395; la fe debe proceder de la audición 394 977; se ha de persuadir la fe, no se la ha de imponer 442; la fe del centurión vino de la audición 195; la fe, rara en el Antiguo Testamento, y la esperanza débil 15; cuál la fe de los antiguos padres 989; la fe suple las veces del bautismo 981, 983; la fe ajena aprovechó a muchos 440; antes de Cristo la fe de los padres borraba el pecado original en los niños 979; antes de Cristo los padres se salvaron por su fe en el Mesías 1017; después de Cristo la fe ajena con el bautismo aprovecha para la salvación, mas no sin el bautismo 984; fe de los demonios 691; la visión quita el mérito de la fe 510; alma de la fe, el amor 162; qué obra en nosotros el olor de la fe 468; fuerza y eficacia de la fe 513; pruebas de la fe verdadera y de la ficticia 691; no se ha de apartar la fe de las buenas obras 161 ss.; se ha de probar con las obras 162; sin obras es muerta 327; las obras sin fe no hacen al hombre recto 163; la fe verdadera nada descuida 984; el martirio destituido de fe no es otra cosa que tormento 983; la fe toca a Cristo glorificado 200; nuestra fe sigue a Cristo por todas partes 529; la fe grande merece cosas grandes 234; la fe limpia y prepara el ojo de la mente para ver a Dios 284; prepara el alma para la visión de Dios 352; no padecer la fe naufragio ninguno, prerrogativa de la Sede Romana 996.

**Fervor:** a pocos se da el Espíritu Santo como prenda de fervor I 580; triple fervor en San Juan Bautista 678; mayor en cuaresma 354; fervor sin discreción es un precipicio II 149.

**Fervorosos:** diferencia entre los monjes fervorosos y los tibios II 558 559; los fervorosos corren más que los otros III 143.

**Festividades:** las festividades de los santos excitan en nosotros un triple deseo I 792; tres cosas que considerar en las fiestas de los santos: su auxilio, su ejemplo y nuestra confusión 686 687; en qué días festivos se tiene sermón 319; en los días festivos se preparan convites los seglares; los religiosos, delicias del corazón 759; las fiestas de los santos se celebran con triple fruto 773; cómo celebrar las vigiliass de los santos 686; por qué preceden ayunos a las principales fies-

**[Festividades]**

tas de los santos 829; es indigno convertir las fiestas en vanidades y deleites 168; abusos en las fiestas de los santos 796; abusos de los cristianos en las fiestas pascales 508; no se deben introducir nuevas fiestas sin consultar a la Santa Sede II 1181.

**Fieles:** los fieles que viven mal hacen a Cristo mentiroso y engañador I 1160.

**Filosofía:** cuál la más cercana a la verdad I 912.

**Filósofos:** los filósofos ambicionaron la gloria y la alabanza I 912; fueron vanos y curiosos 577; no quisieron abundar en sentido terreno para abundar en el suyo propio 764; su esterilidad II 386; no conocieron perfectamente a Dios 42.

**Flor:** tres cosas avaloran las flores: la belleza, el buen olor, la esperanza del fruto I 674; Cristo, flor del campo III 317 318; flor del huerto la virginidad, flor del campo el martirio, flor del tálamo la buena acción 318; cuál la flor mística 387; las flores designan la vida nueva e incipiente 340; la flor significa la fe, el fruto las obras 340; triple clase de flores 317; diferencia entre la flor del campo y la del huerto 317.

**Fornicación:** el espíritu de fornicación se vence con ayunos I 936.

**Fortaleza:** la fortaleza sin prudencia es temeridad 590; necesita de justicia y de templanza 591.

**Fuego:** cuál el fuego bendito y cuál el maligno I 633; bendición del nuevo fuego en la fiesta de la Purificación 633.

**Gabriel:** significa fortaleza de Dios I 186; es llamado así participativamente, pero Cristo sustancialmente 186; por qué elegido entre los demás para anunciar la encarnación del Verbo 186; se cree que fué enviado para confortar a San José, ansioso por el embarazo de María 186.

**Gentiles:** por qué no sentían a Dios III 30; su deseo 88; a ellos les tocó la misericordia, a los judíos la justicia 82 83.

**Gloria:** es propia del Creador, no de la creatura I 912; por qué Cristo admitió la gloria humana 477 478; prometida a nosotros 888; cuál la verdadera 173; sola es segura la que esperamos en el cielo 868 869; la futura, verdaderamente grande; la presente, falaz y hueca



**[Gloria]**

464; de dónde la alabanza y gloria de los santos 792; camino de la gloria, la tribulación presente 471; hay que emplear toda la vida en conseguir la gloria celestial 968; su contemplación 550; estado de gloria después de la resurrección 893; no todos tienen el mismo grado de gloria 416; cuatro dotes del cuerpo glorioso 788; deseo innato de gloria en el hombre 912; hay que gloriarse en el testimonio de solo Dios 913; nada más glorioso para nosotros que el habernos estimado Dios tanto 302; gloria vana la del hombre 173; en qué sentido es lícito gloriarnos en esta vida 914; es vergonzoso que busquen la gloria los miembros, cuando la Cabeza se mostró tan poco deseosa de ella 796; está sujeta a la envidia, es semejante al basilisco: mata a los que no se fijan 451; es polilla de las virtudes 347 1029; cómo extinguir su tentación 451; inseguridad de la gloria de este mundo 470; gloria interior y exterior de los santos II 167 168; gloria de los apóstoles, cruz y trabajo 604; la gloria del cristiano debe ser conforme a la de Cristo 168; gloria verdadera y suma, agradecer a Dios 167; la gloria de los santos se debe a Dios 76; se debe atribuir a Dios la gloria de las buenas obras 76 77 364 558 559 725; aquí Dios no nos da gloria, sino paz 75; usurpar la gloria del beneficio es soberbia 746; encomendar la propia gloria a los labios de los hombres es insensatez 695; gloria y humillación por el testimonio de la conciencia 607; gloriarse en el testimonio de la conciencia no le es lícito al soberbio, sino al humilde 695; cuántos males da a luz 971; contra ella debe fortalecerse el humilde 694; glorificación de Cristo en el Jordán, en el Tabor y en los cielos 512; vanidad de la gloria mundana 1167.

**Goliath:** tipo de la soberbia I 581; cómo le hemos de matar con su misma espada 584.

**Gozo:** origen del gozo espiritual I 952; descripción 952 953; el gozo de los piadosos, estable y perpetuo 889; doble en esta vida 954; gozo y paz en el cielo 957; breve el gozo de los mundanos 952; los carnales buscan el gozo cambiando el orden 956; gozo en la fiesta de San Juan Bautista 681.

**Gracia:** para tenerla, necesaria la oración perseverante I 563;

**[Gracia]**

la plenitud de la gracia en María diversa de otros santos 207; necesidad 655 813; para empezar y consumir el bien 1102; solamente con ella nos salvamos 742; a sola ella hay que atribuir el comienzo y el fin de la predestinación, a nosotros también la obra de la gracia 607; en la oración dominical la pedimos bajo el nombre de pan 275; investidura de la gracia 493; no tanto nos falta la gracia como nosotros a ella 946; se da gratuitamente aun cuando se compre; gratuitamente se compra 513; hay que buscarla por María 742; la humildad nos hace capaces de ella 675; testimonio cierto de la presencia de Dios, el deseo de una gracia más abundante 842; cuatro impedimentos 676; acción de gracias a nuestro Señor por cuatro motivos 446 447; la corriente de la gracia debe volver a su origen para correr de nuevo más abundante 746; de lo contrario cesa 346; la acción de gracias es de pocos 980; doble la gracia del Espíritu Santo III 109; necesidad 129 233; doble gracia necesaria para querer el bien 947; para resistir 565; la voluntad de volver a Dios viene de la gracia 559; y los méritos 933; también todas las obras de salvación 970; con su auxilio el hombre puede reparar su semejanza con Dios 552; a unos se da, a otros no 492; nuestro derecho a ella es voluntad de Dios 82; privación de gracia, indicio de soberbia 364; los demonios son incapaces de ella por su soberbia 361; para obtenerla nada más eficaz que la humildad 363; es más eficaz que la corrección de los superiores 50; debemos cooperar con ella 233; consintiendo coopera con ella el libre albedrío 933; triple acción de la gracia respecto del libre albedrío 971; temor ante la venida o ida de la gracia 363 364; nunca podemos estar seguros por poseerla 130; señal de que está próxima la gracia, el humillarnos a Dios 249; la gracia sin la verdad, perniciosa 500; la verdad sin el condimento de la gracia, amarga 499; no entra donde todo lo ocupa el mérito 450; la pierde el que se la atribuye a sí mismo 500; el tenerla en poco es desprecio al dador 363; debemos siempre dar gracias a Dios por los beneficios 72 343; peligroso no volver gracia por gracia 500; no toda acción de gracias es a Dios gra-

**[Gracia]**

ta 73 74; cuándo lo es 74; la de los impíos es perversa 73; gracia preveniente y subsecuente 450; raras las gracias gratuitas 415.

**Gratitud:** merece nuevos beneficios I 380; acumula beneficios 346; la gratitud para con Dios es de pocos 989; a ella están todos obligados, pero especialmente los religiosos 589; nuestra gratitud a los ángeles 439.

**Gravedad:** se debe mezclar la gravedad con la familiaridad II 650; la gravedad de los pecados viene de la intención 1136.

**Gula:** cuán exiguo placer II 720.

**Gusano:** gusano inmortal de los condenados II 673; el de la conciencia no se puede sofocar 715.

**Habitación:** digna de Dios, aquella cuya razón no ha sido engañada, ni pervertida la voluntad, ni manchada la memoria I 859.

**Herejes:** son zorras II 425 427; su soberbia 428; descripción 434 435; los herejes versátiles e hipócritas 431 434; se afanan no por cultivar las virtudes, sino por simular sus vicios 434; su astucia en simular sus errores 283; sus errores sobre la Escritura 429; su pertinacia 442; qué hay que sentir del martirio de los herejes 442; es indigno encontrar defensores de los herejes en el orden de los clérigos y de los obispos 443; qué intención se ha de tener al disputar con los herejes 425; se les ha de vencer no con armas, sino con argumentos 425; se ha de apartar a los obstinados 425; se les ha de castigar con la espada, pero por los príncipes 442; alimento malo el de los herejes 242; el católico falso daña más que el hereje verdadero 431.

**Herejes colonienses:** su cuidado en ocultar sus misterios II 429; su error sobre el juramento y el perjurio 428; en vano se jactan de ser miembros de Cristo 439; sus errores sobre la Iglesia 441.

**Hermano:** debemos al hermano consejo y auxilio I 170.

**Hermosura:** ninguna hermosura comparable con la interna II 183; doble hermosura del alma: humildad e inocencia 304; por qué comparada a la tórtola la hermosura de la esposa 281.

**Herodes:** comparado con el faraón I 525.

**Hidrias:** las hidrias de Caná, explicadas tropológicamente I 328 329 335 1075 s.

**Hijo:** por qué se encarnó el Hijo de Dios y no el Padre o el Espíritu Santo I 186; diferencia entre el hijo, el mercenario y el siervo 901 902.

**Hipocresía:** procede de la ambición II 246; es virus hereditario de los hijos de Adán 348 349.

**Hipocrita:** no puede gloriarse en el testimonio de la conciencia II 695.

**Historia:** la historia sagrada contiene nuestra creación, nuestra reconciliación y nuestra reparación II 146; para qué sirven las historias de los santos 1025.

**Hombre:** entre las criaturas que están debajo del sol, la más cercana a Dios I 922; por qué fué creado con cuerpo recto 813 814; en él energía vital, sensible y racional 245; nacido para el trabajo, pero no creado para el trabajo 1031; feliz condición del hombre en el estado de gracia 930; el hombre en este mundo como niño nacido y criado en la cárcel 930; cuatro estados 959; cinco estados con respecto a Dios 915; triple estado bajo el diablo 917; cuatro géneros de hombres, de los cuales uno solo bueno 1101; cuatro estados antes de la conversión 916; abandonado a sí mismo, tiende a la nada 655; miseria después de la caída 342 1053; doble miseria 290; triple 183; el hombre entero, miserable y nada 871; degeneró de su nobleza a la vileza de los jumentos 929; bestia a quien tratan de cazar los demonios 376; dignidad del hombre, redimido por Dios 160; nace cuando se siente excitado al amor de la penitencia y al odio del pecado 304; caída y reparación 530; por qué redimido el hombre y no el ángel 158; el hombre, cruz de Cristo 252; semejante al jumento cuando lleva el peso de Cristo 392; los hombres son ángeles 601; en qué sentido se dan al hombre todas las cosas 887; la bienaventuranza del hombre en cuanto al cuerpo consiste en cuatro cosas 787; es animal racional y mortal II 601; demuestran la dignidad del hombre la prerrogativa de la naturaleza y la potencia de dominio 744; por qué creado con el cuerpo recto 160; imagen y semejanza de Dios en el hombre 954; por qué se le concedió el poder pecar 950; las cosas son útiles al hombre, aunque parezcan dañosas 27; puede caer

**[Hombre]**

con su solo impulso 564; su caída por la soberbia 458; triste cambio del hombre por el pecado 256; castigado por Dios más mitigadamente que el ángel 459; miseria del hombre después de la caída 545 611; cayó de su nobleza a la vilidad de los animales 255; por el desconocimiento de su dignidad 745; el hombre que, teniendo razón, no usa de ella, más bestial que las bestias 257; cuán desemejante de Dios 551; él mismo se impuso una ley grave y pesada 772; después de la caída ya no puede levantarse por su voluntad 951; en el nacimiento, vida y muerte semejante a los animales 551; por qué fué restaurado por el Hijo 957; cómo está el hombre en Dios y Dios en el hombre 475; el hombre sólo se sacia de Dios 759; cuánta gloria para los hombres el ser hijos y herederos de Dios 180; cómo atrae también el hombre todas las cosas a sí mismo 131; por qué no se ha visto el hombre después de la muerte de Cristo al punto sin pecado e inmortal 877; el hombre no es nada si desconoce a Dios 1121; su reforma 1121.

**Honestidad:** decoro del alma II 570; su definición 570; sus efectos exteriores 570.

**Honor:** el debido a solo Dios no excluye el de los santos I 440; recogen honor y quietud los que siembran trabajo y utilidad 653; los deseos de honor y enemigos del trabajo son semejantes al diablo 653; trabajos honrosos 963.

**Huesos:** los huesos de los monjes difuntos de Claraval, trasladados del primer cementerio a otro I 799.

**Humildad:** simbolizada en la aurora I 1123; suma de la humildad 982; recomendación 634; custodio 270; nocio el que confía en otros méritos que en la humildad 982; la santidad consiste especialmente en ella 453; único camino para la sublimidad 538; camino para ir a Dios 349; nada más precioso ni más rico que la humildad 251; nos hace idóneos para la gracia 675; suele ser familiar de la divina gracia 225; necesidad 188 599 960; escudo que debemos oponer a la vanagloria 387; no hace pusilánimes 735; hermosa unión entre la humildad y la virginidad 188; la virginidad, digna de alabanza, pero más necesaria la humildad 188; debe suplir a la virginidad 191;

**[Humildad]**

humildad y mansedumbre, virtudes hermanas 734; sola la virtud de la humildad repara la caridad herida 279 280; suple las deficiencias de la vida la humildad de la confesión 236; en qué consiste la plenitud de la humildad 1021; sola la humildad del corazón engendra desconfianza de sí y confianza en Dios 259; humildad en honores, virtud rara 225; el ejemplo de Cristo, motivo de humildad 190 270 313 490; la humildad de los que progresan se alimenta con la experiencia de las imperfecciones 978; la debemos fortalecer con la consideración de las perfecciones y virtudes de los demás 1021; humildad, virtud de Cristo 314 315; humildad de María 198; designada por el nombre III 290; por el mismo 304; su símbolo, la paloma 306; es desprecio de la propia excelencia 693; es virtud por la que el hombre se abaja a sí mismo por el verdadero conocimiento de sí mismo 884; es fundamento estable de las demás virtudes 678; defensa de las mismas 692; recibe a las demás virtudes, las guarda y las consume 682; es consumación de la justicia 250 251; es camino para la verdad 883; cuán agradable es a Dios 293; la divinidad se acerca más familiarmente a la humildad 698; nada más eficaz que la humildad para merecer la gracia, retenerla y recuperarla 363; es camino bueno 886; la humildad encuentra gracia en el juicio de Dios 698; necesidad 287; decoro del alma 304; merece la castidad y la caridad 692; la humildad sabe hacer penitencia 305; más necesaria a los prelados 699; se recomienda en los prelados y príncipes 606; se recomienda al obispo 702; en el pecador la humildad es amable, pero no admirable 304; doble humildad 290; sola la humildad, imperfecta 293; doce grados de la humildad 883; los primeros se deben subir en el siglo 923; rara humildad desconocer uno solo la propia virtud, manifiesta a todos los demás 74; quién digno del premio de la humildad 251; cuál la humildad que ha de ser exaltada 251 252; humildad astuta de los ambiciosos 642; motivos de humildad 262; la humildad verdadera no tanto nace de la verdad como de la caridad 295; el propio conocimiento, causa de la humildad 262; la humildad nunca daña 268; es ruina de la



**[Humildad]**

humildad desear la gloria de humilde 100; la humildad peligra en las riquezas 739; banquete de la humildad, el pan de dolor y el vino de la compunción 886.

**Humildes:** qué deben considerar en sí, qué en los demás I 1022; ama el permanecer olvidado; alábetela boca ajena, no la propia 281; Dios visita a los humildes II 361; a solos los humildes se les da el gozar del Verbo 572; sin saber, el diablo fabrica coronas para los humildes 107; los humildes procuran ocultar los singulares beneficios de Dios 377; el humilde verdadero quiere ser reputado como vil, no como humilde 100; cómo se fortifican los humildes contra la vanagloria 694; solos los humildes aptos para el martirio 320; pocos son los prelados humildes 149.

**Humillación:** son muchos los humillados, pero pocos los humildes I 961; cuál la humillación de la verdad 960; nada más fácil al que quiere que humillar-se a sí mismo 349; para eso hay que adherirse a la verdad que humilla 961; o someterse a la voluntad divina 982; admirable conexión entre la humildad y la exaltación 959 s.; el humillarnos Dios, señal de que está próximo a nosotros II 249; en qué difieren humillación y humildad 250; humillación por el testimonio de la conciencia 607; unos se humillan con rencor, otros pacientemente, otros libremente 250.

**Iglesia:** cuándo sin mancha ni arruga I 780; los espirituales y los carnales, dos lados de la Iglesia 398; tres órdenes: los casados, los continentes, los prelados 1015 1016; juicio infalible de la Iglesia en el uso y aplicación de las Escrituras 239 240; Dios protege a las iglesias con la custodia de los ángeles 865; de dónde la dignidad de las iglesias 877 878; su santidad 866; ornato superfluo 285; viña del Señor II 383 427; atraída por el olor del Verbo encarnado 137; su matrimonio con la Iglesia y repudio de la Sinagoga 82; caridad de la Iglesia a la Sinagoga 530 531; sus deseos de que se difunda la gracia evangélica 81; prerrogativa suya, la expansión por todo el mundo 214 215; simbolizada en la túnica pollicromada de José 829; es única, aunque una parte peregrine y otra reine en

**[Iglesia]**

el cielo 354; de dónde sus arrugas 171; los malos son también hijos suyos y cómo 164; las ganancias de la Iglesia Dios las reputa como propias 426; sus custodios, los apóstoles y los varones apostólicos 518; también los bienaventurados y los ángeles 519 409; cuán peligroso ser privado de las oraciones de la Iglesia 928; su amor constante a Cristo 529; escruta la voluntad de Dios más que su majestad 413; desea asemejarse a los ángeles en su amor 188; la Iglesia se aumenta con la persecución 213; sus enemigos le hacen beneficios sin quererlo 211; la persiguen los tiranos, los herejes, los falsos hermanos y el anticristo 247; persecución gravísima la que viene de los domésticos 248; por qué llama a sus perseguidores hijos de su madre y no de su padre 204; a quiénes llama Dios a los ministerios de la Iglesia 735; se ha de excluir de las dignidades de la Iglesia a los que las solicitan 641; también a los aduladores 641; se describe a los ministros indignos de la Iglesia 736; no hay que conceder a los jóvenes las dignidades de la Iglesia 632; la Iglesia está llena de ambiciosos 595; de dónde la desolación de la Iglesia 517; en qué consiste su estado feliz 312; se reprende a los que invaden las iglesias ajenas 701; dotada por Cristo 1189.

**Ignorancia:** es noche II 575; cuán dañosa 257; hace a los hombres inferiores a las bestias 257; se la debe evitar, pero más la arrogancia 745; dos hijas de la ignorancia: la falsedad y la duda 105; pecados de ignorancia 990 ss.; no toda ignorancia es condenable 259; triple culpable 978; excusable la ignorancia del bautismo antes de la predicación del mismo 978; no excusa la afectada 898; dos ignorancias condenables: la propia y la de Dios 258; cuáles las que debemos evitar 267; la ignorancia propia engendra soberbia, la de Dios desesperación 267.

**Imagen:** permanece en los condenados I 660; qué la imagen y semejanza de Dios en los hombres II 954; diferencias entre imagen y alma 533.

**Infierno:** a quiénes pertenece el infierno I 901; descripción 1056; palabra áspera 377; su consideración hace dulce todo trabajo 378 379; en el infierno había un lugar de descanso para



**[Infierno]**

los santos antes de la venida de Cristo 784; qué hizo Cristo en él cuando descendió 784; temor del infierno II 98 99; en el infierno no hay libertad de consejo y de buen placer 955.

**Ingratitud:** pecado grave I 588; sobre todo en los religiosos 989; cierra la mano del bienhechor 990; es de corazón perverso buscar las ocasiones de ingratitud 448.

**Ingrato:** amonestados los prelados ingratos a Dios I 450; el ingrato al beneficio de la reedificación no duerme, sino está muerto 448.

**Injuria:** cómo portarnos cuando nos injurian II 208; ninguna injuria del prójimo es leve 207.

**Inmaculada Concepción:** sólo la tuvo Cristo III 1180; inmaculada concepción de María, novedad sospechosa 1181.

**Immortal:** el alma inmortal puede morir espiritualmente II 541.

**Immortalidad del alma:** inmortalidad del alma I 405; cuál la verdadera inmortalidad III 541 542; cuál la inmortalidad del hombre después del pecado 541.

**Inocencia:** es más fácil guardar inocencia que hacer una digna penitencia I 968; decoro del alma II 304; es una parte de la justicia 251.

**Inocentes:** los santos Inocentes son verdaderos mártires I 292; y esto delante de Dios 293.

**Inspiraciones:** con cuánta solicitud debemos observar las inspiraciones divinas I 973.

**Intención:** pureza de intención I 244; de nada sirve el decir "por Dios" si no se dice con intención 414; la intención de la mente es la cara del alma III 279; sirve para adquirir el mérito 969; vale también en la obra no buena 809; declarada con ejemplos la intención recta y la intención viciosa 280.

**Ira:** pasión natural del hombre, pero perniciosa para los que abusan de ella I 445; cómo usó de ella San Malaquías 807; la ira ciega a los hombres II 614; la ira acumulada se convierte en furor 459; no pecas si te irritas contra el pecado 289; ira gravísima de Dios dejar de castigar el pecado 289.

**Isabel:** por qué cuenta a María el ángel la concepción de Santa Isabel I 221 222.

**Israel:** significa el que ve al Señor I 797.

**Israelitas:** explicación topológica de los israelitas llevados del hambre a Egipto I 1095.

**Jactancia:** es lepra I 518; cuarto grado de soberbia III 917 918.

**Jesusalén:** visión de paz I 234; elogio II 864; lugar de la pasión de Cristo predicho por los profetas 993.

**Jesús:** nombre sobre todo nombre I 300; le conviene a Cristo por excelencia 214 296; nombre amable y consolador 310 311; es salud, unción y gloria 229 230; le conviene a Cristo por antonomasia II 92; luce, nutre, suaviza 90; es medicina del alma 90; es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón 91; las propiedades del aceite adaptadas al nombre de Jesús 89 ss.

**José (San):** por qué quiso dejar a María I 202; ¿dudó de su integridad? 203; elogio 203 204; confortado por el ángel San Gabriel 186; hijo de David 204; testigo y custodio de la integridad de María 247; comparación con José hijo de Jacob 204.

**Juan (Bautista):** lucerna ardiente y luciente I 602; triple fervor 680; fué verdaderamente ardiente 679; no usurpó la gloria de Cristo 603; su nacimiento solemne aun entre los infieles 681; su nacimiento por qué más célebre que la muerte 695; prerrogativas 679; celo en corregir a los impíos 683; su penitencia nos debe excitar a ella 682; abusos en la celebración de su nacimiento 681; santificado en el vientre de su madre II 1178.

**Judíos:** su dureza I 351; los judíos tienen aceite en los códices, pero no en los corazones II 85; ellos se contentan con el solo olor de Cristo, pero nosotros llegamos hasta el gusto 866; por qué cayeron tanto 399; su rudeza 398; se consumió su malicia en la muerte de Cristo 398; a los judíos les tocó la justicia, a los gentiles la misericordia 80.

**Juicios:** tres juicios: humano, propio y divino I 1002; los hombres que están pendientes del juicio humano son inestables 676; San Pablo estima el juicio de Dios, no el de los hombres 1013; cuán terrible el juicio de Dios futuro 412; cuán digno de temor 457; principalmente para los pecadores 907; de qué manera podemos esperar seguros el juicio final 174; vergüenza en él 995; el juicio final no será sin misericordia 431; en él se extirparán los méritos, no los milagros 534; el conocimiento

**[Juicios]**

del juicio final es de pocos 241; su triple grado: dolor de los pecados, corrección y solicitud 242; en el primer grado se enciende, en el segundo arde, en el tercero luce 242; en los juicios no se ha de admitir a los amigos II 895; cómo hemos de juzgar 363; no debemos usurpar el juicio de nosotros mismos que pertenese a sólo Dios 697 698; corrompen el juicio el amor y el odio 895; condenados los que siguen el propio juicio 244; la consideración de la misericordia se ha de templar con el miedo del juicio 867; cuánto hemos de temer los ojos del juez supremo 368; temor del juicio y del infierno 98 99; en el juicio no aparecerá la divinidad, sino la humanidad 491; Dios dió al Hijo en cuanto hombre el poder de juzgar y por qué 491; cuánto hemos de temer el juicio de Cristo 367; Cristo ignoró el día del juicio con su ciencia experimental 891.

**Jumento:** sea el hombre semejante al jumento en llevar el peso de Cristo I 393; comparados a los jumentos los religiosos duros e indevotos 475.

**Justicia:** virtud general a la que sirven las demás I 1097; pan del alma 233; virtud de justicia es la que da a cada uno lo suyo 169 356 957; qué debe al superior, qué al interior, qué al igual 169 s.; hay que hacer justicia a Dios, a los superiores y a los hermanos 356; a Dios debemos justicia, al prójimo paz 957; se recomienda el celo por la justicia 512; los que tienen sed de la justicia reciben más de lo que desean 767; dos justicias necesarias 954; sus dos oficios: no pecar y condenar el pecado con la penitencia 660; doble justicia: amplia y estricta 325; cuál la ordenada 1097; la justicia consiste principalmente en la humildad 453; su perfección en qué 1069; sólo la justicia puede hacer bienaventuradas a las almas 787; alabanza y fruto 326; triple peligro 701; diferencia entre la justicia divina, la humana y la angélica 614 615; de la magnitud de la presente misericordia se colige la severidad de la futura justicia 311 312; es lirio II 466; semillas de justicia las lágrimas 265; en qué está su consumación 320; conexión de la justicia con otras virtudes 591; nuestras justicias han de ser juzgadas

**[Justicia]**

367 368; la justicia de Cristo es también nuestra 1014; a los juicios les tocó la justicia, a los gentiles la misericordia 80; bondad de Dios mezclada con justicia 911; fruto de la justicia, la limosna 1124.

**Justificación:** fruto de la resurrección de Cristo I 657; los que desean ser justificados deben abstenerse de tres cosas y obrar otras tres 1152.

**Justo:** quién justo I 1174 1175; el justo en virtud de la justicia tiene dos cosas: hacer y padecer lo que debe 1148; tres grados de justos 962; en qué sentido no se ha puesto ley al justo II 773; los justos tienen y no tienen ley 1116; su reunión opuesta a la de los pecadores 1162.

**Lágrimas:** las lágrimas de Cristo infante cuán distintas de las de los demás niños I 282; las lágrimas son semilla de santidad II 265; las de penitencia, vino de los ángeles 213.

**Lecho:** quién lecho del esposo II 506; lecho florido de la esposa, los claustros y los monasterios 311; también el alma llena de obras buenas 317.

**Lectura:** no gusta si falta Jesús II 90; en vano presumen de lecturas santas los impuros 7; lectura espiritual de los monjes en el claustro 850.

**Lengua:** muchos los pecados de la lengua I 947; cuántos sus males 949; utilidad de la buena 950; sus tres aromas 514; se la debe frenar en todas partes, pero principalmente en las comidas II 650; lengua del Verbo y lengua del alma 308.

**Ley:** en qué sentido no se ha puesto ley a los justos II 773; los prelados deben cuidar más de las leyes de Dios que de las de Justiniano 586.

**Libertad:** libertad de Cristo en moderar las acciones de su cuerpo I 491; es propia de la voluntad, de la cual no se puede arrancar II 936; es necesaria para merecer 542; no la destruye el ser atraídos por Dios 960; ni el ser tentados 961; no la quita el miedo de la muerte 962; la necesidad quita la libertad y el mérito 936; no hay que abusar de la libertad de arbitrio 953; si Adán estuvo dotado de la triple libertad en el Paraíso 949 ss.; qué libertad tiene el hombre después del pecado 550; cuál nuestra libertad

**[Libertad]**

por Cristo 938; en la patria habrá perfecta libertad 941; la triple libertad no es para esta vida 949; triple libertad; del pecado, de la miseria, de la necesidad 937; sus dotes 938; las tuvo Cristo y en qué sentido 939; la libertad del pecado se llama de consejo 941; la libertad de la miseria se llama de buen placer 941; ninguna de las dos tenemos aquí 941; la libertad de necesidad es igual en Dios que en las criaturas, pero con alguna diferencia 939; libertad de consejo y libertad de buen placer 949 950; las dos perdió el primer hombre abusando de la libertad de arbitrio 950; cuál de las dos debemos esperar aquí 953; ninguna de ellas se encuentra en los infiernos 955; sin ellas la libertad de necesidad está como cautiva 945; la libertad de consejo en parte se encuentra en los varones espirituales y mortificados ya en este siglo 942; libertad de pecar, undécimo grado de soberbia 924; mala libertad la que arroja el yugo de la obediencia 708.

**Libre albedrío:** qué es II 542 935 937; por qué llamado así 935 959; en qué sentido se le llama libre 940; es medio entre la divina voluntad y el apetito de la carne 965; no tiene igual facilidad respecto del bien que del mal 959; preside al cuerpo como la sabiduría al orbe 958; no se pierde con el pecado 951; permanece, aunque miserable 951; por qué no desaparece 952 954; es cierta imagen de la eterna divinidad 954; puede caer por sí mismo, pero no se puede levantar por sí mismo 952; ni puede aspirar por sí mismo a lo bueno ni progresar a lo mejor 952; individua operación de la gracia y del libre albedrío 970; triple operación de la gracia respecto del libre albedrío 971; le excita, le sana, le fortalece, le guarda 970; el libre albedrío coopera con la gracia consintiendo 939; la salvación no es del libre albedrío, sino de Dios 966.

**Limpieza:** cómo se puede obtener la limpieza de los pecados ajenos II 1163; necesidad de la limpieza de la carne 1076 1077.

**Lucifer:** tuvo luz, pero no ardor 602; se transformó en diablo por su soberbia 156; por intentar volar con una ala cayó 613 614; después de la caída se le ocultó la gloria de Dios 613;

**[Lucifer]**

su soberbia 528; fué condenado justamente a un suplicio eterno II 911; su curiosidad y su temeridad 909 910.

**Lujo:** se reprende el lujo y las delicias de los hombres I 955 956; también el de los clérigos 390; se condena el lujo del vestido en los monjes 226; se reprende el lujo de los prelados II 517; también el de los clérigos 633, y el de los obispos 693.

**Magos:** vieron a Cristo pocos días después de su nacimiento I 319; su piedad y su fe 312; su fe sobrepasó la del ladrón y la del centurión 317 318; sus dones explicados moralmente 321 316.

**Majestad:** llenará la tierra después de excluir a Satanás I 528; y también nuestra carne 598; cómo nos es lícito escrutar la majestad de Dios II 412 413; más seguro escrutar la voluntad divina que su majestad 413.

**Mal:** perseverar en el mal es diabólico I 158; siempre le acompaña la pena 427; los males causados por los domésticos más acerbos II 205; el mal que se hace por la fuerza no está sin culpa de la voluntad 964; en vano se deploran los males si no se enmiendan 534.

**Malaquías (San):** elogio I 806; significa ángel 808; le hicieron santo la fe y la mansedumbre 803; comparado a la gallina del Evangelio 806; cuánto hizo por su iglesia 802 803; cuán atento con los demás 806; vino a Claraval 798; su muerte 799; sepultura 799 800; milagros 806; fiesta e invocación 809; fué lámpara ardiente y luciente II 1027; amigo de San Bernardo 1027; su caridad a sus monjes y a los de Claraval 1201; su patrocinio 1200; muerte y sepultura en Claraval 1201.

**Malos:** los hombres malos y los demonios nos dañan de diversa manera I 400; Dios usa de los malos para la salvación de los suyos como de una vara que arrojará después al fuego II 968; los malos también son hijos de la Iglesia y cómo 164; virtud eximia, ser bueno entre los malos 323.

**Mandamientos:** por qué tan severamente impuestos los mandamientos de Dios I 236; impedimentos 340.

**Mansedumbre:** golpeada con un triple ariete I 628; necesaria para la santidad perfecta 259; mansedumbre y humildad, vir-



**[Mansedumbre]**

tudes hermanas 734; sin mansedumbre no se puede agradar a los hombres 259; es lirio II 466; nace de la propia consideración 301; mansedumbre de Cristo 139 140.

**María:** Estrella del mar I 205 741; figuras en el Antiguo Testamento 729 730; testimonios y figuras 194 195; Cristo y María, simbolizados en varias partes 196; vellocino de Gedeón 196; zarza incombustible 728; varita de la que floreció Jesús-fior 166; comparada con el campo 165; con el sol 725; la luna bajo sus pies y cómo 726; centro de la tierra 572; acueducto 739; elogio 205; cuán difícil hablar de sus alabanzas 717 721; mujer fuerte 194 195; tesoro de Dios 674; su eminencia sobre todos los ángeles 745; cuánta gracia encontró en Dios 213; su plenitud de gracia, diversa de la de los demás santos 207; su gracia, singular y general 675; sus doce prerrogativas de gracias 729; su descendencia, de reyes y santos 729; no tuvo delito propio 711; primicias de la virginidad 729; voto y propósito de virginidad en María 192 211 219 722; con su virginidad agradó, por su humildad concibió 189; humildad 188 722 733 743; cuán grata a Dios 225; sus alabanzas las refiere a Dios 734; amante del silencio 732 733; no pronta a responder 219; sólo cuatro veces se lee en los Evangelios que hablase 732; mansedumbre pudorosa 732; clemencia 327; misericordia 723; magnanimidad 735; fervor y esplendor permanentes 726; los cielos, comparados a la fe de María, con la cual son reparados 278; virtudes cardinales 1071; todas sus virtudes, singulares 722; en María, madre de Dios, se encuentra la actividad de Marta y el ocio de María 711; delicias 718; dignidad, gracia y prerrogativa 224; qué más digno de admiración en ella 721; todo en ella, exímio y digno de admiración 191; qué imitable en ella 731; el precio de la redención humana, colocado en ella 740; Dios está singularmente en ella y con ella 208; llenó antes su mente que su vientre 327; a la voz del ángel sorprendida, pero no perturbada 213; confirmada por él 213; por qué desposada al concebir 199 200; virtudes preparatorias a la concepción del Verbo 207; cómo sobrevino el Espíritu Santo sobre ella 220; su nuevo modo de concepción

**[María]**

730 731; sólo conocido de Dios y de María 220 221; elogio de su concepción virginal 250; a causa de su fe concibió y dió a luz 278; su embarazo sin molestias 731; parto singular 212; fué sin dolor 250; admirable la virginidad de María con la fecundidad 189 246; fecundidad sin corrupción 731; su maternidad trasciende toda dignidad 189 190; su prerrogativa de tener con el Padre a uno mismo por hijo 666; privilegio de ser madre virgen 721; una virgen no debió dar a luz sino a Dios, Dios no debió nacer sino de virgen 722; suma dignación de Cristo y dignidad de María 190; no obligada a la ley de la purificación 635; qué nos enseña su purificación 1069; su martirio de corazón 735; su dolor por la muerte del hijo 736; gozo por ella en los cielos 702; admiración de los ángeles 717; generación de Cristo y asunción de María inenarrables 705; comercio del cielo con la tierra en la asunción de María 703; invocación de María 723 724; en las tentaciones 205; con cuánto afecto la debemos venerar e invocar 741; medio entre Cristo y la Iglesia 727; medianera ante el Mediador 725; nuestra abogada en los cielos 703; ante el Hijo 741; por ella hemos de llegarnos a El 166; por ella hemos de buscar la gracia ante Dios 742; principalmente la gracia de la devoción 333; no sólo fué llena para sí, sino también para nosotros 740; repleta de gracia para que redundase en nosotros 706; se ensalza la confianza en María 706 708; encomiéndala a ella lo que ofrécese a Dios 750; por ella recibimos lo que tenemos 247; por ella encuentran los ángeles la alegría, los justos la gracia, los pecadores el perdón 572; a ella miran todas las criaturas 572; cuán suave y bienhechora con todos 725; ruego a la Santísima Virgen 736 737; aspiración devotísima a la misma 166; exhortación a su culto 205; varias herejías sobre María 727; antítesis de Eva y María 725; María, consuelo de Adán y de Eva 193; aplastó la cabeza de la serpiente 194; desde el principio fué encomendada al ángel Gabriel III 994; madre de la caridad 210; herida toda por la saeta del amor 210; su gloria en la sola humildad 693; por ella la Sabiduría eterna restituyó en el hombre el sabor del bien 468; fiesta de su



**[María]**

Inmaculada Concepción, celebrada nueva sin fundamento 1177; María no necesita falsos honores 1177; alabanzas gloriosísimas 1177; su ascensión y natividad, fiestas tradicionales 1176; su nacimiento santo 1179; no tuvo pecados actuales 1179; por qué no fué concebida inmaculada 1179; su inmaculada concepción, novedad sospechosa 1181.

**María (hermana de Marta):** tiene por abogado a Cristo I 713; oficios de María, Marta y Lázaro 714; feliz comunidad en donde Marta se queja de María 713; por lo que a nosotros se refiere debemos elegir los ejercicios de María, y si nos añaden los de Marta, sobrellevarlos 923; ; María Magdalena, María la pecadora y María hermana de Lázaro son una misma persona? 592 713; quiénes representan a María, Marta y Lázaro II 380 381.

**Marta:** sus oficios los desempeñan los superiores I 716; su modestia y su fe II 926; Cristo se apacientaba entre ellos en la casa de Marta y de María 472; la ocupación de Marta apenas puede estar sin polvo 281.

**Martín (San):** mansedumbre I 820; pobreza y humildad 820; obediencia y resignación 823; paciencia en las persecuciones 822; milagros 819; celo por desterrar la idolatría 821; caridad y misericordia con el prójimo 821; pureza y amor a la concordia 822.

**Mártires:** su modelo y corona, Cristo I 966; a los mártires y a los pobres se les hace la misma promesa 772; de dónde su constancia tan grande en los tormentos II 408; la pasión de Cristo, su fuente de fortaleza 407; se llama mártires a los que mueren luchando por la fe 855; la perfección de la caridad no pertenece a los mártires en esta vida 766; herejes mártires 442; qué hay que pensar de su martirio 443; diferencias entre los mártires verdaderos y los falsos 443.

**Martirio:** tres géneros I 291 292; martirio espiritual 520; martirio del corazón de María 735; qué martirio nos debemos procurar nosotros 827; el martirio es flor del campo II 318; el martirio sin fe no es otra cosa que tormento 983; el martirio hace las veces del bautismo 981 983; Cristo, causa, virtud, fruto y forma del martirio 200; sólo los humildes aptos para el martirio 320.

**Matrimonio:** estado peligroso I 1016; pueden contraer matrimonio también los no vírgenes II 436; ¿es válido el matrimonio de los monjes? 816; dos partos del matrimonio espiritual 571.

**Mediador:** todo atestigua que Cristo es mediador I 287 288; convenia que hubiese un mediador entre Dios y los hombres II 14.

**Mediodía:** visión dichosa II 240; lo debemos desear para descubrir los engaños del diablo 243.

**Meditación:** se recomienda la meditación de la doctrina evangélica I 553; con la meditación y la oración ascendemos 839; meditación de los misterios de Cristo 745; es incentivo del amor meditar en la encarnación y pasión de Cristo 996; cuán eficaz la meditación del amor de Dios para con nosotros II 752; cuán dichoso meditar en las cosas celestiales 658 659; debemos meditar siempre la misericordia y la potencia de Cristo 749; debemos meditar principalmente la obra de la pasión sobre todo, su modo y su fruto 61; cuán útil la meditación de la pasión de Cristo 296.

**Mercenario:** diferencia entre el mercenario, el hijo y el siervo I 901 902; la persecución distingue a los mercenarios de los pastores II 740; ley de los mercenarios 1115.

**Méritos:** todo el mérito del hombre consiste en esperar en aquel que salvó a todo un hombre I 458; habitación ruinosa y fea la de aquellos que confían en sus propios méritos 372; en el juicio se buscarán los méritos, no los milagros 534; para el mérito basta saber que no bastan los méritos II 455; debemos unir nuestros méritos a los de Cristo 455; Dios usa de las criaturas para nuestro mérito 967; qué son nuestros méritos 974; cuáles son 455; vienen de la gracia 933; constan por la gratuita promesa de Dios 973; mérito del hombre, la compasión de Dios 405; causa del mérito es el solo consentimiento de la voluntad, pero el consentimiento viene de la gracia 969; la necesidad quita el mérito y la libertad 936; la libertad, necesaria para el mérito 542.

**Milagros:** diarios en el mundo I 249; milagros de los santos propuestos a nosotros 646; milagros de los santos, testimonios de la gloria divina 819 820; los milagros no hacen santos, si-

**[Milagros]**

no las virtudes 822; milagros de los piadosos en esta vida 853; conversión del pecador, gran milagro 853; milagros ocultos en el nacimiento de Cristo 251.

**Ministerios:** triple el de los ministros de Cristo: de servidumbre, de caridad, de dignidad I 1168; reprendidos cuantos ambicionan los ministerios de la Iglesia II 735; a quiénes quiere Dios para los ministerios de la Iglesia 735.

**Ministros:** se describen los ministros indignos de la Iglesia III 736; desea al papa Eugenio buenos ministros de la Iglesia 645.

**Misa:** no se debe celebrar con el ánimo irritado contra alguno II 820; los cistercienses no tenían misa en tiempo de la recolección 337.

**Misericordia:** miseria de este mundo I 461 556; del hombre 871 1053; del alma 871; miseria doble: del cuerpo v del alma 290; triple del alma: ignorancia, pereza y cautividad 631; también enfermedad, ceguera, inmundicia 1061; también: fácil a la seducción, débil para el trabajo, frágil para resistir 183; el hombre, sin conocer su miseria, experimenta la misericordia de Dios 875; peligros y miserias de este mundo II 944; miseria del hombre 545; ninguna miseria más verdadera que la falsa alegría 943.

**Misericordia:** misericordia y verdad, caminos del Señor I 431; materia para compadecerse la toma Dios de sí mismo, para castigar de nosotros 289; todos necesitan la misericordia de Dios 274; se ofrece a todos 630; misericordia de Dios pequeña, mediana, grande 932 s.; no hay que abusar de la misericordia de Dios 165; cuatro misericordias divinas 934; la indignación de Dios procede de su misericordia 908; la misericordia de Dios apareció en el misterio de la encarnación 271; la misericordia de Dios, que antes de Cristo existía, pero oculta, apareció en El 309; su plenitud en Cristo 309; la misericordia de Cristo, ensalzada en parábolas 303; los enemigos de Cristo testimonian su misericordia 673; su triple misericordia contra nuestra triple miseria 631; misericordia de Cristo en la pasión 487; Cristo ahora más inclinado a la misericordia que al juicio 165; de la grandeza de la presente misericordia se colige la severi-

**[Misericordia]**

dad de la justicia futura 311 312; el juicio futuro no será sin misericordia 431; el hombre, castigado por Dios misericordiosamente 811; la obstinación cerró al diablo el camino de la misericordia 432; la esperanza verdadera nos hace capaces de misericordia 671; es misericordia negar misericordia a los ingratos 989; los apóstoles por qué llamados varones de misericordia 698; la misericordia y el juicio son pies II 32; significada por las cabras y los cerbatillos 366; gran consuelo para el hombre la misericordia de Dios 405; cómo nos es necesaria la misericordia humana de Cristo 893; se debe templar la consideración de la misericordia con el temor del juicio 867; se recomienda la misericordia para con el prójimo 893; de qué modos y con qué medios se excita en nosotros 894; la misericordia, primer grado de la penitencia 732; obtenemos la misericordia divina compadeciéndonos de nosotros mismos y del prójimo 732; el desconocedor de la miseria no sabe tener misericordia 887 888; antes de ser misericordiosos hay que ser mansos 894; misericordia llena de crueldad la que sirve al cuerpo para matar al alma 840.

**Modestia:** qué es I 954; recomendada 254 255; conviene a los monjes 733 734; modestia de San Malaquías II 1064.

**Monasterio:** cárcel I 853; comparado con los estanques 835; paraíso II 420; lecho florido de la esposa 311; a quién es lícito y a quién no conviene mudar de monasterio 812; es preferible permanecer en el monasterio con un abad malo que pasar a otro 819; después de mudar de monasterio no conviene volver al primero 815.

**Monje:** piadoso jumento de Cristo I 646; los monjes seguidores de la vida de Cristo 964; Dios los tomó como propios 854; cuánto cuidado deben tener en purificar la conciencia 1129 1130; en ellos ofende el menor lunar 946; en la comunidad deben vivir ordenadamente para consigo mismos, sociablemente para con el prójimo, humildemente para con Dios 690 691; felicidad de los perfectos, miseria de los imperfectos 543; en el comienzo de la conversión, ninguna virtud más necesaria que la simplicidad humilde y la gravedad pudorosa 323; tres estados de monjes 923;

[Monje]

les conviene la modestia 733 734; obligados al silencio, cómo deben mostrar al hermano consejo y auxilio 170; su devoción cuadragesimal atormenta al demonio 396: se quejan sin motivo de los trabajos de la vida presente 969; los tienta el diablo, algunas veces persuadiéndoles cosas más austeras, otras más llevaderas 966; los perezosos y tibios denunciados 863; los monjes solícitos por sus padres 333 334; los dados a las cosas del siglo, comprendidos 400 401; también los dados a las preocupaciones seculares 226; nada más torpe al monje que el ir por las ciudades 1130; lujo de los monjes en el vestido 226; soberbia de los monjes 225; perfección de algunos monjes conversos de Claraval 1121: cuáles sus verdaderas insignias II 708; su oficio es llorar 422 423; cuán peligroso es para los monjes el deseo de predicar 422 423; no deben censurar a los obispos 70; su frecuente tentación ambicionar la gloria de los obispos y juzgar sus excesos 70; sus abusos en la comida y en la bebida 842 843; reprendidos los que sólo quieren alimentos delicados 218 219; también los demasiados cuidadosos de su salud 218; cuán peligroso para los monjes el amor desordenado de los parientes 422; denunciados algunos que se jactan de sus pecados cometidos en el siglo 99; cuán diferentes de los antiguos monjes en sus visitas 842; reprendidos los monjes amantes de la singularidad 118; su hábito es señal de pobreza 846; reprendidos los monjes ambiciosos 707; no se debe recibir a ningún monje de otro monasterio sin permiso de su abad 815; ¿es válido el matrimonio de los monjes? 816.

**Mortificación:** se exige de la profesión monástica I 267; no menos aprovecha a la carne que al espíritu 599; aman verdaderamente a la carne los que la mortifican 423; se debe ejercitar con discreción 307; mortificación de la concupiscencia 554; mortificación de la carne, un género de martirio II 219.

**Muerte:** la vida que vivimos no es vida simplemente, sino vida mortal I 464; la muerte, obra del diablo y pena del pecado, vencida por Cristo 801; Cristo derrotó a la muerte y

[Muerte]

al pecado, dos enemigos del hombre 272; la muerte no tiene poder sobre el alma, sino sólo sobre el cuerpo 846; ¿la muerte temible? 994; de dónde se conoce la clase de muerte 1110; quiénes la desean 234; a los piadosos no trae daños, sino ganancias 994; preciosa la muerte de los santos 302 695 696; tres cosas la hacen preciosa: el descanso del trabajo, el gozo de la novedad, la seguridad de la eternidad 1088; la muerte de los santos, triplemente preciosa 1087; en la misma muerte los santos triunfan del diablo 825; hay que prevenirla con una vida laudable 1161; la vida monástica, preparación para la muerte 395; a quiénes conviene la muerte, el infierno, el lago 901; la muerte está para los viejos a la puerta, para los jóvenes en acecho II 722; justa pena del pecado 871; por qué la desean los piadosos 171; porque es para ellos un beneficio 486; para los justos en la muerte nace un verdadero día 486 487; para los impíos es densa noche 487; pésima la muerte de los pecadores 372; muerte del alma por el pecado 541; ¿se debe llorar la de los piadosos? 1200.

**Muertos:** están muertos los que viven según la carne I 511; quién muerto al mundo 366; las almas de los muertos, según sus méritos, van a uno de tres lugares 1056; varias resurrecciones de muertos, a las cuales sobrepasa la de Cristo 501; totalmente muerto el que, cargada de pecados su conciencia, no se aterra 511; al muerto le debemos compasión y oración 944; sufragio por los muertos II 1091.

**Mujer:** con el nombre de mujer, designadas las almas carnales II 271; los que han profesado continencia no deben convivir con mujeres 432; vivir con una mujer y no conocerla es más que resucitar a un muerto 430.

**Mundo:** libro en el que se lee la sabiduría de Dios I 921; potencia, sabiduría y bondad de Dios en su creación 576 577; ningún descanso en este mundo 774; peligros y miserias de este mundo 558 1013; no debemos seguir las huellas del mundo 938; quién muerto al mundo 366; quién crucificado para el mundo 367; testimonio de que el mundo ha sido vencido 527; el mundo, valle de



**[Mundo]**

lágrimas II 653; está lleno de espinas 323; muchísimas las noches del mundo 508; sus bienes vanos y caducos 1156.

**Murmuración:** la murmuración injuria a Dios I 589; la murmuración es lepra 816.

**Nacimiento:** pompa y celebridad del nacimiento del Señor I 285; el nacimiento de Cristo debe parecer siempre nuevo 265; su triple fruto 230; circunstancias del nacimiento de Cristo apropiadas a las costumbres 280 281; postración a la lectura del martirologio que anuncia el nacimiento de Cristo 264; nacimiento santo el de María II 1179.

**Naturaleza:** estado de naturaleza íntegra 930; de corrupta 893 894; cuánta corruptela en ella por el pecado 236; su triple caída la reparó la suma Trinidad 161 162.

**Necesidad:** procede de la debilidad de la carne I 428; más tolerable que la concupiscencia 428; muchas las necesidades de los hombres 428; quita la libertad y el mérito II 936; la necesidad voluntaria no excusa de pecado 543; la necesidad es cierto lenguaje de la carne 763; necesidad feliz la que arrastra a lo más perfecto 780.

**Negligencia:** en peligro grave, no es indicio de tranquilidad, sino de desesperación I 424; daños de la negligencia 935; negligencia acerca del culto divino 168.

**Negocios:** nunca nos olvidemos del negocio de nuestras almas I 243; monjes dados a los negocios seculares 226; los negocios no deben perturbar la caridad II 1147.

**Niños:** es indigno conceder a niños dignidades eclesiásticas II 699; se han de preferir los niños buenos a los ancianos malos 700.

**Noche:** es noche la vida del mundo I 256; se suelen significar con el nombre de noche las cosas adversas II 245; noche la ignorancia 575; muchas las noches del mundo 508.

**Nombre:** qué es conocer el nombre de Dios I 458; exposición del nombre de Cristo 300 301; el nombre de Cristo, difundido por todas las gentes II 89; los nombres del Esposo, unos son majestuosos, otros piadosos 86; los nombres de Dios en otro tiempo eran terribles, pero hoy son delectables 87.

**Novicios:** su índole I 919; necesitan de un pedagogo 920; tentación sobre la rigidez de la orden 1134; la devoción prestada, no dada, a los novicios 307; su primera tentación, la pusilanimidad 386; cautela necesaria en las tentaciones 376 377; son viñas en flor II 419; sus virtudes 419; los demonios no pueden aguantar las primicias de los novicios 399; peligros de los novicios 420; descripción de defecciones entre novicios 420; cuánto se debe llorar a los que vuelven al siglo 420; no están capacitados para entender el Cantar de los Cantares 11.

**Obediencia:** es dinero I 840; se recomienda 306; por el ejemplo de otros: los ángeles, Abraham 815 816; obediencia de los apóstoles, de Cristo, de Abraham 1041 s.; utilidad 512; triple obediencia 1044; se reprende a los que, al obedecer, analizan los mandatos de los superiores 625 626; suple a la discreción 308; la que previene al mandato merece una gracia mayor 823; debemos mostrar obediencia reverente aun al superior indigno 169; en qué debemos obedecer a los superiores 144 145; obediencia falsa 1049; obediencia viciosa 840; no obedece el que logra se le mande lo que quiere 1018; lo sumo de la obediencia 1018; ejemplo perfecto de obediencia en Pedro y en Andrés 840; necesidad de la obediencia II 147; no se debe el gusto de la contemplación sino a los obedientes 313; modelo de obediencia voluntaria 197; grado óptimo de la obediencia 789; a quienes parece difícil e imposible 802; orden en la obediencia 786; la obediencia que se limita a los términos del voto es imperfecta 787; cuál es la perfecta 787; debemos obedecer a los superiores como a Dios cuando sus órdenes no son contrarias a Dios 794; no hay obligación de obediencia al abad en aquellas cosas que son sobre o contra la Regla 786; en los rectos las caídas en la desobediencia son veniales 797; no toda desobediencia es mortal 798; el verdadero obediente no desprecia las cosas pequeñas 790; en las cosas difíciles, la obediencia más grata que grave la prevaricación, y al contrario en las menos difíciles 811; libertad mala la que arroja el



**[Obediencia]**

yugo de la obediencia 706; el ejemplo de Cristo nos mueve a obedecer 118; las acciones de Cristo son documentos de obediencia 889; Cristo dió su vida para no perder la obediencia 705.

**Obispos:** obispo es nombre de oficio, no de dominio II 603; deben buscar la gloria de Dios y la ganancia del pueblo, no su lucro personal 688; no les pertenece propiamente la potestad de juzgar las causas terrenas 588; se les recomienda la humildad 702; les es muy útil pedir consejo 681 682; los monjes no deben censurar a los obispos 70 684; tentación entre los monjes ambicionar la gloria de los obispos o criticar sus excesos 70; sus peligros 680; reprendidos los que prefieren lo temporal a lo espiritual 649; nada más indigno de los obispos que ocuparse en el cuidado de sus bienes terrenos 648; tienen a mano a quienes encargar el cuidado de las almas y no hallan a quién encomendar sus bienes terrenos 649; el lujo de sus vestidos 684 685; comparados los obispos negligentes con San Malaquías 1065; San Pedro, príncipe de los obispos 1051; su oficio propio es predicar la palabra de Dios 1194.

**Oblación:** la oblación de Cristo es en el templo y en la cruz I 635 636; tres condiciones requieren en nuestras oblaciones 637; nosotros mismos nos debemos ofrecer a Dios 636; por qué reprobada la oblación de Caín II 162.

**Obras:** grandes las de Dios, principalmente la creación, la redención, la glorificación I 275 276; las obras de Cristo, consideradas en su exterior, apacientan a los menos capaces 330; de las buenas, Dios es causa efectiva y final 414; de las buenas, Dios es autor, remunerador y remuneración 414; Dios juzga las obras por la intención 806; las debemos regar con el fervor de la devoción 273; cuándo valderas la obra y la voluntad 293; las obras de las tinieblas son los pecados 256; las obras de los hombres, semillas de eternidad II 722; antes de hacer una cosa deben preceder tres consideraciones 628; vicia las obras la mala conciencia 470; debemos unir las obras a la fe 162; las obras sin fe no ha-

**[Obras]**

cen al hombre recto 163; tampoco sin amor de Dios y de la Iglesia 163; algunas veces debemos dejar las obras de devoción por causa de la caridad 336; es obra del poder divino el seguir a Cristo 1166.

**Obstinación:** subversión total de la religión I 445; se debe evitar completamente 587; la obstinación cerró al diablo el camino de la misericordia 432.

**Ociosas:** se condenan las conversaciones ociosas I 852; cuánto se debe evitar la pérdida de tiempo en conversaciones ociosas 947; palabra ociosa, la que no tiene ningún motivo 947; no es ocioso lo que no está completamente vacío de razón II 791.

**Oficios:** los religiosos no deben desear los oficios externos I 713; quién se debe preocupar de ellos 715.

**Oficio divino:** el oficio divino, llamado la obra de Dios II 321; cómo asistir al oficio divino 321.

**Ojos:** los ojos serán nuestros después de la resurrección I 408; mi memoria es mi ojo 792; los ojos de la mente se purifican con oración y confesión 770; el de la mente se debe purificar de una triple mancha para ver a Dios 770; los ojos y los oídos significados por los cabritos II 907; la curiosidad de los ojos, indicio de la culpa cometida y causa de la que se cometerá 909; se pueden levantar los ojos inculpalemente para pedir auxilio 906; cuatro estados del ojo del corazón 807; debemos purificar de pecados el ojo del corazón 733 ss.; qué cosas hacen al ojo sencillo y cuáles malo 806 807.

**Olvido:** hay un olvido bueno y otro malo I 266 267; olvido bueno el olvidarte de ti mismo para atender al prójimo II 688.

**Oración:** ascendemos con la oración y meditación I 839; es remedio contra los movimientos depravados de la concupiscencia 770; hay que insistir en la oración 553; con cuánta reverencia 980; varios géneros 980; óptima regla de oración 362; modo de orar rectamente 979; tres condiciones 357; necesario el apartamiento y el secreto 553; exige principalmente vigilancia 981; unión de la oración y el ayuno 355; cuatro afectos con que debemos orar 1154; durante la oración debemos asistir a Dios en el cielo 981; Cristo está pre-

**[Oración]**

sente a los que oran 532; también los ángeles 206; qué hay que pedir 1154 1155; qué absolutamente, qué bajo condición 979; por qué Dios no oye a veces nuestras oraciones 361 841 987; por qué Dios da con parquedad lo que el hombre desea 383; el que ora debe considerar tres cosas: lo que pide, a quien pide y asimismo qué pide 1154 1155; al que ora le es dulce el recuerdo del cielo 958; tres vicios: timidez, temeridad, tibieza 357; dos cosas impiden la oración 1153; muy difícil después de largas conversaciones 949; Dios quiere que oremos pidiendo aquellas cosas que dispuso darnos 227; con la oración se encuentra antes a Dios que con la discusión II 678; había toda oración que no previene la inspiración 760; al que ora le es necesaria la pureza de intención y la continencia 38; también el apartamiento y el secreto 281 574; los que perseveran en la oración árida se enfervorizan 51; los ángeles están presentes a los que oran 36; nuestras oraciones las llevan a Dios los ángeles 39; hay que confiar más en la oración que en la propia industria 643; en qué tiempo se debe orar 574; execrable la oración del pecador 478.

**Orden:** vige en los monasterios I 130; la orden monástica fué la primera en la Iglesia, más, nació con ella misma II 845; es semejante a los órdenes de ángeles 845; por qué prefirió San Bernardo la Orden cisterciense a las demás 832; la Orden cluniacense, gloriosísima y luz del mundo 825; su elogio 828; denunciados los indignos de ser promovidos a las órdenes 737 ss.

**Original:** el pecado original es el mayor I 486; su remedio en otro tiempo duro, ahora fácil 324; qué remedios había antes de Cristo contra el pecado original II 979.

**Pablo:** convirtió a muchos con la predicación y ahora los convierte con el ejemplo, la oración y la doctrina I 621; su obediencia 625; su mansedumbre 628; elogio 688; admirable misericordia de Dios para con él 698; cuán útil el recuerdo de la conversión de San Pablo 621; breve en las palabras, pero copioso en las sentencias 955; no estima el juicio del

**[Pablo]**

hombre, sino el de Dios 1013; tantas palabras, tantos ruegos 955; su boca, arcabuz de Dios I 137; es ruente grande e inagotable 53; es llamado maestro por antonomasia 288; se le llama también sapientísimo 300; vaso aromático 65; de dónde los méritos de San Pablo 972; negrura y hermosura de San Pablo 166; su piedad 65; cuál su servidumbre 585; su rapto 902; su humildad 251; cómo debemos perder el alma a ejemplo de San Pablo 218; cómo distingue entre sí y su alma 217.

**Paciencia:** necesaria para los que viven paciosamente I 673; hay que abrazarla en las cosas duras y ásperas 306; la recomienda el ejemplo de Cristo 596; lo sumo de la paciencia 1018; no se puede aprobar toda paciencia II 584; paciencia de David ante la maldición 250.

**Pacientes:** necesitan de una triple providencia I 691; los pacientes que toleran a otros, dignos de toda alabanza 741; el hombre sea semejante al instrumento al llevar el peso de Cristo 392; Cristo, espejo y premio del paciente II 320; quién el verdadero paciente 734.

**Padres:** caída de los primeros padres por defecto de inestabilidad y de caridad I 838; los venció el diablo, no con fuerzas, sino con astucia 927 928; los monjes no se deben preocupar del cuidado material de sus padres 333 334.

**Palabra:** triple palabra: anunciada, inspirada, eruciada I 1066; debemos prestar gran atención a la de Dios 694; con gran reverencia 645; oír la debidamente, principal señal de predestinación 338; fuerza y utilidad de la palabra de Dios 223 224 976; cuál la palabra áspera 377; las palabras de Jesús a unos son dulces, a otros amargas 906; necesidad de las palabras 1157; la palabra divina deña si se la oye con fastidio III 258; es pan del hombre 865; su triple uso 136; la palabra chocarrera hay que desterrarla no sólo de la boca, sino también del oído 615; predicar la palabra de Dios, oficio propio de los obispos 1194.

**Paloma:** su testimonio de Cristo I 314; es símbolo de la humildad y del Espíritu Santo II 306.

**Papa:** es vicario de Cristo I 703; heredero de los apóstoles 617; constituido sobre todas las cosas 603; no tiene igual sobre la tierra 598; su doble espada

**[Papa]**

639; tiene que salir del mundo el que quiera encontrar alguna cosa que no pertenezca a su cuidado 617; la primacia del papa la atestiguan las apelaciones que se hacen a él de todo el mundo 620; es el único pastor no sólo de las ovejas, sino también de todos los demás pastores 608; le deben reverencia los arzobispos 703; puede deponer y excomulgar a los mismos obispos 609; no es señor de los obispos sino como uno de ellos 631; en qué sentido se le llama sumo pontífice 607; cuál debe ser el cuidado del papa 618; su cuidado debe dirigirse también a los herejes, cismáticos e infieles 618; dotes del papa 651; cuál debe ser su ánimo 647; debe presidir de tal modo que sirva de provecho 617; debe buscar el bien de los súbditos, no el propio 625; cómo debe portarse en los juicios 595; es indecoroso abusar del poder 628; debe evitar ante todo la pasión de dominar 617 618; se le ha dado el gobierno del orbe, no la posesión 617; tiene poder sobre los crímenes, no sobre las posesiones 589; qué servidumbre indigna del pontífice 585; con los ambiciosos no sea condescendiente, sino terrible 595; no debe descuidar la disciplina de sus familiares 649 650; consulte a la fama y a la conciencia 627; no basta que sea bueno, sino debe tener también buenos asistentes 640 641; cómo deben ser sus clérigos familiares 635; qué pastores tuvo en otro tiempo la Iglesia de Roma 636; elogios del papa 608; dignidad peligrosa 1187.

**Pasión:** pasión de Cristo, incentivo grande del amor I 906; sola ella nos basta 479; su fuerza y eficacia 479; devoción de San Bernardo a la pasión de Cristo 490; indicios de que fructifica en nosotros la pasión de Cristo 490; se la atribuye la remisión de los pecados 656; es gran incentivo de amor II 747 748; confortación de los mártires 407; el recuerdo de la pasión de Cristo, óptimo entre las cosas prósperas y áseras 296; de qué es fruto la pasión de Cristo 748; cuán útil su meditación 297; donde ve Cristo que se medita su pasión allí se presenta con gusto 748; devoción de San Bernardo a la pasión de Cristo 296.

**Pasiones:** las pasiones del alma, simbolizadas por los pies I 496; todo el corazón está en cuatro

**[Pasiones]**

pasiones: amor, temor, gozo, tristeza 350; cuatro monstruos que incuban las pasiones 452; cómo purgarlas y ordenarlas 350 1068; las pasiones ordenadas son virtudes, las desordenadas perturbaciones 1068; cuatro pasiones en Cristo ordenadísimas desde la concepción 1068.

**Pastores:** es propio de los pastores el oficio de Marta I 716; su triple oficio 511; tres dotes 689; amor, necesario al pastor 908; hay que enseñar con el ejemplo más que con las palabras 1144; de las de los pastores buenos 1124; amicitísimos de la esposa II 514; es oficio propio de los pastores procurar el bien de sus súbditos 164; condiciones del buen pastor 149 150; debe ser distinto de las ovejas 684; el pastor necesita ante todo amor 514; debe enseñar con el ejemplo más que con las palabras 515; obra de evangelista, obra de pastor 639; el pastor pladoso no se contenta con la corrección si aún peligra el inferior 290; el pastor debe domar a los lobos, no dominar a las ovejas 605; los pastores negligentes se pierden a sí y a sus ovejas 518; la persecución distingue al buen pastor del mercenario 740; los pastores rapaces cuánto soportan por las cosas temporales 741; con qué alimentos suelen apacentar a sus ovejas los verdaderos pastores 254; malos alimentos de algunos pastores 242; es peligroso alejarse las ovejas del pastor 235.

**Patriarcas:** deseos de los antiguos patriarcas del nacimiento de Cristo I 263; algunos hechos de los patriarcas, feos en la misma obra, pero hermosos por su significado 331.

**Paz:** la paz y la unidad representan la forma de la ciudad celestial I 754; el alma en el cuerpo, símbolo de la paz y de la concordia 755; la paz y la concordia agradan sobremanera a los ángeles 754; debemos buscar la paz con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos, no la gloria 794; Dios habla de la paz a tres géneros de hombres 922 923; paz en el mundo con la venida de Cristo 161; aquí no puede haber paz perfecta 234; la paz plena y perfecta se reserva para la otra vida 253; paz y gozo en el cielo 956 957; la paz plena del corazón, reservada para la vida futura 557; dos cosas necesarias a la paz 954; la paz



**[Paz]**

que debemos al prójimo la hemos de nutrir con la caridad y la humildad 958; paz fingida paz desordenada, paz cristiana 1142; se recomienda la paz y la caridad II 206 207; ninguna paz cuando prevalece el temor 344 345; el anhelo de la paz cohibe las disputas 164.

**Pecado:** arrojarle una vez recibido es obra del poder divino, no del humano I 590; peso grave 454; mal del alma 424; debemos procurar evitar más el pecado que su suplicio 424; los pecados son obras de las tinieblas 256; los primeros padres no pecaron obligados, sino engañados 927 928; triple pecado de Eva: de curiosidad, de deleite, de vanidad 660; el hombre despojado por el pecado 659; por el pecado, la desolación en el cuerpo y en el alma 707; los pecados, por defecto de fe 1159; el pensamiento del pecado decolora el alma, el afecto la hiere, el consentimiento la mata 910; corruptions de la naturaleza por el pecado 236; los pecados cooperan al bien de los piadosos 887; cómo cooperan el pecado y la pena a nuestro bien 1030; cómo no peca el nacido de Dios 905; dos clases de pecados 1085; algunos pecan por presunción, otros por desesperación 770; en quiénes el pecado permanece y reina 424; grados del pecado declarados con una hermosa comparación 1003 1004; el pecado original, el mayor 485; su remedio en otro tiempo duro, hoy fácil 324; por qué permanecemos sujetos a pecados veniales 496; los borra el lavatorio de pies 495; no debemos preocuparnos de los pecados veniales, pero también se debe evitar la ansiedad demasiada 496; no querer corregir los pecados leves, blasfemia irremisible contra el Espíritu Santo 625; imposible salvarnos con pecados veniales, sino mediante Cristo 496; el pecado deliberado pierde al alma 911; cómo se puede obtener la limpieza de los pecados ajenos 1163; sólo nos hemos de irritar contra el pecado 445; Cristo venció al pecado y a la muerte, los dos enemigos del hombre 272; el pecado original, expiado por Cristo 322; la remisión de los pecados se atribuye a la pasión de Cristo 646 657; qué es necesario para la remisión de los pecados veniales y mortales 933; odio al pecado 1057; nada resiste al pe-

**[Pecado]**

cado tan eficazmente como la vergüenza y el dolor 932; no reina en el ánimo contrito 865; daños enmendables del pecado 899; hay que desarraigar totalmente los pecados 709; debemos emplear toda la vida en expiarlos 968; perseverar en los pecados es diabólico 158; la longanimidad de Dios acrecienta el pecado de los obstinados 933; el que está más alto más se daña al caer en el pecado 901; la negrura del pecado es interior II 202; los pecados son paredes que nos separan de Cristo 371; por qué se le ha dado al hombre el poder pecar 950; el pecado del demonio y el de Adán fueron contra el Hijo 159; no excusa del pecado la necesidad voluntaria 543; breve el deleite del pecado, amargo el recuerdo 712; su deleite pasa, la fealdad permanece 673; cuándo no puede el hombre no pecar 951; con todo, no pierde el libre albedrío 951; hace el pecado el consentimiento, no el sentir 545 546; hay que evitar solícitamente el consentir en el pecado 373; todos los pecados no son iguales 77 798 801; remedios contra el pecado original antes de Cristo 979; la fe de los padres basta para borrar el pecado original en los niños antes de Cristo 979; también hay pecados veniales aun en la transgresión de los mandamientos de Dios 798; se dan pecados de ignorancia 990 ss.; si se castigará a los ociosos, cuánto más a los que pecan 724; los pecados espirituales no son bien conocidos de los recientemente convertidos 716; el hombre no puede levantarse por su propia voluntad del pecado 951; Cristo tiene el poder y la voluntad de perdonar los pecados 872 875; cuán peligroso defender el pecado 289; de cuántos modos se suele hacer 920; la costumbre de pecar arroja al hombre en el profundo de los males 925; ira gravísima de Dios dejar pecar impunemente 289; denunciados los que se jactan de sus pecados 99; el que ama a Jesús no puede soportar sus injurias 302; su gravedad depende de la intención 1135; cuándo hay pecado 1136; la Virgen no tuvo pecados actuales 1179.

**Pecadores:** misericordia de Dios para con los pecadores I 718; longanimidad 617; la indulgencia de Dios para con los pecadores consiste en tres cosas



**[Pecadores]**

592; Dios retarda el castigo del pecado para demostrar su paciencia, llenar la elección y mostrar su caridad 592; el ejemplo de Pedro penitente invita a los pecadores a penitencia 700; conversión del pecador, obra del poder divino 516; gran milagro 853; estado del pecador ya levantado 720; agradan a Dios tanto el pecador arrepentido como el justo devoto 898; el pecador odia también a su carne II 713; el pecador no se puede ocultar 723; el pecador no espera nada, si no está contento con las cosas presentes 447; los pecadores no dejan de ser hijos de la Iglesia 164; longanimidad de Dios para con los pecadores 49 50; su dignación en recibir a los pecadores 561; por los desesperados no hay que orar, sino gemir 925 ss.; vocación de los pecadores 1161; iluminación 1161; su reunión, opuesta a la de los justos 1162.

**Pechos:** los pechos de la esposa son mejores que el vino, III 52; son la congratulación y la compasión 53; dos los pechos del Esposo: la longanimidad y la benignidad 49.

**Pedro Apóstol (San):** elogio I 688; es faro, maestro y mediador 689; vacilante por el amor, comenzó a sumergirse en gran misericordia de Dios para con él 699; el ejemplo de Pedro penitente anima a los pecadores 700; San Pedro Apóstol es superior a los demás II 609; es príncipe de los obispos 1051; su amor 123; se le dió las llaves de Cristo 460; su celo intempestivo 384; frío de Pedro 384; se analiza su negación 962; pecó no por odio a Cristo, sino por amarlo desordenadamente 962; cómo lloró 375; desconoció la pompa y el boato 639.

**Pena:** no habría habido ninguna en la tierra si no hubiera precedido la iniquidad I 1011; se bebe poca a poca 888; Dios nos exige las penas que voluntariamente aceptamos por los pecados de los otros 1012; al pecado siempre acompaña la pena 427; el hombre carnal siempre tiene penas 427.

**Penitencia:** comienzo para volver a Dios I 567; la penitencia reputada al igual que la inocencia 1007 1008; aunque es poca cosa, con ella nos podemos reconciliar con Dios 311; la exhortación a la penitencia, palabra dura para los mundanos 378; pero más dura la sentencia del juez 907; relajar la pe-

**[Penitencial]**

nitencia, cruel compasión 368; más fácil conservar la inocencia que hacer una congrua penitencia 968; cómo obra Dios en nosotros la penitencia 592; el hombre nace cuando se siente excitado al amor de la penitencia y al odio del pecado 304; triple penitencia 1035; señal de falsa penitencia, no huir de las ocasiones 509; penitencia falsa y su castigo 508; perseverancia en la penitencia 502; toda la vida hay que emplearla en la penitencia 354; tres cosas necesarias a la penitencia: tiempo, cuerpo, lugar 1152; es peligroso hacer penitencia entre el torbellino del siglo 304; los adultos no expían sino con la penitencia propia 992; la penitencia es el primer grado de misericordia III 732; tener penitencia es dolerse, hacer penitencia es remedio del dolor 714; no debemos evitar la penitencia 739; la penitencia es infructuosa después de la muerte 714; cómo vencer las dificultades en hacer penitencia 739; indicios de la verdadera penitencia 922; negrura de la penitencia 202.

**Penitentes:** comparación del penitente con Lázaro I 719; la mujer penitente no debe llamarse ya pecadora 866; las lágrimas de los penitentes, vino de los ángeles II 213; el penitente que se acerca a Dios necesita humildad 19 20; a los penitentes les conviene el beso de los pies 21.

**Pensamientos:** no es necesario buscar lejos los pensamientos santos I 924; tres géneros de pensamientos malos 1000; cómo dominarlos 1000 s.; les debemos resistir 910 911; cuán ajenos deben estar los religiosos a los pensamientos malos 941; los pensamientos buenos los debemos atribuir a Dios II 233; los pensamientos humanos están patentes a los ojos y a los oídos divinos 696; no debemos tener otros pensamientos que los de salvación 600; cómo discernir los pensamientos 231; difícil averiguar el origen de los malos pensamientos 232; los pensamientos buenos son de Dios; los malos, nuestros o del diablo 231.

**Pentecostés:** dignidad de la fiesta I 565; comercio del cielo y de la tierra en Pentecostés 576.

**Pereza:** pereza de los religiosos imperfectos I 826.

**Perfección:** cuán rara I 947; en qué consiste la del hombre 897; es perfección apostólica estar

**[Perfección]**

contento con la comida y el vestido 680; perfección imperfecta 421; perfecciones en Dios de un modo más eminente 762; varios caminos para llegar a la perfección II 832 833; sin la ayuda de Dios, inútiles los esfuerzos para alcanzar la perfección 565.

**Perfecto:** quién perfecto I 759; ninguno tan perfecto que no necesite remisión 268; no es perfecto quien no desea ser más perfecto III 607; unión de los perfectos con el esposo 83; la tentación de los perfectos, iniquidad paliada 246; San Bernardo se recrea con el recuerdo de los perfectos 84; es propio de los perfectos gloriarse en las tribulaciones 1127.

**Persecución:** nunca falta al cristiano persecución I 622 623; ni al mismo Cristo 622; pocos quieren sufrirla 772; la persecución de los fieles se tiene como de Cristo 622; última de las tentaciones, la persecución 432; Cristo padece mayor persecución de los falsos hermanos que de los judíos 622 623; negrura de la persecución II 202; la Iglesia se aumenta con la persecución 213.

**Perseverancia:** se recomienda I 1049; es imagen de la eternidad divina 1162; le pone asechanzas el diablo 845; impulsan a la perseverancia la imitación de los santos, la brevedad del tiempo, la fragilidad de los cuerpos 1040; perseverancia de Cristo en la cruz 498; es imagen de la eternidad II 677; es necesaria en las buenas obras 317; no es lícito desistir de ella 1152; sólo ella coronará las virtudes 1166.

**Peso:** el peso de los beneficios, peso de Cristo I 454 588; el de Cristo, ligero y suave 378 379; Dios carga de beneficios cuando nos descarga de los pecados 454; peso gravoso la iniquidad 454; el peso de Cristo es ligero II 1138.

**Peticiones:** las peticiones del corazón consisten en tres cosas I 361.

**Piedad:** la piedad consiste en dos cosas I 1074; su fruto lo desean también los impíos 394; qué es II 589; el ungüento de la piedad, compuesto de muchas miserias 64; la piedad no debe estar en los libros, sino en las costumbres 85; varios ejemplos de piedad 65 ss.

**Placeres:** ningún placer verdadero en los bienes del cuerpo II 944; cuán exiguos los placeres 720; breve el placer del pe-

**[Placeres]**

cado, pero amargo su recuerdo 712.

**Pobres:** son bienaventurados I 764; pero no cualquiera 764; solos los de espíritu 764; son reyes del cielo 174; están como abandonados y desconocidos de Dios 1103; la misma promesa a los pobres que a los mártires 772; seguros en el juicio futuro 413; los monjes de Claraval alimentan a los pobres con sus limosnas 379; los ricos compran el cielo a los pobres 1143; promesas a solos los pobres de espíritu II 719; los pobres besan la mano del rico cuando reciben de él limosna 23; debemos atender preferentemente las causas de los pobres 594; queja de los pobres contra el lujo de los prelados 685; se reprenden a los que atienden antes a los ricos que a los pobres 637.

**Pobreza:** voluntaria, castillo de Cristo I 1065; Cristo la hizo preciosa con su nacimiento 232; la pobreza, martirio 772; pobreza religiosa, feliz 379; la empaña el afecto mínimo de las cosas 1018; se le promete el reino de los cielos 764; no se le promete, sino se le da 175; carece de envidia propia y ajena 1065; la voluntaria suprime las cosas superfluas 297; lo sumo de la pobreza 1018; pobreza de Cristo 517; pobreza de San Malaquías II 1064; elogio de la pobreza 1124; título noble el de la pobreza 1124.

**Potencia:** triple género de potencia en el misterio de la encarnación I 278; la ambición del poder cuántos males acarrea 549.

**Predestinación:** el principio y fin de la predestinación es de sola la gracia I 607; la obra también hay que atribuirle a nosotros 607; medios 395; señales 529; la principal, oír debidamente la palabra de Dios 338; predestinación incierta 538; qué es la predestinación II 523; cómo no pecan los predestinados 155; feliz estado el de los predestinados 154 155; la generación celeste es la eterna predestinación 155; señal de predestinación, el amor de Dios 1160.

**Predicadores:** deben acomodarse a las disposiciones de los fieles I 338; los predicadores llevan a Cristo en el seno 1069; son llamados profetas 1133; útil consejo a los predicadores II 391; el predicador debe ser concha, no canal 110; a los predicadores les es necesaria la pureza de intención 415; también la

**[Predicadores]**

compasión y la congratulación 53; es deber del predicador dar a los otros lo que ha recibido gratuitamente 547; qué le ocurrió a San Bernardo cuando quiso obrar de distinta manera 547; el predicador debe huir de la vanidad y de la avaricia 286.

**Predicar:** trabajo estéril sin la gracia de Dios I 1125; todo su fruto se debe atribuir a Dios 1125; la ley de Cristo, ley de fuego, se debe predicar con palabras de fuego 566; es trabajo no pequeño II 135; cuán peligroso para los monjes el deseo de predicar 422; predicar públicamente no conviene al monje 423; a los ávidos de contemplación se les encomienda el oficio de predicar 285.

**Prelados:** condición y oficio I 1018; caridad, pureza de intención y santidad de vida 1019; les son necesarias las dos vidas: la de Marta y la de María 923; deben ser irrepreensibles 1019; se amonesta a los ingratos a Dios 450; como son en lo exterior así deben ser también en lo interior 1019; en qué hay que obedecerles 1044; les es necesario el celo II 148; la unión de la discreción y del fervor 149 150; de qué forma debe estar ordenada en ellos la caridad 331; no deben huir del cuidado de las ovejas 52; afectos del prelado bueno a sus hijos 53 54; el prelado debe administrar, no dominar 602; le es más glorioso administrar que dominar 604; los prelados deben tenerse por madres de sus súbditos, no por señores 145; al prelado nunca le faltará materia de trabajo 602; pocos presiden útilmente muchos menos humildemente 149; se recomienda la humildad en los prelados 606; a ellos les es más necesaria que a los demás 699; se reprende el lujo de los prelados 517; también la avaricia 54; qué nobleza deben buscar los prelados de la Iglesia 606; su herencia, cruz y trabajos 604; se deben preocupar más de las leyes de Dios que de las de Justiniano 586; San Bernardo se queja de la relación que le han impuesto 215.

**Presencia:** gusto, según los varios afectos del alma, de la presencia divina II 225; cómo averiguar la presencia de Dios en nosotros 461 498; indicios de la presencia del esposo en nosotros 231; a quiénes se da 229.

**Presunción:** presunción y obstinación, caminos del diablo I

**[Presunción]**

429; cuatro grados en la presunción 429 430; efectos de la presunción II 920; es el séptimo grado de soberbia 920.

**Procesiones:** eran raras entre los cistercienses I 633; explicación etimológica de la procesión de la fiesta de la Purificación 633; qué significa la unión de la procesión y de la pasión en el domingo de Ramos 470 472; representa la procesión celestial 471; en ella se exhibe a Cristo un triple obsequio 471; en ella cuatro órdenes de acompañantes 475.

**Profesión:** hay que fortalecer la memoria contra los malos pensamientos con el recuerdo de la propia profesión I 1004; la profesión monástica es un segundo bautismo II 817; incluye la promesa de no pecar contra la Regla 803; no se hace de la Regla, sino conforme a la Regla 786 813; la profesión del súbdito liga también al superior 785; una misma profesión admite muchos modos de vivir 814.

**Progresar:** debemos progresar siempre I 1173; es necesario una de dos cosas: o progresar o retroceder 1017; los que no progresan en el camino de la vida retroceden 634; el que no progresa corre peligro de verse envuelto en las tinieblas de la muerte II 332; se salvarán los que tienen el deseo de progresar 332.

**Progreso:** nuestro progreso consiste en creer que no hemos progresado I 634; cuatro grados en el progreso de los elegidos 1147.

**Prójimo:** qué debemos al prójimo I 1008; a saber: la paz 957; se ha de preferir el temor de Dios a la piedad para con el prójimo 667; verdadero amor al prójimo II 770; en dónde tiene origen 300; para que sea santo, Dios debe ser el motivo 762; debemos pedir a Dios lo que repartiremos con el prójimo 761; los particulares deben evitar juzgar al prójimo, pero no los prelados 282; las lesiones del prójimo, ninguna leve 207.

**Prosperidad:** la demasiada prosperidad, aun en lo espiritual, es nociva I 473; a más derribó la prosperidad que la adversidad 803; aunque a muchos quebró la adversidad, a muchos más ensoberbeció la prosperidad 474; toda la vida del hombre es adversidad y prosperidad 478.



**Protección:** protección de Dios I 383; es comparada al escudo 384; nos da seguridad contra los demonios 395; teniendo por protector a Cristo, nada hay que temer 397.

**Providencia:** providencia de Dios en la disposición de las cosas I 437; en nuestra custodia 426; en moderar las tentaciones 385; providencia de Dios II 151.

**Pureza:** en qué consiste la pureza del corazón II 687; necesaria para ver a Dios 221 222; la exige la predicación 415.

**Purgatorio:** existencia I 852 943 444 1056; qué tormentos hay en él 995; le niegan los herejes II 441.

**Purificación:** razón e institución I 634 635; María no es obligada a la ley de la purificación 635; qué nos enseña su purificación 1069; esta vida, tiempo de purificación 334; por qué ofrecida la tórtola en la Purificación II 393.

**Pusilánimes:** la humildad no hace pusilánimes, ni arrogantes la magnanimidad I 735; sufrimientos y miseria de los pusilánimes 372.

**Pusilanimidad:** remedios contra la pusilanimidad demasiada I 387; dos causas de la pusilanimidad en los novicios II 57; la pusilanimidad demasiada es cierta desesperación 612.

**Razón:** triple caída de la razón I 1061; es acompañante de la voluntad II 934; no impone necesidad a la voluntad 935; humille la razón al cuerpo y conforte el cuerpo a la razón 601.

**Rebelión:** décimo grado de soberbia II 923; la rebelión es causa de la apostasía 923.

**Reconciliación:** la reconciliación con Dios ahora fácil, después difícil I 311; cómo se debe hacer la reconciliación múltiple 771.

**Redención:** beneficio de la redención I 448; virtud y sabiduría de Cristo oculta en la obra de la redención 1080; cuán ardua fué la redención 491; el ingrato al beneficio de la redención no duerme, sino está muerto 448; el precio de la redención humana, colocado en María 740; por qué redimido el hombre y no el ángel 158; el hombre, redimido el mismo día que creado 502; debemos amar más a Cristo por la obra de la redención que por la de la creación II 120; por qué nos redimió Cristo con tantos trabajos 63; la redención, principal objeto de nuestra meditación 61; efec-

## [Redención]

to de la redención, nuestra reconciliación 1019; Cristo también redimió a los ángeles y cómo 138.

**Regla:** se puede mitigar su austeridad con los enfermos I 848; la observancia exterior de las Reglas sin la interior de nada sirve 349; en la Regla de San Benito hay dos géneros de institutos II 780; de ella nacen todas las demás Reglas o casi todas 779; las Reglas son susceptibles de dispensa 781; están sometidas a la caridad 781; ¿se salvan los que no la observan al detalle? 813 814; el abad está sometido a la Regla 785; las transgresiones de la Regla no son iguales 800.

**Reino:** el reino de Dios está en todas partes I 891; reino de Cristo el alma; tiranos que la quieren dominar 219; el reino y el sacerdocio están unidos en Cristo II 1188.

**Religión:** traidores a la religión I 862; corruptores de la misma 400 401; perseguir a la religión naciente es odio herodiano 320.

**Religiosa:** aprecio de la vocación religiosa I 985; tres estados en la casa religiosa 714; la profesión religiosa, segundo bautismo 1024; vida religiosa, camino más corto del cielo 963; representa la vida apostólica 964; aprecio de la vocación religiosa 985; viene de Dios 169; es obra de la diestra del Excelso 407; comparación de los ejercicios de la vida religiosa con las promedades de los dientes 1129 1130; ejercicios de la vida religiosa II 47.

**Religiosos:** los religiosos son seguidores de la vida apostólica I 986; vocación y ocio santo 889; son fumento de Cristo 472; están con hambre como entre dos mesas 1031; se les inculca el celo de la disciplina 683; sus trabajos, más meritorios que los de los seglares 965; qué deben hacer los que tienen oficios externos 715; triple defensa de los religiosos 1017; gloria, unidad y unanimidad 756; no pueden desconocer a Dios 168 169; qué sienten de su vocación 742; nada les aprovecha el cuidado exterior sin el interior 708; las cosas externas les ayudan poco sin lo demás 989; palabras consoladoras a los religiosos 700; varios estados 543; cuán ajenos deben estar a los pensamientos malos 941; deben precaver la apostasía 379; también la del corazón 380; sujetos a



**[Religiosos]**

un triple vicio 914: su triple peligro 1016: diferencia entre los religiosos fervorosos y los tibios 558: notas e indicios de los tibios 988: de dónde la tibieza 543: pereza de los imperfectos 826: triple género de imperfectos y qué les es necesario para la salvación 999 1000: se reprende a los lánguidos 988: también a los delicados 681: cuán dañosa la ingratitud a los religiosos 989: reprendidos los dados a las cosas terrenas y mundanas 401: les deben avergonzar sus anhelos mundanos 1022: los duros y los indevotos, comparados al jumento 475 476: cuán dignos de condenación los que suscitan escándalos en los monasterios 756: muchos religiosos imperfectos en Claraval 543: los religiosos deben aspirar a más de lo prometido II 787: los religiosos de suaves costumbres, comparados a los hijos: los fervorosos, a las viñas 402: reprendidos los envidiosos de otras órdenes 834: es indigno detraer a los religiosos de otras órdenes 825 826: nada más miserable que los religiosos soberbios 826: la corrección de los religiosos viciosos, más difícil que la de los seculares 1154: la tibieza, gran nelliro de los religiosos 1154: distintivos de los buenos religiosos 1171.

**Reliquias:** reliquias del mártir San Tonacio en Claraval I 393: reliquias debajo del altar II 1086: reprendido el adorno de las reliquias 869.

**Remedios:** traídos con el nacimiento de Cristo I 249: cinco remedios contra la soberbia 1065: dónde buscar el remedio contra los males 462.

**Renovación:** triple renovación I 1093: triple renovación que nos otorgó Cristo 178: en qué consiste la renovación interior II 972.

**Renaración:** a nuestra reparación cooperaron ambos sexos I 724: bondad de Dios en la renaración del hombre 870: caída del hombre y reparación 530.

**Resurrección:** en qué sobrepasa la de Cristo a la de los demás I 501: después de ella es imposible 1013: a ella se atribuye la justificación 657: indicios de la resurrección espiritual 509: fe en la resurrección II 528: flores de la misma 749: siete indicios de la verdadera resurrección 95.

**Rico:** aberración grande pensar ser rico el gusano vil cuando

**[Rico]**

el Señor de la majestad se hizo pobre I 518: en su nacimiento despreció Cristo a los ricos 284: los ricos compran el cielo a los pobres 1143: reprendidos los que atienden antes a los ricos que a los pobres 637.

**Riquezas:** las riquezas son lazos I 377: indignas del hombre 173: cuánto hacen por ellas los seculares 1054: las riquezas se adquieren con trabajo, se poseen con temor, se pierden con dolor 1054: las virtudes, riquezas verdaderas 173: los pañales de Cristo, nuestras riquezas 251: también su sangre y su cruz 252.

**Romana:** la Iglesia romana es madre de las demás iglesias, no señora II 651: San Malaquías introdujo en Irlanda las leyes romanas 1044: prerrogativa de la Sede romana, el no sufrir quiebra en la fe 966.

**Sabiduría:** sus varias acepciones I 1061: cómo conocer la que es de Dios 974: la sabiduría, condimento del alimento espiritual 891: dónde encontrarla 938: aquel a quien la sabiduría sabe cómo es, bienaventurado 952: triple sabiduría 892: la sabiduría consiste en tres cosas 939: la sabiduría en la boca: la confesión de la propia iniquidad, la acción de gracias y las palabras de edificación 940: tiene sabiduría en la obra aquel que vive continentemente, pacientemente y obedientemente 940: la sabiduría de la carne es voluptuosa: la del mundo, tumultuosa: la que viene de Dios, pura y pacífica 273: el trivio de la sabiduría 1061: la Virgen, casa de la Sabiduría divina 1071: qué es II 567: viene de "sapere" (gustar) 567: tiene su origen en Dios 567: el candor, su asiento 167: el hombre perdió la sabiduría por Eva y la volvió a encontrar por María 568: la sabiduría con elocuencia, collares de oro esmaltados de plata 286: triple sabiduría 768: efectos de la sabiduría en el alma 568.

**Sabio:** es sabio aquel a quien las cosas le saben como son I 952: es de sabios mirar al fin en las cosas creadas 577: si eres sabio y no lo eres para ti, te falta algo de sabiduría II 600.

**Sacramentos:** son una señal sagrada o un secreto sagrado I 493: mística significación del sacramento del altar 378: sacramentos en lugar de sacramentales 494: los pecadores

**[Sacramentos]**

pueden administrar los sacramentos II 441: San Malaquías restituyó el uso de los sacramentos 1034.

**Salmodia:** utilidad de la salmodia I 1075: sabor y suavidad de los salmos II 37: reprendidos los que se duermen en el uso de los salmos 36 37.

**Salvación:** principio de nuestra salvación, la acción I 712; tres medios de salvación 698: amplia bondad de Dios al querer la salvación del hombre 294; incuria de la salvación 1158: se reprende la incuria 1094: el diablo sirve sin saberlo y contra su voluntad a la salvación de los elegidos 616: triple testimonio de salvación 297: no tenemos certeza de ella, sino confianza 337: la salvación viene de Dios II 969: tres cosas propias de Dios en la obra de nuestra salvación 523: tres causas de nuestra salvación 522; de tres modos obra Dios por las criaturas la salvación de los elegidos 967 968: todas las obras de salvación hay que atribuir las a la gracia 970: la salvación no es del libre albedrío, sino del Señor 966: Dios hace que procuremos nuestra salvación 966: la voluntad no es suficiente para salvarnos, aunque sin su cooperación no hay salvación 960: principio de la salvación el temor 1158: doble indicio de nuestra salvación 1161: a ella se llega por grados 1199.

**Santos:** en el cielo gozan de alabanzas seguras I 791: qué nos otorgan desde el cielo 808: se compadecen de nosotros 642 643: están seguros de sí y solícitos por nosotros 642: en la tierra nos enseñan a vivir, en el cielo nos invitan a la gloria 641: nos protegen con méritos, nos enseñan con ejemplos, nos confirman con milagros 809: debemos desear también esperar sus sufragios por cuatro motivos 797: intercesión 851 977: el honor y el amor debido a Dios solo no excluye el honor y amor que damos a los santos 439 440: debemos desear su sociedad 793: también su felicidad 794: en algunas cosas les debemos imitar, en otras admirar 638 819: su vida deseable, pero más su muerte 696: los santos emigran de aquí llenos de días 467: en la misma muerte triunfan del diablo 825: su muerte es preciosa 696 1087: su descanso perfecto y deleite total 781 782: no tienen ninguna compasión de los impíos y

**[Santos]**

condenados 411: en qué sentido gozan con la vista de los suplicios de los malos 409: no completamente felices antes de la resurrección general 776 779 780: no consumarán su felicidad sin nosotros 237: en el cielo nos aguardan 237: inmediatamente después de la muerte son admitidos en la compañía de los ángeles 808: de todo se desprenden por Dios 825: el recuerdo y solemnidad de los santos excitan en nosotros un triple deseo 793: por qué solemniza la Iglesia la muerte de los santos 695: la festividad de todos los santos abarca también a los santos de la tierra 789: comunión en la fiesta de todos los santos 761: quién merece ser llamado santo 1029: cuáles cosas hacen santo 1088: los milagros no hacen santo, sino las virtudes 822: qué santos deben temer 791: de dónde la alabanza de los santos 791 792: unos triunfantes, otros militantes 790: al santo le hacen el temor y el amor II 677: los santos también deben orar por el perdón de sus pecados 490: por qué tienta a los santos la vanidad 914: Dios, glorioso en los santos 1123.

**Seguridad:** ninguna seguridad aquí I 243 999: seguridad perniciosa 844: nunca debemos estar en plena seguridad con la gracia presente II 130.

**Sentido:** a cada uno de los cinco sentidos adaptado uno de los cinco amores I 925: grado de excelencia entre estos cinco amores, conforme al orden de los cinco sentidos del cuerno 926: determinado ayuno a cada uno de los cinco sentidos 354 355: falaz el sentido, no la fe II 129: el sentido histórico designado por el huerto, el moral por el aposento 145.

**Serafin:** significa el que arde o está encendido I 602: los dos serafines vistos por Isaías significan las criaturas angélica y humana 601: qué significa la abundancia de alas 605: valoración de la cabeza y los pies 606: significa el que arde o está encendido II 117.

**Sermón:** el ejemplo, sermón vivo y eficaz I 515: triple utilidad de los sermones de los santos 773: tres clases de sermones buenos y útiles 748: qué sermones convienen en los días festivos 319: triple uso del sermón II 136.

**Servidumbre:** cuál la servidumbre de San Pablo II 585: qué

**[Servidumbre]**

servidumbre indigna del pontífice 585; ninguna servidumbre más torpe y pesada que la de los judíos 585.

**Siervo:** quien el siervo fiel I 782; diferencia entre el siervo, el mercenario y el hijo 901 902; se describe la condición de los siervos II 771; ley de los siervos 1115.

**Signo:** qué es I 493; cómo convienen a cada uno de los fieles los signos que, según el Evangelio, seguirán a los que crean 534.

**Silencio:** custodio de la religión I 335; María, amante del silencio 732; triple bien del silencio 744; se na de romper el silencio por motivo de caridad II 337; silencio de los cistercienses 207; el silencio en cuaresma debe ser más rígido 1149.

**Simplicidad:** ninguna virtud más necesaria que ella en el comienzo de la conversión I 323.

**Singularidad:** denunciada la singularidad I 633; Cristo la prueba 750; hay que evitarla 586; singularidad de los ángeles réprobos 529.

**Soberbia:** Goliath, tipo de la soberbia I 582; solitaria 883; el primer pecado 1089; cuán ajena y enemiga del cielo 599; convirtió al príncipe de los ángeles en diablo 156; detestable 156 253; es una desvergüenza intolerable que, habiéndose humillado la Majestad, se ensoberbezca el gusando 240; el soberbio peca contra Dios 286; se eleva sobre Dios 254; acompaña la impenitencia a la soberbia 884; evitar la soberbia para evitar la caída 844; debemos matar la soberbia con el ejemplo de Cristo 190; tentación de soberbia con ocasión de la paciencia 306; soberbia cuádruple 1064; su lepra 517; soberbia de Lucifer 528; reprobanda la soberbia de algunos monjes 226; la soberbia es una viga grande y gruesa II 835; es el genio de los herejes 428; es apetito de la propia excelencia 693; la soberbia es óbice para conocer la verdad 894; los demonios abandonados por la soberbia 358; la caída del ángel y del hombre por la soberbia 558 559 los demonios, por la soberbia son incapaces de la gracia 361; Dios deja atrás a los soberbios y se detiene con los humildes 361; la soberbia, causa de que Dios nos prive de gracias 364; indicio de soberbia la privación

**[Soberbia]**

de la gracia 364; San Bernardo resalta en sí los daños de la soberbia 362; da a luz a la soberbia la propia ignorancia 267; soberbia ciega y vana 693; doce grados de soberbia 907 ss.; los diez primeros grados de soberbia pueden resumirse en tres 923; soberbia del fariseo 897; nada más miserable que el monje soberbio 826.

**Soledad:** peligros de la soledad I 305; se recomienda, sobre todo, la soledad de la mente II 282; en qué consiste ésta 282.

**Sombra:** comparada a la de la fe II 227; sombra de Cristo, su carne 124; también su carne y la fe 326; deseable la sombra de Cristo 325; qué significa el caer las sombras 483.

**Soñolientos:** señalados los soñolientos II 263; reprendidos los soñolientos en las vigiliass 36.

**Sufragios:** debemos esperar y desear los sufragios de los santos por cuatro motivos I 797; sufragios por los difuntos II 1091.

**Sujeción:** utilidad I 518; sujeción voluntaria, humildad perfecta 982; también se recomienda al arzobispo la sujeción II 703.

**Superiores:** son vicarios de los apóstoles I 586; también a los indignos les debemos reverencia y obediencia 170; reprendidos los que analizan sus mandatos 626; deben custodia y disciplina al inferior 170; sus peligros 171; el desprecio de los superiores termina en el mismo Dios II 288.

**Templanza:** en qué consiste la templanza II 591; a la justicia necesaria la templanza 591.

**Temer:** temer a Dios es toda nuestra bienaventuranza I 791; debemos temer más a Dios cuantos más beneficios nos hace 371; qué santos deben temer 791; no teme nada quien tiene a Dios por protector 373; teniendo por protector a Cristo, nada hay que temer 397; los piadosos no deben temer al diablo-león 446; debemos temer a Dios, a quien no podemos resistir y de quien no podemos ocultarnos II 677; debemos temer siempre 697.

**Temor:** el temor es comparado al agua I 336; el temor del Señor es fuente de vida 329; el temor ordenado es justicia 1069; el temor se convierte en amor 1079; utilidad contra la concupiscencia del pecado 337; resiste más eficazmente al pecado que la vergüenza o el dolor 932; tres grados de temor 1085;



**[Temor]**

el temor del Señor, triple 329; el tercero, propio de los monjes 330; temor perverso aquel con que se teme algo fuera de Dios o no por Dios 350; el temor es sabiduría II 154; es comparado al agua 365; cómo es principio de la sabiduría 154; el temor servil semeja al invierno, la caridad al verano 389; cuando prevalece el temor, no hay paz ninguna 344; el temor sin caridad es castigo 365; cuando la devoción se mezcla con el temor no le anula, sino le purifica 773 774; el temor del Señor excluye todos los vicios 365; el temor es principio de salvación 1158.

**Templo:** santidad de los templos I 866; cómo debemos edificar en nosotros un templo a Dios 857.

**Temporales:** cuanto menos se tenga de las cosas temporales, tanto mejor I 385; Dios da a los suyos lo suficiente de las cosas temporales 385; su abundancia hace pobres de las eternas 161; no se pueden tratar las cosas temporales sin merma de las espirituales II 649; es indigno del obispo encargarse de las cosas temporales 648.

**Tentación:** la vida del hombre es tentación I 384; Dios tienta para probar, no para reprobar 749; el cambio de tentación a consolación, útil a los piadosos 895 896; el diablo se apropia las Escrituras para sus tentaciones 451; el enemigo puede excitar el movimiento de la tentación, pero en nosotros está dar o negar el consentimiento 359; providencia de Dios en regular las tentaciones 385; tentación triple y su remedio 520; cuatro tentaciones 385 386 844; cuatro tentaciones opuestas a cuatro virtudes 453; la tentación contra la esperanza es oculta, pero gravísima 449; cómo se puede extinguir la tentación de vanagloria 451; cuatro tentaciones de Cristo 449; el diablo atacó a Cristo con tres tentaciones 389; cuatro tentaciones de la Iglesia 390; la última de las tentaciones, la persecución 452; el diablo tienta a los perfectos persuadiéndoles el mal bajo capa de bien 389; tentación de la longitud de la vida entre los piadosos 885; el diablo tienta a los monjes, persuadiéndoles algunas veces cosas más austeras, otras más flojas 966; en el comienzo de la conversión se levantan tentaciones duras 719; tentación de las cosas necesarias

**[Tentación]**

de la vida 450; comparada la tentación al áspid 450; la tentación de las molestias de la carne suele ser la primera en los que dejan todas las cosas 765; tentación del rigor de la religión 1134; la aflicción no es tentación, sino el temor de la misma 386; antídoto contra las tentaciones 374; hay que resistir desde un principio a la tentación 359; y recurrir a la oración 359; todos los elegidos tienen a Dios como propio en sus tentaciones 375; hay que refugiarse en María contra las tentaciones 205; e invocar a los ángeles 440; testimonio de la generación celestial, la victoria de la tentación 523; las tentaciones son zorras II 421; debemos sobrellevar las tentaciones con paciencia 680; Dios mezcla las tentaciones con revelaciones para guardar la humildad 914; la tentación no quita la libertad 961; cuatro tentaciones 244; las tentaciones de los que comienzan son abiertas; las de los que progresan ocultas 421; varios géneros de tentaciones 421 ss.; el diablo tienta a los buenos presentándoles el mal bajo capa de bien 243; la tentación de los perfectos, iniquidad paliada 246; tentación de los convertidos 726; cómo debemos portarnos en las tentaciones y consolaciones 130.

**Terrenas:** que desprecia las cosas terrenas merece las celestiales I 468; los que se adhieren a las cosas terrenas, semejantes a los que se sumergen y ahogan en las aguas 155; las cosas terrenas no sacian II 729 730; la abundancia de bienes terrenos no engendra saciedad, sino fastidio 730.

**Testimonios:** seis testimonios I 1161; testimonio de la Trinidad 527; testimonio del agua, de la sangre y del espíritu 525.

**Tibieza:** debemos rechazar la tibieza I 559; de dónde toma origen 543; causa la languidez en la fe 1158; la tibieza es el gran peligro de los religiosos II 1154.

**Tibios:** señales de los religiosos tibios I 988; diferencia entre los religiosos tibios y los fervorosos 558; cómo enervoriza el Señor a los tibios y languidos II 231.

**Tierra:** excluido Satanás, se ha de llenar de la majestad de Dios I 597; diferencias entre el cielo y la tierra 814; en la tierra nacemos, moramos y morimos 811; con este nombre se designa el cuerpo 765.



**Tórtola:** ave honesta II 281; condena la poligamia 394; por qué ofrecida en la Purificación 393; canto de la tórtola, predicación de la castidad 394; por qué se compara a la tórtola la hermosura de la esposa 281.

**Trabajo:** el hombre nacido para él II 890; pero no creado 1031; aquí nadie sin trabajo ni dolor 890; nada trabajoso de cuanto se hace por Dios y para Él 413; premio de nuestros trabajos 887; el remedio de un trabajo, comienzo de otro 931; mitigar los trabajos es una compasión cruel 368; el ejemplo y el testimonio de Cristo recomienda el trabajo de manos 1076; los monjes de Claraval, con su trabajo, alimentan a los pobres 379; el alma desea el descanso, pero Cristo la impulsa al trabajo II 319; los que rechazan el trabajo de los hombres se verán en los trabajos de los demonios 153; al prelado nunca le faltarán trabajos 602; trabajos y cruz serán su herencia 604.

**Tribulación:** la presente, camino de la gloria I 470; es consolación para los piadosos 369; útil y necesaria 465; un bien con tal que Dios esté con nosotros 466; prueba de que Dios está con nosotros en la tribulación cuando somos pacientes en soportarla 461; Dios lleva sobre sí a los atribulados 369; en la tribulación hay que pensar en las cosas futuras 465; en la tribulación se halla la esperanza de la gloria como en la simiente la esperanza del fruto 465; diversos efectos de la tribulación II 1127; cómo vencerla con la justicia 1128; gloriarse en la tribulación, propio de los santos 1127.

**Triduo:** triduo moral de Cristo I 502; triduo místico 586; santidad del triduo prepascual 492.

**Trinidad:** el perfecto conocimiento de la Santísima Trinidad es la vida eterna I 565; vestigios de la Trinidad en el alma racional 1060; tres obras de la Santísima Trinidad 1126; su obra en la encarnación 1079; varias trinitades 1060 s.; la Santísima Trinidad es unidad sobre todas las unidades II 668; igualdad perfecta en las Personas de la Santísima Trinidad 1000 1003; escrutar a la Santísima Trinidad es temeridad, creer en ella piedad, conocerla vida eterna 667; sola la fe comprende el misterio de la Santísima Trinidad 667; operaciones en nosotros de la Santísima Trinidad 899 ss.

**Tristeza:** aquí está mezclada con las cosas alegres I 473; no prohibida toda tristeza 346; la tristeza deshonra a Dios 589.

**Unción:** unción de la cruz I 855; de Cristo 346; por qué no quiso Cristo que se ungiese su cuerpo en el sepulcro 1121.

**Ungüento:** triple ungüento I 1114; cuatro ungüentos del esposo II 142; ungüento triple 55 70 71; de qué está compuesto el ungüento de la contrición 55; igualmente el de la devoción 56.

**Unión:** múltiples uniones I 1105; todas las cosas están unidas a Cristo por unión sustancial, personal, espiritual o sacramental 1009; se recomienda la unión de los corazones 343; la unión y la concordia agradan extraordinariamente a los ángeles 754; defensa de la unión 244; la unión de la Santísima Trinidad y de Cristo sobre todas las uniones II 668; donde hay unión hay perfección 608; se debe guardar la unión en la variedad de Ordenes 829.

**Vanagloria:** es la gloria que dan los hombres I 173; es semejante al basilisco 451; la vanagloria y la impaciencia, dos virus de los que ayunan 347; cómo se ha de extinguir la tentación de la vanagloria 451; hay que oponerle el escudo de la verdad 387; qué es la vanagloria II 745; su nada 720 721; cuántos males da a luz 721; es virus de las virtudes 1029.

**Vanidad:** la humildad de Cristo confunde nuestra vanidad I 315; reprendidas las vanidades de los monjes II 840; la vanidad de los vestidos revela la vanidad del corazón 846; donde todo lo ocupa la caridad no tiene para qué inmiscuirse la vanidad 113; vanidad de la alabanza humana 1122; vanidad de la gloria mundana 1167.

**Vencedor:** pocos vencedores en la lucha cristiana I 524; cuál es la fe vencedora 524.

**Verbo:** en el Verbo están todas las cosas II 574; unión del alma con el Verbo 539; semejanza entre ambos 532; coloquio espiritual 308; unión espiritual 224; qué es gozar del Verbo 572; siete causas por que busca el alma al Verbo 562.

**Verdad:** la verdad es vida del alma I 824; al principio ardua, después fácil 668; la verdad y la misericordia, caminos del Señor 431; la verdad eterna y la

**[Verdad]**

eternidad verdadera, verdadero día que no conoce ocaso 464; la verdad es lirio II 465; el amor de la verdad, el único verdadero 520; a los que se manifiesta les da también la caridad 887; la pereza no es tan contraria al conocimiento de la verdad como la soberbia 904; qué hay que remover para conocer la verdad 896; el conocimiento de la verdad tiene tres grados 887; cómo les debemos nosotros ascender 887 888; el juicio de la verdad no conoce amor ni odio 895; es preferible que haya escándalos a que se abandone la verdad 839; la verdad sin el condimento de la gracia es amarga 499.

**Vergüenza:** vergüenza pudorosa en el rostro, margarita preciosa I 732; vergüenza de haber ofendido a Dios III 96; vergüenza buena 879; vergüenza mala 1164.

**Vestidos:** vanidad de los vestidos lepra I 518; lujo de los vestidos entre los monjes 226; lujo de los vestidos en los obispos II 684; también en los clérigos 632 683; en los monjes 846; la hermosura de los vestidos ajena al cuerpo 1169.

**Viático:** viático II 1068; le precede la extremaunción 1091.

**Vicario:** San Pedro Vicario de Cristo II 609; el papa llamado simplemente Vicario de Cristo 651 703; el obispo llamado también vicario de Cristo 707.

**Vicios:** el alma está debilitada por cuatro vicios I 1166; los vicios no cesan de pulular en nosotros II 388; los debemos cortar continuamente 388; los debemos extinguir desde el principio 424.

**Victor (San):** familiar a los ángeles I 644; nos sustenta con ejemplos, nos protege con sus méritos, nos alegra con milagros 639; algunas de sus cosas dignas de admiración 639; oración a San Victor 644.

**Victoria:** victoria sobre el enemigo de la fe I 523; la victoria de la tentación, testimonio de la generación celestial 523; victorias insignes de Cristo 497.

**Vida:** la que vivimos es más bien muerte I 464; al empezar a vivir empezamos a morir 464; cuán incierta la vida presente 887 888; cuán falaz 883; sus peligros y miserias 461 462; es como una cautividad septuagésima 340; tentación entre los piadosos de la longitud de la vida 885; los carnales se imaginan la vida breve para gozar y larga para hacer peni-

**[Vida]**

tencia 884 885; en qué consiste la vida buena 690; la vida eterna, verdadera vida 464; sus premios 260; indicios de la vida espiritual 510; Dios, vida verdadera del alma 423; a Cristo le debemos la vida por muchas razones 966; no vive quien no ama a aquellos entre quienes vive 925; se elogia la vida mixta 713; la vida de los santos, como una mesa llena de manjares 639; la vida del siglo es noche 256; la vida activa, necesaria a los administradores 715; algunos idóneos para la vida activa, otros para la contemplativa 1120; de dos modos procede la vida del corazón 1106; la vida pasa entre espinas y aguijones II 322; sus miserias y peligros 944; la vida del alma se debe preferir a la del cuerpo 692; la vida buena no se halla sino en la conversión 709; premios de la vida eterna en cuanto al alma 62; Jesús vida del corazón 503; digno de muerte el que rehusa vivir para Jesús 119; para qué nos sirven las vidas de los santos 1025; para el sabio su vida le es como una viña 417; la vida del tonto, muerte 417.

**Vigilias:** utilidad de las vigilias I 1075; cómo celebrar las vigilias de los santos 686; exposición topológica de las tres vigilias de la noche 243 244; el tiempo presente, vigilia del sábado eterno 830; cuán prolifas las vigilias nocturnas de los cistercienses III 263.

**Vino:** rara vez lo beben los cistercienses I 848; vino místico 575; la caridad comparada con el vino 1168; vino bueno 953; el vino del deleite carnal 953; cómo permitió el Apóstol a Timoteo beber vino II 220; reprobado el vino con especias entre los monjes 844; vino de los ángeles, las lágrimas de los penitentes 213; el afecto carnal semejante al vino 52; Cristo derrama en nuestras llagas vino y aceite 102.

**Viña:** es viña la Iglesia del Señor III 383; también el pueblo fiel 212; quién idóneo para su guarda 216; aplicadas a la Iglesia las propiedades de la viña 213; cómo es viña el justo 417 418; son viñas las almas cuya flor es la obra, olor la opinión y fruto el martirio 400; los espíritus fervorosos comparados a las viñas 402; los aventajados, viñas que florecieron 420; viña en flor, los novicios en la religión 419; también los primeros cristianos 400; fruto de

**[Viña]**

la viña, la caridad 402; las viñas en flor ponen en fuga a las serpientes 399.

**Virgenes:** las vírgenes siempre están temerosas I 212; es mejor no ser virgen que ensoberbecerse por ello 189; cuánta la hermosura de las vírgenes II 1169; su verdadero ornato, el pudor y la disciplina 1170.

**Virginidad:** la virginidad es vida angélica I 742; la virginidad, laudable, pero más necesaria la humildad 188; hermosa la unión de las dos 188; la virginidad es de pocos, pero de muchos menos la humildad con virginidad 189; sin humildad, no tiene alabanza delante de Dios 1064; la virginidad es flor de huerto II 318; Cristo virgen, hijo de virgen y esposo de las vírgenes 200; la virginidad de los hombres superior a la de los ángeles 1170; su prerrogativa para el futuro 1168; también para el presente 1168 1169.

**Virtud:** la virtud, camino para la gloria I 637; debemos practicar las virtudes por sí mismas, no por los beneficios que traen 361; las virtudes agradables a los ángeles 754; se nos exigen virtudes, no milagros 640; indicios y señales de las virtudes falsas 174; hay que evitar el esplendor vano de las virtudes 156; virtudes cardinales en María 1071; cuatro virtudes, opuestas a cuatro tentaciones 453; luchas de virtudes después del pecado de Adán 662; la virtud, comparada a las esclavas II 188 189; el ornato espiritual de las virtudes, decoro eterno de la esposa 184; las virtudes probadas se esclarecen 567; la humildad, fundamento estable de las virtudes 678; sin Cristo no hay ninguna virtud verdadera 142; no pueden crecer entre los vicios 388; virus de las virtudes, la vanagloria 1029; en los paganos no hay verdaderas virtudes 142; pía emulación de la virtud ajena 362; conexión de las virtudes entre sí 590 591; necesidad de las virtudes cardinales 725.

**Visión:** la visión de Dios, imposible en esta vida I 1050; doble visión de Dios 595; por el camino de la santidad hay que ir a la visión de la Majestad 257; para ver a Dios hay que limpiar el ojo de tres manchas 770; cómo se le ve a Dios en las criaturas 786; diversas visiones de Cristo en Isaías 610; la visión bienaventurada, mediodía II 239; la visión en el cielo cuán bienaventurada y

**[Visión]**

suave 221; en ella nuestro entendimiento va a Dios sin curso 675; esto imposible en esta vida 221 272; qué visión de Dios es propia de los bienaventurados, de los hombres de la tierra, de los antiguos patriarcas y de los varones piadosos 222 223; qué visión es propia al alma piadosa 225; la fe purifica y prepara los ojos de la mente para ver a Dios 284; la caridad es visión 553; la visión quita el mérito de la fe 510.

**Visita:** visita de la diócesis por San Malaquías II 1064 1065; la hizo a pie 1065; cuán distintas las visitas de los monjes modernos de las de los antiguos 842; cuán ocultas las visitas del Esposo 497; qué se requiere para que nos visite Dios 376; hay que observar con sollicitud el tiempo de la visita divina 375; cuáles son sus testimonios 376; qué visita del esposo se ha de temer 501.

**Viudas:** las viudas se pueden volver a casar II 437; el juez debe atender antes que a ninguna otra a las causas de las viudas 594.

**Vocación:** vocación religiosa I 169; en cuánto aprecio se la ha de tener 742; de qué modo se conoce la vocación al cuidado de las almas II 383; vocación divina a los ministerios de la Iglesia 735.

**Voluntad:** qué se entiende por voluntad I 518; cuándo valedece la obra y la voluntad 293; cuál la voluntad buena 838; sus cuatro grados 1172; impedimentos 1173; querer es ir con la mente 1098; triple ruina de la voluntad 1060; la voluntad de Dios se hace de todos y por todos, pero no en todos 611; sus varios impedimentos en nosotros 363; qué hacer cuando no nos consta con certeza de la voluntad de Dios 983; Cristo abandonó la propia voluntad 520 521; abdicación de la propia voluntad 244 758; debemos dar a Dios nuestra voluntad por sus muchos beneficios 967; daños de la voluntad 519; la voluntad propia, cuán enemiga de Dios 519; so la ella nos puede apartar de Dios 927; sometió el hombre al diablo 928; es víbora pésima que sola puede condenar nuestras almas 929; cese y no habrá infierno 518 519; sus dos hijas insaciables 963; el alma que sigue a la voluntad propia está bajo sí misma 916; al abandonarla, nada perdemos

**[Voluntad]**

513; cuan difícil abandonarla 1105; plena sujeción de la voluntad, imposible en este cuerpo mortal 984; eso es lo sumo de la humildad 982; la voluntad común es caridad 513; qué es la voluntad II 934; a ella sola compete la libertad, de la cual no puede ser privada 936; la voluntad no puede ser violentada 544; sólo se violenta ella misma 963; la vehemente concupiscencia disminuye el voluntario 543; la voluntad no le basta al hombre para su salvación, pero tampoco la hay sin ella 960; querer es del libre albedrío; querer el bien, de la gracia 955; ¿perjudica a la libertad querer tener buena voluntad y no poder? 940; la voluntad de volver a Dios es de la gracia 559; el voluntario es distinto del apetito natural 933; sola la voluntad es capaz de miseria y de bienaventuranza

**[Voluntad]**

935; debilidad de la voluntad 965; su enfermedad 716 717; triple bien de la voluntad 948; el que quiera puede tener voluntad buena 940; la voluntad del hombre está como entre la voluntad divina y el apetito de la carne 965; la unión del hombre con Dios viene del consentimiento de las voluntades 476; la conformidad de voluntades desposa al alma con el Verbo 554; escrutar la voluntad de Dios más seguro que escrutar su majestad 476; daños de la propia voluntad 479; el ayuno por propia voluntad, desagradable a Dios 479; la voluntad propia, yugo insoportable para el hombre 771 772; denunciados los amadores de la voluntad propia 118; la voluntad mala persevera en los condenados 956.

**Voto:** voto de virginidad en María I 192 211 219 722.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE SEGUNDO VOLU-  
MEN DE LAS «OBRAS COMPLETAS DE SAN  
BERNARDO», DE LA BIBLIOTECA DE AU-  
TORES CRISTIANOS, EL DÍA 24 DE  
ENERO DE 1955, FESTIVIDAD DE  
NUESTRA SEÑORA DE LA PAZ,  
EN LOS TALLERES DE LA EDI-  
TORIAL CATÓLICA, S. A.,  
ALFONSO XI, NÚM. 4,  
MADRID

*LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI*



# BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

## VOLUMENES PUBLICADOS

- 1 SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA, 5.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas. Prólogo del excelentísimo y reverendísimo Sr. D. GAETANO CIOGNANI. Nuncio de Su Santidad en España. 1953. LXXVI + 1585 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 7 mapas.
- 2 SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 2.ª ed. 1950. XVI + 800 págs.
- 3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 2.ª ed. 1951. XII + 1799 págs. en papel biblia.
- 4 SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos, las Biografías de sus contemporáneos y las Florescencias*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGISIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 2.ª ed. 1949. XL + 887 págs., con profusión de grabados.
- 5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Laínez, Alfonso Salmerón y Francisco de Berja. *Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la invencible*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI + 1355 págs., con grabados.
- 6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 2.ª ed. 1955. NIVIII + 755 págs. —Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI (49).
- 7 CODIGO DE DERECHO CANONICO y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los Dres. D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. José LÓPEZ ORTIZ, Obispo de Tuy. 5.ª ed. 1954. XLVIII + 1092 págs.
- 8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. ANTONIO GARCÍA y GARCÍA, Arzobispo de Valladolid. 3.ª ed. 1952. XXXVI + 978 págs., con grabados de la Vida de la Virgen. de Durero.
- 9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios*: 1) *En su infancia*. 2) *En la Eucaristía*. 3) *En su Pasión*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1946. XVI + 847 págs. —Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).
- 10 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín, por POSIDIO. Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGUI, O. R. S. A. 2.ª ed. 1950. XII + 822 págs., con grabados. —Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).
- 11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ANGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 2.ª ed. 1951. VIII + 734 págs. —Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).
- 12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 953 págs. Tomo II: VIII + 869 págs.
- 14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1953. Reimpresión. XXIV + 1592 + 122ª págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 4 mapas.
- 15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía* por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche*

oscura. *Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 2.ª ed. 1950. XL + 1431 págs., con grabados.

**16** **TEOLOGIA DE SAN PABLO**, del P. JOSÉ MARIA BOVER, S. I. 1952. Reimpresión. XVI + 971 págs.

**17-18** **TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL.** Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales*. 2.ª ed. 1953. LXXII + 924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos*. 2.ª ed. 1953. XLVIII + 924 págs.

**19** **OBRAS DE SAN BUENAVENTURA.** Tomo III: *Colaciones sobre el Haxámeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1947. XII + 798 págs.—Publicados los tomos IV (28), V (36) y VI (49).

**20** **OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA:** *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DÍAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VILJO, Obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII + 1162 págs.

**21** **OBRAS DE SAN AGUSTIN.** Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SEIJAS, Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI + 1047 págs.—Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).

**22** **SANTO DOMINGO DE GUZMAN.** *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 955 págs., con profusión de grabados.

**23** **OBRAS DE SAN BERNARDO.** Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV + 1515 págs., con grabados. (Agotada. Véase núm. 110 de este catálogo.)

**24** **OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.** Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII + 881 págs.

**25-26** **SAGRADA BIBLIA**, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 3.ª edición, en un solo volumen. 1953. XVI + 2057 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.

**27** **LA ASUNCION DE MARIA.** Tratado teológico y antología de textos, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 2.ª ed., con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI + 482 págs.

**28** **OBRAS DE SAN BUENAVENTURA.** Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosos. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición, en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1947. VIII + 975 págs.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

**29** **SUMA TEOLOGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.** Tomo I: *Introducción general* por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno.* Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO MUÑIZ, O. P. 1947. XVI + 238\* + 1055 págs., con grabados.—Publicados los tomos II (41), III (56), IV (126) y V (122).

**30** **OBRAS DE SAN AGUSTIN.** Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ, O. S. A. 1948. XVI + 899 págs.—Publicados los tomos V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).

**31** **OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL:** *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y



MIGUEL CALDENTEX, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR Galmés y otra al Blanquerna del P. RAFAEL GINARD BAUÇA, T. O. R. 1948. XX + 1147 págs., con grabados.

**32** VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 2.ª ed. 1954. XXXII + 65\* + 760 págs., con profusión de grabados y 7 mapas.

**33** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario*. Prólogo del Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, Obispo de Vich. 1948. XLIV + 898 págs. en papel biblia, con grabados.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

**34** LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el Prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN. 1948. VIII + 192 págs., con 304 láminas.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

**35** MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo*. Versión castellana por el P. Galdos, S. I. 1948. XXXVI + 915 págs.—Publicado el volumen 2.º (53).

**36** OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII + 754 págs.—Publicado el tomo VI (49).

**37** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental*. 1948. XXXII + 824 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

**38** MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas*; FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo*. Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 700 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

**39** OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad*. Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 1948. XVI + 943 págs., con grabados.—Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).

**40** NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII + 451 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.

**41** SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMAS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad*, en latín y castellano; versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general*, en latín y castellano; versión e introducciones del Padre Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 2.ª ed. 1953. XX + 594 págs.—Publicados los tomos III (56), IV (126) y V (122).

**42** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental y El Criterio*. 1948. XX + 755 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

**43** NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. VIII + 622 págs. en papel biblia, con 6 mapas.

**44** MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión*; FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*; FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual*; BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías*. Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XVI + 837 págs. en papel biblia.—Publicado el tomo III y último (46).

**45** LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1306 páginas en papel biblia.

**46** MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELA: *Meditaciones del amor de Dios*; FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster»*; FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana*; FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen*; FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico*. Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 868 págs. en papel biblia.

**47** LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por JOSÉ CAMÓN AZNAR. 1949. VIII + 106 págs., con 303 láminas.

**48** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo*. 1949. XVI + 768 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

**49** OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica Apología de los pobres*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLIRA, O. F. M. 1949. VIII + 48\* + 779 págs.

**50** OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPANAGA, O. R. S. A.; Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. GERARDO ENRIQUE DE VEGA, Fr. EMILIANO LÓPEZ y Fr. TORIBIO DE CASTRO, O. S. A. 1949. XII + 943 págs.—Publicados los tomos VII (53), VIII (69), IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).

**51** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologeticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña*. 1949. XXVIII + 1002 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

**52** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: *ESCRITOS POLÍTICOS: Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista*. 1950. XXXII + 1061 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

**53** OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. 1950. XX + 945 páginas.—Publicados los tomos VIII (69), IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).

**54** HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano*, por el P. BERNARDINO LLORCA, S. I. 1950. XXXII + 961 págs., con grabados.—Publicados los tomos II (104) y IV (76).

**55** MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 2.º y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo*. Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1950. XXIV + 1226 págs.

**56** SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo III: *Tratado de los Angeles*. Texto en latín y castellano. Versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. AURELIANO MARTÍNEZ, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo*. Versión e introducciones del P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P. 1950. XVI + 943 págs., con grabados.—Publicados los tomos IV (126) y V (122).

**57** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: *ESCRITOS POLÍTICOS: El matrimonio real: Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional. Desenlace. Últimos escritos políticos*. 1950. XXXII + 1053 páginas en papel biblia.—Publicado el tomo VIII (66).

**58** OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fr. ISIDORO RODRÍGUEZ, O. F. M., y D. JOSÉ GUILLÉN, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 84\* + 825 págs.

**59** COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo*. Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. Introducción biobibliográfica del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1950. VIII + 1159 págs. en papel biblia.—Publicados los tomos II (72) y III (112).

**60** CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis*, por el P. JOSÉ HELLÍN, S. I. 1950. XXVIII + 928 págs.

**61** SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introducción in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De sacra Scriptura*, por los PP. MIGUEL NICOLÁU y JOAQUÍN SALAVERRI, S. I. 2.ª ed. 1952. XX + 1151 págs.—Publicados los tomos II (90), III (62) y IV (73).

**62** SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariologia. De gratia Christi. De virtutibus infusis*, por los PP. JESÚS SOLANO, JOSÉ A. DE ALDAMA y SEVERINO GONZÁLEZ, S. I. 2.ª ed. 1953. XXIV + 902 págs.—Publicado el tomo IV (73).

**63** SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. JOSÉ HERRERA y VEREMUNDO PARDO, C. M. 1950. XII + 907 páginas en papel biblia, con profusión de grabados.

- 64** LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio*, por el Prof. FRANCISCO J. SÁNCHEZ CANTÓN. 1950. VIII + 124 págs., con 255 láminas.—Publicado el tomo III (47).
- 65** PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papias. El Pastor de Hermas*. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 1130 págs. en papel biblia.
- 66** OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Misceláneas. Primeros escritos. Poesías. Indices*. 1950. XVI + 1014 págs. en papel biblia.
- 67** ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. LUIS CORTÉS, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Prof. SANTIAGO MONTERO DÍAZ, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX + 88\* + 503 págs.
- 68** EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana en dos volúmenes *Missarum sollemnia*, del P. JUNGSMANN, S. I. 2.ª ed. 1952. XXVIII + 1064 págs.
- 69** OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1951. VIII + 921 págs.—Publicados los tomos IX (79), X (95), XI (99) y XII (121).
- 70** COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. JOSÉ M. BOVER, S. I. 1951. VIII + 324 págs.
- 71** TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. D. GREGORIO ALASTRUEY. 2.ª ed. 1952. XL + 426 págs., con grabados.
- 72** COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo II: *Evangelios de San Marcos y San Lucas*. Versión castellana, introducción y notas del P. JOSÉ CABALLERO, S. I. 1951. XVI + 881 págs. en papel biblia.—Publicado el tomo III y último (112).
- 73** SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV: *De sacramentis, De novissimis*, por los PP. JOSÉ A. DE ALDAMA, FRANCISCO DE P. SOLÁ, SEVERINO GONZÁLEZ y JOSÉ F. SAGÜES, S. I. 2.ª ed. 1953. XXIV + 1110 págs.
- 74** OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I: *Bibliografía teresiana*, por el P. OTILIO DEL NIÑO JESUS, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa*, por el P. EFREN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. *Libro de la Vida*, escrito por la SANTA. Edición revisada y preparada por los PP. EFREN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESUS. 1951. XII + 904 págs. en papel biblia.
- 75** ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII + 1185 págs. en papel biblia.
- 76** HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV y último: *Edad Moderna: La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo*, por el P. FRANCISCO JAVIER MONTALBÁN, S. I. Revisada y completada por los PP. BERNARDINO LLORCA y RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. Reimpresión. XII + 851 págs.
- 77** SUMMA THEOLOGICA SANCTI THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars*. 1951. XXIV + 851 págs.—Publicados los tomos II (80), III (81), IV (83) y V (87).
- 78** OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I: *Obras dedicadas al pueblo en general*. Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1952. XVI + 1033 págs. en papel biblia.—Publicado el tomo II y último (113).
- 79** OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX: *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelagianos. Actas del proceso contra Pelagius*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. VICTORINO CAPANAGA y Fr. GREGORIO ERCE, O. R. S. A. 1952. XII + 799 págs.—Publicados los tomos X (95), XI (99) y XII (121).
- 80** SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. II: *Prima secundae*. 1952. XX + 848 págs.—Publicados los tomos III (81), IV (83) y V (87).
- 81** SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. III: *Secunda secundae*. 1952. XXVIII + 1230 págs.—Publicados los tomos IV (83) y V (87).



- 82** OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I: *Monologio. Prologo. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Edición en latín y castellano, con extensa y documentada introducción general, preparada por el P. JULIAN ALAMEDA, O. S. B. 1952. XVI + 897 páginas.—Publicado el tomo II y último (100).
- 83** SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. IV: *Tertia pars.* 1952. XX + 798 págs.—Publicado el tomo V (87).
- 84** LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por el P. FRANCISCO MARIN-SOLA, O. P. Introducción general del P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII + 831 págs.
- 85** EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII + 921 págs.
- 86** OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica. Transcripción, introducciones y notas de los PP. CÁNDIDO DE DALMASES e IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I. 1952. XVI + 80\* + 1075 págs.
- 87** SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. V: *Supplementum. Indices.* 1952. XX + 652 + 389\* págs.
- 88** TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV.* 1952. XL + 754 págs., con grabados.—Publicado el tomo II y último (118).
- 89** OBRAS COMPLETAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo I: *Epistolario. Escritos menores.* Biografía, introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1952. XL + 1120 págs.—Publicado el tomo II (103).
- 90** SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis,* por los PP. José M. DALMAU y José F. SAGÜES, S. I. 1952. XXIV + 1023 págs.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).
- 91** LA EVOLUCION MISTICA, por el P. MTRO. FR. JUAN G. ARINTERO, O. P. 1952. LXIV + 804 págs.
- 92** PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *Theodicea. Ethica,* por los PP. JOSÉ HELLÍN e IRENEO GONZÁLEZ, S. I. 1952. XXIV + 924 págs.
- 93** THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. F. REGATILLO y M. ZALBA, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis,* por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. 1952. XXVIII + 965 págs.—Publicados los tomos II (106) y III y último (117).
- 94** SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe, con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia y su naturaleza. La creación y las criaturas.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. JESÚS AZAGRA y Fr. MATEO FEBRER, O. P. Introducción general por el P. Fr. JOSÉ M. DE GARGANTA, O. P. 1952. XVI + 712 págs.—Publicado el tomo II y último (102).
- 95** OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. XII + 943 páginas.—Publicados los tomos XI (99) y XII (121).
- 96** OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen Maria* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas.* Introducción biográfica, versión y notas del P. Fr. SANTOS SANTAMARTA, O. S. A. 1952. XII + 605 págs.
- 97** LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilias dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de Mons. ÁNGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo I: *El juicio final. La misión del Precursor. El testimonio de Juan a los judíos. Predicación del Bautista. Presentación y purificación en el templo. El Dulce Nombre de Jesús.* 1953. LXXII + 931 págs.—Publicados los tomos II (119), III (123), IV (129) y VIII (107).
- 98** PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Philosophiam. Logica. Critica. Metaphysica generalis,*



por los PP. LEONIGILDO SALCEDO y JESÚS ITURRIOZ, S. I. 1953. XXIV + 893 págs.—Publicado el tomo III (92).

**99** OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI: *Cartas* (2.º). Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. LOPE CILLERUELO, O. S. A. 1953. VIII + 1100 págs.—Publicado el tomo XII (121).

**100** OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II y último: *De la concepción virginal y del pecado original. De la procesión del Espíritu Santo. Cartas dogmáticas. Concordia de la presciencia divina. predestinación y gracia divina con el libre albedrío. Oraciones y meditaciones. Cartas*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1953. XVI + 804 págs.

**101** CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER. Única publicación castellana completa según la edición crítica de «Monumenta Historica Soc. Jesu» (1944-1945), anotadas por el P. FÉLIX ZUBILLAGA, S. I., redactor de «Mon. Hist. Soc. Iesus». 1953. XVI + 578 págs.

**102** SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe con el texto crítico de la leonina. Tomo II: *Libros III y IV: Dtos. fin último y gobernador supremo. Misterios divinos y postrimerias*. Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. JOSÉ M. MARTÍNEZ y Fr. JESÚS M. PLA, O. P. 1953. XVI + 960 págs.

**103** OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo II: *Sermones. Pláticas espirituales*. Introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1953. XX + 1424 págs.

**104** HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo II: *Edad Media: La cristiandad en el mundo europeo y feudal*, por el P. RICARDO GARCÍA VILLOSLADA, S. I. 1953. XII + 1006 págs.—Publicado el tomo IV (106).

**105** CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA. *Introducción físicoquímica y matemática*, por el P. JOSÉ M.ª RIAZA S. I. 1953. XXXII + 756 págs., con profusión de grabados y 16 láminas.

**106** THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. EDUARDO F. REGATILLO y MARCELINO ZALBA, S. I. Tomo II: *Theologia moralis specialis: De mandatis Dei et Ecclesiae*, por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. 1953. XX + 1104 páginas.—Publicado el tomo III y último (117).

**107** LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilias dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo VIII: *La parábola de los invitados a la boda. La curación del hijo del réglu. El perdón de las ofensas. El tributo al César. Resurrección de la hija de Jairo. Cristo Rey. La última venida de Cristo*. 1953. LXXII + 1368 págs.

**108** TEOLOGIA DE SAN JOSE, por el P. Fr. BONIFACIO LLAMERA, O. P., con la *Suma de los dones de San José*, de Fr. ISIDORO ISOLANO, O. P., en edición bilingüe 1953. XXVIII + 663 págs.

**109** OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabillo catedral de Ginebra*. Edición preparada por el P. FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B. 1953. XX + 800 págs.—Publicado el tomo II y último (127).

**110** OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo I: *Vida de San Bernardo*, por PEDRO RIBADENEIRA, S. I. *Introducción general. Sermones de tiempo, de santos y varios. Sentencias*. Edición preparada por el P. GREGORIO DÍEZ, O. S. B. 1953. XXXVI + 1188 págs.—Publicado el tomo II y último (130).

**111** OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT. *Cartas. El amor de la Sabiduría eterna. Carta a los Amigos de la Cruz. El secreto de María. El secreto admirable del Santísimo Rosario. Tratado de la verdadera devoción. Escritos destinados a los misioneros de la Compañía de María y a las Hijas de la Sabiduría. Preparación para la muerte. Cánticos*. Edición preparada por los PP. NAZARIO PÉREZ (†) y CAMILO MARÍA ABAD, S. I. 1954. XXVIII + 984 págs.

**112** COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. JUAN DE MALDONADO, S. I. Tomo III y último: *Evangelio de San Juan*. Versión castellana, introducción y notas del P. LUIS MARÍA JIMÉNEZ FONT, S. I. 1954. VIII + 1064 págs.

**113** OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo II y último: *Obras dedicadas al clero en particular*. Edición crítica. Introducciones, versión del italiano, notas e índices del P. ANDRÉS GOY, C. SS. R. 1954. XXIV + 941 páginas en papel biblia.

**114** TEOLOGIA DE LA PERFECCION CRISTIANA, por el P. ANTONIO ROYO MARÍN, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Dr. Fr. ALBINO G. MENÉNDEZ-REIGADA, obispo de Córdoba. 1954. XXXII + 984 págs.

- 115** SAN BENITO. *Su vida y su Regla*, por los PP. GARCÍA M. COLOMBÁS, LEÓN M. SANSEGUNDO y ODILÓN M. CUNILL, monjes de Montserrat. 1954. XX + 760 págs.
- 116** PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS (s. II). Edición bilingüe, preparada por D. DANIEL RUIZ BUENO, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1954. VIII + 1006 págs. en papel biblia.
- 117** THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. EDUARDO F. REGATILLO y MARCELINO ZALBA, S. I. Tomo III y último: *Theologia moralis specialis: De sacramentis. De delictis et poenis*, por el P. EDUARDO F. REGATILLO, S. I. 1954. XVI + 1000 págs.
- 118** TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo II y último: *Hasta el fin de la época patristica* (s. VII-VIII). 1954. XX + 1012 págs., con grabados.
- 119** LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo II: *Epifanía a Cuaresma: La Sagrada Familia. El milagro de las bodas de Caná. La curación del leproso y la fe del centurión. Jesús calma la tempestad. La cizaña en medio del trigo. Parábola del grano de mostaza y de la levadura. Los obreros enviados a la viña. La parábola del sembrador. El anuncio de la pasión y el ciego de Jericó*. 1954. XL + 1275 págs.—Publicados los tomos III (123), IV (129) y VIII (107).
- 120** OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo II: *Camino de perfección. Moradas del castillo interior. Cuentas de conciencia. Apuntaciones. Meditaciones sobre los Cantares. Exclamaciones. Libro de las Fundaciones. Constituciones. Visita de Descalzas. Avisos. Desafío espiritual. Vejamen. Poesías. Ordenanzas de una cofradía*. Edición preparada y revisada por el P. EFREN DE LA MADRE DE DIOS, O. C. D. 1954. XX + 1046 págs. en papel biblia.
- 121** OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XII: *Del bien del matrimonio. Sobre la santa virginidad. Del bien de la viudez. De la continencia. Sobre la paciencia. El combate cristiano. Sobre la mentira. Contra la mentira. Del trabajo de los monjes. El sermón de la montaña*. Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. FÉLIX GARCÍA, Fr. LOPE CILLERUELO y Fr. RAMIRO FLÓREZ, O. S. A. 1954. XVI + 995 págs.
- 122** SUMA TEOLÓGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo V: *Tratado de los hábitos y virtudes en general*, en latín y castellano; versión, introducciones y apéndices del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de los vicios y pecados*, en latín y castellano; versión del P. Fr. CÁNDIDO ANIZ, O. P., e introducciones y apéndices del P. Fr. PEDRO LUMBRERAS, O. P. 1954. XX + 975 páginas.
- 123** LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. Tomo III: *Cuaresma y tiempo de Pasión: Las tentaciones de Jesús en el desierto. La transfiguración. Curación del endemoniado ciego y mudo. La multiplicación de los panes. Los fariseos acusan a Cristo. La entrada en Jerusalén*. 1954. XXXII + 1210 págs.—Publicados los tomos IV (129) y VIII (107).
- 124** SINOPSIS CONCORDADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS. Nueva versión del original griego, con notas críticas, por el P. JUAN LEAL, S. I. 1954. XX + 353 págs.
- 125** LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS, por los Dres. ENGELBERTO KIRSCHBAUM, EDUARDO JUNYENT y JOSÉ VIVES. XVI + 64 págs., con 127 láminas.
- 126** SUMA TEOLÓGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo IV: *Tratado de la bienaventuranza y de los actos humanos*, en latín y castellano; versión e introducciones del P. Fr. TEÓFILO URDÁNOZ, O. P. *Tratado de las pasiones*, en latín y castellano; versión e introducciones de los PP. Fr. MANUEL UBEDA y Fr. FERNANDO SORIA, O. P. 1954. XX + 1032 págs.—Publicado el tomo V (122).
- 127** OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. Tomo II y último: *Tratado del amor de Dios. Constituciones y Directorio espiritual. Fragmentos del epistolario. Ramillete de cartas enteras*. Edición preparada por el P. FRANCISCO DE LA HOZ, S. D. B. 1954. XXIV + 982 págs.
- 128** DOCTRINA PONTIFICIA. Tomo IV: *Documentos marianos*, por el P. HILARIO MARÍN, S. I. 1954. XXXII + 892 págs.
- 129** LA PALABRA DE CRISTO. Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, elaborado por una comisión de autores bajo la dirección de MONS. ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga.

Tomo IV: Cielo pascual; La resurrección del Señor. «Señor mío y Dios mío!» El Buen Pastor. «Vuestra tristeza se convertirá en gozo». La promesa del Paréntesis. «Pedid y recibiréis». Persecución y martirio. 1954. XXIV + 1275 págs.

**130** OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. Tomo II y último: Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Sobre la consideración. De las costumbres y oficios de los obispos. Sobre la conversión. Del amor de Dios. Del precepto y de la dispensa. Apología. De la excelencia de la Nueva Milicia. De los grados de la humildad y de la soberbia. De la gracia y del libre albedrío. Sobre algunas cuestiones propuestas por Hugo de San Víctor. Contra los errores de Pedro Abelardo. Vida de San Malaquías. Cartas. Edición preparada por el P. GREGORIO Díez, O. S. B. 1955. XVI + 1260 págs.

## DE PROXIMA APARICION Y EN PREPARACION

HISTORIA DE LA LITURGIA, de Mons. RIGHEITI. Tomo I.

SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo XII.

LA PALABRA DE CRISTO. Tomo V.

ESCRITOS DE SAN JUAN BOSCO, por el P. ROBERTO FIERRE, S. D. B.

PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA Tomo II. Aparecidos ya el I y el III y último.)

HISTORIA DE LA IGLESIA. Tomo III. Aparecidos ya el I, el II y el IV y último.)

OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. Tomo III y último.

OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA. Tomo III y último.

OBRAS SELECTAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO: Homilias sobre San Mateo.

OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XIII.

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de enero de 1955.

La B. A. C. tiene publicando, al menos, doce volúmenes nuevos cada año.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos

Dirija sus pedidos a LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.  
(Departamento de Extranjero), Alfonso XI, 4, Madrid (España)















